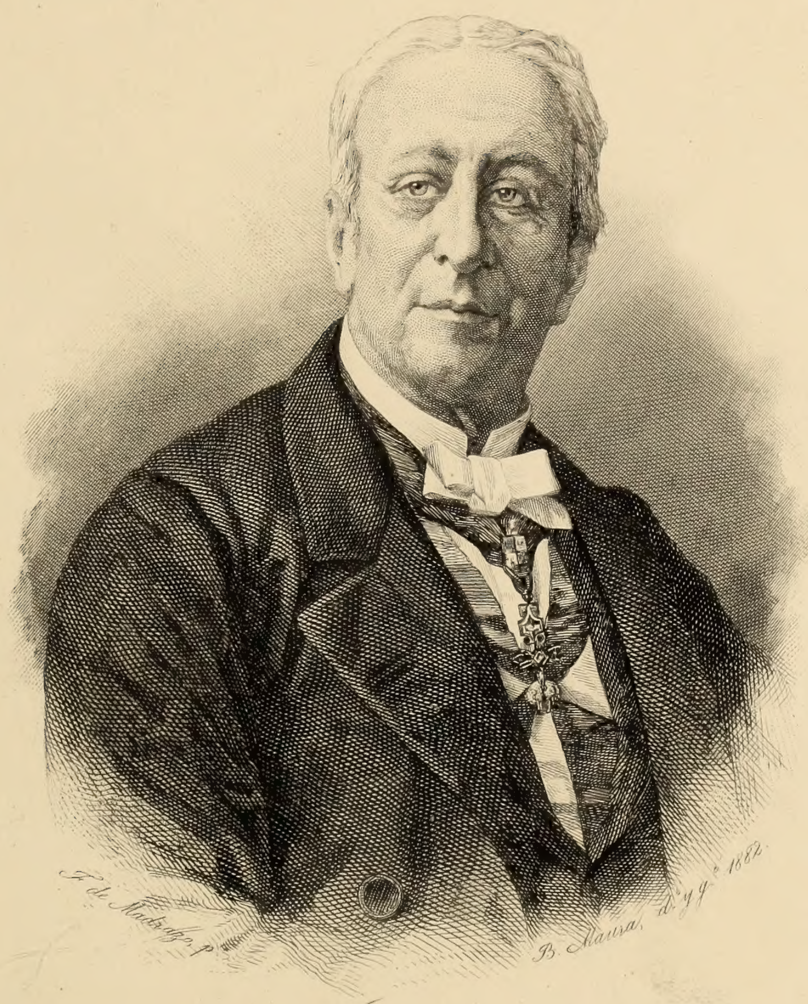

3 1761 09546819 5

OBRAS COMPLETAS

DEL

DUQUE DE RIVAS


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL
BARCELONA



El duque de Rivas

OBRAS COMPLETAS

DE

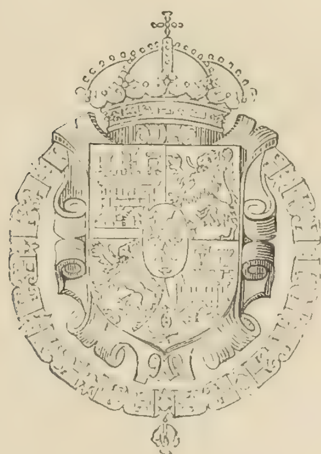
D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

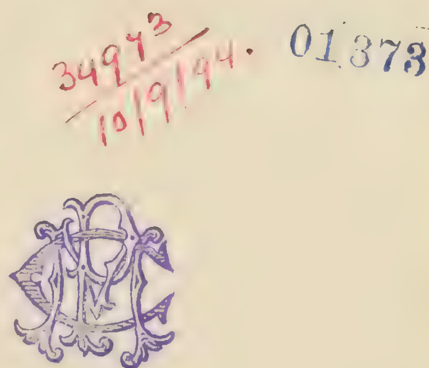
DUQUE DE RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ilustradas con dibujos de APELES MESTRES

TOMO PRIMERO





BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMEROS 309 Y 311

1884

PRÓLOGO

> Non pastor, non hoc triviali more viator,
> Sed Deus ipse canit: nihil armentale resultat:
> Non montana sacros distinguunt jubila versus.
> T. CALPURNIO SÍCULO. — *Egl. I.*

Tiempo há que los amantes de las letras deseaban ver reunidas y publicadas con algun esmero y correccion las *Obras completas del Duque de Rivas*, suma y compendio de las varias modificaciones que durante medio siglo ha experimentado, en sus dotes más peculiarmente característicos, la literatura castellana. Al darlas hoy á luz, el editor, no sólo satisface una necesidad generalmente sentida, sino rinde tributo á la merecida fama del esclarecido historiador y gran poeta (cuyo mérito celebran, al par de nosotros, las demás naciones cultas), y da feliz comienzo á la noble empresa de difundir, en elegantes tipos, los más notables productos debidos al saber ó al ingenio de nuestros compatriotas. Ocioso fuera, por lo tanto, encarecer la importancia de esta publicacion; ocioso aducir las razones que el editor ha tenido presentes para dar con ella principio á su *Biblioteca*.

Si la gran celebridad del, Duque de Rivas no abonase desde luégo eleccion tan acertada, justificaríanla sobradamente, ya los varios géneros de escritos en que ha ejercitado su pluma el ilustre autor de *Don Alvaro* y de *El Moro expósito*, ya el singular mérito que los distingue, ya lo mucho que el estudio de todos ellos puede facilitar el conocimiento de un período literario fecundo en provechosas lides intelectuales, y rara vez apreciado con justicia. Merced á esta última consideracion, y agrupadas discretamente en cada uno de los volúmenes de que ha de constar la obra todas las que pertenecen á un mismo género, el editor ha estimado indispensable establecer el órden cronológico dentro de cada ramo especial, y, hasta donde era posible, con relacion al conjunto. De este modo, no sólo se podrá venir en conocimiento de la influencia que ha ejercido en el alma del poeta el espectáculo de la sociedad en que ha vivido, sino se verá palpablemente de qué manera se ha ido efectuando el íntimo desarrollo de sus facultades, y hasta qué punto los azares de la fortuna y el torbellino de los sucesos han modificado ó transformado sus gustos y sus tendencias.

Esta elaboracion intelectual, que hace brotar de una misma fuente raudales de la más diversa índole, y, sin darse cuenta de ello, descubre el misterioso eslabon que, por un procedimiento lógico y natural, enlaza en el espíritu de un solo hombre las más opuestas ideas y los más contradictorios principios, es por extremo curiosa y ofrece ancho campo á la meditacion, sobre todo cuando se verifica en seres destinados por la Providencia á dejar rastros luminosos en este mundo. Ni hay tarea más agradable y fructuosa que la de examinar prolijamente cómo el ingenio superior lucha con las preocupaciones de su tiempo ó con los falsos sistemas consagrados por la práctica del mayor número, modelándose en ocasiones al tenor de sus antojos, burlándose otras veces de sus caprichos, ó subyugándolos al imperio de su fuerza creadora.

Por mucho que el vago espíritu de la moda influya en los cánticos del poeta; por mucho que con las ideas y formas artísticas suceda lo que con otros objetos ménos abstractos, esto es, que varian en sus condiciones de éxito segun las mudanzas que experimentan los caprichos de la muchedumbre predominante en lo que se denomina opinion pública, no por eso es ménos cierto que, á despecho de las arbitrarias mutaciones del gusto, la inspiracion verdaderamente hija del alma, la que es fruto de un sentimiento arraigado en lo más profundo del corazon, ó de una viva creencia, subsiste por sí sola; prevalece en el mundo de la fama, cuando la moda cambia de faz y arrastra por el polvo el numeroso cortejo de creaciones pegadizas que fingen amor, fe, patriotismo, cuantos caracteres logra enaltecer y profanar (siquiera sea momentáneamente) el audaz superficialismo de todas las épocas.

En este caso se encuentran las obras del Duque de Rivas. Ricas en inspiracion, engendradas en un alma de poeta, vivificadas al calor de sentimientos verdaderos, viven y vivirán para el buen gusto, á despecho de las pasajeras exigencias de la moda, y sean cuales fueren los lunares que puedan empañar á veces sus perfecciones. Pasaron afortunadamente los tiempos en que el loco espíritu de partido, no ménos fanático en literatura que en religion y en política, hacia exclamar al ilustrado editor de *El Moro expósito*, que el distinguido ingenio que nos ocupa hubiera querido reunir todos los ejemplares de los dos tomos de poesías que publicó en Madrid en 1820 para entregarlos á las llamas, para hacerles purgar el crímen de manifestar «la tiránica influencia del gusto llamado *clásico*,» de no haberse atrevido á desamparar «la senda arbitrariamente marcada por los preceptistas.» Semejante exageracion, justificada hasta cierto punto en 1834, no seria disculpable en manera alguna veinte años despues, cuando el espíritu crítico, llevado muchas veces á un escepticismo deplorable, ha venido á reemplazar la ardiente fe del espíritu revolucionario. Este espíritu crítico que analiza y define todas las cosas; que aspira incesantemente á desentrañar el genuino sentido de las creaciones del arte; que descubre la recóndita generacion de las ideas y el móvil de los afectos, cuando no desconfia de sí mismo, cuando no lleva la duda á los términos de la incredulidad, cuando no se arroja en brazos del fanatismo de secta, ó del cálculo egoista, que sacrifica la verdad en aras de su provecho, contribuye poderosamente á sublimar la belleza, acrisolando en el concepto de las gentes el valor del mérito positivo. Ensanchados los límites de su horizonte, borradas las sistemáticas preocupaciones de escuela, que graduaban con arreglo á una misma pauta el precio de las obras de índole ménos conforme, la crítica no pide hoy á los frutos del ingenio, respecto á la forma exterior que los determina, sino lo que se les puede razonablemente exigir, atendido el carácter y circunstancias del pueblo y de la época que los produce. Por esta causa me parece en alto grado plausible que no haya realizado el Duque de Rivas el propósito que en 1834 le atribuia su editor, acerca de sus primeras composiciones, y juzgo que ha hecho muy bien en encabezar con ellas esta Coleccion, destinada, sin duda alguna, á dar á conocer todas las faces de su ingenio, á trasmitir á las generaciones futuras los nobles fundamentos de su fama literaria.

La frase, tan afortunada entre los críticos, y algo ménos exacta que afortunada, de que en Góngora *hay dos hombres*, uno claro, fácil, natural, sencillo, y otro oscuro, pedantesco, extravagante, incomprensible, puede aplicarse con mayor exactitud al Duque de Rivas, bien que por conceptos muy distintos, y sin que hayamos de echarle en cara las malas prendas que afearon á su famoso paisano el autor de las tenebrosas *Soledades*. El Duque de Rivas, jóven, soldado, imitador de los antiguos, *clásico*, en una palabra, tal como durante algun tiempo ha sido interpretada esta denominacion, difiere singularmente del Duque de Rivas emigrado, oscurecido, despierto á la luz de nuevas teorías y de nuevos gérmenes, hallando en el recuerdo de la patria la originalidad y la fuerza, uno siempre en la elevacion de sentimientos, en la pureza de doctrinas, en el amor á lo bello, á lo generoso y á lo grande. No parece sino que D. Angel Perez de Saavedra, hijo segundo de los ilustres Duques de Rivas, y de un mérito en realidad secundario (con relacion á Quintana y á Gallego) en la esfera de la poesía clásica, ó, lo que es lo mismo, en sus primeros albores, debia ascender, al heredar el título de sus padres y colocarse en primera línea en la más alta condicion jerárquica del pais, á rango más elevado en la jerarquía de la inspiracion y del talento; á ocupar un puesto entre los más esclarecidos varones que han ilustrado los fastos de la vida intelectual de nuestra patria. Descartadas las obras de su primera juventud, el conocimiento del poeta seria incompleto, y aun más incompleta la idea que por él hubiésemos de formar de las tendencias literarias predominantes en las diferentes épocas de su vida. Celebramos, pues, el buen acuerdo con que nuestro autor ha procedido, á pesar de lo indicado por su editor parisiense, y hagámonos cargo de las circunstancias que concurren en las pobres víctimas expiatorias condenadas á la hoguera, y salvadas por el trascurso de los años, que modifica los juicios y desacalora los afectos, para gozo de los que no tributan homenaje á ningun género de exclusivismo.

No entraré á enumerar los hechos en que ha figurado como actor el Duque de Rivas, ó que han sido parte á decidir de los prósperos y adversos destinos de su existencia. Semejante empeño, tan superior á mis fuerzas, ha sido acometido y llevado á cabo por persona más competente, en el más gallardo estilo, y con gran copia de noticias interesantes: testigo es de ello el estudio biográfico, por don Nicomedes Pastor Diaz, inserto á continuacion del presente *Prólogo*. Sin embargo, reservándome apuntar cuanto conduzca á mi propósito de dar una ligera idea de las obras que ha de comprender esta Coleccion, añadiré, para corroborar lo que he dicho en párrafos anteriores, que sin salir del presente volúmen podemos apreciar con exactitud los diversos rasgos que caracterizan las dos épocas, ó, si se quiere, los *dos hombres* que, segun la metáfora ya citada, constituyen la personalidad poética del Duque de Rivas.

Si como algunos aseguran es deber de buen sentido, inexcusable para vivir en la sociedad, transigir con el espíritu que la anima y resignarse á las condiciones que establece, aunque se mezcle en ellas la levadura de algunos vicios, harta disculpa merece el escritor que respirando aires deletéreos no acierta á librarse del contagio. Y si hay para esto indulgencia, bien que yo no esté completamente de acuerdo con tal doctrina, ¿cuánto más disculpable no ha de ser el poeta que, educado en tradiciones que estima justas y autorizadas, nutrido en bellos ejemplos, sigue el sendero por donde van todos, y tuerce, sin siquiera percibirlo, el raudal de su índole nativa, para buscar expansion á sus facultades en una atmósfera que no es la suya? Nada sofoca tanto los naturales impulsos de la imaginacion como el someterla á un sistema: en este caso se encuentran las primeras producciones del Duque de Rivas; bajo este punto de vista deben ser juzgadas, si se las ha de comprender y apreciar en términos razonables.

Nacido don Angel Saavedra en 1791, pasó los primeros años de su infancia en los encantados verjeles que rodean á Córdoba, hasta que fué trasladado á Madrid á recibir educacion en el Seminario de Nobles. En él se hallaba, sometido á la direccion de don Demetrio Ortiz y don Manuel de Valbuena, cuando empezó á escribir para el público en 1806, dos años despues de muerto el célebre Schiller, fundador y padre del moderno teatro aleman. Entónces no presentia nuestro poeta que pasados veintinueve años habria de ser en cierto modo para España lo que habia sido aquel para Alemania; y cediendo al influjo de las lecciones de sus maestros y de las doctrinas reputadas *únicas* en las aulas, procuraba seguir estrictamente las huellas de los antiguos ó el ejemplo de nuestros líricos renombrados del siglo XVI. Si á veces la natural independencia de su fantasía le llevaba á imitar los vuelos más atrevidos de Quintana y de Cienfuegos (el primero de los cuales supera, en mi opinion, á todos los antiguos líricos españoles), pronto plegaba las alas de su entusiasmo y descendia al carril estrecho de la imitacion horaciana ó anacreóntica, que era por aquellos dias el *sumum bo-*

num de la belleza poética. Entónces la poesía lo imitaba todo ménos la naturaleza; por eso en la mayor parte de los versos de aquel tiempo encontramos con frecuencia sentimientos estereotipados y descripciones moldeadas, faltos los unos de calor, faltas las otras de verdad, nulos todos para comunicar á los lectores un fuego que habia desperdiciado el poeta en operacion material tan infecunda.

Pero véase hasta qué extremo es eficaz el poderío de las facultades ingénitas de cada uno, y cómo se revelan siempre, por mas que el freno de la educacion, de las costumbres ó de las circunstancias especiales de la sociedad procure confundirlas ó desnaturalizarlas. El jóven educado en las tradiciones de la escuela exclusivamente clásica, para la cual era impío cuanto no fuese rendir tributo á los líricos latinos ó á sus imitadores y secuaces; el jóven que habia respirado al nacer el aire de una regeneracion imitadora, y á quien se habia presentado sin cesar como única fuente de belleza ese mismo principio de imitacion servil, fundado en las estrechas reglas proclamadas por Boileau; el jóven que al empezar á discurrir por sí propio no veia mas espectáculo que el de una corte corrompida, y no recibia de la prosaica y monótona sociedad de aquellos tiempos ninguno de los poderosos estímulos que vigorizan la imaginacion y la empujan al sendero de la originalidad, ó peculiarmente suya, ó encarnada en los elementos nacionales del pueblo á que pertenece, tuvo bastante fuerza intuitiva para demostrar, desde el primer sonido de su lira, que sus inspiraciones jamás podrian templarse al compás de la imitacion exótica hasta el grado de perder toda su propia energía, y que, pensando acatar el dominio de las convenciones apellidadas preceptos, hallaria modo de seguir el rumbo de la musa genuinamente española, impregnándose en la savia de los antiguos romances. Así vemos que la primera produccion del discípulo de Horacio, del *clásico* alumno del Seminario de Nobles, es un *romance morisco*, escrito con numerosa gallardía, aunque ménos rico en imágenes y de mucho más tímido plan que los buenos de su especie. Esta primera tentativa es la espontánea expresion de las inclinaciones del poeta, modificada y enflaquecida por el hábito de la imitacion convencional, y por la fuerza del ejemplo, casi siempre incontrastable. Ella indica elocuentemente, para los que saben ver en las cosas algo más que la exterioridad de las cosas mismas, el rumbo en que el poeta ha de encontrar tonos propios, no bien crezca en aliento para romper las ligaduras del servilismo de escuela.

Por lo demás, nuestro autor, sin levantarse del suelo en que se agitan casi todos los poetas sus contemporáneos, canta á las zagalejas del valle como pudiera hacerlo un pastorcillo de la Arcadia, ó habla del amor como del hijo querido de Vénus, sin que se le ocurra mayor desgracia para el dia en que falte á su cariño (que trasciende á sensual y pagano desde una legua) que la de que

«Maldiga Pan *sus* ovejas,
Maldiga *sus* corderillos.»

¡Lamentable aberracion de los tiempos y de los hombres, desconocer que cada siglo y cada nacion tiene su modo particular de ser, y que las inspiraciones del alma deben estar en armonía con las condiciones características de cada civilizacion, y, sobre todo, con los fundamentos esenciales de cada creencia! Pero los maestros hubieran excomulgado al discípulo que, consagrando sus ocios á la poesía, no hubiese apelado á *Marorte*, al hablar de guerra, ó hubiera desatendido las *Dríadas* y *Hamadríadas*, al hablar del campo; y como podian presentar bellos modelos de esta especie, y hacian comprender á la juventud que no era posible hallar bondad fuera de semejante amaneramiento, el anacronismo triunfaba del buen sentido y las mejores disposiciones se perdian cuando no eran bastante fuertes para quebrantar el círculo de hierro en que se las encerraba.

Nuestros preceptistas antiguos y modernos, sobre todo los que se educaron cuando las doctrinas clásicas trasplantadas á nuestro suelo por la dinastía borbónica ejercian absoluto imperio en el mundo de la poesía, no acertaban á comprender que á los bellos tipos que nos ha legado la antigüedad podian añadirse tipos nuevos, no ménos abundantes en belleza. Y, sin embargo, en la esfera misma del clasicismo encontramos diferencias muy notables, ora entre la escuela herreriana y la de Melendez, ora entre la sequedad y prosaismo de los Iriartes y el grandilocuente arrebato y la viril energía de nuestro admirable Quintana. Estas, como todas las escuelas, me parecen aceptables y hasta plausibles, no sólo cuando, rindiendo culto á la verdad, realizan la belleza, sino cuando se mueven en su propia esfera de accion sin aspirar al despótico dominio de todos los gustos é inteligencias. Por el contrario, cuando se empeñan en falsear el natural desarrollo de los ingenios para hacer prevalecer las prescripciones de un dogma falible, sujeto á mil intercadencias sociales; cuando proscriben y anatematizan todo lo que no se ajusta y concierta al tenor de sus caprichos; cuando sofocan el vivo impulso de los sentimientos del alma para encajarlos en una forma de expresion más ó ménos atildada, más ó ménos erudita, y muchas veces opuesta á la que les hubiera dado la inspiracion entregada á la fecunda libertad de su razonable albedrío, lo que pudo ser saludable se convierte en pernicioso, y los rigores del sistema acaban por anular y confundir á los que no son gigantes.

De que el Duque de Rivas habia de llegar á serlo algun dia tenemos más de un ejemplo en la primera parte de este volúmen. Si no hubiesen existido en él tales gérmenes no habria podido salir de la nulidad en que, viciada su propia índole y desnaturalizadas las condiciones esenciales de su ingenio, habria llegado á sucumbir, como sucumbe el pez fuera del agua, como sucumbe el hombre sumergido en la inmensidad de los mares. Pero el arranque de su númen era superior á estas cadenas, y sólo necesitaba el estímulo de un gran móvil para dar cuenta de sí mismo, demostrando que, aun sin salir del estrecho círculo trazado por sus maestros, aun sin abandonar la forma tradicional, por decirlo así, que se le habia recomendado como única susceptible de perfeccion, era capaz de remontarse á mucha altura, merced á los vivos ímpetus del corazon abrasado en el noble fuego del patriotismo.

Hé aquí de qué modo se expresa al ver el magnífico espectáculo que ofrecen las provincias de España armadas al grito de independencia contra el artero invasor que quiso amarrar nuestra patria al carro de sus victorias:

«Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.»

Y más adelante, al cantar la *Victoria de Bailén*, exclama:

«Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por do quier: desde la frente
De la enriscada sierra
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La lívida Belona
Con sangriento clarin guerra pregona.»

Ni se limita á implorar el favor de las deidades que la fraseología poética del clasicismo emplea simbólicamente, y que, dando esmalte en ocasiones al lenguaje de la fantasía, son de todo punto ineficaces para expresar los verdaderos ímpetus del corazon. Arrebatado en alas del patriotismo, guiado por el sentimiento religioso, que, enlazado al de la independencia nacional, fué á principios de este siglo origen de tantos gloriosos hechos, de tantas acciones heróicas, se olvida de Júpiter, de Marte, de todos los símbolos mitológicos que le habian enseñado á invocar en las escuelas, y grita con el vigor de quien siente arder fuego divino en su alma:

Alzad á Dios las manos, ¡oh naciones!
A quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
Tambien lo es de su nombre sacrosanto.
Y con fragor tremendo
Del huracan sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,
Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento;
Que Jehová empuña la trisulca llama,
Y por los rudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos
Que corren á la lid, y dice: «Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea.»

En estos acentos prorumpe al ver á *Napoleon destronado*. De este modo patentiza el error de los que aseguran que la poesía se alimenta exclusivamente de ficciones. Tan cierto es que no existe móvil de inspiracion semejante á la exaltacion de los sentimientos verdaderos.

Vemos, pues, que los más gratos acordes de la lira de nuestro poeta, los que á mayor altura lo levantan y más vivamente impresiona el ánimo de los lectores, en este su primer período, son los que le inspira la musa del patriotismo; los que, sin abandonar todavía la forma clásica, participan en cierto modo del vigor natural característico en la escuela á que despues se ha dado el nombre de romántica. Y ya que he tocado en este asunto, permítaseme apuntar algunas ideas no del todo ajenas al propósito de estos renglones.

En mi concepto la escuela clásica, lo mismo que la romántica, lo mismo que todas las escuelas, se halla subordinada á condiciones de que ninguna puede prescindir, y que, en último resultado, dividen los productos del saber y del ingenio, sean cuales fueren su índole y circunstancias, en dos grandes secciones, únicas bien definidas y por naturaleza inmutables. Para establecer esta division, que alcanza á todos los sistemas y que no excluye ningun género de originalidad, basta un criterio recto, desapasionado, libre de exclusivismo tiránico, apto para examinar las cosas á su verdadera luz, fuerte para no ceder á exigencia de ninguna clase, bastante imparcial, en una palabra, para discernir lo *bueno* de lo *malo* bajo todos sus caracteres posibles, condenando sin piedad lo segundo y enalteciendo lealmente lo primero. Esta division, que nadie puede rechazar, porque, bien mirado, no hay otra lógica y razonable, es el faro que debe servir de guía á la crítica actual en el flujo y reflujo de gustos y de sistemas que se han disputado el cetro de la poesía de ochenta años á esta parte. No es, pues, caprichoso ni arbitrario el condenar la aplicacion que de los rigurosos preceptos llamados *clásicos* se ha hecho en ciertas y determinadas épocas, sofocando la originalidad de ingenios templados para otra cosa. El clasicismo, en cuanto á la forma de expresion, tiene exigencias que se fundan en los más sanos principios y que deben ser siempre acatadas. No podemos ni queremos negarle esta excelencia, que ha dado muchas veces larga vida á pensamientos triviales. Pero semejantes exigencias, justas hasta cierto punto con relacion á la forma, no deben ascender á la region de la idea; porque si se da tal latitud al principio de imitacion, haciendo que los escritores sean unos reflejo de otros y obligándolos á marchar juntos por igual sendero, la monotonía que no puede ménos de producir la contínua repeticion de unas mismas cosas, acabará por empalagar á todo el mundo.

La gran dificultad del arte consiste en hermanar el fondo con la forma, de suerte que la idea resulte vaciada en el molde que mejor la determine; consiste, más principalmente aún, en expresar la verdad, sin alterar su naturaleza en nada, con los encantos seductores de la poesía. Dígalo, sino, Quintana; dígalo Gallego, cuya forma de expresion es de una belleza insuperable; dígalo el Duque de Rivas; díganlo, en fin, cuantos poetas sintieron agitado su corazon y exaltada su fantasía al grito regenerador de independencia: grito que habia de levantar nuestra raza de la postracion en que se hallaba, á efecto de la esclavitud en que habia yacido por espacio de tres siglos, y que, presentido por Quintana, dió por resultado la vigorosa poesía que pudiéramos llamar *de la guerra de la independencia*, admirable por la verdad, sublime en ocasiones por la clásica belleza de la expresion, eterna en la historia de nuestra patria por el calor en cierto modo romántico de sus libres y elevados pensamientos (1).

Ménos atrevido que en estas composiciones, don Angel Saavedra (para quien la historia de la Edad media era fuente inagotable de poesía, bien que no acertase aún á comprender toda la que encerraban los elementos fundamentales de aquella civilizacion reconstructora), se limita en *El Paso honroso*, miniatura de epopeya caballeresca, cuyo héroe es el famoso D. Suero de Quiñones, á combinar unas cuantas descripciones de encuentros y reencuentros, llenas á veces de verdad, no tan variadas como fuera de apetecer, escritas en octavas donde la más fácil y gallarda elocucion suele verse deslustrada por la flojedad y el prosaismo, así en la diccion como en los versos. Pero aunque el asunto del poema raya en insignificante de puro sencillo; aunque en él no falta el amanerado sueño, de rigor en esta clase de obras; aunque las visiones que la fantasía del poeta presenta á la de D. Suero no pasan de ser paráfrasis más ó ménos acertada de la bellísima *fábula del Genil* del antequerano Espinosa, no por eso desagrada su lectura, ni hubiera sido justo condenar al fuego la casta pintura del tímido amor del héroe, y de la esquivez, más aparente que real, de la hermosa por quien suspira.

De igual timidez en la contextura del plan y en las imágenes y pensamientos participan las demás composiciones de nuestro autor anteriores á la que se titula *El Desterrado*, escrita en 1824 á bordo de un buque inglés, en el momento de abandonar á pesar suyo la madre patria. En ellas se encuentra cierta vigorosa espontaneidad y cierta frescura de color que son comunes á todas las producciones antiguas y modernas, clásicas y románticas del Duque de Rivas. Pero exceptuadas las patrióticas que he citado, y alguna que otra animada del mismo generoso espíritu, casi ninguna se sostiene á la altura conveniente, y pecan, ya en amaneradas, ya en vul-

(1) Entre estos poetas merecen especial mencion el Duque de Frias, Lista y Arriaza, á quienes el patriotismo arrancó tambien cánticos inmortales.

gares, ya en desaliñadas é incorrectas. En todas, sin embargo, se descubren destellos de la luz que, andando el tiempo, habia de convertirse en fanal de una revolucion literaria. En todas se ven rastros del antagonismo latente entre el espíritu liberal, ingénito en el poeta, y la subordinacion á los preceptos que habian sido norma constante de sus trabajos, y que iban insensiblemente perdiendo gran parte de su fuerza, á medida que arraigaban en nuestro suelo, vigorizadas por la lucha, las ideas políticas destinadas providencialmente á regenerarlo.

Se ha dicho más de una vez, y por motivos muy diferentes, que la virtud se acrisola en la desgracia; que los varios accidentes de la vida son la mejor enseñanza del hombre. Lo mismo sucede con el ingenio. Para que la imaginacion no se malogre en esfuerzos impotentes es necesario alimentarla con impresiones variadas, herirla y exaltarla naturalmente en el espectáculo del mundo, no exigirle que saque de sí misma todos los recursos que haya de poner en accion, ni que pinte afectos cuya influencia jamás haya experimentado. Una vida tranquila y uniforme rara vez da por resultado las enérgicas concepciones que nacen de la sincera expresion de los sentimientos combatidos en el mar tempestuoso de la sociedad y sujetos alternadamente á diversas aventuras. De esta verdad son elocuentes pregoneros la composicion arriba citada, *El Sueño del proscrito* y *Florinda*, poemas engendrados en el destierro, y en los cuales, ménos sumiso á los preceptos de escuela y á la estricta imitacion, el poeta demuestra más originalidad y osadía y empieza á escribir con inspiracion propia. Una observacion lo dará á conocer en cuanto es posible, ya que, por la índole misma de este escrito, me veo privado de examinar detalladamente las diversas obras que componen la Coleccion que me ocupa.

Sin salir de una sola de las citadas, del poema que se titula *Florinda*, hallaremos, comparándolo con otro anterior de la misma especie, que hay una gran exactitud en lo que más arriba he dicho. Y sino, parangónese su plan con el de *El Paso honroso*, que tambien tiene aspiraciones épicas; examínense los recursos de que el autor se vale para desenvolver y graduar el interés de la accion en ambos poemas; véanse los elementos humanos que los constituyen, y, sin tocar en la mayor novedad y grandeza de los símiles, en la intension con que están bosquejados los caracteres, en la variedad de las descripciones, en los resortes sobrenaturales, en el número y oportunidad de las sentencias, y, muy principalmente, en la mayor fluidez y lozanía de la versificacion, se comprenderá desde luégo la inmensa distancia que separa á *Florinda* de *El Paso honroso*. En una cosa, no obstante, se identifican estas dos obras: en la severa unidad que las distingue, fruto de la clareza de términos con que en ellas está distribuida y desenvuelta la accion. Esta cualidad, que tanto avalora los productos del entendimiento, y que, en mayor ó menor grado, resplandece en todas las producciones del Duque de Rivas, es indudablemente consecuencia de su educacion clásica, y sólido fundamento de grandes aciertos y perfecciones en el segundo período de su existencia poética.

Si es cierto que la belleza es hija muchas veces de los contrastes, no hay duda en que el autor ha acertado á realizarla, presentando algunos en su poema dignos del mayor elogio: tal es, entre otros, el que resulta cuando Florinda abrasada en impuro amor, luchando con la acerba idea de haber deshonrado á su padre, busca alivio á sus tempestuosos dolores en la soledad de los campos, á la tibia claridad de la luna, y llega providencialmente á presenciar el espectáculo del sencillo amor de dos almas puras; del encanto inefable de la felicidad pastoril, que se agrada y satisface en el cultivo de los tiernos sentimientos; de la serena paz de la conciencia, ni envidiosa ni envidiada por los poderosos, envidiadísima en aquel momento por la infeliz criatura destinada fatalmente á originar la pérdida de su patria. Esta manera de concebir el arte revela que el ingenio del autor se ha engrandecido y acrisolado en el destierro, y que la enseñanza de las propias amarguras y el libre ejercicio de la inteligencia, en pueblos más ilustrados y civilizados que lo era el nuestro, no han sido perdidos para su alma. Tambien merecen especial mencion la pintura de la llegada del conde D. Julian á la barca de los pescadores, en la que, á pesar de las justas reflexiones de estos y de la deshecha borrasca que agita tumultuosamente las olas,

«Huye de España, sin saber á dónde;»

la de Rodrigo en el castillo de Hércules habitado por Ruben, fantástica y digna del enérgico pincel de Shakespeare; y, por último, la aparicion de Mahoma á Muza, descrita en estas hermosas octavas:

«Armas, despojos, rayos de la guerra,
Famas de altas naciones y fortuna
Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
Miéntras su frente escóndese en la luna.
Arde el Coran, que al universo aterra,
En medio de su pecho, cual laguna
De encendidos metales, y parece
Que á su presencia el orbe se estremece.

»Muza pasmado la rodilla inclina,
Postrando contra el suelo su semblante,
Cuando la colosal diestra encamina
El gran espectro, y le ase del turbante;
Y, las nubes hendiendo, le avecina
A Abila peñascoso en corto instante,
Y párase con él en la alta cumbre,
Que temblando abortó tartárea lumbre.»

¡Cuán otro es este poeta del que invocaba candorosamente al dios Pan, ó seguia de cerca los giros y pensamientos de nuestros antiguos clásicos! En el presente poema no se ven ya copias de copias, estrictamente ajustadas á un mismo tono, sino estudio de la naturaleza y del corazon, tonos verdaderos, tan clásicos como se quiera, pero que tienen vida propia, que son clásicos por sí mismos, no por el prestado reflejo de otros escritores. En suma, *Florinda*, cuyo plan es harto diminuto con relacion á la magnitud del sujeto, no sólo supera en importancia á las anteriores producciones de nuestro autor, sino declara palmariamente que su espíritu empezaba á encontrar el camino donde la madurez de los años y nuevos y más liberales estudios, unidos al amoroso recuerdo del suelo natal, habian de ofrecerle poco despues ancho campo de inspiraciones originales, y cosecha nada escasa de laureles imperecederos. Claro es que *Florinda* dista mucho de llegar á las condiciones de una verdadera epopeya, para lo cual el asunto se prestaba maravillosamente; pero hasta la eleccion misma de este asunto prueba que el poema á que se alude, terminado durante la permanencia del autor en la isla de Malta, es el punto en que se refunden las antiguas y las nuevas doctrinas del poeta, así como aquella roca, denominada por algunos *flor del mundo*, sirve de punto de transicion y de enlace entre la Europa y el Africa.

La permanencia del Duque de Rivas en Malta fué importantísima para su ingenio, porque contribuyó poderosamente á despertar en él los gérmenes que hasta entónces habian estado sofocados ó adormecidos; gérmenes en cuya expansion se cifraba su gloria futura, y que alentaron y convirtieron á su verdadero centro de actividad, ya los ilustrados consejos de Mr. Frere, ya el estudio de modelos como Shakespeare, Byron y Walter Scott. Fruto de las ideas debidas al trato frecuente con las obras de estos inmortales maestros son, no solamente las composiciones tituladas *El faro de Malta*, *La sombra del Trovador*, *La maledicencia*, *A mi hijo Gonzalo*, y cuantas brotaron en la fantasía de nuestro D. Angel hasta 1833, sino su interesante poema-leyenda titulado *El Moro expósito*, y gran parte de sus bellísimos *Romances históricos*. En aquel, en estos, y, más que en todo, en su admirable drama *D. Alvaro*, es donde el Duque de Rivas se remonta á la esfera de los más altos ingenios; donde, sobreponiéndose á toda imitacion servil, encuentra la verdadera originalidad, no fundada, como algunos ignorantes suponen, en decir lo que nadie ha dicho, sino en combinar los elementos que existen en la naturaleza, en la historia, ó en el mundo de las ficciones consagradas por la fama, infundiéndoles nuevo ser, haciéndolos servir á distintos fines, y revistiéndolos de un carácter cuyos elementos vitales sean hijos exclusivamente del poeta.

Pero dejemos para más adelante el hacernos cargo de estas obras (aunque la circunstancia de ir cada seccion de ellas acompañada de un juicio crítico particular me obligue á restringir el mio á muy breves términos), y vengamos á las demás composiciones que completan y coronan este volúmen, cuyo sumario exámen es el principal objeto del presente *Prólogo*.

El autor, que en Malta habia tenido ocasion de familiarizarse con las grandes creaciones del romanticismo inglés, y que habia aprendido en tal escuela á estimar debidamente el alto mérito de nuestros admirables dramáticos del siglo XVII, calumniados y escarnecidos por los aristarcos preceptistas de la manera imitatoria, dejó aquella isla para trasladarse á Francia, cuando la revolucion poética iniciada en Alemania por Klopstock, Wieland y Lessing, llevada á su mayor apogeo por Goethe y Schiller, y canonizada y reducida á fórmula preceptiva por Federico y Augusto Guillermo Schlegel, acababa de estallar con inaudito vigor en los cantos de Víctor Hugo y Lamartine y en los dramas de Dumas, merced á las semillas oportunamente derramadas por Chateaubriand, Constant y Madama Stael; gracias á los tímidos pero progresivos ensayos de algunos otros autores. Esta revolucion, que ha ejercido tanta influencia en Europa, y á la que en realidad debemos los españoles la libertad del ingenio y la emancipacion de la crítica; esta revolucion que ha puesto en movimiento y hecho circular por el mundo literario ideas liberales que en los siglos anteriores se hubieran estimado sacrílegas; esta revolucion que, aceptando la multiforme variedad de los gustos nacionales, abolia para siempre el absurdo principio de la imitacion y favorecia el desarrollo poético de la verdad, no podia ménos de herir vivamente la imaginacion de nuestro poeta, templado como el que más para comprender y seguir el impulso de su corriente regeneradora.

No seré yo de los que pongan en tela de juicio, y mucho ménos en este lugar, la debatida cuestion de *clásicos* y *románticos*. Aceptando estas denominaciones (porque es imposible revocar la existencia de lo que realmente ha sido), y conociendo cuánto hay de perjudicial y de erróneo en la exageracion de los principios que pretenden ser absolutos, creo, como ya lo dejo indicado, que por todos los caminos se puede llegar á la realizacion de la belleza; que todas las formas son buenas cuando expresan bien el pensamiento; pero creo tambien que cada ingenio tiene su índole peculiar, en armonía con el fin á que la Providencia lo destina, y que la del Duque de Rivas, llamado á regenerar con nuevo aliento nuestra poesía y nuestra escena, debia inflamarse y enriquecerse con el fogoso caudal de las teorías y creaciones románticas que luchaban á la sazon por el predominio en aquel gran centro de la civilizacion del mundo. Allí, no sólo admiró el espíritu que animaba á los grandes regeneradores franceses, tan injustamente denostados por la crítica sistemática, sino acabó de comprender el verdadero rumbo que debia seguir para llegar á la originalidad que nunca muere, siendo profundamente español, buscando y hallando en el estudio de nuestros antiguos romanceros y cancioneros, en nuestra caracterizada y enérgica poesía popular, torpemente desatendida por el fanatismo y la ignorancia, tesoros inagotables.

Consecuencia de este modo de ver las cosas, de las hondas impresiones recibidas al visitar nuevamente los lugares donde habian corrido los verdes años de su juventud, y de la plácida embriaguez que experimentaba su imaginacion bajo el hermoso cielo de Nápoles, son las poesías que componen el último tercio de este primer tomo; poesías que salieron á luz en 1851 bajo el título de *El crepúsculo de la tarde*, acompañadas de la preciosa leyenda titulada *La azucena milagrosa*, y que (escritas muchas de ellas en medio del estruendo de la revolucion italiana de 1848) son las mejores del autor por el pensamiento, la sobriedad, el sentimiento y el estilo. Lástima que no sean todas igualmente correctas, y que las deslustre á veces la suma llaneza del lenguaje ó lo escabroso y duro de algunos versos: pero esto es producto de la extremada facilidad y abundantísima vena del poeta, de su ningun apego á corregir lo que engendra y formula de un solo arranque su siempre jóven fantasía.

En estas composiciones se advierte, no sólo que el autor campea en terreno conocido y goza de la misma libertad que ha conquistado su patria, sino que, encargado de representarla en uno de los países más poéticos del globo, sabe utilizar gallardamente su poesía, enriqueciendo su paleta con colores de singular brillantez y elevándose á contemplaciones filosóficas de la mayor trascendencia. Además, el íntimo consorcio de las lenguas italiana y española, y el ejemplo de líricos tan ilustres como Manzoni, Campagna y Leopardi (el último de los cuales excede á Píndaro en grandeza y arrebato) habian necesariamente de influir de un modo beneficioso en las inspiraciones de nuestro poeta, despertando en su corazon peregrinas armonías, haciéndole prorumpir en cánticos animados por la llama que siempre vive. Díganlo, entre otras composiciones, la *Meditacion*, dirigida al célebre poeta Campagna; la *Fantasía nocturna*, abundante en riqueza descriptiva y en profundos pensamientos; *La Vejez*, de admirable unidad en su gráfica variedad, y rebosando en conocimiento de la sociedad y de los hombres; y, por último, la original y animada elegía titulada *Elvira*, de austera moral y rica en maravillosos rasgos de ternura. Todas ellas son lo que hoy debe ser la poesía lírica: sentimiento individual, y al mismo tiempo expresion legítima y verdadera de la civilizacion que la produce. Todas se encuentran análogamente á la altura de las más levantadas creaciones de nuestro antiguo parnaso. Todas acreditan que el Duque de Rivas no es un poeta vulgar, y que pueden aplicársele exactamente los versos de Calpurnio colocados á la cabeza de estas líneas:

«Non pastor, non hoc triviali more viator,
Sed Deus ipse canit: nihil armentale resultat:
Non montana sacros distinguunt jubila versus.»

Ya hemos visto de qué modo el que habia derramado su sangre por la patria, combatiendo primero por la independencia, luchando despues por la libertad, y mereciendo siempre el renombre de *galan, valiente* y *discreto* con que distinguió Mira de Mescua al héroe de una comedia famosa, consiguió (aleccionado por la adversidad y engrandecido su espíritu en los azares de la proscripcion) hallar el secreto de su propia fuerza en el libre desahogo de la fantasía y en el castizo vigor de un acendrado españolismo. Sin embargo, esta última cualidad, la más importante acaso de nuestro poeta, la que

más ha contribuido á que fructificase su ejemplo, no podrá ser apreciada en toda su latitud, si nos concretamos á buscarla exclusivamente en la poesía lírica, destinada por naturaleza á satisfacer la necesidad que experimenta el alma de contemplarse en la expresion de sus propios sentimientos; ineficaz para recorrer de un vuelo el vasto y complicado conjunto de los afectos é intereses populares de una gran nacion; personalísima, como resultado de la emocion particular de un solo individuo. Por el contrario, el *poema*, la *leyenda*, el *romance histórico* y el *drama* contienen elementos que pueden darnos á conocer latamente lo que la lírica nos revela de un modo exiguo. Apelemos, pues, á ellos, y veremos con cuánta razon ocupa el Duque de Rivas el primer lugar entre los regeneradores de la poesía española de nuestros tiempos.

Su obra poética de más importancia y magnitud, descartadas las dramáticas, es, sin duda alguna, *El Moro expósito*, poema-leyenda escrito bajo el influjo de las nuevas teorías y destinado á servir de bandera en la revolucion literaria, consecuencia natural de la revolucion política realizada no bien dejó de existir Fernando VII. Esta obra, empezada en Malta y concluida en Paris, es única de su especie en nuestro parnaso: no se parece á nada de lo que la ha precedido; está muy por encima de cuanto se ha escrito despues en tradiciones análogas. Mucho siento que los estrechos límites de un proemio no me permitan examinarla detenidamente, ya que el brillante prólogo de D. Antonio Alcalá Galiano con que salió á luz por primera vez, y que ha de acompañarla en la presente edicion, es, más que exámen detenido de sus bellezas y defectos, apreciacion general de doctrinas y de sistemas. Pero aun á riesgo de dar en prolijo y de parecer difuso, he de apuntar algunas ideas de las que ha despertado en mí su lectura, bien que fuera necesario dilatarse en graves consideraciones para valorar con exactitud los quilates de su mérito.

Término medio entre la epopeya y la novela; engalanado alternativamente con los atributos de ambos géneros, y ostentando rasgos líricos de belleza extraordinaria, *El Moro expósito* se halla revestido de un carácter particular, no bien definido todavía, aunque propios y extraños lo hayan examinado y juzgado repetidas veces. Ligado á la verdad divina por el espíritu providencial que lo corona; á la verdad humana por la pintura y desarrollo de los caractéres y pasiones; á la verdad circunscrita de la historia por el colorido, y á la verdad poética por las descripciones é imágenes, el poema en cuestion (novela en cuanto á la distribucion de los sucesos, y de un interés y movimiento dramático más activos de lo que exige la epopeya) difiere extraordinariamente de los poemas antiguos, y satisface, no obstante, las condiciones de tal epopeya, presentando el conjunto de las creencias, hábitos, costumbres é ideas de la España del décimo siglo. Épico en la unidad del asunto; en las variadas personificaciones de dos razas incesantemente en pugna; en el fiel retrato de la vida íntima y de los elementos sociales de dos pueblos diferentes, y en el contraste que resulta de dos civilizaciones distintas (hijas de dos religiones diversas), desarrollándose simultáneamente en un mismo suelo, falta á lo que exige este linaje de poemas, en la carencia de concentracion de sus fundamentos esenciales y en la demasiada independencia relativa de las partes de que se compone. Sin embargo, los caractéres de los personajes que intervienen en la fábula se hallan, generalmente, individualizados con raro acierto, y las pasiones están pintadas, hasta en sus menores detalles fisiológicos, con la elocuente verdad de la naturaleza. Por eso al leer esta interesante produccion, basada en el trágico suceso de los siete infantes de Lara y en el castigo providencial de Ruy-Velazquez, nos sentimos transportados á las remotas edades que pone en relieve, y se nos figura haber nacido con Mudarra entre la pompa oriental de los Califas, en las feraces campiñas de Córdoba, ó asistido, en medio de la aridez y pobreza de Castilla, al hogar de aquellos hombres de hierro, tan duros é implacables en sus venganzas.

No diré yo como un distinguido crítico francés (1), acaso el que más imparcialmente y elevándose á más altas consideraciones ha analizado esta obra, que bien examinado su desenlace (rápido, imprevisto, y, en su concepto, como en el de algunos críticos españoles, poco motivado y *mal traido*), hallaremos que la Fatalidad se muestra en él bajo un carácter particular, y que lo más incontestablemente bello de *El Moro expósito* es la parte lírica. Concediendo, porque es justo, que la accion carece en cierto modo de una gradacion lógica bien determinada, y prescindiendo de la primacía que se otorga á los rasgos líricos del poema (porque es cuestion de gusto, para ventilada en otra arena con mayor espacio), debo asegurar, restaurando los hechos á su verdadera luz, que semejante apreciacion del desenlace de esta obra es completamente equivocada. Donde el crítico francés no ha visto sino efectos de la ciega mano de la *Fatalidad;* donde críticos españoles de nombradía notan falta de preparacion y de acierto, podrá encontrar cualquiera que fije en ello la consideracion detenidamente, no sólo una peripecia dramática muy verosímil, sino el complemento racional de la idea generadora del conjunto, reducida á manifestar simbólicamente la justiciera sabiduría de la *Providencia.*

Este simbolismo, que no han sabido ó querido ver los censores, y al que ha llegado el autor, quizá sin prévia deliberacion de hacerlo, por una rara intuicion de la filosofía del arte, es tanto más perceptible, de tanta mayor trascendencia, cuanto que se pone á cada paso de manifiesto por medios naturales y sencillos, sacados las más veces del libre ejercicio de las pasiones humanas. Para descubrirlo basta simplemente querer verlo, ya en el errado flechazo del diestro esclavo de Giajar; ya en la infelicidad doméstica de Ruy-Velazquez ó en la pérdida de su hijo, abrasado en el incendio de su palacio; ya en el frustrado envenenamiento de Mudarra; ya en las imprecaciones de Elvida, que roban serenidad y esfuerzo al Sr. de Barbadillo; ya en la peripecia final, que arrebata el enamorado mancebo la dicha de enlazarse con la que adora, á cuyo padre ha dado muerte. Esta especie de remordimiento que nace, crece y sofoca por un momentáneo arranque de respeto filial (único modo de lograrlo) una pasion verdadera; este voluntario sacrificio tributado por Kerima á la memoria de su padre (causa de sus desventuras, pero padre suyo al fin y muerto á manos del que idolatra), es de gran belleza moral y deja honda impresion en el ánimo de los lectores.

Por lo demás, apartando el prosáico amaneramiento en que el autor se deja caer algunas veces; la exuberancia de lirismo con que otras embaraza la narracion; la viciosa contraccion de los diptongos en que incurre con frecuencia, dando ocasion á versos duros y malos; la excesiva prolijidad de varias descripciones, y el poco partido que ha sacado de ciertos contrastes, apénas indicados someramente; la poética diversidad de tonos que emplea y el tacto exquisito con que busca y encuentra el origen de lo maravilloso en un resorte peregrino, en la superstición, tan general en el pueblo de aquellos tiempos, imprimen en este poema (aun sin pararnos en el espíritu profundamente español que lo anima en la esencia y en la forma) un carácter exclusivamente suyo, sean cuales fueren las ráfagas de aires extraños que hayan podido mezclarse á la atmósfera que le da vida. En resúmen: *El Moro expósito* es la síntesis de la Edad media española, en uno de sus períodos más laboriosos de lucha y de reconquista, juzgada con severa imparcialidad, resucitada, por decirlo así, con sus vicios y virtudes, con sus preocupaciones y creencias, con su heroismo y su barbarie, con toda su poesía. ¿Qué espectáculo más ingenioso, más patriótico, más eficaz para despertar de su letargo á los que por tantos años habian dormido el sueño de la imitacion exótica?

Y si de *El Moro expósito* pasamos á las obras representables, cuya influencia en el público es más inmediata y activa que la de todos los demás géneros literarios (como que se dirige á la vez á gran número de personas), aun nos parecerá más clara la diferencia que se advierte entre el Duque de Rivas clásico y el romántico, entre el imitador y el que vuela con libre impulso; aún se hará más perceptible á los ojos del ménos perspicaz el influjo provechoso y decisivo de su ejemplo en el cambio de las doctrinas dramáticas, en el nuevo rumbo seguido por los ingenios consagrados al cultivo de la escena.

Las obras, ó, hablando con más propiedad, los *ensayos* teatrales de la primera época de nuestro autor, que han llegado á mi noticia, consisten en las tragedias *Ataulfo, Aliatar, Doña Blanca, El Duque de Aquitania*, y *Malek-Adhel*, escritas desde 1814 á 1821, y publicadas las dos últimas en el tomo segundo de la segunda edicion de sus *Poesías*, que dió á luz en Madrid este mismo año (2). En 1822 entregó al fallo del público de la corte una nueva tragedia, *Lanuza*, que fué extraordinariamente aplaudida, y durante su permanencia en Malta (de 1825 á 1830) escribió otra que no conozco, *Arias Gonzalo*, y la comedia *Tanto vales cuanto tienes*, cimentada en el mismo pensamiento de la que se titula *Oros son triunfos* (tambien imitada ó medio traducida de una extranjera), y medianamente clásica.

No hablaré de las tres primeras tragedias de que hago mérito, porque no tengo á la vista ni *Ataulfo* ni *Aliatar*, y el autor perdió en los desastres políticos de 1823 el manuscrito de *Doña Blanca*. Pero basta para formar juicio de sus calidades conocer lo que escribia en 15 de marzo de 1819 uno de los hombres más autorizados entónces por su erudicion y buen criterio, don Antonio Ranz Romanillos, distinguido traductor de las *Vidas paralelas* de Plutarco (3).

Comparando el benévolo dictámen de este sabor crítico de la escuela clásica con las dotes que realmente caracterizan á *El duque de Aquitania, Malek-Adhel* y *Lanuza*, se puede fácilmente venir en conocimiento de la limitada importancia de tales ensayos, en los que, sin fuerzas aún para salir del angosto cauce de la imitacion, aspira el poeta á conseguir *cierta originalidad*, presintiendo instintivamente el verdadero destino de sus facultades. No quiere esto decir que las obras trágicas á que aludo sean relativamente inferiores á la generalidad de las que entónces se escribian; pero ni alcanzan el vigor y pintoresco estilo de las de Cienfuegos, ni rayan á la altura del *Pelayo*, de Quintana, ni la más popular y aplaudida de todas ellas, la que tiene cierto calor verdadero, debido al espíritu patriótico que la produjo, llega á competir con *La*

(1) Mr. Cárlos de Mazade. Véase la *Revue des deux mondes* perteneciente al 15 de Enero de 1846.

(2) La primera se hizo en Cádiz en 1813, y el primer tomo de la segunda se imprimió tambien en Madrid en 1820.

(3) Los lectores agradecerán sin duda que les trascriba á continuacion parte de la carta á que se alude en el texto, que todavía se halla inédita. El señor Ranz Romanillos, respondiendo desde Cádiz á una consulta del autor, se expresa del siguiente modo:

«Todo lo demás que V. dice sobre el sistema que ha adoptado para escribir tragedias que no sean calcadas sobre un particular modelo, sino que lleven consigo cierta originalidad, guardando en ellas escrupulosamente la verosimilitud, contrastando los caractéres, observando las reglas de las unidades, acrecentando el interés en la proporcion del progreso de la fábula, disponiendo un desenlace el ménos artificioso posible, tomando del teatro francés y del italiano lo que respectivamente es laudable en cada uno, y cuidando de que el lenguaje sea puro, correcto y adornado convenientemente segun el género de poesía que se cultiva: todo esto repito á V. que está maravillosamente pensado, y tambien vuelvo á decir que hallo en V. grandísima disposicion para ejecutarlo, hasta donde á nuestra limitacion le es dado alcanzar. Por tanto, léjos de aconsejar á V. que se contente con los ensayos hasta aquí hechos, le exhorto cuanto puedo, á que prosiga sudando en esta arena con la esperanza de ser coronado.

»En las muestras que V. ha dado, las acciones están bien conducidas; no hay escenas supérfluas; el diálogo es animado, fluido y muy sostenido; y si hay descuidos, no son de los muy reparables en que se falta á las reglas del arte, que ya es muchísimo. Del principio trascendentalísimo de no perder de vista la verosimilitud, se derivan las más de ellas, y V. es cuidadosísimo en guardarla, lo que dará siempre mucho valor á sus composiciones. Las reglas, empero, más se ocupan en precaver defectos que en prescribir bellezas. Dicen, cuando más en la parte positiva, que tales y tales lances, como los reconocimientos y mudanzas de fortuna, bien preparados y manejados hacen maravilloso efecto; pero no señalan ni pueden señalar el momento oportuno de su uso, y en esto está toda la dificultad. Así las reglas no abren ni despejan el buen sendero: notan, sí, muy bien los malos pasos donde ya se ha tropezado. Las bellezas las ha de sacar cada uno de su propio fondo; y por esta razon se diversifican tanto en las obras de ingenio los que trabajan en un mismo género, y áun sobre un mismo argumento.

»Pasando ya á hablar, sobre este fundamento, de las dos tragedias, en las que desea V. sea yo su Aristarco, le aseguro con toda la verdad que á mi entender en la de *Doña Blanca* ha sacado V. del asunto todo el partido que era posible. La historia es conocida, y V. se ha valido con maestría de todas sus circunstancias, haciéndolas servir para dar realce á la accion, sobre todo, la aparicion del pastor está muy bien traida y manejada. Tales sucesos son muy propios para acrecer el terror; y en este drama, cuando la historia no le hubiera ofrecido, era preciso haberle inventado, porque faltan todos los otros medios teatrales de grande efecto. Los caracteres, que son los que la historia da á los principales personajes, están bien pintados y sostenidos. Con todo, «en *Doña Blanca*, dice V., me descontenta el que esta infelice reina no interesa tanto como yo quisiera;» y no extraño que V. se explique así, porque yo observo tambien que no interesa segun mi deseo. Contribuye en alguna parte á disminuir el interés en esta tragedia el que la protagonista no puede haberse más que pasivamente en toda ella, no pudiendo poner nada de su parte ni para mejorar ni para empeorar su suerte. Las situaciones apuradas de los personajes principales, sus deliberaciones y sus acciones consiguientes á los riesgos que les amenazan, dan mucho calor al drama, y ponen á los espectadores en una proporcional agitacion. Aquí esta infeliz princesa nada tiene que hacer, y sólo la consideramos como una cordera inocente caida en las garras de un lobo, en cuyo favor se trabaja para que este no acabe de despedazarla. Reflexione V. que estas situaciones, puramente pasivas, de los principales personajes, de suyo son poco trágicas; á no que con ellos hayan de padecer otros que puedan tomar actitud activa, como son los que tienen un deudo natural muy inmediato; en el cual caso toman estos tambien la calidad de personajes principales, que es lo que sucede en el sacrificio de Ifigenia con sus padres.»

viuda de Padilla, de Martinez de la Rosa, escrita á impulsos del mismo espíritu alusivo de *circunstancias*. No obstante, *Lanuza* (aunque en realidad de verdad histórica nada tenga que ver con el justicia de Aragon, víctima de su entereza) se ha sostenido con éxito en nuestros teatros hasta hace poco. Yo mismo la he visto en mis primeros años causar gran sensacion en el público, merced á las alusiones políticas en que abunda y que tan bien respondian á los sentimientos de la multitud, embriagada de placer en los primeros dias de la restauracion liberal de 1834.

Las demás se encuentran, poco más ó ménos, en el mismo caso que *El duque de Aquitania*, cuyo principal personaje es la milésima trasmigracion del espíritu de Orestes (desnudo de la majestad y grandeza con que brilla en la sublime creacion del trágico griego), y cuyo plan es tan demasiadamente sencillo, como gastados los resortes que originan las peripecias, y amanerado en su entonada compostura el lenguaje de los interlocutores.

Cuando el príncipe de nuestros oradores políticos, el terso y abundante Galiano, escribia en Paris el sesudo proemio de *El Moro expósito*, analizando con sagacidad y clareza nada comunes lo que entre nosotros habia sido el clasicismo importado, y los frutos que iban dando en otras naciones las ideas románticas, norma del duque de Rivas al escribir su poema; cuando Toreno, Búrgos, Trueba y Cossío, Martinez de la Rosa, el mismo duque de Rivas, Galiano, Canga-Argüelles y muchos otros españoles ilustres endulzaban las amarguras de la emigracion preparando con estudios y trabajos útiles el renovamiento moral y político de nuestra patria, un escritor sabio, modesto, lleno de entusiasmo por el arte, levantaba su voz en el silencio general, en medio del abatimiento en que yacía la inteligencia dentro de los límites de la Península, aventajando en elevacion de miras á cuantos le rodeaban, para deslindar con profundo conocimiento filosófico las diferencias esenciales de las doctrinas clásica y romántica, predicando arrojadamente la libertad en el corazon del más sofocante absolutismo; abriendo camino á la independencia del teatro en los momentos en que para juzgar las comedias eran buscados los teólogos.

Este hombre, cuyo *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del Teatro Antiguo Español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar* (1) encierra en muy breves páginas lo más fundamental y sustancioso de las teorías regeneradoras; este hombre, ménos popularmente aplaudido que el inimitable Fígaro, aunque de más alcance crítico y de mayor solidez y profundidad en materias filosófico-literarias, no sólo fué el verdadero precursor de la nueva escuela, anticipándose á todos en la predicacion de sus doctrinas, sino rayó en una altura donde no consiguieron rayar despues ni el mismo célebre Larra, ni ninguno de los que al estallar la revolucion poética se encargaron de dirigir la opinion ó de aleccionar é instruir á los fervorosos cuanto inexpertos sectarios de la nueva ley. Sin los esfuerzos heróicos, no bien apreciados todavía, de D. Agustin Durán, para quien la poesía *no es otra cosa que el modo ideal de expresar los sentimientos humanos* (2); sin la singular constancia con que se lanzó á la arena como campeon firme y decidido de nuestro antiguo teatro y del espíritu eminentemente cristiano, nacional y libérrimo que lo produjo; sin sus vastos conocimientos estéticos, difundidos ardorosamente cuando nadie se curaba en España de tales cosas, tal vez hubiera sido más difícil á la dramática de la regeneracion naturalizarse en nuestro suelo; acaso hubiera escandalizado más á ciertos espíritus meticulosos y rutinarios la aparicion en la escena del teatro del Príncipe del gigantesco drama original del duque de Rivas titulado: *Don Alvaro ó la fuerza del sino*.

Hasta que surgió esta obra, no indefinible, como algun crítico ha dicho, sino clara y definible sobre todas las de su especie, el romanticismo se habia limitado entre nosotros á importar algunas de Dumas, Víctor Hugo y Delavigne, las primeras de las cuales causaron en la multitud un verdadero estupor, y gritos de indignacion y de espanto en la crítica *petrificada*. Es verdad que *La Conjuracion de Venecia*, de Martinez de la Rosa, y el *Macías*, de Larra, precedieron á *Don Alvaro*, insinuándose favorablemente en el ánimo del público; pero aunque abandonaban el carril antiguo y eran fruto del aliento regenerador, carecían del vigoroso espíritu que consuma una revolucion de un solo golpe, decidiendo para siempre de los destinos de un sistema. Por otra parte, en *La Conjuracion de Venecia* y en *Macías* se advierte timidez, recelo de herir muy desembozadamente la susceptibilidad de las tradiciones consagradas; y en literatura como en política la indecision es la muerte, sobre todo en épocas en las que son bastante activas de suyo las necesidades del mayor número para no consentir que sirva de rémora á sus expansiones el nimio y calculado propósito de una contemporizacion insuficiente.

Don Alvaro presenta una nueva faz de la idea generadora de *El Moro expósito*, desarrollada en más ámplia esfera y sellada con el sello de una originalidad más profunda; es la verdadera y más valiente personificacion de nuestro romanticismo, no semejante al francés, no identificado con el aleman, distinto del italiano y del inglés, más que en ninguna de sus producciones, en esta peregrina creacion, acaso la más notable por su nacionalidad de todo nuestro teatro. Que *Don Alvaro* no ha sido juzgado todavía segun merece, es cosa que nadie ignora. Que yo no podré hacerlo como es debido, fuera inútil mencionarlo. Pero dejando tal empeño á quien sabrá salir airoso de tanta empresa, voy á cumplir con lo que exige el presente escrito, concretando á las ménos palabras posibles la exposicion de mis opiniones sobre este drama extraordinario.

Inútil fuera describir minuciosamente el giro que ha dado el autor al desarrollo de su feliz pensamiento. En España todos conocen esta obra, asunto de acaloradísimas controversias; y no hay uno de cuantos piensan y leen que no se haya ocupado en enaltecerla ó deprimirla. A extremos tan contrarios se prestan siempre las creaciones que salen de la esfera de lo vulgar y que caracterizan un género por sí solas. Limitaréme, pues, á indicar los fundamentos principales de la accion, para tener un punto de partida al quilatar, de la manera diminuta que me es dado hacerlo, sus singulares condiciones.

Don Alvaro, rico, apuesto y generoso, bien que de misteriosa procedencia á los ojos de todo el mundo, se enamora ardientemente en Sevilla de la hija del marqués de Calatrava. Correspondido en su amor, y deseoso de poseer á la que adora, piensa en ofrecerle su mano; pero el Marqués, de ilustrísimo linaje y mal satisfecho de tales amores, saca á su hija de Sevilla para evitar los progresos de una pasion que no estimaba conveniente. Don Alvaro entónces rinde con oro á los criados de Leonor, y, favorecido por ellos, dispone robarla de la hacienda de su bondadoso padre para desposarse en el pueblo más inmediato. Leonor vacila, pero en el momento en que, fascinada por su amante, se decide á arrostrarlo todo y partir con el que idolatra, los sorprende el Marqués, avisado oportunamente de cuanto ocurre. La indignacion del anciano llega á su colmo viendo al *advenedizo* en la estancia de su hija. Don Alvaro saca una pistola para tener á raya á los criados del marqués. Tiembla Leonor por su padre, tiembla por su amado; y en el momento que éste, reconociendo que aquél *tiene derecho para todo*, se postra á sus plantas arrojando en tierra la pistola, dispárase el arma fatal y hiere mortalmente al Marqués, que espira maldiciendo á la hija desventurada.

Recobrado de las heridas que recibió en aquella noche inolvidable luchando con los fieles criados del Marqués difunto, D. Alvaro sigue las banderas españolas á Italia, persuadido de que su Leonor ha muerto y anhelando sucumbir en los combates. Allí, bajo el nombre de D. Fadrique de Herreros, da cima á las más altas proezas; allí salva la vida al mayor de los hijos del Marqués, que habia ido en su busca con nombre supuesto, ardiendo en sed de venganza; y no bien el lazo de mutua gratitud y simpatía los une en amistad estrecha sin conocerse, cuando el nuevo marqués de Calatrava descubre que su amigo es el seductor de su hermana y matador de su padre, lo insulta, lo desafía y muere á sus manos en el duelo. Leonor en tanto, huyendo de sí misma, se refugia en la vida penitente y procura expiar su falta léjos del mundo y de los hombres, bajo las alas protectoras de la religion, en las intrincadas y casi inaccesibles breñas próximas al famoso convento de los Angeles, situado á media legua de Hornachuelos. A él habia sido trasportado el indiano D. Alvaro, mal herido por unos salteadores, y de él era religioso cuatro años hacía (cumpliendo el voto que formó en Veletri, al escapar del suplicio que le aguardaba por haber muerto á don Cárlos en desafío), cuando se presentó en su celda un embozado caballero. Era don Alfonso de Vargas, hijo segundo del Marqués. Sediento de venganza como su hermano, habia recorrido la América en busca del seductor, habia roto el misterio de su orígen, y venia á perseguirlo hasta en aquel asilo sagrado, donde bajo el nombre de Padre Rafael procuraba expiar la desgracia de sus crímenes. Don Alvaro lucha con las sugestiones infernales y se sobrepone á ellas. Sin embargo, acosado, escarnecido por el último de los Vargas, pierde la fortaleza del espíritu; y, triunfando el instinto de la razon, empuña la espada que aquél le ofrece, sale con él del convento, salvan la cerca que defiende el sagrado asilo de Leonor, y, á vista de la ermita donde vive muerta para todos, á la luz frecuente del relámpago, cruzan los aceros y cae don Alfonso bañado en su propia sangre.

A las voces imperiosas de D. Alvaro pidiendo auxilio espiritual para el moribundo, la mujer penitente, sorprendida en el silencio de su ignorado retiro, hace señal en demanda de socorro y desciende de los riscos á presenciar el más horroroso cuadro. Reconócela D. Alvaro, llámala D. Alfonso, á quien ella corre desalada; y juzgando éste, al verla en aquellos sitios, que vive hipócritamente al lado del matador de su padre, ultrajando su memoria, hace un último esfuerzo y le atraviesa el corazon. La comunidad llega á este punto cantando las divinas oraciones; y cuando D. Alvaro, poseido del vértigo de la desesperacion, sube á una roca y se precipita, la voz de los religiosos se levanta, como perfume celestial que lo purifica todo, clamando: *¡Misericordia, Señor, misericordia!*

Tal es, en resúmen, el fundamento de esta fábula sublime.

Ahora bien: para muchas gentes, y áun para algunas que se precian de instruidas y que lo son, *Don Alvaro* reproduce el fatalismo de los griegos y no tiene más objeto que pintar la impotencia del sér humano para luchar con la predestinacion de su existencia. El autor mismo ha debido creerlo así, cuando ha decorado su obra con el sobrenombre de *La fuerza del sino*, frase que formula una creencia (una supersticion, si se quiere) latente en todos los pueblos del mundo, y que se da á conocer de varias maneras, ya diciendo entre los musulmanes *estaba escrito*, ya entre los cristianos *estaba de Dios* ó *si Dios quiere*. De todos modos, y atento á que no puedo dilucidar este punto, porque fuera indispensable para efectuarlo detenerse en largas consideraciones, debo hacer una observacion que acredita cuán superiores son las intuiciones del genio á los propósitos mismos del hombre, y cómo el rayo divino que las ilumina supera en el momento de la creacion á lo que habian pensado realizar los cálculos del talento.

El autor que, á decidir por lo que expresa el segundo título de su obra, se habia propuesto pintar la tiranía del destino sofocando la libertad de las acciones humanas (que no otra cosa es la supersticion de la *fuerza del sino*, resto de las creencias gótico-arábigas de la Edad media), ha presentado, como ya he dicho, otra faz de la justicia providencial visible en *El Moro expósito*, no abandonando al héroe á los horrores de una predestinacion criminal indeclinable como la de Edipo, sino condenándolo á sufrir las consecuencias del *fatalismo del error voluntario*, digamoslo así, que por una sucesion infalible nos precipita de abismo en abismo cuando la razon no nos detiene al borde de alguno de ellos.

Si D. Alvaro no hubiese intentado robar una hija á su padre, con más ó ménos dignos propósitos, ciertamente que no habria tenido ocasion de hacer uso de la pistola que asesina al marqués de Calatrava. Si Leonor hubiera abrigado la fortaleza que pudo tener para llegar, no empezando por una prematura falta de obediencia, al término de su disculpable amor, no habria sido causa de la muerte de su padre y de la desgracia y pérdida de todos los suyos. No es, pues, la *fatalidad*, no es el *sino* el que impulsa á D. Alvaro, por un sendero del que no pueda apartarse, á labrar su propia desdicha siendo azote de la familia de Vargas. Entre el mal y el bien, entre el sentimiento del deber y el desvarío de la pasion existe gran diferencia, y don Alvaro es libre de escoger el camino que más le plazca. Si escoge mal, ¿cómo ha de lograr el bien? Si deja en todos los trances de la vida que el arrebato de las pasiones se sobreponga al influjo benéfico de la razon, ¿cómo no ha de llegar al término más desdichado? Verdad es que se necesitan fuerzas de gigante para sostener esta lucha, cuando la organizacion material contribuye al alimento y desarrollo de las pasiones violentas; pero, moralmente hablando, todos los hombres están obligados á ser gigantes; todos tienen, si las buscan, bastantes fuerzas en su voluntad, bastante imperio en su alma para sobreponerse á las sugestiones del instinto.

Lo mismo que D. Alvaro nos enseñan D. Cárlos y D. Alfonso. Desde el momento en que reciben noticias de la pérdida de su padre, sólo viven para la venganza. ¿Qué extraño, pues, que persiguiéndola sin cesar lleguen á encontrar la muerte? Pensamiento tan feroz, que á nada razonable conduce, ¿podia tener ménos desastrada consecuencia? ¿No es ella el castigo providencial merecido de los que aspiran á castigar una falta, causa de un crímen en cierto modo involuntario, dando rienda suelta á pasiones tan mal templadas y regidas como la que ha originado el error mismo, y harto ménos disculpables, porque son degeneracion bastarda del cariño filial, profanacion impía del más noble, puro y tranquilo de los sentimientos humanos?

De que á este drama preside la idea de la Providencia, y de que es un símbolo cristiano singularmente definido, merced al juego de las pasiones y de los sucesos que concurren á hacerlo perceptible, hallaremos ejemplos á cada paso en todas sus partes, si no queremos cerrar los ojos á la luz ó ver las cosas por un prisma que no les conviene. Basta poner alguna atencion en el verdadero móvil de los acontecimientos que á primera vista parecen fruto de la casualidad, cuando no del mal sino del protagonista, para conocer que las malandanzas de que son víctimas los personajes se deben, no á la fatal predestinacion de cada uno de ellos, sino al

(1) Impreso en 1828.
(2) Véase el citado *Discurso*.

mal uso que hacen de las pasiones en el libre ejercicio de sus facultades morales. Reguláranlas con arreglo á los principios de la sana razon, ejercitáranlas de otra manera, y pronto quedaria rota la cadena de esa aparente fatalidad; pronto caeria deshecho el fantasma de *la fuerza del sino.*

Como quiera que sea, la idea cristiana, elemento esencial de esta produccion, se patentiza en ella incesantemente. Y sino, dígase: ¿Qué es Leonor, sino el símbolo de la caida de la humanidad y de su inmediato castigo? El amor terrenal hace que Adan cometa la primera culpa: el amor terreno da ocasion á que Leonor incurra en la primera falta. Dios maldice al hombre, y se abren para él las puertas de la amargura: el padre maldice á la hija, y se abren para ella las puertas de la desgracia. ¿No está aquí el símbolo muy patente? Hay más: cuando don Alvaro, en la ceguedad de su desesperacion y lanzando imprecaciones, sube á las peñas y se arroja en el torrente, la voz de la religion eleva plegarias al cielo, demandando para el infeliz en momento tan supremo los auxilios de la gracia, y dando á entender que ántes de llegar al fondo puede (como dice admirablemente Zamora por boca de *El Convidado de piedra*) aprovechar para arrepentirse y salvarse *la eternidad de un instante.* Por otra parte, la pistola que dispara una funesta casualidad y que asesina al marqués de Calatrava, ¿no demuestra elocuentemente las terribles consecuencias de que es susceptible un primer error, aun no existiendo en nosotros la predisposicion de cometer grandes males?

Mírese como se mire, *Don Alvaro* es un drama que nada tiene que ver con el fatalismo griego, y cuya importancia es grande como símbolo cristiano. De mí sé decir que no le encuentro superior en nuestro teatro, bajo éste ni bajo otros puntos de vista, y que lo considero á la altura de las más notables creaciones extrañas de todos los tiempos. ¿Cabe, por ventura, mayor grandeza que la del pensamiento moral que abraza? ¿Acaso no es la demostracion viva del fin que tienen los errores de la humanidad, de las angustias á que nuestras faltas nos condenan, de que para salvarnos de la perdicion á que nos arrastran las propias culpas queda siempre á la divinidad el gran poder de la misericordia?

Ni es menor su importancia con relacion al nacionalismo y al arte. – Los que dicen que en *Don Alvaro* resplandece el espíritu fatalista, aseguran tambien que semejante creacion es un monstruo, por su falta de unidad y por la variedad extremada de sus elementos. Este juicio es tan equivocado como el otro. Lo probaré fácilmente.

Si por unidad se entiende la aglomeracion en breves horas de los accidentes de una vida entera y de los mil distintos afectos que despiertan en el alma, dando por resultado una cosa imposible en la realidad; si consiste en la limitacion á un solo punto del lugar donde haya de desarrollarse la accion, y en la analogía de clase de los interlocutores, y en la uniformidad de entonacion del estilo, y en el escogimiento y encopetada nobleza de las palabras, y en la combinacion matemática de las peripecias, *Don Alvaro* carece, efectivamente, de unidad. Pero si en el arte es preciso no considerar lo que está vivo como conjunto de partes inanimadas que el análisis puede separar á su antojo, cuando en su union es en lo que consiste la vida; si por unidad se entiende la perfecta relacion que en las obras intelectuales debe existir entre las partes y el todo; la trabazon y enlace de los elementos humanos, traducidos en caracteres naturales y en pasiones verdaderas, concurriendo á la eficaz determinacion de un pensamiento; la libertad de disponer del tiempo y del espacio, siempre que sea indispensable para caracterizar más vivamente los fundamentos de una accion; el encadenamiento lógico de los sucesos, y, como consecuencia suya inmediata, la graduada concentracion del interés, *Don Alvaro*, de tan profunda unidad de pensamiento como hemos visto, responde á todas las unidades prescritas por la razon y el buen gusto.

Precisamente en la diversidad, extraña al parecer, de los medios que pone en juego el autor para llegar al término de su idea (personificada en don Alvaro), es donde estriba una de las mayores bellezas artísticas de esta produccion. ¡Qué mezcla, tan admirable por lo verdadera, de bueno y malo, de arrebato y de juicio, de lastimoso y de terrible es el singular carácter de ese D. Alvaro! ¡Y cómo el poeta lo ha hecho interesante, para que despierte sentimientos compasivos enseñándonos á otorgarlos al error que no nace de perversidad ingénita, sino de accidental acaloramiento y extravío de las pasiones! ¡Cómo se ve la colosal figura de este personaje, lazo apretado de la unidad de la obra, animando, como causa ó como efecto, hasta los más mínimos detalles del desarrollo de la accion!

Y si de la unidad esencial descendemos á la de las partes entre sí, veremos que no concurren ménos á favorecerse mutuamente, dando por resultado un interés de la más activa influencia en el alma del espectador. El Duque de Rivas ha ofrecido en esta variedad de cuadros y de caracteres larga muestra de su conocimiento del arte y de los hombres; ha pintado la naturaleza tal como es y como debe ser trasplantada á los dominios de la poesía. ¡Y qué diversidad de tintas, qué riqueza de color al presentar los contrastes, tan frecuentes en el mundo, de lo grande con lo pequeño, de lo trivial con lo sublime, de la risa con el llanto! – Sólo el recuerdo de la patria, en un corazon que suspiraba léjos de ella, podia haber bosquejado con tan intensa verdad aquella tertulia vespertina en el puesto del tio Paco, que sirve de ingeniosísimo prólogo para la inteligencia de sucesos ulteriores. Ni encontraremos desde Cervantes hasta nuestros dias cuadro mejor pintado que el de la posada de Hornachuelos; ni situacion más conmovedora y poética que la llegada de Leonor al convento de los Angeles; ni escenas de más bizarría que las de la vida militar en Italia; ni de mayor pureza y ternura que la de Leonor y el Guardian al pié de la Cruz; ni más gráficas que la de fray Meliton y los pobres; ni tan llenas de pasion profunda y desgarradora como las de D. Alvaro y D. Alfonso. ¿Quién no sabe de memoria en España el monólogo en décimas de D. Alvaro:

«¡Qué carga tan insufrible
Es el ambiente vital
Para el mezquino mortal
Que nace en signo terrible!»

no inferior en poesía y superior en verdad de sentimiento al famoso de *La vida es sueño* de Calderon? ¿Quién ignora el de D. Cárlos de Vargas:

«¡Ha de morir, qué rigor,
Tan bizarro militar!»

durante el cual el nuevo Marqués de Calatrava descubre que su herido amigo es el indiano D. Alvaro? ¿Quién puede olvidar aquellos suavísimos versos, que destilan lágrimas, puestos en boca de Leonor cuando llega á la Cruz situada frente á la iglesia de los Angeles?

«¡Qué hermosa y clara luna!
La misma que hace un año
Vió la mudanza atroz de mi fortuna
Y abrirse los infiernos en mi daño.»

Así como he dicho de *El Moro expósito* que es la síntesis de la Edad media española, puedo decir que *Don Alvaro* es el resúmen de todos los caracteres constitutivos de nuestra nacionalidad en la Edad moderna. Desde el Marqués de Calatrava, perteneciente á la más alta jerarquía social, hasta el Majo, el Arriero y la Gitana; desde el Canónigo que se informa del éxito de las corridas de toros, ó el Guardian franciscano, viva encarnacion del espíritu evangélico, hasta el fraile lego, curioso, respondon y desvergonzado; desde la vida de los campamentos hasta el interior de las posadas; desde los descubrimientos de América hasta las conquistas de Europa, el Duque de Rivas nos ofrece en su prodigiosa creacion todos los tipos más característicos de nuestro pueblo, todos los que más pueden traernos á la memoria el recuerdo de nuestras glorias tradicionales, de nuestras costumbres indígenas ó de nuestras instituciones monásticas, heridas de muerte cuando este drama nacia. Nada hay en *Don Alvaro* que no sea profundamente español: el pensamiento, las pasiones, los caracteres, las costumbres, el estilo, todo, todo es hijo de nuestra patria. Por eso fué muy aplaudido á su aparicion; por eso lo es hoy, á pesar de las mutaciones consiguientes al discurso de veinte años de luchas y de trastornos; por eso lo será mientras existan españoles que quieran ver lo que fueron, para apreciar mejor lo que son y adquirir más fácilmente el conocimiento de lo que les cumple ser.

Retirado á Sevilla, á consecuencia del cambio político debido al famoso *pronunciamiento* de 1.° de setiembre de 1840, y alejado de los negocios públicos, en los que era llamado á intervenir por su alcurnia y su talento, el Duque de Rivas utilizó los dos años subsiguientes, durante los cuales permaneció en aquel delicioso verjel de Andalucía, escribiendo para la escena *Solaces de un prisionero*, *La Morisca de Alajuar*, *El Crisol de la lealtad*, *El Desengaño en un sueño;* y *El Parador de Bailén.* La primera es, más que ninguna otra cosa, una leyenda caballeresca donde están gallardamente dibujadas las figuras de Francisco I, Cárlos V y el buen Hernando de Alarcon. En ella no hay la fuerza de vida, la enérgica grandeza que rebosa en *Don Alvaro* y en *El Desengaño en un sueño;* pero se encuentran caracteres simpáticos, nobles pasiones, sabor á los grandes modelos españoles del siglo XVII, y cierta lozanía de estilo que hace olvidar la falta de interés dramático y la quizá demasiada languidez de algunas escenas (1). *La Morisca de Alajuar* y *El Crisol de la lealtad* son dos comedias antiguas, por el corte del argumento y por el estilo, desnudas de la gongórica hinchazon de algunas de aquellas, no del todo exentas del desórden que á veces las desfigura, pero con su misma libertad, con su misma poesía, con igual españolismo. Ambas consiguieron en la escena justos aplausos. *El Parador de Bailén* es una especie de farsa, en el sentido que hoy solemos dar á esta voz, indigna de la pluma de nuestro poeta, aunque encierre escenas de gracejo indisputable.

Si *Don Alvaro* no hubiese dado á conocer que el Duque de Rivas es el legítimo heredero de Calderon y de Lope, así como Hartzenbusch lo es de Alarcon y de Rojas (2), patentizáralo, sin dejar ocasion á la menor duda, el drama fantástico titulado: *El Desengaño en un sueño.* Entre las obras poéticas de nuestro autor, esta ocupa, despues de *Don Alvaro* y de *El Moro expósito*, el lugar más encumbrado, no sólo por la alteza del pensamiento filosófico que la sublima, sino por el copioso raudal de poesía que le rinde galas y hechizos. Los dos primeros actos, principalmente, son, bajo el último concepto, lo más rico y brillante que ha producido la imaginacion siempre fértil de nuestro poeta. Sin embargo, el mayor mérito del drama consiste en el pensamiento, en la profunda unidad de interés ligada á las tempestades humanas en que el delirio de la ambicion y la insaciabilidad del deseo arrojan al héroe, que no se aparta de la escena ni un solo instante.

No es completamente original del Duque de Rivas la idea generadora de esta produccion. Sin salir de nuestro antiguo teatro, pudiéramos encontrarle analogía con el pensamiento capital de *La Vida es sueño*, así como los medios adoptados con el fin de hacer patente el fondo de esta maravillosa creacion ideal, recuerdan el cuento del mendigo á quien embriagan para tratarlo como á rey durante un dia, devolviéndolo despues á su primitiva esfera y haciéndole creer que ha soñado cuanto en realidad le ha sucedido. Esta circunstancia, no obstante, en nada disminuye á mis ojos el mérito de la obra. La originalidad, lo mismo que la verdad, no es patrimonio exclusivo de ningun ingenio, por más extraordinario que sea. Todas las verdades, todos los caracteres, todas las pasiones, hasta la idea de todas las formas expresivas, existen, más ó ménos vagamente, en el mundo espiritual y son del dominio de todos los hombres. El que sabe descubrirlas y formularlas, el que tiene bastante fuerza en sí mismo para apropiarse lo que le conviene, usa de un derecho, tanto más legítimo, cuanta mayor sea la parte de vida propia que comunique á los elementos extraños de que se apodere. De no ser así, la historia del ingenio humano se convertiria en un proceso criminal donde ningun hombre ilustre podria justamente libertarse del ignominioso título de ladron. Lo importante en esta materia no es saber si se ha tomado algo ajeno, sino si se ha tenido la habilidad de hacerlo propio: no si tal situacion, tal carácter ó tal idea semejan á otra idea, otra situacion y otro carácter, sino conocer si han recibido nuevo aliento en la distinta combinacion que se les ha dado. Un mismo raudal contribuye á producir en unos sitios verdura y flores, y en otros desaparece infructífero entre arenales. La cuestion no está en el agua, está en el terreno; y todos los plagios del mundo no harán que una cabeza estéril utilice con discrecion los pensamientos extraños. Por el contrario, hasta reproduciendo á veces cosas ajenas se puede llegar á la originalidad, cuando se les presta ese espíritu invisible que les da cierto matiz inapreciable, en el que estriba lo bello, y que tan bien se comprende al leer la cancion de Rioja *A las ruinas de Itálica*, traducida del castellano al español de la cancion al mismo asunto de Rodrigo Caro.

El Desengaño en un sueño es exactamente lo que su título indica. Lisardo vive con el sabio Marcolan, su padre, en un pequeño islote, sin más sociedad ni más amigos, suspirando por volar al mundo y dar empleo á la actividad juvenil de su corazon. Pero Marcolan, que se halla en comercio con los espíritus sobrenaturales, conoce el alma de Lisardo, sabe que el ímpetu de sus pasiones, lanzado en el torbellino de la sociedad, puede labrar su desgracia, y quiere impedirla á toda costa. Para lograrlo forma un conjuro que postra y adormece al jóven; lo hace pasar durante su sueño por todos los placeres, por todas las grandezas, por todas las amarguras de la existencia real, y lo despierta en el momento en que, caido en una cárcel desde un trono, horrorizado de los crímenes á que lo ha impelido su ambicion, y penetrado de la vanidad de las grandezas mundanas, se encuentra perfectamente dispuesto á comprender que la serena paz del alma es el mayor de los gozos de la vida. En este rápido viaje por la ardiente imaginacion de Lisardo, el autor ha derramado los más ricos tesoros de su fantasía. No parece sino que este drama, léjos de haber sido es-

(1) Esta comedia, escrita expresamente para el Liceo artístico y literario de Madrid, ha sido tambien muy aplaudida en casi todos los teatros de la Península.

(2) Al hacer esta comparacion no aludo al número, sino á la calidad de las obras, y al arranque y gusto poético de los respectivos ingenios.

crito como lo son todos, esto es, una escena despues de otra, ha surgido en un solo instante de la mente del poeta. Tan lógico y fácil se precipita el asunto desde la poética exposicion hasta el imponente desenlace. Tan llena de interés dramático está la fábula desde la primera escena hasta la última, aunque la segunda mitad sea para mí ménos esmerada y bella que la primera.

La historia de Lisardo, personificacion vigorosa del pensamiento del drama, es la historia de la humanidad: siempre codiciando para menospreciar lo codiciado, no bien lo consigue, y codiciar en seguida cosa mayor; nuevo Sisifo condenado á levantar incesantemente el peñasco del deseo, para verlo, apénas logrado, rodar al abismo del hastío. La gradacion de estos deseos, de estas aspiraciones, que empiezan por el amor y que, á impulsos de una ambicion indomable, llegan á todo, ménos á la felicidad, por el camino del crímen, está admirablemente concebida y con singular belleza realizada. Para hacerla más visible aún, encerrando en muy breve espacio el cuadro completo de la vida, ha penetrado el autor en las regiones de la conciencia y personificado los móviles más impalpables de las acciones humanas. Esta intervencion del mundo interior materializado, principal elemento de la accion en *El Desengaño en un sueño*, no es nueva en nuestro teatro: testigo es de ello una de las *partes* de *D. Juan de Espina*. Pero jamás se la habia hecho servir á tan altos fines; jamás se la habia sistematizado tan útilmente.

El Desengaño en un sueño compone con *D. Alvaro* y *El Moro expósito* la Trimurti poética que, bajo formas distintas, aunque una sola en abstracto, revela el pensamiento providencial y cristiano, base y fundamento de las obras más notables del Duque de Rivas. En la que ahora me ocupo, cuyas condiciones son tan peregrinas, se ha propuesto aquel sin duda hermanar discretamente el enérgico y á veces sombrío individualismo de Shakespeare con el lujo poético de Calderon; enlazar los tenebrosos pensamientos de Macbeth con los impensados arrebatos de Segismundo; buscar en la forma metafísica de *Fausto* y de *Manfredo* (á cuya familia pertenece) elementos para realizar, teniendo en consideracion ejemplos como *El Condenado por desconfiado*, *El Mágico prodigioso*, *El Ermitaño galan*, y *El Anticristo*, el drama filosófico del mediodía, profundo en la esencia como el del norte, brillante y lozano en la forma como el sol ardiente que nos ilumina.

Aunque las obras escénicas del Duque de Rivas acreditan que la cualidad más característica de su ingenio es el instinto dramático, tal vez no se halle en parte ninguna tan puesta en relieve esta cualidad como en sus *Romances históricos*, escritos unos en el extranjero, creados otros de vuelta de la emigracion, y dados á luz en Madrid en 1841. Esta coleccion de joyas de gran valía (no exentas, en verdad, de lunares, pero bañadas siempre en el perfume del más acendrado españolismo), es elocuentísima condenacion de los enemigos del *romance*, y justa medida de la flexibilidad con que este se ofrece á todos los tonos, desde el más llano y suave hasta el de más sublimidad ó mayor ternura. No en vano es el metro popular en España por excelencia.

Cada uno de estos *romances* es un verdadero poema lleno de interés dramático. Diganlo los tres primeros que con tanta exactitud nos presentan al rey *justiciero* y *valiente*, tan célebre por sus crueldades y con tan vigoroso y siniestro colorido pintado por el poeta. Dígalo *Don Alvaro de Luna*, donde tan al vivo se bosqueja el trágico fin del Maestre amigo y favorito de D. Juan II; ó *El Conde de Villamediana*, pintura fiel de la España decadente de Felipe IV; ó *Una noche en Madrid*, cuadro donde están retratados, moralmente, de cuerpo entero Doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, el noble Juan de Escobedo, el audaz (y por audaz desdichado) Antonio Perez, y el rey Felipe II

«Macilento, enjuto, grave,
De edad cascada y marchita.»

Díganlo, en fin, *Un embajador español*, *La muerte de un caballero*, *Amor, honor y valor*, *La victoria de Pavía*, y *Un castellano leal*, animados de galano espíritu caballeresco, y respirando nobleza española y lealtad castellana.

El que se titula *Recuerdos de un grande hombre*, que empieza por la llegada de Cristóbal Colon al convento de la Rábida y concluye por el descubrimiento de un nuevo mundo, es una completa epopeya dramatizada, donde el calor del grandioso espíritu del héroe se comunica á la narracion de sus penalidades y esperanzas. ¡Qué verdad local no encierra la sencilla pintura del almuerzo que se verifica

«En el estrecho recinto
De una franciscana celda,
Cómoda, aunque humilde y pobre,
Y de extremada limpieza;»

almuerzo que era como preludio del acontecimiento más portentoso de la historia universal! ¡Con qué interés no asistimos á las sábias explicaciones del *redentor de un mundo* (1), tenido hasta entónces por visionario! ¡Cómo se inflama nuestro corazon al soplo de la inspiracion divina del cosmógrafo! ¡Qué bien lo da á conocer el poeta cuando dice:

«De aquel ente extraordinario
Crece la sábia elocuencia,
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena.
»Se agranda, brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas,
Brotan sus labios un rio
De científicas ideas:
»No es ya un mortal, es un ángel,
Nuncio de Dios en la tierra;
Un refulgente destello
De la sábia Omnipotencia.»

¡Con qué profundo conocimiento se hallan retratados, en rápidas pinceladas, todos los más notables personajes de aquella gloriosa corte, de aquella época sin igual en los anales del mundo! ¿Quién no se siente embargado de respeto al verse en presencia de la Católica Isabel, incomparable soberana en la que resplandecian

«El más claro entendimiento,
La virtud más pura y noble;»

matrona que ofrece á la admiracion y aplauso de los siglos el más alto ejemplo que la historia de la humanidad presenta de las perfecciones de un monarca?

Y ¿quién no descubre en *La buena-ventura* del valiente mancebo de Medellin el rayo asolador del imperio de Motezuma, el héroe sin rival, *asombro y pasmo del orbe*, que tan hondamente grabó en su alma y practicó los dignos consejos de su padre?

«Hernando, Hernando, hijo mio,
A tierras lejanas vas,
Donde nunca olvidarás
De mi noble sangre el brio.
»Cual cristiano y caballero
Teme á Dios, guarda su ley,
Sirve con lealtad al rey,
Sé devoto y sé guerrero.»

¿Quién no ve compendiadas en las calidades del romance que se titula *Bailén*, todas las más características de la epopeya y del drama: un gran pueblo por héroe, una profunda creencia por inspiracion, un sentimiento patriótico por bandera; y la soberbia de la ambicion incontrastable, y el castigo del engaño, y la ruina del invencible, y el triunfo de la constancia? Al aparecer Napoleon en el poema lo encontramos

«De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
»De infierno, de cielo y tierra
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio (2):»

al concluir el *romance*, vemos sus valerosas huestes, triunfantes de la Europa y del Africa, abatidas por primera vez ante el patriótico arrojo de bisoñas turbas: vemos que desde el trono del Eterno vuelan dos ángeles;

«Uno á dar la nueva al polo
Su nieve en fuego tornando,
»Otro á cavar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Occéano.»

Y si queremos presenciar la lucha de un alma ardiente con la pasion y el deber, el íntimo combate del hombre consigo mismo; si queremos derramar tristes lágrimas, de las que purifican y consuelan, porque nos dicen que detrás del profundo dolor que nos enternece se descubre el triunfo del alma sobre el alma, la mayor y más costosa victoria del ser humano, la salvacion y eterna dicha del espíritu, busquemos al gran Marqués de Lombay, y aprendamos en *El Solemne desengaño* que experimenta al ver los míseros despojos de la que tuvo ignorado altar en lo profundo de su corazon, lo que son las vanidades de la tierra, y el fin que tienen los más hermosos motores de las pasiones mortales. Entónces conoceremos lo que va de la que triunfa del alma, cuyo lastimoso ejemplo nos ofrece el desgraciado D. Alvaro, á la que sucumbe aherrojada por la fortaleza del espíritu. Entónces llegaremos á decir con el héroe de este admirable y ternísimo romance:

«No más abrasar el alma
Con sol que apagarse puede,
No más servir á señores
Que en gusanos se convierten.»

El Cuento de un veterano es el drama terrible de una venganza, de las que en Italia eran tan frecuentes en otros dias, destinado á manifestar los estragos de que es susceptible aquella infernal pasion en un alma de mujer, y el abismo de perdicion y de muerte á que el libertinaje arrastra al hombre. *La Vuelta deseada* y *El Sombrero*, romances en los que se pintan sucesos comunes de la vida contemporánea, son dos historias melancólicas de amor profundo y mal logrado, llenas de interés, de ternura y de poesía. El segundo, sobre todo, es de un encanto indefinible. Nunca he podido leer la desgracia de aquella humilde Rosalía, sin agradecer al poeta que hiciese vibrar en mi alma tan suavemente la cuerda de la compasion y del llanto.

Esta ligera reseña (que no juicio crítico) de los *Romances históricos* viene en corroboracion de lo que he dicho acerca de su mérito relevante. Ni la dejaria sin comentario, á contar con espacio suficiente; no sólo porque la índole de esta clase de composicion poética, exclusivamente nacional, y el haberla sistematizado el Duque de Rivas de modo tan nuevo y feliz dan lugar á mil consideraciones artísticas de importancia, sino porque (idólatra yo de un metro tan rico en delicadas armonías y más dócil, rápido y vigoroso que los demás de que usamos) hubiera sido muy de mi gusto detenerme en debatir con amplitud esta cuestion del romance, perfectamente manejada en el *Prólogo* que puso á los suyos el autor; victoriosamente decidida, á lo que imagino, en los brillantes ejemplos que nos ofrece. Despues de esto, ¿necesitaré añadir que en el estilo de tan preciosos poemas se advierte la acertada conjuncion de la ingenuidad sencilla y candorosa de nuestros primitivos romances con la bizarra estructura de los de Góngora y con la forma altiva y algo escolástica del romance calderoniano? ¿Necesitaré indicar que, por rendir tributo á las circunstancias particulares del género, por ser claro y popular, el poeta da en vulgar y prosaico algunas veces? ¿Serán bastante demostracion del arrebato de su vuelo, de la riqueza de su estilo las muestras que insensiblemente he dado en el discurso de esta especie de revista?

Ménos importante que los *Romances históricos* me parece, poética y popularmente hablando, el género á que corresponde *La Azucena milagrosa*. Sin llegar á la grandiosidad semi-épica de *El Moro expósito*, ni poseer la rapidez y valentía que tan eficazmente contribuyen á la popularidad de los romances, la *leyenda* suele ser una como conseja, más ó ménos latamente desarrollada, escrita, por lo general, en diversidad de metros y dedicada casi siempre á despertar dulces memorias ú ofrecer entretenimiento deleitable. Puesta en boga por Zorrilla, que á vueltas de su mucha incorreccion y de sus grandes delirios tiene dotes de poeta nada comunes, la *leyenda*, tal como se comprende ahora esta denominacion, ha sido cultivada últimamente por varios ingenios. El Duque de Rivas, declarándose tácitamente imitador de Zorrilla en *La Azucena milagrosa* y excediendo en mérito á su modelo, del que es grande apasionado, ha rendido tambien tributo á esta clase de poemas en la leyenda fantástica mencionada (escrita en Nápoles y publicada en Madrid el año 51), y en otras dos inéditas, histórica la una, y tambien fantástica la otra: se titulan *Maldonado* y *El aniversario*. Nada diré de estas últimas, porque aun no se hallan sometidas á la jurisdiccion del público. Respecto á *La Azucena milagrosa* bastará exponer que abunda en felices descripciones, que el plan está bien concebido, y que despierta interés por el calor de los afectos y por el oportuno empleo de lo maravilloso. El estilo es desigual, aunque siempre claro. La frase, bien que incorrecta en ocasiones, es abundante y rica frecuentemente.

Apreciadas ya las prendas poéticas que ilustran al Duque de Rivas en géneros tan distintos; examinadas sus obras, si no como ellas merecen, lo ménos mal que he podido hacerlo (habiendo de circunscribirme respecto de algunas á muy corto espacio), corro á buscar al autor en un campo ménos florido, aunque no ménos importante ni de menor trascendencia.

Como escritor *de costumbres*, el Duque de Rivas publicó hácia 1839, en la obra titulada *Los españoles pintados por ellos mismos*, dos retratos bosquejados con mucha gracia: *El Hospedador de provincia* y *El Ventero*. En ambos (reservados al último tomo de esta Coleccion) resaltan las dotes

(1) Esta calificacion, tan bella como exacta, es del distinguido poeta don Ramon de Campoamor.

(2) Lamartine habia aplicado este pensamiento á la calificacion de Byron:

Toi, dont le monde encore ignore le vrai nom,
Esprit mystérieux, mortel, ange ou démon.

El Duque de Rivas, desarrollando esta idea con mayor vivacidad poética, no solamente la ha completado y engrandecido, sino le ha dado aplicacion más oportuna.

que con tanta sinceridad he aplaudido en el cuadro de la posada del *D. Alvaro.* Como escritor *de viajes* nos ofrece la descripcion de sus excursiones *á Pesto* y *al Vesubio*, en estilo ameno y brillante. Como didáctico, sus *Discursos Académicos*, de sana doctrina y elocuente vena. Como político, sus *Discursos Parlamentarios*, alguno de los cuales es de gran mérito (1), y por los que nos es fácil comprender que no le faltan condiciones de orador ni de repúblico. Finalmente, en los años de 1847 y 48 escribió bajo el cielo hermoso de Nápoles la historia de la *Sublevacion capitaneada por Masanielo* (2), obra destinada tambien á formar parte del último tomo de los presentes (3).

Dice el sabio Agustin Thierry (*Homero de la historia*, como lo apellida Chateaubriand) que la historia nacional, no sólo es para todos los hombres de un mismo país como una especie de propiedad comun, como una porcion del patrimonio moral que cada generacion que desaparece lega á la que le reemplaza, sino que ninguno debe trasmitirla tal como la recibió y todos se hallan obligados á añadirle alguna cosa en claridad y certidumbre. El Duque de Rivas, fiel á este precepto, lo ha seguido felizmente, procurando esclarecer uno de los más importantes períodos de nuestra dominacion en Italia. Émulo de los grandes líricos y dramáticos de los siglos XVI y XVII, ha querido emular tambien á los Melos y Mendozas, codiciando generosamente el laurel de Tucídides y de Tácito, de Jenofonte y de Livio.

La historia, mejor dicho, el drama terrible y sangriento que ofrece á nuestros ojos en este concienzudo *Estudio* (4), no es de tal naturaleza que, abriendo el corazon de siglos pasados, descubra el sendero marcado á las naciones por la Providencia. Y sin embargo, ¡qué cuadro para el político y para el filósofo! ¡Qué leccion tan severa y tan amarga para los gobiernos y para los súbditos!

Los excesos de un poder imprevisor y arbitrario siembran en el abatido pueblo de Nápoles la semilla venenosa del descontento, y establecen un lamentable divorcio entre el representante de la autoridad y los que ven con dolor que se abusa de su obediencia pasiva. Pero como la razon suele no ser consejera de la fuerza, los vireyes, que se juzgan omnipotentes y que cierran los ojos al espectáculo de las convulsiones casi periódicas de sus esquilmados súbditos, prosiguen en el desacertado sistema de vejaciones, hasta que el sufrimiento se apura y las masas populares estallan para romper el yugo que las oprime.

Un hombre del pueblo, un pescadero miserable, dotado de audacia y genio, Masanielo, en fin, se pone al frente de los sublevados, los dirige con destreza, y consigue, merced al influjo que llega á ejercer en la multitud, libertarla de gabelas é imponer su voluntad y hasta sus caprichos al lugarteniente del rey, alzándose en el espacio de breves horas á dictador, y convirtiéndose en absoluto señor de los mismos que poco ántes le trataban como á esclavo. Tan brusca transicion desordena el juicio del plebeyo jefe de las turbas, y el robo, el saqueo, el asesinato, la desolacion, la ruina forman el cortejo que sigue por todas partes á los que se habian levantado en nombre de la justicia para poner coto á los abusos de sus opresores.

Los extravíos de la revolucion tardan poco en desacreditarla; y los mismos que rompieron sus diques son los que, cediendo á bajas pasiones, se encargan de su exterminio. El que ocho dias ántes era llamado libertador del pueblo, entre aclamaciones y vítores; aquel cuyos más absurdos y horrorosos decretos eran obedecidos ciegamente con la rapidez del rayo; el que recibia culto idólatra de la multitud, es asesinado cobardemente por sus camaradas, y sus restos mortales escarnecidos van á dar en un muladar, para ser al dia siguiente santificados por la voltaria muchedumbre que los habia cubierto de lodo. La muerte del pescadero, léjos de poner fin á los trastornos y desastres, los desencadena más; y hasta que no se suicidó la revolucion, fatigada de sí misma y sofocada por la intemperancia de sus vicios; hasta que el maquiavelismo no consiguió que la chusma, rota en parcialidades, perdiese con la unidad la fuerza; hasta que las acertadas medidas que supo dictar oportunamente la prudencia no lograron enfrenar el rendido atleta de la muchedumbre, la razon no volvió á recobrar su imperio, ni el monarca de España á asegurarse en la posesion de una de sus más ricas provincias, casi perdida para él pocos meses ántes por la impericia y vanidad de sus prepotentes delegados.

Para trazar este cuadro con exactitud, el autor ha consultado cuantas obras importantes (impresas y manuscritas) han hecho conmemoracion de tales sucesos. Ni se reduce á exponerlos descarnadamente, sino asciende á buscar el orígen de aquellos trastornos en sus fuentes verdaderas. — A fin de que podamos comprender mejor cuáles eran las vejaciones que sufrian las clases pobres de Nápoles y cómo la mala direccion de los gobernantes, y principalmente la del virey duque de Arcos, ocasionó los alborotos y escándalos de que aquel reino fué víctima desde julio de 1647 hasta abril de 1648, traza en los primeros capítulos el cuadro de su organizacion municipal y desastrosa situacion económica, conduciéndonos á lo interior de su vida doméstica para enseñarnos cuáles eran las necesidades de aquel pueblo, sus instintos, sus preocupaciones, sus sentimientos y creencias. Además, el erudito historiador, no contento con describir exactamente la organizacion municipal napolitana y los principales caracteres de la vida íntima de sus moradores, de sus odios y rencillas, nos pone en el secreto de la organizacion política del vireinato, y nos descubre todos los gérmenes del volcan que debia estallar en breve inflamado por las iras populares.

En sus juicios jamás inclina la balanza del lado de sus particulares aficiones, jamás se ve exagerado espíritu de nacionalismo. Recto, como debe serlo todo juez y como lo son muy pocos historiadores, se coloca en el mejor punto de vista, y examina la conducta de los hombres y la marcha de los sucesos con relacion á las circunstancias que influian en las opiniones de los unos y daban impulso á los otros. Para él tan punibles son los absurdos del duque de Arcos y de varios de sus prohombres, como el furioso desenfreno de la demagogia y la liviandad de los mercaderes de patriotismo. Profundo conocedor del corazon humano, pinta á veces un carácter de una sola pincelada, é individualiza magistralmente los principales rasgos de la fisonomía moral de cada uno de ellos. ¡Con cuánta verdad no están retratadas la irresolucion y astucia del duque de Arcos, la ambicion no ménos astuta de Genovino, la impetuosidad de Masanielo y los sentimientos conciliadores de Toraldo!

Pero una de las cosas que más resplandecen en esta obra es la elegancia y brillantez del estilo. Fácil, natural y sencillo, el autor sabe dar rapidez y movimiento á sus narraciones, manteniendo siempre vivo el interés y haciéndonos creer que está pasando á nuestra vista lo que leemos. Sus cuadros son bajo-relieves coloridos que no sólo engañan los ojos sino el tacto, cuando desconfiados de su verdad nos acercamos á tocarlos para convencernos de que no han sido las que hemos visto invenciones del cerebro. En suma, el Duque de Rivas ha logrado colocarse en este libro á la altura de los historiadores más notables de nuestra patria, y de lo que hoy exige la ciencia, *luz de verdad* y *maestra de la vida*, segun la atinada calificacion de Marco Tulio.

He llegado al término de mi propósito, examinando con rapidez las obras del historiador, del poeta, del literato: el biógrafo hablará á continuacion del guerrero, del repúblico, del prócer. ¡Felices aquellos que, como el autor de *Don Alvaro*, puedan exclamar, aludiendo á sus obras inmortales,

« . . . . Pasma absorta,
Admirando-se n' arte a natureza!»

MANUEL CAÑETE.

(1) El que pronunció en el Estamento de Próceres sobre la exclusion de la rama de don Cárlos á la sucesion de la corona.

(2) El título con que se publicó en Madrid este libro, en 1848, es el siguiente: *Sublevacion de Nápoles capitaneada por Masanielo, con sus antecedentes y consecuencias hasta el restablecimiento del gobierno español.*

(3) Para el cual se ha encargado de escribir un *Prólogo* el Sr. don Juan Eugenio Hartzenbusch.

(4) La apreciacion de esta obra histórica (traducida más de una vez á diferentes idiomas y modestamente apellidada *estudio* por el autor) es extracto en su mayor parte de la que publiqué en *El Heraldo* en 1849.

VIDA DEL AUTOR

ESCRITA Y PUBLICADA

POR EL EXCMO. SR. D. NICOMEDES PASTOR DIAZ

HASTA EL AÑO DE 1842

No es siempre la vida de los hombres conocidos en el mundo por la fama de sus escritos y el mérito literario de sus obras, la relacion tranquila de los estudios de su gabinete, la observacion lenta de los progresos del arte que cultivan, ó del vuelo de su imaginacion por las regiones que pueblan ó conquistan con el poder creador de su fantasía. No están exentos los privilegiados ingenios de las tristes vicisitudes de la vida material, y frecuentemente suele cebarse en ellos como en más sabroso pasto la desventura y el infortunio. Desde muy antiguo fué azarosa la existencia de los poetas, y mezclados por su voluntad unas veces, otras mal de su grado, en el torbellino de los acontecimientos públicos, ha solido tocarles mayor parte en los rudos golpes de la fortuna que en los costosos favores de la gloria. Turbulenta, agitada, borrascosa, aparece en los períodos de la historia griega y romana la vida de sus poetas y de sus filósofos; más animada y combatida aún en las épocas tempestuosas de la Edad media. Los Dantes, los Tasos, los Petrarcas, los Milton no pasaron su existencia en la elaboracion tranquila de sus obras inmortales. Su vida fué por lo general, y desgraciadamente para ellos, un variado é interesante drama, un poema no ménos lleno de incidentes y portentosos episodios que los que se deben á su pluma. Solamente en siglos más avanzados y en períodos de estabilidad y consistencia, alcanzó á veces al talento la calma que disfrutaba la sociedad entera; y los poetas y escritores del siglo de Luis XIV y de la reina Ana, pudieron atravesar tranquilos los años dichosos de sus pacíficos tiempos sin dejar huellas en la historia de sus desgracias y privadas vicisitudes.

Los ingenios españoles rara vez gozaron de este favorable privilegio. El cultivo de las artes y de las letras no ha sido jamás en España una tarea única y una profesion exclusiva. Desde Cárlos I hasta nuestros dias, los escritores han figurado como hombres públicos, ora en la guerra, ora en la política, desde que la política ha sustituido á la guerra: Garcilaso muriendo al escalar una torre, Ercilla cantando sus propias hazañas, Cervantes mutilado en Lepanto y cautivo en Argel, son altos y memorables ejemplos de esta verdad. Lope de Vega, Calderon, Quevedo y otros autores, que alcanzaron más prósperos y bonancibles tiempos, no se eximieron, sin embargo, de correr gran espacio de su vida por entre notables alternativas y no siempre prósperas aventuras. Pero debian venir siglos más azarosos y turbulentos, y en el huracan de las conmociones espantosas que nuestra edad y nuestra patria habia de presenciar, más mezclada y revuelta habia de andar la vida de los hombres distinguidos, con los extraordinarios sucesos, que conmovieron tan profundamente la sociedad española desde los primeros años de la centuria que vamos recorriendo. Pocos se han eximido de las grandes penalidades que ha dejado caer la Providencia sobre este pueblo tan sin ventura. Pocos han dejado de verse contrariados en su carrera, abatidos en su prosperidad, privados de su riqueza, condenados al destierro, á la muerte quizá, y á la abyeccion de la pobreza. Personas que habian nacido con inclinaciones pacíficas; que se habian educado con costumbres blandas y suaves; que parecian exclusivamente destinadas á cultivar las artes de la paz en la calma de la vida doméstica, viéronse á sus más tiernos años trasportadas al seno de los ejércitos, y se criaron entre la sangre y estrépito de los campamentos militares. Hombres virtuosos, en cuyo corazon no hubiera podido penetrar jamás el pensamiento del crímen, llenaron en diversas épocas los calabozos y treparon los escalones del patíbulo. Las discordias civiles no han dejado de lanzar sobre el suelo extranjero millares de proscritos, y una generacion entera se ha visto más de una vez expuesta á diseminarse por el mundo, cual nuevo pueblo de Judá, maldito del cielo por algun delito horrendo. La vida de cada español notable puede ofrecer en sus páginas íntimas, fecunda materia para la novela y para el romance. A veces pudieran sacarse de estos sucesos, perdidos, sin embargo, entre la inmensidad de tantas desventuras y eclipsados entre la variedad de tan grandes vicisitudes, tragedias espantosas ó caprichosos y fantásticos dramas. Nuestras memorias individuales podrán acaso parecer imaginarios cuentos á los ojos de una generacion á quien el cielo permita vivir más tranquila sobre el suelo regado por las lágrimas y el llanto de sus padres; y á la cual ahorre la divina clemencia el espectáculo espantable y desconsolador de las revoluciones.

Aun si pudiéramos consolarnos de este mal con la idea de que los infortunios, atormentando al individuo, redundaban en pro de la sociedad, aguijando el talento y acrisolando la virtud, no nos afligiria tanto la triste reflexion con que hemos dado principio á estas páginas; pero hasta la desgracia nos cabe de profesar una opinion contraria á la bárbara teoría, que quiere extraer la virtud por la presion del martirio, y que no ve las lumbreras del ingenio sino en las tinieblas del infortunio. Nosotros tenemos otra conviccion; creemos que la desgracia nunca hace mejores á los hombres; creemos que los que en la miseria cultivan las artes, en la prosperidad harian maravillas; creemos, en fin, que los que en medio de tantos azares y de tantos contratiempos han podido arrojar todavía destellos de luz sobre el horizonte de su patria, más espléndidamente la hubieran iluminado si no les hubieran envuelto por muchos años tan densas nubes de polvo, de oscuridad y de vapor de lágrimas. La mayor parte de los hombres distinguidos que conocemos, acaso han sido en el infortunio medianías; y sólo desde que han podido desplegar en las creaciones de la fantasía ó en acciones útiles á su patria las fuerzas que ántes empleaban para luchar con la adversidad, se han elevado á la altura á que desde el principio eran llamados. No llamamos nosotros, no, tiempo de aprendizaje á los dias de dolor y de amargura: para el saber y para el arte, no ménos que para la vida, le llamamos tiempo perdido.

La existencia del ilustre personaje cuya interesante biografía vamos á bosquejar, nos ha sugerido naturalmente estas reflexiones. Acaso las desgracias de su país han rectificado sus ideas, y le han servido de viva leccion y de provechoso escarmiento; pero las suyas propias y sus propias penalidades no le habian escarmentado en años ya muy avanzados. Su edad actual ha pasado más allá de la juventud, y sin embargo, literariamente hablando, es un jóven, y á la escuela de nuestros dias pertenece. En los años de 20 al 23 era ya conocido como literato y como hombre público; y para nosotros, sus verdaderos progresos, su justa nombradía, su original talento, su brillante imaginacion, y el mérito que realza y distingue las producciones de este escritor, pertenecen más principalmente de los últimos años, á la parte de su vida, que no tiene tantas aventuras y contratiempos, y no tendríamos inconveniente en poner una línea divisoria entre D. Angel de Saavedra y el Duque de Rivas.

Pero cabalmente nuestra tarea es lo contrario: tenemos que enlazar esos dos períodos, soldar esas dos existencias, empezar la vida del poeta con la del soldado; la del grande de España con la del imprevisor, y un si es no es calavera mozalbete; la del ministro conservador por la del fogoso y entusiasta revolucionario; la del poeta romántico, del galano romanceador, la del cómico fantástico y calderoniano por el clásico imitador de Herrera, ó el humilde discípulo de Racine ó de Alfieri. Acaso no hay existencia alguna en que estén más exactamente personificadas las mudanzas políticas y las vicisitudes literarias de nuestros dias. Y así debia suceder atendida la cualidad que principalmente descuella en nuestro protagonista. Los grandes talentos especulativos, los caracteres fijos y tenaces, son los que imprimen direccion y crean las circunstancias de su época. Pero el duque de Rivas no nació para ser un filósofo, no nació para ser un político sistemático. Imaginacion florida, vivísima, ardiente y fecunda, carácter móvil é impresionable, su destino era ser un gran poeta, un poeta meridional; recibir y reflejar las impresiones de su país y de su época, no dominarlas ni resistirlas, ni tal vez modificarlas.

Córdoba, ciudad de tantos recuerdos y de tantas glorias; Córdoba, magnífico mosaico donde han engastado brillantes piedras los períodos más poéticos de nuestra historia; Córdoba, la ciudad de los emperadores romanos y de los califas orientales, de los Novvas y los Abderhamen; Córdoba, la de los magníficos campos, la del paisaje más bello que puede ofrecerse á los ojos del hombre; Córdoba, la de las alamedas de naranjos, la de los campos de rosas, con su sierra entapizada de jazmines y que refleja en las aguas del Guadalquivir las casas de placer moruneas entre las modernas ermitas; Córdoba, la patria de tantos ingenios y de tantos hombres grandes, cuna de Séneca y de Lucano, de Averroes y Aviara, de Juan de Mena y de Góngora; Córdoba es tambien la ciudad donde nació Don Angel de Saavedra, y Córdoba debe ser una patria muy bella y muy querida para el que nace bajo las alas de sus ángeles de oro (1), cuando su memoria es indeleble para quien, como el autor de estas líneas, la ha visto sólo un rápido momento de una hermosa mañana de abril, y la volvió á mirar con ojos amortiguados en el parasismo de una mortal congoja otro dia de harto penoso y melancólico recuerdo.

Nació en 10 de marzo de 1791. Fueron sus padres el señor don Juan Martin de Saavedra y Ramirez, duque de Rivas, y doña María Dominga Remirez de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andía y de Villasinda, grandes de España. Pero Don Angel, hijo segundo, no era el heredero inmediato de los títulos y grandeza de sus ilustres padres. Criado en Córdoba al cuidado de dos hermanas de su padre, desde los años más tiernos, se acumularon en la persona del niño las gracias y favores de la corte, que se apresuraban entónces á no dejarles tiempo de ambicionar, para compensar en cierto modo el privilegio de los mayorazgos, equilibrar en lo posible su condicion, é impedir que los hermanos mirasen con envidia ó gérmen de rencor á los que la suerte del nacimiento habia favorecido mas.

Así, á los seis meses de edad le pusieron la cruz de caballero de justicia de la Orden de Malta, y poco despues la bandolera de guardia de Corps supernumerario.

Su primera educacion fué, no sólo correspondiente á su esclarecido nacimiento, sino superior en solicitud y esmero, á la que por lo general cuidaban en España los grandes de dar á hijos, á quienes se consideraba que no habrian menester de los favores de la fortuna; ni de ejercer en la sociedad cargos y empleos que hubiesen de requerir conocimientos demasiado vastos y profundos. Tocóle á nuestro protagonista la buena suerte, que alcanzó entónces á muchos jóvenes, que despues fueron hombres ilustres y aventajados. La revolucion francesa habia lanzado sobre nuestro suelo millares de emigrados virtuosos é instruidos, que buscaban en la generosidad española un abrigo contra la voracidad de la guillotina revolucionaria; y España, que debia dentro de pocos años lanzar de su seno tantos proscritos, pagaba entónces anticipada la triste deuda de la futura hospitalidad. Habíase hecho casi moda y buen tono en todas las casas pudientes recibir para ayos de sus hijos á eclesiásticos franceses, fugitivos de aquella sangrienta carnicería, y ciertamente que no tuvieron motivo para arrepentirse. Los individuos del clero francés estaban entónces á mayor altura de ilustracion y de ciencia que los de igual clase en España, y aplicábanse con ahinco á corresponder dignamente á la benévola acogida que encontraban sus talentos, sus virtudes y sus desgracias. Tocóle tambien por ayo á nuestro D. Angel un ilustrado canónigo emigrado, llamado Mr. Tostin, y bajo su direccion estudió, á par de las primeras letras, la lengua francesa, y elementos de historia y de geografía. Desde aquella temprana edad le fueron asimismo revelados los principios de las Bellas artes é inoculado el gusto por la pintura, en que habia de ser despues tan sobresaliente aficionado, aprendiendo los primeros rudimentos del dibujo, bajo la direccion de Mr. Verdiguier, escultor francés establecido en Córdoba.

Pero la primera invasion de la fiebre amarilla, que tan horribles estragos hizo en Andalucía, obligó á sus padres á llevarlo á Madrid, dándole por ayo á un honrado sacerdote que le enseñó la latinidad, y por maestro para continuar sus estudios de francés, historia y geografía, á Mr. Bordes, tambien emigrado francés, muy protegido del duque su padre.

Los instintos artísticos y literarios brotan en la primera infancia en todos aquellos á quienes la Providencia destina para que cultiven las artes ó conserven vivo sobre la tierra el fuego sagrado del

(1) Es muy comun en Córdoba la efigie de piedra ó bronce dorado del arcángel San Rafael su patrono.

entusiasmo que están encargados especialmente de eternizar y de trasmitir á las generaciones sucesivas los grandes poetas. D. Angel Saavedra fué pintor y poeta desde la cuna. Aficionadísimo ya en sus más tiernos años á los versos, hubo además circunstancias domésticas, que determinaron esta inclinacion y fomentaron en gran manera lo que era ya en él efecto del temperamento, espontáneo producto de una imaginacion lozana, influencia de la patria y del clima, y generoso presente de la naturaleza. El duque su padre hacia tambien versos, y no malos, en el estilo de Gerardo Lobo, y habia en la casa un antiguo mayordomo que los componia con singular facilidad, atestados de retruécanos y equívocos, y que en todas las festividades de familia se creia en la obligacion de dar muestras de su festiva y fecunda vena. Eran demasiado inmediatos, si no muy notables y distinguidos estos ejemplos, para que no obrasen poderosamente sobre la precoz imaginacion del jóven D. Angel y le estimulasen á probar tambien fortuna en aquel doméstico certámen. No menor pasion mostró por el dibujo, y el mayor castigo que le podian imponer para reprimir sus juveniles travesuras (en las que cuenta la historia que sobresalia grandemente nuestro protagonista), era recogerle los lápices y prohibirle el dar leccion de aquel su arte favorito y su entretenimiento predilecto.

En el año de 1802 perdió D. Angel al duque, su padre, que falleció en Barcelona, á donde habia ido con la corte á recibir á la princesa napolitana Doña María Antonia, primera esposa de Fernando VII, entónces príncipe de Asturias, y de la cual estaba nombrado caballerizo mayor. Distinguiale el rey Cárlos IV con singular favor, y en demostracion de lo que habia sentido su muerte, y del aprecio que hacia de su memoria, condecoró al heredero de la casa, hermano mayor de D. Angel, con los empleos de exento de Guardias de Corps y de gentilhombre de cámara con ejercicio, y con servicio particular cerca de su persona.

Don Angel habia recibido tambien á la edad de siete años, la gracia de capitan de caballería agregado al regimiento del Infante, y al fallecer su padre, la duquesa viuda, que quedó tutora y curadora de sus hijos, dispuso que entrase en el real Seminario de Nobles de Madrid para que recibiese la brillante y esmerada educacion que en él se daba. Hallábase entónces en efecto aquel establecimiento bajo el pié más brillante, y podia competir con los mejores de la Europa, así por su organizacion como por el mérito y circunstancias de sus esclarecidos profesores.

Era su director general el brigadier D. Andrés Lopez de Sagastizábal, tanto más notable por sus modales finos y cortesanos, por su varia y escogida erudicion, y por un talento y tacto particular para el cargo delicado que desempeñaba, cuanto que habia empezado su carrera de soldado raso. El laborioso y conocido humanista don Manuel de Valbuena era regente de estudios, y eran asimismo hombres notables y escogidos en todas las carreras los catedráticos y directores de sala, encargados de dar á los niños de las familias ilustres una educacion, que por cierto no encontrarán en el dia, despues de tantos adelantos y progresos, en ningun establecimiento público.

Estudió don Angel latinidad con don Antonio Salas, poética y retórica con don Demetrio Ortiz, hoy ministro del tribunal supremo de justicia, y que ha conservado el más tierno cariño á su discípulo predilecto: matemáticas con don Agustin de Sojo, y geografía é historia con el célebre don Isidoro de Antillon. Cultivaba al mismo tiempo el dibujo y el idioma francés, y se ejercitaba en la esgrima, en la que salió notablemente aventajado. No sobresalia don Angel ciertamente por su aplicacion, ni mostraba la tenacidad necesaria para adelantar con grandes progresos en estudios profundos y en especulaciones científicas; pero era notablemente distinguida la vivacidad de su ingenio, la facilidad de su comprension y su felicísima memoria; debiéndose á estas aventajadas disposiciones el lucimiento con que en todos los exámenes y actos públicos solia brillar más que otros compañeros suyos de esmerada aplicacion é infatigables en el trabajo. La poesía y la historia eran sus estudios favoritos, las ciencias exactas inspirábanle tedio y aversion profunda, como suele acontecer en todos aquellos en quienes predominan las facultades de la imaginacion; y en aquella época componia versos de bastante mérito, ya en traducciones de los clásicos latinos, ya en composiciones originales en que se proponia seguir las huellas de Herrera, autor que él creia, ó que le hicieron creer, y no por cierto sin razon sobrada, que era el modelo mejor que pòdia imitar su naciente musa.

Otras tareas, empero, y otras ocupaciones debian atajar el vuelo de su lozana fantasía y los progresos de su aficion literaria. La época no era entónces de letras: era de armas. Abrasábase la Europa en guerras. Las portentosas y sangrientas campañas del emperador Napoleon absorbian la atencion del mundo entero, y amenazaban la existencia de todos los pueblos y naciones. De un extremo á otro de la Europa crujia el estruendo de las armas, y tronaba por todos los campos el cañon de las batallas. Todavía no se habia dado en nuestra Península la señal de combatir; pero todas las imaginaciones estaban preocupadas por la guerra, que se avanzaba como una necesidad fatal. Su instinto fermentaba inquieto y vago, pero poderoso y amenazador en los corazones de todos y con más ardor en la sangre de la juventud. Era entónces España aliada de Bonaparte, y aquel cometa de guerra arrastraba en su órbita sangrienta, no ménos á los que no eran sus contrarios que á sus declarados enemigos. Dispúsose para marchar al Norte la famosa expedicion auxiliar confiada á las órdenes del marqués de la Romana. D. Angel, á fines del año de 1806, cumplidos apénas los diez y seis de edad, habia salido del Seminario para incorporarse á su regimiento, que estaba de guarnicion en Zamora; y fué aquel cuerpo uno de los de caballería que debian marchar á hacer la guerra más allá del Rhin á nombre del ambicioso emperador. Pero la duquesa viuda, vivamente apesadumbrada de que su hijo se separase de ella en tan tierna edad, para ir á guerrear en aquellas lejanas tierras por una causa que no era la de su patria, y deseosa como tierna madre de que adelantase más rápidamente en su carrera, sin exponerse á tantas fatigas, consiguió que pasara á empezar sus servicios al cuerpo de Guardias de la Real Persona, dejando su empleo de capitan efectivo por el de alférez sin despacho, como simple guardia.

No era ciertamente aquel cuerpo una escuela de literatura, ni el cuartel de Guardias de Corps el sitio más á propósito para perfeccionar la esmerada educacion de un jóven ilustre. Pero por fortuna de D. Angel tocóle en suerte tomar plaza en la compañía flamenca, compuesta de caballeros extranjeros, la mayor parte belgas, que, ó por gozar de menos medios de fortuna, ó por estar más léjos del mimo y amparo de sus familias, ó por haber recibido en sus primeros años una educacion más esmerada, vivian en el cuartel con más disciplina y compostura. Fué su compañero de cuarto un Mr. Bouchelet, jóven fino, moderado é instruido, que pasaba los dias leyendo, pintando con primor en miniatura, ó tocando la flauta con singular habilidad; y el nuevo guardia, trabando con su camarada estrecha amistad, y estimulado de noble emulacion, pintaba tambien y leia á su lado. Empezaron asimismo sus relaciones de afecto con el conde de Haro, hoy duque de Frias, desde su edad más tierna apasionadísimo á las musas, y con D. José y D. Mariano Carnerero, y D. Cristóbal de Beña, jóvenes literatos que bajo la direccion de Luzuriaga y del famoso Campmany, redactaban un periódico literario. D. Angel empezó tambien á ensayar en él sus fuerzas y á buscar en sus páginas los primeros desahogos de la publicidad, que tanto halagan al talento naciente, que tanto alientan y dilatan en la juventud primera el corazon entusiasta que necesita para respirar y vivir la brisa vivificante del aplauso y de la gloria. Don Angel escribió para aquella publicacion varios versos y algunos artículos en prosa; y solicito no ménos de cultivar el arte de la pintura, para el cual habia mostrado tan felices disposiciones, habia tomado por maestro al pintor de cámara D. José Lopez Enguidanos. Ciertamente que la conducta de nuestro protagonista podrá parecer ejemplar, comparada con el proverbial desarreglo que caracterizaba al privilegiado cuerpo en que servia.

Tocóle empezar á servir como guardia despues de algunos meses de aprendizaje en las jornadas de los reales sitios de 1807, primero en Aranjuez, y en el Escorial en seguida. Ya entónces hirió su atencion la primera escena del espectáculo político, que despues habia de desenvolverse á los ojos de la nacion y del mundo en cuadros tan variados como sorprendentes y espantosos. En el Escorial vió D. Angel levantarse el telon del drama revolucionario. Allí empezó, con los famosos sucesos del Escorial, con el alto escándalo de la causa formada al príncipe de Asturias, y con la prision del primogénito de los reyes. La revolucion empezaba, y empezaba desgraciadamente ántes que en las plazas públicas, en el palacio de los monarcas. Tremenda expiacion debia venir despues sobre los autores y cómplices de tales escándalos; grandes plagas de calamidades y de infortunios sin cuento debian llover á poco sobre las elevadas personas, que así faltaban, ellas las primeras, al respeto debido á su carácter augusto; grave baldon, y menosprecio y descrédito sobre el sagrario del trono, cuyas cortinas ellos descorrian para que viesen los pueblos en él las miserias y flaquezas de la humanidad. Aquel prestigio conservador de la monarquía recibia su primer golpe, pero golpe ya de muerte y en el corazon, primera hendidura del vetusto edificio que debia conocerse más tarde cuando el vaiven del terremoto lo sacudiese, fermento y levadura primera de la revolucion que insensiblemente se inoculaba en la sangre del pueblo. Acaso este espectáculo no dejó de influir en el carácter político de nuestro D. Angel, y en el sesgo de sus ideas, quizá sin que él mismo lo percibiera. Cuando años más adelante contribuyó él á trasladar preso á un monarca de una ciudad á otra de la Península, ni él tal vez, ni los jueces que le condenaron se acordaban sin duda de que habia empezado su vida viendo á aquel rey preso, é infamado por sus propios padres, reyes tambien, y reyes españoles.

Poco despues de aquellos ruidosos sucesos se verificó la reforma del cuerpo de guardias. Quedaron suprimidas las compañías extranjeras; se declaró jefe supremo del cuerpo al *Príncipe de la Paz*, y las esperanzas de don Angel de hacer pronta carrera se desvanecieron, así por el gran número de jefes que quedaron supernumerarios, como porque aquel poderoso personaje no miraba con ojos muy favorables á la familia de Rivas, y estaba particularmente indispuesto con el duque, hermano mayor de don Angel.

Pero entre tanto se aproximaban á más andar los extraordinarios sucesos de 1808. Los ejércitos de Napoleon atravesaban los Pirineos, y bajo pretexto de pasar á Portugal se apoderaban de las plazas fuertes de España. La corte de Aranjuez, conocidos ya los verdaderos intentos de los invasores, aunque sin atreverse á revelarlos, andaba aturdida y desatentada. Quiso reunir en derredor de sí el mayor número de tropas posible, y á mediados de marzo llamó repentinamente á toda la guarnicion de Madrid. En la ansiedad que produjo esta medida, formábanse mil conjeturas á cual más temerosas y extrañas sobre el motivo que la impulsaba. Como quiera, los sucesos que se preparaban eran extraordinarios, y el deseo de tomar parte en ellos de tal manera aguijaba y encendia su ánimo, que habiéndose dispuesto la salida de los escuadrones de guardias, y que no habiendo suficiente número de caballos, quedasen en Madrid los guardias más jóvenes, entre los que se contaba; pidió y le fué concedido márchar en un potro cerril de la última remonta. Entónces fué testigo presencial de los sucesos memorables de Aranjuez en marzo; vió la caida de un privado, la destitucion de un rey, la abdicacion de un padre, y el ensalzamiento de un hijo en brazos del ímpetu popular, y entró á poco en Madrid en la escolta del nuevo rey Fernando VII el dia que con tanto júbilo y entusiasmo, entre lágrimas y aclamaciones le recibió enloquecida de placer y de esperanzas la capital de la monarquía, ocupada é invadida ya por los ejércitos franceses.

La fermentacion iba cundiendo: la situacion se complicaba cada dia, la familia real abandonó la capital de sus dominios, dejándose á la espalda el antemural que le ofrecia la entusiasta lealtad de sus súbditos: el descontento contra los franceses se revelaba por todas partes en síntomas inequívocos, presagios de más violentas demostraciones. El terrible dos de Mayo estalló al fin, amenazadora é imponente, aunque vencida, la indignacion del pueblo de Madrid. No presenció don Angel aquellas escenas de sangre, porque al amanecer de aquel mismo memorable dia habia salido á Guadalajara con un escuadron, que la junta de gobierno dominada por el duque de Berg envió á dicho punto, y que regresó á los pocos dias. Pero el cuerpo de Guardias, ya por la parte inmediata que habia tenido en los sucesos de Aranjuez, ya por la influencia que ejercian entónces en el ánimo del pueblo sus individuos, era mirado con gran desconfianza por los franceses; y aunque reducido en la capital á ménos de la mitad de su fuerza, por los gruesos destacamentos que habian acompañado hasta la frontera á las personas reales, todavía el príncipe Murat deseaba sacarle de Madrid, y empeñarle en seguir alguna de sus divisiones destinada á invadir las provincias. Mas sabiendo que en el cuartel se celebraban reuniones clandestinas de jefes, oficiales y guardias para tomar un partido decisivo, y que habian salido disfrazados varios individuos del cuerpo, á fomentar el levantamiento de las provincias, mandó que marchase al Escorial con sus estandartes, y con toda la fuerza disponible.

Causó grande agitacion y alarma esta órden. Muchos jefes, exentos, oficiales y guardias pidieron en el acto su retiro ó su licencia absoluta. Procuró tranquilizarlos el ministro convocando á su despacho á los jefes é individuos más influyentes, entre los que se contaban nuestro don Angel y su hermano el duque. Hiciéronseles varias promesas, ofreciéronseles seguridades, y se les prometió que no encontrarian un solo francés en el camino, ni en el Escorial. Pero salido el escuadron de Madrid, y apénas habia pasado á Galapagar, se encontró con dos escuadrones franceses de dragones, y un batallon de infantería ligera, que dejando pasar á los guardias, siguieron detrás de ellos, como á un cuarto de legua, entrando casi á un tiempo en el Escorial, donde estaba acantonada la division francesa del general Frére.

Allí pasaron ocho dias en la mayor ansiedad alarmados de continuo con los avisos confidenciales que recibian de los parientes y amigos de Madrid, anunciándoles cada dia peligros y asechanzas. Quién les escribia que iban á ser pasados á cuchillo á media noche en sus alojamientos: quién que los franceses trataban de provocar por medio de una querella particular, una refriega en que exterminarlos: quién que iban á ser desarmados y llevados en rehenes á Francia cargados de cadenas: voces y rumores que denotan el estado de exaltacion y de zozobrosa in-

quietud en que se hallaban entónces los ánimos, y á los que en cierto modo podia prestar probabilidad la manera irregular con que habian sido conducidos, y con que eran tratados en el Escorial.

En esta angustiosa posicion, llegó una tarde al anochecer el oficial de guardias españolas Quintano con pliegos para el general Frére. A su recibo hizo que sigilosamente tomaran sus tropas las armas en sus cuarteles, y que con disimulo se reforzasen los puestos; y convocó á su casa al general Perellós con los exentos, oficiales y algunos guardias, entre los que fué D. Angel con su hermano el duque. Recibiólos el francés con la más atenta urbanidad, y rogando al mensajero que expusiese el objeto de su viaje. Quintano, despues de un diestro preámbulo, manifestó que el colegio de artillería de Segovia estaba en insurreccion, que iban á marchar fuerzas francesas á sujetarlo, y que el príncipe Murat deseaba que el escuadron de guardias las acompañara, para procurar con su prestigio calmar la efervescencia de aquella ciudad, y evitar que se llegase al último extremo. Reinaba miéntras este discurso gran inquietud en la asamblea, sin embargo de que el oficial enviado, persona tan sagaz como cortés y discreta, no omitió ninguno de aquellos primores, que disfrazaban la órden presentándola sólo con el carácter de una insinuacion y de un buen deseo. Mas finalizada apénas su arenga, levantóse nuestro D. Angel de su asiento, y con impetuoso ademan, y con todo el calor de sus diez y ocho años, empezó á contestar á nombre de todos, negándose á marchar sobre Segovia, y manifestando alta y resueltamente que ningun guardia pensaba en hacer traicion á su patria, ni contribuir como instrumento de extraña tiranía á la opresion y castigo de sus compañeros de armas. En esta primer arenga y estreno de nuestro personaje, era tan noble y patriótica la atrevida resolucion, cuanto fueron acaloradas y descompuestas sus razones. Aplaudieron sin embargo todos su arranque de osadía y elocuencia, quedóse perplejo el general francés, y prudente el oficial, para atajar los resultados desagradables de una resolucion estrepitosa, se limitó á echar en cara del arrojado mozo su poca edad, y la inconveniencia de tomar el primero la palabra delante de tantas personas de respetabilidad y de servicios. Pero contra su propósito, sus palabras produjeron el efecto de irritar más los ánimos y de que todos levantasen tumultuosamente la voz en favor de D. Angel. Calmólos en fin el general francés, accediendo á que el escuadron quedaria en el Escorial, ó regresaria á Madrid, ya que se negaba á cooperar á los buenos deseos del duque de Berg, y regresó en posta Quintano camino de Madrid, portador de la nueva de sus inútiles esfuerzos.

Pasaron aquella noche con ansiedad y en vela los guardias, preparados sus caballos y sus armas. Al amanecer advirtieron que la division francesa habia evacuado el pueblo; y á media mañana recibieron la órden de regresar inmediatamente á Madrid. Emprendieron la marcha tarde, y pernoctaron en Galapagar. Deliberaron allí sobre tomar un partido, y fueron varios y discordes, como acontece siempre, los pareceres. Opinaban unos porque el cuerpo se dispersara, esparciéndose sus individuos por las provincias para fomentar y organizar su general levantamiento: creian otros más conveniente mantenerse reunidos, y aprovechar la ocasion oportuna de marchar al punto en que se formase el primer ejército español. Eran de esta última opinion D. Angel y el duque su hermano; mas como no hubiese allí autoridad que decidiera, cada cual aquella noche tomó su resolucion y su camino, dispersándose los primeros y quedándose los últimos con el general Perellós y con sus estandartes. El mermado escuadron reducido á ménos de la mitad de su fuerza, recibió en la Puerta de Hierro la órden de ir Pinto sin detenerse ni entrar en la corte. Siguió D. Angel á sus compañeros, y su hermano entró en Madrid para ver y tomar datos más seguros á fin de adoptar una determinacion conveniente y decisiva.

En Pinto conocieron cuán pocos eran para permanecer reunidos y abrazar como cuerpo la causa de la nacion, no pudiendo abrirse paso á través de tantas tropas francesas como circunvalaban la capital. Fuéronse unos tras otros ausentando todos los que habian llegado allí; y D. Angel Saavedra entróse de oculto en Madrid á reunirse con su hermano. Era de opinion de irse á Castilla, donde se decia que se habian incorporado á las tropas del general Cuesta los destacamentos de guardias que habian acompañado á las personas reales, y que representaban todo el cuerpo, teniendo allí dos estandartes; pero el duque, entusiasmado con las noticias de Zaragoza, y con el nombre de Palafox, de quien era compañero y particular amigo, decidió que emprendiesen el camino de aquella ciudad. Salieron los dos hermanos á Guadalajara, y en pocos dias preparado su viaje, y escondidos sus papeles y sus armas en los tercios de una acémila, disfrazados y provistos de buenos caballos, tomaron la ruta de Zaragoza, evitando el camino real.

Iban encontrando alarmada toda la tierra; y avizoradas todas las gentes de los pueblos, miraban con recelo á los transeuntes. En un lugar de los primeros de Aragon á que llegaron nuestros viajeros, se vieron rodeados de gran muchedumbre de personas, que les preguntaban con avidez noticias, y que querian indagar sus nombres y los intentos con que caminaban. Manifestáronles D. Angel y su hermano sus pasaportes, firmados por autoridades españolas, si bien con nombres supuestos, cuando tropezando desgraciadamente en la plaza la acémila, rompióse el lio en que llevaban ocultas las armas. Los lugareños que vieron rodar por el suelo espadas, pistolas y carabinas, gritaron *traicion*, palabra de muerte entónces, y querian en tumulto dársela pronta á los viajeros. El alcalde los salvó del primer ímpetu de la cólera de las turbas, encerrándolos en la cárcel, á cuya puerta se agrupaba bramando el enfurecido paisanaje, que decia haber visto entre las armas grillos y esposas para *atar españoles, y venderlos á Napoleon*. Pero por gran fortuna para los dos presos, estaba en el pueblo aquel, uno de los guardias de Corps que se habian dispersado en Galapagar, y gozaba en él de mucha influencia y popularidad. Acudió al lugar del desórden, penetró en la cárcel, y reconociendo en el duque á un estimado jefe, y en D. Angel á un compañero querido, publicó sus nombres, asegurando que eran leales patriotas, y amigos del general Palafox. Trocóse luégo al punto el furor popular en rendidos agasajos; la prision en obsequioso hospedaje, y los gritos de muerte en vivas y aclamaciones de entusiasmo, con que por toda la duracion de la noche quisieron aquellas gentes recompensar de alguna manera á nuestros caminantes el mal rato que á su recibimiento habian debido pasar.

Pero escarmentados estos con este contratiempo, informados de que ántes de llegar á Zaragoza hallarian nuevas dificultades, y de que era verdad que habia con el general Cuesta un escuadron de su cuerpo, mudaron de plan y de direccion, encaminándose á Castilla buscando la sombra de sus estandartes. Hubo de ser penosa, tarde y rodeada su marcha, para no topar con franceses, y no pudieron llegar á los reales españoles hasta despues de las jornadas de Cabezon y de Rioseco, encontrando al fin al ejército recobrándose de aquellos gloriosos desastres en las inmediaciones de Salamanca.

Fueron muy bien recibidos en San Muñoz por el general en jefe, y marcharon seguidamente á Tamames. Hallábase allí un escuadron de guardias compuesto de los destacamentos que habian acompañado á la familia real á Francia, y de los dispersos de Madrid, Galapagar y Pinto, componiendo una fuerza de 200 hombres, mandados por el Exento marqués de Palacios, y muy acreditados ya por la bizarría con que habian peleado en Rioseco. Uniéronse á ellos los hermanos Saavedras, como quien despues de muchos peligros arriba á los lugares domésticos; que en aquella guerra santa y pura era para los españoles la familia sus camaradas, y su paterno solar el campamento.

Ganada en las vertientes meridionales de Sierra Morena la gloriosa batalla de *Bailén*, marchó el ejército de Castilla sobre Madrid á incorporarse con el del general Castaños, y en esta marcha combatió D. Angel por la primera vez, saliendo en guerrilla á picar la retaguardia de un destacamento francés rezagado en Sepúlveda. Incorporado entónces á un escuadron de guardias de la division que mandaba el conde de Gante, marchó con ella á Logroño, que fué atacado á los pocos dias por tropas francesas. Los guardias hicieron entónces importantes servicios, y las orillas del Ebro los vieron combatir con tanta bizarría como los habian visto las márgenes del Orbigo y las llanuras de Leon. Don Angel compartió los peligros y la gloria de sus compañeros en todos aquellos sucesos, y pasó poco despues, dada nueva organizacion al ejército, á reunirse con otro escuadron del mismo cuerpo que se habia reorganizado en Madrid, y que formando parte de la reserva en la desgraciada jornada de Tudela, fué maltratadísimo en la voladura del repuesto de municiones de Tarazona. Perdió en aquella noche el duque su caballo, y recibió una fuerte contusion, teniendo que hacer la penosa marcha de la retirada á las ancas del caballo de su hermano D. Angel.

Retiráronse sobre Madrid, y en una refriega cerca de Alcalá sacó D. Angel el caballo muy mal herido. Perdido Madrid, hizo la retirada á Cuenca, y despues del desastre de Uclés, en que se halló como ordenanza del general en jefe, marchó con su escuadron á la Mancha. Pero adoleció gravemente el duque de calenturas pútridas, y tuvo que retirarse á convalecer, acompañándole su hermano á la ciudad de Córdoba, donde tenian á su madre. Restablecióse el enfermo, y marchando ambos á Extremadura, donde se hallaba su cuerpo, pelearon con él en la memorable batalla de Talavera. Regresó á la Mancha el escuadron, cuyo mando habia recaido en el duque, y formó parte de la division de caballería, que mandaba el general Bernuy, la cual, despues de sorprender y arrollar impetuosamente á los enemigos en Camiñas, Madridejos y Herencia, habiendo avanzado hasta Mora, se vió atacada súbitamente por mayores fuerzas y obligada á retirarse precipitadamente por el puerto de la Jara. Empeñada ya en aquel estrecho, apretóla el enemigo en tal manera, que se pronunció en completo desórden abandonando la artillería. Pero el duque de Rivas, que era bizarrísimo y entendido oficial, logró mantener firme su escuadron, y corriendo de uno al otro lado con su hermano D. Angel y otros valientes, logró restablecer el órden, contener, reunir y rehacer á los fugitivos, y dar por último una carga tan oportuna y denodada, que salvó las piezas, de que era ya casi dueño el enemigo.

Despues de otras correrías por la Mancha, retiróse la division á la Carolina, donde organizado de nuevo el ejército al mando del general Areizaga, marchó decidido sobre Madrid. Preparábansele á nuestro D. Angel en esta *campaña* más graves peligros y más lastimosos desastres, que los que hasta entónces habia corrido y presenciado.

Tocaba á su fin el año de 1809, y el 18 de noviembre, víspera de la desgraciada batalla de Ocaña, avanzó por la tarde la division de Bernuy sobre Antígola, donde sostuvo un duro choque contra duplicadas fuerzas francesas, mandadas por el general Paris.

Hicieron los guardias, al mando del Duque de Rivas, prodigios de valor en aquel reencuentro. Cargaron como desesperados, cuando ya estaba deshecha el ala izquierda de la division, rehaciéndose y volviendo caras tres veces sobre el enemigo, con pérdida de más de la tercera parte de su fuerza. Tuvo D. Angel herido el caballo desde los primeros momentos de aquella accion tan desgraciada; pero continuó peleando con indecible denuedo cuerpo á cuerpo y á cuchilladas con los enemigos que le rodeaban. Recibió dos muy peligrosas en la cabeza, y una profunda estocada en el pecho, y todavía cerraba firme y desesperado con sus contrarios; pero cercado al fin de enemigos, y atravesado de un bote de lanza, cayó á tierra entre los muertos, y pasó por sobre su cuerpo desangrado, aumentando sus heridas, el tropel de los combatientes. Su hermano el Duque, que á lo léjos entre el humo y la confusion de la pelea lo habia visto en tan peligroso empeño, volaba á toda brida á su socorro, cuando lo vió caer y desaparecer entre la muchedumbre, que no podia atravesar. Cerró triste y negra la noche: los nuestros, en confuso desórden se retiraron á Ocaña, donde estaba ya el grueso del ejército: y los franceses, con pérdida de su general, se replegaron sobre Antígola, quedando por unos y otros abandonado el campo de batalla, cubierto de cadáveres. Reunia el Duque de Rivas junto á las tapias de Ocaña los destrozados restos de su gallardo escuadron, y á la siniestra luz de un hacha de viento pasaba lista para cerciorarse de su pérdida. Su hermano no estaba allí. Cien veces repitió su nombre con el acento de la desesperacion, y nadie respondia. Por último, y con las lágrimas en los ojos, rogó á algunos guardias que saliesen en busca de su cadáver. Hiciéronlo así varios que amaban mucho á su comandante y que conocian toda la intensidad de su gran dolor, pero fué vana su fatiga. La Providencia envió por otros medios socorro al jóven moribundo.

Era más de media noche cuando volvió en sí don Angel. Sintióse rodeado de cadáveres de hombres y caballos, y oia en derredor los quejidos de los moribundos. Estaba casi desnudo, porque habia sido despojado. Divisaba por uno y otro lado lejanas fogatas, y probó con angustiosos esfuerzos á caminar por entre rotas armas y sobre charcos de sangre. A pocos pasos sintióse desfallecer, turbó su cabeza el vértigo de la agonía, y se preparaba á morir. Pero entre las tinieblas de la oscurísima noche, creyendo divisar el bulto de un hombre que llevaba detrás de sí un caballo, le gritó para que viniese á socorrerle. Era un soldado español del regimiento del Infante; su nombre ha quedado en la agradecida memoria de nuestro protagonista, de cuyos labios le hemos oido alguna vez. Llamábase Buendía, y habia venido al campo á recoger despojos. Acercándose, y enterado de quién era el herido, con gran trabajo le levantó del suelo, y terciándolo sobre el caballo lo mejor que pudo, lo condujo á Ocaña.

Estaban los hospitales tan atestados de heridos y moribundos, que ya no hubo para este cabida. Buendía consiguió á fuerza de ruegos que lo admitiesen en una casa particular, donde le fueron prodigados todo género de socorros; y corrió en seguida á media legua de allí, donde con los restos de su escuadron vivaqueaba el Duque. Voló este á abrazar á su hermano, despues de recompensar largamente al soldado libertador, é hizo traer, casi á la fuerza, un cirujano de hospital. Vino, y halló al herido moribundo. El frio de la noche, contrayendo las heridas y coagulando su sangre, habia contenido su pérdida; pero al calor del lecho y de una atmósfera más templada, sobrevino una espantosa hemorragia. No halló el cirujano otra cosa que recetarle que la Extremauncion, y salió á prestar sus auxilios á quienes pudiesen aprovechar. Traspasado de dolor el Duque, demandaba en vano otro facultativo, y las gentes de la casa trajeron un barbero del pueblo, que hizo diestramente la primera cura, y que dió muy buenas esperanzas.

En esto amanecia: los tambores batian generala por todas partes; los enemigos estaban encima. El Duque, dando un doloroso abrazo á su hermano moribundo, dispuso que trajeran un carro del país para alejarle de allí, con otros siete guardias heridos, sobre cuya suerte velaba con no ménos ternura que sobre la de su hermano. Y para ir más descuidado á donde le llamaban los clarines, rogó al sub-brigadier D. Julian Pobeda y al guardia Mendinueta que acompañasen y custodiasen, hasta ponerle en salvo, su para él tan precioso depósito.

Marchó el carro lentamente, y á poco empezó á oirse á su espalda el gran rumor de la espantosa batalla. Cuando á media tarde llegó á Tembleque, ya los fugitivos y dispersos anunciaron la infausta nueva de aquélla infelicísima jornada. Los siete guardias que acompañaban á D. Angel, uno tras otro se habian ido muriendo por el camino: solo él continuaba firme y animoso en situacion tan horrible. La confusion crecia por momentos. Pobeda y Mendinueta entráronse con él en el carro para asistirle más de cerca, y apresuraron la fuga. Pero el camino real se puso á poco intransitable con el número de fugitivos, carros, cañones y bagajes que llegaban precipitados, y ya perseguidos. Al anochecer aparecieron los franceses, deteniendo y acuchillando aquellas apiñadas turbas. Oíanse sus voces y el estruendo de los pistoletazos: los criados de Pobeda y Mendinueta, que seguian el carro con los caballos de sus amos, les rogaron que se pusiesen en salvo y abandonasen al herido; pero aquellos pundonorosos caballeros y leales amigos, con heróica resolucion mandaron á sus criados que escapasen como pudiesen, quedándose ellos con su compañero para perecer con él. Era Pobeda de Daimiel, conocia la tierra, y dispuso tomar otro rumbo. Con ruegos, amenazas y ofertas obligó al carretero á dejar el camino real y á seguir á campo traviesa la direccion de aquella villa. La misma confusion favoreció sus intentos, y despues de vencer mil obstáculos para atravesar aquellas llanuras, llegaron al amanecer á Villacañas, donde descansando el herido, y hecha la segunda cura, se halló más repuesto y animoso. A su estada en aquel pueblo compuso despues aquel bello romance que empieza

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada

que anda impreso en sus poesías, y que saben muchos de memoria. Pasó allí tres dias; prosiguió su viaje con más seguridad por el camino de Montiron; regresa Mendinueta en busca de sus estandartes, á meterse en nuevos peligros y á anunciar al duque que su hermano quedaba en salvo; y despues de once dias de penosísimo viaje, llegó Pobeda con el herido á Baeza.

Halló en aquella ciudad la más esmerada asistencia, y al cabo de veinte dias hallóse muy repuesto, ménos de la lanzada en el pecho y otra en la cadera que le tuvo cojo algunos años, y sintiéndose con fuerzas, pasó á Córdoba, donde estaba la duquesa su madre. Su recibimiento en aquella ciudad debió satisfacerle y lisonjearle en gran manera. Muchas gentes salieron á esperarle al camino, y en las calles fué detenido varias veces su carruaje por la muchedumbre que se agolpaba á verle y victorearle. El entusiasmo popular recompensaba largamente en aquella época de verdadero patriotismo los servicios militares y la sangre derramada en las batallas.

El regalo de la casa paterna apresuró su convalecencia, aunque por la frecuencia con que vomitaba sangre temiesen los facultativos que á la larga produjesen algun funesto resultado sus peligrosas heridas, algo precipitadamente cicatrizadas. Pero á principios del año de 1810 forzaron los franceses el paso de Sierra Morena, y se derramaron por Andalucía. Retiróse D. Angel con su madre á Málaga: detúvole allí arbitrariamente Abello, que habia sublevado la poblacion contra las autoridades legítimas, so pretexto de defenderla; entraron de pronto los enemigos, no pudo embarcarse, y después de perder sus caballos, equipajes y dinero, tuvo que esconderse con su afligida madre, disfrazados ambos y faltos absolutamente de recursos, en la miserable barraca de un pescador del Perchel. Sacólos de esta angustiadísima posicion un oficial español pasado á los franceses, que algunos meses ántes habia estado en Córdoba alojado y obsequiado en la opulenta casa de los entónces ocultos y desvalidos. Este hombre generoso los descubrió por una casualidad, y facilitó á D. Angel y á la afligida duquesa pasaportes con nombres supuestos, caballerías y dinero con que dirigirse por la costa á Gibraltar, á donde llegaron felizmente. Pasó desde allí á Cádiz, acabado de sitiar por los franceses, y volvió á ver á su amado hermano, que acababa de llegar, siempre al frente de su escuadron de Guardias. La Regencia del reino, instalada en la isla de Leon, y presidida por el general Castaños, colmó á D. Angel de honras y elogios, y le concedió en premio de sus servicios el grado y sueldo de capitan de caballería ligera, quedando agregado al cuerpo de Guardias y otra vez á las órdenes de su hermano. Y formado á poco por el general Blake el estado mayor de los ejércitos, entró D. Angel como adicto en el estado mayor general, que se estableció cerca del gobierno, y tres meses despues con plaza efectiva de ayudante segundo.

Agitada y azarosa habia sido la vida de nuestro protagonista en las fatigas y vicisitudes de aquella campaña. Habia ciertamente en los trabajos de la guerra de sobra con que absorber y ocupar toda la actividad, ardor y entusiasmo de la juventud primera. La direccion belicosa que debian haber tomado todos los espíritus y todas las pasiones; los temores continuos; los frecuentes reveses, las largas marchas y penosas fatigas corporales, poco espacio podian dejar á los vuelos de la imaginacion y al estudio de aquellas artes, para cuyo cultivo ha necesitado siempre el ingenio recogimiento, ocio y regalo. Sin embargo, nuestro D. Angel no habia dejado, en medio de los trabajos de la campaña, sus ocupaciones favoritas, y los mismos extraordinarios sucesos, ó los variados cuadros que á su vista se desarrollaban, acaloraban á veces su fantasía. El entusiasmo es más que la sensibilidad. Es ésta una cualidad meramente pasiva, la otra fecunda, expansiva y creadora. Los hombres muy sensibles y delicadamente impresionables sienten mucho, gozan ó padecen mucho, viven más vida que los otros hombres; pero pueden absorber en sí mismos esa vida, y como los cuerpos negros la luz, guardar en su propio corazon sus impresiones. El entusiasmo las recibe para reflejarlas, para comunicar á todos los demás lo que en sí no cabe y rebosa. El entusiasmo no siente sólo, se inspira; no sólo vibra, suena; no sólo arde, quema; no sólo escucha, canta; y despues de mirar, pinta. Don Angel Saavedra, primero que militar, habia nacido entusiasta, porque habia nacido poeta. Necesitaba cantar lo que sentia, pintar lo que miraba. No habia dejado de hacer versos y cuadros. Ni los unos ni los otros eran entónces buenos; pero no importaba. No era la época de la perfeccion, era la del estudio, la del progreso. Las artes son tambien una especie de guerra, y sólo los que han combatido en esa liza saben cuán dura es á veces. En las batallas del genio la lucha no es el triunfo, y tambien en sus reveses hay mérito y gloria. Muchos grandes talentos, como muchos grandes capitanes, han empezado por derrotas que no dejan de ser hazañas. Nuestro poeta no podia hacer entónces obras maestras; pero sus producciones mantenian y atizaban el fuego sagrado de las musas, que á veces, si no se remueve, se apaga. Compuso entónces una oda al alzamiento de la nacion española, otras piezas líricas que se imprimieron despues entre sus poesías y canciones patrióticas, versos de circunstancias que él mismo no ha querido que sobreviviesen á los sucesos que los inspiraban. Y tambien en los campamentos y cuarteles dibujaba siempre que podia, ya haciendo ligeros retratos de sus compañeros, y alguna vez de sus patronas, ya tomando apuntaciones de grupos de soldados, caballos y cañones; de escenas militares ó de vistas y paisajes, todo, si no con gran maestría, con mucha inteligencia, animacion y verdad.

Esta facilidad de escribir y práctica de dibujar, le hicieron singularmente apreciado en el estado mayor, en que sus jefes le encomendaron el negociado de topografía é historia militar. Y sus heridas, su vivacidad, su carácter blando, y su trato jovial y ameno le granjearon el cariño de todos sus compañeros. Escribió entónces con mucho acierto los resúmenes históricos formados sobre los partes oficiales de los ejércitos, que se presentaban mensualmente al gobierno, documentos preciosos para la historia de la guerra de la independencia, que habrán desaparecido ó yacerán sepultados en algun archivo; publicó una defensa larga y razonada del estado mayor, contestando á un folleto que pareció en Cádiz contra aquel establecimiento; redactó varias exposiciones y memorias al gobierno sobre la organizacion del cuerpo; y fué el redactor y director del periódico militar del estado mayor, que se publicó semanalmente en Cádiz con general aceptacion en todo el año de 1811.

Por estas ocupaciones facultativas no abandonaba sus predilectos estudios. La amistad que entónces contrajo con el conde de Noroña, gobernador de Cádiz, con don Juan Nicasio Gallego, y el trato frecuente con don Manuel José Quintana, don Juan Bautista Arriaza, con don Francisco Martinez de la Rosa, y con otros esclarecidos literatos, avivaron su pasion por la poesía, haciéndole progresar cada dia, sino en la inventiva y originalidad, hasta donde no se atrevia á lanzarse entónces, sí en la correccion y pureza del lenguaje, en la fluidez y sonoridad de la versificacion, en la profundidad y elevacion de los pensamientos. Distínguese ya por estas dotes *El Paso honroso*, poema en cuatro cantos, en buenas octavas, que fué muy leido y aplaudido, y siguiendo al mismo tiempo su inclinacion al dibujo, no sólo ejecutaba planos y cróquis por obligacion de su empleo, sino que concurria todas las noches á la academia de Cádiz á estudiar el modelo vivo y á copiar algunas buenas estampas de la escogida coleccion que aquel establecimiento posee.

Nuestro don Angel habia nacido artista, poeta, caballero; pero á pesar del papel que le ha tocado hacer, y que no ha desempeñado mal, en la escena de los negocios públicos, creemos que á esta fecha él mismo pensará que no habia nacido para ocuparse en materias políticas, y que fué como una aberracion en el destino de su vida, la parte de hombre público que le ha cabido en suerte. El cometa fatal de la revolucion debia lanzar á todos de su órbita y arrebatarlos por un momento en su excéntrica y fatídica carrera. La política ha sido, para los talentos de esta época, el genio malo que los ha perdido, el influjo que ha tenido por largos años paralizadas y en postracion sus fuerzas más vitales, que ha abatido contra la tierra las alas de su vuelo generoso. Afortunadamente ese cometa maléfico se aleja. El talento y la juventud se han desprendido de su órbita en sus postreras violentas sacudidas. Las letras y las artes, las ciencias y las musas, han dejado á ese funesto meteoro marchar solo, y ahora, cuando más arrebatado parece que camina, gira ya sin los brillantes satélites que otro tiempo arrastraba, y su sulfurosa lumbre ilumina sólo las regiones de la ignorancia y de la vanidosa presuncion. Pero en la época de que vamos hablando, los hombres de más ilustracion estaban preocupados de los sentimientos que habian despertado en todos los corazones los sucesos de la guerra, los desórdenes del reinado anterior y la catástrofe de la familia reinante, amalgamado todo con las ideas y teorías que la revolucion francesa habia esparcido en la sociedad. Don Angel habia respirado el aire de guerra de los campamentos; respiraba ahora la atmósfera de la isla gaditana y de la sociedad allí reunida, y sin apercibirlo él mismo, la revolucion se inoculaba en sus venas. Habia mirado la independencia como el mayor bien de su patria, y la vuelta de Fernando al trono de sus mayores, como el remedio de todos los males pasados, como el principio de una nueva época de regeneracion y ventura. Pero tras de los nombres y de los sentimientos de monarquía é independencia habian venido los nombres y las esperanzas de Constitucion y de Libertad. Creia, como todos, que los gobiernos que se habian sucedido desde el alzamiento eran la causa de los desastres de la duracion de aquella guerra desoladora. Las Córtes era la palabra mágica que simbolizaba el único remedio de los males y desaciertos que lamentaban, y participó naturalmente del entusiasmo unánime que excitaba su reunion. Las sesiones de aquel Congreso á que asistia constantemente, fueron su primera escuela de política. La ardiente fantasía del poeta simpatizaba naturalmente con los fogosos arranques de los nuevos tribunos. Todo lo que se le figuraba reformas merecia sus aplausos, y abrazó con calor las más exageradas ideas del partido liberal. Las doctrinas, como el cólera morbo, son más fulminantes y vehementes en el punto de que empiezan y cuando tienen una esfera reducida de accion. Cádiz fué entónces el foco generador del cólera político, y adoleció de él gravemente nuestro don Angel. Varios versos satíricos, y algunos artículos que publicó en el *Redactor general*, fueron el desahogo de aquel entusiasmo. La Constitucion del año 12 fué á sus ojos la obra más perfecta de la inteligencia humana, el monumento más grande de su sabiduría, y el cimiento más sólido de la grandeza y prosperidad nacional. Pero prueba del extravío de estos sentimientos, es que aquellos artículos y aquellos versos no han sobrevivido á los dias de vértigo en que nacieron. El cantor de Mudarra, el poeta de los bellos romances, y que celebró despues en versos inmortales los caballerosos recuerdos y las glorias tradicionales de la nacion española, se burlaria tal vez hoy si pasara la vista por las producciones que le inspiraron sus primeros amores con la revolucion y con la libertad: mejores eran sin duda los que, más mozo todavía, habia compuesto á su primer querida.

No cesaron en Cádiz sus tareas militares. Ascendido á ayudante primero de estado mayor (teniente coronel efectivo), desempeñó varias comisiones importantes; se halló eventualmente en la batalla de Chiclana, á donde fué de órden de la regencia para traer noticias; pero su ardor le llevó á mezclarse activamente en la pelea, ántes que atender el inmediato objeto de su comision. Habiendo entrado el gobierno en algunos recelos del general Ballesteros, pasó á su cuartel general, comisionado para averiguar sus intenciones; y cuando levantado el sitio de Cádiz y perseguidos los franceses, se amotinó en Córdoba la division del general Merino, so pretexto de sostener la resistencia de Ballesteros á reconocer á lord Wellington por general en jefe de los ejércitos españoles, envió la regencia á Don Angel con plenas facultades para atajar aquel desórden. El éxito coronó sus esfuerzos. Por su cooperacion y consejo, el general Chevarri reasumió el mando, restableció la severidad de la disciplina, y se logró sacar de Córdoba en buen órden la division, despues de deponer al general y de prender á los oficiales, principales cabezas y promovedores de la insurreccion. La guerra tocaba á su fin. El triunfo importante de Vitoria aseguraba la evacuacion inmediata de la Península. Don Angel pretendió ser destinado á la seccion de estado mayor que

servia á las órdenes de lord Wellington; pero no pudo conseguirlo, y resintiéndose de nuevo de la herida del pecho que le hacia arrojar sangre por la boca, y aconsejándole los médicos quietud y reposo en el templado clima de Andalucía, pasó á Sevilla destinado al ejército de reserva; y fué á poco comisionado á Córdoba, á mandar y organizar un nuevo regimiento de caballería. Recibida la noticia de la victoria de San Marcial, y de que no quedaba ya un solo francés en el territorio español, se retiró del servicio militar con la consideracion de teniente coronel que por su empleo le correspondia.

A la vuelta del rey Fernando, y abolida por el decreto de Valencia la Constitucion de Cádiz, tuvo Don Angel la rara suerte de no ser perseguido por sus ideas liberales, como al principio se lo habia temido. Léjos de eso, el Rey dispensó á ambos hermanos la más cordial acogida, elogió en pública corte sus servicios militares, y concedió á D. Angel el empleo de coronel efectivo de caballería con el sueldo correspondiente, consignado como retiro en la plaza de Sevilla. Establecido en la hermosa capital de Andalucía, pudo aprovechar los ocios de la paz, y consagrarse de lleno á las tareas literarias y al cultivo de la pintura. Las amistades que contrajo con el respetable anciano D. Francisco Saavedra, con el erudito aunque extravagante Vargas Ponce, con el ilustrado Ranz Romanillos y con el poeta D. Manuel María de Arjona, avivaban su aficion á la literatura, inspiraban nuevas ideas en su entendimiento, y dirigian sus estudios ó moderaban la fogosidad de su fantasía. Acaso las mismas inclinaciones de su juventud recibian saludables correctivos de aquellos sesudos varones. Sabemos, por ejemplo, que era D. Angel un tanto aficionado á torear, y Vargas Ponce le dedicaba con tal motivo un romance que empieza con este requiebro:

«Bárbaro, que así desluces
Los presentes de natura...
Y en demonio siendo ángel
Tu torpe sandez te muda...»

Empero esta direccion, que sin duda era un bien para formar el gusto de nuestro poeta, contribuia no ménos poderosamente á cortar los vuelos de su originalidad, y á sujetarle demasiadamente á seguir el camino trillado de nuestros antiguos clásicos y de sus manoseados asuntos; camino á cuyas orillas ya no quedaban entónces flores que pudieran recoger los nuevos peregrinos. Lo ménos que podian temer los severos preceptistas de aquella época, eran innovaciones literarias: estaban muy léjos todavía. Los que se llamaron restauradores de nuestra poesía á fines del pasado siglo y principio del actual, hubieran podido con más razon y con pretensiones más modestas llamarse restauradores del buen gusto poético. Eran sin duda un gran progreso, un inmenso progreso, despues del siglo de decadencia en que yació postrada la literatura española desde el advenimiento de la casa de Borbon al trono de Castilla; Melendez, Jovellanos, Quintana, Arjona, Gallego y Lista, eran ciertamente poetas.

Ellos volvieron á versificar con la robustez, la resonancia y el vigor, la dulzura y la armonía de Garcilaso, de Quevedo, de Leon, de Villegas, de los Argensolas, de Rioja y Herrera. Pero demasiado desdeñosos de la antigua poesía nacional, demasiado amantes de la belleza de las formas, y sacrificando á ella sin duda la grandeza de los asuntos, parecióles que no podia haber sin extravío novedad en los pensamientos y en la manera de sentir; y no puede negarse, por muy reconciliados que ahora nos hayan puesto con la antigua escuela los excesos de la actual anarquía, que era algun tanto académica é imitativa, y no muy rica de originalidad y de jugo la literatura que recomendaban por modelo.

Nunca habia sido muy original, muy profunda ni muy elevada la poesía que se llamó andaluza. Léjos de tener el carácter de espontaneidad, que debia darle aquel clima tan poético de suyo, y donde brotan los versos como las flores, sus principales y más celebrados maestros habian cerrado los ojos, y no sabemos si el corazon, á las bellezas de aquella naturaleza grande, magnífica, todavía más que risueña, para ir á beber sus inspiraciones en los poetas de la moderna Italia ó de la antigua Roma. El mismo Herrera y Rioja son notables por no tener color local. Sus imitadores fueron áridos é insípidos.

Eternos amores y pálidas galanterías, tratados á la manera antigua, sin idealismo, sin profundidad, muchas veces sin pasion y sin ternura, eran el tema obligado de sus versos. Respecto de la naturaleza de sus escenas y de sus pinturas, aparecen más pobres todavía. Los colores de la aurora, y las plateadas ninfas de los rios, los jazmines y las rosas de los campos, son el repuesto de sus galas y el arsenal de sus descripciones. Los poetas del Guadalquivir no habian bajado nunca por sus aguas al mar inmenso que ciñe sus playas; jamás se habian extasiado ante los grandiosos é imponentes cuadros de Sierra Morena, ó de las perpétuamente nevadas cumbres que circundan á Granada; jamás se habian inspirado con la impresion honda y melancólica de aquellas llanuras que se despliegan dilatadas y monótonas bajo un cielo purísimo sin celajes como sin nubes; jamás habian evocado las sombras de las generaciones que cultivaron en otros tiempos aquel riquísimo suelo; jamás habian oido las voces que suenan todavía en los monumentos romanos, en los palacios árabes, en las ruinas de los vándalos, ó en los castillos y torres de los conquistadores godos; jamás habian reflejado en sus amanerados versos aquel sentimiento de languidez y de voluptuosidad que hasta el pueblo, más poético allí que sus poetas, exhala en sus romances, en sus *cañas* y en sus *playeras*.

La historia en sus diversos períodos no les habia dicho nada. Los conquistadores del Nuevo-Mundo no habian encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en las palmeras de las Antillas, en los inmensos bosques de aquellos rios más grandes todavía, ni en los palacios de Motezuma y de los hijos del sol. La religion que elevó la maravillosa catedral de Sevilla, y que decoró sus naves con los mágicos lienzos de Murillo, no habia hablado al corazon de los poetas el mismo idioma que á sus colosales arquitectos y á sus divinos pintores. El mismo Herrera, para celebrar á D. Juan de Austria, pone sus loores en boca de Apolo, é introduce todas las deidades de la mitología, escuchando las alabanzas de aquel que, en las sangrientas aguas de Lepanto, tremolaba el estandarte de la Vírgen del Rosario. Toda la poesía española se habia resentido del carácter académico de la imitacion clásica. Los romances, principal tesoro de la poesía nacional, los romances, en que se han conservado todas las glorias tradicionales de nuestro país, y en los que han compuesto los mismos siglos y las generaciones mismas las magníficas epopeyas de los Bernardos y de los Cides, de los Guzmanes y Almanzores, eran desdeñados por los grandes maestros, y crítico ha habido entre nosotros que los declaró incapaces de servir para asuntos heróicos y graves. Porque era trivial y popular su forma, porque no se ajustaban bien á su tono y á su estado las Vénus y los Cupidos, Palas Atenea, y el Bistonio Marte, habianse creido igualmente triviales y no á propósito para calzar el alto coturno poético los asuntos que en ellos habian sido tratados; y por el contrario, las estrofas y las liras del verso endecasílabo no podian prescindir del acompañamiento obligado de las imágenes mitológicas y emanciparse del yugo de la imitacion pagana. Los mismos poetas que poco há mencionamos, y que tanto ensancharon el campo, y con nuevos pensamientos aumentaron la riqueza de la poesía, trabajaban por coartar su propia tendencia, y si eran á veces atrevidos y originales en sus producciones, mostrábanse duramente severos é intolerantes en sus críticas, y no eran para abrir nuevos caminos sus lecciones, en oposicion tal vez con sus ejemplos.

Don Angel Saavedra empezó á escribir bajo la influencia de estas ideas y de esta escuela. Los amores vestidos de ninfas y de faunos; la historia de los siglos medios pintada con los colores y las costumbres de los griegos y de los romanos; la política de las revoluciones modernas trasportada al foro de Roma, ó á las repúblicas griegas: tal era el fondo de la poesía que habia cultivado; tal era el carácter distintivo de las composiciones de nuestro autor. A fines de 1813 habia publicado un tomo de poesías, que tuvieron entónces bastante boga, pero que no son leidas hoy. Don Angel añadia un volúmen más de poesías académicas, de imitaciones de Herrera ó de Petrarca, á los muchos que habian salido. Era una maceta más en el recortado jardin de la literatura imitativa y convencional, eran plantas de estufa sin calor propio, sin raíces en la tierra, y don Angel Saavedra habia nacido para ser árbol pomposo y lozano al aire libre, y bajo el sol fecundo de su propia inspiracion y fantasía.

Su inclinacion le arrastraba á escribir para el teatro, y en el teatro siguió la misma senda y la misma escuela literaria y filosófica. A fines del año de 1814 compuso la tragedia ATAULFO, que si no le valió coronas escénicas, mereció la señalada honra de ser prohibida por la censura. No era para desalentarle un contratiempo que podia lisonjear su amor propio, y dió á poco otra tragedia titulada: ALIATAR, de éxito prodigioso en el teatro de Sevilla, y que obtuvo mayores aplausos y excitó más entusiasmo que otras obras posteriores del autor, trabajadas con más estudio, pensadas con más intencion y detenimiento, y versificadas con más correccion y esmero. Siguió á estas DOÑA BLANCA, aplaudida tambien, aunque no tanto como la anterior. Escribió luégo, aunque no dió al público, EL DUQUE DE AQUITANIA, descolorida imitacion del Orestes de Alfieri, y MALECH-HADHEL, obra escrita con más juicio, y pensada con más filosofía. Con estas dos tragedias, con *El paso honroso*, y con otras producciones líricas nuevas, pensó hacer en 1819 la segunda edicion de sus poesías, sujetándolas para ello á la censura y correccion de D. Juan Nicasio Gallego, confinado entónces en la Cartuja de Jerez, y que conociendo ya, en medio de la incorreccion de sus primeras obras, las grandes cualidades de poeta que adornaban á D. Angel, hacia grande aprecio de sus versos y de su talento (1).

Y merecíanlo sin duda. Nosotros al lamentarnos de alguna manera de la influencia que pesaba sobre su ingenio, que no tenia acaso las dotes necesarias para elevarse á más altura que sus modelos en el campo de la imitacion clásica, estamos muy distantes de creer que Saavedra no fuera ya entónces y en aquella literatura un poeta muy distinguido, y que podia serlo más todavía. Su versificacion no era correcta, porque nunca lo ha sido; pero era ya sonora, rica y armoniosa, y siempre fácil, si á veces no igualmente elevada y vigorosa. Sus producciones dramáticas pertenecian á la escuela francesa, y alguna vez se recuerda en sus escenas la lectura de Alfieri, escuelas que Cienfuegos y Quintana habian introducido, no sin gloria y sin éxito, en el teatro español, y que, tanto como el talento de estos poetas, habia contribuido á poner en boga el genio trágico del ilustre Maiquez. Las tragedias con que habia enriquecido nuestro D. Angel la escena española no eran obras maestras; pero no seremos nosotros los que neguemos que, si hubiera continuado por aquella senda, no hubiera llegado en el género de CORNEILLE y VOLTAIRE al mismo grado de perfeccion y de belleza que en el de Calderon y de Moreto.

Pero la edicion de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años despues. Entre tanto habia ocurrido la revolucion política que tuvo por resultado el restablecimiento de la Constitucion de 1812. Hallábase en Madrid D. Angel cuando estalló aquel suceso, que aplaudió entusiasmado con todos los liberales españoles: júbilo desinteresado, en el que no entraban miras personales. Aquel cambio político no despertó ambicion alguna en su pecho. Aunque todos sus amigos volvieran á ejercer influencia y á ocupar los primeros puestos del poder, nada pretendió, nada quiso para sí. Aprovechó sólo aquel acontecimiento para realizar sus vehementes deseos de viajar y de recorrer la Europa. Habia solicitado en vano la competente licencia de los ministros de la Guerra del régimen absoluto. Se la concedió por seis años y con todo su sueldo el marqués de las Amarillas, despues duque de Ahumada, encargándole al mismo tiempo recorrer y examinar los establecimientos militares de los países extranjeros, dando al gobierno noticias de sus adelantos y mejoras, conforme á un pliego de instrucciones dignas de aquel entendido é ilustrado personaje. La impresion de sus poesías le detuvo aún algunos meses en España; pero publicado en Madrid, en Enero de 1821, el segundo tomo de aquella coleccion, partió D. Angel á Francia á principios de Mayo del mismo año, despues de haber ido por algunos dias á Córdoba á despedirse de su familia. Llegado á París, procuró realizar el objeto para que el gobierno le habia comisionado, sin olvidar su propia instruccion y las artes que le eran más queridas. Visitó los establecimientos militares, frecuentó las bibliotecas y museos: trató con intimidad al ilustre lord Holland, al anciano Desttut-Traey, y al célebre pintor Horacio Vernet; y preparábase en el mes de Diciembre á continuar sus viajes por la pintoresca Italia, cuando la revolucion política que iba recorriendo en España una de sus más violentas fases, le llamó estrepitosamente á su país para lanzarle por una nueva carrera en que los riesgos, los infortunios y los errores debian pesar más que la gloria, y serle tan fatales para su suerte personal como para la de las artes y las letras que estaba llamado á cultivar.

Durante su última mansion en Córdoba habia contraido D. Angel amistad, que aún dura tierna y estrechísima, con D. Antonio Alcalá Galiano, entónces intendente en aquella ciudad. No sabemos si era ya el Sr. Galiano como lo es hoy un prodigio de saber y de erudicion; pero era ya seguramente una maravilla de elocuencia. Por desgracia las opiniones que profesaba eran á la sazon las más ardientes y exageradas; y el poder con que el elocuentísimo tribuno arrastraba la conviccion y las voluntades del partido democrático, no se ejerció ménos fascinador y poderoso sobre la imaginacion móvil y ardiente y el carácter apasionado de D. Angel.

(1) Hé aquí un soneto en que le daba los dias aquel año:

Tú á quien afable concedió el destino
Digna ofrenda á tu ingenio soberano
Manejar del Aminta castellano
La dulce lira y el pincel divino,

Vibrando el plectro, y animando el lino
Logras, Saavedra, con dichosa mano
Vencer las glorias del cantor troyano,
Robar las gracias del pintor de Urbino.

Lógralo, y logre yo, si más clemente
Se muestra acaso la áspera fortuna
Que hoy no me deja en blando són loarte,

Tejer nuevas coronas á tu frente
Ya esclarecida por tu ilustre cuna,
Ya decorada del laurel de Marte.

El talento subyuga con más fuerza todavía al talento que á la ignorancia, y Galiano arrastró á Saavedra en el torbellino de sus opiniones y en la carrera de su partido. En las elecciones para la legislatura de 1822 ocurriósele á D. Antonio que un amigo suyo de alto mérito, y ligado además con el país por las consideraciones debidas á su ilustre familia, y por el buen afecto con que sus paisanos generalmente le distinguian, seria un digno representante de aquella provincia. D. Angel Saavedra fué elegido diputado á Córtes, y aunque vió con pena desbaratado su plan de viajes, sin duda hubo de lisonjearle grandemente esta muestra de aprecio de sus compatriotas, más que asustarle las eventualidades de una revolucion que ya entónces se presentaba amenazadora y embravecida.

Su conducta en el Congreso fué la que debia esperarse de las circunstancias de su eleccion. Unido estrechamente con Galiano y con don Javier Isturiz, á quien habia tratado de jóven en Cádiz, se colocó como ellos en lo más extremo de la oposicion al ministerio que presidia Martinez de la Rosa, en lo más culminante del partido exaltado. Chocaba tanto más su conducta, é incurrió por ella en tanto mayor animadversion de la corte, cuanto que su educacion, sus conexiones de familia y sus maneras aristocráticas, le hacian extraño por demás á las exageraciones é intereses de los demagogos. Sin embargo, jamás fueron móvil de su conducta política ni estímulos de su ardor tribunicio, los bastardos intereses que principalmente en estos últimos tiempos se ocultaron bajo la máscara de las pasiones políticas de los nuevos patriotas. El entusiasmo de los exaltados de entónces era sin duda más sincero y más desinteresado. Jamás don Angel Saavedra llevó, en su virulenta oposicion, miras personales, deseos de engrandecimiento. Jamás pidió mercedes para sí ni para sus allegados: jamás se prosternó bajamente ante los mismos poderes á quienes desafiaba en la tribuna. Los recuerdos de Cádiz obraban de lleno en su fantasía; aguijábale el estímulo de imitar á los oradores que habia admirado entónces; y el odio de una corte que era la primera á conspirar por indecorosos medios contra un sistema que no se atrevia á contrarestar frente á frente, no podia en verdad hacer en él la misma impresion que en otra época más próxima el amor ó la gratitud de la reina que habia abierto las puertas de su patria á los que léjos de ella gemian desterrados. Las teorías políticas no estaban entónces tan ensayadas por la experiencia, ni en nuestra nacion ni en las extrañas, para que no subsistiesen muy vivas y halagüeñas ilusiones que el trascurso de veinte años ha desvanecido. Don Angel las abrigaba. ¿A quién de nosotros no le ha sucedido otro tanto? Don Angel creyó que eran verdadera popularidad los aplausos que las galerías daban á sus discursos. Pareciale sin duda que eran tan interesados y tan sinceros como los que pudiera arrancar una buena tragedia ó la vista de un buen cuadro; y cuando improvisaba sus breves arengas, acaso se le figuraba que leia bellos versos. Don Angel no podia entónces profundizar las cuestiones políticas que ni aún otros hombres más exclusivamente consagrados á su estudio habian examinado sino muy superficialmente. El sistema representativo no era conocido en España. Aquel período no era gobierno: era revolucion nada más; y todos los hombres políticos de entónces, con más ó ménos generosas intenciones, con más ó ménos ilustrados instintos, eran, sin embargo, revolucionarios. ¿Nos atreveremos á asegurar si todavía no lo somos, si profesamos ahora principios capaces de organizar un gobierno que pueda durar una generacion?...

Don Angel fué secretario en las Córtes del 22, y desempeñaba su cargo con facilidad y expedicion. No hablaba muchas veces, y era siempre breve. Despues del 7 de julio, en el cual se halló con otros diputados en el parque de artillería, y reunidas las Córtes extraordinarias, apoyó al ministerio presidido por San Miguel en favor de las medidas excepcionales que propuso, y abogó por ellas con calor en un vehemente discurso de dimensiones más extensas que los que hasta entonces habia pronunciado. Pero su mayor fama parlamentaria de aquella época se funda en la célebre sesion de... marzo de 1823, en que se aprobó la conducta del gobierno por la contestacion dada á las amenazadoras notas de los gobiernos de la Santa Alianza. Nosotros sí, porque hemos visto recientemente mayores extravíos y aberraciones; pero la posteridad dificultosamente podrá formarse idea del vértigo que desvaneció las cabezas de los que osaron en aquellas circunstancias creerse hombres de Estado. La Europa entera se conjuraba contra ellos, y ellos se atrevieron á desafiar á la Europa. Presumieron contar con la nacion y estaban solos. La cuestion no era de independencia como en 1808; era de libertad política, y el pueblo, ó desdeñaba ó no comprendia este principio abstracto. Ardia embravecida en su seno la discordia civil; un partido peleaba contra el otro partido, y en balanza de tan iguales pesos, la menor fuerza que al uno se añadiera, le daba irremisiblemente la victoria. Sin embargo, el gobierno del señor San Miguel arrostró la cólera de todas las potencias, y los diputados que debian pedirle cuenta de su conducta, que podian acaso haber modificado el desenlace de aquella catástrofe, hicieron en público parlamento la apoteósis del insigne desacuerdo que habia sido ya sancionado con la aprobacion y aplauso de las sociedades secretas, tan influyentes y autorizadas entónces. Tocóle en aquella discusion hablar el primero á nuestro protagonista, y en una arenga acaloradísima que acaso dió temple y tono al debate de aquel dia, fué el intérprete fiel de las opiniones que embriagaban, por decirlo así, la delirante fantasía de los patriotas exaltados. Retó con ardor belicoso á la Europa y al mundo entero, y sus declamaciones y apasionadas frases rayaron en los últimos límites de la demencia. El salon y las galerías se desplomaban en prolongados y estrepitosos aplausos, y su discurso, con los de Argüelles y Galiano, y de los demás oradores que tomaron parte en tan famoso debate, se imprimió y circuló profusamente dentro y fuera de España como un monumento notable, en el juicio de unos de temeraria arrogancia, en el de otros, más atentos á las circunstancias y al infelicísimo resultado de aquellas amenazas, de extravagante é inexplicable ceguedad. Consecuente á sus principios y opinion, influyó el diputado por Córdoba en la traslacion de la corte á Sevilla; y en la memorable y borrascosa sesion del 11 de julio en dicha ciudad, fué de los que votaron la suspension del rey, propuesta por Galiano, y su traslacion á Cádiz. El lastimoso desenlace de aquellos sucesos le encontró en su puesto. La víspera de la entrada de los franceses ocupaba su asiento de diputado. Al amanecer del dia 1.° de octubre, en que el rey Fernando VII recobraba la plenitud de su poder, emprendió don Angel desde Cádiz á Gibraltar su peregrinacion de proscrito y su carrera de emigrado.

Condújole en compañía de su amigo Galiano una barca catalana, y sufrió en aquella plaza los amargos sinsabores que experimentaron entónces todos los refugiados españoles. El mal estado de su salud le detuvo allí sin embargo, hasta que en mayo del año siguiente se trasladó con próspera navegacion á Inglaterra, centro entónces y refugio de todos los emigrados, y donde encontró á sus principales amigos Isturiz y Galiano, y al respetable don Cayetano Valdés, y á Argüelles, y á Gil de la Cuadra, con quienes corria entónces en la mejor armonía.

El torbellino de la política le habia apartado de la literatura y de las artes. Sin embargo, en el intervalo de la legislatura de 1822 á 1823, en que fué don Angel á Córdoba á visitar á su hermano el Duque, que acababa de enviudar, habia compuesto en pocos dias la tragedia titulada *Lanuza*, obra más bien inspirada por los sentimientos políticos de la época, que por los recuerdos históricos del Justicia aragonés. No carecia, en medio de un plan poco meditado, de algunas situaciones dramáticas: era robusta, aunque declamatoria y vacía, su versificacion, y sus diálogos más que para expresar las pasiones y caracteres de los interlocutores, estaban hechos para poner en su boca peroraciones tribunicias y arengas revolucionarias. Se puso en escena en Madrid en el teatro del Príncipe, y por efecto de las circunstancias se repitió por espacio de muchos dias con un éxito prodigioso. Reprodujéronla todos los teatros de provincia, y llegó á ser la funcion obligada en todos los aniversarios y celebridades patrióticas de entónces. Pero la emigracion le llamaba de nuevo con más tranquilidad y concienda á sus ocupaciones favoritas. En la travesía á Inglaterra habia escrito *La despedida*, composicion lírica de alguna extension, y en que ya se vislumbraba un nuevo rumbo, y se separaba de la imitacion servil de los poetas clásicos. El horizonte de la literatura se agrandó á sus ojos en la tierra extranjera, y la pintura volvió á ser el recreo de sus ocios en la amargura del destierro: que debe ser sin duda muy dulce consuelo, para un proscrito, el poder reproducir á lo ménos con el pincel la imágen de las personas y lugares de que la desgracia le aleja. Hizo entónces don Angel varios retratos, escribió una sátira en prosa titulada *El peso duro*, llena de cuadros de costumbres, de no escaso mérito, y mucha frescura y viveza de colorido. Compuso un poema en octavas titulado *Florinda*, y la composicion titulada *El sueño del proscrito*, y otras de ménos fama.

Entre tanto la audiencia de Sevilla habia fulminado contra don Angel, por la votacion del 11 de junio, la sentencia de muerte y la confiscacion de todos sus bienes. Su hermano el Duque por haber ido á Cádiz al frente de una columna de nacionales de Córdoba sufria una dura persecucion: el rey le habia quitado la llave de gentil-hombre, y tenia en secuestro sus estados. Don Angel debió los recursos de su subsistencia al tierno cariño y solicitud de su desconsolada madre, que aunque arruinada por las circunstancias, hizo siempre por el hijo proscrito todos los sacrificios y esfuerzos de que sólo es capaz el corazon maternal. El clima de Inglaterra no era favorable á su salud, por lo que, y deseando perfeccionarse en la pintura, que empezó á mirar como un recurso, que podia servirle algun dia para hacer frente á su situacion, entró en vivísimos deseos de ir á Italia, procurando que se le abriesen las puertas de aquel país, cerradas á todos los emigrados españoles. La Duquesa madre imploró del nuncio de S. S. en Madrid un pasaporte para su hijo. Consultó el nuncio á Roma, recomendando mucho la solicitud, le fué respondido que como don Angel se comprometiera á no hablar ni escribir de política ni á frecuentar la sociedad inglesa, se le libraria el pasaporte, seguro de que allí encontraria hospitalidad y amparo. Dió don Angel por medio de su madre las seguridades que le exigian, y provisto del resguardo del nuncio, en que éste habia escrito de su propio puño: *Dado por órden expresa de S. S.*, dejó el proscrito á Lóndres, á fines de diciembre de 1824, y con dura navegacion llegó á Gibraltar. Permaneció allí hasta junio del año siguiente, en que verificado su matrimonio, ya de antemano concertado, marchó con su jóven esposa á Italia, arribó á Liorna despues de un largo viaje, y cumplida la rigurosa cuarentena, se presentó al cónsul romano de aquel puerto. Manifestóle aquel agente que á pesar de las seguridades de su pasaporte no podia visarle sin remitirle ántes á Roma. Hízolo así, y á correo seguido volvió el pasaporte reconocido por auténtico; pero con la prohibicion absoluta de que el portador pusiera los piés en los Estados romanos. A esta repulsa, debida á las exigencias de la diplomacia española, se siguió una órden del gobierno toscano para que don Angel y su esposa salieran de su territorio en el término de tres dias. En vano escribió don Angel al gobierno pontificio; en vano reclamó de Florencia un plazo más largo para aguardar en Liorna; en vano le protegió eficazmente el conde de Bruneti, que residia accidentalmente en Massa-Carrara: la inexorable policía dispuso arrojarlos de allí á la fuerza. Acudió en tal conflicto don Angel al cónsul inglés, el cual, apoyado en otro pasaporte que llevaba tambien nuestro viajero, dado por lord Chatan en Gibraltar, como á comerciante de aquella plaza, le sacó de las garras de los esbirros, le llevó á su casa de campo, y dispuso su embarque en un bergantin maltés que regresaba á su isla, único buque que estaba próximo á marchar á punto donde ondeara el pabellon de Inglaterra. El mal tiempo dilató algunos dias el viaje, y don Angel y su esposa permanecieron constantemente á bordo, vigilados por la policía, que ni aun desembarcar en el muelle les dejaba; pero fueron allí visitados por todos los extranjeros de distincion que habia en Liorna, y por lo más florido de la ciudad, que á la noticia de aquella irracional y encarnizada persecucion, acudieron obsequiosos á prodigar á los desafortunados proscritos las más lisongeras atenciones y los más cordiales ofrecimientos.

Diéronse por fin á la vela y navegaron prósperamente cuatro dias. Pero en la tarde del quinto, estando cerca del *Maretimo*, sobre la costa de Sicilia, arreció el viento al sudoeste y desatóse en la noche un crudo temporal. El barco era viejo, mal pertrechado; su tripulacion compuesta de seis viejos malteses, desconocia la autoridad del capitan, hasta el punto de no obedecerle, cuando mandó varias veces tomar rizos. La luz de un relámpago, descubrió muy cerca por la proa el *Maretimo*, y al orzar por no estrellarse en el formidable escollo, se rindió con grande estruendo el trinquete, que quedando trabado de la jarcia, torció el casco en términos de que los golpes de mar se llevaron la cocina, los gallineros y toda la obra muerta. Los viejos malteses abandonaron aterrados la maniobra, y apiñados en la popa, entonaron la Salve pidiendo á Dios misericordia en el último trance. Don Angel, con el desesperado aliento que nace del exceso mismo del miedo en los últimos peligros, salió sobre cubierta fuera de sí; reanimó la tripulacion con amenazas y golpes, y ayudando al capitan á sujetar la caña del timon, no sin recibir grandes contusiones, logró que se picase la jarcia, que se zafase el roto palo, y que se hiciese de prisa lo que exigian las circunstancias: hecho lo cual, bajó á la cámara todo empapado en el agua del mar y en la del cielo, y cayó y estuvo por largo tiempo desmayado de la gran fatiga y del extraordinario esfuerzo. Al amanecer se hallaron en la costa de Sicilia, y deteniéndose en Girguenti lo absolutamente necesario para hacer los reparos más precisos, siguió su viaje el buque siempre con el mar embravecido, hasta que despues de otros dos dias de navegacion, como dijo nuestro viajero en su preciosa composicion al faro de Malta...

. . . . Los marineros
Olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdian,
Malta, Malta gritaron.

No pensaba don Angel detenerse más tiempo en aquella isla, que el necesario para encontrar proporcion de regresar á Lóndres. Pero agradóle tanto aquel benigno clima, encontró allí tanta baratura y comodidad para vivir, y tan benévola y hospitalaria acogida, que determinó fijarse en el punto á donde le habia llevado la casualidad y el infortunio. El ser caballero de la Orden de San Juan, fué una recomendacion muy grata á los ojos de los malteses, que conservan mucho apego y religioso respeto á la memoria de sus antiguos señores. Cartas que llevó de Liorna y otras que llegaron de

Lóndres, le procuraron la proteccion decidida del respetable marqués de Hastings, gobernador de la isla y de su segundo el general Woodford, que le conserva la más fina amistad, y de la que le dió andando el tiempo, pruebas muy positivas. Y la bárbara persecucion que habia experimentado en Italia, los peligros de su viaje, su trato ameno, su imaginacion rica, y sus maneras finas y aristocráticas, le hicieron interesante y querido á la benévola sociedad de aquel peñon del Mediterráneo. Cinco años pasó don Angel en tan agradable residencia, frecuentada entónces de extranjeros con motivo de la guerra de Grecia. Y cierto que aquellos años no fueron acaso los ménos venturosos de su vida, ni los ménos útiles para la literatura de su patria; pero entónces ya el campo de las bellas letras se presentó á sus ojos en más dilatado horizonte que cuando con tan estrechos límites le circundaban en dobladas hileras los antiguos modelos y los modernos críticos. Don Angel no conocia ántes más que la literatura clásica española, francesa, italiana ó latina. Todos los hombres de reputacion á quienes habia podido consultar, no le presentaban otros modelos ni otros principios, extraños como eran absolutamente, al movimiento que fermentaba entónces en toda Europa, sordo y latente, por emanciparse de las antiguas trabas y abrirse nuevos caminos en el campo de la imaginacion y de la inventiva. En aquella época empero tomó don Angel conocimiento de las nuevas tendencias y vió autorizadas por hombres de gran saber y de inmensa reputacion lo que segun la austeridad de sus antiguos principios, le hubieran parecido extravíos. Vivia en Malta, por ser clima á propósito para la salud de su esposa la condesa de Erol, el respetable anciano Mr. Frére, que habiendo sido Embajador de Inglaterra en España en tiempo de la Junta Central, tenia en gran aprecio y estima el noble carácter de los españoles, y muchísima aficion á las cosas de España, poseyendo con perfeccion nuestro idioma, siendo muy entendido en nuestra literatura, y reuniendo en su biblioteca muchos, muy escogidos, y muy raros libros españoles. Honró desde luégo este sabio y respetable inglés á Saavedra con el más tierno y paternal cariño: le hizo leer y conocer á Shakespeare, á lord Byron, y á Walter Scott: le reconcilió con la antigua literatura nacional española, tan desdeñada por la crítica del siglo XVIII: le regaló la antigua edicion completa de Lope de Vega y una coleccion de nuestras crónicas; y le exhortó á escribir con brio y originalidad, sus propios afectos y sus propias sensaciones. Prendieron desde luégo estos combustibles en la ardiente imaginacion de don Angel. Hubo de pasmarse al ver tantas bellezas y primores en lo que hasta entónces habia mirado con desdeñoso menosprecio: hubo de presentársele la historia nacional como un tesoro soterrado, como una mina no beneficiada todavía, y en que habia oro y pedrería á montones, y púsose con ahinco á explotarla, dejando á un lado las fajas de su infancia literaria, y rotas las trabas de la escuela. ¿Quién sabe? Acaso tambien el estar ausente de su querida patria, contribuyó á que procurase dar á sus obras un colorido local más pronunciado del que hasta entónces habian tenido. Los recuerdos y las esperanzas son más poéticos siempre, que la inmediacion á la posesion de las cosas. La ausencia y la distancia aumentan la belleza á los ojos de la imaginacion. La antigüedad, sólo por serlo, es poética como lo son las regiones desconocidas, ó los climas remotos. Ha dicho Juan Jacobo Rousseau que para pintar las delicias del campo y los encantos de la primavera, no hay como estar encerrado entre cuatro paredes, y que en un calabozo estrecho, es donde se puede describir con ricos colores la libertad, y en un abrasado desierto, las orillas encantadas de un rio. ¿Quién sabe, decimos, si algo de esto, sin él mismo percibirlo, aconteció á nuestro poeta? En España parecíanle sólo grandes y poéticas las cosas antiguas y las escenas de otros tiempos y paises. En las playas lejanas de Malta, á donde sólo *de tarde en tarde le llegaban de su patria nuevas amargas, y renglones con lágrimas escritos,* ¡ qué interesantes y qué llenos de poesía no debian presentarse á su imaginacion todos los lugares de su país, las más leves circunstancias de localidad! ¡ Cuánto no debian halagarle y parecerle bellos y dignos de contarse, los hechos históricos de los siglos caballerescos, en que tan viva y animada se le aparecia la imágen de los héroes castellanos! Entónces ciertamente debieron presentársele no vestidos á la griega y á la romana, sino con el traje nacional, con el carácter hidalgo y religioso, con las rudas virtudes, ó con las pasiones feroces y desmandadas de los siglos de lucha y de conquista, de los tiempos de guerras y caballerías, de moros y cristianos, de cañas y torneos y fiestas de toros, ó de tumultuosas y ensangrentadas revueltas. Entónces debian ofrecerse á sus ojos, vistos por el microscopio de la proscripcion, todos los bellos accidentes, todas las más leves circunstancias de su tierra natal, de la poética España. No eran ya sólo las rosas y los jazmines, sino el cielo azul y las sierras majestuosas, el mar bravío, y las ruinas y los templos, y los cantares del pueblo y sus festejos y procesiones, y su culto, y sus lugares y sus ciudades moriscas ó góticas, y hasta el *arcángel dorado que corona de Córdoba la torre*, y que se presenta como un faro resplandeciente mirado desde la tormenta del destierro...

No entró, sin embargo, en esta nueva senda, rompiendo de una vez todos sus hábitos. Desde luégo comprendió como debia lo que despues se llamó escuela romántica, y tenia ya demasiado ilustrada su razon, demasiadamente perfeccionado el gusto para no ver y sentir que con el carácter y con la tendencia, con los pensamientos y las descripciones y los fines, y el plan y el tono y colorido de la nueva poesía, eran compatibles la belleza, correccion y pureza de las antiguas formas. El tránsito del uno al otro género se hizo en él con lentitud, y acaso creia que se habia emancipado ya de las antiguas trabas cuando todavía, y á pesar suyo, le ligaban. Así despues de concluir la *Florinda* compuso el *Arias Gonzalo*, tragedia clásica en la forma, de versificacion por lo general robusta y fácil, aunque desigual como suya; y la comedia: *Tanto vales cuanto tienes*, clásica tambien, aunque escrita en variedad de metros, y que despues hemos visto representada en los teatros de la capital. Su primera composicion, en que decididamente toma otro rumbo, así en la sustancia como en la forma, es la que ya hemos citado al faro de Malta, y que copiaríamos íntegra si la extension de este artículo nos lo permitiera, y si no fuera tan conocida ya, notable ciertamente, no ménos que por su mérito artístico, que por ser la nueva serie de producciones que emprendia el autor. Pero donde más resueltamente alzó la bandera de la literatura, que él debia tremolar el primero en su país, fué en *El Moro expósito* ó *Córdoba y Búrgos en el siglo X* (1), que despues se publicó en Paris con un brillante prólogo. No haremos mérito de éste al autor del poema, porque tenemos entendido que se debe á la elocuente pluma del Sr. Alcalá Galiano; pero en él se asientan con profunda filosofía, y con elevacion y miras hasta entónces desconocidas, los fundamentos de la nueva escuela literaria, y las altas razones que presidian á la reforma que entónces para nosotros empezaba: en él se vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, y en él se marca la senda que deben seguir los ingenios en la nueva regeneracion á que con esta obra se abria la puerta. Es el asunto de este poema, la historia lastimosa, la popular tradicion de los siete infantes de Lara: obra de esta clase no tenia modelo en nuestra literatura. Está muy distante de parecerse á las composiciones épicas de Balbuena, de Lope, de Ercilla y de Ojeda, y no se puede decir tampoco que se parezca á los romanceros, en que descosidamente y á la ventura aparece tejida en composiciones de autores y de épocas distintas, la historia y las hazañas de nuestros personajes y de nuestras guerras. *El Moro expósito* tiene su plan. *El Moro expósito* es verdaderamente un romance de alguna extension. Mayor analogía se le encuentra con producciones extranjeras, especialmente con las novelas en verso de *Walter Scott*. No es nuestra intencion hacer aquí un juicio crítico de esta obra. Seria preciso dar una extension inmensa á nuestra biografía, y copiar trozos enteros de una produccion que asegurará para siempre á su autor un alto y privilegiado lugar en la literatura nacional. Sin embargo, el poema del Sr. Saavedra no es perfecto en su conjunto: la crítica severa puede tacharle de lánguido y lento en la accion, de tímido en el plan, de embarazoso y monótono en la narracion, y su desenlace no aparece demasiadamente preparado ni bien traido. Las trabas mismas de que su autor pensaba sacudir el yugo, le sujetaban á su pesar, y se ven á través de todo en el poema los esfuerzos con que lucha, y el temor de entregarse con demasiado abandono al vuelo de su fantasía; pero cuando el autor le despliega sin reparo, entónces es difícil pedir más riqueza y más valentía á los cuadros que nos describe. Hay bellezas de detalle incomparables; hay trozos descriptivos de inimitable verdad; hay figuras vivas, hay pinturas de relieve que se mueven y qne se palpan; hay ternura, hay sentimiento y hay gala oriental, y lozanía andaluza y valentía española. Si no hay demasiada individualidad en los caractéres principales, esos mismos perfiles y fisonomías comunes están dibujados con gran naturalidad y franqueza. Nada más tierno que los recuerdos de Córdoba en la invocacion ó entrada del poema. Nada más brillante y galano que la descripcion de las fiestas de Almanzor. Nada más cómico y animado que el cuadro de la cocina del Arcipreste de Salas, y que la gresca y algazara que se mueve en el banquete de los criados moros y del populacho cristiano. Nada más sombrío y altamente poético que el incendio de Bobardillo, ó que el salon lúgubre de Rui-Velazquez. Nada más magnífico que la descripcion de Zahara. Para hacer sentir ó recordar todas las bellezas de este libro, seria menester un libro tan extenso, y bien pueden compensar sus defectos, sin embargo de que á veces las mismas bellezas que el autor sabe producir no hagan ver cuán á poca costa hubiera salido su obra más acabada. Por ejemplo: no se concibe cómo haciendo con tanta facilidad sonoros y robustísimos versos, se encuentran con frecuencia trozos lánguidos ó prosáicos, expresiones triviales que descienden bastante del tono general del diálogo ó de la narracion, dado que no llevemos nuestra severidad á censurar el empleo del romance endecasílabo, que se hace á la larga tan monótono con el martilleo de la octava que el autor creyó evitar. De todos modos esta obra, que no tenia modelo, ni ha tenido hasta ahora imitadores, es una de las joyas más preciosas de nuestra literatura, y á nuestros ojos el más bello floron de la corona poética de D. Angel Saavedra.

No sólo consagró su tiempo al cultivo de la poesía; la pintura fué tambien objeto de sus tareas, haciendo en ella profundos estudios y notables adelantos bajo la direccion del profesor Hyrler, llegado á Malta desde Roma, pocos meses ántes que nuestro proscrito.

A pesar de la tranquilidad que gozaba en aquella isla, luégo que el ministerio francés, presidido por Martignac, aflojó algun tanto el odio á los emigrados españoles, quiso D. Angel acercarse á su patria, y consiguió pasaporte para trasladarse á Paris con su mujer é hijos. El general Ponsomby, gobernador entónces de Malta, le facilitó una goleta de guerra para trasportarle á Marsella. Pero á su llegada, Martignac habia caido, y su sucesor volvia á la misma política intolerante. Obligado á detenerse en aquel puerto, ordenáronle á poco que se internara con su familia hasta Orleans, donde precisamente debia fijar su domicilio. Tuvo que resignarse á esta dura condicion, y allí, arruinado por sus viajes, y consumidos todos los recursos que su tierna madre de continuo le enviaba, estableció una escuela de pintura á que no faltaron discípulos, pintó con buen éxito varios retratos, y le compró en alto precio el museo de Orleans, donde existe, un cuadrito de *natura muerta* que estudió con acierto del natural.

Acaeció á los cuatro meses de su residencia en aquel punto la revolucion de julio: trocóse la suerte de los emigrados, y se trasladó al punto á Paris con su familia. Encontró allí á sus amigos Isturiz y Galiano, y se comunicaron sus opiniones literarias y sus doctrinas políticas. Las antiguas ideas de estos tres amigos, se habian templado mucho con la observacion inmediata de países tan bien gobernados como Francia é Inglaterra. La experiencia habia desvanecido en D. Angel muchos errores, y no creia ya en la sinceridad de las intenciones. No quiso tomar parte en los descabellados planes de los emigrados, ni en los bandos de Torrijos y de Mina con que, áun en la desgracia, los dividian encarnizados odios. Sus estudios y su pintura eran sus planes y sus conspiraciones. Varios retratos suyos fueron admitidos en la exposicion del Louvre de 1831, y el nombre de D. Angel Saavedra se halla en el anuario de artistas establecidos en Paris en aquel año. Los estragos del cólera le obligaron á retirarse á Tours. Siguió allí pintando, dió su última mano al *Moro expósito*, y escribió en prosa el *Don Alvaro*, que Galiano tradujo al francés con ánimo de que se representaran en algun teatro de Paris.

La primera amnistía del rey Fernando VII en 1833, no comprendia á D. Angel, como ni á los demás diputados que votaron en Sevilla la deposicion momentánea del rey; pero se aprovechó de ella para enviar á Madrid su familia, regresando él solo á la capital de la Francia. Entónces fué cuando D. Vicente Salvá publicó *El Moro expósito* con la *Florinda*, y otras composiciones, entre ellas, algunos romances históricos, primeros ensayos en que el poeta habia empezado á cultivar un género en que fué el primero en esta época, y en que con tanto lustre debia sobresalir despues. Pero la inmortal reina Cristina extendió, muerto Fernando VII, los beneficios de la amnistía hasta un punto donde habian impedido que llegara, durante la vida del rey, graves consideraciones de política. Abriéronse al fin para D. Angel, como para todos los españoles, las puertas de la patria, y el dia 1.° de enero de 1834, á los diez años y tres meses de ausencia y de lágrimas, vertidas por la memoria de este tan amigo suelo, volvió á derramar las que la vista de la patria deseada arranca, entrando en España por Perpiñan y la Junquera. Apresuróse á jurar á la reina en manos del gobernador de Figueras, y de Barcelona llegó á Madrid á los brazos de su familia, y de la tierna madre á quien tantos suspiros y llantos habia costado su ausencia y su desgracia.

Era ya á su llegada Presidente del Consejo de ministros D. Francisco Martinez de la Rosa, con el cual, á pesar de la oposicion que le habia hecho el año 22, habia contraido cordial y estrechísima

---

(1) En un periódico literario que no há mucho salia á luz en esta corte con el título de *Pensamiento*, publicó el jóven poeta D. Enrique Gil un excelente y juicioso artículo de análisis y crítica de las poesías de D. Angel Saavedra, especialmente del *Moro expósito* y de los romances históricos. Nosotros, conviniendo casi enteramente en los juicios y opiniones del Sr. Gil, de tal manera hemos seguido al hablar de estas dos obras su opinion, que hemos copiado á veces hasta sus mismas frases.

amistad. Publicado á poco el Estatuto Real, don Angel no participó del odio tenaz que le declararon en su mayor parte los mal contentos emigrados, que llegaban con la presuncion de conquistadores á un país que los recibia como hijos, pero por cuya felicidad nada habian hecho, no teniendo siquiera la gloria de haber contribuido al restablecimiento de las instituciones liberales que era llamado á dar al país el Sr. Martinez. Don Angel aplaudió sinceramente la publicacion del Estatuto, y le pareció un buen principio y sólido fundamento de mayores adelantos y progresos. No estaba curado todavía de sus antiguas ideas, y en el periódico que entónces fundó con D. Gabriel José García y D. José de Alvaro, titulado *Mensajero de las Córtes*, defendió opiniones más avanzadas de lo que convenia en la primera época de la revolucion, si bien comparadas con sus antiguas doctrinas no merecian el dictado de anárquicas ni revolucionarias. Como quiera, la política volvia á apoderarse de su espíritu, y un suceso doméstico, próspero y á la par desgraciado, vino á arrebatarle más decididamente en su agitado torbellino. El 15 de mayo de 1834 falleció en Madrid de una pulmonía aguda el Duque de Rivas, su hermano mayor, y no dejando sucesion, hallóse don Angel heredero de su grandeza de España, títulos y bienes. Vióse el nuevo Duque de Rivas llamado como grande á ocupar un puesto en el Estamento de Próceres; y abiertas las Córtes en 24 de julio, fué elegido segundo secretario del Estamento, quedando al dia siguiente de primero por la repentina muerte de D. Diego Clemencin. Conocióse desde las primeras sesiones cuánto habia madurado su juicio en materias políticas, y el notable discurso que pronunció en contestacion al discurso de la Corona, de oposicion, sí, pero comedida y templada, le valió un lugar distinguido en el aprecio del alto Estamento. Pero el discurso más profundo de todos los suyos, el más trabajado y lucido, y el que le valió más justo crédito y merecida reputacion, fué el que pronunció con motivo del proyecto de ley presentado á las Córtes excluyendo al infante don Cárlos y á su familia del derecho de sucesion á la Corona de España. Elevóse el primero D. Angel á la altura de la gran cuestion que se presentaba; abordóla con resolucion y con franqueza; la determinó y fijó con no comun valentía, y la consideró en el verdadero punto de vista, desde el cual las Córtes debian mirarla. No fué á sus ojos aquella cuestion un pleito civil en que dos familias venian á ventilar ante un tribunal de justicia la propiedad de un trono. No eran tampoco las Córtes jueces que iban á sentenciar en una causa criminal contra el príncipe rebelde y desposeerle de sus derechos en pena de sus delitos. Tratábase, en su concepto, de una cuestion de alta política, de conveniencia nacional, y las Córtes no eran en aquel asunto jueces, sino legisladores. El fundamento de su exclusion actual era la ley del reino, sí, pero el de su exclusion perpetua y la de toda su línea, en cualquier eventualidad, fundábase en la incompatibilidad de la estirpe de D. Cárlos con las instituciones representativas, y en el fundado temor de una futura violenta reaccion de sus hijos y descendientes contra el gran partido nacional que habia proclamado á Isabel II. Osado y resbaladizo era el modo de tratar esta cuestion, y lo hizo el nuevo prócer con todo el brillo y con toda la ilustracion de que era capaz una teoría ocasionada á sentar máximas y principios de algun tanto peligosa aplicacion, convertidos en doctrina general. La tendencia de su discurso y las citas históricas en que apoyó su raciocinio, no podrán acaso reputarse por muy ortodoxas para una creencia severamente monárquica. Pero disculpábalo todo la criminal conducta del infante rebelde y la injusta guerra que habia movido á la legítima reina de España su ambicion desatentada. Era el partido de D. Cárlos el que tomaba la iniciativa de la revolucion, y disculpaba por cierto por sus mismos hechos las medidas revolucionarias contra él tomadas. Con respecto á su descendencia y á las esperanzas de su estirpe, todos sabian que la cuestion no se decidia entónces, que esas cuestiones las deciden los sucesos y las ejecutarian los siglos. Don Angel tuvo, sin embargo, un arranque monárquico al fin de su discurso, en que, á despecho de sus ideas, se revelaban sus hidalgos pensamientos. «Ciertamente, »señores, dijo, es dolorosísimo el que nos haya »puesto en trance tan amargo un infante de España »descendiente de cien monarcas y del glorioso Enri»que IV de Francia, padre de sus pueblos, un nieto »de Cárlos III, un hijo del benigno y candoroso »Cárlos IV, anciano venerable que murió en el »destierro, léjos de su trono y de sus servidores. »Soy agradecido: mi padre y mi familia le debieron »honras y favores sin cuento, y la mayor parte de »los que estamos en este salon le servimos en nues»tra juventud con lealtad y buen celo, y conserva»mos su memoria con aquel recogimiento que »inspiran la gratitud y el respeto.» Estas palabras honrarán para siempre el corazon y los sentimientos del que se atrevia á alabar á los poderes caidos.

Las tareas parlamentarias no le distrajeron de la literatura. Hemos dicho ya cuándo habia escrito el *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. Entónces le corrigió; hizo en él notables variaciones; lo versificó en quince dias, y lo puso en escena en el teatro del Príncipe. Recibióle el público, primero con asombro, despues con largos y estrepitosos aplausos. Todos los teatros de España reprodujeron este drama singular, que sigue representándose y excitando siempre la admiracion, el interés y la sorpresa. No juzgaremos esta obra. Se resiste á la crítica. Pueden hallársele defectos, errores, extravagancias, hasta ridiculeces; pero todo esto desaparece cuando se la ve representar. Todo el mundo la ha visto. ¿Qué diríamos nosotros de esa produccion? Fué sin duda una revolucion en el arte dramático de nuestros dias. Su éxito alentó á los autores que han ilustrado y enriquecido últimamente nuestro teatro, á separarse de la senda trillada por los dramáticos del último siglo. Sin embargo, nadie se atrevió á seguir la trazada por Saavedra, ni él mismo sin duda. El *Don Alvaro* es único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español. Se han censurado sus formas, sus contrastes, sus caractéres incoherentes, sus demasiado fuertes pinceladas. Nosotros no le censuramos por nada de esto. Esto es lo que él quiso hacer: eso es un género como otro cualquiera, y las intenciones que al hacer esta obra tuvo, están realizadas con singular talento, con inimitable verdad, con vigoroso y fuerte colorido, con imaginacion sorprendente y arrebatadora, con versificacion maravillosa á veces, casi siempre rica y sonora, y digna de los mejores tiempos de Moreto y Calderon. Acaso el principal defecto que para nosotros tiene la creacion del *Don Alvaro*, no está en sus formas, ni en su estatura, ni en sus accidentes. Está en el pensamiento que en él domina. El objeto del drama del Duque de Rivas es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *Don Alvaro* es un *Edipo* destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia, como el *Edipo* griego la de la suya. Ni la religion salva á D. Alvaro de su mision sangrienta, de su destino de crímen. Hubiéramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intencion más acomodada á las costumbres, á los caractéres de nuestro siglo y de nuestra religion, una tendencia más moral y más cristiana. Don Angel creó un carácter que no pertenece á época ninguna determinada, acaso más universal en esto, porque pertenece á todas, como los héroes de Shakespeare. El Duque de Rivas se elevó con esta produccion á su mayor altura de gloria literaria. El brillo de *Don Alvaro* eclipsó del todo sus anteriores producciones dramáticas, pálidas de todo punto é insignificantes ante el nuevo drama. No hay mayor rival para un poeta que el poeta mismo. Una grande obra de un autor, hunde y sepulta más que la de otro cualquiera sus obras anteriores de ménos mérito y de ménos alcance.

Despues de la excision revolucionaria contra el ministerio Toreno, durante la cual se hallaba el Duque en Andalucía, abriéronse las sesiones de los Estamentos, y el Duque de Rivas, influyente en el suyo, y que debia por sus ideas políticas no ser desfavorable al gabinete nombrado despues de aquellos sucesos, fué elegido por la corona vicepresidente del Estamento de Próceres, y condecorado con la gran cruz de Cárlos III. A estos honores en el órden político, correspondieron otros en el órden literario. La Academia Española le recibió en su seno, y al crearse el Ateneo de Madrid, le nombró por unanimidad su presidente.

Habia conocido nuestro Duque en el año 20 al ministro Mendizábal, y le habia tratado despues en Lóndres y Paris. No podia, por consiguiente, creerle un hombre de Estado; pero participaba de aquella ilusion popular con que en los grandes peligros los hombres que aparecen en la escena son mirados, no como son, sino con todas las calidades y circunstancias que la situacion requiere. En el gran conflicto del año de 1835, amenazada por todas partes la causa de la Reina, y extremecido hasta los cimientos el edificio social, la opinion pública habia de alguna manera idealizado á Mendizábal, tanto más cuanto que absolutamente no le conocia. Don Angel participó algun tanto de este vértigo; le creyó un entendido hacendista, y le parecia aún en aquel tiempo un buen instrumento para avanzar por el camino de las instituciones políticas. Sin embargo, la tendencia del partido en que figuraba nuestro prócer, más que política, era gubernativa. Su exaltacion no era estimulada por los temores de que el Gobierno de la Reina fuera opresor y despótico, sino por los peligros de que la causa de D. Cárlos triunfara. Exigíanse del poder, no tanto instituciones, como medidas fuertes y vigorosas para concluir la guerra. El error consistia en creer la amplitud de las instituciones como una de estas medidas. Hubo desde el principio hombres ambiciosos interesados en extraviar la opinion amalgamando, confundiendo estas dos ideas, y sobre personas de la mejor buena fe llegaron á conseguir su objeto con tanta más facilidad, cuanto que la administracion del partido moderado, ménos adicto al demasiado ensanche de las reformas liberales, habia sido desafortunado en la direccion de las cosas de la guerra. Pero subidos al poder los hombres del otro partido en 1835, y visto que en sus manos todavía se embravecia más la lucha, y que á la par se desataba la revolucion amenazadora, hubieron muchos de contemplar con espanto la suerte del país, y los peligros á que la precipitaban los charlatanes de la política, ó los que hicieron infame mercadería de promesas estériles de libertad.

La experiencia, más rápida en su enseñanza indeleble que las teorías todas, hizo volver en su acuerdo á muchos hombres extraviados. La necesidad de dar fuerza y vigor al poder, empezó á sentirse viva y perentoria; los héroes de 1812 cayeron á poco en vergonzoso descrédito, y separáronse de las filas del partido exaltado casi todos los hombres de ilustracion y saber, y la juventud toda, que conoció desde luégo que no era de los antiguos revolucionarios la sociedad ni el porvenir. Refundióse entónces el partido moderado, ó se creó por mejor decir un nuevo partido, al que convino mejor el dictado de monárquico-constitucional. No fueron la parte ménos vital y robusta de sus filas los que habian pertenecido ántes al partido exaltado. Contábanse á su frente á dos corifeos notables de las antiguas opiniones demagógicas, Isturiz y Galiano.

El Duque de Rivas acompañó á sus antiguos colegas en lo que sus antagonistas llamaron necia y despechadamente defeccion y apostasía, y contribuyó á preparar por los medios constitucionales un cambio ministerial, que las circunstancias hacian necesario, y en que debian estar representadas las fuerzas y las tendencias, las doctrinas y las personas de un nuevo partido conservador. Para esto, en la legislatura de 1836 se presentó en oposicion al ministerio Mendizábal: empezaron á ejercer verdadera influencia en el alto Cuerpo colegislador sus discursos, que eran escuchados con atencion y agrado sumo, y formuló á pocos dias una proposicion, que otros próceres firmaron y que aprobó el Estamento, poniendo coto al uso que se hacia del célebre voto de confianza. Fué este un golpe mortal para aquel ministerio, aunque contara con el apoyo del Cuerpo popular. Su posicion se hizo cada vez más crítica: los ministros presentaron su dimision, y S. M. confirió en 15 de mayo al señor Isturiz la presidencia y la formacion del nuevo gabinete.

No es esta biografía el lugar competente para juzgar al ministerio de 15 de mayo. Su turno le llegará en alguna de nuestras noticias. Aquí sólo debemos referir como Isturiz, atento sin duda á que el Duque de Rivas era el representante de su pensamiento en el Estamento de Próceres, le designó por uno de sus colegas, y S. M. le confirió el ministerio de la Gobernacion del reino. Sabemos que don Angel se sorprendió sobremanera al verse nombrado ministro, y que recibió con sumo desagrado un poder que jamás habia ambicionado, un cargo para cuyo desempeño no se reconocia con suficientes fuerzas en tan difíciles circunstancias. Tentó en vano todos los medios honrosos de evadir su compromiso; pero sus amigos Isturiz y Galiano le arrastraron en su suerte comun, y unióse al fin con ellos decidido á arrostrar los riesgos de una administracion desde sus principios tan combatida. Presentóse con sus colegas en el Estamento de Procuradores en la célebre sesion de 16 de mayo, y el Estamento, so pretexto de no haberse recibido la comunicacion oficial de su nombramiento, y estimulado por la peroracion violentísima y apasionada del señor Olózaga, hizo dejar su asiento á los nuevos ministros, con gran aplauso de la tribuna pública. Mortificó á nuestro Duque aquella demostracion. Los silbidos de las turbas llevadas á aquel recinto no sonaban en sus oidos todavía como alabanzas y gritos de triunfo. No le parecia aún gloriosa la impopularidad de la pagada plebe. Don Angel, primero que ministro, era poeta dramático: antojábansele acaso aquellas vociferaciones los silbidos de una comedia, y decia con muestras de pesar á uno de nuestros amigos que presenciaba aquella farsa: «¡Es posible! ¡Silbarme á mí!» Nuestro Duque se habrá reido más de una vez de aquellos improperios, cuando vuelto de su natural sorpresa haya podido apreciarlos en su valor verdadero.

No habia pensado jamás en ser ministro, no tenia pretensiones de administrador, ni funda hoy su gloria en sus tareas de ministro. Sin embargo, en el corto período de aquel gabinete, desempeñó su parte, si no con extraordinario mérito, con dignidad, decoro y conciencia. Abrazó con decision y entusiasmo el pensamiento de sus colegas, y demostró en todos sus actos su anhelo de concluir á toda costa la guerra, de establecer sólidamente la monarquía constitucional y de combatir los esfuerzos de la revolucion amenazadora. Los nombramientos de sus agentes y funcionarios fueron dignos y acertados; y para los pormenores de administracion y gobierno, á que no podia descender, tuvo el acierto de nombrar un subsecretario que valia por muchos ministros. Durante su administracion se redactó un plan general de estudios que honrará para siempre su memoria, y que la revolucion ignorante y retrógrada condenó despues á la nulidad y al olvido. Convocadas las Córtes llamadas revisoras, ejercióse

por primera vez la eleccion directa, y el ministro de la Gobernacion dirigió con sumo tino aquellas elecciones, las más solemnes y más tranquilas de cuantas tuvieron lugar en España, y en que sin acusaciones de corrupcion ni violencia se reunió lo más ilustrado y respetable de la nacion, llamada á discutir una nueva ley fundamental de la monarquía.

Pero aquellas Córtes no llegaron á reunirse. El partido revolucionario las condenó de antemano. Vencido en el campo de la legalidad, invadió el terreno de la fuerza. La nacion habia elegido Córtes: la revolucion nombró juntas. Dióse la señal del alzamiento asesinando en Málaga á un jefe político. En Zaragoza el capitan general proclamó la Constitucion de 1812. Un batallon embriagado sitió en la Granja el palacio de la reina y la obligó á adoptar el Código de Cádiz. El ministerio resistió en Madrid valerosamente, pero recibidos los decretos de destitucion, y envalentonados los vencedores con su triunfo, nuestro ministro se vió precisado á ocultarse en un barrio extraviado para no ser víctima de la sed de sangre que se cebó en el valiente y benemérito general Quesada. Pasó algunos dias el Duque en la mayor ansiedad: halló refugio en la casa del ministro de Inglaterra Mr. Villiers, hoy Lord Clarendon, y allí permaneció veinticuatro dias rehusando siempre el emigrar como la última desgracia. Pero como las pasiones no se calmaran ni se diese término á una época de inseguridad y peligro para los hombres que habian figurado en el caido gabinete, resolvió al fin dejar por segunda vez el suelo de que le lanzaban sus amigos, los liberales, como ántes le habian expulsado los absolutistas, sus adversarios.

No era esta resolucion tan fácil de verificar como de concebir. Los pasaportes extranjeros no ofrecian garantías suficientes. Los caminos no estaban seguros. Casi todos los pueblos por donde se podia transitar se hallaban dominados por la sedicion. El camino de Zaragoza, único entónces que comunicaba con Francia, estaba interceptado por la faccion. En el de Portugal, por Extremadura, habia suma vigilancia despues que se supo que Isturiz habia pasado por Badajoz disfrazado y con grave riesgo de su persona. Acudió entónces el duque de Rivas al general Seoane, con quien le ligaban relaciones de antigua amistad, y correspondiendo caballerosamente á la confianza del Duque, le proporcionó pasaporte y un bizarro oficial de coraceros de la Guardia que le acompañase hasta Gata. De aquel punto, D. Pedro Ontiveros le introdujo en Portugal con nuevo disfraz y precauciones, dándole por guía un contrabandista del país. Ya en Portugal y en la ciudad de la Guarda, corrió un nuevo inesperado peligro. Su conductor dijo en una taberna que aquel caballero era un alto personaje, y corriendo este rumor de boca en boca, alarmóse la ciudad toda con la noticia de que habia llegado un agente de don Miguel. El gobernador civil le llamó á su casa, le participó el desórden que tomaba cuerpo, y le exigió que le dijera la verdad. Descubrióse el Duque sinceramente, y aquel digno caballero desplegó la mayor eficacia para salvarle del peligro. Hizo traer los caballos del Duque, y por la puerta falsa de su propia casa le sacaron al campo seis hombres armados y de su confianza, que le alejaron de la ciudad y de su término. Llegó el Duque á Lisboa, donde acababa de publicarse la Constitucion del año 20, y allí supo que le habian secuestrado los bienes (á pesar de prohibirlo expresamente la Constitucion restablecida) por el delito de haber salido de España sin permiso del Gobierno, delito tan capital á los ojos de los liberales. Con la mira de acercarse á su familia, establecida en Sevilla, resolvió pasar á Gibraltar, y lo verificó no sin riesgo y precaucion, por la circunstancia de que los vapores que salian de aquel puerto se detenian en la bahía de Cádiz. En Gibraltar encontró y fué obsequiadísimo por su antiguo amigo Sir A. Woodfor, con quien habia tenido en Malta tan estrecha amistad. Allí pasó un año, allí contribuyó, por el influjo de que gozaba con el gobernador inglés, al alivio y socorro de las familias españolas de aquellos contornos, que se refugiaron aterradas al Peñon cuando apareció la expedicion de Gomez. Allí se dedicó de nuevo á la pintura y á la poesía, y escribió muchos de sus romances.

Promulgada la Constitucion de 1837 y aceptada por la Reina, la juró el Duque en manos del cónsul español, y el dia 1.° de agosto se trasladó á Cádiz, y volvió de su segunda emigracion á los brazos de su familia.

En las elecciones de aquel año figuró su nombre como candidato para senador por varias provincias. Propuesto en terna por la de Cádiz, le nombró la Corona. Consecuente á sus principios apoyó al ministerio Ofalia, y pronunció un largo y vehemente discurso en favor de la proposicion del senador Sanchez para que se les devolviesen sus bienes á las monjas, uno de los mejores sin duda de su larga carrera parlamentaria. En las siguientes legislaturas, y tomando siempre parte en los debates del Senado, defendió los principios conservadores, apoyó con buenas razones el convenio de Vergara, y la necesidad de conservar sus fueros á las provincias, y sostuvo, en fin, todos los planes y proyectos que tenian por objeto dar unidad y fuerza al poder. Defendió el establecimiento de un consejo de Estado, la ley de ayuntamientos y la de imprenta. Verificado el viaje de S. M. á Barcelona, se retiró á Sevilla, y el cambio político conocido con el nombre de pronunciamiento de Setiembre, le alejó acaso por mucho tiempo de trabajos y tareas en que ya no debe conservar fe ni esperanza alguna para el porvenir y ventura de su patria.

El desaliento de la política no le retrajo del entusiasmo de la literatura. La gloria estéril, problemática y disputada del Parlamento, al rebajarse ó desvanecerse á sus ojos, dejó más vivo y más ardiente en su alma el sentimiento de la gloria literaria, sentimiento inmortal y siempre generoso. El literato tiene siempre elevada la tribuna en su gabinete, un parlamento en las creaciones de su fantasía, un auditorio inmenso en el mundo entero. El Duque de Rivas no abandonó, ni creemos que abandone jamás sus artes queridas, sus primeras inclinaciones, que fueron como la religion de su alma. Desde la publicacion de *Don Alvaro*, nada habia vuelto á componer para el teatro. En este último período, la escena le llamó de nuevo á su palenque glorioso. No se atrevió á seguir en el género de que habia dado tan insigne muestra. Arredráronle sin duda los peligros de incurrir en exageraciones, y sintió que sin trepar á tan altas y tempestuosas regiones, envueltas á veces como las crestas de las altas montañas en nubes, y surcadas del rayo, habia, á menor distancia, no tan terribles y más despejadas eminencias. Nuestra patria habia tenido un teatro nacional, rico y glorioso, como ningun teatro del mundo. Cuando la Europa no tenia más que un autor dramático, España los contaba por docenas. Cuando la poesía habia perdido toda su vida propia y su jugo natural, y no acertaba el genio poético á formular un género, toda la originalidad y la fecundidad inmensa del ingenio español se habia refugiado al teatro. Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas, y el grande Calderon, se elevan todavía en medio de la literatura europea, como se alzan en una extensa cordillera las cumbres más eminentes, de donde descienden los rios y manantiales que han de fecundar la llanura tendida á sus piés. Originales y espontáneos siempre estos poetas, porque bebieron sus inspiraciones en el carácter y las costumbres de su patria, quedan todavía las mismas dotes para sus imitadores, como quiera que el carácter nacional, y las costumbres del pueblo, no hayan sufrido aún modificaciones tan absolutas que le tornen otro carácter y otro pueblo distinto.

La parte de la sociedad española que se confunde con la sociedad francesa y con la de todas las naciones de Europa, es una capa bastante superficial y somera; y los mismos que la componen sienten aún renovarse los antiguos sentimientos, no borradas del todo en su corazon las huellas de las antiguas costumbres, cuando al escuchar en el teatro los acentos de Calderon y de Moreto, simpatiza desde luego con ellos el alma, como se descubren las letras de una tinta simpática al contacto del reactivo que las colora. El género y la poesía de aquellos grandes maestros es aún, con las modificaciones del tiempo trascurrido y de las costumbres alteradas, el género cuya poesía pertenece á nuestro teatro moderno. Don Angel volvió á él; su imaginacion tiene más puntos de contacto con nuestros antiguos dramáticos que con la de autores más modernos. Las tres comedias tituladas: *Solaces de un prisionero*, *El crisol de la lealtad* y *La morisca de Alajuar*, han sido el fruto de esta nueva direccion. El público ha recibido con aplauso estas producciones, y la crítica sólo ha tenido acaso que censurar el sabor demasiado fuerte á la comedia antigua, la rehabilitacion inoportuna quizá del carácter gracioso, que ya no puede ser tolerado en nuestros teatros por un público distinto del que los frecuentaba en tiempo de Felipe IV; y alguna vez lo precipitado y no siempre interesante del desenlace. La crítica ha sido más severa con *La morisca de Alajuar*; ha visto en ella demasiada complicacion, muchos y atropellados incidentes, materia, en fin, para dos dramas distintos, ora ligados, ora independientes. El autor de este artículo no ha logrado ver esta representacion en las tablas, ni juzgar de su efecto en el teatro, pero cuando en dias, de que conservará siempre tiernísima y grata recordacion, escuchó de los labios mismos de su autor la lectura de aquella composicion, formó un juicio que no se ha conciliado todavía con la severidad de esta censura. A sus ojos *La morisca de Alajuar* es la produccion más acabada y más bella del Duque de Rivas, la más interesante, la de más movimiento y de más preparado desenlace. Los caracteres están de relieve, y sostenidos sin desmentirse jamás, sin decaer nunca. El conde de Salazar es un tipo de los más bellos que puede ofrecer ninguna produccion dramática, y hasta la versificacion nos parece más igual y más esmeradamente correcta que en las demás obras de su fecunda, pero á veces demasiado fácil y suelta vena.

Por último, ha coronado sus trabajos con la publicacion de sus romances históricos, obra en que segun nos manifiesta en el elocuente y erudito prólogo que la precede, se propone reivindicar el romance del magistral anatema que contra él habia fulminado la crítica de nuestros dias, volviéndole á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía. Ya hemos manifestado en qué tiempo y por qué circunstancias habia vuelto á cultivar este género tan rico como abandonado de nuestra literatura. Ya se habian impreso con *El moro expósito*, *La vuelta deseada*, *El Sombrero*, *El conde de Villamediana* y *El Alcázar de Sevilla*, muestra de la profundidad con que el autor sentia la poesía histórica de su país, y de la verdad con que sabia pintarla. Los romances posteriormentes publicados no han desmentido las esperanzas que habian hecho concebir sus primeras inspiraciones. No nos es dado recorrer todos los cuadros de esta magnífica galería. Remitimos á su lectura á todos los que quieran sentir las originales bellezas de nuestras grandezas históricas, y reposar sus ojos en la viva y animada pintura de una naturaleza engalanada por un pincel de tanto fuego, de tanta vida. Encontrarán atesorados en esa coleccion argumentos hábilmente conducidos, caracteres soberbiamente delineados, figuras vivas, ricas descripciones, afectos verdaderos y vehementes, rasgos atrevidos, entonacion poética, locucion castiza, y grande inteligencia histórica. A veces, como en *El solemne desengaño*, *El cuento de un veterano*, *Amor, honor y valor*, *La noche de Montiel* y otros, estas composiciones son unos verdaderos dramas llenos de animacion, de progresivo interés en su plan, de escenas brillantes, á veces de cuadros siniestros y sombríos. Otras empero se distinguen por su mayor sencillez, por su mayor regularidad: son apacibles historias, agradables cuentos, llenos de candor y dulzura, como tiernas bucólicas, como campestres baladas, galanas y bellas, aunque más monótonas, como el curso de un arroyo, ó como una dilatada pradera; y sentimos que las dimensiones obligadas de nuestro artículo no nos permitan para prueba de esta verdad trasladar, ora las estrofas en que describe las angustiosas agonías del rey Don Pedro en su noche postrimera, ora la pintoresca descripcion del Guadalquivir, cuando Hernan Cortés se embarca en él en busca de la corona de Motezuma; ora las dulces y melancólicas meditaciones á que se entregaba en su triste prision el marqués de Lombay; ora la animada pintura, las pinceladas de franco y vigoroso estilo con que retrata los tres ilustres misteriosos galanes de la bellísima princesa de Evoli. El Duque de Rivas ha levantado en este libro á la literatura nacional un monumento que durará más que otras obras en que libran acaso algunos muy altas pretensiones y esperanzas. En la amanerada y anárquica literatura de nuestros dias, nuestro poeta ha trazado un vivísimo surco de luz por las regiones de la belleza y de la originalidad. A los defectos de su época, y á las particulares circunstancias de su azarosa vida, ha pagado más de una vez tributo; pero sus defectos quedarán oscurecidos en el olvido de sus obras medianas, bastándole para una aureola muy espléndida de gloria el mérito de las muchas que pasarán á la posteridad.

Y su gloria literaria será la única que de él quede. Los hombres que la obtienen oscurecen todas las demás con su brillo. La gloria de los destinos públicos, la reputacion política pasa con las circunstancias, áun en los más eminentes hombres de Estado. ¿Quién se acuerda ya de que Petrarca fué un negociador y un estadista? ¿Quién une al nombre de Ariosto su carácter de embajador en Venecia? ¿De qué le sirve á Milton haber sido secretario de Cromwel? ¿Quién, dentro de pocos años, sabrá que Chateaubriand ha sido ministro y Lamartine diputado? Creemos, pues, que el Sr. Duque de Rivas no librará su fama póstuma en sus recuerdos de orador, de Prócer, de Senador y de secretario del Despacho, por más que para sus contemporáneos sean gratos ó censurables su exageracion en un período, su mediania en algun puesto, y sus brillantes cualidades en otro. La política, que tanto ha influido en su vida, no influirá para su fama. Y sin embargo, todavía en las elecciones de 1840 la provincia de Vizcaya le propuso para Senador en segundo lugar, y la de Alava en primero. El gobierno de Setiembre no tuvo por conveniente elegir á quien sin duda hubiera unido su elocuente palabra á las que en el Senado fueron la última protesta, si bien severa y terrible, contra los nuevos poderes. No le pesó de tan honroso desaire, y vive en Sevilla contento, satisfecho y desengañado en el seno de su numerosa familia, ocupada toda su atencion en los placeres y trabajos de la vida doméstica, en la composicion de sus comedias, en la publicacion de sus obras, y en el trato de sus amigos. El autor de estas líneas ha sido testigo de esta vida deliciosa en dias á cuyo recuerdo puede consagrar aquí una línea, siquiera le tachen por ella de parcialidad ó de impertinencia. Cuando desfallecido y enfermo fué á buscar aire de salud y de vida en las perfumadas riberas del Guadalquivir, bajo el sol vivificante de la bella Andalucía, allí

donde acaso más que la benignidad de la atmósfera, calmaron sus dolencias los consuelos y ternura de sus solícitos amigos, no fué entre ellos el ménos tierno y cariñoso el ilustre escritor, cuya biografía le ha cabido en suerte. De sus labios mismos oyó alguna vez la interesante narracion de algunas de sus vicisitudes y desgracias, en aquellas deliciosas noches de que sólo pueden formar idea los que las hayan pasado en los encantados patios de Sevilla, entre columnas de mármol y macetas de flores, y árboles y fuentes, y en la sociedad de amigos y de hermosas, tan amena como aquellos jardines. Los recuerdos que de esto nos quedan van unidos á la grata memoria del Duque. Por eso quizá nos hayamos detenido alguna vez en circunstancias minuciosas, cediendo sin querer al recuerdo de nuestras conversaciones, y repitiendo acaso las reflexiones mismas que entónces se nos ocurrian. Complacido, como el que cuenta sus propias adversidades, acaso hemos creido á veces que tendrian para todos la importancia que para nuestro corazon. La amistad puede habernos hecho prolijos; un consuelo nos queda, y es que el temor de parecer por ella parciales, nos ha hecho ser constantemente severos.



POESIAS SUELTAS Y POEMAS CORTOS

ROMANCE

En una yegua tordilla,
Que atrás deja el pensamiento,
Entra en Córdoba gallardo
Atarfe el noble guerrero.

El que las moriscas lunas
Llevó glorioso á Toledo,
Y torna con mil cautivos,
Y cargado de trofeos.

Las azoteas y calles
Hierven de curioso pueblo,
Que en él fijando los ojos,
Viva, viva, está diciendo:

Las moras en los terrados
Tremolan cándidos lienzos,
Y agua de azahar dan al aire,
Y sus elogios al viento.

Y entre tan festiva pompa,
Siendo envidia de los viejos,
De las mujeres encanto,
De los jóvenes ejemplo;

A las rejas de Darája,
Darája la de ojos negros,
Que cuando miran abrasan,
Y abrasan con sólo verlos,

Humilde llega y rendido
El que triunfante y soberbio
Fué espanto de los cristianos,
Fué gloria de sarracenos.

Mas ¡ay! que las ve cerradas,
Bien distintas de otro tiempo,
En que damascos y alfombras
Las ornaron en su obsequio.

Y al mirar tales señales,
Turbado reconociendo
Que miéntras ganó batallas,
Perdió el amor de su dueño;

Con gran ternura llorando
Quien mostró tan duro pecho,
Vuelve el rostro á sus cautivos,
De esta manera diciendo:

«Id con Dios, que ya sois libres,
Desde aquí podeis volveros;
Y llevad vuestros despojos,
Que á quien presentar no tengo.

»Pues no es razon que conserve
De sus victorias recuerdo
Quien al tiempo de ganarlas
Perdió de Darája el pecho.»

Año 1806

ROMANCE CORTO

Luz de esta ribera,
Graciosa zagala,
Más linda que el dia,
Más bella que el alba:
Tu rostro divino,
Tu risa, tu gala,
Mil pechos cautivan,
Mil cuellos enlazan.
Si asoma en Oriente,
Las sienes orladas
De cándidas rosas,
La fresca mañana;
De tu rostro copia
Las tintas de grana
Con que el cielo pinta,
Con que el prado esmalta.
Si el carro de Febo
Las cimas nevadas
Con su lumbre dora,
Con sus rayos baña;
De tu faz hermosa
Las luces no iguala.
Si Flora risueña
La veste gallarda
Desprende olorosa
Descoge lozana;
Imita tu talle,
Remeda tu gracia.
Favonio amoroso,
Que bate las alas,
Robando á las flores
Y dando á las auras
Balsámico aroma,
Tu risa retrata.
Mas ¡ah! tus ojuelos,
Tormento del alma,
¿Quién puede copiarlos,
Quién puede, zagala?

1806

CANTINELA

Febo se retiraba,
Casi espiraba el dia,
Y la noche llegaba;
Su fresca lozanía
Marchitaba á la rosa,
Mustio quedaba el prado,
Y el ave sonorosa
Dormida y silenciosa
En el olmo acopado;
Cuando mi ninfa hermosa
Salió á la fresca vega.
Y de sus ojos bellos
A la lumbre radiante,
Y al esplendor brillante
De sus lindos cabellos,
De nuevo se despliega
La rosa ya adormida
Cobrando olor y vida:
Torna el florido prado,
Que ya estaba enlutado,
A matizar sus flores,
Y á esparcir mil olores:
Y las ya unidas aves
Dulces trinos suaves,
Cantando dulcemente,
Y vuelve de repente
A comenzarse el dia:
Que al ver á mi señora
Juzgaron que venia
Nuevamente la Aurora.

1806

ROMANCE CORTO

Hermosa zagala
De Vénus envidia,
Que abrasas las almas,
Los pechos cautivas,
Y allá en Manzanares,
Graciosa y esquiva,
Encantas y alumbras
Sus frescas orillas:

Escucha mi acento,
Permite á mi lira
Que cante tus gracias,
Que el alma me hechizan.
Ya Febo esplendente
Anuncia tu dia,
Y al orbe marchito
Su lumbre ilumina.
Y Flora gallarda,
Del mundo alegría,
Risueña en tu obsequio
Los prados matiza.
Y el Céfiro blando
Las flores agita,
Y aromas esparce
Y aromas respira.
¡Oh! goza felice,
Bellísima ninfa,
Beldad y placeres,
Amor y alegrías.
Y mil y mil veces
Al mundo tu dia
Renueven los cielos,
Con mil y mil dichas.
En tanto que insana
La suerte enemiga
Sañuda conmigo
Su furia ejercita.
Conmigo infelice,
Que ausencia prolija
De tí me separa,
Mi bien, mi delicia.
De tí por quien arde
Con llamas activas
Mi pecho, que adora
Tu imágen divina.

1807

SONETO

Mísero leño, destrozado y roto,
Que en la arenosa playa escarmentado
Yaces, del marinero abandonado,
Despojo vil del ábrego y del noto.

¡Cuánto mejor estabas en el soto,
De aves y ramas y verdor poblado,
Antes que envanecido y deslumbrado,
Fueras del mundo al término remoto!

Perdiste la pomposa lozanía,
La dulce paz de la floresta umbrosa,
Donde burlabas los sonoros vientos:

¿Qué tu orgulloso afan se prometia?
¿Tambien burlarlos en la mar furiosa?
Hé aquí el fruto de altivos pensamientos.

1807

ROMANCE

Hermosísima zagala,
Cuyos ojuelos divinos
Abrasan con dulce fuego
El alma y el pecho mio:

Tus gracias son el encanto
De un corazon que te rindo;
Por tí vivo solamente,
Para tí sola respiro.

Léjos de tí no reposo,
Que es ¡ay! mi mayor martirio,
No escuchar tu blando acento,
No ver tu talle pulido.

La luz del claro planeta,
Cuyo refulgente brillo
Da matices á las flores,
Verdor al bosque sombrío,

Vida al delicioso prado,
Esplendor al cristalino
Arroyuelo, gozo al mundo,
Y á las aves regocijo;

Para mí es tiniebla oscura,
Si esos tus ojuelos lindos
No me iluminan graciosos,
Con su mirar expresivo.

Las sombras en que la noche
Envuelve al orbe marchito,
Son para mí claro dia,
Si ante tus plantas me miro.

Y si, oh zagala, no fuere
Verdadero mi cariño,
Maldiga Pan mis ovejas,
Maldiga mis corderillos,

Maldiga los verdes prados,
Maldiga los altos riscos,
Maldiga los frescos sotos,
Dó pasta el ganado mio.



SONETO

Gallardo alzaba la pomposa frente
Hiedras y antiguas parras tremolando,
El álamo de Alcides, despreciando
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;

Cuando de la alta sierra de repente
Desprendido huracan bajó silbando,
Que el ancho tronco por el pié tronchando,
Lo arrebató en su rápida corriente.

Ejemplo sea del mortal, que vano
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,
Y se juzga seguro en su altiveza:

Cuando esté más soberbio y más ufano
Vendrá un contrario soplo de fortuna
Y adios oro, poder, favor, grandeza. 1808

AL ARMAMENTO

DE LAS

PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS FRANCESES

¿A dó se encumbra con altivo vuelo
El ronco són de mi inocente lira,
El blando mirto de que está adornada
Tornándose en laurel?... ¿A dónde osada
Lleva su acento?... Elévase hasta el cielo,
Y al impulso del númen que la inspira,
Ya ni penas suspira,
Ni amorosos sonidos
Entona, ni ternezas, ni placeres,
Ni arrullos de Citeres;
Sino muertes y horrores y alaridos,
Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,
Que cual bélica trompa atruena el viento.

Pero ¿qué agitacion mi pecho siente?
¿Qué turbacion embarga el alma mia?...
Ya por el ancho espacio me sublimo,
Y en los campos etéreos el pié imprimo,
Jamás hollados por humana gente.
Llego á la esfera donde nace el dia,
Allí mi fantasía
Cercano mira al cielo;
Y cual neblí, que hasta la parda nube
Veloz y altivo sube
Con presuroso arrebatado vuelo,
Así atrevida mi soberbia planta
A los rojos celajes se adelanta.

Entre las rotas nubes estoy viendo
El suelo hispano y su gallarda gente
En fiera llama arder, y miro á Marte
Enarbolar feroz el estandarte,
Y escucho de su carro el sordo estruendo,
Y en la rueda gemir el eje ardiente.
La cuadríga ferviente
Se agita, y corre y suda. Ya las fieras
Escuadras alzan bélico alarido;
Al hórrido sonido
Despléganse pendones y banderas,
Y ensordecen del aire las regiones
El tambor y clarin con roncos sones.

¿Cómo trocarse de repente pudo
El inerte sufrir en que yacias,
Oh dulce patria, el hondo abatimiento,
En tan glorioso y bélico ardimiento?
¿Cómo triunfar pudiste del sañudo
Destino, que ofuscó tus claros dias?
¡Ah! Las alevosías
De pérfidos tiranos
Despiertan y dan temple á las naciones.
Al fin los corazones
Se cansan de gemir, cobran las manos
Fuerza entre las cadenas y el despecho
Da arrojo y furia al ofendido pecho.

Sí, Galia; sí, tu horrenda tiranía,
Tu aleve trato y pérfidas traiciones
Sacaron á la opresa y triste España
Del hondo sueño. Tiembla de su saña,
Tiembla. No importa que tu furia impía
Arda en innumerables escuadrones;
No importa que aprisiones
Con astucia inclemente
Sus príncipes; no importa que furiosa
En Mantua congojosa
Abras de sangre cálida un torrente,
Pues tu crueldad produce patriotismo,
Virtudes, libertad y alto heroísmo.

¡Venganza! dice el animoso viento
En las cavernas cóncavas zumbando.
¡Venganza! dicen las bramantes olas
Al azotar las playas españolas.
¡Venganza! dice el alto firmamento
Horrísonas tormentas agitando.
Venganza contra el bando
De los Galos traidores,
Que escondiendo el puñal entre la oliva,
Con furia y saña altiva
De amigos se tornaron opresores,
Volviendo alevemente sus abrazos
En férreos grillos y en traidores lazos.

Al ronco són de guerra y de venganza
El Turia, el Bétis, el Guadiana, el Duero,
Y el Segura, y el Ebro levantando
Las frentes, y á sus hijos convocando
Para empuñar la vengadora lanza,
Llenan de mudo asombro el orbe entero.
Al estruendo guerrero,
Del Cid los sucesores
Cubren el cuerpo de luciente malla,
Y en horrenda batalla
Renuevan el valor de sus mayores;
Y grita el pueblo Astur, y por la sierra
Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.

Salve, fuerte Aragon.... Oh fiel Sansueña:
Alza hasta el cielo la almenada frente;
Gloria inmortal tendrás. Tus torreones
Burlarán los feroces escuadrones,
Como el hervor del mar la inmensa peña.
Y el Ebro ufano en su veloz corriente
Gozoso arrastrará la altiva gente
Que envanecida y fiera
Intente derrocar tu poderío:
Pues el denuedo y brio
De tus heróicos hijos por do quiera
Muerte y espanto sembrará en las haces,
Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento
Desparece la espiga ya tostada,
Envuelta en remolino polvoroso,
Así la hueste del francés doloso
Se abate y desparece en un momento,
Del ardor español arrebatada.
Y huye desalentada,
Y es vana la carrera
Del bélico animal, y el reverbero
Del morrion guerrero,
Y de la cota refulgente y fiera,
Que al valor de la Hespéria se ha humillado
El potro, y la coraza, y el soldado.

Hoy correis, españoles, á la gloria,
Y brillará de vuestro honor la llama,
Ejemplo siendo al orbe, y mudo espanto.
De San Quintin, Pavía y Camposanto
Se reproduce la feliz memoria,
Se reverdece la triunfante rama;
Y logrando la fama
Que alcanzan los varones,
Que de la esclavitud y abatimiento
A fuerza de ardimiento,
Y de sangre, libertan las naciones;
En eterno padron que al tiempo asombre
Vivirá siempre vuestro heróico nombre.

En un campamento, 1808.



A LA VICTORIA DE BAILEN

Horrendas huestes la fragosa cumbre
Oprimen de los montes Marïanos,
Y bajan hácia el Bétis orgullosas.
Del carro apolinar la viva lumbre
Envuelta en negro polvo se oscurece.
La tierra se estremece,
Y retumban las cumbres, y los llanos,
Y las selvas umbrosas
Al clamor de la trompa resonante,
Al ronco estruendo de las armas fieras,
Al bélico alarido,
Y al crujir los arneses de diamante.
Poblado de pendones y banderas
Arde el aire en relinchos encendido,
Y deslumbran y pasman á lo léjos
De los bruñidos cascos los reflejos.

¿Quiénes son los belígeros varones?
¿Quiénes son, y dó van? ¿Cuál es su intento?
¿Qué buscan estas bárbaras legiones?
¿Son acaso los hijos de la tierra,
Que otra vez mueven guerra
Al cielo con sacrílego ardimiento?
Ya se acercan, ya llegan presurosas
Y dejan de la sierra la agria frente
Inundando las vegas silenciosas,
Cual rápido torrente.
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,
Y sobre ellas el águila altanera
Tiende las alas con audacia fiera.

¡Ay, que son los feroces asesinos,
Que el Carpetano suelo
Sembraron inhumanos
De llanto y luto, de orfandad y duelo!
Vedlos, vedlos ufanos
De su negra traicion alarde haciendo,
Tintas de sangre cálida las manos,
Venir estas campiñas destruyendo.
Y su adalid, que osado
Busca nuevas naciones
Que envolver en pesados eslabones,
De matanzas y horrores no saciado,
Del Bétis huella el llano delicioso,
A su corriente audaz se precipita,
Y las huestes indómitas agita.
Y extendiendo los ojos codiciosos
«¿Dó está, exclama, de Hespéria el poderío?
Presa hoy toda será del brazo mio.»

Pero ¿qué sordo estruendo se levanta
En la imperial Sevilla y su contorno?...
Huye, infeliz, con voladora planta;
Escucha el raudo viento
De belísono són henchido en torno.
¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,
Y tu altivez provoca
Al supremo Hacedor, al Dios, que dueño
De los orbes de luz, si vuelve airada
La excelsa frente tórnanse á la nada!

Ya levanta la diestra omnipotente,
Y aprieta el rayo ardiente,
Y agita las sonoras tempestades
El silboso huracan. De su venganza
Con la temible lanza
Arma contra tu orgullo de la España
Al ángel tutelar, que la blandea
Con inmortal poder, con justa saña
Y con celeste ardor; y recorriendo
Montes y valles, bosques y llanuras,
Va á sus hijos llamando á la pelea.
Y se tornan las rejas en espadas,
Y lanzas brota el suelo, resonando
Su voz por la espaciosa Andalucía,
Hierve en valientes haces denodadas,
Contra tí y tus guerreros conjuradas.

El noble monstruo, que abortó el tridente,
Relinchando ardoroso,
El grave peso siente
Del gallardo español, que esgrime osado
El acero lustroso,
De virtud, de valor, de enojo armado.
Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,
Las fuerzas españolas
Al campo de Bailén, y en los pendones,
Que abatieron del bárbaro agareno
Las blancas lunas y encrespadas colas,
Tremolan los castillos y leones.

Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por dó quier: desde la frente
De la enriscada sierra
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La lívida Belona
Con sangriento clarin guerra pregona.
¿Y aún osas resistir?... En vano, en vano
Ordenas tus horrendos escuadrones,
Y animas la cuadríga resonante
De tu carro fatal. Si las regiones
Que el Mosa, el Rhin, el Vístula y Danubio
Riegan, de tu señor besan la planta,
Y gimen con oprobio en servidumbre,
De Hespéria á los valientes campeones
Tu poder colosal no les espanta.
Y con radiante lumbre
La antorcha del valor arde en sus pechos,
Y dejarán deshechos
Los eslabones de la vil cadena,
Que el tirano que al mundo dicta leyes
Desde el esclavo Sena,
Y abate tronos, y cautiva reyes,
Quiere imponer á España osadamente,
Con negra astucia y con armada gente.

¡Ay, cuánto de congoja y mudo espanto
Reina ya entre tus bárbaros guerreros,
Oh Galia injusta, al ver el poderío,
El denuedo y el brio
De los varones ínclitos iberos!
Vuela fogoso el andaluz caballo,
Y el jinete revuelve la cuchilla
Tus tímidas escuadras arrollando.
El vaciado metal aborta el rayo,
Y muertes lanza, y tu soberbia humilla
La atmósfera purísima atronando.
Los espumosos hórridos torrentes,
Que de las altas cumbres se derrumban
Arrastran las corazas refulgentes,
Y tronchados aceros
De tus soldados fieros.
Crece el horrible estrago,
Tristes ayes retumban,
Y de francesa sangre un grande lago
Son de Bailén los campos, ya cubiertos
De rotas armas, y guerreros muertos.

Tuyo es el triunfo, España, patria mia,
Y de tus hijos el laurel sagrado.
Venció tu valentía
Y tu justo furor; y ya no es dado
Al francés resistir, que sin aliento
Con débil llanto sus mejillas moja,
La espada inútil humillado arroja,
Y tórnase su orgullo en vil lamento.
Victoria suena el viento,
Y victoria repiten los collados,
Y victoria los bosques destrozados,
Y el raudo Bétis grita
Victoria, y en el mar se precipita.

1808





ROMANCE

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento,
Y perdida la batalla,

Manchado de sangre y polvo,
En noche oscura y nublada,
En Antígola vencido,
Y deshecha mi esperanza,

Casi en brazos de la muerte
El laso potro aguijaba
Sobre cadáveres yertos,
Y armaduras destrozadas.

Y por una oculta senda
Que el cielo me deparara,
Entre sustos y congojas,
Llegar logré á Villacañas.

La hermosísima Filena,
De mi desastre apiadada,
Me ofreció su hogar, su lecho
Y consuelo á mis desgracias.

Registróme las heridas,
Y con manos delicadas
Me limpió el polvo y la sangre,
Que en negro raudal manaban.

Curábame las heridas
Y mayores me las daba,
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.

Yo, no pudiendo sufrir
El fuego en que me abrasaba,
Díjele: Hermosa Filena,
Basta de curarme, basta.

Más crueles son tus ojos,
Que las polonesas lanzas;
Ellas hirieron mi cuerpo,
Y ellos el alma me abrasan.

Tuve contra Marte aliento
En las sangrientas batallas,
Y contra el rapaz Cupido
El aliento ahora me falta.

Deja esa cura, Filena:
Déjala, que más me agravas;
Deja la cura del cuerpo,
Atiende á curarme el alma.

En el hospital de Baza, 1809.

ROMANCE

Entre verdes olivares
Y deliciosos verjeles
Bétis grave y caudaloso
Se desliza mansamente,

Despues de besar la planta
De los muros cordobeses,
Decoro de Andalucía,
Y antiguo alcázar de reyes.

En su orilla venturosa,
Al tiempo que el sol luciente
Da lugar á las tiniéblas,
Y en el mar de Atlante muere,

Celinda, ausente y llorosa,
Mira al cielo, se enternece,
Mira á las flores, suspira,
Mira al agua, y perlas vierte;

Y al contemplar en el rio,
Sollozando muchas veces,
Abre sus divinos labios,
Y de este modo hablar suele:

Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.
Mirad que ausente
No hallo alegría.
Decid á Silvio
Que torne aprisa,
Decid que siempre
Me veis la misma,
Firme, constante,
Tierna, sencilla.
Decid que torne
Por su Celinda
Pronto, si hallarla
Quisiere viva.
Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.

Esto, Celinda graciosa,
Repetia muchas veces,
Dando luz á los peñascos,
Y á las arboledas verdes.

Y en una ocasion el rio,
Murmurando, como suele,
Con las menudas arenas,
Respondióla de esta suerte:

¿Cómo quieres que apresure,
Díme, hermosa, mi corriente;
Si me paran tus ojuelos,
Y tus gracias me detienen?

1809

SONETO

Ojos divinos, luz del alma mia,
Por la primera vez os ví enojados;
¡Y ántes viera los Cielos desplomados,
O abierta ante mis piés la tierra fria!

Tened ¡ay! compasion de la agonía
En que están mis sentidos sepultados,
Al veros centellantes é indignados
Mirarme, ardiendo con fiereza impía.

¡Ay! perdonad si os agravié, perderos
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto
Más que obligaros conseguí ofenderos:

Tened, tened piedad de mi quebranto,
Que si tornais á fulminarme fieros
Me hundireis en los reinos del espanto. 1812

AL CONDE DE NOROÑA

¡Oh Conde! pues tu lira
Unida al són de tu divino acento,
Calma del mar la ira,
Y el soplo agitador del raudo viento,
Y pasma del tonante
La enrojecida diestra fulminante;

¿Por qué tu voz sagrada,
Que con divino ardor y alta grandeza
Entonó entusiasmada
La discordia levanta su cabeza
Cuando te oyó Castilla,
Y retumbó la octava maravilla;

Por qué el horrible estruendo
No canta de Mavorte, y su pujanza,
Y el silbido tremendo
De la robusta y tembladora lanza,
Y el són estrepitoso
De su carro sangriento y polvoroso?

Y cual Belona fiera
Aguija la cuadríga resonante,
Y gime en la carrera,
Y suda y cruje el eje rechinante,
Hollando sus rodadas
Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?

Suelta otra vez al viento
La viva lumbre que tu pecho encierra,
Y suba al firmamento,
Y asombre y pasme la sangrienta tierra,
Y tu acento resuene,
Y el orbe todo de tu ardor se llene.

Y entre sangre y horrores
La gloria ensalza del valiente ibero,
Y mil y mil loores
Al ronco són del atambor guerrero
Canta á la noble saña,
Que esclarece los términos de España.

Y este nombre sagrado
Llévalo por do quier, desde el oriente
En púrpura bañado,
Hasta do esconde el sol su clara frente,
Y de uno al otro polo
Resuene el nombre de la España solo.

Alto asunto á tu canto
Las glorias de Sansueña y de Gerona
Te ofrecen, con espanto
De los que baña el Sena y el Garona;
Que contra su arrogancia
Ven renacer los héroes de Numancia.

Canta de Talavera
Y de Bailén los triunfos y victorias,
Que allí la Galia fiera
Vió marchitarse su laurel y glorias.
Y dí el denuedo y brio
Del albionés, azote del impío.

¡Oh! si me fuera dado
El númen que en tu pecho se derrama,
Y el ardor desusado
Con que tu heróica cítara se inflama,
¡Cuál de la patria mia
Las hazañas y triunfos cantaria!

Mas ¡ay! que intento en vano
Cantar las iras del fogoso Marte,
Que con sangrienta mano
Va tremolando el hórrido estandarte;
Porque mi ebúrnea lira
Encantos del amor sólo suspira.

Aunque á la guerra dura
Tengo mi edad florida dedicada,
Y lleno de bravura
Tal vez empuño la tajante espada,
Y con brazo membrudo
Vibro la lanza y el doblado escudo;

Y revolviendo el freno
Del monstruo altivo, que abortó el tridente,
De sangre y polvo lleno,
Me ha visto el sol ardiente
Hollar la muerte fiera
Del aurífero Tajo en la ribera;

No es duro el pecho mio,
Ni se aplace con sangre, luto y llanto,
Ni con el són impío
De la trompa, que infunde horror y espanto;
Que sólo sus delicias
Son de Vénus los gozos y caricias.

Dióme naturaleza
Sensible corazon, pecho amoroso,
Y con dulce terneza
De Citeréa el fuego delicioso
Me prohibe que cante
El ardor de Belona fulminante.

La inocente voz mia
Sólo sabe cantar tiernos amores,
Y la pura alegría
De los risueños campos y las flores,
Y fiestas pastoriles,
Y los gratos cuidados juveniles.

Pero tú, egregio Conde,
A quien Apolo la sagrada frente
Entre laurel esconde,
Canta los hechos de la hispana gente;
Triunfará del olvido
De tu pecho y tu cítara el sonido. 1812

SONETO



El oponer mi pecho no me asusta
Del preñado metal al ronco estruendo,
Que entre dudosa lumbre y humo horrendo
El golpe lanza de la parca injusta.

No me amedrenta, no, la faz adusta
Del duro cautiverio, ni estar viendo
Las encrespadas olas combatiendo
El corvo lado de mi frágil fusta.

No temo de la nube bramadora
El rudo trueno, y rayo relumbroso,
Que vibra la alta diestra vengadora:

Sólo me deja yerto y temeroso
El ver al dueño á quien mi pecho adora
Siempre enojado, siempre desdeñoso. 1810

A AMIRA

Hondo mar espumoso,
Que de la luna la argentada planta
A besar presuroso
Subes, con ronco hervor que al orbe espanta,
Combatiendo tus olas
Las extendidas costas españolas:

No agites más tu seno
Al influjo del carro de Lucina,
Cuando de plata lleno
A tus instables límites se inclina,
Ni obedezcas sañudo
El fiero enojo del invierno crudo.

De hoy más sólo obedece
A los ojos de Amira enardecidos,
A ella sola le ofrece
De tu seno los dones escogidos,
Y segun quiera Amira
Muéstrate en calma, ó muéstrate con ira.

Si la ves enojada
Al punto hinchado y proceloso y fiero
Forma espuma salada,
Brama ferviente, rómpete altanero,
Y estas peñas azota,
Y con ellas airada te alborota.

Y por darle venganza
Une tus ondas con el raudo viento,
Sobre el polo te lanza,
Apaga el sol, combate el firmamento,
Y el orbe se estremezca,
Y que vuelve á la nada le parezca.

Mas si sus ojos bellos
Están en calma dulce y placentera,
Mira y contempla en ellos
El alma ilustre, que su ardor modera,
Y domado y sujeto
Ten á estas playas de Hércules respeto.

Y claro y cristalino
Sirve de espejo de su rostro amable,
Y su encanto divino
Siente en tu seno turbio y alterable,
Y al punto te esclarece,
Y á la luz de sus ojos resplandece.

Y con manso ruido
Sube por esta orilla afortunada,
Hasta llegar rendido
A la planta de Amira delicada,
Y presenta á sus ojos
Corales y esmeraldas por despojos.

Y esta ribera amena
Al rojo despuntar del claro dia
Deja de conchas llena,
De caracoles y de espuma fria,
Y de menuda plata,
Que mil veces la luz en sí retrata.

Sí, ronco mar undoso,
Sólo en tí tenga influjo y eficacia
El semblante amoroso
De Amira encantadora, cuya gracia
Y beldad peregrina
Estas dichosas costas ilumina.

Así gritó Neréo,
Los marinos caballos agitando,
El piélago Eritréo
En su carro de nácares sulcando,
Al verte, oh bella Amira,
Por quien tanto amor arde y suspira.

Cádiz, 1812

SONETO

Viene en pos del invierno perezoso,
La hermosa primavera y bella Flora,
Que el prado esmalta y el verjel colora,
Bañando el aura en bálsamo oloroso.

En pos de oscura noche, el luminoso
Resplandor viene de la blanca Aurora,
Que la alta cumbre de los montes dora,
Rasgando el negro manto tenebroso.

Despues de la borrasca embravecida
Sosiega el mar la plácida bonanza,
Y al nauta torna la quietud perdida.

Todo infeliz algun consuelo alcanza:
Sólo yo ¡ay triste! acabaré mi vida,
Sin gozar tan dulcísima esperanza.

1812

CANTILENA

Por un alegre prado
De flores esmaltado,
Y de una clara fuente
Con la dulce corriente
De aljófares regado;
Mi dueño idolatrado
Iba cogiendo flores,
Más bella y más lozana
Que ninfa de Diana.
Los risueños amores
En torno la cercaban,
Y en su falda jugaban.
Y en tanto que ella hermosa
Ora un clavel cogia,
Ora una linda rosa,
Ora un tierno jacinto;
Más flores producia
Aquel fresco recinto
Orgulloso y ufano:
Pues al punto otras tantas,
Como tronchó la mano
De mi dueño tirano,
Brotaron á sus plantas.

1812

SONETOS

Lleno el pecho de orgullo y ufanía
Mis gloriosas hazañas contemplaba,
Cicatrices aún frescas ostentaba,
Y soberbios despojos oprimia.

Las lides do me hallara recorria,
Los que venció mi brazo numeraba,
Mi acero vencedor me recreaba,
Y con loca arrogancia así decia:

¿Quién podrá, más que yo, que he combatido
Con tan fieras naciones?... Duro acero
Es ya mi corazon, nunca rendido.

Oyólo Amor, el rostro placentero
De Lesbia me mostró, quedé vencido,
Y lloro esclavo, y á sus plantas muero.

Oh amiga noche, oh noche deliciosa,
Dulce madre del sueño regalado:
Tu manto de diamantes tachonado
Descoge por el aura vagarosa.

Esparce tu cabello silenciosa
De beleño balsámico empapado,
Y descienda Titón al mar sagrado,
Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño
El que la vida de los vientos fia,
O el que sigue de Marte el torvo ceño:

Que á mí no puede serme grato el dia,
Pues sólo de las gracias de mi dueño
Gozo á favor de tu tiniebla fria.



EL PASO HONROSO

POEMA

CANTO PRIMERO

Canto el amor, la noble gentileza
Del valiente y gallardo caballero,
Que cautivo se vió de una belleza
Armada siempre de rigor severo:
Y que para rendir tanta esquiveza,
Dando muestra de amante y de guerrero,
En Orbigo triunfando, eterna fama
Logró y el premio de su honesta llama.

II

Dios de Amatunte, númen poderoso,
Que en la diestra enojada del tonante
Logras helar el rayo rigoroso,
Que dió castigo á Encélado arrogante:
Pues inspiraste el hecho valeroso
Que hoy el destino quiere que yo cante,
Mi pecho inflama, dame aliento y brio,
Y al tiempo venza el rudo canto mio.

III

Y tú, divina Lésbia, á quien adora
Mi ardiente pecho, que por tí suspira,
Concédeme tu gracia encantadora,
Y oye mi acento que á agradarte aspira.
Da tu auxilio á mi voz, hazla sonora,
Templa las cuerdas de mi ebúrnea lira,
Y el triunfo y las hazañas de un amante
Hoy me permite que en tu obsequio cante.

IV

El rey don Juan segundo de Castilla
En Medina del Campo, en su palacio,
Y en un salon en donde el arte brilla
Y adorna en torno su anchuroso espacio,
Bajo rico dosel, en régia silla
De púrpura y marfil, de oro y topacio,
Acompañado de su corte estaba,
Y una lucida fiesta celebraba.

V

De una señaladísima victoria
Que contra los pendones africanos,
Cobrando nombre eterno y alta gloria,
Ganaron los valientes castellanos,
Celebrábase acaso la memoria
Por el rey, por el pueblo y cortesanos:
Y en el salon con gala y alegría,
Música y danza y gran concurso habia.

VI

Cuando el són de una ronca trompa oyeron,
Y en pos de cuatro heraldos en la sala
Diez armados guerreros entrar vieron,
Que Marte en majestad no les iguala.
Los instrumentos luégo enmudecieron
Al ver lorigas en lugar de gala,
Y el rey atento y todos admirados
Fijan los ojos en los diez armados.

VII

Uno de ellos, que el jefe parecia
Y de los otros nueve iba delante,
A todos excediendo en gallardía,
Aún más resplandeciente que el diamante,
Una argolla de hierro descubria,
Que enlazaba su cuello, y con talante
Gentil alzó del yelmo la visera,
Y al concurso mostró la faz guerrera.

VIII

Dejóse ver don Suero de Quiñones,
Valiente, afable, ilustre caballero,
Conocido por ínclitas acciones,
Y por ser en las lides el primero;
De esclarecidos timbres y blasones,
Tan tierno amante como buen guerrero,
Y en su gallardo aspecto y compostura
Pareció más que humana su figura.

IX

Cinco lustros apénas contaria
El juvenil guerrero ya famoso,
Y en su lozana faz resplandecia
Ansia de gloria, espíritu hazañoso.
Ostentando su noble bizarría,
En medio del concurso numeroso,
Mirando al rey que lo escuchaba atento,
Así le habló con mesurado acento.

X

«Monarca de Leon y de Castilla,
Egregio rey, esclarecido Marte,
A cuyo nombre pálido se humilla
El que ostenta la luna en su estandarte,
Y dobla el orbe todo la rodilla,
Sin atreverse á más que á respetarte:
Dígnate de escuchar mi suerte triste,
Y de hacerme feliz, que en tí consiste.

XI

»Cual es en todo el mundo voz y fama
Tengo, señor, rendido el pecho mio
A una soberbia desdeñosa dama,
Que paga mis amores con desvío:
Mi corazon con su desden se inflama,
Está á sus piés humilde mi albedrío;
Y miéntras más ingrata y más esquiva,
Más y más me encadena y me cautiva.

XII

»Por servirla, en la guerra de Granada,
Como sabeis, señor, lidié desnudo
El brazo diestro, que la noble espada
Manejar de este modo mejor pudo:
Allí en obsequio de mi ingrata amada
Hendí el turbante y destrocé el escudo
De Aljarfe Abhen-Habuz, y allí mi lanza
Humilló su denuedo y su pujanza.

XIII

»Ni esta hazaña, gran rey, ni otras acciones
Que en honra suya y gloria del Estado
Ejecuté, siguiendo tus pendones
Con duro pecho y brazo no cansado,
Ni mi constante amor ni mis razones
Trastornar pueden mi siniestro hado;
Pues mi bella enemiga tiene el pecho
De helada nieve y duro mármol hecho.

XIV

»Viendo mi esfuerzo y mi constancia vana,
Me declaré de su beldad cautivo,
Y ella más insensible, más tirana,
Aumentó su rigor y ceño esquivo;
Y como mi absoluta soberana
Con esta argolla en ademan altivo
Ciñó mi cuello, y me mandó que fuese
Su esclavo, y como tal que la sirviese.

XV

»Cuatro veces despues la selva umbrosa
Se vió de flores y verdor cubierta,
Y otras tantas la escarcha rigorosa
Mustio el prado dejó, la fuente yerta;
Y siempre hallé á mi dama desdeñosa,
Firme mi amor y mi esperanza muerta;
Y al verme de este modo aprisionado,
Mi libertad por fin he concertado.

XVI

»Hoy mi señora exige nuevamente
Por rescate del hierro que me enlaza,
Y por lograr su amor, si es que inclemente
El destino mi dicha no embaraza,
Que mis hazañas y mi fama aumente,
A su vista rompiendo en ancha plaza,
Por espacio de treinta dias enteros,
Lanzas con los más bravos caballeros.

XVII

»Razon es, oh monarca esclarecido,
Que el cautivo concierte su rescate,
Y que el amante que tan firme ha sido,
De coronar sus pensamientos trate.
Para justar vuestro permiso pido,
Y que campo me deis para el combate,
Que yo con estos nueve hidalgos quiero
La liza mantener el mes entero.

XVIII

»Ellos tambien igual licencia piden;
Todos son mis amigos y parientes;
Sólo para ayudarme aquí residen
Con duros brazos y ánimos valientes;
Con su honra siempre las empresas miden;
Darán asombro á las extrañas gentes,
Y gloria á vos, señor, que estos vasallos
Sólo vos digno sois de gobernallos.»

XIX

Dijo, y todo el concurso fija atento
En él los ojos, y cual sorda suena
Al blando soplo de apacible viento
La verde pompa de la selva amena,
Se oye rumor confuso en un momento,
Que del estrado en derredor resuena,
Por la soberbia y rica cuadra cunde,
Y al arteson dorado se difunde.

XX

El excelso monarca aficionado
A tanto amor y tanta gallardía,
Quedó un rato suspenso y admirado
Dudando si el permiso le daria;
Y consultando el caso no esperado
Con los hombres de cuenta que allí habia,
Con don Alvar de Luna y don Manrique,
Y con el almirante don Fadrique;

XXI

Dió afable su rëal consentimiento
A aquellos esforzados campeones,
Y desde su dosel y régio asiento
Contestó de este modo á sus razones:
«Digno de un pecho noble es vuestro intento,
Valeroso don Suero de Quiñones,
Yo os permito justar en mis estados
Con vuestros nueve deudos esforzados.

XXII

»Príncipes convidad y caballeros,
Campo elegid y publicad carteles,
Y vengan españoles y extranjeros
A aumentar vuestros triunfos y laureles.
Poned las condiciones y los fueros,
Nombrad á la estacada jueces fieles,
Y vuestro amor á un tiempo y el rescate
Lograd, pues son los premios del combate.»

XXIII

Entonce el caballero agradecido
Acata al rey con humildosa muestra,
Y dice: «Oh gran monarca esclarecido,
Si tanto os interesa la honra nuestra,
Sólo una nueva gracia humilde os pido,
Y es que vos presidais en la palestra;
Pues estando, señor, á vuestra vista
No habrá poder que al nuestro se resista.

XXIV

»El campo elijo cerca de la puente
Que de Orbigo da paso al claro rio,
Entre Astorga y Leon; allí valiente
Reto á todos y aplazo el desafío,
Por ser el paso de la extraña gente
Que viene á vuestro reino y señorío
A visitar al gran patron de España,
En cuyo nombre emprenderé mi hazaña.

XXV

»Sólo pongo, señor, por condiciones,
Que todos los valientes caballeros
Que á libertarme vengan de prisiones,
Y á demostrar sus ánimos guerreros,
Tres lanzas romperán, sin más acciones,
Conmigo ó con mis bravos compañeros;
Teniendo que salir de la estacada
A la tercera lanza quebrantada.

XXVI

»Si hay alguna que cause grave herida,
O en tierra caballero derribare,
Dejará la carrera por cumplida,
Sin que nadie otra cosa demandare.
El que pierda caballo en la corrida,
O alguna pieza del arnés quebrare,
Caballos hallará por mí aprestados,
Y completos arneses acerados.

XXVII

»Si por la puente dó la justa nuestra
Se mantiene pasare alguna dama,
Y no lleva quien salga á la palestra
A combatir por ella y por su fama;
El blanco guante de la mano diestra
Dejará en mi poder, si es que no inflama
A algun guerrero que presente fuere,
Y por ella y el guante combatiere.

XXVIII

»Para jueces del campo aquí nombrados
Dejo á Pedro de Barba y Gomez Arias,
Ambos por altos hechos afamados,
Y conocidos por acciones varias:
En prudencia y saber son consumados
Y hechos á decidir armas contrarias:
Por lo tanto, á su fallo ha de ajustarse
El que quiera en la tela señalarse.

XXIX

»Quince soles sin falta ántes del dia
Del gran patron y apóstol de la España,
Y otros quince despues, mi compañía
Mantendrá con sus armas la campaña.
Y agora, alto señor, la intencion mia
Y la convocatoria de esta hazaña
Publicaré por las naciones fieles,
Llevando estos heraldos mis carteles.»

XXX

Aprobó el rey don Juan las condiciones,
Y luégo los clarines resonaron,
Y los diez famosísimos varones
Al monarca la mano le besaron.
Los instrumentos con alegres sones
El hazañoso intento celebraron,
Y con los reyes de armas que trajeron
Don Suero y sus valientes se volvieron.

XXXI

Siguió el sarao, la danza y alegría,
Y aquel grave concurso alborozado
Ansiando llegue de la justa el dia,
Por ver triunfar al noble enamorado.
Todos aplauden su alta bizarría,
Y no hubo dama alguna en el estrado
Que á doña Luz la esquiva no envidiase
La suerte de que Suero la obsequiase.

XXXII

Unas alaban el amor constante
Del firme y valeroso caballero,
Otras mil le quisieran por amante,
Y todas hablan sólo de don Suero:
Cuál rendida celebra su semblante,
Cuál su valor y su ánimo guerrero,
Y no hay quien por feliz y venturosa
No tenga á doña Luz la desdeñosa.

XXXIII

Por una gran llanura dilatada
Que la famosa Astorga señorea,
Y con verdosa grama entapizada,
Y con pomposas hayas se hermosea;
De Orbigo la corriente sosegada
Entre flores y sauces serpentea,
Cubierta de frondosos matorrales,
Espadañas y espesos carrizales.

XXXIV

Entre Astorga y Leon una anchurosa
Y antigua puente oprime las arenas,
Divide la corriente sonorosa,
Y enlaza las dos márgenes amenas.
Y á su lado una selva deliciosa
Do los rayos del sol entran apénas,
Alza pomposa la gallarda frente,
Que agita grave el apacible ambiente.

XXXV

De las ninfas bellísimas del rio
Es grato albergue, y plácido recreo
Do los pastores en el seco estío
Huyen los rayos del ardor Febéo;
Y aún penden de algun tronco alto y sombrío
Rotas armas en forma de trofeo
De pasados encuentros, y olvidados
Yacen viejos arneses destrozados.

XXXVI

En esta selva y sitio delicioso
El esforzado Suero de Quiñones,
Elige campo para el paso honroso
Con sus nueve esforzados campeones.
Y manda levantar un suntüoso
Palenque, con tablados y balcones
Para teatro de la accion valiente
Y para asiento á la curiosa gente.

XXXVII

Cubierto el bosque está y el campo lleno
De afanadora gente: quién trabaja
En nivelar el desigual terreno,
Quién el circo anchuroso en torno ataja,
Quién de troncos despoja el soto ameno,
Quién los pilares con primor encaja,
Quién con vistosas telas y follajes
Adorna los soberbios balconajes.

XXXVIII

El són del hacha, el golpe del martillo,
El tráfago, el bullicio y el estruendo
Ahuyentan de la selva al pajarillo,
Aquella soledad poblada viendo:
Y los faunos y ninfas al oillo
Ver profanada su mansion temiendo,
Aquellos en las grutas se ocultaron,
Y estas en los cristales se lanzaron.

XXXIX

Miéntras todo se apresta y se compone,
Publican por los reinos extranjeros
Los heraldos las fiestas que dispone
Quiñones con sus bravos caballeros.
No hay pueblo donde ya no se pregone
El cartel de la justa, y los guerreros
De todas las naciones se apresuran,
Y probarse en la lid todos procuran.

XL

¡Cuánta gala, riqueza y ataujía,
Cuántos caballos, tarjas y armaduras,
Cuánta empresa, penacho y armería,
Cuántos arneses, telas, bordaduras,
Cuánto jaez de seda y pedrería,
Cuántos motes, esmaltes y pinturas
En todas las naciones dispusieron
Así que los carteles recibieron!

XLI

No para los olímpicos famosos
Donde Neron mostró su vil destreza,
Ni para los circenses suntüosos
En que ostentaba Roma su grandeza,
Ni en los juegos de armas que hazañosos
Por lucir su denuedo y gentileza
Carlomagno y los suyos celebraron,
Tanta riqueza y gala se juntaron.

XLII

Ya la dulce risueña primavera
Daba lugar al caluroso estío,
Tostada se mostraba la pradera
Y más escaso de caudal el rio:
La fiesta se acercaba, y placentera
La gente á presenciar el desafío
En número infinito concurria,
Ansiando ver el señalado dia.

XLIII

El soberbio palenque descollaba
De Orbigo dominando la ancha puente,
Y una gran plaza en torno rodeaba
Con gradas en el órden competente.
Cuatro grandes balcones levantaba
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente,
Con barandas, alfombras y florones,
Y de ormesí bordados pabellones.

XLIV

Ya el campo estaba lleno de alegría,
De pajes, de caballos, de escuderos,
De damas bellas como el claro dia,
De príncipes y armados caballeros.
El plazo de la justa se cumplia,
Y ya aprestan la malla y los aceros
Los nueve con el ínclito Quiñones,
Ensayando los lances y ocasiones.

XLV

A la primera luz del sol siguiente
Todo dispuesto y preparado estaba,
Y don Suero en su dama tiernamente
Con amoroso afan siempre pensaba:
Y léjos del bullicio impertinente
Su desden y dureza lamentaba,
Vagando solo por el bosque umbrío
Sobre la orilla del sereno rio.

XLVI

Era la estiva y perezosa siesta,
Y del fulgente sol los resplandores
Marchitada dejaban y traspuesta
La lozana belleza de las flores;
Y sólo respetaban la floresta
Donde Suero pensaba en sus amores,
Donde de sus ensayos descansaba,
Y á la siguiente lucha se aprestaba.

XLVII

De un álamo á la sombra deliciosa,
Sobre las flores y la fresca grama,
Oyendo la corriente sonorosa
Que entre flexibles juncias se derrama,
Anhelando empezar su justa honrosa
Para ablandar su endurecida dama,
Estaba el gran don Suero reclinado,
De varios pensamientos contrastado.

XLVIII

El murmullo del agua fugitiva,
El dulce són de las pintadas aves,
La hora de siesta, la calor estiva,
Y la fragancia de las flores suaves,
Y el gran cansancio de la pena esquiva,
Y el duro peso de las armas graves,
Dieron al caballero breve sueño,
Guardado por el céfiro halagüeño.

XLIX

Y á la par que el reposo regalado
Por sus gallardos miembros se extendia,
Suspensos los sentidos, sin cuidado
Volaba su fogosa fantasía:
É imaginó escuchar un acordado
Són, que en torno con célica armonía
Del silencioso bosque resonaba,
Y algun grave portento presagiaba.

L

Creyó ver lentamente suspenderse
De Orbigo la corriente sosegada,
Con nueva luz el aire enrojecerse,
Aclararse la selva enmarañada,
Los juncos y espadañas conmoverse,
Cobrar vida la orilla engalanada,
Y entre la juncia el agua cristalina
Levantarse con forma peregrina.

LI

Poco á poco los plácidos raudales
Se alzaban en columnas trasparentes,
Sobre argentados ricos pedestales
Adornados de conchas diferentes.
Subiendo por el aire los cristales
Eran ya capiteles refulgentes,
Y sobre las columnas con presura
Se tornan en soberbia arquitectura.

LII

Una cúpula excelsa y atrevida
Forman ciñendo el anchuroso espacio,
De hielos y mariscos guarnecida,
Y cerrando un riquísimo palacio:
Cornisas y arquitrabes de bruñida
Plata con los florones de topacio
Ostenta, y guarnecidos de corales
Los atrevidos arcos laterales.

LIII

Las puertas de marfil son fabricadas
Con estrellas de acero y con follajes,
Sobre robustos pernos sustentadas,
Y adornadas de perlas y balajes;
De refulgentes bronces trabajadas
Las verjas y volados barandajes,
Y de limpia esmeralda el pavimento
Que sirve á la gran máquina de asiento.

LIV

Admira tan grandiosa arquitectura
Don Suero, y tanto brillo y régio adorno,
Cuando temblando el soto y la llanura
Brilla con nueva luz aquel contorno:
De música celeste la dulzura
Se aumenta, y más distinta suena en torno,
Y de ninfas un coro se aparece
Y á sus plantas el suelo reflorece.

LV

Cintas de perlas, áureos ceñidores
Los juveniles pechos enlazaban,
Frescas guirnaldas de fragantes flores
Las frentes placenteras coronaban:
Y de las bellas formas los primores
Túnicas sutilísimas guardaban,
Dejando el albo pié desenlazado
Para triscar por el verdoso prado.

LVI

Cantan mil himnos, tocan instrumentos,
Y gallardas bellísimas y esquivas,
Ligeras más que los delgados vientos,
Danzan y juegan ledas y festivas.
Esparce sus dulcísimos acentos
El ala de las auras fugitivas,
A cuyo són asida de las manos
Aparece una turba de Silvanos.

LVII

Formaron con las ninfas grato coro,
Y bailes y dulcísima armonía,
Y alternan voces con cantar sonoro
De métrica cadencia y melodía:
Cuando un Triton con las escamas de oro
En el atrio del templo aparecia,
Y dando aliento al caracol torcido
Los vientos atronó con su sonido.

LVIII

Al bronco són los coros enmudecen,
Y las ebúrneas relumbrantes puertas
Sobre los recios goznes se estremecen,
Y con ronco estridor quedan abiertas:
Del templo las estancias resplandecen
De piedras preciosísimas cubiertas,
Y en medio un alto trono se levanta
Do el arte á la materia se adelanta.

LIX

En dos fulgentes urnas reclinada
Del rio la deidad majestüosa
Se muestra en él de juncias coronada,
Con apacible faz respetüosa:
En la siniestra mano recostada,
Gira en torno la vista poderosa,
Y al ver el coro á su señor presente
Las rodillas inclinan y la frente.

LX

Un rato, del cabello luengo y cano
Y de la blanca barba sacudiendo
Menudas perlas con la diestra mano,
Estuvo los perfumes recibiendo:
Y diligente un rústico Silvano
Una alfombra riquísima tendiendo,
Bajó por ella el sacro Dios y dijo
Al coro que le adora inmoble y fijo:

LXI

«De este bosque sagrado y escondido
Y de mi rica orilla habitadores,
El convocaros á mi corte ha sido
Para calmar los sustos y temores
Que en vuestros sacros pechos han nacido
Al mirar esos troncos vividores,
Con quien en vano el viento combatia,
Humillar su pomposa lozanía.

LXII

»No juzgueis que sacrílegos mortales
Pretenden profanar vuestra morada,
Ni perturbar mis plácidos cristales,
Ni oprimir mi corriente sosegada:
Descansad pues, oh séres inmortales,
Nunca mi gloria ví más afianzada,
Y esas gentes que veis, á darnos nombre
Vienen, y fama que á Saturno asombre.

LXIII

»Mañana apénas el risueño Oriente
Con rosado matiz anuncie el dia,
Admirareis un jóven eminente
Singular en amor y en valentía:
Treinta veces del sol el carro ardiente
Alumbrará su noble bizarría,
Y lo verá por fin triunfar dichoso
De un guerrero atrevido y orgulloso.

LXIV

»La resonante trompa de la fama
Su nombre librará de torpe olvido,
Despues que rinda á la severa dama
A cuyos piés há tiempo está rendido:
Ella su pecho y corazon inflama,
Y por ella esta hazaña ha discurrido...
La rendirá, y en premio de su brio
Será su esposo y cesará el desvío.

LXV

»De esta preciosa union, lustre de España,
Saldrá una descendencia esclarecida,
Terror del Agareno en la campaña
Y de Marte y de Témis protegida:
En cuanto el sol alumbra y el mar baña
Respetada será, será temida;
Que á manejar la pluma y noble espada
La tienen ya los hados destinada.

LXVI

»Y un tiempo llegará que en su ribera
Mire nacer el Bétis caudaloso
Un descendiente de esta union primera,
Que á Marte seguirá con pecho honroso:
Y entre el estruendo de Belona fiera,
Le dará Apolo el plectro sonoroso,
Para que en alto metro y graves sónes
Haga eterna la hazaña de Quiñones.»

LXVII

Cesó el númen: y así que el nombre oyeron
Las ninfas entonaron expresivas
Himnos, que los silvanos repitieron
Con dulce acento y con sonoros vivas:
Nuevas fiestas y obsequios dispusieron
En danzas concertadas y festivas...
Mas don Suero de gozo se estremece,
Despierta y la vision desaparece.

LXVIII

Atónito la vista en torno gira
Silencioso, pasmado y aturdido,
Y la corriente sosegada mira
Cual siempre caminar con manso ruido.
Vuelve á mirar confuso y más se admira,
Y entre esperanza y dudas confundido
No sabe qué pensar de aquel ensueño,
Agüero favorable de su empeño.

LXIX

Recorre nuevamente las razones
Que del labio del númen ha escuchado,
Prometiéndole triunfos y blasones,
Y que será su amor recompensado:
Y al recordar que ofrece á sus acciones
Eterna fama y nombre no olvidado,
Alentado y ufano y satisfecho
Inflama más y más su heróico pecho.

LXX

Y notando que el sol su lumbre pura
En los mares de Ocaso sumergia
Enlutando los montes y llanura
Y dando paso á la tiniebla fria;
Se retiró del soto con presura
A buscar su gallarda compañía,
Y á dar reposo al ánimo valiente
Para empezar la justa al sol siguiente.





CANTO SEGUNDO

De cándidos jazmines coronada
En Oriente brilló la ansiada Aurora,
Resuena en la floresta la alborada
Con dulce melodía encantadora:
La muchedumbre inmensa alborozada
Al ver llegar la deseada hora,
El perezoso sueño desechando,
El espacioso circo va ocupando.

II

Sonoras trompas, dulces instrumentos,
Huecos timbales, roncos tamborinos
Plácidos hinchen los delgados vientos,
Retumbando en los montes convecinos.
El són bélico cunde por momentos,
Apréstanse caballos y padrinos;
Ya se abre la estacada y presurosos
Cabalgan los guerreros valerosos.

III

Febo inmortal desde su carro ardiente
De viva lumbre y majestad vestido,
Los puros resplandores de su frente
Derrama por el ámbito extendido:
Enciende los confines del Oriente,
Y á presenciar el hecho esclarecido
Con nuevo brillo sale y aparece,
Y grande más que nunca resplandece.

IV

Bajo rico dosel en régia silla
El monarca don Juan acompañado
De altos señores majestuoso brilla,
Presidiendo el palenque levantado.
Al claro condestable de Castilla
Y á otros hombres de cuenta tiene al lado,
Y cercano del rey está dispuesto
A los jueces del campo ilustre puesto.

V

En el otro balcon que lindas flores
Le dan adorno, en ricas almohadas
Con bordadura, fluecos y labores
De perlas y oro ardiente recamadas,
Las damas de los diez mantenedores
De sus dueñas están acompañadas,
Cubiertas de hermosura y pedrería,
Y respirando amores y alegría.

VI

Y de la suerte que en verjel ó prado
Entre una y otra flor pintada y bella
El matiz de la rosa nacarado
Al rojo amanecer brilla y descuella,
Del aljófar del Alba rociado,
Y á todas vence la hermosura de ella;
Así en medio de tanta ilustre dama
Álzase la que á Suero el pecho inflama.

VII

Más que la rozagante Aurora hermosa
La ingrata y bella doña Luz estaba;
En sus mejillas de jazmin y rosa
La fresca y linda juventud brillaba.
Eran perlas su boca deliciosa
Donde el amor gozoso se ocultaba,
Y el albo pecho y cuello torneado
De nieve candidísima formado.

VIII

Arpones de Cupido eran sus ojos,
Y en la alta frente blanca como el dia
El cabello negrísimo en manojos
Con broches de diamantes suspendia:
Blanco vestido con follados rojos
De vellorí brocado y pedrería,
Y un rico ceñidor de oro labrado
Ostentaba en el talle delicado.

IX

¿Tal gallardía, tanta gentileza
Qué humano corazon no encadenara?
¿A quién tan alta y singular belleza
Con amoroso fuego no abrasara?
¿Qué pecho, quebrantada su dureza,
Al ver aquellos ojos no temblara?
¿Quién aquel talle y faz graciosa y bella
Pudiera ver, sin palpitar por ella?

X

Sólo yo, Lesbia mia, sosegado
La viera, porque á tí rendido adoro,
Y fuera doña Luz puesta á tu lado
La plata comparada con el oro.
Perdona si encarezco en el traslado
De su beldad y gracias el tesoro;
Que á ella la pinto, pero tengo hecho
Tu retrato bellísimo en mi pecho.

XI

Ocupa en torno la curiosa gente
Terrados, graderías, balconajes,
Todos muestran el ánimo impaciente
Por ver salir los bravos personajes:
Suena un ronco murmurio sordamente,
Brillan mil vistosísimos ropajes,
Todos esperan ya la seña, cuando
Mandan los jueces pregonar el bando.

XII

Publícase, y al punto se enarbola
La insignia de don Suero de Quiñones,
Y por el viento plácido tremola
Su estandarte con timbres y blasones.
En sus tiendas el peto, yelmo y gola
Se ciñen los fortísimos varones,
Requieren los caballos y la espada,
Y se aprestan á entrar en la estacada.

XIII

Divinas ninfas del Castalio coro:
Dadme favor, engrandeced mi canto,
Dad nuevo aliento á mi clarin sonoro,
Y ponga al tiempo volador espanto.
Miradme gratas, vuestra luz imploro,
Conceded á mi pecho el fuego santo,
Inspiradme los hechos esforzados
De los diez caballeros afamados.

XIV

Suena el clarin, retumba el vago viento,
Enmudece el concurso numeroso,
Y cuatro reyes de armas al momento
Entraron en el circo polvoroso:
Blancos potros con rico paramento
Y vestido de púrpura costoso
Llevan, y en los riquísimos broqueles
De Quiñones los ínclitos cuarteles.

XV

En pos de los heraldos, tañedores
De púrpura vestidos y brocado,
Con cintas y plumajes de colores
Entraron en el circo alborozado,
Tocando dulces flautas y atambores
Con alto són alegre y concertado,
Y diez palafreneros les seguian
Que de mano diez potros conducian.

XVI

Y luégo en la estacada se aparece
De ricos-homes y altos personajes
Don Suero acompañado, y resplandece
Seguido de escuderos y de pajes:
Confusa gritería al cielo crece,
Cunde por los dorados barandajes
Y el concurso al mirar su gallardía,
¡Viva! mil veces, ¡viva! repetia.

XVII

De un potro cordobés azabachado,
Con un lucero en la espaciosa frente,
Rige el freno de plata salpicado,
Que templa y doma su rigor ferviente;
Lleva terciada sobre el diestro lado
La ponderosa lanza, y el fulgente
Peto, que el noble pecho le rodea,
Ofusca el brillo de la luz febéa.

XVIII

Ligera adarga en el siniestro brazo
Con adornos de esmalte guarnecida
Maneja con gentil desembarazo,
Sin que las riendas gobernar le impida:
Pendiente en medio de un gracioso lazo
Por cuerpo de su empresa está esculpida
Una argolla de hierro, y un letrero
Que dice así: *Librarme de ella quiero.*

XIX

La vencedora fulminante espada,
Terror y espanto del altivo moro,
Al lado izquierdo ostenta colocada
En el rico tahalí bordado de oro.
Sobre el alto creston de la celada,
Que es de piedras preciosas un tesoro,
De plumas blancas el penacho ondea,
Do Favonio se mece y se recrea.

XX

En pos del claro Suero de Quiñones
Brillan sus nueve bravos caballeros,
Sobre negros alígeros bridones,
Ceñidos de fortísimos aceros:
En los altos fulgentes morriones
Llevan blancos penachos y plumeros,
Y en todo á la del jefe semejante
Lanza, empresa, y adarga rutilante.

XXI

Son los nueve: Alvar Gomez el osado,
Lopez Zúñiga, Diego Benavides,
Sancho de Ravanal afortunado,
Diego Bazán acostumbrado á lides,
Gomez de Villacorta gran soldado,
Pero de Nava en fuerzas nuevo Alcides,
Lope de Aller, y el jóven Pero Rios
Feliz en sus empresas y amoríos.

XXII

Por séquito llevaban veinte pajes
Con escudos de timbres y blasones,
Ornados de riquísimos ropajes,
Y oprimiendo hermosísimos bridones,
Que moviendo garzotas y plumajes
Arrastran rapacejos y borlones
De paramentos de ormesí bordados,
Con cifras y cuarteles recamados.

XXIII

Y cerrando la grave comitiva
Entra en el circo un carro primoroso,
Que en ruedas vistosísimas estriba
Con exquisito adorno artificioso:
Un enano gobierna desde arriba
El tiro de caballos animoso,
Y es su carga de yelmos y de arneses,
Lanzas de guerra, tarjas y paveses.

XXIV

Luégo que con alardes y escarceos
Este acompañamiento hizo la entrada,
Despues de dar en órden tres paseos
En torno recorriendo la estacada;
Entre aplausos y gratos victoreos,
Despejó la comparsa engalanada,
Y los nueve tambien se retiraron,
Y al caudillo la plaza le dejaron.

XXV

¡Amor, tirano amor! ¡Cuán misterioso
Es el impulso de tu aguda flecha!
En vano el corazon más cauteloso
Huye tu fuego y tu poder desecha:
El pecho más altivo y desdeñoso
Si tu arco corvo y tu rigor le acecha,
Al fin rendido por su rey te aclama
Y alienta sólo tu tremenda llama.

XXVI

Ya, oh Lesbia mia, del amor el fuego
Empieza á arder en doña Luz la altiva
Y siente un interior desasosiego
Que su desden altísimo derriba.
Y ya á tanta constancia y tanto ruego
Siente ceder su condicion esquiva,
Y mirando á don Suero palidece
Y admira su cariño y lo agradece.

XXVII

El que pretenda ser correspondido
Logrando quebrantar una altiveza,
Siga el objeto á quien esté rendido
Con anhelo constante y con firmeza,
Y en mirando su afan agradecido
Tenga por cierto que su dicha empieza;
Que de agradecimiento amor se viste
Y vence el pecho así que le resiste.

XXVIII

Sólo en la tela el ínclito don Suero
Hirió el ijar del potro belicoso,
Que obedeciendo al acicate fiero
Bufó, se enarmonó, partió furioso:
Detúvole de pronto el caballero
A la mitad del circo polvoroso
Y apoyado en su lanza inquieto espera
Quien probarse en la lid primero quiera.

XXIX

Cuando por la otra puerta entró atrevido
Un caballero ricamente armado,
El arnés con labores esculpido
Y de piedras preciosas adornado:
El soberbio creston de oro bruñido
Lleva con plumas jaldes coronado,
Y una lanza gruesísima blandia
Con denodado esfuerzo y gallardía.

XXX

Era aleman, Arnaldo se llamaba,
De la selva bermeja caballero,
Y con jaldes adornos manejaba
Un tostado alazan fuerte y ligero.
En el siniestro brazo levantaba
Ancho escudo, y en él por timbre fiero
De siempre-viva una florida rama,
Y este gallardo mote: *Así mi fama.*

XXXI

Partido el sol, están los justadores
Frente á frente, y el pueblo numeroso
Admira los vislumbres y labores
Del uno y otro arnés esplendoroso:
Ansiando que los bélicos clamores
Den la señal del choque peligroso;
Y doña Luz la espera cuidadosa,
Y pálida tal vez la faz hermosa.

XXXII

Suena el clarin, y en ristre la arandela
Y la tarjeta en alto levantada
Tiñen de sangre la estrellada espuela,
Y arrancan con presteza arrebatada:
Uno y otro bridon furioso vuela,
La tierra gime, tiembla la estacada,
Y con tan recio golpe se encontraron
Que á un tiempo entrambas lanzas quebrantaron.

XXXIII

Toman otras más gruesas y fornidas,
Revuelven animosos, y don Suero
Afloja diestro las tirantes bridas
En busca del germano caballero;
Este tambien las riendas extendidas
Sale á encontrallo en ademan ligero,
Y Quiñones con garbo y gran pujanza
En su gorjal rompió la dura lanza.

XXXIV

Rotas ya tres, segun las condiciones,
El extendido circo despejaron,
Y dando aplauso á entrambos campeones
Balconajes y gradas resonaron.
Y otros dos valentísimos varones
En la palestra con denuedo entraron;
Siendo uno de ellos Ravanal dichoso,
Que sale á mantener el paso honroso.

XXXV

Era el conquistador Pero Zapata,
De Aragon caballero, que un tordillo
Oprime audaz, y muestra de escarlata
El paramento con riqueza y brillo.
Sobre el alto creston de blanca plata
Lleva un penacho rojo y amarillo,
Y en la adarga un volcan pintado habia,
Y *Ved mi pecho*, el rótulo decia.

XXXVI

Tomando campo al uno y otro lado
Hizo señal la trompa; valeroso
Ravanal con el cuerpo soslayado
Encontró al de Aragon firme y brioso:
Con su lanza el escudo le ha pasado,
Abollándole el peto poderoso;
Y sin romper las picas revolvieron,
Y con nuevo furor se acometieron.

XXXVII

Zapata á Ravanal en la cimera
Dió un atrevido bote con su lanza,
Y el pomposo penacho le echó fuera
Con gran destreza y singular pujanza.
Ravanal que se vió de tal manera,
Ardiendo en vivo fuego de venganza
Al de Aragon cargó con saña altiva,
Y del arzon lo saca y lo derriba.

XXXVIII

Luégo al punto los jueces decidieron
Cumplida la carrera, aunque furiosos
Volver de nuevo al lance pretendieron
Ambos á dos guerreros orgullosos:
Pero que obedecer la ley tuvieron,
Y al ver que el sol sus rayos luminosos
En el remoto ocaso recogia,
Cesó la justa hasta el siguiente dia.

XXXIX

Para más diversion y mayor fiesta
Músicas y banquetes se ordenaron,
Iluminando el circo y la floresta
Y las horas en danza se pasaron:
Hasta que en no aprendida dulce orquesta
Las aves á la aurora saludaron,
Que otra vez empezó la justa honrada,
Y se ocupó de nuevo la estacada.

XL

Salió por defensor del paso honroso
Diego Bazan ansioso de batalla,
Y por conquistador entró animoso
Liñan cubierto de luciente malla.
Un cervuno revuelto muy brioso
Con duro freno rige y avasalla,
Y lleva verde y oscuro el equipaje,
Y verdes los adornos y el plumaje.

XLI

Un áncora rompida en el escudo
Pintó por cuerpo de su triste empresa;
Por mote, *Mi esperanza;* y con forzudo
Brazo blandia un asta dura y gruesa.
En cuanto oyó el clarin partió sañudo,
Tambien Bazan arranca á toda priesa;
Se encuentran, y ambos firmes en las sillas
Pasan hechas sus lanzas mil astillas.

XLII

Toman otras al punto, y atrevidos,
Lleno de sangre el bárbaro acicate,
Se encuentran nuevamente enardecidos,
Ansiosos de acabar aquel combate.
Rompiéronse las tarjas, y ofendidos
De que á la par la suerte los maltrate,
A un tiempo en ristre ponen la arandela
Y arriman al bridon la roja espuela.

XLIII

Bazan, alta la punta de la lanza,
Abolló de Liñan el alto almete.
Liñan sin aturdirse, con pujanza
La punta por las placas le entremete.
Sepáranse de nuevo, y en venganza
Ardiendo cada cual fiero acomete,
Y al batir el ijar Liñan altivo
Rompió una acion y se le fué el estribo.

XLIV

De este modo acabada la carrera,
Alvar Gomez ocupa la estacada,
Y por conquistador entra de afuera
El bravo don Gutierre de Quijada.
Su arnés resplandeciente reverbera
Como un lucero; lleva engalanada
Con plumas varias que lozana mueve
Una yegua más blanca que la nieve.

XLV

Una fénix, volando renacida
De en medio de la hoguera, ha colocado
Sobre la tarja de oro guarnecida,
Y este mote discreto y apropiado:
La llama que me abrasa me da vida.
Y ostentando en la cuja al diestro lado
Alta fornida lanza, inquieto espera
El ronco són de la trompeta fiera.

XLVI

Sonó por fin, y cada cual encaja
La pica en ristre, pone contra el pecho
El ancho escudo, y con la punta baja
A buscar al contrario va derecho.
Alza la yegua polvorosa braja,
Y un ardiente volcan su dueño hecho
A Alvar Gomez encuentra en una greba,
Y el muslo le desarma y se le lleva.

XLVII

Alvar Gomez al punto ardiendo en ira
Vuelve otra vez en contra de Quijada,
Que aunque el cuerpo soslaya y lo retira
Recibe sobre el yelmo la lanzada.
Aturdido del golpe atrás se tira,
Deja la brida casi abandonada,
Y la yegua, espantada y recelosa,
Se empina y bufa, y bota temerosa.

XLVIII

En sí vuelve Quijada, y de la suerte
Que hollada sierpe por villana planta
El cuello enhiesta amenazando muerte,
De pronto del letargo se levanta,
La brida coge, aprieta el asta fuerte
Y sobre los estribos se adelanta:
Gomez le espera firmes las rodillas,
Y ambas lanzas volaron en astillas.

XLIX

No pudieron justar más largo rato:
Dejaron la estacada, y vino á ella
Lope de Aller, de Marte fiel retrato,
Luciendo su armadura limpia y bella.
Y con gran pompa, gala y aparato
Aún más resplandeciente que la estrella,
A conquistar entró Feire de Adrada,
Con una tersa cota bien templada.

L

Fatiga los ijares de un castaño
Obediente á la brida y á la espuela,
Con paramento de purpúreo paño
Bordado de menuda lantejuela.
En la cimera por adorno extraño
Una encrespada crin ondosa vuela:
Su empresa es una fresca hermosa caña
Y el mote: *Frágil, y á la vista engaña.*

LI

Ya el sol con tibia luz desde Occidente
En los bruñidos petos reflejaba,
Cuando el són de la trompa de repente
Del fiero acometer la seña daba.
Uno y otro guerrero el potro ardiente
Aflige, y la tarjeta levantaba;
Se encuentran, y con fuerte pecho y brazos
Hacen saltar las lanzas en pedazos.

LII

Y otras nuevas tambien rompidas fueron
Al último crepúsculo del dia,
Y los dos justadores mantuvieron
Su excelsa fama y alta nombradía.
Las armas con la luz se concluyeron,
Pues ya la sombra de la noche fria
Lenta saliendo de su fresca gruta
Monte, prado, ribera y bosque enluta.

LIII

Y entónces los ilustres justadores
Visten brocado, y quítanse la malla,
Y olvidando los bélicos furores,
Y el horrendo rencor de la batalla,
En taburetes de tejidas flores
Y en ricas mesas de pulida talla,
Disfrutan del banquete, donde brilla
La flor de la nobleza de Castilla.

LIV

Y al són del arpa y del laud en tanto
Algun cantor con entusiasmo entona,
En grave metro y en sonoro canto,
Los hechos de que España se blasona:
Las hazañas que al mundo dan espanto,
Y que del norte á la abrasada zona,
Y del ocaso al apartado Oriente
La gloria ilustran de la hispana gente.

LV

Sonó allí el nombre excelso de Pelayo,
Mantenedor de la cristiana lumbre:
Y el de Rui Diaz, el que en vil desmayo
Hundió de Agar la fiera muchedumbre:
Y el de aquel jóven, fulminante rayo
Del francés orgulloso, que en la cumbre
Del Pirene vengó el honor de España,
Eternizando el timbre de Saldaña.

LVI

Tambien, oh docto esclarecido Mena,
Honor del Bétis, de mi patria gloria,
Al són del arpa allí tu voz resuena
Cantando hazañas de la hispana historia:
Ya el gran saber del infeliz Villena,
Ya del conde de Niebla la memoria,
Ya dejando de Marte los horrores
Dulces placeres, plácidos amores.





CANTO TERCERO

La fresca aurora con fulgor divino
El Oriente esclarece, preparando
Al sol radiante el eternal camino
Rosas en él y perlas derramando:
Y á su matiz y aspecto peregrino
El sueño huye de la luz temblando;
Suenan las trompas, y al combate llaman,
Y los pechos magnánimos inflaman.

II

A mantener audaz el noble paso
Villacorta salió, soldado fuerte,
Largo en hazañas, en hablar escaso,
Y de moros azote, horror y muerte.
Demostró su destreza en este caso,
Y tres lanzas rompió con buena suerte
Con el aragonés Francisco Faces,
Terror tambien de las moriscas haces.

III

Benavides despues su gentileza
Mostró dentro del circo y estacada,
Quebrantando tres lanzas con destreza
En su competidor Jofre Cabada.
Y Zúñiga tambien su alta nobleza
Probó, y dejó su fama acreditada,
Justando con el bravo Juan de Soto,
Que salió sin brazal y el yelmo roto.

IV

Y á sostener la liza entró gallardo,
Pero Nava el valiente y el forzudo;
Conduce su corcel á paso tardo,
Y es trasunto del sol su limpio escudo.
Cuando con paramento rojo y pardo,
En un caballo altísimo y membrudo,
Bayo, con cabos negros y brioso,
Salió á la lid Abréo el jactancioso.

V

Era de Portugal, de ánimo fiero,
De dura condicion, feroz semblante,
Diestro en el manejar lanza y acero,
De proporcion y miembros de gigante:
Turbulento, indomable y altanero,
Atrevido, insolente, amenazante;
Despreciador de ajena valentía,
Y lleno de soberbia altanería.

VI

Fuertes armas ostenta el orgulloso,
Y en lugar de penacho en la cimera
El fiero cráneo y parda piel de un oso,
A quien muerte tal vez él mismo diera.
De un refornido fresno alto y ñudoso
Su gruesa lanza fabricada era:
Y un águila en la tarja pintó al vivo,
Y este soberbio mote: *Aún más altivo.*

VII

Los senos de la tierra retemblaron
De jinete y caballo al duro peso,
Y los espectadores recelaron
Disgusto grave de fatal suceso.
De su feroz aspecto se turbaron,
Viendo que á Nava lleva tanto exceso:
Miéntras este tranquilo gloria nueva
Espera muy gozoso de esta prueba.

VIII

Sonó el clarin, y silbadora flecha
Del arco corvo y de robusta mano
No parte más veloz y más derecha
Que Nava contra el fiero lusitano.
Este tambien con cólera deshecha
Rompe el ijar del pisador lozano:
Se estremece el concurso al ronco estruendo,
Y el polvo va la luz oscureciendo.

IX

Nava firme y seguro en los arzones
Sobre el estribo diestro se suspende;
Alza el escudo, bate los talones,
Y entrambas bridas al caballo extiende:
Y librando su peso en las aciones,
Sobre el peto enemigo el asta tiende,
Llegando con tal ímpetu á encontrallo
Que derribó al jinete y al caballo.

X

Del modo que en el agria y alta frente
De Moncayo se mueve y desencaja
Al golpe atronador del rayo ardiente
Peñasco inmensurable, se desgaja,
Y por la falda al valle de repente
Haciendo estrago con estruendo baja;
Así á impulso de Nava en presto vuelo
Jayan, lanza y caballo vino al suelo.

XI

De Orbigo retemblaron las riberas
Al grave golpe y són de la armadura,
Retumbaron las grutas de las fieras,
Y resonó el estruendo en la llanura:
Todos con alto aplauso y lisonjeras
Palmadas celebraban la ventura
Del gran Nava, que ufano y satisfecho
Con gallarda altivez le late el pecho.

XII

El portugués, corrido y de ira ciego,
Levantarse procura, y rebramando
Lanza por boca y ojos vivo fuego,
La abollada visera deslazando.
Sus parciales y amigos corren luégo,
Y en descompuesto són el grito alzando
A Nava insultan con audacia fiera,
Pidiendo que no valga la carrera.

XIII

Imprudentes á todos desafian,
Y ardiendo en ira anhelan la venganza.
Unos la ardiente espada requerian,
Otros aprestan la nervuda lanza.
De Nava los parientes acudian,
Crece la confusion, ya no hay templanza,
Cunde de la discordia el vivo fuego,
Y no se escucha la razon ni el ruego.

XIV

El monarca irritado al punto ordena
Que éntre á calmar los ánimos don Suero:
La trompeta real á bando suena,
Y entra en la plaza el noble caballero.
A su mando la turba se serena,
Y al ver su rostro y su ademan severo,
Y al escuchar del rey el nombre augusto
Bajan las armas, cálmase el disgusto.

XV

Como cuando en Océano espumoso
El uno y otro desatado viento
Cubre el cielo de luto tenebroso,
Removiendo del mar el hondo asiento;
Si alza la faz Neptuno poderoso
Agitando el tridente, en el momento
Cálmase el huracan, las nubes huyen,
Y las hinchadas ondas se destruyen.

XVI

El discreto don Suero de Quiñones
Por dejar todo bando apaciguado,
Recuerda las juradas condiciones
Y torna el circo á su primer estado.
Y Abréo nuevamente los arzones
Ocupando vencido y despechado,
Acompañado de su gente osada
Confuso se salió de la estacada.

XVII

Entró en ella el gallardo Pero Rios,
Que el blando bozo le apuntaba apénas....
...¿Por qué, tierno doncel, en desafíos
Tus delicados brazos hoy estrenas?
Si sólo entre placeres y amoríos,
Y en las batallas del amor serenas
Tienes tu blando pecho ejercitado,
¿Por qué, dí, te presentas hoy armado?

XVIII

Tú, feliz en amor, con mil canciones
Al suave triste són de la vihuela
Arrastras femeniles corazones,
Y por su ardor el tuyo se desvela.
¿Por qué entras hoy en lid con los varones,
Y así ensangrientas la redonda espuela?...
Pero ¡ah! que eres gallardo, y noble, y mozo,
Y las armas te causan alborozo.

XIX

Ufano la estacada recorriendo,
Mirando á los balcones y á las gradas,
Las altas plumas del creston meciendo,
Con ricas armas de oro salpicadas,
Mil almas juveniles va rindiendo
Por su lozano garbo conquistadas;
Y su dama, turbada y cuidadosa,
Ya lo mira risueña, ya celosa.

XX

Cuando por otro lado á paso lento,
En un morcillo hermoso y enlutado
Con negro y amarillo paramento,
Colores del creston empenachado,
Entró mostrando duelo y sentimiento,
Ceñido de un arnés empavonado,
El desgraciado Lope de Ferrara,
A quien una gran pena acongojara.

XXI

Rendido amaba á la infeliz Estrella,
Del reino esclarecido valenciano
Gallarda y discretísima doncella,
Que iba á premiarle con su hermosa mano.
Mas ¡ay! que estando en sus jardines ella
Sola y cerca del mar ¡hado tirano!
Unos corsarios bárbaros surgieron,
Robáronla atrevidos, y partieron.

XXII

Él desde entónce en llanto sumergido
De triste negro luto se vestia,
Que el cautiverio de su bien perdido
En dolor abismado le traia.
De negro lleva su broquel bruñido,
Y en medio dél de empresa le servia,
Por mote, *Mi ventura,* y esmaltada
Una rosa marchita y deshojada.

XXIII

Corrió tres lanzas con el tierno Rios,
Que aunque no ejercitado en esta prueba
Su misma ilustre cuna le da brios,
Y por escudo la fortuna lleva.
Si ántes era famoso en amoríos,
Hoy por armas adquiere fama nueva,
Y llevando mil almas cautivadas
Deja el circo entre aplausos y palmadas.

XXIV

El claro sol los rayos de su frente
Ostentaba en zenit enrojecido,
Cuando el pesado caluroso ambiente
Una trompa agitó con su sonido:
Y entró en el circo apresuradamente
El faraute Guarin, y dirigido
A los jueces, teniendo al vulgo atento,
Les dijo de este modo en alto acento:

XXV

«Sabed, oh jueces, que en el paso ha entrado,
Sin que venga con ella caballero,
Una hermosa señora, que á su lado
Un paje trae no más y un escudero.
La condicion prescrita le he avisado,
Y dando azote al palafren ligero
Detrás de mí se acerca á la estacada,
A entregaros la prenda señalada.»

XXVI

Y en el momento fué la tela abierta,
Y suspenso el concurso numeroso
Esperaba que entrara por la puerta
La dama, que ha llegado al paso honroso.
Y de un velo blanquísimo cubierta,
Y vestida de luto, en un brioso
Palafren con riquísimos jaeces
Llega por fin delante de los jueces.

XXVII

Llevaba en pos vestido de amarillo
Con franjas, afollados y lazadas,
Sobre un lozano potro, un pajecillo
Adornado con plumas encarnadas.
Y en un fogoso pisador morcillo
Con las crines en plata entrelazadas,
Un escudero, por decoro, anciano
De luenga barba y de cabello cano.

XXVIII

Los suaves sonoros instrumentos
Con armónico són la saludaron,
Dando solaz á los delgados vientos,
Que en torno mansamente resonaron.
Y los espectadores muy atentos
A la dama los ojos asestaron,
Y ella llegó á los jueces y alzó el velo,
Y descubrió por rostro un claro cielo.

XXIX

La fresca juventud bella y lozana
En su lindo semblante relucia,
Y sus mejillas cual de nieve y grana
Con púdico rubor enrojecia.
Más bella que aparece á la mañana
La clara luz con que comienza el dia
Muestra su frente, y sus hermosos ojos
Pueden al mismo amor causar enojos.

XXX

En alta y dulce voz aunque turbada,
Bajando entrambos soles con mesura,
Saludando al Monarca recatada,
Así dijo con noble compostura:
«Oh jueces de este campo y estacada,
Doña Leonor de Castro, sin ventura,
Sola y viuda, es la que veis delante,
Y que os entrega su derecho guante.

XXXI

»Sí, oh jueces, á vosotros hoy lo entrega,
Y sin tener quién luégo lo rescate,
Que á vivir mi marido Alfonso Vega
Lo recobrara en singular combate:
Mas la desdicha que mi vida anega
Ha dispuesto el destino se dilate
Hasta tal punto, que una prenda mia
Os doy, que á vivir él no os la daria.»

XXXII

Dijo; y les entregó su diestro guante,
Y recordando á su valiente esposo
Regó de dulces perlas el semblante,
Tornándole más bello y más hermoso.
Todo pecho sintióse palpitante
Al advertir su llanto doloroso
Y ella dejó caer el blanco velo
Para ocultar su amargo desconsuelo.

XXXIII

El ilustre don Juan de Benavente,
Deudo del claro Suero de Quiñones,
Atento la miraba frente á frente
Escuchando su llanto y sus razones:
Y el dulce amor allá en su pecho siente,
Que nunca pierde amor las ocasiones,
Y ardiendo en fuego de amorosa llama
No separa los ojos de la dama.

XXXIV

Y desde su balcon en alto acento
Gritó: «Ilustre señora, el brazo mio
Rescatará la prenda en el momento,
Que por vos quiero entrar en desafío.»
Y más veloz que el mismo pensamiento,
Que amor aumenta su gallardo brio,
De los jueces del campo en la presencia,
Para entrar en la lid pide licencia.

XXXV

Se la dieron al punto, y la señora
Gracias por su gentil cortesanía,
Y él con dulces requiebros la enamora,
Pues ocultar su llama no podia.
Ella con leda faz encantadora
Lo agradece cortés, y se reia;
Y sube de las damas al terrado,
Y á armarse va el don Juan amartelado.

XXXVI

Salió á la tela á mantener la lucha,
Y á recoger la prenda de la dama
Zúñiga altivo, que con honra mucha
Quiere aumentar su merecida fama:
Espera un rato, y á la fin se escucha
La ronca trompa que al combate llama,
Dando señal de que en aquel instante
Llega el guerrero que defiende el guante.

XXXVII

Cuando en torno cercado de padrinos,
En un tordo hermosísimo rodado,
Con espaldar y peto diamantinos
Entró el gran Benavente enamorado.
Suenan flautas y huecos tamborinos,
Y cubierto de plumas y brocado
Gentil recorre en torno la palestra,
Con noble aspecto y denodada muestra.

XXXVIII

De terciopelo carmesí bordado
Con oro y con vistosa argentería
El capellar en el siniestro lado
Lleva con gracia y gala y gallardía:
El arnés refulgente dibujado
Con engastes de rica pedrería,
Y un penacho en el yelmo relumbrante,
Y allí enredado de la dama el guante.

XXXIX

Los brazales y grevas buriladas
Brillan con mil destellos refulgentes,
Y un cinturon ostenta con lazadas
De piedras preciosísimas lucientes:
Y por entrambos lados derramadas
Borlas y cintas del borren pendientes,
Y en el remate de su lanza brillo
Da al aire un recamado pendoncillo.

XL

De tanta gala y tanta gallardía
Ufano, y del jinete que le oprime
El fogoso tordillo que regía,
Las herraduras en el campo imprime,
Y con altos relinchos encendia
El aura, mientra el suelo tiembla y gime
Al duro golpe del ferrado callo
De tan hermoso cordobés caballo.

XLI

Todos aplauden su gallarda muestra,
Y apartados padrinos y escuderos,
Toma campo hácia un lado en la palestra
Despidiendo mil claros reverberos.
Doña Leonor turbada se demuestra
Viendo á punto de lid los caballeros:
Don Juan la mira, y le saluda ella,
Tiñendo de rubor su frente bella.

XLII

Sonó el clarin y ufano Benavente,
Y Zúñiga gozoso y denodado
Arrancan de su puesto de repente,
Con el escudo en alto levantado:
Ambos á dos se encuentran frente á frente,
Y don Juan con el cuerpo soslayado
A Zúñiga tocó con tal pujanza
Que hizo pedazos la fornida lanza.

XLIII

Volvieron á la lid, y ambos rompieron
Las picas al encuentro resonante,
Y todos con palmadas aplaudieron
Su garbo y su denuedo relevante.
Entrambos de la liza se salieron,
Y don Juan fué á entregar el libre guante
A la dama que afable agradecida
Por su valor le dió gracias rendida.

XLIV

Y mirando su prenda rescatada,
Aunque el sol al ocaso descendia,
No detuvo ni un punto su jornada,
Como don Juan ansioso pretendia.
¡Triste del pobre amante que á su amada
No logra detener!... ¡Ay del que fia
En amor pasajero, y del que adora
Dama que huye al momento que enamora!

XLV

Pero confusa y sorda gritería,
Vivas, y aplausos, y altos instrumentos
Forman sonoro estruendo que cundia
Por los delgados apacibles vientos.
Porque otra vez con noble bizarría
Y ricos recamados paramentos
Entra en el circo el ínclito Quiñones,
Caudillo de los nueve campeones.

XLVI

Don Bueso de Solis afortunado
Sale á la lid en un caballo overo,
Que en el frondoso Bétis se ha criado,
Fuerte, revuelto, altísimo y ligero.
Celeste capellar lleva bordado,
Y celestes la banda y el plumero:
Y un corazon do un áspid hace presa,
Y el mote, *celos*, lleva por empresa.

XLVII

Cesa el murmullo, calla y enmudece
El concurso la ronca trompa oyendo,
Cuya señal horrísona obedece
Uno y otro varon la asta blandiendo.
El uno y otro potro se enfurece,
Y batiendo la arena en ronco estruendo
Fué el encuentro tan recio y tan sañudo,
Que don Bueso perdió lanza y escudo.

XLVIII

Se apartan, y volviendo á la lid fiera
El caballo que á Suero conducia
Se empina, y tasca el freno de manera,
Que ni á brida ni á espuela obedecia.
Parar quiso don Bueso en la carrera,
Pero estaba muy cerca y no podia,
Y aunque desenristrar quiso la lanza,
Al gran Quiñones con la punta alcanza.

XLIX

Destrozóle el siniestro guardabrazo
Y sus labores estampó en la arena,
Y levemente hiriéndole en un brazo,
Traspasado quedó de amarga pena.
Don Suero con gentil desembarazo,
Teñido en sangre y con la faz serena
Mira á su dama, vuelve, y á don Bueso
Consuela, no ofendido del suceso.

L

Doña Luz cuidadosa con semblante
Inquieto aquel desastre atenta mira,
Y pierde la color, y un corto instante
El bello rostro de la lid retira.
Vuelve á mirar turbada y anhelante,
Alza tal vez los ojos y suspira,
Y aunque quiere ocultar su llanto y pena
De lágrimas la faz demuestra llena.

LI

Triste silencio en el concurso mudo
Difúndese con súbito cuidado,
Porque nadie tranquilo mirar pudo
Aquel lance imprevisto y malhadado.
Sólo Suero desprecia el golpe crudo,
Y alzada la visera y alentado
Recorre en torno el circo, el susto aleja
Y la palestra entre los suyos deja.





CANTO CUARTO

Era la noche, y lánguida y luciente
Desde el alto cenit sus luces daba
Lucina, y en la plácida corriente
De Orbigo cristalino reflejaba.
En dulce y fresco y apacible ambiente
Las altas alamedas agitaba,
Y bañado en letárgico beleño
Al orbe daba silencioso sueño.

II

No hay danzas, ni saraos, ni festines
Que solemnicen el pasado dia,
Pues á todos los bravos paladines
La desgracia del jefe entristecia.
Ni las dulces vihuelas y violones
Prestan su triste y grave melodía
A endechas, á sollozos y á canciones
Hijas de enamorados corazones.

III

Reina el hondo silencio en la llanura;
Interrumpido sólo por el rio
Que camina al través de la espesura
Con grave són y manso señorío:
Grato reposo goza á su frescura
El inmenso concurso y gran gentío
Que concurriera á ver la noble fiesta,
Y que en torno ocupaba la floresta.

IV

Los nobles y valientes caballeros
Que ya en la lid sus armas han probado,
Desceñidos los bélicos aceros
Se entregan al reposo regalado:
Y si hay alguno que rigores fieros
Llore de amor con pecho amartelado,
En su soberbia tienda recogido
Al fin consigue el sueño apetecido.

V

Doña Luz en la suya acompañada
De su amiga constante doña Elvira
Inquieta, pesarosa, desvelada
De la pasada accion habla y suspira:
Pues de Suero la herida desgraciada
El sueño de sus párpados retira,
Que la vertida sangre la enternece,
Y de ella nace amor, y ella lo acrece.

VI

Quiñones agitado y pesaroso,
Dentro de su pabellon, triste y herido
Tampoco goza del comun reposo,
De varios pensamientos combatido:
No le tiene su herida cuidadoso,
Ni sus fieros dolores abatido,
Sólo teme que acaso esté su fama
Empañada á los ojos de la dama.

VII

Tal vez recuerda el lisonjero sueño
En que de Orbigo oyó la profecía,
Que el éxito feliz de su arduo empeño
Y el premio de su ardor le prometia:
Pero ¡ay! que vaticinio así halagüeño
Ilusion de su mente lo creia:
Y juzga inútil su hazañoso intento
Y húndese en afanoso abatimiento.

VIII

Afligido, turbado, pesaroso,
Por aquietar su acongojado pecho,
Hablar quiere á su dueño desdeñoso,
Y salta fuera del mullido lecho.
Mas reflexiona al punto temeroso
De su resolucion no satisfecho,
Y como respetar sabe quien ama,
Antes quiere el permiso de su dama.

IX

A Vanguarda su paje ó escudero,
Y que desde la infancia le servia,
Llamó el amartelado caballero,
Que en vivo amor su corazon ardia:
Y le dijo: «Mi amigo, vé ligero
Al pabellon de la señora mia,
Y humillado á los piés de su grandeza
Cuéntale mi dolor y mi tristeza.

X

»Dile que ausente de sus ojos bellos
No encuentro cura á mi sangrienta herida,
Que mi remedio está cifrado en ellos,
Pues son árbitros solos de mi vida:
Que me permita venturoso vellos,
Pues gozando su lumbre esclarecida,
Cesará mi dolor, y el brazo mio
Para otra lid recobrará su brio.»

XI

Iba á marchar el eficaz Vanguarda,
Mas don Suero confuso le detiene,
Que de pronto su pecho se acobarda,
Y por osado este mensaje tiene.
Juzga que en él á doña Luz no guarda
El decoro y honor que le conviene,
Teme ofenderla, y mudo y sin aliento
Se agita entre uno y otro pensamiento.

XII

Piensa acercarse al rayo de la luna
Al pabellon donde su dama vela,
Y el áspero rigor de su fortuna
Cantar al triste són de la vihuela:
Y en amantes endechas, de una en una
Sus penas explicarle. Mas recela
Enojarla tal vez, y no se atreve,
Y aunque toma el laud el pié no mueve.

XIII

A escribirla por fin se determina,
Dobla el terso papel, toma la pluma,
Medita un rato, y á formar no atina
De discretas palabras breve suma:
Mil nuevas expresiones imagina,
Y la afanosa pena que le abruma,
Despues que escribe borra, y piensa y vuelve,
A expresar de este modo se resuelve:

XIV

«Ilustre y hermosísima señora,
Cuyo cautivo soy con gloria mia,
Y á quien mi corazon humilde adora
Rendido á vuestra noble gallardía:
De que os moleste á tan extraña hora
Perdonad os suplico la osadía;
Pues si vuestro consuelo no buscara,
Mi triste vida al punto se acabara:

XV

»De vuestro amor está mi pecho herido
Más que mi brazo del tajante acero:
En vano al dulce sueño auxilio pido,
Que huye de mí su encanto lisonjero.
Y al verme de este modo combatido
Por todos lados del destino fiero;
Quiero buscar en vos, señora bella,
Muerte, ó consuelo de mi infausta estrella.

XVI

»¡Ay! si gozara el bien de estar postrado
A vuestra hermosa planta, el brazo mio
De su herida fatal fuera curado,
Y recobrara su poder y brio.
Mas ya que tanto bien no me sea dado
Ruégoos (¡tan poco de mi suerte fio!)
Que me mostreis, señora, si os agrada
La justa en vuestro obsequio comenzada.

XVII

»Que aunque la ciega Diosa en la postrera
Lid á mis armas dió fatal desgracia,
Mi ardiente pecho, alta señora, espera,
Si de vuestros dos soles con la gracia
Me auxiliais grata en la ocasion primera,
Mostrar con nuevo esfuerzo y eficacia
El modo con que debe complaceros,
Quien se atreve á justar por mereceros.»

XVIII

No escribe más, firma el papel, lo sella,
Y al escudero se lo da, y encarga
Lo entregue al punto á su enemiga bella,
Unico alivio de su suerte amarga.
Parte Vanguarda; y su enemiga estrella
Y la carrera de sus males larga
Recuerda el paladin, teme el mensaje,
Mas ya no puede detener al paje.

XIX

En medio la floresta sobre un prado
Revestido de flores y verdura
Un régio pabellon hay levantado,
Que á todos aventaja en hermosura.
De rico terciopelo está colgado,
Cubierto de exquisita bordadura,
Y es entre todos el que más descuella,
Digna mansion de doña Luz la bella.

XX

Acompañada en él de doña Elvira
Recibe el pliego de su esclavo herido;
Por él pregunta ansiosa, y áun suspira
De rubor el semblante enrojecido.
Mas al notar que su desden espira,
Y que está su rigor casi perdido,
Furiosa y altanera se arrepiente,
Y en contestar á Suero no consiente.

XXI

¡Oh femenil orgullo, cuánto creces
Si un discreto desden no te combate!
Miéntras te halagan más, más te enfureces,
Y áun el poder de amor tu fuerza abate:
Escollo altivo de la mar pareces
Firme de aguas y vientos al embate;
Pero no, no hay dureza comparada
Con la que ostenta una mujer rogada.

XXII

Vanguarda fiel en pretender insiste
Llevar contestacion para su dueño;
Doña Luz le desecha y le resiste
Con firmeza indomable y duro ceño.
Ya va á marchar el escudero triste
Sin esperanza de lograr su empeño;
Mas doña Elvira lo detiene y llama,
Y así le dice á la inflexible dama:

XXIII

«¡Oh, doña Luz! sin duda fabricado
De mármol insensible fué tu pecho,
O alguna fiera loba te ha criado
En tosca gruta y en sangriento lecho,
Cuando el llanto de un tierno enamorado
Tu severo rigor no ha satisfecho.
¡Ah, señora! modera tu altiveza,
No opongas al amor tanta dureza.

XXIV

»¿Es posible ¡ay de tí! que un fino amante
Así deseches con cruel desvío?
¿Su constancia y valor no son bastante
Para templar tu desdeñoso brio?
¿No le has visto por tí quedar triunfante
En uno y otro honrado desafío?
¡Ay!... ¿Por tu causa derramar no viste
La ilustre sangre de tu esclavo triste?

XXV

»Muévate á compasion si no la llama
Que allá en su corazon has encendido,
Las lágrimas al ménos que derrama,
Y el verle ahora por tu causa herido.
Lástima ten de quien tan firme ama,
De quien con tanto honor ha combatido,
Curarlo sólo tu ternura puede,
Ten piedad de él, respuesta le concede.»

XXVI

Cesó llenos de lágrimas los ojos,
Y doña Luz tambien las derramaba,
Y sus mejillas, cual carmines rojos,
Encendidas de amor manifestaba:
Y deponiendo el ceño y los enojos,
Que ya su hermoso pecho se abrasaba,
Tras un corto silencio, de repente
Lanza un suspiro de su labio ardiente.

XXVII

Y trémula y turbada se encamina
A un bufete magnífico dorado,
Cuya labor de talla peregrina
Cubre en parte tapete de brocado:
Sobre él, de tersa hermosa venturina
De concha y de oro y nácar enchapado,
Rico escritorio está, que esparce al viento
De ámbar pérsico gris el suave aliento.

XXVIII

Y allí escribe á la luz de un candelero
Estas discretas sábias expresiones,
Contestando á su amante: «Caballero,
Las hazañas y altísimas acciones
Del que es tan buen galan como guerrero
Placen siempre á los nobles corazones.
Y un revés de fortuna no es bastante
A empañar vuestra gloria relevante.

XXIX

»Mucho merecen vuestro amor y aliento,
Noble Quiñones; continuad osado,
Pues que tanta constancia y ardimiento
Nadie puede mirarlos sin agrado.
Y para que ciñais vuestro sangriento
Brazo, en la última justa desgraciado,
Os mando ese vendaje, ilustre Suero;
Vendad la herida que os causó el acero.»

XXX

Selló el papel, y de su talle hermoso
La banda desprendió que lo ceñia,
Banda de terciopelo primoroso
Recamada de blanca argentería:
Y la da al escudero, que gozoso
Postrado ante sus piés la recibia,
Y le encarga la dama que en un lazo
De su señor la ciña al fuerte brazo.

XXXI

Partió veloz el eficaz Vanguarda,
Miéntras Quiñones tímido azaroso,
Y despechado su venida aguarda,
Temiendo un desengaño rigoroso.
Impaciente imagina que ya tarda,
Cuando ve al escudero que gozoso
Llega y le anuncia plácidas noticias
Pidiendo alborozado las albricias.

XXXII

Al mirar el billete idolatrado
Y la banda, en placer Suero se anega,
Rompe el sello, que besa enajenado,
Y á la lectura del papel se entrega.
Dos veces lo leyó, dos, y encantado
Al palpitante corazon le allega;
Torna á leerlo, y á besarlo torna,
Y casi tanta dicha le trastorna.

XXXIII

Y regala un limpísimo diamante,
Que honrar pudiera la real sortija,
Al escudero; y pídele anhelante
De su mensaje relacion prolija.
Y en la banda bordada rutilante
El envidioso pensamiento fija;
Y ufano prenda tal no trocaria,
Del orbe por la inmensa monarquía.

XXXIV

En tanto ya la luz del rojo oriente
Los celajes en púrpura esmaltaba,
Y de Titón la esposa refulgente
El lecho conyugal abandonaba:
Resonó la alborada de repente,
El viento en armonía se bañaba,
Las aves á la aurora saludaron,
Y el sueño de la tierra desterraron.

XXXV

Al concertado són tembló don Suero
De su herida fatal casi olvidado,
Y de la trompa el resonar guerrero
Se escuchaba por uno y otro lado;
Armóse con presura el caballero
Ver ansiando á su dueño idolatrado,
Y tornar á la lid, y nuevamente
Demostrar su pasion pura y ardiente.

XXXVI

Los balcones y gradas se llenaron,
Y marchan á la lid los paladines;
Zúñiga fué el primero á quien miraron
Entrar al ronco són de los clarines,
Y sus fieros encuentros retumbaron
De la extendida plaza en los confines.
Y luégo á mantener salió animoso
Villacorta, y despues Arias famoso.

XXXVII

Tambien justaron á la luz siguiente
Gomez, Aller, Bazán y Benavides.
Y los cuatro con ánimo valiente
Aumentaron su fama en estas lides.
Al otro sol siguió la justa ardiente,
Y el bravo Nava, semejante á Alcides,
Rompió tres lanzas, y abolló esforzado
Un arnés refulgente y acerado.

XXXVIII

Y luégo Pero Rios atrevido
Tornó á lidiar, y aunque perdió una greba
Tras un largo combate muy reñido,
El triunfo alcanza y los laureles lleva.
Suero tambien, aún no restablecido,
Vino despues á la esforzada prueba,
Y el yelmo destrozó y arnés y escudo
De Torrens, catalan fiero y forzudo.

XXXIX

A la siguiente aurora el ronco estruendo
De trompas, añafiles y atambores
Llamó al honroso paso, enardeciendo
Los pechos de los nobles justadores,
Que las lanzas gruesísimas blandiendo,
Y acosando los potros corredores,
Sembraron por la plaza las riquezas
De sus arneses y templadas piezas.

XL

Siguió á otro sol la justa, y en la tela
Entró Bazán, mas fué tan desgraciado
Que perdió en el encuentro la rodela,
Lidiando con Negrete el afamado.
Y luégo Aller, cuyo caballo vuela,
Quedó con todo el muslo desarmado,
Sin poder resistir la gran pujanza
De Alfonso Deza y de su dura lanza.

XLI

Y así con varios lances y altos hechos
Su noble esfuerzo y su valor mostraron
Los atrevidos castellanos pechos,
Y su nombre y su fama acrecentaron:
De astillas, y de plumas y deshechos
Arneses la ancha plaza entapizaron,
Y veintinueve luces se cumplieron,
Y hazañas mil ejecutadas fueron.

XLII

Llegó el último dia señalado
De la famosa justa y paso honroso,
Y el carro Apolinar de luz cercado
Apareció en Oriente esplendoroso;
Inmensísimo pueblo se ha juntado
A ver el fin del hecho glorioso,
Ocupando las gradas, y ya suena
La ronca trompa que la lid ordena.

XLIII

Entró en la tela el ínclito Quiñones
Caudillo de los nueve caballeros,
Y tablados y gradas y balcones
Le tributan aplausos lisonjeros:
Y el del creston moviendo los airones,
Y luciendo la malla y los aceros,
La argolla ostenta al cuello, y en un lazo
La banda de su dama atada al brazo.

XLIV

De un alazan ligero y poderoso,
Que del Bétis pació la verde grama
Oprime el lomo, y el bridon furioso
El aura pura con su aliento inflama;
Digno sólo de dueño tan glorioso,
De tanto esfuerzo y de tan clara fama,
Con chapas adornado y rapacejos
Despide brillantísimos reflejos.

XLV

Y ufano con el alto personaje,
Que lleva, y que templar sabe su brio,
Apénas de oro y sedas el rendaje
Sujeta su altivez y poderío:
El costoso riquísimo equipaje
Ostenta con pomposo señorío,
Alza menuda braja, y á su empuje
Lanza, escudo y arnés relumbra y cruje.

XLVI

El sol á la mitad de su carrera
Derramaba su fúlgido torrente,
Y áun al honrado paso no viniera
Ningun conquistador. Y ya impaciente
Don Suero en medio de la plaza espera
Y la tardanza del combate siente,
Pues anhela su pecho generoso
Dar á su noble empresa fin glorioso.

XLVII

Apolo declinaba disgustado
De ver ocioso al ínclito guerrero,
Cuando sonó el clarin, que alborozado
El corazon dejó del caballero:
Y entró en el circo por el diestro lado,
Con doble arnés y con aspecto fiero,
Un guerreador fornido y corpulento,
Mostrando gran valor y osado aliento.

XLVIII

Esberte Claramonte se llamaba,
Ilustre aragonés, duro y altivo,
Que sólo en sangre y muertes se gozaba,
De vista ardiente y pecho vengativo:
Los encantos de amor menospreciaba,
Que jamás de Acidalia el fuego vivo
Sintió en su corazon feroz y osado,
A guerra y á venganza acostumbrado.

XLIX

No lleva en el broquel mote ni empresa
De amor ó de amistad ó gallardía,
Que su pecho por nadie se interesa,
Y ni amante ni amado ser queria:
Y en el fulgente escudo sólo expresa,
Por timbre de su noble jerarquía,
Campo de gules y una faja sable,
Y un dragon escamoso y formidable.

L

Este monstruo de horror y atrevimiento.
En un caballo altísimo y membrudo
Entróse por la tela á paso lento,
La asta blandiendo en ademan forzudo:
Paró de pronto, y con audaz acento
Vuelto á Quiñones, díjole sañudo:
«¿Y qué, solo á la lid un caballero
Viene á probar mi fulminante acero?»

LI

»¿Tú solo ante mi vista aquí te pones,
Femenil guerreador?... que salgan luégo
A ayudarte tus bravos campeones,
Y á perecer á impulso de mi fuego.
Salgan si tienen honra y son varones:
Salgan, sus... hasta verlos no sosiego...
A los diez reto... á todos desafio,
Que uno es muy poco para el brazo mio.»

LII

»Pero no, no saldreis, que ya os asusta
Mi voz terrible semejante al trueno,
Y no quereis conmigo entrar en justa,
De espanto y de pavor henchido el seno:
No es lo mismo mirar mi saña adusta
Que hacer alarde del amor sereno,
Y vosotros que en él ardeis menguados,
Quedareis de mi brazo escarmentados.»

LIII

Dijo y blandió la lanza poderosa,
Y crujió la durísima armadura;
La multitud pasmada y silenciosa
Tiembla de ver tan desigual bravura:
Y doña Luz, turbada y congojosa,
Pálida y llena de mortal tristura,
A sí propia se culpa, y demudada
Mira á su amante en medio la estacada.

LIV

Los nueve denodados caballeros,
Que con ultraje tal se ven retados,
Ardiendo en honra aprestan los aceros,
En venganza justísima inflamados:
Mas se oponen los jueces, que severos
Les dicen, y los dejan aquietados,
Que al caudillo la lid le toca en suerte,
Quien de este modo respondió al Esberte:

LV

«A la verdad, altivo caballero,
No es propio de valientes infanzones
Decir denuestos cuando el noble acero
Puede excusar palabras y razones:
No me pasma tu tono audaz y fiero
Ni asusta á mis ilustres campeones...
Mas vamos á lidiar, que muy contento
Quiero probar tu decantado aliento.»

LVI

Y Claramonte entónces que lo mira
Con menosprecio, dice: «Pues el hado
A que llegue tu fin sólo conspira,
Prepárate á morir, desventurado.»
Y á tomar campo al punto se retira.
Suero tambien le toma al otro lado,
Y mira al rostro de su hermosa dama,
Y amor le anima y el honor le inflama.

LVII

Atónito el concurso numeroso
De tímido pavor cubre el semblante,
Esperando ya el éxito dudoso
Del fiero choque horrendo y resonante.
Suena el ronco clarin estrepitoso,
Y al escuchar la seña, en el instante
Uno y otro guerrero aguija y vuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LVIII

No dos contrarios silbadores vientos
Se encuentran en Océano extendido
Alzando sus hondísimos cimientos,
Con ronco hervor y horrísono zumbido,
Como los dos con ánimos violentos,
Obedeciendo al bélico sonido
Chocaron, levantando densa nube
De ardiente polvo que hasta el cielo sube.

LIX

Esberte con tal ímpetu á Quiñones
Tocó en el pecho con la dura lanza,
Que casi le sacó de los arzones,
Tal era de su fuerza la pujanza:
Le abolló los esmaltes y florones
Del ancho peto, que de lleno alcanza,
Y resbalando luégo al guarda-brazo,
Le destrozó la banda y rompió el lazo.

LX

Dió el pálido concurso un alarido
Creyendo que Quiñones muerto fuera,
Y doña Luz, con el color perdido,
En lágrimas amargas prorumpiera.
Suero, que ve su lazo desprendido,
El bello lazo que su amor le diera,
Y en el suelo su aljófar derramado,
Jura venganza en ira trasportado.

LXI

Queda orgulloso Claramonte y fiero,
Y su victoria como cierta mira:
Arde en venganza el ínclito don Suero,
Mira á su dama y ánimo le inspira:
Y animado y valiente va ligero,
Lleno el pecho de noble y justa ira,
A trabar nuevamente la contienda
Con Esberte, que viene á toda rienda.

LXII

Don Suero en los estribos se levanta
Y por inútil la tarjeta arroja,
Y ansioso de batalla se adelanta
La lanza en ristre, y con la rienda floja:
Y al de Aragon hirió con furia tanta,
Que la acerada punta en sangre roja
Pasó de parte á parte el pecho fiero
Del jactancioso bárbaro guerrero.

LXIII

Del modo que alto roble en la montaña,
Despues de resistir del raudo viento
La silbadora resonante saña,
Intentando escalar el firmamento,
Con estruendo y pavor de la campaña
De ardiente rayo herido, en un momento
Cae destrozado, de la misma suerte
Cayó ante Suero el furibundo Esberte.



LXIV

Resonaron mil vivas y canciones
Con regocijo de uno y otro lado,
Elogiando al bravísimo Quiñones,
Que al orgulloso deja castigado.
Desocupa el caudillo los arzones,
Viendo que, pues el sol ya se ha ocultado,
Ha dado cima á su esforzado intento,
Y así á los jueces dice en alto acento:

LXV

«Ya, oh jueces, mi rescate veis cumplido,
Quitarme puedo el hierro que me enlaza,
Pues que mi libertad he conseguido
Lidiando á vuestra vista en esta plaza.»
Dijo: y con brazo fuerte del erguido
Cuello la argolla rompe y desenlaza,
Y levantada en alto la demuestra
Al concurso que ciñe la palestra.

LXVI

Y con los nueve ilustres justadores,
Llamados desde entónces de la fama,
Cercado de padrinos y señores
Sube al balcon de quien su pecho inflama:
Y al sonar de añafiles y atambores,
Sin argolla se rinde ante su dama,
Quien le dice con rostro ruboroso:
«Alzad, noble Quiñones, sois mi esposo.».

Cádiz, 1812.



A LA VICTORIA DE ARAPILES

Levanta, oh Tormes, la divina frente,
Coronada de juncias y verbenas,
Y convoca tus ninfas y pastores
Y de tu orilla la dichosa gente,
Que rotas son tus hórridas cadenas.
Y entonando dulcísimos loores
Canta á los vencedores,
Que en tu auxilio volaron
Con tal denuedo y ardoroso brio,
Que al verlos se turbaron
Las numerosas huestes del impío,
Y desaparecieron asustadas
Como nubes del cierzo arrebatadas.

Mira, oh Tormes, triunfante en tu ribera,
Al hijo de Belona, al anglo fiero,
Libertador glorioso de Castilla,
Al que Bengala victorioso viera,
A quien el Ganges la cerviz humilla,
Al que es pavor de Galia en Tajo y Duero.
Mírale precedido
De la victoria por doquier. Su lanza
Hoy sirve de instrumento á la venganza
Del cielo tronador, y protegido
Del furibundo Marte
Libertará la España,
Llevará su estandarte
A la vana Lutecia,
Y del francés humillará la saña,
Ofuscando las glorias de la Grecia.

El soberbio tirano de la tierra
Ve que el Breton restaura los castillos
Presas de su furor; intenta osado
Al mismo firmamento mover guerra;
Junta sus haces, habla á sus caudillos,
Y en sus huestes sin número fiado:
«Corred, volad, les dice encarnizado;
Oprimid nuevamente
El Agueda y el Duero, y Guadïana.
Mi fuerza omnipotente
Vuelva á triunfar, y la nacion hispana
Tiemble de mi rencor; los insulares
De estas tierras lanzad, surquen los mares
En sus naves huyendo
Mi fiero enojo y mi poder tremendo.»

Dijo; y cual suele á la ardorosa lumbre
Del flamígero carro luminoso
Deshacerse la nieve amontonada
Del gran Moncayo en la elevada cumbre;
Que con sonido raudo, en espumoso
Y rugidor torrente desatada,
Corre precipitada,
Arrebatando los peñascos rudos
Y los troncos membrudos,
Y cubre con presura
El valle, el monte, el soto y la llanura;
De este modo las haces orgullosas
Heridas de su acento se agitaron,
Corrieron presurosas,
Y á obedecer á su señor volaron.

Ya inundan las Castillas,
Oh Tormes, y en tus márgenes amenas
Estampando las huellas sanguinosas,
Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,
Asolar amenazan las almenas
De la española Aténas,
Y al verlas dice ufano
El feroz adalid: «Por más que intente
De mi furor insano
Minerva defender esa muralla,
Su esfuerzo es impotente
Contra mi poderío,
Contra este acero y contra el brazo mio.»

Mas ¡ay, que su soberbia el cielo airado
Deshizo, como suele ardiente fuego
Deshacer seca arista! Y el valiente
Breton de enojo armado
Salió á su encuentro luégo;
Y el brazo del Señor omnipotente,
Que no tolera al vano y orgulloso,
De palma y de laurel ciñó la frente
A Wellington glorioso.
Cayó el galo á su vista, de la suerte
Que al rudo empuje del sañudo viento
Altivo cedro, cuya excelsa cima
Tocaba en el sublime firmamento,
Y se ve en un momento
Roto, sin hojas, mustio, destruido,
Y su orgullo deshecho y abatido.

El poder de la Galia destrozado,
Rotas sus huestes, rota su esperanza,
Y en roja sangre su adalid bañado,
Huye desalentado,
Huye de la venganza
Del anglo vencedor. La lanza fiera
Arroja el polonés, y huye anhelante,
El soberbio bridon aguija en vano,
En vano tiende el brazo y la cuchilla;
Que al vencedor se humilla,
Y ante el inglés triunfante
En la sangrienta arena,
O le alcanza la muerte ó la cadena.

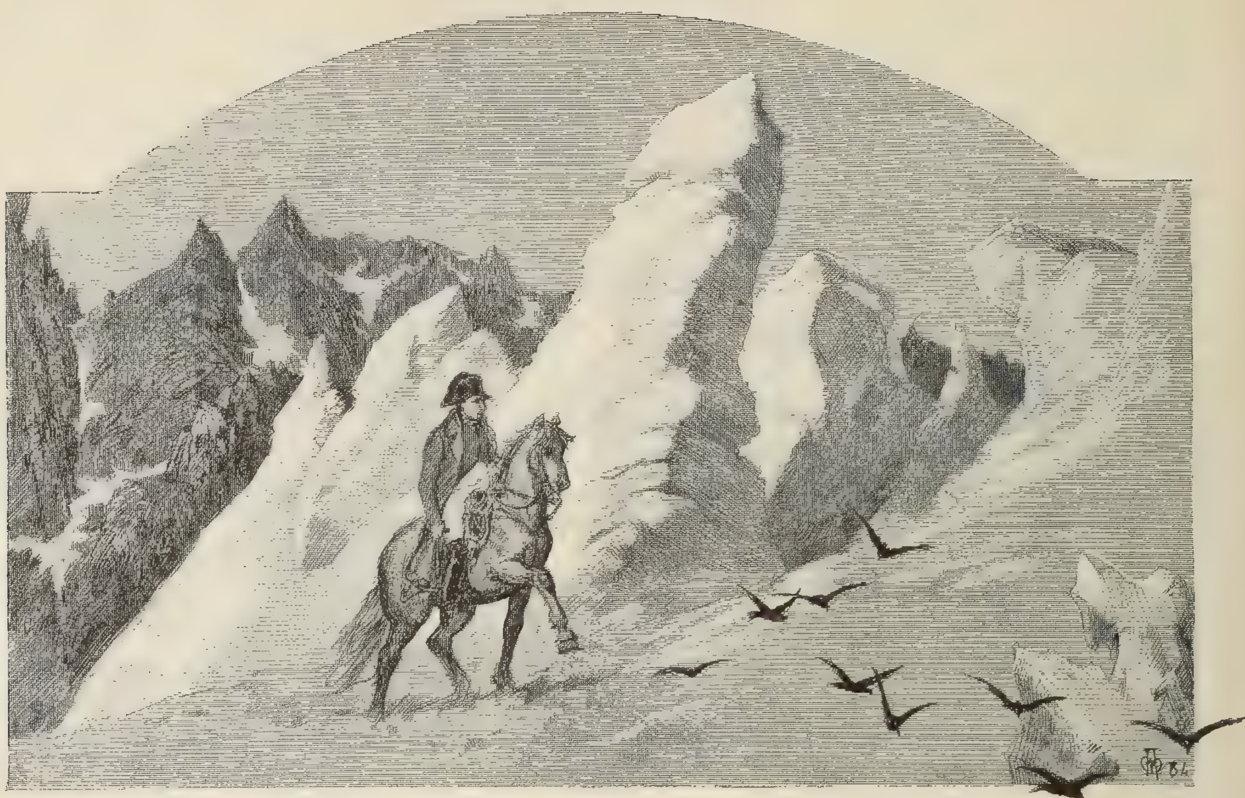
Los bravos adalides,
Que en tantas fieras lides,
Y en Jena y Austerlitz triunfantes fueron,
Con mudo espanto y con asombro huyeron.
A Wellington miraron,
Y su denuedo y brazo no vencido;
Y mudos se turbaron,
Y su antiguo valor quedó en olvido.
Mil falanges gimieron prisioneras,
Rompiéronse del fuerte las banderas,
Y el ferviente cañon, mudo y cautivo,
Al vencedor altivo
Sigue, y rechina sobre el eje ardiente,
Con tardo paso, entre vencida gente.

1812.

ROMANCE CORTO

Dulces ilusiones
De amor y consuelo
Que hicistes las dichas
De mi incauto pecho:
¿Dónde habeis huido
Con curso ligero,
Como niebla leve
Que arrebata el cierzo?
¿Por qué bienes tantos,
Que juzgaba eternos,
Fueron más fugaces
Que engañoso sueño?
Mal haya quien cifra
Su dicha y su anhelo
En falsas promesas
De volubles pechos:
En blandas caricias,
Que aleves mintiendo,
Traidoras ocultan
Horrible veneno.
¿Dónde están, ingrata,
Dónde tus extremos?
¿Dónde tus ofertas?
¿Dó tus juramentos?
¡Ay de mí infelice,
Que en amor ardiendo,
Bebí de tus labios
Engaños sin cuento!
¡Ay, tú me robaste
Mi bien, mi sosiego,
El alma y la vida,
Con halago tierno:
Tú me los robastes
Y ufana riendo,
Te gozas ahora
Con mi llanto acerbo.
Oh, mujer terrible,
Más que el tigre fiero,
¿Por qué me inspiraste
Tan horrible incendio,
Si era nieve helada
Tu alevoso seno?
¿Por qué me ofrecias
Aquel mar inmenso
De dichas sin tasa,
De amores eternos?...
¡Cruel!... ¿Te complaces,
Tu gozo está puesto
En hacer dichosos
Tan sólo un momento,
Porque sean mayores
Sus desdichas luégo?...
Juegas con las almas,
Desgarras los pechos,
Ofreces delicias,
Das sólo tormentos;
Inspiras amores,
Estás libre de ellos,
Y haces infelices...
¡Bárbaro recreo!
Sigue, ingrata y dura,
Tanto mal haciendo,
Miéntras yo mezquino,
Y abrasado y ciego,
Perdido te adoro,
Y en llanto deshecho,
Muriendo á tus plantas
Tus triunfos completo.

1814.



NAPOLEON DESTRONADO

¿En dónde, en dónde, oh Sena esclarecido,
El que de duelo y orfandad cubria
Tus márgenes, está? ¿Dó está el aleve,
Que hizo tu excelso nombre aborrecido
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?
¿El que con planta impura
El dosel profanó de Clodoveo,
Y ardiendo en el deseo
De ver gemir ante sus piés la tierra,
El orbe conmovió con cruda guerra,
Dejó desiertos tus mezquinos lares,
Y de sangre inundó regocijado
El ancho mundo y los profundos mares?

Alzó la frente bárbara el impío,
Y de la antigua Galia en los escombros
Aseguró los piés; la torva vista
En derredor tendió; y «¿al brazo mio
Quién habrá tan osado que resista?
Ni áun el rayo de Dios me causa asombro,»
Dijo Napoleon. Al carro horrendo
De Mavorte feroz subió arrogante,
Agitó la cuadriga resonante,
Y á su terrible estruendo
Los robustos temblaron,
Los altos y los fuertes se humillaron,
Que de terror y asombro el orbe llena,
Como raudo torrente
Que rompe hinchado el cauce que lo enfrena.

El Nilo vió su encono fulminoso,
Y de cálida sangre enrojecida
La frígida corriente,
Arrastró al mar undoso
Rompidos carros, miembros palpitantes,
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.
Los Alpes vieron su enriscada frente
Vilmente hollada, y su poder deshecho;
Y las fértiles cumbres de Apenino
Se humillaron tambien, y con despecho
Vieron la muerte del poder latino.
El Danubio despues las turbias ondas
Volvió medroso á su primera fuente;
Que al monstruo vió talar ambas riberas.
Y el Vístula pasmado,
Su curso entre carámbanos cubria,
Del belísono estrépito asustado.

¡Ay, que el genio del mal al Mediodía
Revuelve su furor!... Ya sus banderas
Las cumbres del adusto Pirineo
Profanaron tambien, y el nuevo Atila
Pisa de Iberia la mansion tranquila.

¿Y qué, gran Dios, no miras al impío?
¿No escuchas al blasfemo
Decir: «Ni al rayo temo;
¿Quién podrá resistir al brazo mio,
Quién contra mí levantará la frente,
Si yo soy el señor omnipotente?»

Mas ¡ah! que ya su iniquidad el colmo
Llenó de tu bondad, y ya tu ira
Prepara la venganza y el castigo.
Alzad á Dios las manos ¡oh naciones!
A quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
Tambien lo es de su nombre sacrosanto.
Y con fragor tremendo
Del huracan sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,
Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento,
Que Jehová empuña la trisulca llama,
Y por los raudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos,
Que corren á la lid, y dice: «Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea.»

El mandato de Dios obedeciendo,
España apresta sus valientes haces
Contra la iniquidad. Y los britanos
Las regiones del mar luégo cubriendo
Con el número inmenso de sus naves,
Y oprimiendo las crespas y altas olas,
Se unieron á las huestes españolas,
Que gallardas volaron al combate:
Y su denuedo abate
El gran poder del bárbaro, y huyeron,
Y con pavor cayeron,
Como á los piés del segador las mieses
En los tostados campos de Castilla,
Los que triunfos le dieron tantas veces,
Los satélites fieros que acaudilla.

Tambien el lusitano airado y fiero
Los combatió y triunfó. Luégo ligero
Corre á la lid el guerreador, que habita
En la Zembla polar al sol vedada;
Corre al combate el indomable Escita,
Que en el Rifeo monte,
Señor eterno de erizada nieve,
La amarga sangre de las fieras bebe;
Y vuelan á la lid los que vencieron
En Praga y en Rosbac: que la venganza
Del Dios de Abraham los llama á la pelea,
Y arma sus diestras de invencible lanza.

Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,
Y el rayo vengador siente en su seno
De mudo espanto lleno:
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,
Se hiela, y se estremece,
Y mira por doquier á sus guerreros
Huir desalentados
Arrojando la malla y los aceros.
Y al ver hollada la corriente fria
Del espumoso Rheno, y á tí, oh Sena,
Libre de la cadena,
Que con tus propios hijos te imponia,
Cayó precipitado
Del trono con horrores sustentado.

Canta conmigo, oh Galia venturosa,
Dulcísimas canciones,
Himnos de gratitud al Sér eterno,
Que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,
La gloria del Señor. Su fuerte diestra,
Que de Senacherib hundió la frente,
Y que en la mar rugiente
Sepultó á Faraon con mudo espanto,
Ha confundido al bárbaro orgulloso
Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,
De luto y de viudez..... ¡Ah, que no fuera
Capaz mi rudo acento
De ensordecer el animoso viento
Y el ronco hervor del piélago espantoso!
Al atrevido azor alas pidiera,
Y con ellas volara presuroso,
Sin temer de Titan la viva lumbre,
De Pirinéo á la elevada cumbre,
Y allí al són de la cítara de Apolo
Entonara canciones de alegría,
Que sonaran en uno y otro polo,
Y donde nace, y donde muere el dia.

1812.

ROMANCE

A esconder su lumbre pura
En ocaso caminaba
Febo hermoso, entre celajes
Matizados de oro y grana;

Cuando orillas de la mar,
Ni quieta ni alborotada,
Aunque sus blancas espumas
A las peñas azotaban;



A un tronco, que en la ribera
Una borrasca lanzara,
Tirsi, ausente y afligido,
Amarró su pobre barca.

Y en tanto que con los remos
Juegan las olas amargas,
Salpicando placenteras
Del corvo lado las tablas,

De este modo al manso viento,
Que en las rocas y en las aguas
Retozaba bullicioso,
Refrescando aquellas playas,

Cantó el triste pescador,
Sin que nadie le escuchara,
Lanzando un tierno suspiro
De lo profundo del alma:

¡Ay de mí! que vivo ausente
En esta costa lejana,
De aquellos divinos ojos,
Por quien mi pecho se abrasa,

Y que tal vez cuando vuelva,
Despues de ausencia tan larga,
Encontraré desengaños
Si el corazon no me engaña;

Pues aunque mi amado dueño
Me juró eterna constancia,
Cuando de sus dulces brazos
Me separó la desgracia,

Y aunque escuché sus gemidos
Y ví sus amantes ansias,
Cuando el cierzo mi barquilla
De su vista arrebataba;

Es mujer, estoy yo léjos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

Lleva mis lamentos tristes
Y estas dudas que me asaltan,
Céfiro blando, á aquel suelo
Donde está su hermosa causa.

Y si orillas de los mares
Ves la que me abrasa el alma,
Aún puesto en mí el pensamiento,
De mi amor aún no olvidada;

Díle que mire á las rocas,
En quienes no hacen mudanza
Ni de la mar los embates,
Ni de los vientos la saña.

Que á ser firme aprenda de ellas,
Y que aprecio jamás haga
De las ondas varïables,
Ejemplo de la inconstancia:

Pues ora risueñas juegan,
Y las arenas esmaltan
Con caracoles y conchas,
Y con espumas de plata;

Y ora con estruendo horrible,
Ennegrecidas, hinchadas,
Castigan la misma arena,
Que ántes humildes besaban.

Díselo así, manso viento,
Díselo, si es que te encargas
De tristezas de un ausente...
Mas ¡ay! no le digas nada,

Que es mujer, estoy yo léjos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa. 1814

ESPAÑA TRIUNFANTE

COMPOSICION PREMIADA POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA

Goza feliz, esclarecida España,
En dulce paz los ínclitos laureles
A tu constancia y tu valor debidos:
Del bélico furor la horrenda saña
Supieron derrocar tus hijos fieles,
Que de valor y de lealtad vestidos,
Volaron atrevidos
A defender tu libertad augusta,
Y á tus plantas rindieron
A los audaces, que agresion injusta
A tu excelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay, cuán en vano el opresor del mundo,
Desde la enhiesta y enriscada cumbre
De Pirene, sus ojos espantosos
Tendió á tu fértil suelo! Furibundo,
De sus haces juntó la muchedumbre,
Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,
En tu daño animosos,
Les dijo: «En sangre inúndense estos llanos:
Señor de España sea:
Y atada, y con cadenas á las manos
Su gloria al carro de mi triunfo vea.»

Tronó la áspera cima, y retumbaron
Las cóncavas cavernas á su acento,
Cual suena el ronco mar. Las forajidas
Huestes al campo ibero se arrojaron,
Del modo con que suele el raudo viento
Arrojarse á las selvas extendidas,
Y á las mieses crecidas:
Mas de pronto su saña contuvieron,
Y «sinceros amigos nos finjamos,
Y es más seguro el triunfo,» se dijeron;
«El puñal entre olivas escondamos.»

¡Heróicos Carpetanos! ¡Gloria eterna
A vuestro egregio y esplendente brio!
Vuestro nombre al través de las edades,
Con luz inextinguible y sempiterna
Brillará, cual la estrella del estío
En medio de la niebla. Las maldades,
Las negras falsedades
De los pérfidos galos conociendo,
Libertad y venganza
Gritasteis denodados, y el horrendo
Monstruo tembló vuestra inmortal pujanza.

Inermes, y sin trompa ni estandarte,
Sin doble cota, ni bruñido acero,
Disteis el pecho á la tremenda muerte.
Pasmó vuestro denuedo al fiero Marte;
El valiente gimió, rindióse el fuerte,
Y huyó cobarde el bárbaro guerrero,
Y el caballo ligero
Con las espuelas tímido afligia.
Ni edad, ni sexo ¡oh gloria!
Ocioso estuvo en tan infausto dia:
¡Dia de horror y de eternal memoria!

Vuestro valor, vuestro heroismo empero
Cedió á la muchedumbre, que orgullosa,
La máscara del todo derribando,
Vengó su afrenta con estrago fiero.
Desarmada la diestra poderosa,
Que armada huyeran de pavor temblando,
Entre el pérfido bando
Os llevaron... ¡Ay Dios!... En sangre triste
Feroces se bañaron...
¡Oh blanca luna, con horror lo viste!
¡Oh mayo, tus verjeles lo lloraron!

Salve, mártires santos, inmolados
Por la quietud del mundo...¡Oh tú, Velarde!
¡Oh Daoiz!... ¿Qué pecho virtuoso,
Al prorumpir en nombres tan sagrados,
En patriotismo y gratitud no arde?
Cual de leve centella presuroso
El fuego desastroso,
Agitado del ábrego sonante,
Con destructora llama
Y estallidos y horror, en corto instante
Por la tostada Céres se derrama;

Del mismo modo vuestra sangre ardiente
Se extendió por los términos de Hesperia,
Germinando heroismo y osadía.
Gritó venganza la asturiana gente,
Y resonó venganza Celtiberia:
Guerra y venganza el Turia repetia,
Y venganza decia
El viento ronco en la imperial Toledo;
Y guerra el padre Bétis
Dende Segura con marcial denuedo,
Hasta llegar al término de Tétis.

¡Bailén!... ¡Bailén! Tus selvas aún blanquean
Con los despojos de la excelsa gloria
Que Bética ganó con alto nombre.
En los siglos futuros, cuando sean
Otras generaciones, tu memoria
Será padron que al crudo tiempo asombre:
Cuando tu suelo escombre
Con dura reja el labrador cansado,
Huesos enmohecidos
Y rotas armas volcará el arado,
Estallando con lúgubres sonidos.

Al punto el paso de los bueyes lentos
Detendrá el labrador, y allí juntando
Sus hijos, les dirá: «Ved, hijos mios,
Aquí teneis patentes los cimientos
De nuestra independencia.» Y recordando
Tanta hazaña sin par, tan altos brios,
Y los copiosos rios
De sangre allí vertida, ilustres hechos
Contará de los béticos varones;
Y de los jovencillos en los pechos
Palpitarán los tiernos corazones.

¡Venerables escombros y rüinas
De eterna gloria! ¡Sin igual ejemplo
De heroismo y constancia! ¡Oh tú, Gerona!
¡Oh Sansueña!... Cantad, musas divinas,
Cantad del Pindo en el sagrado templo
Estos nombres de honor... Allí Belona
Sus huestes amontona
En vano; que su furia se quebranta
Cual onda hinchada contra altiva peña.
Oh fama, ó enmudece, ó sólo canta
Los nombres de Gerona y de Sansueña.

Tamames, y Abisval, y Talavera,
Y Chiclana, y Valencia, y Arapiles,
Y donde fué Manresa desgraciada,
Y Lerin: y Sampayo, y Albuhera,
Campos de horror á los traidores viles,
Que osaron profanar la patria amada:
Correrá apresurada
La serie de los siglos; tronos, reyes,
Mares, planetas, se verán mudados,
Cambiando el orbe sus eternas leyes,
Mas nunca tales nombres olvidados.

Glorioso Herrasti, heróico La-Carrera,
Alvarez inmortal... ¡Ah! Desde el cielo
Do á par de los Pelayos y Guzmanes,
Coronados de palma duradera,
Gozais ya, libres del humano velo,
El galardon debido á los afanes
Con que los capitanes
Suben de gloria á la sublime cumbre;
Permitid que mi labio humilde os nombre,
Aunque el brillar de vuestra viva lumbre
Pasme mis ojos, y mi pecho asombre.

Inclita patria, España generosa,
Así tus hijos el robusto pecho
Al hierro agudo por librarte dieron.
Estos el gran poder de la orgullosa
Galia dejaron á tus piés deshecho,
Y su furor y su altivez rompieron,
Y fuertes la rindieron,
Como en el alto Líbano acerada
Segur rinde del cedro la alta cima,
Que de pomposos ramos adornada
A las tronantes nubes se sublima.

Ellos, ellos, oh patria, derrocaron
Al opresor de la anchurosa tierra,
Su soberbia cual humo disipando,
Y del fiero invasor la furia hollaron
Con sangre y hierro y con constante guerra;
Y hazaña con hazaña entrelazando,
Al augusto Fernando
Volvieron denodados á tu suelo;

Y con él juntamente en dulce dia
Tu grato afan, tu plácido consuelo,
Y la paz, y el descanso, y la alegría.

Álcese en la elevada y agria frente
Del nimboso Pirene un monumento,
Que domine el Tirreno, y mar de Atlante,
Aún más que los egipcios eminente;
Y el bélico furor allí sangriento
Con cadenas de bronce resonante
Atado, el rechinante
Diente ejercite en férreos eslabones;
Y *á tí, España, la paz, á tí debemos,*
Allí escriban del mundo las naciones,
La dulce libertad en que nos vemos.

1814.

AL MISMO ASUNTO

¿Quién podrá dignamente
Cantar tu heróico nombre, ¡oh patria mia!
Y tu gloria esplendente,
Aún más que el claro dia,
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?

Tú sola, egregia España,
Al opresor del mundo te opusiste,
Despreciando su saña:
Y sus lauros volviste
En vil oprobio, y su furor rompiste;

Como el áspera roca
Rompe del ronco mar onda rugiente,
Que con audacia loca,
Y rápida corriente
La embiste, y su furor es impotente.

Tembló la enhiesta cumbre
De Pirene, los valles retumbando
A la gran muchedumbre,
Que en tu daño volando
Fué tus tranquilos campos inundando.

Mas ¡ay! la Galia fiera
De tu valor y esfuerzo temerosa,
Cubrió la faz guerrera
Con máscara engañosa,
Brindándote amistad y paz dolosa.

Y luégo alevemente
Cuando te vió adormida en sus halagos,
De tu sangre inocente
Con bárbaros estragos,
Hizo en tu triste suelo horrendos lagos.

El tardo Manzanares
Fué el primero que vió tu alevosía;
Despues que entre sus lares
Te acogió, Galia impía,
Y aún los brazos amigos te extendia.

Mas ¡oh furor! entónce
Víctimas mil cayendo á tu cuchilla,
Viste pechos de bronce
Dó no cupo mancilla;
Sí gloria eterna que por siempre brilla.

Y de aquellos torrentes
De sangre heróica que cruel vertiste,
Millones de valientes
Nacer contra tí viste
Y el justo pago á tu traicion cogiste.

El sacrosanto fuego
Del odio y la justísima venganza
Voraz contra tí luégo
Cundió, sin más tardanza
Que llama, que á la seca miés avanza.

Y animosos volaron
Los hijos de la hispana monarquía,
Y ansiosos se saciaron
De sangre tuya impía,
Abatiendo tu orgullo y ufanía;

Como suele violento
En el alto Moncayo peñascoso,
El resonante viento
Abatir el añoso
Pino, que al cielo alzábase orgulloso.

Y seis veces cumpliendo
Su curso la cuadriga refulgente,
Estuvo siempre viendo
En tu daño inclemente
Gozarse leda la española gente.

Bailén, y Talavera,
Tamames, Abisval, Heras, Chiclana,
Sampayo y Albuhera.....
¡Ay, que la voz humana,
Que intenta pronunciaros os profana!

¡Oh campos de victoria,
Do los hesperios ínclitos pendones
Lograron alta gloria!
Eternas bendiciones
Os darán mil y mil generaciones.

Y «Aquí fué la venganza,
Al miraros dirán; aquí rindieron
Su bárbara pujanza
Los que aleves quisieron
La patria encadenar, aquí cayeron.»

¡Oh Sansueña! ¡oh Gerona,
De la española independencia escudo!
Vuestro valor pregona,
Hollando al tiempo crudo,
Tanta rüina con silencio mudo.

Vuestra gloria esplendente
Venciendo de los siglos la espesura,
Brillará eternamente,
Cual brilla en noche oscura
Del sangriento Orïon la lumbre pura.

Inmortales varones,
Que de constancia y heroismo armados
Siguiendo los pendones
De la patria, inmolados
Fuisteis en sus altares adorados:

Salve y quietud, ¡oh manes!
De vuestra ilustre sangre el fiel tributo,
Vuestro valor y afanes
Dieron opimo fruto:
Dígalo el Sena, y su amargura y luto.

Su poder indomable
Hundióse á vuestro esfuerzo sin segundo,
Cual peña inmensurable
Húndese al mar profundo,
Herida por el rayo furibundo.

¡Oh patria! excelsa España,
Goza, goza feliz tantos laureles,
Que á pesar de la saña
De los hados crueles,
Ganaron para tí tus hijos fieles.

Sí; ya tu régia planta
Sobre rompidas armas estribando,
Y la inicua garganta
De tu opresor hollando,
La admiracion del mundo estás gozando.

1814



SONETO

Líbrase al soplo del airado viento
Con vuelo raudo, con mortal latido,
Huyendo arrebatada hácia su nido,
La tímida paloma sin aliento.

Huye porque del alto firmamento
De entre cárdenas nubes desprendido,
Sobre las pardas alas sostenido
Baja en su busca el alcotan sangriento.

Pero cuando la sigue cariñoso
Tierno palomo con arrullo blando,
Amorosa le aguarda y palpitante.

Toma de ella leccion, ¡oh dueño hermoso!
Del que fuere enemigo huye volando;
Mas no de mí, que soy tu fino amante.

1814

ROMANCE

Por en medio de una vega,
Que dos risueños collados
Defienden del ronco impulso
De los cierzos y los austros,

Corre entre juncias y helechos
El Genil gracioso y manso;
Para dar al padre Bétis,
No tributo, sino abrazos.

En su márgen venturosa,
Do sólo el céfiro blando,
O descansa entre las flores,
O mece sauces y lauros,

Tiene el mayoral Antimio
Su choza, aprisco y rebaño,
Con pastores que aventajan
A los que á Arcadia habitaron.

Hay tambien pastoras lindas,
Y zagalas de tal garbo,
Que el sol, absorto en sus gracias,
Suspende al verlas el paso.

Y cuando gallardas triscan
Por las selvas y los prados,
Ora en pos de los corderos,
Ora ligeras danzando;

A sus plantas brota el suelo
Alelíes y amarantos,
Carmines, gualdas, jacintos,
Lirios, violetas y nardos.

Con ellas vive Dorila,
Mucha gracia y pocos años,
Tormento de corazones
Y de las almas encanto.

Pues desde que allá en un bosque,
O de Amatunte ó de Pafos,
El hijo de la alma Vénus,
Con otros niños jugando,

Perdió por pueril descuido
Sus flechas, aljaba y arco;
Encontrándose sin armas,
Corrido y avergonzado,

Vino á Genil, y en los ojos
De Dorila el Dios tirano
Ocultóse, y ellos solos
Le sirven de fuego y dardos.

Yo los contemplé ignorante,
Fijéme en ellos incauto,
Y soy su víctima triste...
Pastores, tened cuidado.

1815

EPÍSTOLA

A DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE (1)

He recibido tu donosa carta,
Que es de elogios tal vez y vituperios,
Y en un todo extremosa y luenga sarta.

Pues ni soy acreedor á los dicterios
Tan acres, que me escribes, dulce amigo,
Ni á encomios tan gigantes y tan serios.

Mas la amistad que te enlazó conmigo
A tus ojos agranda mis acciones,
Aun las que juzgas dignas de castigo.

Oye siquiera cuatro reflexiones,
Con que espero sin duda contentarte;
Pues jamás te negaste á las razones.

Muéstrasme que ha podido incomodarte,
Aunque sin causa, amigo, suficiente,
(Como no he de tardar en demostrarte)

El saber que me he puesto ante la frente
Del útil toro con caballo y pica,
Hiriéndole con ánimo valiente.

Mas esto, aunque desbarro fuera, ¿implica
Con el seguir las huellas de Lucano,
O que abandono el Pindo testifica?

El adherirme á un uso, sea villano,
Que reina en este suelo, ¿has entendido
Que marchite, cual suele en el verano

El fuego de Titan enardecido
Las yerbas y las flores, mis virtudes,
Si es que algunas al cielo le he debido?

Razon será que al punto, ¡oh Vargas! mudes
De dictámen, si es tal el que has formado,
Pues se pasa de injusto, no lo dudes.

Recuerda el griego ilustre y celebrado,
Amor de las helénicas beldades,
Que fué gloria de un siglo aventajado.

Hablo del famosísimo Alcibiades,
Discípulo de Sócrates divino
Y varon cual no han visto las edades;

A quien, si damos crédito al latino
Cornelio, y á Plutarco el candoroso,
Mil vicios y virtudes dió el destino.

Y todo en grado heróico. Valeroso
Defensor de su patria, noble escudo
De libertad, pulido, generoso,

Dado á las artes, elocuente, agudo,
Le vió con pasmo la ilustrada Atenas.
Sobrio, feroz, y luchador membrudo,

Sufridor de trabajos y de penas
Le admiró Esparta. Ahogado en los placeres,
De galas y perfumes, que áun apénas

Pudieran tolerarse en las mujeres,
Cubierto, y muelle y sin rubor yaciendo,
Vil juguete de Baco y de Citeres,

A los mismos persianos excediendo,
En Persia se mostró: porque sabia,
Segun iba los pueblos recorriendo,

Acomodarse á aquello que veia.
Culto ateniense fué; duro espartano;
Vicioso persa: todo lo reunia.

No por lo dicho juzgues que tan vano
Soy, que al hijo de Clynias me compare,
Que estar yo loco entónces fuera llano.

Ni presumas, amigo, que yo ampare
Con tal ejemplo vicios perniciosos:
Lo malo es malo donde quier se hallare.

---

(1) Es contestacion á un bello romance que escribió este literato al autor, criticándole su aficion á torear en el campo y á derribar vacas á caballo con la garrocha, diversion muy grata á los jóvenes andaluces de aquel tiempo. El romance empezaba así:

Bárbaro que así desluces
Los presentes de natura,
Y en demonio, siendo ángel,
Tu torpe sandez te muda:

Antes que tus nobles prendas
Empañe tanta locura,
La plebeya y vil garrocha
Niega á tus manos, y escucha: etc.

Pero á veces á rostros muy hermosos
Un pequeño lunar no les afea;
Por la inversa, los hace más graciosos.

Y cuando nuestra vista se recrea
Por un jardin florido, que lozana
Flora con sus matices hermosea,

Entre la rosa de co or de grana,
Y los claveles, murtas y azucenas,
Nos gusta la amapola aunque villana.

Y tal vez en las selvas más amenas
Grosera y ruda zarza hace contraste
Grato, con lauros, chopos y verbenas.

Pero en verdad, amigo, no acertaste
En juzgar delinquí; no he delinquido:
Sin duda de mi accion no te enteraste.

Si hubieras, Vargas, por mi mal sabido
Que en ancho circo destrocé inclemente
Lozano toro á la labor nacido;

Si hubiera yo, siguiendo la corriente
De una costumbre bárbara que aún dura
Y que introdujo la africana gente,

Gozádome, enemigo de natura,
En verter sangre y en ajeno daño,
Con llanto de la triste agricultura,

Tu enojo y tu rigor no fuera extraño,
Y el orbe entero abominar debiera
Tan gran barbaridad, crímen tamaño.

Si á tu noticia por ventura hubiera
Llegado que yo estaba confundido
Entre la turba vil, baja y torera,

Cual suele tanto noble envilecido,
Que perdiendo el respeto á sus mayores
Desmiente su linaje esclarecido;

Si yo, que al són de trompas y atambores,
Cabe el Tajo mi patria defendiendo,
Desprecié de Belona los horrores,

Y el fulminante brazo sacudiendo,
Por lo ménos mostré no ser cobarde,
Ajena y propia sangre allí vertiendo,

Ahora degradado hiciera alarde
De empuñar vil estoque contra un toro,
Fuera justo el enojo que en tí arde.

Sin duda entónces el virgíneo coro
Que habita el alta cumbre de Helicona
Me negara indignado su tesoro.

Mas nada de esto ejecuté; perdona:
Escucha y notarás, amigo amado,
Que mi delito la razon lo abona.

El Bétis cristalino y sosegado
Con su corriente plácida y serena
Riega el suelo andaluz afortunado.

En él derrama grato, á mano llena,
El cielo bienhechor sus ricos dones
Y reina siempre primavera amena.

Selvas de rosas, bosques de limones,
Se encuentran por doquier, grama y verdura,
Con mil maravillosas producciones.

Parece que concede la natura
Más virtud á esta tierra venturosa,
Que á cuantas ven del sol la lumbre pura.

La fuerza de estas aguas poderosa,
La que encierran llanuras y collados,
Y una especie de magia prodigiosa,

Comunican tal fuego á los ganados,
Que en ellas nacen y que en ellos crecen,
Que apénas pueden ser nunca domados.

Los tiernos novillejos ya parecen
Toros cuyo furor el bosque aterra,
Y de fieras el torvo aspecto ofrecen.

En tal estado de la madre tierra
No se avienen, sufriendo la coyunda,
A abrir los senos donde el pan se encierra.

Es primero preciso que confunda
La fuerza humana tanta lozanía,
Tornándole útil buey de fiera inmunda.

En vano un hombre solo tentaria
Domeñar su furor y alta braveza,
Víctima de su arrojo se veria.

Para lograrlo apela á la destreza,
Sagaz se vale del bridon ardiente,
De su rápido impulso y ligereza.

Para defensa empuña solamente
Ligera lanza; en pos del toro adusto
Se arroja, le acomete de repente;

Y sin que su fiereza le dé susto,
Le acosa hasta que logra derribarlo
Y triunfa en fin de su furor robusto.

Este medio tan sólo hay de domarlo
Para la necesaria agricultura,
A que le plugo al cielo dedicarlo.

En esta ocupacion, que es harto dura,
Y oficio indispensable, aunque penoso,
Ayudé á los vaqueros por ventura.

No cual dices insano y rigoroso
Destrocé el animal que es grato á Céres,
Antes bien le hice á Céres provechoso.

Con esta explicacion, pues justo eres,
Verás que ha sido injusto tu júicio
Y no condenarás tales quehaceres.

¡Ay! ¡Cuánto más terrible es el oficio
De fatigar las selvas y los prados,
Siguiendo de Lucina el ejercicio!

¿Qué daño, ó crueldad, hombres malvados,
Os dan, decid, las aves inocentes,
Y los tímidos ciervos y venados?

¿Por qué los arroyuelos trasparentes
Teñís de sangre con furor vertida
De sencillos y tímidos vivientes?

¿Por qué dejais el aura ensordecida
Imitando los rayos y los truenos,
Y la luz con el humo oscurecida?

No solamente, ¡oh gran maldad! serenos
Vierten sangre los duros cazadores,
Sino de gozo y complacencia llenos.

Tal vez sencilla y tierna con clamores
La tórtola publica su tormento,
O llora celos, ó celebra amores;

Tal vez en delicioso arrobamiento
La paloma á su amante ya se entrega
O en pos tiende las alas por el viento,

Y el plomo silbador y raudo llega
Que el hombre duro y montaraz fulmina,
Y su amor y su vida á un punto siega.

Y cuando por el llano y la colina
A la cuitada liebre persiguiendo
El bridon con la espuela desatina;

Y cuando con clamor y horrible estruendo
Los montes y las selvas ensordece
A la inocente cierva sorprendiendo,

El hombre, ¿fiera horrible no parece?
¡Cuál exalta la rabia de los perros
Y sangre y destruccion sólo apetece!

¡Cómo el refugio de los altos cerros
Busca la corza mísera y cobarde,
Y las cuevas y lóbregos encierros!

Mas ¡ay! no halla un asilo que la guarde
Del plomo ó de la flecha matadora,
O del furor que en los lebreles arde.

Yo he visto ¡oh Dios! cómo la cierva llora
Cuando siente su pecho traspasado,
O sin vigor la planta voladora.

Yo escuché su gemido y he temblado...
La gula de los hombres insaciable
Tan horrendo ejercicio ha fomentado.

¿Y nadie ¡oh vicio! lo miró execrable?
¿Ni áun tú mismo que adusto me condenas?
¡Opiniones del mundo miserable!

Yo causo á un bravo toro daño apénas,
Para tornarlo productivo y bueno,
Y tú de horror y compasion te llenas;

Y elogiarás tal vez al que sereno
Llena de sangre el monte y la llanura,
Para saciar su vientre ó el ajeno.

Mas si tu enojo, oh Vargas, por ventura
Le motivó el juzgar que abandonaba
De las artes y musas la cultura,

Y que del todo al todo me entregaba
A estas rústicas duras diversiones,
Harto imbécil tu mente me juzgaba.

¡Pues qué! ¿Pueden jamás los corazones
Que siquiera una vez hayan sentido
De las musas las tiernas impresiones

Abandonarlas en el hondo olvido
Y huir de sus halagos placenteros?
¿Quién tan bárbaro, díme, acaso ha sido?

Yo las amé rendido en los primeros
Años de mi existencia, las he amado,
Y amaré sus encantos lisonjeros.

Mi placer ellos siempre y mi cuidado
Han sido y lo serán. Ni los horrores
Del fiero Marte en que me ví empeñado,

Ni de la adversa suerte los rigores,
Ni mis fatigas y penosos males,
Ni del mundo falaz los sinsabores,

El culto de las musas celestiales
Me hicieron olvidar, pues mi consuelo
Fueron siempre sus gracias divinales.

Y ahora que vivo en mi paterno suelo
Donde moraron siempre, ¿imaginaste
Que no han de ser mi gozo y mi desvelo?

Pronto conocerás que te engañaste
Cuando escuches mil himnos y canciones
Cual jamás en mi cítara escuchaste,

Y cuando el tuyo y otros corazones
Al ver de doña Blanca el fin lloroso
Sientan de espanto y pena sensaciones (1);

Pues Melpómene heróica el horroroso
Suceso de esta reina desgraciada
Ha inspirado á mi acento lastimoso.

Ni tengo á la pintura abandonada,
Que el lienzo maticé con los colores
Retratando á Lucrecia desmayada,

Luchando con la muerte y sus horrores,
Y aquella heróica sangre derramando,
Salud de esclavos, muerte de opresores.

Ya miro que te vas desenojando,
Y que como á las flores manso viento,
La risa está tus labios halagando...
¿No es verdad, Vargas? dí, ¿quedas contento?

Córdoba, Marzo, 1817.

---

(1) Esta tragedia, titulada *Doña Blanca,* la tercera que escribió el autor, se ha perdido, desapareciendo el manuscrito en el robo que padeció su equipaje en el rio de Sevilla el dia de San Antonio del año 23.



AL REY NUESTRO SEÑOR (1)

QUE SE DIGNÓ PRESENCIAR EL EJERCICIO GENERAL DE LOS ESCUADRONES DE LA GUARDIA DE SU REAL PERSONA, HONRÁNDOLOS EN SEGUIDA CON PONERSE Á SU CABEZA

Dad, sagradas deidades de Helicona,
Vuestro sublime aliento al pecho mio,
Para cantar al ínclito FERNANDO.
Llegue mi voz á la encumbrada zona,
Del abrasado Sur al Norte frio
Su nombre por la esfera derramando;
Y la lira pulsando
En las alas del viento,
El estruendo hervoroso
Del mar venza mi acento,
Y el ronco trueno, y huracan silboso;
Y el nombre augusto de FERNANDO suene,
Y de un polo á otro polo el orbe llene.

Tu excelso nombre, oh Rey, oh Rey amado,
Predilecto de Dios, que al monstruo horrendo,
Que al abrazarte en bárbaras cadenas
Tornó el abrazo fraternal, airado
Lanzó su rayo vengador, hiriendo
Aquella torva frente; y ni áun apénas
Su nombre existe... Escenas
De dolor y de gloria,
Y á un tiempo de alegría,
¡Cuál llenais mi memoria
En este fausto y apacible dia!...
¿Dó me arrebata el númen sacrosanto,
Que el tiempo que ya fué torna á mi canto?...

Estas plazas, oh Rey, de Mantua augusta,
Yo ví de sangre y mortandad cubiertas,
Cuando en hierros tus hijos te miraron.
Aquí la furia aleve y saña injusta
De tu opresor se vieron descubiertas,
Y sus haces belígeras temblaron.
Ardorosos gritaron
Tus valientes: *Venganza;*
Armas les da su brio,
Arrollan la pujanza
Del triunfador, y su alto poderío;
Y mancebos, y vírgenes, y ancianos
Sangre cálida ostentan en las manos.

Y entre tanto que Dios era tu escudo,
Custodiando tu vida idolatrada,
Y tu apenado pecho confortando,
Al arcángel su lanza dió, ceñudo
Miró, y tembló la angélica morada,
El trueno de su enojo retumbando;
Y el aquilon bramando,
Al ministro glorioso
De la ira omnipotente
Condujo presuroso,
Más brillante que el sol en el Oriente,
Sobre sus alas al hesperio suelo,
Sin tí en triste orfandad y hundido en duelo.

Y en la yerta, enriscada y agria cumbre
Del nivoso pinífero Fonfria
Dió el grito de la guerra. Retumbaron
Las hondas cuevas, y la viva lumbre
De su frente ofuscó la luz del dia.
El acento tus hijos escucharon,
Y en tu auxilio volaron
Los de Turia, y de Ibero,
Y de Genil, y Betis,
Y de Miño, y de Duero,
Y los que baña la azulada Tetis,
Y los de Tajo, y los de la alta Sierra,
Y á la venganza van gritando: *Guerra.*

Y cual suele el Océano espumoso,
Por cien contrarios vientos agitado
Alzar ferviente con horrible estruendo
Montañas bramadoras, y furioso
Combatir el escollo agigantado,
Y hundirlo en el abismo; tal, ardiendo
En enojo tremendo,
Las huestes se lanzaron
Sobre tus opresores:
En sangre se inundaron
Valles y cumbres: hórridos clamores
Retumban por doquier; y armas y saña,
Y exterminio y horror cubren á España.

(1) Esta composicion, escrita á insinuacion del Rey, y que tuvo la honra de ser leida á SS. MM., teniendo la bondad la misma Reina de alumbrar con una vela que con sus reales manos alcanzó de un candelabro, no mereció la aprobacion del juez de imprenta, quien prohibió su publicacion. Este incidente ocasionó una polémica muy original entre el autor y el juez, en que intervino el célebre literato D. Manuel María de Arjona, y que divirtió mucho al rey Fernando. Quien finalmente cortó generosamente la controversia, mandando terminantemente la impresion.

¡Ay, cuánto afan, y hazañas, y fatigas
Costaste á tu nacion!... todo lo inunda
De la devastacion el gran torrente;
Y como el segador abate espigas,
El filo de la muerte furibunda
Troncha esforzados... ¡Ay! cuánto valiente
A su impulso inclemente
Cayó, cual en la sierra
De Moncayo los pinos,
Si el Noto le hace guerra,
Y ciento á ciento arrastra á remolinos!
Mas no cesa la lid: do mil perecen,
Otros mil á vengarlos aparecen.

En castillos las chozas de pastores,
Los cayados en lanzas se tornaron.
Nadie evita el combate. Hundido el muro,
Ni se rinde á los bronces tronadores;
Las huestes rotas nueva lid buscaron:
Y no hay ceder. En el silencio escuro
El Orïon y Arturo
Ven combatir. La aurora
Ve combatir. La lumbre
Del sol desde que dora
De Pirineo la fragosa cumbre,
Hasta que hunde en el mar su carro ardiente,
Ve combatir á la española gente.

De los que en el combate perecian
Los manes, aún de sangre salpicados,
Desde las rotas nubes alentaban
A los que en él tenaces persistian,
Y contra el fiero Marte denodados,
Y contra el infortunio peleaban,
Y constantes clamaban:
No haya tregua. Y sañudos
Y firmes no cedieran,
Y los embates crudos
De la áspera fortuna resistieran;
Como suele en los montes de Castilla
Al huracan la octava maravilla.

Confusion, heroismo, sangre, duelo,
Altísima constancia, valentía,
Infortunios, amor al rey Fernando
A un tiempo llenan el hispano suelo...
... Mas ¿dónde, dónde vas, oh lira mia,
Desastres y fatigas recordando,
Si estamos ya gozando
El premio delicioso,
El suspirado fruto
De tanto hecho famoso,
De tanta privacion, de tanto luto?
Y roto ya, oh mi rey, tu cautiverio,
Eres el gozo de tu heróico imperio.

Sí; ¡oh placer! El canto de victoria
Resuena en vez del bélico alarido
En el orbe español. El dulce acento
De los himnos de paz y eterna gloria,
Sucede al trueno y hórrido estampido:
Triunfado ha la virtud. Suave contento
El terrible lamento
Tornóse; y ya Fernando,
Con su familia augusta,
Felice gobernando
A los leales, que la rabia injusta
Del dragon destruyeron, goza ahora
La ternura de un pueblo que le adora.

Musas, Musas, él es. Miradle al frente
De los gallardos, fieros escuadrones,
El purísimo sol oscureciendo
Con su régio esplendor. La refulgente
Espada empuña... ¡Qué!... ¿Temblais, naciones?...
Desechad el temor, que no el horrendo
Mavorte en ira ardiendo
La da á la diestra fuerte,
Ni están de nuevo abiertas,
Dando paso á la muerte,
Del doble Jano las terribles puertas.
Es pacífico alarde... Mas no en vano
Temblais aún de un alarde castellano.

Egregio rey, el escuadron guerrero,
Que en pos de tí resplandeciente brilla,
Fué el brazo de la muerte en tu defensa.
¡Ah, cuántas veces desnudó el acero,
Como saben los campos de Castilla,
Y se arrojó á la lid!... Horrible ofensa
La multitud inmensa
Sintió á su excelso brio.
Los fuertes se turbaron,
Llenos de espanto frio,
Y su altivez osada doblegaron,
Huyendo de esos nobles vencedores,
Cual cierva de los canes ladradores.

En contra del poder y la fortuna
El Tajo presenció su alta osadía,
En los campos do Antígola azulea.
Sin esperanza de vencer alguna,
¡Cuál se lanzaron el aciago dia,
Sembrando horror y asombro, á la pelea!

Eterno el nombre sea
De los nobles gloriosos...
La horrible muchedumbre
Despreciaron sañosos;
Y al trasmontar del sol la viva lumbre,
Sonó el clarin, volaron atrevidos,
Y deshechos quedaron, no vencidos.

Salve, heróico escuadron; salve, oh valientes:
Yo entre vosotros combatí. Alentado,
Vuestro ejemplo santísimo siguiendo,
Con mi sangre aumenté la vuestra ardiente
Que aquel suelo regó... ¡Cuánto esforzado,
En lid tan horrorosa combatiendo,
Arrebató el horrendo
Cuchillo de la muerte!...
Firmes contrarestando
La embravecida suerte,
Gritaban al caer: *Viva Fernando.*
Y los que no doblasteis las cervices,
¡Cómo ostentais lustrosas cicatrices!

¡Oh sombras de los mártires primeros
De la inmortal Madrid: sagrados manes
De los que en mil batallas desastrosas,
Víctimas fuisteis de los hados fieros!
Venid: de vuestros ínclitos afanes
Ved el ansiado fruto. En albas rosas
Y palmas victoriosas
Ceñid la excelsa frente,
Y vagando en el viento,
Ved de la hispana gente
El placer, y gozaos en su contento,
Y acatad al gran rey, por quien gloriosos
Rendisteis los alientos generosos.

Alza la frente, humilde Manzanares,
De juncias y verbenas coronada,
Y mira á tu señor augusto, armado
Más gallardo que Marte. Mil cantares
Las ninfas de tu márgen fortunada,
Broten ledas del labio delicado;
Y del jóven amado
Entonen los loores,
Conmoviendo su canto
Los árboles y flores
De tus orillas con sabroso encanto;
Y tú, esforzando el divinal aliento,
Entona un viva, que ensordezca el viento.

Corra tu voz por la anchurosa Hesperia,
Y *viva el rey*, repita el castellano;
Y *viva*, el pueblo astur. *Viva*, resuene
En el fuerte Aragon, en Celtiberia,
Y lo repita el leve valenciano,
Y en la encantada Turdetania suene.
La Península llene;
El piélago profundo
Pase, y *viva Fernando*
Repita el Nuevo Mundo,
El mar del Sur los *vivas* escuchando.
Y en cuanto alumbra el sol y el cielo abarca,
Viva tu nombre, altísimo monarca.

1817

SONETO



IERNO pesar, amargo abatimiento,
Pintado está en tu rostro, oh Nise hermosa,
Porque la cruda suerte rigorosa
De tí aleja tu amor. ¡Duro tormento!

Suspiros das al compasivo viento,
Llanto á tu faz envidia de la rosa,
Late tu seno, tu alma no reposa:
¡Feliz quien mereció tal sentimiento!

No más, ¡ah! que la pena ha de acabarte,
¿Y quién podrá vivir si te perdemos?
Que tu afliccion moderes ¡ay! te pido...

Mas ¿para qué me canso en consolarte,
Si eres mujer, y pronto esos extremos
Serán risa, desprecio, burla, olvido?

1817

LA BORRASCA, A LAUSO

¡Ay, cuál el turbio mar hierve espumoso,
Y estas peñas altísimas quebranta,
Y se entumece hinchado, y se levanta
Compelido del ábrego silboso!
¡Cuál su furor espanta!

Bramando viene el huracan sañudo,
Y las cóncavas grutas espantosas
Retumban á lo léjos temerosas
Al hórrido fragor del trueno rudo,
Y gimen congojosas.

La negra nube enluta el alto cielo;
Y el súbito relámpago encendido,
Y el rayo por los aires desprendido
Llenan de asombro y de pavor el suelo,
Pasmado y confundido.

¿Y sacas, pobre Lauso, tu barquilla?...
¿No ves del mar el sordo movimiento?
¿No oyes gemir el animoso viento?
Vuelve, mísero, vuélvete á la orilla:
Muda, muda de intento.

Vuelve, infelice, vuelve á la ribera...
¿Qué intentas ¡ay! sin esperanza alguna?
¿Cuando á besar la planta de la luna
Sube con ronco hervor la espuma fiera,
Quieres tener fortuna?

Mira estas playas, mira estas arenas
Cubiertas de vestigios de altas naves,
De gruesos troncos, y de leños graves,
De quebrantados mástiles y entenas,
Y de robustos traves.

Guarte, mi Lauso, guarte, que las olas
Destrozarán tu leño miserable.
Advierte que su furia inexorable
No respeta de régias banderolas
El orgullo indomable.

1817



SONETO

En este bosque por la vez primera,
Turbado dije á Virta: Yo te adoro;
Y ella bajó la frente, que orna el oro,
Y gozoso rubor su faz tiñera.

Sentada en ese tronco placentera,
Siempre, me dijo, te amaré, Lidoro:
De aquella fuente al lado, en dulce lloro
De mí celosa acaso prorumpiera.

De aquel fresno á la sombra deliciosa
En coloquios de amor la siesta ardiente
Pasé con ella ufano y satisfecho.

Mas ¡qué recuerdos!... ¡ay! ¡Virta engañosa!
Existen bosque y tronco y fresno y fuente;
Y no mi amor en tu mudable pecho.

1817

EL TIEMPO

¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso
Las silenciosas alas extendiendo
Huye á nunca volver! El brazo duro
Sacude airado, el hierro poderoso
De su segur terrible revolviendo,
Y á su impulso tremendo
En polvo se resuelve el fuerte muro;
Tronos, imperios y poder perecen,
Astros desaparecen,
Mares se tornan fértiles llanuras,
Altos montes en piélago profundo,
Y se trastorna cuanto encierra el mundo,
¡Cuántas generaciones,
Cual niebla leve, en nada se tornaron!
Y en yermas soledades,
Y en pantanos y selvas tenebrosas
Magníficas ciudades,
Ilustradas un tiempo y poderosas.

Perínclitas naciones
Del misterioso Nilo habitadoras,
¡Míseras!... ¡Cuán fugaces
Vuestra grandeza y vuestra gloria fueron!
Como suelen los bravos aquilones
Las nubes arrastrar, así las horas
Os llevaron en pos, y en hondo olvido
Aun vuestros nombres sin piedad hundieron.
En vano en vos nacieron
Las fuentes del saber. Cual encendido
Relámpago veloz desaparece
Apénas en las nubes resplandece,
Tal vuestra ilustración: así el sañudo
Rigor del hado en sus eternas leyes
Lo decretó. ¿Qué fué de vuestros reyes
Sabios, y poderosos, y temidos
Que todo el orbe dominar quisieron?
¡Ay! de la dura parca al hierro agudo
Su vano orgullo y su altivez rindieron:
De oscuridad sus nombres se cubrieron.

¿Dó están, en dónde la opulenta Tiro,
Y la ilustrada y la gloriosa Atenas,
Y la altiva Micenas,
Llanto de Troya?... ¿Dónde está de Epiro
El colosal poder?... Un dia fueron,
Mas ya hasta sus rüinas perecieron.

¡Ay! que mi atormentada fantasía
Sobre las alas rápidas del viento
Vuela á aquellas regiones do algun dia
Genio, y saber, y gloria colocaron
Su triunfador asiento,
Y al mundo refulgentes deslumbraron:
Donde la rica cuna
De dulce libertad rodó primero,
Mecida por el coro de virtudes,
Y halagada tambien por la fortuna.
Mas ¿qué encuentra? ¡oh dolor! sombras y luto,
Y al Eurotas hundido entre arenales,
Que despechado al mar lleva el tributo:
Al mar, que solitario ronco brama,
Y entre desnudas rocas se derrama,
Y de amargas espumas hoy blanquea
Desiertas playas donde fué el Pireo;
Y ni ve los laureles de Platea,
Ni ve de Salamina el gran trofeo,
Ni escucha los acentos divinales
De entusiasmo y de ardor... Silencio y muerte,
Y esclavitud no más halla asustada,
Que así le plugo á la terrible suerte.

Asilo un tiempo de los lares frigios
Despues terror del quirinal imperio,
Infelice Cartago:
Diéronte cuna horrores y prodigios,
Pusiste al ancho mar en cautiverio,
Y de entrambas Hesperias fuiste estrago;
Ahora ni indicio vago
De tí puede encontrar el peregrino,
Y el ábrego ardoroso
Arrebata en confuso remolino
Sedienta arena en tu desnudo suelo.
¿Dónde hallaré tus poderosas naves?
¿Dó tus huestes pavor del Aventino?
¿Ni áun duran los hundidos arquitrabes;
Y tronchadas columnas, que las llamas
Perdonaron tal vez, y referian
Mudas su fin aciago y desastroso?
Sepultólas el suelo que oprimian.

No ostentes, Roma ufana,
Tus famosas rüinas,
Triste esqueleto de gigantes glorias.
Si cuidosa examinas
Tanta reliquia vana
De gimnasios y termas, arcos, templos,
Verás son desengaños vividores,
Verás que son ejemplos,
Que el tiempo destructor ha perdonado
Para ser escarmiento á los mortales.
Mas ¿dónde, dónde están ¡tristes memorias!
Los cónsules, tribunos, dictadores,
Y altos emperadores,
Que cercados de triunfos y victorias
Inciensos divinales alcanzaron,
Y á sus piés la fortuna encadenaron?
Sobre sus tumbas olvidadas crece
El solitario cardo, entre las piedras
Hendidas penden las bastardas hiedras,
Que con triste silbido el viento mece,
Y en las horas nocturnas
El cárabo afligido,
Que acaso anida en las volcadas urnas,
Esparce por las sombras su alarido.

Así existen los restos suntüosos,
Que, oh Roma, guardas y aún altiva ostentas:
Así existen columnas y colosos.
¿Pero por consolarte acaso cuentas
Con que así durarán con gloria tuya?
¡Ay! verás pronto su total rüina,
Serán desmoronados,
Y en vil polvo tornados;
Que de Saturno la cruel guadaña,
Que todo lo confunde y extermina,
Aún en vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornarán... ¿Dónde me lleva,
A dónde mi dolor?... ¿Por qué mi mente
En amargos recuerdos hoy se ceba,
Sin advertir el mal que está presente?
¿Qué importa que pasaran
Tantos imperios, tan excelsas glorias,
Que fueron y no son?... Nosotros mismos
Yaceremos en fin: en soledades
Se tornarán tambien estas ciudades
Que hora son nuestro encanto:
Se hundirán del no ser en los abismos,
Ni quedarán memorias
De que aquí descollaron. Los verjeles,
Hora nuestra delicia,
Se tornarán malezas y pantanos,
O ronco mar, que roto entre bajíos,
Hierva y brame, y asombre á los navíos.
Museos que Minerva ve propicia,
Alcázares que habitan los tiranos,
Templos y torres, puentes y murallas,
Caerán, caerán entre las fieras manos
Del tiempo asolador. Cuanto hora existe
Todo perecerá, cual perecieron
Altas naciones que en el mundo fueron:
¿Quién el empuje de la edad resiste?

Como el raudo torrente
Nace en la sierra y corre en la llanura,
Y por más que se oponga á su corriente
Ora un profundo valle,
Ora de antiguo bosque la espesura,
Ora una alta colina ó fuerte muro,
Abre espumoso á su carrera calle
Hasta llegar al mar; de aquesta suerte
Corre el orbe á los brazos de la muerte.

1818





ROMANCE

Oculto entre la espesura
De recios troncos sombríos,
Que, aunque de musgo se adornan,
De su vejez dan indicios;

Besando negras pizarras
Con manso y blando rüido,
Corre Bembézar humilde,
Sin presunciones de rio.

En su márgen escondida,
Miéntras retozan lascivos
Sobre la yerba y las flores
Los cándidos corderillos;

De pechos en el cayado,
Con semblante pensativo,
Contempla aquellos lugares
El infelice Lorindo.

Un año de aquella orilla
Le tuvo ausente el destino,
Y hora vuelve donde encuentra
En vez de amores desvíos.

Al fin, rompiendo el silencio
En que yace sumergido,
Prorumpe de esta manera
Con lágrimas y suspiros:

Riberas donde otro tiempo
Tan venturoso me he visto,
Bosques espesos y ocultos
De mis delicias testigos,

Dulces aguas, que suspensas
Visteis los amores mios:
Aquí mis encantos fueron;
Y hora es sólo mi martirio.

Ya desdeñosos me miran
Aquellos ojos divinos,
Que dan color á estas flores,
Que dan á estas peñas brillo.

Y al rigor de su desprecio
Vengo á morir ¡hado impío!
En estos mismos lugares
Donde gocé sus hechizos.

Aún en las blancas cortezas
De estos álamos altivos
El de Virta con mi nombre
Entrelazado diviso.

¿Por qué no los han borrado
Las lluvias de enero frio,
Ya que en el pecho mudable
Borró ausencia mi cariño?...

Mas ¡ay! que los respetaron,
Para que con mudo grito
A Virta llamen ingrata,
Y desdichado á Lorindo.

Reciba grato mi lloro
Vuestro seno cristalino,
Dulce raudal apacible,
De mi amor trasunto vivo.

Aquí teneis nombradía,
Y entre juncias y carrizos
Tributo os dan mil arroyos,
Gozais el nombre de rio;

Pero en dando cortos pasos
Con el Betis confundido,
Bembézar ya nadie os nombra,
Porque así el hado lo quiso.

Tal sucedió á mis amores:
Aquí inocente y tranquilo
Los gozaba, imaginando
No verlos jamás marchitos:

De este suelo la desgracia
Me apartó, y al punto mismo
Pasaron cual vos, se hundieron
En torpe y oscuro olvido. 1816

LETRILLA

¿Te vas y me dejas,
Traidor, fementido?
¿No hiere tu oído
Mi amargo gemir?

Escucha mis quejas,
Detente, inhumano...
Mas ¡ay! que es en vano
Tu fuga impedir.

El alma, la vida
Me llevas contigo,
Cruel enemigo,
Perverso amador.

En penas sumida
Me dejas y ries,
Y ufano te engries
Al ver mi dolor.

Lorindo engañoso:
¿Es mármol tu pecho?
¿De bronce está hecho
Tu seno cruel?

¡Traidor! ¡alevoso!
Delicias brindabas,
Y horrendo ocultabas
Ponzoñas y hiel.

Aléjate, ingrato,
Desprecia mi acento,
Que vaga en el viento
Sin nada valer.

Tu pérfido trato
De gozo te llene,
Mi mal te enajene
Con fiero placer.

No importa, algun dia
Será mi venganza,
Que á todos alcanza
La flecha de amor.

Rendido á una impía
Veráste muriendo:
Y entónces riendo
Veré tu dolor. 1818



A OLIMPIA

DEDICÁNDOLE VARIAS COMPOSICIONES

Oye afable, hermosa Olimpia,
De mi lira los acentos,
Y á tu ternura recuerden
Que tu amor vive en mi pecho.

Estas son ¡ay! las canciones,
Los afortunados versos,
Que el Tajo y el Manzanares
En sus jardines oyeron;

Cuando junto á tí dichoso
En llama feliz ardiendo,
Sólo anhelando agradarte,
Mi labio los daba al viento.

Si algo valen, dulce Olimpia,
Es porque resuena en ellos
Tu nombre, y porque lograron
Serte gratos aquel tiempo.

Benigna acógelos: oye
Cual te están siempre diciendo
Que tú sola eres mi encanto,
Que en mí tu amor será eterno.

Y si el destino sañudo
De tí me aparta violento,
Robándome tus caricias,
Dejándome llanto y duelo;

Ora los climas helados
Alumbren tus ojos bellos,
Ora á la zona abrasada
Dé vida tu blando aliento;

Recuérdente mis afanes,
Tu amor, mi delirio ciego,
Mi constancia, tu ternura,
Mi dicha y tus juramentos.

Y aquellos veloces dias
De encanto y delicias llenos,
En que las floridas selvas
Arder nuestras almas vieron,

Y escucharon silenciosas,
Cómo tu labio de fuego
Me ofreció constancia eterna,
Triunfadora de los tiempos.

¡Ay! si tanto consiguieran,
¡Ilusiones de consuelo!
Que al despertar en tu mente
De nuestro amor los recuerdos,

Se humedecieran tus ojos,
Y palpitara tu seno,
Y lanzaras un suspiro,
De mi fe constante en premio...

Entónces ¡ah! no trocara
Estos mis humildes versos
Por los laureles de Taso,
Ni por las glorias de Homero. 1819.

SONETO

¡Ay, que de vuestro labio purpurino
Aterrado escuché, temblante y mudo,
Que iba á romperse para siempre el nudo
Con que mis dichas enlazó el destino!

Antes hendiendo el aire cristalino
Descienda tronador el rayo agudo
Sobre mi frente mísera, y sañudo
Me confunda en humoso remolino.

¿Y qué, Olimpia cruel, has olvidado
Mi amor, tus juramentos?.... ¡fiera suerte!
¿Y tú los romperás con brazo airado?...

¿Por qué ántes de mirarte y de quererte,
Al hondo sueño del sepulcro helado
No me arrastró la compasiva muerte? 1819.

A OLIMPIA

¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría
Mi pecho palpitó, desde que el fuego
De tus divinos ojos y semblante
Hirió con su esplendor el alma mia!
Y yo infeliz, y deslumbrado, y ciego,
No alcanzaba á saber lo que sentia:
Y de tí léjos, tímido y errante,
Sin notarlo, en tu amor mísero ardia.
Tal vez en las entrañas de la tierra
Así se oculta y ceba, y arde, y crece
La llama asoladora,
Que al fin hendiendo la fragosa sierra,
Ardiente y tronadora
En volcan horroroso resplandece.

Buscando la quietud, al pecho mio
Del escondido amor arrebatada,
Del Bétis olivoso
Las márgenes amenas,
De sacros bosques y verjeles llenas,
Pisé confuso, y sin hallar reposo.
Del apacible rio
Las trasparentes ondas sosegadas,
Sus frescas alamedas silenciosas,
Del vagaroso céfiro agitadas
Al rojo amanecer, las lindas flores
Risueñas, olorosas,
Que en ellas blandamente se mecian,
Su fragancia ostentando y sus colores,
Nada á mi mente, nada le decian:
A mis ojos natura muerta estaba,
Y en lágrimas mi rostro se inundaba.

Ora hácia las arenas
De gloria y triunfos y escarmiento llenas,
Que azota el mar undoso gaditano,
Mis plantas me arrastraban nuevamente,
Pensando hallar del alma
La paz perdida y la tranquila calma
A vista del magnífico Oceáno.
El giro de los mares de Occidente
En vano el pensamiento me ocupaba;
En vano procuraba
Exaltar mi agitada fantasía
El espacio sublime de las ondas;
Ya cuando hirviendo con salobre espuma,
Al cierzo bramador se entumecia,
Y alzando al cielo las arenas hondas,
Los ásperos escollos combatia;
Ya cuando adormecido
El cielo de zafir puro y sereno
Reverberaba plácido en su seno;
Mas nunca mis pesares
Conseguiste aquietar, dios de los mares.

Tal vez rendido á mi afanar tornaba
Del regio Manzanares á la orilla,
Y necio imaginaba
Que el fausto y pompa, en que orgullosa brilla
La gran ciudad, señora
De dos mundos, calmara con su encanto
Mi mortífera pena roedora.
Mas ¡ay! en los magníficos salones
De oro y púrpura bárbara adornados,
So las soberbias cimbrias y artesones
De refulgentes tintas esmaltados,
Y en plazas, y en liceos, y en jardines,
El frio tedio y el pesar infando
Mi corazon estaban devorando.

¿Y qué, dije, será que las estrellas
Vieron con ceño el infelice dia
Que empecé á respirar?... ¿Será, oh destino,
Que siempre el hombre en mísera agonía
Arrastre su existir?... Si esta es la suerte
Que guardan los arcanos
A la raza infeliz de los humanos,
Ven sin tardanza, ven, ¡oh dulce muerte!
Siega piadosa la garganta mia,
Descanse al ménos en la tumba fria.

Cuando tornas, Olimpia, á esta ribera,
Bella como la luna refulgente,
Que en apacible y grata primavera,
Cándida ostenta la argentada frente,
Y lánguida y luciente
Desde su carro azul derrama brillo,
Al través de las nubes plateadas,
Del blando cefirillo
Con vagarosas plumas agitadas.
Te ví, y me estremecí; torné á mirarte,
Y el denso velo que mi amor cubriera,
Rasgóse de repente, y descubierto
Miré mi corazon, y en él patente
La oculta causa de mi angustia fiera.
Y reventando el escondido fuego,
Tronó como un volcan, tu amor buscando,
Y tu amor, y tu amor sólo anhelando.

Yo entónces mudo, y pavoroso, y yerto
No sé lo que sentí... Vuelvo, y turbado,
De horrible duda y timidez cercado,
Pero en alas de amor, á tí me allego,
Y mi calma, y mi paz, y mi sosiego,
Y mi dicha te pido,
Abrasado en tu amor y confundido.
Y ¡oh delicioso instante,
De ventura y placeres el primero!
Tu divino semblante
Ví de rubor purpúreo enrojecido,
Latir tu seno cándido y turgente,
Tu labio balbucir, tu altiva frente,
Emula acaso del mayor lucero,
Blandamente inclinarse, y un suspiro
De tu boca de rosa
Escuché, fuí feliz, y al punto huyeron
Oculto tedio y pena silenciosa
Y tristeza y afan. Los que ya fueron
Objetos mudos á mi triste mente,
Me hablan al corazon. Fragantes flores,
Verdes arbustos, árboles sombríos,
Claros arroyos, cristalina fuente,
Süaves amorosos ruiseñores,
Noche pura, serena, sosegada,
Ronco hervoroso mar, sonoros rios,
Aurora de azucenas coronada,
Eterno luminar padre del dia,
Amenas soledades,
Opulentas magníficas ciudades,
Ya herís mi fantasía,
Y os contemplo y admiro,
Que por doquier amor y amores miro.
¡Oh, cuántas sensaciones deliciosas
Alberga el corazon, correspondido
Del dulce bien que le eligió natura!
¡Cuán feliz es el alma ardiente y pura,
Que es de un sincero amor dichoso nido!
¡Cuán venturoso yo!... Mas ¿qué tremenda
Imágen espantosa
Me asalta el pensamiento?... ¡Olimpia mia,
La vida es tan fugaz, tan presurosa!
Jamás ansié la eternidad, y lento
Juzgaba el vuelo de los años mudo.
Mas ¡ah! desde que aliento
El aura del placer y la alegría
Siempre á tu dulce lado,
Desde que tú me hiciste afortunado,
¡Cuán rauda, cuán ligera
Encuentro de las horas la carrera!
Sí, miro con pavor que el tiempo crudo,
Que todo lo sepulta inexorable
En el no ser oscuro y espantable,
Airado nos acecha
Cual fiero cazador con dura flecha
A las tiernas amantes tortolillas,
Que en la florida rama
Se acarician sencillas,
Ardiendo en dulce y venturosa llama.

Las matizadas y risueñas flores,
Que en nuestro rededor brotan ahora,
Desmayadas, marchitos sus colores,
Al fin caerán. La planta voladora
De la edad hollará nuestros amores,
Y el hielo, y la aridez, y al fin la muerte...
¡Ay! llegará el momento de perderte!

1819





ELEGÍA

Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde
La pura luz que encanta el alma mia,
De mis ojos tristísimos se esconde?

¿Dó están ¡ay! mi consuelo y mi alegría?
¿Dó mi Olimpia cruel, que así me deja
En hondo afan, en mísera agonía?

Cuando el carro del sol huye y se aleja
A los desiertos mares espumosos,
Acude grata á mi amorosa queja;

Y ya en sus altos cercos vagarosos
Las pálidas estrellas resplandecen,
Resaltan los luceros relumbrosos;

Y mis ojos con llanto se oscurecen,
Porque no encuentran á su dueño amado,
Y en triste sombra ¡ay míseros! perecen.

¿En dónde estás, mi bien? desatentado
Corro en tu busca con dudosa planta,
Y torno, y no te encuentro, desdichado.

¿Quién te roba á mi amor con fuerza tanta
Que á arrancarme no vienes compasiva
El áspero dogal de la garganta?

¿Tal vez, tal vez la saña vengativa
De algun duro tirano te detiene,
Y que consueles mi afanar te priva?

¿Tal vez me has olvidado, y te entretiene
Alguno más dichoso?... ¡Oh Dios!... Perdona:
Siempre el tierno amador recelos tiene.

Noche, noche terrible, tu corona
De altas estrellas hunde en Oceáno,
Y contigo el horror que me aprisiona.

Y brille en el Oriente el soberano
Resplandor de Titan, y su luz pura
Rompa de mis sospechas el arcano:

Y vuelva yo á gozar de la hermosura
De mi Olimpia adorada, y su terneza
Compense mi afliccion y mi amargura.

Vuela, oh noche fatal, y con presteza
Llévate mi tormento y mis temores,
Y de mis crudos hados la aspereza.

Y á tí, sueño apacible, de tus flores
Una guirnalda tejeré olorosa,
Si templas mis cuidados roedores.

Ven ¡ay! ven á mi ruego. Presurosa
Huirá la noche en viéndome en tus brazos,
Y calmarás mi angustia congojosa.

Tú sabes dulce apresurar los plazos
De penas y dolores: ven callado
Y envuélveme amoroso entre tus lazos.

Mas ¡ay! que huyes tambien apresurado,
Y te alejas de mí con raudo vuelo
De mis ásperas penas asustado.

Y la noche reacia enluta el cielo,
Y retarda cruel su paso mudo,
Como si se gozara en mi desvelo.

Volad, horas terribles... ¡Oh sañudo
Furor del hado!... Noche perezosa,
Jamás cual hoy sentí tu rigor crudo.

Ya me asaltó tu sombra temerosa
En medio de las ondas de Oceáno,
En tempestad horrísona y fragosa,

Y desprecié la furia del mar cano
Y el ronco són del desatado Noto
Y el negro aspecto del escollo insano.

Y ví tranquilo al tímido piloto
Pálido alzar al alto firmamento
Temblantes manos y ferviente voto.

Tambien tendiste por el vago viento
Tus negras alas y tu sombra triste
Con silencioso y presto movimiento,

Y entre yertos cadáveres me viste
Herido, y combatir la muerte fiera,
Y pavor á mi pecho no impusiste.

Y pasé de tu plazo la carrera
Entre confusa plebe amotinada
Del aurífero Tajo en la ribera.

Y la pasé con planta fatigada
Solo, descaminado, perseguido,
Huyendo del poder la fuerza airada:

Mas nunca, ¡oh noche! tan tremenda has sido
Para mi corazon; nunca tan lenta
Para darme tormento has discurrido.

¡Ah! que ya al escuchar cual se lamenta
Mi espíritu abatido se enternece,
Y recoge sus sombras y se ausenta.

Sí, ya el rosado oriente se esclarece,
Y la primera luz del nuevo dia
A mis cansados ojos resplandece.

Saca tu blanca faz, aurora fria,
Y muéstrame do está mi Olimpia hermosa,
Y consuela risueña el ansia mia.

Mas si la airada suerte rigorosa
De su luz para siempre me ha privado,
No ostentes, no, la tuya esplendorosa,
Déjame en noche eterna sepultado.

1819.



ROMANCE

¿Ves, Olimpia encantadora,
Cuán amorosas las hiedras
Enlazan los recios troncos,
Que Tajo apacible riega?

Pues del tiempo el curso airado
No rompe union tan estrecha;
Antes con vínculos nuevos
Más la afirma y encadena.

En mis inocentes años,
Cuando mis contentos eran
Correr tras las mariposas
Por esta risueña vega,

Deshojar las rosas lindas,
Que esmaltaban sus florestas,
Y hacer casitas y torres
Con este barro y arena;

Ya ví estos troncos vestidos
De las mismas fieles hiedras,
Aunque tal vez más lozanas,
No en union ménos estrecha.

¡Cuántos mayos han pasado
Desde aquel tiempo! Contempla
Cuántos sucesos diversos,
Cuáles trastornos y guerras.

Fuentes que ví engalanadas
De claros raudales llenas,
Míralas rotas y hundidas,
Y abandonadas y secas.

Los edificios soberbios
Que honraban estas riberas,
Yacen en tristes rüinas,
Que de espanto el pecho llenan;

¡Y qué de altivos colosos
Que tocaban las estrellas,
Fugaces desparecieron
Como la delgada niebla!

¡El curso de pocos años
Cuál ha mudado esta tierra!
Jóven soy, más yo la he visto,
De lo que hoy es bien diversa.

¿Y sólo el amor subsiste
Que enlazó estas alamedas
Con los venturosos nudos
Que tan firmes se conservan?...

Lo que eterno parecia,
Deshízose con presteza,
Y sólo duran los troncos
Abrazados de las hiedras.

Y si alguno se ha secado,
No le abandonaron ellas;
Y si hay alguna marchita,
Ellos firmes la sustentan:

Como diciendo á la muerte:
No tememos tu crudeza,
Que miéntras el uno exista,
Los lazos seguros quedan.

¡Ay! ejemplo de los nuestros,
Oh mi Olimpia, siempre sean:
Y así unidas nuestras almas
Vivan edades eternas.

Aranjuez, 1819

SONETO

Olimpia bella cual la fresca Aurora,
Gentil más que la cándida azucena
Que de fragancia y granos de oro llena,
En el verjel descuella triunfadora:

Ten compasion de quien rendido adora
Tu imágen celestial, y la cadena
Que en mi cuello infeliz áspera suena,
Torna en guirnaldas que me envidie Flora.

Sí, Olimpia, sí: tu plácida hermosura
No puede en sí abrigar alma de acero,
Muévate mi pasion sublime y pura.

Premie tu amor mi amor firme y sincero;
¡Ay! si te muestras á mi llanto dura,
Verás, cruel, como á tus plantas muero.

1819

ROMANCE

¿Qué importa, adorada Olimpia,
Que la suerte nos arranque
De las riberas de Tajo,
Y nos lleve á Manzanares?

¿Qué importa mudar de sitio,
En tanto que no se aparten
Nuestros tiernos corazones,
Nuestras firmes voluntades?

No las flores matizadas
Que en estas orillas nacen,
Dando contento á los ojos,
Dando fragancia á los aires,

No las frescas alamedas
Que se elevan arrogantes,
Pobladas sus verdes cimas
De canoras dulces aves,

No de Tajo delicioso
Los apacibles raudales,
No los pintados verjeles
Que adornan su rica márgen,

Causan el dulce contento,
Forman el gozo envidiable,
Que se anida en nuestras almas
Sencillas, tiernas y amantes.

Doquiera, adorada Olimpia,
Que el destino nos arrastre,
Allí seremos dichosos,
Miéntras amor nos enlace.

Goce yo la pura lumbre
De tus ojos divinales,
Goce ver tu hermoso seno
Siempre por mí palpitante;

Oiga tus ardientes labios
Decirme amores suaves,
Suspirar celosas quejas,
Constancia eterna jurarme;

Y mas que el hado enemigo
Furioso nos arrebate
A las arenas de Libia,
O á las nieves de los Andes.

1819

A OLIMPIA

Dulce señora mia,
Más lozana y gentil, y más hermosa,
Que al despuntar el dia
Se muestra por abril purpúrea rosa:
¡Cuán venturoso vivo
Desde que soy de tu beldad cautivo!

¡Felice cautiverio
Más que la libertad! De él no saliera
Si el soberano imperio
Del anchuroso mundo me valiera,
Que es triunfo gloríoso
Esclavo ser de dueño tan hermoso.

El soberbio tirano,
A quien se humilla el apartado Oriente,
Y perlas el mar cano
Tributa, y Tíbar oro refulgente,
Su alta soberanía
Gozoso por mi suerte trocaria.

Porque ¿quién ¡oh señora!
Puede anhelar más gloria, que humillado
Mirar la encantadora
Beldad vuestra, rindiendo encadenado
El alma y albedrío
A vuestro delicioso señorío?

Y contemplar humilde
La majestad y gracia del semblante,
Y el fuego irresistible
De los modestos ojos, y el crispante
Y nítido cabello
Que orna la frente y el gallardo cuello?

Y ese pecho divino
Que vence en candidez al alba pura,
Y el talle peregrino,
Y el soberano todo y compostura,
Y la mano de nieve,
Y el brazo de alabastro, y el pié breve?

Y ¿qué dicha más alta
Que escuchar embebido vuestro acento,
Do esplendente resalta
El noble y generoso entendimiento,
Que os dió naturaleza,
La discrecion uniendo á la belleza?

Si mil cuellos contara,
Todos á vuestro yugo, ¡oh mi señora!
Ufano presentara;
Pues desque á vuestra planta encantadora
Me rendí por cautivo,
Feliz, glorioso, y envidiado vivo. 1819

CANTILENA

Mil veces venturoso
Y mil, amada Olimpia,
Quien goza tus encantos,
Y para tí respira.
Suspirar á tu lado,
Mirar tu faz divina,
Ver palpitar tu seno
Que es de Dïone envidia,
Sentir el dulce rayo
Con que tus ojos brillan,
Enardecer tu pecho,
Llenar tu fantasía,
Escuchar de tu boca
Palabras expresivas,
Merecer tus cuidados,
Disfrutar tus caricias,
Fuera ¡ay! el bien supremo
Y el colmo de mi dicha. 1819.

SONETO

Jamás marchite tu beldad lozana
El tiempo volador, Olimpia mia:
Tus ojos siempre al luminar del dia
Ofusquen, y tu frente á la mañana.
Brille eterna en tu faz la nieve y grana,
Y placeres revuelen á porfía,
Trisquen las gracias, y el amor sonria
En torno á tu belleza soberana.
Y el claro sol en el risueño oriente,
Mil y mil veces de esplendor vestido,
Tu fiesta anuncie grato refulgente:
Mas venga ¡ay! á mirar correspondido
Por tí, mi tierno amor puro y ardiente,
De los tiempos triunfando y del olvido. 1819.





ADELFA

EGLOGA

(Imitacion de Pedro de Espinosa)

Poeta—Lauriso—Mirtilo

POETA

Si el ronco acento de la lira mia
Consiguió venturoso interesarte,
Olimpia bella como el claro dia,
Tu amor cantando, y el furor de Marte;
Estos humildes versos, que Talía
Me dictó acaso, logren agradarte:
Y escucha al són de la campestre avena
De mis zagales la cancion serena.

Una cansada y perezosa siesta
Cuando el ardor del encendido Febo
Las fuentes disminuye, el campo tuesta,
Y no consiente á los ganados cebo;
A buscar el ambiente en la floresta,
Lauriso, gallardísimo mancebo,
Orillas de un arroyo sosegado
Encaminó su retozon ganado.

Tal vez allí gozando la frescura
El gracioso Mirtilo se encontrara.
Ambos jóvenes eran, y en dulzura
Para el canto, ni Pan les igualara.
Al pié de un olmo cuya verde altura
Les daba grata sombra, y de la clara
Corriente al resonar, así cantaron,
Y las Ninfas del bosque lo escucharon.

LAURISO

No sólo allá en las cortes y ciudades
Ejerce el crudo amor sus tiranías,
Ni el insano rigor de sus crueldades
Ostenta en las florestas y alquerías;
En los pechos tambien de las deidades,
Y entre las ondas de las aguas frias,
Del duro amor el insaciable fuego
Enciende con su flecha el niño ciego.

Por verde prado y suelo delicioso,
Que Flora esmalta con matiz divino,
Para unirse á Neptuno proceloso
El ancho Bétis tuerce su camino.
Y á registrar su estado poderoso
Sacó la faz del seno cristalino
Una tarde tal vez, y acaso viera
A la zagala Adelfa en su ribera.

Sus ojos al momento el Númen ama,
Que le abrasaron con su dulce fuego,
Y ardiendo del amor en viva llama
Perdió la régia calma y el sosiego.
Su tierno pecho con la ausencia inflama,
Y á fuer de amante con humilde ruego
Sale á la orilla, y entre blandas flores
Así rendido explica sus amores:

MIRTILO

Vuelve ¡oh mi sol! alegra esta ribera
Con pura luz de tus hermosos ojos.
Torna, zagala; tu crueldad no quiera
Con desdenes causarme más enojos.
Ven á gozar tranquila y placentera,
A tus plantas rendida por despojos,
De mi riqueza la abundante fuente,
Que para tí la guardo solamente.

No nacen en mi orilla carrizales,
Ni frágiles helechos, ni espadaña;
Mosqueteros y mirtos y rosales
Son los que mi corriente copia y baña.
Sauces, olmos, laureles eternales
Pueblan en vez de la flexible caña
Mi alegre márgen, que en mi régio asiento
Jamás groseros vástagos consiento.

Jacintos y claveles carmesíes,
Rojos carmines, blancas azucenas,
Morados lirios, jaldes alhelíes,
Frondosas parras, frígidas verbenas,
Y maravillas, gualdas y turquíes,
Esmaltan mis dos márgenes amenas,
Que desde el punto que tu ausencia vieron
Mustias quedaron, su esplendor perdieron.

Por lo mejor de Hesperia se derrama
Mi corriente feliz, en todo el mundo
Mi poder suena y mi esplendente fama,
Igual á la del piélago profundo.
En cuanto ve del sol la eterna llama
Respétase mi nombre sin segundo:
Y humildes el ocaso y el oriente
Me dan tributo de metal luciente.

Al mismo mar no cedo en poderío,
Que si enojado con mi corva orilla
Salgo, cual suelo por diciembre frio,
El monte enhiesto á mi furor se humilla.
A mi rugiente y espumoso brio
Tiembla asustada la imperial Sevilla,
Y el pino, que es honor de la montaña,
Vuelco en mi espuma como frágil caña.

En medio de mi frígida corriente
De fábrica divina es mi palacio:
Son las columnas plata refulgente,
Son las cornisas nácar y topacio.
Y la soberbia bóveda eminente
Que cierra en torno el atrevido espacio,
Follajes de carámbano, guirnaldas,
Donde brillan turquesas y esmeraldas.

Mis arenas copiosas de abalorio
Y de cándidas perlas y corales:
De los dioses asisto al consistorio,
Que no son más que yo, son mis iguales.
No es mi poder, cual juzgas, transitorio,
Que en las altas esferas celestiales,
Donde Júpiter mora sobre el viento,
Tambien como inmortal tengo mi asiento.

Mas ¿qué es esto sin tí, linda pastora?
¿Qué es esto sin gozar de tus caricias?
Todo por tí lo abandonara ahora
Que en tu amor solo cifro mis delicias.
Zagala, ven: atiende al que te adora,
¿Por qué mi amor ingrata desperdicias?...
¡Ay cuántas ninfas por lograrlo hicieran
Mi gusto, y por felices se tuvieran!

Aglaura, la graciosa Deyopea
El dulce amor que te consagro envidian,
Y unidas con la blanca Galatea
Para ablandarme de consuno lidian:
Mas como amarte mi destino sea,
Sus importunaciones me fastidian:
Harto lo advierten, llóranlo, y cansadas
Se esconden en mis selvas apartadas.

Ven, responde á mi amor... ¿Amas las flores?
Mi márgen con tu luz esclarecida
Te las dará tan lindas en colores
Como tu gusto ó tu capricho pida;
El aura inundarán con sus olores,
Y si de ellas tu frente veo ceñida,
Despreciaré las que desparce Flora,
Las que en el seno brillan de la aurora.

¿Te divierte el cazar? Un bosque umbroso
Consagraré á tu nombre, donde halles
El ágil ciervo, el jabalí espumoso,
Mejor que de las sierras en los valles:
Do jamás éntre el sátiro amoroso,
Y de altos olmos en torcidas calles
Las tórtolas amantes aprisiones,
O al descanso tranquila te abandones.

¿Quieres mando y poder? Tuyo es el mio.
¿Quieres nombre inmortal, eterna fama?
Los dulces cisnes que en mi curso frio
El fuego excelso de Helicon inflama,
De su canto sublime al poderío
Tu nombre harán eterno, y esta llama
En que ardo yo por tí... Mas ¿no respondes,
Y á mi cariño y á mi afan te escondes?...

Ten lástima, cruel, de un desdichado
A quien arrebataste su sosiego,
Ven á ser la señora de mi estado,
Ven á gozar de mi cariño el fuego:
Si mi excelso poder no te ha obligado,
Muévate el escuchar mi humilde ruego:
Cáusete compasion mi tierno llanto,
Oye al ménos las quejas de mi canto.

LAURISO

Así cantaba el dios; su amarga pena
Comunicaba al apacible viento;
Los altos olmos de la orilla amena
Mostrábanse movidos del lamento;
El aura leve de fragancia llena
No causaba en las hojas movimiento,
Y los azules peces se paraban
Y los dulces amores escuchaban.

Una tarde tal vez, que de amaranto
Los celajes levísimos tiñera
Febo desde occidente, el dulce llanto
Bétis y el blando ruego repitiera:
Cuando el hermoso objeto de su canto
Dejóse ver en la feraz ribera,
Rozagante llenándose la falda
De flores, para hacer una guirnalda.

En la ya mustia y marchitada orilla,
Al ver la linda faz de Adelfa hermosa,
Con nueva y pura luz el aura brilla,
Se engalana la selva silenciosa,
Brota el suelo á su planta manzanilla,
Y la azucena y la purpúrea rosa
Tornan á demostrar su nieve y grana,
Cual si vieran la luz de la mañana.

El manso aliento de Favonio blando
Tornó halagüeño á conmover las flores,
Y las graciosas alas agitando
Esparció los balsámicos olores.
El amoroso ruiseñor, juzgando
Que tornaban de nuevo los albores
Que dan principio al esplendente dia
Sus trinos deliciosos repetia.

Mírala Bétis, torna al llanto luégo,
Y la inocente Adelfa se sonroja,
Y el dios ardiendo en insaciable fuego,
Tanta esquivez y ceño le acongoja:
Y al ver que nada alcanza con el ruego,
Y que la ingrata con su amor se enoja,
Grabó la planta en la mojada arena
Hollando el amaranto y la verbena.

«Por fuerza, dice, me querrás, pastora,
Que yo sabré domar tu ceño esquivo.»
Y tras ella con planta voladora
Corre veloz, en ademan altivo.
Adelfa al verlo cerca, triste llora,
Y apresura su curso fugitivo
Tímida, sin aliento, presurosa,
Cual huye del lebrel cierva medrosa.

Y viendo que la alcanza el dios, alzando
Ambas manos al cielo: «Diana, dice,
Que los montes y selvas fatigando
Tu labio al torpe forzador maldice:
Recuerda que me ves entre tu bando,
Sé escudo impenetrable á esta infelice.»
La diosa oyó su ruego, socorrióla,
Y en la flor de su nombre convirtióla.

En esa flor hermosa que conserva
Triste la faz, la condicion esquiva;
Bella á los ojos y apacible yerba,
Mas lleno el tallo de ponzoña activa;
Graciosa de color, de gusto acerba,
Del sol resiste la calor estiva;
No la pace el ganado, ni las aves
Desde ella entonan cánticos süaves.

POETA

Esta fué, bella Olimpia idolatrada,
La cancion que entonaron los pastores
Miéntras la vega estuvo marchitada
Del sol con los radiantes resplandores;
Y viendo que la siesta era pasada,
Coronados de lauro, mirto y flores,
Con amorosa muestra se abrazaron,
Y aquel sombroso sitio abandonaron. 1819

CANTILENA

¿Ves, adorada Olimpia,
Cuán fugaz y ligero
Saturno inexorable
Apresura su vuelo?

A su aspecto sañudo
Todo pasa cual sueño,
Que nada se resiste
A su furor tremendo.

Ríndese el necio orgullo
De los hombres soberbios,
Ríndese el poderío,
Ríndese el alto imperio.

Altivos edificios,
Y pomposos trofeos,
Saber, fortuna, gloria,
Todo lo hunde violento.

Montañas en llanuras,
Ciudades en desiertos
A su impulso se tornan,
Se cambian á su esfuerzo:

Mares en ricos prados,
Prados en mar inmenso:
Todo, todo á su curso
Está, Olimpia, sujeto.

Todo lo está á su furia,
Mas no lo está mi pecho,
Ni el amor ardoroso
En que por tí me quemo.

Deslízanse las horas,
Los dias van huyendo,
Corren con paso mudo
Los deleznables tiempos.

Y yo firme te adoro,
Y en más voraz incendio,
Cada instante abrasarse
Mi corazon advierto.

Tal vez el tuyo ingrato
Convertiráse en hielo,
Te cansará mi lloro,
Veràsme con desprecio.

Odiarás mi memoria,
Serás ¡ay! de otro dueño:
Y yo triste, y constante,
Me abrasaré en tu fuego.

A climas apartados
Me arrastrará violento
El destino terrible,
O acaso mi despecho:

Y ausente de tus ojos,
Y de tu encanto léjos,
Te amaré desdichado,
Por tí arderá mi pecho.

La vejez enojosa
Vendrá con paso lento
Marchitando las flores
Que hora son tu recreo:

Las ilusiones dulces,
Los goces placenteros,
De su rugosa frente
Huirán, y de su ceño.

Blancos cual nieve pura
Tornará mis cabellos,
Y por tí, Olimpia mia,
Se abrasará mi pecho.

La muerte inexorable
Con su brazo de hierro
Segará mi garganta,
Me hundirá en largo sueño:

Y el alma separada
De mi infelice cuerpo,
Te adorará por siempre
Con un amor eterno.

Y en la callada noche,
Cuando reina el sosiego,
De la argentada luna
Al pálido reflejo,

Vendrá, ya leve sombra,
En las alas del viento,
De Tajo venturoso
A los bosques amenos:

Y con hondo alarido,
Perturbando el silencio
De las tranquilas horas
De reposo y de miedo,

Olimpia, Olimpia amada,
Dirá, y oirálo el eco,
En torno el aura dulce
Olimpia repitiendo.

1819.

SONETO

Por más que el Noto silbador pelea
Con el añoso roble, que eminente
Alza en la selva la pomposa frente,
Vana es la fuerza que en troncharlo emplea.

Por más que el mar horrísono blanquea
Contrastando la roca permanente,
Su inmoble resistir firme y valiente
Muestra cuán vano el combatirlo sea.

Así al suspiro de mi ardiente boca
Miro á mi Aspasia en roble convertida,
Y á mi llorar en inmutable roca.

Y ántes acabará mi triste vida
La desesperacion que en mí provoca,
Que logre verla á mi pasion rendida.

1819

LAMENTO NOCTURNO

Noche serena y pura,
Y vosotras, ¡oh estrellas!
Que brillais en el cielo vagaroso,
Desde la inmensa altura
Trémulas luces bellas
Al suelo dando, y plácido reposo:



Si el llanto congojoso
De amantes desdichados
Escuchais compasivas,
Atended ¡ay! las vivas
Penas que me devoran, y cuidados:
Vereis ¡oh cruda suerte!
Que amo, y amado soy, y ánsio la muerte.

Y tú, luna argentada,
Que blanca resplandeces,
Húmeda, y silenciosa, y sola, y fria
En tu rueda elevada,
Y la nieve esclareces
De las cercanas cumbres de Fonfria;
Tú, que á la diosa mia
Lánguida te asemejas,
Y tú, que amada fuiste,
Y que tambien vertiste
Llanto de amor en angustiadas quejas;
Oye, que el manso viento
Te llevará en sus alas mi lamento.

¡Ay que en el pecho mio
La más vehemente llama
Arde, que ardió jamás en pecho humano:
La que en su poderío
Con más rigor inflama
La ardiente flecha del amor tirano!

Y el dueño soberano
Por quien me abraso y muero,
No esquivo y desdeñoso,
Sino blando, amoroso,
Cual yo, siente el ardor del niño fiero,
Y ambos nos abrasamos,
Y en un mar de desdichas naufragamos.

La horrenda tiranía
De los hombres crueles
Frustra las miras del benigno cielo,
Y en mísera agonía
Pone dos almas fieles,
Que en amarse cifraban su desvelo,
Y en llanto y desconsuelo
Las hunde airada y fiera,
Y bárbara se aplace
Al mirar cual deshace
Los lazos que natura entretejiera,
Siempre contradiciendo
Sus sábias miras, con rigor tremendo.

¿Y puede algun contento
Gozar el pecho mio?...
Juzgadlo vos, del cielo lumbres claras,
Que escuchais mi lamento,
En vuestro cerco frio,
Compadecidas de mis penas raras.
Amor, si incienso y aras
Te elevan los humanos,
Y cual Dios los admites,
¿Por qué, dime, permites
Que manden en tu fuego los tiranos,
Robándote caricias,
Y tornando tormentos tus delicias?

Avecillas dichosas,
Que en vuestro pobre nido
Hallais á vuestro gusto compañía,
Y tiernas, y amorosas,
Sueño no interrumpido
Gozais tranquilas hasta el nuevo dia;
Sin que la fuerza impía
A entregar os obligue,
Con bárbaros rigores,
Vuestros dulces amores,
A quien os tiraniza y os persigue:
Vosotras, de mi pena
Juzgad, y del dolor que me enajena.

¡Oh hiedras fortunadas!
En el bosque sombroso
Libres naceis, y libres os es dado
Buscar enamoradas,
El árbol generoso,
Que ha de verse con vos engalanado:
Y el tronco bienhadado
Abrazais cariñosas,
Sin que el poder sañudo
Os obligue á otro nudo,
Y así creceis lozanas y pomposas,
Siendo en las soledades
Ejemplo del amor largas edades.

Mas ¡ah! que ya el oriente
La soñolienta aurora
Esmalta, con sus puros rayos de oro,
Y de púrpura ardiente
Los celajes colora,
Y aun inunda mi faz amargo lloro.
Ya huye el alto coro
De lustrosas estrellas,
Que oyeron mi agonía:
Pero aunque venga el dia,
¿Pueden cesar mis ásperas querellas?
¡Ay! jamás mi quebranto
Puede aliviarse, ni cesar mi llanto.

1819.

ROMANCE CORTO

Apacible rio,
Venturoso Tajo,
Que por la ancha vega
Te deslizas manso:
Deten tu corriente,
Retarda tu paso,
Y de estos jardines
Goza los halagos.
Mira que en Toledo
Te están aguardando,
Armados de furia
Desnudos peñascos,
Que romper desean
Tus cristales claros.
¿A qué te apresuras
Por ir á encontrarlos?...

Detente, detente;
¿No ves cuán lozanos
Los olmos pomposos,
Los tilos y lauros
Sus hojas te ofrecen,
Te tienden sus ramos,
De sombra te cubren,
Te brindan descanso?
Si tantas caricias
No bastan acaso
A parar tus aguas,
Venturoso Tajo,
Saca el pecho fuera,
Y el cabello cano
De musgo y corales,
Y flores ornado:
Verás la belleza
Del bien que idolatro.
Verás á mi Olimpia
Gallarda triscando
Por estos verjeles,
Florestas y prados,
Y al ver de sus ojos
Los ardientes rayos,
Que vencen la lumbre
Del rey de los astros,
Su boca risueña,
Su pecho nevado,
Su cándido cuello,
Su talle gallardo;
Detendrás gozoso
Tus raudales mansos,
Y el rico tributo
Que das á Oceano;
Por verla, admirarla,
Gozar sus encantos,
Rendirle tus dones,
Llamarte su esclavo.

1819.

ROMANCE

¿Por qué pretendes, ingrata,
Que se esparzan por el viento
De mi labio las canciones,
Y de mi lira los ecos?

¿Cómo ha de cantar quien vive
Condenado á llanto eterno?
Canten los que son dichosos,
Lloren los que no en silencio.

¿Son por ventura los dias,
Son los felices momentos,
En que embebida escuchabas
Mis amores y mis versos?...

¿Son las horas fortunadas,
En que en dulce llama ardiendo,
Por mí lloraron tus ojos,
Por mí palpitó tu seno?

¿Son los instantes de gloria,
En que todo el universo,
Envidiando mis fortunas,
Las contemplaba con ceño?...

¿Son por dicha?... ¡Oh Dios!... Perdona:
No sé si son, ó si fueron,
Tu corazon te lo diga,
Pregúntaselo á tu pecho.

Si no son... ¡horrible idea!
Antes, retumbando el trueno,
Lance sobre mí cuitado
La llama voraz del cielo.

Si no son, mira y contempla
El mar de horrores inmenso,
En que sumerges mi vida,
De mis amores en premio.

Mira dó están tus promesas,
Dó tus amantes extremos,
Dó tus lágrimas falaces,
Que tan felice me hicieron.

Y gózate en mis desdichas,
Si se cifra tu contento
En atormentar las almas,
Y en envenenar los pechos.

Y al escuchar en mi lira
Las canciones, que otro tiempo
Canté, de ilusiones dulces
De eterna ventura lleno;

Recuerda con risa amarga
Mi amor y delirio ciegos,
Y cuán feroz has jugado
Con mis firmes sentimientos.

1819.

LAMENTACION

¡Ay! que en mi labio demudado y frio
El delicioso canto
Se torna sollozar, el crudo llanto
Inunda el pecho mio,
Y con trémula mano
Del arpa de marfil recorro en vano
Las dulces cuerdas de oro,
Que mudas no responden,
Y sus ecos esconden,
Tal vez medrosas de mi acerbo lloro.
¿Y qué, amable armonía,
Tu bálsamo süave así me niegas?
¡Oh! ven á consolar el alma mia.

¡Cuán tierna y grata en las frondosas vegas
De Tajo delicioso
Me prodigabas tu sonoro encanto:
Cuando á la par de mi tirano hermoso
Los verjeles y selvas recorria,
Al despertar la rozagante aurora,
Al vivo ardor del luminar del dia,
Al extender su tachonado manto
La noche sosegada,
Y al blanco brillo de apacible luna!

¡Ay, áspera fortuna,
Y cuán fugaces fueron
Las horas de placer!... Ellas volaron
Con ala rapidísima, y huyeron,
Y mi dicha y mi bien me arrebataron.
¿Y ya no son los plácidos instantes
De una ventura, que eternal creia?...
¿Los momentos pasaron
En que inundado de dulzor mi seno,
Del labio ardiente de mi bien bebia
Amor, delicias y fatal veneno?

¿No son?... ¿No tornarán?... ¡Horrible idea!..
Antes la muerte su guadaña vibre
Sobre mi cuello, y el amparo sea
Que de tormento tan atroz me libre.
No son, no tornarán; harto lo afirman
Tu aspereza y desden, ¡oh bella ingrata!
Ya no palpita tu divino pecho
Al escuchar mi voz, ya en dulce llama
No arden tus bellos ojos al mirarme
Temblando de congoja y de despecho.
El tedio por tus venas se derrama,
Y se pinta en tu ceño desdeñoso,
Cuando escuchas mi acento lastimoso;
Y te desdeñas ¡ay! de consolarme,
Y huyes de mi gemido,
Cual de sierpe maléfica al silbido.

¡Qué afan!... ¡Cielos! ¿Acaso
Mi constante pasion, mi fe sincera
Merecen premio tal?... Inadvertido
Lá ví, la amé, y el alma, el alma entera
Le dí, y el corazon... ¡Oh cuán dichoso
Al ser suyo me hallé!... Cuando anhelante
Su pecho palpitante
Felicidad sin fin brindando al mio,
A sus blandas caricias
Un mar desconocido de delicias
Presentóse á mi ciego desvarío!...
En él ¡ay! me arrojé, y en él dichoso
Ví arder sus ojos de esplendor vehemente,
El amoroso afan orlar su frente,
Y escuché de su labio purpurino:
¿Quién ama como yo? Jamás mi seno
Sintió cual siente de ventura lleno:
Tú eres el bien que me formó el destino.
Tales palabras mágicas brotaron

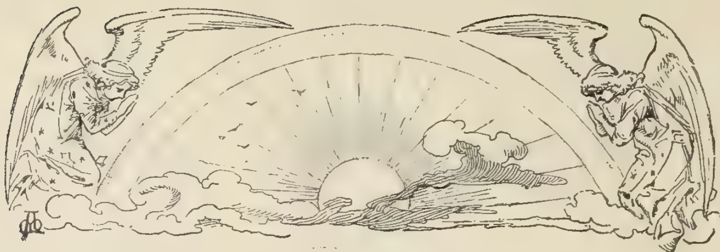
De la boca de Olimpia, y en mi pecho
Ciego delirio y perdicion sembraron.

Ciego delirio y perdicion. ¡Ay triste!...
Su ardor y sus palabras, ¿qué se han hecho?
¿Qué se han hecho?... ¿Lo dudo?... Nunca: existe,
Y ellas viven tambien. Su labio hermoso
Jamás vertió el aroma ponzoñoso
De vil simulacion. Fiel me asegura
Que premia mi pasion sublime y pura,
Que me amará sin fin, y que algun dia...
¡Oh ilusion que embriaga el alma mia!

Mas ¡ay! ¿Si ella me adora,
Si mi felicidad solo es su anhelo,
¿Qué turba ¡oh Dios! su faz encantadora?
¿Qué motiva su llanto y su desvelo?
Tal vez le mueven mis amargas penas,
Tal vez enjuga mi abundante lloro,
Me prodiga caricias,
Renueva mis delicias,
Fe constante me jura,
De su amor me asegura,
Soy dichoso un instante,
En guirnaldas se tornan mis cadenas,
Y á su amor me abandono palpitante;
Cuando de pronto miro
Morir el fuego que en sus ojos brilla,
Marchitarse la rosa en su mejilla,
Velar su frente el tedio, y un suspiro
En sus labios ¡ay! suena,
Y por más que advertida la refrena,
Alguna acerba lágrima aparece,
Que sepulta mi dicha, y me estremece.

¡Ah, qué cruel tormento!...
Mas ¿adónde me arrastra mi delirio,
Que en bárbaro martirio
Deslizarse las lentas horas siento?...
¡Ay!... ¡Olimpia!... Perdona mis querellas,
Y no te ofenda mi pasion con ellas.

1819





Á OLIMPIA

¡Ay! que mi pecho mísero te adora,
Y ardo como jamás por tí perdido,
Ingrata y hermosísima señora.

¿Y me abandonarás? ¿Y en hondo olvido
Sepultarás mi dicha, y los amores
Que tanto tiempo tu delicia han sido?

Tente, tente, cruel, y no las flores,
Que con mano afanosa cultivaste,
Siegues hoy, despreciando sus colores.

No apagues ¡ay! la llama que cebaste
Tú misma, sí, tú misma con tu fuego,
Y que guardarla eterna me juraste.

Muévate á compasion mi humilde ruego,
Mi bárbaro penar, y el crudo llanto
Con que tus manos y tus plantas riego.

Mira cómo la fuerza del quebranto
Mi juventud agosta, y lentamente
Me arrastra hácia los reinos del espanto.

Mira sin lustre mi lozana frente,
Mi faz de angustia y palidez cubierta,
Y mi labio marchito y balbuciente.

Y en tan terrible turbacion no acierta
Más que á gemir mi acongojado pecho,
Gemir que indignacion en tí despierta.

¡Oh terrible mujer! ¿Y qué se han hecho
Tus promesas, tus lágrimas traidoras?
¿Qué fuerza nuestros lazos ha deshecho?

Pasaron ¡ay! fugaces, voladoras,
De encanto, de placer y de alegrías
Las fortunadas apacibles horas.

Huyeron ¡ay! los venturosos dias
En que anhelante, enardecida, loca,
Constancia sin igual me prometias:

En que escuchando de tu ardiente boca
Tanto amor, tan sagrado juramento,
Te juzgaba más firme que la roca.

Y levantaba osado el pensamiento
A un delicioso porvenir, fundando
Altas soberbias torres en el viento.

Mas ¿para qué mi mente recordando
Aquellas ilusiones engañosas,
Está mis crudas penas agravando?

¿Por qué intento con quejas lastimosas
Lograr, beldad cruel, que no desvies
De mí tu amor y gracias deliciosas,

Si desprecias mi acento, y te sonries
¡Oh bárbara crueldad! al llanto mio,
Y de tu triunfo con placer te engries?

¡Tirano amor!... ¡Ah ciego desvarío!...
¿Do apagaré este ardor que me devora?. .
¿Dónde huiré, dónde de tu ceño impío?

¿Iré tal vez con planta voladora
A la Zembla polar al sol vedada,
Do noche eterna entre las nieves mora?

¡Ay! que el rigor de aquella mar helada
No templará mi fuego: en sus riberas
Arderá mi pasion infortunada.

¿En frágil nave surcaré las fieras
Aguas del Ponto horrísono y rugiente,
Despreciando sus ondas altaneras?

En el desierto mar, del Occidente
En las remotas playas sólo amarte
Y quejarse sabrá mi pecho ardiente.

¿Cuál es del orbe extenso aquella parte
Do tu amor no me siga y tus rigores;
Do logre ¡ay Dios! del corazon lanzarte?

Huiré, cual de los duros cazadores
Cierva infeliz, á quien taladra el seno
Enherbolada flecha entre dolores,

Que huye, y su daño aumenta, y el veneno
En las entrañas lleva, y de gemidos
En vano deja el bosque oscuro lleno.

Muerte, muerte y no más. Encrudecidos
Tal remedio los hados me presentan,
Y sus decretos se verán cumplidos.

Tus altivos rigores, que se aumentan
A la par de mi fuego inextinguible,
Las penas, que en mi pecho se alimentan,

Ya me arrastran con fuerza irresistible
Al seno oscuro de la tierra fria,
De eterno sueño á la mansion terrible.

Sáciese tu crueldad y saña impía:
Pronto verá mi tumba esta ribera,
Que engañada envidió la dicha mia.

Y condolidos de mi suerte fiera
Entonarán sobre ella los pastores
Cánticos mil con lira lastimera.

Y esparcirán piadosos blandas flores,
Y *aquí*, llorando exclamarán, *reposa*
Una inocente víctima de amores.

Y entónces tú contenta y orgullosa,
Y con tu triunfo bárbaro engreida,
De mi sepulcro rústico la losa
Vendrás á hollar con planta envanecida.

1819.

SONETO

Lauro y triunfos consiga el ambicioso,
Que de viudez y de orfandad seguido,
Dejando el orbe en llanto sumergido,
Sirve á Marte sañudo y horroroso.

A costa de su sueño y su reposo
Gócese el vil tirano en el gemido
Del miserable, que á sus piés rendido
Le acata, y le maldice rencoroso.

Logre un mar de riqueza inagotable,
Pues que riqueza inútil sólo adora,
El avaro mezquino y detestable:

Y déjenme gozar de mi señora
Los dulces ojos, la sonrisa amable,
Y el brillo de su faz encantadora.

1819.

BREVEDAD DE LA VIDA

De flores odorantes coronada,
De Zéfiro en las alas vagarosas
Viene la rozagante primavera,
De la gallarda Flora acompañada.
Matízase risueña la pradera,
Brota amarantos, lirios y claveles,
Abre su seno cándido la rosa,
Se engalanan florestas y verjeles,
Los árboles pomposos se coronan
De frescas hojas y canoras aves,
Que dulces himnos á la luz entonan,
Llenando el aura de sus trinos suaves.

En pos el seco estío
Marchitando los campos aparece,
Y el don de Ceres ardoroso tuesta,
Retarda el paso el impetuoso rio,
Y amarillea en torno la floresta.
La selva más repuesta
Busca el ganado con sediento anhelo;
Que el padre de la luz el viento inflama,
Marchita flor y rama,
Y lanza sus ardores contra el suelo.

Viene luégo gozoso
El otoño ostentando sus racimos:
El huerto delicioso
Rinde frutos opimos
A Priapo y Pomona,
De pámpanos hermosos se corona
La Bacante gallarda, corre y canta,
El tirso revolviendo,
Los cabellos al aire desparciendo,
Y el prado huella con lasciva planta.

Mas ¡ay! En pos sañudo
Con faz marchita y con rugosa frente,
Llega el invierno crudo
En los brazos del ábrego rugiente,
Que de sus pardas alas
Granizo aterrador sacude al suelo.
El prado abruma de erizado hielo,
El monte oculta entre tronantes nubes
La cumbre helada que luciente brilla.
Desnudo de su pompa el bosque umbroso
Se encorva al peso de la intensa nieve;
Y el Bétis orgulloso

Rompe altanero por su corva orilla
Emulo de Neptuno proceloso,
Y soberbio se atreve
A las nobles almenas de Sevilla;
Y ganados, y chozas, y pastores,
Y antiguos puentes, y robustos pinos,
Barcas y pescadores
Arrástra horrendo en raudos remolinos.

¿Qué se hicieron las flores odorantes
De la lozana hermosa primavera?
¿Qué las espigas del fecundo estío?
¿Qué de otoño las frutas abundantes?
¿Es esta ¡oh Dios! es esta la pradera
Que tan risueña estuvo? ¿Es este el rio,
Que afable vi jugar en sus orillas
Con güaldas y moradas florecillas?

Sí, Dalmiro, estos son: así girando
Los dias sin cesar lo mudan todo,
Y van las estaciones alternando.
Pero ¿qué importa que en vejez la tierra
Llore su brillo y su verdor deshecho
Por las lluvias, y hielos, y huracanes,
Que con tanto rigor le mueven guerra?
Pronto se amansarán, y satisfecho
De su furia el invierno,
Renacerá la hermosa primavera,
Y tornarán los deliciosos dias,
Y brillará apacible el claro cielo,
Y cobrará su juventud primera
Regocijado el suelo:
Que eternas nunca son las nieves frias.

No así las estaciones presurosas
De la vida infeliz de los humanos,
Por más que los halague la fortuna,
Se renuevan tambien. ¡Ay! prestas huyen
Para nunca tornar! Las deliciosas
Risas, y dulces juegos de la cuna
Vuelan fugaces sin volver: las gracias
De la primera edad desparecen;
El entusiasmo, el fuego que engrandecen
La juventud lozana,
Se disipan cual sombra á la mañana,
Y nunca tornan á brillar. ¡Ay! nunca.
Las dulces ilusiones,
Que encantan los sensibles corazones,
Y un mar inmenso de delicia ofrecen,
¡Cielos! tambien perecen
De la vejez al ceño rigoroso,
Que con brazo de hielo
Los encantos que hicieron delicioso
A nuestra vista el existir deshace:
Y rasga el grato velo,
Y horrenda se complace
En mostrarnos de espinas erizado
El mundo, y de maldades habitado.

¡Y es tan corto el espacio, oh cruda suerte,
Que media entre las risas placenteras
De la cuna inocente, y los horrores
De la torva vejez! Dalmiro, advierte
Cuál las horas deslízanse ligeras,
Llevando en pos de nuestra edad las flores.
Apénas ¡ay! la primavera hermosa
De alegre juventud gozar me es dado,
Y ya de mí se aleja presurosa...
Detente por piedad.... ¡Ah!... no me atiende
Y huye, y léjos de mí su vuelo tiende,
Y se apresuran á correr los dias,
Y van con ellos las delicias mias.

1819.

A OLIMPIA

Arde el fogoso oriente
En púrpura bañado
Con la encendida luz del nuevo dia,
Y la aurora esplendente
Sale del mar sagrado
Ostentando su encanto y gallardía;
La crencha de ambrosía
Celestial empapada
Desparce al viento vago,
Vuela al risueño halago
De Favonio su veste engalanada:
Y te mira envidiosa,
Que eres tú más lozana y más hermosa.

En tu frente serena
Nace y cándida brilla
La dulce y pura luz de la mañana:
La nieve y la azucena
Esmaltan tu mejilla,
Templando el fuego de la tiria grana.
Tu boca soberana
Vence á la blanda rosa,
Que abre el preciado seno
De frescas perlas lleno,
Y de suave fragancia deliciosa:
Y si Febo aparece
La lumbre de tus ojos lo oscurece.

Y la celeste llama,
Por cuyo robo gime
El aherrojado Prometeo, ¿dónde
Más luciente se inflama
Que en esa alma sublime,
Tanto que á tu belleza corresponde?
¿Qué á tu ingenio se esconde
Del piélago profundo
Del gran saber humano?
Regir tu hermosa mano
Debiera el cetro del extenso mundo,
Encantador portento
De gracia y de beldad y entendimiento.

¡Oh si grato el destino
Pulsar me concediera
De Terpandro la cítara sonora,
Y aquel estro divino
En mi pecho encendiera,
Que aventaja á la lumbre de la aurora!
Mi voz encantadora
El orbe llenaria,
Tal vez sobrepujando
A la que resonando
En los labios de Píndaro algun dia
De Grecia en las ciudades,
Aún dura combatiendo las edades.

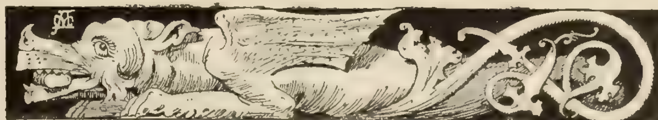
Entónces, sólo entónces
De entonar me juzgara
Digno tu nombre, que rendido adoro.
Y eterno cual los bronces
Mi acento resonara,
Cantando de tus gracias el tesoro.
Y el sacrosanto coro
De la Eliconia cumbre
Se humillara á mi canto,
Y se escuchara en cuanto
Regocija del sol la viva lumbre:
Y desde los triones
Al sur se difundieran mis canciones.

Mas ¡ah! que al contemplarte
Engrandecerme siento,
Y el fuego que en mi pecho amor enciende
Me anima ya á nombrarte,
Y á tu nombre mi acento
Por el espacio fúlgido se extiende.
Ya mis ojos no ofende
Del sol la lumbre pura,
Y los vientos me llevan
Entre celajes á la inmensa altura,
Do mi lira brillando
De Iperion la luz está ofuscando.

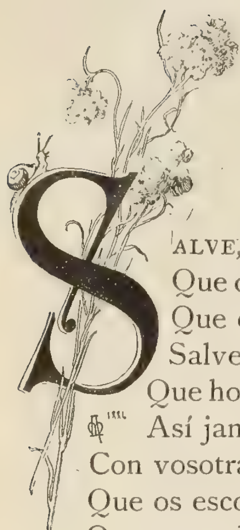
Y á tu encanto divino
Giro el espacio leve,
Esparciendo tu gloria al ancho mundo.
El enhiesto Apenino,
Señor de eterna nieve,
Resuena ya á mi voz. El mar profundo
Tu nombre sin segundo
Hervoroso repite.
Erídano sonando,
Y tu beldad cantando,
Deslizaráse al seno de Anfitrite:
Y el Tíber tus loores
Escuchará envidiando mis amores.

Y pues tu nombre solo
Tan alto me sublima,
Ilustre y hermosísima señora,
Que el rutilante Apolo
En la parnásea cima
Celoso escucha ya mi voz sonora;
Pues de la destructora
Segur del tiempo airado
Por tí libre se mira
Mi humilde y ruda lira,
Ceñida en torno de laurel sagrado;
Sólo se escuche en ella
Tu nombre y mi pasion, Olimpia bella.

1820



A LAS SIEMPREVIVAS



Salve, divinas flores,
Que ornais la más gallarda y linda frente,
Que el sol mira en su curso dilatado:
Salve, y gratas oid vuestros loores,
Que hoy esparce mi labio al puro ambiente.
Así jamás airado
Con vosotras el dueño idolatrado,
Que os escogió para su adorno bello,
Os separe del nítido cabello,
Do brillais gloriosas
Con pompa vuestra y con envidia mia,
Perpétuas venturosas,
Encanto de mi ardiente fantasía.

¿Y qué dichoso amante
Os puede ver sin anhelar ¡oh flores!
Que á vuestra duracion sea semejante
La de sus placidísimos amores?
Sí, hermosas siemprevivas,
No sujetas del tiempo á los rigores
Ni al vuelo de las horas fugitivas.

Apacibles, serenas
Ostentais la beldad que os dió natura,
A la par de la rosa fresca y pura,
De lirios y fragantes azucenas,
Y del clavel ardiente,
Emulo de la llama refulgente,
Y de las otras flores variadas,
Que esmaltan los verjeles y enramadas;
Y tal vez todas con desden os miran,
Porque os negara Flora
El brillo y los balsámicos olores
De sus graciosas alas,
Y las risueñas galas,
Que pomposas ostentan y colores.

Mas ¡ah qué necio orgullo y ufanía!
Comparen su beldad fugaz y leve
Con vuestra eternidad; un plazo breve,
El del más corto y pasajero dia,
Ve nacer y morir á las más de ellas;
Y las que acaso porque no tan bellas
Ni encantadoras son, tienen del cielo
Más larga vida y dilatado vuelo,
O del cierzo helador al silbo horrendo,
U al granizo tremendo
Y á las nieves esquivas,
Y á la aspereza del diciembre frio,
O á los áridos soplos del estío
Mueren al fin.—¿Y cuál, oh siemprevivas,
Por más amada que de Flora sea
Y más aroma y resplandor posea,
Conserva su matiz puro y lozano,
Si de su débil tallo el rudo viento
La separa violento,
O alguna dura y despiadada mano?
Sólo en vosotras tal poder se encierra
¡Oh predilectas hijas de la tierra!

Naceis y no morís... ¡Ah! Mi ventura
Será eterna cual vos?—Vosotras sólo
Naceis y no morís. Por esto acaso
Mi Olimpia idolatrada
Para adornar su espléndida hermosura,
Que no se admira igual de polo á polo,
Os prefirió advertida;
Y os concedió su frente delicada
En guirnalda lucida
Placenteras ceñir; y os dió á su seno
De viva lumbre y de ternura lleno,
Donde os miro dichosas
Envidiables latir y arder. Decidme,
Decidme... ¿Mi ventura
Es tal, que sois emblema gloríoso,
Emblema que mis dichas asegura,
De la constancia de su pecho hermoso?

En él vive mi amor... Cual vos eterno
Jamás se apagará?... Divinas flores,
Flores encantadoras,
¡Ay! servidle de ejemplo á todas horas,
Y no marchite el tiempo los amores,
Que son del alma mia,
El afan, el encanto y la alegría.

Madrid, 1820.



A OLIMPIA

Olimpia, ¿dónde estás?... En vano, en vano
Mis ojos llenos de abundante lloro
Ansiosos en buscarte se fatigan,
Que no te ven. Mi labio balbuciente
Con alto acento sin cesar te nombra,
Y no respondes. ¡Ay!... Corro anhelante,
Y de un secreto impulso arrebatado,
Llego tal vez al sitio en que descuella
Tu soberbia mansion, y á las paredes,
Que tu ternura y mis delicias vieron,
Les pregunto por tí. Recorro en torno
Su recinto exterior, y al ver cerradas
Las altas puertas por do tantas veces
Entré ardiendo en amor, con pié turbado
A adorar tu beldad esclarecida;
Y al notar el silencio pavoroso
Que dentro reina, y al mirar las losas
De do arrancando la sonante rueda
Te alejó á mi cariño; el crudo llanto
Mi faz inunda y mi angustiado pecho.
Y mis trémulos miembros desfallecen,
Hielo mortal discurre por mis venas,
Y giro en derredor la vista, y solo
Me encuentro en ciega y espantosa noche,
Y en yerma soledad. ¿Qué es el bullicio
Del numeroso pueblo, que estas calles
Y plazas llena, y afanoso ocupa
Pórticos y talleres? ¿Qué es su estruendo
Al ausente amador? Silencio mudo
Que ni hiere su triste fantasía,
Ni despertarle logra del letargo
En que se encuentra el triste sumergido.
¿Qué es ¡ay! la luz del sol, cuando á su lumbre
No gozo de tu vista encantadora?
¡Cómo agradable su esplendor divino
Era á mi corazon, cuando anhelaba
Que ardiera en el zenít, para dichoso
A tus plantas volar, mi amor pintarte,
Disfrutar tus caricias deliciosas,
Y ora á tu lado en las frondosas selvas
Ardoroso vagar, ó los liceos
Contigo recorrer, ó bien cobarde
Examinar tu espléndida belleza,
Y cual vive esculpida aquí en mi pecho,
Al lienzo trasladarla, el amor mismo
Grato mi mente y mi pincel guiando!
¡Ay! á tu lado, en tu presencia hermosa,
Escuchando tu acento donde brilla
La gracia y discrecion, ¡cuán dulcemente
Se deslizaban horas apacibles
De gozo y de placer! Risueñas horas,
¿Dónde os podré encontrar?...¿Y dónde ¡oh cielos!
Aquel sabroso y celestial encanto,
Que por todas mis venas discurria
Al verla, al admirarla? ¿Dónde el dulce
Palpitar de mi pecho, y de mi labio
La timidez cuando turbado, ardiente,
Te adoro, en voz sumisa pronunciaba?...
¿Dónde los juegos, dónde los halagos?
¿Dó las riñas de amor, que pasajeras
Como las nubes del sediento estío,
Daban doble valor á las delicias,
Que en pos mi dicha sin igual colmaban?
¡Oh momentos de encanto y de ventura!
¿Cuándo á mí tornareis?... Dulces momentos,
Momentos deliciosos, ¿acompaña
Vuestra memoria, por mi bien, á Olimpia;
Y en tanto que en ligero y raudo curso
El campo corre, los collados pasa,
Cruza los rios y de mí se aleja,

Vuestra memoria y la memoria mia
Llenan su corazon, su pecho ocupan,
Y atrás le hacen volver los ojos bellos
Turbios de llanto, y anhelar que un poco
Se retarde la rápida carrera?

¿Y lo debo dudar?... ¡Ay! Aún sonando
En mi abatida mente está el gemido
Que al viento dió mi Olimpia al despedirse
De mis amantes brazos... Blanca luna,
Tú nos viste, tú sola compasiva
En trance tan cruel, y en lloro amargo
Y en un mar de dolor ¡ay! sumergidos.
Tú escuchastes su amor y sus palabras,
Y tú sus ardorosos juramentos;
Y su divino labio nunca supo
Engañar, ni fingir. Sí, tú nos viste
Separarnos ¡oh Dios!... A pocas horas
El destino feroz embravecido
Me arrebató á mi Olimpia, y en pos de ella
Todo mi bien y la ventura mia.
Y en mi confuso y abismado seno
Vertió el negro raudal de la amargura.

Riberas del humilde Manzanares,
Do la primera vez la viva lumbre
De sus ojos gocé: si visteis gratas
Nacer esta pasion pura y eterna
En que me abraso mísero; si afables
Visteis mi ardiente amor recompensado,
Y á mí felice, de mi hermoso dueño
Al lado encantador, de lindas flores
La frente orlada, y de festivo gozo
Y de dulces placeres rodeado;
Vedme ahora solo, y demudado y yerto
Cual solitaria tórtola viuda,
Que en lo repuesto de la oscura selva
Llora su bien perdido, y mustia y sola
En la alta rama donde fué su dicha,
Su arrullo esparce y su gemido al viento,
Al débil rayo de menguante luna.
Ved trocados los plácidos cantares,
Con que un tiempo solaz os dí, en clamores
Llorando ausente de mi Olimpia amada;
E invocar congojoso y despechado,
El agudo cuchillo de la muerte.

Mas ¿qué pronuncio? ¡Olimpia! ¿Dó me arrastra
Mi afanoso penar? ¿Por qué pretendo
Acortar de mi vida la carrera,
De una vida que tengo consagrada
Solo á tu eterno amor: ¡ah! de una vida
Tuya, sí, toda tuya?... ¿Qué es la ausencia
Cuando se ama cual yo? ¿Qué es la distancia,
Cuando del dulce bien que el alma adora
Vive en el corazon la hermosa imágen,
Y á esperanzas dulcísimas se entrega
El constante amador? La áspera frente
Alza en medio del mar el firme escollo:
Giran en derredor de su agria cima
Las borrascosas apiñadas nubes
Con horrísonos truenos retumbando,
Y sobre él lanzan las copiosas lluvias
Y el rayo abrasador: á combatirlo
Viene bramando el huracan sañudo,
Miéntras hinchadas las rugientes olas
Embisten sus hondísimos cimientos:
Y él inmutable y fuerte no vacila,
Y permanece firme, levantando
Hasta los cielos la desnuda cumbre,
Y un siglo y otro siglo lo contempla
Triunfador de las furias de Océano,
Y de las sonorosas tempestades.
Tal mi pasion será; tal la firmeza
De mi constante enamorado pecho,
Formado sólo para amar á Olimpia.

En vano el tiempo, en vano la distancia,
En vano los rigores de fortuna
Mi amor combatirán: arderá eterno,
Triunfando de la ausencia y del olvido.
Sí, separado de mi Olimpia amada
Invariable la amaré. Si al verme
Léjos de su beldad lloro, mi llanto
Me será de placer y de consuelo.
Suspiraré, y el viento vagaroso
Le llevará en sus alas mis suspiros.
Y por magia de amor, por misteriosa
Oculta simpatía á un mismo tiempo
Tal vez nuestros amantes corazones
Palpitarán: un pensamiento mismo
Llenará nuestras mentes: un anhelo
Arderá en nuestras almas, y los nudos
Con que amor nos unió, ni el cielo santo
Con todo su poder podrá romperlos.
Así entre ardientes ilusiones gratas
Y entre recuerdos, pasarán las horas
De esta separacion; y en pos el dia,
El dia ansiado brillará, en que afable
El destino á mi Olimpia me devuelva.
En sus ardientes deliciosos brazos
Lograré el premio á la constancia mia,
Tornaré á ser feliz... ¡Dulce esperanza!
¡Esperanza que inunda el pecho mio

De encanto celestial!... Serás cumplida;
Mi Olimpia lo juró. Girad ¡oh cielos!
Girad apresurados, y traedme
Tan grato porvenir. Y tú entretanto
Quédate á Dios, oh cítara, que ufana
Cantaste mis dulcísimos amores,
Dando solaz á selvas y jardines
Y agradando feliz al bien que adoro.
Quédate á Dios pendiente de este lauro,
Que no oso ausente requerir tus cuerdas.
Quédate á Dios, y si amoroso viento
Te hiere, el nombre de mi Olimpia amada
Blandamente repite. Y nadie osado
Con mano impura á profanarte llegue.
Que cuando vengan los risueños dias
En que torne mi bien á esta ribera,
Otra vez grata me darás tus sones,
Para cantar felice y envidiable,
Su constancia, y su amor, y mi ventura.

1820.

A LA ADELFA

¿Qué flor de cuantas pinta,
La primavera hermosa,
Y en sus jardines placentera ofrece,
Competir puede con la amable tinta,
Que en tu sencillo cerco resplandece,
Adelfa congojosa,
Pompa y adorno del ardiente estío?

Ostente en vano la risueña rosa
El juvenil matiz, cuando el rocío
Plácido borda su lozana frente;
El fragante clavel ostente en vano,
Orgulloso y ufano,
La viva llama que su tez colora;
Tu dulce y melancólica ternura
Más vale que la espléndida hermosura,
Que á la rosa y clavel concede Flora.

Pues si al brillar en plácida alegría
Inspiran sus colores
Encanto delicioso;
Tú, ¡oh reina de las flores!
Que adornan el verano,
Honda melancolía,
Gérmen del sentimiento y la poesía,
Das al que te contempla cuidadoso.
Rosa y clavel con presuroso vuelo
Nacen apénas cuando ven su muerte,
Y larga vida á tí te dió la suerte,
Por emblema tal vez del desconsuelo.

A tí te es dado hácia el sublime cielo
Alzar la noble frente coronada,
Del álamo pomposo
Emula, que en la orilla fortunada
Del gran Guadalquivir crece; tus hojas
Imitan las del lauro generoso,
Y á los rayos del sol no te acongojas,
Como le aviene al vulgo de las flores;
Antes cuando su llama
Por los tostados campos se derrama,
Naces, y ostentas puros tus colores.

Si niegas á las auras suave aliento,
Ni bañas con aroma delicioso
Su espacio vagaroso,
Eres gloria perpétua y ornamento
Del suelo afortunado que engalanas;
Y ni á las nieves canas
Del invierno rugoso y aterido,
Ni del cierzo al bramido
El verdor de tus ramas se marchita,
Ni tu tronco despojas
De lisos tallos y de verdes hojas.

¡Oh bella flor, amable, delicada,
Que suspendes mi mente y la enajenas
Cuando vagando incierto,
Con alma atormentada
De infatigables penas,
Te encuentro solitaria en el desierto!
¡Oh linda flor, que encantas
Mi ardiente fantasía,
Cuando me llevan débiles mis plantas,
Ya al despuntar, ya al trasponer del dia,
En busca de consuelo á los jardines!
.....¡Ay!... al mirar ansioso
Las breves alas de tu cerco hermoso,
Que amor, no amor risueño y fortunado,
Sino amor desdichado,
Tiñe en lánguida púrpura apacible,
¡Cuál palpita mi seno
De amargura, de afan, de penas lleno!

Córdoba 1820.

SONETO

ANTES DE PARTIR

Ojos divinos, cuya lumbre pura
Mi pecho inflama, ilustra y esclarece,
Semblante celestial donde florece
La beldad, la inocencia y la dulzura,

Soberano conjunto y compostura,
Que más que humano angélico parece,
Lozana juventud, que resplandece,
Y orna con gracias mil tanta hermosura:

¡Ay! si en la proscripcion y acerbo llanto
Que á mí infeliz eterno me prepara
La adversa suerte embravecida tanto,

De vuestra lumbre celestial gozara,
De vuestro hechizo y delicioso encanto
¡Cómo de la fortuna me burlára!

Gibraltar, 1823.

EL DESTERRADO

¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena
Huyo infelice de la patria mia,
Tal vez, ¡oh cruda inexorable suerte!
Para nunca volver... Aspero suena
El recio vendaval, y espira el dia.

¿Y qué? ¿á la nueva luz ya no he de verte,
Hermosa Hesperia? No: sañudo el viento
Me arrebata violento,
Y me aleja de tí. Ya no tus playas
Consolarán mis ojos, que anhelantes
Se perderán por las inmensas ondas...
Aquellas son las altas atalayas
De los Tartesios montes. No te escondas,
¡Oh sol! deten, deten tu carro de oro,
Detenlo por piedad, y no tu lumbre
Tan presto robes á la adusta cumbre
De las montañas del tostado moro.

Allí Cádiz, allí.—Salve alta cuna
De libertad, esclarecida roca
Do se estrelló la bélica fortuna
Del gran Napoleon: templo algun dia
De Pluto y de Citeres,
Emporio de riquezas y placeres,
Pompa y escudo de la patria mia:
Salve mil veces.—Pero ¡cuán mudado
Lo mira el mar que lo adoró postrado,
Y cuán mudado yo!... Solo, desierto
Descubro el ancho puerto,
El fortísimo muro derruido,
Y al vago viento ¡oh mengua! desparcido
Pabellon extranjero en sus almenas
De silencio y pobreza y luto llenas.
¡Siglo de execracion! Mas ¿son aquellos
Apacibles collados
Los campos encantados,
Que de eterno verdor Flora entapiza,
Y por do Bétis claro se desliza?...
Mis ojos no me engañan: sí, son ellos:
Guadalquivir aquel. Yo te saludo,
Y yo te adoro, ¡oh rey de Andalucía!
Tu vista templa mi destino crudo,
Tu vista embarga ¡ay Dios! el alma mia.

La excelsa, poderosa y régia frente
Ciñes de oliva y lauro: tu corriente
De Turdetania espacias en las vegas;
Doquier jardines deliciosos riegas.
Por lo mejor del mundo se dilata
Tu copioso raudal, y siempre el cielo
En tus cristales puro se retrata,
Que nunca enturbia ni entorpece el hielo.

¡Oh cuán ufano á la ancha mar te arrojas,
Tú que apacible mojas
Y reverberas en remansos puros
Los de Córdoba insigne antiguos muros!
En ellos ví del sol la luz primera,
En ellos apacible la fortuna
De oro y marfil me adormeció en la cuna.
¡Quién tan mudable entónces la creyera!
Allí, inocente niño, en tus orillas
Me viste recoger piedras pintadas,
Caracoles y hermosas florecillas:
Despues, jóven lozano, las pisadas
De ferviente bridon grabé en tu arena,
Recorriendo tus selvas encantadas.
Mayor despues, mi cítara escuchastes
Cantando hazañas, ó llorando amores,
Y tal vez de mi acento te prendastes,
Y ceñiste mi sien de hiedra y flores.

¡Ay, en tu márgen bella
Riqueza, amor, aplausos á porfía
Gocé, cuando mi estrella
Su adverso influjo pérfida escondia!
Claro Guadalquivir: tú que me viste
Anegado en placeres, ahora (advierte
Lo instable de la suerte)
Mírame pobre, desgraciado, triste,
Errante, peregrino,
Surcar el Ponto huyendo sin destino.

Tal vez en tu ribera
Aún habrá quien lamente mi infortunio,
Compadeciendo mi desgracia fiera.
Y acaso entre tus ondas
Puede que algunas lágrimas escondas,
Que habrá la amistad santa derramado,
Al pronunciar mi nombre desdichado.

No más, no más: mi corazon mezquino
Se desgarra en mil ásperos tormentos
Y sucumbe al dolor. Amargo llanto
Turba mis ojos... Pero ya ¿qué importa,
Si nada pueden ver? Indiferente
El sol á mi anhelar y humilde ruego,
Apagó ya su rutilante fuego
En los remotos mares de occidente...
Mas ¡ay! aún con placer hiere en mi oído
El estruendo lejano de las olas,
Que se estrellan con hórrido bramido
En las amadas costas españolas.

¡Oh patria! ¡Ingrata patria!... tú me arrojas
Con furor espantoso de tu seno,
Premiando así mi amor. Yo con mi sangre
Torné las mieses de tus campos rojas,
Y salpiqué con ella tu terreno,
Tu independencia y gloria sustentando.
Yo combatí constante contra el bando
Del fanatismo bárbaro y sañudo;
Y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo,
Tu libertad preciosa defendiendo,
Hacer temblar al despotismo horrendo.
Plegue al destino que risueño un dia
Torne á brillar en que tu oprobio veas,
Y libre y grande y venturosa seas,
Miéntras yo errante tu ignominia lloro,
Y huyendo ¡ay Dios! de tí, tu nombre adoro.

Para siempre tal vez, para siempre
Hoy te pierdo, ¡oh mi patria querida!
Y á arrastrar voy la mísera vida
En destierro espantoso y cruel.

Por piedad, por piedad, raudo viento,
De tu soplo modera la saña,
Que me aleja feroz de mi España,
Impeliendo el velero bajel.

Calma, pues, por lo ménos piadoso
Miéntras tienda la noche su velo,
Hasta que ardan las nubes del cielo
Con los rayos del próximo sol.

Pueda entónces tornar anheloso,
Aunque sea en confuso horizonte,
A mirar de mi patria algun monte,
Aún á ver el terreno español.

Mas no: redobla tu furor violento,
Y de esas playas de terror y espanto
Aléjame piadoso, raudo viento.
No las torne yo á ver. Ni sobre ellas
Vuelva á lucir Titan. Lóbrego manto
De noche atroz envuelva eternamente

Ese suelo de horror, y no lo alumbre
Más que la opaca lumbre
De rayos y de pálidas centellas,
Que aborde negra tempestad rugiente.
No es ya mi patria, no... ¡Patria!... No existe
Donde sólo hay opresos y opresores.

¡España!... España fué... ¡recuerdo triste!
Fué, cuando independiente
Tantos siglos brilló, y usos y leyes
O más ó ménos sábias la rigieron;
Y á su temida frente
Coronas de laurel siempre añadieron
Sus fuertes hijos y sus nobles reyes.
Mas ya ¡oh baldon! cuanta virtud y gloria
Albergaba en su seno
Huyó, despareció; queda el terreno
De tiranos poblado y de invasores,
Y de esclavos indignos de memoria,
Que el yugo vil merecen,
Y el rigor y la afrenta que padecen.

¿Quedan aún buenos?... Vedlos fugitivos
Por yermos y por ásperas montañas,
No hallar ni en las cabañas
Asilo, humanidad. Vedlos gimiendo
En bárbaras cadenas,
O entre espantosas penas
En infame patíbulo muriendo,
Sin que nadie reclame la venganza.
¡Oh vil degradacion!... No hay esperanza,
Reparacion no hay ya. No: el despotismo
Su huella destructora ufano imprime
Desde Calpe hasta el agrio Pirineo,
Y hunde el nombre español en el abismo:
Y es de los fieros déspotas recreo
Ver cual la humanidad desmaya y gime.

Vivan, gócense pues: su trono asienten
En medio de los hombres degradados,
Que viles los aplauden y consienten,
Y su furor redoblen los malvados.
Redóblenlo, y los Galos invasores
Hagan de los traidores,
Que sus falanges pérfidas llamaron,
Infames siervos..........
Multiplíquense horrores y delitos
En ese suelo de terror y espanto,
Y del cielo malditos
Sus habitantes todos,
Infamia eterna, degradado llanto,
Pobreza vil y deshonrosa muerte
Su eterna sea, su inmutable suerte.

El Austro abrasador sople ardoroso,
Yermando las campiñas y llanuras,
Y sus cosechas destruyendo opimas,
Del hambre y de la peste asoladoras
Seguido por doquier. Brame furioso
El huracan en las enhiestas cimas,
Y arrastre antiguas selvas y espesuras,
Y hasta los brutos que en sus senos pacen,
Y el Bétis, y el Ibero, y cuantos nacen
De claras fuentes y la España riegan,
Y su suelo infelice fecundizan
Y de flores lo visten y matizan,
Rios y arroyos bienhechores, sean
En sangre convertidos. Sus raudales
Olas de sangre al mar lleven bramando,
Las márgenes tornando
Desiertos y espantosos arenales.

Tiemble la tierra horrísona gimiendo,
Y ciudades enteras en sí hunda.
Entre lóbregas nubes se confunda
La luz del sol, y en su lugar ardiendo
Cometas espantables,
La atmósfera turbando,
Estén iras celestes presagiando.
De los héroes los restos venerables
En las antiguas tumbas se estremezcan,
Y las losas hendiendo,
Colosales espectros aparezcan,
Y vuelen, maldiciendo
A sus infames nietos,
A otra mansion donde el honor impere,
Y do yazcan los sacros esqueletos,
Sin que ignominia su reposo altere.

Y las de aquellos, que virtud y gloria
Y amor de patria ilustres albergaron,
Y libertad gritaron,
Y por ella animosos combatieron,
Hasta que abandonados y vendidos,
Mártires de la patria perecieron,
De un populacho necio escarnecidos,
Y el furor de los déspotas cebando,
Sombras insignes; en la noche oscura
Crucen los campos. Y hórridos gemidos
Por las ciegas tinieblas derramando,
Clamen *sangre y venganza* en largos ecos:
Y los cóncavos huecos
Sangre y venganza horrendos resonando,
Esa mansion de esclavos amedrenten,
Y á sus tiranos turben y atormenten.

Y sople la discordia. Sus furores
Enciéndanse doquier. Guerra de muerte,
Sin fruto entre oprimidos y opresores,
Y déspotas y esclavos, arda impía.
Y nazcan nuevos crímenes y horrores,
Y delitos sin fin de dia en dia.
Hasta que horrorizada
Sus leyes interrompa
Naturaleza, se estremezca y rompa
La basa de diamante,
Do estriba de Pirene la gran sierra,
Que del golfo Tirreno al mar de Atlante
Los brazos tiende, y cual en tiempo antiguo
A la infeliz Atlántida, hunda á España
En los senos del mar con cuanto encierra,
Quedando sólo escollos y bajíos,
Do estrelle el ronco mar su hirviente saña,
Y de que huyan medrosos los navíos.

Tiranos, invasores
Y pueblos degradados
No existan: sepultados
Se miren en la mar.

Y en ella se confunda
El mísero terreno
De iniquidades lleno
De reptiles vivar.

¡Ah, qué afan delicioso alzarse siento,
Que todo el corazon enseñorea,
Y calmando un momento
Mi espantoso martirio,
Me arranca del delirio
En que pudo arrojarme mi tormento!
¿Adónde los fantasmas voladores
Que mi frente ardentísima cercaban?...
Huyen, desaparecen, se deshacen,
Y en pos llevan mis bárbaros furores,
Y objetos nuevos á mis ojos nacen.
¡Madre!... ¡Adorada madre!... ¡Dulce nombre
Que el alma me arrebata y enajena,
Y de delicias mis sentidos llena!
¡Ay! Vives, y me amas,
Y por mí, triste, en angustiada pena
Lágrimas de dolor sin fin derramas.
Hermanos ¡ay! hermanos, que yo adoro
Con todo el corazon, y á quien mi suerte
Condena atroz á interminable lloro:
Y tú, tierna beldad, que has encendido
La llama en que he de arder hasta la muerte,
Angélica divina, más hermosa
Que nace predilecta de Cupido
En el desierto purpurina rosa:
Y vosotros tambien, fieles amigos,
Dulcedumbre y consuelo de mi vida,
Objetos todos de mi amor ardiente...
¿En dónde, en dónde estais?—Pero ¿qué escucho?
Por la ferrada prora dividida
Alguna onda rugiente
Pudo tal vez al estrellarse?... Acaso
El ronco viento entre la parda lona
Y los mástiles... pudo... ¡Oh gran portento!
No es el silbar del viento,
No es el hervir del mar. Es el acento
De los objetos que mi amor implora...
No es ilusion: son ellos, corresponden
A mi anheloso afan, y me responden:
«¡Infeliz! Aquí estamos, en España,
En este suelo do la luz primera
Te fué dado gozar, y ardiendo en saña
Ahora maldices con audacia fiera.
Aquí estamos, aquí, y en las mansiones
Que te vieron nacer, y en los verjeles
Donde tus dichas fueron;
Y en ellas de consuno lamentamos,
Y con nosotros mil y mil varones,
Que del honor la senda no perdieron,
La suerte desdichada,
Que los hados crueles,
A tí y á otros mejores previnieron.
Y fervorosos votos levantamos
Por tí y por esta patria infortunada,
No delincuente, no: sí malhadada.

Aquí, en España estamos,
Do suena el dulce hablar que tú mamaste.
Do las nobles costumbres que heredaste
De tus mayores, viven,
Y nuestro culto sin cesar reciben.
En esta patria, en fin, que desconoces,
Y para quien pidieron, con extrema
Rabia, tus labios bárbaros y atroces
Al cielo vengador el anatema.»

No más... ¡Ah! por piedad, no más. ¡Oh acentos
Que fuerais mi tesoro y mi alegría,
Y en hórridos tormentos
Ahora despedazais el alma mia!!!
Basta, basta. ¡Qué horror!.., ¿Mi labio pudo?...
...¿Por qué, furia infernal, emponzoñado?...

...¿Y no se abre la mar, la nave se hunde,
Y á mí, monstruo infeliz, traga y confunde?
¡Patria!.. ¡Patria! Perdon, ¡patria!... ¡Adorado
Nombre!... ¿Y pude un momento yo insensible
Ser á tu encanto celestial?... Mi pena
¡A qué hondo precipicio y sima horrible
Me llegó á conducir!... ¡Desventurado!
¡Patria! ¡España infeliz! ¡Amada España!
La sencillez de tus incautos hijos
No su degradacion causó tus males;
Y pérfidos traidores,
Y tiranos, y aleves extranjeros,
Que uniendo contra tí su astucia y saña
Tu libertad naciente te robaron,
Y tu nombre y tu gloria mancillaron.

Mas tiemblen; que sus triunfos pasajeros
Serán; aún no te faltan vengadores.
Y ¡ay! de los cazadores
Cuando el leon que ataron con injuria,
Ruja, y ardiendo en poderosa furia,
Rompa los fuertes nudos opresores,
Que sus miembros fortísimos ligaran,
Porque hundido en la fiebre lo encontraran.

Sí, patria, el númen que á mi labio ardiente
Da su grandeza y poderoso aliento,
Por la etérea region lleva mi mente;
A mis ojos patente
Pone tu suelo todo. No traidores
Y cobardes lo pueblan solamente,
No. Millares de buenos y esforzados
En él descubro, cuyos brazos fuertes,
Aunque á duras cadenas amarrados,
Aguzan el puñal de la venganza,
Y en honra ardiendo y fulminando muertes,
Los hierros de ignominia quebrantando,
Te limpiarán de inicuos extranjeros,
Te librarán de tus tiranos fieros,
A tus hijos espúreos castigando,
Y tu nombre y tu gloria restaurando.

Será: que en el sagrado firmamento
Lo tiene escrito el dedo omnipotente,
De luz con caractéres inmutables.
¡Decreto celestial, que el alma mia
Embarga de placer y de esperanza!...
¡Ah! De tu cumplimiento,
¿Cuándo en Oriente brillará el gran dia?
Ley sempiterna que los orbes mueve,
Haz que en espacio breve
Las esferas girando,
Traigan su ansiada luz. ¡Ah! llegue cuando
Del ardor juvenil, que espira, aún llenas
Latan con fuerza y robustez mis venas:
Y aún conserven mis brazos poderío,
Para, esgrimiendo la fulmínea espada,
El yugo de mi patria idolatrada
Ayudar á romper con noble brio.
Puedan en sangre infame de extranjeros
Y en el castigo atroz de los tiranos
Empaparse mis manos,
Y mis ojos saciarse los primeros.

¡Cuán gozoso otra vez, oh patria mia,
Por tí mi sangre verteré, gritando:
Libertad, y venganza, y proclamando
Tus nuevas glorias! y el hermoso dia
Que (cual en otro tiempo yo te viera
En San Marcial de lauro coronada),
Te admire Vidasoa en su ribera,
Volaré del riscoso Pirineo
A la cumbre de eterna nieve orlada,
Y con la sacra lira de Tirteo,
Tu triunfo cantaré, sobrepujando
La voz del huracan, á las naciones
Libertad anunciando,
Al tremendo rugir de tus leones.

Mas si la injusta embravecida suerte
O leyes inmutables del arcano
Alejan ¡ay! el suspirado dia
De la reparacion, ¡ah! venga al ménos
Antes que airada la sañuda muerte,
De su guadaña con potente mano,
Descargue el golpe en la garganta mia.
De lágrimas de amor mis ojos llenos,
¡Oh dulce España! tus campiñas vean;
Aun cuando blancos los que ahora ondean
Rizos oscuros por mi cuello y frente
De la parca inclemente
Miren alzada la cuchilla aguda,
Y abierto el lecho de la tumba muda.

Pise otra vez tu suelo, patria amada,
Libre, rico, feliz, independiente,
Y aunque para mí yermo, sin amores,
Deudos, ni amigos, sus sepulcros pueda
Visitar y regar con llanto y flores.
Y en la natal ribera,
(Tal vez ¡oh Dios! entónces, cuán mudada
A impulso de los años voladores)
Por do Guadalquivir manso camina,
A la luz silenciosa de Lucina,

Que resbala por plácidos alcores
Y en la riza corriente reverbera,
Logre yo al aura dar la vez postrera
Mis últimas canciones
Al són del arpa de marfil: oyendo
A mi labio cantar, patria, tu gloria
Los hombres que aún no son. Y maldiciendo
Con ellos la execrable atroz memoria
De tus hijos indignos y traidores,
Que ya no existirán, de los tiranos
Que ahora te ligan las robustas manos,
Y de los extranjeros invasores;
Romperé el arpa y moriré dichoso
Bajando á hallar el eternal reposo
Al lado de mis ínclitos mayores.

Bella Hesperia, patria mia,
Embriagado en la esperanza
De que has de tener venganza
Mis pesares templaré.

Llegue el suspirado dia,
Mírete yo venturosa,
Libre, triunfante y gloriosa,
Y contento moriré.

A bordo del paquete inglés Francis Freeling, *en Mayo de 1824, al salir de la bahía de Gibraltar con rumbo al O. al ponerse el sol.*

A LAS ESTRELLAS

¡Oh refulgentes astros! cuya lumbre
El manto oscuro de la noche esmalta,
Y que en los altos cercos silenciosos
Girais mudos y eternos:

Y ¡oh tú, lánguida luna! que argentada
Las tinieblas presides y los mares
Mueves á tu placer, y ahora apacible
Señoreas el cielo:

¡Ay cuántas veces, ay! para mí gratas
Vuestro esplendor sagrado ha embellecido
Dulces felices horas de mi vida
Que á no tornar volaron!

¡Cuántas veces los pálidos reflejos
De vuestros claros rostros derramados,
Húmedos resbalar por las colinas
Ví apacibles del Bétis;

Y en su puro cristal vuestra belleza
Reverberar con cándidos fulgores
Admiré al lado de mi prenda amada,
Más que vosotros bella!

Ahora al brillar en las salobres ondas
Solo y mísero, prófugo y errante,
De todo bien me contemplais desnudo,
Y á compasion os muevo.

¡Ay! ahora mismo vuestras luces claras
Que el mar repite y reverente adoro,
Se derraman tambien sobre el retiro,
Donde mi bien me llora.

Tal vez en este instante sus divinos
Ojos clava en vosotros, ¡oh lucientes
Astros! y os pide con lloroso ruego,
Que no altereis los mares.

Y el trémulo esplendor de vuestras lumbres
En las preciosas lágrimas riela,
Que esmaltan ¡ay! sus pálidas mejillas,
Y más bella la tornan.

En el mar, 1824.





EL SUEÑO DEL PROSCRIPTO

Oh sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacias,
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ánsias mias?...
¡Ay!... Los fugaces cuadros que mi mente
Há un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad, y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fué ilusion?... vuelve halagüeño,
Vuelve, oh consolador, oh dulce sueño.

Por tu mágico influjo llevado,
Yo me he visto en mi patria adorada,
No de sangre y de llanto inundada,
No cubierta de luto y de horror;

Sino libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celaje risueño y hermoso,
Al soplar huracan bramador.

Encantadas riberas de Bétis,
Sacros bosques de adelfas y rosas,
Apacibles colinas graciosas,
Há un momento que en vos me encontré;

Y tranquila ilustrando ese cielo
De zafiro á la luna fulgente,
Rielar en la riza corriente,
Resbalando por flores miré.

¡Oh consuelo de todas mis penas!
A mi lado mi Angélica estaba,
Que con voz celestial entonaba
Dulces himnos de gloria y de amor.

Y yo ufano pulsaba la lira,
A su voz y á su encanto obediente,
Y al oirnos el plácido ambiente
No agitaba ni rama ni flor.

¡Cuántas sombras de amantes dichosos,
Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
Juzgué ver que á los dos nos cercaron
Escuchando la dulce cancion!

¡Ah! Mis penas horribles cesaban,
Y en mi vida feliz y contento
Fuí jamás, como el corto momento
De tan grata fugaz ilusion.

Pero ¡ay desventurado!
Era sueño engañoso,
Que voló presuroso,
Y ahora es mayor mi mal!

Son ilusion mis dichas,
Son realidad mis penas:
Así feroz lo ordenas,
¡Oh destino fatal!

Despierto súbito,
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico
Donde nací;

Donde mi Angélica
De amargas lágrimas
Su rostro pálido
Baña por mí.

Y en vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético,
Que tanto amé;

Las nieblas hórridas
Del frio Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

Lóndres, 1824.

CRISTÓBAL COLON



Un mar desconocido ronco brama
Movibles montes indomable alzando,
En un desconocido cielo inflama
Negras tormentas huracan silbando,
Y alto renombre y vividora fama
En ignotas regiones anhelando,
Cruza aquel caos, quebrantada y sola,
Nave pequeña, sí, pero española.

Con faz serena, con robusta mano,
Y la vista clavada en occidente,
Rige el timon un genio sobrehumano,
Predilecto de Dios omnipotente;
Domador de las furias de Oceáno,
Digno caudillo de española gente,
Que, de fe y de esperanza llena el alma,
Sabe que para él sólo hay una palma.

La busca y la hallará: que el mar y el viento
Flacos estorbos son. Raya un aurora
Despejando un no visto firmamento,
Y el sol un monte azul descubre y dora.
Es América... *Sí, logré mi intento,*
Grita el piloto audaz, y en voz sonora
Exclaman cielo y tierra y mar profundo:
VIVA COLON, descubridor de un mundo.

Lóndres, 1824.



FLORINDA

CANTO PRIMERO

EL BANQUETE Y LA PRISION

I

Casi en mitad de la extendida España,
De Toledo saluda las almenas,
Y los peñascos do se empinan baña
Tajo, que envuelve en oro sus arenas;
Y luégo entre tomillos y espadañas,
Y por feraces márgenes amenas
Deslizándose, gira sosegado
Sobre un risueño y delicioso prado.

II

Rica verja de bronce los confines
De un anchuroso espacio en él cercaba,
Do entre bosques, estanques y jardines
Un palacio soberbio descollaba.
Sus cuadras y dorados camarines
El balconaje liberal mostraba,
Al esplendor de antorchas y blandones,
Que ardientes alumbraban los salones.

III

Era el alcázar de Florinda: habia
Una cena magnífica dispuesta,
Para pasar hasta la luz del dia
En gozo y en placer, en danza y fiesta.
En medio de un salon, que de armonía
Llenaba suave combinada orquesta,
Las regaladas mesas se encontraban,
Y exquisitos manjares presentaban.

IV

En su reedor prelados, personajes,
Caballeros, señoras, dueñas, damas,
Ostentando riquísimos ropajes,
Y acaso ardiendo en amorosas llamas;
Hidalgos, escuderos, guardias, pajes,
De oscuros nombres y dudosas famas,
Esperaban al rey, por tributarle
Obsequio, y de su amor felicitarle.

V

Que ¡oh mengua! por su mal aquella corte
No era ya digna del linaje godo;
De aquel que tuvo á la virtud por norte,
Virtud con que venciera al orbe todo;
Pues olvidada de su antiguo porte,
Dormida de los vicios en el lodo,
Cercada se verá, cuando despierte,
De un mar de sangre, cautiverio y muerte.

VI

Llega el rey con su hermosa; altos sitiales
Bajo dosel de púrpura ocuparon,
Y magnates y damas principales
Con vivas su presencia celebraron:
En oro y preciosísimos cristales
Manjares deliciosos circularon,
De mil blancas antorchas á las lumbres,
Que brillaban por muros y techumbres.

VII

Galan y enamorado era Rodrigo,
Y rey que los reparos atropella,
Queriendo al orbe todo hacer testigo
De su ventura y amorosa estrella;
Y la severidad del tiempo antigo
Con ceño mira y desdeñoso huella;
Que el que adora á una linda y alta dama,
Goza tambien en publicar su llama.

VIII

Estaban á la mesa Alfonso, Eurico,
Y Rugero, Armengol, Teudo y Favila,
Y Walia, descendiente de Alarico;
Gala, Eduvígis, Toda y Pudentila,
Y cuantos de linaje claro y rico
En su centro tener la corte estila;
Y todos al monarca celebrando,
Y á Florinda bellísima admirando.

IX

Opas tambien, hermano de Witiza,
De Toledo arzobispo, cuyo osado
Pecho ambicion indómita esclaviza,
Llegó al festin despues de comenzado;
Y aunque el semblante y el mirar suaviza,
Cauto, sagaz y á bandos avezado,
Su palidez, sus ojos y su frente
Muestran que su interior combates siente.

X

Mezclado entre la turba, que asistia
Como cortejo, escolta y aparato
De los magnates, que en la sala habia
Disfrutando el festin y el regio plato,
Un incógnito entróse, á quien cubria
Armadura completa sin ornato,
La espada en cinto y baja la visera,
Cual si un soldado de la guardia fuera.

XI

A uno de los pilares arrimado,
En que estribaba el arteson del techo,
Estaba del bullicio separado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho;
Y como en él ninguno ha reparado,
De cuanto pasa en torno está en acecho;
A la dama y al rey atento mira,
Y se le abrasa el corazon en ira.

XII

Álzase, del monarca confidente,
El jóven Teudo, ilustre y generoso,
Que á Gala amaba; invoca de repente
La atencion del concurso numeroso;
Y un tazon de oro y piedras refulgente
De castellano néctar espumoso
Llena, y dice: «Brindemos, oh señores,
Por el rey, por Florinda y sus amores.»

XIII

Y Rodrigo el primero el labio toca
Al rico cerco, que el tazon orlara,
Y de Florinda la divina boca,
En donde la del rey, tambien tocara;
Y dando vueltas el licor se apoca
De mano en mano, hasta que al cabo pára
En las trémulas ya del viejo ilustre
Ruben, hebreo, de las ciencias lustre.

XIV

Era docto Ruben en las estrellas,
Insigne en nigromancia; y se decia,
Que lo futuro conociendo en ellas,
Venideros sucesos predecia;
Que un familiar espíritu sus huellas,
Sujeto siempre á su saber, seguia;
Que sombras evocaba, y que los puros
Astros obedecian sus conjuros.

XV

En la corte alto crédito gozaba
Por su edad grave y su profunda ciencia,
Y en el banquete silencioso estaba,
Con modesto ademan y continencia.
La barba que en el pecho le ondeaba,
Cual blanca nieve, daba á su presencia
Gravedad y decoro, y un ropaje
Ancho, negro y talar era su traje.

XVI

Apénas el tazon toma espumante,
En pié se pone pálido y temblando,
Sus ojos lanzan fuego, y palpitante
Lo arroja, la ancha mesa salpicando;
Y con voz ronca al trueno semejante,
«Oh Dios! exclama, oh Dios! qué estais brindando?
Sangre llena esta copa, sangre, y miro
Sangre doquiera que la vista giro.»

XVII

«Esta opulenta mesa se convierte
En espantable y espaciosa tumba:
El horrendo alarido de la muerte
En estas altas bóvedas retumba...
Varones, desechad el sueño inerte:
De la guerra el estruendo en torno zumba.
¡Ay! son lutos las galas y libreas,
Y estas antorchas funerales teas.»

XVIII

Callaron todos, y Rodrigo helado
Torna los ojos á Florinda bella,
Y en su faz el terror viendo pintado,
Al mágico maldice y á su estrella;
Y de mil pensamientos contrastado,
Pálido de su amada el rostro sella,
Y sus lágrimas bebe, y con los brazos
Le ciñe el cuello en ardorosos lazos.

XIX

Cuando de pronto aquel desconocido,
Que armado y encajada la visera,
Entre la muchedumbre confundido,
Apoyado al pilar permaneciera;
La brilladora espada embravecido
Empuña y saca de la vaina fuera,
Y á la mesa se lanza fulminante,
Atropellando cuanto ve delante.

XX

Una estocada furibundo tira
Contra el pecho del rey, ronco gritando:
«Teme, tirano, la celeste ira
»Que mi brazo terrible está animando.»
A un lado el cuerpo súbito retira
Rodrigo, y en la silla hirió, quedando
En su espaldar riquísimo clavada
La vengadora, fulminante espada.

XXI

Dió la bella Florinda un grito agudo,
Creyendo que su amante fuera muerto;
Levántase el monarca airado y mudo;
Tiembla Don Opas demudado y yerto.
Agítase el concurso, y al sañudo
Incógnito, con ciego desconcierto,
Se arrojan Teudo y otros personajes,
Ayudados de guardias y de pajes.

XXII

Al ver su rostro, alzada la visera,
Lanza un grito Florinda y viene al suelo,
Que hondo desmayo de ella se apodera:
Queda Rodrigo cual inmóvil hielo;
Tiembla Teudo el osado; Opas se altera;
Húndense todos en espanto y duelo;
Pues de Florinda al padre venerando,
Al conde Don Julian están mirando.

XXIII

Halla el viajero en la desierta arena,
Do imperios yacen del perdido Oriente,
Inculta soledad de escombros llena,
De rüinas que el tiempo hundió inclemente:
Tendido el roto mármol donde apena
Los rastros del cincel la edad consiente,
Columnas derribadas y arquitrabes,
Ya nido á sierpes y á nocturnas aves:

XXIV

Y destructoras hiedras y bastardos
Musgos brotar por juntas y labores,
Sus hojas escondiendo y tallos pardos
Del arte sobrehumano los primores;
Y alzarse mira solitarios cardos
Sobre ricos mosáicos de colores,
Y oye cuál llora tanto desconcierto
La voz desconsolada del desierto.

XXV

Pero en medio del campo de la muerte,
Del estrago del tiempo desastroso,
Triunfador de la edad y de la suerte,
Ve enhiesto en bronce lívido coloso,
(Que más que el mármol el metal es fuerte)
Y en él hiedras y musgo ponzoñoso
Prender no logran, ni saciar su saña
De los siglos voraces la guadaña.

XXVI

Así en la corrupcion que á España inunda,
Sólo se mira libre de su estrago
El conde Don Julian, cuya profunda
Virtud vence del vicio el torpe halago.
Llora la destruccion que le circunda,
Llórala, sin saber ¡ay! que el aciago
Dia se acerca, en que su honor le quite,
Y en crímenes sin fin le precipite.

XXVII

En vano opone su virtud sublime
Y su ejemplo á la furia de los vicios,
Que á su patria infeliz hunde y oprime,
Llevándola á espantosos precipicios;
Pues nada alcanza; despechado gime,
Y tiempos esperando más propicios,
Retirado en el Bétis entre tanto
Oculta su dolor y justo llanto.

XXVIII

Sólo anhelaba (es padre y es prudente)
A Florinda sacar, á su hija hermosa,
De Toledo infeliz, y del torrente
De vicios de la corte peligrosa;
Pues cumplió el tercer lustro, y eminente
Crece en beldad, y aunque alta y generosa
Brilla en virtud, es prenda la hermosura,
Que do escándalos hay no está segura.

XXIX

¡Y cuán leal su corazon le advierte!...
¡Padre infeliz!... pues ya la infortunada
Hora llegaba, en que enemiga suerte
Preparaba á Florinda recatada
Amor, deshonra, perdimiento y muerte;
Y para él la senda desastrada,
Por do traicion, venganzas y maldades
Van á la execracion de las edades.

XXX

En su alcázar antiguo la doncella,
Entre damas ilustres, y al cuidado
De dueña venerable, creció bella,
Separada del mundo depravado.
Allí más pura que luciente estrella,
Y con nombre de todos respetado,
Inocente, feliz, sola vivia,
Y de la corte ni áun hablar oia.

XXXI

Estaba cual la rosa del desierto,
Que nace, brilla, y su esplendor lozana
Ostenta y su fragancia al cielo abierto,
Al rojo despuntar de la mañana,
Ignorando si el mundo está cubierto
De otras rosas tambien, y si la humana
Industria en los verjeles á las flores
Cautiva, por gozar de sus olores.

XXXII

¡Cuántas veces la luna plateada,
Al asomar por cándido celaje,
Reflejando en la cumbre empizarrada
Del alcázar y altísimo almenaje,
Junto al muro sorprende disfrazada
La persona del rey, en tosco traje,
Luz lejana observando sin jüicio,
O algun vago rumor por un resquicio!

XXXIII

Y tal vez descuidada la divina
Beldad, que un rey la acecha, simple ignora,
Y pulsa con la mano alabastrina
El arpa de marfil, dulce y sonora;
Y en delicada voz (porque imagina
Que nadie ha de escucharla) encantadora
Himnos tan puros, como lo es su pecho,
Al cielo envia, al recogerse al lecho.

XXXIV

El amador, temblando, la vihuela
Melancólica y dulce requiriendo,
Que ha escuchado su acento le revela,
Amorosas endechas respondiendo;
Y como ¡simplecilla! no recela
Las redes que el amor le está tendiendo,
Que es de algun jardinero el canto entiende,
Y á la voz y á la letra incauta atiende.

XXXV

A la corte á brillar sale Florinda
Por su mal; que la cándida azucena
Vive, y vive gentil, lozana y linda
En lo repuesto de la selva amena;
Pero de allí arrancada, á que se rinda
Su alta beldad natura la condena,
Por más que brille una hora en el florero
Y la envanezca aplauso pasajero.

XXXVI

El aura del deleite suave y blando
La doncella infeliz goza, y no advierte
Que su noble virtud se va agotando,
Porque respira el aire de la muerte.
Ya el retiro apacible despreciando,
Y la pureza de su antigua suerte,
Discrecion y beldad lucir le agrada,
Y el verse en concurrencias celebrada.

XXXVII

El árbol más altivo y generoso,
Que en el bosque entre mil se alza y descuella,
Por más que se defienda desdeñoso
Del atractivo de la hiedra bella;
Cuando al abrazo aleve y engañoso,
Los que en torno lo cercan, ceden de ella,
No escapa de sus nudos, y enredado,
Cual los demás, perece sofocado.

XXXVIII

Florinda arde, ¡infeliz! noble combate
Contra el amor su virtuoso pecho;
Mas quien de combatir con amor trate,
Sólo trata de ser roto y deshecho.
Su invencible poder la fuerza abate
Que la doncella opone sin provecho;
Y por Rodrigo se le abrasa el alma,
Logrando amor la triunfadora palma.

XXXIX

¡Ay! ¡cayó al fin!... Levántase orgullosa
Antigua torre que la edad venera;
Triunfó de asaltos mil firme y gloriosa,
Y encumbra su almenaje á la alta esfera:
El suelo tiembla acaso, y poderosa,
Sobre su inmensa base persevera;
Ni de los siglos el rigor sañudo
Romper sus gruesos murallones pudo.

XL

Pero humilde tal vez nace en la sierra
Escaso arroyo, y corre y se encamina
Al pié del templo fuerte de la guerra,
De la torre que al cielo se avecina;
Y baña en derredor su seca tierra,
Y con clara corriente cristalina
La adula reflejándola, y mil flores
Produce en sus cimientos vividores.

XLI

Al mismo tiempo, mudo y alevoso,
Lentamente socava los sillares,
Que el fiero empuje de huracan sañoso
Resistieron, y esfuerzos militares;
Y de las yerbas que brotó en el foso,
Con la raíz, las piedras angulares
Penetra, y las quebranta, y al fin hunde
El torreon, y en polvo lo confunde.

XLII

—Y el padre ¡desdichado!... Pronto aviso
Le dió don Opas, con infame intento
De ponerle en tan alto compromiso,
Y hacerle de sus iras instrumento.
Corrió don Julian; voló, que quiso
El daño prevenir; pero al momento
Llegó ¡infeliz! en que Florinda es dama,
Y nada puede restaurar su fama.

XLIII

En una fuerte torre aprisionado
Se ve, como leon que en jaula estrecha
Ruge en furor ardiendo, y despechado
Terrible fuego por los ojos echa.
En ella entró, y en ella encarcelado
Quedó (visto lo poco que aprovecha
Ni sangre, ni virtud, ni valentía),
Al despuntar la luz del nuevo dia.

XLIV

«Yo lo ví, yo lo ví: ¡destino horrible!
Mi alcázar, que fué templo esclarecido
De virtud y de honor incorruptible,
En lupanar infame convertido.
Y á mi vil ofensor aborrecible,
De esa inicua mujer, que mi hija ha sido,
Entre los brazos... ¡Cielos!... ¿Y aún respira?...
¿Y yo no estoy vengado?... ¡Oh negra ira!

XLV

»Dia de maldicion eterna fuera
Aquel que padre me llamé: maldito
El instante en que ví la luz primera,
Y de mi enlace el sacrosanto rito.
¿No llega, justo cielo, hasta tu esfera
De mi dolor el clamoroso grito?...
¡Oh Dios! ¿por qué mi brazo más certero
No supo fulminar el noble acero?

XLVI

»¡Godos, godos! Salid del sueño insano;
Ved manchadas mis canas virtuosas
Por vuestro aleve y bárbaro tirano:
Temblad los que teneis hijas hermosas.
¿No me escuchais, y mi lamento en vano
Se pierde entre estas sombras pavorosas,
En donde, sin venganza, es ya mi suerte
En infamia esperar la tarda muerte?

XLVII

»No será, que en el alma aún tengo brio
Para librarme del destino horrendo.»—
Así dijo, y bañado en sudor frio,
En desesperacion y en ira ardiendo,
Los brazos tiende con intento impío
Por las ciegas tinieblas, y cogiendo
Una daga, que oculta guardar pudo,
Grita ronco, empuñándola sañudo:

XLVIII

«Pues que no supo castigar mi espada
Al mortal, que ofenderme osó el primero,
Acabe mi existencia degradada;
Durar no debe en deshonor tan fiero.
Líbrame de esta vida emponzoñada,
Rompe mi corazon, tajante acero.»—
Dice, y alzando la resuelta mano
Va á esconder en su pecho el hierro insano.

XLIX

—Sí, cuando la esperanza, del mezquino
Mortal último apoyo, atroz deserta,
Y de reparacion no hay ya camino,
Y de oprobio la vida está cubierta,
Baje el hombre al sepulcro, que el destino
A él le llama, con voz terrible y cierta.
Mas ¿quién puede perder toda esperanza
En mundo tan sujeto á la mudanza?

L

Tenerla debe el que agraviado arde,
Guardarla debe el que infeliz respira,
Y de firme constancia hacer alarde
Cuando á la suerte embravecerse mira:
Aunque es valor morir, es de cobarde
Pecho tambien, si á la venganza aspira,
Buscar la muerte, pues reposo alcanza
Sólo el que muere, pero no venganza.

LI

—Ya el despechado conde en golpe horrendo
Va á desgarrar su corazon ardiente,
Cuando de los cerrojos el estruendo
Inesperado escucha de repente,
Y que las dobles puertas van abriendo,
Y lentos pasos que se acercan, siente,
Y de lejana luz el brillo escaso,
Por los resquicios penetrando acaso.

LII

La accion suspende atónito, y «La suerte
Víctimas, dice, ofrece al brazo mio:
Vengan, y cara comprarán mi muerte.
Gracias, cielos, os doy, doblad mi brio:
Antes, agudo acero, de esconderte
En mi pecho infeliz, copioso rio
De sangre verterás de infame bando;
Y soy feliz, pues moriré matando.»

LIII

Hácia la puerta arrójase furioso
Para herir al que osare entrar delante:
El rumor de los pasos pavoroso
Se acerca con la antorcha relumbrante:
Caen las pesadas barras, el mohoso
Cerrojo tardamente rechinante
Resbala en las argollas resonando,
Las bóvedas su estruendo duplicando.

LIV

Ya se estremece la ferrada puerta,
Y sobre goznes del orin pesados,
Gimiendo ronca y tarda, queda abierta,
Y los ojos del conde deslumbrados,
Pues de lámpara escasa á luz incierta,
Cuando espera encontrar hombres armados,
Ve una hermosa mujer con blanco velo,
Que parece venir del almo cielo.

LV

Tal vez al desdichado á quien oprime
La maldad de la tierra, así piadoso
Del pesar un momento le redime
El encanto del sueño delicioso;
Y en él, en forma angélica y sublime,
Le envia el justo cielo bondadoso
Vírgen celeste, que de luz vestida,
Con purísimos goces le convida.

LVI

Mudo y absorto don Julian quedara,
Y á doblar la rodilla se previene,
Cuando el velo cayendo de la cara
De la beldad que á consolarlo viene,
Ve á los reflejos de la antorcha clara,
Que pálida y temblando ante sí tiene
A Florinda infeliz, á su hija hermosa,
Que ni labio ni planta mover osa.

LVII

Reconócela el conde desdichado,
Y lanza un ronco horrísono alarido,
Que conmoviera el torreon alzado,
Por los lúgubres ecos repetido;
Y con el brazo inexorable armado
Del hierro matador, enfurecido
Hácia Florinda bárbaro se lanza
Ciego, á empezar en ella su venganza.

LVIII

Pero ¡ay! al descargar el golpe fiero,
Pierde su furia la indignada mano,
Y desmayada suelta el crudo acero,
Que es padre al fin el irritado anciano;
Y dando otro alarido lastimero
La espalda y rostro vuelve, y al cercano
Muro lo aplica y de la luz lo oculta,
Y en horrendo silencio se sepulta.

LIX

Florinda no respira, y fria y yerta
Su planta vacilar mísera siente,
En el umbral se apoya de la puerta,
Y en ella inclina la marchita frente;
Cuando el padre, cual suele el que despierta
De horrendo sueño, dice de repente
Con ronca y honda voz, y acento oscuro,
Y sin el rostro despegar del muro:

LX

«Complácete, malvada; tu obra mira,
Si es que á gozarte en mi deshonra vienes.
Aquí al que quiso la celeste ira
Que te engendrara, para afrenta tienes.
Mas porque con la infamia que respira
Tu corrompido pecho, no envenenes
Esta mansion de honor, huye al momento,
Pues para herirte me faltó el aliento.»—

LXI

«Señor, que de otro modo ¡ay Dios! no osa
Esta infeliz llamaros, con turbada
Voz le dice Florinda temerosa,
A salvar vuestra vida idolatrada,
A daros libertad vine anhelosa.»—
«Devuélveme mi honor, infortunada,
Que vida y libertad sin él no quiero,»
Interrúmpela airado el padre fiero.

LXII

«Señor, la jóven sollozando exclama,
Si es que puede mi sangre, sangre impura,
Vertida restaurar mi nombre y fama,
Este pecho rasgad con mano dura,
Matad á esta infelice que os infama;
Herid, herid, señor; mas de esta oscura
Prision salid, salvad ¡ay! vuestra vida,
Con mi muerte en su honor restablecida.»

LXIII

Así diciendo se derriba al suelo,
Las trémulas rodillas abrazando
Del padre, hundida en crudo desconsuelo,
Y un torrente de lloro derramando.
Mísero el padre, convertido en hielo
Se alza del muro, mírala, y temblando
Ya va á echarle los brazos; mas le agita
De repente el furor que su alma irrita.

LXIV

A la infeliz Florinda de sí arroja,
Y en tierra la confunde con fiereza.
Ella los piés paternos besa y moja,
En ellos inclinando la cabeza.
El padre... es padre al fin... Tanta congoja
Templa ya de sus iras la braveza;
Gime en el interior de su hondo pecho,
En contraste tan áspero deshecho.

LXV

Ya más no pudo el desdichado conde,
No pudo más; y con entrambas manos
En su rostro las lágrimas esconde,
Y todos sus esfuerzos ¡ah! son vanos;
Que el corazon más duro al fin responde
De natura á los ecos soberanos,
Y de lo mismo que ejecuta ajeno,
A su hija estrecha en su abismado seno.

LXVI

Y, «sí, dice, sí, aún puedes, hija mia,
Lavar tu honor, mi bendicion ganarte,
Enmendar el baldon á que á la impía
Suerte plugo indignada condenarte;
Y de tu madre... ¡oh Dios!... la sombra fria,
Que miro cuál te sigue á toda parte,
Pronta, ¡qué horror! á maldecirte airada,
Tener reposo y paz, verse aplacada.

LXVII

»Álzate, jura por el cielo santo,
Jura ante el Dios terrible y justiciero,
Ejecutar al punto, al punto, cuanto
De tí exigir por desagravio quiero:
¿Lo juras?...»—Y Florinda en mudo espanto
Tiembla, y en lloro amargo y lastimero
Se deshace. Y «¿lo juras, infelice?
¿Lo juras?» otra vez el padre dice.

LXVIII

Entónces ella, lánguida, marchita,
Con débil y honda voz, «padre, lo juro,»
Prorumpe; y tal horror su pecho agita,
Que viene á dar de espaldas contra el muro.
Sin verlo don Julian, se precipita
Sobre la daga, que en el suelo duro
Yace á sus piés, la coge, y de está suerte
Ronco prosigue y respirando muerte:

LXIX

«Cumple, hija de mi amor, tu juramento:
Toma esta aguda y vengadora daga,
Y tu brazo con ella en el momento
Del vil Rodrigo el corazon deshaga.
Vuela, y cuando tornares, y sangriento
Muestre que á tu ofensor dió justa paga;
Por tu esfuerzo traerás restituida
Honra á tu padre, y libertad, y vida.»

LXX

No las celestes bóvedas rompiendo,
Con repentino trueno resonante,
Rayo trisulco y vengador, cayendo
A los piés de la dama palpitante,
Su corazon hundiera en tan tremendo
Espanto, como el nombre de su amante
Del padre en boca, y el mandato horrible,
Y el juramento bárbaro y terrible.

LXXI

Y trémula, y bañada en sudor frio,
Y cárdeno el semblante, y erizados
Los cabellos, y en fuego hondo y sombrío
Reluciendo los ojos espantados,
Ni ve, ni habla, ni escucha. El conde impío
Mírala, y sus furores renovados,
La ase del brazo, y con feroz acento,
«¿Faltas, dice, infeliz, al juramento?...

LXXII

»¿Mi honor y el tuyo á restaurar te niegas?...
¿Te gozarás en mi suplicio infame?...
O la suya, ó mi muerte: no hay más treguas:
O mi sangre, ó la suya se derrame.»
Y Florinda, «¿A qué Furias ¡ah! me entregas?
Dice, ¡oh padre!... si padre es bien te llame.
¡Qué horror!... ¿yo asesinar á mi Rodrigo?»
«¡Tuyo!!! el padre gritó, yo te maldigo.»

LXXIII

Mortal desmayo á tan terrible acento
A la dama infeliz sobrecogiera:
Vela caer el padre, y al momento
Revuelve contra sí la daga fiera:
Cuando llega Don Opas sin aliento.
De su sañudo brazo se apodera,
Y, «salvaos, exclama, de la muerte,
Venid, oh conde, aprovechad la suerte.»

LXXIV

Empero el arzobispo, que no habia
En el tendido bulto reparado,
Míralo, y pierde toda su osadía,
De que aquella es Florinda cerciorado.
Y, «¿A dó, padre infeliz, tu saña impía
Te condujo?» prorumpe horrorizado.
Y gime Don Julian, y dice fiero:
«Mi maldicion ha sido, no mi acero.»





CANTO II

LOS PRESAGIOS

I

Con un potro, un arnés y un escudero,
Que el arzobispo al conde ha procurado,
Libre hácia el claro Bétis va ligero,
De intentos de venganza acompañado:
Que el pensamiento siempre lisonjero,
Nueva esperanza ofrece á su cuidado
En deudos y en amigos, y no duda
Que hallará en ellos importante ayuda.

II

Ya la incansable voladora Fama,
A cuyos ojos nada oculta el mundo,
Y cuya voz confusa se derrama
Por cuanto cercan cielo y mar profundo;
Del atrevido rey la amante llama,
El agravio del conde furibundo,
Y en el festin su arrojo infortunado,
Ha por España toda publicado.

III

Y toda España (¡oh síntoma de muerte!)
Burló tal vez de la afliccion paterna.
¡Triste del pueblo, á quien su triste suerte
Tanto á la infamia y corrupcion prosterna,
Que necio rie y necio se divierte
Con los vicios de aquel que lo gobierna,
De un anciano en la faz al ver el lloro,
Y ultraje torpe al femenil decoro!

IV

Del Bétis olivoso á la ribera
El conde llega, y á Híspalis famosa,
Y á su palacio, donde inquieto espera
Sus gentes ver en turba numerosa;
Pero una y otra luz pasa ligera,
Y en soledad se mira congojosa,
Y ni deudos, ni amigos, ni parciales
Del alcázar penetran los umbrales.

V

¿Qué es esto?... ¿dónde están?... ¡desventurado!
Hé aquí los hombres, Don Julian: advierte
Cuál los que te cercaban fortunado,
Huyen, cuando contraria ven tu suerte.
Favor, gloria, poder te roba el hado;
No hay ya de tí esperar, no hay ya temerte;
Y cuantos por muy tuyos se vendieron,
De tu fortuna, y no de tí lo fueron.

VI

Aunque el desaire advierte, su venganza
Le inspira disimulo: con presteza
Convoca, aún alentado de esperanza,
De Híspalis y Vandalia á la nobleza.
Mas pronto en tierra ve su confianza;
Cobarde abatimiento, vil bajeza,
Degradacion, infamia, vicios, dolo,
Esclavos sin pudor hallando sólo.

VII

Gime el padre infeliz, y su hondo pecho,
Ya espantoso volcan, rabia respira;
Y temblando de horror y de despecho,
Así ronco exclamó y ardiendo en ira:
«¡Patria infeliz!... tus hijos ¿qué se han hecho?...
¿Dó están?... ¿dó están?... son estos que aquí mira
Mi indignacion, esclavos de Rodrigo?...
Si estos tus hijos son, yo te maldigo.»

VIII

Al atroz frenesí que su alma irrita,
Su alcázar abandona, á Híspalis deja,
En caballo veloz salta, y le agita,
Y los ijares con furor le aqueja,
Y en busca de la mar se precipita;
Pues su rencor ardiente le aconseja
De Hesperia huir, para buscar el modo
De exterminar al rey y al pueblo godo.

IX

Llega al último término de España,
A las costas que el mar sañudo azota,
Y en las arenas que hervoroso baña,
El potro deja, que cansado trota,
Tiende la vista á la húmeda campaña,
Y una pequeña barca, no remota
Amarrada descubre en la ribera,
Entre las algas y la espuma fiera.

X

Comenzaba la noche, ronco el viento
En nubes oscurísimas bramaba;
El mar con sordo són y movimiento
Espantosa borrasca presagiaba;
Mas no desiste el conde de su intento,
Y arrojarse á las ondas sólo ansiaba;
Tanto le era la patria aborrecible:
¡Ay del que llega á estado tan terrible!

XI

Era el batel de humildes pescadores,
Que en un chozo inmediato se acogian,
Cuando del mar horrendo los furores
El sustento buscar les impedian.
De la hoguera los rojos resplandores,
A que las pobres redes recorrian,
Llamaron la atencion del conde fiero,
Y al albergue infeliz marchó ligero.

XII

Halla á los pescadores, que asustados
De su aspecto temblaron pavoroso;
Y mándales audaz, que apresurados
Aprestando la barca, al proceloso
Mar se entreguen, y á climas apartados
Le conduzcan al punto. El peligroso
Aspecto de las ondas y los vientos
Muéstranle, que es contrario á sus intentos.

XIII

Pero empuñando la fulmínea espada,
Obedecer sin replicar ordena.
Van á la barca, que aunque está amarrada,
La resaca la arrastra por la arena.
Era horrenda la noche, contrastada
Del hervoroso mar la playa truena,
La atmósfera se envuelve en negra bruma,
Silba ronco huracan, brama la espuma.

XIV

Otra vez, «¡ay, señor, que nos perdemos!»
Dícele con pavor la pobre gente;
Y otra vez Don Julian, haciendo extremos,
«Al mar, al mar,» les grita broncamente.
Izan la entena, pues, mueven los remos,
La frágil barca los embates siente,
Cércala espesa niebla, y ciego el conde
Huye de España sin saber á dónde.

XV

¿Y Florinda? ¿y Rodrigo?... ¡infortunados!
Ámanse cual jamás por desventura;
Abismo son sus pechos desdichados,
Volcan sus almas, su pasion locura;
Y á infortunios y horrores entregados,
Luchan, cual frágil nave en noche oscura,
Contra ásperos bajíos, azotada
Del huracan y de la mar hinchada.

XVI

Sienten inexorable á toda hora,
Que sus entrañas míseras aprieta
Una mano de hierro abrasadora,
Que arterias y pulmones les sujeta;
Y que sus corazones vengadora
Punza invisible bárbara saeta:
Respirar quieren, y les huye el aura,
Que cuanto vive, plácida restaura.

XVII

Anhelante Rodrigo y pavoroso,
Y tal vez inducido y acosado
De superior impulso misterioso,
Por tenerlo ya el cielo decretado;
Su horrendo afan, su estado desastroso
Y las desdichas que aún le guarda el hado,
Consultar con Ruben ansioso anhela,
Y en busca suya corre y se desvela.

XVIII

Desparecido de la corte habia
Desde el festin infausto el docto anciano,
Y que escondido estaba, se decia,
Consultando los libros del arcano,
En un antiguo alcázar, que existia
De luengos siglos en mitad de un llano
Inmediato á los muros de Toledo,
Inspirando su mole pasmo y miedo.

XIX

Era pública fama, que encantado
De asombros y prodigios lleno estaba;
Del curso de los tiempos injuriado,
Horrible aspecto aterrador mostraba;
De zarzales y arenas rodeado,
Nadie acercarse á su contorno osaba;
De él huian ganados y vaqueros,
Y tornaban la faz los pasajeros.

XX

Contábase que acaso en la sombrosa
Noche salian de él largos gemidos,
Y de horrenda batalla desastrosa
El rumor de las armas y alaridos.
Y que si con la niebla tenebrosa
Iban por desventura hácia él perdidos
Viajeros ó pastores, no volvian,
Y en sempiterno olvido se escondian.

XXI

Confusa tradicion el ignorante
Vulgo guardaba de que aquella fuera
Mansion de antiguo sabio nigromante,
Donde grandes tesoros escondiera.
Otros aseguraban ser constante,
Que tal encanto en el palacio hubiera,
Que el que pudiera deshacerlo un dia,
Nombre, aunque infausto, eterno lograria.

XXII

En él se hallaba pues el docto hebreo;
Y Rodrigo arrastrado por su estrella,
Arde de consultarle en el deseo,
Y ya los campos inmediatos huella.
La blanca luna el resplandor febeo,
Húmeda y silenciosa, sola y bella,
Derramaba apacible en la llanura,
Reinando de los cielos en la altura.

XXIII

Su luz resbala por el pardo muro
Del inmenso edificio pavoroso,
Que en parte viste hiedra y musgo oscuro,
Que en parte desconchado está y ruinoso.
Almenas le ha robado el tiempo duro,
En donde grita el cárabo medroso,
Y leve niebla ciñe blanquecina
La atalaya, que altísima domina.

XXIV

Alza los ojos y la faz turbada
Mudo el monarca, y la alta mole mira,
Y queda yerto, y con el alma helada,
Y su pecho oprimido no respira.
No osa mover la planta, que asustada
Sólo á retroceder temblando aspira;
Mas prosigue, que el punto era llegado
Por el cielo inmutable decretado.

XXV

Penetra los espesos matorrales,
Que en torno borran el camino y foso:
El puente, que há mil años las mortales
Plantas no osan pasar, huella medroso.
Los maderos podridos y puntales,
Con su peso cimbrando, rechinoso
Ruido forman: llega á la ancha puerta,
Y el pié á estampar en el umbral no acierta.

XXVI

Resuelto pulsa la mohosa aldaba,
Mas de súbito espanto poseido,
La suelta, y hácia atrás se retiraba,
Una vez y otra vez despavorido.
Al fin (que su destino lo arrastraba)
Da un golpe á su pesar, que repetido
Por patios y ruinosos corredores,
Retumba en largos ecos bramadores.

XXVII

Ya la altísima puerta se estremece,
Y se abre lenta con fragor tremendo:
Oscuro el ancho pórtico aparece
Inhabitado y en silencio horrendo:
Por las junturas de las losas crece
Inculta yerba, frio verdin cubriendo
Gradas de roto mármol; y aunque espanta
Su vista, el rey á hollarlas se adelanta.

XXVIII

Cuando el sabio Ruben, el docto anciano,
De amarillez y de dolor cubierto,
Y una pálida antorcha en la una mano,
Sale para atajar su paso incierto,
Y «¿á dónde, oh ciego rey, corres insano?
Le dice entre gemidos; ¿dó inexperto
Mueves la planta audaz? ¡Ay! que camina
A hallar tu fin, de España la ruina.

XXIX

»Huye, infeliz.»—Mas pálido el monarca,
«No, exclama, no, que á consultarte vengo,
Y en tu saber, que cielo y tierra abarca,
Cifrada sólo mi esperanza tengo.
Consuela mi afanar, ó que la Parca
Esta vida tremenda que mantengo,
Siegue piadosa, y cesen mis delirios,
Y mis remordimientos y martirios.»—

XXX

«¡Desdichado! responde el docto hebreo:
Mis labios sella el áspero destino,
Que potente se opone á tu deseo.
Respeta humilde su querer divino:
Nada puedo decirte; y cuando veo
Cercano ¡ay Dios! el fin de tu camino,
Que revelarlo y que salvarte pueda,
La fuerza de los astros me lo veda.

XXXI

»¡Ay! Mas huye... No pierdas ni un momento,
Que el de la perdicion está inminente.»
Rodrigo, en espantoso desaliento,
Por fuerza oculta detener se siente.
Vuelve el mágico á instarle, cuando el viento
Retumba con los sones de repente
De una campana del torreon, que habia
Siglos que nadie resonar oia.

XXXII

A cuyo áspero horrísono tañido
El virtuoso Ruben desconcertado,
«Ya no hay reparacion, dando un gemido
Exclama, no, que el término es llegado.
Entra, si estás de esfuerzo apercibido:
Toma esta antorcha, y un arcon cerrado,
Que encontrarás, descubre: en él tu suerte:
La mia es bajar al reino de la muerte.»

XXXIII

Despareció Ruben: Rodrigo helado
Tiembla, y por mano oculta irresistible
Para retroceder se halla atajado,
Entre las sombras y el silencio horrible;
Y ya, del mismo miedo arrebatado,
Resuélvese á apurar su hado terrible;
Que desesperacion suele y denuedo,
En apuro final, tornarse el miedo.

XXXIV

Ábrense con fragor antiguas puertas,
Y el rey pasa atrevido los umbrales;
Formando sombras con la antorcha inciertas
Columnas y arruinados barandales.
Arcadas atraviesa descubiertas,
Patios llenos de lodo y matorrales:
Sobre quebradas losas se acelera,
Y hállase en la magnífica escalera.

XXXV

Mansa, de mármol negro y ancha asciende,
De polvo, do estampada no ve huella,
Cubierta toda. Osado el paso tiende
Por una y otra de las gradas de ella:
En lo alto un largo corredor se extiende,
Y por atravesarlo se atropella;
Y en la anchurosa cuadra entra temblando,
Y atónito su espacio registrando.

XXXVI

El arteson altísimo aparece
De espectros y de sombras habitado.
De oro y mármol el muro le parece,
Pero uno muerto, y otro deslustrado;
Y en medio de la sala se le ofrece,
Del polvo de la edad entapizado,
Un ancho arcon de cedro carcomido,
Y de mohosas barras guarnecido.

XXXVII

Se acerca yerto, frio, palpitante,
Y la fuerza del astro que le inclina,
Presta á sus brazos el vigor bastante,
Y el arca á descubrir se determina.
Ya la pesada tapa alza anhelante,
Que en los gonces tardísimos rechina;
Y del oscuro seno alzada apena,
Con són de nube que inflamada truena,

XXXVIII

Entre humo denso y llama aterradora,
Cual es la de las iras del Eterno,
Fantasma colosal, reina y señora
De los vicios que aborta el hondo averno,
Alzase; y á Rodrigo vengadora
Se acerca, con sonrisa del infierno,
Y esgrimiendo un buril de brasa ardiente,
Exterminio grabó sobre su frente.

XXXIX

Y largo estruendo, horrendo resonando,
Cual le oyó el orbe nuevo al alarido
De Leviatan y de su horrible bando,
Por la alta diestra de Miguel vencido;
O cual lo escuchará cuando temblando
Vuelva á ser nada, y del Criador olvido;
El encantado alcázar se estremece,
Y como polvo y humo desparece.

XL

Hállase el rey en la mitad de un llano,
Do descuellan sepulcros suntuosos,
Que de voraz incendio no lejano
Alumbran resplandores espantosos.
Torna absorto la faz, y el toledano
Muro, y sus altos templos, y famosos
Palacios reconoce, que en horrendo
Fuego desolador están ardiendo.

XLI

Y siente que sus plantas humedece
Sangre, que empapa cálida la tierra;
Y que hácia el Sur retumba, y sordo crece
Clamor de trompas y rumor de guerra;
Y ve que á todos lados se aparece,
Inundando llanura, monte y sierra,
Tropel innumerable de escuadrones
De extrañas y fierísimas naciones.

XLII

El exterminador ángel extiende
Sus alas sobre ellos, y los guia
Con la espada de Dios. Delante hiende
Bramador huracan la niebla fria;
Y en pos su espesa y negra sombra tiende
La noche del error, donde la impía
Esclavitud y la barbarie viven,
Y á devorar al orbe se aperciben.

XLIII

Quiere el mísero huir al acercarse
La fiera multitud, mas de repente
Ve las antiguas losas quebrantarse:
Oye gemir las urnas sordamente;
Y mira de sus senos levantarse,
Ceñida aún de oro y de laurel la frente,
Las sombras de sus ínclitos mayores,
Clavando en él los ojos vengadores.

XLIV

Y esconderse en la niebla vagarosa,
Gimiendo y exclamando en roncos gritos:
«Maldicion, maldicion para el que osa
Nuestro sueño turbar con sus delitos,
Hundiendo en noche horrenda y desastrosa
Patria y honor, y sacrosantos ritos.»
Más resistir el infeliz no pudo,
Y vino al suelo desmayado y mudo.

XLV

En él por largo tiempo ni áun respira,
Casi cadáver insensible, helado;
Y cuando en sí volvió, solo se mira,
Tendido en medio del desierto prado.
Atónito en reedor los ojos gira;
Y no hallando el alcázar encantado (1),
Ni rastro alguno de él, se alza y de miedo
Ahogado el corazon, huye á Toledo.

XLVI

—Florinda en tanto por la selva umbrosa,
Que su palacio y su jardin cercaba,
Como ni un punto la infeliz reposa,
Con su querida Elvira paseaba;
Y en inquieto silencio, congojosa,
Con lloro amargo de dolor regaba
Ambas mejillas, aunque mustias, bellas,
Lamentando el rigor de las estrellas.

XLVII

A un dulce pajarillo, que volando
De árbol en árbol y de rama en rama,
Melancólicos trinos gorjeando,
Sus penas templa, y la atencion le llama,
Sigue embebida en el acento blando,
Y en pos se enselva la afligida dama;
Y sin notarlo, léjos los confines
Deja de su palacio y sus jardines.

XLVIII

Y hállase en un collado delicioso,
Manso dominador de la ancha vega,
Que el aurífero Tajo caudaloso
Grato enriquece y apacible riega;
Y do en chozas humildes al reposo
Sencillo pueblo pastoril se entrega,
De inocencia y candor acompañado,
Y de sus fieles perros y ganado.

XLIX

¡Oh, cuán hermosa, y pura, y refulgente
Brilla la luna en el zafir del cielo,
Rielando en la plácida corriente,
Y aljofarando el esmaltado suelo!
¡Qué bálsamo respira el fresco ambiente!
¡Qué silenciosa paz, cuánto consuelo
Del mísero mortal presenta al alma
El campo delicioso en noche calma!

(1) Al final de este poema están las notas que van señaladas con los guarismos correlativos.

L

Y tú, apacible y regalado sueño,
Consolador del mundo, tú que miras
Con espantado y pavoroso ceño
Las pasiones, y de ellas te retiras;
¡Cuán suave, coronado de beleño,
Con alas silenciosas mudo giras
Por la fresca, adormida y ancha vega,
Que á tu encanto dulcísimo se entrega!

LI

Huyes de los soberbios artesones,
Do brilla el oro en cimbrias y en follajes:
Huyes de los armados galeones,
Y de los eminentes almenajes;
Y buscas las pacíficas regiones,
Donde chozas humildes de ramajes
Albergan el candor y la inocencia,
Y en ellas ejercitas tu influencia.

LII

El orgulloso y bárbaro tirano,
Que de púrpura y oro oprime el lecho,
Tu dulce néctar solicita en vano,
De recelo y pavor hendido el pecho.
Ya ve la daga en sobornada mano,
Ya el rayo vengador hendiendo el techo,
Ya á impulso popular rotas y abiertas
Cobardes guardias, reforzadas puertas.

LIII

El que sigue feroz al duro Marte,
Abrumado del peso de la malla,
Temeroso procura desecharte
Al rayo de Lucina en la muralla;
Y el que del globo en la remota parte
El oro busca y con la mar batalla,
Si la codicia no, la voz del noto
Le despierta ó el grito del piloto.

LIV

Al sencillo pastor, tranquilo en tanto,
Ni ambicion ni codicia le desvela,
Ni odio le turba, ni le inquieta espanto,
Ni envidia vil, ni pérfida cautela;
Y desde que la noche tiende el manto,
Hasta que el pajarillo canta y vuela
Risueño saludando á el alba pura,
Goza en tus brazos celestial dulzura.

LV

El mágico poder obra en la dama
Del feliz espectáculo que admira,
Y el consuelo en sus venas se derrama,
Con el aura inocente que respira.
Siéntase, pues, sobre la fresca grama,
La mano asiendo de su amada Elvira,
Y en éxtasis, que templa sus dolores,
Enjúganse sus ojos brilladores.

LVI

Cuando oye de los perros vigilantes,
Muestras de lealtad, fieles ladridos;
Y á los rayos de Cintia rutilantes,
Sobre yerbas y flores esparcidos,
A un zagal (que con pasos anhelantes
A uno de aquellos chozos reducidos
Se acerca silencioso) ve la dama,
Y su muda atencion despierta y llama.

LXVII

Y en seguida, de un rústico instrumento
La blanda melodía resonando,
Conmovió suave al adormido viento,
Voz á la vega y á la noche dando;
Y un delicioso enamorado acento
A la par de la música sonando,
Hijo de una pasion sencilla y pura,
Así esparció á las auras su dulzura:

LVIII

«Mi consuelo, mi dicha encantadora,
Más linda que la flor del verde lino,
Y más lozana que la fresca aurora,
Que al sol siembra de rosas el camino;
Dulce zagala, á quien mi pecho adora,
Por mi feliz, dulcísimo destino:
¡Ay, cuánto tarda el venidero dia,
Que anhelo pase, por llamarte mia!

LIX

»¡Oh, cuán gallarda ante el altar sagrado
Mañana á dar el premio á mis amores,
Dirigirás el paso recatado,
La sien ceñida de fragantes flores;
Y de la rosa el brillo retratado
En tu inocente faz, con los colores
Del púdico rubor, tu mano tierna
La dicha hará de tu pastor eterna!

LX

»Más bella que la luz de hermoso dia
En el zafir del Tajo retratada,
Es tu cándida frente, Alcina mia,
Que parece azucena anacarada;
Y el negro manto de la noche umbría
No ostenta en primavera sosegada
Lucero brillador, ni el mayor de ellos,
Que se compare con tus ojos bellos.

LXI

»¿Cómo Lauso sin tí vivir pudiera,
Encanto, eterno bien del pecho mio,
Más dulce á mi anhelar, que en la pradera
Es el nuevo alcacel á mi cabrío?
La vida sin tu amor, ¿qué me sirviera,
Dueño de mi existencia y mi albedrío?
Sólo á adorarte el hado me destina,
Para amarte nací, gallarda Alcina.

LXII

»¡Ah! ¡cuán dichosos por la selva y prados
Al rojo amanecer los dos saldremos,
Confundidos en uno ambos ganados,
Y los pintados riscos buscaremos;
Y entre amores sabrosos, y envidiados
Del cielo y de la tierra, pasaremos
Dias felices, horas placenteras,
En estas dichosísimas riberas!

LXIII

»¡Qué regalos tendrás del amor mio!...
No brillará en la selva flor temprana,
Que no adorne tu frente; cabe el rio
Conchas te cogeré cada mañana;
Y en cuanto arrullen por el bosque umbrío,
En la pompa del álamo lozana,
Tórtolas blancas, tenderé mis redes;
Y ya contarlas como tuyas puedes.

LXIV

»Un cervatillo con la piel manchada
De rojo y gris, y con el lomo pardo,
Que encontré la otra siesta en la enramada,
Para ofrecerlo á tu beldad, lo guardo.
En el redil, do encierro mi manada,
Custodiado lo tengo, y sólo aguardo
A que pazca y que trisque: cuando sea
Tuyo, Alcina, verás cuál te recrea.

LXV

»Y en cuanto el sol su luz tienda en el llano,
He de plantar (en sitio que encubierto
Esté del soplo ardiente del solano,
Y de la escarcha del invierno yerto)
Un almendro, que pronto alce lozano
Gallarda cima de verdor cubierto,
Y acuerde en las tempranas primaveras
Nuestras delicias del amor primeras.»—

LXVI

Cesó la voz, y el eco sonoroso
Aún los últimos sones repetia,
Miéntras ufano aquel pastor dichoso
Con guirnaldas el tosco umbral vestia;
Cuando por él saliendo el dueño hermoso,
Que su llama honestísima encendia,
Ternezas se dijeron con amores,
Cuyo susurro resonó en las flores,

LXVII

Tan inocente amor, dicha tan pura
Compara á los abismos de su pecho
Florinda, y el raudal de la amargura
Hierve en su corazon, roto y deshecho:
Que sólo el que es dichoso, la ventura
De los demás contempla satisfecho;
Pero ¡ay! al infeliz dichas ajenas
La furia le redoblan de sus penas.

LXVIII

Y con ojos que el llanto no humedece,
Y que de aquellas chozas no retira,
Mármol yerto la mísera parece,
Reclinada en el seno de su Elvira;
Hasta que recordando, se estremece,
Rompe en ardientes lágrimas, suspira,
Y prorumpe con voz que conmoviera
Al cielo, si piedad en él hubiera:

LXIX

«¿Lo ves?... Lo ves?... ¡Oh ciego, injusto hado!
¡Ay!... El amor los hace venturosos;
El mismo amor, que tiene destrozado
Mi pecho con tormentos espantosos.
¿Por qué esta diferencia, cielo airado?
Unos aman, y amando son dichosos,
Y otros aman, y amando los confundes,
Y en mar horrendo de dolor los hundes,

LXX

»Como á mí, triste!... Cual si crímen fuera
Verse mi corazon á amor sujeto,
O del mortal en manos estuviera
Elegir para amar hora y objeto.
Todo lo rige la celeste esfera:
Inevitable al hombre es su decreto:
Si el cielo con pasiones nos hostiga,
¿De qué delito luégo nos castiga?

LXXI

»¿Es que en la corte y entre jaspes y oro
Todo es maldad y horrores, y conserva
El hado de sus dichas el tesoro
Para las chozas de ramaje y yerba?
¿Y por qué á mí infeliz á eterno lloro
Me hizo á la luz nacer la suerte acerba
En Toledo, en alcázares dorados,
Y no en las selvas y apacibles prados?

LXXII

»Alejémonos ¡ay! de estos lugares;
Que tanta dicha me desgarra el alma,
Y áun temo con mis hórridos pesares
De esa mansion feliz turbar la calma.»
Dijo, y á los etéreos luminares
Alzó una y otra sudorosa palma,
Llenas de llanto las mejillas bellas,
Como favor pidiendo á las estrellas.

LXXIII

Apoyada levántase en su Elvira,
Y volviendo los ojos de la vega,
Angustiada á su alcázar se retira,
Y ya á los bosques inmediatos llega.
Advierte en ellos que á lo léjos gira,
Con paso incierto entre la sombra ciega,
Un silencioso bulto, que la espanta,
Y lanza un grito, sin mover la planta.

LXXIV

A cuyo acento viene presuroso
Aquel objeto que su horror motiva;
Quiere Florinda huir, y en el herboso
Suelo su propio asombro la derriba;
Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,
Yerto el cabello, helada la expresiva
Frente, los ojos secos y espantados,
Sostiénela con brazos desmayados.

LXXV

Rodrigo, el infeliz que abrir no osa
Los lábios de terror, y que en horrendo
Secreto guardará la temerosa
Vision, de que turbado viene huyendo;
Ni sabrá cuál la vega es deliciosa,
Que su amada Florinda ha estado viendo;
Que el temor de aumentar su mutua pena,
A silencio azaroso los condena.

LXXVI

Abrázanse gimiendo, y fugitiva
El aura compadece sus dolores:
La selva los contempla compasiva,
Y sin piedad los astros brilladores;
Miéntras cruel de su esplendor los priva
La luna, que nacer vió sus amores,
Pues ¡funesto presagio! el rostro oculta
En negra nube, que el terror abulta.

Lóndres, 1834





CANTO TERCERO

LA VENGANZA

I

Viento setentrional sopla, y gallardo,
Aunque crespes del mar las turbias ondas,
El seno abulta de las lonas pardo,
Sin que la tierra nebuloso escondas.
No te demuestres á mi anhelo tardo,
Que á mis ruegos es justo correspondas,
Pues cantando el rigor de mi fortuna,
En Albion te adormecí en tu cuna.

II

Sí, ya á mis ojos férvido horizonte,
Entre celajes de risueña grana,
Cumbres azules de lejano monte
Muestra al primer albor de la mañana.
Terreno es español!... Alma, disponte,
Disponte á recibir el premio ufana
De tu constancia y padecer, gozando
De amor y de amistad el beso blando.

III

Salve, costas amadas.—¡Desdichado!...
¡Mísero yo, que en ilusion perdido,
Pude un momento la crueldad del hado
Dar, y mi suerte bárbara al olvido!
¡Ay! el tiempo dichoso aún no es llegado.
Una tremenda voz hiere mi oído,
Voz de infortunio, de despecho y muerte:
¡Oh cuán terrible es la sañuda suerte!

IV

Siniestra voz con temeroso acento,
«Huye, infelice, desde allí me grita,
Que á ver tu patria por mayor tormento
Tu destino cruel te precipita:
Mas no la pisarás, el raudo viento
Que hincha tus lonas y la mar agita,
Te arrebata ¡infeliz! á otras arenas,
En donde arrastres tu destierro y penas.»—

V

¿Dó volveré los ojos? Tú, desnudo
Avila de verdor; tú, cuya frente
De ásperas rocas Hércules membrudo
Alzó, abriendo camino al mar rugiente,
Permite á un desdichado, á quien sañudo
Destino acosa, la angustiada mente
Y la vista tender, para consuelo,
Por tu gran mole que se eleva al cielo (2).

VI

Mas, ¡oh prodigio!.. ¿á quién allá en tu cumbre,
Cual fantasma de muerte, alzarse veo,
Y de sus ojos la tartárea lumbre
Sobrepujar el resplandor febeo,
Como en noche fatal la muchedumbre
De estrellas vence, ardiendo en su apogeo,
Sobre las rotas nubes desiguales,
El sangriento Orion, nuncio de males?

VII

¡Ay, que es el conde Don Julian! Airados
El viento y mar, de la tartesia arena
A los montes del Africa abrasados,
Le condujeron á llorar su pena;
Y desde allí con ojos inflamados,
Y alma de anhelo vengativa llena,
Mira al través de las cerúleas olas,
Y maldice las costas españolas.

VIII

Allí en la cumbre de los riscos yerta,
Su alarido atronando la montaña,
De aquella playa bárbara y desierta
Las sierpes, con pavor, tiemblan su saña;
Y allí le mira el sol, cuando despierta,
Y allí, cuando de luz los orbes baña,
Y allí desde el ocaso al fin del dia,
Y allí una y otra vez la noche fria.

IX

Allí tambien le encuentra un mensajero,
Que en pequeño batel de alado pino,
Desde España, cortando el golfo fiero,
Con carta y órden de Don Opas vino;
Del vil Don Opas, que logró mañero
Saber do el conde gime peregrino;
Y en carta astuta de este modo escrita,
A la venganza y la traicion le incita:

X

«Del africa arenosa las regiones
De gloria inundan, y de honor sedientas,
Nuevas valerosísimas naciones;
¿Y tú su vecindad por nada cuentas?
¿No ves que serán tuyos sus pendones,
Si á su ambicion y arrojo representas,
Cuán cerca les ofrece la fortuna
A España rica y sin defensa alguna?

XI

»Marcha en su busca, su valor enciende,
A su cabeza ponte, y sin tardanza
El corto espacio de los mares hiende,
Y á las béticas playas te abalanza.
Harto te digo: de tu mano pende
O restaurar tu nombre ó la venganza
Tener, que tu manchada gloria exige,
O morir en la afrenta: conde, elige...»

XII

Más no leyó: las canas venerables
De la rugosa frente se erizaron,
Y sus ojos, con fuego formidables,
Al mensajero infame fulminaron;
Y asordando los piélagos instables
Con voces, que cual trueno retumbaron,
«¡Yo á mi patria traidor! yo contra España!!!»
Dijo, y huyó por la áspera montaña.

XIII

Mas ¡ay! vano es huir: consigo lleva
El consejo fatal, y allá en su pecho
El oculto veneno entró y se ceba,
Y ya en su corazon el daño ha hecho.
Así en vano á escapar el ciervo prueba
Del dardo que el costado le ha deshecho;
Que no ya el dardo cortará su vida,
Sino la yerba que dejó en la herida.

XIV

Conócelo el astuto mensajero,
Sagaz cual su señor, y al conde airado
No intenta perseguir, antes ligero
Torna á surcar el piélago salado:
Tal diestro agricultor con cierto agüero,
Cuando en terreno fértil ha sembrado,
Ya no se afana más, porque el tributo
Sabe que le ha de dar la tierra en fruto.

XV

Solo el conde en el áspero desierto,
Vuelve á mirar la seductora carta,
Y nuevo horror le inspira y desconcierto,
Y otra vez de ella el pensamiento aparta:
Que jamás corazon de honor cubierto,
Aunque la patria lo destroce y parta
Con vil persecucion y ofensa grave,
Hacerla presa de extranjeros sabe.

XVI

Tal crímen es, que de pensarlo, el conde,
Aunque irritado, tiembla; y en su pecho
A Opas maldice, y al papel en donde
Ofrece tal venganza á su despecho.
Mas de virtud humana ¿quién responde,
Cuando en horrenda tempestad deshecho
El huracan de las pasiones ruge,
Y audaz la embiste con furioso empuje?

XVII

Casi cien giros completado habia
La tierra en derredor del sol ardiente,
Desde la fuga y el famoso dia
En que Mahoma trastornó el oriente (3);
Y en que hermanando astucia y osadía,
Alzó arrogante la soberbia frente,
Cual hombre celestial, y cual profeta,
Que de Dios los decretos interpreta.

XVIII

Obediencia, y amor, y ciego culto
Halló entre gentes rudas, que pensaron
Que el mismo Dios en él hablaba oculto,
Y sus dogmas y leyes abrazaron;
Y cundiendo en los pueblos el tumulto,
Que las nuevas doctrinas motivaron,
Llenó su nombre y gloria el hemisferio,
Que absorto vió nacer un nuevo imperio.

XIX

Un nuevo imperio, que cual suele acaso
Raudo torrente en turbio remolino,
Rompiendo el dique, por el campo raso
Extender bramador su ancho camino;
O como en el desierto tiende el paso
Sobre la llana arena el torbellino;
Nació, creció, elevóse, y furibundo
Combatió al cielo, estremeciendo al mundo.

XX

Pues Mahoma exaltando las pasiones
De las gentes del Sur, y en fanatismo
Abrasando encendidos corazones,
Hizo temblar al firmamento mismo:
Tornó tímidos ciervos en leones,
Inflamó astuto en bélico heroismo
Pueblos supersticiosos, y con ellos
De altas naciones oprimió los cuellos.

XXI

¡Tanto puede el saber ó la fortuna
De un hombre solo!... y tanto, que aún enciende
Su excelso influjo sin mudanza alguna
En la estirpe feliz que de él desciende.
Así el imperio de la media luna,
Muerto Mahoma, en nueva gloria esplende,
Y ven del islamismo las falanges
El fértil Nilo y opulento Ganges.

XXII

Muza conduce al último occidente
Sus vencedoras huestes y pendones,
Y hace que postren al Coran la frente
Garamantas y etiópicas naciones,
Y el pardo Bereber y el Libio ardiente;
Y cubre con invictos escuadrones
La Tingitania y la Numidia, y huella
Las costas, do el Atlántico se estrella.

XXIII

Costas, cuya conquista (ya mirando
La Africa toda á su poder sujeta,
Y sometida del Califa al mando,
Y al culto y á la ley del gran Profeta)
A su hijo Abdalazís encarga, ansiando
Con paterna aficion justa y discreta,
Que se ensaye en la lid, y adquiera gloria,
Completando su acero la victoria.

XXIV

Así Getulia por sus montes mira
Rey de las selvas al leon sañudo,
Despues que destrozar, ardiendo en ira,
Ganados, perros y pastores pudo;
Cuál de la lid sangriento se retira,
Y á sus cachorros con rugido agudo
Incita á que en los restos fuerzas prueben,
Y en la matanza y destruccion se ceben.

XXV

Jóven Abdalazís, y aleccionado
Del padre triunfador en la alta escuela,
De fortuna y valor acompañado,
Al ensayo feliz ansioso vuela;
Y cual rayo en las nubes engendrado,
Corre, llega, combate, vence, asuela;
Y ornado de laurel, de gloria lleno,
Torna al abrigo del paterno seno.

XXVI

Con lágrimas de gozo el padre anciano
Al jóven vencedor los brazos tiende,
Y gracias rinde al cielo soberano,
Que en hijo tal su noble sangre enciende;
Y por festejo del valor temprano
Que en el mancebo triunfador esplende,
Y de ver completada la conquista,
Fiestas y juegos bélicos alista.

XXVII

No léjos de la playa, en que las olas
Del paso hercúleo brillan, y do enfrente
De las cercanas playas españolas
Avila se avecina al sol ardiente,
Bajo la insignia de las crespas colas
Júntase ufana la guerrera gente,
Que de Mahoma sigue los pendones,
Humillando al Coran tantas naciones.

XXVIII

Y con ellos los pueblos africanos,
Descendencia de Agar, llegan ansiosos,
Ya humildes á los ritos mahometanos,
A presenciar los juegos suntuosos,
Que en unos valles y apacibles llanos,
De palmas y naranjos olorosos
Ornados en reedor, el sarraceno
Va á celebrar, de sus conquistas lleno.

XXIX

Preside el campo Muza, coronado
De los rayos espléndidos de gloria,
Que á su cabello venerable han dado
La constante fortuna y la victoria;
Y en segundo lugar (si lo es su lado)
Brillan, dignos tambien de alta memoria,
Los otros adalides, campeones,
Honor de los lunados escuadrones.

XXX

A contender los premios se presenta
La flor del Asia y Africa, gallarda
Lozana juventud de honra sedienta,
Y á quien tan alta gloria el cielo guarda.
Cuál en potro feroz, que fuego alienta
La carrera del viento juzga tarda,
Y cuál ostenta luchador robusto
Fuerzas, que al mismo Alcides dieran susto.

XXXI

Quién disputa el acierto en la saeta,
Los golpes quién de poderosa maza,
Este al toro feroz postra y sujeta,
Aquel al bravo tigre despedaza:
Otros con ágil pié tocan la meta,
Y todos muestran en la extensa plaza
Fuerzas, y robustez, y valentía,
Destreza, emulacion, alta osadía.

XXXII

Allí, excelso Tarif, la gruesa lanza
Tu brazo triunfador vibró membrudo,
Y tanto trecho rehilando alcanza,
Que do llegó, ninguna llegar pudo,
Y allí con harto orgullo y confianza
Tu cuerpo colosal muestras desnudo,
Oh Zegrí, que desprecias arrogante
De Abencerraj los miembros de gigante.

XXXIII

A ambos en espantosa lucha mira
Desde zenit el sol, y ambos deshechos
Ardeis sañudos en rencor y en ira,
Y en fuertes lazos os teneis estrechos.
El odio innato, que bramando gira
Por vuestras venas y encendidos pechos,
Tal fuerza os da, que iguales en la gloria,
No queda por ninguno la victoria.

XXXIV

Ya los astros os tienen destinada
Generacion, do se conserve y crezca
Esa rivalidad envenenada
Tanto, que envidia su heredad parezca;
Y un tiempo ha de llegar en que Granada
De vuestros nietos al furor perezca,
Cuando discordia atroz así los ciegue,
Que vuestra sangre sus palacios riegue (4).

XXXV

Tambien tú, Abhen-Halí, jóven lozano,
De alfanje damasquino haciendo prueba,
Revuelves el corcel con blanda mano,
Llamando la atencion tu gloria nueva.
¡Ay! que víctima á ser de amor insano
Tu destino cruel te arrastra y lleva
A Córdoba famosa, do tu suerte
Será amar, tener celos, darte muerte.

XXXVI

Sí, yo mismo en el muro derruido
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamás olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aún de tu ingrata Zaida allí esculpido,
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre, que trémulo escribiste
Con la daga, que en tí despues hundiste.

XXXVII

Lo he visto, y no sin lágrimas: el pardo
Musgo las letras casi borra, y crece
De hiedra y zarza matorral bastardo,
Que de aquel sitio el defensor parece.
Alza la crencha solitario cardo
Sobre tu ignota tumba, y resplandece
En las piedras tu sangre, mancha oscura,
Que allí á despecho de los tiempos dura.

XXXVIII

¡Cuántas veces tu historia dolorosa,
Infante tierno, me acalló en la cuna!
¡Cuántas despues, ya jóven, con medrosa
Planta, al reflejo de la opaca luna
Visité aquel lugar, donde reposa
Tu ceniza infeliz!... Y áun noche alguna
Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar tu sombra helada (5).

XXXIX

Quince veces el astro refulgente,
Centro del mundo y causador del dia,
La vega iluminó, donde eminente
El valor musulman resplandecia;
Y ya alzando la voz y la alta mente
Hafiz, el noble vate, en quien ardia
La llama celestial, con sacro verso
Cantaba tanta hazaña al Universo.

XL

Cuando el conde infeliz encaminado
Del gran rumor y estruendos militares,
Solo se acerca á la llanura armado,
Por desusadas sendas y ramblares:
Llega, y la inmensa multitud pasmado,
Oculto en los cercanos olivares,
Contempla; y su designio atroz le espanta,
Y aún indeciso suspendió la planta.

XLI

Lanzando empero un hórrido alarido,
Cual espíritu réprobo, que mira
Que ha para siempre la mansion perdido
De la misericordia, ardiendo en ira
Prosigue, de los astros compelido;
Entre la muchedumbre mudo gira,
Y en medio de la liza se presenta,
La vista universal teniendo atenta.

XLII

Su deslustrado peto opaca lumbre
Lanza, como siniestro meteoro,
Que del cóncavo cielo en la alta cumbre
Arde de los planetas entre el coro.
De sus áridos ojos la vislumbre
Brilla, y la faz, que moja escaso lloro,
Como fuego infernal: barba y cabello
El seno escarcha, y emblanquece el cuello.

XLIII

Suspéndese el concurso inmenso, y mudo
Su extraño aspecto admira y continente.
El con la espada bate el ancho escudo,
Y tiembla y calla sin alzar la frente;
Cuando de pronto encárase sañudo
Al asiento de Muza preeminente,
Y en ronca voz, qué ensordecer pudiera
Al huracan, habló de esta manera:

XLIV

«Egregio capitan, claros varones
Dignos de dominar toda la tierra:
Nuevas valerosísimas naciones,
Cuyo poder al Universo aterra;
¿En inútiles pruebas, y en funciones
Desperdiciais el tiempo, que á la guerra
Debierais consagrar y á la victoria,
Y á completar vuestra naciente gloria?

XLV

»¿Pensais que los destinos esplendentes,
Que os guarda el cielo en inmutable arcano,
Llenos están, cuando aún existen gentes,
No domadas al yugo mahometano?
¿Vuestros invictos ánimos valientes,
Caben sólo en el ámbito africano,
Y ese vuestro denuedo sin segundo,
Que caber no pudiera en todo el mundo?

XLVI

»Volad á donde os llama la fortuna,
No sea término el mar á vuestra saña,
Y el pendon victorioso de la luna
Amague á Europa, combatiendo á España.
Vecina, rica, sin defensa alguna
Se os ofrece; la luz del sol no baña
Ni mejor parte tiene el orbe todo:
Venid, arrebatadla al débil godo.»

XLVII

Hondo espanto su voz ahogó, y el hielo
Pasmóle el corazon, cuando su boca
Nombró á la patria, y temeroso al cielo
Miró, sabiendo que su horror provoca.
En el desesperado desconsuelo,
Que confunde su aliento y le sofoca,
Ve á la virtud que de él huye y se aleja,
Y en la eternal reprobacion le deja.

XLVIII

Es tradicion antigua de que en tanto
Que el traidor alentaba al sarraceno,
Tembló la España toda, y negro manto
Robóle el claro sol, bramando el trueno;
Y que terror secreto y mudo espanto,
Cayendo repentino, turbó el seno
De cuantos godos en el orbe habia:
¡Tanto funesto fuéles aquel dia!

XLIX

Al espirar del conde el vil acento,
La inmensa muchedumbre el aire llena
Del confuso rumor que forma el viento,
Cuando en los valles de Moncayo suena.
Todos gritan con bárbaro ardimiento:
«A España, á España, el cielo nos lo ordena;
Este del gran Profeta es mensajero;»
Y todos arden en furor guerrero.

L

Sólo el prudente Muza no responde,
Y aunque el ansia de gloria que le enciende,
En su faz generosa mal se esconde,
Hácia su pabellon el paso tiende.
En tanto que cercando al fiero conde
La entusiasmada multitud, que entiende
Ver en él un ministro del Profeta,
Le agasaja, le admira y le respeta.

LI

Mas él á todo obsequio indiferente,
Ni ve, ni escucha; que su pecho insano
El peso abrumador del crímen siente,
Y torna mudo al olivar cercano:
Pues si remordimientos no consiente
Un gran delito en corazon humano,
Cierto terrible asombro siempre inspira,
Engendrador tal vez de mayor ira.

LII

Entró la noche, y solo y combatido
De varios encontrados pensamientos,
Como cedro en el monte sacudido
Por bramadores encontrados vientos,
Muza, adalid prudente y advertido,
Del conde recordando los acentos,
No acierta á decidir, y duda y vuelve,
O miéntras piensa más, ménos resuelve.

LIII

El silencioso sueño por la vega
Sus alas tiende, ungidas de rocío,
Y al reposo dulcísimo se entrega
Y á la quietud el bárbaro gentío.
En la alta cumbre plácida desplega
Su lánguido esplendor, húmedo y frio,
Con tibias luces, la creciente luna,
Protectora de la árabe fortuna.

LIV

Cuando Muza, agitado y cuidadoso
(Bien que el sueño halagase sus intentos,
Renaciendo en las horas del reposo
Sus altos ambiciosos pensamientos;
O bien que el cielo, airado y rigoroso,
Avisos no omitiese ni portentos,
Con que la destruccion, ya decretada,
Precipitar de Hesperia desdichada)

LV

Vió vestirse de rayos esplendentes
Las pardas sombras de la noche oscura,
Y con lampos de luz resplandecientes
El seno abrirse de la tierra dura;
Y entre vapores férvidos ardientes
Alzarse á la region del cielo pura
El formidable espectro de Mahoma,
Cual númen infernal que el aire doma.

LVI

Armas, despojos, rayos de la guerra,
Famas de altas naciones y fortuna
Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
Miéntras su frente escóndese en la luna.
Arde el Coran, que al universo aterra,
En medio de su pecho, cual laguna
De encendidos metales, y parece
Que á su presencia el orbe se estremece.

LVII

Muza pasmado la rodilla inclina,
Postrando contra el suelo su semblante,
Cuando la colosal diestra encamina
El grave espectro, y le ase del turbante;
Y las nubes hendiendo, lo avecina
A Avila peñascoso en corto instante,
Y párase con él en la alta cumbre,
Que temblando abortó tartárea lumbre.

LVIII

Y desatando allí con diestra fuerte
El lauro eterno, que su frente orlaba,
Lo arroja; y como flecha de la muerte,
Hendiendo el aire rápido silbaba,
Siniestra luz lanzando: de tal suerte,
Que mísero planeta asemejaba,
A quien el Hacedor con ceño mira,
Y que perdido en los espacios gira.

LIX

Y salvando los mares espumosos,
Cayó tronando en medio de la España,
Cuyos campos y montes espaciosos
Con perniciosa luz alumbra y baña.
A los ojos de Muza codiciosos
Patente haciendo en perspectiva extraña,
¡Oh gran portento! cuanto encierra y cria
La goda miseranda monarquía.

LX

Allí campos y vegas abundantes,
Do ópimas mieses el favonio ondea;
Cumbres allá, donde árboles gigantes
Entre las nubes Aquilon menea;
Aquí llanuras, sotos y odorantes
Prados, donde agua hermosa serpentea,
Adornados de yerbas y de flores,
Poblados de ganados y pastores.

LXI

Allá contempla de ásperas montañas,
Por celestial disposicion abiertas,
De ricos minerales las entrañas
Desde el cimiento hasta las cumbres yertas:
Allí mira cual riegan las campañas,
De los dones riquísimos cubiertas
De Minerva y de Baco, extensos rios,
Que arrastran oro en sus raudales frios.

LXII

Y por do quier ciudades afamadas,
Altos templos, soberbios edificios;
Mas de gentes cobardes habitadas,
Presa infeliz del lujo y de los vicios.
Las fortalezas ve desmoronadas,
Que del descuido infame dan indicios;
Los arneses yacer de orin cubiertos,
E indómito el caballo en los desiertos.

LXIII

Absorto y en silencio sepultado,
Está el caudillo á la vision atento,
Del formidable espectro acompañado
Dominador de la region del viento;
Y ante sus graves plantas prosternado
Anhela sólo el escuchar su acento,
Pues, aunque en llama ardiendo está guerrera,
Sólo una voz, sólo un mandato espera.

LXIV

Al fin lo oyó, pues que con voz tronante
Cual la tremenda voz de los torrentes,
Gritó: «Allí está el laurel, y allí triunfante
Lo hallarán, si lo buscan, mis valientes.»
No dijo más: el trueno retumbante
Sonó, bramó la mar, los refulgentes
Astros oscureciéronse, de guerra
Sintióse estruendo, y retembló la tierra.

LXV

Cesó el prodigio: Muza confundido
Se halla en su pabellon; mas tanto aliento
Dentro en su corazon siente encendido,
Que conoce el influjo del portento;
Y saltando del lecho: «Obedecido
Serás, oh gran Profeta,» en alto acento
Exclama, y sale al campo, cuando el dia
Sus primeros albores extendia.

LXVI

Recorre la llanura; «Guerra, guerra,»
Grita; y las trompas *guerra* pregonando,
El sueño perezoso de la tierra
Van con las negras sombras disipando.
El pueblo, al ronco són que en llano y sierra
Retumba, diligente recordando,
Repite el grito, y al caudillo aclama,
Y en el furor armígero se inflama.

LXVII

Siente el Conde el rumor, torna á la vega,
Y al ver arder al pueblo mahometano,
A la atroz esperanza su alma entrega
De ver cumplido su rencor insano.
Hiende la multitud, á Muza llega,
Feroz le aprieta la robusta mano,
Y «yo, le dice, yo seré tu guía,
Y tuya la española monarquía.»—

LXVIII

Ya no hay reposo; el campo sarraceno
Hierve, y á preparar se precipita
La audaz empresa; que del ansia lleno
De gloria, el furor bélico lo agita.
Tasca el potro de Arabia el duro freno,
El brillar del acero la luz quita
Al mismo sol, el polvo al aire crece,
Y retemblando el suelo se estremece.

LXIX

Los altos cedros y robustos pinos
Que las cercanas cumbres adornaban,
De las nubes altísimas vecinos,
Y aquellos horizontes circundaban,
Cediendo á la segur, los cristalinos
Mares aborrecidos abrumaban,
Convertidos en naves; y las telas,
Que el Persa matizó, tórnanse velas.

LXX

Ya resuenan las rocas de las playas
Al estruendo y guerrera gritería;
El agua azotan las flexibles hayas,
Y de hervorosa espuma se cubria:
Cortan veloces las cerúleas rayas
Las anchas proras; y del mediodía
Soplando el austro, entre calima y niebla,
El mar de pinos y guerreros puebla.

LXXI

Poco el salobre espacio á tanta quilla,
Y poco á tanta vela es todo el viento:
Jamás vió el ronco mar sobre su orilla
Tanto bajel, ni tan osado intento;
Ni el sol eterno que en los cielos brilla,
Empresa tal desde su firme asiento
Espantado alumbró, ni vió la tierra
Más aparatos de exterminio y guerra.

LXXII

Alzate entumecido, y rebramando
Hunde rugiente en tu abismoso seno
El colosal poder del fiero bando,
Que va el orbe á dejar de asombro lleno.
Tu irresistible empuje ¿para cuándo,
Y tu furor, que desconoce freno,
Y con que cielo y tierras acobardas,
Mar indomable y turbulento, guardas?

LXXIII

Mas, ¡ay! que decidida la fortuna,
A cuya ciega ley sólo obedeces,
Protege los pendones de la luna,
Y paso por tu seno les ofreces;
Y no soberbio mar, sino laguna
De tranquilo verjel manso pareces,
Que como claro espejo reverbera
La plata y el zafir de la alta esfera.

LXXIV

Tal vez sobre las nubes vióse en vano
A Ruben, entre espíritus impuros,
Rombos trazando con la sábia mano,
Para á su voz ligar los astros puros;
Mas sordo estuvo el férvido Oceano
Y el viento al gran poder de sus conjuros:
Que no contrastan voluntad del cielo
La ciencia humana ni el mortal desvelo.

LXXV

Dicen tambien, que al retemblar pasmado,
Viendo venir la inesperada guerra,
Calpe, inmenso peñon, que al cielo alzado
Entre nubes la frente árida encierra;
Avanzóse hácia el mar, desengonzado
Por fuerza oculta de la firme tierra,
Entrándose con pasmo de las olas,[1]
Como á guardar las costas españolas.

LXXVI

Mas crudo el cielo le detuvo el paso,
Y enclavado dejóle, do al presente
Un angosto arenal, hundido y raso,
Mar entónces, lo liga al continente.
Allí, estéril y adusto, aún muestra acaso
Aspecto aterrador, mirando enfrente
Los africanos enemigos montes
Alzarse en los cercanos horizontes. *Gibraltar*, 1825



CANTO CUARTO

LA BATALLA

I

La noche horrenda que el monarca hispano
En el antiguo alcázar se introdujo,
Donde á saber misterios del arcano
La fuerza de los astros le condujo,
Fué la que á guerra al jefe mahometano
Movió del gran Profeta el alto influjo;
Y al mismo punto en que gritó *á la guerra*,
Aquel alcázar confundióse en tierra.

II

Y ¡ay, cuánto luto, abatimiento y llanto
Nació en Toledo el azaroso dia,
Que vió deshecho su temido encanto,
Pues que fugaz desparecido habia!
Pronto del jóven rey el ciego espanto
Los terribles secretos que escondia
Descubrió, y pronto la ligera fama
Por el reino infelice los derrama.

III

Pesa el brazo de Dios irresistible
Sobre el pueblo español; ya su terreno
Gime y se agita con temblor horrible,
Ya lo confunde pavoroso trueno,
Ya lo turba un terror incomprensible,
Ya el aire escucha de clamores lleno,
Ya ve eclipsado el sol, ya opaca y muerta
La luna mira y de vapor cubierta.

IV

Por mustias vegas y marchitos prados
Huyen de sombras leves y fugaces,
Que ver no es dado al hombre, los ganados,
Con las fieras del monte haciendo paces.
Cruzan de noche entre hórridos nublados
Fantasmas blanquecinas, y en voraces
Llamas, que los mortales no encendieran,
Antiguas selvas con asombro ardieran.

V

Yace la plebe en vergonzoso miedo,
Que á la infame nobleza se difunde,
Y á los viles magnates de Toledo
El porvenir oscuro los confunde;
Y como, do hay delitos, no hay denuedo,
En desaliento mísero se hunde
¡Oh baldonosa suerte! España toda:
¡Quién conociera así la estirpe goda!

VI

Don Opas sólo (¡oh fuerza incomprensible
Del espíritu atroz de la venganza!
¡Oh de negra traicion frialdad horrible,
Cuánto vuestro poder inicuo alcanza!)
Don Opas sólo, tanto y tan terrible
Presagio, lisonjero á su esperanza,
Con infernal placer mira y contempla,
Y para nuevos crímenes le templa.

VII

Y tú, que por tu mal naciste hermosa,
Y por serlo, culpable, ¡ay, cuál espanto
Pinta tu faz marchita y congojosa,
Implorando piedad del cielo santo!
Tu estancia de oro y mármol te es odiosa;
Tu lecho potro de tormento y llanto,
Fuego horrible tu amor, tu vida muerte:
¡Oh Florinda infeliz! ¡Oh amarga suerte!

VIII

En vano cruzas con incierta huella,
Buscando algun consuelo, tus jardines,
Donde creciste candorosa y bella,
Envidia de azucenas y jazmines:
Do gozaste despues, por mala estrella,
El aura del deleite en los festines,
Y donde hora los céfiros y flores
Te abruman y acrecientan tus dolores.

IX

¡Ay, que no son los apacibles dias
En que con la virtud que respirabas,
Cuanto te circundaba embellecias,
Y tus reflejos mismos disfrutabas!
Gozo del cielo en tu interior tenias,
Por eso en los verjeles lo encontrabas:
Huyó con tu virtud, y en vano vienes
En ellos á buscar lo que no tienes.

X

Tan sólo al corazon que está inocente,
Son de placer la matizada alfombra
Del campo, el murmurar de la corriente,
Del bosque ameno la tranquila sombra;
Pero al que atroz remordimiento siente,
Y un espantoso porvenir le asombra,
No alcanza su dulcísima influencia;
Que no hay placer do falta la inocencia.

XI

¿Miras llorando á la argentada luna?
La misma es que te dió sus luces bellas
La noche aciaga, que falaz fortuna
Te hizo perder de la virtud las huellas.
¡Ay! juzgaste tu dicha cual ninguna,
Y que te la envidiaban las estrellas,
Al gozar de tu amante las caricias...
¡Cuán caro es un momento de delicias!

XII

Mas ¿qué escuchaste que te aterra? ¡oh triste!
Un ruiseñor que entre los ramos trina.
¿Será aquel mismo que en la selva oiste,
Cediendo á la pasion que te domina?...
Cuando loca de amor te estremeciste,
Són celestial y música divina
En tu delirio pudo parecerte,
Lo que ahora són de infierno y voz de muerte.

XIII

¿Y dó tu amante está?... ¿Dónde Rodrigo?
¿De tí se aleja?... tu presencia evita?
No es desamor, cual, por mayor castigo,
Tu mente á imaginar se precipita.
Es que la ira de Dios lleva consigo,
Está en su frente la venganza escrita;
Y por más que en tu fuego se consuma,
Huye de tí, que tu beldad le abruma.

XIV

¿No lo advertiste anoche?... En sueño hundido,
En negra sombra y en silencio mudo
Toledo estaba: de repente oido
Fué en el palacio un alarido agudo.
Teudo corrió al rumor despavorido,
Y tú tambien, temiendo al hado crudo;
¿Y cuál los dos hallasteis á tu amante?
¿Qué os dijo su actitud y su semblante?

XV

Sobre el marmóreo pavimento helado
De un oscuro salon tendido estaba;
El acero á mitad desenvainado
Con mano incierta y trémula empuñaba;
Con débil voz de pecho acongojado
Hondo quejido apénas arrojaba:
Llegasteis, y lo alzasteis, y al momento
Huyó, sin conocerte, á su aposento.

XVI

¿Qué pudo horrorizarle de tal suerte?—
Nadie en palacio penetrado habia.
¿Las alas del arcángel de la muerte
Volar en torno de su frente oiria?
¿Soñó que estaba á punto de perderte?
¿Qué enemigos temió su fantasía?—
Ni él lo dijo, ni nadie ha sospechado
Qué asombro lo condujo á tal estado.

XVII

¿Quién los abismos sondear consigue
De un pecho donde hierven las pasiones,
Cuando el rigor del cielo lo persigue,
Y le aterra con negras ilusiones?...
¿Y es por ventura extraño que atosigue
A los contaminados corazones
Roedor remordimiento, noche y dia,
Con cuantas sombras el espanto cria?

XVIII

Entre ellas vive el infeliz monarca,
Y entre ellas los infames cortesanos,
Y de Toledo habitan la comarca,
Y corren á los pueblos más lejanos:
Que en cuanto el cetro de Rodrigo abarca,
Los avisos del cielo soberanos
Claros indicios dan de estar vecina
Al imperio español grande ruina.

XIX

Brama la guerra; el són de los clarines,
Gran tiempo no escuchado, el armamento
Manda, y de Hesperia á los remotos fines
Llega en las alas rápidas del viento;
Y aunque esparce el asombro en los confines
Del imperio español, bastardo aliento,
Que siempre el gran peligro inspira á todos,
Las armas empuñar hace á los godos.

XX

Don Opas el traidor, que de concierto
Con el pérfido Conde está, procura
Aumentar el terror y el desconcierto,
Para ver su venganza más segura;
Y por si acaso en la nacion despierto
Del antiguo valor un resto aún dura,
Que sus inicuos planes contradiga,
Sagaz en prevenirlo se fatiga.

XXI

Astuto sus tesoros prodigando,
El número acrecienta de parciales,
Y fingiendo valor, y aparentando
La palma merecer de los leales,
Arma copiosa hueste y grueso bando,
Y trueca las insignias patriarcales
Por el arnés, nombrándose altanero
De altar y trono el defensor primero.

XXII

Campo marcial, no corte, es ya Toledo;
Todo es armas, penachos y pendones;
Que el vicio torpe y vergonzoso miedo
De honra y valor usurpan los blasones;
Y aunque el arnés no basta á dar denuedo,
Al vestirle los góticos varones,
Hácense jactanciosos é insolentes,
Juzgándose invencibles y valientes (6).

XXIII

Mas como suele en abrasado monte,
Do altos cedros, arbustos, flores, grama,
De humo y terror cubriendo el horizonte,
Tragó voraz la asoladora llama,
Algun roble encontrarse, que aún remonte
(Bien que tostado y pobre de hoja y rama)
La copa al viento; así en España habia
Tal cual varon con honra y valentía.

XXIV

Aunque pocos, las armas empuñaron,
Y en patriotismo y en virtud ardiendo,
Con lo mejor que en torno de sí hallaron,
Pequeñísima hueste componiendo,
A la defensa intrépidos volaron,
A la patria sus vidas ofreciendo;
Mas, ¡oh dolor! su esfuerzo y noble saña
No son bastantes á salvar á España.

XXV

¡Ay del peñasco, que en la excelsa cima
Socava el agua y saca de sus quicios!
Estorbo no hallará que lo redima
De bajar á los hondos precipicios.
¡Ay del Estado, cuyas basas lima
El corroedor halago de los vicios!
De pocos la virtud no lo sostiene,
Si al exterminio despeñado viene.

XXVI

—Entre tanto el valiente sarraceno
Tala del Bétis la apacible tierra,
Sin encontrar á sus furores freno
En altos muros, ni en fragosa sierra;
Y yermo deja su contorno ameno,
Sembrando muerte, y orfandad, y guerra;
Y hasta las torres de Híspalis famosa
Temen la servidumbre desastrosa.

XXVII

Tadmiro en ellas refugiado clama,
Varios mensajes al monarca envia,
Diciendo, que cual suele en miés la llama,
El bárbaro africano se extendia;
Y el socorro urgentísimo reclama,
A la corte culpando de tardía.
Mueven por fin sus ruegos á Rodrigo,
Y dispone marchar al enemigo.

XXVIII

Ya con Favila de las huestes parte,
A los béticos campos se dirige:
En pos agita el viento el estandarte
Que con intento vil don Opas rige:
Entre ilustres caudillos se reparte
La fuerza goda, y lo florido elige
El Rey para su escolta, guardia y mando,
Grave escuadron de próceres formando.

XXIX

Tiembla Florinda, al acercarse el dia
De ausentarse su amor, porque en su idea
Presentimiento triste la advertia
De cuál la suerte que le aguarda sea.
Sabe ya que su padre conducia
De enemigos la bárbara ralea;
Y de tan negro crímen, que la asombra,
Causa fatal, y con razon, se nombra.

XXX

Y «si yo orígen soy de tantos males
Y de tantos delitos ¡infelice!
¿Por qué las justas iras celestiales
En mí tan sólo no descargan!» dice.
Y demudan su rostro las señales
Del despecho, y frenética maldice
El punto aciago en que miró á Rodrigo,
A quien más ama, por mayor castigo.

XXXI

Ya en su delirio vencedoras mira
Las góticas banderas, y pendiente
De afrentoso cadalso cuál espira
El padre, por su causa delincuente:
Ya al Sarraceno, respirando ira,
De roja sangre abriendo ancho torrente
En crudo encuentro, arrebatar triunfante
Corona y vida á su adorado amante.

XXXII

Otras veces terrible le presenta
Su atormentada y loca fantasía
Al padre y al amante, que en sangrienta
Lid se acometen con fiereza impía:
En lucha tan fatal ¿á quién intenta
Ayudar la infeliz? ¿Por cuál envia
Su voto al cielo? De las dos ¿qué espada
De funesto laurel querrá adornada?

XXXIII

Entre las dos la mísera encontrarse
Sólo es justo que anhele, y el acero
De la una y otra con furor cebarse
Ver en su insano corazon primero;
Y ansiando á las batallas arrojarse,
Pide deshecha en lloro lastimero
A su amante, á su rey, que para escudo,
Consigo la conduzca al trance crudo.

XXXIV

Pero el monarca, que en el alma lleva
Presagios de exterminio y vencimiento,
Y en su interior desmayo, clara prueba
De que apuró de Dios el sufrimiento;
Aunque jamás á contrariar se atreva
De su amor ni el más leve pensamiento;
¿Cómo podrá, oh Florinda, complacerte,
Llevándote á los campos de la muerte?

XXXV

Ya el sol anuncia el azaroso dia
De la separacion: las trompas suenan,
Y la bélica turba y gritería
Calles y plazas de Toledo llenan.
Relinchando con noble lozanía,
Potros, que en vano halagan ó refrenan,
Con corvetas y saltos desiguales
Encienden los hollados pedernales.

XXXVI

Huestes y numerosos guerreadores
Que al rey ayuden en tan grave empresa,
Preséntanle ciudades y señores
De las ricas comarcas que atraviesa.
Así los rios hácense mayores,
Y su caudal en el camino engruesa
Con los arroyos, venas y torrentes,
Que les dan sus raudales trasparentes.

XXXVII

Altivo ya el monarca y orgulloso
De ver tantas banderas á su mando,
Los montes Marïanos presuroso
Pasa, del Bétis la mansion hollando:
Del Bétis que risueño y caudaloso
Lo mejor de la España fecundando,
Besa la régia planta y le saluda,
Y á sus hijos convoca á darle ayuda.

XXXVIII

Ya el regio carro rápido pasea
Los campos encantados y verjeles
De Turdetania, do Favonio ondea
Selvas de olivos, bosques de laureles;
Do jamás reina invierno, donde emplea
Eternamente Flora sus pinceles;
Donde el azahar las auras embalsama,
Y altísimos ingenios Febo inflama.

XXXIX

Al fin Híspalis clara en sí recibe
Al monarca y ejército potente,
Y con apoyo tal, torna y revive
De su terror al áfrico inclemente:
A sus valientes junta, y apercibe
Armas, caballos, y tesoro, y gente,
Mirando, del peligro ya olvidada,
A la tierra, al infierno, al cielo en nada.

XL

A marchar contra el bárbaro agareno
Se preparaba el godo poderío,
Cuando el contorno de Híspalis ameno
Tembló, y la márgen del hercúleo rio,
Porque parte del campo sarraceno
Se acerca á provocar el desafío,
Sangre y terror y esclavitud sembrando,
Al ejército hispano despreciando.

XLI

Vense desde los altos torreones
Olivares arder, pueblos, pensiles,
Y entre el humo los árabes pendones,
Y óyense llantos, voces, añafiles.
Huyen abandonando sus mansiones,
Sus riquezas, sus huertas, sus rediles,
Las míseras familias y ganados,
De Híspalis á los muros asombrados.

XLII

Tal, cuando por diciembre turbio brama
Guadalquivir, y la limosa orilla
Rompiendo, en la ancha vega se derrama,
Y al más erguido alcor vence y humilla;
Desde los mismos muros (que alta fama,
No ya poder, conservan) gran Sevilla,
Pálidosví buscar refugio en ellos
A cuantos moran tus contornos bellos.

XLIII

—La afrenta el godo Rey conoce y siente,
De que no todo el grueso mahometano,
Sino pequeña parte osada intente
Correr, ante su vista, monte y llano.
De purpúreo rubor tiñó la frente;
Que el desprecio es dogal de un soberano,
Y resuelve salir á dar castigo
A la audacia del bárbaro enemigo.

XLIV

De los buenos y honrados caballeros
Junta el corto escuadron; que en grande apuro,
No viles cortesanos lisonjeros
Busca un monarca para estar seguro:
Y á encontrar á los árabes guerreros,
Pasa el rastrillo del hispalio muro,
Pues desaliento entre sus godos mira,
Y á entusiasmarlos con su ejemplo aspira.

XLV

De Tablada en los llanos espaciosos,
Que por la márgen bética se extienden,
Halla á los agarenos orgullosos,
Que al verse acometidos se sorprenden,
Mas no dejan la presa; valerosos
A defenderla impávidos atienden,
Y al pequeño escuadron cargan feroces,
Con duras armas y tremendas voces.

XLVI

Trábase cruda lid, cuando aparece,
Cual precursor del rayo en la tormenta
Relámpago que ardiendo resplandece,
Y el mudo asombro y confusion aumenta,
El Conde fiero. A su presencia crece
De ambas partes la cólera sangrienta;
Pero él, del rostro la visera alzando,
Con tronadora voz, dijo gritando:

XLVII

«Pues, cual nunca esperé, tienes, Rodrigo,
Fuerza y valor para esgrimir la espada;
Ven á batalla singular conmigo,
Y la lid se suspenda comenzada;
Ven de mi brazo á recibir castigo...
O ya que mi honra tienes mancillada,
Y por tí mi virtud yace en el lodo,
Quita la vida á quien quitaste todo.»

XLVIII

Calló, y á su señal el Sarraceno
Deja la lid y á un lado se retira.
Al pronto queda el Rey de asombro lleno,
Que la voz del honor lo torna en ira.
Pone al valor de sus vasallos freno:
La lanza arroja, de la espada tira,
Y así gritando, con la espuela aflige
El corcel, y hácia el Conde se dirige:

XLIX

«Aunque al infame golpe del verdugo
Debe un traidor morir, ya que ponerte
Entre mis manos á los cielos plugo,
Tendrás, sin merecerla, honrada muerte.»
Dijo; y dos bravos toros que aún al yugo
Su furia no rindieron, de la suerte
Que el Conde furibundo y el Monarca,
El Tórmes ve lidiar, en su comarca.

L

En despecho y venganza el Conde arde,
Y aunque al ocaso de la edad se inclina,
Sin peligro encontrar que le acobarde,
Ni un punto en fuerzas ni en valor declina.
De pasadas hazañas hace alarde,
Cual de antiguos trofeos parda encina:
Parece escollo de templado acero,
Y osténtase fortísimo guerrero.

LI

Vergüenza, orgullo, juventud lozana
El alma encienden del Monarca godo:
Desde los muros de Híspalis cercana,
Que le contempla ve su reino todo;
Y que de un vil traidor la furia insana
Es quien osa ultrajarle de tal modo:
Y parece al valor que altivo ostenta,
Laurel despreciador de la tormenta.

LII

Varias veces bramando se embistieron,
Sin encontrar en su furor ventaja:
Peligrosos fendientes repitieron
Y agudos golpes con la punta baja.
De sudor los caballos se cubrieron,
Alzando espuma y ardorosa braja,
Y al fin entre la gola y el almete
Del Conde, el Rey la tersa espada mete.

LIII

Y cuando herido don Julian se mira,
Aunque leve fué el daño, en su hondo pecho
Gimió, y ardiendo en espantosa ira,
Redoblando sus fuerzas el despecho,
Un golpe, y otro, y mil furioso tira
Sobre el yelmo real, y á largo trecho
El penacho y corona al aire saltan,
Y el duro suelo con su brillo esmaltan.

LIV

Pierde aliento Rodrigo: el Conde fiero,
Al ver que el regio casco firme pudo
Burlar el filo del tajante acero
Y de su brazo el ímpetu sañudo;
La espada, cual diestrísimo guerrero,
Soltó, la maza enarboló forzudo,
Y aunque el yelmo á su golpe se sostiene,
A su golpe el Monarca á tierra viene.

LV

A arrojarse sobre él precipitado
Va el Conde, y á dar fin á la contienda,
Cuando de pronto un caballero armado,
Que desde Híspalis viene á toda rienda,
De broquel prevenido, y sin que al lado
Lanza descuelle ó cimitarra penda,
Y cuyo rostro la visera esconde,
Lánzase entre Rodrigo y entre el Conde.

LVI

Este, que á su victoria estorbos halla,
Y quien se atreva á su furor, no advierte
Que viene sin estoque á la batalla
Aquel soldado; y respirando muerte,
La maza esgrime, á cuyo golpe estalla
(Que no es como el del Rey templado y fuerte)
El yelmo, y rotos el encaje y lazos,
Casco y visera saltan en pedazos.

LVII

Y queda, ¡oh confusion! queda patente
De Florinda infeliz el rostro bello;
Y de gallardos rizos el torrente
Los hombros cubre y el armado cuello.
Hielo y mortal palor muestra su frente,
De desesperacion terrible sello,
Y con agudo acento *¡Padre!* grita,
Y al suelo cabe el Rey se precipita.

LVIII

Don Julian, sorpreso, horrorizado,
Un alarido arroja, vuelve el freno,
Y huye, cual si se viera fulminado
De ardiente nube al retumbar el trueno.
Con su imprevista fuga amedrentado,
El escuadron le sigue sarraceno:
Quedan confusos los guerreros godos,
Y á la dama y al Rey acuden todos.

LIX

Los pechos sólo, donde amor reinando
El gran poder ostenta de su llama,
Que las celestes iras despreciando
Entre infortunio y crímenes se inflama,
La emocion que Rodrigo probó, cuando
Tornó á la vida en brazos de su dama,
Lograrán conocer: pintarla excede
Al poder que á mi labio se concede.

LX

Y cuál entre dulcísimas caricias,
De amargura mezcladas y de lloro,
Y entre atroces tormentos y delicias
(Que tal contraste es del amor tesoro)
A tu amador atónito noticias,
Cómo á Toledo y sus salones de oro,
Mujer apasionada, abandonaste,
Y de él en pos venir perdida osaste;

LXI

Y cómo tu belleza encantadora
De Marte con las galas escondiste,
Y sin temer la guerra asoladora
A arrostrar su peligro audaz corriste;
Y cómo al ver la saña vengadora
De tu padre cruel, te estremeciste,
Y entre tu amante y él fuiste muralla,
Término dando á la feroz batalla;

LXII

Quede en su punto aquí, pues que mi acento
De intentar describirlo humilde cede:
Tanta fineza de amoroso aliento
Sólo sentirse, y no pintarse puede.
Almas, á quien el alto firmamento
De la ternura el don fatal concede,
Juzgad ¡ay! lo que pasa en dos amantes
Puestos en circunstancias semejantes.

LXIII

Mas dejemos de amor el eco blando,
Que la trompa guerrera el viento llena
Los cristianos pendones convocando,
Y las haces hispánicas ordena;
Y ya la márgen bética dejando,
A buscar á la turba sarracena
Marchan, y á decidir de fuerte á fuerte
En un combate la española suerte.

LXIV

De escuadras la confusa muchedumbre
Campos inunda, y montes y riberas;
El polvo roba al sol su clara lumbre;
Llenan el viento lanzas y banderas.
Retumba el llano y la fragosa cumbre,
Y el ronco estruendo de las armas fieras,
De relinchos, de trompas y atabales
A las bóvedas cunde celestiales.

LXV

Rodrigo, aunque abatida siente el alma,
Y poco en tanta multitud confia,
Y que ya de perder el cetro y palma
Cercano teme el desastroso dia;
Aparentando del valor la calma,
Hácia el campo fatal las haces guia,
Llevando á su Florinda hermosa al lado,
No ya encubierta en traje de soldado.



CANTO QUINTO

EL EXTERMINIO

I

A la entrada del campo y llano extenso,
Por donde Guadalete se apresura
A dar al mar vecino humilde censo,
Entre adelfas, palmares y verdura;
De huestes godas el concurso inmenso,
Con las tinieblas de la noche oscura
Se detuvo, sentando sus rëales
Sobre varias colinas desiguales.

II

De esparcidas fogatas los reflejos
Que en el opuesto lado relucian,
Y de grande rumor confusos dejos
Que el nocturno silencio interrumpian,
De que no estaba el enemigo léjos
A los caudillos godos advertian;
Y á defender el campo cuidadosos
Con valladar atienden y anchos fosos.

III

Brilló la ansiada aurora en el oriente,
Y el gótico poder y el mahometano
Se encuentran acampados frente á frente,
Teniendo en medio el espacioso llano.
Ambos tocan al arma de repente,
Y la vaga region del viento vano
El són de trompas y añafiles llena,
Y hórrido tierra, y mar, y cielo atruena.

IV

La muchedumbre gótica contiene,
Si no asusta, á los árabes pendones:
De estos la fama y el valor detiene,
Y áun pasma á los hispanos escuadrones.
Ni el uno ni otro campo al llano viene,
Aunque uno y otro ordena sus legiones;
Y largo tiempo en actitud guerrera,
Cada cual verse acometido espera.

V

Confusas voces alza el Sarraceno,
Que cunden por las vegas y collados,
Como retumba pavoroso trueno
Entre los riscos de Pirene helados.
Hondo silencio de presagios lleno
Reina entre los hispánicos soldados,
Cual anunciando horrísona tormenta,
Calma pesada oscuro el aire ostenta.

VI

Pero Tarif, que á la árabe grandeza,
De Muza en nombre, rige y acaudilla;
Ordenando sus haces con destreza,
Y viendo el gran furor que en ellas brilla,
Las exhorta, y exalta su braveza
Empuñando la bárbara cuchilla;
Y su tremenda voz sonó de suerte
Que pareció trompeta de la muerte.

VII

Añafiles, bocinas, atabales
La atmósfera purísima atronando,
Y el grito de las furias infernales
Arrojan á la lid al fiero bando.
El monarca español en sus reales
Venir las huestes áfricas mirando,
A ordenar la falange se apresura,
Para bajar tambien á la llanura.

VIII

La custodia del campo donde deja
Su repuesto, sus tiendas, su tesoro
Y á su hermosa Florinda, á quien aqueja
Hondo pesar y despechado lloro,
Encarga, en tanto que á lidiar se aleja,
Y á contrastar al denodado moro,
Al vil Vernulfo y al traidor don Opas,
¡Oh ceguedad! con sus infames tropas.

IX

Y desde el carro de marfil y acero
De cortadoras hoces erizado,
Que con són de borrasca, más ligero
Que cierzo volador, recorre el prado;
Con rico arnés de claro reverbero,
Y de plumas y joyas adornado,
Cual era entre los godos uso antigo (7),
A sus huestes tambien habló Rodrigo.

X

Ya del acometer la seña dando,
Las numerosas háces precipita
Contra las tropas del contrario bando,
Que vienen á la lid con alta grita.
Nube de agudas flechas, que silbando
Cruzan de entrambas partes, la luz quita
Al sol, el viento gime, y la ancha tierra
Se estremece al bramido de la guerra.

XI

Cual de opuestas montañas se derrumban
Dos hinchados torrentes espumosos,
Y á los profundos valles, que retumban
Con su estruendo, despéñanse furiosos;
Y allí sus aguas, que bramando zumban,
Revuelven, y confúndense hervorosos,
Alzando blanca niebla; así corrieron,
Y así entrambas naciones se embistieron.

XII

Terrible fué el encuentro: parecia
Que los montes riscosos y empinados,
Llegado al universo el postrer dia,
Bajaban al abismo despeñados;
Y oyóse tal estruendo, cual se oiria
Cuando, al ver sus cimientos quebrantados,
Atlántida infeliz huyó del mundo,
Tragándola voraz el mar profundo.

XIII

Nube densa de polvo al aire crece,
Que cielo, tierra, mar borra y confunde:
Cual relámpago el hierro resplandece,
El rumor de la lid cual trueno cunde:
¡Tal cuando Marte atroz los embravece,
Y su fuego discordia les infunde,
Y las insanas furias los acosan,
Tormentas contrahacer los hombres osan!

XIV

De las inmensas huestes de Rodrigo,
Ya enardecidas en feroz combate,
Aunque no son lo que en el tiempo antigo,
Y aunque sangre enviciada en ellas late,
Ni el poder ni el furor del enemigo,
El renacido y noble aliento abate:
¡Tanto el llamarse godo y ser de España,
Honra da en la ocasion, esfuerzo y saña!

XV

De abisinios y negros etiopes
Desbandadas escuadras, do campean
Estaturas y esfuerzos de ciclopes,
Cercar el flanco gótico desean;
Y girando en carreras y galopes
Casi lo desbaratan y rodean;
Pero detienen su gallarda furia
Los leves hijos del florido Turia,

XVI

Que unidos á los diestros baleares,
Cuyas hondas jamás el tiro erraron,
Saliendo de unas quiebras y ramblares,
Sobre ellos de improviso descargaron;
Y con flechas y piedras á millares
A los bárbaros rudos destrozaron,
Que el Nilo en sus riberas ve feroces
Insultar á la luz con necias voces.

XVII

Cerrada y gruesa hueste de egipcianos,
Con largas picas y luciente malla,
Intenta penetrar de los cristianos
El poderoso cuerpo de batalla;
Mas su teson y esfuerzos serán vanos,
Que el godo cual fortísima muralla,
Restos de la romana disciplina,
El choque á resistir se determina.

XVIII

En el ala siniestra en tanto audaces
Al gétulo y masilio caballero
Del Bétis cargan las ecuestres haces,
Cubiertas de armas de templado acero.
Unos y otros resisten pertinaces;
Crece la llama del combate fiero,
Y pretal con pretal, lanza con lanza,
Terrible es de ambas partes la matanza.

XIX

El jóven Teudo con furor pelea,
Y es su brazo ministro de la muerte:
Un pezeño de Córdoba espolea
Rugero, tan gallardo como fuerte.
Aunque anciano Tadmiro, audaz rodea
La aguda espada con dichosa suerte,
Y á Moraicel, asombro del levante,
Destrózale la adarga y el turbante.

XX

Malec asirio con Arnaldo cierra,
Y con la cimitarra de Damasco
(Que de temple mejor no entró en la guerra,
Y que abriera un durísimo peñasco)
Del alto potro lo derriba en tierra,
La pelta hendida y abollado el casco;
Mas con la tersa espada de Toledo
Dió Ervigio noble fin á tal denuedo.

XXI

Abencerraj, tremendo, en otra parte
La maza esgrime de nudosa encina,
Y á los furiosos golpes que reparte,
Las góticas escuadras extermina.
Ni detenerle consiguiera Marte;
Pero Eurico, de fuerte coracina
Vestido y de valor, á hallarle viene,
Y con la pica su furor detiene.

XXII

Por donde el carro de Rodrigo pasa,
No hay resistir, y rápido parece
Bramador huracan que el monte arrasa,
O llama que entre pinos se embravece.
Por otra parte, cuanto encuentra, abrasa
De Tarif el alfanje, y resplandece,
Como el rayo de Dios, cuando arruina
Gigante torre ó colosal encina.

XXIII

Lago horrendo de sangre es la llanura,
De armas y de cadáveres henchido;
Es todo Guadalete sangre oscura,
Y de él se aleja el mar estremecido.
Aún indecisa la batalla dura,
Y en medio de los aires suspendido
El Angel del Señor, pasmado ignora
A quien lleva la palma triunfadora.

XXIV

Igual á cada parte el sol fulgente
Cinco veces miró la lid reñida,
Hasta que al fin por la cristiana gente
Vió á la ciega fortuna decidida.
Desmaya roto el áfrico valiente,
Victoria el pueblo gótico apellida,
Y en todos lados las lunadas colas
Póstranse á las banderas españolas.

XXV

Entónces los intentos infernales,
Que desde tiempo tanto Opas medita,
Descubre; y á Vernulfo y sus parciales
Primero arenga, y contra el Rey excita:
Despues en cuantos guardan los reales,
El miedo siembra, la codicia irrita;
Y cuando al robo y la traicion provoca,
Tu nombre, ¡oh santo Dios! suena en su boca.

XXVI

«¿Así la sangre goda se prodiga,
Para que intruso Rey en torpes vicios,
Manchando el nombre de los godos siga,
Y cavándole nuevos precipicios?
Nuevos; pues aunque el triunfo se consiga
Despues de tan costosos sacrificios,
España queda en brazos de la muerte,
Africa entera, y ofendida, y fuerte.

XXVII

»De Dios el brazo sus invictas haces
Ha conducido de la España al suelo;
¿Por qué pues demostrarnos pertinaces
Contra inmutable voluntad del cielo?
Lograr podemos ventajosas paces,
Y hacer menor de nuestra patria el duelo,
A Rodrigo vicioso abandonando
Y á cuantos siguen su ominoso bando.

XXVIII

»En medio de tan recios temporales
Salud busquemos, y áun fortuna nueva:
Grandes tesoros hay en los reales,
De la avaricia de Rodrigo prueba.
Pues sudor vuestro son riquezas tales,
Y lo propio cobrar nadie reprueba,
Tomadlas sin tardar, cobradlas luégo,
Y el campo y valladar consuma el fuego.

XXIX

»Estos soberbios pabellones ardan,
Contra quien Dios pronuncia el anatema,
Porque la causa vergonzosa guardan,
Que nos ha puesto en ocasion extrema.
Qué?... aún piedad y respeto os acobardan?
Yo os juro que de Dios la ira suprema
Ministros de venganza os ha elegido:
Incendiad este campo corrompido.

XXX

»Y volemos á unir nuestros pendones
Con los del conde don Julian: el modo
Es este de encontrar con las naciones,
Que al cabo han de vencernos, acomodo.
Sus fuertes y valientes escuadrones
No se han movido contra el pueblo godo,
Sí en ayuda del Conde, á dar castigo
A los crímenes torpes de Rodrigo.»—

XXXI

Dijo, y robado el campamento habian
Las tropas de traidores roto el freno;
Y en desórden confuso descendian
A dar auxilio al Conde y Sarraceno;
Y altas llamas las tiendas consumian,
Dejando el campo de clamores lleno,
Cuando empezó á mostrarse la fortuna
Contraria á los pendones de la luna.

XXXII

Las huestes vencedoras que escucharon
A su espalda el rumor y vocería,
A inesperado ataque imaginaron
Que nueva gente bárbara venia.
Tornan, y cuando atónitos miraron
La llama que su campo consumia,
Su arrojo triunfador espanto mudo
Vuélvese, y hielo su ímpetu sañudo.

XXXIII

Nótanlo los vencidos musulmanos,
Y aunque temen al ver en la llanura
Nuevas huestes bajar de los cristianos;
Como el Conde traidor los asegura,
Alarido feroz alzan ufanos,
Recobran luégo su infernal bravura,
Y mirando á su lado á los traidores,
Tórnanse de vencidos vencedores (9).

XXXIV

Ya no fué lid, fué bárbara matanza
Y exterminio y horror, y completarse
De las iras celestes la venganza,
Y el godo imperio en muerte desplomarse.
Huye de toda Hesperia la esperanza,
Ni ya de salvacion camino hallarse
En el valor ó en la constancia puede,
Que al destino inmutable todo cede.

XXXV

Aún hay, aún hay, quien en furor ardiendo
El nombre godo con teson mantiene,
Y quien muerte á deshonra prefiriendo,
Todo el poder del Africa contiene.
Donde Rodrigo asiste, allí el horrendo
Combate encarnizado se sostiene,
Miéntras que los cobardes torpe muerte
Hallan, huyendo en vano de la suerte.

XXXVI

Mas ¿quién es aquel jóven que el primero
Con tal teson persiste en la batalla,
Y contra el campo musulman entero
Se ostenta cual fortísima muralla?...
Desde el principio del combate fiero
Turbantes destrozando, hendiendo malla,
Fué brazo de la muerte, y ahora ufano
Ultimo apoyo del imperio hispano.

XXXVII

A un alazan fortísimo embravece,
Que con feroz aliento el aura inflama:
Su peto sol en el zenit parece,
Sus ojos arden con celeste llama:
Sobre su rico yelmo resplandece
Claro lucero, que esplendor derrama,
Y de su invicta espada en la cuchilla
La hermosa luz de la esperanza brilla.

XXXVIII

Anhelosa lo sigue á toda parte
Con ojos que el dolor y el llanto empaña,
Y sin que de él un punto los aparte,
La sin ventura moribunda España.
Tiembla de verle entre el furor de Marte,
Aunque se goza al admirar su saña;
A él sólo atiende en tan fatal desmayo:
¡Ay, que es el gloriosísimo Pelayo!!!

XXXIX

Salve, hijo de Favila, á quien el cielo
Destina á restaurar el nombre hispano:
Hoy es el dia de exterminio y duelo,
Y contrariar no puedes al arcano:
El de reparacion y el de consuelo
Brillará, y tu valor no será en vano:
Guárdate, deja ya la lid perdida;
Que es de la patria tu preciosa vida.

XL

Ni de Pelayo la invencible lanza,
Ni del honrado Ervigio y de los buenos
El tenaz resistir dan ya esperanza
De atajar á los bravos sarracenos.
Espantosa es de godos la matanza,
De la tierra infeliz los hondos senos
Empapados en sangre retemblaron,
Ayes tristes los aires asordaron.

XLI

A los remotos mares de occidente
El sol horrorizado descendia;
En calma estaba el abrasado ambiente,
Nube cárdena el cielo oscurecia;
De tarde en tarde lampo refulgente
El lejano horizonte confundia;
Bramaba sordo el retumbante trueno,
De terrores el mundo estaba lleno.

XLII

La cuadríga del carro del Monarca
Anhelante no encuentra ya camino
Sobre tantos despojos de la Parca,
Que embarazan el eje diamantino.
En sangre la falcada rueda encharca,
Y el pesado timon de fuerte pino
Rompe, y tropieza respirando espuma,
Y en vano el crudo látigo la abruma.

XLIII

El llanto del despecho la faz moja
Del triste Rey. De la corona rica
Y del soberbio manto se despoja,
Salta del carro, y sangre le salpica:
El cetro, que el Señor le quita, arroja:
Furioso empuña una fornida pica,
Monta en caballo que aventaja al viento,
Y corre al incendiado campamento.

XLIV

Mas, dónde, dónde va?... ¡Desventurado!
Vuelve á morir, ¡oh mísero Rodrigo!
¿No ves que el crudo cielo está cerrado
A toda compasion para contigo?
¿Juzgas que algun consuelo te ha dejado,
Y contra su furor algun abrigo?
Aún no conoces tu tremenda suerte:
Sólo un remedio ya te resta, muerte.

XLV

Cuando ves desplomarse tu alto imperio,
Y cómo te han vendido los traidores;
La flor y gloria del distrito hesperio
Yacer muertas de Marte á los furores;
Tu patria en espantoso cautiverio,
Y tu fama entregada á los horrores
De eterna execracion; ¿juzgas que el hado
El consuelo de amor te ha conservado?

XLVI

En su seno la dicha encontrarías
Al lado de Florinda, en el desierto,
Sin echar ménos los pasados dias,
De tosca piel y oscuridad cubierto;
Y aún dulcísimas horas gozarias,
Sin temer de Fortuna el rostro incierto;
Como sueños viniendo á tu memoria
Vagos recuerdos de tu imperio y gloria.

XLVII

Vagos recuerdos, que el crisol ardiente
De recíproco amor purificando,
El desprecio trajeran á tu mente
De mundo, hombres, riquezas, gloria y mando;
Y que un momento áun tu tranquila frente
De tinta melancólica bañando,
Te hicieran en el seno de tu hermosa
Verter alguna lágrima preciosa.

XLVIII

Del campo el fuego ya casi extinguido,
Al monarca infeliz fatal señuelo,
Preside entre fragmentos esparcido
A las venganzas últimas del cielo,
Ya han los feroces moros recorrido
Las cenizas y restos de aquel suelo,
Y entre troncos y telas abrasadas
Aun cebado sus bárbaras espadas.

XLIX

Allí queda ya solo el Conde fiero,
Que de su horrendo crímen abrumado,
De la llama al reflejo postrimero
Las rüinas recorre ensangrentado;
Y entre tanto cadáver, que el acero
Y el incendio voraz han destrozado,
Nuevas de su hija inquiere sin provecho,
Agotando la copa del despecho.

L

Tal de tirano vil sombra sangrienta,
Entre sepulcros que pobló su ira,
Al lampo aterrador de la tormenta,
Acaso en la espantosa noche gira.
Allí del exterminio aún se alimenta,
Y sangre y rabia aún con furor respira;
O allí privada del descanso eterno
Apura los suplicios del infierno.

LI

Don Julïan con ojos centellantes
Del régio pabellon ve la rüina,
Y sus muertas cenizas humeantes
Angustioso revuelve y examina.
Entre cuerpos ha poco palpitantes,
Y entre espantables bultos imagina
Ver el cadáver de una hermosa dama,
Cuya cabeza consumió la llama.

LII

Pásmasele la sangre, y confundido
Sus miembros de sudor inunda helado;
Y tiembla, y pierde fuerzas y sentido,
Yerto el cabello, el corazon ahogado.
Aunque á saber no acierta quién ha sido
Aquel cuerpo infeliz medio quemado,
Conmocion horrorosa su alma agita,
Y gimiendo sobre él se precipita.

LIII

Hallarse allí con Julïan pudiera
El infeliz Rodrigo, si ya el cielo,
Ablandado tal vez, no le opusiera
Piadoso estorbo á su engañado anhelo;
Pues ya casi en los límites se viera
De aquel fatal y desastroso suelo,
Cuando escuadron de infieles sobrevino,
Que le embiste, atajándole el camino.

LIV

Aunque incógnito y solo allí se mira,
Y sin mengua fugarse puede acaso,
No olvida que fué rey; y ardiendo en ira,
Trata de abrirse con las armas paso.
A llegar á sus tiendas sólo aspira,
Que aún humo esparcen por el aire raso;
Y al potro acosa con la aguda espuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LV

Mas ¡ay! que es uno, los contrarios ciento,
Y ni paso ni fuga encontrar puede.
Revuelve á todos lados con aliento,
Y en constancia y valor ni un punto cede.
Aunque su decision y su ardimiento
Al de un oscuro caballero excede,
No acierta que combate con Rodrigo,
Y le cerca y le estrecha el enemigo.

LVI

Mas como allá en el circo sevillano
Suele un toro retinto, cuando advierte
Que la vida salvar intenta en vano,
Cara vender la inevitable muerte;
Y embiste audaz al peloton galano
De hombres y de caballos, de tal suerte
Que de sangre y despojos la ancha arena,
Y de terror al gran concurso llena;

LVII

Fin glorioso el monarca así buscando,
Vibra y revuelve la nudosa lanza,
Y potros y jinetes arrollando,
Muestra hasta dónde su denuedo alcanza.
Dos, cuatro, seis infieles derribando,
De los demás enciende la venganza,
Que armas diversas con furor esgrimen,
Y le estrechan, le atajan y le oprimen.

LVIII

Resiste en vano el despechado godo,
Hasta que aún más que herido, fatigado,
Pierde el arzon, y en el sangriento lodo
De fuerzas y sentidos cae privado.
Así vencido y destrozado todo,
El bárbaro escuadron apresurado
De Guadalete las riberas deja,
Y su hueste á buscar veloz se aleja.

LIX

Reina silencio grande en aquel llano,
Do murió la española monarquía,
Y donde hundido el godo soberano
En desmayo letárgico yacia.
El ejército altivo mahometano
A Híspalis triunfador se dirigia,
Los restos de la gótica grandeza
Persiguiendo con hórrida fiereza,

LX

Ya de la oscura noche el carro lento
Se acercaba á los mares de occidente,
Cuando en sí torna y al vital aliento
El infeliz Rodrigo de repente,
Porque oye acaso un dolorido acento
Que conmoviendo el silencioso ambiente,
Cual débil voz de congojosa dama
Entre sollozos le despierta y llama.

LXI

Torna en sí, y recobrando sus sentidos
Ve una hermosa mujer y un noble anciano,
Ambos de blancas túnicas vestidos,
Que lentos cruzan por el aire vano;
Y sintiendo en el alma hondos latidos,
Reconoce el semblante soberano
De su Florinda, en quien delante tiene,
Y que es Ruben el que con ella viene.

LXII

Hácia su amor los brazos encamina,
Y estrecha, ¡ay triste! el vagaroso viento:
Tiende á Ruben la mano, y blanquecina
Niebla encuentra, y no más, su amigo intento,
Pero una y otra sombra allí vecina
Siempre ve junto á sí, y el sordo acento
Oye con que una y otra sollozando,
¡Rodrigo! sin cesar están clamando.

LXIII

Advierte que al un lado se desvian,
Y que le llaman. Síguelas ansioso,
Pues gimiendo parece que porfian
En sacarle del campo desastroso.
Por entre los cadáveres le guian,
Y ya del Guadalete sanguinoso
Con ellas apartado, llega á un monte,
Cuando el alba argentaba el horizonte.

LXIV

La luz disipa el prodigioso encanto:
Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto
El cielo quiso que ignorada fuera (10).
¿Quién podrá descubrirla?... No osa tanto
Mortal ninguno... Pero no pudiera,
Amante y rey, en tan horrenda suerte,
Otra encontrar más grata que la muerte.

Malta, 1826

(1) El arzobispo don Rodrigo en el lib. III, cap. 17, y despues de él la *Crónica general de España* que mandó componer el rey don Alonso el Sabio, refiere así esta aventura en la parte segunda, cap. 55: «En la ciudad de Toledo habia un palacio que estaba siempre cerrado tiempo habia ya de muchos reyes, é tenie muchas cerraduras; é el rey Rodrigo fizol abrir, porque cuidaba que yacie y algun haber en él. Mas cuando el palacio fué abierto, non fallaron en él ninguna cosa, sinon una carta otrosí cerrada, é el rey mandóla abrir, é non fallaron en ella sinon un paño pintado, que estaban en él escriptas letras latinas que decien así: *Cuando aquestas cerraduras serán quebradas, é el palacio é el arca serán abiertos, é los que y yacen, lo fueren á ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados, entrarán en España, é la conquerirán é serán ende señores.* E el rey, cuando aquello vió, pesol mucho, porque palacio ficiera abrir, é fizo cerrar el arca é el palacio así como estaba de primero; é en aquel paño estaban pintados homes de caras, é de parescer, é de manera, é de vestidos, así como agora andan los alárabes, é tenien las cabezas cubiertas con tocas, é estaban caballeros en caballos, é los vestidos eran de muchos colores, é tenien en las manos espadas, é señas, é pendones alzados. E los ricos-homes é el rey fueron espantados por aquellas pinturas que así habien visto.»

Uno de nuestros más antiguos romances cuenta este caso del modo siguiente:

Vino gente de Toledo
Por le haber de suplicar,
Que á la antigua casa de Hércules
Quisiese un candado echar,
Como sus antepasados
Lo solian costumbrar.
El rey no puso el candado,
Mas todos los fué á quebrar,
Pensando que gran tesoro
Hércules debia dejar.
Entrando dentro en la casa,
Nada otro fuera hallar,
Sino letras que decian:
Rey has sido por tu mal;
Que el rey que esta casa abriere,
A España tiene quemar.
Un cofre de gran riqueza
Hallaron dentro un pilar,
Dentro dél nuevas banderas
Con figuras de espantar:
Alárabes de caballo
Sin poderse menear,
Con espadas á los cuellos,
Ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
No curó de más mirar:
Vino un águila del cielo,
La casa fuera quemar.

(2) Las primeras octavas del canto tercero fueron escritas á bordo del bergantin inglés *Æschylus* el mes de enero del año 1825, en el Estrecho de Gibraltar, viniendo el autor de Lóndres con objeto de detenerse pocos dias en aquella plaza, y continuar su viaje á Italia.

(3) Taric ben Zeyad hizo la primera entrada ó reconocimiento en la costa de Andalucía, por órden de Muza, en la luna de Ramazan, año 91 de la egira, es decir, en julio de 710; y la segunda, por la punta de Gezira Alhadra, que se llamó despues, en honor suyo, Gebal Taric (Gibraltar) ó monte de Taric, el dia 5 de la luna de Rageb del año 92. Así resulta de las crónicas árabes que recogió Conde en la *Historia de la dominacion de los árabes en España;* pero Mariana dice positivamente que sucedió lo último el año 713 de Jesucristo.

(4) Sabido es que la discordia de Zegríes y Abencerrajes facilitó la conquista de Granada á los Reyes Católicos. Es digna de leerse la relacion poética de las disensiones de estas dos familias, que escribió, con el título de *Guerras civiles de Granada*, Ginés Perez de Hita en dos volúmenes en octavo.

(5) En Córdoba se cuenta una conseja de un cierto moro Abhen-Halí, que dicen se mató por celos de su querida en los jardines del antiguo alcázar, hoy huerta de la Inquisicion. Añaden que está enterrado al pié de un antiquísimo naranjo que allí existe, junto al viejo muro y torreones que por aquella parte dominan al rio.

(6) «Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que ménos cuentan, dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábanse ellos alegres y bravos, blasonaban y áun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y áun sin fuerza para sufrir los trabajos é incomodidades de la guerra: la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones.» MARIANA, lib. VI, cap. 23.

No se diferencia mucho lo que sobre el particular cuentan las crónicas de los árabes, las cuales dicen, que llegó Ruderic (Rodrigo) á los campos de Sidonia con un ejército de noventa mil hombres, número cuádruplo del de los muslimes; aunque éstos les llevaban gran ventaja en la disciplina y armas. En la *Historia verdadera del rey D. Rodrigo*, compuesta, á lo que suena, por Abulcacim Tarif Abentarique, se aumenta el número de los árabes haciéndolos subir á *ciento y ochenta mil hombres de á pié y cuarenta mil de á caballo, sin mucha más gente que servia en el ejército de lo necesario;* miéntras el de D. Rodrigo es sólo de veintitres mil hombres de á caballo y ciento treinta mil infantes. Cito dicha *Historia* que anda en manos de todos, para hacer ver cuán justamente la calificó Conde de *absurda fábula, publicada por el morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia y su impudente osadía literaria.*

(7) «El rey Rodrigo andaba entónces con su corona de oro en la cabeza, é vestido de paños de peso en un lecho *(Mariana lo llama* carro) de marfil que llevaban dos mulos; ca así era entonces costumbre de andar los reyes de los godos.» *Crónica general*, parte segunda, cap. 55. Las de los árabes dicen tambien, que en la batalla de Guadalete el rey se presentó los primeros dias al combate en un carro bélico, adornado de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos, llevando su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, y con una clámide de púrpura bordada de oro.

»En carro de marfil, envuelto en sedas,
La frente orlada en oro, y más dispuesto
Al triunfo y al festin, que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldicion eterna.» (QUINTANA en la tragedia de *Pelayo*).

(8) Sigo en esto á fray Luis de Leon, cuando dice en la *Profecía del Tajo:*

«El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte:
La sexta, ¡ay! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

Segun Mariana, fueron siete los dias que duró la pelea, ó las escaramuzas, como él lo entiende, y al octavo se dió la batalla campal, conformándose con la *Crónica general*, cuyas palabras son: «Así comenzaron la fazienda, é duró ocho dias, que nunca ficieron sinon lidiar de un domingo fasta otro.»

Ni nuestros poetas ni nuestras crónicas van de acuerdo con lo que refieren los árabes en las suyas, pues ellos sólo dan la duracion de tres dias á la pelea.

(9) «La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse; sólo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y áun volver las espaldas, cuando D. Opas (¡oh increible maldad!) disimulada hasta entónces la traicion, en lo más recio de la pelea, segun que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos.» MARIANA *en el lugar ántes citado.*

Coinciden las crónicas árabes en cuanto dicen que estuvo indecisa la victoria tres dias, y que el tercero, viendo Taric que flaqueaban los suyos, los exhortó á morir peleando; con lo que animados, consiguieron un completo triunfo, persiguiendo despues otros tres dias á los restos del ejército cristiano.

(10) «Mas los cristianos lidiando é seyendo ya los más dellos muertos, é los otros fuidos, no sabe home que fuese fecho del rey don Rodrigo en este tiempo deste comedio; pero la corona, é las vestiduras é la nobreza real, é los zapatos de oro é de piedras preciosas, é el su caballo, al cual decien Orella, fueron fallados en un tremedal cerca del rio Guadalete sin el cuerpo.» CRÓNICA GENERAL *en el capítulo arriba indicado.*

Dicha *Crónica*, Mariana y otros historiadores añaden, que en Viseo de Portugal se halló doscientos años despues el sepulcro de don Rodrigo, por donde se entiende, que salido de la batalla, huyó á aquel reino. Difiere de esta la relacion de los árabes, que dan por cierto haber muerto Taric por su mano, el tercer dia del combate, á don Rodrigo, á quien conoció por el caballo y las insignias, mandándole cortar la cabeza, que envió en presente á Muza.



LA MALEDICENCIA

Ya perfume del ambiente,
O ya del jardin estrella,
Lozana rosa descuella
Cuando el sol dora el oriente.
Mas ¡ay! ponzoñoso diente
De insecto alevoso y vil
Muerde su tallo gentil,
Su luz virginal marchita,
Y del trono precipita
A la reina del pensil.

En su seno de cristal,
Puro y sin mancha ninguna,
Ostenta limpia laguna
Otro sol, al sol igual;
Cuando asqueroso animal,
Que anfibio entre juncos yace,
En destrozar se complace
De los cielos el trasunto:
Lánzase al agua y al punto
Todo el encanto deshace.

La luna resplandeciente,
Rico celestial topacio,
Vence en el inmenso espacio
A la estrella más luciente;
Y cuando al orbe un torrente
Da de hermosa claridad,
Mueve el viento sin piedad
Un oscuro nubarron,
Que mancha tal perfeccion,
Que ofusca tal majestad.

Lozana y fragante rosa,
Tranquila y clara laguna,
Bella y esplendente luna
Es la opinion de la hermosa.
Y la lengua mentirosa,
Que deslustra esta opinion
Hiriéndola sin razon,
Es el insecto alevoso,
Es el anfibio asqueroso,
Es el negro nubarron.

1825

ENVIANDO UN RAMO DE FLORES A UNA DAMA ENFERMA

Dén á tus ojos contento
Con sus risueños colores
Esas olorosas flores,
Y den bálsamo á tu aliento.
Ornato de tu aposento
Brillen con solicitud:
Y ¡ojalá! que tal virtud
El cielo les concediera,
Que su presencia te diera,
Bella ingrata, la salud.

1825

EL FARO DE MALTA

Envuelve al mundo extenso triste noche,
Ronco huracan y borrascosas nubes
Confunden y tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra:

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del cáos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta á tus piés, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:

Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adora,
Y en tí los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,
Recamado de estrellas y luceros;
Por él rueda la luna.

Y entónces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas aleves, áridos escollos;
Falso señuelo son, lejanas lumbres
Engañan á las naves.

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmoble posicion indica
El trono de un monarca, eres su norte,
Les adviertes su engaño.

Así de la razon arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones
O de aleves halagos de fortuna,
A los ojos del alma.

Desque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio;

Ni una vez sola á mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos,
Sin saludarte, y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán!... tras larga ausencia
Unos, que vuelven á su patria armada,
A sus hijos y esposa:

Otros prófugos, pobres, perseguidos;
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y á quienes que lo hallaron, tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte á los bajeles,
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde
Me traen nuevas amargas, y renglones
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar entre ásperos bajíos,
Ví tu lumbre divina:

Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdian,
Malta!!! Malta!!! gritaron;

Y fuiste á nuestros ojos la aureola,
Que orna la frente de la santa imágen,
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos,
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El Arcángel dorado, que corona
De Córdoba la torre.

Malta, 1828

A LOS EXCMOS. SRES. MARQUESES DE SANTA CRUZ

EN LA BODA DE SU HIJA TERCERA

DOÑA FERNANDA DE SILVA Y GIRON

No sonará mi acento
En el nupcial festin. ¡Ay!... no me es dado
Del insigne Mirisco (1) al dulce lado
Su cítara pulsar encantadora,
Y enriquecer el viento
Con altos versos y con voz sonora.

¡Oh! si el poder del númen que me inspira,
Y de amistad el fuego sacrosanto,
Que arde en mi pecho, á mi olvidada lira
Dieran tal vuelo y á mi rudo canto,
Que sus ecos llegaran
A la orilla del regio Manzanares...
¡Cuál mis fervientes votos resonaran,
Unidos de Mirisco á los cantares!

En el risueño dia
En que Fernanda tímida, inocente,
En las aras del Dios omnipotente
Jura constante amor á un tierno esposo,
Ilustre y venturoso;
Yo su beldad y gracia cantaria.
Yo, que la ví de la apacible cuna
Salir del mar de Cádiz en la orilla;
Y como al lado de la blanca luna
La estrella esplendorosa
De amor adorna el cielo y pura brilla,
Brillar al lado de su madre hermosa.

Yo, que en la márgen del soberbio Sena
La ví crecer, cual crece
Tallo gentil de cándida azucena,
Que el blando aliento de las auras mece.
Yo, en fin, que cuando el áspero destino
Me arrancó fiero á mis paternos lares,
Arrastrándome al hórrido camino
De amargura y dolor, del Manzanares
La ví ninfa gentil; y reclinada
De su madre adorada
En el cándido seno, parecia
Cabe rosa esplendente
Medio abierto pimpollo, que lozano
Al rojo amanecer de hermoso dia,
Muestra el matiz de pudorosa frente,
De perlas lleno y de beldad riente.

En el eco lejano
De mi voz sonaria
La dicha excelsa del esposo ufano,
Y de la abuela y padres la alegría;

(1) El Excmo. Sr. Duque de Frias, *Mirisco* entre los arcades de Roma, que escribió al mismo asunto una bellísima composicion.

Y la esperanza altísima, que nace
Con tan ilustre enlace,
De nuevos héroes á la patria mia.

Mas ¡ay! mi voz ahogada
Del infortunio por la mano helada,
No puede allá volar, ni aspira á tanto;
Y acostumbrada al llanto,
No acierta á dar al viento
Dulces himnos de júbilo y contento.

Tranquilos vates que las cuerdas de oro,
De la patria en las selvas y jardines,
Os es dado pulsar, y en alto coro
Cantar la pompa y celebrar festines;
Alzad la voz, miéntras airada suerte
Me condena al silencio de la muerte.

¡Al silencio!!! Y ¿por qué?... Cuando gozosos
Arder la sacra antorcha de Himeneo,
Y su tercer trofeo
Alzar amor en lazos venturosos,
Ven por tercera vez en sus salones
De Santa Cruz los ínclitos Marqueses;
Cuando barras, castillos, y leones
Esperan nuevos héroes, cuyas glorias
Reproduzcan altísimas memorias;
Yo olvido de fortuna los reveses,
Arde mi mente en estro sacrosanto,
Brota mi rudo labio són divino,
Y es á mi pecho necesario el canto,
Como el agua al sediento peregrino.

Sí, cantaré. ¿Qué importa que no suene
Allá en Madrid mi dolorido acento?
¿Qué importa que no llene,
Entre los bríndis y el clamor sonoro
De himnos de gozo y voces de contento,
Un soberbio arteson de cedro, y oro?
Sonar la voz del infortunio debe
Con más solemnidad, y en otra escena,
Cuando amistad lo arroba y enajena,
Y á entonar cantos de placer se atreve.

Sí, cantaré sobre estas, que combate
Ronco el púnico mar, peñas desnudas,
Y so la inmensa bóveda del cielo.
El santo fuego que en mi pecho late,
Engrandece mi voz, entre las mudas
Terribles sombras del nocturno velo;
Y las estrellas, contra mí sañudas,
Y la luna menguante
Iluminan mi pálido semblante,
Y brillan en las lágrimas que lloro,
Y de mi lira en el marfil y el oro.

Las gracias, los amores,
La virtud, la alegría
Vengan tan fausto dia,
Fernanda, á celebrar;

Y de virgíneas flores
Coronen tu alma frente,
Que como el sol naciente
No halla en el Orbe par.

El fuego honesto y puro
Que arde en tu pecho hermoso,
Mereciendo dichoso
Paterna bendicion;

Sea manantial seguro
De placeres sin cuento,
Y siempre con aumento
Arda en tu corazon.

Bendiga el santo cielo
Tu enlace y lo fecunde,
Para que en bien redunde
Del imperio español,

Que espera con anhelo
Bazanes y Girones,
Que lleven sus pendones
Por cuanto alumbra el sol.

Girones y Bazanes,
Que cual Hércules nuevos,
Puedan, cuando mancebos,
Las sierpes sofocar;

Y entre sabios afanes
Crezcan, y á las Españas
Con virtudes y hazañas
Consigan restaurar.

Vence el rugir del mar mi altivo acento,
Y se dilata por su espacio undoso:
Sobre las alas rápidas del viento
Mi canto numeroso
Llega á las playas donde fué Cartago,
Y entre el estruendo vago
De las olas que rómpense en la arena,
O entre ásperos bajíos,
Suenan los versos mios,
Y el dulce nombre de Fernanda suena.

Sopla el austro fogoso,
Y su nombre y mis versos arrebata,
Entre celajes de luciente plata,
A la cumbre del blanco Lilibeo,
Cárcel ardiente ó bramadora tumba
De los furores del audaz Tifeo;
Y al nombre de Giron esclarecido
Que entre sus riscos cóncavos retumba,
Callan su ronco hervor y su ladrido
Scila y Caribdis de respeto llenas,
Conmuévese Trinacria, y mis cantares
Ledas, cruzando los desiertos mares,
Repiten seductoras las Sirenas...

Mas ¿qué rumor vecino,
Llenando al mudo viento,
Viene á turbar el éxtasis divino,
Y á sorprender mi entusiasmado aliento?
¿Es el breton soldado
Que en los adarves usurpados grita,
De orgullo, astucia y de opulencia armado?

¿Es el rudo piloto moscovita,
Que á zarpar se apresura
Entre las sombras de la noche oscura,
No para dar el rumbo al mar helado
Y á saludar á su aterida tierra;
Sino á llevar el exterminio y guerra,
Y el devorante fuego,
Mintiendo amparo al oprimido griego,
En sus toscos bajeles,
Preñados de ambicion y orgullo insano,
Al caduco otomano,
Y del torpe serrallo á los verjeles (1)?

No; que es más noble estruendo
El que en torno rimbomba y sordo cunde,
Pues nuevo ardor difunde
En mi mente, mi canto engrandeciendo.
De los sepulcros venerandos nace,
Que del gran Precursor el templo santo,
Que Malta alzara en su pasada gloria,
Ornan el pavimento y rico muro
De terso mármol y de bronce oscuro,
Entre lauros eternos de victoria
Y nobles timbres del infiel espanto,
Que en respetar el tiempo se complace.

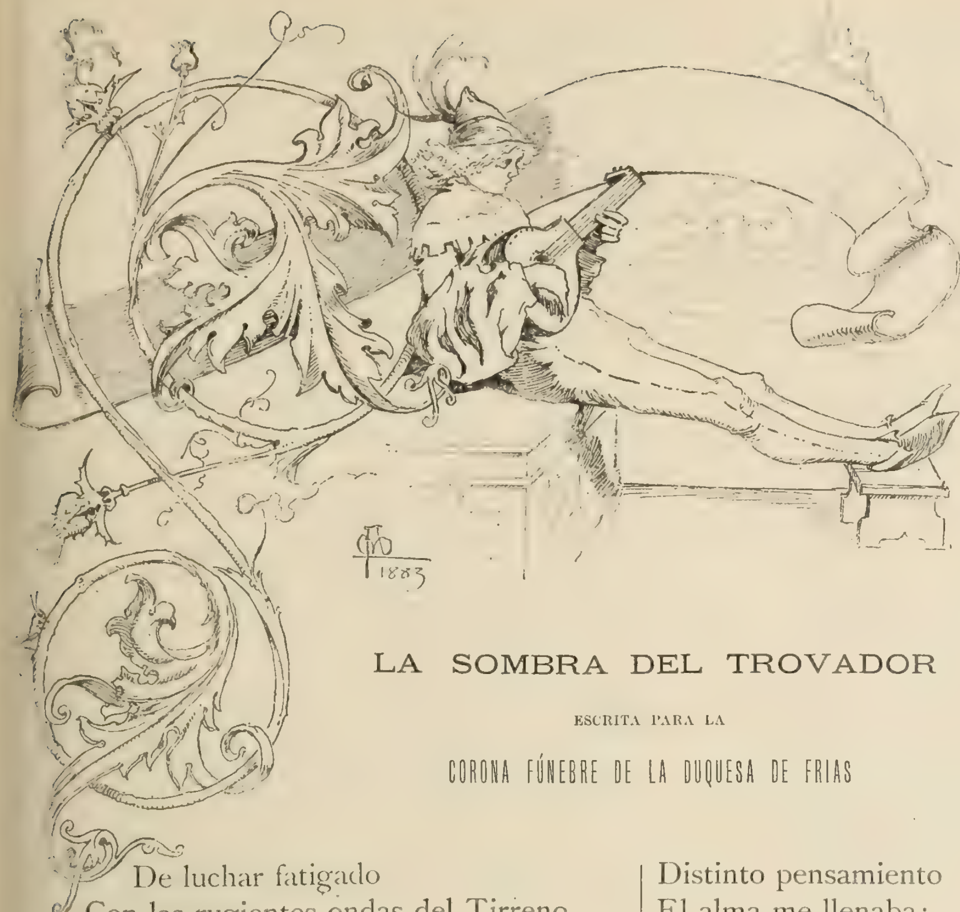
(1) Se escribian estos versos en el momento en que la escuadra rusa, al mando del almirante Heyden, daba la vela para Navarino.

De los sepulcros nace, que entre tanto
Sepulcro de famosos campeones
De todas las católicas naciones,
Héroes hispanos guardan en su seno;
Y en cuyas letras, que la edad no empaña,
Nombres de horror al torvo Sarraceno,
Nombres de gloria á la guerrera España
Se ven, Silvas, y Caros, y Bazanes,
Y Borjas, y Girones,
Pimenteles, Quiñones,
Y Osorios, y Pachecos, y Guzmanes.
De estos, de estos las sombras conmovidas
Al eco de mi voz se alzan gloriosas,
De Fernanda las dichas celebrando;
Y ledas presagiando
Héroes, que con sus hechos rivalicen
Y los insignes nombres eternicen.

¡Oh gloria de Aragon y de Castilla!
¡Qué lampo de celeste reverbero
Perdurable en sus rostros centellea!
¡Qué fuertes armas de templado acero,
Do la cruz blanca refulgente brilla!
¡Qué ricos mantos que el ambiente ondea!...
Tales por conquistar la tumba santa
Los vió lidiar Jerusalen, y tales
Hazañas inmortales
En Rodas, Chipre y Candia ejecutaron,
Y tales rechazaron,
Al ínclito Valetta obedeciendo,
De estas peñas al Turco furibundo,
Cuyo poder tremendo
Era entónces terror del ancho mundo.
Cércanme en torno por el aire vano.....

Así los semidioses revolaban
En derredor del gran cantor troyano,
Y su acento inmortal solemnizaban:
Así hendiendo la niebla circundaban
Al bardo caledon las sombras leves
De los guerreros de Morven y Tura,
Cuando en la noche oscura,
Despreciando los vientos y las nieves,
Sobre los riscos de Loclin sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.

Malta, julio de 1829.



LA SOMBRA DEL TROVADOR

ESCRITA PARA LA

CORONA FÚNEBRE DE LA DUQUESA DE FRIAS

Ya de luchar fatigado
Con las rugientes ondas del Tirreno
Y con los huracanes bramadores,
Ultimo esfuerzo del invierno crudo,
Cuando mira sañudo
Al sol de majestad y gloria lleno
En su alto trono equinoccial sentado,
Proteger á los céfiros y flores;
Llegué á las verdes olas,
Que reciben del Ródano tributo,
Do triunfó Decio Bruto,
Do vencieron las naves españolas.

A pequeña distancia,
En azuladas cumbres se ofrecieron
Montes y selvas de la rica Francia,
Y mis ojos por ella se extendieron.
Latió mi pecho, ardió mi fantasía,
Nobles altos recuerdos me agitaron,
Y apoderados de la mente mia,
A un siglo que ya fué me trasportaron.

Mas no me presentaba la memoria
Los torrentes de sangre y los horrores
Que aquel hermoso suelo deslustraron;
Ni el coloso, que en él plantó su asiento,
Ni su esplendente y fugitiva gloria,
Ni las palmas y lauros triunfadores,
Que con su pesadumbre lo abrumaron.
Distinto pensamiento
El alma me llenaba;
Mi completo existir embebecia
El que á la vista de Provenza estaba;
Cuna de la moderna poesía.

Salve, suelo feliz, donde rompiendo
Las nieblas de la noche aterradora,
Por uno y otro siglo de furores,
De muerte y servidumbre amontonadas,
Brilló de nuevo la esplendente aurora
Con influjo tan alto, que reuniendo
El valor, el ingenio y los amores,
Tornó el gérmen sagrado
De virtud, y de gloria, y de cultura,
Que de la Europa engrandeció el estado,
Y cuyo fruto inextinguible dura.
Salve, suelo felice, do la mano
De la beldad, con una flor de oro
(Flor de más precio que el mayor tesoro)
Premió los triunfos del ingenio humano.
Quién sabe si en tus selvas deliciosas,
En el silencio de la noche oscura,
Las sombras vagarosas
Veré de tus antiguos trovadores;
Y de sus altos versos el sonido
Me hará poner en consolante olvido
De mi estrella enemiga los rigores?...
De tal modo decia:

El sol al occidente declinaba:
Amorosa soplaba
El aura mansa y suave
Y hácia la tierra plácida impelia
Las pardas lonas de mi corva nave.—
Cayendo el ancla con estruendo rudo,
Bajó á cebar su diente en las arenas;
El bronce asolador, de paz tronando,
Dió la ansiada señal: el marinero
Veloz, ágil, forzudo,
Por las jarcias y mástiles trepando,
Desnudó las ya inútiles entenas;
Y lancéme el primero
A la cercana orilla presuroso;
Mas los ojos tornando
Al pabellon glorioso,
Asilo en mi infortunio y mis pesares,
Dominador de los extensos mares (1).

Besé la yerba do estampé la planta,
Y la ciudad dejando esclarecida
Que á Tiro en opulencia se adelanta,
Y cuyo griego orígen nunca olvida (2),
Corrí en pos de mis dulces ilusiones,
A perderme en las selvas y collados:
Sin llamar mi atencion ni un solo instante
Los bajeles armados,
Bélicos aparatos, y pendones,
Que en la espaciosa playa tremolaban,
Y á surcar se aprestaban
El piélago inconstante,
Para llevar venganza y cruda guerra
A la abrasada tierra (3),
Donde esclavo infeliz tuvo el destino
Bajo el poder del moro furibundo
Al escritor divino (4),
Gloria de España, admiracion del mundo.

Ya los remotos mares de occidente
Del sol ardian en la eterna lumbre:
Noche apacible el manto desplegaba,
Y la pálida luna refulgente
En la celeste cumbre,
Sobre trono de nácares reinaba.
Y yo solo vagaba,
Y mis inciertos pasos recorrian
Frescas colinas, apacibles prados,
Arroyos sosegados,
Espesas enramadas
Y oscuros olivares,
Que risueñas mecian,
De rosas y azahares
Las auras de la noche embalsamadas;
Y á mi mente traian
Del Bétis las riberas encantadas,
Do culto tienen mis paternos Lares.

Con tal recuerdo el triste pecho mio
Sintióse ahogar, y de mi suerte acerba
Renovó la amargura...
¡Ay! despechado me arrojé en la yerba
Al pié de un olmo rey de la espesura:
Y allí en confuso y ciego desvarío
Mil sucesos pasados
Y mil vagas escenas
Cruzaron por mi ardiente fantasía,
Cual huyendo de vientos desatados,
De inciertas formas pavorosas llenas,
Cruzan las nubes en revuelto dia.

Cuando de pronto...¡oh celestial encanto!...
No fué ilusion de mi agitada frente:
Yo las ví á la merced del manso viento
La niebla pavorosa blanquecina
Y de la noche el sosegado ambiente
Hender, al claro brillo de Lucina.
Sí, yo las ví: las venerables sombras
De los siglos pasados,
Las sombras de los altos trovadores,
Que sin ajar las yerbas ni las flores,
De aquellos ricos prados
Blandísimas alfombras,
En torno á mí giraban.

De la luna en confusos reverberos
Los antiguos ropajes ostentaban
Las aéreas formas de sus bultos vanos.
Cuáles galas de ilustres cortesanos,
Cuáles el peto y casco de guerreros,
Alta diadema alguna,
Varias las muestras de áspera fortuna;
Y todas el laud ó arpa sonora
Y en la cinta la espada cortadora.
Absorto estaba á la vision atento,
De respeto y de asombro el seno henchido;
Y un confuso alarido
De afliccion y lamento,
Que sumiso en el coro resonaba,
Toda mi sangre de pavor helaba.

(1) Hice el viaje de Malta á Marsella en una goleta de guerra inglesa, que me procuró la amistad del general Ponsomby.
(2) Marsella.
(3) Alude á la expedicion de Argel.
(4) Cervantes.

Y ví á una sombra alzarse, descollando
Con noble majestad y gallardía
Entre todas... ¡Oh Dios!... ¡tal vez sería
La del garrido jóven, que escuchando
A la voz de la fama
De Trípoli elegías á la Princesa,
Ardió en tan nueva y tan vehemente llama,
Que los hinchados mares atraviesa
En busca de su amor; mas con tal suerte,
Que al punto de encontrarla grata y bella
¡Ay! á las plantas de ella
Tronchó su cuello el brazo de la muerte (1)!
¿O fué el que en Barcelona
De ciencia gaya estableció la escuela (2)?
¿O de Tolosa el Conde glorioso
Protector de los fuegos floreales,
Que hermanando la lanza y la vihuela,
De hiedra entrelazó su alta corona
Ornada ya de lauros inmortales (3)?

De personaje excelso y generoso
Era la sombra que se alzó, inspirando
Respeto en todas ellas; y pulsando
Un arpa celestial, cuyo sonido
Del mundo y de los hombres daba olvido,
Con doloroso acento
Dió esta cancion al adormido viento:

Orillas del Manzanares
Todo es luto y lloro amargo,
Porque su sol refulgente
Se ha hundido en eterno ocasó.

La alta flor de su hermosura,
De la Hesperia toda ornato,
Por el hierro de la parca
Tronchado yace en el campo.

De su ilustre entendimiento
El resplandeciente astro
En la nube de la muerte
Quedó por siempre eclipsado.

¡Oh dolor! la excelsa esposa
Del descendiente preclaro
De los altos Condestables,
Gloria del imperio hispano,

La insigne y divina esposa
Del trovador fortunado,
Que palmas ganó en las lides,
Y en las academias lauros;

Del sesudo en los consejos
Y en los combates bizarro,
Del discreto entre las damas,
Y entre los varones sabio;

En la fresca primavera
De sus florecientes años
Yace del voraz sepulcro
En el hondo seno helado,

Envuelto en pavor y luto
Sin luz el mundo dejando,
Sin alma á su tierno esposo,
A los tristes sin amparo.

No hay boca que no suspire,
No hay ojos libres de llanto,
No hay corazon que no tiemble,
No hay pecho sin susto y pasmo,

Desde el espantoso dia,
Desde aquel momento aciago
En que tal golpe á la tierra
Descargó el destino insano.

Llórala el claro Segura,
Que en sus huertas y en sus prados
De su niñez venturosa
Gozó los tiernos encantos.

Llórala el mar que combate
Los castillos gaditanos,
Pues la admiró en gentileza
Envidia á Anfitrite dando.

Llóranla el soberbio Sena
Que vió su beldad ufano,
Y del Támesis las ondas
Que sus gracias admiraron.

Nosotros tambien ¡ay tristes!
Há poco que disfrutamos
De la soberana lumbre
Con que esclareció estos campos.

¡Ah! recordad cuán gozosos,
La carroza circundando,
Cantábamos sus loores,
En amor suyo abrasados.

(1) Godofredo Rudel, príncipe de Blaya.
(2) La poesía provenzal llamada *gay saber* fué muy cultivada en Aragon y Cataluña, especialmente en los tiempos de Alfonso XI y Juan I.
(3) El conde Remond ó Raimundo V.

Eran sus ojos luceros,
Su frente bruñido mármol,
Perlas y coral su boca,
Y su garganta alabastro.

No del arroyo en la márgen
Descuella laurel lozano
Más que su talle gracioso,
Más que su cuerpo gallardo.

No la aventajara Vénus,
Cuando de Amatunta y Pafos
En las florestas reinaba,
Ceñida la sien de nardos.

Ni cuando la blanda espuma
Surcó del mar argentado,
En concha de nácar y oro,
Con delfines por caballos.

Y con ser tan esplendentes
De su belleza los rasgos,
Aún era mayor la lumbre
De su entendimiento claro.

¡Ay! aún las fragantes flores,
Que á su breve pié brotaron,
Perfuman estas praderas,
Brillan con matices varios.

Y ella ¡oh dolor! ya no existe.
No existe!...¡Oh muerte! tu brazo
Con un golpe tan altivo
Mil gargantas ha segado.

¡Ay!...Si á lo ménos su tumba
Ilustrara estos collados,
Nosotros en torno de ella
De la luna al brillo escaso,

Cantáramos elegías,
Vertiéramos tierno llanto,
Con nuestras arpas y voces
Acento á la noche dando.

Y su generosa sombra
Entre nosotros acaso
Presidiera nuestros coros,
Y premiára nuestros cantos.

Mas no, tesoro tan grande
Es debido al suelo patrio,
Y á las venerandas urnas
De sus mayores preclaros.

Y allí tambien trovadores,
Que el tiempo antiguo ilustraron,
Le tributarán rendidos
Con sus versos holocausto.

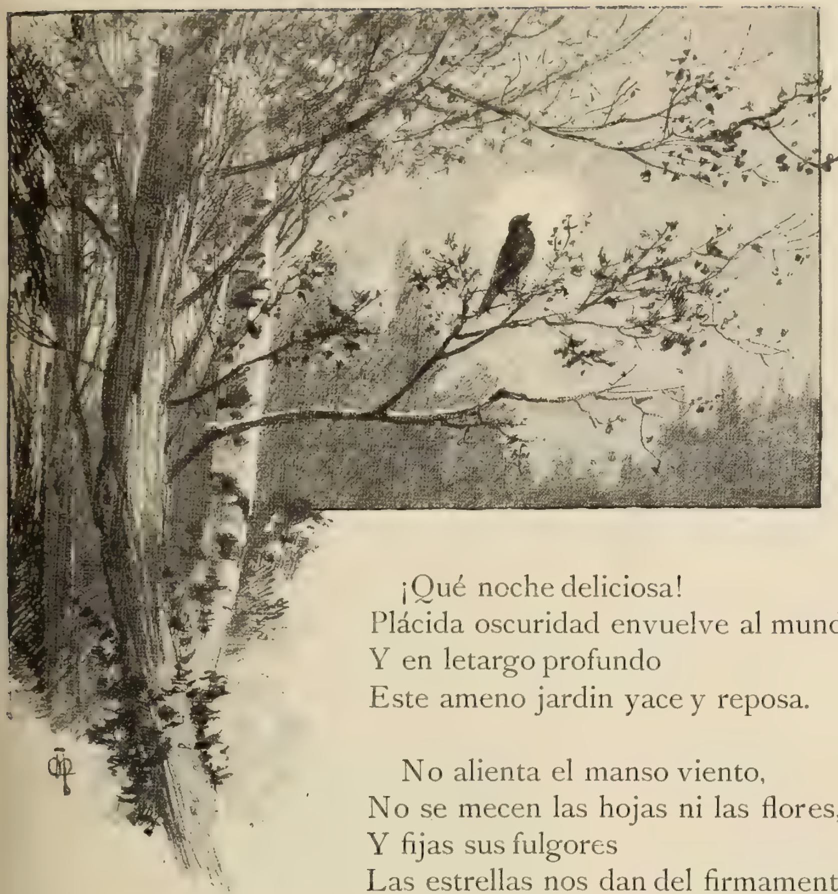
Y no sólo los que fueron,
Sino los que son, su canto
Uniendo al del triste esposo,
De ciprés funesto orlados,

Pulsarán la ebúrnea lira
Con universal aplauso
De Piedad al dulce nombre
Fama eterna asegurando.

—No sé si cantó más, que un negro velo
Cegó mis ojos: súbito desmayo
Al nombre de Piedad me arroja al suelo
Como herido de un rayo.
Cuando tornó á latir mi ahogado pecho,
Y mis ojos se abrieron nuevamente
Más que á la luz al lloro,
Solo me hallé: y el sol desde el Oriente
Derramaba su fúlgido tesoro.
Alcéme en llanto y en dolor deshecho,
Y dejé el campo aquel, harto seguro
De cuanto visto y escuchado habia.
Pues la carrera de mis males larga,
Y mi destino duro
Me han enseñado en experiencia amarga,
Que ilusiones son siempre y vano sueño
Las escenas que ve mi fantasía
De gozo y de alegría,
De dulce dicha y de placer risueño;
Mas que siempre son ciertas las de llanto,
De luto y muerte, y de dolor y espanto.

Marsella, marzo de 1830.





EL CANTO

DEL

RUISEÑOR

¡Qué noche deliciosa!
Plácida oscuridad envuelve al mundo,
Y en letargo profundo
Este ameno jardin yace y reposa.

No alienta el manso viento,
No se mecen las hojas ni las flores,
Y fijas sus fulgores
Las estrellas nos dan del firmamento.

Ni un celaje de gasa
Cruza el espacio vagaroso y leve,
Ni el arroyo se atreve
A murmurar, y silencioso pasa.

No sé qué indefinible
Estas tinieblas y silencio y calma
Difunden en el alma...
Un secreto pavor incomprensible.

Solamente vigila
Un pecho enardecido y amoroso,
En el comun reposo
De noche tan serena y tan tranquila.

¿No escuchas? El lamento
Suena del ruiseñor... Oye cual llora,
Su queja encantadora
En el olmo escondido esparce al viento.

¡Oh cuán dulce martirio
Expresa su dulcísimo gorjeo!
¡Qué afanoso deseo!...
¡Qué fuego, qué pasion y qué delirio!

Pero no son perdidas
Esas frases de amor, que deliciosas
Las auras vaporosas
Repiten á las flores adormidas,

No, que son escuchadas
Por el objeto amado, y en su pecho
El tierno efecto han hecho,
Y van con dulce amor á ser pagadas.

Oye. — Ese rumor leve...
De las hojas y ramas el ruido...
No es el viento, dormido
Yace, y ni las agita ni las mueve.

Es el ala ligera,
Con la que de hoja en hoja y rama en rama
Al amor que la llama,
Vuela del ruiseñor la compañera.

Oyólo, y conmovida
Vuela á hacer la ventura de su amante,
Y vuela palpitante
Por sus ardientes frases encendida.

¿Y á tu pecho de nieve
Ni mis frases de amor hijas del alma,
Ni mi perdida calma,
Ni mi afanoso lamentar conmueve?

. . . No, que mayor ternura,
Más dulce gratitud, más fuego cabe
En el pecho de un ave,
Que en el de una mujer ingrata y dura. 1830.

VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM

Si una cosa muy bonita,
Bella niña, te se antoja
Hallar siempre en esta hoja,
Por mi indocta mano escrita;

El que busques te aconsejo
Quien por arte de Luzbel
Te convierta este papel,
Al mirarle tú, en espejo. 1830.

UN GRAN TORMENTO

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldicion,
Que el cielo en su indignacion
Arroja desapiadado
A un infeliz corazon.

Consúmese noche y dia
El que desamado ama,
Y piedad en vano clama:
Arder mejor le sería
Del hondo infierno en la llama.

Mira, y cuanto ve delante
Se lo cubre un negro velo,
Y un grito de desconsuelo
Oye agudo y penetrante,
Que dan mar y tierra y cielo,

...¡Infeliz! No arde á sus ojos
El sol, ni apacible ambiente
Su pecho aspira latiente,
Ni ve los celajes rojos,
Que borda el alba en Oriente.

Ni admira el oro y la grana
Del ocaso, cuando arde
En los fuegos de la tarde,
Ni de la estacion lozana
Goza el magnífico alarde.

Ni oye el delicioso arrullo
De las aves, ni el rumor
De la selva encantador,
Ni del arroyo el murmullo,
Que salta de flor en flor.

Nada: que el objeto helado
De su pasion sólo mira,
Tan sólo fuego respira,
Sólo oye ¡desventurado!
Voces de dolor, de ira.

¿Qué es la vida en el mezquino,
Que á estado tan lastimoso,
Do no hay salud ni reposo,
Le arrastra el feroz destino
O un encanto poderoso?...

Es un horrible tormento,
Como no lo tiene igual
El más doloroso mal,
Ni cupo en el pensamiento
Del tirano más brutal.

¡Oh qué noches! ¡oh qué dias
Convulso y sediento pasa!
Ora el pecho se le abrasa,
Ora entre mil agonías
Un puñal se lo traspasa.

Una mano de gigante
De ardiente hierro vestida
Tiene á la garganta asida,
O el corazon palpitante,
Le aprieta y con él la vida.

Y si un instante veloz
Brota allá en su pensamiento
Una esperanza, al momento
La siega la aguda hoz
Del pertinaz escarmiento.

Cuenta el triste sus martirios,
Que comprendidos no son;
Y habla en vano á un corazon,
Que burla de los delirios
De una profunda pasion.

Al ver sus ojos de fuego
Hielo rígido pintado
En los del objeto amado,
Y en su semblante el despego,
¡Cuál queda desventurado!

Y por respuesta tener
De fogosas expresiones,
Consejos y reflexiones,
O un *no* de nieve, es hacer
Un alma infeliz jirones.

El triste que escuchó tal
Prefiriera haber oido
De una ceraste el silbido,
O la trompeta final,
O del mundo el estallido;

Pues falta tierra á su planta,
Se hunde el cielo sobre él,
Le ahoga un áspero cordel,
Y la existencia le espanta:
¡Oh qué martirio cruel!

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldicion,
Que el cielo en su indignacion
Arroja desapiadado
A un infeliz corazon.

1830.

UN PADRE

Era oscura la noche, ronco trueno
Bramaba sordo entre apiñadas nubes,
De cuando en cuando lampo refulgente
Horrendo relucia.

Entre impalpables sombras són confuso
Daba la cabellera de los bosques,
Con violencia espantosa sacudida
Por desatados vientos.

El mar entumecido, en los peñascos,
Rompiendo su furor, á las tinieblas
Nuevo horror daba, con su espuma dando
Pálidas llamaradas,

Y del monte cruzando la aspereza,
En los troncos y riscos tropezando,
Sin temor de barrancos ni torrentes,
Baja á la playa un hombre.

Ni el horror de la noche, ni lo recio
Del temporal, que al orbe estremecia,
Le recordaban su abrigado albergue,
Ni acortaban sus pasos.

¡Infeliz!... huye de su patria, y huye
De cuanto amó. Y anhela solamente
O la muerte en la mar, ó en los desiertos
Perder la odiosa vida.

Sí, tiene el corazon envenenado,
Y roto en partes mil, y en él deshecha
Una borrasca estalla, más furiosa
Que la que está afrontando.

Víctima de traiciones y de engaños,
Tornadas en tormentos sus delicias,
Deshechas sus más dulces ilusiones.
¿Qué es la vida á sus ojos?

Maldice el mundo mísero, y maldice
Cuantos nudos al mundo le ligaron,
Y en la playa del mar embravecido
Busca anheloso un barco.

Uno mira á la llama pavorosa
De un súbito relámpago, y brioso
Lo empuja resbalando por la arena
Hasta ponerlo á flote.

No le asusta el bramido de las olas,
Que en los costados rómpense, y lo cubren
De espuma, y mar adentro se lo lleva
La violenta resaca.

Salta en él, arma los delgados remos
Y boga con vigor, y de la tierra,
Que otra vez y otra vez feroz maldice,
Se aleja satisfecho.

Montes movibles humillando, hendiendo,
Ciegas tinieblas, entre espesa lluvia
Volcando, y levantándose en un punto
Entra adentro en los mares.

Un rayo de la luna, penetrando
Entre las negras voladoras nubes,
Atraviesa la atmósfera un instante
Y la tierra ilumina.

El despechado, sin querer, los ojos
A ella revuelve, y como un punto blanco
Una pequeña casa allá en el monte
Ve, y lanza un alarido.

Tornó la oscuridad.—Mas ¡ay! no aparta
De allí el mezquino el pensamiento y mira
Allí de humilde lámpara la lumbre,
Y se le rompe el alma.

Olvida sus agravios y rencores,
El piélago voraz le pone espanto,
Y torna entre peligros horrorosos
En busca de la tierra.

Y sírvele de faro aquella escasa
Luz, y bogando con robustos brazos
Gime, y trabaja y lucha y forcejea
Contra las bravas olas.

Era padre, era padre: y en su albergue,
(Que es aquel que la luna esclareciera,
Y donde brilla la dudosa lumbre,
Que potente le arrastra),

Dejó dormido en la inocente cuna
Un niño tierno, y su recuerdo solo,
Que en su pecho renace y lo domina,
A la tierra le llama.

Y con vigor y brazos de gigante
Rema y empuja la ligera barca,
En un beso no más del tierno niño
Cifrando su ventura.

Y anhelando encontrar en su sonrisa
El bálsamo que cure los destrozos
De su deshecho corazon, y olvido
De agravios y rencores.

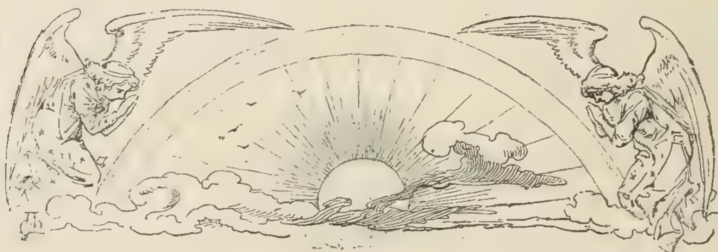
Ya ve la playa cerca, ya, ya toca
De salvacion y de ventura nueva,
Y de perdon y calma y dulce vida
El anhelado puerto.

Mas ¡ay! el viento inexorable empuja
El frágil barco, y espumoso monte,
Que se estrella rugiente en los peñascos,
Lo rompe y lo confunde.

Y á la luz de un relámpago, en la espuma
Que retrocede rápida á su centro,
Con ella reluchando y luégo hundirse
Se ve un mísero náufrago.

Y entre el bramido de la mar y el viento
Y el de la lluvia y tempestad horrenda,
Se oyó un agudo acento, por dos veces
Gritar... ¡hijo!... ¡hijo mio!

1832



A MI HIJO GONZALO, DE EDAD DE CINCO MESES

De tu madre en el seno
Duermes, dulce amor mio,
Cual perla del rocío
Duerme en el seno de la tierna flor;
De mil encantos lleno
Reluce en tu semblante,
Cual sol en el diamante,
De un alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura
Tu pié no se ha estampado,
Ni han tus manos tocado
El crudo hierro y corruptor metal;
Ni ha ofendido á criatura
Esa boca süave,
Que pronunciar no sabe,
Y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,
Y lo que es vida ignoras,
Mas en tanto las horas
Contigo mudas caminando van.
¡Y cuál será tu suerte!...
¿Qué te importa? Risueño
Gozas tranquilo sueño
Sin darte el dia de mañana afan.

Duerme, prenda adorada;
Pero de cuando en cuando
Despierta al beso blando,
Que te daremos ó tu madre ó yo;
Y déjame encantada
Con tu risa inocente
El alma, que doliente
Del infortunio el cáliz apuró.

Sí, cuando te sonries
A mis dulces caricias,
En un mar de delicias
Olvido cuanto ha sido y ha de ser:
¿Qué me importa, si ries
Mirándome amoroso,
El ceño desdeñoso
De fortuna y las iras del poder?

Mas no hay placer completo:
¡Ay! siempre que te miro,
Se me escapa un suspiro,
Pensando cuál será tu porvenir.
Misterioso secreto
Que como tú yo ignoro,
Que ni el saber, ni el oro,
Ni la fuerza consiguen descubrir.

Un pimpollo de rosa
Cae al dulce arroyuelo,
Que apenas cubre el suelo,
Durmiendo manso entre una y otra flor:
¡Feliz si en él se posa
Y entre sus juncias prende,
Y los tallos extiende
Bajo el abrigo del paterno amor!

Mas invisible, artera
Con las flores jugando,
La corriente arrastrando
Lo va del rio al rápido raudal:
Aun puede una ribera
Lograr en él, do viva,
Do un jardin lo reciba
Y llegue á ser magnífico rosal.

Pero si el turbio rio
Lo lleva al mar...¡ay triste!
El huracan lo embiste,
Las olas lo arrebatan con furor;
Y perece, hijo mio,
Bajando al hondo seno,
O en el salobre cieno,
Yaciendo al pié de escollo bramador. *Paris* 1832.





EL OTOÑO

Al bosque y al jardin el crudo aliento
Del otoño robó la verde pompa,
Y la arrastra marchita en remolinos
Por el árido suelo.

Los árboles y arbustos erizados,
Yertos extienden las desnudas ramas,
Y toman el aspecto pavoroso
De helados esqueletos.

Huyen de ellos las aves asombradas,
Que en torno revolaban bulliciosas,
Y entre las frescas hojas escondidas
Cantaban sus amores.

¿Son ¡ay! los mismos árboles que há poco
Del sol burlaban el ardor severo,
Y entre apacibles auras se mecian
Hermosos y lozanos?

Pasó su juventud fugaz y breve,
Pasó su juventud, y envejecidos
No pueden sostener las ricas galas
Que les dió primavera.

Y pronto en su lugar el crudo invierno
Les dará nieve rígida en ornato,
Y el jugo, que es la sangre de sus venas,
Hielo será de muerte.

A nosotros los míseros mortales,
A nosotros tambien nos arrebata
La juventud gallarda y venturosa
Del tiempo la carrera.

Y nos despoja con su mano dura,
Al llegar nuestro otoño, de los dones
De nuestra primavera, y nos desnuda
De sus hermosas galas.

Y huyen de nuestra mente apresurados
Los alegres y dulces pensamientos,
Que en nuestros corazones anidaban
Y nuestras dichas eran.

Y luégo la vejez de nieve cubre
Nuestras frentes marchitas, y de hielo
Nuestros áridos miembros, y en las venas
Se nos cuaja la sangre.

Mas ¡ay qué diferencia, cielo santo,
Entre esas plantas que caducas creo,
Y el hombre desdichado y miserable!
¡Oh Dios, qué diferencia!!!

Los huracanes pasarán de otoño,
Y pasarán las nieves del invierno,
Y al tornar apacible primavera
Risueña y productora,

Los que miro desnudos esqueletos
Brotarán de sí mismos nueva vida,
Renacerán en juventud lozana,
Vestirán nueva pompa.

Y tornarán las bulliciosas aves
A revolar en torno, y á esconderse
Entre sus frescas hojas, derramando
Deliciosos gorjeos.

Pero á nosotros míseros humanos,
¿Quién nuestra juventud, quién nos devuelve
Sus ilusiones y sus ricas galas?...
Por siempre las perdimos.

¿Quién nos libra del peso de la nieve
Que nuestros miembros débiles abruma?
¿De la horrenda vejez quién nos liberta?...
La mano de la muerte.

1833.



VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM

Pues tanto, niña, te empeñas,
Voy á contarte una historia
Que me ocurre á la memoria,
Y muy linda por más señas.

Callada me has de escuchar
Y con el ánimo atento,
Pero en tanto que la cuento,
Por Dios, no me has de mirar.

Así, así, mira al balcon,
O en esos claveles rojos
Del florero pon los ojos.
Que voy á empezar, chiton.

Era un punto media noche,
Y en una alta galería,
Que dominaba del Tajo
Las soñolientas orillas,

A la luz de escasa luna
Entre nácares dormida,
Un bulto blanco y movible
De léjos se descubria.

En un jardin inmediato,
Donde entre sombras las brisas,
Si bien halagaban flores,
Suave aroma difundian,

Una voz blanda y sonora,
De ruiseñores envidia,
De un laud acompañada
Daba á las tinieblas vida.

Y del Tajo en la corriente,
Remontando el agua arriba,
Se divisaba una barca,
Que dos remos impelian:

Y en ella de pié un guerrero,
Cuya armadura bruñida,
Siendo espejo de la luna,
Entre vagas nieblas brilla.

Era el bulto blanquecino
Del corredor doña Elvira,
El que cantaba era un paje,
Y el que en la barca venia.....

¡Ay! niña, que me has mirado,
Y al mirarme tú al momento
Se me ha olvidado mi cuento.....
No has de ignorancia pecado.

Bien te lo dije.—Acabé,
Que al mirarme ojos tan bellos
Tan sólo pensar en ellos,
Y abrasarme en ellos sé.

1835

LA CATEDRAL DE SEVILLA

I

De la fé y del entusiasmo
Soberana produccion,
De tanta generacion
Asombro, respeto y pasmo,
Y del mundo admiracion:

Grande y magnífico templo
Digno del Omnipotente,
Que en tí mora eternamente:
Cuando absorto te contemplo
¡Cuán alto vuela mi mente!

Sí, desde el espacio inmenso
Ve tu torre y botareles,
Y de Dios á los doseles,
Entre el humo del incienso,
Subir la voz de los fieles.

Ni la vista audaz que emplea
El águila frente á frente
Con el sol cuando campea
Allá en el zenit desea,
Ni su volar eminente.

Pues que de tí enamorada
Más alto vuela, más ve,
Por las dos potencias, que
Te formaron animada,
El entusiasmo y la fé.
. . . .

En viva fé y en entusiasmo ardieron
Los no contaminados corazones
De aquellos piadosísimos varones,
Que *levantemos al Señor*, dijeron,
Un templo tal que la futura gente
Por locos nos repute,
Cuando en él reverente
Busque consuelos y oblacion tribute.

A tales palabras luégo
Ardió una generacion,
A quien diera el cielo en don
Un entusiasmo de fuego,
Una fé de exaltacion.

Y un pobre albañil, oscura
Y ya olvidada criatura,
Que ni midió el Capitolio,
Ni estudió en la Grecia, solio
De la docta arquitectura,

De fé y entusiasmo ardiendo
Vió en sueños tu mole santa:
Y acaso tambien durmiendo,
Su mano un ángel rigiendo,
Trazó tu gigante planta.

Y un pueblo todo
Arde, se agita;
Y la mezquita
Despareció.

Pero la torre
Quedó empinada,
Porque manchada
Nunca se vió.

No, que en su cumbre el árabe Almuedano
Sólo hay un Dios, gritaba;
Y donde la verdad se proclamaba
Era triunfal padron para el cristiano.
. . . .

II

Sobre la casa hundida de la luna
Plantóse el templo del Señor triunfante,
Como sobre un sepulcro alegre cuna,
Como una santa cruz sobre un turbante.

Un siglo entero de entusiasmo y vida,
Vida de fé, se afana
Y la insigne basílica cristiana
Nace, y álzase erguida,
Hasta escuchar sus bóvedas, *hossana.*

Que aquel siglo de arrojo y energía
Sólo, con sus esfuerzos singulares,
Pudo alzar en los hombros los sillares,
Que oscurecen al sol de medio dia.

Otro siglo en pos vino
Aun de entusiasmo y fé, y aventajado

En poder, en cultura y en riqueza,
A dar cima al portento peregrino
Al Dios Omnipotente consagrado:
Monumento de triunfo y de grandeza,
Padron de eternidad para Sevilla,
Admiracion del mundo y maravilla.

Ese templo es una historia
De piedra, que nos dejaron
Dos siglos que ya pasaron,
Pero que aún viven en él.

Pues en él se ve y medita
De su entusiasmo y fé santa,
Y de su poder que espanta,
El vivo trasunto fiel.

III

Dos centurias allí... Despues vinieron
Otras de corrupcion, que ya gigantes
De entusiasmo y de fé no produjeron,
Indignas de memoria.
Aunque ricas, triunfantes,
Y sábias no pudieron
Otra página dar á aquella historia.

Obras monumentales,
Son huellas de los siglos colosales.
Séres aislados nada pueden, nada.
De arbustos que verdean
Ralos aquí y allí por la abrasada
Region inmensa del desierto mudo,
Y con el viento quemador pelean,
Jamás formarse un bosque eterno pudo.

El entusiasmo y fé cuando no abrasan
A todo un siglo, á una nacion entera,
Meteoros son que brillan y que pasan,
Sin el rastro dejar de su carrera.

. . . .

Ardieron en aislados corazones.
Mas ¿qué es un corazon?... Insigne Cano,
Inspirado Murillo,
Cuya paleta el brillo
Venció de la paleta de Ticiano,
Montañés y Becerra:
De entusiasmo y de fé fuisteis varones;
Pero solos, aislados en la tierra.
¡Ay! tan sólo os fué dado
En la historia de piedra una expresiva
Guirnalda de laurel y siempreviva
Poner, y en sus sillares estampado
Vuestro nombre dejar, como el viajero
Lo deja en las pirámides grabado.

IV

Mole santa, templo augusto,
Del Omnipotente gloria,
De insignes siglos historia,
Obra de entusiasmo y fé.

¿Quién es el necio, el impío
Que te mira indiferente,
Que sin pasmo reverente
Osa en tí estampar el pié?

. . . .

¿Quién cuando en pompa de solemne dia
Mira un pueblo postrado
Delante del altar de oro, velado
Con blanca nube, que hasta el cielo envia
El sacro aroma del quemado incienso;
Y de tu espacio inmenso
Los ámbitos llenar oye turbado
Tempestades de altísona armonía,
Con que al pausado coro,
El órgano sonoro,
Y las campanas que en los aires zumban
Responden, y tus bóvedas retumban,
Y por encanto superior parece
Que habla tu inmensa mole y se estremece;
Quién desconoce estar en la presencia
De la sábia eternal Omnipotencia?...
¿Quién no va allí á pedir con fé victoria,
Y para España independencia y gloria?

Pues cuando del ocaso en los canceles
El moribundo sol entre celajes
Refleja en tus pintados ventanajes,
Y aún dora tus gallardos botareles,
Y de soslayo tu morisca torre,
¿Qué mortal, si recorre
Tus solitarias naves,
No se halla de pavor sobrecogido;
Y al escuchar de las campanas graves
El pausado quejido,
Y clamorosos sones,
Con que al mundo adormido
Recuerdan las nocturnas oraciones;
Delante del altar que apénas brilla
A la luz amarilla
De misteriosa lámpara: la frente

No hunde en la tierra helada,
Y ora, y teme, y espera, y se anonada?
. . . .

V

En tí de noche y dia,
Si osa entrar el impío,
Se siente de horror frio
El duro pecho helar.

Y que un manto de plomo
Lo abruma y lo confunde,
Y que en tierra lo hunde
Sin poder respirar.

Y en tí de noche y dia
El que por la fé vive
Nuevo aliento recibe,
Ensancha el corazon,

Bendice si es dichoso,
Si es desdichado llora,
Y le es consoladora
La voz de la oracion.

Insigne catedral donde Dios vive
Eternamente, donde el cuerpo santo
Del rey conquistador culto recibe,
Do yace el sabio rey, do brilla tanto
Trofeo de victoria:
Encanto, iglesia, monumento, historia:
Miéntras más te contemplo y más te admiro,
Más entusiasmo y pura fé respiro.....
Salve, portento santo sin segundo,
Gloria de España, admiracion del mundo.

Sevilla, 1837.



LUCÍA

¡Ay!...nació bella cual la flor temprana,
Que en el jardin despunta con la aurora,
Cuando el celaje volador colora
De oro encendido y de brillante grana
La luz primera del risueño dia.
¡Pobre Lucía!

Y creció como crece de azucena
Tallo gentil, hasta elevar la frente,
Que adula y besa el apacible ambiente
De candidez y granos de oro llena,
Cáliz de aroma y líquida ambrosía.
¡Pobre Lucía!

Y dióle el cielo un alma más hermosa,
Que su linda hermosísima presencia,
Y un puro corazon, de la inocencia
Centro y de la virtud más candorosa;
Pero ¡ay! tierno y sensible en demasía.
¡Pobre Lucía!

Y de la primavera en los verjeles
Entró ignorando, simple, que en sus flores
Tal vez se ocultan áspides traidores;
Y que al pié de rosales y claveles
La tierra acaso sus venenos cria.
¡Pobre Lucía!

Y escuchó incauta un labio mentiroso,
Y á una mirada fascinante, aleve,
Su pecho palpitó de pura nieve;
Y fuego blando y dulce y delicioso
Sintió que por sus venas discurria.
¡Pobre Lucía!

Y soñó, desdichada, una ventura
Eterna, y de engañosas ilusiones
Se perdió en las fantásticas regiones,
Y del suave deleite el aura impura
Aroma celestial le parecia.
¡Pobre Lucía!

Y pronto, como tórnase en el viento
El brillador celaje de la tarde,
Que con matices refulgentes arde,
En oscuro borron del firmamento;
Tornóse negra angustia su alegría.
¡Pobre Lucía!

Y en abrojos estériles las flores,
Y los dulces placeres en martirios,
Realidades horrendas los delirios,
Traicion y engaños viles los amores,
Y en noche horrenda el fugitivo dia.
¡Pobre Lucía!

Y marchito el carmin de su semblante,
Y escarnecida del maligno mundo,
Y despeñada en su dolor profundo,
Y abandonada del inicuo amante,
La muerte al cielo con afan pedia.
¡Pobre Lucía!

Y pronto la logró, porque no pudo
En su angustioso envenenado pecho
Un corazon vivir roto y deshecho
Del desengaño por el hierro agudo;
Y polvo es ya bajo esta losa fria.
¡Pobre Lucía!

1838.

SONETO

CONTRA LOS ELOGIOS DESMEDIDOS QUE HOY CON TANTA FACILIDAD SE PRODIGAN

¡Fortuna grande! ¡Tiempo venturoso!
Ensánchate y ahueca, patria mia:
Ni un hijo solo tienes en el dia
Que no descuelle á guisa de coloso.

Un niño subteniente *héroe glorioso*
Es sin disputa, *honor de tu poesía*
El que escribe dos coplas á su tia,
Todo folletinista *autor famoso*,

Gran orador cualquiera diputado,
Cada bolsista, *insigne financiero*,
Modelo de virtud, todo pelado.

Mas con cosecha tal y tal venero
De hombres, que al mundo tienen asombrado,
¿Cómo eres compasion del mundo entero?

1839.

LA CANCELA

Peculiar es de Sevilla,
De la encantada ciudad,
Que del Bétis en la orilla
Es el emporio y la silla
De la gracia y la beldad;



La primorosa *cancela*,
Que el patio y portal divide,
Y es trasparente cautela,
Que contra importunos vela
Y que la vista no impide.

¿De quién será la invencion?
... De alguna vieja curiosa...
... De alguna madre celosa...
Lo que yo sé es que un ladron
No pudo inventar tal cosa.

¿Si será red que tendió
El amor sagaz y astuto?
Al ver que es de hierro, no
Cabe casi duda. Yo
Por red de amor la reputo.

Y red tan particular,
De malicia tan artera,
Que se suelen enredar
En ella, de almas un par,
Una dentro y otra fuera.

Delicadísimo encaje
De hierro, cuyas labores
Trasparente cortinaje,
O leve y sutil celaje
Son para unos amadores;

Miéntras para otro son muro
De fuerte cárcel impía:
Tú, para mi fantasía
Producto eres de un conjuro,
Un cuadro de hechicería.

En la noche sobre todo,
Que es de portentos esfera,
Véate de cualquier modo,
Para observarte acomodo
Tome ya dentro ó ya fuera.

Desde la calle se ven
Por tu espacio trasparente
A una luz resplandeciente,
Cual no la logró el Eden,
Ni la da el sol en oriente,

Columnas de mármol rico.
Y entre arbustos y entre flores
De vivísimos colores
Una fuente, cuyo pico
De plata murmura amores.

Y allá en sombras misteriosas
En el último confin,
Un fresco oscuro jardin,
Donde estrellas olorosas
Son las flores de un jazmin.

Y entre fragancia y frescura
Suele darnos la cancela
Una voz sonora y pura,
Que sus acentos mesura
Con el clave, ó la vihuela:

Y el apacible murmullo
De tertulia bulliciosa,
Y la vista de una hermosa,
De las que son el orgullo
De esta tierra deliciosa.

Como sílfida del aire
Por el patio cruza leve,
Con talle esbelto, pié breve,
Y con andaluz donaire
Que en fuego torna la nieve.

Y si una aparicion tal
Se acerca con interés
A la cancela y portal,
¿De qué mísero mortal
No arrastra el alma y los piés?

Pues desde el patio mirada
La cancela trasparente
Es cosa muy diferente,
Mas no ménos encantada
Para el que observarla intente.

Se presenta un cuadro á oscuras
Por do cruzan silenciosas,
Vagas, confusas, borrosas,
Mil fantásticas figuras
De apariencias caprichosas.

Y en donde se ve la noche,
Y se escuchan sus murmullos,
De las auras los arrullos,
Lejano rumor de un coche
Y ladridos y maullos.

Pasa como fatuo fuego
De algun sereno la luz,
Un grupo sin formas luégo,
Y con pausado sosiego
Un embozado andaluz.

Y la chispa de un cigarro,
Un bulto blanco y ligero,
El santo olio, el animero,
Y los cántaros y el carro
Del aguador callejero.

Y gente se oye que pasa
Fatigada de paseo,
Y la charla nada escasa,
En muy sabroso ceceo,
De familia que va á casa.

De una puerta el aldabon,
Una guitarra...un silbido...
En fin, de la confusion
De una inmensa poblacion
El soñoliento rüido.

Acaso un bulto se ve
Allá en la pared de enfrente,
Que aguarda inmoble á que esté
Sola la calle, porque
Le es importuna la gente.

Y en cuanto sola la mira,
Tímido hácia la cancela
Ya se acerca y se retira,
Ya finge tos, ya suspira,
Y esperar le desconsuela;

Hasta que dentro la hermosa
Sílfide ó aparicion,
Que tambien una ocasion
Está esperando anhelosa,
Con inquieto corazon;

De la tertulia pesada
Cuando irse al último ve,
Y solo el patio, porque
Al gazpacho ó ensalada
Toda la familia fué;

La encuentra, la seña da,
Y linda se deja ver
Más bien ángel que mujer,
Para el que esperando está
Cansado de padecer.

Entonce el bulto de afuera
Y de dentro la deidad
Van á unirse de carrera,
Y la red de hierro artera
Se atraviesa sin piedad.

Y ambos que blando algodon
Se torne la dura reja,
A quien dan su maldicion,
Piden al amor, que deja
Las cosas como ellas son.

1837.



SONETO

LEIDO EN EL LICEO DE SEVILLA LA NOCHE DEL 21 DE JULIO DE 1838, DIAS DE S. M. LA REINA GOBERNADORA

Salve, astro tutelar de las Españas,
De belleza y bondad sol refulgente,
A quien tributa la española gente
Un tesoro de amor, otro de hazañas.

Miéntras de excelsa luz el orbe bañas,
Grande, augusta, magnánima, prudente,
Y al ángel que nos dió el Omnipotente
En el trono defiendes y acompañas;

Entre el aplauso universal que suena
Desde Gades al alto Pirineo,
Aterrando al traidor, que Dios confunda,

El voto ardiente de lealtad, que hoy llena
Este salon del andaluz Liceo,
Recibe, ¡oh madre de ISABEL SEGUNDA!

A UN ARROYO

Pobre arroyo, de una fuente
Ignorada en lo secreto
De las selvas hijo, y nieto
De un vil peñasco: detente.
¿Do te lleva tu corriente?...
No dés, no, ni un paso más.
Mira que engañado estás,
Y pensando eterno ser,
A morir, á perecer
En un breve vuelo vas.

¿No te contenta este prado
En donde eres claro espejo,
Que copia fiel el reflejo
Del celaje nacarado?...
¿Más allá no te has tornado
En culebra de cristal,
Que con paso desigual
Se mueve de flor en flor?...
Párate, y burla el rigor
De tu destino fatal.

Ya eres cítara sonora,
Y con tus acentos suaves,
Acompañas á las aves,
Y das música á la aurora;
Mas tu voz encantadora
A que te quiebras la debes
En conchas y piedras leves:
...¡Ay!no dés un paso más...
Si adviertes que roto vas,
¿Cómo á caminar te atreves?

Alucinado con ver
Falaces transformaciones,
Tras de nuevas ilusiones
Te das, menguado, á correr.
El ánsia de engrandecer,
Te hace flores desdeñar,
Riscos y conchas dejar,
Y hácia peñascos desnudos
E insensibles troncos rudos,
A ser su escarnio, marchar.

Ufano porque otra fuente
Te rinde humilde tributo,
No adviertes que va de luto
Enturbiada tu corriente.
...Ya eres soberbio torrente...
Ya tu voz trueno retumba...
Ya tu raudal se derrumba...
...¿Mas dónde?...En el ancho rio,
Que te arrastra raudo y frio
Al mar profundo, á la tumba.

Cuando absorto te examino,
Cuando en vano mis miradas
Contar quieren tus pisadas,
Medir quieren tu camino,
Ver, ¡ay! la vida imagino
Del desdichado mortal;
Pues es á la tuya igual,
Y me confunde y me asombra,
La del ente, que se nombra
Por burla *ente racional.*

Nace como tú inocente,
Como tú tras sombra vana
Corre, como tú se afana
En crecer rápidamente,
Como tú desde su oriente
Llega en un punto á su ocaso,
Como tú pretende acaso
Que es su vida eternidad,
Y como tú ¡oh ceguedad!
No ve que todo es un paso.

Y aunque durara cien años
La infeliz humana vida,
Fuera un punto su corrida,
Todo su período engaños,
Todo su fin desengaños:
Pues bien claro se percibe
Que sólo se circunscribe
A un tan rápido momento,
Que se escapa al pensamiento,
Lo que de veras se vive.

Lo pasado nada es ya.
El porvenir no llegó.
Lo presente es...¿qué sé yo?...
De entre las manos se va.
...¿Con que la vida será
Sólo lo presente?...¿Y es
Lo presente nada?...Pues
La vida del hombre es nada,
Si se mira despojada
Del *ántes* y del *despues.*

Si es la vida en conclusion
Un solo punto fugaz,
Un breve sueño falaz,
Una nada, una ilusion,
¿Cómo puede ¡oh confusion!
Tanto afan y tanto anhelo,
Tanto susto y desconsuelo
Tanto angustioso llorar,
Tanta desdicha encerrar
En tan corto espacio el cielo?...

1837

SONETO

Detesta Pero-Anton la aristocracia,
Y títulos y bandas escarnece,
Pues diz que sólo la virtud merece
En el aprecio de los libres gracia.

Mas luégo que con arte y eficacia
En la bolsa ó garito se enriquece,
Y con poca vergüenza medra y crece,
Subiéndose á mayores con su audacia;

Ya á su alma la virtud no satisface,
Ni áun del tesoro el brillo y el provecho:
Y en bajezas é intrigas se deshace,

Hasta esmaltar blasones en su techo,
Ser marqués, atrapar un alto enlace,
Y ornar con cintas el villano pecho.

LAMENTACION

FRAGMENTOS



I

Sí, yo la ví... Mi patria revestida
De hierro alzóse, y admiró á la tierra,
Y diosa de la guerra
Metió en el cielo la cimera erguida.
Alzóse, y levantando la bandera,
Del santo patriotismo,
Despertó el heroísmo
De una raza jamás, jamás cobarde;
Y roca fué valiente
Do se estrelló el torrente
De invencibles guerreros,
Que de triunfos sin cuento haciendo alarde,
Inundaron los límites iberos.
. . . .

¡Con qué noble constancia y bizarría
En lucha de exterminio
Triunfó gallarda; confundió al coloso,
Cuyo feroz dominio
Rápido por el orbe se extendia;
Y dió á la Europa atónita reposo!

Eternos soles de radiante gloria
Coronaron la reina de dos mundos.
...Mas ¡ay! aquella espléndida victoria
Sólo le dió laureles infecundos.
. . . .
. . . .

II

Sus hijos tan valientes,
Tan duros con extraños invasores,
Cuanto dóciles, blandos y obedientes
Con domésticos viles opresores;
Si indómitos y fuertes libertaron
La dulce patria de extranjero yugo,
Necios á séres nulos la entregaron,
Cual se entrega una víctima á un verdugo.
En manos degradadas é impotentes
Tantas glorias recientes,
Tantas glorias antiguas se eclipsaron:
Y hundidos los trofeos,
Y perdidos tan ínclitos afanes,
Lo que no consiguieron los titanes,
Consiguiéronlo, oh mengua, los pigmeos.
. . . .

En fango sepultóse el nombre augusto
De la egregia nacion, hecho jirones;
Su regio manto, y su poder robusto
Se perdió en dolorosas convulsiones.

Y en ellas ¡ay! en mísera agonía
Revuélcase infeliz, despedazada
La gloria de la antigua monarquía,
Doquier del mar y el sol reverenciada.
. . . .
. . . .

III

¡Ay!...Vedla, vedla escuálida, doliente,
Rotos sus miembros todos y esparcidos,
Ludibrio de franceses y britanos.
Vedla como cadáver impotente,
Sólo por hijos producir gusanos,
Que se ceban insanos
Con rabia furibunda
En sus entrañas, disputando fieros
De la madre anhelante y moribunda
Los míseros despojos postrimeros.
¡Qué horror! ¡Qué horror!... España ¡dura suerte!
¿Va á lanzarse en los brazos de la muerte?
. . . .

Puede, que amaga muerte á las naciones,
Que en discordias civiles

Son juguete de viles
Y villanas pasiones:
Cuando las impotentes ambiciones
Y la torpe codicia
De honra, ciencia y virtud el puesto ocupan,
Y hollando la lealtad y la justicia,
La última sangre de los pueblos chupan.
Sí, que tambien perecen las naciones
Y se hunden del olvido en las regiones.
...De ciento, soles de grandeza un dia,
Es hoy el Asia tumba.
Y en Africa por yermos arenales,
Do florecieron razas colosales,
El viento abrasador se espacia y zumba.

IV

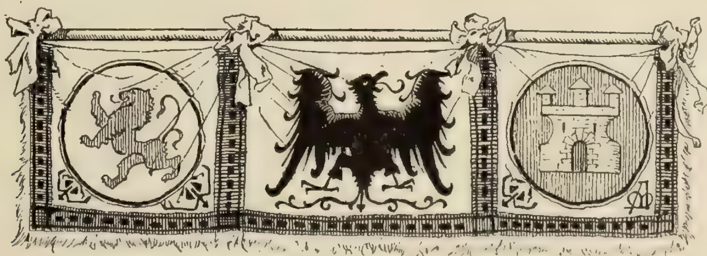
¿La patria de Pelayos é Isidoros
Desaparecerá?...¿La denodada
Que desde Covadonga hasta Granada
Holló gloriosa los pendones moros;
La que llevó de ocaso á las riberas
En bajeles triunfantes
La santa cruz de Cristo en sus banderas,
Y el habla deliciosa de Cervantes;
La de valor y de nobleza ejemplo,
Que de fe pura y de lealtad fué templo,
Se hundirá en el no ser?...¡Oh! no. Piadoso
Mejorará su suerte
Compadecido el Todopoderoso:
La sacará del lecho de la muerte,
Daråle un salvador, y alzará el vuelo.
Aun abriga en su suelo
Gérmenes de virtud y fortaleza,
Que si infecundos yacen y esparcidos,
Cuando aparezca el brazo de gigante,
Que el trono hundido y el altar levante,
Tronche de la discordia la cabeza,
Los partidos confunda,
Y de la libertad santa y fecunda
Asegure el reinado venturoso,
Con gloria y con reposo,
Se reunirán, opimo fruto dando,
Y el español imperio restaurando.

Y si absorto vió el mundo
De un letargo profundo
A España despertar, y valerosa
Su independencia asegurar gloriosa;
La verá de la sima
Do yace levantarse, y poner grima
A aleves extranjeros,
Que sus discordias acaloran fieros,
A sus viles domésticos tiranos,
Y á rebeldes villanos;
Y el trono de sus reyes
Y de su pueblo la grandeza augusta
Afianzar para siempre en la robusta
Baza de la razon y de las leyes.

V

Mas ¿dónde, cielos, dónde
El héroe á tal empresa destinado
Hoy al anhelo universal se esconde?...
...Si por inspiracion me fuera dado
Conocer, admirar en profecía
Al que ha de restaurar la patria mia...
...Yo la espalda violento
Del huracan indómito oprimiera,
Con su empuje subiera
A escalar el sublime firmamento,
Allí audaz robaria
Una pluma del ala de un querube,
Y con líquida luz escribiria
El nombre egregio en la remota nube.

Sevilla, 1840.



LA ASONADA

Ronco retumba el pavoroso ambiente
Al hórrido bramido
De un mar enfurecido,
Que agita algun espíritu infernal.

Mar hinchado, tremendo, altivo, hirviente
De plebe amotinada,
Que inunda desbocada
Las calles de esta hermosa capital.

Mar de demencia y de ignorante furia,
De pálidos semblantes,
De pechos anhelantes,
De sed de sangre, y bárbara embriaguez.

Es de la humana sociedad injuria
Y baldon que en su seno
Rompa así todo freno
Ignorante canalla tan soez.

Los templos, los palacios, los talleres
Y los sabios liceos,
Y los ricos museos
Tiemblan, ¡oh vilipendio! ¡oh destruccion!

Escóndense aterradas las mujeres,
Al seno palpitante
Estrechando el infante,
Y aumenta su gemir la confusion.

El sabio, el bueno, el justo y el anciano
Los rostros desteñidos
Hablan, no son oidos,
Y los arrastra el popular furor.

Y con indignacion ¡esfuerzo vano!
Todo el que es caballero
Empuñando un acero
Al torrente se opone con valor.

Vivas y *mueras* en horrendos gritos
Lanzan bocas inmundas,
Blasfemias furibundas,
Que hacen la tierra en derredor temblar.

La despechada turba de precitos,
Que suplicios eternos
Apura en los infiernos,
Otras tales no osaran pronunciar.

Vivas dan, ¡y qué vivas espantosos!
A viles criminales,
A inicuos desleales,
A ideas, que ni áun pueden discernir:

A las leyes, que hollando van furiosos,
Al interés mezquino
Del que les diera el vino,
Que entre crímenes deben digerir.

Y ¡qué mueras! ¡Qué mueras, patria mia,
A cuanto de alta gloria
Te corona en la historia
Y te dió del poder la celsitud.

A cuanto Europa te envidiaba un dia,
A cuanto noble y bueno
Aún existe en tu seno,
Al saber, al honor, á la virtud.

¡Ay!...ya agitando la incendiaria tea,
El puñal esgrimiendo,
El aire ensordeciendo
Con la ciega descarga en confusion,

No hay vida, no hay hacienda que no sea
Presa de los villanos,
Que obedecen insanos
A extranjera ó traidora inspiracion.

Libertad sacrosanta: ¡ay! en tu nombre
La horrenda tiranía
De la canalla impía
Triunfa de la tranquila sociedad.

Y sin respeto alguno que la asombre
Mata, roba, arrüina,
Incendia, y extermina,
Y grita furibunda: *Libertad!!!*

Malvados, ¿qué quereis?... Mas no malvados,
Ignorantes y viles,
Instrumentos serviles
De una ambicion infame y pertinaz,

Con mentira y con vino entusiasmados,
Y con una peseta,
Que una mano secreta,
Extranjera tal vez, os dió falaz:

¿Pensais alucinados, que mañana
Sereis más venturosos,
Más ricos, más famosos,
Que pan en vuestras casas va á llover?

Ved que fundais una esperanza vana
En un crímen tremendo,
A cuyo peso horrendo
Más infelices vais mañana á ser.

Ved que sois instrumento despreciable
De cobarde malicia,
De insaciable codicia,
De un envidioso afan, de una traicion,

Que con vuestro furor nada hay estable,
Ni riquezas, ni reyes,
Ni religion, ni leyes;
Que hundís en un abismo á la nacion.

¿Ciegos seguís en el tumulto fiero?...
...Matad, robad, hartáos,
De crímenes saciáos,
Que vuestros triunfos pasajeros son.

Sólo el de la razon es duradero;
Su inexorable espada,
Por las leyes armada,
Vibrará antes de mucho la razon.

La metralla delitos tan atroces
Castigará terrible,
Y el verdugo inflexible
A los que encienden vuestro insano afan.

O acaso vuestros crímenes atroces
Al muerto despotismo,
De lo hondo del abismo
Vengador y terrible evocarán.

Sí, que ignorantes turbas revoltosas,
De locas ambiciones
Y de inicuas pasiones
Necio juguete ó instrumento vil,

Solamente cadenas afrentosas
Y látigo merecen;
No los frutos que crecen
De la alma libertad en el pensil.

Sevilla, 1840.

SONETO

RECETA SEGURA

Estudia poco ó nada, y la carrera
Acaba en abogado de estudiante.
Vete imberbe á Madrid, y petulante
Charla sin dique, estafa sin barrera.

Escribe en un periódico cualquiera;
De opiniones extremas sé el Atlante,
Y ensaya tu elocuencia reventante
En el café ó en junta patriotera.

Primero concejal, y diputado
Procura luégo ser, que se consigue
Tocando con destreza un buen registro:

No tengas fe ninguna y ponte al lado
Que esperanza mayor de éxito abrigue;
Y pronto te verás primer ministro.

A LA REINA NUESTRA SEÑORA

VERSOS ESCRITOS EN EL ALBUM, QUE REGALÓ Á S. M. EL LICEO DE MADRID LA NOCHE DEL 15 DE DICIEMBRE DE 1843

Angel puro inocente,
Que al regio trono de mi patria subes,
Como el sol refulgente
Sube al zenit, las borrascosas nubes
Venciendo y disipando,
Y bienhechora luz al orbe dando:

Tú el amparo y consuelo
De la angustiosa y abatida España
Serás: pues tú del cielo
Tan sólo puedes aplacar la saña,
Y la tremenda ira
Con que el Dios de venganzas ¡ay! nos mira.

De un pueblo que te adora
En el amor y en las sagradas leyes
Apoyada, Señora,
(Pues son el firme apoyo de los Reyes)
Bajo tu pié quebranta
De la discordia la feroz garganta.

Con mano vigorosa
Rige las riendas del imperio hispano,
Levántalo animosa
Del cieno inmundo en que relucha en vano,
Dale paz y reposo:
Esto te pide un pueblo generoso.

Riquezas brota el suelo,
Y riquezas nos dan lejanos mares,
Y riquezas el cielo;
Mas no reposo y paz en nuestros lares,
Y exámine y postrada
Yace esta tu nacion desventurada.

De Otumba y de Pavía,
De Lepanto y Bailén el pueblo es este;
Arde en él todavía
De ingenio y de valor el don celeste,
Y en combates civiles
Se pierden sus esfuerzos varoniles.

Tú sola, refrenando
De impunes rebeliones la osadía,
Que las leyes hollando,
Tornan la libertad en anarquía,
Lograr puedes la hazaña
De dar reposo á la infeliz España.

Y si intentaren fieros
De la discordia acalorar la tea
Aleves extranjeros,
El universo atónito te vea
Cercada de leones
Cuyo rugido aterre á las naciones.

Tuya es la empresa santa
De hacer del pueblo generoso ibero,
Despues de angustia tanta,
De los pueblos ilustres el primero,
Tuya será la gloria,
Y nombre eterno te dará la historia.

Sí, tanta horrenda plaga
Como lanzó en España el hondo infierno,
Que un Angel la deshaga
Y la remedie ya, quiere el Eterno,
Y á tí el hacerlo fia,
Y Angel reparador á tí te envia.

Lógralo venturosa.
Si fundó esta nacion otra Isabela,
Sálvala tú gloriosa
De la discordia insana que la asuela,
Y la fama confunda
La primera Isabel con la segunda.



SONETO

UN BUEN CONSEJO



Con voz aguardentosa garla y grita
Contra todo Gobierno sea el que fuere.
Llama á todo acreedor, que te pidiere,
Servil, carlino, feota, jesuita.

De un diputado furibundo imita
La frase y ademan. Y si se urdiere
Algun motin, al punto en él te ingiere,
Y á incendiar y á matar la turba incita.

Lleva bigote luengo, sucio y cano;
Un sablecillo, una levita rota,
Bien de realista, bien de miliciano.

De nada razonable entiendas jota,
Vivas da ronco al pueblo soberano
Y serás eminente patriota.

LA PRIMERA VEZ QUE VI A M. B.

Sí, la misma es que mis ojos
En ilusion vieron vana,
Ya en los perfiles de grana,
Que ornan los celajes rojos
De la encendida mañana;

Ya entre las orlas de espuma
Del adormecido mar,
Sobre la arena triscar,
Leve como leve pluma,
Y mi pecho encadenar.

Sí, la apacible sonrisa
De su boca deliciosa
La ví en la modesta rosa,
Cuando la ligera brisa
La acaricia cariñosa.

Y escuché su acento suave
En el sonoro arroyuelo,
Que de aljófar borda el suelo,
Y en los gorjeos del ave,
Al primer albor del cielo.

Y en sueño fugaz y leve
La vió mi imaginacion,
Robándome el corazon,
Cruzar vaporosa y leve,
Celestial aparicion.

Es la misma.—¡Ah! la encontré
De la vida en el camino.—
...¿Por qué arcano del destino,
Mi afan entre sombras fué
Encanto tan peregrino?...

¿Y por qué sin conocerla
Su imágen me suspendia,
Y grabada la tenia,
Mucho tiempo ántes de verla,
Con fuego en el alma mia?...

¿Quién lo sabe?—Nuestra mente
No es nuestra. Vuela, medita,
Se encumbra, se precipita
A impulso oculto obediente
Que la contiene ó la incita.

Y lo mismo el corazon:
Es de bronce ó es de cera,
Segun la oculta impulsion,
Que lo calma, ó que lo altera.—
Oscuros misterios son.

Cádiz, 1844.

NO HAY REPARACION

Con lágrimas inútiles,
Con estéril ofrenda
La infiel toma la senda,
Que hácia el sepulcro va del que engañó.

Y de ocaso en las cárdenas
Nubes, tumba del dia,
Ya el sol la frente hundia,
Cuando al recinto funeral llegó.

Del dudoso crepúsculo
A la luz nebulosa
Cercana ve la losa,
Entre la húmeda yerba blanquear.

Y se acerca impertérrita,
Pues engaño y traiciones
Juzga en sus ilusiones
Con lágrimas y flores reparar.

Cuando se alza terrífico,
Y el corazon le pasma,
De la losa una fantasma,
Bulto blanco de niebla y de vapor,

Con dos ojos fosfóricos,
Que á la pérfida miran,
O esquivándola giran,
Dando en torno siniestro resplandor.

La sangre toda cuájase
De la infiel, que quisiera
Que la tierra se hundiera,
Y la tragara y confundiera allí.

Y más cuando el fantástico
Espectro con profundo
Acento de otro mundo,
Terrible, aterrador, le dijo así:

«En esta tumba, ¡oh mísera!
¿Qué reparo pretendes?
¿Acaso no comprendes
Que este recinto profanando estás?

»Los dones y las lágrimas
Al vivo satisfagan,
Si su amor propio halagan,
Pero al muerto, desnudo de él, jamás.

»Cuando convulso y trémulo
Tu engaño sospechaba,
Y aún amante anhelaba
A tu arrepentimiento dar perdon,

»El llanto ahora infructífero,
Y esas flores acaso
Detuvieran el paso
Con que bajé infeliz á esta mansion.

»Mas, tú, entónces frenética
De mi dolor burlaste,
La ofensa redoblaste,
Y me hundiste en el sitio en que me ves.

»¿De tu delirio pérfido
Te arrepientes ahora?...
...Huye de aquí, traidora.
No esta tumba profanes con tus piés.

»En ella, ¿de qué sírvenme
Lloro y dones votivos?...
Vé con eso á los vivos,
Que los reciben con risueña faz.

»Aléjate, retírate,
Pues aquí no hay amores,
Ni aroma dan las flores:
Deja á los muertos en su eterna paz.»

El espectro disípase,
Y cae la triste al suelo,
Donde un monton de hielo
Parece de la luna al resplandor.

Y á la mañana próxima
Junto á la losa yerta
Se la encontraron muerta.
...¿Fué de arrepentimiento ó de terror? 1844.



EL SOL PONIENTE

A los remotos mares de occidente
Llevas con majestad el paso lento,
Oh sol resplandeciente,
Alma del orbe, y de su vida aliento.

Otro hemisferio con tu luz el dia
Espera ansioso, y reverente adora
Ya un rayo de alegría
Con que te anuncia la risueña aurora.

Sobre ricas alfombras de oro y grana,
Que ante tus plantas el ocaso extiende,
Tu mole soberana
Lentamente agrandándose desciende.

La tierra que abandonas te saluda,
El mar tus rayos últimos refleja,
Y la atmósfera muda
Ve que contigo su esplendor se aleja.

Del lozano Posílipo (1) la cumbre
Ya oculta tu magnífica corona.
Pero tu sacra lumbre
Aún deja en pos una encendida zona,

Y aún dora del Vesubio (2) la agria frente
Y aún brilla en el espléndido plumaje
De humo y ceniza ardiente,
Que sube hasta perderse en el celaje,

Y aún esmalta con vivos resplandores,
Y perfila con oro y con topacio
Los nítidos colores
De las nubes que cruzan el espacio;

Pero á medida que de aquí te alejas
Tu régia pompa tras de tí camina,
Y tan sólo nos dejas
Tibia luz pasajera y blanquecina.

Y queda sin color la tierra helada,
Sin vislumbres la mar y sin reflejos,
Y con niebla borrada
Capri (3) se pierde entre confusos léjos:

Mas tambien el crepúsculo volando
Va en pos de tí, y al mar y tierra y cielo
La noche amortajando
Con su impalpable y pavoroso velo.

(1) Gallarda y extendida loma al O. de Nápoles, cubierta de casas de campo y de arboleda.

(2) El volcan que se eleva en medio de una fertilísima llanura al E. de Nápoles.

(3) Isla peñascosa y elevada que está en medio de la entrada del golfo de Nápoles.

¿Y no te siguen del mortal los ojos
Anhelantes, confusos, arrasados;
Y al ver tus rayos rojos
Desparecer, no quedan consternados?

¿No tiembla el hombre, y puede en su demencia
Al sueño y al placer y á los amores
Darse, sin que la ausencia
Le aterre de tus puros resplandores?...

...¿Quién la seguridad le da patente
(Ni áun el orgullo de su ciencia vana)
De que el plácido oriente
A darle vida y luz vendrá mañana?

¡Ay!... si el Criador del universo, airado
De ver tan sólo en la rebelde tierra
El triunfo del malvado,
Y la inicua ambicion, y la impía guerra,

La inmensa hoguera en que ardes apagára
De un soplo, ó de la ardiente
Melena te llevára
A otro espacio su mano omnipotente!!!...

Mas no, fúlgido sol: vendrás mañana,
Que no trastorna, no, su ley eterna
La mente soberana,
Que formó el universo y lo gobierna.

Mil veces y otras mil vendrás, en tanto
El plazo designado se consuma,
Que el Dios tres veces santo
Dió á la creacion en su sapiencia suma.

Sí, volverás y durarás: que tienes
Criatura predilecta el don de vida.
Y hermoso te mantienes,
Burlando de los siglos la corrida.

No así nosotros, míseros humanos,
Polvo que arrastra el hálito del viento,
Efímeros gusanos,
Cuya vida es un rápido momento.

Nuestro afan debe ser sólo al mirarte
Trasmontar y dejarnos noche umbría,
Si aún vivos admirarte
Nos será concedido al otro dia.

¡Ah!... ¿quién sabe?... tal vez, sol refulgente
Que has hoy mi pensamiento arrebatado,
Mañana desde oriente
Darás tu luz á mi sepulcro helado.

Nápoles 1844.

VERSOS ESCRITOS EN EL ALBUM DE P. A.

Tus ojos, ojos no son,
Niña, sino dos navajas
Con que destrozas y rajas
El más duro corazon.

Y tu boca celestial
No es boca, es un vaso lleno
De hechizos y de veneno,
Entre perlas y coral.

Por experiencia lo sé:
Ví tus ojos, y al instante
Con un hierro penetrante
Roto mi pecho encontré.

Tu suave voz me encantó,
Bebí tu sonrisa, y luégo
De ardiente ponzoña el fuego
Por mis venas circuló.





MEDITACION

AL INSIGNE POETA NAPOLITANO EL SEÑOR GIUSEPPE CAMPAGNA (1)

¡Ay, con qué confianza,
Desde el risueño oriente de la vida,
El mortal se abalanza
Al mundo, que con goces le convida!

Tan sólo ve delante
Risueños prados y lozanas flores;
Sólo mira anhelante
Fiel amistad y plácidos amores.

En saber y opulencia,
En grandeza, en poder, en gloria y fama
Sólo ve su inocencia
De un magnífico sol la eterna llama.

Avanza fascinado
El pié por la carrera seductora,
Y entra ¡desventurado!
Donde al momento desengaños llora.

(1) A esta composicion contestó el señor Giuseppe Campagna con los siguientes versos:

AL CHIARISSIMO DUCA DI RIVAS

RISPOSTA

Quel sublime, quel durevole
Ben che alletta insieme e giova
Ah! d' Adamo la progenie
Sempre cerca e mai non trova.
E trovar nol può, chè stolida
Essa il cerca ove non è:

Essa il cerca entro le splendide
Mura, all' aura ingannatrice
Delle corti, ove il più misero
Talor sembra il più felice,
E qual mostra andar più libero
Ha più ceppi intorno al pié.

Essa il cerca nel tripudio
Che par gioia ed è tristezza:
Essa il cerca nella tumida
Miserevole ricchezza,
Che la pace e il sonno invidia
All' onesta povertà.

Essa il cerca nella torbida
Luce data alle terrene
Menti: luce che le tenebre
Mal per noi rompendo viene;
Se la rompa e non la dissipa
Anche assai peggior la fa.

A soccorrere l' infausto
Mondo reo, di sangue intriso,
Non creava Iddio le grazie,
Non i vezzi, non il riso,
Non la pompa, non la gloria;
Ma creava la virtù.

La creava e circondavala
De quei raggi onnipossenti,
Che a descrivere non giungono
Gl' imperfetti umani accenti,
E che fan del celo il gaudio
Pregustare all' uom qua giù.

Certo quei che tutelarono
Co' lor petti il suol natio,
Certo quei che il sangue sparsero
Per la fé del vero Dio,
E la nostra alma redensero
Dal servaggio e dall' error,

Sovruman diletto accolsero,
Certo quelli in su la terra:
La tenzone pe' fortissimi
Fú trionfo, non fú guerra;
Il martirio pe' magnanimi
Fú dolcezza, non dolor.

Di virtù mova per l' arduo
Sentier l' uomo, e tal perfetto
Ben godrá qual ei desidera.
Si, godralo.—E gliel prometto
Io nel nome di quel Massimo
Che la vita in lui spiró.

Si godralo, ed involarglielo
Non potrá verun, perch' esso
Chiuso allor della letizia
Avrà il fonte entro se stesso:
Nè tal fonte unqua per volgerse
Di fortuna si seccò.

La que juzgó pradera,
Ve que al contacto mismo de su planta
Se marchita y se altera,
Tornándose arenal yermo que espanta.

Y las que desde léjos
Eran flores fragantes, purpurinas,
Aromas y reflejos
Pierden y se convierten en espinas.

Al seno palpitante
A quien su amigo se pregona estrecha,
Amigo que al instante
Con un puñal el corazon le acecha.

El menguado le fia
Honra, fortuna, nombre y pensamiento,
Y encuentra al otro dia
Traicion aleve, estéril escarmiento.

Ve unos ojos de llama,
Y un seno de jazmines palpitante,
Y su pecho se inflama,
Y sueña eternas dichas delirante.

Y las lágrimas bebe
(Mejor fuera un veneno) deliciosas,
Que son sobre la nieve
De un rostro angelical perlas preciosas.

Y rendido á un encanto,
Que sus sentidos todos encadena,
Juzga verdades cuanto
Brota el labio falaz de una sirena.

Mas cuando el alma tiene
Más rendida á sus piés, y más dichosa,
Un desengaño viene,
Y se halla aislado en çárcel tenebrosa.

Y ve que al alto cielo,
Insensible burlándole, le plugo
Ofrecer á su anhelo
En la forma de un ángel un verdugo.

Destrozado el corazon,
El alma en pedazos rota
Juzga, ¡oh alucinacion!
Que es verdad otra ilusion,
Que descubre más remota.

Y corre el mortal mezquino,
Sediento, ansioso á beber
En las fuentes del saber;
Sin saber que su destino
Es el de ignorante ser.

Así de sed medio muerto
Tras agua y selvas hermosas,
Que son nubes engañosas,
El viajador del desierto
Va con plantas anhelosas.

Libros revuelve, enciérrase, medita
Con vigiloso afan,
Y en un cáos sin fin se precipita
Do los martirios de la duda están.

Y sólo ve una luz, luz que le aterra,
Y alumbra el *hasta aquí*,
Que trazó Dios en la infelice tierra
A nuestra inteligencia baladí.

La tiniebla abandona desdeñoso,
Que ciencia juzgó ya,
Y en busca de la dicha y del reposo
En pos de otra ilusion perdido va.

La pompa y riqueza son
Sólo del mortal ventura,
Dice, y corre y se apresura,
Y con alma y corazon
Las solicita y procura.

Ya tesoros inmensos ha logrado.
Sí, ya los consiguió.
¡Cuántos riesgos y penas le han costado!
¿Y qué es lo que con ellos ¡ay! logró?
Susto, inquietud, desvelo,
Y más grande ansiedad que ántes probó.
El corazon se le convierte en hielo,
Marchita su alma está;
Ve que se burla de él feroz el cielo,
Y en pos de otra ilusion perdido va.

Mas un nuevo sol radiante
Que sobre un monte se encumbra,
Lo fascina y lo deslumbra
Y á él dirígese anhelante.

Es el del poder y mando,
Y hasta él es fuerza llegar
Con esfuerzo singular,
Obstáculos derribando.

Por virtudes ó crímenes, no importa,
La cumbre del pòder su planta oprime,
Y el sol que el alma le dejara absorta,
Visto de léjos con su luz sublime,
En llama horrenda, que el infierno aborta,
Ve convertido, y despechado gime
Ardiendo en ella ¡mísero! entre horrores,
Ansias, miedos, vigilias y rencores.

Conoce el triste y lo conoce en vano,
Que allí de los cabellos le ha traido
De un demonio feroz la dura mano,
Y quisiera ¡infeliz! no haber nacido.
Bajar procura de la cumbre al llano,
Pero la escala ¡ay Dios! por do ha subido
Se ha roto, se ha deshecho, y sólo mira
Despeñaderos do los ojos gira.

Cercana tiene otra aún más alta cumbre,
La cumbre de la gloria y de la fama,
Espléndida la ve de hermosa lumbre,
Y con sonora voz le exhorta y llama:

Salta atrevido á colocarse en ella:
¡Cuán pocos lo consiguen! ó le falta
El influjo benigno de una estrella,
Y á un mar de fango y de desprecio salta;

O empujado de próspera fortuna
Se empina, y ciñe de laurel la frente,
Para apurar las penas una á una,
Que causan de la envidia el corvo diente,

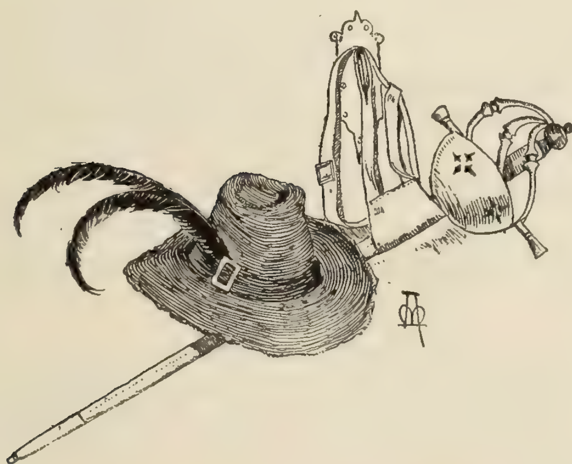
De la calumnia el bárbaro veneno,
De la injusticia infame la osadía,
De la sucia ignorancia el negro cieno
Y de la ingratitud la saña impía.

Destrozado el corazon
El alma en pedazos rota,
Muerta la imaginacion,
Ve que en mar de confusion
La barquilla humana flota.

Y torna el triste mortal
Atrás los cansados ojos,
Y ¡oh desengaño final!
Ve sólo un ancho arenal
Sembrado todo de abrojos.

Tal vista le desconcierta,
Se vuelve con ansiedad
En busca de una verdad,
Y encuentra una tumba abierta,
Y detrás la eternidad.

Nápoles 1844.



RETRACTACION

AL MISMO

Razon tienes, Campagna:
Tu canto filosófico
De mi delirio tétrico
Sábiamente triunfó.

Sí, amigo, sí: se engaña
El mortal melancólico,
Que el orbe sólo un cúmulo
De infortunios juzgó.

Al cabo áun cuando sean
De este valle las lágrimas,
El Criador sapientísimo,
Que le dió vida y ser,

Quiso que en él se vean
De su piedad sin límite
Huellas aún más magníficas,
Que las de su poder.

Y en él trazó una senda
Por do siguiendo impávido,
Aun el mortal más mísero
Logra paz y quietud.

Y ninguno pretenda
Que no la halla, solícita
A cada paso muéstrase,
Es la de la virtud.

El hombre ponga á sus pasiones freno,
La razon se lo ofrece á cada instante,
Y pisará triunfante
Del vicio inmundo el corrompido cieno.

Enciérrese en los términos que plugo
Dar á su terrenal inteligencia
A la alta omnipotencia,
Y se libertará de atroz verdugo.

Cual tránsito veloz mire la vida,
A un eterno reposo encaminado,
Y verá sosegado
Del tiempo breve la fugaz corrida.

Eleve el alma al sér omnipotente
Despreciando las pompas terrenales,
Y brotará á raudales
Dulce consuelo en su tranquila frente,

Y amor, no amor impuro y deleznable,
Y de la caridad el don divino
Sembrarán su camino
Con flores de fragancia perdurable.

Tranquila el alma, contento
Seguirá su corazon
La antorcha de la razon,
Y la voz del sentimiento.

Y no perdida su mente,
Ni su pecho envenenado,
Admirará entusiasmado,
El saber omnipotente.

Y en la creacion hallará
De altos goces inefables
Las fuentes inalterables,
Con que el alma saciará.

Arde el oriente en púrpura teñido,
Y álzase el sol magnífico lanzando
A torrentes la luz, el adormido
Mundo de vida y de calor llenando.

Al trono sube del zenit ardiente,
Un mar de lumbre desde allí derrama,
Y el orbe, rey, postrado y reverente,
De la creacion inmensa le proclama.

A darle vida á otro hemisferio el paso
Tiende con majestad, y le presenta
Ancho camino el apartado ocaso,
Y sus tesoros y su pompa ostenta.

¿Y espectáculo tal no encanta al hombre
Y llamado á gozarlo, es infelice?...
...¿Hay mortal que lo mire y no se asombre
Cuando insensato su existir maldice?...

La noche el manto extiende
Recamado de estrellas y luceros,
Y entre celajes nacarados pende
La luna de argentinos reverberos,
Modesta, vaporosa.

El aura bulliciosa
Trisca en el mar dormido,
Y en el bosque vestido
De oscuridad se mece:
En letargo profundo
Sumergido parece,
Y en dulce paz el fatigado mundo.

¿Y es para el hombre nada
La noche sosegada,
El trémulo fulgor de las estrellas,
Las nubes que fantásticas y bellas
Cruzan por el espacio,
El disco de topacio,
De la brisa balsámica el aliento,
Y el reposo del orbe soñoliento?
¿Este conjunto mágico ¡infelice!
A su imaginacion nada le dice?
¿No conmueve su alma?
¿No la sumerge en deliciosa calma?

Mas no es la naturaleza,
Es el hombre el que hace al hombre
Que de su existir se asombre,
Que deteste su flaqueza.

Es la sociedad.—¡Ay! no:
En ella piadoso el cielo
Manantiales de consuelo
Perennes aseguró.

¿Hay placer más sabroso,
Cabe mayor ventura
En la humana criatura,
Que el de la dicha ajena socorrer?

Quien da al menesteroso
Alivio; quien el llanto
Enjuga del quebranto,
¿Desventurado se osará creer?...

Y todos los mortales
Medio de hacerlo tienen,
Si en su pecho mantienen
El fuego de la santa caridad;

Si vicios infernales
La compasion sagrada
No tienen desterrada
De una alma endurecida y sin piedad

Una accion justa y buena
Da tan puro contento,
Halaga el pensamiento
Tanto un acto de noble rectitud,

Que sólo un alma llena
De cieno miserable,
El encanto admirable
Puede desconocer de la virtud.

¿Y las lágrimas sólo
No son un don del cielo,
Si por ajeno duelo
Logran nuestras mejillas esmaltar?

No halla de polo á polo
Mayor consuelo un pecho
Destrozado y deshecho,
Que el de por tierna compasion llorar.

Pues la presencia
De la inocencia
De un tierno niño,
Y su cariño
La dulce calma,
¿No son bastantes á volverle á un alma?

Aquella pura
Dulce criatura,
En cuya frente
De Dios patente
Se ve el aliento,
¿No embalsama, no hechiza el pensamiento?

Si despertando
A un beso blando,
Mira risueño,
¿Quién guarda ceño?
¡Ay! sus caricias
Son un mar insondable de delicias.

Pero un pecho, aunque justo, inexorable,
Por desengaños é injusticias roto,
Brama sañudo, como brama el noto,
Y detesta este mundo miserable.

No encuentra en él venganza, no la encuentra
En el cielo, que insulta y que provoca,
Y en desesperacion deshecha y loca
En un abismo de infortunios entra.

Sangre ansía y destruccion, odios respira,
Existe entre venenos y rencores,
Y siempre en derredor sus ofensores,
Turba de espectros y fantasmas mira.

. . . .

Pues bien; tórnese á Dios un solo instante,
Haga un esfuerzo, y diga: *yo perdono*,
Y de repente se hallará en un trono,
Y ángeles sólo mirará delante.

Razon tienes, Campagna:
Tu canto filosófico
De mi delirio tétrico
Sábiamente triunfó.

Sí, amigo, sí, se engaña
El mortal melancólico
Que sólo el orbe un cúmulo
De infortunios juzgó.

Nápoles, 1844.

LA APARICION DE LA MERGELINA (1)

Se esconde tras Posílipo,
Entre nubes de grana
La antorcha soberana
Del refulgente sol.
Del Vesubio flamígero
Esmaltando la cumbre
Con la postrera lumbre
Del último arrebol.

Cruzan el viento ráfagas,
Que aún el astro colora,
Perfila, argenta, y dora,
Sobre el espacio azul.
Bulle brisa balsámica
Entre fragantes flores,
Y mece en los alcores
El pino y abedul.

El golfo de Parténope
Es espejo de plata,
Que plácido retrata
El celeste esplendor,
Y la pompa magnífica,
Que al bajar al ocaso
Acompañan el paso
Del astro abrasador.

Pero con vuelo rápido
Tan espléndida escena,
Que tierra y cielo llena,
Despareciendo va.
Y de tibio crepúsculo
Luz densa y blanquecina
Montes, ciudad, marina
Y cielo envuelve ya.

(1) Se llama así en Nápoles la risueña playa, que está entre la *Ribera de Chiaja*, y el monte *Posílipo*.

Entónces cuando bórranse
Los mares y collados,
Confundidos, mezclados
En dudoso total;
Y el orbe todo muéstrase
De la misma manera,
Que si al través se viera
De empañado cristal;

Ven mis ojos extáticos
En la arenosa playa,
Junto á la blanca raya
Del adormido mar,
Vaporosa, fantástica
Aparicion divina,
Que da á la Mergelina
Encanto singular.

Erguida como el vástago lozano
De azucena gentil,
Que en las plácidas noches del verano
Señorea el pensil,

Se alza de una mujer encantadora
La forma angelical,
Que en sí todos los dotes atesora
Del poder celestial.

Y tal hechizo se desprende de ella
Y fragancia, y fulgor,
Y en medio á tal atmósfera descuella
De encantos y de amor;

Que miéntras anhelante y confundido,
Sin osarme acercar,
En tierra una rodilla, y abstraido
De tierra y cielo, y mar,

La contemplo, se cambia mi existencia
En tal contemplacion,
Que arrebata con mágica influencia
Mi alma á ignota region.

Sus ojos son de un ángel de consuelo,
Por la mar adormida los pasea,
O los eleva al vaporoso cielo,
Y luz divina en ellos centellea;

O á la inmensa ciudad, á quien envuelve
La sombra densa de la noche fria,
Anhelante los torna y los revuelve,
Llenos de celestial melancolía.

O hácia el Vesubio, cuya frente adorna
Rojo penacho de espantosa lumbre,
Girando el cuello de marfil, los torna;
Y afanosa los clava en su alta cumbre.

¿La inmensidad de la creacion admira
En el mar y en el cielo cristalino;
Y cuando á la ciudad los ojos gira,
La obra desprecia del mortal mezquino?...

¿Y cuando á la encendida y agria frente
Los torna del volcan, y en él los clava,
De escondida pasion, que su alma siente,
Mira el trasunto en la encendida lava?

. . . .

. . . .

¿Quién lo sabe?—Imposible es que consiga
Descubrir un mortal sus pensamientos,
Ni de la llama que en su pecho abriga
Los nobles y escondidos elementos.

Mas yo lo sé: Que mi alma se desata
De los vínculos rudos terrenales,
Cuando se purifica y se dilata
Contemplando sus gracias celestiales.

Y conocer le es dado de la Dea
La mente y corazon, y las regiones
Que aquella velocísima pasea,
Y de este las sublimes sensaciones.

Y pasmada y atónita comprende
Las frases, que veloces y cortadas,
Del labio puro de coral desprende,
Dando vida á las auras regaladas:

Frases como las forma el rumor leve
De líquido cristal que el prado gira,
De blandas flores que el ambiente mueve,
De espíritu impalpable que suspira.

Pero aunque estampa su profunda huella
En mí, y á mi existir da nuevo giro
(Porque así plugo á mi dichosa estrella)
Cuanto entónces contemplo y cuanto miro,

Me es imposible referirlo luégo,
Cuando torna mi espíritu á engastarse
En el humano fango, donde el fuego
Del éxtasis por fuerza ha de apagarse.

Ni el misterio de tales sensaciones
Puede nunca explicar humano labio,
Pues para tanto faltan expresiones
Al más rico lenguaje y al más sabio.

Mas dentro de esta cárcel tenebrosa
El perfume conserva el alma mia
De la contemplacion maravillosa,
Y el vibrar de una angélica armonía.

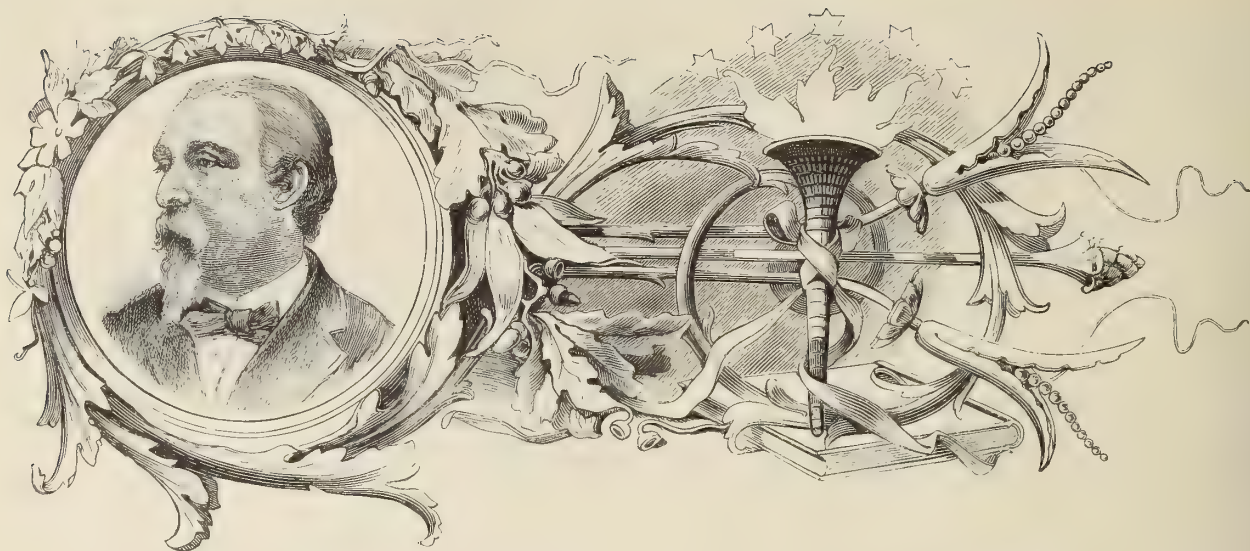
El crepúsculo se apaga,
Cubre de la noche el velo
La tierra, la mar, el cielo,
Y la aparicion ó maga
Desparece en raudo vuelo.

Y en la arenosa ribera
De negras sombras cercado,
Cual ángel precipitado
De la soberana esfera
Me hallo solo y prosternado.

El nuevo sol veo salir,
Y ansioso anhelo que el paso
Apresure hácia el ocaso,
Para que torne á venir
Otro crepúsculo escaso.

Que en su plazo fugitivo,
Bajo la fascinacion
De la mágica vision,
Es cuando de veras vivo
La vida del corazon.

Nápoles, 1844.



A D. JOSÉ ZORRILLA

CONTESTACION A LOS LINDOS VERSOS QUE PUBLICÓ, DEDICADOS AL AUTOR, EN EL «HERALDO» DE 30 DE JULIO DE 1844

En estas risueñas playas
En otro tiempo españolas,
Que halagan las mansas olas
De un mar de plata y zafir,
Donde vagan sombras tantas
De alta fama y nombradía,
Que siempre al morir el dia
Juzgo en derredor oir:

En esta ciudad de encanto,
Que embriagada en los festines
Duerme en medio de jardines,
Junto al borde de un volcan;
Sin sospechar llegue un dia,
Que la trague furibundo,
Como á otras que en lo profundo
De los abismos están;

Llegó á mí tu dulce acento,
Esclarecido poeta,
Donde tu alma se interpreta,
Donde luce tu amistad.
Y vino con sus encantos
Bálsamo á ser de mi pecho,
Nunca, nunca satisfecho,
Siempre, siempre en ansiedad.

Pues si tú tanto recuerdas
Las delicias de Sevilla,
De Guadalquivir la orilla,
Y mi tranquila mansion,
¿Qué haré yo, mi amado amigo,
Qué haré yo, que dejé en ellas
De mis ojos las estrellas,
Las prendas del corazon?

Ni pienses que olvidar puedo
Aquellas fugaces horas,
Tan dulces y encantadoras,
Que presto tuvieron fin,
En que los versos divinos,
Que de tu labio brotaban,
Luz, color, y cuerpo daban
Al aura de mi jardin.

Y el rumor de la arboleda,
De la fuente la sonrisa,
El bullicio de la brisa
Saltando de flor en flor;
Y el general embeleso
Acompañaban tu canto,
De nuestras almas encanto,
Y envidia del ruiseñor.

¡Ay! esa luna lánguida y luciente,
Que de Madrid en el hermoso prado
Arrebató tu mente
A la orilla del Bétis encantado,

Brilla en esta region de artes y amores
Tan hechicera y blanda y deliciosa,
Y por estos alcores
Resbala tan lasciva y vaporosa,

Que parece la reina de este cielo,
Y la diosa del mar de las Sirenas,
Y el númen que da al suelo
De Parténope vida á manos llenas.

De la corona del Vesubio ardiente
Aparece magnífico topacio,
Luégo es resplandeciente
Bajel de plata en el inmenso espacio.

Y al trasmontar la cumbre deliciosa
De Posílipo, el monte de las flores,
Es vírgen pudorosa,
Que huye de los profanos amadores.

Y cuando en zenit campea,
Y platea
Este delicioso Eden,
Y orna con leves encajes
De celajes
Su reverberante sien,
Entre su argentina llama
Derrama
Tal hechizo y tal primor,
Que se convierte este suelo
En un cielo
De delicias y de amor.

El aura es toda ambrosía,
Y de hechicera armonía
Las brisas cargadas van.
Que aquí es armónico el viento,
De la mar el ronco acento,
Y hasta el rugir del volcan.

Mas no imagines, no, caro Zorrilla,
Que mi mente embriagada,
Y mi alma enajenada
Se olviden de Madrid y de Sevilla.

Jamás.—Cuando reposo entre las flores
De mágicos jardines,
O cuando en los festines
Miro bullir bellezas y amadores,

Torno al disco de plata refulgente,
De lágrimas preñados
Los ojos arrasados,
Envidiando su marcha al Occidente.

Y al encanto de Nápoles la espalda
Volviendo desdeñoso,
Miro á la luna ansioso,
Que va á darle su luz á la Giralda.

¡Ay si á mis ojos míseros en ella,
Por fuerza prodigiosa,
De mi mirada ansiosa
Les fuera dado el estampar la huella!...

Tú sólo con tu ingenio soberano
Descifrarla sabrias,
Y en sus trazos leerias
Cuánto anhelo estrechar tu amiga mano:

Cuánto las prendas apretar al seno,
Que por mi ausencia lloran,
Y sin mí tristes moran
Del Bétis patrio en el contorno ameno.

Y que encantos jamás habrá bastantes
Ni Circes, ni Sirenas,
Que consuelen mis penas,
Donde no suena el habla de Cervantes.

Nápoles, 1841.





A LUCIANELA

SONETO PRIMERO

Cuando el desnudo pié graba en la arena,
Luciana de la alegre Mergelina,
Y su garbo y su gracia peregrina
Envidia en los verjeles la azucena,

¿Qué es la enclenque de perlas y oro llena,
Que en el landó lujoso se reclina,
Y que con vanidad necia imagina
Que todo lo avasalla y lo encadena?

Tras la humilde y lozana pescadora
Se me va el corazon, se me va el alma,
Y huyen de la altivez de la señora:

Que la beldad, no el lujo, es quien la calma
Turba de un pecho noble y lo enamora,
Y sólo á la beldad rindo la palma.

UNA DECLARACION

¡Ay! que tus ojos de fuego,
Y tu garganta divina,
Y tu gracia peregrina,
Roban á mi alma el sosiego,
Idolatrada Azelina!

Como un rayo de la luna,
Que en noche de primavera
Consolador reverbera
Sobre apacible laguna,
Es tu mirada hechicera.

Y tu aliento es el ambiente
De un jardin embalsamado,
Tu voz el aura del prado,
Tu sonrisa la corriente
De arroyuelo sosegado.

Y tu delicioso seno,
De apretada y pura nieve
Es la copa, donde bebe
Su poderoso veneno
El tirano amor aleve.

Verte es mi dicha mayor,
Mi delicia el escucharte,
Y mi destino adorarte,
...Mas ¡ay! al ver tu rigor
El corazon se me parte.

Lástima á mis penas ten,
Tu amor mi pecho destroza,
Nada en la crueldad se goza,
Y la crueldad no está bien
En una tan buena moza.

¿Quieres un alma abrasada
Que mire su cielo en tí?
¿Quieres encontrarte, dí,
Como jamás adorada?
Pues vuelve la vista á mí.

Vuelve amable á mí la vista,
Y verás, como discreta,
Que es fuerza te comprometa
Un alma ardiente de artista,
Y un corazon de poeta.

Este fuego celestial,
Que enciende mi fantasía,
El estro, que al alma mia
Le da un temple sin igual
Tuyos son, ingrata mia.

Serán humildes despojos,
Si mi pena te conmueve,
De tu pechera de nieve,
De tus rutilantes ojos,
De tu pié pulido y breve.

No pierdas aislada, no,
De tus lozanos verdores
Los encantos y las flores:
Y los perderás si no
Los disfrutas en amores.

¿Qué es un alma sin amor?...
¿Qué es la beldad sin amante?
Una luz sin resplandor,
Una pasajera flor
Falta de aroma fragante.

Deja, pues, el desden, tú,
Y yo que ardiente te adoro,
De amor te daré un tesoro
Más grande que el del Perú,
Pues vale amor más que el oro.

A LUCIANELA

SONETO SEGUNDO

Cuando al compás del bandolin sonoro
Y del crótalo ronco Lucianela
Bailando la gallarda tarantela,
Ostenta de sus gracias el tesoro;

Y conservando el natural decoro
Gira, y su falda con recato vuela,
Vale más el liston de su chinela
Que del rico Perú las minas de oro.

¡Cómo late su seno! ¡Cuán gallardo
Su talle ondea! ¡Qué celeste llama
Lanzan los ojos negros brilladores!

¡Ay!... Yo en su fuego me consumo y ardo,
Y en alta voz mi labio la proclama
De las gracias deidad, reina de amores.

1847.

UNA NOCHE DE VERANO

EN EL GOLFO DE NÁPOLES

AL EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.
Por este golfo de plata,
O mas bien mansa laguna
Donde la argentada luna
Su cándido albor retrata;
Por do apresuradas vuelan
Tantas barcas pescadoras,
Con lumbreras en las proras,
Que en el rizo mar rielan;
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Aléjame de esta orilla
Do la espuma centellea,
Do á la ciudad lisonjea
La onda que á sus piés se humilla,
Y do los roncos bramidos
De otro mar siempre agitado,
Mar de vivientes formado,
Me atormenta los oídos.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Solo con mi pensamiento,
Y solo tambien contigo,
Entregarme quiero, amigo,
En brazos del manso viento;
Y separado del mundo,
En honda meditacion
Darle á mi imaginacion
Un alimento fecundo.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.



¡Cuál la barca blandamente
Se columpia y se desliza
Sobre el agua, que entapiza
Un fósforo refulgente!
El fósforo que los remos,
Que alzas y bajas encienden,
Cuando el mar cortan y hienden
Con sus delgados extremos.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Ya el rumor de la ciudad
La voz del cáos parece,
Y ya mi barca se mece
En medio á la inmensidad.
¡Qué espectáculo sublime
Absorto contemplo y miro!
¡Con qué libertad respiro!
Nada aquí mi pecho oprime.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Miro tendida á mi espalda
De Nápoles la ciudad,
Como dormida beldad
En un lecho de esmeralda.
Y entre vaporosos léjos
Forman apariencias varias,
Sus diversas luminarias
Con sus movibles reflejos.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

A mi diestra recostado,
Celador de estos confines
Y de quintas y jardines
Vestido y engalanado,
A Posílipo, veo estar,
Gigante de alta belleza,
En un monte la cabeza
Y los piés dentro del mar.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Y de escoria otro gigante
Y de ceniza vestido,
Se alza á mi siniestra erguido,
Solo, enhiesto, vigilante.
Llama sus cabellos son,
Que agita tímido el viento,
Son tempestades su aliento,
Y su grito destruccion.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Allí al frente inmensa nave
De peñas que dió al través,
Capri está, y quien tiene es
De este ancho golfo la llave.
Y los montes donde apénas
Sorrento y Castelamar
Se ven, vienen á cerrar
Este mar de las Sirenas.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Italia, Italia, region
Que mejor no alumbra el cielo,
Jardin de Europa, tu suelo
Es tierra de bendicion.
Y de él son lo más hermoso,
Compendio de tu beldad,
De Nápoles la ciudad,
Y su golfo delicioso.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Un toldo de terciopelo
Del firmamento colgado,
Con diamantes tachonado,
Es de este prodigio cielo.
Rueda por él y campea
Un topacio colosal,
Que la region celestial
Esclarece y señorea.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Y diamantes y topacio,
Y toldo repite el mar,
Y se me figura estar
Suspendido en el espacio.
Y que el inmenso vacío
Cruzo, como cruza el ave,
En alas del viento suave,
Y en brazos del albedrío.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

La brisa un arpa es aquí,
Do acordes incomprensibles
Espíritus invisibles
Tocan en torno de mí.
Y sus sones son beleño,
Que suave encanto difunden,
Y que en mis venas infunden
Bálsamo de dulce sueño.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Por las auras arrullado,
Y por las ondas mecido,
Mis penas daré al olvido
Y dormiré descansado.
Venid con solicitud,
Venid á ocupar mi mente
Y á volar sobre mi frente,
Sueños de mi juventud.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Que en este tranquilo mar,
Bajo este apacible cielo,
Y cercado de tal suelo,
Venturas se han de soñar,
Y deliciosos amores,
Que son encanto del mundo,
Dando al olvido profundo
De la vejez los rigores.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Boga, hasta que de oro y grana
Pinte celajes la aurora,
Y este mar tan mudo ahora
Himnos cante á la mañana.

Y deja á mi fantasía,
Que este golfo prodigioso,
Ahora vago y misterioso,
Admire al venir el dia.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Y entónces á la ciudad
Ambós á dos tornaremos,
Tú á descansar de los remos,
Yo á volver á mi ansiedad,
Que las horas de ilusion
Siempre son ¡ay! fugitivas;
Y quedan las positivas
Que angustian el corazon.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Nápoles, Junio de 1845.

DESCONSUELO

Por el campo helado y yerto,
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa,

Caminando hácia occidente
Con lento paso avanzaba,
Y abismado meditaba
En lo que tenia enfrente,
Y en lo que tras mí dejaba.

En aquel yermo asolado
Me ofrecia el pensamiento,
Como ráfagas de viento,
Recuerdos de lo pasado
Que al alma daban tormento.

Y en sombras vagas tambien,
Cual las inciertas figuras
Que entre las nubes oscuras
De la borrasca se ven,
Las ansiedades futuras.

Enfermo, solo, seguia
Combatido y arrastrado
Entre el futuro y pasado,
Y nada en torno veia
Con mi existir enlazado.

Cuando los puros reflejos
Advertí de flor tan bella,
Entre la aridez aquella
Nacida, que desde léjos
Dudé si era flor ó estrella.

Mas al punto en que la ví
Calmóse mi amargo afan;
Porque ejerció influjo tan
Raro, que me atrajo á sí,
Como al acero el iman.

Llegué, llegué... ¡Qué color
Tan puro y resplandeciente
Iluminaba su frente!
¡Con qué fragancia en redor
Embalsamaba el ambiente!

¡Qué perlas de almo rocío
Avaloraban su seno!
Su tallo de pompa lleno
¡Con qué garbo y señorío
Avasallaba el terreno!

Jamás en regio pensil,
Ni en los jardines de Flora
Meció el soplo de la aurora
Otro tallo tan gentil,
Ni flor tan encantadora.

Y cual si alma y corazon
El cielo dado le hubiera,
(Ni áun yo sé de qué manera)
Cariño y tierna aficion
Mostróme afable y sincera;

Y que grata habia brotado,
Por disposicion del cielo
En aquel ingrato suelo,
De mi pecho lacerado
Tan sólo para consuelo.

¡Ay! á su encanto rendido
Tan dichoso me encontré,
Y en un delirio tal, que
Lo que iba á ser y habia sido
De todo punto olvidé.

Y ciego y loco un momento
Pensé que otra vez me hallaba
En la selva que dejaba
Detrás, y ufano y contento
Que era mortal olvidaba.

Y me figuré posible
Junto á aquella hermosa flor,
Y amparado de su amor,
Del destino irresistible
Burlar el fiero rigor.

Mas su rigor me impelia
A proseguir el camino,
Aunque al encanto divino
De aquella flor me acogia:
Que es muy terrible el destino.

Entónces nueva ansiedad
En mi corazon sentí,
Que era angustia horrenda, sí,
Tanto amor y tal beldad
Dejarme detrás de mí.

Y resuelto á no dejarla,
Y á que conmigo siguiera
La inevitable carrera,
Quise del suelo arrancarla,
Y prestóse placentera.

Mas ¡ay Dios! en el momento
Que mi mano la tocó,
Impetuosa la embistió
Ráfaga de árido viento,
Y en mis manos se agostó.

¡Ay! ¡con qué fieras congojas
Ví por el suelo esparcidas
Mustias, secas, encogidas
Sus ántes risueñas hojas
Rutilantes y encendidas!

¡Con qué horror miré el lozano
Tallo roto y abatido,
Y su follaje caido!
¡Con cuánta ansiedad en vano
Busqué el aroma perdido!

—Los ojos levanté al cielo,
No ví el sol, la noche era:
Y proseguí mi carrera
En más hondo desconsuelo,
Y en soledad la más fiera.

Que en el campo helado y yerto,
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa;

Si aparece una ilusion
Se deshace luégo, luégo,
Pasa como leve fuego,
Y destroza el corazon,
Que se va tras de ella ciego. *Nápoles*, 1845.

SONETO

¡UN AMIGO!!!

Guarte, ese amigo que te estrecha al seno,
Que rie si ries, que si lloras, llora,
Que te adula y te sigue á toda hora
Y á quien te entregas de confianza lleno,

Es vaso aleve henchido de veneno,
Es copa vil que el artificio dora,
Ente infame y ruin, de alma traidora
Y con un corazon de inmundo cieno.

Que un soplo de ambicion su pecho anime,
Que tu mérito envidia en él despierte,
Que tu nombre y favor sin fuerza estime,

Que á encontrar bella á tu mujer acierte,
Verás al punto esa amistad sublime
Ser villano puñal, que te dé muerte.



ELVIRA

A LOS SEÑORES DUQUES DE BIVONA, EN LA MUERTE DE SU HIJA DE ESTE NOMBRE, A LOS SIETE MESES DE SU EDAD

EL POETA

¡Ay! con razon mi indócil fantasía
Tenaz se resistió
Al fuego encantador de la poesía
Cuando tu breve vida comenzó.

Enajenados de placer miraban,
¡Mísera humanidad!
Su dicha en tí tus padres, y anhelaban
Versos en tu loor de mi amistad.

Y era mi afan componerlos;
Pero nunca pude hacerlos,
Porque el cielo los inspira,
¡Ay Elvira!

Habia ya trazado el cielo
Que tu vida fuese un vuelo,
Chispa que nace y espira,
¡Ay Elvira!

Cuando tierno contemplaba
Cual tu madre te besaba,
Que ahora de afliccion delira,
¡Ay Elvira!

Forjé versos en mi mente:
Pero una mano inclemente
Y oculta rompió mi lira,
¡Ay Elvira!

Y esta mano ¡dura suerte!
La mano era de la muerte,
Que hizo de tu cuna pira,
¡Ay Elvira!

. . . .
. . . .

Boton de rosa bello,
Que apénas en el cáliz asomaba,
Cuando mustio doblaba
Agostado y marchito el blando cuello:

Pintada mariposa,
Cuya vida fué el soplo de un momento:
Vislumbre misteriosa
De momentánea luz que apagó el viento:

No era ¡cielos! mi suerte
Cantar tu vida, á quien marcó el destino
Tan rápido camino,
Sino cantar tu arrebatada muerte.

Porque tu muerte es gloria,
Que te alza de este mundo detestable,
Atomo miserable,
De la inmensa creacion perdida escoria;

Y á la mansion te encumbra
De bienandanza y vida sempiterna,
Que con su luz eterna
El rostro santo del Criador alumbra.

Sí, en tu serena frente
De cándidos jazmines coronada,
Veo la señal marcada
De la mano de Dios omnipotente.

De Dios, que te coloca
De eternos serafines en el coro,
Donde al són de arpas de oro,
Himnos modula tu inocente boca.

Y donde... ¿Qué alaridos
Disturban mi profundo pensamiento,
Llenan de horror el viento,
Y hieren penetrantes mis oídos?...

¿Quién á esta estancia llega,
Do contemplan atónitos mis ojos
De un ángel los despojos,
Y resplandor de eterna luz los ciega?...

Una mujer hermosa,
La negra crencha al viento desparcida,
Sin aliento, sin vida,
Penetra estos umbrales anhelosa.

Los bellos ojos secos,
Pero sin luz, abiertos, espantados,
Los labios deslustrados
Hondos lanzando y lastimeros ecos.

¡La madre!... ¡Desdichada!
A apurar viene el último martirio,
Buscando en su delirio
A la que su hija fué, y ahora es ya nada.

LA MADRE

¡Hija!!! Dó estás?...
Allí... Allí.
¿Duermes quizás?
¡Ay!... vuelve en tí...

Dadme, bárbaros, dadme mi hija amada,
Ved que es mi vida su inocente aliento,
Mi gloria su sonrisa idolatrada,
Toda mi dicha su infantil acento.

...Yo la parí:
Yo la adoré...
Yo la perdí!!!

Cielos, volvedme mi adorada prenda,
O dadle fin á mi existencia horrenda.

. . . .

No ha muerto, no...
. . . .
Sí, muerta está!!!
¿No alienta ya...
Y aún vivo yo?...
¡Ay!—Estos restos frios
Devórelos la tumba con los mios.

EL POETA

Llora, madre infelice: llora, llora.
Llorando alivia el corazon hinchado,
Pero la mano omnipotente adora,
Que el bien que te otorgó te ha arrebatado.

Llora, sí; mas bendice resignada
La voluntad santísima y eterna,
Que al orbe inmenso próvida gobierna,
Que formó el orbe inmenso de la nada.

¿Quién sus inescrutables intenciones
Consigue penetrar?... ¡Ay! los humanos
Olvidan en sus ciegas pretensiones,
Que son del polvo efímeros gusanos.

. . . .

Ahí los restos mortales
De tu hija tienes; conmovido el cielo
De tu dolor, sus leyes eternales
Trastorna, y vuelve en presuroso vuelo
El alma tierna y pura
A darles vida.—Entre los tiernos lazos
De tus maternos brazos
La estrechas con frenética locura.
Tu faz regala con su aliento suave,
Con sus manitas trémulas tu seno,
Y su acento infantil de gracias lleno
Te da tal dicha que mayor no cabe.
Pero torna la vista
A la carrera de dolor y llanto,
Que tu amor egoista
Le abre de nuevo y temblarás de espanto.

¡Cuánto de afan y susto,
De lágrimas imbéciles la aguardan

En la frágil niñez!... Y cuando arbusto
Tierno comience á verdear... ¡Oh cielo!
¡Qué forzoso desvelo,
Qué fatigas tan duras
Para aprender errores,
Para saber enmascarar el alma,
Para amoldarse á necias imposturas,
Y con falsos colores
Mostrar que busca de virtud la palma!

Y cuando ya lozano
Tallo de hermosa flor robusto sea,
Verás cuál la rodea
De las pasiones el tropel insano.
¡Ay cuánta tempestad sobre su frente
Se agolpará rugiente!...
...La sociedad viciosa, y corrompida,
La atmósfera es de vida
En que ha de respirar... ¡Cuánto tormento
Si es buena, si es sensible!
Y si es dura y malvada
¡Qué amargo desaliento!
¡De qué desierto horrible
De arena y hielo se verá cercada!!!

Pues en la edad madura,
Perdidas las más gratas ilusiones,
Los vínculos más santos de ternura
Rotos, despedazados,
O en dogales tornados,
De engaños alevosos y traiciones
Por la mano feroz emponzoñada,
¿Cuál será su existencia?... ¡desdichada!

Y luégo la vejez, de enfermedades
Asilo y de disgustos,
De dolores, de sustos,
Y de remordimientos y ansiedades,
A que es forzoso que el mortal sucumba;
Y la muerte despues... despues la tumba...
. . . .
Despues la eternidad. . . . .
. . . .
. . . . ¿Y en tan amarga
Y rápida carrera,
Que hacen los infortunios lenta y larga,
¿Quién, madre, te asegura
Que se conserve pura,
Que se salve inocente
El alma de esta niña, que imprudente
Lanzas de nuevo al piélago iracundo
Del corrompido mundo?...
. . . .

¿Quién sabe, quién, si tú, su madre tierna,
De ese amor insensato compelida,
La tornas á una vida,
Que ha de acabar en perdicion eterna?...
. . . .
. . . .
¿Te hielas? ¿Te estremeces? Basta. El cielo
No trastorna sus leyes eternales,
Por complacer el imprudente anhelo
De los ciegos y míseros mortales.
No te la volverá.—Muerta ahí la tienes,
Guirnalda funeral ciñe sus sienes...
Mas conmigo contémplala un momento,
Y verás que del Dios tres veces santo,
Que hoy te quiso probar con tal tormento,
La infinita piedad no te abandona,
Y un consuelo sin fin te proporciona.

Mira ese rostro de nieve,
Que ha dos horas destrozaba
Y horrendo desfiguraba
Dolorosa convulsion,

Ya sin una sombra leve
Del angustioso tormento,
Que de horror y sentimiento
Te inundaba el corazon.

Míralo tranquilo y bello,
Sin los dolores del mundo,
En dulce sueño profundo,
Que nadie interrumpirá.

Y en la frente el alto sello
Observa, madre dichosa,
De la mano poderosa,
Que el orbe rigiendo está.

Mira en la boquita bella,
Antes ¡ay! desfigurada,
Lívida, ardiente, agitada
Con la agonía final,

Grabada la santa huella
Del alma pura, inocente,
Que á vivir eternamente
Voló al coro angelical.

Y aunque estos restos mortales
Pronto serán polvo, nada,
No quedas, no, separada
De la prenda de tu amor:

No, que de las celestiales
Mansiones bajará ansiosa
El alma de tu hija hermosa,
A velar en tu redor.

Y cuando triste lamentes
Otras desgracias del mundo,
Y de otro dolor profundo
Tu pecho oprimido esté;

Si acaso de pronto sientes
Inesperado consuelo,
Y nuevas fuerzas que el cielo
Para alabarlo te dé,

Es que de tu Elvira el alma
Te besa, y te da su aliento,
Bajando del alto asiento
Do los ángeles están.

Y renacerá la calma
En tu pecho al suave ambiente,
Que en torno á tí blandamente
Sus alitas moverán.

Y cuando á tus otros niños
(Dios te los guarde y conserve)
Tu afan maternal observe
Del sueño en la dulce paz;

Si ves que sueñan cariños,
Y que sonrien graciosos,
Es que miran venturosos
De su hermanita la faz.

Y porque ella en torno de ellos,
En las horas misteriosas,
Con las alas vaporosas
Gira amante en tornos mil,

Con sus celestes destellos
El espíritu ahuyentando
Del infierno, que acechando
Esté la cuna infantil.

Bendice á Dios: bendícelo, y el llanto
Enjuga, pues que ser has merecido
Madre de un querubin, que el *Santo, Santo*,
Entona ante el Señor, de luz vestido.
En gozo celestial torna el quebranto,
Y repite con labio enardecido
Por la fe santa, que á mi pecho inspira:
Oro pro nobis, venturosa Elvira.

Nápoles 17 de Junio de 1845

FANTASÍA NOCTURNA

AL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO

El sol siguiendo su eternal viaje
En los mares perdióse de occidente,
Y ya ni en los perfiles del celaje
Dejaba rastro de su huella ardiente.

De oscuridad vestido estaba el suelo,
Miéntras nuevo esplendor engalanaba
La inmensurable bóveda del cielo,
Y más rica y más grande se mostraba.

Yo del risueño Vómero (1), en la loma,
Que señorea lo mejor del globo,
Entre un ambiente de fragante aroma
Solo vagaba en soñador arrobo.

Miré en bultos fantásticos los montes
Alzar diversos su contorno vago,
Y el mar á los remotos horizontes
Ir á perderse adormecido lago.

Luégo todo borrarse y confundirse,
Como si de la vida el don perdiera,
Y de alba niebla y de vapor vestirse
Cual si de una mortaja se vistiera.

Miéntras que más luceros, más estrellas,
Adornaban el claro firmamento:
Diciéndome la voz de ellos y de ellas:
Aquí la eternidad tiene su asiento.

Sentí aquel estupor indefinible,
La conmocion sin nombre, vaga y fria,

(1) Collado que domina gran parte de la ciudad de Nápoles y su golfo.

Que da la soledad so un apacible
Cielo, despues de sepultado el dia.

Y llegué á imaginar que el globo, helado
Desierto, no albergaba otro viviente
Más que yo: y afligido y aterrado
Volar ansiaba al cielo refulgente.

Pero luégo el rumor hasta mí llega
De la inmensa ciudad que á mis piés yace,
Mezclado al que en las cumbres y en la vega
El aura mansa entre las selvas hace.

Diviso las vislumbres, los reflejos
De luces esparcidas por el llano,
Ya más cerca indicando, ya más léjos,
O lámpara ú hogar de albergue humano.

Y entre niebla borrosa y sombra espesa,
Que apénas puedo penetrar, advierto
Nave, que el mar anchísimo atraviesa
Buscando ansiosa el conocido puerto.

El rumor, y las luces, y el navío
Recuérdanme que el globo está habitado,
Y cambia vuelo el pensamiento mio,
A la tierra de nuevo encadenado.

A la tierra, y apártase del cielo,
Porque siempre esta mísera corteza
De humana carne hácia el mezquino suelo
Hace doblar al alma la cabeza.

Y juzgué ya de danzas y festines
Aquel rumor, que la ciudad derrama;
Las luces ser de quintas y jardines,
O á las que el sabio estudia, y logra fama;

Y que la nave, que las aguas corta,
Preñada de placeres y metales
De otra region, á nuestra playa aporta,
A aumentar nuestros goces terrenales.

Olvidé los luceros, las estrellas...
Y ansié tornar á la ciudad, que ofrece
Goces sin fin, ó dirigir mis huellas
A la luz que á los sabios esclarece.

O hácia el puerto correr, y en los tesoros
Que frescos llegan del pomposo oriente,
Del rico ocaso, de los climas moros,
De placeres saciar mi sed ardiente.

Iba en pos de este anhelo irresistible
A descender de la elevada roca,
Cuando el ala de espíritu invisible,
Que giraba en redor, mi frente toca.

No sé si era un espíritu celeste,
O espíritu infernal, quien de mí en torno
Agitaba las alas y la veste,
Causando en mi interior tan gran trastorno.

Mi mente cambia giro, advierte y piensa,
Y en helado sudor ¡ay! me confundo,
Que aquel rumor de la ciudad inmensa
No es más que el estertor de un moribundo.

Que aquellas luces son las luminarias
Con que el mortal camina al cementerio,
Y las naves fantasmas funerarias,
Que vagan de hemisferio en hemisferio.

Alzo los ojos, que anhelante intento
Nuevo consuelo y luz de las estrellas
En la copa beber del firmamento;
Pero ¡ay! su amparo me negaron ellas.

El instante que yo de la mezquina
Tierra en la faz los ojos puestos tuve,
El claro cielo funeral cortina
Me habia robado de espantosa nube.

Convulso y en temblor deshecho helado,
Erizado el cabello de mi frente,
Y de un viento fortísimo azotado,
Que abortaron las nubes de repente,

Olvido donde estoy. Que existo dudo:
La vista ciega en las tinieblas giro,
La boca abierta, pero el labio mudo,
Y espectros vagos, que me cercan, miro.

Y siento que mis plantas humedece
Fango de sangre; que la cumbre aquella
Que á mis trémulos piés asiento ofrece,
Y que ví al claro sol tan verde y bella,

Es un monton de huesos corroidos
De mil generaciones que pasaron,
Y escombros de cien pueblos destruidos,
Que ni el són de sus nombres nos dejaron.

Y oigo á una parte el grito furibundo
De la espantosa abominable guerra,

Y el rodar de su carro por el mundo
Con trueno tal que al Universo aterra.

De las revoluciones á otro lado
El alarido aterrador y horrendo,
Y el choque entre el futuro y el pasado,
Jamás reposo al orbe consintiendo.

Y escucho por doquier el espantable
De las pasiones alarido agudo,
Que en el género humano miserable
Ceban, sin saciedad, el diente crudo.

Y hieren y atormentan mis oídos
De verdugos y víctimas mezclados
Insultos y dolientes alaridos,
De un siglo en otro siglo duplicados.

Y oigo las espantosas carcajadas
De los infiernos, y el sarcasmo horrible
Con que las negras huestes condenadas
Del mundo ven la situacion terrible.

Tantos sones diversos y espantosos,
Que cien tormentas hórridas formaban,
De oscuridad abismos horrorosos
Hendiendo agudos, hasta mí llegaban.

Pero mis ojos nada descubrian:
Tinieblas espesísimas y densas,
Cual si cuerpo tuvieran, me oprimian,
Las regiones del aire hinchendo inmensas.

Cuando de pronto aterradora llama
El ancho cráter del volcan arroja,
Que hasta el cielo enlutado se encarama,
Y alumbra al mundo con su lumbre roja.

Mas ¿qué alumbra?...¡gran Dios! Alumbra sólo
Un inmenso sepulcro, que se extiende
Devorador del uno al otro polo,
Y en medio á la creacion de un pelo pende.

Y en él turbas y turbas de gusanos,
Que entre sí despedázanse rabiosos,
De otros y de otros disputando insanos
Los restos miserables y asquerosos.

Mas todo iba á morir. La ardiente lava,
Que por las agrias cuestas se derrumba,
Lenta y desoladora se avanzaba
A dar eterna paz á la gran tumba.

No pude más, herido del espanto,
Misericordia, en tanto desconcierto,
Pidiéndole al Señor tres veces santo,
A tierra vine como cuerpo muerto.

Nápoles, 1846.



LA VEJEZ

AL SEÑOR DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Dó me llevais?... Al resplandor brillante
Que antorchas cien en candelabros de oro
Dan al rico salon.
Del convite las mesas veo delante,
Y de la gula en ellas el tesoro
Lucir su profusion.

De tersa plata en cinceladas fuentes
Los manjares la atmósfera embalsaman
Con sabroso vapor.
En tallados cristales trasparentes
Vinos deliciosísimos derraman
Su perfume y su ardor.

Frutas de todos climas y estaciones
En los cestos de esmalte y porcelana,
Brindando miel están.
Y guirnaldas, y ramos, y festones
De flores con que mayo se engalana,
Blandos perfumes dan.

Mas nada es para mí.—Tambien ansioso
Apuré, cuando jóven alentaba,
La copa del festin;
Pero ya delicado y achacoso,
Las fuerzas que mi estómago ostentaba
Tuvieron pronto fin.

Y para mí veneno esos manjares,
Y veneno tambien esos licores
¡Desventurado! son.
Y veneno esas frutas singulares,
Y veneno el aroma de esas flores,
Que alegran el salon.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Qué me traeis? corceles vigorosos,
Armas bruñidas de templado acero,
¡Cuál relinchan aquellos orgullosos!
¡Cómo de estas deslumbra el reverbero!

Miro en el aire tremolar banderas,
Veo desfilar gallardos escuadrones,
Oigo tronar bombardas y cañones,
Escucho el són de músicas guerreras.

¿Y qué me importa á mí?—Cuando lozano
Jóven en ansia de la gloria ardia,
Fulminó el hierro mi robusta mano,
Y ayudé al triunfo de la patria mia.

Y un uniforme espléndido, elegante,
Y un caballo mi afan eran tan sólo,
Y del marcial clarin la voz sonante
Mi única y sola ley de polo á polo.

Mas ya mi fuerza á dominar no alcanza
Del potro cordobés el poderío;
Y el terso estoque y la fornida lanza
Caen de la mano cuando pierde el brio.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Qué pretendeis?... Un pueblo numeroso
Atento ocupa la engañosa escena,
Frenético entusiasmo la enajena,
Retiembla á sus palmadas el salon.

El genio de un poeta venturoso
Lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,
Y en dominio sin límite se extiende
Su celeste fugaz inspiracion.

¡Oh, cuán grato es mirar correr el lloro
De ternura y amor por los semblantes,
Y el ver los corazones palpitantes
Al poder de los versos celestial!

¿Y qué dicha más grande, qué tesoro
Mayor que los aplausos triplicados,
Y el verse los cabellos adornados
Con corona de lauros inmortal?

No es ya esto para mí.—Cuando son hielo
La sangre, el corazon, la fantasía,
El fuego encantador de la poesía
Se apaga, hielo tórnase tambien.

Un alma sin vigor pierde su vuelo,
Una cascada voz pierde su encanto,
Y no producen conmocion ni llanto
Versos tibios, que se oyen con desden.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Qué pretendeis? ¿Que al bullicioso prado
Baje á gozar las auras de la tarde,
Con el concurso alegre y apiñado
Que entre árboles y fuentes bulle y arde?...

Ya no es para mí grato aquel paseo.
¡Cuánto, oh cielo, lo fué!... Mas ya no llama
Mi atencion la alta dama,
Que ostenta en su landó lujoso arreo.
Ni el inglés carrüaje,
Que relumbra y chispea,
Ni el volador plumaje,
Ni la rica librea,
Ni el caballo, que ufano se pompea
Entre uno y otro espléndido equipaje.

Ya para mí no es nada el dulce hechizo
De aquel fuego que brilla
Al través del sombrero ó la mantilla,
Y del ligero vaporoso rizo,
De unos ojos que dan ó muerte ó vida,
Soles de un cielo donde amor se anida.

...¿Qué me importan las frases dislocadas,
Que vuelan derramadas
De los grupos que pasan diferentes?
¿Qué de amantes parejas el arrullo?
...¿Qué el continuo murmullo
De aquel mar agitado de vivientes?...

Si algun caballo ó coche me atropella,
Apénas puedo con turbada huella
El peligro evitar. Si por acaso
Unos ojos de luz encuentro al paso,
Huyen ¡ay! de los mios
Apagados, sombríos:
Y ni un semblante grato, una sonrisa,
Ni una frase fugaz mi pecho halagan,
Y las turbas, que vagan,
Me empujan y me oprimen. Ya me pisa
El jóven, que siguiendo con los ojos
La causa de su encanto ó sus enojos,
No ve do pone el pié. Ya torna en ceño
Su semblante risueño
La que vuelve un instante
A mirar á su amante,
Y halla mi rostro adusto:
Y ya le causa susto,
La arredra y martiriza
Mi frente de ceniza,
Mi severa mirada,
A la que recatada
Y tímida un billete delicioso
Iba al paso, á entregarle á algun dichoso.
¡Ay cielos!... No respiro
En aquel mundo extraño en que me miro.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿A dó me conducís?... Cuando reposo
Han menester mis miembros fatigados,
Carcomidos, helados,
¿Quereis que éntre de un baile en el salon?

Ved qué noche, qué cielo borrascoso:
Las nubes lluvia sin cesar derraman,
Los aquilones braman;
Estas las horas de descanso son.

Mas el aura los suaves instrumentos,
Inundan de dulcísima armonía,
Vencen la luz del dia
Las arañas de bronce y de cristal.

¡Qué atmósfera los ricos aposentos
Tan templada y vivífica contienen!
¡Qué dulce encanto tienen!...
Un aura se respira celestial.

¡Qué galas, y qué joyas, y qué flores
Ostentan elegantes damas bellas,
Rutilantes estrellas
De un cielo de placeres y de amor!

Helados, frutas, dulces y licores,
Y el té de China, y el café de Moca,
En el cristal de roca
Nos brinda el ostentoso aparador.

Ya en raudo remolino
De embalsamado viento,
Respirando contento,

Por incierto camino
Las parejas girando en torno están.

Y en un mar de armonía
Se agitan, se revuelven,
Y se alejan y vuelven,
Y cruzan á porfía,
Y en confuso tropel cruzan y van.

Ni la alfombra moruna
De sus plantas se queja,
En pos de sí no deja
Rastro ni huella alguna
La turba que á compás gira el salon.

Hojas del fresco octubre,
Que manso viento lleva
Sobre la yerba nueva,
Que la llanura cubre,
Las parejas que en torno vuelan son.

Vamos de aquí,
La confusion
De este salon
No es para mí.
¡Ay! me marea
El raudo giro
Que en torno miro;
Y cuando ondea
La gasa leve
Como la espuma,
Cuando se mueve
La riza pluma,
Cuando un pié breve
El mio toca,
Y el blando aliento
De hermosa boca
Junto á mí siento,
De abatimiento
Mi alma se llena,
De negra pena
Mi corazon...
Me ahogo, sí...

Vamos de aquí,
La confusion
De este salon
No es para mí.
Ya en él seré
Una fantasma,
Que hiela y pasma
A quien la ve.

Vamos de aquí,
No es el salon del baile para mí.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento
Y la muerte, y despues el ataud.

¡Ay! si el tiempo voraz derrumba y traga
La fuerte torre y la robusta encina,
Si las montañas hunde y arrüina,
Sorbe los mares y el volcan apaga,

¿Qué hará del hombre, efímera criatura,
Frágil gusano, polvo deleznable,
Cuyo existir mezquino y miserable
Un rápido momento apénas dura?

Y cuando el mudo curso de los años
Descompone sus fibras y su mente,
Y el corazon helándole, inclemente
De dolores lo cerca y desengaños,

¿Qué es para el hombre el mundo?... Una posada
De que debe partir al otro dia.
¿Y cómo sufrir debe la agonía
Un cuerpo, que desplómase en la nada?

Sea de un benigno sol el rayo ardiente,
Que lo restaura un poco, su consuelo,
Un mullido sillon todo su anhelo,
Un báculo su amigo y confidente;

La dieta su regalo, y el reposo
En soledad tranquilo su contento,
Donde pueda entregarse al pensamiento,
O en los brazos de su sueño letargoso.

Y en la misericordia confiado
Del que da luz al sol, vida á la hormiga,
Empuje al huracan, jugo á la espiga,
Y ante quien no hay futuro ni pasado,

El rumor no le asuste de la planta,
De la muerte, que á hollarlo se encamina,
Ni al mirar la segur, que se avecina
Para segar su mísera garganta.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

Nápoles 1847



EL CAMPO

AL DUQUE DE MONTEBELLO

¿A esto campo llamais? ¿A los verjeles,
Que arregla y que repule un jardinero,
A un bosquecillo á guisa de florero,
Y á tiestos de azucenas y claveles?

¿A un palacio, que puede maravilla
Del arte ser, y se alza á las estrellas,
Con estancias tan anchas y tan bellas,
Y donde el lujo refinado brilla,

Casa de campo la llamais, en donde
El descanso y salud buscais ansioso,
Y aquel tranquilo y plácido reposo,
Que en la apacible soledad se esconde?

¿Y juzgais poner tregua á la fatiga
Del mundo, á cuatro pasos de la corte,
Donde de fatuos la importuna cohorte
Os sigue á todas horas y os hostiga?

¿Donde es más atildado vuestro traje,
En donde en sus venenos más esmero
Pone vuestro famoso cocinero,
Y do ostentais más brillo y equipaje?

Esta vida de moda, titulada
Vida de campo, es vida de artificio,
De loca vanidad, de lujo y vicio,
Que ni al alma ni al cuerpo sirve nada.

Vida de campo es cosa diferente,
Casa de campo es diferente cosa,
Y el que llamar así las vuestras osa,
O no dice verdad, ó está demente.

Para buscar descanso de la corte,
Y en vez de su afanoso movimiento,
Paz, y reposo y plácido contento,
De modo tal que á la salud le importe,

Fuerza es ir léjos de ella, renunciando
Al género de vida que ella impone,
Y donde cuerpo y alma no aprisione
De moda y chismes el dañino bando.

Esconderse en el seno enmarañado
Del bosque, que hizo Dios, en las montañas
Obra de su poder, ó en las cabañas
Aproximarse al primitivo estado.

Admirar la fructífera llanura,
Donde el Omnipotente á manos llenas
Al mísero mortal de sus faenas
Le da en premio sustento con hartura;

Los montes que, gigantes, la alta frente,
De peñascos y encinas coronada,
Esconden en la nube nacarada,
Y el primer rayo gozan del Oriente;

El llano que se viste de amapolas,
La cascada, que entre una y otra peña
Rota, á los hondos valles se despeña,
O de la solitaria mar las olas.

¿Los mosaicos qué son y losas tersas
A las maduras mieses comparados?
¿Qué con la verde alfombra de los prados
Las que tejen solícitos los persas?

¿Qué es del hombre el más grande monumento,
Sus columnas, sus torres y obeliscos,
Si se comparan con los altos riscos,
Puntales del remoto firmamento?
. . . .
. . . .

Y de un piano aleman el cencerreo,
Y el oscuro clamor de una vihuela,
El canto de la enclenque damisela,
Y de galan raquítico el solfeo,

Allá en la corte apláudanse en buen hora,
Donde todo es ficcion, todo mentira;
Pero que se celebren me da ira
Léjos de aquella habitacion traidora.

En el campo escucharse la voz debe
De la naturaleza, y su armonía,
El grave acento de la selva umbría,
Cuando su cabellera el viento mueve.

El estruendo de ronca catarata,
Que se rompe bramando en remolinos,
Por toscas peñas, por robustos pinos,
Y en espuma y en humo se dilata.

El murmullo apacible, que en la oscura
Noche esparce el arroyo entre las flores,
Y el que la brisa forma en los alcores,
Meciéndose en los lechos de verdura.

Los dulces trinos, los gorjeos suaves
Del ruiseñor, que sus amores llora,
Y los himnos que cantan á la aurora
En dulce coro las risueñas aves.

Y si sublime música se anhela,
¿Cuál á la voz del huracan se iguala,
O á la del mar cuando el empíreo escala,
O del granizo cuando el campo asuela?
. . . .
. . . .

Pues, y los elegantes cortesanos,
Que á caballo ó en tílburi, á porfía
Vienen á fastidiaros todo el dia,
Y á quitaros el tiempo de las manos,

¿Se pueden tolerar? Y esos festines
Con plata y con *vermeil*, y esos lacayos
Con franjas y cordones en los sayos,
Chupa roja y calzon, guantes, botines,

¿Hay quién los sufra?... Y el paseo en coche,
Y esas ropas de seda recamadas,
Y sorber el té inglés, y hacer *charadas*,
Hasta mucho despues de media noche,

¿Es vivir en el campo?—Yo, si anhelo
Descansar de este mundo bullicioso,
Y en busca de salud y de reposo,
A una agreste mansion dirijo el vuelo,

Rompo todos los hábitos de corte,
Sus palacios, sus mesas y su traje
Olvido, y hasta olvido su lenguaje;
Y la simple verdad sólo es mi norte.

Busco la soledad, que en ella sólo
Se alza el mortal á la serena altura
De la meditacion, y se figura
Dueño de la creacion de polo á polo.

Ya trepo de los montes á la cima,
Despreciador del viento, con la mente
Me lanzo á contemplar el sol ardiente,
Y águila soy que al cielo se sublima.

Y bajo á lo profundo de los valles
A escuchar de la tórtola el reclamo,
Y cruzo libre, como el libre gamo,
Limpios arroyos y torcidas calles.

Y si de aquellas quiebras en el fondo
Me asalta un temor vago, incierto y frio,
No tengo que fingir denuedo y brio,
Y con las liebres tímidas me escondo.

Ya á la par del reptil de verde escama,
Me deslizo en la yerba de los prados,
Donde encuentran mis miembros fatigados
Siempre mullida y deliciosa cama.

Ya fiera del desierto me reputo
Cuando recuerdo agravios y rencores,
Ya para con aleves y traidores
Lecciones tomo del raposo astuto.

Ya de ilusiones blandas y sabrosas,
Vuelo en las alas al humilde nido
Donde su tierno amor han escondido
Las aves inocentes y dichosas.

Si me hielan las brisas de la aurora,
Me restaura del sol la lumbre ardiente;
Si esta me abrasa, el delicioso ambiente
Busco, que en las oscuras selvas mora.

Al despuntar el sol abro los ojos,
Disfruto á mi placer del dia entero,
Y cuando va á alumbrar otro hemisfero,
Ya mis miembros del sueño son despojos.

Y si anhelo la humana compañía,
Pues sociales al cabo hemos nacido,
Sin componer ni rostro ni vestido
Ni frases rebuscar de cortesía,

Vóime al chozo inmediato ó á la aldea,
Y converso con rudos labradores,
Y en sus charlas y pláticas de amores
Mi mente se complace y se recrea.

No porque necio abrigue la creencia,
Juzgando verdaderos los idilios
De Moscos, Garcilasos y Virgilios,
Que es la choza el hogar de la inocencia;

Sino porque los rústicos al ménos,
Si hombres al fin, y como tal taimados,
No tienen á la moda enmascarados
Sus conatos ya malos ó ya buenos.

Y á la sana razon es cosa rara
Que se nieguen, y saben por instinto
Juzgar de nuestro humano laberinto
Con gran exactitud y á luz muy clara.

Vivo como ellos viven. Oro y seda
No adornan mi vestido. Es el aseo
De mi ajuar y persona el solo arreo,
Sin que otro alguno incomodarme pueda.

Como, como ellos comen, pan moreno,
Caza y legumbres. Bebo vino puro.
Del sol ni del relente no me curo,
Y prefiero al colchon de pluma el heno.

Y despues de dos meses de esta vida,
Más robusto, más jóven, más tranquilo,
Dejo del campo el sosegado asilo,
Contento y la salud restablecida.

Y al bullicio del mundo alegre torno,
Y de la sociedad á las delicias,
Preguntando afanoso las noticias,
Y si ha habido en el orbe algun trastorno.

Así comprendo sólo que útil sea,
Y que así les conviene al cuerpo y alma,
Dando vigor al uno, á la otra calma,
La vida de los campos y la aldea.

Que esta vida de moda y de artificio,
Más que la de la corte refinada,
Siempre será por mí considerada
Vida de vanidad, de lujo y vicio.

Castellamare, Julio de 1847.



A LUCIANELA

SONETO TERCERO

Deja, deja las redes, Lucianela,
Y las áridas playas de los mares,
Y torna á tus dulcísimos cantares,
Y torna á tu gallarda tarantela.

Ven el ídolo á ser de tu plazuela,
Do el mismo amor se inclina en tus altares,
Y á abrasar corazones á millares,
Al compás del pandero y la vihuela.

¿Por qué has de usar de materiales redes
Para enlazar imbéciles pescados,
Que el ser tuyos contemplan suerte dura;

Cuando con otras invisibles puedes
Tantos pechos tener encadenados,
Que cifran en ser tuyos su ventura?

Nápoles, 1847.

EPÍSTOLA

Á DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO, CONTESTÁNDOLE Á UNA SUYA DE COPENHAGUE

Recibí tus lindísimos tercetos,
Que rebosan ingenio y poesía,
Cultos, sonoros, fáciles, discretos,

Y han dado gran contento al alma mia,
Que del consuelo de noticias tuyas
Hace ya muchos meses carecia.

Y por más que me digas y me arguyas
Que espacio de escribirme no tuviste,
Mi prevencion no es fácil que destruyas.

Allá en Madrid, acaso, ¿no pudiste
Ponerme cuatro letras, ni has podido
El tiempo que en Paris te detuviste?...

Mas pelillos al mar, pues he sabido
Que has hecho con salud tan gran viaje,
Demos todas las quejas al olvido.

Me pasma y me confunde tu lenguaje,
Y el modo con que pintas esa tierra
En tan tétrico y lúgubre paisaje.

Pues aunque sé que le hacen cruda guerra
De un invierno sin fin la nieve y hielo,
Cosa que sólo con pensarla aterra,

Juzgué sabiendo el ardoroso anhelo
Que en ir allá tuviste, fuera acaso
Un nuevo Eden, un abreviado cielo.

Y aunque de luz, calor, y vida escaso,
País de dulce trato y de cultura,
Agradable á las nueve del Parnaso.

Mas vive Dios, que si es cual la pintura,
Que de él me muestras en tu linda carta,
Completa debe ser tu desventura.

Desde que repasé la luenga sarta
De desdichas, que cuentas, y que creo,
Tu imágen de mis ojos no se aparta;

Y ya tu enclenque personilla veo
Aislada y tiritando entre cristales,
Mirando caer la nieve por recreo;

O de pieles de hirsutos animales
Cubierto hasta la boca y las narices,
Hielos atravesando y lodazales;

O entre estufas, alfombras y tapices
Pasar en las tertulias de esa gente
Dos ó tres largas horas infelices,

Sin que tal sociedad anime ardiente
Amor, ni coqueteo interesante,
Ni un dicho agudo su frialdad caliente;

Sin que un punto el estilo se levante,
Y ó profunda, ó chistosa, ó tierna, ó fina,
Corra conversacion sábia y galante:

En fin, sin que la luz clara y divina,
En esa opaca y detestable esfera,
Brille de la belleza femenina;

Y oyendo los rugidos, por contera,
De una lengua durísima, insonora,
Que áspera y dura áun entre lobos fuera.

Pero haces mal en lamentarte ahora,
Porque tuya es la culpa: el ala encoge,
La mecha aguanta, y resignado llora.

Que aquel á quien dan bien, y mal escoge,
Dice un refran de la española gente,
Por muy mal que le avenga, no se enoje.

Cuando al dejar del Tajo la corriente
(Donde aunque los gallegos te aburrian,
Gozabas claro sol y puro ambiente),

Ir á la hermosa Grecia te ofrecian,
¿Por qué desacordado lo rehusaste,
Creyendo que ofenderte pretendian?

¿Por qué, dí, mentecato, imaginaste
Que Dinamarca era mejor que Grecia,
Y por mudar destino trabajaste?

Si Copenhague fuera otra Lutecia,
Si otra Lóndres... al cabo se comprende,
Tu pretension no hubiera sido necia.

Mas preferir, Leopoldo, el ir allende
El mar del Norte, á no vivir, á helarse,
Y donde ni se goza, ni se aprende,

Sólo puede, perdóname, explicarse
Por falta completísima de seso,
Y como tal con pena lamentarse.

¿Es posible que un hombre de tu peso,
Tan entendido y docto, y aplicado,
Acaso y sin acaso, con exceso,

La cuna á visitar se haya negado
Del humano saber, y el noble suelo
Por tanto ingenio y gloria consagrado?

Allí gozaras trasparente cielo,
Do rueda un sol magnífico, brillante,
Que deja rara vez triunfar al hielo,

Mas que templa su llama fulminante
Con blandas brisas, plácidos rocíos,
Y áun con lluvia benéfica abundante.

Clima tan venturoso nuevos brios
Te hubiera dado, y nuevas ilusiones,
Y tambien nuevos goces y amoríos.

Allí la vid formando sus festones
Entre olivos pomposos, las colinas
Vieras ornar en todas estaciones.

Y aguas puras, corrientes, cristalinas
Cruzar el verde y delicioso prado
De rosas esmaltado y clavellinas:

Y ni un valle risueño, ni un collado,
Y ni un risco siquiera, que orgulloso
No esté de altos recuerdos coronado.

Allí oyeras el sabio, el sonoroso
Idioma, aunque del tiempo carcomido,
Que el troyano cantor hizo famoso.

Y si en las claras nubes, embebido
En profundas ó tiernas reflexiones,
Vagaras por los campos distraido,

De Píndaros, de Homeros, de Platones,
Y de Aspasias y Safos te cercaran
Las sombras, ya contigo en relaciones;

Y tu pecho y tu mente se agrandaran,
Y acaso tales obras produjeras,
Que tu nombre, Leopoldo, eternizaran.

Es verdad que en la Grecia no tuvieras
El *boudoir rococó*, ni el *equipaje*
Que en Lóndres y Paris tener pudieras;

Ni aquel refinamiento en el *menaje*,
Ni acaso el regalado cocinero,
Ni *Urigüen* y *Regnaud* te dieran traje,

Ni de tanto negocio de librero
Las malvadas y nuevas producciones,
Aluvion que se come al mundo entero,

Gozaras; ni tampoco los salones
Tan llenos de elegancia y secatura,
Ni inmensos de teatros las funciones;

Ni el oropel y baladí cultura
De academias, de clubs, de sociedades,
Charlatanismo todo, y farsa pura.

Pero en lugar de tantas vaciedades,
Que son, por más que nos deslumbren, humo,
Y nublados que anuncian tempestades;

En Aténas gozaras el bien sumo
De un clima delicioso, que el primero,
De cuantos el mortal goza, presumo.

Y el esplendor y claro reverbero
De la belleza femenil, que al cabo
Encanto es de la vida verdadero.

Y si de la aficion, que tanto alabo
A cultivar las ciencias y las artes
Sigues, como no dudo, siendo esclavo,

Debes de convenir, sin que te apartes
De mi opinion un punto, que la Grecia
Ricos veneros tiene en todas partes,

Do el ingenioso que el estudio aprecia
Pueda saciar su sed, y que es menguado
El que los desconoce ó los desprecia.

Y no tan sólo son de lo pasado
Los recuerdos insignes sus lecciones,
No, que tambien las da su nuevo estado.

Un pueblo que rompió los eslabones
Que tantos siglos arrastró, anhelante
De libertad alzando los pendones;

Y que la santa cruz plantó triunfante,
Despues de larga lucha y de heroismo,
Sobre la blanca luna del turbante;

Y que resucitando de sí mismo,
Como el Fénix renace de su hoguera,
Asegura en Levante el cristianismo;

¿No es digno de estudiarse, y no ofreciera
A tus meditaciones campo nuevo,
De la activa política en la esfera?

Sí, sí, Leopoldo, asegurarte debo
Que el darte aquel destino fué una gracia,
Y á demostrarlo sin temor me atrevo.

Pues si buscas activa diplomacia,
Para no enmohecerte entre tus socios,
Y lucir tu talento y eficacia,

¿Pensabas encontrar menores ocios,
Mayor actividad en Dinamarca,
Que en la corte de Grecia y sus negocios?...

Esta tan celebérrima comarca,
Donde un pueblo á mitad civilizado,
Y un extranjero y sin vigor monarca,

Luchan entre el futuro y el pasado,
Ardiendo en fogosísimas pasiones,
Tiene en Europa un puesto reservado.

Y sus bandos, partidos y facciones
Una ancha escena ofrecen positiva,
Do representen todas las naciones.

Allí la Ingalaterra astuta, activa,
De la discordia en su favor el fuego
Sopla, y á Francia del influjo priva.

Esta por otro lado intenta luégo
De su rival descomponer los planes,
Para poder restablecer su juego:

En tanto los caducos musulmanes
La reconquista sueñan con despecho,
Aún juzgando posibles sus afanes;

Miéntras que el moscovita está en acecho
De la rica Estambul, y arde en la llama,
Que por tan gran beldad guarda en el pecho.

Y el estudiar tan complicado drama,
¿De fraguar, ocasiones no te diera,
Despachos dignos de renombre y fama?

Pero insistir más largamente fuera
Hacer notable agravio á tu talento,
Y pérdida de tiempo verdadera.

Y concluiré con sólo un argumento,
Contra esa tu eleccion, que ya te duele,
Y es, si no de razon, de sentimiento.

Al destinarte á Grecia (aunque te huele
Sólo á un corral de vacas, cual se dice
En la lengua que usar el vulgo suele),

¿Tan poca mella en tu memoria hice,
Que de abrazarme el amoroso anhelo,
En esta tierra que el Señor bendice,

No te aguijó para tomar el vuelo,
Y sin andarte en dimes y diretes,
De rondon encajarte en este suelo?...

¡Cuánto al ver asomar los gallardetes
Del buque que te hubiera conducido,
Y sus pomposas gavias y juanetes;

O de humo denso, oscuro, denegrido
La luenga cola, palpitado hubiera
Mi corazon de dulce gozo henchido!

¡Con qué placer del mar en la ribera,
O en el soberbio muelle, estrecho abrazo
Mi pecho con tu pecho confundiera!

Y enganchados despues los dos del brazo,
De las familias de ambos discurriendo,
A quienes une tan estrecho lazo,

Y á Madrid y á Sevilla revolviendo
Nuestra primera charla mal zurcida,
Las cosas y personas confundiendo,

Te hubiera conducido á mi guarida,
Y en ella blandamente descansaras,
Sin anhelar acaso mejor vida.

Y de esta gran ciudad las cosas raras,
Y uno y otro magnífico edificio,
Siendo yo el *Cicerone* examinaras;

Y te hicieran perder casi el jüicio
De estas calles y tiendas y paseos
La grande animacion, el gran bullicio.

Luégo en estos riquísimos museos
De las tres artes venerado hubieras
Los más altos y espléndidos trofeos;

Mármoles, que con vida los creyeras,
Bronces, que casi sienten y respiran,
Creaciones del genio verdaderas;

Y frescos antiquísimos, que admiran
Por su dibujo, su color y gracia,
Y do gusto y saber juntos se miran;

Mosaicos, en que estudio y pertinacia
Eternizan colores y perfiles,
Y que pasman los ojos por su audacia;

Y armas, y muebles, é instrumentos viles,
Y trebejos domésticos, mezclados
Con adornos y adobos femeniles:

Objetos que en ceniza sepultados,
O entre lava, ya mármol verdadero,
Diez y ocho siglos fueron olvidados;

Y que nuestro gran rey Cárlos tercero
Sacó á la luz, y dióles nueva vida,
Para instruccion del universo entero:

Pues con ellos ha sido conocida
La domesticidad de los romanos,
Y su manera de vivir sabida.

Es gran gusto tener uno en sus manos
Ya un yelmo con su cima y su visera,
De un guerrero de tiempos tan lejanos;

Ya un antiguo velon, ó una salsera;
Ya el collar que adornó de una romana
El torneado cuello y la pechera;

Ya un bote de arrebol, que falsa grana
Dió de antigua coqueta á la mejilla,
O iluminó á una vieja cortesana.

¿Y el sentarse de un cónsul en la silla?...
¿Y de Salustio (1) ó de otro personaje
Mirar la palancana ó la salvilla?...

Y no sólo á utensilios del menaje
De aquellos famosísimos varones
Dieras, y á sus estatuas homenaje;

Que de este gran museo en los salones
De las artes modernas lo darias
Tambien á extraordinarias producciones.

De Sanzio y Buonarrota admirarias
Las tablas y los mármoles divinos,
Y á Salvator de Rosa apreciarias.

Y si gustas de rancios pergaminos,
En esta biblioteca los hallaras,
Griegos, normandos, árabes, latinos.

Pues y cuando conmigo contemplaras
De Herculano y Pompeya las rüinas,
¡Cuánto, cuánto, Leopoldo, allí gozaras!

Luégo trepando riscos y colinas,
Y con pié mal seguro y vacilante
Masas de azufre y lavas ferruginas,

A los hombros altivos del gigante,
Que hizo el estrago hubiéramos subido,
Y hasta la hórrida boca fulminante,

Para escuchar el infernal bramido,
Aterrador cual continuado trueno,
Voz del fiero Titan allí escondido;

Y vieras cómo lanza el hondo seno
Cenizas, peñas, llamas, humo ardiente,
Que ofusca el sol más claro y más sereno;

Y vieras de las lavas el torrente
Que rojo entre peñascos se derrumba,
Y que ningun obstáculo consiente.

—¡Ay!... ¿Son de veras los volcanes tumba
De los rebeldes ángeles, y puerta
De un báratro infernal, que en lo hondo zumba?

(1) En las ruinas de Pompeya se ve una linda casa que llaman de *Salustio* y en donde se han hallado muchas preciosidades.

Otras veces al sitio de Caserta
Dirigiéramos ambos el paseo,
Y que te fuera grato es cosa cierta.

Tambien es un magnífico trofeo
De la munificencia soberana,
Que á Madrid dió el palacio y el museo.

No ostenta el edificio la romana
Majestad, ni la gracia y proporciones
De griega arquitectura aún más galana;

Mas tiene respetables dimensiones,
De mármoles magnífica escalera,
Y régios gabinetes y salones.

Grandes son los jardines, de manera
Que te pasas en verlos la jornada,
Y llega su arbolado á la alta esfera;

Y pura abundantísima cascada,
Que de un monte derrúmbase eminente,
Los atraviesa luégo sosegada.

Ni Pórtici te fuera indiferente,
Do va á buscar de esta ciudad la crema
En el otoño saludable ambiente.

Y complacencia te causara extrema
Ver á Castellamare y á Sorrento,
Donde compuso el Tasso su poema.

Y aún más la gruta azul, raro portento,
Pues toda ella parece de zafiro,
Y es de marinas diosas aposento.

Luégo, pudiendo hacer más largo giro,
Hubiéramos á Amalfi visitado,
Y admirado la hubieras, cual la admiro.

Y por el ancho golfo en bote alado
Llegáramos tal vez hasta Salerno,
Patria de Bayalarde endemoniado,

Y cuya vida en comedion eterno
Tantas veces habemos aplaudido
En las pesadas noches del invierno.

¡Con cuánto gusto hubieras recorrido
El templo, con el cuerpo venerando
De un santo evangelista enriquecido!

En él tambien, del célebre Hildebrando,
Que los reyes domó y emperadores,
En espadas las llaves trasformando,

Y que contra los bárbaros furores
De la ignorancia combatió forzudo,
Dando á la Iglesia nuevos resplandores,

La tumba contemplaras: Y no dudo
Que al ver su noble busto allí esculpido
Lo saludaras con respeto mudo.

¡Y cuál despues tu encanto hubiera sido
Las rüinas de Pesto visitando,
Que más de tres mil años han cumplido!

Hácia distinta parte luégo andando,
Por la larga y antigua, y rara gruta
De Posílipo el monte taladrando,

Tomáramos la hermosa y ancha ruta,
Que por Bañoli va y por la marina
Hasta Puzzol, famosa por su fruta.

De Sérapis un templo allí en rüina
Vieras, la celebrada solfatara,
Y un circo de grandeza peregrina.

Y despues las estufas ¡cosa rara!
De Neron, donde á entrar no hay quien se atreva,
Si hasta el quilo á sudar no se prepara.

Cerca el lago de Agnano con la cueva
En donde muere el can, que se aventura,
De lo que hubieras visto hacer la prueba:

Lago, que de un volcan ser se asegura
El extinguido cráter, te daria
Gusto por su amenísima frescura.

Y un poco más allá te gustaria
Ver á Averno, á Lucrino y á Fusaro,
Lagunas que Virgilio conocia.

Y observaras tambien con tiempo claro
En el lecho del mar dormida á Cumas,
Pueblo que la Sibila hizo preclaro.

Y si del mar dejando las espumas,
Del cerro de Camáldula á la frente
Subieras una tarde en que no hay brumas,

Y el sol hácia la tumba de occidente
Lento bajar de majestad vestido,
Vieras por este cielo trasparente,

Te quedaras, Leopoldo, embebecido:
Pues igual espectáculo en tu vida,
Ni áun allá en nuestra patria, has conocido.

Oro es el horizonte, y es fundida
Plata la mar, el aire es grana, y fuego
Cuanto alumbra la llama enrojecida.

Y los celajes pálidos, que luégo
Rubí se tornan, nácar y topacio,
Formas cambiando con gracioso juego,

Aparecen cual fúnebre palacio,
Que honra al cadáver del Señor del dia,
Del difunto monarca del espacio.

Y de Ischia la cerviz alta y sombría
Pirámide parece, que levanta
Para sepulcro suyo la mar fria.

Mas si como me temo ya te espanta
De tanto que hay que hacer aquí la vista,
Que áun el placer continuo no se aguanta,

Y dices entre dientes: *Dios me asista.*
En no haber ido á Nápoles bien hice,
Pues para tanto andar no hay quien resista;

Razon es que te calme y tranquilice
Diciéndote, que tales excursiones
No son cual tu temor tal vez te dice.

Pues ó se hacen en cómodos bridones
Obedientes al freno y á la espuela,
O en hombros de robustos lazarones;

O por ferro-carril, ó en carretela,
O en barca, ó en jumento, y hay alguno
Que más que un ave por los campos vuela.

Ni me ofendas, creyéndote que ayuno
Ibas á andar así de ceca en meca,
Pues me cuido y me mimo cual ninguno.

Y llevo siempre bollos de manteca,
Un paté de foie gras, Jerez, Champaña,
Jamon, pavo trufado y fruta seca,

Cuando me arrojo activo á la campaña
Para correr por estos andurriales,
Y así obsequiar á un viajador de España;

Que tripas llevan corazon en tales
Excursiones, y estómago vacío
No ve más que fantasmas infernales.

Que no pensaras, Leopoldo mio,
Que ibas tan sólo á ver antigüedades,
Grutas, parques, y páramos confio;

Pues en altas y bajas sociedades
Te hubiera presentado con gran gusto,
Do admiraras tambien raras beldades;

Y no de mal pergeño, y genio adusto,
Sino de gran primor y ameno trato,
Pues decir otra cosa fuera injusto.

Mas vive Dios, Leopoldo, que hace rato
Que en contarte la vida que aquí harias,
Cual si me dirigiera á un mentecato,

Me ocupo, y no te doy noticias mias,
Que pienso deben tanto interesarte,
Pues que de ellas careces largos dias.

Pero ¿qué he de decirte ni contarte?...
Que aquí estoy cada dia más contento
Puedo tan solamente asegurarte;

Pues esta gran ciudad es mi elemento,
Y cuatro breves años han corrido
Sin dar á mi madura edad aumento.

Aquí no se envejece, y he vivido
Como el pez en el agua, con la suerte
De ser de altos y bajos aplaudido.

Mas no debo ocultarte ni esconderte,
Que empieza ya la atmósfera á turbarse,
Y que barrunto un temporal muy fuerte.

Esta tierra comienza á conturbarse
De la revolucion con la tormenta,
Y sus dichas veré desmoronarse.

Ya de plebe ignorante y turbulenta
El alarido en estas plazas zumba,
Y bastardas pasiones alimenta.

Y temo se abra la insondable tumba,
Donde el reposo y paz de las naciones
Este siglo maléfico derrumba.

En Palermo han tronado los cañones,
Y si aquí aún están mudos, se ha debido
A oportunas y sábias precauciones,

Y á que este rey magnánimo, advertido,
Concesiones, por cierto extraordinarias
Mas que están á la moda, ha prometido:

Y tenemos aplausos y plegarias,
Milicia, tricolores banderolas,
Vivas, mueras, banquetes, luminarias.

Cosas, que indiferentes por sí solas,
Dan márgen á desórden y á exigencias,
Que crecen cual del mar crecen las olas.

Entre tales trastornos y ocurrencias
Ya te figurarás que habré tenido
Compromisos de graves consecuencias,

Que mi tranquilidad habré perdido,
Y que grandes negocios cada hora
Me tendrán abrumado ó aburrido.

Ya un parecer me piden sin demora,
Cual práctico en barullos semejantes,
Ya á un consejo me llaman á deshora.

Y en tan duros y críticos instantes
No estoy yo descontento de mí mismo,
Que haciendo estoy servicios importantes,

Ora calmando un necio patriotismo,
De aquellos que de buena fe caminan
Con intencion sanísima al abismo;

Ora á los que engañados desatinan,
Sin conocer del siglo la tendencia,
Porque hábitos añejos los fascinan,

Aconsejando calma y gran prudencia;
Porque oponer de pronto á tal torrente
Impotentes estorbos es demencia.

En fin, predico con teson ardiente
Respeto al trono y paz, cimiento sólo
De un arreglo oportuno y conveniente.

Mas ¡ay! parece que iracundo Eolo
Ha soltado los fieros huracanes,
Que el orbe agitarán de polo á polo.

Temo grandes vaivenes y desmanes,
Y me asusta el mirar á los ingleses
De la discordia acalorar los planes,

Miéntras duermen ó sueñan los franceses,
Cuya débil y necia diplomacia
No ve en peligro aquí sus intereses (1).

Dios nos conceda por piedad la gracia
De que no cunda la espantosa hoguera,
Que empieza á arder con insaciable audacia;

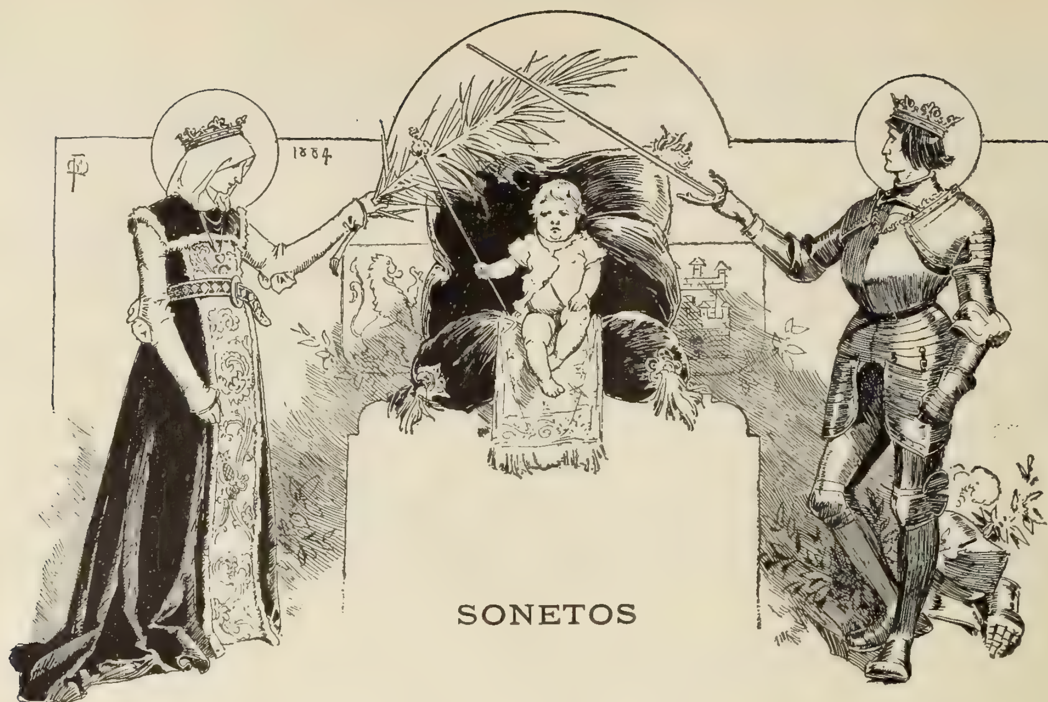
Y que la hermosa Italia á la carrera
No se lance, de paz y dichas harta,
En que un confuso piélago la espera.

Pero va siendo libro lo que es carta,
Y que tenga ya término es forzoso
De estos tercetos la prolija sarta.

Adios, Leopoldo amado, sé dichoso,
Y pues sabes lo mucho que te quiero
No seas en escribirme perezoso.
Nápoles á catorce de febrero. 1848.

(1) Aún no se habia verificado en Francia la revolucion que lanzó del trono al rey Luis Felipe.





SONETOS

AL NACIMIENTO DE S. A. R.
LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS

Astro consolador, niña inocente,
Prenda de paz durable y de ventura,
Duerme en el seno maternal segura,
Bendita del Señor omnipotente.

Las alas de un arcángel refulgente
Sirven de pabellon á tu hermosura,
Miéntras, ardiendo en puro amor, te jura
Española lealtad la hispana gente.

Y miéntras de los ásperos manglares
De Cuba hasta las crestas de Moncayo,
Y del Japon en los remotos mares

Brilla de la esperanza el dulce rayo,
Y con fervientes vivas y cantares
Te saludan los hijos de Pelayo.

Madrid, 1852.

AL BAUTISMO DE S. A. R.
LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS

Cuando en la fuente santa del bautismo
El lucero, esperanza de Castilla,
Purificó la original mancilla
Con despecho y horror del hondo abismo;

Ardiendo en fiel amor y en patriotismo,
El pueblo hispano, hincada la rodilla,
Su lealtad consagróle y su cuchilla,
Su riqueza, su gloria y su heroismo.

Y del celeste trono ante la alteza
Dijo Isabel primera (el pié besando
De Dios eterno, cuya vénia alcanza):

«Yo le doy mi virtud y fortaleza.»
«Y yo (dijo el glorioso San Fernando)
Mi fe ardorosa y mi invencible lanza.»

1852.



LA NOCHE BUENA EN PARIS Y EN MADRID

EL AÑO 1857

ROMANCE DEDICADO A LA TERTULIA LITERARIA DE LOS EXCMOS. SRES. MARQUESES DE MOLINS

Ya son las diez... ¡ay qué noche!
No es la *buena* para mí.
Cae mucha nieve... ¡Qué frio!
Es imposible salir.

Ahora en la calle del Prado
Aquella copia feliz
Recibirá á los poetas,
Él amable, ella gentil.

Vive Dios, que estoy mohino
Porque no me encuentro allí,
A disfrutar con mi gente
Del obsequio de Molins.

Esta noche yo trocára
Los encantos de Paris
Por la sociedad querida
Y el suculento festin.

¡Que no encuentre alguna bruja
Que me lleve de espolin,
Cuando á caballo en su escoba
Vaya esta noche á Madrid!...

¡Que en Licenciado Torralba
No me pueda convertir,
Aunque sea el mismo demonio
Locomotora de mí!...

Si por telégrafo eléctrico
Los hombres pudieran ir,
No faltára, que estuviera
Ya de patitas allí.

Pero pues no encuentro bruja
Ni demonio volatin,
Ni embeber puedo mi todo
En un alambre sutil,

Vaya el alma, vaya el alma
Ya que no el cuerpo á Madrid:
Mi imaginacion la lleve.
Alma, disponte á partir.

Y aunque la cabalgadura
Es un relámpago, al fin
Atravesar tanto espacio
Tampoco es grano de anís.

Bueno será reforzarla,
Prudente aguijarla, y
Darle á lo ménos un pienso,
Que no se niega á un rocin.

(Entra un criado) Hola, Santos.—¿Qué me quiere?—
—De aquel jugo de la vid
Que el Guadalete transforma
En rica esencia de Ofir,

Trae dos botellas.—El diablu
Lléveme consigu si
Entiendu lu que me pide.—
Santos, eres un mastin.

Vino de Jerez, te pido.—
—Ahora, señor, lu entendí.—
—¡Qué gallego tan idiota!—
—Las butellas traigu aquí.—

—Destápalas.—Voy al punto,
Que el toruzon prevení.—
—Tirabuzon, dí, gran bestia.—
Pues esu, quise decir.—

—Dame, dame. ¡Qué fragancia!
Puede á un muerto revivir.
Eh, Santos, déjame solo;
Vete, que voy á Madrid.—

—Nu va á tumar mala turca
Mi amu; y luegu hablan de mí:
Lu que veu es que ningunu
Echa el vinu en el candil.— *(Váse)*

Pues quedo solo, bebamos,
Cuatro ó seis copas ó mil:
Las que sean necesarias
Para ponerse así, así.

¡Cuál la lámpara refleja
En esta copa gentil!
¡Cómo chispea el vinillo!...
Venga á verme ¡uf! la bebí.

Otras dos por el gargüero
Deslícense sin sentir,
Aunque hace sus cosquillitas
Al bajar el picarin.

Vaya otra copa... ¡Qué año!
Otras dos más... ¡Por San Gil!
Que este Jerez es un néctar:
Mal año para el chablí.

...¿Trajo dos ó trajo cuatro
Botellas el galopin
De Santos?... Yo cuatro veo...
Tanto mejor para mí...

A más moros, más ganancia,
Dijo nuestro padre, el Cid;
Y á más botellas, más vino,
Cualquiera puede decir.

Vive Dios, que estoy más fuerte
Que el castillo de Gaucin,
Que soy más locuaz que Lopez,
Más duro que el gran Visir.

Más galan que Gerineldo,
Más fresco que un alhelí,
Más rico que Salamanca
Y más sabio que Merlin.

Y voy á privar... caramba,
Que me caigo; y en un tris
Que no se vuelque la mesa;
Una botella rompí.

No importa, verterse el vino
Siempre es agüero feliz.
Tambien he roto dos copas...
Muy torpe soy, pese á mí.

¡Qué resplandor dan las luces!
¡Cómo se mueve el tapiz!
Los figurones parece
Que vienen vino á pedir.

Pues no les daré una gota,
Que para gente muslim
No es mi Jerez, ni áun la zupia
Del ventorrillo más vil.

¡Cómo me pesan los ojos!...
Reclinaré en el cojin
La cabeza... ¡ay Dios, qué sueño!
Buenas noches; me dormí.

SUEÑO

EL ALMA Á CABALLO EN LA IMAGINACION

Esta es la calle del Prado;
Y esta la casa, no hay duda.
Entro sin llamar; las almas
Entran por la cerradura.

En la antesala no espero;
Pues ni gaban ni capucha
Tengo que emperchar; las almas
Hacen los viajes desnudas.

Ya escucho el rumor alegre
De la festiva tertulia;
Todas las voces conozco
En la algazara confusa.

Entro en el salon... ¡Qué gusto!
Lo que me aflige y conturba
Es el no comunicarme
Con la gente que le ocupa.

Allí está la chimenea,
En el rincon: la circundan
Las consabidas butacas,
Mesas, estantes, pinturas.

Todo está, todo, en su sitio
Como la Noche Buena última;
Y los mismos concurrentes
Y la mismísima bulla.

¡Cuán gallarda la Marquesa,
Con esa gracia, cual suya,
Festeja á todos!... ¡Qué afable
El amo de casa, busca

Los modales más corteses
Y las maneras más pulcras
De hacer de la Noche Buena
Buena noche á su tertulia!

¡Hola! ¡Qué linda, qué guapa
Está allí la niña rubia
Con su bella madre! Siento
El tener la boca muda;

Porque si no un requebrajo
Les encajara á ambas juntas.
Tambien está María Antonia,
Y mi afecto la saluda.

¡Oh buen Breton, padre insigne
De nuestra cómica musa!
Ya estás con tu cigarrillo
Disputando con Ventura.

Venturita de la Vega,
El de persona menuda,
Y el que brota entendimiento
Por todas sus coyunturas.

¡Qué aticismo en cuanto escribe!
¡Qué buen gusto en cuanto busca!
Mas, ¡qué dolor! la pereza
Lo anonada y lo espachurra.

Rubí, mi compadre, ¿cómo
Está mi ahijado?... ¿Hay alguna
Comedia en planta, de aquellas
Que tanto tu nombre encumbran?

Segovia, el ex-cónsul, vaya...
¡Y qué carnes tan enjutas!
¿Por qué, siendo alto maestro,
Estudiante te intitulas?...

Allí está Pedro Madrazo,
Facha linda y pudibunda.
¡Qué bonitos versos hace
Y qué bien que los modula!

Y allí su cuñado Ochoa,
El de la melena hirsuta,
Escritor afable y bueno,
Crítico de fácil pluma.

Campoamor con sus *Doloras*.
¡Qué originales, qué pulcras!
Y con trivial apariencia,
¡Qué sentidas, qué profundas!

Don Antonio Galiano
Con cara de quinta angustia
Y turulato y torcido,
Ahora llega á la tertulia.

A los amos de la casa
Delante tiene y los busca,
Tropieza con una silla,
Algun velador trabuca,

Se acerca á la chimenea
Y se le quema la punta
Del pañuelo... que llevarlo
Fuera del bolsillo usa.

Primer orador de España,
Y que adquirió fama suma
Ya en odas de sentimiento
Y ya en décimas de burlas.

¿Quién es aquel que leyendo
Con la mano el rostro oculta?
Nicomedes Pastor Diaz...
Gallego de noble enjundia.

Siento no poder hablarle,
Que aficion le tengo y mucha,
Por su bondad y talento,
Altas prendas que lo ilustran.

¡Hartzenbusch! allí lo miro,
La más erudita musa
Y la más tersa y más clara
De las que en Madrid relumbran.

¡Don Antonio Gil! mi amigo
Constante en todas fortunas.
Viejo está, pero no muere,
Porque su Guzman lo escuda.

Calle... Cervino! tan bueno,
El poeta de los curas,
Y el que escribe en buena prosa
Metamórfosis muy chuscas.

Hablando está con Tejada,
Modesto jóven, que busca
Y que ya encontró dichoso
Del gran Quevedo la ruta.

¡Hola! Alarcon, ya te veo,
De buen autor te gradúa
Tu *Hijo Pródigo*, comedia,
Que en altas dotes abunda.

Y allí está Ferrer del Rio,
Que á Cárlos tercero adula;
Y Aureliano, concienzudo
En cuanto escribe y estudia.

Y Rosell, que un justo premio
Ganó en literaria lucha;
Y Nocedal, que alta fama
Ha alcanzado en la tribuna.

Y Tamayo, buen ingenio,
A quien Melpómene arrulla,
Con Virginia la modesta,
Con doña Juana la ilusa.

Allí está tambien Pacheco,
Orador de grande altura,
Y Cañete, el que maneja
Tan doctamente la pluma.

Y está el devoto Tejado,
Cuyas doctas prensas sudan
Para combatir errores,
Maldades y desventuras.

Buen Amador de los Rios,
Que los viejos libros buscas,
Como la abeja las flores,
Pues rico jugo les chupas:

Tu *Historia de los Judíos*
Clara fama te asegura,
Y al Marqués de Santillana
Ya sospeché que lo adulas.

¡Hola! Cueto, mi cuñado,
El de la persona pulcra,
Correcto, entendido, fácil
En cuanto escribe ó dibuja.

Aquel es Selgas, ingenio,
Que esgrime de corte y punta,
Delicioso cuando cala
En vez de yelmo capucha.

Hablando está con Pedroso,...
Tal vez arreglen y urdan
Darnos solaz y consuelo
Con otro arsenal de puyas.

Buen Estrella, poeta osado,
De entonacion muy robusta,
Cuida de que el periodismo
No te anonade y te hunda.

Antonio Flores, discreto,
Feliz ocurrencia es tuya
En las tres virtudes santas
Dar noble campo á tu pluma.

Te confieso, Florentino,
Que tu Quevedo me gusta;
De la vejez los achaques
Tambien, aunque ya me abruman.

Valerita, Valerita,
El de la inmensa lectura
Y de vena tan graciosa,
Tan fácil, tan andaluza.

¿No te acuerdas del Vesubio?
Ni de Puzoli y su gruta?
Ni de los pasados dias,
Que te eché tantas pelucas?

Dacarrete, no te escondas,
Que hay gran mérito en tu musa
Y lindas cosas leias
En mis reuniones nocturnas.

Eulate, bravo marino,
Que la dulce lira pulsas
De Madrid en los jardines
Y en los manglares de Cuba.

Navarrete, ¿y tú qué miras,
Qué escudriñas y qué buscas
Para contarlo á Fernandez
Y que él lo cuente á las turbas?

Pero no eres maldiciente,
Tienes muy cristiana enjundia,
Y sabes *decir* favores
Sin saber decir injurias.

Fray Gerundio, Fray Gerundio,
Mucho tu Historia me gusta:
Tu gloria y la de la España
Andarán ya siempre juntas.

Y Martinez de la Rosa,
¿Porqué no está en la tertulia?
...Se me olvidaba, es Ministro,
Esto es, persona difunta,

Que en vez de tratar amigos
Y gozarse con las musas,
Con enemigos combate
Y perece entre las furias.

¿Y mi Enrique? ¡ay! ahora llega:
¡Qué noble y gentil figura!
Voy á revolar en torno
De su cabellera rubia,

Y de aquella hermosa frente
Por do nada innoble cruza,
Donde hay tanto entendimiento,
Donde se albergan las musas.

¡Ay! si adivinar pudiera
Que en rededor le circunda
De su padre el alma ¡cielos!
Cuál se ensanchara la suya.

Mas ¿qué ocurre? ¿Por qué advierto
Tal confusion y tal bulla?
Porque han dado ya las doce
Y está revestido el cura.

¡Cómo cura! es un Obispo,
El que hoy honra la tertulia,
Y decir quiere la Misa,
Que del Gallo se intitula.

Voy á besarle la mano,
Pues gran respeto me inculca,
Que es de la diócesis padre
Donde se meció mi cuna.

A Misa, á Misa. ¡Qué lindo
Está el Altar! y me gusta,
Cosa es al fin de Mariano,
Ver la gótica casulla.

¡Y qué buen efecto hace
El acorde que modula
Ferraz con tanta destreza
Y con expresion tan pura!

Humillémonos rendidos
A la Omnipotencia suma:
El cuerpo y sangre adoremos
De aquel Cordero sin culpa.

Ite, missa est... Pues vamos.
Gloria á Dios en las alturas,
Paz en la tierra á los hombres
Y cena y broma: *alleluya*.

A cenar, Mariano dice,
A cenar, dice la turba;
Y del comedor la puerta
Ya se traga la tertulia.

¡Qué mesa tan elegante!
¡Qué espléndida! ¡Qué profusa!
¡Qué limpia! ¡Qué apetitosa!
¡Qué abundante! así me gusta.

Pavo y pernil la presiden;
Pavo, se entiende, con trufas;
Luégo están salmon y anguilas
Y, por supuesto, las truchas.

Pero no falta la sopa
De almendra, como se usa
De inmemorial en España,
Que es sopa de antigua alcurnia.

Pues los vinos de Alicante,
Burdeos, Jerez... Me angustia
Ser alma por esta noche,
Porque el alma no manduca.

Si aquí estuviera mi cuerpo,
Que segun decia Porrúa
Tiene estómago más fuerte
Que el avestruz y la grulla,

Hiciese honor á la cena,
No en rábanos y aceitunas,
Sino en cosa de más jugo,
De más sustancia y más punta.

¡Qué queso tan exquisito!
¡Qué frescas y ricas frutas!
¡Qué almíbares! ¡Qué bizcochos!
¡Qué tortas, qué confituras!

¡Y el turron omnipotente...!
¿Quién, turron, no te saluda,
Si más que al mayor monarca
Te hacen la corte y te adulan?

Quién...? turrum... tum... tum... ¿qué es esto?
¿Qui est là? ¡Qué baraunda!
¿Quién osa hacer tanto ruido?
¿Quién mi descanso perturba?—

—Suy yo, señor, la antesala
Está sin velon, á oscuras,
Y tropecé y me he caidu,
Y algo rompí, pese á Judas.—

—Y ¿á qué vienes, mentecato?—
—Cumu ya ha dadu la una,
Vengu á ver si su celencia,
Se queda así ú se desnuda.—

—A que te rompa la crisma
Vienes, gran bribon, sin duda.
¿Y no sabes que has robado
Mi delicia y mi ventura?—

—Yu nada rubé, pur Cristu,
Lu que me dice me asusta.—
—Vete, maldito, á tu cuarto.—
—Aún nu ha durmidu la turca.



EL MORO EXPÓSITO

O

CORDOBA Y BURGOS EN EL SIGLO DECIMO

LEYENDA EN DOCE ROMANCES

TO THE RIGHT HON.

JOHN H. FRERE,

ETC., ETC., ETC.

My dear Sir,

I hope I am not guilty of presumption when I beg dedicate the following pages to you. That they are hardly entitled to appear under the sanction of a name so deservedly high in the annals of literary criticism, I fully know; yet I cannot help thinking that—poor as the tribute is which I here pay to you—it will be kindly accepted; not only because of your constant partiality to the author, but likewise because you have pointed out, and led me into, the path in which I have entered, I am afraid, with more boldness than success.

Your friendship has cheered me in the glomiest days of my exile. Your extensive knowledge and excellent literary taste has made that friendship no less useful than it was pleasing to me. Your love of my own dear country has been combined, in my case, with the feelings of concern in my misfortunes and interest for my improvement, which I am proud of having excited in you, and the effects of which I have felt and do still feel. In you the counterpart of the observation of Tacitus may be exemplified: *If it is natural in men to hate those whom they have injured, it is no less natural for them to love those vhom they have benefited.*

I fear, I repeat, that I have not profited by your benefits as I ought—certainly not to the full extent of my wishes. Yet, whatever improvement there is in my poetical taste, it is owing to you, and will, I am sure, meet with your approbation and encouragement. At the same time, however, that I claim, and rely upon your benignity, I invoke your justice. By passing sentence upon my faults, you will contribute to my future amendment. To judge of my labours, no one is better qualified than you are: with your well known classical erudition and acquaintance with the principles and beauties of general poetry, you combine a very remarkable and intimate knowledge of the language and literature of Spain—such, indeed, as few Spaniards can boast. And, as it usually happens, you are not only deeply skilled in, but likewise partially fond of our Castilian legendary lore. From all those circumstances, you are no less the natural judge than patron of my *Castilian foundling.* I commit him therefore to your care, and beg to avail myself of this opportunity to put you in mind of the feelings of gratitude and esteem and warm affection, with which I remain,

My dear Sir,

Your obliged and obedient servant,

Angel de Saavedra

Paris, 1 December 1833

Veio outra idade, outros pensamentos, occupaçoes, estudos, livros, prazeres, desgostos, aflicçoes—tudo o que compoe a variada tea da vida,—e da minha tam trabalhosa e trabalhada vida!—tudo isso passou; e no meio de tudo isso, la vinha de vez em quando uma hora de solidao e de repouso,—e as noites da minha infancia e os romances incultos e populares da minha terra a lembraremme, a lembraremme sempre..... e comecei a pensar que aquellas rudes e antiquissimas rapsodias nossas continham um fundo de excellente e lindisima poesia nacional, e que podiam e devian ser approveitadas.

J. B. GARETTE, *en la carta que sirve de prólogo á su* ADOZINDA.



ROMANCE PRIMERO

> Ninguno cierre la puerta,
> Si Amor viniere á llamar,
> Que no le ha de aprovechar.
>
> *Versos de un villancico de Juan de la Encina.*

> En ferias, romerías,
> Toros y zambras
> Estad alerta siempre,
> Niñas incautas;
> Que en los bullicios
> Amor como ratero
> Logra sus tiros.
>
> *Anónimo.*

¿Quién mi sueño interrumpe?... el grato sueño,
Dulce consolador de las desgracias!...
¿Es el ronco huracan, que por influjo
De mi estrella enemiga el mar levanta,

Para que estos peñascos, donde asilo
Busqué infeliz tan léjos de mi patria,
Hinchado embista, y con bramantes ondas
Y con furor horrísono deshaga?—

No; que tranquila en el celeste espacio
Reina la luna, de luciente nácar
Entre celajes, y en el mar riela,
Que duerme mudo en las vecinas playas (1).

¡Mas mi nombre escuché!.. ¿Quién lo pronuncia?
¿Qué celestial ardor mi mente exalta?...
Te reconozco en fin, oh grave acento,
Y el fuego reconozco que me abrasa.

Angélica, ¿no escuchas el sonido
De las solemnes voces que me llaman?
Voces son de otra edad... Mira una sombra,
Que lenta cruza las oscuras auras,

Girando en mi redor... Mi fantasía
Rápida como el viento vuela, salva
Los apiñados siglos, y altos nombres
De los sepulcros y del polvo saca.

(1) Al final de cada romance se encontrarán las notas que reclaman las llamadas.

¡Córdoba insigne!... ¿dónde tu grandeza,
Dónde está tu poder?... ¿Con quién su saña
Mostró el tiempo voraz como contigo,
Y la ciega Fortuna su inconstancia?

De tu templo á los mármoles pregunta
Y á las antiguas vividoras palmas,
Que de la edad triunfando y de los vientos,
Con noble majestad las frentes alzan:

Pregúntalo tambien al silencioso
Guadalquivir, que hoy riega solitarias
Las extensas llanuras, donde fueron
Los jardines y alcázares de Zahara;

Y te dirán cuál fué tu poderío,
Que indestructible y firme lo juzgaban;
Mas que pasó, como al soplar del cierzo
Las leves nubes por el cielo pasan.

De tu alta gloria en los risueños dias,
Cuando atónito el orbe te aclamaba
Reina feliz del musulman imperio,
Cuna de ciencias, de guerreros patria;

Cuando tus arruinados torreones,
De los siglos despojo, y tus murallas,
Do el cárabo nocturno anida y gime
Entre cardos incultos y entre zarzas,

Eran trono esplendente de fortuna,
Corte de Hixcen, y templo de la fama;
En el palacio de Almanzor crecia
Un jóven de presencia muy gallarda,

Pero infeliz. El bozo delicado
Apénas su semblante hermoso esmalta,
Y ya la mano atroz de la tristeza
Le rompe el corazon, le aprieta el alma.

Naturaleza de sus ricos dones,
Liberal y benigna, le dotara;
Beldad, y robustez, y lozanía
Su juventud ternísima acompañan:

El cielo afable engrandeció su mente
Con alto ingenio, concedió á su alma
Virtudes y dulzura, y á su pecho
El gérmen de las ínclitas hazañas:

Ni le niega Fortuna sus favores,
Pues goza del cariño y de la gracia
Del insigne Almanzor, en quien el peso
Del imperio muslímico descansa.

Mas, ¡ay!... un velo misterioso encubre
Su incierto orígen: del soberbio alcázar
En los jardines desvalido infante
Se halló al nacer... ¡oh suerte desdichada!

Si con ansia de gloria late altivo
Su corazon; si ilustres esperanzas
Se atreve á concebir, y noble gozo
Su hermosa frente y sus mejillas baña,

De pronto el azaroso pensamiento
De que al crímen tal vez ó á la desgracia
Debe el vivir, sus ilusiones borra,
Nubla sus ojos, y su faz espanta.

Así cuando en zenit su pompa ostenta
Y argentado esplendor la luna ufana,
Oscura nube llega silenciosa,
Y toda su beldad ofusca y tapa:

O si gozoso al estrellado cielo
Tranquilo estanque plácido retrata,
Inoportuno soplo repentino
La imágen borra, y el cristal empaña.

Su afanoso dolor y oculta pena
Al paso de la edad crecen y avanzan,
Despues que en flor, la embravecida suerte
Le robó su consuelo y su esperanza,

Pues cuatro veces bosques y jardines
De frescas hojas y de flores varias
Engalanó la rica primavera,
Triunfadora de hielos y de escarchas,

Desde que el duro brazo inexorable
Del ángel de la muerte arrebatara
Todo su encanto al cordobés imperio,
Y al Hagib (2) Almanzor su tierna hermana.

—Era Zahira una princesa insigne,
De aquellas que la mano sacrosanta
Del cielo bienhechor concede al mundo,
Para consuelo de la especie humana.

Bella como el lucero refulgente,
Fin de la noche y precursor del alba,
Y cual la flor hermosa del desierto,
Melancólica siempre y retirada,

Pasó los dias de su vida breve
Léjos de la opulencia y de las galas
De la espléndida corte; aunque el imperio
Idolo y gloria suya la aclamaba.

En el albor de sus primeros años,
Reina de la belleza y de la gracia,
Brilló tal vez en fiestas y en liceos,
Y en los jardines plácidos de Zahara;

Mas de ellos pronto huyó, cual brilla y huye
Luciente exhalacion; y de su alcázar
Sólo dejaba el muro y los jardines
Para el lloro enjugar de las desgracias.

De consuelos dulcísimos tesoro
Y de bondad celeste era su alma,
Do servidumbre, ancianidad, pobreza
Benéficos apoyos encontraban.

Cuando al grande Almanzor, su ilustre hermano
Que ornado de laureles y de palmas,
De Hixcen el cetro á su placer regía,
Turbaba el pecho embravecida saña;

De la amable Zahira los halagos
Su generoso corazon calmaban,
Como la nube bienhechora templa
Del astro abrasador la estiva llama.

Si al volar á dormir bajo la sombra
De la misericordia soberana,
Dejó huérfano el mundo, ¿el triste pecho
Del garzon infeliz cómo quedara?

Ella cuidó de sus primeros dias,
Y él en su seno el sueño de la infancia
Logró felice entre amorosos besos,
Y al tierno arrullo de caricias blandas.

Ella de su palacio en los jardines
En sus pueriles juegos se gozaba,
En su flexible corazon semillas
De honor y de virtud sembrando sábia.

¡Ay, cuántas veces, miéntras él gozoso
Tejiendo ramilletes y guirnaldas,
Con amable inocencia recogia
Fragantes yerbas, florecillas varias,

Zahira contemplando las facciones
De aquel rostro infantil y tiernas gracias,
De un oculto dolor sobrecogida,
Bañó el semblante en lágrimas amargas!

Cuando volando las fugaces horas
La luz de la razon brilló en el alma
Del fortunado Huérfano, su anhelo
Fué de rico saber engalanarla.

A Zaide, á Zaide, cuyo fuerte brazo
Fué en otro tiempo apoyo de la patria,
Terror de los cristianos escuadrones,
Y gloria de las lunas musulmanas,

Y que en la edad madura disgustado
De la pompa del mundo y de las armas
En el retiro y en la paz vivia
Felice en su castillo de la Albaida;

A Zaide, que modelo de virtudes
Y de las ciencias luz Córdoba aclama,
Los tiernos años del gracioso niño
Con discreta eleccion prudente encarga.

Así se entrega á diestro jardinero
La generosa y delicada planta,
Que debe al cielo remontar un dia
Con fruto opimo las frondosas ramas.

Mas de Zahira la contraria estrella
Le niega el ver cumplida su esperanza,
Y al sueño eterno en sus mejores años
Con encubierto impulso la arrebata;

Pues cumplir las catorce primaveras
Apénas vió á su Huérfano del alma,
Creciendo en robustez y lozanía,
De ciencia y de virtud bajo las alas,

Un secreto penar, que el crudo diente
Ejercia feroz en sus entrañas,
Cortando el vuelo á sus preciosos dias,
La hundió en las sombras de la tumba helada.

Y cuando los instantes de la vida
Conoció que la fuga apresuraban,
Reuniendo en sí los últimos alientos,
Resplandores de lumbre que se apaga,

Al mancebo y á Zaide, que postrados
Al pié del lecho consternados callan,
Con voz lánguida pide que se acerquen,
Y que escuchen sus últimas palabras.

Haciendo despejar el aposento,
Do el ángel Azrael (3) victoria canta,
A los físicos doctos que la cercan
Y al lloroso tropel de sus esclavas;

Por la postrera vez sus bellos ojos
Con luz ardieron de celeste llama,
Y tendiendo los brazos en su seno
Estrechó á aquel objeto de sus ansias;

Y con labio anheloso: «Hijo, le dice,
Hijo (que nombre tal el cielo manda
Que te dé en este instante), en otro suelo
Una sagrada obligacion te llama.

Crece en valor... y cuando llegue el dia...
Zaide... tú cuidarás...» La huella helada
De la muerte feroz selló su boca,
En ronco hervor tornando sus palabras.

Mas aún con ojos y con brazos muestra
Los últimos anhelos de su alma,
Y dejando en las manos del mancebo
Una sortija que á la suya arranca,

Cual tierno lirio que el arado troncha,
Quedó, en silencio lúgubre la estancia,
Y el Huérfano infeliz entre los brazos
Del triste Zaide, á quien las fuerzas faltan.

Desde aquel dia de terror y espanto,
¡Cuán diversos afectos agitáran
Al jóven desdichado!... A describirlos
Mi humilde verso y mi poder no alcanzan.

Contempla absorto la fatal sortija,
Que de su corazon jamás aparta,
Y el secreto escondido que contiene,
Quiere arrancarle á fuerza de mirarla.

Ni un momento se van de su memoria
De Zahira las últimas palabras,
Y le turban el sueño, y en su mente
Son espectros confusos y fantasmas.

Una vez y otra vez en vano á Zaide
Ruega y conjura, que con mano franca
Y amiga rasgue el tenebroso velo
De tantas dudas, de zozobras tantas.

Mas Zaide á sus preguntas no responde,
O suspirando y con amor le abraza,
Y, «Crece, crece, le contesta sólo,
Y aprende á fulminar la dura lanza.»

Ya diez y nueve veces visto habia
De Ramazan las ceremonias vanas
La luna en la mezquita celebrarse,
Donde hoy los ritos de la Iglesia santa,

Desde que entre las murtas á este jóven,
En el jardin del opulento alcázar,
Recien nacido infante, lo encontraron
Unos esclavos á la luz del alba;

Y manejaba ya con diestra mano
El dócil potro y corva cimitarra,
Aplausos consiguiendo en las escuelas,
Y pruebas de valor é ingenio daba;

Cuando Almanzor, ardiendo en el deseo
De dejar sucesores de su fama,
Y de dar de su estirpe generosa
Nuevos apoyos á su ilustre patria,

Trató el enlace de su amado hijo
Abdimelik (que en poco sobrepasa
La edad de aquel Expósito, á quien vive
Por amistad unido y semejanza)

Con la hermosa, y honesta, y tierna Habiba,
Bella como la luz de la mañana,
De Omar, Walí (4) glorioso de Toledo,
Hija heredera y única esperanza.

Con aparato régio y régia pompa
Se celebró la boda en el alcázar,
Y en los anchos jardines de la Almunia,
Que á los esposos regaló el monarca.

Era un palacio que de bronce y mármol
En la márgen del Bétis descollaba,
Y sus ricos jardines y alamedas
Al delicioso Eden aventajaban;

Y hoy ni áun se sabe el sitio donde fueron,
Ni el corvo arado sus cimientos halla:
¡Con tal furor su huella asoladora
En tí, Córdoba ilustre, el tiempo estampa!

A celebrar tan venturoso enlace
Cuantas naciones el Corán aclaman,
Y el nombre insigne de Almanzor respetan,
Concurren con riquezas y con galas.

De Persia los tejidos matizados,
Los aromas y bálsamos de Arabia,
Las perlas y corales del Oriente,
Los metales espléndidos de España,

Del Africa las pieles y las plumas,
Cuanto el orbe produce, cuanto alcanzan
La codicia, el valor, el poderío,
Cuanto puede inventar la industria humana;

Todo reunido en Córdoba enriquece
De tan nobles linajes la alïanza,
Que el pueblo numeroso entusiasmado
Bendice con fervor y ansioso aguarda;

Pues rico, triunfador, grande, felice,
Del lujo amigo y de la pompa vana,
Los públicos festejos le enloquecen,
Las fiestas y espectáculos le exaltan.

Pero la prenda que valor más alto
Y mayor precio á tal enlace daba,
Era el feliz amor, que en los esposos
Vehemente ardia con honesta llama:

Amor, cuyos progresos y dulzuras
De Abdimelik amigo, presenciaba
El Expósito triste, para aumento
Del oculto dolor que le taladra.

Late su tierno pecho contemplando
Las dichas que á su amigo se preparan
Y concibe el consuelo y las delicias,
Que da el amor recíproco á las almas:

Delicias que jamás tendrá la suya...
¡Quién, quién ha de escuchar sus dulces ansias,
Huérfano desdichado, que á otro suelo
Una escondida obligacion arrastra!...

Para la boda el tiempo señalado
Llegó en la hermosa luna de Giumada (5),
Que trajo la apacible primavera
A presenciar la fiesta y celebrarla.

Al rojo amanecer de hermoso dia,
Cuando del sol apénas esmaltaba
La clara lumbre en la vecina sierra
De la fragosa cima las pizarras,

Despues que al Almueden (6), de la mezquita
En el alto alminar, con voces altas,
No hay más que un solo Dios, venid, oh fieles,
A adorarle venid, ronco gritaba:

El estruendo de trompas y atabales,
Panderos, añafiles y dulzainas
Anunciaron al orbe, que aquel dia
Al júbilo y placer se destinaba.

Mil cautivos cristianos recobraron
Su libertad en tan feliz mañana,
Que Almanzor generoso sin rescate
Sus cadenas benéfico desata.

Parientes del Hagib cien caballeros
Con las marlotas de esplendente grana
Y con blancas garzotas los turbantes
Corren de la ciudad calles y plazas,

En revueltos caballos berberiscos,
Cándidos cual la espuma con que esmaltan
Los frenos y pretales, adornados
De cascabeles de sonora plata.

Y desterrando el perezoso sueño
Con la estruendosa y plácida alborada,
«Viva, gritando van, los claros nombres
De Abdimelik y Habiba edades largas.»

El pueblo en derredor de ellos se agolpa,
Y repite los vivas, y engalana
Pórticos, rejas, torres y azoteas
Con alfombras, damascos y guirnaldas;

Y la alegría bulliciosa tiende
Por toda la ciudad risueñas alas,
Y cunde la confusa muchedumbre,
Y en vivas á Almanzor se inunda el aura.

Pues sus altas proezas, sus laureles,
La gloria que su brazo da á la patria,
La justicia y virtud con que gobierna,
La proteccion con que el saber ampara,

Su generosa condicion, su aspecto,
Su nombre y los recuerdos de su hermana,
Cual genio tutelar le representan
Al pueblo musulman, que lo idolatra.

Cuando ya el sol sus rayos estendia,
Abriéronse las puertas del alcázar
Del potente Almanzor, saliendo de ellas
Doce guerreros con lucientes armas.

Eran los doce jeques y adalides,
Que al Hagib en la guerra acompañaban,
Y que á su lado con insignes hechos
Dieran asunto al canto de la Fama.



En lozanos corceles, que pomposos
Pausados mueven la ligera planta,
De dos en dos siguiendo un estandarte,
Montes de acero, silenciosos marchan.

Despues veinte lindísimas doncellas,
Que á las eternas Huris (7) deslustráran,
Cubiertas hasta el pié de blanco lino,
Con ricas tocas que hasta el suelo bajan,

De azahares, y jazmines, y perpetuas,
Y frescos arrayanes coronadas,
Siguen, cantando deliciosos versos
Al dulce són de sonorosas flautas.

Unas llevan perfumes olorosos
En braseros de esmalte y filigrana,
Otras de flores lindos ramilletes,
Otras de oro y marfil ligeras mazas.

De este coro de vírgenes Kerima
Era bello adalid, y descollaba
Entre ellas en beldad y en gentileza,
Como en el bosque la garbosa palma.

En pos, cercados de altos personajes,
Nobles matronas y gentiles damas,
Los jóvenes esposos aparecen,
Ofuscando del sol la lumbre clara.

Habiba hermosa, cuya faz divina
Como la rosa del abril temprana,
Rojo matiz de pudoroso encanto
De inestimable resplandor esmalta,

Ostenta larga ropa rozagante
De rica seda del color del alba,
Do brillan, como brillan los luceros,
Lazos de aljófar, flores de esmeraldas.

Las luengas trenzas, que hasta el suelo llegan
Aventajando al oro de la Arabia,
Recoge en parte delicada toca,
Y de cándidas rosas la guirnalda;

Y de ella pende, y por el aire ondea
Gallardo velo de tejida plata,
Prendido con un rico camafeo,
Y un penacho gentil de plumas blancas.

De gruesas perlas y zafiros lleva
Cubierta la hermosísima garganta,
Los bellos brazos, el pulido talle,
La fimbria de la veste y las sandalias.

Abdimelik la lleva de la mano,
De los dulces afectos de su alma
Dando indicios los ojos, en que brilla
Del puro amor la inextinguible llama.

El insigne Almanzor, á cuya vista
Respetüoso el pueblo se postraba,
Y Omar, gloria tambien del Islamismo,
A los tiernos esposos acompañan;

Mostrando en sus semblantes generosos
El gozo que en sus pechos se dilata,
Y que el amor del mando y de la gloria
Al paternal amor ceden la palma.

El anciano Cadí (8) con verdes ropas,
Pacífico semblante y luenga barba,
Con ellos va, la pompa presidiendo,
Y seis pajes en pos con alabardas;

Y entre un tropel, vistoso por sus trajes,
De libertos, de esclavos y de esclavas,
Treinta etiopes de atezados miembros,
Y descubierta la anchurosa espalda,

Y en los nervudos brazos y en los cuellos
Fuertes argollas de bruñida plata,
Llevan cargados los robustos hombros
De cedro y de ciprés con grandes arcas,

En que va el acidaque (9) de la esposa,
Y los ricos presentes y las galas,
Vajillas, telas, pieles y alcatifas,
Que los deudos y amigos le regalan.

Otros conducen en pequeños cofres
De azabache embutidos y de nácar,
Ambares y perfumes, ricas joyas
Y hermosas plumas de colores varias.

Y cerrando esta grave comitiva
Veinte mancebos en hileras marchan,
Todos de las familias más ilustres,
Y del imperio todos esperanza;

Vestidos de morado, blanco y verde,
Y amorosas empresas recamadas,
Gallardos llevan con gentil despejo
Al hombro las ligeras azagayas.

Capitan de esta noble compañía,
De muchos á despecho y con no extraña
Sorpresa y con envidia, era el mancebo
A quien su orígen infeliz degrada.

Mas Almanzor potente lo dispuso,
Abdimelik lo quiso, y esto basta:
Que el favor de tan altos personajes
Aun montes más difíciles allana.

Por lo mejor de Córdoba atraviesa
La rica y lucidísima comparsa,
Hollando arena y esparcidas juncias,
Olorosos mastranzos y espadañas;

Y entre los vivas del inmenso pueblo,
Que á pié, á caballo, con vistosas galas,
Se agolpa presuroso á todos lados,
Y hierve en calles, pórticos y plazas.

Y desde los terrados y alminares,
Garridas moras olorosas aguas
Y deshojadas flores dan al viento,
Al mismo punto en que los novios pasan.

Llegan á la magnífica mezquita,
Que en medio de naranjos y de palmas,
De Abderraman eternizando el nombre,
Oscurecia al templo de la Caaba (10);

Y concluido el azalá (11) escucharon
Con gran silencio la leyenda santa,
Que desde el almimbar (12) de cedro y oro
Pronunció el Almocrí (13) con voz pausada.

Abundantes limosnas repartieron,
Cuando se terminaron las plegarias.
A hospitales, hospicios y prisiones,
A doncellas, á huérfanos y ancianas.

Y con toda la ilustre comitiva
La mezquita dejaron, y la marcha
Dirigieron gozosos á la Almunia,
Do con su corte Hixcen los esperaba;

Pues aunque nunca los palacios deja
Y encantados jardines de Zahara,
Las riendas del gobierno abandonando
De su valido al celo y mano sábia;

Para mostrar de su favor lo firme,
Y la tierna amistad que le consagra,
Quiere á la boda y al nupcial banquete
Con su presencia dar más lustre y fama.

En medio de espaciosas alamedas
Guadalquivir con sus risueñas aguas
De la Almunia el magnífico palacio
Como en luciente espejo retrataba,

Donde en un gran salon, cuya techumbre,
De oro cubierta y de labores varias,
En cien columnas de lustroso mármol
Con ricos capiteles descansaba,

Cuyos frisos, recuadros y cornisas
En esmaltes lucientes adornaban
Sentencias del Corán, y cuyo suelo
Era bruñidos jaspes de Granada;

A los tiernos esposos y á los padres
Recibe grato el cordobés monarca:
Tiende á Almanzor la mano, á Omar saluda,
Y á Abdimelik y á Habiba afable abraza:

Y del regio turbante desprendiendo
Magnífico joyel, do se encerraba
De gran virtud un talisman antiguo,
A la modesta novia lo regala.

Ante el soberbio pórtico anchuroso
Un cuadrado jardin, al que cercaba
Verja de limpio bronce, se extendia,
Todo alfombrado de olorosas plantas;

Donde, entre cuatro sonorosas fuentes,
Que en conchas de alabastro recobraban
Los copiosos raudales que esparcian,
Iris formando por las frescas auras,

A la sombra de un toldo delicado
De leve seda de color de grana,
En tapetes y alfombras levantinas
El soberbio festin dispuesto estaba.

En él ocupa el preeminente puesto
Hixcen el poderoso: seis esclavas
Sobre él suspenden el soberbio palio,
Que en seis varales de marfil descansa;

Y á ambas partes dos niños berberiscos,
En pebeteros de bruñida plata,
Queman preciosos bálsamos de Persia,
Y perfumes suavísimos de Arabia.

Toman asiento á un lado y otro lado,
De brocado en costosas almohadas,
Los esposos, los padres, las doncellas,
Los mancebos tambien, las nobles damas,

Y los Amires (14), y Giafar con ellos,
De Córdoba Wacir (15), del regio alcázar
Supremo alcaide, y padre de Kerima,
Del coro de doncellas capitana.

Allí el jóven Zeir tambien se asienta,
A quien por su señor Túnez aclama;
Con todos los excelsos personajes
Que al cordobés imperio lustre daban;

Y miéntras los esclavos les presentan,
En fuentes de oro y de cristal en tazas,
Los manjares y frutas exquisitas,
Licores y conservas delicadas;

Los ilustres ingenios la alta gloria
De Hixcen en nobles versos celebraban,
De Almanzor y de Omar justos loores
A la excelsa virtud y á las hazañas;

Y la beldad de la modesta Habiba,
De Abdimelik la venturosa llama,
El poder celestial de la hermosura,
Y del feliz amor las alabanzas.

Allí cantaste tú, morisco Homero,
Jusef-Aben-Harum, al són del arpa;
Tú, cuyo claro ingenio inmortaliza
Ambos poemas de la *guerra* y *caza*.

Asunto de tu canto los amores
Fueron de Halewa hermosa, y tus desgracias,
Y lágrimas piadosas arrancaste,
Y lágrimas vertiste al recordarlas.

Tambien Aben-Isá, que en el Oriente
Consiguió por su verso ilustre fama,
Y Alhasan, y Albuker allí cantaron,
Y Lobna bella, y el anciano Obada (16).

En los bosques, praderas y jardines
Mesas cubiertas de manjares hallan
El pueblo, los cautivos, los esclavos,
Los monteros del rey, su noble guardia,

Y hierve entre los árboles y flores
La inmensa muchedumbre; y por el aura
Cunde la voz del popular contento
Al confuso rumor de orquestas varias.

Cubren el rio y su cristal esconden,
Con toldos y vistosas enramadas,
Y flámulas de seda y gallardetes,
Ligeros botes y movibles barcas.

Desierta quedó Córdoba aquel dia,
Y en silencio sus calles y sus plazas,
Que en los jardines plácidos de Almunia
Toda su poblacion gozosa estaba.

El sol, á su pesar, siguiendo el curso
Que el dedo omnipotente le señala,
Se hundió en el mar Atlántico, y la luna
En todo se esplendor suplió la falta.

Acabado el banquete se cubrieron
Los cuatro frentes del inmenso alcázar,
Y del parque las verjas, y del bosque
Los árboles de ardientes luminarias.

Y en tropel ordenado comenzaron
Por todos lados bulliciosas danzas,
Donde clases y nombres confundidos,
Todo era regocijo y algazara.

Tenaz dolor en tanto, horribles penas
Del huérfano infeliz rompen el alma,
Las fiestas y la pompa de aquel dia
Aumentando el rigor de sus desgracias;

Pues corazones míseros que esconden
Una profunda y dolorosa llaga,
Sienten más el rigor de sus latidos,
Cuando á los otros el placer exalta.

Jamás con tal vehemencia en su memoria
De Zahíra las últimas palabras
Reproducidas vió, nunca su pecho
Sintió más la orfandad desconsolada.

Entre el bullicio popular se encuentra
En un desierto, y sin objeto vaga
Por aquellos jardines espaciosos
Entre la multitud regocijada.

Ni oye de las orquestas la dulzura,
Ni bailes ve, ni mira luminarias,
Ni busca á sus amigos: mudo y solo
Pausado gira con incierta planta.

Piensa en su orígen degradado, oscuro,
Pienza en Zahíra, y piensa en que le llama
Un terrible destino, más terrible
Por el misterio que le encubre y guarda;

Pero piensa tambien en la belleza,
Lozana juventud, modestia y gracias
Que adornan á Kerima, y en su seno
Siente una conmocion que le acobarda.

De Zaide al lado, en solitarios bosques,
Entregado al estudio y á la caza,
O pensativo siempre y retirado
De Almanzor en lo interno del alcázar,

Es la primera vez que al mundo sale;
Y ni la régia fiesta, ni las galas,
Ni el espléndido lujo y aparato,
Ni la augusta presencia del monarca

Llamaron su atencion: Kerima sólo
En el banquete su atencion fijara,
Y ella no más en tan variado dia
Fué de sus pensamientos soberana.

Mira cual crímen el haber dejado
Tantas horas su orígen y desgracias
En hondo olvido, y por cerrar su pecho
A toda otra impresion, suda y trabaja.



¡Vanos esfuerzos!... sí, le ocupa todo
Ya de Kerima la beldad gallarda;
Reconócelo el triste confundido,
Y de su propio corazon se espanta.

Piensa ver ¡desdichado! que la sombra
De Zahíra le sigue y amenaza,
Y que en torno le acosan y rodean
Espantosos espectros y fantasmas.

La espalda apoya á un solitario tronco,
Falto de fuerzas en tan gran borrasca,
Los brazos contra el pecho ahogado cruza,
La frente inclina, y consternado calla.

Almanzor, que benigno y despojado
Del aparato y gravedad, andaba
Acalorando entre el gozoso pueblo
El general contento, cerca pasa.

En tan triste actitud junto á aquel tronco
Descubre acaso al Huérfano, se pára,
Y se acerca; y asiéndole la mano,
Cariñoso le dice estas palabras:

«¿Qué es esto, capitan de los donceles?
Flor de la juventud, ¿por qué no bailas?...
Ven, yo te buscaré tal compañera,
Que no te pese, y que me dés las gracias.»

Y al través de confusa muchedumbre,
Sin esperar respuesta, lo arrebata
A un risueño verjel, donde reunido
Lo más ilustre de la corte estaba.

Allí Kerima con Giafar su padre
En asiento de mármol descansaba,
Y el mancebo Zeir tambien con ella,
Que en aquel punto de danzar acaban,

Y dícele Almanzor: «Bella Kerima,
De las nobles doncellas capitana,
Con este capitan de los donceles
Debes lucir tu gentileza y gracia.

»Sal, y baila con él, que más gallardo
Compañero es difícil que encontraras.»
Giafar en Almanzor y en aquel jóven
Ojos que anuncian la sorpresa, clava:

Los suyos honestísimos al suelo
La modesta Kerima humilde baja,
Y de Zeir en el semblante brillan
Confusa turbacion, oculta saña.

Sonríese Almanzor, y persistiendo
En que mire Kerima al jóven grata,
Ase del brazo á la gentil doncella,
Y con un suave impulso la levanta.

Los Amires é ilustres caballeros,
Y las matronas y las nobles damas
En rededor se agolpan, deseosos
De ver una pareja tan galana.

Pocos conocen al garzon gallardo,
Que á sí ha llamado toda la jornada
La atencion general; y la pregunta
De *¿quién es?* sin respuesta en torno vaga:

Pues los que le conocen, no ignorando
Su orígen y el favor del Hagib, callan:
Sólo Giafar á pronunciar se atreve,
Un expósito vil, aunque en voz baja.

Pero Almanzor confúndele al momento,
Mirándole con ojos como brasas,
Y diciendo en voz alta y firme á todos:
«No hay más que preguntar: este es MUDARRA.»

Tal era el nombre pues de aquel mancebo
Que ya los ojos del concurso encanta,
Viéndole al lado ilustre de Kerima,
Diosa de la belleza y de la gracia.

Pronto al són de los suaves instrumentos
Los tiernos brazos con modestia enlazan,
Y al compás de los crótalos sonoros
Airosos mueven la ligera planta.

Almanzor, que embebido los contempla,
Dice á Giafar: «¡Qué copia tan gallarda!...
Parece que el destino venturoso
Para unirlos por siempre, los formara.»

Tembló el feroz Giafar, desconcertado
Del Hagib Almanzor á las palabras,
Como quien ve á sus piés horrenda sima
Del súbito relámpago á la llama:

Mas del Hagib temiendo el poderío,
Se esfuerza en ocultar su pasmo y rabia,
Y aumenta el odio que al gallardo jóven
Tiene hace tiempo, sin saber la causa.

¡Cuán distintos afectos entre tanto
En la gentil pareja dominaban!
A Kerima un afan desconocido
Le agita el pecho, le conmueve el alma;

Y el Huérfano, al asir la mano hermosa,
De cerca al contemplar belleza tanta,
Y al enlazar con temblorosos brazos
El talle peregrino, se abrasaba.

El compás de la música perdieron,
Se encontraron sus ojos veces varias,
Amor encadenó sus corazones,
Sonó alto aplauso, concluyó la danza,

Y recibiendo elegios lisonjeros,
Con grande turbacion ambos se apartan:
Volvió Kerima al lado de su padre,
Y al lado de Almanzor volvió Mudarra.

Seis dias prosiguieron los convites,
Bailes, festejos, músicas y zambras;
Seis dias que pasaron tan veloces
Como los de placeres siempre pasan.

Durante todos ellos de Kerima
El Expósito ilustre al lado estaba,
Y ambos nutrieron en sus almas puras
De una ciega pasion la ardiente llama.

Para dar fin á tan famosas fiestas
Dispúsose de Córdoba en la plaza,
Celebrando la union de los esposos,
Una corrida de sortija y cañas;

Y cuando el sol en el zenit brillando
De luz torrentes á la tierra daba,
El ronco són de trompas y clarines
Cundió de el suelo hasta las nubes altas,

Llamando á la confusa muchedumbre,
Que en sordo estruendo se agolpó á las gradas;
Y las damas de cuenta y personajes
Ocuparon balcones y barandas.

En el más eminente, engalanado
Con pabellones de risueña grana,
Cordonajes y fluecos de oro y seda,
Y estrado de orientales almohadas,

Los dos esposos, Almanzor con ellos,
Y Omar, cubiertos de costosas galas,
Giafar con su Kerima, y lo más noble
De la corte de Hixcen asientos hallan.

Por ilustres mancebos, que aún no habian
Estrenado su pecho en las batallas,
Se dispuso la fiesta, demostrarse
Diestros ansiando en manejar las armas.

Divididos están en dos cuadrillas,
Y un jefe cada cual gobierna y manda;
Era jefe Zeir de la primera,
Jefe de la segunda era Mudarra.

De rojo y amarillo, y con penachos
Hechos de rojas flores de granada,
Los que obedecen á Zeir, se muestran
Sobre revueltas yeguas africanas.

Bajo los alquiceles llevan cotas
De hojas sutiles de bruñida plata,
Y de su cabo la amorosa empresa
Con esmalte esculpida en las adargas:

Era un sol en zenit resplandeciente,
Y un águila que en él la vista clava,
Y en derredor este arrogante mote:
¿Quién donde miro yo, mirar osara?

De verde y de morado va vestida
La cuadrilla del huérfano Mudarra,
Y son flores de adelfa los penachos,
Y las ceñidas cotas pavonadas.

En cordobeses potros alazanes,
Que en la arena pausados el pié estampan,
Llevan todos conformes las empresas
Con el jóven caudillo que los manda.

Es una oscura y borrascosa noche
Con un lucero que su horror aclara,
Y *¡Ojalá que su luz la niebla rompa!*
La letra que relumbra en las adargas.

Al són de belicosos instrumentos,
Por partes diferentes en la plaza
Entran ambas cuadrillas, y el aplauso
Y el rumor popular asorda el aura.

Júntanse en la mitad del ancho espacio,
Al balconaje en que Almanzor estaba,
Hacen la reverencia, y en seguida
Dan tres vueltas en torno á la estacada.

Al compás de las trompas y atabales
Mézclanse ambas cuadrillas y se enlazan,
Y una marcial escaramuza enredan,
Y mil figuras de vistosa danza.

Ora forman un círculo extendido
Al pausado galope, ora se apartan,
O se embisten, y prestos retroceden,
O ya de dos en dos á escape pasan:

Mostrando agilidad y gentileza,
Y cómo los caballos avasallan,
Que obedientes al freno y acicate,
Corren, se empinan, se revuelven, paran:

Descollando entre todos los mancebos
Por su destreza y su beldad Mudarra,
Que la atencion del pueblo numeroso
Roba, y los ojos del concurso encanta.

—Un muro artificial al lado habia
De firmes trabes y de gruesas tablas,
Y enfrente ambas cuadrillas se ordenaron,
Armadas ya de ponderosas lanzas.

A ejemplo de sus cabos los jinetes
En los grandes estribos se levantan,
Echan el brazo atrás con gallardía,
A sacudir los fresnos se preparan;

Y dando un grito agudo, á un tiempo mismo
Todos las picas con esfuerzo lanzan,
Que el viento como aristas penetrando,
Dan contra la fortísima muralla.

Otras en pos despiden, y otras luégo,
Y las agudas puntas aceradas
Hacen temblar la máquina, la rompen,
Y los gruesos tablones desencajan.

Brazo ninguno con tan alto brio
Suelto sacude las fornidas lanzas,
Ni mano alguna el blando freno rige,
Como el brazo y la mano de Mudarra.

Cuantas picas arroja, rehilando
Destrozan y atraviesan gruesas tablas,
Y si un duro pilar acaso topan,
Los penetrantes hierros lo traspasan.

El muro viene á tierra derribado
Cubriéndose de astillas la ancha plaza:
Así la miés opima desparece,
Si el granizo la embiste y la anonada.

De esclavos un tropel y de cautivos
Con gran presteza los despojos saca,
Y con agudos dardos los mancebos
Se acometen y hieren las adargas;



Y luégo uno con uno se encontraron
En vez de picas con ligeras cañas,
Que al herir en los petos y paveses,
En menudos pedazos se quebrantan.

Ya el sol al occidente descendia,
Y para fin de la marcial jornada,
A correr la sortija ambos caudillos,
Mudando de caballo, se preparan.

En una flecha, cuyo agudo hierro
A un erguido pilar clavado estaba,
Sendos anillos de diamante penden,
Cada cual en la punta de una banda.

Las dos cuadrillas á una y otra parte,
Dejando el campo libre, se separan;
Y el primero Zeir empuña altivo
Una delgada y primorosa lanza.

En un overo de tendidas crines,
Que apénas cabe en la anchurosa plaza,
La rienda floja, el acicate á punto,
La pica en ristre, á la sortija marcha;

Y más veloz que el mismo pensamiento,
Y seguro del triunfo, se abalanza;
Pero en la flecha con la punta toca,
No en la sortija, y desairado pasa.

Revuelve lleno de vergüenza y furia,
Rompiéndole al overo las ijadas,
Y otra vez yerra el golpe, porque el brazo
Iba temblando de despecho y rabia.

Por la tercera vez la suerte intenta,
Y la yerra tambien. En tierra clava
Con gran furor la refornida pica,
Se da en la roja frente una palmada,

Da injustos sofrenazos al caballo,
En cuya sangre el acicate baña,
Y sin más esperar, á toda rienda
Corrido se salió de la estacada.

El numeroso pueblo de él no cura,
Teniendo ya los ojos en Mudarra,
Que sale á ver si acaso es más dichoso,
En una yegua como nieve blanca.

Recorre en un galope sosegado
Y con gran timidez la extensa plaza:
Hondo silencio en el concurso reina,
Que inmóvil verle triunfador aguarda;

Y cuando llega enfrente á la sortija,
Pica la yegua leve como el aura,
Que cual la vista rápida parece
Que no toca la arena con la planta,

Pero el jinete á fuerza de cuidado
Lleva la punta de la pica baja,
Y aunque va firme el puño en la arandela,
Deja atrás la sortija, y no la ensarta.

El Hagib Almanzor muestra disgusto,
Giafar lo mira con sonrisa amarga,
Demúdase Kerima, el gran gentío
Manifiesta inquietud; mas todos callan.

El garzon sin turbarse, de la yegua
El grueso cuello y crespa crin halaga;
La rienda acorta, afirma los estribos,
Atrás el capellar airoso aparta,

Y con los ojos fijos en la prenda,
Y la mano en el cuello de la lanza,
Con despejo y con noble gallardía,
A escape y sin temor de nuevo arranca.

La acicalada punta en el anillo
Introduce, y tras sí gallardo saca,
Hendiendo el aire y dándole vislumbres,
Cual leve exhalacion, la rica banda.

Un grito de placer en torno suena;
El Hagib del balcon el cuerpo saca,
Sin pensarlo Giafar (aunque al momento
Se arrepiente y se enoja) *¡bravo!* exclama.

El corazon palpita de Kerima,
Púrpura ardiente su semblante esmalta,
Y va á aplaudir; pero la accion suspende,
Y los ojos temblando al suelo baja.

—Por competencias de poder y mando,
Con la familia de Zeir estaba
Desabrido Almanzor, y ve gozoso
Su orgullosa altiveza desairada.

Ensalzar quiere al Huérfano, y honrarle,
Y resuelto prorumpe en voces altas:
«Giafar, dar algun premio es necesario
Al que es tan diestro en manejar la lanza.

»Venga á nuestro balcon, y de su cuello
Colguemos esta corva cimitarra.»
Dijo, y la suya se quitó, la suya,
Par casi al Zualfaker (17) en gloria y fama.

Giafar con gran frialdad, «Ambas cuadrillas,
Dice, han ganado prez en esta plaza:
Si vos premiais al jefe de la una,
Yo al otro premiaré.» De estas palabras

No hizo caso Almanzor: en el momento
Que el jóven suba á su presencia manda;
Y la prenda del triunfo atada al brazo,
Tímido en el balcon entró Mudarra.

De pié los personajes le reciben,
El Hagib Almanzor tierno le abraza,
Y va á echarle en el cuello el talabarte
De que pende la rica cimitarra;

Mas lo suspende, y á Kerima dice:
«La dicha y la destreza de las armas
De la beldad tan sólo por la mano
Deben, señora, ser recompensadas;»

Y en las de la hermosísima doncella
El rico alfanje pone. Demudada,
Los ojos ella vuelve hácia su padre,
Cuyo semblante enciende horrenda rabia,

Y de rubor cubiertas las mejillas,
De gozo y miedo el corazon, turbada,
Al mancebo, que tiembla palpitante,
Entrega el premio con modesta gracia.

Que el jóven á sus piés la banda ponga,
Todos, y áun Almanzor, acaso aguardan;
Mas no la puso, que á distinto objeto,
Desde que la ganó, la destinara.

Tornó el alegre pueblo á sus hogares,
Almanzor con el Huérfano á su alcázar,
Y Giafar á Zeir por premio envia
Un arco persa con su rica aljaba.

Kerima en su magnífico aposento
Entre confusos pensamientos vaga:
Ya amor su corazon enseñorea,
Y ella aún lo ignora, aunque en amor se abrasa.

La fiesta popular, la augusta boda,
Los banquetes, las músicas, las danzas,
El concurso y los lances del torneo,
Todo en su mente revolando pasa;

Mas siempre en ella, entre el tropel confuso
De recuerdos sin fin, mira á Mudarra,
Que es el blanco de todas sus ideas,
Que es el anhelo solo de su alma.

Ya la anciana nodriza de sus brazos,
De su frente y blanquísima garganta,
Besando cariñosa sus mejillas,
Las espléndidas joyas le desata:

Y al verla tan suspensa, se sonrie,
Y con malicia, de su edad no extraña,
«¡Ay, Kerima! le dice, ¿de las fiestas
Vuelves tan pensativa y tan turbada?...

»¡Hija de mi cariño!... ¿qué te aflige?...
Tu tierno corazon conmigo ensancha.
¿Has por ventura visto á otra doncella
Más ricas joyas ó mejores galas?...

»Más beldad no es posible, pues tú eres
La rosa de oro y el ciprés de plata
Del imperio andaluz... Y en la riqueza,
En perlas y almaizares ¿quién te iguala?...

»¿No respondes?... De fiestas y torneos,
Y de banquetes públicos se saca...
Cansancio... nada más... En otros tiempos
Mayor recogimiento se estilaba.

»Cuando Alhaken, cuando Alhaken vivia,
Una ilustre doncella no pisaba
Jamás la calle... siempre en sus jardines...
Siempre... mas todo en este mundo cambia...

»Matar infieles era el solo empleo
De nuestros buenos padres... sí... ¡Mal haya
Quien inventó las justas y festines,
Las músicas, los versos y las zambras!»

La inocente Kerima con zozobra
Oye de su nodriza las palabras,
Y tiembla silenciosa, recelando
Que encubre mal lo que en su pecho guarda.

En un baño de pórfido recuesta
El cuerpo hermoso, y olorosas aguas,
De regalado temple, refrigerio
Dan á sus blancas formas delicadas.

Ya sus oscuras prolongadas trenzas
Deshacen con primor diestras esclavas,
Y las recogen en ligera toca,
Y en aceite de rosa las empapan.

En femenil curiosidad ardiendo
Todas, la hostigan con preguntas varias,
Y quieren que les cuente de la boda
Hasta las más pequeñas circunstancias;

Y los varios colores y divisas:
Quién lució en la corrida de las cañas,
Y con quién ha danzado, y cuáles fueron
Las más vistosas y elegantes galas.

Ella responde á todo, y nombra á todos
Los que en aquellas fiestas se encontraran;
Pero porque su rostro no la venda,
Evita siempre el nombre de Mudarra.

Queda sola en su lecho, y la dulzura
Del sueño bienhechor inquieta aguarda:
¡Ay! sus enamorados pensamientos
De sus ojos lo ahuyentan y separan.

«¿Quién este jóven es?—Deudo, no hay duda,
Del insigne Almanzor.—Mas ¿qué palabras
De tósigo mortal entre los labios
De mi padre escuché?... ¿Por qué su saña?...

»*¡Expósito infeliz!!! ¡Huérfano infame!!!*...
No lo dijo por él... Su ilustre alma
Brilla en su faz, su estirpe generosa
En su disposicion noble y gallarda.

»Y ¿á quién, á quién el venturoso jóven
La prenda que ganó, ¡cielos! consagra?»...

Así dice entre sí, y acerbo llanto
De sus ojos bellísimos derrama.

¡Infeliz!... ¡Infeliz!... su tierno pecho
Apénas siente del amor la llama,
Y la horrible ponzoña de los celos
Ejercita ya en él su ardiente rabia.

¡Cómo se ofusca, cuánto desvaría
Una imaginacion acalorada!
¡Y cuánto el noble pecho de Kerima
Aplaudiera el intento de Mudarra!

Pues luégo que tendió tranquila noche
Su manto oscuro por la tierra opaca,
Al rayo hermoso de naciente luna,
Que entre celajes plácidos se alzaba,

Dirigió el jóven con plausible anhelo
Al sacro bosque la piadosa planta,
Donde la sepultura de Zahíra
Entre cipreses lúgubres estaba;

Y de un lauro lozano que sobre ella,
Cual rústico dosel, frondosas ramas
Extendia, con lágrimas los ojos,
Colgó el anillo y enlazó la banda.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(1) Se empezó esta obra en la isla de Malta, en una casa de campo que está á la orilla del mar, por el mes de setiembre del año 1829.

(2) *Hagib* ó *Alhagib* equivale á ministro principal de palacio, ó primer ministro del imperio. Fué el cargo que obtuvo Almanzor en el reinado de Hixcen, sin que fuera nunca rey ni emperador, como le titulan nuestras historias y antiguos romances; aunque gobernó el imperio muchos años casi exclusivamente, tanto por su valor y entendimiento, como por el genio indolente y oscuro de Hixcen, tercero de su nombre, de quien dice Conde en su *Historia de la dominacion de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, lo que sigue: «El rey Hixcen, así por los pocos años como por su natural inclinacion, no pensaba sino en sus juegos é inocentes placeres; no salia de sus alcázares y deliciosos jardines, ni deseaba otras distracciones ni recreos, que no conocia... Sabur, el persiano, que habia sido camarero del rey Alhakem, y habia venido de Mérida para la jura del rey Hixcen, quiso hablar con él ántes de su partida, y la sultana Sobeiha le excusó la visita de acuerdo con el Hagib Muhamad (Almanzor), y luégo partió para Algarbe, y los demás Walíes á sus provincias.»

(3) *Azrael* era, segun la creencia musulmana, el ángel que separaba en la hora de la muerte el alma del cuerpo.

(4) *Walí*, prefecto ó gobernador de provincia.

(5) Los nombres de los meses ó lunas entre los árabes eran los siguientes, por este órden: *Muharram*, *Safer*, *Rabié primera*, *Rabié segunda*, *Giumada primera*, *Giumada segunda*, *Regeb*, *Xaban*, *Ramazan* (este era el mes de penitencia, ayuno y expiacion): *Xawal*, *Dylcada* y *Dylhagia.*

(6) *Almueden*, sacristan, mullidor de mezquita, que pregona y llama con grandes voces á la oracion desde lo alto del *alminar* ó torre.

(7) *Hurís* eran las doncellas inmortales, habitadoras del paraíso, destinadas para ser allí compañeras eternas de los buenos musulmanes.

(8) *Cadí*, gran juez, presidente del consejo.

(9) *Acidaque*, la dote.

(10) El templo de la Caaba, ó la casa cuadrada, era un templo antiquísimo de la Meca, que se dice fundado por Abrahan, ó por Ismael, al que hacian los musulmanes su peregrinacion santa. Fundóla el rey Abderrahman el año 786 de nuestra era. El mismo trazó el plan de la obra, que se propuso fuese semejante á la de Damasco, superior á la de Bagdad y comparable á la Alaksâ en la Casa santa de Jerusalen. Gastó en ella más de cien mil doblas de oro, y murió ántes de acabarla.—CONDE *en la obra citada.*

Convertido este suntuoso y extraño edificio en catedral, se conserva hoy casi intacto, sin más variaciones que las que han sido indispensables para el culto católico.

(11) *Azalá*, oracion. Eran cinco: *Azohbí*, del alba; *Adohar*, del medio dia; *Alasar*, de la tarde; *Almagrib*, al ponerse el sol, y *Alatema*, al anochecer.

(12) *Almimbar*, púlpito.

(13) *Almocrí*, lector de mezquita.

(14) *Amir* ó *Emir*, jefe, general, príncipe.

(15) *Wacir*, ministro principal, gobernador de ciudad.

(16) Grande era el aprecio que se hacia de los poetas entre los árabes de Córdoba, donde habia academia pública de poesía, y donde los ingenios estaban muy festejados y recompensados por los príncipes y caballeros. El citado compilador de los manuscritos árabes dice en el cap. 92 de la segunda parte: «Dió en Zahrâ una hermosa casa al célebre historiador Ahmed ben Said el Hamdani, que se ocupaba en escribir la historia de España: asimismo dió el rey casa cerca del alcázar á Jusuf ben Harûn, el Arramedi, conocido por Abu Amar, el mejor ingenio de cuantos en este tiempo florecian en Córdoba: habia presentado al rey dos elegantes poemas, uno *de la caza* y otro de la *caballería.* Refiere de él Abulwalid ben el Fardi, que él mismo contaba esto: Salí un dia despues de la zala del juma, y pasé el rio de Córdoba, y andaba en los jardines de Beni Meruân, y encontré en ellos una doncella esclava, que nunca en toda mi vida habia yo visto otra de tal gentileza, ni tan hermosa como ella; la saludé, y me respondió con mucha gracia, pues no sólo era afable, sino tambien en extremo discreta. El tono de su habla era de tanta dulzura, que regalaba los oidos, y se entraba por ellos en el alma; de suerte que su gentileza, su hablar y sus razones, me rindieron el corazon. La dije yo: Por Alá, ¿te podré llamar hermana ó madre?—y ella me respondió: Madre, si quisieres.—Y dije entonces: ¿De gracia, mereceré saber cómo te llaman?—y me respondió: Llámanme Halewa.—Con buenas fadas, dije yo, te pusieron tan dulce nombre, etc., etc.» Por huir la prolijidad, no copiamos el resto, en que se refiere cómo el poeta enamorado de la esclava, hizo un viaje á Zaragoza para pedir á un amigo la cantidad necesaria para comprar á la doncella, la que por desgracia tenia ya otro dueño, cuando volvió á Córdoba su amante. De aquí nacieron disgustos y

hablillas, que despertando la curiosidad del rey, quiso ver á Halewa, y enamorado de su belleza, pasó con ella una mañana, miéntras su amo estaba en la mezquita, oyendo el sermon del famoso Mondhir ben Said, que de acuerdo con el rey se dilató más de lo regular en su plática. Esto produjo al cabo nuevos disgustos para nuestro poeta, que estuvo preso y sufrió una larga persecucion.

Hablando dicho autor de la jura del príncipe Hixcen, dice: «Tambien manifestó su ingenio y gratitud al rey en »esta ocasion el granadino *Aben Isá* el Gasani, que acababa de llegar de Egipto y de otros países de Oriente, donde »habia viajado de órden del rey Alhaken, y le presentó su geografía y una elegante descripcion de la comarcas de »Elvira.» Y más adelante: «Como en este tiempo era tan estimada la erudicion y la poesía en España, hasta las mujeres »en su retiro eran estudiosas, y muchas se distinguian por su ingenio y buenos conocimientos. El rey tenia en su alcázar »á *Lobna*, doncella muy hermosa, docta en gramática y poesía, en aritmética y otras ciencias. Escribia con singular »elegancia y muy bellas letras, y el rey Alhaken se valia de ella para escribir sus cosas reservadas. No habia en el pa- »lacio quien la igualara en agudeza de conceptos y suavidad de metros.»

Alhasan fué un poeta sevillano; *Albuker*, otro de Damasco, y ambos florecieron por aquella época.

En la obra citada, tratando en el cáp. 98 de cómo Almanzor honraba á los doctos, se lee: «Se detenia poco tiempo »Almanzor en las fronteras, y miéntras estaba en Córdoba, su casa era como una academia de sabios y de hombres de »ingenio. La frecuentaba el malagueño *Obada* ben Abdala, que era de los mejores poetas de este tiempo en Andalucía, »y escribió la historia de los poetas españoles y una célebre borda ó elogio de Anabi Muhamad..... Hizo unos versos »muy elegantes de improviso, y le dió el wacir cien dinares de oro y su casa franca á todas horas..... Estableció Alman- »zor una academia de humanidades, y sólo tenian asiento en ella hombres doctos, ya conocidos por obras útiles é »ingeniosas de varia erudicion en prosa ó en verso. Visitaba las madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sentaba »entre los discípulos, y no permitia que se interrumpiese la enseñanza á su entrada ni á su salida. Daba premios á los »maestros y á los discípulos más sobresalientes, etc.»

Es muy curiosa la descripcion que se halla en esta obra de Conde, de la boda del hijo de Almanzor, que se celebró en la *Almunia*, en su palacio y jardines. Aunque se ignora el sitio de estos, sospecho que sea el mismo donde hoy está la *alameda del Obispo.*

(17) *Zualfaker* era el nombre del alfanje de Mahoma, que decia haberlo recibido del arcángel Gabriel, y lo dejó en herencia á su yerno Alí.



ROMANCE SEGUNDO

Funestos y altos cipreses,
Frondosas y verdes hayas
Cercan un campo cubierto
De abrojos y yerba larga:
En medio estaba un sepulcro.
. . . .
La noche estaba en su filo,
Fria, medrosa y helada,
Y la siniestra corneja
Hecha centinela y guarda;
Cuando al rayo de la luna,
Que bajaba entre las ramas,
Ví salir un bulto negro.

Romance antiguo.

Giafar, en cuyos ojos centellea
Siniestra lumbre de terrible agüero,
Cuyo vigor los años no enflaquecen,
Ni calman los furores de su pecho,

Dado á la caza y ejercicios duros,
Y de la corte docto en los manejos;
Es por sangre, riqueza y poderío
La persona segunda del imperio.

Alguna vez ha sido la primera,
De Hagib desempeñando el cargo excelso
En tiempo de Alhaken, y aún vivos duran
De época tan terrible los recuerdos.

Dígalo el Almagreb, que osó hasta el trono
Alzar desesperado sus lamentos;
Y torrentes de sangre lo inundaron,
Y tronchadas cabezas lo cubrieron.

Los cristianos pacíficos lo digan
Sometidos al árabe gobierno,
A quienes de Giafar el fanatismo
Cargó de oprobio, de miseria y hierros;

Dígalo el reino todo, de cadalsos
Y de bárbaras cárceles cubierto;
Dígalo en fin, España, que ni un dia
De bienhechora paz gozó el consuelo.

Azote de su siglo y detestado
De su patria y de todo el universo,
Se sostuvo en el mando y poderío,
Y en el favor del rey por algun tiempo;

Pues hipócrita astuto aparentando
Por la ley musulmana ardiente celo,
Tuvo en los Alimanes y Alfaquíes (18)
Apoyo firme y partidarios ciegos.

Sus riquezas tambien y la fortuna,
Que coronó constante sus esfuerzos
Con continuas victorias, le ayudaron,
Y en el primer lugar le mantuvieron.

Conservaba de Hagib el alto cargo,
Cuando jóven Hixcen empuñó el cetro;
Mas desplomóse al cabo su grandeza
Como abrumada de su propio peso.

Al frente de las hueste musulmanas
Taló del Tormes, del Arlanza y Duero
Los fértiles contornos, exterminio,
Muertes y esclavitud dejando en ellos:

Incendió villas, arrasó palacios,
Destruyó fortalezas, y de miedo
Temblaron Leon y Burgos, cuyas torres
De un mar de sangre los escollos fueron.

El poder de Castilla derribado
Quedó; su conde en la batalla muerto,
Y el monarca leonés de las Asturias
Buscando asilo en los peñascos yertos.

Rico de gloria y rico de despojos,
Si no saciado de matar su pecho,
Y gozoso de ver seis mil cautivos
Seguir sus huellas entre duros hierros;

Giafar ufano á Córdoba volvia,
Sus sienes á ceñir de lauro eterno,
A afirmar con tal triunfo el alto mando,
Y á hollar el orbe, á su ambicion estrecho.

Alá empero lo quiso de otro modo:
Un castellano, insigne caballero,
Por vengar á su patria ó lograr muerte,
Pues la muerte es mejor que el vituperio;

De pocos aunque buenos, ayudado,
Le alcanzó en Guadarrama; y sorprendiendo
Al muslímico campo, parecia
Rayo de las venganzas del Eterno.

Las cordobesas numerosas haces,
Que cuando dejan el poder deshecho
De los cristianos, y detrás la muerte,
Y lagunas de sangre, y campos yermos,

Del alba á los escasos resplandores
Se ven acometer con tal denuedo;
Pásmanse, y en desórden se amontonan,
Dudosas del peligro y del remedio.

Con la codicia de guardar la presa,
Lo fragoso del áspero terreno,
Y la gran muchedumbre de cautivos,
Crecen la confusion y desaliento;

Miéntras el valeroso castellano,
La lanza en ristre y del broquel cubierto,
Acomete, destroza y atropella,
Cual onza entre los tímidos corderos.

Sólo un valiente Amir osa atrevido
Al héroe contrastar, y su denuedo
En duda pone un rato la victoria
Con fuerte diestra y con gallardo esfuerzo;

Mas derribado al fin, nada resiste
Al cristiano escuadron, aunque pequeño;
Pues derrama en el campo el exterminio
Que en miés tostada devorante el fuego.

Giafar ardiendo en rabia, intenta en vano
Sus huestes ordenar: con ronco acento
Llama á sus capitanes, y sus voces
Sólo acrecientan el confuso estruendo.

Corriendo á un lado y otro, donde quiera
Desaliento y terror ve, y vano ensueño
Le parece el combate, ó que fantasmas
Que la tierra abortó, son los guerreros.

En tanto los cautivos, que conocen
Al héroe triunfador, rompen los hierros,
Y con las armas que el furor les presta,
Cargan á los turbados sarracenos.

El numeroso ejército, que altivo,
Ufano, rico, vencedor, soberbio,
Cantaba alegres himnos de victoria,
Hollando ya en seguro el patrio suelo;

Despareció como las nubes densas,
Que están la esfera toda oscureciendo,
Se rompen, vuelan, se deshacen, huyen
Al repentino aparecer del cierzo.

Quién busca las fragosas espesuras
Por salvar el botin; cuál, como el viento,
Destrozando al caballo los ijares,
En cercano castillo busca puerto.

El que osa resistir, la muerte encuentra,
Que al fugitivo alcanza, y bajo el peso
Infame del tesoro, furibunda
Da al codicioso el merecido premio.

Giafar, que desplomarse ve su gloria,
Que para sostenerla sus esfuerzos
En vano son, y que tan corta hueste
Le roba tantos lauros y trofeos;

Corre furioso en contra del caudillo
Del cristiano escuadron, y de su pecho,
Encendido volcan, lanzan los ojos
Aterradores el terrible fuego.

Aún espera deber sólo á su brazo
Dulce venganza, cuando no remedio,
Y sostener su gloria por sí solo,
U honrada muerte conseguir al ménos;

Mas ¡ay! que la fortuna caprichosa
La espalda y rostro con desden le ha vuelto,
Y con la pica poderosa en ristre
Le espera el castellano caballero,

Que en tierra lo derriba, y lo abandona,
O por no conocerle, ó por desprecio.
Llama luégo á los suyos, y la turba
De rescatados con presura uniendo,

Vencedor se retira y orgulloso
Del campo de cadáveres cubierto:
De la fe y de Castilla restaurada
La gloria, y de venganza satisfecho.

De tal desastre á Cordoba la nueva
Llegó en las alas rápidas del viento,
Y de luto, dolor, llanto, amargura
Llenó, y de asombro el andaluz imperio.

Los enemigos de Giafar se alzaron
En contra suya sin tenerle miedo,
Se esforzaron sin fruto sus parciales,
Y fué de maldicion su nombre objeto.

La sultana Sabeya, madre altiva
De Hixcen, que siempre con disgusto y ceño
Miró á Giafar, gozóse en su infortunio,
Que lo precipitó del alto puesto;

Pues cuando enfermo, herido, despechado,
En sed de sangre y de venganza ardiendo,
Del poderoso ejército perdido
Con miserables y afrentados restos,

A Córdoba volvió; de Hagib el cargo,
De Hixcen la gracia y el amor del pueblo
Disfrutaba Almanzor, y hermosos dias
De justicia y saber amanecieron.

Giafar en vano desplegó sus artes,
Apeló al disimulo sin efecto,
Apénas encontró con partidarios,
Sin resultado usó de sus manejos;

Y en una torre suya, que entre bosques
Incultos dominaba un campo yermo
(Que hoy Campo-bajo llaman, y aún existen
De ella, en la altura, fulminados restos),

Se refugió, de su ambicion burlada
A consumirse en el insano fuego;
O más bien á trazar planes astutos
Para al mando y favor tornar de nuevo.

Muy pronto sus riquezas y su sangre,
Su antigua gloria y el influjo inmenso
De Ulemas, Alimanes y Alfaquíes,
Su fina astucia y religioso celo,

Le procuraron el segundo cargo
En honra y en poder, que era el gobierno
De la ciudad de Córdoba, reunido
Con la alcaidía del alcázar regio:

Y cuando á alguna expedicion guerrera,
O á correr las provincias del imperio
Se alejaba Almanzor, él de la corte
Tomaba el mando con poder supremo.

¡Epocas siempre de rigor y espanto!...
Al partir Almanzor quedaba el pueblo,
Que padre y gloria suya le aclamaba,
En silencioso afan y en desconsuelo;

Como al hundirse el sol en el ocaso,
Queda en el ancho mar el marinero,
Que ve en oriente el manto de la noche
De espesas nubes y borrascas lleno.

Tuvo hijos diferentes; mas gozarlos
Nunca le concedió sañudo el cielo,
Y en la tranquila cuna muerte airada
Cebó su diente destructor en ellos.

Kerima sola fué más venturosa
(Si es que quedar en este mundo es serlo)
Tal vez porque en su madre desdichada
Se embotó de Azrael el crudo hierro.

Giafar nunca olvidando su derrota,
Aunque ya de venganza satisfecho
Debiera estar y de inocente sangre,
Profesa á los cristianos odio eterno:

Cuantas veces tornaba al alto mando
Lo demostraba con atroces hechos,
Y era de los mozárabes (19) azote,
Horrorosas violencias ejerciendo.

De esta mísera estirpe honra, fortuna,
Libertad, vida, todo era el objeto
De la venganza audaz de tal contrario,
De su codicia, rabia y desenfreno.

Entre inocentes tantas que á la furia
Del terrible Giafar víctimas fueron,
Lo fué Gala infeliz, tierna doncella
A quien dió por su mal belleza el cielo.

Tranquilo y en oscura medianía,
Del fausto y pompa cortesana léjos,
El mozárabe Egidio disfrutaba
La edad madura en el hogar paterno.

De una antigua familia ilustre y goda
Era este anciano el vástago postrero:
Su esposa ya tambien de los sepulcros
La quietud disfrutaba y el silencio.

En prácticas cristianas embebido,
Y en educar con afanoso esmero
En la fe y la virtud á su hija Gala,
Hija que sólo concedióle el cielo;

Gozaba en paz de venturosos dias,
Solo con ella en retirado albergo,
De la filial ternura coronado,
Del corazon de Gala satisfecho;

Cuando al volver en una tarde aciaga
De un campo suyo, que el feliz sustento
Le tributaba con opimos frutos,
Producto de su afan y su desvelo;

Se halló desierta la tranquila estancia,
Los muebles derribados y deshechos,
Robado el ajüar, y ¡ay! sin la prenda,
De su amor fruto, de su edad consuelo.

¡Desdichado!... ¡Qué golpe!... Como loco
Giró por la ciudad; y conociendo
Cuál era su desastre, y que justicia
Sólo podia esperar del alto cielo,

Incendió su heredad y humilde casa,
Destruyó sus ganados y su apero,
Y desapareció de Andalucía,
De su infortunio y de sí mismo huyendo.

Giafar fué el forzador, Giafar tirano
Con tropa audaz de forajidos siervos,
Robó la hija del honrado Egidio,
Y á su palacio la arrastró violento.

En él ántes de un año hundióse Gala,
Dando á Kerima á luz, en sueño eterno;
Aterrada sin duda la infelice
De ver la sucesion de un monstruo horrendo.

De padre tan feroz muy diferente
Salió la tierna niña, en quien el cielo
A manos llenas derramó los dones
De belleza y virtud, gracia y talento.

Sus ojos eran encendidos soles,
Pero templados de pudor modesto,
Y sus negras pestañas daban sombra
A un rostro de jazmin y rosas hecho.

Nieve era su garganta, y alabastro
Los tiernos brazos y el sensible seno,
Gentil su talle, estrecha su cintura,
Breve la planta y torneado el cuerpo.

No la hermosa azucena más lozana
La blanca frente y el erguido cuello,
Reina de los jardines, alza en mayo,
De la risueña aurora á los destellos;

No más gentil orillas del arroyo,
Precursor de las flores, el almendro
Se mece ufano en tarde sosegada
De las auras de abril al blando aliento.

Mas á tanta beldad y gallardía
El candor, la inocencia y el ingenio
Ganan la palma en la gentil doncella,
Cautivando las almas y los pechos.

Su compasion benéfica merece
Despertar de Zahíra los recuerdos,
Y con ella encantado acaso olvida
Al feroz padre agradecido el pueblo.

Como ella nadie un almaizar tejía,
O de oro y sirgo recamaba un velo,
O una manga labraba, los matices
Del hermoso verjel oscureciendo.

Aunque Giafar fanático desprecia
Las artes y las ciencias, de aquel tiempo
La costumbre observando, dió á su hija
Del humano saber doctos maestros.

A encantar con su voz las leves auras,
Y á prorumpir en deliciosos versos
Del arpa melancólica al sonido,
La adiestró Obada, el sabio malagueño;

Y el insigne Aberróes, á quien grata
Abrió naturaleza sus secretos,
Comentador del sabio de Estagira (20),
Y cuya fama vive en claros ecos;

Le enseñó á conocer el mudo giro
De los lucientes astros, sus aspectos,
Sus influencias, su poder, las causas
Que alteran entre sí los elementos:

Las virtudes de plantas y de flores,
De metales, de piedras y de insectos;
Y á elaborar mil bálsamos preciosos,
De las miserias del mortal remedios.

Esta la ciencia fué que cautivara
La atencion de Kerima, y el deseo
De consolar la humanidad doliente
Hizo de ciencia tal todo su anhelo;

Logrando en ella tanta nombradía,
Y su docto saber tales efectos,
Que eran sus confecciones admiradas,
Y con afan buscados sus consejos.

Recorrer selvas, montes y verjeles
Salutíferas plantas recogiendo,
Era su ocupacion, y cultivarlas
En sus propios jardines, su recreo.

¡Ay! ¡Que las más hermosas y floridas,
Las que más necesitan de su esmero,
Sedientas en los vasos de alabastro,
Marchitas con el sol doblan el cuello!

Pues tres veces hiriólas desde oriente,
Y tres desde zenit con vivo fuego,
Y tres desde el ocaso, sin que logren
De la mano benéfica consuelo.

¿Cómo lo han de tener?... Su bienhechora,
La que les consagraba sus desvelos,
Las tiene ¡desdichadas! en olvido,
Víctima triste de cuidados nuevos.

¡Infelice! Tres dias retirada
Estuvo en su magnífico aposento,
Tres largos dias, que jamás son breves
Los que en dolor se pasan y en tormentos.

Kerima en vano el nombre de Mudarra
Negó á su labio con prudente esfuerzo,
Al contar los festejos de la boda,
Al referir los lances del torneo;

Pues las locuaces siervas que la asisten,
Y la vieja nodriza, repitiendo
Las voces que por Córdoba volaban,
Despedazaron su oprimido pecho.

Esta le ponderaba el entusiasmo
De que era el jóven triunfador objeto;
Aquella lamentaba que su orígen
Tal beldad malograse y tal denuedo;

Otra, informada de envidioso labio,
O de Giafar atenta á los preceptos,
Le retrataba con las negras sombras
De lástima, de afrenta y de desprecio.



La nodriza, con pláticas difusas,
Viejas historias y mohosos cuentos,
Todo lo que es antiguo ponderaba,
Y mezclando malicias y consejos,

Dijo: «Aún no estaba mi semblante arado,
Ni convertido en nieve mi cabello,
Pues fué poco despues que de los Laras
Las cabezas á Córdoba trajeron;

»Cuando recien nacido le encontraron
En los jardines de Almanzor expuesto:
De algun cautivo vil é infame esclava
Fruto infeliz, y maldicion del cielo.

»La princesa Zahira en su palacio,
Por caridad ó por capricho necio,
Le acogió... ¡Qué mujer!... Era muy linda,
Y compasiva, y generosa, es cierto;

»Pero tan rara... En fin, en protegerle
Cifró todo su afan, todo su empeño;
Y en vez de acostumbrarle desde niño
A ser humilde, y á servir cual siervo,

»Crióle con tal pompa y tal regalo,
Como si fuera un claro caballero;
Y hasta el momento de morir estuvo
De caricias colmándole y de obsequios.

»¡Locuras de mujer!... Y Zaide, Zaide,
Ese incrédulo altivo, satisfecho
De sus vanos saberes, del Mudarra
Ha sido el consultor, ayo y maestro.

»Con un principio tal, con tal doctrina,
¿Qué se puede esperar de ese mancebo?...
Yo extraño que Almanzor... pero ¿qué digo?
¿Qué se debe extrañar en estos tiempos?...

»¡Un expósito vil, de los donceles,
De la flor y esperanza del imperio
Ser capitan en tan famoso dia!...
En la mesa del rey tener asiento!...

»¡Con Kerima danzar el miserable!
¡En competencia entrar en el torneo
Con el noble Zeir, con el que aclama
Por su señor el tunecino pueblo!...»

Así decia, y una esclava jóven
La interrumpió con prontitud diciendo:
«Pero ganó la banda y la sortija,
Y con aplauso universal el premio.»

Repúsole la vieja: «Sí, fortuna,
Mera casualidad... Y ¡á digno objeto
Habrá la rica prenda dedicado!...
¡A alguna esclava de Almanzor su dueño!!!»

No pudo más Kerima; á todas ellas
Mandó callar con desabrido aspecto,
Y mostrando cansancio de escucharlas,
Que al punto despejasen su aposento.

Apénas sola, hondísimos gemidos
Lanzó el volcan de su abismado seno;
Cruzó su estancia con inciertos pasos;
Alzó los brazos y la faz al cielo.

Derribóse por fin, de fuerzas falta,
Sobre un rico almohadon, en gran silencio
Sus labios frios, é inclinó la frente,
Hinchado el corazon, los ojos secos.

De la anciana nodriza las palabras
Un mar de confusiones extendieron
Ante su vista de esperanzas dulces
El cuadro engañador oscureciendo.

Un expósito vil, dijo su padre,
Y un expósito vil es en efecto
El que su corazon ha sorprendido,
Para abrasarle en vergonzoso fuego.

Se afrenta de sí misma, y orgullosa,
Animada de su alto nacimiento,
Abomina el instante desdichado
En que pudo pararse en tal objeto.

Llora luégo, y llorando, en su alma herida
La ternura recobra el dulce imperio;
Pero al pensar que la preciosa banda
De una esclava tal vez adorna el cuello,

Arde en furor, y jura en altas voces
Odio al Huérfano vil, no ya desprecio,
Indignada de haber á tal persona
Humillado sus altos pensamientos.

Sí, tomó su partido, está resuelta;
Ya aborrece á Mudarra; por lo ménos
Lo imagina: triunfante se figura,
Mira su amor como un delirio necio;

Mas fatigada de vencer, oprime
Su corazon tan angustiado peso,
Que anhela respirar el aire puro
So la bóveda inmensa de los cielos.

Baja al verjel de su soberbio alcázar,
A buscar en las flores el consuelo,
Pensando, ¡simplecilla! que en las flores
Va á encontrar como siempre su recreo.

¡Ah! no lo encuentra en su jardin cercado,
Del que con dos esclavas y en silencio
Sale al campo, y se pierde en las florestas,
Que de Guadalquivir gozan el riego.

Entónces se le acuerda de repente,
Que oyó elogiar en el banquete regio
Las flores que en la tumba de Zahira
Daban su aroma delicioso al viento.

Verlas desea, y con ligera planta
Corre inocente en pos de su deseo,
Ignorando quién es de aquellas flores
El piadoso cultor y jardinero.

El sol al occidente descendia,
Y á su brillante luz formaba velo
Un celaje sutil de oro y violado,
Que templaba su ardor y sus reflejos:

Nubes de ardiente grana enriquecian
El ancho espacio, vaporoso á trechos,
Jazmin y azahares respiraba el aura,
Y entre las flores reposaba el viento.

Era una dulce y sosegada tarde
De las que en aquel clima y grato suelo
Naturaleza ostenta, y con que encanta
Las tiernas almas, los sensibles pechos.

De Arrizafa en los campos desiguales,
Donde hoy descuella un santo monasterio (21),
En un bosque de adelfas y naranjos,
Un corto espacio circundaba un seto;

Y allí un cuadrado mármol custodiaba
De la princesa los mortales restos.
Cuatro cipreses lúgubres en torno
Sus puntas elevaban por el viento:

Un lozano laurel le daba sombra,
Y en derredor brillaban, esparciendo
Su embalsamado aroma, lindas flores,
Que ni agostaba el sol, ni helaba el cierzo.

—Huella Kerima el lúgubre recinto,
Penetrada de asombro y de respeto:
Se acerca muda y palpitante al mármol,
Do logra la virtud tranquilo sueño.

Los ojos alza y con sorpresa mira,
Ondeando suave al hálito del viento,
Enlazada al laurel la roja banda,
Que Mudarra ganara en el torneo:

Y ve de ella pender el rico anillo,
Al que del sol los últimos reflejos
Daban, reverberando en los diamantes,
La apariencia de un mágico lucero.

¿Qué voz humana retratar pudiera
Lo que pasó en Kerima, en el momento
De ver en tal lugar aquella prenda,
Y desmentidos sus soñados celos?...

Dió un grito agudo, vaciló su planta,
Y en uno de los árboles funestos
Apoyó el brazo y la sudosa frente,
De lágrimas de amor los ojos llenos.

De lágrimas de amor, dulces, preciosas;
Lágrimas tiernas, que del grave peso
De haber dudado un punto de Mudarra,
Libran su corazon, de amores centro.

Olvidando el orígen de su amante,
Su propio orgullo y el furor paterno,
De la vieja nodriza las palabras,
Y cuanto existe entre la tierra y cielo;

Tan sólo ve á Mudarra ante sus ojos;
Derrítesele el alma de su pecho
En el volcan; Mudarra es su existencia,
En Mudarra se cifra su universo.

Mas no el rostro gentil y gallardía,
Ni el triunfo allá en la justa del mancebo,
Ni la pasion que descubrió en su frente,
Su mente exaltan en aquel momento.

Es más noble la llama en que se quema:
No es una chispa vil de tal incendio
La causa, no es centella voladora,
De oscura nube parto pasajero;

Es el sol puro, el sol es quien la abrasa,
Pues sólo tiene fijo el pensamiento
En la virtud insigne de su amante,
Que conserva á Zahira tal respeto.

«¡Feliz, feliz, en su entusiasmo exclama,
Quien logre ser de su ternura centro!...
Pues yo la conseguí, ni por un trono
La cederé: lo juro ante el Eterno.»

Dijo: ferviente amor brilla en sus ojos,
Púrpura tiñe su semblante bello,
Llama consoladora su alma enciende,
Su corazon palpita satisfecho.

Pero cual de repente nube parda,
Que sigue el curso rápido del viento,
Del sol ofusca la radiante lumbre,
La risueña pradera oscureciendo;

Así de pronto una confusa idea
Llena su mente de escondido miedo,
De sus ojos marchita el claro brillo,
Torna el ardor en palidez y en hielo.

—Ya el sol estaba en los remotos mares;
Del crepúsculo escaso los reflejos
Y una ligera niebla confundian
De aquella muda escena los objetos;

Y la hermosa Kerima, yerta, inmoble,
Cubierta del cendal de un blanco velo,
El alma de Zahira asemejaba
Tornando á unirse á sus mortales restos.

Quedó suspensa un rato, y de repente
Volviendo en sí, desata de su cuello
Una sarta de perlas, cuyo broche
Tiene su nombre en filigrana puesto;

Y sin saber lo mismo que ejecuta,
Arrebatada de un poder secreto,
La entreteje en la banda, y se retira
Del fúnebre lugar con pié ligero.

Júntase á sus esclavas, que esperando
La están con impaciencia á corto trecho,
Y al débil rayo de naciente luna
Retírase á su alcázar en silencio.

De flecha un tiro apénas estaria,
Cuando Mudarra por camino opuesto
Llegó al sepulcro, pálido, turbado,
Marchito el rostro, el alma sin aliento.

Un bulto blanco cerca de la tumba
Ha visto entre los troncos desde léjos:
No le ha engañado, no, la fantasía;
Y á nadie encuentra á su llegada... «Cielos,

»¿Era la sombra de Zahira, exclama,
Que de estas flores que sembró mi esmero,
Viene á gozar?... Amada sombra, vuelve,
Mis lágrimas acoge y mi respeto.

»¡Ay!... huyó... ¿disipóse al acercarme?...
¿Y qué otra cosa, ¡mísero! merezco,
Yo, que casi en olvido su memoria
Por una pasion loca ingrato tengo?

»Sí, de un delirio en pos, que en mi alma débil
Reina, aunque á mi pesar, me arrojo ciego;
Y de saber la obligacion sagrada,
Que á otra region me está llamando, tiemblo.»

Enmudeció su labio, y en la yerba
Sentóse, faltos de vigor sus miembros,
Y lanzando suspiros y sollozos,
Que reprodujo en voz sumisa el eco.

¡Oh Mudarra infeliz!... tres largos dias
Privado ha estado de los ojos bellos
De su ídolo Kerima, y esta ausencia
Ha acrecentado el amoroso incendio.

El pensar que el destino inexorable
Le llama misterioso hácia otro suelo,
Do no estará Kerima, sumergióle
En el mar borrascoso del despecho.

¡Ah!... de Guadalquivir nunca alejarse,
Ni jamás indagar el gran secreto,
Casi ha jurado... y hora en aquel sitio...
¡Qué horroroso contraste está sufriendo!

Así al tierno laurel en la montaña,
En noche oscura de sañudo invierno,
Combaten con furor por todos lados
Lluvias, granizos, terremoto y vientos.

Desahoga al fin su corazon mezquino
Derramando sus ojos lloro acerbo;
Poco á poco las auras de la noche
Nueva vida le dan y refrigerio,

Y ya la luna en el zenit brillaba,
Bajel de plata, que en el mar inmenso
Del espacio navega; cuando el jóven
Se alzó, con su afliccion treguas haciendo.

Dirigióse á un arroyo cristalino,
Que sobre guijas cándidas no léjos
Serpenteaba con murmurio manso,
Entre adelfas y frágiles helechos;

Y robando al raudal pequeña parte,
Tornó á las flores que sembró su anhelo,
Y con la actividad cobrando fuerzas,
Les dió socorro de abundante riego.

Despues registra la preciosa banda,
Por ver si ultraje recibió del viento;
Y al apretar las ramas con los lazos,
Hiere sus ojos un extraño objeto.

Halla el collar de perlas; se sorprende,
Aunque pronto le dice el pensamiento,
Que será á la memoria de Zahira
Un don de gratitud y de respeto.

No es la primera vez, no, que sus ojos
Han visto aquel collar: reconocerlo
Quiere, lo alcanza, atento lo examina,
Ve caracteres en el broche puestos;

Va cuidoso á leer, cuando sus luces
Robó á la luna nubarron espeso,
Y en la sombra no puede distinguirse
Escrito en filigrana aquel letrero.

Vuela por fin la inoportuna nube,
Torna la luna á esclarecer el cielo,
Y el nombre de Kerima lee Mudarra,
Y otra vez y otra vez torna á leerlo.

El corazon le late sorprendido,
De agitacion inexplicable lleno,
Apénas se sostiene, tiembla todo,
Y queda en un estúpido silencio.

Mas pronto recobrándose, «¿Qué, exclama,
Kerima ha estado aquí?... Kerima!... Cierto,
Ella fué la que ví junto á esta tumba...
¿Por qué tardé en llegar tan largo tiempo?...»

Inclínase en la yerba venturosa
Las huellas á buscar de los piés bellos,
Y donde se estamparon, le demuestra
Recientemente ajada trecho á trecho.

Enajenado bésala mil veces,
Y el collar apretando contra el seno,
Se alza, y, «¡Oh prenda, oh cara prenda! dice,
Que has enlazado aquel divino cuello,

»Signo de esclavitud, enlaza el mio,
Formando nudo que jamás romperlo
Pueda el ciego Destino, ni la ausencia,
Ni los rigores del airado tiempo.»

Y de un amor frenético embriagado,
Va á ponerse el collar, cuando violento
Agitó un soplo raudo y repentino
Las cimas de los árboles funestos;

Y un cárabo, que acaso entre los ramos
Anidaba, gritó y extendió el vuelo.
El súbito rumor heló á Mudarra,
Su accion apasionada suspendiendo.

Recuerda que en la tumba de Zahira
Tiene en un loco amor el pensamiento;
Que va á robar un don, un don precioso,
Que la virtud á la virtud ha hecho;

Y que una prenda pura sin mancilla,
Que la inocencia consagró al respeto
Debido de Zahira á la memoria,
Prenda la quiere hacer de amor siniestro.

De terror se estremece, se le erizan
En la ardorosa frente los cabellos,
Y la imaginacion acalorada
Le presenta en reedor torvos espectros.

Sobre la losa helada del sepulcro
Deja el collar precioso, y huye léjos
Del sitio aquel, que profanado juzga,
De aquel sitio, do siempre halló consuelo.

—¡Oh Mudarra! ¡oh Kerima!... desdichados!
¿Qué extraño instinto habita en vuestros pechos,
Que os descubre fantasmas espantosos
Al esplendor del amoroso incendio?

Parece que la voz del otro mundo
Os está inexorable repitiendo:
Que un mar de sangre entre vosotros brama,
Que se alza un muro de insepultos huesos.

Mas ¿qué pueden presagios y terrores,
De la razon que alcanzan los esfuerzos,
Los mayores obstáculos que sirven
Contra el Amor, que es rey del universo?

¡Ay! Kerima despues de aquella tarde
Solamente dirige sus paseos
De Zahira á la tumba, y nunca en ella
Pasó más largas horas el mancebo.

En aquel sitio pronto se encontraron,
Y allí la turbacion, allí el respeto,
Que en almas puras, jóvenes, sencillas
Caracterizan el amor sincero;

Ambas lenguas ataron, á ambos rostros
Ya de clavel, de gualda ya vistieron,
Hasta que por los ojos y los labios
Brotó de la pasion ardiente el fuego.

Brotó por fin, y con palabras tiernas,
Que aquellas flores con asombro oyeron,
Se declararon sus sencillas almas
La mutua llama en que se ven ardiendo;

Y con lágrimas dulces se juraron,
A pesar del Destino, amor eterno;
Y el sepulcro fué altar de los amores,
Pronunciando sobre él su juramento.

Era en aquella edad Córdoba insigne
De los placeres y riquezas centro,
Y en la alta cumbre de esplendor y gloria
Resplandecia el musulman imperio.

Las artes, el saber y la opulencia
De la hermosa ciudad su trono hicieron,
A la par que el valor y la fortuna
La adornaban de triunfos y trofeos.

Los festines, las zambras, los banquetes,
Las justas, y los bailes, y torneos
Contínuos eran; y los dos amantes
Sólo llamaban la atencion en ellos.

La corte, el pueblo, todos celebraban
Tan intensa pasion, y satisfecho
El Hagib Almanzor los protegia,
Y tal vez proyectaba su himeneo.

Zeir, señor de Túnez, que á la corte,
Llamado por Giafar, trajo el intento
De conquistar las gracias de Kerima,
Arde feroz en ponzoñosos celos.

Giafar el furibundo, que reputa
Por negra afrenta, que el Hagib soberbio
Ose pensar que pueda de Kerima
El Expósito vil llamarse dueño;

Y que ve en la pasion de la doncella
Un atroz crímen á su sangre hecho,
Y obstáculo tambien al alto enlace
En que fundaba osados pensamientos;



Devorado de rabia se consume,
Y allá en su corazon, horrible infierno,
De sangre, de venganza, de exterminio
Revuelve sin cesar varios proyectos.

Mas teme, como astuto cortesano,
El poder del Hagib, y reprimiendo
Su terrible rencor, traza y combina,
Para salir del laberinto, medio.

No hostiga á la doncella desdichada,
Busca para Zeir vanos pretextos,
Tranquilidad ostenta en el semblante,
Y madura sus planes en silencio.

Zaide tan sólo ignora los amores
Del gallardo garzon: del mundo léjos
Vive siempre en la Albaida retirado,
Y allí no llega el cortesano estruendo.

Advierte, sí, que reina gran trastorno
Y gran agitacion en el mancebo;
Y aunque prudente nada le pregunta,
Cauto le observa con afan paterno.

Frecuentes, como siempre, las visitas
Son de Mudarra á su castillo; pero
Ya inquietas, cortas, mudas y turbadas,
Pues del ayo á los ojos tiene miedo.

Ya no pasa las noches apacibles
Por aquellos contornos, persiguiendo
Al resplandor tranquilo de la luna
Con sus lebreles al gallardo ciervo:

Ya no admira las flores que retoñan
De aquel castillo en el jardin y el huerto,
Ni sentado en la alberca, de los peces
El matiz argentado y los destellos:

Ya apénas nombra el jóven á Zahira,
Ya no importuna á Zaide, cual de hacerlo
Nunca hasta entónces descuidó, buscando
Luz en las sombras con que se halla envuelto.

Y si el anciano sus discursos mueve
A tan importantísimo argumento,
Indicándole acaso que se acerca
El olvidado fin de sus anhelos;

Mudarra tiembla y palidece, dando
Al penoso discurso un giro nuevo,
O bien para dejar la Albaida busca,
Y á Córdoba tornar, vanos pretextos.

Síntomas que conoce y que lamenta
Allá en su corazon el docto viejo,
Y muertas teme ya las esperanzas,
Fin honrado de todos sus desvelos.

Ya el otoño espiraba, y rebramando
Arrebataba el aquilon violento
Las hojas de los árboles, con ellas
De parda alfombra entapizando el suelo;

Cuando turbó las fiestas de la corte
De la africana costa un mensajero,
Que vino á demandar presto socorro
Para aquellas provincias del imperio.

Un impostor sagaz nuevas doctrinas
Predicó en ellas con feliz suceso:
Los incautos que fueron á escucharle,
Fanáticos audaces se volvieron;

Y cuando vió el hipócrita la turba
Inflamada y sumisa á sus acentos,
Alzó de rebelion el estandarte,
De escondida ambicion tronando el fuego.

Tal vez seria miserable aborto,
O principio infeliz de los proyectos
Por que Giafar el pérfido ajustara
De Kerima y Zeir el himeneo.

—Almanzor, que seguro de su gloria,
De su saber y de su heróico esfuerzo,
Conoce que es bastante su presencia
Para apagar el peligroso incendio;

Dispone su partida sin tardanza,
Y prepara bajeles y guerreros,
Que con él de las playas de Tarifa
Lleven quietud al africano suelo.

Del augusto Monarca se despide,
Con la Sultana madre sus secretos
Planes combina, instruye á sus amigos,
Con ricos dones se asegura el pueblo;

Y al tiempo de partir, aunque á disgusto
Dando á Giafar las riendas del gobierno,
Con amarga sonrisa le promete
Pronto librarle de tan grave peso.

Tambien abraza al Huérfano, y aparte
Le dice acariciándole risueño:
«¿Qué?... ¿No me pides el venir conmigo,
Como otras veces con fervor has hecho?

»Cuando apénas la lanza sostenias,
Ni avasallabas el corcel soberbio,
Quisiste acompañarme á la frontera,
Y un Tarif te juzgabas en esfuerzo;

»Y ahora que en la destreza y lozanía
Eres de nuestros jóvenes modelo...
Mas olvido que te hallas encantado,
Y de un círculo mágico en el centro.»

Del generoso jóven las mejillas
Con ruborosa grana se encendieron,
Y una lágrima pronta á derramarse
Aumentó el brillo de sus ojos negros.

Siente el Hagib el verle tan turbado,
Y de sus burlas el penoso efecto,
Y le dice amoroso: «Sé que anhelas
A tu patria servir, lidiar cual bueno.

»Esta empresa, que al Africa me llama,
Exigirá más que valor, consejo,
Y en Alá espero, que mi corvo alfanje
No brillará desnudo ni un momento.

»Otras empresas de valor y gloria
Pronto me ocurrirán; y tú el primero
A mi lado vendrás, donde tu brio
Tu frente adorne de laurel eterno;

»Y cuando ufano y victorioso tornes,
Recibirás por merecido premio
La mano que eligiere tu cariño,
Aunque alta sea; yo te lo prometo.

»Quédate pues, y rinde á la hermosura
El homenaje que envidioso apruebo,
Porque sé que de amor la ardiente fragua
Da el mejor temple á un corazon guerrero.

»Pero entre tanto que mi ausencia dura,
Retirarte á la Albaida te aconsejo,
Donde con Zaide vivirás seguro
Del oculto furor de los perversos.»—

El corazon palpita de Mudarra,
La perspectiva hermosa recorriendo
Que las palabras de Almanzor ofrecen
A sus enamorados pensamientos;

Y de su bienhechor la mano besa.
A abrazarle el Hagib torna de nuevo,
Y ocupando el arzon deja el alcázar
De taciturna muchedumbre en medio;

De Córdoba saliendo acompañado
Con seis ancianos jeques, cuyo esfuerzo,
Experiencia y lealtad aseguraban
De todas sus empresas el acierto.

Dejó Mudarra á Córdoba, obediente
De su alto protector á los deseos;
Aunque siente salir de las murallas
Donde respira su adorado dueño.

En el castillo de la Albaida Zaide
Le recibió con paternal afecto,
Bien que notó en su frente oscurecida,
Que deja la ciudad con desconsuelo.

Entre la Albaida y Córdoba pequeña
Distancia corre, y se dilata en medio
Un apacible llano, donde hoy pastan
Vacas hermosas, cándidos corderos.

De las altas almenas del castillo
La ciudad se descubre, del risueño
Guadalquivir en la feraz ribera,
Gigantes torres elevando al viento.

Oyense rimbombar los sacros bronces,
Que en la que fué mezquita, y hoy es templo,
Han reemplazado con mejor destino
Del árabe Almuheden el ministerio;

Y desde la ciudad se ve la Albaida (22)
Entre encinas y olivos verdinegros,
Al pié de la alta sierra, coronando
Un pardo risco entre apacibles huertos.

Este espacio tan corto y agradable
El jóven lo reputa por inmenso,
Pues el que le divide de su amada,
Jamás el amador lo halla pequeño.

¡Ay, cuánto más terrible lo juzgara,
Si penetrase el triste los decretos
Del Destino inmutable!... Por fortuna
No alcanza tanto del amor el vuelo.

Ver espera á Kerima cada tarde
(Y esta esperanza es todo su consuelo)
De Zahira en la tumba, y en los bosques,
A do siempre dirige sus paseos.

El bárbaro Giafar que en las revueltas
De la costa africana sus proyectos
De ambicion insaciable funda altivo,
Y tal vez el trastorno del imperio;

Y que del Almanzor la alta fortuna,
El saber, la influencia y los esfuerzos
Espera que naufraguen en la empresa,
A que partió con tanto menosprecio;

Juzga en su mano para siempre firmes
El alto mando y el poder supremo,
Y en pos de gigantescas esperanzas
Por abismos sin fin se arroja ciego.

¡Ah! ¡que si eran falaces las del jóven,
Las del anciano audaz no lo son ménos!
Pues si no sabe amor lo que está escrito,
Tampoco la ambicion logra saberlo.

Trazan los hombres sus diversos planes,
Juzgando realidades sus deseos;
Y en tanto de su necia confianza
Inexorables búrlanse los cielos.

Nunca juzgó Giafar más necesario
De Kerima y Zeir el himeneo,
Para llegar al fin de sus afanes;
Y á todo trance se resuelve á hacerlo.

La ausencia de Almanzor, que juzga eterna,
Libra su corazon de todo miedo;
Y es ya su voluntad raudo torrente,
Que mira roto el malecon opuesto.

¿Quién podrá resistirle?... Ama á su hija
(Que ama el tigre tambien á sus hijuelos),
Mas la ambicion sacrificarla exige,
Y cede á la ambicion todo otro afecto.

«Hágase al punto la precisa boda;
Hágase al punto sin pararse en medios;
Todo obstáculo ceda.» Dice, y vase
A buscar á Kerima luego luego.

—En su estrado magnífico, que adornan
Alfombras del oriente, por asiento
Un almohadon de seda de Damasco,
De blanda pluma tingitana lleno;

Bordando con aljófar y con sirgo
Una manga de verde terciopelo,
Halla el tirano padre á la hija hermosa,
Sola con sus amantes pensamientos;

Y ajustando á su rígido semblante
La máscara falaz de un dulce afecto,
Le declaró templado sus ideas,
Aunque con tono de quien va resuelto.

Tembló Kerima, y pálida escuchóle,
Muda y sin respirar por un momento;
Mas pronto un mar de lloro derramando,
Apuró excusas, y apeló á los ruegos.

Giafar, inexorable á sus gemidos,
A sus tiernas caricias y lamentos,
Que un peñasco de bronce conmovieran,
Se alzó impaciente, y respirando fuego:

«Basta, gritóle; obedecer te cumple;
Ni lágrimas ni súplicas tolero:
Tu suerte fija está... Sólo seis dias,
Para que te prepares, te concedo.»

De su alcázar la bárbara opulencia,
La pompa, la riqueza y el respeto
De que se halló Kerima circundada
Desde que vió en la cuna el sol primero;

El encontrarse desde niña tierna
Sola, sin madre, y absoluto dueño
De sí, de su palacio, de sus siervas,
Y todo siempre á su querer sujeto;

El poder de su padre, la alta estirpe,
La beldad, el saber, el claro ingenio,
La adulacion continua y los aplausos,
Su cándida virtud no corrompieron;

Pero aumentaron el teson constante
De la firmeza, dote de su pecho,
Carácter que exaltaba nuevamente
De contrariado amor el noble esfuerzo.

Carácter, que cobrando su energía
Del fiero padre al despiadado aspecto,
Y al escuchar el bárbaro mandato,
Y el fijo plazo á sus desdichas puesto;

Hizo á Kerima contener el lloro,
Alzarse repentina, y con acento
De alta resolucion, solemnemente
Jurar desobediencia á tal precepto.

A su turno turbóse el fiero padre,
Guardó un instante sepulcral silencio,
Al puñal vengador llevó la mano,
Temblando de furor todos sus miembros;

Y dando pronto la expresion siniestra
De amarga risa á su semblante horrendo,
«Seis dias... nada más... Tiembla, infelice;
Y tiemble de tu amor el vil objeto.»

Clamó, volvió la espalda, y ausentóse,
Y la puerta cerró con tal denuedo,
Que del vasto edificio retumbaron
Los artesones de dorado cedro.

En prision se trasforma aquella estancia,
Do tiene sola la nodriza acceso;
Vigilan á la entrada seis esclavos,
Y custodian la puerta cien guerreros.

El venturoso Expósito entre tanto
En vivas ansias del amor ardiendo,
Cada tarde al sepulcro de Zahira
Acude en busca de su amado dueño;

Encuentra siempre el fúnebre recinto
Solo: sin fruto espera largo tiempo,
Y en vano corre las vecinas selvas,
Pues lo halla todo á su anhelar desierto.

Penetrar osa al cabo la muralla
De la insigne ciudad, y al fin envuelto
Con su albornoz, se acerca recatado
Al alcázar, prision de su embeleso.

Al través de las verjas los jardines
Observa y reconoce sin efecto:
Los ojos alza á torres y azoteas,
Y no ve indicio alguno de consuelo.

Pasó tres dias en tan triste ausencia
En larga noche de dolor envuelto;
Y el cuarto hácia la tumba de Zahira,
Aun á esperar, el paso dirigiendo;

Se le acercó turbado y misterioso,
Con arco y flechas, un esclavo negro,
A quien de plata una bruñida argolla
Cercaba en torno el atezado cuello,

Y con sumisa voz, «en cuanto brillen
Del manto de la noche los luceros,
Solo, en la fuente del Amir espera:
Tendrá allí tu afanar cumplido premio.»

Dijo, y sin esperar respuesta alguna
Tornó la espalda, y en el bosque espeso,
Como el que de ser visto se recela,
Entró, y los troncos le ocultaron luégo.

Quedó Mudarra sorprendido, mudo,
Sin saber qué pensar de tal encuentro,
Aunque no duda que es de su Kerima,
Fiel servidor y reverente siervo.

«Sí, conozco á este moro: es un esclavo
De Giafar, y diestrísimo flechero;
Pero es la primer vez que en mis amores
Sirve de confidente el arduo empleo.

«Y Kerima... ¿á tal hora?... ¿en aquel sitio
Inculto y apartado?... mas ¿qué temo?....
¿Quién sabe los peligros que la cercan?
¿Quién los rigores de su padre fiero?»

Así dice; y ocupa su alma toda
El solo delicioso pensamiento
De que va á ver á su gentil Kerima,
Aunque oculta inquietud le agita el seno.

Se emboza en su albornoz, y por el llano
Que la Albaida domina, á paso lento
Vaga, y espera la anhelada noche,
Que nunca tanto retardara el vuelo.

Afanoso miraba al sol ardiente
Descender al ocaso, apareciendo
Disco de sangre entre las nubes rotas,
Que iba esmaltando con matiz diverso;

Y cuando ya pasado el horizonte,
Dejaba sólo al vaporoso cielo
Varios leves celajes de oro y grana
Y una lista no más de vivo fuego;

Cercano mira el jóven el instante
Que esperaba con tal desasosiego,
Y al indicado sitio alarga el paso,
Miéntras se iba el crepúsculo extinguiendo.

Poco más de mil pasos de la Albaida,
Hácia poniente, entre árboles espesos,
Una rambla de arena se conserva,
Madre de claro arroyo en otro tiempo.

Un solitario risco la corona,
De pardo musgo entapizado á trechos,
En torno hay hondas quiebras y barrancos,
Desnudas peñas y frondosos fresnos.

Allí la fuente del Amir estaba
(Hoy es un sitio temeroso y seco);
Y allí llegó Mudarra, cuando el dia
Retiraba sus últimos reflejos.

La perspectiva hermosa que se ofrece
A la curiosa vista en aquel puesto,
Girando mudo en derredor los ojos,
Parado el jóven contempló un momento.

Ve al frente la ciudad majestuosa,
Que sobre el fondo del oscuro cielo
Aún más oscuras sus excelsas torres
Dibuja, y sus alcázares soberbios.

Vió á su diestra de Zahara los jardines,
Los pórticos, palacios y liceos;
Y hoy un desnudo llano sólo viera,
Pues hasta las ruinas perecieron (23).

Ve á la siniestra la tranquila Albaida,
Que pudiera llamar su hogar paterno,
Y á la espalda la sierra que se encumbra,
De poniente á levante, al firmamento.

Pronto las sombras tan soberbia escena
Delante de su vista confundieron,
Y junto al tronco de acopada encina,
Sobre la yerba se asentó el mancebo.

Aun de la gran ciudad á sus oídos
Llega el ronco bullicio de gran pueblo,
Y desde Zahara por el viento cunde
Són confuso de suaves instrumentos.

Una luz relucir mira en la Albaida,
La que alumbra de Zaide el aposento;
Y oyó en el llano pastoriles voces,
Fieles ladridos y balar corderos.

Era una noche de la fin de otoño:
La luna se elevaba á paso lento,
Pero oculta entre espesos nubarrones,
Rotos por partes, y por partes densos.

El reposo del orbe se aumentaba
Turbando sólo el general silencio
De las áridas hojas el murmurio,
O de nocturnos pájaros el vuelo.

Recostado en el tronco de la encina,
Agitado de varios pensamientos,
Y áun de terror oculto poseido,
Pasó el jóven Mudarra largo tiempo;

Cuando el veloz galope de un caballo,
Que se paró de pronto, oyó á lo léjos:
Despues moverse jaras y malezas,
Cual si álguien se acercara hácia aquel puesto;

Y pasos, y... Mas cesa de repente
Todo rumor, y el estridor violento
Le sucede de un arco sacudido
Y de flecha veloz el silbo horrendo,

De una flecha, que rauda resbalando
Por el turbante de Mudarra, el hierro
Clavó en el tronco á que la espalda apoya,
Toscas cortezas derribando al suelo.

Álzase el jóven sorprendido, helado:
Grita: «¡traicion!» y le responde el eco.
El albornoz á la siniestra envuelve,
Y con la diestra desnudó el acero;

Y oye cerca á una voz áspera, airada:
«¿Es esta tu destreza?... toma el premio:
»No errarás otro golpe... te lo juro...
»Yo solo basto... Muere, infame negro.»

Un ay profundo, y el pesado golpe
Sonó en seguida de quien cae al suelo,
Y un bulto blanco ante Mudarra sale,
Y de un desnudo alfanje el centelleo.

«¡Asesino!... ¡asesino!» el jóven grita,
Y al fantasma se arroja con denuedo,
Pues fantasma parece su enemigo,
De pié á cabeza en un barnuz envuelto.

Trábase horrenda lid: sólo retumba
De ambas cuchillas el sonoro encuentro:
El incógnito pone gran cuidado
En encubrirse y en guardar silencio.

Fuerte en las armas es, y ágil pelea
Con ira tal y con furor tan ciego,
Que más que defenderse, herir procura,
Y tiene al jóven en terrible aprieto.

Mas este que ocupado en su defensa,
Ve que reputacion pierde y terreno,
Pára con la siniestra un tajo, y pone
La aguda punta del contrario al pecho:

Del contrario tenaz, que furibundo
Se arroja sin pensar sobre el acero,
De negra sangre cálido torrente
Del traspasado corazon vertiendo.

Súbito el hierro matador retira
Asustado Mudarra: hondo silencio
Reinó un instante: un hórrido alarido
Lanzó el feroz fantasma, y cayó muerto.

El jóven retrocede horrorizado;
Mas su noble valor recobra luégo,
Y quiere conocer al enemigo
Que en tal peligro y trance tal le ha puesto.

Se acerca palpitante, desenvuelve
El rostro que el barnuz tiene aún cubierto,
Y á un rayo de la luna que resbala
Por rotas nubes, reconoce... ¡oh cielos!

Al cruel Giafar, al padre de Kerima,
Al primer personaje del imperio.
No sabe dónde está, torna á mirarle;
De su cabeza erízase el cabello;

Queda cual jóven escolar de un mago,
Que ignorante en los libros del maestro,
Halla un conjuro, y sin pensarlo evoca
Sombra infernal ó aterrador espectro.

Álzase de repente, y á la Albaida
Huye veloz, como cobarde ciervo,
Que estando descuidado en el arroyo,
Ve aparecer al tigre carnicero.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(18) *Aliman*, prefecto de la oracion en la mezquita.—*Alfaquí*, doctor de la ley.

(19) Llamáronse *mozárabes* los cristianos que quedaron conservando su industria, propiedades y religion en las provincias de España invadidas por los árabes, sometiéndose á su gobierno. Los que permanecieron así en Toledo, fueron los que alcanzaron mayores privilegios y proteccion, pues consiguieron seis iglesias, donde se celebraban los divinos oficios, y se administraban los Sacramentos, con la misa y el rezo ordenados por San Ildefonso. Esto prueba que no eran aquellos dominadores muy intolerantes. Aún hoy se conserva en la catedral de Toledo una capilla dicha mozárabe, donde se sigue aquel antiguo rito.

La palabra *mozárabe* es corrupcion de *mixtiárabe*, y segun otros, de *mustárabe*, voz arábiga que significa vivir con árabes. Véanse Aldrete, en sus *Antigüedades de España*, el *Chronicon* de Genebrardo, Mondéjar y otros autores.

(20) *Aberroes*, filósofo y médico cordobés, célebre por su obra de medicina titulada *El Colliget*, y por sus comentos á Aristóteles y á Platon, floreció casi siglo y medio despues de Almanzor. Pero si Rafael de Urbino le colocó entre los antiguos filósofos en su gran cuadro de la *Escuela de Atenas*, bien puede disimularse al poeta el anacronismo de hacerle maestro de la hija de Giafar, por el gusto de mencionar á este esclarecido paisano suyo.

(21) El convento de la Arrizafa está poco más de un cuarto de legua al NO. de Córdoba, casi á la falda de la sierra, en un sitio apacible y ameno. Por allí debian de tener los moros un cementerio, como lo demuestran varias losas halladas en aquel lugar con un turbante esculpido.

Conde, traduciendo los manuscritos árabes, dice: «Este año (756) mandó Abderrahman labrar la Rusafa, construyó y »renovó la Calzada antigua, y plantó allí una huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubria toda, y tenia »maravillosas vistas, y en esta huerta plantó una palma, que era entónces única, y de ella procedieron todas las que hay »en España. Cuéntase que desde la torre solia contemplar aquella palma el rey Abderrahman; la cual acrecentaba más »que templaba su melancolía, por los recuerdos y memorias de su patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos »versos suyos *de la palma*, que andan en boca de todos.

«Tú tambien, insigne palma,
»Eres aquí forastera,
»De Algarbe las dulces auras
»Tu pompa halagan y besan:
»En fecundo suelo arraigas,
»Y al cielo tu cima elevas:
»Tristes lágrimas lloraras,
»Si cual yo sentir pudieras.
»Tú no sientes contratiempos,
»Como yo, de suerte aviesa:
»A mí de pena y dolor
»Continuas lluvias me anegan.

»Con mis lágrimas regué
»Las palmas que el Forat riega,
»Pero las palmas y el rio
»Se olvidaron de mis penas,
»Cuando mis infaustos hados
»Y de Alabâs la fiereza
»Me forzaron á dejar
»Del alma las dulces prendas.
»A tí de mi patria amada
»Ningun recuerdo te queda;
»Pero yo triste no puedo
»Dejar de llorar por ella.»

(22) Aún se llama *Castillo de Albaida* una casa de campo fundada sobre antiguas ruinas, situada segun se describe en este pasaje del poema, y perteneciente á los condes de Hornachuelos.

(23) Parece increible que no existan ya ni vestigios de la ciudad de Zahara. Veamos lo que de ella dicen los manuscritos árabes traducidos por Conde. «El rey Abderrahman Anasir solia pasar las temporadas de primavera y otoño en un »apacible sitio á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo; y por la frescura y amenidad del lugar, por sus alamedas »y espeso bosque mandó edificar allí un alcázar, con muchos edificios magníficos y muy hermosos jardines contiguos; »y lo que ántes habia sido una casa de campo, se trasformó en una ciudad. En medio de ella estaba el real alcázar, obra »grande y de elegante fábrica. Mandó poner en él cuatro mil y trescientas columnas de preciosos mármoles, todas de »maravillosa labor. Entraban cada dia en la obra seis mil piedras labradas, sin las de mampostería, que eran infinitas. »Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuadras estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados ó artificiosos »cortes: las paredes asimismo cubiertas de mármol con varios alizares ó fajas de maravillosos colores: los techos pinta»dos de oro y azul con elegantes ataujías y enlazadas labores: sus vigas, trabes y artesonados de madera de alerce de »prolijo y delicado trabajo. En algunas de sus grandes cuadras habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina en »pilas, conchas y tazones de mármol de elegantes y varias formas. En medio de la sala que llamaban del Califa, habia »una fuente de jaspe, que tenia un cisne de oro en medio, de maravillosa labor, que se habia trabajado en Constantina, »y sobre la fuente del cisne pendia del techo la insigne perla que habia regalado á Anasir el emperador griego. Conti»guos al alcázar estaban los grandes jardines con diversidad de árboles frutales y bosquecillos partidos de laureles, »mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros lagos, que ofrecian á la vista pintados los hermosos árboles, el »cielo y sus arreboladas nubes. En medio de los jardines, en una altura que los dominaba y descubria, estaba el pabe»llon del rey, donde descansaba cuando venia de caza. Estaba sostenido de columnas de mármol blanco con muy bellos »capiteles dorados. Cuentan que en medio del pabellon habia una grande concha de pórfido, llena de azogue vivo que »fluia y refluia artificiosamente, como si fuera de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor que des»lumbraba. Tenia en los jardines diferentes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y hermosura. Las alcatifas, »cortinas y velos, tejidos de oro y seda con figuras de flores, selvas y animales, eran de maravillosa labor, que parecian »vivas y naturales á los que las miraban. En suma, dentro y fuera del alcázar estaban abreviadas las riquezas y delicias »del mundo, que puede gozar un poderoso rey. Se llamó esta ciudad Medina Azahrâ, del nombre de una hermosa es»clava del rey, á la cual amaba y distinguia entre todas las otras de su haren. Edificó en Medina Azahrâ una mezquita, »que en preciosidad y elegancia aventajaba á la grande de Córdoba, y construyó tambien en ella la Zeca, ó casa de »moneda, y otros grandes edificios para estancias de sus guardias y caballería. Acabóse la obra principal el año 325; y »dice Xaquiqui, que costó sumas inmensas, etc., etc.»

Por muy exagerada que se suponga esta descripcion, no parece que pueda revocarse en duda la existencia de la ciudad llamada Medina Azahrâ, ni es fácil explicar cómo ha desaparecido tan completamente. El sitio que ocupó, es hoy una dehesa entre los llanos de la Albaida y los de las cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que sólo tiene una cerca moderna con establos para la cría de potros. El recinto lleva el nombre de *Córdoba la vieja.*



ROMANCE TERCERO

> «Valiente eres, capitan,
> Y cortés como valiente:
> Con tu espada y con tu trato
> Me has cautivado dos veces.»
>
> *Góngora.*

Inquieto Zaide está: vió en occidente
Hundirse el sol, y descoger su manto
La oscura noche, y vió sobre las nubes
La luna alzarse en su argentino carro;

Y aún no parece el Huérfano querido
En el tranquilo hogar. Ya el cuerdo anciano
De sus amores penetró el secreto,
Y le da su tardanza sobresalto.

Una vez y otra vez desde la torre
La vista tiende á los vecinos campos:
Sube á su estancia; baja á los jardines,
Por Mudarra pregunta á sus esclavos.

Al fin sale á esperarle á la plazuela,
Do salta un surtidor, y cuyos arcos
Arreboleras, hiedras y jazmines
Visten entretejidos y encañados.

La noche avanza, su inquietud se aumenta,
No parece el garzon, quiere buscarlo;
Y desciende á los bosques convecinos,
Y entre los rudos troncos gira un rato;

Cuando oye por la senda, que á la fuente
Del Amir va, los presurosos pasos
De alguno que á la Albaida se encamina
Sobre la muerta pompa del verano;

Y luégo ve acercarse de carrera
Un bulto que el rumor viene causando.
Pronto le reconoce... sí... Mudarra!
Ya le recibe mudo en su regazo.

Mas ¡en qué situacion llega el mancebo!
¡Oh santo Dios, en qué terrible estado!
Pálido, alienta apena, en torno gira
Los ojos, que terror pintan y espanto;

Desceñido el turbante al viento ondea,
Desnudo el hierro muéstrase en su mano;
Y hierro, y mano, y manga es negra sangre,
Y sus miembros temblor, nieve su tacto.

Todo al punto lo advierte Zaide, y todo
Le está de horror el corazon ahogando:
Cuájasele la sangre, y confundido,
Prorumpe así con balbuciente labio:

«¡Oh Mudarra!...¿qué es esto?...¡ay hijo mio!...
¿Qué golpe amaga á este infelice anciano?
¡Mudarra!... ¿no respondes?»—El mancebo,
Al conocido acento en sí tornando,

Alza la faz, lanza un gemido, y dice:
«Al padre de Kerima muerte he dado.»
Y con nuevo terror quiere esconderse
Del tierno Zaide en los amigos brazos.

«¿Cómo? pregunta el viejo, has dado muerte
A Giafar!—A Giafar,» responde ahogado
El mísero garzon; y Zaide exclama:
«¿Quién penetra tus miras, cielo santo?

»Oh poderoso Alá... ciertas, terribles
Son tus venganzas: sí, la eterna mano
Que las estrellas rige, inexorable
Pesa sobre la frente del malvado.

»¡Oh jóven! de las iras del Eterno
Es ya ministro tu inocente brazo.
Álzate, torna en tí; noble principio
Á tus venganzas sin saberlo has dado.

»Álzate, torna en tí: llegó el momento
De la revelacion; llena los altos
Destinos á que el cielo te encamina;
Cúmplanse sus decretos soberanos.»

Tales palabras del turbado jóven
El corazon confuso reanimaron;
Lumbre de gloria relució en sus ojos,
Cesó de pronto su abatido espanto:

Sintió su sangre hervir, miró el anillo,
El misterioso anillo que la mano
Adornó de Zahira; estremecióse,
Y la diestra estrechó del viejo sabio.

Este, resuelto, «sígueme, le dice:
Ven conmigo al jardin, y de los astros
Allí en presencia, con el fiero adorno
De esas ropas que sangre están manando,

»Y con esa invencible cimitarra
Firme en tu diestra; escucha de mi labio
La maldad de los hombres, los desastres
Que presidieron á tu orígen claro,

»Y la alta obligacion que el cielo impuso
A tu nacer. El tiempo no perdamos,
Pues debes para siempre estas riberas
Dejar ántes que el sol tienda sus rayos.»

¡Ay!... las palabras últimas de Zaide
El pecho de Mudarra traspasaron.
Tembló, fijó la planta, quedó inmoble,
Y un suspiro lanzó. Viéndolo el ayo,

Con gran resolucion y fuerte diestra
Le ase y sacude la siniestra mano,
Y «¡Oh Mudarra!...¡oh Mudarra!...en este instante
No vil temblor, esfuerzo es necesario,»

Grítale, y ante sí firme le impele:
Y entrambos pasan del castillo el atrio,
Y en gran silencio, del jardin caminan
Por las calles de adelfas y naranjos.

Llegan á un sitio de él, donde sus puntas
Siete cipreses jóvenes alzando,
Una cuadrada losa circundaban
Bruñida y sin emblema ni epitafio;

Sitio donde Mudarra muchas veces,
Con la atencion de los primeros años,
Del docto Zaide oyó doctos consejos,
Y de honra y de virtud sublimes rasgos;

Y do siempre curioso preguntara
Lo que guardaba aquel pulido mármol,
Recibiendo tan sólo por respuesta
Tiernas caricias, lágrimas y abrazos.

Páranse pues allí; sobre la losa
Se asientan mudos y abatidos ambos,
Y alza la faz al vaporoso cielo,
Sin prorumpir palabra, el noble anciano.

Su marchito semblante iluminaba,
Por la cándida barba resbalando,
El claror de la luna, que triunfante
De las nubes reinaba en el espacio.

Su venerable rostro las señales,
Y los ojos de lágrimas preñados,
Daban de quien recuerda atroces hechos,
Y le falta la voz para contarlos.

Mudarra en sus facciones juveniles,
Vuelta la espalda al disco plateado,
De oscuridad cubiertas, escondia
Inquietud, atencion, dolor y espanto.

Estaba el viento en calma; blandamente
El aura heria los desnudos ramos;
Reinaba hondo silencio; pero Zaide
Rompiólo al fin de esta manera hablando.

«Muerto el rey Alhaken, Giafar, ansioso
De conservar de Hagib el sumo cargo
Con nuevos triunfos, emprendió la guerra,
Y á Castilla y Leon cubrió de espanto.

»Yo seguí sus pendones victoriosos
En el vigor de mis robustos años,
Y fuí parte y testigo de una empresa,
Que tuvo cual injusta el resultado;

»Pues, como sabes, al volver triunfantes,
De horror, de sangre y de victorias hartos,
Y de despojos ricos, y oprimiendo,
Turba infeliz de míseros esclavos;

»Un digno caballero de Castilla
Con pequeño escuadron de sus vasallos,
Nos siguió y sorprendió, del Guadarrama
Entre los bosques, quiebras y peñascos.

»Y los que vencedores é invencibles,
Cual rápido torrente, derribamos
El poder colosal del cristianismo,
El esfuerzo leonés y el castellano;

»Fuímos vencidos, rotos y deshechos
Por tan escasa hueste, y por el brazo
De un solo caballero, que de luto
Cubrió á su turno nuestro suelo patrio.

»¡Terrible y desastroso fué aquel dia,
Para el imperio musulman aciago!
¿Dó el esfuerzo andaluz?... sólo un guerrero
Tronchó sus palmas, agostó sus lauros.

»Yo combatí cual bueno: lanza á lanza
Embestí al generoso castellano,
Que un escollo de acero parecia,
Y lidiamos los dos un largo espacio.

»Le encontré irresistible, y á sus golpes
Herido yo, sin fuerzas mi caballo,
Cedí, cayendo en la menuda yerba,
Su verdor con mi sangre marchitando.

»No ví más la matanza, pues mis ojos
Oscurecidos con letal desmayo,
Cuando á la vida y á la luz se abrieron,
En un albergue pastoril me hallaron.

»Me encontré con asombro en pobre lecho,
Do una tosca zagala y un anciano
Me prodigaban útiles socorros,
Gran interés en mi vivir mostrando.

»¡Oh, cuán injustos son nuestros juicios,
Cuando en la diferencia los fundamos
De usos y religion!... Pues fué el primero
Que á mi mente ocurrióse en aquel caso,

»El que estaba cautivo, la asistencia
Atribuyendo de los dos villanos
Al afan de obtener con mi persona
Rescate rico ó vigoroso esclavo.

»Casi á la muerte me tornó esta idea;
Mas ¿cuál fué ¡cielos! mi sorpresa y pasmo,
Al ver aquel que suspendido habia
Sobre mi frente de Azrael el brazo?»

Hallé á Nuño Salido junto al lecho,
De gozo, al verme vivo, enajenado,
Que con grande ternura, *¡oh Zaide!* dijo,
¡Oh noble bienhechor! no eres esclavo.

»*En cuanto ayer á mi señor osaste*
Acometer con ánimo gallardo,
Te conocí. Al mirarte en tierra herido,
Quién eras, le grité; y él ya prendado

»*De tu gentil aspecto y bizarría,*
Mandóme socorrerte, del estrago
Sacarte, y conducirte á su presencia,
Do hallarás libertad, honra y aplausos.

»*Animo, Zaide bueno; tus heridas*
Peligrosas no son. Al punto vamos
A ver á mi señor, que honrarte anhela
Con su noble amistad y dulce trato.

»Yo al conocer á Nuño, al escucharle,
Al ver su rostro en lágrimas bañado,
Fuí á arrojarme á sus plantas desde el lecho,
Y me encontré en su seno y en sus brazos.»

Aquí el discurso enternecido Zaide
Suspendió, á tal recuerdo suspirando;
Pero anudóle al punto, y de este modo
Tornó á alentar su venerable labio:

«Era Nuño un ilustre caballero,
Que por mí en otra guerra cautivado,
Vino conmigo á Córdoba; y halléme
Con un amigo, en quien pensé un esclavo.

»Ya su destreza en las guerreras armas,
Su noble aspecto y su valor bizarro
Llamaron mi atencion, desde el momento
Que lanza á lanza le apresé en el campo;

»Y luégo su entereza en la desgracia,
Su extrema rectitud, su ingenio claro,
Su excelente carácter, sus virtudes,
Y su rara instruccion me cautivaron.

»Él me enseñó caballerescas artes,
Al mismo tiempo que su idioma patrio;
En un grande infortunio fué mi apoyo,
Y siempre amigo y consejero sabio.

»Quince dichosas lunas que nos vieron
Siempre juntos, veloces se pasaron...
Mas ¿cómo yo abusar de sus bondades,
Ni él llamarse feliz en suelo extraño?

»Al fin era un cautivo, y en su frente
Divisaba los hórridos nublados
De quien se encuentra de su hogar paterno,
De sus deudos y amores apartado;

»Y libre y rico le torné á su patria.
El cielo bienhechor allí le trajo,
Do de la esclavitud y de la muerte
Libre me viera por su amigo amparo.

»—En nudo estrecho, y desahogando el alma
Una gran pieza con sollozos blandos
Permanecimos... ¿qué medicamento
Pudiera haber tan saludable y grato?

»Restauradas sentí mis fuerzas todas,
Y oprimiendo los lomos de un caballo,
Que Nuño á pié del diestro dirigia,
A un castillo partimos inmediato.

»El valiente adalid en él estaba
Con los suyos, gozoso celebrando
El banquete del triunfo, en el momento
Que á su vista los dos nos presentamos.

»Cuarenta primaveras contaria...
La edad que entónces yo. Fuerte y gallardo
Era su talle, su semblante hermoso,
Sus grandes ojos rutilantes astros.

»Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Eran su nombre y título. Al mirarnos
Interrumpió el festin, y recibióme
Con franco aspecto, y me alargó la mano.

»Siete hermosos mancebos coronaban
La sobria mesa: apénas quince años
Contaria el menor, de cuyo rostro
Y gentil corpulencia eres retrato:

»Veintidos el mayor. Eran los hijos
Del noble valentísimo Gonzalo;
Y Nuño, mi constante y generoso
Amigo, de ellos preceptor y ayo.

»Sus brazos nos robaron la victoria,
Siendo la prez y honor de los cristianos:
¡Mancebos generosos! dignos eran
De haber nacido con mejores hados.

»El padre en medio de ellos parecia
Noble leon, que en los masilios campos
Invencible su régia pompa ostenta,
De sus fuertes cachorros circundado;

»Oh generosa palma del desierto,
Cuyos renuevos á su pié lozanos
Ofrecen la esperanza al peregrino
De darle, un tiempo, bienhechor restauro.

»Obsequios y caricias recibiendo
Del padre y de los jóvenes gallardos,
Permanecí hasta el punto en que su lumbre
Templaba el sol en el remoto ocaso:

»Que afable entónces el señor de Lara
Se alzó, y me dijo, asiéndome la mano:
Vé en paz, valiente Amir, que yo á Castilla
Torno, pues ya su conde está vengado.

»*Vuelve á tu patria; pero nunca olvides*
La estimacion que á tu valor consagro,
Y plegue á Dios iluminar tu mente
De la fe sacrosanta con los rayos.

»Y yo le respondí: *Caudillo insigne,*
Me has dos veces vencido y cautivado,
Una con tu denuedo y fuerte lanza,
Otra con tu presencia y noble trato.

»*Alá te guarde, y de tus nobles hijos*
En medio vivas los eternos años
Que en el Líbano el cedro generoso,
Para ser de guerreros el dechado.

»Me abrazó el héroe, y como firme prenda
Me dió esta daga, que de mí no aparto:
Yo coloqué en su diestra un rico anillo...
Ese mismo que tienes en tu mano.»

Calló un momento Zaide: estremecióse
Mudarra, y lleno de sorpresa y pasmo
Miró el anillo, en cuyas ricas piedras
Las luces de la luna rielaron;

Y concibiendo por la prenda rara
Mayor respeto y misterioso espanto,
Iba á hacer mil preguntas anheloso;
Mas de este modo lo impidió el anciano:

«Me encontré á la salida del castillo
Con dos ilustres moros, libertados
Tambien por Lara, para escolta mia,
Con armas, provisiones y caballos;

»Y emprendí á estas riberas mi regreso
A cortas marchas y con lento paso,
Pues bien que leves mis heridas fueran,
Necesité remedios y descanso.



»Entré por fin en Córdoba, aún cubierta
De luto, de terror, de angustia y llanto;
Aunque era gran consuelo en tal desastre
Ver á Giafar depuesto y humillado.

»Almanzor generoso ya ocupaba
De excelso Hagib el merecido cargo,
Y viendo en mí á su amigo de la infancia,
Caricias mil me prodigó y aplausos.

»A restaurar el vacilante imperio
Aplicó su saber, y sospechando
Que la pasada rota alentaria
A los siempre rebeldes mauritanos;

»Trató de asegurar paz duradera
Con Castilla y Leon, para á su salvo
El Africa observar; y de entablarla
Me dió al momento el importante encargo.

»Restablecido apénas, el recinto
Dejé de esta ciudad, acompañado,
Por séquito y decoro en mi embajada,
De doce musulmanes ilustrados.

»De tejidos de Persia, de jaeces,
De damasquinas armas, de caballos
Árabes y andaluces, y de alfombras,
Filigranas, perfumes y penachos,

»Llevé rico presente; y de Toledo
Las gigantescas torres saludando,
Y las nevadas cumbres de Fonfría,
El confin penetré del castellano.

»Pronto avisté de Burgos las almenas;
Y su nuevo señor, el conde Sancho,
Asistido de nobles y magnates,
Afable recibióme en su palacio.

»Era don Sancho el sucesor y el hijo
Del conde don García, que lidiando
Murió en la última guerra, y tan mancebo,
Que aún el cetro regir no le era dado.

»El gobierno supremo de Castilla,
Aunque siempre en su nombre, estaba á cargo
De su madre doña Ava, del Ulema,
Que llaman arzobispo los cristianos,

»Y del gran Gustios, el señor de Lara,
Mi amigo y vencedor, por cuyo amparo
Hallé grata acogida, y cuyo influjo
Facilitó la paz que fuí buscando.

»Los usos y costumbres castellanas,
Sus raras leyes y su rito extraño,
Que observé á mi placer aquellos dias,
De admiracion y asombro me llenaron.

»Advertí la ignorancia y la rudeza
De aquel naciente reino, que fundado
A fuerza de valor y de altos hechos,
Hierro y ferocidad son sus ornatos.

»¡Ay de nuestro florido y ancho imperio,
Si ántes de corromperse los cristianos,
Sus discordias domésticas olvidan,
Y procuran unidos derribarlo!

»Ajustada la paz, Gonzalo Gustios
Me llevó á la cabeza de su estado,
A la villa de Salas, do tenia
Su alcázar, su familia y sus vasallos.

»Allí torné á encontrar sus siete hijos,
En Castilla y Leon apellidados
Los Infantes de Lara, y del buen Nuño
Volvíme á ver en los amigos brazos.

»¡Oh, qué hospitalidad, franca y sencilla,
Fieles, infieles, moros, castellanos,
Y nobles y plebeyos encontraban
En el soberbio alcázar de Gonzalo!

»En él me hallé y en un banquete, el dia
Que el cielo con certísimos presagios
Anunció á la familia sin ventura
El recio temporal do ha naufragado.

»A la mesa cubierta de viandas,
Coronada de nobles y de hidalgos,
Y por Lara y sus hijos presidida,
Me hallaba yo contento y descuidado,

»Con varios extranjeros, y dos moros
De mi acompañamiento, insignes ambos,
Uno en alquimia, plantas y elementos,
Otro en la oculta ciencia de los astros.

»De altos hechos tratábamos, de guerras,
Y de los lances de la caza; cuando
Desprendido cayó del alto muro,
Y á tierra vino con rumor extraño

»El fuerte escudo del señor de Lara,
Que un dorado castillo en rojo campo,
Blason de su linaje esclarecido,
Ostentaba en su centro; y que colgado

»Sobre pendones, lanzas y despojos,
Coronaba un trofeo. El sobresalto
Fué general; y de Gonzalo Gustios
El hijo más pequeño (que Gonzalo

»Se llamaba tambien, y de quien eres,
Como torno á decirte, fiel retrato),
Al tiempo de volver el cuerpo y rostro,
Un salero volcó sin repararlo.

»Nótanlo todos; y las dos señales,
Funestas en Castilla, asombro helado
Dieron al corazon de los presentes,
Como silencio fúnebre á sus labios.

»Gustios, aunque tan grande en fortaleza,
Tembló tambien, y no alentó; y pasmado
Miró al bueno y fiel Nuño, cuyos ojos
A la muda pregunta se arrasaron.

»Yo alcéme pronto, y sin saber qué hacia,
Cogí el volcado escudo, y con mis manos
Lo torné al alto sitio... El cielo ahora
Me descubre tambien que fué presagio.

»El uno de mis moros, el que era
En las ciencias ocultas extremado,
La hora y el dia en que nació el mancebo
Preguntó, le pidió la diestra mano,

»Y en su palma observó ciertas señales,
Misteriosas palabras murmurando.
Todos en derredor con gran silencio
Y gran curiosidad nos agolpamos;

»Pero él, mudada la color del rostro,
Clavó la vista en el garzon gallardo:
No osó pronosticar: sacó del seno
Una bolsa de cuero y de recamos,

»Y de ella un pequeñuelo pergamino
Con signos cabalísticos marcado:
Se lo dió, y le encargó tenerlo siempre
Sin jamás de su cuerpo separarlo.

»Sonrióse el jóven, pero cuerdo el padre
Admitiólo cortés; miéntras mostraron
En la faz los que en torno se encontraban,
Disgusto insultador, desprecio amargo.

»Un peregrino que asistió á la mesa
Griego, segun el traje, penetrando
Hasta do estaban Gustios y sus hijos,
Desprendióse del cuello un relicario,

»Que una astilla de leño contenia,
Imperceptible casi, y con extraño
Lenguaje prorumpió: *Dios me concede*
A la hospitalidad mostrarme grato.

»*De tu sangre te guarda, hermoso jóven,*
¡Una gran fiesta abortará mil daños!...
Suelta el vil talisman, toma esta prenda,
Que es prenda santa y te dará su amparo.

»Dijo, y colgóla al pecho del mancebo,
Quien reverente la llevó á los labios;
Y con gran devocion, al verla, todos
Humildes á adorarla se postraron.

»Mas ¡ay! ni al talisman ni á la reliquia
En nuestros pechos reponer fué dado
La dulce calma y plácido contento,
Que á la par del broquel se desplomaron.

»Ya era Salas mansion desapacible
Por tal suceso, y porque á paso largo
Con nieve y lluvias avanzó el invierno;
Y á la corte de Burgos regresamos.

»A poco tiempo celebró sus bodas
El noble Rui-Velazquez, un hermano
De la esposa de Gustios, y orgulloso
Ostentó en ellas su grandeza y fausto.

»Era el tal Rui-Velazquez el caudillo,
Que falto de experiencia, aunque bizarro,
Llevó á la muerte al conde don García,
De Castilla el valor desperdiciando;

»Pues jóven, sin consejo ni experiencia,
A Gustios antepuesto, el sumo mando
Logró obtener en la postrer campaña,
Por ser lucido y diestro cortesano.

»Y como al mismo ejército y pendones,
Que él con todo el poder de los cristianos
No pudo resistir, venció en seguida
Con tan escasa hueste su cuñado;

»De envidia lleno el corazon maligno,
Le detesta feroz, pues los aplausos
Que tributó Castilla á la alta hazaña,
Los juzga de su honor en menoscabo.

»Al verle con doña Ava y el Ulema
El cetro gobernar del conde Sancho,
Premio digno al valor con que á su patria
Salvó glorioso del postrer estrago;

»Arde en saña su pecho, y sólo anhela,
Bien que escondiendo su furor insano,
Al héroe derribar, que á su derrota
Dió noble enmienda con robusto brazo.

»Trató su enlace pues con doña Lambra,
Dama de gran linaje y rico estado,
Aunque hermosa y gallarda, altiva y fiera,
Y no en la flor de los primeros años.

»En el templo de Burgos fué la boda,
Con pompa y con magnífico aparato,
Y magníficos fueron los convites,
Los festejos, las danzas y saraos.

»Gustios de Lara con los siete Infantes
Asistió, de Velazquez siempre al lado,
Y él, y sus hijos, y sus deudos todos
Ricamente á los novios regalaron.

»Las extremas caricias, los obsequios,
Los elogios sin cuento y los abrazos,
Que estaban Rui-Velazquez y los suyos
A Gustios y á sus hijos prodigando,

»Fueron entónces tales, que mi pecho
Con sospecha y temor atribularon;
Pues los que aborreciendo, tanto halagan,
De saciar su furor están cercanos.

»—Los deudos de la novia una gran justa
En la plaza de Burgos convocaron,
Empresas y ropajes dispusieron,
Cotas, paveses, lanzas y caballos.

»De doña Lambra primo Alvaro Sanchez,
El montañés gigante apellidado
Por su vigor y prócer estatura,
Era el mantenedor con otros cuatro;

»De lanza á lanza sostener debiendo
Con cuanto guerreador viniese al paso,
Que ninguna á la novia aventajaba
En sangre ilustre, en hermosura y garbo.

»Publicóse el cartel á media noche,
Y se fijó en las puertas del palacio,
De cien antorchas á la roja lumbre,
Al són de trompas y á la voz de heraldos.

»Hirvió la sangre juvenil, ardieron
Los nobles pechos de los siete hermanos,
Y ya gozosos entre sí trataban
De armaduras, divisas y penachos;

»Cuando el sesudo padre en mi presencia,
Y del discreto Nuño aconsejado,
Los reunió y abrazó, y afable y tierno
Así les dijo con prudente labio:

»*Hijos, templad vuestros fogosos pechos,*
No requirais las armas y caballos,
Que no es para vosotros esta justa,
Y no debeis en ella presentaros.

»*Sostener de su esposa la belleza*
Y la alcurnia, á vosotros no ha encargado
Vuestro tio Rui-Velazquez: los parientes
De ella la empresa toman á su cargo.

»*Ajeno es de vosotros combatirla,*
Dejad que la combatan los extraños:
Sed sólo espectadores de una lucha,
En que fuera perder, ganar el lauro.

»*No, no es para vosotros, hijos mios...*
¡Ay!... ¡Aquel peregrino!... ¡Los presagios!...
Parte no tomareis en la tal fiesta:
Si no basta mi ruego, yo os lo mando.

»Dijo el padre, y quedaron los mancebos
Con la impaciencia de corcel gallardo
Que va suelto á arrojarse á la carrera,
Y le contiene la prudente mano.

»Llegó el dia fatal: la extensa plaza
Inundó ansioso pueblo, y por tablados,
Antepechos, terrados y barreras
Fuése á la luz primera acomodando.

»En un balcon, donde de seda y oro
Descollaba un dosel, el conde Sancho,
Su madre, el arzobispo y el de Lara
Los supremos sillones ocuparon;

»Y en el opuesto frente, los esposos,
De joyas y de plumas adornados,
Un espacioso corredor, vestido
De yerba y flores, y de emblemas varios.

»Por séquito llevaban veinte pajes,
Escuderos y damas, diez hidalgos
Eran su escolta, y deudos y parientes
En derredor con ellos se asentaron.

»De allí no muy distante honrado puesto
Yo con los mios ocupé, y al lado
Caballeros leoneses lo tenian,
Extranjeros ilustres y prelados.

»Los siete Infantes, con lucidas galas
Y con gallardas plumas muy bizarros,
Andaban recorriendo entre el bullicio
La extensa plaza, pórticos y andamios;

»Y cada cual, al punto del despejo,
Segun su inclinacion se fué buscando,
Escaso asiento junto á alguna hermosa,
Y en la barrera lo encontró Gonzalo.

»Se asordó el viento con los recios sones
De timbales y trompas; los heraldos
El cartel y las leyes de la justa
De nuevo en alto acento pregonaron;

»Y los mantenedores á la liza,
De pajes y padrinos rodeados,
Ceñidos de magníficos arneses,
Salieron en fortísimos caballos.

»El gigante orgulloso, Alvaro Sanchez,
Sobresalia entre los otros cuatro,
Como alta torre entre los altos muros,
Una fornida lanza manejando.

»Luengas espadas ostentaban todos,
Anchos escudos, y pendiente al lado
Del dorado borren la fuerte maza,
Y por empresa un sol, rey de los astros.

»El combate empezó: lances diversos
En él hicieron caballeros varios.
Allí dos de Alafranc y dos leoneses
Con la espalda midieron el estadio;

»Y cuantos guerreadores en la arena
Conquistar intentaron aquel paso,
Las lanzas rotas, los corceles muertos,
Vencidos fueron y por tierra echados.

»Aunque de los que el puesto mantenian,
Tambien cayeron á su vez los cuatro;
Vengólos Alvar Sanchez, que invencible
Derribó fuerte cuanto vino al campo.

»No era noble y gentil su continente,
No diestro se mostraba ni gallardo;
Pero era emblema de la fuerza, estaba
Más firme que los toros de Guisando (24).

»La torre de Carrahola (25) parecia,
Cuando la tempestad la embiste en vano,
Y en ella el huracan embravecido
Se estrella, ronco de furor bramando.

»Doce conquistadores ya vencidos,
De arneses, mallas, plumas y penachos,
Y de astillas y sangre la ancha plaza
Toda cubierta estaba, y al ocaso

»Se retiraba el sol. En la ancha arena
A Castilla y al orbe provocando,
Los cinco justadores persistian
En ocio por la falta de contrarios.

»Alvar, enardecido y orgulloso,
Ronco gritaba así de cuando en cuando:
¿No hay ya quien ose combatir conmigo?...
Salga el que no me tema, aquí le aguardo.

»Mas como nadie á responder saliese,
Para dar diversion al vulgo vano,
Un juglar que servia á doña Lambra,
No sé si malicioso ó mentecato,

»En quien tenia su privanza ella
Por regocijador de su palacio (26);
Dejando el escabel de su señora,
Do el tiempo habia de la justa estado,

»Bajó á la plaza, del bonete rojo
Los gruesos cascabeles repicando,
Y de su traje de botarga haciendo
Ostentacion con gestos y con saltos,

»Empezó á recorrer la extensa liza,
Una hinchada vejiga atada á un palo
Revolviendo en el aire, ó ya con ella
El suelo y los puntales golpeando.

»Fué universal la risa: le tiraban
Bollos, frutas, confites; y él, ufano,
Ya afrentaba insolente á los vencidos,
Ya daba al vencedor necios aplausos.

»Al pasar inmediato al antepecho,
Do sin mirarle hallábase Gonzalo,
Haciendo contorsiones y figuras,
Prorumpió así con atrevido labio:

»*¿Qué tal, qué tal, mancebo? Allí no hay trampa,*
Ni gallardías, ni impotente garbo:
Todo allí es corazon, y todo es puño,
Y los ojos cerrar, y dar trancazos.

»*Mi alma con la suya... Dios nos libre*
De que enarbole en contra nuestra el brazo:
No es un galan de alcorza... Dijo y fuése,
Cabriolas mil y carcajadas dando.

»Furioso á castigarle se arrojara,
Encendido de cólera Gonzalo;
Pero respeto al padre le contuvo,
Y alzóse de su puesto despechado,

»Cuando al llegar á un corro en otra parte,
Oyó decir á un labrador anciano:
Ya no se halla en Castilla quien compita
En fuerza y en poder con ese hidalgo.

»*Es un jayan*, repuso otro del pueblo,
Que pudiera de un soplo hacer pedazos
La mezquita de Córdoba. Los Laras
Lo aciertan con estarse en los andamios.

»Prosiguió el labrador: *Muy bien han hecho,*
Aunque hubieran salido del engaño
De que son invencibles. Otro dijo:
Harta disculpa tienen, son muchachos.

»Colmóse la medida, ardió en el pecho
Del jóven un volcan, y rebramando,
Ni vió más, ni oyó más; y del concurso
Y de la plaza huyóse sofocado.

»Mas nadie lo notó. Los justadores
En inaccion siguieron grande rato,
Y ya el vulgo impaciente se mostraba
Del vil juglar y de sus chistes harto;

»Cuando las huecas trompas y timbales
Con general contento resonaron,
La llegada anunciando de un guerrero
Que viene á combatir. Por los tablados

»Cundió el rumor confuso de gran pueblo,
Que se fué nuevamente acomodando,
Y que hundióse en silencio al punto mismo
Que el nuevo guerreador entró en el campo.

»Toscas vulgares armas, ni áun lucientes,
Sin plumas ni labores pobre casco,
Calada la visera, y un escudo
Liso, sin mote, ni blason, ni ornato,

»Sacaba el caballero, y en la cuja
Una lanza de guerra, y un caballo,
No de tendida crin y noble aspecto,
Aunque ligero y dócil al bocado.



»Del peto y espaldar hebillas varias
Sin abrochar estaban demostrando,
Que acababa de armarse á toda prisa,
Como todos al punto lo notamos.

»Eran tales su gracia y gentileza,
Tanta la habilidad, soltura y garbo
Con que regía el pisador, y tales
Su noble talle y cabalgar gallardo;

»Que adiviné quién era en el momento,
Y todos ó los más lo adivinaron.
Mas por aquel instinto que resalta
Siempre en la muchedumbre, no hubo un labio

»Que imprudente su nombre pronunciase,
Y fué el silencio universal, tornando
Todos la vista hácia el señor de Lara,
Que escondió el rostro con entrambas manos.

»Yo miré á Rui-Velazquez, cuyos ojos
Ardieron de furor, y con recato
Habló algunas palabras al oído
De doña Lambra, que su faz turbaron.

»Dió el caballero en torno á la estacada
Un airoso paseo, acreditando
Quién era más y más, y haciendo pruebas
Del poder y obediencia del caballo;

»Y parándose en medio, en voz sonora
Pidió con Sanchez combatir. Negado
Por los jueces le fué, por no ser Sanchez
El que debia sostener el campo,

»Pues ántes de su turno, lo tenian
Para entrar en la lid dos de los cuatro.
La ley fué obedecida, y presentóse
Aquel á quien tocaba, muy ufano;

»Pero apénas salió, vióse en la arena
Con potro, escudo y lanza derribado,
Al choque del incógnito, que mudo
Tornó á ocupar su puesto á lento paso.

»Salió el segundo, las primeras lanzas
Valiente resistió de brazo á brazo:
No fué tan venturoso en las segundas,
Y vencido cayó del potro abajo.

»El pueblo lleno de sorpresa estaba,
Faltándole la voz para el aplauso,
Porque ve con pavor llegado el punto
De que éntre el fuerte Sanchez al estadio.

»Cubierto estaba de sudor y espuma
El corcel del incógnito. Saltado
Habian las hebillas de su almete:
Grítale el pueblo: *Toma otro caballo.*

»Mas él nada responde; y firme espera
A Sanchez, que en la plaza entró bizarro,
En un morcillo que la llena toda,
Y la estremece al golpe de sus cascos.

»¡Ay!... yo ví entónces del señor de Lara
Demudarse la faz, y ví bañado
De amarga risa el pérfido semblante
De Velazquez tambien, y que la mano

»Tomó á su esposa, y que miró á los suyos,
Desprecio y confianza demostrando,
Miéntras la muchedumbre en gran silencio,
Ni áun osa respirar de miedo y pasmo.

»Sonó el clarin, partieron como flechas
Sanchez y el caballero; se encontraron,
Y en el opuesto escudo cada lanza
Tocó, dió lumbre, y resbaló, dejando

»Honda señal. Los potros revolvieron,
Ambas picas rompiéronse en pedazos:
Continuaron con otras el combate,
Y pretal con pretal al fin se hallaron.

»El corcel del incógnito el empuje
Sufrir no pudo del corcel contrario;
Dobló las piernas, y en la ardiente arena
Los corvejones estampó. A espolazos

»Sostúvolo el jinete, y como el viento
Le hizo arrancar, y separarse á saltos.
Sanchez buscó otro choque; mas no era
Tan diestro en el manejo del caballo

»Cual su competidor, que lo evitaba
Con gran saber, y que le dió á soslayo
Un duro bote, que abollóle el peto,
Sin que el broquel pudiese repararlo.

»Entónces advirtiendo Alvaro Sanchez,
Que un solo broche sujetaba el casco
Del justador, dirígele la punta
Con tanta furia y con acierto tanto,

»Que dejó descubierto el rostro hermoso
Del noble mozo, del gentil Gonzalo,
Quien en furor ardiendo, la cabeza
Con el escudo esconde, y como un rayo,

»Acomete al jayan á todo trance,
Por tierra le derriba, retemblando
La plaza toda al ponderoso golpe;
Y ensordécese el viento con aplausos.

»Apénas el gigante tocó el suelo,
Púsose en pié, denuestos vomitando
Contra su vencedor, y con gran furia
Desenvainó la espada. Sosegado

»El jóven reclamó las condiciones;
Pide lo mismo el pueblo en gritos altos,
Y todo es confusion. Luégo á la arena
Los jueces descendieron de su escaño,

»Y declaran que está Sanchez vencido,
Y que el conquistador debe en el campo
Aún con los otros dos mantenedores,
Cual previene el cartel, seguir lidiando.

»No sin dificultad plegóse Sanchez:
Tal vez alguna seña del airado
Velazquez le obligó. Tornó á su puesto,
Y otra celada se ciñó Gonzalo.

»El caballero á quien tocaba el turno,
Fué á cabalgar; mas por su bien faltaron
De su corcel las cinchas, accidente
Que dió á la fiera lid corto intervalo.

»En el cual doña Lambra la orgullosa,
De acuerdo con su esposo, y deseando
Su furor desahogar: *Anda*, le dijo
Al bufon, que á sus piés habia tornado,

»*Anda, y hazle una afrenta á ese mancebo*
La que encuentre mayor tu ingenio claro.
Hazla pues sin temor, y á mí te acoge;
Mi respeto y poder serán tu amparo.

»El escabel dejó de su señora
El juglar, y en la plaza á corto rato
Se presentó, con nuevas contorsiones,
Aunque escondiendo entre sus ropas algo.

»Se acercó al vencedor, y con despejo,
Muy bien lo has hecho, dijo, *¡bravo! ¡bravo!*
Mas yo quiero tambien justar contigo:
Esta es mi lanza... ahí va... guarte, seo guapo.

»Y un verde cohombro tinto en fresca sangre
Le tiró al rostro, con fealdad manchando
Todo el arnés, y huyóse á gran carrera,
Dejando al pueblo todo horrorizado.

»Es esta accion mirada allá en Castilla
Por la afrenta mayor (27): tal que el hidalgo
Que al agresor no mata al mismo instante,
Queda en infamia eterna sepultado.

»El ilustre mancebo ardiendo en ira
Se arroja en pos del vil que hácia sus amos
Rápido vuela; tírale la lanza
Al punto en que trepaba á los andamios.

»Y de la espalda al pecho atravesóle,
De modo que sin vida en el regazo
Cayó de su señora, con su sangre
Veste, brazos y pechos salpicando (28).

»Pálida doña Lambra un alarido
Lanzó, y vencida de letal desmayo,
Cayera del sitial, si no encontrara
De sus dueñas y damas con los brazos.

»Velazquez furibundo ronco grita:
Llegó el momento, ¡á la venganza, hidalgos!...
Muera, muera. Y con todos sus parientes
Ciego se arroja dentro del estadio.

»Al jóven vencedor cercan al punto,
De otros muchos seguidos, sus hermanos,
Y los estoques de festejo y gala
Desnudos centellean por el campo.

»Cunde la confusion, suenan las trompas,
Gritan los jueces; su gritar es vano:
Tira su cetro en medio de la arena,
Y es hollado y no visto, el conde Sancho.

»Se asustan las mujeres, y los niños
Contra el seno escondiendo entre los brazos,
Huyen y dejan la confusa plaza:
Tiemblan y huyen con ellas los ancianos.

»Crecen los valedores de ambas partes,
Trábase horrenda lid. La daga en mano
A ella corre Velazquez: el de Lara
Que entró en la liza por distinto lado,

»Sólo paz anhelando, que era padre,
Quiere todo á la paz sacrificarlo;
Y le sale al encuentro, á contenerle
Con blando ruego y amistoso abrazo.

»Mas, ¡ay!... ¡al abrazarle, una coraza
Oculta bajo sedas y brocados
Apretó!... Se cuajó su sangre toda,
Y un vuelco dióle el corazon llagado.

»¿Pudo quedarle duda?... No, no era
La infantil imprudencia de Gonzalo
Más que un fútil pretexto; la vil trama
Estaba ya dispuesta de antemano.

»Deudos, parientes, escuderos, pajes,
Todo el séquito en fin de su cuñado,
Cubiertos van de redoblado acero,
Vilmente oculto so los ricos sayos.

»¡Mísero padre!... la traicion patente,
¿Qué le queda que hacer?... Con duro brazo
Ayudar á sus hijos... A ellos vuela,
Anima de su casa á los hidalgos,

»Y métese sañudo en la batalla:
Todo es sangre y horror. Torna á caballo
Con los suyos furioso Alvaro Sanchez,
El pendon de Velazquez tremolando.

»La destreza y valor eran de parte
De los de Gustios; pero el otro bando
Armado iba y dispuesto. Una lanzada
A un Infante tocóle de soslayo:

»Tambien Velazquez recibió otra herida,
Y estaba como tigre, fuego echando
Por los feroces ojos: el de Lara
Lidiaba firme como leon bizarro.

»La condesa doña Ava... ¡ilustre dueña!
Sí, yo la ví del uno al otro lado
Correr, gritar, y en medio del peligro
Pedir paz y quietud á sus vasallos.

»Al meterse una vez en la pelea,
Tocó una punta al jóven conde Sancho,
Que con gentil esfuerzo la seguia,
Sumision y obediencia reclamando.

»Leve su herida fué; pero al mirarle
La faz marchita, el pecho ensangrentado,
De terror ambas turbas se cubrieron,
Y en el momento de lidiar cesaron;

»Momento de quietud, que el Arzobispo,
Cual discreto y prudente, aprovechando,
Con sus insignias y sagradas ropas,
Que son de gran respeto entre cristianos,

»Lanzóse en medio, y con terrible frente
Amenazó del cielo con los rayos
A uno y otro partido, si al momento
No dejaban la lid, y libre el campo.

»Sus amenazas, y el pavor y susto
Que al ver herido á su señor helaron
Al feroz vulgo, y el postrer reflejo
Que el crepúsculo daba desde ocaso,

»A ambas ciegas facciones contuvieron;
Y de la plaza por distintos lados,
Siguiendo cada cual á su caudillo,
Salieron, y de Burgos se alejaron.

»Gonzalo Gustios con los siete infantes,
Y con todo el tropel de sus vasallos
Fué á Salas: Rui-Velazquez con los suyos
A Barbadillo, centro de su estado.

»En Burgos fué terrible aquella noche:
Del Arzobispo el Conde acompañado
Y de su madre, se encerró en su alcázar,
Levado el puente, los rastrillos bajos,

»Y llenos de hombres de armas decididos,
De fieles caballeros y de hidalgos,
A defender á su señor resueltos,
Los torreones, pórticos y patios.

»Ardian fogatas en diversos sitios,
A las que se arrimaban embozados
Recelosos, con armas escondidas,
Aún no resueltos á seguir un bando.

»Mas á pocas palabras, los puñales
Y las ocultas dagas en sus manos,
Defendiendo uno ú otro, relucian,
Por amistad y deudo atropellando.

»*Viva el señor de Salas*, resonaba
En algun arrabal; en otro barrio,
Viva el de Barbadillo. Aquí una trompa,
Allá de espadas el rumor lejano;

»Tal vez las luengas calles recorria
O piedra ó flecha rápida, silbando
Entre las sombras, sin saberse á dónde,
Ni qué ballesta la tiró, ó qué mano.

»Tal vez reinaba hondísimo silencio,
Roto por el galope de un caballo;
Y ya en las torres los reflejos daban
De algun incendio en los vecinos campos.

»¡Tremenda noche! La primera aurora
Mayores sustos y congojas trajo;
Y los siguientes dias todos fueron
A cual más angustioso y más amargo.

»Uno y otro partido en rabia ardian;
Enfurecidos se aprestaban ambos
A guerra de exterminio, y se engrosaban
Con armas y con nuevos partidarios.

»Los de Velazquez á talar salieron
De Salas rica los feraces campos:
Defendieron valientes los de Lara
Sus arboledas, mieses y ganados.

»Un mar corrió de sangre. ¡Ay de Castilla,
Si audaz entónces enemigo extraño
La hubiese acometido!... ¡Ay de los reinos
Que de discordias tales son teatro!

»La buena suerte por aquellos dias
De desórden y horror á Burgos trajo
A un extranjero ilustre. Era otro Ulema,
Del que ellos llaman Vice-Dios, legado;.

»Que de Roma á Leon se encaminaba
A cobrar un tributo; y recelando
Con las fieras discordias de Castilla
La total perdicion de los cristianos,

»Con el buen arzobispo entró en consejo,
Y uno y otro castillo visitaron,
De la paz las benéficas semillas
En uno y otro con fervor sembrando.

—»El vulgo, ya extinguido el primer fuego,
Ansía sólo quietud, busca trabajo:
De la patria el peligro asusta siempre
A los hombres de bien y á los hidalgos.

»Del gran Gonzalo Gustios era el alma
Noble y leal, y nada sanguinario
Su corazon: los pechos de sus hijos
Ardientes y violentos, pero francos;

»Y Rui-Velazquez, aunque altivo y fiero,
A traicion y á discordias avezado,
Conoció que ceder entónces era,
Para lograr sus planes necesario.

»Circunstancias que abrieron el camino
De la negociacion. A pocos pasos
Vinieron ambas partes á concierto.
A deponer las armas se obligaron,

»Y á concurrir á Burgos los dos jefes
Bajo seguro, y sólo acompañados
Cada cual de seis deudos, á jurarse
Amistad ante el conde Soberano;

»Con sola condicion, de que á la corte
No volviesen en término de un año,
Ni doña Lambra, ni los siete Infantes,
Ni Alvaro Sanchez, ni los otros cuatro.

»Dado el seguro, por diversas partes
Vinieron al alcázar de don Sancho
Rui-Velazquez y Gustios. Yo y los mios,
Con otros extranjeros, convidados

»Fuímos á presenciar la ceremonia,
Celebrada del modo más extraño
En el salon del trono, do asistieron
Todos los Ricos-hombres castellanos.

»En su dosel sentóse el jóven Conde,
El Ulema de Roma al diestro lado;
Y por distintas puertas en la sala
Los dos caudillos á la par entraron.

»Por la que estaba al frente, al mismo tiempo
Con cuatro dueñas y catorce hidalgos
Presentóse doña Ava, blancas tocas
Y ricas negras ropas arrastrando.

»Entró tambien con ella el Arzobispo,
Con todas las insignias de su cargo,
Y dos pajes en pos. Uno traia,
De oro en salvilla y entre lienzos blancos,

»Un pan pequeño; el otro una gran taza
De oro y piedras preciosas, rebosando
Ardiente vino; y á los piés del trono
Todos en gran silencio se acercaron.

»Allí tomó la copa la Condesa,
Y el Conde tomó el pan, y en tres pedazos
En el vino lo echó, y el Arzobispo,
Haciendo ciertos signos con la mano,

»Murmuró varios salmos y oraciones,
A todos los presentes demostrando,
Que en la copa no habia ni conjuro,
Ni veneno encubierto, ni otro engaño.

»Un pedazo del pan mojado en vino
Comió con gravedad el conde Sancho;
Y mandó á Rui-Velazquez y al de Lara,
Que cada cual comiera otro pedazo.

»Hiciéronlo al momento, una rodilla
Hincada en tierra; luégo se abrazaron,
Al templo fueron á jurar las paces,
Y en seguida un festin hubo en palacio.

»Tornó Castilla á verse en quieta calma,
Mas fué calma de mar, que pronto airado
Turba el austro otra vez, y en que el piloto
De otra mayor borrasca ve el presagio.»

Quedó en silencio Zaide, y en silencio
Quedó tambien Mudarra, que pasmado,
La relacion á descubrir no acierta,
Que con él tienen lances tan extraños.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(24) D. Antonio Ponz, en su *Viaje de España*, hecho en 1795, dice en la carta séptima del tomo II: «Pasado »un riachuelo, llamado *Tórtolas*, descubrí en una viña, perteneciente á los religiosos, los celebrados toros de Guisando; »pero no hallé ningun rastro de la venta que habia junto á ellos, en donde fué reconocida y jurada por heredera de los »reinos de Castilla la reina católica Doña Isabel. Me acerqué al paraje en donde están los toros, y son cuatro, de los »cuales uno está medio hundido en la tierra. Ya se conoce poco su forma, por estar muy gastados, y desgranada la pie»dra berroqueña, de que son. Con dificultad se lee alguna letra de antiguas inscripciones que tenian en el cuerpo; pero »despues en la celda prioral del monasterio ví una explicacion de los mismos y de sus letreros, que decian estar allí »desde muy antiguo. La tal explicacion era, que en la Valle Bastetana dió el ejército de Julio César la gran batalla, en »la cual, despues de haber vencido á Pompeyo Magno en Farsalia, deshizo aquí á sus hijos, llamados Sexto Pompeyo »y Gneo Pompeyo; que la pelea fué muy dudosa; pero que animado César por su capitan Prisco Calecio, la consiguió: »que los hijos de Pompeyo, desamparados de sus soldados, se retiraron, llenos de heridas, á las cuevas del inmediato »monte, junto al paraje del monasterio, y que en celebridad de tanto triunfo, hicieron los cesarianos un sacrificio á los »dioses, llamado *Ecatombe*, por el número de cien toros que para el sacrificio se destinaban; y que por medio de estos »toros de piedra que allí dejaron, habian perpetuado aquel suceso. Las inscripciones se leen en aquel papel de esta »manera:

1.ª

BELLUM CÆSARIS ET PATRIÆ EX MAGNA PARTE
CONFECTUM FUIT S. ET GN. M. POMPEII FILIIS HIC
IN AGRO BASTETANO PROFLIGATIS.

2.ª

LONGINUS PRISCO CALECIO PATRI
F. C.

3.ª

CÆCILIO METELLO
CONSULI II. VICTORI.

4.ª

EXERCITUS VICTOR
HOSTIBUS EFFUSIS.

5.ª

L. PORCIO
OB PROVINCIAM OPTIME ADMINISTRATAM
BASTETANI POPULI F. C.

»Se cree que ántes hubiese más toros de los que ahora se ven sobre la tierra. Usted sabrá si esta es la Valle y region »de los bastetanos, y el paraje donde se acabó la guerra civil de Pompeyo y César: si estos son elefantes, y no toros, de »los que algunos dicen, que dejaron los cartagineses en varias partes de España, á donde llegaban con sus conquistas; »y si son toros, conocerá cuán grande disparate sería en traerlos desde Andalucía, como algunos quieren componerlo, »sin embargo de que serían tan grandes como toros naturales, ántes de haberlos desgranado el tiempo, como se ve. A mí »me parecen toros, y por algun rastro que queda de las letras, se conoce que fueron romanas.»

Es digno de copiarse lo que sobre los mismos opina Masdeu en el párrafo 334 del tomo IV de su *Historia crítica de España*. «Una de las antigüedades más célebres de España, dice, son cuatro toros que existen en el monasterio de »Padres de S. Jerónimo de Guisando, á veintiocho millas del Escorial. Sin duda Metelo mostró complacencia de que »le dedicasen uno de estos en memoria de las victorias referidas..... Morales y Mariana juzgan que la inscripcion se debe »referir á la rota de los irtuleyos, que por eso trasfiere Morales de Andalucía á Extremadura en mayor cercanía de los »citados toros. Pero Itálica y Segovia, únicas ciudades en cuyas vecindades, segun los escritores antiguos, Quinto Ce-

»cilio Metelo venció á los irtuleyos, distan mucho de aquella provincia; además estas rotas no fueron el motivo de la »vanidad y complacencia de aquel general, aunque así lo pensaron Morales, Mariana, y últimamente Jovenazo: lo que »dió fomento á su orgullo, fueron las batallas que ganó al temido Sertorio, como atestigua Plutarco.» Y más adelante, en el párrafo 394, hablando de los monumentos de las victorias de César que existen en España: «Son más famosas las »inscripciones de los célebres *Toros de Guisando*..... La primera pertenece á la batalla de *Munda*, que se puede llamar »la corona de todas las victorias de César. En ella se lee claramente, que Sexto y Gneo Pompeyo fueron derrotados en »el campo bastetano: de lo que se deduce, que los toros que existen á poca distancia del Escorial, estaban antiguamente »en el paraje mismo de la batalla, cuyo lugar podia entónces llamarse *Campo bastetano*, miéntras los habitantes á lo »largo de las costas desde la mitad del Estrecho á Cartagena, eran denominados *bastetanos* y *bástulo-fénices*. Ha pare»cido inverosímil al estudioso Sr. Ponz y á otros modernos escritores, que cuatro toros de piedra de ajustada propor»cion, fuesen trasportados de Munda á Guisando. No sabemos las razones que tuvieron los romanos para transferirlos; »pero no hay dificultad que lo practicasen, aunque hubiesen de hacer más de trescientas millas, que se cuentan de »Munda á Guisando: mayores dificultades han vencido los antiguos romanos. Para no difundirme en una prolija narra»tiva, véanse aquí en Roma los obeliscos de altura enorme trasportados de Egipto.»

Tambien hace Cervantes en su inmortal *Quijote* mencion de estos toros, pues el caballero de los Espejos, dice (capítulo XIV de la segunda parte), que *el tomarlos en peso*, era una de las hazañas que le habia mandado hacer su señora. Es muy extraño que el erudito y diligente Pellicer dejara sin nota alguna este punto, cuando no se descuidó de ponerlas en otros más sabidos y ménos interesantes, y cuando Bowles, de quien tanto se aprovechó, copia la razon que da de ellos Covarrubias en el *Tesoro de la lengua castellana*.

(25) Torre romana muy fuerte que defiende la cabeza del puente de Córdoba.

(26) Le hace cocinero de Doña Lambra un romance antiguo, en que pidiendo venganza á su marido de los insultos que le han hecho los de Lara, entre otras cosas, dice:

«Matáronme un cocinero
So faldas de mi brial:
Si de esto no me vengades,
Yo mora me iré á tornar; etc.»

(27) «Grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España,» la llama Mariana, como se verá en la nota siguiente.

(28) Mariana, copiando casi á Garibay y Morales, refiere este suceso en su *Historia de España*, lib. VIII, cap. IX, del modo siguiente: «Aconteció que Rui-Velazquez, señor de Billaren, celebraba sus bodas en Burgos con Doña Lam»bra, natural de tierra de Bribiesca, mujer principal, y áun prima carnal del conde Garci-Fernandez. Las fiestas fueron »grandes, y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garci-Fernandez y los siete hermanos »con su padre Gonzalo Gustio. Encendióse una cuestion, por pequeña ocasion, entre Gonzalo, el menor de los siete »hermanos, y un pariente de Doña Lambra, que se decia Alvar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvo »que Lambra, como la que se tenia por agraviada con aquella riña, para vengar su saña..... mandó á un esclavo que »tirase á Gonzalo un cohombro, mojado ó lleno de sangre: grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España. »El esclavo se quiso valer de su señora Doña Lambra: no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida, etc.» Sigue contando la venganza de Rui-Velazquez poco más ó ménos, como se refiere en esta leyenda.

Dos romances, compuestos por Sepúlveda, pintan esta contienda como sigue:

Rui-Velazquez es de Lara
El que ha de ser desposado:
Casóse con Doña Lambra,
Mujer es de gran estado.
Gonzalo Gustios el Bueno
A las bodas es legado:
Cuñado es de Rui-Velazquez,
Con la su hermana casado.
Trae consigo siete infantes,
Que de Lara se han nombrado,
Hijos de Gonzalo Gustios,
Sobrinos del desposado.
Criólos Nuño Salido,
Caballero muy honrado.
. . . .
Un primo de Doña Lambra,
Que Alvar Sanchez es llamado,
Vió que caballero alguno
No alcanzaba en el tablado.
. . . .
Doña Sancha y los sus hijos
Riendo de ello han estado;
Ninguno dió miente á ello,
Que están las tablas jugando:
Sólo Gonzalo Gonzalez,
El menor de los hermanos,

Que á furto de todos ellos
Cabalgaba en su caballo.
. . . .
Alvar Sanchez con pesar
Al Infante ha denostado.
Él respondió á sus palabras,
A las manos han llegado.
Gran ferida dió el Infante
A Alvar Sanchez su contrario.
. . . .
Doña Lambra que lo vido,
Grandes voces está dando,
Feríase en el su rostro
Con las manos arañando,
Diciendo: ¿qué dueña alguna
Ansí se habia deshonrado
En bodas que fuesen hechas,
Sino á ella sólo en su cabo?
Rui-Velazquez que lo oyó,
Luégo habia cabalgado,
Tomó un astil de la lanza,
Fué donde está Don Gonzalo, etc., etc.

Doña Lambra que lo vido,
Como muy mal lo queria,
Llamado habia un criado,
Desta suerte le decia:
«Toma agora tú un cohombro,
»Fínchelo de sangre viva,
»Y arrójaselo á Gonzalo.»
. . . .
El hombre tomó un cohombro,
Y de sangre lo teñia,
Dió con él á Don Gonzalo,
En sangre untado lo habia.
. . . .
Acogióse á Doña Lambra,
So su brial se metia.
Los Infantes con braveza
. . . .
Mataron el hombre allí,
Ante ella que lo veia,
Y con la sangre del hombre
Sus tocas se las teñian.
Los Infantes cabalgaron, etc., etc



ROMANCE CUARTO

Grande rumor se levanta
De gritos, armas y voces
En el palacio de Burgos,
Donde están los ricos-homes.
Romancero del Cid.

El que empeñado en áspero camino,
De entre peñascos sale y de entre breñas,
Y á entrar va en precipicios espantosos,
Raudos torrentes y confusas selvas;

Si un prado, aunque pequeño, y una fuente,
Mansa, aunque cenagosa, al paso encuentra,
Allí se pára á respirar un rato,
Y á restaurar las fatigadas fuerzas.

Así Zaide, al hallar en su memoria
Que desastres y horrores le recuerda,
Un momento de paz, con breve pausa
En él un rato á descansar se asienta.

Corto el reposo fué, y hondo silencio
Reinó entre tanto; pues Mudarra, llena
De confusion y asombro el alma toda,
De aquella narracion el fin anhela.

Zaide fijó los ojos inflamados
En la argentada luna y las estrellas,
Lanzó un suspiro, y prosiguió la historia
Con sosegada voz de esta manera:

«En paz quedó Castilla: los Infantes
Con Nuño fueron á la corte régia
Del monarca leonés; y doña Lambra
A un su palacio orillas del Esgüeva.

»Pasó una luna en gran quietud: Velazquez
Y Gustios de amistad se daban pruebas,
Y yo, cumplido el plazo á mi embajada,
Dispuse mi regreso á estas riberas.

»Ya me faltaban sólo cuatro dias
Para dejar de Burgos las almenas,
Cuando á la hora en que en mitad del cielo
Su ardiente y viva lumbre el sol ostenta,

»Estando yo tranquilo en el palacio,
Que por embajador mi albergue fuera;
Rumor lejano de alterada plebe
De repente escuché, no sin sorpresa.

»Salí al balcon; el espantoso estruendo
De armas y voces distinguí más cerca;
A poco ví de airada muchedumbre
Inundarse las calles y plazuelas,

»De léjos un cadáver, que arrastrando
Llevaba el pueblo: disparadas piedras
Vinieron á perderse en mis paredes,
Las voces escuché de *mueran, mueran.*

»Y ví venir huyendo del tumulto,
Por la ancha calle enfrente de mis puertas,
A dos de mis esclavos anhelantes,
Que consiguen salvarlas y las cierran.

»Absorto estaba: entréme, y á los mios
Convoco al punto, sin saber cuál fuera
La causa del furor de los cristianos;
Cuando á mis plantas los esclavos llegan,

»Los mismos dos que de salvarse acaban;
Y sin color y con heladas lenguas,
Que á asesinarnos corre el pueblo todo,
Dicen, y nuestro asombro se acrecienta.

»Incrédulo, indeciso, nuevamente
Me puse en el balcon, cuando á gran priesa
Llegó á caballo, trémulo, abatido,
De Lara un paje, y *Mi señor os ruega*

»*Que al punto huyais. Tomad vuestros caballos*
Y asilo pronto en la vecina huerta,
De donde valerosos caballeros
En salvo os sacarán á viva fuerza.

»Dijo, y despareció. Yo quedé mudo
Sin acertar á resolver: la fiera
Muchedumbre al momento del palacio
Ocupó la gran plaza, y tuve apénas

»Tiempo de retirarme de su vista.
Todos los mios con pavor me ruegan
Que me salve, y los salve sin tardanza,
Y á los esclavos ensillar ordenan.

»Infamia fuga tal me parecia;
Resistir imposible... A la escalera
Me dejo arrebatar, cuando echo ménos
Dos de mi comitiva: el uno era

»Un mi escudero, Aben-Harin el otro,
El cordobés, antorcha de las ciencias.
Pregunto por los dos, y no hallo nadie
Que acierte á darme de su suerte nuevas.

»El ágil escudero acostumbraba
Adiestrar al bocado y á la espuela
Los caballos del Conde, y casi siempre
El sabio acompañaba á la Condesa.

»Sin ellos resolví no retirarme,
Y ansioso de atisbar si acaso llegan,
A una gran claraboya, que á la plaza
Daba, me aproximé no sin cautela.

»¡Oh poderoso Alá! Ví en una pica,
Sirviendo á los cristianos de bandera
(¡De horror al recordarlo me estremezco!)
Del docto amigo la infeliz cabeza,

»Y su cuerpo en mil partes destrozado
Entre la turba, que con una cuerda
Le arrastraba; y al lado, medio vivo,
Al escudero sin ventura en tierra.

»Bramando de furor la vista extiendo,
Y al Arzobispo ví... ¡quién lo creyera!
A aquel que tan prudente se mostrara
De Velazquez y Lara en la contienda,

»Acalorar el bárbaro gentío,
La insignia de su rito y su creencia,
Cual de exterminio y furia enarbolando,
Y lanzando espantosos anatemas.

»Si álguien templar mi saña en aquel punto
Y á los cristianos mi rencor pudiera,
Hubiese Lara el generoso sido,
Que con la espada en alto, dando pruebas

»De noble esfuerzo y de honradez gritaba:
¡Castellanos!...¿qué haceis?...De infamia eterna
Hoy cubrís vuestro nombre... Los cobardes
Así á los desarmados atropellan.

»Mas su voz se perdia entre el tumulto,
Cual la razon se pierde en la tormenta
De las pasiones, y era un hombre solo
Dique impotente á inundacion tan recia.

»Al ver yo al uno, al otro, á los dos mios
En trance tan fatal, sentí mis venas
Encenderse, cegué, grité venganza,
Y el alfanje empuñé con firme diestra.

»Del puesto aquel me arrancan mis amigos,
Y los caballos á encontrar me llevan,
A montar obligándome en el punto
Que el populacho derribó las puertas.

»El jardin á galope atravesamos,
Y salvando el postigo de la verja,
Al arrabal salimos, consiguiendo
Ganar al fin las indicadas huertas.

»Ya el palacio del vulgo era despojo,
Cuando unos doce caballeros llegan,
Por el valiente Gustios destinados
Para sernos de amparo y de defensa.

»Con gran facilidad pasar pudimos
Las murallas y fosos, pues si alerta
Los que las custodiaban, al mirarnos,
De prohibirnos el paso dieron señas;

»Eran muy pocos y al notar la insignia
De la casa de Lara en las cimeras,
El puente echaron, el rastrillo abrieron,
Y al campo nos lanzamos de carrera.

»Por él en gran silencio á toda brida
A buscar fuímos la inmediata selva,
En donde aliento á los corceles dando,
Hablé al caudillo de la escolta nuestra;

»Y de él supe la causa del tumulto,
Del pérfido Velazquez trama nueva,
Para perder á mi valiente amigo,
Y cima dar á su venganza horrenda.

»Desde que yo en la corte de Castilla
Me presenté, de Aben-Harin la ciencia
De alto don celestial consiguió fama,
Por su acierto en curar graves dolencias.

»La condesa doña Ava, que abatida
Con las desgracias y viudez, enferma
Cayó por aquel tiempo, á su cuidado
Y direccion tambien se sometiera;

»Y recobrando prodigiosamente
En breve espacio la salud, excelsa
La gloria fué del musulman, logrando
Caricias, honra, aplausos y riqueza.

»Lo que era asombro en la ignorante plebe,
Fué gratitud y aprecio en la Condesa,
Si pronto envidia de la infame corte,
Y del vil fanatismo furia ciega.

»Doña Ava al cordobés agradecida,
Como tan alta y generosa dueña,
Lo honró con su amistad, y le escuchaba
Explicar su saber, grata y atenta;

»Y ansiando entusiasmada los secretos
De la alquimia, en que el moro insigne era,
Penetrar, le dispuso en su palacio
Cámara, donde hacer sus experiencias.

»Tan alta proteccion y las consultas,
Siempre inocentes, sí, pero secretas,
Que con él celebraba, dieron campo,
Sin yo saberlo, á hablillas y á sospechas;

»Dándoselo tambien á Rui-Velazquez
Para perder á la infeliz Condesa
Y al noble Gustios, y el favor del Conde
Conquistar, y el partido del Ulema.

»En aquel dia por industria suya
(Tan grande es en maldad), cuando á la mesa
Con su madre y con Lara el jóven Sancho
Apénas se asentó, la voz funesta

»Se oyó y cundió por el palacio todo,
Llenándolo de asombro y de sorpresa,
De que del Conde estaba envenenada
La régia copa. A tan horrible nueva

»Todo fué espanto y confusion: doña Ava
Desmayada quedó, sus damas yertas,
Confundidos los pajes; y al momento
Sin buscar al rumor mayores pruebas,

»Se dió, ¡qué horror! por cierto, que la madre
Envenenar al hijo dispusiera,
De Aben-Harin apasionada, ansiando
Ceñirle de Castilla la diadema;

»Y que el veneno elaborado estaba
Por el supuesto amante. Tal idea
Crece en el pueblo, que el palacio allana,
Y entre alambiques, bálsamos y esencias

»Al descuidado Aben-Harin sorprende,
Y á la garganta echándole una cuerda,
Le arrastra sin piedad. Cunde el tumulto,
En otra parte al escudero encuentran,

»Con cien puñales el inerme pecho,
Bañándose en su sangre, le atraviesan;
Y en ambos con furor la insana turba
Su saña horrible y ciego encono ceba.

»Velazquez se aparece, y acalora
El horrible tumulto, y acrecienta
La atroz calumnia, contra mí la empuja,
Y mi palacio acometer ordena.

»¡Ah! bien sabia que el honrado Lara
Abrazaria al punto la defensa
De la justicia y la verdad, y sólo
Comprometerle así su empeño era.

»Logrólo, pues entrando en el alcázar,
La confusion y la calumnia aumenta,
Y aquel supuesto crímen vengar jura,
E incita astuto al indeciso Ulema.

»Este, ó bien ya de acuerdo, ó engañado,
Y al ciego fanatismo dando rienda,
A predicar se arroja el exterminio
De hombres que de su fe contrarios eran;

»Y con Velazquez y con él al frente,
Sin que Lara calmarla consiguiera,
Corrió á saciar en mí y en mis secuaces
Su bárbaro furor la plebe ciega.

—»Al saber yo de boca del guerrero
Trama tan infernal, en furia nueva
Sentí mi pecho arder, y hubiera dado
Por verme allí mil lanzas cordobesas,

»El resto de mi vida. Enfurecido,
A la inicua ciudad volví las riendas;
Pero ¿qué aprovechara?... Nuestra fuga
Por agrios montes y escondidas sendas

»Proseguimos, llevando á los guerreros
De Lara siempre para escolta nuestra,
Hasta que el Guadarrama atravesando,
Nos dejaron en salvo en la frontera.

»A Córdoba llegamos, do la fama
Ya divulgara la aventura nuestra,
Y la ciudad ardió, y ardió el imperio
En justa indignacion, al ver deshechas

»De modo tan atroz solemnes paces,
De embajador la inmunidad suprema
Profanada, y vertida alevemente
Por cristianos la sangre sarracena.

»Gritó el pueblo muslímico venganza,
A Castilla maldijo, pidió guerra,
Y decretóla Hixcen... Mas no regía
En momentos tan críticos las riendas

»Del gobierno Almanzor. Se hallaba entónces
Del rico Oriente en las lejanas tierras;
Y Giafar (como ayer) el sumo mando
Desempeñaba el tiempo de su ausencia.

»Giafar, que recobrado el poderío
Por sus antiguos triunfos y proezas,
Y por su astucia aún más, ya de la corte
Wacir y Alcaide del alcázar era,

»Si bien nunca aprobar las paces pudo,
Ni olvidar el mal fin de sus empresas;
De reparar el descalabro antiguo
Vió con gozo ocasion tan lisonjera,

»Y para castigar al castellano
Armas y tropas sin tardanza apresta;
Al bárbaro Juzef el mando encarga,
Y el exterminio de Castilla ordena.

»Allá en Burgos en tanto con mi fuga
Aquietada la turba y satisfecha,
Tornó Velazquez del airado Conde
El furor contra Lara y la Condesa.

»Don Sancho... ¡incauto jóven!... á Velazquez
Creyéndose deudor de su existencia,
El gobierno entrególe del Estado,
Y fué su voluntad la ley primera.

»Mayor de edad al punto se declara:
A la madre infeliz prende y encierra
En estrecha prision, donde la muerte
Pronto el consuelo fué de su inocencia;

»Y aunque al de Lara atropellar no osa,
Porque es grande en poder como en nobleza;
Lo desaira, á Salas lo retira,
Y á merced de Velazquez todo queda.

»Mas, ¡ay! que la ambicion y la venganza
Son pasiones que nunca satisfechas
Logran mirarse, y cual del mar las olas,
Van creciendo hasta el punto en que se estrellan.

»Pronto llegaron á la infame Burgos
Los clamores, los llantos y las quejas
De los míseros pueblos fronterizos,
De nuestra furia víctimas primeras;

»Y advirtiendo Castilla que era en vano
Contrarestar las musulmanas fuerzas,
Cayó en abatimiento, y en la corte
Todo fué confusion, miedo y vileza.

»Ricos-hombres, Abades y Prelados
Llevando al Arzobispo á su cabeza,
Demandaron al Conde que al momento
Satisfaccion á nuestro imperio diera,

»Tal que bastase á contener el curso,
Del torrente de lanzas y banderas,
Que iba á inundar á la infeliz Castilla,
Y á arrastrarla á su fin. Esta propuesta

»Fué muy grata á Velazquez, que anhelaba
Gozar en paz la autoridad suprema,
Y que le presentó nuevo camino
De asegurarse para siempre en ella.

»Del ofendido Lara harto temible
El nombre y el poder aún considera,
Y el mismo infierno le inspiró la trama
Más espantosa, abominable y negra.

»Pensó, y dijo entre sí, de fiero gozo
Palpitándole el pecho: *Giafar tregua*
Me acordará sin duda, si le entrego
Al que humilló en el campo su soberbia.

»*Marche pues Lara á Córdoba, y á un tiempo*
Negociador y víctima allá sea.
Lumbre infernal resplandeció en su frente,
Bañó su torva faz sonrisa horrenda,

»Y propuso á don Sancho, que al momento
A nuestra corte el noble Lara venga
A negociar la paz. Pasmóse el Conde
A tal proposicion, pues le profesa

»A Lara odio de muerte, no dudando
Que del supuesto crímen fué cabeza;
Pero astuto Velazquez le convence,
Y aún con nuevos temores le amedrenta.

»Al Arzobispo encargan al instante
De hablar con Gustios, y áun de hacerle fuerza
Para que la embajada desempeñe,
Sin tener ya de sus agravios cuenta.

»Lara, que por su patria siempre estaba
Pronto á sacrificarlo todo, deja
Al punto á Salas, y á la corte torna,
Donde todos le halagan y festejan.

»Casi se reconcilia con Velazquez;
Sólo le ocupa la gloriosa idea
De salvar á Castilla, y dar reparo
Al crímen cometido con mi ofensa;

»Y con ricos presentes se encamina
A estas murallas. ¡Desdichado! A ellas
Antes llegó Eliazim, astuto hebreo,
Que confidente de Velazquez era.

»Y con Giafar oculto y sigiloso
Tuvo larga entrevista, y dió la vuelta
A Burgos al momento... Muchos años
Despues lo supe yo... ¡Si lo supiera

»En aquel punto! ¡Oh, cuántos infortunios!..
Mas ¿quién detiene el curso á las estrellas?
¿Qué mísero mortal mudar consigue
Lo que está escrito en imborrables letras?

»Llega de embajador el noble Lara
A esta insigne ciudad, y se presenta
Al irritado Hixcen, que al recibirle
Admiró su gallarda gentileza.



»Giafar... (sí, de Giafar y de Velazquez
Las almas se entendian; tal vez era
Uno mismo el demonio que guiaba
A ambos á un tiempo por distinta senda)

»Giafar le vió con el placer amargo
Del que á gozar venganza va completa
De aquel á quien envidia, y que á despecho
Le admira casi más que le detesta.

»Le tiene en su poder... Mas ¿por ventura
Querrá á Velazquez contentar, la guerra
Suspendiendo?... Jamás, jamás. *Castilla*
Deberia de nuevo su existencia

»*De Lara el sacrificio generoso,*
Si otra vez á su esfuerzo la debiera.
Cual mártir le adoraba el pueblo hispano,
Toda la cristiandad... No en su cabeza,

»*En su nombre, en su nombre mi venganza*
Para que digna de mi encono sea,
Se saciará, poniéndole el vil sello
De maldicion sin fin, de infamia eterna.

»Así pensó Giafar: su fantasía
Abrazó con placer tales ideas,
Y al aprestarse á darles cumplimiento,
El éxito terrible saborea.

»Grandes obsequios y afectada pompa
De Lara el noble en derredor desplega;
Oye atento y afable su embajada,
Y que á todo se allana, le demuestra,

»Por respeto á su nombre y su persona,
Y con elogios mil lo lisonjea.
Establecióse un armisticio, y luégo
Solemnes pactos de inviolable tregua,

»Exigiendo tan sólo de Castilla
Corto tributo á fuer de recompensa,
Y en rehenes del tratado dos presidios,
Que ocupaba el cristiano en la frontera.

»Del éxito feliz de su mensaje
Ufano Gustios, regresar anhela
Para anunciarlo á Burgos por sí mismo;
Mas Giafar le detiene, le sujeta

»Con fingido pretexto, y le decide
A enviar un caballero con presteza,
Que lleve al conde Sancho de Castilla
De la ajustada paz la ansiada nueva.

»Yo en tanto disfrutar la compañía
Pude en mi patria de mi amigo apénas.
Giafar sabia mi amistad con Lara,
Y la temió; y habiéndose en Valencia

»Por aquel tiempo un jeque declarado
En rebelion, mandóme á toda priesa
Marchar á sujetarlo; cargo honroso,
Que renunciar no pude, aunque quisiera.

»Al dejar estos muros, en mis brazos
Estreché á Gustios con el alma llena
De atroz presentimiento; y, *parte pronto,*
Le dijo sólo mi afligida lengua.

»Quedóse á mi pesar. Llegó el tratado
A Burgos, que gozosa con la tregua,
Se alzó del hondo espanto en que yacía
Cesando sus aprestos de defensa.

»Entregó los castillos concertados,
El tributo tambien, y las banderas
Dispersó ya reunidas en los campos,
Y al dulce sueño de la paz se entrega.

»¡Oh Castilla infeliz y descuidada!
Por Giafar avisados con reserva
Juzef y los caudillos, que escondidos
Se mantuvieron siempre en la frontera;

»En cuanto desarmados á los pueblos
Vieron, y sus mesnadas ya dispersas,
Entraron furibundos á mansalva,
Fuego, sangre, exterminio, muerte, guerra,

»Y esclavitud sembrando hasta la orilla
Del claro Arlanza; y al clamor que suena,
Présago de ruina inevitable,
De Burgos retemblaron las almenas.

»El Conde, el Arzobispo, el pueblo todo,
Que es de Lara traicion al punto piensan;
De Lara que ha querido adormecerlos,
Para vengar á salvo sus ofensas;

»Mas del último apuro los cristianos
Sacando nuevo ardor y saña nueva,
Resuélvense á morir como valientes
En noble y obstinada resistencia.

»En tanto la invasion de nuestras huestes,
Sus rápidas victorias y proezas
En Córdoba muy luégo resonaron,
Llenando á Lara de mortal sorpresa.

»Corre al alcázar, á Giafar pregunta,
Si de atentado tal la fama es cierta;
Y Giafar con frialdad y atroz sonrisa,
Con tono de desprecio le contesta:

»*La paz reinaba, cuando allá en tu corte*
Derramasteis la sangre sarracena:
No es extraño que corra la cristiana,
Cuando aún no bien segura está una tregua.

»Gustios de indignacion tiembla, y sañudo
Iba á dar al Wacir noble respuesta,
Cuando de una victoria conseguida
Por los cristianos arribó la nueva.

»Irritado Giafar al recibirla,
Prender á Lara el denodado ordena,
En una honda mazmorra sepultarle,
Abrumarle de hierros y cadenas,

»Y pasar á cuchillo á los cristianos
De su séquito. En vano en la alta diestra
De Gustios un instante ardió la espada,
Y áun se tiñó de sangre. Le rodea

»Armada turba, que le arrastra al punto
Al hondo seno de prision estrecha,
Miéntras que de los suyos descuidados
Saltaron de los hombros las cabezas.

»Fué la noticia del cristiano triunfo
Que causó tal trastorno, verdadera:
La desesperacion dió al castellano
Aquel valor que todo lo atropella,

»Se armaron en tumulto, sus campiñas
Talaron, escondieron en la sierra
Sus ancianos, sus niños, sus mujeres;
Y jurando morir en la defensa

»De su Dios, de sus leyes, de su patria,
Con Velazquez y el Conde á la cabeza,
A la lid se arrojaron cual leones,
Y la victoria fué su recompensa.

»Pero aunque remediaron su peligro
Rechazando á Juzef, quedó una guerra
Empeñada, de fin incierto y largo,
Costosa á entrambos pueblos, y molesta.

»Burgos, exhausta y pobre, no podia
Sin nuevos descalabros sostenerla;
Y á Córdoba, perdido el primer golpe,
Y con serios disturbios en Valencia,

»Donde eran vanos mis esfuerzos todos
Proseguirla tambien difícil era.
De paz y de quietud necesitaban
Ambas naciones... Pero ¿cómo haberlas?

»De Lara la prision y el exterminio
De los suyos de Arlanza en las riberas
Resonaron muy pronto; mas no hicieron
En Castilla impresion. La falsa idea,

»Por el mismo Giafar acalorada,
De que traidor con engañosas nuevas
Vender á su nacion habia intentado,
No estaba desmentida ni deshecha;

»Antes bien apoyada por Velazquez,
Que enajenado contemplaba en ella
Un campo dilatado y abundoso,
En que dar pasto á su venganza horrenda.

»Donde llenó de indignacion los pechos,
Fué allá en Leon, en que adorados eran
Los siete Infantes, los gallardos hijos
Del infeliz que estaba entre cadenas.

»Ellos, apénas la cruel noticia
El corazon les traspasó cual flecha,
No lágrimas inútiles vertieron,
No al cielo alzaron impotentes quejas;

»La libertad del padre y la venganza
Juraron, de furor las almas llenas:
Su pendon arbolaron; noble hueste
De la florida juventud leonesa

»Y de fieles vasallos de su padre,
Que al són de sus clarines se reunieran,
Juntaron con presura; y se arrojaron,
En el Eterno su esperanza puesta,

»A arrollar nuestro imperio poderoso,
Esperando plantar en las almenas
De Córdoba triunfantes sus pendones,
Y al padre rescatar á viva fuerza.

»¡Disculpable arrogancia, pues nacia
De justa indignacion!... Pero no era,
Por fortuna de Córdoba, á sus brios
Y á su noble furor igual la empresa.

»Los jóvenes incautos los consejos
Despreciando de Nuño y la experiencia,
Que temió con razon que al precipicio
Su arrojo y ciego ardor los condujera;

»Como torrente que bramando rompe
Hinchado y ronco el cauce que lo enfrena,
Pasaron nuestro término... ¡Infelices!...
¡Qué sima estaba ante sus piés abierta!

—»Giafar, que informe recibió al momento
De sus nobles designios, con reserva
A Burgos despachó su confidente,
Para hacer á Eliazim la atroz propuesta

»De entablar paz segura con Velazquez,
Si los hijos de Lara se le entregan.
No fué preciso más: un negro crímen
A otro, y á otro, y á mil abre la puerta;

»Pues como el risco, así que se desprende
De la ardua cumbre de empinada sierra,
Crece en velocidad, en peso, en furia,
Al bajar despeñado por la cuesta;

»El mortal que se arroja de delitos
Y atrocidades á la sima horrenda,
Miéntras comete más, más se enfurece,
Y miéntras se hunde más, más los anhela.

—»Los siete hermanos, ¡míseros! principio
A su noble venganza heróico dieran:
Todo á sus lanzas invencibles cede,
Y todo sus caballos lo atropellan;

»Mas ni una sola voz ni un solo paso
Daban, sin que al momento lo supiera
El sagaz Abdalá, feroz guerrero,
A quien Giafar mandara á toda priesa

»A observarlos astuto y destruirlos,
Con órdenes atroces y secretas.
¡Dos traidores ganados por Velazquez
Los confidentes de sus planes eran!!!

»Tres lunas entre tanto Gustios Lara
Pasado habia en la prision estrecha,
En donde del quebranto, de la angustia
Y del despecho víctima cayera,

»Si un Genio bienhechor de tiempo en tiempo
No bajara á endulzar su suerte acerba,
Y á hacerle tolerable por lo ménos
El peso abrumador de las cadenas;

»Cuando á deshora oyó las fuertes barras
Correrse y los cerrojos; vió la puerta
Abrirse de repente, y dos esclavos
Entrando, darle de respeto muestras.

»Quedó absorto al mirarlos, y pasmóse
Al escuchar que libre está, y que ordena
El potente Giafar que de allí salga,
Y que al punto se ponga en su presencia.

»El sol ardia en la mitad del cielo,
Y al bañarle la faz, á las tinieblas
Acostumbrada, deslumbróle á punto
Que de venir al suelo estuvo cerca.

»Fué socorrido por los dos esclavos,
Un corredor larguísimo atraviesa,
Un patio solitario y una arcada,
Luégo un jardin, y al regio alcázar llega.

»En un salon turbado le recibe,
Y áun trémulo, Giafar, que al verle afecta
Interés y respeto, y á su lado
En almohadon de púrpura lo asienta,

»Y procurando dar á su semblante
La expresion grata de amistad sincera,
Así le dice con confuso acento,
Actitud de raposa, ojos de hiena:

»*Razon de Estado tu prision tan sólo*
Podido ha motivar... Los que gobiernan,
Harto lo sabes tú, viven sujetos
A obrar tal vez lo mismo que condenan.

»*Pero otro tiempo es ya... tiempo dichoso,*
Pues que me proporciona darte pruebas
De que no olvido que tu heróico esfuerzo
Una vez consiguió la gloria excelsa

»*De arrancarme un laurel, robarme un triunfo.*
Sí... los guerreros, que cual tú pelean,
Honran á los que vencen... ¡Gustios Lara!
Desde el dia fatal con impaciencia

»*He esperado el momento que ya toco,*
De entablar amistad contigo eterna!!!
Ya no eres mi cautivo: entre Castilla
Y el imperio andaluz las paces reinan:

»*Torna á lograr de tu valor el premio.*
Mas ántes tu constancia y fortaleza
Voy á probar, haciéndote un presente
Digno de tí y de mí. Calló, y respuesta

»No recibió de Gustios, que dudoso,
Por más que quiere, á responder no acierta.
Y el asiento dejando, en otra sala,
Precediendo Giafar, entrambos entran.

»Solitaria y magnífica, cual todas,
Tenia en medio una espaciosa mesa,
En donde varios bultos ocultaba
De damasco ormesí rica cubierta.

»Gustios la mira, y le palpita el pecho;
Con el dedo Giafar se la demuestra;
Y, *allí el regalo está*, con risa amarga
Dice, y del brazo asiéndole, lo acerca;

»Y de pronto tirando del tapete,
Hé aquí de mi amistad la sola prenda,
Grita con voz de trueno, y muestra al padre
De los amados hijos las cabezas.»—

¡Qué horror! ¡Qué horror!... al escuchar Mu-
Atrocidad tan detestable y negra, (darra
Exclamó; y levantóse, retemblando,
Del mármol que de asiento le sirviera.

Zaide quedó en silencio, las mejillas
De amarillez y lágrimas cubiertas,
Y los siete cipreses que cercaban
El sitio aquel, sus puntas verdinegras

Agitaron á un soplo repentino
Con lúgubre rumor, cual si tuvieran
Instinto de tomar en tal momento
Parte tambien en la solemne escena.

Quedando en pié Mudarra, hondo suspiro
Arrojó Zaide; y con cansada lengua
Anudó el hilo de la horrible historia,
Y prosiguió en decir de esta manera:

«Sí, el noble Lara, el desdichado padre
Vió de sus siete hijos las cabezas,
Encima del bufete, en una fila,
Y por órden de edad ¡ay triste! puestas.

»Aunque desfiguradas y espantables,
Cual de léjos traidas, y entre yerbas,
Espíritus y sales conservadas,
Distinguió en cada cual las propias señas.

»En estatua de hielo convertido,
Fijos los ojos, sin moverse, en ellas,
Y los latidos del hinchado pecho
Dando tan sólo en él de vida muestras,

»Quedó Lara infeliz... ¡Ah! ¿cómo puede
Mi débil voz la situacion horrenda
Con palabras pintar?... Padre es preciso,
Padre es preciso ser, para entenderla.

»Un esclavo que oculto allí con otros,
Por órden de Giafar, estaba alerta,
Mil veces me ha contado de aquel dia
Hasta las circunstancias más pequeñas.

»Sin habla Gustios, ó mejor, sin vida,
Estuvo sin moverse una gran pieza:
Luégo un temblor ligero, imperceptible
Apareció en sus miembros, y en violenta

»Convulsion terminó; pero tornando
A la inmovilidad, gira y pasea
Los ojos, cual los ojos de un espectro,
Por una y otra de las siete prendas.

»Sonrisa amarga agita un breve instante
Sus labios sin color, y en tanto queman
Sus mejillas dos lágrimas, y luégo
Los tiernos hijos á nombrar comienza,

»Los ojos enclavando en el que nombra,
Y esperando tal vez, ¡ay! su respuesta:
¡Diego!..¡Martin!..¡Fernando!..¡Suero!..¡En-
¡Veremundo!..¡Gonzalo!.. y cuando llega (*rico!..*

»A este nombre, dos veces lo repite;
Y recobrando esfuerzo y vida nueva,
Entrambas manos trémulas extiende,
Agarra de Gonzalo la cabeza,

»Y la alza; pero al verla sin el cuerpo,
Un grito arroja, y súbito la suelta,
Cual si hecha de encendido hierro fuese.
Empero torna á asirla, se la lleva

»A los labios, y un beso en la insensible
Mejilla imprime... La frialdad horrenda,
La ascosa fetidez sufrir no pudo,
Y como cuerpo muerto cayó en tierra:

»Aquel resto infeliz del hijo suyo
Cayó sobre su pecho, y desde él rueda
Por la alfombra, dejando sucio rastro
De sangre helada, corrompida y negra.

»Ni áun Giafar, ya saciado de venganza,
Pudo aguantar más tiempo tal escena;
Y huyó á esconderse, cual se esconde el tigre,
Cansado de exterminio, en su caverna.»

Quedó Zaide en silencio, y en silencio
Trémulo, confundido, helado, queda
Tambien, cubierto de sudor, Mudarra,
Y con el alma de terror deshecha.

Mas al cabo repúsose, exclamando:
«Gracias, cielos, os doy de que la empresa
Guardasteis para estreno al brazo mio,
De libertar de monstruo tal la tierra!!!

»¡Zaide!... ¡Zaide! ¿es posible que los hombres
De tanta atrocidad capaces sean?...
Mas decidme, decidme: ¿el noble Lara
Tornó á la vida?—Sí; y áun mejor fuera

»Que no tornara, respondióle Zaide;
Y prosiguió diciendo: Las tinieblas
Reinaban de la noche, cuando el triste
En sí volvió, y atado con cadenas

»Se halla en medio del campo, y en los hombros
De dos esclavos negros, que á gran priesa
Cercado de una escolta silenciosa,
De los muros de Córdoba le alejan.

»Mas no estaban del todo sus sentidos
Despiertos, ni expeditas sus potencias;
Y en desórden su mísero cerebro,
Ya de impresion ninguna capaz era.

»Nada pregunta; nadie le hace caso;
Llévanle cual vil fardo; y triste presa
Del mental desarreglo, ni áun memoria
De lo que acaba de pasar, conserva.

»Unas veces tomaba el alimento,
Otras lo rechazaba con violencia;
Ya prorumpe en horrendos alaridos,
Ya insensible cadáver ni áun alienta.

»Al confin castellano á pocos dias
Así llegó, y al punto de él se entregan
Armígeros dispuestos de antemano,
Que tambien mudos y con gran presteza,

»A un lejano castillo le conducen,
Dominio de Velazquez, y lo encierran
En solitaria torre, al mismo tiempo
Que por traidor en Burgos le condenan.



»Veinte crudos inviernos han cercado
De nieves, lluvias, tempestades, nieblas
La prision, donde gime el noble Lara,
Y aguarda al vengador de su inocencia.—

»¡Y qué! gritó Mudarra: ¿en los cristianos
No hay honra, no hay valor, no hay quien em-
De tan esclarecido caballero, (prenda
Ya que no la venganza, la defensa?

»Yo volaré á Castilla, y lanza á lanza,
A Velazquez, al Conde, á cuantos sean
De tanto crímen y crueldad culpables,
Combatiré cual bueno... Tal empresa,

»A que el honor y la virtud me llaman,
El cielo mismo acometer me ordena.
Sí, volaré á vengar al noble anciano...»—
No pudo proseguir, porque le estrecha

Entre los brazos Zaide, que mil besos
Le imprime en la mejilla, se la riega
Con llanto copiosísimo, y le dice:
«Tal es tu obligacion, cumple con ella.

»Hijo eres tú del desdichado Lara,
Que de tí solo su remedio espera.—
¿Yo su hijo?... ¡Gran Dios!... ¡Zaide!» el mancebo
Exclama absorto, helado, y manifiesta

Tan grande agitacion, que más no puede
Su labio articular; y calla, y tiembla.
Respóndele el anciano: «Sí, hijo suyo,
Y de Zahira.»—A nombre tal se llena

La medida del pecho de Mudarra,
Casi pierde el sentido, y dice apénas:
«Mi leal corazon ya lo sabia...
¡Madre!... ¡ay de mí infelice!... ¡madre tierna!...

»¿Qué destino cruel tan dulce nombre,
Entre tus brazos le negó á mi lengua?»
Su voz ahogóse en lágrimas; y Zaide
Repuesto, prosiguió de esta manera.

«La hermosa flor del cordobés imperio,
Zahira, de virtud y gracias reina,
La tierna hermana de Almanzor glorioso,
Astro de la bondad y la belleza,

»Por mí informada de la ilustre sangre,
De la gloria, valor y gentileza
Del noble Gustios, del señor de Lara,
Le admiró, cuando vino á estas riberas,

»Concibiendo al mirarle el entusiasmo,
Que en las almas sensibles, en las hembras
De estima y de valor, la vista sólo
De un héroe generoso al punto engendra.

»Cuando á partir de pronto me obligaron
Los civiles disturbios á Valencia,
Temiendo de Giafar la atroz perfidia,
Manifestéle cauto mis sospechas,

»Que la hicieron temblar y demudarse,
Aumentar su interés, y estar alerta
Sobre la suerte de mi ilustre amigo,
Blanco infeliz de tramas encubiertas.

»Prendió Giafar al desdichado Lara;
Y al momento Zahira, ansiosa, piensa,
Ya que la libertad darle no puede,
El modo al ménos de aliviar sus penas.

»Hermana de Almanzor el poderoso,
Adorada del pueblo, de opulencia
Gozando sin igual, jóven y hermosa;
¿Qué guardia sus encantos resistiera?

»¿Qué carcelero sus cuantiosos dones?...
¿O qué prision las redobladas puertas,
De su mano al impulso, á su voz sola,
No allanara cerrojos y cadenas?...

»Penetró pues en la mazmorra oscura
Donde yacía Lara, y su presencia,
Cual la de un númen celestial, tornara
En luz consoladora las tinieblas.

»Al cabo convirtióse aquel recinto,
Mansion de horrores, llantos y miserias,
En templo del amor, de amor sublime,
De amor que concertaron las estrellas,

»De amor que te dió el sér, para que el nombre
De una insigne familia no perezca,
Dar reparo á gravísimos desastres,
Y al abatido mundo clara prueba

»De que los justos cielos sin castigo
Los crímenes atroces nunca dejan,
Y que á los inocentes desdichados
Consuelo siempre y vengador reservan.

»El gran Gonzalo... (¡ay triste! aún no sabia
Que de sus siete hijos las cabezas
Iba á ver de sus cuerpos arrancadas)
Tornando padre á ser, con alma llena

»De tierno gozo, en manos de Zahira
Puso ese rico anillo, que mi diestra
Otro tiempo adornó, y ahora la tuya,
De indisoluble amor sagrada prenda,

»Signo tambien que el adorado fruto
A conocer en todo evento diera.
¡Tal vez presagio oscuro debió al cielo
Del porvenir oculto en vaga idea!

»Pronto, harto pronto, sí, llegó el horrible
Término á su prision; y la princesa,
Al saber de Giafar la atroz barbarie,
Del nóble amante la forzada ausencia,

»Y la persecucion que el infelice
Halló de nuevo en su traidora tierra;
Víctima del despecho y amargura,
De bajar al sepulcro estuvo cerca,

»Quedando como rosa del desierto,
Que cuando más gallarda y más risueña,
Granizo aterrador la embiste, rompe
Su tallo, y su esplendor marchito deja.

»Mas si tal vez á Gustios desdichado
Le dió en tan recio golpe resistencia
La esperanza de haber un hijo fuerte,
Que su venganza, andando el tiempo, fuera;

»El mismo pensamiento dió á Zahira
Para luchar con su infortunio fuerza,
Y cuidar aquel seno, que albergaba
De esperanzas altísimas la prenda.

»A Córdoba tornó por aquel tiempo
El insigne Almanzor, y en la suprema
Autoridad repuesto, con enojo
Vió la conducta de Giafar horrenda.

»Del Guadalaviar tambien yo entónces
Regresé á estas murallas, y tu bella
Madre me confió todo el secreto,
Que de su hermano reservó discreta.

»Llegó el término en fin, saliste al mundo
En manos de una esclava confidenta
De Zahira infeliz; y yo, yo mismo,
Segun dispuesto de antemano fuera,

»Te llevé á los jardines del alcázar,
Do concertado estaba con destreza
Tu pronto hallazgo. Almanzor al punto
Te puso en brazos de su hermana; sea

»Que noble y generoso, un desvalido
Vió en tí con interés, ó que su extrema
Penetracion de la verdad le impuso,
Como su amor á tí lo manifiesta.

»Desde el instante aquel mi afan primero
Fué, y el anhelo de tu madre tierna,
Dar lo más pronto al desdichado Lara
Del suceso feliz la dulce nueva.

»Pero ¡ay! que desde entónces hasta ahora
La suerte inexorable que le aqueja,
Se opuso á que le llegue tal consuelo,
Y aún ignora que existes. En la tierra

»Jamás mejor servido que Velazquez
Se vió ningun tirano: las ofertas,
La astucia, el ruego, todo en vano ha sido
Probado con teson veces diversas.

»Ni áun he vuelto á saber del docto Nuño:
Vaga tal vez por apartadas tierras,
Si es que el peso de tantas desventuras
No ha dado oscuro fin á su existencia.

»En varias ocasiones despechada
Quiso dejar Zahira estas riberas,
Llevándote consigo, y en Castilla
Implorar de don Sancho la clemencia;

»Pero siempre me opuse: que á Velazquez
Conozco, y paso tal sólo sirviera
Para entregarle la preciosa tabla,
Que en su triste naufragio á Lara queda.

»Tantos años de llanto y de aflicciones,
De esperanzas remotas, si no inciertas,
De amarguras y afanes, marchitaron
En su fresco verdor la primavera

»De tu amorosa madre, y á la tumba...—
¡No más, no más... buen Zaide!... basta, cesa,
Interrumpióle el mísero Mudarra:
¡Harto mi corazon destroza, y llena

»De espanto y de dolor ese recuerdo,
Que ni un instante de oprimirme deja!...
¡Ay! yo escuché sus últimas palabras,
Que aquí en mi corazon están impresas:

»Palabras, que mis años juveniles
Han llenado de afan, y que ahora incendian
Mi pecho con el ansia de cumplirlas,
Ya que he debido al cielo el comprenderlas.

»Sí, exclamó Zaide: sí, jóven gallardo:
Llegado el tiempo es ya; claro lo prueba
Esa sangre que mancha tus vestidos,
Y el aspecto feliz de las estrellas,

»Que el camino te allanan. En Castilla
El débil conde Sancho ya no reina:
Acaba de morir: debe aquel trono
Un jóven ocupar de heróicas prendas;

»Y si los sucesores de los reyes
El cetro y el poder supremo heredan,
Nunca heredan tambien los favoritos,
Y rara vez los odios y las quejas.

»A Castilla, á Castilla, entusiasmado
Con los altos destinos que le esperan,
Gritó Mudarra: los momentos urgen;
Crímen perderlos es, mi padre espera.

»Volemos, dice Zaide: yo contigo
Tornaré del Arlanza á las riberas,
Te entregaré á tu padre; y presenciando
Su venganza, su paz y tus proezas,

»Bendeciré la mano omnipotente
Que alargó mi vejez, para que viera
Cumplidos mis afanes, y tranquilo
Hallaré en el sepulcro paz eterna.

»Volemos, sí... Mas ántes de este mármol,
Que tu curiosidad tuvo despierta
Por un presentimiento indescifrable,
Saquemos el depósito que encierra,

»Para llevarle con nosotros... ¡Hola!
Caleb... Isman.» Al punto se presentan
A la voz obedientes dos esclavos;
A quienes pide para alzar la piedra

Los útiles precisos. Presurosos
Caleb é Isman á obedecerle vuelan;
Y el anciano y el jóven en silencio
Como clavados en su sitio quedan.

Volvieron los esclavos, y la losa
Levantando forzudos, descubierta
Quedó un arca de cedro y ataujía,
En una alfombra tunecina envuelta.

Viéndola, dijo Zaide: «Aquí, Mudarra,
Están de tus hermanos las cabezas,
Que Giafar como bárbaro trofeo
Colocó de su alcázar en las puertas.

»Yo las quité de allí, y en esta caja
Las encerré entre aromas, y esta huesa
Mandé labrar, plantando en su memoria
Estos siete cipreses que nos cercan.

»Llevemos á tu padre estos despojos:
Dulce reposo allá en su patria tengan:
Que áun despues de la muerte es gran desdicha
Sufrir el peso de la extraña tierra.»

Arrojóse Mudarra sollozando
Sobre el arca magnífica, la besa
Y la humedece con su llanto. Zaide
La alza y prosigue: «El tiempo no se pierda;

»Vamos, vamos al punto. La mañana
Anuncia con su soplo el aura fresca;
Y no es prudente que el cercano dia
Dentro de este castillo nos sorprenda.»

Ambos dejaron el jardin, siguiendo
La caja funeral, y al patio llegan,
Do á los preparativos del vïaje
Con grande actividad Zaide se entrega.

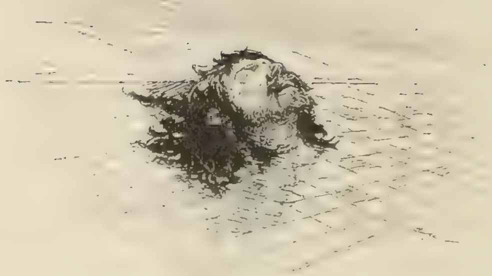
Las varias y terribles sensaciones,
Que en el espacio de la noche aquella
El alma generosa de Mudarra
Sacudieron con rápida violencia,

Su vigor agotaron; y abatido
En el moral cansancio, que la fuerza
A la imaginacion roba, yacía
Entre el tropel confuso que le cerca.

La muerte de Giafar, la suspirada
Revelacion de horrores tantos llena;
El hallarse de pronto un personaje
De alto nombre, de sangre tan excelsa,

De tan grande importancia, destinado
De monstruos á purgar la esclava tierra,
Y á ejercer la venganza de los cielos
Por gloriosos peligros de alta prueba;

Forman un monte inmenso, que separa
Pasado y porvenir de su existencia,
Y lo que fué, ocultando, un mar descubre
Borrascoso y envuelto en vaga niebla.





ROMANCE QUINTO

En medio de los jinetes
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataud de palo,
Y dentro del ataud
Venia un cuerpo finado.

Romance antiguo.

Leida la carta ó letra, cayó
En tierra, privada de fabla y sentido.
Y de todo punto el ánima dió,
Non menos llagada que la triste Dido.
E luego las otras el mas dolorido
Duelo comenzaron, que jamás se falla
Ser fecho en el mundo...

Comedieta de Ponza, obra inédita del marqués de Santillana.

La fresca aurora de risueño nácar
Tiñó las nieblas, que del ancho rio
A coronar se alzaron en la noche
De la ciudad los régios edificios;

Y sus primeros rayos, en la cima
De la alta sierra al matizar los riscos,
La caravana fugitiva vieron,
En que Mudarra va tras su destino.

Con el primer crepúsculo en la falda
Un bulto descubrióse al tiempo mismo,
De hácia la fuente del Amir bajando
Entre los madroñales y lentiscos.

Los pastores del llano, que tornaban
A su inocente y plácido ejercicio,
Despues de haber pasado en blando sueño
La sosegada noche, al descubrirlo,

Y al ver se acerca con incierta planta,
Sin seguir senda alguna, dando giros,
Cayendo y levantando; en él los ojos
Casi con sobresalto tienen fijos.

Los mastines tambien que lo advirtieron,
Vigilantes alzando sus ladridos,
A encontrarle volaron. Dos zagales
Con piedras contenerlos y con silbos

No pudiendo lograr, tras ellos corren;
Y al acercarse al sospechoso sitio,
Ven que el bulto es un negro de anchos hombros,
Que arrastraba un ropon medio caido.

Aproxímanse más, y con asombro
Encuéntranlo espirante y semivivo,
La frente hendida de furioso golpe,
Y cuerpo y ropa y todo en sangre tinto.

Al escucharle con penoso labio,
«¿Dónde estoy? exclamar, ¡socorro, amigos!»
En lástima tornando el miedo, pronto
Se llegan y le ayudan compasivos;

Y calmando el furor de los mastines,
Sobre los hombros sácanle al camino,
Y no sin gran trabajo le conducen
Con lento paso al pastoril abrigo.

Pronto fué en él de todos los pastores,
Ya extendida la luz, reconocido
Por Muley, el diestrísimo flechero,
Esclavo de Giafar y favorito.

Pásmanse al verle en tan terrible estado,
Y el viejo mayoral de aquel aprisco
Examina la herida peligrosa,
Que mana sangre entre los toscos rizos

De la hirsuta cabeza, y áun le aplica
Bálsamo de romero y de tomillo;
Refrigerando al triste moribundo
Con tibia leche el labio blanquecino.

El infeliz, que estaba ya luchando
Con las postreras ansias, sumergido
En desmayo letal, por un momento
Da corta muestra de engañoso alivio;

Para aumentar las dudas y el asombro
De los que en torno están, ansiando indicios
Que aclaren, si la herida del esclavo
Es golpe vil de bárbaro asesino.

Abre los ojos pues, ya con las sombras
De la muerte vidriados y marchitos:
Los gira en rededor, y no conoce
Al viejo mayoral que le da asilo.

Tuerce los brazos, hierve su hondo pecho.
Tiemblan ya sin vigor los miembros frios,
Y haciendo esfuerzos impotentes, lanza
Agudos ayes, roncos alaridos;

Y de repente alzarse procurando,
Con claras muestras de mortal delirio,
Tales palabras dislocadas dice,
Interrumpidas con horrendos gritos:

«Mandado fuí... ¿quién resistir pudiera
Su omnipotente voz?... ¿quién?... yo... yo el tiro
Erré con voluntad... ¡Jóven gallardo!
No era dado matarte al brazo mio.

»Mas ¡ay! yo le engañé... ¡qué horror!»... Tornóse
Su débil voz en áspero alarido,
Y derribóse sobre toscas pieles,
Envuelto en espantoso parasismo.

El viejo mayoral de nuevo aplica
Leche á los labios, y con un rocío
De agua fresca humedece el negro rostro
Del infeliz, que helado y convulsivo

Da vuelcos, sin que puedan dos pastores
Sus miembros sujetar. Al fin rendido,
Quedó como un cadáver: luégo vuelve
En sí más sosegado, más tranquilo,

Y muestras da de conocer la choza,
Y al mayoral tambien. Lanza un suspiro,
Y con voz desmayada: «Sí, prosigue,
No es sueño, ni ilusion... ¡ah! yo lo he visto.—

»¿Qué? le preguntan. Escuchad, responde:
Despues que el brazo injusto y vengativo
Hendió mi frente y confundióme en tierra,
Sonaron dos alfanjes, y un gemido.

»Luégo reinó silencio... En sed ardia,
Y en la cercana fuente hallar alivio
Quise... Me esfuerzo, y sin vigor arrastro
Mi cuerpo por las ramas y los riscos.

»Llego al lugar ansiado, y de repente
En tierra desangrado... ¡qué horror!... miro
A Giafar!—¡A Giafar!» los circunstantes
Repiten á una voz despavoridos,

Al escuchar tan poderoso nombre.
«Sí, prosigue Muley; Giafar, amigos,
Giafar, no me engañé, que en su semblante
Daba la luna; y á su lado mismo

»En pié se alzaba formidable espectro,
Con los desnudos brazos extendidos,
Y con tal apariencia, que yo al verle,
Quisiera confundirme en el abismo.

»Y torné á desmayarme, ya olvidado
De la sed que abrasaba el pecho mio,
Y de nuevo quedé como sin vida,
Sobre las hojas áridas tendido.

»Mas despues de un gran rato recobréme,
Volví á ver á Giafar claro y distinto,
Entre confusa turba de fantasmas,
Que le arrastraban, prorumpiendo en gritos

»De gozoso furor, por un gran lago
De sangre, que inundaba aquel recinto;
Y las palmas batian, con risadas
Del otro mundo; y con los labios fijos

»Ví muchas de ellas en la horrenda herida
Del pecho de Giafar cárdeno y frio
Beber la sangre; y otras desgarraban
La llaga, ya honda sima.» El semi-vivo

Negro no pudo más: terror helado
Le atajó las palabras; confundidos
Quedaron de escucharle los pastores,
Y en nueva convulsion se hundió el mezquino.—

¡Oh justo cielo! ¿tan terrible escena
Vió en realidad? ¿Acaso los sentidos
De Muley, perturbados con la herida,
Cómplice de Giafar en los delitos,

Sus bárbaras crueldades no ignorando,
Y entregado al influjo de un delirio,
Miró cual ciertos en aquel instante
De su imaginacion los extravíos?

¿Acaso de la sierra leñadores,
O habitantes tal vez desconocidos,
De Giafar el cadáver circundaron;
Y el negro, desangrado y sin juicio,

Víctima del terror, sombras, fantasmas
Los juzgó sin cordura? ¿Acaso quiso
La justicia tremenda del Eterno
Las terribles venganzas y castigos,

Que á los tiranos sanguinarios guarda,
Descubrir á un esclavo; y darle aviso
Por medio tal al mundo?... ¡Quién penetra
Del Sér omnipotente los designios!

No volvió á hablar Muley: la helada muerte
Tomó pronto completo señorío
De su mísero cuerpo. Los pastores,
Pasmados de terror, y á un tiempo mismo

De confusion dudosa, nada pueden
Con certeza inferir de lo que ha dicho.
Que Giafar está muerto, y su cadáver
Insepulto no léjos de aquel sitio,

Coligen sólo; pero ¿quién dió el golpe?
¿Quién ha sido el mortal de tanto brio,
Que á tal coloso hirió? Quieren incautos
Los zagales, cual jóvenes sencillos,

Ir á buscar los míseros despojos
Del supremo Wacir; mas, advertido,
El mayoral anciano los contiene,
Temiendo de tal paso los peligros.

Ya el sol sus claras luces extendia
Por la inmensa llanura, y el bullicio
De la noble ciudad llenaba el aura;
Cuando de los mastines los ladridos,

Y de hombres, de caballos, de lebreles
El confuso rumor que allí vecino
Retumba, los pastores escuchando,
A Muley dejan, que el postrer suspiro

Lanzaba en aquel punto. De la choza
Salen curiosos, y de flecha á un tiro
Ven tropa de gallardos cazadores,
Que á la ciudad dirigen su camino

En desórden confuso, y que pasaron
Junto al redil. En ayes y alaridos
Van desahogando el corazon algunos;
Otros al alto cielo y hondo abismo

Van pidiendo venganza. Entre la turba
Seis esclavos á pié, de tosco pino
En palanquin humilde, con ramajes
Formado, blandas jaras y carrizos,

Llevan sobre los hombros un cadáver
De formidable aspecto, en sangre tinto,
Desgarradas las ropas, descubierto
El semblante, marcado con el signo

De la reprobacion. ¡Ay! Giafar era,
Que aunque muerto, inspiraba el miedo mismo,
Que cuando el cetro ó la invencible lanza
Empuñando, era númen de exterminio.

De aquella tropa que el cadáver lleva,
Era jefe Zeir el tunecino,
Al que ofreciera el bárbaro difunto
A Kerima inocente en sacrificio.

La anterior tarde en que citó á Mudarra,
Por medio de Muley, Giafar inicuo
Para la fuente del Amir, creyendo
Que iba en salvo á lograr su atroz designio;

Fingió que á disponer iba en la sierra
Una gran caza, y á Zeir le dijo,
Que á la mañana con los suyos fuese
A reunirse con él en aquel sitio.

Sin duda que encontraran del flechazo
Allí á Mudarra traspasado, quiso;
Así encubrir el alevoso golpe,
Y achacarle del monte á forajidos;

Mas la trama execrable el justo cielo
Omnipotente y vengador previno,
Y do creyó Giafar lograr un crímen,
Halló su confusion y su castigo.

A la primera luz de aquella aurora
El gallardo Zeir, que en el castillo
De Almodóvar gozaba el dulce otoño;
De un loco amor jamás correspondido

La posesion tiránica y terrible
Esperando lograr; con sus amigos,
Cazadores, ballestas y lebreles,
De la cita al lugar corre prescrito.

Agil adelantándose á su tropa,
Al avistar los árboles altivos,
Que del Amir la fuente sombreaban,
Puso á galope el potro berberisco;

Y sonando entre jaras y mimbreras
El dorado metal de los estribos,
Y hollando juncias y húmedos helechos,
Llegó solo hasta el rústico recinto,

De do asustado con su estruendo, alzóse
Volando un buitre, ensangrentado el pico,
Y un voraz lobo huyó por las malezas;
El potro al verlos, receloso, esquivo,

Ambas orejas adelante inclina,
Lanza por la nariz de fuego un rio,
En las flexibles piernas derribado,
Pone los brazos cual puntales fijos,

Y espeluza la crin. Al punto siente
Del agudo acicate el duro aviso,
Y se enarmona, y resoplando fiero,
Un matorral espeso y de un gran pino

El derribado tronco salva, y entra
De la fuente en el corto circuito.
Asombrado Zeir, halla un cadáver
Ante sí de repente: compasivo,

Más bien horrorizado, los arzones
Desocupa ligero: confundido
Reconoce á Giafar nadando en sangre,
Y la sierra atronó con ronco grito.

¡Oh, cuál halló al Wacir!... Que reluchando
Con ansias espantosas y martirios,
En desesperacion arrojó el alma,
Cualquiera, al encontrarle, hubiera dicho:

Segun los rastros de esparcida sangre
Que cruzaban el prado, al ver teñidos
Tambien de sangre de la humilde fuente
Las flores y raudales cristalinos,

Tronchados los arbustos, arrancadas
Las cortezas de sauces y lentiscos,
Y el lívido cadáver destrozado,
Casi desnudo del ropaje rico,

La barba llena de sangriento lodo,
Con mil cárdenos golpes contundido,
El pecho hinchado, y la espantosa herida
Destrozada en reedor. Tal el navío,

Que asombro fué de mares y riberas,
Extendiendo soberbio su dominio
Por cuanto alumbra el sol, y que potente
Pavor impuso al cielo y al abismo;

Del rugiente huracan arrebatado,
De un rayo vengador al cabo herido,
Y de las ondas con furor hinchadas
Tornado en ira su respeto antiguo,

Azotado; al través sobre la costa
Da en noche oscura, entre ásperos bajíos:
Y á la mañana encuéntrase volcado,
Trizas hecho el velámen, los erguidos

Mástiles rotos, el costado abierto,
Solo y abandonado, del Destino
Inexorable mísero despojo,
Del ponto que humilló, burla y ludibrio.

Llegó de bulliciosos cazadores
Pronto la alegre turba, y mudo y frio
Halla, el horrendo cuerpo contemplando,
Sin aliento y color á su caudillo.

En todos difundiéndose al instante
Igual terror y un pensamiento mismo,
En silencio circundan el cadáver,
Sobre él los ojos espantados fijos.



Tal turba de pastores, en la orilla
Del mar, desde las rocas el navío
Naufragado miraran, contemplando
Cuán grandes y tremendos habrán sido

De los descadenados elementos
El esfuerzo, el furor y el poderío,
Cuando vencer lograron tal coloso,
Y al mundo libertar con su exterminio.

Pasado el estupor y asombro incierto,
Que un horrible espectáculo imprevisto
Siempre ocasiona, procuraron todos
Buscar del matador algun indicio.

Una flecha clavada está en un tronco;
Mas no hay otro ninguno en aquel sitio,
Y parece la herida ser de alfanje
De aguda punta y de delgado filo.

Entre los matorrales otro lago
De fresca sangre encuentran, y caidos
En ella un arco y un carcaj: dos prendas
Que conocidas fueron al proviso

Por del negro Muley, aquel flechero
En Córdoba famoso por sus tiros,
Y á quien trajo el Wacir de Mauritania,
Con plaza en su favor y en su servicio.

Hallazgo tal, y la sangrienta estampa
De una mano en el tronco de un aliso,
Junto á la senda de la Albaida, aumentan
La comun confusion. Cerca un relincho

Escuchan; corren, y hallan el caballo
De Giafar, por la rienda atado á un pino.
Recógenlo; registran cuidadosos
Las cuevas, espesura y precipicios,

Y áun quedándose algunos en la sierra,
Por si pueden topar algun testigo
Y hacer nuevas pesquisas; los restantes
Reuniéndose á Zeir, el cuerpo frio

De Giafar á su alcázar conduciendo,
El llano atravesaron y el rastrillo
De la ciudad, y en funeral comparsa
De sus calles y plazas el bullicio.

Kerima en tanto en letargoso sueño
Templaba los afanes y martirios
De su pecho infeliz. Sólo dos dias
Quedaban ya del término prescrito

Por su padre cruel (plazo harto breve,
En que debe fijarse su destino),
Y ha cuatro que ni áun sabe qué es del jóven,
A quien rindiera el alma y albedrío.

Sola, encerrada, y escuchando siempre
Los consejos y cuentos desabridos
De la vieja nodriza, que empleaba
En cuerda de tormento su cariño;

Sin hallar un consuelo, una esperanza,
Yace desventurada en un abismo
De desesperacion. La alta firmeza
De su carácter, y la fuerza y brio

Del noble amor, que contrariado crece,
No alcanzan á ofrecerle ni un resquicio
De salvacion. La abruma su existencia;
Y sólo en el veneno ú el cuchillo

Recurso encuentra... ¡Mísera!... Privada
De sus siervas tambien, ni áun el respiro
Logra de que álguien su lamento escuche
Con semblante y silencio compasivos.

La nodriza, no más, á todas horas
Tiene á su lado, y de ambas al servicio
Sólo admitida estaba una cautiva,
A quien jamás la desdichada ha visto

Antes de su prision. Era cristiana
Y María su nombre, habiendo sido
Aprisionada en la invasion y saco
De un lugar castellano fronterizo.

Silenciosa á arreglar el aposento,
Cumpliendo silenciosa con su oficio,
En la cámara entraba; pero siempre
Teniendo á la nodriza por testigo.

La anterior tarde consiguió un momento
Hallar sola á Kerima de improviso;
Y con los ojos demostrarle supo
La compasion y el interés más vivo.

No tardó la doncella sin ventura,
Llena de gratitud, en descubrirlo;
Y de una vil cautiva las miradas
Para ella fueron celestial alivio.

Una alma destrozada lo halla siempre
Al ver un solo asomo, un leve signo
De tierna simpatía en el semblante,
Aun del sér más abyecto y abatido.

No era ya jóven la infeliz cristiana,
Y de beldad y de vigor marchito
Por los desastres, más que por los años,
Su angustiado semblante daba indicios.

Tornaron á mirarse ella y Kerima,
Y una y otra lanzaron un suspiro;
Y la cristiana la primera el labio
Movió, y turbada estas palabras dijo:

(Palabras, que si al pronto no entendidas,
Y en tal boca escuchadas, el principio
En la gentil doncella acaso fueron
De afectos de tan alto poderío,

Que su alma destrozada á nueva senda
Encaminaron por extraño giro,
Fijando de manera inesperada
Su oscuro porvenir y sus destinos.

Hay críticos momentos de la vida,
En que el objeto más trivial, ó el dicho
Más insignificante, en nuestras almas
Ejercen un tiránico dominio.

Así tal vez hácia fecundo suelo,
Cuando las lluvias, nieves y granizos
Preparado lo tienen, de otro clima
Arrastra el viento en raudo torbellino

Despreciable semilla, ó la conduce
Ave ligera en el delgado pico;
Y en la tierra cayendo, encuentra en ella
Para desarrollarse grato abrigo;

Y prende, y nace despreciable tallo,
Que es pronto arbusto, y que despues rollizo
Tronco á miles su especie multiplica,
Tornando el que fué prado, en bosque umbrío.)

Dijo pues la cristiana compasiva
A Kerima infeliz: «Dios es benigno:
Él puede remediar tus infortunios;
Pon tu esperanza en él, tendrás alivio.

»Si fueras de mi ley... si tú á la Madre
De nuestro Redentor, el que á su Hijo
Por tí rogase, humilde le pidieras,
Siendo justos, lograras tus designios.

»En ella tengo yo mi confianza:
Mira, mira su imágen, que conmigo
Sobre mi corazon llevo, y en ella
Cobrar mi patria y libertad confio.»

Diciendo así del seno una medalla
Sacó, do en cobre estaban esculpidos
Toscamente una Vírgen por un lado,
Y por otro un pequeño Crucifijo.

Como un extraño talisman Kerima
La miró con respeto y con prestigio,
Pues en grandes apuros y aflicciones
Cuando cerrado está todo camino,

Es propio alimentar aún esperanzas
En secretos influjos y en prodigios.
Y la cautiva continuó: «Señora,
Por todas las ajorcas y los ricos

»Joyeles de preciosa pedrería
Con que al sol deslumbrar, tal vez te he visto,
No trocara esta prenda... Mas si quieres,
Miéntras que dure tu afliccion, contigo

»Conservarla, gustosa te la dejo.»—
Kerima la tomó dando un suspiro,
Al cuello se la puso; y á su mente
Ocurrió el pensamiento al tiempo mismo,

De que tal vez en la mujer aquella
Medio le daba el cielo, más propicio,
De escribir á su amante, y en el caso
De apelar á la fuga, algun arbitrio.

Iba por estas nuevas esperanzas
A dar el primer paso, cuando vino
La nodriza importuna; y advirtiendo
Que ambas hablaban, con encono dijo

A la infeliz cristiana: «¿Cómo, perra,
Osas mover aquí tu labio indigno?
Trabajar y temblar te cumple sólo;
Pon que tuviste lengua en el olvido.

»Huye de mi presencia. Y tú, hija mia,
Prosiguió con Kerima, los oídos
¿Has podido prestar á las palabras
De esa idólatra vil?... Por cierto digno

»Es de tu alto nacer y de tus prendas
Permitir tal audacia.»—Un ceño altivo
Fué de Kerima la respuesta sólo,
Y la cristiana huyó dando un gemido.

La anciana lenguaraz larga corriente
Dió á sus discursos necios y prolijos,
Ya los tiempos presentes despreciando,
Ya elogios tributando á los antiguos:

Prodigó reprensiones y consejos,
Encomios al mancebo tunecino,
Injurias contra el Huérfano, y elogios
De Giafar al orgullo y poderío.

Refirió á la doncella, que su padre
En aquel punto, de Muley seguido,
Iba á la sierra, donde ya tenia
Citados á Zeir y á sus amigos

Para una caza; y le pintó indiscreta
El banquete, el festejo y regocijo,
Que para celebrar se preparaban,
Su boda, ó aún mejor, su sacrificio.

La infelice Kerima en tales cuentos
Sólo hallando tormentos y martirios,
Permaneció sobre su lecho, muda,
El rostro vuelto á la pared. Tendido

Estaba el manto de la noche, cuando
Creyendo la nodriza ya en tranquilo
Sueño á Kerima, acomodó cuidosa
La lámpara de bálsamo y el rico

Pabellon ormesí, y á lento paso
Fuése á buscar en el salon contiguo
Nueva conversacion con las esclavas,
O de reñir y murmurar motivos.

Libre de ella Kerima, largo curso
Dió á su imaginacion: ya entre peligros
Ve á su amante infelice, pues presiente
De su terrible padre los designios;

Ya piensa en que á gozar dos veces solas
Va del eterno sol el claro brillo,
Resuelta á que sus bodas y su muerte
Tengan efecto en un momento mismo.

Ya en volcánico amor arde su pecho,
Y le da para todo aliento y brio:
Ya en confuso terror se hunde mezquina,
Y encuentra por do quiera precipicios.

Está como el que cuenta los instantes
Que de vida le quedan, el suplicio
Inevitable ante sus ojos viendo,
Sin humano recurso. En sudor frio

Ora se inundan trémulos sus miembros,
Ora inmóviles quedan, convertidos
En insensible mármol. Ya sus ojos
En lágrimas prorumpen, como en gritos

Los ardorosos labios; ó ya aquellos,
Secos, se niegan al sabroso alivio
De lloro derramar, y estos, helados,
No permiten el paso ni á un suspiro.

En tan terrible estado, como suele
En el desierto inmenso al peregrino
De léjos ofrecerse un pobre arbusto,
O como en noche lóbrega al perdido

Caminante de luz harto lejana
Entre vapores el confuso brillo;
O como una remota hinchada vela
Al náufrago infeliz de un leño asido;

A la doncella se le ofrece acaso,
Por única esperanza en su conflicto,
La cristiana cautiva. Mas ¿qué puede
Un sér tan infeliz contra el Destino?

¡Ay!... el arbusto tierno, que verdea
En mitad del desierto, ni áun rocío
Tiene en sus ramas; la lejana lumbre
Es fuego fatuo, leve y fugitivo:

La vela que en el férvido horizonte
Preséntase indicando algun navío,
Es fantástica nube; y la cautiva
Consuelo harto impotente en tal peligro.

Si al ménos con Zelima, aquella esclava
Que era de sus secretos el archivo,
Y que de juventud, gracia y talento
Goza los poderosos atractivos,

Pudiera concertar... Acaso... acaso...
Pero ¡ay, que es la primera á quien prohibido
Le fué el comunicar con su señora,
Y su favor mirado cual delito!

No, no le queda á la infeliz Kerima
Ni el más remoto rayo, ni un resquicio
De terrestre esperanza... ¿Qué viviente
Puede en apuro tal serle de auxilio?

Harto la infortunada lo conoce;
Mas como la esperanza, del mezquino
Mortal inseparable compañera,
Con él camina hasta el sepulcro frio;

Quien la pierde en la tierra, la coloca
En el cielo, y aguarda algun prodigio
Que remedie sus males, trastornando
De la natura el uniforme giro.

Tal sucede á Kerima: su esperanza
Se acoge á los extraños desvaríos,
De encantos, talismanes y conjuros,
Y piérdese en un cáos de delirios.

Cuantas necias patrañas ha escuchado,
Con desprecio sin duda y con desvío,
A su nodriza y á sus siervas todas,
En su mente revuelve sin juicio;

Y torna su atencion á la medalla
De la cautiva, donde ve esculpidos
De figuras humanas los contornos,
Grave profanacion segun su rito (29):

Extrañeza tambien que da más peso
En su imaginacion á aquellos signos,
Pues al númen que rudos representan,
Con fervor pide proteccion y auxilio.

Como la arista, que á merced del viento
En la tormenta del ardiente estío,
Envuelta en blanco polvo leve gira
Entre los encontrados torbellinos,

Ya hasta las leves nubes se levanta
Salvando montes y hondos precipicios,
Ya por la seca tierra va arrastrando
Al través de llanuras y de riscos;

Pasó la noche toda la doncella
Luchando con su mísero destino,
Alzándose en falaces esperanzas,
Y hundiéndose en un ciego y hondo abismo;

Y cuando de la aurora mensajero
Apareció el lucero matutino,
Rendida de penar, en un letargo
Cayó, y templóse un rato su martirio.

Pues por más que, fantasmas voladoras,
En espectros informes y en vestiglos,
Al reedor de su lecho se agolparon
En gran tropel sus pensamientos mismos;

Al fin tornóse su letargo en sueño,
Por profundo y pesado harto tranquilo,
En que si no remedio á sus afanes,
El descanso logró que da el olvido.

Dormia pues, cuando el rumor confuso
De clamores, de llantos y alaridos,
Que al llegar de Giafar el cuerpo helado,
Retumbó en el magnífico edificio,



La despertó. Alzóse pavorosa,
Cual liebre que dormida entre tomillos
Oye el latir de galgos corredores,
Y del potro ligero los relinchos.

Vistióse de sus ropas más precisas,
Sin cuidar de pomposos atavíos,
Y fué á llamar, cuando se abrió la puerta,
Y la nodriza entró, que roncos gritos

Lanzando, y de dolor, de espanto y rabia,
En gesto y actitudes, dando indicios,
Así con voz ahogada, interrumpida,
Y de temblor no inteligible, dijo:

«El soberbio Almanzor logró su anhelo,
El triunfo consiguieron los impíos.
Corre, hija mia, corre, y que venganza
Te dé al punto Zeir del caso inicuo.

»¡Ay del imperio cordobés!... Kerima,
Si es el monarca Hixcen del cetro digno,
Dénos reparacion... ¡Ay hija amada!!!
Perezcan los infames asesinos...

»¡Oh gran Profeta!»—Aquí llegaba, cuando
Con extraño rumor y de improviso
La turba entró de sus esclavas todas,
Sobre sus frentes el terror escrito.

Kerima no comprende ni las voces
De la vieja irascible, ni el motivo
De tanta confusion; y á sus preguntas
Nadie osa responder. En tal conflicto

El primer pensamiento que le ocurre,
Es que de Hixcen renace el odio antiguo
Contra Giafar su padre, y que le quita
De nuevo su esplendor y poderío.

Sale pues presurosa de su estancia,
Que ya no es reclusion, y aunque impedirlo
Procura la nodriza, con sus siervas
Corre hácia donde suena el gran bullicio;

Y halla al fin el cadáver de su padre,
Sobre la alfombra en el salon tendido,
Do en otro tiempo el sin ventura Lara
Vió las siete cabezas de sus hijos.

Lo que pasó en Kerima en aquel punto,
No es mi labio capaz de describirlo:
De afectos tan contrarios fué su pecho
Alternativamente combatido,

Que imposible es, no sólo retratarlos,
Mas tambien comprenderlos: el permiso
De penetrar, está negado al hombre,
En tan ciego y confuso laberinto.

———

De dolor y de espanto fué aquel dia,
Y el siguiente ofreció nuevos motivos
De confusion, de horror y de despecho
A Kerima infeliz; pues cuando el brillo

Primero de la aurora en el oriente
Apareció, paróse ante el postigo
Del jardin del alcázar un caballo
Cubierto de sudor, y un campesino

Moro bajando de él, con gran presura
En los patios entró del edificio,
Preguntó por Zelima, y un instante
Le habló, y dióle una cosa. Al punto mismo

La favorita, sin perder momento,
Subió, y á su señora un rollo escrito,
Con un negro cordon en torno atado,
Entregó, y retiróse. Temblor frio

A Kerima agitó, y un largo espacio
Ni áun fuerza halló para romper el hilo
Que cerraba la carta misteriosa,
Dándole el corazon grandes latidos.

Repuesta al fin de la primer sorpresa,
Desarrolló el delgado pergamino,
Y leyó estos renglones espantosos,
Por una mano tembladora escritos:

Kerima: yo á tu padre he dado muerte;
Mas no fuí yo, fué sólo su Destino.
Le herí sin conocerle, defendiendo
La vida, que arrancarme aleve quiso.

Perdóname, mi bien: el justo cielo
Dirigió el duro golpe... Mas ¿qué digo?...
Para matarle sólo fuí engendrado:
Soy del noble señor de Lara hijo.

Yace en prisiones, y á salvarle vuelo,
A combatir al pérfido enemigo
De mi estirpe infeliz... Adios, Kerima.
En dando cumplimiento al deber mio,

La muerte buscaré: la muerte anhelo...
¿Cómo sin tí vivir? Aborrecido
Te debe ser quien te privó de padre...
Aborréceme!!!... Sí, yo, yo á mí mismo

Me aborrezco tambien. ¿Por qué aún no ignoro
La insigne sangre que en mi pecho abrigo?...
Adios, adios... Mi madre fué Zahira...
Que no pierda, por serlo, el merecido

Respeto que á su nombre tributaste.
Las flores, que circundan el recinto
De su sagrada tumba, no perezcan...
Pronto mi sombra en él buscará asilo.

Kerima apénas concluyó la carta,
Con desmayo letal á tierra vino,
En insensible mármol convertida,
Privada de calor y de sentidos.

¡Infelice!... ¡Mas, ay, no es más dichoso
El que la carta apasionada ha escrito,
Y que á Burgos camina á largo paso,
Con veinte esclavos y su anciano amigo!

Cuando al doblar la sierra, en su alta cumbre,
Volvió Mudarra el rostro enardecido
A la insigne ciudad, y entre la niebla
Descubrió los gigantes edificios,

La gran mezquita, las flexibles palmas,
El dorado alminar, y el claro rio
Serpenteando plácido y risueño
Entre verjeles, huertas y molinos;

Un vuelco dióle el corazon cuitado,
Y recobraron de él todo el dominio
En tropel los recuerdos de la infancia,
Y de su ardiente amor el fuego vivo;

Cual rey, que destronado algunas horas,
Torna triunfante en nuevo poderío
A sentarse en su trono. Los afectos
De horror, piedad, orgullo y heroismo,

Que al teñirse de sangre, al oir absorto
De su padre y familia los destinos,
Al saber su alto nombre, al consagrarse
A un gran deber cercado de peligros,

Se apoderaron de su pecho; al punto
De dar su adios postrero al patrio nido,
Y de darle tambien á su querida,
Desparecieron. Uno de los riscos

Que en torno lo cercaban, ser quisiera,
Para jamás moverse de aquel sitio,
En que plantado, envidia las raíces
Del grueso roble y del gigante pino.

Zaide prudente, sin decirle nada,
De su caballo asiendo, enternecido
Le hizo pasar la cumbre, y á sus ojos
Córdoba se ocultó. Lanzó un suspiro

El garzon angustiado: todo el dia
Guardó tenaz silencio, sumergido
En un mar de dolor. Las más violentas
Pasiones, los afectos más distintos

Juntábanse, ó tal vez se sucedian,
Cual las olas del mar embravecido,
O cual las nubes rápidas de otoño,
Que el cielo cruzan con incierto giro

En fantásticas formas; y apurando
Del infierno implacable los suplicios,
Concibe al porvenir horror y tedio,
Y por lo que pasó, ciego delirio.

Cerca del Carpio les cogió la noche:
Un pariente de Zaide su castillo,
Inexpugnable entónces, gobernaba,
Y en él se recogieron sin peligro.

Allí el mancebo falto de reposo,
A Kerima escribió, y á un campesino
Despachó á toda brida, y encargóle
Dar la carta á Zelima con sigilo.

Aquellos cazadores, que en la sierra
Quedaron á buscar rastros ó indicios
De quién mató al Wacir, al fin tornaron
A Córdoba alterada, al tiempo mismo

Que entró en ella del Carpio el mensajero,
Y refieren el viaje repentino
De Mudarra con Zaide, y las palabras
Y muerte de Muley en el aprisco.

Y cuentan vagas nuevas, que en la selva
A varios leñadores han oido,
De cómo hallaron á la media noche
El cuerpo helado en el lugar sombrío.

De un solitario, que de luengos años
Habita de la sierra entre los riscos,
Dicen, que oyó tambien el sordo estruendo
De dos alfanjes, que bajó á aquel sitio,

Halló muerto al Wacir, y oyó los pasos
De álguien que se alejaba fugitivo
Hácia la Albaida; y sobre todo afirman
Que hay un pastor, que del Amir ha visto

En la fuente á Mudarra, cuando el dia
Se ocultaba en ocaso.—En los corrillos
Del pueblo estas noticias se difunden,
Y se aumentan con cuentos y prodigios;

Y toda la ciudad, con fundamento
Sospecha ya quién de Giafar ha sido
El matador, y en su enlutado alcázar
Se asegura por cierto y positivo,

Que es Mudarra. Furiosa con tal nueva
Lanzando la nodriza roncos gritos,
Y maldiciendo al Huérfano infelice,
Y á Zaide, y á Almanzor, y á los impíos,

Sube á martirizar con la noticia,
Con sus imprecaciones y delirios
A Kerima inocente. En su aposento
La halla rendida en tierra, sin sentido,

La hermosa faz helada, las mejillas
Sin color y sin luz, secos, marchitos
Los ojos, y en sus labios anhelantes
Sonando apénas sepulcral quejido,

Y la que á procurar iba imprudente
Con su cólera necia el daño mismo,
Hecho hallándolo ya, de horror se pasma,
Grita, llama á las siervas, su cariño

Por la infeliz exhala en tierno lloro,
Estréchala en su seno, el rostro frio
Le sella con los labios, y la nombra
Con maternal amor. De sus gemidos

Asustadas acorren con presura
Las esclavas, colocan sobre el rico
Lecho á su yerta exánime señora,
Y dánle los socorros más precisos.

Sobre la alfombra en tanto alguna de ellas
Ve acaso de Mudarra el pergamino,
Curiosa lo recorre, y asombrada
Al encontrar en él tan buen testigo

De aquel suceso, y claros y patentes
Tan extraños secretos; al proviso
Corre al salon, donde aún estaba el cuerpo
Cercado de parientes y de amigos,

Guardias y esclavos; y mostró la carta,
Que de horror y sorpresa en un abismo
Hundió los corazones, descubriendo
Misterios tales.—Que Mudarra es hijo

De Lara y de Zahira, se difunde
Pronto por la ciudad; y los antiguos
Sucesos recordando, admiran todos
Del cielo inescrutable los jüicios.

Kerima, ¡desdichada! de sus siervas
Y nodriza en los brazos, los sentidos
Poco á poco cobró; mas ¡ay! hundida
En mortífera fiebre, que el maligno

Influjo en sus entrañas ejerciendo,
Entregando su mente á atroz delirio,
Y el corazon quemándole, postrada
Dejóla y en gravísimo peligro.

Confusion nueva en el doliente alcázar
Este nuevo desastre repentino,
Y en Córdoba esparció; pues la doncella
Era con gran respeto y gran cariño

Adorada, no sólo en su palacio,
Sino tambien en la ciudad. Reunidos
Fueron todos los físicos más doctos,
Y los más poderosos y exquisitos

Remedios practicados. ¡Ah! diez veces
El sol bajó al ocaso sin que alivio
Hallase la infeliz... ¡Cuántos trastornos
Empeoraron en tanto su destino!

La pompa funeral con que el cadáver
Del Wacir fué al sepulcro conducido,
Se vió atacada por furiosa plebe,
Que en el cuerpo insensible saciar quiso

El odio y el rencor, que le inspirara
Con sus atrocidades cuando vivo;
Y dispersando el fúnebre cortejo,
Despedazó feroz los restos frios.

De Alcaide y de Wacir los graves cargos
A Abdimelik, el sucesor y el hijo
Del Hagib Almanzor, al punto fueron
Por Hixcen y Sabeya conferidos:

Ultimo golpe al poderoso bando
De Giafar, y á su excelso poderío,
Pues los primeros cargos del imperio
Reuniéronse por fin en su enemigo.

El opulento alcázar sin cabeza
Fué escena de desórden inaudito,
Y su inmenso tesoro saqueado
Por una turba vil de advenedizos,

Que deudos se llamaban y parientes,
Sin haber quien pudiese reprimirlos;
A la par que de esclavos y libertos
Codicioso escuadron, roto el prestigio

De obediencia y temor, dió larga rienda
A escándalo, insolencia y latrocinio.
La fiel nodriza y un liberto honrado,
De la familia servidor antiguo,

Sin poder oponerse á tal torrente
De iniquidad, llorábanlo, y aviso
Dieron á Osman, un respetable anciano,
Aunque contrario de Giafar, su primo.



Este, que retirado de la corte
Habitaba de Estepa en el castillo,
A mirar por la huérfana infelice,
Y á remediar tanto desórden, vino.

A la décima luz logró Kerima
De sus dolencias físicas alivio;
Despareció la fiebre abrasadora,
De sueño disfrutó dulce y tranquilo;

Y poco á poco recobró la vida,
Tornando á la salud. ¡Cielo benigno!
¡Qué vida y qué salud!... ¿Dónde las rosas
De sus tersas mejillas?... ¿Dónde el brillo

De sus radiantes ojos?... ¿De sus labios
Dónde el fresco jazmin?... Y el expresivo
Fuego celeste que en su todo ardia,
¿Cómo así se apagó, y es hielo frio?...

El cáncer destructor quedó en su alma,
Devorándola está furioso y vivo,
Y más y más ahondándose: su mente
Desarreglada, su carácter mismo

Trocado lo demuestran. Vaga idea
Conserva de sus males: siempre fijo
Un pensamiento solo la domina;
Mudarra, nada más. Sí, de contino

Le tiene ante sus ojos, en mil formas,
En situaciones mil. Ya su delirio
Es á todos patente. Aunque en silencio
Pasa los largos dias, sus caprichos

Extraños, y el romper tal vez en lloro,
En risadas tal vez, tal vez en gritos;
Y sus raras preguntas y ademanes
Dan de su estado miserable indicios.

Tan sólo la cautiva castellana
Admite con placer á su servicio,
Y embebida, pendiente de su labio,
La escucha de su tierra mil prodigios,

Milagros y fantásticas escenas,
Apariciones, prácticas y ritos,
Y los bandos de Lara y de Velazquez,
Lances, batallas, muertes y amoríos.

Con grande afan conserva siempre al cuello
La medalla de cobre, aunque sombrío
Terror le inspira, sin dudar un punto,
Cuán terrible poder le es concedido.

La nodriza gimiendo, á su Kerima
Ve en situacion tan mísera: su tio
Con dolor la contempla; el pueblo todo
Con lástima y asombro compasivo.

El mancebo Zeir, aquel amante
Tan ardiente y tenaz, comienza tibio
A demostrarse, y del empeño cede,
Que sostener con tanta fuerza quiso.

Pasaba en el jardin la desdichada
Contínuas horas; mas su afan prolijo
Por las flores tampoco ya la anima,
Y con indiferencia y ceño esquivo

Muertas las ve en los vasos de alabastro,
Sin tener más consuelo que el rocío,
Y por los descuidados arriates,
Los tallos secos y el verdor marchito.

———

Una tarde que sola recorria,
Con planta incierta y con los ojos fijos
En tierra, su verjel, acaso abierto
De la extendida cerca halló el postigo;

Y como suele de la jaula estrecha,
Donde más que cantó, lloró cautivo,
Si la puerta quebranta, al manso viento
Lanzarse en vuelo raudo el pajarillo;

Rápida así lanzóse de carrera
En la selva inmediata, y el contiguo
Campo cruzó veloce, de Zahira
Dirigiendo á la tumba su camino.

Allá llegó anhelante y sudorosa,
Y al entrar en el lúgubre recinto,
De rodillas cayó sobre la yerba,
Tendió los ojos, y rompió en gemidos.

¡Cuánto afan, cuánto dulce pensamiento,
Cuánta memoria amarga, en aquel sitio
Invadieron su pecho, destrozado
Del infortunio por el crudo filo!

El mármol que á la tierna madre cubre
Del objeto que el alma le ha encendido;
Las flores á su amor recomendadas,
Y que faltas de riego y de cultivo,

Yacen ahogadas en bastardas yerbas;
Los fúnebres cipreses, que testigos
Fueron de la embriaguez con que su pecho
Se abrió á un amor funesto, que el Destino

Inexorable contrarió; y la banda,
Aunque rasgada y el color perdido
Por los vientos y lluvias, todavía
Ondeando atada en el laurel altivo;

Todo lo mira con turbados ojos;
Y los recuerdos donde quiera escritos
De su pasion desventurada hallando,
Y de sus infortunios el principio;

La faz bañada en lágrimas inclina,
Y soltando la rienda á sus delirios,
Sueña despierta, y con la mente vaga
Por ciegos y confusos laberintos.

Mas ¡ay! no solamente lo pasado
En su imaginacion claro y distinto
Cual presente se pinta: cual presente
Tambien un porvenir, ó un desvarío

En ella se figura... ¡Oh Dios!... la sombra
De su adorado amante (él se lo ha dicho)
Allí el reposo buscará... Su amante
Corrió en pos de venganzas y peligros..

Cielos! Llegó el momento? Llegó el punto
En que ya leve sombra, aquel recinto,
Impalpable, invisible acaso habite,
Y en torno de ella vuele en mudo giro?...

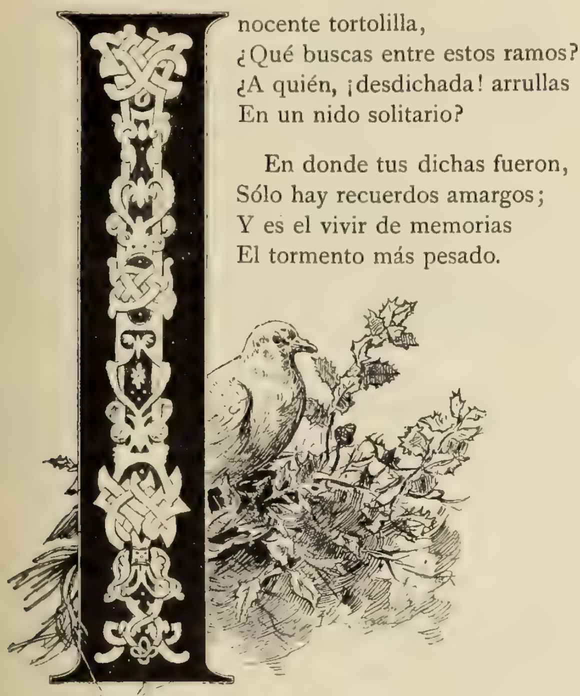
Al concebir tan hondo pensamiento,
De terror y consuelo á un tiempo mismo,
Alza la faz, retiembla, en torno mueve
Espantados los ojos, y el oído

Aplica con afan al rumor vago
Que formaba en los árboles sombríos
El viento que arreciaba, y á unos golpes
Que sonaban lejanos y distintos.

Eran estos causados por las varas
Con que el bosque de acebos y de olivos
Despojaba la turba labradora,
En cosecha feliz, del fruto opimo.

Escuchó á poco la infeliz Kerima
De los toscos cantares el sonido,
Con que estando la tarde ya mediada,
Se daba fin al rústico ejercicio.

Una voz, aunque recia, muy sonora,
Y cuyos dejos fueron repetidos
Por los ecos del monte, así cantando
Resonó por las selvas y los riscos:



Inocente tortolilla,
¿Qué buscas entre estos ramos?
¿A quién, ¡desdichada! arrullas
En un nido solitario?

En donde tus dichas fueron,
Sólo hay recuerdos amargos;
Y es el vivir de memorias
El tormento más pesado.

Aquel árbol, que pomposo
Os dió fresca sombra, ufano
De saber vuestros secretos,
De ocultar vuestros halagos;

Héle allí negro, desnudo,
El grueso tronco quemado...
Bramó ronca la tormenta,
Y cebóse en él un rayo.

El cristalino arroyuelo,
Que entre hermosas flores manso
Templó vuestro fuego ardiente,
De vuestros besos gozando;

Es ya una rambla de arena
De tal aridez y espanto,
Que esmaltan su seca orilla
En vez de flores, lagartos.

Mas, ¡cuitada!... ¿qué te importa
Ni el arroyuelo, ni el árbol,
Si sólo á tu amante buscas
Y gimes por él en vano?

Pronto para tí cobraran,
Si consiguieses hallarlo,
Este su lozana pompa,
Aquel sus raudales claros.

¡Ay, que el sañudo Destino
Que al uno abrasó tirano,
Que al otro secó inclemente,
A tí te robó tu encanto!

Por un huracan deshecho,
Tu bien de tí separado
Llorando tu ausencia vaga
Solo, por bosques extraños,

Donde el cazador astuto,
Tendida la cuerda al arco,
Le acecha, y de roja sangre
Manchará su pecho blanco.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado;
Que si una flecha os da muerte,
Morireis dichosos ambos.

Cesó la voz, y en armonioso coro
La turba repitió de campesinos
Los cuatro últimos versos. En seguida
Todo quedó en silencio sumergido.

En su imaginacion acalorada
A la doncella celestial aviso
El rústico cantar se le figura,
Retiembla, y en sudor se inunda frio.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado;
Que si una flecha os da muerte,
Morireis dichosos ambos;

Repite en hondo acento, y entregada
A frenesí vehemente y repentino,
Álzase, del laurel la banda quita,
Ronca gritando: «Este despojo es mio.»

Se la tercia en el pecho, salta fuera
Con ágil pié del fúnebre recinto,
Y veloz hácia el monte se dirige,
Sin buscar senda ni seguir camino.

Quien la hubiese encontrado de repente,
Desnuda el cuello, desceñida el cinto,
Suelta y volando á par de sus cabellos
La blanca toca de delgado lino,

Pendiente al hombro la rompida banda,
Y en medio de su pecho, fugitivos
Relámpagos formando el sol poniente
De la medalla en el pequeño disco;

Y sus ojos brillantes y espantados,
Y sus aéreas formas; en tal sitio,
Y en tal momento, y en aquella tarde;
Que era una aparicion hubiera dicho.

El sol al occidente declinaba:
En ráfagas violentas nuevo brio
Cobraba el viento, alzando en la llanura
De seco polvo blancos remolinos.

Cruzaban el espacio densas nubes,
Y se iban apiñando, al modo mismo
Que se apiñan los tristes pensamientos
En la mente infeliz del afligido.

Gruesas gotas escasas, esparcidas,
Azotaban el suelo: repentinos
Lampos el horizonte amedrentaban;
Y cual en selva oscura los rugidos

Retumban de un leon, lejanos truenos
En la turbada atmósfera. El abrigo
Buscaban de las peñas los ganados,
Los hombres de sus techos el asilo:

Sólo Kerima impávida prosigue.
En saliendo del bosque, ve el castillo
De la Albaida inmediato; se acrecienta
Su frenesí; trepando por los riscos,

Corre á lanzarse en él... Mas de repente,
Que no está ya su amante en aquel sitio,
Le dice su memoria; y despechada,
A la siniestra mano, entre lentiscos,

Madroñales y zarzas, una senda
Toma, por do cansada y sin respiro,
Sube la falda de la sierra. En tanto
Creció la tempestad: ya gruesos rios

Tornados con la lluvia los arroyos,
Bramaban en los hondos precipicios:
Silbaba el huracan, y furibundo
Desarraigaba los añosos pinos;

Y allá en la excelsa y erizada cumbre
Sacaba los peñascos de sus quicios:
Tales los truenos eran, que turbado
El orbe retemblaba á su estampido.

Un mar de fuego era el espacio á veces,
A veces ciega noche, á que mezquino
Rayo de sol, muriendo en el ocaso,
Daba de horrenda luz pálidos visos.

Tiembla por fin Kerima; ansiosa busca
En donde guarecerse: allí vecinos
Ve unos árboles altos y pomposos;
Corre á encontrar bajo el ramaje abrigo.

Oh Dios! á dónde entró!!! dónde? En la fuente
Del Amir. Aunque rara vez ha visto
Aquel lugar terrible, lo conoce
Por desdicha al momento. En el abismo

Mejor quisiera haber entrado. ¡Cielos!
Un piélago de sangre es aquel sitio
A sus ojos, y en medio ve el espectro
De su padre feroz, que vengativo

La acusa, y la maldice, y la señala
Al cielo como objeto de exterminio,
Víctima de expiacion. La sin ventura
Se siente convertir en mármol frio,

Y escondiendo la frente con los brazos
Apóyase en el tronco de un gran pino,
Al mismo tiempo que el sañudo viento
Tronchó bramando su ramaje altivo,

Con horrendo fragor. ¡Pobre Kerima!
En pánico terror su pecho hundido,
Juzga que el cielo y tierra conjurados
De su loca pasion le dan castigo,

Y que allí la confunden, porque huella
La sangre de su padre, al asesino
Ciega buscando allí. Tal pensamiento,
Al par que la horroriza, le da brios

Para ponerse en fuga, y por lo ménos
Lograr la muerte léjos de aquel sitio;
Y huye veloce con incierta planta,
Por la intrincada sierra, cuando un grito

Oyó, que «¡Gala!... ¡Gala!» repetia.
Este era el nombre de su madre: oirlo
De consuelo le fué. Torna la frente,
Y ve detrás de sí claro y distinto

Un verdadero espectro. Era un anciano
De edad muy avanzada, pero erguido,
Agil y fuerte. Su cabello y barba
Blancos como la nieve, en crespos rizos

Inundaban su cuello y su cintura,
En la lluvia empapados. Su vestido
Era una parda túnica y un manto,
Cuyos pliegues, del viento sacudidos,

El agua de las nubes goteaban;
Y al través de malezas y de riscos
Corria en pos de la infeliz Kerima,
A quien ya ataja el paso un precipicio.

Al réprobo monarca de Judea
Así tal vez en más remoto siglo,
Se apareció de Samuel la sombra,
De la maga de Endor por los hechizos.

La doncella infelice ya no pudo
Resistir el terror: un alarido
Lanzó al verle llegar, y desmayada
Le faltaron los piés, y á tierra vino.

Llegó el anciano, en su turbado aspecto
Mil afectos notándose distintos:
En la doncella inmoble un breve instante
Clavó los ojos con espanto fijos;

Y de pronto doblando una rodilla,
La faz rugosa, do el dolor más vivo
Pintado estaba, los desnudos brazos,
Descarnados y secos, y un gemido

Levantó al cielo tronador. Y luégo
Cuidoso, sobre el cuerpo yerto y frio
De Kerima infeliz, suspendió el manto,
Del recio temporal dándole abrigo.

Malta, 1829

NOTA DEL PRECEDENTE ROMANCE

(29) La ley de Mahoma prohibe expresamente, con el objeto sin duda de evitar la idolatría, el esculpir ó pintar figuras humanas.





ROMANCE SEXTO

En el castillo de Luna
Teneis al anciano preso.
. . . .
Cansadas ya las paredes
De guardar tan largo tiempo
A quien recibieron mozo,
Y ya le ven cano y ciego.

Romancero de Bernardo del Carpio.

Otra escena se ofrece ante mis ojos:
Ya no son las florestas y campiñas
Por donde el curso majestoso extiende
Guadalquivir, gran rey de Andalucía;

Ni la sierra feraz, que al puro cielo,
Ignorando que hay nieve, alza la cima
De peñascos y musgo coronada,
De flores odorantes y de olivas;

Miéntras verjeles, huertas y jardines
Sus deliciosas faldas entapizan,
Embalsamando el vaporoso ambiente,
Que azahares y jazmin blando respira;

Ni la insigne ciudad, cuyo alto nombre,
Gigantesco poder y gloria antigua
La fama ensalza, las historias cuentan,
Y su templo y sus muros testifican.

¡Córdoba insigne!... ¡Oh patria, dulce patria!
En cuyo seno de la luz del dia
Gocé la primer vez, en cuyo seno
Disfruté el tierno amor y las caricias,

Tesoro de la infancia. Si en tus bosques,
Encantadas llanuras y colinas,
De mi niñez y juventud llenaron
Las horas, que han pasado fugitivas,

De tu grandeza insigne los recuerdos;
Volando en torno de la mente mia
Las sombras de tus héroes generosos,
Cual de una planta nueva en torno giran

Las mariposas del risueño mayo;
Jamás mi amor á tí, jamás se entibia,
Ni de mi pensamiento un punto sales,
Desde que arrastro en extranjeros climas

La vida, ha tantos años sustentada
Con el amargo pan de la desdicha,
Y aún más con la esperanza de que al cabo
Logren en tí reposo mis cenizas.

Tú reinas en mi pecho, aunque mi mente,
De tus héroes en pos, hoy por distintas
Tierras se espacie, y por remotos siglos,
Sus hazañas buscando esclarecidas.

Sí, de Mudarra y del prudente Zaide
Se arroja en pos mi suelta fantasía,
Del imperio andaluz salva los lindes,
Y vuela por los campos de Castilla.

Oscuro el cielo entre reacias nubes,
Y entre nieblas oculto blanquecinas;
Desnudo el suelo, donde invierno crudo
Su rigor y sus sañas ejercita;

Y un horizonte de hórridas montañas,
Que con peñascos áridos se erizan,
Do nacen sólo verdinegros pinos,
Y que abruman las nieves me lo indican.

Allí el Arlanza, allí: si en el estío
Ufano se corona con espigas,
Ahora entre hielos ásperos sus aguas,
Turbias y perezosas se deslizan.

Ya la ciudad descubro belicosa,
Que es de los Condes castellanos silla:
¡De la corte de Hixcen el poderoso,
En todo cuán diversa y cuán distinta!

No, cual Córdoba, al cielo de zafiro
Alza opulenta las gallardas cimbrias
Burgos naciente, ni de mármol y oro
Alminares altísimos empina.

Gruesos muros levanta y torreones
De tosca piedra, donde el sol no brilla;
Pero que á las tormentas y huracanes,
Y al furor de la guerra desafian.

No de riquezas bárbaras henchidos
Sus palacios están, ni de exquisitas
Telas del rico oriente entapizados,
Ni el regalo y las ciencias los habitan.

No suena, al despuntar la clara aurora,
La voz del Almuheden, que el nuevo dia,
Anunciando á los hombres, á que acudan
Con sus ruegos al templo, les convida.

En su lugar la atmósfera ensordecen
Gruesas campanas de metal, que vibran
Melancólicos sones, convocando
A celebrar las prácticas divinas.

No en las calles la voz de las escuelas
Se escucha, ni el bullicio y alegría
En abundantes plazas, ni el estruendo
De talleres, telares y oficinas;

Sólo resuena en Burgos el martillo,
Que sobre el duro ayunque se ejercita,
En arneses tornando el fuerte acero,
Ya templado en las fraguas encendidas:

El monótono canto de los coros
De conventos, parroquias y capillas,
Y el confuso rumor de un pueblo pobre
Y taciturno, que en las calles gira.

Y los campos... ¡oh Dios, cuán diferentes!
Allá los labradores en cuadrilla,
Casi desnudos, y cantando ledos
Tras de los tardos bueyes fecundizan

Los pingües sulcos, y feraz cosecha,
Premio de su sudor, segura miran;
Miéntras pobre gañan aquí, luchando
Con tierra ingrata y con adusto clima,

En pos de ágiles mulas rompe el suelo,
Temiendo de su afan y su fatiga
El fruto ver en su verdor talado
Por invasoras huestes enemigas;

O robado si no, cuando maduro,
Por el monje sagaz, por la codicia
Del tirano señor, ó con violencia
Por forajidos que en el monte habitan.

Finalmente, aquel siglo el sol eterno
En las tierras de Bétis descubria
Un imperio ilustrado y poderoso,
Una grande nacion, acorde y rica,

Ya en la alta cumbre, y anunciando acaso
Su próximo descenso y su ruina
El supremo poder de sus monarcas,
Y del pueblo el amor á las delicias;

Y en la que Arlanza con sus aguas mide,
Un estado naciente, una conquista,
Gobierno sin vigor, inciertas leyes,
Crasa ignorancia á la pobreza unida,

Bandos feroces; mas tan noble brio,
Constancia tal y tanta valentía
Que presagiaban la grandeza inmensa
Que los cielos guardaban á Castilla.

Nueve leguas de Burgos en un llano,
Del Arlanza ocupando ambas orillas,
Descubro á Salas. De ladrillo y piedra
Una puente sus barrios comunica;

Y á un lado miro con soberbias torres,
El palacio de Lara. De aquel dia
En que en medio de fiestas y banquetes,
Vió Zaide los agüeros que advertian

Tanto desastre al infelice dueño,
Tanta desolacion á su familia,
¡Cuán distinto se ve!... Ciegan los fosos
Matorrales incultos, derruida

Está la poderosa barbacana,
El grueso muro abierto, de bravías
Hiedras vestido, y entre almenas rotas
Roncos los vientos en la cumbre silban.

Del homenaje la elevada torre,
Que tremoló, entre nieves y ventiscas,
Del linaje de Lara la bandera,
Es nido de las aves de rapiña.

El interior en todo corresponde
A tal desolacion: cardos y ortigas
Cubren el ancho patio, en que sacando
Con el ferrado pié del suelo chispas,

Los corceles de guerra se domaban,
Sufriendo apénas la apretada cincha,
Y do ladrando galgos y lebreles,
La hueca voz del caracol seguian.

La fuente rota está y enloda el suelo;
Desierta la escalera, donde un dia
De escuderos y pajes resonaban
Las voces, las risadas y las riñas.

De polvo entapizado el astillero,
Y ni una lanza en él: solas, vacías
Alcándaras, que ufanas encerraron
De azor y de neblí razas distintas.

Los cuadrados salones, que armaduras
Y pendones vistieron, sólo indican
Con mohosas escarpias, ya desnudos,
Cuánto templado acero los cubria.

Los altos artesones y techumbres,
Albergue de africanas golondrinas,
Dejan paso á las nieves y á los soles,
Rota la trabazon, pandas las vigas.

El estruendo sonoro del convite,
Cantos y juveniles alegrías,
Que en su cóncavo oscuro resonaron,
¿Cómo es silencio así de tumba fria?

Silencio que tan sólo interrumpido,
Para mayor horror tal vez, se mira
Con el quejido en la espantosa noche
Del buho y del murciélago; y de dia

Del gorrion con el osado vuelo
Que al pararse atrevido en la cornisa,
Le asusta el desconchado ó piedrezuela,
Que él mismo al suelo con rumor derriba.

Pero ¿qué importa, qué, tanto abandono?...
¿Qué donde quiera hallar muerte y ruina,
Si angustia aún más los ojos y la mente
Ver manchado con signo de ignominia,

De vil traicion con la espantosa marca,
Edificio de fama tan antigua?
La puerta principal y ventanaje
Están tapiados, y con negra tinta

Tiznados por la mano del verdugo
Los esmaltes, cuarteles y divisas
Del ancho escudo, honor del frontispicio;
El morrion en la elevada cima,

Tiene rotas las plumas y follajes,
Y de la gola en derredor ceñida
Una vil cuerda, que de infame muerte
Ser reo su señor al mundo indica.

Abandonado y yermo veinte años
Salas su antiguo alcázar visto habia,
Juzgando el necio vulgo que fantasmas,
Larvas y espectros su recinto habitan:

Cuando en una mañana del invierno,
Miéntras devoto el pueblo estaba en misa,
Tres hombres, en tres mulas y embozados,
Atravesaron sin rumor la villa;

Y evitando la plaza del castillo,
Donde estaban los signos de ignominia,
Y la murada puerta, en él entraron
Por la espalda, pasando las hundidas

Tapias de unos corrales, y un postigo,
Que entre escombros, maderos y ruinas
Dejaba paso al interior. Apénas
En el patio los tres, sueltan las bridas,

Apéanse, las capas de agua y nieve
Empapadas se dejan en la silla;
Y quedando en custodia de las mulas
El que mozo de campo parecia,

Debajo de unos anchos soportales
Las guarece del agua y las abriga;
Miéntras los otros dos en gran silencio
Por los salones silenciosos giran.

Con la escena terrible que presenta
El edificio á la angustiada vista,
Los dos raros y extraños personajes
Están en completísima armonía.

Del primer fundador la sombra helada
Y la de su escudero parecian,
Que aquel trastorno á contemplar vinieran,
Y á llorar la extincion de la familia.

Precoz decrepitud, apresurada,
Aún más que por la edad, por las desdichas,
Agobia á aquel que de los dos parece
Ser el primero; y sin vigor inclina

Una estatura, excelsa en otro tiempo.
Con gran dificultad el paso afirma,
Que ambas piernas hinchadas entorpecen
Su tardo andar. De noble y masculina

Belleza aún tiene restos el semblante,
En cuya frente y pálidas mejillas
Las profundas arrugas, de pasiones
Violentas, de desgracias infinitas,

De luengo padecer seguras huellas,
Una existencia trabajada indican.
Sin luz en noche eterna entrambos ojos
(Circunstancia felice, que le priva

Del desconsuelo de notar la escena
Que le circunda); de penosa y fria
Timidez la expresion dan á su rostro.
Alba como la nieve, hasta la cinta

Su barba ondea; su espaciosa calva
Un birreton de oscura piel abriga,
Y es su vestido un sayo de velludo
Negro con franjas de oro, deslucidas

Como el total del traje. El otro anciano,
Que de sosten sirviéndole y de guía,
Por el siniestro brazo le conduce
Con gran respeto y compasion, distinta

Presencia tiene; y aunque no tan noble,
Que es la de un caballero testifica,
En robusta vejez. Barba y cabellos
Cortos, espesos y aplomados, brillan

En torno á su semblante, endurecido
Con la intemperie y sol de extraños climas;
Y las arrugas de él meditaciones
Profundas y pesares acreditan;

Como sus negros ojos expresivos
Y preñados de lágrimas, indican
Gran sensibilidad, y que recuerdos
De penoso dolor le martirizan.

Viste un ropon de tosca lana pardo;
Y de cuero rojizo una esclavina,
Adornada de conchas diferentes
De las remotas playas de la Siria,

Cubre sus hombros y su espalda y pecho,
Sobre el cual va colgada una reliquia
En una caja de oro y filigrana;
Y en la siniestra mano (pues se habia

Descubierto al entrar so las techumbres)
Lleva un raro sombrero de tendidas
Alas, tambien de conchas guarnecido,
Y con medallas y diversas cintas.

Estos dos personajes el palacio
Recorren en silencio, aunque se oian
En sus labios ahogados los suspiros.
Mas de pronto el primero los piés fija

En medio de un salon, á todos lados
Torna la ciega faz, cual si la vista
No le faltase, y conocer pudiera
El sitio aquel; y luégo en abatida

Voz prorumpió, lanzando un ay profundo:
«¿Es sueño?... ¿Es ilusion?... ¿Mis plantas pisan
El palacio de Salas?... ¿Estoy libre
De la larga prision, donde las iras,

»Siempre justas, del cielo han castigado
Mis muchas culpas?... ¿Y tu mano amiga,
Solo consuelo que á mis ansias queda,
Torna á estrechar la moribunda mia?»

«Sí señor, el segundo le responde,
En lágrimas bañadas las mejillas,
Y á los labios llevándose la mano
Del otro viejo trémula y marchita:

»Sí, señor, libre estás, y en los salones
Del palacio de Salas, y benignas
Las estrellas permiten que á tu lado
Tengas en mí un esclavo que te sirva,

»Y que contigo llore.—¡Oh fiel amigo!
El primero repuso: en mis desdichas
Sólo por tí no me es indiferente
Estar aquí ó allá: cerrar mis dias

»En libertad ó en la prision... ¿Qué espero
En este mundo ya?... ¿Cómo la antigua
Felicidad de que en aquesta casa,
Cercado de mis hijos?...» Confundida

Su voz tornóse en ásperos gemidos,
Que el arteson oscuro repetia.
Mas sosegado luégo, y recobrando
La palabra, siguió: «Ni áun de la vista

»De estos lugares, donde fuí dichoso,
Me es dado disfrutar... Con tu divina
Voluntad, santo Dios, mi humilde pecho,
Y con tu providencia se resigna.

»Al ver esta mansion desierta y sola,
Mayores fueran, sí, las penas mias...
¿Está el palacio muy mudado?... díme...
Dímelo, amigo tierno, por tu vida.»

El segundo enjugando en su semblante
Las lágrimas copiosas, le replica:
«¿Cómo ha de estar despues de tantos años,
En que nadie lo cuida ni lo habita?»

«Dices bien, dijo el de la barba blanca:
Al pasar la escalera y galerías,
Dieron el viento y lluvia en mi semblante,
Y he notado, al pisar, losas hundidas

»Y escombros. Díme, ¿en qué salon estamos?»
El viejo respondió de la esclavina:
—Señor, en el salon de los festines.—
«¡Ay!... ¿te recuerdas del tremendo dia,

»Prosiguió el otro, en que asombrados vimos
Los presagios aquí, que predecian
Tanto desastre?... Aquel ilustre moro,
Que como embajador vino á Castilla,

»Los presenció tambien... Sácame, amigo,
De este salon infausto, y me encamina
A la estancia inmediata, en que otro tiempo
Mis dulces hijos habitar solian,

»Donde... Mas no... Qué busco en tal estancia?
Sácame del palacio á toda prisa:
Tórname á la prision, y en ella, y pronto
Terminen con la muerte mis desdichas.»

Así diciendo el venerable anciano,
Su turbada presencia, su expresiva
Faz y el temblor de sus helados miembros
Los tormentos horribles descubrian,

Que su angustiado pecho destrozaban.
Su acompañante con dolor le mira,
Y haciendo esfuerzos porque no descubra
En su acento la pena que le agita,

De consolarle trata, y así dice:
«En tí vuelve, señor: con la divina
Voluntad es forzoso conformarse,
Pues que somos cristianos. La alegría,

»La riqueza, el poder, los hijos, todo
Viene de Dios, y Dios lo da y lo quita.
Humilde resignarse debe el hombre
Con su misericordia ó su justicia.

»Tus hijos con infieles peleando,
Cual cristianos murieron. Hoy habitan
El cielo entre los mártires gloriosos,
Y con palma y laurel, que no marchita

»El curso de los siglos, la presencia
Del que los astros rige, el mar humilla
Y enfrena el huracan, están gozando;
¿Y tú su suerte lloras?... Hoy benigna

»La mano del Eterno te conduce
A tu casa á morir; ¿y tú querrias
Tornar á la prision?»—El triste padre
De sí propio se espanta y se horroriza,

Tales reconvenciones escuchando,
Y con la voz entera y más tranquila
A su consolador así interrumpe:
«Tienes razon, amigo; no prosigas:

»Soy pecador... Es cierto, todo, todo
Nos lo da Dios: como lo da, lo quita.
Bendigamos su nombre... Basta, basta:
Llévame del palacio á la capilla.

»En ella celebráronse mis bodas...
Tambien siete bautismos... ¡dulces dias!
Se celebraron... ¡Mártires gloriosos!
Mis ruegos elevad á las divinas

»Plantas del alto Dios omnipotente,
Y pedidle que pronto me permita
Con vos unirme, y que me saque pronto
De este mar de desastres y desdichas.»

Calló, y calló tambien el otro, y ambos
Al antiguo oratorio dirigian
El tardo paso, cuando el ronco estruendo,
El confuso rumor y gritería

Llenó del pueblo el edificio todo,
Y entre las voces claras y distintas,
Que más y más cundiendo se acercaban,
Repetir se escuchaba: *viva, viva.*

Reunidos en contorno del palacio
Los habitantes todos de la villa,
Daban aquellas voces, pues saliendo
Del santo templo, al terminar la misa,



Se divulgó al instante la llegada
De los tres embozados. La noticia
Dió á temores ridículos orígen
Entre el vulgo ignorante: quién decia,

Que eran encantadores y hechiceros:
Quién malignos espíritus que habian
Venido por los aires. Una vieja,
Que desde su ventana y celosías

Los vió pasar, tenaz aseguraba,
Por testigos llamando á sus vecinas,
Que cuernos, y no orejas, vió á las mulas,
Y que las luengas capas encubrian

Tres descarnados esqueletos. Otros
(Los discretos sin duda de la villa)
Sospechaban que fueran tres hebreos,
Que de entre los escombros y ruinas

Trataban de sacar algun tesoro;
Y ya los codiciosos con envidia
A impedir tal hallazgo se aprestaban.
El sacristan constante sostenia

Que eran almas en pena, proponiendo
Una colecta á las personas ricas,
Y que se celebrasen por sufragio
Oficio de difuntos y seis misas,

Dos para cada cual. En tanto empero
Un valenton del pueblo en compañía
De un codicioso, armados de broqueles
Y de sendas espadas y reliquias,

Al postigo acercáronse medrosos,
Y por entre maderos y ruinas
Deslizándose, así como el lagarto
Que dentro del vivar se precipita,

Entraron en el patio. Pronto vieron
Al mozo con las tres caballerías
Bajo los cobertizos, y al instante
Conociéronle entrambos, y de antigua

Amistad refrescaron la memoria;
Pues era un maragato que solia
A Salas concurrir, y á los mercados
De todas las ciudades convecinas.

De él supieron al punto, quiénes eran
Las dos personas que con él venian:
Gonzalo Gustios una, que ya libre
De su larga prision no merecida,

A su alcázar tornaba y á su estado;
La otra Nuño Salido. Esta noticia
Los dos exploradores al instante
Esparcieron ufanos por la villa,

Pidiendo á los antiguos servidores
De la casa de Lara las albricias.
Estos, que siempre fieles á su dueño,
Su prision lamentaban y desdichas,

No olvidando ni un punto en tantos años
De sus señores la infeliz familia;
Dudando al pronto tan ansiada nueva,
Vuelan á cerciorarse á toda prisa;

Y viéndola patente, enajenados
De placer, de consuelo y de alegría,
Corren aquí y allí, y al pueblo todo
Su gozoso entusiasmo comunican.

En torno del palacio el gran gentío,
Ver anhelando á su señor, en vivas
Y de júbilo en voces prorumpieron,
Miéntras que al interior por las ruinas

Entran varios hidalgos, y al fin hallan
A Gonzalo y á Nuño. De rodillas
Se arrojan á las plantas del primero,
Y al notar tan mudada y abatida

Su gallarda presencia, y al mirarlo
Ciego, pobre y doliente; la más viva
Compasion de sus almas se apodera,
Y deshechos en lágrimas, la pintan

En sus desconsoladas actitudes
Y en sus palabras de dolor. La vista
Nunca echó ménos como entónces Lara,
Y tras de tantos años aquel dia

Y aquel instante el único, el primero
Fué, en que agradable aún encontró la vida,
Y en que sintió su pecho palpitante
Abrirse del consuelo á las delicias.

Enternecido Nuño, por sus nombres
Le va diciendo los que allí se miran;
Y cada cual en pos del suyo añade
Algun recuerdo de lealtad antigua,

De hazañas en la guerra, de servicios
En los disturbios de pasados dias,
Y de constante amor y de respeto
A la casa de Lara perseguida.

Gustios, todas sus penas un instante
Olvidando tal vez, y la marchita
Frente alzando, y su faz resplandeciendo
Con la grandeza y dignidad antiguas;

Con los trémulos brazos corresponde
A amor tan firme y á lealtad tan viva
De aquellos servidores y vasallos,
Que su pendon siguiendo, de Castilla

Fueron en otro tiempo apoyo y honra,
Exterminio y terror de la morisma.
Palpándoles los pechos y las diestras
De la manopla y lanza endurecidas,

Les recuerda las guerras ya olvidadas,
Los peligros, las bélicas fatigas:
A todos nombra, reconoce á todos,
Aún sueña triunfos, mando, gloria y dichas;

Y de ellos rodeado, y sostenido
De su fiel Nuño, sale y se encamina
A la gran plaza del castillo, donde
El impaciente vulgo le atendia.

Fué el gozo general, aunque mezclado
De dolor y de asombro, tan distinta
Viendo aquella persona venerable,
De lo que fué cuando rigió á Castilla.

Si su pasada gloria y sus grandezas
En los ancianos pechos aún tenian
Hondas raíces; su tremenda suerte,
Su excelsa fama y su presencia misma

Entusiasmó á la juventud. A todos
Con afables palabras y benigna
Faz agradece Lara aquellas muestras,
Que respeto y amor le testifican;

Y pide, su cascada voz calmando
Los confusos aplausos y los vivas,
Que á dar gracias al Sér omnipotente
A la iglesia de Salas le dirijan.

Miéntras que prosternado ante el Eterno,
Formando coro con el pueblo, hacia
Su ferviente oracion, el Arcipreste
Manda en su casa disponer aprisa

Un festin abundante. Ya hacendosa
El ama convocando á las vecinas,
Su inteligencia y celo demostrando,
En los preparativos se fatiga.

Ya suena en el corral el cacareo
Con que los tiernos pollos y gallinas,
Huyendo entre la leña y las tinajas,
Piensan ¡cuitados! que su suerte evitan.

Las ollas, las sartenes y peroles
Circundan el hogar, do un monte ardia,
De roja luz con la esplendente llama
Llenando, y de humo espeso, la cocina.

A un lado el almirez sonoro aturde
El barrio todo; en otro la cuchilla,
Que una moza robusta ágil esgrime,
Carne de cerdo y de ternera pica.

Una aquí las legumbres preparando,
Pencas y hojas inútiles les quita;
Otra allí amasa en cóncavas artesas,
Con aceite y con miel, cándida harina.

Quién despluma las aves, quién al fuego
Ramas secas añade, quién lo atiza,
Quién va y viene á la fuente presuroso;
Quién friega los pucheros y vasijas.

Ábrese la despensa, y aunque el ama
De las llaves encarga á la sobrina,
Que es vigilante asaz; alguna vieja
Mete en el delantal una morcilla:

Otra roba un solomo; y un muchacho
A la tinaja de la miel aplica
Goloso el dedo, miéntras otro el labio
De navarro aguardiente á la botija:

Pues en tales momentos en las casas,
Con tanta confusion y tanta prisa,
Es el desórden cosa inevitable,
Y advierte ménos el que más vigila.

A todas partes asistir procura,
Y todo disponerlo el ama activa,
Que ganó entónces esplendente fama
Desplegando su celo y su pericia.

Se la vió á un mismo tiempo diligente
Sazonar un guisado, á una vecina
Reñir, porque volcaba los pucheros;
Una guantada dar á una chiquilla,

Que el asador pringoso descuidaba;
A un gatazo escaldar, que se comia
Medio pichon, y levantar el grito
A un zagalete, que con charla y risa

Se puso á retozar con las mozuelas.
La bodega abrió luégo, y la delicia,
Que sudan los lagares de Alaejos
Con fragancia que muertos resucita,

Sacó; despues, de un gigantesco armario
Conservas, fruta seca y golosinas,
Y de una arca de pino las toallas,
Con que la mesa primorosa alista.

Una fuente de plata y una copa,
Para que á nadie más que á Lara sirvan,
Pone á la cabecera; y allí ensaya
Al sacristan, que debe en aquel dia

Tener de maestre-sala el grave empleo,
Y al monaguillo, á quien atusa y limpia,
Para que ejerza el de pulido paje;
Y cómo han de portarse, les explica.

Libre de estos cuidados, afanosa
Torna la fresca dueña á la cocina,
Que aún hay harto qué hacer, y es corto el tiempo;
Pero á fuerza de afanes y fatigas,

A fuerza de trabajos y peleas,
Y de sofocaciones y de riñas,
Unas cosas quemadas y otras crudas,
Todas consigue ver al cabo listas.

El fruto recogió de su tarea,
Pues fué el festin famoso, y de sí misma
Muy satisfecha se quedó, escuchando
Cuál todos la elogiaron con justicia.

Aunque llegó á una edad muy avanzada,
En tanto que vivió, diz que ni un dia
Dejó de recordar el tal convite,
El estupendo gasto, y la excesiva

Revolucion en que dejó la casa;
Afirmando que nunca vió la villa
Más espléndida mesa. Y aún se añade,
Por tradicion remota que lo afirma,

Que quedó algo menguado su juicio,
Que era claro además, desde aquel dia,
Por lo que trabajó su entendimiento,
O con el gran calor de la cocina.

Discreto, para darle el Arcipreste
El tiempo indispensable, concluidas
De Gustios y del pueblo las plegarias,
Con gran solemnidad y melodía

Cantó un largo *Te Deum*, y un discurso
O plática muy larga y muy prolija
Hizo á sus feligreses, que ignorantes
Bostezaron tal vez, aunque de citas

De la santa Escritura estaba llena,
Que era gran sabidor. Despues aplica
A los ojos inútiles del viejo
Salmos, y bendiciones, y reliquias,

Y da con ellas paz á los hidalgos;
Y por ganar más tiempo, á una capilla
Conduce á Gustios y á otros personajes,
Y allí difusamente traza y pinta

Los reparos y nuevos ornamentos
De que la iglesia aquella necesita;
Entablando sagaz de estas materias
Una conversacion entretenida.

Llegó por fin el suspirado aviso
De estar la mesa ya dispuesta y lista,
Y el cortés Arcipreste á Lara y Nuño,
Capellanes é hidalgos les suplica,

Que con él hagan penitencia. Todos
Aceptan el convite, y se encaminan
Hácia la casa arciprestal, en donde
El ama, tan oronda como limpia,

Con tocas de cendal cual nieve pura,
Que las castañas trenzas mal cubrian,
Un brial de paño verde, guarnecido
De franjas de oro, mangas con prolijas

Bordaduras de azul, de rojo y negro,
Y aljófares al cuello, y varias cintas
Y medallas, y cruces de azabache,
Señala á cada huésped puesto y silla.

Fué harto largo el festin: en él tuvieron
Lugar escenas varias y distintas
De disgusto y placer, como acontece
En todos los sucesos de la vida.

Lara apénas gustaba los manjares,
Y si una ú otra vez dulce sonrisa
Sus labios desplegó, más á menudo
Ofuscaron su faz nubes sombrías.

Alzados los manteles, á las manos
Agua, y gracias á Dios dadas, se inclina
El Arcipreste á Lara, y en el nombre
De todos los presentes, le suplica,

Que alguna relacion, aunque ligera,
De su larga prision hacer se sirva;
Y cortésmente luégo á Nuño pide,
Que en pos de su señor tambien les diga

Algo de sus larguísimos viajes,
Y de su vuelta rápida á Castilla.—
Como es tan agradable de sí mismo
Hablar, aunque pesares y desdichas

Sólo haya que decir, Gonzalo y Nuño
No se hacen de rogar; y ál ver que indica
El primero que á hablar va sin demora,
Silencio demandando, mayor grita

En el salon se alzó por un momento:
Y á dos ó tres que estaban de tal guisa,
Que era imposible que callar pudiesen,
En hombros á sus casas los envian.

Abrense las ventanas y las puertas,
Por las que el pueblo audaz se precipita
En silenciosa confusion, ansiando
Escuchar portentosas maravillas.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que tiene la atencion de todos fija
En el silencio universal conoce,
Y así dice con voz desfallecida:



«No hablaré de mis penas y desastres,
Ni de aquellas desgracias inauditas
Que destrozaron mi infelice pecho,
Allá en la capital de Andalucía.

»Fueron de tal grandeza, que en el mundo
No habrá quien las ignore, y repetirlas
Renovara el horror en los presentes,
Aumentando el rigor de mis desdichas.

»¡Ah! ¿qué digo?... ¡infeliz! ¿pueden acaso
Más aumento tener?... Aunque resista
Mi lengua el recordarlas, ¿su memoria
Destrozándome el alma no está viva?...

»Basta, basta... ¡oh dolor! ¡Ay! que mis labios
Nombres y circunstancias no repitan,
Que á la naturaleza estremeciendo,
De escándalo y terror al orbe sirvan.

»De mi larga prision hablaré sólo:
Será mi relacion breve y sucinta,
Pues poco hay que decir, si en veinte años
Uniformes han sido horas y dias;

»Y siempre de dolor. Como de un sueño,
Tal estaba mi mente oscurecida:
Recuerdo que al llegar á los confines
Del imperio andaluz y de Castilla,

»La escolta silenciosa sarracena
En escolta no ménos enemiga
Se cambió de cristianos, que en silencio,
Y con crueldad mayor y mayor prisa

»Al castillo de Lerma me llevaron,
Y con fiero ademan y faz altiva
Me recibió su Alcaide, que al momento
En una estancia lóbrega y sombría

»Me encerró, redoblando los cerrojos
De la ferrada puerta. ¡Ay!... de mi vida
La flor y robustez entre las garras
De la miseria y afliccion continuas

»Se quedaron allí, y allí de arrugas
Se han cubierto mi frente y mis mejillas:
Que la vejez allí vino á buscarme,
Desnudó mi cabeza, y en ceniza

»Tornó mi fuego, cual mi barba en nieve;
Dejando al corazon y al alma mia
Sólo vigor y juventud robusta,
Para el rigor sentir de las desdichas.

»Todas mis facultades perecieron
Al lento curso de pesados dias,
Que veinte años eternos completaron,
Y mis penas no más aún quedan vivas.

»Un zafio endurecido carcelero,
Eternamente mudo, en la mezquina
Prision cada mañana entraba solo,
Tomando precauciones exquisitas

»Para no verse nunca sorprendido;
El sustento abundante me traia,
Cuidaba el lecho, y dábame las ropas,
Que segun la estacion eran precisas,

»Pues los que allí con tan horrenda furia
Sepultado por siempre me tenian,
Para que no acabasen mis tormentos,
Con cruel piedad cuidaban de mi vida.

»Mas para que ni el sueño treguas diese
A mi dolor, desde el primero dia
Hasta el último, siempre á media noche...
¡Oh bárbara crueldad, de hombres indigna!

»Siete piedras á la alta claraboya
De mi prision tirando, interrumpian
Con siete golpes claros y distintos
De la noche el silencio... Al alma mia,

»Y no á la claraboya las tiraban,
Y el corazon y el pecho me rompian,
Recordando que tuve siete prendas,
Que eran pasto á las aves de rapiña,

»Siete insepultos cuerpos; y que siete
Cabezas adornaban la mezquita
Y el alcázar de Córdoba... ¡Hijos mios!...»
Aquí la voz del viejo, convertida

En ásperos sollozos, confundióse
Con un grito de horror, que las distintas
Personas que escuchaban en silencio,
Al oir ferocidad tan inaudita,

A un tiempo levantaron. Gustios Lara
Convulso, apénas tiénese en la silla,
Y en su faz, en su pecho y en sus manos
Se ve el dolor agudo que le agita.

Al fin la multitud llorosa calla:
Lara deshecho en lágrimas suspira,
Y torna á suspirar, y de este modo
La narracion anuda interrumpida:

«Una tan sola vez acento humano,
En tantos años de prision prolija,
He escuchado, y no más. Hondo silencio
Guardó por siempre con tenaz porfía

»Mi duro carcelero: los malvados
Que en tan horrible estado me tenian,
Dispusiéronlo así. La vez que sólo
Permitieron hablarme... ¡oh gente inicua!

»Fué para dar el golpe postrimero
A este infeliz, para en la horrenda sima
Del último dolor por siempre hundirlo,
Para hacerle saber que no tenia

»Nada en la tierra, y que su mismo nombre
Era nombre de afrenta y de ignominia.
Sí; como al mes de hallarme en el encierro,
Una mañana, con feroz sonrisa

»Entró el feroz alcaide, y, *Gustios Lara*,
Me dijo, *el alto conde de Castilla*
Don Sancho, tu señor, con el acuerdo
De sus hombres de guerra y de justicia,

»*Reo de alta traicion te ha declarado,*
Confiscando tus tierras y tus villas,
Y mandando poner en tus solares
Los signos viles que traicion indican.

»*Tambien te ha condenado á infame muerte;*
Mas del gran Rui-Velazquez por la amiga
Intercesion, que pases, te permite,
En esta torre el resto de tus dias.

»Dijo, y despareció: con alto estruendo,
En losa de sepulcro convertida,
Cerró la puerta, y barras y cerrojos,
Cadenas y candados multiplica.

»Quedé yo como un mármol; por mis venas
Hielo, no ardiente sangre, discurria:
Sin respirar ahogábase mi pecho,
Y espantados mis ojos no veian.

»Estuve así gran rato; mas de pronto
Retemblando mis nervios y mis fibras;
Fuerzas, cual de gigante recobrando
Y fuego de volcan la sangre misma

»Que un momento fué nieve, tal exceso
En mí sentí de actividad y vida,
Tal rabia y tal furor, que engrandecido,
Era á mi aliento aquella estancia chica.

»Derribé el lecho, y esparcí en pedazos
Los muebles por el suelo; las macizas
Paredes desconché con mano dura;
Dí golpes en la puerta, que en astillas,

»A no ser por las barras y cerrojos,
Tornarla consiguieran; llamas vivas
Mi pecho respiró, y en roncas voces
Tronó el volcan de mis furiosas iras.

»A los hombres maldije, á las estrellas,
La hora de horror en que salí á la vida;
Pedí venganza hasta al infierno mismo...
¡Oh Dios!... ¡Dios bondadoso!... las impías

»Blasfemias que mis labios pronunciaron
En aquella ocasion, benigno olvida.
Perdónalas, gran Dios: al recordarlas,
Se confunde mi pecho y se horroriza.

»Tan negra furia y ceguedad culpable
No fueron duraderas por mi dicha;
Y en tal abatimiento se trocaron,
Que vine á tierra envuelto en sombra fria.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que en la alta claraboya, cual solian,
Dieron, del profundísimo letargo
Sacáronme por fin. Torné á la vida,

»O por mejor decir, cobré el sentido
Para apurar las ansias y fatigas
De una existencia atroz. Yerto, postrado
Mi cuerpo en tierra, sin vigor yacía;

»Mas no postrada mi alma ni mi mente,
Sueltas como jamás y enardecidas,
Volaban por horrendos precipicios,
Y en escenas terribles se perdian.

»Las lóbregas tinieblas de la noche,
Que inundaban mi cámara mezquina,
Llenas me aparecieron de prodigios,
Y visiones tremendas. Ya veia

»Siete cabezas pálidas, sin cuerpo,
Que de lóbregas nubes despedidas
Y por ronco huracan arrebatadas,
Contra mi pecho mismo se rompian;

»Ya de fuego una atmósfera, y de sangre
Un mar rugiente en mi reedor tenia,
Y en las llamas ardiendo mis palacios,
Las armas y el pendon de mi familia;

»Miéntras que siete cuerpos sin cabezas
En las hinchadas ondas purpurinas
Nadaban, y pidiéndome socorro,
A mí, ¡qué horror! los brazos extendian.

»Ya la espantosa escena se mudaba,
Y un llano presentábase á mi vista
De ardiente arena, y alumbrado sólo
Por una niebla vaporosa y fria,

»Y cruzaban por él, en sordos gritos,
Venganza demandando, blanquecinas
Siete fantasmas, y si huyendo acaso
De cada cual de estas visiones, iba

»A revolver la faz hácia otra parte,
Siempre á mi lado, siempre, ¡oh Dios! tenia
Un coloso infernal, que me alargaba
Un hierro matador con fiera risa,

»Y, *Toma, no te queda otro consuelo*,
Con penetrante voz me repetia.
¡Oh, qué noche!... ¡oh, qué noche! De la aurora
El resplandor primero le dió cima.

»De mi imaginacion el desarreglo,
Por mi atroz situacion clavada y fija
Siempre en mi mente, fuera de juicio
Me tuvo, aunque postrado, largos dias.

»Siempre las noches espantosas eran
Con escenas fantásticas continuas:
Siempre eran de dolor y acerbo llanto
Las mañanas y tardes. Persistia

»Siempre, que ni un momento me dejaba,
Junto á mí, armando á mi constancia insidias
El infernal coloso, y ofreciendo
La daga por consuelo á mis fatigas.

»Era el maligno espíritu, encargado
De procurar mi perdicion. Benigna
Empero del Señor la santa diestra
Acorrióme piadosa, y compasiva,

»Me libró del furor de los infiernos,
Me contuvo en el borde de la sima.
¡Tu omnipotencia y tu bondad, Dios mio,
Los hombres y los ángeles bendigan!

»Mas donde claramente relucieron
La providencia y la piedad divinas,
Fué en la vision con que cobré el juicio,
Y la razon mi mente oscurecida;

»Y que á mi corazon despedazado
Todo el consuelo dió, que mis desdichas
Capaces eran de tener, abriendo
A la resignacion el alma mia.

»Despues de algunos meses de espantosos
Accesos de furor y de vigilias
Tenaces, de mi cuerpo apoderóse
Con ardoroso afan fiebre maligna,

»Que consumió mis fuerzas y en el lecho
Postrado me dejó por cinco dias.
Pero en sudor copioso terminando,
Desapareció por fin; tan abatida

»Debilidad dejándome, que apénas
Un momento tenerme en pié podia.
En postracion tan grande, de un profundo
Sueño no interrumpido las delicias

»Conseguí disfrutar; y cuando estaba
En su dulce descanso, ante mi vista
Magnífico espectáculo ofrecióse,
Que ni un momento mi memoria olvida.

»Víme pues entre nubes y celajes,
Que de oro el sol y de risueñas tintas
Matizaba esplendente: en un abismo
Bajo mis piés al mundo descubria,

»Envuelto en sombras densas; y un torrente
De purísimas luces difundian
Sobre mí las estrellas. Luégo escucho
Són celestial de música divina,

»Y abriéndose los cielos, entre un coro
De eternales espíritus, divisan
Mis ojos siete jóvenes gallardos,
Que en esplendor al mismo sol vencian.

»Eran sus vestes como nieve puras,
Azucenas que el tiempo no marchita
Coronaban sus frentes; en sus manos
Palmas eternas, venerable insignia

»De los mártires santos ostentaban;
Y en sus cuellos brillaba, como brillan
De esposa en cuello virginal rubíes,
La huella de una bárbara cuchilla.

»Conocílos al punto: eran mis hijos,
Mis hijos felicísimos que habitan
La mansion celestial. Estremecíme
De gozo, y desperté. La luz del dia

»Llenaba mi prision: salté del lecho,
Arrojéme en el suelo de rodillas,
Consoladoras lágrimas bañando
Mi confundida faz. En voz sumisa

»Oré por largo rato ante el Eterno;
Y al mismo tiempo en mi interior sentia
Un bálsamo celeste difundirse,
Y mi alma humilde descansar tranquila.

»Ya no ví más al tentador coloso,
Que hasta entónces las noches y los dias
Me atormentó tenaz; y aunque en mi pecho
Siempre estaban grabadas mis desdichas,

»De Dios con los decretos resignado,
Hallé constancia en mí para sufrirlas.
Pasáronse los años; presurosa
Vino á mí la vejez; sus manos frias

»De mi vigor los restos me robaron,
Y todos los achaques y fatigas,
Que su cortejo forman, se reunieron
Y descargaron sobre mí sus iras.

»Inflamacion terrible y dolorosa
Con agudas punzadas, repentina
Mis ojos atacó, debilitados
Con mi largo llorar. La luz del dia,

»Que fué hasta entónces mi mayor consuelo,
Se tornó mi más bárbara enemiga;
Porque sus penetrantes resplandores
Destrozaban mis débiles pupilas.

»Pedí á mi carcelero algun socorro;
El cual, feroz como las fieras mismas,
Persistió en su silencio, sin mostrarme
Ni siquiera la frente compasiva.

»Abandonado así, con mis clamores
El alcázar soberbio estremecia,
Privado no tan sólo de consuelo,
Sino tambien de auxilio y medicinas.

»Con tormentos de rabia me arrastraba
Fuera del lecho por las losas frias,
Buscando una postura que aliviase
Mi punzante dolor, y la vasija

»Del agua derramaba sobre el rostro.
Esto aumentó la enfermedad maligna,
Que terminó por fin, en noche eterna
Sumergido dejándome sin vista,

»Cual me mirais. ¡Terrible fué este golpe!
Mas para soportarlo, la divina
Misericordia suficiente fuerza
Me concedió tambien. Esta excesiva

»Desgracia amortiguó completamente,
Y destruyó mi ansiosa fantasía;
Y falta de esperanzas y deseos,
Carga ya inútil, arrastré la vida.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que la alta claraboya siempre herian,
Me daban á entender que era de noche:
De la puerta las barras y aldabillas,

»Y la entrada del mudo carcelero
Me daban á entender que era de dia;
Y por ambos estruendos computaba
El tiempo perezoso. En mi mezquina

»Mente aún alguna vez cierta vislumbre
De esperanza falaz y fugitiva
Tornó á brillar; pero extinguióse al punto,
Y mi labio osa apénas referirla.

»Cuando salí de Córdoba, la tuve
De dejar un sosten de mi familia,
Y acaso un vengador... Mas ¡ay! el fruto
De un afecto culpable, de una indigna

Pasion para un cristiano hubiera sido;
Y del cielo irritado la justicia
Un consuelo, producto de las culpas,
Por que tan sábiamente me castiga,

»No me ha querido conceder... No existe...
Plegue á la Providencia... Me horroriza
Que un pecho acaso, do mi sangre hierve,
De Dios blasfeme ciego en la mezquita!!!

»¡Piedad!... ¡piedad, Señor!» Aquí el anciano
La voz ahogada, el alma confundida
Con súbito terror, quedó en silencio;
Y con las manos trémulas y frias

La faz rugosa se cubrió. La turba,
Que toda la atencion clavada y fija
Tiene en su rostro y en su labio, calla,
Y de su mudo acento participa.



Nadie alentó. Despues de un corto rato
De estar la narracion interrumpida,
Lanzando un profundísimo suspiro,
El gran Gustios así tornó á seguirla.

«Ciego estaba, agobiado por los años,
Mas resignado en la suerte mia,
Sin deseos, temores ni esperanzas,
Y ya sin fuerza hasta mis penas mismas,

»Siendo más bien que un hombre, un frio ca-
Que respiraba acaso y se movia. (dáver
Horas y meses, estaciones y años,
Como sobre un sepulcro, discurrian

»Sobre la torre en que encerrado estaba,
Cuando por fin (hoy hace nueve dias),
Al entrar como siempre el carcelero
Por la mañana en mi prision mezquina,

»Escuché humano acento con sorpresa,
Y acento de una voz grata y benigna.
La fuerte conmocion que aquí en el pecho
Sentí, no me es posible describirla.

»Tardo el oído, apénas las palabras
Que escuchaba, entendió; pero á gran prisa
Salté del lecho y extendí ambas manos,
Hácia do el són casi olvidado oia;

»Y mi nombre escuché, y un gran gemido,
Y me sentí abrazar... ¡Oh gozo!... ¡oh dicha!
Reconocí la voz... era de Nuño,
Del generoso Nuño... Alguna insidia

»Que á mi constancia el tentador tramaba,
Aún pude sospechar; mas las amigas
Expresiones dulcísimas y tiernas,
Que encantándome el alma repetian

»Los fieles labios del discreto Nuño,
Y el raudal de preguntas, de noticias
Confusas todas, de ásperos recuerdos,
De nuevas esperanzas y alegrías,

»Que de su boca rápido brotaba;
Y sus tiernos abrazos y caricias,
El tono con que hablaba al carcelero,
Y su empeño en sacarme á toda prisa

»De aquella torre, me indicaron pronto
Favorable mudanza repentina;
Y quedé en un estúpido silencio,
En inaccion completa. No podian

»Mis piés andar, y en cuanto el aire libre
Mi pecho respiró, como sin vida
Me hundí en letal desmayo. Al recobrarme,
Me hallé en un lecho cómodo, y la amiga

»Voz de Nuño escuché, con otras voces
Gratas, aunque por mí no conocidas.
Sirviéronme exquisitos alimentos,
Restauradas sentí las fuerzas mias,

»Dí gracias al Señor omnipotente,
Y con Nuño entablé larga y prolija
Conversacion, para saber la causa
Que libre y á su lado me tenia.

»Contóme, pues, la muerte de Don Sancho...
(¡Dios en el tribunal de su justicia
Le haya mirado con benignos ojos,
Y en la mansion celeste lo reciba!)

»Y que Fernan-Gonzalez, á quien niño
En Burgos conocí, ya de Castilla
Era Conde supremo, el cual clemente
Ponerme en libertad mandado habia.

»¡Ah! de perdon el humillante nombre,
Que para el inocente es de ignominia,
En su decreto está, y al escucharlo,
Noté que harto incompleta era mi dicha.

»Bienes y libertad me vuelve, amigos,
No la honra, no la fama... Aún la divisa
De traicion mis palacios ennegrece...
Rui-Velazquez gobierna todavía...

»Y pasarán á los remotos siglos
La afrenta y el baldon de mi familia...
¿Qué pronuncio?... ¡Infeliz! ¿La tengo acaso?...
Yo soy de ella el postrero... ¡Oh Dios!... bendita

»Tu mano sábia y bondadosa sea,
Que me ha privado de la inútil vista,
Libertándome así de ver la marca
Injusta, atroz y nunca merecida,

»Mas siempre infame, que en mis puertas dice,
Cuán grande es de los hombres la perfidia,
Y ¿por qué no ha dejado al pecho mio
Fuerzas para borrarla y confundirla?...

»¡Oh Dios! ¡Oh Dios!... A Salas anheloso
Venir mi pecho ansió, y á los tres dias
De haber salido de la torre, en marcha
Me puse, y hoy llegué, no sin fatiga.

»Libre en Salas estoy, sí... ¡Cielo santo!
¿Es un bien, ó es un mal?... ¿Es una dicha,
O un infortunio nuevo haber salido
De la estrecha prision?... Allí vivia,

»O, por mejor decir, ya muerto estaba
(Que no siempre está vivo el que respira),
Sin placer ni dolor, pues la costumbre
De padecer y de sufrir nos quita

»La sensacion al cabo, y adormece,
Y el tormento más áspero amortigua;
Mas ahora nuevamente se han abierto
A mis pasos las puertas de la vida,

»Y por ella camino sobre abrojos,
Encontrando pasiones ya perdidas,
Lo pasado anulando á lo presente,
Solo, entre precipicios y ruinas.»

Quedó en silencio el venerable anciano,
Al terminar su relacion sucinta.
El confuso rumor del auditorio
Mostró el gran interés y simpatía

Que en los pechos de todos encontrara.
El discreto Arcipreste una prolija
Plática de conforto y de consuelo,
Toda empedrada de oportunas citas

De la santa Escritura, dirigióle,
Y luégo los hidalgos de la villa
Respetuosas ofertas; y entre el pueblo
Resonaron de nuevo aplauso y vivas.

En tanto el ama, que con gran conato
Y con lágrimas siempre las mejillas
(Pues era tan curiosa como fresca,
Y á la par de hacendosa compasiva),

Oyó la narracion; sale un momento
Y primorosa y pulcra, en la cocina
Con miel, vino y naranja confecciona
Para el buen viejo una cordial bebida;

Y al comedor tornando, en una taza
De plata, acomodada en su salvilla,
Se la ofrece, rogándole la acepte
Como una imponderable medicina.

De ella bebió algun sorbo el noble anciano
Dando á la dueña gracias expresivas.
Aquietóse la turba nuevamente,
Y en Nuño todos sus miradas fijan.

Este saciando el general deseo,
Contó la historia larga y peregrina
De sus raros sucesos y aventuras,
En los lejanos orientales climas.

Empezó refiriendo que en el campo,
Do los infantes perecido habian,
Quedó bañado en sangre, moribundo,
Destrozado el arnés, lleno de heridas,

De que mostró las hondas cicatrices.
Recordó, que llevado á una alquería,
Encontró grato auxilio; y que curado,
Tornó sin detenerse hácia Castilla,

Donde sabiendo la prision de Lara,
A Lerma fué, juzgando que podria
Verle y hablarle; mas que vanas fueron
Todas sus diferentes tentativas.

Con lo que despachado, fuése á Burgos
Para implorar del Conde la justicia;
Y allí en prision estrecha le encerraron,
De que logró fugarse á pocos dias,

Huyéndose á Leon, porque esperaba
Tal vez hallar la proteccion antigua;
Pero hecho monje Alfonso, y la corona
Por el audaz Ordoño pretendida,

Encontró el reino aquel mísera presa
De discordias y guerras intestinas.
Y pasó al de Navarra, en cuya corte
El indolente y sin valor García

Sus ruegos desoyó. Buscó en la Francia
Amparo y proteccion; pero fatiga
Inútil fué, porque su rey huyendo
Del conde de Paris, y de la altiva

Ambicion de los duques de Borgoña,
Allende el mar en las britanas islas
Asilo y vengador buscó, llevando
Sus tesoros consigo y su familia.

Dijo Nuño, que entónces ir á Roma
Determinó, por ver si lograria
La proteccion del jefe de la Iglesia
Para el señor de Lara; y cómo habia

Visto al paso en Milan la ceremonia
Con que de hierro la corona antigua
Tomó el conde de Arlés, cual rey de Italia,
Refirió largamente (lo enemiga

Que fué la suerte injusta demostrando
A todas sus honradas tentativas,
Y cómo inexorables las estrellas
En contrariar su plan se complacian),

Que llegó á Roma en el fatal momento,
En que el décimo Juan, por la perfidia
De Marozzia, de Güido de Toscana
Esposa, si del padre concubina,

Cayó al golpe traidor de daga infame
Por sacrílegas manos esgrimida:
Dejando yermo el solio pontificio
Y despierta la cólera divina.

Prosiguió Nuño, que cansado entónces
De mirar tan sin fruto sus fatigas,
Y despechado de encontrar doquiera
En el orbe cristiano alevosías,

Guerras, ferocidad, asesinatos,
Perjuros, parricidios y ruina;
Resolvió abandonar por siempre á Europa,
Y dirigirse á los remotos climas,

El gran sepulcro á visitar de Cristo,
Y los lugares do nació la vida:
Buscando luégo paz en los desiertos,
Entre los penitentes cenobitas.

En tal resolucion sus culpas todas
Con un prelado de virtud eximia
Humilde confesó, y en griega nave
Zarpó de Ancona con el rumbo á Siria.

Pero aún no satisfecha la Fortuna
Ni las estrellas ver logró propicias:
Del Adriático mar las bravas olas
De invierno duro las tonantes iras

Le opusieron constantes; y en el punto
En que calmado el tiempo, de Corcira
Saludaba los montes, fué cautivo
De una armada galera berberisca;

Y á Malta conducido, donde esclavo
De Sarracenos, que de aquellas islas
Eran dominadores, largo tiempo
Arrastró hierros y apuró desdichas.

Arrebatado yo tambien, ¡oh Malta!
Por las borrascas de la suerte impía,
Harto, aunque jóven, de encontrar á Europa
Poblada de traiciones y perfidias,

Huyendo de mi patria y de la tierra,
Tumba de gloria y de grandeza antigua,
Que el Arno, como un huérfano el sepulcro
De sus padres, con flores entapiza;

Sin más bien que mi amor, en rota nave,
Del viento y mar luchando con las iras,
A tí llegué, y en tus doradas rocas
Ví de mi juventud volar los dias (30).

Mas no hallé, como Nuño, en tí cadenas
Ni sarracenos bárbaros: delicias,
Obsequios, compasion, tiernos amigos,
Alivio grato de las penas mias,

Venturoso encontré. Tu ardiente suelo,
Ya florido jardin por las fatigas
Del diestro agricultor, tus altas torres,
Que períodos de gloria testifican,

Y tus buenos y honrados habitantes
Bajo el dominio hallé de la más rica,
Libre, ilustrada, noble y poderosa
Nacion, que el sol desde el zodiaco admira.

Allí me recibiste, tú, y me honraste,
¡Oh venerable anciano, que las Indias
Venturosas hiciste, Hástings ilustre!...
Mas, ¡ay! que de dolor pronto la isla

Ví cubierta, y de luto. Airada muerte
A su amor te robó... ¡tremendo dia!
Con el pueblo lloroso, hasta la tumba
Yo acompañé lloroso tus cenizas.

Woodford, Frere, Ponsonby, Zammit, Stílon,
Y tú que á Sancio tan de cerca imitas,
Hayzler, vuestra amistad, dulce consuelo
De todos mis afanes, está viva

En mi alma toda, y lo estará por siempre.
Si de llegar á vos logra la dicha
Esta historia, empezada entre vosotros,
Continuada del Sena en las orillas,

Y que dó tendrá fin el cielo sabe (31);
Aquestos versos de mostraros sirvan,
Que el bálsamo que disteis á mis penas,
Eterno vive en la memoria mia.

Y tú, risueña y deliciosa roca,
Asilo encantador, mansion tranquila,
Tú eres la patria de mis tiernos hijos,
Y podrás serlo para mí adoptiva.

¡Ay! si el destino inexorable y duro
(Tanto rigor el cielo no permita)
Me robase del todo la esperanza
De hollar del Bétis la region florida,

Y de aún gozar en sus frondosos bosques,
Gallarda sierra y fértiles campiñas,
Dulce vejez y paz; al punto, al punto
En tí ¡oh Malta! el sepulcro buscaria.

Mas tornemos á Nuño, y á su historia,
Que tiene la atencion de Salas fija,
Y halle gracia y disculpa mi extravío,
Por efusion de un alma agradecida.

Refirió Nuño pues, cómo amarrado
Al banco de un bajel por largos dias,
Sirviendo á los piratas sarracenos,
Ayudó con un remo á sus rapiñas,

Hasta que en noche oscura y borrascosa
Naufragando en las costas de la Libia,
En un mástil salvóse, á la mañana
Hallando á un tiempo libertad y vida;

Y que errante por montes y desiertos,
Apurando peligros y desdichas,
Tomó la direccion hácia el Oriente,
Y á los muros llegó de Alejandría.

Era el momento en que invadió el Egipto
Mahomad-al-Ashked, el ikschidita;
Y aunque halló Nuño en confusion la tierra,
Tuvo la proteccion y la acogida

Del patriarca Macario; sin peligro
Vió del fecundo Nilo las orillas,
Visitó las pirámides, y luégo
Prosiguió su camino á Palestina.

Contó cómo entre varios peregrinos,
Que ruta igual en caravana hacian,
Encontró con Egidio, un noble anciano
Mozárabe de Córdoba, que habia

Su hogar abandonado y patria hermosa,
Huyendo de Giafar la furia altiva,
Que cubriendo sus canas de amargura,
Robóle audaz una inocente hija;

Y vagaba sin sombra el desdichado.
Nuño con él en los pasados dias,
En que á Córdoba fué con Zaide, tuvo
Estrecha conexion; y de la antigua

Amistad renovó la confianza
La mutua relacion de sus desdichas.
Este imprevisto encuentro para entrambos
Fué de grande consuelo en las fatigas

De peregrinacion tan dilatada.
Se ofrecieron correr la suerte misma,
Juntos atravesaron los desiertos,
Pasaron el Jordan, y á la cautiva

Jerusalen llegaron. Contó Nuño
Las grandes vejaciones que sufrian
Los cristianos en ella, y lamentóse
De que ciudad de tan sagrada estima

Gimiese entre las bárbaras cadenas
Del fiero musulman. Hizo prolija
Relacion de las raras ceremonias,
Y de las penitencias y vigilias,

Con que entrambos allí se prepararon
Para entrar del Sepulcro en la capilla,
Y cómo al fin la santa losa vieron,
Que el cuerpo santo custodió tres dias.

Del Calvario, Betlen, y otros lugares
(Santos, porque lograron la divina
Presencia), refirió las circunstancias,
Y milagros que en ellos sucedian.

Contó cómo despues fué con Egidio
A buscar del Mar Muerto las orillas,
En donde un solitario penitente,
De extrema santidad, en una ermita

Largo tiempo habitaba. Recibidos
Fueron por él con gusto y alegría,
Y tres años allí léjos del mundo,
Bajo su direccion, dulce y tranquila

Existencia gozaron. Pero muerto
Por extrema vejez el cenobita,
Y el sitio aquel expuesto á los furores
De las armadas hordas beduinas;

El desierto dejar determinaron,
Y guarecerse en Jope algunos dias.
Así lo hicieron: en el puerto estaba
Una hermosa galera de Sevilla,

Que cargada de bálsamos y aromas
Para Gebhel-Tareck á partir iba;
Y esta ocasion del cordobés Egidio
La constancia tentó. Veces distintas

Habló con el arráez, y á su patria
Determinó tornar, pues de la hija
Se refrescó el amor. Recordó Nuño
Lo que afligió su pecho la partida

Del venerable anciano, cuyas prendas
Eran de amor y de respeto dignas;
Y mostrando el curioso relicario,
Que colgado en su pecho se veia,

Dijo habérselo dado aquel amigo,
Al despedirse de él, en la marina.
Y prosiguió contando, que al hallarse
Aislado, solo, y la salud perdida,

No se atrevió á tornar á los desiertos;
Y que en un monasterio, do en la cima
Del Carmelo habitaban religiosos,
Buscó, y halló consuelo y acogida.

Al cabo de diez años un incendio
El edificio resolvió en cenizas,
Por lo que dispersándose los monjes,
Nuño con el abad á Alejandría

Se dirigió. Recuerdos de la patria,
Anhelo de saber si ya propicia
Con Gustios era la mudable suerte,
Y cansancio y horror de aquellos climas,

Le decidieron á volver á España;
Mas no pudo encontrar armada y lista
Nave alguna en el puerto, que á poniente
Enderezase el rumbo. Largos dias

En vano la esperó, y al fin cansado,
Se hizo á la mar en una barca egipcia,
Y á la ciudad llegó de Constantino
A visitar el templo de Sofía.

Desde allí una galera veneciana,
Recorriendo las costas de Sicilia,
Y el mar tirreno, le condujo en salvo
Al puerto antiguo de Provenza rica.

Recordó pues que al punto el Pirineo
Pasando, fué á Sobrarve, y de Castilla
Pisó la tierra al fin con pié turbado,
Y con alma embargada de alegría.

Sin detenerse dirigióse á Burgos,
Y en todo una ciudad halló distinta
De aquella que dejó... ¡tantas mudanzas
Diez y ocho años producido habian!

Dijo que se encontró como extranjero
En medio de su patria... ¡Gran desdicha,
Que acontece despues de larga ausencia,
Y que al más duro corazon lastima!

Sí; los recuerdos dulces de la patria
Léjos del propio hogar se fortifican;
Que en ella es todo eterno imaginamos,
Y la vuelta se anhela y se suspira,

Pensando hallarlo sin mudanza todo.
De tornar á la patria llega el dia;
Lo que en ella dejamos, ya no existe,
Y realidades nuevas y distintas

Se encuentran sólo. Con asombro vemos
Toda nuestra ilusion desvanecida;
Y extraños somos en la propia tierra,
Que es la mayor de todas las desdichas.

Así á Nuño ocurrió; cual peregrino
Vagó por Burgos, donde todo habia
Sufrido alteracion. Sólo en el pecho
Del ciego conde Sancho estaba viva

La indignacion contra el señor de Lara,
Y firme el gran favor y necia estima,
Con que dejaba en manos de Velazquez
El cetro del condado de Castilla.

Encontrándolo todo tan mudado,
Excepto los rencores y perfidias,
Dejó la corte, y hácia Lerma fuése,
Para tener de su señor noticia.

Supo que continuaba en su hondo encierro
Y privado por siempre de la vista;
Y, como en tiempo antiguo, fueron vanas
Para verle sus nuevas tentativas.

Dijo Nuño que pronto despechado
Al ver sus esperanzas destruidas,
Y de haberse alejado arrepentido
De las remotas tierras, do tenia

Ya amigos, conexiones y habitudes,
Para errar sin objeto por Castilla,
Que un vasto cementerio era á sus ojos;
Determinó pasar á Andalucía,

Para saber de Zaide, y si su amigo
Y compañero en los lejanos climas,
El mozárabe Egidio, aún disfrutaba
Allá en su patria de sosiego y vida.

La guerra que entre moros y cristianos
Entónces se encendió, y una maligna
Enfermedad, contó, que se opusieron
A su resolucion. Fuése á Galicia,

Y allí despues de visitar la tumba
Del santo Apóstol, á acabar sus dias
Se encerró en un aislado monasterio,
Del mar de Atlante en la escarpada orilla.

A dos años de estar en tal retiro,
De que el conde Don Sancho muerto habia
La nueva recibió; y en el momento
Con ciertas esperanzas y á gran prisa

A Burgos vino, y ante el nuevo Conde
Pidió reparacion de la injusticia
Con que era perseguido Gustios Lara.
Consiguió que con faz grata y benigna

El gran Fernan-Gonzalez le acogiese;
Y á pesar de Velazquez, que aún tenia
El supremo poder, logró dichoso
La libertad de Lara. Conseguida,

A Lerma voló Nuño, y olvidando
Todas sus ansias, penas y agonías,
Halló de todas ellas recompensa,
Cuando gozoso con su mano misma

Abrió la puerta á la prision de Lara,
La libertad tornándole, de guía
Sirviéndole, y cual siervo reverente,
Consagrándole el resto de su vida.—

El buen Nuño Salido, aquí indicando
Que segun la presencia, y la benigna
Condicion que mostraba el nuevo Conde,
Para Lara esperaba mayor dicha;

Y dando (era discreto) al auditorio
Gracias por su atencion, á la prolija
Historia de sus raras aventuras
Puso con labio fatigado cima.

Sonó el rumor por la espaciosa cuadra,
Que admiracion y que respeto indica;
Pues los que el patrio hogar nunca han dejado,
Semejantes afectos siempre abrigan

Por los que el ancho mundo recorriendo,
Arrostrando peligros y fatigas,
Otros pueblos han visto, otras costumbres,
Grandes sucesos, raras maravillas.

El Arcipreste demandó silencio,
Y su elocuencia demostró en seguida,
Dándole enhorabuena y áun elogios
Porque el Santo Sepulcro visto habia,

Mezclando como siempre, en su discurso
De las sagradas Letras doctas citas.
Los hidalgos despues, y capellanes
Mil congratulaciones y muy finas

Ofertas á los dos nobles ancianos
Dirigieron tambien; en nuevos vivas
Prorumpió el vulgo; circuló en la turba
De navarro aguardiente la botija;

Y todos se marcharon, de ambos viejos
A repetir la historia á sus familias;
Añadiendo sin duda circunstancias
Que mayor interés excitarian.

Pues muchos del concurso echaron ménos
Que en una y otra historia peregrinas,
Ni encantadores, brujas, ni gigantes,
Ni dragones de fuego intervenian;

Y de propio caudal tales filetes,
Y otras alteraciones inauditas
En sus repeticiones añadieron;
Tanto, que Lara y Nuño á pocos dias,

Oyendo referir sus propios lances,
Casi reconocerlos no podian,
Y de su gravedad diz que á despecho
Ambos soltaron riendas á la risa.

Ya era entrada la noche, cuando Nuño
Dió á su relato fin: roncas crujian
Las techumbres, del viento contrastadas,
Al peso de la nieve, que caia

En gruesos copos desde media tarde;
Y de Lara y de Nuño solicita,
Que honren aquella choza el Arcipreste;
Porque desmantelado y á ruinas

Reducido el palacio, poco abrigo
A tales personajes dar podia.
Aceptó Lara tan cordial convite:
Lo que dió nuevo campo al ama activa,

De aumentar de su fama los aplausos,
Demostrando tener igual pericia
En aprestar las cámaras y lechos,
Que en fraguar de repente una comida.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(30) Habiendo dejado el seguro asilo de Inglaterra, me encaminaba hácia Roma, para lo cual habia obtenido especial pasaporte pontificio y toda suerte de seguridades de aquella corte, y desembarqué en Liorna por el mes de julio de 1825. Concluida mi cuarentena, me presenté al cónsul romano, para que refrendara mi pasaporte, á lo que se negó absolutamente, diciéndome, tener órden para no refrendar ninguno, sin enviarlo ántes á Roma, á que fuese reconocido. Remitió, pues, el mio, y fué devuelto con terminante negativa. Representé al cardenal de la Somaglia, y me contestó por medio del cónsul, que sin embargo de que mi pasaporte estaba en regla, y dado de órden de Su Santidad, me expondria á *grave dispiacenze*, si ponia los piés en los dominios apostólicos. Esta inesperada repulsa fué inmediatamente seguida de la más encarnizada persecucion por parte del gobierno toscano, llegando la policía de Liorna á aprestar la fuerza armada para arrojarme de aquel Estado. En tanto apuro recurrí al cónsul británico Mr. Falconar, quien apoyado en un pasaporte inglés que me habia dado lord Chatham á mi paso por Gibraltar, no omitió díligencia alguna para contener la persecucion, y logrando ganar tiempo, me embarcó en un bergantin-goleta inglés, que despues de borrascosa travesía, me condujo á malta. En aquella isla hallé grata hospitalidad y toda suerte de consideraciones, tanto en los ingleses como en los naturales; y allí concluí la *Florinda*, escribí otras obras, y empecé esta leyenda. Permanecí en aquel grato y seguro asilo hasta Marzo de 1830, en que me trasladé con mi familia á Marsella en el yate *Lady Emilie*, que puso generosamente á mi disposicion el teniente gobernador, el general Ponsonby.

(31) Se concluyó esta obra, despues de una larga interrupcion, en Tours, el año 1832.



ROMANCE SÉTIMO

> «Por el alto Dios del cielo
> Y en fe que soy vueso fijo,
> Que os he de facer vengado,
> O me mataré á mí mismo.»
>
> *Romancero del Cid.*

Tras granizos y nieves importunas
El cierzo despejó los horizontes,
Y una bóveda inmensa de zafiro
Llenó con sus hermosos resplandores

Limpio y ardiente el sol. Las altas cumbres
De plata aparecieron, y del bosque,
Carámbanos en vez de verdes hojas,
En el yerto ramaje. Esclarecióse

La ribera de Arlanza con un dia
De los que en las hispánicas regiones
Brillan en medio del invierno crudo,
Y los más claros son que admira el orbe.

Ya estaba en su palacio Gustios Lara,
Y á su fiel Nuño pide le coloque
Do al aire abierto los ardientes rayos
Del vivífico sol tranquilo goce.

Nuño al momento fuera del postigo,
Ya escombrado de leños y cascote,
Que era la sola entrada del palacio,
Un gran sillon de tosca encina, sobre

Blancas zaleas en lugar de alfombra,
Para dar gusto á su señor, dispone;
Y allí despues del brazo lo condujo,
Y con grande respeto acomodóle.

Sentado el ciego Lara, entrambas manos
Extendió en las rodillas, y gozóse
Con el dulce calor que difundia
Sobre él el padre de la luz, que entónces

Caminaba al zenit. La espalda al muro
Y de pié quedó Nuño, y cruza y pone
Sobre el pecho los brazos. Los contornos
La sombra oscura dibujó conformes

En los toscos sillares de ambos viejos,
A quienes largo espacio se les oye
Tan sólo respirar. Lara afanoso
La faz alzó, tal vez los resplandores

Para buscar del astro refulgente
Esperando, ¡infeliz! la larga noche
Moderar de sus ojos, y á lo ménos
Ver tibia claridad. Desengañóle

Empero la experiencia: aunque á torrentes
Su lumbre, no ya un sol, sino mil soles
Derramaran sobre él, siempre su vista
Fuera más insensible que los bronces.

Conociólo el anciano, y abatido
Inclinando la frente, conformóse,
Y empezó á susurrar en voz sumisa
Sus rezos y continuas devociones.

Nuño entre tanto inmóvil espaciaba
Los ojos por los llanos y los bosques,
O por la inmensa bóveda celeste;
Y varios pensamientos voladores

En su mente cruzaban. Ya recuerdos
De su primera edad, de los veloces,
Fugaces dias, cuando aquellos campos,
Floridas selvas y lejanos montes

Donde quiera contentos le ofrecian:
Ya de aquellos que, armado, los furores
Del combate arrostró: ya aquellas horas,
En que educando á los Infantes nobles,

De la paz, de la guerra y de la caza
Desvelado les dió doctas lecciones;
De que cogió tan regalados frutos,
En pos del lobo y jabalí feroces

Viéndoles recorrer aquellas cumbres,
Mostrarse en las batallas los mejores,
Y lucir en las justas y festines
De discrecion y agilidad los dotes.

De tal meditacion, en que sumido
Estuvo largo tiempo, al fin sacóle
Con abatida voz, así diciendo,
De su ciego señor el labio torpe:

«Desde que libre estoy, ¡oh, amigo Nuño!
No hay un solo momento en que se borre
Córdoba de mi mente. Ya te he dicho
Cuanto allí me ocurrió... Culpas enormes

»Contra mi Dios en la mazmorra horrenda
Es cierto cometí, que los rigores
De la justicia eterna provocaron.
Mas ¡ay!... era preciso no ser hombre,

»Sino un ángel de luz para librarse
En mi terrible situacion de entónces
De las insidias del astuto infierno.
¡Pequé, Señor, pequé!... Sí, ardí en amores

»Por una infiel beldad... ¡Pobre Zahira!
Si como nació en Córdoba, de Tormes
O de Arlanza, en las márgenes naciera,
De cristianas virtudes fuera norte...

»Mas, soy, ¡ay Nuño! criminal mil veces.
Aquel dominio que en su pecho noble
El cielo me acordó, fué, bien lo alcanzo,
Para su alma sacar de los errores,

»Y á la fe conquistarla: y yo, protervo,
Obrando á la razon poco conforme,
Me aproveché de aquel dominio sólo
Para abusar de su inocencia... ¡Atroces

»Son los remordimientos que me acosan,
Y que mi corazon mezquino rompen!»
Cesó el anciano en lágrimas deshecho,
Y el compasivo Nuño le responde:

«Gran yerro fué, señor, de tal manera
Del cielo santo corromper los dones;
Mas su misericordia es infinita,
Y al pecador arrepentido acoge.»

«Arrepentido está mi humilde pecho,»
Lara con un sollozo interrumpióle.—
«Y perdonado estás, prosiguió Nuño;
¿Quién los designios del Señor conoce?

»Tal vez la llama misma, que encendiste
Allá en el alma de la ilustre jóven,
La abrió á la fe; y es hoy apóstol santo
Que en Córdoba predica en altas voces

»El Evangelio. Si las claras prendas
De la Princesa mora son conformes
Con lo que tú relatas, ¿fuera extraño
Que el justo cielo así las galardone?

»Su ardiente caridad me referiste,
Y que de los cautivos y los pobres
Era madre comun: virtud tan grande,
La primera de todas, que á los hombres

»Iguala con los ángeles, sin premio
Nunca quedó, jamás.»—Estremecióse
De gozo Lara y prorumpió llorando:
«¿Por qué quieres con tales ilusiones

»Acallar mi tenaz remordimiento,
Y aquietar mi conciencia?... Bien conoces
Que no es posible tanto, no: á la hermana
Del potente Almanzor, de aquella corte

»En la atmósfera impura, ¿quién pudiera
De su secta mostrarle los errores,
Nuestros altos misterios explicarle,
Y el agua santa que los lazos rompe

»Del pecado esparcir sobre su frente?..
Yo, solo, yo... ¡infeliz!... mil ocasiones
De hacerlo tuve, y las perdí... ¡Dios mio!
¿De su condenacion quién te responde?

»¿Quién te responde, sino yo?»—Convulso
Quedó el mísero anciano: convirtióse
En gemidos su voz, y vacilando
Iba á caer; mas Nuño le socorre,

Con palabras de afecto le sosiega;
Y oportuno con sábias reflexiones
Le exhorta á que, olvidando lo pasado,
De lo presente, cual se muestra, goce.

Levanta hinchado el mar su turbio espacio
En negras olas y movibles montes,
Cuando vestidos de tonantes nubes
Braman los encontrados aquilones;

Pero si el blando céfiro aparece,
Y luz remota anuncia el horizonte,
Toman las ondas diferente aspecto,
Y bien que aún agitadas, se conoce

Que es más blando el impulso que las mueve,
Y que á amansar su furia se disponen.
Así acontece á los humanos pechos,
Segun cambian de giro las pasiones,

Y así su agitacion el ciego Lara
Calmó, y en blando lloro desahogóse,
Cambiando de repente sus ideas;
Y continuó, sumiso y más conforme:

«¡Ay, Nuño!... ¡amigo Nuño!... Grato el cielo
Aún reparo tal vez á mis enormes
Culpas pudiera dar... Si tiene vida
La hermana de Almanzor... ¡Era tan jóven!

»¿Por qué no ha de vivir?... ¡Ah! si enterada
De que ya libre estoy... viniera... Entónces
El agua del bautismo, el santo nudo
Que bendice de Dios el sacerdote,

»Pudieran, sí, santificarlo todo.
De ella una santa hicieran, y la noche
En que vivo, tornaran claro dia,
Y esperara sin susto el postrer golpe.»

Calló el anciano, y suspiró, la rienda
Soltando á sus falaces ilusiones,
Lleno de vida el venerable rostro,
Y de expresivo fuego. Bien conoce,

Observándole atento el docto Nuño,
Las regiones extrañas que recorre
De su señor la mente; y que á despecho
De todas sus desdichas y aflicciones,

Y del curso del tiempo, aún su alma oculta
Una pasion antigua, los amores
Que las delicias postrimeras fueron
De su pecho infeliz. Las reflexiones

Que este atisbo al buen Nuño sugeria,
Lara, tornando á hablar, pronto interrompe,
Pues dijo así, sus vagos pensamientos
Tomando de repente otros colores:

«Era infiel, era infiel; y mi cariño
Réprobo y criminal. Lo reconoce
Harto mi corazon; mas, ¡ay! su fruto
Era inocente, sí... Me faltan voces

»Para expresar lo que en el alma siento
Al recordarme de él... ¿Con fiero golpe,
Le hundió la muerte en el voraz sepulcro,
Al punto de nacer?... ¿O en ciega noche

»De horror, de iniquidad, de idolatría
Vive, y blasfema de mi Dios el nombre?
¡Nuño!... ¡Qué horror!!! ¿Tal vez hembra infelice
En brazos de un infiel?... Mi alma se rompe.

»En tantos años, ¡ah! nueva ninguna
Ha llegado hasta mí... Zaide, aquel noble
Y valeroso Amir, y que me debe
La libertad y vida, corresponde

»Mal con su obligacion, pues no ha buscado
Modo de penetrar hasta la torre,
En donde tantos años he vivido,
Para darme las nuevas...» Atajóle

Nuño en defensa de su amigo Zaide
Con gran calor diciendo: «Desconoces
Cuál fué tu situacion, si á Zaide culpas,
Y olvidas la estrechez y los rigores

»Con que estabas guardado.—Es cierto, Nuño,
Prosiguió Lara, el cielo me perdone.
Mas tú, ¿por qué hácia Córdoba no fuiste,
En vez de recorrer tantas regiones?»—

Nuño le respondió: «Tú, señor, sabes
Que no pude tener ni indicio entónces
De los lazos que en Córdoba dejabas;
Y hubiera fuerza dado á las atroces

»Calumnias, con que viles enemigos
Manchar osaron tu glorioso nombre,
El que un tu servidor y confidente,
Cual yo, á Córdoba fuese.—Tus razones

»Son de gran peso, Nuño,» dijo Lara,
Y en profundo silencio sumergióse,
Inclinando el semblante sobre el pecho
Que con la barba venerable esconde.»

Grande rumor en esto, repentino,
Súbita confusion y roncas voces
Resonaron en torno, á Nuño y Lara
De sobresalto, dudas y temores

Llenando á un tiempo. El ciego los oídos
Atento aplica: el otro se dispone
Las causas á inquirir, y gira y torna
Los ojos en reedor, y entrambos oyen

¡Moros!... ¡moros! gritar, y que se aumentan
La agitacion, los llantos y clamores
En Salas toda. Por delante de ellos
Varios villanos, pálidos, veloces,

Cruzan despavoridos: quién buscando
Cercanas breñas y vecinos bosques,
En donde refugiar familia y bienes;
Quién á advertir al punto á sus pastores,

Que dejando cabañas y rediles
Huyan con los ganados á los montes;
Quién á esparcir la alarma en las aldeas,
Y á reunir lanzas y jinetes, corre.

Nuño pregunta en alta voz á algunos
La causa de la fuga, y le responden
Sin detenerse, que los moros cargan,
Con sus huestes cubriendo el horizonte:

Nueva que corrobora de la villa
El campanario, cuyos huecos bronces
A vuelo publicando el arrebato,
El viento asordan con sus recios sones.

Quedó suspenso Nuño; pero Lara
Al bélico rumor estremecióse,
Y animoso exclamó: «¿Por qué los cielos
Me tienen condenado á eterna noche?

»Si ojos tuviera yo (la edad ¡qué importa!)
De un caballo ocupara los arzones,
Empuñara una lanza, y mis vasallos
No huyeran de los moros invasores.

»Del bárbaro Giafar puede que sean
Los satélites viles y feroces:
De Giafar, que sabiendo estoy ya libre,
Quiere que á ser esclavo suyo torne.

»¡Ah!... si tuviera vista!...—No la tienes,
Dijo al momento Nuño, á quien el nombre
De Giafar, y de Lara la ocurrencia
Heló la sangre. No la tienes... ponte,

»Ponte, señor, en salvo.—Amigo Nuño,
Tranquilo Lara continuó, y ¿en dónde
O cómo? dí... Moverme puedo apénas...
Con mi estrella infeliz estoy conforme.

»Corre á tomar noticias más exactas.»—
Nuño á dos escuderos llama, y órden
Da de que á su señor cuiden y asistan,
Y que ni un solo instante le abandonen.

Manda poner á punto los caballos,
Y que las armas una escolta tome,
Y á adquirir por sí mismo la certeza
De lo que ocurre, por la villa entróse.

La confusion que reina en el navío,
Si al mismo tiempo que bramando rompe
El huracan sus mástiles, la quilla
Toca en las peñas ásperas que esconde

Entumecido el mar; encuentra Nuño
Por calles y plazuelas. Era entónces
Tal la inseguridad, y tan frecuentes
En plena paz rebatos é invasiones,

Que no era extraño el popular asombro.
Con algunos hidalgos y otros hombres
De cuenta Nuño habló, que apresurados
Aprestaban sus armas y trotones.

Todos le afirman que los moros vienen,
Y que las vegas inmediatas corren;
Mas de su intento y fuerza las noticias
No son ni positivas ni conformes.

Nuño y el Arcipreste, y dos personas
De autoridad resuelven á la torre
De la iglesia mayor, que dominaba
En torno las llanuras y los bosques,

Subir á cerciorarse por sus ojos
Del peligro, que tiene en tal desórden
Y terror la comarca. Lo ejecutan,
Y sólo ven á gran distancia, á trote

Veinte moros venir hácia la villa;
Sin parecer en todo el horizonte
Ni más armadas huestes, ni banderas,
Ni polvo, ni áun rumor. Los resplandores

Del sol demuestran que con armas vienen;
Mas ni furor ni hostiles intenciones
Su modo de marchar. No de milanos
Banda voraz, que hambrienta reconoce,

Y el indefenso palomar embiste,
Parecian los moros trotadores;
Sino banda pacífica y alegre
De apacibles cigüeñas, que los montes

Del Africa dejando en primavera,
Un alto pino ó solitaria torre
Buscan, para anidar en nuestro clima,
Y pasar la estacion de los calores.

Nuño y los que con él observan, luégo
Lo advierten todo; su temor calmóse,
Y mandando cesar del campanario
Los alarmantes y molestos toques,

Vuelto curiosidad el miedo, bajan,
Refieren lo que han visto, y los temores
Procuran aquietar del necio vulgo;
Y treinta hidalgos se arman y disponen

A salir al encuentro de los moros,
Para inquirir mejor sus intenciones;
Miéntras Nuño á informar de todo á Lara,
Y su inquietud á sosegar volvióse.

Los árabes jinetes conocieron,
Al salir á lo llano desde el monte,
El gran terror que su presencia daba;
Y la llanura atravesar á trote,

Para abreviar su marcha, dispusieron;
Y ya en la villa entraban, cuando en órden
Los treinta hidalgos vieron. Asustados
A su turno, detiénense, y á voces

Paz... amistad, repiten; blancos lienzos
Sobre los hierros de sus lanzas ponen
Y los dos que los jefes parecian,
Sin sacar los alfanjes, á galope

Avanzan á encontrar á los armados:
Los cuales al momento que conocen
Las señales pacíficas, esperan,
Y las armas mortíferas deponen.

Los dos caudillos de la gente mora
Asaz diversos eran: un jóven,
De extremada beldad y gentileza:
El otro, anciano, venerando y noble.

Armas ricas y ricas vestiduras
Ostentan ambos con ilustre porte,
Sobre sendos caballos cordobeses,
Fuertes, revueltos, ágiles, veloces.

El segundo, en lenguaje de Castilla,
Dijo á los castellanos: «Bien, señores,
En vuestras armas y apostura veo,
Que enemigas juzgais las intenciones

Con que á Salas venimos; pero os juro,
Que son sólo de paz. Fuerzas mayores
Que esta tropa no vienen con nosotros,
Y esta no es de soldados lidiadores;

»Es sólo de pacíficos esclavos,
Gente, cual veis, sin disciplina y órden:
Y las armas escasas que traemos,
Son armas de viandantes, que agrios montes

»Y solitarias selvas han pasado.
Mas si recelo os dan, estoy conforme
En deponerlas al momento. Somos
Amigos y rendidos servidores

»De vuestro alto señor Gustios de Lara;
Y sabiendo ha salido de la torre,
Donde fué injustamente aprisionado,
A presentarle el homenaje y dones

»Venimos de amistad. A su presencia
Llegar nos permitid.» — Dijo y alzóse
Vago rumor entre los treinta hidalgos,
Que, un instante indecisos, no responden.

Uno de ellos astuto recelando
De infieles sólo engaños y traiciones,
Con ronca voz le preguntó sañudo:
«¿Vienes de parte de Giafar?» — El jóven

Con el rostro alterado, ántes que el viejo,
Contestó: «¿Acaso nos juzgais traidores?...
Ya no vive Giafar, gracias al cielo.»
— Otros al ver, que apénas de prisiones

Lara está libre, mensajeros moros
Con tal empeño hablarle se proponen,
Dan á recelos y á sospechas viles
Entrada; y casi del difunto Conde

Y del señor de Barbadillo aprueban
La gran severidad y los rigores.
Mas al fin todos el temor perdiendo,
Y cautivados del aspecto noble

Y generoso del infiel anciano,
Y del semblante y actitud del jóven;
Replican á una voz, que entren en Salas
Con su acompañamiento. Se disponen

A servirles de guía hasta el palacio,
Y por la villa entraron en buen órden,
Mezclados los cristianos con los moros
En tranquila amistad y union conformes.

Todos los habitantes de la villa,
Que tan despavoridos á los montes
Trataban de acogerse, larga rienda
Sin más exámen dando á sus terrores;

Seguros ya de que infundados eran,
Tornado el miedo confianza, corren
Para verlos pasar, con gran bullicio
Ocupando las calles y balcones.

Muchos ancianos al mirar los rostros
Del mancebo y del viejo, reconocen
Personajes que han visto en otro tiempo,
Pero sin recordar cómo ni dónde:

Y un mendigo andrajoso, que á los Laras
Sirvió de podenquero, y que entregóse,
Cuando luégo fué echado del palacio,
A la embriaguez continua, desde entónces

Acá creciendo con la edad el vicio;
Dando traspiés, codazos, pisotones,
De borracho y mendigo con la audacia
Penetró entre la turba. Aproximóse

A los dos personajes cordobeses,
Y mirando al mancebo, en roncas voces
Mal pronunciadas exclamó: «¡Milagro!!!
¡Y milagro patente!!!... Este es, señores,

»Gonzalo, de mis amos el más chico,
Vedle tan mozo y de tan sano porte,
Como aquel dia que venció en la justa
Al montañés gigante; y este noble

»Anciano que amoroso le conduce,
Es el patriarca Abran. Los reconocen
Mis ojos, y los ven sin estrellitas,
Pues no he catado el vino desde anoche.

»¡Milagro!!! sí... ¡milagro, y gran milagro!!!»
A tan extraños gritos levantóse
Sordo rumor entre la espesa turba,
Y apiñándose todos en desórden

Sobre aquel que los daba, al conocerle,
Rompen en carcajadas. Mas el pobre,
A quien más que los piés la frente pesa,
Entre tantos vaivenes y estrechones

No pudiendo tenerse, cayó al suelo,
Y lo regó del vino, que la noche
Anterior se bebiera, segun dijo,
Y á que debió su perspicacia entónces.

Efecto sin embargo produjeron
Su extraña idea y balbucientes voces.
El cordobés mancebo, al escucharlas,
De púrpura esmaltó su rostro noble:

El del anciano se cubrió de gozo;
Y á varios de la villa despertóles
Recuerdos de lo antiguo; pues al punto
La semejanza extraña reconocen,

Que hay en talle, semblante y apostura
Entre Gonzalo Lara y aquel jóven.
Otros que al viejo musulman observan,
Notan que su figura es muy conforme

A una estatua antiquísima de mármol,
De senador ó cónsul, que de poste
En una esquina de la iglesia estaba,
Y á quien de Abran le daba el vulgo nombre (32).

Advirtióse tambien, que por las calles
Con la certeza va de quien conoce
Perfectamente el sitio: circunstancias,
Que tomando al momento los colores,

Con que las cosas más comunes vuelve
Prodigios la ignorancia de los hombres;
Hace de aquellos huéspedes personas
Del otro mundo. Pronto acrecentóse

Tan rara especie, y adquirió gran cuerpo
En la imaginacion y en las pasiones
Femeniles; pues viejas y muchachas,
Que es Gonzalo aseguran y suponen;

El alma de Gonzalo, que vestida
De fantásticas formas, y por órden
Del justo cielo, á consolar al padre
Viene, y á castigar calumniadores.

Ya entre la muchedumbre circulaba
Con gran asombro de *Gonzalo* el nombre;
Cuando la cabalgada del palacio
Llegó á la plaza, y al entrar, paróse.

El viejo cordobés, notando al punto
Tapiados la alta puerta y los balcones,
Y los signos de afrenta y de ignominia
(Que al momento cual tales reconoce),

Retembló, suspiró, y algo le dijo
En su arábiga lengua al tierno jóven,
Que grande agitacion tambien mostraba.
Y picando de nuevo, dirigióse,

Sin preguntar á nadie, del palacio
El postigo á buscar, cual quien conoce
Perfectamente el edificio; y muda
La turba inmensa en confusion siguióle.

En conjeturas varias divertido
Aún Lara estaba en su sillon de roble,
Disputando con Nuño, y rodeado
De escuderos y armados servidores;

Pero el vecino estruendo de herraduras,
El crujir de las armas, los rumores
De la confusa muchedumbre oyendo,
A retirarse cauto se dispone;

Y por dos escuderos sostenido
Estaba ya de pié, cuando en desórden
Ante él la mora y castellana gente,
Y la caterva popular paróse.

Lo advirtió, y levantando la cabeza,
Vistió de dignidad su aspecto noble;
Y el anciano andaluz en él los ojos
Clavando ansioso, en resonantes voces

Dijo al tierno mancebo: «Este es tu padre:
Ante sus plantas á arrojarte corre,
Y absorto el mundo al verte entre sus brazos,
La Providencia omnipotente adore.»

No habia terminado estas palabras,
Cuando el mozo, dejando los arzones,
Exclamó: *¡Padre!!!* y prosternado en tierra,
Del ciego á las rodillas abrazóse.

Al mismo tiempo conociendo Nuño
Al anciano, cual fuera de sí, rompe:
«Oh Zaide!... oh bienhechor!... oh tierno amigo!»
Y se arroja en sus brazos. Yerto, inmoble

Lara quedó. La falta de los ojos
Le sumerge en un mar de confusiones.
De ambos moros la voz no le es extraña...
Mas cuando al docto Zaide nombrar oye,

Y siente que le estrechan unos brazos,
Y repetir de *padre* el dulce nombre,
Y que en sus manos trémulas se imprimen
Unos labios de fuego; reconoce

Toda su dicha, y embargada el alma,
En el sillon sin fuerzas derribóse.
Mudarra, Zaide, Nuño, el Arcipreste
A darle auxilio en derredor se ponen;

Callando el pueblo, que asombrado mira
Prodigios donde quiera y confusiones.
Mas no volviendo Lara del desmayo,
Retirarle de allí Nuño dispone;

Y él y Mudarra del sillon asiendo,
Al palacio lo suben. Varios hombres
De cuenta, el Arcipreste y los hidalgos
Le siguieron en pos. Zaide la órden

De entrar en el gran patio da á los suyos,
Y Nuño, de que al punto se coloquen
En el postigo aquel dos hombres de armas
Y que á la multitud el paso estorben.

— —

De gran dicha la luz inesperada,
De gran desastre el impensado golpe,
Hacen por lo comun el mismo efecto
En el sensible corazon del hombre;

Que es, sorprenderlo y embargarlo todo,
Confundiendo su aliento y sensaciones
En tan hondo estupor, que hasta peligro
Hay de que en muerte súbita se torne.

Así el anciano Lara, en el momento
Que de su confusion pasó el desórden,
Y conoció que estaba en su presencia
El hijo aquel, de sus afanes norte;

Exánime cayó, y en largo rato
Más insensible que el helado bronce,
Ni el labio alienta, ni los brazos mueve,
Ni á las personas que le cercan, oye.

En un salon sobre su tosca silla,
En que tiembla tan sólo se conoce,
Y en el calor de sus flexibles miembros,
Que aún sangre y vida por sus venas corren.

El Arcipreste confundido apela
A salmos y á devotas oraciones;
Vinagre y agua en el marchito rostro
Esparce Nuño; viejos servidores

Desatentados giran; y en el seno
De Zaide afligidísimo se esconde
Mudarra, hundido en el terror. Muy pronto
La agitacion universal calmóse,

Viendo moverse al respetable anciano,
Y que el letargo, que le oprime, rompe,
Pues lanzando un suspiro, de repente
Se incorpora, vivísimos colores

Dando á su faz, y en derredor tendiendo
Los brazos exclamó: «¿Dónde está, dónde
El hijo de mi amor?—Aquí, á tus plantas,»
En ellas arrojándose veloce,



Le respondió Mudarra. Y el anciano
A buscarle inclinándose, estrechóle
Contra su seno, alzándolo de tierra,
Y, «Ven, le dijo, ¡oh dulce prenda!... ponte,

»Siéntate en estas débiles rodillas,
Pues les da el cielo bienhechor que gocen
El dulce peso de mi amado hijo:
Reclínate en mi pecho, y que recobre

»Con tu fuego calor... ¡Hijo del alma!
¿Hay más feliz que yo nadie en el orbe?...
¡Hijo mio!... ¡mi bien!... ¡hijo! Mi labio
Saber no quiere articular tu nombre:

»Diego, Martin, Fernando, Suero, Enrico,
Veremundo, Gonzalo... aquel que brote
De estos primero mi memoria, el tuyo
Será, y feliz en mis delirios logre

»En tí á los siete recobrar.» Diciendo
Así, cubria del hermoso jóven
Con lágrimas y besos el semblante;
Mas cesó de repente y anublóse

Su venerable faz, alzó los brazos,
Y con voz que partió los corazones,
«¡Oh cielos! exclamó; dadme la vista
Un momento, no más, no más... que logre

»Ver yo, sólo un instante, al hijo mio,
Y vuelva á hundirme en sempiterna noche.»
Quedó en silencio, y en silencio todos
Los presentes tambien. Pero tornóse

De nuevo el padre al hijo idolatrado,
Otra vez en su seno reclinóle,
Respirando su aliento embebecido;
Y con las manos trémulas, que entónces

El oficio llenaban de la vista,
Le palpaba del rostro las facciones,
La robusta cerviz, los anchos hombros,
Y los nervudos brazos. Reconoce

El traje musulman, y, «oh Dios, prorumpe;
Nacido del pecado en los errores,
No quiero verle hasta que vuestro sea.
Al venir á mis brazos, ¿fué tu norte,

»Hijo, la santa fe de tus abuelos?...
¿Vienes para abjurar la secta torpe,
Que, ¡infelice! profesas?»—«Padre mio,
Le responde Mudarra, que hasta entónces

Embargado de gozo y de ternura
Apénas alentó: no reconoce
Más voluntad mi pecho que la vuestra;
Obedeceros es mi único norte,

»Mi solo afan el ser vuestro consuelo;
Y vengándoos de pérfidos traidores,
Vuestra inocencia demostrando al mundo,
La gloria restaurar de vuestro nombre.»

Tembló el anciano al escuchar al hijo:
De gozo y de terror su faz cubrióse
Alternativamente; y en un punto
Brillaron los fulgentes arreboles

De esperanzas altísimas en ella,
Y del espanto y desaliento atroces
Las pavorosas nubes la cubrieron.
Quedóse mudo un breve espacio, inmoble.

Mas triunfando en su pecho las ideas
De religion, ó acaso los temores
De aún perder aquel hijo inesperado,
De nuevo entre sus brazos estrechóle,

Cual si esconderle en ellos pretendiera;
Y girando la faz sin vista, donde
Se pintaba el horror de quien en torno
Los puñales descubre y gritos oye

De aleves asesinos, que venganza
Escuchando anunciar, tiemblan y corren
A exterminar al vengador, ocultos
Entre las densas sombras de la noche;

«No pienses tal, mi bien; nunca, hijo mio,
Le contestó con penetrantes voces:
¡Exponer tu existencia por vengarme!
Jamás, jamás... ¿Qué importa de los hombres

»La opinion, si los cielos mi inocencia
Y mi lealtad, y mi honradez conocen?
No quiero, no, venganzas, hijo mio,
Funestas siempre á quien tras de ellas corre.

»Perdonados están mis enemigos:
Perdonados están. ¡Dios me perdone
Como yo los perdono, hijo del alma!...
¿Tú exponerte? jamás!!!—Padre, responde

»El gallardo mancebo, padre mio!...
¿Y vengo á pronunciar tan dulce nombre,
Para que el hijo del traidor me llamen,
Y ser ludibrio y maldicion del orbe?

»¿Para al triunfo servir de la impostura,
Y perpetuar, en vez de sàngre noble,
Una sangre afrentada, envilecida?...
¿Para heredar en fin esos borrones,

»Que de este alcázar la fachada enlutan
Gritando *infamia* con eternas voces?»
Se escandeció la faz del ciego Lara
Al escuchar al generoso jóven,

Cuyas palabras como rayos fueron
Que penetrando en el helado bosque,
Por más que esté de nieves abrumado,
Lo incendian al momento. Estremecióse

Gustios de Lara: el fuego de su hijo
Fulminante abrasó su pecho noble;
Y la resignacion ó indiferencia,
Que el padecer, la edad, las aflicciones,

La religion, y hasta el despecho mismo
Dieron á su alma helada, disipóse,
En aquel tiempo renaciendo en ella
El amor á la gloria. De su nombre

La infamia y el baldon de su familia,
Que ya en él no concluye, y los horrores
De su afrentosa situacion de pronto
Descubre, y asombrado reconoce;

Y que ni hijos, ni bienes, ni descanso
La deshonra compensan.—Encaróse
(Cual pudiera gozando de la vista)
Con Mudarra, del seno separóle,

Poniéndole ambas manos en los hombros,
Y dijo en voz solemne: «¿Eres tú, oh jóven,
Ministro de las iras del Eterno?
¿Será tu esfuerzo tal, dí, que me borre

»Esos signos de afrenta, y que restaure
De mi familia el calumniado nombre?...»
No pudo proseguir; fué harto violento
El cambio repentino de pasiones

Que su cascado corazon sintiera.
Agitacion terrible conmovióle,
Y embargada la voz, convulso todo,
En el cuello del hijo reclinóse.

Tomando la palabra en aquel punto
Zaide, el prudente Zaide, que hasta entónces
En ternísimas lágrimas deshecho,
Mudo, cual los demás espectadores,

De hijo y padre la escena contemplaba,
Prorumpió en firme acento: «Reconoce,
Oh Lara insigne, al que en tus brazos tienes
Cual mensajero del Autor del orbe.

»Él te lo envia á demostrar al mundo
Que nunca deja impunes los atroces
Crímenes, y que siempre á la inocencia
Da su eterna justicia vengadores.

»El cielo con prodigios lo ha mostrado,
Y alto principio ha dado ya este jóven
A su santa mision. Sí, Gustios Lara,
Para que le dé cima y la corone,

»A tus plantas lo traigo. Es hijo tuyo;
Mas sólo fuera un infortunio enorme
Un hijo, en tus terribles circunstancias,
Si de tu casa, de tu gloria y nombre

»Restaurador no fuera. Ánimo, amigo:
Hijo y vengador tienes. Lo dispone
Así el Omnipotente, y sus decretos
Se cumplen á despecho de los hombres.»

Al acento de Zaide, recobrado
Tornó en sí Lara, y extendiendo, adonde
La voz oyó, los brazos, «¡Zaide, grita,
Mi generoso Zaide!... llega, corre

A abrazarme... Despues de á Dios, amigo,
A tí sólo deudor se reconoce
Este anciano infeliz de la alta dicha,
Que fin á todos sus desastres pone.

»Llega á mis brazos, vuela... Y tú, fiel Nuño,
Ven y estrecha en los tuyos á este jóven.
Hermano es ¡ay! de aquellos que educaste;
Reciba tambien este tus lecciones.

»Vos, ¡oh Arcipreste! al Dios de tierra y cielo
Con sacros himnos y con santas voces
Gracias solemnes dad, y suplicadle
Que á este hijo de mi amor nunca abandone.

»Y vosotros, oh ilustres caballeros,
Mis parientes y fieles servidores,
Ved al que el brazo del Señor me envia
Para heredero de mi casa y nombre.

»Reconocedle como á tal: de Salas
Será, como lo fueron sus mayores,
El padre y defensor; y vuestros hijos
La victoria hallarán tras sus pendones.»

Dijo el anciano: enmudecido Zaide
En sus trémulos brazos arrojóse:
Nuño con gran cariño de Mudarra
Besó la ardiente faz. El sacerdote

Al arteson las palmas levantando,
En un *Te Deum* prorumpió; y al jóven
Cercando los hidalgos y escuderos,
Hincada una rodilla, en altas voces

Le rinden de lealtad el homenaje,
Y futuro señor le reconocen
Del estado de Salas: ofreciendo
La antigua estancia, á media luz entónces,

Un cuadro digno de que el gran Velazquez,
Gloria de los pinceles españoles,
O el insigne Rembrandt, ejercitaran
En él su ingenio y mágicos colores.

Referir del anciano y ciego Lara
Las palabras y varias sensaciones,
Al recibir el misterioso anillo,
Que el discreto mancebo presentóle,

Reconociendo al punto con el tacto
Sus combinadas piedras y labores;
Y contar el horror, pasmo y asombro
Que muestra, cuando á Zaide contar oye

Del tirano Giafar la horrenda muerte,
Primera hazaña del mancebo noble;
Y su llanto pintar y desconsuelo
Al escuchar, pues fué terrible golpe

Para su corazon, que no existia
El astro de sus últimos amores;
Y repetir de Zaide y de Salido
Los recuerdos, preguntas é ilusiones;

Y del docto Arcipreste las arengas;
De las dueñas y antiguos servidores
Del palacio el contento y esperanzas;
Y las patrañas necias y discordes

Que en Salas discurrieron aquel dia,
Fuera perderse en intrincados montes,
Y navegar un piélago insondable,
Sin hallar puerto, ni encontrar el norte.

—Ya el sol hácia el ocaso declinaba
A esconderse en nevados horizontes,
Cuando nuevo rumor nació en la villa,
Y nueva confusion en ella alzóse,

Llegando hasta el palacio el vago estruendo
De festivas carreras y de voces,
En que, si ántes sonaba *moros*, *moros*,
Ahora sólo se escucha *¡el Conde! ¡el Conde!*

El nuevo soberano de Castilla,
Fernan-Gonzalez de glorioso nombre,
A gozar de aquel dia delicioso,
Tregua del crudo invierno, por los bosques

Y llanuras que Salas señorea,
Corriendo galgos y volando azores,
Con sus pajes andaba y ballesteros,
Y con lo más granado de su corte.



Rui-Velazquez tambien le acompañaba;
Pues aunque ni el favor ni gracias goce
De su nuevo señor, áun el gobierno
Conserva del Estado; porque á un hombre,

Que con tan gran poder por tantos años
Rigió las riendas de él, en el desórden
De aquellos tiempos, peligroso fuera
Intentar arrancárselas de un golpe.

Gozaba pues del campo los placeres,
Y de abundante caza el nuevo Conde,
Por aquellos contornos; cuando el eco
Con que los huecos y agitados bronces

Tocaban á rebato resonantes
De la iglesia de Salas en la torre,
Escuchó con sorpresa. Luégo al punto
Los fugitivos pálidos que al monte,

Se refugiaban, diéronle la nueva
De que los Sarracenos invasores
Atacaban la villa. Con desprecio
La recibió al principio: por entónces

Reinaba paz, y la frontera estaba
Léjos, y defendida de agrios montes
Erizados de nieve. Pero llegan
Más y más fugitivos, que conformes

La noticia repiten, y la afirman
Los lejanos lamentos y clamores,
Que ensordecen la atmósfera, mezclados
De las campanas con los recios sones.

Se enardeció del gran Fernan-Gonzalez
La sangre juvenil y el pecho noble,
Al pensar que tan cerca de sí tiene
Al enemigo del cristiano nombre;

Y de su alto valor arrebatado,
Valor que en aquel siglo fué del orbe
Admiracion, y que en el nuestro aún vive,
En fama duradera más que el bronce;

Quiere á Salas volar. A los monteros
Y á los pajes reuniendo, se dispone,
Sin más armas que sólo su venablo,
A embestir con los moros invasores.

Velazquez y los otros caballeros
De edad madura y de experiencia, acordes
Tan ciego ardor prudentes desaprueban;
A su gallarda decision se oponen,

Hasta tener noticias más exactas;
Consiguen contenerlo, y á galope
Un escudero diligente envian,
Que llegue á Salas, y que lengua tome.

Quedó entre tanto, á su pesar, el fuego
De su alma noble conteniendo el Conde,
Como el lebrel gallardo en la traílla,
Cuando ve al jabalí cruzar el monte.

Pronto cesó el clamor de las campanas,
Y el estruendo lejano; por el bosque
No se vieron cruzar más fugitivos,
Y todo indicio de terror calmóse.

Quién que la alarma fué falsa, presume;
Quién teme que los moros invasores
Dueños son de la villa... todos ansian
Que el escudero explorador retorne.

Al cabo de gran rato, á toda rienda
Le ven llegar, y en su reedor se ponen;
Y él refirió, que veinte Sarracenos
El rebato causaron y el desórden;

Mas que luégo se supo que venian
De paz, y con amigas intenciones,
A ver á Gustios, al señor de Lara,
Y que con él y con algunos nobles

Quedaban en su alcázar encerrados.
Calló, suspenso con la nueva, el Conde,
Y de curiosidad extraña llena
Su comitiva se mostró. Cubrióse

La frente de Velazquez de una nube,
Ardió un rayo infernal en sus traidores
Ojos, y con voz ronca y fiero orgullo
Así á Fernan-Gonzalez dirigióse:

«Ya lo escuchais, señor: mirad ahora
Si eran tan infundadas las razones
Por que me opuse á la bondad incauta
Con que á Gustios sacasteis de la torre,

»Que debiera haber sido su sepulcro.
Porque conozco el corazon del hombre,
Y que el de ese infeliz es la guarida
De la loca ambicion y las traiciones;

»Que le dejaseis aherrojado quise,
Como deben estar tigres feroces.
Vos despreciasteis mi experiencia... vedle
Apénas libre, aunque tan viejo y torpe,

»La antigua trama renovar. Miradle
Por los infieles, del cristiano nombre
Constantes enemigos, visitado;
Y ya tal vez el pérfido dispone

»Y traza de Castilla el exterminio,
Cual lo trazó ayudado de traidores,
Cuando sin esta espada y este brazo
El trono vuestro no existiera.»—El Conde,

Que con frente ceñuda le escuchara,
Con amarga sonrisa respondióle:
«Tal vez será inocente la visita
Que hacen los Sarracenos á ese pobre

»Y ciego anciano: á consolarle puede
Que ya amigos, ya viejos servidores,
Que allá en Córdoba tuvo, vengan sólo:
Sospechas no son pruebas.» Asustóse

Velazquez, ya coloso á quien flaquea
Por el cimiento la cuadrada mole
En que la planta estriba, y encubriendo
Su turbacion, contesta: «Se conoce

Que os ciega la bondad por Gustios Lara;
Que la experiencia os falta, y que sois jóven.
¿Inocente juzgais esta consulta
De los moros con él?... Exploradores,

»Satélites infames son sin duda
Del infame Almanzor.»—Escandecióse
El señor de Castilla, así escuchando
Dar de infame á Almanzor el sobrenombre.

Admiraba á aquel héroe sarraceno,
Aunque infiel y enemigo, allá en su noble
Pecho de ser rival de sus hazañas
Nutriendo la ambicion; y así responde

A Velazquez: «Si acaso son espías,
Si enemigos cubiertos y traidores
Esos moros, que á Salas han venido,
A fe de caballero y por mi nombre

»Te juro, que serán esclavos viles
De tu amigo Giafar, no servidores
Del glorioso Almanzor.»—Desconcertado
Velazquez más y más, su faz cubrióse

De amarillez siniestra; pero al punto
Con labio balbuciente replicóle:
«De Giafar ó Almanzor, sólo paganos,
De Castilla enemigos á esos hombres

»Contemplo; y como á tales, anatema
Sobre ellos, sus parciales y fautores
Debe al punto caer. Señor, permite
Que vaya, y por mí mismo me cerciore

»De sus intentos, sorprendiendo á Lara,
Miéntras con ellos conferencia acorde;
Y dejad á mis años y experiencia
El que segun las circunstancias obre,

»Como al bien de la fe, y al del Estado,
Y al de vuestra persona más importe.»—
Dijo, y sin esperar respuesta alguna,
A partir para Salas se dispone;

Pero Fernan-Gonzalez le detiene,
Diciendo: «Iré con vos;» y da la órden
A cuantos le circundan, de seguirle,
Poniendo al punto su caballo á trote.

Todos le obedecieron silenciosos;
Cruza la cabalgada por el bosque,
Y Velazquez confuso, despechado
En pos de su señor, y mudo corre,

Cual demonio que atado á los conjuros
De un mago bienhechor, tras él veloce
Va, á su pesar, á deshacer la trama,
De que se prometió daños enormes.

Al entrar en la villa el Soberano,
Alegre el pueblo prorumpió en las voces,
Que del palacio del señor de Lara
Llenó los patios y altos corredores;

Y á poco del salon, donde el anciano
Con el hijo, el amigo y servidores,
Todos sus infortunios olvidaba,
La doble puerta con estruendo abrióse.

Tras de seis ballesteros y dos pajes
Entró gallardo de Castilla el Conde,
En su talle gentil y faz hermosa
Mostrando el temple de su pecho noble.

Un sayo carmesí de oro bordado,
Una ancha cuera recamada, y sobre
El pecho un primoroso talabarte
Con castillos de plata por botones,

Una ligera toca de velludo
Adornada de plumas de colores,
Y de piel de pantera las abarcas,
Eran el traje del augusto jóven.

Un venablo empuñaba con la diestra,
Y con su cascabel y capirote
En el puño siniestro sustentaba
Un fiero azor. Algunos ricos-hombres

Entraron en pos de él, y Rui-Velazquez
Con aspecto feroz y altivo porte;
Pero al poner en el salon la planta,
Quedó cual asesino, que en el monte

De su víctima encuentra de repente
El vengador espectro á media noche.
—Gustios de Lara, entrambos sarracenos,
Y los hidalgos, al entrar el Conde,

Quedaron en silencio respetoso;
Y el ciego anciano del sillon alzóse,
Por Nuño y por Mudarra sostenido.
Fernan-Gonzalez calla, y reconoce

Con penetrantes ojos en un punto
Cuanto le cerca. El venerando y noble
Aspecto admira del señor de Lara,
Con honda compasion; del moro jóven

El abierto semblante y gallardía,
Con vehemente interés; el grave porte
Del moro anciano, con respeto; y halla
En los hidalgos conocidos nombres

De lealtad y valor. Con suave acento
Así el silencio que reinaba, rompe:
«¿Qué es esto, Gustios Lara?... Estos infieles
¿Con qué objeto, decid, con qué intenciones

»A Salas han venido?» El ciego ilustre,
Con gran respeto, la firmeza noble,
Que es sólo propiedad de la inocencia,
Dejando ver, tranquilo respondióle:

«Que estoy en la presencia soberana
De mi señor, del castellano Conde,
Me dicen las preguntas que he escuchado:
Él solo puede hacérmelas; y pone

»En su punto la santa Providencia
Hácia mí, desdichado, sus favores,
Trayéndole á este alcázar en el día,
En que piadosa y justa me socorre.

»Esto es, señor, que el brazo del Eterno
Siempre da á la inocencia vengadores,
Y que por más que la maldad tolere,
Al fin las tramas del inicuo rompe.

»De estos huéspedes son, pues lo preguntas,
El objeto y las altas intenciones
El pediros justicia, reclamando
La honra y la fama de mi antiguo nombre;

»Y lanza á lanza, á todo trance, á muerte,
Con el inicuo acusador, que ose
Sustentar las calumnias que me han hecho
El más desventurado de los hombres,

»Combatiendo con prueba irresistible,
Con la prueba de sangre, que responde
Siempre al juicio del cielo, mi inocencia
Hacer patente y mi lealtad al orbe.

»De los dos el anciano es Zaide, Zaide...
Basta nombrarle; España le conoce:
Y este mancebo cordobés, ¡MI HIJO!
Sangre de Lara por sus venas corre.—

Gran conmocion, sorpresa, mudo asombro
Pintaron actitudes y facciones,
Oyendo tal, de pajes, ballesteros
Y magnates del séquito del Conde.

Este quedó cual suele el que perdido
Por intrincada selva en negra noche,
Al resplandor de inesperada lumbre
El camino anhelado reconoce;

Y Velazquez, que al punto en que la planta
Puso en la estancia aquella, yerto, inmoble
Clavó en tierra la vista, y que al momento
Que Lara empezó á hablar, estremecióse,

Todos sus miembros el temblor mostrando
Que las hojas del álamo en el monte,
Cuando le da una ráfaga de viento;
Apénas pronunciar á Gustios oye,

Este es mi hijo, levantó los ojos
(Hubiera dado su existencia entónces,
Por que del basilisco el fiero influjo
Tuvieran), enclavólos en el jóven,

Y vió una aparicion, viendo la imágen
De Gonzalo. Su sangre toda helóse,
Se le erizó el cabello, un alarido
Lanzó que hizo tronar los artesones.

Diz que la garza, que orgullosa al aire
En la region suprema cruza y rompe,
Burlando altiva con ligero vuelo
La destreza y furor de los azores,

Cuando aquel que ha de darle cruda muerte,
Del puño parte, al punto lo conoce
Por un instinto peculiar, y asorda
Las altas nubes con dolientes voces.

—Aquel momento de sorpresa y pasmo
Universal no pierde Zaide, y corre
A Mudarra, á quien tiene prevenido
De antemano con sábias instrucciones;

Y le anima, y le impele por la espalda
Hácia las plantas del gallardo Conde,
Al cual de esta manera con despejo
Habló, doblando una rodilla, el jóven:

«Inclito soberano de Castilla,
A quien los cielos de ventura colmen:
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Víctima de malvados y traidores,

»Es mi padre: mi madre fué Zahira,
Hermana de Almanzor. La sangre noble,
Que arde en mi pecho, restaurar me manda
De mi familia el mancillado nombre;

»Y vengo á vuestras plantas, la inocencia
Y la lealtad á demostrar al orbe
Del que me ha dado el ser, del padre mio,
Con la prueba de sangre. En vuestra corte

»Está el acusador, está el aleve,
Que con calumnias bárbaras y atroces,
De vuestro antecesor la alta justicia
Sorprendió con engaños y traiciones.

»Rui-Velazquez se llama; yo le emplazo
A combate de muerte. Egregio Conde,
No me podeis negar campo seguro
Dentro de vuestras tierras, si conforme

»A las leyes reinais, y yo os lo pido.»—
No dijo más el agitado jóven:
Quedó en silencio la espaciosa cuadra,
De Velazquez la estrella oscurecióse.

El más vivo interés, el entusiasmo
Más puro en la actitud y en las facciones
Del gran Fernan-Gonzalez relucieron;
Simpatizando con el alma noble

De Mudarra la suya. Y envidiando
Casi tal ocasion de alto renombre
Conseguir, combatiendo con justicia,
Por la virtud hollada, respondióle,

Teniendo que esforzarse y contenerse,
Por no echarle los brazos: «Corresponde
A la sagrada obligacion de hijo
A su padre vengar, y á todo coste

»Aclarar su inocencia. Vuestro intento
Es heróico y es santo; pero, jóven,
Ved que aquel que se arroja temerario
A la alta empresa de mostrar al orbe

»Los jüicios de Dios, si muy seguro
No está de la verdad ¡qué horror! se expone
A que el cielo confunda su osadía.
Campo seguro me pedís, conforme

»A los usos y leyes de mi estado;
Yo os le concedo en medio de mi corte,
En la plaza de Burgos. Mas primero
Diga vuestro contrario, qué responde:

»Rui-Velazquez, hablad.»—Al oir Mudarra
De su enemigo pronunciar el nombre,
Y al mirarle salir de entre la turba,
Lanza un ronco alarido, en pié se pone,

Y pálido y temblando, «¡Qué...! ¡Aquí estaba!
¡Y en mi presencia!... ¿y vive?» grita, rompe
El albornoz, y al puño del alfanje
Lleva la diestra. Zaide se interpone,

Y le arrebata, y le retira, y dice:
«¿Qué vas á hacer, mancebo?»—Levantóse
Rumor sordo y confuso, semejante
Al subterráneo aterrador que se oye

Antes de un terremoto; y todos clavan
Los ojos en Velazquez, que del Conde
Aparece á la voz, como el cadáver
Que obediente al conjuro, en pié se pone.

Dejóse en medio ver, y cuando advierte
Que la atencion universal absorbe,
De su altivez sacando nuevo brio,
Dominarse logró (que era al fin hombre

Endurecido en crímenes, valiente,
Y á mandar avezado), y á su porte
Dando tranquilidad, y á su semblante
De sardónica risa los colores;

Enmascarando su furor, cual vemos
Allá en Sicilia al empinado monte
Con engañosa faz de helada nieve,
Negar que en sus entrañas fuego esconde;

«Si es cosa extraña, con desprecio dijo,
El que escuches las necias pretensiones
De ese loco rapaz, aún más extraño
Es, señor, que me llames y provoques

»Para darle respuesta. ¿Por ventura
De Castilla han de estar los ricos-hombres
A la disposicion de advenedizos,
Y á la merced de viles impostores?

»Mira por tí, señor, y sin tardanza
Da á tus armados ballesteros órden
De que á esos dos infieles sospechosos
De los confines de Castilla arrojen.»—

Grito de indignacion sonó en la cuadra:
Quedó Velazquez como escollo inmoble,
Y Zaide adelantando algunos pasos,
De esta manera con reposo hablóle:

»¿Aún de insultar al cielo no te cansas?
¡Ay, que apresta sus rayos vengadores!...
Me llamas impostor; ¿cuándo lo he sido?...
Mírame, Zaide soy... Bien me conoces.

»Llamas advenedizo á este mancebo...
Y ¿por qué de mirarle, aunque lo escondes
Con mentido desprecio y falsa risa,
Tiemblas y te confundes?... ¿Sus facciones

»Las de una de tus víctimas te copian?...
Hijo es de Lara, sí: con mudas voces
El cielo te lo dice; hijo es de Lara,
De Lara, el inocente, y de la noble

»Hermana de Almanzor.—Astuto moro,
Furibundo Velazquez atajóle:
De una infiel y un traidor el hijo sea;
Mas te engañas, si piensas corresponde

»Con un bastardo vil medir su lanza
A un caballero de mi sangre y porte.»—
Nuevo rumor de indignacion resuena;
Del terremoto es ya. Los servidores

De la casa de Lara están á punto
De atropellar por todo, los estoques
Y dagas requiriendo; cuando el ciego,
Por Nuño dirigido, va del Conde

A arrojarse á las plantas, y lanzando
Gemidos, que los mármoles y bronces
Pudieran conmover, «¡Señor! exclama,
Miente quien de bastardo le da el nombre.

»Es mi hijo natural, que yo era libre,
Libre su madre.—Enternecido el Conde,
Y yo le legitimo, como puedo
Cual señor soberano, respondióle;

»Y aquel ceremonial con que en Castilla
Pueden reconocer los ricos-hombres
Por buenos á sus hijos naturales,
Os autorizo á celebrar.» Entónces

Rui-Velazquez, espíritu maligno
A quien compele, apremia, liga y pone
En el último trance el exorcista
Con la cruz santa y santas oraciones;

De espantosos relámpagos la lumbre
Dió á sus ojos siniestros y feroces,
Y ahogado de terror, tornado en Furia,
Así gritó con voz agria y discorde:

«Legítimo ó bastardo, ¿qué me importa?
Perezca, pues el cielo me lo pone
En las manos. Acepto el desafío:
Dentro de un mes, en medio de la corte,

»En la plaza de Burgos, con mi lanza
Te daré la respuesta, incauto jóven.»
Dijo, y despareció con sus secuaces:
Al punto de caballos el galope

Afirmó su partida: cuantos cercan
Al ciego Lara y al augusto Conde,
Quedaron en el ancho desahogo
Con que respira turba de pastores,

Si el meteoro aterrador, que acaso
Angustiada la tuvo larga noche
Con su infausta presencia, se disipa,
O al occidente rápido traspone.

(32) Cualquiera que haya recorrido á España, habrá visto la abundancia de estatuas romanas que se encuentran, más ó ménos destrozadas, y que sirven de postes, sillares y cantoneras. Recuerdo que en Carmona hay á la puerta de un meson, empleado como poyo, un cónsul de mármol boca abajo; y durante la guerra de la independencia ví en un pueblo de Castilla otros tres empotrados en la pared de la iglesia, á los que llamaban *los santos patronos*. Ni hay que extrañar estas equivocaciones piadosas, cuando en la misma Roma llaman *Pasquino* á una estatua de Ayax, y *San Pedro*, en el Vaticano, á un Júpiter capitolino.



ROMANCE OCTAVO

Meteldo por la manga, y salírseos ha por el cabezon. *Proverbio antiquísimo.*

Sobre si bebe poquito,
O sobre si sobrebebe,
. . . .
Hubo mientes como el puño,
Hubo puño como el mientes,
Diluvio de sombrerazos,
Granizada de cachetes.

Quevedo, *Musa IV.*

De la villa de Salas el palacio
Contraste singular y extraño ofrece:
De su fachada principal se elevan
Afrentadas y ciegas las paredes,

Y las macizas torres, dominando
Una desierta plaza, donde crecen
Bastarda yerba y cardos espinosos
Sobre helados fangales y entre nieves;

Miéntras los toscos muros de la espalda,
Hoy adornados con guirnaldas verdes,
Señorean gozosos un espacio,
Que si un tiempo corral, ora aparece

Escombrado, regado con arena,
Y ocupado en reedor por turba alegre
De bullicioso pueblo. Y el postigo,
Aquel postigo humilde, que la suerte

Hizo la sola entrada del palacio,
Se ve guardado por armada gente;
Y en el patio interior cruzar los pajes
Y antiguos servidores, con sus vestes

De gala, aunque sin cifras ni blasones:
Todo en fin el apresto de un solemne
Ceremonial anuncia. A poco rato
Entre la multitud, que alzara al verle

Gozosos vivas, se acercó al postigo
Un mensajero que de Burgos viene.
Es heraldo del conde de Castilla,
Segun dice su traje, y le preceden

Tamboril y maceros. Danle entrada
Honrosa los armados, él desciende
De la gallarda mula allá en el patio,
Y pajes y escuderos reverentes

Le conducen al punto á la escalera,
Do veinte hidalgos su llegada atienden,
Y hácia el salon con ellos se encamina
En que se celebraban los banquetes.

Era aquel mismo en que hace pocos dias
El conde y Rui-Velazquez diferentes
Afectos desplegaron, descubriendo
De Lara al hijo vengador. Mas tiene

Hoy mayor aparato y compostura:
Hojas de pino, arena y juncias verdes
Le dan alfombra, y á sus toscos muros
Adorno ricos paños y doseles.

En medio, en un sillon, que en parte cubre
Con groseros recamos, un tapete,
Aunque de luto con flamantes ropas
En torno orladas de trencilla y pieles,

Sentado el ciego Lara está: á su diestra
Ocupa otro sillon el Arcipreste,
Y otro á la izquierda Zaide, y á los lados
Sendos escaños hay, do asiento tienen,

Tambien de luto y con primor vestidos,
De la casa de Lara los parientes.
Seis armados custodian la gran puerta;
Y de pié y en la mano los birretes,

Están tras el sillon de Gustios Lara
Escuderos y pajes, á su frente
Con pértiga de plata el mayordomo:
Inmobles todos sin hablar parecen

Las figuras de un cuadro. A poco oyóse
Grande rumor de pueblo, cunde, crece
Por patios y escaleras, y se escucha
Fuera gritar: *En hora buena llegue*

Mensajero del Conde soberano
De Salas al castillo; y cual si hubiese
Un mágico poder en tales voces
Cuantos están en el salon, se mueven.

Quién ajusta su barba, toca y traje,
Quién hace rechinar su taburete,
Quién habla en voz sumisa á su vecino,
Y quién los ojos á la entrada vuelve.

Lara la faz alzó, en que los afectos
De inquietud, gozo y pena se suceden;
Y por órden que dicta el mayordomo,
La puerta abren los guardias. Aparece

El heraldo del conde de Castilla,
Que entrando á paso grave, con solemne
Acento, en la mitad del ancho estrado,
Salud, paz, atencion, grita tres veces.

Desarrolla un delgado pergamino,
Del que un sello de plomo atado pende
Con un liston dorado, y en voz clara,
Tras de un saludo al auditorio, lee

Un privilegio, por el cual el Conde
Permiso á Gustios Lara le concede
Para legitimar al hijo suyo,
Y como á sucesor reconocerle;

Y haciendo seña de que á leer llegaba
Las firmas, todos se alzan reverentes,
Y él se inclina, y pronuncia el alto nombre
Del señor de Castilla, y otros siete

De ilustres ricos-homes y prelados,
Que el privilegio afirman y sostienen.
Besa en seguida el blanco pergamino,
Lo lleva al pecho, aplícalo á la frente,

Y tras una profunda reverencia,
Lo entrega con respeto á Gustios. Este,
«Pues me autoriza mi señor, responde,
Para que al hijo natural eleve

»Al grado de legítimo, al momento
La usada ceremonia se celebre.»
El mayordomo al punto con dos pajes,
Mudo y con gran prosopopeya fuése

Hácia una puerta lateral, abrióla,
Y por ella al salon seis dueñas vienen
Que parecen fantasmas; y en seguida,
Con largas tocas como pura nieve,

Y una bordada ropa rozagante,
La viuda del señor de Benavente,
Doña Guiomar, del noble ciego hermana,
Y que hoy cumplir con las funciones debe

De señora de Salas. Por la diestra
A Mudarra conduce; y la precede
Una jóven doncella, que en las manos
Saca un gran azafate con tapete

De damasco cubierto. A entrambas partes
Las dueñas en dos filas se detienen,
Y la anciana señora, cuyo aspecto
Ilustre y cuyo grave continente

El respeto inspiraban más profundo,
En medio del salon luégo procede
A ejecutar la usada ceremonia,
Que si hoy rara y áun necia nos parece,

Porque usos y costumbres han mudado,
Era tan importante y tan corriente,
Que aún vive en nuestros labios el proverbio
Que nació de ella, y á ella se refiere.

La ilustre dueña pues, tras las preguntas
De fórmula á su hermano y asistentes,
Tomó del azafate una camisa
De lienzo, y de grandeza tal, que hubiese

Sobrado para el cuerpo de un gigante;
Y por Nuño ayudada, que allí ejerce
La parte del padrino, por la manga
La cabeza del jóven moro mete,

Y por el ancho cuello se la saca (33),
Y hasta los piés el camison desciende.
Al ver salir como de entre una nube,
De en medio de aquel lienzo y grandes pliegues,

Al mancebo gentil, gritó la dueña,
Vuelta al señor de Lara: «Hoy te concede
Dios un hijo legítimo, heredero
De tu alto nombre, de tu sangre y bienes.

»Héle aquí; como tal lo reconozco,
Y lo presento al mundo.»—Así el solemne
Acto dió fin: el ciego venerable
Abraza al hijo y bésale mil veces;

Abrázale tambien la anciana tia,
Por el órden de grado los parientes;
Y pajes, dueñas, guardias y escuderos
Su pleitesía le presentan fieles;

Y fervorosos vivas levantaron,
Que pasando artesones y paredes,
Hallaron ecos mil en el concurso
Que cercaba el palacio. El Arcipreste

Al punto en un delgado pergamino
Un testimonio en toda forma extiende,
Donde los caballeros que allí habia
De la casa de Lara, cual presentes

Al acto, trazan una cruz, sus nombres
Escribir no sabiendo. Gustios este
Documento al heraldo entrega, manda
Que al Conde soberano se lo lleve,

Y una salva de plata y una copa
Le regaló. Despues un gran banquete
En aquel salon mismo se dispuso,
Do no tuvieron silla solamente

Los deudos, caballeros é hijosdalgo,
Sino tambien los servidores fieles
De la casa; y en patios y portales
Dejando entrar la bulliciosa plebe,

Con larga profusion se repartieron
En confuso desórden, aunque alegre,
Blanco pan, duro queso, varias frutas,
Terneras, cerdos, zaques y toneles.

—Pronto dejó el festin el ciego padre,
Por más que ya risueña se le muestre
La inconstante Fortuna: sus recuerdos,
Sus achaques, su edad y los crueles

Sobresaltos y dudas que aún le cercan
Del porvenir, y el gran pesar que tiene
De que el hijo se niega á ser cristiano,
Hasta que en dura lid su nombre vengue;

Le privan de contento y de reposo,
Le amargan los instantes más alegres,
Atormentan doquier su alma cascada,
Y en el bullicio estar no le consienten.

Dejó la presidencia del convite,
Muy capaz de llevarla, al Arcipreste,
Y con Nuño á su estancia retiróse,
Rogando á todos que en la mesa queden.

No por muy largo tiempo estuvo en ella
Mudarra, activo y sobrio: á diferentes
Costumbres avezado, aquellos brindis
Y extraños usos poco le divierten;

Y dejando su asiento, los portales
Atravesando y patios, do la gente
Se entregaba al desórden y alegría,
Solo á vagar por los contornos fuése.

Desque á Salas llegó, correr los campos
Y por sus quiebras ásperas perderse,
Ora con un azor ó una ballesta,
Ora con cazadores y lebreles,

Es su contento y diversion. El cuadro
Que la naturaleza allí le ofrece,
Y que el influjo del invierno atrista,
Le interesa, le exalta y le suspende.

El gran sacudimiento que á su alma,
Buena y sensible cuanto noble y fuerte,
Diera en tan corto espacio de sucesos
Extraños y terribles la creciente,

Que á un mar desconocido le arrastraba,
Acrecentó los grados de su temple.
Los pelados peñascos y los riscos
Aridos, donde el viento se embravece;

De yertos pinos los oscuros bosques,
Que de voraces lobos son albergue;
Las gargantas y horrendos precipicios
Y valles sepultados bajo nieve,

En que algun corzo ó ganadillo pobre
En vano busca abrigo, sol y verde;
Y hasta el mismo respeto y el asombro
Con que se apartan de él y huyen al verle

Pastores y labriegos (pues la fama
De que es el alma de Gonzalo crece
En el vulgo ignorante cada dia);
Un total tan fantástico y solemne

Forman, que con los nuevos pensamientos
Del jóven cordobés sin duda tienen
Armonía mayor que tus encantos,
Claro Guadalquivir, y tus verjeles.

Se halla en una existencia tan distinta
De la que acaba de tener, y vese
En escena tan nueva, tan extraña,
Y allá en su corazon y activa mente

Ha habido en pensamientos y afecciones
Tan súbita mudanza, que se puede
Asegurar, ser otro muy diverso
Del que era allá en los campos cordobeses.

Sólo en su corazon (que están grabados
Con un buril de fuego) permanecen
Dos antiguos afectos, y han crecido
Con las mudanzas mismas de la suerte.

Si apacibles nacieron en las flores
Que de Guadalquivir las auras mecen,
Son un volcan de Arlanza entre los hielos,
Do el cierzo bramador su saña ejerce;

Pues jamás en el pecho de Mudarra
Tanto poder tuvieron, como tienen
El respeto á la sombra de su madre,
Y hácia Kerima su pasion ardiente.

Aquel, con los sucesos, las fortunas
Y esperanzas, de que es blanco y juguete,
Ligado está con vínculos estrechos;
Y esta, á que tantas ilusiones debe,

Esta tierna pasion correspondida,
Tan contrariada estaba por la suerte,
Por el cielo y el mundo inexorables,
Que era imposible que domada fuese.

Cuando corre el arroyo en la llanura,
Cualquier frágil estorbo lo detiene;
Mas cuando entre los riscos y malezas
Cobrando furia, tórnase torrente,

Todo lo arrastra, y troncos y peñascos
Azota, salva, y rebramando tuerce
Sobre ellos su raudal, sin que haya cauce
Que su ímpetu feroz dome y sujete.

Pero... ¡lo que es el corazon del hombre!
¿Quién penetrar su laberinto puede?...
Esta pasion profunda, inarrancable,
Que todo el corazon cautivo tiene

Del cordobés Expósito, borrada,
Olvidada, y áun casi muerta á verse
Ha llegado á tal punto, que cualquiera
Juzgara, que tornar nunca pudiese.—

El impensado cambio de fortuna,
Del padre fiero de su bien la muerte,
La historia atroz de su infeliz familia,
La inopinada ausencia; el ver patente

A su amor tanto obstáculo invencible,
Su larga marcha, y encontrando siempre
Nuevos objetos, situaciones nuevas;
Los abrazos del padre, y finalmente

El retar al traidor, á quien le manda
El cielo exterminar; llegó á tenerle
Tan ocupadas alma y fantasía,
Que en ellas el amor creyera verse

Ahogado, y de Kerima la memoria
Ya reducida á pasajero y leve
Recuerdo, cual de sueño fugitivo,
Que á la luz de la aurora desparece.

Mas ¡ay! era un amor que concertaron
Los astros á despecho de la suerte,
Y un amor tal su presa no abandona,
Por más que abandonarla un punto muestre.

Un súbito relámpago confunde
A medio dia, ofusca y oscurece
El claro resplandor del sol eterno;
El trueno retumbante acalla y vence

Por el momento que la nube rasga,
De la gran catarata, que desciende
Del monte, la alta voz con que los valles,
Campos y selvas turba y ensordece;

Pero pasa el relámpago, y el trueno
Calla tambien, y á su grandeza vuelve
El inmutable sol, y los bramidos
Del raudal tornan á reinar cual siempre.

Así ya que Mudarra en ocio espera
El plazo del combate, y que su mente
Torna á encontrarse en calma; de Kerima
El amor, más tenaz, más vivo y fuerte

Tornó en su corazon á levantarse;
Al paso que imposible, más ardiente
Y más constante con la ausencia eterna,
Y en frenesí continuo al jóven pierde.

Ya los helados troncos de los bosques
Que á Salas cercan, entallado tienen
El nombre de Kerima en sus cortezas;
Y ha escrito y ha borrado muchas veces

La punta de una flecha dulces versos,
Con árabes extraños caracteres,
En el musgo que viste los peñascos,
Y en el papel de inmaculada nieve;

Y han sonado en las grutas, en los montes,
Y en las góticas cimbrias, del rugiente
Silbido de aquilon acompañados,
Los sabrosos cantares, que ha dos meses

Sonaban en la tumba de Zahira,
Y de la Albaida en huertos y paredes,
Al blando susurrar del aura suave,
Entre jazmines, nardos y claveles.

La soledad, que el campo le presenta
Para entregarse á sus delirios, mueve
Al mancebo gentil enamorado,
A anhelar cada instante recorrerle;

Y el primero que en él tuvo por guía,
Que le indicó las sendas y vertientes,
Y los sitios do acaso se encamaban
El jabalí cerdoso, el gamo y liebre,

Fué su acompañador, el podenquero,
Aquel mendigo que del vino alegre
Bajo el influjo, descubrió en Mudarra
El alma de Gonzalo. Vasco Perez



Era su nombre; y aunque el torpe vicio
Acomodo tener no le consiente,
Lograba fama en adiestrar halcones,
En armar lazos á la caza y redes,

En adobar ballestas y venablos,
Y en amaestrar pachones y lebreles;
Y los momentos, en verdad muy pocos,
En que en sana razon llegaba á verse,

Era tan servicial y entretenido,
Cantaba tantas trovas y motetes
De la pasada edad, que recogia
Abundante limosna; y era huésped

Recibido con gusto en las tabernas.
Tras de él andaban los muchachos siempre,
O á escuchar boquiabiertos sus romances,
Cuando estaba en ayunas; ó á romperle

La cabeza con grita y con pedradas,
Rasgarle los andrajos, y en la nieve
O en el lodo más sucio á revolcarlo,
Cuando estaba de vino hasta el gollete.

Pero, bebido ó sin beber, guardaba
Tanta lealtad, amor tan reverente
A la casa de Lara, á los Infantes
Sin ventura, y al que era de los siete

El menor, sobre todos, á Gonzalo,
De quien tambien hermano fué de leche
Y favorito, y diversion; que el pobre
Tuvo persecuciones diferentes,

Sufrió cárcel y azotes, porque osado
Insultó á Rui-Velazquez varias veces:
Hallando acaso en la embriaguez disculpa
Para el cuello librar de los cordeles.

Esta lealtad y amor le compelieron
Desque llegó Mudarra (pues no puede
Nadie, nadie en el mundo disuadirlo
De que es Gonzalo, que á la vida vuelve,

O por disposicion del justo cielo,
O por mágicas artes) á ofrecerle
Sus servicios en todo, y á seguirlo,
Como el fiel can seguir al dueño suele;

Y áun se notó empezaba á dar enmienda
A su antigua aficion. Aunque le viese
Con desprecio Mudarra en el principio,
Supo el sagaz borracho merecerse

Su atencion y su gracia en el momento,
Cantándole en romances diferentes,
Del conde de Saldaña y de Jimena
El amor infeliz, encierro y muerte;

Y de Bernardo los famosos hechos,
Y cómo exterminó de los franceses
El poder y orgullosos paladines,
Con que inflamó del cordobés la mente.

Ganado su favor y confianza,
Una tarde tambien logró traerle
A un chozo, que á una legua de la villa
Daba en el bosque abrigo y pobre albergue

A su madre infeliz. Era una vieja,
Rústica y montaraz, de extraño temple,
Que es al hijo deudora del sustento;
Mas que le riñe por sus vicios siempre.

Elvida se llamaba: en el castillo
De Salas se crió, cuando en su oriente
Brilló la casa del señor de Lara;
Y siendo muy hermosa y muy alegre,

Corrió en su juventud varias fortunas,
Hasta que se casó, ya no muy verde,
Con un anciano, jardinero, y tuvo
A Vasco de este enlace. Justamente

Nació Gonzalo entónces, postrer hijo
De Lara; y como al darle á luz, muriese
Su madre, al punto fué llamada Elvida,
Para ser del infante ama de leche.

Con gran cariño le crió, con grande
Esmero le cuidó, y un ascendiente
Sin límite ejerció con sus señores:
Y tal amor y afan por ella siempre

Tuvo y guardó Gonzalo, que la hicieron
Orgullosa además, y sus sandeces,
Impertinencias, gustos y caprichos
Hallaron proteccion y apoyo fuerte.

Pronto al hijo introdujo en el palacio,
Y si él hubiese sido de otro temple,
Más dócil y aplicado, acaso hubiera
Llegado á un puesto en que envidiado fuese;

Pero salió tan díscolo y travieso,
Que á pesar del favor harto eminente
Que alcanzaba su madre, nunca pudo
De su esfera salir. Ora, de muerte

Con peligro cercano, á las almenas
Trepaba y á los altos chapiteles,
Para nidos buscar de gorriones;
Ora en la huerta tras la fruta verde,

O dejando sin agua los estanques,
Para coger galápagos y peces,
Se pasaba los dias. Ya en los patios,
Cuadras y corredores á cachetes

Andaba con los pajes; ya basura
En las ollas echaba, y con aceite
Escaldaba á los gatos, y con mazas
Acosaba á podencos y lebreles.

Ya con raros visajes en la iglesia
La devocion turbaba de la gente,
Arremedando el canto y el gangueo
Del necio sacristan, del viejo preste.

Y ni azotes, ni tundas consiguieron
Su condicion templar y contenerle;
Ni con los años mejoró tampoco,
Pues ya de zagalon y mozalbete,

Salió tan pendenciero y tan osado;
Inventó tantas burlas insolentes,
Se atrevió á las doncellas de la casa,
Y áun á las mismas dueñas de tal suerte,

Que por gracia especial, de podenquero
Pudo lograr la plaza solamente;
Y áun en ella inventó mil travesuras,
Que turbaron la villa varias veces.

Despues cuando el favor de las estrellas
A la casa de Lara y á sus gentes
Se oscureció, y airada la Fortuna
Las dejó abandonadas á la peste

De la calumnia y la traicion; Elvida,
Viuda ya y vieja, aunque robusta y fuerte,
Y su hijo Vasco, en el comun naufragio
Tambien se hundieron. En los campos este

Se halló, do perecieron los Infantes,
Y allí se comportó como valiente,
Logrando mal herido, por milagro,
De aquella gran matanza salvo verse.

Regresó á su lugar, y desde entónces
Diz que empezó á entregarse casi siempre
A la torpe embriaguez, bien que ántes de esto
Inclinacion marcada le tuviese.

—Su madre, ¡desdichada!... Desde el dia
De la justa de Burgos, de do vienen
Todos los infortunios de los Laras,
Le apretó el corazon nudo tan fuerte,

Que en silencio tenaz quedóse hundida
Sin comer ni dormir, hechos dos fuentes
De lágrimas sus ojos; y al momento
De ausentarse Gonzalo, á conmoverse

Llegó, y á trastornarse su juicio
A extremo tal, que físicos y prestes
De Salas la juzgaron poseida,
Y exorcizada fué dos ó tres veces.

Mas cuando vuelto el hijo, por él supo
De su Gonzalo la espantosa muerte,
Concibió tal furor, que á sofocarlo
Con ámbas manos se arrojó valiente,

Y, «Vasco, le gritó, yo te maldigo.
¿Por qué, traidor, has vuelto?... ¿por qué, aleve,
Al lado de tus amos no quedaste,
Como deben quedar los siervos fieles?»—

Odio indecible le cobró, sentia
Un tormento furioso sólo al verle,
Y lanzaba el aullido que una loba,
Cuando el cachorro por los montes pierde.

Fué despues arrojada del castillo,
Como otras dueñas, pajes y sirvientes,
Así que preso el calumniado Lara,
Su estado confiscaron y sus bienes.

Llevó este golpe con firmeza heróica;
Ni lloró, ni rogó. «Pues no he de verte
Jamás, oh mi Gonzalo, oh niño hermoso,
A quien aquestos pechos dieron leche,

»Ni he de sentarte más en mi regazo,
Do pasaste tu infancia, y para siempre
Perdí tu dulce afan por mis desvelos;
¿Qué me importa dejar estas paredes?»—

Exclamó, y al momento del palacio
Salió, ni un solo instante detenerse
Quiso, y abandonando ropa y lecho,
Huyó á los campos sin buscar albergue.

En ellos largo tiempo se mantuvo,
Vagando como fiera á la intemperie,
Despreciando los soles y las lluvias,
Las tormentas, los vientos y las nieves.

Ora trepaba á las fragosas cumbres
De dia ó de noche, y de exterminio y muerte
Entonaba, con voz que ensordecia
Al huracan, al trueno y al torrente,

Lúgubres cantos; ora sus gemidos
Sonaban espantosos, como suelen
Los de herido leon por espesuras
Y hondas cavernas. Montaraz y agreste

Se hizo su aspecto: si álguien la veia
En una helada noche de diciembre,
De pié en un risco, y su contorno oscuro
Dibujarse en las nubes trasparentes,

Que la luna argentaba detrás de ella;
Cosa del otro mundo, que las leyes
Del orbe á turbar iba, la juzgaba,
Sobrecogido de terror solemne.

Y el que la viera en el sediento estío,
Atravesar las selvas y las mieses,
Lanzarse á los arroyos, y en las grutas
O en los bosques de pronto aparecerse;

Con aquel gesto y ademan extraños,
Desnuda brazo y pechos, y dolientes
Gemidos arrojando; la creyera
Maga, que de fortuna los reveses

Apuraba infelice, siendo nido
Su corazon de envenenadas sierpes,
Y de venganza sin poder, su pecho;
Porque otra maga más dichosa y fuerte

O más sábia, deshizo sus conjuros,
A su amador prendió con dulces redes,
Rompió su vara mágica, y en polvo
Tornó su alcázar, baños y verjeles.

Era pues reputada su presencia
Por de siniestro agüero; y diligentes,
Viandantes y labriegos la evitaban,
Y los pastores colocaban siempre

Algun sustento en grutas y veredas,
Para que lo tomase, y no viniese
Al aprisco á buscarlo, cual solia,
Y á hacer mal ojo á las paridas reses.

Así vivió dos años: al tercero
Tomó otro giro su enfermiza mente,
Como veleta que, si el viento muda,
Hácia otra direccion torna y revuelve.

A Salas regresó la pobre Elvida
Taciturna, espantada: luégo fuése
Al castillo, que estaba ya tapiado,
Y se arrojó sobre la yerba verde,

Que á brotar empezaban los cimientos;
Y allí gimiendo estuvo, como suele
El perro fiel junto al sepulcro helado,
Do su señor el sueño eterno duerme.

Tal vez pudo lograr introducirse,
O salvando atrevida las paredes,
O por algun postigo abandonado,
En la parte interior; y sus dolientes

Lamentos en la noche, y sus pisadas
Dieron fundado orígen á la especie,
Que por entónces se extendió en Castilla,
De que habitaban el palacio duendes.

Luégo despareció la miserable
Por tantos años, que llegó á perderse
De sus extravagancias la memoria,
Juzgándola en el reino de la muerte;

Mas hace poco tiempo aparecióse
En Salas otra vez, muy diferente,
Enferma, descarnada y apacible,
Y hubo pocos que así la conociesen.

Hizo entónces las paces con el hijo;
Tierna le acarició, volvió á encenderse
El maternal amor en sus entrañas,
Y mendigó con él algunos meses

Por monasterios, ventas y alquerías;
Aunque humilde y tranquila, con la mente
Confusa y soñadora, y dando indicios
De estar fuera de caja casi siempre.

Tuvo un ataque al fin de perlesía;
Quedó baldada, y resolvió acogerse
A aquella choza, de que nunca sale,
Y que ántes fuera pastoril albergue.

Sus espantados ojos, que conservan
Del entusiasmo y de locura ardientes
Todo el fuego vivaz, y que contrastan
Con su semblante de ceniza y nieve,

De forma cadavérica, inmovible
Y arado de hondos sulcos, do se advierten
De pasiones tremendas los vestigios;
Sus cabellos de plata, que descienden

Por el cuello y los hombros derramados;
Sus brazos, ya compuestos solamente
De huesos y tendones; su estatura,
Su voz ronca y profunda algunas veces,

Otras aguda y agria; el lloro escaso,
Que, cuando está en silencio hundida, vierte
Inmoble y yerta; y el extraño modo,
Singular y fantástico, que tiene

De ajustar á su cuerpo los andrajos
De colores y tiempos diferentes;
Causan tal impresion en quien la mira,
Que la lengua explicarla apénas puede:

Pero que no se borra en largo tiempo,
Que harto á menudo renovarse suele,
Y que en la soledad y en los insomnios
A la imaginacion se ocurre siempre.

Cuando aquel dia en que llegó Mudarra
Al palacio paterno, Vasco Perez
Contó en su choza con turbada lengua,
Aunque con ojos por demás alegres,

Que en carne humana el alma de Gonzalo,
O Gonzalo encantado y jóven siempre
Como el dia que partió, se hallaba en Salas
Con el patriarca Abran y veinte duendes;

Y que ya en el castillo el ciego padre,
Y Nuño, y los hidalgos, y Arcipreste
Le habian reconocido y abrazado,
Pasmando á todos escucharle y verle;

Elvida oyó con espantados ojos,
Abierta boca y corazon latiente
Tan impensada nueva. Repetirla
Hizo al hijo, borracho, muchas veces;

Y cuando pudo de que estaba en seso
Por sus repeticiones convencerse,
Y persuadirse de que no soñaba
Ella misma tampoco; un punto breve

Quedó en silencio, estremecióse, á tierra
Como muerta cayó. Temblando Perez
La socorrió como le fué posible,
Y agua le echó en el pecho y en las sienes.

Volvió la vieja en sí, lanzó un suspiro,
Y gritó: «¿Es cierto?... ¡He de tornar á verle!...
¡A abrazarle!... ¡A gozar de sus caricias!...
Volémos, hijo, pues... ¿Qué nos detiene?»—

Arrastróse á la puerta de la choza;
Mas la desventurada ya no puede
Adelantar un paso, ni en las piernas
Baldadas y sin fuerza sostenerse.

La profunda impresion que ha recibido,
Todos sus males aumentó de suerte,
Que tuvo el hijo que llevarla á fuerza
A su mezquino lecho, do la fiebre

Delirante invadióla de tal modo,
Dió tan raros aullidos, tan crueles
Accesos de furor y de alegría,
De esperanza y recuerdos, de su mente

Se apoderaron, que pasó infelice
Sólo en dos dias en compendio breve
Todos los infortunios de su vida,
Y casi estuvo en brazos de la muerte.

Al cabo de ellos consiguió llevarle
Vasco á Mudarra. De que el pobre albergue
Era el de la nodriza de su hermano,
Y de sus aventuras y su temple

Informado ya estaba el jóven moro,
Y quiso ver y conocer á un ente
Tan raro y singular. Entró en la choza,
Acompañado del borracho Perez:

Al rumor de su entrada la cabeza,
Como la de un cadáver que se mueve
Escuchando el conjuro, alzó el vestiglo,
Los ojos espantados y lucientes

Clavó en el jóven, al semblante dando
Color, vida, expresion, y de repente
Se alzó, con tanta actividad y brio,
Que al hijo horrorizó. Dió un grito fuerte

De sorpresa, exclamando: «Él es, no hay duda!»
Y con los brazos extendidos fuése
Al jóven, le estrechó, de llanto y besos
Las mejillas cubriéndole y la frente.

No pareció al Expósito gustoso
Recibimiento tal, que no fué breve;
Y creyéndose en brazos de una bruja,
Empezó á trasudar y á estremecerse.

Soltóle al fin la vieja, entrambas manos
Contra el pecho le puso, atentamente
Examinóle el rostro, y á abrazarlo
Volvió: «¡No hay duda, él es!» gritando siempre.

Tornó á observarle y prosiguió: «A mis ojos
Está más espigado... Me parece
Más moreno de rostro... ¡Mi Gonzalo!!!
¿Por qué en el traje de los perros vienes?

»Ponte tu cuera y sayo... ¡Ay, hijo mio!
¡Niño del alma!... Muestra las crueles
Heridas que los bárbaros te han hecho,
Y deja que mis labios te las besen.

»¿No me respondes?... ¡Hijo!... Soy Elvida,
Elvida, que te dió su alma y su leche.
¿Te acuerdas, Gonzalvico, dí, te acuerdas
Cuánto te aperreabas, y las veces

»Que te canté el romance de Jimena,
Para que te acallaras y durmieses?
¿Te acuerdas que si el amo te reñia,
Eran mis faldas tu refugio siempre;

»Y que del capellan y del buen Nuño
Era sólo mi afan el defenderte?
¿Te acuerdas, hijo mio, del gran golpe
Que te dió el potro aquel?... ¡Ah!... si no hubiese

»Sido por Mendo el picador... Yo sola,
Yo sola te curé, pues que perene
Permanecí junto á tu lecho, y puse
En tus heridas el bendito aceite,

»Que me dió el peregrino.»—Así charlaba
La vieja, y sin saber qué responderle,
El cordobés atónito la mira,
Y su hablar y actitudes le suspenden.

La sorpresa y asombro del mancebo
Pronto á la pobre vieja heló; y al verle
Callar á sus preguntas, un instante
Quedó confusa, se anubló su frente,

Y se murieron sus vivaces ojos;
Y con voz sepulcral, «¡Ay!... ¡cuál le tienen,
Exclamó, los maléficos encantos!
Desventurada yo!... Ni áun conocerme

»Le dejan los espíritus malignos.
¿De qué me sirve recobrarlo y verle,
Si le recobro y miro en tal estado?
Jóven se ha conservado, sí; parece

»Que no pasó por él ni un solo instante;
Mas su alma envejeció: claro se advierte
En su olvido y frialdad... ¡Ama infelice!
¡Vieja infelice yo!... que no merece

»Ni una sola caricia... ¡ni un recuerdo!»—
No pudo continuar, desfalleciente,
Ahogada en llanto y de dolor rendida
Cayó en su lecho, sin poder valerse.

Darle anhela Mudarra algun consuelo,
Y alivio á su afliccion; pero no quiere
Su error alimentar, aunque conoce
Que es el sacarla de él, golpe de muerte,

Las dulces ilusiones destruyendo
Que aún momentos de dicha darle pueden.
Se acercó y abrazóla; mas palabras
Hallar le fué imposible que concierten

Con los recuerdos de la pobre Elvida.
De la choza salió con un vehemente
Interés por su anciana habitadora;
Y con socorros mejoró su suerte,

Hablando al tierno padre en favor de ella;
Y ropa, lecho y los precisos muebles
Le procuró, y á verla cada dia
Va por la tarde, y divertido suele

Pasar allí gran rato. Aquel cariño
Que le demuestra tan sincero siempre;
Aquel hablarle de la edad pasada,
Inmutable en su empeño de tenerle

Por una aparicion; las menudencias
Que á su casa y hermanos pertenecen,
Referidas cual cosas que él no ignora;
Y su dificultad de responderle;

A su conversacion con la nodriza
Dan un confuso vago, y otras veces
Tan misteriosa oscuridad, y un giro
Tan tierno y melancólico, que ejercen

Gran poder en el pecho de Mudarra,
Y en su imaginacion rica y ardiente.
Elvida por su parte sólo anhela
Que de la tarde el término se acerque,

Para que venga á su apartada choza,
Pues vive sólo para amarle y verle.
Siempre al llegar, lo abraza y acaricia,
Y preparado algun refresco tiene:

Ya dulces limas, peros ó naranjas,
Ya requesones ó cuajada leche,
Ya bollos, blanca miel y seca fruta,
U otra cualquiera pequeñez, que suele

Vasco buscar por su mandato en Salas,
Y que Mudarra acepta y agradece;
Aunque ve con dolor que al retirarse,
Como de sus respuestas nunca quede

Satisfecha la pobre, se la deja
Atormentada y pesarosa siempre,
Y con llanto en las áridas mejillas,
Porque ya su Gonzalo no la entiende.

—La tarde pues á que llegado habemos,
Que es la del dia clásico y solemne
En que se celebró la ceremonia
De legitimacion, cuando impaciente

Dejó la mesa y los cansados brindis
Mudarra, y á vagar al campo fuése;
Pensó á la choza de la pobre Elvida,
En declinando el sol, ir como suele.

Pero á sus varios pensamientos dando
Larga rienda en los bosques, á perderse
Llegó en su laberinto, persiguiendo
A través de malezas y vertientes

Una ave extraña de gallarda pluma,
Que de una en otra rama el vuelo tiende,
Al espirar la luz, se halló enselvado,
Y tuvo que pensar en recogerse.

Dejémosle alejado de la choza,
Pues lo dispone así su buena suerte;
Y volvamos á Salas y al palacio,
Donde aún siguen las fiestas y banquetes.

El que se celebraba con gran pompa
En el alto salon de los doseles,
Duró, aunque sin el ciego y sin el moro,
A fuerza de brindar grato y alegre.

Se habló de guerra, pesca y cetrería,
De halcones, galgos, armas y corceles;
Se contaron hazañas de otros tiempos,
Se trató de navarros y leoneses;

Y tambien pronunció largos discursos,
Con general aplauso, el Arcipreste,
Citando las sagradas Escrituras,
Que, cual habemos dicho, era su fuerte.

El que se celebraba á cielo abierto
En el gran patio á do acudió la plebe,
Como gárrula banda de pardales
Al volcado costal de trigo suele;

No fué tan ordenado y tan tranquilo,
Sí más alborotado y más alegre,
A medida que se iban agotando
Las botijas, los zaques y toneles.

En él regocijados asistian
Con todas sus familias los sirvientes
Antiguos del palacio, labradores,
Hombres de armas, sus hijos y mujeres;

Del heraldo del conde de Castilla
Los maceros y guardas, y la gente
Perdida del lugar, entre los cuales
Figuraba el primero Vasco Perez;

Gañanes y pastores del contorno,
Y tambien los esclavos cordobeses,
Que vinieron con Zaide y con Mudarra,
Y que vivienda en el castillo tienen.

Estos de un gran disgusto y de discordias
Fueron la causa entónces.—Como hubiese
Cobrado en toda Salas, y áun en toda
Castilla gran valor la extraña especie

De que era el jóven cordobés Gonzalo,
Que por mágicas artes y celeste
Disposicion, para vengar al padre,
Tornaba al mundo; y como todos viesen

En Zaide un sabio encantador; juzgaban
A los siervos humildes y obedientes,
Que le acompañan por doquier, demonios,
Espíritus, fantasmas, que parecen

Hombres y no lo son; y con sospecha
Eran mirados y evitados siempre,
Cual entónces se vió, pues todos, todos
Huyeron su contacto en el banquete.

Mas cuando los manjares humeando,
Y el olor del aloque y del clarete
El apetito universal abrieron,
Y los más avisados, sin hacerles

Melindres, se arrojaron decididos
A ejercitar las garras y los dientes,
Olvidóse el temor de los fantasmas,
Y aunáronse cristianos con infieles.

De estos algunos, sin hacer memoria
Ni del Coran ni del Profeta, alegres
Se arrojaron al vino y al torrezno,
Como á pasas ó á dátiles silvestres.

Pero otros á agua pura y carne seca,
Haciendo á lo demás ascos y dengues,
Se atuvieron, y sobrios se mostraron,
Guardando sus costumbres y sus leyes.

Caleb, el más anciano y de más cuenta,
Favorito de Zaide, cabo y jefe
De todos los demás, y cuya barba
La edad ha convertido en plata ó nieve,

Rígido observador de los preceptos
De la ley musulmana, al punto advierte
La prevaricacion de aquellos viles,
Y el buen comportamiento de estos fieles.

Elogiando á los unos, á los otros
Con palabras durísimas reprende;
Y arrastrado de ciego fanatismo,
Les manda retirarse del banquete.

Causó escándalo grande en los cristianos
La disciplina rígida del jeque;
Y salieron á plaza aquellos chistes,
De *alcuzcuz*, *zancarron*, y otras sandeces.

Caleb, en alta voz y en chapurrado,
Quiso probar á la indignada gente,
Ser los cerdos inmundos animales,
Y el vino pernicioso y vil deleite;

Pero Sancho, el porquero de la villa,
A quien asunto tal la honra le hiere,
La defensa tomó de su ganado
Con gran calor; y áun procedido hubiese

A enarbolar el puño, si Melendo,
Tabernero de Salas, hombre fuerte
Y de gran voz, entre él y su contrario,
El vino defendiendo, no se mete.

Un anciano escudero, de la fiesta
Director, encargado y presidente,
Logró aquietar los ánimos, y pudo
Ver la tranquilidad restablecerse.

Al cabo de buen rato, cuando habia
Echado algunos tragos Vasco Perez,
Dos rábanos se ató largos y gruesos,
A guisa de dos cuernos, en las sienes;

Tocó del capador el agrio pito
Formado de cañutos diferentes,
Y haciendo contorsiones y visajes,
Llamó á sí la atencion, y al pueblo ofrece

Cantar alguna jácara ó letrilla,
Que á nadie ofenda, y que al concurso alegre,
Si es que el porquero con su ronco cuerno
Hacerle són y acompañarlo quiere.

Se aceptó la propuesta con aplauso;
El porquero prestóse, y hechos fuelle
Sus labios del remate retorcido
De su vil instrumento, hace que suene.

El bellacon de Vasco al punto entona,
Con gran silencio y gusto de la gente,
Este romance necio, inoportuno,
Pero que estaba en boga con la plebe.

El valeroso Pelayo
Cercado está en Covadonga
Por cuatrocientos mil moros,
Que en el zancarron adoran.

Sólo cuarenta cristianos
Tiene, y áun veinte le sobran;
Pues la Vírgen le ha ofrecido
Darle completa victoria.

Sale de la cueva un dia,
Sus pendones enarbola,
Y con espadas y chuzos
Al campo moro se arroja;

Pero resistir no puede
A los perros de Mahoma,
Y á la cueva se retira
Con pérdida, aunque con gloria.

Tornó á salir otra tarde,
Y tampoco el triunfo logra;
Y retiróse, la espada
Teñida de sangre mora.

Por tercera vez intenta
La batalla peligrosa,
Y tambien que recogerse
Tuvo, mas con fama y honra.

Entónces muy angustiado,
De la Vírgen santa implora,
Que la palabra le cumpla,
Y que le dé la victoria.

Y la Vírgen le responde:
Mañana de Covadonga
Saldrás, querido Pelayo,
Si es que mis consejos tomas:

En vez del rojo estandarte,
Medio marrano enarbola,
Y en vez de dardos y flechas,
Huesos de jamon arroja;

Y esgrime botas de vino,
En vez de espadas y azconas;
Verás cómo á la morisma
Vences, rindes y acogotas.

Hízolo así el buen Pelayo,
Y al ver las moriscas tropas
Que tocinos por enseñas
Saca la hueste española,

Quedáronse boquiabiertos,
Y en sus tripas se alborota
El alcuzcuz trasnochado,
Y la sangre se les corta.

Al ver llover zancarrones
De perniles, se acongojan;
Y para que no les pringuen,
Con las adargas se embozan;

Y llegando ya á los golpes,
Al sabroso olor que brotan
Empinadas por cristianos
Las cristianísimas botas:

Las ranas, que de los moros
En el vientre el agua forma,
Alzaron tal chichirreo
Que los confunde y atonta.

Entónces desenvainando
Las espadas cortadoras,
Cuatrocientas mil cabezas
De los perros de Mahoma

Los valerosos cristianos
Siegan, hienden y destrozan;
Concediendo así la Vírgen
Al gran Pelayo victoria.

Con gran grita, palmadas y contento
Se recibió el romance impertinente
Por los cristianos; mas con negro encono
Y furor por los moros cordobeses.

Caleb, ardiendo en ira y blasfemando,
Con ambos puños para Vasco fuése;
Vasco con una lonja de tocino,
Dando risadas, adargarse quiere.

A su defensa acuden el porquero
Y Melendo el jayan, dos matasietes,
De una gorda cachera aquel armado,
Y de un dornajo de madera este.

Empuñan los alarbes sus gumías;
Cuchillos y asadores diligentes
Empuñan los de Salas; de ambas partes
Vuelan jarros, botijas y zoquetes.

El sacristan trepando en una mesa,
Arroja por el aire su bonete;
«¡Anatema!» pronuncia en roncas voces;
«El antiguo milagro se renueve.»

Y arbolando un pernil ó pestorejo,
Grita: *In hoc signo vinces.* Cunde y crece
Súbita confusion: lloran chiquillos,
Chillan y se desmayan las mujeres;

Y los pajes solícitos retiran
A las más asustadas y más verdes,
A los rincones del establo oscuro,
Tras los pozos, pilares y pesebres.

Sus alas de murciélago, bramando
Por todas partes la Discordia extiende;
Y más de mil cristianos tal vez iban
A ejecutar en musulmanes veinte,

Lo que ayudado de cuarenta amigos,
Con cuatrocientos mil hizo en allende
El glorioso Pelayo; pues las voces
Del anciano escudero nada pueden;

Cuando de los señores á la mesa
Llegó el estruendo de la airada gente,
Y la noticia de que al punto en sangre
Iba inundado el ancho patio á verse.

Nuño, que al ciego padre acompañaba,
Del retiro salió, y el Arcipreste
Dejó la presidencia del convite,
Y Zaide el noble asiento que en él tiene;

Y arrójanse los tres á la escalera,
Hácia la escena trágica descienden,
Y entre la confusion y muchedumbre,
Tranquilidad pidiendo y paz, se meten.

Su presencia y su voz calmó á la turba,
Como calmarse de repente suele
Alborotada escuela de muchachos,
Cuando el dómine y férula aparecen.

En gran silencio y cabizbajos todos
Quedan, aquellas armas diferentes
Que ministró el furor, pasmados sueltan,
Y de su necio encono se arrepienten.

Zaide á los suyos con airado rostro,
Trémulos labios, arrugada frente
Y palabras durísimas, recuerda
Cómo portarse en casa extraña deben

Los huéspedes honrados; y les manda
Que ó bien allá en sus cámaras se encierren,
O que de buena gracia y fe á los usos
Del pueblo donde están, todos se presten.

Nuño, ménos mirado (está en su casa)
Reparte sendos palos y cachetes,
De los que por su mal no se escaparon
Ni el sacristan, ni el atrevido Perez,

Ni Melendo, ni Sancho. Furibundo
Recuerda al pueblo todos los deberes
De la hospitalidad franca y sencilla,
A que derecho el extranjero tiene;

Y amenaza á la turba consternada,
Con que, si acaso á desmandarse vuelven,
La echará á puntillones del palacio,
Y cerrará las puertas y canceles.

Cuando Zaide y Salido concluyeron,
Tomó en todo la mano el Arcipreste,
Y echó á los dos partidos ya aquietados
Una florida plática no breve:

Con citas de las santas Escrituras,
De la paz demostró los dulces bienes,
Y matando dos pájaros de un golpe,
Convenció á los paganos y á los fieles.

En esto aparecieron por fortuna
La gaita, el tamboril y el panderete;
Y al agrio tono, al golpe mesurado,
Y al repicar sonaja y cascabeles,

Renació más lozana la alegría
En la, si ántes feroz, ya humilde gente.
El pasado disgusto fué una nube
De verano, que rápida ennegrece,

Turba y confunde el cielo, truena y arde,
Centellea, graniza, silba y llueve;
Y cuando los ganados y los hombres
Ser llegada la fin del mundo temen,

Vuela, pasa, se rompe, se disipa,
Más hermoso á brillar el aire vuelve
Más azul el zafir del puro cielo,
Y el sol canicular muy más ardiente.

Al rumor de los toscos instrumentos
La turba juvenil dispone en breve
La danza prima, y en gozosa rueda
Los pajes y robustos mozalbetes



Con las mozas del pueblo hacen alarde
De sus ágiles piernas; se entretejen
En vistosas figuras, y siguiendo
El medido compás, el paso mueven.

Los hombres ya machuchos regresaron,
Seguidos de sus madres y mujeres,
A las volcadas mesas y á los restos,
Que en desórden quedaron del banquete.

Todo es ya paz, cordialidad y gozo:
Nadie guarda rencor; todos parecen
Una familia. El Sancho y el Melendo
(Aún la leccion de Nuño les escuece)

No piensan ya en reñir, y más sesudos
En repasar los huesos y toneles
Se ocupan, y en reparo de sus iras,
Con sus contrarios mano á mano beben.

Caleb, habiendo visto que no agrada
A su señor el celo impertinente,
La austeridad depuso, y hay quien dice,
Que se le vió brindar con Vasco Perez.

Lo cierto es que ya estaban tan unidos
Los cristianos y alarbes, que el bonete
Del sacristan andaba en la cabeza
De uno de los esclavos cordobeses.

Disfrazar se dispuso al podenquero
De moro; y empezó la turba alegre
Con grandes carcajadas á vestirle,
Como en carnestolendas al pelele.

Su gordo, cascarrioso y roto sayo
Con remiendos de telas diferentes,
En una airosa juba recamada
De purpurino paño se convierte.

Las anchas bragas de listado lino
Sus toscas piernas, sin abrigo siempre,
Cubren, y datilados borceguíes
De sus piés sucios callos y juanetes.

En vez de la mugrienta caperuza,
En torno á la cabeza le revuelven,
Sobre casqueta de risueña grana,
Una pintada tela del oriente;

Le cuelgan un tajan y una gumía,
Ambos pendiendo de cordones verdes;
Y un albornoz sobre sus hombros echan,
Que baja en nobles y anchurosos pliegues.

Y como una mozuela reparase,
Que el *Cide* podenquero, *Abenju*-Perez,
Era lampiño, al punto le embadurnan
Barba y labios con tizna de sartenes.

Muy bebido está, sí, mas no borracho,
Porque ha comido mucho: está cual deben
Los buenos divertidos bebedores,
Esto es, nada pesado, sino alegre.

Se le ocurrieron tan agudos chistes,
Aunque acaso picantes y soeces,
En general tan nuevos y oportunos;
Discurrió tales burlas inocentes,

Y remedó con perfeccion tan grande
A Mudarra y á Zaide, que merece
Aplauso universal, y fué el encanto
La tarde toda de la turba alegre.

Yéndose en tanto el sol á otro hemisferio
Cercano andaba ya del occidente,
Y el término llegó de aquella fiesta:
Que cuanto el mundo ve, término tiene.

Con pértiga de plata el mayordomo
Puesto en un corredor, grita á la gente
Mandando despejar, por ser la hora
De que el palacio sosegado quede.

Recogen pues los padres sus familias,
A poner todo en órden los sirvientes
Comienzan, y pasando por el patio
Los nobles, los hidalgos y Arcipreste,

A sus casas é iglesia se retiran,
Seguidos de los suyos. Los canceles
Del postigo la turba al fin traspasa,
Y á la desierta villa el pueblo vuelve.

El podenquero entónces solicita
Del dueño del vestido, que le deje
Ir á ver á su madre en aquel traje,
Y en el momento regresar ofrece.

Accedió el musulman; y el disfrazado
Del palacio salió sin detenerse,
Y la senda tomó que va á su choza,
Agil, sin tropezar ni dar traspieses.

Engañar á la vieja á su llegada,
Y que le tenga por Gonzalo quiere;
Puesto que en contrahacer su aire y su porte,
Le han elogiado todos de eminente.

Iba ensayando el modo en que Mudarra
Con el ancho albornoz el cuerpo envuelve,
Y su andar, y el mover de la cabeza,
Y aquel aspecto soñador que tiene,

Y habiéndose encontrado en el camino
Dos hombres, forasteros le parecen,
Que le observan tal vez como turbados,
Y que se apartan con sospecha al verle;

Recuerda que hacen esto mismo todos
Cuantos hallarse con el jóven suelen,
Sabiendo que es fantástica figura,
O prodigioso encanto; y muy alegre

Se persuadió que ya lo contrahacia
Con tal primor y tan exactamente,
Que por el mismo original que copia
Aquellos dos incógnitos le tienen.

Siguió ufano con este pensamiento,
Pero aún más se alboroza y se envanece,
Cuando en el mismo error puso á su madre,
Al punto de llegar al pobre albergue.

Pues la infeliz Elvida, que á la puerta
Viendo ser ya muy tarde y que no viene
Mudarra, ó segun ella su Gonzalo,
Estaba cuidadosa; cuando tiende

Por la senda la vista, y aquel moro
Ve por ella venir, no se detiene
En hacer mil extremos con los brazos,
Y en esforzar la voz lo más que puede

Con tiernas expresiones de cariño.
Y al llegar Vasco, abrázale de suerte
Que completó su engaño doloroso;
Saliendo de él tan sólo, cuando hieren

Su torpe oído las risadas necias
De aquel farsante, máscara ó pelele.
Al conocer la burla, y cerciorarse
De que es al hijo al que abrazado tiene,

Ardió en tal rabia la burlada Elvida,
Que ciega de furor soltó un torrente
Sobre el buen disfrazado, de improperios.
Pero viendo la vieja que no puede

Reñirle por la infame borrachera,
Porque en su seso el podenquero viene;
Ni por olvidadizo, pues el pobre
Le trae una fineza del banquete;

Para dar á su cólera desfogo
Halló en el traje asunto suficiente.
Y á la juba, alquicel, faja y turbante
Con desatada lengua echó mil pestes.

Y en lugar de gritar por el engaño,
Que fué lo que sintió, gritó por verle
Vestido como infiel, con atavíos
Que el demonio trazó para su gente:

Porque es harto comun, si por aquello
Que de veras nos pica y nos ofende,
No queremos reñir ó no es posible,
Reñir por otra cosa, sea cual fuere.

Sufrió la tempestad el pobre Vasco
Con mansedumbre grande, y no comprende
Cómo lo que en la fiesta mereciera
Del pueblo todo los aplausos, puede

Merecer en su choza tal disgusto;
Sin ocurrir á su infeliz calletre,
Que son de tiempo y de lugar las gracias;
Que el donaire de aquí ser allá suele

Insulto ó necedad, y que el chistoso
Lo es para su familia raras veces.
Calló pues, que era humilde con su madre,
Y no se atrevió nunca á responderle.

—Empezaba la noche destemplada,
Y al palacio tornar Vasco resuelve;
Mas de la airada vieja al despedirse,
Remedar se le ocurre nuevamente,

El modo de ausentarse de Mudarra
Y las palabras que le dice siempre,
Pues se lo han aplaudido y regañado,
Cosas ambas que excitan y promueven

Cualquiera propension: y tras la suya
De tal manera sin sentirlo fuése,
Que la madre, que estaba ya en silencio
(Aunque mohina porque no parece

Su encantado garzon, y es casi noche),
Otra vez en tal ira el pecho enciende,
Que está el hijo á cien pasos, y aún furiosa,
Con sus voces las sombras ensordece.

A la mitad de la escabrosa senda,
Que desde Salas á la choza viene,
Hay un desfiladero y estrechura,
Que por un lado cierran las paredes

De una incendiada quinta y los escombros,
Y por otro barrancas, donde crecen
Arboles gigantescos y zarzales,
Sitio escondido y temeroso siempre.

Llegó á aquel sitio Vasco, cuando apénas
En las lejanas cumbres de occidente
Un escaso crepúsculo quedaba,
Pronto entre negras nubes á perderse,

A la postrer mirada semejante
De un moribundo. En cuanto puso Perez
El pié en lo estrecho, los escombros salvan
Dos hombres, cuyos rostros ver no puede,

Aunque sí fulgurar sendos puñales
En sus manos. Osados le acometen
En gran silencio; mas con tanto arrojo
Que en tierra le derriban y le hieren.

Le valió al desdichado su turbante,
Y del ancho albornoz los dobles pliegues,
O acaso más los gritos y las voces
Con que el campo atronó; pues de repente

De las barrancas, troncos y malezas
Un blanco bulto sale y aparece,
Que esgrimiendo un alfanje con gran brio
A los dos asesinos arremete.

Estos, sobrecogidos, sin aliento
Huyen al punto, abandonando á Perez;
Como tal vez dos lobos que voraces
Un tierno recental rendido tienen,

Cobardes huyen del mastin gallardo,
Que de improviso llega y los sorprende.
El vencedor los sigue; pero pronto
Entre escombros y sombras se le pierden;

Y como oyó al momento dos caballos
Alejarse á galope, envaina y vuelve
A la senda, donde halla al podenquero,
Puesto ya en pié, con dos heridas leves;

El cual turbado entre el dolor y el susto,
A su libertador, al que le debe
La vida, reconoce. Era Mudarra
Que habiéndose alejado más que suele,

Y viendo entrada ya la noche oscura,
Atravesando eriales, diligente
Se retiraba á su palacio, y pudo
Los gritos escuchar de Vasco Perez.

Indignó á toda Salas tal suceso;
Mas á los pocos dias acontece
Otro, que consternó los corazones
De cuantos interés por Lara tienen.

Acercóse á la puerta de la choza
De Elvida á prima tarde un penitente
Devoto peregrino. Allí en voz alta
Entonó varios cánticos y preces,

Y despues pide humilde y compungido
Que calentarse en el hogar le dejen.
Compasiva la vieja le da entrada,
Y un asiento solícita le ofrece.

El tal huésped al punto con gran arte
Sobre recuerdos de los Laras mueve
La plática, y al cabo sobre el moro,
De quien tantos prodigios se refieren.

Tragó el anzuelo la infeliz nodriza:
Que era Gonzalo aseguró mil veces,
Y empezó á lamentarse (que es su tema)
De que ya la ha olvidado y no la quiere;

Y de que el raro encanto con que vive,
Tanto dominio en su memoria ejerce
Que apénas guarda ya recuerdo alguno
De aquel tiempo feliz de sus niñeces.

Sobre lo cual la pobre insiste y llora,
Afligida diciendo, que por verle
Recordarse con ella de los dias
Pasados, diera con placer los breves

Años que le quedaban de existencia,
Y así lograra sosegada muerte.
El sagaz peregrino acalorando
A la infeliz, se porta como suele

El pescador, que al grueso pez que pica
Y se clava el anzuelo, del carrete
Suelta todo el torzal, para que nade
Y trague más y más el cebo aleve.

Dióle pues cuerda larga á su manía:
De su afliccion mostrando conmoverse
Y querer reparar su desventura,
Así al cabo le dice: «Tal vez puede

»Remediarse el olvido en que el encanto,
Para con vos á ese mancebo tiene.
Yo mismo... pero no... no me es posible...
Cantidad corta traje, y tantas veces

»He dado en varias partes de limosna
Grandes porciones, y con fruto siempre,
Que no puedo dar más...»—«¡Qué! interrumpe
La nodriza, ¿remedio hallarse puede?

»¿Y vos?... ¿Vos lo teneis?»—«Sí, yo lo tengo,
Y eficaz, respondióle el penitente;
Pero no lo daré, que es gran reliquia:
Arena es del Jordan, cogida en viérnes

»Del sitio en que Jesus fué bautizado.
Polvos de alta virtud, que si los bebe
Un muerto, como Lázaro, al instante,
En robustez completa á vida vuelve.

»El encantado que á probarlos llega,
Se encuentra en libertad salvo, y no pierde
El poder que el encanto le prestaba,
Pues si era con buen fin, se aumenta y crece.»

Esto oyendo, á sus plantas arrojóse
La desdichada Elvida, y con vehementes
Expresiones le pide alguna parte
De tan santa reliquia, porque quiere

Dársela á su Gonzalo. Como bronce
El hombre se sostuvo, y muchas veces
Se la negó, logrando que otras tantas
La importuna nodriza se lo ruegue.

Mostró ablandarse al cabo, y le pregunta
Si agua, vino ó manjar alguno tiene,
De que segura esté que su Gonzalo
Solo haya de probar, no otro viviente.

Ella al punto delante le presenta
Una escudilla con migada leche,
Diciendo se la tiene preparada
Para que aquella tarde la meriende.

Incorpórase al punto el peregrino,
Dentro de su zurron la mano mete,
Y sacando una caja, en la escudilla
Gran cantidad de polvos blancos vierte;

Y encargando á la vieja que ninguno
Sino Gonzalo, coma aquella leche,
Oyendo que álguien se acercaba al chozo,
Se inmutó, despidióse y listo fuése.

Era quien se acercaba, el podenquero,
Cantando en alta voz, y muy alegre
Entró á anunciar á su contenta madre,
Que á verla, detrás de él, Mudarra viene.

Salió Elvida á la puerta de la choza
A esperar su llegada como siempre,
Y en tanto un galgo corredor, que acaso
Ha venido siguiendo á Vasco Perez,

Saltó sobre la mesa donde estaba
La escudilla, que al punto atisba y huele,
Y de dos tragantadas deposita
El contenido en su insaciable vientre.

Al rumor que causó, tornó la vieja
La faz, y al ver deshechas de tal suerte
Sus esperanzas todas, lanza un grito,
Y va á ver si salvar aún algo puede;

Y miéntras Vasco en carcajadas rompe,
Ella en el robador, que huye y se mete
Bajo del tosco lecho, furibunda,
Ya que no golpes, maldiciones llueve.

Pero quedóse helada, cuando mira,
Como si algun poder ellas tuviesen,
Salir con ambos ojos hechos brasas
De su refugio al perro de repente,

Y que lanza un aullido doloroso;
Da tres rápidas vueltas, se estremece,
El pelo se le eriza, cae al suelo,
Revuélcase convulso, y gime, y muere,

Blanca espuma arrojando por la boca,
Con un palmo de lengua seca y verde,
Y quedándose yerto, hinchado, hirsuto,
Con muestras de empezar á corromperse.

Llegó de dos monteros escoltado
Mudarra en aquel punto, y le suspende
Hallar en tanta confusion la choza,
El perro muerto, sollozando á Perez,

Consternada á la vieja. Les pregunta
De aquel desman la causa, y varias veces
Lo torna á preguntar. Al cabo Elvida,
Con tan simple candor y tan patente

Sencillez y franqueza, todo el caso,
Sin callar circunstancia, le refiere,
Que quedó su inocencia acrisolada
Y su sana intencion; pues aún mantiene

El pensamiento mismo, y como prueba
Del poder santo que los polvos tienen,
El reventar el animal con ellos
Por la profanacion, la tonta ofrece.

Demudóse Mudarra, penetrando
Cuál su peligro ha sido: no se mete
En sacar de su error á la nodriza,
Y á los dos ballesteros manda vuelen

Al punto en sus caballos, que recorran
Montes, valles y selvas, que se esfuercen
Por descubrir doquiera al peregrino,
Y que si hallarle por ventura pueden,

Le detengan, le amarren, y al momento
Al castillo de Salas se le lleven.
Obedecieron sin chistar: Mudarra
Abraza á Elvida; más de lo que suele,

La acaricia y consuela, y recogiendo
La taza, que del polvo aún restos tiene,
Del podenquero acompañado parte,
Y á su palacio presuroso vuelve.

Habló al punto con Zaide y con Salido,
Y aquel en los residuos de la leche
Descubrió un activísimo veneno,
Que rompe las entrañas de repente.

Los dos abrazan al garzon, y tiemblan:
Ocultar el suceso ambos resuelven
Al ciego padre, y con afan esperan
Que los monteros en la selva encuentren

Al envenenador. A media noche
Regresan estos, pero solos vienen:
No han encontrado á nadie en los contornos,
Y á unos pastores la noticia deben

De que un hombre embozado, á media tarde,
En un caballo negro, diligente
Salió del bosque donde está la choza
De la nodriza, y hácia Burgos fuése

Como una exhalacion, atravesando
Campos y selvas. Las sospechas crecen
De Zaide y Nuño, y cautos determinan
Jamás de vista, ni un momento breve,

A Mudarra perder, y que una escolta
De hombres armados le acompañe siempre
Los pocos dias que tan sólo faltan,
Para que el plazo del combate llegue.

(33) «Prohijóle otrosí doña Sancha, su madrastra: la adopcion se hizo de esta manera, aunque grosera, pero »memorable... Metióle por la manga de una muy ancha camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle paz en el »rostro, con que le pasó á su familia, y recibió por su hijo. De esta costumbre salió el refran vulgar: *Entra por la man- »ga y sale por el cabezon.* Dícese del que siendo recibido á trato familiar, cada dia se ensancha más.» (MARIANA, lib. VIII, cap. IX.) Ambrosio de Morales dice, que la camisa la tenia puesta la madrastra, y que con ella puesta hizo la ceremonia de meterle por la manga y sacarle por el cabezon; cosa que no se comprende cómo puede ser.

Yo me he descartado de doña Sancha, por ser figura que no me hacia buen juego en el cuadro, y pongo á una hermana de Gustios Lara desempeñando la ceremonia de la adopcion.



ROMANCE NOVENO

> Catad que son diez vestiglos,
> Non cosas del mundo non,
> Contra quien fallescen lanzas
> E no arremete el troton.
>
> *Romance antiguo.*
>
> Todo cuanto escucho y veo,
> Son imágenes, son sombras
> De mi desdicha.
>
> *Zamora.*

De fortuna y poder en la alta cumbre
Veinte años ha que vive Rui-Velazquez:
Más que señor, hallando esclavo humilde
En el conde don Sancho, adquirió tales

Riquezas, importancia y poderío,
Miéntras rigió su cetro, que la márgen
Traspasó de vasallo. Leyes fueron
Supremas sus caprichos, sin que osase

El valor, la virtud ó la nobleza
Cortar los vuelos á poder tan grande;
O imponer á ambicion tan peligrosa,
Si no barrera, moderado cauce.

Aunque lo maldijeran en secreto
Prelados, ricos-hombres y magnates,
De rodillas su gracia mendigando,
Le incensaban sumisos y cobardes;

Y hasta le procuró la ciega suerte
Con dos altas victorias afirmarse,
Una ganada al guerreador navarro,
Otra á los poderosos musulmanes.

Mas ¿fué dichoso?—No: de su grandeza
El árbol colosal creció con sangre;
Y que lluvia de sangre lo derribe,
Teme su corazon á cada instante.

La mole donde estriba su arrogancia,
Se amasó y se asentó tambien con sangre;
Y tiembla que de sangre una avenida
La embista y vuelque, y rápida la arrastre.

¡Ah! no le muerden sólo y le devoran,
Convertidos en víboras voraces,
Hondos remordimientos; no tan sólo
Los fantasmas le afligen formidables,

Que el sueño al poderoso turban siempre,
Que siempre le envenenan los manjares:
No, la oculta justicia de los cielos
Tambien quiso oprimirle y castigarle

Con disgustos domésticos, los goces
De esposo tierno y de amoroso padre
Robándole tenaz, sin permitirle
Dejar un sucesor de su linaje.

—Su mujer doña Lambra, instigadora,
Si es que orígen no fué de sus crueldades,
Hermosa, aunque pasado el fresco brillo
De la primera juventud, carácter

Desde luégo mostró tan orgulloso,
Altivez tan feroz é intolerable,
Que de esposo y familia la opresora
No tardó mucho tiempo en declararse.

Amor, halagos, sumision, caricias
Fueron, para amansar su pecho, en balde;
Telas, joyas, poder y rico Estado
No lograron saciar sus vanidades;

Adulacion, inciensos y festines
No consiguieron dar á su semblante
El hermoso matiz de la alegría,
Ni sonrisa á sus labios de corales.

Deudos, amigos, siervos y vasallos
Huyeron su presencia formidable,
Y el alcázar quedó solo y desierto,
De discordia y tristezas hospedaje.

Si convertido en tentador demonio
Vió con asombro el triste Rui-Velazquez,
La que juzgó, de amor en los delirios,
Iris de paz y de virtudes ángel;

Aún fiel esposa hallaba en su consorte;
Y á la propia mujer da tal realce
Cumplir con esta obligacion sagrada,
Que á su sombra encontrar suele bastante

Disculpa ante los ojos del prudente
De otros deslices y defectos graves;
Como el soldado que en valor descuella,
La encuentra de sus vicios y maldades.

Fruto logró su union á los dos años
En un hermoso y delicado infante,
Que dió, naciendo en robustez lozana,
Esperanzas altísimas al padre.

En Barbadillo y en Castilla toda,
Siendo padrino el Conde al cristianarle,
Fué su venida al mundo celebrada
Con iluminacion, repique y baile.

Suelen los hijos ser vínculo estrecho
Que liga las opuestas voluntades,
Y encanto de tan alto poderío,
Que borra los enconos más tenaces;

Porque en dos corazones que á un objeto
Consagran su ternura y sus afanes,
De la conformidad de sensaciones
Mutuo cariño, union, amores nacen.

Mas era el corazon de doña Lambra
Compuesto de venenos infernales,
Y del niño inocente la presencia
En vez de corregirle y aplacarle,

Pareció que su fiera altanería
Y condicion terrible acrecentase.
Creyó sin duda su beldad ajada
Por haber dado fruto, su semblante

Y su seno marchitos, esta idea
Era para su orgullo insoportable.
Desde el principio con atroz despego
Vió al inocente niño, sin dignarse

De ponérsele al pecho una vez sola,
De dormirle en sus brazos y arrullarle.
Aquella dulce prenda parecia
Ser objeto que sólo le inspirase

Mayor odio y desprecio á su marido,
Aspereza mayor, nuevas maldades;
Pues la sola virtud que fué su escudo,
Dió á poco tiempo de repente al traste.

No amor, viles caprichos la asaltaron,
Tal vez probar queriendo, si aún bastante
Atractivo y belleza mantenia;
Y el lecho conyugal manchó la infame.

—Aunque ya treinta y cinco primaveras
Contado hubiese, y aunque fuera madre,
Fresca se conservaba su hermosura:
Era su boca perlas y corales,

Sus ojos dos luceros refulgentes,
Nieve y rosa su faz, y de azabache
Las luengas trenzas, que su frente orlaban
Descendiendo gallardas hasta el talle.

Alabastro bruñido parecian
Garganta y pechos, y de formas tales,
Que no hubiera buscado Praxiteles
Otras que colocar en sus deidades.

Breves el pié y cintura, de jazmines
Las delicadas manos, el donaire
Y estatura gentil un todo hacian,
Cuales los vió él ingenio y trazó el arte

Del inmortal pintor, gloria de Urbino.
¿Por qué en tal solio una alma noble y grande
No puso el cielo, generosa y digna
De tan bello y magnífico hospedaje?

Era un sepulcro de luciente mármol,
De podredumbre y de gusanos cárcel;
Era un palacio hermoso, do brillaban
Bruñido el bronce, cincelado el jaspe,

De proporcion sublime, enriquecido
Con colunas, relieves y follajes;
Habitado por hienas furibundas,
Hambrientos lobos y arrabiados canes.

Puso los ojos pues en un mancebo,
Imberbe y lindo, de su alcázar paje,
Que apénas veinte abriles contaria,
Y no tardó sagaz en enlazarle.

¿Quién su presencia hermosa resistiera,
De su grandeza el brillo deslumbrante,
Su pompa, su magnífico atavío,
Su poder, su riqueza y sus avances?

Cayó al punto en la red el mozo incauto,
A amor con vanidad, que es muy bastante
A trastornar un gigantesco escollo,
Entregándose ciego á todo trance.

Pronto, si fué fortuna, su fortuna
Y de la dama la conducta infame
Se descubrieron (nunca en los palacios
Largo tiempo se esconden cosas tales),

Y pronto entre las dueñas y escuderos
A escándalos y hablillas dieron márgen,
Corriendo en Barbadillo la noticia,
Sin tardar por el mundo en divulgarse.

El último en saber tanto desórden
Fué, cual siempre acontece, Rui-Velazquez;
Mas ó la desvergüenza de su esposa,
O bien la inexperiencia del amante,

O de algun favorito malicioso
Inoportuno chiste, ó los mordaces
Labios de una envidiosa, ó que los cielos
Queriendo á un mismo tiempo castigarle,

Y castigar á entrambos delincuentes,
Con roedoras sospechas le avisase;
Tuvo por fin noticia del exceso,
Y pruebas luégo del horrendo ultraje;

Y lo vengó. Vengólo, sí: furioso
Bañó sus manos en la torpe sangre
Del adúltero, haciéndole pedazos
El corazon, de la perjura infame

Ante los ojos; y la ardiente daga,
Enrojecida toda y humeante,
Vibró en seguida contra el pecho de ella.
Pero cuando iba el golpe á descargarle,

Viéndola dar en tierra desmayada,
Suspendió el brazo; y en su atroz semblante
Brillaron, cual relámpago en la nube,
De inspiracion horrenda las señales;

Y llamando á sus fieles servidores,
Con voces al graznido semejantes
Que lanza el cuervo, cuando hambriento encuen-
En la desierta playa algun cadáver; (tra

Mandó arrastrar al punto del castillo
A un subterráneo al desangrado paje
Y á la perjura infiel; y allí encerrada
Dejóla con los restos de su amante.

Por aquel tiempo se encendió una guerra
Con Navarra, y al frente de las haces
De Castilla, á los límites del Ebro
Marchó de adelantado Rui-Velazquez;

Y consiguió feliz una victoria,
Que produciendo ventajosas paces,
Le dió renombre y esplendente brillo,
Y á su excelso poder mayor ensanche.

Tornó orgulloso á Burgos con la pompa,
Que siempre cerca al capitan triunfante,
Y apoyado en sus glorias y laureles,
Dió á su hinchada ambicion más amplia calle.

Miéntras estuvo ausente, doña Lambra
Consiguió quebrantar su horrenda cárcel,
Seduciendo á sus guardas, y á Galicia,
Acompañada de un abad, fugarse.

Bramó Velazquez de furor, con muerte
Castigó fiero al sobornado alcaide;
Mas luégo se templó, todo embebido
Del mando y del dominio en los afanes,

Y en el que demostraba al hijo tierno,
Objeto de esperanzas colosales.
De la cuna este ya salido habia,
Como lozano en la floresta sale

Un vástago robusto, en quien espera
Ver el agricultor cedro gigante,
Que sombra dé y amparo á las labores,
Y que rey sea del fecundo valle;

Mas ¡ay! á Gustios Lara le ha robado
Siete hijos, ya mancebos, Rui-Velazquez,
Y ver logrado el suyo, es imposible
Que quiera el justo cielo tolerarle.

Llegó una aciaga noche, y en su lecho
De un hondo sueño en el descanso suave
Estaba ya el señor de Barbadillo,
Despues de haber revuelto locos planes

De orgullo y de ambicion allá en su mente;
Y soñaba tal vez que con sus artes
Colocaba en el trono de Castilla
Al hijo; que á sus plantas los magnates,

Prelados y justicias le juraban
Humildes obediencia y vasallaje;
Y escuchaba del pueblo los aplausos,
Y alegres vivas asordar el aire;

Cuando de pronto despertó. Las voces
Oyó de turba inmensa, y asordarse
Todo el palacio con rumor confuso:
Restregóse los ojos, anhelante

Descorrió las cortinas, con asombro
Vió por las claraboyas derramarse
Un rojo resplandor que iluminaba
El aposento, y empezó á turbarle

El conocer que respiraba humo.
Un vuelco dióle el corazon cobarde;
Salta del lecho, envuélvese en su manto,
Coge una daga, de la alcoba sale,

Y halla el palacio en combustion horrible,
Presa de ardientes llamas, que voraces
Taladrando artesones y techumbres,
Por las tinieblas lóbregas se esparcen.

—Por sueño, ó por descuido, alguna dueña
Que en la antesala del pequeño infante
Se quedaba á velar, dejó una antorcha
Inmediata á un movible cortinaje,

Donde prendió la llama voladora,
Que subió por molduras y pilares,
Cebándose furiosa en las maderas
Del arteson, y en las tendidas trabes;

Y agitada del viento que soplaba,
Corrió el incendio á pasos de gigante
Por todo el edificio. No respeta
Ni de las fuertes torres los sillares;

Alza hasta el alto cielo remolinos
De humo y de espesas chispas, que combaten
A los astros y ofuscan sus fulgores,
Con luz siniestra iluminando valles,

Y selvas, y apartados caseríos,
Y en las lejanas cumbres desiguales
Reflejando del último horizonte,
Cual suelen encendidos los volcanes.

—Toda la poblacion de Barbadillo
Acudiera solícita al desastre,
Y de los dependientes del palacio
Tornan la confusion más ciega y grande.

Todos se mezclan, corren, gritan, mandan,
Disponen, bajan, suben, entran, salen;
La muchedumbre acrece el embarazo,
Y al fuego tronador no hay quien ataje.

La confusion aumenta y el asombro
La súbita presencia de Velazquez,
Que en roncas voces, émulas del trueno,
Vuelto del edificio hácia la parte

De la ruina mayor, pregunta á todos,
¿Dónde está el hijo? y no responde nadie.
Adivinó que estaba en su aposento,
Y vuela denodado (que era padre),

Despreciando su vida en tal conflicto,
A tentar el camino de salvarle.
Dos fieles escuderos tras de él siguen:
Se lanza á los escombros humeantes,

Salta de viga en viga, que á su planta
Ceden, y sin temer precipitarse
Dentro de un mar de fuego á cada paso,
Senda por medio de las llamas abre;

Y á la cámara llega de su hijo,
En el momento mismo en que lo grande
Del incendio voraz en ella estaba:
Ya las molduras que la adornan, arden,

Y vuelan en ceniza y humo leve.
La dorada techumbre á desplomarse
Va al momento: del suelo, quebrantado
Por las grietas, el humo empieza á alzarse,

Y acaso llamas: crujen las paredes,
Y aún está en un rincon el rico catre,
Y el niño en él. De despertar acaba,
Cuando iba ya el vapor á sofocarle,

Porque una brasa ó chispa le ha caido
En el pecho inocente. Rui-Velazquez
Lo ve al través del humo, oye su llanto,
Mira sus manecitas levantarse.

Respira el padre; es suyo: corre, vuela...
Pero en el punto mismo de salvarle,
Una viga del suelo en aquel lado
Falta, se troncha con fragor, y el catre,

Y el niño, y la bordada colgadura
Se hunden en un abismo y hondo cráter,
Por do rompe de llamas un torrente,
Que todo lo consume en el instante.

Tras del hijo inocente, despechado
Fuése á arrojar el desdichado padre;
Mas firmes lo detienen y sujetan
Entrambos escuderos, que constantes

Hasta aquel sitio horrendo lo han seguido;
Y desmayado logran retirarle,
Y atravesando por peligros nuevos,
Quemados los cabellos, barba y trajes,

Con él en hombros, como muerto, pronto
Salvos al patio del castillo salen.
La muchedumbre á su señor circunda,
Y él, en cuanto en el rostro le dió el aire

A cielo abierto, y respiró el ambiente,
Tornó en sí, y furibundo á levantarse.
Maldijo, blasfemó, con roncas voces
Aterró á los confusos circunstantes;

Llamó al hijo mil veces, anheloso
Corrió ligero de una en otra parte,
Y en tronador acento, que vencia
Del incendio el rumor, y el espantable

Estruendo que los muros y techumbres
Formaban al hundirse y desplomarse;
Gritó á sus servidores y vasallos:
«Fuera, canalla vil... fuera, cobardes:

»Dejad, dejad arder estas ruinas;
Muerte á quien una chispa sola apague.
Arda el palacio, y arda Barbadillo,
Y Castilla, y el mundo... Si abrasarse

»He visto mi esperanza, ¿qué me importa
Que el universo mísero se abrase?»—
Gritando así furioso se metia
En pórticos, salones y desvanes,

Y á los que aún se afanaban denodados
Por atajar el fuego, á retirarse
Con golpes y amenazas compelia;
Mas aunque trabajando continuasen,

Nada lograr pudieran. Del incendio,
Descuidado al principio, eran ya tales
Los rápidos progresos, que no habia
Manera de extinguirle ó de cortarle.

—Salió el sol entre cárdenos vapores,
Que dieron á su faz color de sangre,
Y pálido y sin brillo, en el espacio,
Cual si una gasa densa lo ofuscase,

Se alzó, y siguió su curso. A su presencia,
Si no furor, perdieron las voraces
Llamas su resplandor, miéntras el humo
Cobró aspecto más negro y formidable,

Cubriendo con fantásticos colosos
Del cielo azul el empañado esmalte.
Y entre ruinas y escombros se veia
Aparecer al despechado padre.

Ora al hundirse una maciza torre,
Ora al volar el humo hácia otra parte:
Ser el Genio del mal se hubiera dicho
Que presidía destruccion tan grande.

Duró el incendio en su furor tres dias,
Y por muchos despues quedó constante
Una coluna de humo, que se alzaba
Hasta los cielos recta por el aire,

Cual si fuese un puntal del firmamento;
U ondeaba en brazos del ambiente suave;
O rota por el viento, se esparcia,
En niebla leve por los hondos valles.

Cuando al conde don Sancho de Castilla
La noticia llegó de tal desastre,
Voló en persona á dar al favorito
Consuelo, y del estrago á retirarle;

Y un palacio magnífico, que estaba
Entre florestas y extendidos parques
A dos leguas de Burgos, regalóle,
Para que le sirviera de hospedaje.

De él hizo su mansion casi contínua
Desde aquella desgracia Rui-Velazquez,
O por estar más cerca de la corte,
O porque Barbadillo y los lugares

Donde perdió el honor, y los tesoros,
Y al hijo, centro de esperanzas tales;
Contrarios á su nombre y su fortuna,
Y de siniestro agüero los juzgase.

El tiempo, á cuyo curso todo cede,
Consolador de penas y de males,
Llegó á calmar su pecho, destrozado
Con tantos contratiempos y desastres;

Mas quedó tan acedo, que por puntos
La violencia aumentó de su carácter;
Y si ántes sanguinario por venganza,
Despues lo fué por ansia de crueldades.

El afan de dejar un heredero
A su poder, á su fortuna y sangre,
Viéndolo por el cielo contrariado,
De la ciega ambicion en maridaje,

Le inspiró el atrevido pensamiento
De al punto celebrar segundo enlace
Con doña Sol, hermana de don Sancho;
Que ya no aspira á ménos tal magnate.

No halló en el Conde obstáculo ninguno;
Mas lo halló, sin poder sobrepujarle,
En la tenacidad del Arzobispo,
Y de su esposa infiel en los parciales.

Aquel (aunque frecuente entónces fuera
Para príncipes y altos personajes
Del matrimonio relajar los nudos,
Y aunque desde el tumulto contra Zaide,

Hácia el noble señor de Barbadillo
Complaciente en extremo se mostrase),
De celo religioso dominado,
Negóse á permitirle inexorable

Los vínculos romper del sacramento,
Y para nueva boda autorizarle.
Con este firme apoyo, los parientes
De doña Lambra osaron declararse,

Dispuestos á oponerse áun con la fuerza
A ver en su familia tal desaire;
Empezándose á alzar tan gran borrasca
Contra el omnipotente gobernante,

Que se encontró obligado por entónces
A diferir sus orgullosos planes,
Y al puerto se acogió de la prudencia,
Para salvar de su ambicion la nave.

Vióse en tan grandes sustos y zozobras,
Temió tantos venenos y puñales
En aquella ocasion, que ardió en el ansia
De arrancar á las lumbres celestiales,

Del porvenir oscuro el gran secreto,
Apelando al poder de ocultas artes;
Pues querer penetrar en lo futuro,
Es propio de ambiciosos y cobardes.

—Por aquel tiempo se mostró en Castilla
Un extraño y famoso personaje,
Dálmata de nacion, de noble aspecto,
Astrólogo sublime y nigromante.

Europa estaba de su nombre llena,
Y corriendo sus varias capitales,
Despues de haber en Africa y en Asia
Dado fin á larguísimos viajes;

Hizo de su saber pasmosas pruebas,
Predijo con acierto acasos graves,
Y ganó cuantiosísimo tesoro,
Vendiendo raras drogas y brebajes.

Príncipes y monarcas á porfía
Tenerle en su servicio y sujetarle
En su corte quisieron, con halagos
Y con ofertas de riquezas grandes;

Mas él, independiente, jamás quiso
Ni hacer larga mansion en una parte,
Ni á servir solamente á un soberano
Y á una sola nacion acomodarse,

Diciendo ser universal su ciencia,
Y que por todo el orbe derramarse
Debia su excelso influjo, cual derrama
La luz el sol, á quien llamaba padre.

Con grande autoridad y altanería
Trataba á los guerreros y magnates,
Sentando, que la ciencia es don del cielo,
Don más sublime que poder y sangre.

Unas veces tenaz se desdeñaba
De hacer un vaticinio, aunque rogarle
Viera á sus piés á un príncipe; mas otras
Vaticinaba sin pedirlo nadie.

Curaba con ensalmos las heridas,
Y como por milagro enfermedades
De inminente peligro; ya exigiendo
Sumas extraordinarias, ya de balde.

Acaso regalaba generoso
Amuletos, reliquias, talismanes,
Y armas forjadas bajo tal aspecto,
De temples encantados y metales;

Y tal vez codicioso las vendia,
Exigiendo crecidas cantidades.
Irregular en fin y caprichoso,
Y de contradicciones y contrastes

Tan lleno se mostraba, que imposible
Era el saber de fijo su carácter,
Ni el modo de lograr su amor y estima,
Ni el modo de tenerle y de obligarle.

Obraba como suele un inspirado,
Ciego instrumento de poder más grande,
Y que de mano tal recibe impulso,
Que no está de los hombres al alcance.

—Este dálmata pues llegó de paso
A Burgos, donde el Conde y personajes
De admiracion y obsequios el tributo
Le dieron, que lograba en todas partes.

El Arzobispo sólo demostróle
O desprecio ú horror, por contemplarle
Agente del demonio y hechicero,
Y sus ciencias ocultas condenables.

Quien con mayor afan y más estima
Se empeñó en recibirle y obsequiarle,
Dándole alojamiento en su palacio
Y un asiento en su mesa, fué Velazquez.

Una lanza compróle á peso de oro,
Obra de un sabio armenio nigromante,
De tal virtud que si tocara un monte,
Lograra confundirle y derribarle;

Y le pidió de su futura suerte
Alguna clara luz. Dificultades
Encontró el sabio en complacerle: sólo,
Movido de sus dádivas constantes,

Al tiempo de partir, con gran misterio
Le dijo estas palabras: «¡Rui-Velazquez!
No temas asesinos ni envidiosos;
De Almanzor teme el damasquino alfanje.

»En la presencia de una ilustre mora,
Jóven, doncella, hermosa, no batalles,
Si el que ella logre úna corona excelsa
En el éxito estriba del combate.»—

No complació al señor de Barbadillo
Ni uno ni otro consejo, que triviales
Y vagos le parecen. Era tanta
La fama de Almanzor, eran tan grandes

Su valor, su destreza y su fortuna,
Que todos procuraban no encontrarle;
Y el combatir á vista de una mora
Para ceñirle una corona, lance

Era extraño además, y en que no habia
Personalmente él mismo de empeñarse;
Ni, si acaso, poner más que el influjo
De su excelso poder y de su clase.

Despreció pues del sabio los avisos;
Mas como á poco tiempo declarasen
Guerra los moros, se quedó en la corte,
Hasta tener noticia y cerciorarse

De si Almanzor estaba en la frontera.
Al saber que se hallaba muy distante,
Del Africa corriendo las provincias,
Fué; y con una victoria asegurarse

Logró de nuevo en el poder, quedando
De enemigos y de émulos triunfante.
Varios años despues un reyezuelo
Moro vino favor á demandarle,

De una hija muy hermosa acompañado,
Contra un usurpador; y él sin mezclarse
En lucha alguna, le volvió su cetro
Con su influjo, poder, astucia y arte;

Y juzgando pasados de este modo,
Sin el menor peligro, los dos lances
A que pudo aludir el vaticinio,
Ni áun se volvió á acordar del nigromante,

Siguió siendo el tirano de Castilla,
Y cada dia su favor más grande
Con el Conde don Sancho, sin que hubiese
Fuerzas que de él pudiesen derribarle.

Como entónces muriese doña Lambra,
Tornó á entablar los suspendidos planes;
Y sin temer contradiccion ninguna,
Trató con doña Sol su nuevo enlace;

Mas de don Sancho la impensada muerte
Derribó sus proyectos colosales,
Como un soplo derriba los palacios
Que hacen los niños con ligeros naipes.

Subió al excelso trono de Castilla
Y á gobernar por sí Fernan-Gonzalez,
Y de sol tan radiante á la presencia
La estrella se apagó de Rui-Velazquez.

Pero era su poder tan gigantesco,
Tan antiguo, tan fuertes sus parciales,
Que de pronto y de un golpe derribarlo,
Daños ocasionar pudiera graves.

—En medio del jardin descuella un olmo,
Que como al dueño por capricho agrade,
Y como lo cultive, la alta pompa
Tiende creciendo en tronco y en ramaje:

De sol y jugos el terreno priva,
Con su sombra enfermando á los frutales,
Y robando al pensil el rico adorno
De flores, murtas, césped y arrayanes;

Mientra el cultivador enamorado
De su árbol predilecto, se complace
En verlo á costa de las otras plantas
Alzar la excelsa cima por los aires;

Durmiéndose á su sombra, y no cuidando
Que esteriliza cuanto en torno nace.
Pasa el verjel á manos de otro dueño,
El cual quiere al momento libertarle

De aquel tirano que lo asombra y seca;
Mas no fuera prudente, si intentase
Por el pié á golpe de segur cortarlo;
Porque los edificios y tapiales

Arruinara tal vez á su caida,
Causando en rededor estragos grandes.
Trata pues de cortar brazos y ramas,
De trozar luégo el grueso tronco en partes,

Y de irle destruyendo poco á poco,
Sin que ruinas ni peligros cause,
Aprovechando su bambolla en leña,
Y sus ramas y cuerpo en maderámen.

Así con el antiguo favorito
Obligado se mira á manejarse
El nuevo Conde, y si aún el árbol vive,
De muerte tiene el sello irrevocable.

La libertad del noble Gustios Lara
El primer golpe fué: de lo restante,
Trayendo el Moro Expósito á Castilla,
El cielo vengador quiso encargarse.

Desde que allá de Salas en la villa,
Y en el palacio del anciano padre
Halló á Mudarra, y recibió su reto,
Temblando el orgulloso Rui-Velazquez;

Huyó la corte, y en su propio alcázar
A dos leguas de Burgos, sin mostrarse
Sino á sus confidentes, encerróse;
Combinando tal vez inicuos planes

Para impedir el que tuviese cima
La batalla aceptada á todo trance;
Pues que legitimado ya el mancebo,
Era de todo punto inevitable.

Mas pasó el mes de término, pasóse
La víspera tambien, y entre celajes
Bajó al ocaso el sol, que al otro dia
Iba á prestar sus luces al combate.

Empezó triste y destemplada noche,
Nubarrones cruzaban por el aire,
Y una ligera niebla coronaba
Las torres del castillo de Velazquez,

Que sobre una colina y entre selvas,
Mole oscura se alzaba, de la márgen
Del Arlanzon vecino; y al reflejo,
Pálido y débil ya, de la menguante

Luna, que media faz sólo asomaba
De oriente tras las cumbres desiguales,
Divisábanse en la alta plataforma,
Al través del altísimo almenaje,

Dos ó tres hombres de armas, vagos bultos,
Que cual fantasmas de una en otra parte
Con paso igual y lento se movian:
Y de sus altas lanzas los remates

A veces fulgurando, asemejaban
Los fuegos fatuos que movibles arden
Encima de un sepulcro. Del palacio
En lo interior se vieron un instante

Cruzar varias antorchas; pero luégo
Cerrado el corredor y ventanaje,
Sólo en el edificio dos lumbreras
O claraboyas altas, circulares,

Con labores de piedra compartidas,
Mostraban dentro luz, y semejantes
A los ojos de un lobo, relumbraban
Al través de las sombras impalpables.

Eran ventanas de un salon, do ardia,
Reflejando en los timbres y follajes
Del dorado arteson, rojiza tea,
Y donde estaba solo Rui-Velazquez.

—Este, delgado y alto, y que tendria
Cincuenta años lo más, en su semblante,
Enjuto y macilento, demostraba
Temores, dudas é inquietudes grandes;

Y cruzados los brazos sobre el pecho,
Y embozado en su manto, á desiguales
Pasos la sala toda recorria,
Formando en suelo y muro una gigante

Sombra, que era mayor ó más pequeña,
Al venir á la luz ó al retirarse.
Mas como si el rumor de sus pisadas
Pudiese sorprenderle y asustarle,

Alguna vez apresuraba el curso,
Volviendo atrás el rostro. Otras pararse
Intentaba en mitad del ancho espacio,
La faz alzando á las labradas trabes

De la techumbre. Por acaso en ella
El humo de la antorcha y los esmaltes
De las toscas labores á sus ojos
Presentaban figuras espantables;

Pues lanzaba un horrísono alarido,
Al que el réprobo lanza semejante
Al tiempo de morir, viendo cerrados
De la Misericordia los umbrales.

El pequeño rumor á poco tiempo
Se oyó de lentos pasos acercarse,
Y sonar una puerta y otra puerta.
Aunque estaba seguro el personaje

De que sólo pudiera su valido
En hora tal y en sitio tal buscarle;
Se estremeció al pensar que álguien venia,
Y huyendo del salon hácia la parte

Más remota y oscura, con presteza
Se desembarazó de su ropaje
Y la daga empuñó. Pronto tres golpes
Se oyeron en la puerta; y á embozarse

Tornando en ronco acento: «¿Eres Rodrigo?»
Gritó. Y como de afuera contestasen,
«Rodrigo soy, señor, y vengo solo;—
Harto estaba ya, dijo, de esperarte:

»Entra y cierra tras tí;» y entró Rodrigo.
—Era uno de los dos que libertarle
Lograron del incendio del palacio,
Cuando del hijo en pos quiso abrasarse;

Y su primer valido y confidente,
Creciendo en el favor desde aquel lance.
La misma edad que su señor tendria;
Era de cuerpo chico y tosco empaque,

Su faz siniestra y áspera, sus ojos
En extremo mezquinos y vivaces,
Crespo y ralo el cabello, pero espesas
Las blanquecinas barbas; y su traje

Un sayo gris, con una doble cuera
Ceñida y ajustada sobre el talle
Por un cinto bordado, en que colgaban
Con una argolla diferentes llaves.

—Cerró al entrar la puerta, y en silencio
Junto al umbral quedóse. Rui-Velazquez
Se adelantó hasta en medio de la sala,
Y así hablaron los dos sin acercarse:

«¿Qué nuevas traes, Rodrigo? ¿Ha vuelto el Zurdo?
—Acaba de llegar en este instante.—
¿Y qué noticias da?—Que Gustios Lara
Y su hijo, ó lo que sea, y Nuño, y Zaide,

»Con gran escolta y séquito, y á salvo
En Burgos han entrado á media tarde.—
¡Maldito el Zurdo sea!... ¡Los infiernos
Se abran, y como á suyo se lo traguen!

»¡Maldita la hora en que nací!... Y al Zurdo
¿Pudo su astucia y su valor faltarle
Sólo en tal ocasion?... ¿No le siguieron
Los bandidos del monte, esos infames,

»En quienes apoyó sus esperanzas
De poderme servir á todo trance?—
Sí, señor, lo siguieron; pero dice
Que ocurrieron despues dificultades...—

»Miedo, vileza, infamia, cobardía:
Mi venganza verán los miserables...
¿Me habrá el Zurdo vendido?... ¿Descubierto
Tal vez á alguno mis ocultos planes?...

»Muera esta noche.—Muera; pero advierte
Que es reservado, fiel, y que con nadie
Ha hecho nunca mencion de aquella empresa
A que fuímos los dos.—¿Le ha visto álguien

»Ahora al volver? ¿Habló?...—Varios le han
Mas con ninguno habló. Vino á buscarme (visto,
Al punto de llegar, y en mi aposento
Seguro le dejé bajo de llave.—

»Y ¿por qué no ha cumplido mis mandatos?
Dí, ¿qué disculpa da?—Que él propio os hable
Permitidle, señor, y por vos mismo
Con más exactitud...—¿Y ha de acercarse

»De noche ese ente vil á mi persona?—
Yo le traeré sin armas, y bastantes
Vos y yo, señor, somos contra un hombre
En cualquiera ocasion.—Anda á buscarle.»

Despareció Rodrigo: su amo al punto
Que vió la puerta sin rumor cerrarse,
Abrió un armero que en la sala habia;
Una cota de malla impenetrable

Sacó, se la vistió con gran presura;
Desenvainó la daga relumbrante,
Y escondió entrambas cosas con cautela
Bajo del manto, en que tornó á embozarse.

Sonaron de allí á poco las pisadas,
Y en la puerta los golpes; y cual ántes
Preguntando, y oyendo por respuesta:
«Soy Rodrigo.—Entra pues,» dijo Velazquez.

Apareció otra vez el escudero,
Sin otra diferencia que notarse
El pomo de un puñal en su cintura,
Y el Zurdo entró tras de él, mudo y temblante.

Era un hombron robusto y de anchos hombros,
Cuyas toscas facciones dos señales
De horrendas cicatrices afeaban,
Y sobre un sayo de gamuza ó ante

Llevaba un peto mohoso y abollado,
Sin más grebas, manoplas ó brazales,
Ni arma ofensiva alguna, y se mostraba
Lleno de sangre y lodo. Quien lo hallase,

Por salteador del monte le tendria,
No por fiel servidor de tal magnate.
Pálido, confundido, silencioso
Clavó en tierra los ojos. Rui-Velazquez,

Observándole atento, así le dijo,
De furor concentrado su semblante
Dando, y sus ojos encendidos muestra:
«Hola, señor valiente, ¿qué nos traes?

»A ese viejo caduco y á su gente
¿Por qué en Burgos entrar salvos dejaste?...
Los bravos de que tanto blasonabas,
¿Qué han hecho? Habla... respóndeme, vergante.

»Habla, fruta mezquina de la horca,
Cuéntanos tu traicion, cuéntala, infame,
Antes que para hundirla en los infiernos,
Yo mismo el alma pérfida te arranque.»—

Diciendo así, acercóse algunos pasos,
Y dió un golpe tan duro sobre el jaspe
Del suelo con la planta, que al ruido
Crujió de la techumbre el maderámen.

A la luz roja de la opaca tea
Que aclaraba el salon, ya relumbrante
Ardiendo la resina, ya ofuscada
Con el humo y pavesas, personajes

Raros y de otro mundo aparecian
Los tres, que con aspectos desiguales
Ocupaban la escena. Sus tres sombras,
Que la luz dibujaba en los sillares

Del muro, acaso vagas é indecisas
Al undular la llama, acaso estables
Y en gigantesca proporcion, copiando
Los duros movimientos y ademanes

De los que las causaban; parecian
Los tres réprobos entes infernales,
Que á aquellos tres malvados inspiraban
Tanto crímen, tan bárbaras crueldades.



Furia y terror en boca, ojos y frente
Mostraba el orgulloso Rui-Velazquez:
Honda inquietud Rodrigo; y se notaba
Tanto temor y confusion tan grande

En el rostro feroz y en la persona
Del Zurdo, que con su áspero semblante,
Y con su corpulencia, y apostura,
Y su todo brutal, raro contraste

Formaban; y aún más raro lo hallaria
Quien supiese sus vicios y maldades,
Y que el asesinato y el incendio
Eran cosas para él tan familiares.

Mas suelen estos bárbaros que sirven
Al furor de un altivo personaje,
Burlándose del cielo y de la tierra,
Comiendo iniquidad, bebiendo sangre,

A un ceño del motor de sus delitos
Confundirse sumisos y cobardes.
Pálido pues como la muerte el Zurdo,
Y cual las hojas del flexible sauce

Temblando todo en actitud grotesca
Clemencia demandando á Rui-Velazquez,
Con voz agria, aunque humilde y confundida,
Rompió por fin de esta manera á hablarle:

«Señor, señor, piedad... traidor no he sido:
Dios, y la Vírgen, y los cielos saben,
Que servidor más fiel que yo, en el mundo
Jamás se halló, ni puede serlo nadie;

»Salvo el señor Rodrigo, que me escucha,
Y á quien pido me valga en este trance.
Mis valientes amigos me siguieron,
Y han puesto cuanto estaba de su parte;

»Mas fué imposible... El cielo ha destruido
Y la mágica negra nuestros planes.»—
Interrumpióle, dando otra patada
Su señor irritado sobre el jaspe,

Y le dijo: «¡Por vida de mí mismo!
¿Qué dices, infeliz?... ¿qué, miserable?...
¿Piensas, necio, ocultar tu cobardía
Viniendo á referirme disparates?»—

El Zurdo continuó más alentado:
«Os digo la verdad: Dios así os guarde.
Asesinar al Conde de Castilla,
Sentado en su dosel, señor, mandadme;

«Y os juro que lo haré, como lo hice
Con el abad Elgardo, en el instante
Que estaba con sus monjes en el coro.
Disponed, si quereis, que al punto abrase

»A toda Burgos, y esta noche misma
De sus techos vereis la llama alzarse,
Como aún no hace seis meses que se alzaba
Por cima del castillo de Alvar-Fañez.

»Mandadme acometer á hombres armados,
Redes á hombres tender, entrar lugares
Donde hombres vivan, volaré á serviros;
Mas lidiar y embestir con nigromantes,

»Engañar á fantasmas y á demonios,
Y entrar do sólo encantamentos valen;
No puedo yo, señor, ni mis amigos,
Ni Rodrigo, ni vos, ni puede nadie.»—

Un grito de terror ó de despecho,
Que lanzó furibundo el personaje,
Interrumpió de nuevo á aquel valiente,
Que jamás hasta entónces explicarse

Supo con tanta copia de palabras:
Cosa que pudo la atencion llamarle
Al turbado señor de Barbadillo,
Y pensar que alto impulso le guiase;

Pues viéndole callar, tras un momento
De suspension confusa, «Sigue, infame,
Sigue, le dijo: cuenta las patrañas
Que te han vuelto tan vil... Puede que alcances,

»En lugar de castigo, mi desprecio.—
Señor, continuó el Zurdo sin turbarse,
Pues parecia que supremo influjo
Al paso que iba hablando, le animase;

»No me tengais por loco: cuanto os hablo
Es la pura verdad. Cuando mandaste
Que fuera acompañando al seor Rodrigo
(No dejará que mienta, está delante),

»Habrá unos veinte dias á dar muerte
A ese moro, ó prodigio, fuí á buscarle,
Y entre Salas y el chozo de la bruja
Le sorprendimos ambos, como sabe

»Aquí el señor Rodrigo, y muy bien puede
Decir, si anduve lerdo en aquel lance;
Y cómo le embestí y eché por tierra,
Y que le herí tambien, pues que de sangre

»Saqué lleno el puñal. Pero de pronto
Salió un demonio, cual sabeis, ó un ángel...—
Calla, menguado; le gritó su dueño:
¿Qué tiene eso que ver con hoy, cobarde?»

Y el Zurdo continuó: «Lo recordaba
Porque á pesar, señor, de aquel percance,
En cuanto me mandasteis que dar fuego
Al palacio de Salas intentase,

Y si no lo lograba, que ayudado
De la tropa del monte, en el paraje
Más áspero y oculto del camino,
Entre Salas y Burgos, esta tarde

»A la gente de Lara acometiese;
Procurando matar á todo trance
Al ciego y á Gonzalo... al jóven, digo,
Y al moro viejo que se llama... Zaide,

»Y á Nuño el peregrino; á obedeceros
Volé; y os dí, es verdad, seguridades
De que una ú otra empresa lograria
Con la gente del monte, pues se sabe

»Que son mozos de pro, que nada temen,
Que se duelen muy poco de sus carnes,
Y que á dos hombres de armas cada uno
Acomete sin miedo. Mas las artes

»Del demonio, señor, ni con espada,
Ni con lanza y esfuerzo se deshacen.
Y cuando el cielo mismo ú el infierno
Por alguna persona toma parte,

»Y en proteger se empeña á una familia,
El valor de los hombres nada vale,
Y es preciso acudir á un hechicero,
Que con otros encantos... ó entregarse

»Al demonio, y que ayude... ó á la Vírgen,
O á un poderoso santo demandarle
Auxilio y proteccion, porque las armas
Del mundo pueden poco en casos tales.

»Por cierto y en verdad yo nada valgo;
Mas si yo fuera vos... Para el combate
De mañana... Señor, ese mancebo
No es cosa de este mundo. Es... ¿quién lo sabe?»

Hizo una pausa el Zurdo, y aterrado,
En silencio quedóse Rui-Velazquez,
Cuyos trémulos miembros empezaban
En helado sudor á desatarse.

El bravo continuó: «Si lo que digo,
Poneis, señor, en duda, aunque verdades
Son que dijera á la hora de mi muerte,
Al Mellado y al Pocho preguntadles;

»Dirán aún más que yo. Ya no está Salas
Conocida, señor; ni en ella hay nadie
Que nos quiera ayudar.—¿Qué? preguntóle
Atónito y confuso Rui-Velazquez;

»Isac y Alfonso Deza ¿han olvidado
Los beneficios que me deben grandes?—
Los primeros han sido, dijo el Zurdo,
Con otros de su bando, en declararme,

»Que incendiar el castillo era imposible;
Y que ellos ya no osaban arriesgarse
A ninguna otra empresa contra Lara,
Puesto que Dios se empeña en ayudarle.

»Parece que esos moros noche y dia
Guardaban el palacio, y que los tales
Son malignos espíritus, no moros;
Pues diz que cuando en torres y almenaje

»Hacen la ronda en torno del castillo,
Alzan los piés del suelo, y por el aire
Van como los cernícalos; que siempre,
Ya en los vecinos campos, ya en las calles

»De Salas, sin saber por do vinieron,
Y de repente suelen encontrarse
A todas horas; y el morazo viejo,
Amo de todos, y que llaman Zaide...

»Tan Zaide es como yo, Dios me perdone.
Yo le he visto de piedra, al ménos hace
Veinte años, en la esquina de la iglesia,
Y ahora le he vuelto á ver... El mismo traje,

»La misma barba... Sí, pues el tal Nuño...
Diz que allá en unas tierras muy distantes,
Donde sólo hay paganos, ha aprendido
Mágica negra, endemoniadas artes.

»Todito lo penetra y lo descubre...
Fué imposible, señor.—Pero, cobarde,
Su dueño le gritó; ¿cómo has perdido
Hoy el golpe tambien?... ¿Do te apostaste?—

»Cerca de Burgos, respondió; en el paso
Que cierran á una mano los tapiales
De la arruinada ermita, y á la otra
El espeso encinar. Es el paraje

»Donde puede mejor una emboscada
Contra todo un ejército ocultarse.
Allí permanecimos todo el dia,
Y en el momento de empezar la tarde,

»Se oyó rumor. Salimos, y á la bruja,
A la vieja maldita que años hace
Endemoniada estuvo, y que ahora vive
En aquella chozuela miserable

»Cerca de Salas, detuvimos. Iba,
Por estar que no puede menearse,
En unas parihuelas hácia Burgos,
Llevándola pastores y gañanes.

»Yo la quise matar, porque temia
Que con sus roncos gritos infernales,
Nos iba á descubrir; pero el Mellado,
A quien ella en Simancas de la cárcel

»Sacó tiempos atrás (yo no sé cómo,
Aunque sospecho que con malas artes),
El brazo me detuvo. Muy mal hizo,
Pues al momento la hechicera infame,

»Astuta descubrió nuestros intentos,
Como si algun demonio ó algun ángel
Se los hubiese dicho; y la maldita
Nos hizo á todos amenazas tales,

»Y contó de ese moro, ó lo que sea
(Diciendo era el menor de los Infantes,
Que al mundo Dios de nuevo le enviaba),
Portentos tan extraños y tan grandes,

»Que llenó á todos de terror y asombro.
Y cantó luégo coplas y romances
De venganzas del cielo, y de fantasmas
Con tan raros aullidos y visajes,

»Que se erizaba el pelo. Miéntras tanto,
No sé cómo, lograron escaparse
Dos de los que con ella habian venido,
Aunque estaba borracho como un zaque

»Uno de ellos. A poco nos hallamos
Embestidos, señor, por todas partes
De los malditos moros y otra gente,
Cual si fueran venidos por el aire.

»Yo de pronto conté como unos treinta;
Mas que eran mil, con raros ademanes
De contento gritó la fiera bruja,
Afirmando tenaz, que cien gigantes

»Descollar entre todos descubria.
El valiente Mellado, sin turbarse,
Mandó á los suyos embestir, y al punto
Trabóse un reñidísimo combate.

»Pero éramos, señor, veinte hombres solos,
Y ¿cómo resistir?... Impenetrables
Parecian las adargas y armaduras
De nuestros enemigos; era en balde

»El intentar herirlos, y al momento
Quedamos destrozados, con su sangre
Regando aquellos riscos, de los nuestros
Doce, los más valientes y capaces;

»Y los demás huyeron á los montes.
El Mellado salió con dos mortales
Lanzadas; ¡plegue á Dios que con la vida,
Pues es bravo además, el pobre escape!

»Junto á mí murió Brito de un flechazo:
Al Pocho un brazo le quitó el alfanje
De ese mancebo, aparicion ó duende,
Que en destreza y valor no hay quien le iguale;

»Y á mí me echó por tierra, y el caballo
De una lanzada me mató ese Zaide,
Que es Abran, cual lo dice su denuedo,
Y su fuerza mayor de la que cabe

»En el puño y el pecho de un anciano,
Y lo muestra tambien, el que mirarle
Yo, que nunca fuí mandria, no podia,
Sin que todo mi cuerpo se me helase.

»De seguro, señor, no lo contara,
Segun él se empeñaba en acabarme,
A no haberme escondido entre unas peñas,
Desde donde al momento retirarse

»Ví á nuestros vencedores, á la bruja
Llevándose consigo. Yo en su alcance
Me puse, y nunca los perdí de vista,
Arrastrando por riscos y zarzales.

»Iba, pues, en su mula el ciego Lara,
Su hijo á caballo; Nuño, el moro, pajes,
Escuderos, hidalgos de la villa,
En pos el escuadron de los alarbes,

»Y un gran repuesto de armas y caballos.
Cuando estuvieron ya poco distantes
De Burgos, como á tiro de ballesta,
El Conde de Castilla, los magnates

»De la corte, el Abad, el Arzobispo
Y una gran muchedumbre de habitantes
Salieron al encuentro de los Laras;
Y al viejo, y á sus hombres, y secuaces

»Recibieron gozosos con abrazos,
Y de amor é interés con pruebas grandes;
Miéntras el pueblo como loco en vivas,
Voces y aplausos inundó los aires.»—

Trémulo, y abatido, y aterrado
Tan larga relacion sufrió el magnate;
Mas las últimas nuevas de improviso
Despertaron su furia inexorable.

Se estremeció; tornaron á encenderse
Sus ojos, y sus miembros á agrandarse:
Los dientes rechinó, crujieron todos
Sus huesos, y rasgando su ropaje,

Gritó con voz tremenda: «No, no teme
Ni al cielo, ni al infierno Rui-Velazquez.
Mañana, sí, mi brazo y mi fortuna
Van de laurel eterno á coronarme.

»Tiemble Castilla, España, el orbe entero:
¿Quién de mi saña puede libertarle?
De engañosos prodigios é imposturas
Necia se asuste la canalla infame;

»Mas búrlense los hombres de mi esfera...
Rodrigo, á ese infeliz lleva al instante
A la más honda cava del castillo,
Sin que persona viva con él hable.

»Espere allí cargado de cadenas
El galardon debido á los cobardes.—
«¡Señor, señor!... piedad,» clamaba el Zurdo,
Echándose por tierra, tan en balde

Como clama *piedad* en la otra vida,
En presencia del juez inexorable,
El alma del malvado impenitente;
Pues el señor de Barbadillo, «Baste,»

Gritó, y le enmudeció: «Calla, ó al punto
Mancho mis propias manos con tu sangre.
¡Rodrigo! sús, sin réplica obedece;
Quítame á ese malvado de delante.

»Dispon que den dos piensos al tordillo,
Pon á punto el arnés de los engastes,
La espada de Bernardo, que en presente
Me dió el rey de Leon cuando las paces;

»Y la encantada lanza prodigiosa,
Cuya funda es la piel de una ceraste.
¿Qué puedo yo temer con tal caballo?...
¿Quién me puede vencer con armas tales?

»¡Ay de los que provocan mi alto brio!...
Conocerán mañana lo que vale.—
Hizo una larga pausa el orgulloso,
Y despues continuó: Tal vez que darte

»Más órdenes tendré: deja en seguro
A ese vil delincuente, y torna á hablarme.» —
Despareció sumiso el escudero,
Llevando al Zurdo trémulo delante

Con la siniestra asido, y con la diestra
Preparado el puñal. Se oyó alejarse
El rumor de los pasos de uno y otro,
Y al fin cerrar las puertas más distantes.



Quedó un momento como mármol, mudo
Y clavado en su puesto Rui-Velazquez;
Mas pronto, cual frenético, girando
Por la sala, en acentos discordantes

Consigo continuó: «No hay otro medio:
Aventurarlo todo en el combate
Es el solo recurso que me resta:
No querrá la fortuna abandonarme.

»Ya está echada la suerte... ¿Guarda acaso
A mi brazo el placer de que derrame,
Afirmando por siempre mi dominio,
De ese Lara infeliz la última sangre?» —

Dijo, y quedó en silencio largo rato,
Y tornando su rostro á demudarse,
Se dió en la frente una palmada, y luégo,
Revolviendo los ojos espantables,

Abatido exclamó: «¿Por qué la tierra
No me traga y confunde?... ¿Aventurarme
Puedo en batalla tal?... ¡Horrenda suerte!...
¿Quién es, quién este oscuro personaje,

»Que osa ponerme en tan estrecho apuro,
Que triunfa de venenos y puñales,
Y á quien dirige tan potente mano,
Que de mi gran poder burla los planes?

«¿Será un fantasma que el encanto mueve?...
¿Será una aparicion?... Sus ademanes,
Sus facciones, su voz y su osadía
Son las de aquel Gonzalo detestable.

»¿Lo ha vuelto el cielo vengador al mundo?...
¿Yo, como el vulgo vil, he de llevarme
De sueños y de vagas ilusiones?...
Es un bastardo, es un bastardo infame.

»Un hijo... ¡cielos!... hijo de la hermana
Del terrible Almanzor. ¿Traerá su alfanje
Cual prenda de victoria?... ¿El que el Destino,
Segun predijo el sabio nigromante,

»En mi daño forjó?... ¿Será que al verlo
Se me hiele de horror toda mi sangre?...
No, no entraré en la lid, de que depende
Que la verdad tremenda se declare.

»¿Puedo tal prueba resistir?... Huyamos:
Sólo una pronta fuga libertarme
Puede de tal conflicto. ¿A dónde?... ¿A dónde?—
A Córdoba, á Navarra, y de sus haces

»Venir al frente, á ser el exterminio
De Castilla. Sí, á Córdoba: negarme
Nunca podrá Giafar... ¿Qué digo?... ¡ay necio!
Ministro de las iras celestiales,

»Ese mancebo, aparicion ó encanto,
O de venganzas y exterminios ángel,
O demonio salido del infierno,
Le ha dado muerte, cual á mí ha de darme

»Tambien mañana... Pues Navarra sea
Mi asilo, mi refugio... ¿Quién fiarse
Puede del alevoso don García?
El verme desvalido y suplicante

»Fuera su mayor triunfo... Francia... Italia...
¡Prófugo!... ¡desvalido!... ¡miserable!...
No, prefiero la muerte.»—Quedó inmoble
Y otra vez en silencio Rui-Velazquez;

Mas un rayo de luz brilló en su frente,
Aunque fué pasajera; á reanimarse
Tornó, y á hablar consigo de este modo:
«Si aún la ciega fortuna ha de ayudarme,

»Aquí mismo ha de ser; aquí en Castilla,
En donde aún cuento amigos y parciales.
¿Por qué, necio, he perdido tiempo tanto
En los medios ocultos, en infames

»Empresas de hombres viles?... Todo, todo
Debe en momento tal aventurarse.
Hay muchos descontentos en Castilla:
Aún pudiera mañana á fuego y sangre

»Entrar en Burgos... El señor de Aranda,
El abad de Cardeña, Payo Sanchez,
Fortun Rodriguez, Alvaro Meneses,
Todos ellos... ¡cuán cortos los instantes

»Son que me restan! ¡Ah!... si cuatro dias,
Si dos... Ya no es posible: en el combate
Cual valiente morir: no hay más remedio,
Y ser execracion de las edades.»—

Quedó en hondo silencio, y arrojóse
(Ahogado, yerto de furor, su sangre
Encendida tan pronto como helada
De pánico terror, ansias mortales

Destrozándole el alma y miembros duros)
Sobre un escaño. ¡Sin ventura! es nave
Volcada entre arrecifes y bajíos,
Y á quien las olas con furor deshacen:

Es un cedro tronchado en la alta cumbre,
Ludibrio de los roncos huracanes:
Es un malvado en fin á quien abruman
Sus crímenes horrendos y crueldades.

¿Do el rostro volverá?... Lo eleva al cielo,
Y ve sobre su frente desplomarse
Un rayo vengador. Lo inclina á tierra,
Y ve que se abre ya para tragarle.

Lo vuelve al tiempo que pasó, y lo mira
Hondo mar de traiciones y maldades;
Al porvenir lo torna, y muerte, infamia
Y tormentos sin fin halla delante.

¡Oh Dios, lo que pasó! Pero su mente,
Aunque pocas, oscuras y fugaces,
Sin duda aún vió vislumbres de esperanza
(En los más duros y apurados trances

Siempre las ve el mortal); y dieron tregua
En el alma infelice de Velazquez,
Tras dos ó tres hondísimos suspiros,
A todos los tormentos infernales,

Que bramando apuró, pues poco á poco
Se calmó su temblor, más regulares
Su actitud y su gesto aparecieron;
Sentóse y ajustó la barba y traje;

Miró en torno de sí, con el embozo
Del manto se cubrió todo el semblante;
E inmóvil como un tronco, sumergióse
En tal meditacion, profunda y grande,

Que volvió á entrar en el salon Rodrigo,
Sin que de ella ni un punto le sacase
El rumor de la puerta, y de los pasos,
Que tanto susto le inspiraban ántes.

En el umbral, confuso el escudero,
Sin osar del arrobo despertarle,
Quedó algunos momentos. Mas al cabo,
«Señor,» dijo en voz baja. Rui-Velazquez,

Como si un trueno oyera, sorprendido,
Pavoroso se alzó; pero al instante,
Conociendo quién era el que le hablaba,
Orgulloso encubriendo sus afanes,

Y que dormido estaba, aparentando:
«Hola, Rodrigo, prorumpió; ¿encerraste
Al Zurdo, cual mandé?... Diste la órden
De que el tordo rodado me preparen?—

Contestó el escudero en voz sumisa:
«Seguro el Zurdo está bajo tres llaves;
Pero el tordo rodado .. el más hermoso
Caballo de Castilla... está... ¿quién sabe?—

»Explícate, ¿qué dices? abatido
Su dueño se aventura á preguntarle:
¿No está el tordillo atado en su pesebre
Con los demás?—Señor, á media tarde,

»Prosiguió el escudero, sacó Lope
A beber al tordillo, rozagante,
Fogoso como nunca. A los pretiles
Todos, todos salimos á admirarle.

»Su cola y crin, movidas por el viento,
Formaban la apariencia de un plumaje;
Con el cuello enarcado relinchaba
Atronando en reedor montes y valles.

»Ya estampaba los cascos en la tierra
Con corvetas y saltos desiguales;
Ya moviendo á compás el paso lento,
El arena esparcia por el aire.

»Bebió en la fuente, y al volver, al punto
De llegar á la puerta, á recelarse
Comenzó y á temblar; perdió su garbo,
Y como si una sombra ó un cadáver

»Se le opusiese al paso, dió un bufido,
Inclinó ambas orejas adelante,
Se empinó, y se plantó. Lope, que es diestro,
Quiso á entrar por la bóveda obligarle

»Con palabras, halagos, y áun por fuerza;
Pero afligido el tordo, á rebelarse
Comenzó, se erizó, y al fin rompiendo,
Sin ser cosa posible el sujetarle,

»Cabezada y ronzal, brincó y huyóse,
Desatentado atravesando el parque,
Como si lo siguiera hambriento lobo:
El arroyo salvó de parte á parte,

»Y entró en el bosque espeso, do su curso
La maleza agitada y el ramaje
Un momento indicaron. A carrera
Seguirle quiso Lope, mas fué en balde.

»Regresó sin aliento, y el cervuno
Y una lanza tomó, partiendo á escape
A alcanzar al tordillo, y á traerle;
Pero aún no ha parecido, y es ya tarde.»—

Este acontecimiento poco extraño,
Para el pecho infeliz de aquel magnate
Fué la gota de líquido, que llena
Un vaso, y que le obliga á rebosarse;

Pues si su orgullo y su altivez le dieron
Hasta el momento aquel fuerza bastante
Para esconder su abatimiento y susto,
De modo tal que no los viese nadie;

Logrando alucinar hasta á Rodrigo,
Astuto por demás y penetrante,
Y brazo, y consultor, y confidente
De sus crímenes todos y crueldades;

Al escuchar la fuga del caballo,
Que presagio patente de desastres
Y exterminio juzgó su fantasía,
A tal punto de sí llegó á olvidarse,

Que deshecho en temblor y en sudor frio,
Y en toda su grandeza miserable,
Demostrando el terror que le abrumaba
(No hay en el mundo alguno que se iguale

Al que al malvado abruma), desplomóse
De nuevo en el escaño, rompió en grandes
Alaridos, cerró los muertos ojos,
Y abatido exclamó: «¿Qué más señales

»Puedo tener de mi espantosa suerte?»
Y se quedó en silencio. Aproximarse
Osó entónces Rodrigo, aunque turbado,
Sabiendo es peligroso de un magnate

Momentos presenciar, de que algun dia
Pueda, al ver el testigo, avergonzarse.
Mas como él mismo allí participaba
Del pasmo y del terror, palabras tales

En voz humilde aventuró: «No hay duda;
Desque al trono subió Fernan-Gonzalez,
Se ven raros prodigios... No soy hombre,
A quien cosas comunes acobarden,

»Ni que dé pronto asenso á maravillas;
Pero os juro, que empieza á conturbarme
Ver cuál protege á ese mancebo moro,
O bien algun demonio, ó algun ángel.

»De las manos del Zurdo y de las mias
Escapó por milagro. La otra tarde
Que disfrazado fuí de peregrino
A la choza de Elvida á envenenarle,

»Tambien salvóse por extraño modo.
Ahora el Zurdo (que al fin no es un cobarde,
Ni tampoco lo son los forajidos
Que consigo llevó) no encontró en nadie

»Amparo y proteccion, ni en el camino
Ha podido lograr más que desastres;
Y sólo se oyen referir portentos,
Que erizan el cabello, en todas partes.

»Yo, á la verdad, señor, valgo bien poco,
Pero en lealtad á vos, no cedo á nadie:
Y á rogaros me atrevo... que... mañana
No os presenteis al singular combate.

»Sé que á vuestro valor y fuerte brazo
Es, querer resistir, empresa grande:
Sé que á vuestra destreza y poderío
La fortuna jamás pudo negarle

»Seguro triunfo en las batallas todas;
Y que de cuerpo á cuerpo quien os gane
No se puede encontrar, ni quien en armas,
Y caballos de lid os aventaje;

»¡Pero mañana!!!... ¡ah!... no, señor... creedme,
No os presenteis al singular combate.—
¿Y queda otro remedio? consternado
Le preguntó y confuso Rui-Velazquez;

»Dí, ¿queda otro remedio?»—Engrandecióse
El astuto Rodrigo; en su semblante
Pintóse la osadía, y con acento
Seguro y decidido, sin pararse

Repuso: «Sí, señor; acaso queda:
Aún sentado no está Fernan-Gonzalez
Muy de firme en su trono, y en Castilla
Vuestro influjo y poder aún son muy grandes.

»Hay pobreza, hay envidia, hay descontento:
Teneis muchos amigos y parciales...
Y... todavía, señor... y todavía...
Si yo en vez de escudero, un personaje

»Con vasallos, guerreros y castillos
Me encontrara, partido de este lance
Sacaria tal vez... ó pereciera
Con las ruinas de Burgos.—Me acertaste,

»Amigo, el pensamiento, interrumpióle
Su amo fuera de sí. Mas á angustiarse
Tornó, y dijo: «No hay tiempo ya, no hay tiempo:
Es imposible, sí.—Tiempo hay bastante,»

Contestó el confidente. Y como al punto
El toque de las ánimas sonase
De un cercano convento en la alta torre
Prosiguió: «Ya lo veis: de Payo Sanchez

»Legua y media lo más está el castillo.
En él estar podeis buen rato ántes
De que toquen maitines: allí tiene
Cien hombres de armas de los más audaces.

»Si se decide, al punto un mensajero,
Su propio capellan, puede avisarle
Al abad de Cardeña; á media noche
Vos aquí regresar, y en el instante,

»Sin esperar á que amanezca... á Burgos,
Y allí...»—Todo su fuego Rui-Velazquez
Recobró, y abrazando al escudero;
«Sin duda, dijo, por tu boca un ángel

»Me acaba de animar. Al punto sea;
No perdamos, amigo, ni un instante.
Corre con gran silencio, y de tal modo
Que no lo advierta ni sospeche nadie;

»El alazan ensilla, y el postigo
Que está á la espalda del palacio, abre.
Allí con el caballo espera, al punto
Partiré; al punto, amigo: vé, no tardes.

»Pues qué, ¿no he de ir con vos?» dijo el criado;
Y el amo replicó: «No, que importante
Más que nunca esta noche tu presencia
Es aquí, en el castillo. En cuanto marche,

»La voz de que en tranquilo, en hondo sueño
Me dejas reposando, astuto esparce.
En movimiento pon la gente toda,
Juntá á los escuderos y á los pajes:

»Dispon armas, pendones y libreas,
Todo el séquito aquel que acompañarme
Debiera á la batalla. Muy alegre
Muéstrate, como cosa indubitable

»Asegura mi triunfo, y áun, que tengo
Algun aviso celestial, añade.
Desmiente y pon en burla los prodigios,
Que de Salas tal vez puedan contarse.

»Saca de la bodega el vino añejo,
Entre los hombres de armas lo reparte:
Anima en fin la gente, y tenla á punto
De que ciega se arroje á cualquier lance.»—

«Os entiendo, señor, id descuidado;
Contestó el escudero: los instantes
Urgen, en el postigo sin tardanza
Con el caballo me hallareis.»—Velazquez,

Viendo desparecer al fiel Rodrigo,
Hácia el armero apresurado vase,
Pónese una armadura empavonada,
Un casco sin cimera ni plumaje,

Una daga se ciñe y un estoque;
Se echa un ropon de caza, y despues abre
Una pequeña puerta, escucha atento;
No oyendo nada, de la estancia parte;

Pasa un estrecho corredor, y torna
A escuchar otra vez: sigue adelante,
Baja una escalerilla retorcida,
Cruza un patio y oscuros soportales,

Llega al postigo, la ferrada puerta
Encontrando encajada, al campo sale,
Halla en él á Rodrigo y al caballo,
Reconoce las cinchas y el rendaje

A tientas, y cabalga en gran silencio.
—Animo,—dice el confidente, al darle
El estribo:—Prudencia y vigilancia,
Amigo,—le responde Rui-Velazquez.

Al fogoso alazan la espuela arrima,
A trote cruza el extendido parque,
Y se mete en el bosque por la senda
Que hácia el castillo va de Payo Sanchez.





ROMANCE DÉCIMO

RUGERIO.	A la escasa luz que asoma Entre los rotos nublados, Veo dos senderos trillados: ¿Cuál será?...
ÁNGEL DE LA GUARDA.	Rugerio, toma El de la derecha.
EL DEMONIO.	Sigue El de la siniestra, amigo.

(Versos de antigua comedia.)

Suelen las gigantescas esperanzas
Que de horrendo infortunio en las congojas
Animan de repente al pecho humano,
Ser, al par de brillantes, ilusorias;

Y el que engañado de su aspecto hermoso
Sin más reflexionar en pos se arroja,
Encuentra al primer paso una barrera,
O se pierde infeliz tras vanas sombras.

Así en la noche, por el monte espeso,
Perseguido de fieras bramadoras,
O de los salteadores asesinos,
Perdido caminante se acongoja;

Y de pronto al través de los peñascos
Una brillante luz poco remota
Advierte, y reconoce ser la lumbre
De amigo albergue y conocida choza.

Ya se figura en salvo, hácia el señuelo
Se dirige anhelante, sus zozobras
Y temores olvida; y en su idea
El grato hogar y la abrigada alcoba,

Sabrosa cena y amigable abrazo
El abatido pecho le confortan.
Pero, ¡ay desventurado! apénas mueve,
Encarado á la luz, la planta, toca

El borde de espantosos precipicios,
La cumbre de agrias peñas, que coronan
La dilatada márgen de ancho rio,
Cuya sesga corriente el paso corta,

Sin barca, vado ó puente á la esperanza;
Y ve el desventurado que no hay otra
Sino arrojarse en la veloz corriente,
O estrellarse cayendo de las rocas;

O ser despedazado en la espesura
Por el colmillo agudo y garra corva
Del lobo rabiador, ó ser despojo
Del bandolero y de su inicua tropa.

Aún mil pasos no está de su castillo
Alongado Velazquez, y su propia
Experiencia del mundo y de los hombres
Con amargo rigor le desconhorta;

Mostrándole cuán vano y áun funesto
Es el recurso á que se acoge, y todas
Sus ansias y tormentos se renuevan,
Y en desesperacion á hundirlo tornan.

Ambicioso y osado es Payo Sanchez,
Sostener quiere pretensiones locas,
Y no empleará su fuerza y sus amigos
En las ajenas, quien las tiene propias.

La tumba de Velazquez puede sólo
La basa ser de su grandeza, roca
Donde encuentre cimiento el poderío,
Que en Castilla ejercer ciego ambiciona.

¿Querrá, pues, sostenerle en su caida?...
Miéntras subsista en pié, no es fácil cosa,
No ya sobrepujarle, sino áun verse
A su nivel; y poco ó nada importa

A ninguna ambicion, que la familia
De Lara torne á su grandeza y pompa.
Gustios, anciano, ciego, enfermo, inútil,
Con recuerdos no más y antiguas glorias

Puede, y poco vivir; y ese Mudarra,
O es una aparicion y vana sombra,
Que se disipará, cuando las miras
Cumpla de quien le ha dado cuerpo y forma,

O es un mancebo ardiente, que nacido
Y educado en regiones muy remotas,
Con otros usos, religion y lengua,
Puede brillar, pero en esfera corta.

¿Quién ha de ser tan necio que aventure
Sus planes, esperanzas, fama y honra,
Abrazándose á aquel, que, abandonado,
De la tierra y del cielo, se desploma?

¿Quién, que avanzar en el poder pretenda,
Se pondrá en lucha con Castilla toda,
Contra la inclinacion del nuevo Conde,
Contra el brazo invencible en fin, que obra

Tales portentos á favor de Lara?
Reflexiones, tan justas y tan obvias,
En el entendimiento de Velazquez,
Abrumándole el alma, se amontonan;

Sacando la juiciosa consecuencia,
Que el confundido pecho le destroza,
De que va á prosternarse ante las plantas
De un rival inferior; á hacer notoria

Su impotencia y patentes sus terrores;
A descubrir secretos de alta monta,
A proponerle peligrosos planes,
A hacerle dueño en fin de su persona;

Para lograr, ó lástima, ó desprecio,
Si es que cadenas y prision no logra;
Y muerte, no en la lid, en el cadalso,
Siendo abominacion de España toda.

Acosado el señor de Barbadillo
De tales pensamientos, abandona
La empresa de tentar á Payo Sanchez,
Y el paso y rienda á su alazan acorta.

Suspenso queda: se le ocurre acaso,
Si aún fuerza podrá hallar que le socorra
En algunos oscuros caballeros,
De él casi dependientes, pues que moran

En aquellos contornos, gente armada
Manteniendo por fausto para escolta.
A un lado y otro el alazan revuelve;
Mas pronto ve que á semejantes horas

Socorro mendigar de puerta en puerta,
No puede producir más que deshonra;
Y que do halló obediencia poderoso,
Cercado de esplendor y régia pompa;

Trémulo, fugitivo, disfrazado,
Va insolencia á encontrar ignominiosa.
Velazquez á los hombres conocia,
Y no se alucinaba en causa propia.

—Dominador de la feraz llanura
Por los aires altivo se remonta,
Y en el tronco robusto y las raíces
Profundas apoyado la alta copa

Extiende en derredor árbol gigante.
Anidan aves mil entre sus hojas,
Abrigo en él ganados y pastores
Buscan de invierno, y de verano sombra;

Sin que ose sospechar que son sus tallos
Grato cebo, la cabra trepadora,
Ni el gañan, que sus ramas dar pudieran,
O lumbre, ó techo á su infelice choza.

Pero truena encendida oscura nube;
Derriba el árbol, con su ruina asombra
Un momento la selva, huyen las aves
Para nunca volver, y las personas,

Y áun los brutos tambien, viéndole en tierra,
Casi en desprecio el culto antiguo tornan;
Que es más útil tendido reconocen,
Y aquellos pronto las segures toman,

Aprovechan en leño su ramaje,
Hasta de las cortezas lo despojan,
Y estos sin susto y con osado diente
Le arrancan los renuevos y las hojas.

—Desesperado cual jamás Velazquez,
Viendo cerradas en la tierra todas
Las puertas de socorro en tanto apuro,
Con llanto de despecho la faz moja.

En el espeso monte incierto vaga,
Y al caballo las riendas abandona.
A su alcázar tornar, terror le infunde:
En los desiertos esperar la aurora,

Le horroriza tambien. Ya es media noche,
Vuelan fugaces las ligeras horas...
A la mañana... ¡Oh Dios!... En tal conflicto
Por la primera vez al cielo torna

El pensamiento. ¡Desdichado!... ¿Cómo
Favor le pide, proteccion le implora?
¡Cómo, cómo, infeliz!—Por tal camino,
Que más la eterna cólera provoca.

Juzgan ciegos los hombres que allá reinan
Las pasiones de acá, que es fácil cosa
Capitular con Dios, y que oraciones,
Y dádivas, y ofertas engañosas

Para el delito, la maldad, el crímen,
Ya que no amparo, tolerancia logran.
Así obcecado el mísero Velazquez
De tal modo consigo reflexiona:

«Si el cielo poderoso concediera
A mi lanza mañana la victoria,
Un santo monasterio yo fundara,
Diera mis bienes todos de limosna,

»Y las vanas grandezas renunciando
Y del mundo falaz la necia pompa,
A recibir de mi pasada vida
La absolucion, me encaminara á Roma,

»Para morir despues en un desierto.
Déme mañana, sí, déme la gloria
Del triunfo, mi secreto oculto quede,
Derrame yo en la lid la postrer gota

»De la sangre de Lara, y mis pecados
En penitencias y con santas obras
De tal modo expiaré, que pueda al mundo
Servir mi austeridad de ejemplo y norma.

»Si un santo sacerdote hallar me es dado...
Un monje penitente, que interponga
En mi favor ayunos y oraciones,
Dueño será de mis riquezas todas.

»Hay en estas montañas una ermita,
Do un solitario penitente mora...
Si la pudiera hallar... Un monasterio
Cerca de mi palacio... su abad goza

»Fama de sabidor... amigo es mio...
Les abriré mi pecho. ¿Qué me importa
De confesion bajo el sigilo?... Sea,
Si logro yo mañana la victoria.»

Así el precito habla entre sí, y en tanto
Á paso lento el alazan se embosca,
Sin que rienda ni espuela le dirija,
Por una áspera senda tortuosa.

Era oscura la noche; pero á veces
La escasa luna entre las nubes rotas
Derramaba su luz. El recio viento
En los desnudos árboles y toscas

Peñas silbaba ronco. Algunos ratos
Copiosa lluvia con espesas gotas
A trechos las colinas azotaba;
Otras todo era calma y densa sombra.

Embebido en sus vanos pensamientos,
Y apurando martirios y congojas
Iba sin saber dónde Rui-Velazquez,
Cuando al salir á un raso, que espaciosa

Vista lograba, y al momento justo
De pasajera claridad, le azora
Del alazan un súbito relincho,
Que por los valles y cavernas hondas

El eco repitió. Sobresaltado
Coge las riendas, se detiene, torna
Los ojos en reedor, y de repente
Mira asomar en la vecina loma,

Bien que en incierto y ciego bulto, un hombre
A caballo y con lanza, que galopa
Como á su encuentro, dando voces vagas
Que el viento silbador confunde y borra.

Aunque no era cobarde, los cabellos
Se le erizaron, y la sangre toda
En sus venas se heló. Tan llena estaba
Su mente de terrores, de espantosas

Fantasmas, y tan débiles sus miembros
Con tantos padeceres y zozobras;
Que ve en aquel jinete un enemigo,
Que de repente la montaña aborta,

O á Mudarra el fantástico, que viene
A saciar sus venganzas. Se abandona
Al pánico pavor, ambos ijares
Del fogoso alazan pica y destroza:

Huye á escape al través de las malezas,
Por agrias cuestas y escarpadas trochas,
Y como con la fuga el miedo crece,
Sobre la crin del pisador se encorva,

La aguija más y más, y se figura,
Una vez que hácia atrás el rostro torna,
Que sobre siete ciervos descarnados
Siete esqueletos hórridos lo acosan,

Y que los Laras son. Cierra los ojos,
Desatentado ya, ciego se arroja
Por precipicios, setos y barrancas
Con su caballo que, cual suelta corza,

Salva troncos, torrentes y peñascos,
Sacando chispas cuando encuentra y topa
So la herradura pedernales duros;
Con su ímpetu veloz y cascos forma

De tormenta lejana estruendo sordo,
Y de la noche las tinieblas corta,
Como los aires rápida saeta,
Sin dejar tras de sí rastro ni sombra.

—El jinete tal vez, de quien va huyendo,
Era Lope, que andaba á aquellas horas
Aún buscando al tordillo; ó bien seria
Uno de los malvados de la tropa,

Que al Zurdo acompañara aquella tarde,
Y que al monte se huyó, mermada y rota;
O algun perdido viajador. Quien fuese,
No siguió al fugitivo. ¿Qué persona

Que en su seso estuviera, se arrojara
En los ramblares y en las quiebras hondas,
Por do despareció? Mas cual si fueran
Alas sus piés, el alazan no acorta

El raudo curso, y síguele buen rato,
Hasta que al fin desfallecido choca
Con un troncon volcado, y al empuje
Que en una lastra resbaliza y monda

Hace para saltarlo se desliza,
Con su jinete en tierra se desploma,
El monte oscuro con el golpe atruena,
Y con su peso un matorral agobia.

En el fango tendido Rui-Velazquez
Permaneció por largo tiempo, todas
Sus facultades muertas. Pero al cabo
Un turbion recio, que las densas sombras

Hendiendo, lanza pasajera nube,
El pecho y rostro pálido le azota,
Y en sí le vuelve, cual si de hondo sueño
Tremendo despertara. Se incorpora;

En pié se pone, temeroso duda,
Si aún está en este mundo y en su propia
Carne mortal. Su pensamiento llena,
Pero en confusas y embrolladas formas,

Cuanto ha pasado aquella noche. Envuelto
Se ve en densas tinieblas, y le acosa
La fuerte lluvia. En dónde está, no sabe,
Ni cómo allí ha venido. Que ya mora

La region infernal, que ya principian
Sus tormentos, sospecha, y casi torna
A perder los sentidos, yerto, helado
Y de dolores lleno. Voladora

Pasa en tanto la nube, aclara, cesa
El aguacero, media faz asoma
Por el roto celaje clara luna,
Y vida con su luz los campos cobran.

La claridad, la calma y los objetos,
Que se muestran cual son, á las congojas
De Velazquez dan tregua, le reaniman,
Y su abatido espíritu confortan.

A coordinarse empiezan sus ideas,
Vienen la fuga y golpe á su memoria,
Y el caballo echa ménos. Anhelante
Vuelve los ojos á una parte y otra,

Avanza algunos pasos, y descubre
Casi á su frente, y á distancia corta,
Un pequeño edificio, en el que indica,
Que hay luz ú hogar, una alta claraboya.

Animoso se acerca, ve un caballo
Pacer la yerba que al abrigo brota
Del tosco muro; al punto reconoce
A su corcel. Con tal hallazgo todas

Sus fuerzas se reaniman; silla y freno,
Que estaban ya en desórden, le acomoda,
Y con él de las riendas examina
El edificio todo á la redonda.

Halla pronto la puerta, aunque cerrada,
Y oye dentro una voz que armonïosa
Los salmos y las santas oraciones,
Que á maitines la Iglesia reza, entona.

Al momento conoce que es la ermita,
Do el solitario penitente mora,
Y á quien pensó buscar há poco rato
Para pedir al cielo la victoria.

No duda pues que el cielo, el mismo cielo
A que á tal santo y proteccion se acoja,
Por tan extraño modo le ha traido;
Y sin pensarlo más, la puerta toca,

Que cediendo al impulso, ábrese lenta,
Y se halló Rui-Velazquez en la gloria.
Nada ménos creyó, viéndose dentro
De una limpia capilla primorosa,

Cuyas blancas paredes relucian
Al claro resplandor de dos antorchas,
Que en un altar de piedra iluminaban
La imágen hermosísima y devota

De una Vírgen de cedro, colorido
El rostro, y de oro y de trasflor las ropas:
Escultura de aquella que los griegos,
En aquel siglo de barbarie y sombras,

Dichosos los reflejos conservando
De otra más culta edad y más remota,
Industriosos labraban y esparcian
Con grande lucro en la cristiana Europa (34);

Y de las cuales, aunque raras, duran
Algunas con gran culto y luenga historia,
Del curso de la edad ennegrecidas,
Mas venerables siempre y milagrosas.

Ornaban el altar vasos diversos
De extraño esmalte y peregrina forma,
Con siempreviva, juncias, brezo y yerbas,
Que el rigor invernal no descolora.

A un lado y otro en sendos braserillos
Humo apacible y delicioso aroma
Quemadas esparcian por el aire
Ramas de enebro y escogidas gomas.

Enfrente del altar, arrodillado
En medio de la ermita, el alma toda
Embebida en las santas oraciones
Que entonaba con voz clara y sonora,

Fijos los ojos en la sacra imágen
Con expresion sublime, y las rugosas
Manos puestas en cruz, absorto estaba
El solitario. Augusta su persona,

Y larga era su edad, noble su rostro,
Tranquilo y venerable. En blancas ondas
Su barba y sus cabellos descendian,
Y una túnica blanca y una estola

Eran su traje. Sus fervientes rezos
Ni el rumor de la puerta, ni á tal hora
La entrada de un incógnito turbaron,
Pues ni áun volvió la faz. Todo lo nota

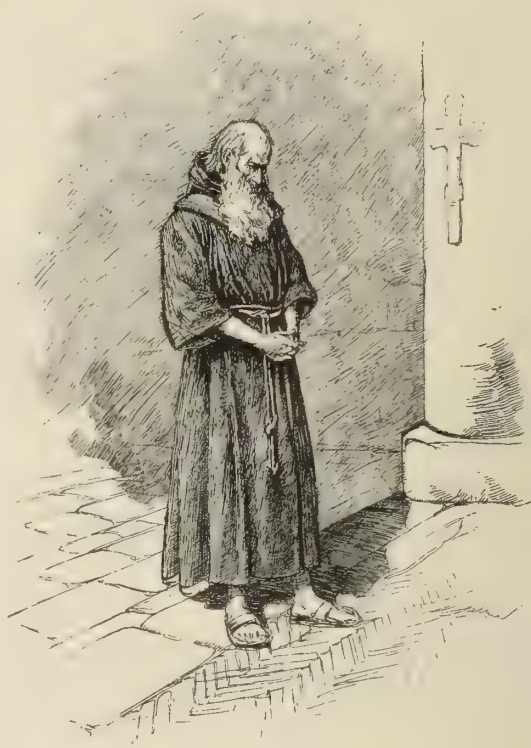
Velazquez, y embargado de respeto,
Quédase en el umbral, y calla, y dobla
Ambas rodillas, la cabeza inclina,
Del acerado almete la despoja,

Y cruzando los brazos sobre el pecho
Con humilde actitud en él impropia,
Lucha con los terrores y esperanzas
Que en su confusa mente se amontonan.

Era Ildovaldo el nombre que se daba
El santo anacoreta; mas su historia
Desconocida casi, aunque en el vulgo
Fábulas, entre sí contradictorias

Y llenas de portentos ó milagros,
Se refiriesen de él. Eran notorias
Su alta sangre, y su cuna en Lombardía.
Por qué empero dejó su patria propia,

Y cuáles desengaños le trajeron
A aquella vida solitaria, cosas
Fueron siempre escondidas. Vino á España,
A Castilla y á Burgos desde Roma,



Cuando dejaron huérfana la Iglesia
Las sacrílegas tramas de Marozzia;
Y aunque solo llegó, consigo trajo
Grandes riquezas y soberbias joyas.

Recibióle en su casa el Arzobispo
Con altas muestras de respeto y honra,
Y ambos tuvieron conferencias largas
De gran secreto y traza misteriosa;

Y aunque de Burgos la atencion llamaron,
La de don Sancho, de la corte toda,
Y de Velazquez mismo, impenetrables
Quedaron y escondidas entre sombras.

Vivió Ildovaldo pues en el palacio
Arzobispal, y en gran retiro: á pocas
Semanas, en el monte aquella ermita
Trazó por sí y edificó á su costa;

Y establecido en ella, repartiendo
Antes grandes riquezas en limosnas,
Renunció al mundo, y consagróse todo
A ejemplar vida, penitente y sola.

No tornó más á Burgos: en las granjas,
Altos palacios, miserables chozas,
Aldeas y alquerías del contorno
Se le vió raras veces; y las pocas

Que en tales sitios se mostró, fué siempre
A ser íris de paz en las discordias
Domésticas, auxilio en un incendio,
O consuelo de angustias y congojas.

Era grande su ciencia y su doctrina,
Sólida su virtud, conmovedora
Su elocuencia, y ardiente y extremada
Su caridad. Tal vez de la redonda

Solian concurrir los labradores,
Y en torno de él, á la apacible sombra
De algun árbol del bosque, ó en la ermita
Recibir embebidos de su boca

La palabra de Dios. Y tal respeto,
Tanta veneracion lograba en toda
La comarca, tal fama y santo nombre
En Castilla tambien, que áun hubo locas

Ambiciones, que osaron un apoyo
Buscar en su influencia poderosa;
Pero el anacoreta, sin airarse
Contra tales propuestas, desechólas,

Mostrando, que el varon que el siglo deja,
Y que renuncia á las mundanas pompas,
Profesando en la vida retirada
La penitencia y prácticas devotas;

A los hombres y á Dios engaña, rompe
Sus votos y en demonio se trasforma,
En cuanto parte en cosas de este mundo,
Y en las pasiones de la tierra toma.

Tal era el venerable penitente,
A cuyo umbral postrada la persona,
Más soberbia y audaz que vió Castilla,
Ni respirar, ni alzar los ojos osa.

Acabó sus maitines Ildovaldo,
Quedó inmoble un momento, con la boca
Selló la tierra, santiguóse, y luégo
Se alzó, y con faz tranquila y voz melosa,

«La paz de Dios en vuestro pecho sea,»
Dijo vuelto hácia el huésped. «¿A estas horas,
Hermano, qué buscais en mi retiro?»
A su acento Velazquez se recobra,

Y en pié se pone, mas turbado calla.
El solitario continuó: «¿Las sombras
Espesas de la noche os han borrado
Las sendas, los caminos y las trochas,

»Y perdido vagais por la montaña?...
Aquí hallareis descanso hasta la aurora,
Y con la nueva luz vuestro camino
Volvereis á encontrar... Mas si tan corta

»Detencion os molesta, en el momento
Yo, que conozco las veredas todas
De esta comarca, os serviré de guía.»
Velazquez, cuya mente estaba absorta

Imaginando cómo sus temores,
A tal varon, sus ansias y zozobras
Referir, y empeñarle á que á los cielos
En su favor arranque la victoria

Del tremendo combate, no responde.
El ermitaño, que en su frente nota
La terrible inquietud que lo domina,
La turbacion y espanto que lo agobian,

Un instante lo observa en gran silencio,
Y así con interés á hablarle torna:
«Sí, forajidos hay en estos montes,
Fieras tambien que al caminante acosan;

»Tal vez la insana furia de los unos
Y la voraz audacia de las otras
A buscar este asilo os compelieron;
Y á él, hermano, llegasteis en buen hora.

»Seguro estais aquí, bajo el amparo
De la que de luceros se corona,
Y cuya planta la feroz cabeza
Del dragon infernal quebranta y postra.»

Rompió entónces Velazquez el silencio
Que han menester alivio sus congojas,
Y como á su pesar, «¡Oh padre! dice,
No de bandidos, ni de fieras torvas

»Huyendo vine aquí; sí de fantasmas,
De terribles espectros que me asombran
Y persiguen doquier... Del cielo airado...
De una suerte infeliz y desastrosa...

»Y de mí, de mí mismo.»—Aquí atajóle
Un helado temblor. Pero le toma
La mano, y se la aprieta el penitente,
Y en caridad ardiendo su alma toda,

Le anima de esta suerte: «Si infortunios,
Si de este valle de dolor agobian
Vuestro pecho infelice las desdichas,
En buen puerto os hallais. Consoladora

»La Madre de Dios es del afligido,
Fuente de celestial misericordia.
Postraos, pedidle su favor, y al punto
Su favor obtendreis. Nunca lo implora

»El pecador en vano.»—Rui-Velazquez
Fuerzas y aliento de repente cobra:
Con ambas manos á su pecho aprieta
La de Ildovaldo trémula y rugosa,

Clava los ojos en la santa imágen,
Y exclama en ronca voz: «Si la victoria
Me concede mañana, yo hago voto
De tornar esta ermita, á toda costa,

»En magnífico templo, cuyas torres
Allá en las nubes su remate escondan.
Jaspe y bronce serán los ricos muros,
De cedro las techumbres: cien antorchas,

»En blandones de plata, noche y dia
Reflejarán sobre las ricas joyas
Del ara santa. Veinte capellanes,
Y á su cabeza vos, dueño de todas

»Mis riquezas, señor de mis estados,
Al culto de tan alta protectora
Consagrarán...»—«¡Callad, basta, infelice!!!»
Diciendo, el voto del malvado corta

Con firme voz el santo anacoreta:
«Basta, no blasfemeis. ¡Qué! ¿se soborna
Por ventura á la Reina de los cielos,
Y su divina proteccion se compra?

»Las ofertas, los dones, de este mundo
La vanidad y fugitivas pompas,
Arrastran á los míseros mortales;
Mas de la Omnipotencia nada logran.

»Un corazon sin mancha, una alma pura
Son su altar y su templo: buenas obras,
Y caridad, y rectas intenciones
Son su culto mejor. Las voces solas

»Que desarman el brazo de sus iras,
Que abren la celestial misericordia,
Son la del pecador arrepentido
Y la de la inocencia candorosa.»

A medida que hablaba el penitente,
Todo su aspecto, sus facciones todas
Cobraban tal grandeza y fuego santo,
Que era ya más que humana su persona;

Un verdadero apóstol, un profeta.
Al par oscuras, infernales sombras
Ofuscaban el rostro de Velazquez,
Lívido y cadavérico, la copia

De un criminal convicto presentando,
Que su sentencia escucha. En cuanto nota
Su abatimiento el santo solitario,
El celo y voz enérgica reporta

Con caridad cristiana, y otro giro,
Otro ademan más compasivo toma,
Prosiguiendo: «Sí, hermano; nadie, nadie
En el seno de Dios eterno logra

»Acogida más tierna que el contrito.
Un gemido, una lágrima tan sola
De sincero dolor al juez airado
En padre amorosísimo trasforma.

»El pecador, por pecador que sea,
Seguro está de hallar misericordia;
Pero ¡ay, si se descuida! vuela el tiempo,
Frágil es nuestra vida, y harto corta.

»No hay momento seguro: hermano mio,
Acudid al Señor... Si es que os agobia
El peso de la culpa, alzad al cielo
Vuestra alma arrepentida: al punto todas

»Vuestras penas vereis dulcificadas;
Sea cual fuere el conflicto que acongoja
Vuestro pecho, pedidle á Dios ayuda,
Os la dará amoroso... ¿La victoria

»De una lid pretendeis?—Sí, padre mio,
Velazquez le responde: la victoria
De una batalla horrible, de un combate,
En que no sólo va la fama y honra,

»Sino tambien condenacion eterna...
Sí, que es prueba de sangre, en que notoria
Ha de quedar del cielo...» Aquí embargóse
Su voz. Apresurada y anhelosa

La de Ildovaldo continuó: «¿Sin duda
Al aceptarlo, ni la más remota
Sospecha, ni el escrúpulo más leve
Os quedó de si estaban triunfadoras

»La razon y justicia á vuestro lado?—
¡Razon!!!... ¡Justicia!!!» repitió la boca
De Velazquez helada, cual repite
El eco oscuro en las cavernas hondas

Los gritos del pastor. Y el potentado,
El guerreador, el fuerte, el que de roca
Tiene su corazon, el que de hierro
Vestido y con espada cortadora

En la cinta se muestra; confundido
Tiembla, duda, anonádase, y se apoya
Sobre el anciano débil, desarmado,
Pacífico y humilde; heladas gotas

De sudor, no de lágrimas, mojando
La blanca barba y la bendita estola
Del solitario, que afligido calla,
De una torre que se abre y se desploma,

Frágil puntal. Despues de algun momento
Ildovaldo piadoso junta todas
Sus fuerzas, á su huésped en los brazos
Mueve, sobre un escaño lo acomoda.

Socórrelo solícito, lo anima,
Que al cabo cobre sus sentidos logra,
Y con tal caridad le habla y consuela,
Y con tan dulce persuasion le exhorta,

Que en un momento de expansion Velazquez
Le abre su pecho, y la infernal historia
De sus odios y bárbaras venganzas,
Y del reto aceptado que lo ahoga,

Con terror tan horrendo le refiere,
Como al médico docto, en quien coloca
Su esperanza final, cuenta el doliente
Su aguda enfermedad hora por hora.

Si exacta fué la relacion prolija,
Si confesó las circunstancias todas
De sus tramas atroces, Dios lo sabe:
¿Pues quién de tanta ingenuidad blasona

Que no disculpe ó palie sus delitos,
Cuando la acusacion emprende propia?
Con horror y con lástima escuchóle
El pálido ermitaño; y la espantosa

Confesion terminada, así prorumpe:
«¡Cuán grande es la eternal misericordia!
¡Ay, cuán grande es con vos, hermano mio!
Tras tan largo esperar no proporciona

»A todos tantos medios de reparo:
No los desperdicieis. Una victoria
Pedís á Dios, y Dios está dispuesto
A daros una tan cumplida y pronta,

»Tan grande, tan magnífica, que os haga
Del orbe absorto admiracion y norma,
Un astro refulgente de los cielos,
Un potentado excelso de la gloria.

»¡Oh cuán felice sois!... Hollad la senda;
Despreciable barrera el paso os corta.
Arrostradla, lidiad... vuestro es el triunfo,
Con él os brinda el cielo á poca costa.»

Velazquez, confundido y enfangado
En el cieno del mundo, no remonta
Su alma precita á comprender tan altas,
Magníficas ofertas, como brotan

Del inspirado labio. Sólo en ellas
Halla de sus pasiones la lisonja.
Y con vehemencia, «¡Oh padre! le interrumpe,
Pues tan segura tengo la victoria,

»¿Qué debo hacer?... Decid... Mis pasos guie
De vuestra santidad la clara antorcha.»
Contestó el ermitaño: «¿Qué?... un cristiano
Que ha confesado ya sus culpas todas,

»Que demanda piedad al santo cielo,
Y que á la Vírgen sin mancilla toma
Por escudo y amparo; ¿lo que puede,
Lo que tan sólo hacer le es dado, ignora?

»Volad, que urge ya el tiempo: de ese anciano,
De ese anciano inocente, en quien rabiosa
Se cebó vuestra furia; á quien robasteis
Hijos, felicidad, fortuna y honra,

»Arrojaos á las plantas, y pedidle
Perdon: os lo dará. Tal vez piadosa
La mano del Señor guardó su vida,
Para que os dé perdon. Id; sin demora

»Luégo al mundo anunciad, que es inocente
Vuestro enemigo, porque tenga pronta
Reparacion completa. Vuestros bienes
En su esplendor antiguo le repongan,

»En vuestros brazos recibid al jóven
Que os retó denodado. Su persona
Mirad cual si en sus venas circulara,
Siendo hijo vuestro, vuestra sangre propia.

»Tomad á vuestro cargo el que abjurando
Los infernales ritos de Mahoma,
Reciba el agua santa del bautismo,
Y que al Criador consagre su alma heróica.

»Hé aquí lo que el Señor de vos exige;
Hé aquí de un triunfo cierto la corona;
Hé aquí el ancho camino que va al cielo;
Hé aquí de salvacion la senda sola.»

En tanto que así hablaba el solitario
Con celestial fervor, el alma torva
De Velazquez demonio se convierte,
Y su pecho volcan. Fiero recobra

Todo el vigor perdido: en un infierno,
A sus ojos, la ermita se trasforma.
Álzase furibundo, y dando un grito,
Que sonó como suena entre las rocas

Duro golpe de mar, «Basta, infelice,
Si no quieres morir, sella la boca;
Séllala, infame, dijo al penitente:
¿Sabes tú con quién hablas?... ¿á quién osas

»La infamia proponer?... ¿y tú eres dueño
(Maldita mi imprudencia ciega y loca)
De mis secretos todos?... Don de muerte
De mi confianza el don será.»—Furiosa

Llevó la diestra al pomo de la daga,
Y medio fuera de la vaina forma
Relámpago funesto la cuchilla,
Reflejando la luz de las antorchas;

Pero tornó á esconderla el iracundo,
De ella quitó la mano, y, «¿qué me importa
De tí, extranjero vil? prosiguió altivo:
Sólo eres digno de desprecio y mofa.

»¿Cómo pude obcecado ni un momento
Con mi presencia honrar tu humilde choza?
Abades tiene, príncipes la Iglesia,
Príncipes, que mis votos y limosnas

»Presentarán al cielo, y sus favores
Para mí lograrán. Hasta la hora
En que me has visto, olvida... ¡Desdichado,
Si aún mi nombre conservas en memoria!!!»

Dice, aparta feroz al ermitaño,
Corre á la puerta, la celada toma,
Al campo sale, su caballo busca,
Le halla al momento, apresurado monta;

Aléjase á galope, se confunde
De la montaña en las oscuras sombras,
En la espesura, en las fragosas quiebras,
Y són de trueno su carrera forma.

Inmoble, yerto en medio de la ermita
Quedó el santo varon: que una espantosa
Vision de infierno ha sido todo, juzga.
Mas en sí pronto vuelve, se recobra,

Y su cabeza venerable cubre
Con el gran capuchon, al pié se arroja
Del altar, donde el rostro contra el suelo,
Y en lágrimas deshecho, ardiente implora

De la Vírgen santísima, que mire
Con piedad aquella alma pecadora,
Que tan perdida al precipicio corre,
Y que en tales abismos se desploma.

—En tanto Rui-Velazquez el camino
Sin detenerse despechado toma
Del monasterio aquel, que está cercano
De su castillo, y rápido galopa

En busca del Abad, del cual espera,
Que admitiendo sus votos y limosnas,
Arranque á su favor del alto cielo
Segura proteccion, cierta victoria.

Era ya enfermo indómito, que loco
Huye del docto físico, la sola
Medicina eficaz para salvarle
Rehusando, por amarga ó dolorosa;

Y al charlatan empírico se acoge,
Su confianza le da ciego, y coloca
Esperanza funesta en la dulzura
De los venenos y doradas drogas.

El cierzo helado despejado habia
La atmósfera de nubes; ya la aurora
Rayaba, y en el último horizonte
El albor del crepúsculo las sombras

Empezaba á arrollar. Lejanas cumbres,
Anchas llanuras y peladas rocas
Borradas entre niebla aparecian;
Cuerpo tomaban las vecinas lomas,

Y los cercanos bosques, aún envueltos
En vapor blanquecino, gruesas gotas
De la pasada lluvia destilaban.
Retumbaban en torno las sonoras

Campanas del vecino monasterio,
Que saludan al alba, y que convocan
A la oracion de la mañana; y vense
Que, descollando entre la selva, asoman

Dos gigantescas puntiagudas torres,
Que de cruces de fierro se coronan.
El réprobo, al mirarlas, animoso
De su alazan el ímpetu redobla:

Metióse entre los árboles desnudos,
Y al salir de ellos, á distancia corta
El soberbio vastísimo edificio
Tiene á la vista, y se la llena toda.

Varios tristes cipreses verdinegros,
Gigantes silenciosos que custodian
La plaza donde se alza la gran mole,
Adustos por el aire se remontan,

Y marcan el tranquilo cementerio,
Donde, en hileras, funerales losas,
O encierran á los monjes que han vivido,
O están llamando á los que aún vida gozan.

Ya se descubre la soberbia puerta
De la iglesia, arco osado que se apoya
En dos gruesos altísimos pilares,
Y que con gusto escaso en torno adornan

Escudos, mitras, nichos y trofeos,
Entre follajes y labores toscas;
Dejando ver el interior oscuro,
Y en perspectiva entre sus vagas sombras

Alzarse, cual fantasmas colosales,
Los enhiestos machones, que soportan
El pesado cimborio; y al fin de ellos,
Al través de una verja primorosa,

El dorado retablo se columbra,
Al trémulo fulgor de las antorchas.
—Llega Velazquez, pues, las riendas suelta,
Se ase á las crines, del arzon se arroja;

Y miéntras su alazan ijadeando,
Por la nariz hinchada se desfoga,
De humo, de espuma y de sudor cubierto
Y lánguido á rascarse cuello y cola

Va al tronco de un ciprés, y de la yerba
Pace que en torno á los lucillos brota;
Él traspasa el umbral, y á paso lento
Entra en la inmensa nave, húmeda y sola,

Sus pasos resonando y sus espuelas
Del pavimento en las cuadradas losas.
A la mitad del templo al fin se pára,
So la eminente bóveda, y se apoya

Del fundador contra el sepulcro helado,
Trozo de mármol con labores toscas,
Sobre el que una armadura, un rojo manto
Y dos banderas desgarradas posan.

Las varias voces del discorde coro
Por las cimbrias altísimas rimbomban,
Y suena alguna tos de cuando en cuando
En las capillas lóbregas. Asoma

Allá en el presbiterio, semejante
A una fantasma, con sus blancas ropas
Un monje, que cruzando á lento paso,
Vigila los blandones, acomoda

Sobre el altar misal y vinajeras,
Apresta el incensario, las alfombras
Extiende, mulle del Abad la silla,
Y las lámparas baja y las adoba.

De prima la oracion luégo concluye,
Y la comunidad desciende toda,
Precedida de cruz y de ciriales:
Atraviesa la iglesia, en voces sordas

Y sumisas un salmo murmurando.
Marcha en dos largas filas, y las forman
Unos cincuenta monjes, presididos
Por el potente Abad, que con gran pompa

Va detrás de su grey, bien abrigadas
Frente y orejas bajo negra gorra;
Y el cuerpo en un forrado y rico manto
De nobles pliegues y de luenga cola.

Dos legos le acompañan; lleva el uno
La mitra ornada de soberbias joyas,
Otro el báculo: en pos dos escuderos;
Este una espada y un estandarte arbola;

Aquel lleva un escudo y capacete:
Seis hombres de armas sírvenle de escolta;
Despues dos monacillos y dos pajes
Un gran sillon y un escabel trasportan.

Raro acompañamiento, do resaltan
Insignias entre sí contradictorias
De pastor y guerrero, de prelado
Y de rico-home. Muestra su persona

Sexagenaria edad, pero robusta,
Regular talla, obesidad notoria,
Gravedad afectada, paso tardo,
Fuerte respiracion, mas trabajosa.



Son sus ojos alegres y vivaces,
Brota salud su faz fresca y redonda,
Y sus anchas mejillas rubicundas,
Y su nariz, hácia la punta roja,

Que sabrosos manjares, suculentos
Y abundantes, su pasto son, denotan;
Y que á sus digestiones siempre ayudan
Vinos añejos de poder y aroma.

De condicion benigna y apacible,
Jamás tomaba parte en las discordias
Y manejos políticos de corte;
Obsequiar al poder tiene por norma.

Era todo su afan del monasterio
Aumentar los dominios, y su sola
Ambicion disfrutarlos en reposo;
Gozando las ventajas deliciosas

Que el derecho feudal le concedia,
A la verdad extrañas y no pocas:
Y su gusto, asistir á los banquetes,
Y tambien darlos en su celda propia.

—Al pasar el prelado y su comparsa
Junto á Velazquez, que se humilla y postra,
No dió de conocerle muestra alguna;
O tal vez por tener la vista corta,

O porque era difícil en tal porte,
En tanta lobreguez y á aquellas horas;
Pero le echó su bendicion. Velazquez
Intenta el acercarse; mas la escolta

Se lo impide; y confuso, despechado
Sigue la procesion, que desemboca
La nave principal, al presbiterio
Hace la reverencia, y se entra toda

Allá en la sacristía. Sus canceles
Va el caballero á penetrar, y estorban
El paso los armígeros. Entónces
Humillado se siente, y en voz ronca

Pronunciando su nombre, airado dice,
Que al punto hablar con el Abad le importa.
El conocerle, turba á los armados
Y le dejan entrada. No fué poca

Del Abad la sorpresa. El tiempo todo
Que del poder en la grandeza y pompa
Vivió el señor de Barbadillo, estuvo
Con él en amistad: desde la hora

En que murió don Sancho, más remiso
Comenzóle á tratar; y cuando rotas
Las cadenas de Lara, vió por tierra
A Velazquez, y claro que no logra

La gracia y el favor del nuevo Conde,
Cortó con él sus relaciones todas.
Por lo que, ante sí viéndole, turbado,
En traje tal y en tal momento ahora,

No sabe qué pensar de su venida;
Y se le ocurren súbito dos cosas,
Ambas desagradables: ó que viene
Con la sed de venganza que le ahoga,

A tentarlo y pedirle tome parte
En algun plan osado de discordias
Y de guerra civil, con el que intenta
Recobrar el poder; ó á que lo esconda

Dentro del monasterio, y lo liberte
Del corvo alfanje y saña vengadora
Del moro ú del prodigio, que aquel dia
Emplazado le tiene. Se acongoja

El prudente varon, imaginando
Que muy bien puede de una suerte ú otra
Salir perjudicado su peculio,
O la quietud de que el convento goza.

Y la visita inoportuna acoge
Con aquel embarazo, que no logra
La prudencia evitar, porque en el rostro
Y en la actitud, á su despecho asoma.

Velazquez, sólo porque está ocupado
En sus terribles inquietudes propias,
La del Abad no advierte. Se aproxima,
Una mano solícito le toma,

La besa, y le suplica que lo escuche
Por un momento en confesion á solas,
Para hacerle sumiso una consulta
Del mayor interés. Aún más se azora

Con esta pretension el buen prelado,
Bien que hecha en tono humilde; pues la fosca
Facha de aquel demonio en carne humana
Su sangre hiela, sus palabras corta.

Falto de aliento pues para excusarse,
Y maldiciendo en su interior la hora
En que se abrió la puerta de la iglesia,
Y el caballo que trajo á tal persona,

Y que no la dejó perniquebrada
Del agrio monte por las quiebras hondas;
Álzase, y con recato y disimulo
A fray Ambrosio, un monje, cuyas formas

Eran las de un jayan, al paso dice,
Que se quede á la mira y se disponga
A entrar con una tranca en todo evento;
Y á un oratorio ó capillita angosta,

Que estaba allí en la misma sacristía,
Fuése con Rui-Velazquez. Se coloca
En un confesonario, que pudiera
De castillo servir: una poltrona,

Que cede rechinando al peso, oprime:
Se hace un ovillo con el manto, y toma
La actitud del que escucha. El caballero
Delante de él una rodilla dobla,

Y le refiere su pasada vida,
Llena de atrocidades, que no ignora
El padre espiritual, pero á que cauto,
Severo demostrarse apénas osa.

Así, cuando hace pausa el penitente,
Un *pues* ó un *ya* entremete y acomoda;
Bien un suspiro ó tos, ó alguna frase,
Tan insignificante como corta.

Pero cuando Velazquez, dando cima
A su infernal y abominable historia,
Pasó á mostrarle que dispuesto estaba
A dar todos sus bienes de limosna,

Como compensacion de sus pecados,
Para lograr que el cielo le socorra
En el presente apuro; y que al momento
Hará cesion de sus riquezas todas

Al monasterio aquel, si se le aplican
Las penitencias y las santas obras
De la comunidad, para alcanzarle
En la lid inminente la victoria;

Volvióle el alma al cuerpo al buen prelado,
Descuajóse su sangre, se recobra
Su ahogado corazon, y se convierten
Las gualdas de su faz en frescas rosas.

Y bendiciendo en su interior el punto
En que se abrió la iglesia á tales horas,
Y al caballo que trajo tal visita,
Salva á través de tierra tan fragosa;

Ya como aquel que marcha sin cuidado
Por senda conocida y tierra propia,
Se deja arrebatar del santo celo,
Y reprendiendo al pecador, lo exhorta

A penitencia y contricion, é insiste
En que para encontrar misericordia,
Cumpla su buen propósito al momento,
Pues mueren las palabras sin las obras.

—Velazquez ansia el verse descargado
Del voto aquel, con que presume logra
Celeste proteccion; mas aún pregunta:
«¿Y qué, será segura la victoria?»

El buen Abad desconcertóse un poco;
Pero le respondió: «Todo se logra
Con la ayuda de Dios. Grandes, enormes
Vuestras culpas han sido; mas las borra

»Vuestro arrepentimiento, y las compensa
La renuncia que haceis de vanas pompas
Y riquezas mundanas, todo, todo
Cediéndolo al Señor. Muy poderosas

»Por otra parte son las oraciones
De esta comunidad, de que la gloria
Tengo, aunque indigno, yo de ser prelado.
En ella hay almas de primera nota,

»Angeles en la tierra, santos tales,
De virtud tan eximia y portentosa,
Y de tan dura y penitente vida,
Que influjo grande con el cielo gozan.

»Todos por vos en oracion al punto
El coro ocuparán. Yo cien antorchas
Mandaré que se enciendan: imposible
Es que la Omnipotencia quede sorda

»A tantos ruegos, y que auxilio niegue
A quien, cual vos, por medio tal lo implora.
Reconciliado con el cielo, nada
Os debe ya asustar. Es bien notoria

»Vuestra destreza en justas y combates;
Vuestro claro valor al mundo asombra:
El mancebo que os reta y os emplaza,
Es un pagano, un perro de Mahoma,

»A quien falta la gracia; y aunque tenga
Más ó ménos razon, no ha de ser cosa
De que vencer consiga á un buen cristiano,
Al momento en que acaba de dar todas

»Sus riquezas á un santo monasterio;
Que es la mayor de las piadosas obras.
Animo pues, el tiempo no perdamos,
Firmadme al punto donacion en forma;

»Y confiando en el cielo y en las preces
De mis monjes, volad y sin zozobra
Entrad en lid, y fulminad la lanza,
Que aunque aprieta el Señor, jamás ahoga.»

Dijo, y sin dejar réplica á Velazquez,
A fray Ambrosio llama en voz sonora.
Ambrosio entró al momento preparado
Con una tranca; pero así que nota

Que todo en órden va, diestro la esconde,
Y actitud santa y compungida toma.
El buen Abad su vigilancia y tacto
Con una sonrisita galardona,

Y le dice: «Al momento al secretario
Busca, y para mi celda le convoca.
Los padres receptor y despensero
Vayan tambien con él, y sin demora.»

Despareció obediente fray Ambrosio.
El prelado dejando la poltrona,
Apóyase en el brazo de Velazquez,
Sale á la iglesia, y con la armada escolta,

Los pajes y los legos, sube al claustro,
A su huésped contando las historias
De los grandes milagros que el convento
Ha obrado, y del poder de la limosna;

Y entró en su celda, que en verdad parece,
Más la mansion extensa y suntuosa
De un poderoso rey, que la vivienda
De un penitente, reducida y sola.

En medio de una cuadra, cuyos muros
Ricas molduras y follaje adornan,
Cuyo arteson altísimo de cedro
Timbres ostenta de mundana pompa,

Y cuyos muebles eran los más ricos
De aquella edad; estaba una redonda
Mesa entallada con primor y esmero,
A su frente un sillon de rara forma,

Y sobre ella un jamon, pan como nieve,
Un ánade, dos truchas y una torta,
Todo en fuentes de plata repartido;
Y al lado del cubierto una gran copa

De oro, y que media azumbre contendria,
Segun era capaz, erguida y honda;
Con un frasco de vino de Alaejos,
Y de leche de anís una redoma.

Resplandeció de júbilo la frente
Del Abad á la vista apetitosa
De su ordinario desayuno. Manda
Otro sillon poner y franco exhorta

Al huésped á que tome alguna parte
De su almuerzo frugal, diciendo: «Todas
Las penas, los cuidados más enormes,
Así que llegan de yantar las horas,

»Deben desparecer, ponerse á un lado.
Tener el vientre lleno, es lo que importa
En cualquiera ocasion: con él vacío
El más leve trabajo nos agobia (35).

»Ánimo, caballero, llegad, ea,
Una presa y un trago, y luégo corra
La suerte que Dios quiera. Ambos habemos
Menester fuerzas, y en verdad no cortas;

»Yo para la oracion y penitencias,
Y vos para lidiar.»—Con frente torva
Rehusó Velazquez el convite, y mudo
Va á un lejano sitial, y en él se arroja.

El Abad embistió con el almuerzo;
Y á corto rato por la puerta asoman
Receptor, despensero y secretario,
Que á un lado con respeto se colocan.

Eran tres monjes de distinto empaque:
El padre receptor es de persona
Alta y recia, de rostro macilento,
Aguda la nariz, la barba roja,

Los ojos pensadores y sumisos,
Ágiles miembros, mas presencia tosca.
El padre despensero era rechoncho,
Su panza abultadísima y redonda,

Y cuellicorto tanto, que empotrada
Iba en los hombros su cabeza gorda:
Su corte todo en fin tal, que cualquiera,
De las despensas y bodegas hondas

Mirándole salir, pensar podia
Ver un pipote, una tinaja ú orza,
Que por arte diabólica ó encanto,
Lograba andar como andan las personas.

Su ancho rostro bermejo y rubicundo,
La nariz chata, respingada y roma,
Los ojazos alegres y brillantes,
Negras pobladas cejas, y la boca

Espumosa, grandísima, con dientes
Ralos y llenos de amarilla toba,
Su condicion pacífica mostraban,
Y que era hombre de chiste, risa y broma.

Que estaba, es lo seguro, tan ufano
Del alto cargo y dignidad que goza,
Que ni por las dos llaves de San Pedro
Cambiara aquellas que su cinto adornan.

El padre secretario era el más jóven
Y de más fina y delicada estofa:
Su faz muy avispada y expresiva,
Talle gentil y delicadas formas,

Y en su porte total y en su semblante
Alguna semejanza, aunque remota,
Tiene con el Abad, cuyo cariño
Por él era sin límite. En sus ropas,

Sin ser más que la túnica y el manto,
Se descubre elegancia primorosa;
Y fuera su presencia sorprendente,
Y de grande atractivo, si una sombra,

Un filete no más de suficiencia,
De presuncion impertinente y tonta
No le diera aquel aire seco y duro,
Que á la primera vista tanto choca.

Sin dejar el prelado su tarea,
Despejar manda á la comparsa toda
De tiernos pajes y robustos legos,
Y las puertas cerrar. En cuanto á solas

Queda con las tres altas dignidades,
En brevedad sucinta les informa,
De que quiere el presente caballero,
Con libre voluntad madura y propia,

Donar al monasterio sus estados,
Todos sus bienes, sus riquezas todas;
Y al Abad entregar cuanto posee
En numerario, frutos, mueble y joyas,

Para que con prudencia y con buen tino
Lo reparta en sufragios y limosnas;
Y así lograr del cielo ayuda en vida,
Y en la muerte eternal misericordia.

En virtud de lo cual al secretario
Extender manda el documento en forma,
Y al padre receptor y al despensero,
Que sirvan de testigos. Les rebosa

La sorpresa y contento á los tres monjes,
Y el primero, en silencio y sin demora,
Se acerca al escritorio, un pergamino
Prepara, y pone manos á la obra.

Despues de haber escrito aquellas frases,
Pesadas, mazorrales y devotas,
Y áun de seguridad (de que mil muestras
Se hallan en los archivos muy curiosas;

Y de las cuales se conservan muchas,
Que aún nuestras escrituras emborronan,
Porque son de provecho al escribano,
Cuyo interese es aumentar las fojas),

Ruega á los dos testigos que se acerquen,
Y con cortés desembarazo nombra
Al señor otorgante, y le convida
A que las varias fincas de que constan

Sus estados le indique, porque quede
De todo escrita competente nota.
Obedeciendo al punto Rui-Velazquez,
Deja su asiento, y va como una sombra,

Como un espectro, que á la voz se mueve
Del poderoso mago que lo evoca;
Y uno por uno sus castillos todos,
Sus feudos y lugares con voz honda

Y sepulcral pronuncia. Miéntras tanto
Que el ágil secretario con pasmosa
Rapidez los apunta, el despensero,
Restregando sus manos mantecosas,

A cada posesion, pago y terruño,
Que oye nombrar y ve escribir, elogia
Y echa un dulce requiebro. Ora prorumpe:
«¡Suelo de caza y buenas truchas!» Ora,

«¡Sabroso queso y potenciosos vinos!»
O bien, «¡Tierra de leña y lindas mozas!»
Ya, «¡Brevas como el puño y buen carnero!»
O, «¡Famosos jamones, que hay bellota!»

De tal modo risueño califica
Los diversos estados, y se goza
En los sabrosos frutos que producen,
Y que han de dar á sus despensas honra.

Sus frases y sus gestos expresivos,
Del padre receptor contraste forman
Con la meditacion inmoble y muda,
En que puesto el pulgar dentro la boca,

Blandamente cogido con los labios,
Y la otra mano recogiendo motas
Por la túnica y manto distraida;
Calcula, cuenta y suma de memoria

La renta de las varias posesiones,
Y el nuevo capital á cuánto monta.
El que al fin de esta escena ya parece
Que ni interés ni parte en ella toma,

Es el bendito Abad, que ó bien poniendo
Su confianza (la razon le sobra)
En los tres respetables dignatarios;
O porque con desprecio ve las pompas

Y riquezas del mundo miserable;
O porque es su costumbre, y no ser cosa
De alterarla por nada; ó bien que acaso
No puede remediarlo á tales horas;

En cuanto concluyó con los manjares,
Aliviando del peso á la redonda
Mesa, donde quedaban en desórden
Sólo huesos pelados, raspas mondas,

Platos vacíos, cáscaras y migas,
Y escurridas y secas las redomas;
Del sillon se extendió sobre el respaldo,
Y á pierna suelta descuidado ronca.

Quedó en fin terminada la escritura,
Leyóla el secretario en voz sonora,
Aunque un poco nasal y recalcada;
Rui-Velazquez con mano algo temblona

Y tarda, por no estar á escribir hecho,
Puso su nombre entero en letras gordas
Como marcas de fardo, mas no claras,
Si apénas descifrables por borrosas.

Firmaron en seguida ambos testigos,
Y al Abad la presentan, que en sí torna
A fuerza de llamarle y de moverle,
Y que al fin bostezando y torpe moja

La pluma, hace una cruz algo torcida,
Seguida de un borron y rayas toscas,
Que él llamaba su firma. Luégo al punto
Las legaliza el secretario todas.

Acabado que fué tan gran negocio,
Velazquez del Abad licencia toma,
Su mano besa y bendicion recibe,
Y se apresta á marchar, que urgen las horas.

El prelado con él al claustro sale,
Donde con su salud cascada y corta,
Y con estar muy fresca la mañana,
Se excusa de seguir. Pero convoca

A la comunidad, que en el momento
Con ciriales, con palio y cruz se forma,
Y á tan gran bienhechor (bien lo merece)
Acompaña y despide con gran pompa

Hasta la puerta principal, do un paje
Tiene el caballo. Apresurado monta
Velazquez, y mirando el sol tendido,
A toda rienda á su palacio torna.

Paris, 1832.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(34) El conde de Cicognara dice en el lib. III, cap. 1.º de su *Storia della scultura*, hablando del estado en que se hallaba esta arte en Bizancio en la edad media, lo que sigue: «Presso la corte d'oriente il lusso aveva già invaso i dritti del gusto e d'ogni altro sublime magistero delle arti, e da Constantinopoli venivano tratte opere magnifiche, in cui il lavoro era sempre vinto dalla materia. Si spedivano in regalo dagl'imperatori ai pontefici e alle chiese, ed erano riguardate como oggetti preziosi.»

Si conforme nuestra accion pasa en el siglo décimo, pasara en el siguiente, hubiéramos podido hacer mencion de un escultor español llamado Aparicio, cuando apénas los habia en Italia. Lo recuerdan Cean Bermudez, en su *Diccionario de los profesores de las bellas artes*, y el mismo Cicognara en el libro IV, cap. 7.

(35) No es mi intento satirizar al estado monástico, sino pintar las costumbres del siglo décimo; y cuando introduzco en mi obra soberanos con poder escaso, ricos-hombres feroces y ambiciosos, y pueblos ignorantes y miserables, me tocaba presentar á los monjes segun eran generalmente en aquellos tiempos de tinieblas y de confusion.

Su glotonería y relajacion pueden muy bien inferirse de lo que siglo y medio despues escribia San Bernardo en la *Apología dirigida á Guillermo, abad de San Teodorico*, al cap. IX. «Entre tanto (dice el Santo hablando de las comidas de los monjes de aquella época) sucédense manjares á manjares, y en vez de las carnes solas, de que se abstienen, se multiplican los corpulentos peces. Si cuando estás saciado de los primeros, pruebas otros, te parecerá que aún no has comido pescado, porque tal es el esmero y tal el arte con que todo se prepara en la cocina, que despues de haber devorado de los cuatro ó cinco platos que se han servido, ni impiden los primeros que se coma de los otros, ni el estar harto, embota el apetito... ¿Quién alcanzará á decir todos los modos de aderezar y batir los huevos (por no tocar otras materias), el prolijo estudio con que saben volverlos, revolverlos, liquidarlos, endurecerlos, consumirlos, en fin, como los sirven, ya fritos, ya asados, ora rellenos, ora juntos, ora separados?... Ni olvidan el adorno en los manjares, pues no piensan ménos en halagar á los ojos, que en lisonjear al paladar; y así áun cuando una tronada de regüeldos anuncia que el estómago está repleto, no por eso queda satisfecha la curiosidad... ¿Qué diré de la bebida, no ya del agua, sino del vino, que no acostumbran aguar de modo alguno?... ¡Ojalá que nos contentásemos con beberlo solo, aunque puro! Vergüenza es decirlo, pero más vergüenza es hacerlo; y si es vergonzoso oirlo, que no lo sea enmendarse. Repara cómo en una comida desocupan tres y cuatro veces una profunda copa casi llena, y cómo entre los diferentes vinos, más por el olor que por el gusto, y no tanto bebiéndolos, sino oliéndolos apénas, saben con un tino y prontitud admirables escoger el de más cuerpo. ¿Y la costumbre que, segun dicen, tienen algunos monasterios de servir en las grandes festividades vinos adobados con miel y especias, que la comunidad bebe en el refectorio?... ¿Qué se puede hacer al dejar tal mesa más que dormir? Y si al que aún no ha hecho la digestion, le obligas á ir al coro, lo que le arrancarás, será llanto, no canto.»

Luégo añade en el capítulo décimo de la misma *Apología:* «Buscan para vestirse, no lo que abriga del frio, sino lo que excita el orgullo; no, en fin, lo que, segun la regla, puede comprarse más barato, sino lo que parece más hermoso y vano.»

El mismo San Bernardo me ha sugerido la pintura del lujo y fausto, de que rodeo á mi abad, por la que él hace de los de su tiempo en el cap. XI de la citada *Apología*, cuando dice: «¿Qué muestra nos ofrecen esos abades de su humildad (por no tocar otros puntos), cuando salen acompañados de tanta pompa, de tantos caballos, y con el cortejo de tantos hombres de armas, pues el séquito de uno solo bastaria para dos obispos? Miento, si no digo haber visto abad con un acompañamiento de sesenta caballos, y tal vez muchos más. Si los vieras caminar, dirias que no eran padres de monasterios, sino señores de castillos; no directores espirituales, sino príncipes de provincias. Disponen además que formen parte de su equipaje servilletas, vasos, calentadores, candeleros, y lios, no con jergones para dormir, sino hasta con adornos para la cama. Apénas cualquiera de ellos se aleja cuatro leguas de su convento, lleva consigo un ajuar completo, como si fuese á la guerra, ó tuviese que atravesar un desierto, donde no pudiera hallarse lo necesario... ¿A qué esa caterva de criados y de acémilas, si áun llevando sólo lo necesario, no dejamos de ser unos huéspedes incómodos?»

Sin salir de las obras de este Santo, hallo en la homilía cuarta *Sobre los loores de la Virgen María*, que reprende así la soberbia y avaricia de ciertos monjes: «Lo que más me duele, es ver á algunos que despues de haber renunciado á las pompas del siglo, aprenden á ser más soberbios en la escuela de la humildad, más insolentes bajo las alas del manso y humilde Maestro, y más insufribles en el claustro que lo habian sido en el mundo. Prueba aún mayor perversidad, que muchos que no quieren ser vilipendiados en la casa de Dios, no podian sino ser despreciables en sus casas...

Hay otros (lo que no puede verse sin dolor) que despues de abrazar la milicia de Cristo, se mezclan de nuevo en los negocios terrenos, enfrascándose otra vez en las pasiones mundanas... So pretexto del bien de la comunidad lisonjean á los ricos, visitan á las matronas, y, áun contra el edicto de su emperador, desean lo ajeno, y lo reclaman en juicio, como si fuese suyo.»

En el sermon 77 *Sobre los Cánticos*, se explica de esta manera acerca de la esplendidez y rapacidad de algunos prelados, que seguirian la misma escuela que el vecino de Velazquez: «Aman los regalos, y no pueden amar al mismo tiempo á Cristo, porque dedicaron sus manos al dinero. Mira cuál se presentan de limpios y ataviados, y vestidos con esmero, como una novia que sale de su tocador. ¿No es cierto que, al ver á cualquiera de estos en público, le creerás, más bien una esposa, que un guardian de la esposa *(de su iglesia)*? ¿De dónde, pues, te parece que saca él tanta abundancia de cosas, el esplendor de los trajes, el lujo de la mesa, y tanta vajilla de plata y oro, sino de los bienes de la esposa? Así es que ella está pobre, miserable, desnuda, macilenta, sin aseo, sin ornato, sin sangre, porque en estos tiempos no se procura adornar á la esposa, sino desnudarla; no guardarla, sino perderla; no defenderla, sino exponerla á peligros; no educarla, sino prostituirla; no apacentar el rebaño, sino degollarlo y devorarlo.»

Semejantes excesos fueron sin duda á ménos en los siglos posteriores; pero aún quedarian de ellos lastimosos vestigios en el décimoquinto, cuando el docto canciller de Castilla, Pero Lopez de Ayala, se lamenta del modo siguiente en el pasaje de su *Rimado del palacio*, que publicó la *Revista española* del 8 de diciembre de 1832:

La nave de San Pedro está en gran perdicion
Por los nuestros pecados et la nuestra ocasion.
. . . .

Mas los nuestros prelados non lo tienen en cura:
Asaz han que facer por la nuestra ventura:
Cohechan los sus súbditos sin ninguna mesura,
E olvidan la conciencia et la Sancta Escriptura.
. . . .

Desque la dignidad una vez han cobrado,
De ordenar la eglesia toman poco cuidado,
Et como serán ricos mas curan (¡mal pecado!)
Et non curan como esto les será demandado.

El nombre sacramento que Cristo ordenó,
Cuando con sus discípulos en la cena cenó,
Cuales ministros tiene el que por nos murió,
Vergüenza es decirlo quien esta cosa vió.

Unos prestes lo tractan, que verlos es pavor,
Et tómanlo en las manos sin ningunt buen amor,
Sin estar confesados, et aun (que es lo peor)
Que tienen cada noche consigo otro dolor.
. . . .

Cuando van á ordenarse, tanto que tienen plata,
Luego pasan l'exámen sin ninguna barata,
Ca nunca el obispo por tales cosas cata;
Luego les da sus letras con su scello et data;

Non saben las palabras de la consagracion,
Nin curan de saber, nin lo han á corazon.
Si puede haber tres perros, un galgo et un furon,
Clérigo de la aldea tiene que es infanzon.

Luego los feligreses le catan casamiento
D'alguna su vecina: (¡mal pecado!) non miento;
Et nunca por tal fecho reciben escarmiento,
Ca el su señor obispo ferido es de tal viento.

Palabras del bautismo, et cuales deben ser,
Uno entre ciento dellos non las quieren saber.
. . . .

Si estos son ministros, sonlo de Satanás,
Ca nunca buenas obras tú facerlos verás.
Gran cabaña de fijos siempre les fallarás
Derredor de su fuego; que nunca y cabrás.

En toda la aldea non ha tan apostada,
Como la su manceba, et tan bien afeitada:
Cuando él canta misa, ella le da el oblada.
Et anda (¡mal pecado!) tal órden bellacada.
. . . .

Perlados sus eglesias debian gobernar:
Per cobdicia del mundo allí quieren morar,
Et ayudan revolver el regno á mas andar,
Como revuelven tordos el pobre palomar.

De estas citas puede colegirse, que nada he exagerado en ninguna de las calidades reprensibles y viciosas que atribuyo á mi abad, ni me he separado de lo que daban de sí aquellos tiempos de corrupcion.—En cuanto á los medios que puso para heredar á Velazquez en vida, han declamado contra ellos las personas timoratas de todas las edades, como lo sienta el señor Rodriguez Campomanes en el capítulo primero de su *Tratado de la regalía de amortizacion* por estas palabras: «Hubo durante esta segunda época (de la Iglesia) en los testamentos y herencias de viudas y pupilos abuso de parte de algunos eclesiásticos y monjes con sugestiones para captar las herencias. No me atreveria á indicar este instantáneo desórden, si las leyes civiles no hiciesen mencion de él, y del dictado de *heredípetas* ó *corredores de herencias*

con que censuraban y motejaban á los que abusaban de la piedad de las viudas y otras personas devotas: de que dimanó revocar á los eclesiásticos y monjes, y despues á las iglesias, la capacidad de adquirir. No fueron emperadores paganos é impíos los que promulgaron tales leyes, sino religiosísimos y católicos.

»A los santos padres que dan noticia de esta ley, jamás se les ofreció poner en duda la potestad imperial para establecerla... Su amargura consiste en que la avaricia de algunos eclesiásticos hubiese dado causa á la ley revocatoria del privilegio de adquirir. *Nec de lege conqueror, sed doleo, quod meruerimus hanc legem*, dice San Jerónimo.»

El abuso debió en efecto haber llegado á ser tan escandaloso, que don Cárlos III lo calificó de tal en el preámbulo del auto acordado, que es ahora la ley 15 del título XX del libro décimo de la *Novísima recopilacion*, en el que se lee: «La ambicion humana ha llegado á corromper áun lo más sagrado, pues muchos confesores, olvidados de su conciencia, con varias sugestiones inducen á los penitentes, y lo que es más, á los que están en artículo de muerte, á que les dejen sus herencias con título de fideicomisos, ó con el de distribuirlas en obras pías, ó aplicarlas á las iglesias y conventos de su instituto, fundar capellanías y otras disposiciones pías, de donde proviene, que los legítimos herederos, la jurisdiccion real y derechos de la real Hacienda quedan defraudados, las conciencias de los que esto aconsejan y ejecutan, bastantemente enredadas, y sobre todo, el daño es gravísimo, y mucho mayor el escándalo... Contrayendo la duda á lo particular de algun género de mandas, comprende el Consejo, que las que hacen los fieles á sus confesores, parientes, religiones y conventos en la enfermedad de que mueren, por la mayor parte no son libres, ni con las calidades necesarias; ántes bien muy violentas, y dispuestas con persuasiones y engaños, sin algun consuelo del enfermo que las deja en perjuicio de otros parientes suyos y obras más pías; y así acordó, que no valgan las mandas, que fueren hechas, en la enfermedad de que uno muere, á su confesor, sea clérigo ó religioso, ni á deudo de ellos, ni á su iglesia ó religion, para excusar los fraudes referidos... De esta suerte se asegura el consuelo del donante en aquel aprieto, y se evitarán las persuasiones, sugestiones y fraudes con que le turban y truecan la voluntad contra la afeccion dictada por la naturaleza en favor de la propia familia.»





ROMANCE UNDÉCIMO

Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador.
Romancero del Cid

Brilla la luz del apacible cielo,
Tregua logrando breve de la cruda
Estacion invernal, y el aura mansa
Celajes rotos al oriente empuja.

Ya en las gigantes torres que de Burgos
Sobre la catedral se alzan y encumbran,
Las cóncavas campanas el arribo
Del sol inmenso á su zenit saludan;

Y los huecos sonidos que, en las nubes
Y en los montes perdiéndose, retumban,
Mézclanse al sordo estruendo que en la plaza
Inquieta forma la apiñada turba.

No solamente de Castilla toda,
Mas de Galicia, de Leon, de Asturias,
Y de Sobrarbe, y de Navarra llegan
A presenciar tan importante lucha

(Cual suelen por ganar las perdonanzas,
De Compostela á la famosa tumba
Las romerías) tropas de curiosos,
Que en la plaza afanados sitio buscan.

En tablones, andamios y barreras
La multitud se agolpa, se disputa
Escaso asiento, vase acomodando,
Y una masa compacta, en que confusas

Brillan colores diferentes, forma.
Otras masas se estrechan y se agrupan
En los balcones; otras los terrados
Y altas almenas con su peso abruman,

Hasta se ven las gentes en racimos
Por rejas, frontispicios y molduras,
Quedando aún fuera de la extensa plaza
Gran muchedumbre, que se afana y suda

En vano por entrar, y no pudiendo,
Se acomoda en las calles, y asegura
Ver al ménos pasar los campeones,
Y tener prontas nuevas de la pugna.

—Ya el movimiento universal del circo
Y el alto aplauso popular anuncian,
Con el són de atabales y de trompas,
Del Conde insigne la presencia augusta.

Entra gallardo pues Fernan-Gonzalez,
Y alto sillon bajo el dosel ocupa,
A su diestra un asiento el Arzobispo
Con sus pontificales vestiduras.

Colócanse detrás los Ricos-hombres,
Los Prelados y Alcaides, y circundan
En torno el balconaje caballeros,
Cuyos arneses fúlgidos deslumbran

Con los rayos del sol, y en cuyos cascos
El viento agita matizadas plumas.
Del frente opuesto en medio se levanta
Ancho tablado en forma de tribuna,

Con paños negros adornado, donde,
El rostro ciego, la color difunta,
Circundado de todos sus parientes,
Y vestido de luto, la profunda

Compasion llama del concurso inmenso,
Y la atencion más reverente y muda,
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que ahogado el pecho de mortal angustia,

Aunque seguro del cercano triunfo,
Teme nuevos rigores de Fortuna.
De Salas á su lado el Arcipreste
Con Nuño le conforta; y en las puntas

Externas del balcon están dos pajes,
Que enlutados tambien, mustios empuñan
Dos astas inclinadas contra el suelo,
Para que en él se oculten y confundan

Sus insignes pendones, afrentados
Con el rigor de una sentencia injusta,
Y que no pueden tremolarse al viento,
Sin que ántes en su honor se restituyan.

—Tiene la extensa liza dos entradas
Frente á frente: á la diestra está la una,
Que custodian guerreros de Velazquez,
Y en ella el viento su estandarte undula:

La otra está á la siniestra, en que la insignia
De Mudarra tremola, y do relumbran
De dos gallardos cordobeses moros
Las cimitarras bárbaras desnudas.

—Baja el maestre del campo con dos jueces;
De un lado y otro por la plaza cruzan,
Y de que no hay engaño en el terreno,
Ni celada encubierta se aseguran.

Un rey de armas despues bando publica,
En que pena de muerte se pronuncia,
Contra quien ose entrar en la estacada,
O dé á cualquiera combatiente ayuda.

Pronto el són de timbales y añafiles
En la parte exterior, la grita y bulla
Que en las calles levanta el gran gentío,
Y el estruendo de arneses y herraduras,

Que llega, dicen, el gallardo moro,
El retador valiente. Expresion una
Y una sola actitud se advierte en todos
Cuantos el ancho circo en torno ocupan;

Y todos de la puerta que en el lado
Siniestro se abre, tornan á la oscura
Bóveda ojos y faz, el cuerpo inclinan,
Y rumor sordo por los aires zumba.

Así súbita ráfaga de viento
Resuena, mueve las ligeras puntas
De los árboles todos de una selva,
Y hácia la misma parte las empuja.

Entran de dos en dos en la estacada,
Con lento paso y grave compostura,
Sobre negros caballos, ocho pajes,
Negras la veste, la gualdrapa y plumas:

Despues cuatro escuderos enlutados,
Y cuatro ancianos caballeros, cuyas
Armas empavonadas, y rodelas
Con negras manchas que el blason ocultan,

Y cuyas picas que por tierra arrastran
Sin pendoncillo la acerada punta,
Que son, van tristemente publicando,
De la casa de Lara y de su alcurnia.

En un bayo cervuno luégo asoma
Caleb, vestido con riqueza suma,
Arbolando en la diestra un estandarte
Azul, y en medio una bordada luna.

A la puerta Mudarra comparece...
Entusiasmada, al verle, alza la turba
Sonoros vivas, que hasta el cielo cunden
Y que repiten las lejanas grutas;

Y en andamios, balcones, galerías,
Los lienzos blancos que en el aire undulan,
Dan movimiento al popular aplauso
Y al valeroso retador saludan.

Sobre una yegua de color de nieve,
Joya de las riberas andaluzas,
Que alienta fuego y que salpica el aura
Con leves grumos de argentada espuma,

Entra pues el Expósito gallardo,
Y su talle gentil y su hermosura
El rumor del encanto justifican,
Y á quien portento le ha llamado, excusan.

Lleva en reedor del casco damasquino,
De una persiana tela, en que fulgura
Tejido el oro entre la lana y seda
Con tintas, que brillantes sobrepujan

A los varios matices de las flores.
A los tersos esmaltes de las frutas,
Ajustado el turbante: rica joya
Sobre la frente con primor lo anuda,

Y de ella una garzota se levanta,
Que trémula del sol el brillo emula.
De entretejida malla el coselete,
La gola y los brazales, do vislumbran

Alternadas escamas de oro y plata,
En parte cubre primorosa juba
De purpurina tela, con recamos
De oro, seda y aljófares menudas.

Las anchas bragas de delgado lino
Y faja azul, que el talle en torno ajusta,
Las grebas y esquinelas buriladas,
Dejando fuera el acicate, ocultan;

Y cual nacido el jóven en la silla
De altos borrenes, muestra la andaluza
Gracia en el cabalgar. Morisca adarga
Lleva al siniestro brazo; con la zurda

El blando freno rige, con la diestra
Una ligera lanza de dos puntas:
Un agudo puñal y una gumía
Le sujeta la faja en la cintura,

Y al lado izquierdo muéstrase, pendiente
De un cordon verde que su pecho cruza,
La cimitarra que premió su garbo
Con tanta pompa en la primera justa;

La que le fué entregada por Kerima,
La que al fiero Giafar lanzó en la tumba,
La de Almanzor en fin, la formidable
Árbitra de la bélica fortuna.

Sobre un overo Zaide le acompaña,
Padrino suyo en la inminente lucha:
Síguenle en pos diez moros á caballo;
Y á paso lento, en enlutadas mulas,

De Salas el concejo y capellanes
Cierran la comitiva. De la turba
Recogiendo las pruebas lisonjeras
Del más vivo interés, de la más pura

Admiracion, Mudarra con su gente
Recorre el circo en derredor, saluda
Primero á su señor, luégo á su padre
A galope la extensa plaza cruza,

Y al lado de la puerta por do entrara,
Despues que su comparsa taciturna
Detrás de las barreras se retira,
Queda solo con Zaide. Se desnuda

Del diestro guante, y de la dócil yegua
El cuello halaga y la melena hirsuta;
La rienda afloja, apóyase en su lanza,
Y espera que el contrario al campo acuda.

Pásase largo rato, y no parece;
Ya el sol declina lento, aún no se escucha
Ni lejano rumor; ya es media tarde,
Y no hay de Rui-Velazquez nueva alguna.

Tanto esperar fastidia al gran gentío,
Tardanza tal al retador disgusta,
Y el Conde, el Arzobispo y Ricos-hombres
De que tenga la lid efecto dudan.

Se alza vago rumor entre la plebe
Y noticias extrañas se divulgan,
Que cada cual al darlas y al oirlas,
Segun su antojo ó su pasion abulta.

Uno cuenta haber visto muy temprano
Atravesar del monte la espesura
El famoso caballo de Velazquez,
Aquel caballo sin igual, que nunca

Monta otro que su dueño: que iba, dice,
Mordido por los lobos, sin montura,
Todo enlodado, y tan arisco y fiero
Como un venado montaraz; y funda

En tal encuentro la asercion siniestra
De que precipitado en las profundas
Quiebras de la montaña, Rui-Velazquez
Es de las fieras ya pasto sin duda.

Otro noticia tal contradiciendo,
Que ha visto á Rui-Velazquez asegura
Al despuntar la aurora, disfrazado
Salir á escape de la selva inculta,

Y entrar en el famoso monasterio
Que está junto á su alcázar. Se disputa
Por una y otra nueva, y áun algunos
De las dos combinar pretenden una;

Diciendo, que al salir del monasterio,
Pudo tal vez con momentánea furia
Precipitarle el corredor caballo.
Mas tal combinacion vana resulta,

Pues dice el que ha encontrado á Rui-Velazquez,
Que iba en un alazan, y en la espesura
Un tordillo se vió. Que el caballero
De la noche á favor se ha puesto en fuga,

Parece ya indudable; su tardanza
Lo confirma tambien; pero son muchas
Las opiniones y diversas. Unos
Que huyó, y que yace despeñado, juzgan;

Otros que huyendo se acogió al asilo
Del monasterio, en que el Abad le oculta;
Otros que huyó, mas que se entró de paso
En la iglesia, á pedir al cielo ayuda:

Otros piensan, en fin, que arrepentido,
Y medroso tambien, ha hecho renuncia
De grandeza y poder, y que vistiendo
Sayal bendito y monacal cogulla,



Se encuentra libre de acudir al campo,
Y la venganza celestial excusa.
Reuniéndose los varios pareceres
En lamentar, que al cabo se les frustra

A todos el anhelo y la esperanza
De presenciar tan importante lucha.
Los pocos partidarios de Velazquez
Llaman á estos rumores imposturas,

Y afirman que vendrá, aunque tarde, á tiempo
De acrisolar su honor y su conducta.
Unos de Barbadillo, que han pasado
La noche toda, dicen y aseguran,

De su señor en el palacio; y cuentan
Que han visto preparar las armaduras,
La escolta, las libreas y caballos;
Que al alcaide Rodrigo, el que disfruta

De su dueño la entera confianza,
Han oido repetir, y veces muchas,
Que tranquilo en su lecho Rui-Velazquez
Gozaba dulce sueño: que en gran bulla

Los hombres de armas, pajes y escuderos
Cenaron muy alegres, sendas cubas
Apurando con brindis y canciones,
Teniendo la victoria por segura:

Y que oyeron contar cómo el tordillo
Se huyó, volviendo de beber, por culpa
Del mozo que del diestro le traia;
Y concluyen jurando que no hay duda

En que al amanecer, cuando partieron
Del castillo, ya estaban con presura
Disponiéndose pajes y caballos,
Y armándose la escolta. Estas difusas

Menudencias se acogen con aplauso
Por algunos; mas otros las recusan,
Como meras patrañas de partido,
Como invenciones de verdad desnudas.

Crece la obstinacion, y se divide
Pronto én dos bandos la imprudente turba:
Se hacen apuestas de una parte y otra,
Se argumenta, se arguye, se disputa,

Y áun hay quien su opinion ciego sostiene,
Aún más que con razones con injurias.
En el balcon del Conde tambien anda
De encontrados dictámenes la pugna,

Y propone prudente el Arzobispo,
Que vaya un escudero por la ruta
De la mansion cercana de Velazquez,
A recoger noticias más seguras.

—En esto, estruendo súbito que cunde
En la parte exterior, tregua oportuna
Da al enconado encuentro de opiniones,
Y la atencion universal ocupa.

No hácia la puerta diestra, por do debe
Llegar Velazquez á la lid, se escucha,
Sino hácia la siniestra que es el lado
De que los moros cordobeses curan.

Mas poco importa, pues del vulgo llama,
A quien toda atencion cansa y repugna,
La expectacion hácia distinto objeto,
Y de discordia el nubarron conjura.

—Unos cuantos cautivos rescatados,
Que desde las fronteras andaluzas
Llegan en aquel punto, y que á la plaza
Se empeñan en entrar, causan la bulla.

El gran gentío, que en las calles hierve,
El paso les estorba, y aunque es mucha
La deferencia y atencion, que el pueblo
A rescatados con razon tributa;

Se opone á su intencion. Ellos tenaces
Penetrar quieren por la inmensa turba,
Y al cabo forcejando lo consiguen;
Pues hallan conocidos por fortuna

En los moros del séquito de Zaide,
Que les dan proteccion y los ayudan.
Entran, no hallan lugar en los andamios,
En la barrera escaso sitio ocupan;

Y llaman la atencion del gran gentío,
Un decrépito anciano, á quien inunda
La ondosa y cana barba hombros y pecho,
Y cuyo extraño traje con capucha,

Ser un anacoreta, un solitario
De otra region y de otra secta, anuncia;
Un tierno jovencillo, en quien esconden
Facciones femeniles y menudas

La toca ó el turbante descompuesto;
Y una tosca mujer de edad robusta,
Con otros seis ó siete miserables,
En cuyas pobres ropas la confusa

Mezcla se ve del moro y del cristiano,
Y en todos las señales de las muchas
Fatigas de un larguísimo viaje,
Hollando nieves y sufriendo lluvias.

El interés universal despiertan,
Y más de un pecho palpitó... En la turba
Hay tantos que un hermano, un padre lloran,
Un amigo, un esposo, á quien sañuda

De Córdoba en los baños y mazmorras
Tiene la suerte en servidumbre dura!...
Tambien Zaide y Mudarra el rostro vuelven,
Que algunas voces árabes escuchan.

Mudarra al reparar en los cautivos,
Se acuerda de su patria y se demuda...
Tal vez habrán servido á su Kerima...
Noticias le traerán, ó carta suya...

Él mismo puede que conozca á alguno...
De haber visto al anciano apénas duda...
Un interior impulso irresistible
A dirigirse á hablarles, le estimula.

Pero al afan y vagos pensamientos,
Y á los dulces recuerdos que le angustian,
Como al rumor que en el concurso reina,
Pone fin repentino la confusa

Grita, que se alza por el diestro lado
En la parte exterior, y al circo anuncia
Con el són de timbales y clarines,
Que llega Rui-Velazquez á la lucha.

Queda en hondo silencio la gran plaza
Por un momento, y en seguida zumba
La voz universal de *El es, ya sale;*
Y la gran multitud torna á ser muda,

Los ojos fijos en la entrada diestra,
Por donde asoma, y sin tardanza alguna
El séquito orgulloso de Velazquez
La extensa liza, cual torrente, inunda.

Todo el lujo, riqueza y vana pompa
De que un pueblo naciente y sin cultura,
Un estado pequeño, cual Castilla,
Tornado tantas veces en laguna

De sangre por las huestes musulmanas,
O de internas discordias por la furia,
Era capaz, y que ofrecer podia
Aquella edad tan bárbara y tan ruda;

Ostentaba el señor de Barbadillo.
Corceles de poder y de hermosura,
Gran número de pajes y escuderos,
De verde y rojo, y con pintadas plumas:

De tosco hierro y de altivez armados
Ilustres caballeros de su alcurnia,
Con espada, broquel y gruesas lanzas,
Y de seis villas populosas suyas

Los concejos, con todas sus insignias,
En enjaezadas y gallardas mulas,
Forman la escolta, séquito y comparsa,
Que en buen órden le siguen y circundan.

Rodrigo en un peceño, y adornado
Con una cota de armas, do fulguran,
Bien que en toscos recamos, los emblemas
De su señor, delante de él encumbra

Y orgulloso tremola su estandarte,
En cuyo centro brilla la figura
De un leon rampante de oro, en verde campo
Con orla de escarlata que lo ajusta.

En un castaño aragonés, brioso,
De carnosa cerviz, crin guedejuda,
Anca redonda y relevado pecho,
Que receloso y comprimido bufa,

Esparciendo la arena por el aura,
Al estampar el casco y herradura
En la tierra á compás, entra Velazquez,
Y la atencion universal subyuga.

Era gallardo, sí, diestro en las armas,
Extremado jinete, y su apostura
Imponedora y noble, aunque altanera.
Refulgente celada penachuda,

Un peto y espaldar de duro temple,
Que rebruñidos, como el sol deslumbran;
Brazales y manoplas enlazados
Sobre afolladas mangas de gamuza;

Y ajustadas las grebas y esquinelas
A las calzas de piel de ciervo cruda,
Completaban su arnés. Era su adorno
Con aforro de malla una purpúrea

Veste ó túnica abierta, guarnecida
Con franjas de oro en bordes y costuras.
Lleva en el brazo izquierdo un ancho escudo;
En un rico tahalí de obra moruna,

Pendiente al lado la famosa espada
De Bernardo del Carpio, honra de Asturias,
(La que el rey de Leon diera á Velazquez)
Y con el regaton puesto en la cuja,

Una gruesa, pesada y alta lanza,
En la que toda su esperanza funda,
Por ser aquella del famoso mago,
Y que debe al encanto temple y punta.

Así armado y vestido el personaje
Tres vueltas dió á la plaza, y la sesuda
Muchedumbre en silencio lo contempla,
Sin que suene de aplauso voz alguna.

En cuanto Rui-Velazquez, retirada
Su comitiva toda, vuelve grupa
Al sitio por do entró, queda plantado,
Solo con su padrino, y á la pugna

Dispuesto frente á frente del contrario;
La ronca voz de la trompeta anuncia,
La sangre helando del concurso inmenso,
Que llegó el punto de empezar la lucha.

Entrambos combatientes como rayos
Parten, ardiendo en vengativa furia,
Y trabando la lid más espantosa,
De la gran plaza en la mitad se juntan.

Tremendo fué el combate: de tal modo
En los tostados campos de Getulia
Se embisten furibundos, esgrimiendo
Voraces dientes y encorvadas uñas,

Un nervudo leon y un suelto pardo,
Y este ostentando su valor y astucia,
Aquel su fuerza y su poder, pelean,
Y con rugidos el desierto asustan.

Pesado y fuerte el castellano altivo,
La lanza en ristre, horizontal columna,
Con rapidez y estruendo de peñasco,
Que por las agrias cuestas se derrumba,

Arrollar piensa con su empuje al moro,
Que más ágil que una águila, le burla;
Pues la yegua y el cuerpo separando,
Pasar lo deja, y como leve pluma,

Gallardo por encima del turbante
Revolviendo la lanza de dos puntas,
En el flanco ó la espalda le acomete;
Sin darle tiempo á que á escudarse acuda.

Brama Velazquez, como herido toro:
Otra vez y otra vez furioso busca
Por el frente á Mudarra, que otra y otra
El golpe esquiva de la lanza aguda.

Al cabo viendo que de tal manera
En inútil y larga escaramuza,
Sin conseguir un decidido golpe,
Interminable tornarán la lucha;

A pié firme resuelve el castellano
Un encuentro esperar; y en su bravura
Y en el veloz empuje de su yegua
Confiado el jóven cordobés, no excusa

Dar una arremetida á aquel escollo,
Y despreciar el hierro, que relumbra,
Del mágico lanzon, pues ansia noble
De dar fin al combate lo estimula.

Se aleja, toma campo, se revuelve,
El cuerpo todo con la adarga oculta,
Tiéndese sobre el cuello de la yegua,
La lanza aprieta, y rápido, cual sulca

El aura leve flecha silbadora,
Parte derecho del contrario en busca.
Este, al verle venir, cambia de intento,
Teme esperar parado, y firme empuja

Con las espuelas al corcel castaño,
Que fiero arranca convertido en furia.
Sin respirar los mira el gran gentío,
Hundido en el silencio de las tumbas.

¡Ay!... se encontraron: la morisca adarga
Embotar pudo la cuchilla aguda
De la encantada lanza; pero el choque
De aquel monte de hierro la andaluza



Yegua no pudo resistir, y á tierra
Vino con el jinete: en la llanura
Así al laurel gallardo de repente
Imprevisto huracan abate y trunca.

Un alarido de terror horrendo
Alzó hasta el cielo la angustiada turba,
Y Mudarra enredado en los arzones
Y en los estribos, por zafarse lucha.

Del castaño triunfante enardecido
Fué tan grande el empuje por fortuna,
Que salvando de un salto yegua y moro,
Prosiguió ciego la carrera ruda,

Sacando al caballero de la silla,
Que asido del borren y crines bruscas,
Con gran trabajo firme se sostiene,
Y por pararlo y revolverlo suda.

Lógralo al fin, y furibundo torna
A completar su triunfo; mas rehusa
El corcel receloso de acercarse
A lo que en tierra ve, se espanta y bufa;

Cuando de pronto, «Tente, tente,» grita
Una voz resonante, agria y aguda:
«Tente... ¿no adviertes, monstruo, que á su her-
Socorro dando, en derredor se juntan (mano

»Los Infantes de Lara?... ¿Seis espectros
No ves?... Pues tu caballo sí; y le asustan;
Por eso no se acerca.»—A tales gritos
Consternado Velazquez, se atribula,

Y él y todo el concurso á un mismo tiempo
Tornan la vista á do la voz se escucha,
Y ven alzarse en medio de un andamio
Una horrenda vision de maga ó bruja:

Una vieja espantable, cuya ropa,
Que es una roja saya que se ajusta
De fantástico modo al magro cuerpo,
Un negro manto y una toca sucia,

Todo en desórden y rasgado, añaden
De cosa de otro mundo á su figura
La apariencia siniestra; y cuyos brazos,
Secos, yertos, desnudos gesticulan

De un modo amenazante. Sí, era Elvida,
La nodriza infeliz, á quien, caduca,
De horror ó de demencia ciego acceso
Agita en aquel punto, y la conturba.

Dando pues á sus gritos la cadencia
De una cancion vulgar, cantó convulsa
Con satánica voz luégo estas coplas,
Horrorizando á la azorada turba:

«Al traidor, al asesino
Un mar de sangre circunda,
En las ondas lo sumergen
Sus víctimas insepultas.

»El infierno abre la boca
Para tragarle... ¿No escuchan
De los demonios los gritos,
Con que á tal huésped saludan?»

No prosiguió la vieja, pues su canto
En carcajadas hórridas se muda,
Luégo en un alarido penetrante,
Y desapareció, como difunta

Cayendo desmayada. Helado miedo
Discurre por el circo; tiembla y suda
En inaccion Velazquez. Entre tanto
De la yegua se zafa con presura

El ágil cordobés, la cimitarra
Con firme diestra decidido empuña,
Corre, y de un solo tajo desjarreta
Al castaño feroz, que se derrumba,

Y á tierra cae con su señor armado,
Como encina pomposa, á quien aguda
Segur el tronco parte: con su golpe
Rumor horrendo por las auras zumba.

Este lance imprevisto de repente
La atencion llama de la inmensa turba,
Juzgando que ha deshecho á Rui-Velazquez
Del cielo vengador llama trisulca;

Pero al ver al mancebo en pié, y gallardo
Con la cuchilla bárbara desnuda,
Ensangrentada, y rotos los jarretes
Del castaño; se olvidan de la bruja,

Y en aquel grito desahogado rompen,
Que da quien de un gran peso que le abruma,
Consigue libertarse. El caballero,
Embarazado en lanza y armadura,

Y con las convulsiones del caballo,
En tierra yace; pero á darle ayuda
El generoso moro se aproxima,
«No he menester ventaja en contra tuya,»

Con desprecio gritándole; y al punto
Que en pié le pone, aléjase, y, «Empuña,
Le dice, esa tu espada cortadora,
Y demos fin á tan pesada lucha.»

Velazquez, recobrado de su asombro,
Aunque desalentada su bravura,
Desenvaina la espada refulgente,
Y la batalla proseguir no excusa.

¡Desdichado señor de Barbadillo!
¿Adónde, adónde vas?... ¡Ay! esa curva
Cuchilla que te espera, es la que debes
Evitar cauto, si vivir procuras.

La cimitarra es de Almanzor, aquella
Que una olvidada prediccion reputa
Funesta para tí... y ¿estás seguro
De que no encubre acaso la confusa

Muchedumbre que en tí los ojos tiene,
La morisca beldad de noble alcurnia,
Que espera una corona inapreciable
Del éxito que el cielo dé á la pugna?...

Cuando el sol en ocaso se escondia,
Embístense con rabia furibunda
Los dos contrarios, y brotando chispas
Ambos aceros con fragor se cruzan,

La espada formidable de Bernardo
Y de Almanzor la cimitarra: nunca
Hasta entónces dos hierros de más fama
Disputaron la bélica fortuna.

A pié como á caballo Rui-Velazquez
Fuerte se ostenta y diestro, y aunque duda
De lograr la victoria, despechado
Todas sus fuerzas y su saña junta.

Mudarra, tan gallardo, tan ligero
Como sobre la yegua, con astuta
Destreza manejando la cuchilla,
Ora de filo hiere, ora de punta.

El cristiano defiéndese, y responde
Con tajos ó estocadas furibundas;
Entrambos con su sangre el suelo riegan;
Mas aún no hay de cuidado herida alguna.

De la gola y del yelmo de Velazquez
Acierta el cordobés á la juntura,
Y un espantoso corte da en el cuello,
Que hubiera puesto término á la lucha;

Pero al momento mismo el castellano
Una estocada repentina ajusta
Al pecho del garzon, y le contiene,
Una herida causándole profunda.

Alto alarido de furor Mudarra
Lanza, de sangre cálida se inunda,
Y reuniendo sus fuerzas en un punto,
La victoria ó la muerte ansioso busca.

Sin reparar en la defensa propia,
Carga á Velazquez con audacia suma,
Remolinando la cuchilla corva,
Que cual claro relámpago relumbra.

Velazquez, que juzgaba decidida
Con la estocada en su favor la lucha,
Al mirarse de nuevo amenazado
Con tan firme poder, se hiela y turba.

Por resguardar los hombros y cabeza
De un tajo horrendo, á reparar su furia
Alza el brazo y espada. En el instante
El moro asesta la delgada punta

Al sobaco, que mira descubierto
Del peto y espaldar en la juntura,
Y con veloz empuje la cuchilla
Hasta la guarnicion hunde y sepulta

En el cuerpo infeliz de Rui-Velazquez,
Que vacilante un paso ó dos recula,
Lanza el ronco gemido de la muerte,
Forma en torno de sangre una laguna,

Y cae sin vida en el rojizo lodo,
Crujiendo quebrantada la armadura.
Raudo, como se arroja hambriento buitre,
De corvo pico y de rampantes uñas,

A cebarse voraz en el cadáver
Que ve en la playa entre salobre espuma,
Arrójase Mudarra á su enemigo,
De la gola y del casco le desnuda,

Desenvaina la bárbara gumía
De filo cortador, el cuello trunca
Del cuerpo aún palpitante, le divide
La cabeza espantosa, por la hirsuta

Cabellera la coge, y la levanta,
Cual bandera de triunfo, cual segura
Prenda de la razon y la justicia,
Con que hizo el reto y provocó la lucha,

Y cual irrecusable testimonio
De la inocencia que á su padre ilustra.
Aplauso universal el aura llena,
Los dos pajes que estaban en las puntas

Del balcon enlutado de los Laras,
El pendon restaurado alzan y undulan,
El ciego cae al suelo de rodillas,
Y al cielo vengador gracias tributa.

Júbilo es todo, confusion y pasmo,
Cándidos lienzos al garzon saludan
Tremolando en andamios y balcones,
Por toda la ciudad vivas retumban.

Queriendo él mismo ante los piés del padre
Ofrecer por despojo de la pugna
La pérfida cabeza desangrada,
El vencedor Mudarra, no sin mucha

Dificultad se mueve, y tiende el paso;
Pero apuradas ¡ay! las fuerzas suyas
Con tan tremenda herida y tal pelea,
Tropieza, se resbala, se le turba

La desmayada vista, á tierra viene.
El entusiasmo universal se muda
En repentino horror y helado espanto,
En inaccion de muerte y en angustia.

Mas aquel jovencillo de facciones
Mezquinas, femeniles y menudas,
Cautivo rescatado, que en la plaza
Con el anciano de la faz caduca

Entró, y que inmoble, cual si fuera mármol,
Atento estuvo á la tremenda pugna;
Al estadio se lanza, y á do yace
El vencedor, á quien escasa ayuda

Daba ya el tardo Zaide, corre; y viendo
La herida atroz, la frente moribunda,
Se derriba en el suelo de rodillas,
Rasga su miserable vestidura,

Su pecho y rostro con las manos hiere,
El ajado turbante desanuda,
En su seno y cerviz negro torrente
De rizos y de trenzas se derrumba,

Y que es, demuestra, una gallarda jóven,
A quien el peso del dolor abruma.
Estrecha entre sus brazos á Mudarra,
Y con llanto su faz helada inunda.

Reconócela Zaide sorprendido,
Y al verla, su esperanza se asegura
De que aún consiga su pupilo amado
De la muerte vencer la saña cruda.

Admirado la observa el gran concurso,
Y del andamio la caterva inculta
Se precipita á presenciar la escena,
Los altos personajes se apresuran,

Y á la plaza tambien bajan ansiosos;
Miéntras que Nuño al ciego padre oculta
La causa del rumor y del bullicio,
Que le cuaja la sangre y le atribula.

Del grupo interesante que componen
Zaide, el herido y la doncella, turba
Desordenada en confusion creciente
Se agolpa en rededor, y lo circunda.

La jóven, espantada y afligida,
Varias palabras árabes pronuncia,
Haciendo señas de terror; y Zaide,
De intérprete sirviendo, á la confusa

Muchedumbre suplica se contenga,
Y que guarde silencio la conjura,
Manifestando que el garzon peligra
Entre tanto tropel y tanta bulla.

Pásmase oyendo tal, y se consterna
La multitud, que queda inmoble, muda,
Formando un ancho círculo extendido,
En que ni un solo respirar se escucha.

Tibia luz del crepúsculo espirante
Mayor solemnidad daba á la angustia
Universal; y la gallarda mora
(A quien ya el vulgo soñador reputa

Por una poderosa y sábia maga,
Que viene á dar al encantado ayuda,
O á terminar tal vez de extraño modo
Tan oscuros portentos) se apresura

En restañar la sangre del herido.
De su turbante con la tela ajusta
Diestramente un vendaje; en sus rodillas
La cabeza reclina, que difunta

Parece; un rico pomo de oro saca,
Y con un licor fuerte, que perfuma
Y embalsama la atmósfera, le riega
Las sienes y los pulsos, y áun algunas

Gotas le hace tragar. Al punto mismo
Late el pecho del jóven, su difunta
Tez se matiza... «¡Vive!!! ¡vive!!!» exclama
La mora... «¡Vive!!!» repitió la turba.

Abre Mudarra los marchitos ojos,
En la deidad los clava que le cura,
Y palpitante le extendió los brazos,
Y, «¡Kerima!!!» gritó con voz profunda,

Cayendo nuevamente desmayado
En el regazo de Kerima, á cuya
Ciencia y á cuyo amor concede el cielo
Poder para librarle de la tumba.





ROMANCE DUODÉCIMO

> Llegaron á san Dionís
> Con música, fiesta y galas,
> A cuya puerta el obispo
> De pontifical estaba,
> Con su guion y gremial,
> Alba, mitra, estola y capa.
> . . . .
> Hechas ya las oraciones,
> Llegan á la pila santa.
>
> El marqués de Mantua,
> *comedia de Lope de Vega.*

¡Oh infelices mortales!... ¡cuántas veces
El suspirado objeto de sus votos
Orígen es de nuevas desventuras,
Y el remedio de un mal fuente de otro!

El castillo de Salas, restaurado
En su antiguo poder, pompa y decoro,
Es mansion de dolor, de afan, de susto,
Más que lo fué en su mísero abandono;

Y de Lara el señor, que ver deshecho
Consigue de fortuna el ceño torvo,
Y acrisoladas su inocencia y honra,
Ahogado yace y sumergido en lloro.

El vencedor gallardo, el hijo suyo,
A quien despues de Dios lo debe todo,
El héroe triunfador, cuyo denuedo
Derribar pudo al bárbaro coloso

De calumnia y traicion que le oprimia,
Y deshacerlo en ignominia y polvo,
Y á Castilla, y á España, y á la tierra
Libres dejar de tan horrendo monstruo;

Un lecho de dolor, lecho que puede
En un sepulcro convertirse pronto,
Logra por carro de victoria, carro
En que va de la muerte al Capitolio.

Mas no, no hay que temer: el justo cielo
Con la piedad filial nunca fué corto;
Y en el momento mismo del peligro,
Le dió oportuno el salvador socorro.

Kerima en sí de la salud y vida
Los elementos trajo portentosos,
La ciencia y el amor: sí, de los brazos
Sacará de la muerte al noble moro.

Ella á su cabecera noche y dia,
Sin apartar los penetrantes ojos
De la faz moribunda, inquiere, observa,
Y le aplica los bálsamos ignotos,

Que ó bien trajo consigo, ó que elabora,
Siguiendo experta los preceptos doctos
De Aberróes, su norte y su maestro,
Con las plantas que encuentra en los contornos.

Tal acierto logrando, y de sus mixtos
Siendo el efecto tan visible y pronto,
Que pocas horas, de peligro fuera
Pone al mancebo; y en Kerima, absorto,

Ve el vulgo ciego una potente maga,
O del gallardo Expósito al custodio,
Que porque alcance el agua del bautismo,
Bajó á guardarle de la vida el soplo.

A Salas y á Castilla, de Mudarra
Dándolos fué el alivio poco á poco
Esperanza, consuelo y alegría,
Seguridad al fin, paz y alborozo;

Y lugar al discreto anciano Nuño,
Para entregarse sin ningun estorbo
A los recuerdos, agradables siempre,
De luengas tierras y de tiempos otros,

Con Egidio el mozárabe.—Era Egidio,
De peregrinacion en los remotos
Climas su compañero, aquel anciano
De extraño traje y arrugado rostro,

Que con Kerima de hombre disfrazada,
Llamando la atencion logró acomodo
En la barrera, en el momento mismo
De entrar Velazquez á morir al coso.

Mutuamente se dieron larga cuenta
De sus varias fortunas y trastornos;
Y el mozárabe al noble castellano
El impensado y sorprendente modo

Le refirió, con que dispuso el cielo
Traerle á buscar el último reposo
En tierra de cristianos, do un amigo
Pueda cerrar sus apagados ojos.

Egidio en la ribera que tributa
Aguas del Nilo al egipciano ponto,
Se separó de Nuño; y esperando
Ver aplacado de la suerte el odio,

Y más benevolentes las estrellas,
Tornó á su patria, en que dejó el tesoro
De su hija Gala entre los torpes brazos
Del robador Giafar. Feliz y corto

Su viaje fué; pero al tocar la orilla,
Donde Guadalquivir su curso undoso
Revuelve entre olivares y jardines,
Las altas cimbrias y recuadros de oro

De la insigne mezquita cordobesa
Reverberando en sus cristales hondos;
Hirió su pecho la fatal noticia,
Cual hiere un rayo al combatido escollo,

De que la prenda de su amor paterno
Era en la tumba ya huesos y polvo,
Dejando desdichada en este mundo
El tierno fruto del infame robo.

Al recibir tal nueva el triste padre,
Convulso de terror, ahogado, loco,
Huyó de la ciudad; buscó un asilo
De la sierra en los cerros más remotos,

Y concibiendo el pensamiento amargo
De ver, y de consigo los despojos
Conservar para siempre de su hija;
De la noche á favor turbó el reposo

Del cementerio, abrió el sepulcro helado,
Y de él robando el esqueleto mondo,
En la gruta de que hizo su morada,
Bajo de una cruz tosca sepultólo.

En aquella aspereza, entre los riscos,
Coronados de musgo y de madroños,
De horrendos precipicios circundada,
Y guarnecida de robustos troncos,

Detestando el comercio de los hombres,
Y sin ver más vivientes que los lobos,
Terror de la montaña, ó los milanos,
Despreciadores del rugiente noto;

Largo tiempo vivió. Despues á veces
Dejóse acaso ver en los contornos,
Ora á dar á un perdido caminante
Consuelo y direccion; ora socorro

Al cazador, que en las fragosas quiebras
Se despeñaba persiguiendo corzos;
Ora alivio á los pobres leñadores
Sofocados del recio sol de agosto;

Siempre en fin á hacer bien; y conocido
Del *solitario* con el nombre, todos
Cual númen de la sierra le encontraban
Con gran respeto siempre y con asombro.

—La noche que á Mudarra Giafar quiso,
Del Amir en la fuente, rencoroso
Asesinar, Egidio orabà acaso,
Sentado en un peñasco no remoto;

Y al escuchar los gritos del mancebo,
Y el resonar de los alfanjes corvos,
Corrió, temiendo alguna desventura,
A donde le llamaba el eco sordo.

Llegó cuando el tirano moribundo,
Nadando en sangre, despechado, solo,
Lanzaba el alma horrenda; y á la luna,
Que refulgente entre celajes rotos

Derramaba sus últimos reflejos,
Reconocerle pudo con asombro,
Del cielo vengador la alta justicia
Viendo patente, de terror absorto.

Mas olvidando que era su enemigo,
Causa de su infortunio y de su oprobio,
Trató de darle, en caridad ardiendo,
Aunque fué en vano, el postrimer socorro,

Y en sus brazos murió. Tal vez sería
La fantasma espantosa y el coloso
Que creyó ver Muley, cual moribundo
Refirió á los pastores en el chozo.

—Poco despues, la destemplada tarde,
En que, por despedida del otoño,
Fué la tormenta, que abrasando pinos
Y en torrentes tornando los arroyos,

Sorprendió de la sierra en los senderos
A Kerima, fugada de su propio
Alcázar y jardin; Egidio estaba
Contemplando confuso aquel trastorno,

Y alzando al cielo humildes oraciones
Léjos de su mansion entre unos troncos
O peñas guarecido. Vió asombrado
A la hija de Giafar cruzar de pronto,

Como una aparicion, como la sombra
De su madre infeliz: en talle y rostro
Tanto á la triste madre asemejaba.
El solitario al verla, del angosto

Abrigo sale, y «¡Gala!!!» repitiendo,
Corre en pos de Kerima, cuyo asombro
Fué, como dicho habemos, tal, que en tierra
Cayó: así la dejamos, bajo el toldo

Que con los secos brazos y los pliegues
Del manto que colgaba de sus hombros,
Formó el anciano atónito, queriendo
Del recio temporal darle recobro.

En cuanto Egidio se calmó un momento
Y tornó en sí de su sorpresa un poco,
Se le ocurre (y reanímase), si aquella
Será el fruto inocente de su oprobio;

Mas la medalla que en su pecho advierte,
Le dice ser una cristiana... ¿Cómo
Del musulman Giafar puede la hija
Tener al cuello semejante adorno?

Entró oscura la noche, recio el viento
Barrió las nubes, aclarando el polo,
Calmó la tempestad, y viendo Egidio
Que aún no da señas de salir del hondo

Letargo el ente aquel que lo confunde;
La alza en sus brazos de la yerba y lodo,
Y con tal carga fatigado, lento,
Hollando riscos y venciendo estorbos,

Llegar consigue á su repuesta gruta,
Y colocar sobre su lecho tosco
Aquel cuerpo infeliz, pálido, yerto,
Mas que aún late y respira. Presuroso

A la luz de una lámpara que enciende,
Toda suerte de abrigo y de socorro
Le da, y al cabo de terror ahogado,
Sus esfuerzos mirando infructuosos,

Se arroja de rodillas en la tierra,
Donde yacen de Gala los despojos,
Y encarado á la cruz de toscas ramas,
Al cielo acude con fervientes votos.

—Era ya media noche; gran silencio
Reinaba de la gruta en los contornos,
Turbado solamente con el grito
Del cárabo nocturno, ó de algun lobo

Con el siniestro aullido; y de repente
Lanzando el pecho de Kerima un corto
Quejido, la atencion del solitario
Llama. La ve moverse, abrir los ojos,

Girarlos en reedor como asombrada,
Despues incorporarse. Cual de un hondo
Sueño en sí vuelve la infeliz doncella,
Y, «¿Dónde estás, Mudarra?» grita. Ansioso

Acorre Egidio, y tierno le dirige
Palabras de consuelo y de conforto;
Mas, parada Kerima, inmoble, muda,
Parece no escuchar. Registra en torno

La gruta con la vista, que al fin clava
En la cruz, mide con ardientes ojos
La sombra que esta sobre el suelo forma,
Donde su madre yace. Torna el rostro,

Contempla un rato al venerable viejo,
Y en relacion sin duda encuentra todo
Cuanto ve, con los vagos pensamientos
De su imaginacion, enferma, aborto;

Pues tranquila y en calma demostrando
Un dulce y completísimo abandono,
Exclama de repente: «¡Padre mio!»...
Vos lo sereis, pues no me queda otro.

Sin duda estoy en tierra de Castilla...
Llevadme con Mudarra... Sí, le adoro...
¿Dó está?... ¿le conoceis?... No, no es malvado:
Ya no tengo en el mundo más apoyo.»

Estas palabras rotas, el semblante
De Kerima, el faltarle aquel asombro
Que al verse en sitio tal darle debiera,
Su actitud rara y de su voz el tono,

El estado revelan de la jóven
Al solitario compasivo pronto,
Y aumentan su interés, pues que es su nieta
Le dice el alma. Tierno, cariñoso

La acaricia, le lleva la corriente,
Promete darle en su afliccion socorro,
Le hace nuevas preguntas, y escuchando
Al fin que es hija de Giafar, de gozo

Ahogado el corazon, la estrecha al seno:
Cae luégo de rodillas, fervoroso
Al Dios omnipotente gracias dando:
Se alza, y torna á abrazar á aquel retoño

De la hija desdichada. Que es su abuelo,
Le explica una y mil veces.—El coloquio
Que pasó entre los dos, es imposible
Que mi voz lo repita.—Sin asombro

Oyó Kerima al venerable anciano,
Aunque no sin sorpresa; pues ya el robo,
A que debió la vida, siendo muerte
De su gallarda madre, y los elogios

De ella, y su parte de cristiano orígen,
Mil veces repetir de varios modos
Oyó á sus siervas y locuaz nodriza,
Y de su abuelo hablar á unos y á otros.

Si era cristiana, preguntóle Egidio;
Y que no, oyendo disgustado, «¿Cómo
Llevaba, replicóle, puesta al cuello
La imágen santa de la Vírgen?»—Pronto

Kerima le contó su amarga historia,
Aunque en desórden y en truncados trozos,
Y con la confusion que demostraba
De su cerebro mísero el trastorno.

De Abdimelik la boda, la gran justa
Le refirió de Córdoba, y el modo
Con que dió el premio al vencedor Mudarra;
El furor de su padre; el matrimonio

Tratado con Zeir; la muerte horrenda
De Giafar, hecha sin saberse cómo
Por el mismo Mudarra, que al momento
Ponerse consiguió con Zaide en cobro.

Aquí ingirió de Lara y de Velazquez
Los antiguos rencores y los odios,
Que oyó contar á la infeliz María,
Su esclava predilecta: el espantoso

Presente que su padre á Lara hizo
De las siete cabezas, cual oyólo
Referir, de prodigios adornado;
Y pasmando al abuelo, que ya absorto

La escuchaba, contóle que Mudarra,
Su dulce amor, su idolatrado novio,
De Zahira y de Lara el castellano
Era hijo y heredero: que animoso

Marchaba hácia la corte de Castilla
A dar venganza con esfuerzo heróico
A sus hermanos, y á sacar al padre
De una torre y horrendo calabozo,

En que el traidor Velazquez lo tenia.
Y sobre sí volviendo, el abandono
Refirió la infeliz, en que se hallaba,
Su aguda enfermedad, y en fin el modo

Con que dejó su alcázar, y á la sierra
Vino á encontrar tan venerable apoyo:
Mezclando en tal relato extravagancias,
Inconexas especies, risa y lloro.

De dudas y de extrañas confusiones
Arrojó al solitario en un mar hondo
La narracion de su perdida nieta;
Parecida á un torrente impetuoso,

Que salta por los riscos, arrastrando
Flores, y pajas, y volcados troncos,
Cadáveres y trozos de cabañas,
En remolinos, entre espuma, y todo

En tal desórden, que los ciegos bultos
Apénas deslindar pueden los ojos,
Ni distinguir sus diferentes formas,
Causando su total pasmo y asombro.

La horrenda historia del señor de Lara
No le es nueva en verdad, puesto que él propio
Le conoció de embajador, y supo
De Giafar la perfidia, el gran destrozo

Que se hizo en los cristianos de órden suya,
Del castellano la prision, y cómo
De sus hijos las míseras cabezas
Le pusieron delante. Ni tampoco

Ignora, que fué preso allá en su patria,
Ni de Velazquez el tenaz encono;
Pues años há que á un noble peregrino,
En los desiertos de la Siria, oyólo.

Tambien recuerda que conoce á Zaide,
Y que ántes de su fuga y de su oprobio,
Oyó hablar de un expósito, encontrado
En casa de Almanzor de extraño modo;

Mas de su mente, estos antiguos datos
La confusion aumentan y el embrollo,
Y para hallar un norte que lo guie,
Resuelve al cielo demandar socorro.

—Ya la primera luz en el oriente
Iluminaba los celajes rojos,
Cuando Kerima fatigada hundióse
Del sueño bienhechor en el reposo.

Salió de la caverna el solitario,
Al cielo alzando el fatigado rostro,
Y, puesto en cruz y de rodillas, pide
Que le sirva de antorcha y de piloto.

En demandar á Dios potente ayuda,
En planes combinar contradictorios,
Y en hacer mil preguntas á su nieta,
Con las que adelantar consiguió poco,

El mozárabe Egidio pasó el dia.
Al declinar el sol, resuelve, ansioso
De abrazar un partido, el acercarse
A Córdoba, pues ya no existe el monstruo,

Causa de su retiro y desventuras:
Coge á su nieta, hácia los llanos pronto
Desciende, y llega á la ciudad al punto
En que extiende la oscura noche el toldo.

—La ausencia de Kerima dado habia
Grande susto en su alcázar, y alto gozo
Causó el verla venir con el anciano.
Aún la andaban buscando en los contornos

La nodriza y los fieles servidores;
Y en el palacio se encontraban sólo
María y los esclavos más humildes,
Que llenos de consuelo y de alborozo,

Mostraron gran lealtad á su señora.
De ella encargados sin temor dejólos
El solitario, haciéndoles preguntas
Que le dieron más luz; y presuroso

Fué á ver, si aún encontraba algun amigo
De quien tomar noticias. Encontrólo,
Nada tardó en volver, y ya informado,
Trazó su plan, como discreto, pronto.

Conoce que es su obligacion primera
El sacar de los lazos del demonio
A su nieta infeliz con el bautismo;
Y que cuando lo ve perdido todo

En Córdoba, llevársela á Castilla
Es urgente, do pueda noble esposo
En Mudarra lograr, alto heredero
De un nombre y de un estado poderosos.

Dejar resuelve pues la Andalucía,
Y los escasos restos del tesoro
De Giafar recogiendo, con su nieta,
Y con la predilecta esclava, y pocos

Más cautivos cristianos, para siempre
Dejó su patria, atropellando estorbos,
Logrando al cabo de penosa marcha
Verse en el castellano territorio.

El movimiento de tan gran viaje,
Los distintos objetos, que los ojos
Y la mente ocuparon de Kerima,
Le dieron más salud y más aplomo;

Y el tierno amor al venerable abuelo,
Y un dulce melancólico abandono
Calmaron su exaltada fantasía,
Que en nuevas esperanzas halló apoyo.

Apénas se internó la caravana
Por tierra de Castilla, hablar á todos
De Mudarra, mirado cual prodigio,
Y de su noble reto oyeron sólo;

Y de Egidio y Kerima fué el anhelo
De Salas arribar al territorio,
Antes que venza el plazo del combate,
Que da justa inquietud al uno y otro.

Apresurar la marcha dispusieron
(Que el tiempo era en verdad escaso y corto),
Y las nieves, las lluvias, los torrentes,
Y los montes helados y fragosos

Obstáculos continuos oponian,
Y á su priesa y afan riesgos y estorbos.
En la víspera misma del combate,
Casi al anochecer, los muros toscos

Del castillo de Salas avistaron:
Mas informados por fortuna pronto
De que los Laras en el mismo dia
Salieron para Burgos, sin reposo

En la villa buscar, toda la noche
A Burgos caminaron, y tan sólo
Por el retardo del traidor Velazquez,
Llegar lograron, para ser socorro

Del héroe vencedor; pues sin Kerima
Fuera una tumba de su triunfo el trono,
Y la estirpe de Lara el exterminio
Hallara de su honor en el recobro.

Más que las medicinas, la asistencia
De la perdida mora al noble moro
Restablecieron, y en salud robusta
Fué su pecho un volcan de amor dichoso;

Y Kerima cual nunca de su ardiente
Pasion en el sublime y dulce arrobo,
Para adorar á su amador triunfante
Tiene alma, corazon y vida sólo;

Tal que los bosques frígidos de Arlanza,
A los templados apacibles sotos
No tienen que envidiar del Bétis claro,
De amor tan dulce y tan vehemente el solio.



Entre los pinos y peladas peñas,
Nieves esquivas y torrentes roncos,
Lo mismo arde su llama, que entre flores,
Riscos, verdura y plácidos arroyos;

Pero un carácter nuevo de Mudarra
Y de Kerima la pasion (forzoso
Decirlo es) tiene ya. Nuestros afectos,
Y el del amor aún mucho más que todos,

Trasplantados, muy luégo degeneran:
Son de tiempo y lugar: el sello pronto
Admiten de las nuevas circunstancias,
Y de cuantos objetos ven en torno.

Kerima y el Expósito en Castilla
Se aman, se adoran; aunque no del modo
Que se amaban en Córdoba... y ¿acaso
Son las mismas personas uno y otro?

Dónde se amaron más, dónde sus almas
Gozaron más instantes deliciosos,
Dónde de la pasion el alto vuelo
Descubrió más encantos y tesoros;

No me atrevo á decir. Allá en el Bétis
El cielo y tierra con sañudo rostro
Miraba su ternura: sobresaltos,
Contrariedades, despechado lloro,

Y un porvenir cerrado á la esperanza
Pábulo de su amor eran tan sólo.
En Salas el comun consentimiento,
La admiracion y el interés de todos,

La gratitud y aprobacion de un padre,
Y la seguridad de ver sus votos
Con aplaudido enlace coronados,
Su amor alimentaban venturoso.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
En la alta cumbre de la dicha y gozo,
Restablecido en honra y poderío,
Y con un heredero tan heróico,

Premiar resuelve la piedad y esfuerzo
Del hijo amado á quien lo debe todo
Con la mano de aquella, á quien le debe
Verlo de muerte prematura en cobro;

Y con la aprobacion del alto Conde
Y de toda Castilla el matrimonio
Y el bautismo solemnes, en un dia,
De los amantes decretó amoroso.

A prepararse á entrambos sacramentos,
Y á instruirse en la fe santa, los dos novios
Se iban á consagrar; y Gustios Lara
Quiso ántes celebrar el gloríoso

Triunfo de su inocencia en un convite,
En donde fué admitido el pueblo tosco,
A que asistió tambien Fernan-Gonzalez,
Y do reinó entusiasmo y alborozo,

Pura cordialidad, paz y alegría,
Sin ocurrir el sinsabor más corto;
Aunque muchas tinajas se agotaron,
Y aunque no anduvo el podenquero sobrio.

En tal contento universal, Mudarra
Fué el que angustiado demostróse solo:
A la siguiente luz tornar debia
Su amable director, su amigo docto,

Zaide el bueno, á su patria, y este golpe
Para su corazon era espantoso.
Sí, á la primera luz de la mañana,
En el gran patio del castillo, prontos

Los caballos de Zaide y de su escolta
Fogosos relinchaban, y los moros
De su séquito ataban el bagaje
De fuertes mulos en los altos lomos,

Ayudándoles pajes y escuderos;
Miéntras llenos de lágrimas los rostros,
El ciego Lara, Nuño, Egidio abrazan
Al querido viajero; y con sollozos

La voz ahogada, exígenle promesas
De aún á Salas volver. Mudarra, á todos
Excediendo en dolor, deshecho en llanto,
Le encargó de las flores y el adorno

Del sepulcro adorado de su madre;
Y de su gratitud en testimonio,
De luenga carta, en que á Almanzor, su tio,
Cuenta exacta y prolija da de todo.

Entre las bendiciones y los vivas
De Castilla y de Salas, tierno lloro
Derramando tambien, se puso en marcha
El venerable Zaide: dos palomos

Llevándose consigo, que debian
Traer el primer aviso presurosos,
De su llegada á Córdoba, correos
De que usaban los árabes y moros.

—Quedó Mudarra cual la frágil hiedra,
Cuando fiera segur le roba el olmo,
En cuyo seno dilató sus ramas,
Y que le dió para elevarse apoyo.

Ni áun logró dulce llanto, por consuelo,
Derramar en los montes y en los sotos,
De su tierna Kerima acompañado;
Pues en el mismo dia separólos

La obligacion precisa de aprestarse
A recibir la fe. Dentro en su propio
Palacio, en aposento retirado,
Bajo la direccion de un monje docto,

Encerróse Mudarra. Su Kerima
A un santo monasterio del contorno,
Del cual una parienta de los Laras
Era abadesa, retiróse, sólo

Acompañada de la fiel María,
La que su esclava fué, y ahora es su todo,
Y cuyo ciego fanatismo ejerce
Un dominio sobre ella poderoso.

En la iglesia de Salas por entónces
Se concluyó el sepulcro ó mauseolo,
En aquel siglo bárbaro un portento,
De rico mármol y trabajo tosco,

Mandado fabricar por Gustios Lara,
Para enterrar los míseros despojos
De sus hijos, las siete calaveras
Que trajo Zaide como don precioso.

La primorosa caja de ataujía,
Donde vinieron del país remoto,
Fué al punto colocada por el padre,
Con triste pompa y señoril decoro,

En la antigua capilla del palacio
Sobre un túmulo excelso provisorio;
En tanto que el sepulcro se labraba,
Y hasta que restaurado del oprobio,

En que el traidor Velazquez le tenia,
Pudiera celebrarles un pomposo
Funeral, y esculpir sobre sus losas
Timbres limpios de infamia, y letras de oro.

Restablecido pues en su honra antigua,
Y terminado el monumento, ornólo
De los blasones de su ilustre alcurnia,
Con la nueva cimera y raro adorno

Dado á sus armas por el alto Conde,
De su restauracion en testimonio:
Que eran, un roto círculo anudando,
Dos personajes, castellano y moro.

Fué el funeral magnífico en extremo,
Quedando de él la fama en los contornos,
Y que refieren rancios pergaminos,
Hoy pasto de polilla, y casi polvo.

Escoltada de hidalgos y guerreros,
De cuatro Ricos-homes en los hombros,
Y de escuderos, pajes y alabardas
Con acompañamiento numeroso,

Fué la caja de cedro y ataujía
Conducida á la iglesia, donde el coro
De capellanes la recibe, y pone
Sobre un túmulo rico. Bullicioso

Pueblo de Salas ocupaba el templo,
Y muchos forasteros del contorno,
Que acudieron á honrar los funerales
De aquellos siete mártires gloriosos.

Al terminarse la solemne misa,
Oficio de difuntos y responsos,
El Arcipreste al púlpito subiendo,
Hizo de los Infantes el elogio

En un sermon patético, sublime,
Lleno de erudicion, y nada corto,
Con oportunas citas exornado
De la santa Escritura, en que era docto;

Y con el sacristan y Nuño luégo
Se acercó á cerciorarse por sí propio,
De que en la caja estaban las cabezas,
Y dar de ello al concurso testimonio.

Abrióla pues, hallóla compartida
En siete divisiones, de acomodo
Sirviendo cada cual á una cabeza,
Ya blanca calavera y cráneo mondo,

Y al lado de ella escrito el nombre suyo,
En una tarja de delgado plomo.
Una por una el sacristan mostrólas
A la gran multitud, que con asombro

Clavó en aquellos restos venerandos
Con gran silencio los abiertos ojos,
Oyendo pronunciar al Arcipreste
Los no olvidados nombres. Del más mozo,

Del más gallardo de los siete Infantes
Fué la última cabeza, que al absorto
Pueblo se presentó; y al tiempo mismo
De sonar de *Gonzalo* el nombre, un hondo

Horrísono gemido por las cimbrias
Del templo resonó, con grande asombro
Del inmenso concurso, que á la parte
Donde se oyó, se agolpa presuroso;

Y ven en tierra á la baldada Elvida,
A la vieja caduca, ya despojo
Helado de la muerte. En aquel punto
Todas las ilusiones, que el apoyo

Fueran de su existir, desparecieron,
Como la llama de la luz á un soplo,
Y cayó, cual, si faltan los puntales,
El viejo muro que perdió el aplomo.

Concluye el funeral de los Infantes,
Colocando en el rico mauseolo
La caja en que sus restos aún subsisten (36);
Y al pié de él abren en la tierra un hoyo,

Do los de la nodriza de Gonzalo
Aún yacen en olvido y en reposo;
Y el que, como buen hijo, Vasco Perez,
Muchos años regó con tierno lloro.

Referir que el castillo de los Laras,
Que estuvo tanto tiempo en abandono,
De adulaciones cortesanas era
Ya y de bajeza miserable emporio;

Y que los mismos que al traidor Velazquez
Solícitos cercaban, alto encomio
A sus virtudes dando, ahora aplaudian
Y cercaban á Gustios poderoso;

Y que áun aquellos que tuvieron parte
En su justa sentencia, más orondos
De ser sus partidarios blasonaban,
Maldiciendo al vencido con encono;

No es necesario: sin que yo lo apunte
Muy bien imaginarlo pueden todos,
Pues el décimo siglo eran los hombres
Lo que en el siglo son décimonono.

—Volvamos pues á nuestros dos amantes,
A quien el cielo por tan raros modos
Trajo á abrazar el santo cristianismo
Y á unirse en insoluble matrimonio.

De reclusion dos meses completaron,
Y examinados por varones doctos,
Halláronlos dispuestos dignamente,
Y á recibir el agua santa idóneos.

A Burgos fueron conducidos ambos,
Do el bautismo y ansiado desposorio
En la gran catedral se dispusieron
Con régia pompa y público alborozo.

Del invierno aterido triunfadora,
Sus galas ostentando y sus adornos,
Reinaba la apacible primavera;
En llanos y montañas el favonio

Agitaba encendidas amapolas,
Dulces tomillos y gallardos olmos;
Entre verdura y matizadas flores
Se deslizaban plácidos arroyos,

Que ántes fueran carámbanos inmobles,
Y fundidos despues, torrentes roncos;
Cuando de mayo al ilustrar la aurora
Cumbres azules y celajes rojos,

De las huecas campanas el estruendo,
Que retumbando por los valles hondos,
Una bóveda inmensa de zafiro
Llenaba toda con sus ecos sordos;

En la alta torre pregonó de Burgos
Ser ya llegado el dia venturoso,
En que iban á ganarse para el cielo
Dos almas rescatadas del demonio.

Confusas tropas de curiosa gente,
A caballo, y á pié, y en carros toscos,
Se ven llegar á la ciudad, alzando
Por sendas y caminos blanco polvo;



Y no sólo familias castellanas
De las villas y pueblos del contorno,
Sino de las provincias más distantes
Y tambien de los reinos más remotos.

De Burgos en las calles y en las plazas
Crece el bullicio popular; en torno
Del alcázar del Conde y de la iglesia;
A las plazas se agolpa; y acomodo,

O para ver pasar la comitiva,
O ver la ceremonia, buscan sólo.
La carrera dispuesta de antemano,
Por las más anchas calles, á que adorno

Dan telas de colores diferentes,
Y ramajes de fresnos y de pobos,
Y á que sirven de alfombra, sobre arena,
Verde juncia, mastranzos olorosos;

Sólo está despejada, porque en ella
Desde el amanecer, con ceño torvo,
Espadas cortadoras y alabardas,
Altivez imponente y agrio tono,

Hombres de armas del conde de Castilla
Ponen al paso de la gente estorbo.
Pero en rejas, balcones y terrados,
Y en bocacalles, con estruendo sordo

Se apiña, y forma grupos, y racimos,
Y enjambres de cabezas y de rostros
De toda clase, edad, color y sexo,
Por ver pasar á los gallardos novios.

Derramando su fúlgido torrente
El sol inmenso, engendrador del oro,
Por el desierto espacio caminaba
A ocupar del zenit el alto trono;

Cuando el rumor creciente de las turbas,
General movimiento, gritos roncos
De los que la carrera custodiaban,
Y de las trompas el clamor sonoro

La salida anunciaron del alcázar
De los á un tiempo neófitos y esposos,
Que en medio de comparsa numerosa,
Al templo van á coronar sus votos.

Seis donceles gallardos de alta alcurnia,
Con limpias armas, en caballos tordos
Abren la comitiva, tremolando
Blancos pendones y penachos rojos.

Despues los escuderos y los pajes,
Gobernados por cuatro mayordomos
Con pértiga de plata, á pié seguian.
Con grave continente y serio rostro,

De dos en dos, marchaban veinte hidalgos,
Y doce caballeros de abolorio
Y solar conocido en la montaña,
Bandas blancas pendiendo de sus hombros.

En dos filas en pos, á lento paso,
Cantando *Hosanna* con berrido ronco,
Veinte monjes, las albas desceñidas,
Gruesa la panza, el cerviguillo gordo.

Luégo los capellanes y el concejo
De la villa de Salas, al sonoro
Compás del tamboril y de la gaita,
Con su estandarte, restaurado ha poco;

Y por fin los maceros de palacio,
Hombres de armas y guardias orgullosos
Circundan á los altos personajes,
Regios padrinos y gallardos novios,

Que ostentan en su porte la riqueza,
Extravagante gala y raro adorno,
Que edad tan miserable consentia
A la bárbara estirpe de los godos.

Iba Fernan-Gonzalez de padrino,
Robando el alma á sus vasallos todos,
Con el talle gentil y amable aspecto,
Nuncios felices de su nombre heróico:

La señora de Aranda por madrina,
Del Conde hermana y dueña de gran tono,
Y aunque ya no en la flor de la belleza,
De presencia gallarda y grato rostro;

Y en medio de los dos, del gran gentío
Encantando los pechos y los ojos,
Y fervorosos vivas recogiendo,
Van los dos catecúmenos y esposos.

Hace un año completo que en tal dia,
En bien distinto estado el uno y otro,
Y en medio de un bullicio semejante
De Córdoba cruzar las calles, viólos

El sol á la hora misma, festejando
De Abdimelik y Habiba el desposorio.
¡Cuántos diversos lances de fortuna
Han visto en tan brevísimo periodo!

Mudarra sobre el traje castellano,
Que le sienta mejor que el traje moro,
De neófito la blanca veste lleva,
Con modesto ademan, turbado y corto.

A Kerima la túnica de lino,
Puesta con negligencia y abandono,
La virginal corona de azucenas
Y rosas blancas de su frente en torno;

Los nítidos cabellos derramados
En negras ondas por el cuello y hombros;
Y los ojos á veces cual luceros
Reverberando, ó cual ardientes hornos

Encendidos; á veces eclipsados,
Fijos, como sin luz; otras de asombro
Llenos girando en torno, y otras turbios
Con gruesas gotas de salobre lloro,

Y la gran palidez de sus mejillas,
Con la boca entreabierta, cierto modo
De andar y de mover brazos y cuello,
Y el tardo respirar cansado y hondo,

Le dan una apariencia tan extraña,
Tal indeciso y vago á sus contornos,
Que asemejaba cosa de otro mundo,
Aparicion ó sueño vaporoso.

No ha gozado salud dentro del claustro,
Y en él ha dado indicios, y no pocos,
De que aún estaba endeble su cabeza,
Y su imaginacion en desentóno.

Accesos ha tenido de despecho
Y de alegría, de terror y arrojo,
Que una terrible lucha demostraban
De encontradas pasiones; pero pronto

En devocion tan honda y compungida,
En entusiasmo tal, en tal arrobo
Por las santas doctrinas terminaban,
Que de las religiosas fué el asombro,

Presagiando que á ser iba un prodigio
De santidad y de fervor devoto,
Un ejemplo sublime de los fieles,
Y de infieles tal vez norma y apóstol.

—De la novia harto cerca va María,
El podenquero va cerca del novio:
En gran silencio aquella, este en voz baja
Diciendo chistes y poniendo apodos.

El noble Gustios, remozado y firme,
De contento bañado el ciego rostro,
Y conducido por el sabio Nuño,
Va en pos del hijo, á quien lo debe todo.

Lleva á su diestra al respetable Egidio,
De solitario con el sayo tosco,
Pues de no desnudarlo hasta la muerte
Hizo á los cielos inmutable voto.

Cuatro pajes por séquito de Lara,
Y cuatro rescatados de los moros
Por séquito de Egidio, y una escolta
La procesion cerraban; numeroso

Tropel siguiendo en pos desordenado,
Que crece á cada bocacalle, como
A cada paso crece el raudo rio,
Recibiendo en su curso á los arroyos.

De la iglesia mayor la excelsa torre,
Poniendo á vuelo sus metales roncos,
Ensordece la atmósfera, y anuncia
Que ya á sus puertas tiene á los esposos.

Con sus pontificales vestiduras,
Y sacra mitra recamada de oro,
Báculo y cruz, y en derredor servido
Por prelados y abades del contorno

(Entre los cuales su lugar tenia
Nuestro buen conocido, el que el tesoro
Y villas de Velazquez ha heredado),
El Arzobispo con afable rostro

A los dos catecúmenos recibe
Del templo en el vestíbulo espacioso,
Cúbrelos con la estola, y les da entrada
En la casa de Dios; cantando el coro

De prestes y canónigos los himnos,
De aquel ceremonial entónces propios;
Y atravesando las oscuras naves,
Donde hierve concurso de curiosos,

Llegan al bautisterio. Cien antorchas
De la fuente de gracia arden en torno,
Y allí convierte el agua de la vida
Dos almas, que eran presa del demonio,

En ángeles, tan puros é inocentes
Como los que de Dios cercan el trono.
Al presbiterio luégo conducidos
Los dos nuevos cristianos, bajo el solio

Del Conde oyeron la solemne misa;
Y edificados se quedaron todos,
Al ver el interior recogimiento,
La santa compuncion y ardor devoto

Que mostraba Kerima. El Arcipreste
De Salas, ostentando el gran tesoro
De elocuencia y saber escriturario,
El sermon pronunció, que no fué corto.

Recibieron despues la Eucaristía
De la mano del preste los dos novios;
Y el Arzobispo procedió al momento
A celebrar su union y desposorio.

De pié junto al altar los contrayentes,
Padrinos, padres y testigos prontos,
Cada cual en su puesto, y preparadas
La sortija nupcial, las arras de oro,

Principia la solemne ceremonia.
Del jóven cordobés late anheloso
El encendido corazon, mirando
Llegar sus dichas al ansiado colmo.

La doncella, más pálida que nunca,
Clavados tiene los ardientes ojos
Siempre en su amante; tiembla, sudor frio
La inunda el cuerpo, y le humedece el rostro.

La ungida diestra en alto, el Arzobispo
Va á hacer indisoluble su consorcio
Con santa bendicion, y á entrambos manda
Que las manos se den. La suya ansioso

Tiende Mudarra en fuego convertida;
La de Kerima es crudo hielo, y sólo
Se ve que no es la mano de una muerta,
Por el temblor que la sacude. Poco

Faltaba ya para enlazarse entrambas,
Cuando Kerima con horror los ojos
En la mano, que espera asir la suya,
Pone; da un alarido, aparta el rostro,

Y exclama: «No... jamás!!!... Está manchada
Con sangre de mi padre... La voz oigo
Del cielo, que estos lazos me prohibe...
Yo me consagro á Dios... Cristo es mi esposo.»

Dijo, resuelta del altar huyóse,
Y de María en el regazo tosco
Desmayada cayó. De mármol quedan
Los circunstantes; sin aliento el novio.

A describir su situacion no alcanza
Humana voz. Si el nombre glorïoso,
Que ganó con su hazaña, el rico Estado
Y un padre tal, hallado de tal modo,

Le compensaron el horrendo golpe;
O si la gracia celestial su apoyo
Le dió y resignacion en tal conflicto;
No he podido indagar. Que poco á poco

El tiempo volador le consolase,
Me parece seguro: ello es notorio
Que, ó por razon de Estado ó por amores,
Otro enlace contrajo. Testimonio

Dan de su descendencia las historias,
Y viven en España entre nosotros
Los Manriques de Lara, que se precian
De hallar su orígen en tan noble tronco (37).

Tours, Mayo de 1833.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(36) Recordando que mi amigo el Excmo. Sr. duque de Frias es el actual poseedor del estado de Salas, le escribí rogándole me comunicara las noticias que se conservasen en su casa, sobre los siete infantes de Lara, y si habia algun documento que acreditase la tradicion de existir sus cabezas en aquella villa. Me hizo la fineza de contestar inmediatamente, remitiéndome los dos siguientes extractos de documentos que existen en su archivo.

1.° En un manuscrito, que se dice lo fué por el señor condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, duque tercero de Frias (el cual falleció en 12 de noviembre de 1559) tratando del orígen y genealogía de su gran casa de Velasco, y con relacion á la adquisicion de la villa de Salas de los Infantes, al folio 21 dice entre otras cosas: *Hernan Sanchez de Velasco, hijo de Sancho Sanchez y doña Sancha Carillo, murió en un combate en el cerco de Algeciras, por los años de 1313 ó 14, casado con doña Mayor de Castañeda, la cual trajo en dote la villa de Palacios de la Sierra, y otros vasallos en la Hoz de Lara, y la casa que tenia en la villa de Salas* Gonzalo Gustios, padre de los siete Infantes de Lara. *Los cuales ignoro por qué se llamaron* Infantes, *si no era por ser caballeros mancebos; que ni eran hijos, ni nietos de rey, y tampoco dejaron sucesion. Los de Lara descendieron de un hijo bastardo, que Gonzalo Gustios tuvo en una mora, hermana del rey Almanzor de Córdoba, el cual se llamó Mudarra Gonzalez. Vino á Castilla, se hizo cristiano, y vengó la muerte de sus hermanos, muertos por los moros á instancias de Rui-Velazquez. Mudarra Gonzalez heredó de su padre la villa de Salas, la casa y toda la otra hacienda que Gonzalo Gustios tenia*, etc.—Más adelante añade el condestable, autor de este manuscrito, que ignoraba si doña Mayor de Castañeda era parienta de los Laras, y cómo hubo aquella casa, *que habia sido de Gonzalo Gustios, titulada de los Infantes de Lara.*

2.° «En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la expresada villa de Salas, con asistencia de los señores don Pedro de Tovar y doña María de Recalde, su mujer, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano del número de ella, de la cual resulta, que pues allí habia en la iglesia mayor de Santa María, en la pared de la capilla del lado del Evangelio *las cabezas de los siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios, su padre, y la de Mudarra Gonzalez, su hijo bastardo*, que por haber tantos años que estaban allí, y ser los letreros antiquísimos, dudaban algunas personas, si era verdad; mándase abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que habia dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene *siete cabezas* de pintura antigua, al parecer de más cien años, y encima de ellas hay siete letreros, cuyos nombres dicen: *Diego Gonzalez, Martin Gonzalez, Suero Gonzalez, don Fernan Gonzalez, Rui-Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez.* Y al cabo de ellas, un poco más abajo, está otra cabeza, que dice el letrero que está sobre ella *Nuño Salido.* Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba; el letrero del uno dice *Gonzalo Gustios*, y el del otro *Mudarra Gonzalez, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le están juntando.* Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla, dice *Nuño Salido*, y en el más antiguo *Nuño Sabido.* Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no habia ningun oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Saler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca; y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro habia un hueco grande á manera de capilla, en el cual estaba un arca clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y descoyuntadas del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y él lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde ántes estaba.»

No dejando duda este documento acerca del lugar en que estaban (y aún subsisten hoy dia) las cabezas de los siete Infantes de Lara, la de su padre, la de Mudarra y la de Nuño Salido, sólo puede ser cierto lo que pretenden los religiosos de San Pedro de Arlanza (aunque igual posesion alegan los de San Millan de la Cogulla), entendiéndose ser los cuerpos de los Infantes sin las cabezas lo que existe en uno de estos dos monasterios. A no ser que esto nazca,

segun apunta Garibay, «de querer los religiosos atribuir á sus casas autoridad y antigüedad con las sepulturas de semejantes caballeros, que eran de la mayor estima y valor que habia en Castilla.»

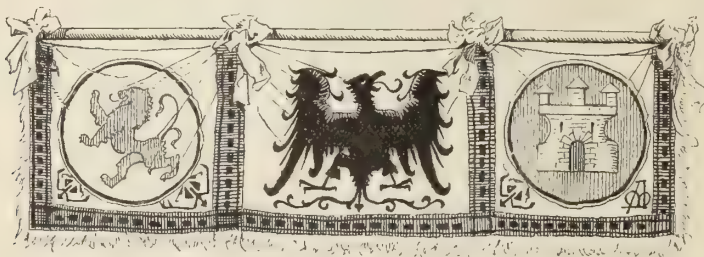
Antes de recibir la carta del duque de Frias, tenia yo presentes los nombres que Morales y otros autores dan á los siete Infantes; pero el llamarse uno Rui-Gomez, y haber dos del nombre de Gonzalo Gonzalez, cuadraba mal con mi plan. Ménos me acomoda todavía denominar á ninguno de ellos Rui-Gonzalez ó Gustios, porque se les confundiria entónces con su tio y con su padre. He dejado por lo mismo los nombres de *Enrico* y *Veremundo*, que habia sustituido á los de dos de los siete hermanos.

En otras cosas me he desviado tambien de lo que refieren los historiadores: he adoptado la ficcion de Matos Fragoso en la comedia *El traidor contra su sangre y siete Infantes de Lara*; de presentar ciego al padre por efecto de su larga prision; y porque me hubiera hecho gran falta el personaje de Nuño Salido, le supongo aún vivo al tiempo del bautismo de Mudarra y Kerima, cuando aquellos le dan muerto con los Infantes en el campo de Albácar, Almenar, Almenara ó Arabiana, pues con tanta diversidad lo señalan los antiguos escritores y romances.

(37) Ambrosio de Morales en su *Crónica general de España*, libro XVII, cap. 16, dice: «Notoria cosa es en Castilla, y en que ninguno duda, que Mudarra Gonzalez, como heredero de la casa de Lara, así fué el tronco y principio de los caballeros Manriques, cuyo ínclito linaje está muy extendido por tantas y tan principales casas de grandes y de señores en el reino. Todos en conformidad proceden así, cuando tratan la descendencia. Mudarra Gonzalez, señor de Lara, tuvo por hijo al conde don Ordoño de Lara: hijo de este fué el conde don Diego Ordoñez de Lara, el que reptó á Zamora sobre la muerte del rey don Sancho, y peleó con los hijos de Arias Gonzalo. Y fué tan principal caballero don Diego Ordoñez, que casó con la infanta doña Urraca, hija del rey don García de Navarra, hermano del rey don Fernando el *Magno*, como parece por un privilegio que desto puso Estéban Garibay en su muy diligente *Crónica de Navarra*. Don Diego Ordoñez tuvo por hijo al conde don Pedro de Lara, muy conocido en nuestras historias y en privilegios, en tiempo del emperador don Alonso, hijo de la reina doña Urraca. Su hijo mayor se llamó don Amalarico, ó Amaltrique, ó Manrique de Lara, que pobló á Molina, y tambien es muy conocido en privilegios y en nuestras historias, hasta que lo mataron en la batalla de Huete, en tiempo de la niñez del rey don Alonso, el de las Navas. En todo esto concuerdan todos los que dello escriben.»

Garibay, Argote de Molina, Mariana, Gudiel y otros autores de gran peso aseguran lo mismo. Los obispos Sampiro y Pelayo, casi contemporáneos, y despues don Rodrigo Sanchez y don Alonso de Cartagena, hablan de la muerte de los Infantes, pero sin nombrar á Mudarra: Salazar de Mendoza y Fray Prudencio de Sandoval hacen á los Manriques de Lara descendientes de uno de los siete Infantes.

Don Luis de Salazar y Castro en su *Historia genealógica de la casa de Lara*, libro I, capítulos 11 y 12, combate á los autores mencionados, y en el principio del libro II le da otro orígen, aunque tomado siempre de los condes de Castilla.



ÍNDICE

DE LAS COMPOSICIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Páginas

PRÓLOGO I
VIDA DEL AUTOR IX

POESIAS SUELTAS Y POEMAS CORTOS

Romance.—En una yegua tordilla 1
Romance corto.—Luz de esta ribera 2
Cantilena.—Febo se retiraba 2
Romance corto.—Hermosa zagala 2
Soneto.—Mísero leño, destrozado y roto 3
Romance.—Hermosísima zagala 3
Soneto.—Gallardo alzaba la pomposa frente . . . 4
Al armamento de las provincias españolas contra los franceses.—¡A do se encumbra con altivo vuelo. 5
A la victoria de Bailén.—Horrendas huestes la fragosa cumbre 7
Romance.—Con once heridas mortales 9
Romance.—Entre verdes olivares 10
Soneto.—Ojos divinos, luz del alma mia 10
Al conde de Noroña.—Oh, Conde, pues tu lira . . 11
Soneto.—El oponer mi pecho no me asusta . . . 12
A Amira.—Hondo mar espumoso 12
Soneto.—Viene en pos del invierno perezoso . . 13
Cantilena.—Por un alegre prado 13
Soneto.—Lleno el pecho de orgullo y ufanía . . 14
Soneto.—Oh amiga noche, oh noche deliciosa . . 14
El paso honroso.—Canto primero 15
Canto segundo 23
Canto tercero 30
Canto cuarto 36
A la victoria de Arapiles.—Levanta, oh Tormes, la divina frente 44
Romance corto.—Dulces ilusiones 45
Napoleon destronado.—¿En dónde, en dónde, oh Sena esclarecido 46
Romance.—A esconder su lumbre pura 48
España triunfante.—Goza feliz, esclarecida España. 49
Al mismo asunto.—¿Quién podia dignamente . . 51
Soneto.—Líbrase al soplo del airado viento . . . 53
Romance.—Por en medio de una vega 53
A D. José Vargas y Ponce. Epístola.—He recibido tu donosa carta 54
Al rey D. Fernando VII.—Dad, sagradas deidades de Helicona 58
Soneto.—Tierno pesar, amargo abatimiento . . . 60

Páginas

La borrasca, á Lauso.—¡Ay, cual el turbio mar hier ve espumoso 61
Soneto.—En este bosque por la vez primera . . 61
El tiempo.—¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso . 62
Romance.—Oculto entre la espesura 64
Letrilla.—¿Te vas y me dejas 65
A Olimpia.—Oye afable, hermosa Olimpia . . . 66
Soneto.—¡Ay, que de vuestro labio purpurino . . 66
A Olimpia.—¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría 67
Elegía.—Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde . . 69
Romance.—Ves, Olimpia encantadora 70
Soneto.—Olimpia bella, cual la fresca aurora . . 71
Romance.—¿Qué importa, adorada Olimpia . . . 72
A Olimpia.—Dulce señora mia 72
Cantilena.—Mil veces venturoso 73
Soneto.—Jamás marchite tu beldad lozana . . . 73
Adelfa. Egloga.—Si el ronco acento de la lira mia. 74
Cantilena.—Ves, adorada Olimpia 77
Soneto.—Por más que el Noto silbador pelea . . 78
Lamento nocturno.—Noche serena y pura . . . 78
Romance corto.—Apacible rio 79
Romance.—¿Por qué pretendes, ingrata 80
Lamentacion.—¡Ay que en mi labio demudado y frio 81
A Olimpia.—¡Ay que mi pecho mísero te adora . 83
Soneto.—Lauro y triunfos consiga el ambicioso . 85
Brevedad de la vida.—De flores odorantes coronada 85
A Olimpia.—Arde el fogoso oriente 86
A las siemprevivas.—Salve, divinas flores . . . 88
A Olimpia.—Olimpia, ¿dónde estás?... En vano, en vano 89
A la Adelfa.—¿Qué flor de cuantas pinta . . . 91
Soneto.—Antes de partir.—Ojos divinos, cuya lumbre pura 92
El desterrado.—¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena 92
A las estrellas.—¡Oh refulgentes astros, cuya lumbre 97
El sueño del proscripto.—Oh sueño delicioso . . 98
Cristóbal Colon.—Un mar desconocido ronco brama 99
Florinda.—Canto 1.° *El banquete y la prision.*—Casi en mitad de la extendida España . . 100

Páginas

Canto 2.° *Los presagios.*—Con un potro, un arnés y un escudero. 108
Canto 3.° *La venganza.*—Viento septentrional sopla, y gallardo. 117
Canto 4.° *La batalla.*—La noche horrenda que el monarca hispano. 125
Canto 5.° *El exterminio.*—A la entrada del campo y llano extenso. 132
La maledicencia.—Ya perfume del ambiente. . . 140
Enviando un ramo de flores á una dama enferma.—Den á tus ojos contento. 141
El faro de Malta.—Envuelve al mundo extenso triste noche. 141
A los Excmos. Sres. Marqueses de Santa Cruz en la boda de su hija tercera Doña Fernanda de Silva y Giron.—No sonará mi acento. 142
La sombra del Trovador.—De luchar fatigado. . . 145
El canto del ruiseñor.—¡Qué noche deliciosa! . . 149
Versos escritos en un álbum.—Si una cosa muy bonita. 150
Un gran tormento.—Amar ¡ay! sin ser amado. . . 150
Un padre.—Era oscura la noche, ronco trueno. . . 151
A mi hijo Gonzalo de edad de cinco meses.—De tu madre en el seno. 153
El otoño.—Al bosque y al jardin el crudo aliento. . 154
Versos escritos en un álbum.—Pues tanto, niña, te empeñas. 155
La catedral de Sevilla.—De la fe y del entusiasmo. . 156
Lucía.—¡Ay!... nació bella cual la flor temprana. . 158
Soneto. Contra los elogios desmedidos que hoy con tanta facilidad se prodigan.—¡Fortuna grande! ¡Tiempo venturoso! 159
La cancela.—Peculiar es de Sevilla. 160
Soneto leido en el Liceo de Sevilla la noche del 21 *de julio de* 1838, *dias de S. M. la reina gobernadora.*—Salve, astro tutelar de las Españas. 162
A un arroyo.—Pobre arroyo, de una fuente. . . . 162
Soneto.—Detesta Pero-Anton la aristocracia. . . . 163
Lamentacion. Fragmentos.—Sí, yo la ví... Mi patria revestida. 164
La asonada.—Ronco retumba el pavoroso ambiente. 166
Soneto.—*Receta segura.*—Estudia poco ó nada, y la carrera. 167
A la Reina Nuestra Señora.— *Versos escritos en el álbum que regaló á S. M. el Liceo de Madrid la noche del* 15 *de Diciembre de* 1843.—Angel puro, inocente. 168
Soneto.—*Un buen consejo.*—Con voz aguardentosa garla y grita. 169
La primera vez que ví á M. B.—Sí, la misma es que mis ojos. 169
No hay reparacion.—Con lágrimas inútiles. . . . 170
El sol poniente.—A los remotos mares de occidente. 171
Versos escritos en el álbum de P. A.—Tus ojos, ojos no son. 172
Meditacion.—Al insigne poeta napolitano el Sr. Giuseppe Campagna.—¡Ay, con qué confianza. . . 173

Páginas

Retractacion. — Al mismo. — Razon tienes, Campagna. 176
La aparicion de la Mergelina.—Se esconde tras Posílipo. 178
A D. José Zorrilla.—Contestacion á los lindos versos que publicó, dedicados al autor, en el *Heraldo* de 30 de julio de 1844.—En estas risueñas playas. 180
A Lucianela.—Soneto 1.°—Cuando el desnudo pié graba en la arena. 182
Una declaracion.—¡Ay que tus ojos de fuego. . . 182
A Lucianela.—Soneto 2.°—Cuando al compás del bandolin sonoro. 183
Una noche de verano en el golfo de Nápoles.—Al Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa.—Pues no te fatiga el sol. 184
Desconsuelo.—Por el campo helado y yerto. . . . 186
Soneto.—¡Un amigo!!!—Guarte, ese amigo que te estrecha al seno. 187
Elvira.—A los señores duques de Bivona, en la muerte de su hija de este nombre, á los siete meses de edad.—El poeta.—¡Ay! con razon mi indócil fantasía. 188
Fantasía nocturna.—Al Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego.—El sol siguiendo su eternal viaje. 191
La vejez.—Al Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí.—Placeres, gloria, aplausos y contento. 194
El campo.—Al duque de Montebello.—¿A esto campo llamais? ¿A los verjeles. 197
A Lucianela.—Soneto 3.°—Deja, deja las redes, Lucianela. 200
Epístola á D. Leopoldo Augusto de Cueto contestándole á una suya de Copenhague.—Recibí tus lindísimos tercetos. 200
Soneto.—Al nacimiento de S. A. R. la augusta princesa de Asturias.—Astro consolador, niña inocente. 208
Soneto.—Al bautismo de S. A. R. la augusta princesa de Asturias.—Cuando en la fuente santa del bautismo. 208
La Noche-buena en París y en Madrid el año 1857.—Romance dedicado á la tertulia literaria de los Excmos. Sres. Marqueses de Molins. 209
El moro expósito, *ó Córdoba y Búrgos en el siglo décimo.*—Leyenda en doce romances. 215
Romance primero. 219
Romance segundo. 236
Romance tercero. 254
Romance cuarto. 272
Romance quinto. 287
Romance sexto. 304
Romance séptimo. 326
Romance octavo. 343
Romance noveno. 363
Romance décimo. 383
Romance undécimo. 403
Romance duodécimo. 414

OBRAS COMPLETAS

DEL

DUQUE DE RIVAS


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL
BARCELONA

OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

DIRECTOR QUE FUÉ DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ilustradas con dibujos de

D. APELES MESTRES y de D. J. LUIS PELLICER

TOMO SEGUNDO



BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMEROS 309 Y 311

1885

ROMANCES HISTÓRICOS

PRÓLOGO DEL AUTOR [1]

Sea cual fuere la opinion que se adopte acerca del orígen del romance octosílabo castellano, no puede dudarse que se confunde con el de la lengua misma, tambien llamada *romance*, y que fué el metro propio de nuestra poesía popular más antigua, de la que cantaba el vulgo, y de la que conservaba en su memoria las hazañas, los milagros, los amoríos y todo género de tradiciones. Tenemos muchos compuestos en la más remota antigüedad, ignorándose el nombre de sus autores; y aunque rudos é inarmoniosos, ofrecen sumo interés, y son tan vigorosos en la expresion y en los pensamientos, que nos encanta su lectura; encontrando en ellos nuestra verdadera poesía castiza, original y robusta, luchando con una lengua naciente, estrecha, insonora y semi-bárbara. Su efecto es tan grande, como se advierte cuando los oimos intercalados con toda su rudeza y con su antiguo lenguaje, en el diálogo de comedias históricas muy posteriores. Célebres ingenios del siglo XVII dieron con ellos, aunque pertenecientes á época tan inculta y á una literatura tan atrasada, mucho realce á sus composiciones. Luis Velez de Guevara en su drama titulado *Reinar despues de morir;* Cubillo de Aragon en *El rayo de Andalucía*, y los autores de *La más hidalga hermosura* lo hicieron así con mucho acierto, ingiriendo en estas comedias los romances, que muchos años atrás andaban ya en los labios del vulgo, solemnizando el infortunio de doña Inés de Castro, la muerte y venganza de los Infantes de Lara, y la noble determinacion tomada por los castellanos de libertar á su conde Fernan-Gonzalez, preso á traicion por el rey de Navarra. Innumerables ejemplos pudiéramos citar de esto mismo. Y el apoderarse así á la letra de los antiguos romances para realzar con ellos los dramas históricos, ha merecido elogio hasta del severo y clásico Moratin en su obra titulada: *Orígen del teatro español.*

El romance octosílabo más acomodado á los oídos y á la memoria del vulgo, que los informes y pesados versos del poema del Cid, y que los alejandrinos más ataviados y cultos de Gonzalo de Bercéo, prevaleció sobre ellos, campeando siempre como verdadero metro nacional. No sólo se cantaban en él hazañas pasadas, sino que se escribian nuevos romances siempre que ocurrian acontecimientos notables, y sucesos ó hechos de armas cuya memoria debia conservarse. Y habia poetas de profesion en los campamentos de nuestros caudillos, y en las cortes de nuestros reyes, que cantaban en este metro sus proezas y sus conquistas. El glorioso rey San Fernando llevaba en las huestes con que ganó á Sevilla á *Nicolás de los romances*, sobrenombre que le dan las crónicas y que demuestra cuál era su ejercicio, y ejercicio á que debió repartimiento despues de la conquista, entrando á la parte con los guerreros, como poeta de la expedicion, en el despojo de la victoria. ¿No recuerda esto la importancia que tuvieron los bardos de los antiguos pueblos del Norte, porque eran los que conservaban la historia de sus hazañas?

La consideracion que merecian los romances históricos de aquellos siglos, y el crédito y fe que se les daba, se conoce al recordar que de las tradiciones conservadas en ellos, se formaron muchas de las narraciones de las crónicas, que se escribieron despues. Narraciones que áun cuando sean de hechos falsos ó exagerados, y que por lo tanto hayan sido últimamente arrojados de la historia por la crítica moderna, tienen siempre para nosotros una ventaja inapreciable, la de darnos á conocer las ideas de los siglos en que se escribieron y creyeron.

Los romances más antiguos que poseemos, refieren hazañas y milagros ó caballerías de la corte de Carlo-Magno, por donde se ve que nuestra poesía tuvo el mismo orígen, que la de todos los países del mundo: la admiracion de los grandes hechos y el entusiasmo religioso. Estos romances antiquísimos tienen la misma estructura con que hoy los hacemos; pues son versos de ocho sílabas, en que los impares van libres ó sueltos, y los pares rimados con una misma desinencia. Y en esta estructura particular, y colocacion alternada de la rima, apoya el ilustrado Conde su opinion, que es la más admitida, de que el romance castellano proviene de los versos árabes de diez y seis sílabas, pareados, esto es, rimados de dos en dos; que se escribieron por ignorancia ó de intento, divididos en hemistiquios, y cada uno de estos en un renglon

(1) Puesto al frente de la primera edicion de los *Romances históricos*, hecha en Madrid el año 1840.

aparte, resultando la rima alternada y como hoy la colocamos en el romance.

Estos fueron constantemente escritos en consonante rigoroso y uniforme, lo que les daba un monótono y continuado martilleo muy desapacible. Y en los más antiguos, como escritos en la infancia de la lengua y cuando aún no estaba fijada, los poetas añadian letras y sílabas á las palabras finales de los versos, ya para completar el número, ya para formar el sonsonete. Siendo ciertamente muy desagradable y fastidiosa la repeticion del mismo sonido cada dos versos veinte ó treinta veces, ó acaso más, pues algunos de aquellos romances son de bastante extension; los adelantos de la lengua y del buen gusto produjeron la invencion y adopcion del asonante. Bien sea este, como muchos creen, y no sin fundamento, tomado del árabe; bien que se descubriese por mera casualidad; bien que el deseo de evitar la pesadez de la repeticion de un mismo consonante hiciese observar, que en nuestra lengua basta la conformidad de las dos últimas vocales de una palabra con las de otra, para formar una rima muy distinta y armoniosa. El romance se apoderó exclusivamente de este primor de nuestro idioma, de esta semi-desinencia, que luégo se introdujo en otros metros, como artificio exclusivo de la versificacion castellana; y que más adelante admitió el vulgo con particular y decidida preferencia en sus seguidillas, tiranas, etc. Pero no hay ejemplo de esta ventajosa innovacion anterior al siglo XVI.

Mucho ganó con ella el romance en soltura, facilidad y armonía; como ganó, bien que á costa tal vez de energía y severidad, en órden, gala y correccion, cultivado por los ingenios de aquella época aventajada. Y saliendo del estrecho campo á que estaba reducido, empezó en manos del fecundo Lope de Vega, del lozano Góngora, del portentoso Calderon, y de otros buenos ingenios, á prestarse á todo género de asuntos, ya eróticos, ya filosóficos, ya místicos, ya satíricos, engalanándose con todos los atavíos de la buena poesía. Entónces nacieron los romances *moriscos*, engañándose mucho los que, escasos de erudicion, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con sólo considerar que ni las costumbres, ni los afectos, ni las creencias, que en ellos se atribuyen á personajes moros, son los de aquella nacion; advirtiéndose desde luégo que son cristianos enmascarados con nombres y trajes moriscos; moda que produjo muy felices composiciones, y que estuvo una temporada tan en boga entre nuestros poetas, que el mismo Góngora, que la ridiculizó festivamente en un romance jocoso, tuvo que obedecer á ella, y escribió muchos y muy bellos romances moriscos. Inventados fueron, pues, estos por los ingenios castellanos, y los que Perez de Hita introdujo en su *Historia de las guerras civiles de Granada*, compuestos por él, como todo el libro, exornado con narraciones fabulosas. No es esto negar absolutamente que pueda acaso alguno de los romances moriscos de aquel tiempo ser traduccion ó imitacion de alguna antigua composicion árabe.

En pos de los romances moriscos vinieron los *pastoriles*, en que fué extremado el príncipe de Esquilache, y en que perdió aquel metro mucho vigor y lozanía, ganando algo en ternura y en sencillez. El ingenio colosal de Quevedo se apoderó tambien del romance para la sátira, y le dió en este género un ensanche sin límite, y una facilidad sin igual, haciéndolo asiento, no sólo de todas las festivas sales de nuestra lengua, sino de los pensamientos más nuevos y originales, y de todas las frases más agudas y festivas de que es capaz idioma alguno.

El romance octosilábico castellano se adoptó muy desde luégo por los poetas dramáticos, y en comedias anteriores á Lope de Vega lo vemos ya introducido, y continúa hasta nosotros, siendo el metro favorito del teatro. Nuestros antiguos poetas cómicos lo mezclaron con quintillas, redondillas, cuartetas, décimas, octavas, sonetos, liras y áun versos sueltos, mirando como una belleza del drama la variedad de la versificacion; pero en Lope, Alarcon, Tirso, Calderon, Moreto, Rojas y demás insignes dramáticos, se observa que emplearon casi exclusivamente el romance para las narraciones. Este fué luégo enseñoreándose completamente de la escena cómica, hasta que se hizo dueño absoluto de ella, á fines del siglo pasado, arrojando de su término los demás metros. Castrillon fué el primero de los modernos que restableció el antiguo gusto de variar la versificacion en la comedia; y hoy dia se ha (en nuestra opinion con muy buen acuerdo) completamente restablecido.

La misma popularidad de que gozó el romance desde su orígen, por los asuntos que le fueron peculiares; la facilidad que adquirió su composicion con la introduccion del asonante; la vulgaridad que le dió el diálogo cómico; y la soltura y ensanches que debió, como dejamos dicho, el gigantesco ingenio de Quevedo, lo fueron entregando al brazo seglar de los meros versificadores y de los copleros vergonzantes. Y convertido al fin en su patrimonio exclusivo, murió á sus manos, ya hinchado y ridículamente culto; ya lánguido, trivial y chabacano. Desacreditándose hasta tal punto, que fué últimamente mirado como el verso escrito sólo para el vulgo, y como el que podia permitírsele al vulgo en sus groseras composiciones; y los hombres literatos comenzaron á asquearlo y á desdeñarlo.

En vano Luzan hizo su elogio, y demostró su importancia en el renacimiento de la poesía española, á mediados del siglo pasado. En vano Melendez justificó con su ejemplo la doctrina de aquel erudito, y escribió, no sólo romances eróticos y descriptivos, sino tambien composiciones líricas de un género más filosófico y atrevido en el mismo metro. Y en vano se reimprimieron muchos romances antiguos, con razonados prólogos, tributando al género los elogios más encarecidos: el romance no resucitó. Los ingenios que han honrado nuestro parnaso despues de

Melendez, apénas han escrito alguno que otro, ya erótico, ya jocoso, dedicándose exclusivamente al cultivo de los metros italianos. Y los poetas más recientes tampoco han hecho esfuerzo alguno á favor del romance, ya que tantos hacen por resucitar las coplas de arte mayor, y por aclimatar en nuestro suelo los cuartetos endecasílabos con consonantes agudos, que dan á nuestra lengua un giro mezquino y una canturía, más propios del idioma francés que del castellano.

Es ciertamente extraño que en esta época de ensanche, y acaso de regeneracion (en que la poesía, rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver á su orígen, dejando á un lado la servil imitacion de griegos y latinos, y buscando inspiraciones propias en épocas más en armonía con las sociedades modernas), no haya renacido con muchas ventajas el romance octosílabo castellano. Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los asuntos y el colorido de la poesía actual, ningun otro metro podia encontrarse más á propósito, como castizo y original; como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran; como depósito de esos matices mismos que hoy se buscan con tanto empeño; y como el más adecuado, en fin, por su sencillez, facilidad y soltura, á todos los tonos de la poesía, y por lo tanto á los atrevidos, variados y desiguales vuelos del *romanticismo*.

Pero aún más extraño es que en esta época misma, literatos que gozan de justa nombradía, hayan emprendido proscribir *por principios* el romance, como indigno del Parnaso español, y como metro despreciable y chavacano. El primero que ha escrito contra el romance ha sido un extranjero, el aleman Schelegel, el que, sin negarle gracia y gallardía, decide que no es capaz de la poesía digna de elogios y de imitacion. Que un extranjero se haya equivocado, y sentenciado sin conocimiento de causa, no es de extrañar; pero sí lo es, y mucho, que lo hayan seguido y reforzado escritores nacionales, y no ignorantes por cierto de nuestra literatura.

En una obra elemental, que anda de real órden en manos de la juventud, se deprime hasta con encono, y se ridiculiza hasta con pueril acritud el romance octosilábico castellano como indigno de la poesía alta, noble y sublime. Se asegura en ella que *aunque venga á escribirle el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara.* Y se sienta como positivo, que las más triviales y chavacanas se ocurren inmediatamente á todo español, que lee ú oye una ó dos coplas de romance, aunque este sea muy bueno, y de asunto muy grave y elevado. Decidir tan absolutamente contra un metro en que tan excelentes cosas se han escrito; que es sin disputa la forma en que apareció nuestra verdadera poesía nacional; que se ha amoldado siempre con ventaja á todos los géneros, á todos los tonos, á todos los matices, á todos los asuntos imaginables, en manos de nuestros mejores poetas; y que, ya rudo, vigoroso y desaliñado, ya galano y florido, ya tierno y melancólico, ya templado y armonioso, ya jovial y satírico, se ostenta siempre como la mayor riqueza de nuestro parnaso; es un incomprensible atrevimiento, fundado en un aislado capricho, que se opone á la opinion general.

Dígase enhorabuena que el romance octosílabo no es á propósito para escribir en él toda una *Epopeya* (si es que á álguien le da en este siglo la mala tentacion de escribir alguna); pero excluirlo de la poesía sublime, de la poesía histórica, de muchas partes de la *Epopeya* misma, como las narraciones, las descripciones, las sentencias filosóficas, los cuadros poéticos, cuando tenemos tan excelentes trozos de estas clases escritos por nuestros mejores autores en romance, es demasiado pretender, es arrojarse con suma ligereza á dar una sentencia definitiva, que carece de fundamento.

Dice el autor que impugnamos, que todo romance recuerda una *jácara* vulgar. ¿Quién que tenga oido y alma recuerda las chavacanadas del vulgo cuando lee ú oye el sencillo y sublime romance histórico, en que se pinta *al señor de Hita y Buitrago*, en la batalla de Aljubarrota, que viendo á su rey con el caballo muerto, le da el suyo para que se salve de aquel desastre, le recomienda á su hijo, y se entra á pié á morir como bueno en lo recio de la pelea?... ¿Quién recuerda las coplas de los ciegos, cuando lee el riquísimo romance de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan lleno de poesía, de amor, de encanto; ó los romances del Cid, muchos de los pastoriles de Esquilache, y los tiernos y de estructura lírica de Melendez? ¿A quién, en fin, se le ocurren esas vulgarachadas, que tan presentes tiene el preceptista, cuando le encantan en el teatro los hermosísimos romances en que el gran Calderon hace sus exposiciones, y en los que todos los géneros, todos los estilos se ven tan maestramente manejados? —Y en vano es alegar en contra nuestra el gran número de perversos romances que se han escrito; porque tambien se han escrito gran número de malísimas octavas, de enrevesados tercetos, de sonetos abominables. Y al que me arguya con los romances de Montoro y Marujan, yo le opondré las ridículas y extravagantes silvas de Gracian, y los desmayados y prosaicos endecasílabos de Iriarte, y no nos quedaremos nada á deber.

Ciertamente aún no le ha ocurrido á ningun italiano el proscribir los sonoros y flúidos versos cortos cantables, tesoro inagotable de su idioma, y tan cultivado y engrandecido por Metastasio y otros grandes poetas; fundado en que son los mismos que cantan, vulgarizan y achavacanan los copleros improvisadores de las hosterías y de las plazas públicas. Y precisamente en ellos ha escrito el insigne Manzzoni una de las odas más altas, sublimes y filosóficas de nuestros dias, la que intitula *El 5 de mayo*, y cuyo argumento es la muerte de Napoleon. ¿Y el francés Beranger no ha colocado su nombre entre los prime-

ros líricos de este siglo, sin escribir más que en los metros más vulgares de su país?

No somos nosotros de los que creen que la poesía consiste únicamente en la forma con que se expresa el pensamiento, atribuyendo todo el encanto de este arte divina, sólo á la expresion. Por lo tanto, no damos tanta importancia al metro que busca el poeta para trasmitirnos las imágenes de su fantasía, y los afectos de su alma. Creemos, sin embargo, que ciertas formas pueden contribuir á aumentar el efecto en algunos casos, y que ciertas armonías pueden excitar más ó ménos nuestras emociones. Pero fijar reglas en el particular, y que el frio preceptista decida magistralmente en la materia, y marque (aunque sea citando á Horacio) en qué número y con qué armonía se han de expresar tales y tales pensamientos, tales y tales pasiones, nos parece absurdo.—Y esas reglas, ¿en qué pueden fundarse?... ¿No vemos la rotunda y pomposa octava, el verso heroico por excelencia, aplicada con tanta facilidad y magisterio, por el flexible ingenio de Ariosto, á todos los tonos, desde el más sublime y apasionado, hasta el más trivial y burlesco; ya á la narracion épica más alta; ya á la descripcion más florida y lozana; ya á la relacion más baja y vulgar? ¿Y no parece, al leer el *Orlando*, que la octava está inventada exprofeso para cada uno de estos géneros, para cada uno de estos estilos tan diversos y tan encontrados?... Lo mismo diremos de los demás metros. En los severos tercetos en que el terrible Dante nos pinta sus espantosas visiones, escribió el templado y melancólico Rioja sus pensamientos morales y apacibles; y en tercetos están escritas las sátiras de los Argensolas, y áun las más libres y sarcásticas de Quevedo y de Arriaza. ¿Y el soneto?... No hay combinacion métrica y rítmica más artificiosa, de más pompa y majestad: parece hecha adrede para encerrar los pensamientos más sublimes y encumbrados. Pues tan felizmente se presta á los místicos y á los históricos, como á los profundos y filosóficos de los Argensolas, á los risueños y floridos de Arguijo, á los melancólicos y pastoriles del bachiller Francisco de la Torre, y á los chistosos, libres y hasta chavacanos del gran Quevedo. ¿En qué ejemplos, pues, fundan los preceptistas esas reglas con que quieren tiranizar al ingenio y encadenar la imaginacion?... Por fortuna el ingenio creador y la imaginacion fecunda producen sus grandes bellezas, sin acordarse de los preceptistas, y echando mano del instrumento que su propio instinto les sugiere, como el más á propósito, en el momento de la inspiracion.

Si todos los metros se prestan más ó ménos á todos los géneros de poesía, y en todos ellos pueden expresar felizmente sus ideas y sus afectos los verdaderos poetas, porque saben darles el tono, el giro y la armonía más conveniente á la expresion de sus pensamientos y de sus pasiones; el romance octosilábico castellano es acaso la combinacion métrica, que obteniendo la primacía para la poesía histórica, como la más apta para la narracion y la descripcion, se presta más naturalmente á todo género de asuntos, á toda especie de composiciones. Su facilidad aparente, esa facilidad misma que le echan en cara los que creen que la poesía consiste en vencer dificultades de rima y de versificacion, le da una elasticidad suma y es sin disputa uno de sus mayores méritos; y si se examina esa facilidad, se hallará acaso en ella un peligrosísimo escollo para el poeta. La variacion de sus giros y de sus cortes (pues los que le niegan este dote no han leido los hermosos romances que Calderon introduce en sus comedias, y en que con efectos sorprendentes los ha diversificado hasta lo infinito), hacen al romance el metro más á propósito para el cambio de tono y para la variacion de colorido. Y hasta la armonía del asonante, que en una composicion larga puede de cuando en cuando variarse sin la menor dificultad, y que es tan exclusivamente española, tan grata á los oidos españoles, tan varia, y de suyo tan dulce y tan poco fatigosa, hace del romance castellano el instrumento más á propósito para todo género de asuntos. Y su rapidez misma, ¿no está indicando que es el verso octosílabo el más adecuado para expresar los grandes pensamientos filosóficos, las sentencias profundas, y la sencillez y viveza de los afectos?

Engolfados en esta materia, fuerza es que citemos algunos ejemplos en apoyo de cuanto llevamos dicho, y para demostrar más palpablemente cuán sin razon se ha pronunciado la sentencia contra el romance. Mas no iremos á buscar lo más exquisito y primoroso que en ellos se encuentra, sino que echaremos mano de lo primero que ocurra á nuestra memoria. Copiaremos, pues, algo de aquel romance anónimo de las exequias del maestre D. Alvaro de Luna. Dice así:

«Iba declinando el dia,
Su curso y ligeras horas,
Y el padre que al mundo alumbra
Para occidente se torna.
A los reflejos divinos
De aquella luz milagrosa,
Pálidos, descoloridos,
Cubiertos de negras sombras,
Amenazaba la noche,
Mustia, temerosa y sorda;
No de luceros vestida
De que se pule y se adorna.
La luna en el primer cielo
Con las nubes se arreboza,
Y en los escondidos valles,
Aljófar y perlas llora.
De las aldeas vecinas
Dejan desiertas y solas,
Unos las casas baldías,
Otros las pajizas chozas.
Sonaba en Valladolid
El eco de voces roncas,
Y responden los quejidos
De las apartadas rocas.
Hace señal San Benito,
Y su rico templo adornan

Con los funestos tapices
De bayeta lastimosa.
Murmuraban por las calles
De unas orejas en otras,
La no pensada caida
De aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres,
Y las iglesias entonan
El entierro de aquel cuerpo,
Que del cuello sangre brota.
En los hombros le reciben
Cuatro con sus cruces rojas,
Que le sirvieron en vida
Y en la muerte le dan honra.
Pusieron el cuerpo helado
Debajo una dura losa,
Y con el peso insufrible
Dió temblor la tierra toda.
Al rededor de la tumba
Arden lumbres, todos lloran
De la miseria infelice
La tragedia lastimosa.
Sollozan sus tiernos hijos,
Lamenta su triste esposa,
Y de su vertida sangre
Pide al cielo la deshonra, etc., etc.»

Acaso para los que opinan que la poesía consiste en huecos sonidos, y en pomposas cláusulas, no tendrán mérito estos versos. Pero á nosotros nos hacen mucho efecto, y nos parece que están llenos de sublime sencillez, que son altamente poéticos; y que este bellísimo trozo de poesía histórica no tendria ni más vida, ni más nobleza, ni más dignidad escrito en octavas ó en tercetos.

Por no alargarnos demasiado no copiaremos algunos trozos de los romances de Bernardo del Carpio, llenos de robustez y de sensibilidad; ó de los de Arias Gonzalo, en que tan bien pintadas están la lealtad y entereza de aquel insigne castellano, de aquel desventurado padre; ó de los que refieren las bodas de D.ª Lambra con el señor de Villaren y de Barbadillo, tan llenos de interés y de vida: pues todos ellos, á pesar de la rudeza de estilo y de la estrechez del lenguaje, están rebosando poesía castiza y original.

El alcaide de Molina excita así á sus soldados á la pelea en un romance anónimo:

«Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfanje.
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasion no se escape,
Mostrad el pecho robusto
Al furor del duro Marte.»

¿Son ménos varoniles estos belicosos acentos por sonar en versos asonantados de ocho sílabas?

Léanse las maldiciones de las troyanas á Helena; la pintura del rey D. Rodrigo huyendo del desastre de Guadalete, y la lucha de D. Pedro *el Cruel* y don Enrique, en la que

«Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.»

Recuérdense los lamentos del alcaide de Alhama cuando pierde esta fortaleza; y examínese, en fin, el razonamiento de Ruy Diaz del Vivar al Conde Lozano, desafiándolo para vengar á su ultrajado padre, y se verá hasta dónde se remonta el romance octosílabo castellano, en la narracion y en la expresion de los elevados y heroicos sentimientos.

¿Será necesario á un español que escribe para españoles, citar los trozos de las *Mocedades del Cid*, de Guillen de Castro; del *Heraclio*, de Calderon, y áun de la *Verdad sospechosa*, de Alarcon, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan hermosa y maestramente traducidos en versos franceses por el gran Corneille, el padre del teatro francés? Pues compárense los versos castellanos con la traduccion, y se verá que no son en nada inferiores, aunque de romance, á los pomposos alejandrinos en que se tradujeron; y que en estos no ha ganado nada la expresion de los pensamientos de nuestros autores.

Si tanta energía y sencillez ofrece el romance para los asuntos históricos, ¡cuánto se presta á la descripcion poética, y á los afectos blandos! No copiamos, porque es muy conocido, el bellísimo romance, ya mencionado, de Góngora, á *Angélica y Medoro*, tan rico de poesía, tan armonioso, tan bien escrito. Léase esta preciosa composicion, y las descripciones de las fiestas de toros y cañas en otros romances moriscos, y el tierno y apasionado de Melendez á *Rosana en los fuegos;* y se hallará en ellos la verdadera elocucion poética, y se verá que en nada ceden á las mejores composiciones, que á los mismos asuntos han hecho grandes poetas en versos endecasílabos.

La poesía descriptiva que cabe en el metro que defendemos, puede verse en los versos siguientes:

«Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.
En las adargas tenian
Por empresas sus alfanjes,
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: *Fuego y sangre*, etc.»

O en aquellos:

«Cuando las sagradas aguas
Del ancho y sagrado Betis,
Con la multitud de barcos
Con dificultad parecen;
Cuando entoldadas las popas
De juncia y de ramas verdes,

En el agua escaramuzan
A pesar de sus corrientes;
Cuando mil alegres cantos
Que los sentidos suspenden,
Interrumpen á los vientos
Y enamoran á los peces;
Cuando en las torres más altas
Mil luminarias parecen,
Y cual veloces cometas
Atraviesan los cohetes;
Entónces, etc.»

O en estos:

«Nunca las puertas de oriente
Abrió tan hermosa el alba,
Cuando saca de alhelíes
Las bellas sienes orladas.»

O en estos otros de Góngora:

«Mirábalo en los ramblares
Ora á caballo, ora á pié,
Rendir al fiero animal
De las otras fieras rey.
Y con la real cabeza,
Y con la espantosa piel,
Ornar de su ingrata mora
La respetada pared.»

Y en la expresion de los afectos ya fuertes é impetuosos, ya tiernos y melancólicos, ¿qué metro aventaja al romance? No es posible expresar mejor la indignacion, que lo está en el final de aquel romance, del desafío del moro Tarfe:

«Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.»

Nótese el desórden de la armonía en este último verso.

¡Qué interesante y tierna melancolía reina en todo el romance de Góngora del *Forzado de Dragut*, que empieza:

«Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Ambos ojos en la tierra, etc.»

La tierna emocion del cautivo, que descubre desde el mar los montes y las torres de su patria, me recuerdan los siguientes cuatro versos de Matos al mismo asunto en la comedia titulada: *El Genízaro de Hungría.*

«Alargando iba los ojos
Hácia mi querida patria,
A donde en prision más dulce
Dejaba cautiva el alma.»

¿Podia escribirse mejor en endecasílabos el terrible diálogo de Focas y Astolfo en el *Heraclio* de Calderon, solicitando el tirano conocer la verdad para acabar con la sangre de su enemigo, y obligándole el leal anciano á que la respete, por temor de derramar la de su propio hijo? En romance está escrito este diálogo, y seguramente al saborearlo en la escena, nadie recuerda las jácaras, que acaso acaba de oir al ciego en la esquina del teatro, por más que tenga el mismo *sonsonete.*

Ningun otro metro se presta tanto por su sencillez, como el romance, á expresar las sentencias morales y los grandes pensamientos filosóficos. Recordemos aquellos dos versos de Guevara:

«Que con decir que son hombres
No se disculpan los reyes.»

O estos de Calderon:

«¡Honor!... fiero basilisco,
Que si á tí mismo te miras
Te das la muerte á tí mismo.»

Y aquellos otros:

«Hipócrita Mongibelo,
Nieve ostentas, fuego escondes;
¿Qué harán los pechos humanos
Si saben mentir los montes?»

Y los que dicen:

«. . . . Que nunca tuvo
Lo no bien hecho otra enmienda
Del arrojo que lo obró,
Que el valor que lo sustenta.»

Y los que pone en boca de D. Juan Malec, en la comedia titulada: *Amar despues de la muerte*, ó el *Tuzaní de las Alpujarras*, en que refiriendo el noble anciano á sus compatriotas los moriscos la ofensa que acaban de hacerle en el ayuntamiento; cuando va á contar que le han dado con su propio báculo un golpe afrentoso, se detiene y dice:

«. . . . . Esto basta,
Que hay cosas que cuesta más
El decirlas, que el pasarlas.»

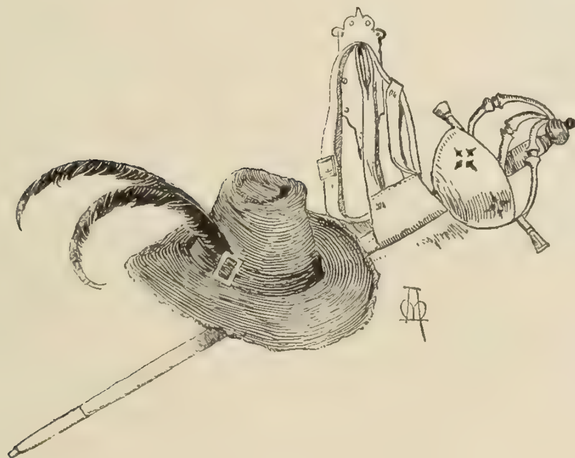
Seria necesario un tomo entero para copiar todos los ejemplos de esta clase que se nos ocurren. Y otro para los que podiamos recordar de expresiones nuevas y pintorescas con que este fecundo metro ha enriquecido la poesía castellana. Y si lo consideramos aplicado á la sátira y á los asuntos jocosos en manos de Góngora y de Quevedo, ¡cuánto podriamos citar en su abono! ¡Qué tesoro inmenso de frases felicísimas, de giros extraordinarios, de pensamientos ines-

perados, que en cualquier otro metro hubieran acaso perdido algo de su frescura, de su malicia y de su originalidad!

Pero basta ya, porque no hay literato alguno, versado en la lectura de nuestros poetas líricos y dramáticos, á quien no sean familiares los hermosos trozos de poesía, de todos los géneros y tonos, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan apreciables por lo ménos como cuantos se puedan citar en cualquiera otra especie de versificacion.

El romance, que es el metro castizo de nuestra lengua, en el que se cantaron las hazañas de nuestros mayores, el que cultivaron y engalanaron nuestros mejores poetas, el que tan bien suena en el diálogo escénico, el que tan dócil se amolda á todos los asuntos, á todos los estilos, tan fácil, tan sonoro, asiento del asonante, primor exclusivo de nuestra hermosa lengua (debido á su variedad infinita de terminaciones, y al sonido puro, fijo, invariable de sus cinco vocales), no debe ser despreciado, ni olvidado por metros y combinaciones rítmicas, que hemos tomado, ciertamente con muchas ventajas, de otro idioma. Y aunque con ellos y con ellas se ha enriquecido el nuestro, y se han escrito muchas obras admirables en todo género, no renunciemos al abundante y rico tesoro de elocucion poética castellana, que en los romances octosilábicos poseemos; ni desechemos uno de nuestros mejores títulos á la gloria poética.

El romance, pues, tan á propósito, como dejamos repetido, para la narracion y descripcion, para expresar los pensamientos filosóficos y para el diálogo, debe, sobre todo, campear en la poesía histórica, en la relacion de los sucesos memorables: así empezó en los siglos rudos de su nacimiento. Volverlo á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía, y aprovechándose de todos los atavíos con que nuestros buenos ingenios lo han engalanado, seria ocupacion digna de los aventajados poetas, que nunca escasean en nuestro privilegiado suelo. Con débiles fuerzas he intentado yo tan difícil é importante empresa, escribiendo esta coleccion de *Romances históricos*, que presento al público. Mis lectores ilustrados decidirán si he logrado mi intento. Si no he sido tan dichoso, al ménos habré conseguido llamar la atencion sobre el romance castellano y sobre la poesía histórica, á la estudiosa juventud, que con tanto aprovechamiento cultiva hoy entre nosotros la amena literatura, dando diariamente, en composiciones de mucho mérito, claras pruebas de fecundo ingenio y de brillante imaginacion.





UNA

ANTIGUALLA DE SEVILLA

AL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL CEPERO

ROMANCE PRIMERO

EL CANDIL

Más há de quinientos años,
En una torcida calle,
Que de Sevilla en el centro,
Da paso á otras principales;
Cerca de la media noche,
Cuando la ciudad más grande
Es de un grande cementerio
En silencio y paz imágen;
De dos desnudas espadas
Que trababan un combate,
Turbó el repentino encuentro
Las tinieblas impalpables.
El crujir de los aceros
Sonó por breves instantes,
Lanzando azules centellas,
Meteoro de desastres.
Y al gemido: *¡Dios me valga!*
¡Muerto soy! Y al golpe grave
De un cuerpo que á tierra vino,
El silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla
De un pobre casuco abren;
Y de tendones y huesos,
Sin jugo, como sin carne,
Una mano y brazo asoman,
Que sostienen por el aire
Un candil, cuyos destellos
Dan luz súbita á la calle.
En pos un rostro aparece
De gomia ó bruja espantable,
A que otra marchita mano
O cubre ó da sombra en parte.
Ser dijérase la muerte
Que salia á apoderarse
De aquella víctima humana
Que acababan de inmolarle;
O de la eterna justicia,
De cuyas miradas nadie
Consigue ocultar un crímen,
El testigo formidable.
Pues á la llama mezquina,
Con el ambiente ondeante,
Que dando luz roja al muro
Dibujaba desiguales
Los tejados y azoteas
Sobre el oscuro celaje,
Dando fantásticas formas
A esquinas y boca-calles,
Se vió en medio del arroyo,
Cubierto de lodo y sangre,
El negro bulto tendido
De un traspasado cadáver.
Y de pié á su frente un hombre,
Vestido negro ropaje,
Con una espada en la mano,
Roja hasta los gavilanes.
El cual en el mismo punto,
Sorprendido de encontrarse

Bañado de luz, esconde
La faz en su embozo, y parte:
Aunque no como el culpado
Que se fuga por salvarse,
Sino como el que inocente
Mueve tranquilo el pié y grave.

Al andar, sus choquezuelas
Forman ruïdo notable,
Como el que forman los dados
Al confundirse y mezclarse.
Rumor de poca importancia
En la escena lamentable,
Mas de tan mágico efecto,
Y de un influjo tan grande
En la vieja, que asomaba
El rostro y luz á la calle,
Que, cual si oyera el silbido
De venenosa ceraste,
O crujir las negras alas
Del precipitado Arcángel,
Grita en espantoso aullido:
¡Vírgen de los reyes, válme!

Suelta el candil, que en las piedras
Se apaga y aceite esparce,
Y cerrando la ventana
De un golpe, que la deshace,
Bajo su mísero lecho
Corre á tientas á ocultarse,
Tan acongojada y yerta,
Que apénas sus pulsos laten.
Por sorda y ciega haber sido
Aquellos breves instantes,
La mitad diera gustosa
De sus dias miserables:
Y hubiera dado los dias
De amor y dulces afanes
De su juventud, y dado
Las caricias de sus padres,
Los encantos de la cuna,
Y..... en fin, hasta lo que nadie
Enajena, la esperanza,
Bien sólo de los mortales:
Pues lo que ha visto la abruma,
Y la aterra lo que sabe,
Que hay vistas, que son peligros,
Y aciertos que muerte valen.

ROMANCE SEGUNDO

EL JUEZ

Las cuatro esferas doradas,
Que ensartadas en un perno,
Obra colosal de moros
Con resaltos y letreros,
De la torre de Sevilla
Eran remate soberbio
Do el gallardo Giraldillo
Hoy marca el mudable viento
(Esferas, que pocos años
Despues derrumbó en el suelo
Un terremoto), brillaban
Del sol matutino al fuego,
Cuando en una sala estrecha
Del antiguo alcázar regio,
Que entónces reedificaban
Tal cual hoy mismo lo vemos.
En un sillon de respaldo
Sentado está el rey Don Pedro,
Jóven de gallardo talle,
Mas de semblante severo.
A reverente distancia,
Una rodilla en el suelo,
Vestido de negra toga,
Blanca barba, albo cabello

Y con la vara de alcalde
Rendida al poder supremo,
Martin Fernandez Ceron
Era emblema del respeto.
Y estas palabras de entrambos
Recogió el dorado techo,
Y la tradicion guardólas
Para que hoy suenen de nuevo.
R.—¿Conque en medio de Sevilla
Amaneció un hombre muerto,
Y no venís á decirme
Que está ya el matador preso?
A.—Señor, desde ántes del alba,
En que el cadáver sangriento
Recogí, varias pesquisas
Inútilmente se han hecho.
R.—Más pronta justicia, alcalde,
Ha de haber donde yo reino,
Y á sus vigilantes ojos
Nada ha de estar encubierto.
A.—Tal vez, señor, los judíos,
Tal vez los moros sospecho.....
R.—¿Y os vais tras de las sospechas
Cuando hay un testigo, y bueno?

¿No me habeis, alcalde, dicho,
Que un candil se halló en el suelo
Cerca del cadáver?... Basta,
Que el candil os diga el reo.
A.—Un candil no tiene lengua.
R.—Pero tiénela su dueño,
Y á moverla se le obliga
Con las cuerdas del tormento.
Y vive Dios que esta noche
Ha de estar en aquel puesto,
O vuestra cabeza, alcalde,
O la cabeza del reo.

El rey, temblando de ira,
Del sillon se alzó de presto,
Y el juez alzóse de tierra
Temblando tambien de miedo.
Y haciendo una reverencia,
Y otra despues, y otra luégo,
Salióse á ahorcar á Sevilla,
Para salvarse, resuelto.
Síguele el rey con los ojos,
Que estuvieran en su puesto
De un basilisco en la frente,
Segun eran de siniestros,
Y de satánica risa
Dando la expresion al gesto,
Salió detrás del alcalde
A pasos largos y lentos.
Por el corredor estuvo
En las alcándaras viendo
Azores y gerifaltes,
Y dándoles agua y cebo.
Y con uno sobre el puño
Salió á dirigir él mesmo
Las obras de aquel palacio
En que muestra gran empeño.
Y vió poner las portadas
De cincelados maderos,
Y él mismo dictó las letras
Que aún hoy notamos en ellos.
Despues habló largo rato,
A solas y con secreto,
A un su privado, Juan Diente,
Diestrísimo ballestero.
Señalándole un retrato,
Busto de piedra mal hecho,
Que con corta semejanza
Labró un peregrino griego.

Fué á Triana, vió las naves
Y marítimos aprestos;
De Santa Ana entró en la iglesia
Y oró brevísimo tiempo;
Comió en la torre del Oro,
A las tablas jugó luégo
Con Martin Gil de Alburquerque;
A caballo dió un paseo.
Y cuando el sol descendia,
Dejando esmaltado el cielo
De rosa, morado y oro,
Con nubes de grana y fuego;
Tornó al alcázar, vistióse
Sayo pardo, manto negro,
Tomó un birrete sin plumas
Y un estoque de Toledo;
Y bajando á los jardines
Por un postigo secreto,
Do Juan Diente le esperaba
Entre murtas encubierto,
Salió solo, y esto dijo
Con recato al ballestero:
«Antes de la media noche
Todo esté cual dicho tengo.»
Cerró el postigo por fuera,
Y en el laberinto ciego
De las calles de Sevilla
Desapareció entre el pueblo.





ROMANCE TERCERO

LA CABEZA

Al tiempo que en el ocaso
Su eterna llama sepulta
El sol, y tierras y cielos
Con negras sombras se enlutan,
De la cárcel de Sevilla,
En una bóveda oscura,
Que una lámpara de cobre
Más bien asombra que alumbra,
Pasaba una extraña escena,
De aquellas que nos angustian,
Si en horrenda pesadilla
El sueño nos las dibuja.
Pues no semejaba cosa
De este mundo, aunque se usan
En él cosas harto horrendas,
De que he presenciado muchas;
Sino cosa del infierno,
Funesta y maligna junta
De espectros y de vampiros,
Festin horrible de furias.
En un sillon, sobre gradas,
Se ve en negras vestiduras
Al buen alcalde Cerón,
Ceño grave, faz adusta.
A su lado en un bufete,
Que más parece una tumba,
Prepara un viejo notario
Sus pergaminos y plumas.
Y de aquella estancia en medio,
De tablas con sangre sucias
Se ve un lecho, y sus cortinas
Son cuerdas, garfios, garruchas.
En torno de él dos verdugos
De imbécil facha y robusta,
De un saco de cuero aprestan
Hierros de infaustas figuras.
Sepulcral silencio reina,
Pues solamente se escucha
El chispeo de la llama
En la lámpara que ahuma
La bóveda, y de los hierros
Que los verdugos rebuscan,
El metálico sonido
Con que se apartan y juntan.

Pronto del severo alcalde
La voz sepulcral retumba
Diciendo: «Venga el testigo
Que ha de sufrir la tortura.»
Se abrió al instante una puerta
Por la que sale confusa
Algazara, ayes profundos
Y gemidos que espeluznan.

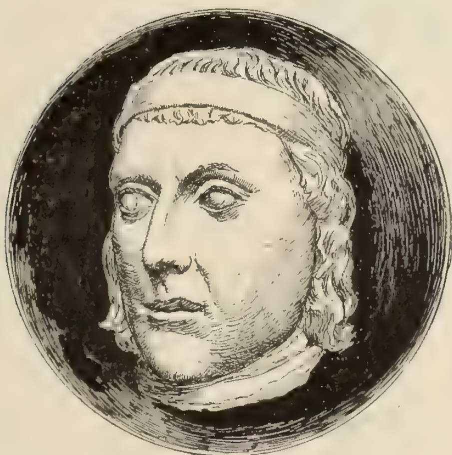
Y luégo entre los sayones,
Esbirros y vil gentuza,
De ademanes descompuestos
Y de feroz catadura,
Una vieja miserable,
De ropa y carne desnuda,
Como un cuerpo que las hienas
Sacan de la sepultura;
Pues sólo se ve que vive
Porque flacamente lucha
Con desmayados esfuerzos,
Porque gime y porque suda.
Arrástranla los sayones;
La confortan y la ayudan
Dos religiosos franciscos
Caladas sendas capuchas;
Y la algazara y estruendo,
Con que satánica turba
Lleva un precito á las llamas,
Por la bóveda retumba.

Un negro bulto en silencio
Tambien entra en la confusa
Escena, y sin ser notado
Tras de un pilaron se oculta.
«Ven (grita un tosco verdugo
Con una risada aguda),
Ven á casarte conmigo;
Hecha está la cama, bruja.»
Otro, asiéndole los brazos
Con una mano más dura
Que unas tenazas, le dice:
«No volarás hoy á oscuras.»
Y otro, atándola las piernas:
«¿Y el bote con que te untas?...
Sobre la escoba á caballo
No has de hacer más de las tuyas.»
Estos chistes semejaban
Los aullidos con que aguzan
La hambre los lobos, al grito
De los cuervos que barruntan
Los ya corrompidos restos
De una víctima insepulta;
La mofa con que los cafres
A su prisionero insultan.

Tienden en el triste lecho,
Ya casi casi difunta,
A la infelice; la enlazan
Con ásperas ligaduras,
Y de hierro un aparato
A su diestra mano ajustan,
Que al impulso más pequeño
Martirio espantoso anuncia.
Dice un sayon al alcalde:
«Ya está en jaula la lechuza,
Y si aún á cantar se niega,
Yo haré que cante ó que cruja.»
Silencio el alcalde impone,
Quédase todo en profunda
Quietud, y sólo gemidos
Casi apagados se escuchan.
«Mujer,—prorumpe Cerón,
—Mujer, si vivir procuras,
Declárame cuanto viste
Y te dará Dios ayuda.»
«Nada ví, nada,—responde
La infeliz:—por Santa Justa
Juro que estaba durmiendo:
Ni ví, ni oí cosa ninguna.»
Replicó el juez: «Desdichada,
Piensa, piensa lo que juras.»
Y tomando de las manos
Del notario que le ayuda
Un candil: «Mira,—prosigue,
—Esta prenda que te acusa.
Dí quién la tiró á la calle
Pues confesaste ser tuya.»
La mísera se estremece,
Trémula toda y convulsa,
Y respondió desmayada:
«El demonio fué sin duda.»
Y tras de una breve pausa:
«Soy ciega, soy sorda y muda.
Matadme, pues, lo repito:
Ni ví, ni oí cosa ninguna.»
El juez entónces, de mármol,
Con la vara al lecho apunta,
Ase una cuerda un verdugo,
Rechina allá una garrucha,
La mano de la infelice
Se disloca y descoyunta,
Y al chasquido de los huesos
Un alarido se junta.
«Piedad, que voy á decirlo,»
Grita con voz moribunda
La víctima, y al momento
Suspéndese la tortura.
«Declara,» el juez dice; y ella
Cobrando un vigor que asusta,
Prorumpe... «El rey fué...» y su lengua
En la garganta se anuda.
Juez, escribano, verdugos;
Todos con la faz difunta
Oyen tal nombre temblando,
Y queda la estancia muda.

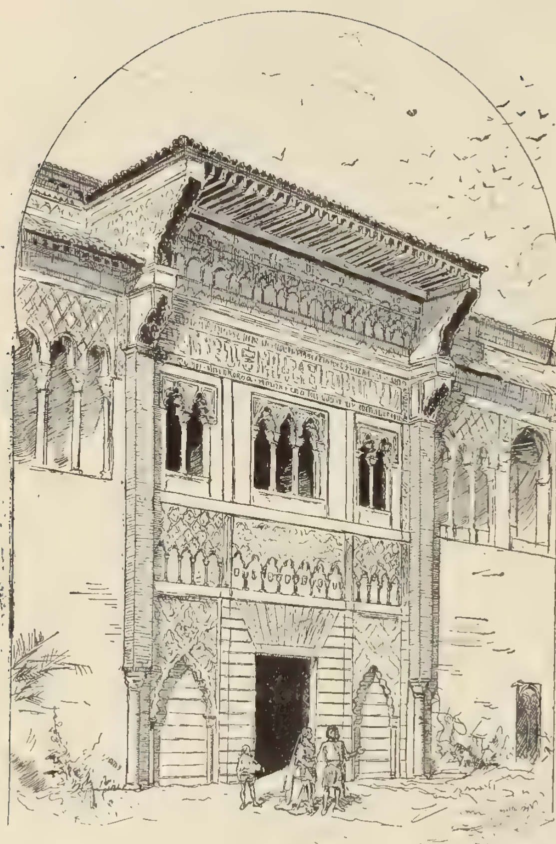
En esto el desconocido,
Que tras del pilar se oculta,
Hácia el potro del tormento
El firme paso apresura;

Haciendo sus choquezuelas,
Canillas y coyunturas,
El ruïdo que los dados
Cuando se chocan y juntan.
Rumor que al punto conoce
La infeliz, y se espeluza,
Y repite: «El Rey; sus huesos
Así sonaron, no hay duda.»
Al punto se desemboza
Y la faz descubre adusta,
Y los ojos como brasas
Aquel personaje, á cuya
Presencia hincan la rodilla
Cuantos la bóveda ocupan,
Pues al Rey D. Pedro todos
Conocen, y se atribulan.
Este saca de su seno
Una bolsa do relumbran
Cien monedas de oro, y dice:
«Toma y socórrete, bruja.
Has dicho verdad, y sabe
Que el que á la justicia oculta
La verdad, es reo de muerte,
Y cómplice de la culpa.
Pero pues tú la dijiste,
Vé en paz, el cielo te escuda.
Yo soy, sí, quien mató al hombre,
Mas Dios sólo á mí me juzga.
Pero porque satisfecha
Quede la justicia augusta,
Ya la cabeza del reo
Allí escarmientos pronuncia.»
Y era así: ya colocada
Estaba la imágen suya
En la esquina do la muerte
Dió á un hombre su espada aguda.
Del Candilejo la calle
Desde entónces se intitula,
Y el busto del Rey D. Pedro
Aún allí está, y nos asusta.



EL ALCÁZAR DE SEVILLA

ROMANCE PRIMERO



Magnífico es el Alcázar
Con que se ilustra Sevilla,
Deliciosos sus jardines,
Su excelsa portada rica.
De maderos entallados
En mil labores prolijas,
Se levanta el frontispicio
De resaltadas cornisas;
Y hay en ellas un letrero
Donde, con letras antiguas,
D. Pedro hizo estos palacios
Esculpido se divisa.
Mal dicen en sus salones
Las modernas fruslerías,
Mal en sus soberbios patios
Gente sin barba y ropilla.
¡Cuántas apacibles tardes,
En la grata compañía
De chistosos sevillanos
Y de sevillanas lindas,
Recorrí aquellos verjeles,
En cuya entrada se miran
Gigantes de arrayan hechos,
Con actitudes distintas!
Las adelfas y naranjos
Forman calles extendidas,
Y un oscuro laberinto
Que á los hurtos de amor brinda.
Hay en tierra surtidores
Escondidos; se improvisan,
Saltando entre los mosaicos
De pintadas piedrecillas,
Y á los forasteros mojan
Con algazara y con risa
De los que ya escarmentados
El chasco pesado evitan.

En las tardes del estío,
Cuando al ocaso declina
El sol entre leves nubes,
Que de oro y grana matiza;
Aquel trasparente cielo
Con ráfagas purpurinas,
Cortado por un celaje
Que el céfiro manso riza;
Aquella atmósfera ardiente
En que fuego se respira,
¡Qué languidez dan al cuerpo!
¡Qué temple al alma divina!
De los baños, tan famosos
Por quien los gozó, la vista,
La del soberbio edificio,
Obra gótica y morisca,
Tétrico en partes, en partes
Alegre, y en el que indican
Los dominios diferentes,
Ya reparos, ya ruinas;
Con recuerdos y memorias
De las edades antiguas
Y de los modernos años,
Embargan la fantasía.
El azahar y los jazmines,
Que si los ojos hechizan,
Embalsaman el ambiente
Con los aromas que espiran;
De las fuentes el murmurio,
De lejana gritería
Que de la ciudad, del rio,
De la alameda contigua
De Triana y de la puente
Confusa llega y perdida,
Con el són de las campanas
Que en la alta Giralda vibran;

Forman un todo encantado,
Que nunca jamás se olvida,
Y que al recordarlo, siempre
Mi alma y corazon palpitan.

———

Muchas deliciosas noches,
Cuando aún ardiente latia
Mi ya helado pecho, alegres,
De concurrencia escogida
Ví aquellos salones llenos;
Y á la juventud, cuadrillas
O contradanzas bailando
Al són de orquestas festivas.
En las doradas techumbres
Los pasos, la charla y risas
De las parejas gallardas,
Por amor tal vez unidas,
Con el són de los violines
Confundidos se extendian,
Acordes ecos hallando
Por las esmaltadas cimbrias.

———

Mas ¡ay! aquellos pensiles
No he pisado un solo dia,
Sin ver (¡sueños de mi mente!)
La sombra de la Padilla
Lanzando un hondo gemido,
Cruzar leve ante mi vista,
Como un vapor, como un humo,
Que entre los árboles gira:
Ni entré en aquellos salones,
Sin figurárseme erguida,
Del fundador la fantasma
En helada sangre tinta:
Ni en el vestíbulo oscuro,
El que tiene en la cornisa
De los reyes los retratos,
El que en columnas estriba,
Al que adornan azulejos
Abajo, y esmalte arriba,
El que muestra en cada muro
Un rico balcon, y encima
El hondo arteson dorado,
Que lo corona y atrista;
Sin ver en tierra un cadáver.
Aun en las losas se mira
Una tenaz mancha oscura...
¡Ni las edades la limpian!...
¡Sangre!!! ¡Sangre!!! ¡Oh cielos, cuántos
Sin saber que lo es, la pisan!

ROMANCE SEGUNDO

Quinientos años más jóven
Era el magnífico alcázar,
Aún lustrosas sus paredes,
Su alto almenaje sin faltas,
Y lucientes los esmaltes
De las techumbres doradas,
Mansion del rey de Castilla
Orgulloso se ostentaba;
Cuando del Mayo florido
Una apacible mañana,
En aquel salon que tiene
Los balcones á la plaza,
Dos ilustres personajes
En grande silencio estaban:
Un caballero era el uno,
El otro una hermosa dama.

———

Rica berberisca alfombra,
Del rey moro de Granada
Don ó tributo, cubria
Las losas de aquella cuadra.
Un cortinaje de seda
Con listas y flores varias
Matizado en el Oriente,
Que galeras venecianas
(Tal vez de su Dux regalo)
Trajeron á nuestra España,
Del abierto balconaje
El radiante sol templaba.
En el testero de enfrente,
De maderas cinceladas
Un rico oratorio habia
Con embutidos de nácar,
Y en él la imágen devota
De la Vírgen soberana,
Escultura harto mezquina,
Mas no de atractivos falta,
De la cual era el adorno
Una corona de plata
Reverberando en su cerco
Amatistas y esmeraldas.
Un manuscrito precioso
Con las oraciones santas,
Ornatos de miniatura,
Y de oro y marfil las tapas,
Colocado se veia
Sobre un atril, que formaban

De un ángel mal esculpido,
Aunque con primor, las alas;
  Y de brocado de oro
En el suelo una almohada,
Mostrando, por medio hundida,
De dos rodillas la marca.
  En los muros blanqueados
Con cal de Moron, de caza
Pendian varios trofeos,
Banderas y limpias armas;
  Y en una mesa ó bufete,
Puesta en medio de la estancia,
Con un tapete cubierta,
Cuyos picos arrastraban,
  Un templado laud habia,
Un rico juego de tablas,
Búcaros llenos de flores,
Y un cofre de filigrana.

  De un balcon sentóse cerca,
Muy pensativa la dama,
En un gran sillon dorado,
Cuyo respaldo formaba
  Un dosel ó guardapolvo
En una curva gallarda,
De castillos, de leones
Y de corona adornada;
  Un vistoso brial de seda
Verde, y con labores varias
De sirgo y perlas, y en torno
De oro recamos y franjas,
  Era su traje; una toca
Muy más que la nieve blanca,
Y un claro cendal cubrian
Sus trenzas negras y largas.
  Celestial era su rostro
Y divina su garganta;
Pero del color de cera,
Que miedo y penas retrata:
  Dos soles eran sus ojos
Bajo las luengas pestañas,
Donde dos perlas preciosas,
Prontas á correr, brillaban.
  Era una fresca azucena,
A quien cruda muerte amaga,
Porque un corroedor gusano
Ya su hondo cáliz desgarra.
  Ora un blanco pañizuelo,
Con puntas bordado y randas,
Revolvia con las manos
Convulsas y deslustradas,
  Ora absorta y distraida,
Agitaba en torno el aura
Con un precioso abanico
De ricas plumas de Arabia.

  Delgado era el caballero,
De estatura no muy alta,
Vivaces ojos, la boca
Inquieta, roja la barba,
  Pálido y enjuto el rostro,
Nariz corva y afilada,
Noble su porte, y siniestras
Y terribles sus miradas.
  Envuelto en un rojo manto,
De oro bordado y con chapas,
Y una gorra en la cabeza
Puesta de lado con gracia,
  De largo á largo medía
Con pasos lentos la estancia,
Y pasiones diferentes
Su mudo rostro mostraba.
  A veces se enrojecia,
Arrojando fieras llamas
Por los encendidos ojos,
Hechos del infierno brasas;
  Luégo extendian los labios
Sonrisa feroz y amarga;
O en las doradas techumbres
Fijaba atroces miradas;
  Bien apresurando el curso
De pié á cabeza temblaba;
Bien repuesto proseguia
Su paso noble con calma.
  Así he visto al tigre fiero,
Ya tranquilo, ya con rabia,
Revolverse á todos lados
Dentro de la estrecha jaula.
  Marchando sobre la alfombra,
No se oian sus pisadas;
Pero sordas le crujian
Siempre que se meneaba,
  Canillas y choquezuelas.
Diz que el cielo (¡cosa rara!)
De igual rumor ha dotado,
Allá en tierras muy lejanas,
  Para que la evite el hombre,
A una serpiente que llaman
De cascabel, y que al punto
Que se acerca pica y mata.
  Doña María Padilla
Era la llorosa dama,
Y el callado caballero
El rey don Pedro de España.



ROMANCE TERCERO

Cual de solitaria torre
En torno están revolando
Fieras aves de rapiña,
Cuando el sol baja al ocaso,
Así en torno de don Pedro
Vuelan pensamientos varios,
Cuyas sombras ofuscaban
De su semblante los rasgos.
Ya ocupa su airada mente
El poder de sus hermanos,
A los que mató la madre,
Y á quienes llama bastardos:
Ya de los grandes inquietos
La insolencia y desacato,
O la mengua del tesoro
Sin medios de repararlo:
Ya la linda doña Aldonza,
A quien tiene á buen recaudo;
O las sangrientas fantasmas
De inocentes que ha matado:
Ya una proyectada empresa
Rompiendo la fe de un pacto
Contra el moro granadino;
O una traicion ó un engaño.
Mas, como las mismas aves
Se van escondiendo al cabo
Entre las almenas rotas
Del castillo solitario,
Y sólo constante queda,
En torno de él volteando,
La más voraz, la más fuerte,
La que no admite descanso;
Así aquel tropel confuso
De pensamientos extraños,
En que se encontró don Pedro
Envuelto pequeño rato,
En su pecho y su cabeza
Fueron nidos encontrando,
Y quedó despierta y viva,
Dándole gran sobresalto,
La imágen de don Fadrique,
El mejor de sus hermanos,
Norma de los caballeros
Y maestre de Santiago.

Del rey de Aragon acaba
Don Fadrique el esforzado
De conquistar á Jumilla,
Con noble denuedo y brazo:
Deja en lugar de las barras
Los castillos tremolando,
Y viene á entregar las llaves
A su Rey, señor y hermano.
Sabe el rey que no es rebelde,
Que es su amigo y partidario,
Y más que á Tello y á Enrique
Lo está embravecido odiando.
Don Fadrique fué el que tuvo
De venir á Francia encargo
Por la reina doña Blanca;
Mas tardó en llevarla un año.
Con ella en Narbona estuvo...
Y un rumor corrió entre tanto
De aquellos que son ponzoña,
Ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en Medina,
Y en una torre pagando
Las tardanzas del viaje,
Las hablillas de palacio;
Y el cuello de don Fadrique
Está en los hombros intacto,
Porque tiene gran valía,
Poder mucho y nombre claro.
Mas ¡ay de él!... es de las damas
El ídolo por su trato,
Por su gallarda presencia
Y por su esfuerzo bizarro;
Y si no da sombra al trono,
Porque es fiel, da, ¡mal pecado!
Al corazon duros celos;
Y esto es peor, si aquello es malo.
Doña María Padilla,
Cuyo entendimiento claro
Del régio amante penetra
Los más ocultos arcanos,
Y en quien la bondad del alma
Sobrepuja á los encantos
De su peregrino rostro
Y de su cuerpo gallardo;
Vive víctima infelice
De continuo sobresalto,
Porque al Rey ama, y le mira
A mal fin tender el paso.
Conoce que sobre sangre,
Persecuciones y llantos
No está nunca firme un trono,
Nunca seguro un palacio;
Y tiene dos tiernas niñas,
Que con otro padre acaso,
Aunque ilegítimo fruto,
Pudieran todo esperarlo.
Ve en el insigne Fadrique
Un apoyo, un partidario:
Sabe que llega á Sevilla,
Y á voces le está indicando
De su fiero amante el rostro,
Que viene en momento aciago:
Y por aquietar sospechas,
O darles punto más alto,
Al fin rompiendo el silencio,
Aunque con trémulos labios
Osó hablar, y estas palabras
Entre los dos se mezclaron:
«¿Conque hoy llegará triunfante
Don Fadrique vuestro hermano?—
Y por cierto que ya tarda
En llegar aquí el bastardo.—
»¡Bien os sirve!... Sí, en Jumilla
Como un héroe se ha portado:
De su lealtad os da pruebas;
Es muy valiente.—Lo es harto.—
»Ya estareis, señor, seguro
De su pecho noble y franco.—
Aún más lo estaré mañana.»—
Enmudecieron entrambos.

ROMANCE CUARTO

Grande rumor se alza y cunde
De armas, caballos y pueblo
De Sevilla por las calles,
Al Maestre recibiendo.
Suenan los vivas unidos
Con los retumbantes ecos,
Que en la altísima Giralda
Esparce el bronce hasta el cielo.
Vase acercando la turba,
Pero se la escucha ménos:
Ya á la plaza de palacio
Llega, y párase en silencio;
Que la vista del alcázar
Gozaba del privilegio
De apagar todo entusiasmo,
De convertir todo en miedo.
Quedó, pues, mudo el gentío,
Falto de accion y de aliento,
Para pisar la gran plaza
Con un mágico respeto;
Y el maestre de Santiago,
Con algunos caballeros
De su órden, entra, seguido
De corto acompañamiento.
Dirígese hácia la puerta,
Como aquel que va derecho
A encontrar de un buen hermano
El alma y brazos abiertos;
O como noble caudillo,
Que por sus gloriosos hechos
De un Rey á recibir llega
Los elogios y los premios.
Sobre un morcillo lozano
Que espuma respira y fuego,
Y á quien contiene la brida
Si ensoberbece el arreo,
Muéstrase el noble Fadrique
Con el blanco manto suelto,
En que el collar y cruz roja
Van su dignidad diciendo;

Y una toca de velludo
Carmesí lleva, do el viento
Agita un blanco penacho
Con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte
El iracundo don Pedro,
En cuanto entrar en la plaza
Vió al hermano desde léjos,
Como si de mármol fuera
Quedó del salon en medio,
Y en sus furibundos ojos
Ardió un relámpago horrendo;
Pero pronto en sí tornando,
Salióse del aposento,
Cual si del huésped quisiera
Buscar afable el encuentro.
Así que volver la espalda
Le vió la Padilla, lleno
El corazon de amargura
Y de llanto el rostro bello,
Álzase y sale turbada
Del balcon al antepecho,
Al gallardo maestre indica
Con actitudes y gesto,
Que llega en mal hora, y mueve
Por el aire el pañizuelo,
Diciéndole en mudas señas
Que se ponga en salvo luégo.
Nada comprende Fadrique,
Y por saludos teniendo
Los avisos, corresponde
Cual galan y cual discreto.
Y á la ancha portada llega
Do guardias y ballesteros
Le dejan el paso libre,
Mas no entrada á su cortejo.
Si no conoció las señas
De la Padilla, don Pedro
Las conoció, pues paróse
Aún indeciso y suspenso
De la cámara en la puerta
Un breve instante, y volviendo
Los ojos, vió que la dama
Agitaba el blanco lienzo.
¡Oh Dios! ¿Fué esta accion tan noble
De tan puro y santo intento,
La que llamó á los verdugos,
Y la que firmó el decreto?

Apénas puso el Maestre,
De dos solos escuderos
Seguido, el pié confiado
En el vestíbulo regio,
Donde varios hombres de armas
Vestidos de doble hierro,
Paseándose guardaban
De la escalera el ingreso;
Cuando á uno de los balcones,
Como aparicion de infierno,
El rey se asoma gritando:
Matad al Maestre, maceros.
Siguió como en la tormenta
El súbito rayo al trueno,
Y seis refornidas mazas
Sobre Fadrique cayeron.
Llevó la mano al estoque,
Pero en el tabardo envuelto
Halló el puño, y fué imposible
Desenredarlo tan presto.
Cayó en tierra, un mar de sangre
Del roto cráneo vertiendo,
Y lanzando un alarido
Que llegó sin duda al cielo.
Voló al instante la nueva
De tan horrible suceso;
Apelaron á la fuga
Los freiles y caballeros;
Huyó á esconderse en sus casas,
Temblando de horror, el pueblo,
Y del alcázar quedaron
Los alreedores desiertos.

Diz que el ver sangre embravece
Al tigre con tanto extremo,
Que prosigue los destrozos,
Aunque ya esté satisfecho
Su vientre, porque se goza
En teñir de rojo el suelo.
Sin duda al rey de Castilla
Le sucedia lo mesmo.
En cuanto vió á don Fadrique
Desplomarse en tierra yerto,
Corrió por palacio todo
Buscando á sus escuderos,
Que trémulos y amarillos
De aposento en aposento
Huyen, sin hallar amparo,
Corren, sin hallar un puerto.
Por dicha logró fugarse
O esconderse el uno de ellos;
Sancho Villegas el otro
No fué tan feliz ó diestro.
Viendo que el Rey le persigue,
Entróse, de espanto muerto,
Donde estaba la Padilla
Desmayada y en su lecho,
Asistida por sus damas
Que están temblando de miedo,

Y con sus niñas al lado,
Angeles en alma y cuerpo.
 Mirando allí el infelice
Aún perseguirle el espectro,
Que en asilos no repara,
Coge en sus brazos de presto
 A doña Beatriz, que apénas
Cuenta seis años completos,
Hija por quien el Rey tiene
El más cariñoso extremo.
 Pero, ¡ay! de nada le sirve...
En vano allá en el desierto
Con la cruz santa se abraza
El peregrino, si recio
 Brama el sur, si arde el espacio,
Si olas de arena, creciendo
Mar espantoso, confunden
La baja tierra y el cielo.
 Con la niña entre los brazos
Y de rodillas, el pecho
Traspasóle furibunda
La daga del rey don Pedro.

 Cual si no hubiese en palacio
Nada ocurrido de nuevo,
Se asentó el Rey á la mesa,
Como acostumbra, comiendo,
 Jugó en seguida á las tablas,
Salió despues á paseo,
Fué á ver armar las galeras
Que han de ir á Vizcaya luégo;
 Y en cuanto cubrió la noche
Con su manto el hemisferio
Entró en la torre del Oro,
Donde tiene en un encierro
 A la linda doña Aldonza,
A la cual del monasterio
De Santa Clara ha sacado,
Y á la que idolatra ciego.
 Fué un rato á hablar en seguida
Con Leví, su tesorero,
En quien tiene su privanza,
Aunque es un infame hebreo;
 Y muy tarde retiróse
Sin más acompañamiento
Que un moro su favorito,
Hombre bajo por supuesto.
 Entró en el tranquilo alcázar,
Llegó al vestíbulo excelso,
Y en él paróse un instante
La vista en torno moviendo.
 Una lámpara pendiente
Del artesonado techo
En derredor derramaba
Ya sombras, y ya reflejos:
 Entre las tersas columnas
Dos hombres de armas, dos negros
Bultos paseaban solos,
Vigilantes y en silencio;
 Y en tierra aún tendido estaba,
De un lago de sangre en medio,
El maestre don Fadrique
En su roto manto envuelto.
 Se acercó el Rey, contemplóle
Con atencion un momento,
Y notando que no estaba
Del todo su hermano muerto,
 Pues aún respiraba acaso
Palpitante el hondo pecho,
Le dió con el pié un empuje
Que hizo estremecer el cuerpo;
 Desnudó la aguda daga,
Al moro la dió, diciendo:
Acábalo, y sosegado
Subió y entregóse al sueño.





EL FRATRICIDIO

ROMANCE PRIMERO

EL ESPAÑOL Y EL FRANCÉS

«Mosen Beltran, si sois noble
Doleos de mi señor,
Y deba corona y vida
A un caballero cual vos.
»Ponedlo en cobro esta noche,
Así el cielo os dé favor;
Salvad á un rey desdichado
Que una batalla perdió.
»Yo con la mano en mi espada,
Y la mente puesta en Dios,
En su real nombre os ofrezco,
Y ved que os lo ofrezco yo,
»En perpetuo señorío
La cumplida donacion
De Soria y de Monteagudo,
De Almansa, Atienza y Seron.
»Y á más doscientas mil doblas
De oro, de ley superior,
Con el cuño de Castilla,
Con el sello de Leon,
»Para que pagueis la hueste
De allende que está con vos,
Y con que fundeis estado
Donde más os venga en pro.
»Socorred al rey don Pedro,
Que es legítimo, otro no;
Coronad vuestras proezas
Con tan generosa accion.»

Así cuando en occidente
Tras siniestro nubarron,

Un anochecer de marzo
Su lumbre ocultaba el sol,
Al pié del triste castillo
De Montiel, donde el pendon
Vencido del rey don Pedro,
Aún daba á España pavor;
Men Rodriguez de Sanabria
Con Beltran Claquin habló,
Y este le dió por respuesta
Con francesa lengua y voz:

«Castellano caballero,
Pues hidalgo os hizo Dios,
Considerad que vasallo
Del rey de Francia soy yo;
»Y que de él es enemigo
Don Pedro vuestro señor,
Pues en liga con ingleses
Le mueve guerra feroz.
»Considerad que sirviendo
Al infante Enrique estó,
Que le juré pleitesía,
Que gajes me da y racion.
»Mas ya que por caballero
Venís á buscarme vos,
Consultaré con los mios
Si os puedo servir ó no.
»Y como ellos me aconsejen
Que dé á don Pedro favor,
Y que sin menguar mi honra
Puedo guarecerle yo;
»En siendo la media noche
Pondré un luciente farol
Delante de la mi tienda,
Y encima de mi pendon.
»Si lo veis, luégo veníos
Vuestro rey don Pedro y vos,
En sendos caballos, solos,
Sin armas y sin temor.»
Dijo el francés, y á su campo
Sin despedirse tornó,
Y en silencio, hácia el castillo,
Retiróse el español.

ROMANCE SEGUNDO

EL CASTILLO

Inútil monton de piedras,
De años y hazañas sepulcro,
Que viandantes y pastores
Miran de noche con susto,
Cuando en tus almenas rotas
Grita el cárabo nocturno,
Y recuerda las consejas
Que de tí repite el vulgo:
Escombros que han perdonado,
Para escarmiento del mundo,
La guadaña de los siglos,
El rayo del cielo justo:
Esqueleto de un gigante,
Peso de un collado inculto,
Cadáver de un delincuente
De quien fué el tiempo verdugo:
Nido de aves de rapiña,
Y de reptiles inmundos
Vivar, y en que eres lo mismo
De lo que eras há cien lustros:
Pregonero que publicas
Elocuente, aunque tan mudo,
Que siempre han sido los hombres
Miseria, opresion, orgullo:
De Montiel viejo castillo,
Monton de piedras y musgo,
Donde en vez de centinelas
Gritan los siniestros buhos;
¡Cuán distinto te contemplo
De lo que estabas robusto
La noche aquella que fuiste
Del rey don Pedro refugio!

Era una noche de marzo,
De un marzo invernal y crudo,
En que con negras tinieblas
Se viste el orbe de luto.
El castillo, cuya torre
Del homenaje el oscuro
Cielo taladraba altiva,
Formaba de un monte el bulto.
Sobre su almenada frente,
Por el espacio confuso,
Pesadas nubes rodaban
Del huracan al impulso.
Del huracan, que silbando
Azotaba el recio muro
Con espesa lluvia á veces,
Y con granizo menudo;
Y á veces rasgando el toldo
De nubarrones adustos,
Dos ó tres rojas estrellas,
Ojos del cielo sañudos,
Descubria amenazantes
Sobre el edificio rudo,

Y sobre el vecino campo
Del cielo entrambos insulto.
Circundaban el castillo,
Como cercan á un difunto
Las amarillas candelas,
Fogatas de triste anuncio;
Pues eran del enemigo
Vencedor, y que sañudo
El asalto preparaba
Codicioso y furibundo.

De la triste fortaleza
No aspecto de ménos susto
El interior presentaba,
Ultimo amparo y recurso
De un ejército vencido,
Desalentado, confuso;
De hambre y sed atormentado,
Y de despecho convulso.
En medio del patio ardia
Una gran lumbrada, á cuyo
Resplandor de infierno, en torno
Varios satánicos grupos
Apiñados se veian,
En lo interno de los muros
Altas sombras proyectando
De fantásticos dibujos.
Gente era del rey don Pedro,
Y se mostraban los unos
De hierro y sayos vestidos,
Los otros medio desnudos.
Allí de horrendas heridas,
Dando tristes ayes, muchos
La sangre se restañaban
Con lienzos rotos y sucios.
Otros cantaban á un lado
Mil cánticos disolutos,
Y fanfarronas blasfemias
Lanzaba su labio inmundo.
Allá de una res asada
Los restos frios y crudos
Se disputaban feroces,
Esgrimiendo el hierro agudo.
Aquí contaban agüeros
Y desastrosos anuncios,
Que escuchaban los cobardes
Pasmados y taciturnos.
Ni los nobles caballeros
Hallan respeto ninguno,
Ni el órden y disciplina
Restablecen sus conjuros.
Nadie los portillos guarda,
Nadie vigila en los muros,
Todo es peligro y desórden,
Todo confusion y susto.
Los relinchos de caballos,
Los ayes de moribundos,
Las carcajadas, las voces,
Las blasfemias, los insultos,
El crujido de las armas,
Los varios trajes, los duros
Rostros formaban un todo
Tan horrendo y tan confuso,
Alumbrado por las llamas,
O escondido por el humo,
Que asemejaba una escena
Del infierno y no del mundo.

El rey don Pedro entre tanto
Separado de los suyos,
En una segura cuadra
Se entregó al sueño profundo.
Miéntras en una alta torre,
Despreciando los impulsos
Del huracan y la lluvia,
De lealtad noble trasunto,
Men Rodriguez de Sanabria
No separaba ni un punto
Del lado donde sus tiendas
La francesa gente puso,
Los ojos y el pensamiento,
Ansiando anhelante y mudo
Ver la señal concertada,
Astro de benigno influjo,
Norte que de sus esfuerzos
Pueda dirigir el rumbo,
Por donde su Rey consiga
De salud puerto seguro.

ROMANCE TERCERO

EL DORMIDO

Anuncia ya media noche
La campana de la vela,
Cuando un farol aparece
De Claquin ante la tienda.
Y no mísero piloto,
Que sobre escollos navega,
Perdido el rumbo y el norte
En noche espantosa y negra,

Ve al doblar un alta roca
Del faro amigo la estrella,
Indicándole el abrigo
De seguro puerto cerca,
Con más placer, que Sanabria
La luz que el alma le llena
De consuelo, y que anhelante
Esperó entre las almenas.
Latiéndole el noble pecho
Desciende súbito de ellas,
Y ciego bulto entre sombras
El corredor atraviesa.

Sin detenerse un instante
Hasta la cámara llega,
Do el rey don Pedro descanso
Buscó por la vez postrera.
Sólo Sanabria la llave
Tiene de la estancia régia,
Que á noble de tanta estima
Solamente el rey la entrega.
Cuidando de no hacer ruido
Abre la ferrada puerta,
Y al penetrar sus umbrales
Súbito espanto le hiela.
No de aquel respeto propio
De vasallo, que se acerca
A postrarse reverente
De su rey en la presencia;
No aquel que agobiaba á todos
Los hombres de aquella era,
Al hallarse de improviso
Con el rey don Pedro cerca;
Sino de más alto orígen,
Cual si en la cámara hubiera
Una cosa inexplicable,
Sobrenatural, tremenda.

Del hogar la estancia toda
Falsa luz recibe apénas
Por las azuladas llamas
De una lumbre casi muerta.
Y los altos pilarones,
Y las sombras que proyectan
En pavimento y paredes,
Y el humo leve que vuela
Por la bóveda y los lazos
Y los mascarones de ella,
Y las armas y estandartes
Que pendientes la rodean,
Todo parece movible,
Todo de formas siniestras,
A los trémulos respiros
De la ahogada chimenea.

Men Rodriguez de Sanabria
Al entrar en tal escena
Se siente desfallecido,
Y sus duros miembros tiemblan,
Advirtiendo que don Pedro
No en su lecho, sino en tierra,
Yace tendido y convulso,
Pues se mueve y se revuelca,
Con el estoque empuñado,
Medio de la vaina fuera,
Con las ropas desgarradas,
Y que solloza y se queja.
Quiere ir á darle socorro...
Mas ¡ay!... ¡en vano lo intenta!
En un mármol convertido
Quédase clavado en tierra,
Oyendo al rey balbuciente,
So la infernal influencia
De ahogadora pesadilla,
Prorumpir de esta manera:

«Doña Leonor... ¡vil madrastra!!!
Quita, quita... que me aprietas
El corazon, con tus manos
De hierro encendido... espera,
»Don Fadrique, no me ahogues...
No me mires, que me quemas.
¡Tello!... ¡Coronel!... ¡Osorio!...
¿Qué quereis?... ¡traidores, ea!
»Mil vidas os arrancara.
¿No temblais?... dejadme... afuera...
¿Tambien tú, Blanca?... y aún tienes
Mi corona en tu cabeza!...
»¿Osas maldecirme?... inicua!!!
Hasta Bermejo se acerca...
¡Moro infame!... temblad todos.
Mas, ¿qué turba me rodea?...
»Zorzo, á ellos: sús, Juan Diente.
¿Aún todos viven?.. pues mueran.
Ved que soy el rey don Pedro,
Dueño de vuestras cabezas.
»¡Ay, que estoy nadando en sangre!
¿Qué espadas, decid, son esas?...
¿Qué dogales?... ¿qué venenos?...
¿Qué huesos?... ¿qué calaveras?...
»Roncas trompetas escucho...
Un ejército me cerca,
¿Y yo á pié?... denme un caballo
Y una lanza... vengan, vengan.
»Un caballo y una lanza.
¿Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida,
Por un corcel mi diadema (1).

(1) Mi Kingdom for a horse.—*Shakespeare.*

»¿No hay quien á su rey socorra?»
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
Y exclama: «Conmigo cuenta.»

A sacar al Rey acude
De la pesadilla horrenda:
«¡Mi rey! ¡mi señor!» le grita,
Y lo mueve, y lo despierta.
Abre los ojos don Pedro
Y se confunde y se aterra,
Hallándose en tal estado,
Y con un hombre tan cerca.
Mas luégo que reconoce
Al noble Sanabria, alienta,
Y, *soñé que andaba á caza*
Dice con turbada lengua.
Sudoroso, vacilante,
Se alza del suelo, se sienta
En un sillon, y pregunta:
«¿Hay, Sanabria, alguna nueva?»
«Señor, responde Sanabria,
El francés hizo la seña.»
«Pues vamos, dice don Pedro,
Haga el cielo lo que quiera.»

ROMANCE CUARTO

LOS DOS HERMANOS

De Mosen Beltran Claquin
Ante la tienda de pronto
Páranse dos caballeros
Ocultos en los embozos.
El rey don Pedro era el uno,
Rodriguez Sanabria el otro,
Que en la fe de un enemigo
Piensan encontrar socorro.
Con gran priesa descabalgan,
Y ya se encuentran en torno
Rodeados de franceses
Armados y silenciosos,
En cuyos cascos gascones,
Y en cuyos azules ojos
Refleja el farol, que alumbra
Cual siniestro meteoro.
Entran dentro de la tienda
Ya vacilantes, pues todo
Empiezan á verlo entónces
De aspecto siniestro y torvo.
Una lámpara de azófar
La alumbra trémula y poco;
Mas deja ver un bufete,
Un sillon de roble tosco,
Un lecho y una armadura,
Y lo que fué más asombro,
Cuatro hombres de armas inmobles,
De acero vivos escollos.

Don Pedro se desemboza
Y, *vamos ya*, dice ronco;
Y al instante uno de aquellos,
Con una mano de plomo,
Que una manopla vestia
De dura malla, brioso
Ase el regio brazo y dice:
«Esperad, que será poco.»
Al mismo tiempo á Sanabria
Por detrás sujetan otros,
Arráncanle de improviso
La espada, y cúbrenle el rostro.
¡Traicion!... ¡traicion!... gritan ambos
Luchando con noble arrojo;
Cuando entre antorchas y lanzas
En la escena entran de pronto
Beltran Claquin desarmado,
Y don Enrique furioso,
Cubierto de pié á cabeza
De un arnés de plata y oro,
Y ardiendo limpia en su mano
La desnuda daga, como
Arde el rayo de los cielos,
Que va á trastornar el polo.
De don Pedro el brazo suelta
El forzudo armado; y todo
Queda en profundo silencio,
Silencio de horror y asombro.

Ni Enrique á Pedro conoce,
Ni Pedro á Enrique: apartólos
El cielo hace muchos años,
Años de agravios y enconos,
Un mar de rugiente sangre,
De huesos un promontorio,
De crímenes un abismo,
Poniendo entre el uno y otro.
Don Enrique fué el primero
Que con satánico tono,
«¿Quién de estos dos es, prorumpe,
El objeto de mis odios?»
«Vil bastardo (le responde
Don Pedro iracundo y torvo)
Yo soy tu rey; tiembla, aleve;
Hunde tu frente en el polvo.»

Se embisten los dos hermanos;
Y don Enrique, furioso
Como tigre embravecido,
Hiere á don Pedro en el rostro.
Don Pedro, cual leon rugiente,
¡Traidor! grita; por los ojos
Lanza infernal fuego, abraza
A su armado hermano, como
A la colmena ligera
Feroz y forzudo el oso,
Y traban lucha espantosa
Que el mundo contempla absorto.
Caen al suelo, se revuelcan,
Se hieren de un lado y otro,
La tierra inundan en sangre,
Lidian cual canes rabiosos.
Se destrozan, se maldicen,
Dagas, dientes, uñas, todo
Es de aquellos dos hermanos
A saciar la furia poco.

Pedro á Enrique al cabo pone
Debajo, y se apresta ansioso,
De su crueldad ó justicia
A dar nuevo testimonio;
Cuando Claquin (¡oh desgracia!
En nuestros debates propios
Siempre ha de haber extranjeros
Que decidan á su antojo)
Cuando Claquin trastornando
La suerte llega de pronto,
Sujeta á don Pedro, y pone
Sobre él á Enrique alevoso,
Diciendo el aventurero
De tal maldad en abono:
«Sirvo en esto á mi señor;
Ni rey quito, ni rey pongo.»
No duró más el combate;
De su rey en lo más hondo
Del corazon, la corona
Busca Enrique, hunde hasta el pomo
El acero fratricida,
Y con él el puño todo
Para asegurarse de ella,
Para agarrarla furioso.
Y la sacó... goteando
Sangre!!! De funesto gozo
Retumbó en el campo un *viva*,
Y el infierno repitiólo.





DON ALVARO DE LUNA

ROMANCE PRIMERO

LA VENTA

En la ruta de Portillo
Y en las márgenes del Duero,
Hubo (aún escombros lo dicen)
Una venta en otro tiempo.
A su puerta una mañana
Estaba sentado un lego
De San Francisco, tres mulas
De los ronzales teniendo.
De la venta en la cocina
Se hallaban dos reverendos,
De una sarten apurando
Magras con tomate y huevos.
De maestre-sala servia
Sin caperuza el ventero,
Que solícito llenaba
Las tazas del vino añejo.
Era el uno el padre Espina,
Predicador del convento
Del Abrojo; el otro un fraile
Anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,
Mustios ambos y en silencio
Se mostraban, cuando el huésped
Les habló así con respeto:
«¿Es verdad, benditos padres,
Que el Condestable está preso?...
Anoche dió esta noticia,
Que nos pasmó, un caballero.»
Contestóle el religioso:
«Pues no os engañó, que es cierto.»
Y continuó el padre Espina:
«Sí, desengaños son estos
»Que avisan á los mortales
De que son perecederos
Los bienes que nos da el mundo,
Y su grandeza embeleco.»
El villano, sin turbarse,
Le cortó el sermon diciendo:
«Y tambien de que castiga
Sin palo ni piedra el cielo.
»Aún está fresca la sangre
De Alonso Lopez Vivero.
Yo estaba al pié de la torre
Cuando el Condestable mesmo
»Lo arrojó de ella; y he visto
De oro las cargas á cientos
Entrar allá en su palacio.
Dicen tambien, y lo creo,
»Que hechizado al rey tenia,
Y aún añaden...—No debemos,
Dijo grave el religioso,
Dar, á hablilla tal, acceso.»

La ventera que hasta entónces
Se estuvo callada al fuego,
Con la mano en la mejilla
Mostrando gran sentimiento,
Y que era, aunque no muy verde,
Fresca y limpia con extremo,
Abultada de pechera
Y con grandes ojos negros,
Saltó súbita: «Envidiosos,
Que no sirven, ni por pienso,
Para descalzarle, han sido
Los que en trance tal le han puesto.»
Díjole el marido: «Calla,»
Y ella respondió: «No quiero...
¡Qué señor tan llano!... ¡parte
El corazon!... Mes y medio
»Hace que le vimos todos
Tan galan, en el festejo
Que se celebró en la plaza
De Valladolid.. ¡Qué diestro!
»¡Qué valiente! ¡Qué gallardo!
Fué el único del torneo.»
«Calla,» con cólera grande
Volvió á decir el ventero;
Y ella, en vez de obedecerle,
A continuar: «¡Qué discreto!
El oirle daba gusto...
Alonso Lopez Vivero
»Era un vil, que lo vendia...»
«Calla,» repitió de nuevo
Más airado el hombre; y ella:
«No me da la gana: cierto
»Es cuanto digo... El tesoro
Lo ganó en la guerra, ó premio
Es que el rey le ha dado en paga
De servicios que le ha hecho.
»La Reina y los Ricos-hombres,
Revoltosos y soberbios...»
«Maldita tu lengua sea,
Clamó furioso el ventero.
»Tú, porque allá te criaste
En su palacio, y... ¡yo necio!»
Y ella prosiguió llorando:
«La tonta fuí yo, mostrenco.»
Iban en el matrimonio
A poner paz y concierto
Los padres, cuando, *ya llegan*,
Gritó desde fuera el lego;
Y dejando á los espcsos,
Que sin duda prosiguiendo
La disputa, la acabaron
A puñadas, segun temo,
Fuéronse á la puerta al punto,
Sobre sus mulas subieron,
Y aquella venta dejaron
Hecha un abreviado infierno.

ROMANCE SEGUNDO

EL CAMINO

Se alza una nube de polvo
De léjos por el camino,
Y al tropel que la levanta
Borra y tiene confundido.
En ella relampaguean
Reflejos de acero limpio,
Y forman un trueno sordo
Herraduras y relinchos.
Dando lugar á que llegue,
Los religiosos franciscos
A lento paso se ponen,
Y atrás miran de continuo.

Se acerca gran cabalgada,
Y vése claro y distinto
Que Diego Estúñiga, el jóven,
Es de ella jefe y caudillo.
En un alazan fogoso
Viene, de hierro vestido,
La gruesa lanza en la cuja,
La luenga espada en el cinto,
Un penacho jalde y negro,
Cual matorral sobre un risco,
Ondea sobre su almete
Y da al sol variados visos.
El ancho plateado escudo,
De una cadena ceñido,
Ostenta la banda negra,
Timbre de su casa antiguo.
Vienen tras él diez jinetes,
De la cimera al estribo,
Armados de punta en blanco,
Y en las lanzas pendoncillos.
Marchan todos en silencio,
Y en todos el sobrescrito
De gran duelo y gran tristeza
Se ve de ballesta á tiro.
Se dijera ser la escolta,
No de un caballero vivo,
Sí de un caballero muerto
Que iba al postrimer asilo.
En medio de ellos venia,
Cabizbajo y abatido,

Caballero en una mula
Con jaeces harto ricos,
Un insigne personaje,
De aspecto notable y digno,
De estatura no muy alta,
Pero gallarda y de brio.
Un sayo de paño verde
Con franjas de oro guarnido
Es su traje, y lleva al hombro,
Más blanco que los armiños,
Un gran manto, en cuyos pliegues
La cruz roja, distintivo
De maestre de Santiago,
Luce en recamo prolijo;
Y una toca de velludo
Negro con bordados picos,
Mas sin airon ni garzota,
Es de su cabeza abrigo.
Era su mirar resuelto,
Bien que apagado y sombrío,
Y su aire tan de persona
De poder y de dominio,
Que por más que se notaba
Ser un preso, descubrirlo
Sin sentir, era imposible
Cierto respeto sumiso.
Don Alvaro era de Luna,
Del rey don Juan favorito,
Que á Castilla largos años
Rigió sin freno á su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa
Con los dos padres franciscos,
Paráronse estos, y humildes
Saludo cortés y fino
Hicieron al Condestable,
De quien eran muy amigos.
Don Alvaro contestóles
Tan galan como expresivo.
Ellos en la armada escolta
Se ingirieron de improviso,
Tomando del gran maestre
A uno y otro lado sitio.
Largo rato caminaron
Todos en silencio hundidos;
Pero al cabo el padre Espina
Se resolvió, y así dijo:
«En verdad, señor, que valen
Poco del mundo mezquino
Las honras y los haberes
Para el varon de juicio.
»El hombre cristiano y cuerdo
Debe hácia norte más fijo
Encaminar su esperanza,
Servir solo á Dios benigno.
»Lo que nos da, lo mantiene,
Y al que busca en él asilo,
Para siempre se lo acuerda
En eterno paraiso.»
Con grande atencion escucha
Tan saludables avisos
Don Alvaro, que engañado
Juzgó, al salir de Portillo,
Que iba á recobrar honores,
Favor, riqueza y dominio;
Y entreviendo en el instante
Su verdadero destino,
Se estremeció á pesar suyo,
Cubrióse de sudor frio,
Y, «¿voy á morir acaso?»
Preguntó como indeciso.
Contestóle el religioso:
«Todos, mientras somos vivos,
Vamos á morir. El hombre
Que va preso... en más peligro...»
«Basta,» exclamó el Condestable;
Y dando á su aspecto altivo
Gran dignidad y gran calma,
Y al semblante noble brillo,
«Basta, siguió, no es la muerte,
Cuando se sabe de fijo
Que llega, tan espantosa
Como el vulgo vil ha dicho.
»Venga, pues: si el Rey lo quiere
Yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance
No me dejeis, os suplico.»
Oyendo tales razones
Lloró Estúñiga escondido
En su celada, y lloraron
Hasta los armados mismos.
Ambos buenos religiosos
Cumplieron bien con su oficio,
Consolando al Condestable
Con discrecion y con tino,
Y él, oyéndolos atento,
Siguió la marcha tranquilo,
Sin dar de dolor ni susto
En su noble rostro viso.

ROMANCE TERCERO

LAS CALLES.—LA CAPILLA.—EL PALACIO

Para quien al dia siguiente
Mira la muerte segura,
El declinar de la tarde
Solemnidad tiene mucha.
En el sol, que va á ponerse,
Y espeso vapor ofusca
(Semejante á un rey que el trono
A su pesar desocupa,
Y dignidad conservando
Del mundo huye, y se sepulta
Donde los hombres no adviertan
Su dolor y desventuras),
Con honda atencion los ojos
Clavó don Alvar de Luna.
Así que lo vió traspuesto
Lanzó un suspiro de angustia,
Como el que lanza el amante
Cuando el horizonte oculta
El bajel en que su amada
Los desiertos mares surca
Para no volver. Ansioso
Lleva sus miradas mudas
A los montes apartados,
Cuyas cumbres aún relumbran,
A los ya enlutados bosques,
A las calladas llanuras,
A los altos campanarios
Que entre nieblas se dibujan:
Retardar el despedirse
De la perspectiva augusta
Que presenta el universo,
Parece que sólo busca.
Y al notar que poco á poco
La luz menguante y confusa
Del crepúsculo confunde
La escena que le circunda,
Piensa ya ver de la muerte
La terrible sombra, en cuya
Oscuridad para siempre
Corre á hundirse, y se atribula.
Sus pensamientos penetran
Los doctos frailes, y endulzan
Con eternas esperanzas
Su meditacion profunda.

Entre dos luces llegaron
A Valladolid, y turba
Desordenada en las calles
Con sordo rumor circula.
De Alonso Lopez Vivero
Por la calle y casa cruzan,
Donde viven sus criados,
Donde llora su vïuda.
Aquellos, como canalla
Que si al poderoso adula,
En cuanto le ve caido
Feroz le escarnece y burla;
De la cabalgada el paso
Atajan con negra furia,
Y con denuestos y voces
Al ilustre preso insultan.
Este furioso (presente
El tiempo pasado juzga,
Que aún conserva el poderío,
Que aún domina á la fortuna),
Lleva soberbio la mano
A buscar en su cintura
La guarnicion de la espada...
Mas, ¡ay! en vano la busca.
Va preso... espada no lleva...
¡Ah!... lo advierte, y furibunda
Mirada va á dar al cielo;
Mas se anonada y conturba.
Queda con los ojos fijos,
Parece su faz difunta:
Tiembla, y en sudor helado
Sus miembros todos se inundan.
Delante se halla un espectro...
¡Un espectro!... Sí: la mula
Algo ve tambien; esquiva
Se recela, empina y bufa.
¿De Alonso Lopez Vivero
Ha salido de la tumba
La sombra?—De que el maestre
Ante sí la vió, no hay duda.
En confesion se lo dijo
Aquella noche con muchas
Lágrimas al padre Espina...
De Dios la venganza es justa.
Con el cuento de la lanza
A palos abre la turba
Estúñiga denodado,
Y la atropella y asusta;
Y en salvo al ilustre preso
Condujo á la casa suya,
En que estaba preparada
Una capilla segura,
Donde pasó el Condestable
Con la espiritual ayuda

Noche serena, pidiendo
A Dios perdon de sus culpas.
Cenó, durmió cortos ratos,
Repitió tambien algunas
Trovas del famoso Mena,
Que pintan como locuras
Las mundanas ambiciones:
Oró con fervor, en suma
Fué un cristiano, un caballero,
Un hombre de fe y de alcurnia.

Entre tanto, el que parece
Ser el reo, á quien la dura
Sentencia estaba leida,
Y á quien la cuchilla aguda
Del verdugo amenazaba,
Era el Rey... ¡Mísero! lucha,
Náufrago desventurado,
En airado mar de angustias.
Ama á don Alvaro, mira
Su sentencia como injusta;
De la Reina y de los Grandes
Se la ha arrancado la furia.
Que su trono se desploma,
Y hasta su existencia, juzga,
Y que al morir el Maestre
Abrazadas irán juntas
El alma de aquel amigo
Y el alma afligida suya.
¡Grande mal es la flaqueza
En hombre que cetro empuña!
Revolcándose en su lecho,
Rasgando sus vestiduras,
Paseándose sin tino
Por la cámara, que alumbra
Una lámpara medrosa,
Que en el cortinaje abulta
Vagas sombras... ¡infelice!
¡Qué noche pasó!... Que ocupa
Ve un rincon de aquella sala,
De pié con la boca muda,
Su físico Fernan Gomez.
A él se va las manos juntas,
Y suplicante le dice:
«Si es que mi salud procuras,
Anda á ver al Condestable,
Así Dios te dé su ayuda.»
El bachiller respondióle:
«Le debo mercedes muchas,
Perdone vueseñoría,
No oso verle en tal angustia.»

Conmovido el Rey, en llanto
Rompió y en voces confusas,
Que el alma á Gomez partieron,
Segun dicen cartas suyas.



Entró al estruendo la Reina
En la cámara, cual una
Aparicion, como maga
Que viene á doblar astuta
Los encantos y conjuros
Con que alto preso asegura,
Y con que la empresa afirma,
De que pende su fortuna.
Calló el Rey, quedó de mármol
Al verla: ella le pregunta:
«¿Qué es esto?» y oyendo, «Nada,»
Retiróse muy adusta.
Largo rato el Rey estuvo
Cual ligado por la oculta
Fuerza del prestigio. Luégo
Torna á más reñida pugna
De afectos: la amistad vence,
Llama con voz resoluta
A Solís su maestresala,
Dícele: «Al momento busca
»A Diego Estúñiga, y dile...»
En su garganta se anuda
La voz, porque entra la Reina
Otra vez... calla y trasuda.
La Reina á Solís llevóse,
Y el Rey abrió con presura
El balcon, cual si quisiese
Gozar del aura nocturna:
Y el trono, cetro y corona
Maldiciendo en voces mudas,
Ojos de lágrimas llenos
Clavó en la menguante luna.

ROMANCE CUARTO

LA PLAZA

Mediada está la mañana;
Ya el fatal momento llega,
Y don Alvaro de Luna
Sin turbarse oye la seña.
Recibe la Eucaristía,
Y en Dios la esperanza puesta,
Sereno baja á la calle,
Donde la escolta le espera.
Cabalga sobre su mula,
Que adorna gualdrapa negra,
Y tan airoso cabalga,
Cual para batalla ó fiesta;
Un sayo de paño negro
Sin insignia ni venera
Es su traje, y con el garbo
Que un manto triunfal, lo lleva;
Y sin toca ni birrete,
Ni otro adorno, descubierta,
Bien aliñado el cabello,
La levantada cabeza.
Los dos padres franciscanos
Se asen de las estriberas,
Y hombres de armas en buen órden
Le custodian y le cercan.
Así camina el Maestre
Con tan gallarda presencia
Y con tan sereno rostro
Que impone á cuantos le encuentran.
Sus enemigos no osan
Clavar la vista soberbia
En él, como consternados
Ya de su venganza horrenda;
Sus partidarios parecen
Decirle con mudas lenguas,
Que aún morirán por salvarle
Y encenderán civil guerra.
Y aquel silencio terrible
Por todas las calles reina,
Que ó gran terror, ó despecho
Grande siempre manifiesta.
Silencio que solamente
De cuando en cuando se quiebra
Con la voz del pregonero
Que á los más valientes hiela,
Diciendo: *Esta es la justicia*
Que facer el Rey ordena
A este usurpador tirano
De su corona y su hacienda.
Siempre que oye el condestable
Este vil pregon, aprieta
La mano del padre Espina,
Que en voz sumisa le esfuerza.

Arriba á la triste plaza,
Que há pocos dias le viera
Tan galan en el torneo,
Con tal poder y opulencia.
El apretado concurso
El cuadrado espacio llena:
Vése una masa compacta
De rostros y de cabezas:
Parece que el pavimento
Se ha elevado de la tierra,
O que casas y palacios
Su basa han hundido en ella.
Un callejon, que tapiales
De hombres apiñados cierran,
Sirviéndole de linderos
Lanzas en vez de arboleda,
Ofrece paso hasta donde
Lecho de muerte descuella,
En mitad del gran gentío,
Que como la mar olea,
El reducido tablado
Enlutado con bayetas:
Una gran tumba parece
Que el pueblo en hombros sustenta.
Sobre él está colocado
Un altar á la derecha,
De terciopelo vestido;
Y entre amarillas candelas,
Cuya luz el sol deslustra
Y arder el viento no deja,
Un crucifijo de plata
En cruz de ébano campea.
Yace un ataud humilde
Colocado á la izquierda:
Cerca de él se ve una escarpia
En un pilar de madera;
Y en medio, de firme, un tajo,
Delante una almohada negra,
Y una hacha, en cuya cuchilla
Los rayos del sol reflejan.

Al pié del cadalso el reo
De la alta mula se apea:
Fervoroso el padre Espina
Con él sube y no le deja.
De pié ya sobre el tablado
Tres personas se presentan
A las medrosas miradas
De la muchedumbre inmensa:
El ministro de la muerte,
El que lo es de vida eterna,
Y el que dando al uno el cuerpo
Al otro el alma encomienda.
Turbado el tosco verdugo
De atreverse á tal alteza,
Necio terror da á su frente,
Que cubre jalde montera.
El religioso metido
En su capucha, se queda
De mármol, cruza los brazos,
Y con fervor mudo, reza.

El Condestable, sereno,
El pié al crucifijo besa,
Y luégo tiende los ojos
Por la turba que le observa;
Y viendo junto al tablado
En actitud lastimera
A Morales, su escudero,
Hecho de lealtad emblema,
Le llama, de oro un anillo,
Que el sello de sellar era
De su puridad las cartas,
Del pulgar quita, y le entrega
Diciéndole: «Amigo, toma,
Ya no conservo otra prenda.»
Despues atisbó á Barrasa,
Paje del Príncipe, cerca,
Y así le habló en voz sonora:
«Dile á tu dueño, que vea
De dar á los que le sirvan,
Otra mejor recompensa.»
Viendo el pilar y la escarpia,
«¿Para qué?» pregunta. Tiembla
El sayon, y le responde,
Hablar no osando, por señas.
Y prosiguió el Condestable
Con una sonrisa acerba:
«Despues de yo degollado,
Nada son cuerpo y cabeza.»
Entónces el padre Espina
Que piense sólo, le ruega,
En Dios; y él, «Padre, es mi norte
Y mi esperanza,» contesta.
Se ajusta el traje, descubre
La garganta, ve que llega
El verdugo para atarle
Las manos con una cuerda:
Saca del seno una cinta
Labrada con oro y seda,
Y, «Átalas, le dice, amigo,
Si es necesario, con esta.»
De hinojos en la almohada
Se pone, el cuello presenta,
El religioso le grita:
«Dios te abre los brazos, vuela.»
El hacha cae como un rayo,
Salta la insigne cabeza,
Se alza universal gemido
Y tres campanadas suenan.

Paris, 1833.





RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE

A MI SOBRINO EL EXCMO. SR. D. CRISTÓBAL COLON Y LA-CERDA, MARQUÉS DE LA JAMAICA

ROMANCE PRIMERO

EL NIÑO HAMBRIENTO

A media legua de Palos,
Sobre una mansa colina,
Que dominando los mares
Está de pinos vestida,
De la Rábida el convento,
Fundacion de órden francisca,
Descuella desierto, solo,
Desmantelado, en ruinas.
No por la mano del tiempo,
Aunque es obra muy antigua,
Sino por la infame mano
De revueltas y codicias,
Que á la nacion envilecen
Y al pueblo desmoralizan,
Destruyendo sus blasones,
Robándole sus doctrinas.
De este olvidado convento,
Ante la portada misma,
En la llana plataforma,
Sitio de admirable vista,

Una mañana de marzo,
Miéntras que solemne misa
En la iglesia se cantaba,
Y escaso concurso oia,
Tres y medio siglos hace,
Para gloria de Castilla,
Apareció un extranjero
De presencia extraña y digna,
En aquel punto acababa
De llegar allí; vestia
Justillo de roja tela,
Aunque usada y vieja, fina.
Un manto de lana pardo
Con mangotes y capilla,
Un birrete de velludo
Y de orejeras caidas,
Unas portuguesas botas,
Más enlodadas que limpias.
Y bajo el brazo pendiente
Un zurron, saco ó mochila,

Donde un pequeño astrolabio,
Una brújula marina,
Un libro de devociones
Y unos pergaminos iban.
Despejada era su frente,
Penetrante era su vista,
Su nariz algo aguileña,
Su boca muy expresiva;
Proporcionados sus miembros,
Y su edad, si no florida,
Tampoco tan avanzada
Que llegase á estar marchita.

Con el cariño de padre,
De la mano conducia
Un cansado y tierno niño,
De belleza peregrina.
Pues en su cándido rostro
De rosa y jazmin, lucian
Dos nobles ojos azules
Llenos de inocencia y vida;
Y desde su ebúrnea frente
Por su cuello descendian
Los cabellos anillados
Que el sol miró con envidia.
Ser dijérase el modelo
Que de Urbino el gran artista,
En los ángeles copiaba,
Que tanto encanto respiran.
Y de su gallardo padre
A la sombra parecia
Un lirio fresco y lozano
Que nace al pié de una encina.

Este extraño personaje,
Con esta criatura linda,
Taciturno paseaba
Con facha contemplativa.
Ora por el mar de Atlante
Que rizaban frescas brisas,
Como buscando una senda
Giraba ansiosa la vista.
Ora allá en el horizonte
De occidente la ponia,
Cual si algun objeto viera,
Inmóvil, clavada, fija.
Y ya al cielo una mirada
De entusiasmo y de fe viva
Daba, animando su rostro
Una inspirada sonrisa;
Y ya de pronto inclinando
La frente á tierra, teñian
Melancólicos colores
Sus deslustradas mejillas.
De sus hondos pensamientos
Y de su inquietud continua,
Sacóle la voz del niño
Que pan y agua le pedia;
Pues en cuanto oyó su acento
Y vió su afliccion, se inclina,
Tierno le toma en los brazos,
Lo consuela, lo acaricia,
Y diligente se acerca
A la abierta portería,
A demandar el socorro
Que aquel ángel necesita.
Recíbele afable un lego,
Que éntre en el claustro le indica,
Y que en un escaño espere
Miéntras él va á la cocina.

Fray Juan Perez de Marchena,
Guardian entónces por dicha,
Junto á los viajeros pasa
Volviendo de decir misa,
Y curioso contemplando
Su apariencia peregrina,
Informóse del socorro
Que cortésmente pedian.
Y por un secreto impulso
Que en favor de ellos le anima,
Inspiracion de los cielos
Que su nombre inmortaliza,
O porque era religioso
De caridad y de eximia
Virtud, y muy compasivo
Con cuantos allí venian,
A aquellos huéspedes ruega
Que en su pobre celda admitan
Parte de su escaso almuerzo
Y descanso á sus fatigas.
Aceptado fué el convite,
Y por la escalera arriba,
El religioso delante
Y el hijo y padre en pos iban,
Formando un sencillo cuadro,
Cuyo asunto ser dirian,
El talento y la inocencia
Con la religion por guía.

ROMANCE SEGUNDO

EL ALMUERZO

En el estrecho recinto
De una franciscana celda,
Cómoda, aunque humilde y pobre,
Y de extremada limpieza,
De la Rábida el prelado
Con sus dos huéspedes entra,
Y despues que sendas sillas
Les ofrece y les presenta,
Abre franco y obsequioso
Una mezquina alacena,
De donde bizcochos saca,
Una redoma ó botella
Del vino más excelente
Que da el condado de Niebla,
Aceitunas, pan y queso,
Y tres limpias servilletas,
Acomodándolo todo
En una redonda mesa,
No léjos de la ventana
Que daba vista á la huerta.
En seguida llama al lego,
Y que al punto traiga, ordena,
Huevos con magras adunia,
Y chanfaina si está hecha.
Encargándole que todo
Caliente y sabroso venga,
Que no charle en la cocina,
Ni se eternice y se duerma.

———

Dadas sus disposiciones,
Al extranjero se acerca
(Que por tal le ha conocido
En el porte, traje y lengua),
Con una taza le brinda,
Y al niño que tome ruega
Un bizcocho, que le alarga,
Y lo acaricia y lo besa.
Bebe el huésped, luégo bebe
Fray Juan Perez de Marchena;
Y el niño come el bizcocho,
Toma un sorbo de agua fresca,
Y con el zurron que el padre
Se ha quitado, y puesto en tierra
Sacando cuanto contiene
Vivaracho travesea.
El Guardian varias preguntas
Hace al extranjero, acerca
De su patria, de su estado,
Y del arte que profesa:
Aunque aquellos instrumentos
Con que la criatura juega,
Que le son muy familiares,
Ya casi se lo revelan.
Que es genovés y viudo
Atento el huésped contesta;
Que es navegar su ejercicio,
Y de piloto su ciencia.
Y así como una vasija
Que está rebosante y llena
De un líquido, algo derrama
A muy poco que la muevan;
Dió indicios claros, patentes,
En sus fáciles respuestas,
De aquel grande pensamiento,
Portentoso, que le alienta,
Que exclusivo su alma absorbe,
Que es la sangre de sus venas,
Que es el aire que respira,
Que es ya toda su existencia,
Y que causó los extremos
Que delante de la iglesia,
El mar contemplando, hizo,
Como referidos quedan.
Que el occidente escondia,
Dijo, riquísimas tierras,
Que era el ancho mar de Atlante
De la gran Tartaria senda,
Y que dar la vuelta al mundo
Para él cosa fácil era;
Con otras raras especies,
Tan inauditas, tan nuevas,
Que al escucharle, pasmado
Fray Juan Perez de Marchena
(Aunque á osados mareantes
Hablaba con gran frecuencia,
Por haber muchos en Palos,
Y aunque sabe las proezas
Y raros descubrimientos
De las naves portuguesas);
No acierta si está escuchando
A un orate ó á un profeta,
Si es un ángel ó un demonio
El hombre que está en su celda.
Mudo se alza, llama al lego
Y que busque á toda priesa

Le manda á Garci-Fernandez,
Que estaba há poco en la iglesia.
No tardó Garci-Fernandez
En presentarse en la escena
Con el lego, que el almuerzo
Colocó sobre la mesa.
Era médico de Palos,
Hombre docto y de experiencia,
De sagacidad y astucia,
De malicia y de reserva.
Viejo y magro, pero fuerte,
Mellado, la cara seca,
Calvo, la barba entrecana
Y la tez tosca y morena.
De estezado una ropilla,
Calzas de burda estameña,
La capa de pardo monte
Y el sombrero de alas luengas,
Era su traje. La mano
Y el hábito al fraile besa,
Y al incógnito saluda
Con curiosidad inquieta.

El médico, el extranjero
Y el padre Guardian se sientan,
Dando al almuerzo principio,
Y mutuamente se observan.
Pero el silencio interrumpe,
Despues de haber hecho seña
Al sagaz Garci-Fernandez,
Fray Juan Perez, y comienza
A hablar de navegaciones
Y desconocidas tierras,
Preguntándole á su huésped
Su parecer sobre ellas.
Fué bastante haber tocado
Con sagacidad la tecla,
La facilidad verbosa
Del genovés se despliega.
Y con aquellas razones
De convencimiento llenas,
Con que se sienta y sostiene
Lo que se sabe de veras,
Sus inspiraciones pinta,
Sus observaciones cuenta,
Su sistema desenvuelve,
Sus proyectos manifiesta.
Recurre á sus pergaminos,
Los desarrolla, y enseña
Cartas que él mismo ha trazado
De navegar, mas tan nuevas,
Y segun él las explica,
En cosmográfica ciencia
Demostrándose eminente,
Tan seguras y tan ciertas;
Que el pasmo del religioso
Y su indecision aumentan,
Miéntras al médico encantan,
Le convencen y embelesan.
De aquel ente extraordinario
Crece la sábia elocuencia,
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena.
Se agranda, brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas,
Brotan sus labios un rio
De científicas ideas:
No es ya un mortal, es un ángel,
De Dios un nuncio en la tierra,
Un refulgente destello
De la sábia Omnipotencia.
Comunica su entusiasmo,
Que el entusiasmo se pega,
A los que atentos lo escuchan,
A los que mudos lo observan.
El médico, el religioso,
Y hasta el lego que á la mesa
Sirve, y ha escuchado inmoble,
Y con tanta boca abierta,
Mas sin entender palabra,
En entusiasmo se queman:
Y de haber visto aquel dia
Dan gracias á Dios sus lenguas.
Y piden que luégo, luégo,
Se lleve á cabo la empresa,
Y quieren ir, y una parte
Tener en las glorias de ella.
Y ya se ven en los mares,
Y ya en ignoradas tierras,
Y ya el asombro del mundo
Con nombre, y con fama eterna.
Formando la celda un cuadro
Digno de que en él hubieran
O Zurbaran ó Velazquez
Apurado sus paletas.

Mas ¡ay! pronto de aquel cielo
De ilusiones halagüeñas,
Bajan á lo positivo
De la miserable tierra;
Cuando en sí mismos volviendo
Reconocen su impotencia,
Y los elementos grandes
Que há menester tal empresa.
Se hallan como el desdichado
Que en pobre lecho despierta,
Cuando soñaba que un trono
Era poco á su grandeza.
Pues de un oscuro piloto
Volviendo á entrar en la esfera

El genovés, abatido
Les refiere su pobreza:
Que no han querido ayudarle
Ni su patria, ni Venecia,
Que la corte de Lisboa
Se burla de sus propuestas;
Que los sabios no le entienden,
Que los ricos le desprecian,
Que los nobles no le escuchan,
Que el vulgo le vilipendia.
Mas como despues, añade,
Que aún la esperanza le alienta
De encontrar grata acogida
En el rey de la Inglaterra;
Donde ya tiene un hermano
Con proposiciones hechas,
Y que él mismo, á acalorarlas,
Ir allá muy pronto piensa;
El amor patrio, más puro
En las españolas venas
Del médico y del prelado,
Se inflama y súbito truena;
Pues unánimes prorumpen:
«De España la gloria sea;
No busqueis lejanos reinos
Cuando el mejor se os presenta;
»Y el que sediento de gloria
Más imposibles anhela.
Corred, buscad el apoyo
De la castellana reina,
»De doña Isabel invicta,
Que es la más grande princesa
Que han admirado los siglos,
Y que ha ceñido diadema.»
De los dos el entusiasmo
Tambien á su vez se pega
Al genovés, y aquel nombre
Pronunciado con tal fuerza
Por el físico y el fraile,
El alma y pecho le llenan
De esperanza tan vehemente,
Que sus planes desconcierta.
En sus rutilantes ojos,
Como en su boca entreabierta,
Y en su palpitante pecho,
Y en su animada apariencia,
El sagaz Garci-Fernandez
Lo conoce, y «No se pierda
Momento, prosigue; al punto
Id á Córdoba, que es cerca.
»Allí encontrareis la corte:
Pues el cielo os la presenta
Tan inmediata, propicia
La hallareis, nada os detenga.»
Y fray Juan Perez añade:
«Marchad, sí, Dios os lo ordena.
Carta os daré para el padre
Hernando de Talavera,
»Religioso de valía
Que es confesor de la Reina.
Y porque ningun cuidado
Vuestra jornada entorpezca,
»Este vuestro tierno niño
Aquí en el convento queda,
De mi seráfico padre
So la proteccion inmensa.»
No dijeron más. Escribe,
Dando la cosa por hecha,
La carta Garci-Fernandez,
Fray Juan Perez de Marchena
La firma; su propia mula
Ensillar al punto ordena,
Y las próvidas alforjas
Preparar en la despensa.
Todo está listo. Y entónces
Cual si alguna oculta fuerza
Le compeliese, el piloto,
Que aun no habia dado respuesta,
De pié se puso, y resuelto
Exclama de esta manera:
«A Córdoba, Dios lo quiere,
Su gracia me favorezca.»
Al tierno y precioso niño
Acaricia, abraza y besa,
No sin lágrimas sus ojos,
No su corazon sin pena.
A rezar un corto rato
Vase devoto á la iglesia,
Do el escapulario viste
De la seráfica regla.
De sus dos nuevos amigos
Se despide ya en la puerta,
Cabalga, aguija, y á trote
De la Rábida se aleja.





ROMANCE TERCERO

LA DAMA

De Abderramen la mezquita
Y de Almanzor las murallas,
Y el puente de Julio César,
Y las vividoras palmas,
Que más de dos luengos siglos
Muerto ornato se miraban
Del sepulcro de un imperio,
O de una tumba de hazañas;
Como evocadas reviven,
Las musgosas frentes alzan,
Y para Córdoba juzgan
Que una nueva aurora raya.
Y que renacen los dias
De gloria, poder y fama,
En que Atenas de Occidente,
En que Roma musulmana,
O ilustró al mundo con ciencias,
O rindió al mundo con armas,
Como de sabios emporio,
Como de guerreros patria.

Los dos católicos reyes
Que son Atlantes de España,
Los que un imperio fundaron
Que ningun imperio iguala,
A Córdoba han elegido
Para corte, centro y plaza
De los bélicos aprestos
Que han de triunfar en Granada.
Los grandes y ricos-homes
Acuden con sus mesnadas,
Y con todo el aparato
De sus espléndidas casas.
Allá envian sus pendones
Las ciudades más lejanas,
Con sus bravos caballeros
Y con sus huestes gallardas;
Allí los Grandes-Maestres
Sus estandartes levantan,
Y allí Prelados concurren,
Y allí Legados del Papa.
Los personajes de corte,
Los magistrados de fama,
Los más ilustres señores
Y las más apuestas damas.
Y llegan aventureros
Y soldados de ventaja,
Y jinetes, y peones,
Ballesteros y hombres de armas.
Y cual nube de pardales
Que viene á la seca parva,
O cual reguero de hormigas
Que al costal volcado ataca,
Traficantes, labradores
Y ganaderos se afanan
En apurar la moneda
Con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamento
A Córdoba reputara,
Quien notase su bullicio,
Quien oyese su algazara.

Y al ver llenos sus palacios
De rica nobleza tanta,
Y sus calles y sus muros
Y sus huertos y sus plazas
Hervir en enjambre inmenso
De tan diversas comparsas,
De tan distintos vivientes,
De ocupaciones tan varias.

A las funciones de iglesia
Suceden las cabalgadas,
A los consejos de corte
Los alardes y las danzas;
Los saraos á los banquetes,
A los torneos las farsas,
A las consultas y audiencias
Festejos, toros y cañas.
Todo es movimiento y vida,
Todo actividad extraña,
Todo bélico aparato,
Todo fiestas cortesanas.
Todo es riqueza y aliento,
Todo brocados y holandas,
Todo confusion alegre,
Todo caprichos y galas.
Córdoba es concilio, corte,
Almacen, campo de armas,
Tribunal, mercado, lonja,
Escuela, taller y sala.
Ya una procesion solemne
Lenta por las calles marcha;
Ya los reyes atraviesan
Con su comitiva y guardias.
Aquí llegan municiones,
Allí grano y vituallas,
Acá se doman corceles,
Allá se adiestran escuadras.
Allí armaduras se bruñen,
Aquí se bordan gualdrapas,
Acá se recaman vestes,
Allá se templan espadas.
Las banderas y penachos,
Los pendoncillos y lanzas,
Las enseñas y divisas
Forman espesa enramada.
El sol chispea en el oro,
Arde en bruñidas corazas,
Y en plumas, telas, recamos,
Vivos colores esmalta.
Ora resuenan clarines,
Ora rimbomban campanas,
Ya redoblan los tambores,
Ya retumban las lombardas.
No hay una persona ociosa,
No hay sin movimiento un alma,
Ni imaginacion tranquila
Ni pecho sin esperanza.
Unos sueñan en despojos,
Otros nombre y lauros ansian,
Quién va á ganar indulgencias,
Quién gloria pide y aguarda.
Y todas estas ideas
Se humillan, aunque tan varias,
A un gigante pensamiento,
La conquista de Granada.

Entre el inmenso gentío
Y entre baraunda tanta,
Como en medio de un desierto
Solo y silencioso vaga,
Soñador, pobre, abatido,
Sin que sus proyectos hayan
Un solo apoyo encontrado,
Merecido una mirada,
El genovés navegante,
Que á la corte castellana
Desde la Rábida vino
Tras falaces esperanzas.
Y el cual bien puede decirse
Que ha llegado en hora mala
A aquel abreviado mundo,
A aquella Babel de España.

Fray Hernando Talavera
Es persona de importancia,
Ve una mitra en perspectiva,
Todo lo demás es nada.
Con desden ha recibido
De un fraile oscuro la carta,
Y juzga al recomendado
Un arbitrista sin blanca.
De estado los grandes hombres,
Que con los reyes trabajan,
No tienen tiempo, no escuchan,
Sólo de la guerra tratan.
Los cortesanos se burlan
De una catadura extraña,
Y del humilde atavío
De la persona más sábia.
Los guerreros nada tienen
De comun con el que habla
De círculos y de estrellas,
Y de cosas que no alcanzan.
El vulgacho vil se mofa,
Cual de un loco, del que anda
Tan desarrapado, y grave
Ofrece montes de plata.
Y conseguir una audiencia,
Y de los reyes la gracia

Con tan contrarios auspicios,
En caso imposible raya.
Hace un mes que el extranjero
Rueda por las antesalas,
Siendo burla de los pajes,
Juguete de la canalla,
Y aburrido y despechado
De volver por su hijo trata,
Y de volar á otros reinos
Sin pensar más en España.
Pero acá en el mundo somos
De la Omnipotencia sábia
Sólo instrumento, sus miras
Nadie puede penetrarlas.
Y por medios tan ocultos,
Por ocurrencias tan raras
Se cumplen, que en vano el hombre
Esto, dice, haré mañana.

En la catedral sombría
Que Guadalquivir retrata,
Aún no del perverso gusto
Cual despues, contaminada,
Devoto entra el mareante,
Cuando el són de la campana
A las vísperas solemnes
A los fieles convocaba.
Por las más oscuras naves,
Y por las más solitarias,
Siempre huyendo del gentío,
Cruza con incierta planta.
Y en aquel bosque de mármol,
Y á su luz tibia y opaca,
Una evocacion parece,
Un espectro, una fantasma.
Frente de aquella capilla
De esmaltes y filigranas,
Que del *Zancarron* el vulgo,
Y todo Córdoba llama,
A una columna de jaspe
Al cabo apoya la espalda,
Y en hondas meditaciones
Sueña, delira, se extásia.
Cuando acaso una señora,
Sin advertir en él, pasa
Tan cerca, que con el manto
Casi le toca la cara.
Este pequeño incidente
Para volverle en sí basta,
Y sintiéndose arrastrado
Por una violencia extraña,
Por un superior impulso
De aquellos que no se aguardan,
Sigue, cual can á su dueño,
Maquinalmente á la dama.

Esta, ante un altar dorado
Donde la imágen brillaba
De la Vírgen, se arrodilla,
Abre el manto y se destapa.
Y á la luz de seis candelas
Que el retablo iluminaban,
Deja ver un lindo rostro
Lleno de candor y gracia;
Y de expresion tan devota,
Y de belleza tan rara,
Y de modestia tan grande,
Y de nobleza tan alta,
Como se admira en los rostros
Que dió Murillo á sus santas,
Y que de un ángel del cielo
Pudo tan sólo copiarlas.
El extranjero, encantado,
Sus afanes y sus ansias
Olvida un punto, y los ojos
En aquel tesoro clava.

Levántase la señora
Al acabar sus plegarias,
Retírase, y el piloto
Sigue absorto sus pisadas
Sin saber qué le sucede,
Sin acertar qué le pasa;
Como sujeto y ligado
Por hechizo, encanto ó magia.
Al patio de los naranjos
Salen ambos, y él se aparta
Al ver que dos escuderos
A la señora acompañan.
Mas aún de léjos la sigue,
Cuando quiso su desgracia,
Mejor diré su fortuna,
Que en la calle se encontrara
Con un tropel de muchachos,
Que de pronto en él reparan.
Y como de que era loco
Varias especies volaban,
Al loco, gritan, y empiezan
Con silbidos y pedradas,
Con insultos y con voces,
Que suelen pasar por gracia.
Al estruendo la señora
Con curiosidad se para,
Y al ver en tal paso á un hombre
Pobre, mas de noble traza,
Que le den auxilio al punto
A sus escuderos manda,
Y ella se acerca, y le ofrece
El amparo de su casa.

Con doña Beatriz Enriquez,
Que es la cordobesa dama,
Tan discreta como hermosa,
Tan buena como gallarda,
Entra el genovés piloto
En una soberbia cuadra,
De guadamecí vestida
Con las molduras doradas,
Y un estrado de almohadones
De terciopelo con franjas,
Y con grandes borlas de oro
Sobre alfombras de Granada;
Mas tan turbado y confuso
Que no acierta á hablar palabra,
Y tan sólo en que respira
Se ve que no es una estatua.
Tampoco está la señora
Muy en sí; tampoco halla
Aquellas frases precisas
De quien recibe en su casa.
No ha reparado en la iglesia
En aquel hombre, y le pasma
Su noble fisonomía,
Que con su traje contrasta.
Y acertando prontamente
Que es el marino, á quien llaman
Unos loco y otros sabio,
Atenta le observa y calla.
Al cabo el hielo rompióse,
Y la primera la dama
Le ruega que tome asiento,
Y ordena le sirvan agua.
Entra obediente al mandato
Una berberisca esclava,
Con búcaros primorosos
En su salvilla de plata.

Sosegado el extranjero,
Con tal dignidad y tanta
Cortesanía le rinde
Por aquel servicio gracias,
Que el parabien la señora
De ocurrencia tan extraña
Se da á sí misma, y se esmera
En obsequios y en palabras.
Esta primera visita
Otras produjo más largas,
Y de muy pocas al cabo
Se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante
En dejar tan pronto á España,
Renueva sus pretensiones,
Torna á rodar antesalas.
De Hernando de Talavera
La altivez ya no le espanta.
Insiste en ver á los reyes
Y renueva sus demandas.
Doña Beatriz, afanosa,
Siendo ya depositaria
De sus planes y proyectos,
Que la envanecen y exaltan,
Lo aconseja y lo reanima,
Lo consuela y lo entusiasma,
Y conexiones le busca
Con femenil eficacia.
Él mismo en Córdoba logra
Con su permanencia larga,
Que algunos doctos lo escuchen,
Tratar á personas altas.
Y ya sus propuestas toman
Cierto color de importancia,
Y ya con calor y aprecio
Del extranjero se habla.
Alonso de Quintanilla,
Del rey tesorero, enlaza
Con él amistad estrecha
Y en protegerlo se afana.
Y don Pedro de Mendoza,
El gran cardenal de España,
Uno de los más ilustres
Varones de nuestra patria,
Afable se le demuestra,
Y con su poder alcanza
Que el mismo rey le conceda
La audiencia tan deseada.
Frio, suspicaz, severo
Le oye el rey. Pero le llaman
La atencion de aquel piloto,
La dignidad y la calma,
El convencimiento firme,
Las explicaciones claras.
Y aunque de la inmensa idea
Toda la extension no alcanza,
La envidia á los portugueses,
De dominacion el ansia,
Y el carácter de aquel siglo
Caballeresco y de hazañas,
Le obligan á que al instante
Dé acogida afable y grata
Al hombre y á su proyecto,
Porque otro rey no lo haga.
Mas los gastos de la guerra
Hacer nuevos le embarazan,
Ni otra empresa empezar puede
Hasta rendir á Granada.
Y cual político astuto,
Por ganar tiempo y dar largas,
Su proteccion y su auxilio
Al piloto ofrece, y manda

Que los sabios eminentes
De la docta Salamanca
Con detencion examinen
La propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante
Tal decision del monarca,
Mas que con ella se avenga
Doña Beatriz quiere, y basta.



ROMANCE CUARTO

TIEMPO PERDIDO

Dejando atrás á Granada,
En cuyas torres el viento
Ya la cruz triunfante adora
Entre cristianos trofeos,
Y dejando atrás la corte
De los hispánicos reinos,
Donde tristes desengaños
Cogió y amargos desprecios.
Va el genovés navegante,
Va el portentoso extranjero
En una mula de paso
Hácia Córdoba derecho;
Sin volver atrás los ojos,
Pobre, abatido y enfermo.
Sale de la hermosa vega
Que le parece el infierno.
Lleva en su faz las señales
Del infortunio y del tiempo,
Que los años y desgracias
Dan con un bronce en el suelo.
Seis años cuenta perdidos
Desde que llegó al convento
De la Rábida, y el nombre
Quiso hacer de España eterno.
Y sus esperanzas todas,
Y todos sus pensamientos,
Disipadas mira en humo,
En polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca
Los doctores y maestros,
Más bien que examinadores
Jueces inflexibles fueron,
Y le trataron altivos,
Aunque era más sabio que ellos,
No cual docto que consulta,
Sino cual convicto reo.
Sus geométricas verdades
Por respuesta hallaron textos,
Sus cálculos silogismos,
Sus demostraciones ergos.
Y aunque varios religiosos
De San Estéban (colegio
Donde fué la conferencia)
Que eran sabios verdaderos,
Si comprender no lograron
Al inspirado extranjero,
Lo escucharon con asombro
Y su importancia advirtieron;
Los más, cual siempre acontece,
Arrollaron á los ménos,
Y sobre un hombre tan grande,
Y sobre un tan gran proyecto
Informaron á la corte
Con el más alto desprecio,
De visionario y de loco
Prodigándole dicterios.
El no entendido más firme
En sus altos pensamientos,
De su plan el contradicho
Más convencido y más cierto;
De sí mismo más seguro
Miéntras halla más tropiezos,

Y nuevas fuerzas cobrando
De su propio abatimiento:
Del genovés navegante
Parece el alma de acero,
Escollo inmoble que arrostra
Siglos, rayos, olas, vientos.
Pero no quiere que España
Acoja ya sus esfuerzos,
Ni que las ventajas logre
De tales descubrimientos.
Y á Córdoba despechado
Veloz regresó, resuelto
De irse á buscar á otra corte
Para realizarlos medio.
Mas doña Beatriz Enriquez
Y el fruto inocente y tierno
De sus plácidos amores,
Detenerle aún consiguieron.
Eslabones más tenaces
Que los de forjado hierro,
Y con que á aquel hombre insigne
Ató á mi patria el Eterno.

El genovés, obligado
Por las prendas de su afecto
A no abandonar á España,
Buscó en ella rumbo nuevo;
Y partió con gran reserva
De Santa María al puerto,
Que era del ínclito duque
De Medinaceli feudo,
A buscar su patrocinio
Y á ofrecerle ignotos reinos.
El duque con grandes honras
Le acogió y con sumo aprecio,
Y ya preparaba naves
Propias suyas, y dinero
Con que el hombre extraordinario
Llevase á cabo su intento:
Cuando de la corte tuvo
Aviso de que con ceño
Y con envidia y sospechas
Miraba el rey sus aprestos.
Suspendiólos advertido,
Y exhortó con noble celo
Al piloto, á que á la corte
Y al rey regresase luégo.

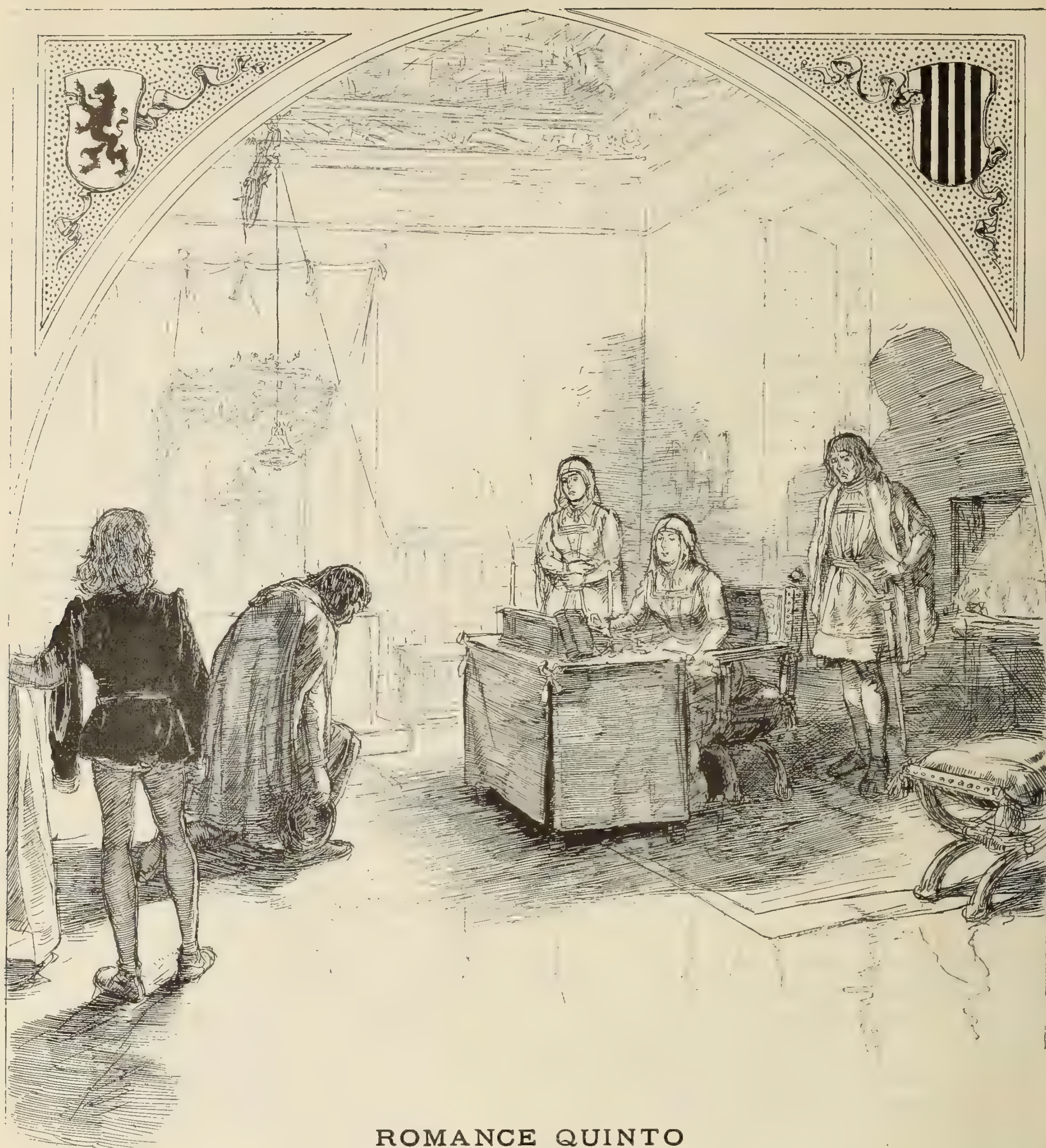
A la inexorable suerte
Que sus más vivos anhelos
Contrariaba, y le tenia
Atado al hispano suelo,
Tuvo el genovés constante
Que humillarse con despecho;
Y tornó á la hispana corte
Y en ella á luchar de nuevo.
El mismo rey don Fernando,
Que no quedó satisfecho
Del salamanquino informe,
Lo maneja astuto y diestro;
Le halaga con esperanzas
(Que detenerle es su objeto),
Hasta que la infiel Granada
Rinda á sus plantas el cuello.
Siguió aburrido á la corte
El soñador extranjero,
De aquella famosa guerra
Presenciando los progresos.
En el asalto de Baza,
De Málaga en el asedio,
En otras altas acciones,
Y en muchos duros reencuentros,
Discurrió como perito,
Se mostró cual caballero,
Combatió como cristiano
Y se portó como bueno.

De la opulenta Granada
Rendirse el poder soberbio
Presenció en fin, de Castilla
Y de Aragon al esfuerzo.
Y de las régias ofertas
Llegado el plazo creyendo,
Con más teson y energía
Llamó la atencion de nuevo.
Mas en vano, otras consultas
Y otros plazos le han propuesto,
Que los gastos de la guerra
Tienen el tesoro yermo.
Con que de toda esperanza
Perdidos los fundamentos
Dejar á España de veras,
De veras tiene resuelto.
Ni áun de Alonso Quintanilla
Se ha despedido, temiendo
Que elocuente y amistoso
Aún pretenda detenerlo.
Y hácia Córdoba camina:
Seguro de que los ruegos
De doña Beatriz Enriquez
No han de hacer mella en su pecho.
Nada ya, nada en el mundo
Le detiene, no hay remedio.
¡Oh, cuánto poder y gloria
Pierde España con perderlo!
En su acalorada mente
Tanto agravio recorriendo,
Y ansioso ya de encontrarse
En la corte de otro reino,

Aguija la tarda mula,
No le permite resuello,
Ya de Pinos de la Puente
Llega al miserable pueblo,
Y sin detenerse pasa
El despeñado riachuelo,
Que entre riscos y entre juncias
Va de Genil al encuentro.

Sigue adelante el camino,
Cuando detrás, el estruendo
De un caballo que galopa
Oye resonar violento,
Y alcánzale á pocos pasos,
En un cordobés overo,
De sudor cubierta el anca,
Blanco de espumas el pecho,
Arrogante y decidido
Un atildado mancebo,
Vestido un rico tabardo
De carmesí terciopelo,
Con castillos y leones
De plata y oro cubierto,
Y un penacho rojo y jalde
Volando sobre el sombrero.
Era un paje de la reina,
Que al punto reconociendo
A la persona á quien busca
En el piloto extranjero,
Le dice en voz alta: «Amigo,
Atrás volved luégo, luégo,
Pues de que sin vos no torne
Orden terminante tengo.»
El genovés irritado
Pára la mula de presto;
Pone la mano en la espada
Y dice con gran denuedo:
«Antes que la rienda vuelva
Me dejareis aquí muerto;
Basta, vive Dios, de burlas,
A España nada le debo.»
Desconcertóse al mirarlo
Tan decidido y dispuesto
El paje, que le responde:
«Ni me burlo ni os ofendo;
»Pues la reina mi señora
Me ha mandado deteneros,
Y que á su presencia os lleve,
Ved si obedecerla debo.»
Bastó el nombre de la reina
Para un trastorno completo
Del navegante ofendido
Hacer en cabeza y pecho,
Que era nombre á quien tan alto
Prestigio dió el mismo cielo,
Que allanara un alto monte,
Que domara el mar soberbio.
A tal nombre sus agravios,
Todos sus resentimientos,
Todos los años perdidos,
Y todos sus planes nuevos
El genovés olvidando,
Abre palpitante el pecho
A tan vehemente esperanza,
A porvenir tan risueño,
Que le parece aquel paje
Angel bajado del cielo,
Y en éxtasis delicioso
Queda inmóvil y suspenso.
Jamás conseguido habia
Explicar su alto proyecto,
De la gran Reina delante,
Y ahora ve ocasion de hacerlo.
Por lo que rompiendo al punto
Aquel rato de silencio,
Lleno de vida el semblante,
Responde al mudo mancebo:
«Pues doña Isabel lo manda
Voy con vos y la obedezco.»
Y revolviendo la mula
Sigue detrás del overo.





ROMANCE QUINTO

LA REINA

Del apartado occidente
A las ignotas regiones,
Que sólo nuestro viajero
Por revelacion conoce,
Ya el sol descendido habia,
Dejando estos horizontes
Envueltos en vagas sombras
De una sosegada noche;
Cuando á Santa Fe llegaron,
Sin haber dejado el trote,
Caminando en gran silencio
El extranjero y el jóven.

A las puertas de palacio
Descabalgan, y veloces
La régia escalera suben,
Sin que las guardias lo estorben.
Pues el paje de la Reina,
A quien todos reconocen,
Le sirve á su compañero
De seguro pasaporte.
Llegados á la antesala,
Donde damas y señores
Acaso esperan audiencia
Con distintas pretensiones,

Al piloto dice el paje
Que allí lo espere, y entróse
A dar parte á su señora
De estar cumplida la órden.
Vuelve al instante, y llamando
Al genovés, indicóle
La respetada mampara,
Que en cuanto este entró cerróse.

En un camarin pequeño
Vestido con pabellones
De berberiscos damascos,
Y una alfombra de colores;
Junto á un cuadrado bufete,
Que rico tapete esconde
De carmesí terciopelo
Con franjas de oro y borlones;
Enfrente de un oratorio
De concha, nácar y bronces,
Donde la imágen brillaba
Del Redentor de los hombres;
Y á la luz de dos bujías,
De aquel breve cielo soles,
Que en candeleros de oro
Daban vivos resplandores;
Sentada en la régia silla,
Con la presencia más noble
Que jamás tuvo matrona,
Que jamás respetó el orbe,
Doña Isabel, la gran Reina
De Castilla y Leon, mostróse
A los admirados ojos
Del genovés sabio y pobre.
Un brial de raso morado,
Con castillos y leones,
De perlas, esmaltes y oro
En recamadas labores
Era su traje. En su pecho
Brillaban, como en la noche
Los luceros rutilantes,
Las cruces que en los pendones
De las órdenes guerreras
Son de la victoria norte.
Y de flamencos encajes,
Que régia diadema coge,
Una delicada toca
Ornaba su rostro, donde
Formando un todo divino
De altos celestiales dotes;
El más claro entendimiento,
La virtud más pura y noble,
El esfuerzo más gallardo
Resplandecian conformes.
Doña Beatriz de Galindo,
Que aún hoy conserva el renombre
De la *Latina*, por serlo
Muy aventajada entónces,
Camarera de la Reina,
Señora de altos blasones,
Y esposa del gran Ramirez,
Del moro en Málaga azote;
Y Alonso de Quintanilla,
Letrado de claro nombre,
Tras la régia silla estaban
De pié, y con humilde porte.
Todo lo notó el piloto,
Tanto esplendor deslumbróle,
Y en el suelo, de rodillas,
A tal majestad postróse.
Con una sola mirada
La Reina vió en aquel hombre
De la inspiracion celeste
Los divinos resplandores.
Y él de una mirada sola
La grandeza reconoce
Y la inteligencia suma
De la Reina que le acoge.

Tras de un sublime silencio,
Aunque brevísimo, donde
La admiracion y el encanto
De entrambos á dos mostróse,
Con grande bondad la Reina
Que alce del suelo mandóle,
Que á la mesa se aproxime,
Y que de su plan la informe.
Obedécela el piloto,
Y con respeto tan noble
Se acerca, y á hablar principia,
Que la atencion régia absorbe.
Y con tal convencimiento,
Con tal claridad, tal órden,
Con tan sencilla elocuencia,
Con tan potentes razones
Sus asombrosos proyectos
En breve discurso expone,
Que la gran Reina pasmada
Se le figura que oye
A un inspirado, á un profeta,
A un ángel: y que son voces
Del cielo aquellas que escucha,
Y que en tal pasmo la ponen.
Abarca su entendimiento
El vasto plan, que doctores,
Reyes, repúblicos, pueblos
Juzgan quimeras informes.
Ve la expedicion segura,
Y ya en ignotas regiones
Triunfante la fe de Cristo
Con el castellano nombre.

Ve un torrente de riquezas
Que hácia sus vasallos corre,
Y una gloria y poderío
Que envidiarán las naciones.
Y superior á sí misma,
Del cielo ayudada entónces,
Ve aún más que el mismo piloto,
Aún más alta que él alzóse.

En entusiasmo y fe viva,
Gérmen de grandes acciones,
Abrasada su alma heróica,
Henchido su pecho noble,
Quítase la alta diadema,
Y de su pecho recoge
Las riquísimas insignias
De incalculables valores;
Las joyas y pedrería,
Los brazaletes y broches
Que sus brazos y su cuello
Engalanaban, y pone
Aquella breve riqueza
(Breve sí, pero de enorme
Precio) encima del bufete,
Y «*Toma*, dice á aquel hombre,
»Toma, emplea este tesoro
Sin que nadie te lo estorbe,
En cumplir el pensamiento
Que Dios te ha inspirado.—Corre,
»Vuela:—en naves castellanas
Mares nunca vistos rompe,
Arrostra las tempestades,
Tu estrella á los vientos dome.
»Lleva á ese ignorado mundo
Los castellanos pendones,
Con la santa fe de Cristo,
Con la gloria de mi nombre.
»El cielo tu rumbo guie;
Y cuando glorioso tornes,
O almirante de las Indias,
Duque y grande de mi corte,
»Tu hazaña bendiga el cielo,
Tu arrojo al infierno asombre,
Tu gloria deslumbre al mundo,
Abarque tu fama el orbe.»
En tanto que así decia
Reina tan ilustre, sobre
Su cabeza colocaba,
Con altas aclamaciones,
Un ángel, corona eterna
De luceros y de soles,
Que miéntras más siglos pasan
Adquiere más resplandores.
Con ella la admira el mundo
Y adoran los españoles,
Cuando absortos la recuerdan
En tan importante noche.

ROMANCE SEXTO

CONCLUSION

Bajo un cielo borrascoso
Que jamás mortal alguno
Visto habia, en un inmenso
Mar encrespado y sañudo,
Do jamás altiva nave
Osó abrir incierto sulco;
En una region extraña,
Parte ignorada del mundo,
Una frágil carabela,
Casi imperceptible punto,
Con grandes peligros lucha,
Y sin amparo ninguno.
Las olas como montañas
Atajar quieren su curso,
Ya la arrojan contra el cielo,
Ya la hunden en el profundo;
Ya en sus costados se estrellan,
Volando en espuma y humo;
Ya la anegan en torrentes
De amargo espeso diluvio.
El huracan de otra parte,
Y no ménos iracundo
Brama entre sus rotas velas,
Cruje en sus mástiles rudos,
Silba en su jarcia deshecha,
La arrastra con recio impulso;
Y la vuelca y la levanta,
Y combátela sañudo.
No se ve la faz del cielo,
Por el espacio confuso
Los relámpagos deslumbran,
Cruzan los rayos trisulcos,

Retumban y estallan truenos
Cual si reventara el mundo,
Y envuelto en cárdenas nubes
El sol parece difunto.
Mas la frágil carabela
Sigue pertinaz su curso,
Y en tan espantoso caos
Lleva hácia occidente el rumbo.
Sin duda que se confia
En el talisman seguro
Del pabellon castellano
Que en su osada popa puso,
Pabellon que en aquel siglo
Al Omnipotente plugo,
Hacer de rara fortuna
Y de excelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,
Tenaz, inflexible, duro
Más que el bronce, el gran piloto
Genovés tranquilo y mudo,
En la brújula ambos ojos,
En el timon ambos puños,
Gobierna la dócil nave
Sin mostrar su frente susto.
Mas ¡ay! no tiene su temple
De la ciega chusma el vulgo;
Y aunque esforzados, se postran
Los marineros robustos
Rendidos y amedrentados
De tantos horrores juntos,
De navegacion tan larga,
De porvenir tan confuso;
Recuerdan la dulce España,
De su familia el arrullo,
Y recuerdos y temores
Abortan ciego tumulto.
«Si vive desesperado
Este advenedizo iluso,
Y busca la muerte, muera,
Pero él solo.» Dicen unos.
«Muera pues, repiten otros,
Es un hechicero, un brujo,
Que aquí á perecer nos trajo,
Por sus designios ocultos.»
«*Muera*, gritan todos, *muera*,
Y atrás volvamos el rumbo;
¡A España! ¡á España!...» Y osados
Trocando en furor el susto,
A la popa se abalanzan,
Esgrimiendo el hierro agudo
Contra el heróico piloto,
Que desprecia sus insultos.
Y que con serena frente,
Aunque con semblante adusto,
«¿Qué quereis? les grita osado,
Sin temor os lo pregunto.
»¿Qué quereis?»—*España, España*,
Suena en gritos furibundos,
Y el piloto les responde:
«Con indignacion lo escucho.
»Gente sin fe ni esperanza,
Cuando á coger vais el fruto
De tanto valor y arrojo,
De tanto peligro y susto,
»¿Quereis tornarle la espalda?
Que en vos volvais os conjuro,
Y el nuevo sol, os lo afirmo,
Será de ventura nuncio.»
La turba, como agitada
Por un satánico influjo,
«*Muera*,» repite, y desoye
Su acento noble y augusto.

El gran hombre ya resuelto
Deja el timon, y ceñudo
Avanzándose les grita:
«Llegad pues, matadme al punto;
»Pero sabed, insensatos,
Que de vosotros, ninguno
Puede, desde estas regiones,
Hallar de la patria el rumbo:
»Y que á mí tan sólo es dado,
Porque así á los cielos plugo,
El dominar estos mares
Y el hallar puerto seguro.
»Matadme pues, ¿qué os detiene?»—
La chusma en espanto mudo,
No responde, y se deshace
En terrorizados grupos.
Torna al timon el piloto,
Torna la nave á su curso,
Y todos á la obediencia
Aunque á despecho y disgusto.

Con la noche la borrasca
Cedió de su fuerza mucho,
Amansáronse las olas,
Más blando el viento se puso.
Y al rayar en el oriente,
Tras de los mares cerúleos,
La nueva luz, ve el piloto
A su frente un leve punto
Que alzándose lentamente
De las olas, forma el bulto
De azul monte, en cuyas crestas
Brilla el sol cual oro puro.
Se cerciora de que es tierra,
Y hácia el trono del Sér sumo

Ojos, corazon y brazos
Alza y le rinde el tributo
De gratitud. Y en seguida
«Mirad,» les dice á los suyos,
Enseñándoles el monte
Con noble y triunfante orgullo.
La chusma que ve la tierra,
Que ve el fin de tantos sustos,
Y en aquel piloto un ángel,
Convierte la rabia en culto.
Y arrojándose á sus plantas,
Del entusiasmo al impulso
Grita, y acordes repiten
Cielo, tierra y mar profundo:
Viva Colon, descubridor de un mundo.

Gibraltar 1837.



UN EMBAJADOR ESPAÑOL

ROMANCE PRIMERO

En Merino y Terracina,
Que dominios son del Papa,
Entra aquel Cárlos octavo
Rey orgulloso de Francia.
Los fuertes castillos toma,
Los campos fértiles tala,
Incendia los caseríos,
Los templos santos profana.
Y en el furor se complace
Con que sus hombres de armas
Como furibundas fieras
Roban, destruyen y matan.
Así cumple los tratados
Que celebró con España,
De defender á la Iglesia
Y de acatar la tiara.
Así el juramento cumple,
Que de San Pedro en las aras
Prestó sobre el Evangelio
En terminantes palabras.
Así al acto corresponde
Que con humildad tan falsa
Hizo en público, besando
Del Pontífice las plantas.
Así el nombre verifica,
Que tomó, para burlarla,
De fiel hijo de la Iglesia
Y defensor de su causa.

Los vasallos infelices
Del Padre Santo, que hallan
Exterminio ó servidumbre
En quien amparo esperaban;
Y que en la paz adormidos,
Y en la ciega confianza
Que los tratados infunden
Y da una régia palabra;
Ni pueden hacer defensa
Ni en ella salud hallaran,
Que numerosas y fuertes
Son las fuerzas de la Francia;
Y á merced de sus guerreros
Dejan haciendas y fama,
Sin quedarles más recurso
Que lágrimas y plegarias.
Lágrimas que el duro pecho
De Cárlos feroz no ablandan,
Plegarias á que responden
Insultantes carcajadas.

Del Pontífice un legado
(Porque un legado acompaña
Para más escarnio y burla
Al rey que á la Iglesia ataca)
Inerme, abatido, humilde,
A Cárlos ruega y demanda
Que á su ambicion ponga freno,
Que coto ponga á su audacia.
Si no por respeto al pacto
Celebrado con España,
Si no por guardar solemnes
Juramentos y palabras,
Por cumplir como cristiano
Y para salvar su alma,
Y por temor á lo ménos
De la divina venganza.
Pues Dios es juez de los reyes,
Y su mano sacrosanta
Rompe coronas y cetros,
Solios é imperios allana.

Con risa infernal escucha
Y burladora arrogancia,
Las justas reconvenciones
El obcecado monarca,
Cuando de Borbon el Duque,
Gran condestable de Francia,
Del venerable legado
Reproduce las demandas;
Y con muy cristiano celo
Y la autoridad y pausa,
Propia de su cuna ilustre,
Propia de sus nobles canas,
Mas con todo el miramiento
A la debida distancia,
Que entre rey y entre vasallo
Dios mismo establece y marca,
Le repite las razones
Que de pronunciar acaba,
El digno representante
De la ofendida tiara,
Insistiendo en que recuerde
Que los tratados quebranta
Que firmó solemnemente
En Perpiñan con España.

De tan noble personaje
Tampoco consiguen nada,
Con el orgulloso Cárlos
Razones, ruegos, plegarias;
Pues con desabrido gesto
Y con burladora rabia,
Que no recuerda, responde,
De cuanto le dicen, nada.

ROMANCE SEGUNDO

Don Antonio de Fonseca,
Caballero de alta ley,
De los católicos reyes
El noble embajador es,
Que al rey de Francia acompaña
Y le sigue por doquier;
Y avisado por el Duque
Viene en el momento aquel.
Preséntase con modestia,
Pero con el rostro, que
Cara de pocos amigos
Llama el vulgo, y llama bien.
Al verle con fatuo orgullo
El cristianísimo Rey,
Que da al vicario de Cristo
A gustar vinagre y hiel,
Con miradas de desprecio
Y con gesto de altivez,
«Oh caballero, le dice,
Llegais en buen hora, pues
»El venerable Legado
Me habla, y el Duque tambien,
De un tratado con España,
Que lo que encierra no sé.»
«Señor, responde Fonseca,
¿Cómo ignorarlo podeis,
Cuando en Perpiñan, vos mismo
Pusisteis la firma en él,
»Y debajo el régio sello
Puso vuestro canciller?...
Mas puesto que lo olvidasteis,
Escuchadme, os lo leeré.»
Y sacando de su seno
Un abultado papel,
Con respeto y con firmeza
Fonseca empezó á leer.

Cuando un artículo habia
Favorable al interés
De la corona de Francia,
Exclamaba al punto el Rey:
«Es muy válido, recuerdo
Que en Perpiñan lo firmé.
Ese artículo, Fonseca,
Os ofrezco mantener.»
Pero cuando otro escuchaba
Interesante tambien
O al decoro de la Iglesia
O de Castilla al poder:
«Dadme el tratado, decia,
Dádmelo, Fonseca, pues
Si eso firmé lo desfirmo,
Que enmendar un yerro es bien.»
Y las cláusulas borrando,
Con menosprecio y desden
El pliego le devolvia
Diciendo: «Seguid, leed.»

Al fin llena la medida
Del sufrimiento cortés,
Don Alonso de Fonseca
No se pudo contener,
Y: «Rey de Francia, prorumpe,
Si mofaros pretendeis
De mí, que soy caballero,
De mi patria y de mi Rey,
»Vive Dios que á tolerarlo
No estoy yo dispuesto; y pues
Borrais lo que no os conviene,
Borro y anulo tambien
»Lo que es á vos favorable,
Rompiendo el tratado, ved.»
Y desgarrando valiente
El respetable papel,
Tiró los rotos pedazos
Del rey de Francia á los piés,
Y calándose el sombrero
Sin hacer vénia se fué.
Y con la mano en la espada
Atravesando un tropel
De alabardas y ballestas
Salió del campo francés.



LA BUENA-VENTURA

ROMANCE PRIMERO

LA CITA



Era en punto media noche,
Y reinaba hondo silencio
De Medellin en la villa,
Sumergida en dulce sueño.
Desde un trono de celajes
Nacarados y ligeros,
Cándida, apacible luna
Brillaba en el firmamento:
Sobre el pardo caserío
Derramando sus reflejos,
Como sobre los sepulcros
De un tranquilo cementerio.
Y en una desierta calle,
Donde sus claros destellos
Una mitad alumbraban,
La otra en sombras confundiendo,
Estaba en la parte oscura,
Receloso y encubierto,
Un noble jóven gallardo,
No muy alto, aunque bien hecho.
Ropon y loba vestía,
El uno y el otro negros,
Traje propio de que usaban
Escolares de aquel tiempo.
De su cintura pendia
Una espada de Toledo,
Y un laud con ambas manos
Apretaba contra el pecho.
Los ojos no separaba,
Vivos, rasgados, de fuego,
Lumbreras de un lindo rostro,
Vivaz, gracioso y moreno,
De las cercanas paredes
De un edificio frontero,
En cuyos sillares blancos
Daba la luna de lleno,
Descubriendo tres balcones
Con barandales de hierro,
Debajo dos rejas grandes
No muy lejanas del suelo;
Y cerrada una ancha puerta,
Sobre la que tiene asiento
Un noble escudo de mármol
Guarnecido de arabescos.

La anchura de aquella calle,
En realidad corto trecho,
Era espacioso teatro,
Mejor diré, campo inmenso
De fantásticas escenas,
De mil extraños sucesos,
Indecisos y confusos
Como figuras de un sueño,
Que claramente veia
La imaginacion de fuego,
Y la mente arrebatada
De aquel gallardo mancebo.
De Salamanca las ciencias,
Los doctores y los ergos
Que atrás deja, ve delante,
Y su pobre hogar á un tiempo.
Y ve los campos de Italia,
Aunque nunca estuvo en ellos;
Mas á do quiere ausentarse,
De ambicion de gloria lleno;
Y ya se juzga soldado,
Y ya se halla en los encuentros,
Y mira reyes cautivos,
Y ve ejércitos deshechos;
Y naciones conquistadas,
Y á sus piés tronos y cetros,
Montes de oro y de laureles,
Anchos mares, mundos nuevos:
Y todo lo ve, que todo
Cuanto abraza el pensamiento
Lo ven, y lo ven palpable
Las almas de privilegio.

Mas de todo cuanto mira
Como en borrosos bosquejos,
Como las mudables formas
De nubes que rompe el viento;
Es el primer personaje,
Es el más distinto objeto,
Es reina y reguladora,
Y sol de sus pensamientos,
La modesta doña Elvira,
De Medellin embeleso,
Y á quien guardan las paredes
Do los ojos tiene puestos.
Para ella sueña sus glorias,
Para ella anhela trofeos,
Para ella quiere tesoros,
Que está enamorado ciego.
Y sin los lauros y bienes
Que no quiso darle el cielo,
No puede con ella unirse,
Que es pobre, aunque caballero.
Tambien teme á un poderoso
Rival, ignorante y necio,
Pero que ganó en la guerra
Tesoros é ilustres premios.
El que al padre de su amada,
Codicioso como viejo,
Con sus riquezas y honores
Tiene cautivado el seso.
Mas en vano teme, el jóven
Es de doña Elvira dueño,
Pues esperándole, inquieta,
Aún está fuera del lecho.
Y en cuanto la seña escuche,
Saldrá, su cita cumpliendo,
A ofrecerle ser su esposa
Y á jurarle amor eterno.

ROMANCE SEGUNDO

LAS CUCHILLADAS

Diz que en cuanto el gallo canta
Desparecen de improviso
Los aquelarres de brujas,
Los fantasmas y vestiglos;
Así desaparecieron
Las escenas ó delirios
A que la mente del jóven
Daba vida en aquel sitio,
De un gallo al sonoro canto,
Que al momento repetido
Por otros que parecian
Los ecos de aquel recinto,
Al soñador recordaron
Que allí tan sólo ha venido,
De un *adios* tierno de amante
A padecer el martirio.
A exigir una palabra,
Y á ofrecer un plazo fijo,
Que con segura esperanza
Le dé aliento en los peligros.

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,
Y á sus acentos sentidos
Canta una letra amorosa
Con tono dulce y sumiso.
Al punto, cual si el acento
Que dió vida y regocijo
A las auras de la noche,
Fuera conjuro ú hechizo,
De una reja las maderas
Abrense en el edificio,
Que el mancebo contemplaba,
Y queda un cuadro sombrío,
Do aparece un bulto blanco,
Cuyos contornos divinos
Resaltaban en lo oscuro
Por la luna esclarecidos.
El amante la guitarra
Suelta, y fuera de sí mismo
Corre á la dorada reja,
Abraza los hierros frios:
Y en una mano de nieve,
Que uno de ellos tiene asido,
Estampa labios de fuego
Por la pasion encendidos.

Balbuciente, temeroso
Como enamorado fino,
Que ser amor elocuente
De ser falso es claro indicio,
Iba á pedir que dos años
Le conserven fe y cariño,
Que en ellos ganar espera
Pingüe estado y nombre digno;
Cuando (siempre los amantes
Han de tener enemigos,
Que en los mejores momentos
Truequen la dicha en martirio)

Cuando á lo léjos resuena
Un alarmante ruido,
Que á los dos enamorados
Sobresalta de improviso.
«Retírate, dice el jóven,
Quede tu decoro limpio,
Que yo tornaré á tus plantas
Sin importunos testigos.»
«Nada temas, seré tuya,»
Entre sollozos le dijo
Su amada, y cerró la reja
Dejando abierto un resquicio.
Quiere el mancebo alejarse,
Mas no puede sin ser visto,
Y no es hombre que la espalda
Sabe volver al peligro.
Tres bultos mira en la calle
Que á él dirigen su camino,
A dos quedarse ve luégo
En no muy distante sitio,
Y al tercero aproximarse
A paso largo y altivo,
Resplandeciendo la luna
En su pomposo atavío.
Al Comendador conoce
Que volvió de Italia rico,
Y que á su Elvira pretende
Con impertinente ahinco.
Mucho celebra el encuentro,
Y sólo le pesa el sitio;
Pero ya arrestado á todo,
Le espera firme y tranquilo.

El Comendador le dice,
A diez pasos dando un grito:
«Retiráos de aquí, estudiante,
O mi espada os hará añicos.»
«Otra tengo yo en la mano
Que á ese insulto dé castigo,»
Dice el mancebo, y se arroja
Como rayo desprendido
De las nubes. Los aceros
Relampaguean, y vivo
Arde el combate, lidiando
Sin hablar, cual bien nacidos.
De un leve rasguño tiene
El jóven su rostro herido;
Del contrario el pecho roto
Lanza ya de sangre un rio;
Y perdiendo va terreno,
Vacilante, cuando un silbo
Da, y vienen espada en mano
Los otros dos á su auxilio.

El jóven, como valiente,
Desprecia á los asesinos,
Y dejando ya en la tierra
Al Comendador tendido,
Carga á los dos y los hiere,
Y los pone en tal conflicto,
Que rápidos como el viento
Buscan en la fuga asilo.
El vencedor reconoce
De su victoria el peligro,
Y á su casa se retira,
Pobre solar, aunque antiguo,
Y que tambien noble escudo
Ostenta en el frontispicio
De la puerta, de que lleva
La llave falsa consigo.

A don Martin, su buen padre,
Anciano de hidalgo brio,
Encuentra sobresaltado,
Receloso y discursivo:
Que del mancebo en la mano
Viendo el hierro en sangre tinto,
«¿Qué has hecho, Hernando?» le dice,
Y contéstale su hijo:
«Al Comendador he muerto,
Dando á un insulto castigo,
Que el honor que tú me diste
Ha de estar como el sol, limpio.»
«Válgame el cielo (prorumpe
El noble anciano), preciso,
Aunque Hernando, yo no dudo
Que con razon has reñido,
»Es el ponernos en salvo,
Que es inminente el peligro,
Siendo poderoso el muerto
Y nosotros desvalidos.»
«Partiré al momento á Italia,
Cual estaba decidido,»
Dice Hernando; mas el padre
Prudente responde: «Hijo,
»De las glorias de la Italia
Ya te has cerrado el camino:
El Comendador en ella
Del Rey ha estado al servicio;
»Del ínclito don Gonzalo
Era deudo y favorito,
Y allá ha dejado parientes
Con honra y con poderío.»
«Pues á las Indias, el jóven
Dice, á marchar me decido;»
Y algo extraordinario y grande
Brilló en su rostro al decirlo.

ROMANCE TERCERO

EL EMBARCO



En la iglesia de San Pedro,
Una de las más antiguas
Entre las muchas insignes
De la opulenta Sevilla,
A las seis de la mañana
Se está diciendo una misa,
Porque Dios dé buen viaje
A un jóven que va á las Indias.
Es el gallardo extremeño
A quien hace quince dias
Que de Medellin, su patria,
Arrojó su valentía;
Y que en una gruesa nave
Debe aquella tarde misma
Despedirse de la Europa
A buscar remotos climas.
Y con don Martin, su padre,
Junto al altar, de rodillas,
A San Pedro se encomienda
Y al cielo le pide dicha;
En el traje de soldado
Mostrando tal gallardía,
Que del devoto concurso
Tiene la atencion cautiva.
Terminado el sacrificio
Recibe la Eucaristía,
Resplandeciendo en su rostro
El entusiasmo y fe viva.

Vuelve á la humilde posada
Que era en la Borcinería,
Hostalaje de un morisco,
Estancia pobre y mezquina.
Y así le dijo su padre,
Cuyas áridas mejillas,
Lágrimas de desconsuelo
Quemaban y humedecian:
«Hernando, Hernando, hijo mio,
A tierras lejanas vas,
Donde nunca olvidarás
De mi noble sangre el brio.
»Cual cristiano y caballero
Teme á Dios, guarda su ley,
Sirve con lealtad al rey,
Sé devoto y sé guerrero.
»Nunca des á la codicia
En tu hidalgo pecho entrada,
Flaqueza vil, que degrada
El cuerpo, y el alma vicia.
»Sé á tus cabos obediente,
Afable á tus compañeros,
Y sin bravatas ni fieros
En el peligro valiente.
»En los trabajos sufrido,
Moderado en la ventura,
Con generosa cordura
No estés vano, ni abatido.
»Del malo te apartarás,
Únete siempre á los buenos,
Que si no ganas, al ménos
Con ellos no perderás.
»Si llegas á obtener mando,
Manda con moderacion,
Pero solo, y con teson
Hazte obedecer, Hernando.
»Que al que manda descortés
O por ajena influencia,
O no exige la obediencia,
Para el mando inútil es.
»Tolera disimulado,
Aunque te haga padecer,
Agravio que no ha de ser
Plenamente castigado.
»Reparte con discrecion
La recompensa y castigo,
Y al derrotado enemigo
Trata con moderacion.
»Resuelve con madurez,
Mas resuelto, nada ataje
La ejecucion; aventaje
Al rayo en su rapidez.
»La santa fe que profesas
Extender, y de tu rey

Los dominios, sea la ley,
Hernando, de tus empresas.
»Y no tengas duda alguna
De que si lo haces así,
Siempre irán en pos de tí
La victoria y la fortuna.
»De tu noble inclinacion
Mucho espero, mucho fio,
Basta; abrázame, hijo mio,
Recibe mi bendicion.»
La escena tierna, y sublime
Dolorosa despedida
Que pasó entre el hijo y padre
No es posible describirla.
De momentos tan solemnes
Los afectos de familia,
Los pensamientos y penas
Se sienten, mas no se pintan.

Al fin, como breve sueño,
Pasó rápido aquel dia,
Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan.
El sol entre nubes de oro,
De un cadáver comitiva,
A la tumba del ocaso
Con majestad descendia.
Cuando la pieza de leva
Dió el trueno de la partida,
Del Guadalquivir soberbio
Retumbando en las orillas;
Ya del arenal la puerta
El padre y el hijo pisan,
Y hácia la torre del Oro
Mudos de dolor caminan.

Magnífica era la escena,
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró su vista:
Cubierto el rio de naves
De mil naciones amigas
Con flámulas, gallardetes,
Banderolas y divisas
Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.
Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cria,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ansia la codicia.
De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,
De extraordinarias riquezas,
De varias mercaderías.
Y en las naves y en las barcas,
En los muelles y marismas
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitas,
Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías.
Del grande español imperio
Hombres de todas provincias,
Y de todas las naciones
Que la Europa sábia habitan.
Moros, moriscos y griegos,
Egipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos,
Hablando lenguas distintas.
Mercaderes, marineros,
Soldados, guardas, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canónigos y sopistas,
Caballeros, capitanes,
Frailes legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,
Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y cambistas,
Galanes, ilustres damas,
Gitanas, rufianes, tias:
Todo bullicio tan grande,
Tan extraña algaravía,
Tal confusion de colores,
Tal movimiento y tal vida,
Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.

Tras de la torre del Oro,
Miéntras don Martin activa
El embarco, maldiciendo
Gabelas y socaliñas,
Hernando sueña despierto,
Y pensando en doña Elvira,
Embebido en lo pasado,
Presente y futuro olvida.
Llamó su atencion de pronto
Una voz ágria y ronquilla
Que le dice:—«Caballero,
Por Dios una limosnita.»
Vuelve en sí sobresaltado,
Y delante de sí mira
Una miserable vieja
De extraña fisonomía.

Un rostro innoble y siniestro,
Seco, como de ceniza,
Con dos penetrantes ojos,
De fuego que muere chispas,
Descubre entre sucias tocas
Que rojo manto cobija,
Sobre un traje de anascote,
Hecho á desgarrones tiras.
Y en el todo de aquel ente
Algo raro se veía,
Reunion de astucia, ignorancia,
Imbecilidad, malicia.
Para darle algun socorro
En la escarcela registra,
Y miéntras le da un cornado
Dice la bruja ladina:
«¡Qué lindo y gallardo jóven!
Si se embarca para Indias,
La buena-ventura puedo
Decirle, que sé decirla.»
Hay en la vida momentos
Que la mitad de la vida
Por columbrar lo futuro
Se diera con alegría.
Y Hernando, aunque con desprecio
Contempla aquella estantigua,
La mano diestra le ofrece
Puesta la palma hácia arriba.

La vejezuela la toma,
Un momento la examina,
Y ora las cejas arquea,
Ora amaga una sonrisa;
Y al fin se estremece, tiembla,
Echa fuego por la vista,
Y: «¡Qué estoy mirando, cielos!»
Cual energúmeno grita.
Expresion rara y terrible
Su muerto semblante anima;
Crece, y convulsa le crujen
Los huesos y las canillas.
Y: «¡Oh mancebo generoso!
Exclamó, ¡qué de inauditas
Glorias y hazañas te esperan!
¡Qué de triunfos en las Indias!
»Tiembla el infierno, ¡tu espada
Cuántos tributos le quita!...
Ve ufano... De contemplarte
El cielo se regocija...
»Emperadores y reyes
Te doblarán la rodilla.
Cual prodigios, cual portentos
Verá el mundo tus conquistas.
»Tu huella hundirá naciones
Las más guerreras y ricas,
Como del pastor la huella
Hunde vivares de hormigas.
»Con montes de oro y laureles
Los astros allá te brindan.
Eterno será tu nombre,
Inmortales tus fatigas.
»Vuela; el sol de un Nuevo-Mundo
Serás...» No pudo sufrirla
El jóven tiempo más largo,
Juzgando la retahila
Cosa á todo aventurero
Por aquella bruja dicha,
Para sacar recompensa
Más abundante y opíma.
Y la interrumpe, y le dice:
«Sólo quiero que me digas
Si seré tan venturoso
Que regrese á estas orillas.»
Quedó suspensa la vieja,
Muda en él los ojos fija,
Pero apagados; su rostro
Se seca, se desanima;
Y con la expresion siniestra
De una sardónica risa,
«Volverás... sí... le responde,
Que volver es tu desdicha;
»Volverás... sí... de seguro...
El sol se va y vuelve... mira...»
Y con una enjuta mano
Y un dedo que parecia
El de la terrible muerte,
En rara actitud le indica
A Castilleja, por donde
El rojo sol se escondia.

El jóven á Castilleja
Torna de pronto la vista,
Como obediente al mandato
De la mano imperativa;
Y ve que una parda nube
Que imitaba las cortinas
De un rico dosel, tomaba,
Por el ambiente movida,
De un gran féretro la forma,
Circundado de amarillas
Candelas, y en cuyo seno
Del sol el cadáver iba.
Vago terror siente Hernando,
Los cabellos se le erizan,
Y por algunos momentos,
Hecho mármol, ni áun respira.
La mano del tierno padre,
Su voz grata y sus caricias,
Diciendo: «Llegó la hora,
Vamos, y Dios te bendiga,»

Le tornan en sí; anheloso
A la bruja ó Pitonisa
Busca, mas la busca en vano;
Desaparecido habia.
Acaso entre aquella turba,
Do era imposible seguirla,
Otras limosnas demanda,
Otros casos pronostica.
Se abrazan al pié del muelle
El padre y el hijo; pisa
Este la ligera lancha,
Que al punto huye de la orilla.
Llega á la nave; la nave
Trinquetes y gavias iza,
Y corta pomposa el rio
Entre universales vivas.

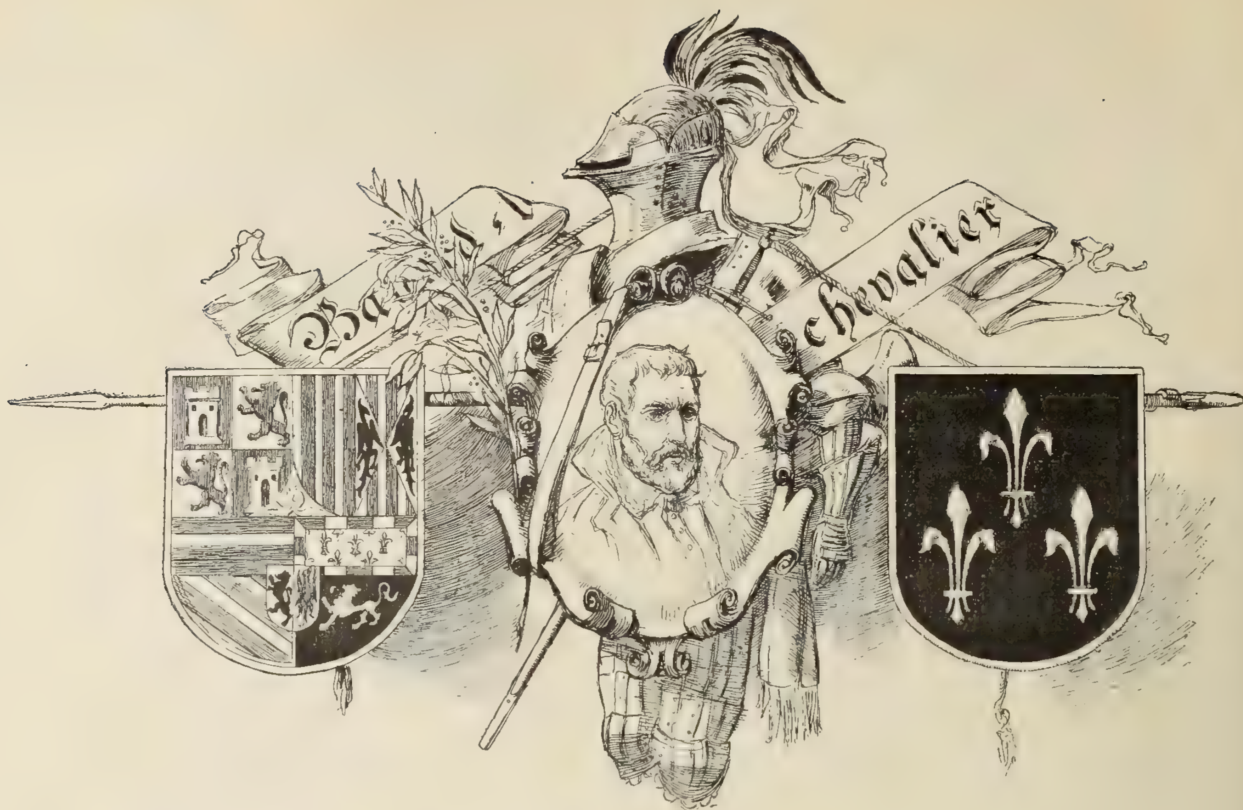
ROMANCE CUARTO

CONCLUSION

Este Hernando, este mancebo
Era Hernan-Cortés: su nombre,
Gloria la mayor de España,
Asombro y pasmo del orbe,
Lo dice todo. Un imperio
De cien guerreras naciones
Descubrió, y rindió su lanza
Con seiscientos españoles.
Vuelto á la patria, por premio
Ingratas persecuciones
Su corazon destrozaron,
Rompieron su pecho noble.
Y aquí en Castilleja, lleno
De desengaños atroces,
Rindió á su Criador el alma
Que tan grande concedióle;
Sin que despues haya visto
El absorto mundo un hombre,
Que de Hernan-Cortés al lado
La historia imparcial coloque.

Sevilla, 13 julio 1838.





LA MUERTE DE UN CABALLERO

ROMANCE

El noble francés Bayardo,
El insigne caballero
Que nunca mancilló *tacha*,
Que jamás conoció *miedo*,
Por la falda de los Alpes
En fuga las huestes viendo,
Que al Almirante de Francia
Dió el rey Francisco primero;
Del deshonor de las lises
Furioso su heróico pecho,
Gallardo la lanza empuña,
Riscado revuelve el freno,
Y en los pocos españoles,
Causa de aquel desconcierto,
Se arroja como valiente,
Para morir como bueno:
A pintar su gallardía,
A contar sus altos hechos,
A encarecer sus hazañas
No basta el humano acento.

En un normando morcillo,
Que respira espuma y fuego,
Cuya ligereza es rayo,
Cuyos relinchos son trueno;
Con un arnés que deslumbra
Del mismo sol los destellos,
Y en parte una veste oculta
De carmesí terciopelo;
Y sobre el bruñido casco,
Dando vislumbres al viento,
Un penacho blanco y rojo
Con rica joya sujeto,
Cual águila se revuelve,
Lidia cual leon soberbio,
Cual raudo torrente rompe,
Resiste cual risco eterno.
Sólo españoles soldados
Sin ceder pudieran verlo,
Y con él y con los suyos
Trabar combate sangriento.
Mas qué mucho, si los rige
Aquel hijo predilecto
De la victoria en Italia,
Marqués de Pescara excelso.

Del noble francés Bayardo,
A pesar de los esfuerzos,
La francesa artillería
Fué de la España trofeo.

Pues de aquella escaramuza
En lo más trabado y recio,
Cuando las contrarias huestes
Eran de valor portentos,
Una silbadora bala
De oscuro arcabuz partiendo,
Traspasó de parte á parte
Al gallardo caballero.
Al caer de los arzones
Con pesado golpe al suelo,
Cuajó la sangre á sus tropas
De sus armas el estruendo.
Y alzaron tal alarido
De dolor y de despecho,
Que por los lejanos valles
Resonó en fúnebres ecos.

Al oir los españoles
Tan lamentable suceso,
La sangrienta lid suspenden
De asombro y lástima llenos:
Pues la muerte de un contrario
De valor insigne ejemplo,
Pena y confusion infunde
En sus generosos pechos.
Soldados de ambas naciones
Cercan al noble guerrero,
Cuya sangre empaña el brillo
Del arnés bruñido y terso.
Y el mismo Pescara llega
De llanto el rostro cubierto,
Y le recoge en sus brazos
Con doloroso respeto.
Sus criados le desarman,
Inténtanse mil remedios,
Mas ¡oh dolor! todo en vano,
Llegó su instante postrero.

Muere Bayardo el famoso,
Y en el último momento
Despues que á Dios pidió gracia
Cual cristiano caballero,
A españoles y á franceses
Tornando el rostro sereno,
«Por mi rey y por mi patria,
Exclamó, gozoso muero;
»Y ufano de que haya sido
A las manos y al esfuerzo
De soldados españoles,
De honra y de valor modelo,
»Y de la nacion más grande
Que en más alta estima tengo,
De cuantas pueblan la tierra,
De cuantas cubren los cielos.»
No dijo más, que la muerte
Convirtió su voz en hielo,
Volando á tomar el alma
Entre los héroes asiento.

Dejaron los españoles
Por honra á tal caballero,
De seguir al Almirante,
Que en Francia salvóse presto.
Y el cadáver de Bayardo,
De lauro inmortal cubierto,
Entregado fué á los suyos
Con justo desprendimiento;
Para que hallara reposo
Tan valiente y noble cuerpo,
En su agradecida patria
Al lado de sus abuelos.





AMOR, HONOR Y VALOR

ROMANCE PRIMERO

EL EJÉRCITO

De trompas y de atambores
Retumba marcial estruendo,
Que en las torres de Pavía
Repite gozoso el eco:
Porque á libertarlas viene
De largo y penoso cerco
El ejército del César,
Contra el del francés soberbio:
Aquel reducido y corto,
Este numeroso y fiero,
El uno descalzo y pobre,
El otro de galas lleno.
Pero el marqués de Pescara,
Hijo ilustre y predilecto
Del valor y la victoria,
Tiene de aquel el gobierno.
Porque los jefes ancianos
Y los príncipes excelsos
Que lo mandan, se someten
A su fortuna y su esfuerzo;
Y en él gloriosos campean
Los invictísimos tercios
Españoles, cuya gloria
Es pasmo del Universo.
Manda las francesas huestes
El rey Francisco primero,
Que ve las del quinto Cárlos
Con orgulloso desprecio.
Y juzgando un imposible
Que osen venir á su encuentro,
Con tan cortos escuadrones,
Con tan escasos pertrechos;
No á la batalla, al alcance
Prepárase repitiendo:
Para la cobarde fuga
Levantan el campamento.

En tanto de él en buen órden
Y en sosegado concierto
(Despues de dar á las llamas
Y de hacer pasto del fuego
Las tiendas y los reparos,
Las barracas y repuestos),
Salen á coger laureles
Los imperiales guerreros.
De Nápoles el ilustre
Visorey al frente de ellos,

En un caballo ruano
Que es del Vesubio remedo,
Ricas armas refulgentes
En que dan vivos destellos
Las labores de oro y plata
Del sol naciente al reflejo,
Lleva; y sobre el rico almete
En la cimera sujeto,
Penacho amarillo y rojo
Que mece apacible viento.
Cien alabardas de escolta
Cércanle, delante enhiesto
Va su pendon, y le siguen
Personajes de respeto.

En el escuadron segundo,
De un arnés blanco cubierto,
Y de un sayo de brocado,
En un frison corpulento
Pasa de Borbon el duque;
¡Lástima que tan egregio
Príncipe, contra su patria
Y su rey combata ciego!
Entre los varios señores
Y famosos caballeros
Que le acompañan, descuella
Por lo galan y lo apuesto
El jóven Marqués del Vasto,
Armado de azules veros,
Con blancas y azules plumas,
Gallardas alas del yelmo.
En un pisador castaño
Que con la espuma del freno
Escarcha en copos de plata
Los azules paramentos,
Su destreza de jinete
Con corvetas y escarceos,
Y su agilidad de mozo
Va presumido luciendo.

Tras este escuadron segundo
Marcha el escuadron tercero,
Y Alarcon á su cabeza,
Cana barba, rostro serio,
Armas fuertes, mas sin brillo,
Corcel alto, duro, recio,
Una refornida lanza
Que empuña un puño de hierro;
Sin visera ni penacho,
Capacete de gran peso,
Y sobreveste y gualdrapa,
Ambas de velludo negro,
Sin recamadas insignias,
Sin divisas ni embelecos,
Eran, como lo era siempre,
Su simple y marcial arreo.
Siguen tras los hombres de armas,
Los escuadrones ligeros,
Y de Cívita-Santángel
El Marqués al frente de ellos.
Jóven valiente y gallardo,
Ignorando va risueño,
Que á manos de un Rey, la muerte
Le aguarda á pocos momentos.
Rico y galan sayo viste
De purpúreo terciopelo,
¡Harto pronto con su sangre
Más purpúreo ha de ponerlo!
De un cuartago de Calabria,
Causa de su fin funesto,
Rige las flexibles bridas,
Que cortadas serán luégo.

Las triunfadoras banderas
Donde desarrolla el viento
Los castillos y leones,
Ya de dos mundos respeto,
Y que adorna la fortuna
De palma y laurel eternos,
Donde quiera que tremolan
En entrambos hemisferios;
La invencible infantería
De los españoles tercios,
En bien formadas escuadras
Sigue por lado diverso.
Descalza, pero contenta;
Pobre, mas de noble esfuerzo
Tan rica, que á sus hazañas
Es el orbe campo estrecho.
El valor y gracia reinan,
Y de la muerte el desprecio,
En sus ordenadas filas
De frugalidad modelo:
Y que de vencer seguras
Llenan de coplas el viento,
Con apodos y con vayas
De andaluces á gallegos.
A sus bravos capitanes
Humildes obedeciendo,
Forman un bosque de picas
Cuyas puntas son luceros;
Y donde los arcabuces,
Preñados de rayo y trueno,
Van pronto á llenar el aire
De humo, plomo, muerte y miedo.
Allí el capitan Quesada,
Allí el capitan Cisneros,
Y Santillana el alférez,
Y Bermudez el sargento,

Y Roldan el Sevillano,
Extremado arcabucero,
Y mil y mil allí estaban
Gloria del hispano suelo,
Cuyos inmortales nombres
La fama guarda del tiempo,
Y al pronunciarlos palpita
De todo español el pecho.
Con un limpio coselete
Del sol envidia y espejo,
Con celada borgoñona
Sin cimera ni plumero,
Y con sus calzas de grana,
Y con su jubon eterno
De raso carmesí, llega
Despues de dejar dispuesto
Como caudillo el ataque,
Y como caudillo experto,
El gran Marqués de Pescara
En su tordillo ligero.
En su diestra centellea
Un estoque de Toledo,
Y un broquel redondo embraza
Con una muerte en el medio.
Viene, y se coloca al frente
De los españoles tercios,
De sus planes y esperanzas
Con gran razon fundamento.
Y con el semblante afable,
Y con el rostro risueño,
Responde á sonoros vivas
En sazonado gracejo.

Detrás de los españoles
Tardos marchan los tudescos,
Que apiñados parecian
Muro movible de cuerpos.
Sus amarillos pendones
Las águilas del imperio
Ostentan, y lentamente
Las siguen con gran silencio.
Micer Jorge de Austria, anciano
De gran valor y respeto,
Va á su frente en un morcillo
Que hunde donde pisa el suelo.
Lleva arnés empavonado,
Y devoto hasta el extremo,
Con franciscana capucha
El casco y gorjal cubiertos.
Las últimas que desfilan
Y salen del campamento,
Son las banderas de Italia
En pelotones pequeños.
Dos culebrinas de bronce
Y una lombarda de hierro,
Son toda la artillería
Para tan terrible empeño.
Don César Napolitano,
Caudillo bizarro y diestro,
Y el capitan Papacodo
Vienen á su frente puestos.

Ya los franceses cañones,
Cuyo número era inmenso,
Contra estas huestes lanzaba
Muerte envuelta en humo y fuego;
Y ya viva escaramuza
Se iba rápida encendiendo,
Entre avanzados jinetes
Y alentados ballesteros,
Y aún del incendiado campo
Llegan á ocupar sus puestos
A todo correr soldados,
Y á escape los caballeros.
Sólo entre tantos no acude
Cuando siempre es el primero,
El gallardo don Alonso
De Córdoba, y lo echan ménos,
Porque de un noble el retardo,
En tan críticos momentos,
Es mucho más reparable,
Porque debe dar ejemplo.
Y por esperarlo todos
Miran hácia el campamento,
Donde con grande sorpresa
Ven, y quédanse suspensos,
Que su tienda solamente
No es ya de las llamas cebo,
Y que aún intacta descuella
Entre el general incendio.

ROMANCE SEGUNDO

LA TIENDA

Entre humo, llamas, cenizas
Que volando en remolinos,
Del abandonado campo,
Al sol ofuscan el brillo,
De don Alonso la tienda
Tiene desde léjos fijos
De la multitud los ojos,
La atencion de sus amigos.

Aderezado un overo
Cerca de ella, altos relinchos
Da, y huella y escarba el polvo
No cabiendo ya en sí mismo.
Porque la mano en el diestro
Tiene sujeto su brio
Un paje, que tambien tiene
Un lanzon con pendoncillo.

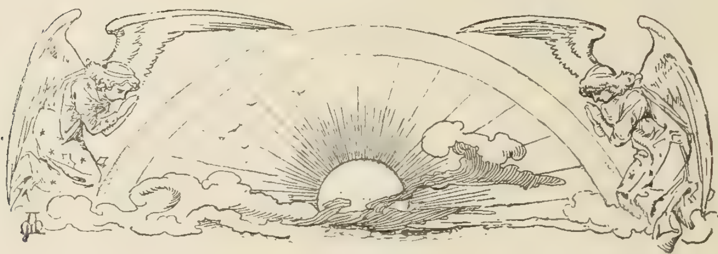
Están dentro de la tienda,
A un lado, sentada en rico
Almohadon de terciopelo
Sobre tapete morisco,
Una gallarda señora
Con semblante dolorido;
Teniendo en sus bellos brazos
Dos hermosísimos niños.
Y de pié, á su frente, un jóven
De brillante arnés vestido,
La cabeza sin almete
Y el rostro contemplativo.
Dos luceros son los ojos
De aquella dama ó prodigio,
Que á las mejillas de nácar
Le dan perlas por rocío.
Las negras y luengas trenzas
Con negligente prendido
Dan más blancura á su frente
Dan á sus ojos más brillo,
Dan más carmin á sus labios
De amor poderoso hechizo,
Dibujando un albo cuello
Y un seno de ángeles nido:
Pues viendo en él agrupados
A los dos infantes lindos,
El llamarle de esta suerte
No es exagerado estilo.
El mancebo armado muestra
En aspecto y atavío
De su linaje lo ilustre
Y de su cuna lo rico.
Es el noble don Alonso
De Córdoba, que cautivo
De un amor firme, combate
Por salir de un laberinto.
Del gran Marqués de Alcaudete
Hermano, y áun presuntivo
Heredero, aquella hermosa
Há tiempo tiene consigo,
Con disgusto y con despecho,
No sólo del Marqués mismo,
Sino de otros dos hermanos
Capitanes de gran brio,
Que en las huestes españolas
Con el de Pescara invicto
Para avalorar su nombre
Ocupan honroso sitio.

La dama en ilustre sangre
Al jóven esclarecido
No iguala, es cierto, mas junta
A los altos atractivos
De la gracia y la belleza,
Del donaire y señorío
Y de los ojos de fuego,
Y del hablar argentino,
Tal bondad y tal ternura,
Tan cultivado y pulido
Entendimiento, y modales
Tan dulces, gratos y finos,
Que de don Alonso tienen
Disculpa los extravíos,
Por prenda en quien tantos dotes
Colocar el cielo quiso;
Pues amor y entendimiento
Y valor, siempre se ha dicho,
Que igualarlo pueden todo:
Y no es error el decirlo.
Ella es honrada, aunque humilde,
Y para hombre bien nacido
El honor de las mujeres
No es juguete de capricho.
Y si es que tiene de padre
Ya la obligacion consigo,
Con Dios y con los sensatos
Se ve en grande compromiso.

Don Alonso, caballero
De tan altos requisitos,
Cuando va á exponer la vida
A un inminente peligro
(Siempre solemne momento
En que entra el hombre en sí mismo,
Porque voces que no mienten
Le dan interiores gritos),
Revuelve allá en su cabeza
Mil encontrados arbitrios,
Para entre el mundo y el cielo
Encontrar algun camino.
Su pecho es campo en que luchan
Irritados enemigos,
Preocupaciones, afectos,
Miramientos y cariños.
Y con los brazos cruzados,
El rostro helado y marchito,
Desencajados los ojos,
Convulsos los labios frios,
Hecha pedazos el alma,
El corazon derretido,

Quisiera que un rayo ardiente
Le clavara en aquel sitio.

La dama, que no sospecha
El confuso laberinto
En que se pierde su amante,
Demudado y discursivo,
Creyendo que el amor solo
Detiene su heróico brio,
En momento en que el retardo
Pone el honor en peligro,
Sollozando: «¿Qué os detiene,
Dice, amado dueño mio,
Cuando las trompas os llaman
Y os espera el enemigo?
»Volad, que yo no os detenga;
Volad, señor, os suplico,
Vuestro nombre y vuestra fama
Son ántes que yo y mis hijos.»
De tal labio, don Alonso,
Al escuchar tal aviso,
Que fué del honor espuela
Y del amor incentivo,
En sí torna, se resuelve,
Y dando un largo suspiro,
Como lo da el que cansado
Sale de un profundo abismo:
«Decís bien, señora, exclama;
Mas venid á ser testigo
De que pago cuanto debo
A Dios, á vos y á mí mismo.»
Cálase el yelmo; del brazo
En frenético delirio
Ase á la dama, que aprieta
Contra su seno á los niños.
Sale con ella y con ellos,
Monta en el overo altivo,
Acomoda en la gurupa
A su dama y á sus hijos,
Y hácia el campo de batalla
A escape toma el camino,
En velocidad y en fuego
Rayo ó disparado tiro.
Todos cuantos lo esperaban
Reconócenlo al proviso,
De que traiga, avergonzados,
Tal embarazo consigo.
La lenguaraz soldadesca
Prorumpe en picantes dichos,
Pues no hay respeto que imponga
Freno al vulgacho maligno.
Y los dos nobles hermanos
De don Alonso, ofendidos,
De enojo y cólera ciegos,
En tierra los ojos fijos,
Temiéndose nueva afrenta
En tal hora y en tal sitio,
Con las viseras esconden
Los rostros escandecidos.





ROMANCE TERCERO

EL CABALLERO

Sin templar las flojas bridas,
Ni dar descanso á la espuela,
El ilustre don Alonso
A do están los tercios llega;
Dando al desprecio las burlas,
Sordo haciéndose á la befa
De licenciosos soldados
Y de desatadas lenguas,
Ante el Marqués de Pescara
Que siente tal ocurrencia,
Y que está suspenso y grave,
Pone fin á la carrera.
Desocupa los arzones,
A niños y madre apea,
Y con firme acento dice,
Alzándose la visera:
«Marqués de Pescara egregio,
Pues circula en vuestras venas
Sangre tan noble y cristiana
Como el mundo reverencia,
»No extrañareis el que un noble,
Que de cristiano se precia,
Sus obligaciones cumpla
Y satisfaga sus deudas;
»Ni que un valiente soldado
Que á combatir marcha, quiera
Para entrar con más empeño
Dejar mayores riquezas.
»Ni que tranquila su alma
Al lance llevar pretenda,
Porque si es del valor centro
Mayor valor hay en ella.
»Yo estoy obligado y debo,
Mil bienes se me presentan
Que asegurar, y mi alma
La tranquilidad anhela.
»Bajo vuestro patrocinio
Cumpla pues, pague, enriquezca,
Mi alma tranquilice, y obre
Segun Dios y mi conciencia.
»Al capellan que os asiste
Mandadle, señor, que venga,
Y que me case ahora mismo
Aquí con doña Teresa.
»Y bendecido mi enlace,
Estos dos ángeles sean
Hijos legítimos mios,
Purgados de toda afrenta.

»Y si el cielo dispusiese
Que yo caiga en la pelea,
Habrá quien me sustituya
En lealtad y en fortaleza.»
Calló; y el Pescara insigne
Y los jefes que le cercan,
Conmovidos y admirados
Tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellan al punto
En una mula; se apea,
De don Alonso elogiando
Accion tan gallarda y buena.
Entusiasmo por las filas
Cunde con la extraña nueva,
Porque una accion generosa
Tiene mágica influencia.
Y un ejército testigo
Siendo de la boda, hecha
Fué con los sagrados ritos
Que á sacramento la elevan.

Desmáyase la señora,
Y en los brazos la sustenta
Su esposo, que á entrambos niños
Contra la coraza aprieta.
Se enternece el sacerdote,
Pescara los brazos echa
Al regocijado novio,
Y da mil enhorabuenas.
El ejército de vivas
Admirado el aire llena.
Vienen los amigos todos,
Todos los curiosos llegan.
Y de don Alonso entónces
Ya no tienen resistencia,
Los enojados hermanos,
Y entre sus brazos lo estrechan;
Y despojándose afables
De anillos y de cadenas,
Unos dan á su cuñada,
Otros en los niños cuelgan.
De cordialidad, de gozo,
Y de dicha tal escena
Formando en aquel momento,
Que á un mármol enterneciera.

Pero los instantes urgen:
Don Alonso activo, ordena
A su esposa y á sus hijos
Retirar de allí á gran priesa;
Porque ya silban las balas,
Y ya cruzan las saetas,
Y las trompas y atambores
Dan de combatir la seña;
Y cabalgando ligero,
La lanza en la cuja puesta,
Vuelto al Marqués de Pescara
Dice así con voz resuelta:
«Por uno ántes combatia,
Porque uno tan sólo era,
Mas hoy combatir por cuatro
Quiero que el mundo me vea:
»Por mí, por mis tiernos hijos
Y por mi esposa discreta,
Vos vereis, caudillo excelso,
Si sé hacerlo, aunque perezca.»
Revuelve el potro, la lanza
En el ristre á punto puesta,
Y en lo más trabado y recio
Entróse de la pelea.
Síguenle sus dos hermanos,
Y de los tres las proezas
En aquel tremendo dia,
Que á España de gloria llena,
Fueron tales, que lograron
Aplausos y recompensas,
Y en el clarin de la fama
Nombre inmortal, gloria eterna.





LA VICTORIA DE PAVIA

AL SR. D. MARIANO ROCA DE TOGORES

ROMANCE PRIMERO

PESCARA Y LOS ESPAÑOLES

De la sitiada Pavía,
Desde las gigantes torres
Que el bravo Antonio de Leiva
Guarda con sus españoles;
Entre nubes de humo y polvo
Do arcabuces y cañones,
De rayos llenan el aire,
De truenos el horizonte;
Se ve la horrenda batalla
En que disputan feroces
Francisco y Cárlos el cetro
De Italia y de todo el orbe.

Dos veces más numerosos
Los franceses escuadrones
Son, que los que allí combaten
De Cárlos quinto en el nombre.
Y aquellos á su cabeza,
Con lo que valen al doble,
Tienen á su rey Francisco,
Monarca de excelsos dotes.
Pues en valor y destreza,
Y en caballeroso porte,
Quien le exceda y sobrepuje
El mundo no reconoce.

Al ejército del César,
Si la ventaja nególe
El cielo de ver al frente
A su soberano entónces,
Le dió la de que lo rija
El aventajado y noble
Marqués de Pescara invicto,
Guerrero de alto renombre.
Y si es en número escaso
Y viene de galas pobre,
Tambien con la fama cuenta
De los tercios españoles.

La francesa artillería,
Cuyo número era enorme,
Deshace apretadas filas,
Espesas hileras rompe,
Y cual tempestad horrenda
Llena de pavor el orbe,
Borrando el són de las trompas
Y de los cabos las voces.
Mas las imperiales huestes
Desprecian el fuego, y corren
A que decida el combate
De la dura lanza el bote.
Y de Nápoles embiste
El Visorey á galope,
De hombres de armas y ligeros
Con los bravos escuadrones.
El rey de Francia los suyos
Numerosísimos pone,
Mas cual bisoño caudillo,
Para la batalla en órden.
¡Cuán gallardo y rozagante,
Augusto, lozano y jóven
Oprime un tordo rodado
Que á tal dueño corresponde!
De morado terciopelo
Y brocado de oro, sobre
El arnés fúlgido, lleva
Veste de ricas labores.
Efes de oro son y lises
Que deslumbran como soles,
Y de oro y morada seda
Lazos, borlas y cordones.
En el alto capacete,
Del viento halago y azote,
Amarillos y morados
Vuelan flexibles airones.
Y en medio de ellos descuella
Una flecha de oro, donde
Primoroso pendoncillo
Un claro emblema propone.
Bordada una salamandra
Que en vivo fuego se esconde,
Es el cuerpo de la empresa
Y *modo et non plus* el mote.
El almirante de Francia,
Personaje de alto nombre;
El gran príncipe de Escocia,
Gallardo y hermoso jóven;
El príncipe de Navarra;
De San Pol el bravo conde;
El mariscal Montmorency,
Y otros insignes señores,
Lo acompañan y lo sirven,
Con él las filas recorren,
Y con él al campo abierto
Salen á esperar el choque.

Terrible fué; parecia
Que se encontraban los montes,
Que se desplomaba el cielo
Y que caducaba el orbe.
Mas ¡ay! las fuerzas de Francia
Eran en número dobles,
Y el valor no hace imposibles
Aunque el valor los arrostre.
Si bien del Virey la lanza
Dió al Almirante fin noble;
Si bien insignes franceses
Cayeron de los arzones;
Si bien resisten constantes,
Como murallas de bronce,
Los imperiales jinetes,
Al cabo, al cabo eran hombres.
Muere del rey en la lanza
El desventurado jóven
A quien Cívita-Santángel
Por su Marqués reconoce.
El mismo Alarcon á tierra
Vino de una maza al golpe,
Como cae gigante pino,
Cual se desploma una torre.
Y á pié combate y resiste
Dando tajos y mandobles,
Y á su vigor y destreza
Debió no morir entónces.
El del Vasto en gran peligro
Se ve entre diez borgoñones,
Y tiene que abrirse paso
Con la punta del estoque.
Todo es muerte y exterminio;
Cuatro jinetes se oponen
A cada jinete nuestro,
Sin que la lid abandone.
Y ya no queda esperanza
De que á la victoria logren
Seducir tan alto esfuerzo,
Y tantas hazañas nobles;

Cuando el capitan Quesada
En el combate lanzóse,
Seguido de cien certeros
Arcabuces españoles.
Y con tanto atino asesta
Sus rayos atronadores,
Que á los contrarios asombra
Y en retirada los pone.

En tanto por otra parte
Otros frescos escuadrones
De bien montados franceses,
Francia apellidando á voces,
Arrollando cuanto encuentran,
Con la lanza en ristre corren,
Y á los tercios de la Italia
Vencen, deshacen y rompen.
Los Esguízaros que siguen
De la Francia los pendones,
A reforzar el combate
Presurosos se disponen.
Y hasta el mismo rey Francisco
Con nuevo escuadron á trote,
Va á asegurar la victoria
Que ya suya reconoce.
El gran marqués de Pescara
Que lo advierte, decidióse,
Confiado en su fortuna,
A aventurar todo entónces:
Y con risueño semblante
A los tercios españoles
Torna, y animoso dice:
«Ah de mis fuertes leones,
»Vuestro debe ser el dia;
Allí donde más feroces
Los enemigos se agolpan,
Allí hay laureles mayores.
»Venid conmigo á cogerlos,
Vuestras frentes solas logren
Coronarse con sus ramas
Entre tan varias naciones.»
Vivas que asordan el aire,
Y seis mil bravos acordes
Lanzan (sonoro grito
De ansia, de gloria y renombre),
Fué la respuesta. Y al punto
Con celeridad movióse
De picas y de arcabuces
Un espesísimo bosque.
Al momento la fortuna,
Tan indecisa hasta entónces,
En las imperiales huestes
Los mudables ojos pone.
Y del pendon de Castilla
Los gloriosos resplandores
Encantaron sus miradas
Y en su favor declaróse.

Los arcabuces de España
No hay fila que no destrocen,
No hay caballo que no ahuyenten,
No hay guerrero que no postren.
Y las picas españolas
No hay escuadra que no arrollen,
Embate que no resistan
Ni denuedo que no asombren.
Huyen de su ardiente brio,
De sus balas y sus botes,
Los franceses hombres de armas,
Y los ligeros peones.
Y los Esguízaros huyen
En confusion y desórden,
Y huyen los nobles jinetes
Y huye el Rey mismo á galope,
Y de un ejército inmenso
Que ya vencedor juzgóse,
Triunfa el marqués de Pescara
Con sus seis mil españoles.

Este valiente caudillo,
Cuyo esfuerzo no conoce
Rival en el ancho mundo,
Más alta empresa dispone:
Y ordenando que el alcance
Prosigan los vencedores,
Y que los tudescos vengan
A sostenerlos veloces;
Junta á varios caballeros
Y de armas á algunos hombres,
Que escaramuzando andaban
Sin jefes y sin pendones;
Y poniéndose á su frente,
Y requiriendo el estoque,
En un escuadron lejano
Que el rey Francisco recoge,
Para tornar donde pueda
Dejar bien puesto su nombre,
Al grito de *cierra España*
Con nueva furia lanzóse.

En tanto Antonio de Leiva
Que la ventaja conoce
De las fuerzas imperiales,
Cual raudo torrente rompe
Por las puertas de Pavía;
Y cayendo osado sobre
La retaguardia francesa,
En grande aprieto la pone.

Ya es de Cárlos la victoria.
Ya los tercios españoles,
Como el huracan que arrasa
Los enmarañados bosques,
Abriéndose en un momento
Ancha calle á sus furores,
No ven ya en su paso estorbo,
No encuentran quien los afronte.
Pero en medio de su triunfo
Con pasmo y con dolor oyen,
De que su Pescara es muerto
Correr las siniestras voces.
Es cierto que no parece
Desde que con pocos hombres
De armas le vieron lanzarse
Con tanto denuedo, donde
Aún trabada la pelea,
Reina confuso desórden.
Vengarlo, pues, juran todos,
Y allá revuelven feroces.
Cuando entre el polvo y el humo
Ven aparecer á trote,
Al victorioso caudillo
De sus esperanzas norte.

Mas ¡oh, Dios, en cuál estado!
Herido su rostro noble,
Pasado el brazo siniestro
De una lanza al duro bote;
El coselete partido
Y atravesado del golpe
De una bala, que parece
Que fin á sus glorias pone.
Y el tordillo moribundo,
Herido en cuello y quijotes,
Un raudal de negra sangre
Derramando á borbotones.
Las españolas escuadras
Quedan al mirarlo inmobles,
Y el placer de la victoria
En llanto y dolor tornóse.
Al cabo llega Pescara
Sin que la muerte le asombre,
Y dice con voz tranquila
Partiendo los corazones:
«¿Por qué os deteneis, amigos?
Valerosos españoles,
Pues ya es vuestra la victoria
Nada mi falta os importe.»
Desplómase el tordo en tierra;
Dos capitanes recogen
Al General en los brazos,
Y Vega, su gentil-hombre,
Del sangriento coselete
Le desencaja los broches,
Y ve... ¡oh placer! que la bala
Causa de tantos temores,
Aplastada contra el pecho,
Leve contusion esconde:
Del coselete, sin duda,
En los adornos de bronce
Perdió su temible fuerza;
O por dicha disparóse
Desde tan léjos, que trajo
Escasa violencia el golpe.
Reanímanse los soldados,
Por milagro reconocen
Dicha tan grande, y en *vivas*
Prorumpen y alegres voces.
Y repuesto el mismo herido,
Que traspasado juzgóse,
De la contusion del pecho
Por los agudos dolores;
«Bendito sea Dios,» exclama,
Ármase de nuevo, y sobre
Otro corcel restablece
En las escuadras el órden.
Y en las márgenes floridas
Del manso Tesin, por donde
Se retiran derrotados
De Francia los escuadrones,
Sembrando exterminio y muerte,
Aparecieron veloces
El gran marqués de Pescara
Y los tercios españoles.



ROMANCE SEGUNDO

EL ESTANDARTE ANTE TODO



Del Tesin en las orillas
Quiere hacer su último esfuerzo,
Vencido y avergonzado
El rey Francisco primero.
Sus numerosas escuadras
Dispersas ve y sin aliento,
Y fuerzas aún poderosas
En confuso desconcierto.
Con el estoque en la mano
De cálida sangre lleno,
Pues soldado fué valiente
Si no fué caudillo experto;
Deslucidas ya sus galas,
Deslustrados sus arreos,
Y abollados de los golpes
El capacete y el peto;
En su corcel, que de espuma,
De sangre y sudor cubierto,
Cruza fatigado el campo
Obediente á espuela y freno;
Solo y sin séquito corre
Llamando á sus caballeros,
Denosta sus fugitivos,
Recoge algunos dispersos,
Y revuelve valeroso
A escaramuzar ligero,
Pensando que aún algo puede
Con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna
La espalda y rostro le ha vuelto,
Y hasta las heces el cáliz
Beberá del vencimiento.
De Alarcon los hombres de armas
Vestidos de tosco hierro,
Los del Virey denodados
Y los de Borbon soberbio,
Y entre el tropel de jinetes
Mezclados arcabuceros
Españoles, cuyas balas
Tienen prodigioso acierto,
Del rey de Francia infelice
Invalidan los esfuerzos,
Y hacen sordos á sus voces
A los franceses guerreros.

El despechado Monarca
Del desapiadado cielo
Tenaz resistencia opone
Al inmutable decreto.
Y retirarse ordenados
A sus Esguízaros viendo,
Del Tesin á un ancho vado,
Donde su fin va á ser cierto;
Vuela á ponerse á su frente
Para advertirles el riesgo
Que van á hallar en las aguas,
Por no arrostrar el del fuego,
Y los conjura y exhorta
A que con él revolviendo,
Noble resistencia opongan
Al vencedor altanero;
Y que cual valientes busquen
Con él de salud un puerto,
No del Tesin en las ondas,
Mas de la lid en el hierro;
Que allí segura es la muerte,
Y aquí bien puede no serlo,
Que aquí aún les espera gloria,
Y allí sólo vilipendio.
Mucho alcanza, pues consigue
Formarlos y contenerlos,
Y ya de esperanza nueva
Ve casi el rostro risueño;
Cuando aterrador fantasma
Se ve venir á lo léjos:
Los pendones invencibles
De los españoles tercios.

Y olvidando que á su frente
Tienen hombre tan excelso,
Y del engañoso rio
Olvidando el grave riesgo,
Los Esguízaros soldados,
De pánico asombro llenos,
Huyen, al Rey abandonan,
Y al vado parten derechos.
El francés Monarca entónces
Las lágrimas del despecho
Quemando su rostro augusto,
Quiere morir como bueno,
Y vuela hácia el puente, donde
Aún resisten con empeño
Algunos fieles magnates,
Algunos nobles guerreros.

Mas ¡ay! la suerte tremenda
Llegar le impide á aquel puesto,
Donde libertad y gloria
Iba á conseguir al ménos;
Pues que silbadora bala
De ignoto arcabuz partiendo,
De su corcel fatigado
Rompe y atraviesa el pecho.
Vacila el bruto, retiembla,
De sangre espumosa el suelo
En raudo torrente inunda,
Quédase clavado y yerto.
De nieve son sus orejas,
De sus ojos muere el fuego,
Y en grave, estruendoso golpe,
Desplómase con su dueño.
¡Oh dolor, yace en el fango
El trono de Francia excelso,
El poderoso monarca
Que juzgaba el orbe estrecho!
De inconstancias de fortuna,
Grande y doloroso ejemplo,
Y de la humana soberbia
Aterrador escarmiento.
Nada hay firme en este mundo:
Valor, gloria, nombre, imperio,
Cuando una espada se empuña,
Todo queda en duda puesto.

El hidalgo vizcaino
Juan de Urbieta, que cubierto
De tosco arnés, en un potro
Escaramuzaba suelto,
Pasa y ve bajo el caballo
Tan lucido caballero,
Que por levantarse pugna
Con inútiles esfuerzos.
No sospechando quién era
Le pone el lanzon al pecho,
Y «ríndete al punto, grita,
O quedarás aquí muerto.»
Respóndele el derribado:
«Soy el rey de Francia, quedo
A tu emperador rendido,
Y heme ya tu prisionero.»
Retira Urbieta la lanza
Con el debido respeto,
Y con tan rara fortuna
Pasmado queda y suspenso.
Animado el Rey prosigue:
«Que al punto bajes te ruego,
Que este maldito caballo
Me revienta con su peso.»
Iba el noble vizcaino
A darle socorro presto,
Y ya para echarse á tierra
Soltó el estribo derecho,
Cuando del puente á la boca
Ve de franceses en medio
Su estandarte, y que el alférez
Solo lo está defendiendo.
Y el honor de su estandarte,
Y la fe del juramento,
Más que ansia de vanagloria
En su alma ilustre pudieron;
«Ya, señor (al Rey le dice),
Socorro daros no puedo,
Que es mi estandarte ante todo,
Y está mi estandarte en riesgo.
»Confesad que os he rendido,
Y pues que prenda no llevo,
Porque podais conocerme,
Si á vuestra presencia vuelvo,
»Miradme, que soy mellado;»
Y alzando del tosco yelmo
La visera, en un instante
Le mostró dos dientes ménos.
Y revolviendo el caballo
Al puente voló ligero,
Con el lanzon en el ristre
De honra y de lealtad modelo.

ROMANCE TERCERO

UN REY PRISIONERO

Miéntras el bizarro Urbieta
Va á libertar su estandarte,
Dejando la alta fortuna
Que le plugo al cielo darle;
Al rey Francisco, impedido
De moverse y levantarse,
Porque le sujeta en tierra
De su caballo el cadáver,
Diego Avila, el granadino,
Tambien hombre de armas, vase,
Y que se rinda le grita
Decidido y arrogante.
Respóndele el Rey: «Rendido
A otro español estoy ántes,
Y que soy el Rey de Francia
Para tu gobierno sabe.»
Sorprendido el granadino
De aventura tan notable,
«¿A ese español (le pregunta)
Habeis dado prenda ó gaje?»
«Le dí sólo mi palabra,
Que mi palabra es bastante
(Contesta el Rey), mas si quieres
Toma mi espada y mi guante;
»Y sácame del caballo
Y ayúdame á levantarme,
Que la visera me ahoga
Y esta pierna se me parte.»
Avila toma las prendas
Destilando fresca sangre,
Echa pié á tierra, y ayuda
Al Rey con trabajo grande,
Y levántalo, y el yelmo
Le desencaja al instante,
Para que le dé en el rostro,
Que lo ha menester, el aire.

Hita, soldado gallego,
Tosco, y de toscos modales,
Con su sangrienta alabarda
Y desarrapado traje,
Llega, y con poco respeto,
Ya resuelto á despojarle,
De la insignia se apodera
Del más elevado Arcángel.
De San Miguel el collar
Echase al cuello el salvaje,
Con su tosquedad y harapos
Haciendo extraño contraste.
El Rey le dijo: «Valiente,
Por él te doy de rescate
Seis mil ducados de oro,
Y más, si en más lo estimares.»
Y contestóle el gallego:
«Guardaréle, que colgarle
De mi Emperador al cuello
Podré yo temprano ó tarde.»

En esto llegaban otros
Soldados sin capitanes,
Con la victoria embriagados,
Cebados con el pillaje,
Y en su sagrada persona
Ponen sus manos rapaces;
La veste del Rey desgarran,
Sus preseas se reparten,
Y le arrebatan del yelmo
La bandereta y plumajes,
Que la codicia villana
No guarda respeto á nadie.
Avila, Hita y Urbieta
(Que ya en salvo su estandarte
Dejó), con vanos esfuerzos
Por defenderle combaten.
Cuando llegaron á punto
Varios nobles personajes,
Que á tan feroz soldadesca
Obligan á reportarse,
Enseñándoles valientes
A que respeten y acaten
A la majestad augusta,
Que aunque vencida es muy grande.

De estar el Rey prisionero
Cunde la nueva al instante
Por el uno y otro campo
Con efectos desiguales.
Los franceses caballeros
De más valor y linaje,
Tornan á correr la suerte
Que á su Rey Dios quiso darle.

Y los jefes y caudillos
De las tropas imperiales,
Vuelan á que cese al punto
La mortandad y la sangre.
El de Pescara glorioso
Corre ligero á la parte
En que al rey Francisco juzga
Expuesto á villano ultraje.
Llega, del caballo salta,
Y con respeto admirable,
Hincadas ambas rodillas
La mano quiere besarle.
No lo consiente el Monarca,
Que tiene un consuelo grande
En verse ya protegido
Por hombre que tanto vale.
Y obligándole risueño
De la tierra á levantarse,
«Noble marqués de Pescara,
Pues que la fortuna os cabe,
»(Le dice) de tal victoria,
Os pido no se derrame
De mis vencidos vasallos
La desventurada sangre.
»Y espero que en vos encuentren
Protector, amparo y padre,
Los franceses que se miren,
Como yo, en tan duro trance.»
De lágrimas arrasados
Los ojos al escucharle
Pescara: «Señor, le dice,
Vuestra súplica es en balde;
»Pues la nacion española,
Que logra triunfo tan grande,
En la victoria es tan noble
Como brava en el combate.»

Tambien el del Vasto llega
Y el Rey lo recibe afable,
Y con dignidad lo elogia
Por su apostura y su talle.
Y el consuelo se divisa
En su abatido semblante,
De verse entre caballeros
Que tratar con Reyes saben.

Mas, imprevisto incidente
Vino de nuevo á alterarle,
Y á hacer más terrible y duro
Su destino deplorable.
De Borbon el Duque altivo,
¡Desacato repugnante!
A su Rey vencido quiere
Sin reparo presentarse.
¿Y cómo? Manchado todo
Con propia francesa sangre,
De un valor mal empleado
Haciendo insolente alarde.
No le conoce Francisco;
Pero de pronto, al mirarle,
Dió, por un secreto impulso,
De gran enojo señales.
Y quién era preguntando,
Como el Marqués contestase:
«Señor, de Borbon el Duque,»
Puso un ceño formidable.
Y volviendo las espaldas
Con dignidad, ocultarse
Quiso entre aquellos guerreros
Porque el Duque no llegase.
Notólo Pescara al punto,
Y como discreto parte
A evitar inconvenientes
Y á allanar dificultades.
Ruega de Borbon al Duque
Que el sangriento estoque envaine,
Que quite la sobreveste
Y que se limpie la sangre.
Y con él á pié se acerca,
Donde el Rey inexorable
No digna volver el rostro
Que en ira y en furor arde.
La mano el Duque le toma
De rodillas; arrogante
La retira el Rey. El Duque
Tiene la audacia de hablarle,
Y el Monarca levantando
Los ojos como volcanes
Al cielo, en voz alta dice:
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»
Oyendo lo cual Pescara,
Hace que de allí se aparte
El de Borbon, y de él libre
Tornó el Rey á sosegarse.

ROMANCE CUARTO

UN ANDALUZ

Reunidos los generales
De las naciones distintas
Que el ejército del César
Ya vencedor componian,
Acatan al Rey cautivo,
Y le consuelan y animan,
Conducirlo disponiendo
A los muros de Pavía.

Dánle un corcel generoso,
Con honrosa comitiva
De franceses personajes
Que rendidos le seguian.
Y ántes confesando todos
Con admirable justicia,
Que victoria tan insigne,
Triunfo tan grande y tal dicha,
Se debe tan solamente
A la española milicia;
Disponen que España sola
Tenga la prerogativa
De guardar un prisionero
De tan importante estima,
Y que Alarcon el famoso
De alcaide y guarda le sirva.

En medio, pues, de los tercios
Españoles, y á su vista,
Desplegadas las banderas
De gloria y laureles ricas;
De Alarcon á la derecha
El Rey de Francia camina,
Esforzándose orgulloso
En dar á su faz sonrisa.
Los escuadrones tudescos,
Que una ladera contigua
De aquel camino ocupaban,
Al pasar la infantería
Española, entusiasmados
Le hacen salva, y alta grita
Levantan hasta las nubes
Repitiendo: *España viva.*
Al Rey suspende tal muestra
Dada por las tropas mismas
Del ejército triunfante,
Y es novedad que le admira.
Reconociendo cuán alta
La española gloria brilla,
Pues competencias no admite
Y da admiracion, no envidia.
Afable el Rey conversando
Con las personas distintas
Que le cercan, caminaba
Gallardo sobre la silla.
Y al encontrar de franceses
Prisioneros las cuadrillas,
Los consuela con su ejemplo
Y con su voz los anima.
Y á los cabos españoles,
Que en respeto y cortesía
Ni un solo punto desdicen
De lo que á nobles obliga,
Los recomienda con tanto
Extremo, afan y caricias,
Que se arrasaban los ojos
De cuantos allí venian.

En los altos de la marcha
Embarazosa y prolija,
Varios soldados de cuenta
A ver al Rey acudian.
Y el Rey demostraba atento
Con delicadeza fina,
Gusto en que le presentasen
Los de garbo y nombradía.
Llegó entre tantos acaso
Roldan, hijo de Sevilla,
Llamado el *Arcabucero*,
Mote puesto con justicia;
Pues lo era tan extremado,
Que nunca erró puntería,
Clavando siempre las balas
Donde clavaba la vista.
Este tal, galan y apuesto,
De cara muy expresiva,
De talle en extremo airoso,
De aguda fisonomía;
Con aire maton y jaque,
Calzas de majo y ropilla,
Con un inmenso chapeo
De alas luengas y tendidas;
Con su cuera y sus mangotes,
Y sus frascos en la cinta,
De recamos adornada
Y de escarcela provista,
Se acerca al Rey, y apoyado
Del arcabuz en la horquilla,
Y zarandeando el cuerpo
Cual hombre que nada admira,
«Señor (con ceceo dice,
Y lengua aunque gorda viva),
Cuando mi sargento anoche
Me dijo que combatia
»Vuestra Alteza en este empeño,
Preparé varias cosillas;
Los trastos que en tales lances
Cualquier hombre necesita.
»Fundí, señor, doce balas,
Que al cabo son la comida
De esta serpiente (mostróle
El arcabuz con sonrisa,
»Prosiguiendo): Fundí, digo,
Doce balas, las precisas.
Seis de plomo, destinadas
A canalla gabachina;
»Y las seis, muy á mi gusto
Cumplieron, ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
Para gente de alta guisa;

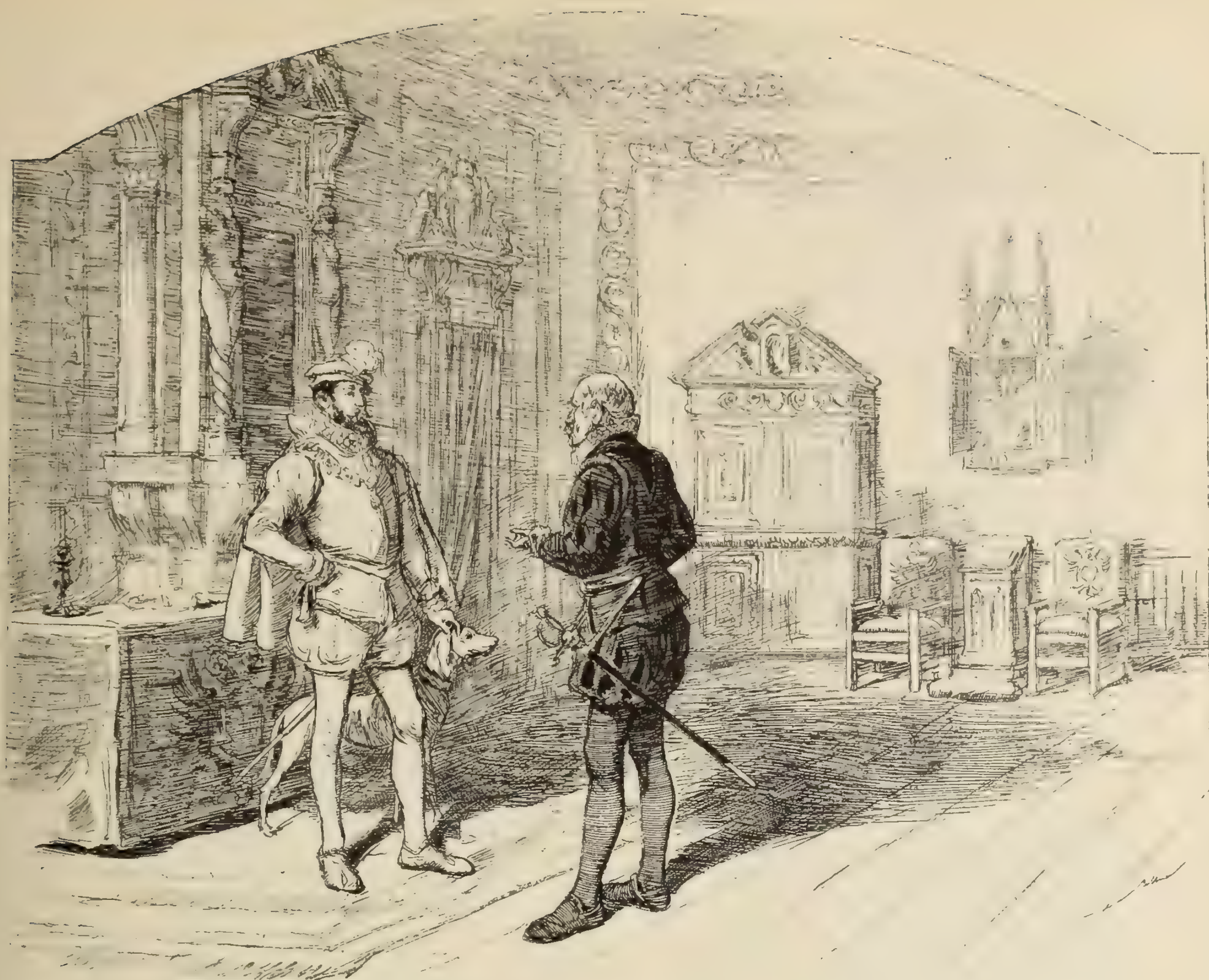
»Y en cinco ilustres monsiures
Se hallarán, no están perdidas,
Que, vive Dios, tal acierto
No lo he tenido en mi vida.
»Y una fundí, finalmente,
De oro muy puro y sin liga;
Aquí está, señor, miradla.»
Expuso á la régia vista
Una gruesa bala de oro
Que en la escarcela traia,
Continuando, sin turbarse,
Con gracejo y con malicia:
«Gran señor, fundí esta bala
Para daros muerte digna,
Si en el combate de veros
Se me lograba la dicha.
»Y ya que vuestra fortuna
No os puso en mi puntería,
Vuestra debe ser la prenda
Que siempre vuestra á ser iba.
»Tomadla, señor, tomadla,
Pesa dos onzas cumplidas,
Y puede que para ayuda
De vuestro rescate sirva.»
Al rey Francisco tal gracia
Hizo aquella retahila
Del andaluz, y el despejo
Con que acertara á decirla,
Que afable tomó la bala
Diciendo: «Amigo, la estima
Mi aprecio en mucho, y confio
Que os lo mostraré algun dia.»
Roldan le hizo reverencia
Y vuelve á entrar en su fila,
Tan contento de sí mismo
Que ni á Cárlos quinto envidia.

ROMANCE QUINTO

CONCLUSION

Dueño absoluto de Italia
Fué el insigne Emperador,
Con esta excelsa victoria
Del alto esfuerzo español.
Y cautivo el Rey de Francia
Vino á Madrid y habitó
La torre de los Lujanes,
Con Hernando de Alarcon.
En la plaza de la Villa
Aún dora esta torre el sol,
Coronada de recuerdos
Que el tiempo no borra, no.
De ella al cabo el rey Francisco
Rescatándose, tornó
A ocupar el rico trono
De la francesa nacion.
Pero su rendida espada,
Prenda de insigne valor,
Testigo eterno de un triunfo
Que el orbe todo admiró;
En nuestra régia armería
Trescientos años brilló,
De los franceses desdoro,
De nuestras glorias blason.
Hasta que amistad aleve
Que ocultaba engaño atroz,
Con halagos y promesas
Que ensalzó la adulacion,
Tal prenda de un triunfo nuestro
Para Francia recobró;
Como si así de la historia
Se borrase su baldon.
Harto indignado, aunque jóven,
Esta espada escolté yo,
Cuando á Murat la entregaron
En infame procesion.
Pero si llevó la espada,
La gloria eterna quedó,
Más durable que en acero
De la alta fama en la voz.
Y en vez de tal prenda, España
Supo añadir, vive Dios,
Al gran nombre de Pavía
El de Bailén, que es mayor.





UN CASTELLANO LEAL

ROMANCE PRIMERO

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blason,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro;
»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas, quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su Rey combate
Y que á su patria vendió.
»Pues si él es de Reyes primo,
Primo de Reyes soy yo;
Y conde de Benavente,
Si él es duque de Borbon.
»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traicion mi noble sangre,
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salia
Cuya puerta se cerró;
Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises
Mas bien que timbre baldon,
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbon.
El que lidiando en Pavía
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor;
Y que á Toledo ha venido,
Ufano de su traicion,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

ROMANCE SEGUNDO

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillon de respaldo
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del imperio,
De pié estaba Cárlos quinto,
Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco;
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos;
Y la excelsa y noble insignia
Del Toison de oro, pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airon, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero.
Y con la siniestra halaga,
De un mastin muy corpulento,
Blanco, y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo;
O del trato que dispone
Con el Rey de Francia preso,
O de asuntos de Alemania,
Agitada por Lutero;
Cuando un tropel de caballos
Oye venir á lo léjos,
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luégo,
Abrese al fin la mampara
Y entra el de Borbon soberbio.
Con el semblante de azufre,
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia
Que enfrena mal el respeto.
Y con balbuciente lengua
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente
Un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.
Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobacion y el contento.
El Emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber qué responderle
Al francés, de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del conde de Benavente;
De altas esperanzas lleno
Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos
Y con los que el ancho mundo
Será á sus glorias estrecho;
Mucho al de Borbon le debe
Y es fuerza satisfacerlo,
Le ofrece para calmarlo
Un desagravio completo.
Y llamando á un gentil-hombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga á su presencia presto.

ROMANCE TERCERO

Sostenido por sus pajes
Desciende de su litera
El conde de Benavente
Del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas,
Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan séria,
Que veneracion de léjos
Y miedo causa de cerca.
Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coleto á la leonesa.
De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
Un birreton de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gaban de paño verde
Con alamares de seda.
Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el Toison ha despreciado
Por ser órden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra.
Golpe de honor, y de aviso
De que en el alcázar entra
Un Grande, á quien se le debe
Todo honor y reverencia.
Al llegar á la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan
Abriendo las anchas puertas.
Con grave paso entra el Conde
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando
Hasta la cámara régia.

Pensativo está el Monarca,
Discurriendo cómo pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer á nadie ofensa.
Mucho al de Borbon le debe,
Aún mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
Dilacion no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavía
A un tiempo se le recuerdan.
En el sillon asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.

Grave el Conde lo saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas como Grande del reino
Sin descubrir la cabeza.
El Emperador benigno
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.
Y entre severo y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que á Borbon aloje
Voluntad suya resuelta.
Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,
Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:
«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra,
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
»Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toqueis mi honra
Y respetad mi conciencia.
»Mi casa Borbon ocupe
Puesto que es voluntad vuestra,
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;
»Que á mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores
Cuyo solo aliento infesta,
»Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo á ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»

Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que lo condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Cárlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

ROMANCE CUARTO



Muy pocos dias el Duque
Hizo mansion en Toledo,
Del noble Conde ocupando
Los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgulloso y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo:
A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Despues en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba los valles,
Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.
El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aún hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan accion tan grande
En la famosa Toledo.



EL SOLEMNE DESENGAÑO

AL EXCMO. SR. DUQUE DE OSUNA, ETC., ETC., ETC.

ROMANCE PRIMERO

EL GALAN.—LA ENFERMEDAD



De fortuna en la alta cumbre,
Grande, jóven, rico, bueno,
De virtud, saber, belleza,
Dechado, pasmo y modelo;
El más galan en la corte,
En las justas el más diestro,
El más afable en su casa,
El más docto en el consejo;
Brilla el Marqués de Lombay
Cual rutilante lucero,
Al lado de Cárlos quinto
Domador del Universo.
Mas entre tantos aplausos
Y en tan elevado asiento,
Donde el orbe le sonrie
Y donde le halaga el cielo,
Algo falta á su ventura,
O alguna mano de hierro
Del corazon se la arranca,
Y se la saca del pecho.
Melancólico el semblante,
Y los labios entreabiertos,
Y las siniestras miradas
Y el mudo desasosiego,
Ya en los saraos de la corte,
Ya en los festines risueños,
Ya en la caza bulliciosa,
Ya en solitarios paseos,
Ya en el salon, ya en la plaza,
Ya en la justa, ya en el templo,
En la mesa, en el despacho,
En la vigilia, en el sueño,
Un alma rota descubren
Por un fijo pensamiento,
Y un corazon que devora
El cáncer de un gran secreto

En vano sondar procuran
Los malignos palaciegos,
Con astucia cortesana
Aquel abismo encubierto.
Tan solamente columbran
Que los ocultos tormentos
Del Marqués, se dulcifican
Para ser mayores luégo,
O cuando en palacio asiste
Al servicio honroso, atento,
De la Emperatriz augusta,
De las hermosas modelo;
O cuando busca devoto
Con el fervor más ingénuo,
Arrodillado en la iglesia,
En Dios amparo y consuelo;
O cuando por los jardines
Que al pié de la gran Toledo
Riega el Tajo, se pasea
Solo, y del bullicio léjos,
Con Garcilaso su amigo;
Ora escuchando sus versos,
Ora en largas conferencias
De gran sigilo y misterio.

Allá en palacio embebido
Quedaba en mudo embeleso,
Pálido ó rojo el semblante,
Convulso, agitado el pecho,
Y bebiendo con los ojos,
Llenos de vida y de fuego,
De la Emperatriz hermosa
Los más leves movimientos.
En acatarla, en servirla,
Y en acertar sus deseos,
Aunque tímido y turbado,
Diestro y hábil por extremo.
Abatido y consternado
Se le miraba en el templo,
Como quien está en batalla
Con gigantes del infierno,
Y pide al Omnipotente
Para tal combate esfuerzo;
Y despues de orar un rato,
Y áun de verter llanto acerbo,
Dijérase que encontraba,
De misericordia lleno,
Al Señor á quien auxilio
Demandaba en tanto aprieto.
Y con su amigo en las selvas
Era tan locuaz y tierno,
Tan expresivo unas veces,
Otras tan callado y sério,
Como el que ó cuenta delirios
Y habla de locos proyectos,
O escucha reconvenciones
Y oye inflexibles consejos.
En estado miserable
Su espíritu estaba puesto,
Y era infeliz, en las dichas,
Luchando consigo mesmo,
Entre pasiones, virtudes,
Obligaciones, deseos,
Infernales sugestiones
Y celestiales preceptos:
Siendo campo de batalla
Su mente y su roto pecho,
Do luchaban frente á frente
Angeles malos y buenos.

La más lozana azucena,
Gala del jardin, el cuello
Dobla marchita, si esconde
Roedor gusano en su seno.
Y la más gallarda encina
Que alza su pompa á los cielos,
Si el corazon se le seca
Rómpese al soplo del viento;
Así con un alma enferma
No puede haber sano cuerpo,
Ni salud que no se postre
Con un corazon deshecho.
Al cabo maligna fiebre
Convierte la sangre en fuego,
Por las robustas arterias,
Por el juvenil cerebro
Del de Lombay, que postrado
Yace doliente en su lecho
De oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!
Duro potro de tormentos.

Como jefe de palacio
Tiene su vivienda dentro,
Con ostentacion servido
De pajes y de escuderos.
Mas la pena más amarga
Y el más hondo desconsuelo,
Y la ansiedad más horrenda
Y el cuidado más acerbo
Reinan en las ricas salas,
Entre amigos y entre deudos,
Cunden en palacio todo,
Y consternan á Toledo.
Pues reyes, príncipes, grandes,
Hidalgos y caballeros,
Y hasta el vulgo humilde, miran
Con asombro y desconsuelo
En el peligro de muerte
A tan gallardo mancebo,
A tan alto personaje,
De virtud á tal portento.
Y no hay semblante sin llanto,
Ni sin angustias hay pecho,
Ni labio que no pregunte
Con inquietud y con miedo.

Garcilaso de la Vega
(Sin que ni el hambre ni el sueño
En su ansiosa vigilancia
Tengan el menor imperio),
Ni un hora, ni un solo instante
Deja el lado del enfermo,
Y de él los ojos no aparta,
Sentado junto á su lecho.
Ojos de llanto arrasados,
Pero de continuo atentos
A que nadie, nadie escuche
Sus fantásticos conceptos,
Las voces rotas, que acaso
Del delirio en el acceso
Suelen dar funesta lumbre
Revelando hondos misterios.

Y cuando allá á media noche
Rendidos ya por el sueño
Yacian los servidores
Reinando feral silencio,
Y en letargo sumergido
Tambien miraba al enfermo,
En el estado terrible
En que es casi muerte el sueño;
A la luz trémula, opaca,
De lejano candelero,
Que abultaba oscuras sombras
En las cortinas del lecho,
Dando vislumbres escasas
Y fantásticos reflejos,
En rapacejos de oro,
Molduras y terciopelos;
Garcilaso, vigilante,
Un tenue rumor oyendo,
Se alzaba con mudos pasos,
Y á un lado del aposento
Levantaba, no sin susto,
Un rico tapiz flamenco,
Y en la pared descubria
Angosto postigo abierto.
Vago bulto silencioso
Por él asomaba luégo,
Con manto y capuz sin formas,
Aparicion, sombra, ensueño,
Sobrenatural producto
De algun conjuro. Con lentos
Pasos, sin rumor, al lado
Llegaba del rico lecho,
Y en el doliente clavaba
Ojos cual brasas de fuego:
Y una mano, que en la sombra
Daba vislumbres de hielo,
Por la calurosa frente
Del aletargado enfermo
Pasaba, gemidos hondos
Ahogando con duro esfuerzo.
Y al instante, y por el mismo
Postigo oculto y estrecho
Desaparecia, dejando
Como embalsamado el viento.
Ser dijérase un encanto,
Y que habia cobrado cuerpo
Alguno de los delirios
De la mente del enfermo.
La senda el tapiz borraba
El muro otra vez cubriendo,
Y tornaba Garcilaso
A ocupar mudo su puesto.

— —

El doctor Juan Villalobos,
De aquella corte Galeno,
Al personaje consagra
Toda su ciencia y su esmero.
Y en el pronóstico duda,
Y cauto no quiere hacerlo,
Hasta que síntomas note
Más favorables que adversos.
De la juventud al cabo
Triunfó la fuerza, y el cielo
Miró con benignos ojos
La angustia de todo un pueblo.
Y apuró el doctor su ciencia,
Y tornó á lucir risueño
El rayo de la esperanza
En los aterrados pechos.
Docto ó sagaz Villalobos
Prescribe como remedio,
Que busque fuera de España
Nuevos aires, climas nuevos.

ROMANCE SEGUNDO

LA AUSENCIA

El gran Marqués de Lombay,
Del inminente peligro
Salvo, en que se vió de muerte
Por enfermedad ó hechizo,
Salió de España, siguiendo
Los saludables avisos
Del docto Juan Villalobos,
O médico ú adivino.
Y aunque el dejar á Toledo,
Para su pecho lo mismo
Fué que dejarse allí el alma,
Resignóse al sacrificio.
Mas aquella oculta flecha,
Aquel veneno escondido,
Aquel encubierto cáncer,
Aquel pertinaz martirio
Que desgarraba su pecho,
Que turbaba sus sentidos,
Que devoraba su vida,
Que era su infierno continuo,
A los campos de la Italia
Llevó, ¡mísero! consigo;
Pues penas como las suyas,
Que astros y contrarios signos

Combinan, fraguan y aplican
Para un fin desconocido,
En un alma de gran temple,
En un pecho de alto brio,
No mudan cuando se muda
De atmósfera y domicilio;
Porque no cambian del cielo
Los misteriosos designios.

Halló el Marqués en Italia
(Porque al cabo el cielo quiso
Que algun consuelo encontrase,
Que tuviese algun alivio),
A su tierno confidente,
A Garcilaso su amigo,
Que guerrero tan insigne
Como trovador divino,
Siguió de Italia la empresa
Por el César Cárlos quinto,
Con el canto de las Musas
Uniendo de Marte el grito.

El Marqués, cual siempre mustio,
Y cual siempre discursivo,
De aquella guerra los lances
Siguió con denuedo y brio.
Y ante la imperial presencia,
Con Garcilaso su amigo,
Lidió como caballero
En los combates y sitios.
Le encantaron las campiñas
Y los Alpes y Apeninos,
Y visitó cual curioso,
Y admiró como entendido
Los insignes monumentos,
Ya modernos y ya antiguos,
Que hacen el suelo de Italia
En altos recuerdos rico.
Como devoto cristiano
Oró postrado y sumiso,
En las ermitas humildes
Que daban nombre á los riscos;
Y en los magníficos templos
Que ensalzan al cristianismo,
Y son de aquellas ciudades
Ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines
Que riega el Tesin y el Mincio,
Los mismos nombres oyeron
Que el Tajo oyó sorprendido!
¡Cuántas veces las canciones
De Garcilaso, que hoy mismo
Nos admiran y enternecen,
Vencedoras de tres siglos,
Tiernas lágrimas sacaron
De los ojos encendidos
Y del corazon doliente
Del Marqués contemplativo
En las selvas do arrancaron
No ménos hondos suspiros,
De otros destrozados pechos
Los acentos de Virgilio!
¡Cuántas veces, ay, seguian
Del Marqués los ojos fijos,
De la plateada luna
El lento y mudo camino;
Y al verla hácia el occidente
Rodar con pausado giro,
Algun encargo le daba
Para el Tajo cristalino;
Con sus miradas queriendo
Como estampar en el disco
Caractéres, que otros ojos
Por un prodigioso instinto
Leyeran, cuando argentada
Derramara el claro brillo
Sobre el régio balconaje
De algun alcázar dormido!

De la expedicion de Francia
Tornaba, pues, el servicio
Del Emperador siguiendo,
Con Garcilaso el divino,
Cuando no léjos de Niza,
Antigua torre ó castillo,
A los pendones del César
Osó estorbar el camino.
Tal empresa de dementes,
Por temeraria, el prestigio
Perdió de valiente, siendo
Sólo acreedora al castigo,
Y á dárselo Garcilaso,
Desnudo el acero limpio,
Y embrazada la rodela,
Voló en enojo encendido.
Desesperados resisten
Los tenaces enemigos,
Y darles súbito asalto
Determínase al proviso.
Se aplica la escala al muro,
Y sube por ella altivo
El valeroso poeta
Que el miedo jamás ha visto;
Cuando de los matacanes
Desplómase con ruido
Grave piedra, que arrollando
La escala, frágil camino

Por do á la gloria subian
Tanto ingenio y tanto brio,
Hirió la noble cabeza
Do el lauro á la yedra unido
Hubiera evitado el rayo,
Y no pudo, ¡infausto sino!
De un tosco peñasco entónces
Evitar el rudo tiro.
Cayó el noble Garcilaso
En el foso; horrendo grito
De desconsuelo y venganza
Atronó el fatal recinto;
Y el de Lombay presuroso
Al socorro de su amigo
Voló, y en sus tiernos brazos
Retirólo con peligro.

Una hora despues escombros
Era el funesto castillo,
Y de la alevosa sangre
Era su ancho foso un rio,
Pues completa la venganza
De Garcilaso hacer quiso,
En dolor y saña ardiendo,
El Emperador invicto.
Mas, ¡ay! fué venganza estéril
Cual siempre todas han sido,
Pues en Niza á pocos dias
Era el poeta divino
Cadáver yerto, dejando
La fama de sus escritos
Y la gloria de su muerte
Por rica herencia á los siglos.
Golpe atroz, golpe tremendo
Fué para el Marqués su amigo,
Pérdida tan impensada,
Tormento tan imprevisto,
Y del dolor más profundo
Mil pensamientos distintos
Y mil funestos presagios
Le hundieron en tal abismo
Que si el brazo del Eterno,
Que aún para mayor conflicto
Le reservaba, no hubiera
Dádole piadoso auxilio;
Acaso una misma losa,
Acaso un túmulo mismo
Encubrieran y tragaran
Los restos de ambos amigos.

A poco con luto amargo
En el alma y el vestido
Tornó, ¡infelice! á Toledo
Con el César Cárlos quinto,
El marqués; sin confidente
En quien encontrar alivio,
Ahogando en tormento mudo
De su alma rota los gritos.

ROMANCE TERCERO

UN SOL APAGADO



Era la estacion florida
De la hermosa primavera,
Tan hermosa en las regiones
Que el Tajo aurífero riega;
Y un sol jóven, rutilante,
Rodando por la alta esfera
De puro záfir, torrentes
De luz vivífica y nueva
Derramaba por Castilla,
Y sobre las gigantescas
Torres de la gran Toledo,
De España corte y diadema.
De Toledo, que con justas,
Banquetes, danzas y fiestas,
De su Monarca triunfante
Solemnizaba la vuelta.
Córrense cañas y toros,
Donde luce su destreza,
Gran jinete en ambas sillas,
El sacro y augusto César.
En los soberbios palacios
Músicas acordes suenan,
A cuyo compás gallardas
Lucen las damas sus prendas.
Joyas, insignias, brocados
Los ricos salones llenan;

Y plazas, calles, paseos,
Corceles, galas, libreas.
Opulentos cortesanos
En los festejos se esmeran,
Y disponen un torneo
Donde ostentar sus grandezas.
En él armado aparece,
Deslumbrando la palestra,
El de Lombay, revolviendo
Una berberisca yegua:
Y con la pica en el ristre,
Haciendo tan altas pruebas,
Que de palmadas y vivas
El vulgo la plaza atruena.
Sobre las lucientes armas
Una banda lisa y negra,
Y negros los martinetes
Del erguido casco lleva.
Unos dicen son el luto
Con que á su amigo recuerda,
Otros de su pensamiento
Melancólico el emblema,
Y que funesto presagio
De una desgracia tremenda,
Que le amenaza inminente,
Sólo juzgarse debiera.

El ancho campo preside
La Emperatriz, como reina
De la hispana monarquía
Y de la humana belleza,
Y de cuantos corazones
Laten en la plaza extensa,
Y en toda la fiel España
Lealtad y honradez alientan.
Un gran festin en palacio,
Cuando el sol á las estrellas
Cedió de los altos cielos
Las despejadas esferas,
Celebróse; y luégo danza,
En que al són de las orquestas,
Las majestades augustas
Tomar parte no desdeñan.
Y para la luz siguiente
Funciones se anuncian nuevas,
Sin que ni el sueño intervalo
Permita entre fiesta y fiesta.

¡Oh Dios, y cuán fácilmente
En la miserable tierra,
Tras de las más dulces horas
Horas de amargura vuelan!
¡Cuán fácilmente las dichas
En infortunios se truecan,
Cámbiase la gala en luto,
Se torna el gozo en tristeza!
Sale el sol, inmenso pueblo
Las calles y plazas llena,
Ansiando nuevos placeres,
Y que aún no madruga piensa;
Alistan los cortesanos
Sus comparsas y libreas,
Joyas, armas, vestes, plumas,
Corceles, lanzas, empresas;
Cuando demudado el rostro,
De la alcoba de la Reina
Sale trémula, llorosa,
Una camarista ó dueña.
Y á los jefes de palacio,
Grandes y damas de cuenta,
Que á su majestad aguardan
Para ir á misa con ella,
Dice, inflexiones buscando
Que desfiguren la nueva:
La Emperatriz hoy no sale,
La Emperatriz está enferma.
Pasma la noticia á todos,
Embarga á todos la lengua,
Y en un silencio profundo
La estancia aterrada queda.
El de Lombay, el primero,
De los piés á la cabeza
Temblando, y pálido el rostro,
Pregunta con gran sorpresa:
¿Y su majestad, qué siente?
Y le responde la dueña:
Aguda fiebre la abrasa,
Grave postracion la aqueja.
Que el doctor Juan Villalobos
Sin perder instantes venga,
Pues hay peligro inminente
Si no me engañan las señas.
Dió el Marqués atrás dos pasos,
Y en un sillon de baqueta
Se desplomó, como herido
Por envenenada flecha.

La noticia que en voz baja
Anunció la camarera,
Creció al punto, y como trueno
Que al orbe asombra y aterra,
Ya por Toledo retumba,
Helando á todas las venas,
Partiendo los corazones,
Trastornando las cabezas.
Desaparecen las galas,
Recógense las libreas,
Murmullo de horror circula,
Clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas
Que los festejos celebran,
Se oyen sólo las campanas
Que al cielo piedad impetran.
A las puertas de palacio
En su parda mula llega,
El doctor Juan Villalobos,
El portento de la ciencia.
Presuroso, fatigado,
Sube sin hablar, penetra,
Del Emperador seguido,
En la alcoba de la reina.
Con los penetrantes ojos
Que clava en la augusta enferma,
Su quebrada vista advierte,
Su pálida faz observa.
La pulsa atento, examina
La respiracion molesta,
Dice un oscuro aforismo
Arrugando frente y cejas,
Y con la faz angustiada,
Y con azogada diestra,
Despues que un rato medita,
Docto escribe una receta.

La Emperatriz de Alemania,
De España la augusta Reina,
Hermosa entre las hermosas,
Discreta entre las discretas,
La gentil, fresca, radiante
Y embalsamada azucena
Que dió á Toledo Lisboa,
De paz y dominio prenda,
En vez del trono del mundo,
Do el mundo la reverencia,
Yace en el doliente lecho;
De nuestra humana flaqueza
Agotando las angustias,
Apurando las miserias,
Deslustrada la hermosura,
Trastornada la cabeza,
Flor lozana que al impulso
Del cierzo se troncha y seca,
Astro á quien apaga y hunde
Del Criador la omnipotencia.

Un sol y otro sol de oriente
Los umbrales atraviesan,
Y sumergida á Toledo
En consternacion encuentran.
Ya ven por calles y plazas
Cruzar procesiones lentas,
Fervorosas rogativas
Y públicas penitencias.
Y oyen llanto en el alcázar,
Y oyen llanto en las iglesias,
Y llanto hay en los palacios,
Y llanto en las chozas suena;
Que era universal la angustia
Por tan adorada Reina,
Y con lágrimas su nombre
Se oye repetir doquiera.
El de Lombay, convertido
En muda y helada piedra,
Ni un solo momento falta
De la antecámara régia.
Ni hambre ni sueño conoce
Que apartarle un punto puedan
Del cerco de una ventana,
Fijos los ojos en tierra.
Cuando el docto Villalobos
Con otros físicos entra
En la silenciosa alcoba,
Le acompaña hasta la puerta,
Y con inquietud extraña
Su salida ansioso espera,
Y algo preguntarle quiere
De que teme la respuesta.
Y al verle salir se turba,
Con las palabras no acierta,
Y en él clava ardientes ojos,
Cual si penetrar pudiera
Su pensamiento escondido,
Los arcanos de la ciencia.
Y calla, y lágrimas pocas
Su mustio semblante queman.
¡Desdichado! ¡Harto le dice
Su corazon!... Sólo queda
En él alguna esperanza
En las bondades eternas.

Cabildo, comunidades,
Parroquias, todos se esmeran
En solemnes rogativas,
Votos, plegarias y ofrendas.
Grandes, nobles y plebeyos
Los templos llorosos llenan,
Y á voces al cielo piden
La salud para su Reina.
Todo en vano; fué de bronce
A los clamores y quejas,
Pues sus ocultos designios
Jamás el mortal penetra.
El doctor en tanto apuro
Los sacramentos ordena,
Pues ya remedios no sabe
Para tan grave dolencia.
Y con pompa augusta y santa,
Pero que los pechos quiebra

Del aterrado gentío
Que la gran Toledo puebla,
Consternado el Arzobispo,
Con devota pompa lleva
Al régio doliente alcázar
El pan de la vida eterna.

Tal consuelo sintió el alma,
De piedad insigne llena,
Que aún pudo dar fuerza al cuerpo
De la agonizante enferma.
Dió márgen falaz alivio
A esperanzas pasajeras;
Mas el doctor aterrado
Término fatal recela.
A los dos dias tal fiebre,
Tales síntomas se muestran,
Que de repente el palacio
De gran confusion se llena.
Acude Juan Villalobos,
En llanto prorumpe el César,
Y desatentadas corren
Las camaristas y dueñas.
Lombay en su puesto, inmoble,
Sin mover los labios reza,
Cuando de la régia estancia
Abren las doradas puertas.
Era el doctor Villalobos,
A quien con temor se acerca,
Preguntándole angustiado
Si alguna esperanza queda.
Y el doctor mudo no hallando
Cómo darle la respuesta,
Alza los ojos al cielo
Y entrambas palmas eleva.
Lo ve Lombay, se estremece,
Y cobrando extraña fuerza,
Movimiento convulsivo
Y una actividad horrenda,
De la cámara corriendo
Parte, la guardia atraviesa,
Sale á la plaza, el gentío
Clamoroso que la llena,
Del palacio en los balcones
La vista y las almas puestas,
Penetrando, sin que nadie
En tan gran señor advierta.
Y por calles solitarias
Sin objeto vaga y vuela,
El ferreruelo arrastrando,
Destocada la cabeza.
Alza los ojos al cielo,
Y el cielo de primavera
Azul, despejado, puro,
Que espléndidos hermosean
Celajes de oro y de grana,
Do el sol poniente refleja,
Una bóveda de plomo
Que sobre su frente pesa,
Que lo ahoga y lo confunde,
Sin aire y sin luz en tierra
Se le figura, y le faltan
Para echar el paso fuerzas.
Sigue, párase, vacila,
Suda, se abrasa, se hiela,
Gíranle en torno las casas,
Que se le hunde el suelo piensa,
Y le zumban los oidos...
Una bomba es su cabeza
Pronta á estallar... cuando mira
De la catedral la puerta.
Ansioso buscando asilo
Por sus umbrales penetra,
Al tiempo que en occidente
Daba el sol su luz postrera.

El de Lombay en el templo
Oscuro y frio, tropieza
Con varios informes bultos,
Fieles devotos que rezan,
Y cuyos vagos contornos
Ver la oscuridad no deja;
Y al presbiterio le guia
Fulgor de mustias candelas,
Así como por el bosque,
Perdido en la noche ciega,
Tropezando, el peregrino
Va hácia la lejana hoguera.
Del altar santo delante
Se arroja en las losas tersas
Del pavimento, formando
Tras sí larga sombra en ellas.
Los brazos en cruz, clavados
Los ojos (en que reflejan
Del retablo los esmaltes,
Las lámparas y las velas),
Del Redentor en la imágen,
No con los labios y lengua,
Que estaban entumecidos,
Sino con la voz interna
Del corazon y del alma,
Que es la que hasta el cielo llega,
Esta peticion expone
Y en estos términos ruega:
«¡Misericordia, Dios mio,
Piedad para con mi Reina,
No dejeis huérfana á España
Y al mundo hundido en tinieblas.
»Si una víctima es precisa
De vuestra alta Omnipotencia

A miras inescrutables,
Que yo la víctima sea.
»Caiga yo, caigan mis hijos,
Mi estirpe toda perezca,
Y sálvese...» ¡Tomb!!! Retumba
En el mismo instante, y llena,
Estremeciendo las cimbrias,
Los ámbitos de la iglesia
La gran campana, de muerte
Dando al mundo infausta nueva.
¡Són espantoso!... Lo escucha
Como el NO con que respuesta
Da á su plegaria el Eterno,
El Marqués, y cae á tierra.



ROMANCE CUARTO

VIAJE FUNEBRE

Con blancas sobrepellices
Y con hachas encendidas,
Cantando fúnebres rezos
En voz confusa y sumisa,
Sobre mulas enlutadas,
Formando dos largas filas,
Cien devotos capellanes
A lento paso caminan.
Siguen treinta caballeros
Que negros caballos guian,
Del pié á la cabeza armados
Y las viseras caidas.
Negros son los pendoncillos
De las inclinadas picas,
Y negros los paramentos,
Vestes, bandas y divisas.
Luégo entre veinte alabardas,
En cuyas anchas cuchillas
Las rojas luces reflejan
De noche, y el sol de dia;
Cercada de doce pajes
Viene una litera rica,
Que de negro terciopelo
Un régio manto cobija.
Los castillos y leones
Recamados lo salpican,
Entre águilas imperiales
Y entre portuguesas quinas,
Arrastrando por el suelo
Los flecos de sus orillas,
Y gruesos borlones de oro
En sus cuatro puntas brillan.
Dos magníficas coronas,
Imperial y régia unidas,
Un rico cetro y un mundo
Lleva la litera encima.
Detrás tan pegado á ella,
Que al notarlo se diria,
Que alguna mano de adentro
Del freno acerado tira,
Marcha un corcel generoso,
Sobre el que mudo camina
El que la fúnebre marcha
Dirige, gobierna y guia.
El gran Marqués de Lombay,
Con faz como de ceniza,
Con los ojos apagados,
Con boca que no respira:

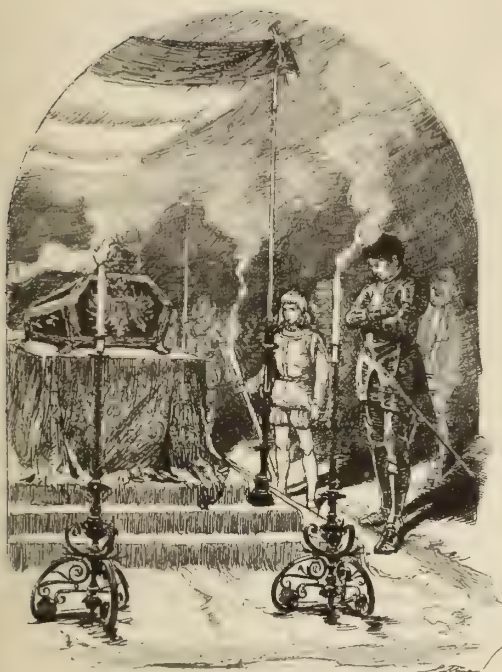
En cuyo enlutado pecho
Sólo se descubre y brilla,
Pendiente de una cadena,
Del Toison de oro la insignia.
Y tambien de oro una llave,
Que aunque primorosa y chica,
Pesa para él más que un monte,
Y es áspid que le horroriza.
Gentiles hombres, hidalgos,
Caballeros de alta guisa,
Y gente de Iglesia lleva
Por séquito y comitiva.
Y en pos lacayos, repuestos,
Y acémilas bien provistas,
Cubiertas con reposteros
De blasones y de cifras.
Lleva dentro la litera
Una caja de ataujía,
De negro plomo aforrada
Y de brocado vestida.
Con gonces y cerraduras,
Con biseles y aldabillas
De oro á cincel trabajado,
En labores muy prolijas.
Y en esta caja el cadáver,
Lleno de bálsamos iba,
De la que ayer era Reina,
Y hoy sólo polvo y ceniza.
De las riberas del Tajo
Del Genil va á las orillas,
A buscar reposo eterno
En la Iglesia granadina.

Con pavoroso silencio
Esta triste comitiva,
Haciendo descansos breves,
Marcha de noche y de dia,
Por lo angosto del camino,
Por los recuestos arriba,
Y en los tornos y revueltas
Del largo espacio que pisa,
Caminando con tal órden,
Tan silenciosa y unida,
Que un solo cuerpo formaba
Y de léjos parecia
Inmensurable serpiente,
Que deslizándose iba
Entre campos y entre montes,
Dando sus escamas chispas.
De los cortijos y aldeas
Presurosos acudian
A los bordes del camino,
O á las cercanas colinas,
Ya curiosos, ya asustados,
Villanos con sus familias,
Y por un encantamento
Aquella vision tenian.

Al avistar este entierro
Las murallas granadinas,
De los Católicos Reyes
Fresca y gloriosa conquista;
Cuando en las antiguas torres
De la Alhambra relucian,
Al sol ardiente de junio,
Alicatadas cornisas;
Ayuntamiento y cabildo,
Con enlutadas insignias,
La audiencia, comunidades,
La nobleza y clerecía
Salen la fúnebre pompa
A recibir, y caminan
Con ella entre inmenso pueblo
Que cubre las avenidas.
Apretada muchedumbre
Do las dos razas distintas
Se conocen en los trajes,
La cristiana y la morisca.
Ya las calles de Granada
El funeral régio pisa,
A la catedral marchando
Entre dos espesas filas
De lanzas y de arcabuces,
Que de lindero servian
Al hervoroso gentío
Que en la carrera se apiña.
Las campanas clamorosas,
Sus graves sones envian
Al firmamento, retumban
Las salvas de artillería,
Resuenan roncos tambores
Y destempladas bocinas,
Y de dolor y respeto
Fúnebre murmullo gira.
El de Lombay nada escucha,
Sigue la litera rica,
Y tan pegado con ella
Que son una cosa misma.
Y sin que nada le llame
La atencion, toda absorbida
En ella, de ella ni un punto
Los áridos ojos quita.

ROMANCE QUINTO

LO QUÉ ES EL MUNDO



Terminados los sufragios
Y los oficios solemnes,
Ultimo auxilio que presta
La santa Iglesia á los fieles;
En el templo de Granada,
Que los Católicos Reyes,
Consagraron victoriosos
Al Señor omnipotente;
En medio de la gran nave
Por do vuela el humo leve,
Que seis flameros de plata
Dan de olorosos pebetes;
A la luz de cien blandones,
Cuyas rojas llamas mueve
El vapor del gran gentío
Que en el templo oscuro hierve,
Y que reflejan y brillan
En los ojos y en los dientes
De un enjambre de cabezas
De todos sexos y temples;
Entre doce caballeros
De pavonados arneses
Tan inmóviles, que estatuas
De oscuro acero parecen;
En medio de cuatro pajes
Que amarillas hachas tienen,
Cubiertos de ricas galas
Y plumas en los birretes;
Sobre excelsa gradería
Que alfombra pérsica envuelve,
Y bajo un dosel ó palio
Que seis pértigas suspenden;
Se alza un túmulo pequeño
Con recamado tapete,
Donde los régios blasones
Esmaltados resplandecen;
Y encima la caja rica
Cerrada está, que contiene
A la Emperatriz y Reina,
Despojo ya de la muerte.
De pié descuella á su lado,
Inclinada la alta frente,
Que á la luz de los blandones
La de un cadáver parece,
Y cruzados sobre el pecho
Los brazos en nudo fuerte,
El gran marqués de Lombay
De aquellas exequias jefe.
Aunque tambien está inmóvil,
Harto que tiembla se advierte
En que el Toison y la llave,
Que en su noble cuello penden,
Dando súbitos reflejos,
Como dos hojas se mueven,
Que en un álamo en otoño
Aura imperceptible mece.

En la soberbia capilla
Donde las cenizas duermen
En magníficos sepulcros
De los Católicos Reyes;
Ya está la bóveda abierta,
Cuya ancha boca parece
De la eternidad la boca,
Que voraz su presa atiende.
Llega por fin el momento
En que el cadáver se entregue
Al granadino Prelado
Con testimonio solemne:
Siendo el marqués de Lombay,
¡Tan inflexible es la suerte!
Quien reconocer el cuerpo
Y hacer de él la entrega debe.

¡Acto espantoso, terrible,
Para el que Lombay no tiene
Fuerza en sí mismo bastante
Por más alma que le aliente!
Al ver que ya el Arzobispo
Los trémulos pasos tiende
Por las gradas, que se pone
Del régio féretro en frente,
Que el notario lo acompaña,
Que en derredor aparecen
Los testigos, y que el pueblo
Espera el acto impaciente;
Con expresion tan amarga,
Mas con una fe tan fuerte
Alza el rostro, y ambas manos
Hácia los cielos extiende,
Que sin duda de su ruego
Se apiadó el Omnipotente,
Y resignacion y brio
Le dió para el trance fuerte.
Pues de pronto en sí tornando,
Con resolucion desprende
La afiligranada llave
Sobre su pecho pendiente;
En la estrecha cerradura
Sin mostrar temblor, la mete,
Y veloz le da la vuelta
Que hace resonar los muelles.

Al punto un paje la tapa
Alza del féretro, y vése
Con sus régias vestiduras
Un cuerpo. Mas el ambiente
Con tal fetidez se infesta,
Que el brillo las luces pierden;
Atrás se retiran todos,
Y el concurso se conmueve.
Del cuerpo oculta el semblante
Un blanco holan, que guarnecen
Los encajes más costosos
Que el prolijo belga teje.
Y observando la etiqueta,
El Marqués tan sólo debe
Levantarlo, porque pueda
El rostro reconocerse.
Vacila, tiembla, la mano
Va á extender una y dos veces,
Y la retira veloce
Cual si el cendal fuego fuese.
Convulso, desatentado,
A tocarlo se resuelve,
Lo ase, lo levanta... ¡Cielos!
¿Qué es lo que dejó patente?
¡Horror! ¡Horror!!! Aquel rostro
De rosa y cándida nieve,
Aquella divina boca
De perlas y de claveles,
Aquellos ojos de fuego,
Aquella serena frente,
Que hace pocos dias eran
Como un prodigio celeste,
Tornados en masa informe,
Hedionda y confusa vense,
Donde enjambre de gusanos
Voraz cebándose hierve.
Tal espectáculo horrendo,
Y la fetidez y peste
Que en torno se difundian,
Al gran concurso estremecen
Con terror pánico. Un grito,
Un alarido de muerte
Unánime se levanta;
Huye asustada la plebe,
Huyen pajes, caballeros,
Arzobispo, nobles, prestes,
Y aterrados y oprimidos
Se apiñan en los canceles.

Sólo el marqués de Lombay
Clavado está, sin moverse,
Fijo en su puesto. Su rostro
Ni palabras ni pinceles
Pueden retratarlo. Azufre
Ser sus facciones parecen,
En que expresion nunca vista
De afecto ignoto se advierte.
Con los ojos que le saltan
Del casco, mas que no tienen
Ni luz, ni lágrimas, fijos,
Todo aquel espanto bebe.
Extendidos los dos brazos
Contra el túmulo, sostienen
Su cuerpo, como puntales,
Y ya no tiembla, que pende
Inmóvil el toison de oro
Cual si de un poste pendiese.
¡No es hombre quien logra tanto,
Mármol es quien tanto puede!

La obligacion y el respeto
Que al régio cuerpo se debe,
Pronto al Prelado, cabildo
Y caballeros compelen
A volver, porque el cadáver
Sin sepultura no quede;
Y aunque no muy cerca, tornan
Y al Marqués llaman. Mas este
Ni ve más que un desengaño,
Ni oye más que una solemne

Voz del cielo: ó ya es un tronco
Que ni ve, ni oye, ni siente.
Un su gentil-hombre llega,
Notando que allí la muerte
Está bebiendo insaciable,
Y le tira de la veste,
Todo en vano. Decidido
Con él se abraza; parece
Que está abrazado de un roble
Que raíz profunda tiene.
En esto un paje la tapa
Del féretro de repente
Cierra, con cuerdo discurso,
Porque aquella infeccion cese.
Y al ocultarse á la vista
Todo el horror que contiene,
Y al estruendo de los gonces
Cerraduras y batientes,
Tiembla el Marqués, da un gemido,
Su rígida fuerza pierde,
Y á brazos del gentil-hombre
Flojo y desplomado viene.

Acuden sus servidores,
Y entre todos, cual si fuese
Cadáver, fuera del templo
Le conducen como pueden.
En cuanto le dió en el rostro
A cielo abierto el ambiente,
Los ojos abre, suspira,
De nuevo á la vida vuelve;
Se pone en pié, gira en torno
La vista, como si hubiese
De una pesadilla horrible
Despertado. En la celeste
Bóveda la clava, y dice
Con acento tan ferviente,
Y una expresion tan sublime
Que hasta las piedras conmueve:
No más abrasar el alma
Con sol que apagarse puede,
No más servir á señores
Que en gusanos se convierten.
Y desmayóse de nuevo
Hundido en maligna fiebre,
Que puso su noble vida
Muy á pique de perderse.

Este Marqués de Lombay
Estaba á los pocos meses,
En una mezquina celda
Confundido y penitente;
Y predicando á los hombres
Con ejemplo tan solemne,
El desprecio que á las pompas
Del ciego mundo se debe.
Hoy SAN FRANCISCO DE BORJA
Lo llama la Iglesia, y tiene
Culto propio, con que buscan
Su patrocinio los fieles.

Madrid, 1838.





UNA NOCHE DE MADRID EN 1578

ROMANCE PRIMERO

TRES GALANES

En el pretil de palacio,
Cerca de una casa antigua,
Donde hoy estudia sus obras
Un esclarecido artista (1),
Van á cumplirse tres siglos
Que su palacio tenia
De Eboli el príncipe ilustre
Rodrigo Gomez de Silva.
Sus magníficos salones
Eran de la corte envidia,
Tanta riqueza y tal gusto
En ellos resplandecian.
Las más espléndidas telas,
Hasta aquel tiempo no vistas,
Que nuestras naves gloriosas
Trasportaban de la China,
Adornaban sus paredes
Del friso hasta las cornisas,
Y eran en sus balconajes
Pabellones y cortinas.

(1) Don Vicente Lopez, primer pintor de cámara. Ya no existe la casa, y todo aquel sitio ha cambiado de aspecto.

Los portentos del Ticiano,
Y los que el arte prolija
De la bélgica paciencia
Emula de aquél tejia,
Escaleras, antesalas
Y corredores vestian,
Pareciendo sus figuras
Figuras de bulto y vivas.
Sobre ricos escritorios,
Cuyas puertas embutidas
De concha y nácar formaban
Un laberinto á la vista;
Y sobre mesas de mármol
De las sierras granadinas,
De mosaicos de alto precio,
De maderas exquisitas,
Juguetes de filigrana
Primorosos relucian,
Y búcaros olorosos
De las españolas Indias.
En aquel siglo en Europa
Iguales no conocian

Sus carrozas y caballos
Ya de tiro, ya de silla.
  Y en joyas, galas y plumas,
Jarrones de oro y vajillas,
Los de un príncipe de Oriente
Sus repuestos parecian.
  Pero el tesoro más grande
Que en aquel palacio habia,
Pasmo, prodigio y asombro
De la corte de Castilla,
  Era el de la gran belleza,
El de la gracia expresiva,
El del claro entendimiento,
El de la alta gallardía
  De la esposa de Rui-Gomez,
De la Princesa divina,
Diosa de aquel rico templo,
Sol de aquella esfera y vida.

  Tres distintos personajes
A diversas horas iban
A rendirle obsequio ó culto,
A conquistar su sonrisa:
  Ardiendo sus corazones,
Aunque de edades distintas,
En el delirante fuego
Que una beldad rara inspira.
  Melancólico era el uno,
De edad cascada y marchita,
Macilento, enjuto, grave,
Rostro como de ictericia;
  Ojos siniestros, que á veces
De una hiena parecian,
Otras vagos, indecisos,
Y de apagadas pupilas.
  Hondas arrugas, señales
De meditacion continua,
Huellas de ardientes pasiones
Mostraba en frente y mejillas.
  Y escaso y rojo cabello,
Y barba pobre y mezquina
Le daban á su semblante
Expresion rara y ambigua.
  Era negro su vestido
De pulcritud hasta nimia,
Y en su pecho campeaba
Del Toison de Oro la insignia.

  Era el otro recio, bajo,
De edad mediana, teñian
Sus facciones de la audacia
Las desagradables tintas.
  Moreno, vivaces ojos,
Negros bigote y perilla,
Aladares y copete,
Boca grande, falsa risa:
  Formando todo un conjunto
De inteligencia y malicia,
Con una expresion de aquellas
Que inquietan y mortifican.
  Lujoso era su atavío,
Mas negligente, y tenian
No sé qué sus ademanes
De una finura postiza.

  El último era el más jóven,
De noble fisonomía,
Pálido, azules los ojos
Con languidez expresiva;
  Castaño claro el cabello,
Alto, delgado, muy finos
Modales, y petimetre
Sin dijes ni fruslerías.
  Ser un caballero ilustre,
De educacion escogida,
Cortés, moderado, afable,
Mostraba á primera vista.

  El primero iba de noche
Desde que desparecian
Los crepúsculos de ocaso
En las montañas vecinas,
  Hasta que las altas torres
De la coronada villa
Recordaban los sufragios
De las ánimas benditas.
  Por la mañana el segundo
Frecuentaba su visita,
Cuando no estaba en su casa
Rodrigo Gomez de Silva.
  El tercero entraba en ella
Sin hora ni época fija,
Pero siempre que encontraba
Alguna ocasion propicia.

  Y la gallarda Princesa,
La discreta, noble y linda,
¿Por quién de ellos?... Por ninguno;
Cual la estrella matutina
  Era su alma pura, como
El sol su conciencia limpia...
Mas lo que pasa en el pecho
Sólo Dios lo sabe y mira.
  Cuando la Princesa estaba
En la presencia aflictiva
Del primero, miedo helado
Por sus venas discurria.

En la del segundo, grave
Se mostraba y áun altiva,
Pero inquieta y recelosa
Midiendo sus frases mismas.
Y con el tercero estaba,
Aunque silenciosa, fina,
Y sin temor ni recelo,
Pero triste y discursiva.
El rey Felipe segundo,
A quien España se humilla,
Es el galan misterioso
De las nocturnas visitas.
El segundo Antonio Perez,
Secretario que tenia
Del Rey estrecha privanza,
Cual brazo de sus intrigas.
Juan de Escobedo el tercero,
Amigo en quien deposita
El insigne don Juan de Austria
Sus secretos y su estima.

ROMANCE SEGUNDO

LA MEDITACION

De Madrid el régio alcázar
Triste y mezquino era entónces,
Donde hoy el palacio nuevo
Ostenta su inmensa mole.
De ladrillo y berroqueña,
Y en cada esquina una torre,
Era albergue poco digno
De los Reyes españoles.
Ni el Arco ni la Armería
Cerraban la plaza, donde
Hoy se forma la parada
Para los régios honores;
Pues hasta el márgen del rio,
De ménos caudal que nombre,
Asperas cuestas mediaban
Entre viejos murallones.

Una tarde sosegada
De abril, cuando al horizonte
Entre dorados celajes
Y entre ligeros vapores
El claro sol descendia,
Dando lugar á la noche,
De quien los luceros daban
Ya en oriente resplandores;
Del tal ya olvidado alcázar,
En uno de los balcones,
Se descubria de léjos
Vestido de negro un hombre,
Que en la baranda apoyado,
Al occidente encaróse,
Gran rato permaneciendo
En una actitud inmoble.
Era Felipe segundo,
Que de altas meditaciones
Políticas fatigado,
A respirar asomóse.
Y con los ojos siguiendo
Al sol ya poniente entónces
Varios pensamientos llenan
Su mente, en que cabe el orbe.

Lo primero que le ocurre
Es que el astro que se pone,
Aún ilumina radiante
A la lusitana corte.
A la cabeza del reino
Que la desventura enorme
De una expedicion guerrera,
Tan cristiana como noble,
Bajo su dominio ha puesto;
Y sagaz discurre sobre
Los medios de asegurarse
Diadema de tal renombre.
Tomando más largo vuelo
Su imaginacion veloce,
Salva los inmensos mares,
Y sigue al sol, que traspone
Para llevar luz y vida
A las ignotas regiones,
En que gloriosos ondean
Estandartes españoles:
Y al pensar que en cuantos climas
Visita el astro y recorre,
Vasallos suyos alumbra,
En su grandeza gozóse.

Pero tornando en sí mismo
El vuelo altivo recoge,
Y su vanidad se estrella
En siniestras reflexiones.

Al ver los celages densos,
Que de la esfera borrones,
Del sol el descenso aguardan
Para ofuscarle, latióle
El pecho agitado, y dijo:
«Del mismo modo los hombres
A que un rey decline esperan,
Para tragarlo feroces.»
Se le figuró el gran astro
Cadáver, que de vapores
Con la mortaja, se hundia
En la tumba de los montes;
Y recordando que todo
La muerte lo traga y rompe,
Retembló, de sudor frio
Su rostro seco bañóse;
Y tornó la vista á Oriente,
Ya dominio de la noche,
El espectáculo huyendo
Que el ocaso presentóle.
Notó allí varios luceros
Relucir, y sonrióse
Amargamente, exclamando
Con hondas é internas voces:
«Si la majestad declina
Y su resplandor se esconde,
¡Qué ufanos su pobre brillo
Muestran vulgares señores!»

Tambien aparta los ojos
Del Oriente, hallando donde
Quiera que los revolvia,
Desengaños ó temores.
Y de Evoli en el palacio,
Que estaba cerca, los pone,
Y sin intento los clava
En sus abiertos balcones.
Por ellos juzga que advierte
Dos bultos en los salones,
Uno blanco y de señora,
El otro oscuro y de hombre.
Y un agudo grito lanza,
Su rostro se descompone,
Y las tinieblas maldice
De la ya cerrada noche.
Los ojos baja, y á Perez
Viendo que se acerca, entróse
Cerrando el balcon maldito
Con recio y violento golpe.

ROMANCE TERCERO

EL SECRETO



En un oscuro aposento
Que solamente alumbraban
Las luces de dos bujías
En candeleros de plata,
Donde tiene su despacho
El augusto Rey de España,
Y donde á pocas personas
Se les permite la entrada,
A su secretario Perez
Felipe segundo aguarda,
Pues que llegó á conocerlo
Al atravesar la plaza.
A los muy pocos momentos
Cruje y se abre la mampara,
Y Perez entra en silencio,
Y mudo á su Rey acata.
Este afable lo recibe,
Que se le aproxime manda,
Y en conversacion secreta
Dijéronse estas palabras:

Rey.—Mi hermano don Juan (al cabo
Es bastardo y esto basta)
Con su ambicioso manejo
Va á precipitar á Holanda.
Secretar.—Su poder allí es temible.
R.—Yo, Perez, no temo nada;
Todos sus pasos vigilo,
Y sé cuanto piensa y habla.

S.—Vuestra comprension inmensa...
R.—Y mi poder. Confianza
Tiene en don Juan de Escobedo.
S.—Es de sus planes el alma.
R.—Recibe sus instrucciones.
S.—Tambien recibe sus cartas.
R.—Y en una cartera verde,
Que jamás del seno aparta,
Las lleva... Las necesito.
S.—Pues no es cosa fácil... *R.*—Nada
A mi poder es difícil.
¿Y juzgas, Perez, que trata
Con la Princesa estas cosas?...
Las discretas, ó son falsas...
O se alucinan... *S.*—No creo
Que una señora tan alta...
R.—Y tan bella y entendida...
Pero Escobedo en su casa
Entra de oculto... Esta noche...»
Siguió el Rey en voz tan baja
Hablando á su secretario,
Y con expresion tan vaga,
Que adivinar no es posible
Cuáles fueron sus palabras.

Palabras que escuchó Perez
Con una zozobra extraña,
Con el pecho palpitante,
Y con la faz demudada.
Y al callar el Rey, le dijo:
«Vuestra Majestad lo manda,
Y es para mí ley suprema
Su voluntad soberana.
»Mas señor... Si por escrito,
Una órden vuestra firmada,
O la firma solamente...
Con sólo la firma basta.»
Dió un paso atrás, furibundo,
Al escucharlo, el monarca,
Y lo fulmina y aterra
Con dos ojos como brasas.
Perez, que se abriera el suelo
Quisiera, bajo sus plantas,
Y que en aquel punto mismo
Lo confundiera y tragara.
Cuando de pronto Felipe
Con una sonrisa amarga,
Y el desprecio con que mira
Un feroz tigre á una rata:
«Dices bien (prorumpe), amigo:
Toma, que la empresa es ardua...»
Y escribiendo cuatro líneas
En un papel, se lo alarga.
Temblando lo toma Perez
Y va á partir; mas le traba
El brazo con mano dura,
Más dura que unas tenazas,
El Rey; en su helado rostro
Ojos del infierno clava,
Diciendo: «Secreto, y priesa,
Y yo soy quien te lo encarga.»
Marchó Perez, y Felipe
Tomando el estoque y capa,
Salió solo, y dirigióse
De la Princesa á la casa.

ROMANCE CUARTO

LA CARTERA VERDE

En su magnífico estrado
¡Cuán gallarda, cuán hermosa
Brilla la persona ilustre
De doña Ana de Mendoza!
De seis candelas de esperma
Que un candelabro coronan,
Do recorta y abrillanta
La luz cinceladas hojas,
Al resplandor aparecen
Su tez de nieve y de rosa,
De oro puro sus cabellos,
Claros luceros sus joyas.
Sentada en un taburete
El brazo ebúrneo coloca
En un velador cuadrado,
Que cubre persiana estofa,
Y en que matizadas flores
Dan al ambiente su aroma,
En vasos de porcelana
De extraño barniz y forma.

Enfrente de la Princesa,
En un sillon de caoba,
De los primeros acaso
Que se usaron en Europa,
Está Felipe segundo,
Procurando á toda costa
De amable y franca dulzura
Dar el aire á su persona.
Y despues de varias frases
De mera etiqueta todas,

Y de discretas razones,
De cortesana lisonja:
«Al anochecer (prorumpe),
¿Habeis tenido, señora,
Alguna visita?» Y clava
Los ojos cual de raposa
En el pálido semblante
De doña Ana de Mendoza,
Que responde balbuciente:
«No señor... he estado sola:
Mi mayordomo un momento...»
No dijo más, y á la boca
Del Rey, que nada contesta,
Sonrisa infernal asoma.

Tras de un rato de silencio,
Que á doña Ana se le antoja
Un siglo, se alza Felipe,
Un laud templado toma,
Y galan se lo presenta
Diciendo: «Tened, señora,
Dad vida al callado ambiente,
Encadenad mi alma toda.»
La Princesa obedeciendo,
Las cuerdas pulsa sonoras,
Y melancólicos tonos
Sin concierto alguno brotan.

El Rey lento se pasea
Por la estancia, dando poca
Atencion á lo que escucha,
Que otras ideas le acosan.
Y aunque gran sosiego finge
Es su inquietud bien notoria,
Y que habla consigo mismo
En su semblante se nota.
La Princesa lo conoce
Y trasuda y se acongoja,
Pidiéndole á Dios de veras
Que la visita sea corta.
Al balcon el Rey se acerca
Y lo abre inquieto, se asoma,
Y se retira, y escucha,
Y sin cerrarlo lo entorna.
Entra la brisa en la sala,
Agita las luces todas,
Y á su undulacion parece
Que todo se mueve y borra,
Y que el aposento tiembla,
Y que en fantásticas formas
Los muebles y colgaduras
Ya se alargan, ya se acortan.
«Señor (dice la Princesa)
¿El viento, no os incomoda?
Está harto fresca la noche,
Cuidad más vuestra persona.»
Iba á responder Felipe,
Cuando á las ánimas tocan
Las campanas, y en la tierra
Con gran devocion se postra.
Lo mismo hace la Princesa,
En silencio entrambos oran,
Se santiguan y levantan,
Y el Rey mudo á escuchar torna.

Se oye un rumor á lo léjos,
Y como un grito: se azora
La dama, y dice: «¿Qué suena?»
Y el alma desecha y rota
Va hácia el balcon. Mas Felipe
Lo cierra de pronto, y ronca
La voz: «Nada ha sido (dice)
El rumor de alguna ronda.»
De mármol queda doña Ana,
El Rey clavado en la alfombra,
Y todo en hondo silencio,
Y en quietud la estancia toda.

Llega un paje, anuncia á Perez,
Y entra Perez. Su persona
Es más siniestra que nunca,
Más descompuesta su ropa.
Es su semblante de azufre,
Entreabierta trae la boca,
Y tiemblan sus miembros todos,
Grande agitacion le agobia.
Desconcertado, en secreto
Dice al Rey palabras pocas,
Y de terciopelo verde
Le da una cartera. Toma
La cartera el Rey, la mira
Y en contemplarla se goza,
Mostrando su faz el gusto
Que en su corazon rebosa.
Tambien la ilustre Princesa
La mira y la mira ansiosa,
La reconoce, y advierte
De sangre en ella una gota;
De sangre fresca, y de sangre
Ve en la mano temblorosa
De Perez alguna mancha,
Y en sus puños y valona.
Y da un profundo gemido,
Su cabeza se trastorna,
Y exánime y desmayada
En un sillon se desploma.

ROMANCE QUINTO

EL CADÁVER. - EL FUGITIVO. - EL MUERTO

A la mañana siguiente,
Cuando fué devoto pueblo
A oir la misa del alba
De Santa María al templo,
En aquella corta calle,
Más bien callejon estrecho,
Que por detrás de la iglesia
Sale frente á los Consejos,
Se halló tendido un cadáver,
De un lago de sangre en medio,
Con dos heridas de daga
En el costado y el pecho.
Pronto fué reconocido
Por el de Juan de Escobedo,
Del insigne don Juan de Austria
Secretario y camarero.
Y como aún rico ostentaba
La cadena de oro al cuello,
Y magníficos diamantes
En los puños y en los dedos,
Que obra no fué de ladrones
Se aseguró desde luégo;
El horrible asesinato
Que á Madrid cubrió de duelo.

Fugitivo á pocos meses
Antonio Perez, el reino
De Aragon turbó con bandos
Y desastrosos sucesos;
Y condenado y proscrito,
Pobre, aborrecido, enfermo,
Murió en la mayor miseria
En países extranjeros.

Y despues de algunos años,
El rey Felipe ya viejo,
Arrebatóle la muerte
A dar cuenta al Sér supremo.
Dónde se habrán encontrado
Los tres, tan sólo saberlo
Puede Dios, mas yo imagino
Que habrá sido en el infierno.





EL CONDE DE VILLAMEDIANA

ROMANCE PRIMERO

LOS TOROS

Está en la plaza Mayor
Todo Madrid celebrando
Con un festejo los dias
De su rey Felipe cuarto.
Este ocupa, con la reina
Y los jefes de palacio,
El regio balcon vestido
De tapices y brocados.
En los otros, que hermosean
Reposteros y damascos,
Los grandes con sus señoras,
Y los nobles cortesanos,
Ostentan soberbias galas,
Terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros
Llenan los segundos altos,
Y de fiesta gran gentío
Los barandales y andamios,
Jardin do á impulso del viento
Ondean colores varios.
Ante la Panadería,
Del balcon del Rey debajo,
Y de espalda á la barrera,
En la arena del estadio,

La guardia Tudesca en ala,
Parece un muro de paño
Rojo y jalde, con cornisa
Hecha de rostros humanos,
Sobre la cual vuelan plumas
En lugar de jaramagos,
Y brillan las alabardas
Heridas del sol de mayo,
Los alguaciles de corte
Con sus varas en la mano,
A la jineta en rocines,
Están en fila á los lados.
El Rey, la Reina, los grandes,
Las damas, los cortesanos,
Los tudescos y alguaciles,
El inmenso pueblo, y cuantos
En la plaza están, los ojos
Tornan de Toledo al arco,
Por cuya barrera asoma
Un caballero á caballo.

Vese en medio de la arena,
Furia y humo respirando,
Los ojos como dos brasas,
Los cuernos ensangrentados,
Con la pezuña esparciendo
Ardiente polvo, el más bravo
Retinto, á quien dió Jarama
Yerba encantada en sus campos.
Aún no estrenó la almohadilla
De su cuello erguido y alto
Hierro alguno, ni ha embestido
Una sola vez en vano.
Entre capas desgarradas
Y moribundos caballos,
Se ostenta como el guerrero
Que se corona de lauro,
Entre rendidos pendones,
Sobre muros derribados;
Del genio del exterminio
Parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,
De africana yegua parto,
Que de alba espuma salpica
El pretal, el pecho y brazos;
Que desdeñoso la tierra
Hiere á compás con los cascos;
Que una purpúrea gualdrapa
Con primorosos recamos,
De felpa y ante la silla,
En el testero un penacho,
La cabezada y rendaje
De oro y seda roja, y lazos
En el codon y en las crines
Soberbio ostenta y ufano;
A combatir con el toro
Sale aquel señor gallardo.
Viste una capa y ropilla
De terciopelo más blanco
Que la nieve, de oro y perlas
Trencillas y pasamanos;
Las cuchilladas, aforros,
Vueltas y faja, de raso
Carmesí; calzas de punto,
Borceguíes datilados,
Valona y puños de encaje;
Esparcen reflejos claros
En su pecho los rubíes
De la cruz de Santiago.
Un sombrero con cintillo
De diamantes, sujetando
Seis blancas gentiles plumas,
Corona su noble garbo.
Con la izquierda rige el freno,
En la diestra lleva en alto
Un pequeño rejoncillo
Con la cuchilla de á palmo.
Acompáñanle dos pajes
A pié, de uno y otro lado;
Y llevan las rojas capas
Prontas al lance en la mano:
Síguenle sus escuderos
Y un gran tropel de lacayos,
Los que por respeto al toro
Se van haciendo reacios.

Puesto en medio de la plaza
Personaje tan bizarro,
Saluda al Rey y á la Reina
Con gentil desembarazo.
Aquel, serio corresponde,
Esta muestra sobresalto,
Miéntras el concurso inmenso
Prorumpe en vivas y aplausos.
Era el gran don Juan de Tarsis,
Caballero cortesano,
Conde de Villamediana,
De Madrid y España encanto
Por su esclarecido ingenio,
Por su generoso trato,
Por su gallarda presencia,
Por su discrecion y fausto.
Gran favor se le supone,
Aunque secreto, en palacio,
Pues susurran malas lenguas...
Pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,
Y es poner puertas al campo,
Querer de los maliciosos
Sellar los ojos y labios.

Valiente Villamediana,
Cortas las riendas, y bajo
Del rejoncillo el acero,
Vase al toro paso á paso.
Este cabecea, bufa,
La tierra escarba marrajo,
Y espera instante oportuno
En que partir como el rayo.
El paje de la derecha
Con grande soltura y garbo
A la fiera irrita y llama,
La capa ante ella ondeando.
Embiste pues, el jinete
Tuerce el bridon, de soslayo
Pasa el toro, el otro paje
Con la capa hace un engaño,
Y lo revuelve, y de nuevo
Lo para. Determinado
Le ostiga de frente el Conde;
Torna á embestir rebramando
El jarameño; parece
Que el caballo y caballero
Van á volar á las nubes,
Cuando de la fiera intactos
En primorosas corvetas
Se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
Bramido ronco lanzando,
Y desplómase en la tierra,
Haciendo de sangre un lago
Con el torrente que brota
Por la cerviz, do clavado
Medio rejon aparece,
Que el otro medio en la mano
Del noble y valiente Conde
Va al concurso saludando.
Por balcones y barandas,
Vallas, barreras y andamios,
Formando una riza nube,
Ondean pañuelos blancos;
Y, *¡viva!* el pueblo, repite,
Y los caballeros, *¡bravo!*
Y *¡qué galan!* las mujeres,
Haciendo lenguas las manos.
La Reina, que sin aliento
Los ojos desencajados
En jinete y toro tuvo,
Vuelve, ansiosa respirando;
«¡Qué bien pica el Conde!» dice,
Y, «muy bien,» los cortesanos
Repiten. El Rey responde:
«Bien pica, pero muy alto:»
Y en el rostro de la Reina
Clavó los ojos un rato.
Esta demudóse, y todos
Los señores de palacio,
En quienes opinion propia
Fuera un peregrino hallazgo,
Repitieron, no sabiendo
Lo que decian acaso,
Y de entrambas majestades
Queriendo seguir el rastro:
«Pica muy bien; mas debiera
Haber picado más bajo.»

Dos toros más se corrieron,
En que caballeros varios
Con gala y con valentía
Gran destreza demostraron;
Mas es pretender lucirlo
Despues del Conde gallardo,
Exceso del amor propio,
Cuyos esfuerzos son vanos.
Ser en punto medio dia
Las campanas avisaron
De Santa Cruz en la torre.
En su carroza á palacio
Retiráronse los reyes,
Tras ellos los cortesanos,
Y aquel inmenso gentío,
La plaza desocupando,
Se apiñó en arcos y puertas,
Haciendo un todo compacto,
Que por las primeras calles
Rompió, que luégo en pedazos
Por otras más dividióse,
Despues en grupos, que al cabo
Reducidos á familias,
Muy pronto se dispersaron.
Tal vez así se desagua
Un artificial pantano,
Cuando se abren las compuertas
Del malecon, y apretados
Torrentes por ellas salen,
Que luégo en arroyos varios
Se dividen, y se pierden
Finalmente por los campos.

ROMANCE SEGUNDO

LAS MÁSCARAS Y CAÑAS

Siguió el festejo á la tarde,
Y llenóse la gran plaza
Con el pueblo y con la corte,
Cual lo estuvo la mañana.
Magníficas son las fiestas
Que la régia villa paga,
Para celebrar el nombre
Del poderoso monarca.
De clarines y timbales
Al són que asorda las auras,
Y al de orquestas numerosas,
Que entonan guerrera marcha,
En órden y á lento paso
Numerosas mascaradas
Entran por partes distintas
Y al Rey y á la Reina acatan.
De los reinos diferentes
Que el reino forman de España,
Ostenta cada cuadrilla
Distintivos y antiguallas,
Arbolando un estandarte
Con el blason de sus armas;
Y de su música propia,
Al compás de las sonatas.
Mézclanse ligeras luégo,
Formando mímica danza,
En concertado desórden
De figuras ensayadas.
Los cascos y coseletes
De la indómita Cantabria,
De los fieles castellanos
Las dobles cueras y calzas:
Las fulgentes armaduras,
De los infanzones gala,
Del ligero valenciano
Los zaragüelles y mantas:
De chistosos andaluces
Los sombrerones y capas,
Y las chupas con hombreras
Y con caireles de plata:
Los turbantes granadinos,
Jubas, albornoces, fajas:
Los terciopelos y sedas
De vestes napolitanas;
De la Bélgica los sayos
Con sus encajes y randas,
Los milaneses justillos
Con las chambergas casacas,
Y las esplendentes plumas
Teñidas de tintas varias,
Con los arcos y las flechas
Que el cacique indiano gasta;
Forman un todo indeciso
Que cubre la extensa plaza
De movibles resplandores,
De confusion bigarrada.
Parece que está cubierta
Con una alfombra persiana,
Cuyos matices se mueven
Al conjuro de una maga.
Aquí añafiles moriscos,
Allí tamboril y gaita,
Más allá trompas guerreras,
Acá sonorosas flautas:
Las antárticas bocinas
En un lado, las guitarras
Y crótalos en el otro;
Los caracoles de caza
Forman estruendo confuso
En que ya el acorde falta,
Y que llenando el espacio
Aún más aturde que halaga.
Por fin, terminado el baile
Sepáranse las comparsas,
Y hácia lados diferentes,
En órden puestas, descansan.
Y cada una se dirige,
Segun la suerte la llama,
A saludar á los Reyes
Con solemnidad y pausa,
Y doblando la rodilla,
Ofrecen á su monarca
Un rico don de productos
De aquel reino que retratan.
Despejando luégo todas,
El circo desembarazan
A los nobles caballeros
Que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha
A un tiempo entraron galanas
Dos diferentes cuadrillas
Que á unirse en el centro marchan.
Compónese cada una,
Compitiendo en garbo y gala,

De doce nobles jinetes
Que de dos en dos avanzan.
  El conde de Orgaz, mancebo
De gentileza y de gracia,
Es caudillo de la una;
De la otra es Villamediana.
  Aquél, en caballo negro
Enjaezado de plata,
De terciopelo amarillo
Con celestes cuchilladas,
  Vestido sale: figura
Con argentinas escamas
Peto y espaldar, y azules
Lleva plumas y gualdrapa.
  Este, en un caballo blanco,
Cuya crin el oro enlaza,
Ostenta un rico vestido
De terciopelo escarlata:
  El arnés de hojuelas de oro
Y de rica seda blanca,
Con brillantes bordaduras
Los afollados y faja.
  Unidas las dos cuadrillas
Hácia el régio balcon ambas,
Al paso, la pista siguen
De los jefes que las mandan;
  Y el concurso en gran silencio
Curioso la vista clava
De los dos gallardos Condes
En las brillantes adargas;
  Pues logrando de discretos
Y de enamorados fama,
Interesa á todo el mundo
Ver las empresas que sacan.
  Es la de Orgaz una hoguera,
De la que el vuelo levanta
El fénix con este mote:
Me da vida quien me abrasa.
  Un letrero solamente
Es la de Villamediana
Que dice: *Son mis amores...*
Y luégo reales de plata
  Puestos cual si fueran letras,
Con que aquel renglon acaba.
La empresa de Orgaz la entienden
Todos, y aciertan la llama
  Que le da vida y le quema.
La del de Villamediana
Despierta más confusiones,
Aunque es en verdad bien clara.
  Propension funesta tiene
El jóven galan que alcanza
Favores de una señora,
A la par hermosa y alta,
  De publicarlos al punto
Y de sacarlos á plaza:
Vanidad de enamorados
Que en peligros no repara.
  Muchos el sentido entienden
Que las monedas declaran;
Mas por miedo disimulan
Y de explicarlo se guardan.
  Otros, necios, se calientan
Los cascos por descifrarla.
Son mis amores dinero,
Repiten; pero no cuadra
  Con el carácter del Conde
Esta explicacion villana.
Mis amores efectivos
Son, dicen otros: ¡bobada!
  Velasquillo el contrahecho,
Enano y bufon que alcanza,
No sin despertar envidia,
Gran favor con el Monarca,
  A disgusto de los Grandes
En el balcon régio estaba,
Malicias diciendo y chistes,
Con insolencia y con gracia.
  Y ó por faltarle su astucia
Entónces, ó porque trata
De vengarse del desprecio
Con que la Reina le acaba;
  O porque ve de mal ojo
Al noble Villamediana,
O por gusto de hacer daño,
Que es de tales bichos ansia,
  Dijo: «Ta, ta; ya comprendo
Lo que dice aquella adarga:
Son mis amores reales,»
Y soltó la carcajada.
  Trémulo el Rey y amarillo,
Y conteniendo la saña,
«¡Pues yo se los haré cuartos!»
Respondió al punto en voz baja.
  Lo oyó la Reina, y quedóse
Inmóvil como una estatua,
Pálida como la muerte,
Hecha pedazos el alma.

  Las cuadrillas empuñando,
En vez de robustas lanzas,
De cintas y oro vestidas
Leves quebradizas cañas,
  Se embistieron... Imposible
Es ya que encuentre palabras
Con que describir la fiesta:
Mi atencion la Reina embarga.
  ¡Pobre señora! Tampoco
Merece versos y fama
Tal diversion, ya reflejo
Débil, copia degradada

De las justas, que há dos siglos
Los caballeros usaban
Con gloria; que nunca gloria
En donde hay peligro falta,
Y en que las picas de guerra
Dobles petos abollaban;
No los juncos inocentes
Sedas, brocados y holandas.



ROMANCE TERCERO

EL SARAO

Miéntras que la monarquía
Se desmorona, y el borde
Toca de una sima horrenda,
Duermen en pueriles goces,
Entre placeres se aturden,
Deleites sólo conocen,
Sin cuidarse del peligro,
El rey de España y sus nobles.
Así una casa se quema,
Así desdichas atroces
Sobre una infeliz familia
El ciego Destino pone;
Y en tanto el imbécil rie,
Duerme el embriagado jóven,
Y el niño con sus juguetes
Es el más feliz del orbe.
Si alegre fué todo el dia
Con públicas diversiones,
Con saraos y luminarias
No lo fué ménos la noche.
El pueblo las anchas calles
En gozosas turbas corre,
Para ver iluminadas
Las casas de los señores.
En las plazas principales
Suenan músicas acordes,
Y farsas se representan
Del Rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro
Llenos están los salones,
De todo el fausto y la gala
Que son honra de la corte.
En los soberbios jardines
Brillan vasos de colores,
Que en el estanque reflejan
Formando guirnaldas dobles.
Un gran fuego de artificio
Las densas tinieblas rompe,
Y rastros de luz envia
A las celestes regiones:
De los rayos que le lanzan
Los nublados tronadores,
Dijérase que la tierra
Se estaba vengando entónces.
Varias encendidas ruedas,
Girando luégo veloces
En atmósfera de chispas,
Parecen mágicos soles;
Mas pronto en huecos tronidos
De humo blanco alzando un monte,
Se disipa, y desparece
Aquel giganton enorme
De luz, que ofuscó los astros,
Y que deslumbró á la corte,
Como trasunto ó emblema
Del orgullo de los hombres.

En el salon de los reinos,
Donde el trono de dos orbes
De oro y terciopelo estriba
En colosales leones,
El Rey está con las damas,
La Reina con los señores,
Y chocolate y conservas,
Y helados pasan en órden,
En marcelinas de oro
Y en bandejas, cuyos bordes
Lucientes piedras adornan,
En caprichosas labores.
En seguida se bailaron,
Al compás de alegres sones,
Las folías y chaconas,
Y áun zarabandas innobles.

De cada señora al lado
Sitio un caballero escoge,
Y en un cojin para hablarle
La rodilla izquierda pone.
Allí en animados grupos
Lo más rico y lo más noble
De Madrid y España asiste,
Y extranjeros de alto porte.
Estaban pues... ¿de qué sirve
Que el tiempo perdamos, nombres
Ya olvidados repitiendo,
Y que alcanzaron entónces
Boga por riqueza y sangre,
Mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
De amigos nuestros, de hombres
Que aún los vemos y tratamos,
Aunque há dos siglos que esconde
Sus cenizas el sepulcro,
Sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala
Estaba el famoso Lope,
El fénix de los ingenios,
Con el cabello y bigote
Blancos como pura nieve;
Y al través se reconoce
De sus clericales ropas
Que fué guerrero de jóven.
La insignia adorna su pecho
De la hospitalaria órden,
Y el fuego brilla en sus ojos
Que hace á los mortales dioses.
Con él habla un caballero,
Cabeza gorda, deformes
Los piés, de negro azabache
Melena y barba, mas noble
Aspecto: diciendo chistes
Está, y resuenan conformes
Carcajadas y áun aplausos,
En cuantos hablar le oyen.
Es don Francisco Quevedo,
A quien un clérigo torpe
Ya por la edad, ceceando
Y con malicias responde.
Ser el tal pronto se advierte
Don Luis Góngora y Argote,
Del nuevo estilo de moda
Inventor, columna y norte.
El padre Paravicino,
Que de sabio alto renombre
Goza, y á Madrid encanta
Por sus peinados sermones,
Tambien es del corro; y luégo
En él ufano ingirióse,
Aún tan niño, que en sus labios
Ni bozo se ve que asome,
Don Estéban de Villegas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores.
En una pausa del baile,
De Villamediana el Conde,
Que ha danzado con la Reina,
Alargó la mano á Lope,
Y como ingenio de marca
Entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
Su poema de *Faetonte*,
En aquel tiempo un prodigio,
Que hoy tiene apénas lectores;
Obra de perverso gusto
Y de hinchados clausulones.
Góngora, que envanecido,
Un adepto de alto nombre
Ve en tan claro personaje,
Sus encomios prodigóle.
Y todos lo celebraban,
Aunque yo decir no ose
Si sus versos aplaudian
O su favor en la corte.
Don Francisco Manuel Melo,
En quien se juntan las dotes
De historiador y poeta
Con los bélicos blasones,
Allí está, aunque taciturno:
Sin duda abriga temores
De que el duque de Braganza
Su osado intento no logre.
El gran don Diego Velazquez,
De pinceles españoles
Gloria, tambien conversaba
Con tan famosos autores;
Pero lo que dicen ellos,
Parece que apénas oye,
Porque de Rubens los cuadros
Con gran encanto recorre;
Y en aquel retrato ecuestre
Del Emperador, en donde
Apuró Ticiano el arte,
Los ojos árabes pone.

Tambien el Rey un momento
Afable al corro acercóse,
Hablando de una comedia
Que salió al público entónces,
Y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunque por cierto
Era un disparate enorme,

Todos dieron mil elogios
Y de portento renombre,
Pues que es obra del Rey mismo
No hay en Madrid quien ignore.
Ya muy tarde entró en la sala,
Saludos y adulaciones
Recibiendo del concurso,
Con aire altanero y noble
El Conde-Duque: se llegan
Los Grandes y Embajadores
Para hablarle, el rey Felipe
Con gran cariño le acoge;
Y con él, y con el Nuncio
Y un milanés enredóse
En importante coloquio,
Que su atencion régia absorbe.

La Reina, que en gallardía
A todas se sobrepone,
Y cuyos hermosos ojos,
Brillantes como dos soles,
En Villamediana tuvo
Clavados toda la noche;
Viendo al Rey y al favorito
Con aquellos dos señores
Extranjeros en consulta,
Que ha de ser larga supone
La conversacion, notando
Que hay vivas contestaciones.
Más atenta al Conde mira,
Le hace una seña, y veloce,
Aunque con gran disimulo,
De la sala retiróse,
De una danza numerosa
Que empezó la gente jóven
A enredar, aprovechando
La confusion y el desórden.
Conoció al punto la seña
El favorecido Conde,
Que amantes favorecidos
La más pequeña conocen.
Pero no son ellos solos:
Tambien ¡ay! de ellas se imponen
Los celosos... el Monarca
La seña fatal recoge.
A salir Villamediana
Siguiendo su amado norte,
Iba por distinto lado
Del salon, cuando turbóle
El ver al Rey furibundo
Que con miradas atroces,
Ojos cual los de un fantasma,
En él sin quitarlos pone.
Sobrecogido, de mármol,
Ni á dar un paso atrevióse,
Y trabó, disimulando,
Un altercado con Lope.

ROMANCE CUARTO

FINAL

En aquella galería,
Adornada de arabescos
Y follajes primorosos,
Con oro y esmaltes hechos,
Y cuya baranda rica
Daba hácia el jardin pequeño,
En que el caballo de bronce
Estuvo por largo tiempo;
Sin más luz que la que esparce
La luna en mitad del cielo,
Esperando á álguien la Reina,
Está turbada y con miedo.
Del concurso de la danza
Y de la orquesta el estruendo,
Que los salones ocupa,
Oye resonar de léjos;
Y aunque sabe que notada
Ha de ser su ausencia presto,
Por dar al conde un aviso
Atropella todo riesgo.
Siglos los instantes juzga
Con mortal desasosiego,
Y en el barandal dorado
Palpitante apoya el pecho.
Mira al ecuestre coloso,
Inmóvil, oscuro, enhiesto,
Entre laureles y murtas,
Y tiembla ¡infelice! al verlo.
Alza á la pálida luna
Los ojos de llanto llenos,
Y se extravia su mente
Por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
Como fantasma ó espectro,
En el corredor entróse
La parte oscura siguiendo,
Un hombre embozado: llega
Por detrás en gran silencio
A la Reina, que, de espaldas
Estando, no pudo verlo,
Y le tapa el noble rostro
Con dos manos como hielo;

Pero delicadas manos
Que agita un temblor ligero.
¿Quién pudiera aproximarse
A dama de tal respeto,
Sino el amante dichoso
Con tan inocente juego?
Así lo pensó ella misma,
Pues aunque al primer momento
De sorpresa lanzó un grito,
Pronto sobre sí volviendo:
«Déjame, Conde, prorumpe
Con dulces lánguidos ecos;
No es esta ocasion de burlas,
Pues es de infortunios tiempo.
»Déjame, y escucha, Conde.»
Libre la dejan en esto
Las manos que la cegaban,
Y se encuentra sola, ¡cielos!
Con su marido, que arroja,
Por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
Mas tienen el privilegio
Las hembras del disimulo,
Y en los críticos encuentros
Mucha mayor agudeza
Que el hombre de más ingenio.
Al oir que el Rey pregunta
Con voz como voz de infierno:
«¿Yo Conde?... ¿yo?—En sí tornando
La Reina, responde presto:
«Sí, señor, de Barcelona...
Y se complace mi pecho
Con tal título, afirmado
Con vuestro poder y esfuerzo,
»Despues que habeis reprimido
La rebelion de aquel pueblo.»
Quedó pasmado el Monarca:
«Discreta sois por extremo,
»Repuso, y tras pausa leve,
Mas ¿qué infortunios tenemos?»
Ya alentada la señora,
Pues siempre el paso primero
Es el trabajoso, dijo:
«No faltan, Señor, por cierto:
Dígalo Flandes perdida,
Y de Nápoles los reinos,
»Donde un ambicioso intenta
Arrebatarnos el cetro;
O Milan, donde la peste
Está tanto estrago haciendo;
»Y Portugal vacilante,
Do traidores encubiertos...»
Aquí atajóla Filipo
Con voz de lejano trueno:
«Basta pues, basta, señora;
Sois francesa, bien lo veo;
Teneis interés muy grande
En mi honor y en el del reino.
»Vereis que uno y otro al punto
Para aquietaros sostengo,
Y que lavaré con sangre
La mancha que advierta en ellos.»
Calló, y una atroz mirada
Con el rostro descompuesto,
Que pareció más terrible
De la luna á los reflejos,
Clavó en la Reina; mirada
Que destrozó aguda el seno
De la infeliz, pues temblando
Cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
Vuela ó se deshace un sueño,
Desapareció el monarca:
Fué á su cámara en silencio,
Tocó un silbato de oro,
Que tuvo mágico efecto,
Pues salió de los tapices,
Al silbido obedeciendo,
Por una encubierta entrada
Un humilde ballestero,
Cual espíritu maligno
Que al conjuro está sujeto.
Era el favorito oculto
Del Rey: ambos un momento
Hablaron con tal sigilo,
Que el labio apénas movieron.
Solo al irse el confidente,
Se oyó decir al Rey esto:
«Asegura bien el golpe,
Y si has de vivir, secreto.»

Al sarao y á los salones
Tornó Filipo muy presto:
Aunque pálido el semblante,
Tranquilo y tal vez risueño,
Volvió á hablar al Conde-Duque,
El cual como astuto y diestro,
Que su Señor encubria
Conoció cuidados nuevos.
Al cabo de corto rato
Anuncióse que en su lecho
La Reina indispuesta estaba,
Y se dió fin al festejo.
Sucedió al bullicio alegre,
Al són de los instrumentos
Y á la confusion festiva,
El más profundo silencio.

Los cortesanos al punto
Las actitudes y gestos
Dejaron de la alegría,
Y tomaron los del duelo,
Y á vaciarse los salones
Comenzaron del inmenso
Concurso, que los llenaba
De galas, vapor y estruendo.
Villamediana confuso,
De inquietud funesta lleno,
Al retirarse saluda
Al Monarca con respeto,
Y este con una sonrisa
Lo deja aterrado y yerto;
Miéntras afable despide
A los otros palaciegos.

De la desdichada Reina
La favorita corriendo
Sale por las antesalas,
Busca al Conde sin aliento,
Penetra la muchedumbre,
Le hace señas desde léjos:
Al fin le alcanza, va á hablarle,
Un papel lleva encubierto;
Cuando se para y se hiela,
Al Rey de repente viendo:
Tal queda liebre cobarde
De la serpiente al aspecto.

El gran tropel que desciende
Las escaleras, violento
Arrastra á Villamediana,
Que va delirante y ciego.
Su carroza no parece.....
En la de Orgaz toma puesto,
Y ambos Condes por las calles
(Que aún no estaban, cual las vemos,
Alumbradas con faroles)
Veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
Una voz: *¡Conde!* El cochero
Para al punto los caballos,
Pregunta Orgaz desde dentro:
«¿A cuál de los dos?» De fuera
«Villamediana» dijeron.
Villamediana al estribo,
Juzgando que es mensajero
De la Reina quien lo llama,
Sacó la cabeza y pecho;
Y al punto se lo traspasa
Una daga de gran precio
Con tal furor, que á la espalda
Asomó el agudo hierro.
Cayó el herido en el coche
Un mar de sangre vertiendo,
Y de su amigo en los brazos
Al instante quedó muerto.

París, 1833.





EL CUENTO DE UN VETERANO

INTRODUCCION

¡Oh! ¡cuán grato es el oir,
Allá en el hogar paterno,
Las largas noches de invierno,
Entre el cenar y el dormir,
Al veterano charlar,
Y sus pasadas campañas,
Envueltas con mil patrañas,
En rudo estilo contar!
En nuestra niñez primera
Embebidos lo escuchamos,
Sin que una frase perdamos,
Ni una palabra siquiera.
Y la peregrina historia
Se queda como grabada
Y jamás la borra nada
De nuestra tierna memoria.

Un veterano alcancé
Que en Italia combatió,
Y que en Veletri se halló,
Donde mal herido fué.
Y muy niño, allá en mi tierra,
Recuerdo haberle escuchado,
De sus palabras colgado,
Sucesos de aquella guerra.

Fuera el tiempo bueno ó malo
Todas las noches venia,
Y desde léjos se oia
Sonar su pierna de palo.
Era como una estantigua
Con desarrapado traje
Y restos del equipaje
De un militar á la antigua.
Del cortijo en el hogar
Muy orondo se sentaba,
Y la gente se agolpaba
En torno de él á escuchar.
Tras un sorbo de aguardiente
Encendia su cigarro,
Y de su voz de catarro
Se desataba el torrente.
Ya un asalto referia,
Estropeando los nombres
De reinos, castillos, hombres,
Mas nada le detenia.
Ora un combate, ora un duelo,
Ya el valor de un camarada,
De una patrona burlada
El amargo desconsuelo,
De un coronel el rigor,
La astucia de un asistente,
El triste fin de un valiente,
Las diabluras de un tambor.

Y una guitarra tocando
Cantaba tambien romances,
Con tal voz, y tales lances,
Que nos dejaba temblando.
De robos y apariciones
Varios casos repetia,
Y costumbres, que decia
Ser de lejanas naciones.
Y siempre cosas extrañas,
Jurando á fé de soldado
Todo haberlo presenciado
En sus gloriosas campañas.
Una noche nos contó
Cierta peregrina historia,
Que está fija en mi memoria
Y que á referir voy yo.

ROMANCE PRIMERO

EL AYUDANTE

El Marqués de Castelar
Entró triunfador en Parma,
Con las valerosas tropas
De Nápoles y de España.
Estas van á la cabeza,
Aquellas á retaguardia,
Y de lauro inmarcesible
Y gloria cubiertas ambas.
Desde Veletri venciendo,
Y enmendando aquella falta,
Las águilas imperiales
Van ahuyentando de Italia.

La ciudad, que á los Borbones
El más puro amor consagra,
Y que el dominio detesta
De los Príncipes del Austria,
Cual libertadoras mira
A aquellas huestes bizarras,
Y con *vivas* de entusiasmo
Las recibe y las aclama.
El alto cielo ensordecen
Las sonorosas campanas,
Y á los valles y á los montes
Las músicas y las salvas.
Brillan en los balconajes
De las calles y las plazas
Ricos damascos y estofas,
Pabellones y guirnaldas.
Y aún más el vistoso arreo
De las lindas parmesanas
Ornadas de ricas joyas,
Vestidas de nobles galas.
Y hierve inmenso concurso
De la plebe alborozada,
Estrechando la carrera
Por donde las tropas pasan.

El primero que desfila
Al són de bélica marcha,
Es el regimiento insigne
De las españolas guardias:
De firme lealtad ejemplo
A sus jurados Monarcas,
Modelo de disciplina
Y de arrojo en las batallas.
De Castilla los pendones,
De tanta victoria y tanta
Gloria ya nuncios, ya emblemas,
Siguen con noble arrogancia.
Y oficiales y soldados
La atencion pública llaman,
Por su belicoso porte,
Por su merecida fama.

En un cordobés morcillo
Que con espumas de plata
El pretal, brazos y pechos,
Respirando fuego, esmalta,
Recorre las compañías,
Y de un lado al otro pasa
Gallardo, vivaz, activo,
Don Juan Enriquez de Lara,
Del regimiento ayudante,
Y de tan noble y gallarda
Presencia, que por los ojos
Entra á conquistar las almas.
Esclarecido linaje,
De los mejores de España
Era el de este caballero,
Y su riqueza extremada.
En la miés de bayonetas
Se descubre su cucarda,
Como suele en la de espigas
Una amapola lozana.
De las mujeres los ojos
Doquier síguenlo, y se clavan
En su rostro y en su talle,
En su garbo y en su gracia.
Su edad á los cinco lustros
De seguro, aún no llegaba,

Pues sus facciones guarnecen
Aún más bien bozo que barba.

En rondas y en desafíos,
En pendencias y en batallas,
O con razon ó sin ella,
Siempre era un rayo su espada.
Y aunque bueno, calavera,
Y de ligereza tanta,
Que cuanto se le ocurria
Sin reparo ejecutaba.
En juego y en francachelas,
Y en aventuras galanas,
Liberalmente expendia
Sus pingües rentas de España.
Era un caballo sin freno,
Un demonio en carne humana
En tratándose de amores,
En petándole una dama.
Siendo ya tantos los lances
Que en su tierna edad contaba,
Que era su famoso nombre
Conocido en toda Italia.
Y en las calles y balcones
Lo reconocen por fama,
Y en todas partes se escucha:
Ese es don Juan,—Ese es Lara.

ROMANCE SEGUNDO

EL ALOJAMIENTO

En sus cuarteles dejando
Recogidas á las tropas,
Los oficiales y jefes
Sus alojamientos toman.
Y por las plazas y calles
Pasan, cruzan y se informan
De los números y casas,
Y de si hay lindas patronas.
Coge don Juan su boleta,
Donde está la casa anota,
Y en su fogoso morcillo
Para buscarla galopa.
Al paso dice requiebros
A las niñas que se asoman
A los balcones, donaires
A camaradas que topa;
Atropella á los paisanos,
Y las mesillas trastorna,
Al atravesar la plaza,
De las pobres vendedoras.

A su alojamiento llega,
Que es una casa de forma
Donde un caballero anciano
Muy noble y muy rico mora.
Mas en ella no hay mujeres,
Lo que á don Juan incomoda,
Recetando al boletero,
Por esta falta, una soba.
—Cortés el patron recibe
Al huésped, que en su persona
Urbanidad y despejo
Fina educacion denota.
Y en una vivienda rica,
Do nada falta, le aloja,
Rogándole honre su mesa,
Y que cual dueño disponga.
Lara admite agradecido
La invitacion obsequiosa,
Y con frases cortesanas
Corresponde á tales honras.

Solo ya con su asistente
Se lava, atilda y adorna,
Y por registrar la calle
A los balcones se asoma.
No era la calle muy ancha,
Y estaba desierta y sola,
Por ser más de mediodia,
Que era de comer la hora.
Son las fronteras paredes
Las de un convento de monjas,
Cuya principal fachada
De arquitectura grandiosa,
A la plaza daba donde
Hicieron alto las tropas
Con sus bandas y banderas,
Y marciales ceremonias;
De los altos miradores
Viéndolo las religiosas,
Que no están como en España
En reclusion tan angosta.
Las espaldas del convento,
Frente á la casa en que mora
Don Juan, daban pues, y en ellas
Ventanas y claraboyas,

Con espesas celosías,
Que á las miradas curiosas
De imprudentes libertinos
El osado paso estorban.

Hácia una de estas ventanas
Maquinalmente se tornan
De Lara los negros ojos,
Que fuego mágico brotan,
Y al través de los estorbos
Juzga ver alguna cosa,
Como un bulto negro y blanco,
Que su atencion fija y roba.
—No se engañó. En el momento
Ve que unos dedos asoman
Por entre las celosías,
Y oye una tos sospechosa,
Y una voz sumisa luégo
Que claro le llama y nombra;
Y él corresponde con señas,
Pues el gozo le rebosa,
Pensando que una aventura
Rara se le proporciona;
Y de cierta ilustre jóven,
A quien ha burlado en Roma,
Recuerda haber entendido
Tener una hermana monja,
Que en un convento de Parma
Amargas lágrimas llora:
Pues allí la sepultaron,
No vocacion fervorosa,
Sino viles procederes
De un galan que la abandona.
Luégo oye que le preguntan:
«Decid, ¿la calle está sola?»
La registra con los ojos,
Y contesta: «Sí, señora.»
Y al punto una celosía
Se entreabre, y una persona
Que ver no pudo, tiróle
Un papel que el aire corta.
Cerrándose aquel resquicio
Con rapidez, sin que sombra
Ni nada á notarse vuelva
Detrás de la claraboya.

Coge el papel, que traia
Dentro una medalla tosca
Sólo como lastre ó peso,
Que era avisada la monja,
Y con un lápiz escritos
En limpia y gallarda forma,
Lara estos renglones halla,
Que con los ojos devora:
«Estaria tan ufana
»Con vuestro ligero amor,
»Como sumida en dolor
»Con vuestro olvido, mi hermana.
»Pues no es abultada, no,
»De vuestro porte galan
»La fama, señor don Juan,
»Que hasta mi celda llegó.
»Quiero que me conozcais,
»Y verme no os pesará;
»Sólo en vuestra mano está,
»Si de servirme os dignais.
»Esta tarde al coronel
»Da, de vuestro regimiento,
»Un agasajo el convento,
»Venid, si os place, con él.
»Y en viendo una monja allí
»Con una rosa en la mano,
»Yo soy, yo, que... Pero en vano
»Es deciros más aquí.
»Por fuerza encerrada estoy,
»No tengo ni un protector,
»Y sólo en vuestro valor
»Humilde á buscarlo voy.
»Otro papel tendreis luégo
»Dentro de un escapulario
»Que os pondrá el mismo Vicario,
»¡Tened disimulo, os ruego!
»Y sabed... Mas basta ya.
»Sois hidalgo, sois discreto,
»Sois español... el secreto
»Impenetrable será.»

ROMANCE TERCERO

EL REFRESCO

En un bajo locutorio
Que adornan hermosos cuadros,
Y muebles de terciopelo
En forma de regio estrado,
Está el Coronel de Guardias
Con su cruz de Santiago,
Y con su azul uniforme
De galones y entorchados.

El capellan le acompaña
De su regimiento, cuatro
Capitanes ya machuchos,
Y el ayudante bizarro.
Del convento la Prelada,
Parentesco, aunque lejano,
Con el Coronel tenia,
Y ha dispuesto agasajarlo.
Y su adhesion y obediencia
Al vencedor con tal acto
Manifestar, porque puede
Convenirle en todo caso.
Dos modestos sacerdotes,
Y del convento el Vicario,
Los honores de la casa
Haciendo están muy ufanos.
Y con melífluos semblantes
Al Coronel adulando,
Y segun las graduaciones
A todos los convidados.

De bronce dorada reja
Cierra el anchuroso espacio:
Lindero entre Dios y el mundo,
Término entre el siglo y claustro.
Y detrás está extendido
Un cortinon de damasco,
Miéntras acuden las monjas,
De quienes suenan los pasos.
—Descórrese la cortina,
Despues de muy breve rato,
Y la comunidad toda
Descúbrese al otro lado.
Fórmanla unas veinte monjas,
Que con los velos echados,
Y con las túnicas blancas,
Y con los oscuros mantos,
Dan á la reja el aspecto
De algun espejo encantado,
Donde un coro de fantasmas
Se ve al conjuro de un mago.

La Prelada alzóse el velo
Con señoril porte y garbo,
Descubriendo un noble rostro,
Pero ya sexagenario.
Al Coronel un cumplido
Hace oportuno, aunque largo,
Y manda á las religiosas
Alzar los velos opacos.
De varios gestos y edades
Al descubierto quedaron
Los semblantes compungidos,
Todos modestos y gratos.
Uno habia como un cielo,
De tanta beldad y tanto
Atractivo, grave y noble,
Que no es fácil ponderarlo.
Tez de nácar, y dos ojos
Como poderosos rayos,
Y los dientes como perlas,
Y como coral los labios.
Y una palidez, y un todo
Tan perfecto y sobrehumano,
Que sin humillarle el alma
Era imposible mirarlo.
Esta linda religiosa,
Este prodigio, este encanto,
Una rosa nacarada
Llevaba en la diestra mano.
Con lo que Lara los ojos
Clavó y cebó en ella incauto,
Conociendo ser aquella
La que pretende su amparo.
Quedó como queda el ave
Bajo el prestigio tirano
De los ojos de la sierpe,
De quien va luégo á ser pasto.

La Prelada muy oronda
Y con gran despejo hablando,
Refirió á los circunstantes
Las misas y los rosarios
Que por los Reyes Borbones
El monasterio ha aplicado;
Y las predicciones cuenta
De varias santas y santos,
Que aseguran el dominio
De Italia en Felipe y Cárlos:
Por ser de la madre Iglesia
Hijos predilectos ambos.
Y luégo las monjas todas,
Ora en tiple, ora en contralto,
Mil sandeces refirieron,
Mil tontunas preguntaron,
Que con rubor escuchaban
Los clérigos y el Vicario,
Retozándoles la risa
A los otros en los labios.

La que no habló una palabra
Indiferencia afectando,
Fué la hermosa, que el extremo
Ocupaba de un escaño.
Si era pasmoso su rostro,
Su talle era tan gallardo,
Que ni las ropas monjiles
Lograban desfigurarlo,

Bien que aun en ellas habia
Ya negligencia, ya ornato,
Una y otro disonantes
Con la austeridad del claustro.
Y tambien su alta belleza
Demostraba á veces algo
Como descompuesto, inquieto,
Incomprensible y extraño.
Ya retorciendo de pronto
Como convulsos los brazos,
Ya revolviendo sus ojos
Como bizcos y encontrados,
Ya frunciendo el entrecejo,
Ya mordiéndose los labios;
Pero todo pasajero,
Rapidísimo, instantáneo.
Haciendo el desagradable
Efecto, que en un buen cuadro,
La cabeza de una santa
De Murillo ó de Ticiano,
Que al resplandor de una vela
Se está de noche mirando;
Si á un soplo de viento oscila
La luz, y todos los rasgos,
Sombras, perfiles y toques,
Se pierden, haciendo acaso
Instantáneamente un monstruo
Del más prodigioso encanto.

Un exquisito refresco
De almíbares delicados,
De sorbetes y bizcochos
Sirvióse con aparato,
En su vajilla de plata,
Y en sutilísimos vasos
De fábrica de Venecia
Con cifras de oro y con ramos.
Del locutorio ambas partes
Fáciles comunicaron
Dos tornos, que revolvian
Veloces á todos lados.
Dentro servian las legas,
Demandaderos y hermanos
Afuera, obedientes todos
A la Prelada y Vicario.

Mediada estaba la tarde,
Bajaba el sol al ocaso,
Y ser la hora de la lista
Los tambores avisaron.
El Coronel levantóse
Como militar exacto,
Obedeciendo al momento
De las cajas el mandato.
Y con palabras corteses
Demostrándose obligado
Al convento y á las monjas
Por su afecto y agasajo,
Se despide; y les ofrece
La proteccion del muy alto
Infante, que de las tropas
Coligadas tiene el mando.
La Prelada entónces dice
Muy obsequiosa: «Anhelamos
Yo y mis hijas, que un recuerdo,
Militares tan cristianos
»Lleven, oh señor, consigo,
Y que pueda ser acaso,
Como impenetrable escudo,
Bueno en batallas y asaltos.»
Y volviéndose á la linda
Con noble desembarazo,
«Traed (prosigue) á estos señores
Del monasterio el regalo.»

Despareció, y al momento
Tornó la hermosa, en las manos
Trayendo un rico azafate
Con cartas y escapularios.
Pasó el azafate el torno,
Y el reverendo Vicario,
Siguiendo como discreto
La graduacion y los años,
Fué de cada concurrente
En el cuello colocando
Aquella señal bendita,
Y poniéndole en la mano
De hermandad sellada carta,
Por la cual de los sufragios
E indulgencias del convento
Gozarian como hermanos.
Pero ¡oh Dios! hay una carta
Que no tiene escapulario,
Y sin él, como el más jóven
Y el ménos condecorado,
Queda don Juan, lo que pone
En gran apuro al Vicario.
Y lo nota la Prelada,
Que dice en tono muy agrio:
«Dios os valga, hermana mia,
Y qué mal habeis contado...
Os pierde tanta viveza...
Id por otro escapulario.»
Corre la hermosa, figura
Que donde están va á buscarlo,
Y torna al punto con uno
Que tenia preparado.

Lo presenta á la Prelada,
Esta se lo da al Vicario,
Que en el cuello del mancebo
No retarda el colocarlo.

Y el Coronel se retira
A la Prelada encargando
Que el regimiento encomiende
A Dios y á todos los santos.

ROMANCE CUARTO

UN COMPROMISO

«Si á una principal mujer
»Oprimida, desdichada,
»Contra su gusto encerrada,
»Quereis, señor, proteger,
»Esta noche, pues no hay luna,
»A la pared de la huerta,
»Que da á una calle desierta,
»Venid, solo, al dar la una.
»Y á la parte en que un ciprés
»Descuella, hallareis subida,
»Que por allí carcomida
»La tapia está, y baja es.
»Y por dentro una escalera
»Ya colocada estará,
»Que fácil paso os dará
»A do mi afan os espera.
»Mi humilde historia sabreis,
»Y entónces, cual caballero...
»Nada exijo, nada quiero,
»Sino que me oigais y obreis.
»Me parece inoportuno
»A un español militar,
»A un hidalgo, asegurar
»Que no corre riesgo alguno.
»Y encargarle por su honor
»Que eterno el secreto guarde.
»No puedo más, que es muy tarde,
»Hasta la noche, señor.»
Esto la carta decia
Que don Juan con ansia grande
Sacó del escapulario
Donde nunca debió hallarse.
Y que leyó varias veces
Como si acaso dudase
De que ser cierto pudiera
Un empeño tan notable.

Encerrado en su aposento
Está como delirante,
Midiéndolo á largos pasos
Y lo que ha de hacer no sabe;
Que es el violar la clausura
Sacrilegio formidable
Piensa, y se detiene un punto,
Mas luégo pasa adelante.
Y la beldad de la monja,
Y su discrecion y talle,
Y la opresion en que gime,
Y su arrojo de citarle
Recuerda, y ya se resuelve;
Cuando le ocurre lo grave,
Lo criminal, lo espantoso
Del paso á que va á arrojarse,
Que no hay momento seguro
De existencia en los mortales,
Y que la Justicia eterna
Todo lo castiga y sabe.
Va á desistir. Mas le asusta
Que la nota de cobarde,
Si no acomete la empresa,
Con la dama ha de quedarle.
Y en su edad, salud y brio
Juzga estar léjos el trance,
En que basta arrepentirse
Al hombre para salvarse.
A su siniestra un demonio
Tiene, y á su diestra un ángel,
Que él no ve, pero que escucha
Aunque le hablan sin hablarle.
¡Ay de Lara! El pecho cierra
Al bálsamo saludable,
Y al mortífero veneno
¡Triste humanidad! lo abre.
«Iré, vive Dios, lo juro,»
Alto exclama; que aunque nadie
Con él esté, bien conoce
Que le contradice álguien.

La ciudad un gran sarao
A los jefes y oficiales
Daba aquella noche misma
Con música, cena y baile.

Y Lara asiste un momento,
De su ligero carácter
Dando, como siempre, pruebas,
Esmerado en porte y traje.
Pero hubieran advertido
Unos ojos penetrantes,
Que en su locuaz alegría
Y movimientos marciales,
De afectado y violento
Daba muestras su semblante,
Porque voces interiores
No cesaban de asustarle.

Era media noche en punto
Cuando dejó Lara el baile,
Y dos veces volver quiso
Al verse solo en la calle.
Mas resuelto, va á su casa
Do toma su capa, y sale
Seguido de su asistente,
A quien mandó acompañarle.
Por la ciudad, que dormia,
Sin que otro rumor sonase
Que el eco de los violines
O de algun buho los ayes,
Vaga el jóven como loco,
Porque el demonio y el ángel
Dentro de su mismo pecho
Aun empeñados combaten.
Del Eterno los juicios
Santos son é inescrutables.
Sonó en el reloj la una
Y decidióse el combate.

Lara del convento llega
A los humildes tapiales,
Que allí aguarde á su asistente
Manda, y decidido parte.
El ciprés erguido mira,
Que taladrando los aires
Aparece entre las sombras
Vago, aterrador gigante.
La pared registra, advierte
Derruidos los sillares
De la planta, los ladrillos
Descarnados, desiguales.
Tienta, y ve que ofrecen paso,
Y que aun ya lo han dado ántes;
Audaz trepa, y en la barda
Llega pronto á cabalgarse.
Le pasma el hondo silencio
Y la oscuridad fragante
De aquel huerto, que domina
Sin ver nada. Escucha el suave
Murmullo de agua corriente,
Y de las hojas que el aire
Mece con su dulce soplo...
¡Ay! aun puede retirarse.
Mas no se retira. Encuentra
Cerca con los dos varales
De una escalera de mano.
En ella logra afirmarse;
Desciende sin saber dónde,
Y al tocar la tierra, sale
De detrás de un tronco, un bulto
Que por el brazo le ase
Con una mano convulsa;
Y una voz, que apénas sabe
Si es voz, le dice: *Seguidme*,
Y anda el bulto sin soltarle.
Por la confusion medrosa
De tinieblas impalpables
A tal hora, con tal guía,
Y sin saber á qué parte
Va Lara, como caminan
Tras su destino inmutable
Sin verlo, del ciego mundo
Por las sombras, los mortales.



ROMANCE QUINTO

LA MONJA



De una reducida celda
En el estrecho recinto,
Que un claro velon alumbra
Encima de un pajecillo,
Se encuentra confuso Lara,
Cual por encanto metido
Con la misteriosa guía
Que le ha llevado á aquel sitio.
Mira en derredor, y encuentra
A un lado un lecho muy limpio,
Al otro un reclinatorio
Y sobre él un crucifijo;
Dos muy capaces armarios
De nogal negro, un antiguo
Escritorio, y taburetes
Por la pared repartidos.
Y en medio un bufete halla
Cubierto de mantel fino,
Con tortas, bizcochos, dulces,
Conservas y pastelillos,
Dos copas y dos redomas,
Que una de agua, otra de vino,
Parecen, y dos cubiertos
Todo muy pulcro y prolijo.
La vista en seguida clava
En quien allí le ha traido,
Que ya al descubierto ostenta
De su porte el atractivo.
Y si pensó aquella tarde
Que era un sol el rostro lindo
De la monja, ahora lo juzga
Un encantador prodigio.

Depuestos el velo y manto
Descubre todo el hechizo
De su esbelto y noble talle,
De su donaire y su brio.
Y como no la contienen
Los importunos testigos,
Que acaso en el locutorio
De sus gracias fueron grillo,
Ostenta todo el tesoro
Que el cielo donarle quiso
De belleza y gallardía,
Y el de sus modales finos.
Con sonrisa seductora
Y con ojos expresivos
Se acerca á don Juan, que mudo
Se ve cual jamás se ha visto.
Le ase amorosa una mano,
Y «Descansad, señor mio,
Tomad algun refrigerio,
Y estad seguro y tranquilo,»
Le dice. Blanda le acerca
A aquel bufete provisto,
Y le ruega que se siente
Con gran ternura y cariño.

Lara torna en sí, se esfuerza,
Recobra el genio nativo,
Y lo pasado y futuro
Dando ligero al olvido,
De su temor se avergüenza,
Sonrójase de sí mismo,
Y de sólo lo presente
Entrégase á los delirios.
Y «No extrañeis, ó señora,
O sol, ó encanto divino,
(Dice) se muestre cobarde
Con su señora el cautivo.
»Ni que dude de tal dicha
Quien de ella se juzga indigno,
Y piensa que es el juguete
De un ensueño fugitivo.
»Un volcan arde en mi pecho,
Su fuego sólo respiro,
Y jamás sentí en el alma
Más delicioso martirio.
»Vos sola, vos...» Levantóse
Tan resuelto de improviso,
Que atrás la monja dos pasos
Dió con ademan esquivo;
Y lanzando una mirada
De indignacion y desvío,
En tono grave y resuelto
«Teneos, ¿qué haceis?» le dijo.

El militar arrogante,
Aterrado y confundido,
A ocupar volvió su silla
Más humilde que un novicio.
Pasmado de que un semblante
Pueda tener tal prestigio,
Que baste á imponerle freno
A tal hora y en tal sitio.

La monja, ya asegurada
De que tiene poderío
Para anonadar los planes
De aquel audaz libertino,
Torna á desplegar astuta
Sus encantos y atractivos.
Siéntase enfrente de Lara,
Y en él ambos ojos fijos,
Le alarga un tierno bizcocho
Y le excita el apetito,
Diciéndole que ella misma,
Con cuidado muy prolijo
Lo ha elaborado anhelosa,
Del dulce más exquisito,
Para regalo del huésped
Que en su socorro ha venido.
Lara otra vez recobrando
Su suelto y marcial estilo,
Lo come, y aun otro toma,
Lo que da gran regocijo
A la engañadora maga,
Que echa en una copa vino
Y le dice: «Este es regalo
Que la Navidad me hizo
Mi hermana, señor, mi hermana;
Apurad gozoso el vidrio,
Y gane el licor por suyo
Lo que pierda por ser mio.
—Brindemos por ella entrambos»
(Contesta don Juan), y fino
Va á servirle en la otra copa.
Mas ella estórbalo, y dijo:
«Brindaré con agua pura,
Que aunque es muy suave este vino,
Por no estar acostumbrada
Pudiera serme nocivo.»
Don Juan el agua le sirve,
Y bebe ella al tiempo mismo
Que el otro el bálsamo apura,
Que era añejo y exquisito.
«De Chipre es, y es excelente
(Dice don Juan), vive Cristo.
—El comendador de Malta,
Que vos conoceis, mi tio,
»En su galera lo trajo
Cuando volvió del Egipto,»
Contestó la religiosa
Con un gracioso remilgo.
«Es un néctar» (dice Lara),
Y otra copa llenar quiso,
Mas la monja le detiene
Con un afable sonriso,
Diciéndole: «La cabeza
Fuerza es conservar y el tino,
Que aun nos queda que hacer mucho
Y es el tiempo fugitivo.»
Lara aquella mano toma,
Que le ataja, y expresivo
En ella imprime los labios,
Y se da por convencido.

La monja se alza, y severa
«Señor don Juan, es preciso
(Dice) no perder momento
Y que se cumpla el designio
»Con que os he dado esta cita,
A que habeis correspondido.
Vais á hacer un gran viaje,
Para hacerme un gran servicio.
»Y por ahorrarme palabras,
Y que sepais por vos mismo
Mis más ocultos secretos,
Y la proteccion que exijo,
»Abrid aquel grande armario,
No vacileis, os suplico,
Y ayudadme cual valiente:
Abridlo, don Juan, abridlo.»
Subyugado por el tono
Del mandato imperativo,
Y por demostrar que nada
Atemoriza su brio,
Va don Juan, abre el armario,
Y á sus piés cae al abrirlo,
De un caballero el cadáver
Con ricas ropas vestido.
Queda helado, queda mudo,
Queda trasformado en risco,
En tan espantoso objeto
Los ojos clavados, fijos.
Cuando oyó la voz tremenda
De la monja, que el rugido
Le parece de una tigre,
O de voraz hiena el grito,
Que de este modo le explica
Hallazgo tan imprevisto,
Alumbrando con un rayo
Aquel ciego laberinto.

«Ese objeto que os asombra
Una víctima es, don Juan,

De su infame alevosía,
De su perfidia falaz.
»Un ejemplo de que nunca
Hembras de mi calidad
Los engaños y traiciones
Sin venganza sufrirán.
»Con sus fingidas palabras,
Ese, que no es nada ya,
Logró rendir mi altiveza,
Logró oprimir mi beldad,
»Logró encender en mi pecho
Un infierno, no un volcan;
Y un gran pecho no se inflama
Impunemente jamás.
»Mi amor, que era inapreciable,
Pagó con iniquidad,
Y mis grandes sacrificios
Con un engaño infernal.
»Ante Dios, en los altares,
Con otra (que no es mi igual
En sangre ni en hermosura,
Pero que en ventura es más)
»Ligó su suerte; poniendo
Entre él y yo por su mal,
Un insuperable monte,
Un embravecido mar.
»Lloré, maldijé, encontréme
De la muerte en el umbral,
Que la violencia del golpe
Me hundió en una enfermedad.
»Y por no ser el objeto
De la burla general,
De los sarcasmos del mundo,
De la charla popular,
»Me encerré en estas paredes;
Donde he sabido pasar,
Preparando mi venganza,
Tres largos años en paz.
»Y la he logrado.—El aleve
Vino por casualidad
De esta asoladora guerra
Abrigo en Parma á buscar.
»Lo supe, todos sus pasos
Hice perseguir sagaz,
El señuelo de un billete
Atrajo su liviandad;
»Y por esa tapia misma
Que os abrió paso, don Juan,
Y por el mismo camino
Que os ha conducido acá.
»Cenó, cual vos, á esa mesa,
Y á mi ruego pertinaz
Brindó con vino de Chipre,
Como acabais de brindar;
»Y en ese lecho una muerte
Al instante tuvo, tan
Espantosa, que aun me gozo
Con su agonía final.
»Encerrado en ese sitio
Hace dos dias está,
Que falta de fuerza, en vano
Lo he pretendido sacar.
»En este terrible apuro
Llegasteis, os ví galan,
Enamorado, valiente,
Al bien dispuesto y al mal;
»Y sabiendo que á mi hermana
Habeis osado burlar
(Asunto que para luego
Suspendido quedará);
»De todos mis planes juntos
Ví cerca la realidad,
Y hasta os trajo mi fortuna
Tan cerca de aquí á morar.
»Y os he llamado á mi celda
(Cuando juzgabais quizás,
Que á ser dichoso en mis brazos),
Un cadáver á enterrar.
»Sús, al punto en vuestros hombros
Esa carga colocad;
Y si osais mover la lengua
O hacer de nó el ademan;
»Vive Dios que esta pistola,
Aspid fiero de metal,
Con su ponzoña ó su fuego,
Ceniza, nada os hará;
»Y en vez de uno habrá dos muertos,
Que otro menguado á sacar,
Enredado con mis artes,
Cual ese y cual vos, vendrá.»

Aterrorizado Lara,
Viendo á la furia ó vestiglo
Que le apunta una pistola,
Pronta á vomitar el tiro,
Y sintiendo por instantes
Un fuego lento en sí mismo
Que le abrasa las entrañas,
Que le turba los sentidos,
Por salir al aire libre
De aquella celda ó abismo,
Donde del infierno juzga
Escuchar los roncos gritos,
Obedece; y en sus hombros
Coloca el cadáver frio,
Y sigue tras de la monja
Acobardado y sumiso.

ROMANCE SEXTO

ALGO MÁS

Allá en un bajo terreno
De la huerta, hácia una punta
Que tapias y matorrales
Y espesos troncos ocultan;
Envuelta en su velo y manto
Está la tal monja, ó furia,
Como aterrador fantasma,
De pié y con la boca muda.
En la mano una linterna
Tiene, que en sombras confusas
Deja escondido su cuerpo,
Y con luz de infierno alumbra
A sus piés, delante de ella,
Una zanja ó sepultura,
Que don Juan con una azada
Está haciendo más profunda.
Se ve en uno de sus bordes
El cadáver; y resulta
Un cuadro raro, espantoso,
De un efecto que espeluzna.
Reina silencio profundo,
Y solamente se escucha
El grave vuelo y los ayes
De una agorera lechuza;
Y los golpes de la azada
Que entre la tiniebla oscura,
A la luz de la linterna
Con vivas chispas relumbra.

Que sus fuerzas desfallecen,
Que su helada frente suda
Siente don Juan, y el trabajo
Harto espantoso apresura.
Cuando la monja bastante
El hoyo á su intento juzga,
La linterna levantando
Sus luces derrama astuta
De don Juan en el semblante,
Para examinar si alguna
Señal da ya del efecto,
Que por momentos calcula.
Y algo vió, pues presurosa
Dijo: «Ya es harto profunda
La huesa: echad el cadáver,
Y que esa tierra lo cubra.»
Y la linterna dejando
Sobre la yerba, le ayuda
Con los piés y con las manos
A llenar la sepultura.
Y así que quedó el terreno
Igual, sobre él acumula
Hojas, ramajes y piedras
Que el fresco trabajo encubran.

Encarando nuevamente
La luz á la faz adusta
De don Juan, lo que esperaba
Advirtió en ella sin duda.
Pues con satánica risa,
«¿Estais cansado?» (pregunta).
Lara contestarla quiere,
Mas la lengua se le anuda.
La monja reconociendo
Que el habla le dificulta
Ya el estertor, que lo ahoga,
Urgir los momentos juzga.
Ya ve sus planes cumplidos,
Y que ya nada aventura
Con quien está que no puede
Revelar cosa ninguna.
Y la linterna soltando,
Saca, amartilla y apunta
A don Juan una pistola,
Y estas palabras pronuncia:
«Cumplisteis con vuestro empeño,
Yo con mi venganza justa,
Pues al alevoso encierra
El secreto de esta tumba.
»Y tambien está vengada
Mi hermana infeliz, que nunca
Sin venganza se han quedado
Las hembras de nuestra alcurnia.
»Ahora marchad; salid luego
Por do entrasteis en mi busca.
Salid, á tener descanso
De tan laboriosa angustia.»
En tanto que aquesto dice
A que se mueva le ayuda,
Que ya es llegado el momento
Y la detencion la asusta.
Lara, de quien los sentidos,
Se confunden y se turban,
De quien se traba la lengua,
De quien los oidos zumban,
Anhela tan solamente
Alejarse de tal furia,
Y salir de aquel infierno
En donde un monte lo abruma.

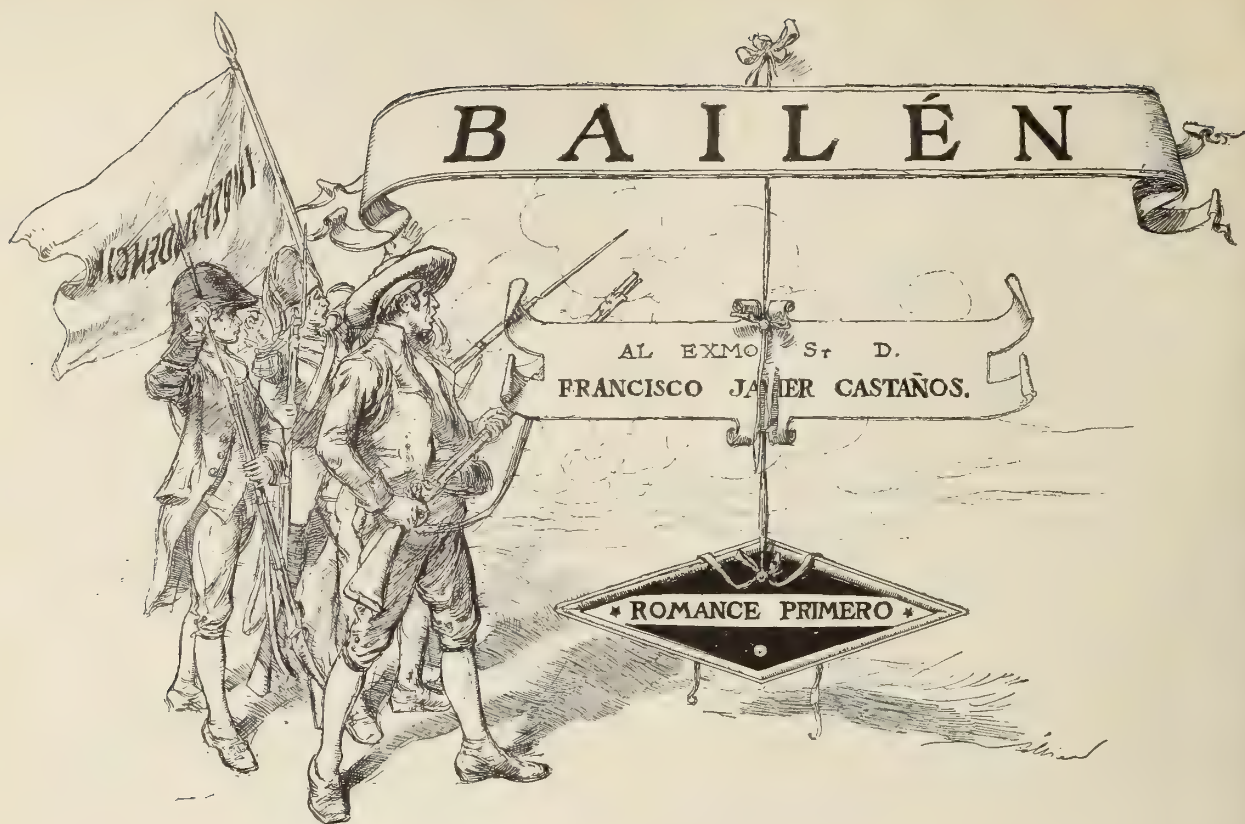
De una horrenda pesadilla
Ser presa se le figura,
Y por despertarse de ella
El desventurado lucha.

Tropezando en cada mata,
Y por más que lo procura,
Sin que en gritar le obedezca
La lengua helada y convulsa;
Más que ayudado, arrastrado
Por la monja furibunda,
Hácia el lugar consabido,
Entre las sombras oscuras,
Llega al ciprés. La escalera
Está en la tapia. Con suma
Fatiga sube; su guía
Con brazos y hombros le ayuda.
Y al verlo sobre la barda
Así en ronca voz lo insulta,
Retirando la escalera
Con la que á don Juan empuja:
«Sabed, menguado, que el vino
De Chipre, que tanto os gusta,
Con el agua de Tofana
Se confecciona y se endulza.»

Lara á la parte de afuera
Por la tapia se derrumba,
Cae á la calle, arrastrando
Andar por ella procura.
Tardamente lo consigue,
Entre visiones confusas,
Devorado de dolores
Que el cuerpo le descoyuntan;
Abrasadas las entrañas,
Porque ya sólo circula
Fuego en sus venas.—Al cabo
Llega con fatiga mucha
Do el soñoliento asistente
Lo espera, sin que presuma
De dónde viene su amo,
Ni qué es lo que le atribula.
Que de alguna francachela
Ebrio sale, se figura,
Como suele, y lo levanta,
Sin susto, por darle ayuda.
Alzó un cadáver..... La monja
En calcular era ducha
La maldita agua Tofana,
Invencion que Dios confunda.

Gibraltar 1837.





SEVILLA

A la capital risueña
De la andaluza comarca,
Que Hércules fundó de Bétis
Sobre las fecundas aguas,
La que cercó Julio César
De muros y torres altas,
La que ganó San Fernando
Con Garci-Perez de Vargas;
A la opulenta Sevilla,
La del encantado alcázar,
La del magnífico templo,
La de la torre gallarda.
Emporio de la riqueza,
De claros ingenios patria,
Y que en los brazos dormia
De la paz y la abundancia;
Llega de cálido polvo
Dejando en pos nube blanca,
Que los caños de Carmona
A la vista borra y tapa,
Un anhelante correo
En una sudosa jaca,
Cuyo ijar la espuela rompe,
Y á quien da un látigo ala.
El rostro como de azufre,
Los ojos como de brasa,
Demuestran que es mensajero
De peligros y desgracias.

En corto momento esparce
Nuevas de tal importancia,
Vértigo tan repentino,
Y tan mágicas palabras,
Que la ciudad toda altera,
Que la ciudad toda alarma;
Y la dormida laguna
En mar borrascoso cambia.
Súbito clamor confunde
Las ántes tranquilas auras,
Y agitado el pueblo inmenso
Hierve en las calles y plazas.
Plebeyos, nobles y Grandes,
Canónigos, hombres de armas,
Frailes, doctores, artistas,
Traficantes y garnachas,
Sólo un cuerpo humano forman
Donde sólo vive un alma,
Que un solo afan precipita,
Y que un solo grito lanza.
No hay ya opuestos intereses,
No hay ya clases encontradas,
No hay ya distintos deseos,
No hay ya opiniones contrarias,
Ni más pasion que la ira,
Ni más amor que la patria,
Ni más anhelo que guerra,
Ni más grito que *¡venganza!*

Palacios, talleres, templos,
Conventos, humildes casas,
Academias, tribunales,
Lonjas, oficinas, aulas,
Tórnanse en cuartel inmenso
Donde sólo crujen armas,
Sólo retumban tambores,
Sólo se alistan escuadras.
Plumas, estevas, ciriales,
Pesos, báculos y varas,
Y hasta abanicos y agujas
Se convierten en espadas.
En *guerra y muerte* terminan
De los templos las plegarias.
Terminan en *guerra y muerte*
Los procesos y contratas.
En *guerra y muerte* concluyen
De amor las dulces palabras,
Y desde el sabio discurso
Hasta las vulgares charlas.
¡Vamos á matar franceses!
Prorumpe con fiera audacia
Turba de inocentes niños,
Que hace fusiles de caña.
¡Vamos á matar franceses!
Dice el anciano, que arrastra,
Del báculo con la ayuda,
De un siglo entero la carga.
¡Vamos á matar franceses!
Grita el jóven, que la espalda
Del potro indómito oprime
Blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,
La gigantesca Giralda,
Con lengua de eterno bronce,
Cuya voz seis leguas anda;
Al huracan ensordece,
Sobrepuja á las borrascas,
Conmueve la baja tierra,
Y el firmamento traspasa,
Guerra pregonando al mundo,
A *guerra* convoca y llama
A toda la Andalucía,
A toda la extensa España.
Y ciñe la erguida frente,
Al llegar la noche opaca,
De una corona de hogueras,
Que viento y lluvias no apagan:
Bandera del fuego santo
Que se ha encendido á sus plantas,
Cráter del volcan tremendo,
Que en la gran Sevilla estalla.

ROMANCE SEGUNDO

LA AGRESION

De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
De infierno, de cielo y tierra,
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio,
Alzó de Francia perdida,
Con su brazo portentoso,
Para en él tomar asiento
El despedazado trono.
Idolo de doce siglos,
Y de cien monarcas solio,
Que desparecer vió el mundo
Terrorizado y absorto,
Cuando crímenes, virtudes,
Pasiones, furias, enconos,
Saber, ignorancia, errores,
Héroes, gigantes y monstruos,
De sangre en un mar lo ahogaron,
Y bajo un monte de escombros
Lo sepultaron y hundieron,
Con universal trastorno.
Alzóle pues (para tanto
Dios le dió fuerzas á él solo)
Y aun juzgó para su mole
Pedestal tan grande poco.
Y desde él mandaba el mundo,
Llevando de polo á polo
De tempestades armada
La fuerte mano, á su antojo;
Con un millon de soldados
A quienes él daba el soplo
De vida, y con su gran nombre
Un talisman prodigioso:

Con un ceño de su frente,
Con un volver de su rostro,
Desaparecian imperios
Y se trastornaba el globo.

Este portento, este númen
De bien, de mal, de uno y otro,
Tornó al tranquilo Occidente
Los asoladores ojos.
Y vió á la fecunda España,
La cosechera del oro,
Quemando en su altar inciensos,
Por su gloria haciendo votos:
En actitud tan humilde,
De entusiasmo en tal arrobo,
Que era poderosa ayuda,
Sin poder ser nunca estorbo;
Y de amiga bajo el nombre
Tan adoradora en todo,
Que sangre, riqueza, fama
Juzgaba holocausto corto.
Mas prevaleciendo acaso
En el pecho del coloso
La parte aquella de infierno,
Y la maldad de demonio,
Gritó: «Yo no quiero amigos,
Porque esclavos quiero sólo.
¿Cómo aun está enhiesta España?...
Póngase ante mí de hinojos.
»Bese mi soberbia planta,
Hunda la frente en el polvo,
Y el palacio de sus reyes
De escabel sirva á mi trono.»
Dijo, y de armas y guerreros,
Por el Pirene fragoso,
Torrente tremendo baja
Al hispano territorio.

Tal vez la celeste parte
Le dió á conocer de pronto
Que iba á despertar leones
Con armígero alboroto.
Y la otra parte mezquina
De hombre, tierra, fango y lodo
Le decidió á usar del fraude,
De la perfidia y del dolo.
Enmascaró sus legiones,
Dió mentido aspecto al rostro,
Vistió de oliva las armas,
Llamó tierno amor al odio;
Y cuando en abrazo inicuo
Ahogó traidor y alevoso
A los príncipes incautos,
Que en él buscaron apoyo,
Y del régio Manzanares
En el coronado emporio
En exterminio el halago,
La oliva tornó en abrojos;
Hospitalidad, caricias,
Bendiciones y tesoros
Pagando con hierro, muerte,
Incendios, estupros, robos;
Se derramaron sus huestes
A asegurar el despojo,
A encadenar toda España,
Juzgando vencido todo.
Y ya de Sierra-Morena
Humillan con fiero gozo
La alta cerviz, y registran
Con desvanecidos ojos
De Guadalquivir fecundo
Los encantados contornos,
A que preparan insanos
La esclavitud y el oprobio.
Y aparecen á lo léjos
Tan aterradoras, como
La encapotada tormenta,
Que en alas del viento ronco,
De ardientes rayos preñada
Anuncia con truenos sordos
Que á asolar viene los campos,
Y las riquezas de agosto.
Hé aquí la angustiosa nueva,
Y el conjuro que de pronto
Causó en la noble Sevilla
Tan impensado trastorno.

ROMANCE TERCERO

LA VICTORIA

¡Bailén!... ¡Oh mágico nombre!
¿Qué español al pronunciarlo
No siente arder en su pecho
El volcan del entusiasmo?
¡Bailén!... la más pura gloria
Que ve la historia en sus fastos,
Y el siglo presente admira,
Sentó su trono en tus campos.

¡Bailén!... en tus olivares
Tranquilos y solitarios,
En tus calladas colinas,
En tu arroyo y en tus prados
Su tribunal inflexible
Puso el Dios tres veces santo,
Y de independencia eterna
Dió á favor de España el fallo.

Incline la tierra
Su mísera frente
Al omnipotente
De Francia señor.
¡Viva el Emperador!
Es Dios de la guerra,
Y de polo á polo
Su brazo tan sólo
Será el vencedor.
¡Viva el Emperador!
Segura tenemos
Aquí la victoria,
Sin riesgo, sin gloria,
Pero rica asaz.
Marchemos, gocemos
Las grandes riquezas,
E insignes bellezas
De España feraz.
¿A Francia gloriosa
Quién hay que lo estorbe?
Rendido está el orbe
A su alto valor.
¡Viva el Emperador!
Su ley poderosa
La España reciba.
Avancemos, ¡viva
De Francia el señor!
¡Viva el Emperador!

Así en infernales voces
Los invencibles, que hollaron,
Sembrando exterminio y muerte,
La Europa del Neva al Tajo,
Las silenciosas cañadas,
Y los fecundos collados
De Bailén, al sol naciente
Con gozo infernal turbaron,
De clarines y tambores,
De armas, cañones y carros,
Relinchos y roncos gritos
Tormenta horrenda formando;
Mas sin saber que una tumba
Era el espacioso campo
Por donde tan orgullosos
Osaban tender el paso.

De repente de la parte
Del Sur el viento les trajo
Rumor de armas y de hombres,
Y los ecos de este canto:
« *Ya despertó de su letargo*
De las Españas el Leon,
Antes morir que ser esclavos
Del infernal Napoleon.
» *Viva el Rey, viva la Patria*
Y viva la Religion. »
Y aparecen los guerreros
Del Guadalquivir preclaro,
Sin pomposos atavíos,
Sin voladores penachos.
La justicia de su parte
Y la razon de su bando,
Con Dios en los corazones
Y con el hierro en las manos;
Y aunque en la guerra bisoños,
Y aunque con órden escaso,
Llevan resuelto á su frente
Al valeroso CASTAÑOS.
Los fieros debeladores
De la Europa asombro y pasmo,
Los fuertes, los invencibles
De mil triunfos coronados,
De limpio acero vestidos,
Con oriental aparato,
De oro y dominio sedientos,
De orgullo bélico hinchados,
Y teniendo á su cabeza
La sien ceñida de lauros
A Dupont, caudillo experto,
Duro azote del germano,
Ven con desden y desprecio
Como á inocente rebaño,
Que al matadero camina
Y piensa que va á los prados,
Una turba que ha dos meses
En el taller y el arado,
Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.
Y en carcajadas de infierno
Y en burladores sarcasmos
Prorumpen, y furibundos
Al fácil triunfo volaron.

¡No tan fácil! bramadoras
Las ondas del Oceano
Del huracan empujadas
Tienden el inmenso paso.
Raen las arenas profundas
De los abismos, al alto
Firmamento, entumecidas,
Van á encontrar á los astros.

Tragan voraces y rompen
Y aniquilan todo cuanto
Pone á su furor estorbo,
Pone á su curso embarazo.
Y en la humilde y blanda arena,
O en el informe peñasco
Donde el dedo del Eterno
Escribe *hasta aquí*, pedazos
Se hace su furia espantosa,
Se estrella su orgullo insano,
Y en espuma roto vuela
Su poder, del orbe espanto.
El español ardimiento,
Su fe viva, su entusiasmo
Sean la meta del coloso;
Pronunció de Dios el labio.
Y lo fueron.—Los valientes
De luciente acero armados,
Los granaderos invictos,
Los belígeros caballos,
Los atronadores bronces
Y los caudillos bizarros,
Que las elevadas crestas
De Mont-Cení y San Bernardo
Camino fácil hicieron,
Que las ondas humillaron
Del Vístula, y del Danubio,
Del Mosa, del Rhin y el Arno,
No pueden la mansa cuesta
Trepar del collado manso
De Bailén, ni al pobre arroyo
Del Herrumbral hallar vado.
Y los que mares de fuego
Intrépidos apagaron,
Y muros de bayonetas
Hundieron con un amago,
Del español patriotismo
A los encendidos rayos,
Al hierro de los bisoños,
Al tiro de los paisanos
No osan resistir. Desmayan
Y se fatigan en vano;
Retroceden, se revuelcan
En tierra hombres y caballos:
Y las águilas altivas
Humillan el vuelo raudo
Ensangrentadas sus plumas,
Hasta perderse en el fango.
Y rendidas las legiones,
Que al universo humillaron,
Encadenadas desfilan,
Vuelta su gloria en escarnio,
Ante turba que ha dos meses
En el taller y el arado,
Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.



¡Viva España!!! gritó el mundo,
Que despertó de un letargo.
Al grande estruendo apagóse
En el firmamento un astro.
Y al tiempo que, ante las plantas
Del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendia,
Y de sus sienes el lauro,
Desde el trono del Eterno
Dos Arcángeles volaron.
Uno á dar la nueva al polo
Su nieve en fuego tornando;
Otro á cavar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Oceano.

Sevilla 1839.





LA VUELTA DESEADA

ROMANCE PRIMERO

Entre aquellos olivares
Que Torreblanca domina,
Y ciñen de un lado y otro
El camino de Sevilla,
Por un atajo atraviesa,
Para llegar más de prisa,
Una carretela verde
Con una gran vaca encima;
Toda cubierta de barro,
Tableros, muelles y viga,
De barro seco y reciente,
Y de tierras muy distintas.
Cuatro andaluces caballos,
Que en torno lodo salpican,
En humo y sudor envueltos,
De ella presurosos tiran.
Y del postillon las voces
Con que los nombra y anima;
Del látigo los chasquidos,
Que los acosan y hostigan;
El són de los cascabeles,
Y el de las ruedas que giran
Rápidas, tras sí dejando
Dos huellas no interrumpidas;
Forman estruendo confuso,
Y que viene posta avisan
A los carros y arrieros,
Que hácia un lado se desvian.
Dentro de la carretela
Un hombre aun jóven camina,
Que revuelve á todos lados
La desencajada vista.
Es Vargas: alegre torna
De su patria á las delicias
Despues de vagar seis años
Emigrado en otros climas.
Antiguos amigos halla
En cuantos objetos mira,
Y en árboles, tapias, lindes
Dulces memorias antiguas:
Lo pasado y lo presente
Anudando va, y delira
Entre esperanzas risueñas
Y entre ya pasadas dichas.

Trastornos, persecuciones,
Desventuras, injusticias,
En sus más floridos años
Lo arrancaron de Sevilla,
Abandonando riquezas,
Honores, nombre y familia,

Y dejándose allí el alma
En el pecho de Jacinta.
   Jacinta, encanto y adorno
De toda la Andalucía;
Y por sus luengas pestañas,
Por su apacible sonrisa,
   Por los graciosos hoyuelos
Que avaloran sus mejillas,
Por su cuerpo primoroso
Y por sus formas divinas,
   Por su gracia y su talento
Y su modestia expresiva;
El hechizo de los hombres,
De las mujeres la envidia.
   Diez y seis años contaba,
Cuando Vargas, ¡alta dicha!
Logró conmover su pecho
Y agitar su alma sencilla;
   Al par que el amable jóven
Ardió en la pasion más viva,
Al mirar á una doncella
Tan inocente y tan linda.
   En sus puros corazones
Creció desde la hora misma,
Y el trato y correspondencia
Acrecentó en pocos dias,
   Un primer amor de aquellos
Que las estrellas combinan,
Amor que de dos personas
El destino eterno fija.
   En los lazos de himeneo
A unirse dichosos iban,
Con el aplauso felice
De sus contentas familias;
   Cuando se alzó tronadora
La borrasca embravecida,
Que, ¡infelices! confundiólos
Del infortunio en la sima.

   Seis años ¡oh cuán eternos!
Vargas por tierras distintas
Huyó infelice, luchando
Del Destino con las iras,
   Sin encontrar de consuelo
Ni de esperanza mezquina,
Un solo sueño de noche,
Un solo rayo de dia.
   Las extranjeras beldades
Estatuas le parecian,
Las ciudades opulentas
Que el orbe orgulloso admira,
   Desiertos... ¡Ay! pero puede
Feliz llamarse en sus cuitas,
Venturoso en su destierro,
Fortunado en sus desdichas.
   Creció el amor con la ausencia
En el pecho de Jacinta,
Que la distancia y el tiempo
Al que es verdadero, afirman.
   De cuando en cuando se cruzan
Papeles que lo acreditan,
Cartas trazadas con llanto,
Cartas con el alma escritas.

ROMANCE SEGUNDO

   Todo en el mundo es mudable,
Ni el bien ni el mal son eternos:
La apacible primavera
Sigue al rigoroso invierno;
   A la oscura noche el dia,
Y á la borrasca, que al cielo
Empañó con densas nubes
Y asustó con rudos truenos,
   La calma serena y pura.
Así suelen á los tiempos
De desventuras y llantos
Seguir de paz y consuelo.
   Del Rhin en la orilla helada,
Abrumado de sí mesmo,
Vargas proscripto gemia
Su fortuna maldiciendo;
   Cuando noticias recibe
De que la patria le ha abierto
Las puertas... Júzgalo absorto
Ilusion de su deseo;
   Mas Jacinta se lo escribe,
Y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta... de la madre
De Jacinta... que al momento
   Vuele á Sevilla, le ruega,
En donde dará Himeneo,
El dia de su llegada,
A tan constante amor premio.

   No la paloma, que presa
Llora en doloroso encierro,
Si acaso un resquicio mira,
Tiende apresurado el vuelo
   Hácia el palomar y nido,
En donde vió el sol primero;

Ni el torrente, á quien contuvo
El malecon interpuesto,
En cuanto lo encuentra roto,
Se arroja á su antiguo lecho,
Y por él se precipita
Hácia la mar, que es su centro;
Tan veloces como Vargas
Corre, sin tomar resuello,
A Sevilla: los instantes
Son para él siglos eternos.
Montes, llanuras, ciudades,
Rios, Estados diversos
Atrás deja, y los caballos
De tardos acusa y lentos.
Ya salva las altas cumbres
Del nevado Pirineo;
Entra en España, ya escucha
La lengua de sus abuelos...
¿Qué importa? ni un solo instante
Retarda su raudo vuelo.
Halla á cada paso amigos,
Halla intereses y deudos:
No se para, corre, corre,
Que tiene en Sevilla puesto
Su afan, y hasta que descubra
La Giralda, no hay sosiego

Apénas ha quince dias
Que en las márgenes del Reno
De su Jacinta la carta
Leyó, juzgándolo sueño;
Y los caños de Carmona
Ve á su siniestra creciendo,
Y al frente la antigua puerta,
Para él la puerta del cielo.
Cualquiera mujer que mira
En mantilla y de paseo,
Que es Jacinta que le espera,
Juzga, y le palpita el pecho.
Al llegar se desengaña,
Y en otra que ve más léjos.....
Jacinta fuera de casa
Está, sí, sale á su encuentro.
Era en punto medio dia:
Entra por fin, y molestos
Los guardas el carruaje
Detienen corto momento.
Los maldice y les da oro,
Porque le detengan ménos:
Corre, al postillon le grita,
Y torna á marchar de nuevo.
Por las retorcidas calles
Echa pestes y reniegos
A cada lenta carreta,
A cada corro interpuesto,
Que á templar el paso obliga
De los caballos ligeros,
Y anheloso á verse llega
De la ciudad en el centro.

Oye de fúnebres cantos
El triste són desde léjos,
Se aproxima, y por la calle
Que va á tomar, un entierro
Pasa. Con hachas de cera,
Pobres, vestidos de negro,
Van de dos en dos; los siguen
Las cofradías; á lento
Paso un féretro se acerca,
De un blanco paño cubierto,
Con una palma y corona
De blancas flores..... ¡Agüero
Terrible! que es de doncella
Principal y de respeto
El funeral le parece.....
Hierve taciturno el pueblo
En derredor. Manda Vargas,
Turbado con tal encuentro
Que tome por otra calle,
Al postillon. Revolviendo
Este los caballos, torna
Por un callejon estrecho,
Y á la calle ansiada llega
Despues de corto rodeo.
Mucha gente en los balcones
Está, mostrando en sus gestos
Sorpresa de que en tal dia
Llegue á la casa un viajero.

Párase la carretela;
La puerta está abierta, yermos
El ancho portal y el patio;
Reina en la casa el silencio.
De un salto Vargas se apea,
Corre á la escalera presto,
De ella por un lado y otro
De cera advierte un reguero
Reciente. Veloz la sube,
Abre la mampara..... ¡Cielos!
Colgada está la antesala
En reedor con paños negros.
Enlutada una gran mesa
Mira colocada en medio,
Y en sus cuatro ángulos arden,
Sobre cuatro candeleros
De plata, cándidas velas
Consumidas casi: el suelo
Cubren deshojadas flores,
Siemprevivas y romero.

¡Dios!... ¡pobre Vargas! absorto,
Sin voz, sin alma, y en hielo
Convertido, ni respira.
Ojos cual los de un espectro
Gira en derredor; se ahoga
Sin respiracion su pecho.
Volviendo en sí un corto instante,
Oye llorar allá dentro;
Cuando se abre lentamente
Una puerta que al momento
Se cierra, y un sacerdote
Que por ella sale, lleno
De lágrimas el semblante
(De dar en vano consuelo
Viene á una madre infelice),
Queda inmoble á Vargas viendo.
Vargas lo mira, y no alienta;
Mas tras de breve silencio
Rompe al cabo, y le pregunta
Con un angustiado esfuerzo:
«¿Dónde está?»... Quedóse helada
Su lengua. Fáltale aliento
Al turbado sacerdote,
Y con agitado aspecto
Alza el rostro, y levantando
La diestra, señala al cielo.
Vargas le comprende; arroja
Un alarido de infierno;
Huye veloz, la escalera
Baja delirante, ciego,
Nada ve, corre cual loco
Por las calles, y muy presto
Desaparece.—En Sevilla
La noticia cunde luego
De su llegada: le buscan
Sus amigos y sus deudos.
Todo, todo en vano: algunos
Dan señas de que le vieron
Junto á la Torre del Oro,
Cuándo el sol ya estaba puesto.

En un remanso, que forma
El Guadalquivir, no léjos
De Gelves, á las dos noches
Unos pescadores vieron,
A la luz de escasa luna,
De un jóven ahogado el cuerpo
Vestido aún. Procuraron
Compasivos recogerlo;
Pero al llegar con la barca,
Y al agitar con los remos
El agua, veloz corriente
Llevó el cadáver. Suspensos
Siguiéronlo un corto rato
Con los ojos, y muy presto
Fué leve punto en las aguas,
Y de vista lo perdieron.





EL SOMBRERO

ROMANCE PRIMERO

LA TARDE

Entre Estepona y Marbella,
Una torre fulminada,
Hoy nido de aves marinas,
Y en otro tiempo atalaya,
Corona con sus escombros
Una roca solitaria,
Que se entapiza de espumas,
Cuando las olas la bañan.
A la derecha se extiende
Una humilde y lisa playa,
Cuyas menudas arenas
Humedece la resaca;
Y oculta entre dos ribazos
Forma una escondida cala,
Abrigo de pescadoras
O contrabandistas barcas.
A este temeroso sitio,
Miéntras lento declinaba
A ponerse un sol de otoño
Entre celajes de nácar,
Estando el viento adormido
La mar blanquecina en calma,
Y sin turbar el silencio
De las voladoras auras,
Sino el grito de un milano
Que los espacios cruzaba,
Y los de dos gaviotas,
Cuyo tálamo era el agua;
La divina Rosalía,
La hermosa de la comarca,
Fugitiva y anhelante
Llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros
Cubre un pañolon de grana,
Dejando ver negras trenzas,
Que un peine de concha enlaza;
Y de seda una toquilla,
Azul, rosa, verde y blanca,
Que las formas virginales
Del seno dibuja y guarda.
Su gallardo cuerpo adorna
De muselina enramada
Un vestido; con la diestra
Recoge la undosa falda,
Y el pié primoroso y breve,
Que apénas su huella estampa
En la movediza arena,
Más limpio desembaraza.
Bajo el brazo izquierdo tiene
Un envoltorio de nada,
Cubierto con un pañuelo,
Do el jalde y rojo resaltan.
¡Inocente Rosalía!
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!
¡Cuál su semblante divino,
Lleno de vida y de gracia,
Desencajado se muestra!...
¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...
Está haciendo, bien se advierte,
Un grande esfuerzo su alma.
Sí, los ojos brilladores,
Los ojos que tienen fama
En toda la Andalucía,
Por su fuego y sus pestañas,
En el peñon, que lejano
Apénas se dibujaba

Entre la neblina (seña
De mudarse el tiempo) clava.
Dos lágrimas relucientes
Sus mejillas deslustradas
Queman, un hondo suspiro
Del pecho oprimido arranca.
Queda suspensa un momento:
Luego de pronto la cara
Vuelve á Estepona, temblando:
Juzga que una voz la llama.
Y la llama, es cierto... ¡Ay triste!
Mas ¿qué importa? Otra, más alta,
Más fuerte, más poderosa,
Desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentóse,
De la hundida torre basa;
Miró en torno, y de su seno
Sacó y repasó esta carta:
«Sí, mi bien; sin tí la vida
Me es insoportable carga;
Resuélvete, y no abandones
A quien ciego te idolatra.
»Contigo nada me asusta,
Sin tí todo me acobarda;
Mi destino está en tus manos:
Ten resolucion, y basta.
»Resolucion, Rosalía,
Cúmpleme, pues, tus palabras:
No tendrás que arrepentirte,
Te lo juro con el alma.
»En cuanto venga la noche,
Volveré sin más tardanza
Al sitio aquel que tú sabes,
En una segura lancha.
»Espérame, vida mia:
Si no te encuentro, si faltas,
Ten como cierta mi muerte.
Corro al momento á la plaza
»De Estepona, allí pregono
Mi proscripto nombre, y paga
De mi amor será un cadalso
Delante de tus ventanas.»
Se estremeció Rosalía,
No leyó más, y borraban
Sus lágrimas abundantes
Las letras de aquella carta.
Llévala á los labios frios,
La estrecha al seno con ansia,
Mira al cielo, *Estoy resuelta*,
Dice, y se consterna y calla.

Torna al peñon (que parece
Una colosal fantasma
Con un turbante de nubes,
De nieblas con una faja)
La vista otra vez. La extiende
Por la mar, que muerta y llana,
Fundido oro se diria
Del sol poniente en la fragua.
Juzga ver un negro punto
Que se mueve á gran distancia:
Ya se muestra, ya se esconde.
¿Será?... ¡oh Dios!... ¿Será?... La escasa
Luz del crepúsculo todo
Lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
Los resplandores, que aun marcan
La línea del horizonte,
Sigue. Una nube la espanta,
Que por el Sur aparece,
Oscura y encapotada;
Y aun más el ver acercarse
Por allí dos velas blancas,
Cuyas puntas ilumina
Del sol ya puesto la llama.

ROMANCE SEGUNDO

LA NOCHE

Entró la noche; con ella
Despertándose fué el viento,
Y el mar empezó á moverse
Con un mugidor estruendo.
Las nubes entapizando
El oscuro y alto cielo,
La débil luz ocultaban
De estrellas y de luceros.
No habia luna; densas sombras
En corto rato envolvieron
Tierra y mar. De Rosalía
Ya desfallece el esfuerzo.
Arrepentida, asombrada,
Intenta... No, no hay remedio.
Cierra los ojos, é inclina
La cabeza sobre el pecho.
La humedad la hiela toda,
Corto abrigo es el pañuelo;
Tiembla de terror su alma,
Tiembla de frio su cuerpo.

Si cualquier rumor la asusta,
Más sus mismos pensamientos;
Pues ni uno solo le ocurre
De esperanza ó de consuelo.
Las velas que ha divisado
Cuando el sol ya estaba puesto,
La atormentan, la confunden.
Las ha conocido: ¡cielos!
Son, sí, las del guarda-costa,
Jabeque armado y velero,
Terror de los emigrados,
De contrabandistas miedo.

¡Infelice Rosalía!...
A las ánimas de léjos
Tocar las campanas oye
De la torre de su pueblo.
¡Oh cuánto la sobresaltan
Aquellos amigos ecos!
Parécele que son voces
Que la nombran.—Gran silencio
Reinó despues largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
Llegan á besar la peña,
De Rosalía los tiernos
Piés mojan... y no lo advierte:
Clavada está. Los destellos
De la espuma que se rompe,
Secas algas revolviendo,
La deslumbran. De continuo
La reventazon inciertos,
Fugitivos grupos blancos
Le ofrecen del mar en medio,
Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos
Y la proa de un esquife
Las causan... ¡Vanos deseos!

Así pasó largas horas,
Cuando un lampo ve de fuego
En alta mar, y en seguida
Oye al cabo de un momento
¡Poumb!... y retumbar en torno
Como un pavoroso trueno,
Que se repite y se pierde
De aquella costa en los huecos.
Ve pronto hácia el lado mismo
Otros dos ó tres pequeños
Fogonazos; mas no llega
El sordo estampido de ellos.
Otra roja llamarada...
¡Poumb! otra vez... ¡Dios! ¿qué es esto?
Repitiéndose perdióse
Este són como el primero.
No hubo más: creció furioso
El temporal, y más recio
Sopló el sudoeste; las olas
De Rosalía el asiento
Embisten, de agua salobre
La bañan; estar más tiempo
No puede allí: busca abrigo
De la torre entre los restos.
La lluvia cae á torrentes,
Parece que tiembla el suelo;
Dijérase ser llegada
Ya la fin del universo.

ROMANCE TERCERO

LA MAÑANA

Raya en el remoto oriente
Una luz parda y siniestra;
A mostrarse en vagas formas
Ya los objetos empiezan.
Espectáculo espantoso
Ofrece naturaleza,
Las olas como montañas,
Movibles y verdinegras
Se combaten, crecen, corren
Para tragarse la tierra,
Ya los abismos descubren,
Ya en las nubes se revientan.
Rómpense en las altas rocas
Alzando salobre niebla,
Y la playa arriba suben,
Y luego á su centro ruedan
Con un asordante estruendo:
Silba el huracan, espesa
Lluvia el horizonte borra,
Y lo confunde y lo mezcla.

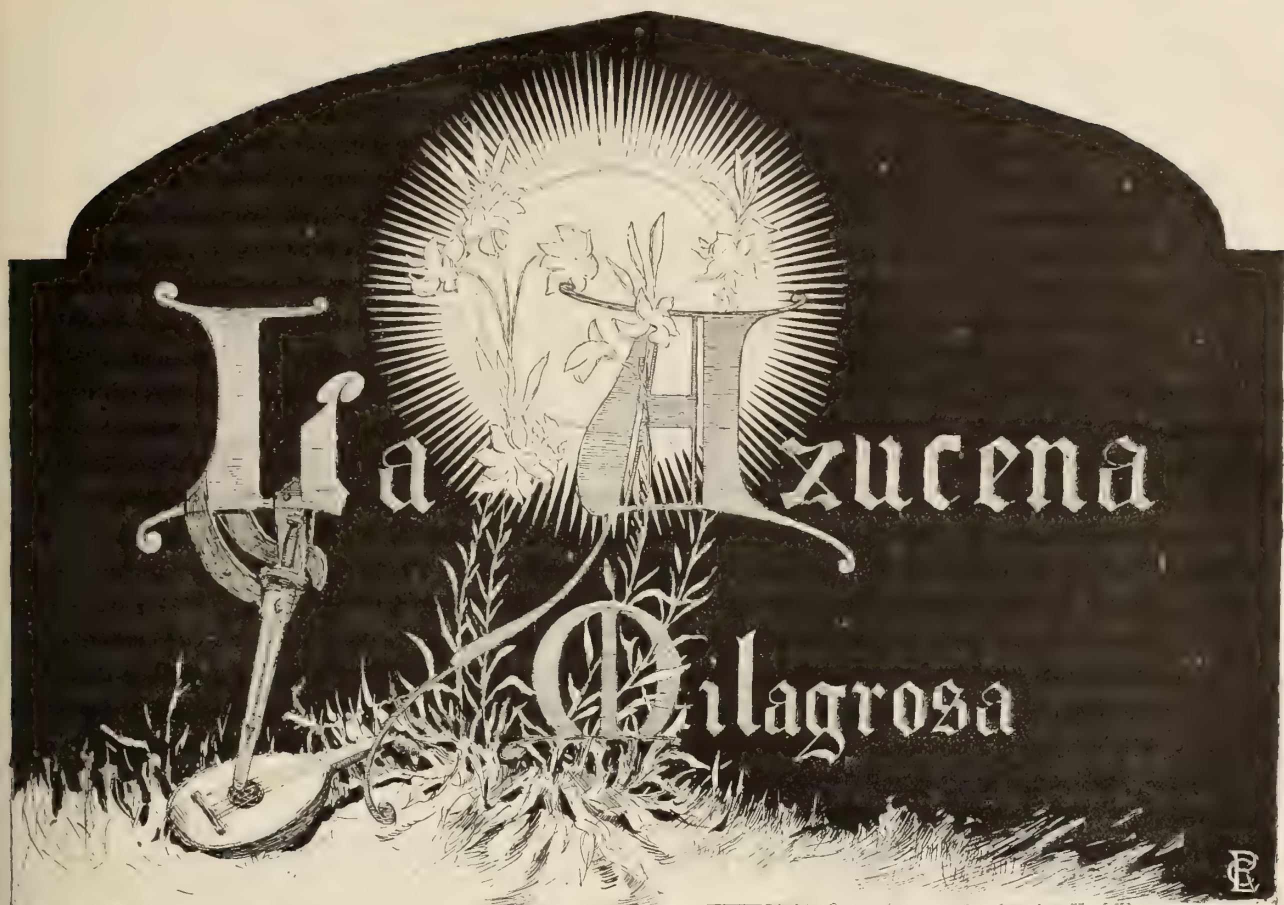
La infelice Rosalía,
Toda empapada, cubierta
Con el pañolon mojado,
Que ó bien la ciñe y aprieta,
O agitado por el viento,
Le azota el rostro y flamea,
Volando ya desparcidas
Fuera de él las negras trenzas;
Falta de aliento, de vida,
El alma rota y deshecha,

Asida de los sillares
Se aguanta inmóvil y yerta.
Aparicion de otro mundo,
Sílfida, á quien maga artera
Cortó las ligeras alas,
La juzgaran si la vieran.
Tiende espantados los ojos
Por el caos: nada encuentra
Que socorro ó que consuelo
En tal apuro la ofrezca.
Descubre que una gran ola,
Que tronadora se acerca,
Entre las blancas espumas
Envuelve una cosa negra:
De ella no aparta los ojos,
Ve que en la playa se estrella,
Que al huir deja un sombrero
Rodando sobre la arena,
Y una tabla.—Rosalía
Salta de las ruinas fuera,
Corre allá, miéntras las olas
Se retiran. No la aterra
Otra mayor, que se avanza
Más hinchada, más soberbia.
Ve en el madero lavado
Los restos de sangre fresca..
Coge el sombrero... ¡infelice!
Lo reconoce... Las fuerzas
Le faltan, cae, y al momento
Precipítase sobre ella
Una salobre montaña
Que la playa arriba entra,
Y rápida retrocede,
No dejando nada en ella.

Cual si dar, tan sólo objeto
De la borrasca tremenda,
Lecho nupcial en los mares
A dos infelices, fuera;
A templar su furia ronca
Los huracanes empiezan,
Bajan las olas, la lluvia
Se disminuye, y aun cesa.
Rómpese el cielo de plomo,
Y por pedazos se muestra
El azul, que ardientes rayos
De claro sol atraviesan.
Ya se aclara el horizonte;
Por el lado de la tierra
Fórmanlo azules colinas,
Que aun en parte ocultan nieblas.
Una línea verde, oscura,
Movible, la forma y cierra
Del lado del mar, y asoma
La claridad detrás de ella.
Aunque silba duro el viento,
Aunque es la resaca recia,
Torna al mundo la esperanza
De prolongar su existencia.

En esto una triste madre
Y un tierno hermanillo llegan,
Buscando á su Rosalía,
A aquella playa funesta.
Llenos de lodo, empapados,
Muertos de cansancio y pena,
Tienden en reedor los ojos
Y nada ¡oh martirio! encuentran.
Al retroceder las aguas,
Unas femeniles huellas
De pié breve reconocen
Estampadas en la arena...
«¡Rosalía!... ¡Rosalía!!!»
Gritan, y no oyen respuesta.
Van á la arruinada torre,
Y hállanse sobre una piedra
Un envoltorio deshecho
Entre fango, espuma y tierra,
Y un pañuelo rojo y jalde,
Que le sirve de cubierta.





DEDICADA Á DON JOSÉ ZORRILLA

INTRODUCCION

Si envolviste mi nombre en el perfume
De tu *silvestre*, mágica *azucena* (1),
En donde se compendia y se resume
Toda la gala de tu rica vena;
De agradecida mi amistad presume,
Y mi voz, aunque ya cascada suena,
El don te ofrece de sabroso cuento,
A quien da otra azucena el argumento.
No es contender ni competir contigo,
En quien de Calderon arde la llama;
Que solamente admiracion abrigo
Por tu renombre y brilladora fama:
Pues raros hay que desde tiempo antigo
Merezcan como tú la verde rama,
Que corona tu sien, claro Zorrilla,
Lumbrera del Parnaso de Castilla.
¿Ni cómo competir númen helado,
Que al occidente rápido declina,
Con el que jóven en zenit sentado,
Bebe del sol la inspiracion divina?...
Oiga tu acento el orbe entusiasmado,
Las nubes cruza, entre los astros trina;
Miéntras tocando el fin de mi viaje,
Doy tibia luz á un pálido celaje.
Fe santa y verdadero patriotismo
Dieron voz á los bélicos clarines,
Despertando el valor y el heroismo
De los nobles hispanos paladines,
Para lanzar el torpe mahometismo,
Que aun del reino asombraba los confines,
Y plantar de Granada en el turbante
La bandera del Gólgota triunfante.
Resonó por los ámbitos de España,
Que el mar circunda y el Pirene cierra,
Conmoviendo hasta la última cabaña,
El santo grito de tan justa guerra.
Y llegó pronto á una feraz campaña,
Que en torno abriga de Leon la sierra,
De Nuño Garceran antiguo estado,
Por sus mayores con valor fundado.

(1) Zorrilla habia dedicado pocos meses ántes al autor su leyenda titulada *La Azucena Silvestre.*

Sobre gigante loma que domina
Oscuro el bosque, fértil la llanura,
Y un hondo y ancho valle, en que camina
Torrente fugitivo de la altura,
El almenaje carcomido empina,
Y timbres y follajes de escultura,
Como solo señor de aquel espacio,
Presumiendo de alcázar, un palacio.

Toscos los muros son, pero en su seno
Ofrecen comodísima vivienda,
Con jardin á su espalda tan ameno,
Como huerto de mágica leyenda.
Pues de arbustos y varias flores lleno,
Y cortado por una y otra senda,
Ostentaba á la vista y al olfato
Brillantes tintas y perfume grato.

Y el sabroso rumor de la sonrisa
De una fuente de mármol que chispea,
Y el murmullo apacible de la brisa,
Y el de las verdes ramas que menea;
Y Eco, que los repite en voz sumisa,
Y el ave que en los álamos gorjea,
Formaban deliciosa consonancia
Con selvas y torrentes á distancia.

Larga cadena de empinados riscos,
O más cerca ó más léjos del palacio,
Coronados de encinas y lentiscos,
Circundan de su término el espacio.
Y desnudas de chozas y de apriscos,
Mas no de nieves del invierno reacio,
Cierran en derredor los horizontes
Rudas cervices de gigantes montes.

Que ofrecen en sus quiebras y recuestos
Ejercicio á los perros y neblíes;
Garzas y aves diversas para aquestos,
Para aquellos cerdosos jabalíes.
Y para el cazador ocultos puestos
Do á palomas selváticas turquíes,
Y á tórtolas, amor de las florestas,
Redes tender, ó disparar ballestas.

La llana y ancha vega parecia
En marzo campo inmenso de esmeraldas,
Y cuando abril en ella sonreia,
Alfombra de amapolas y de gualdas,
Que el rojo sol de julio convertia,
Inundándolo todo hasta las faldas
De los montes, en mar de espigas de oro,
Cual no lo ven ni el Sículo ni el Moro.

Del otoño feraz frutos opimos
Ostentaban los huertos y cañadas,
Almíbares brotando los racimos
Entre pámpanos y hojas coloradas,
No inferiores en pompa á los que oimos
Que hallaron en las tierras fortunadas
De promision las tribus israelitas,
Por la alta diestra de Jehová benditas.

Robustas vacas y lozanos chotos,
Blando trébol y pálida retama
Despuntan libres en los frescos sotos,
Que no agosta jamás del sol la llama.
Y allá por los ribazos más remotos,
Entre peñas buscando verde grama,
De ovejas un sinnúmero se mueve,
Sin lo que fueran reputadas nieve.

Dos ó tres mil vasallos, que anhelosos
A su señor y amparo bendecian,
Ricos, felices, prósperos, dichosos,
En tan fecundo suelo enriquecian.
Sin que entre ellos hidalgos de pomposos
Timbres faltaran, que guardar sabian
La comarca de injustas agresiones,
Armas vestir y domeñar bridones.

Pero de aquella tierra venturosa
Era el mayor encanto y maravilla,
Una imágen antigua y milagrosa
De la Madre del Verbo sin mancilla,
Que con ardiente celo y fe piadosa,
Del excelso palacio en la capilla,
Veneraban aquellos naturales,
Implorando las gracias celestiales.

Tal era el pingüe y decoroso estado
De Nuño Garceran. En él moraba
Del mundo y de la corte retirado,
Y una dicha sin límites gozaba.
Cinco lustros su edad era, y casado
Con Blanca de Agramunt feliz estaba,
Amándola con vida y alma toda,
Aun muy reciente su anhelada boda.

De don Fortun señor de Berindano,
Rico-home de Navarra esclarecido,
Por los reveses del destino insano
A desdichada suerte reducido,
Y por civil discordia en el cercano
Reino francés oculto y retraido,
Era hija Blanca, y su consuelo todo
Tenerla establecida de tal modo.

Pues ella, y un mancebo de edad tierna,
Que lo sigue, consuela, y acompaña
En peregrinacion, que juzga eterna,
Seguridad buscando en tierra extraña
(Tal del astro indignado que gobierna
Sus contrarias fortunas es la saña),
Eran las solas prendas, que tenia
De union dichosa cuando Dios queria.

Blanca, mujer de Nuño, era un portento
De gracia, de beldad y gentileza,
De candor, de virtud y de talento,
Sin lo que vale poco la belleza.
Y en tierna edad sin otro pensamiento
Que amar y ser amada con terneza
Por su esposo feliz, le procuraba
Dichas que el mismo cielo le envidiaba.

¡Cuántas veces vagando entre las flores
Del ameno jardin la siesta ardiente,
De sus amantes labios los amores
Dieron regalo al sosegado ambiente:
Y de la hermosa Blanca los colores,
Y el fuego de los ojos refulgente
De Nuño deslumbraban los encantos
De rosas, azucenas y amarantos!
Cuando al primer albor de la mañana
Al esmaltar el llano y la floresta
Los reverberos de carmin y grana
De nube junto al sol que nace puesta,
Si ella con un azor iba lozana,
Y él armando gallardo la ballesta
A recorrer el soto, por deidades
Los tuviera el error de otras edades.
Y á los tibios y pálidos reflejos
De la luna en las noches del estío,
Quienes á ambos esposos á lo léjos
Vieran vagando por el bosque umbrío,
Y oyeran de su hablar los suaves dejos
Atravesar las alas del rocío,
Por almas venturosas los tendrian,
Que el suelo aquel á bendecir venian.
En un mundo de amor dichoso y tierno,
Amor que concertaron las estrellas,
Y que se juzga durador, eterno,
Tan durador y eterno como ellas;
De los que sólo un monstruo del infierno
Puede intentar romper, ya las centellas
De los celos lanzándole, ó la nieve
De infames dudas esparciendo aleve;
Blanca y Nuño gozaban dulces dias,
Teniendo de sus dichas por testigo,
Que á solas no hay completas alegrías,
Discreto confidente y franco amigo.
De un labrador de aquellas alquerías,
Cuando Nuño nació, nació Rodrigo,
Sin separarse de él desde la cuna,
Asegurando así mejor fortuna.
Pues desde el primer paso de la infancia,
De su señor asíduo compañero,
Entre los dos borrando la distancia
El poder de un cariño verdadero,
A conseguir llegó tal importancia,
Que era administrador y consejero
Y confidente y necesario amigo
De Nuño Garceran el tal Rodrigo.
¡Dichoso aquel que encuentra de la vida
En la difícil y áspera carrera,
Una existencia con la suya unida
Por firmes lazos de amistad sincera:
De amistad perdurable, no nacida
De interés vil, ó cálculo cualquiera;
Sino de inclinacion mutua, en los años,
Que de ficcion no saben ni de engaños!

Blanca, tan tierna, candorosa y pura,
Tal vez al buen Rodrigo miraria
Con prevencion pueril, que amor procura
Ser exclusivo en cuanto alumbra el dia.
Mas del de Nuño hallándose segura,
Y que el tal confidente lo aplaudia,
Tratándola sagaz con tacto sumo,
Que al fin venciera su desden presumo.
Con tal amigo, con tan tierna esposa,
Con alto nombre y con el rico estado,
La vida más feliz y deliciosa
Gozaba Nuño que al mortal es dado.
Cuando el són de la trompa belicosa,
Cual ráfaga de viento inesperado
Nubla el cristal de plácida laguna,
Vino á nublar tan plácida fortuna.
De Garceran la noble sangre enciende
El llamamiento á tan cristiana guerra.
La obligacion con que nació comprende
Como ilustre señor de aquella tierra:
La voz del Rey que lo convoca entiende,
Levanta su pendon, y de la sierra
Llamando á los hidalgos y pecheros,
Forma gallarda hueste de guerreros.
Ya el caballo que suelto la llanura
Tras las liebres y gamos recorria,
Bajo el bruñido arnés y la armadura
Generoso relincho al aire envia.
El arcabuz que al ciervo en la espesura
Fulminó, y la ballesta que solia
Un ánade matar, ó una paloma,
Van ya á extinguir la raza de Mahoma.
El hidalgo, que sólo de la caza
Se daba al ejercicio en ocio blando,
Ya vestida sobre ante la coraza
Se ejercita de escuadras en el mando.
Y el labrador plebeyo olvida el haza,
Que fecundó con su sudor, y ansiando
Moros matar, embraza la rodela,
Ciñe la espada, y alta gloria anhela.
Entusiasmado Nuño, alegre, activo,
De ocasion tal para mostrar contento
El noble esfuerzo y el valor altivo,
Propios de su encumbrado nacimiento;
Manifiesta que el cielo no fué esquivo,
En darle el alto militar talento,
Y aquel que á pocos hombres les concede,
Sin el que gobernar ninguno puede.
Tambien instinto bélico demuestra
Rodrigo en los aprestos diligente,
Ora pasando á las escuadras muestra,
Ora instruyendo la bisoña gente,
Ora con mano previsora y diestra
Mirando por su dueño cual prudente,
Tiendas, víveres, armas, municiones,
Procurando á los nuevos escuadrones.

Blanca sólo, si bien ufana mira
Bajo el bruñido arnés aun más gallardo
Al esposo gentil por quien delira,
Que vestido del rústico tabardo;
Con mil sutiles medios, que le inspira
Su anhelante pasion, busca el retardo
De ausencia, que la aterra y la confunde,
Y en un desconocido mar la hunde.
Viendo afanado siempre á su marido,
Sin pensar más que en la gloriosa guerra,
Teme que su ternura dé al olvido,
Y tal recelo sin cesar la aterra;
Que amor es siempre de recelos nido
(En serlo sin cesar tal vez no yerra)
Y exclusivo, absoluto, aislado, solo,
Quiere en las almas ser de polo á polo.
Mas ¡ah! Blanca se engaña, pues su amante
Firme como del norte está la estrella,
Jamás la amó tan ciego y delirante
Como al tener que separarse de ella.
Y, cual siempre acontece, en el instante,
De irla á perder hallábala más bella,
Por no afligirla su dolor infando
En semblante y palabras ocultando.
Viendo al fin terminados los aprestos
Blanca, y cercano de la marcha el dia,
Infantes y caballos ya dispuestos
A saludar la hermosa Andalucía;
Y agotados al cabo los pretextos
Con que aquella jornada suspendia,
Ruega á Nuño con lágrimas y abrazos
Que el corazon hiciéronle pedazos:
Que espere á que perfile y que concluya
De bordar con sus manos una banda,
Que le prepara como prenda suya,
Y en que hace tiempo trabajando anda:
Para que este recuerdo disminuya,
Y ayude á hacer, si puede serlo, blanda
De ausencia tan atroz la amarga pena,
A que el Destino infausto los condena.
Y que logre tambien ser el escudo,
De amor que la labró por la influencia,
Do flecha enherbolada y plomo rudo
Estrellen su diabólica violencia;
Si se mostrase el cielo tan sañudo,
Y á sus ruegos con tanta indiferencia,
Que del maldito infiel no ponga estorbo
Al tronante arcabuz y al arco corvo.
Nuño consiente, que es lo que desea,
Y Blanca en su labor no se apresura;
Pero toca el final de su tarea
Por más que dilatarla ¡ay Dios! procura.
Y coronando su amorosa idea
Una cifra, prolija bordadura,
De perlas traza con los nombres juntos
De Nuño y Blanca en combinados punto
Pero ¡ay! al terminar labor tan rica,
Al dar temblando la última puntada,
La aguja aleve se resbala y pica,
¡Mal presagio! la mano delicada,
Y de encendida sangre se salpica
La banda del amor... horrorizada
Lanza un grito la linda bordadora,
Y no el dolor, mas el agüero llora.
No estaba léjos el amado esposo,
Que vuelve de adiestrar los escuadrones,
Y herido del acento doloroso
Atraviesa anhelante los salones,
Y en alas del amor llega afanoso
Do sumida en funestas reflexiones
Halla á su encanto, y con el labio amante
Las lágrimas le enjuga del semblante.
Y aprecia más el don, porque el tesoro
De aquellas de su sangre gotas puras
Le dan valor, que por las perlas, y oro,
Que forman sus labores y figuras;
Y talisman seguro contra el moro
Lo estima, y prenda cierta de venturas;
Explicando entendido aquel agüero
De un modo para Blanca lisonjero.
Ella en los brazos del esposo ataja,
El raudal de sus ojos, dichas sueña
Corto momento, y cíñele la faja,
Lazo que más y más su amor empeña.
Mas ¡ay! pronto su sangre toda cuaja
De las escuadras la última reseña,
Y de las trompas roncas la llamada
Para emprender ¡oh cielos! la jornada.
Es ya urgente. Ni lágrimas, ni abrazos
La pueden retardar. Noticia llega
De que los Reyes de la fe en los brazos
Se acercan de Granada á la ancha vega;
Y que ya en sus recuestos y ribazos
El cristiano estandarte se desplega;
Y mengua fuera ya de los leoneses
Llegar tarde á los triunfos ó reveses.
Los afanes, las ansias, las ternezas
De ambos esposos, el adios postrero,
Los encargos, palabras y finezas,
Que son de amor tesoro verdadero;
El trastorno comun de ambas cabezas,
Y de ambos corazones el esmero,
Quede en su punto aquí: pintarlo excede
Del poder que al ingenio se concede.
Formados en gallardos escuadrones
Los, ha poco labriegos y villanos,
Desplegados al aire los blasones
De Nuño Garceran en fieles manos,
Dando atabal y trompa con sus sones
Vida y voz á los ecos más lejanos,
La hueste al cabo rumorosa marcha,
Un pardo amanecer, hollando escarcha.

Viejos, niños, mujeres, que formaban
Diversos grupos, con los ojos fijos
En las tropas que lentas caminaban
De esposos, y de padres, y de hijos,
Rostros y manos al Señor alzaban,
Con los fervientes ruegos más prolijos,
Para que salvos de la cruda guerra
Los restituya á su nativa tierra.
En la eminente torre del palacio
Blanca, convulsa, muda, helada, yerta,
Ve el escuadron marchar por largo espacio,
Y ni aun á respirar su labio acierta.
Y Nuño Garceran confuso y lacio,
Que el peso del dolor lo desconcierta,
Torna, y mil veces repitió el saludo
Con penacho, con lanza y con escudo.
El bosque al fin y una importuna loma
Cubren el escuadron... un parasismo
A la infelice doña Blanca toma,
Y húndese del dolor en el abismo.
Nuño aun vuelve á mirar... mas ya no asoma
Ni la alta torre; y fuera de sí mismo
Se torna en hielo, un alarido exhala,
Y la visera hasta los pechos cala.
Consuélale con cuerdas reflexiones
Y lágrimas tambien el fiel Rodrigo;
¡Gran cosa es escuchar en ocasiones
El dulce acento de afanoso amigo!
Pero para calmar sus aflicciones,
¡Ay! no lo lleva Garceran consigo,
Pues en la ausencia déjale el cuidado
De su adorada esposa, y de su estado.
Y ¡oh gran dolor! en la inmediata aldea,
Despues de arreglos varios preventivos,
Uno al otro los brazos le rodea,
Empinados los dos en los estribos.
Y vuelve atrás Rodrigo, y espolea,
Y Nuño con mil gestos expresivos
Le grita ahogado: *Cuidame á mi Blanca,*
Y á las lágrimas da salida franca.





PRIMERA PARTE

Los pendones triunfantes
De la cruz soberana
Ya respetoso desplegaba el viento,
En las torres gigantes
De esmalte y filigrana,
Con que Granada toca al firmamento;
Torres eternas, cuyos altos muros
Labrados entre mágicos conjuros,
Presagios, influencias, profecías,
Y consultas de signos, y de estrellas,
Lograban ya los venturosos dias
Para que tal poder les dieron ellas.
El sol desde el oriente
Al perfilar de grana y de topacio
Celajes que bordó la blanca Aurora;
Y al ocupar el trono refulgente
Del zenit en la cumbre del espacio,
Derramando á raudales
Vida, riqueza y luz á los mortales;
Y al declinar tras nube que trasflora
De morado, y de jalde al occidente;
Saluda los católicos pendones,
Y en ellos los castillos y leones
Y aragonesas barras ondeando,
Y la fe pregonando
De Alhambra, y de Albaicin en las almenas,
Do ántes volaban lunas sarracenas.
Genil entusiasmado
Del triunfo de las armas españolas,
No envidiaba del mar las crespas olas,
Despues de haber tal gloria presenciado.
Y al través de la vega apresurado,
Dejando atrás sus bosques y repechos,
Gozoso á relatar tan altos hechos
Iba al Guadalquivir, cuya memoria
Conserva otros tan grandes de su historia.
De la Sierra Nevada
Sonreia la cumbre
Porque en su hija Granada
Brillaba ya la bienhechora lumbre
Del lucero del Gólgota, y veia
A la grande Isabel, y al gran Fernando
La garganta pisando
Del islamismo con tan firme planta,

Que jamás volveria
El brillo á oscurecer de la fe santa,
Ni á profanar la hermosa Andalucía.
Segura, en fin, España
De la estirpe agarena, tanta hazaña
Famosa y nunca vista,
Con que sus héroes la feliz conquista
Lograron del imperio granadino,
Celebraba gozosa:
Aun sin saber que Dios iba el camino
Con mano poderosa
A abrirle de otro mundo,
Por favor de su gracia sin segundo.
Y ya la fama con su trompa de oro,
Eterna voz, y cántico sonoro,
Cruzaba mares, taladraba nubes,
Prestándole sus alas los querubes;
Y la insigne victoria difundia,
Por cuanto alumbra el sol, y el mar enfria.
Y el español denuedo
Sembraba en los paganos
Terror, y helado miedo,
Y gozo, y nuevo aliento en los cristianos.
Pasmando al orbe todo
El triunfo audaz, con que el linaje godo
La lucha de ocho siglos coronaba;
Y con que aseguraba
La fe de Cristo, y su blason triunfante
Desde el tirreno mar, al mar de Atlante.
Sí: de doña Isabel, de don Fernando
Católicos monarcas españoles,
De alta prudencia y de denuedo soles,
Que hoy en gloria sin fin están brillando,
Despojo era Granada.
Mas dije mal, porque despojo no era;
Sino la más preciada,
Y la joya más rica, y la primera
De la diadema espléndida española,
Entre cuantas respeta el orbe, sola
De otras muchas formada por el cielo,
Con incesante anhelo,
Para en la augusta frente colocarla
De tan egregios Reyes;
Y en ella asegurarla
Por las humanas y divinas leyes.
Magnífico diamante,
Rico joyel de la diadema augusta
Del imperio español era Granada;
Con su cielo radiante
Que rara vez el huracan asusta,
Con su sierra, pirámide de nieve,
A quien, ni el cancro abrasador se atreve;
Con su vega encantada,
De deleites tesoro;
Con su Darro y Genil, que arrastran oro
En los raudales frios;
Con sus cármenes verdes y sombríos;
Con sus palacios mágicos de encajes,
Y frágil filigrana;
Con sus torres ligeras cual plumajes,
Que el soplo de la cándida mañana
Entre vapores húmedos parece,
Que blando agita, y que risueño mece.
Si hurí inmortal, si reina de odaliscas
De alas de leve niebla, y pié de espuma,
Con las galas espléndidas moriscas
Fué la hechicera juvenil Granada;
Ya por la gracia de los cielos suma
Se mira transformada
En augusta matrona,
Orgullosa, triunfante,
Y con la frente de real corona
Ceñida en vez del bárbaro turbante:
Viéndola con profundo
Respeto absorto el admirado mundo,
Ya con la fe católica en el seno,
Antes manchado del inmundo cieno
De torpes ceremonias y de ritos
Por el cielo malditos;
Y oyendo en sus mezquitas,
Del báratro tremendo con espanto,
Las palabras benditas
Del Evangelio santo,
Que alienta al siervo, y al tirano doma,
En vez de las blasfemias de Mahoma.
Y admirando en sus cármenes y Alhambras,
Y plácidos jardines
Las danzas castellanas y festines,
Mucho más nobles que agarenas zambras;
Y en vez de Abencerrajes,
Y Zegríes traidores,
Poblada de linajes
Más altos y mejores,
Más bravos, y hazañosos,
Y mucho más antiguos y gloriosos.

Todo era, pues, contento y alegría,
Justas, banquetes, y vistoso alarde,
Desde el primer albor del nuevo dia,
Hasta espirar los plazos de la tarde.
Y de danzas y orquestas,
Régios convites y costosas fiestas
El plácido rumor y los concentos
Daban vida á los vientos,
Las sombras de la noche regalaban,
Y el sueño de los astros arrullaban:
Y alboradas risueñas
Felicitaban á la blanca aurora,
Cuando las altas peñas
De excelsos montes con su luz colora.

Tan sólo Nuño Garceran hundido
En afan melancólico se esconde,
Y ni al aplauso universal responde
A su valor egregio conferido.
Pues su esfuerzo bizarro
A la vega encantó, y admiró al Darro:
Siendo sus estandartes,
Y sus bravos leoneses
Nuncios de la victoria en todas partes,
Sin temer de fortuna los reveses.
Y él, en el duro asalto
Del régio alcázar colocó tan alto
Su nombre, que la fama,
La flor de los guerreros le proclama.
Mas ¡ay! que de su patria, de su estado,
Y de su tierna esposa separado,
No puede tanta ausencia
Soportar de su pecho la vehemencia.
Y ni ostenta su gala en los salones
De los reyes, ni asiste á sus funciones,
Ni luce en los jardines,
Ni brilla en los festines,
Ni en Vivarrambla en pisador ligero
Ensangrentando el acicate de oro,
Justa, ostentando su saber guerrero,
Lidia, mostrando su destreza, un toro.
Y léjos del bullicio, y los festejos,
Como está de placer y calma léjos,
Solitario pasea
Entre los altos olmos que menea
El céfiro en la orilla
Del Genil. Y en la noche triste vaga,
Cuando la luna entre celajes brilla,
Y la corriente cristalina halaga,
Por los campos desiertos
De tibia luz y de vapor cubiertos:
Y allí repite el nombre de su Blanca,
Y hondos suspiros de su pecho arranca.
Ha tiempo que carece
De nuevas de ella, y cuando no hay noticias,
Ya infaustas, ya propicias,
La ausencia se parece
Al sueño eterno de la tumba helada:
Pues ó malas, ó buenas, son sustento
De un alma enamorada,
Y dan vida á la ausencia y movimiento.
A su tierra ha enviado
Uno y otro criado,
Que no tornan jamás, cual si un conjuro
Allá los detuviera,
O cual si á su regreso se opusiera
Un encantado impenetrable muro.
Confuso entre afanosos pensamientos
El triste se perdia,
Amante firme, y tierno enamorado,
Creciendo los tormentos
De su angustiado pecho cada dia,
De toda nueva de su bien privado.
Cuando á mirar acierta,
Que llega una mañana ante su puerta
En rocin sudoroso, y anhelante,
Un villano leonés; en el tabardo
De tosco paño pardo
Conoció que lo era,
Como en las bragas y amarilla cuera.
Un vuelco dióle el corazon, se lanza
A salirle al encuentro sin tardanza,
Y sin preámbulo alguno le pregunta,
Latiente el pecho, la color difunta,
Por carta y nuevas de su esposa amada.
El villano la mano venerada,
Que es aquel su señor reconociendo,
Le besa, de este modo respondiendo:
«Mi alta señora, vuestra esposa bella,
De las montañas de Leon estrella,
Salud cumplida tiene;
Aunque siempre afligida la mantiene
Vuestra ausencia, señor, y noche y dia
Pide llorosa, y con ferviente anhelo,
Que os torne salvo á vuestra patria el cielo.
Yo habito la alquería,
Que está de la cañada en los alcores,
Entregado á las rústicas labores:
De allí el señor Rodrigo con gran priesa,
Sin duda porque mucho os interesa,
Partir mandóme, y con premura harta
Poner en vuestras manos esta carta.»
Confuso Nuño Garceran la toma
Con temblorosa mano,
Y aunque lo que le ha dicho aquel villano
De doña Blanca, centro de sus dichas,
Le asegura, tal vez al rostro asoma
Inquieta turbacion: pues que, un arcano
De míseras desdichas
En sí contiene el misterioso pliego,
Le dice el corazon. Se encierra luego,
Abrelo palpitante,
Y estos renglones se encontró delante:
«Don Nuño, tan larga ausencia
Empieza á perjudicaros,
Y es mi obligacion llamaros,
Que importa vuestra presencia.
»Pues se alcanzó la victoria,
Y se conquistó Granada,
Donde veis acrecentada
De vuestra casa la gloria;
»A librar á ella y á vos
De un abismo, que está abierto,
Y que yo á evitar no acierto,
Venid, y pronto por Dios.
»Venid, que os llama un amigo...
¡Quiera el cielo no sea tarde!...

Él os ayude y os guarde,
Vuestro servidor: *Rodrigo.*»

En tormentoso mar de confusiones,
Que envuelve noche ciega,
Leyendo estos renglones
El desdichado Garceran se aniega.
Dice poco, es verdad, aquella carta;
Mas tambien, harto dice,
Para que hienda y parta
El alma y corazon á un infelice.
Y en el conjunto vago y sin colores
Del oscuro compendio
Se ven los resplandores
De un infernal, aterrador incendio:
Cual se ven en el fondo de los mares
En confusion las rocas,
Y sin forma, á millares
Cruzar los tiburones y las focas.
O cual tras negro tronador nublado
Se ve, que arde, y que gira
Meteoro encapotado,
Nuncio fatal de la celeste ira.
Doquiera que el discurso vacilante,
Buscando conjeturas,
De Nuño, acude errante,
Ve un piélago sin fin de desventuras,
Y espectros y fantasmas espantables
Le revuelan en torno,
Mucho más formidables
Por no tener ni forma, ni contorno.
Y de aquellos fatídicos renglones
De tan infausto arcano,
Consuelo en las razones,
Quiere encontrar su mente, del villano.
Sí, nuevas favorables de su Blanca
Le ha dado cual testigo;
Mas el alma le arranca
Notar que ni aun nombrarla osa Rodrigo.
Aquel le dijo que constante llora
Su ausencia; y este calla...
¿Será que el uno ignora,
Lo que otro el modo de decir no halla?...
¡Ay! este pensamiento le horroriza,
Y arde en un fuego interno,
Que envenena y atiza
Una mano invisible del infierno,
Y destrozado y roto en el combate
De temor y de duda,
Se anonada, se abate,
Sin luz los ojos y la boca muda.
Mas una pronta decision estalla
En su cabeza ardiente,
Cuando en la cruel batalla
Iba á doblar exánime la frente.
La de volar en busca de Rodrigo
A la nativa sierra,
Y ver cuál enemigo
Allá le mueve tan extraña guerra.
Y las alas envidia voladoras
Del águila altanera,
Que cruza en pocas horas
Todo el cóncavo espacio de la esfera.
Escondiendo á los suyos el viaje,
Veloz caballo ensilla
Y con humilde traje,
Y con solo su afan vuela á Castilla.
Ya deja atrás las torres de Granada,
Y la encantada vega,
Y la Sierra Nevada,
Y al confin andaluz rápido llega.



Y lo ve galopar sin un respiro
El sol desde el Oriente,
Hasta acabar su giro,
Apagando en el mar la crencha ardiente.
Y la luna y las trémulas estrellas
Alumbran su viaje,
Luciendo sus centellas
Al través del vapor y del celaje.
Atraviesa á Castilla, montes, rios,
Valles profundos, nada
Disminuye sus brios,
Ni detiene la rápida jornada.
Y al rojo esclarecer de hermoso dia,
Principio del verano,
Cuando la aurora abria
La puerta de oro al astro soberano;
Vió Nuño aparecer azul un monte
Aun de nieve vestido
Allá en el horizonte,
Y dióle el corazon hondo latido.
La sierra es de Leon, donde su estado
Tiene, y su dicha asiento;
Y hácia ella arrebatado
Lanza el corcel más rápido que el viento.

A cada nueva, y conocida loma,
Que descuella de léjos,
Y cuando un punto asoma,
Que blanquea del sol á los reflejos,
Sensaciones tan fuertes é indecibles
El corazon le agitan,
Y tan indefinibles
Pensamientos le hielan ó le irritan;
Que ya para sufrir tanto martirio
Sin fuerzas, espolea
En insano delirio
El alazan, que sin vigor jadea.
¡Oh cuán breve, y cuán largo es el camino
Que corre un desdichado,
Si va donde el destino
Le tiene algun desastre preparado!
Al cabo Nuño en férvidos vapores,
Que del valle se elevan,
Descubre los alcores
De los estados que su nombre llevan.
Y al fin del sol que baja lentamente
Al confin del espacio,
No léjos ve á su frente
La mole desigual de su palacio.
Y le parece aterrador coloso
Que lo amenaza y mira;
Y crespon doloroso
La leve niebla que en sus torres gira;
Y detiene de pronto la carrera
Con toque tan forzudo,
Que el caballo cayera,
A no sentir el acicate agudo,
Y lanza un grito, ó pavoroso trueno,
Que el corazon hinchado
Le da un vuelco en el seno,
Como si en él hubiera reventado.
Una encendida bomba es su cabeza
Que á estallar va al instante,
Y en toda su grandeza
La boca del infierno ve delante.
¡Mísero!... las fantásticas visiones
Le cercan de su mente,
Piérdese en ilusiones,
Y no ve la verdad que está presente.
No ve á su encuentro por la misma senda
Un hombre y un caballo
Venir á toda rienda,
Ni oye el recio pisar del duro callo.
Ni sale del delirio hondo, morboso,
Hasta que el brazo amigo
Le estrecha cariñoso
De su buen servidor, del fiel Rodrigo.
Reconócelo, abrázalo, suspira,
Y la color difunta,
Con hondo afan lo mira,
Sin osar producir una pregunta.
Y Rodrigo tambien mudo, turbado,
Y la color de cera,
La mirada, espantado,
De aquellos ojos evitar quisiera.
Descabalgan entrambos, y Rodrigo
Estrechando la mano
De su señor y amigo,
Lo asienta al pié de un álamo lozano:
Cuando en un mar de fuego en Occidente
Pálido el sol se hundia,
Su faz velando ardiente
Sangriento nubarron, tumba del dia.
A la luz del crepúsculo borrosa,
Miéntras la suya daba
La luna candorosa,
Que entre cumbres oscuras asomaba;
Tras de silencio breve, pero horrendo,
Solos, y sin testigos,
Tal diálogo tremendo
Tuvieron entre sí los dos amigos.

DON NUÑO.

A tu carta obedeciendo
En Leon me tienes ya,
¿Qué males, pues, me amenazan?...
Dilos, dilos, sin tardar.
Dilos, porque el alma tengo
En tan angustioso afan,
Que de tus palabras pende
Mi ansiosa vida quizás.

RODRIGO.

Señor, mi confuso labio
No sabe cómo empezar;
Pues hay cosas cuyos nombres
No acierta el bueno jamás,
Y acaso es más infelice,
En mayor angustia está,
Que el que infortunios aguarda,
Quien los debe revelar.
. . . .
. . . .

DON NUÑO.

Apresura mi tormento,
Ten de tu amigo piedad.
¿Vive Blanca?... Si ella vive,
¿Qué me importa lo demás?

RODRIGO.

¡Ay, que has pronunciado el nombre
Que no osaba pronunciar!
Vive doña Blanca, vive...
Vive, sí, vive... ¡ojalá
Que nunca vivido hubiera
Para tu nombre afrentar!...

DON NUÑO (*furioso*).

¿Qué supones, miserable?...
¿Qué alientas, furia infernal?...
Prueba, prueba lo que dices,
O mi furia probarás.
Mi Blanca es como el sol pura,
Es un ángel celestial.

RODRIGO (*turbado*).

Doña Blanca... es...

DON NUÑO.

¿Qué es?... acaba
...¿te se pega al paladar
la lengua?... ¿Qué es, dí, mi esposa?

RODRIGO.

¡Infiel!

DON NUÑO (*poniéndose de pié*).

¡Mentira!

RODRIGO (*resuelto*).

¡Verdad!

DON NUÑO (*cayendo convulso*).

¡Abrete, tierra, á mis plantas
y sepúltame voraz!

Como de rayo tronador herido
Cayó convulso en tierra,
Y lanzó un alarido
Que estremeció los riscos de la sierra.
Y el confidente mudo y aterrado,
Hecho estatua de hielo,
Inmóvil quedó á un lado,
Fijos los turbios ojos en el suelo.
Don Nuño, destrozándose furioso
La túnica y el pecho,
Revuélcase anheloso
Sobre la yerba, de dolor deshecho.
Rodrigo al cabo á su socorro viene,
Levanta al infelice,
Lo anima, lo sostiene,
Y con voz balbuciente así le dice:

RODRIGO.

Volved en vos, señor mio,
¿Dónde vuestro esfuerzo está?
¿Quereis morir sin venganza?

DON NUÑO (*reanimándose*).

¡No, Rodrigo, no, jamás!
Cuéntame, cuéntame todo,
Tranquilo te escucho ya.

RODRIGO.

¿Y qué puedo yo contaros?...
Vuestros ojos mismos van
A decíroslo al momento.
Y pues nadie sospechar
Puede, señor, vuestra vuelta,
Y la noche, y el disfraz
Esconden vuestra persona,
Venid tras de mí y callad.

Como al conjuro de potente mago
Un cadáver camina,
Así con paso vago
Va Nuño entre la niebla blanquecina,
Atravesando el bosque con su amigo
En silencio profundo,
Mas llevando consigo
Todo un infierno aterrador del mundo.
Y su planta vacila á cada instante,
Y no más firme acaso
Es la que de él delante
Tiende Rodrigo con incierto paso.
Y no se escucha más que el rumor leve
De espesos matorrales,
Que su marcha remueve,
Al través de barrancos y de eriales.
Y la respiracion de ambos viajeros
Estertor parecia,
Del que ya en los postreros
Afanes juzga escasa el aura fria.
Iban como al través de honda cañada
Entre encinas y pobos,
Buscando la manada
De ovejas, van dos carniceros lobos.
Y los ojos de Nuño relumbraban
Cual brasas encendidas,
Y acaso espanto daban
A las aves del todo aun no dormidas.
Y lumbre azul, cual arde sobre un muerto,
Los ojos de Rodrigo
Daban en el desierto,
Sin osar revolverlos á su amigo.
A poco tiempo llegan á una puerta
Del jardin del palacio,
Que sin rumor abierta
Da entrada franca al encantado espacio.
Y enfrente allí de un cenador de hiedra,
Do una lámpara ardia,

Y una mesa de piedra
Refrigerios, y frutas ofrecia;
Entre las murtas, troncos y follaje
Quedan entrambos bultos,
Por fin de su viaje,
En gran silencio, sin moverse, ocultos.
Tal se esconde alevoso en la enramada
El cazador, y espera
La cierva descuidada
Que baja por la noche á la ribera.
¡Ah, buen Rodrigo!... tu amistad constante,
Tu gratitud ardiente
Te arrastran tan distante,
Que no hallarán disculpa en el prudente.
De honradez y lealtad tan alta prueba,
¿No ves, oh fiel Rodrigo,
Que al precipicio lleva
Al que proclamas protector y amigo?
¿Cuánto mejor te fuera, ó tú vengarlo,
Si impedir no pudiste
El mal, ó que ignorarlo
Por largo tiempo consiguiera el triste?
¡Ay, hasta la virtud, hija del cielo,
Los míseros mortales,
Por imprudente anhelo,
Pueden mina fecunda hacer de males!

¡Cuán clara y refulgente,
Espléndido topacio,
En el celeste espacio
Ostentaba la luna su esplendor!
Con sonrisa inocente
Dormida entre celajes,
Delicados encajes
De leve niebla y cándido vapor.
Y su luz argentina
Por lomas y collados,
Y silenciosos prados
Se gozaba apacible en resbalar;
Y la pomposa encina,
Y el contorno del monte
En el vago horizonte,
De nácar sobre nube, en dibujar.
Dejando al valle hondo
Tiniebla misteriosa,
Que nadie mirar osa
Temiendo algun fantasma descubrir;
Y sólo allá en el fondo
Dejaba en la corriente
Del rápido torrente
Breve y fugaz destello relucir.
En calma estaba el viento,
Y el aura revolando,
Y en silencio besando
Las soñolientas flores del jardin,
Robábalas su aliento,
Y con él perfumaba
Y en bálsamo tornaba
El ambiente hasta el último confin.
El silencio profundo
Tan sólo interrumpia,
La fuente que corria,
Y el acento de un tierno ruiseñor;
Dijérase que el mundo
En sueño regalado,
Dormia reclinado
En el inmenso seno del Criador.
¡Ah! noche tan hermosa,
Tranquila y apacible,
Que encubra no es posible
Perfidia, engaño, crímen y traicion.
Si alma hay tan horrorosa
Que á turbarla se atreva,
Sobre su frente llueva
El fuego de la eterna maldicion.
Mas ¡ay! que la influencia
De su apacible calma
No tranquiliza el alma
Del furibundo Nuño Garceran.
Y cuando su impaciencia
A atropellar por todo
Iba, y de cualquier modo
A dar un fin á su angustioso afan;
Y apénas ya podia
La mano de su amigo
El ejemplar Rodrigo,
Contener su impaciencia y su altivez;
En lejana abadía
El reló resonando,
Que el tiempo iba ajustando,
Dió con gran pausa campanadas diez.
Y á la puerta aparece,
Del vecino palacio,
En el oscuro espacio
De pronto una hermosísima mujer.
Mujer que resplandece,
Aparicion divina,
De aquellas que imagina
La inocencia en ensueños de placer.
Talle esbelto, elegante,
Y formas delicadas,
Que lucen adornadas
Con veste de blancura virginal.
Y un pálido semblante
Sobre el cuello flexible,
Tan bello y apacible
Y de expresion tan noble y celestial,
Cual rara vez el suelo
Ve, cuando de belleza
Quiere naturaleza
Darle un tipo ostentando su primor;

Y que tan sólo el cielo
Reveló al soberano
Ingenio, y á la mano
Del grande Urbino, el inmortal pintor.
Toda ella iluminada,
Sobre aquel fondo oscuro
Encuadrado en el muro,
Por la luz de la luna vertical;
Con el claror mezclada
De la llama, que brilla
Oscilante, amarilla,
Dentro del cenador en un fanal;
Parece la figura
De la divina maga,
Aparicion tan vaga
De misterioso y singular color;
Que no humana criatura
Del mundo se creeria,
Sino una fantasía,
Un conjunto de luz y de vapor.
Don Nuño arrebatado
Por tal vision divina
Casi la frente inclina,
Casi olvida su furia y su ansiedad;
Cuando ponerse al lado
Ve de aquella belleza,
Con familiar franqueza,
Un mancebo gentil de corta edad.
De risueño semblante,
De noble corpulencia,
De gallarda presencia,
Brotando actividad, vida, expresion:
Y con traje elegante
De rojo terciopelo,
Y sobre el rubio pelo
Una toca adornada de un airon.
Lanzó Nuño un rugido
Profundo, ahogado, interno,
Que se oyó en el infierno,
Aunque apénas se oyera en derredor.
Y ciego, enfurecido,
Con el hierro desnudo,
Iba... Pero forzudo
Sujetó el fiel Rodrigo su furor.

El jóven, y la hermosa,
Alegres, descuidados,
Y del brazo enlazados
Discurren un momento en el jardin.
Y su charla amorosa,
Esparciendo un murmullo
Como apacible arrullo,
Dentro del cenador entran al fin.
Ella en rica almohada
De brocado se sienta,
Y de pié le presenta
Frutas y flores el gentil garzon.
Quien viendo preparada
Arpa sonora á un lado,
Púlsala arrebatado,
Y entona esta dulcísima cancion.

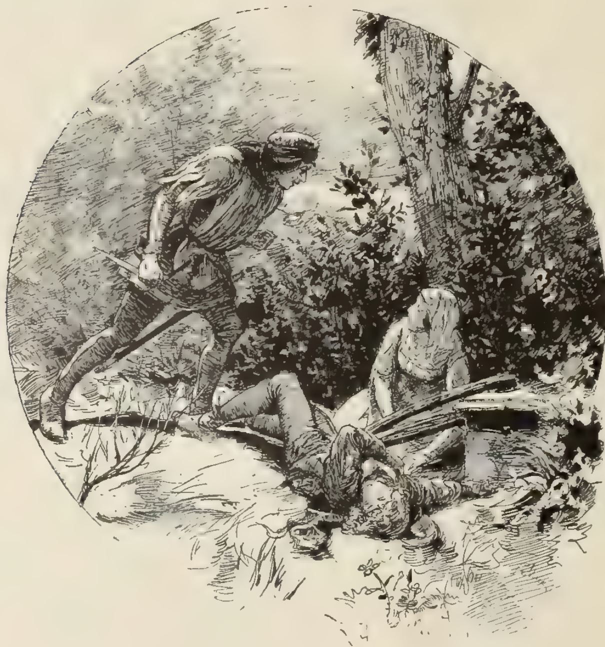
«En noche tétrica
De desventura
Y de amargura
Me iba ya á hundir;
»Cuando la fúlgida
Luz de una estrella
Benigna y bella
Ví relucir:
»Y eras tú, Blanca mia,
La estrella de consuelo y de alegría.

»En negro vértigo
Agonizaba,
Mi pié tocaba
Ya el ataud,
»Y un dulce bálsamo
Bebí anhelante,
Y hallé al instante
Vida y salud:
»Y eras tú, Blanca mia,
El bálsamo que tanto conseguia.

»Blanca, sí,
Todo á tí
De polo á polo
Lo debo solo.
»Sin tu amor,
Y favor
Fuera mi suerte
Mísera muerte:
»Porque eres, Blanca mia,
Bálsamo de salud, sol de alegría.»

Aquí llegaba en su cancion, mirando
Con arrasados ojos y semblante
A la dama el doncel; cuando anhelante
Ella, el rico almohadon abandonando,
Se acercó á él con cariñoso exceso,
Y en la mejilla juvenil y hermosa,
Con la emocion del canto ardiente rosa,
Le imprimió un blando y delicioso beso.
Rodrigo suelta entónces á don Nuño,
Que como flecha despedida arranca,
Y en el seno infeliz de doña Blanca,
Hundió la daga hasta el dorado puño.
El mancebo de pronto en su defensa,
Tarde era ya, sacrificarse quiere,
Y el mismo acero lo recibe, y hiere
Y abre en su tierno pecho herida inmensa.

Al desplomarse en brazos de la muerte
Blanca infeliz, y en el postrer desmayo,
Cuando juzgó que la mataba un rayo,
Quién es su matador ¡mísera! advierte.
Y ¡oh Nuño!!! exclama en el postrer aliento,
Y Nuño, redoblando con oirla
Su furor infernal, torna á embestirla,
Que sólo de su muerte está sediento.
Y cébase cual hiena furibunda
En el cadáver con horrible estrago,
Bañándose frenético en el lago
De sangre, que el jardin, cálida inunda.
Cuando huracan horrísono rugiente
Baja de pronto desde la alta sierra,
Los árboles altísimos aterra
Y el cenador y lámpara eminente.
Embiste silbador con recio empuje
El palacio, y lo mece, y lo fulmina;
Las gigantescas torres arruina,
Y el muro roto se desploma y cruje.
Y la luna purísima envolviendo
En borrascosas nubes espantables,
Con espesas tinieblas impalpables
Cubrió aquel espectáculo tremendo.
Nuño, de un trueno al espantoso grito,
De sí mismo medroso y aterrado,
Y creyendo que el orbe ha caducado,
Del Sumo Sér, que lo formó, maldito;
Por el áspero monte huye cobarde,
De cuando en cuando deslumbrado y ciego
De súbitos relámpagos al fuego,
En que juzga que el globo todo arde.
Así recien formado, con profundo
Terror, vagar por anchas soledades,
Envuelto en espantosas tempestades,
Al primer homicida miró el mundo.



SEGUNDA PARTE

¡Sevilla! ¡Oh nombre mágico, que encanta
Con su apacible són mi mente toda,
Y de recuerdos plácidos circunda
Mi helado corazon y mi memoria!
Sevilla, reina del ameno clima
En que Guadalquivir su régia pompa
Ostenta, caminando hácia los mares
Do el sol se esconde al desdeñar á Europa.
Sevilla, que gallarda señoreas
De olivo y de laurel con la corona,
La parte más risueña de este mundo,
Y do ingenio y valor la tierra brota:
Miéntras más léjos de tus altos muros,
De tu inmensa basílica grandiosa,
Y de tus odoríferos verjeles,
Más te tengo presente á todas horas.
En tí pasé mi juventud florida,
Y el balsámico ambiente de que gozas
Me restauró la sangre, que en los campos
Por mi patria y mi rey vertí con honra.
Y en tí gocé de deliciosos dias,
Y del amor los bienes y zozobras,
Y recogiendo aplausos y laureles,
De la felicidad bebí en la copa.
Que entusiasmado viendo de Murillo
Y Zurbaran las encantadas obras,
Admirando tu alcázar y tu templo,
Y oyendo hablar á Herrera y á Rioja;
Me elevé de las brisas en las alas,
Cual del jazmin y azahares los aromas,
Y el fuego celestial de la poesía
Ardió en mi mente, y aspiré á sus glorias.
Jamás, jamás te olvido, insigne emporio
De ingenio y gracia, y de beldad; y ahora
Miéntras de tí tan separado escribo
En alto verso esta olvidada historia;
A la orilla de un mar que de esmeralda
Revuelve alegre las risueñas olas,
Inmediato al flamígero Vesubio,
Y admirando su cumbre tronadora,
Que humo y ceniza lanza contra el cielo,
Y forma espesa nube, que el sol dora;
Cercándome de flores coronadas
De Posílipo y Vómero las lomas;
Y en Nápoles, en fin, la que en el mundo
Tanto renombre esclarecido goza:
A tí, y tan sólo á tí tengo delante,
Y en tí, ¡grata ilusion! mi mente mora.
Y miro alzarse tu Giralda esbelta
Entre vapores de color de rosa,
Y oigo la voz de sus sonoros bronces,
Que retumba en los montes de Carmona.
Y que estrecho á mi seno me figuro
Las dulces prendas, que de mí remotas
Allá anhelan tan sólo mis noticias,
Y sin cesar me llaman y me nombran.
Y escenas ocurridas en tus campos
Voy á contar, para aclarar la historia,
Que de la tumba de la edad pasada
El sacro númen, que me inspira, evoca.

Poco despues que en la morisca Alhambra
La cruz de Cristo derrocó á la luna,
Triunfó de la espantosa idolatría
En el bárbaro haren de Motezuma.
Pues el Reparador del universo
Dió de extender su nombre, y la fe suya,
La alta mision á los esposos Reyes,
Que á Aragon y Castilla unen y juntan.
Y abriendo las barreras de los mares
A las osadas españolas fustas,
Regidas por un hombre extraordinario,
Domador de huracanes y de furias;
Ofreció un nuevo mundo á su grandeza;
Do la gloria aumentar que los circunda,
Y do la santa luz del Evangelio
Su influjo bienhechor muestre cual nunca:
Disipando las bárbaras tinieblas
De las espesas infernales brumas,
En que el rebelde Arcángel envolvia
Las regiones del globo más fecundas.
Allí pocos valientes humillando,
A fuerza de constancia y de bravura,
El poder de cien bárbaras naciones,
Y del tenaz infierno las astucias;
Dieron á los católicos Monarcas
Cien coronas riquísimas, que ocultas

Para España guardó siglos y siglos
En tal region la Omnipotencia suma.
Mas de tantas conquistas milagrosas,
Que aun la envidia por fábulas reputa,
Como hicieron los bravos españoles
Allá en ocaso en incesante lucha;
La más alta, admirable y portentosa,
La colmada de gloria, cual ninguna,
Fué el imponer Hernan Cortés, el grande,
Al mejicano imperio la coyunda.
¡Hernan Cortés!... Coloso que descuella
Entre los héroes que la fama adula,
Como gigante pino en los jardines
Se alza soberbio entre la humilde murta.
¡Hernan Cortés!... cuyo glorioso nombre
El primer puesto de la historia ocupa,
Entre cuantos alzarse ha visto el mundo
En brazos de la bélica fortuna.
El que llevó la cruz de su estandarte
De triunfo en triunfo, vencedora, augusta,
Desde la fértil vega de Tabasco
Hasta las altas torres de Cholula;
Tan sólo con seiscientos españoles,
De guerreros cien mil domó la furia,
A fuerza de constancia y de denuedo,
En los valles hondísimos de Otumba.
Y plantó audaz el pabellon hispano
Con gloria eterna de la patria suya,
En la opulenta Méjico, que el orbe
Del Occidente Emperatriz titula.
¡Ay!... al trazar estos sonoros versos
Con noble orgullo la entusiasta pluma,
De tanta gloria mis ardientes ojos
En aquella region el templo buscan.
Y la ven, ¡oh dolor! presa infelice
De raza infiel, advenediza, oscura,
Que á la fe del glorioso Recaredo
Con sus dogmas heréticos insulta.
Raza de mercaderes... ¿Y no queda,
Y allí no queda ya gota ninguna
De castellana sangre, que valiente
Tan horrenda agresion pasme y confunda?
.....Queda, sí, y se derrama valerosa,
Mas sin fuerza y poder. La desvirtúan
Rebeliones, discordias, impiedades,
Delirios, ambiciones y disputas;
Que pérfida Albion con larga mano,
Hundiéndolos en mar de desventuras,
Sembró en aquellos pueblos infelices,
Que niños son, y adultos se figuran.
¿Y por qué España, la ofendida España,
No alza la frente, y sus valientes junta,
Y á la venganza y al socorro vuela,
Perdonando cual madre las injurias?
Mas ¿qué pronuncio? ¡oh Dios! basta, y un velo
Impenetrable las miserias cubra,
Que el poder roban á la patria mia,
Y que la gloria de su nombre anublan.
Y volvamos la mente á aquellos siglos,
Para consuelo de tan grande angustia,
En que su fe y lealtad la colocaron
Más alta que ese sol que nos alumbra.

Triunfantes los castillos y leones
En la régia mansion de Motezuma,
Y la insignia del Gólgota humillando
Del ídolo infernal la frente inmunda;
Ya recibia el mejicano imperio
Sumiso, reposado, y con fe pura
Las suaves leyes y los santos ritos,
Que paz y eternas dichas aseguran.
Y el grande Hernan Cortés, modelo insigne
De lealtad española cual ninguna,
A poner de su Rey ante las plantas
Aquella gran conquista se apresura.
Y cargada de bálsamos y aromas,
Perlas, tejidos y esmaltadas plumas,
Oro, alimañas de pintadas pieles,
Indios guerreros, y exquisitas frutas;
Mandó partir una ligera nave
Desde las playas de San Juan de Ulúa,
Que lleve á España, y al Monarca ofrezca
De aquel imperio la diadema augusta.
Mar bonancible, y favorable viento
Halagan al bajel, que la fortuna
Conduce hácia el Oriente, y que gallardo
Las crespas olas, sin peligro sulca.
Ya mira desde léjos coronadas
De olivos las montañas andaluzas,
Y sin temer escollos ni bajíos,
Y humillando la barra de Sanlúcar,
Del gran Guadalquivir las dulces aguas
Riza y encrespa de argentada espuma,
Y entre olorosos, verdes naranjales
Pomposa pasa y presurosa cruza.
Ya ve de la Giralda desde léjos
Alzarse altiva la delgada aguja,
Y del coloso, que en su cumbre gira,
Los fúlgidos destellos la deslumbran.
De Sevilla las torres y atalayas
Que nave llega de Occidente anuncian,
Y á muelles, y riberas acudian
A saludarla las curiosas turbas.
La nave majestuosa, cuyas velas
Las frescas brisas de la tarde empujan,
Con flámulas jugando y gallardetes,
Que en los ingentes mástiles ondulan,
De la torre del Oro á los piés llega,
Las pardas lonas en la verga anuda,
Y rompe con las áncoras el rio,
Que fondo en que cebar el diente buscan

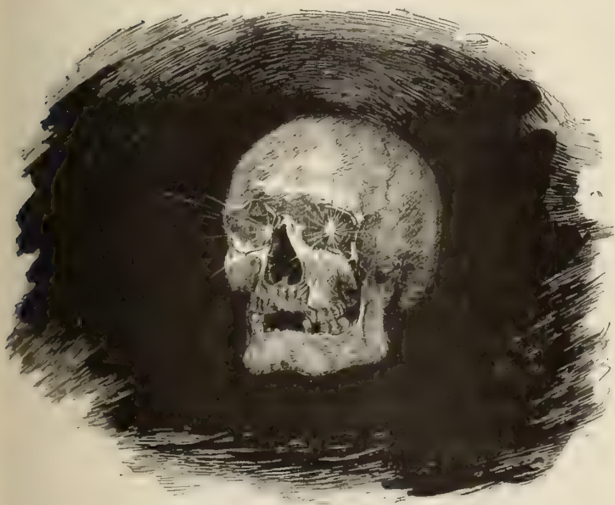
Y con alegre salva, que un momento
En blanco humo la envuelve, y que retumba
De los lejanos montes en los valles,
A la ciudad clarísima saluda.
El sol en el ocaso se escondia
Entre vapores férvidos, que ofuscan
Su deslustrada faz, y en el oriente
Se alzaba rica de esplendor la luna.
Del principio dichoso del verano
Una noche tranquila, hermosa y pura
Empezando á lucir, de calma llena,
Anunciando reposo, y paz profunda;
Ríndese al sueño la cansada gente
De la nave, ya inmóvil y segura,
Y la gente de tierra se retira
Ansiando sólo que la aurora luzca.
Rayó por fin en el remoto oriente,
Aun de celajes y vapor desnuda,
Y el sueño desterrando de Sevilla
A la Giralda con su luz saluda.
Cuando enjambre de lanchas y bateles,
De barcazas, de botes y falúas,
Cercan la gruesa nave, y las riquezas
Ansian de que preñada la reputan.
Y entre el comun estruendo y algazara,
Y voces diferentes y confusas,
A la radiante luz del nuevo dia
El desembarque ansiado se apresura.
Y ya van á los muelles y riberas
Pesados fardos de riqueza suma,
Aves, que nunca el cielo aquel cruzaron,
De verdes, rojas y amarillas plumas;
Maderas exquisitas, que la cara
De los bruñidos mármoles ofuscan;
Especias del sabor más delicado,
Que olfato y paladar á un tiempo adulan.
Barras de oro y de plata refulgentes,
Armas de pedernal, y de tortuga,
Coseletes y escudos con labores
Que á las del gran Celini sobrepujan.
Tejidos de algodon cual blanca nieve,
O teñidos de grana que deslumbra;
Plantas de pomposísimos follajes,
Con prodigiosas, odorantes frutas.
Gruesas perlas, espléndidos penachos,
Copal, y aromas, y con rara industria
Cueros, búcaros, cobres, filigranas
Labrados en fantásticas figuras.
Gomas medicinales, y hasta yerba,
Cuyo humo el marinero aspira y chupa,
Lanzándolo despues en blanca nube,
Que el ambiente en redor llena y perfuma.
Y hombres de otro color, y de un lenguaje
Que aullido de las fieras se reputa,
Y aunque lampiños sus feroces rostros,
Audacia y furia bárbara denuncian.
En fin, las producciones exquisitas
De un clima remotísimo, que ocultan
Hinchados mares; producciones raras
Que hasta entónces la Europa no vió nunca.
Tanta extraña riqueza y tanto objeto
Admirable y magnífico deslumbran
A los entusiasmados sevillanos,
Y su imaginacion rica, y fecunda
Ve aun mucho más de lo que ve delante:
Y pondera, engrandece, aumenta, encumbra
El bajel, y la carga, y la conquista,
Y alto portento cuanto mira juzga.
La ribera tocar los pasajeros,
Entre tan grande confusion procuran,
Y en los ligeros botes, y en las lanchas
Saltan, y se acomodan y se agrupan.
Y en llegando á los muelles, de rodillas
Con gran fervor, y con las manos juntas,
Dan gracias al Señor Omnipotente,
Que en tan extenso mar les dió su ayuda.
Y abrazan de la infancia á los amigos,
Y noticias solícitos escuchan
De la corte, y las grandes novedades
En su ausencia ocurridas los conturban.
Y luégo satisfacen como pueden,
Oyendo atenta una curiosa turba,
A mil necias cuestiones inconexas
Y á disparatadísimas preguntas.
Unos cuentan hazañas portentosas,
Otros riquezas sin reparo abultan,
Otros muestran horrendas cicatrices,
Y todo es confusion y baraunda.

Tan sólo un pasajero no demuestra
Para desembarcar priesa ninguna,
Y á todo aquel bullicio indiferente,
Se apoya á un mástil con la boca muda.
Y ya entrada la noche, por la escala
Desciende y toma asiento en la falúa,
Y manda que á la orilla más distante,
No al bullicioso muelle, lo conduzcan.
En sitio solitario en tierra salta,
Nadie repara en él, y no tributa
Gracias al cielo hincada la rodilla,
De que en la tierra firme el pié asegura.
Vaga un momento de uno al otro lado
Y párase despues. Los brazos cruza,
Con horror la ciudad cercana mira,
Y torna el rostro á la creciente luna.
Parece que al poner el pié en España
Y al mirarse en su tierra, le atribula
Algun grave recuerdo, ó que le espera
Alguna miserable desventura.
Sesenta años de edad manifestaba,
Era su complexion árida y dura,

Que peregrinaciones y trabajos
Hicieron aun más fuerte y más robusta.
Su calva frente erguida y altanera
Sulcaban profundísimas arrugas,
Huellas de violentísimas pasiones,
Dando á su faz una expresion adusta.
De los ardientes soles tropicales
Mostraba en el semblante las injurias,
Y en los brazos y pechos cicatrices,
Que de bravo guerrero la gradúan.
Era su porte majestuoso y noble,
Aunque pobre y vulgar su vestidura,
Y su aspecto total era de aquellos
Que miedo y compasion á un tiempo inculcan.
Sin nombre, oscuro, aventurero y pobre,
Con Cristóbal Colon se lanzó en busca
Del ignorado mundo: acaso, acaso
Anhelando que el mar fuera su tumba.
Mas no lo consiguió, sí los portentos
Ver, y en las prodigiosas aventuras
De aquel descubrimiento y gran conquista
Parte tomar con importancia suma.
Y tal vez por su arrojo y fortaleza
La frágil carabela logró alguna
Borrasca superar, y de bajíos
Y escollos salva continuar su ruta.
Y le vieron tambien la isla española,
Y los manglares ásperos de Cuba,
Romper con duro pecho las corrientes,
Y de saetas despreciar la lluvia.
Y más tarde en el rio de Grijalva
De aquel caudillo la infeliz fortuna
Corrió, y con riesgo, á nado y mal herido,
Pudo al cabo salvarse en las falúas.
Y despues las macanas de Tabasco
Le abollaron el yelmo, y la armadura,
Y de las flechas de Tlascala luego
Pudo probar la envenenada punta.
Y combatió á los rudos totonaques,
Y venció las traiciones de Cholula,
Y regó con su sangre las calzadas,
Y lidió con despecho en las lagunas.
Y al lado de Cortés el estandarte,
De oro tejido, y de rizadas plumas,
Del imperio de ocaso vió rendirse
En la victoria espléndida de Otumba.
Y por fin prosternarse el señorío
De la estirpe feroz de Motezuma,
Por favor especial del cielo santo,
A los piés de la hispánica fortuna.
Pero siempre escondido guardó el nombre,
Y envuelta de misterio en noche oscura,
Su condicion. Hablaba raras veces,
Y jamás recompensa admitió alguna.
Ni se sabe por qué regresa á España,
Y se ignora tambien si es patria suya,
Pues en treinta y dos años á su boca
No se ha escuchado recordarla nunca.
Y no faltó tampoco quien tuviera
De si era el tal ó no cristiano, duda,
Pues blasfemias y horribles maldiciones
Lanzaba en los momentos de gran furia.
Y en los grandes apuros y desastres
Jamás pidió devoto al cielo ayuda;
Antes bien con sonrisa del infierno
De los que la impetraban hizo burla.
Mas por el alto esfuerzo y bizarría
Con que arrollaba las indianas turbas,
Y porque acaso se debió á su arrojo
Glorioso triunfo en ocasiones muchas;
Y porque desdeñaba generoso
Tomar de los despojos parte alguna,
Ni tener tierras, ni adquirir esclavos,
Y en juego y embriaguez no se halló nunca;
Tuvo en los capitanes indulgencia,
Y sin horror la soldadesca ruda
Le miraba, cual flor de los valientes,
Llamando extravagancia á su locura.
Personaje tan raro y misterioso
Es el que mira á la argentada luna
Del gran Guadalquivir en la ribera,
Y que acercarse á la ciudad repugna;
Pues la espalda volviéndole, camina
A buscar de Tablada la llanura,
Y sin senda la fresca yerba hollando,
Ni fija direccion, lento la cruza.

Era una noche serena
Del principio del verano,
Cuando tan rico y lozano
Se muestra el suelo andaluz.
Y de encanto y plata llena
El cielo señoreaba,
Y en la tierra derramaba
La luna su blanca luz.
El puro ambiente dormia
En el sueño delicioso,
Que da el bálsamo oloroso
Del jazmin y del azahar.
Y Tablada parecia,
Sin árbol, casa, ni sombra,
Una inmensa, verde alfombra
Tendida de mar á mar.
Y en ella sola y aislada
Aquella extraña figura,
Que se dibujaba oscura
De la luna al resplandor;
Alguna sombra evocada
Parecia, por un mago,
O fantasma incierto y vago
De congelado vapor.

Hondo silencio reinaba
Do sólo, como un arrullo,
El apacible murmullo
Del manso Guadalquivir;
O algun rumor que llegaba
Confuso, incierto, lejano,
Del gran pueblo sevillano,
Se dejaba percibir.
Cuando la torre eminente
De léjos, con diez pausadas
Y sonoras campanadas,
Las tinieblas conmovió.
Y oyéndolas aquel ente
Misterioso, cual si oyera
Rugidos de oculta fiera,
Sus pasos aceleró.
Y la yerba larga hollando
Empapada de rocío,
En su seno húmedo y frio
Algo tocó con el pié.
Algo que salió rodando...
Redonda piedra seria,
Pues que tanto se movia,
Y corto el impulso fué.
Mas torna á hallar el estorbo,
Que otra vez rueda delante,
Y que un ruido semejante
A cosa hueca formó.
A tropezar vuelve, y torvo
Quiere ver qué le importuna,
Y al resplandor de la luna
Blanca calavera vió.



Obsérvala horrorizado,
Y en las órbitas desiertas,
Y de carne no cubiertas,
Ve dos chispas relucir:
Dos ojos, ¡desventurado!
Que lo miran y confunden,
Y tal desmayo le infunden
Que no puede el triste huir.

Y crece su angustia fiera
Cuando en sepulcral acento
A la boca sin aliento
Oyó: *¡Nuño Garceran!!!*
Su nombre, de tal manera
Pronunciado, lo anonada,
Y con la sangre cuajada
Faltándole fuerzas van.
Pero en mármol convertido,
Inmoble, insensible, yerto,
Para escuchar á aquel muerto
Allí plantado quedó;
Y tras lúgubre gemido
La ya monda calavera,
De esta terrible manera
Desde la yerba, le habló:

«Escúchame atentamente,
Oye, Nuño Garceran,
Que te está hablando Rodrigo,
Aquel tu amigo leal.
Y este triste resto suyo,
Veinte años hace que está
Esperando tu regreso
En aquesta soledad;
Conservando, como notas,
Por decreto celestial,
Ojos con luz para verte,
Lengua fresca para hablar,
Y revelarte un misterio
De tanta importancia, y tan
Interesante á tu alma,
Como tú mismo verás.
»A diez horas de la noche
Hoy treinta y tres años há
Que á tu esposa doña Blanca
Diste muerte sin piedad,
Juzgando que te ofendia,
Y hasta viéndolo, que es más.
»Pero es falso muchas veces
Lo que se ve, Garceran.
Pues te amaba delirante,
Con pasion y con lealtad,
Y era tan santo y tan puro
Su pecho como un altar.
»Cuanto vistes fué mentira,
Fué trama vil y falaz
Que me sugirió el infierno,
Que me inspiró Satanás,
Para vengar rencoroso
El desden y el ademan
Con que desdeñó orgullosa
Mi seduccion pertinaz.
Y temiendo de una parte
Que os revelara quizá
Los atrevidos intentos

De mi inicua deslealtad;
Y por otra de venganza
Ardiendo en la ansia voraz,
Sólo, sólo su exterminio
Fué ya mi anhelo y mi afan.
»Yo detuve los correos,
Yo astuto nunca tornar
Dejé, Nuño, á los criados
Que tú mandastes allá.
Y poco despues viniendo
De Provenza y Perpiñan,
De doña Blanca el hermano
Su tierno amparo á buscar,
Porque del padre de entrambos
Iban los negocios mal;
Intercepté yo las cartas
En que de esta novedad
Cariñosa te dió parte,
Y tracé el horrendo plan.
»Te llamé, volaste ciego
Donde te esperaba ya,
Y hasta el jardin te conduje
Como puedes recordar.
»Allí á tu esposa miraste,
Sol puro, ángel celestial.
Con su hermano don García
En inocente solaz;
Y creyendo ofensa tuya
El cariño fraternal,
De tus celos furibundos
Reventó el hondo volcan.
»Yo la maldicion oyendo
Sobre mi frente tronar
De los cielos, por el monte,
Del horrendo temporal
Envuelto en las densas sombras,
Y huyendo de mi maldad,
Perdíme; y diez años luego
Vagué por el mundo, tan
Perseguido de fantasmas,
De despecho, de ansiedad,
Que anhelaba del sepulcro
El hondo sueño y la paz.
»Al cabo vine á Sevilla,
Sin propósito y sin plan,
Y en su muelle una mañana
Ví un hombre, cuyo ademan
Me ofreció vagos recuerdos
De otro tiempo y de otra edad.
Y clavando en mí los ojos
Y nombrándome además,
Con irresistible fuerza
Me arrastró hasta este lugar,
En donde nuestras espadas
Lucha trabaron mortal.
»Era el mismo don García,
Tu cuñado, que escapar
Logró, bien que mal herido,
De tu cólera infernal.
Y no aquel tierno mancebo
Lindo, y débil era ya,
Sino hombre de fortaleza,
Valiente, orgulloso, audaz.
»Muy poco duró el combate,
Pues su espada atravesar
Logró mi pecho; y al punto
Que en este mismo lugar
Cayó sin vida mi cuerpo,
En el báratro infernal
Se precipitó mi alma
Por toda la eternidad.
»Mas Dios en su Omnipotencia
Dejándome para hablar
Lengua, y ojos para verte,
Porque así te convendrá;
Mandóme en aqueste sitio
Firme tu vuelta esperar,
Y descubrirte el misterio
Como lo he cumplido ya.»

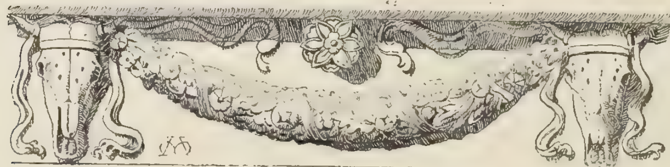
Dijo, y la lengua en polvo convirtióse,
Los fosfóricos ojos se apagaron,
A don Nuño las fuerzas le faltaron
Y en tierra como muerto desplomóse.

Bañó la fresca aurora
En púrpura el oriente,
Y en pos el sol ardiente,
Entre celajes que perfila y dora,
Alzó con majestad la augusta frente.
Del soñoliento rio
Tornó el raudal en oro,
Y nítido tesoro
En los prados las gotas de rocío,
Y saludó á la torre obra del moro.
Y vió solo y desierto
El campo de Tablada,
De la noche pasada
Con el vapor levísimo aun cubierto,
Y su abundante yerba aljofarada.
Y de través derrama
Por la inmensa Sevilla,
Del orbe maravilla,
La pura lumbre de su hermosa llama,
Que en altas torres y en palacios brilla.
E hiriendo de soslayo
Una alta vidriera,
Do ardiente reverbera,
En una pobre celda metió un rayo,
De un monasterio de los muros fuera.

Y dentro de ella, hundido,
Casi fuera del mundo
En letargo profundo,
Alumbró á Nuño Garceran, tendido,
En pobre lecho inmóvil, moribundo.
Y á un monje venerable
De rodillas al lado,
Que el rostro al cielo alzado
Ruega por aquel ente miserable
Al Supremo Señor que lo ha criado.
Volviendo el religioso
De lejana alquería,
Donde auxiliado habia
A otro infeliz, cruzaba presuroso
El campo de Tablada ántes del dia;
Y aquel hombre tendido,
Sin herida, en el suelo
Halló, y con santo celo,
De que aun no estaba muerto convencido,
En salvarlo cifró todo su anhelo.
Y de temor desnudo,
Y tan sólo ayudado
De su fervor sagrado,
Lo trasportó á su celda como pudo,
Mas ya reputa inútil su cuidado;
Cuando el rayo amoroso
Del sol bañó el semblante
Del enfermo, y triunfante
De aquel febril letargo soporoso,
Tornó la vida al seno palpitante.
Que el calor es la vida,
Y el del sol reanimando
A Garceran, y dando
Movimiento á su sangre detenida,
Fué sus inertes miembros restaurando.
Y al que lloraba muerto
Viendo de pronto vivo,
El monje compasivo,
Y que torna á mover el cuerpo yerto,
Prodígale el socorro más activo.
Abre Nuño los ojos,
Sus mejillas de nieve
Toman color, y mueve
Los labios, de la parca ántes despojos;
Y á raudales respira el aura leve.
Hondamente suspira,
Al cabo se incorpora,
Dónde se encuentra ignora,
Asombrado en redor los ojos gira,
Y del benigno Dios la ayuda implora.
El religioso en tanto
Su caridad duplica;
En dónde está le explica,
Y con santo fervor y celo santo
El más vivo interés le testifica.
Y Nuño, compulsado
Acaso del tremendo
Espectáculo horrendo,
Que Dios en el letargo le ha mostrado,
Y en lágrimas amargas prorumpiendo,
Confesion con ferviente
Voz demanda anheloso,
Y viendo el religioso
Que ya el menor retardo no consiente,
En confesion le escucha silencioso.

Con nueva vida, y restaurado aliento,
Y revolviendo Nuño la memoria,
De tantos años la terrible historia
Al santo cenobita reveló.
Al cenobita, que escuchóla atento,
Y que el nombre al oir del penitente,
Cubrió de horrenda palidez la frente
Y cual de mármol gélido quedó.
Y de la confesion en el discurso,
Ya las lágrimas queman su semblante,
Ya el corazon del pecho palpitante
Parece va á salir con ansiedad,
Ya da á suspiros dolorosos curso...
Mas tranquiliza la virtud su alma
Y en su rostro renuévase la calma
Que dan la abnegacion y caridad.
Nuño convulso, ronco, anonadado,
De aquellos largos años, que pasara
Blasfemando de Dios con furia rara,
Cual pudiera un espíritu infernal:
En la incredulidad precipitado,
Abiertamente con el cielo en guerra,
Maldiciendo frenético á la tierra
Y ansiando ver su destruccion final;
Como si el santo cielo bondadoso
Para el acto solemne le volviera
De su antiguo vigor la fuerza entera,
Hizo la más completa confesion.
Demostrando al prudente religioso,
Que Dios su corazon tocado habia,
Y que en él á raudales difundia
El bálsamo de humilde contricion.
Y cuando al concluir la penitencia
Esperaba en la tierra prosternado,
De su pasada vida horrorizado,
Dispuesto á renunciar al mundo atroz;
De pié el monje mostrando en su presencia
Noble, que el cielo santo le ilumina,
Que arde en su mente inspiracion divina,
Así prorumpe con solemne voz:
«¡Oh admirable, oh magnífica
Omnipotencia suma!...
...¿Hay mortal que presuma
Tus ocultos arcanos penetrar?

»¡Oh adorable, oh santísima
Misericordia!... ¡Cuánto
Es inmenso tu manto!
¿Quién no debe en tu amparo confiar?
»La gloria más espléndida,
Oh Garceran, te aguarda,
Si es que no te acobarda
La penitencia que te impone Dios.
»Corre, corre solícito
De Leon á la sierra,
A tu patria, á tu tierra
De bienaventuranza eterna en pos.
»Allí del hondo báratro
Todo el poder confunde,
Sus asechanzas hunde,
Y gánate la palma angelical.
»Con penitencias ásperas,
Con oracion constante,
Con fe perseverante,
Implora la clemencia celestial.
»Y señal segurísima
Será de que la obtienes,
Y que tu gracia tienes,
Del cielo santo singular favor.
»De una joya riquísima
El hallazgo impensado,
Joya que de tu estado
Restaurará la fama y esplendor.
»En cuanto brille fúlgida,
El cielo serenarse,
Y el suelo engalanarse
De hermosos dones súbito verás.
»Y luego una flor cándida
A tus plantas nacida,
Te anunciará otra vida,
Y con ella á la gloria volarás.
»Porvenir tan magnífico
El Señor te reserva,
Si en penitencia acerba
Persistes, largos años de expiacion.
»Y en el nombre santísimo
Del Dios Omnipotente,
Doy á tu humilde frente
De tu pasada vida absolucion.
»Y ahora en tu seno estréchame
Y al cielo bendigamos,
Porque aquí nos juntamos,
Desventurado Nuño Garceran.
»Llega, sí, reconóceme,
Soy de Blanca el hermano,
Y de tu hierro insano
Aun las señales en mi pecho están.
»¡Oh juicios del Altísimo!...
Yo soy, yo, don García,
Que de tu saña impía
Logré salvarme en noche tan fatal;
»Porque Dios piadosísimo
Me eligió en el momento,
Para humilde instrumento
Que te abriera el camino celestial.»
Diciendo así aquel monje venerable,
En cuyo labio Dios hablado habia,
El macilento pecho descubria
Con cicatriz en él honda, espantable:
Y Nuño en llanto de dolor deshecho,
En su seno se lanza confundido,
¡Perdon!!! ¡perdon!!!... gritando arrepentido,
Y quedan mudos en abrazo estrecho.





TERCERA PARTE

¡Ay qué aspecto tan triste y desolado
Presenta el sitio un tiempo delicioso
Do Nuño Garceran tuvo su estado!
Desde el momento aciago y espantoso
En que de sangre pura fué inundada,
Por la trama infernal de un alevoso,
Y por la injusta mano emponzoñada
De un mortal fascinado y delirante,
Cuánto la tierra aquella está mudada!

Del sañudo huracan, que en el instante
De perpetrarse el crímen, repentino
Descendió de los montes resonante,
En el confuso y raudo remolino
Huertas, mieses, jardines, perecieron,
Y la alta encina y el robusto pino.
Y las nubes tronantes, que envolvieron
En ciega oscuridad toda la sierra,
Con rayos el palacio confundieron.

Y con hondo bramar tembló la tierra,
Y el torrente del valle á los alcores,
Tornado turbio ponto, movió guerra;
Sorprendidos labriegos y pastores
Con tanta confusion y tal trastorno,
Abandonaron chozas y labores,
Y huyeron á los montes del contorno,
De aquella noche en el horror tremendo
Muerte y desolacion mirando en torno.
Tal vez que era llegada ya, creyendo,
De este mundo la fin profetizada,
Y el cataclismo universal y horrendo.

Despues cuando la cólera apiadada
De Dios, encadenó los aquilones,
Y su faz mostró el cielo sosegada;
Los cimientos no más de sus mansiones
Encontraron aquellos desdichados,
Rotos puentes, hundidos murallones,
En lodazal mefítico los prados,
O en arenal estéril convertidos,
Riscos deshechos, límites borrados.
Rasos los bosques, yermos los ejidos,
Y de volcados troncos, y maleza
Los hondos barrancales invadidos.
Del soberbio palacio la firmeza
Quebrantada, y ruina amenazando
Los restos de su gloria, y su grandeza.
Y aunque los infelices trabajando,
Tentaron restaurar su patrio suelo,
Contra desdichas tantas peleando;
Tenaz se opuso el indignado cielo,
Por miras escondidas y profundas,
A que lograran su afanoso anhelo.
Pues sin vida las tierras infecundas
Al asíduo labrar no respondian,
Marismas sin verdor, charcas inmundas.
Con frecuente terror se repetian
Los temblores de tierra, y del torrente
A su lecho las aguas no volvian.
Y mortífero el aire, y pestilente
Con las muertas lagunas y pantanos,
Era á hombres y ganados inclemente.
Y en las desnudas cumbres y en los llanos,
Y en torno á las ruinas temerosas,
Cruzaban lentas por los aires vanos,
Hendiendo las tinieblas silenciosas,
Blanquecinos fantasmas; y se oyeron
Ayes, gemidos, voces lastimosas.
Y ya en aquel distrito no se vieron
Pájaros, ni alimañas, que desnudo,
Selvas donde esconderse no tuvieron.
En fin, su estado miserable y rudo
Triste horror á los propios naturales,
Y amargo desaliento inspirar pudo.
Y abandonando aquellos cenagales,
De las ruinas y escombros retiraron
Utensilios, maderas y metales.
Pero por más que ansiosos procuraron
Hallar la imágen de la Vírgen Santa,
Que en la hundida capilla veneraron,
Y revolvieron de ella hasta la planta,
Nególes misterioso el alto cielo
Alivio tal en desventura tanta.
Y con este dolor y desconsuelo,
En afligidas turbas de la tierra
Emigraron, buscándose otro suelo;
Dejando de su patria y de su sierra
Tal fama en los contornos, que hasta el nombre
De aquel estado como infausto, aterra.
Y no hay á quien de léjos no le asombre,
Y nadie osa acercarse á su distrito,
Do en treinta años el pié no estampó un hombre
Del Señor reputándolo maldito.

Volviendo de Compostela
A donde se fué don Nuño,
Antes de empezar la vida
Que su confesor le impuso;
A orar del patron de España
En el sagrado sepulcro,
Y á pedir al cielo ayuda
Con tan poderoso influjo;
Peregrino, penitente,
Escuálido y taciturno,
De tosco sayal vestido,
Con nombre vulgar y oscuro;
Despues de fatigas grandes,
Despues de trabajos muchos,
Despues de treinta y tres años
Que ha vagado por el mundo;
Cuando de él nadie se acuerda
Ni de él habla más el vulgo,
De su estado en los linderos
El pié descarnado puso.
Y reconociendo apénas
De aquellas lomas los bultos,
Y los sitios do la infancia
Feliz y tranquila tuvo,
Extiende la ansiosa vista
Buscando recuerdo alguno:
Y no le hallaron sus ojos,
De amargas lágrimas turbios.
Detiénese horrorizado,
Acobárdase confuso,
Y echa ménos los desiertos
De la otra parte del mundo.
Y casi, casi espantado
Del deber que allí le trujo,

Vaciló, dudó, y la planta
A volver atrás dispuso.
Mas ayudado y repuesto
Por la mano del Sér Sumo,
Empezó su penitencia
Avanzando resoluto.
Cruza horrendos pedregales
Donde ántes bosques robustos,
Y cenagosos pantanos
Donde productores sulcos.
Y en vez de risueños riscos
Vestidos de hiedra y musgo,
Ve montes de tosca arena
Y barrancales profundos.
Ni reconoce el torrente,
Que ha trastornado su curso,
Y turbio se rompe y salta
Entre peñascos desnudos.
Y cuando al valle desciende
El asombrado don Nuño,
La gran soledad le aterra,
Le da el gran silencio susto.
En el lugar do el antiguo
Palacio alzaba sus muros,
De almenaje coronados,
Y de pomposos escudos,
Ve horrendo monton de escombros,
Que forman informe bulto,
Sin dejar de lo que han sido
Rastro ni indicio ninguno.
Pero ¡ay triste! reconoce,
Por un misterioso impulso,
El funesto sitio, donde
De la virtud fué verdugo.
Ni sombra del jardin queda,
Pero el sitio donde estuvo
El cenador reconoce
En medio del campo inculto.
Pues hay un breve cuadrado,
Donde sólo de fecundo
Da señal aquel terreno
Tan árido, y tan desnudo.
Está cubierto de césped
Aljofarado, y no mustio,
Do silvestres florecillas
Ostentan frescos capullos.
Juzgárase algun tapete
De caprichoso dibujo,
Que allí se dejó olvidado
Perdido viajero turco.
O un oasis en miniatura,
Invisible, y breve punto,
Que el gérmen de vida guarda
De aquel inmenso sepulcro.
Nuño Garceran presume,
Por alto celeste influjo,
Que allí descansan los restos
De aquel ángel, que fué suyo.
Y la faz contra la tierra,
Horrorizado, convulso,
Lanzando del hondo pecho
Gemidos, y ayes profundos,
Llora, reza, pide, espera,
Teme, duda, y en agudos
Gritos prorumpe, que el eco
Repite en sones confusos.
Y al cabo exánime, yerto,
Tendido, sin voz, sin pulsos,
Allí pasó largas horas,
Aun más que vivo difunto.

En una profunda cueva,
Que los trastornos pasados,
Al desplomarse dos riscos
Entre uno y otro dejaron,
Halló el nuevo penitente
Para las noches reparo;
Y de ella hizo la morada
Donde pasó luengos años.
Trazó una rústica cerca
En torno del breve espacio,
Que depósito juzgaba
De los restos adorados.
Y una cruz rústica en medio
Hecha de dos secos ramos
Levantó, y allí de hinojos
Deshacíase llorando.
Referir las privaciones,
Los tormentos, los quebrantos,
Los temores, las vigilias,
Los sustos, los sobresaltos,
Que en aquel inculto yermo,
Que en aquel desierto campo,
Padeció constante y firme
El arrepentido anciano,
Fuera no acabar. Las noches
Las pasaba circundado
De espectros y de fantasmas,
De visiones y de trasgos.
Y si con fervientes rezos
Conseguia disiparlos,
Y dar á su cuerpo débil
Un momento de descanso;
Ya los ecos del torrente,
Ya el rumor del viento vago,
Ya de las aves nocturnas
Los alaridos infaustos,
Llegaban á sus oidos
Como clamores humanos,
Su breve y ligero sueño
Interrumpiendo y quebrando.

La mayor parte del dia
La pasaba prosternado
De doña Blanca en la tumba,
Hecho el corazon pedazos.
Y si acaso recorria
Valle y monte solitarios,
Los recuerdos de su infancia,
Y las dichas de otros años,
Y de sus tiernos amores
Las délicias y los lazos,
Eran tormento espantoso
De su pecho destrozado.
Ni dejó de perseguirlo
El infierno, separarlo
Queriendo de aquella senda
De penitencia y de llanto;
Presentándole á la vista
Ya temores, y ya halagos,
Ya memorias importunas
De orgullo, poder y mando.

Cuántas veces al lúgubre
Morir de hermoso dia,
Cuando en vapores férvidos
Su melena envolvia,
Como cadáver pálido
El moribundo sol,

Y de celajes lívidos
De grana perfilados
Adornaba la atmósfera,
Tiñendo los nublados
Al ocaso más próximos
De nítido arrebol;

El penitente tétrico,
Sobre un risco eminente,
El rostro melancólico,
Inclinada la frente,
Por un inmenso cúmulo
De recuerdos vagó.

Y girando su espíritu
De la memoria en brazos,
Por las pasadas épocas,
Cual pudiera en los lazos
De ensueño profundísimo,
Presentes las miró.

En la niebla que alzábase
La llanura borrando,
Y en las sombras fantásticas,
Que iban los montes dando,
Vió con ojos atónitos
Trasformaciones mil.

Ya los ricos alcázares
De la gentil Granada,
Y cual su hueste intrépida
Triunfaba, entusiasmada
Con el pendon católico,
Orillas del Genil.

Del combate el estrépito
Y el gran rimbombe oia,
Y las banderas árabes
A sus plantas veia,
Y su celada fúlgida
Ornada de laurel.

Se hinchaba su alma mísera
Con la antigua victoria,
Anhelaba frenético
Nuevos dias de gloria:
Y las artes diabólicas
Casi triunfaban de él.

Ya mudándose rápida
Aquella vista extensa
Del borrascoso Atlántico,
Ve la llanura inmensa,
Y alzar sus ondas túrgidas
Bramando el aquilon;

Y cruzar impertérrita
Una nave española
Aquel airado piélago,
Frágil, cascada, sola,
Pero firme, que anímala
El alma de Colon.

Él, dentro de ella júzgase,
Y que miran sus ojos
Del nuevo mundo incógnito,
Entre celajes rojos
La tierra feracísima,
Cual él la descubrió.

Y luego ve las hórridas
Batallas fabulosas,
De bárbaros sin número
Las huestes espantosas,
Y oye los terroríficos
Atabales, que oyó.

Y al fin ve á la gran Méjico,
La reina de Occidente,
La orgullosa, la espléndida,
Humillar la alta frente
Del General hispánico,
Que él ayudó, á los piés.

Y vese en tan magníficos
Combates el primero,
Y goteando cálida
Sangre su noble acero,
Y aplaudirle los héroes,
Y el mismo Hernan Cortés.



Y la espada fulmínea
Y la lanza echa ménos,
De cañones horrísonos
Ansia escuchar los truenos
Otra vez, y avergüénzase
De su humilde sayal;

Pues su alma ensoberbécese
Y casi triunfa de ella,
Y sus santos propósitos
Confunde y atropella
El aliento satánico
De espíritu infernal.

Mas el celeste espíritu
Que en torno de él volando
Lo defiende solícito
Del diabólico bando,
Con sus alas angélicas
Le tocaba la faz.

Y en sí tornando, trémulo
Al Señor invocaba,
Y con acerbas lágrimas
Su piedad imploraba
Contra las artes pérfidas
Del infierno tenaz.

Y armándose con ásperos
Cilicios, y oraciones,
Tales escenas mágicas,
Y tales tentaciones,
Y visiones maléficas
Al cabo disipó.

Y persistiendo impávido
En santa penitencia,
El perdon de sus crímenes
Y limpiar su conciencia
De tantas nubes lóbregas
Venturoso logró.

Mas no desiste el espantoso infierno
De combatir las almas que el Eterno
Elige para sí.
Y torna furibundo á la pelea,
Aunque mil veces destrozado sea,
Como ya lo fué allí.
En Garceran con nuevas tentaciones
Y falaces recuerdos, y visiones
Tornó mano á probar.
De la Misericordia soberana,
Que es tan inmensa con la raza humana,
Haciéndole dudar.

Y en las noches silenciosas
Turbaba con espantosas
Voces á aquel desdichado,
Dejándole en el estado
Que no es velar ni dormir.
Y el infelice creia
Que un mar de sangre veia,
Que la caverna inundaba,
Y que *venganza* sonaba
En su espantoso rugir.
Y que una mujer hermosa
En él nadaba angustiosa,
Con el postrimer anhelo
Venganza pidiendo al cielo
Del monstruo que allí la hundió.
Y reconocia en aquella
Infeliz á Blanca bella,
Y en sí mismo al monstruo insano,
Que en el sangriento Oceano
Brutal la precipitó.
Al grito de la cuitada,
Con horrenda carcajada
El infierno respondia,
Y *venganza* repetia
Con aplausos de furor.
Y él entonce imaginaba,
Que al cielo humilde invocaba;
Pero que el cielo indignado,

A sus plegarias cerrado,
Desechaba su clamor.

Otras veces á Rodrigo,
A su falso y vil amigo,
Delante de sí veia,
Que riendo le decia:
«¿Qué haces aquí, Garceran?
»Todas estas penitencias,
Son inútiles demencias,
Y no tienen eficacia;
Pues las fuentes de la gracia
Para tí, secas están.»
«Ven, amigo,
Ven conmigo
A blasfemar
De ese cielo,
Que es de hielo
A tu llorar.
»Ven conmigo al infierno
A hacer eterna guerra al Sér eterno.»
Y luego con risa horrenda
Le mostraba la tremenda
Escena, que aparecia
Entre niebla vaga y fria,
Del funesto cenador.
Y Nuño otra vez miraba
A su esposa, que estampaba
De un jóven en el hermoso
Rostro, aquel beso amoroso,
Principio de su furor.

A doña Blanca indignada,
Otras veces, asomada
Por rotos nublados llenos
De relámpagos y truenos,
Juzgaba ver ante sí.
Que á puñados de la herida
Sacando sangre encendida,
Y arrojándola inclemente
Sobre su confusa frente,
Feroz gritábale así:
«No, maldito,
A tu delito
No hay perdon.
Dios airado
Ha pronunciado
Maldicion.
Húndete con Rodrigo,
Que á ninguno perdono, á ambos maldigo!»—

Y era tan fuerte y tremenda
En la pesadilla horrenda,
De las falaces visiones
Y de aquellas expresiones
La bien fingida verdad;
Y del dormido en la mente
Obraban tan hondamente,
Que al mísero confundian
Y en un abismo lo hundian
No esperando ya piedad.
Y en tan horrible despecho,
El árido hinchado pecho
Con las uñas destrozaba,
Y en tierra se revolcaba
Con horrenda convulsion.
Pero el ángel, que constante
Lo guardaba vigilante,
Con las alas en la frente
Le tocaba, y de repente
Le calmaba el corazon.
Despertando, pronunciaba,
De Dios el nombre, y lograba
Desvanecer los ensueños,
Y triunfar de los empeños
Del espíritu infernal.
Y aumentando cada dia
Con más fe, y santa porfía,
Y en Dios con más confianza
Sus penitencias, alcanza
Gracia y perdon celestial.

Sí, que despues de lucha prolongada
Por más de cinco años
Con las artes diabólicas y engaños,
Vida Nuño logró más sosegada.
Y ya las tiernas lágrimas copiosas,
Que en la tierra vertia,
Donde su amada víctima yacia,
Le eran refrigerantes y sabrosas.
Y cuando oraba con fervor vehemente
Descendia del cielo
Un rayo de esperanza y de consuelo,
Que iluminaba su arrugada frente.
Y empezó en el terreno á ver señales
De que Dios apiadado,
Iba á volverlo á su primer estado,
Y á terminar sus angustiosos males.
Y en el vigor, y celestial consuelo,
Que sentia en el alma,
Gozoso conoció que ya la palma
Le preparaba de su triunfo el cielo.

Una noche sosegada
De apacible primavera,
Despues de orar fervoroso
El penitente en su cueva,

Salió á gozar de la luna,
Que entre nácares risueña,
De aquel campo iluminaba
El llano, y las eminencias.
Y en santas meditaciones
Absorto sus pasos lleva,
Sin direccion, distraido,
Del torrente á la ribera.
Allí otra vez de rodillas
Por un largo espacio reza,
Y despues asiento toma
En una desnuda piedra.
Y respirando en sosiego
Las auras mansas y frescas,
Que con alas invisibles
Revolaban placenteras,
Levanta hácia el firmamento
La venerable cabeza,
Y los ya apagados ojos
Clava en la bóveda inmensa.
Y del Criador adorando
El poder, y la grandeza,
Aquel espacio magnífico
Que lo cobija, contempla.
Y ve entre vagos vapores
Cómo giran los planetas,
Y dan sus trémulas luces
Las rutilantes estrellas,
Y ve los leves celajes,
Que clara luna platea,
Volar, cambiando sus formas,
Caprichosas y ligeras.
Despues revuelve la vista
Con desden sobre la tierra,
Notando entre ella y el cielo
La distancia y diferencia.
Y ve aquellos arenales,
Y aquellas peladas quiebras,
Y aquellas muertas lagunas,
Y se estremece, y se hiela.
Y por la llanura luego,
Tan silenciosa y desierta,
Tiende medroso la vista,
Que se pierde en las tinieblas.
Cuando sorprendido advierte
Por una rambla de arena,
Venir sin susto y tranquila
Una hermosa, blanca cierva.
Teme que del hondo infierno
Escondida trama sea,
Con que acaso le prepara
Alguna asechanza nueva.
Fervoroso se santigua,
El santo rosario besa,
Y preparado á la pugna
Cruza las manos y espera.
La gallarda cierva en tanto
Siguiendo la misma senda,
Sin mostrar recelo alguno
Hasta el solitario llega.
Y como si acostumbrada
Al trato humano estuviera,
Y por la mano del hombre
A vivir desde pequeña;
Tan sin recelo se avanza,
Tan cariñosa se acerca,
Tal candor muestra en los ojos,
En su balar tal terneza;
Y atenciones y caricias
Parece demanda y ruega,
Con expresion tan sencilla,
Y con humildad tan tierna;
Que resistirse no pudo
El prudente anacoreta
(Tal vez impulso secreto
Que no comprende, le alienta)
Y la seca mano extiende
Sobre la erguida cabeza,
Y halaga la hirsuta espalda
De la cariñosa cierva.
La cual con mil ademanes
Inteligibles, y nuevas
Miradas, y otros balidos,
Y acciones á su manera,
Indícale que la siga,
Y que se vaya tras ella,
Y aun le tira con la boca
Del sayal y la correa.
Otra vez el penitente
Algun engaño sospecha,
Y con fervoroso labio
A la Vírgen se encomienda.
Mas de espíritu invisible
Distinta y clara resuena
Una voz en sus oidos,
Que le dice: *Nada temas.*
Levántase decidido,
Y en Dios su confianza puesta,
Sigue con incierto paso
Del manso animal las huellas.
Déjase atrás el torrente,
La ancha llanura atraviesa,
Y no léjos de aquel sitio
Que tumba de Blanca era,
Tras de su graciosa guia
Un manso collado trepa,
Que tiene en su fácil cumbre
Un grupo de toscas peñas.
Ante él la cierva se para,
Otra vez revuelve atenta
Al penitente los ojos,
Cual rutilantes centellas,

Lanza un agudo balido,
Que voz humana asemeja
Que dice: ¡AQUÍ!—y de repente
Por los peñascos penetra,
Metiéndose en sus entrañas,
Sin dejar rastro ni puerta,
Cual si atravesara sólo
Delgada, impalpable niebla.
Pasmado queda don Nuño,
Y su pasmo se acrecienta
Oyendo en aquellos riscos
Como una celeste orquesta.
Y viendo que se deshacen
Como si humo leve fueran,
Descubriendo allá en su centro
Una capilla pequeña,
De blancas congelaciones,
Que cristal parecen, hecha,
Y de luces alumbrada,
Que son pedazos de estrellas.
Y sobre un altar de césped
Divisa la imágen bella
De la Vírgen soberana,
Que es de los ángeles reina.
La misma sagrada imágen
Que en la derrocada iglesia
Del palacio hundido, culto
Luengos años recibiera:
Protectora de su estado,
Y de su familia egregia,
De sus vasallos consuelo,
Y amparo de aquellas tierras:
Y la que afable le anuncia
Que logró gracia completa,
Y perdon el más cumplido
De la santa Omnipotencia;
Segun le anunciara el labio
De su confesor profeta,
Cuando inspirado le impuso
La cumplida penitencia.
Deslumbrado el penitente
Cae de hinojos en la yerba,
Y entona solemne salve
Con el alma y con la lengua.
Salve, que de querubines
Un coro que le rodea
Repite, y hasta los cielos
Sus puros acentos lleva.
Referir lo que en el alma
Pasó del anacoreta,
Los consuelos y los gozos,
Los confortes, las ternezas,
Que á raudales en su pecho
Derramó la Providencia,
Dando á sus maceraciones
La más amplia recompensa;
No puede mi humilde labio,
Ni hay voz mortal que lo pueda,
Pues son cosas que se esconden
A la humana inteligencia.

Tras noche tan solemne, á la mañana
Cuando el fúlgido sol en el oriente
Sobre celajes nítidos de grana
Alzó con majestad la augusta frente,
De luz la inmensa bóveda del cielo
Inundando, y de luz el bajo suelo;

Quedó admirado de Leon la sierra
Al penetrar, y al ver en sus entrañas
Aquella ántes maldita árida tierra
Tornada en feracísimas campañas;
Y que no era la misma juzgó acaso,
Que la tarde anterior vió desde ocaso.

Pues en el punto en que la imágen santa
De la Vírgen, amparo y protectora
De aquel terreno, tras de ausencia tanta
A aparecer volvió de paz aurora,
La sonrisa de Dios omnipotente
Fecundó aquellos campos de repente.

Y mucho más feraces que lo fueron
En un instante solo germinaron,
Y á las nubes los árboles subieron
En el momento mismo en que brotaron.
En praderas viciosas cual ningunas
Tornándose arenales, y lagunas.

Matorrales espesos, frescas flores,
Cubrieron las laderas y las lomas,
Y los ántes mefíticos vapores
Eran ya salutíferos aromas;
Pues humilde el torrente entre juncales
Derramaba purísimos cristales.

Y de aves no nacidas los acentos,
En bosque improvisado y en floresta,
Los ántes mudos y callados vientos,
Tornaron suaves en alegre orquesta,
Que al santo simulacro, no á la aurora,
Saludaban con música sonora.

Y hasta de aquellas fúnebres ruinas,
Que parecian huesos insepultos
De algun Titan, con yerbas repentinas
Se revistieron los informes bultos,
Y hiedras espontáneas en festones
Las ornaron con frescos pabellones.

Que tanto en solo un punto alcanza y puede,
Para aliviar al pecador contrito,
A quien su gracia y su perdon concede
La piedad del Señor, sumo, infinito,
Despues de una constante penitencia,
De la Vírgen sin mancha la influencia.

Del suelo el felicísimo trastorno
Pronto advierten las gentes convecinas,
Y de las altas cumbres del contorno
Observan sus llanuras y colinas:
Y un nuevo Eden advierten de concierto,
Do ántes horrorizados un desierto.

Y del rico terreno y grato clima
Llevados, ya se acercan cazadores,
Ya algun rebaño retozon se arrima,
Ya una choza levantan los pastores,
Ya diestro agricultor osa avanzarse,
Y poco á poco, así tornó á poblarse.

Y de la Vírgen pura la capilla
Se vió adornada de votiva ofrenda,
Y en ella la quemada cera brilla,
Sin faltar quien la lleve y quien la encienda:
Que de la santa imágen los favores
Cundieron por los nuevos pobladores.



Dándole gracias fervientes
A Dios por tantas bondades,
El tranquilo penitente
Gozaba del bien presente,
Tras tantas calamidades.
Miéntras que duraba el dia
Al culto lo consagraba
De la imágen de María,
Y más afan no tenia
Ni más amor le animaba.
Y cuando á hundirse en ocaso
Bajaba cansado el sol,
Y con resplandor escaso
Las nubes que hallaba al paso
Esmaltaba de arrebol;
A la tumba el venerable,
Que guarda á su esposa bella,
Llevaba la tarda huella;
Y con consuelo inefable
De hinojos rezaba en ella.
Y allí la luna veia
Aparecer tras los montes,
Y cómo lenta subia
Por la bóveda vacía,
A ilustrar los horizontes.
Y cuando ya de luceros
La inmensidad se adornaba
Con brillantes reverberos,
Porque los rayos postreros
Del sol, la noche borraba;
En éxtasis delicioso
Se levantaba su mente,
Y vagaba libremente
Por un mundo misterioso
Del nuestro muy diferente;
Como el águila caudal,
Que en un mar de luz navega,
Sobre las nubes despliega
Las alas, y hasta el umbral
Del palacio del sol llega.
Pues conseguida la palma
Del soberano perdon,
Sin que infernal tentacion
Pueda ya turbarle el alma
Ni entibiar su devocion;
Su espíritu se elevaba
Como el humo del incienso,
La fe ardiente le guiaba,
Y las dichas columbraba
De su porvenir inmenso.
Abrazado de una cruz
Al firmamento subia,
Y en piélagos de alegría,
Y en campos de eterna luz
Venturoso se perdia:
Los aromas respirando
De celestiales jardines,
Y aquel perfume gozando
Del aliento puro y blando
De los santos serafines:
Y oyendo aquella armonía,
Que soles sin cuento dan

Cuando tan seguros van,
Como que es Dios quien los guia,
Por la alta esfera en que están.
En ensueño vaporoso
Otras veces embebido,
Figurábase dormido
En un prado delicioso
Sobre el herbaje mullido.
Que eran guirnaldas de rosa
Sus cilicios, su sayal
Glorioso manto real,
Y su ancianidad rugosa
La juventud más cabal:
Porque miraba á su alma
Sin la corteza exterior,
Cercada de resplandor,
Coronada con la palma
De la gracia del Señor.
Envuelto se imaginaba
En balsámicos vapores
De las más fragantes flores
Que el manso viento halagaba
Robándoles sus olores.
Y que al través, tras de aquellos,
Notaba de cuando en cuando
Cruzar fúlgidos destellos:
Y eran los ángeles bellos
En torno de él revolando.
Y luego abrirse veia
El cielo, gran resplandor
Derramando en derredor,
Y que en medio de él venia
La imágen del casto amor.
La de su esposa adorada
De pié sobre niebla leve,
De albas rosas coronada,
Y de túnica velada
Muy más blanca que la nieve.
Y en el pecho, do la herida
Le hizo la daga homicida,
Mostraba un claro rubí
Como estrella carmesí,
Con luces de eterna vida.
Y Garceran venturoso
La dulce vision miraba,
Que hasta junto de él llegaba
Con rostro tan amoroso,
Que el corazon le robaba.
Y una plática emprendian
Tan tierna, sabrosa y pura,
De tanto amor y dulzura,
Y de cosas discurrian
De tan sublime ventura;
Y con tan santos extremos
Y con expresiones tales,
Que apénas las comprendemos,
Y que explicar no podemos
Los infelices mortales.
Cuando la vision aquella
Celestial desparecia,
El penitente creia
Que al retirarse la bella
Doña Blanca, le decia:
«Ven, Garceran. ¿Por qué tarda
En venir á mí tu amor?...
Sube á otra vida mejor.
¿Qué te arredra y te acobarda?...
Ven, que te espera el Señor.»
Así en gratas ilusiones
Dichosas horas pasaba,
Y su viaje preparaba
A las eternas mansiones,
A donde Dios lo llamaba.

Vino tras de hermoso dia
Una tarde deliciosa,
En que de morado y rosa
La atmósfera se vistió.
Y á la tumba cual solia,
Ya de aliento y vida escaso,
Con lento y con débil paso
Nuño Garceran llegó.
Cual nunca las florecillas
Y aquella abundante yerba,
Que el breve espacio conserva,
Lozanas juzgó encontrar.
Y sobre ellas de rodillas
En dulce y celeste calma,
No con la voz, con el alma
Comenzó devoto á orar.
El sol desde el Occidente
Entre nubes, de soslayo
Moribundo metió un rayo
Hasta aquel sitio de paz:
Como si del penitente
Despedirse pretendiera,
Y el último beso diera
A su venerable faz.
A su luz roja, espirante,
Ve don Nuño un tallo hermoso
Del suelo brotar frondoso
Y alzarse con rapidez;
Pues en brevísimo instante
Se desarrolla, florece,
Y una azucena aparece
De celeste candidez.
La admira cual milagrosa,
Y á un impulso soberano
Lleva la trémula mano,
Y la arranca de raíz.

Y con ella venturosa,
Dejando en el mismo punto
En tierra el cuerpo difunto,
Voló á Dios su alma feliz.
Y aquella pura azucena
Fué la vencedora palma,
Con que engrandecida el alma
De Nuño en el cielo entró.
Y de nuevas gracias llena
Aquella flor, desde el cielo,
A la tierra en raudo vuelo
Un ángel restituyó.
Pues la hallaron colocada
A la mañana siguiente,
Lozana, resplandeciente,
Consuelo de todo afan,
Ante la imágen sagrada
De la Vírgen sin mancilla,
En la rústica capilla
Que descubrió Garceran.

FINAL

En el instante en que de Nuño el alma
Voló al palacio de la eterna gloria,
La azucena sirviéndole de palma
De su glorioso triunfo y su victoria:
De la virtud con la tranquila calma,
Olvidando esta vida transitoria,
En su celda, de hinojos don García
Oraba humilde al espirar el dia.
Y de celeste espíritu el acento
El tránsito del bienaventurado
Le reveló, mandándole al momento
Marchar al sitio aquel donde ha espirado:
Y en él fundar magnífico convento
A la Madre del Verbo consagrado,
Y á aquella imágen de virtudes llena,
Bajo la advocacion de la *Azucena.*
Pasó la noche en oracion ferviente
El religioso. Al despuntar el dia
Dejó á Guadalquivir y diligente
Atravesó la hermosa Andalucía;
Y pobre, peregrino, penitente,
Del reino de Leon siguió la via,
Saludando sus sierras empinadas
Despues de penosísimas jornadas.
Y en el valle, otra vez rico y frondoso,
Y ya no despoblado, con gran celo,
Protegido del brazo poderoso
Del soberano Dios de tierra y cielo,
A cumplir su mandato, sin reposo
Constante dedicó todo su anhelo,
Edificando á aquella imágen bella
Una rica morada digna de ella.
El fervor excitando de los fieles,
Y de otros religiosos ayudado,
Pronto logró elevar los chapiteles
De un gran templo á la Vírgen consagrado;
En cuyas cimbrias mágicos pinceles,
Y en cuyos frisos mármol cincelado,
De Garceran la penitencia y gloria
Consignaron, trazándonos su historia.
En magnífico altar de jaspes y oro,
En que de cien blandones la luz brilla,
Fué colocada con real decoro
La efigie de la Vírgen sin mancilla:
Sus himnos entonando el alto coro
Al compás de la armónica capilla,
Siempre verde á sus piés, de encantos llena,
Perfumando el ambiente la azucena.
En sepulcro magnífico durmieron
El sueño de la paz ambos esposos,
Y los votos de plata enriquecieron
Del camarin los muros primorosos,
Y con grandes ofrendas acudieron
Al culto los magnates poderosos;
Siendo de tan insigne santuario
Todo el reino de España tributario.
Gobernólo gran tiempo don García,
En opinion de santo: otros varones
Despues, de ardiente celo y de fe pia,
De la casa aumentaron los blasones.
Y su nombre y su fama se extendia
Por todas las católicas regiones,
Conservándose siempre allí lozana
Y fresca la azucena soberana.
Hasta que cuando quiso en cautiverio
Poner la Francia audaz toda la tierra,
Y trastornando el español imperio
Metió en sus lindes destructora guerra;
Despareció aquel santo monasterio,
Con gran dolor de la leonesa sierra,
De hoguera voracísima en la llama,
Que no nos dejó de él más que la fama.

Y cuentan los piadosos naturales,
Que cuando un mar de fuego era el convento,
En que los chapiteles colosales
Se desplomaban con fragor violento;
Vieron á las mansiones celestiales,
Volar, atravesando el firmamento,
De resplandor cercada y luz hermosa,
Triunfante LA AZUCENA MILAGROSA.

Nápoles, diciembre 1847.

NOTA DE LOS EDITORES

El duque de Rivas inventó, compuso y escribió esta leyenda en Nápoles á fines del año 1847, y la conservó manuscrita hasta el año 1851, que la publicó en Madrid don Angel Fernandez de los Rios en su *Biblioteca universal* con otras poesías del autor, tituladas: *El Crepúsculo de la tarde.* A pocos meses se apoderaron de *La Azucena milagrosa* los copleros de los ciegos, y apareció por las esquinas de Madrid, y se esparció en las provincias, un romance ramplon, muy largo y desmayado, titulado: *La Guirnalda misteriosa*, con el mismo asunto de *La Azucena*, y con los mismos lances, bien que desnudos de toda gala y de toda poesía, pero adornados, sí, con unas malas copias de las preciosas viñetas con que ilustró el señor Fernandez de los Rios su publicacion.

Aunque el plagio era despreciable, lo denunció el editor de la *Biblioteca universal* al Juez de primera instancia del distrito de Lavapiés, señor Sanchez Ocaña; y despues de las actuaciones convenientes por la escribanía de Mendoza, se reconoció la originalidad de *La Azucena*, y fueron condenados los autores de *La Guirnalda.*

Como andando el tiempo puede aparecer algun ejemplar de esta, y creerse anterior á la otra, y sospecharse que de ella tomó el Duque su argumento, consignamos aquí esta noticia, para que jamás se dude de la originalidad de esta leyenda, creacion completa de nuestro autor, y no tomada de crónica, novela ni tradicion alguna española ó extranjera.





LEYENDA SEGUNDA

MALDONADO [1]

A la Excma. Sra. Marquesa de Molins

I

LA BORRASCA Y EL VOTO

Prestat componere flectus.
VIRGILIO.

Al puerto de la insigne Barcelona
Dirígense triunfantes las galeras,
Que de Aragon la gloria y poderío
De asegurar acaban en Becerta.
Donde tornando el mar lago de sangre,
Y las líbicas playas en hogueras
En las playas y el mar desbarataron
Del Sarraceno aterrador las fuerzas.
Libre á Sicilia, á Nápoles, á Malta
Del yugo y de las bárbaras cadenas,
Y seguros el Púnico y Tirreno
Con la victoria de sus armas dejan.
Y tornan á la patria. Ya descubren
Del altivo Monjuich la frente excelsa,
Y lo saludan con fervientes gritos
De flámulos ornando las entenas.

Cuando de pronto el favorable viento,
Que empujaba benéfico las velas,
Dejando en ocio las cautivas chusmas,
Y en reposo las rojas palamentas,
Su favor les retira. Desmayando
Ni el ancho seno de las lonas llena,
Ni silba entre los mástiles robustos,
Ni aun con el fácil gallardete ondea.
El mar dormido en repentina calma
Laguna ó claro espejo se dijera,
Y como en la llanura están los pinos
Inmóviles en él las naves quedan.
Lento el sol á Occidente descendia,
Su faz velando en vaporosas nieblas,
Que el remoto horizonte confundiendo,
Borró á la vista las cercanas tierras.
Despues entre enlutados nubarrones,
Que desde el sur á sepultarlo vuelan,
Como cadáver que húndese en la tumba,
Se hundió, dejando claridad siniestra.

(1) El asunto de esta leyenda lo debió el autor á su íntimo amigo el señor don Juan José Bueno, abogado sevillano, erudito bibliógrafo, quien lo encontró en un antiguo y raro nobiliario de Aragon.

Y al trasmontar las cumbres del ocaso
En una faja lívida y sangrienta
Un instante mostróse enrojecido,
Lanzando al orbe una mirada horrenda.
Los pilotos y prácticos temiendo
Que aquella calma repentina fuera
Presagio de durísima borrasca,
Nuncio fatal de horrísona tormenta,
Las jarcias y los mástiles requieren,
El velámen solícitos aferran,
Y despertando á las ociosas chusmas
Bogar, bogar, con alto grito ordenan.
Pues á fuerza de brazos y de remos
Burlar el golfo engañador intentan,
Y conseguir tal vez á la mañana
Saludar de Barcino las almenas.
Murió en breve un crepúsculo dudoso
Sin color y sin luz, y muerto apénas,
Cielos y mares la espantable noche
Envolvió en oscurísimas tinieblas.
Nada, nada se ve. Y en el silencio,
Tan hondo y pavoroso cual si muerta
Y hundida del Criador en el olvido
Ya se encontrara la creacion inmensa,
Sólo el compás de los movibles remos,
Y el silbido del cómitre resuenan,
Y el rumor sordo de la leve espuma,
Y el agrio rechinar de las maderas.
A poco nace el Abrego, y en breve
Crece, y gigante los espacios llena,
Y zumba entre las nubes, y sañudo
Se arroja al mar y por sus llanos vuela.
Y lo azota, y lo empuja, y lo entumece,
Y revuelve y confunde sus arenas,
Y en fantásticos montes lo levanta,
Que se alzan y hunden, chocan y revientan.
Roncos retumban formidables truenos,
Rasgan rayos trisulcos las esferas,
Y á la luz de relámpagos horrendos
Del espantoso caos se ve la escena.
¡Oh naves de Aragon desventuradas!...
¿Por qué los cielos su favor os niegan
En las iras del mar, si tan propicios
Os lo acordaron en las crudas guerras?...
¡Cuál las empuja el huracan violento!
Ora al profundo abismo las despeña,
Ora á las altas nubes las levanta,
Las arrastra, y empuja, y hunde, y vuelca.
Ya las envuelven las bramantes olas,
Ya en sus costados con fragor se estrellan,
De espuma levantando blanca nube,
Que luego las inunda en lluvia espesa.
Mas no desmaya el generoso aliento
De los valientes de Aragon. Pelean
Con el viento y la mar, cual pelearon
Con la indómita furia sarracena.
Firmes en el timon los capitanes,
De pericia y valor dan larga muestra,
En roncas voces á la chusma animan,
Con roncas voces lo que cumple ordenan.
Y obedecidos son, crujen los cables,
Los mástiles se encorvan, las entenas
Gimen, los remos címbranse, y las proras
La espuma encienden y resurten sesgas.
Mas ¡ay!... Cuando el Señor Omnipotente
Rompe con brazo airado las barreras,
Cárcel de los furios elementos,
¿Qué es el valor humano, qué es la ciencia?
Cada momento furibundo crece
El temporal, el huracan arrecia,
La mar sube á las nubes rebramando,
Las sombras de la noche son más densas;
Ya resistir no pueden la constancia,
Ni el valor, ni el saber. Rotas, dispersas
Las naves, anegadas, sin gobierno,
Sólo descanso en el abismo esperan.
Cuando Perez de Aldana el Almirante,
Que mal herido en la batalla fiera
Que acaba de ganar á los infieles,
Yace en un lecho, donde vive apénas,
En brazos de abatidos marineros,
Que en él sus esperanzas tienen puestas,
Sube al alcázar de su rota nave,
Despreciando el turbion y la tormenta.
De un fúlgido relámpago á la lumbre
Ve el estado infeliz de sus galeras,
Reconoce que no hay más esperanza
Que del Omnipotente en la clemencia:
Y cayendo en la tabla de rodillas,
Los mustios brazos trémulos eleva,
Y en los golpes de mar todo empapado,
Y dando al huracan la cabellera,
Dice, en fe viva ardiendo: «Vírgen santa,
Lucero de la mar, del cielo Reina,
Madre del Redentor, salva á tu pueblo,
Salva las naves de Aragon, que llevan
»Tu excelso nombre á los remotos mares,
Tu santo culto á las remotas tierras,
Y que la santa ley del Hijo tuyo
Es el principio y fin de sus empresas.
»Hago voto solemne, oh Vírgen pura,
Si nos concedes tu piedad inmensa,
De ir en humilde y santa romería,
De Monserrate á la enriscada sierra.
»Y colocar ante tu altar sagrado
Y rendir á tu imágen como ofrenda,
De estas nuevas victorias los despojos,
Del infiel debelado las banderas.»
Y esforzándose más la salve entona,
Que repiten mil voces. Y resuenan
Entre el bramar del huracan sañudo,
El hórrido fragor de la tormenta,

El ronco hervir de la agitada espuma,
El rugir de las olas que revientan,
De la Madre del Verbo los loores,
Que al cielo encantan y al infierno aterran.
Y perdidas no fueron las plegarias.
Jamás se pierden, porque al cielo llegan,
Las que á la santa Vírgen se encaminan,
Del afligido por la fe sincera.
Pues de pronto rompiéndose las nubes,
Lucero bienhechor la faz demuestra,
Que aunque al punto se eclipsa y se confunde,
Los pechos todos de esperanza llena.
Y no fué vana. El huracan violento
Siente una mano firme, que encadena
Sus negras alas, y la mar sañuda
Un poder superior que su ira enfrena.
Y aunque soberbios braman y reluchan,
Y en su despecho con furor forcejan,
El mar humilla sus movibles montes
Y el huracan se esconde en sus cavernas.
El negro manto de la noche horrible
Rasgado y roto por la mano excelsa
Que de Aragon ampara los bajeles,
Deja á trechos brillar vagas estrellas.
Al fin marca en Oriente albor confuso
Una línea undulosa verdinegra,
Tras la que empieza la anhelada aurora
A dar de vida y paz al mundo señas.
Los negros fugitivos nubarrones,
Que aun el espacio tormentoso llenan,
A su pesar se ven engalanados
De púrpura y de gualda con cenefas.
Y aunque el sol no descubre su semblante,
Su benéfica luz los aires llena,
Y da al revuelto mar variados visos
Y las espumas férvidas blanquea.
Rota la inmensa bóveda de plomo
Ver la del cielo azul á trechos deja,
Y todo anuncia próxima bonanza,
Y que la ira de Dios se calma y templa.
Mas, ¡ay en cuál estado el nuevo dia
Ve de Aragon las míseras galeras!
Dos desaparecieron. Las restantes,
Que perdidas andaban y dispersas,
Sin mástiles las unas, sin timones
Otras, y todas á la mar abiertas,
Por llegar donde ven la capitana
Con los remos trabajan y forcejan.
Al cabo lo consiguen, animosas
Siguen el rumbo á los costados de ella,
Con constancia y con arte dirigidas
Por los hombres de mar que las gobiernan.
Y despues de correr nuevos peligros
Por el mísero estado en que navegan,
Y porque el mar aun crespo y borrascoso
No ofrece á su anhelar segura senda;
Al esconderse el sol en el ocaso
Al puerto ansiado de la patria llegan,
Y bendiciendo al Dios omnipotente
Con las pesadas áncoras se aferran.

II

LA ROMERÍA. — EL DESAFÍO

¡Ay de tí si al Carpio voy!
¡Ay de tí si al Carpio vas!
Antigua comedia.

Entre colosos de piedra,
Que con las nubes combaten,
Y desde léjos parecen
Los fulminados Titanes,
Está un templo de María
Con su milagrosa imágen,
En las elevadas crestas
Del fragoso Monserrate.
Conságranse fervorosos
A su culto en los altares
Cenobitas, que renuncian
Del mundo á las vanidades.
Y con duras penitencias,
Y con místicos cantares
La alta proteccion imploran
En favor de los mortales.
Y no en vano. En la capilla
Labrada de hermosos jaspes,
Los votos de plata y cera
Milagros afirman grandes.
Veinte lámparas de azófar
Tiene el retablo delante,
Y cien cándidos blandones,
Que siempre fúlgidos arden.

Allí humildes van los Reyes
A pedir que los ampare
En sus bélicas empresas
Del Verbo eterno la madre.
Y allí tornan victoriosos
A rendirle el homenaje
De tesoros y cautivos,
De pendones y estandartes.
De todo el orbe cristiano
Acuden á Monserrate
Los dolientes y afligidos,
Y nunca acuden en balde.
Pues parece que la Vírgen
En derramar se complace
De sus gracias los tesoros
Desde aquellos peñascales.
Mas nunca la concurrencia
Es tan bulliciosa y grande
Como en el solemne dia
De su fiesta memorable.

Era, pues, llegado, y vénse
(Al esmaltar los celajes
Del Oriente hermosa Aurora,
Que del mar vecino sale)
Por los senderos del monte
Estrechos y desiguales
Subir apiñadas turbas
De los pueblos más distantes.
Y no sólo allí concurren
Los devotos catalanes
Y los fieles españoles
A venerar á la imágen;
Que vienen de todo el mundo
Peregrinos á millares,
Y hasta herejes y paganos,
Buscando alivio á sus males.
Ya suben en sus literas
Princesas de régia sangre,
Y en poderosos corceles
Príncipes de alto linaje.
Señores de grande alcurnia
Con escuderos y pajes,
Y en sus mulas los Prelados
Seguidos de Capellanes.
Y valerosos guerreros
Por los riscos y jarales
Trepan, ostentando altivos
Armaduras rutilantes.
Y en gallardas hacaneas
Doncellas de lindo talle,
Con repulgos y melindres
Haciéndose interesantes.
Y las siguen y custodian,
Escabechadas las carnes,
Sus dueñas, que medrosicas
Van temiendo despeñarse.
Y caballeros machuchos,
Y perfilados galanes,
Y un pueblo inmenso que hierve
Y rebulle en todas partes.
De condiciones distintas
Personas chicas y grandes,
De todo sexo y estado,
De todas trazas y edades,
Suben la sierra anhelosas
Juzgando que llegan tarde;
Y se empujan y atropellan
Por dar un paso adelante.
Ricos, pobres, peregrinos,
Marineros, mozas, frailes,
Niños, viejos y mujeres,
Soldados y capitanes,
Ciegos, mudos, y tullidos,
Leprosos, febricitantes,
Endemoniados, convulsos,
Paralíticos y orates;
Gentes de todas naciones
Con diferencia de trajes,
Con diversidad de idiomas,
Con distintos ademanes.
Y la confusion de lenguas,
Que se difunde en los aires,
Otra Babel la montaña
Con extraño rumor hace.
Como en jardin la convierten
De mil colores brillantes
Los penachos, y las cintas,
Y los vistosos ropajes.
Contemplados desde léjos
Los senderos undulantes
Atestados del gentío
Que desde el profundo valle
Con movimiento conforme
Sube á las cumbres distantes,
Ser dijéranse serpientes
Bigarradas, colosales,
Que girando entre los riscos,
Se encaramaban voraces
A devorar en las nubes
A las águilas caudales.

En medio de aquellas turbas,
Entre confusion tan grande,
En una humilde camilla
Sube enfermo y anhelante,
A cumplimentar el voto
Con que libertó sus naves,
El noble PEREZ ALDANA,
Aragonés almirante.

Mal curadas sus heridas,
Escaso de vida y sangre,
Y con la horrenda borrasca
Acrecentados sus males,
Disfrazado de romero,
Y tan otro su semblante
Con la enfermedad prolija,
Que no le conoce nadie,
Va en hombros de marineros
Sin séquito y sin bagaje,
Como cumple á un penitente
Y al voto que hizo en los mares.
Llega á la puerta del templo
Donde le acogen los frailes,
Y colocan la camilla,
De la que no puede alzarse,
Tras de un pilar del crucero,
Desde do el enfermo alcance
A cubierto del bullicio
A ver las solemnidades.
Pues tan postrado y doliente
Está, que así sólo es dable
El que asista á los oficios
Y á Dios pueda encomendarse.

Ya un sol naciente de mayo
Atravesaba brillante
De las altas vidrieras
Los trasparentes esmaltes.
Y en el alto campanario
Sonoras voces al aire
Daban los cóncavos bronces,
Nuncios de festividades;
Y ya el inmenso gentío
Llenaba las anchas naves
Del gran templo, do la misa
Va solemne á celebrarse;
Cuando un francés caballero,
De escuderos y de pajes
Servido, arriba, y penetra
Con desenfado notable
La apiñada muchedumbre,
Hasta lograr colocarse
Junto al pilar, do en su lecho
Está el herido Almirante.
Comiénzanse los oficios,
Con la cruz y los ciriales
Y su séquito y su mitra
Revestido el Abad sale.
Con torrentes de armonía,
Con sonoras tempestades
El órgano estrepitoso
Retumbar las cimbrias hace.
Vuelan las nubes de incienso,
Embalsamando los aires,
Y escondiendo del retablo
Las molduras y follajes.
Y el tal francés caballero
Sin que respeto le ataje,
Y por ver más á su gusto,
Cansado ya de empinarse,
De pié atrevido se pone,
Insultador y arrogante,
Sobre la humilde camilla
Do Perez de Aldana yace.
Este lo sufre un momento,
Aunque le hierve la sangre;
Mas cuando el otro le pisa
Ya no tolera el ultraje.
Y entre los dos en voz baja,
Descompuestos los semblantes,
Pasó el diálogo siguiente,
Sin que lo advirtiese nadie.

ALDANA.

Cuidad vos, el caballero,
Lo que haceis por distraccion.
Guardad consideracion
A un impedido romero.

FRANCÉS.

Basta, buen hombre. Si vos
Qué pié excelso os ha pisado
Conocieseis, muy honrado
Os creyerais, vive Dios.

ALDANA.

Pues si á vos adivinar
Os fuera dado quién es
Este en quien poneis los piés,
Por Dios que habiais de temblar.

FRANCÉS.

¿Temblar yo?... ¡temblar!... Insano,
Soy duque de Normandía,
Y á no estar aquí pondria
El pié en tu rostro villano.

ALDANA.

Yo desprecio tu blason
Y tu estirpe soberana,
Porque soy Perez de Aldana,
Almirante de Aragon.
Y porque fuera gran mengua
Profanar el templo santo,
Vive Dios, no me levanto
Para arrancaros la lengua.
Mas juro de insulto tal
Si cobro mi muerto brio
Pediros en desafío
La reparacion cabal.

FRANCÉS.

Os esperaré en Paris
Y dispuesto á todo estoy.

ALDANA.

¡Ay de vos si á Francia voy!

FRANCÉS.

¡Ay de vos si allá venís!

No hablaron más, porque acaso
La gente empezó á alterarse,
Y era forzoso mesura
En lugar tan respetable.
El francés entre la turba
Juzgó oportuno borrarse,
Y al hacerlo con enojo
Le tiró á Aldana su guante.





III

LAS CHARLAS

Tot homines quod sententiæ

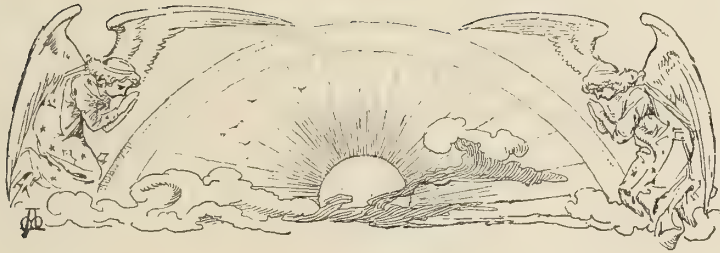
La moderna Babilonia,
Ese Paris turbulento,
Que de espectáculos, farsas,
Chistes, riñas y festejos,
Francachelas y bullicios,
Novedades, burlas, juegos,
De caprichos veleidosos
Y de arrebatos funestos,
De virtudes las más altas,
De vicios los más horrendos,
Fué siempre constante escena,
Es, ha sido y será centro;
Lo era ya el siglo remoto,
Que hoy reproducen mis versos,
Aunque reducido entónces
A límites harto estrechos,
Sin ni aun soñar la grandeza
Que le destinaba el cielo,
Y la moral importancia
Con que hoy rige al universo.

Y en agitacion y pasmo,
Y en confuso movimiento
Lo tenia la llegada
De un español caballero,
Que á retar viene animoso,
Por ultrajes que le ha hecho,
El duque de Normandía,
Y á empeñar á muerte un duelo.
En las calles y en las plazas,
En pórticos y en paseos,
En salones y talleres,
En las tabernas y templos,
Mezquinos, lóbregos, rudos,
Que no daba más el tiempo,
Formando un Paris distinto
Del magnífico que hoy vemos;
Sólo se habla del combate
Y se discurre del duelo,
Circulando mil patrañas,
Ponderaciones y cuentos.

Varias son las conjeturas
Sobre el motivo secreto,
Y el ultraje que ha lanzado
A tal paso á un extranjero.
Y se susurran amores
Allá en muy remotos reinos
En que los dos personajes
Rivales ardientes fueron.
Y aun hay fementidas lenguas
Que hacen correr sin respeto
De ciertas princesas moras
Los nombres y devaneos.
Quién se admira de que pueda
Hombre haber de tal denuedo,
Que medir quiera su lanza
Con príncipe tan excelso.
Quién lo juzga desacato
A toda la Francia hecho,
Y para aquel orgulloso
Pide cumplido escarmiento.
Quién, que ofendido está acaso
Por el Duque ó por sus deudos,
De modo distinto piensa,
Y alégrase en sus adentros;
Celebrando que haya un hombre
Destinado por el cielo
A castigar los desmanes
De príncipe tan soberbio.
Unos recuerdan del Duque
Las hazañas y el esfuerzo,
Su valor en las batallas,
Su destreza en los torneos;
Y miran como seguro
Y cantan ya como cierto
Su triunfo en aquel combate,
Como lo ha logrado en ciento.
Del Duque exageran otros
Juveniles desaciertos,
Ponderando sus violencias,
Abultando sus excesos.
Y en agrandar se complacen,
Exagerando los riesgos,
Las ventajas sobre el Duque
Con que cuenta el extranjero.
Dicen que el recien llegado
Es un hombre de provecho,
Alto, robusto, fornido,
Muy gallardo, y muy resuelto.
Que trae corceles de guerra
De gran belleza y gran precio,
Armas de exquisito temple,
Y muchísimo dinero.
Y los que dudan de todo,
Por hacerse los discretos,
Dicen, mostrando malicia,
Que suele llamarse ingenio,
Que acaso sea el desafío
Mera farsa y embeleco,
Embrollo de cortesanos
Y burlas de palaciegos.
Que el tal retador pudiera
Ser un francés embustero
Que venga á buscar la vida
Con patrañas y con cuentos.
Los que quieren ver en todo
Algun prodigio ó portento
Dicen, arqueando las cejas
Y con aire de misterio,
Que el lance estaba previsto,
Y que debe ser funesto,
Segun una profecía
De un gran astrólogo armenio.
Que ha asegurado un obispo
Que el retador extranjero
Viene armado de indulgencias,
Y ya por el Papa absuelto.
Que sus armas son morunas,
Sospechosas en extremo,
Como lo es tambien un paje
Que trae vestido de negro.

Los que siempre se divierten
Con cuanto ocurre de nuevo,
Importándoles un pito,
Que sea malo, que sea bueno;
Y que nunca indagan causas,
Ni predicen nunca efectos,
Y en todo hallan ocasiones
De gresca, broma y bureo;
Gente feliz y beata,
O envidiable por lo ménos,
Para la cual es la vida
Agradable pasatiempo;
Sólo del palenque hablan
Que en San Dionís se ha dispuesto,
Y de meriendas y bailes,
Ceremonias y festejos;
Y de las damas gallardas,
Y de los trajes diversos,
Y de cómo procurarse
En la estacada un buen puesto.
Y alégranse, varios chistes
Y equívocos repitiendo,
Que recogen en corrillos
Donde se trata del reto.
Y cuentan, con risotadas
De un envidiable contento,
Mil historietas picantes
Que circulan por el pueblo.

Todo es, pues, contradicciones,
Ponderaciones, extremos,
Y hasta se duda y discute
El orígen del guerrero.
Asegúrase en un corro
Que no es español, que es griego;
Miéntras en otro se afirma
Que es lombardo, ó que es bohemio.
Y sobre el nombre contienden,
Aunque van todos de acuerdo
En pronunciarlo de modo
Que nadie puede entenderlo.
Se acaloraron disputas,
Apuestas se propusieron,
Y aun resultaron camorras,
Y otros desafíos nuevos.
Mas para pintar al vivo
Lo que el Paris de aquel tiempo
Del tal combate pensaba,
Y charlaba del suceso,
Referiré dos coloquios
De carácter muy diverso,
Que sobre estas ocurrencias
Hubo casi al mismo tiempo:
Uno en un salon ilustre,
Entre gente de alto vuelo;
Otro en una vil taberna,
Entre gentuza del pueblo.





IV

EL SALON

—Buenas noches, ¿qué hay de nuevo?
—Hay ocurrencias notables.
Versos de una comedia.

En un salon no muy grande,
Cuadrado, y con alto techo,
Do rudo ensamble mostraba
Oscuro arteson de cedro,
Dos ojivas sobre el rio,
Adornadas de arabescos,
Por sus turbias vidrieras
Hechas de vidrios pequeños,
Dejaban difícil paso
A los rayos postrimeros
De un sol poniente de otoño
Con celajes encubierto.
Por las extensas paredes
De guerra y caza trofeos
De altas escarpias pendian,
O de armaduras de ciervos.
De mármol la chimenea
Llenaba todo un testero,
Timbres mostrando y follajes
Y bizantinos brutescos.

Y á otro lado campeaba
Un oratorio pequeño,
De nácar, de concha y bronce,
Primoroso por extremo.
Do á la imágen de la Vírgen,
De un arte perdida esfuerzo,
Una lámpara de plata
Daba amarillos reflejos.
De nogal duros escaños
Muy pulidos y muy tersos,
Y unos sitiales enormes
Ornaban el aposento.
Un gran bufete ochavado
Estaba plantado enmedio,
Con un tapete de Persia
Con borlones y con flecos.
En el bufete jugaban
A las tablas con sosiego
Dos maduros personajes
De muy diferente aspecto.

Era el uno un conde ilustre,
De la casa amigo y deudo,
Que en la Turena tenia
Sus castillos y sus feudos.
El otro un abad notable
Por su astucia y su talento;
Predicador de gran nombre
Y en la corte de gran peso.

Miéntras estos dos jugaban,
Allí cerca y en silencio
En un gran sillon forrado
Con un recamado cuero,
La señora de la casa,
De rostro grave y sereno,
De edad dudosa, y de porte
Aristocrático y serio,
Con las tocas de viuda
Y monjil rico, aunque negro,
Que daban mayor realce
A su distinguido aspecto,
Atentamente ojeaba
Un librito muy pequeño,
Con manecillas de oro
Y tapas de mucho precio:
Manuscrito lindo y raro,
Adornado con esmero
De brillantes miniaturas
Y dorados arabescos,
Que á la devocion brindaba,
Y facilitaba el rezo
De las horas de la Vírgen
Y los Santos Evangelios.
Y si la dama apartaba
De él los ojos un momento,
O era para dar al Conde
De una jugada el consejo;
O para en las controversias
Propias de lances de juego
Irse siempre de su bando,
Y con teson defenderlo:
Lo que tal vez producia
De malicia un fino gesto
En el Abad, que cortaba
De la fresca viuda el vuelo...

En el hueco de una ojiva,
Donde le daba de lleno
La última luz de la tarde,
Que espiraba por momentos,
Ante un bastidor, sentada
Sobre un cojin en el suelo,
Estaba una linda niña
De veinte años no completos.
Delicada, blanca, pura,
De oro acendrado el cabello,
Que en bucles y en anchas trenzas
Bajaba á adornar el seno,
Boca de perlas y rosas,
Ojos del color del cielo,
Y el total más expresivo,
Y el conjunto más modesto.
Era Matilde, la hija
De la casa, el embeleso
De su madre, y el encanto
De los amigos y deudos.
Bordando estaba un tapete
Con emblemas y misterios
De la Pasion, recamados
No sin destreza y acierto.
Y viendo borrados casi
Del sol los últimos dejos,
Y que la luz le faltaba,
Fué su labor recogiendo.

A poco en la erguida torre
Del contiguo monasterio
El *Angelus* anunciaron
De las campanas los ecos.
Y aquellas cuatro personas
Ante el oratorio fueron,
Do hincándose de rodillas
Entonaron breve rezo,
De que dijo los latines
El noble Abad, á quien luego
Todos besaron la mano
Con ceremonial respeto.

Dos pajes, ambos vestidos
De jalde, de rojo, y negro
Entraron. Y miéntras uno
Puso del bufete enmedio
Enorme velon de plata,
Que iluminó el aposento;
Cerró el otro las maderas,
Los cortinajes corriendo.
El Conde, el Abad, la dama
A sus sillones volvieron,
Y esta á su devocionario
Y los otros dos al juego:
Y quedando en pié Matilde
Apoyó el cándido seno
De la madre en el respaldo,
Inclinado el rostro bello.

De afuera de la mampara
Anunció una voz en esto,

Al señor Baron, que alzando
El tapiz entró resuelto.
Era muy gallardo jóven,
Alto, delgado y bien hecho,
Y quitándose la toca,
Y el bigote retorciendo,
Y sonando las espuelas
Contra las losas del suelo,
Con finísima elegancia
Y porte de caballero,
A la señora viuda
Saludó con gran respeto,
Besóle al Abad la mano,
Dió la suya al Conde viejo;
Y con sonrisa graciosa,
Y particular afecto,
A la divina Matilde
Hizo reverencia luego.
Ella de púrpura ardiente
Dió esmaltes al rostro y pecho,
Correspondiendo al saludo
Con ademan muy modesto.
Mas tal vez un malicioso
Pudiera haber descubierto
En las tímidas miradas
Algun futuro himeneo.
Despues de las cortesías
Y forzosos cumplimientos,
Aquellas cinco personas
Este coloquio emprendieron.

SEÑORA.

Decidme, noble sobrino,
¿Cómo tan tarde venís?

BARON.

Vengo ahora de San Dionís,
Y está muy malo el camino.

CONDE.

¿Va el palenque adelantado?

BARON.

Lo está bastante.

ABAD.

¿Y qué tal?

BARON.

No me ha parecido mal.

MATILDE.

¿Y está con gusto adornado?

BARON.

Magnífico es el dosel
Y los palcos y antepechos,
Aunque parecen estrechos,
No desdicen nada de él.
Y pondrán, á lo que creo,
En los ángulos banderas,
Tapetes en las barreras,
Y en cada entrada un trofeo.

MATILDE.

¿Y es muy grande?

BARON.

Grande asaz...
No sé los pasos que cuenta...
Pero segun aparenta
De media Francia es capaz.

ABAD.

¡Y se llenará!!!

BARON.

No hay duda.
A ver un lance de honor,
Y de gloria y de valor
No habrá francés que no acuda.

ABAD.

Yo siempre deploraré
Tales lances. Los cristianos
Tan sólo con los paganos
Deben lidiar por la fe.

SEÑORA.

¿Con que sale á pelear
Un duque de Normandía?...

CONDE.

¿Y juzgais, señora mia,
Que lo pudiera evitar?

SEÑORA.

¡Un príncipe!!!

CONDE.

Es caballero,
Y precisa obligacion
El darle satisfaccion
A un ofendido extranjero.

SEÑORA.

Sí, á cualquiera...

CONDE.

No á cualquiera.
Ese español campeon
Almirante es de Aragon
Y de la sangre primera.

SEÑORA.

¿Y será ese caballero
De veras tal personaje,
O mintiendo nombre y traje
Un vulgar aventurero?

CONDE.

Señora, trae de su Rey
Cartas y autorizacion.
Es Rico-home de Aragon,
Caballero de alta ley.

BARON.

Probarme con él quisiera,
Que al cabo es un extranjero,
Que viene insolente y fiero
A insultar á Francia entera.

ABAD.

Pues yo no juzgo que Francia
Tenga aquí nada que ver.

BARON.

¿No es insultar su poder
Esa extranjera arrogancia?

ABAD.

Es lance particular,
Que ya los cristianos reyes,
Aboliendo absurdas leyes,
Debieran no autorizar.

BARON.

Cuando se toca al honor
Ni el Papa mismo es capaz...

ABAD.

Yo soy ministro de paz,
Vos... un jóven lidiador.

SEÑORA.

¡Válgame Dios, buen sobrino!

BARON.

Perdon pido si hubo exceso.
En tal cuestion, lo confieso,
Me acaloro y pierdo el tino.

CONDE.

Yo aplaudo este honroso medio,
Y el que el español gallardo
En él busque sin retardo
De su honra herida el remedio.

BARON.

Pues no me gustara á fe
Encontrarme en su lugar.
Temo que le ha de pesar.

CONDE.

Señor Baron, ¿y por qué?

BARON.

Porque el Duque es muy valiente,
Nadie en destreza le alcanza,
Y querer medir su lanza
Es pretension de demente.

CONDE.

Yo de su valor no dudo:
Así más juicio tuviera,
Y así su comporte fuera
Más hidalgo y más sesudo.

BARON.

No deis crédito á rumores
De sus viles adversarios.

ABAD.

¿Vos sois de sus partidarios?

BARON.

Le debo muchos favores.

CONDE.

Bien, no niego su valor,
Mas tambien el Almirante
Goza fama relevante
De bravo y de justador.

BARON.

Le envidio sólo un corcel
Que ha traido de su tierra.
¡Qué gran caballo de guerra!
No he visto otro mejor que él.

MATILDE.

¿Es muy lindo?... ¿De qué pelo?...

BARON.

Es tordo rodado oscuro,
Y las crines, de seguro
Le descienden hasta el suelo.

MATILDE.

¿Y viene al uso de España
Vestido ese personaje?

BARON.

No le he visto; mas su traje
Cosa debe ser extraña.

MATILDE.

¿Trae mucho séquito?

BARON.

Sí.
Trae salvajes, y trae moros
Y un paje negro.

SEÑORA.

¡Qué horror!...

MATILDE.

¿Y es muy rico ese señor?...

BARON.

Cuentan que tiene tesoros.

SEÑORA.

Vuelvo á mi tema, este lance
Me tiene en gran desconcierto,
Pues si es lo que afirman cierto,
Me recelo algun percance.

ABAD.

¿Qué afirman?

CONDE.

Un desatino.

SEÑORA.

Cuentan que estando en la cuna,
Le anunció escasa fortuna
En un duelo, un peregrino.

ABAD.

¿A quién?...

SEÑORA.

Al de Normandía.
Y corre en todo Paris
Que le dijo: *En San Dionís*
Vereis vuestro último dia.

ABAD.

¿Es posible?...

SEÑORA.

¿Por qué no?

CONDE.

Señora, eso es delirar,
Y enrodado debe estar
Quien tal patraña inventó.

SEÑORA.

¿Pues qué?... ¿Acaso no pudiera?...
Dígalo el señor Abad.

ABAD.

Don profético, en verdad,
Puede dar Dios á quien quiera.

SEÑORA.

Hay quien afirma tambien
Que ese español atrevido,
Con yerbas que ha recogido
En el campo de Belen,
Logra hacerse invulnerable;
Y que grabó en su armadura
Palabra de la Escritura
Un rabino detestable.
Y que ese negro bozal,
Que dicen que trae consigo,
Si no es el mismo enemigo
Puede ser otro que tal.

ABAD.

Entre guerreros cristianos
Yo no admito tales cosas,
Porque son pecaminosas
Y propias de los paganos.

CONDE.

Ni un Rico-home aragonés
Usara supercherías.
Esas son habladurías
Del vulgacho descortés.

BARON.

Si son ciertas nada importa,
Porque del Duque la espada,
Con su valor manejada,
Hasta los encantos corta.

SEÑORA.

¿Y cuándo es el duelo?... Dí.

BARON.

En la semana que viene.
Ya el Duque padrino tiene...

CONDE.

¿Y quién es?

BARON.

Montmorency.

MATILDE.

¡Ay qué viejo!...

SEÑORA.

Viejo es.
Pero ha sido muy valiente,
Muy galan, y muy prudente,
Y honra del nombre francés.

ABAD.

¿Y del señor Almirante?

BARON.

Segun dicen eligió,
Y nuestro Rey lo aprobó,
Al buen Duque de Brabante.

MATILDE.

Mamá: ¿nosotras iremos
A ver ese desafío?

SEÑORA.

Sin duda, aunque á pesar mio,
Convidadas estaremos.

BARON.

Si Matilde allí faltara,
Faltara la mejor flor.

SEÑORA.

Que muriera de terror
Si sangre se derramara.

BARON.

Sangre, y mucha, debe haber,
Que el desafío es á muerte.

ABAD.

¿Pero el agravio es tan fuerte
Que tal fin deba tener?

BARON.

Un pisoton... bofetadas...
Una señora .. No sé.

ABAD.

Cuentan que en la iglesia fué...

CONDE.

Se dicen mil badajadas.

MATILDE.

Ojalá sea hermoso el dia,
Y esté despejado el sol.
...¿Quién vencerá, el español,
O el Duque de Normandía?

BARON.

¿Pues qué, prima, lo dudais?

MATILDE.

Yo imagino que el francés.

BARON.

Eso lo seguro es.

CONDE.

¿Y si acaso os engañais?

BARON.

¿Quereis pues, de amigo á amigo,
Aquel arnés de Milan
En contra de mi alazan
Apostar aquí conmigo?

ABAD.

Ociosas apuestas son:
Lo que nos cumple averiguar,
Para poder presagiar,
Es quién tiene la razon.

Al llegar aquí el coloquio
Los pajes lo interrumpieron
Presentándose en la sala
Seguidos de un escudero.
Y en sendas grandes salvillas
Circularon y sirvieron,
Lucientes tazas de plata,
Dorados fondos y cercos,
Llenos de caliente vino
Sabrosamente compuesto
Con mil y finas especias,
Que era el usado refresco.
El Baron alegre y jóven,
Y el Conde sesudo y viejo,
Continuando la disputa
Sendas tazas se sorbieron.
Tambien el Abad las suyas
Se echó sin chistar á pechos
Y á la dama y á Matilde
Agua sirvió el escudero.
En tanto sonó la queda
Y el toque de *cubre fuegos*
Y haciendo galan saludo
Los tres tertulios se fueron.



V

LA TABERNA

> Hubo mientes como el puño,
> Hubo puños como el mientes,
> Diluvio de sombrerazos,
> Granizada de cachetes.
>
> *Quevedo.*

Miéntras esto sucedia
En el salon susodicho,
Donde opiniones diversas
Mis lectores han oido;
En un sitio retirado,
Parte de aquel laberinto,
Que aun visitan los viajeros,
Como el Paris primitivo;
Un sótano oscuro habia
Muy miserable y mezquino,
De que la puerta era puerta
Y ventana á un tiempo mismo.
De la calle estrecha y sucia
Una rampa ó precipicio
Al tal sótano bajaba,
Por tener más hondo el piso.
Sus abolladas paredes
De verdin húmedo y frio,
De manchas, de enormes grietas
Y de hollin nuevo y antiguo
Estaban entapizadas,
Aumentando lo sombrío,
Lo triste y lo cavernoso
De tan repugnante sitio.
Amueblaban aquel antro
Cuatro ó seis mesas de pino,
Dos toneles en el fondo,
Y un mostrador de ladrillo.
Y jarros de cobre, y tazas
De peltre, y vasos de vidrio
Colgaban de gruesos clavos
Por los postes y macizos.
Alumbraban todo aquello,
Que el sol jamás habia visto,
De una resinosa tea
Los resplandores rojizos;
Que ora envueltos en el humo,
Ora espléndidos y vivos,
Ora azulados y muertos
Siempre en unduloso giro;
Luz mudable, incierta daban,
Raros fantásticos visos,
Y aparente movimiento
A paredes y á utensilios.

Un hombre de faz siniestra
Y de muy pobre atavío,
Pero atlético, robusto,
Callado, astuto y ladino
De la taberna era el dueño,
Y hombre de pocos amigos;
Bandolero cuando mozo,
Y ratero cuando niño.
Y que se pasó diez años
Hácia atrás, entretenido
En ser suplente del viento
Y en hacerle á la mar chirlos.
De pechos echado estaba
Soñoliento ó discursivo
En el mostrador, cuidando
Su palacio y sus dominios.

En derredor de una mesa,
Con un gran jarro de vino,
Y con tres tazas de peltre,
Tres hombres tomaron sitio.
Era el uno un carnicero,
El otro un maton de oficio,
Y el tercero era un lacayo
De un Baron ó de un Obispo.
En otra mesa inmediata,
A poco hicieron lo mismo,
Un hombre de armas machucho
Y un lego de San Francisco;
Y en la mesa más distante,
Como huyendo del bullicio,
Dos mujeres del mercado,
Un muchacho y un esbirro.
Y entre estas nueve personas
Se entabló, no sin ruido,
Entre un trago y otro trago
El coloquio que trascribo.

CARNICERO.

Carne larga, vive Dios,
En San Dionís ha de haber.

LACAYO.

Fuera curioso de ver
El que murieran los dos.

CARNICERO.

¡Ojalá!

MATON.

Gran tonto es
El Duque de Normandía,
Pues de su empeño saldria
Fácilmente.

LACAYO.

¿Cómo, pues?

MATON.

Encargándomelo á mí,
Que he sacado á otros señores
De empeños harto mayores,
Como es notorio.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Tú?...

MATON.

Sí.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Qué has de haber sacado tú?

MATON.

Como al Duque lo sacara,
Si el Duque me lo pagara.

LACAYO.

Lléveselo Belcebú.
No importara á nadie un pito,
Pues no hay en el mundo entero
Un señor más altanero,
Más tacaño y más maldito.
Dos meses que lo serví
Pasé muy amargos dias,
Y sólo bellaquerías
En aquel palacio ví.

MUJER 1.ª

Mientes, pícaro ladron.

LACAYO.

Gracias.

MUJER 1.ª

Borracho, alevoso:
El Duque es bueno y rumboso.

LACAYO.

¿Contigo acaso, pendon?

MATON.

¿Si querrá hacernos creer
Que el Duque es su enamorado?

MUJER 1.ª

¿Y por qué no, desalmado,
Si él es hombre y yo mujer?

LACAYO.

Esta una hermanilla tiene
Guapita y de buen despacho...

MUJER 1.ª

Calla, pícaro borracho.

LACAYO.

Callo, porque te conviene.

MATON.

Eso no es del caso, yo
Sólo repito que el Duque
Prevenir debiera el truque
Buscando un hombre de pro.

HOMBRE DE ARMAS.

El Duque no necesita
Que ningun bravo le ayude;
Pues como nadie sacude
Al cuitado que lo irrita,
Y ese español arrogante...

CARNICERO.

No es español.

ESBIRRO.

Sí lo es.

HOMBRE DE ARMAS.

Lo veremos á sus piés
Destrozado y palpitante.

MUJER 2.ª

Se ve que no lo habeis visto,
Como yo. Es un hombreton
Más fornido que un Sanson,
Y buen mozo, vive Cristo.

MUJER 1.ª

¿Buen mozo, y español? ¡Bah!!!
Un judío... un sarraceno...
Muy velludo, muy moreno...
Buen mamarracho será.

MUJER 2.ª

¿Mamarracho?... Ya te dieras
En el pecho con un canto
Si te mirara.

MUJER 1.ª

¡Qué espanto!

MUJER 2.ª

En esa que tú te vieras.
Y muchísimo dinero
Y joyas que trae consigo.

MATON.

¡Joyas! ¡Dineros!... Amigo
Me haré de su posadero.

ESBIRRO.

¿Para qué?

MATON.

Para guipar
Con alguna sutil treta
Donde pone la maleta...

ESBIRRO *(poniéndose de pié)*.

No lo puedo tolerar.
Soy ministro de justicia,
Y al punto debo prender
A quien osa cometer
Robo con tanta malicia.

HOMBRE DE ARMAS.

Déjalo.

MATON.

¿Y quién ha robado?

LAS DOS MUJERES.

Dejadlo, que esto es hablar.

ESBIRRO.

Me va un cuartillo á pagar,
O va á la cárcel atado.

LEGO.

Mi hábito lo ampare; basta.

ESBIRRO.

¿Y la multa?

LEGO.

Basta, amigo.

ESBIRRO *(sentándose)*.

Siempre quedan sin castigo
Los pájaros de esa casta.

CARNICERO.

Basta, y unidos bebamos,
Y renazca la alegría,
Que por una niñería
No es bien que nos desunamos.

MUJER 1.ª *(brindante á todos)*.

Viva el Duque.

LEGO.

Viva.

HOMBRE DE ARMAS.

Viva.

MUJER 2.ª

Quien vivirá es el guerrero
Que viene gallardo y fiero
A domar su furia altiva.

LEGO.

Será lo que quiera Dios.

CARNICERO.

Por mí que haya sangre y mucha,
Que sea terrible la lucha,
Y que allí queden los dos.

LEGO.

Del Duque es gran protector
Mi buen padre San Antonio.

HOMBRE DE ARMAS.

Y puede lo sea el demonio
Del osado retador.

ESBIRRO.

Puede ser.

MUJER 1.ª

Lo es de seguro.
¿No habeis visto aquel lacayo
Que trae con un negro sayo,
Y el semblante tan obscuro?
Pues... es... es...

LEGO.

¿Un familiar?

MUJER 2.ª

Eso.—Y dicen que allá un moro
Le vendió á peso de oro
El peto y el espaldar.
Y que un sabio encantador
La lanza le ha regalado.

LEGO.

Y cuentan que endemoniado
Estuvo el año anterior.

CARNICERO.

¡Jesus!... ¿Y no le sacaron
Los espíritus?

LEGO.

Sí, allá
En su tierra, mas quizá
Dentro alguno le dejaron.
Por eso tiene tal brio,
Y es así tan quimerista.

MUJER 2.ª

Y no habrá quien le resista.

CARNICERO.

Mas ¿por qué es el desafío?

MUJER 1.ª

Por una princesa mora.

MUJER 2.ª

¿Qué mora?... Si era judía.

LACAYO.

Mi amo dijo el otro dia
Que era por una señora,
De allá... de allá... muy distante,
Que encantada, ó cosa tal,
En una urna de cristal
La tiene un gran nigromante.

MATON.

Fué una disputa de juego:
Al Español cogió el Duque
Haciéndole un falso truque,
Y se puso de ira ciego.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Piensas que el Duque, cual tú,
Va á meterse en los garitos?

MATON.

Disfrazado en infinitos
Lo he visto por mi salú.

HOMBRE DE ARMAS.

¡Lo que ve el vino!

MATON.

Capaz
Con vino y sin vino soy.

HOMBRE DE ARMAS.

Que ya amoscándome voy.

TODOS.

Caballeros, haya paz.

MUJER 1.ª

Pues yo al tramposo bribon,
Sin andarme en desafíos,
Cortado hubiera los brios
Plantándole un bofeton.

CARNICERO.

Los retos son tonterías,
Invencion de cortesanos,
Por no venir á las manos
Y arreglarlo en cortesías.
No así la gente villana,
Tras el insulto el castigo,
Sin dejar al enemigo
Que lo piense hasta mañana.

MUJER 1.ª

A ver el combate iremos.

MUJER 2.ª

De seguro.

LACAYO.

Y aunque arda
Cada golpe de alabarda,
Aguantarlo, y entraremos.

LEGO.

Guardas y arqueros burlar
Sé yo con destreza mucha.
Llego, calo la capucha,
Digo: *Deo gratias*, y á entrar.

MATON.

¿A qué impido yo la fiesta,
Y todo el gran aparato
Aniquilo y desbarato?
¿Quién formaliza una apuesta?...

MUJER 1.ª

No lo hagas, no.

HOMBRE DE ARMAS.

No lo hará.

MUJER 2.ª

No nos agües la funcion.

MATON.

Vaya, me dais compasion,
La fiesta no faltará.

ESBIRRO.

¿Y qué pensabas hacer
Para la fiesta impedir?

MATON.

Os lo voy á descubrir,
Pues que apuesta no ha de haber.
Cuando marchara á la liza
Ese retador ufano,
Le metiera yo la mano,
Y le diera una paliza.

LACAYO.

¿Y sus pajes y escuderos?

MATON.

Esgrimiendo yo el montante
No me quedaba un tunante
De esos viles extranjeros.

MUJER 2.ª

Mira que diz son salvajes,
Y unos moros muy feroces
Que dan bocados y coces,
Y que hacen muchos visajes.

LEGO.

Y allá en las tierras de España
Ha visto mi guardian
Gigantes bárbaros tan
Altos como una montaña.

MATON.

Pues quisiera verlos yo.

ESBIRRO.

Pues yo no quisiera verlos.

CARNICERO.

Ni yo, amigos, mantenerlos.

(*Al* HOMBRE DE ARMAS.)

¿Los habeis vos visto?

HOMBRE DE ARMAS.

No.
Y eso que he corrido tierras
Y regiones muy distantes,
Mas nunca he visto gigantes,
Ni en las paces, ni en las guerras.

MUCHACHO.

Pues aquí están ya. Y no deja
A mi hermana la abuelita
Salir, porque ¡pobrecita!
No se la coman.

HOMBRE DE ARMAS.

¿La vieja
Los ha visto?

MUCHACHO.

Los ha visto.
La otra noche, ya muy tarde.

MUJER 1.ª

De ellos el cielo nos guarde.

LEGO.

Ampárenos Jesucristo.

MUCHACHO.

Dice mi abuela que son
Como torres, y que un niño
Se manducan sin aliño,
Cual si fuera un chicharron.

MUJER 2.ª

¡Jesus! ¡Jesus!

MATON.

Yo una vez
Uno maté en Berbería,
Que unas cien varas tendria,
Y negro como la pez.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Y era de veras gigante,
O era un tonel de buen vino?

MATON.

Poniéndome voy mohino
Al veros tan insultante.
Y con el bigote cano
Y esa reserva, tambien
Se achispa el hombre de bien
Como otro cualquier cristiano.
Y si él gigantes no vió,
No le fué posible verlos,
Porque tan sólo de olerlos,
De puro miedo cegó.

HOMBRE DE ARMAS *(de pié)*.

Infame, ¿qué es lo que dices?

TODOS *(levantándose)*.

Haya paz.

HOMBRE DE ARMAS.

No me alborotes.

MATON *(de pié)*.

Ya me queman los bigotes,
Y me pican las narices.
Y á cuatro pasos de aquí
No me dijera...

HOMBRE DE ARMAS.

Gran tuno,
¿Te atreves?...

MATON.

Es que ninguno
Me moja la oreja á mí.

HOMBRE DE ARMAS.

Pues á mojártela va
Este jarro en nombre mio.

MATON.

Y ese tu caduco brio
Esta mesa aplastará.

Y diciendo de este modo
Y casi al instante mismo,
El jarro y la mesa andaban
Por el aire dando brincos.
Tras el mostrador metióse
El muchacho, más que asilo,
Buscando alguna cosuela
Que meterse en el bolsillo.
El carnicero furioso
Le dió al fanfarron auxilio,
Con una enorme cuchilla,
Que llevaba atada al cinto.
Al lado del hombre de armas
Entró en la lucha el esbirro,
Formándose una trinchera
Con las mesas y banquillos.
El buen lego y el lacayo
Se fueron más advertidos
A retozar con las mozas,
Que en un rincon daban gritos.
Mas hallaron con sorpresa,
Que en lugar de recibirlos
Como á guardas de sus honras,
Y de sus prendas padrinos;
Con las uñas afiladas,
Y con feroces mordiscos
Los recibieron, pues eran,
No mujeres, sino grifos.
El tabernero furioso
De ver armado tal cisco,
A pescozones en vano
Calmar la contienda quiso.
Vuelan las mesas y tazas,
Suenan voces, danse aullidos,
Maldiciones y blasfemias
Ensordecen el recinto.
Se hieren, y se magullan,
Se desgarran los vestidos,
Se contunden, se martillan,
Con sangre riegan el piso.
Y era aquel antro asqueroso
Una cueva del cocito,
Un horrendo pandemonium,
Un retrato del abismo.
Cuando apareció la ronda,
Se bebió de balde el vino,
Sacó una multa en dinero
Al dueño del domicilio,
Y repartiendo moquetes
Se llevó á aquellos mosquitos
A que durmiesen la mona
Al arrullo de los grillos.



VI

LA LID

Ya los caballos relinchan,
Ya rompen por todo el campo,
Ya las lanzas son astillas,
Ya los arneses bollados.
Romancero general.

Era una hermosa y plácida mañana
De fresco otoño, que ubertoso y grato
Del Sena los contornos engalana,
Con parda pompa, y con vistoso ornato;
Y el sol desde celajes de oro y grana,
De su imperial dosel rico aparato,
Torrentes derramó de lumbre pura
De San Dionís por la feraz llanura.

Y esclareció con ricos resplandores
El cerrado palenque y ancha liza,
Donde van á probar los justadores
El temple que sus nombres eterniza,
Repartiendo cambiantes y colores
Sobre el trono potente, que autoriza
El campo, circundado de banderas,
Gradas, trofeos, palcos y barreras.

Se agita en torno la apiñada gente,
Burlando del arquero la amenaza,
Pues que la turba indómita y creciente
Inunda pronto la extendida plaza.
Y vase acomodando inobediente
Do puesto encuentra, ó de adquirirlo traza,
Y llega sin cesar nuevo gentío
Anhelando encontrar puesto vacío.

Mas ya lo encuentra apisonado todo,
Y del retardo con despecho brama.
Ni oro ni fuerza logran acomodo,
Ni aun miramiento seductora dama.
Por fuerza tiene que avenirse á todo,
Si alguno en los pilares se encarama,
Los más en grupos apretados quedan
Do el rumor escuchar al ménos puedan.

Ya en los palcos señoras y señores,
Con ropajes espléndidos de gala,
Forman como un jardin de varias flores,
Que el amoroso céfiro regala:
Y relámpagos dan y resplandores
Las ricas joyas donde el sol resbala,
En pechos, puños, talles y cabezas,
Ostentando á la par gusto y riquezas.

Las barreras, las gradas, los tablados,
Una masa uniforme presentaban
De cabezas y cuerpos apiñados,
Donde algunas bellezas resaltaban.
De trecho en trecho arqueros apostados
El más leve desórden atajaban:
Y confuso rumor y gritería
Por el espacio cóncavo cundia.

Cuando de trompa bélica el aliento
La atmósfera purísima asordando,
Dándole voz al sosegado viento
Y en los vecinos montes retumbando,
Que llega el Rey para ocupar su asiento
Al gran concurso anuncia, que anhelando
De su lealtad manifestar la llama
Con mil *vivas* y mil su nombre aclama.
Entra el Rey con el manto y la corona,
El cetro augusto en su derecha brilla,
Y apoyado en el conde de Narbona,
Grave se asienta en la elevada silla.
En derredor acatan su persona,
Doblando al acercarse la rodilla,
Los príncipes, los condes, y los pares,
Con ricas vestes, cotas y collares.
Treinta armígeros fórmanse delante
Del real balcon, para decoro y guarda.
El sol refleja puro y rutilante
En una y otra fúlgida alabarda.
Y un heraldo publica en voz tonante,
Que el bullicio y confusa zalagarda
Vence, las contratadas condiciones
Y de entrambos guerreros los blasones.
Mas cuando queda mudo el gran gentío,
Fué al ver bajar pausados á la arena
A los jueces del campo y desafío,
Por ver si está de oculto engaño ajena.
Es el de más edad y ménos brio
El respetable conde de Turena.
El otro el duque de Nemur sesudo,
Que aun puede manejar lanza y escudo.
Y despues que el terreno aseguraron
Con público solemne juramento,
Reverenciando al Rey, se retiraron
Para ocupar su distinguido asiento.
Y trompas y timbales anunciaron,
Y pónese el concurso en movimiento,
Que á esperar, cual retado, ya venia
El duque y poseedor de Normandía.
El pecho palpitó del Soberano,
Era padre tambien, y dió al semblante
Ligera palidez, que quiso en vano
Tiranizar la majestad radiante:
El portillo que estaba á diestra mano
Abrese, y el concurso palpitante
Clava la vista en él, y espera ansioso
La llegada del Duque valeroso.
Entran en la estacada dos maceros
De la Casa Real, y en pos venian
Doce antiguos y nobles caballeros
Con arneses que al sol resplandecian;
Con caballos altísimos y fieros
Que gualdrapa y penacho embellecian,
Siguen los ecos de un clarin sonoro,
Y arbolan un pendon con lises de oro.
De dos en dos y en órden ocho pajes
En seguida pasaron la barrera,
Todos de nobles casas y linajes,
Brillando en todos juventud primera;
En sus pintadas plumas y en sus trajes
Pudiera hallar la vária Primavera
Nuevos matices, tintas y colores,
Con que esmaltar sus predilectas flores.
En dos negros corceles de pelea,
De cuerpo esbelto, sí, pero membrudo,
Dos escuderos con azul librea
Llevan uno la lanza, otro el escudo.
Aquella en cuyo hierro el sol chispea,
Prenda es de brazo guerreador forzudo,
Y cinco lises de relieve en oro
Son del escudo azul noble tesoro.
Y llevando á su diestra en un overo
Al gran Montmorency (que se titula
De barones cristianos el primero,
Y con tal mote su blason rotula);
En un normando pisador ligero,
Cuya tendida crin al viento undula,
Y á cuya planta el suelo se estremece,
El Duque altivo armado resplandece.
Lleva en oro listada la armadura,
Y encima ostenta de color celeste,
Con armiños y rica bordadura,
Una elegante y suelta sobreveste.
Péndele del arzon ó la cintura,
Para que ayuda en la ocasion le preste,
Al lado opuesto de la espada noble,
Ferrada maza, ponderosa y doble.
Un soberbio penacho, que se mece
Orgulloso en la altísima cimera,
Azul y jalde, matorral parece,
Que es de un gigante risco cabellera.
Abierta la celada comparece
La faz adusta, desdeñosa y fiera,
Boca anhelante, los bigotes rojos,
Y con brillo satánico en los ojos.
Porque del Rey es hijo lo saludan
Mezquinos lisonjeros cortesanos,
Y algunos demostrando que no dudan
De su triunfo lo aplauden con las manos.
Las mejillas de nuevo se demudan
Del Rey, y aun tiemblan sus cabellos canos,
La caterva silencio guarda esquivo,
Que no era popular el Duque altivo.
Este, despues que reverente acata
A su padre y señor, manda despeje
La pomposa y lucida cabalgata,
Y que la liza desocupe y deje.
Tranquilo la visera cierra y ata,
Pide á Montmorency que no se aleje.
La lanza empuña y címbrala forzudo,
Toma y embraza el rutilante escudo.

A la parte siniestra se oye en esto
Bullicio popular, que da el alerta
A cuantos tienen en el circo puesto,
Y tornan sus miradas á la puerta.
Sonoras trompas anunciaron presto
Que el retador á la estacada abierta
Llega: el concurso en inquietud lo aguarda
E impaciente imagínase que tarda.

Entran *viva Aragon* roncos gritando,
Sin que entenderlos sepa el gran gentío,
Catorce almogábares, ostentando
Continente feroz y extraño brio,
Y el estandarte de Aragon alzando,
De quien el orbe acata el poderío.
Pasman á todos su apostura y gesto,
Su raro traje y su marcial apresto.

Cubren sus cuerpos recios y membrudos,
En vez de floja malla ó armadura,
Pieles hirsutas de animales rudos,
Que ciñe tosco hierro á la cintura.
A mengua tienen el usar de escudos.
Liso casco sin cresta ni moldura
Llevan en la cabeza relevada:
Sus armas son tres dardos y una espada.

Despues en seis corceles andaluces
Entran seis nobles jeques agarenos,
Con plumas de africanos avestruces
En los turbantes de joyeles llenos.
Terciados los gallardos albornuzes,
Rigen con gracia tal los blandos frenos,
Que arrebataron á la turba inmensa,
Pues aplauso sonoro les dispensa.

Del almirante Aldana eran vasallos,
Pagándole tributo como á dueño.
Y él por hacer alarde, ó por honrallos,
Los trae de escolta al peligroso empeño.
En dos fuertes, bellísimos caballos,
El uno flor de lino, otro peceño,
La lanza un paje trae, de hierro agudo,
Y el otro, sin blason un liso escudo.

De un paje es escarlata la librea,
Del otro es toda negra, y es el mismo
Que ha dado márgen á la extraña idea
De ser un mensajero del abismo.
Y no falta en la turba alguien que crea
Que fuera conveniente un exorcismo.
Y cunden conjeturas y temores
No sólo entre la plebe, entre señores.

Llega por fin, y á su derecha mano
Como padrino el duque de Brabante,
Que el freno rige de un corcel germano,
El noble retador el Almirante.
Un tordo cordobés, fino, lozano,
Fogoso, ligerísimo, arrogante,
Y cuya crin al casco descendia,
Rige y gobierna con marcial maestría.

Sobre un sayo de cuero un coselete
Lleva, y todo el arnés empavonado.
Con un bilbilitano capacete,
De rojas plumas el creston ornado.
Demuéstrase destrísimo jinete,
Y con banda de púrpura va honrado,
Que indica entre los cargos militares
La dignidad suprema de los mares.

Tambien sacaba en alto la visera,
Y tostado del sol muestra el semblante,
Pardos los ojos, negra cabellera,
La mirada segura y centellante,
Negros bigotes, la expresion severa,
Mas no descomedida ni arrogante:
Toma el escudo y la fornida lanza
Y á saludar al Rey piafando avanza.

Cálase la visera, y se retira
Su séquito, quedándose el padrino.
A su contrario sin desprecio mira.
Todo lo espera del favor divino.
Respeto su presencia noble inspira,
Y á su pesar la multitud convino
En que era el español fuerte guerrero,
Y gallardo y cumplido caballero.

De nuevo á la estacada descendieron
Los respetables jueces, las corazas
Y las lanzas y espadas recorrieron,
Frenos, escudos y temibles mazas.
Diligentes despues el sol partieron,
Y ambos contrarios sus distintas plazas
Ocupan, donde esperan que la trompa
Tocando á arremeter los aires rompa.

En helado silencio el circo queda.
Ni respirar en rededor se escucha,
No hay quien disimular el pasmo pueda,
La duda es grande, la ansiedad es mucha.
El Rey, sin que al temor de padre ceda,
Al cabo manda comenzar la lucha:
Mas al tender el cetro soberano,
Temblor ligero se advirtió en su mano.

Al grito del clarin los combatientes
Vuelan al centro de la extensa plaza,
Pues de entrambos caballos los latientes
Hijares, ruda espuela despedaza.
Embístense feroces los valientes,
Y en una y otra fúlgida coraza
Los fulminantes hierros resbalaron,
Y de nuevo veloces se alejaron.

Revuélvense los dos ardiendo en ira,
El cordobés tordillo es más ligero,
Con más presteza el Almirante gira,
Y encuentra de soslayo al Duque fiero,
Y crudo bote con su lanza tira
Tan firme, tan seguro, tan certero,
Que un lirio de oro le arrancó sañudo
De los cinco que ostenta en el escudo.

Debió quedar del golpe satisfecho,
Pues aunque el Duque en el gorjal le hiere,
Otra vez á su escudo va derecho,
Y otra lis, de su lanza al golpe, muere.
Brama el francés de cólera y despecho,
Y por más que vengar la afrenta quiere,
Dos lises más dió á Aldana la fortuna,
Y en el broquel no queda más que una.
Del rey de Francia abochornado el hijo
Al mirar su blason tan mal parado,
La suerte adversa con furor maldijo
Y venganza juró desconcertado.
Ronco:—¡Probemos las espadas!—dijo,
Y tirando la pica con enfado,
Dió fulgentes relámpagos desnuda
En su diestra la espada puntiaguda.
El duro aragonés tiró su lanza
Tambien á largo trecho, empuña y brande
El acero con garbo y con pujanza,
Sin impedirle que el caballo mande.
En la espada gran nombre el Duque alcanza,
Pues su destreza en esgrimirla es grande.
Sobre Aldana se arroja de repente,
Amenazando aterrador fendiente.
Pararlo el español apénas pudo,
Por más que amenazando una estocada,
Cubrirse quiso con el ancho escudo
Y soslayar un tanto la celada.
Del príncipe francés el golpe rudo
Partió la altiva cresta empenachada,
Y en el aire esparció las plumas rojas
Como el otoño las marchitas hojas.
El corazon francés bañóse en gozo
Con orgullo y francesa vanagloria.
Cundió por el palenque el alborozo,
Juzgándolo presagio de victoria.
Y miéntras contemplaba aquel destrozo
El Duque, ufano de su esfuerzo y gloria,
Repuesto Aldana, airado le acomete
De punta entre la gola y el almete.
Del Príncipe acudió la ligereza,
Y la espada diestrísima interpola.
Entónces amenaza á la cabeza
El Almirante, que apuntó á la gola,
Y cambiando la accion con gran destreza,
Aquella flor de lis, que aislada y sola
Quedaba en el escudo, á tierra vino,
Fuese casualidad, ó fuese tino.
No brama tan feroz el jarameño
Que siente en la cerviz alta el estoque,
Como el Duque francés, viendo el empeño
De ultrajar su blason en cada choque.
Del furor que lo abrasa no es ya dueño,
Y ántes que infernal fuego le sofoque,
Anhela furibundo dar remate
Vencido ó vencedor á aquel combate.
Y tirando la espada cortadora,
Que, serpiente de acero, rueda un rato
En el polvo, la maza aterradora
Alza en un vehementísimo arrebato.
Y acomete con rabia vengadora
Al que á su escudo le robó el ornato.
Mas como anima al brazo ciego brio,
El furibundo golpe dió en vacío.
El normando corcel blanco de espuma,
Rendido á la durísima fatiga,
Ya el grave peso del arnés le abruma
Y el acicate en vano lo castiga.
Miéntras el cordobés leve cual pluma,
Obediente á la mano que lo obliga,
Girando burla el golpe, y luego torna
Y al inmovible guerreador trastorna.
Pero el bizarro aragonés queriendo
No deber al caballo la ventaja,
Tambien la maza bárbara esgrimiendo
Por derribar á su ofensor trabaja.
Y pretal con pretal se arma tremendo
Golpear, que las piezas desencaja
De ambos arneses, retumbante suena
Y de mortal pavor el circo llena.
De la maza del Duque un resonante
Golpe de lleno, el alto capacete
Abolló del hispánico Almirante,
Que cayera á no ser tan buen jinete.
Aturdido vacila un corto instante,
Pero volviendo en sí, fiero arremete,
Y la maza esgrimió con tal acierto
Que herido cayó el Duque como muerto.
Resonó la armadura quebrantada
Al dar en tierra el guerreador robusto.
La muchedumbre, del asombro helada,
Lanza un gemido de dolor y susto.
Al ver la arena en sangre salpicada
Temblando en pié se pone el Rey augusto.
No hay rostro que el espanto no marchite
Ni un solo corazon que no palpite.
Y crece aquel terror y desosiego
Cuando descabalgar al Almirante
Ven, y arrojarse vengativo y ciego
A su contrario en tierra palpitante;
Y que el almete le desata luego,
Y que con un cuchillo relumbrante,
Que el paje negro le alargó, se apresta
A hacer la escena horrible aun más funesta
Pero afligido, pálido, afanoso,
Veloz arroja el cetro soberano
En la mitad del circo polvoroso,
Y así trémulo grita el Rey anciano:
«¡Basta, basta! Mi cetro poderoso
A nadie escuda ni defiende en vano.
Yo ofrezco hasta mi vida por rescate
Del infeliz rendido en el combate.

»Afortunado triunfador, yo empeño
Mi palabra real, mi nombre augusto,
Ya que del hijo, que idolatro, dueño
Os hizo en esta lid el cielo justo,
De daros de su vida en desempeño
Cuanto anhelar pudiere vuestro gusto.
Pedid, pedid, satisfaceros fio,
Y guardad como prenda el cetro mio.»

Oyéndolo, suspende la venganza
El Almirante noble, y el cuchillo
Tirando, el cetro con respeto alcanza
Del polvo, que ofuscaba su alto brillo.
Saluda al Rey con plena confianza,
Monta gallardo y grave en el tordillo,
Y deja del estadio los confines
Saludándole trompas y clarines.





VII

EL RESCATE

Rey que palabra non cumple
Non debia de reinare
Ni cabalgar en caballo
Ni espuela de oro calzare.

Cancionero.

El rey de Francia en su trono
Servido está y circundado
De príncipes, duques, pares
De su reino dignatarios.
Y con ellos gravemente
Trata sobre el grave caso
De la vida y del rescate
Del Príncipe desdichado;

Del duque de Normandía,
Que aun convaleciente y flaco
De la herida peligrosa
Y del golpe del caballo;
Del dolor del vencimiento
Y de haber visto rodando
Por el polvo sus blasones
Y su noble escudo en blanco;

Melancólico silencio
Guardó en el debate largo,
En que opiniones distintas
Con calor se ventilaron.
Perdiendo un tiempo precioso
En discursos muy peinados
Y en digresiones pomposas,
Que nada determinaron.
Y en el instante en que ardia
Más tenaz el altercado,
Al aragonés Aldana
Los maceros anunciaron.
Con el duque de Brabante
Entra el español bizarro,
A los nobles Consejeros
Justo respeto inspirando;
Y al duque de Normandía
Tal horror y sobresalto
Que de azufre se dijera
Su rostro desencajado.
Serio, grave, y comedido
Entra en el salon despacio,
Y con dignidad saluda
Al augusto soberano.
Lleva la espada en la cinta
Y el cetro puesto á su lado,
Prenda de la real palabra
Que el Rey empeñó en el campo.
Ruégale el Rey que se cubra,
Y en un taburete alto
Con su cojin y tapete
Que tome asiento y descanso.
Hízolo por cortesía,
Y por no ceder ni un paso
En las altas preeminencias
De su sangre y de su cargo.
Y tras de corto silencio,
Muestra de mutuo embarazo,
De este modo el Almirante
Y el Monarca egregio hablaron.

REY.

Almirante de Aragon,
De vos no estoy olvidado
Y habeis á verme llegado
En oportuna ocasion.
Tratábamos justamente
Yo y mis fieles consejeros
La manera de ofreceros
Un rescate competente.

ALMIRANTE.

Nunca lo dudé, señor.
Cuando se da una palabra,
Hasta que se cumple, labra
El pecho donde hay honor.

REY.

Pues voy á cumplir la mia.
¿Admitís un noble estado
Fecundo, rico, y poblado
Con castillo en Normandía?

ALMIRANTE.

Señor, cuando deseamos
Los españoles tener
Estado que poseer,
Al moro lo conquistamos.
Cuanta tierra el cielo abarca
No admitimos, vive Dios,
Sin ganarla, ni de vos
Ni de otro extraño Monarca.

REY.

¿Quereis, pues, que os pague en oro
El peso de mi hijo armado,
Aunque empobrezca mi estado
Y consuma mi tesoro?

ALMIRANTE.

Guardad, Rey, tanta riqueza
Para algun aventurero;
No se gana con dinero
A la española nobleza.

REY.

¿Alto nombre, dignidad,
Mando, gloria, honra quereis?...

ALMIRANTE.

Cuanto vos me proponeis
Lo tengo con saciedad.

REY.

Si pudiera mi corona
Daros, con ella os brindara.

ALMIRANTE.

Puede que no la aceptara,
Aunque el ser vuestra la abona.

REY.

Con que cuanto digo es vano,
Y me confundo y me aflijo
Al ver que esté de mi hijo
La existencia en vuestra mano.
Pedid, ¿por qué os deteneis?...
Pedid sin tino y medida,
Y pedidme hasta mi vida,
Pues mi palabra teneis.

ALMIRANTE.

Pido que su escudo quede
Blanco y liso cual está,
Y recuerdo le será
De que á nadie pisar puede.
Y yo en el escudo mio
Las cinco flores de lis,
Que le arranqué en San Dionís
Y gané en el desafío,
Por blason he de llevar;
Para perpetua memoria
En que asegure la historia
Que no me dejé pisar.

REY.

Almirante de Aragon,
Mi poder no alcanza á tal,
¿Sabeis que escudo real
Esas flores de lis son?

ALMIRANTE.

Eso, ¿quién lo duda?... ¿Quién?
Y debeis agradecido
Estarme de que no os pido
Vuestras tres lises tambien.
Las cinco que arranqué, vos,
rey de Francia, me dareis,
O al vencido entregareis
Sin remedio, voto á Dios.

Herido el francés orgullo,
En altos gritos tronando,
Impidió al Rey dar respuesta
En un momento tan arduo.
El duque de Normandía
Brama ronco y despechado,
Y con el pié duro rompe
Las tersas losas de mármol.
Y no falta en el consejo
Quien cometa el desacato
De llevar hácia la espada
Con ciego furor la mano.
Aldana de pié se puso,
Cruzó en el pecho los brazos,
Y con semblante tranquilo
Desprecia aquel arrebato;
Como desprecia el escollo
El furor del Oceano,
Del huracan el empuje,
Y el embate de los años.
Confusion horrible reina
En el Consejo de Estado,
Todos hablan, nadie escucha,
Perplejo está el Soberano;
Hasta que con gran reposo,
Pero en acento tan alto
Que impuso á todos silencio
Y que retumbó en palacio,
Por el duque de Brabante
Sostenido y apoyado,
Dijo decidido y firme
El aragonés gallardo:

ALMIRANTE.

Pues la palabra, señor,
Que me disteis, no cumplís,
Guardad las flores de lis,
Pero perded el honor.
Este cetro es prenda mia,
Y me lo llevo, y con él,
Aunque lo escude el dosel,
Al duque de Normandía.

Dijo, y tornó las espaldas,
A marchar determinado,
Pero el duque de Brabante
Le detuvo por el brazo.

Nuevo rencor se levanta
Contra el Almirante bravo,
Y restablecer el órden
No consigue el Rey anciano.
Mas como eran caballeros
Los que allí estaban, al cabo
A los gritos de la honra
En despertar no tardaron.
Y la voz del Condestable,
Cuya ciencia y pelo cano
Y gloriosas cicatrices
Daba gran fuerza á sus labios,
Manifiesta brevemente
Que habiendo el Rey empeñado
Una palabra, cumplirla
Era justo y necesario.
Que estaba el potente cetro
Al cumplimiento empeñado,
Y que no habia de perderse
En las extranjeras manos;
Que la honra, no eran las lises,
Fuesen veinte ó fuesen cuatro,
Sino cumplir las palabras
Y atenerse á los contratos.
Estas razones sesudas
Del esclarecido anciano,
El tumulto y alboroto
Mudo silencio tornaron.
Silencio que al punto rompe
El Rey, el rostro bañado
De lágrimas de despecho
Que sus mejillas quemaron.

Y prorumpe de este modo,
Hecho el corazon pedazos,
Y con voz trémula y honda,
Que era doloroso el paso.

REY.

Almirante de Aragon,
Las cinco flores de lis
Ganadas en San Dionís,
Os concedo por blason.
Y liso quede el escudo
Del duque de Normandía,
Ya que por su estrella impía,
Guardarlo de vos no pudo.

De dolor mal comprimido
Resonó murmurio infausto,
Y de púrpura y de azufre
Los semblantes se bañaron.
El Almirante impertérrito
Subió con desembarazo
Las cuatro gradas del trono,
Y le dijo al Soberano:

ALMIRANTE.

Os vuelvo el cetro, señor,
Y sabed que no ha perdido
El tiempo que lo he tenido,
Su gloria ni su esplendor.

El Duque, irritado y fiero,
Dijo entre los cortesanos,
Que su padre no podia
Inferirle tal agravio.
Y:—*C'est mal donné!*—gritaba,
C'est mal donné! despechado,
Y oyéndolo el Almirante
Contestóle sin mirarlo:

ALMIRANTE.

Para que más satisfecho
Mi honor hoy pueda quedar,
Tambien quiero perpetuar
Ese imprudente despecho.
Y aunque el de *Aldana* acatado
En toda la tierra ha sido,
Desde hoy será el apellido
De mi estirpe MALDONADO.

Madrid, 1852.





LEYENDA TERCERA

EL ANIVERSARIO

A mi hijo Enrique

Ossa arida, audite verbum Domini.
EZECHIEL, *prof.*

I.—LA VELADA

Hundiéndose en los mares de Occidente
Tras de las lomas áridas y adustas,
Lindes de Lusitania y de Castilla,
Un sol de otoño, entre rosadas brumas,
Recortó con sus últimos destellos
Las altas frentes y erizadas puntas
De las torres y montes convecinos,
Que á Badajoz defienden y circundan.
Y en cuya catedral los sacros bronces,
Que en la region de las tormentas zumban,
Para el sol venidero le anunciaron
Festividad solemne y pompa augusta.
Las del aniversario de aquel dia
En que el séptimo Alfonso, de la furia
Y del poder triunfando sarraceno
Expugnó á Badajoz tras larga lucha.
Y en que purificando su mezquita
Del falso rito y prácticas inmundas,
Del Gólgota á la enseña triunfadora
Maldita se humilló la media luna.
De la insigne ciudad voto solemne
Aquel festejo popular, que aun dura,
Fundó de gratitud en homenaje,
Sin que dejara de cumplirlo nunca.
Y desde la conquista memoranda
Tendido habian al paso dos centurias,
Hasta el suceso grande y misterioso,
Que hoy quiere recordar mi humilde pluma.

Del alto campanario el gran rimbombe
De gozo la ciudad mísera inunda,
Que bien ha menester de regocijos
Despues de un año de dolor y angustias.
De un año de ansiedad y de miseria
En que la tuvo la enconada pugna

De dos linajes nobles y ambiciosos,
De Badajoz azote y amargura:
Portugaleses, lusitana estirpe,
Y *Bejaranos*, extremeña alcurnia:
Rivales poderosos, que el dominio
De la infeliz ciudad fieros disputan;
Y que poner en paz don Sancho el Bravo
Logró hace poco con prudencia suma,
Gozando el pueblo, aunque por breves horas,
De tal monarca la presencia augusta.
¡Quiera el cielo que dure aquella calma,
Y que no quede en la ceniza oculta
Pequeña chispa, que, tomando cuerpo,
Los pasados incendios reproduzca!

Por las calles y plazas la nobleza
Mézclase afable á la plebeya turba,
Y unidos los hidalgos y pecheros
La velada alegrar todos procuran.
Del alguacil ó arquero nadie teme
En tal noche insolencia inoportuna,
Ni que el toque obligado de la queda
Venga á dar fin á la funcion nocturna.
Con matizadas telas los balcones
Y luminarias á la noche insultan,
Y suenan por doquiera tamboriles,
Rabeles, pitos, flautas y bandurrias.
Mas el centro comun de aquella fiesta,
Donde la gente principal se agrupa,
Es de la catedral la extensa plaza,
Que adornan arcos de ramaje y murta.
Arde en su centro rutilante hoguera,
Y sobre su pirámide, que ondula,
De fácil llama, saltan los muchachos
Con tal audacia, que mirarlo asusta.
Aquel rojo esplendor la plaza llena,
Refleja del gran templo en las columnas,
En las lejanas torres, en las casas,
En los humanos rostros que circulan;
Y si con viva luz perfila y corta
Cuanto alcanza en reedor, sombras oscuras
Causa tambien, tan vagas, tan movibles,
Que con formas fantásticas lo abulta.
Allá en los soportales se establecen
Puestos mezquinos de confites, frutas,
Licor, torrados, nueces, chucherías,
Y á un tiempo gritos mil su venta anuncian.
El aceite en que hierven los buñuelos
Infesta el aire más que lo perfuma,
Los populares cánticos lo aturden,
Con voces discordantes y confusas.

Avanza ya la noche, á paso lento
Entre celajes al zenit la luna,
Pero aun no es el concurso numeroso,
Ni aun reinan confusion y baraunda:
Pues va á salir enmaromado un toro,
Y la gente juiciosa, y la machucha,
Y las damas no quieren un tropiezo
Con quien no acata canas ni hermosura.
Sólo la gente jóven y los guapos,
Con algazara por las calles cruzan,
Miéntras que los balcones y las rejas
Las mujeres solícitas ocupan.

Que el feroz animal ya sale avisan,
Gritos, carreras, luminarias, bulla,
Y muchos, que en las calles y las plazas
De valientes la echaban, se atribulan,
Y algun portal, ó pilaron, ó verja
Para esconderse demudados buscan:
Que es una cosa el esperar al toro,
Y otra quedarse cuando asoma y bufa.
Con una luenga soga, en que se ensartan
Chulos, pillos, borrachos y granuja,
Y al animal por el testuz sujeta
Para impedirle que se ponga en fuga,
Un guadianeño buey enorme, blanco,
De inmensa y reforzada cornadura,
Corre, atropella, embiste, retrocede,
Retemblando la tierra á sus pezuñas.
Unos huyendo súbense á las rejas,
Mas las damas de adentro, si son chuscas,
Para obligarlos á volver al riesgo,
Los vejan, los pellizcan, los empujan.
Otros al paso al fiero buey recortan
Con garbo y gentileza, y con que alguna
Flor ó cinta se ganan, como en premio
De su serenidad, arte y bravura.
Tambien hay quien con gracia y gentileza
Manejando la capa á la andaluza,
Y consiguiendo estrepitoso aplauso,
Al feroz animal engaña y burla.
Pero tal vez algunos por el aire
Vuelan á impulso de las corvas puntas,
O por tierra revuélcanse, las ropas
Y las carnes tambien rotas y sucias.

Tal sucedió al Alcalde. ¡Desdichado!
Con vara, con linterna, y con la chusma
De alguaciles detrás, la ronda hacia,
Léjos del toro, y léjos de trifulcas,
Cuando el vil animal volvió de pronto,
De un rehilete huyendo que le punza,
Atropello de pillos la gran sarta
Que dejan la maroma por la fuga,
Y tomando una oscura callejuela,
Tal vez del campo y de reposo en busca,
Tropezó con la ronda de improviso,
Y fué justo que hiciera de las suyas.
Llevó buen revolcon el pobre Alcalde,
Y alta grita además, que la gentuza

¡Villana propension! aplaude siempre
Que al que manda le espeten una tunda.
Afortunadamente no fué cosa,
Y salió sin lesion de tanta angustia,
Con varios desgarrones en la capa
Y maldiciendo tan pesadas burlas.
Este incidente, y que la media noche
Ya la campana de la vela anuncia,
Volver al toro hicieron á su establo,
Dando al demonio la ovacion nocturna.

Entónces, sí, que calles y que plazas
Honradas fueron por la gente culta,
Y por damas gallardas y galanes,
Con ricas vestes y pintadas plumas.
Empezó la funcion á ser más noble,
Sino tan bulliciosa, y las bandurrias,
Vihuelas, menestriles y panderos
Sones de danza armónicos modulan.
Doncellas de alto fuste entónces salen,
Y del contento general disfrutan,
Luciendo ricas y elegantes galas,
Que su beldad y su linaje ilustran.
Mas entre todas ellas descollando,
Como erguido ciprés entre las murtas,
Como azucena en médio de las flores,
Como entre las estrellas la alma luna;
Y la atencion universal llamando,
Y calle abriendo respetosa turba,
Doña Leonor de Bejarano llega,
Preconizada Sol de Extremadura.
Son sus ojos luceros rutilantes,
Que á los del cielo con su lumbre ofuscan,
Ebano son las trenzas y los rizos
Que por su cuello de marfil undulan,
Soberana su altiva gentileza,
Y su rostro el compendio en que se juntan
Gracia, beldad, modestia, altanería,
Alto talento, y discrecion profunda.
Tendió con inquietud la vista en torno,
Como quien algo que le importa busca,
Y en un sillon que colocara un paje
Sobre una alfombra de labor moruna,
Sentóse, de sus dueñas circundada,
Con modestia y con noble compostura.
El concurso la admira y la contempla,
Y damas y galanes la saludan.
Y los *Portugaleses* en su obsequio
Más asiduos mostrándose que nunca
Cercáronla corteses elogiando
Sus gracias, joyas, talle y hermosura.
Sus extremos y el ver que en el concurso
Las señoras no están de aquella alcurnia,
Y que á doña Leonor le dejan sola
Ser reina del festejo, inspira alguna
Sospecha en los astutos y medrosos
De que la enemistad aun arda oculta
De ambos linajes y que aun pueda un dia
La paz romper que Badajoz disfruta.

II.—EL EMBOZADO—LA DAMA—EL RAPTO

En un rincon de la plaza
Detrás de unos pilarones,
Que cortaban de la hoguera
El paso á los resplandores,
Un siniestro grupo forman,
Bañado en sombra, tres hombres,
Envueltos en capas negras
Que ocultan luengos estoques.
Con el embozo el semblante
Hasta las cejas esconden,
Y calados los birretes,
En silencio están inmoble.
El uno de cuando en cuando
Con gran recato se pone
A observar cuanto en la plaza
Acontece aquella noche.
Y cuando su rostro asoma
Y á la roja luz lo expone,
Bríllanle en dos ojos negros
Dos relámpagos atroces.
Al ver llegar tan gallarda
A doña Leonor, quedóse
Como encantado un momento,
Y en temblor convulso rompe.
Retírase, y en voz baja,
Pero en la cual se conoce
Gran turbacion, de este modo
Dice á los dos que le oyen:
«Ya está en la plaza... ¡Oh cuán bella!...
...Sus ojos como dos soles
Ha girado en busca mia.
...Me lo dice el alma á voces.»
Uno de los dos, del brazo
Lo sacude y le interrompe,
Con acento que parece
Satánico acento: «Jóven,
»Si ella te ama y tú lo sabes,
Y te la niegan feroces
El padre y hermanos, sólo
Por los antiguos rencores,
»Con tu espada y con tu esfuerzo
Tu amor ardiente se logre.
Y queden los *Bejaranos*
Hundidos de un solo golpe.»
Tiembla el mancebo un instante,
Que la importancia conoce
Del consejo, y decidido
De esta manera responde:

«Si ese desdeñado novio
Que su familia le impone,
Porque es del Rey favorito,
Baila con ella esta noche,
»Será, os juro por mi sangre,
Rayo abrasador mi estoque;
Y de los *Portugaleses*
Restablecido el renombre.»
El otro que hondo silencio
Guardó tenaz hasta entónces,
Y que de los tres mostraba
Ser el más viejo en su porte,
«Hablas (le dijo), cual debe
Hablar en tu caso un noble.
Bailará, sí, no lo dudes,
Haz lo que te cumple entónces.
»Pues preparado está todo
Con tal secreto y tal órden
Que doña Leonor tu esposa
Será, aunque lo impida el orbe.»
Tornan á hundirse en silencio
Los tres, y á quedarse inmobles.
Y atento la plaza observa
Con grande ansiedad el jóven.

Aquel grosero bullicio
Y atronadora alegría,
Que en las fiestas populares
Nos aturde y nos fastidia;
Y la confusion de gentes
Incultas y poco limpias,
Que nos sofoca y estrecha
La diversion nos quita,
Ya de la alegre velada
Desaparecido habian,
Para aparecer de nuevo
Al celebrarse la misa.
Y aquel tropel de borrachos
Y de chicos y de chicas,
Que disgustos causan sólo
Y desazones y riñas,
Tambien rendido ó disperso
En hondo sueño yacia,
Dejando la extensa plaza
Más desahogada y tranquila.
No incomodaba la hoguera,
Ya leve llama y ceniza,
Y sólo de los balcones
Las luminarias ardian;
Cuyo fulgor combinado
Con el que argentada y limpia
En zenit daba la luna
Entre blancas nubecillas,
Tomaba una luz tan grata,
Ya plateada, ya rojiza,
Y una claridad tan dulce,
Tan templada, tan benigna,
Que de mágica apariencia
La extensa plaza vestia,
Dando más realce á la gala,
Y más encanto á las lindas.
Los sonoros instrumentos
Armonizaban las brisas,
Y el baile duraba alegre
Entre las personas finas.
¡Qué matizados ropajes,
Cuánta pluma, cuánta cinta
La plaza, como las flores
El verjel risueño, pintan!
¡En cuántas lucientes joyas,
De las estrellas envidia,
Las antorchas y la luna
Relampaguean y brillan!
¡Cuántos ojos hechiceros
Abrasan á los que miran
Con los ardientes vislumbres
De sus aleves pupilas!
¡Cuánto delicado talle,
Que al laurel gallardo imita,
Cuando el céfiro halagüeño
En el jardin lo acaricia,
Arrebata corazones,
Y voluntades cautiva!
¡Qué atmósfera deliciosa
En Badajoz se respira!

Ninguna dama desdeña
Por encumbrada y altiva
Tomar ya parte en la danza,
Mostrando su gallardía,
Con los nobles caballeros
Que obsequiosos las convidan,
Para que luzcan su garbo,
Y ostenten sus galas ricas.
Y á respetuosa distancia,
Si aun quedan, pobres familias
Cariñosas las aplauden,
Envidiosas las admiran.
Doña Leonor solamente
Aun no ha dejado su silla,
Y algo tiene su semblante,
Que inquietud interna indica;
Por más que afable en sus labios
Brille apacible sonrisa,
Que á los saludos y obsequios
Corresponde agradecida;
Y que ni un punto deponga
La reserva noble y digna,
Que corresponde al orgullo
De su encumbrada familia.

Ya en Oriente albo destello,
Y una nube purpurina
Anunciaban que la Aurora
Del mar tirreno salia;
Cuando el padre y los hermanos
De doña Leonor divina,
Acompañando á un mancebo
De cortesana hidalguía,
Y del más vistoso traje,
Y de figura expresiva,
Se acercaron gravemente
A la hermana y á la hija;
Y pídenle cariñosos,
Mas con voz imperativa,
Que con aquel caballero,
Que para suyo destinan,
Salga á animar con su garbo,
Su beldad y bizarría,
El fin de la alegre danza,
Pues que ya la noche espira.
Ella, aunque el alma le parte
Y el pecho le martiriza
Tal mandato, disimula
Discreta, sagaz y lista.
Y aunque alguna excusa intenta
Balbucir, la llama altiva
Que en los ojos de su padre,
Anunciando enojo, brilla,
Le aterra; y cubriendo astuta
El disgusto que la agita,
En pié se pone gallarda
Entre universales vivas.

Apénas en pié se puso,
Al lado del caballero,
Doña Leonor Bejarano
Con noble y turbado aspecto,
Y en torno un circo formaba
El regocijado pueblo,
Para darles el tributo
De aplausos y acatamientos;
En el rincon de la plaza
Donde estaban en silencio
Los tres hombres embozados,
Tronó alarido tremendo.
Y los tres hombres las capas
Arrojando á un mismo tiempo,
Y mostrándose vestidos
De coseletes de hierro,
Con la presteza del rayo,
Confusion sembrando y miedo,
En la mano los estoques
Vuelan de la plaza al centro.
El desórden, la sorpresa,
Turban el concurso inmenso;
Huyen niños y mujeres
Con pavorosos lamentos.
Unos á otros se atropellan,
Sin saber dónde está el riesgo.
Los hombres se arremolinan
Ignorando qué es aquello.
Se oyen gritos espantosos,
Desnúdanse mil aceros,
Puertas ciérranse y balcones
Con presteza y con estruendo.
Doña Leonor se desmaya
En brazos del caballero;
Cuando los tres agresores
Llegan, y el más jóven de ellos
Al dichoso le traspasa
De horrenda estocada el pecho.
Y miéntras de ardiente sangre
Inunda la tierra el muerto,
Los otros dos animosos
Asen con feroz denuedo
A la exánime doncella
Y arrebátanla violentos.
A darle tardo socorro
Llegan su padre y sus deudos;
Y pasmados reconocen
En el osado mancebo,
De la estirpe *Bejarana*
Al enemigo más fiero,
Y de los *Portugaleses*
Al más gallardo y soberbio.
Arrójanse á la venganza...
Mas ¿qué pueden sus esfuerzos,
Desarmados, sorprendidos
Y con sayos de festejo;
Si los del contrario bando,
Traidores llevan cubiertos
Con las galas los arneses,
Para combate dispuestos?
¡Traicion!!! ¡Traicion y venganza!!!
Gritan furiosos aquellos.
¡Muerte!!! ¡Sangre y exterminio!!!
Con altivas voces estos...
Del gran rey don Sancho el Bravo,
Rotos quedan los conciertos,
Y de la civil discordia
Reanimados los incendios.



III.—LA BATALLA—LA MISA

¡Infeliz Badajoz!... Oh sol, detente.
Niega hoy tu luz al turbio Guadiana,
Y en nubes de oro y grana
Quédate reclinado en el Oriente.
No vengan á alumbrar tus resplandores,
De sangre y muerte y exterminio llenas
Sus márgenes amenas:
Cubra noche eternal tantos horrores.
Mas ¡ah! no llega á tí mi voz, y tiendes,
Inmutable siguiendo tu carrera,
El paso por la esfera,
Y sobre Badajoz tu lumbre extiendes.
Mírala arder en espantable guerra,
De la discordia al hórrido alarido,
Y otra vez encendido
El fuego del infierno en esta tierra.
Mira de los incendios el espanto,
Y como el humo en sofocante nube
Hasta tu trono sube,
A ennegrecer tu rutilante manto.
Mira arroyos de sangre en Guadiana
Perderse enrojeciendo sus cristales.
Mira las infernales
Furias triunfando de la raza humana.
¡Maldicion! ¡Maldicion á los primeros
Que rompieron la paz tan santo dia,
Y que en batalla impía
Desnudaron los bárbaros aceros!

Si inermes los altivos *Bejaranos*
Por la traidora saña sorprendidos,
Pudieron ser vencidos,
Ya empuñan hierro sus feroces manos.
Y arden en ira y en atroz venganza,
Y vestidos los bélicos arneses,
De los *Portugaleses*
Cébanse sin piedad en la matanza.
Y los *Portugaleses* defendiendo
La presa, que les dió su alevosía,

Sacian la saña impía,
Lago de sangre á Badajoz haciendo.
  Cunde voraz la formidable llama,
Las casas y palacios devorando
Del uno y otro bando,
Y por altas techumbres se derrama.
  Calles y casas, plazas y jardines,
Campo son horroroso de pelea;
Y la muerte pasea
De la ciudad los últimos confines.
  Blasfemias, gritos, voces y lamentos,
Y el crujir de las armas atronante,
Y polvo sofocante
Llenan y enciende los delgados vientos.
  No es entre hombres la lucha, es entre fieras,
O más bien entre monstruos del infierno...
¿Y nadie, oh Dios eterno,
Teme el rayo, terror de las esferas?
  ¿Nadie recuerda, ¡oh ceguedad impía!
El santo aniversario en que rendido
Un pueblo agradecido
Debe ante tí postrarse en este dia?...
  Alguien lo recordó... Sobrepujando
Una campana del combate horrendo
El tormentoso estruendo,
Al templo está los fieles convocando...
  Mas ¡ay! que no la escuchan los feroces,
Y aquella voz del cielo se ahoga y hunde,
Y el rumor la confunde
De ardientes armas y tremendas voces.
  Y si el enfermo, el niño y el anciano
Y la doncella tímidos la escuchan,
El terror con que luchan
Torna su afan de obedecerla vano.
  Nadie, oh sacro metal, obedecerte
Puede, aunque quiera, en tan infausto dia.
¿Quién cruzar osaria
Calles do reinan exterminio y muerte?

  Uno solo, obediente á aquel mandato
Y de alta obligacion al santo grito,
Se alza, sale, las calles atraviesa,
Desprecia los peligros.
  El santo Sacerdote que aquel dia
Celebrar de la iglesia los oficios
Debe en la catedral. Su santo celo
Le da santo heroismo.
  Armas, furias, estragos atraviesa
Incólume, y del cielo protegido
Del sacro templo la cerrada puerta,
Abrese y le da asilo.
  En la desierta catedral, en donde
Ni aun ornan el altar lucientes cirios,
Y cuya soledad lo asombra y pasma,
Entra despavorido.
  Sólo halla á un jóven sacristan temblando,
Mas que por el combate y exterminio,
Cuyo rumor duplícase en las bóvedas
Del lóbrego edificio,
  Porque nadie ha tocado la campana,
Que dió á los fieles el sonoro aviso,
Sonando por sí sola ó compelida
Por impulso divino.
  Al saberlo pasmado el Sacerdote
Advierte lo que manda aquel prodigio,
Siente algo en su interior que lo engrandece
Y le da extraño brio.
  Y aunque desiertos mire iglesia y coro
Y presbiterio, y en aquel recinto
No más viviente que el cuitado jóven
Trémulo y semivivo;
  «No quede, exclama, en tan infausto dia
Sin culto el templo del Señor bendito,
Y pues tú y yo bastamos, celebremos
El santo sacrificio.
  »Que aunque desnudo de aparato y pompa,
Subirá al trono del Señor lo mismo.
Logre hoy del Sacramento la presencia
Este olvidado sitio.»
  Se anima el sacristan (á ambos esfuerza
Impulso superior), corre al proviso
Y prepara el altar, al altar sube
El preste revestido.
  La misa empieza con fervor devoto,
En la tierra y altar los ojos fijos.
Antes de leer la epístola se vuelve,
Siguiendo el sacro rito,
  A decir, *el Señor sea con vosotros*,
Y no encuentra ¡oh pavor! á quien decirlo:
Que están desiertas naves y capillas
Y su ámbito vacío.
  Anonádase, tiembla, se confunde,
Y oyendo resonar lejanos gritos
Y el rumor del combate que arde fuera,
En el santo recinto;
  Trémulo torna, y á la imágen santa
De nuestro Redentor, hondos gemidos
Lanzando que de el alma le salian,
Entre lágrimas dijo:
  «Señor, Señor, piedad... ¿cómo consientes
Que así te ofendan tus feroces hijos;
Y que cuando debieran prosternados
Adorarte sumisos,
  »Recordando el favor con que libraste
Esta infeliz ciudad de los impíos,
Se estén cual torvas fieras devorando,
Ofendiéndote inicuos?
  »¿Cómo, Señor, permites que tu templo
En tal festividad quede vacío,
Y que tu cuerpo y sangre nadie adore,
Más que tu siervo indigno?»

La epístola leyó, y *el Señor sea*
Con vosotros, tornó á decir, y frio
Quedó cual mármol, de concurso inmenso
El templo viendo henchido.
Mas ¡qué concurso! ¡Oh Dios! Concurso helado,
Que ni alienta, ni muévese, ni brillo
Muestra en los ojos... Turba de esqueletos...
Vivientes de otro siglo.
¡Esqueletos!... Envueltos en sudarios
Los más: algunos con ropajes ricos
Deslustrados y rotos: muchos visten
Sayal de San Francisco:
Varios, armas mohosas y abolladas,
Algunos, los más altos distintivos;
Y hay de todas edades, sexos, temples,
Sin órden confundidos.
Abiertas de la iglesia en suelo y muros
Estaban de sepulcros y lucillos
Las losas, el silencio era espantoso,
Y el ambiente más frio.
Sí.—Los conquistadores denodados,
Que á Badajoz ganaron para Cristo,
Salieron con los suyos de las tumbas
A adorar á Dios vivo;
Y á celebrar el santo aniversario,
Asistiendo del culto á los oficios,
Ya que sus descendientes infernales
Los tienen en olvido.
Tiembla el jóven sirviente. El Sacerdote
Aterrado prosigue el sacrificio.
Consagra, alza, consume, vuelve luego
Y halla el concurso mismo.
Marchad, la misa concluyó, pronuncia,
Y al punto desparece aquel gentío.
Tórnase en nada, y ciérranse las losas
De tumbas y lucillos.
No tenian que esperar los bienhadados
La bendicion humana; ya benditos
Estaban del Señor.—Fuera del templo
Prosigue el exterminio.
No pudo más el santo Sacerdote,
Una mision terrible habia cumplido.
Fué á recoger de su fervor el premio,
Y muerto á tierra vino.

Madrid, mayo de 1854.



TEATRO

TANTO VALES CUANTO TIENES

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

PERSONAS

Don Blas, *rico negociante venido de Lima.*
Don Alberto, *su hermano.*
Doña Rufina, *su hermana.*
Don Miguel, *capitan de caballería, su primo.*
Doña Paquita, *hija de doña Rufina.*
Don Juan, *amante de doña Paquita.*
Don Simeon, *viejo usurero.*
Pascual, *criado.*
Ana, *criada.*
Perico, Paco, *mozos que vienen á servir de lacayos.*
Un ebanista.
Dos mandaderos *que no hablan.*

La escena es en Sevilla en casa de doña Rufina

La decoracion es inmutable, y representa una sala de una casa particular; al fondo una puerta (del cuarto destinado para don Blas); á la izquierda tres puertas (la primera que comunica con lo interior de la casa, la segunda al aposento de don Alberto, la tercera á los de doña Rufina y doña Paquita) y á la derecha otra puerta (que da al corredor y escalera), y dos balcones que caen á la calle.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ANA. PASCUAL, *con capa y sombrero*

ANA. ¿Te vas ya á lucir el talle
porque salió la señora?...
¿O á la taberna?

PASCUAL. Habladora:
barra, guise, friegue y calle.
Voy á donde mandó el ama,
que por mi gusto me fuera
á mi cuarto, y me tendiera
á descansar en la cama.

ANA. Muy bien te lo creo, sí,
pues sabes sólo hacer eso,
miéntras carga todo el peso
de la casa sobre mí.
(*Vase Pascual por la derecha.*)

ESCENA II

ANA. D.ª PAQUITA

D.ª PAQUITA. Por Dios te lo ruego, Ana,
ten de entrambos compasion.
Don Juan frente del balcon
pasó toda la mañana,
y como á todos salir
ha visto, en entrar insiste:
en tí tan sólo consiste;
anda, déjale subir.

ANA. ¡Qué bobera!

D.ª PAQUITA. Ana, por Dios,
algo que decirme tiene.

ANA. ¿Y si la señora viene
y os atrapa aquí á los dos?

D.ª PAQUITA. No ha de volver en buen rato,
pues fué á andar toda Sevilla
buscando muebles, vajilla,
ropa, y el gran aparato
de recibir á este tio
que desde Lima nos viene...

ANA. Pues harto que buscar tiene.
De que lo halle desconfio.

D.ª PAQUITA. A don Juan déjame ver,
que sus señas dan aviso
de que el hablarme es preciso,
y no hay nada que temer.

ANA. ¿Y qué os tendrá qué decir?

D.ª PAQUITA. Puede ser cosa importante.

ANA. Lo que dice todo amante:
que está por vos sin dormir,
que os idolatra y adora,
que por vos se ha de matar,
que sólo...
D.ª PAQUITA. Déjale entrar,
y deja chanzas ahora.
Hazlo por mí.
ANA. Bueno es eso.
D.ª PAQUITA. Muévate mi llanto, Anita.
ANA. ¡Válgame Dios, señorita!
¿Usted ha perdido el seso?
¿Cómo he de contravenir
á lo que mandado tiene
mi señora?... Pero él viene;
la escalera va á subir;
se ha colado de rondon.
D.ª PAQUITA. ¿Quién le abrió?
ANA. ¿Quién?... ¡Pese á tal!
El borracho de Pascual,
que dejó abierto el porton.
D.ª PAQUITA. Toda tiemblo... Él es... ¡Ay, Ana!
ANA. ¡Qué apuro si la señora!...
D.ª PAQUITA. Se irá al momento: tú ahora
ten cuidado á esa ventana.

ESCENA III

ANA, *á la ventana*, D.ª PAQUITA. DON JUAN

D. JUAN. ¿Tras de tantas penas,
Paquita adorada,
al fin logro verte?...
Consuela mis ansias.
¿Qué es esto, amor mio,
que á los dos nos pasa?
D.ª PAQUITA. ¿Qué podré deciros?
Que soy desdichada.
D. JUAN. ¿De dónde nacieron
desventuras tantas?
Cuando en dulce lazo
iban nuestras almas
á gozar el premio
de amores sin tasa,
tu tio gozoso,
tu madre encantada
de ver el cariño
que por tí me abrasa;
de pronto me encuentro,
sin saber la causa,
con que me prohiben
entrar en tu casa,
con que me desdeñan,
me insultan, me ultrajan,
deshecho el contrato,
rota la palabra,
muertos los cariños,
las puertas cerradas.
Paquita, ¿qué es esto?
¿Por qué tal mudanza?
D.ª PAQUITA. ¿No lo habeis ya visto
en aquella carta
que ayer pude echaros
por esa ventana?
D. JUAN. ¡Ay, Paquita mia!
Lo que ella relata
confusiones nuevas
ha dado á mi alma.
No sé qué de Indias
en ella me hablas,
y de un cierto hermano
que tu madre aguarda,
y cuya venida...
D.ª PAQUITA. Sí, la sola causa
de todas las penas
que en nosotros pasan
es venir un tio
que nadie esperaba.
D. JUAN. ¿Quién es ese tio
de quien ya se habla
por toda Sevilla,
y con su llegada
rompe de tal modo
tales esperanzas?
De este laberinto
por tu amor me saca.
D.ª PAQUITA. ¿Y tengo yo tiempo
de explicaros nada?
Tiemblo de miraros
dentro de esta casa;
ya el veros ha dado
consuelo á mi alma.
D. JUAN. No quiero afligiros.
¿Quereis que me vaya?
D.ª PAQUITA. ¡Ay, don Juan!
D. JUAN. ¡Paquita!
¿qué te sobresalta?
Casi me parece
que te hallo mudada.
Seis dias sin vernos,
y sólo una carta,
y esa tan confusa
y tan breve...
D.ª PAQUITA. Y gracias
que escribirla pude.
Soy muy desdichada.
ANA. (*Se oye ruido.*)
¡Ay Dios! Señorita,
¿oye usted la danza
que traen allá dentro
los gatos?
D.ª PAQUITA. Vé, Ana,
pero vuelve pronto. (*Vase Ana.*)

ESCENA IV

LOS MISMOS, *menos* ANA

D.ª PAQUITA. Y usted...
D. JUAN. ¿Qué me mandas?
D.ª PAQUITA. Si mi madre viene...
D. JUAN. ¡Ah, que tengo el alma
de temores llena!
Mil dudas me asaltan.
¡Paquita! ¡Paquita!
¿Es todo una farsa,
todo fingimiento,
porque ya te cansan
mi amor, mi ternura,
mi fe y mi constancia?...
¡Ay que las mujeres
todas sois voltarias!
Por piedad al ménos,
pues vine á tu casa
donde me han traido
mi amor y mi audacia,
las dudas crueles
que atroces desgarran
mi angustiado pecho
por piedad aclara.
Si ya me aborreces,
si mi amor te cansa,
si en otros amores
tu pecho se abrasa,
no busques en Indias
embrollos y tramas.
Con franqueza dilo,
y verás, ingrata,
que por complacerte
sabré...
D.ª PAQUITA. Basta, basta;
al fin eres hombre,
y como hombre hablas.
De que no merezco
tus duras palabras
y reconvenciones,
pruebas tienes claras.
¡Ay! si mis suspiros
y llanto escucharas,
y advertir supieras
lo que aquí en el alma
por tu amor y ausencia
de continuo pasa,
no injusto me dieras
el nombre de ingrata.
Mas ¿por qué me canso
¡ay desventurada!
en satisfacerte
cuando así me ultrajas?...
Dices que en las Indias
embrollos y tramas
busco por perderte.
¡Oh cuánto te engañas!
Contenta mi madre,
contenta trataba
nuestro casamiento,
cuando por desgracia
de un tio que en Lima
hace tiempo estaba,
y á quien no conozco,
recibimos carta,
pintando riquezas
y montes de plata,
con que dice vuelve
riquísimo á España.
Es soltero y viejo,
y enfermo, y...
D. JUAN. Bien, calla,
que te entiendo, aleve.
D.ª PAQUITA. ¿Qué entiendes?... Aguarda.
Mi tio, que llega
de hoy á mañana,
de partir sus bienes
con mi madre trata,
quien desvanecida
con tal esperanza,
desdeña tu boda
y á boda más alta...
D. JUAN. ¡Ay de mí infelice!
D.ª PAQUITA. No, no, que mi alma
es tuya, y ó tuya
ó de nadie.
D.ª RUFINA. (*Dentro.*) Ana.
D. JUAN. ¡Pues bueno el descuido está!
¿Quién dejó el porton abierto?
(*Sorprendido.*)
¡Ay, que nos han descubierto!
D.ª PAQUITA. ¡Ay Dios mio, que es mamá!

ESCENA V

D.ª PAQUITA. D. JUAN. D.ª RUFINA, *de saya y mantilla, por la derecha*

D.ª RUFINA. (*Saliendo.*)
¡Jesus, qué escalera tan...!
(*Repara en don Juan y en su hija.*)
Mas ¡lindo cuadro por Dios!
¿Con que así encuentro á los dos,
á la niña y al galan?...
Hija, Paquita, ¿qué es esto?...
La desvergüenza me place.
¿Y en mi casa usted qué hace?
Don Juan, á la calle, y presto.
D. JUAN. Yo no sé lo que me pasa.
Mi tranquilidad perdida...
D.ª RUFINA. ¿No le he dicho que en su vida

ponga los piés en mi casa?
D. JUAN. Pero, señora...
D.ª RUFINA. Marchad,
marchad al punto de aquí.
D.ª PAQUITA. ¡Ay mamá!... ¡Triste de mí!
D.ª RUFINA. Calla, Paquita.
D. JUAN. Escuchad.
D.ª RUFINA. ¿Qué he de escuchar, insolente?
Salid de esta casa luégo.
D.ª PAQUITA. ¡Mamá!... ¡por piedad os ruego!...
D.ª RUFINA. Salid pues. Niña, detente.
(*Vase don Juan.*)

ESCENA VI

D.ª PAQUITA. D.ª RUFINA

D.ª PAQUITA. ¡Mamá!
D.ª RUFINA. No hay mamá, Paquita.
Este don Juan ó don necio
sólo merece desprecio,
y su pesadez me irrita.

ESCENA VII

D.ª PAQUITA. D.ª RUFINA. ANA

ANA. El puchero y los dos platos,
que eran todo nuestro ajuar,
los han echado á rodar
los malditísimos gatos.
(*Repara en doña Rufina.*)
Mas ¡ay!
D.ª RUFINA. ¿Te asustas?... ¡ladina!...
No pienses, no, que me engaña
la ridícula maraña
que has urdido en la cocina.
Tuya es la culpa, embrollona.
ANA. Los gatos fueron, señora.
D.ª RUFINA. No hablo de gatos ahora.
ANA. ¿Pues de qué?
D.ª RUFINA. ¿De qué, bribona?
De tu descuido y no más.
¿No te dí órden terminante
de que entrar á ese tunante
no permitieras jamás?
ANA. ¿A quién?... Nada sé.
D.ª RUFINA. ¿No sabes?
ANA. Pero ¿por qué es esta riña?
D.ª RUFINA. Otra vez tendré á la niña
debajo de veinte llaves.
No fuera malo que yo
á un horterilla quisiera
por yerno. ¡Bueno estuviera!
¿Quién tal cosa imaginó?
D.ª PAQUITA. Pues mamá, no hace ocho dias
que usted lo solicitaba,
y sólo me aconsejaba
que amable...
D.ª RUFINA. Bachillerías
son esas que no permito,
mocosa. ¿Tú has olvidado
que la suerte se ha mudado?
No repliques, que me irrito.
Acaba de convencerte
de que si en don Juan pensé,
para dar remedio fué
á nuestra apurada suerte;
mas ya que viene tu tio
nuestras deudas á pagar,
y la casa á levantar,
casarte mejor confio.
D.ª PAQUITA. ¿Pero si mi abuelo era
un miserable barquero,
y sólo de marinero
á Lima fué?
D.ª RUFINA. Bachillera,
calla. (*A Ana.*) ¿Tú, qué haces ahí,
lo que decimos oyendo?
Márchate al punto.
ANA. (*Aparte.*) Ya entiendo
por lo que me echa de aquí.
Como si toda Sevilla
de esta familia la historia
no supiera de memoria
más que un niño la cartilla. (*Vase.*)

ESCENA VIII

D.ª PAQUITA. D.ª RUFINA

D.ª RUFINA. Y tú...
D.ª PAQUITA. Pues qué, ¿suficiente
no era haberme yo casado
con un mercader honrado
que tiene...
D.ª RUFINA. Calla, imprudente.
Tu lengua sea maldita.
¿Quién en recordar te mete
si fué barquero ó grumete
mi padre?...
D.ª PAQUITA. ¿Es malo?
D.ª RUFINA. Paquita,
lo que fué y está olvidado,
no se debe recordar.
Y sólo hemos de pensar
en lo que en lustre ha ganado
nuestra familia. Casada
he estado con un marqués
de segundas...
D.ª PAQUITA. Sólo un mes.
D.ª RUFINA. Mas de todos soy llamada
mi señora la marquesa.
D.ª PAQUITA. Y todos tambien, mamá...

D.ª RUFINA. Bien; ¿y á mí qué se me da?
Me envidian, y no me pesa.
Que me quiten el dictado,
y el ser mi hermano un señor
comisario ordenador
con su uniforme bordado.
D.ª PAQUITA. Lo hizo la junta central;
y lo que en ello gastó
ahora lo quisiera yo
para no pasarlo mal.
D.ª RUFINA. Me desesperas. Por cierto
pagas muy bien el afan
en que de continuo están
don Miguel y don Alberto,
grados y honores buscando...
y su continua contienda
en darnos honor...
D.ª PAQUITA. La hacienda
como el humo disipando,
y mi tio don Miguel...
¿por qué no va al regimiento?...
D.ª RUFINA. (*Con impaciencia.*)
Ya no tengo sufrimiento;
me está llevando Luzbel.
Bestia, incapaz, habladora,
¡qué alma tienes tan vulgar!
Nunca he podido lograr
que aprendas á ser señora.

ESCENA IX.

D.ª PAQUITA. D.ª RUFINA. DON ALBERTO, *que viene de la calle*

D. ALBERTO. Tus voces oye cuanta gente pasa.
¿Con quién tan sofocada estás, Rufina?
¿Siempre ha de haber pendencia en (esta casa?
D.ª RUFINA. ¿Con quién la he de tener? Con tu (sobrina,
que con su necedad y sus amores
me aburre, y sin cesar me desatina.
Despreciando los títulos y honores
por ese mercachifle, dice cosas
que hacen salir al rostro las colores.
D. ALBERTO. ¡Cómo ha de ser, hermana! Caprichosas
son siempre las muchachas.
D.ª PAQUITA. Solamente
yo le decia...
D.ª RUFINA. ¿Replicarme aun osas?...
Retrónicas no quiero, impertinente.
Vete á tu cuarto.
D.ª PAQUITA. Voy...
D. ALBERTO. Déjala.
D.ª RUFINA. Alberto,
sufrir no puedo más á esta insolente.
(*Vase doña Paquita.*)

ESCENA X

D.ª RUFINA. D. ALBERTO

(*Doña Rufina se quita la mantilla y la pone sobre una silla.*)

D. ALBERTO. Sosiégate, hermana, pues.
D.ª RUFINA. Y bien, ¿qué has adelantado?
D. ALBERTO. Eso iba yo á preguntarte;
porque yo, poco.
D.ª RUFINA. Yo algo.
A fuerza de ofrecimientos,
de labia, ruegos y halagos,
corriendo toda Sevilla,
la carta de nuestro hermano
de puerta en puerta leyendo,
y sobre ella ponderando,
conseguí del ebanista,
que vive en calle de Francos,
una cómoda, un sofá,
una mesa, y lavamanos,
con que pondremos decente
al ménos de Blas el cuarto.
Tambien de aquella prendera,
fina como el mismo diablo,
que tiene en el Arenal
su prendería, he logrado
seis sábanas, dos colchones,
tres cortinas, y un armario.
Pero ¡ay Alberto! ¡Qué gente!
¡Y se llamarán cristianos!
D. ALBERTO. ¿Pues qué hicieron?
D.ª RUFINA. ¿Qué han de hacer?
Pícaros, desconfiados,
de mi título y tu empleo
burlarse los plebeyazos,
y de la carta de Blas
hacer solamente caso.
D. ALBERTO. Una carta de las Indias
hace, Rufina, milagros.
D.ª RUFINA. ¡Ah, que ya se me olvidaba!
El repostero italiano,
el que gobierna la casa
del marqués de Castilblanco,
tambien alquilar ofrece
dos fuentes y cuatro platos
de plata, con sus cubiertas,
mantel, servilletas, vasos...
finalmente, todo aquello
que parezca necesario
para los primeros dias.

D. ALBERTO. Pues entónces bien estamos,
y salimos del apuro.
D.ª RUFINA. Sí salimos; pero el caso
es que todos me pedian
el dinero adelantado,
y sólo á fuerza de fuerzas
á la fin se conformaron
á dar los dichos efectos
con tal de que nuestro hermano
en cuanto llegue á Sevilla
dé la cara á todo.
D. ALBERTO. Al cabo
eso, Rufina, no importa,
porque á lo ménos logramos
que Blas el primer momento
nos encuentre en cierto estado
de decencia.
D.ª RUFINA. Mas si al punto
de su llegada á asaltarlo
comienzan los acreedores...
D. ALBERTO. No faltará de engañarlos
nuevo medio. Y detenerlos
un par de dias acaso
no será difícil.
D.ª RUFINA. Es
hasta pescar necesario
que no vengan á molerle.
D. ALBERTO. Pues eso digo...
D.ª RUFINA. Y tú, hermano,
¿has hecho tambien negocio?
D. ALBERTO. Nada, Rufina.
D.ª RUFINA. Es bien raro,
D. ALBERTO. Encontré los dos gallegos
que servirán de lacayos,
y á las tres han de venir,
pero pienso será en vano.
Porque aquellas dos libreas
que en tu boda se estrenaron,
no las suelta el carbonero
aunque le muelan á palos.
Porque dice que no afloja
la prenda hasta estar pagado.
D.ª RUFINA. ¡Qué gentuza tan infame!
Si son unos ladronazos.
D. ALBERTO. El bribon del montañés,
que tiene hace más de un año
empeñado mi uniforme,
tampoco quiere soltarlo,
y ves la falta que hace
para recibir...
D.ª RUFINA. Es claro.
D. ALBERTO. La demanda por la renta
de la casa no he logrado
suspender por más que hice,
y va con Blas á afrentarnos
si llega á la ejecucion,
como temo...
D.ª RUFINA. Será un chasco.
Pero el primo don Miguel...
D. ALBERTO. Está el pobre sin un cuarto.
Desde que á Sevilla vino
ese griego endemoniado,
ese clérigo extremeño,
aquel que los cerdos trajo,
que sabe más que Brijan,
y que es un tahur...
D.ª RUFINA. No hablo
de lo que en el juego gane,
sino de que le he encargado
que nos busque algun dinero
aunque sea con quebranto,
pues siempre los jugadores
hallan quien les preste.
D. ALBERTO. Cuando
tallan ó están en fortuna;
pero á los cucos...
D.ª RUFINA. Veamos
si tienen sus diligencias
favorable resultado,
pues lo que nos interesa,
como tú sabes, hermano,
es que Blas no nos encuentre
viviendo como gitanos,
como perdidos.
D. ALBERTO. Seguro.
D.ª RUFINA. Como que es, Alberto, claro.
Esa generosidad
de querer sus bienes darnos,
no es cariño. ¿Qué cariño
despues de treinta y dos años?
Es que mi título, sea
ó postizo ó bueno ó malo,
al fin suena; y que tu empleo,
aunque no es más que honorario
tiene un vistoso uniforme,
y su señoría al canto;
y que es mucho gusto ver
el nombre de uno estampado
en la guía de forasteros.
D. ALBERTO. Pero con decencia y fausto
estos títulos y honores
ayudar es necesario...
D.ª RUFINA. Aunque sea haciendo trampas,
que sino dirá...
(*Suena la campanilla del porton.*)
D. ALBERTO. ¿Llamaron?
D.ª RUFINA. Sí; serán los mandaderos
con los muebles y los trastos.
D. ALBERTO. O los gallegos serán
que han de servir de lacayos.
No; que es Miguel, nuestro primo,
D.ª RUFINA. ¿Si habrá cumplido su encargo?

ESCENA XI

D.ª RUFINA. D. ALBERTO. D. MIGUEL

D. MIGUEL. (*Tira el sombrero sobre una silla y se sienta en otra con despecho.*)
Maldita mi suerte amén,
y ese clérigo extremeño
más negro que una sarten,
y de ganarle tambien
maldito sea mi empeño.
D. ALBERTO. ¿Qué ha ocurrido?
D.ª RUFINA. Primo, dí.
D. MIGUEL. Que la mejor ocasion
de hacer un gran fortunon
esta mañana perdí
por ese griego bribon.
D.ª RUFINA Y D. ALBERTO. ¿Cómo?
D. MIGUEL. Yo os lo contaré.
(*Se levanta de la silla.*)
Fuíme temprano á almorzar
con el marqués del Molar,
y por fortuna le hallé
al punto de despertar.
Miéntras salió de la cama
le alabé de gran torero,
diciéndole que el Romero
jamás adquirió la fama
que él tiene en el matadero.
Despues le hablé de Juanilla,
la gitana que mantiene,
y de que un cantador viene
de Sanlúcar á Sevilla
que en el polo igual no tiene.
Despues toqué la guitarra...
Finalmente, le cogí
diez duros, y desde allí
á casa de nuestro Parra
á buscar fortuna fuí.
La banca de cabecera
aun no habia comenzado.
Puse el burlote, fiado
en lo que el diablo quisiera,
y no fuí muy desgraciado;
pues veinte onzas mis diez duros
eran ya, con que creia
que iba á lograr en el dia
dar fin á nuestros apuros;
¡tan buena suerte tenia!
Cuando el extremeño entró
y detrás de mí se puso,
Manolito me advirtió
que lo dejara. Confuso
su consejo me dejó.
Pero una corazonada
de que le habia de matar,
y el deseo de dejar
mi pérdida desquitada,
hiciéronme continuar.
Sólo dos tallas tiré.
¡Jamás hubiera tirado!
pues sin blanca y desbancado,
queridos primos, quedé.
¡Mirad si soy desgraciado!
D.ª RUFINA. No lo hiciera peor, Miguel,
un niño de la doctrina.
¿Y lo que sabes?...
D. MIGUEL. Rufina,
nada aprovecha con él.
Tiene la vista muy fina.
D.ª RUFINA. Y entre tanto nada has hecho
de aquel tan urgente encargo.
D. MIGUEL. Sí tal, prima; sin embargo
de mi rabia y mi despecho
por bocado tan amargo,
fuí á buscar un usurero
llamado don Simeon,
tan hipócrita embustero
como taimado ladron,
pero que presta dinero.
D.ª RUFINA. ¿Y sacastes algo por fin?
D. MIGUEL. A fuerza de batallar,
de mentir y de jurar,
logré al mísero ruin
algun poquito ablandar.
Pero á pesar de la sarta
de mis ofertas, no quiso
dar nada, y quedó indeciso
hasta ver de Blas la carta;
y enseñársela es preciso.
¡Gran virtud la carta tiene!
D.ª RUFINA. Y si es tan desconfiado,
¿por qué á casa el renegado
á ver la carta no viene?
D. MIGUEL. Ya venia á toda priesa
el cara de basilisco,
y al pasar por San Francisco
oyendo tocar á misa
entró, y con facha muy grave
me dijo: Pues que ya sé
la casa y la calle, iré
en cuanto la misa acabe.
D. ALBERTO. Extraña es su devocion.
D. MIGUEL. Su conciencia es más extraña,
pues no se halla en toda España
más desalmado ladron.
D.ª RUFINA. Dime, ¿por qué cantidad
le hablaste?
D. MIGUEL. Por cien doblones.

D.ª RUFINA. Es poco.
D. ALBERTO. ¿Qué te propones?
D.ª RUFINA. Hay mucha necesidad.
D. MIGUEL. Mas ¿cuál es tu pensamiento?
Pues con franqueza, Rufina,
mi imaginacion no atina
con la razon de tu intento.
D.ª RUFINA. Que quiero que Blas nos halle
viviendo cual caballeros;
no hechos unos pordioseros;
como quien dice en la calle.
D. MIGUEL. Pues yo tengo otra opinion,
y juzgo que mejor fuera
que en la indigencia nos viera
para que la compasion...
D.ª RUFINA. ¡Qué mal conoces, Miguel,
á estos hombres de fortuna!...
Con pobreza cosa alguna
sacar lograremos de él.
Nuestros títulos y honores
le mueven tan solamente,
y el encontrar á su gente
en la clase de señores.
Además sabes tambien
que tres veces ha enviado
dinero, y que confiado
está en que se gastó bien.
La primera vez mandó
seis mil y tantos doblones,
que en pretender y en funciones
mi hermano Alberto gastó.
Envió poco despues
diez mil pesos, que el demonio
se llevó en mi matrimonio
con mi difunto marqués;
y ha tres años recibimos
ocho mil, cuya mitad
se gastó en la necedad
de aquel pleito que perdimos,
y los demás para el juego
cual sabeis se destinaron:
y á la verdad que volaron
más pronto que árbol de fuego.
Así se ha hecho paz y guerra
de lo que Blas enviaba,
aunque tanto aconsejaba
que lo empleásemos en tierra;
y es preciso no olvidar
que siempre por no escamarle,
ni la voluntad quitarle
por si más queria mandar,
le escribimos que en dehesas,
que en casas y en olivares,
cortijos, huerta, lagares
se empleaban sus remesas.
Y si ahora en resolucion
nos encuentra cual nos vemos,
mucho que temer tenemos
el que cambie de intencion.
El no piensa remediarnos,
fomentarnos sí, y si ve
nuestro estado, con el pié
nos dará para ayudarnos.
D. ALBERTO. Rufina, tienes razon.
D.ª RUFINA. ¡Cómo si tengo!
D. MIGUEL. Veamos
si con la carta ablandamos
al señor don Simeon.
D. ALBERTO. (*A doña Rufina.*)
Dime, ¿y dónde fué Pascual?
D.ª RUFINA. Al correo le he mandado,
pero como es tan pesado
el grandísimo animal,
tardará un siglo.
D. ALBERTO. Yo creo
que ya llegó á Cádiz Blas,
y que tenemos verás
carta suya este correo.
D.ª RUFINA. Sin duda.
D. MIGUEL. Pues si otra carta
satisfactoria viniera,
don Simeon se pusiera
con orejas de una cuarta.
D. ALBERTO. Fuera muy bueno.
D. MIGUEL. Sino,
para el negocio acabar
y el hígado hacerle dar
otro expediente sé yo.
D.ª RUFINA. Dilo, y al punto se hará.
D. MIGUEL. Darle de tu hija las perlas,
pues yo aseguro que al verlas
tantos ojos abrirá.
D. ALBERTO. ¿Qué perlas?
D. MIGUEL. Aquella sarta
tan gorda, luciente y fina,
que Blas envió á su sobrina
con quien nos trajo la carta.
D.ª RUFINA. Un inconveniente tiene.
D. MIGUEL. ¿Y es?
D.ª RUFINA. Que como Blas la envia
para que la niña el dia
de su llegada la estrene,
si á notar la falta acierta...
D. ALBERTO. De las perlas no hay que hablar.
(*Se oyen golpes de llamar al porton.*)
D.ª RUFINA. ¿Esos golpes son llamar?...
D. MIGUEL. Llamar son.
D.ª RUFINA. Ana, la puerta.
D. MIGUEL. ¿Si será don Simeon?
D.ª RUFINA. (*Con impaciencia.*)
Ana... ¡que llaman! Paquita...
Ana... ¡Jesus, qué maldita!

ESCENA XII

LOS MISMOS. ANA *y* D.ª PAQUITA, *que entran de prisa*

D.ª PAQUITA. ¿Mamá?
ANA. ¿Señora?
D.ª RUFINA. El porton.
(*Vase Ana.*)

ESCENA XIII

LOS MISMOS, *ménos* ANA

D.ª PAQUITA. ¿Qué me quiere usted, mamá?
D.ª RUFINA. Nada... Como cuando grito
en vano me desgañito,
te llamé...

ESCENA XIV

LOS MISMOS. ANA.

A la puerta está
un hombre del otro siglo,
un duende del purgatorio.
D.ª RUFINA. (*Con enfado.*)
¿Quién dices?
ANA. Un vejestorio,
ó mejor diré un vestiglo.
D.ª RUFINA. Sin duda será, Miguel,
aquel que esperamos.
D. MIGUEL. Sí;
echa á estas niñas de aquí,
que yo subiré con él.
(*Vase don Miguel.*)

ESCENA XV

LOS MISMOS, *ménos* D. MIGUEL

D.ª RUFINA. Vete á tu cuarto, Paquita,
y tú tambien. (*A Ana.*)
ANA. (*A doña Paquita.*)
Que me place.
¡No sabe usted qué bien hace
en echarnos, señorita!
Porque á las dos nos liberta
de un soponcio con no ver
á ese viejo Lucifer
de quien voy de miedo muerta.
D.ª RUFINA. (*Con rabia.*)
¿Qué demonio murmurais?
ANA. Dábamos gracias á Dios
de que...
D.ª RUFINA. ¡Buenas sois las dos!...
Marchad, marchad, que estorbais.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XVI

D.ª RUFINA. D. ALBERTO. D. MIGUEL. D SIMEON, *vejete ridículo, vestido de negro con peluquin*

D. MIGUEL. (*Con gran prosopopeya.*)
Marquesa prima, don Alberto primo,
aquí el sujeto está que tanto estimo,
don Simeon de Algarrapacoechea.
D. SIMEON. Y quien á usías complacer desea.
D.ª RUFINA. Señor don Simeon, muy buenos dias.
Somos sus servidores.
D. SIMEON. Dios á usías
de salud colme y bienes infinitos.
D.ª RUFINA. Alberto, acerca sillas.
D. SIMEON. (*Aparte.*) ¡Qué chorlitos!!!
A estafa huele cuanto miro. ¡Fuego!
(*Acerca don Alberto una silla.*)
D. ALBERTO. Sentaos y descansad.
D.ª RUFINA. Sentaos, os ruego.
D. SIMEON. Con permiso, que he estado de rodillas
por un buen rato.
D.ª RUFINA. (*A don Miguel.*) Acerca otras dos sillas!
(*Al sentarse don Simeon se rompe la silla, y cae de espaldas.*)
D. SIMEON. (*Al caer.*)
¡Ay! Dios me valga y San Anton bendito.
D. ALBERTO. ¡Jesus! ¿qué fué?...
D. MIGUEL. Mas ¿cómo...
D.ª RUFINA. (*Con gran sobresalto.*) ¡Pobrecito!
D. ALBERTO. ¡Qué desgracia!
D. SIMEON. (*En el suelo.*) ¡Ay de mí! ¡Fatal porrazo!
Dios me saque con bien el espinazo.
D. MIGUEL. (*Ayudando á levantar á don Simeon.*)
Alzad, que yo os sostengo. No fué nada.
D. SIMEON. (*Levantándose.*)
Una costilla he de tener quebrada.
D.ª RUFINA. ¡Terrible susto!
D. SIMEON. (*Mirando á la silla.*)
Sillas tan malditas
son unas trampas de matar visitas.
D. ALBERTO. Gracias á Dios, señor, que nada ha sido.
D. SIMEON. Es malísimo agüero.
D.ª RUFINA. ¡Qué encogido
que tengo el corazon!... Ana... muchacha,
agua al momento. Tráemela; despacha.
D. SIMEON. (*Registrándose todo el cuerpo.*)
Un sueño me parece el estar sano.
Pensé parar...
D. MIGUEL. En el infierno; es llano.
¡Un hombre como usted!...
D. ALBERTO. Pudiera...
D.ª RUFINA. Ana...
¿El agua no traerás hasta mañana?

¡Jesus, qué pesadez!... ¡Niñas!

D. ALBERTO. Ya vienen.

D.ª RUFINA. Sangre de plomo las malvadas tienen.

ESCENA XVII

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA

D.ª PAQUITA. (*Asustada.*)
¡Qué voces! ¡Ay mamá!... ¿Qué ha (sucedido?...

D.ª RUFINA. Que este buen caballero se ha caido.

D. SIMEON. (*Aparte mirando á doña Paquita.*)
¡Linda muchacha!

D.ª RUFINA. Porque el vil criado
dejó una silla rota en el estrado
y por desgracia fué la que...

ESCENA XVIII

LOS MISMOS. ANA, *que saca un vaso de agua en la mano*

ANA. Señora,
aquí está el agua.

D.ª RUFINA. ¡Tráesla á buena hora!
(*Repara en que trae Ana el vaso sin plato.*)
Pero ¿qué es esto?... Pícara, bribona...

D. SIMEON. (*Reparando en Ana.*)
¡Pues no es ménos bonita la fregona!

D.ª RUFINA. (*A Ana.*)
¿Por qué no traes de plata la salvilla?

ANA. (*Burlándose.*)
¿Cuál?

D.ª RUFINA. La de plata.

ANA. ¿Cuál?... Viva Sevilla.

D.ª RUFINA. Señor don Simeon, perdon le pido.
Bebed en este vaso, pues ha sido
que con la priesa y voces asustada
olvidó la salvilla la criada.

D. SIMEON. Mil gracias, mi señora la marquesa.
Ya el susto se ha pasado.

D.ª RUFINA. No me pesa.
Pero yo he de beber... (*Bebe.*) á Dios (las gracias
de que así se salió, que las desgracias
suceden sin saber cómo ni cuándo.
(*Da el vaso á Ana, y á ella y á Paquita dice aparte.*)
Idos, mas sin quedaros escuchando,
cual teneis de costumbre.

ANA. ¡Buen aviso!
¿Le gusta á usté el vejete?...
(*Ap. á Paquita.*)

D.ª PAQUITA. Es un Narciso.

ANA. ¡Qué facha! ¡Qué peluca!

D.ª PAQUITA. Es buena pieza.

ANA. Siento que no se ha roto la cabeza.
(*Vanse.*)

ESCENA XIX

D.ª RUFINA. D. ALBERTO. D. MIGUEL. D. SIMEON

D.ª RUFINA. En otra silla, señor...

D. SIMEON. Perdon, señora marquesa,
que no volveré á sentarme
en otra silla.

D.ª RUFINA. Está buena
la que os ofrezco.

D. SIMEON. Señora,
la que dió conmigo en tierra
que estaba rota ignoraba
su señoría, y pudiera
ignorar tambien que está
rota la que me presenta;
y si del golpe primero
saqué la persona entera,
puedo sacar del segundo
roto un brazo ó una pierna.
Por tanto de pié resuelvo
la visita hacer, y fuera
bueno que no fuese larga;
no se hunda el suelo ó se venga
alguna viga del techo
á aplastarme la cabeza:
porque esto de las desgracias
es un plato de cerezas.

D. ALBERTO. No, que os habeis de sentar
para enteraros.

D. SIMEON. ¿No es buena?
¡Si he dicho que no me siento!
De pié escucho.

D.ª RUFINA. Bien; pues sea.
Ya el capitan nuestro primo
le habrá informado...

D. SIMEON. En urgencia
me ha dicho que están usías.

D.ª RUFINA. Como están cuantos de rentas
y de mayorazgos viven,
porque con tantas revueltas,
invasiones y mudanzas,
cambios de gobierno y guerras,
ni pagan nuestros renteros,
ni se pueden tomar cuentas
á los administradores,
ni los productos nos llegan
de nuestros estados, ni...

D. SIMEON. Tiempo ha, señora marquesa,
que los que piden dinero
tales trabajos alegan;
pero es lo malo, señora,
que en el mundo una peseta...

¿qué digo? un solo real,
ni un maravedí se encuentra.

D.ª RUFINA. Que recurran es forzoso
las gentes de nuestra esfera
á honrados capitalistas...

D. SIMEON. Que son necios y se dejan...

D.ª RUFINA. Que son personas de bien,
y de apuros...

D. SIMEON. Pero es fuerza
dar muchas seguridades
á los que su sangre sueltan.

D. MIGUEL. Sin duda.

D. SIMEON. Pero los bienes
vinculados no aprovechan
para ofrecer garantía
cuando el dinero se presta.

D.ª RUFINA. Lo mismo iba yo á decir.

D. SIMEON. Pues entónces...

D. ALBERTO. Pronto llega
un nuestro hermano que viene
de Lima, y cuyas riquezas
son tan grandes...

D. SIMEON. Tal me ha dicho,
si es que mal no se me acuerda,
vuestro primo el capitan.

D. MIGUEL. Pues este es el caso.

D.ª RUFINA. Llega
de un momento á otro mi hermano,
cuyo caudal en moneda
sube á trescientos mil duros.

D. SIMEON. ¡Hola!

D.ª RUFINA. Y tiene alma tan buena
que todo entre su familia
repartirlo al punto piensa.

D. SIMEON. ¿Con que trescientos mil duros?...
(*Ap.*) Si es verdad, ganancia hay cierta.

D.ª RUFINA. Y recibirle á lo ménos
como se merece es fuerza;
para lo cual necesito...

D. SIMEON. ¿Y hay documento que pueda
acreditar su venida,
y que con tal rumbo piensa?

D.ª RUFINA. Sí señor, tenemos carta...

D. SIMEON. ¿La teneis á mano?

D.ª RUFINA. (*Saca una carta del pecho.*)
Es esta.
(*Da la carta á don Alberto.*)
Aquí la teneis. Alberto,
toma la carta, y leerla
puedes á don Simeon
desde la cruz á la fecha.

D. ALBERTO. (*Toma la carta y con gran precipitacion lee.*)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825.— Queridos hermanos mios, los trastornos ocurridos últimamente en Lima me han obligado á dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes...

D. SIMEON. (*Con enfado.*)
¿Es taravilla, señor?...
No he entendido ni una letra.
Más despacio.

D. ALBERTO. ¿Pues no basta?

D. SIMEON. No señor, ¡pese á mi abuela!
Dádmela; yo la leeré.
No es cosa de juego esta.

D.ª RUFINA. Dásela á don Simeon.

D. ALBERTO. Con mucho gusto...

D. SIMEON. Pues venga
(*Toma la carta.*)
con mucho gusto.

D. ALBERTO. (*Dándole la carta.*) Pues sea.

D. SIMEON. (*Vase á un lado de la escena, se pone unos anteojos, reconoce el papel, y lee con mucha pausa.*)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825.— Queridos hermanos mios, los trastornos ocurridos últimamente en Lima me han obligado á dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes adquiridos en tantos años de trabajos y desvelos, y reunidos en todo más de trescientos mil duros, me embarqué con ellos hace tres meses para Cádiz en la fragata la *Corza*. Hasta ahora he tenido, gracias á Dios, feliz navegacion; sólo á la vista de estas Islas Terceras una racha de viento me rompió un palo, lo que nos ha obligado á arribar á este puerto hace una semana para remediar la avería. Por esta ocurrencia no tengo ya el placer de estar con vosotros; y aunque pensaba sorprenderos agradablemente, sabiendo ahora que el canónigo de la santa iglesia de Lima, don Sebastian Fabian de Tornacuero, mi compañero de viaje y particular amigo, marcha á España, para pasando por Sevilla y Madrid ir á Roma á asuntos de su cabildo, le encargo de esta carta; pues no puedo resistir más tiempo al gusto de escribiros y avisaros mi llegada á estas Islas Terceras, y lo pronto que tendré el gusto de abrazaros. Me encuentro viejo y soltero, y para vosotros es el fruto de mis afanes, pues cuanto tengo lo repartiré con vosotros á mi llegada, reservándome una pequeña cantidad con que acabar mis dias tranquilamente en el campo. Y es tan segura esta mi resolucion que, por si algo me ocurriese en tan dilatado viaje, he dejado hecho allá mi testamento y aquí traigo copia que os asegurará de mi determinacion, y que no la hará inútil en cualquier evento. Dentro de seis ú ocho dias daré otra vez la vela; con que, esperadme de un momento á otro, pues en Cádiz me detendré sólo lo pre-

ciso para el desembarque de mi equipaje y de vuestro dinero. El dador lleva una sarta de hermosísimas perlas y pendientes para que mi sobrina (á quien deseo mucho conocer) lo estrene el dia de mi llegada.

A Dios, queridos hermanos: no descansa hasta verse en vuestros brazos vuestro.—Blas Mingorría.

A mis amados hermanos doña Rufina, marquesa viuda de Calasparra, y don Alberto, comisario ordenador. (*Acaba de leer la carta y dice entre sí:*)

¡Por las ánimas que es
la carta cosa excelente,
y que va á hallarse esta gente
dentro del cielo de piés!
Se ofrece gran interés
en prestarles, pues es llano
que, aunque les cargue la mano,
ellos por salir de apuro
soltarán diez por un duro
á costa del necio indiano.

(*Vuelve á mirar la carta y lee:*)

Veinticuatro de febrero... trescientos mil pesos... pues cuanto tengo, lo repartiré con vosotros á mi llegada... hecho testamento... sarta de hermosísimas perlas... ¡hermosísimas perlas!

(*Queda suspenso.*)

D. ALBERTO. (*Aparte á doña Rufina y don Miguel.*)
¡Digo si la carta vale!

D.ª RUFINA. Mirad cómo se recrea.

D. MIGUEL. La codicia lo espolea
y el gozo al rostro le sale.

D. SIMEON. (*Como hablando entre sí.*)
Mas vamos con pié de plomo,
que al fin esto es una carta.
Diera algo sobre la sarta
de perlas, que prendas tomo;
mas sobre este papel, ¿cómo
doy ni un polvo de tabaco?...
No, que el mundo es muy bellaco,
no cuantos ofrecen dan;
y, como dice el refran,
la codicia rompe el saco.

D.ª RUFINA. Pues, señor don Simeon,
la carta ¿qué le parece?

D. ALBERTO. Seguridades ofrece
aun para más de un millon.

D. SIMEON. (*Devolviendo la carta á don Alberto.*)
De tener tan buen hermano
doy la enhorabuena á usías.
No se halla todos los dias
sujeto tan buen cristiano,
y tan generoso y tan...

D.ª RUFINA. (*Con viveza.*)
¿Con que ya contar podemos?...

D. SIMEON. Aun mucho que hablar tenemos.
¿Dónde las prendas están?

D.ª RUFINA. La carta es sobrada prenda,
pues por dos dias ó tres
tan sólo el préstamo es,
y de mi hermano la hacienda
garantiza...

D. SIMEON. Aun está léjos,
hay muchas leguas de mar,
y el echarse á navegar
no es ir á cazar conejos.

D. ALBERTO. Mas no es de temer...

D. SIMEON. Señores,
al que su dinero afloja,
cualquier sombra le acongoja,
todo es sustos y temores.
Si esas tan hermosas perlas
que envió el señor don Blas
se me entregaran, quizás...
Y aun ántes reconocerlas
conviene.

D.ª RUFINA. Don Simeon,
¿un hombre de su buen seso
se arroja á pretender eso?...

D. SIMEON. ¿No está muy puesto en razon?

D. ALBERTO. ¿No advierte usted que previene
nuestro hermano en esta carta
que la niña la tal sarta
para recibirle estrene?

D. MIGUEL. ¿Qué dijera si empeñada
la encontrase?

D.ª RUFINA. Lo tendria
por un desaire y sería...

D. SIMEON. Pues si no hay prenda, no hay nada.
Mas de plata una salvilla
hace poco que oí nombrar...

D.ª RUFINA. ¿Y hemos de descabalar,
don Simeon, la vajilla?

D. SIMEON. ¿Descabalar?... ¡Buena es esa!
toda la he de recibir.

D.ª RUFINA. ¿Y con qué hemos de servir
á nuestro hermano la mesa?

D. SIMEON. Pues si no hay prenda...

ESCENA XX

LOS MISMOS. PASCUAL

D. ALBERTO. ¡Oh Pascual!

PASCUAL. ¡Maldito el correo amén,
y maldito sea quien
atraviesa aquel portal!...
Que con tantos empujones
vengo medio sofocado...

D.ª RUFINA. ¿Y nos traes cartas, pesado?

PASCUAL. ¡Qué confusion! ¡Qué encontrones!
Se me descalzó un zapato,

me han desgarrado la capa,
y por poco no me atrapa
un pillo el reló... ¡Qué rato!

D. ALBERTO. ¿Hay carta?

PASCUAL. No hay quien resista,
ni hay paciencia de aguantar
y en tal bullicio esperar
hasta que ponen la lista.

D.ª RUFINA. ¿Traes cartas?

PASCUAL. El carro llega,
y allá se entra el conductor
con el administrador,
y las balijas le entrega.
Ciérrase la ventanilla,
acude gente y más gente,
primero del Asistente...

D. MIGUEL. ¿Hay mayor plomo en Sevilla?

D.ª RUFINA. (*Con gran impaciencia.*)
¿Y las cartas?

PASCUAL. Como digo,
al Asistente primero,
á la Audiencia...

D. ALBERTO. ¡Majadero!

D. SIMEON. Pachorra gasta el amigo.

PASCUAL. Despues al Gobernador,
y despues el apartado,
y el públicó fastidiado...

D. ALBERTO. Pero ¿hay cartas, hablador?

PASCUAL. La lista por fin parece,
y en cuanto la cuelgan, todos
se abalanzan de mil modos,
y el que atrás queda perece.
Yo como no sé leer
tengo que buscar alguno
que me lea uno por uno
los nombres;—¡cómo ha de ser!
Abren despues la ventana,
mas los números estar
suelen trocados.

D. SIMEON. De hablar
no deja en una semana.

D.ª RUFINA. ¡Maldito!... ¿y las cartas?... Dí.

PASCUAL. A eso voy. No soy costal.

D.ª RUFINA. (*Furiosa.*)
Pero ¿hay cartas, animal?...
Pero ¿hay cartas?

PASCUAL. Creo que sí.
Una... (*Se registra los bolsillos de la chaqueta.*)
En esta faltriquera...
no; en estotra la guardé.

D. ALBERTO. ¿La habrás perdido?

PASCUAL. No sé.

D.ª RUFINA. ¡Gran bribon!

PASCUAL. Tenga espera.

D.ª RUFINA. (*Arrojándose á Pascual.*)
Dámela al punto, sino...

PASCUAL. (*Saca la carta.*)
Tomad.

D.ª RUFINA. (*Abre la carta y la mira.*)
¡Ay! de nuestro hermano.

D. SIMEON. (*Aparte.*)
¿Si habrá llegado el indiano?

D.ª RUFINA. ¡Gracias á Dios! ya llegó.

D. ALBERTO. ¿La fecha es de Cádiz?

D.ª RUFINA. (*Sigue leyendo para sí.*) Sí.

D. MIGUEL. ¿Llegó en salvo?

D.ª RUFINA. Bueno está,
y aquí hoy mismo llegará.

D. ALBERTO. Léase en alto.

D. RUFINA. Dice así. (*Lee.*)

Amados hermanos mios, ántes de ayer llegué bueno, gracias á Dios, á este puerto de Cádiz; y no puedo dejar de avisároslo, porque conozco el cuidado con que estareis, aunque tal vez ántes que esta carta, ó al mismo tiempo, llegaré yo á esa ciudad, pues no descanso hasta veros y abrazaros. Vuestro tierno hermano Blas—etc.

D. ALBERTO. (*Con gran júbilo.*)
Somos felices, Miguel.
Se acabaron los apuros.

D. SIMEON. ¿Y los trescientos mil duros
habrán llegado con él?

D. MIGUEL. ¿Quién lo duda?

D.ª RUFINA. Me parece
que el señor don Simeon
conocerá que es razon
recibirle cual merece.
Y que de esta carta en vista
no tendrá dificultad
en darnos la cantidad...

D. SIMEON. La carta... á ver.
(*Le dan la carta, y dice aparte.*)
¡Dios me asista.)
(*Lee para sí, y despues hablando entre sí dice:*)
En fin me voy á arrojar,
aunque no es mucha cordura,
pero quien no se aventura
dicen que no pasa el mar.
Los seis mil... Es mucho dar.
Tres mil sólo darles puedo,
pues que me ha quitado el miedo
ver que el indiano está vivo;
y como yo haré el recibo,
sabré bien atar mi dedo.
(*Devuelve la carta á doña Rufina.*)
Veo la necesidad,
y por complacer á usías
podré por dos ó tres dias
dar alguna cantidad.

D.ª RUFINA Con cien doblones bastante...

D. SIMEON. ¡Cien doblones! ¡Oh!...
D.ª RUFINA. Dé modo...
D. SIMEON. Si se exprime el mundo todo
no da suma semejante.
(*Señalando al bolsillo.*)
Aquí hay cincuenta doblones,
que no son mios...
D. MIGUEL. ¿De quién?
D. SIMEON. De un hombre honrado y de bien
qué me sirve en ocasiones;
mas no de balde, en verdad.
D. ALBERTO. Tres mil reales son tan poco...
D. SIMEON. Señor... ¿está usía loco?...
Son muy noble cantidad.
Si acomoda, la daré,
que no me es posible más.
D.ª RUFINA. Venga, aunque es poco. Quizás...
D. SIMEON. Antes el recibo haré.
D. ALBERTO. (*Llevando á don Simeon á una mesa.*)
Aquí hay papel y tintero.
D. SIMEON. (*Reconociendo la silla que está inmediata.*)
¿Y esta silla?
D. MIGUEL. No hay temor.
D. SIMEON. (*Se sienta, y al tomar la pluma, exclama:*)
Cristo del mayor dolor,
Recomiéndoos mi dinero.
(*Se pone á escribir.*)
D.ª RUFINA. ¡Qué vejete tan ruin!
D. MIGUEL. ¡Y lo que sabe!
D. ALBERTO. Es gran trucha.
D. MIGUEL. Sea su ciencia poca ó mucha,
dinero aflojó por fin.
Mas callad, no entienda...
D.ª RUFINA. (*Alto.*) Estamos
con tanta flema y quizás
ya estará en Sevilla Blas.
¿Qué providencias tomamos?...
D. MIGUEL. Hoy el barco del vapor
debe llegar á las tres,
y que en él se venga es
muy factible.
D. ALBERTO. No señor.
Vendrá en posta.
D.ª RUFINA. Yo imagino
que en un coche, y que cargados
dos carros traerá, y soldados
de escolta para el camino.
D. ALBERTO. No, que vendrá á la ligera,
dejándose en Cádiz todo.
D.ª RUFINA. Venga de uno ó de otro modo,
por instantes se le espera,
y hay mucho que prevenir.
D. ALBERTO. ¿Qué hora es?
PASCUAL. Las once han dado.
D.ª RUFINA. Lo que yo tengo buscado
ya no tardará en venir.
Tú, Pascual, vete á esperar
la llegada del vapor,
y si viene allí el señor...
PASCUAL. No se me ha de despintar,
y aunque ha tanto tiempo que
no lo veo...
D.ª RUFINA. Pues bien, vé,
y cuidado.
PASCUAL. No hay que hablar.
D. ALBERTO. (*A Pascual.*)
Dime, ¿y álguien se hallará
que á la puerta de Carmona
vaya?
PASCUAL. Buscaré persona
que de ello se encargará.
D. ALBERTO. Sí, porque si en posta viene...
PASCUAL. Pues voime á ver...
D.ª RUFINA. Bien. Cuidado
que no me seas pesado.
PASCUAL. Nada que decirme tiene.
(*Empieza á irse.*)
D.ª RUFINA. Que la charla sempiterna
no te haga el tiempo perder.
PASCUAL. (*Yéndose.*)
¿Pues soy yo acaso mujer?
D.ª RUFINA. No te entres en la taberna.

ESCENA XXI

LOS MISMOS, *ménos* PASCUAL

D. SIMEON. (*Levantándose de la mesa con el recibo.*)
Pues, señores, el recibo
extendí como conviene.
Entérense de él usías
y despues firmarlo pueden.
D. ALBERTO. (*Toma el recibo y lee.*)

Jesus, María y José.—Los que abajo firmamos hemos recibido de don Simeon Algarrapacoechea y Bajols la cantidad de seis mil reales de vellon que nos ha prestado por hacernos merced, y la cual le devolveremos en metálico sonante con exclusion de todo papel en el momento que la reclame presentándonos este nuestro recibo, á cuyo pago comprometemos todos nuestros bienes muebles é inmuebles habidos y por haber, siendo este documento suficiente para en su vista proceder judicialmente á apremios, ejecuciones y embargos, renunciando nosotros como renunciamos en todo caso las leyes y privilegios que pudieran favorecernos.—Sevilla, etc.

D.ª RUFINA. ¡Hola!... ¿con que cien doblones
prestarnos al fin resuelve?
D. SIMEON. ¿Quién se lo ha dicho, señora?

¿Por loco usía me tiene?

D.ª RUFINA. Como es de seis mil reales
el recibo...

D. SIMEON. ¿Pues no advierte
que en él están incluidos
el capital é intereses?
Yo doy los tres mil reales,
y seis mil usías me vuelven.

D. ALBERTO. ¡Don Simeon!... ¿y la conciencia?

D. SIMEON. Pues qué, ¿de balde lo quieren?
Dan por prendas esperanzas,
¡y aun á quejarse se atreven!

D. MIGUEL. Mas... ¡señor!... ¡ciento por ciento!

D. SIMEON. ¿Les ruego yo que lo acepten?
Yo tengo temor de Dios,
y si esto justo no fuese
me guardaria muy bien...

D.ª RUFINA. Pero como es solamente
por tres ó por cuatro dias
el préstamo...

D. SIMEON. (*Quiere recoger el papel.*)
Bien; pues quede
sin hacerse este negocio.

D.ª RUFINA. De modo... que...

D. SIMEON. ¿Se resuelven?...
El gran apuro en que están
preciso es que usías piensen,
que no me dan prenda alguna,
que su precio tambien tiene
el susto de mi caida,
y...

D.ª RUFINA. Alberto, si te parece
firmaremos el recibo,
porque al fin la urgencia crece
y es preciso...

D. ALBERTO. Bien, firmemos,
pues tales riquezas vienen
que lo recompensan todo. (*Firman.*)

D. SIMEON. (*A don Miguel.*)
Ahora falta solamente
que usted, señor capitan,
responsable al pago quede
con sus sueldos.

D. MIGUEL. ¿Yo?

D. SIMEON. Sin duda,
pues por su medio la suerte
de servir á estos señores
se me proporciona... Y siempre
los sueldos son garantía;
porque el gobernador puede
de las tres partes las dos
mandar que se le descuenten
para el pago de acreedores,
y...

D. MIGUEL. Mas yo...

D.ª RUFINA. Miguel, advierte
que por tí no es regular
que así el negocio se deje.

D. MIGUEL. Pero, señores,... mis sueldos...
¡Pues como andan tan corrientes!...
En fin...
(*Toma el recibo, y dice á don Simeon.*)
¿No es más que firmar?...

D. SIMEON. Escriba ántes lo siguiente.
(*Escribe don Miguel.*)

Yo aseguro el pago de la expresada cantidad con mis sueldos devengados ó corrientes, para lo cual en caso necesario se me descontarán las dos terceras partes de mi haber mensual. Fecha y firma.

(*Acaba don Miguel de escribir, y da el recibo á don Simeon.*)

D. MIGUEL. Pues, señores, está hecho.

D. SIMEON. Y yo doy gracias solemnes
al Señor de tierra y cielo
de haber con mis cortos bienes
servido á tales señores,
á cuyo servicio siempre
me hallarán como un esclavo.
Y Dios con usías quede.
(*Guarda el recibo, hace una profunda reverencia y se va á marchar.*)

D.ª RUFINA. ¿Qué así se va?... ¿Y el dinero?...

D. ALBERTO. ¡Don Simeon!

D. SIMEON. (*Desde la puerta.*)
¿Qué se ofrece?

D. ALBERTO. ¿Y el dinero?

D. SIMEON. ¡Oh Vírgen Santa!
Tantos negocios me tienen
trastornada la cabeza.
(*Saca un bolsillo.*)
Aquí está... ¡Jesus mil veces!
(*Vacia el bolsillo sobre la mesa y empieza á contar.*)
Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
y cinco diez, y diez veinte.
Y diez...

D. ALBERTO. (*Que está recontando el dinero.*)
Sólo diez y ocho
hay aquí.

D. SIMEON. ¿Cómo?... á ver... Puede...
Alguna equivocacion...
Repásenlo atentamente,
que nada quiero de nadie,
porque hay juicio, infierno y muerte.
(*Sigue contando.*)
Sesenta... ciento... y cincuenta...
Completos los tres mil tienen.

D. ALBERTO. (*Despues de asegurarse.*)
Sí señor, están completos.

D. SIMEON. Pues si otra cosa no quieren,
con el permiso de usías

me retiro. Con Dios queden. (*Vase.*)

D. ALBERTO. ¡Qué ladron!

D. MIGUEL. ¿No os lo previne?

D.ª RUFINA. ¡Maldito sea el vejete!

ESCENA XXII

LOS MISMOS, *ménos* DON SIMEON

D.ª RUFINA. (*Acercándose á la mesa donde está el dinero.*)
Pues, señores, lo primero
no dormirnos en las pajas.

D. ALBERTO. Bien, capirotes y rajas
hagamos de este dinero.

D.ª RUFINA. Tú, Alberto, ¿qué necesitas
para sacar tu uniforme?

D. ALBERTO. Veinte duros.

D.ª RUFINA. ¡Suma enorme!
¿Y las libreas malditas?

D. ALBERTO. Con treinta se sacarán.
Para el casero, es tambien
preciso...

D.ª RUFINA. En un santiamén
estos tres mil volarán.
Toma lo que quieras, pues,
y en la fonda una comida
con todo primor servida
encarga para las tres.

D. ALBERTO. ¿Qué?... ¿Hemos de comer allí?

D.ª RUFINA. ¡Qué necedad! No por cierto,
que la dispongan, Alberto,
para despues traerla aquí.

D. ALBERTO. Pues no hay tiempo que perder,
tomo el dinero, y me voy.
(*Toma el dinero.*)

D.ª RUFINA. Mira que esperando estoy.
Los mozos puedes traer.

D. ALBERTO. ¿Qué mozos?

D.ª RUFINA. Aquellos dos
que se pondrán las libreas.

D. ALBERTO. Lo haré todo cual deseas.
(*Vase por la derecha.*)

D.ª RUFINA. ¡Que no te tardes, por Dios!

ESCENA XXIII

D.ª RUFINA. D. MIGUEL

D.ª RUFINA. Miguelito, ¿qué me dices?
Viento en popa todo va.
Nuestro amor se logrará.
Pronto seremos felices.
Mañana mismo prometo
las diligencias hacer...

D. MIGUEL. Pero ya sabes, mujer,
lo que te importa el secreto.
Digo; á tí... Por mí,... ya ves...
aunque sin la real licencia...
Es de entrambos conveniencia.

D.ª RUFINA. Preciso el secreto es.
Mañana, sí... Loca estoy:
no sabes lo que en mí pasa.
(*Le echa una mirada muy tierna.*)
A arreglar toda la casa,
que urgen los momentos, voy.
(*Recoge el dinero.*)
A Dios, Miguel.

D. MIGUEL. ¿Y es razon
que nada haya para mí?

D.ª RUFINA. ¿Tambien quieres?...

D. MIGUEL. Prima, sí.
Yo traje á don Simeon.

D.ª RUFINA. Es verdad... pero... ¡Miguel!

D. MIGUEL. Para salir de un empeño.

D.ª RUFINA. Sí, para que el extremeño
se regocije con él.

D. MIGUEL. Ya no temo á ese bribon.
Veinte duros me has de dar,
pues que hoy me he de desquitar
me anuncia mi corazon.

D.ª RUFINA. (*Dándole el dinero.*)
Toma... Mira lo que queda.

D. MIGUEL. No te aflija cosa alguna,
que hoy nos sube la fortuna
á la cumbre de su rueda.
(*Vase don Miguel por la derecha y doña Rufina por la izquierda.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

D.ª RUFINA. ANA, *con un plumero en la mano limpiándolo todo*

D.ª RUFINA. ¿Está todo colocado?...
¿Las cortinas están ya?...
ANA. Sí señora, todo está
muy limpio y muy arreglado.
D.ª RUFINA. A la señorita llama.
¿Qué hace ahora?
ANA. Yo no sé.
En la alcoba pienso que
estará haciendo la cama.
D.ª RUFINA. Que venga aquí.
ANA. (*Corriendo á la izquierda.*)
Señorita.
D.ª PAQUITA. (*Dentro.*)
Ya voy... ¿qué se ofrece?
D.ª RUFINA. Ana,
¿pusiste la palancana?
ANA. Todo está listo.
D.ª RUFINA. (*En voz alta.*) ¡Paquita!
D.ª PAQUITA. (*Dentro.*)
¡Mamá!
D.ª RUFINA. Ven pronto, mujer.

ESCENA II

DICHAS. D.ª PAQUITA

D.ª PAQUITA. ¿Qué manda usted?
D.ª RUFINA. ¿Así estás?
¿Por qué á vestirte no vas?
D.ª PAQUITA. Como aun hay tanto que hacer...
D.ª RUFINA. Ponte el vestido mejor
y no olvides el collar.
D.ª PAQUITA. ¿Cómo se me ha de olvidar?
D.ª RUFINA. Anda, vete al tocador.

ESCENA III

D.ª RUFINA. ANA

D.ª RUFINA. ¡Jesus, cuánto tarda Alberto!
¿La plata no la han traido?...
ANA. No señora.
D. RUFINA. ¿Ni han venido
los lacayos?
ANA. No por cierto.
D.ª RUFINA. A la puerta están llamando...
El repostero será...
Corre á verlo.
ANA. Voy allá.
D.ª RUFINA. Pues ¿qué aguardas?
ANA. (*Suelta el plumero.*) Voy volando.
(*Vase.*)

ESCENA IV

D.ª RUFINA, *sola*

Vaya... parece un sueño. ¡Qué alegría!
¿Quién tal fortuna ha un mes pensar pudiera?
¡Trescientos mil!... ¡Pues es una friolera!
De que todas me envidien llegó el dia.
¿Y aquel vil tenderillo pretendia
conmigo emparentar?... ¡Lindo estuviera!
Marcho al punto á Madrid, y la primera
figura voy á hacer, por vida mia.
Comprará luégo un título mi hermano,
pretenderá el toison, un regimiento
para Miguel... Y yo... la banda; es llano.
Un duque ó un príncipe al momento
de mi Paquita pedirá la mano.
No sé cómo de gozo no reviento.

ESCENA V

D.ª RUFINA. ANA. DOS MANDADEROS, *cada uno con una gran batea cubierta con una servilleta; en una, platos y cubiertos de plata; en otra, vasos, copas, botellas y mantelería.*

ANA. Señora, ya están aquí
los mozos del repostero.
D.ª RUFINA. Bien; mas veamos primero
si viene lo que pedí.
(*Reconoce una batea.*)
ANA. ¡Ay qué plata tan hermosa!
Si fuera nuestra... ¡Ojalá!
D.ª RUFINA. Pronto tu ama la tendrá
de más peso y más costosa.
Platos de oro he de tener

con que á duques, á señores,
príncipes y embajadores
dar en Madrid de comer.

ANA. ¿Qué, señora, á Madrid vamos?...
¡Qué gusto si pronto fuera!

D.ª RUFINA. (*Con mucha gravedad.*)
Las gentes de nuestra esfera
bien sólo en la corte estamos.

ANA. (*Reconociendo la otra batea.*)
Los manteles y el cristal
aquí vienen.

D.ª RUFINA. (*Despues de mirarlo todo.*)
Guarda todo,
que de servir luégo el modo
te diré á tí y á Pascual.
(*Vánse Ana y los mozos.*)

ESCENA VI

D.ª RUFINA. D. ALBERTO. PERICO *y* FACO, *cada uno con un lio de ropa*

D. ALBERTO. La ropa tienes ahí,
y estos los lacayos son.
Tú que se vistan dispon.

D.ª RUFINA. ¿Y la fonda?...

D. ALBERTO. Ya pedí
una abundante comida,
que al momento en que avisemos
aquí en casa la tendremos
con todo primor servida.

D.ª RUFINA. ¿Y tu uniforme?...

D. ALBERTO. Ahí está.

D.ª RUFINA. (*Desata el lio que le ha señalado don Alberto, y saca un uniforme bordado de plata.*)
Tómalo y vete á vestir,
que no tardará en venir
nuestro hermano.

D. ALBERTO. (*Tomando el uniforme.*)
Voy allá. (*Vase.*)

ESCENA VII

D.ª RUFINA. PERICO. FACO

D.ª RUFINA. (*Desata el otro envoltorio y saca dos libreas ridículas.*)
Estas libreas tened;
las mejores de Sevilla.
(*Registrándolas.*)
Mas ¡ay Jesus, la polilla
cuál me las ha puesto!... Ved.
Pero no importa. Por hoy
así servirán. Mañana,
de la más hermosa grana
otras dos á encargar voy.
(*Perico toma una casaca y Faco otra.*)
¿Cómo te llamas tú? Dí.

PERICO. Yo, Perico.

FACO. Y Faco yo.

D.ª RUFINA. ¿Y habeis servido?

PERICO. Yo no.

FACO. Ni yo tampoco serví.

D.ª RUFINA. Mejor. En casa ha de ser
sólo vuestra obligacion
cerrar y abrir el porton,
servir la mesa y barrer;
encender los reverberos,
ser muy limpios y callados,
ir á la calle á recados,
y cuidar de los braseros;
y principalmente dar
á toditos señoría.
Ni de noche ni de dia
esto se os ha de olvidar.

PERICO. Muy bien está, señora ama.
Y el salario ¿cuánto es?

D.ª RUFINA. Será... tres duros al mes,
con comida, ropa y cama.

PERICO Y FACO. Estamos listos.

D.ª RUFINA. Ahora
lavaros muy bien podeis
y la librea os pondreis.

PERICO Y FACO. Está bien.

D.ª RUFINA. Ana.

ESCENA VIII

LOS MISMOS. ANA

ANA. Señora.

D.ª RUFINA. Miéntras me voy á vestir,
No te descuides, por Dios.
Que se limpien estos dos,
y enséñalos á servir. (*Vase.*)

ESCENA IX

PERICO, FACO, ANA

ANA. ¡Buena gente va acudiendo!
Venid, pues, á la cocina.

PERICO. Si usía nos encamina...

FACO. Si usía...

ANA. (*Sorprendida.*)
¿Qué estais diciendo?

PERICO Y FACO. Que usía...

ANA. (*Con enfado.*) ¿Os burlais de mí?
¡Por Dios, medrados estamos!
En muy mal pié comenzamos,
y si imaginais que así...

PERICO. Pues ¿qué?...

FACO. ¿Ofendemos á usía?

ANA. ¿Cómo?... ¡Bellacos!...

PERICO Y FACO. ¡Señora!

ANA. ¿Venís con burlas ahora?...
¡Infames!... Por vida mia...
PERICO. Pues nosotros ¿qué decimos?
FACO. ¿Por ventura la ofendemos?
PERICO. Sólo con lo que debemos
exactamente cumplimos.
ANA. (*Sofocada.*)
¿Señoría á mí?
PERICO. ¿Pues no?
FACO. Que tratáramos así
á cuantos están aquí
la señora nos mandó.
ANA. (*Convirtiendo el enfado en risa.*)
Bestias, tan sólo á los amos.
¿No veis que soy la fregona?
PERICO. Al ver tan gentil persona,
que era importante pensamos.
ANA. ¿Es requiebro?... Sus, venid.
FACO. (*Con familiaridad.*)
¡Bendita tu cara!
PERICO. Amén.
ANA. (*Con seriedad.*)
No tan llano. Un ten con ten,
y de él jamás os salid.
(*Haciendo ademan de irse.*)

ESCENA X

LOS MISMOS. D. MIGUEL

D. MIGUEL. Ana, espera. ¿Hay rostros nuevos?
¿Ha llegado Blas, ó no?
ANA. No señor; aun no llegó.
D. MIGUEL. Pues ¿quiénes son los mancebos?
ANA. Son los lacayos.
D. MIGUEL. Bien va.
Son buen par de mocetones.
ANA. A vestirse de sayones
destinados están ya.
Limpiarlos mi encargo es,
y no es pequeño trabajo,
con arena y estropajo
no se logrará en un mes. (*Vánse.*)

ESCENA XI.

D. MIGUEL. D. ALBERTO, *con su uniforme*

D. ALB. ¡Hola, Miguel! Me alegro de encontrarte.
D. MIG. ¡Jesus, y qué buen mozo y qué lucido!
D. ALB. ¿Te parezco galan?
D. MIG. Y de mirarte
absorto me he quedado y confundido.
Con grande lujo estás. Felicitarte
debo de que por fin haya salido
uniforme tan rico y bien bordado
del cautiverio donde oculto ha estado.
D. ALB. Recibir es preciso al buen limeño
con apariencia tal.
D. MIG. Segun tu hermana.
D. ALB. ¿Y á tí cómo te fué con tu extremeño?
¿Te ha tratado mejor que esta mañana?
D. MIG. Calla, Alberto, por Dios. Es vano empeño
ganar á ese bribon que á todos gana.
D. ALB. ¿Con que aquellos durillos...
D. MIG. Ya volaron,
y ni un instante en mi poder pararon.
¿Y de Blas hay noticia?
D. ALB. No, por cierto.
D. MIG. Pues el vapor ya ha rato que ha venido.
D. ALB. ¿Ha llegado el vapor?
D. MIG. Sin duda, Alberto.
Yo he visto ya personas que ha traido.
D. ALB. El porton me parece que han abierto.
D. MIG. Lo mismo á mí tambien me ha parecido.
Será tal vez...
(*Mirando á la puerta de la escalera.*)
Mas no, que es el criado.
D. ALB. ¡Hola, Pascual!... ¿El huésped ha llegado?

ESCENA XII

LOS MISMOS. PASCUAL

PASCUAL. Si por el aire no vino,
por vida de Barrabás
que no ha llegado don Blas,
ó yo estoy fuera de tino.
D. ALBERTO. ¿Qué dices?
PASCUAL. Que no parece,
aunque con una linterna...
D. ALBERTO. ¿Tú vienes de la taberna?
PASCUAL. Gracias, señor: se agradece.
Si el vino he probado yo
que vino me vuelva. He estado
tomando el sol muy sentado
hasta que el vapor llegó.
Llegó, y ví desembarcar
á todos uno por uno,
y no me quedó ninguno
que quedase por contar.
Treinta eran los pasajeros,
y á todos pregunté en vano;
pues no saben del indiano
ni ellos ni los marineros.
Viendo pues que no venia
en aquel barco infernal,
tomé por el arenal
en derechura la via,
y sin parar me encajé
en la puerta de Carmona,
á ver á cierta persona
que allí á esperar envié
y con los guardas está,

y á ninguno entrar ha visto,
y es un muchacho muy listo,
que no se emborrachará;
aunque para contentarlo
y que esté más diligente,
á seis cuartos de aguardiente,
fué forzoso convidarlo.
Ni silla de posta alguna
parece en todo el camino,
ni caballos, é imagino
que esperar más es tontuna.

D. MIGUEL. ¿Con que no hay nada?...

PASCUAL. Señores,
yo luégo me encaramé
en la Giralda y miré
todos los alrededores,
y ni calesa, ni coche,
ni carro...

D. ALBERTO. Pues tal vez Blas
se habrá detenido más
en Cádiz...

D. MIGUEL. Hasta la noche
esperarlo es lo más cierto,
que no tarda todavía.

ESCENA XIII

LOS MISMOS. D.ª RUFINA, *sale vestida de gala estrafalariamente*

D.ª RUFINA. No gastas, por vida mia,
escasa pachorra, Alberto.
¿Con que ya Pascual volvió,
y no me llamas?

D. ALBERTO. En vano
fuera, pues de nuestro hermano
no trajo noticia.

D.ª RUFINA. ¿No?...

PASCUAL. Ni por tierra ni por rio
rastro se descubre de él.

D. ALBERTO. Que no tarda cree Miguel,
pero yo ya desconfio
de que por hoy lo veamos.

D.ª RUFINA. ¿Estás seguro, Pascual?

PASCUAL. ¿Que si lo estoy?... ¡Voto á tal!...

D.ª RUFINA. Pues señor, frescos estamos.

ESCENA XIV

LOS MISMOS. ANA. PERICO Y FACO *vestidos de librea*

ANA. Aquí traigo á estos mancebos
limpios, galanes y hermosos.

D. MIGUEL. Ya se ve que están vistosos.

ANA. Los he puesto como nuevos.

D.ª RUFINA. Y muy bien que están así.
Mas ¿no llamaron?... Vé, Ana.
(*Suenan golpes á la puerta. Vase Ana.*)

ESCENA XV

LOS MISMOS, *ménos* ANA

D.ª RUFINA. Miremos por la ventana.
(*Se acerca al balcon.*)
¡Ay, un caballo está aquí!

D. ALBERTO. ¿Un caballo?

D. MIGUEL. Será Blas.

D. ALBERTO. Vamos, pues.

D.ª RUFINA. Algun criado...
(*Hacen todos ademan de salir.*)

ESCENA XVI

LOS MISMOS. ANA, *que entra asustada*

ANA. Un hombre muy mal portado
se cuela sin más ni más.
Cuando del cordel tiré
sin preguntar se encajó
y la escalera tomó...
y... Aquí está ya su mercé.

ESCENA XVII

LOS MISMOS. D. BLAS, *vestido de camino, pobre y estrafalariamente*

D. BLAS. Sí; no hay duda... ¿Sois vosotros?...
Vosotros sois mis hermanos.
Alberto, amada Rufina,
llegad, llegad á mis brazos.

D. ALBERTO. ¡Ay, Blas es!...

D.ª RUFINA. Blas es, no hay duda.
(*Abrázanse.*)
¡Jesus!... ¡Qué alegría!...

D. ALBERTO. ¡Hermano!

D. BLAS. ¡Rufina!... ¡Alberto!... ¡Qué gozo!

D. ALBERTO. ¡Qué dicha!...

D.ª RUFINA. ¡Blas adorado!
(*Miéntras el diálogo siguiente Ana habla con Perico y Faco, los cuales salen por la puerta que da á lo exterior; por la misma vuelven uno con una maletilla, y otro con una capa parda, lo entran todo por la puerta del fondo y vuelven á salir, quedándose á un lado de la escena.*)

D. BLAS. ¡Ah!... mentira me parece.
Aunque muy viejos os hallo,
os hubiera conocido
entre un millon. Otro abrazo
dadme, otro por vuestra vida,
porque sólo así descanso.
(*Abrázanse otra vez.*)

D.ª RUFINA. Y nosotros solamente
en abrazarte ciframos
nuestras dichas y contentos.

D. ALBERTO. Blas, por tí no pasan años.
D.ª RUFINA. Como el dia que partiste,
lo mismo estás; no ha mudado
nada tu fisonomía.
D. ALBERTO. Nada.
D. BLAS. Pues muchos trabajos
he sufrido, hermanos mios,
muchos, muchos.
D.ª RUFINA. Ya acabaron,
pues estás entre nosotros
y será nuestro cuidado
el servirte y el mimarte.
D. BLAS. Queridos, así lo aguardo.
D.ª RUFINA. (*Presentándole á don Miguel.*)
¿Y de Miguel no te acuerdas?
D. ALBERTO. De nuestro primo.
D. BLAS. (*Recapacitando.*) El muchacho
hijo de la tia Catana;
aquel tan travieso y malo,
que allá en la plaza del Pan
andaba roscas hurtando
descalcillo y...
PASCUAL. (*Aparte.*) ¡Gran memoria!
D.ª RUFINA. (*Con gravedad.*)
De este que está aquí te hablo,
que es militar muy valiente
y capitan de caballos.
D. BLAS. (*Con cariño.*)
¡Voto á Sanes!... ¡Miguelillo!...
Ven á abrazarme. (*Abrázale.*)
¡Qué guapo!
De verte hombre de provecho,
me alegro en el alma. ¡Cuánto
has crecido!... ¿Con que eres
un señor capitanazo?
Sea en hora buena.—Rufina,
¿Y la muchacha?
D.ª RUFINA. (*Arrimándose á los bastidores.*)
Volando.
Ven, Paquita, á ver al tio.
D. BLAS. Hánme dicho que es un pasmo
de hermosura.
D.ª RUFINA. ¡Niña, pronto!
D. BLAS. Se estará emperejilando.

ESCENA XVIII

LOS MISMOS. D.ª PAQUITA, *vestida sencillamente, y con un collar de perlas gordas*

D.ª PAQUITA. Mamá...
D. BLAS. (*Corriendo á abrazarla.*)
¡Sobrina del alma!
Por cierto, no han ponderado.
Es muy linda, mucho, mucho.
¡Qué ojillos tan vivarachos!
D.ª RUFINA. Que sea buena es menester.
D. BLAS. Que es buena está publicando
su semblante. Eres muy mona.
D.ª PAQUITA. (*Con mucha modestia.*)
Gracias, tio.
D. BLAS. (*Reparando en el collar.*)
Con mi encargo
veo que cumpliste, hermosa:
dí, las perlas ¿te han gustado?
D.ª PAQUITA. Y yo doy á usted las gracias
por tan soberbio regalo.
D. ALBERTO. Es magnífico en verdad.
D.ª RUFINA. Es joya de soberano.
D. BLAS. Es tan sólo una friolera
que en tiempos afortunados
por ciertas cuentas y embrollos
vino á parar á mis manos.
D.ª RUFINA. Pero, Blas, con la alegría
de verte aquí no pensamos
en lo que importa. ¿Al momento
querrás comer?...
D. BLAS. He tomado
en la venta de Iritaña
unas chuletas y un trago,
y ahora ya gana no tengo,
mas necesito descanso.
D.ª RUFINA. Bien. Pues la cama está hecha.
D. BLAS. Vestido dormiré un rato.
D.ª RUFINA. Pero quítate las botas.
Ponte una bata. (*A los lacayos.*)
Muchachos,
traed la bata y las chinelas.
(*Ana hace señas á Perico y á Faco, y se los lleva por la puerta del fondo.*)

ESCENA XIX

LOS MISMOS, *ménos* ANA, PERICO *y* FACO

D. ALBERTO. Dime, Blas, ¿por qué en el barco
de vapor no te has venido?
D. BLAS. De embarcacion estoy harto.
D. MIGUEL. Pues en posta...
D. BLAS. Más de prisa
por la marisma á caballo
pensé llegar.
D.ª RUFINA. Y tú, Alberto,
¿por qué no avisas volando
á la fonda?...
D. ALBERTO. Sí; ahora mismo
irá Pascual en dos saltos.
(*Habla aparte con Pascual, y este sale con toda priesa por la puerta que da á la escalera.*)

ESCENA XX

LOS MISMOS, *ménos* PASCUAL, *y sale* ANA, *y con ella* PERICO *trayendo una bata, y* FACO *unas chinelas*

FACO. (*A don Blas.*)
Aquí tiene usía chinelas.
Las botas le iré quitando,
si usía permite.

PERICO. Y la bata
tiene usía á su mandato.
Si quiere algo más usía...

D. BLAS. (*Los mira atentamente, y dice á doña Rufina.*)
¿Quién son estos mamarrachos,
que parece me hacen burla?

D.ª RUFINA. ¡Qué, Blas! ¡Si son mis lacayos!

D. BLAS. (*Sentándose en una silla que le trae Ana.*)
Tus la.. ¿Qué?

D.ª RUFINA. Segun es uso
son de librea criados.

D. BLAS. Ya.

ANA. Si usía quiere lavarse,
todo está listo en su cuarto.

D. BLAS. ¿Tú tambien eres lacaya?...

ANA. (*Burlándose.*)
Yo soy la dama.

D. BLAS. Ya caigo.
(*Se deja don Blas con mucha calma quitar las botas y el vestido, y poner la bata y chinelas, y los lacayos, haciéndole una reverencia, se llevan la ropa que le han quitado, yéndose por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXI

LOS MISMOS, *ménos* PERICO *y* FACO

D. BLAS. Dime, Rufina. ¿Y por qué
este par de mamarrachos,
que al verlos dirá cualquiera
que en el Carnaval estamos,
me dan tales señorías?...

D.ª RUFINA. Lo exige así nuestro rango.

D. BLAS. Será el tuyo; pero el mio...
¿O es que en esta tierra acaso
andan ya los tratamientos
como en la calle los cantos?

D.ª RUFINA. ¡Qué gracia!

D. ALBERTO. ¡Qué buen humor!

D.ª RUFINA. Tiene mucho chiste. Hermano,
es el uso recibido.
Si tú...

D. BLAS. No me da cuidado
aunque me den eminencia,
como no me den de palos.
Mas lo que ahora yo deseo
es sólo dormir un rato.

D.ª RUFINA. Sí, hijo mio, en el instante.
Tú eres el dueño, tú el amo,
tú eres el rey de esta casa.
Todos somos tus esclavos.
Dispon, manda, determina,
pide, ordena. Destinados
todos, todos á servirte
con mil amores estamos.
(*Levantándole de la silla con mucho cuidado y cariño, y encaminándose con él del brazo á la puerta del fondo.*)
Vente conmigo, Blasito;
ven, te llevaré á tu cuarto.
(*A los que quedan en escena.*)
Que nadie meta ruido;
que haya silencio, ¡cuidado!
miéntras que duerme el señor.
A tí, Alberto, te lo encargo.
(*Desde la puerta.*)
Paca, enciéndeme un cerillo,
que en casa hay mosquitos hartos,
y porque á Blas no incomoden
quiero yo misma matarlos.
Ana, ven para ayudarme
á echar las cortinas.

ANA. Vamos.
(*Vánse doña Rufina, don Blas y Ana por la puerta del fondo, y doña Paquita por la izquierda.*)

ESCENA XXII

D. ALBERTO. D. MIGUEL

D. ALBERTO. ¿Qué te ha parecido Blas?

D. MIGUEL. Un solemne socarron.

D. ALBERTO. Pues á mí un bobalicon.

D. MIGUEL. Tú te desengañarás.

D. ALBERTO. ¿Dudas de su buena fe
y de sus ofertas?

D. MIGUEL. No,
no dudo; mas... ¿qué sé yo?
Encuentro en él no sé qué.

D. ALBERTO. Encuentras cierta franqueza
que no se usa por acá;
un hombre, á quien se le da
poco del fausto y grandeza.
Siempre son así estos tales,
que á otros usos amoldados
y á la ganancia entregados,
olvidan nuestros modales.
Ven las cosas de otro modo,
juzgan que Lima es Sevilla
y que café y cochinilla

y azúcar y añil es todo;
y con sus muchos dineros
lo entienden todo al revés,
y si hacen figura es
la de grandes majaderos.
(*Sale doña Paquita por la izquierda con cerillo encendido, y entra por la puerta del fondo.*)

D. MIGUEL. Tal me pareció á mí Blas,
desde que supe que trata
de con vosotros su plata
repartir sin más ni más;
porque ó gran filosofía
ó grande necedad tiene,
quien con tal proyecto viene;
y mucho más en el dia.

D. ALBERTO. Filosofía en mi hermano
no encuentro ni necedad;
sí una extremada bondad
y un corazon puro y sano.
No tiene hijos ni mujer,
y puede que ningun vicio,
y no hace gran sacrificio
en esto que piensa hacer.
Ha ganado su tesoro
sin saber cómo ni cuándo,
y está el pobrete ignorando
lo mucho que vale el oro.
Tanta riqueza le aflige
por no saber disfrutarla,
y el repartirla y el darla
para desahogarse elige.

ESCENA XXIII

LOS MISMOS. D.ª PAQUITA. ANA, *por la puerta del fondo*

D.ª RUFINA. ¡Que nadie chiste, cuidado!
Paca, vete al comedor
á preparar con primor
la mesa cual te he enseñado.
Ana, tú en cuanto el criado
traiga la comida, trata
de en las seis fuentes de plata
repartirla. La pondrás
junto al fuego, y cuidarás
no nos dé un chasco la gata.
(*Vánse doña Paquita y Ana por la izquierda.*)

ESCENA XXIV

D. ALBERTO. D. MIGUEL. D.ª RUFINA

D.ª RUFINA. ¡Jesus!... ¡Jesus!... ¡Nuestro Blas
qué hombre tan extraordinario!...
¿Que era tan estrafalario
imaginarais jamás?
¡Qué necio!... ¡qué impertinente,
qué grosero y descortés!
En verdad vergüenza es
llamarle nuestro pariente.

D. ALBERTO. Es un hombre natural
que en pelillos no repara.

D. MIGUEL. Es una cosa muy rara;
es un solemne animal.

D.ª RUFINA. En tanto que se durmió
¡qué preguntas que me ha hecho!

D. MIGUEL. ¿Por personas de provecho,
sin duda, te preguntó?

D.ª RUFINA. Por lo peor de Triana:
por un lisiado barquero,
por un cierto tabernero,
por una vieja gitana...
¿Quién sabe?... Pero yo, Alberto,
le he dicho, por evitar
que los quiera visitar,
que todos ellos han muerto.

D. MIGUEL. Blas es raro personaje.
Ninguna vergüenza tiene.
Repara cómo se viene.

D.ª RUFINA. ¡Y con qué pobre pelaje!

D. MIGUEL. ¡Por la marisma á galope
en un caballo alquilado!

D.ª RUFINA. Solito sin un criado
como un miserable drope!

D. ALBERTO. Rufina, tanto mejor.
Miéntras ménos gaste Blas,
á entrambos nos toca más,
con que aplaudamos su humor.

D.ª RUFINA. (*Con gran desprecio.*)
Aplaudámosle por cierto,
si por su vergüenza poca
mayor cantidad nos toca.

D. MIGUEL. Soy de tu opinion, Alberto.

D.ª RUFINA. Es preciso en despertando
de sus proyectos hablarle
y los tesoros pillarle,
que se va el tiempo pasando.

D. MIGUEL. Y bueno será, pues que
en su carta nos decia
que el testamento traia,
sacárselo.

D. ALBERTO. Ya se ve.
Eso es muy preciso.

D.ª RUFINA. Es llano.

D. MIGUEL. Y que haga la donacion,
con la justa precaucion
de que sea ante escribano.

D.ª RUFINA. Y al punto le buscaremos
una casa en una aldea
donde, sea como sea,
léjos de aquí lo tendremos.
(*Se oye ruido.*)

Mas ¿qué alboroto?... ¿Es Pascual?
¡Pues está la casa buena!

D. MIGUEL. Anda la marimorena
allá abajo en el portal.

D.ª RUFINA. (*Acercándose á la puerta de la derecha.*)
¿Qué es esto?... ¿Tal zalagarda
se ha de sufrir?... ¡Hola!... ¡Chito!

ESCENA XXV

LOS MISMOS. ANA *sale por la puerta de la derecha*

ANA. (*Asustada.*)
Señora, el viejo maldito...

D.ª RUFINA. ¡Bien mi mandato se guarda!
¿Quién tanto ruido mete?
¿No tengo á todos mandado...

ANA. El ebanista ha llegado,
señora; y aquel vejete...

D.ª RUFINA. ¿Cuál?

ANA. Aquel que esta mañana
se cayó, con grandes furias
y diciendo mil injurias
quiere hablar á usté.

D.ª RUFINA. ¿Quién, Ana?

ANA. El viejo del peluquin
y el ebanista con él.

D.ª RUFINA. Anda tú, por Dios, Miguel;
mira qué es esto.
(*Vase don Miguel por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XXVI

D. ALBERTO. D.ª RUFINA. ANA

D. ALBERTO. ¿Y por fin,
se sabe cuál es su intento?

ANA. Yo no lo sé. Voces dan,
y amenazan que vendrán
con la justicia al momento
si no se les oye.

D.ª RUFINA. (*Con impaciencia.*)
¿Y qué
podrá ocurrirles?

D. ALBERTO. Rufina,
¿quién demonios lo adivina?
Lo que puede ser no sé.

D.ª RUFINA. Pero ellos... ¿Qué dicen, Ana?

ANA. El vejete Satanás
me pregunta por don Blas,
y dice que esta mañana
aquí engañado quedó;
y el tosco del ebanista
que es usté... una petardista,
y que ha de hacer... ¿Qué sé yo?

D.ª RUFINA. ¡Canalla sin miramiento!
¿conmigo se han de atrever?...
Los haré al punto prender,
y aun ahorcarlos al momento.
Sí; que con mis seis millones
todo lo puedo. Hoy haré
que tiemble Sevilla, y que
aprendan esos bribones
á respetarnos.

D. ALBERTO. Escucha
lo que dicen.

D. SIMEON. (*Dentro.*) Sí señor;
muy justo es nuestro furor.

EBANISTA. (*Dentro.*)
Nuestra necedad fué mucha.

D. MIGUEL. (*Dentro.*)
Señores...

D. SIMEON. (*Dentro.*) Robar es esto,
y con engaños muy viles.

EBANISTA. (*Dentro.*)
Venir con los alguaciles
será mejor y más presto.

D.ª RUFINA. (*Desesperada.*)
¡Pícaros!... ¿Qué dicen, pues?

D. MIGUEL. (*Dentro.*)
Señores, vamos con modo
y lo arreglaremos todo.

D. ALBERTO. No adivino lo que es.

ESCENA XXVII

LOS MISMOS. D.ª RUFINA, DON SIMEON *y* UN EBANISTA *que salen por la derecha*

D.ª RUF. (*Con gran altanería.*)
¡Qué grande atrevimiento!

D. MIG. Cálmate, prima; escúchame un momento.

D.ª RUF. ¿Y cómo esta canalla?...

EBAN. ¿Aun se atreve á insultarnos?

D. MIG. Prima, calla.
Se trata de materia
que puede ser harto pesada y séria.

D. ALB. Pero ¿qué ha sucedido?

D. MIG. Que estos señores dicen que han oido,
que se llevó el demonio la fortuna
de nuestro Blas.

D.ª RUF. ¿Qué dices?

D. MIG. Que han robado
á Blas cuanto dinero habia juntado,
sin que salvar pudiera cosa alguna.

D.ª RUF. Mas... ¿cómo?...

D. ALB. ¿Quién ha dado
noticia tal?...

D. SIM. No se habla otra cosa,
señores, en Sevilla;
y es que usías lo ignoren maravilla.

ANA. (*Aparte.*)
Siempre por pajarraco
de mal agüero tuve á este bellaco.
D.ª RUF. (*Indecisa.*)
Yo estoy helada, Alberto.
D. SIM. Semejante noticia no es sabrosa.
D. ALB. (*A doña Rufina.*)
De escucharla he quedado como muerto.
ANA. ¡Qué chasco!
D. MIG. (*A don Simeon.*) Pero ¿cómo se ha sabido?
D. ALB. Que es equivocacion, sin duda, creo.
D. SIM. La noticia ha venido,
señor, esta mañana en el correo,
y ya el aviso tienen
algunos comerciantes...
EBAN. Y los ociosos, que á mi tienda vienen
á requebrar las mozas paseantes,
á murmurar, fumar y hablar de toros,
de otra cosa hoy no hablaron
sino de que al indiano le robaron
cerca de Cádiz los piratas moros.
¿Y sabe usted tambien quién me lo dijo?
Perez el corredor, Perez el hijo
del que en frente de gradas tiene lonja;
el que ha metido á su sobrina monja
hace dos ó tres dias.
Y, á la verdad, si usías
(como dicen y creo)
estaban ya informados,
tomar muebles fiados
es una accion...
D. SIM. Y quien con buen deseo
sin prenda ni interés, seis mil reales,
ganados con fatigas y sudores,
de buena fe ha prestado á estos señores
en momentos tan críticos y tales,
¿qué deberá decir?
EBAN. Mis muebles luégo
quiero llevarme. No es cosa de juego
perder sin más ni más...
D. SIM. (*Saca el recibo.*) Este recibo,
que es en verdad legal y ejecutivo,
por si ó por no...
D. MIG. Esperad; que no es creible
la tal noticia.
D. ALB. (*Con entereza.*) ¿Cómo, si el indiano
ha media hora llegó tranquilo y sano
y en su alcoba durmiendo?...
D.ª RUF. (*Recobrando su altanería.*) Es imposible.
Esto es sólo una hablilla
de muchos envidiosos
en que abunda Sevilla,
que de que así ocurriese deseosos
por dañarme lo inventan. ¡Picarones!
Pues yo les aseguro á los bribones
que les ha de pesar. Mi buen hermano
ya, á Dios gracias, llegó, y aquí al instante
mentira semejante
vendrá á contradecir.
D. ALB. (*Con seguridad.*) Al punto; es llano.
D.ª RUF. Ya, señores, infiero
de quién es la invencion. Del majadero
don Juan, que resentido
porque darle mi hija no he querido,
con tal embrollo ahora...
EBAN. Pues sea como fuere, yo, señora,
mis muebles sólo quiero,
ó sino al Asistente...
D. SIM. Y yo, si no es demanda impertinente,
y aun existe, señora, aquel dinero...
D.ª RUF. (*Encolerizada.*)
¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué gente!
¿Lo ves, Miguel?... Alberto, ¿tú lo notas?
D. MIG. ¿Por qué así te alborotas?
D.ª RUF. ¿Y quién tendrá paciencia suficiente?

ESCENA XXVIII

LOS MISMOS. D.ª PAQUITA *por la izquierda*

D.ª PAQ. (*Sobresaltada.*)
¡Mamá! ¿Qué ocurre? ¡Ay Dios, y qué enojada!
D.ª RUF. ¡Qué ha de ser! ¿Qué ha de ser, Paquita? Nada.
Gracias de aquel tunante.
D.ª PAQ. ¿De quién?
D.ª RUF. De don Juanito, de tu amante
y de otros envidiosos
que de nuestra fortuna están rabiosos.
D. PAQ. ¿Pero el pobre don Juan?...
D.ª RUF. (*Con enfado.*) Calla tú, niña.
ANA. (*Aparte.*)
Don Juan ha de salir á cada riña.
EBAN. Señores, concluyamos.
D. SIM. Ruego que pronto, pues de priesa estamos...
D. ALB. ¿Con que ustedes, señores?...
D.ª RUF. Dan crédito á los tontos habladores;
mas para convencerlos
y lograr contenerlos
esto será mejor.
(*Se acerca á la puerta del fondo y dice en voz alta.*)
Sal pronto, hermano,
despierta, y confundidos
á estos dos atrevidos
deja y á todo el pueblo sevillano.

ESCENA XXIX

LOS MISMOS. D. BLAS. *Sale por la puerta del fondo restregándose los ojos, y bostezando como quien despierta de un profundo sueño*

D. BLAS. ¿Con que ni dormir se puede
en esta maldita tierra?...

¡Jesus y qué gritería!
¿Qué voces, decid, son estas?
Me pareció que en el mar
corriendo estaba tormenta.
¿Qué ha ocurrido?... ¿Qué acontece?
¿Estos hombres qué desean?

D. SIMEON. (*A Ana.*)
¿Es este el señor indiano?

EBANISTA. (*A Ana.*)
¿Es don Blas?

ANA. ¿Pues no lo aciertan?

D. SIMEON. (*Acercándose á don Blas.*)
Yo, señor, soy...

EBANISTA. (*Adelantándose.*) Yo ebanista...

D. ALBERTO. (*Dudoso.*)
Son...

D.ª RUFINA. (*Con resolucion.*)
No es tiempo de reserva.
Estos dos son acreedores
de quien estando en urgencia
nos fué preciso valernos...

EBANISTA. Yo un sofá, cómoda y mesa,
por los respetos de usté,
vendí...

D.ª RUFINA. (*Interrumpiéndole.*)
Fué de esta manera.
Necesitando unos muebles
para poner con decencia
tu cuarto...

D. SIMEON. Y yo, señor mio,
á la señora marquesa
y á este señor vuestro hermano
y al capitan, viendo que era
justo que con aparato
tal persona recibieran,
por servirlos les presté
seis mil reales en moneda
sin tener más garantía
que una carta...

D. BLAS. Estos chochean.
¿Qué tengo con eso yo?

D. SIMEON. Ya descampa, y llueven piedras.
¿Qué teneis con eso vos?...

EBANISTA. Mis muebles...

D.ª RUFINA. En dos paletas
yo te aclararé el enigma.
Estos hombres con quien deuda
es verdad que contrajimos,
y todo es una friolera,
se vienen con la embajada
de que tu fortuna inmensa
se la ha llevado el demonio;
y tal disparate piensan
que es verdad, porque unos necios
con intencion nada buena,
andan por toda Sevilla
divulgando...

D. SIMEON. Por muy cierta
la noticia nos han dado.

D.ª RUFINA. (*Con gran seguridad.*)
Ya ves qué cosa tan necia.

D. BLAS. (*Con mucha calma.*)
Rufina, no es necedad.
La noticia es verdadera.
Es un evangelio, sí.
Estando de Cádiz cerca,
dos jabeques berberiscos,
en una noche de niebla,
abordaron mi fragata;
fué imposible hacer defensa,
y todo me lo robaron;
todo, todo.

D.ª RUFINA. (*Suspensa.*) ¿Hablas de veras?

D. ALBERTO. (*Dudoso.*)
Pero... Blas...

D. BLAS. Una desgracia
imprevista...

D. MIGUEL. ¿Y resistencia
hacer no te fué posible?...

D. BLAS. ¿No veis que fué una sorpresa?
Veinte cajas se llevaron
todas de dinero llenas;
gran cantidad de oro y plata
en barras, una completa
vajilla, varios productos
preciosos de aquellas tierras,
y... hasta mi equipaje.

D.ª RUFINA. (*Dando muestras de desmayarse.*)
¡Ay Dios!

D.ª PAQUITA. (*Sosteniendo á su madre.*)
¡Ay, mamá!

D.ª RUFINA. ¡Jesus!

D. ALBERTO. (*A Ana.*) Acerca
una silla... pronto.

D. BLAS. (*Con ternura.*) ¡Hermana!

D.ª RUFINA. (*Sentándose en una silla que le trae Ana.*)
¡Válgame Dios!... ¿Quién dijera
aun no hace un cuarto de hora
tal desgracia?

EBANISTA. Si era cierta
la noticia ahora se ve.

D. SIMEON. (*Acercándose á doña Rufina.*)
Gracias infinitas sean
dadas al Señor de todo.
El da y él quita la hacienda;
y pues la salud, señora,
benigno á usía la deja,
dénsele gracias. Tal vez
su condenacion eterna,
su absoluta perdicion
iban á ser las riquezas;

y más vale en todo caso...

D.ª RUFINA. (*Con enfado.*)
Esas son cosas muy buenas,
mas no para este momento.

D. BLAS. Pero, Rufina, contempla...

D.ª RUFINA. ¡Pues buenos hemos quedado!

EBANISTA. (*Aparte enternecido.*)
Lástima me da de verla.
Claro es que de buena fe
me hizo la compra. ¡Paciencia!

D. SIMEON. Yo, mis señores, no puedo
(Dios sabe lo que me pesa)
ménos de que este recibo
se me asegure, ó con prenda
suficiente, ó aprontando
la corta suma que reza,
pues que ya no hay esperanzas
y es notorio...

D. MIGUEL. (*Con enfado.*) Tanta priesa
no es justa, don Simeon.
Aun no ha pasado hora y media,
¿y ya exige usted?...

D. SIMEON. Amigo,
yo he de mirar por mi hacienda.
Si seguridad bastante
no me dan, me será fuerza
acudir á la justicia
y á mi pesar...

EBANISTA. Por mi cuenta
no se aflijan sus mercedes.
Es sólo una friolera.
Yo esperaré...

D. SIMEON. Pues yo no.

D. BLAS. (*Con resolucion á don Simeon y al ebanista.*)
Con que... ustedes ¿qué desean?

D. SIMEON. Yo el pago de este recibo.

EBANISTA. Yo, nada.

ANA. ¡Qué diferencia!

D. BLAS. (*Al ebanista.*)
Pues usted, señor maestro,
por sus muebles nada tema,
que son mios. ¿Cuánto importa?

EBANISTA. Treinta y dos duros.

D. BLAS. Pues queda
pagárselos á mi cargo.
¿Si usted quiere como prenda
este reloj que salvé, (*Saca el reloj.*)
yo no sé de qué manera?...

EBANISTA. ¡Qué!... No señor... Por mi parte
á nadie se hará molestia.

D. SIMEON. (*Mostrando el recibo.*)
Yo presento este recibo
y exijo que al punto sea
pagado. Sino, en el dia
acudiré á quien convenga.

D.ª RUFINA. ¡Picaron!

D. ALBERTO. ¡Vil usurero!

D. BLAS. (*Con gran frialdad á don Simeon.*)
Pues haga usted lo que quiera,
porque yo, amigo, no puedo
encargarme de tal deuda,
ni yo le he pedido nada,
ni usted nada á mí me presta.

D. SIMEON. Mas, señor, por su respeto
tal cantidad, sin cautela...

D. BLAS. ¿Y mandé yo á usted acaso
que por mi respeto diera?

D. SIMEON. ¿Con que no se me asegura?

D. BLAS. Lo que es yo... *requiem æternam.*

D. SIMEON. (*Sofocado.*)
Pues yo sabré de esta estafa
vengarme, y con las setenas
hacerme pagar.

D. ALBERTO. Amigo,
buena caridad es esa.

D. SIMEON. No entiendo de caridades
cuando al dinero me llegan.
Yo haré que todos ustedes
de la burla se arrepientan. (*Vase.*)

D. MIGUEL. Esperad, don Simeon.

EBANISTA. Por mí, señores, no hay priesa.

ESCENA XXX

LOS MISMOS, *ménos* D. SIMEON *y* EL EBANISTA

D.ª RUFINA. ¡Válgame Dios!... Pero, Blas,
yo no acabo de creer
que esto verdad pueda ser.
Sin duda embromando estás.
Si acaso por aburrir
á estos tacaños dijiste
que tus riquezas perdiste,
dinos ya...

D. BLAS. ¿Qué he de decir?
¡Ojalá mentira fuera!
Y aunque harto afligirte siento,
no lo dudes ni un momento;
la noticia es verdadera.
Los piratas me han robado
hasta el último alfiler.
Sino, ¿me habias de ver
tan sucio y tan desastrado?

D.ª RUFINA. ¿Con que es verdad?

D. BLAS. ¿Hay tal tema?
Sí; sin duda.

D.ª PAQUITA. (*Con ternura.*) ¡Pobrecito!

D.ª RUFINA. (*Con repentino furor.*)
¡Y qué, pícaro maldito!
¿lo dices con tanta flema?

D. BLAS. ¡Rufina!...

D.ª RUFINA. (*Levantándose de la silla.*)
¡Gran majadero!...
¿Se habrá visto necio tal?
¿Con que así, enorme animal,
perdiste nuestro dinero?
D. BLAS. ¡Rufina!... ¿Te has vuelto loca?
D. ALBERTO. No dice locura alguna.
Perder así la fortuna
es necedad y no poca.
¿Por qué precauciones, Blas,
no tomaste?... ¿No es demencia
á la luna de Valencia
dejarnos sin más ni más?
¿Por qué un barco no fletaste
armado? ¿Por qué un convoy,
viendo lo que pasa hoy,
mentecato, no esperaste?
D. MIGUEL. Fué muy grande necedad
el peligro no advertir...
D. BLAS. (*Con chunga.*)
¿Con que debí de venir
en el navío Trinidad?
D.ª RUFINA. ¿Ahora te vienes con chistes?
¡Pues como eres tan gracioso!...
D. BLAS. Que era en extremo chistoso
no hace mucho que dijistes.
D. MIGUEL. (*Con desprecio.*)
Todo ha sido cobardía,
y vileza todo ha sido.
¿Por qué no se han defendido?
¡Collones!!!
D. BLAS. (*Con entereza.*) Tu valentía,
primo, alabo. Si tú hubieras
estado allí, en la sentina
como un cuitado gallina
no dudo que te escondieras.
De tales bravos reniego,
que no es gran bravura estar
hecho sólo á blasfemar
allá en la casa de juego.
D. MIGUEL. Soy un militar de honor
y tengo al lado una espada
con que daré una estocada
al mismo Cid Campeador.
D. BLAS. ¿Honor... siendo un petardista?
¡Espada!... Suele quizás
traerla de adorno y no más
quien tiene lengua tan lista.
D. MIGUEL. ¿Te atreves?...
D. BLAS. (*Con resolucion.*) Me atrevo; sí.
A mis hermanos aguanto;
pero ¡por el cielo santo
que no he de sufrirte á tí!
D. ALBERTO. (*Metiéndose en medio.*)
¡Señores! por Dios...
D.ª RUFINA. (*A don Blas con gran cólera.*)
¡Gran necio!!!
D. BLAS. (*Con tranquilidad.*)
Rufina, no te sofoques.
D.ª RUFINA. Vete, y más no nos provoques.
D. MIGUEL. (*Retirándose.*)
Sólo merece desprecio.
D.ª RUFINA. Por tu venida maldita
la más buena proporcion
de tener colocacion
ha perdido mi Paquita.
D.ª PAQUITA. Mamá, por Dios... ¡Pobre tio!
D.ª RUFINA. ¡Mentecato!
D.ª PAQUITA. Al cabo es...
D.ª RUFINA. Sólo un perdido, un mantés.
D.ª PAQUITA. (*Afligida.*)
Lástima me da... ¡Dios mio!
D.ª RUFINA. (*Llorando.*)
Y á mí tambien me has quitado
mi felicidad colmada.
Pero no te importe nada;
(*A don Miguel.*)
no, Miguel... Aun me ha quedado...
D. MIGUEL. (*Interrumpiéndola con desden y en voz baja.*)
Calla. Despues hablaremos...
No lo eche todo á perder.
D.ª RUFINA. Yo resuelta estoy á hacer...
D. MIGUEL. (*Con enfado.*)
Calla, por Dios. Ya veremos.
D.ª RUFINA. (*A don Blas con despecho.*)
Y tú, márchate de aquí.
D. BLAS. Rufina, ¿y aquel amor
que con tan grande calor
ha un rato mostraste? Dí.
D. ALBERTO. ¡Con buen recuerdo te vienes!
D. BLAS. Conozco de esta manera
que aquel cariño era
no á vuestro hermano; á sus bienes.
D.ª RUFINA. Muchito.

ESCENA XXXI

LOS MISMOS. PASCUAL, *por la derecha*

PASCUAL. Aquí está ya todo.
Pero ¡vaya una comida!
¡Qué capon! ¡Qué pastelillos!
¡Qué temblonas jaletinas!
Viene la cosa completa.
Hay dulce seco y de almíbar;
hay... ¿Qué sé yo?... Dos gallegos
lo traen en las angarillas.
D.ª RUFINA. Bestia; puedes á la calle
tirar todo.
D. BLAS. No en mis dias,
no; porque yo he de comerlo.

PASCUAL. (*A Ana aparte.*)
¿Qué es, Ana, esta tremolina?
ANA. ¿Qué ha de ser?... Que los demonios
nos han hecho una visita.
D.ª RUFINA. (*Desesperada.*)
Tiradlo todo á la calle.
Ya no es menester comida.
Veneno, sólo veneno
es lo que quiero.
D. BLAS. (*Admirado.*) ¡Rufina!!!
D.ª RUFINA. (*A don Blas.*)
Te detesto... Vete al punto.
D.ª PAQUITA. ¡Mamá!
D.ª RUFINA. Déjame, Paquita.
D.ª PAQUITA. Vamos adentro, mamá...
Será mejor...
D.ª RUFINA. Vamos, hija.
Por no ver á ese mostrenco
á los infiernos me iria.
D. ALBERTO. (*A don Miguel.*)
Dejemos á ese perdido.
Vente, vente con Rufina.
D. MIGUEL. Yo me voy á...
D.ª RUFINA. (*Andando hácia la puerta de la izquierda.*)
¡Qué, Miguel!
¡En tal conflicto!...
D. MIGUEL. No, prima.
Voy á ver si de este chasco
la baraja me desquita.
PASCUAL. Pues yo, en todo caso, iré
á custodiar mis marmitas.
(*Vánse doña Rufina, don Alberto y doña Paquita por la izquierda, y don Miguel y Pascual por la derecha.*)

ESCENA XXXII

D. BLAS, ANA

D. BLAS. (*Sin reparar en Ana.*)
Pues señor, ¡buenos parientes
he encontrado! Las noticias
que en Cádiz de ellos me dieron
eran ciertas por mi vida.
(*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXXIII

ANA, *sola*

Tú eres el rey. Ven, Blasito;
nosotros te mimaremos;
los mosquitos mataremos;
¡que haya gran silencio, chito!...
El Señor sea bendito
que da los males y bienes;
mas del mundo en los vaivenes,
como reina el interés,
sólo hay una norma, y es:
tanto vales cuanto tienes.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

ANA. PASCUAL, *que viene de fuera*

PASCUAL. Con que, dime, ¿has despedido
á los lacayos?

ANA. Sí: ahora.
Me lo mandó la señora.
Mas tú ¿cómo lo has sabido?

PASCUAL. Los he encontrado.

ANA. Ya ves
el trastorno que hay en casa.

PASCUAL. Por cierto que lo que pasa
cosa del demonio es.
¡Qué chasco...! ¡Pobre don Blas!
Yo al pronto no lo creí,
y aunque en la fonda algo oí,
no pensé en ello jamás.

ANA. Lance es de marca mayor.
A mí lástima me han dado.

PASCUAL. Quien á mí me la ha causado
es el bueno del señor.
Y tambien la señorita;
mas por el ama...

ANA. En verdad
que su necia vanidad
y su condicion maldita
no merecen compasion.

PASCUAL. ¿Pues y el señor capitan?

ANA. ¡Cuántos á galeras van
que más hombres de bien son!

PASCUAL. ¡No sabes qué trucha es!
Si yo te dijera á tí...

ANA. ¿Y qué tardas, Pascual? Dí...

PASCUAL. No, que me dirás despues
que soy un grande hablador.
Pero has de saber... No quiero.

ANA. *(Acariciándole.)*
Cuéntame... ¡Anda, majadero!
Pascualito..., hazme el favor...

PASCUAL. ¡Qué curiosa...! Al fin, mujer.

ANA. Y si es cosa de los amos,
dime, Pascual, ¿á qué estamos
sino á murmurar y oler?

PASCUAL. Pues ofréceme secreto,
porque es cosa de importancia.

ANA. Dime sólo la sustancia,
que yo callarlo prometo.

PASCUAL. *(Mirando á todas las puertas para asegurarse que nadie le oye.)*
Pues has de saber que él
en cuanto la plata olió
casarse al punto trató.

ANA. *(Con gran curiosidad.)*
¿Quién, Pascual? ¿Quién?

PASCUAL. Don Miguel.
Pero... ¿A qué nadie adivina
la novia...?

ANA. ¡Ya! la muchacha.

PASCUAL. Hablas como una borracha.
Pretende á doña Rufina.

ANA. Anda, embrollon, embustero.

PASCUAL. ¿Piensas que es mentira?

ANA. Sí.

PASCUAL. Pues, amiga, yo lo oí.

ANA. ¡Mucho deslumbra el dinero!
Pero... ¿cómo...?

PASCUAL. Hace tres dias
que yo ahí dentro oculto estaba,
y aquí la señora hablaba
con su primo boberías.
Me puse atento á escuchar,
y el capitan empezó
á decirle... ¿Qué sé yo?
Cosas para reventar.

ANA. *(Dudosa.)*
Calla, bruto.

PASCUAL. Pues si callo,
¿cómo te lo he de decir?
Era cosa que reir
hiciera no á mí, á un caballo,
ver á la vieja hacer quiebros,
y al taimado capitan
muy rendido y muy galan
flores echarle y requiebros.

ANA. ¿Con que ambos se enamoraban?

PASCUAL. Pero con muy casto intento,
pues de santo casamiento

y de nada más trataban.
Que ya hacia muchos años
que se abrasaba en su fuego,
que estaba por ella ciego,
y otras locuras y engaños
el capitan le decia,
y la vieja se mirlaba,
picarillo le llamaba
y los labios se mordia.

ANA. ¡Muy lindo paso, por Dios!

PASCUAL. Pues ayer los encontré
de nuevo y me agazapé
para escuchar á los dos.
Volvieron á los amores
y á reconcomerse el ama,
á hablar de pasion y llama
y á equivoquillos y á flores,
y despues el muy taimado,
más astuto que el demonio,
le propuso matrimonio
con muy grande desenfado.

ANA. ¿Y en qué quedaron por fin?

PASCUAL. En que se hizo de rogar,
¿quién tal pudiera pensar?
el quintañon serafin.

ANA. ¿Cómo?

PASCUAL. A pesar de que estaba
hecha una jalea toda,
á la apetecida boda
obstáculos encontraba;
diciendo que á perder iba
el título de marquesa,
y que era una cosa esa
para ella muy cuesta arriba.
Pero el remedio dispuso
el galan, como discreto,
y matrimonio secreto
al instante le propuso.

ANA. ¿Y aceptó?

PASCUAL. ¿Qué habia de hacer?
Si un novio se le presenta
cuando ha cumplido cuarenta,
¿lo desprecia una mujer?

ANA. ¡Jesus...! ¿A tal vieja quiere?

PASCUAL. El sólo quiere pillar
dinero para jugar,
y venga como viniere.

ANA. (*Recapacitando.*)
¡Válgame Dios...! Pero ahora
me haces sospechas tener
de cosas que he visto hacer
al primo y á la señora.
Es cierto. Desde que vino
la carta, muy servicial
anda don Miguel, Pascual,
muy obsequioso y muy fino.
Con la primita á paseo,
á misa con la primita...
¡Miren la vieja maldita,
que aun le gusta el galanteo!
Mas ya que llevó el demonio
las esperanzas en flor,
tambien llevará este amor
y el tratado matrimonio.

PASCUAL. Pues que de secretos va,
decirte otro es menester,
mas tambien me has de ofrecer
callarlo.

ANA. Dímelo ya.

PASCUAL. Has de saber... Pero no.
Acierta de dónde vengo.

ANA. (*Con impaciencia.*)
¿Cómo de acertarlo tengo?
De... de... Pascual, ¿qué sé yo?

PASCUAL. De casa de don Juanito.

ANA. ¿De quién, hombre?

PASCUAL. De don Juan,
el que era novio ó galan
de la niña.

ANA. ¡Habrá maldito...!
¿Te has echado á corredor...?

PASCUAL. ¿A qué?

ANA. A traer y á llevar,
á componer y á ajustar
inconvenientes de amor.

PASCUAL. Calla, lengua viperina.
Si yo á don Juan he buscado,
es porque me lo ha mandado
el ama doña Rufina.
¡Pues muy bonito soy yo
para el papel de tercero!

ANA. No te enfades, majadero.

PASCUAL. ¿Yo alcamones...? Eso no.

ANA. No te amosques, no, Pascual,
que ofenderte no es mi intento.
Además que en casamiento
intervenir no es gran mal.

PASCUAL. Hija, yo en nada intervengo,
si de hombre y mujer se trata,
ni por cien montes de plata,
que de gente honrada vengo.
Si á buscar á don Juan fuí,
con recado fué del ama.

ANA. ¿Qué quiere de él?

PASCUAL. Que lo llama.

ANA. ¿Le pide que venga?

PASCUAL. Sí.
Como el diablo la fortuna
del indiano se llevó,
busca al que ántes despreció.

ANA. No tiene vergüenza alguna.
Pero, Pascual, ¿qué recado

te dió la señora? Dí.

PASCUAL. Que al momento venga aquí.

ANA. ¿Y tú á don Juan se lo has dado?

PASCUAL. Sin duda. Y lo bueno está
que me encargaron lo diera
como que de parte era
de la señorita.

ANA. Ya.

PASCUAL. Mas yo no quise mentir,
y le dije que es el ama
quien con tal priesa lo llama.

ANA. ¿Y él ha quedado en venir?

PASCUAL. No sé. Habia mucha gente
en la tienda, y un criado
me dijo que le habia dado
á su padre un accidente
por cierta mala noticia...

ANA. (*Sorprendida mirando á la puerta del fondo.*)
¡Ay, que viene aquí don Blas!

PASCUAL. ¿Y qué importa?

ANA. Que... quizás...

PASCUAL. No tiene tanta malicia.

ESCENA II

LOS MISMOS. D. BLAS *por el fondo*

D. BLAS. (*Con una carta en la mano.*)
Hazme, Pascual, el favor
de llevar en el momento
esta carta.

PASCUAL. Como un viento
voy á serviros, señor.

D. BLAS. Nombre y señas puedes ver
en el sóbre, y diligente...

PASCUAL. Sólo hay un inconveniente,
y es que yo no sé leer.

D. BLAS. (*Leyendo el sóbre.*)
Pues imponte. Dice así:
*A don Juan Antonio Greda,
en el arco de la Seda,
número tres.* ¿Estás? Dí.

PASCUAL. (*Tomando la carta.*)
¡Toma, toma...! ¿Que si estoy...?
Ya conozco al perillan.
Ana, ¡si es nuestro don Juan!
Al momento, señor, voy.

D. BLAS. ¿Le conoces?

PASCUAL. ¡Pues si era
novio de la señorita!

D. BLAS. (*Con interés.*)
¿De mi sobrina Paquita...?

PASCUAL. (*Viendo que Ana le hace señas.*)
Voy al punto.

D. BLAS. (*Deteniéndole.*) Escucha, espera.
¿Este don Juan será pues
quien con mi sobrina estaba
concertado y que la amaba
con tanta ternura?

PASCUAL. Él es.

D. BLAS. (*Suspenso.*)
Pues entónces... Sí... (*Con resolucion.*)
Al instante
la carta le has de entregar
en su mano y sin tardar.
Mira que es interesante.

ESCENA III

D. BLAS. ANA

D. BLAS. (*Sin reparar en Ana.*)
Muy bueno el saber ha sido
que es este mismo don Juan
el novio amable y galan
por mi causa despedido.
(*Reparando en Ana.*)
¡Hola...! ¿aun estabas aquí...?
¿Dónde mi hermana Rufina,
dónde mi hermosa sobrina
se encuentran? Muchacha, dí.

ANA. Como le dió á la señora
la jaqueca...

D. BLAS. ¿Mala está?

ANA. En cuanto rabia, le da
esto que le ha dado ahora.

D. BLAS. Pero .. ¿no es cosa de cama...?

ANA. ¡Qué! No señor; no hay cuidado.
Tal vez ya le habrá pasado...
Sin duda, porque me llama.
(*Mirando á la izquierda.*)
Aquí me pienso que viene.

D. BLAS. ¿Viene aquí? Pues yo me voy,
porque conociendo estoy
que ya poco amor me tiene.

ESCENA IV

ANA, *sola*

¡Qué amable que es! ¡Pobrecito!
¡Y con qué paciencia lleva
sus desgracias!... Esto prueba
que tiene un genio bendito.

ESCENA V

ANA. D.ª RUFINA

D.ª RUF. (*Enojada.*)
¿Nunca has de contestarme
por más voces que doy cuando te llamo?
¡Vaya, en desesperarme
cifras tu gusto!... ¿Dónde está tu amo?
¿Fué tal vez á paseo?

ANA. Que allá en su cuarto está, señora, creo.

D.ª RUF. ¿Y Pascual ha venido?...

Porque, si no me engaño, hace un minuto
que charlar le he sentido.

ANA. Ha vuelto, sí señora.

D.ª RUF. Y el gran bruto,
¿por qué de mi recado
la debida respuesta no me ha dado?
Que venga en el momento.

ANA. Otra vez me parece que ha salido.

D.ª RUF. ¡Hay tal atrevimiento!...
Sin duda á la taberna se habrá ido.

ANA. Don Blas le dió una carta...

D.ª RUF. (*Furiosa.*)
Blas de desesperarme no se harta.
¿Y quién, por vida mia,
le mete en disponer de mis criados?
Mucho mejor haria
en irse y en dejarnos descansados.
Pues se engaña por cierto
si piensa aquí dormir. ¡Alberto, Alberto!

ESCENA VI

LOS MISMOS. D. ALBERTO, *sin uniforme*

D. ALB. ¿Qué me quieres, hermana?

D.ª RUF. Tengo que hablarte.
(*A Ana, que se retiraba.*)
Dime, ¿despediste
á los lacayos, Ana?

ANA. (*Desde la puerta.*)
Sí señora.

D.ª RUF. ¿Y su ropa recogiste?

ANA. Tambien.

D. RUF. Dile á Paquita
que venga.

ANA. Voy. (*Aparte.*) ¡Qué vieja tan
(maldita! (*Vase.*)

ESCENA VII

D.ª RUFINA. D. ALBERTO

D. ALBERTO. Pues, hermana, ¿qué ha ocurrido?

D.ª RUFINA. Mil cosas que hablar tenemos.
Muy grandes son los apuros,
y es fuerza buscar remedio,
y tomar nuestro partido
con este hermano tan necio.
Si se queda con nosotros
será insoportable peso.
Y su ordinariez, su facha,
y sus bajos pensamientos
van sin duda á abochornarnos
y á descubrir mil secretos.
Todo podia soportarse
en gracia de su dinero,
pero perdido el tesoro...

D. ALBERTO. Por mí váyase al momento.
Tus temores son fundados.
Haz lo que quieras.

D.ª RUFINA. Yo quiero
decirle que no es posible
tenerle en casa más tiempo,
y tal vez por aburrido
viéndose aislado y sin medios
se ausentará de Sevilla:
y por mí, vaya al infierno
con tal que de aquí se aleje.

D. ALBERTO. Pero entre tanto, remedio
nuestra situacion no tiene;
y no tan sólo nos vemos
con toda nuestra esperanza
convertida en humo y viento,
sino privados tambien
del apoyo y de los medios,
que la boda de la chica
con aquel jóven tendero
nos iba á proporcionar.

D.ª RUFINA. Para hablarte, hermano, de eso
te llamo precisamente.
¿Piensas tú que yo me duermo?
Ya al don Juan (que es un cuitado,
un niño á quien le daremos
papilla si tú me ayudas)
un recado muy atento
de parte de mi Paquita
le he enviado; y sé de cierto
que no se hará de rogar,
porque de amor está ciego.

D. ALBERTO. La muchacha estará loca,
con tal nueva, de contento.

D.ª RUFINA. Mira tú si es mentecata,
que se opone á todo esto,
pensando que es vergonzoso
tras de los desaires hechos
llamarle; y es tan menguada
que ni aun verle quiere.

D. ALBERTO. ¡Bueno!
¡Es una alhaja Paquita!

D.ª RUFINA. Es necia con todo extremo.
Yo la he estado predicando,
pero todo sin efecto,
y ahora la mandé llamar
á ver si entrambos podemos
recabar de ella, que al novio
trate de empeñar de nuevo.
Ni otro camino nos queda,
y si en humo se volvieron
todas nuestras esperanzas
por ese Blas tan mostrenco,
agarrarnos es preciso
aunque sea de un clavo ardiendo.
Este buen don Juan de Greda,
aunque es tambien otro necio,

al fin dota á la muchacha,
tiene crédito y dinero,
y en atrapándolo aquí
á mi cargo queda luégo
disponer de sus talegas,
hacerle que tome apego
á los títulos y honores,
que dé un puntapié al comercio,
y que con todas sus fuerzas
ayude nuestros intentos,
y á dar al pobre Miguel
(que está al fin á cargo nuestro)
con que adelantar consiga
su carrera.

D. ALBERTO. Desde luégo.

D.ª RUFINA. Pues aquí Paquita viene.

D. ALBERTO. Al fin la convenceremos.

ESCENA VIII

LOS MISMOS. D. PAQUITA, *sin el collar*

D.ª PAQUITA. Mamá.

D.ª RUFINA. Ven acá, hija mia.
Preciso es que te convenzas
de que es ya llegado el dia
(como há poco te decia)
en que á tí misma te venzas.
Aunque segun imagino
no habrá mucho que vencer,
si es que el loco desatino
de aquel tierno amor, tan fino,
se encuentra en el mismo ser.
Don Juan luégo ha de venir,
que en tu nombre se ha llamado.
Tú aquí lo has de recibir,
y bien le puedes decir
que lo tratado, tratado.

D. ALBERTO. Sí, sobrina; yo he de ser
el padrino de la boda.
Ya puedes, hermosa, ver
cómo de nuevo encender
de ese novio el alma toda.

D.ª PAQUITA. ¡Válgame Dios!... ¿Y ha enviado
usted de cierto, mamá,
á don Juan el tal recado
por mí tan desaprobado?
¡Jesus!... ¡Jesus! ¿Qué dirá?

D.ª RUFINA. Nada, vendrá; y está en tí,
si lo ha ofendido el rigor
con que se le echó de aquí,
saber disculparme á mí,
que todo lo alcanza amor.

D.ª PAQUITA. ¡Y qué!... ¿Yo le he de rogar
tras de ofensa tan reciente?
Me abochorno de pensar
lo que él puede imaginar,
y lo que hablará la gente.

D. ALBERTO. Anda, tonta; así se ceban
estos rendidos amantes.
Miéntras más desaires prueban
y mayores golpes llevan,
son más firmes y constantes.
Dale tú una miradita,
culpa su poco teson,
echa alguna lagrimita,
y al punto verás, Paquita,
que él mismo pide perdon.

D.ª PAQUITA. (*Con resolucion.*)
Yo esas intrigas no sé
ni pienso que valen nada.
Amo á don Juan, bien se ve,
mas nunca le rogaré.
Su venida es excusada.

D.ª RUFINA. (*Alterada.*)
¿Ves lo que te he dicho, Alberto?
Es muy gran bestia esta niña.
No hay que pensar en concierto.

D.ª PAQUITA. Mamá, motivo por cierto
no doy de que usted me riña.

D.ª RUFINA. Sí, mentecata. ¿No ves
que ya en hacerse esta boda
se ofrece grande interés,
porque el solo apoyo es
para tu familia toda?

D. ALBERTO. Lo que yo juzgo, Rufina,
es que poco amor le tiene
al tal don Juan mi sobrina,
cuando no se determina
á hablarle como conviene.

D.ª PAQUITA. ¡Y qué engañado está usté!
Que mi amor es verdadero
harto se prueba y se ve
tan sólo con notar que
degradarme ante él no quiero.
Y porque le adoro yo,
que volviera el mismo dia
en que de aquí se le echó
y en que tanto oprobio oyó,
con el alma sentiria;
porque un hombre ha de tener
para ser amado, honor,
como debe una mujer
que querida quiere ser
tener vergüenza y pudor.

D.ª RUFINA. Esas son filosofías
de las novelas fatales,
y con esas tonterías
siempre quedan para tias
las niñas sentimentales.

D.ª PAQUITA. ¿Qué novelas leo yo?

D.ª RUFINA. No repliques, niña, más.
Mi paciencia se acabó,

y hoy mismo, quieras ó no,
con don Juan te casarás.

D.ª PAQUITA. Con el alma lo deseo,
ya lo he dicho muchas veces;
mas poderlo alcanzar creo
sin dar ningun paso feo.

D. ALBERTO. Ya esas son ridiculeces.

D.ª RUFINA. Lo que yo te mando harás:
obedecerme es lo cierto.
¡Pues no nos faltaba más!
¿Has visto, dime, jamás
tan terca muchacha, Alberto?

ESCENA IX

LOS MISMOS. D. BLAS, *sale de su cuarto*

D. BLAS. Mucho de encontrar me alegro
junta la familia toda,
para que hablemos un rato
y arreglemos nuestras cosas.

D.ª RUFINA. ¡Pues no está mala embajada
con la que sales ahora!
¿Qué tenemos que arreglar?
Es ocurrencia graciosa
que quien perdió su fortuna
de una manera tan tonta,
venga con tan necio orgullo
á arreglar ajenas cosas.

D. BLAS. (*Con mucha calma.*)
Rufina, de mi desgracia
culpa ninguna me toca;
sí el enorme peso de ella,
pues la pérdida no es floja.
Mas ya remedio no tiene,
por lo cual, hermana, todas
las riñas, reconvenciones
y quejas están de sobra.
La pena que habeis mostrado
al saberla, fué muy propia
del interés y el cariño
que debeis á mi persona;
mas ya pasó aquel momento,
y con más calma y pachorra
como muy buenos hermanos,
que al fin lo somos, ahora
arreglaremos el modo
de vivir en paz.

D.ª RUFINA. (*Interrumpiéndole con viveza.*)
¿Con bromas
te vienes?... Por vida mia,
que tu vergüenza es bien poca.

D. BLAS. Escucha, Rufina, un rato.
Muy de prisa te amontonas.

D.ª RUFINA. ¿Escucharte? ¡Bueno fuera!
Yo no sé por qué no tomas
como debes tu partido.
Que en esta casa incomodas
debes ya de conocer.

D.ª PAQUITA. ¡Jesus!... ¡Mamá!

D.ª RUFINA. Calla, tonta,
y vámonos allá adentro
á tratar de lo que importa,
ya que ha osado interrumpirnos
este necio.

D. BLAS. (*Con mucha paciencia.*)
Te alborotas,
hermana, muy pronto. Escucha.

D.ª RUFINA. Sólo el verte me rebota.

D. BLAS. ¡Rufina!!!

D.ª RUFINA. (*A don Alberto y á doña Paquita.*)
Vamos adentro.

D. ALBERTO. Tu enojo, hermana, reporta.
Escuchémosle, que al cabo...

D. BLAS. (*A don Alberto.*)
Ella se altera y sofoca
porque ha juzgado que todo
se ha perdido, y se equivoca.
Pues aun tenemos bastante
para pasar sin zozobras,
no sólo una vida buena,
sino vida regalona.

D.ª RUFINA. (*Confusa y tomando un aire amable y tranquilo.*)
Pues, ¡qué! ¿se ha salvado algo?...
Eso, Blas, es otra cosa.

D. ALBERTO. ¿Lo ves, Rufina?... ¿Lo ves?...
Ten cachaza: no seas boba.

D.ª RUFINA. Con que, dí, Blas, ¿aun podemos?...

D. BLAS. Como sé que te incomoda
cuanto digo, no me atrevo...

D.ª RUFINA. No me incomodo. Perdona.
Habla pues. Con que, dí, ¿todo
no se ha perdido?

D. BLAS. (*Tomando una silla y presentándosela á doña Rufina.*)
No. Toma
esta silla y está atenta.
Paca, Alberto, tomad otras
y en gracia de Dios hablemos
como la gente de forma.
(*Acercan sillas doña Paquita y don Alberto y se sientan.*)

D.ª RUFINA. (*Sentándose.*)
Bien, me sentaré.

D. ALBERTO. Sí, hermana.

D.ª RUFINA. (*A don Blas con cariño.*)
Dínos, pues, fuera de broma,
qué has salvado y con qué suma...

D. BLAS. (*Sentándose.*)
Voy allá. La tarde toda
en calcular he pasado
los recursos que aun nos sobran,

y encuentro que son bastantes
para no andarse á la sopa.
En verdad, no viviremos
con la grandeza y la pompa
que mis perdidos tesoros
prometian, mas, ¿qué importa,
si con lo que conservamos,
con decoro y sin tramoyas
y sin apuros podemos
gozar de la *vita bona?*

D.ª RUFINA. (*Impaciente.*)
¿Y cuáles son los recursos?...
Explícate más.

D. BLAS. Ahora.

D.ª RUFINA. ¿Dejastes algunos fondos
allá en Lima, y á persona
de probidad?

D. BLAS. Ni una hilacha
dejé en tierra tan remota.

D.ª RUFINA. ¿Pues en letras, por ventura,
traias?...

D. BLAS. ¡Qué! De otra cosa
muy distinta voy á hablaros.

D.ª RUFINA. (*Muy inquieta.*)
Pues acaba: no seas posma.

D. BLAS. Ten paciencia, ten paciencia.

D. ALBERTO. (*A doña Rufina.*)
Sí; escucha.

D.ª RUFINA. ¡Jesus qué sorna!
Me estoy haciendo harinilla.

D. BLAS. Yo tengo buena memoria,
y me acuerdo, hermanos mios,
que en mi época venturosa
tres veces os he enviado
cantidades y no cortas.
La primera, veinte mil
duros, conservo la nota;
otros diez mil la segunda,
y ocho mil, aun no hace ahora
tres años; y los recibos,
como vuestras cartas propias,
que tomasteis estas sumas
justifican y denotan.

D.ª RUFINA. ¿Ves con lo que sale, Alberto?

D. BLAS. (*Con resolucion.*)
¿No he de lograr que me oigas
sin interrumpirme un rato?

D. ALBERTO. Escuchemos.

D.ª RUFINA. ¡Dale bola!

D. BLAS. Yo no dudo, hermanos mios,
que estas cantidades todas
se emplearon cual previne,
y que fincas productoras
habeis con ellas comprado:
y de que así fué me informa
lo que dicen vuestras cartas.
Pues si hay propiedad, ¿qué importa
la desgracia que he sufrido?
Con su producto, que monta
por mi cuenta á dos mil pesos,
puede la familia toda
vivir descansadamente.
Además, esa bambolla
del uniforme de Alberto
producirá alguna cosa;
pues si nada produjera
fuera una gala bien tonta.
Tu marquesado lo mismo.
Y harto que estais bien denota
ver que teneis dos lacayos,
vajilla de plata, y otras
comodidades y aun lujos
que nunca los pobres logran.
¿Os faltará economía?
Pues á mí, que de estas cosas
entiendo, el manejo dadme...

D.ª RUFINA. (*Se levanta interrumpiéndole muy irritada.*)
De escucharte estoy absorta.
¿Nos vienes á pedir cuentas...?
¡Pues no faltaba otra cosa!
¿Cómo, atrevido, insolente,
necio, gobernarnos osas?
Que aquí tengamos ó no,
que en fincas ó en zanahorias
se emplearan las miserias
que encareces con tal pompa,
que falte ó no economía,
¿á tí, bruto, qué te importa?
Vuélvete á ser marinero,
ó aljamel, que con tu tosca
facha y tus sucios modales
jamás serás otra cosa,
y déjanos en paz ya. (*Todos se levantan.*)

D. BLAS. (*Sorprendido.*)
¡Rufina...!!!

D.ª RUFINA. Vete á una fonda.
Ponte al momento en la calle.

D.ª PAQUITA. ¡Mamá, mamá...!

D.ª RUFINA. ¿Qué hay, mocosa?
¿Tambien quieres reprenderme?
¡Pues digo á usted que es historia!...

D. ALBERTO. (*Muy apurado.*)
Rufina... Por Dios...

D.ª RUFINA. Hermano,
¿quién la cólera reporta
oyendo hablar á ese necio,
y quién, dí, no se sofoca
viendo á esta insolente niña
encaramarse á doctora?
Como se parece tanto

en lo vulgar y en lo tonta
á ese zafio, á ese perdido,
su parte y defensa toma...

D.ª PAQUITA. (*Afligida.*)
Yo... mamá...

D.ª RUFINA. (*Furiosa.*) Calla, Paquita.
Vete de aquí... ¡Vete, loca!

D.ª PAQUITA. (*Llorando.*)
Ya me voy.

D.ª RUFINA. Vete al instante;
jamás ante mí te pongas,
sino de una bofetada
te baño en sangre la boca.
(*Vase doña Paquita por la derecha.*)

ESCENA X

LOS MISMOS, *menos* D.ª PAQUITA

D.ª RUFINA. Y tú, Blas, ya lo has oido,
aquí en casa nos estorbas.
Antes que la noche llegue
dispon pues de tu persona.

D. BLAS. ¿Hablas de veras, Rufina?
¿de tu casa así me arrojas?

D.ª RUFINA. Sí; como lo has escuchado.

D. BLAS. ¿Y cuando he perdido toda
mi fortuna...? ¿Qué recurso?...

D.ª RUFINA. Amigo, pide limosna,
que á mis costillas no quiero
holgazanes de tu estofa.
Y pues tanto deseabas
vivir en el campo, ahora
métete fraile cartujo.

D. BLAS. Tu consejo me enamora.

D.ª RUFINA. Pues señor, lo dicho dicho.
Yo en mi casa mando sola.
No quiero tenerte en ella.
A Dios, Blas. Estás de sobra.
(*Vase doña Rufina por la derecha.*)

ESCENA XI

D. ALBERTO. D. BLAS

D. BLAS. (*Deteniendo á don Alberto, que se va detrás de doña Rufina.*)
Hermano, escúchame, espera.
¡Rufina se ha vuelto loca!
¿Qué demonios la provoca
á hablarme de esta manera?
¿Por qué es esta furia, Alberto?...
Es una pobre mujer,
y yo caso no he de hacer
de su rabia y desconcierto.
Pero tú, que al cabo eres
la cabeza de la casa,
en vista de lo que pasa
dí qué he de hacer, dí qué quieres.

D. ALBERTO. (*Confuso.*)
Yo... Blas... En todo á Rufina
procuro siempre dar gusto
y á su dictámen me ajusto.

D. BLAS. Ya sé yo que te domina.

D. ALBERTO. Ella tiene gran talento...
y con razon dice, Blas...

D. BLAS. ¿Con que diciéndome estás
que me vaya en el momento?

D. ALBERTO. Nada digo... Blas... A Dios,
voy á ver lo que ella manda.

D. BLAS. Haces bien, Alberto, anda...
¡Lástima me dais los dos!

ESCENA XII

D. BLAS *solo, despues de una larga pausa*

Ya no hay duda. Bien claro he descubierto,
y Dios de que me pesa es buen testigo,
que cuanto me informó mi fiel amigo
de mi ingrata familia, es harto cierto.
Pero ¡ay! me es cara, y aun á dar no acierto
á su conducta bárbara conmigo,
y á su ambicion y orgullo aquel castigo
que merece tan loco desconcierto.
Mas si trató mi amor de disculparlos
en el primer momento, ¿á sangre fria
no acabo más feroces de encontrarlos?
Tengan el premio y muera mi alegría,
que en hacerlos felices y abrazarlos,
y en gozar sus cariños consistia.

ESCENA XIII

D. BLAS. D.ª PAQUITA, *sale de su cuarto, y trae un pequeño bulto liado en el pañuelo*

D.ª PAQUITA. (*Vergonzosa y cortada.*)
Tio...

D. BLAS. (*Con mucho cariño.*)
Sobrina mia,
¿qué buscas...? Dilo presto.
¿Mas por qué tan turbada?
¿Qué llanto es ese que en tus ojos veo?
Dí... ¿qué tienes, hermosa?

D.ª PAQUITA. ¡Ay, tio...! Yo no puedo
manifestar bastante
lo que me aflige de mi madre el genio,
ni la terrible pena
que allá en el alma siento
al ver cómo se porta
con usted, que parece ser tan bueno.

D. BLAS. ¿Qué quieres, inocente!
Desengaños son estos,
que lo que puede muestran
el interés en los humanos pechos;

y que los hombres sólo
halagan al dinero
y al poder consideran,
burlándose de amor y parentesco;
porque almas corrompidas
no abrigan los afectos
que pueden por sí solos
proporcionar dulzuras y consuelos.

D.ª PAQUITA. ¡Ay! de usted la venida,
y sin usté saberlo,
me sumió para siempre
en un mar de dolor y de tormentos.
Las dulces esperanzas
que alentaban mi pecho
por causa de usted, tio,
volaron ya como engañoso sueño.
Y á pesar de este daño
tan grande que me ha hecho,
inspira al alma mia
tierno cariño y singular respeto.

D. BLAS. (*Abrazándola con ternura.*)
Llega á mis brazos, niña.
No sabes el consuelo
que tus dulces palabras
difunden ¡ay! en mi angustiado pecho.

D.ª PAQUITA. Una cosa queria.

D. BLAS. ¿Qué quieres?... Dilo luégo.

D.ª PAQUITA. ¿Y usted, tio, me ofrece
que no se enfadará?...

D. BLAS. Dilo sin miedo.

D.ª PAQUITA. Harto, señor, conozco
que la suerte lo ha puesto
en el mayor apuro,
en que puede encontrarse un hombre recto;
y para remediarlo,
de todo el universo
tener quisiera, tio,
no las riquezas, no, sino el imperio;
mas ya que no me es dado
tanto como deseo,
lo que puedo ofrecerle
con toda el alma y corazon le ofrezco.
(*Desenvuelve el pañuelo y saca una cajita que contiene el collar de perlas y los pendientes.*)
Estas hermosas perlas,
este rico aderezo,
que usted tan generoso
me dió sin conocerme, le devuelvo.
Su valor usted sabe;
que lo tome le ruego,
y con su importe, tio,
sin apuros vivir podrá algun tiempo.

D. BLAS. (*Admirado.*)
¿Qué pretendes, muchacha?
Niña, ¿qué estás diciendo?...

D.ª PAQUITA. (*Con resolucion.*)
Si usted, señor, lo acepta
me hará la más feliz del universo.

D. BLAS. No lo dudo, hija amada,
porque sé que es el premio
de acciones semejantes,
el sabroso placer de haberlas hecho.
(*Abraza con ternura á doña Paquita.*)
¿Qué puedo responderte?
Nada. Vuelve á mi seno,
porque voces me faltan
con que explicar lo que en el alma siento.
(*Vuelve á abrazarla.*)

D.ª PAQUITA. (*Con cariño.*)
¿Con que usted lo recibe?...

D. BLAS. (*Con gran ternura.*)
Recibirle no debo.
Disfrútale, sobrina,
pues prenda es ya de mi cariño tierno.

D.ª PAQUITA. Una vez le he estrenado.
Ya le he tenido al cuello...
Ahora usted le disfrute.
¡Ah! no me prive usted de este consuelo.

D. BLAS. Pero, Paquita amada...

D.ª PAQUITA. Yo usarle ya no puedo,
porque es de mucho lujo
para la situacion en que nos vemos.
Además, francamente,
si acaso lo conservo
pronto estará empeñado.
Pronto...

D. BLAS. (*Muy enternecido.*)
Basta, Paquita. Te comprendo.
Le tomo... sí; le tomo.
(*Toma la cajita, y mirando á la puerta de la izquierda dice:*)
Alguien viene... No quiero
Que me encuentren llorando.
No te arrepentirás de lo que has hecho.
(*Vase á su cuarto.*)

ESCENA XIV

D.ª PAQUITA. PASCUAL, *por la izquierda*

PASCUAL. Buen ánimo, señorita.
Ya está en casa aquel zorzal.

D.ª PAQUITA. (*Volviendo en sí.*)
¿Quién dices que está, Pascual?

PASCUAL. Una agradable visita.
(*Vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA XV

D. PAQUITA. D. JUAN, *por la derecha*

D.ª PAQUITA. (*Sorprendida.*)
¡Ay, Jesus!

D. JUAN. (*Turbado.*) ¡Oh trance fuerte!
¡Cuánto el encontraros siento!

D.ª PAQUITA. (*Confusa.*)
¡El verme os da sentimiento!...

D. JUAN. (*Abatido.*)
Tal es, Paquita, mi suerte.

D.ª PAQUITA. ¡Si supiérais!...

D. JUAN. ¿Qué, mi bien?

D.ª PAQUITA. Lo que ha pasado en mi casa...

D. JUAN. ¡Ay! lo que en la mia pasa
es lastimoso tambien.

D.ª PAQUITA. (*Asustada.*)
¿Qué decís? Pues, ¿qué sucede?

D. JUAN. ¿Por qué lo quereis saber?
Quien infeliz ha de ser
con nada evitarlo puede.
Yo al momento que os perdí
empecé á serlo, Paquita,
y la suerte precipita
hoy sus males sobre mí.

D.ª PAQUITA. (*Turbada.*)
No os entiendo... ¿Habeis venido
porque un recado... quizás?...

D. JUAN. Paquita, el ver á don Blas
á esta casa me ha traido.

ESCENA XVI

LOS MISMOS. D.ª RUFINA

D.ª RUFINA. (*Muy contenta.*)
Bien, muy bien. Así me agrada.
Como tórtolas están.
Muy bien venido, don Juan.
Paca, ¿estás ya consolada?

D. JUAN. (*Con seriedad.*)
¡Señora!...

D.ª RUFINA. Desde el balcon
venir gozosa os he visto
tan lindo mozo y tan listo...
Buena, Paca, es tu eleccion.

D. JUAN. ¡Señora!...

D.ª RUFINA. ¿Qué?... ¿Está enojado?
No se haga usted retrechero,
pues bien sabe, caballero,
que siempre se le ha estimado.

D. JUAN. Me admiro...

D.ª RUFINA. (*Con viveza.*) ¿Mimos quereis?
Pues pelillos á la mar
y vamos á concertar
que luégo, luégo os caseis.

D. JUAN. Advertid, señora, que
ya de muy distinto modo...

D.ª RUFINA. No conoce usted que todo
por probarle sólo fué.
(*A doña Paquita.*)
Desengáñale, hija mia,
conténtale... Dile, pues...

D.ª PAQUITA. (*Avergonzada.*)
¡Jesus, mamá!

D.ª RUFINA. Todo es
cariño y zalamería.

D. JUAN. Es otro tiempo, señora,
no á tratar amores vengo.
Hartos infortunios tengo
que me atormenten ahora.

D.ª RUFINA. ¿Tan presto se os fué el amor?

D. JUAN. (*Afligido.*)
¡Ay! del triste pecho mio
jamás saldrá, yo lo fio,
para tormento mayor.

D.ª PAQUITA. (*Con vehemencia.*)
¡Ay don Juan!... ¡Mamá!...

D.ª RUFINA. Al momento
vuestro deseo vereis...

D. JUAN. Por piedad, no acrecenteis
mi dolor y mi tormento.

D.ª RUFINA. ¿Qué? ¿No quereis á Paquita?

D. JUAN. (*Con muestras de gran dolor.*)
Con toda el alma la adoro,
es mi bien, es mi tesoro;
mas la suerte me la quita.

D.ª RUFINA. Ya es vuestra.

D. JUAN. No lo será.

D.ª PAQUITA. ¿Qué escucho?... ¡Cielos!

D. JUAN. Señora...
mi corazon, ¡ay! la adora,
pero la he perdido ya.

D.ª RUFINA. No os entiendo. ¿Vos perderla?

D. JUAN. Sí... Cuando la pretendia
medios de sobra tenia
con que poder mantenerla.
Pero acabo de quebrar.
Ya mi casa está perdida,
y á quien adoro, en mi vida
podré, señora, engañar.

D.ª PAQUITA. ¡Ay de mí!... ¡Cielos! ¿Qué dice?...
(*Como queriendo abrazar á don Juan.*)
¡Oh, don Juan!...

D.ª RUFINA. (*Conteniéndola.*) Niña, contente.

D.ª PAQUITA. ¡Mamá!
(*Corre á sentarse en la silla más inmediata con muestras de desmayarse.*)

D.ª RUFINA. (*A don Juan con enfado.*)
¡Jesus!... ¡Qué imprudente
que está usted!

D. JUAN. ¡Soy infelice!

D.ª RUFINA. (*Se acerca á su hija y dice gritando:*)
¡Ana!... Ven, Ana... Ven presto.

ESCENA XVII

LOS MISMOS, ANA, *apresurada*

ANA. ¿Qué ha ocurrido?

D.ª RUFINA. Agua al instante.

D. JUAN. ¿Hay martirio semejante?

ANA. (*Acercándose con cariño á doña Paquita.*)
Doña Paquita... ¿Qué es esto?

D.ª PAQUITA. (*Se levanta y se apoya en Ana.*)
Nada...

D.ª RUFINA. En tu cuarto mejor...

D.ª PAQUITA. (*Abatida.*)
Sí... mejor será... Me voy.

D. JUAN. ¿Esto miro, y vivo estoy?...

D.ª PAQUITA. (*Yéndose poco á poco sostenida por Ana.*)
¡Don Juan! ¡Don Juan!

D. JUAN. ¡Oh dolor!

(*Váse doña Paquita con Ana y don Juan queda á un lado sumergido en el más profundo abatimiento, y á otro doña Rufina muy pensativa.*)

ESCENA XVIII

D. JUAN. D.ª RUFINA

D.ª RUFINA. (*Aparte despues de un rato de silencio.*)
Ya veo que la fortuna
contra mí se ha declarado,
de modo que no ha dejado
abierta puerta ninguna.
(*Acercándose á don Juan con seriedad.*)
Tiene usted razon, don Juan.
Si su fortuna perdió,
como honrado se portó,
que hombre pobre no es galan.
Ni yo mi hija le diera,
porque soy mujer prudente.
Pero tan raro accidente,
¿cómo fué, de qué manera?

D. JUAN. (*Volviendo en sí.*)
¿Qué puedo deciros yo?
Que vuestro hermano don Blas,
porque no hay, señora, más,
nuestra quiebra ocasionó.

D.ª RUFINA. ¿No lo he dicho?... Ese jumento
no sólo á sí se ha arruinado,
mas tras de sí habrá llevado
la fortuna de otros ciento.

D. JUAN. No, don Blas nada ha perdido.

D.ª RUFINA. (*Admirada.*)
¿Qué decís? ¿Pues sus tesoros
robados por unos moros
cerca de Cádiz no han sido?

D. JUAN. Sí, señora: mas traía
todo, todo asegurado,
y debe serle abonado
todo, por la compañía.

D.ª RUFINA. (*Muy solícita.*)
Explicadme: no comprendo
el asegurar qué es,
ni esa compañía, pues
de estas cosas nada entiendo.

D. JUAN. El seguro, en conclusion,
es quien responda tener
de que no se ha de perder
alguna especulacion,
con lo que el interesado
en suma no arriesga nada,
porque el daño se traslada
á aquel que lo ha asegurado,
y hay un establecimiento
formado por negociantes,
que dan fianzas semejantes
cobrando el tanto por ciento.
Don Blas, como hombre advertido,
cuando de Lima salió
sus fondos aseguró,
por lo que nada ha perdido.

D.ª RUFINA. ¿Pues los trescientos mil duros
que traia en la fragata?...

D. JUAN. Los tiene al momento en plata,
y los tiene muy seguros.

D.ª RUFINA. ¿Con que los tiene?...

D. JUAN. Sin duda.

D.ª RUFINA. (*Fuera de sí de contento.*)
Alberto, Alberto, ven luégo,
aun no hemos perdido el juego;
la fortuna nos ayuda.
Ven al momento, y tú, Ana,
sal al punto.

D. JUAN. (*Aparte.*) ¡Qué mujer!

D.ª RUFINA. Hoy loca me he de volver,
todo mi suerte lo allana.
Pero... usted, ¿cómo perdió?...

D. JUAN. Porque en la tal compañía,
aunque harto yo me oponia,
mi buen padre se metió.

D.ª RUFINA. (*Sin hacer caso de don Juan.*)
¡Alberto!

D. ALBERTO. (*Dentro.*) Ya voy, mujer.

D.ª RUFINA. Pues, don Juan, en el instante
aquí el dinero contante
hoy mismo se ha de poner.

ESCENA XIX

LOS MISMOS. D. ALBERTO

D. ALBERTO. ¿Qué diablos ha sucedido,
que con tanta priesa estás?

D.ª RUFINA. Que nuestro querido Blas
nada, nadita ha perdido.
El señor puede contarte
lo que ocurre, y de qué modo
ha logrado salvar todo.

D. ALBERTO. (*Confuso.*)
No sé qué crédito darte

ni comprendo lo qué es esto.
Explícate, hermana, pues.

D.ª RUFINA. Hermano, la cosa es...
Don Juan lo dirá más presto.

D. JUAN. (*A don Alberto.*)
¿No lo saben? Que don Blas
sus fondos aseguró,
por lo que nada perdió.
No es menester decir más.
Yo soy el comisionado
de la triste compañía
de seguros, que en el dia
con este asunto ha quebrado,
porque trescientos mil duros
no es, señor, una friolera;
y sabeis que no hay espera
en esto de los seguros.
De Cádiz aviso tengo
que cien mil ya tiene allí,
y á tratar del resto aquí
con el mismo don Blas vengo.

D. ALBERTO. (*Suspenso.*)
¡Muy bien!

D.ª RUFINA. ¿Con qué listos ya
cien mil hay?

D. JUAN. En el instante.

D.ª RUFINA. ¿Y la cantidad restante?

D. JUAN. Don Blas no la perderá.

D. ALBERTO. ¡Buena fortuna por cierto!

D.ª RUFINA. (*Acercándose á la puerta de la izquierda.*)
Ana, ven al punto; ven.
¿Quién con tanta dicha, quién
no ha de delirar, Alberto?

ESCENA XX

LOS MISMOS. ANA.

ANA. Señora, ¿qué manda usté?

D.ª RUFINA. (*Con gran contento.*)
No es nada; cosa de juego.
Vuelvan los lacayos luégo,
vuelvan al punto.

ANA. Pues, ¿qué?...

D.ª RUFINA. Nada se ha perdido, nada.
Que esté la comida presta
y ten la mesa dispuesta,
pues nuestra suerte es colmada.

ANA. (*Dudosa.*)
Señora, no sé qué diga.

D.ª RUFINA. Se han salvado los tesoros,
y á los corsaritos moros
podemos dar una higa.

ANA. ¿Pero es posible?

D.ª RUFINA. Ana, sí;
mas éntrate en el momento
de Blasito al aposento,
y dile que salga aquí.
(*Vase Ana por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XXI

LOS MISMOS, *ménos* ANA

D. ALBERTO. Rufina, ¿qué te parece?

D.ª RUFINA. Estoy de gozo alelada.

D. ALBERTO. Don Juan, ¿y queda arruinada
la compañía?

D. JUAN. Perece.

ESCENA XXII

LOS MISMOS. ANA. D. BLAS, *con el mismo vestido que vino la primera vez*

D.ª RUFINA. (*Acercándose á don Blas con mucho cariño.*)
¡Bien, Blasito, te has burlado!
Ven acá, ven, buena pieza.
¿Quién te puso en la cabeza
darnos chasco tan pesado?
Sabiendo el grande interés
que por tí todos tenemos,
ha sido...

D. BLAS. (*Interrumpiéndola con seriedad.*)
Luégo hablaremos.
¿El que me busca quién es?

D. JUAN. Yo, que tengo comision
de los aseguradores...

D.ª RUFINA. Al fruto de tus sudores
Dios echó la bendicion.

D. BLAS. (*Mirando cariñosamente á don Juan.*)
¿Usted sin duda será
don Juan Antonio de Greda?

D. JUAN. Quien con cuanto valga y pueda
gozoso á usted servirá.
Y no era, señor, preciso
haber la carta enviado,
pues de Cádiz me ha llegado
de todo directo aviso,
y ya estaba yo dispuesto
á venir en el instante,
que el negocio es importante
y ha de transigirse presto.
(*Saca unos papeles.*)
Este es, señor, el contrato,
y esta carta le previene
que cien mil duros ya tiene
en Cádiz á su mandato.
Los doscientos mil siguientes
no puede la compañía
aprestarlos en el dia,

pues no hay fondos suficientes;
mas fianzas presentará,
y si usted no halla embarazo,
en un convenido plazo
el total satisfará.

D.ª RUFINA. (*Con viveza.*)
¿Qué embrollos son estos? Dí.

D. BLAS. (*Con frialdad leyendo los papeles.*)
No me distraigas, mujer.

D. JUAN. (*Cortado.*)
Yo, á la verdad, pretender
no osara nada por mí;
y aunque desde el mismo punto
en que la nueva llegó,
mi anciano padre cayó
malo, y casi está difunto,
porque es de la compañía
y es ya su quiebra segura,
sé llevar la desventura
con firmeza y valentía;
pero, cual comisionado,
por los otros ruego á usted
que este respiro les dé,
y quedará hipotecado...

D.ª RUFINA. (*Con viveza metiéndose en medio.*)
¿Cómo...? ¡No faltaba más...!
El dinerito al momento.
Para eso el tanto por ciento
se pagó. No accedas, Blas.
Al punto una ejecucion
y venderles la camisa.
Pagar es cosa precisa,
y doblon sobre doblon.

D. ALBERTO. (*Conteniéndola, y llevándosela aparte.*)
¡Calla, Rufina, por Dios!

D.ª RUFINA. No, que es muy bueno Blasito,
y ese truchiman maldito...

D. ALBERTO. Ya se entenderán los dos.

D.ª RUFINA. (*Volviendo á meterse en medio.*)
Don Juan, no hay que pretender...

D. JUAN. (*Con resentimiento.*)
Yo por mí nada pretendo.

D.ª RUFINA. Ya los designios comprendo...

D. BLAS. (*Con enfado.*)
Calla la boca, mujer.
Sea usted, señor, servido (*A D. Juan.*)
de venir á mi aposento,
donde á solas al momento
quedará esto concluido.
Los conciertos firmaré
y buscaremos el modo
de que en paz se arregle todo.

D. JUAN. Siempre, señor, lo esperé.
(*Vánse los dos por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXIII

D. ALBERTO. D.ª RUFINA. ANA.

D.ª RUFINA. (*Inquieta.*)
Todito se va á embrollar.
A ver lo que tratan voy,
porque temiéndome estoy...

D. ALBERTO. (*Conteniéndola.*)
Déjalos, Rufina, hablar.

D.ª RUFINA. ¿No conoces?...

D. ALBERTO. Ten prudencia.

D.ª RUFINA. ¡Jesus! por mi gusto entrara
y á ese tenderillo echara...

D. ALBERTO. Rufina... ¡Por Dios! ¡Paciencia!

D.ª RUFINA. (*Reparando en Ana.*)
Ana... ¿y con tal flema estás?
¿Los lacayos han venido?

ANA. ¡Si há un instante que se han ido!

D.ª RUFINA. ¿Por qué á buscarlos no vas?
Yo no sé por qué estuviste
en echarlos tan ligera,
pues esta es la vez primera
que puntual obedeciste.
¿Y la niña?

ANA. Adentro está
llorando.

D.ª RUFINA. ¡Llanto bien tonto!
Anda á decirle que pronto
se consuele y venga acá.
(*Vase Ana por la izquierda.*)

ESCENA XXIV

D. ALBERTO. D.ª RUFINA.

D.ª RUFINA. ¿Por qué estás tú tan callado?

D. ALBERTO. Porque siento la aspereza
que con tanta ligereza
con Blas habemos usado.

D.ª RUFINA. Déjalo á mi cargo todo,
un bobalicon es él,
y yo de tornar en miel
el acíbar tendré modo.

D. ALBERTO. Mucho fio en tu talento,
¿pero qué...?

D.ª RUFINA. Lo que has de hacer
es irte, hermano, á poner
tu uniforme en el momento.

D. ALBERTO. (*Admirado.*)
¡Rufina!

D.ª RUFINA. Sin duda, sí.

D. ALBERTO. Mujer... ¿tú no consideras...?

D.ª RUFINA. Haz, Alberto, lo que quieras,
pero me parece á mí...

ESCENA XXV

LOS MISMOS. ANA. D.ª PAQUITA, *por la izquierda*

D.ª PAQUITA. ¿Es cierto, es cierto, mamá,
lo que Ana me ha dicho?

D.ª RUFINA. Es
muy cierto. Alégrate, pues.
Nuestra suerte fija está.

D.ª PAQUITA. ¡Ay! ¡Si yo á aquel desgraciado
pudiera...!

D.ª RUFINA. ¡Niña...! ¿Qué dices?
Calla y no me encolerices.

D.ª PAQUITA. ¡Infeliz...!!!

D.ª RUFINA. (*Irritada.*) ¿Pues qué has pensado...?
¿A qué es ese desconsuelo...?
¿Quién mayor tontera vió?

D.ª PAQUITA. (*Llorando.*)
¡Ay! ¡Qué feliz fuera yo
si mi tio!... ¡Santo cielo!

D.ª RUFINA. No me apures. Puedes ya
mostrarte alegre.

D.ª PAQUITA. ¡Ay de mí!

D.ª RUFINA. Si tu tio te ve así,
dí, bestia, ¿qué pensará?

D.ª PAQUITA. Déjeme usted, que en mi alcoba...

D.ª RUFINA. ¿Qué es lo que dices, Paquita?
Aquí conmigo. Y me irrita
ver esa pena tan boba.
Aquí, y contenta has de estar.

D.ª PAQUITA. Yo, mamá, no sé fingir.

D.ª RUFINA. Si no te veo reir,
los bofes te he de sacar.

ESCENA XXVI

LOS MISMOS. PASCUAL, *por la izquierda*

PASCUAL. Aquí está otra vez, señores,
aquel honrado vejete.

D. ALBERTO. (*Admirado.*)
¡Otra vez don Simeon!

D.ª RUFINA. ¿Y el infame qué pretende?
Que suba al punto, y verá
cómo le casco las nueces.
¡Picarón...! Dile que venga.

PASCUAL. (*Mirando á la puerta.*)
No es menester, que ya viene.

ESCENA XXVII

LOS MISMOS. D. SIMEON

D. SIMEON. (*Haciendo muchas reverencias.*)
Despues de haber dado gracias
al Señor Omnipotente
porque ha preservado á usías
de una deplorable suerte,
vengo á darles muy rendido
los mayores parabienes,
y á que mi señor don Blas
por su siervo reverente
me tenga y me reconozca,
y en su gracia me conserve.

D.ª RUFINA. Que habla usted muy de otro modo
que hace un rato, me parece.

D. SIMEON. Siempre he respetado á usías
y á su clase cual se debe.
Si una noticia inexacta
pudo repentinamente...
jamás eran mis intentos...

ESCENA XXVIII

LOS MISMOS. D. MIGUEL, *por la derecha*

D. MIGUEL. (*Despechado.*)
Maldita sea mi suerte,
maldita mil veces sea,
y maldito cien mil veces
el que inventó la baraja.

D.ª RUFINA. (*Muy solícita.*)
¿Qué te sofoca? ¿Qué tienes?

D. MIGUEL. Un dineral he perdido.

D. ALBERTO. Mas... ¿lo has perdido ó lo debes?

D. MIGUEL. Lo debo. Y es á persona
á quien faltar no se puede,
porque es capaz...

D.ª RUFINA. No te importe,
que hay recursos suficientes.

D. MIGUEL. Ese Blas, ese perdido,
de todo la culpa tiene.

D.ª RUFINA. (*Muy apurada.*)
Calla, Miguelito, calla.

D. MIGUEL. ¿Qué he de callar?

D. ALBERTO. Nos conviene.

D. MIGUEL. (*Sin escuchar á nadie.*)
¿Se ha marchado ya de casa?
Los demonios se lo lleven.
Hablando de su aventura,
me distraje, y cuatro veces
equivoqué una judía...
Lo mato si llego á verle.

D.ª RUFINA. Calla, Miguel.

D. ALBERTO. Tú no sabes...

D. MIGUEL. De una oreja al punto...

D. ALBERTO. (*Con viveza.*) Advierte
que conserva sus tesoros.

D. MIGUEL. ¿Qué me dices?

D. ALBERTO. Sí; contente.

D.ª RUFINA. Cien mil duros tiene en Cádiz,
lo demás está corriente,
y arreglando está en su cuarto...

D. MIGUEL. (*Suspenso.*)
¿De veras? Mas, ¿cómo puede
ser esto?

D. ALBERTO. Ya lo sabrás.
D.ª RUFINA. Sosiégate y está alegre,
pues todos nuestros afanes
pronto, Miguel, van á verse
cumplidos.
D. MIGUEL. ¿Pero?... ¡Rufina!
D. SIMEON. Don Blas, como muy prudente,
aseguró sus tesoros...
D. ALBERTO. (*Mirando á la puerta del fondo.*)
Callad, callad, que aquí viene.

ESCENA XXIX

LOS MISMOS. D. BLAS. DON JUAN

D.ª RUFINA. (*Yendo hácia don Blas con muestras de cariño.*)
¿Dejas ya todo arreglado,
Blasito, como conviene?
Pues un abrazo he de darte,
que este chasco lo merece.
(*Va á abrazar á don Blas y él la contiene, pero ella disimulando continúa.*)
La mejor casa de campo
que en los contornos se encuentre,
voy á buscar al momento
para que...
D. BLAS. No te molestes.
Te lo agradezco, Rufina.
Mi plan es ya diferente.
(*Queda sumergido en profunda meditacion.*)
D. ALBERTO. (*Turbado.*)
Si en la ciudad con nosotros,
hermano, quedarte quieres...
D. MIGUEL. (*Acercándose á don Blas.*)
Muy bien nos has embromado.
D. SIMEON. (*Haciendo cortesías á don Blas.*)
Yo, señor, vengo á ofrecerme...
D.ª RUFINA. (*Meneando á don Blas.*)
Mira... Blasito... Responde.
ANA. (*Aparte.*)
¡Qué poca vergüenza tienen!
D. BLAS. (*Vuelve en sí, da un suspiro y dice con resolucion:*)
Me decido... Es necesario.
Ruego que todos ustedes
me escuchen por un momento,
seré compendioso y breve.
A mi salida de Lima,
juzgando que mis parientes
eran lo que mi cariño
apetecia que fuesen,
pensé repartir con ellos
mis riquezas y mis bienes;
reservando aquello poco
que juzgara suficiente
para pasar en retiro
dulce quietud, vida alegre;
y para que en todo caso
mis deseos se cumpliesen,
extendí mi testamento
mandándolo así.
(*Saca un papel del bolsillo.*)
Y es este.
En navegacion tan larga
era mi consuelo siempre
pensar las caricias dulces
de que colmado iba á verme
al llegar á una familia
que mil recuerdos me debe;
pensando que á mí, á mí solo,
rico, ó pobre, ó como fuese,
aquel amor conservaba
que sangre ó costumbre encienden,
y por el cual, yo lo juro,
diera cuanto darse puede.
Al ver que de bajo estado
habian subido mis gentes
á los títulos y honores,
que justo premio ser deben
de méritos y virtudes,
soñaba yo neciamente
que con ellos y con ellas
los habian logrado; y este
pensamiento difundia
en mi pecho mil deleites.
Cuando al término llegaba
de mis soñados placeres,
casi á la vista de Cádiz,
unos piratas aleves
abordaron mi fragata
y me robaron los bienes;
y aunque, estando asegurados,
nada perdí, los crueles
momentos del abordaje,
los peligros inminentes
de la terrible sorpresa,
y el ver cercana la muerte,
ni yo aquí puedo pintarlos,
ni es posible encarecerse;
porque en tan duros momentos,
aunque el oro se conserve,
se piensa sólo en la vida,
se olvidan los intereses.
Llego á Cádiz, mis asuntos
arreglo en momentos breves,
al seno de mi familia
venir anhelando siempre;
y á un amigo verdadero,
que tal nombre le compete,
descubrí los planes mios,

y anheloso preguntéle
qué concepto mis hermanos
disfrutaban. Muchas veces
se lo pregunté, y negóse
reservado á responderme.
Importunéle de nuevo,
le conjuré me dijese
la verdad; pero él tan sólo
me respondió, cual prudente:
«Consulta con otros, Blas,
yo no sé qué responderte.»
Harto me dijo mi amigo
para en confusion ponerme.
Indago, inquiero, pregunto,
busco medios diferentes
de saber lo que anhelaba,
¿y qué me dijeron? Pueden,
pueden muy bien conocerlo,
sin que yo lo diga, ustedes.

D.ª RUFINA. Si tú crédito no dieras
á embrollones mequetrefes,
que sólo...

D. BLAS. (*Indignado.*) Basta, Rufina.
¡Ojalá mentiras fuesen
los informes que me dieron!
Más feliz fuera mi suerte.
Pero... mi experiencia propia,
¿de qué modo se desmiente?
Hallando que era buen medio
la pérdida de mis bienes,
con que hacer una experiencia,
para mí costosa siempre,
vine á buscaros cual pobre.
¿Y qué encontré?... Respondedme.
¿Qué encontré? Ya basta, ingratos.
Tanto vales cuanto tienes
es vuestra máxima infame.
¿No os confunde sólo el verme?

D.ª RUFINA. (*Con mucha humildad.*)
Blasito, pero hazte cargo...

D. BLAS. ¿Aun á respirar te atreves?
Ya son otros mis designios.
(*Rompe el testamento que tiene en la mano.*)
Esto sólo, esto merece
vuestra insensatez y orgullo.
No reparto yo mis bienes
con ociosos mentecatos,
que virtud ninguna tienen.
De esos títulos y honores
que á tal punto os envanecen,
y que en vuestras viles almas
consiguen tanto ascendiente
que los sublimes afectos
de naturaleza vencen;
de esos títulos y honores,
que en vez de inspirar á ustedes
honor y nobles virtudes,
les sirven tan solamente
de estímulo á nuevas trampas,
y á otros vicios y sandeces,
sacad, sacad todo el fruto;
y mis tesoros se queden
para ser con mi cariño
premio de quien los merece.
Paca, cincuenta mil duros
para dote prontos tienes,
(*Saca del bolsillo la cajita del collar de perlas que le dió doña Paquita en la escena XIII de este acto.*)
con este collar de perlas
que mi gratitud te vuelve.

D.ª PAQUITA. (*Sorprendida.*)
¡Tio!

D. BLAS. Sí, sobrina amada. (*Abrazándola.*)
Y tu esposo será este.
(*Toma á don Juan del brazo y lo pone junto á doña Paquita.*)

D. JUAN. ¡Señor!

D. BLAS. (*A don Juan.*)
Nada hay que decirme.
Muy bien vuestro padre puede
su salud recobrar luégo,
sin que más en quiebras piense.

D.ª PAQUITA. ¡Tio!!!

D. JUAN. (*Queriéndose arrojar á los piés de don Blas.*) Permitid...

D. BLAS. (*Conteniéndoles.*) ¿Qué haceis?
Vuestro amor tan solamente
exijo por recompensa;
mi cariño otra no quiere.

D.ª RUFINA. (*Dudosa.*)
¿Y de veras has hablado?

D. BLAS. ¿Pues aun dudándolo estás?

D.ª RUFINA. ¿Con que así nos dejas, Blas?
¡Por cierto que te has portado!

D. BLAS. Me admiro de tu imprudencia.
¡Extraña es tu condicion!

D.ª RUFINA. (*Furiosa.*)
¿Con que nos dejas, bribon,
á la luna de Valencia?
(*Se retira á sentarse en una silla con muestras de gran despecho.*)

D. ALBERTO. Pero yo, Blas...

D. BLAS. Anda, Alberto.
Eres mejor que Rufina,
mas como ella te domina,
no hay que pensar en concierto.
(*Se retira don Alberto confundido.*)

D. SIMEON. Muy discreto andais, señor,
y quien es tan sabio y justo,
no recibirá disgusto

en darme amparo y favor.
(*Saca el recibo.*)
Aquí tengo este recibo...

D. BLAS. ¿A verlo?

D. SIMEON. (*Dale el recibo.*)
Tomadlo, pues,
y conocereis que es
en extremo ejecutivo.

D. BLAS. (*Rompe el recibo.*)
Ya está visto, y esto hago.

D. SIMEON. (*Desesperado.*)
¿Cómo...? ¡Por vida de tal...!
¡Y que yo, necio, animal,
lo soltara!

D. BLAS. Al punto el pago
de tres mil reales tendreis,
que es lo que prestasteis hoy,
y agradeced que no doy
el paso que mereceis.

D. SIMEON. Yo, señor, dí mi dinero
de buena fe, y no es razon...

D. BLAS. ¿Quereis luégo á una prision
ir por infame usurero?

D. SIMEON. (*Amedrentado.*)
Si mis tres mil veo yo...

D. BLAS. (*Dándole un papel envuelto.*)
Ahí van en oro, y os ruego
que os ausenteis luégo, luégo.

D. SIMEON. (*Aparte despues de reconocer el papel.*)
En fin, nada se perdió.
(*Vase con gran priesa.*)

ESCENA XXX

LOS MISMOS, *menos* DON SIMEON.

D.ª PAQUITA. (*Con mucha ternura.*)
Tio, señor...

D. BLAS. ¿Qué, hija mia?
¿No estás con tu esposo ya?

D.ª PAQUITA. ¡Ay! en vuestra mano está
el completar este dia.
¡Mi pobre madre, señor...!
¡Por mi madre!...

D. BLAS. Si en un año
enmienda su orgullo extraño,
se ablandará mi rigor.

D.ª RUFINA. (*Levantándose furiosa de la silla.*)
No quiero deberte á tí
nada, ni á esa bachillera.
Si para casarse espera
mi licencia la doy, sí.
Tan tonta es, tan incapaz,
que nunca será señora.
Cásese, pues, en buen hora,
con tal que me deje en paz.
(*Con gran altanería.*)
Alberto, somos señores.
A esta gentuza dejemos,
que nosotros sacaremos
el fruto á nuestros honores.
Tú, Miguel, ¿por qué te abates?
Siempre tu Rufina soy,
y hoy mismo, si quieres, hoy...

D. MIGUEL. (*Con despego.*)
No digas más disparates.

D.ª RUFINA. ¿Con que?...

D. MIGUEL. ¡Calla!
(*Acercándose á don Blas.*)
Blas, de mí
no tendrás queja fundada,
pues no me he metido en nada.

D. BLAS. (*Recordando.*)
¡Ah, se me olvidaba!... sí.
(*Saca del bolsillo un pliego cerrado y se lo da.*)
El capitan general,
por esta órden, al momento
manda que á su regimiento
vaya el señor oficial.
Sabiendo yo tu valor,
en Cádiz se la he pedido,
pues sin su tropa aburrido
está un militar de honor.

D. MIGUEL. (*Lee el pliego, y muy alterado dice:*)
¡No sé cómo me contengo,
no sé cómo á bofetones,
á palos y á puntillones
de esta ofensa no me vengo!
Maldita la hora menguada
en que saliste de Lima.
¿Que esto nos suceda, prima?
¡Si meto mano á la espada!...

D.ª RUFINA. (*Conteniéndole.*)
No te pierdas, Miguel, no.
(*Con gran altanería.*)
Blas, Paca, don Juan, tunantes,
marchad de esta casa, antes
que de ella os arroje yo.

D. ALBERTO. Rufina, déjalos; calla.

D.ª RUFINA. ¿Cómo? Yo en mi casa mando.
Lucifer me está llevando.
Marchad, plebeya canalla.
(*Vase por la izquierda, y detrás de ella don Alberto y don Miguel, todos con muestras de gran despecho.*)

ESCENA XXXI Y ULTIMA

DON BLAS. DON JUAN. DOÑA PAQUITA. ANA. PASCUAL

D. BLAS. (*Mirándola con lástima.*)
¡Dios te perdone, Rufina!
Vámonos. Miéntras tu boda

se concluye y acomoda,
vente conmigo, sobrina.

D. JUAN. Señor, en mi casa...

D. BLAS. No.

No fuera decente...

D. JUAN. Bien.

ANA. ¡Ay señorita! tambien
con usted me quiero ir yo.

D.ª PAQUITA. Con mucho gusto.

PASCUAL. Y yo, digo,
¿irme con usted no puedo?
Porque en casa no me quedo.

D. BLAS. Pascual, te vendrás conmigo.

ANA. (*A Pascual.*)
¿Con que tú tambien te vienes?

PASCUAL. Sí, y queda finalizada
la comedia titulada
Tanto vales cuanto tienes.

ANA. Pero ántes pide rendido
sólo un recuerdo y no más...,
y aun pide mucho quizás,
un ingenio perseguido.

Malta, año de 1827.

FIN DE LA COMEDIA

DON ALVARO Ó LA FUERZA DEL SINO

DRAMA ORIGINAL EN CINCO JORNADAS, Y EN PROSA Y VERSO

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO, *en prueba de constante y leal amistad en próspera y adversa fortuna.*

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

PERSONAS

DON ALVARO.
EL MARQUÉS DE CALATRAVA.
DON CARLOS DE VARGAS, *su hijo.*
DON ALFONSO DE VARGAS, *idem.*
DOÑA LEONOR, *idem.*
CURRA, *criada.*
PRECIOSILLA, *gitana.*
UN CANÓNIGO.
EL PADRE GUARDIAN DEL CONVENTO DE LOS ANGELES.
EL HERMANO MELITON, *portero del mismo.*
PEDRAZA Y OTROS OFICIALES.
UN CIRUJANO DE EJÉRCITO.
UN CAPELLAN DE REGIMIENTO.
UN ALCALDE.
UN ESTUDIANTE.
UN MAJO.
MESONERO.
MESONERA.
LA MOZA DEL MESON.
EL TIO TRABUCO, *arriero.*
EL TIO PACO, *aguador.*
EL CAPITAN PREBOSTE.
UN SARGENTO.
UN ORDENANZA Á CABALLO.
DOS HABITANTES DE SEVILLA.
SOLDADOS ESPAÑOLES, ARRIEROS, LUGAREÑOS Y LUGAREÑAS.

Los trajes son los que se usaban á mediados del siglo pasado.

Este drama se estrenó en Madrid en el teatro del Príncipe la noche del dia 22 de marzo de 1835; desempeñando los principales papeles la señora Concepcion Rodriguez, y los señores Luna, Romea, Guzman, etc.

JORNADA PRIMERA

LA ESCENA ES EN SEVILLA Y SUS ALREDEDORES

La escena representa la entrada del antiguo puente de barcas de Triana, el que estará practicable á la derecha. En primer término al mismo lado un aguaducho, ó barraca de tablas y lonas, con un letrero que diga: *Agua de Tomares;* dentro habrá un mostrador rústico con cuatro grandes cántaros, macetas de flores, vasos, un anafre con una cafetera de hoja de lata, y una bandeja con azucarillos. Delante del aguaducho habrá bancos de pino. Al fondo se descubrirá de léjos parte del arrabal de Triana, la huerta de los Remedios con sus altos cipreses, el rio y varios barcos en él, con flámulas y gallardetes. A la izquierda se verá en lontananza la alameda. Varios habitantes de Sevilla cruzarán en todas direcciones durante la escena. El cielo demostrará el ponerse el sol en una tarde de julio, y al descorrerse el telon aparecerán: EL TIO PACO detrás del mostrador en mangas de camisa; EL OFICIAL bebiendo un vaso de agua, y de pié; PRECIOSILLA á su lado templando una guitarra; EL MAJO y los DOS HABITANTES DE SEVILLA sentados en los bancos.

ESCENA PRIMERA

OFICIAL. Vamos, Preciosilla, cántanos la rondeña. Pronto, pronto: ya está bien templada.

PRECIOSILLA. Señorito, no sea su merced tan súpito. Deme ántes esa mano, y le diré la buenaventura.

OFICIAL. Quita, que no quiero tus zalamerías. Aunque efectivamente tuvieras la habilidad de decirme lo que me ha de suceder, no quisiera oírtelo... Sí, casi siempre conviene el ignorarlo.

MAJO. (*Levantándose.*) Pues yo quiero que me diga la buenaventura esta prenda. Hé aquí mi mano.

PRECIOSILLA. Retire usted allá esa porquería... Jesus, ni verla quiero, no sea que se encele aquella niña de los ojos grandes.

MAJO. (*Sentándose.*) ¡Qué se ha de encelar de tí, pendon!

PRECIOSILLA. Vaya, saleroso, no se cargue usted de estera; convídeme á alguna cosita.

MAJO. Tio Paco, déle usted un vaso de agua á esta criatura, por mi cuenta.

PRECIOSILLA. ¿Y con panal?

OFICIAL. Sí, y despues que te refresques el garguero y que te endulces la boca, nos cantarás las corraleras.

(*El aguador sirve un vaso de agua con panal á Preciosilla, y el Oficial se sienta junto al Majo.*)

HABITANTE 1.º Hola; aquí viene el señor canónigo.

ESCENA II

CANÓNIGO. Buenas tardes, caballeros.

HABITANTE 2.º Temíamos no tener la dicha de ver á su merced esta tarde, señor canónigo.

CANÓNIGO. (*Sentándose y limpiándose el sudor.*) ¿Qué persona de buen gusto, viviendo en Sevilla, puede dejar de venir todas las tardes de verano á beber la deliciosa agua de Tomares, que con tanta limpieza y pulcritud nos da el tio Paco, y á ver un ratito este puente de Triana, que es lo mejor del mundo?

HABITANTE 1.º Como ya se está poniendo el sol...

CANÓNIGO. Tio Paco, un vasito de la fresca.

TIO PACO. Está usía muy sudado; en descansando un poquito le daré el refrigerio.

MAJO. Dale á su señoría el agua templada.

CANÓNIGO. No, que hace mucho calor.

MAJO. Pues yo templada la he bebido, para tener el pecho suave, y poder entonar el rosario por el barrio de la Borcinería, que á mí me toca esta noche.

OFICIAL. Para suavizar el pecho, mejor es un trago de aguardiente.

MAJO. El aguardiente es bueno para sosegarlo despues de haber cantado la letanía.

OFICIAL. Yo lo tomo ántes y despues de mandar el ejercicio.

PRECIOSILLA. (*Habrá estado punteando la guitarra, y dirá al Majo:*) Oiga usted, rumboso, ¿y cantará usted esta noche la letanía delante del balcon de aquella persona?...

CANÓNIGO. Las cosas santas se han de tratar santamente. Vamos. ¿Y qué tal los toros de ayer?

MAJO. El toro berrendo de Utrera, salió un buen bicho, muy pegajoso... Demasiado.

HABITANTE 1.º Como que se me figura que le tuvo usted asco.

MAJO. Compadre, alto allá, que yo soy muy duro de estómago... aquí está mi capa (*enseña un desgarron*), diciendo por esta boca, que no anduvo muy léjos.

HABITANTE 2.º No fué la corrida tan buena como la anterior.

PRECIOSILLA. Como que ha faltado en ella don Alvaro el indiano, que á caballo y á pié es el mejor torero que tiene España.

MAJO. Es verdad que es todo un hombre, muy duro con el ganado, y muy echado adelante.

PRECIOSILLA. Y muy buen mozo.

HABITANTE 1.º Y ¿por qué no se presentaria ayer en la plaza?

OFICIAL. Harto tenia que hacer con estarse llorando el mal fin de sus amores.

MAJO. Pues qué, ¿lo ha plantado ya la hija del señor marqués?...

OFICIAL. No: doña Leonor no lo ha plantado á él, pero el marqués la ha trasplantado á ella.

HABITANTE 2.º ¿Cómo?...

HABITANTE 1.º Amigo, el señor marqués de Calatrava tiene mucho copete, y sobrada vanidad para permitir que un advenedizo sea su yerno.

OFICIAL. Y ¿qué más podia apetecer su señoría, que el ver casada á su hija (que con todos sus pergaminos está muerta de hambre), con un hombre riquísimo, y cuyos modales están pregonando que es un caballero?

PRECIOSILLA. Si los señores de Sevilla son vanidad y pobreza todo en una pieza. Don Alvaro es digno de ser marido de una emperadora... ¡Qué gallardo!... ¡qué formal y qué generoso!... Hace pocos dias que le dije la buenaventura (y por cierto no es buena la que le espera si las rayas de la mano no mienten), y me dió una onza de oro como un sol de mediodía.

TIO PACO. Cuantas veces viene aquí á beber me pone sobre el mostrador una peseta columnaria.

MAJO. ¡Y vaya un hombre valiente! Cuando en la Alameda vieja le salieron aquella noche los siete hombres más duros que tiene Sevilla, metió mano, y me los acorraló á todos contra las tapias del picadero.

OFICIAL. Y en el desafío que tuvo con el capitan de artillería se portó como un caballero.

PRECIOSILLA. El marqués de Calatrava es un vejete tan ruin, que por no aflojar la mosca, y por no gastar...

OFICIAL. Lo que debia hacer don Alvaro era darle una paliza que...

CANÓNIGO. Paso, paso, señor militar. Los padres tienen derecho de casar á sus hijas con quien les convenga.

OFICIAL. ¿Y por qué no le ha de convenir don Alvaro? ¿Porque no ha nacido en Sevilla?... Fuera de Sevilla nacen tambien caballeros.

CANÓNIGO. Fuera de Sevilla nacen tambien caballeros, sí señor; pero... ¿lo es don Alvaro?... Sólo sabemos que ha venido de Indias hace dos meses, y que ha traido dos negros y mucho dinero... Pero ¿quién es?...

HABITANTE 1.º Se dicen tantas y tales cosas de él...

HABITANTE 2.º Es un ente muy misterioso.

TIO PACO. La otra tarde estuvieron aquí unos señores hablando de lo mismo, y uno de ellos dijo que el tal don Alvaro habia hecho sus riquezas siendo pirata...

MAJO. ¡Jesucristo!

TIO PACO. Y otro, que don Alvaro era hijo bastardo de un grande de España, y de una reina mora..

OFICIAL. ¡Qué disparate!

TIO PACO. Y luégo dijeron que no, que era... no lo puedo declarar... finca... ó brinca... una cosa así... así como... una cosa muy grande allá de la otra banda.

OFICIAL. ¿Inca?

TIO PACO. Sí, señor, eso, Inca... Inca.

CANÓNIGO. Calle usted, tio Paco, no diga sandeces.

TIO PACO. Yo nada digo, ni me meto en honduras; para mí cada uno es hijo de sus obras, y en siendo buen cristiano y caritativo...

PRECIOSILLA. Y generoso y galan.

OFICIAL. El vejete roñoso del marqués de Calatrava hace muy mal en negarle su hija.

CANÓNIGO. Señor militar, el señor marqués hace muy bien. El caso es sencillísimo. Don Alvaro llegó hace dos meses, nadie sabe quién es. Ha pedido en casamiento á doña Leonor, y el marqués, no juzgándolo buen partido para su hija, se la ha negado. Parece que la señorita estaba encaprichadilla, fascinada, y el padre la ha llevado al campo, á la hacienda que tiene en el Aljarafe, para distraerla. En todo lo cual el señor marqués se ha comportado como persona prudente.

OFICIAL. Y don Alvaro, ¿qué hará?

CANÓNIGO. Para acertarlo debe buscar otra novia: porque si insiste en sus descabelladas pretensiones, se expone á que los hijos del señor marqués vengan, el uno de la universidad, y el otro del regimiento, á sacarle de los cascos los amores de doña Leonor.

OFICIAL. Muy partidario soy de don Alvaro, aunque no le he hablado en mi vida, y sentiria verlo empeñado en un lance con don Cárlos, el hijo mayorazgo del marqués. Le he visto el mes pasado en Barcelona, y he oido contar los dos últimos desafíos que ha tenido ya: y se le puede ayunar.

CANÓNIGO. Es uno de los oficiales más valientes del regimiento de Guardias Españolas, donde no se chancea en esto de lances de honor.

HABITANTE 1.º Pues el hijo segundo del señor marqués, el don Alfonso, no le va en zaga. Mi primo, que acaba de llegar de Salamanca, me ha dicho que es el coco de la universidad, más espadachin que estudiante, y que tiene metidos en un puño á los matones sopistas.

MAJO. ¿Y desde cuándo está fuera de Sevilla la señorita doña Leonor?

OFICIAL. Hace cuatro dias que se la llevó el padre á su hacienda, sacándola de aquí á las cinco de la mañana, despues de haber estado toda la noche hecha la casa un infierno.

PRECIOSILLA. ¡Pobre niña!... ¡Qué linda que es, y qué salada!... Negra suerte le espera... Mi madre la dijo la buenaventura, recien nacida, y siempre que la nombra se le saltan las lágrimas... Pues el generoso don Alvaro...

HABITANTE 1.º En nombrando el ruin de Roma, luégo asoma... allí viene don Alvaro.

ESCENA III

Empieza á anochecer, y se va oscureciendo el teatro. D. ALVARO *sale embozado en una capa de seda, con un gran sombrero blanco, botines y espuelas: cruza lentamente la escena mirando con dignidad y melancolía á todos lados, y se va por el puente. Todos lo observan en gran silencio.*

ESCENA IV

MAJO. ¿A dónde irá á estas horas?

CANÓNIGO. A tomar el fresco al Altozano.

TIO PACO. Dios vaya con él.

MILITAR. ¿A que va al Aljarafe?

TIO PACO. Yo no sé, pero como estoy siempre aquí de dia y de noche, soy un vigilante centinela de cuanto pasa por esta puente... Hace tres dias que á media tarde pasa por ella hácia allá un negro con dos caballos de mano, y que don Alvaro pasa á estas horas; y luégo á las cinco de la mañana vuelve á pasar hácia acá, siempre á pié, y como media hora despues pasa el negro con los mismos caballos llenos de polvo y de sudor.

CANÓNIGO. ¿Cómo?.. ¿Qué me cuenta usted, tio Paco?...

TIO PACO. Yo nada; digo lo que he visto; y esta tarde ya ha pasado el negro, y hoy no lleva dos caballos, sino tres.

HABITANTE 1.º Lo que es atravesar el puente

hácia allá á estas horas, he visto yo á don Alvaro tres tardes seguidas.

MAJO. Y yo he visto ayer á la salida de Triana al negro con los caballos.

HABITANTE 2.º Y anoche viniendo yo de San Juan de Alfarache, me paré en medio del olivar á apretar las cinchas á mi caballo, y pasó á mi lado, sin verme y á escape, don Alvaro, como alma que llevan los demonios, y detrás iba el negro. Los conocí por la jaca torda, que no se puede despintar... ¡cada relámpago que daban las herraduras!...

CANÓNIGO. (*Levantándose y aparte.*) ¡Hola! ¡hola!... Preciso es dar aviso al señor marqués.

MILITAR. Me alegrara de que la niña traspusiese una noche con su amante, y dejara al vejete pelándose las barbas.

CANÓNIGO. Buenas noches, caballeros: me voy, que empieza á ser tarde. (*Aparte, yéndose.*) Seria faltar á la amistad no avisar al instante al marqués de que don Alvaro le ronda la hacienda. Tal vez podemos evitar una desgracia.

ESCENA V

El teatro representa una sala colgada de damasco, con retratos de familia, escudos de armas y los adornos que se estilaban en el siglo pasado, pero todo deteriorado, y habrá dos balcones, uno cerrado y otro abierto y practicable, por el que se verá un cielo puro, iluminado por la luna, y algunas copas de árboles. Se pondrá en medio una mesa con tapete de damasco, y sobre ella habrá una guitarra, vasos chínescos con flores, y dos candeleros de plata con velas, únicas luces que alumbrarán la escena. Junto á la mesa habrá un sillon. Por la izquierda entrará el MARQUÉS DE CALATRAVA *con una palmatoria en la mano, y detrás de él* D.ª LEONOR, *y por la derecha entra la* CRIADA.

MARQUÉS. (*Abrazando y besando á su hija.*)
Buenas noches, hija mia;
hágate una santa el cielo.
A Dios, mi amor, mi consuelo,
mi esperanza, mi alegría.
No dirás que no es galan
tu padre. No descansara
si hasta aquí no te alumbrara
todas las noches... Están
abiertos estos balcones, (*Los cierra.*)
y entra relente. . Leonor...
¿Nada me dice tu amor?
¿Por qué tan triste te pones?

D.ª LEONOR. (*Abatida y turbada.*)
Buenas noches, padre mio.

MARQUÉS. Allá para Navidad
iremos á la ciudad:
cuando empiece el tiempo frio.
Y para entónces traeremos
al estudiante, y tambien
al capitan. Que les den
permiso á los dos haremos.
¿No tienes gran impaciencia
por abrazarlos?

D.ª LEONOR. ¿Pues no?
¿Qué más puedo anhelar yo?

MARQUÉS. Los dos lograrán licencia.
Ambos tienen mano franca,
condicion que los abona,
y Cárlos, de Barcelona,
y Alfonso, de Salamanca,
ricos presentes te harán.
Escríbeles tú, tontilla,
y algo que no haya en Sevilla
pídeles, y lo traerán.

D.ª LEONOR. Dejarlo será mejor
á su gusto delicado.

MARQUÉS. Lo tienen, y muy sobrado:
como tú quieras, Leonor.

CURRA. Si como á usted, señorita,
carta blanca se me diera,
á don Cárlos le pidiera
alguna bata bonita
de Francia. Y una cadena
con su broche de diamante
al señorito estudiante,
que en Madrid la hallará buena.

MARQUÉS. Lo que gustes, hija mia.
Sabes que el ídolo eres
de tu padre... ¿No me quieres?
(*La abraza y besa tiernamente.*)

D.ª LEONOR. ¡Padre!... ¡Señor!... (*Afligida.*)

MARQUÉS. La alegría
vuelva á tí, prenda del alma;
piensa que tu padre soy,
y que de continuo estoy
soñando tu bien... La calma
recobra, niña... En verdad
desde que estamos aquí
estoy contento de tí;
veo la tranquilidad
que con la campestre vida
va renaciendo en tu pecho,
y me tienes satisfecho;
sí, lo estoy mucho, querida.
Ya se me ha olvidado todo;
eres muchacha obediente,
y yo seré diligente
en darte un buen acomodo.
Sí, mi vida... ¿quién mejor
sabrá lo que te conviene,
que un tierno padre, que tiene
por tí el delirio mayor?

D.ª LEONOR. (*Echándose en brazos de su padre con gran desconsuelo.*)
¡Padre amado!... ¡Padre mio!

MARQUÉS. Basta, basta... ¿Qué te agita?
(*Con gran ternura.*)

Yo te adoro, Leonorcita;
no llores... ¡Qué desvarío!

D.ª LEONOR. ¡Padre!... ¡Padre!

MARQUÉS. (*Acariciándola y deshaciéndose de sus brazos.*)
A Dios, mi bien.
A dormir, y no lloremos.
Tus cariñosos extremos
el cielo bendiga, amén.
(*Vase el marqués, y queda Leonor muy abatida y llorosa sentada en el sillon.*)

ESCENA VI

CURRA *va detrás del* MARQUÉS, *cierra la puerta por donde aquel se ha ido y vuelve cerca de* LEONOR

CURRA. ¡Gracias á Dios!... me temí
que todito se enredase,
y que señor se quedase
hasta la mañana aquí.
¡Qué listo cerró el balcon!...
Que por el del palomar
vamos las dos á volar
le dijo su corazon.
Abrirlo sea lo primero; (*Abrelo.*)
ahora lo segundo es
cerrar las maletas. Pues
salgan ya de su agujero.
(*Saca Curra unas maletas y ropa, y se pone á arreglarlo todo sin que en ello repare doña Leonor.*)

D.ª LEONOR. ¡Infeliz de mí!... ¡Dios mio!
¿Por qué un amoroso padre,
que por mí tanto desvelo
tiene, y cariño tan grande,
se ha de oponer tenazmente
(¡ay, el alma se me parte!...)
á que yo dichosa sea,
y pueda feliz llamarme?...
¿Cómo, quien tanto me quiere,
puede tan cruel mostrarse?
Más dulce mi suerte fuera
si aun me viviera mi madre.

CURRA. ¿Si viviera la señora?...
usted está delirante.
Más vana que señor era;
señor al cabo es un ángel.
¡Pero ella!... Un genio tenia
y un copete... Dios nos guarde.
Los señores de esta tierra
son todos de un mismo talle.
Y si alguna señorita
busca un novio que le cuadre,
como no esté en pergaminos
envuelto, levantan tales
alaridos... Mas ¿qué importa
cuando hay decision bastante?
Pero no perdamos tiempo;
venga usted, venga á ayudarme,
porque yo no puedo sola...

D.ª LEONOR. ¡Ay, Curra!... ¡Si penetrases
cómo tengo el alma! Fuerza
me falta hasta para alzarme
de esta silla... ¡Curra, amiga!
lo confieso, no lo extrañes,
no me resuelvo, imposible...
Es imposible. ¡Ah!... ¡mi padre!
sus palabras cariñosas,
sus extremos, sus afanes,
sus besos y sus abrazos,
eran agudos puñales
que el pecho me atravesaban.
Si se queda un solo instante
no hubiera más resistido...
Ya iba á sus piés á arrojarme,
y confundida, aterrada,
mi proyecto á revelarle;
y á morir, ansiando sólo
que su perdon me acordase.

CURRA. ¡Pues hubiéramos quedado
frescas, y echado un buen lance!
Mañana veria usted
revolcándose en su sangre,
con la tapa de los sesos
levantada, al arrogante,
al enamorado, al noble
don Alvaro. O arrastrarle
como un malhechor, atado
por entre estos olivares
á la cárcel de Sevilla;
y allá para Navidades
acaso, acaso en la horca.

D.ª LEONOR. ¡Ay, Curra!... El alma me partes.

CURRA. Y todo esto, señorita,
porque la desgracia grande
tuvo el infeliz de veros,
y necio de enamorarse
de quien no le corresponde,
ni resolucion bastante
tiene para...

D.ª LEONOR. Basta, Curra;
no mi pecho despedaces.
¿Yo á su amor no correspondo?
Que le correspondo sabes...
Por él mi casa y familia,
mis hermanos y mi padre
voy á abandonar, y sola...

CURRA. Sola no, que yo soy álguien,
y tambien Antonio va,
y nunca en ninguna parte
la dejaremos... ¡Jesus!

D.ª LEONOR. ¿Y mañana?

CURRA. Dia grande.
Usted la adorada esposa
será del más adorable,
rico y lindo caballero
que puede en el mundo hallarse,
y yo la mujer de Antonio:
y á ver tierras muy distantes
iremos ambas... ¡qué bueno!
D.ª LEONOR. ¿Y mi anciano y tierno padre?
CURRA. ¿Quién?... ¿Señor?... rabiará un poco,
pateará, contará el lance
al Capitan general
con sus pelos y señales;
fastidiará al Asistente,
y tambien á sus compadres
el canónigo, el jurado,
y los vejetes maestrantes;
saldrán mil requisitorias
para buscarnos en balde,
cuando nosotras estemos
ya seguritas en Flandes.
Desde allí escribirá usted,
y comenzará á templarse
señor, y á los nueve meses,
cuando sepa hay un infante,
que tiene sus mismos ojos,
empezará á consolarse.
Y nosotras chapurrando,
que no nos entienda nadie,
volveremos de allí á poco,
á que con festejos grandes
nos reciban, y todito
será banquetes y bailes.
D.ª LEONOR. ¿Y mis hermanos del alma?
CURRA. ¡Toma! ¡Toma!... Cuando agarren
del generoso cuñado,
uno con que hacer alarde
de vistosos uniformes
y con que rendir beldades;
y el otro para libracos
merendonas y truhanes,
reventarán de alegría.
D.ª LEONOR. No corre en tus venas sangre.
¡Jesus, y qué cosas tienes!
CURRA. Porque digo las verdades.
D.ª LEONOR. ¡Ay desdichada de mí!
CURRA. Desdicha por cierto grande
el ser adorado dueño
del mejor de los galanes.
Pero vamos, señorita,
ayúdeme usted, que es tarde.
D.ª LEONOR. Sí, tarde es, y aún no parece
don Alvaro... ¡Oh, si faltase
esta noche!... ¡Ojalá!... ¡Cielos!...
Que jamás estos umbrales
hubiera pisado, fuera
mejor... No tengo bastante
resolucion... lo confieso.
Es tan duro el alejarse
así de su casa... ¡Ay, triste!
(*Mira el reloj y sigue en inquietud.*)
Las doce han dado... ¡qué tarde
es ya, Curra! No, no viene.
¿Habrá en esos olivares
tenido algun mal encuentro?
Hay siempre en el Aljarafe
tan mala gente... Y Antonio
¿estará alerta?
CURRA. Indudable
es que está de centinela...
D.ª LEONOR. ¡Curra!... ¿Qué suena?... ¿Escuchaste?
(*Con gran sobresalto.*)
CURRA. Pisadas son de caballos.
D.ª LEONOR. ¡Ay! él es... (*Corre al balcon.*)
CURRA. Si que faltase
era imposible...
D.ª LEONOR. ¡Dios mio! (*Muy agitada.*)
CURRA. Pecho al agua, y adelante.

ESCENA VII

D. ALVARO *en cuerpo, con una jaquetilla de mangas perdidas sobre una rica chupa de majo, redecilla, calzon de ante, etc., entra por el balcon y se echa en brazos de* LEONOR.

D. ALV. (*Con gran vehemencia.*)
¡Angel consolador del alma mia!...
¿Van ya los santos cielos
á dar corona eterna á mis desvelos?
Me ahoga la alegría....
¿Estamos abrazados
para no vernos nunca separados?...
Antes, ántes la muerte
que de tí separarme y que perderte.
D.ª LEO. ¡Don Alvaro! (*Muy agitada.*)
D. ALV. Mi bien, mi Dios, mi todo.
¿Qué te agita y te turba de tal modo?
¿Te turba el corazon ver que tu amante
se encuentra en este instante
más ufano que el sol?... ¡Prenda adorada!
D.ª LEO. Es ya tan tarde...
D. ALV. ¿Estabais enojada
porque tardé en venir? De mi retardo
no soy culpado, no, dulce señora;
hace más de una hora
que despechado aguardo
por estos alredores
la ocasion de llegar, y ya temia
que de mi adversa estrella los rigores
hoy deshiciera la esperanza mia.
Mas no, mi bien, mi gloria, mi consuelo,
protege nuestro amor el santo cielo,
y una carrera eterna de ventura,

próvido á nuestras plantas asegura.
El tiempo no perdamos.
¿Está ya todo listo? Vamos, vamos,

CURRA. Sí: bajo del balcon, Antonio, el guarda,
las maletas espera;
las echaré al momento.
(*Va hácia el balcon.*)

D.ª LEO. Curra, aguarda, (*Resuelta.*)
detente:... ¡Ay Dios! ¿No fuera,
don Alvaro, mejor?...

D. ALV. ¿Qué, encanto mio?...
¿Por qué tiempo perder?... La jaca torda,
la que, cual dices tú, los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brio,
para tí está, mi dueño, enjaezada;
para Curra el overo.
Para mí el alazan gallardo y fiero...
¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!
En San Juan de Alfarache, preparado
todo, con gran secreto, lo he dejado.
El sacerdote en el altar espera;
Dios nos bendecirá desde su esfera:
y cuando el nuevo sol en el oriente,
protector de mi estirpe soberana,
númen eterno en la region indiana,
la régia pompa de su trono ostente,
monarca de la luz, padre del dia,
yo tu esposo seré, tú esposa mia.

D.ª LEO. Es tan tarde... ¡Don Alvaro!

D. ALV. Muchacha, (*A Curra*)
¿qué te detiene ya? Corre, despacha;
por el balcon esas maletas, luego...

D.ª LEO. Curra, Curra, detente. (*Fuera de sí.*)
¡Don Alvaro!

D. ALV. ¡Leonor!!!

D.ª LEO. ¡Dejadlo os ruego
para mañana!

D. ALV. ¿Qué?

D.ª LEO. Más fácilmente...

D. ALV. (*Demudado y confuso.*)
¿Qué es esto, qué, Leonor? ¿Te falta ahora
resolucion?... ¡ay yo desventurado!

D.ª LEO. ¡Don Alvaro! ¡Don Alvaro!!!

D. ALV. ¡Señora!

D.ª LEO. ¡Ay! me partís el alma...

D. ALV. Destrozado
tengo yo el corazon... ¿Dónde está, dónde,
vuestro amor, vuestro firme juramento?
Mal con vuestra palabra corresponde
tanta irresolucion en tal momento.
Tan súbita mudanza...
No os conozco, Leonor. ¿Llevóse el viento
de mi delirio toda la esperanza?
Sí, he cegado en el punto
en que alboraba el más risueño dia.
Me sacarán difunto
de aquí, cuando inmortal salir creia.
Hechicera engañosa,
¿la perspectiva hermosa
que falaz me ofreciste así deshaces?
¡Pérfida! ¿Te complaces
en levantarme al trono del Eterno,
para despues hundirme en el infierno?
¿Sólo me resta ya?...

D.ª LEO. (*Echándose en sus brazos.*)
No, no, te adoro.
¡Don Alvaro!.. ¡Mi bien!... vamos, sí, vamos,

D. ALV. ¡Oh mi Leonor!...

CURRA. El tiempo no perdamos

D. ALV. ¡Mi encanto! ¡Mi tesoro!
(*Doña Leonor muy abatida se apoya en el hombro de don Alvaro, con muestras de desmayarse.*)
Mas ¿qué es esto?... ¡ay de mí!... ¡tu mano
Me parece la mano de una muerta... yerta!
Frio está tu semblante
como la losa de un sepulcro helado...

D.ª LEO. ¡Don Alvaro!

D. ALV. ¡Leonor! (*Pausa.*) Fuerza bastante
hay para todo en mí... ¡Desventurado!
La conmocion conozco que te agita,
inocente Leonor. Dios no permita
que por debilidad en tal momento
sigas mis pasos, y mi esposa seas.
Renuncio á tu palabra y juramento;
hachas de muerte las nupciales teas
fueran para los dos... Si no me amas,
como te amo yo á tí... Si arrepentida...

D.ª LEO. Mi dulce esposo, con el alma y vida
es tuya tu Leonor; mi dicha fundo
en seguirte hasta el fin del ancho mundo.
Vamos, resuelta estoy, fijé mi suerte;
separarnos podrá sólo la muerte.

(*Van hácia el balcon, cuando de repente se oye ruido, ladridos, y abrir y cerrar puertas.*)

DOÑA LEONOR. ¡Dios mio! ¿Qué ruido es este? ¡Don Alvaro!!!

CURRA. Parece que han abierto la puerta del patio... y la de la escalera...

DOÑA LEONOR. ¿Se habrá puesto malo mi padre?...

CURRA. ¡Qué! no señora, el ruido viene de otra parte.

DOÑA LEONOR. ¿Habrá llegado alguno de mis hermanos?

DON ALVARO. Vamos, vamos, Leonor, no perdamos un instante. (*Vuelven hácia el balcon, y de repente se ve por él el resplandor de hachones de viento, y se oye galopar caballos.*)

DOÑA LEONOR. Somos perdidos... Estamos descubiertos... imposible es la fuga.

DON ALVARO. Serenidad es necesario en todo caso.

CURRA. La Vírgen del Rosario nos valga, y las ánimas benditas... ¿Qué será de mi pobre Antonio? (*Se asoma al balcon y grita.*) Antonio, Antonio.

DON ALVARO. Calla, maldita, no llames la atencion hácia este lado; entorna el balcon. (*Se acerca el ruido de puertas y pisadas.*)

DOÑA LEONOR. ¡Ay desdichada de mí!... Don Alvaro, escóndete... aquí... en mi alcoba.

DON ALVARO. (*Resuelto.*) No, yo no me escondo... No te abandono en tal conflicto. (*Prepara una pistola.*) Defenderte y salvarte es mi obligacion.

DOÑA LEONOR. (*Asustadísima.*) ¿Qué intentas? ¡ay! retira esa pistola, que me hiela la sangre... Por Dios, suéltala... ¿La dispararás contra mi buen padre?... ¿contra alguno de mis hermanos?... ¿Para matar á alguno de los fieles y antiguos criados de esta casa?

DON ALVARO. (*Profundamente confundido.*) No, no, amor mio... la emplearé en dar fin á mi desventurada vida.

DOÑA LEONOR. ¡Qué horror! ¡Don Alvaro!!!

ESCENA VIII

Abrese la puerta con estrépito despues de varios golpes en ella, y entra EL MARQUÉS *en bata y gorro con un espadin desnudo en la mano, y detrás dos criados mayores con luces.*

MARQUÉS. (*Furioso.*) Vil seductor...hija infame!

DOÑA LEONOR. (*Arrojándose á los piés de su padre.*) ¡Padre!!! ¡padre!!!

MARQUÉS. No soy tu padre... aparta... Y tú, vil advenedizo...

DON ALVARO. Vuestra hija es inocente... Yo soy el culpado... Atravesadme el pecho. (*Hinca una rodilla.*)

MARQUÉS. Tu actitud suplicante manifiesta lo bajo de tu condicion...

DON ALVARO. (*Levantándose.*) ¡Señor marqués!... ¡señor marqués!...

MARQUÉS. (*A su hija.*) Quita, mujer inícua. (*A Curra que le sujeta el brazo.*) ¿Y tú, infeliz, osas tocar á tu señor? (*A los criados.*) Ea, echaos sobre ese infame, sujetadle, atadle...

DON ALVARO. (*Con dignidad.*) Desgraciado del que me pierda el respeto. (*Saca una pistola y la monta.*)

DOÑA LEONOR. (*Corriendo hácia don Alvaro.*) ¡Don Alvaro!... ¿qué vais á hacer?

MARQUÉS. Echaos sobre él al punto.

DON ALVARO. ¡Ay de vuestros criados si se mueven! Vos solo teneis derecho para atravesarme el corazon.

MARQUÉS. ¡Tú morir á manos de un caballero! No, morirás á las del verdugo.

DON ALVARO. ¡Señor marqués de Calatrava!... Mas ¡ah! no: teneis derecho para todo... Vuestra hija es inocente... tan pura como el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo. La sospecha á que puede dar orígen mi presencia aquí á tales horas concluya con mi muerte; salga envolviendo mi cadáver como si fuera mi mortaja... Sí, debo morir... pero á vuestras manos. (*Pone una rodilla en tierra.*) Espero resignado el golpe, no lo resistiré; ya me teneis desarmado. (*Tira la pistola, que al dar en tierra se dispara y hiere al marqués, que cae moribundo en los brazos de su hija y de los criados, dando un alarido.*)

MARQUÉS. Muerto soy... ¡Ay de mí!...

DON ALVARO. ¡Dios mio! ¡arma funesta! ¡noche terrible!

DOÑA LEONOR. ¡Padre, padre!!!

MARQUÉS. Aparta; sacadme de aquí... donde muera sin que esta vil me contamine con tal nombre...

DOÑA LEONOR. ¡Padre!...

MARQUÉS. Yo te maldigo. (*Cae Leonor en brazos de don Alvaro que la arrastra hácia el balcon.*)

JORNADA SEGUNDA

LA ESCENA ES EN LA VILLA DE HORNACHUELOS Y SUS ALREDEDORES

ESCENA PRIMERA

Es de noche, y el teatro representa la cocina de un meson de la villa de Hornachuelos. Al frente estará la chimeneea y el hogar. A la izquierda la puerta de entrada: á la derecha dos puertas practicables. A un lado una mesa larga de pino, rodeada de asientos toscos, y alumbrado todo por un gran candilon. EL MESONERO *y* EL ALCALDE *aparecerán sentados gravemente en el fuego.* LA MESONERA *de rodillas guisando. Junto á la mesa,* EL ESTUDIANTE *cantando y tocando la guitarra.* EL ARRIERO *que habla, cribando cebada en el fondo del teatro.* EL TIO TRABUCO *tendido en primer término sobre sus jalmas.* LOS DOS LUGAREÑOS, LAS DOS LUGAREÑAS, LA MOZA *y uno de los* ARRIEROS, *que no habla, estarán bailando seguidillas. El otro* ARRIERO, *que no habla, estará sentado junto al estudiante, y jaleando á las que bailan. Encima de la mesa habrá una bota de vino, unos vasos y un frasco de aguardiente.*

ESTUDIANTE. (*Cantando en voz recia al són de la guitarra, y las tres parejas bailando con gran algazara.*)

Poned en estudiantes
vuestro cariño,
que son como discretos
agradecidos.
Viva Hornachuelos,
vivan de sus muchachas
los ojos negros.
Dejad á los soldados,
que es gente mala,
y así que dan el golpe
vuelven la espalda.
Viva Hornachuelos,
vivan de sus muchachas
los ojos negros.

MESONERA. (*Poniendo una sarten sobre la mesa.*) Vamos, vamos que se enfria... (*A la criada.*) Pepa, al avío.

ARRIERO. (*El del cribo.*) Otra coplita.

ESTUDIANTE. (*Dejando la guitarra.*) Abrenuncio. Antes de todo la cena.

MESONERA. Y si despues quiere la gente seguir bailando y alborotando, váyanse al corral, ó la calle, que hay una luna clara como de dia. Y dejen en silencio el meson, que si unos quieren jaleo, otros quieren dormir. Pepa, Pepa... ¿no digo que basta ya de zangoloteo?...

TIO TRABUCO. (*Acostado en sus arreos.*) Tia Colasa, usted está en lo cierto. Yo por mí, quiero dormir.

MESONERO. Sí, ya basta de ruido. Vamos á cenar. Señor alcalde, eche su merced la bendicion, y venga á tomar una presita.

ALCALDE. Se agradece, señor Monipodio.

MESONERA. Pero acérquese su merced.

ALCALDE. Que eche la bendicion el señor licenciado.

ESTUDIANTE. Allá voy, y no seré largo, que huele el bacalao á gloria. *In nomine Patri et Filii et Spiritu Sancto.*

TODOS. Amén. (*Se van acomodando al rededor de la mesa, todos ménos Trabuco.*)

MESONERA. Tal vez el tomate no estará bastante cocido, y el arroz estará algo duro... Pero con tanta Babilonia no se puede...

ARRIERO. Está diciendo comedme, comedme.

ESTUDIANTE. (*Comiendo con ansia.*) Está exquisito... especial; parece ambrosía...

MESONERA. Alto allá, señor bachiller; la tia Ambrosia no me gana á mí á guisar, ni sirve para descalzarme el zapato, no señor.

ARRIERO. La tia Ambrosia es más puerca que una telaraña.

MESONERO. La tia Ambrosia es un guiñapo, es un paño de aporrear moscas; se revuelven las tripas de entrar en su meson, y compararla con mi Colasa no es regular.

ESTUDIANTE. Ya sé yo que la señora es pulcra, y no lo dije por tanto.

ALCALDE. En toda la comarca de Hornachuelos no hay una persona mas limpia que la señora Colasa, ni un meson como el del señor Monipodio.

MESONERA. Como que cuantas comidas de boda se hacen en la villa pasan por estas manos que ha de comer la tierra. Y de las bodas de señores, no le parezca usted, señor bachiller... Cuando se casó el escribano con la hija del regidor...

ESTUDIANTE. Con que se le puede decir á la señora Colasa, *tu das mihi epulis accumbere divum.*

MESONERA. Yo no sé latin, pero sé guisar... Señor Alcalde, moje siquiera una sopa.

ALCALDE. Tomaré, por no despreciar, una cucharadita de gazpacho, si es que lo hay.

MESONERO. ¿Cómo si lo hay?

MESONERA. ¿Pues habia de faltar donde yo estoy?... Pepa (*A la moza*), anda á traerlo. Está sobre el brocal del pozo, desde media tarde, tomando el fresco. (*Vase la moza.*)

ESTUDIANTE. (*Al arriero que está acostado.*) Tio Trabuco, hola, tio Trabuco; ¿no viene usted á hacer la razon?

TIO TRABUCO. No ceno.

ESTUDIANTE. ¿Ayuna usted?

TIO TRABUCO. Sí señor, que es viérnes.

MESONERO. Pero un traguito...

TIO TRABUCO. Venga. (*Le alarga el mesonero la bota, y bebe un trago el tio Trabuco.*) ¡Jú!!! Esto es zupia. Alárgueme usté, tio Monipodio, el frasco del aguardiente para enjuagarme la boca. (*Bebe y se curruca.*) (*Entra la moza con una fuente de gazpacho.*)

MOZA. Aquí está la gracia de Dios.

TODOS. Venga, venga.

ESTUDIANTE. Parece, señor Alcalde, que esta noche hay mucha gente forastera en Hornachuelos.

ARRIERO. Las tres posadas están llenas.

ALCALDE. Como es el jubileo de la Porciúncula, y el convento de San Francisco de los Angeles, que está aquí en el desierto, á media legua corta, es tan famoso... viene mucha gente á confesarse con el P. Guardian, que es un siervo de Dios.

MESONERA. Es un santo.

MESONERO. (*Toma la bota y se pone de pié.*) Jesus; por la buena compañía, y que Dios nos dé salud y pesetas en esta vida, y la gloria en la eterna. (*Bebe.*)

TODOS. Amén. (*Pasa la bota de mano en mano.*)

ESTUDIANTE. (*Despues de beber.*) Tio Trabuco, tio Trabuco, ¿está usted con los angelitos?

TIO TRABUCO. Con las malditas pulgas y con sus voces de usted, ¿quién puede estar sino con los demonios?

ESTUDIANTE. Queríamos saber, tio Trabuco, si esa personilla de alfeñique, que ha venido con usted, y que se ha escondido de nosotros, viene á ganar el jubileo.

TIO TRABUCO. Yo no sé nunca á lo que van ni vienen los que viajan conmigo.

ESTUDIANTE. Pero... ¿es gallo, ó gallina?

TIO TRABUCO. Yo de los viajeros no miro más que la moneda, que ni es hembra ni es macho.

ESTUDIANTE. Sí, es género epiceno, como si dijéramos hermafrodita... Pero veo que es usted muy taciturno, tio Trabuco.

TIO TRABUCO. Nunca gasto saliva en lo que no me importa: y buenas noches, que se me va quedando la lengua dormida, y quiero guardarle el sueño; sonsoniche.

ESTUDIANTE. Pues señor, con el tio Trabuco no hay emboque. Dígame usted, nostrama (*á la mesonera*), ¿por qué no ha venido á cenar el tal caballerito?

MESONERA. Yo no sé.

ESTUDIANTE. Pero, vamos, ¿es hembra ó varon?

MESONERA. Que sea lo que sea: lo cierto es que le ví el rostro, por más que se lo recataba, cuando se apeó del mulo, y que lo tiene como un sol; y eso que traia los ojos de llorar y de polvo, que daba compasion.

ESTUDIANTE. ¡Oiga!

MESONERA. Sí señor; y en cuanto se metió en ese cuarto, volviéndome siempre la espalda, me preguntó cuánto habia de aqui al convento de los Angeles, y yo se lo enseñé desde la ventana, que como está tan cerca se ve clarito, y...

ESTUDIANTE. ¡Hola, con que es pecador que viene al jubileo!

MESONERA. Yo no sé. Luégo se acostó; digo, se echó en la cama, vestido, y bebió ántes un vaso de agua con unas gotas de vinagre.

ESTUDIANTE. Ya, para refrescar el cuerpo.

MESONERA. Y me dijo que no queria luz, ni cena, ni nada, y se quedó como rezando el rosario entre dientes. A mí me parece que es persona muy...

MESONERO. Charla, charla... ¿Quién diablos te mete en hablar de los huéspedes?... Maldita sea tu lengua.

MESONERA. Como el señor licenciado queria saber...

ESTUDIANTE. Sí, señora Colasa; dígame usted...

MESONERO. (*A su mujer.*) ¡Chiton!

ESTUDIANTE. Pues señor, volvamos al tio Trabuco. Tio Trabuco, tio Trabuco. (*Se acerca á él y le despierta.*)

TIO TRABUCO. ¡Malo!... ¿Me quiere usted dejar en paz?

ESTUDIANTE. Vamos, dígame usted, ¿esa persona cómo viene en el mulo, á mujeriegas ó ahorcajadas?

TIO TRABUCO. ¡Ay qué sangre!... De cabeza.

ESTUDIANTE. Y dígame usted, ¿de dónde salió usted esta mañana, de Posadas ó de Palma?

TIO TRABUCO. Yo no sé sino que tarde ó temprano voy al cielo.

ESTUDIANTE. ¿Por qué?

TIO TRABUCO. Porque ya me tiene usted en el purgatorio.

ESTUDIANTE. (*Se rie.*) ¡Ah, ah, ah!... ¿Y va usted á Extremadura?

TIO TRABUCO. (*Se levanta, recoge sus jalmas y se va con ellas muy enfadado.*) No señor; á la caballeriza, huyendo de usted, y á dormir con mis mulos, que no saben latin, ni son bachilleres.

ESTUDIANTE. (*Se rie.*) ¡Ah, ah, ah, ah! Se atufó... Hola, Pepa, salerosa, ¿y no has visto tú al escondido?

MOZA. Por la espalda.

ESTUDIANTE. ¿Y en qué cuarto está?

MOZA. (*Señala la primera puerta de la derecha.*) En ese...

ESTUDIANTE. Pues ya que es lampiño, vamos á pintarle unos bigotes con tizne... Y cuando se despierte por la mañana reiremos un poco. (*Se tizna los dedos y va hácia el cuarto.*)

ALGUNOS. Sí... sí...

MESONERO. Nó, nó.

ALCALDE. (*Con gravedad.*) Señor estudiante, no lo permitiré yo, pues debo proteger á los forasteros que llegan á esta villa, y administrarles justicia como á los naturales de ella.

ESTUDIANTE. No lo dije por tanto, señor Alcalde...

ALCALDE. Yo sí. Y no fuera malo saber quién es el señor licenciado, de dónde viene y á dónde va, pues parece algo alegre de cascos.

ESTUDIANTE. Si la justicia me lo pregunta de burlas ó de veras, no hay inconveniente en decirlo, que aquí se juega limpio. Soy el bachiller Pereda, graduado por Salamanca, *in utroque*, y hace ocho años que curso sus escuelas, aunque pobre, con honra, y no sin fama. Salí de allí hace más de un año, acompañando á mi amigo y protector el señor licenciado Vargas, y fuimos á Sevilla, á vengar la muerte de su padre el marqués de Calatrava, y á indagar el paradero de su hermana, que se escapó con el matador. Pasamos allí algunos meses, donde tambien estuvo su hermano mayor, el actual marqués, que es oficial de Guardias. Y como no lograron su propósito, se separaron jurando venganza. Y el licenciado y yo nos vinimos á Córdoba, donde dijeron que estaba la hermana. Pero no la hallamos tampoco, y allí supimos que habia muerto en la refriega que armaron los criados del marqués, la noche de su muerte, con los del robador y asesino, y que este se habia vuelto á América. Con lo que marchamos á Cádiz, donde mi protector, el licenciado Vargas, se ha embarcado para buscar allá al enemigo de su familia. Y yo me vuelvo á mi universidad á desquitar el tiempo perdido, y á continuar mis estudios; con los que, y la ayuda de Dios, puede ser que me vea algun dia gobernador del Consejo ó arzobispo de Sevilla.

ALCALDE. Humos tiene el señor bachiller, y ya basta; pues se ve en su porte y buena explicacion que es hombre de bien, y que dice verdad.

MESONERA. Dígame usted, señor estudiante, ¿y qué, mataron á ese marqués?

ESTUDIANTE. Sí.

MESONERA. ¿Y lo mató el amante de su hija y luégo la robó?... ¡Ay! cuéntenos su merced esa historia, que será muy divertida: cuéntela su merced...

MESONERO. ¿Quién te mete á tí en saber vidas ajenas? ¡Maldita sea tu curiosidad!—Pues que ya hemos cenado, demos gracias á Dios, y á recogerse. (*Se ponen todos en pié, y se quitan el sombrero como que rezan.*) Eh, buenas noches; cada mochuelo á su olivo.

ALCALDE. Buenas noches, y que haya juicio y silencio.

ESTUDIANTE. Pues me voy á mi cuarto. (*Se va á meter en el del viajero incógnito.*)

MESONERO. Hola, no es ese, el de más allá.

ESTUDIANTE. Me equivoqué.

(*Vanse el alcalde y los lugareños: entra el estudiante en su cuarto: la moza, el arriero y la mesonera retiran la mesa y bancos, dejando la escena desembarazada. El mesonero se acerca al hogar, y queda todo en silencio y solos el mesonero y mesonera.*)

ESCENA II

MESONERO. Colasa, para medrar
en nuestro oficio, es forzoso
que haya en la casa reposo,
y á ninguno incomodar.
Nunca meterse á oliscar
quiénes los huéspedes son.
No gastar conversacion
con cuantos llegan aquí.
Servir bien, decir *no* ó *sí*,
cobrar la mosca, y chiton.

MESONERA. No, por mí no lo dirás,
bien sabes que callar sé.
Al bachiller pregunté...

MESONERO. Pues eso estuvo de más.

MESONERA. Tambien ahora extrañarás
que éntre en ese cuarto á ver
si el huésped ha menester
alguna cosa, marido,

pues es, sí, lo he conocido,
una afligida mujer.
(*Toma un candil y entra la mesonera muy recatadamente en el cuarto.*)

MESONERO. Entra, que entrar es razon,
aunque temo á la verdad
que vas por curiosidad,
más bien que por compasion.

MESONERA. (*Saliendo muy asustada.*)
¡Ay, Dios mio! Vengo muerta;
desapareció la dama;
nadie he encontrado en la cama,
y está la ventana abierta.

MESONERO. ¿Cómo? ¿cómo?... Ya lo sé...
La ventana al campo da,
y como tan baja está,
sin gran trabajo se fué.
(*Andando hácia el cuarto donde entró la mujer, quedándose él á la puerta.*)
Quiera Dios no haya cargado
con la colcha nueva.

MESONERA. (*Dentro.*) Nada,
todo está aquí... ¡desdichada!
hasta dinero ha dejado...
Sí, sobre la mesa un duro.

MESONERO. Vaya entónces en buen hora.

MESONERA. (*Saliendo á la escena.*)
No hay duda, es una señora,
que se encuentra en grande apuro.

MESONERO. Pues con bien la lleve Dios,
y vámonos á acostar,
y mañana no charlar,
que esto quede entre los dos.
Echa un cuarto en el cepillo
de las ánimas, mujer,
y el duro véngame á ver;
échamelo en el bolsillo.

ESCENA III

El teatro representa una plataforma en la ladera de una áspera montaña. A la izquierda precipicios y derrumbaderos. Al frente un profundo valle atravesado por un riachuelo, en cuya márgen se ve á lo léjos la villa de Hornachuelos, terminando el fondo en altas montañas. A la derecha la fachada del convento de los Angeles de pobre y humilde arquitectura. La gran puerta de la iglesia cerrada, pero practicable, y sobre ella una claraboya de medio punto por donde se verá el resplandor de las luces interiores; más hácia el proscenio la puerta de la portería, tambien practicable y cerrada; en medio de ella una mirilla ó gatera que se abre y se cierra, y al lado el cordon de una campanilla. En medio de la escena habrá una gran Cruz de piedra tosca y corroida por el tiempo, puesta sobre cuatro gradas que puedan servir de asiento. Estará todo iluminado por una luna clarísima. Se oirá dentro de la iglesia el órgano, y cantar maitines al coro de frailes, y saldrá como subiendo por la izquierda D.ª LEONOR *muy fatigada y vestida de hombre con un gaban de mangas, sombrero gacho y botines.*

D.ª LEONOR.

Sí... ya llegué... Dios mio,
gracias os doy rendida.
(*Arrodíllase al ver el convento.*)
En tí, Vírgen Santísima, confio;
sed el amparo de mi amarga vida.
Este refugio es sólo
el que puedo tener de polo á polo. (*Alzase.*)
No me queda en la tierra
más asilo y resguardo
que los áridos riscos de esta sierra:
en ella estoy... ¿Aún tiemblo y me acobardo?...
(*Mira hácia el sitio por donde ha venido.*)
¡Ah!... nadie me ha seguido.
Ni mi fuga veloz notada ha sido.
...No me engañé, la horrenda historia mia
escuché referir en la posada...
¿Y quién, cielos, seria
aquel que la contó? ¡Desventurada!
Amigo dijo ser de mis hermanos...
¡Oh cielos soberanos!...
¿Voy á ser descubierta?
Estoy de miedo y de cansancio muerta.
(*Se sienta mirando en derredor y luego al cielo.*)
¡Qué asperezas! ¡Qué hermosa y clara luna!
¡La misma que hace un año
vió la mudanza atroz de mi fortuna,
y abrirse los infiernos en mi daño!!!
(*Pausa larga.*)
No fué ilusion... aquel que de mí hablaba
dijo que navegaba
don Alvaro, buscando nuevamente
los apartados climas de Occidente.
¡Oh Dios! ¿Y será cierto?
Con bien arribe de su patria al puerto.
(*Pausa.*)
¿Y no murió la noche desastrada
en que yo, yo... manchada
con la sangre infeliz del padre mio,
le seguí... le perdí? ¿Y huye el impío?
¿Y huye el ingrato?... ¿Y huye y me abandona?
(*Cae de rodillas.*)
¡Oh Madre Santa de piedad! perdona,
perdona, le olvidé. Sí, es verdadera,
lo es mi resolucion. Dios de bondades,
léjos del mundo en estas soledades,
el furor espiaré de mis pasiones.
Piedad, piedad, Señor, no me abandones.
(*Queda en silencio y como en profunda meditacion recostada en las gradas de la cruz, y despues de una larga pausa continúa:*)
Los sublimes acentos de ese coro
de bienaventurados,
y los ecos pausados
del órgano sonoro,
que cual de incienso vaporosa nube
al trono santo del eterno sube,
difunden en mi alma
bálsamo dulce de consuelo y calma.
(*Se levanta resuelta.*)

¿Qué me detengo pues?... corro al tranquilo...
corro al sagrado asilo...

(*Va hácia el convento y se detiene.*)

Mas ¿cómo á tales horas?... ¡Ah!... no puedo
ya dilatarlo más; hiélame el miedo
de encontrarme aquí sola. En esa aldea
hay quien mi historia sabe.
En lo posible cabe
que descubierta con la aurora sea.
Este santo prelado
de mi resolucion está informado,
y de mis infortunios... Nada temo.
Mi confesor de Córdoba hace dias
que las desgracias mias
le escribió largamente...
Sé de su caridad el noble extremo;
me acogerá indulgente.
¿Qué dudo, pues, qué dudo?...
Sed, oh Vírgen Santísima, mi escudo.

(*Llega á la portería y toca la campanilla.*)

ESCENA IV

Se abre la mirilla que está en la puerta, y por ella sale el resplandor de un farol que da de pronto en el rostro de D.ª LEONOR, *y esta se retira como asustada.* EL HERMANO MELITON *habla toda esta escena dentro.*

H. MELITON. ¿Quién es?

DOÑA LEONOR. Una persona á quien interesa mucho, mucho, ver al instante al reverendo P. Guardian.

H. MELITON. ¡Buena hora de ver al P. Guardian!... La noche está clara y no será ningun caminante perdido. Si viene á ganar el jubileo, á las cinco se abrirá la iglesia; vaya con Dios; él le ayude.

DOÑA LEONOR. Hermano, llamad al P. Guardian. Por caridad.

H. MELITON. ¡Qué caridad á estas horas! El P. Guardian está en el coro.

DOÑA LEONOR. Traigo para su reverencia un recado muy urgente del P. Cleto, definidor del convento de Córdoba, quien ya le ha escrito sobre el asunto de que vengo á hablarle.

H. MELITON. ¡Hola...! ¿del P. Cleto el definidor del convento de Córdoba? Eso es distinto... iré, iré á decírselo al P. Guardian. Pero dígame, hijo, ¿el recado y la carta son sobre aquel asunto con el P. General, que está pendiente allá en Madrid?...

DOÑA LEONOR. Es cosa muy interesante.

H. MELITON. Pero ¿para quién?

DOÑA LEONOR. Para la criatura más infeliz del mundo.

H. MELITON. ¡Mala recomendacion!... Pero bueno; abriré la portería, aunque es contra regla, para que entreis á esperar.

DOÑA LEONOR. No, no, no puedo entrar... ¡Jesus!!!

H. MELITON. Bendito sea su santo nombre... ¿Pero sois algun excomulgado?... Si no, es cosa rara preferir el esperar al raso. En fin, voy á dar el recado, que probablemente no tendrá respuesta. Si no vuelvo, buenas noches: ahí á la bajadita está la villa, y hay un buen meson. El de la tia Colasa.

(*Ciérrase la ventanilla, y doña Leonor queda muy abatida.*)

ESCENA V

D.ª LEONOR. ¿Será tan negra y dura
mi suerte miserable,
que este santo prelado
socorro y proteccion no quiera darme?
La rígida aspereza
y las dificultades
que ha mostrado el portero
me pasman de terror, hielan mi sangre.
Mas no, si da el aviso
al reverendo Padre,
y éste es tan docto y bueno
cual dicen todos, volará á ampararme.
Oh Soberana Vírgen
de desdichados Madre.
su corazon ablanda
para que venga pronto á consolarme.

(*Queda en silencio: da la una el reloj del convento: se abre la portería, en la que aparecen el P. Guardian y el H. Meliton con un farol: éste se queda en la puerta y aquél sale á la escena.*)

ESCENA VI

D.ª LEONOR. EL P. GUARDIAN. EL H. MELITON

P. GUARDIAN. ¿El que me busca quién es?

D.ª LEONOR. Yo soy, Padre, que queria...

P. GUARDIAN. Ya se abrió la portería;
entrad en el claustro, pues.

D.ª LEONOR. (*Muy sobresaltada.*)
¡Ah!... imposible; padre, no,

P. GUARDIAN. ¡Imposible!... ¿Qué decís?...

D.ª LEONOR. Si que os hable permitís,
aquí sólo puedo yo.

P. GUARDIAN. Si os envía el padre Cleto,
hablad, que es mi grande amigo.

D.ª LEONOR. Padre, que sea sin testigo,
porque me importa el secreto.

P. GUARDIAN. ¿Y quién?... Mas ya os entendí.

Retiraos, fray Meliton,
y encajad este porton;
dejadnos solos aquí.

H. MELITON. ¿No lo dije? Secretitos.
Los misterios ellos solos,
que los demás somos bolos
para estos santos benditos.

P. GUARDIAN. ¿Qué murmura?...

H. MELITON. Que está tan
premiosa esta puerta... y luégo...

P. GUARDIAN. Obedezca, hermano lego.

H. MELITON. Ya me la echó de guardian.
(*Ciérrase la puerta y vase.*)

ESCENA VII

D.ª LEONOR. EL P. GUARDIAN

P. GUARDIAN. (*Acercándose á Leonor.*)
Ya estamos, hermano, solos.
¿Mas por qué tanto misterio?
¿No fuera más conveniente
que entrarais en el convento?
¿No sé qué pueda impedirlo?...
entrad, pues, que yo os lo ruego;
entrad, subid á mi celda;
tomareis un refrigerio,
y despues...

D.ª LEONOR. No, Padre mio,

P. GUARDIAN. ¿Qué os horroriza?... no entiendo...

D.ª LEONOR. (*Muy abatida.*) Soy una infeliz mujer.

P. GUARDIAN. (*Asustado.*)
¡Una mujer!... ¡Santo cielo!
¡Una mujer!... á estas horas,
en este sitio... ¿qué es esto?

D.ª LEONOR. Una mujer infelice,
maldicion del universo,
que á vuestras plantas rendida
(*Se arrodilla.*)
os pide amparo y remedio,
pues vos podeis libertarla
de este mundo y del infierno.

P. GUARDIAN. Señora, alzad. Que son grandes
(*Se levanta.*)
vuestros infortunios creo
cuando os miro en este sitio,
y escucho tales lamentos.
¿Pero qué apoyo, decidme,
qué amparo prestaros puedo
yo, un humilde religioso
encerrado en estos yermos?

D.ª LEONOR. ¿No habeis, Padre, recibido
la carta del Padre Cleto?...

P. GUARDIAN. (*Recapacitando.*)
¿El Padre Cleto os envia?...

D.ª LEONOR. A vos, cual solo remedio
de todos mis infortunios;
si benignos los intentos
que á estos montes me conducen
permitís tengan efecto.

P. GUARDIAN. (*Sorprendido.*)
¿Sois doña Leonor de Vargas?...
¿Sois por dicha?... ¡Dios eterno!

D.ª LEONOR. (*Abatida.*) ¡Os horroriza el mirarme!

P. GUARDIAN. (*Afectuoso.*) No, hija mia, no por cierto
Ni permita Dios que nunca
tan duro sea mi pecho
que á los desgraciados niegue
la compasion y el respeto.

D.ª LEONOR. ¡Yo lo soy tanto!

P. GUARDIAN. Señora,
vuestra agitacion comprendo.
No es extraño, no. Seguidme,
venid. Sentaos un momento
al pié de esta cruz; su sombra
os dará fuerza y consuelos.
(*Lleva el Guardian á doña Leonor, y se sientan ambos al pié de la cruz.*)

D.ª LEONOR. ¡No me abandoneis! Oh, Padre.

P. GUARDIAN. No, jamás; contad conmigo.

D.ª LEONOR. De este santo monasterio
desde que el término piso,
más tranquila tengo el alma,
con más libertad respiro.
Ya no me cercan, cual hace
un año, que hoy se ha cumplido,
los espectros y fantasmas
que siempre en redor he visto.
Ya no me sigue la sombra
sangrienta del padre mio,
ni...

P. GUARDIAN. ¡Oh! no lo dudo, hija mia.
Libre estais en este sitio
de esas vanas ilusiones,
aborto de los abismos.
Las insidias del demonio,
las sombras á que da brio
para conturbar al hombre,
no tienen aquí dominio.

D.ª LEONOR. Por eso aquí busco ansiosa
dulce consuelo y auxilio,
y de la Reina del cielo
bajo el regio manto abrigo.

P. GUARDIAN. Vamos despacio, hija mia:
el Padre Cleto me ha escrito
la resolucion tremenda
que al desierto os ha traido;
pero no basta.

D.ª LEONOR. Sí basta:
es inmutable... lo fio,
es inmutable.

P. GUARDIAN. ¡Hija mia!

D.ª LEONOR. Vengo resuelta, lo he dicho,

á sepultarme por siempre
en la tumba de estos riscos.

P. GUARDIAN. ¡Cómo!...

D.ª LEONOR. ¿Seré la primera?...
No lo seré, Padre mio.
Mi confesor me ha informado
de que en este santo sitio,
otra mujer infelice
vivió muerta para el siglo.
Resuelta á seguir su ejemplo
vengo en busca de su asilo:
dármelo sin duda puede
la gruta que la dió abrigo;
vos la proteccion y amparo
que para ello necesito,
y la Soberana Vírgen
su santa gracia y su auxilio.

P. GUARDIAN. No os engañó el Padre Cleto,
pues diez años ha vivido
una santa penitente
en este yermo tranquilo,
de los hombres ignorada,
de penitencias prodigio.
En nuestra iglesia sus restos
están, y yo los estimo
como la joya más rica
de esta casa, que, aunque indigno,
gobierno en el santo nombre
de mi Padre San Francisco.
La gruta que fué su albergue
y á que reparos precisos
se le hicieron, está cerca
en ese hondo precipicio.
Aun existen en su seno
los humildes utensilios
que usó la santa; á su lado
un arroyo cristalino
brota apacible...

D.ª LEONOR. Al momento
llevadme allá, Padre mio.

P. GUARDIAN. ¡Oh, doña Leonor de Vargas!
¿Insistís?

D.ª LEONOR. Sí, Padre, insisto.
Dios me manda...

P. GUARDIAN. Raras veces
Dios tan grandes sacrificios
exige de los mortales.
Y, ¡ay de aquel que de un delirio
en el momento, hija mia,
tal vez se engaña á sí mismo!
Todas las tribulaciones
de este mundo fugitivo,
son, señora, pasajeras;
al cabo encuentran alivio.
Y al Dios de bondad se sirve,
y se le aplaca lo mismo
en el claustro, en el desierto,
de la corte en el bullicio,
cuando se le entrega el alma
con fe viva y pecho limpio.

D.ª LEONOR. No es un acaloramiento,
no un instante de delirio
quien me sugirió la idea
que á buscaros me ha traido.
Desengaños de este mundo,
y un año ¡ay Dios! de suplicios,
de largas meditaciones,
de continuados peligros,
de atroces remordimientos,
de reflexiones conmigo,
mi intencion han madurado
y esfuerzo me han concedido
para hacer voto solemne
de morir en este sitio.
Mi confesor venerable,
que ya mi historia os ha escrito,
el Padre Cleto, á quien todos
llaman santo, y con motivo,
mi resolucion aprueba:
aunque cual vos al principio
trató de desvanecerla
con sus doctos raciocinios:
y á vuestras plantas me envia
para que me deis auxilio.
No me abandoneis, oh Padre,
por el cielo os lo suplico;
mi resolucion es firme,
mi voto inmutable y fijo,
y no hay fuerza en este mundo
que me saque de estos riscos.

P. GUARDIAN. Sois muy jóven, hija mia;
¿quién lo que el cielo propicio
aun nos puede guardar sabe?

D.ª LEONOR. Renuncio á todo, lo he dicho.

P. GUARDIAN. Acaso aquel caballero...

D.ª LEONOR. ¿Qué pronunciais?... ¡Oh martirio!
Aunque inocente, manchado
con sangre del padre mio
está, y nunca, nunca...

P. GUARDIAN. Entiendo.
Mas de vuestra casa el brillo...
Vuestros hermanos...

D.ª LEONOR. Mi muerte
sólo anhelan vengativos.

P. GUARDIAN. ¿Y la bondadosa tia
que en Córdoba os ha tenido
un año oculta?

D.ª LEONOR. No puedo
sin ponerla en compromiso,
abusar de sus bondades.

P. GUARDIAN. Y qué, ¿más seguro asilo
no fuera, y más conveniente

con las esposas de Cristo,
en un convento?...

D.ª LEONOR. No, padre;
son tantos los requisitos
que para entrar en el claustro
se exigen... y... ¡oh! no, Dios mio,
aunque me encuentro inocente,
no puedo, tiemblo al decirlo,
vivir sino donde nadie
viva y converse conmigo.
Mi desgracia en toda España
suena de modo distinto,
y una alusion, una seña,
una mirada, suplicios
pudieran ser que me hundieran.
del despecho en el abismo.
No, jamás... Aquí, aquí sólo;
si no me acogeis benigno,
piedad pediré á las fieras
que habitan en estos riscos,
alimento á estas montañas,
vivienda á estos precipicios.
No salgo de este desierto;
una voz hiere mi oído,
voz del cielo que me dice:
aquí, aquí; y aquí respiro.
(*Se abraza con la cruz.*)
No, no habrá fuerzas humanas
que me arranquen de este sitio.

P. GUARDIAN. (*Levantándose y aparte.*)
¡Será verdad, Dios eterno!
¿Será tan grande y tan alta
la proteccion que concede
vuestra Madre Soberana
á mí, pecador indigno,
que cuando soy de esta casa
humilde prelado, venga
con resolucion tan santa
otra mujer penitente
á ser luz de estas montañas?
¡Bendito seais, Dios eterno,
cuya omnipotencia narran
esos cielos estrellados,
escabel de vuestras plantas!
¿Vuestra vocacion es firme?...
¿Sois tan bienaventurada?...

D.ª LEONOR. Es inmutable, y cumplirla
la voz del cielo me manda.

P. GUARDIAN. Sea pues, bajo el amparo
de la Vírgen Soberana.
(*Extiende una mano sobre ella.*)

D.ª LEONOR. (*Arrojándose á las plantas del Padre Guardian.*)
¿Me acogeis?... ¡Oh Dios!... ¡Oh dicha!
¡Cuán feliz vuestras palabras
me hacen en este momento

P. GUARDIAN. (*Levantándola.*)
Dad á la Vírgen las gracias.
Ella es quien asilo os presta
á la sombra de su casa.
No yo, pecador protervo,
vil gusano, tierra, nada. (*Pausa.*)

D.ª LEONOR. Y vos, tan sólo vos, oh padre mio,
sabreis que habito en estas asperezas,
no otro ningun mortal.

P. GUARDIAN. Yo solamente
sabré quién sois. Pero que avise es fuerza
á la comunidad de que la ermita
está ocupada, y de que vive en ella
una persona penitente. Y nadie,
bajo precepto santo de obediencia,
osará aproximarse de cien pasos,
ni ménos penetrar la humilde cerca
que á gran distancia la circunda en torno.
La mujer santa, antecesora vuestra,
sólo fué conocida del prelado,
tambien mi antecesor. Que mujer era
lo supieron los otros religiosos
cuando se celebraron sus exequias.
Ni yo jamás he de volver á veros:
cada semana, sí, con gran reserva,
yo mismo os dejaré junto á la fuente
la escasa provision: de recogerla
cuidareis vos... Una pequeña esquila,
que está sobre la puerta con su cuerda,
calando á lo interior, tocareis sólo
de un gran peligro en la ocasion extrema,
ó en la hora de la muerte. Su sonido,
á mí, ó al que cual yo prelado sea,
avisará, y espiritual socorro
jamás os faltará... No, nada tema.
La Vírgen de los Angeles os cubre
con su manto, será vuestra defensa
el ángel del Señor.

D.ª LEONOR. Mas mis hermanos...
ó bandidos tal vez...

P. GUARDIAN. ¿Y quién pudiera
atreverse, hija mia, sin que al punto
sobre él tronara la venganza eterna?
Cuando vivió la penitente antigua
en este mismo sitio, adonde os lleva
gracia especial del brazo omnipotente,
tres malhechores con audacia ciega
llegar quisieron al albergue santo;
al momento una horrísona tormenta
se alzó, enlutando el indignado cielo,
y un rayo desprendido de la esfera
hizo ceniza á dos de los bandidos,
y el tercero, temblando, á nuestra iglesia
acogióse, vistió el escapulario

abrazando contrito nuestra regla,
y murió á los dos meses.

D.ª LEONOR. Bien: ¡oh padre!
pues que encontré donde esconderme (pueda
á los ojos del mundo, conducidme,
sin tardanza llevadme...

P. GUARDIAN. Al punto sea,
que ya la luz del alba se avecina.
Mas ántes entraremos en la iglesia;
recibireis mi absolucion, y luégo
el pan de vida y de salud eterna.
Vestireis el sayal de San Francisco,
y os daré avisos que importaros pue- (dan
para la santa y penitente vida,
á que con gloria tanta estais resuelta.

ESCENA VIII

P. GUARDIAN. ¡Hola!... Hermano Meliton.
¡Hola!... despierte le digo;
de la iglesia abra el postigo.

H. MELITON. (*Dentro.*) Pues qué, ¿ya las cinco son?...
(*Sale bostezando.*)
Apostaré á que no han dado. (*Bosteza.*)

P. GUARDIAN. La iglesia abra.

H. MELITON. No es de dia.

P. GUARDIAN. ¿Replica?... Por vida mia...

H. MELITON. ¿Yo?... en mi vida he replicado.
Bien podia el penitente
hasta las cinco esperar;
difícil será encontrar
un pecador tan urgente.
(*Vase y en seguida se oye descorrer el cerrojo de la puerta de la iglesia, y se la ve abrirse lentamente.*)

P. GUARDIAN. (*Conduciendo á Leonor hácia la iglesia.*)
Vamos al punto, vamos;
en la casa de Dios, hermana, entremos,
su nombre bendigamos,
en su misericordia confiemos.

JORNADA TERCERA

LA ESCENA ES EN ITALIA, EN VELETRI Y SUS ALREDEDORES

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una sala corta, alojamiento de oficiales calaveras. En las paredes estarán colgados en desórden uniformes, capotes, sillas de caballos, armas, etc.; en medio habrá una mesa con tapete verde, dos candeleros de bronce con velas de sebo, los cuatro oficiales al rededor, uno de ellos con la baraja en la mano, y habrá otras sillas desocupadas.

PEDRAZA. (*Entra muy de prisa.*) ¡Qué frio está esto!

OFICIAL 1.º Todos se han ido en cuanto me han desplumado: no he conseguido tirar ni una buena talla.

PEDRAZA. Pues precisamente va á venir un gran punto, y si ve esto tan desierto y frio...

OFICIAL 1.º ¿Y quién es el pájaro?

TODOS. ¿Quién?

PEDRAZA. El ayudante del general, ese teniente coronel que ha llegado esta tarde con la órden de que al amanecer estemos sobre las armas. Es gran aficionado, tiene mucho rumbo, y á lo que parece es blanquito. Hemos cenado juntos en casa de la coronela, á quien ya le está echando requiebros, y el taimado de nuestro capellan lo marcó por suyo. Le convidó con que viniera á jugar, y ya lo trae hácia aquí.

OFICIAL 1.º Pues señores, ya es este otro cantar. Ya vamos á ser todos unos... ¿Me entienden ustedes?

TODOS. Sí, sí, muy bien pensado.

OFICIAL 2.º Como que es de plana mayor, y será contrario de los pobres pilíes.

OFICIAL 4.º A él, y duro.

OFICIAL 1.º Pues para jugar con él tengo baraja preparada, más obediente que un recluta, y más florida que el mes de mayo. (*Saca una baraja del bolsillo.*) Y aquí está.

OFICIAL 3.º ¡Qué fino es usted, camarada!

OFICIAL 1.º No hay que jugar ases ni figuras. Y al avío, que ya suena gente en la escalera. Tiro, tres á la derecha, nueve á la izquierda.

ESCENA II

D. CÁRLOS DE VARGAS. EL CAPELLAN

CAPELLAN. Aquí viene, compañeros,
un rumboso aficionado.

TODOS. Sea pues muy bien llegado.
(*Levantándose y volviéndose á sentar.*)

D. CÁRLOS. Buenas noches, caballeros.
¡Qué casa tan indecente! (*Aparte.*)
Estoy, vive Dios, corrido,
de verme comprometido
á alternar con esta gente.

OFICIAL 1.º Sentaos.
(*Se sienta don Cárlos, haciéndole todos lugar.*)

CAPELLAN. Señor capitan, (*Al banquero.*)
¿y el concurso?

OFICIAL 1.º Se afufó (*Barajando.*)
en cuanto me desbancó.
Toditos repletos van.
Se declaró un juego eterno
que no he podido quebrar,
y siempre salió á ganar
una sota del infierno.
Veintidos veces salió
y jamás á la derecha.

OFICIAL 2.º El que nunca se aprovecha
de tales gangas soy yo.

OFICIAL 3.º Y yo en el juego contrario
me empeñé, que nada ví;
y ya sólo estoy aquí
para rezar el rosario.

CAPELLAN. Vamos.

PEDRAZA. Vamos.

OFICIAL 1.º Tiro.

D. CÁRLOS. Juego.

OFICIAL 1.º Tiro, á la derecha el as,
y á la izquierda la sotita.

OFICIAL 2.º Ya salió la muy maldita.
Por vida de Barrabás...

OFICIAL 1.º Rey á la derecha, nueve
á la izquierda.

D. CÁRLOS. Yo lo gano:

OFICIAL 1.º ¡Tengo apestada la mano! (*Paga.*)
Tres onzas, nada se debe.
A la derecha la sota.

OFICIAL 4.º Ya quebró.

OFICIAL 3.º Pegarle fuego.

OFICIAL 1.º A la izquierda siete.

D. CÁRLOS. Juego.

OFICIAL 2.º Sólo el verla me rebota.

D. CÁRLOS. Copo.
CAPELLAN. ¿Con carta tapada?
OFICIAL 1.º Tiro, á la derecha el tres.
PEDRAZA. ¡Qué bonita carta es!
OFICIAL 1.º Cuando sale descargada.
A la izquierda el cinco.
D. CÁRLOS. (*Levantándose y sujetando la mano del que talla.*)
No,
con tiento, señor banquero,
(*Vuelve su carta.*)
que he ganado mi dinero,
y trampas no sufro yo.
OFICIAL 1.º ¡Cómo trampas!... ¿Quién osar?...
D. CÁRLOS. Yo: pegado tras del cinco
está el caballo, buen brinco
le hicisteis, amigo, dar.
OFICIAL 1.º Soy hombre pundonoroso,
y esto una casualidad...
D. CÁRLOS. Esta es una iniquidad,
vos un taimado tramposo.
PEDRAZA. Sois un loco, un atrevido.
D. CÁRLOS. Vos un vil, y con la espada...
TODOS. Esta es una casa honrada.
CAPELLAN. Por Dios no hagamos ruido.
D. CÁRLOS. (*Echando á rodar la mesa.*)
Abreviemos de razones.
TODOS. (*Tomando las espadas.*)
Muera, muera el insolente.
D. CÁRLOS. (*Sale defendiéndose.*)
¿Qué puede con un valiente
una cueva de ladrones?
(*Vanse acuchillando, y dos ó tres soldados retiran la mesa, las sillas y desembarazan la escena.*)

ESCENA III

El teatro representa una selva en noche muy oscura. Aparece al fondo don Alvaro, solo, vestido de capitan de granaderos, se acerca lentamente, y dice con gran agitacion.

D. ALVARO, *solo*

¡Qué carga tan insufrible
es el ambiente vital,
para el mezquino mortal
que nace en signo terrible!
¡Qué eternidad tan horrible
la breve vida! ¡Este mundo
qué calabozo profundo,
para el hombre desdichado
á quien mira el cielo airado
con su ceño furibundo!
Parece, sí, que á medida
que es más dura y más amarga,
más extiende, más alarga
el destino nuestra vida.
Si nos está concedida
sólo para padecer,
y debe muy breve ser
la del feliz, como en pena
de que su objeto no llena,
¡terrible cosa es nacer!
Al que tranquilo, gozoso
vive entre aplausos y honores,
y de inocentes amores
apura el cáliz sabroso;
cuando es más fuerte y brioso,
la muerte sus dichas huella,
sus venturas atropella;
y yo que infelice soy,
yo que buscándola voy
no puedo encontrar con ella.
Mas ¿cómo la he de obtener,
¡desventurado de mí!
pues cuando infeliz nací,
nací para envejecer?
Si aquel dia de placer
(que uno solo he disfrutado)
fortuna hubiese fijado,
¡cuán pronto muerte precoz
con su guadaña feroz
mi cuello hubiera segado!
Para engalanar mi frente,
allá en la abrasada zona,
con la espléndida corona
del imperio de occidente,
amor y ambicion ardiente
me engendraron de concierto;
pero con tal desacierto,
con tan contraria fortuna,
que una cárcel fué mi cuna,
y fué mi escuela el desierto.
Entre bárbaros crecí,
y en la edad de la razon,
á cumplir la obligacion
que un hijo tiene, acudí:
mi nombre ocultando fuí
(que es un crímen) á salvar
la vida, y así pagar
á los que á mí me la dieron,
que un trono soñando vieron,
y un cadalso al despertar.
Entónces risueño un dia,
uno solo, nada más,
me dió el destino; quizás
con intencion más impía.
Así en la cárcel sombría
mete una luz el sayon,
con la tirana intencion
de que un punto el preso vea
el horror que lo rodea
en su espantosa mansion.
¡Sevilla!!! ¡Guadalquivir!!!

¡Cuál atormentais mi mente!...
¡Noche en que ví de repente
mis breves dichas huir!...
¡Oh qué carga es el vivir!...
Cielos, saciad el furor...
Socórreme, mi Leonor,
gala del suelo andaluz,
que ya eres ángel de luz,
junto al trono del Señor.
Mírame desde tu altura
sin nombre en extraña tierra,
empeñado en una guerra,
por ganar mi sepultura.
¿Qué me importa por ventura
que triunfe Cárlos ó nó?
¿Qué tengo de Italia en pro?
¿Qué tengo? ¡terrible suerte!
Que en ella reina la muerte,
y á la muerte busco yo.
¡Cuánto, oh Dios, cuánto se engaña
el que elogia mi ardor ciego,
viéndome siempre en el fuego
de esta extranjera campaña!
Llámanme la prez de España,
y no saben que mi ardor
sólo es falta de valor,
pues busco ansioso el morir
por no osar el resistir
de los astros el furor.
Si el mundo colma de honores
al que mata á su enemigo,
el que lo lleva consigo
¿por qué no puede?...
(*Oyese ruido de espadas.*)

D. CARLOS. (*Dentro.*) ¡Traidores!!!
VOCES. (*Dentro.*) Muera.
D. CARLOS. (*Dentro.*) ¡Viles!
D. ALVARO. (*Sorprendido.*) ¡Qué clamores!
D. CARLOS. (*Dentro.*) ¡Socorro!!!
D. ALVARO. (*Desenvainando la espada.*)
Dárselo quiero,
que oigo crujir el acero;
y si á los peligros voy
porque desgraciado soy,
tambien voy por caballero.
(*Entrase; suena ruido de espadas; atraviesan dos hombres la escena como fugitivos, y vuelven á salir don Alvaro y don Cárlos.*)

ESCENA IV

D. ALVARO *y* D. CARLOS, *con las espadas desnudas*

D. ALVARO. Huyeron... ¿Estais herido?
D. CARLOS. Mil gracias os doy, señor;
sin vuestro heróico valor
de cierto estaba perdido;
y no fuera maravilla:
eran siete contra mí,
y cuando grité me ví
en tierra ya una rodilla.
D. ALVARO. ¿Y herido estais?
D. CARLOS. (*Reconociéndose.*) Nada siento
(*Envainan.*)
D. ALVARO. ¿Quiénes eran?
D. CARLOS. Asesinos.
D. ALVARO. ¿Cómo osaron tan vecinos
de un militar campamento?...
D. CARLOS. Os lo diré francamente;
fué contienda sobre el juego.
Entré sin pensarlo ciego
en un casuco indecente...
D. ALVARO. Ya caigo, aquí á mano diestra...
D. CARLOS. Sí.
D. ALVARO. Que extrañe perdonad,
que un hombre de calidad,
cual vuestro esfuerzo demuestra,
entrara en tal gazapon,
donde sólo va la hez,
la canalla más soez,
de la milicia borron.
D. CARLOS. Sólo el ser recien llegado
puede, señor, disculparme;
vinieron á convidarme,
y accedí desalumbrado.
D. ALVARO. ¿Con que ha poco estais aquí?
D. CARLOS. Diez dias ha que llegué
á Italia; dos sólo que
al cuartel general fuí.
Y esta tarde al campamento
con comision especial
llegué de mi general,
para el reconocimiento
de mañana. Y si no fuera
por vuestra espada y favor,
mi carrera sin honor
ya estuviera terminada.
Mi gratitud sepa, pues,
á quién la vida he debido,
porque el ser agradecido
la obligacion mayor es
para el hombre bien nacido.
D. ALVARO. (*Con indiferencia.*) Al acaso.
D. CARLOS. (*Con expresion.*) Que me de...
vuestro nombre á suplicaros
me atrevo. Y para obligaros,
primero el mio sabreis.
Siento no decir verdad: (*Aparte.*)
soy don Félix de Avendaña,
que he venido á esta campaña
sólo por curiosidad.

Soy teniente coronel,
y del general Briones
ayudante: relaciones
tengo de sangre con él.

D. ALVARO. ¡Qué franco es, y qué expresivo!
(*Aparte.*)
Me cautiva el corazon.

D. CARLOS. Me parece que es razon
que sepa yo por quién vivo,
pues la gratitud es ley.

D. ALVARO. Soy... don Fadrique de Herreros,
capitan de granaderos
del regimiento del Rey.

D. CARLOS. (*Con grande admiracion y entusiasmo.*)
¿Sois... ¡grande dicha es la mia!
del ejército español
la gloria, el radiante sol
de la hispana valentía?

D. ALVARO. Señor...

D. CARLOS. Desde que llegué
á Italia, sólo elogiaros
y prez de España llamaros
por donde quiera escuché.
Y de español tan valiente
anhelaba la amistad.

D. ALVARO. Con ella, señor, contad,
que me honrais muy altamente.
Y segun os he encontrado
contra tantos combatiendo
bizarramente, comprendo
que sereis muy buen soldado.
Y la gran cortesanía
que en vuestro trato mostrais
dice á voces que gozais
de aventajada hidalguía.
(*Empieza á amanecer.*)
Venid, pues, á descansar
á mi tienda.

D. CARLOS. Tanto honor
será muy corto, señor,
que el alba empieza á asomar.
(*Se oye á lo léjos tocar generala á las bandas de tambores.*)

D. ALVARO. Y por todo el campamento,
de los tambores el són
convoca á la formacion.
Me voy á mi regimiento.

D. CARLOS. Yo tambien, y á vuestro lado
asistiré en la pelea,
donde os admire y os vea
como á mi ejemplo y dechado.

D. ALVARO. Favorecedor y amigo,
si sois cual cortés valiente,
yo de vuestro arrojo ardiente
seré envidioso testigo.
(*Vánse.*)

ESCENA V

El teatro representa un risueño campo de Italia, al amanecer; se verá á lo léjos el pueblo de Veletri y varios puestos militares; algunos cuerpos de tropas cruzan la escena, y luégo sale una compañía de infantería con EL CAPITAN, EL TENIENTE *y* EL SUBTENIENTE: D. CARLOS *sale á caballo con una ordenanza detrás, y coloca la compañía á un lado, avanzando una guerrilla al fondo del teatro.*

D. CARLOS. Señor capitan, permanecereis aquí hasta nueva órden; pero si los enemigos arrollan las guerrillas, y se dirigen á esa altura donde está la compañía de Cantabria, marchad á socorrerla á todo trance.

CAPITAN. Está bien, cumpliré con mi obligacion. (*Vase don Cárlos.*)

ESCENA VI

CAPITAN. Granaderos, en su lugar, descanso. Parece que lo entiende este ayudante. (*Salen los oficiales de las filas y se reunen mirando con un anteojo hácia donde suena rumor de fusilería.*)

TENIENTE. Se va galopando al fuego como un energúmeno, y la accion se empeña más y más.

SUBTENIENTE. Y me parece que ha de ser muy caliente.

CAPITAN. (*Mirando con el anteojo.*) Bien combaten los granaderos del Rey.

TENIENTE. Como que llevan á la cabeza á la prez de España, al valiente don Fadrique de Herreros, que pelea como un desesperado.

SUBTENIENTE. (*Tomando el anteojo y mirando con él.*) Pues los alemanes cargan á la bayoneta y con brio; á Dios, que nos desalojan de aquel puesto. (*Se aumenta el tiroteo.*)

CAPITAN. (*Toma el anteojo.*) A ver, á ver... ¡Ay! si no me engaño, el capitan de granaderos del Rey ha caido ó muerto ó herido; lo veo claro, claro.

TENIENTE. Yo distingo que se arremolina la compañía... y creo que retrocede.

SOLDADOS. A ellos, á ellos.

CAPITAN. Silencio. Firmes. (*Vuelve á mirar con el anteojo.*) Las guerrillas tambien retroceden.

SUBTENIENTE. Uno corre á caballo hácia allá.

CAPITAN. Sí, es el ayudante... Está reuniendo la gente y carga... ¡con qué denuedo! nuestro es el dia.

TENIENTE. Sí, veo huir á los alemanes.

SOLDADOS. A ellos.

CAPITAN. Firmes, granaderos. (*Mira con el anteojo.*) El ayudante ha recobrado el puesto, la compañía del Rey carga á la bayoneta y lo arrolla todo.

TENIENTE. A ver, á ver. (*Toma el anteojo y mira.*) Sí, cierto. Y el ayudante se apea del

caballo, y retira en sus brazos al capitan don Fadrique. No debe de estar más que herido; se lo llevan hácia Veletri.

TODOS. Dios nos le conserve, que es la flor del ejército.

CAPITAN. Pero por este lado no va tan bien. —Teniente, vaya usted á reforzar con la mitad de la compañía las guerrillas que están en esa cañada; que yo voy á acercarme á la compañía de Cantabria; vamos, vamos.

SOLDADOS. Viva España, viva España, viva Nápoles. (*Marchan.*)

ESCENA VII

El teatro representa el alojamiento de un oficial superior; al frente estará la puerta de la alcoba practicable y con cortinas. Entra DON ALVARO *herido y desmayado en una camilla llevada por cuatro granaderos,* EL CIRUJANO *á un lado y* D. CÁRLOS *á otro lleno de polvo y como muy cansado; un soldado traerá la maleta de don Alvaro y la pondrá sobre una mesa; colocarán la camilla en medio de la escena, miéntras los granaderos entran en la alcoba á hacer la cama.*

D. CÁRLOS. Con mucho, mucho cuidado,
dejadle aquí, y al momento
entrad á arreglar mi cama.
(*Vánse á la alcoba dos de los soldados y quedan otros dos.*)

CIRUJANO. Y que haya mucho silencio

D. ALVARO. (*Volviendo en sí.*)
¿Dónde estoy? ¿dónde?

D. CÁRLOS. (*Con mucho cariño.*) En Veletri,
á mi lado, amigo excelso.
Nuestra ha sido la victoria,
tranquilo estad.

D. ALVARO. ¡Dios eterno!
¡Con salvarme de la muerte,
qué gran daño me habeis hecho!

D. CÁRLOS. No digais tal, don Fadrique,
cuando tan vano me encuentro
de que salvaros la vida
me haya concedido el cielo.

D. ALVARO. ¡Ay don Félix de Avendaña,
qué grande mal me habeis hecho!
(*Se desmaya.*)

CIRUJANO. Otra vez se ha desmayado;
agua y vinagre.

D. CÁRLOS. (*A uno de los soldados.*) Al momento.
¿Está de mucho peligro? (*Al cirujano.*)

CIRUJANO. Este balazo del pecho,
en donde aun tiene la bala,
me da muchísimo miedo;
lo que es las otras heridas
no presentan tanto riesgo.

D. CÁRLOS. (*Con gran vehemencia.*)
Salvad su vida, salvadle;
apurad todos los medios
del arte, y os aseguro
tal galardon...

CIRUJANO. Lo agradezco:
para cumplir con mi oficio
no necesito de cebo,
que en salvar á este valiente
interés muy grande tengo.
(*Entra el soldado con un vaso de agua y vinagre. El cirujano le rocia el rostro, y le aplica un pomito á las narices.*)

D. ALVARO. (*Vuelve en sí.*) ¡Ay!

D. CÁRLOS. Animo, noble amigo,
cobrad ánimo y aliento:
pronto, muy pronto curado
y restablecido y bueno
volvereis á ser la gloria,
el norte de los guerreros.
Y á vuestras altas hazañas
el rey dará todo el premio
que merece. Sí, muy pronto
lozano otra vez, cubierto
de palmas inmarchitables
y de laureles eternos,
con una rica encomienda
se adornará vuestro pecho
de Santiago ó Calatrava.

D. ALVARO. (*Muy agitado.*)
¿Qué escucho? ¿Qué? ¡Santo cielo!
¡Ah!... no, no de Calatrava:
jamás, jamás... ¡Dios eterno!

CIRUJANO. Ya otra vez se desmayó:
sin quietud y sin silencio
no habrá forma de curarlo.
Que no le hableis más os ruego.
(*A don Cárlos.—Vuelve á darle agua y á aplicarle el pomito á las narices.*)

D. CÁRLOS. (*Suspenso aparte.*)
El nombre de Calatrava
¿qué tendrá? ¿qué tendrá... tiemblo,
de terrible á sus oídos?...

CIRUJANO. No puede esperar más tiempo.
¿Aun no está lista la cama?

D. CÁRLOS. (*Mirando á la alcoba.*)
Ya lo está.
(*Salen los dos soldados.*)

CIRUJANO. (*A los cuatro soldados.*)
Llevadle luégo.

D. ALVARO. ¡Ay de mí! (*Volviendo en sí.*)

CIRUJANO. Llevadle.

D. ALVARO. (*Haciendo esfuerzos.*) Esperen:
Poco, por lo que en mí siento,
me queda ya de este mundo,
y en el otro pensar debo.
Mas ántes de desprenderme
de la vida, de un gran peso
quiero descargarme. Amigo,
(*A don Cárlos.*)
un favor tan sólo anhelo.

CIRUJANO. Si hablais, señor, no es posible...

D. ALVARO. No volver á hablar prometo.
Pero sólo una palabra,
y á él solo, que decir tengo.

D. CÁRLOS. (*Al cirujano y soldados.*)
Apartad, démosle gusto;
dejadnos por un momento.
(*Se retiran el cirujano y los asistentes á un lado.*)

D. ALVARO. Don Félix, vos solo, solo,
(*Dále la mano.*)
cumplireis con lo que quiero
de vos exigir. Juradme
por la fe de caballero,
que hareis cuanto aquí os encargue,
con inviolable secreto.

D. CÁRLOS. Yo os lo juro, amigo mio;
acabad, pues.
(*Hace un esfuerzo don Alvaro como para meter la mano en el bolsillo y no puede.*)

D. ALVARO. ¡Ah!... no puedo.
Meted en este bolsillo,
que tengo aquí al lado izquierdo
sobre el corazon, la mano.
(*Lo hace don Cárlos.*)
¿Hallais algo en él?

D. CÁRLOS. Sí, encuentro
una llavecita...

D. ALVARO. Es esa.
(*Saca don Cárlos la llave.*)
Con ella abrid, yo os lo ruego,
á solas y sin testigos,
una caja que en el centro
hallareis de mi maleta.
En ella con sobre y sello
un legajo hay de papeles;
custodiadlos con esmero,
y al momento que yo espire
los dareis, amigo, al fuego.

D. CÁRLOS. ¿Sin abrirlos?

D. ALVARO. (*Muy agitado.*) Sin abrirlos,
que en ellos hay un misterio
impenetrable... ¿Palabra
me dais, don Félix, de hacerlo?

D. CÁRLOS. Yo os la doy con toda el alma.

D. ALVARO. Entónces tranquilo muero.
Dadme el postrimer abrazo,
y á Dios, á Dios.

CIRUJANO. (*Enfadado.*) Al momento
á la alcoba. Y vos, don Félix,
si es que teneis tanto empeño
en que su vida se salve,
haced que guarde silencio:
y excusad tambien que os vea,
pues se conmueve en extremo.

(*Llévanse los soldados la camilla: entra tambien el cirujano, y don Cárlos queda pensativo y lloroso.*)

ESCENA VIII

D. CÁRLOS. ¿Ha de morir... ¡qué rigor!
tan bizarro militar?
Si no lo puedo salvar
será eterno mi dolor.
Puesto que él me salvó á mí,
y desde el momento aquel
que guardó mi vida él,
guardar la suya ofrecí. (*Pausa.*)
Nunca ví tanta destreza
en las armas y jamás
otra persona de más
arrogancia y gentileza.
Pero es hombre singular;
y en el corto tiempo que
le trato rasgos noté
que son dignos de extrañar. (*Pausa.*)
¿Y de Calatrava el nombre
por qué así le horrorizó
cuando pronunciarlo oyó?...
¿Qué hallará en él que le asombre?
¡Sabrá que está deshonrado!...
Será un hidalgo andaluz...
¡Cielos!.. ¡Qué rayo de luz
sobre mí habeis derramado
en este momento!... Sí.
¿Podrá ser este el traidor,
de mi sangre deshonor,
el que á buscar vine aquí?
(*Furioso y empuñando la espada.*)
¿Y aun respira?... No, ahora mismo
á mis manos... (*Corre hácia la alcoba y se detiene.*)
¿Dónde estoy?...
¿Ciego á despeñarme voy
de la infamia en el abismo?
¿A quien mi vida salvó,
y que moribundo está,
matar inerme podrá
un caballero cual yo? (*Pausa.*)
¿No puede falsa salir
mi sospecha?... Sí... ¿Quién sabe?...
Pero ¡cielos! esta llave
todo me lo va á decir.
(*Se acerca á la maleta, la abre precipitado, y saca la caja poniéndola sobre la mesa.*)
Salid, caja misteriosa,
del destino urna fatal,
á quien con sudor mortal
toca mi mano medrosa:
me impide abrirte el temblor

que me causa el recelar,
si en tu centro voy á hallar
los pedazos de mi honor.
(*Resuelto y abriendo.*)
Mas no, que en tí mi esperanza,
la luz, que me da el destino
está para hallar camino
que me lleve á la venganza:
(*Abre y saca un legajo sellado.*)
ya el legajo tengo aquí.
¿Qué tardo el sello en romper?...
(*Se contiene.*)
¡Oh cielos! ¡Qué voy á hacer!
¿Y la palabra que dí?
¿Mas si la suerte me da
tan inesperado medio
de dar á mi honor remedio,
el perderlo qué será?
Si á Italia sólo he venido
á buscar al matador
de mi padre y de mi honor,
con nombre y porte fingido,
¿qué importa que el pliego abra,
si lo que vine á buscar
á Italia, voy á encontrar?...
Pero no, dí mi palabra.
Nadie, nadie aquí lo ve...
¡Cielos! lo estoy viendo yo.
Mas si él mi vida salvó,
tambien la suya salvé.
Y si es el infame indiano,
el seductor asesino,
¿no es bueno cualquier camino
por donde venga á mi mano?
Rompo esta cubierta, sí,
pues nadie lo ha de saber...
Mas, cielos, ¿qué voy á hacer?
¿y la palabra que dí? (*Suelta el legajo.*)
No, jamás. ¡Cuán fácilmente
nos pinta nuestra pasion
una infame y vil accion
como accion indiferente!
A Italia vine anhelando
mi honor manchado lavar;
¿y mi empresa ha de empezar
el honor amancillando?
Queda, oh secreto, escondido,
si en este legajo estás;
que un medio infame, jamás
lo usa el hombre bien nacido.
(*Registrando la maleta.*)
Si encontrar aquí pudiera
algun otro abierto indicio,
que sin hacer perjuicio
á mi opinion, me advirtiera...
(*Sorprendido.*)
¡Cielos!... lo hay... esta cajilla,
(*Saca una cajita como de retrato.*)
que algun retrato contiene;
(*Reconociéndola*)
ni sello ni sobre tiene,
tiene sólo una aldabilla.
Hasta sin ser indiscreto
reconocerla me es dado:
nada de ella me han hablado,
ni rompo ningun secreto.
Ábrola, pues, en buen hora,
aunque un basilisco vea:
aunque para el mundo sea
caja fatal de Pandora
(*La abre, y exclama muy agitado.*)
¡Cielos!... no... no me engañé,
esta es mi hermana Leonor...
¿para qué prueba mayor?...
Con la más clara encontré.
Ya está todo averiguado;
don Alvaro es el herido.
Brújula el retrato ha sido
que mi norte me ha marcado.
¿Y á la infame... me atribulo,
con él en Italia tiene?...
Descubrirlo me conviene
con astucia y disimulo.
¡Cuán feliz será mi suerte
si la venganza y castigo
sólo de un golpe consigo,
á los dos dando la muerte!...
Mas... ¡ah!... no me precipite
mi honra, cielos, ofendida.
Guardad á este hombre la vida
para que yo se la quite.
(*Vuelve á colocar el retrato en la maleta. Se oye ruido, y queda suspenso.*)

ESCENA IX

EL CIRUJANO, *que sale muy contento*

CIRUJANO. Albricias pediros quiero;
ya le he sacado la bala,
(*Se la enseña.*)
y no es la herida tan mala
cual me pareció primero.

D. CÁRLOS. (*Le abraza fuera de sí.*)
¿De veras?... Feliz me haceis:
por ver bueno al capitan,
tengo, amigo, más afan
del que imaginar podeis.

JORNADA CUARTA

LA ESCENA ES EN VELETRI

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una sala corta, de alojamiento militar

D. ALVARO *y* D. CÁRLOS.

D. CÁRLOS. Hoy que vuestra cuarentena
dichosamente cumplís,
¿de salud cómo os sentís?
¿Es completamente buena?...
¿Reliquia alguna notais
de haber tanto padecido?
¿Del todo restablecido,
y listo y fuerte os hallais?

D. ALVARO. Estoy como si tal cosa;
nunca tuve más salud,
y á vuestra solicitud
debo mi cura asombrosa.
Sois excelente enfermero:
ni una madre por un hijo
muestra un afan más prolijo,
tan gran cuidado y esmero.

D. CÁRLOS. En extremo interesante
me era la vida salvaros.

D. ALVARO. ¿Y con qué, amigo, pagaros
podré interés semejante?
Y aunque gran mal me habeis hecho
en salvar mi amarga vida,
será eterna y sin medida
la gratitud de mi pecho.

D. CÁRLOS. ¿Y estais tan repuesto y fuerte,
que sin ventaja pudiera
un enemigo cualquiera?...

D. ALVARO. Estoy, amigo, de suerte,
que en casa del coronel
he estado ya á presentarme,
y de alta acabo de darme
ahora mismo en el cuartel.

D. CÁRLOS. ¿De veras?

D. ALVARO. ¿Os enojais
porque ayer no os dije acaso
que iba hoy á dar este paso?
Como tanto me cuidais,
que os opusierais temí;
y estando sano, en verdad,
vivir en la ociosidad
no era honroso para mí.

D. CÁRLOS. ¿Con que ya no os duele nada,
ni hay asomo de flaqueza
en el pecho, en la cabeza,
ni en el brazo de la espada?

D. ALVARO. No... Pero parece que
algo, amigo, os atormenta,
y que acaso os descontenta
el que yo tan bueno esté.

D. CÁRLOS. ¡Al contrario!... Al veros bueno,
capaz de entrar en accion,
palpita mi corazon
del placer más alto lleno.
Solamente no quisiera
que os engañara el valor,
y que el personal vigor
en una ocasion cualquiera...

D. ALVARO. ¿Quereis pruebas?

D. CÁRLOS. (*Con vehemencia.*) Las deseo.

D. ALVARO. A la descubierta vamos
de mañana, y enredamos
un rato de tiroteo.

D. CÁRLOS. La prueba se puede hacer,
pues que estais fuerte, sin ir
tan léjos á combatir,
que no hay tiempo que perder.

D. ALVARO. No os entiendo... (*Confuso.*)

D. CÁRLOS. ¿No tendreis,
sin ir á los imperiales,
enemigos personales
con quién probaros podreis?

D. ALVARO. ¿A quién le faltan?—Mas no
lo que me decís comprendo.

D. CÁRLOS. Os lo está á voces diciendo
más la conciencia que yo.
Disimular fuera en vano...
vuestra turbacion es harta...
¿Habeis recibido carta
de don Alvaro el indiano?

D. ALVARO. (*Fuera de sí.*)
¡Ah traidor!... ¡Ah fementido!
violaste infame un secreto,
que yo débil, yo indiscreto,
moribundo... inadvertido...

D. CÁRLOS. ¿Qué osais pensar?... Respeté
vuestros papeles sellados,
que los que nacen honrados
se portan cual me porté.
El retrato de la infame
vuestra cómplice os perdió,
y sin lengua me pidió
que el suyo y mi honor reclame.
Don Cárlos de Vargas soy,
que por vuestro crímen es
de Calatrava marqués:
temblad, que ante vos estoy.

D. ALVARO. No sé temblar... Sorprendido,
sí, me teneis...

D. CÁRLOS. No lo extraño.

D. ALVARO. ¿Y usurpar con un engaño
mi amistad, honrado ha sido?
¡Señor marqués!...

D. CÁRLOS. De esa suerte
no me permito llamar,
que sólo he de titular
despues de daros la muerte.

D. ALVARO. Aconteceros pudiera
sin el título morir.

D. CÁRLOS. Vamos pronto á combatir,
quedemos ó dentro ó fuera.
Vamos donde mi furor...

D. ALVARO. Vamos, pues, señor don Cárlos,
que si nunca fuí á buscarlos,
no evito lances de honor.
Mas esperad, que en el alma
del que goza de hidalguía,
no es furor la valentía,
y ésta obra siempre con calma.
Sabeis que busco la muerte,
que los riesgos solicito,
pero con vos necesito
comportarme de otra suerte;
y explicaros...

D. CÁRLOS. Es perder
tiempo toda explicacion.

D. ALVARO. No os negueis á la razon,
que suele funesto ser.
Pues trataron las estrellas
por raros modos de hacernos
amigos, ¿á qué oponernos
á lo que buscaron ellas?
Si nos quisieron unir
de mutuos y altos servicios
con los vínculos propicios,
no fué, no, para reñir.
Tal vez fué para enmendar
la desgracia inevitable,
de que no fuí yo culpable.

D. CÁRLOS. ¿Y me la osais recordar?

D. ALVARO. ¿Temeis que vuestro valor
se disminuya y se asombre,
si halla en su contrario un hombre
de nobleza y pundonor?

D. CÁRLOS. ¡Nobleza un aventurero!
¡Honor un desconocido!
¡Sin padre, sin apellido,
advenedizo, altanero!!!

D. ALVARO. ¡Ay, que ese error á la muerte,
por más que lo evité yo,
á vuestro padre arrastró!...
no corrais la misma suerte.
Y que infundados agravios
é insultos no ofenden, muestra
el que está ociosa mi diestra
sin arrancaros los labios.
Si un secreto misterioso
romper hubiera podido,
¡oh!... cuán diferente sido...

D. CÁRLOS. Guardadlo, no soy curioso.
Que sólo anhelo venganza
y sangre.

D. ALVARO. ¿Sangre?... La habrá.

D. CÁRLOS. Salgamos al campo ya.

D. ALVARO. Salgamos sin más tardanza.
(*Deteniéndose.*)
Mas, don Cárlos... ¡ah! ¿podreis
sospecharme con razon
de falta de corazon?
No, no, que me conoceis.
Si el orgullo, principal
y tan poderoso agente
en las acciones del ente
que se dice racional,
satisfecho tengo ahora,
esfuerzos no he de omitir,
hasta aplacar conseguir
ese furor que os devora.
Pues mucho repugno yo
el desnudar el acero
con el hombre que primero,
dulce amistad me inspiró.
Yo á vuestro padre no herí,
le hirió sólo su destino.
Y yo, á aquel ángel divino,
ni seduje, ni perdí.
Ambos nos están mirando
desde el cielo: mi inocencia
ven, esa ciega demencia
que os agita, condenando.

D. CÁRLOS. (*Turbado.*)
¿Pues qué?... ¿Mi hermana?... ¿Leonor?...
(Que con vos aquí no está
lo tengo aclarado ya.)
Mas ¿cuándo ha muerto?... ¡Oh furor!

D. ALVARO. Aquella noche terrible
llevándola yo á un convento,

exánime, y sin aliento,
se trabó un combate horrible
al salir del olivar
entre mis fieles criados
y los vuestros irritados,
y no la pude salvar.
Con tres heridas caí,
y un negro de puro fiel,
(fidelidad bien cruel)
veloz me arrancó de allí,
falto de sangre y sentido:
tuve en Gelves larga cura,
con accesos de locura:
y apénas restablecido
ansioso empecé á indagar
de mi único bien la suerte;
y supe ¡ay Dios! que la muerte
en el oscuro olivar...

D. CÁRLOS. (*Resuelto.*)
Basta, imprudente impostor;
¿y os preciais de caballero?...
¿Con embrollo tan grosero
quereis calmar mi furor?
Deponed tan necio engaño:
despues del funesto dia,
en Córdoba con su tia,
mi hermana ha vivido un año.
Dos meses há que fuí yo
á buscarla, y no la hallé.
Pero de cierto indagué
que al verme llegar huyó.
Y el perseguirla he dejado,
porque sabiendo yo allí
que vos estabais aquí,
me llamó mayor cuidado.

D. ALVARO. (*Muy conmovido.*)
¡Don Cárlos!... ¡Señor!... ¡amigo!
¡Don Félix! ¡ah!... Tolerad
que el nombre que en amistad
tan tierna os unió conmigo
use en esta situacion.
¡Don Félix!... soy inocente;
bien lo podeis ver patente
en mi nueva agitacion.
¡Don Félix!... ¡Don Félix!... ¡ah!...
¿Vive?... ¿vive?... ¡Oh justo Dios!

D. CÁRLOS. Vive; ¿y qué os importa á vos?
muy pronto no vivirá.

D. ALVARO. Don Félix, mi amigo; sí.
Pues que vive vuestra hermana
la satisfaccion es llana
que debeis tomar de mí.
A buscarla juntos vamos;
muy pronto la encontraremos,
y en santo nudo estrechemos,
la amistad que nos juramos.
¡Oh!... Yo os ofrezco, yo os juro
que no os arrepentireis,
cuando á conocer llegueis
mi orígen excelso y puro.
Al primer grande español
no le cedo en jerarquía,
es más alta mi hidalguía
que el trono del mismo sol.

D. CÁRLOS. ¿Estais, don Alvaro, loco?
¿Qué es lo que pensar osais?
¿Qué proyectos abrigais?
¿Me teneis á mí en tan poco?
Ruge entre los dos un mar
de sangre... ¿Yo al matador
de mi padre y de mi honor
pudiera hermano llamar?
¡Oh afrenta! Aunque fuerais rey.
Ni la infame ha de vivir.
No, tras de vos va á morir,
que es de mi venganza ley.
Si á mí vos no me matais,
al punto la buscaré,
y la misma espada que
con vuestra sangre tiñais,
en su corazon...

D. ALVARO. Callad.
Callad... ¿delante de mí
osasteis?...

D. CÁRLOS. Lo juro, sí;
lo juro...

D. ALVARO. ¿El qué?... Continuad.

D. CÁRLOS. La muerte de la malvada,
en cuanto acabe con vos.

D. ALVARO. Pues no será, vive Dios,
que tengo brazo y espada.
Vamos... Libertarla anhelo
de su verdugo. Salid.

D. CÁRLOS. A vuestra tumba venid.

D. ALVARO. Demandad perdon al cielo.

ESCENA II

El teatro representa la plaza principal de Veletri; á un lado y otro se ven tiendas y cafés, en medio puestos de frutas y verduras, al fondo la guardia del principal, y el centinela paseándose delante del armero; los oficiales en grupos á una parte y otra, y la gente del pueblo cruzando en todas direcciones. EL TENIENTE, SUBTENIENTE *y* PEDRAZA *se reunirán á un lado de la escena, miéntras los* OFICIALES 1.°, 2.°, 3.° *y* 4.° *hablan entre sí, despues de leer un edicto que está fijado en una esquina, y que llama la atencion de todos.*

OFICIAL 1.° El rey Cárlos de Nápoles no se chancea: pena de muerte nada ménos.

OFICIAL 2.° ¿Cómo pena de muerte?

OFICIAL 3.° Hablamos de la ley que se acaba de publicar, y que allí está para que nadie la ignore, sobre desafíos.

OFICIAL 2.° Ya, ciertamente es un poco dura.

OFICIAL 3.° Yo no sé cómo un rey tan valiente

y jóven puede ser tan severo contra los lances de honor.

OFICIAL 1.º Amigo, es que cada uno arrima el ascua á su sardina, y como siempre los desafíos suelen ser entre españoles y napolitanos, y estos llevan lo peor, el rey, que al cabo es rey de Nápoles...

OFICIAL 2.º No, esas son fanfarronadas; pues hasta ahora no han llevado siempre lo peor los napolitanos; acordaos del mayor Caraciolo, que despabiló á dos oficiales.

TODOS. Eso fué una casualidad.

OFICIAL 1.º Lo cierto es que la ley es dura; pena de muerte por batirse, pena de muerte por ser padrino, pena de muerte por llevar cartas; qué sé yo. Pues el primero que caiga...

OFICIAL 2.º No, no es tan rigurosa.

OFICIAL 1.º ¿Cómo no? Vean ustedes. Leamos otra vez. (*Se acercan á leer el edicto y se adelantan en la escena los otros.*)

SUBTENIENTE. ¡Hermoso dia!

TENIENTE. Hermosísimo. Pero pica mucho el sol.

PEDRAZA. Buen tiempo para hacer la guerra.

TENIENTE. Mejor es para los heridos convalecientes. Yo me siento hoy enteramente bueno de mi brazo.

SUBTENIENTE. Tambien parece que el valiente capitan de granaderos del Rey está enteramente restablecido. ¡Bien pronto se ha curado!

PEDRAZA. ¿Se ha dado ya de alta?

TENIENTE. Sí, esta mañana. Está como si tal cosa; un poco pálido, pero fuerte. Hace un rato que lo encontré; iba como hácia la Alameda á dar un paseo con su amigote el ayudante don Félix de Avendaña.

SUBTENIENTE. Bien puede estarle agradecido; pues además de haberlo sacado del campo de batalla, le ha salvado la vida con su prolija y esmerada asistencia.

TENIENTE. Tambien puede dar gracias á la habilidad del doctor Perez, que se ha acreditado de ser el mejor cirujano del ejército.

SUBTENIENTE. Y no lo perderá; pues segun dicen, el ayudante, que es muy rico y generoso, le va á hacer un gran regalo.

PEDRAZA. Bien puede; pues segun me ha dicho un sargento de mi compañía, andaluz, el tal don Félix está aquí con nombre supuesto, y es un marqués riquísimo de Sevilla.

TODOS. ¿De veras? (*Se oye ruido, y se arremolinan todos mirando hácia el mismo lado.*)

TENIENTE. ¡Hola! ¿Qué alboroto es aquel?

SUBTENIENTE. Veamos... Sin duda algun preso. Pero ¡Dios mio! ¿Qué veo?

PEDRAZA. ¿Qué es aquello?

TENIENTE. ¿Estoy soñando?... ¿No es el capitan de granaderos del Rey el que traen preso?

TODOS. No hay duda, es el valiente don Fadrique. (*Se agrupan todos sobre el primer bastidor de la derecha, por donde sale el capitan preboste y cuatro granaderos, y en medio de ellos preso sin espada ni sombrero don Alvaro, y atravesando la escena, seguidos por la multitud, entran en el cuerpo de guardia que está al fondo; miéntras tanto se desembaraza el teatro.—Todos vuelven á la escena, ménos Pedraza que entra en el cuerpo de guardia.*)

TENIENTE. Pero, señor, ¿qué será esto? ¿Preso el militar más valiente, más exacto que tiene el ejército?

SUBTENIENTE. Ciertamente es cosa muy rara.

TENIENTE. Vamos á averiguar...

SUBTENIENTE. Ya viene aquí Pedraza, que sale del cuerpo de guardia, y sabrá algo. Hola, Pedraza, ¿qué ha sido?

PEDRAZA. (*Señalando al edicto, y se reune más gente á los cuatro oficiales.*) Muy mala causa tiene. Desafío... El primero que quebranta la ley: desafío y muerte.

TODOS. ¡Cómo!!! ¿Y con quién?

PEDRAZA. ¡Caso extrañísimo! El desafío ha sido con el teniente coronel Avendaña.

TODOS. ¡Imposible!... ¡Con su amigo!

PEDRAZA. Muerto le deja de una estocada ahí detrás del cuartel.

TODOS. ¡Muerto!

PEDRAZA. Muerto.

OFICIAL 1.º Me alegro, que era un botarate.

OFICIAL 2.º Un insultante.

TENIENTE. ¡Pues señores, la ha hecho buena! Mucho me temo que va á estrenar aquella ley.

TODOS. ¡Qué horror!

SUBTENIENTE. Será una atrocidad. Debe haber alguna excepcion á favor de oficial tan valiente y benemérito.

PEDRAZA. Sí, ya está fresco.

TENIENTE. El capitan Herreros es con razon el ídolo del ejército. Y yo creo, que el general y el coronel, y los jefes todos, tanto españoles como napolitanos, hablarán al rey... y tal vez...

SUBTENIENTE. El rey Cárlos es tan testarudo... y como este es el primer caso que ocurre, el mismo dia que se ha publicado la ley... No hay esperanza; ¡esta noche misma se juntará el consejo de guerra, y ántes de tres dias le arcabucean!... Pero, ¿sobre qué habrá sido el lance?

PEDRAZA. Yo no sé, nada me han dicho. Lo que es el capitan tiene malas pulgas, y su amigote era un poco caliente de lengua.

OFICIALES 1.º y 4.º Era un charlatan, un fanfarron.

SUBTENIENTE. En el café han entrado algunos oficiales del regimiento del Rey, sabrán sin duda todo el lance; vamos á hablar con ellos.

TODOS. Sí, vamos.

ESCENA III

El teatro representa el cuarto de un oficial de guardia; se verá á un lado el tabladillo y el colchon, y en medio habrá una mesa y sillas de paja. Entran en la escena.

D. ALVARO *y* EL CAPITAN

CAPITAN. Como la mayor desgracia
juzgo, amigo y compañero,
el estar hoy de servicio
para ser alcaide vuestro.
Resignacion, don Fadrique,
tomad una silla os ruego.
(*Se sienta don Alvaro.*)
Y miéntras yo esté de guardia
no mireis este aposento
como prision... Mas es fuerza,
pues órden precisa tengo,
que dos centinelas ponga
de vista...

D. ALVARO. Yo os agradezco,
señor, tal cortesanía.
Cumplid, cumplid al momento
con lo que os tienen mandado,
y las centinelas luégo
poned... Aunque más seguro
que de hombres y armas en medio,
está el oficial de honor
bajo su palabra... ¡Oh cielos!
(*Coloca el capitan dos centinelas: un soldado entra luces, y se sientan el capitan y don Alvaro junto á la mesa.*)
Y en Veletri, ¿qué se dice?
¿Mil necedades diversas
se esparcirán, procurando
explicar mi suerte adversa?

CAPITAN. En Veletri ciertamente
no se habla de otra materia.
Y aunque de aquí separarme
no puedo, como está llena
toda la plaza de gente,
que gran interés demuestra
por vos, á algunos he hablado...

D. ALVARO. Y bien, ¿qué dicen? ¿qué piensan?

CAPITAN. La amistad íntima todos,
que os enlazaba, recuerdan,
con don Félix... y las causas
que la hicieron tan estrecha,
y todos dicen...

D. ALVARO. Entiendo.
Que soy un monstruo, una fiera.
Que á la obligacion más santa
he faltado. Que mi ciega
furia ha dado muerte á un hombre,
á cuyo arrojo y nobleza
debí la vida en el campo;
y á cuya nimia asistencia
y esmero debí mi cura,
dentro de su casa mesma.
Al que como tierno hermano...
¡Como hermano!... ¡Suerte horrenda!
¿Cómo hermano?... ¡Debió serlo!
Yace convertido en tierra
por no serlo... ¡Y yo respiro!
¿Y aun el suelo me sustenta?...
¡Ay! ¡ay de mí!
(*Se da una palmada en la frente y queda en la mayor agitacion.*)

CAPITAN. Perdonadme
si con mis noticias necias...

D. ALVARO. Yo lo amaba... ¡Ah, cuál me aprieta
el corazon una mano
de hierro ardiente! La fuerza
me falta... ¡Oh, Dios! ¡qué bizarro,
con qué noble gentileza
entre un diluvio de balas
se arrojó, viéndome en tierra,
á salvarme de la muerte!
¡Con cuánto afan y terneza
pasó las noches y dias
sentado á mi cabecera! (*Pausa.*)

CAPITAN. Anuló sin duda tales
servicios con un agravio.
Diz que era un poco altanero,
picajoso, temerario;
y un hombre cual vos...

D. ALVARO. No, amigo;
cuanto de él se diga es falso.
Era un digno caballero
de pensamientos muy altos.
Retóme con razon harta,
y yo tambien le he matado
con razon. Sí, si aun viviera
fuéramos de nuevo al campo;
él á procurar mi muerte,
yo á esforzarme por matarlo.
O él ó yo solo en el mundo,
pero imposible en él ambos.

CAPITAN. Calmaos, señor don Fadrique:
aun no estais del todo bueno
de vuestras nobles heridas,
y que os pongais malo temo.

D. ALVARO. ¿Por qué no quedé en el campo
de batalla como bueno?

con honra acabado hubiera.
Y ahora ¡oh Dios!... la muerte anhelo,
y la tendré... pero ¿cómo?
en un patíbulo horrendo,
por infractor de las leyes,
de horror ó de burla objeto.

CAPITAN. ¿Qué decís?... No hemos llegado,
señor, á tan duro extremo;
aun puede haber circunstancias
que justifiquen el duelo,
y entónces...

D. ALVARO. No, no hay ninguna.
Soy homicida, soy reo.

CAPITAN. Mas segun tengo entendido
(ahora de mi regimiento
me lo ha dicho el ayudante),
los generales de acuerdo
con todos los coroneles
han ido sin perder tiempo
á echarse á los piés del rey,
que es benigno, aunque severo,
para pedirle...

D. ALVARO. (*Conmovido.*) ¿De veras?
Con el alma lo agradezco,
y el interés de los jefes
me honra y me confunde á un tiempo.
Pero ¿por qué han de empeñarse
militares tan excelsos,
en que una excepcion se haga
á mi favor, de un decreto
sabio, de una ley tan justa,
á que yo falté el primero?
Sirva mi pronto castigo
para saludable ejemplo.
Muerte, es mi destino, muerte.
Porque la muerte merezco,
porque es para mí la vida
aborrecible tormento.
Mas ¡ay de mí sin ventura!
¿Cuál es la muerte que espero?
La del criminal, sin honra,
¡en un patíbulo!!!... ¡Cielos!!!
(*Se oye un redoble.*)

ESCENA IV

LOS MISMOS *y* EL SARGENTO

SARGENTO. Mi capitan...

CAPITAN. ¿Qué se ofrece?

SARGENTO. El mayor...

CAPITAN. Voy al momento. (*Vase.*)

ESCENA V

D. ALVARO

¡Leonor! ¡Leonor! Si existes, desdichada,
¡oh qué golpe te espera,
cuando la nueva fiera
te llegue adonde vives retirada,
de que la misma mano,
la mano ¡ay triste! mia,
que te privó de padre y de alegría
acaba de privarte de un hermano!
No; te ha librado, sí, de un enemigo,
de un verdugo feroz, que por castigo
de que diste en tu pecho
acogida á mi amor, verlo deshecho,
y roto, y palpitante
preparaba anhelante,
y con su brazo mismo
de su venganza hundirte en el abismo.
Respira, sí, respira,
que libre estás de su tremenda ira.
(*Pausa.*)
¡Ay de mí! tú vivias,
y yo léjos de tí, muerte buscaba;
y sin remedio las desgracias mias
despechado juzgaba:
mas tú vives, mi cielo,
y aun aguardo un instante de consuelo.
¿Y qué espero? ¡infeliz! de sangre un rio
que yo no derramé, serpenteaba
entre los dos; mas ahora el brazo mio
en mar inmenso de tornarlo acaba.
¡Hora de maldicion, aciaga hora
fué aquella en que te ví la vez primera
en el soberbio templo de Sevilla,
como un ángel bajado de la esfera,
en donde el trono del Eterno brilla!
¡Qué porvenir dichoso
vió mi imaginacion por un momento,
que huyó tan presuroso
como al soplar de repentino viento
las torres de oro, y montes argentinos,
y colosos, y fúlgidos follajes
que forman los celajes
en otoño á los rayos matutinos!
(*Pausa.*)
Mas ¡en qué espacio vago, en qué regiones
fantásticas! ¿Qué espero?
¡Dentro de breves horas,
léjos de las mundanas afecciones
vanas y engañadoras,
iré de Dios al tribunal severo! (*Pausa.*)
¿Y mis padres?... Mis padres desdichados
aun yacen encerrados
en la prision horrenda de un castillo...
cuando con mis hazañas y proezas
pensaba restaurar su nombre y brillo,
y rescatar sus míseras cabezas.
No me espera más suerte
que como criminal, infame muerte.
(*Queda sumergido en el despecho.*)

ESCENA VI

D. ALVARO. EL CAPITAN

CAPITAN. Hola, amigo y compañero...
D. ALVARO. ¿Vais á darme alguna nueva?
¿Para cuándo convocado
está el consejo de guerra?
CAPITAN. Dicen que esta noche misma
debe reunirse á gran priesa...
De hierro, de hierro tiene
el rey Cárlos la cabeza.
D. ALVARO. Es un valiente soldado,
es un gran rey.
CAPITAN. Mas pudiera
no ser tan tenaz y duro.
Pues nadie, nadie lo apea
en diciendo no.
D. ALVARO. En los reyes
la debilidad es mengua.
CAPITAN. Los jefes y generales
que hoy en Veletri se encuentran
han estado en cuerpo á verle,
y á rogarle suspendiera
la ley en favor de un hombre
que tantos méritos cuenta...
Y todo sin fruto. Cárlos,
aun más duro que una peña,
ha dicho que no, resuelto,
y que la ley se obedezca:
mandando que en esta noche
falle el consejo de guerra.
Mas aun quedan esperanzas,
puede ser que el fallo sea...
D. ALVARO. Segun la ley. No hay remedio,
injusta otra cosa fuera.
CAPITAN. Pero ¡qué pena tan dura,
tan extraña, tan violenta...!
D. ALVARO. La muerte. Como cristiano
la sufriré: no me aterra.
Dármela Dios no ha querido
con honra y con fama eterna
en el campo de batalla;
y me la da con afrenta
en un patíbulo infame...
Humilde la aguardo... venga.
CAPITAN. No será acaso... aun veremos...
puede que se arme una gresca..
El ejército os adora...
Su agitacion es extrema,
y tal vez un alboroto...
D. ALVARO. Basta... ¿qué decís? ¿tal piensa
quien de militar blasona?
¿El ejército pudiera
faltar á la disciplina
ni yo deber mi cabeza
á una rebelion?... No, nunca,
que jamás, jamás suceda
tal desórden por mi causa.
CAPITAN. La ley es atroz, horrenda.
D. ALVARO. Yo la tengo por muy justa;
forzoso remediar era
un abuso... (*Se oye un tambor y dos tiros.*)
CAPITAN. ¿Qué?
D. ALVARO. ¿Escuchasteis?
CAPITAN. El desórden ya comienza.
(*Se oye gran ruido; tiros, confusion y cañonazos, que van en aumento hasta el fin del acto.*)

ESCENA VII

LOS MISMOS *y* EL SARGENTO, *que entra muy presuroso*

SARGENTO. ¡Los alemanes! los enemigos están en Veletri. ¡Estamos sorprendidos!

VOCES DENTRO. ¡A las armas! (*Sale el oficial un instante, se aumenta el ruido, y vuelve con la espada desnuda.*)

CAPITAN. Don Fadrique, escapad: no puedo guardar más vuestra persona: andan los nuestros y los imperiales mezclados por las calles; arde el palacio del rey; hay una confusion espantosa; tomad vuestro partido. Vamos, hijos, á abrirnos paso como valientes, ó á morir como españoles. (*Vanse el capitan, los centinelas y el sargento.*)

ESCENA VIII

D. ALV. Denme una espada, volaré á la muerte:
y si es vivir mi suerte,
y no la logro en tanto desconcierto,
yo os hago, eterno Dios, voto profundo
de renunciar al mundo,
y de acabar mi vida en un desierto.

JORNADA QUINTA

LA ESCENA ES EN EL CONVENTO DE LOS ÁNGELES Y SUS ALREDEDORES

ESCENA PRIMERA

El teatro representa lo interior del claustro bajo del convento de los Angeles, que debe ser una galería mezquina al rededor de un patiecillo, con naranjos, adelfas y jazmines. A la izquierda se verá la portería, á la derecha la escalera. Debe de ser decoracion corta, para que detrás estén las otras por su órden.—Aparecen EL P. GUARDIAN *paseándose gravemente por el proscenio, y leyendo en su breviario.* EL H. MELITON *sin manto, arremangado, y repartiendo con un cucharon, de un gran caldero, la sopa, al* VIEJO, *al* COJO, *al* MANCO, *á la* MUJER *y al grupo de pobres que estará apiñado en la portería.*

H. MELITON. Vamos, silencio y órden, que no están en ningun figon.

MUJER. Padre, á mí, á mí.

VIEJO. ¿Cuántas raciones quiere, Marica?...

COJO. Ya le han dado tres, y no es regular...

H. MELITON. Callen, y sean humildes, que me duele la cabeza.

MANCO. Marica ha tomado tres raciones.

MUJER. Y aun voy á tomar cuatro, que tengo seis chiquillos.

H. MELITON. ¿Y por qué tiene seis chiquillos?... Sea su alma.

MUJER. Porque me los ha dado Dios.

H. MELITON. Sí... Dios... Dios... No los tendria si se pasara las noches como yo rezando el rosario, ó dándose disciplina.

P. GUARDIAN. (*Con gravedad.*) ¡Hermano Meliton!... ¡Hermano Meliton!... ¡Válgame Dios!

H. MELITON. Padre nuestro, si estos desesperados tienen una fecundidad que asombra.

COJO. A mí, P. Meliton, que tengo ahí fuera á mi madre baldada.

H. MELITON. ¡Hola!... ¿Tambien ha venido hoy la bruja? Pues no nos falta nada.

P. GUARDIAN. ¡Hermano Meliton!

MUJER. Mis cuatro raciones.

MANCO. A mí ántes.

VIEJO. A mí.

TODOS. A mí, á mí...

H. MELITON. Váyanse noramala, y tengan modo... ¿á qué les doy con el cucharon?...

P. GUARDIAN. Caridad, hermano, caridad, que son hijos de Dios.

H. MELITON. (*Sofocado.*) Tomen, y váyanse...

MUJER. Cuando nos daba la guiropa el P. Rafael lo hacia con más modo y con más temor de Dios.

H. MELITON. Pues llamen al P. Rafael... que no los pudo aguantar ni una semana.

VIEJO. Hermano, ¿me quiere dar otro poco de bazofia?...

H. MELITON. ¡Galopo!... ¿Bazofia llama á la gracia de Dios?...

P. GUARDIAN. Caridad y paciencia, hermano Meliton; harto trabajo tienen los pobrecitos.

H. MELITON. Quisiera yo ver á V. Rma. lidiar con ellos un dia, y otro, y otro.

COJO. El P. Rafael...

H. MELITON. No me jeringuen con el P. Rafael... y... tomen las arrebañaduras (*les reparte los restos del caldero, y lo echa á rodar de una patada*), y á comerlo al sol.

MUJER. Si el P. Rafael quisiera bajar á decirle los Evangelios á mi niño que tiene sisiones...

H. MELITON. Tráigalo mañana, cuando salga á decir misa el P. Rafael.

COJO. Si el P. Rafael quisiera venir á la villa, á curar á mi compañero, que se ha caido.

H. MELITON. Ahora no es hora de ir á hacer milagros: por la mañanita, por la mañanita con la fresca.

MANCO. Si el P. Rafael...

H. MELITON. (*Fuera de sí.*) Ea, ea, fuera... al sol... ¡Cómo cunde la semilla de los perdidos! horrio... á fuera. (*Los va echando con el cucharon y cierra la portería, volviendo luégo muy sofocado y cansado donde está el Guardian.*)

ESCENA II

EL PADRE GUARDIAN *y* EL HERMANO MELITON

H. MELITON. No hay paciencia que baste, padre nuestro.

P. GUARDIAN. Me parece, hermano Meliton, que no os ha dotado el Señor con gran cantidad de ella. Considere que en dar de comer á los pobres de Dios, desempeña un ejercicio de que se honraria un ángel.

H. MELITON. Yo quisiera ver á un ángel en mi lugar siquiera tres dias... puede ser que de cada guantada...

P. GUARDIAN. No diga disparates.

H. MELITON. Pues si es verdad. Yo lo hago con mucho gusto, eso es otra cosa. Y bendito sea el Señor, que nos da bastante para que nuestras sobras sirvan de sustento á los pobres. Pero es preciso enseñarles los dientes... Viene entre ellos mucho pillo... Los que están tullidos y viejos, vengan enhorabuena, y les daré hasta mi racion, el dia que no tenga mucha hambre; pero jastiales que pueden derribar á puñadas un castillo, váyanse á trabajar. Y hay algunos tan insolentes... hasta llaman bazofia á la gracia de Dios... Lo mismo que restregarme siempre por los hocicos al P. Rafael; toma si nos daba más, daca si tenia mejor modo, torna si era más caritativo, vuelta si no metia tanta prisa. Pues á fe, á fe, que el bendito padre Rafael se hartó de pobres y de guiropa, y se metió en su celda, y aquí quedó el H. Meliton. Y por cierto no sé por qué esta canalla dice que tengo mal genio. Pues el P. Rafael tambien tiene su piedra en el rollo, y sus prontos, y sus ratos de murria como cada cual.

P. GUARDIAN. Basta, hermano, basta. El P. Rafael no podia, teniendo que cuidar del altar, y que asistir al coro, entender en el repartimiento de la limosna: ni este ha sido nunca encargo de un religioso antiguo, sino incumbencia del portero... ¿Me entiende?... Y, hermano Meliton, tenga más humildad, y no se ofenda cuando prefieran al P. Rafael, que es un siervo de Dios á quien todos debemos imitar.

H. MELITON. Yo no me ofendo de que prefieran al P. Rafael. Lo que digo es que tiene su genio. Y á mí me quiere mucho, padre nuestro, y echamos nuestras manos de conversacion. Pero tiene de cuando en cuando unas salidas, y se da unas palmadas en la frente,... y habla solo, y hace visajes como si viera algun espíritu.

P. GUARDIAN. Las penitencias, los ayunos...

H. MELITON. Tiene cosas muy raras. El otro dia estaba cavando en la huerta, y tan pálido y tan desemejado, que le dije en broma: Padre, parece un mulato; y me echó una mirada, y cerró el puño, y aun lo enarboló de modo, que parecia que me iba á tragar. Pero se contuvo, se echó la capucha y desapareció; digo, se marchó de allí á buen paso.

P. GUARDIAN. Ya.

H. MELITON. Pues el dia que fué á Hornachuelos á auxiliar al alcalde, cuando estaba en toda su furia aquella tormenta en que nos cayó la centella sobre el campanario, al verlo yo salir sin cuidarse del aguacero, ni de los truenos que hacian temblar estas montañas, le dije por broma que parecia entre los riscos un indio bravo, y me dió un berrido que me aturrulló... Y como vino al convento de un modo tan raro, y nadie lo viene nunca á ver, ni sabemos dónde nació...

P. GUARDIAN. Hermano, no haga juicios temerarios. Nada tiene de particular eso, ni el modo con que vino á esta casa el P. Rafael es tan raro como dice. El Padre limosnero que venia de Palma, se lo encontró muy mal herido en los encinares de Escalona, junto al camino de Sevilla, víctima sin duda de los salteadores, que nunca faltan en semejante sitio; y lo trajo al convento, donde Dios sin duda le inspiró la vocacion de tomar nuestro santo escapulario, como lo verificó en cuanto se vió restablecido, y pronto hará cuatro años. Esto no tiene nada de particular.

H. MELITON. Ya, eso sí... Pero, la verdad, siempre que lo miro me acuerdo de aquello que V. Rma. nos ha contado muchas veces, y tambien se nos ha leido en el refectorio, de cuando se hizo fraile de nuestra órden el demonio, y que estuvo allá en un convento algunos meses. Y se me ocurre si el P. Rafael será alguna cosa así... pues tiene unos repentes, una fuerza, y un mirar de ojos...

P. GUARDIAN. Es cierto, hermano mio; así consta de nuestras crónicas, y está consignado en nuestros archivos. Pero, además de que rara vez se repiten tales milagros, entónces el Guardian de aquel convento en que ocurrió el prodigio, tuvo una revelacion que le previno de todo. Y lo que es yo, hermano mio, no he tenido hasta ahora ninguna. Con que tranquilícese, y no caiga en la tentacion de sospechar del P. Rafael.

H. MELITON. Yo, nada sospecho.

P. GUARDIAN. Le aseguro que no he tenido revelacion.

H. MELITON. Ya, pues, entónces... Pero tiene muchas rarezas el P. Rafael.

P. GUARDIAN. Los desengaños del mundo, las tribulaciones... Y luégo, el retiro con que vive, las continuas penitencias... (*Suena la*

campanilla de la portería.) Vaya á ver quién llama.

H. MELITON. ¿A que son otra vez los pobres? Pues ya está limpio el caldero... (*Suena otra vez la campanilla.*) No hay más limosna; se acabó por hoy, se acabó. (*Suena otra vez la campanilla.*)

P. GUARDIAN. Abra, hermano, abra la puerta. (*Vase.*) (*Abre el lego la portería.*)

ESCENA III

EL H. MELITON *y* D. ALFONSO *vestido de monte, que sale embozado*

D. ALFONSO. (*Con muy mal modo, y sin desembozarse.*)
De esperar me he puesto cano.
¿Sois vos por dicha el portero?

H. MELITON. Tonto es este caballero. (*Aparte.*)
Pues que abrí la puerta, es llano. (*Alto*)
Y aunque de portero estoy,
no me busque las cosquillas,
que padre de campanillas
con olor de santo soy.

D. ALFONSO. ¿El Padre Rafael está?
Tengo que verme con él.

H. MELITON. ¡Otro Padre Rafael! (*Aparte.*)
amostazándome va.

D. ALFONSO. Responda pronto.

H. MELITON. (*Con miedo.*) Al momento.
Padres Rafaeles... hay dos.
¿Con cuál quereis hablar vos?

D. ALFONSO. Para mí mas que haya ciento.
El Padre Rafael... (*Muy enfadado.*)

H. MELITON. ¿El gordo?
¿El natural de Porcuna?
No os oirá cosa ninguna,
que es como una tapia sordo.
Y desde el pasado invierno
en la cama está tullido;
noventa años ha cumplido.
El otro es...

D. ALFONSO. El del infierno.

H. MELITON. Pues ahora caigo en quién es:
el alto, adusto, moreno,
ojos vivos, rostro lleno...

D. ALFONSO. Llevadme á su celda, pues.

H. MELITON. Daréle aviso primero,
porque si está en oracion,
disturbarle no es razon...
¿Y quién diré?

D. ALFONSO. Un caballero.

H. MELITON. (*Yéndose hácia la escalera muy lentamente, dice aparte.*)
¡Caramba!... ¡Qué raro gesto!
Me da malísima espina,
y me huele á chamusquina...

D. ALFONSO. (*Muy irritado.*)
¿Qué aguarda? Subamos presto.
(*El hermano se asusta y sube la escalera, y detrás de él don Alfonso.*)

ESCENA IV

El teatro representa la celda de un franciscano. Una tarima con una estera á un lado, un vasar con una jarra y vasos, un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados. Una especie de oratorio pobre, y en su mesa una calavera. D. ALVARO, *vestido de fraile francisco, aparece de rodillas en profunda oracion mental.*

D. ALVARO *y* EL H. MELITON

H. MELITON. ¡Padre, Padre! (*Dentro.*)

D. ALVARO. (*Levantándose.*) ¿Qué se ofrece?
Entre, Hermano Meliton.

H. MELITON. Padre, aquí os busca un maton, (*Entra.*)
que muy terneján parece.

D. ALVARO. (*Receloso.*)
¿Quién, hermano?... ¿A mí?... ¿su nombre?

H. MELITON. Lo ignoro; muy altanero,
dice que es un caballero,
y me parece un mal hombre.
Él muy bien portado viene,
y en un andaluz rocin;
pero un genio muy ruin
y un tono muy duro tiene.

D. ALVARO. Entre al momento quien sea.

H. MELITON. No es un pecador contrito.
Se quedará tamañito, (*Aparte.*)
al instante que lo vea. (*Vase.*)

ESCENA V

D. ALVARO. ¿Quién podrá ser?... No lo acierto.
Nadie, en estos cuatro años,
que huyendo de los engaños
del mundo, habito el desierto,
con este sayal cubierto,
ha mi quietud disturbado.
¿Y hoy un caballero osado
á mi celda se aproxima?
¿Me traerá nuevas de Lima?...
¡Santo Dios!... ¡qué he recordado!

ESCENA VI

D. ALVARO *y* D. ALFONSO *que entra sin desembozarse, reconoce en un momento la celda, y luégo cierra la puerta por dentro, y echa el pestillo.*

D. ALF. ¿Me conoceis?

D. ALV. No, señor.

D. ALF. No veis en mis ademanes

rasgo alguno que os recuerde
de otro tiempo y de otros males?
¿No palpita vuestro pecho,
no se hiela vuestra sangre,
no se anonada y confunde
vuestro corazon cobarde
con mi presencia?... O por dicha,
¿es tan sincero, es tan grande,
tal vuestro arrepentimiento,
que ya no se acuerda el Padre
Rafael, de aquel indiano
don Alvaro, del constante
azote de una familia
que tanto en el mundo vale?
¿Temblais y bajais los ojos?
Alzadlos, pues, y miradme.
(*Descubriéndose el rostro y mostrándoselo.*)

D. ALV. ¡Oh Dios!... ¡Qué veo! ¡Dios mio!
¿Pueden mis ojos burlarme?
¡Del marqués de Calatrava
viendo estoy la viva imágen!

D. ALF. Basta, que está dicho todo.
De mi hermano y de mi padre
me está pidiendo venganza
en altas voces la sangre.
Cinco años ha que recorro
con dilatados viajes
el mundo, para buscaros;
y aunque ha sido todo en balde,
el cielo (que nunca impunes
deja las atrocidades
de un monstruo, de un asesino,
de un seductor, de un infame),
por un imprevisto acaso
quiso por fin indicarme
el asilo donde á salvo
de mi furor os juzgaste.
Fuera el mataros inerme
indigno de mi linaje.
Fuiste valiente, robusto:
aun estais para un combate:
armas no teneis, lo veo;
yo dos espadas iguales
traigo conmigo, son estas;
(*Se desemboza y saca dos espadas.*)
elegid la que os agrade.

D. ALV. (*Con gran calma, pero sin orgullo.*)
Entiendo, jóven, entiendo,
sin que escucharos me pasme,
porque he vivido en el mundo
y apurado sus afanes.
De los vanos pensamientos
que en este punto en vos arden,
tambien el juguete he sido;
quiera el Señor perdonarme.
Víctima de mis pasiones,
conozco todo el alcance
de su influjo, y compadezco
al mortal á quien combaten.
Mas ya sus borrascas miro
como el náufrago, que sale
por un milagro á la orilla,
y jamás torna á embarcarse.
Este sayal que me viste,
esta celda miserable,
este yermo, á donde acaso
Dios por vuestro bien os trae,
desengaños os presentan
para calmaros bastantes;
y más os responden mudos
que pueden labios mortales.
Aquí de mis muchas culpas,
que son ¡ay de mí! harto grandes,
pido á Dios misericordia:
que la consiga dejadme.

D. ALF. ¿Dejaros?... ¿quién?... ¿Yo dejaros
sin ver vuestra sangre impura
vertida por esta espada
que arde en mis manos desnuda?
Pues esta celda, el desierto,
ese sayo, esa capucha,
ni á un vil hipócrita guardan,
ni á un cobarde infame escudan.

D. ALV. ¿Qué decís?... ¡Ah!... (*Furioso.*)
(*Reportándose.*) ¡No, Dios mio!...
En la garganta se anuda
mi lengua... ¡Señor!... esfuerzo
me dé vuestra santa ayuda.
Los insultos y amenazas (*Repuesto.*)
que vuestros labios pronuncian
no tienen para conmigo
poder ni fuerza ninguna.
Antes como caballero
supe vengar las injurias;
hoy, humilde religioso,
darles perdon y disculpa.
Pues veis cuál es ya mi estado,
y, si sois sagaz, la lucha
que conmigo estoy sufriendo,
templad vuestra saña injusta.
Respetad este vestido,
compadeced mis angustias,
y perdonad generoso
ofensas que están en duda.
(*Con gran conmocion.*)
¡Sí, hermano, hermano!

D. ALF. ¿Qué nombre
osais pronunciar?...

D. ALV. ¡Ah!...

D. ALF. Una
sola hermana me dejasteis,

perdida y sin honra... ¡Oh furia!!!

D. ALV. ¡Mi Leonor!!! ¡Ah! No sin honra,
un religioso os lo jura.
Leonor... ¡ay! la que absorbia
toda mi existencia junta. (*En delirio.*)
La que en mi pecho, por siempre...
por siempre, sí, sí... que aun dura...
una pasion... ¿Y qué, vive?
¿sabeis vos noticias suyas?...
Decid que me ama, y matadme,
decidme... ¡Oh Dios!... ¿me rehusa
(*Aterrado.*)
vuestra gracia sus auxilios?
¿De nuevo el triunfo asegura
el infierno, y se desploma
mi alma en su sima profunda?
¡Misericordia!... Y vos, hombre
ó ilusion, ¿sois por ventura
un tentador que renueva
mis criminales angustias
para perderme?... ¡Dios mio!

D. ALF. (*Resuelto.*) De estas dos espadas, una
tomad, don Alvaro, luégo,
tomad: que en vano procura
vuestra infame cobardía
darle treguas á mi furia.
Tomad...

D. ALV. (*Retirándose.*) No, que aun fortaleza
para resistir la lucha
de las mundanas pasiones
me da Dios con bondad suma.
¡Ah! si mis remordimientos,
mis lágrimas, mis confusas
palabras, no son bastante
para aplacaros; si escucha
mi arrepentimiento humilde
sin caridad vuestra furia,
(*Arrodíllase.*)
prosternado á vuestras plantas
vedme, cual persona alguna
jamás me vió...

D. ALF. (*Con desprecio.*) Un caballero
no hace tal infamia nunca.
Quién sois bien claro publica
vuestra actitud, y la inmunda
mancha que hay en vuestro escudo.

D. ALV. (*Levantándose con furor.*)
¿Mancha?... y ¿cuál?... ¿cuál?

D. ALF. ¿Os asusta?

D. ALV. Mi escudo es como el sol limpio,
como el sol.

D. ALF. ¿Y no lo anubla
ningun cuartel de mulato?
¿De sangre mezclada, impura...?

D. ALV. (*Fuera de sí.*)
¡Vos mentís, mentís, infame!
Venga el acero; mi furia
(*Toca el pomo de una de las espadas.*)
os arrancará la lengua
que mi clara estirpe insulta.
Vamos.

D. ALF. Vamos.

D. ALV. (*Reportándose.*) No... no triunfe
tampoco con esta industria
de mi constancia el infierno.
Retiraos, señor.

D. ALF. (*Furioso.*) ¿Te burlas
de mí, inicuo? Pues cobarde
combatir conmigo excusas,
no excusarás mi venganza.
Me basta la afrenta tuya:
toma. (*Le da una bofetada.*)

D. ALV. (*Furioso y recobrando toda su energía.*)
¿Qué hiciste?... ¡insensato!!!
ya tu sentencia es segura:
hora es de muerte, de muerte.—
El infierno me confunda. (*Salen ambos precipitados.*)

ESCENA VII

El teatro representa el mismo claustro bajo que en las primeras escenas de esta jornada. EL H. MELITON *saldrá por un lado, y como bajando la escalera:* D. ALVARO *y* D. ALFONSO, *embozado en su capa, con gran precipitacion.*

H MELITON. (*Saliéndole al paso.*) ¿A dónde bueno?

DON ALVARO. (*Con voz terrible.*) Abra la puerta.

H. MELITON. La tarde está tempestuosa, va á llover á mares.

DON ALVARO. Abra la puerta.

H. MELITON. (*Yendo hácia la puerta.*) ¡Jesus!... Hoy estamos de marea alta... ya voy... ¿quiere que le acompañe?... ¿hay algun enfermo de peligro en el cortijo?...

DON ALVARO. La puerta pronto.

H. MELITON. (*Abriendo la puerta.*) ¿Va el padre á Hornachuelos?

DON ALVARO. (*Saliendo con don Alfonso.*) Voy al infierno.

(*Queda el H. Meliton asustado.*)

ESCENA VIII

H. MELITON. ¡Al infierno!... ¡buen viaje!
Tambien que era del infierno
dijo, para mi gobierno,
aquel nuevo personaje.
¡Jesus, y qué caras tan!...
Me temo que mis sospechas

han de quedar satisfechas.
Voy á ver por dónde van.
(*Se acerca á la portería y dice como admirado:*)
¡Mi gran Padre San Francisco
me valga!... Van por la sierra,
sin tocar con el pié en tierra,
saltando de risco en risco.
Y el jaco los sigue en pos
como un perrillo faldero.
Calla... hácia el despeñadero
de la ermita van los dos.
(*Asomándose á la puerta con gran afan: á voces.*)
¡Hola!.. ¡Hermanos!.. ¡Hola!.. ¡Digo!..
No lleguen al paredon,
miren que hay excomunion.
Que Dios les va á dar castigo.
(*Vuelve á la escena.*)
No me oyen, vano es gritar.
Demonios son, es patente.
Con el santo penitente
sin duda van á cargar.
¡El Padre, el Padre Rafael!...
Si quien piensa mal, acierta.
Atrancaré bien la puerta...
pues tengo un miedo cruel.
(*Cierra la puerta.*)
Un olorcillo han dejado
de azufre... Voy á tocar
las campanas.
(*Vase por un lado, y luégo vuelve por otro con gran miedo.*)
Avisar
será mejor al prelado.
Sepa que en esta ocasion
aunque refunfuñe luégo,
no el Padre Guardian, el lego
tuvo la revelacion. (*Vase.*)

ESCENA IX

El teatro representa un valle rodeado de riscos inaccesibles y de malezas, atravesado por un arroyuelo. Sobre un peñasco accesible con dificultad, y colocado al fondo, habrá una medio gruta, medio ermita con puerta practicable, y una campana que pueda sonar y tocarse desde dentro: el cielo representará el ponerse el sol de un dia borrascoso, y se irá oscureciendo lentamente la escena y aumentándose los truenos y relámpagos, D. ALVARO *y* D. ALFONSO *salen por un lado.*

D. ALFONSO. De aquí no hemos de pasar.
D. ALVARO. No, que tras de estos tapiales,
bien sin ser vistos, podemos
terminar nuestro combate.
Y aunque en hollar este sitio
cometo un crímen muy grande,
hoy es de crímenes dia,
y todos han de apurarse.
De uno de los dos la tumba
se está abriendo en este instante.
D. ALFONSO. Pues no perdamos más tiempo
y que las espadas hablen.
D. ALVARO. Vamos: mas ántes es fuerza
que un gran secreto os declare,
pues que de uno de nosotros
es la muerte irrevocable:
y si yo caigo es forzoso
que sepais en este trance
á quién habeis dado muerte,
que puede ser importante.
D. ALFONSO. Vuestro secreto no ignoro.
Y era el mejor de mis planes,
(para la sed de venganza
saciar que en mis venas arde)
despues de heriros de muerte
daros noticias tan grandes,
tan impensadas y alegres,
de tan feliz desenlace,
que al despecho de saberlas,
de la tumba en los umbrales,
cuando no hubiese remedio,
cuando todo fuera en balde,
el fin espantoso os diera,
digno de vuestras maldades.
D. ALVARO. Hombre, fantasma ó demonio,
que ha tomado humana carne
para hundirme en los infiernos,
para perderme... ¿qué sabes?...
D. ALFONSO. Corrí el nuevo mundo... ¿tiemblas?...
vengo de Lima... esto baste.
D. ALVARO. No basta, que es imposible
que saber quién soy lograses.
D. ALFONSO. De aquel virey fementido
que (pensando aprovecharse
de los trastornos y guerras,
de los disturbios y males
que la sucesion al trono
trajo á España) formó planes
de tornar su vireinato
en imperio, y coronarse,
casando con la heredera
última de aquel linaje
de los Incas (que en lo antiguo,
del mar del Sur á los Andes
fueron los emperadores)
eres hijo.—De tu padre
las traiciones descubiertas,
aun á tiempo de evitarse,
con su esposa, en cuyo seno
eras tú ya peso grave,
huyó á los montes, alzando
entre los indios salvajes
de traicion y rebeldía

el sacrílego estandarte.
No los ayudó fortuna,
pues los condujo á la cárcel
de Lima, do tú naciste...
(*Hace extremos de indignacion y sorpresa don Alvaro.*)
Oye... espera hasta que acabe.
El triunfo del rey Felipe
y su clemencia notable,
suspendieron la cuchilla
que ya amagaba á tus padres;
y en una prision perpetua
convirtió el suplicio infame.
Tú entre los indios creciste,
como fiera te educaste,
y viniste ya mancebo
con oro y con favor grande,
á buscar completo indulto
para tus traidores padres.
Mas no, que viniste sólo
para asesinar cobarde,
para seducir inicuo,
y para que yo te mate.

D. ALVARO. Vamos á probarlo al punto. (*Despechado.*)

D. ALFONSO. Ahora tienes que escucharme,
que has de apurar, vive el cielo,
hasta las heces el cáliz.
Y si, por ser mi destino,
consiguieses el matarme,
quiero allá en tu aleve pecho
todo un infierno dejarte.
El rey benéfico acaba
de perdonar á tus padres.
Ya están libres y repuestos
en honras y dignidades.
La gracia alcanzó tu tio,
que goza favor notable,
y andan todos tus parientes
afanados por buscarte
para que tenga heredero...

D. ALVARO. (*Muy turbado y fuera de sí.*)
Ya me habeis dicho bastante...
No sé dónde estoy, ¡oh cielos!...
Si es cierto, si son verdades
las noticias que dijisteis...
(*Enternecido y confuso.*)
¡Todo puede repararse!
Si Leonor existe, todo:
¿veis lo ilustre de mi sangre?...
¿Veis?...

D ALFONSO. Con sumo gozo veo
que estais ciego y delirante.
¿Qué es reparacion?... Del mundo
amor, gloria, dignidades
no son para vos... Los votos
religiosos é inmutables
que os ligan á este desierto,
esa capucha, ese traje,
capucha y traje que encubren
á un desertor, que al infame
suplicio escapó en Italia,
de todo incapaz os hacen.
Oye cual truena indignado (*Truena.*)
contra tí el cielo... Esta tarde
completísimo es mi triunfo.
Un sol hermoso y radiante
te he descubierto, y de un soplo
luégo he sabido apagarle.

D. ALVARO. (*Volviendo al furor.*)
¿Eres monstruo del infierno,
prodigio de atrocidades?

D. ALFONSO. Soy un hombre rencoroso
que tomar venganza sabe.
Y porque sea más completa,
te digo que no te jactes
de noble... eres un mestizo,
fruto de traiciones.

D. ALVARO. Baste.
(*En el extremo de la desesperacion.*)
¡Muerte y exterminio! ¡Muerte
para los dos! Yo matarme
sabré, en teniendo el consuelo
de beber tu inicua sangre.
(*Toma la espada, combaten y cae herido don Alfonso.*)

D. ALFONSO. Ya lo conseguiste... ¡Dios mio! ¡Confesion! Soy cristiano... Perdonadme... salva mi alma...

D. ALVARO. (*Suelta la espada y queda como petrificado.*) ¡Cielos!... ¡Dios mio!... ¡Santa Madre de los ángeles!... ¡Mis manos tintas en sangre... en sangre de Vargas!...

D. ALFONSO. ¡Confesion! ¡confesion!... Conozco mi crímen y me arrepiento... Salvad mi alma, vos que sois ministro del Señor...

D. ALVARO. (*Aterrado.*) ¡No, yo no soy más que un réprobo, presa infeliz del demonio! Mis palabras sacrílegas aumentarian vuestra condenacion. Estoy manchado de sangre, estoy irregular... Pedid á Dios misericordia... Y... esperad... cerca vive un santo penitente... podrá absolveros... Pero está prohibido acercarse á su mansion... ¿Qué importa? yo que he roto todos los vínculos, que he hollado todas las obligaciones...

D. ALFONSO. ¡Ah! por caridad, por caridad...

D. ALVARO. Sí; voy á llamarlo... al punto...

D. ALFONSO. Apresuraos, Padre... ¡Dios mio!
(*D. Alvaro corre á la ermita y golpea la puerta*)

D.ª LEONOR. (*Dentro.*) ¿Quién se atreve á llamar á esta puerta? Respetad este asilo.

D. ALVARO. Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer á un moribundo: venid á darle el auxilio espiritual.

D.ª LEONOR. (*Dentro.*) Imposible, no puedo, retiraos.

D. ALVARO. Hermano, por el amor de Dios.

D.ª LEONOR. (*Dentro.*) No, no, retiraos.

D. ALVARO. Es indispensable, vamos. (*Golpea fuertemente la puerta.*)

D.ª LEONOR. (*Dentro tocando la campanilla.*) ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA X

LOS MISMOS *y* D.ª LEONOR, *vestida con un saco, y esparcidos los cabellos, pálida y desfigurada, aparece á la puerta de la gruta, y se oye repicar á lo léjos las campanas del convento.*

D.ª LEONOR. Huid, temerario; temed la ira del cielo.

D. ALVARO. (*Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.*) ¡Una mujer!... ¡Cielos!... ¡Qué acento!... ¡Es un espectro!... Imágen adorada... ¡Leonor! ¡Leonor!

D. ALFONSO. (*Como queriéndose incorporar.*) ¡Leonor!... ¿Qué escucho? ¡Mi hermana!

D.ª LEONOR. (*Corriendo detrás de don Alvaro.*) ¡Dios mio! ¿Es don Alvaro?... Conozco su voz... Él es... ¡Don Alvaro!

D. ALFONSO. ¡Oh furia! Ella es... ¡Estaba aquí con su seductor!... ¡hipócritas!... ¡Leonor!!!

D.ª LEONOR. ¡Cielos!... ¡Otra voz conocida!... Mas ¿qué veo?... (*Se precipita hácia donde ve á don Alfonso.*)

D. ALFONSO. ¡Ves al último de tu infeliz familia!

D.ª LEONOR. (*Precipitándose en los brazos de su hermano.*) ¡Hermano mio!... ¡Alfonso!

D. ALFONSO. (*Hace un esfuerzo, saca un puñal, y hiere de muerte á Leonor.*) Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonra... Muero vengado. (*Muere.*)

D. ALVARO. ¡Desdichado!... ¿Qué hiciste?... ¡Leonor! ¿Eras tú?... ¿Tan cerca de mí estabas?... ¡Ay! (*Sin osar acercarse á los cadáveres.*) Aun respira... aun palpita aquel corazon todo mio... Angel de mi vida... vive, vive... yo te adoro... ¡Te hallé, por fin... sí, te hallé... muerta! (*Queda inmóvil.*)

ESCENA ULTIMA

Hay un rato de silencio; los truenos resuenan más fuertes que nunca, crecen los relámpagos, y se oye cantar á lo léjos el Miserere *á la comunidad, que se acerca lentamente.*

VOZ DENTRO. Aquí, aquí; ¡qué horror! (*Don Alvaro vuelve en sí, y luégo huye hácia la montaña.—Sale el P. Guardian con la comunidad, que queda asombrada.*)

P. GUARDIAN. ¡Dios mio! ¡Sangre derramada! ¡Cadáveres!... ¡La mujer penitente!

TODOS LOS FRAILES. ¡Una mujer!... ¡Cielos!

P. GUARDIAN. ¡Padre Rafael!

D. ALVARO. (*Desde un risco, con sonrisa diabólica, todo convulso, dice:*) Busca, imbécil, al P. Rafael... Yo soy un enviado del infierno, soy el demonio exterminador... Huid, miserables.

TODOS. ¡Jesus!

D. ALVARO. ¡Infierno, abre tu boca y trágame! ¡Húndase el cielo, perezca la raza humana; exterminio, destruccion!!... (*Sube á lo más alto del monte y se precipita.*)

EL P. GUARDIAN Y LOS FRAILES. (*Aterrados y en actitudes diversas.*) ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!

FIN DEL DRAMA

SOLACES DE UN PRISIONERO,

Ó

TRES NOCHES DE MADRID

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAS

EL REY FRANCISCO DE FRANCIA, *galan.*
EL EMPERADOR CARLOS V, *galan.*
DOÑA LEONOR, *dama.*
DOÑA ELVIRA, *dama.*
EL CONDE, *barba.*
EL COMENDADOR, *viejo.*
DON HERNANDO DE ALARCON, *viejo.*
ANACLETA, *dueña.*
LEONARDA, *criada.*
PIERRES, *gracioso.*
TOMATE, *lacayo.*
UN ALCALDE DE CORTE.
TRES ALGUACILES.
RONDA, *con linterna.*

La accion pasa en Madrid en el año 1525.

ADVERTENCIA

Por complacer á mis amigos, individuos de la seccion dramática del Liceo de Madrid, y por distraerme en una época muy embarazosa y llena de disgustos y de ansiedad, he escrito esta composicion. No fué mi intento al emprenderla hacer *un drama histórico* ni una *comedia de costumbres;* ni me propuse pintar una pasion, ni retratar un carácter. Tampoco pretendí cumplir con la *alta mision de poeta,* dando lecciones al mundo, y mejorando la sociedad. Nada de esto. Mi intento fué sólo el de ocupar mi imaginacion, y el de proporcionar á mis lectores ú oyentes un par de horas de honesta diversion y entretenimiento, con lances verosímiles mejor ó peor enlazados, con un diálogo claro y agradable, y con los versos más sonoros y flúidos, que le es dado producir á mi pobre musa. Si lo consigo he llenado completamente mi propósito. Y ruego á los críticos de todas las sectas literarias, que tengan la bondad de no juzgar esta obra por las reglas que respectivamente profesan, pues no me he sujetado á ninguna al componerla. Júzguenme, pues, solamente por el placer ó fastidio que les cause la lectura ó la representacion de esta comedia.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una calle de Madrid, de noche, y salen embozados EL REY *y* PIERRES.

PIERRES. La noche está tan oscura
que ni los dedos se ven,
y si has de reñir tambien,
no pegarme á mí procura,
como anoche aconteció:
pues cuando á palos andabas
y á los músicos cascabas,
un trancazo me alcanzó.

REY. No habrá esta noche quimera;
que no siempre hemos de hallar
músicos que apalear.

PIERRES. El cielo santo lo quiera,
y darte juicio, señor.

REY. ¿Y en qué me falta juicio?

PIERRES. En buscarte un precipicio
tras estos lances de amor.
De que prisionero estás,
y de que á hurtadillas sales
donde es fácil que resbales,
olvidado siempre vas;
y emprendes á cuchilladas,
sin temer ser descubierto,
que va á ser el fin por cierto,
señor, de estas escapadas.
Y yo el que pague el escote,
por ir siempre junto á tí.

REY. ¿Qué pueden hacerte, dí?

PIERRES. Nada: apretarme el gañote.
Si el perrazo que nos cela
oliese algo... ¡San Antonio!

con él el mismo demonio
fuera un niño de la escuela.

REY. Advierto por cuanto dices
que el alcalde es tu manía.

PIERRES. Lo traigo de noche y dia
á caballo en las narices.
¿Y es viejo con quien se puede
andar en burlas, señor?

REY. No á fe, que á nadie en valor
y en noble entereza cede.

PIERRES. Pues verás...

REY. ¿Qué, majadero,
si está en su cama roncando
muy ajeno de que ando
haciendo á damas terrero?

PIERRES. Si armas tanta batahola,
metiéndote á espadachin,
ha de descubrir al fin
que le hacemos la mamola.—
Mas si esta es la casa, ¿qué
esperas?

REY. A que el reló
dé las once.

PIERRES. Ya las dió.

REY. Mas la seña no se ve.

PIERRES. ¡Pese á la dueña ladina,
y lo que esta noche tarda!
Pues yo con un canto...
(*Busca una piedra por el suelo.*)

REY. Aguarda,
que hácia aquí una luz camina.

PIERRES. (*Asustado.*)
¿Una luz?... Sí. ¡Valga al diablo!...
y mucha gente... ¡Ay de mí,
que ya tenemos aquí
al alcalde!... Guarda, Pablo.
Retirémonos, si no...

REY. Sabe, para tu gobierno,
que aunque viniese el infierno
no he de retirarme yo.

PIERRES. A Dios... Pendencia tenemos.

REY. De mi acero á un solo amago
la luz importuna apago,
y luégo despues veremos.

PIERRES. Despues que apagues la luz,
¿qué, señor, hemos de ver?

REY. Toda esa gente correr.

PIERRES. ¿Son demonios, y tú cruz?

REY. (*Saca la espada y vuelve á embozarse.*)
Si de estorbo has de servir,
sepárate pronto á un lado.

PIERRES. ¿Que estorbo soy, has dudado,
si se trata de reñir? (*Se separa.*)
(*Salen el* ALCALDE, *los* TRES ALGUACILES, *y otros que forman la* RONDA, *con una linterna encendida.*)

ALCALDE. ¿Quién va á la ronda?... ¿Quién va?
¿Quién va á la ronda?

REY. Ni voy,
ni vengo, que quieto estoy.

ALCALDE. ¿Y qué es lo que haciendo está?

REY. Tomando el fresco.

ALCALDE. Acercadle
la luz y reconocedle;
y si armas lleva, prendedle,
y á un calabozo llevadle.

REY. (*Aparte.*) Con la justicia este enredo
me pesa, que el ampararla
es mi oficio; mas dejarla
reconocerme no puedo.
¡Gran compromiso! (*Alto.*) Mirad...

ALCALDE. Nada hay que ver. Al momento
mi superior mandamiento
con ese hombre ejecutad.

REY. (*Aparte.*) ¡Grave apuro!...
(*Se desemboza, da de cuchilladas á todos y se apaga la luz.*)
(*Alto.*) Pues yo así
me dejo reconocer,
que ni al infierno poder
le concedo sobre mí. (*Vase.*)

ALGUACIL 1.º Es un demonio

ALGUACIL 2.º (*Cayendo atropellado.*) ¡Ay!

PIERRES. (*Aparte.*) Con él
me escurro, pues paso abrió.
(*Vase y lo sigue el alguacil tercero.*)

ALCALDE. Favor al rey.

ALGUACIL 1.º Escapó.

ALGUACIL 2.º Pues que lo siga Luzbel.
(*Sacan luces á algunos balcones, se abre una puerta del fondo y sale* EL COMENDADOR *con espada y broquel, sin sombrero y como de casa.*)

ALCALDE. (*Reforzando la voz.*)
¡Animo! favor al rey.

COMEND. A dársele vengo yo,
que del que noble nació
el dárselo, y pronto, es ley.
¿Qué desórden ha ocurrido?

ALCALDE. Un hombre, que con malicia
se resistió á la justicia,
y que con ella ha reñido.
A la espada mano echó,
la luz matando, y valiente
acuchillando á esta gente,
sin saber cómo, se huyó.

COMEND. Detrás de él, señor alcalde,
vamos.

ALGUACIL 3.º (*Que vuelve cansado de haber perseguido á Pierres y al rey.*)
Imposible es.
Yo que tengo buenos piés

le he seguido, pero en balde.
La oscuridad le ha salvado;
tomó por la callejuela,
y no corre, sino vuela,
y juzgo va acompañado.

COMEND. Un raterillo será.

ALGUACIL 1.º Debe ser gran malhechor.

ALCALDE. El es hombre de valor,
mas quién es Dios lo sabrá.

COMEND. Señor, el desaire siento
en que la justicia queda;
si algo juzgais que yo pueda
por ella hacer, al momento
cumpliré vuestros mandatos,
que á un hidalgo militar
le toca siempre vengar
semejantes desacatos.

ALCALDE. Hablais como bien nacido:
que á la justicia del rey
acatar, suprema ley
de los nobles siempre ha sido.
Mas gracias tan sólo os doy,
pues no necesito nada.
Esto es ya cosa acabada.

COMEND. A todo dispuesto estoy;
y si descansar gustais
esta es mi casa: os la ofrezco.

ALCALDE. Con el alma lo agradezco;
como quien sois os portais.
Es precisa obligacion
seguir la ronda. (*A la gente.*) Encended
esa linterna, y tened
más piés ó más corazon.
(*Vuelve uno con la linterna encendida.*)
Dios os guarde, caballero;
mil gracias, y descansad
(*Vase con toda la ronda.*)

COMEND. Con cuanto valgo contad;
con mi casa y con mi acero. (*Vase.*)

ESCENA II

Sala de una casa particular, con mesa y sillas, una puerta en el fondo, y salen D.ª LEONOR *y* D.ª ELVIRA, *muy sobresaltadas* ANACLETA *y* LEONARDA, *cada una con un candelero en la mano y las velas encendidas.*

D.ª LEONOR. El era, sin duda, Elvira,
y acaso ya preso va.

D.ª ELVIRA. El era, segun la hora,
y como no pudo entrar...

D.ª LEONOR. La tardanza de Anacleta...

ANACLETA. Señora, sin seso estás.
No ha sido tardanza mia,
ha sido que la señal
no pude hacer, porque estaba
el amo sin acostar.

LEONARDA. (*Observando.*) La calle se ha sosegado;
no suena una mosca ya,
y el señor por la escalera
sube y se nos viene acá.

D.ª ELVIRA. Disimula, prima mia,
no dejes ver tu ansiedad,
pues que vuelve nuestro tio
y pudiera sospechar.
(*Sale* EL COMENDADOR. *Anacleta y Leonarda ponen las luces sobre la mesa.*)

D.ª LEONOR. (*Con ansiedad.*)
¿Qué ha sido, señor, el lance?

COMEND. Nada ha sido en realidad,
y mucho. Nada, porque
el hombre sin hacer mal
parado estaba en la calle;
y mucho, porque insultar
osó á la justicia. Nada,
porque el hombre se fué en paz;
mucho, porque ha apaleado
á alguaciles y demás.
Pero sosegado todo,
y tranquilo queda ya.
Sigue el alcalde su ronda,
y el hombre, que es bravo asaz,
ya descansando en su casa,
si es que la tiene, estará.

D.ª LEONOR. ¿Con que se salvó?

COMEND. Salvóse.

D.ª LEONOR. ¿Y ha habido sangre?

COMEND. No tal;
trancazos y más trancazos,
y voces, y nada más.
Estas rondas de alguaciles
son siempre cosa fatal.
Sin motivo empeñan lances,
por si hay algo que pescar;
y en hallando resistencia
al punto se hacen atrás,
quedándose la justicia
desairada, que es gran mal.
Los soldados solamente
son los que saben rondar,
pues como nunca escribanos
con ellos á ronda van,
ni esperan recoger multas,
no incomodan al que está
sin hacer daño, y en viendo
motivo, saben pegar.
Ya es de recogernos hora.
Leonarda, baja al zaguan,
y echa la llave á la puerta.
Sobrinas, con Dios quedad.
(*Vase por la puerta del fondo, y vase Leonarda.*)

ANACLETA. Si hace dos horas se hubiera

su merced ido á acostar,
de toda esta zalagarda
nos ahorráramos el mal.

D.ª LEONOR. Pues que se marchó mi tio,
otra vez mira si está
la calle sola, que acaso
aun puede volver don Juan.

D.ª ELVIRA. Dudo que vuelva esta noche.

ANACLETA. (*Figurando que se asoma á un balcon.*)
Es tanta la oscuridad
que nada se ve, señora.

D.ª LEONOR. No importa; pon la señal,
y está como siempre, alerta.

ANACLETA. Pondré el pañuelo, mas ya
aunque vuelva, muy difícil
ha de ser que pueda entrar.

D.ª LEONOR. Si torna, y entrar no puede,
por la reja del portal
ó por el jardin, si es pronto,
hablar conmigo podrá.

D.ª ELVIRA. ¿No fuera, prima, mejor...?

D.ª LEONOR. Tú lo que temiendo estás
es que el reló dé la una,
porque el mio y tu galan,
no se encuentren en la calle,
y la enrede Barrabás.
Pero son las once y media,
y yo cuidosa además
sabré evitar un encuentro.

D.ª ELVIRA. Sé que bien medido va
el tiempo, y que incomodarnos
es imposible jamás;
pero como por las verjas
del jardin dices...

D.ª LEONOR. Es tal
mi turbacion, que lo dije,
prima mia, sin pensar.
El jardin es tu terreno,
y en quietud lo gozarás.
Pues sabes, amada Elvira,
que sangre y cariño en tan
estrecho lazo nos unen,
que un alma somos no más.
Anacleta, atenta escucha,
y si notas...

ANACLETA. Descuidad. (*Vase.*)

D.ª LEONOR. (*Se sienta.*)
Supuesto que ya la dueña,
por mí alerta, en su balcon
espera con atencion
si acaso advierte la seña,
que anhela mi corazon;
y supuesto que Leonarda,
dentro de tu camarin,
el trinar del bandolin
cuidosa, cual siempre, aguarda,
para llamarte al jardin;
ambas, si no te importuna,
aquí podremos charlar:
puesto que me iré á acostar
en cuanto suene la una;
que no te he de incomodar.
Pero entre tanto que da,
como es, prima, el tiempo mio,
no te incomodo; y confio
que en tu amistad hallará
consuelo mi desvarío.
Pues estoy, te lo confieso,
tan enamorada, y tan
prendada de mi don Juan,
que tengo perdido el seso.
¿No es discreto?... ¿No es galan?

D.ª ELVIRA. (*Apoyándose en el respaldo de la silla de doña Leonor.*)
No sé qué decir, Leonor,
recordando la altiveza
con que ornabas tu belleza,
al verte hoy con tanto amor
trastornada la cabeza.

D.ª LEONOR. Si lo consideras bien
de ese tu asombro saldrás.
Advierte que errada estás;
porque dime, prima, ¿quién
dió al amor reglas jamás?
Fué altivo mi pensamiento,
miéntras ninguna aficion
penetró en mi corazon;
logrólo una, y al momento
se mudó mi condicion.
Que por haber sido esquiva
un año, ni dos, ni tres,
preciso, prima, no es
que lo sea miéntras viva,
libre de todo interés.
Que el ser duro un corazon
no es culpa suya en verdad,
culpa es de la habilidad
de quien fuera de sazon
pretende su voluntad.
Y la altivez de mujer,
por mucho que quiera ser,
dura hasta que de su pecho
el camino más derecho
llega un venturoso á ver.

D.ª ELVIRA. Mas ¿cómo en tan pocos dias,
perdiendo tu altiva calma
á punto que desvarias,
pudiste rendir el alma
al amor que aborrecias?

D.ª LEONOR. ¡Ay, Elvira! del amor
no acontece la ruina
con el paso á que camina

lento el tiempo destructor:
es la explosion de una mina.
Y se dice dar flechazo,
herir con amor, porque
ni se aguarda, ni se ve;
llega de golpe y porrazo,
y sin saber cómo fué.
Y llama, prima, en rigor
que en encenderse retarda,
y obsequio y ruegos aguarda,
si acaso es llama de amor,
es una llama bastarda.
Que amor no quiere razon
para serlo, nace y crece
sin motivo ni ocasion,
y al mismo paso perece.
¿Quién comprende el corazon?

D.ª ELVIRA. Al cabo un aventurero,
galan sí, pero extranjero,
que quién es no hemos sabido,
el afortunado ha sido,
que rinde tu pecho fiero.

D.ª LEONOR. No sé yo que para amar,
pues que no está en nuestra mano,
sea preciso examinar
si el galan es castellano,
extranjero, ó de ultramar.
Y don Juan por ser francés,
no pierde nada á fe mia,
pues de su noble hidalguía
prueba harto patente es
su discreta bizarría.
Ni es, prima, un aventurero;
es un noble caballero,
que de caballero á ley
viene á servir á su rey,
que está en Madrid prisionero.

D.ª ELVIRA. Siempre anda en la noche oscura...
siempre ocultarse procura...

D.ª LEONOR. Al objeto con que viene
á España, tener conviene
gran recato y gran cordura.
(*Con cariñosa malicia.*)
Mas ahora voy contra tí,
pícara, que así me arguyes,
pues aunque mis ojos huyes,
no me la pegas á mí.
Pero no estás, ya se ve,
como estoy yo enamorada,
y puedes disimulada
caminar con cauto pié.

D.ª ELVIRA. (*Sonriendo.*)
Lo estoy, prima.

D.ª LEONOR. No lo estás;
lisonjeada sí.

D.ª ELVIRA. Leonor...

D.ª LEONOR. Con más orgullo que amor,
tras de un alto empeño vas.

D.ª ELVIRA. (*Fingiendo ingenuidad.*)
¿Pues don Félix Coronel?...

D.ª LEONOR. Don... ¿qué?—Tu labio parece
que á ese nombre se entorpece
y que no atina con él.
¡Don Félix!!! Quién es tu cuyo,
hasta con él, aparentas
ignorarlo, y así aumentas
más que tu delirio el suyo.

D.ª ELVIRA. (*Turbada.*)
¿Yo, prima?

D.ª LEONOR. Aunque eres discreta,
colorada te me has puesto,
y es seguro indicio esto
de que te acerté la treta.
En fin, en vano procuras
que yo quede convencida,
porque entre sastres, querida,
no se pagan las hechuras.
Que era extranjero don Juan
me dijiste, y considero
que tambien es extranjero
tu don... en fin, tu galan.
Y tambien, por vida mia,
se oculta, y hace muy bien.

D.ª ELVIRA. De tu malicia deten
el vuelo, que se extravia.

D.ª LEONOR. No se extravia por cierto,
ni se sale del camino,
y ese afan que de contino
en tí, amada Elvira, advierto
de que no se hallen los dos
en la calle, es muy prudente;
y no es tuyo solamente,
que es tambien mio por Dios.
Tengo en ello gran cuidado,
con inquietud lo vigilo,
porque diz que siempre el hilo
quiebra por lo más delgado.
Ya, querida prima, ves
que aunque eres tan reservada,
nada se me oculta, nada.

D.ª ELVIRA. Penetracion grande es
la tuya, te lo confieso;
mas sospechas hay no más
de lo que afirmando estás.

D.ª LEONOR. Sospechas de mucho peso.

Sale ANACLETA

ANACLETA. (*A doña Leonor.*)
Ya es muy tarde, señorita,
y sin fruto el esperar;
podeis muy bien renunciar
por hoy á tener visita.

D.ª LEONOR. ¿No has visto nada en la calle?
ANACLETA. Varios hombres que cruzaron
pero que no se pararon.
D.ª LEONOR. ¿No conociste en el talle?...
ANACLETA. Los bultos tan sólo ví,
que la noche es muy oscura.
D.ª LEONOR. Aun más lo es mi desventura;
todo me sucede así.

Sale LEONARDA

LEONARDA. (*A doña Elvira.*)
Pronto, bajad al jardin,
que aunque no ha dado la hora,
el galan que os enamora
ha tocado el bandolin.
D.ª LEONOR. Eres, Elvira, dichosa,
y debes serlo en rigor.
D.ª ELVIRA. Otra noche, mi Leonor,
serás tú la venturosa. (*Vánse.*)

ESCENA III

Jardin con parte de verja á un lado, y en ella una puerta practicable, por la que salen embozados EL EMPERADOR *y* TOMATE, *este con un bandolin en la mano, y queda á la parte de afuera* EL CONDE.

EMPER. (*A la puerta.*)
Esos galanes me dan
cuidado, conde, por Dios;
pues dos noches van ya, dos,
que en estas calles están.
CONDE. Si me hubierais permitido
reconocerlos, acaso...
EMPER. Hubiera sido mal paso
un lance comprometido.
CONDE. ¿Si quereis que hasta la aurora
yo atento la calle ronde?...
EMPER. No es ya necesario, conde;
id á descansar ahora.
Un breve instante esperad,
y al momento os podeis ir.
CONDE. Mi obligacion es servir
siempre á vuestra majestad. (*Vase.*)
EMPER. Fuerza es dejar la relevante esfera
de la alta majestad, del sumo mando,
para poder gozar de cuando en cuando,
los bienes de la vida placentera.
El blando amor, y la amistad sincera
huyen del trono y del poder temblando;
aunque en el trono y el poder, ansiando
dulce amor y amistad, un hombre muera.
De la vida comun yo, así encubierto
mi nombre y mi dominio sin segundo,
vengo á buscar el sosegado puerto:
¿pues qué sin amistad y amor el mundo
es para el hombre? Un árido desierto,
un ciego abismo, un piélago profundo.
(*Se pasea.*)

TOM. Señor, doña Elvira llega.
EMPER. Mas bien dijeras el sol,
con cuyo hermoso arrebol
en luz mi pecho se anega.

Sale D.ª ELVIRA

D.ª ELV. Don Félix...
EMPER. Mi señora:
hoy madruga la aurora
y más temprano para mí amanece;
tal vuestra faz hermosa resplandece
á mis amantes ojos,
que estas sombras son ya celajes rojos,
y vuestra luz divina
me abrasa el alma, el pecho me ilumina.
D.ª ELV. Siempre galan, y siempre lisonjero.
EMPER. Siempre rendido amante,
que os ofrece anhelante
un alma ardiente, un corazon sincero;
un alma, un corazon... ¡ah!... (permitidlo
á mi labio y oidlo)
á quienes turba y viste
hoy una sombra oscura,
que aun á vuestra presencia se resiste
cubriéndolos de luto y de amargura.
D.ª ELV. ¿Y qué sombra, don Félix?... No os comprendo.
EMPER. Ni tampoco me entiendo,
señora, yo á mí mismo,
porque un pecho celoso es un abismo.
D.ª ELV. Vos os burlais sin duda.
¿De una dama cual yo?... Me dejais muda.
(*Aparte.*) ¡Qué bien, cielos, temia,
que al cabo con don Juan se encontraria!
(*Alto.*) Explicaos luégo, luégo.
EMPER. ¡Ah! que no os enojeis, señora, os ruego;
ved las ansias mortales con que lucho:
escuchadme y callad.
D.ª ELV. Callo, y escucho.
(*Hablan aparte.*)
TOM. (*A Leonarda.*) Pues qué, ¿sin luz se viene la maldita?
que aunque se despepita
mi corazon por ella y mi deseo,
el demonio me lleve si la veo;
y será conveniente
que el tacto me asegure...
(*Va á abrazarla.*)
LEO. Arre, insolente.
¿No basta el rosicler de mi belleza
para que se ilumine su cabeza?
TOM. Por más que te encandilas,
nada, nada descubren mis pupilas.
LEO. Da un puñetazo en ellas,
y verán las más mínimas estrellas.
TOM. ¡Oh crueldad de estropajo!
LEO. ¡Terneza lacayuna!... ¿Qué hay, bergante?
TOM. Mi corazon flotante

partido está por tí de arriba abajo,
y hoy lo destroza ¡cielos!
la tenaza encendida de los celos.

LEO. ¿Un pícaro tambien...?

TOM. Tambien, bribona:
porque de una fregona
tener bien puede celos un lacayo;
y aun regalarle un sayo
de felpa muy cumplida.

LEO. Pues mire por su vida
que fuera, seor Tomate,
meterse en tales gastos disparate.
(*Siguen hablando aparte.*)

D.ª ELV. Aun cuando fueran tales
esos que habeis hallado,
y que más razon fuera haber juzgado
encuentros á estas horas casuales,
¿por qué han de ser, don Félix, cosa mia?
Quien así lo imagine desvaria.
En esta misma calle
hay muchas damas de gallardo talle,
á las que harán terrero
uno y otro amoroso caballero.

EMPER. ¿Puede haber por ventura,
quien ajeno de gusto y de cordura
ronde ansioso esta calle
por otros ojos y por otro talle,
que por esos divinos, donde el fuego
roba para sus flechas amor ciego;
y que por ese talle, que parece
el vástago gentil de una azucena,
que del aura serena
al blando soplo en el jardin se mece?
¡Ay! que esas damas bellas
comparadas con vos, señora mia,
serán lo que ante el sol son las estrellas,
lo que una clara noche con el dia.
Y aunque ronden por ellas
esos dos embozados,
se aumentan mis cuidados,
porque pueden muy bien llegar á veros;
y si advierten que andaban engañados,
pues donde alumbra el sol no arden luceros,
en holocausto ofrecerán rendidos
á vuestros piés las almas y sentidos.
Y tengo, tanto os amo, Elvira, celos,
bien lo saben los cielos,
hasta de que haber pueda en mis amores
envidiosos, no ya competidores.

D.ª ELV. Señor, no vuestro labio
haga á la fe de mi cariño agravio;
y si me amais, cual me decís, seguro
de que es mi pecho diamantino muro,
no ofendais más ingrato
mi nobleza, mi amor y mi recato.—
Mas vamos donde luz haya y asientos,
pues que vuestros gallardos pensamientos
aseguran mi nombre y mi decoro.

EMPER. Bien sabeis que el tesoro
de virtud, de nobleza y de hermosura,
con que os dotara el cielo, humilde adoro;
y con pasion tan pura,
que no debeis temer ni un leve insulto,
pues mi amor más que amor, señora, es culto.
(*Vanse.*)

TOM. Hola, negra doncella,
llévame á la cocina,
pues de mí está prendada,
á ver si allí me saca una botella
y refrito algun cuarto de gallina,
con algo de ensalada,
aunque esté ya marchita y trasnochada.

LEO. ¿Cómo, señor Tomate?
¿Qué?... Los celosos, á quien Dios maldiga,
no tienen apetito.

TOM. Pues qué, ¿atacan los celos el gaznate,
y encogen la barriga?
Yo soy todo al revés; me precipito,
y cuando estoy celoso de una zaina,
seis capones, dos ollas de chanfaina,
cien panes me comiera,
y aun agotara una vendimia entera:
porque tanto me arrobo,
que dejo de ser hombre y soy un lobo.

LEO. Pues á verme celoso nunca venga.
Cuando lo esté que el diablo lo mantenga.
Deje aparte los celos,
y le daré aguardiente con buñuelos;
y de la cena acaso
puede que algun relieve salga al paso.
(*Aparte.*)
Lo que hubiera engullido
llegando á tiempo mi francés querido.

TOM. Mi condicion se allana.
Vamos, dulce tirana.

LEO. Espera... ¿Y mi decoro?

TOM. Más contenido soy que lo es un moro.
En dándome torreznos y botellas,
pueden dormir seguras las doncellas.
(*Vanse.*)

ESCENA IV

El aposento que sirve de prision al rey de Francia en la torre de Lujanes. Estará vestido de tapices, y habrá una mesa y un sillon. Sobre la mesa dos candeleros de plata con velas apagadas, y ardiendo una lamparilla; por una puerta al fondo se verá un lecho de damasco, con colgadura. Sale PIERRES *de detrás de un tapiz, que al levantarse descubre un agujero practicable en la pared, y cuya punta conserva agarrada hasta que salga* EL REY.

PIERRES. Gracias á Dios que me veo
dentro de mi calabozo.
Rebosa en mi pecho el gozo:
preso estoy y aun no lo creo.

Mal haya la libertad,
si es para darse porrazos,
llevar gentiles trancazos
y andar en la oscuridad.
Si por lo ménos Leonarda
hubiera dádome un trago...
mas nada... ¡En momento aciago
se empeñó la zalagarda!

EL REY. (*Sale por el agujero que se oculta al soltar Pierres el tapiz.*)
Esta precision maldita
de estar al amanecer!...
(*Se sienta despechado.*)

PIERRES. (*Encendiendo las velas.*)
¿Y cómo lo hemos de hacer?
Tu arrojo te precipita,
y tras de uno y otro lance
metiéndote á pelear,
tiempo para enamorar
imposible es que te alcance.

REY. ¿Y habia de consentir
que la ronda descubriese
quién era yo, y se creyese...?
Antes, vive Dios, morir.

PIERRES. ¿Y la música de ayer?

REY. Yo músicas no tolero
en la calle donde quiero
á una principal mujer.

PIERRES. Mas esta noche, señor,
despues que los palos diste
á la ronda, y conociste
que ver á doña Leonor
no era posible, ¿por qué
volvimos?...

REY. Pierres, volví
porque aquellos hombres ví.

PIERRES. Ilusion y engaño fué.

REY. No fué, menguado, ilusion;
tres bultos ví en realidad,
que luego la oscuridad
me ocultó.

PIERRES. Tras un rincon
de miedo se ocultarian.

REY. Pues si los torno á topar,
vive Dios, se han de acordar.

PIERRES. Contigo no se metian.
(*Entra á arreglar la cama del rey.*)

REY. ¿Por qué, suerte rigorosa,
ni un punto tus ciegas iras
y el ceño con que me miras
has de deponer piadosa?
En mi dura situacion,
en mi afanoso desvelo,
pude lograr el consuelo
de salir de esta prision,
por breves ratos no más,
y al lado de Leonor bella
dar al olvido mi estrella,
¿y aun estorbándolo estás?
y no te contentas, suerte,
y me pones por delante
sospechas, que en un amante
son peores que la muerte,
porque en mi pecho afanoso
quiere unir tu encono fiero
el dolor de prisionero,
y el martirio de celoso.
(*Queda en afligida meditacion.*)

PIERRES. (*Volviendo á la escena.*)
¿Y á qué, decidme, señor,
es este afan de salir?
¿Acostarnos á dormir
no fuera mucho mejor?
Cuando con tantos dineros,
cadenas y ricas joyas,
y á fuerza de mil tramoyas
logré ganar los arqueros;
y despues del gran trabajo
que nos costó taladrar
esa pared, y encontrar
salida hasta el piso bajo;
pensé, juro á San Dionís,
que era para luégo luégo
tomar las de villadiego,
sin parar hasta Paris.
Así las primeras noches
que logramos escapar,
me pensé que iba á encontrar
caballos, literas, coches;
mas nada, en espadachines
y en galanes transformados
nos fuímos muy embozados
á rondar unos jardines.
Y luégo á oscuras á entrar,
tropezando en escalones,
por desvanes y rincones,
tú con tu dama á charlar
y yo á charlar con la moza,
que segun es de ladina,
saldrá al fin de la cocina
en un burro y con coroza.
Yo... se la hubiera pegado
á este mastin de Alarcon.

REY. (*Poniéndose en pié muy enojado.*)
Acaba tu relacion,
que me tienes mareado.
Eres villano sin seso,
y no sabes que las leyes
del honor para los reyes
son cadenas de gran peso.
Si pensaste cual ruin
que era mi intento fugarme,

cuando me viste afanarme
por salir de este confin;
ofendiste mi arrogancia,
que mi palabra he empeñado,
y jamás á ella ha faltado
el rey Francisco de Francia.
Del cielo el rigor esquivo
y la inicua suerte mia
me rindieron en Pavía
al emperador altivo;
y en aquel campo perdí
todo, pero la honra no;
y no soy un hombre yo
que huyendo salga de aquí.
O con pactos ventajosos
á mi trono he de volver,
ó rescatado he de ser
por mis vasallos gloriosos.

PIERRES. (*Humilde.*)
No fué ofenderte mi intento...
A tus plantas perdon pido.
Mas no grites, que si ha oido
tus voces, vendrá al momento
el furibundo vejete;
y como no puede en tí,
tal vez descargará en mí
la nube con un cachete.

REY. Pues no pienses necedades.

PIERRES. Señor, ¡si soy un pollino!
Cuanto pienso es desatino,
cuanto digo vaciedades;
mas que me gozo confieso
en ser humilde villano.

REY. ¿Por qué?

PIERRES. Porque puedo ufano
escaparme si estoy preso,
como lo hice allá sin mengua
de la Bastilla en Paris,
cuando estuvo ya en un trís
sacarle al pueblo la lengua.
Y no por lladre, eso no;
sino porque vuestro ayo
me quiso colgar el sayo
de ser vuestro maqueró.
Mas idos al lecho aprisa,
que empieza ya á amanecer,
y esta la hora suele ser
de la matinal requisa.
Y si el señor de Alarcon
nos ve tan empavesados,
listos y despavilados,
sospechará con razon.

REY. (*Empezando á desnudarse.*)
Dices bien.—¡Ojalá el sueño
descienda á mí, suave y manso,
y dé á mis penas descanso
con balsámico beleño!
¡Qué ajena, Leonor, estás
de que tu don Juan soy yo!
¡Qué ajena...!—¿Mas qué sonó?
(*Oyese ruido.*)

PIERRES. Que se acerca Satanás.
(*El rey se va al lecho precipitadamente y Pierres con gran presteza apaga las luces, pone en el suelo unos almohadones, se queda en mangas de camisa, se acuesta y finge que ronca.*)

Se oye el ruido de una gruesa llave, de un cerrojo y de una barra, y sale con un candelero en la mano HERNANDO DE ALARCON.

ALARCON. (*Deteniéndose al entrar.*)
Maldito este oficio sea,
que no es para caballeros
andar en estas requisas
y vivir celando presos.
Me gusta á los enemigos
encontrarme cuerpo á cuerpo,
dando de maza y montante
golpe que cante el misterio;
y me aflige desarmados
en prision estrecha verlos,
donde se abate y se postra
el más generoso esfuerzo.
El corazon se me parte
cada vez que á mirar vengo
si un rey tan grande y valiente
está postrado y sujeto.
Si ya empeñó su palabra
de no fugarse aun pudiendo,
y cual rey ha de cumplirla,
¿para qué más embelecos?...
Mas obedecer me toca
los soberanos preceptos,
sin meterme á escudriñarlos:
resígnome y obedezco.
(*Se acerca con tiento á la alcoba y observa al rey que duerme.*)
¡Desdichado! ¡La fortuna
muy su contraria es por cierto!
Aunque he ayudado á vencerle,
me aflige en tal sitio verlo.
¡Lo que es ser robusto y jóven!
De su infortunio tremendo
se olvida, y es venturoso
entre los brazos del sueño.
(*Se acerca á observar á Pierres.*)
Este socarron criado,
que es un tuno como un cerro,
tambien ronca á pierna suelta.

Muy buenas ganas le tengo.
Mas pues que todo está en órden
y nada ofrece recelo,
duerman tranquilos y olviden
sus infortunios acerbos.
(*Vase.*)

PIERRES. (*Se va incorporando al paso que se retira Alarcon, y cuando éste desaparece, se levanta y va como detrás de él hácia la puerta.*)
Señor Alarcon, mil gracias
por sus corteses requiebros,
y por las ganas tambien.
Reviente con ellas presto.
(*Viene al medio de la escena.*)
En mi vida me ha cabido
dósis más grande de miedo.
Temí que me saludaba
con un puntapié á lo ménos.
¡Pues si oliera!... No hay cuidado.
Sepa, señor carcelero,
que le hacemos la mamola,
porque es un pobre mostrenco.
Y si otro fuera mi amo,
y no andara en devaneos,
chasco os llevárais tan grande
que os dejara patitieso.
(*Se acerca al lecho del rey.*)
Señor, ya se fué.—Durmióse.
Pues no es mal cuajo por cierto!
... Mas ha hecho bien á fe mia.
A seguir voy yo su ejemplo.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salon del alcázar de Madrid. Aparecen EL EMPERADOR, *sentado junto á una mesa en que hay dos candelabros con luces encendidas y recado de escribir, y* EL CONDE *de pié junto al sillon.*

EMPERADOR. Esta noche ha de llegar,
con el alma lo deseo,
el importante correo,
ó mañana á más tardar.

CONDE. Tambien yo anhelo que venga,
porque al cabo el compromiso...

EMPERADOR. De un modo ó de otro preciso
es que fin, y pronto, tenga.
Todo un rey, y un rey de Francia,
más de un año prisionero
es triunfo muy lisonjero
á mi poder y arrogancia;
pero tambien en verdad
es ya embarazo forzoso
para la paz y el reposo,
conde, de la cristiandad.

CONDE. Si ratificado viene
el tratado, que en rigor
á vuestro gusto es, señor,
y á ambas coronas conviene,
la paz queda asegurada.

EMPERADOR. Y al momento, yo lo abono,
vuelve Francisco á su trono,
toda discordia olvidada.

CONDE. ¿Y si orgulloso el francés
arrollase...

EMPERADOR. No lo espero.
Se precia de caballero
el rey Francisco, y lo es.

CONDE. Pero es la Italia una prenda
de mucho empeño y valor.

EMPERADOR. De la Italia soy señor,
¡ay de aquel que la pretenda!
Del imperio, ó de la España,
siempre la Italia será,
y en ella tres veces ya
se hundió la francesa saña.
Y con Pescara, Alarcon,
el del Vasto, Juan de Urbina,
Leiva, Santillana, Encina,
y otros caudillos, que son
de esfuerzo y pericia soles,
¿quién la Italia ha de pisar?
¿Quién querrá el valor tentar
de los tercios españoles?

CONDE. Señor, con tales soldados
y tan nobles capitanes,
todos vuestros sabios planes
verá el orbe realizados.

EMPERADOR. Sí, con española tropa,
en quien yo mis glorias fundo,
estrecho se me hace el mundo,
conque, ¿qué será la Europa?

CONDE. Teneis razon que es estrecho,
si recordais tanta hazaña
como las armas de España
en Indias hacen y han hecho.

EMPERADOR. Pues si el plácido reposo
de la cristiandad consigo,
verás á mis piés, amigo,
el africano coloso.

CONDE. ¡Oh! plegue á la Omnipotencia,
que la morisma postrada...

EMPERADOR. Dad, conde, al alcalde entrada,
que espera hace rato audiencia.

CONDE. (*Acercándose á la puerta.*)
El alcalde.

Sale EL ALCALDE, *hace una profunda reverencia, hinca una rodilla en tierra é inclina en ella la vara.*

ALCALDE. Emperador
siempre glorioso y augusto,
mi rey siempre grande y justo,
á vuestras plantas, señor...

EMPERADOR. (*Grave.*) De la tierra, alcalde, alzad,
y alzad la vara, que yo
acato tambien, y no
la quiero en tierra. Llegad,
(*Se levanta y acerca el alcalde.*)
que porque en la tierra anduvo
anoche, mi celo os cita,
pues hablaros necesita
de aquello que anoche hubo.
¿Qué desórdenes, decid,
son esos que han ocurrido,

y que habeis vos permitido
con escándalo en Madrid?

ALCALDE. ¡Señor!

EMPERADOR. (*Severo.*) ¿Os parece nada
que se turbe, donde asisto,
el reposo, ¡vive Cristo!
de la noche sosegada?
¿Que se atropelle y se asombre
á habitantes desarmados,
que pasean descuidados,
y esto sólo por un hombre?
¿Que á los que salen á dar
inocentes alboradas
se les dé de cuchilladas,
sin amparo alguno hallar?
¿Y que á la santa justicia,
á una ronda, á vos, en fin,
se insulte, y se ofenda, sin
atajar tanta malicia?...

ALCALDE. (*Turbado.*) Es cierto...

EMPERADOR. Nada digais.
Lo que anteanoche ocurrió,
y lo que hubo anoche, yo
lo sé mejor que pensais.
Y sabed (puede os importe)
que no quiero yo que en balde
ronde á Madrid un alcalde
de mi casa y de mi corte.
Despejad.

ALCALDE. (*Se retira muy turbado haciendo reverencias y dice aparte al salir.*)
Turbado y loco
salgo. Juro á Dios rondar
mejor, y el yerro enmendar,
ó tengo de poder poco. (*Vase.*)

EMPERADOR. Entre Hernando de Alarcon.

Sale HERNANDO DE ALARCON *y pone una rodilla en tierra.*

ALARCON. César invicto, postrado...

EMPERADOR. Alzad, valiente soldado.
Llegad, noble campeon.

ALARCON. (*Se levanta y se acerca.*)
Viva el generoso rey,
que se complace en honrar
á un anciano militar.

EMPERADOR. Es honrarlo justa ley,
que un glorioso veterano
y de fama tan suprema
es puntal de la diadema
y apoyo del soberano.
Es prenda de la victoria,
de la juventud ejemplo,
y tiene altar en el templo
de la sempiterna gloria.
¿Cómo estais?

ALARCON. Viejo, aunque fuerte,
y harto ya de verme ocioso,
que condenarme al reposo
es condenarme á la muerte.

EMPERADOR. Pronto á Italia habeis de ir.

ALARCON. Si está en paz aquella tierra,
mandadme donde haya guerra,
que es donde os puedo servir.
Que aun con esfuerzo me hallo
para esgrimir el montante,
llevándome por delante
un escuadron de á caballo.

EMPERADOR. De vuestro glorioso acero,
arrojo y noble lealtad,
buen Alarcon, en verdad
aun muchos triunfos espero.
¿Y el preso?

ALARCON. Bueno, y alarde
haciendo de su paciencia.

EMPERADOR. ¿Lo visitais con frecuencia?

ALARCON. Señor, por mañana y tarde,
porque es precaucion precisa,
y para mí dura, hacer
requisa al amanecer,
y al ponerse el sol requisa.
De hacer vengo la postrera.

EMPERADOR. ¿Y cómo está?

ALARCON. Señor, es
su alteza al cabo francés,
y de condicion ligera.
Algunas veces, muy pocas,
está hundido en el despecho,
arrancando de su pecho
lágrimas y voces locas;
y á la tierra, y al abismo,
y á los cielos amenaza;
ropa y muebles despedaza,
y se maldice á sí mismo.
Pero á todo se acomoda,
es afable, tañe, canta,
con buen apetito yanta,
y duerme la noche toda.
Da voces de guerra y mando,
cual si un escuadron rigiera,
y rie como un cualquiera
con su bufon embromando.
Mas cuando habla de su madre
y de Francia, tierno llora;
cosa que á mí me enamora,
y que es justo que me cuadre.

EMPERADOR. ¿Y con vos?

ALARCON. Siempre cortés
me honra con noble atencion,
y en trato y conversacion
afable y discreto es.
Y demuestra aficion mucha
sobre guerra á platicar,

y en esta materia hablar
con gran atencion me escucha.

EMPERADOR. ¿Y de mí... dice?...

ALARCON. Jamás
le oí decir cosa ninguna,
se queja de su fortuna;
¿de vos?... No faltaba más.
Lo que me pasma es su aseo
y ver lo que se engalana,
y lo mucho que se afana
por el buen porte y arreo.
Por las tardes, cual si fuese
á algun sarao, señor,
se atilda con tal primor...

EMPERADOR. Uso de su tierra es ese.
¿Y de mí qué deseais?

ALARCON. Señor, en primer lugar
veros, y humilde besar
la mano con que me honrais;
y en segundo suplicaros,
como há un año lo reitero,
me quiteis de carcelero,
que no soy...

EMPERADOR. En aliviaros
de tan ardua comision
no tardaré, descuidad,
que muy pronto en libertad
quedará el rey, Alarcon.
Mas en tanto...

ALARCON. Obedecer
me toca sólo; aunque todos
mis achaques de mil modos
me dan en Madrid quehacer.
Con la sedentaria vida
la maldita gota crece,
y ya se me reverdece
una herida y otra herida.
No es para mí la quietud.
En los sitios y batallas,
vestido de duras mallas,
siempre gozo de salud.
Cautivar reyes mandadme,
y lo haré al punto, á fe mia,
como hace un año en Pavía,
mas de guardarlos libradme.

EMPERADOR. Poco tiempo os queda ya
de guardar tal prisionero.
La paz ventajosa espero
y todo se arreglará;
y con alto galardon,
aunque no cual mereceis,
á Italia regresareis,
buen Hernando de Alarcon.

ALARCON. Dadme á besar vuestra mano.

EMPERADOR. Yo os la presento de amigo.

ALARCON. (*Besándola.*) Mil veces á Dios bendigo
que nos dió tal soberano. (*Vase.*)

EMPERADOR. (*Al conde.*) No se hallará en todo el (mundo
un soldado más cabal.

CONDE. Su lealtad es sin igual,
su valor es sin segundo.

EMPERADOR. ¿En la antecámara, conde,
hay álguien que espere audiencia,
álguien que pida justicia,
álguien que gracia pretenda?

CONDE. No, señor, ya ha recibido
vuestra majestad excelsa
á cuantos la honra anhelaban
de veros.

EMPERADOR. (*Se levanta del sillon.*)
En hora buena.
Gracias á Dios, que cumplida
ya la obligacion estrecha,
que el cielo impone á los reyes
al ceñirles la diadema,
descansar un rato puedo
dando á los cuidados tregua
por el plazo de la noche;
que si tirante la cuerda
siempre tuviese, bien pronto
rompiérase la ballesta.
Estar siempre de aparato,
siempre en las altas esferas
de políticos proyectos,
combinaciones y empresas;
ya con la espada de Témis
siendo de los hombres regla,
ya con el rayo de Jove
amenazando á la tierra,
postra el ánimo más grande,
rinde la más noble fuerza;
que al cabo hombres somos todos
de frágil naturaleza.
Y diz que hasta el mismo Atlante,
que el firmamento sustenta,
aunque para esto tan sólo
en medio de Africa reina,
descanso anheló; y gozóse
cuando Alcídes se lo diera,
tomando un rato en sus hombros
el orbe de las estrellas.
Vamos, pues, algunas horas,
olvidando las grandezas
de trono, corona y cetro,
que tanto deslumbra y pesan,
á ser hombre y en la vida
civil á lograr aquellas
ventajas y diversiones,
que nunca á palacio llegan;
pues dijo bien aquel sabio
que dijo, que reinar era
la esclavitud más penosa,

la más dorada miseria.
CONDE. No hay en Europa monarca
que más justamente deba
disfrutar de algun descanso,
dar á sus cuidados tregua,
que vos, señor, á quien nunca
tales reposos enervan,
y que á estados tan diversos
como os dió la Providencia,
pues es ya vuestra corona
un cúmulo de diademas,
vuestros desvelos abrazan,
vuestra vigilancia llega,
vuestras miradas se extienden
y vuestra mano gobierna,
sin que falte la justicia,
sin que el órden se subvierta,
sin que un punto se descuiden
su proteccion y defensa.
Descansad, que es conveniente,
descansad, invicto César,
si recobrais descansando
para el mando mayor fuerza.
Y descendiendo á la vida
civil un rato, encubierta
la majestad, no tan sólo
gozar vuestro objeto sea,
sino examinar vos mismo,
por vos tambien, las diversas
necesidades que afligen
á los vasallos; pues llegan
tarde ó mal ó nunca al trono,
por lo que jamás encuentran
el alivio que pretenden
ni los remedios que anhelan.
EMPERADOR. Decís bien, conde, y dichoso
yo en mis diversiones fuera
si nuevos conocimientos
para gobernar me prestan.
Mas no hablemos de negocios,
que á los negocios dí treguas.
¿Sabes tú que todo el dia
fija he tenido la idea
de aquellos hombres que anoche
hallamos junto á la puerta
de doña Elvira, y que anhelo
saber quiénes ellos sean?
CONDE. ¿Y al cabo, señor, qué importan?
EMPERADOR. Que si á ver á Elvira fueran...
CONDE. Ni tampoco en ese caso.
EMPERADOR. Yo no admito competencias.
CONDE. ¿Pues no bajais á la vida
ordinaria?
EMPERADOR. Y dime, ¿en ella,
ni en ninguna, en tales lances
amorosas se toleran?
CONDE. ¿Con que estais enamorado?
EMPERADOR. No lo estoy, pero me empeña
la discrecion y hermosura
de Elvira. Y aunque no sea
amor, sino pasatiempo
lo que enredado me tenga,
aquellos dos hombres, conde,
en su calle me molestan;
que aun en amores de chanza
los celos matan de veras.
CONDE. Pues yo estoy, señor, dispuesto,
y sin que nadie lo sepa,
á limpiar la calle.
EMPERADOR. Conde,
satisfecho no se queda
en estos lances de celos,
que al amor propio interesan,
si cuando hay que andar á golpes
se aplican por mano ajena.
CONDE. Y ¡qué, señor!... ¿vos?...
EMPERADOR. ¿Acaso
no puedo lo que otro pueda?
Y descendiendo á la clase
de un particular, es fuerza
que á las duras y maduras
de tal condicion me atenga.
CONDE. Pero sois quien sois al cabo.
EMPERADOR. Pues te juro que desea
mi pecho algun lance de estos
en que lucir mi destreza.
CONDE. Se ve, señor, que sois mozo.
EMPERADOR. Sí, lo soy, no es extrañeza
que, sin faltar á sagradas
obligaciones, divierta
el ánimo en tales cosas.
Pronto en vida más estrecha,
mudando de estado, conde,
me verás.
CONDE. Pliegue á Dios sea
pronto, que ya aguarda el mundo,
señor, con justa impaciencia
del tal leon los cachorros,
que el dominio de la tierra
aseguren para siempre
en vuestra prosapia excelsa.
EMPERADOR. Avanzada está la noche.
Dí que me sirvan la cena,
en tanto que me disfrazo
para ir á dar una vuelta.
CONDE. ¿Saldré con vos?...
EMPERADOR. No es preciso.
Quédate aquí, y está alerta;
y si llegase el correo
que tanto nos interesa,
irás á avisarme al punto,
pues sabes dónde, y la seña. (*Vase.*)

CONDE. Sólo obedecer me toca,
señor, las órdenes vuestras.

ESCENA II

Sala de casa particular con mesa y sillas y dos candeleros con luces. Sale D.ª LEONOR.

D.ª LEONOR. ¿Si seré tan desdichada
como anoche ¡ay Dios! lo fuí,
y estaré esperando aquí
para quedarme burlada?
Aun nada he sabido, nada,
de lo que anoche ocurrió.
El que la ronda encontró
fué don Juan, esto es lo cierto.
Le importa estar encubierto...
¿Pues por qué lo espero yo?
Si otro encuentro ha de tener,
si por mí ha de peligrar,
no me venga, no, á rondar,
no me venga nunca á ver.
Paciencia sabré tener
en la ausencia y el olvido,
porque mi amor no es fingido;
ántes es tan puro y fuerte,
que preferiria la muerte
á verle comprometido.
Tambien el emperador
(que por más que disimula
mi prima, aunque harto la adula,
es su amante rondador),
anoche, ¡duro rigor!
vió á don Juan y está celoso.
Esto me quita el reposo
y todo, todo lo temo,
que siempre hay peligro extremo
en turbar al poderoso.
Mas segun es esforzado
don Juan, ¡ay triste de mí!
por venir á verme, sí,
todo lo expondrá arriscado.
Esto aumenta mi cuidado,
esto mi ansiedad mantiene,
esto afanosa me tiene;
y es tal mi dolor prolijo
que si no viene me aflijo,
y me aflijo por si viene.
Aquella carta primera,
que me escribió este francés,
y que así rindió á sus piés
mi condicion altanera,
¿era hechizo?... ¿rayo era?
¿O con qué tinta encantada,
¡cielos! estaba trazada,
que así el pecho me incendió,
que así el alma me robó,
que así quedé enamorada?
Y su talle, y su expresion,
y su hablar, y hasta el venir
á un rey vencido á servir,
que es noble y gallarda accion;
cuanto en él vió mi atencion
todo me enciende y cautiva,
todo mi pasion aviva,
todo, cielos, me enloquece,
y tan sólo me parece
que para amarle estoy viva.
Mas... ¿quién es? Un caballero,
caballero de alta ley,
que tal lealtad á su rey
lo publica al orbe entero.
Y... sea quien fuere, le quiero,
y me quiere. Loca estoy;
ni se ¡ay triste! lo que soy
ni qué ventura pretendo,
ni yo á mí misma me entiendo;
ciega y despeñada voy.

Sale DOÑA ELVIRA.

D.ª ELVIRA. Esta noche, venturosa
vas, querida prima, á ser,
y no tardarás en ver
al que esperas amorosa.

D.ª LEONOR. ¿Seré, Elvira, tan dichosa?

D.ª ELVIRA. ¿Y por qué no, mi Leonor?

D.ª LEONOR. Porque del cielo el rigor
se complace en perseguir...

D.ª ELVIRA. No debes eso decir.
Fué mera casualidad
lo de anoche.

D.ª LEONOR. Sí, es verdad,
mas se puede repetir.

D.ª ELVIRA. No, prima. Ya está acostado
nuestro tio, y puede entrar,
sin que tenga que aguardar,
en cuanto llegue, tu amado.

D.ª LEONOR. ¿Y vendrá?...

D.ª ELVIRA. ¿Quién lo ha dudado?
vendrá. Mas forzoso es
encargarle que despues
al salir no se detenga,
no sea que el otro venga,
y... ¡fuera expuesto, ya ves!

D.ª LEONOR. Pues por el encuentro ya
de anoche afligida estoy,
y aun me recelo que hoy
por él don Juan no vendrá.

Sale LEONARDA.

LEONARDA. Señora, en la calle está
tu galan, hizo la seña,
y baja á abrirle la dueña.

D.ª LEONOR. ¡Ay! ¡gracias á Dios! Respiro.
D.ª ELVIRA. Ya sube. Yo me retiro. (*Vase.*)
D.ª LEONOR. ¡Cuánto su arrojo me empeña!

Salen EL REY, PIERRES *y* ANACLETA.

REY. ¡Oh mi encanto, oh Leonor bella!
D.ª LEONOR. Un sueño se me figura
veros aquí.
REY. El alma mia
tambien de tal dicha duda.
Una ilusion me parece,
que mi contraria fortuna
engañosa me presenta,
para burlarla sañuda
y agrandar con falsas dichas
mis verdaderas angustias.
D.ª LEONOR. ¿Cómo habeis estado?
REY. Como
el universo si á oscuras
veinticuatro horas pasase,
sin ver el sol que lo alumbra.
PIERRES. Nada exagera, señora.
Mas permítele á mi sucia
boca que mejor te pinte
el triste estado que...
REY. Excusa
bufonadas.
D.ª LEONOR. No, dejadle.
Sabeis que su humor me gusta.
(*Se sienta y ofrece silla al rey.*)
PIERRES. Pues con esa salvaguardia,
por más que mi señor gruña,
allá voy; no á relatarte
eso de orbe, sol y luna,
de oscuridades, de luces,
y otras gentiles locuras,
que á personas de jüicio
las joroban y estrangulan...
REY. ¿Pues qué dirás, majadero?
PIERRES. Diréle, señor, en suma,
que has estado hecho un orate,
un alma en pena, una grulla,
y un camello. Y tú, señora,
que es cierto verás si escuchas.
D.ª LEONOR. Dí.
PIERRES. Ha querido, como loco,
mi señor darme una tunda:
ha roto muebles y espejos,
y ha armado gentil trifulca.
Cual alma del purgatorio
ha sido la quinta angustia;
diciendo que se quemaba
el corazon y asaduras,
ardiendo en un vivo fuego,
que no le hacia ni una pupa;
y que la dulce esperanza,
más dulce que miel ó azúcar,
de veros hoy, lo alentaba,
y la de gozar la suma
gloria de este paraíso,
viniendo á las plantas tuyas.
Toda la noche ha pasado
en un pié, como aseguran
que el ave, que dije, suele;
y toda en ropas menudas
cerca de la lamparilla,
á cuya luz moribunda
ya repasaba tus cartas,
ya una trenza hermosa y pulcra
besaba de tus cabellos,
diciendo sandeces muchas.
Lo del camello aquí encaja,
que no es (Dios me guarde) injuria.
Hace veinticuatro horas
que está don Juan en ayunas,
caminando en el desierto
de mil ideas confusas.
No comer en tanto tiempo,
y sin dejar la andadura,
vive Dios que lo hace sólo
aquel animal. Discurra
ahora tu ilustre belleza
si son ó no inoportunas
mis cuatro comparaciones
con orate, ánima, grulla
y camello; pues mi amo
lo que estos cuatro hacer usan
lo ha hecho el tiempo que hace estamos
sin ver esa cara chusca.
REY. No sé cómo os hace gracia.
D.ª LEONOR. Lo que me dice me adula.
¿Y me ha nombrado á menudo
vuestro señor?
PIERRES. ¿Eso dudas?
Más Leonores ha ensartado
que hay en las vendimias uvas,
que hay letras en un proceso,
que hay en un podenco pulgas.
Cuando á Leonorar se pone,
debe pensar quien lo escucha
que un siglo de perdonanza
logra por romana bula,
cada vez que Leonor dice
y que sus letras pronuncia.
REY. No sueltes más necedades.
(*Empieza á hablar aparte con doña Leonor.*)
PIERRES. Ya no me queda ninguna,
que el tesoro de mis chistes
en un momento se apura.
(*A Leonarda.*)
Y tú, morena sabrosa,

más que ecijana aceituna,
¿cómo lo pasé en tu ausencia,
ni siquiera me preguntas?

LEONARDA. Señor gabacho, ya sabe
que soy muy de veras suya;
y por si, como su amo,
tambien se viene en ayunas,
conmigo hácia la cocina
puede caminar si gusta,
y topará con los restos
de un ánade y una trucha,
y con un trago.

PIERRES. ¿Alaéjos?

LEONARDA. Alaéjos del que echa pullas.

PIERRES. Eso pido, y buenas noches.
Vamos allá, pese á Judas,
miéntras mi amo y tu señora
se atortolan y se arrullan,
diciéndose desatinos,
que amor sublime intitulan.
(*Vase con Leonarda.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Ser tercera de señoras,
aunque muy poco me gusta,
es mi oficio; mas me pudre
serlo de esta pelandusca.
Y el que se esconda con Pierres
ni me coca ni me azuza,
mas cuando va con Tomate
me convierto en una furia.

D.ª LEONOR. No te duermas, Anacleta.

ANACLETA. Bien podeis estar segura,
pues pasando mi rosario
no me vence el sueño nunca.

D.ª LEONOR. Observa atenta á mi tio,
no se despierte, trasluzca
que no estamos acostadas,
y alguna desdicha ocurra.

ANACLETA. (*Aparte, yéndose.*)
Malditas sean estas tocas,
y los cincuenta que abruman
mis costillas, y convierten
á una mujer en lechuza.
Pues con todo no me trueco
por Leonarda, ni por... muchas
otras aun más estiradas.
Y si tuvieran cordura
los mozalvetes, sabrian
que aunque parecemos tumbas
las dueñas, con estos sayos,
tenemos fresca la injundia,
y el corazon, y unas carnes
mejores que ahora se usan;
que al cabo estas damiselas
son solo unas aleluyas,
y en quitándoles las joyas,
los postizos y las mudas,
con todos sus verdes años
parecen pollos sin plumas. (*Vase.*)

D.ª LEONOR. ¡Ay don Juan! Estoy tan loca
que lo que en el alma siento
en este feliz momento
no sabe expresar mi boca.
¿Es verdad cuanto me hablais?

REY. (*Con melancolía y vehemencia.*)
Mucho más grande, Leonor,
mucho más grande mi amor
es, de aquello que pensais.

D.ª LEONOR. Mas ¿por qué tanta reserva
sobre vuestro plan futuro,
y ese misterioso muro
entre los dos se conserva?
Vuestro corazon inquieto
á un no sé qué, que disgusta
mi pecho, y que mi alma asusta,
conozco que está sujeto.
Y al pintarme vuestro afan,
de que no dudo, una espina
os punza, con que no atina
mi pensamiento, don Juan.

REY. (*Afligido.*) Es tan rara mi ventura,
que amaros correspondido
me tiene en un mar hundido
de dolor y de amargura.
Y ojalá, jamás os viera,
y vuestro pecho jamás...

D.ª LEONOR. Cada vez ¡ay cielos! más
aumentais mi angustia fiera.

REY. Un enigma oscuro soy,
un desdichado francés,
que el alma rindió á tus piés
y que sólo...

D.ª LEONOR. Muerta estoy...
¿No sois caballero?...

REY. Sí,
más que el sol.

D.ª LEONOR. ¿Libre?

REY. Tambien.

D.ª LEONOR. ¿No me amais?

REY. (*Con vehemencia.*) ¡Ay!... Sois mi bien,
mi encanto, mi frenesí.

D.ª LEONOR. ¿Y seguro de que os quiero?...

REY. Segurísimo, Leonor;
y el deberos tanto amor
es mi martirio el más fiero,
es mi gloria la más alta,
es mi pena la más dura,
es mi más grande ventura,
la que á los cielos me exalta.
Es mi vida y es mi muerte,
mi infierno, mi paraíso;
que en mi pecho apurar quiso
tantos contrastes la suerte.

D.ª LEONOR. Explicaos, que confundida
me teneis en un abismo.

REY. (*Despechado.*)
¡Ay!... no me entiendo á mí mismo.
Sólo sé que sois mi vida.
(*Queda doña Leonor muy abatida y llorando; el rey continúa aparte agitado.*)
¡Cielos! no quiero engañar
á esta celestial mujer.
...¿Y su amor he de perder?
...¿Y la he de desesperar?
No puede un rey poderoso
lo que el esclavo más vil.
Mil coronas diera, mil,
por ser de este ángel esposo;
mas fuerza es disimular.
(*Alto.*) Leonor... decid...

D.ª LEONOR. (*Llorando.*) No hay que os diga.

REY. ¿Llorais?... Mi lengua maldiga
el cielo, si os dió pesar.
Os idolatro, os adoro,
soy feliz si me amais vos;
dejad al tiempo, y á Dios
mis enigmas: no más lloro.
Venid, recobrad la calma
y oiga yo ese suave acento,
que es el bálsamo del viento
y el encanto de mi alma.

D.ª LEONOR. (*Algun tanto recobrada.*)
Vuestros misterios, don Juan,
son un horrendo martirio.

REY. Mi delicia, mi delirio,
al cabo se aclararán.

D.ª LEONOR. ¿Para ser ambos dichosos?
...¡Ojalá!

REY. Sí, yo lo aguardo.
Y á mi ardiente anhelo, tardo
es el tiempo presuroso.
No hablemos más de esto, no.
¿Me amais vos? decid, ¿me amais?

D.ª LEONOR. ¿Y qué, don Juan, lo dudais?

REY. (*Con mucha ternura.*)
Pues aun más os amo yo.
(*Con aire ligero.*)
Mi carácter, y lo raro
de mi situacion, que al fin
me obliga á ocultarme, sin
mostrarme nunca al sol claro,
porque de mi pobre rey
tan desdichado, el servicio
exige este sacrificio,
y el cumplirlo es justa ley,
causan estos desvaríos
de mi acalorada mente:
y así salgo de repente
con estos repentes mios.
Cuidados grandes tambien...
Mas nada importa, Leonor,
(*Muy cariñoso.*)
mi vida está en vuestro amor;
sois mi tesoro, mi bien.

D.ª LEONOR. Yo me hago cargo de todo,
don Juan, y no exijo nada,
porque un alma enamorada
es de fácil acomodo.
Lo que llega á acobardarme
es que por mí os expongais...

REY. Bella Leonor, no temais,
pues yo sé muy bien guardarme.

D.ª LEONOR. Anoche cuando el empeño
con la ronda, ¡cual quedé!

REY. Nada aquel encuentro fué,
nada, mi adorado dueño.

D.ª LEONOR. De ser quimerista alarde
haceis, don Juan.

REY. (*Frio y disgustado.*) No por cierto,
pues no hubo otro desconcierto
á vuestra puerta más tarde.

D.ª LEONOR. (*Sobrecogida.*)
¿Y por qué?

REY. (*Malicioso.*) En cuanto pasó
la ronda, torné hácia aquí.

D.ª LEONOR. ¿De veras?

REY. Y cosas ví
que no quisiera ver yo.

D.ª LEONOR. (*Recelosa y asustada.*)
¿Volvísteis?

REY. Volví, señora.

D.ª LEONOR. ¿Estais en vos?...

REY. (*Mortificado.*) ¿Os disgusta?

D.ª LEONOR. (*Decidida.*)
Y mucho, porque me asusta.

REY. (*Con viveza.*)
¿Y por qué?

D.ª LEONOR. (*Confusa.*) Por nada.

REY. ¿Ahora
la misteriosa sois vos?

D.ª LEONOR. (*Turbada.*) ¿Yo la misteriosa?...

REY. (*Resuelto.*) Sí,
y no he de salir de aquí
sin apurar, vive Dios,
qué causa vuestra sorpresa.
Pensé no deciros nada,
mas al veros alterada
declararme me interesa.
Ya disimular no puedo.
Varias noches van que tres
embozados...

D.ª LEONOR. (*Con viveza.*) Cierto es.
¿A la una?

REY. En punto.

D.ª LEONOR. (*Asustada.*) ¡Ay qué miedo!

REY. ¿De qué?...

D.ª LEONOR. Don Juan, sed prudente:
á la una nunca esteis,
si de veras me quereis,
en esta calle.

REY. (*Indeciso.*) ¿Esa gente...
es acaso?...—¿Qué os altera?...
¡Leonor!... ¡Leonor!...

D.ª LEONOR. (*Afligida.*) ¿Teneis celos?...
Me ofendeis.—¿Tan poco, oh cielos,
conoceis mi fe sincera?

REY. Os amo... en vuestro jardin
hombres he visto á deshora...
al decíroslo yo ahora
se torna en güalda el carmin
de vuestro rostro... ¡Ay Leonor!

D.ª LEONOR. Me poneis en duro aprieto.
En todo esto hay un secreto...

REY. (*Enojado.*) Ya reconozco el rigor
de mi contraria fortuna.
Si burlais mi confianza,
¿quién despues tendrá esperanza,
cielos, en mujer ninguna?

D.ª LEONOR. (*Afligida.*) ¿Y dudais de mí?... Pues no
me faltaba ¡ay triste! más.

REY. (*Con abatimiento y ternura.*)
Divina Leonor, jamás.
Cuanto valeis lo sé yo.
Mas ¡ay! aquietad mi pecho;
del laberinto sacadme
por vuestro amor, y dejadme
consolado y satisfecho.

D.ª LEONOR. ¿A vos, enigmas en todo
y misterios?... Mas mujer
soy, y sabemos querer
las mujeres de otro modo.
Advertidlo en cuanto hago.
Tengo, don Juan, una prima...
Vuestra discrecion me exima,
si á los celos satisfago
con esto, de descubrir...

REY. (*Confuso.*) No basta... ¿Encontrarme (yo
no pudiera?...

D.ª LEONOR. Don Juan, no,
sin tener ¡ay! que sentir,
sin correr el riesgo más
espantoso.

REY. ¿Qué, el amante
de esa prima es un gigante,
ó es algun leon quizás?

D.ª LEONOR. Es gigante, y es leon:
éslo, don Juan; sí, creedme.

REY. Con eso lograis ponerme
en más dura confusion;
y más anhelo me inflama
de buscarlo, vive Dios.

D.ª LEONOR. Pero ¿quién os mete á vos
con galanes de otra dama?

REY. (*Resuelto.*) Vos, astuta, me ocultais
algo en esto; y dudo, y quiero
descubrir con el acero
lo que vos disimulais.

D.ª LEONOR. Pues, don Juan, para aquietaros
de una vez, aunque lo siento
por mi prima, en el momento
voy la verdad á explicaros.
De mi prima es rondador...
A nadie lo revelad...

REY. (*Impaciente.*) Vamos, Leonor, acabad.

D.ª LEONOR. Nuestro augusto Emperador.

REY. (*Pasmado.*) Eso es ya caso distinto.
(*Queda doña Leonor como asustada y pesarosa de lo que ha dicho, y el rey como sobrecogido, dice aparte:*)
¡Cielos! ¿qué oigo?... ¿disfrazado
he visto cerca, á mi lado,
al gran César Cárlos quinto?
...¿Y mi necio corazon
no me lo avisó?... ¡Dios mio!
¡Ah!... de gozo desvarío.
Hallé la ansiada ocasion.

D.ª LEONOR. Habeis quedado de hielo.
¿Veis ahora qué bien hacia
en callar, y que tenia
por vos muy justo desvelo?
¡Ay si os hallase!

REY. (*Con gran soltura y jovialidad.*)
No tal.
Al encontrarse conmigo,
me abrazará como amigo
Su Majestad Imperial.

D.ª LEONOR. ¡Qué cosas decís!... Tan presto
vuestro carácter cambiais,
y ya de burlas tratais
con jovial y alegre gesto;
ya profundo, serio, grave,
de infortunios y disgustos,
de desgracias y de sustos,
que lo que sois no se sabe
ni cosa posible es
entenderos. ¡Ay de mí!
Decid, don Juan, ¿es así
todo el que nace francés?

REY. Con diferencia muy corta;
mas yo ¿en qué me contradigo?

D.ª LEONOR. (*Apurada.*) ¿No es contradecirse, (digo,
que el que dice que le importa
tanto, tanto el ocultarse,
al emperador no tema,
y diga con tanta flema
que con él ha de abrazarse?

REY. Si hallarme con él conviene...

D.ª LEONOR. Mas ¿conoceis?...
REY. ¿Qué, Leonor?
D.ª LEONOR. ¿Al augusto Emperador?
REY. El es quien aquí me tiene.
D.ª LEONOR. Dejad las burlas: decid,
¿sabe, pues, Su Majestad
quién sois?...
REY. Por su voluntad
estoy viviendo en Madrid.
D.ª LEONOR. (*Levantándose incomodada.*)
Hombre todo confusiones,
todo enigmas y misterios,
que de disgustos tan serios,
de tantas tribulaciones
me estais abrumando el alma,
¿qué de esta infeliz quereis?...
De mi amor más no abuseis
con esa malicia y calma.
Ya galan, ya enamorado,
ya tierno, frívolo ya,
indiferente quizá,
ya celoso, ya indignado,
peligros fingiendo ahora,
gran poder mostrando luégo,
uniendo el mando y el ruego,
semblantes mil en un hora,
¿quién os ha de comprender?
REY. (*Arrojándose á sus piés muy rendido.*)
¡Oh soberana beldad!
¡oh mi encanto! perdonad,
ni yo me puedo entender.
Tan sólo sé que os adoro:
si correspondido estoy,
el más venturoso soy,
y vos mi único tesoro.
Tuve celos, lo confieso,
mas del pecho los borré,
porque quien sois, Leonor, sé;
y os amo con tal exceso,
que el aura sois que respiro,
la vida que me sustenta,
el encanto que me alienta,
la sola dicha á que aspiro.
D.ª LEONOR. (*Levantándolo con gran ternura.*)
¡Ah!... Levantad... yo os lo ruego.
¿Si tan dichosa lograis
hacerme, por qué os gozais
en atormentarme luégo?
REY. Sí, os adoro. Mas, Leonor,
¿no será acaso muy tarde?...
porque es fuerza que me guarde,
no venga ya aquel señor.
D.ª LEONOR. La primera vez es esta
que tanta priesa mostrais.
REY. ¡No sé cómo lo extrañais!
D.ª LEONOR. ¿Ya el estar aquí os molesta?
REY. (*Aparte.*) Ya deshaciéndome estoy.
(*Alto.*) Pues, ¿dónde, dueño adorado,
vivo sino á vuestro lado?
¿Dónde venturoso soy?
Mas el sobresalto justo
que de un encuentro teneis
evitar quiero. Ya veis
que mi anhelo es daros gusto.

Sale ANACLETA *apresurada.*

ANACLETA. Señora, que es tarde ya;
ha despertado el señor,
y si siente algun rumor
tal vez se levantará.
REY. ¿Lo veis?
D.ª LEONOR. ¡Oh don Juan! (*A Anacleta.*) Avisa
para que baje el criado
sin estruendo y con cuidado,
y dale á Leonarda prisa.
(*Vase Anacleta.*)
Y vos, don Juan, por aquí,
(*Le conduce á la puerta.*)
sin olvidar cuánto os quiero,
y que de pena me muero
cuando os separais de mí.
Y pues sois noble y discreto,
de cuanto os he revelado
espero será guardado
el más profundo secreto.
Hasta mañana, id con Dios,
y retiráos con juicio:
haced este sacrificio
por los que yo hago por vos.
REY. ¡Oh Leonor angelical!
sois un celestial tesoro,
que con alma y vida adoro
con un amor sin igual.
(*Aparte.*) ¡Qué peregrina mujer!
Harto engañarla me pesa. (*Vase.*)
D.ª LEONOR. (*Aparte.*)
¡Cuánto este hombre me interesa!
El seso voy á perder. (*Vase.*)

ESCENA III

Calle de noche. Salen EL REY *y* PIERRES, *cayéndose de borracho*

REY. (*Enojado.*) ¿Así, bergante, vienes,
que en pié derecho apénas te sostienes?
Vive Dios que he de asparte,
y la vil borrachera he de quitarte
á puros puntillones.
PIER. Hay tantos escalones...
y... tantas lucecitas...
Leonarda... ¿son las ánimas benditas?

REY. (*Sacudiéndolo del brazo.*)
¡Pierres!... ¡Pierres!... ¡Infame!
PIER. Todo cristiano exclame...
viva... viva Alaéjos;
¡qué sabor tiene, y qué sabrosos dejos!
REY. ¡Bribon!... mira... si...
PIER. ¿Estorbo?
Dame, chica, otro sorbo.
REY. ¡Pues en muy buen instante
tiene tal borrachera este tunante!
PIER. Vamos...
REY. ¿A dónde?
PIER. ¡Toma!... A la bodega.
REY. ¡Pícaro! (*Dale un pescozon.*)
PIER. No me empuje...
que el paso no se niega;
y... mire el alicruje...
REY. (*Trabándolo de un brazo.*)
Calla, bribon.
PIER. Leonarda,
si en la bodega hay guarda...
yo... ¡Que viva Alaéjos,
aunque sepa á la pez de los pellejos!
Yo... diré...
REY. (*Le da cachetes y empujones.*)
Toma, toma.
PIER. (*Cae al suelo.*)
¡Ay!... ¡cuánta luminaria!... Ande la broma.
REY. ¡Mal hayan él y el vino!
Pretender levantarlo es desatino.
¡Gran bribon!—Por fortuna
aun no ha dado la una.
Hasta el amanecer no he de tornarme
á la prision, pues tengo de encontrarme
con mi enemigo; y en durmiendo un rato,
volverá en sí tal vez el mentecato.
Mas de esta calle en medio
va á servirme de estorbo sin remedio.
¡A muy buena ocasion se ha emborrachado!
...Arrimarlo hácia un lado,
detrás de alguna esquina junto al muro,
será más conveniente y más seguro.
(*Se inclina á tierra, hace varios esfuerzos por levantar á Pierres, y no pudiéndolo conseguir, lo lleva arrastrando por los piés al fondo del teatro, donde lo deja á la vista.*)
¡Pícaro!... ¡Lo que pesa!... Si contigo
el infierno cargara... Yo maldigo
á la humana criatura
que se atreve á beber más que agua pura;
porque un borracho infama
cuanto en el orbe racional se llama.
(*Vuelve al medio de la escena y se pasea en silencio un instante, continuando despues de breve pausa.*)
No de armados ejércitos al frente,
del mundo asombro, á quien concede ó (niega,
por capricho, el triunfar fortuna ciega,
humillando tal vez al más valiente,
sino solo y sin nombre, aquí impaciente
tu valor mano á mano á probar llega,
(que á un lance oscuro su venganza en- (trega)
mi noble arrojo, oh Cárlos prepotente.
Nada me importa, nada, de Pavía
el desastre, ni el verme prisionero,
si muestro aventajarte en bizarría;
si aquí de caballero á caballero
rinde á mis plantas hoy la espada mia
á tí dominador del orbe entero.
(*Se pasea, y luégo se para de pronto.*)
Oigo pasos.—Vienen dos.
¿Si será?... Será sin duda.
¡Oh suerte! mi esfuerzo ayuda.
El es, sí, gracias á Dios.
Me retiraré á este lado
para dejarle llegar. (*Se retira.*)

Salen embozados EL EMPERADOR *y* TOMATE.

EMPER. (*Deteniéndose á la salida.*)
Un hombre he visto cruzar.
TOM. Allí enfrente está parado.
EMPER. ¿Uno solo?
TOM. (*Observando.*) Señor... sí.
EMPER. Pues quédate tú entre tanto
que yo solo me adelanto,
y no te muevas de aquí.
TOM. Señor, miéntras uno sea...
EMPER. Tomate, aunque fueren ciento,
basta mi espada y mi aliento.
TOM. ¿Y si se armase pelea...?
EMPER. (*Resuelto.*) Quieto tú sin respirar.
Si á darme ayuda te atreves,
si un paso de aquí te mueves,
vive Dios que te hago ahorcar. (*Se adelanta.*)
TOM. (*Aparte.*) No me moveré, á fe mia,
aunque el encargo no hiciese;
y si acaso me moviese
para ir más léjos seria.
REY. (*En voz alta.*)
¡Ah, buen hombre!
EMPER. (*Con sorna.*) ¿Nada más?
REY. ¡Hidalgo!
EMPER. Más alto estoy.
REY. ¡Caballero!
EMPER. Sí, lo soy.
REY. Volved al momento atrás.
EMPER. ¿Y eso quién lo manda?
REY. (*Adelantándose resuelto.*) Yo.

EMPER. Pues yo me empeño en pasar.
REY. Será despues de lidiar,
que de otra manera no.
EMPER. (*Con calma.*) Y el valiente, ¿es caballero?
REY. (*Con calor.*) Tanto, lo juro, cual vos.
EMPER. Pues entónces, voto á Dios,
¿por qué está ocioso el acero?
REY. (*Desenvaina la espada.*)
Ya en mi diestra ardiendo está,
rayo de la quinta esfera.
EMPER. (*Desenvaina la espada.*)
Pues ya mi espada lo espera,
y ese rayo apagará. (*Riñen.*)
REY. (*Aparte, y riñendo.*)
¡Qué corazon!... ¡qué destreza!
Merece el cetro del mundo.
EMPER. (*Aparte.*) ¡Qué denuedo sin segundo!..
Persona es de gran nobleza.
REY. (*Aparte.*) Con trabajo me defiendo.
EMPER. (*Aparte.*) Este hombre á herirme no tira...
Sólo á desarmarme aspira.
REY. (*Aparte.*) No logro lo que pretendo.
TOM. (*Desde su puesto.*)
¡Señores, la ronda viene!
REY. (*Retirando la espada.*)
¿La ronda?
EMPER. (*Observando un momento.*)
La ronda es.
Dejad que pase, y despues...
REY. (*Envaina la espada.*)
De ella salvarme conviene.
Y pues tan señor os ví,
y que lo soy no dudais,
espero no permitais
que me persigan á mí.
Quedaos, que vos no temeis
el que aquí la ronda os halle,
y mañana en esta calle
por la noche me hallareis. (*Vase.*)
EMPER. Confuso quedo á fe mia.
¿Quién es, cielos, este hombre?...
No es extraño que me asombre
tal destreza y valentía.
Sabe quién soy, claramente
al partir me lo indicó.
¡Dios eterno!... ¿Será?... No.
Es imposible.
TOM. (*Acercándose.*)
Esa gente
llega ya.
EMPER. (*Envaina la espada.*)
Guardo la espada:
Manténte quieto á mi lado
en el gaban embozado,
y no respondas á nada. (*Se emboza.*)
ALCAL. (*Dentro.*) Cercadlos, cercadlos luégo,
ninguno se ha de escapar,
y si lo osan intentar,
usad las armas de fuego.
Nada vuestro ardor reporte,
pues vive el rey, que no en balde
ha de rondar un alcalde
de su casa y de su corte.

Sale EL ALCALDE *con* ALGUACILES *y ronda con linterna, y rodean la escena, quedando en medio de ella embozados y en silencio el Emperador y Tomate.*

ALCAL. (*Mostrando la vara.*)
A la justicia os rendid.
EMPER. (*Sin descubrirse.*)
A la justicia rendidos
estamos.
ALCAL. (*A los alguaciles.*)
Reconocidos
sean al punto. Sus, venid
con la linterna.
EMPER. Os suplico,
señor alcalde, seais
vos quien me reconozcais.
TOM. (*Aparte.*) Se va á quedar tamañico...

(*Toma el alcalde la linterna, la acerca al Emperador, este se desemboza y el alcalde cae de rodillas, y lo mismo toda la ronda.*)

ALCAL. ¡Cielos!... ¡El emperador!!!
EMPER. (*Con gravedad despues de breve pausa.*)
Alcalde, del suelo alzad,
alce la ronda, y callad.
(*Se levantan todos.*)
ALCAL. Perdon os pido, señor,
si he disturbado...
EMPER. No, á fe,
antes estoy satisfecho
de todo cuanto habeis hecho,
y ese celo premiaré.
ALCAL. Yo... cuchilladas creí
escuchar hácia este lado...
EMPER. No os habeis equivocado,
sonaron, alcalde, sí;
porque á propósito yo
con este mozo el ruido
hice, por ver, advertido,
si vigilabais ó no.
ALCAL. (*Ufano.*) La vigilancia es mi norte.
EMPER. Con gusto ví que no en balde
ronda en Madrid un alcalde
de mi casa y de mi corte.
No os detengais, continuad.
ALCAL. Señor, ¿quereis que con vos...?
EMPER. No, buen alcalde, id con Dios.

(*El alcalde y toda la ronda hacen reverencia y van á marchar por el lado por*

donde se fué el rey. El emperador los detiene y les indica el lado opuesto.)
Por aquella calle echad.
(*Vanse el alcalde, alguaciles y ronda.*)

EMPER. No se quejará á fe mia
mi contrario de que no
le guardo la espalda yo,
cual pide su valentía.

TOM. Señor, ¿quién será ese bravo?

EMPER. No lo sé, ni hay quien lo diga.

TOM. Que la ronda le persiga,
y dará con él al cabo.

EMPER. No, que grave infamia fuera.
Mañana le encontraremos,
y...

TOM. ¿Qué? ¿Otro lance tendremos?

EMPER. Me dijo que aquí me espera.
Mas recoge el bandolin,
que aunque me parece tarde,
temo que mi Elvira aguarde,
y llegar quiero al jardin.

TOM. (*Va como á recoger el bandolin y un ronquido ó bostezo de Pierres le detiene.*)
Señor... ¿no escuchaste?

EMPER. ¿Qué?

TOM. (*Asustado*) Por aquí un hombre ha de estar.

EMPER. (*Escuchando.*) Cierto. Le oigo respirar,
mas ningun bulto se ve.

TOM. Tal vez junto á alguna puerta...

EMPER. En redor examinemos...
(*Buscan cada uno por distinto lado.*)

TOM. (*Tropezando con Pierres.*)
Señor, aquí lo tenemos.
Es una persona muerta.

EMPER. (*Acercándose.*)
¿Muerta?

TOM. No, que es un borracho.
Está en un lago de vino
revolcándose el cochino.
Será algun perro gabacho.

EMPER. ¿Si habrá entendido?...

TOM. Imposible.
Es un tronco. ¡Hola, tonel!
(*Le da con el pié.*)

PIER. (*Revolcándose.*)
Arre allá, que escupo hiel,
y tengo un vino terrible.

TOM. ¡Ay señor! que es francés,
del rey de Francia el bufon.

EMPER. (*Sorprendido*) ¿Qué dices?.. ¡Oh confusion!

TOM. Sí, lo reconozco; él es.

EMPER. El es, y su amo sin duda
quien conmigo ha peleado...
Fuerza es ya que á este menguado
para indagar algo acuda.
(*Acércase á Pierres.*)
Hola, levante el bribon.
Quién es al punto nos diga.

PIER. (*Quedando sentado en el suelo, despues de muchos esfuerzos.*)
Poco á poco... á mí me obliga
solo... el señor Alarcon.

EMPER. Pues yo soy. ¿Cómo está aquí?

PIER. Bebido.

TOM. (*Sosteniéndole.*) ¡Gran animal!

PIER. Porque puede cada cual..:
Y... al cabo... ¿quién manda en mí?
Pues con jamon y alaéjos...
cualquiera... Digo... ¿me entiende?
cualquiera... cuando desciende
de padres cristianos viejos...

EMPER. No contesta acorde á nada.

TOM. ¡Cuál está!

EMPER. Diga, ¿y su amo?

PIER. Viene de noche... al reclamo
de una niña remilgada.

EMPER. ¿De quién?

PIER. Muy linda es Leonor.

EMPER. ¿Quién?

PIER. Y yo... y todo... la doncella
Leonarda... tambien muy bella,
Elvira... Comendador...
Anacleta...

TOM. (*Al emperador.*) ¿No lo escuchas?

EMPER. Harta luz nos está dando,
y voy con ella aclarando,
Tomate, verdades muchas.

TOM. Preguntad.

EMPER. ¿Y el rey?

PIER. ¿Ahora?
No sé... que yo... en el fogon
de Leonarda...

TOM. ¡Qué bribon!
y ella, ¡qué infame traidora!

EMPER. (*Con impaciencia.*)
¿Dó está el rey?

TOM. (*Agarrando de una oreja á Pierres.*)
Dilo, gabacho.

PIER. Señor Alarcon... afloje
y la oreja no me moje,
que se me ajuma el mostacho.

EMPER. Dime... ¿tu amo?...

PIER. Ahí estará,
ó... en la torre... Más de un mes
salimos así... Despues
volvemos ambos allá.

EMPER. (*Desesperado.*)
Te voy á matar, tunante.

PIER. ¡Quiá! (*Se vuelve á tender.*)

TOM. (*Levantándolo y poniéndolo de pié.*)
Levanta.

PIER. Ya voy... só.

TOM. (*Sin soltarlo.*)
Ténte, Pierres.
PIER. Ese es yo.
TOM. (*Lo empuja.*) Anda, pícaro, adelante.
(*Vuelve á caerse Pierres.*)
EMPER. (*Aparte, paseándose.*)
Ya todo está descubierto,
y es sin duda el rey de Francia
el que con tanta arrogancia
aquí me buscó encubierto.
Y no es la noche primera
que ha salido de la torre;
es quien las calles recorre
armando tanta quimera,
y es tambien el rondador
que tantos celos me daba.
¿Doña Elvira lo ignoraba,
y tambien doña Leonor?...
¡Cielos!... ¿Si se habrá fugado?...
¿Por qué al bufon dejó así?...
¿Cómo otras noches, de aquí
habrá á la torre tornado?
Mas... Hernando de Alarcon...
Hasta que amanezca el dia
no cesará el ansia mia
ni mi inquieta confusion. (*Pausa.*)
Aunque esta noche haya vuelto,
como hizo las anteriores,
¿quién aquieta mis temores
de que, á fugarse resuelto,
no lo verifique acaso
mañana mismo, de modo
que dé en tierra mi plan todo?
Fuerza es atajarle el paso,
y aunque á fuer de caballero
debo esperarle mañana,
la diadema soberana
me impone un deber primero.
Su fuga, ántes del tratado,
á la Europa conmoviera,
y la Europa toda entera
su reposo me ha fiado.
De caballero á la ley
no por esto he de faltar,
pues juro le he de retar
de hombre á hombre y rey á rey
despues que esté libre y fiero,
cuando no sospeche el mundo
que mi valor sin segundo
se ejerce en un prisionero.
(*Despues de breve pausa dice á Tomate.*)
Tomate, carga con él,
pues si la ronda volviese,
y cual debe lo prendiese...
TOM. Que se lo lleve Luzbel.
EMPER. No, que es fuerza prevenir
un empeño. Allá en la esquina,
que está á la torre vecina,
lo puedes dejar dormir,
pues conviene no recuerde
que con nosotros habló.
TOM. Nada recordará, no,
que está su zorra muy verde.
(*Hace esfuerzos para cargar con Pierres.*)
EMPER. Y cuidado con guardar
secreto de cuanto has visto.
Si se sabe, vive Cristo,
te mando al momento ahorcar.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Aposento del Rey, que le sirve de prision en la torre de los Lujanes, y aparece el REY *solo*

REY. (*Se pasea.*)
No ha sido poca fortuna
que ese pícaro bergante
no me haya comprometido
con su borrachera infame.
Por más que me ha asegurado
que no lo habia visto nadie,
que no habló á ningun viviente
miéntras estuvo en la calle,
y que se vino á la torre
ántes que el alba sonase;
he pasado todo el dia
hundido en ansias mortales.
Mas pues que llega la noche
sin incidente notable,
pienso que verdad me ha dicho,
y mi temor se deshace.
Y pues nada se trasluce
de mis nocturnos solaces,
sólo anhelo ya la hora
de verme libre en la calle:
que esta noche más que nunca
me es el salir importante,
y obligaciones me llaman
de que no puedo excusarme.
(*Pausa.*)
¡Qué prodigio de hermosura!
¡qué portento de donaire!
¡qué asombro de entendimiento!
¡qué tesoro de bondades
es doña Leonor!... La adoro,
y el corazon se me parte
al ver que me corresponde
con la candidez de un ángel;
pues lo mismo que seria
la dicha más inefable,
la ventura más preciosa,
la felicidad más grande
para mí, si rey no fuese;
ser yo rey lo torna y hace
mi más terrible martirio,
mi infierno más espantable,
poniendo entre ambos ¡oh suerte!
una barrera de tales
circunstancias, que es de bronce
para impedir nuestro enlace,
y es de cristal trasparente
para que yo los quilates
de su virtud y hermosura
mire, mida, aprecie y ansie.
La corona adorna y ciñe
la cabeza, pero parte
el corazon y lo aprieta,
y su rico cerco es cárcel
de los afectos del alma,
de do no pueden fugarse.
(*Pausa.*)
¡Ojalá nunca mis ojos
vieran cruzar esta calle
á Leonor! ¡Nunca mis cartas
hasta su cielo llegasen!
Pensé que burlar podia
y distraer mis pesares,
sin interesar mi pecho
con ella, porque ignorante
no conocia los dotes
que la adornan celestiales.
No, no merece Leonor,
tan discreta, tan amable,
tan tierna, tan expresiva,
tan honesta y tan amante,
que más fingimientos use,
que por más tiempo la engañe,
perdiéndola en esperanzas
que no pueden realizarse.
Mas ¡cielos!... ¿cómo aventuro
el decirlo... el declararme?...
Envenenado cuchillo
que el corazon va á rasgarle,
serán ¡ay Dios! mis palabras;
porque desengaños tales
que un encanto de delicias
y de ilusiones deshacen,
destrozan aun más que curan,
y más que alivian abaten.
Y yo ¡con cuántos martirios,

congojas, penas, afanes,
ansias, tormentos, dolores,
llantos, despechos, pesares
daré paso á una palabra,
y acentos con ella al aire,
que al tiempo que á Leonor hieran,
es fuerza que á mí me maten!
Mas preciso es resolverme,
que el fingimiento es ya infame.
Y perderse debe todo,
y todo sacrificarse
por salvar la honra y el nombre,
y prevenir un desastre.
(*Se pasea.*)
Esta obligacion cumplida,
saldré sin que lo retarde
á ver si acaso consigo
darle fin al raro lance,
que dejé empeñado anoche.
¡Mal hayan ronda y alcalde;
que á lo mejor me estorbaron
dar realidad á mis planes!
¡Y qué bien la espada empuña
el César! ¡Qué bien combate!
Por más esfuerzos que hice
fué imposible desarmarle.
Apuremos esta noche,
que sin duda ha de esperarme,
pues quién soy no ha traslucido,
ni quién le ha retado sabe,
si aun me es contraria fortuna,
ó si está ya de mi parte.

Sale PIERRES

PIERRES. Ya que la tarde pasó
sin ocurrir novedad,
vereis, señor, que es verdad
cuanto os he contado yo.
REY. Calla, Pierres, calla, vil.
A tí y al vino maldigo.
PIERRES. ¿Y ¡qué! vuestra alteza, digo,
le echa acaso en el candil?
REY. No vengas con gracias, ea,
que para gracias no estoy.
PIERRES. Callaré, puesto que hoy
tan alta está la marea.
REY. Trae luces, que ya anochece
y no tardará Alarcon.
PIERRES. En cuanto da la oracion
como vestiglo aparece. (*Vase.*)
REY. Si hoy dejo desengañada
á Leonor, y á todo trance
doy el fin que busco al lance,
quitando al César la espada,
no salgo más. ¿Para qué
si soy tan desventurado,
que sólo penas he hallado
en lo que alivios busqué?
La paz por horas aguardo.
No sé si mi madre halló
algun reparo, ó si urdió
el César nuevo retardo.
Hasta ver su conclusion
á salir de aquí no vuelvo,
que á esperarla me resuelvo
con paciencia en mi prision.

Vuelve PIERRES *con dos candeleros, que pone sobre la mesa*

PIERRES. Ya teneis aquí las velas
y, si yo no me equivoco,
al viejo dentro de poco,
que oigo sonar sus espuelas.
REY. (*Se sienta.*) Ahora me aseguraré
por su semblante y su hablar,
si es que del todo aquietar
tantas zozobras podré.

Sale HERNANDO DE ALARCON

ALARCON. (*Con mucho respeto, deteniéndose.*)
¿Vuestra alteza me permite?...
REY. (*Levantándose.*)
Entrad, señor de Alarcon.
¿Quién á tan noble varon
con grande placer no admite?
ALARCON. (*Adelantándose.*)
Siempre me honra vuestra alteza.
REY. Siempre os estimo y venero,
como á valiente guerrero
dechado de la nobleza.
Sentaos. (*Siéntase el Rey.*)
ALARCON. Mil gracias os doy.
De pié, como es justa ley
estar delante de un rey,
para serviros estoy.
¿Y cómo ha pasado el dia
vuestra alteza?
REY. Triste asaz.
ALARCON. Acaso pronto la paz
vendrá á darle la alegría.
¿Y vuestra alteza ha comido
con apetito?
REY. Tal cual,
mas siempre se come mal,
á esta quietud reducido.
ALARCON. Pronto en libertad, señor,
gozareis...
REY. Dios lo permita;
que ya se agosta y marchita
de mi juventud la flor.
ALARCON. ¿Vuestra alteza ha menester
algo, ó exige de mí

algun servicio?... Que aquí
obsequiarle es mi deber.

REY. Con mi gratitud contad,
alcaide cortés y humano:
pero no está en vuestra mano
lo que ánsio, mi libertad.

ALARCON. (*Aparte.*) Se me parte el corazon,
mas no atisbe mi flaqueza.
(*Alto.*) ¿Me manda algo vuestra alteza?

REY. (*Levantándose.*)
Buenas noches, Alarcon.
(*Alarcon registra con los ojos la estancia y vase, y en seguida se oyen la llave, el cerrojo y la barra.*)

PIERRES. Echa llaves y cerrojos,
viejo cara de vinagre.
¡No te comiera el usagre
desde los piés á los ojos!

REY. Ese anciano vale mucho.
Habla de él con más respeto.

PIERRES. Será excelente sujeto,
mas tiene cara de chucho.
Y en un año que aquí asisto
ni tan siquiera una vez
su rostro de airado juez
con una sonrisa he visto.

REY. Es cierto que nunca rie.

PIERRES. Pues de rostro tan extraño
que vive sin risa un año,
el demonio que se fie.
Y tiene las fieras garras
más que su semblante duras...
Aun conservo mataduras
de aquella tarde de marras.

REY. ¿De qué tarde, majadero?

PIERRES. De aquella en que me agarró
este brazo, porque no
me quité pronto el sombrero.

REY. Hizo bien, que el heroísmo
con que noble resplandece,
gran veneracion merece,
y se la tengo yo mismo.
Mas pues quiso la fortuna
que tu traidora embriaguez
no haya tenido esta vez
mala consecuencia alguna;
vámonos pronto á vestir,
que yo esta noche quisiera,
por si acaso es la postrera,
algo más pronto salir. (*Vanse.*)

ESCENA II

Calle, de noche.—Salen EL EMPERADOR, EL CONDE *y* TOMATE *embozados*

EMPERADOR. Espera, Conde, un momento,
que pues tan sólo de tí
los proyectos he fiado
que esta noche he de cumplir,
aun tengo otro encargo nuevo
que darte, si en el jardin
logro entrar para que tenga
todo término feliz.

CONDE. Señor, tan sólo serviros
es lo que me toca á mí,
dándome por muy dichoso
si acierto siempre á cumplir
vuestros supremos deseos.
Seguro de esto vivid.
Ya está advertido el alcalde
y vendrá sin falta aquí
al primer aviso.

EMPERADOR. Conde,
supongo que ignora el fin,
y que sin órdenes tuyas
nada, nada hará por sí.

CONDE. Nada, señor.

EMPERADOR. Suele el celo
importuno destruir
los más concertados planes
del ingenio más sutil,
y temo...

CONDE. No temais nada.
No dará un paso sin mí.

EMPERADOR. Yo en tu lealtad y secreto
apoyo, Conde, este ardid
con que empeños grandes tengan
seguro y honroso fin.
Y tú, Tomate, ¿aseguras
que con su saya y monjil
y sus reverendas tocas,
de veras nos va á servir,
sin vendernos, esa dueña?

TOMATE. Segurísimo estoy, sí,
porque he sabido enredarla
con más artes que Merlin.

EMPERADOR. Repite, porque oiga el Conde,
cómo te has compuesto.

CONDE. Dí.

TOMATE. (*Se desemboza.*)
Empecé, señor, mi ataque
llamándola serafin,
y diciéndole amoroso
que era su cuello marfil,
perlas sus dientes, su rostro
azucenas y carmin;
y á una maraña de canas,
que tizna con sucio hollin,
la llamé, Dios me perdone,
madeja de oro de Ofir.
Mas lo que la puso loca
(tanto que estuvo en un tris
que una carcajada mia

descompusiera el ardid)
fué el decirle yo muy serio
que era más fresca que abril;
y que unos treinta tendria,
pero treinta sin cumplir.
Ya me la juzgué rendida;
mas cuando empecé á decir
que á una invencion me ayudara,
para entrar en el jardin
con dos ó tres amigotes
esta noche misma, sin
que nadie, nadie lo oliese;
se me rechifló, y hostil
á mis proyectos se opuso,
más brava que un puerco-espin.
Torné á la carga, mostréla
el bolson con los dos mil,
y por remachar el clavo
(que fué ocurrencia feliz),
tuve, señor, la osadía
(Dios me la perdone, sí)
de ofrecerle ser su esposo,
con seis mil maravedís
de renta, porque la amaba
con ardiente frenesí.

EMPERADOR. (*Riéndose.*) Gran valor fué ciertamente,
que no lo tuviera el Cid;
porque la tal dueña, Conde,
no es mujer; es jabalí.

CONDE. Ocurrencias de Tomate.
¿Y ella consintió? decid.

TOMATE. A la voz de casamiento
y del oro al retintin,
¿cómo pudiera la bruja
ni un instante resistir?
Más mansa que una cordera
dijo, que sólo por mí,
pues estaba muy prendada
de mi persona gentil,
á todo se prestaria;
como con siniestro fin
y con miras deshonestas
no fuese el enredo; y sí
un chasco puro, inocente,
para burlar y reir.
Todas las seguridades
á sus escrúpulos dí,
y me ofreció maravillas
de su diablura dueñil.

CONDE. ¿Y al cabo?...

TOMATE. Encargóme mucho
no tocase el bandolin,
para que ignore Leonarda
y cuantos viven allí
el enredo. Y ofrecióme
ella en persona salir,
para conducirnos luégo
con gran recato al jardin.

EMPERADOR. Pues me parece que tarda
ya la maldita en venir.

CONDE. El que espera desespera.

EMPERADOR. (*A Tomate.*) Es que si nos halla aquí...

TOMATE. Aun no es la hora en que acostumbra...

EMPERADOR. (*Observando.*)
Alguien viene... ¿No advertís?

Sale ANACLETA *muy tapada con su manto, y se queda á la entrada*

ANACLETA. Sin duda que mi Tomate
con los suyos está allí.
A acercarme no me atrevo,
pues son tres hombres... Chi, chi...

TOMATE. Ya está en campaña la bruja.
A ella me voy.
(*Se acerca á Anacleta.*)
Serafin,
¡qué impaciente os aguardaba!
Nada receleis, venid.
Aquellos son los amigos.

ANACLETA. ¿Y es gente segura? Dí.

TOMATE. ¿Cómo segura?

ANACLETA. Sintiera
que algun pícaro rüin
de la oscuridad valido...

TOMATE. Un san Francisco de Asís
es cada uno de esos hombres.

ANACLETA. Fuera un rayo para mí
cualquiera accion deshonesta,
cualquiera palabra vil,
una mirada atrevida,
el más pequeño desliz;
que aunque de dueña me visto,
doncella soy; eso sí.

TOMATE. No temais nada, llegad.

ANACLETA. Que vengan ellos aquí;
pues estando todo listo,
mis pasos pueden seguir.

TOMATE. (*Acercándose al Emperador.*)
Señor, no perdamos tiempo.
A punto está todo.

EMPERADOR. Oid,
Conde.

CONDE. Señor...

EMPERADOR. Está alerta
con mucho recato, sin
que nadie, nadie te atisbe,
muy escondido. Y así
que éntre el hombre, en el momento
á despertar has de ir
á aquel sujeto que sabes,
y á conducirlo al jardin;
pero sin decirle nada

de por qué le llamo aquí.
(*Sigue hablando al Conde en secreto.*)

ANACLETA. (*Aparte.*)
Creerán que me mamo el dedo,
y no hay diablo tan sutil
que á mí me dé dado falso.
Ya sé que voy á servir
al Emperador en esto,
que es aquel mozo gentil,
que á doña Elvira enamora.
Desde el punto en que lo ví
la primer noche al momento
quién era reconocí;
y del presente fregado
algo he de sacar al fin.
De quien saber no he podido
nada, nada, ¡pese á mí!
es de aquel señor franchute
que anda hecho un Marramaquiz
con doña Leonor. Mas huelo
que no es un grano de anís,
pues toda esta zalagarda
contra él se va á dirigir.

CONDE. Descuidad, señor, por todo. (*Vase.*)

EMPERADOR. Descuidado quedo en tí.
Vámonos pronto, Tomate.

TOMATE. Tras de la bruja seguid.
(*Vanse con Anacleta.*)

ESCENA III

Sala particular con sillas y mesa, y en ella dos candeleros con velas encendidas y salen D.ª LEONOR *afligida, y* D.ª ELVIRA

D.ª ELVIRA. En mal hora, prima mia,
de tu tierno corazon
se apoderó esta pasion
que consume tu alegría,
llenándote de afliccion.
¡Oh cuánto mejor estabas,
cuando libre y desdeñosa
de los amores burlabas,
y tan alegre y hermosa
á todo hombre despreciabas!
¡Ay!... te desconozco, sí.
Tu triste estado me inquieta.
Mira, mi Leonor, por tí;
y pues eres tan discreta,
remedia tu frenesí.
Pasas infeliz las horas
en mudo desasosiego,
con que tu pecho devoras.
Que mires por tí te ruego...
¿Nada me dices?... ¿Y lloras?

D.ª LEONOR. ¡Ay prima!... ¿Qué he de decir?
Estoy tal que no me entiendo;
y miéntras que más pretendo
sobre mi afan discurrir,
ménos su rigor comprendo.
Este don Juan... ¡loca estoy!
tan galan y tan afable,
tan rendido, tan amable,
de quien con el alma soy,
es un ente inexplicable.
De que me ama, y mucho, Elvira,
tengo gran seguridad:
muy grande, prima, en verdad;
y sobre ella ¡ay de mí! gira
mi afliccion y mi ansiedad;
pues lo mismo que debiera
de mis dichas fundamento,
de mis venturas cimiento
ser, quiere la suerte fiera
sea causa de mi tormento.

D.ª ELVIRA. ¡Ay Leonor!...

D.ª LEONOR. Sí, sí, me adora.
Las mujeres conocemos
cuándo un alma poseemos,
y esta certeza es ahora
motivo de mis extremos.

D.ª ELVIRA. Pues qué te aflige no sé.

D.ª LEONOR. Que poseyendo su amor,
y amándolo yo ¡oh rigor!
una cosa oculta hay, que
nos llena á ambos de dolor.

D.ª ELVIRA. ¿El es libre?

D.ª LEONOR. Sí; lo jura,
y al jurarlo no mintió.

D.ª ELVIRA. ¿Es noble?

D.ª LEONOR. ¿Quién lo dudó?

D.ª ELVIRA. Pues entónces, ¿qué te apura?

D.ª LEONOR. Si tampoco lo sé yo.
Hay un enigma en don Juan,
un misterio impenetrable,
no sé qué incomunicable;
pero tan oscuro, y tan
raro, nuevo, inexplicable,
que él no lo sabe decir,
ni yo lo sé adivinar:
que él no lo puede ocultar,
ni yo dejar de advertir.

D.ª ELVIRA. Es confusion singular.

D.ª LEONOR. Y de aquí nace esa extraña,
esa variacion constante
de carácter y semblante,
con que me confunde y daña,
sin piedad á cada instante.
Mas como en tal variedad
de gesto y conversacion,
siempre arder una pasion
llena de honor y ansiedad
descubro en su corazon;
loca, te lo juro, estoy,

y de dolor abrumada,
y perdida, enamorada;
mas sin saber dónde voy,
por un encanto llevada.

D.ª ELVIRA. Pues juzgo, Leonor, forzoso
que, por mucho que te aflija,
tu amor decidido exija
de galan tan misterioso
una explicacion prolija.

D.ª LEONOR. ¡Ay! estoy en tal extremo,
que aunque así debiera ser,
y soy curiosa mujer,
sondar este abismo temo
y el tal arcano saber.

Sale ANACLETA

ANACLETA. (*A doña Leonor.*)
Señora, llega don Juan.
Ya baja á abrirle Leonarda.

D.ª ELVIRA. Prima, á Dios.

D.ª LEONOR. Elvira, aguarda.

D.ª ELVIRA. No, que sube tu galan. (*Vase.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Empiece la zalagarda.
(*Vase.*)

Sale EL REY

REY. (*Al entrar, como hablando afuera.*)
Cuidado, Pierres, cuidado.
Si osas el vino mirar,
vive Dios, te has de acordar.
Leonarda, os queda encargado.

D.ª LEONOR. Don Juan, ¿por qué os deteneis?

REY. (*Avanzando.*) Doña Leonor celestial,
buena y linda sin igual,
ya á vuestras plantas me veis.
Y nunca más anhelante
llegó á veros presuroso
quien sólo aquí es venturoso,
vuestro más rendido amante.

D.ª LEONOR. Sentaos.
(*Se sientan ambos.*)
Con desasosiego
aguardé vuestra venida.
Estoy hoy tan combatida
de este mar en que me anego,
que con inquietud y afan,
pues vuestra presencia calma
los tormentos de mi alma,
os esperaba, don Juan.

REY. ¿Y qué os aflige, Leonor?

D.ª LEONOR. ¿Qué, don Juan?... ¿No lo sabeis?...
Esos enigmas que habeis
dado á acertar á mi amor.
Descifrarlos él no puede;
y hecho un mar de confusiones,
conjeturas y aflicciones,
fuerza es que mi pecho quede.
Y mi buena fe y ternura
no merecen, no, por Dios,
ni tanta reserva en vos,
ni en mí tan fiera amargura.

REY. Leonor, sois la pura estrella
tras quien deslumbrado voy
por quien desdichado soy
gozando de su luz bella.
Estoy tan ciego por ella,
que juzgo en el firmamento
tener á su lado asiento;
y ver no puedo el abismo,
que debajo de mí mismo
de tanta dicha es cimiento.
El amor puro y ardiente
que os tengo, y el puro amor
con que me haceis, oh Leonor,
el más dichoso viviente,
son las causas solamente
de tanta reserva, y tan
oscuro y molesto afan:
y á ambos nos importan, sí,
que es para que yo esté aquí
la reserva el talisman.
Si lo rompo yo imprudente,
si curiosa lo rompeis,
yo quedo, y vos quedareis
sobre el abismo pendiente.
Pues ciego amor no consiente
que se mire en derredor,
porque absortos en su ardor,
y sin mañana, nos quiere,
Leonor, que sea lo que fuere,
obedezcamos á amor.

D.ª LEONOR. Del amor es el instinto
sus dichas asegurar,
y no anheloso vagar
por un ciego laberinto.
Claro, seguro, distinto,
quiere ver delante el puerto,
un fin terminante y cierto,
pues vive de la esperanza;
y amor que á verla no alcanza
es amor que está ya muerto.
Segura de que me amais
y segura de que os amo,
saber ansiosa reclamo
el enigma que ocultais.
Os ruego me lo digais,
don Juan, sin salir de aquí:
notad que vivir así,
ya no podemos los dos.
Quién soy ved: y quién sois vos
hablad; por vos y por mí.

REY. Sí, Leonor, voy á apagar

de un soplo la luz del sol,
cuyo ferviente arrebol
á ambos nos pudo abrasar.
Voy mi pecho á destrozar,
y á romper el vuestro voy.
Resuelto, resuelto estoy
á tornar el paraíso
en infierno: es ya preciso
por vos misma, y por quien soy.

D.ª LEONOR. ¡Ah!... desfallezco... Decid.

REY. Estoy mortal... ¡Oh rigor!

D.ª LEONOR. Hablad, hablad.

REY. (*Resuelto.*) Mi Leonor,
no más misterios. Oid.

Sale DOÑA ELVIRA *muy asustada*

D.ª ELVIRA. ¡Ay Leonor! Vengo muerta.

D.ª LEONOR. (*Levantándose sorprendida.*)
Pues ¿qué ocurre?

REY. (*Levantándose sorprendido.*)
¡Señora!

D.ª ELVIRA. A nuestra puerta
la ronda está formada,
y la casa allanada
va á verse en el momento.

D.ª LEONOR. Mas ¿con qué fin?...

REY. Señora, ¿con qué intento?...

D.ª LEONOR. (*Muy apurada.*) ¡Infelice de mí!

D.ª ELVIRA. (*Al Rey.*) Sin duda alguna
viene á buscaros.

REY. ¡Pese á mi fortuna!
Yo sabré en todo caso
con mi espada y valor abrirme paso.
(*Hace ademan de desenvainar la espada.*)

D.ª LEONOR. (*Deteniéndole.*) ¡Don Juan!

REY. ¡Gran compromiso!

D.ª ELVIRA. Que apeleis á la fuga es ya preciso.

D.ª LEONOR. ¿Y por dónde podrá?...

D.ª ELVIRA. Si á toda priesa
el jardin atraviesa,
por la verja, Leonor.

D.ª LEONOR. Muy bien pensado.

REY. Pronto.

D.ª LEONOR. Pronto.

D.ª ELVIRA. Venid por este lado.

Por la parte donde se van á marchar, salen precipitados y despavoridos LEONARDA *y* PIERRES.

LEONARDA. ¡Ay señores!... ¡Qué miedo!...
He visto...

D.ª LEONOR. ¿Qué, Leonarda?

LEONARDA. Hablar no puedo.
He visto... mucha gente,
que el jardin ha ocupado de repente.

D.ª LEONOR. ¿El jardin?

LEONARDA. Sí, señora.

D.ª LEONOR. (*A doña Elvira con viva ansiedad.*)
¿Será, Elvira, tal vez?... Mas no es la [hora.

D.ª ELVIRA. No, que hoy al medio dia
me escribió que esta noche no vendria.
¡Cielos!... ¿Qué será esto?

D.ª LEONOR. Ser desdichada yo.

D.ª ELVIRA. (*Con viveza.*) Remedio, y presto
buscar es necesario.

PIERRES. (*Al Rey, y muy precipitado.*) Es el vejete
sin duda, el que nos busca y acomete.
Más gente hay en la calle
que ha de encerrar de Josafat el valle,
y en el jardin lo mismo,
que es de bultos siniestros un abismo.
Alguaciles, soldados,
canónigos, letrados,
y los niños doctrinos,
y la comunidad de capuchinos,
y tercios, y escuadrones,
y cuarenta galeras,
y las monjas terceras
con órganos, ciriales y pendones
en torno nos circundan.
Por Dios en algun pozo nos confundan,
si es que lo hay en la casa,
miéntras la furia del asalto pasa.
Todo cuanto he cenado está ya acedo,
y de descomponerme estoy á un dedo.

REY. Calla, bribon, cobarde.

D.ª LEONOR. Algun partido
forzoso es abrazar.

Sale ANACLETA

ANACLETA. Todo perdido
está ya. Me he tardado
hasta ver si quedaba descuidado
algun sitio oportuno
para escapar, y no quedó ninguno.

LEONARDA. Tal vez la puerta falsa...

D.ª LEONOR. Sí, sí, Elvira.

D.ª ELVIRA. (*A Leonarda.*) Desde el sobrado mira
si aun está libre, acaso...
(*Vase Leonarda.*)

ANACLETA. Sí; mas notad que es el forzoso paso
para ir al corredor y á la escalera,
que á la puerta trasera
baja, y no hay otro...

D.ª LEONOR. (*Con gran ansiedad.*) Cierto, de mi tio
justamente la alcoba.

D.ª ELVIRA. (*Suspensa.*) Sí.

D.ª LEONOR. (*Abatida.*) ¡Ay Dios mio!

D.ª ELVIRA. (*Resuelta.*) Está en el primer sueño
y tal vez no despierte.
Pongamos algo en brazos de la suerte,

Pasando sin rumor...

REY. (*Aparte.*) ¡Oh, duro empeño!

ANACLETA. Iré á ver si el postigo...
(*Aparte.*) A dar parte de todo voy ligera,
pues que de esta manera
las instrucciones que obedezco sigo.
¡Que se me fuese á mí de la memoria,
que estaba libre aquella escapatoria!
(*Vase.*)

Sale LEONARDA

LEONARDA. Libre la falsa puerta
está, señora, sí. Por ella...

D.ª ELVIRA. (*Toma un candelero.*) Al punto.

REY. (*Deteniéndose indeciso.*)
¿Y si ese caballero se despierta,
y sospecha tal vez?...

PIERRES. (*Aparte.*) Estoy difunto.
Ya huelo mal.

D.ª LEONOR. (*Toma el otro candelero.*)
Es fuerza resolverse.

REY. Vamos.

LEONARDA. Pisad más quedo.

PIERRES. No hay digestivo que le iguale al miedo.

(*Al ir todos á entrar por la puerta del fondo, quedan parados y sorprendidos oyendo al voz del Comendador.*)

COMEND. (*Dentro.*) ¿Quién trastorna mi casa?
¿Qué es esta confusion? ¿Qué es lo que pasa?

REY. Ya despertó.

D.ª LEONOR. (*Muy afligida.*) ¡Dios mio!

LEONARDA. (*Asustada.*)
¡Ay, que sale, señor!... (*Vase.*)

D.ª LEONOR Y D.ª ELVIRA. ¡Cielos, mi tio!

(*Huyendo despavoridas tirando los candeleros y queda la escena en tinieblas. El Rey saca la espada y se retira á un lado. Pierres se esconde con mucho miedo detrás de su amo.*)

Sale EL COMENDADOR *á medio vestir y con la espada desnuda.*

COMEND. (*Avanzando lentamente y á tientas.*)
¿Quién corre y mata las luces?
¿Quién ha entrado en esta sala?
¿Quién esta calle alborota?
¿Quién ese jardin asalta?
Vive Dios que he de saberlo;
vive Dios, que á cuchilladas
ha de castigar mi brazo
á quien trastorna mi casa.
Luces, luces... Vengan pronto.
Hola... ¡Anacleta!... ¡Leonarda!
¡Leonor!... ¡Elvira!...

REY. (*Aparte*) Si acaso
este buen hombre me ensarta
sin querer, quedo servido.
Pondré delante mi espada.

COMEND. (*Esgrimiendo á tientas encuentra con la espada del Rey.*)
Ya lo encontré, ya un acero
osa oponerse á mi rabia.
La oscuridad nada importa,
que la embravecida llama
del valor que arde en mi pecho,
del enojo que me inflama,
sobra para que lo encuentre,
para que lo rinda basta.
(*Se cruzan las espadas varias veces, y luégo se separan y se pierden.*)

Salen D.ª LEONOR *y* D.ª ELVIRA, LEONARDA *y* ANACLETA *con luces. El Rey envaina de pronto y se emboza, Pierres se mete debajo de la mesa.*

COMEND. (*Al Rey.*) ¿Quién sois vos, y qué buscais
á estas horas en mi casa?

REY. (*Con moderacion y sin desembozarse.*)
Tened. Soy un caballero,
que vuestro amparo demanda.

COMEND. ¿Cómo?...

REY. Escuchadme. (*Aparte.*)
Aquí es fuerza
que de mi ingenio me valga
para poder evadirme
sin descubrir á mi dama.
(*Alto y con rapidez.*)
Señor, me importa ocultarme,
y perseguido sin causa
por la ronda, á vuestra puerta
llegué cansado: al tocarla
para repararme, advierto
que sin cerrar y encajada
paso y refugio me ofrece;
entro, cierro, echo la aldaba,
y buscando ansioso al dueño
por rogarle me ocultara
miéntras pasaba el peligro,
siguiendo de luz lejana
las vislumbres, aquí llego
donde me encuentro á dos damas
haciendo labor; se asustan,
huyen, las luces apagan,
y me quedo amenazado
de vuestro enojo y espada.

D.ª ELVIRA. (*A Leonarda en secreto y con viveza.*)
Apóyalo, dí que abierta
la puerta quedó, Leonarda.

LEONARDA. (*Poniendo el candelero sobre la mesa.*)
Señor, perdóname. Es cierto
que olvidé echar la aldaba

cuando entrasteis, porque á voces
las señoras me llamaban.
Y estando así no es extraño...

COMEND. (*Indeciso.*)
¿Quién?... La prudencia me valga.
¿Quién, que sois un caballero;
quién, que os persigue sin causa
la justicia, me asegura?
Y aunque así sea, mi casa
¿qué inmunidad os ofrece?
Dicho habeis que os importaba
ocultaros, y este dicho
despierta sospechas claras.
Si sois traidor á mi rey,
si enemigo de mi patria,
si por crímenes de estado
la justicia tras vos anda;
¿pensais que yo en mi conciencia
de encubridor y de capa
puedo serviros, burlando
la accion de las sacrosantas
leyes? Jamás.

D.ª LEONOR. (*Al Comendador.*) Ya acogido,
señor, á tu amparo...

COMEND. Calla,
que no entiendes de estas cosas.
(*Al Rey.*) ¿Mis reflexiones os pasman?
Si por dicha vuestro nombre
á satisfacerme basta,
¿por qué lo ocultais?... Decidlo.

REY. (*Dudoso.*) Señor... ¿mi nombre?... Bastara,
bastara, sí; yo os lo juro.

COMEND. ¿Por qué vuestro labio tarda
en pronunciarlo?... ¿Quién sois?

REY. (*Desembozándose y presentándose con dignidad en medio de la escena.*)
El rey Francisco de Francia.

D.ª LEONOR. (*Cae desmayada en brazos de Elvira.*)
¡Cielos!

D.ª ELVIRA. (*Colocando en una silla á doña Leonor.*)
¡Leonor!

COMEND. (*Sorprendido y envainando la espada.*)
¡Grave caso!

ANACLETA. (*Aparte.*) De ocurrencia tan extraña
corro con la nueva al punto.
Grande ventura me aguarda,
pues me encuentro de patitas
entre personas tan altas.
(*Vase, dejando sobre la mesa el candelero.*)

REY. (*Aparte.*)
¡Ay de mí! que un rayo han sido
para Leonor mis palabras!
(*Alto al Comendador con dignidad.*)
¿Qué os hiela? ¿Qué os petrifica?
Si alguna duda os amaga
acercad á mí esas luces.
Reconocedme, acercadlas;
que no es la primera vez
que me visteis cara á cara.

COMEND. (*Sosegado y respetuoso.*)
Señor, porque os reconozco
tan gran confusion me embarga,
pues me parece un ensueño,
una pesadilla infausta,
á un rey que está en una torre
verlo á tal hora en mi casa,
en donde forzosamente
le debe de ser negada
la hospitalidad, que el hombre
de ménos valor hallara.
(*Resuelto.*)
¿Qué es esto?... Si vuestra alteza
la fuerte cárcel quebranta,
de mi rey en deservicio
es, y en mengua de mi patria,
y yo soy un fiel vasallo,
y soy español sin tacha,
y la lealtad y la honra...
Harto os digo, señor; basta.

REY. (*Turbado.*)
Pues qué... ¿intentais...?

COMEND. Vuestra fuga
sé, vuestra estrella contraria
os pone en mis manos, juzgue
vuestra alteza, pues inflama
la sangre de caballero
su corazon de monarca,
lo que hacer á mí me cumple
para salvar honra y fama.
Y vuestra alteza conozca
el empeño, la desgracia
que con su régia visita
me trajo á mí y á mi casa.
La ronda, que por respeto
á mi nobleza y mis canas,
aun no ha allanado mi puerta,
al cabo vendrá á allanarla;
y al veros aquí conmigo,
(*Con grave entereza.*)
pues vive Dios, no se aparta
de mí un punto vuestra alteza,
cómplice con razon clara
me creerá de vuestra fuga;
¿y cómo borro esta mancha?

Sale ANACLETA

ANACLETA. Cuanto esta noche sucede
parece cosa de magia.
La ronda con gran silencio
se marchó.

COMEND. Con ella vayan

mil Satanases.

D.ª ELVIRA. (*Admirada.*) ¿Marchóse?

ANACLETA. No hay ya en la calle ni un alma.

LEONARDA. (*A Anacleta.*) ¿Y aquella gente maldita
que por el jardin andaba?

ANACLETA. Tambien marchó, volaverunt.
(*Aparte.*) Como que yo á la antesala
contigua los he traido,
y desde ella ven la zambra,
y oyen con mucho contento
cuanto en esta pieza pasa.

PIERRES. (*Saliendo de debajo de la mesa.*)
Señores, muy buenas noches.

LEONARDA. ¡Ay! (*Dando un chillido.*)

ANACLETA. (*Santiguándose.*)
¡Jesus!... Una fantasma.

COMEND. ¿Y quién es ese demonio?

REY. Mi bufon.—¡Maldito!

PIERRES. A gatas
he estado bajo el bufete,
devanado en telarañas,
miéntras que se iba la ronda;
pues las rondas me dan bascas.

REY. (*Con gran desahogo.*)
Supuesto que ya la ronda
sin más insistir se aparta
y retiró los esbirros
con que ese jardin guardaba,
que quien yo soy no sabia
parece una cosa clara;
que me siguió por seguirme,
que al fin perdió mis pisadas,
que entrar aquí no me ha visto;
y así felizmente acaba,
comendador, vuestro empeño,
y mi grave apuro cambia.

COMEND. ¿Y qué, señor?...

REY. (*Con risueña soltura.*) Ahora resta
que á vos y á estas nobles damas
pida y suplique rendido
dispensen molestias tantas,
con que imprudente he turbado
el reposo de esta casa;
y tomando su licencia,
(*Al Comendador.*)
y dándoos á vos las gracias,
regreso al punto á la torre,
ántes que noten mi falta.
Vamos, Pierres.

COMEND. (*Deteniéndole.*) Vuestra alteza
pienso que de burlas habla.
¿Cómo puede imaginarse
que yo en su escolta no vaya?

REY. (*Sorprendido.*)
¿Vos, conmigo?...

COMEND. Ciertamente,
señor; y la cosa es clara,
pues que me cabe la honra
de ser vuestro alcalde y guarda;
(*Con entereza.*)
que aquí estais tan prisionero
como en la torre.

REY. (*Confuso.*) Me pasma
vuestro arrojo... Yo he salido
de la torre noches varias,
sólo á divertirme un rato...
Y siempre he vuelto... que...

COMEND. Nada
de lo que ocurrió otras noches
quiero saber, pues me basta
veros esta fugitivo,
teneros, señor, en casa,
de vuestra régia persona
reconocer la importancia,
y que de ella apoderarme
y con fuerza asegurarla,
porque á mi rey sirvo en ello,
y en ello sirvo á mi patria,
es mi obligacion.—Yo mismo
preso os llevaré.—Leonarda,
echa la llave á la puerta
pronto, y á mis manos tráela.
(*Vase Leonarda.*)

REY. (*Impaciente.*)
Mas... Comendador, ¿qué es esto?

COMEND. Cachaza, señor, cachaza.
Sin escándalo del mundo,
sin que se trasluzca nada
y sin que en Madrid se diga
que burlais la vigilancia
de los que á su cargo os tienen,
ni que habeis (pues fuera causa
de hablillas) echado mano
de una fuga que os infama;
con el respeto debido
á vuestra persona sacra,
mas ¡vive Dios! muy seguro,
á la torre destinada
para guardaros, yo mismo
os conduciré.

Sale LEONARDA

LEONARDA. (*Entrega una llave al Comendador.*)
Tomadla.

COMEND. (*Toma la llave.*)
Esperad un breve instante.
(*Vase precipitado por la puerta del foro.*)

PIERRES. (*Al Rey.*) Dimos, señor, en la trampa.

D.ª ELVIRA. (*Aparte.*)
¡Cielos!... ¿qué irá á hacer mi tio?

REY. (*Aparte.*) ¡Qué gente la castellana!...

Todo me parece un sueño.
¡Leonor!... Mi pecho se abrasa,
aprovecharé este instante.
(Se acerca á doña Leonor.)
¡Leonor! ¡Leonor!

D.ª LEONOR. *(Se levanta de la silla muy afligida, pero con mucha dignidad.)*
¿Qué me manda
vuestra alteza?

REY. ¿No me dice
vuestro labio?...

D.ª LEONOR. Señor, basta.
Ya sólo en mi pecho quedan
lágrimas y no palabras.

Sale EL COMENDADOR *trayendo en la mano una rica faja moruna de seda y oro.*

COMEND. Señor, vuestra alteza es mozo,
otro jóven lo acompaña,
yo soy anciano sin fuerzas
mas que en la honra y en el alma;
con vos solitarias calles
de oscuridad circundadas
voy á atravesar; y es justo
que un preso tal, de importancia
tan grande, de tanto brio,
de tanto póder y fama,
en manos de un pobre viejo
bien asegurado vaya.

REY. ¿Seguridad suficiente
no puede dar mi palabra?

COMEND. ¡Ah señor!... á vos apelo...
Perdonadme, ya empeñarla
no podeis, que allá en la torre
os la piden y reclaman.

REY. *(Aparte.)*
Vive Dios, que me confunde,
y que el rostro se me abrasa.

COMEND. *(Con respeto.)*
Yo, señor, no oso privaros,
Dios me libre, de la espada;
que espada de un rey, tan sólo
otro rey ha de tomarla,
como no sea con gloria
en el campo de batalla;
mas permitireis que os ligue
(Hinca una rodilla.)
rindiéndome á vuestras plantas
los brazos, y no os asombre,
con aquesta rica faja.

REY. *(Aparte.)* Este viejo testarudo
sin duda alguna me ata.
Mejor es tomarlo á burlas
y salga por donde salga.

COMEND. Pues de tal orígen viene
y está á tanto acostumbrada,
que aunque os sujete un momento,
vuestra dignidad no empaña.
(Poniéndose de pié y con dignidad y entereza.)
Yo se la gané al Malique
en el asalto de Baza.
Aun de su valiente sangre
la ilustran antiguas manchas.
Y yo sujeté con ella
al rey Chico de Granada
cuando rindió al gran Fernando
los castillos de la Alhambra.

REY. *(Aparte y entusiasmado.)*
¡Con qué respeto lo escucho!
¡Oh qué sangre tan hidalga!

COMEND. Ya veis que tal ligadura,
que parece que se guarda
por el misterioso cielo
para ocasiones tan altas,
no afrenta, no. Con sus nudos
no deshonra lo que enlaza.

REY. *(Asombrado.)*
Comendador... ¿No hay remedio?

COMEND. *(Empuñando la espada.)*
No hay remedio, rey de Francia.

Sale de repente HERNANDO DE ALARCON *y detrás de él muy embozados, quedándose en ala á la entrada,* EL EMPERADOR, EL CONDE *y* TOMATE.

ALARCON. Sí lo hay, que en buena ocasion
de este empeño á libertaros
y el regio preso á tomaros
llega Hernando de Alarcon.
(Todos quedan asombrados y Pierres con mucho miedo se esconde entre unos y otros.)

COMEND. *(Aparte.)*
¿Y por dónde este hombre ha entrado,
si yo tengo aquí la llave?

REY. *(Aparte.)* Ya es el conflicto más grave.

PIERRES. Ahora el seron se ha llenado.

ALARCON. *(Al Rey con entereza.)*
¿Y qué es aquesto, señor?
¿Cómo vuestra alteza aquí?
¿Puede comportarse así
persona de tal valor?
¿Tan esclarecido rey
la pleitesía quebranta
y huella con libre planta
del juramento la ley?
A un caballero le guarda
de su palabra el seguro,
no reja, no alzado muro,
no vigilante alabarda.
Vos la palabra me disteis,

de aquel juramento amén,
de no fugaros... ¡Muy bien
ambos empeños cumplisteis!

REY. (*Mortificado.*)
Noble alcaide, perdonad;
deponed el justo enojo.
De escucharos me sonrojo,
mas mi descargo escuchad.
Que aunque hablar ya no debiera,
y á mi majestad ofendo,
satisfaceros pretendo,
porque mi pecho os venera,
y porque hay un caballero
y unas damas que esto ven,
y me interesa tambien
salvar mi honra lo primero.
(*Con dignidad.*)
No falté á la pleitesía
ni á mi palabra falté,
pues yo tan sólo juré
que jamás me fugaria.
Y cual bueno lo cumplí,
aunque tuve la ocasion...
mas nunca la tentacion,
porque para rey nací.
Un mes hace, un mes cumplido
que todas las noches salgo.
¿Y habeis advertido algo?...
Fugarme hubiera podido.
Pues no lo hice, ¡vive Dios!
Si he dado fiel cumplimiento
á palabra y juramento
juzgadlo, cual noble, vos. (*Enojado.*)
He salido á divertir
mis penas, mas no á fugarme.
Nadie pues puede afrentarme
ni yo lo he de permitir.

D.ª LEONOR. (*Aparte.*) ¡Y qué bien que se defiende
de haberme á mí asesinado!...

D.ª ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Qué galan y bien hablado!
¿Qué helado pecho no enciende?

COMEND. Señor Alarcon, su alteza
prueba muy bien su lealtad.

ALARCON. Comendador, es verdad,
mas con una sutileza.
Y todo se lo concedo,
mas que de mí se ha burlado,
y mi buena fe engañado
dejar aparte no puedo. (*Al Rey.*)
Me habeis burlado, señor,
burlado mi buena fe...
Ahora, ¿qué responderé
al augusto Emperador?
Satisfaccion conveniente,
y satisfaccion cabal
esta ofensa personal
reclama debidamente.
Y yo, alto al rey, os la exijo
caballero á caballero,
esgrimiendo el noble acero
en lugar y en plazo fijo;
y pues vuestra dignidad
tal empeño no permite,
porque tan sólo se admite
donde hay perfecta igualdad,
(*Con calor.*)
venga un francés campeon,
el que más al mundo asombre,
á lidiar en vuestro nombre,
con Hernando de Alarcon.
(*Se descalza un guante y lo tira en medio de la escena. El Emperador se desemboza repentinamente, y se le ve ricamente vestido y con el collar del toison de oro, y recoge el guante con gran rapidez. El Conde y Tomate se desembozan y descubren. Todos quedan en la actitud del mayor respeto.*)

EMPERADOR. (*A Alarcon.*)
Baste. (*Al Rey.*) Llegad á mis brazos,
generoso rey de Francia,
y vuestra noble arrogancia
en tan amistosos lazos
la paz firme venturosa
que entre los dos reina ya.

REY. (*Arrojándose en los brazos del Emperador.*)
Esta la firma será
de fuerza más poderosa.

EMPERADOR. Aun más que amigos, hermanos
nos vea la cristiandad
guerra hacer á la impiedad,
y guerra á los mahometanos.

REY. Y á ambos unidos, señor,
nos vea el Asia con espanto
ganar el sepulcro santo
en que durmió el Salvador.

ALARCON. (*Al Emperador hincando una rodilla.*)
Invicto César...

EMPERADOR. (*Dándole su guante y alzándole con gran atencion.*)
Alzad.
Sé lo mucho que valeis.
Nada que decir teneis.
Conozco vuestra lealtad.

COMEND. (*Hincando una rodilla delante del Emperador.*)
¡Oh qué gozo!... Permitid,
pues mi humilde choza honrais,
y en alcázar la tornais
el más alto de Madrid,

que á vuestros piés este anciano
hoy su familia os presente,
y que pida reverente
besar vuestra sacra mano.

EMPERADOR. Alzad, buen comendador.
De Calatrava clavero
os nombro, que premiar quiero
tanta nobleza y valor.
(*El Comendador le besa la mano.*)
¿Son estas vuestras sobrinas?

COMEND. (*Presentándole á doña Elvira.*)
Elvira.
(*Doña Elvira se arrodilla y le besa la mano.*)

EMPERADOR. Sois muy hermosa.

COMEND. (*Presentándoie á doña Leonor.*)
Leonor.

EMPERADOR. (*Mirando maliciosamente al Rey.*)
¿Y por qué llorosa?...
(*Al Comendador.*)
Teneis dos perlas divinas.
Id y besadle la mano,
porque en ello tendrá gusto,
y porque acatarle es justo,
al rey de Francia mi hermano.
(*Llega el Comendador al Rey y le besa la mano.*)

REY. De castellano tan fiel
que no me desaire espero,
y le nombro caballero
de la órden de San Miguel.
(*Llega doña Elvira.*)
Esta cadena, señora,
(*Se quita una cadena del cuello y se la pone á doña Elvira, sin permitir que le bese la mano.*)
os recuerde al desgraciado,
que en vuestra casa ha logrado
entrar en tan buena hora.
(*Llega doña Leonor muy turbada.*)
Siento en el alma el disgusto
que sin querer os causé.
En vuestro rostro se ve
que aun no calmó vuestro susto.
(*Rehusa el que le bese la mano.*)

D.ª LEONOR. (*Aparte.*) ¡Cruel!

REY. (*Aparte á doña Leonor.*)
¡Ah! me estoy muriendo.
Soy más infeliz que vos.

D.ª LEONOR. (*Aparte al Rey.*)
¡Ay!... No lo permita Dios.

REY. (*Alto.*) Que me permitais pretendo
que á vuestra belleza añada
de dote cien mil ducados,
que años mil afortunados
goceis, con gusto casada.

D.ª LEONOR. (*Con altivez.*)
Gracias os doy, mas no admito;
porque tengo pensamiento
de retirarme á un convento,
donde nada necesito.

ANACLETA. (*Aparte.*) ¡Repentina vocacion!

D.ª LEONOR. (*Clavando los ojos en el Rey.*)
Este mundo es todo engaños,
y quiero burlar sus daños
en eterna reclusion.

REY. Pero el dote es vuestro ya,
y de él podeis disponer.
(*Aparte.*) ¡Oh qué celestial mujer!

D.ª LEONOR. (*Aparte.*) Mi alma adorándolo está.

EMPERADOR. (*Al Rey.*) Señor, hermano y amigo,
á que hablemos más despacio,
y á descansar, á palacio
venid, os ruego, conmigo.

REY. César generoso, aun nó;
que á la torre he de volver
por exigirlo un deber
con que es fuerza cumpla yo.
Que el mundo diga no quiero
que fugitivo me ha hallado
la paz, habiendo faltado
á la fe de caballero.
Y para satisfacer
al respetable Alarcon,
con él solo á la prision
esta noche he de volver.
(*Alarga la mano á Alarcon con mucha gracia y amabilidad.*)

EMPERADOR. Tal delicadeza admiro.
Con la pompa conveniente
en cuanto empiece en oriente
el próximo sol su giro,
y con gran solemnidad
ardiendo mi corte en galas,
iré á buscaros en alas
de nuestra eterna amistad.

Sevilla, setiembre 1840

FIN DE LA COMEDIA

LA MORISCA DE ALAJUAR,

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAS

DON FERNANDO.
MARIA, *morisca.*
MULIM-ALBENZAR, *morisco.*
EL CONDE DE SALAZAR.
FELISA, *cristiana.*
ABDALLA, *alfaquí morisco.*
EL MARQUÉS DE CARACENA.
EL COMENDADOR MAYOR.
EL CAPITAN GARCIA.
UN SARGENTO.
CORBACHO.
MALEC, *morisco.*
ZEIR, *morisco.*
UN SECRETARIO.
UN ALCAIDE.
DONCELLAS ALDEANAS, *moriscas.*
PASTORES, *moriscos.*
MORISCOS CONJURADOS.
SOLDADOS ESPAÑOLES.

La accion pasa en el reino de Valencia á fines del año de 1609 y principios del de 1610.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una amena cañada en las cercanías de la villa de Alajuár, rodeada de ásperos montes.—Despues de cantar dentro los cuatro primeros versos, salen diez ó doce jóvenes ALDEANAS *moriscas, y detrás de ellas* MARÍA *y* FELISA: *todas con cantarillos, como que van por agua á la fuente.*

ALD. 1.ª (*Canta dentro.*)
No tenga fe ni esperanza
quien no estuviere en presencia.
TODAS. (*En coro, dentro.*)
Pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

Salen TODAS

ALD. 2.ª (*Canta.*)
Quien quisiere ser amado
trabaje por ser presente;
que cuan presto fuere ausente
tan presto será olvidado.
ALD. 1.ª (*Canta.*)
No tenga fe ni esperanza
quien no estuviere en presencia.
TODAS. (*En coro cantan.*)
Pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia. (*Vanse.*)
MARÍA. (*Deteniendo á Felisa.*)
Déjalas llegar, amiga,
al dulce raudal, y aquí
queda un rato junto á mí,
á consolar mi fatiga.
Que esa insensata cancion,
con que dan vida á este ejido,
todo un infierno ha metido
en mi roto corazon.
Y miente la letra, miente,
pues amor que no es vulgar
nunca más firme ha de estar
que cuando está en un ausente.
FELISA. Singular es tu constancia,
oh hermosísima María,
y ese amor, que desafia
al tiempo y á la distancia.
En hora menguada vino
don Fernando á este lugar,
tu tierno pecho á enredar
en tan ciego desatino.
MARÍA. No digas eso, que yo
bendigo el feliz momento

en que para alojamiento
mi casa y mi pecho halló.
En aquella temporada
que le tuve junto á mí,
tan venturosa me ví
y tan amante y amada,
que con su recuerdo sólo
soy la más feliz mujer
que en el orbe puede haber,
desde un polo al otro polo.
Y un porvenir tan risueño
de encanto y felicidad
se presentó á mi ansiedad,
que voy tras él con empeño.

FELISA. ¡Ay que los recuerdos son
dejos de un bien acabado;
y un porvenir no ha pasado
jamás de incierta ilusion!
No es, no, tan desatinada
la letra de ese cantar,
que sólo te da pesar
porque estás alucinada.
Si tuvieras mi experiencia
(ya la tendrás algun dia),
conocieras, hija mia,
de tu pasion la demencia.
No es decir que quepa engaño
en el pecho de tu amante:
será muy firme y constante,
pero está sin verte un año!

MARÍA. Cuando ¡ay de mí! se marchó
de esa Flandes á la guerra,
ántes de un año á esta tierra
volver amante juró.

FELISA. Ya el año cumplido es.

MARÍA. Y yo con gran fe lo aguardo,
que no es, Felisa, retardo
sólo el retardo de un mes.

FELISA. De los que se van, dejando
en España empeños locos,
á esa Flandes, vuelven pocos.

MARÍA. Uno será don Fernando.
Si conocieras, amiga,
los extremos de su amor,
de su palabra el valor,
y de su alma, que bendiga
Dios, los dotes celestiales,
como yo los conocí;
no me afligieras así,
con desconfianzas tales.
Vendrá, ama mia, vendrá.

FELISA. Pero aunque vuelva, ¿qué esperas?...
Quién eres no consideras,
ni sabes quién él será.
Tú, morisca...

MARÍA. (*Con viveza.*) Yo, cristiana.

FELISA. (*Con ternura.*) ¡Hija idolatrada!... Sí,
que de madre te serví
desde tu niñez temprana,
y con mi leche mamaste
la fe más pura y leal,
siendo mi gozo cabal,
porque en ella te afirmaste.
Y tu sangre misma... ¡ay triste!
sin madre desde la cuna...
Dios te ha dado la fortuna
de que en mis brazos creciste.
—Pero al asunto tornando
de tu amor, pues con razon
se me parte el corazon
otros tiempos recordando;
te diré que, aunque cristiana,
eres morisca, María,
en quien nunca halla hidalguía
la soberbia castellana.
Y de tu amante, aunque sea
falso el nombre que nos dijo,
la ilustre alcurnia colijo
de la insignia, que campea,
roja, en su pecho español:
¿y te querrá para esposa,
aunque te adore cual diosa,
y le parezcas un sol?

MARÍA. (*Con dignidad.*) Hubo moros caballeros,
y moros reyes tambien.
¡Y quién quitar puede, quién
su sangre á sus herederos!
La familia de Albenzar,
por más que el hado la humilla,
ni á los reyes de Castilla
nobleza debe envidiar.
Que en los muros de Jaen
ha dejado fama eterna,
y hoy un Albenzar gobierna
las torres de Tremecen.
Y si la cristiana cruz
aun lo más vil avalora,
no ha de oscurecer ahora
de mi nobleza la luz.

FELISA. (*Aparte.*) En cuanto hace, piensa y dice
descubre su sangre hidalga.
¡Oh recuerdos!... Dios me valga,
no sé si bien ó mal hice.
(*Alto.*) ¡Ah! si insensatos no fueran
de tu morisca nacion
los nobles, con más razon
de su estirpe alarde hicieran.
Tal vez cual cristiana vieja
y cual de sangre española
pienso yo.

MARÍA. No eres la sola;
pues á mí tambien me aqueja

ver á la raza africana,
ya española, y que debia
con noble y leal bizarría
ser española y cristiana,
cerrar con obstinacion
los ojos á la verdad,
y buscarse, ¡oh ceguedad
continua persecucion.

FELISA. ¿Tu talento ha traslucido
los altos intentos?...

MARÍA. Sí,
los intentos locos dí,
y que el corazon partido
me tienen; pues los cristianos
los conocen y los ven,
y alistan fuerzas tambien
para que resulten vanos.
Verás, pues, que los rigores,
que dos veces se temieron
y que evitarse pudieron,
van á renacer mayores.
Y verás de los moriscos
en la osada resistencia,
sólo una ciega demencia,
que ensangrentará estos riscos.

FELISA. Pues tu padre es...

MARÍA. Harto lloro
la obstinacion en que vive,
y ese obsequio, que recibe
de todo este pueblo moro.

FELISA. (*Con burla.*) ¿Esperanzas no te dan
esas cosas que han contado
de Alfatin, el encantado
en las sierras de Espadán,
de quien dice el Alfaquí,
que sobre un verde corcel
el imperio de Ismael
han de restaurar aquí?

MARÍA. (*Con desprecio.*) Yo soy, Felisa, cristiana,
cristiana de corazon,
y oigo con indignacion
esa creencia musulmana.
Sólo desdichas espero
de ese ardor mal entendido,
que en nuestra gente ha encendido
tanto ambicioso embustero.
—Mas no hablemos de esto, no:
hablemos de don Fernando,
á quien estoy esperando
con el alma toda yo. (*Voces dentro.*)

UNA. ¡Detente!...

OTRA. A la ladera...

OTRA. Atajad por aquí.

D. FER. (*Dentro.*) ¡Cielos!

CORB. (*Dentro y muy léjos.*) Espera.

MARÍA. (*Sobresaltada.*) ¿Qué acento da ese monte,
que poblando de horror el horizonte,
causa en mi corazon mortal desmayo?

FELISA. (*Asombrada y mirando adentro.*)
Como encendido rayo
ó perdido cometa,
desbocado bridon que no sujeta
el freno, roto ya, veloz se mete,
con peligro espantoso del jinete
en lo más intrincado de esas breñas.

MARÍA. (*Mirando adentro.*)
Sí, ya le veo entre las altas peñas,
que exhalacion parece;
y su dorada piel, que resplandece
del sol á las vislumbres,
enciende con relámpagos las cumbres.
Dijérase que uniendo va con saltos
las bajas nubes y los montes altos.

FELISA. ¡Cuán firme el caballero
sobre la espalda va del monstruo fiero,
¡oh desdichada suerte!
despeñado á los brazos de la muerte!
(*Asustada y en ademan de huir.*)
Hácia aquí viene... Huyamos,
que á ser despojo de su furia vamos.

MARÍA. (*Horrorizada y apartando la vista.*)
¡Precipitóse!... ¡cielos!... ¿No lo viste?
¡Espectáculo triste!
tropezó con un risco,
que es ya de su sepulcro el obelisco.

FELISA. (*Mirando adentro con ansiedad.*)
Ya acuden los pastores...
Quieran del cielo airado los rigores...

MARÍA. (*Desalentada.*)
Vamos... démonos prisa;
vamos allá, Felisa... (*Titubeando.*)
Mas ¡ay!... andar no puedo...
rémora de mis plantas es el miedo.
¡Ay de mí desdichada!
(*Cae desmayada en brazos de Felisa.*)

FELISA. (*Sosteniéndola.*)
¡Cielos!... ¡cielos!... ¡María desmayada!
Ya en gualdas se han tornado
las rosas de su rostro delicado.
Y la boca entreabierta,
y los labios de hielo
parecen ¡ay! la puerta
por do quiere volar el alma al cielo.
—¡María! ¡Ay de mí triste! Ya me falta
vigor para en mis brazos sostenerla,
sobre este césped, que el abril esmalta,
miéntras busco socorro, he de ponerla.
Y corriendo á la fuente
agua traeré con que regar su frente.
(*La coloca á un lado sobre un ribazo.*)
¡Ay cielos!... ¡Hija mia!
caduco miro en su semblante el dia. (*Vase*)

Sale D. FERNANDO, *descompuesto, sin capa ni sombrero, con la ropilla abierta, llena de lodo, y con algunos piquetes en el rostro. Le rodean cuatro ó seis* PASTORES *moriscos*.

D. FER. Yo os adoro rendido,
oh Dios omnipotente y bondadoso,
que en peligro tan grave y espantoso
amparado me habeis y defendido.
Y á vos, oh buena gente,
gracias os doy postrado,
pues tan caritativa y diligente
para darme socorro habeis volado.
Retiraos: no fué nada
el golpe, la maleza enmarañada
lo quebrantó de modo,
que lo que sangre fuera, sólo es lodo.
Esa vecina fuente
me dará refrigerio competente
para el susto, en sus plácidos cristales.
Tornad á esos fragosos peñascales,
en pos del bruto alado,
que tal vez del ladrido importunado
de vuestros fieles perros,
desatado huracan, cruzó los cerros,
hundiéndose á sí mismo,
y á mí con él, en tan profundo abismo.
Si le hallais vivo, os ruego
que de mano al lugar lo lleveis luégo.
Y os conjuro busqueis á un fiel criado,
que al mirarme empeñado
en tan tremendo lance,
por socorrerme se arrojó al alcance.
Y aun le escucho perdido en esas breñas
darme de su lealtad, con llanto, señas.
(*Vanse los pastores.*)
Allí la clara fuente me convida
con su líquido hielo. (*Repara en María.*)
Mas... ¿qué es esto que miro?... ¡Santo
desmayada ó dormida (cielo!...
una mujer sobre la yerba yace:
y mi pecho al mirarla se deshace.
(*Se acerca y la reconoce.*)
¡Infelice de mí!... ¿Deliro?... ¿sueño?...
Mi dulce encanto, mi adorado dueño.
¡Oh celestial María!
¿Así te encuentra, ¡oh Dios! el ansia mia?...
¡Oh! despierta, mi bien, mi amor, despierta.
(*La mueve y examina.*)
¡Cielos!... helada... yerta.
¡Ay!... ¡para hallarla así salvé la vida!!!
Siempre una desventura
es de otra más atroz prenda segura.
¡María!... ¡mi María! ¡Oh Dios!...
(*La observa.*) Acaso
á la respiracion aun lento paso
da el labio desteñido,
y del todo el calor aun no ha perdido.
Para poderle dar presto socorro
hácia la fuente arrebatado corro.
(*Va á marchar y se detiene.*)
Mas aquí una aldeana á toda prisa
desde la fuente viene.
Y con agua vendrá, puesto que tiene
un cántaro en la mano... ¡Ay, que es Felisa!

Sale FELISA *con un cantarillo y se detiene al ver á* D. FERNANDO.

FELISA. ¿Un caballero allí?... ¿qué importa? Vuelo,
que en desmayo mortal yace en el suelo.
(*Se acerca y reconoce á D. Fernando.*)
¡Oh, señor don Fernando!
D. FER. ¡Ay, Felisa!... ¿Qué es esto?
FELISA. Desventuras, señor.
D. FER. Con agua presto
regad el rostro de azucena.
FELISA. Cuando
de breñas el confuso laberinto
cruzar vió á un despeñado, que sin duda
erais, á lo que infiero,
por amoroso instinto
os conoció tal vez, y yerta y muda
cayó cual veis.
(*Salpica con agua el rostro de María.*)
D. FER. ¡Oh celestial María!
(*Se sienta junto á ella, la incorpora sosteniéndole la cabeza.*)
FELISA. Ya torna en sí.
D. FER. Torna á lucir el dia.
¡María!
MARÍA. (*Volviendo en sí.*)
¿Dónde estoy?...
D. FER. Sobre mi pecho.
MARÍA. (*Desalentada.*)
¿Y el infelice, que pedazos hecho?...
D. FER. (*Arrojándose á sus piés.*)
A tus plantas tu vida idolatrando.
MARÍA. (*Abrazándolo trasportada de gozo.*)
¿Deliro?... ¡Oh confusion!... ¡Cielo!...
(¡Fernando!
(*Permanecen abrazados un instante, y se sientan juntos, con muestras de gran ternura y contento.*)
MARÍA. ¿Es engaño?... ¿es ilusion?
¿Estoy soñando ó despierta?...
Mi oprimido corazon
duda, y duda con razon,
sea tanta dicha cierta.
D. FER. Sí, hermosísima María,
tu tierno y rendido amante

torna amoroso y constante
á tus plantas este dia,
de un gran peligro triunfante.
Que para poder lograr
tan alta y dichosa suerte,
cual es la de merecerte,
es fuerza ántes arrostrar
los peligros de la muerte.

MARÍA. ¿Con que fuisteis vos, Fernando,
fuisteis vos, aquél que ví...?

D. FER. Divino dueño, yo fuí
el que esos cerros salvando...

MARÍA. ¡Cuán presto, ay Dios, lo temí!
¿Y no os habeis hecho nada
con un golpe tan tremendo...?
¡Ay de mí! que os estoy viendo,
y aun, indecisa y turbada,
que deliro estoy creyendo.

D. FER. De un ángel en la presencia
nunca puede ocurrir mal,
y tú el ángel celestial
fuiste, que la Providencia
me dió en el trance mortal.

MARÍA. (*Sobresaltada.*) Pero aun estais demudado;
con sangre en el rostro... sí.

D. FER. Acaso cuando caí
entre el ramaje acopado,
sin yo sentirlo, me herí.
Mas no es nada.

MARÍA. (*Afligida.*) La caida
resultas puede tener...

D. FER. (*Con gran ternura.*)
Pues ya os he llegado á ver,
segura tengo la vida,
y nada debo temer.

MARÍA. (*Se levanta inquieta y solícita, y toma el cantarillo de Felisa.*)
¡Ah! Bebed, bebed os ruego...
Que os limpie el rostro dejad.
(*Se lo limpia con el delantal.*
¡Ay!... no cesa mi ansiedad,
no puedo lograr sosiego
al veros así... Tomad.
(*Le da de beber, y en tanto continúa, dirigiéndose á Felisa.*)
Ya ves, ya ves, ama mia,
si esperaba con razon,
si mi amante corazon
con motivo desmentia
la impertinente cancion.

D. FER. (*Al acabar de beber.*)
Agua dada por tu mano,
oh María angelical,
medicina es celestial,
es bálsamo sobrehumano
capaz de hacerme inmortal.

Sale CORBACHO *muy fatigado, y trae en la mano el sombrero y la capa con cruz de Santiago, de D. Fernando.*

CORB. Pues, señor, yo lo celebro.
Cuando encontrarte creí
al pié de un áspero risco,
hecho pedazos dos mil,
tornando los arroyuelos
en espumoso carmin,
y las yerbas de esmeralda
en corales ó en rubís;
te encuentro, Dios te bendiga,
cual nunca sano y gentil,
sentado en pintadas flores,
y en brazos de un serafin.
Si de todas tus caidas
te levantas tan feliz,
vive Dios que á cada instante
á despeñarte has de ir.

D. FER. ¡Corbacho!

CORB. ¡Señora mia!...
¡Felisa!

FELISA. ¿Tú por aquí?

CORB. La soga tras el caldero,
tras de su dueño el mastin.
Pero, señor, ¿estás vivo?...
¿Estás vivo, sin mentir?
Pues segun ha sido el golpe
me asombro de verte. Y si
estás ya muerto, y tan sólo
eres ánima sutil,
me has dado el chasco más grande...

D. FER. No entiendo... ¿qué chasco?... dí.

CORB. Pues qué, ¿te parece flojo?
¿Pudiera yo discurrir
jamás, sabiendo quién eres,
y cómo vives, en fin,
que sin confesion muriendo,
te encontráras en un tris,
no digo en el purgatorio,
dueño de la gloria así?

D. FER. Y qué bien, amigo, dices,
porque mi gloria está aquí.
La presencia de María,
luz de mi estrella feliz,
me amparó con su influencia,
y me salvó de morir.

CORB. Si conforme diste en blando
sobre el mullido cojin
de lentiscos y retamas,
contra el peñasco, que allí
está á dos dedos, te dieras
el coscorron, juro á mí
que del mundo las Marías
todas, aunque sean cien mil,

ni las Blasas, ni las Petras,
ni las Victorianas, ni
las Alfonsas, te libráran
(aunque estrellas del Zenit,
y flores del Paraíso
fueran en brillo y matiz)
de ser hoy huevo estrellado
ó tortilla en perejil.
Mas ponte, señor, la capa,
ponte el sombrero, que así
pareces una figura
de un desgarrado tapiz.
(*D. Fernando se levanta y ayudado por Corbacho se pone la capa, ajusta la ropilla, se limpia el lodo y se pone el sombrero, siguiendo entre tanto el diálogo.*)
Pero esto, al cabo, ¿qué ha sido?
pues no lo sé, aunque lo ví.

D. FER. Al embestirme los perros,
que salieron del redil,
un bote dió mi caballo;
por sujetarlo rompí
el freno, y partió furioso.

CORB. ¡Endemoniado rocin!
despues de catorce leguas,
que no son grano de anís,
y de, sin descanso alguno
desde Flandes hasta aquí,
jornada tras de jornada,
y no muy cortas, venir!

D. FER. No he visto otro más ligero:
era un corzo, era un neblí.

CORB. Un desatado demonio
debieras, señor, decir.

D. FER. ¿Y lo encontraron?

CORB. Tendido
y harto mal trecho. Hácia allí
se lo llevan los pastores,
desencajado un cuadril.
Mas en Alajuár entremos,
señor, y mira por tí.
Date luégo una sangría,
pues suelen despues salir
resultas de estos porrazos.

MARÍA. (*Levantándose con viveza.*)
¡Ay mi don Fernando!... Sí;
vamos al punto á mi casa,
donde os saldrá á recibir
mi buen padre con los brazos;
dándose por muy feliz
de que á honrar vuelva su choza
caballero tan gentil.

D. FER. Vamos, pues, á donde quieras,
oh divino querubin.
Tan encantado me encuentro
en estando junto á tí,
que cualquier parte del mundo
es el cielo para mí. (*Vanse.*)

CORB. Vamos, Felisa, que el susto,
y el vocear, y el gemir,
me han abierto el apetito.

FELISA. (*Recogiendo su cantarillo y el de María.*)
Corbacho, á almorzar venid. (*Vanse.*)

ESCENA II

Sala de ayuntamiento de la villa de Alajuár, y salen MULIM-ALBENZAR, MALEC, ZEIR *y diez ó doce* MORISCOS *de distincion, vestidos todos con bragas á la morisca y borceguíes, ropilla y capa á la española, sin golilla ni gorguera, y sombreros blancos de falda, y en ellos cosidas grandes medias lunas de paño azul, que era entónces el distintivo de su raza. Todos manifiestan gran respeto á* ALBENZAR.

MULIM. Pues que don Diego Quijano
se ausentó con Pedro Rueda,
y por fortuna no queda
aquí ya ningun cristiano,
siendo los dos solamente
los que en nuestro ayuntamiento
este año tienen asiento;
vamos á lo más urgente.
Lisonjeras y propicias
de todo aqueste contorno,
para el pensado trastorno
son las últimas noticias.
Y ha nuestro Alfaquí llegado
de Valencia hace un instante,
con una nueva importante,
segun me ha participado.

MALEC. En mi casa está escondido,
aguardando la ocasion.
Y por la gran confusion
que en su semblante he advertido,
algun grave mal sospecho;
aunque no me ha dicho nada,
pues sabeis que es extremada
la reserva de su pecho.

MULIM. Que lo más seguro es,
pienso, el recibirlo aquí.

ZEIR. Venga al punto, venga, sí.

MALEC. (*Receloso.*) ¿No fuera mejor despues
verle en mi casa, no sea
que al atravesar la calle
algun cristiano lo halle?

MULIM. Nada importa que lo vea
el mismo alcalde mayor.
Pues en este ayuntamiento
el Alfaquí tiene asiento,
que es nuestro procurador.
Y siendo hoy fiesta cristiana,
los cristianos de Alajuár
reunidos han de pasar
en su iglesia la mañana.
(*A Malec.*)
Llégate al punto por él

y torna al momento.
MALEC. (*Abatido.*) Voy;
mas de temor lleno estoy.
¡Pobre pueblo de Ismael! (*Vase.*)
MULIM. Me pasma su desaliento,
cuando jamás la fortuna
presentó á la media luna
tan favorable momento.
El celo del islamismo
inflama los corazones
de nuestros claros varones,
que ansian con santo heroísmo
tantas afrentas vengar;
y en justa y reñida guerra
el dominio de esta tierra,
cual valientes, restaurar.
Alá bendice este celo
y nuestra santa intencion,
de lo cual indicios son
esos cometas del cielo,
y esas voces de metal,
que en Velilla han resonado,
y que á España toda han dado
un desaliento mortal.
Llegado es, sin duda, el dia
en que de Espadan la sierra
truene y anuncie la guerra,
cumpliendo la profecía
del glorioso desencanto
de Alfatin, que en su bridon
de esmeraldas, el pendon
alzará, del orbe espanto.
En nuestro favor hoy sopla
el viento de la fortuna,
contamos sin duda alguna
con Francia y Constantinopla.
Mi primo, que á Tremecen
rige, sus naves apresta:
la ocasion segura es esta,
¿quién podrá dudarlo, quién?
Del Alfaquí las noticias...
¿por qué malas han de ser?...
Yo espero, y lo vais á ver,
que han de sernos muy propicias.
ZEIR. Con Malec hácia aquí viene.

Sale MALEC *y* ABDALLA *alfaquí, con barba larga de anciano. Sobre el traje morisco-español traerá un albornoz blanco; mostrará el semblante grave y sombrío.*

MULIM. (*Con afecto.*)
¡Oh Abdalla!... Seas bien llegado...
TODOS. (*Rodeándole.*)
¡Oh Abdalla!...
ZEIR. ¡Cuán deseado!
MALEC. (*Aparte.*) ¡Qué aspecto tan triste tiene!
ABDAL. (*Con tono solemne.*)
Dios es grande, Dios es grande.
Y aquello que escrito está
sin falta se cumplirá.
MULIM. Cúmplase, pues, lo que él mande.
ZEIR. Abdalla, de tu expresion
y de tu rostro colijo,
y me confundo y me aflijo,
que tus nuevas malas son.
MALEC. Hablad, las nuevas decid...
ABDAL. Dios es grande. Reverente
postrarse debe el creyente...
MULIM. (*Impaciente.*) Pero, ¿qué nuevas?
ABDAL. Oid.
Noble Mulim-Albenzar,
y generosos varones,
víctimas de los pecados
de nuestros claros mayores,
pero que al profeta fieles
y á la gloria de su nombre
ansiais restaurar su imperio,
que debe regir al orbe:
sin que desaliento siembren
en vuestros pechos mis voces,
atentamente escuchadlas,
y resolved lo que importe.
Pues tal vez cuando más recia
la borrasca el aire rompe,
más cerca está la bonanza
que en bien las desdichas torne.
A veces quiere fortuna,
redoblando los rigores,
de sus predilectos hijos
el temple y constancia noble
probar, y obstáculos nuevos
á empresas altas opone
adrede, porque la gloria
de quien los vence sea doble.
Pasé á Valencia la insigne,
cual sabeis, con intenciones
de recibir las respuestas
que de la francesa corte
y de la imperial Bisancio
esperábamos. Y acordes
el rey Enrico de Francia
y el Gran Señor, sus favores,
y su poderoso auxilio
nos ofrecen.
MALEC. Pues entónces...
con un socorro tan grande...
ZEIR. ¿Qué habrá, dí, que nos asombre?
ABDAL. Ved que sólo con ofertas
ambos príncipes responden;
con ofertas de ayudarnos
cuando el triunfo nos corone.
Pero nada nos envian,

ni armas, ni naves disponen
para empezar nuestra empresa
y romper nuestras prisiones,
que es cuando necesitamos
de amigos y auxiliadores.
(*Ligera pausa en que unos muestran abatimiento y otros indignacion.*)
Esto ya me lo temia
porque conozco á los hombres,
y sé que los abatidos,
los que en duros eslabones
yacen, míseros esclavos,
para dar el primer golpe
no han de contar con más fuerzas
ni con otros valedores,
que con las que da el despecho,
que con los que el cielo pone
en idénticos apuros,
en iguales aflicciones.
Pero no penseis, amigos,
que el corazon me destroce
este primer desengaño;
ni es él, creedlo, quien pone
nuestra causa en duro aprieto,
pidiéndonos hoy á voces
ó resolucion gallarda
ó resignacion conforme.

MULIM. (*Receloso.*) Si la falta de un apoyo,
de que tú mismo dudabas,
no motiva el desaliento
que se pinta en tus palabras,
¿cuál no previsto accidente,
cuál nueva desdicha, Abdalla,
esa dura alternativa
con tal premura nos traza?
¿Desisten las poblaciones
de estas ásperas montañas
(sólo casi por moriscos
favor del cielo, habitadas)
de dar el grito de guerra
que ha de trastornar á España?
¿Por ventura esos prodigios,
que han manifestado clara
la proteccion que los cielos
dispensan á nuestra causa,
y que tú mismo, tú mismo,
tan favorables juzgabas,
se han tornado infausto agüero?
¿Qué ocurre, pues?... dilo, acaba.

ABDAL. No se ha entibiado el aliento
que da vida á estas montañas,
ni la decision valiente
que es honra de esta comarca:
decision y aliento santo
de que impacientes aguardan
su remedio los moriscos,
que pueblan la extensa España.
He recorrido afanoso
en esta rápida marcha
varios valles de estas sierras;
en todos arde la llama
del valor: y Guadalete,
Ayora, Teresa, Ubacar,
Navarrés, la Muela, Murla,
que Alajuár dé el grito aguardan;
porque en tí, Albenzar gallardo,
se cifran sus esperanzas.
Tampoco de mal agüero
pueden ser las señas varias
con que el cielo nos anima
y á los cristianos espanta.
Y la aparicion, sin duda,
de Alfatin está cercana;
pues ya de Espadan los riscos,
segun me informé, presagian
con horrendos terremotos,
y con voces subterráneas,
que un gran prodigio conmueve
sus misteriosas entrañas.

MALEC. Pues ¿por qué, dime, te turbas?...

ZEIR. ¿Por qué, amigo, te acobardas?

ABDAL. Al que tiene interés grande
en una empresa muy ardua,
para los inconvenientes
huye de encontrar palabras,
y esto, amigos, me sucede.

MALEC. Fuerza es que expliques...

MULIM. (*Impaciente.*) Acaba.

ABDAL. Al punto que entré en Valencia
supe... ¡ay de mí!... que llegaban
á todas estas marinas,
cubriendo todas las playas
de Cartagena á Tortosa,
cuantas galeras España
allá en Génova tenia,
y en las costas africanas,
y en Nápoles, y en Palermo,
y en Puerto-Mahon, y en Palma.
Y que numerosos tercios
de Cataluña bajaban
al Maestrazgo; que otros vienen
de Portugal, y que en armas
están cuantas tropas sirven
al católico monarca.
Y ví llegar de la corte,
con despachos y con cartas
de gran reserva, correos,
que se esparcian en varias
direcciones, derramando
ciego terror, muda alarma,
sin que el fin se trasluciese
de prevenciones tan cautas.

Y de Salazar el conde,
varon de régia prosapia,
de carácter inflexible,
cuyo valor y arrogancia
son patentes, como el odio
que profesa á nuestra raza,
llegó á Valencia há dos dias,
con la investidura sacra
de supremo comisario
del rey. Y al punto en su alcázar
reunió el cabildo, el acuerdo,
el tribunal de la infausta
inquisicion, los maestres
de los tercios, y otras varias
personas de gran valía,
de nobleza y de importancia.
Y allí se instaló un consejo,
que empezó á obrar sin tardanza,
reasumiendo autoridades
y facultad soberana,
compuesto del mismo Conde,
que lo preside y lo manda,
del marqués de Caracena
Visorey, del Patriarca,
del Comendador mayor
de Castilla en Calatrava,
y del valiente Mexía,
general de ilustre fama.
Y al publicarse estos nombres
y el gran poder que formaban,
las tropas aparecieron
con pendones y con armas,
con mechas la artillería,
y se alzó la horca en la plaza.
El pueblo quedó confuso,
la ciudad toda aterrada,
los ánimos abatidos,
sin que nadie penetrara
de tal trastorno el objeto,
de tanto apresto la causa.
Cuando al sonar mediodía,
aquí el aliento me falta,
desprendióse el rayo ardiente
de la nube encapotada;
vomitó el volcan oculto
sus asoladoras llamas;
lanzó aquel mar borrascoso
el monstruo de sus entrañas,
contra cuantos descendemos
de la estirpe musulmana.

MALEC. ¡Cielos!... Mas, ¿cómo?...

ZEIR. ¿Qué dices?

MULIM. Dejémosle hablar. Acaba.

ABDAL. Publicóse por Valencia,
con repique de campanas,
con gran clamor de clarines,
con ronco estruendo de cajas,
con nunca visto aparato,
con solemnidad extraña,
bando de exterminio y muerte
contra la morisca raza.
(*Profunda sensacion en todos los moriscos.*)

MALEC. ¡Qué horror!

ZEIR. ¡Qué crueldad!... ¡Oh cielos!

MALEC. De nuestros planes la trama
se ha descubierto, no hay duda.
¿Cómo el secreto?...

MULIM. (*Suspenso.*) No faltan
nunca traidores, y alguno
vendió su fe.—Pero Abdalla,
ese bando que escuchaste,
esa tremenda ordenanza,
¿no será un amago sólo,
una impotente amenaza?
¿No será trueno sin rayo,
cual lo ha sido veces tantas?

ABDAL. Ahora juzgo que no hay medio
de conjurar la desgracia.
En término de dos meses
no ha de quedar en España
ni un morisco. El duro bando
salir al punto nos manda
de esta deliciosa tierra,
que al cabo llamamos patria,
nuestras haciendas vendiendo
y dejando nuestras casas.
Y que seamos conducidos,
¡fiero rigor! entre armas,
cual míseros delincuentes
y sin que excepciones haya,
á los más cercanos puertos,
en donde están preparadas
naves, en que, almacenados,
nos conduzcan sin tardanza,
ni más amparo que el cielo,
á las berberiscas playas.
Y pena de muerte impone
la tiránica ordenanza
al que se esconda, ó excuse
un punto cumplimentarla.
Y tambien pena de muerte
al cristiano, que intentara
darnos amistoso auxilio,
ó el amparo de su casa.

MALEC. ¡Oh desdicha!... ¡Oh suerte horrenda!

ZEIR. ¡Oh furor!

MULIM. Me ahoga la rabia.
Mas, ¿tendrá efecto tal órden?
dí; ¿podrá tenerlo, Abdalla?...

ABDAL. El aparato solemne
con que ha sido decretada,
esos tercios, esas naves,

y el ser quien de ella se encarga
el conde de Salazar,
cuyo teson y arrogancia
son proverbiales, afirman
que es cierta nuestra desgracia.
Cuando salí de Valencia,
abatida y aterrada,
ya diversos comisarios
con tropas, se preparaban
á esparcirse en el momento
por todas estas comarcas,
á dar cumplimiento al bando
con celeridad extraña.
Ved ¡ay! cuántas vejaciones
á un tiempo nos amenazan!
La menor es el destierro.
Más duras y más amargas
hemos de apurar... ¡Ay, tristes!
Amigos, consideradlas.
(*Muestran todos gran abatimiento.*)
Ya tal vez por el camino
viene, y llegará mañana
en medio del aparato
de arcabuces y de lanzas,
el que robe nuestros bienes,
el que manche nuestras famas
y nuestra honra, en las personas
de hijas, esposas y hermanas;
el que nuestros tiernos hijos
nos arranque con las almas;
el que en fin, harto de horrores,
nos saque de nuestras casas,
abrumados de cadenas,
ludibrio de infiel canalla,
y nos conduzca á esas naves
para alejarnos de España.
Ved si con razon me aflijo,
ved, pues, si queda esperanza.

MULIM. (*Con desesperada resolucion, quitándose el sombrero.*)
Sí queda, ¡voto á Alá! Queda la muerte,
que es preferible á tanta desventura;
y arrostrar con valor el trance fuerte,
alarde haciendo de marcial bravura.
Triunfar acaso logran de la suerte
más lamentable, embravecida y dura,
un noble arrojo, un generoso pecho,
y aquel santo furor que da el despecho.
No presenteis cobardes la garganta
al cuchillo, cual tímidos corderos.
En tanto apuro, en desventura tanta,
vuestro antiguo valor cobre sus fueros;
y si el cristiano la soberbia planta
en la noble cerviz ha de poneros,
ántes se anegue en un sangriento lago,
y el triunfo compre con su propio estrago.
Resuene en Alajuár el santo grito,
y ecos encontrará por toda España.
De los nuestros el número infinito
arde hace tiempo en vengativa saña.
Este horrendo rigor tan inaudito,
esta persecucion nueva y extraña,
apresure el trazado movimiento;
sea señal del súbito alzamiento.
Sí, nobles y oprimidos musulmanes,
que de España os llamasteis los señores:
tengan honroso fin nuestros afanes,
digno de nuestros ínclitos mayores.
Tremolada en guerreros tafetanes
torne á esparcir gloriosos resplandores
(*Agita el sombrero y les señala en él la media luna de paño azul.*)
esta luna sin luz, marca hoy de afrenta,
que esclavitud y oprobio representa.
(*Agitacion general.*)
Tal vez, y con razon, el cielo airado
de ver que nuestra empresa se retarda,
excitar de este modo ha decretado
nuestra resolucion firme y gallarda.
Al fuego del valor desesperado
la España toda se confunda y arda.
O el dominio, ó la muerte en esta tierra.

TODOS. (*Con gran entusiasmo.*)
Viva, viva Albenzar. Venganza y guerra!

MULIM. (*Con dignidad y entereza.*)
Basta. Ese grito, heróicos descendientes
de abuelos tan preclaros os pregona.
Que otra vez el valor de los creyentes
desde Cádiz se extienda á Barcelona;
ó en la honrosa demanda, cual valientes
pereciendo, logremos la corona
con que nombre inmortal sólo se alcanza.

TODOS. Viva, viva Albenzar. Guerra y venganza!

ABDAL. (*Con fervor.*) Bendito por siempre Alá,
y el Profeta sea bendito,
que os inspiran ese grito,
que de victoria será.
Cesó ya mi abatimiento,
pues nacia de temer
que iban mis nuevas á ser
para vos de desaliento.
Mas si produjeron ya
tan noble resolucion,
dichosa fué mi mision.

TODOS. Bendito por siempre Alá.

MULIM. (*Calándose el sombrero, y con tono de autoridad y de mando.*)
Pues, amigos, no perdamos
en accion tan importante
tiempo alguno, y al instante
á ponerla en obra vamos.
El castillo que campea

en ese cerro plantado,
aunque está desmantelado,
nuestro firme apoyo sea.
Malec, sin perder momentos,
ocúpalo con tu gente,
y apresta lo conveniente
de armas y de bastimentos.
Yo tengo oculto un cañon,
que á sus muros subirá,
y en ellos tremolará,
nuestro lunado pendon.
A su abrigo conduzcamos
viejos, niños y mujeres,
nuestros tesoros y haberes,
que así más sueltos quedamos.
Con seis jinetes, Zeir,
de Valencia has de guardar
el camino, sin dejar
á nadie, á nadie venir.
Como no sean moriscos,
que á su santo rito fieles,
vengan á coger laureles
en estos pelados riscos.
En Alajuár sin recato
la alarma se esparza luégo,
truene el escondido fuego,
y que se toque á rebato.
Armas tenemos sobradas
y municiones tambien;
en un oculto almacen
tengo cien picas guardadas,
arcabuces y ballestas,
adargas y coseletes,
dos montados falconetes,
pólvora y balas dispuestas.
Tú, Abdalla, al punto has de ir
á dar de la guerra el grito
por los pueblos del distrito,
y su aliento á dirigir.
Las vecinas poblaciones
su juventud sin tardar
nos envien, á engrosar
nuestras filas y escuadrones.
En Ayora y Navarrés
los castillos se provean,
y bien guarnecidos sean,
que importante cosa es.

MALEC. ¿No fuera bueno empezar
dando fin de los cristianos,
que aunque pocos, tan ufanos
se ostentan en Alajuár?

MULIM. (*Con autoridad.*)
No, Malec.—Tú mismo dices
que son pocos, y temor
no dan á nuestro valor.
¿Qué pueden los infelices?
Huirán al punto de aquí,
y marchar los dejaremos.
Con noble gloria empecemos
nuestra santa empresa, sí.

ZEIR. Pero al alcalde mayor
es necesario prender.

MULIM. ¿Qué puede un anciano hacer?
Lanzarle será mejor.

ABDAL. Mas es forzoso, Albenzar,
que forastero cualquiera
que hoy llegue á la villa, muera,
para el golpe asegurar.
Cual dije, á dar cumplimiento
al bando terrible, varios
alcaldes y comisarios
de Valencia en el momento
iban, no hay duda, á salir.
Y el que á nuestra villa venga,
fuerza es que la muerte tenga,
si es que hemos de resistir.

MULIM. Eso es justo. El forastero
que ose venir á Alajuár,
si es cristiano, ha de encontrar
la muerte en mi propio acero.
Vamos, pues.

TODOS. ¡Venganza ó muerte!

MALEC. Vamos, pues.

TODOS. ¡Guerra y venganza!

MULIM. Probemos á donde alcanza
nuestra venturosa suerte.

ESCENA III

Sala baja de la casa de MULIM-ALBENZAR, *y salen* FELISA, MARÍA *y* CORBACHO.

FELISA. Dejémosle reposar,
pues que se durmió tranquilo.

MARÍA. Tengo ¡ay! el alma en un hilo,
temiéndome algun pesar.
De tal susto y de caida
tan espantosa y terrible,
parece cosa imposible
haber salido con vida,
y malas resultas temo,
aunque esté tan sosegado.

FELISA. Debiera haberse sangrado.

MARÍA. Lo resiste con extremo.
Ya ves que ni aun ha querido
almorzar.

FELISA. Mas se durmió.

CORB. Pues almorzar quiero yo,
que á Dios gracias no he caido.

MARIA. ¿Conoces ahora, ama mia,
si es leal mi corazon,
y si dije con razon
que don Fernando vendria?
¿Conoces ya cuán cabal

es mi amante?... Loca estoy,
mas esta dicha de hoy,
debiendo ser sin igual,
me la tiene acibarada
de su salud el cuidado,
y el modo tan desastrado
con que ha sido su llegada.
Que es mal agüero en verdad.

FELISA. Yo tal agüero no hallo.
Que se desboque un caballo
es una casualidad.

MARÍA. Y dime, Corbacho amigo,
¿se ha acordado tu señor
mucho, en Flandes, de mi amor?

CORB. Como constante testigo
de cuanto hace, dice y piensa,
puede mi fe asegurarte
que vive para adorarte
y que jamás te hizo ofensa.
Eres tú su único afan
y su solo pensamiento.
Por tí anda papando viento,
hecho un pelele, un bausán.
En el campo, en el cuartel,
en la villa, en el camino,
siempre el mismo desatino
por tí he descubierto en él.
Y dormido te nombraba,
y parece que no habia
más nombre que el de María,
pues á todo lo encajaba.
¿Y al venir? ¡Oh santo cielo!
¡Qué jornadas!... ¡Qué impaciencia!
¡Qué madrugar!... ¡Qué demencia!
En fin, á tí misma apelo,
porque más precipitado,
ni por desdicha más listo,
estoy cierto, que no has visto
llegar á otro enamorado.

MARÍA. Felisa, soy venturosa.

FELISA. (*Melancólica expresion.*)
Quiéralo el cielo, María.

MARÍA. ¿Y lo dudas?...

FELISA. ¡Hija mia!

MARÍA. ¿Qué te tiene recelosa?...

FELISA. Nada. Sabes el desvelo
con que amante te crié,
y que siempre pediré
que te haga dichosa el cielo.

MARÍA. (*Abrazándola con ternura.*)
Lo sé, y que cuando perdí
mi buena madre, al nacer,
Dios me concedió el tener
otra tierna madre en tí.

FELISA. (*Profundamente conmovida.*)
Mil veces te he repetido
que tu orígen...

MARÍA. (*Interrumpiéndola con viveza.*)
¡Basta, no!

CORB. Almorzar quisiera yo,
que á Dios gracias no he caido.

MARÍA. Dice bien. Anda, Felisa,
y dejemos á la suerte...

FELISA. Hija, voy á obedecerte.
Tu padre viene y de prisa.
(*Vase con Corbacho.*)

MARÍA. Como con tanta amistad
y cariño á don Fernando
trató mi buen padre, cuando
pasó aquí la enfermedad;
y aquel favor le debimos
con el duque de Gandía,
cuando por la gran sequía
tanto ganado perdimos;
con gran gusto va á saber
que á vernos ha regresado.
Mas, ¡cielos! ¡Qué demudado
llega!... ¿qué podrá tener?...
(*Mirando á la puerta.*)
Con ese infame Alfaquí
se ha parado en el porton.
¡Qué aspecto! ¡oh Dios! ¡qué expresion!...
Me causa espanto... ¡Ay de mí!
Mas ya viene.

Sale MULIM-ALBENZAR, *receloso, pensativo y agitado, y como hablando consigo mismo.* MARÍA *le sale al encuentro con inocente alegría.*

MARÍA. ¡Padre mio!

MULIM. Fátima...

MARÍA. (*Con viveza.*) ¡Padre!... María...

MULIM. (*Indeciso.*) No... que ya ha llegado el dia...

MARÍA. (*Apresurada.*) Dejad ese desvarío.
Sabed...

MULIM. (*Con sobresalto.*) ¿Qué?... dí...

MARÍA. Que ha llegado...

MULIM. ¿Quién... quién? dime...

MARÍA. El caballero
que hace un año, un mes entero
tuvimos aquí alojado.
El que nos recomendó
al Duque, con celo tal,
que todo nuestro caudal
por su influjo se salvó.

MULIM. (*Con muestras de sorpresa y de confusion.*)
¿Quién?... ¿El señor don Fernando?

MARÍA. El mismo.

MULIM. (*Agitadísimo.*) ¿Ha llegado hoy?...

MARÍA. Una hora habrá.

MULIM. ¡Muerto estoy!
¡Oh cielos!... y... dime... ¿cuándo?

MARÍA. (*Turbada.*) Despues de la primer misa
fuíme á la cercana fuente,
cual tu amor me lo consiente,
con mi buen ama Felisa.
Y un caballo y caballero
despeñados ví cruzar
el monte, viniendo á dar
cerca en un despeñadero.
De susto me desmayé,
y cuando á alentar volví,
sin lesion cerca de mí
á don Fernando encontré.
Era el que se habia caido,
y por milagro patente
de riesgo tan inminente
sano y salvo habia salido.
Pero con el golpe y susto
estaba tal, que creí
que al punto traerlo aquí
fuera, señor, darte gusto.
(*Con timidez.*) Perdóname si hice mal.
Como tan alto favor
le debemos...
MULIM. (*Aparte.*) ¡Oh rigor!...
¡Oh compromiso infernal!
(*Alto, con firmeza.*)
¿Está en casa?...
MARÍA. Sí... durmiendo.
MULIM. (*Fuera de sí.*) ¡Infeliz!... ¡Terrible suerte!
Ha venido á hallar la muerte.
Y yo... ¡destino tremendo!!!
MARÍA. (*Asustada.*) ¡Padre mio!... ¡Oh confusion!
MULIM. (*Precipitado.*) Dime, ¿le ha visto lle- (gar?...
MARÍA. Todo el pueblo de Alajuár.
MULIM. ¡Oh desdicha!... ¡oh perdicion!
Riesgo corre su persona
si sospechan... Yo el primero
ofrecí que con mi acero...
¿Y perderé una corona?...
(*Resuelto.*) No, es cristiano, es enemigo...
(*Saca un puñal.*)
MARÍA. (*Consternada y deteniéndolo.*)
¡Padre!... esa furia templad.
¿La santa hospitalidad
á un protector, á un amigo
dada, violareis?
MULIM. ¡Ay Dios!
MARÍA. ¿Un Albenzar eso piensa?
¿Y por qué?... ¿Cuál es la ofensa?
Volved por vos mismo en vos.
MULIM. (*Confundido.*) Hija mia... se aventura...
MARÍA. (*Con vehemencia.*) Y qué ¿vos, señor, sereis
asesino, y manchareis
vuestra sangre?
MULIM. (*Resuelto, y como volviendo en sí de un delirio.*) ¡Quede pura!
(*Guarda el puñal.*)
Don Fernando viva, sí.
Sin un instante perder
huya. Ni yo he de saber
que un momento ha estado aquí.
MARÍA. Mas ¿por qué?... ¡Padre!... ¡Señor!
MULIM. (*Con viveza.*) El pueblo airado á matarle
vendrá muy pronto, y salvarle
no podré de su furor.
MARÍA. ¿Por qué? (*Suenan dos tiros.*)
MULIM. (*Sobresaltado.*) ¿No escuchas?
MARÍA. (*Asustada.*) ¿Qué es esto?
MULIM. (*Precipitado.*) Que hoy la morisca nacion
va á vengar tanta opresion,
en que el cristiano la ha puesto.
Que hoy va á decidir la suerte
de nuestra varia fortuna,
y á alzarse la media luna
por lograr...
VOCES. (*A lo léjos.*) ¡Venganza ó muerte!
MULIM. (*Agitado.*) Corre... Mancharme no quiero
la hospitalidad hollando.
Sálvese... Huya don Fernando.
Líbrame de un crímen fiero.
MARÍA. (*Afligida.*) Su caballo está rendido.
MULIM. (*Apresurado.*) Que tome mi yegua pía,
que á los vientos desafía,
y por el cercano egido
vuele y salga de esta sierra
sin acercarse á poblado;
pues en toda ella está alzado
pendon de...
VOCES. (*Cerca.*) ¡Venganza y guerra!
(*Suena redoble de tambores.*)

Salen muy asustados CORBACHO *y* FELISA

FELISA. ¡Hija del alma!... ¡Qué miedo!
El pueblo todo... ¡ay, señor!...
al viejo alcalde mayor...
¡Ay Jesus!... hablar no puedo.
MULIM. ¿Qué dices?
FELISA. Yo no lo sé.
CORB. Un infierno es el lugar.
Me quedé sin almorzar.
FELISA. Las vecinas dicen que...
(*Suenan voces, tambores y trompetas.*)
MULIM. (*Con gran inquietud.*)
¡Hija mia!... corre, vuela.
Sálvese ese caballero...
Mis caballos, mi dinero.
Pronto, y con grande cautela...
(*Vase María.*)
CORB. Serio este negocio va. (*Vase.*)
FELISA. El perro del Alfaquí
corre pálido hácia aquí. (*Vase.*)
MULIM. ¡Cielos!... ¿si se salvará?

Sale ABDALLA *precipitado.*

ABDAL. ¡Ay! todo está perdido,
si no calmas al pueblo enfurecido
que en aqueste momento despedaza
al alcalde mayor, en esa plaza,
donde la airada muchedumbre crece,
y brama, y armas busca, y se enfurece,
pidiendo en alto grito por venganza
de los cristianos todos la matanza.
Y un rumor ha corrido
de que en tu casa tienes escondido...

MULIM. (*Interrumpiéndole con viveza y enojo.*)
Que haya concierto y órden interesa,
si se ha de conseguir tan alta empresa.
Vamos, amigo, vamos,
y ese ardor y ese aliento dirijamos.
(*Vase.*)

(*Suena ruido de voces, de tambores, trompetas, tiros y campanas.*)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una habitacion interior del antiguo castillo de Alajuár: tendrá una ventana practicable que da al monte. A un lado se verán armas y municiones, al otro un lecho de damasco, varios sillones antiguos y un bufete.—Aparece MARÍA, *sentada y pensativa.*

MARÍA. ¡Cielos!... Felisa no viene,
y al verme en esta mansion
tan sola, mi corazon
un monte sobre sí tiene.
(*Se levanta y se asoma á la ventana y dice desde ella.*)
Nada veo, no oigo nada.
Nadie descubro en la sierra.
Sin duda alguna la guerra,
¡plegue á Dios! está acabada.
(*Se retira de la ventana, vuelve al medio de la escena y se pasea inquieta.*)
En tan ciego desconcierto,
en tan borrascoso mar,
¿dónde puedo luz hallar?
¿dónde se me ofrece un puerto?
Sólo desastres advierto,
hallo sólo confusion
cuando quiere mi razon
anhelosa descubrir
el probable porvenir
de tan dura situacion.
¿Si han los moriscos triunfado
en su intento criminal,
yo cristiana, yo leal,
puedo quedar á su lado?
¿A mi padre coronado
veré, y ser restaurador
de la impiedad, del error,
siendo fiel, siendo cristiana?...
Dadme, ¡oh Vírgen soberana!
en tal conflicto, favor.
¿Y si la justicia santa
de Dios prepara el castigo
á este bando, que enemigo
contra su ley se levanta;
si confunde audacia tanta,
y en cadalso inicuo y vil
paga la raza gentil
el crímen de rebelion,
yo... á mi padre?... El corazon
se me hace pedazos mil. (*Pausa.*)
Aunque morisca, abrigando
tan noble sangre, podia
esperar ser algun dia
la esposa de don Fernando.
Mas ya... ¡infeliz!... ¿Cómo ó cuándo
de un musulman, de un traidor,
ó vencido ó vencedor,
pudiera esperar la hija
que para esposa la elija
un castellano señor?
¡Ay!... Al conseguir mi anhelo,
en el venturoso instante
en que tornaba mi amante
á coronar mi desvelo;
la hermosa luz de aquel cielo
negra nube me robó,
y esta borrasca tronó,
que de el solio del sol mismo
en tan espantoso abismo
mis dichas precipitó.
¡Mísera!... ¡Desventurada!
¡Con qué instinto tan certero
tuve por de infausto agüero
de mi amante la llegada!
Ya seré de él detestada.
Sí: su conciencia, su honor
le harán mirar con horror
mi raza; y ha de anhelar,
combatiéndola, espiar
haberme tenido amor.
Solo un camino me queda
en tan angustioso apuro,
y lo seguiré, lo juro,
en cuanto seguirlo pueda.
Dios piadoso me conceda
su favor, y buscaré
un claustro donde hundiré
esta vida sin ventura,
y en donde conserve pura
mi lealtad, mi honra y mi fe.
(*Queda en profundo abatimiento, del que la saca repentino y lejano rumor de tiros y de cajas.*)

¿Qué escucho?... ¿Nuevo rumor?...
Todo estaba hace un momento
tranquilo.
(*Corre á la ventana y continúa desde ella mirando á una parte y otra.*)
Gran movimiento
observo ya en derredor.
Crece el estruendo á lo léjos,
y de armados escuadrones
los yelmos y los pendones
deslumbran con sus reflejos.
Van por aquella ladera
tropas... ¡de mi padre son!
¡Cielos!... Nueva confusion
de mi pecho se apodera.
Mas, ¿qué miro?... De la villa
nubes espesas de humo
se levantan á lo sumo:
espantoso incendio brilla.
A este castillo azoradas
las mujeres, que han bajado
al lugar abandonado,
regresan precipitadas.
Y mi buen ama Felisa...
¡allí viene, sí, ella es!
(*Agitando un pañuelo y en alta voz.*)
Ama mia, corre pues.
Yo te aguardo... date prisa.
(*Se retira de la ventana.*)

Sale FELISA *muy fatigada y despavorida, con una gran cesta llena de ropa, y la pone sobre el bufete.*

MARÍA. (*Abrazándola.*)
¡Ama mia!
FELISA. ¡Hija del alma!
hija mia, vengo muerta.
El retirarse las tropas
fué sin duda estratagema,
para coger, en celada,
á los moriscos, dispuesta.
Y Dios sabe los peligros,
los afanes y las penas
que á nosotras infelices
su cólera nos reserva,
por mantenernos con ellos
en tan inicua revuelta.
MARÍA. Pero, ¿qué es esto?
FELISA. María,
mis labios á hablar no aciertan,
que de terror y cansancio
vengo que respiro apénas.
Despues de tan largos dias
de afanes y de miserias,
de zozobras y de angustias,
al ver hoy á la primera
luz que las cristianas tropas
se retiraban con priesa,
abandonando la villa,
fuí, cual viste, con diversas
personas á ver si acaso
de nuestras casas desiertas
algo aun salvarse podia,
trayendo á esta fortaleza
los víveres necesarios,
y que ya tanto escasean.
Llegar logré á nuestra casa,
desmantelada y abierta,
donde sólo hallé destrozos
propios de tan cruda guerra.
Bajé, sin embargo, sola
con una luz á la cueva,
y el depósito hallé intacto
de ropas y de preseas,
que al abandonar la villa
escondimos en la tierra;
y de él traigo cuanto pude
recoger en esa cesta.
Entré á ver si algo quedaba
en la robada despensa,
cuando estruendo repentino
de cajas y de trompetas
me asaltó. Salgo á la calle
y cruzar miro por ella
á todas cuantas mujeres,
como yo, á dar una vuelta
á sus casas habian ido,
gritando: *¡Traicion! ¡sorpresa!*
Y todas, como rebaño
que huye de voraces fieras,
corrimos á refugiarnos
á estas murallas, y apénas
tuvimos tiempo. Las tropas
del rey en la villa entran
de nuevo, y segun he visto
desde esas cercanas cuestas,
dando á su justa venganza
atroz principio, la incendian.
MARÍA. ¿Y dónde mi padre?...
FELISA. Estaba
con los suyos allí cerca,
y voló como valiente...
(*Rumor lejano de cajas y de tiros.*)
Y empeñada la pelea...
sin duda... ¿No escuchas?...
MARÍA. (*Asustada.*) ¡Ama!
FELISA. ¡Hija del alma! Si hubieras,
cual te aconsejé, dejado
á esta canalla perversa,
y fugádote á un convento,
donde conmigo...
MARÍA. (*Afligida.*) Ama, cesa;

no me destroces el alma.
¿En desgracia tan horrenda
abandonar yo á mi padre?...

FELISA. (*Desconcertada.*)
¿A tu padre?... Me atraviesas
el corazon... ¡desdichada!
¡Tu padre!...

(*Un cañonazo á lo léjos.*)

MARÍA. (*Aterrada.*) ¿Oyes?...

FELISA. Sí.

MARÍA. Se acerca
el estruendo de las armas.

(*Corre á la ventana.*)

¡Ay Dios!... Ya vuela en pavesas
la villa toda... A esta parte
es la espantosa pelea...
mas sus horrores me ocultan
esas elevadas peñas.

FELISA. ¡Ay!... retírate, María,
por la ventana pudiera
alguna perdida bala,
alguna veloz saeta...

MARÍA. ¡Ojalá!... ¡Dios mio!

FELISA. (*Retirándola de la ventana.*) Vente.

MARÍA. (*Llorando.*) ¿Y mi padre?...

FELISA. (*Muy agitada.*) Calla, cesa;
yo de todas tus desgracias
soy la sola causa, y sea
la sola en quien el castigo
caiga de Dios.

MARÍA. (*Consternada.*) ¡Ama!

FELISA. (*Abrazándola.*) ¡Oh prenda
de desventura!... ¡hija mia!
Correr hoy tu suerte adversa
es mi obligacion. Cristiana
y española, no debiera
encontrarme en esta causa
de los moriscos envuelta.
Mas si tú lo estás, María,
que yo lo esté el cielo ordena;
porque con el cielo tengo
por tí una terrible deuda,
y que abrazada contigo
la pague yo... ¡ay triste!... es fuerza.

MARÍA. (*Confusa.*) No te entiendo.

FELISA. Ni es posible
el que tú entenderme puedas.

(*Queriendo cambiar enteramente de conversacion, y mudando de tono.*)

Lo mejor se me olvidaba
con tantos sustos y penas;
cuando bajaba á la villa,
al llegar sola á las huertas,
escuché que me nombraron,
y de terror quedé yerta.
Paréme, y en el momento
delante se me presenta,
saliendo de los vallados
que allí el callejon estrechan,
un soldado. Y al instante
reconocí con sorpresa
que era Corbacho.

MARÍA. (*Sobresaltada.*) ¿Quién dices?
¿Quién dices, Felisa, que era?

FELISA. Corbacho, que al saludarme,
oyendo otras voces cerca,
tiró á mis piés esta carta,

(*Saca una carta del pecho.*)

huyó á esconderse á gran priesa,
y salvando los tapiales
desapareció.

MARÍA. (*Tomando la carta.*) ¿Ni siquiera
le preguntaste?...

FELISA. Hija mia,
no acerté á mover la lengua,
ni tuve tiempo: llegaba
gente por la misma senda,
y hallarme con él hablando
causara grandes sospechas.
Un relámpago fué todo,
la aparicion y la ausencia.
Mas la carta...

MARÍA. (*Turbada.*) ¡Ay, ama mia!
mi mano al abrirla tiembla.
Toda está escrita con lápiz,
y dice de esta manera:
(*Lee.*) «Si eres cristiana, María,
y si me tienes amor,
huye al punto con valor,
ven á ser la esposa mia.
Estoy de tí muy cercano,
en esta sierra encubierto,
donde no me ha descubierto
ni morisco ni cristiano.
Y con impaciencia espero
el que vengas, amor mio,
y porque verte confio
de pena aquí no me muero.
De esta carta el portador
á traerte salva se obliga.
Haz sin susto lo que él diga,
vente á coronar mi amor.»

(*Representa.*)

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Don Fernando
de este castillo tan cerca?
¿Y esperándome?...

FELISA. (*Enajenada.*) María,
ni un solo instante se pierda...
Ahora mismo... El cielo santo
piadoso al fin nos presenta
el remedio.

MARÍA. (*Dudosa.*) ¿Pero dónde,

dónde está Corbacho?... Venga.
Sin él no es posible, amiga...
Tal vez aun allí te espera,
y acaso...

FELISA. (*Resuelta.*) Tornaré al punto...
(*Va á marchar, y se detiene sorprendida por el ruido de un cañonazo y rumor de armas.*)

MARÍA. ¡Imposible!

FELISA. En cuanto venga
la noche... Si don Fernando
está cual dice tan cerca,
si Corbacho entre las tropas
vigilante anda y alerta,
no nos faltará un momento...

MARÍA. (*Abatida.*) Dios sabe... Esa lid horrenda
que está empeñada... ¡ay, Felisa!
deshará tal vez... Me inquieta
nuevo terror... Si mi padre
herido á mis brazos llega,
¿cómo podré?...

FELISA. (*Interrumpiéndola con vehemencia.*)
De Dios hija
eres primero, y si alientas
su fe santa, que te salves
donde su culto mantengas,
y que huyas de este recinto,
do su nombre se blasfema,
donde su ley se escarnece,
con voz de padre te ordena.

MARÍA. (*Con resolucion precipitada.*)
Pues ahora mismo, ama mia,
vamos, y en sus manos puestas...

FELISA. ¡Si salir fuese posible,
y en lo áspero de estas sierras
escondernos!...

MARÍA. ¿Y Corbacho?

FELISA. Yo esta noche...
(*Voces y rumor cercano de armas.*)

MARÍA. (*Mirando adentro.*) Escucha... espera.
¿Qué es lo que veo?... ¡Mi padre
¡Vírgen santa!... ¡oh Dios, cual llega!
cadáver... ¡ay yo infelice!
que sus amigos rodean.

Sale MULIM-ALBENZAR, *herido y ensangrentado, en brazos de moriscos que le colocan en el lecho.*

MARÍA. (*Arrojándose á su padre en el mayor desconsuelo.*)
¡Padre!... ¡Padre!

MULIM. Moriscos,
nada importa mi muerte.
Vuestro valor coronará la suerte
si defendeis constantes estos riscos,
cual fieles mahometanos.
Ved cómo los cristianos
necesitan de engaños alevosos,
para verse un instante victoriosos.
De este castillo en el sagrado muro,
firme cimiento de un poder futuro,
se estrelle en este dia
su impotente furor y alevosía.
Acatad la bandera
de Fátima, de mi hija y heredera,
que yo dichoso muero,
cual noble caballero,
por mi fe y mi nacion.

MARÍA. (*Ahogada de dolor.*) ¡Padre!

MULIM. (*Echándole los brazos al cuello*) ¡Hija mia!
No lamentes, mi bien, la suerte mia
si es morir en tus brazos.

MARÍA. (*Cayendo de rodillas junto al lecho.*)
¡Ay!... tengo el corazon hecho pedazos.

MULIM. (*En tono solemne, incorporándose.*)
En tí mi sangre arda.
Este castillo valerosa guarda,
mira que es de tu trono el fundamento,
trono que tú has de alzar con noble aliento.

MARÍA. ¡Padre!... fuiste cristiano...
tiempo es que como tal...

MULIM. (*Esforzándose.*) ¡Nunca! Testigo
de que siempre he vivido mahometano
el gran Profeta sea,
y hoy á su lado en el Edén me vea.

MARÍA. (*Consternada.*)
¡Padre!... ¡Padre!... El castigo
teme de Dios.

MULIM. (*Encolerizado.*) ¿Y me hablas cual cristiana?

MARÍA. Lo soy de corazon.

MULIM. (*Furioso.*) ¡Yo te maldigo!
Ser mi sangre no puede quien tal dice.
(*Cae desmayado.*)

FELISA. (*Retirándose horrorizada.*)
La hora es de la verdad.

MARÍA. ¡Ay yo infelice!

Suena un cañonazo cerca, tambores y ruido de armas, y sale ABDALLA *apresurado.*

ABDAL. Malec nos ha vendido.
¡Oh vil traicion! ¡Oh infame alevosía!
Un escuadron cristiano, que escondido
quedó en la selva umbría,
en tanto que fingiendo
el grueso de las tropas que iba huyendo,
nuestra atencion llamando
hácia la villa, fuése apoderando,
de acuerdo con Malec, ¡traicion villana!
del foso y barbacana.
Y entrando sin rumor por un portillo,
siembra terror y muerte en el castillo.
Todo es sangre y estrago.

VOCES. ¡Santiago!... ¡Santiago!
OTRAS. ¡Viva la fe y el rey Felipe viva!!!
MULIM. (*Arrojándose del lecho y reuniendo sus últimos esfuerzos.*)
¡No, que aun aliento yo! ¡Fieles, arriba!
(*Le rodean y sostienen todos.*)
ABDAL. ¿Dónde vas, infeliz?...
MULIM. (*Desmayado.*) A que la muerte,
con la espada en la mano,
cual rey... cual mahometano...
(*Cae al suelo.*)
VOCES. ¡Viva la fe! ¡Victoria por España!
ABDAL. (*Aterrorizado.*) Huyamos ¡ay! la saña
del fiero vencedor.
MULIM. (*Ahogado.*) ¡Oh rabia!... Muero
como fiel musulman. (*Muere.*)
MARÍA. (*Abrazando el cadáver.*)
¡Qué horror!...
ABDAL. Huyamos
¡tremendo dia! del cristiano acero,
si es que aun camino de salud hallamos.
(*Vanse todos y queda María teniendo en sus brazos el cadáver de Albenzar, y Felisa á un lado de la escena.*)
VOCES. ¡Viva la fe y el rey Felipe!
OTRAS. ¡Vea
hoy su exterminio la infernal ralea!
GARCÍA. (*Dentro.*) Cese ya la mortandad,
pues la victoria es segura;
á esa gente sin ventura
con hierros asegurad.
A Albenzar pronto busquemos,
puesto que se esconde aquí:
aquella es su estancia, sí;
nadie la defiende, entremos.

Sale EL CAPITAN GARCÍA *con peto y capacete y la espada ensangrentada, y detrás de él* EL SARGENTO *y ocho ó diez* SOLDADOS ESPAÑOLES *con lanzas y arcabuces.*

GARCÍA. Rendid, perros desalmados... (*Se detiene.*)
¿Mas dos mujeres no más,
y un cadáver?... ¿Es quizás...? (*A la tropa.*)
La furia tened, soldados.
MARÍA. (*Deja el cadáver, y se arrodilla delante del capitan, pero con dignidad.*)
Si sois noble, como dice
á voces vuestra presencia,
mirad, señor, con clemencia
á una mujer infelice.
Y si sólo por mujer
la hidalguía castellana
me la niega, por cristiana
me la habrá de conceder.
GARCÍA. (*Aparte atónito y suspenso.*)
¡Cielos!... ¡Qué rara beldad!
¡y qué noble discrecion!...
Me ha robado el corazon.
(*Alto á María.*)
Señora, de tierra alzad.
(*La levanta.*)
Que al miraros en el suelo,
pierdo la razon y el tino
de terror, porque imagino
que se ha desplomado el cielo.
¿Quién sois?... Un ángel, lo veo.
Un ángel, un ángel, sí.
Mas qué hace un ángel aquí,
confuso saber deseo.
MARÍA. (*Con dignidad.*)
Soy de Mulim-Albenzar,
muerto, como veis, la hija;
vuestra nobleza colija
mi posicion singular.
Cristiana de corazon,
y fiel de veras al rey,
del amor filial la ley
me puso en esta ocasion.
Sois cristiano y caballero,
habeis mi desdicha oido,
y la proteccion que os pido
con seguridad la espero.
GARCÍA. (*Dudoso.*) ¿Ese es Mulim-Albenzar?
(*Al sargento.*)
Reconocedle.
SARGEN. (*Acercándose al cadáver.*) Sí, es cierto;
es Albenzar, y está muerto;
de buena logré escapar.
GARCÍA. Confuso estoy, vive Dios.
SARGEN. Señor, á esas embusteras
no des crédito, ¿qué esperas?
amarremos á las dos.
GARCÍA. Son cristianas.
SARGEN. Sónlo ahora
por evitar el castigo.
MARÍA. ¡Señor!....
GARCÍA. Pues estais conmigo,
no temais nada, señora.
(*Resuelto á la tropa.*)
Esta estancia respetad,
y ese cadáver sangriento,
á colocarlo al momento
sobre la torre, llevad.
Vea la rebelde grey
cuál es su mísera suerte,
pues ya les robó la muerte
al que aclamaron por rey.
Y con su fin la esperanza
pierda del todo esta sierra,
terminándose la guerra
y cesando la matanza.
SARGEN. Tal vez, señor capitan,

pueden tener estos moros
aquí ocultos sus tesoros.

GARCÍA. (*Severo.*) Si los hay, vuestros serán.
(*Señalando á María.*)
Y que esta joya ó portento
yo ansioso la guardo, ved:
mi mandato obedeced,
y retiraos al momento.
(*El sargento y los soldados recogen el cadáver de Mulim-Albenzar, y entre tanto dice el*)

SARGEN. Muy hermosa es la morisca,
y al capitan ha prendado,
pero lo juzgo excusado,
pues tiene cara de arisca.

MARÍA. (*Viendo llevar al cadáver de su padre se arroja á abrazarlo.*)
¡Padre!... ¡Señor!... ¡Santo cielo!
(*Se apoya muy afligida en Felisa.*)

FELISA. ¡Hija del alma!

GARCÍA. (*Aparte y envainando la espada.*)
¡Qué encanto
tan irresistible!... ¡oh!... ¡cuánto
templar su desgracia anhelo!
Mas tengo órden terminante
ó de al punto exterminar
la familia de Albenzar
ó de llevarla al instante
asegurada á Valencia,
donde en cadalso sangriento
sirva al punto de escarmiento
á la morisca demencia.
No la puedo libertar,
que aunque dice que es cristiana,
y al rey fiel, ¡suerte tirana!
la heredera es de Albenzar.
¡Oh qué celestial mujer!
Si el miedo... la confusion...
se perturba mi razon;
no sé lo que voy á hacer.
En caso tan inaudito...
¡Ay! si me amara, podria...
Abrásase el alma mia,
y en su amor me precipito.
(*Alto á María.*)
En vos, oh hermosa, volved,
aunque es algo dura y fuerte
vuestra lamentable suerte,
que estais en mis manos ved.
El ser sangre de un traidor,
el ser de Albenzar la hija,
no extrañareis que hoy exija
gran dureza, gran rigor.

FELISA. (*Arrebatada y como fuera de sí.*)
No, no es hija de Albenzar,
es hija mia: es cristiana
es de sangre castellana,
aquí nunca debió estar.

MARÍA. (*Conteniéndola con dignidad.*)
¿Qué osas, Felisa, decir?
No niego mi orígen, no,
ni con imposturas yo
quiero el peligro evadir.
(*Al capitan.*)
Cristiana, es verdad, lo soy;
mas hija de Albenzar, sí;
que fuera un baldon en mí
negar á mi padre hoy.
El amor que me profesa,
porque al cabo es mi nodriza,
á esta española castiza
le inspira la invencion esa.
Pero no soy yo mujer,
sea cual fuere mi ventura,
que á una cobarde impostura
quiera la vida deber.
Si el ser cristiana no basta
para templarse conmigo
el espantoso castigo,
que ha merecido mi casta;
si es crímen la sangre mia,
que no lo borra mi fe,
pura víctima seré,
sin desmentir mi hidalguía.
Y si así al cielo le plugo,
mis manos encadenad
y mi cuello colocad
sobre el tajo del verdugo.
Pues si os pedí compasion
cuando vencedor entraste,
y con un muerto me hallaste
en este oscuro rincon;
no fué pediros la vida,
sí el honor, que en riesgo estaba,
cuando tras de vos entraba
la soldadesca atrevida.
Mas de nuevo á vuestra planta
os pido cumplais la ley
conmigo, que impone el rey,
pues su rigor no me espanta.
Antes bien, tal es mi suerte,
que es el más grande favor
que hacerme pueden, señor,
el de apresurar mi muerte.

GARCÍA. (*Conmovido profundamente.*)
Basta, señora, os lo ruego.
Celeste encanto, cesad.
¡Oh! ¡con cuánta actividad
me abrasa de amor el fuego!
Tomo de mi cuenta, sí...
¡Cielos!... ¿Por qué esta victoria,
que juzgué mi mayor gloria,

es ya infierno para mí?
Descuidad, resuelto estoy.
Por remediar vuestra suerte,
por salvaros de la muerte,
á perderlo todo voy.
Por premio pediré al rey,
si mi hazaña ha de premiar,
vuestra belleza salvar
de la promulgada ley.
(*Con vehemencia.*)
Y su gracia, y la de Dios
perderé contento, y todo,
mi fama hundiré en el lodo
por merecer ¡ay!... de vos
una mirada propicia,
una muestra de interés,
(*Hinca una rodilla.*)
pues que mi alma á vuestros piés,
abrasada, se desquicia.

MARÍA. (*Asombrada.*)
¿Qué es lo que haceis?... ¿Qué demencia?...
¡Señor capitan!... ¿qué es esto?
¿Vos ante mis plantas puesto?
¿Vos?... ¡Cielos!

GARCÍA. Sí. La violencia
de un encanto me ha rendido,
y desde el punto en que os ví
tan bella, me convertí
de vencedor en vencido.
Esta furiosa pasion,
que cual rayo fulminante
abrasa mi pecho amante,
os merezca compasion.

MARÍA. ¡Señor capitan!

FELISA. (*Muy desconsolada.*) ¡María!

GARCÍA. (*Levantándose.*)
Angel divino, os adoro;
sois un celestial tesoro...

MARÍA. ¿Hombre de tanta hidalguía?

GARCÍA. No os asombre nada, nada.
Vivireis, sí, yo lo juro,
que es mi pecho vuestro muro,
vuestra defensa mi espada.
Sin temor de aquí salid:
cuido yo vuestro decoro.
Pero... pensad que os adoro.
Basta.—Tras de mí venid. (*Vase.*)

MARÍA. (*Muy abatida.*)
¡Felisa!... ¡Felisa mia!
raro peligro corremos.

FELISA. En el cielo confiemos,
desventurada María. (*Vase.*)

ESCENA II

Decoracion corta, de árboles y peñascos, y á un lado se verá la boca de una gruta, por la que sale D. FERNANDO *vestido de toscas pieles como pastor.*

¡Oh, cuánto Corbacho tarda!
¿Qué habrá ocurrido?... ¡ay de mí!
Ya con inquietud aquí
mi ansioso anhelar lo aguarda.
¡Cielos!... ¿Qué es lo que retarda
su vuelta?... ¿La carta mia
habrá llegado á María?
—¿Querrá mi dichosa estrella
que torne á mis brazos ella,
cual amante le pedia?
(*Se pasea.*)
Aumenta mi sobresalto
el que toda la mañana
ha atronado esta montaña
rumor de lid ó de asalto.
Y aquí de noticias falto,
entre esperanza y temor,
desde que cesó el rumor
lucho, y el temor me gana,
porque en mi suerte tirana
lo seguro es lo peor.
Ni ya puedo prolongar
esta situacion penosa,
do mi estrella desastrosa
me ha podido colocar.
Milagro ha sido escapar
entre tanto desconcierto,
con este traje encubierto,
sin que nadie me haya visto
los largos dias que asisto
en este oculto desierto.
(*Agitado.*)
¿Y el término cuál será?...
¡Cielos!... ¿Perderé á María
despues de tanta agonía,
ó mi amor la cobrará?
¡Ay! si decretado está
que nunca yo la posea,
que ajena ¡oh rabia! la vea...
Un rayo ántes me confunda,
esta montaña se hunda,
y mi sarcófago sea.
(*Pausa.*)
Mas ¿qué va á ser en el mundo
de mí, infelice?... ¿Qué espero?
¿Qué porvenir fundar quiero?...
Me anonado, me confundo.
—¿Qué digo?... Mis dichas fundo
en mi deliciosa llama;
junto á aquello que se ama
es mentira el orbe todo;

son vago viento, vil lodo
cuna, estado, honores, fama.
(*Pausa.*)
¡Ay!... Si mi padre supiera
que no en Flandes, sino aquí,
me tiene perdido así,
este amor, ¿qué me dijera?
¿Y si descubrir pudiera
que una morisca?... ¡Hado impío!
De pensarlo siento el frio,
por mis venas, de la muerte.
¡Padre!... ¡padre! ¡dura suerte!
Perdon, perdon, padre mio.
¡Cielos! que su maldicion
no me abrume. Enhorabuena
me desherede, tal pena
tenga mi ciega pasion.
Yo en el último rincon
de la tierra gozaré
lo que siempre llamaré
mi delicia y mi ventura,
y la infundada censura
del mundo despreciaré.
Al lado de mi María,
en el antártico suelo,
bajo un nunca visto cielo,
¿quién turbará mi alegría?
Allí con la espada mia
honraré mi ilustre cuna,
y en ocasion oportuna
otro estado ganaré,
y lo que alcanzan sabré
el amor y la fortuna.

Sale CORBACHO *vestido de soldado, y con un envoltorio de ropa que tira á un lado.*

CORBACHO. Mal haya amén el momento
en que tu estrella sañuda
te hizo ver á esa morisca
para pasar tanta angustia.
Y el punto y hora mal hayan
en que te dió la locura
de abandonar lo de Flandes,
por perderte en lo de Júcar,
en tan graves compromisos,
en tan negras desventuras,
reducido como fiera
á la estrechez de esa gruta.
Y á meterme á mí en embrollos,
en disfraces y en trifulcas,
que en Peralvillo es probable,
Dios sea sordo, que concluyan.

D. FERNAN. Corbacho amigo... ¿qué es eso?
Tus palabras me atribulan;
y en mis labios se amontonan
y se hielan las preguntas;
porque temo mil desastres
de esas tristes quejas tuyas,
y horribles presentimientos
me abaten y me conturban.

CORBACHO. Pues ya metido en el paso,
do no debiste entrar nunca,
es forzoso, vive Cristo,
que de él con valor te escurras.

D. FERNAN. Pues ¿qué acontece? Dí, acaba:
ya la impaciencia me abruma.

CORBACHO. Allá voy, que reventado,
y hecho de hambre una aleluya,
no puedo mover la lengua
con la rapidez que buscas.
—Aunque con estos disfraces
en la soldadesca turba
entro y salgo, fué imposible,
como sabes, á mi astucia,
durante seis largos dias,
dar curso á la carta tuya.
Porque sitiado el castillo,
y defendido con furia,
y estando dentro tu amada
con toda la infame chusma,
llegar á ella no podia,
á no convertirme en grulla.

D. FERNAN. (*Impaciente.*)
¿Con que, la carta?...

CORBACHO. Un momento,
y lo sabrás todo: escucha.
Viendo el capitan García
que aun la breva estaba dura,
apeló para ablandarla
á una militar astucia.
Y hoy mismo, á la luz primera,
fingió con destreza suma
emprender la retirada,
con apariencias de fuga.
Creyéronla los rebeldes,
y aun vencedores se juzgan,
y con su rey vergonzante
salió la morisca chusma,
en el alcance buscando
feliz término á la lucha.
A la abandonada villa
las mujeres, sin cordura,
descendieron, anhelosas,
en muchedumbre confusa:
yo me presumí que iria
Felisa el ama, sin duda,
como las demás; y cauto
me oculté en las angosturas
del camino, en unas tapias
que aquellas huertas circundan.
Ví pasar varias moriscas,

y como soles algunas,
cuando á muy pocos momentos
quiso mi buena fortuna
que venir viese á Felisa,
sola, sola.

D. FERNAN. ¿Sola?...

CORBACHO. Escucha.
Sola: la llamo, se para,
salgo á su encuentro, se asusta;
al pronto me desconoce,
iba á hablarla, cuando juntas
ví venir otras mujeres,
y temiendo me descubran,
torno á esconderme en las tapias...

D. FERNAN. (*Con viveza.*)
¿Y la carta?... ¡Oh suerte cruda!

CORBACHO. La tiré á sus piés.

D. FERNAN. Y dime,
¿la tomó?

CORBACHO. Señor, ¿lo dudas?
Yo se la ví alzar del suelo.

D. FERNAN. ¿Y sin respuesta ninguna
te vuelves? Sin que siquiera...

CORBACHO. Eso es ya pedir cotufas
en el golfo. Tú no sabes
cuán espantosa trifulca
se armó despues. En las tapias
quedéme, por si oportuna
ocasion se me ofrecia
de hacerle cien mil preguntas
á su vuelta. Mas de pronto
se alzó nueva baraunda,
que á salir de mi escondite
me obligó con prisa, y mucha.
Las tropas que figuraron
la retirada, á las turbas
de moriscos acometen;
otra vez la villa ocupan,
y la entregan á las llamas.
Pónense al momento en fuga
las infelices mujeres,
suben al castillo, y buscan
refugio en él: á él se acoge,
herido en la escaramuza,
Albenzar, aun pretendiendo
prolongar allí la lucha:
y todo en vano. García
habia dejado ocultas
en el inmediato bosque
dos banderas, que, sin duda
de acuerdo con los del fuerte,
pues los traidores abundan,
lo escalaron sin defensa,
y todo fué muerte, angustia,
robo, confusion, rüina,
desolacion, llanto, furia.

D. FERNAN. (*Agitado.*)
¡Ay Corbacho!... ¿Y mi María?
Tú su infortunio me ocultas;
dime pues... ¿En tal desórden?...
¿En tal trastorno?...

CORBACHO. (*Con soflama.*) Te apuras,
señor, muy pronto. Está viva,
y un gran protector la escuda.

D. FERNAN. El cielo.

CORBACHO. (*Con malicia.*) El cielo... bien dices;
por medio de la bravura
del buen capitan García,
que es hijo de la fortuna.

D. FERNAN. (*Alterado.*) ¡Corbacho!... dí.

CORBACHO. En el momento
que se armó la baraunda,
al castillo corrí, donde
ví aquella escena confusa.
Muerto á Albenzar encontraron,
de su hija en brazos, en una
cámara. El señor García
fué el que en ella entró, á la turba
soldadesca defendiendo
que hiciese allí de las suyas.
Mandó sacar el cadáver
á donde con voces mudas
predicase el escarmiento;
y él quedó con piedad suma
á la huérfana infelice
consolando...

D. FERNAN. (*Arrebatado de enojo.*)
Calla... ¡oh furia!
Calla, vil... ¿Osa tu lengua?

CORBACHO. (*Intimidado.*)
Señor... señor... que me asustas;
yo no oso poner mi lengua
sobre persona ninguna.
Os refiero las hablillas
de la soldadesca chusma,
que ansiaba robar la estancia
que de Albenzar era tumba,
y que el capitan severo
defendió...

D. FERNAN. (*Irritado.*) ¡Canalla inmunda,
que no sabe que es de nobles
amparar la desventura,
y defender á las damas
de la insolente gentuza!
(*Sospechoso.*)
Pero... dime... ¿largo tiempo
el capitan?...

CORBACHO. ¿Qué preguntas?

D. FERNAN (*Agitado.*)
¡Oh!... Si osara...—Mi María
es cual las estrellas pura.
Si el vencedor orgulloso...

¡Oh cielos!... La horrible punta
de un puñal envenenado
mis entrañas desmenuza.
—Corbacho, dime...

CORBACHO. (*Con viveza.*) No pierdas
en amargas conjeturas
el tiempo. Toma un partido,
pues todo de aspecto muda.
Cuando una morisca sólo,
rica y de famosa alcurnia,
era tu dama, podias
en esperanzas futuras
perderte, que al cabo era
cristiana hasta las enjundias.
Pero ya...

D. FERNAN. (*Precipitado.*) Corbacho amigo,
la ley previene, y es justa,
que la morisca cristiana,
que con español se una
en matrimonio, se libre
de la proscripcion.

CORBACHO. Tarumba
con tu ceguedad me vuelves.
Ya tu María no es una
morisca vulgar. Es hija
del que aun muerto se titula
rey de los moros, caudillo
de esta rebelion; y nunca
habrá para ella indulgencia.
Despues olvidas sin duda
quién es tu padre, y olvidas
que cual desertor figuras
en Flandes, y que en España,
siendo por tu noble cuna
de Santiago caballero,
has faltado en esta lucha,
á que todos tus cofrades
concurrieron sin excusa.

D. FERNAN. (*Despechado.*)
¡Oh!... ¡pese á mi infausta estrella!
¡Oh!... ¡Mal haya mi fortuna!
Desplómense estos peñascos;
ábrase á mis piés la tumba.

CORBACHO. Bien claro te mostró el cielo
el que á esta sima profunda
tu pasion te despeñaba,
al despeñarte la furia
del caballo. Si tú entónces,
pues que saliste sin una
costilla rota, te hubieras,
renunciando á tus locuras,
vuelto á Flandes, ó á tu casa,
cantáramos la aleluya.
Y aun es tiempo...

D. FERNAN. (*Fuera de sí.*) Calla, cesa,
no acrecientes mis angustias:
ó la muerte, ó mi María;
ya tan solamente busca
mi enamorado despecho
de aquestas dos cosas una.
Sí, resuelto estoy, Corbacho,
responde pronto...

CORBACHO. Pregunta.

D. FERNAN. ¿Dónde está María?... ¿dónde?
Hoy seré su esposo, ó nunca.

CORBACHO. Cuando salí del castillo,
ya encadenada la chusma
de moros, la preparaban
á bajar con gran presura
y buena escolta, á la villa.
Y de allí, segun mi industria
pudo inquirir, esta noche
dos cuerdas salen; la una
con la rendida canalla,
á las playas donde surtas
están las embarcaciones;
y la otra en que van juntas
las cabezas principales
con María, por la ruta
de Valencia...

D. FERNAN. Dí ¿esta noche?

CORBACHO. Esta noche, sí, no hay duda.

D. FERNAN. (*Resuelto.*)
Pronto, sus, tráeme el caballo,
que suelto el pasto disfruta
de estos montes, trae mi espada,
trae mis ropas, que me injurian
ya estos villanos disfraces.

CORBACHO. ¿Qué intentas pues?... ¿qué procuras?

D. FERNAN. Con mi valor y mi acero
burlar la suerte sañuda,
libertando como noble
á mi prenda, de la furia
de sus verdugos.

CORBACHO. Detente,
no te arrojes sin cordura
á un imposible, do sólo
ó muerte ó deshonra buscas.
La cuerda va custodiada
con gente aguerrida y mucha;
tú eres al cabo uno solo.

D. FERNAN. El que despechado pugna
por salvar á la inocencia,
y más si el amor le ayuda,
vale por ciento.

CORBACHO. Tu arrojo
y tu pasion te deslumbran.
Vas, traidor contra un decreto
del rey, á empeñar tal lucha.
Vas á deslustrar tu nombre.
Vas, en fin...

D. FERNAN. (*Despechado.*) ¡Suerte sañuda!

Yo quiero ver á María...
Con ella morir.

CORBACHO. Escucha.
Supuesto que no desistes
de esa tu infernal locura,
da tiempo al tiempo, y prudente
válete de alguna industria,
para ponerte siquiera
de acuerdo...

D. FERNAN. (*Con viveza.*) Bien, piensa una.

CORBACHO. Con el disfraz de soldado
puedes en la noche oscura
entre la escolta ingerirte:
con ella hablar, que es astuta;
y en la marcha, que no es corta,
disponer...

D. FERNAN. Sí, sí. Sin duda
me habla por tu boca un ángel.
Mas ¿dónde encontrar alguna
ropa de soldado...?

CORBACHO. Al punto,
que mi prevision es mucha.
De un muerto que hallé aquí cerca,
al volver ahora en tu busca,
tomé todo el equipaje.
(*Revolviendo el lio que puso á un lado al salir.*)
Y héle aquí.—Manchas lo ensucian
de sangre, porque su dueño
tenia una herida profunda;
pero nada importa.

D. FERNAN. (*Muy reanimado.*) Amigo,
tú remedias mis angustias.
Y pues ya la noche llega
y tierra y cielos enluta
con sus sombras, no perdamos
el tiempo, y Dios nos dé ayuda.
(*Entrase en la gruta, y Corbacho detrás de él, llevándose el envoltorio.*)

ESCENA III

Plaza de la villa de Alajuár, arruinada por el incendio. Aun arden á lo léjos algunas casas, y otras están humeando. Empieza á anochecer. Salen ABDALLA; ZEIR *y dos ó tres* MORISCOS *de nota, cargados de cadenas, y rodeados de* SOLDADOS ESPAÑOLES, *con arcabuces y alabardas, y con ellos el* SARGENTO *con jineta.*

SARGEN. Alto, perra canalla,
que no vais á un festin.
(*Todos se detienen en el fondo de la escena, sentándose unos, otros hablando entre sí, formando cuadro.*)

ZEIR. ¡Cielos!... ¡Abdalla!

ABDAL. Zeir, lo que está escrito no podemos
los hombres contrariar. Sólo debemos
resignarnos humildes los humanos
de Alá con los decretos soberanos.

ZEIR. Malec, ese cobarde
es quien nos ha vendido.

ABDAL. Pues no ha de hacer de su traicion alarde;
que un tósigo le dejo prevenido,
con que beba la muerte.
Endulce esta venganza nuestra suerte.

ZEIR. ¿Y cuál ¡ay! nos espera?

ABDAL. Terrible á la verdad y lastimera.
Pero grande es Alá, y él solo es grande.

SARGEN. (*En el proscenio, apoyado en su jineta, y hablando consigo mismo.*)
¿Posible es que se ande
el señor capitan hecho un Cupido,
tras una vil morisca así perdido;
y que aquí nos detenga,
porque su dama á sus anchuras venga?
—Vive Dios que no entiendo
cómo un hombre tan duro y tan tremendo,
y que ya no es muchacho,
se convierte en baboso mamarracho.
Vaya, me desespera.
No sé qué le detiene
en hacer lo que yo sin duda hiciera,
pues que rendida en su poder la tiene:
admiro su cachaza... Mas él viene.

Salen el capitan GARCÍA, MARÍA *y* FELISA.

GARCIA. ¿Marchó la cuerda, sargento,
que va á la costa?

SARGEN. El camino
tomó para su destino,
en buen órden ha un momento.
Y no hay con ella cuidado,
pues que la manda Garcés.

GARCÍA. Teneis razon, porque es
el alférez gran soldado.
Disponed nuestra marcha en el instante,
llevando por delante
los soldados mejores
para ser de la ruta exploradores.
Y cuidad que no rompan las cadenas
los presos.

SARGEN. Son muy gordas y muy buenas.
(*El capitan y el sargento van al fondo del teatro, como á revistar los presos y á ordenar la tropa.*)

MARÍA. (*Muy abatida y como en secreto.*)
¡Ama mia!... voy muerta.
No por lo horrendo de mi suerte cierta,
sino por el amor que se ha encendido
en ese mal-nacido.
Pues con razon me temo
que con mi resistencia despechado,
ciego y desatentado,
se arroje loco al criminal extremo
de abusar de su fuerza en el camino.

De asombro y de terror estoy sin tino.

FELISA. (*Llorando.*) ¡Infelice María!...
En la piedad confia
del cielo, que es de la inocencia amparo.
De tí ni un solo punto me separo,
y contigo, hija mia,
defendiendo tu vida y tu inocencia,
constante me verás hasta Valencia.
Y allí... si allí llegamos...
en la Vírgen santísima pongamos
toda nuestra esperanza.
Tengamos en su auxilio confianza.

GARCÍA. (*Al sargento.*) Emprended la partida,
y esperad del lugar á la salida;
que pronto iré á alcanzaros.

SARGEN. (*Con socarronería.*)
¿Con que quereis quedaros
á ver si por la buena ese portento?...
Si andais con tal melindre y miramiento,
ya vereis que os chasquea.
Está en vuestro poder, que vuestra sea.
(*Con recato misterioso.*)
En el camino acaso
un bosque muy espeso se halla al paso,
y en él lograr sin duda
podeis cuanto querais. Yo os daré ayuda.

GARCÍA. Bien. La marcha emprendamos.

SARGEN. Arriba, vil canalla. Vamos, vamos.
(*Vase llevando por delante los presos y soldados.*)

GARCÍA. (*Amoroso.*) Ya veis cuánto hago por vos,
á mi obligacion faltando;
y aun me está martirizando
vuestro ceño, vive Dios.
En todo os he dado gusto,
á todo por vos me allano,
que vuestro desden tirano
se ablande, señora, es justo.
Libre estais, vais sin cadenas,
sola vos mandais aquí,
teneis un esclavo en mí,
témplense, pues, vuestras penas.
Y dadme alguna esperanza,
oh soberana mujer;
dejadme á lo ménos ver
un asomo de bonanza.

MARÍA. (*Con altivez.*) Señor capitan, os ruego
que más no me importuneis;
que mi suerte abandoneis;
que me dejeis luégo, luégo.
Yo nada exijo de vos;
de mí, pues, nada exigid.
Cual debeis me conducid,
que á mí me defiende Dios.

GARCÍA. Pensad cuál es vuestra suerte:
ved que estais en mi poder.

MARÍA. Yo no soy, señor, mujer
á quien asusta la muerte.

GARCÍA. ¡Ay!... aun es tiempo, escuchad
á un corazon que os adora;
que por vos misma os implora...

MARÍA. Si honra teneis, acabad.

GARCÍA. (*Con vehemencia.*) Con ese ceño tirano
más mi pasion encendeis,
y en el caso me pondreis...

MARÍA. Sois caballero, y cristiano.

GARCÍA. (*Resuelto.*) Que lo soy os probaré,
si al fuego que me devora
os mostrais grata, señora.
Todo lo aventuraré.
Por la ley puedo libraros
de la muerte ignominiosa,
si quereis vos ser mi esposa;
y pronto estoy á juraros...

MARÍA. (*Con rapidez.*) Jamás, jamás; tiene dueño
mi voluntad, y por él
quiero morir.

GARCÍA. (*Despechado.*) ¡Oh cruel!
¿Con que es en vano mi empeño?
¿A otro amais?

MARÍA. Con alma y vida.

GARCÍA. (*Furioso.*) ¡Infeliz!... ¿Qué pronunciaste?...
Tú misma te condenaste,
envenenando mi herida.
Tiembla mi ciego furor.
Atropellaré por todo,
y de un modo ó de otro modo...

FELISA. Oh cielos, dadnos favor.

GARCÍA. ¡Ingrata!... te has de acordar.
Vamos, pues, vamos, marchemos.

MARÍA. (*A Felisa.*) En la Vírgen confiemos,
que es quien nos ha de amparar.
(*Vanse.*)

ESCENA IV

Decoracion que descubra todo el foro representando un oscuro bosque de noche, en tierra quebrada. Y en el fondo se ve un camino entre peñas y troncos. Salen D. FERNANDO *y* CORBACHO, *ambos vestidos de soldados.*

CORB. ¿No miras allí el camino?
Es aquella lista blanca,
que va tras de la barranca.
(*Escuchando atentamente.*)
Y viene á lo que imagino
ya la columna, señor.
Y aunque la noche está oscura,
que veo se me figura...

D. FER. Claro se escucha el rumor.
Vamos hácia allá al momento,
y procura no ser visto,
teniendo el caballo listo,
para que en cualquier evento...

CORB. Vamos, pues. Pero prudencia
tan solamente os encargo.
Ved que el camino es muy largo
hasta llegar á Valencia.
Y que una vez con María
puesto de acuerdo, podrás...

D. FER. Descuida, y no digas más;
en mi cordura confia. (*Vanse.*)

Salen y pasan por el camino del fondo del teatro ABDALLA, ZEIR *y los* MORISCOS, *todos encadenados y sonando los hierros, y delante y detrás y á los lados en buen órden* SOLDADOS ESPAÑOLES, *con alabardas y arcabuces, con las cuerdas encendidas; y cuando ya todos hayan pasado, sale el capitan* GARCÍA, *que trae asida del brazo á* MARÍA, *y la empuja con fuerza hácia el proscenio.*

MARÍA. ¿Qué es esto ¡oh cielos! señor?
¿Qué arrebato?... ¿qué demencia?

GARCÍA. (*Con voz ahogada.*)
Calla, y sufre la violencia
de mi despreciado amor.

MARÍA. (*Aterrorizada.*)
¿Un cristiano, un caballero,
de una infelice abusar?

GARCÍA. (*Desenvainando la espada.*)
Mi pasion has de premiar,
ó has de morir á este acero.

MARÍA. (*Cayendo de rodillas.*)
Socórreme, Vírgen santa,
dame tu amparo y favor.

GARCÍA. (*Arrastrándola del brazo.*)
Nadie escucha tu clamor.
Ven conmigo, ven, levanta.

MARÍA. ¡Cielo!

GARCÍA. No te librará,
ni el infierno mismo, no.

Sale precipitado D. FERNANDO, *con la espada desnuda.*

D. FER. Pero la liberto yo,
forzador vil...

GARCÍA. (*Suelta á María sorprendido.*)
¿Quién va allá?

D. FER. Defiéndete, desdichado,
si te llamas caballero,
que se afrentara mi acero
de matar á un descuidado.
Ponte tras de mí, María,
que bajo mi amparo estás,
y cual te guardan verás
mi amor y la espada mia.

MARÍA. (*Corriendo á él.*) ¡Oh santos cielos! Es él.
Sí, reconozco su acento.

GARCÍA. (*Turbado.*) ¿Eres del bosque portento,
ó emisario de Luzbel?
(*Se acerca.*)
(*Furioso.*) ¡Mi rival!... Ven á morir,
que es rayo ardiente mi espada,
á que no resiste nada.

D. FER. Calla, si sabes reñir.
(*Riñen y D. Fernando le da una estocada.*)

GARCÍA. (*Titubeando.*)
Muerto soy. (*Grita.*) Hola, soldados...
que se fugan...
(*Entrase.*)
¡Ay de mí!

D. FER. Huyamos pronto de aquí
en el cielo confiados.
Corbacho, por vida mia,
pronto el caballo!

CORB. (*Apareciendo al bastidor.*)
Aquí está.

D. FER. (*Al irse con María.*)
A las ancas...

CORB. Bueno va.

D. FER. (*Dentro.*) Afírmate bien, María.
(*Rumor de un caballo que arranca. Suena un tiro, y ruido.*)

VOCES. (*Dentro.*) ¿Dónde el capitan nos llama?

Sale el SARGENTO *con cuatro* SOLDADOS.

SARGEN. (*Apresurado.*) Hácia aquí, venid, volemos,
y este monte registremos
peña á peña, y rama á rama.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una calle de la ciudad de Valencia.—Decoracion corta, y sale FELISA, *muy afligida, de saya y manto, con un rosario en la mano.*

FELISA. ¡Ay mi Dios! recorro en vano
estas calles de Valencia,
para buscar un consuelo
y de la infelice nuevas.
Hoy el pueblo alborotado
con la terrible sentencia,
que contra Zeir y Abdalla
y otros moriscos de cuenta,
ha pronunciado el consejo,
de María no se acuerda:
ni se habla de su aventura,
ni de hácia dónde estar pueda.
Al fin los pasados dias
su fuga tan sólo era
la conversacion de todos,
en calles, casas y tiendas.
Y el oir en los corrillos
nombrarla y hacer diversas
conjeturas, de consuelo
pudo servir á mis penas.
Mas hoy ya nadie la nombra,
nadie en su infortunio piensa.
(*Llora.*)
Vírgen soberana, madre
de la oprimida inocencia,
sedle escudo, sedle amparo,
y dadme luz con que pueda
descubrir... (*Sorprendida.*) Pero, ¿qué (veo?
jurara, cielos, que él era...
Sí... ¡Corbacho!...

Sale CORBACHO, *embozado.*

CORBACHO. (*Sorprendido.*) ¡Ama Felisa!

FELISA. ¿Cómo, tú por esta tierra?...
¿Y María?... ¿Y don Fernando?
¿No me dices?...

CORBACHO. ¿Por ventura
que sé de ellos algo piensas,
cuando anhelaba encontrarte
para que tú me dijeras?...

FELISA. (*Desconsolada.*)
¿Qué he de decirte, Corbacho?...
¿Cómo darte, amigo, nuevas
que busco anhelante?...

CORBACHO. Dime,
¿tú desde cuándo en Valencia?

FELISA. Desde que entraron los presos
hace tres dias.

CORBACHO. Yo apénas
ha dos horas que he llegado.

FELISA. ¿Pero tú, despues de aquella
terrible noche, seguiste?...

CORBACHO. ¿Y quién seguirlos pudiera?
Muerto el capitan, mi amo,
más veloz que una saeta,
con la morisca en las ancas,
en las lóbregas tinieblas
desapareció. Y yo ¿cómo
á pié seguirlos pudiera,
no estando ántes prevenido
de adonde se dirigieran?
Cuando se alzó aquel desórden,
con las voces y las quejas
del herido, agazapéme
oculto entre la maleza,
para no ser descubierto,
y pagar culpas ajenas.
Y al aparecer el alba,
tomé una trillada senda
que se me ofreció, y vagando,
no sin peligro y miseria,
por todos los escondites
de aquellas fragosas sierras,
he estado; hasta que, aburrido,
vengo sin norte á Valencia,
por ver si de mi amo logro,
que le quiero mucho, nuevas.
Pero tú, Felisa, ¿cómo
abandonaste á tu prenda
en aquel conflicto?... ¿Cómo
sin tu amparo acometerla
pudo el capitan?

FELISA. Corbacho,
cómplice el sargento era

del crímen sin duda alguna,
pues con infernal cautela,
en cuanto cerró la noche,
despues de que con reserva
le habló el capitan, mi mula
aseguró por la rienda,
sin apartarse ni un punto.
Y al atravesar la cuerda
el bosque, de mi María
me separó con destreza,
tomando por un atajo
al través de las laderas:
y cuando escuché sus voces,
sus lamentos y sus quejas,
ya me hallé entre los soldados,
y á grande distancia de ella.
En medio de aquel desórden,
intentaron sus cadenas
romper los míseros presos,
y armóse grave pendencia
entre soldados y moros,
sin que yo infeliz pudiera,
aunque bien quise, fugarme;
y en llanto amargo deshecha,
me resigné con mi suerte,
y llegué aquí con la cuerda.
Al punto, como española,
me dejaron en completa
libertad (*Llora*), y ando perdida
sólo ansiando tener nuevas
de aquella infeliz.

CORBACHO. No llores.
Que está en salvo es cosa cierta.

FELISA. Hágalo el cielo.

CORBACHO. Felisa,
¿y es verdad esa sentencia?

FELISA. Lo es, y terrible... terrible...

CORBACHO. No hay nada que no merezcan.

FELISA. (*Compasiva.*) Es así... pero...

CORBACHO. Tu amo
tuvo más feliz estrella,
que al cabo como valiente
pereció, pues si hoy viviera...

FELISA. ¡Qué lástima! Era indomable
y muy ciego por su secta;
pero muy caritativo,
de muy gallarda presencia,
de pensamientos muy altos
y de muy clara nobleza.
Diez y ocho años he comido
su pan... y una ingrata fuera
si no llorara su muerte,
si no elogiara sus prendas.
¡Cuántas desgracias!...
(*Llora.*)

CORBACHO. ¡Felisa!

FELISA. Vóime, Corbacho, á la iglesia,
á que la Vírgen piadosa
por nosotros interceda.

CORBACHO. Pues yo no sé dónde vaya,
ni tampoco dónde pueda
hallar abrigo.

FELISA. Si quieres...
en casa de una parienta,
que pobremente me aloja...

CORBACHO. Basto yo para pobreza.
¿Y dónde es?

FELISA. Allá en la plaza.
Alejándome voy de ella,
para no ver el suplicio
de esos dos, que al cabo eran
conocidos.

CORBACHO. Pues á verlos
ahorcar voy, malditos sean.
Yo te buscaré.

FELISA. Si logras
alguna noticia cierta...

CORBACHO. La sabrás en el momento.

FELISA. Pues á Dios.

CORBACHO. Con él te queda.
(*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA II

El teatro representa el gran salon del consejo. Al fondo habrá un dosel con el retrato de Felipe III: en una gran mesa con rico tapete y recado de escribir, cinco sillones, y un taburete para el secretario.—Sale por un lado EL CONDE DE SALAZAR, *ricamente vestido, y con el collar de toison de oro. Y por otro* EL COMENDADOR MAYOR *de la órden de Calatrava, con la insignia en la ropilla y en la capa, y la venera al cuello, pendiente de una cadena de oro.*

CONDE. ¡Oh señor comendador!

COMEN. (*Con respeto.*) ¡Oh excelentísimo conde!
Bien la fortuna responde
á vuestro sabio valor.
Esta desastrosa guerra
ya de un modo ó de otro modo
termina, y queda del todo
en seguridad la tierra.
Y á vuestro noble teson
y prudencia debe el rey
de esta rebelada grey
ver cumplida la expulsion.

CONDE. A la prudencia y lealtad
del consejo solamente
servicio tan eminente
hoy debe su majestad.

COMEN. Pero el alma del consejo
ha sido vuestra excelencia,
que tiene la presidencia.

CONDE. Sólo por ser el más viejo.

COMEN. Ya viene el señor marqués
de Caracena.

CONDE. Ya estamos

todos, pues solos formamos
hoy el consejo los tres:
puesto que los otros dos
con encargos diferentes
están de Valencia ausentes,
al rey sirviendo, y á Dios.

COMEN. ¿Dónde nuestro patriarca?

CONDE. Con caridad exquisita
á la canalla maldita
allá en Alicante embarca,
por la raza delincuente
mostrando una suavidad
que no me gusta en verdad
con tan depravada gente.

COMEN. ¿Y dónde Agustin Mexía?

CONDE. Queda aun guardando la sierra;
aunque terminar la guerra
consiguió su valentía.

COMEN. Grande en el consejo es
su ausencia.

CONDE. Mas sin embargo
cumpliremos nuestro encargo,
que poco falta, los tres.

Sale EL MARQUÉS DE CARACENA, *virey, ricamente vestido á la usanza militar, y con baston, botas y espuelas.*

MARQ. ¡Oh gran comendador, oh insigne conde!
perdonad mi tardanza: recorriendo
de la ciudad las calles, receloso
de que hoy pudiera conmoverse el pueblo,
no me ha sido posible más temprano
al consejo acudir.

CONDE. A muy buen tiempo
llegais, señor marqués.

MARQ. Era preciso
estar alerta entre el concurso inmenso,
que se ha agolpado á presenciar la muerte
de esos desventurados.

CONDE. ¿Tuvo efecto
sin novedad?

MARQ. Sin novedad alguna,
y quiera Dios que sirva de escarmiento.

CONDE. Pues estamos los tres, que solamente
hoy, señores, formamos el consejo,
podemos proseguir nuestras tareas,
que ya, gracias á Dios, van concluyendo.
(*Hace una seña, sale el secretario, y se sientan todos en sus respectivos puestos al rededor de la mesa.*)

CONDE. (*Con gravedad.*)
El embarco prosigue en estas costas
con toda actividad. Los tristes restos
que aun en los montes de rebeldes quedan,
no dan cuidado ya: rotos, dispersos,
sin encontrar abrigo en parte alguna,
desaparecerán rendidos luégo.
Sólo la fuga audaz de esa morisca,
de la hija de Albenzar, de aquel protervo
que osó llamarse rey, siendo cabeza
en las sérias revueltas de este reino,
nos pudo ocasionar algun cuidado.
Mas ya noticia positiva tengo
de que fué con su cómplice arrestada
de la vecina Mancha en los linderos.
Debiéndose prision tan importante
á la astucia y presteza del sargento
de aquella tropa misma, que no pudo
la fuga remediar. Y hoy mismo espero
que lleguen á Valencia, asegurados
con buena escolta y con seguros hierros.

COMEN. Bendito sea el Señor. La tal morisca
me daba, y con razon, graves recelos.

MARQ. ¿Tanta importancia esa morisca tiene?

CONDE. Mucha: que de belleza es un portento,
y aun más de discrecion y de osadía.
La sangre y los altivos pensamientos
del padre representa, y con su nombre
podido hubiera reanimar el fuego
de la atroz rebelion, aun no extinguido.
Y de que tales eran sus deseos
es prueba el modo de emprender la fuga,
y lo es su direccion hácia Toledo,
en donde los moriscos se preparan
á dar nuevos escándalos al reino.
Mas pues la pone Dios en nuestras manos,
con un castigo rápido y tremendo
imponga á los rebeldes musulmanes
saludable terror, santo escarmiento:
y al rodar su cabeza en el cadalso
húndanse de su raza los proyectos.

COMEN. Es su pronto castigo indispensable,
y el castigo á la par de ese protervo,
que osó salvarla con armada mano,
cómplice de sus locos pensamientos.

CONDE. Que la sentencia pronunciada sea,
importa brevedad, pido al consejo.
Y le propongo que la infiel morisca,
y el pérfido traidor, que osó encubierto
con las tinieblas de la noche oscura
la cuerda acometer con tal denuedo,
á su jefe matar y libertarla,
sean sin tardanza en el cadalso puestos,
en donde la cuchilla del verdugo
corte sangrienta sus altivos cuellos;
y que en sendas escarpias las cabezas
queden y sirvan de terror y ejemplo
á la raza infernal, miéntras las llamas
tornen ceniza sus infames cuerpos.
Propongo este castigo, y nos lo exigen
de nuestro rey la causa y la del cielo.

COMEN. Pero quién es el cómplice alentado

de esa altiva mujer, ¿se ha descubierto?
Que algun morisco personaje sea
el insensato audaz, señores, creo;
tal impiedad, traicion tan arrogante,
de un cristiano español pensar no puedo.

CONDE. Sea morisco ó cristiano, la sentencia
debe al punto tener cumplido efecto.
Con media hora le basta, si es cristiano,
para impetrar la compasion del cielo.
Y si ántes de ponerse el sol llegasen,
ántes de que se ponga considero
indispensable que presencie el mundo
el urgente suplicio de ambos reos.

MARQ. ¿Tal precipitacion?...

CONDE. Es necesaria.

MARQ. De la pública voz suena en los ecos,
que es fiel y que es cristiana esa morisca;
que lo es de corazon.

CONDE. Siempre estos perros
saben fingirse tales, esperando
hallar así piedad en nuestros pechos.

MARQ. Si lo es de veras...

CONDE. (*Con autoridad.*) Morirá sin duda,
dándole sólo el necesario tiempo
para pedir á Dios misericordia.

MARQ. Al cabo una mujer...

CONDE. (*Con calor.*) Ni edad ni sexo
de esta raza infeliz encontrar debe
compasion ni piedad, en tal momento.
Y no es mujer, señores, es la hija
del que á llamarse se atrevió, soberbio,
rey de Valencia; del que fué aclamado
como tal rey por el morisco pueblo;
del que la guerra atroz ha embravecido,
dejando un nombre, aunque en verdad funesto,
á esa infelice, que turbar pudiera
el reposo y quietud de todo el reino.
Su muerte es necesaria para darnos
seguridad; y lo es para escarmiento
la del osado que salvarla pudo,
un atroz homicidio cometiendo.
Que vacile me pasma en este punto
el valor y entereza del consejo.
Torno la misma pena á proponerle
que ha un momento indiqué. Y á tal extremo
llega mi conviccion de que la exigen
la justicia del trono y la del cielo,
que si fuera hijo mio el alevoso,
y ella más pura que el mayor lucero,
y más cristiana que mi madre misma,
al patíbulo juntos, al momento
de llegar á Valencia los sacara,
sin dar indicios de dolor mi pecho.

COMEN. Tal consideracion pesa en mi mente,
y la sentencia que indicais apruebo.
El nombre de Albenzar es necesario
extinguir de una vez. Y en cuanto al reo,
la ley está, señores, terminante:
dos crímenes en él graves advierto;
haberle dado á un capitan la muerte,
que estaba con lealtad al rey sirviendo;
y haber prestado auxilio á los moriscos,
accion vedada por el bando regio.
Justa es la pena que á los dos se impone,
y es conveniente ejecutarla presto.

CONDE. ¿Y vos, señor marqués?...

MARQ. (*Dudoso.*) Yo... señor conde...
Más detencion quisiera, lo confieso:
que es criminal el robador es claro,
de un atroz homicidio lo es al ménos;
pero á una jóven por su nombre sólo,
pues que sea criminal aun no sabemos,
á una jóven, que dicen ser cristiana,
á una mujer en fin... No: me estremezco,
no puedo condenar...

CONDE. (*Con firmeza.*) Cuando lo exigen
de la iglesia la paz, y la del reino,
y el delito de fuga está probado,
escrúpulos tan nimios no comprendo.

MARQ. Mi voto no entorpece la sentencia;
dada está, pues que tiene ya los vuestros,
no ha menester, para cumplirse, el mio.

CONDE. Así es, señor marqués. Mas considero
que la unanimidad fuera importante
para resolucion de tanto peso.

MARQ. Cada cual deje su conciencia á salvo.

CONDE. (*Resuelto*) Yo ratifico mi opinion de nuevo.

COMEN. Yo con ella de nuevo me conformo.

MARQ. (*Levantándose de la mesa.*)
Vuestra es la votacion.

CONDE. Estadme atento,
y extended la sentencia, secretario.
(*El conde dicta en voz baja y el secretario escribe.*)

MARQ. (*Paseándose lentamente aparte.*)
Tal vez al rey disguste... Mas no puedo
resolverme á votar esa sentencia.
—Mi corazon angustian los recuerdos,
que jamás se han borrado de mi mente.
¡Ay!... hoy destrozan mi abismado pecho
como un puñal agudo envenenado.
¡Oh montes de Alajuár!... ¡Oh santo cielo!
¡diez y ocho años! Mi agitada mente
vaga sin luz en laberintos ciegos.
(*Pausa.*)
Es la hija de Albenzar... ¿cómo pudiera?
Es la hija de Albenzar... sí, me resuelvo.
Nada añade mi firma á la sentencia.
Si el rey, si mis amigos, si el consejo
desconfian tal vez por mi repulsa
de mi lealtad, de mi cristiano celo...
resuelto estoy.

CONDE. Comendador, la firma.
(*Firma el comendador.*)
¿Y persistís, marqués?... dudoso os veo.
MARQ. (*Acercándose á la mesa.*)
Aunque la compasion que siempre inspira
la tierna juventud pudo mi pecho
conmover, que me adhiera al cabo es justo
á vuestra decision, que yo respeto.
De mi rey el servicio y del Estado
la próspera quietud son lo primero.
(*Firma.*)
CONDE. Siempre tal esperé, marqués ilustre,
vuestra sangre gloriosa conociendo.
(*Al secretario.*)
Refrendadla y selladla, secretario,
y haced que el bando se publique luégo:
puesto que debe ser ejecutada
en cuanto lleguen los inicuos reos.
(*Vase el secretario con la sentencia, y el conde y el comendador y el marqués se levantan de la mesa y vienen al proscenio.*)
MARQ. Hasta mañana conveniente fuera
acaso dilatar...
CONDE. (*Con viveza.*) ¿Y con qué objeto?
De rebelion el espantoso crímen
pide castigo rápido y violento,
pues con uno tan sólo, las más veces,
ejecutado sin perderse tiempo,
se atajan graves daños.
COMEN. Sí, se atajan.
Y es piedad el rigor que pone freno
á delitos sin fin, que arrastrarian
al patíbulo víctimas sin cuento.

Sale EL SECRETARIO.

SECRET. Señores, han llegado
los presos á las puertas de Valencia,
y el sargento, encargado
de ellos, espera del consejo audiencia.
CONDE. ¡Oportuna llegada!
De la ciudad previne que á la entrada
los presos detuvieran,
temiendo que la plebe conmovieran.
Y mandé que al momento
viniese á mi presencia ese sargento,
con todas las noticias y papeles,
que debe haber cogido á esos infieles..
(*Al secretario.*)
Esa torre contigua á este palacio
á los dos reos guarde:
puesto que han de vivir tan corto espacio
como hay de aquí á la tarde.
Y venga un religioso,
que, si cristianos son, pueda piadoso
absolverlos propicio,
y acompañarlos luégo hasta el suplicio.
SECRET. ¿Y el sargento?
CONDE. Que más no se detenga,
á presentarse ante el consejo venga.
(*Vase el secretario.*)
La bengala ha ganado
con el celo y valor que ha desplegado.
(*Se sientan otra vez en la mesa el conde, el marqués y el comendador.*)

Sale EL SARGENTO *como quien viene de camino, y se detiene respetuoso á la entrada.*

CONDE. No os detengais, valiente.
Decid cómo encontrasteis á esa gente,
y cuanto hayais logrado en el camino
descubrir de su ciego desatino.
SARGEN. Perdone vuescelencia,
que razon es se turbe en la presencia
de este augusto consejo,
y que se muestre atónito y perplejo
un oscuro soldado,
al campo y al cuartel acostumbrado.
CONDE. Vuestra lealtad y celo
os deben de quitar todo recelo.
Y ya el consejo piensa
en daros la ganada recompensa.
Hablad, pues, que os escucha.
SARGEN. Mi gratitud á su bondad es mucha.
(*Se adelanta.*)
Seguí con cuatro soldados
la pista á los fugitivos,
por enmarañados bosques,
por asperezas y riscos,
reconociendo cavernas,
registrando caseríos,
sin descansar un momento,
sin concederme un respiro;
cuando á la segunda noche
de fatiga, el cielo quiso,
con las noticias recientes
que recogí en un aprisco,
indicarme que no habia
equivocado el camino;
pues que aquella misma tarde,
un viejo pastor me dijo,
habian estado en la choza,
con el caballo rendido,
el mancebo y la morisca,
que buscaba con ahinco.
Tambien me indicó la senda
que tomaron y aun el sitio
donde estarian, que incautos
tal vez de él dieron indicios.
Me arrojé á su alcance al punto

más constante y más activo,
aunque ya mis camaradas
estaban desfallecidos.
Marchamos la noche toda,
y ya en el término mismo
de Castilla, al sol naciente,
llegamos á un lugarcillo
miserable, y en su ermita
con los desdichados dimos.

MARQ. (*Admirado.*)
¿En una ermita?

SARGEN. Y con ellos
un sacerdote...

MARQ. ¡Dios mio!
¿Un sacerdote?

SARGEN. Allí estaba.

COMEN. ¿Cómplice?...

SARGEN. Yo sus designios
no sé, señores, ni tiempo
le dí para descubrirlos,
pues fuí más veloz que un rayo,
en cuanto á los fugitivos
reconocí, en sorprenderlos,
atarlos y conducirlos.
El mancebo valeroso
uso hacer, restado, quiso
de un pedreñal, que llevaba
junto al estoque, en el cinto.
Pero yo con la jineta
le dí un golpe con tal tino,
que le hice perder el suyo
rindiendo á mis piés su brio.
La morisca desmayóse,
y el cura resistir quiso
que los prendiese, y furioso
yo no sé cuánto me dijo
de matrimonio, de fieles,
de profanacion, de ritos;
pues sin escucharle nada,
asegurados y listos,
saqué al campo mis dos presos,
y hácia aquí tomé el camino.

CONDE. De su majestad en nombre,
por tan completo servicio,
os doy la bengala.

COMEN. Es justo.

MARQ. El rey sabrá vuestro brio.

SARGEN. Yo me confundo, señores,
y honras tan grandes estimo.

MARQ. (*Suspenso.*) ¿En una ermita?... ¿Con ellos
un sacerdote?... Es preciso...

CONDE. (*Interrumpiéndole con severidad.*)
Nada en el momento importa.
Fácil será descubrirlo
despues. Lo que ahora interesa
es que salgan al suplicio.

COMEN. (*Al sargento.*)
¿Y habeis, decid, descubierto,
por ventura, en el camino,
algo de sus locos planes?

SARGEN. Ni una palabra me han dicho:
á mis continuas preguntas
con sollozos y gemidos
la morisca contestaba;
y el mancebo con desvío,
guardando tenaz silencio
impenetrable y tranquilo.

CONDE. Son esos perros muy duros.

MARQ. ¿El es tambien un morisco?...

SARGEN. No señor, que es caballero
español, y muy altivo.
Su porte y sus ademanes
dan de alta nobleza indicios.

MARQ. (*Con interés.*) ¿Y la morisca?

SARGEN. Confieso,
y no soy muy compasivo,
que lástima algunos ratos
me causaba el verla, fijos
en el mancebo los ojos;
y el rostro, que es un prodigio,
de lágrimas inundado.

COMEN. ¿Y fugarse no han querido?

CONDE. ¿No han tentado con ofertas
vuestra lealtad?

SARGEN. ¿Pues qué? digo,
¿á esta cara, á estos mostachos,
se atrevieran los nacidos,
con tales proposiciones?...
Se guardaran, vive Cristo.

CONDE. ¿Y les hallasteis papeles?

SARGEN. Lo primero fué el bolsillo
registrarles, y por cierto
no lo llevaban provisto.
Y aunque lo hubieran llevado
de oro y de joyeles ricos...
Dios me libre; por mi vida
seguro estaba, lo afirmo;
que soy montañés, y nunca
me apropio lo que no es mio.
Registrélos por si acaso
encontraba algun indicio
de traicion. Mas solamente
en la escarcela del lindo,
(*Saca un paquete de cartas atadas con un liston.*)
atados con esta cinta
encontré estos papelillos,
que me parecen las cartas
de algun buen padre á su hijo.
Pero como no conserva
ninguna su sobrescrito,
y están en abreviatura

las firmas, nada he podido
yo, que soy lector escaso,
sacar, señores, en limpio.
CONDE. A ver... dádmelas.
SARGEN. (*Se acerca á la mesa y entrega el paquete al conde.*)
Son estas;
no llevaba más consigo.
CONDE. Id con Dios. Muy satisfecho
queda de vuestros servicios
el consejo, y el despacho
tendreis de capitan vivo.
SARGEN. Y yo, por honra tan grande
ante el consejo me humillo.
(*Aparte, yéndose.*)
Si hoy empuño la bengala
no habrá quien pueda conmigo. (*Vase.*)
MARQ. (*Con ansiedad.*)
Señor conde, ¿qué os detiene
las cartas en recorrer?
Importante puede ser
lo que en ellas se contiene.
CONDE. (*Pone el paquete cual lo recibió sobre la mesa, y encima de él la mano.*)
Segun ha dicho el sargento
no presentan luz alguna.
Y si la dan, oportuna
no la juzgo en el momento.
COMEN. (*Perplejo.*) Si es caballero español
ese reo... descubrir...
CONDE. (*Con entereza.*)
¿Para qué, si ha de morir,
aunque fuera el mismo sol?
De nada le sirve al juez
el nombre del delincuente;
ántes gran inconveniente
es el saberlo tal vez. (*Pausa.*)
¿Que ese preso ha asesinado
á un capitan, de servicio
en importante ejercicio,
no está, señores, probado?
MARQ. Y COMEN. Sí lo está.
CONDE. ¿Y la general
ley, de todos conocida,
no condena al homicida
á la pena capital?
MARQ. Y COMEN. Es cierto.
CONDE. ¿Y no es evidente
que siendo traidor al rey,
ha quebrantado la ley,
en que terminantemente
se prohibe el impedir
del bando infiel la expulsion,
condenando, y con razon,
á quien lo intente á morir?
MARQ. Y COMEN. No hay duda.
CONDE. (*Resuelto.*) Pues sólo veo
en quien hizo cosas tales,
de dos penas capitales
un imperdonable reo.
Y dada, desde esta silla,
una sentencia legal,
aunque sea el criminal
un infante de Castilla,
se ha de cumplir, vive Dios.

Sale EL SECRETARIO

SECRET. Ya va á publicarse el bando,
y el pueblo hierve anhelando...
CONDE. ¿El suplicio de los dos?
dentro de una hora será.
SECRET. No señor. Suenan rumores...
CONDE. (*Con desprecio.*)
¿Qué dicen los habladores?
Mas ¿quién crédito les da?...
SECRET. Dicen que un grande de España
es el mancebo.
CONDE. (*Con burla.*) ¿No más?
SECRET. Y que su accion es quizás
mas bien que delito, hazaña.
Dicen que cristiana y fiel
es la morisca... Son varios
los cuentos extraordinarios
que de ella cunden y de él,
y reina gran ansiedad.
CONDE. (*Con viveza.*)
Las tropas á todo evento,
no haya algun traidor intento,
señor marqués, preparad.
MARQ. (*Levantándose.*)
Voy; mas juzgo necesario,
puesto que en la poblacion
reina alguna agitacion,
como dice el secretario,
á punto fijo saber
la importancia del tal reo,
y por esas cartas creo
que se podrá conocer.
Pues aunque el sargento rudo
nada de ellas descubrió,
si bien se examinan, yo
que algo se encuentre no dudo.
COMEN. Pues que no se ha de alterar
por su contenido en nada
la sentencia pronunciada,
se pueden examinar,
para que las precauciones
segun la clase del preso...
MARQ. Solamente para eso
busco estas indagaciones.
CONDE. (*Incomodado.*)
Accedo contra mi gusto,

si os anima ese interés;
pues con esa razon es
que yo me conforme justo.
(*Desata el paquete de cartas, y al ver la primera, se demuda, tiembla, se levanta y manifiesta gran sorpresa y turbacion.*)
¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Es verdad,
ó es un sueño que me engaña?...

MARQ. (*Aparte.*) ¡Qué turbacion tan extraña!
(*Alto.*) ¿Por qué, conde, esa ansiedad?...

CONDE. ¡Ay de mí!... ¡suerte cruel!!!

COMEN. ¿Qué descubrís, señor conde?
¿Qué grave secreto esconde
ese angustioso papel?

MARQ. (*Dudoso.*) Yo la causa no colijo...

CONDE. (*Fuera de sí.*)
Amigos... el criminal
que va al cadalso fatal...
es...

MARQ. Y COM. (*Con gran ansiedad.*)
¿Quién es?

CONDE. ¡Cielos! Mi hijo.
(*Cae sin sentido en el sillon, y le cercan y socorren atónitos el marqués, el comendador y el secretario.*)

ESCENA III

Decoracion corta, que representa el interior de una reducida prision, y salen MARÍA *y* D. FERNANDO, *vestido de soldado, y ambos con cadena y en gran abatimiento.*

MARÍA. ¡Oh Fernando!

D. FER. ¡Ay María!

MARÍA. ¡Esposo mio!... ¡Cielos!

D. FER. Al darme tú ese nombre,
en guirnaldas se tornan estos hierros.
¿Qué me importa la vida,
si en tus brazos la pierdo,
y juntas nuestras almas
de este mundo infeliz alzan el vuelo,
inocentes y puras,
á recibir á un tiempo,
en la mansion celeste,
la santa bendicion del Dios eterno?

MARÍA. ¿Tú morir?... ¡Mi Fernando!
¿Tú morir?... Me estremezco.
¿Qué delito es el tuyo?...
Muera yo sola, pues delito tengo.
Sí, nací delincuente,
la sangre que en mi pecho
por tí late, es delito,
delito propio que pagar yo debo.
¿Pero tú?...

D. FER. El adorarte
es un crímen horrendo
á los ojos del mundo,
y de tal crímen me pregono reo.

MARÍA. ¡Fernando!

D. FER. ¡Dulce esposa!

MARÍA. (*Con gran vehemencia.*)
Sálvate, te lo ruego.
No me espanta la muerte,
no me espantan los bárbaros tormentos,
si tu vida se salva.

D. FER. Yo sin tí la detesto,
y es ya morir contigo
la mayor dicha que afanoso anhelo.

MARÍA. ¡Fernando!... tus palabras
desgarran ¡ay! mi pecho.
¿Tú morir?... No, ¡Dios mio!
Una víctima basta.

D. FER. (*Con gran ternura.*) Amor y el cielo
hoy piden dos.

MARÍA. Esposo:
yo sola morir debo.
Cumpliéronse mis dias...
pues alcancé á ser tuya, nada espero.
¡Pero tú!... ¿No contemplas
el porvenir inmenso
que Dios te da propicio?...
Ingrato podrás tú desconocerlo?
Tu padre... sí, tu padre...

D. FER. Calla, calla, ¡oh tormento!...
Allá en Flandes me juzga...
Sepa quién soy, despues que hubiere muerto.
¿Yo, sin poder salvarte
intentar?... ¡Dios eterno!
Jamás.

MARÍA. Sí, que resuelta
á revelarle voy todo el secreto.
Yo llamaré á tu padre,
y á sus piés...

D. FER. Vano esfuerzo:
es un juez inflexible.

MARIA. Pero es padre tambien.

D. FER. Tambien soy reo.

MARIA. ¿De qué crímen?

D. FER. De amarte.

MARIA. ¿Qué importa, si yo muero?

D. FER. De un homicidio.

MARIA. Es falso.
El dar castigo á un forzador perverso
salvando á una infelice,
no ha sido en ningun tiempo
crímen. Y tu inocencia
publicará mi labio al universo.

D. FER. Y moriré.
(*Se oye ruido, y el cerrojo y llave de la prision.*)

MARIA. (*Suspensa.*) ¿No escuchas?...

D. FER. ¡Qué horror!...

MARIA. ¿Llegó el momento?...

D. FER. (*Mirando á la puerta sobrecogido de terror.*)
¡Mi padre!... ¡Oh desventura!
Huye, déjame solo, te lo ruego.
(*Empuja á María con violencia hasta sacarla de la escena, y él queda confuso al lado opuesto de aquel por donde se escuchó el ruido.*)

Sale EL CONDE DE SALAZAR, *embozado, y se detiene á la entrada, clavando los ojos en D. Fernando, y retirándolos al empezar á hablar.*

CONDE. Él es. ¿Podrá mi valor
tan alto punto alcanzar?
Mi planta siento temblar.
¡Oh cielos!... dadme favor.
Mas si él es... ¿qué espero aquí?
Si es cierta mi desventura,
¿qué busco ya, qué procura
mi afan?... ¡Infeliz de mí!
(*Pausa.*)
Si no fuera criminal...
¡Ay!... Si disculpa aun tuviera..
Si alguna desdicha fiera
le arrebató á exceso tal...
¿Ya pretendo alucinarme
buscando disculpas vanas?
¿Quiero mancillar mis canas?
(*Resuelto.*)
Sólo huyendo he de salvarme.
(*Va á partir, y se detiene á la primera voz de D. Fernando, pero sin desembozarse ni volver el rostro.*)

D. FER. ¡Padre!... ¡Señor!... ¡Padre mio!
(*Corre y se arroja á sus piés y le abraza las rodillas.*)
Una vez entrado aquí,
¿os vais sin hablarme, así
abandonándome impío?

CONDE. (*Inflexible y sin volver el rostro, y con afectado sosiego.*)
Tengo un hijo solamente,
que sigue en Flandes la guerra.
¿Cómo puede en esta tierra
preso estar, ser delincuente?

D. FER. Golpes de fortuna son,
que explicados...

CONDE. (*Con reconcentrado furor.*)
¡Explicar,
¡oh traidor! el ayudar
á la morisca nacion!!!

D. FER. (*Abatido.*) ¿Yo... caballero... cristiano,
á tal crímen arrojarme?...
(*Despechado.*)
¿Y quién osa apellidarme
traidor?... ¡Cielo soberano!
¡Padre!

CONDE. (*En la misma actitud.*)
El delito es patente.
¿No osasteis vos atacar,
los rebeldes por salvar...?

D. FER. (*Con energía.*)
Quien tal os ha dicho, miente.

CONDE. Y de noche en un camino,
quebrantando toda ley,
de un capitan de su rey
fuera mi hijo el asesino?

D. FER. (*Levantándose con dignidad.*)
¡Padre! ¡Padre! Basta ya.
¡Asesino!... ¿Quién, señor?
¿De vuestra sangre el valor
juzgais que tan bajo está?
(*Con entereza.*)
Con razon y frente á frente,
cruzándose los aceros,
cual cumple entre caballeros,
le herí, señor, noblemente;
á una infelice amparando,
que en un monte violentar
quiso el feroz militar,
de su poder abusando.
Al gemido del despecho
de la víctima acudí,
y logré salvarla. Sí...
vos lo mismo hubierais hecho.
Que amparar á una mujer,
oprimida y principal,
de todo ultraje brutal,
es un sagrado deber.

CONDE. (*Se va volviendo lentamente, enternecido al oir los últimos versos, se desemboza, y sin mirar aun á su hijo, dice aparte muy conmovido.*)
¡Cielos!... ¡Cielos!... Si es así,
disculpa tiene su arrojo,
gran disculpa. (*Alto.*) Me sonrojo
de haber dudado de tí.
(*Le echa los brazos.*)
¡Hijo mio!... ¡Hijo!
(*Despues de una ligera pausa, recobra su entereza, y lo separa de sí con severidad.*)
Mas... no.
Con la mora te fugaste,
y el decreto quebrantaste
que darle amparo prohibió.
Y salvando de Albenzar
á la atrevida heredera,
del rebelde la bandera
del polvo osastes alzar.

D. FER. (*Con vehemencia.*)
¡Padre!... ¡Padre!... Yo salvé

en tan crítico accidente
á una mujer inocente,
que nunca rebelde fué.
(*Con entusiasmo.*)
Cristiana es, pura, leal,
de Albenzar la hija. Es portento
de virtud y entendimiento,
un encanto celestial.
(*Cae de rodillas á los piés del padre.*)
Y... Padre, padre, perdon.
Es la esposa de tu hijo.

CONDE. (*Atónito.*) ¿Qué es lo que tu labio dijo?
¿Esposa tuya?... ¡Oh baldon!
(*Con gran ansiedad.*)
¿Cuándo?... Acaba... ¿cómo pudo?...

D. FER. (*Ahogado.*) Cuando nos halló el sargento,
se elevaba á sacramento
nuestro indisoluble nudo.
En un lugar de mi estado
nos ha unido á ambos á dos
el sacerdote ante Dios,
con el rito acostumbrado.

CONDE. Tú, ¿de una morisca?... dí?

D. FER. Dios santo es de ello testigo.

CONDE. (*Furioso.*) ¡Infeliz!!! Yo te maldigo.

D. FER. (*Aterrorizado.*)
¡Padre!!!... ¡Qué horror!... ¡Ay de mí!
(*Cae al suelo.*)

CONDE. (*En actitud amenazadora y con terrible furor.*)
Vuele al cadalso la infiel,
y que del verdugo el brazo
rompa y destroce ese lazo,
dogal para mí cruel.
(*Yéndose precipitado.*)
Que no se retarde más
el suplicio, ni un instante.

D. FER. (*Arrastrándose tras de su padre.*)
Como esposo, como amante,
debo tambien...

CONDE. (*Volviendo con rapidez.*)
Morirás. (*Vase.*)

Sale MARÍA, *y estrecha en sus brazos á D. Fernando.*

MARÍA. Todo lo escuché... ¡Dios mio!
De bronce ó de mármol soy,
pues lo escuché y viva estoy.
¡Oh crueldad!... ¡Oh padre impío!
Fernando... Fernando... Esposo...

D. FER. Mejor dime tu verdugo:
pues darme al destino plugo
tormento tan espantoso.
Yo... Sí, de tu perdicion
soy la causa...
(*Desesperado.*)
¡Horrible suerte!
pues que te arrastro á la muerte
con mi necia indiscrecion.
De mi padre la violencia,
para romper nuestro lazo,
á apresurar corre el plazo
de la espantosa sentencia.

MARÍA. ¡Fernando!

D. FER. Ya no hay piedad,
cerróse toda esperanza.

MARÍA. Aun tengamos confianza
en la celeste bondad.

D. FER. Me horrorizo, me confundo...

MARÍA. Si te salvo con mi muerte,
como ya espero, mi suerte
es la más feliz del mundo.

D. FER. ¿Yo sin tí la vida?... No:
juntos al cielo volemos,
que allí el amparo tenemos
del que al hombre redimió.

Salen EL ALCAIDE *y dos* ALABARDEROS.

ALCAI. Si sois cristianos, venid,
que un religioso os espera
en la capilla de afuera:
vuestras almas prevenid.

MARÍA. ¡Fernando!... ¡Esposo!... ¡qué horror!

D. FER. (*Con resignacion y dignidad.*)
Pura, angelical María,
sea la Vírgen nuestra guía,
y muramos con valor. (*Vánse.*)

ESCENA IV

El teatro representa el gran salon del consejo. Salen EL COMENDADOR *y* EL SECRETARIO

COMEND. Terrible es la situacion
del conde de Salazar.
¿Es cierto que fué á apurar
su desdicha á la prision?

SECRETARIO. El hijo á reconocer,
pues aun dudaba que él fuera,
entró en la torre.

COMEND. Quisiera
poderle en algo valer.
¡Tal afrenta!... ¡Desdichado!
¿Su hijo, heredero, traidor?...
¿A mancha tal en su honor
qué objeto le habrá llevado?
Parece imposible.

SECRETARIO. Es cierto.
Yo juzgo que alguna cosa
escondida y misteriosa
reina en tanto desconcierto.

Sale EL MARQUÉS DE CARACENA, *apresurado.*

MARQUÉS. ¿Dónde... dónde el conde está?

SECRETARIO. No ha vuelto de la prision.
MARQUÉS. Muy temible agitacion
cundiendo en el pueblo va,
y es preciso...
SECRETARIO. El conde viene.
COMEND. (*Mirando á la entrada.*)
De un cadáver insepulto
mejor dijerais el bulto:
de un espectro el aire tiene.

Sale EL CONDE DE SALAZAR, *demudado y descompuesto, y sin reparar en nadie se arroja despechado en un sillon.*

COMEND. (*Acercándose con timidez.*)
Señor conde... ¿y es verdad?...
CONDE. (*Con terrible acento.*)
Al cadalso esa mujer.
Pronto, pronto.
MARQUÉS. (*Con firmeza.*) Puede haber
alguna dificultad.
CONDE. (*Furioso.*) Ninguna. Al cadalso luégo.
De este peso me liberte,
que hoy me abruma, con su muerte.
MARQUÉS. (*Acercándose.*)
Señor, escuchadme os ruego.
La morisca está casada.
CONDE. (*Fuera de sí.*)
¡Infamia!... ¡afrenta! El sayon
tal lazo de maldicion
romperá.
MARQUÉS. (*Con teson.*) Queda salvada
siendo su esposo cristiano:
la ley terminante es.
CONDE. No en este caso, marqués.
MARQ. Y COMEND. Considerad...
CONDE. (*Levantándose, y con actitud y tono de dominio.*)
Es en vano;
que la sangre de Albenzar
se extermine manda el rey,
y esta es la suprema ley
que cumplida ha de quedar.
VOCES DENT. Detente.
OTRAS DENT. Atrás.
OTRAS DENT. ¿Estás loca?
FELISA. (*Dentro.*)
Entraré aunque os pese á vos,
que el paso abre siempre Dios
á quien su justicia invoca.
MARQUÉS. (*Sobresaltado.*)
¿Qué alboroto puede ser?...
COMEND. (*Mirando afuera.*)
Las guardias atropellando,
hasta aquí mismo va entrando
frenética una mujer.
FELISA. (*Dentro, pero más cerca.*)
Dios me envia; respetad...
VOCES DENTRO, PERO CERCA. Atrás... Pronto.
FELISA. (*Dentro.*) Es inocente,
y Dios justo no consiente...
MARQUÉS. (*Decidido, acercándose á la entrada.*)
Guardias, el paso dejad.

Sale FELISA, *muy agitada y descompuesta.*

FELISA. (*Fuera de sí.*)
No es morisca, que es cristiana.
De Albenzar no es hija, no:
del trueque culpa soy yo:
es de sangre castellana.
COMEND. Y SECRET. ¿Qué dice?
MARQUÉS. (*Con viveza.*) ¿Qué?...
CONDE. ¡Oh confusion!
¿Qué es lo que pasa por mí?
MARQUÉS. (*Acercándose á Felisa con mucho interés.*)
Habla, mujer.
CONDE. (*Agitado.*) Habla, dí.
FELISA. Prestad, que os cumple, atencion.
(*Con rapidez.*)
Ha diez y ocho años
que estando una noche
con mi amado esposo,
que del cielo goce,
sola en mi cabaña,
en aquellos montes,
que en sus hondas quiebras
á Alajuár esconden,
tocó fatigado,
perdido en el bosque,
huyendo la furia
de unos salteadores,
pidiendo socorro,
á mi puerta, un hombre.
Bajó de un caballo,
y en la choza entróse;
y al desembozarse
demostró en su porte
ser hombre de cuenta,
que esto se conoce.
Ví que un envoltorio
resguardaba, donde
de un recien nacido
noté los clamores.
Pregunto curiosa,
me acerco, y mostróme
un ángel del cielo,
una niña, entónces
de dos ó tres dias,
con tales facciones,
con tanto atractivo
de celestes dotes,

que con sus encantos
el alma robóme.
Presentéle el pecho,
y ansiosa tomóle;
(tres meses habria
que de mis amores
el fruto perdiera)
y la niña hallóse
tan bien en mis brazos,
que al momento el hombre,
si queria encargarme
de ella, preguntóme.
Con el alma, dije;
y él repuso entónces:
Ya está cristianada,
María es su nombre,
y de vuestras dichas
puede ser el norte.
Mas secreto importa,
que un misterio esconde
que interesa mucho
á grandes señores.
Yo volveré á veros,
pues que ya sé dónde.
Y algunas monedas
dándome, partióse.

MARQUÉS. (*Muy agitado.*) Acabad.

FELISA. Yo loca,
no por tales dones,
sino por la niña,
á poner fuí en órden
sus ricos pañales,
que decian á voces
ser aquella prenda
de sangre muy noble.

MARQUÉS. (*Con ansiedad.*) ¿Y qué hiciste?... dime.
¿En dónde está?... ¿dónde?
Infeliz, acaba,
que el alma me rompes.

FELISA. A los pocos dias,
de parto murióse
de Albenzar la esposa,
y proposiciones
de criar su hija
me hicieron. Entróme
deseo, llevada
(que al cabo era pobre)
de obligar con ello
á Albenzar, al hombre
de mayor riqueza
en aquellos montes;
y amo, á quien servian
tambien de pastores
mi padre ya viejo,
y mi esposo aun jóven;
accedí, encarguéme
de la crianza doble:
tomé á la morisca,
y á las pocas noches
tuve la desgracia
de que diera un golpe,
miéntras yo dormia,
cayendo del borde
de la cama al suelo,
que la muerte dióle.
Yo, desatentada,
confundida entónces,
de Albenzar temiendo
los justos furores,
y no habiendo vuelto
á ver á aquel hombre,
que la otra criatura
me trajera...

MARQUÉS. Acorte
palabras tu labio,
excuse razones.
Le diste por hija
la niña del bosque.

FELISA. Sí, señor. Confieso
mi delito enorme.
Le engañé. Y á poco
con ella llevóme
á su casa, y nunca
de mí separóse.

MARQUÉS. (*Aparte.*) ¿Cómo yo encontrarla
con morisco nombre?
(*Alto á Felisa.*)
Infame... ¿la hiciste
morisca?... Responde.

FELISA. (*Con fervor.*) La crié cristiana,
que aunque nací pobre,
de cristianos viejos
y de raza noble
castellana sangre
por mis venas corre.
Cristiana, inocente,
es esa que atroces
habeis condenado.
Dios os lo perdone.
(*Profunda sensacion.*)

CONDE. ¡Oh cielos!... Respiro.

MARQUÉS. ¿Y encontraste sobre
la niña... en sus ropas?...

FELISA. En un lienzo doble,
este pergamino
y esta cruz.
(*Saca del pecho un pequeño pergamino escrito, y una crucecita de oro, que entrega al marqués. Este reconoce uno y otro enajenado de gozo.*)

MARQUÉS. Rompióse
el velo angustioso,

al fin la hallé... ¿y dónde?
¡Ay, hija del alma!
(Dentro cajas.)
¡Funesto redoble!

CONDE. Volad, secretario,
suspended el golpe...

MARQUÉS. *(Con ansiedad.)* Volad, y rompiendo
sus duras prisiones,
vengan á mis brazos.
(Vase el secretario.)

FELISA. *(Enajenada de gozo.)*
¡Oh Vírgen!... Salvóse.
(Vase á marchar, y la ase de un brazo y la detiene el conde.)

CONDE. Mujer, decid, ¿es seguro
cuanto aquí habeis revelado?

FELISA. Yo por el Crucificado
delante de Dios lo juro.
El vicario de Alajuár,
á quien yo en la confesion
hice esta declaracion,
me puede justificar.
(La suelta el conde y se va.)

CONDE. *(Deteniendo al marqués.)*
¡Señor marqués!...

MARQUÉS. *(Con viveza.)* Sí; es mi hija,
y de una ilustre señora...
No es posible entrar ahora
en esta historia prolija.
Basta decir que casado
yo con la madre estuviera,
si la muerte no la hubiera
á mi amor arrebatado.

COMEND. *(Deteniéndolo tambien.)*
¿La niña, cómo quedó
en un abandono tal?

MARQUÉS. Porque mi estrella fatal
en ahogarme se empeñó.
Mataron los salteadores
al volver á mi criado,
y me quedé condenado
á mil dudas y temores.
Despues mil pesquisas hice
en vano... ¿Cómo acertar
que era la hija de Albenzar
la que buscaba?... ¡Infelice!

COMEND. Ya vienen.

MARQUÉS. *(Enajenado.)* ¡Dulces pedazos
del alma! *(Observando.)*
¡Ay!... ¡su madre es!

Salen DON FERNANDO *con* CORBACHO, MARÍA *con* FELISA, *y demás* GUARDIAS *y* PUEBLO DE VALENCIA.

D. FERNAN. *(Arrojándose á los piés del conde.)*
Padre mio: á vuestros piés...

CONDE. *(Con gran ternura.)*
Toma, hijo mio, los brazos.
(Se abrazan.)

MARÍA. *(Arrojándose en brazos del marqués.)*
¡Señor!... ¿Vos?...

MARQUÉS. *(Fuera de sí.)* ¡Oh prenda mia!
(Pausa.)
¡Oh conde!...

CONDE. ¡Oh marqués! ¡oh amigo!
Yo su santa union bendigo.
(El conde empuja de un lado á don Fernando, y el marqués de otro á María para que se abracen.)

MARQUÉS. *(Al conde.)* Será la heredera mia.

COMEND. *(Enternecido.)* ¡Cielos!

FELISA. *(A Corbacho.)* Milagro es patente.

CORBACHO. Lo es sin duda.

COMEND. A la inocencia
siempre ampara la clemencia
del Dios santo omnipotente.

Sevilla, 1841.

FIN DE LA COMEDIA

EL CRISOL DE LA LEALTAD

COMEDIA EN TRES JORNADAS

AL ILUSTRÍSIMO SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO: *en testimonio de antigua, constante y respetuosa amistad,*

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

PERSONAS

LA REINA DE ARAGON, *dama.*
DOÑA ISABEL TORRELLAS, *dama.*
DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, *galan.*
DON LOPE DE AZAGRA, *barba.*
MAURICIO, *monje benito.*
EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA, *viejo.*
FORTUN TORRELLAS, *viejo.*
JOFRE DE ALVÉRO, *galan.*
ALVARO GARCÉS, *galan.*
BERRIO, *gracioso.*
SANCHA, *graciosa.*
ANTON, *ventero.*
RITA, *ventera.*

COMPARSAS

RICOS HOMBRES *é* INFANZONES.
CLÉRIGOS *del séquito del arzobispo.*
TRES CABALLEROS *del séquito de Torrellas.*
CUATRO IDEM *del séquito de don Lope de Azagra.*
DAMAS, PAJES, GUARDIAS *de la reina.*
CUATRO VILLANOS *del séquito de don Lope de Azagra.*

La accion pasa en Zaragoza y sus cercanías el año de 1163

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa la espaciosa cocina de una venta en las cercanías de Zaragoza. Aparecen ANTON *atizando el hogar y* RITA *mirando á la puerta con inquietud.*

RITA. Mal fuego de Dios, amén,
sobre esa gente maldita
caiga, y pronto.
ANTON. Calla, Rita.
Prudencia y cachaza ten.
RITA. ¿Cachaza y prudencia, Anton,
cuando al punto en que llegaron
ayer tarde, nos robaron
dos ovejas y un lechon?
Y gracias que en el pajar
estaban ya las gallinas.
Dime, en fin, qué determinas,
pues voy la puerta á atrancar.
ANTON. (*Acercándose.*)
¿Sancha y Berrio no han salido
á recoger el ganado...?
pues cuando esté á buen recado
tomaremos un partido.
RITA. El de la venta cerrar
y defender nuestra hacienda.
ANTON. (*Receloso.*)
El diablo que la defienda,
que en ello se puede errar.
RITA. (*Con viveza.*)
Defenderse de ladrones
es justo.
ANTON. ¿Y estos lo son...?
RITA. Las ovejas y el lechon
lo dirán.
ANTON. No más razones.
Calla la boca, mujer.
Esas gentes por momentos
armas reciben y aumentos:
sabe Dios lo que va á haber.

Ya has visto que no encontraron
en el vecino castillo
resistencia, y el rastrillo
al punto les franquearon.

RITA. Porque de Nuño Atarés,
hijo de aquel infanzon,
á quien no quiso Aragon
por su soberano, es.
Y siempre anda desabrido,
y de la reina se queja.

ANTON. Pues á los señores deja
tomar tal ó cual partido.
Y traten los cortesanos
de estas cosas, que nosotros,
manden unos, manden otros,
no salimos de villanos.

BERRIO. (*Dentro y dando grandes voces.*)
Arre... ¡jó!...—¡Maldita burra!
Sancha, abre bien...—Arre... ¡jó!

SANCH. (*Dentro.*)
Ya todo el ganado entró.

ANTON. (*Desde la puerta.*)
Que el morueco no se escurra.

Salen SANCHA *y* BERRIO *con hondas en la mano y muy cansados.*

BERRIO. Ya está todo en el corral,
hasta el morueco marrajo;
no ha sido poco trabajo.
¡Qué arisco es el animal!

RITA. ¿Y los cerdos? ¿y el pollino?

BERRIO. De los cerdos... faltan dos.

RITA. Maldito seas de Dios.
¿Dónde...?

BERRIO. ¡Toma...! El peregrino
lo sabe.

RITA. ¡Gran ladron!

BERRIO. (*Poniéndose el dedo en los labios y acercándose á Rita.*)
¡Chií!!!
que á venir al punto va,
y tiene un gesto, que ya!

RITA. ¡Jesus! ¿Va á encajarse aquí?

BERRIO. El lo dice.

ANTON. ¿Pues le has visto...?

BERRIO. Sancha...

SANCH. (*Interrumpiéndole.*)
Mentira.

BERRIO. Sí, tú:
¡curiosa de Belcebú!

ANTON. (*Impaciente.*)
Explícate, voto á Cristo.

BERRIO. Sancha la burra montó
para carrear el ganado,
y á carrera por el prado...

SANCH. La burra se me escapó.

BERRIO. Ya se ve que escapó. Como
siempre que le arrima
la persona que va encima
un aguijonazo al lomo.

SANCH. Fué porque...

BERRIO. Entre los enebros
vió soldados la pollina,
y siempre se desatina
por ir donde oiga requiebros.

SANCH. ¡Malicioso!

BERRIO. A la cañada
corrió en fin, y yo tras de ella,
pues no debe una doncella
correr sola despeñada.
Y á ese hombre, con otros seis,
nos hallamos.

RITA. ¡Ay, qué miedo!
¡Jesus!

BERRIO. Afirmaros puedo
que de milagro me veis.
Se me heló todito el cuajo.

SANCH. Y á mí tambien.

BERRIO. Quiá. ¡Sanchica!
Si al fin logró la borrica
escuchar un requebrajo.
Yo sí, que caí de rodillas
de pié á cabeza temblando,
cual si estuvieran bailando
en mi cuerpo las costillas.
Y la maldita vision:
¿*quién son* (dijo) *los villanos*?
y yo, cruzadas las manos,
le respondí: hija de Anton
es esta mala doncella.
Hija de Anton el ventero,
y yo su novio, que quiero
casarme, señor, con ella.
Y el duende repuso: «Bien.
Pues que en su venta me espere,
si es que fiel mostrarse quiere,
al tal Anton le preven.
Y porque no tenga quejas
de mí, dale este dinero,
que con él pagarle quiero
tres cerdos y dos ovejas.»
Y esta me dió.
(*Saca una bolsa con dinero.*)

RITA. (*Tomándola y examinándola.*)
¡Vírgen pura!
Tres veces hay su valor.

ANTON. Pues si es tan buen pagador,
venga con buena ventura.

BERRIO. Y á Sancha tambien...

SANCH. Tambien
me dijo: *Hermosa doncella...*

BERRIO. No hubo hermosa, miente ella.

Doncella solo, y va bien.
SANCH. Sí señor.
BERRIO. No, que es tramoya.
SANCH. (*Sacando del pecho una cruz de oro.*)
Y dióme esta cruz, mirad.
RITA. (*Pasmada.*)
A ver... ¡de oro...! Una ciudad
vale. ¡Ay Dios, qué rica joya!
Marido.
ANTON. Rita, ¿lo ves?
prudencia y cachaza, sí;
que el tal me parece á mí,
que lo que se suena es.
BERRIO. Tambien nos dijo ese coco. .
RITA. Ese señor. Más despacio.
BERRIO. *Esa venta en un palacio*
se tornará de aquí á poco.
Lo que me hace sospechar
que es algun brujo, hechicero,
que es carbon ese dinero,
que la venta va á volar.
Y... si es así... ¡guarda, Pablo!
RITA. ¿No ves que una cruz nos dió?
BERRIO. Siempre diz que se escondió
detrás de la cruz el diablo.
RITA. (*Sorprendida.*)
¿No oyes caballos, Anton...?
¡Ay...! ¿si será...? Yo estoy muerta.
ANTON. Déjate, desde la puerta
observaré quiénes son.
(*Se acerca al bastidor.*)
¡Ay Rita...! ¿Sabes quién es?
Torrellas nuestro señor,
con otros cuatro al reedor,
y con Alvaro Garcés.
RITA. (*Cuidadosa.*)
¡Ay cielos...! Que está esa gente
tan cerquita no sabrán,
y acaso los prenderán...
ANTON. (*Con malicia.*)
Mujer, no seas inocente.
Corro á tener el estribo
á Torrellas mi señor.
No te asustes, ten valor;
que no hay de miedo motivo. (*Vase.*)

Salen embozados FORTUN TORRELLAS, JOFRE DE ALVÉRO, ÁLVARO GARCÉS *y tres* CABALLEROS.

TORREL. ¡Oh buen Anton! ya veo
que fiel me conociste
desde el mismo momento en que me viste,
y que servirme es siempre tu deseo.
¿Y Rita y Sancha, buenas?
ANTON. De gozo al veros, como deben, llenas.
BERRIO. (*Adelantándose.*)
Los cerdos, las ovejas y pollinos...
ANTON. (*Deteniéndolo.*)
Calla, animal, no digas desatinos.
TORREL. Muy guapa está Sanchica.
BERRIO. (*Adelantándose otra vez.*)
Se escapó esta mañana en la borrica...
RITA. Vete, bruto, de aquí.
TORREL. ¿Quién es...?
BERRIO. Nostramo,
Berrio el zurdo me llamo,
y soy mozo porquero,
y seré, si Dios quiere, para enero
el marido de Sancha,
de lo que está, señor, ella tan ancha,
y tanto, que quisiera
que el matrimonio este verano fuera.
Mas yo estoy hoy mohino
y ronco y fatigado,
porque ella y el morueco
han hecho cosas que me tienen seco.
TORREL. (*Llamando á Anton aparte.*)
Decidme, Anton honrado,
¿habeis visto el anciano peregrino,
que en el fuerte vecino
de Atarés, mi pariente,
se ha alojado esta noche con su gente?
ANTON. (*Con aire reservado.*)
Sancha y el mozo diz que lo encontraron
esta mañana, y que con él hablaron.
TORREL. ¿Y con qué compañía
te han dicho, Anton?
ANTON. (*Llamando á su hija.*)
Escúchame, hija mia.
(*Habla con ella aparte y en secreto, y luégo dice:*)
Con cinco hombres no más.
TORREL. Ponte á la puerta,
y para ver si vienen está alerta.
ANTON. Venid todos conmigo.
(*Vanse Anton, Rita, Sancha y Berrio.*)
TORREL. El tal romero
cual es se porta á ley de caballero.
Seis á seis la entrevista
tendrá lugar.
GARCÉS. El cielo nos asista
para ver la verdad distintamente,
y poder resolver lo conveniente.
TORREL. ¡Ojalá, amigos, que quien dice sea!
Yo le conoceré cuanto lo vea,
pues aun no se borró de mi memoria
aquel aspecto de grandeza y gloria.
ALVER. Tampoco yo olvidado
tengo su altivo porte y su semblante.
Que, aunque muy jóven, combatí á su lado,
y le ví lanza en ristre y arrogante

entrar en hora aciaga
en medio de los moros allá en Fraga,
en donde lo perdimos,
y de su arrojo audaz víctimas fuímos.

GARCÉS. ¡Ojalá sea! Y Aragon recobre
su perdido poder, y extienda sobre
Castilla su dominio,
tornando á ser de infieles exterminio.

Salen corriendo y asustadas, queriendo refugiarse detrás de Torrellas, RITA *y* SANCHA, *y con ellas* BERRIO.

RITA. ¡Vírgen santa bendita!
SANCH. Amparadnos, señor...
TORREL. ¿Qué es esto, Rita?
BERRIO. Que ya viene...
SANCH. ¡Qué miedo!
RITA. Estoy sin tino,

Sale ANTON.

ANTON. (*A Torrellas.*)
Aquí llega, señor, el peregrino.
TORREL. A su encuentro salgamos.
(*Al acercarse á la puerta queda asombrado, y retrocede poco á poco respetuoso y confundido.*)
Mas ¿qué veo?
¿Es ilusion falaz de mi deseo?
¡Gran Dios!... él es... No hay duda.
ALVER. (*Mirando asombrado á la puerta.*)
Sí... mas del tiempo la carrera muda
ha alterado su rostro.
TORREL. ¡Santo cielo!
GARCÉS. Me ha convertido la sorpresa en hielo.

Salen D. LOPE DE AZAGRA, *con un ropon y esclavina de peregrino:* MAURICIO *con hábito de monje: cuatro* CABALLEROS *vestidos de cazadores, dejando ver armas de guerra bajo los sayos, y cuatro* VILLANOS.—*Don Lope se despoja con nobleza del traje de peregrino, y queda armado, con sobreveste roja, y el collar de la órden del Santo Sepulcro, y se dirige sin vacilar con los brazos abiertos á Torrellas.*

D. LOPE. Noble Fortun Torrellas,
cuya fama se encumbra á las estrellas,
y en quien miro y contemplo
de honor y de lealtad tan vivo ejemplo:
ven, y en estrechos lazos,
pues que en mi apoyo tu favor consigo,
te ciñan hoy los brazos,
no de tu rey, de tu constante amigo.
TORREL. (*Hincando las rodillas y enajenado de gozo y de respeto.*)

No es posible que dude
honra y dicha tan alta, pues acude
tanto recuerdo grato
á mi pecho, do vive tu retrato,
que por mi rey amado te pregono,
y de ayudarte á recobrar el trono
te hago pleito homenaje;
no en tus brazos, señor, do me levantas,
sino á tus régias plantas,
rindiéndote el debido vasallaje.
D. LOPE. (*Levantándolo.*)
Alza, y ven á mi pecho.
Y porque más seguro y satisfecho,
libre de toda duda,
tu noble esfuerzo á mi servicio acuda;
y porque la verdad hoy testifiques,
y en Aragon publiques
que Alonso, emperador de las Españas,
aquél á quien valieron sus hazañas
tan glorioso renombre,
que de batallador mereció el nombre,
soy yo; y porque asegures la falsía
con que se publicó que muerto habia
en la accion aciaga,
castigo del Señor, cerca de Fraga;
claras, nuevas señales
quiero mostrarte á tí y á estos leales.
(*Separa la veste y enseña una cicatriz.*)
¿Recuerdas esta herida
que al bravo Albucalem costó la vida,
cuando aquí, en Zaragoza, holló triunfante
mi régia planta el bárbaro turbante?
(*Torrellas da muestras de reconocerla.*)
Sí, tú fuiste el primero
que viendo en tierra mi tajante acero
en aquella jornada,
me alargaste tu espada.
Y vive Dios, Torrellas, que venia,
pues fuistes un portento en aquel dia,
toda de sangre bárbara bañada.
(*Mostrando un eslabon roto del collar.*)
¿Ves este collar roto,
de la órden sacra del Sepulcro Santo,
que en Pamplona fundé cumpliendo un voto,
y que de los infieles fué el espanto?
Recuerda que en mi pecho,
estando tú de mí muy corto trecho,
lo rompió la violencia
de una lanza, en el cerco de Valencia.
(*En reserva á Torrellas.*)
¿Y olvidaste acaso, fiel amigo,
el aviso secreto,
importante á mi honor y á mi respeto,
que me diste sagaz, con que el castigo
de Pero Anzures suspendí prudente,
para ganar la castellana gente?

(*Torrellas da muestra de recordarlo atónito.*)
Y este anillo real, ¿no lo conoces?
(*Enseña una sortija.*)

TORREL. (*Besándole la mano.*)
Basta, señor: el cielo santo á voces
que sois mi rey me dice
y á quien lo dude con furor maldice.
Alvaro de Garcés, Jofre de Alvéro,
aragoneses todos: yo aseguro,
y lo defenderé con este acero,
que don Alonso emperador es este,
que la bondad celeste
devuelve á nuestro amor.
(*Hincando una rodilla, y extendiendo la mano derecha.*)
Y yo le juro
obediencia y lealtad.

ALVÉRO, GARCÉS, *los tres* CABALLEROS, BERRIO, ANTON *y los cuatro* VILLANOS (*hincando la rodilla y extendiendo la mano.*)
Y lo juramos
todos tambien.

MAUR. (*Poniéndose en medio con dignidad.*)
En nombre de Dios vivo,
como su sacerdote, yo recibo
el santo juramento,
y os exhorto á su pronto cumplimiento.

D. LOPE. Alzad, vasallos fieles, (*Levántanse todos.*)
que ya de nuevos triunfos y laureles
juzgo mi frente orlada,
y de Aragon la gloria asegurada.
(*Acercándose afectuosamente á Jofre de Alvéro.*)
Llega, gallardo Alvéro.
¡Qué espigado y gentil! Aunque muchacho,
no diste á los infieles mal despacho,
en aquel lance de contrario agüero.
Pienso que fué tu estreno en aquel dia:
ibas por cierto en una jaca pia.
(*Alvéro le besa la mano.*)—(*Acercándose á Garcés.*)
¿Y tú, Garcés?... ¡Cuán bravo caballero
era tu padre! la primera lanza
de Aragon... ¿dónde está?

GARCÉS. Señor, es muerto
en San Pedro de Arlanza,
donde se retiró juzgando cierto
vuestro fin desastrado.

D. LOPE. De lealtad y valor era un dechado.
(*Le besa Garcés la mano.*)
No perdamos, Torrellas, ni un momento.
A Zaragoza parte,
dando mi nombre al viento,
y alzando de lealtad el estandarte.
Y dile á mi sobrina
que tema de la cólera divina
y de mi noble esfuerzo la venganza,
si al punto sin tardanza
su rey no reconoce en mí, y su tio,
el trono devolviéndome, que es mio.

TORREL. Señor, á obedeceros,
con estos valerosos caballeros,
patentizando al mundo
que vive vuestro esfuerzo sin segundo,
iré. Y el pueblo fiel de Zaragoza,
que escasas dichas y venturas goza
desde el momento que os perdió, la nueva
que hoy de nuestra lealtad la voz le lleva
oirá con entusiasmo y alegría,
y os abrirá sus puertas este dia.
Mas para combatir cumplidamente
las dudas y razones,
que opuestos intereses y opiniones
puedan acaso, entre la ruda gente,
esparcir (porque dan tan largos años
lugar á recelar dolos y engaños),
dignaos de darme relacion cumplida
de cómo fué vuestra preciosa vida
en la ocasion salvada;
y de dónde, eclipsada,
tan largo tiempo estuvo,
y escondida y oculta se mantuvo
la majestad augusta que adoramos,
y que hoy, gracias al cielo, recobramos.

D. LOPE. Fortun Torrellas, tu prudencia es mucha.
Sí, todo lo sabrás: atento escucha.
Viendo en los campos de Fraga,
donde Dios airado quiso
dar á mis muchos pecados,
con la derrota, el castigo,
que por momentos crecian,
como mar embravecido,
los escuadrones infieles
sobre los pendones mios;
y conociendo que sólo
de tan tremendo conflicto
hallar pudiera el despecho
de salvacion un camino,
elegí trescientas lanzas,
la flor del hispano brio,
y arrojéme á su cabeza
en brazos de mi destino.
Arrollé como un torrente
los escuadrones moriscos;
sus más bravos adalides,
y sus jeques de más brio
al empuje de mi lanza
cayeron en sangre tintos,
como en la selva al empuje
caen del huracan los pinos.

Mis servidores leales
hicieron raros prodigios
de valor; mas todo en vano,
pues Dios nos negó su auxilio.
Y ya casi todos eran
víctimas de su heroísmo,
cuando de un bote de lanza
vine á tierra sin sentido.
El sol tras los negros montes
buscaba ansioso un asilo,
horrorizado y medroso
del estrago que habia visto.
Y los fieros musulmanes,
á acabar el exterminio
de mis desdichadas huestes,
avanzaron de aquel sitio.
Era ya entrada la noche,
cuando volviendo en mí mismo,
de cadáveres cercado,
de armas rotas y de heridos
me encontré. Y á Dios el voto
hice, al encontrarme vivo,
de ir desde allí á Palestina,
y ante el Sepulcro de Cristo
pedir perdon de mis culpas,
penitente y peregrino,
rogando con lloro al cielo
se me mostrase propicio.
Quitéme la veste régia,
que destilaba hilo á hilo
negra sangre, y el almete
de la corona ceñido.
Y sobre el yerto cadáver,
que ví cerca del invicto
Azagra (en quien semejanza
hallaban muchos conmigo),
tiré ambas prendas, guardando
este collar y este anillo:
y á la luz de escasa luna,
trepando empinados riscos
me retiré. Unos pastores
me dieron su estrecho abrigo,
sin conocerme. Y tomando
pobres y toscos vestidos,
llegar logré á los Alfaques,
en donde el Ibero rio
daba ya por su ancha boca
al mar, pasmado de oirlo,
la falsa y terrible nueva
de mi muerte, en roncos gritos,
publicando de mis tropas
el verdadero exterminio.
Una veneciana nave
depararme el cielo quiso,
y en ella saludé pronto
las riberas del Egipto.
Visité la tierra santa,
y con el abad Mauricio
(este venerable monje,
mi director y mi amigo,
que desde entónces ni un dia
de mí se apartó), contrito
confesé mis culpas todas,
y con ásperos cilicios
adoré aquel mármol sacro,
donde, piadoso Dios Hijo,
por la redencion del mundo
completó su sacrificio.
Del voto que en Fraga hiciera
libre, viéndolo cumplido,
tornar á mi reino quise,
que por hallarme sin hijos
encomendado creia
(cual mandé en un codicilo
que ántes de partir á Fraga
dejé de mi puño escrito),
del Temple á los caballeros,
y del Sepulcro de Cristo
á la órden por mí fundada
de mi reinado al principio.
Y sin dejar de romero
el traje, y con gran sigilo
mi régio nombre ocultando,
con solo el abad Mauricio
las playas dejé de Siria,
fiando al viento mis designios,
en un leño de pisanos
á Génova dirigido.
Mas ¡ay! aun no satisfecho
el cielo estaba, pues quiso
completar de mis pecados
el decretado castigo.
Un corsario sarraceno
tristes esclavos nos hizo,
y en las mazmorras de Malta
juguetes del hado fuímos.
Allí varias veces supe
de mi imperio los conflictos,
ya por voz de mercaderes,
ya por quejas de cautivos.
Supe que mi hermano el monje
manchó de Aragon el brillo;
que Castilla y que Navarra
se hicieron reinos distintos.
Y al fin, que mi roto cetro
á manos habia venido
de mi inexperta sobrina,
sin armas y sin prestigio.
Y amargamente llorando,
más que mi infortunio mismo,
las desdichas de estos reinos
y su cierto precipicio,

logré al cabo libertarme;
y volver, vasallos mios,
á vuestros leales brazos,
con los que, y con el auxilio
de Dios, que misericordia
empieza á ejercer conmigo,
conseguiré prontamente
restaurar el poderío
de Aragon; y con mi nombre
cegar el horrendo abismo,
á cuyo borde pendiente
nuestra amada patria miro.
Juzgo, valiente Torrellas,
juzgo, infanzones altivos,
juzgo, aragoneses bravos,
juzgo, vasallos queridos,
que quedareis satisfechos,
con mi relato prolijo,
de que tardanza tan grande
en acudir al peligro
de mi patria y de mi trono,
no fué en vuestro rey delito,
sino voluntad del cielo
por sus ocultos designios.

TORREL. Pues que tal rey nos devuelve,
á nuestros votos propicio,
corramos á Zaragoza
para publicarlo á gritos.
¡Viva el grande don Alonso!
¡El rey viva!

TODOS. ¡Viva!

TORREL. Amigos,
no perdamos ni un momento.

TODOS. Viva Alonso largos siglos.

(*Vanse Torrellas y todos los que salieron con él.*)

ANTON. A nuestro amo acompañemos.

BERRIO. Si es que el rey nos da permiso.

D. LOPE. Sí, marchad.

(*Vanse Anton, Rita, Sancha, Berrio y los villanos.*)

Tambien vosotros
(*A los cuatro caballeros de su séquito.*)
encaminaos al castillo
con tan venturosas nuevas,
que yo en el momento os sigo.

(*Vanse los caballeros.*)

Así que todos desaparecen, D. Lope, fatigado y abatido, mira tristemente á Mauricio, recoge la ropa de peregrino y se la vuelve á poner lentamente.

D. LOPE. ¡Válgame Dios!

MAUR. ¿Qué os aflige
en tan venturoso dia...?
Yo estoy loco de alegría,
la fortuna nos dirige
por el camino más llano
al eminente dosel;
y vais á ser vos en él
de la España soberano.

D. LOPE. Es verdad.

MAUR. El buen Torrellas
incauto tragó el anzuelo,
y hoy con sus brazos de un vuelo
nos encumbra á las estrellas.

D. LOPE. Al punto le conocí.

MAUR. Y el pobrete alucinado
creyó muy entusiasmado
ver á don Alonso en tí. (*Se rie.*)
Mas le hablasteis de manera,
el engaño reforzando
y el tono de rey tomando,
que hasta yo casi os creyera.
Unisteis á la verdad
de las aventuras nuestras,
con expresiones tan diestras,
con tal naturalidad
del emperador el nombre,
y los recuerdos fingisteis
con tanto primor, que fuisteis
más un demonio que un hombre.
Los planes que concebimos
en Malta entre las cadenas,
y que cual sueños apénas
en nuestra mazmorra urdimos,
cumplido efecto tendrán:
tendránlo sin duda alguna,
pues ocasion y fortuna
en nuestro favor están.
De ese rey que murió en Fraga,
debió de ser, vive Dios,
su semejanza con vos
muy grande, para que haga
efecto tan importante.
Animo, pues, y osadía...
Pero ¿qué melancolía
ofusca vuestro semblante?

D. LOPE. (*Muy abatido.*)
Entre aquestos infanzones
esperé ver á mi hijo,
y de su ausencia me aflijo
por poderosas razones.

MAUR. ¿No os pudierais de él fiar,
si no es posible engañarle?

D. LOPE. La trama manifestarle
fuera mucho aventurar.
Además... os lo confieso,
al cabo noble nací,
y un remordimiento en mí...

MAUR. (*Incomodado.*)
¿Perdiste, don Lope, el seso?

D. LOPE. Lo he recobrado más bien.
Hay cosas que desde léjos
tienen hermosos reflejos;
mas cuando cerca se ven
se conoce lo que son,
y tan viles, que se afrenta
quien las juzgó de gran cuenta
llevado de una ilusion.
Desde que puse en España
con este intento los piés,
cada dia mayor es
el tedio que me acompaña.
Y al recordar quién fuí yo
en mi patria, y lo que soy,
de mí avergonzado estoy,
cual siempre lo está el que erró.
¿Yo, espejo de la lealtad,
ser un traidor alevoso...?
¿ser fingido y mentiroso
yo, sol puro de verdad...?
¿Yo impostor...? ¡Ah! me confundo.

MAUR. ¿Con escrúpulos andais,
cuando caminando vais
al primer trono del mundo?

D. LOPE. Mauricio, sentado en él,
besando el orbe mi planta,
veré atado á mi garganta
ignominioso cordel.

MAUR. (*Con sonrisa amarga.*)
Sólo volviendo el pié atrás,
no entre sueños y quimeras,
sino en la horca y muy de veras
esa lazada tendrás.
No puedes retroceder
del camino que emprendiste;
pues ya en él el pié pusiste
terminarlo es menester.

D. LOPE. (*Profundamente agitado.*)
Sí, concluiré la carrera,
sí, saciaré mi ambicion;
pero un noble corazon
tiene la voz muy severa.

MAUR. Compon, amigo, el semblante,
que aquí tornan los villanos.
Desecha escrúpulos vanos,
y adelante.

D. LOPE. (*Muy abatido.*)
Sí, adelante.

Sale BERRIO *y se detiene como asustado.*

BERRIO. ¡Ay! que el sayo se encajó,
y así me da mucho miedo.

MAUR. Hola, mozo.

BERRIO. (*Turbado.*) ¿Llegar puedo?

MAUR. ¿Con respeto, por qué no?
¿Quisieras servir al rey?

BERRIO. (*Tomando confianza.*)
Para guardar sus cochinos,
sus ovejas, sus pollinos,
unas vacas, y algun buey,
que es de lo que sirvo á Anton,
quisiera, pues la soldada
mejor y más bien pagada
será, y buena la racion.

MAUR. (*Animándolo.*)
De soldado has de servir,
como valiente vasallo,
con una lanza, á caballo.

BERRIO. Fuera cosa de reir.
¡Estuviera buen muchacho...!
á pié seria mejor,
que soy mal cabalgador,
y voy hecho un mamarracho.

MAUR. Bien está.

BERRIO. ¿Y me casaré
con Sancha?

MAUR. Sí, y puede darte
el rey de dote una parte
de despojos.

BERRIO. Despo... ¿qué?

MAUR. De botin.

BERRIO. Dos necesito,
porque con estas albarcas
se anda mal entre las charcas,
tras del morueco maldito.

MAUR. Todo lo tendrás; ven, pues,
al castillo.

BERRIO. Con licencia
de vuestra gran Reverencia,
iré con Sancha despues.
Que allí para hilar estopa
y sazonar el puchero,
servirá á este caballero,
y para lavar la ropa. (*Vase.*)

MAUR. ¡Qué villano tan sencillo!

D. LOPE. Pues estos nos dan la fuerza,
no hay sin ellos quien la ejerza.
Vamos, que es tarde, al castillo. (*Vanse.*)

ESCENA II

Salon régio del alcázar de Zaragoza, con dosel. Salen D.ª ISABEL *y* TORRELLAS

D.ª ISA. ¡Ay cuánto don Pedro tarda...!
justamente en la ocasion
en que con tanta razon
y tal inquietud le aguarda
mi afanoso corazon.
(*Mira á la puerta con inquietud.*)
Hoy que debe amante ufano
de nuestra reina el permiso
demandar, como es preciso

para conseguir mi mano,
¿por qué ha de andar tan remiso?
Que mi padre esta mañana
salió á caza, le avisé,
y amorosa le esperé
del jardin en la ventana:
mas ¡ay! á verme no fué.
(*Se pasea con inquietud.*)
Dios me valga.—Desde el dia
que apareció este impostor
todo es sospecha y temor,
todo afan el alma mia,
todo recelos mi amor.
Mi padre anda de continuo
de mil dudas agitado,
don Pedro desatentado
maldiciendo al peregrino,
y todo el reino alterado.
(*Vuelve á pasear agitada.*)
Que se retarde me temo
mi boda. Y aun temo más,
pues la discordia quizás
llegue á un doloroso extremo
que no recelé jamás;
al de enemistar ¡ay Dios!
á mi padre y á mi amado;
pues el calor me ha asustado
con que disputan los dos,
sobre ese impostor malvado. (*Llora.*)

Sale D. PEDRO LOPEZ DE AZAGRA.

D. PED. Hermosísima Isabel,
deidad pura á quien adoro,
mi único bien, mi tesoro,
rendido tu amante fiel...
Pero ¿por qué es ese lloro?
¿Por qué á tu mustio semblante
dan, sin luz, los bellos ojos
esas perlas por despojos,
y á tu seno palpitante...?
¿Quién causa, dí, tus enojos?
(*Con gran ternura é interés.*)
¿Tú afligida, encanto mio...?
¿Qué ofensas lloras, mi bien?
De mi afan lástima ten,
pues me pierdo y desvario.
¿Quién causa tu pena, quién?
D.ª ISA. (*Afligida.*)
Vos, don Pedro.
D. PED. ¿Yo... señora?
D.ª ISA. ¿No os avisé esta mañana
de que sola, en mi ventana...?
Pues allí pasé una hora.
D. PED. No me condeneis tirana.
D.ª ISA. Y en el prefijado dia
para pedir la licencia,
con tan tibia diligencia
retardar...
D. PED. A eso venia,
para eso pedí esta audiencia.
Y escuchadme una disculpa
tan grande, dueño querido,
que dejará convencido
vuestro amor de que la culpa
de tal falta no he tenido.
La tremenda agitacion,
que en todo el reino ha causado
de ese embustero malvado
la impensada aparicion,
á Zaragoza ha llegado.
Y como sobran traidores
de osadía y ardimiento,
á mi obligacion atento,
de aquestos alrededores
no me aparté ni un momento.
Que cuando peligra el trono
legítimo, es justa ley
darlo todo al abandono,
y vigilar en su abono:
que ántes que todo es el rey.
D.ª ISA. (*Conmovida.*)
¡Oh don Pedro...!
D. PED. Isabel mia,
tu mano no mereciera,
si tan pura y fiel no fuera
de mi pecho la hidalguía,
y mi lealtad tan sincera.
Y cuando llego anhelante
de nuestra reina á pedir,
para nuestra suerte unir,
el permiso, más amante
os quisiera ver y oir.
Que ese llanto y afliccion,
en el venturoso dia
en que ya nombraros mia
podré, dulce dueño, son
verdugos de mi alegría.
(*Siguen hablando entre sí.*)

(*Aparece* LA REINA *separando con recato las cortinas de una puerta que habrá al fondo ó al lado izquierdo de la escena; desde allí sin avanzar, dice:*)

REINA. (*Aparte.*) ¡Oh cielos...! Azagra allí
enamorando á Isabel.
¡Qué noble, gallardo y fiel!
¡Desventurada de mí!
D. PED. (*A doña Isabel sin que hayan reparado en la reina.*)
¿Quedais contenta, cruel?

D.ª ISA. Tiene vuestro dulce acento
y tiene vuestra presencia
conmigo tal influencia,
que disipan al momento
los fantasmas de la ausencia.
Y si porque fiel servisteis
á la reina, habeis faltado
á verme, y apresurado
á pedir ahora vinisteis
el permiso deseado;
las dudas de mi amargura
se disipan, y renacen
las esperanzas, que hacen
de mi pecho la ventura,
y que mi alma satisfacen.
(*Siguen hablando entre sí con extremos de ternura.*)

REINA. (*Aparte desde la puerta.*)
¡Cuán felices...! ¡Y cuánta es mi amargura,
que lo adoro tambien, y él no lo sabe;
porque en mi excelsa posicion no cabe
declarar á un vasallo tierno amor!
Y aunque lo declarára, ¿por ventura
lo pudiera inspirar...? ¡Terrible suerte!
Es más terrible que la misma muerte
de amar sin esperanzas el dolor.

D. PED. (*Arrojándose trasportado de amor á los piés de doña Isabel.*)
¡Ah! dejad que á vuestra planta,
pues tan dichoso me veo,
alma y vida por trofeo
os rinda, y que os pague tanta
ventura como hoy poseo.
(*La toma una mano.*)
Y que mi labio leal
temple el fuego celestial
de la pasion que os consagra,
en la mano de cristal... (*Se la besa.*)

Sale LA REINA *apresurada. Doña Isabel da un paso atrás sorprendida, y don Pedro se levanta, retira, y queda en la mayor confusion.*

D.ª ISA. ¡Cielos!

REINA. (*Indignada, y poniéndose entre los dos.*)
¡Isabel...! ¡Azagra!
De que en mi cámara estais
os olvidasteis sin duda.
(*Pausa.*)
Isabel, ¿te has vuelto muda...?
Azagra, ¿no contestais?

D.ª ISA. (*Confundida.*)
Señora...

D. PED. (*Hincando una rodilla.*)
Vuestra piedad
imploro si os ofendí,
cuando humilde llego aquí...

REINA. (*Mas templada.*)
¿Con qué intento, Pedro...? Alzad.

D. PED. (*Levantándose.*)
Una gracia á suplicaros,
para mí de gran ventura,
la que mi dicha asegura.

REINA. Ya tardais en explicaros.

D. PED. De doña Isabel Torrellas
la nobleza y gallardía
abrasan el alma mia,
que así plugo á las estrellas.

REINA. Ya lo ví. (*Aparte.*) Mal me reprimo.

D. PED. Y como en ilustre cuna,
y en los dones de fortuna
su igual en todo me estimo;
vuestra régia aprobacion
para casarme, señora,
mi rendido amor implora.

REINA. (*Mortificada.*)
Y en oportuna ocasion.
¿De su padre teneis ya
para ese enlace el permiso?

D. PED. Mi lealtad el vuestro quiso
tener ántes.

REINA. (*Con severidad.*)
Bien está.
Id, y que en estos salones
tengan al momento entrada
á la reunion convocada
ricos-hombres é infanzones.
Que hoy de livianas materias
no me puedo yo ocupar,
cuando hay que determinar
sobre cuestiones tan sérias.
Id pues.

D. PED. (*Aparte.*) ¡Pese á mi destino!
(*Hace una profunda reverencia y vase.*)

REINA. (*Acercándose á doña Isabel con bondad y cariño.*)
¿Por qué lloras, Isabel...?
¿Estás tan prendada de él...?
Será un amante muy fino.

D.ª ISA. (*Turbada.*)
Señora...

REINA. Tu amiga soy:
enjuga, Isabel, el llanto.
No hay motivo para tanto,
y afligida al verte estoy.
No era oportuno el momento,
y nada os negué, además.
(*Pausa.*)
¿Há mucho tiempo quizás
que tratais el casamiento?

D.ª ISA. Señora, hace ya tres años.

REINA. ¿Y este tan dichoso amante
será fiel...? ¿será constante?
D.ª ISA. No es, señora, hombre de engaños,
y siempre igual lo encontré.
REINA. (*Con malicia.*)
Muy apuesto... muy rendido...
D.ª ISA. Muy formal, muy comedido.
REINA. Pues qué te tiene no sé
de tal modo apasionada.
Su figura no es gran cosa.
D.ª ISA. Tiene un alma muy hermosa,
y es galan.
REINA. No encuentro nada
raro en don Pedro. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!
(*Alto.*) El don Alvaro Garcés
mucho más gallardo es,
y está prendado de tí.
¡Qué bien maneja una lanza!
¡Cuánto luce en un torneo!
Ni Aznares tampoco es feo,
y con mucho garbo danza.
En las justas y festines
al don Pedro muy atrás,
en gentileza y demás,
dejan ambos paladines.
D.ª ISA. Pues don Pedro es á mis ojos
el único.
REINA. (*Aparte.*) Y á los mios.
Mas ¿por qué estos desvaríos
me han de dar tantos enojos?

Sale DON PEDRO.

D. PED. Los ricos-hombres, señora,
y los nobles infanzones.
REINA. Abranse aquestos salones,
y que entren pues en buen hora.

Doña Isabel hace señas á la izquierda de la escena, y salen DAMAS, PAJES *y* GUARDIAS. *Don Pedro las hace á la parte de la derecha, y salen* FORTUN TORRELLAS, ÁLVARO GARCÉS, JOFRE DE ALVÉRO, EL ARZOBISPO, RICOS-HOMBRES, INFANZONES, CLÉRIGOS *y* CABALLEROS, *y se colocan al rededor del trono, en el que se sienta la reina.*

REINA. Ricos-hombres y prelados,
infanzones, caballeros,
de Aragon gloria, y defensa
de mis sagrados derechos:
la seguridad del trono,
el esplendor de mi cetro,
la fama de vuestros nombres,
la tranquilidad del reino,
ya imperiosamente exigen
de vuestra lealtad y esfuerzo
que ese impostor fementido,
que ese ambicioso protervo,
que el esclarecido nombre
del rey mi tio mintiendo,
contra mi corona atenta,
tenga cumplido escarmiento.
En la batalla de Fraga,
como sabe el orbe entero,
pereció el gran don Alonso,
porque así le plugo al cielo.
Aragon declaró nulo
su dudoso testamento,
que á los templarios dejaba
con poco aviso estos reinos.
Y á su hermano don Ramiro,
cual legítimo heredero
juró por rey. Que aunque estaba
en un santo monasterio,
del Papa especiales bulas
hábil á todo le hicieron,
y en vez del escapulario
no le asentó mal el peto.
Yo cual su hija y heredera,
por legítimo derecho
ocupé este excelso trono,
fuí jurada por el pueblo,
sin que disputarme nadie
pueda en la tierra ó el cielo
ni de mi padre la herencia,
ni este solio, que poseo.
Despues de tan largos años
y de tan varios sucesos,
ese impostor se presenta
para trastornar el reino.
Despreciado en un principio,
fué su osadía creciendo,
y ya con rebelde tropa
de indómitos bandoleros,
de fascinados ilusos,
de revoltosos perversos,
de viciosos arruinados
y de astutos malcontentos,
osa acercarse á este alcázar,
osa atacar mis respetos,
osa levantar bandera,
osa demandarme el cetro.
Y si es que á tanto le anima
el que mujer sin esfuerzo
me juzga, su desengaño
no tarde con su escarmiento.
Salid, sús, á mi defensa,
que así os cumple como buenos.
Dad á esa traicion castigo,
poned á esa audacia freno.
Que aunque mujer, desprovista
tan de valor no me encuentro,

que no pueda la coraza
vestir, empuñar el hierro,
y á vuestra frente en el campo
humillar á los soberbios
que osan mancillar mi nombre
ó dudar de mis derechos.
(*Momento de silencio con ansiedad general.*)

TORREL. Permitid, alta señora,
que como acaso el más viejo
de cuantos hoy la honra tienen
de acataros, sea el primero
que á vuestras nobles palabras
dé respuesta con respeto.
Quién soy Aragon no ignora,
que mi interés y el del reino
son uno mismo es notorio,
que mi sangre y abolengo
seguridades ofrecen
de lealtad en todo empeño,
no habrá quien ose dudarlo;
no habrá, no, viven los cielos,
que aun no es báculo mi espada,
ni aquestas canas son hielo.
Con antecedentes tales,
á decir aquí me atrevo
lo que mi conciencia sólo
dicta á mis labios, y es esto.
(*Atencion general.*)
Señora, el rey don Alonso
vivo está: y es el romero
que impostor hoy apellidas,
acaso con poco acuerdo.
(*Movimiento general.*)
Yo lo conocí, señora,
y lo serví en ese excelso
dosel. Lo seguí á los campos,
lo acompañé en los encuentros.
Merecí su confianza,
siempre asistí á su consejo,
concibió conmigo planes,
depositó en mí secretos.
Y de su noble presencia
los rasgos grabados tengo,
con tan pronunciadas líneas
en la mente y en el pecho,
que no es posible me engañen,
señores, mis ojos mesmos.
Y esta mañana lo he visto,
y examinado con ellos.
Y escuchando sus palabras
reconocí sus acentos,
y mi razon aclararon
con infalibles recuerdos.
Ese anciano peregrino
es, gran señora, creedlo,
el emperador de España
don Alonso, tio vuestro,
al que el glorioso renombre,
en cuanto abarcan los cielos,
sus hazañas y conquistas
de batallador le dieron.
(*Momento de silencio y de agitacion.*)

ARZOB. Ilustre Fortun Torrellas,
aunque tengan tanto peso
para mí vuestras razones
y los dictámenes vuestros,
pues sé vuestras calidades
y vuestra virtud respeto;
permitidme hoy, sin agravio,
un parecer muy diverso.
Y considerad conmigo,
que cuando inspira el infierno
la ambicion á un desalmado,
que anhela usurpar un cetro,
de falaces apariencias,
de alucinantes pretextos,
de engaños y de mentiras
le ofrece abundantes medios.
Porque el demonio es, en suma,
quien rige su alma y su cuerpo,
y de ficciones y engaños
el demonio es gran maestro.
Y provisto de noticias,
y de confidencias dueño,
finge, miente, disimula,
contrahace la voz y el gesto;
y alucina fácilmente
la buena fe de los buenos,
que porque lo son no saben
lo que saben los perversos.
No es difícil, oh Torrellas,
al cabo de tanto tiempo,
de remota semejanza
equivocar los recuerdos.
Despues de tan largos años,
el emperador, que muerto
lloramos todos en Fraga,
torna en traje de romero.
¿Y dónde estuvo escondido?
¿cómo no vino á su reino,
cuando un hombre lo regía
con una espada por cetro?
Y si es el rey don Alonso,
¿por qué, franco y descubierto,
no ha venido á este palacio
de Zaragoza derecho,
en vez de andar con disfraces
alucinando á los pueblos,
allegando malhechores
y trastornando los reinos?
El emperador insigne
de otro modo muy diverso

se portara, aragoneses.
En ese anciano romero
sólo un malvado descubro,
sólo un impostor encuentro,
tan sólo un agente miro
de los planes del infierno.

TORREL. (*Con calor.*)
Quien dude que es don Alonso,
(dicho sea con respeto
del venerable arzobispo,
á quien acato y venero),
pone mi verdad en duda,
y la lealtad de mi pecho.

ARZOB. De buena fe alucinarse
puede el mejor caballero.

TORREL. (*Resuelto.*)
Repito que es don Alonso,
emperador de estos reinos,
el que he visto esta mañana,
y á quien he hablado yo mesmo.
A la tierra santa un voto
le llevó desde el funesto
campo de Fraga, y cautivo
despues de los sarracenos,
en una mazmorra esclavo
ha gemido largo tiempo,
sin poder venir á España
para reclamar su reino.
Mas pues ya en ella el pié puso
en busca de sus derechos,
y le juré pleitesía
miéntras viviese, contemplo
que es mi obligacion sagrada
servirle, y en todo extremo
cual su vasallo ayudarle
á que recobre su imperio.
(*Hace una profunda reverencia, y vase seguido de algunos.*)

D.ª ISA. (*Apoyándose desmayada en una de las damas.*)
¡Ay de mí!

ALVÉR. Yo, con Torrellas,
porque de leal me precio,
á servir á mi rey parto,
como cumple á un caballero.
(*Vase seguido de algunos.*)

GARCÉS. Y yo tambien, convencido
de qué el legítimo dueño
de Aragon es don Alonso,
que nos devuelve hoy el cielo.
(*Vase seguido igualmente de algunos.*)

D. PED. (*Saliendo en medio de la escena con calor y entusiasmo.*)
Pues yo juro morir en la defensa
de ese trono legítimo, y mi acero
al que osare traidor hacerle ofensa
justo castigo le dará el primero.
Miente quien dice y asegura y piensa
que es el rey don Alonso ese romero.
Y hoy á la reina el corazon consagra,
si la abandonan todos, Pedro Azagra.
Sí, yo combatiré los desleales:
sí, yo combatiré los impostores.
Aquellos que se precien de leales
cerquen mi enseña, y sigan mis tambores.
Que en medio de esos campos desiguales
escribirá con sangre de traidores
dónde el derecho de mi reina alcanza
el hierro agudo de mi fuerte lanza.
Nobles zaragozanos siempre fieles,
venid ardiendo en saña vengativa,
por reina tal á recoger laureles,
si en la lealtad vuestro blason estriba.
Demos asunto á plumas y á cinceles.
Viva nuestra gran Reina.

TODOS. (*Rodeando con gran entusiasmo á don Pedro.*) ¡Viva! ¡viva!!!

D. PED. Venid, venid conmigo; defendamos
á la reina y al trono que adoramos.
(*Cae el telon.*)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza. Aparecen LA REINA *sentada y abatida, junto á una mesa, y* EL ARZOBISPO *de pié consolándola.*

ARZOB. Templad, señora, el llanto,
que no es el infortunio para tanto
como para abatir, así deshecho
en lágrimas amargas, vuestro pecho.
El cielo no abandona
la legitimidad de esa corona
que puso en vuestra frente,
y que afirma su brazo omnipotente.
Ese impostor tirano
por aumentar sus fuerzas lucha en vano;
y tan sólo seguro
le da de ese castillo el fuerte muro,
que por vuestros valientes combatido,
pronto ha de verse á vuestros piés rendido.
Y aunque nuevos parciales allegara,
su orgullo se estrellara
y su arrogancia fiera
de Zaragoza en la lealtad sincera,
que ferviente os consagra.

REINA. (*Con la más viva expresion de desconsuelo.*)
¡Mas cayó en su poder Pedro de Azagra!

ARZOB. ¡Pérdida grande!... es cierto:
mas no causó, por dicha, desconcierto
ni abatimiento y susto
en los que aclaman vuestro nombre augusto.
Hasta el suceso mismo,
si de Azagra encarece el heroísmo,
demuestra la impotencia y cobardía
de esa desventurada bandería;
pues no osando salir á la pelea
ni combatir á donde el sol la vea,
por don Pedro de Azagra provocada
á singular combate,
rompió la fe jurada,
y al gallardo magnate,
en pérfida emboscada,
diez aleves jayanes sorprendieron,
y sin peligro grande lo prendieron.

REINA. ¡Oh flor de la lealtad y valentía!
¡Ay, desgarrada tengo el alma mia!

ARZOB. El valeroso Aznares,
de cuyo nombre y glorias militares
y valor sin segundo
está admirado con razon el mundo,
al prisionero Azagra reemplazando,
de nuestras fieles tropas tiene el mando;
y su arrojo y destreza
muy pronto rendirán la fortaleza.

REINA. ¡Ay!... rescatar primero
á toda costa á Pedro Azagra quiero.
Si peligra su vida...

ARZOB. No es de temer, señora; defendida
por Torrellas será, pues lo colijo
de ver que siempre lo trató cual hijo.
Y es Torrellas honrado caballero,
que alucinado sigue á ese romero;
el cual nada ganara
si á prisionero tal sacrificara,
que es de Aragon amado,
de ilustre nombre y poderoso estado.

REINA. (*Agitada.*)
No calman mis temores,
que todo lo recelo de traidores;
forzoso es que se trate
á toda costa, sí, de su rescate;
mis joyas, mis preseas...

ARZOB. Pues que tanto, señora, lo deseas,
á don Jofre de Alvéro
mandaré con sigilo un mensajero.
Mas pensarlo es forzoso,
por no arriesgar un paso indecoroso;
y siempre lo es ingrato
entrar con los rebeldes en contrato.
Calmad ¡ah! vuestro pecho
con la lealtad vehemente satisfecho,
y en que mi fe se goza,
que os está demostrando Zaragoza.
Enjugad ese llanto
y confiemos en el cielo santo,
que la razon protege y la justicia,
y del traidor confunde la malicia.
(*Suenan campanas á lo léjos.*)
Mas ya el bronce sagrado
me llama al ministerio de mi estado.
Corro al altar, y á que resuene el templo,

dando á los fieles fervoroso ejemplo,
con santas oraciones,
que aseguren el triunfo á tus pendones.

REINA. (*Se levanta y le besa la mano.*)
Sí, volad. Y en el santo sacrificio
demandad al Señor que sea propicio
al que, preso y de hierros abrumado,
es de virtud y de lealtad dechado.

(*Vase el arzobispo.*)

REINA. (*Creciendo su agitacion.*)
¿Por mí ¡cielos! Azagra entre cadenas?
¿Por mí en peligro su preciosa vida?
No puedo respirar ¡ay! sumergida
en espantoso piélago de penas...
Ya que á luchar conmigo me condenas,
estrella inexorable en que nacida
fuí yo triste, tu rabia embravecida
¿por qué tan sólo contra mí no llenas?
¿Será Azagra infeliz porque lo adoro?...
¿Por qué, si ignora la pasion activa
que en mi angustiado corazon devoro?
Pierda mi trono; el impostor romero
disponga de Aragon, y Azagra viva:
sálvese, y que perezca el orbe entero.

(*Fuera de sí.*)

¿Qué es el cetro y la corona,
qué es Aragon, qué es el mundo
¡oh destino furibundo!
si á Azagra veo morir?
Caiga el sol de su alta zona,
piérdase todo en un dia,
y gócese el alma mia
con ver á Azagra vivir.
Hasta mi pecho
desventurado
sacrificado
sea por él:
roto, deshecho,
al medio apele,
que más le duele.

(*Resuelta, acercándose á la puerta, y en voz alta.*)

¡Hola!... ¡Isabel!

Sale DOÑA ISABEL *llorando.*

D.ª ISA. Señora.

REINA. (*Con viveza.*)
Enjuga el llanto,
tranquiliza tu pecho,
y á tan gran desventura
pongamos un remedio.
Sí, amiga, de consuno
entrambas trabajemos
para romper de Azagra
los opresores hierros.
Salvarle es lo que importa,
que lo demás es ménos.

D.ª ISA. ¿Y yo, desventurada,
yo que tanto lo anhelo,
y que la vida diera
por salvar á don Pedro,
qué podré hacer, señora,
cuando el destino adverso
á tal punto conmigo
se embravece violento,
que hasta perder la gracia
con que me honrabais temo?

REINA. (*Con ansiedad.*)
¿Por qué?...

D.ª ISA. Porque mi padre
alucinado y ciego
os abandona...

REINA. (*Con viveza.*) Calla,
que justamente veo,
en que tu padre siga
ese bando perverso,
de libertar á Azagra
el más seguro medio;
y tú sólo...

D.ª ISA. Señora,
lo que no haga el esfuerzo
y la alta omnipotencia
de vuestro brazo régio,
¿lo hiciera yo?...

REINA. Sin duda:
escúchame un momento:
tan sólo hay media legua
al castillo en que preso
gime, infeliz, Azagra:
corre, vuela te ruego,
habla á tu padre, llora,
y si con torvo ceño
te escucha y no le ablandas,
dí que vas de mí huyendo,
que me detestas dile,
dile... que...

D.ª ISA. Me estremezco.

REINA. Sí, todo por salvarle,
que lo demás es ménos;
dile...

D.ª ISA. (*Conmovida.*)
Señora mia,
jamás, jamás... ¡oh cielos!
y todo inútil fuera:
es mi padre de hierro...
y tenaz, inflexible...

REINA. ¿Resistirá á tus ruegos?

D.ª ISA. Sin duda.

REINA. Pues bien, oye;
otra senda busquemos.
Vé al castillo provista
de cuanto yo poseo,

llévate mis tesoros,
mis joyas y mi cetro.
Todo el oro lo alcanza,
gánate por su medio
una pronta entrevista
¡ay de mí! con don Pedro.
Dile que le levanto
de lealtad el empeño;
que del pleito homenaje
que me hizo, le relevo,
que jure pleitesía
al impostor... que quiero
que le sirva, y le ayude
á arrebatarme el reino,
que maldiga mi nombre,
que destruya mi imperio,
que...

D.ª ISA. (*Consternada*)
¿Delirais, señora?
¿Qué pronunciais?... ¡oh cielos!

REINA. (*Con vehemencia.*)
Sálvese Pedro Azagra,
que lo demás es ménos.
¡Oh dolor!... sí... tú misma
grande interés en ello
tienes, que es... ¡ay! tu amante,
y te aguardan risueños
y venturosos dias...
(*Aparte.*)
Yo me ahogo... ¡Dios eterno!
(*Alto.*)
en amorosos lazos,
llamándole tu dueño.
(*Pausa.*)
Vuela, (*Con viveza*) mi oro derrama,
apura tu talento,
tu amor, tu astucia, todo;
no perdones esfuerzo,
y de cualquier manera,
sin pararte en los medios
y á toda, á toda costa,
salva su vida.—El tiempo
urge, corre al castillo;
ven, sígueme.

D.ª ISA. Obedezco.

ESCENA II

Decoracion corta que representa un corredor interior del castillo de Atarés. Salen BERRIO *de soldado ridículo, y* SANCHA *con una gran cesta cubierta con una servilleta.*

BERRIO. (*Enojado.*)
Mal muermo los mate, amén.
Requiebren á la borrica;
pero contigo, Sanchica,
que tengan más ten con ten.

SANCHA. Celoso... si no dijeron
sino que...

BERRIO. ¿Sino qué?... Ya.
Pues si vuelven, voto va...

SANCHA. Saber quién era quisieron
y registrarme...

BERRIO. (*Con viveza.*) ¡Caramba!

SANCHA. La cesta.

BERRIO. Eso es diferente:
que iba á ver, pensé, esa gente
si eras ó no patizamba.

SANCHA. Yo les dije...

BERRIO. Con la tropa
no haya dimes ni diretes;
que te daré de cachetes,
y á ellos un tiento en la ropa.

SANCHA. ¿Quién, tú?...

BERRIO. Yo. Soy militar
tan duro, que de un porrazo
á un gigante le echo un brazo,
como quien dice, á rodar.

SANCHA. ¡Quiá! Berrio, ¿te has vuelto loco?
¿De cuándo acá tan valiente?

BERRIO. Desde ayer, y ya la gente
me teme á mí más que al coco.
Anoche salté de un brinco
el foso, hecho un Barrabás,
y de un solo tajo... zás,
arrebané veinticinco.

SANCHA. ¡Qué prodigio!... ¿Y no te duele
el brazo?

BERRIO. (*Muy ufano, con aire de superioridad.*)
¡Pobre muchacha!
¿No conoces en mi facha?...

SANCHA. (*Burlándose.*)
Tu facha es la de un pelele.

BERRIO. Gracias por el agasajo.
¿Y qué me traes de comer?
¿O vienes sólo á coger
en la puerta un requebrajo?

SANCHA. Traigo... Pero ya no quiero
por celoso darte nada,
¡ingraton! Muy bien pagada
estoy cuando de porquero
hago por tí allá en la venta;
y el morueco y los marranos
me tienen por esos llanos
ajustándoles la cuenta.
Y cuando con la borrica
vengo tan cargada aquí,
para que tú comas, y...

BERRIO. Te perdonaré, Sanchica.

SANCHA. ¿Perdonarme, tú, bribon...?
¿Eres quien de cerro en cerro
tras mí andaba como un perro
pidiéndome compasion?

BERRIO. Cumplir debo con mi estado;

y aunque tú mi novia eres,
despreciar á las mujeres
propia cosa es de soldado.

SANCHA. (*Riéndose.*)
Si eres soldado postizo.

BERRIO. Vaya muy enhoramala,
que á soldado no me iguala
ni aun el padre que me hizo.

SANCHA. Pues soldado por soldado,
con esta cesta preñada,
voy á buscar á la entrada
á aquél que me ha requebrado.

BERRIO. (*Deteniéndola.*)
¡Sancha, eso no, pese á mí!
que si tú celos me das,
tengo aun de esa cesta más.

SANCHA. ¡Hola...! ¿con que hay hambre?

BERRIO. (*Atacando á la cesta.*) Sí.

SANCHA. (*Defendiéndola.*)
Pues con el hambre se amansan
los animales. Y tú...

BERRIO. (*Enojado.*)
Sanchica de Belcebú,
ya tus desdenes me cansan.

SANCHA. Si no me pides perdon
de tantas altanerías,
se come estas porquerías
aquel bravo moceton.

BERRIO. (*Acariciándola.*)
Anda, no seas bobona,
dale esa cesta á tu niño,
que por tí está de cariño
opilada la persona.

SANCHA. Siendo así, bueno, me ablando.
(*Pone la cesta sobre un poyo que habrá á un lado.*)

BERRIO. Vuelca, vuelca aquí al cesta,
que mi barriga dispuesta
tengo á engullirlo volando.
(*Se sienta.*)
Veamos pues qué traes, Sanchica.

SANCHA. (*Sentándose en el suelo va sacando de la cesta lo que dice.*)
Un pan, chorizo, jamon,
y aquí abajo en el hondon
viene una cosa muy rica.
Una cebolla.—Además
la bota con cariñena.

BERRIO. ¿Y viene, Sanchica, llena?

SANCHA. Y pronto la agotarás.

BERRIO. Tráela acá, le daré un beso: (*Toma la bota.*)
bien haya quien la engendró. (*Bebe.*)

SANCHA. (*Sujetándole el brazo.*)
Ya basta de hacer cló... cló...

BERRIO. ¿Y te se ha olvidado el queso?

SANCHA. No lo olvidé, viene aquí.
(*Lo saca y se ponen ambos á comer.*)
Y dime ahora, ¿qué hay de nuevo?

BERRIO. (*Comiendo.*)
Tenemos preso un mancebo
como un oro.

SANCHA. ¿Quién es...? Dí.

BERRIO. (*Sin dejar de comer.*)
De la reina el general,
que ayer tarde con gran brio
salió á pedir desafío
ahí, en medio de ese erial.
Y desde aquí le llamaron,
y habria bebido un traguito;
pues se acercó muy solito
y diez hombres lo atraparon,
como á una liebre en la cama
diez galgos.

SANCHA. ¿Y es muy buen mozo?

BERRIO. Sólo de verlo da gozo.

SANCHA. ¿Y sabes cómo se llama?

BERRIO. Don Pedro Azagra.

SANCHA. (*Pasmada.*) Ese es
novio de la señorita.

BERRIO. ¿De aquella niña bonita,
hija de Torrellas?

SANCHA. Pues.
¿No te acuerdas que han estado
en la venta á merendar
mil veces?—¡Qué lindo par
despues que se hayan velado!
Y ella que es tan llana y buena
lo afligida que estará!
¡Pobrecita! ¡cuál tendrá
partida el alma de pena!

BERRIO. Venga la bota. (*Bebe.*) Pues no
quisiera yo en el pellejo
hallarme del mozalejo,
que esta gente... ¿qué sé yo?

SANCHA. ¿Qué, Berrio...? Dí.

BERRIO. Arrepentido
y mucho, Sanchica, estoy. (*Bebe.*)
En cuanto pueda me voy. (*Bebe.*)
Hay aquí mucho perdido.
(*Se levanta sorprendido notando que álguien se acerca.*)
¡Santa Bárbara! que viene...

SANCHA. (*Asustada.*)
Y... ¿quién viene...?

BERRIO. (*Con gran miedo y santiguándose.*)
¡San Antonio!
El mismísimo demonio.
¡Jesus! ¡y qué cara tiene!
Si me ve aquí... pronto, chica,
recoge todo, recoge...
que pondrá, como se enoje,

mi cabeza en una pica.
(*Sancha lo mete todo en la cesta con gran turbacion.*)

Salen D. LOPE DE AZAGRA, *con traje de peregrino, y* MAURICIO, *y se paran á hablar sin reparar en Berrio y Sancha, que demuestran gran terror.*

D. LOPE. Sí, sí, ya resuelto estoy
¡padre infeliz! á abrazarle.
MAURICIO. Mas tratad de alucinarle
sin descubrir...
D. LOPE. A eso voy.
(*Repara en Berrio y en Sancha.*)
¡Cielos...! ¿un soldado allí?
MAURICIO. (*Reconociéndolos.*)
Es el villano simplon,
que era porquero de Anton.
D. LOPE. Fuerza es echarle de aquí.
(*Acercándose y con tono severo.*)
¿Qué hace el vicioso soldado,
solo, con una mujer?
SANCHA. (*Temblando.*)
¡Ay!
BERRIO. (*Turbado.*) Nada malo... comer.
D. LOPE. Vaya á su puesto, ó colgado
será al punto de una almena,
y ella emplumada.
BERRIO. (*Aparte á Sancha que recoge la cesta.*)
Arre allá.
Y cual lo dice lo hará.
¿Ves tú que no es gente buena?
(*Vanse Berrio y Sancha.*)
D. LOPE. ¡Ay como tiemblo, Mauricio!
mi pecho va á reventar.
¡Qué tormento singular,
qué espantoso sacrificio,
tener encerrado así
al hijo del alma mia,
cuya noble valentía
ayer encantado ví!
De su noble corazon
son el arrojo y lealtad
para su padre, en verdad,
terrible reconvencion.
MAURICIO. Si has de demostrar flaqueza,
cuando ya no falta nada
para que veas colocada
la corona en tu cabeza,
no vayas á donde vas.
D. LOPE. ¡Ah...! No eres padre. Por eso...
MAURICIO. Y si no has perdido el seso,
tú mismo conocerás
que olvidar el que lo eres
es preciso en este paso;
pues olvidándolo, acaso
mostrarás más lo que quieres
á ese hijo. Si por él
cual dices has emprendido
el plan, en que te he seguido
como tu amigo el más fiel...
D. LOPE. (*Profundamente afectado.*)
En favor suyo emprendí
este... crímen.
MAURICIO. (*Con enfado y desden.*)
¿Que me asombre
no extrañarás...?
D. LOPE. (*En tono solemne.*) Es el nombre
que tiene mi empresa. Sí.
(*Con naturalidad.*)
Digo que si en su favor
me he metido en este empeño,
en su favor seré dueño
de disfrazarle mi amor.
MAURICIO. En buen hora lo visita.
Mas que sea como rey,
que á hombre de tan alta ley
con interés solicita.
Mas no haya inútil terneza,
ni indiscreta confianza,
que de veras ó de chanza
nos cuesta á ambos la cabeza.
(*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA III

Prision del castillo de Atarés, y sale D. PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, *sin espada y como preso.*

D. PEDRO. (*Abatido.*)
Tu amor, divina Isabel,
en tan dura situacion,
derrama en mi corazon
no consuelo, sino hiel.
Tu padre, á mi reina infiel,
hundió nuestro porvenir,
y me condena á morir;
pues, la esperanza perdida
de consagrarte mi vida,
¿para qué quiero vivir?
¿Por qué tardan los traidores
que con tal alevosía
burlaron mi valentía,
en completar sus furores?
De mi estrella los rigores
(pues que ya, Isabel, la suerte
me ha condenado á perderte)
en este oscuro confin
tengan presuroso fin,
en los brazos de la muerte.
(*Se oye ruido de cerrojos.*)
Mas, ¿qué es esto...? Alguien aquí

se acerca... ¿Será un verdugo?
Si tal á los cielos plugo
afortunado nací.
(*Se sienta en un poyo que habrá á un lado.*)

Sale DON LOPE DE AZAGRA *y se detiene como indeciso.*

D. LOPE. (*Aparte.*)
¡Qué tremenda agitacion
me destroza y me confunde!
¡Qué peso me abruma y hunde
al pisar esta mansíon!
(*Clavando los ojos en don Pedro.*)
¡Qué gallardo...! ¡Qué altivez
tan noble en su rostro veo!
(*Aterrorizado bajando los ojos.*)
¡Ay de mí, que soy yo el reo,
y mi hijo el severo juez!
(*Avanzando con dignidad, y haciendo un esfuerzo para aparentar firmeza.*)
Don Pedro Azagra, escuchad.

D. PEDRO. (*Con entereza y sin levantarse.*)
¿Azagra...? ¿Quién me nombró...?

D. LOPE. (*Parándose á distancia.*)
Es vuestro rey.

D. PEDRO. (*Con dureza.*) Eso no;
que su obediencia y lealtad
y su fe sólo consagra
al legítimo derecho
de la reina, el noble pecho
de Pedro Lopez de Azagra.

D. LOPE. Mirad, jóven imprudente,
que os perdeis alucinado.

D. PEDRO. Lo que es, tengo bien mirado
á mi sangre conveniente.

D. LOPE. (*Esforzándose.*)
Ved que el alto emperador
don Alonso, el que á su nombre
unió el glorioso renombre
de fuerte batallador,
es el que teneis delante.

D. PEDRO. (*Indignado.*)
Mentís, que fué muerto en Fraga,
y no hay prueba que deshaga
una verdad semejante.

D. LOPE. (*Disimulando la turbacion.*)
Por altos juicios de Dios,
en aquel empeño fuerte
triunfar logró de la muerte.

D. PEDRO. No basta lo digais vos.

D. LOPE. Si vuestro padre viviera...

D. PEDRO. (*Interrumpiéndole.*)
A la reina defendiendo,
y su obligacion cumpliendo,
vuestra audacia confundiera.

D. LOPE. (*Aparte.*)
¡Cielos...! La sangre me ahoga.
¡Qué dura reconvencion!
(*Alto y disimulando.*)
Aunque ya por mi razon
tanto brazo noble aboga,
quiero, porque bien os quiero,
y no acierto á castigaros,
con muestras claras probaros
ser vuestro rey verdadero.
Y que estando vivo yo,
no es legítimo el derecho
de mi sobrina...

D. PEDRO. Sospecho
que quien soy se os olvidó.
Soy Azagra, y si es verdad
que á mi padre conocisteis,
sin duda un muro en él visteis
de teson y de lealtad.
Y nunca desmerecí,
por lo que os cansais en vano,
astuto y pérfido anciano,
la sangre que le debí.

D. LOPE. (*Acercándose enternecido.*)
¡Pedro!... ¡Pedro!!!

D. PEDRO. (*Levantándose como para contenerle.*)
¡Ah!... No llegad
hasta mí... Que si no fuera
porque una vaga quimera
me turba, y por vuestra edad,
(*Con energía.*)
os hiciera mil pedazos;
dando tremendo castigo
al impostor, enemigo
de la reina, entre mis brazos.

D. LOPE. (*Arrojándose fuera de sí en los brazos de don Pedro.*)
Pues ahoga á tu padre, sí,
ahógalo en ellos, cruel.

D. PEDRO. (*Cayendo consternado en el asiento.*)
¿Es... ¡ay! la voz de Luzbel,
ó la de Dios, la que oí?
(*Queda enajenado y convulso, y despues de un momento de inaccion y de silencio, se sienta tambien don Lope y le toma temblando una mano.*)

D. LOPE. Oye, Pedro... oye, hijo mio.
Soy tu padre, atento escucha,
y verás que por tí sólo
me encuentro en tan grave angustia.
Por tí sólo, pues tú fuiste
siempre, en mis varias fortunas,
el ídolo de mi pecho,
de mis afanes la suma.
Aunque herido, logré en Fraga,
de tantos valientes tumba,

salvar la vida. El cadáver
del rey ví al paso, y con pura
lealtad, del collar y anillo
le despojé, porque augustas
prendas tales el trofeo
no fueran de infieles nunca.
Perdido entre las montañas
por donde emprendí mi fuga,
de un jeque me ví cautivo,
que me llevó luégo á Suria.
Allí me fugué, auxiliado
por la audacia y por la industria
de ese astuto monje griego
que aquí me sigue y me ayuda.
Hablando con él un dia
de la desastrosa lucha
de Fraga, el collar y anillo,
prendas que por siempre ocultas
me acompañaron, mostréle;
y la semejanza suma
le dije que en voz y en gesto,
talle, ademan y figura,
tenia yo con el difunto
rey don Alonso. Y la astucia
de Mauricio vió al momento
una feliz coyuntura
en aquellas circunstancias
para tentar la fortuna.
Opuse á sus sugestiones
risa, creyéndolas burla.
Mas las repitió constante,
con razones tan astutas,
durante los largos años
que otras nuevas desventuras
corrimos juntos, que al cabo
venció mi tenaz repulsa.
Y de que así se torciera
mi alma, siempre recta y justa,
tú fuiste la causa sólo,
mi cariño te lo jura.
Anhelando colocarte
del trono en la alteza suma,
abracé, infeliz, la idea
con decision tan profunda,
que llegó á hacerse muy pronto
dominadora absoluta
de mi existencia. Y tú solo,
tú solo tienes la culpa,
tú solo, hijo de mi alma,
mi esperanza en tanta angustia,
de mi afan único objeto,
íris de mis desventuras.

D. PEDRO. (*Convulso y escondiendo entre sus manos el rostro y cabeza.*)
¡Dios eterno!... ¡Dios eterno!
¿Dónde estoy?... ¡Ah!...

D. LOPE. Pedro, escucha.
Consiguió astuto Mauricio
violar por la vez segunda
nuestros hierros, y volamos
á Marsella. La fortuna
nos proporcionó al momento
de Aragon nuevas seguras;
y al saber que habia quedado
del gran Berenguer viuda
la reina, jóven y hermosa,
mas sin fuerza y sin cordura,
juzgamos que el mismo cielo
daba á nuestro plan ayuda,
ofreciéndonos propicio
la ocasion más oportuna.
Vinimos á Barcelona,
y con próspera ventura
la empresa, hijo, comenzamos
que una corona te funda;
y que sin tu leal denuedo,
mal dije, sin tu locura,
ya estuviera realizada.
Mira, pues, lo que rehusas.

D. PEDRO. ¿De ahogadora pesadilla,
que me confunde y abruma,
estoy, ¡ay de mí! en los brazos?...

D. LOPE. (*Queriendo abrazar á su hijo.*)
En los de amor y ternura
de tu padre estás.

D. PEDRO. (*Levantándose con violencia y rechazando á su padre.*)
¡Oh cielos!
¡Apartad, demonio, ó furia,
apartad!

D. LOPE. (*Separándose aterrorizado.*)
¡Ay yo infelice!...
¡La tierra me trague y hunda!

D. PEDRO. (*Conmovido.*)
¿Por qué, padre, vuestros brazos
no me ahogaron en la cuna?
(*Con nuevo furor.*)
Mas ¿qué dije?... ¿Vos mi padre?
No; que á ser mi padre, nunca
en vuestro pecho cupieran
la traicion y la impostura.
Cual os fingiste el rey muerto,
mi padre os fingís sin duda.

D. LOPE. (*De rodillas y abrazando las de su hijo.*)
¡Hijo del alma!... ¡Hijo mio!

D. PEDRO. (*Levantándolo bruscamente.*)
No me afrenteis.

D. LOPE. (*Llorando.*) Oye... Escucha.

D. PEDRO. (*Retirándose.*)
Marchad, dejadme... La muerte
termine tan rara pugna.
¡Basta! Si sois don Alonso,

rompa la cuchilla aguda
de los verdugos mi cuello,
que doblarse á vos rehusa.
Si mi padre sois, matadme,
pues que mancha tan inmunda
en la sangre habeis echado
que por mis venas circula.
(*Avanzando en nuevo furor.*)
Mas no sois ni uno ni otro;
dejadme... pronto... ¡Mi furia
es tal... y tal mi despecho...
y mi suerte tan sañuda,
que tal vez!...
(*Conteniéndose de pronto.*)
Marchad, anciano,
que mi decision me asusta.

D. LOPE. (*Confundido.*)
¡Ay de mí!... ¡destino horrible!
El infierno me confunda.
(*Vanse por distinto lado.*)

ESCENA IV

La misma decoracion de la escena segunda representando el corredor interior del castillo. Empieza á anochecer y se va oscureciendo lentamente el teatro. Sale MAURICIO *inquieto.*

¡Cuánto don Lope tarda!
Algun desastre temo
de ese remordimiento que acobarda
su corazon, y del delirio extremo
que por el hijo tiene.
Mas ya torna hácia aquí... ¡Cielos!... ¡Cuál (viene!

Sale DON LOPE DE AZAGRA, *precipitado y temeroso.*

D. LOPE. ¡Ay!... ¿Eres tú, Mauricio?...
Ténme, ténme en tus brazos,
que abierto ante mis piés un precipicio
está sin fondo, en que me haré pedazos.
(*Con gran terror.*)
Ténme, ténme,.. ¿No miras?...

MAUR. (*Sosteniéndole.*)
¿Qué pronuncias, don Lope?... Tú deliras.
Tú, tan docto maestro
en fascinar la gente,
¿acaso no has logrado astuto y diestro
conquistar á ese jóven imprudente?
¿Incrédulo persiste?...
¿Cómo le hablaste pues? ¿Qué le dijiste?

D. LOPE. (*Temblando.*)
¡Ay!... Alentar no puedo.
Cuanto miro me espanta,
mi pecho aprieta aterrador el miedo,
hiélaseme la voz en la garganta...
¡me persigue aun mi hijo!
(*Mirando con terror el lado por donde salió.*)

MAUR. Vuelve, don Lope, en tí; dime qué dijo.

D. LOPE. Mauricio, retrocedamos.

MAUR. (*Con viveza.*)
¿Adónde?... ¿Por qué?... jamás.
No podemos ir atrás.
¿No contemplas dónde estamos?
(*Recapacitando.*)
Mas ¿qué es esto?

D. LOPE. Que mi hijo...

MAUR. ¿Se negó á reconocerte
por don Alonso?

D. LOPE. La muerte
me ha dado lo que me dijo.
¡Qué fe!... ¡Qué noble lealtad!

MAUR. (*Receloso.*)
Y tú, luégo que advertiste
tanto teson, encubriste...

D. LOPE. No. Le dije la verdad.

MAUR. Nos has, don Lope, perdido;
si libre...

D. LOPE. No me creyó:
que el que una vez miente, no
puede ser otra creido.

MAUR. ¿No te creyó?...

D. LOPE. (*Con dolor.*) Aunque mis brazos,
mis lágrimas, mis lamentos,
los penetrantes acentos
de un corazon en pedazos
le demostraron...

MAUR. (*Suspenso.*) Muy bien.
Ya es terrible el compromiso.

D. LOPE. Y desistir es preciso...

MAUR. (*Con enfado.*)
¿De qué, don Lope?... ¿Y por quién?

D. LOPE. ¡Su oposicion es tan fuerte!

MAUR. ¿Le revelaste indiscreto?...

D. LOPE. Sabe, sí, todo el secreto.

MAUR. (*Aparte.*)
Y yo le daré la muerte.

D. LOPE. Lo sabe, y tenaz opuso
tan airada resistencia,
que me temí una violencia,
y grave terror me impuso.
Yo para mí nada quiero,
todo lo hacia por él.
Si lo rechaza, cruel,
¿qué adelanto ya, qué espero?

MAUR. (*Aparte.*)
Tal desaliento me asusta,
y reanimarlo es forzoso.
(*Alto.*)
Te juzgué más animoso,
y de vejez más robusta.
Que á sospechar, vive Dios,

que tan miserable era,
jamás Aragon nos viera
en tal empresa á los dos.
¿De un mancebo alucinado,
que conoce el mundo apénas,
las declamaciones llenas
de celo mal meditado,
tan ridícula influencia
pueden ejercer en tí?
De más temple te creí,
de más madura experiencia.
Haz venturoso á tu hijo
aunque sea á su pesar,
pues las gracias te ha de dar,
burlando de cuanto dijo.
Hay personas que es forzoso
dichosas por fuerza hacer,
sin tomarles parecer.

D. LOPE. (*Como hablando entre sí.*)
Con un crímen afrentoso...
¡Usurpando!...

MAUR. Veo que estás
delirante y sin razon.
Sin crímen de usurpacion
puedes ir á donde vas.
A tu patria, haciendo, sí,
un servicio imponderable
de don Alonso... (*Pensando un momento.*)
Oye.

D. LOPE. Dí.

MAUR. Postrado, atónito el mundo,
creyéndote el guerreador
que le impuso con valor
un respeto tan profundo,
á Aragon acatará,
y de la hispana nacion
por tu prestigio Aragon
el dominio cobrará.
Y su gloria, ya afirmada,
declaras por tu heredera
á la reina verdadera,
á la reina destronada,
que juzgarán tu sobrina;
casas á tu hijo con ella,
puesto que es jóven y bella;
y el objeto á que camina
tu afan consigues así,
con ventaja de Aragon,
sin crímen de usurpacion
y sin mengua alguna en tí.

D. LOPE. (*Como volviendo en sí.*)
¿Me habla por tu boca el cielo?
¡Son tan claras tus razones!

MAUR. De infundadas ilusiones
te las ocultaba el velo.
Y para á cima llevar
intentos de tal grandeza,
no el corazon, la cabeza
debe sólo dominar.
De tu hijo acaso el ardor
por la reina... puede sea,
ahora me ocurre la idea,
aun más que lealtad, amor.
Y puede, don Lope, ser
que en el bien por qué suspira,
y como imposible mira,
tú le vayas á poner.

D. LOPE. (*Reanimado.*)
Tu acento mi angustia calma,
tu voz mis fuerzas me vuelve
y tu razon desenvuelve
de las tinieblas mi alma.
Si puedo, ¡ay Dios! colocar
á mi Pedro en ese trono,
que por él solo ambiciono,
sin la corona usurpar,
siga en buen hora la empresa.
Mas hoy tanto he padecido,
que como nunca he sentido
la edad que sobre mí pesa.
Descansar me es fuerza un rato.

MAUR. (*Llevándolo lentamente hasta la puerta.*)
Descansad, sí, reponéos,
que todos vuestros deseos
protege un destino grato.
A solas considerad,
en tan crítica ocasion,
cuánto os importa el teson.
(*Ya en la puerta en tono solemne.*)
Don Lope, en ello pensad.
Si persistís, se os presenta
un trono para ese hijo;
si retrocedeis, de fijo,
infamia á vos, á él afrenta.
(*Vase don Lope.*)

MAUR. (*Volviendo desasosegado al medio de la escena y paseándose.*)
¡Singular es este hombre!
¿Posible es que en los momentos
de coronar sus intentos
tanto fantasma le asombre?
¿Que con escrúpulos ande
quien diestro hasta aquí llegó,
y á Torrellas fascinó
con facilidad tan grande?
Todo es la debilidad
por ese hijo, que apresado
fué en momento desgraciado.
¡Cosas de su mucha edad!
(*Queda pensativo.*)
A ese jóven es preciso
asegurar. Indiscreto

le patentizó el secreto;
si se fuga... ¡oh compromiso!
(*Dudoso.*)
Que muera... sí, morirá.
¿Cómo?... cuando en hondo sueño
no sea de sus brazos dueño.
¡Pero difícil será!
(*Reflexiona un momento, y prosigue con resolucion.*)
Beba esta noche la muerte
en un veneno. Sí, sí,
no hay bastante fuerza en mí
para herirle de otra suerte.
(*Queda meditabundo.*)

Sale BERRIO *silbando y distraido, y al reparar en Mauricio se asusta y retrocede.*

BERRIO. (*Aparte.*)
¡Caramba con el frailon!
Siempre charlando entre sí,
anda de aquí para allí
hecho un duende motilon.
Volvámonos piés atrás,
que al cabo le considero
pájaro de mal agüero,
y si me atrapa quizás...

MAUR. (*Sobresaltado.*)
¡Hola!... ¿Quién es?

BERRIO. (*Sobrecogido.*) ¡Dios bendito!
(*Acercándose con ridículas cortesías de miedo.*)
Berrio soy...

MAUR. Oye un momento.
(*Dándose una palmada en la frente, como complacido de una ocurrencia feliz.*)
(*Aparte.*) ¡Oh, qué feliz pensamiento!

BERRIO. (*Aparte.*)
Me ha pescado en el garlito.
(*Alto.*)
¿Qué manda su eternidad?
(*Aparte.*)
¡Estoy de miedo difunto!

MAUR. (*Con mucha afabilidad, despues de mirar á todos lados para asegurarse de que están solos.*)
Llegas cabalmente al punto
que en tí pensaba.

BERRIO. (*Escamado.*) ¡Oh bondad!

MAUR. Tengo, sí, que hablar contigo,
pues sabes que desde el dia
que te ví allá en la alquería,
soy muy de veras tu amigo.

BERRIO. (*Gozoso.*)
Sí, yo tengo mucho aquel,
y un ángel... que... ya.

MAUR. Es así,
que eras bueno conocí.

BERRIO. Un palomino sin hiel.

MAUR. Pues te quisiera encargar
que á ese pobre prisionero,
jóven á quien mucho quiero,
le llevaras de cenar.

BERRIO. ¡Ay, señor!... con mil amores.

MAUR. Mas nadie lo ha de saber,
porque el rey quiere tener
gran rigor con los traidores.

BERRIO. (*Con recelo.*)
Siendo así...

MAUR. Nada sabrá,
si es que callar sabes tú.

BERRIO. Callar sé. Mas Belcebú
me sonsaca... y... agua va.

MAUR. Contente, y en todo caso...
tú sabes cuánto yo puedo.

BERRIO. Pues eso me quita el miedo;
(*Resuelto y con gran familiaridad.*)
padre, estoy dispuesto al paso.

MAUR. Sígueme, y la colacion
que le has de dar, te daré.

BERRIO. Vóyme pues con su mercé,
y sabré callar... ¡chiton!

MAUR. Se lo dejas todo allí
y te sales al momento.

BERRIO. Todo lo haré como un viento.

MAUR. Fuera expuesto para tí
quedarte...

BERRIO. ¡Dios libre!

MAUR. Y ten
cuidado de no tocar
lo que le vas á llevar.

BERRIO. No soy yo goloso.

MAUR. Ven. (*Vanse.*)

El teatro está ya completamente oscuro, y sale DOÑA ISABEL TORRELLAS, *vestida con un traje igual en todo al de Sancha, y con un rebocillo con que pueda taparse el rostro.*

D.ª ISA. (*Con recelo y timidez.*)
¡Con cuánto susto, cielo,
estas estancias piso,
oscuras, pavorosas y asombradas!
Cada paso recelo
que á un nuevo compromiso
me lleva, y el rumor de mis pisadas,
que suenan duplicadas
por los lúgubres ecos
de las bóvedas frias,
en estas galerías,
y de estos murallones en los huecos,

me horroriza y me asombra,
y una voz me parece que me nombra.
¡Ay si mi acerba suerte
fuera tal que encontrara
con mi padre!... ¡Infeliz!... Antes quisiera
que repentinamente
en sus brazos me ahogara,
que este castillo sobre mí se hundiera.
Ni aun hallo luz siquiera
que dirija mi paso.
Hace un pequeño instante
que juzgué no distante
escuchar hácia aquí rumor escaso.
Mas todo está desierto,
de oscuridad y de pavor cubierto.
(*Se pasea con sobresalto.*)
Con la villana ropa
que compré á Sancha y Rita,
y con las instrucciones que me han dado,
por medio de esa tropa
desbocada y maldita,
que creyó ser yo Sancha, he penetrado.
Allí un tosco soldado
que á Berrio encontraria
por aquí, aseguróme...
No sé hácia dónde tome...
Ya empieza á vacilar la planta mia.
¡Señor omnipotente,
amparad á esta mísera inocente!
(*Va de uno á otro lado, escuchando, y se para junto á un bastidor.*)
¡Ay! ¿Si estaré, Dios mio,
junto á la misma puerta
que á don Pedro infeliz sujeta y guarda?
Tal vez del paso mio
el rumor le despierta,
y al escucharlo el triste se acobarda,
porque el sayon aguarda;
y creerá, ¡trance fuerte!
la tímida pisada
de su Isabel amada
la pisada espantosa de la muerte.
¡Oh amargo pensamiento
que de mi corazon dobla el tormento!
Allí una luz diviso,
y venir un soldado
á este lugar... Me ocultaré... ¿Y adónde?
Preguntarle es preciso
por ese Berrio, que á mi afan se esconde.
Si afable me responde...
Mas... ¡cielos! imagino
que es él quien aquí viene;
aunque el traje que tiene
es diverso del suyo campesino.
Aguardo rebozada
y en la bondad del cielo confiada.

(*Se cubre el rostro con el rebocillo, y se separa á un lado.*)

Sale BERRIO *con una batea de mimbre, y en ella pan, dos ó tres escudillas cubiertas y una redoma de vidrio llena de vino, y además una lámpara de barro encendida.*

BERRIO. (*Sin reparar en doña Isabel.*)
Mucha tentacion es esta,
pan, butifarra y jamon,
¡y vino aloque!... Me temo
que no me contengo, no.
Mas ¿si ese fraile lo cuca,
que es un duende, vive Dios,
y me ataja el apetito
descargándome una coz?
Tate, tate, amigo Berrio;
anda fuera, tentacion.
(*Echa á andar resuelto, y al momento se para.*)
Mas verme solo, y pasarme
sin catar... (*Huele la redoma.*)
¡Qué rico olor!
esta ampolla tan galana,
fuera ser un burro yo.

D.ª ISA. Berrio.

BERRIO. (*Sorprendido.*) ¡Santa Genoveva!
¿De dónde sale esta voz?
A que algun familiar tiene,
que me persiga, el frailon.
(*Temblando.*)
Reconozcamos... ¡qué miedo!
si álguien en el corredor...
(*Repara en doña Isabel.*)
¡Ay Jesus!... (*Cree ser Sancha y se acerca.*)
Hola, Sanchica:
¿tú despues de puesto el sol,
vienes á ver á tu nene?...
Algun santo te inspiró.
¿La cena me traes sin duda?
No puede ménos tu amor.
¿Y has entrado rebozada?...
Así me gusta, por Dios,
para evitar requebrajos
de tanto pillo tumbon.
(*Con confianza.*)
Mas ya que estás con tu esposo,
y á solas ambos á dos,
fuera ropa.
(*Le quita el rebocillo y queda pasmado.*)
Mas ¡oh cielos!
esta no es Sanchica, ó
borracho estoy...

D.ª ISA. No, no es Sancha.

BERRIO. (*Retrocediendo.*)
Pues ¿quién eres tú, vision,

que de Sancha trae la ropa,
y el rostro de Sancha no?
(*Aparte.*)
Esta es alguna mozuela
que de soldado me vió,
y muerta por mis pedazos
viene á pedir confesion.
¡Mucho garabato tengo!
¡Tengo un atractivo atroz!
En viéndome una muchacha,
no hay remedio, se acabó.

D.ª ISA. (*Acercándose.*)
De parte de Sancha vengo
á demandarte favor.

BERRIO. ¿De parte de Sancha?... ¡Malo!
Entónces es... qué sé yo.

D.ª ISA. (*Con dignidad.*)
Soy doña Isabel de Torrellas,
la hija de tu señor.

BERRIO. (*Le arrima la luz y la reconoce.*)
¡Calle!... ¡Es verdad!... ¿Hay tal cosa?
¿Quién diablos aquí os metió?...
¿En busca de vuestro padre
venís disfrazada?...

D.ª ISA. No.
No, amigo, y que nunca sepa,
pues temo á su condicion,
que aquí estuve, es necesario.

BERRIO. Pues ¿quién os trae?...

D.ª ISA. El amor.

BERRIO. (*Aparte.*)
De cierto me solicita.

D.ª ISA. Y la tierna compasion
al bravo don Pedro Azagra,
á ese jóven...

BERRIO. (*Recapacitando.*)
Ya, ¿sois vos
su novia, y venís?...

D.ª ISA. Sí, amigo,
á consolar su afliccion.
Y en tí solo confiada,
en tu honradez...

BERRIO. (*Perplejo.*) Pero yo...
¿Qué puedo hacer por serviros?...

D.ª ISA. Llevarme á sus brazos.

BERRIO. ¡Oh!...

D.ª ISA. Engañando al carcelero.

BERRIO. No hay carcelero.

D.ª ISA. Mejor.

BERRIO. Hay solamente un cerrojo
gordo casi como yo,
y tambien hay cuatro llaves,
pero el tiempo las tomó
y no cierran.

D.ª ISA. Pues entónces...

BERRIO. ¡Ay, que el cerrojo es atroz!
¿U os habeis imaginado
que es algun troncho de col?

D.ª ISA. ¿Pero descorrerlo puedes?

BERRIO. Precisamente á eso voy,
para llevarle esta cena.

D.ª ISA. Berrio, por amor de Dios,
llévame contigo á verle,
ya que tan buena ocasion
se nos ofrece...

BERRIO. ¡Señora!
donde estais no sabeis vos:
si el vejete ó el frailote...
vaya... tiemblo de terror.

D.ª ISA. ¿Quién, amigo, ha de saberlo?

BERRIO. Los duendes, que hay más de dos
en esta encantada torre,
que el mismo diablo fundó.

D.ª ISA. Vaya, ablándate á mis ruegos,
desecha todo temor,
complace á tu novia Sancha,
pues es quien me dirigió
á tí con tan árduo empeño,
y su traje me prestó;
y Rita tambien te ruega,
y tambien te ruega Anton,
de mis lágrimas movidos
y de mi amargo dolor,
que me ayudes y me lleves
á ver á don Pedro.

BERRIO. (*Dudoso.*) ¿Yo?...

D.ª ISA. (*Arrodillándose y llorando.*)
Y á tus plantas te lo pido,
y te lo pagará Dios;
que las acciones cristianas
nunca sin premio dejó.

BERRIO. (*Levantándola.*)
Basta, señorita, basta,
que no soy de bronce, no,
y en viendo llorar mujeres
se me atraganta la voz.
Esperad, no haga la trampa
que nos pillen á los dos.
(*Reconoce á un lado y otro si álguien lo ve.*)
Vamos allá. Me resuelvo.
Venid pronto, pese á vos.

D.ª ISA. ¡Oh santo cielo!... protege
mi desventurado amor.

BERRIO. Vamos, pisad más quedito.

D.ª ISA. Vamos en manos de Dios. (*Vanse.*)

ESCENA V

Prision del castillo de Atarés, y aparece DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, *sentado y pensativo: la escena estará oscura.*

BERRIO. (*Dentro.*)
¡Caramba!... El cerrojo está
descorrido, y encajada

la puerta!... Pues ahí no es nada!!!
¿Volado el pájaro habrá?

D.ª ISA. (*Dentro con ansiedad.*)
¡Ay!... entremos...

BERRIO. (*Dentro.*) Sí, pasmado
de miedo estoy.—¿Quién ha sido
el duende que aquí ha venido,
y así la puerta ha dejado?

D. PED. (*Incorporándose.*)
¿Quién?... ¡Hola!... Si la muerte
me traen, al verdugo ruego
que descargue luégo, luégo,
en mi cuello el golpe fuerte.

Sale BERRIO *y* DOÑA ISABEL TORRELLAS, *y se ilumina la escena con la luz de la lámpara que viene en la batea.*

D.ª ISA. (*Precipitándose en los brazos de D. Pedro.*)
¡Ay don Pedro de mi vida!
Soy vuestra Isabel.

D. PED. (*Sorprendido.*) ¡Oh Dios!
¿Deliro?... ¿Sueño?... ¿Sois vos?...
Sí, vos, Isabel querida.
(*Pausa.*)
¿En este traje?... ¿A tal hora?...
¡Ay!... explicadme...

D.ª ISA. Mi pecho
está de gozo deshecho...
¿Qué puedo explicar ahora?
(*Vuelven á abrazarse.*)

BERRIO. (*Aparte.*)
Así, muy bien.—¡Qué gustito
me da verlos!... No es Sanchica
más que una pobre borrica
comparada á este angelito.

D. PED. Tras de la vision de infierno
que mi pecho destrozó,
y sin duda me envió
en su cólera el Eterno;
esta vision celestial
piadoso y justo me envia,
con que encanta el alma mia
y me hace á un ángel igual.
(*Trasportado de gozo.*)
¡Isabel!... ¡Mi amor!...
(*Sobresaltado de repente.*)
¡Dios mio!
¡Qué terrible pensamiento
me ocurre en este momento,
que me deja yerto y frio!...
¡Ay, Isabel!...

D.ª ISA. ¿Qué os asusta?

D. PED. (*Agitado.*)
A la reina abandonaste,
¿y á tu padre aquí buscaste?
Dime... dí...

D.ª ISA. (*Con dignidad.*) ¡Sospecha injusta!
¿No me conoceis quizás?
Si á la reina defendeis,
¿cómo imaginar podeis
que yo?...—Don Pedro, jamás.
(*Cariñosa.*)
En las alas de mi amor
y por la reina enviada
vengo á veros (*En secreto*), y restada
á libraros del traidor.

D. PED. Perdona, adorado dueño.
Mas tan raras cosas hoy
por mí pasaron, que estoy
creyendo que todo es sueño.
Mas ¿tú en peligro por mí?...
¡Ay! me horrorizo, Isabel.
(*En secreto y con susto.*)
¿Ese soldado?... ¿con él
cuentas tú?

D.ª ISA. Don Pedro, sí.
(*Don Pedro clava los ojos en Berrio, como examinándole con desconfianza.*)

BERRIO. (*Risueño.*) Berrio soy..., Berrio, señor,
porquero ántes que soldado.
Y aquí le traigo el guisado:
con que basta ya de amor.
(*Siguen hablando entre sí don Pedro y doña Isabel: Berrio pone la batea sobre el poyo, y prosigue con mucha familiaridad.*)
Me traje á la señorita,
porque con ropa de Sancha
vino á buscarme tan ancha,
y con recado de Rita.
Mas aunque esté aquí, cenad.
Y pues diz en Aragon,
tripas llevan corazon,
ea, las vuestras llenad.
Y pronto, pues si ve el padre,
que es quien os envia la cena,
que tardo, la armará buena;
y no quiero que me ladre.
(*Viendo que no le hacen caso, vuelve á observar la batea, silba y se pasea.*)

D. PED. ¡Oh, Isabel mia!

D.ª ISA. (*En voz baja recatándose de Berrio.*)
Ante todo
salvaos, ¡ay don Pedro!... Sí.
Salid al punto de aquí.

D. PED. Pero, Isabel, ¿de qué modo?

D.ª ISA. La prision teneis abierta.

D. PED. ¿Y la guardia?

D.ª ISA. No hay ninguna;
propicia está la fortuna.

D. PED. ¿Y del castillo á la puerta?

D.ª ISA. Nadie os verá.

D. PED. ¿En este traje?...

D.ª ISA. (*Al oído.*)
Atacad á este soldado,
despojadle... y disfrazado
pasareis con su ropaje.

D. PED. No, Isabel. Isabel, no.
¿Yo dejar en compromiso
á ese infeliz?...

D.ª ISA. Es preciso.

D. PED. (*Cayendo repentinamente en un acceso de melancolía.*)
Preciso es que muera yo.
(*Pausa.*)
¿Fugarme?... ¡Qué devaneo!
Por tí olvidado de mí,
el pensamiento acogí.
Pero ya otra vez me veo
tal cual soy en este dia,
y es tan horrenda mi suerte,
que sólo buscar la muerte
debo ansioso, Isabel mia.

D.ª ISA. (*Angustiada.*)
No os entiendo.

D. PED. Ni es posible
que me entendais... Si ayer fuera,
para salvarme os siguiera;
mas hoy... ¡estrella terrible!
(*Con decision é inquietud.*)
Isabel, pronto, alejaos,
dejadme con mi destino.
De Zaragoza el camino
tomad por mi amor, salvaos.
Y á la Reina direis, sí,
que ya exige mi lealtad
que no tenga más piedad
con la sangre que hay en mí.
Que aquí morir debo yo,
y mi raza perecer...
¡Ay, ni tuyo puedo ser!...
Basta, no me fugo, no.

BERRIO. (*Oyendo las últimas palabras se acerca y dice aparte.*)
Esta gente está sin juicio.
¿Fuga?...

D.ª ISA. El pecho me rasgais,
y el alma me envenenais.
Salid de este precipicio.

D. PED. ¡Isabel!...

D.ª ISA. ¿No me seguís?

D. PED. (*Con entereza.*)
Jamás, no.

D.ª ISA. (*Resuelta.*) Don Pedro, bien;
pues yo moriré tambien
si en quedaros persistís.
Vendrá mi padre cruel,
y al verme aquí en vuestros brazos,
con su daga mil pedazos
me hará.

D. PED. ¡Isabel!... ¡Isabel!...

D.ª ISA. (*Con vehemencia.*)
Juro ante el eterno Dios,
que por mi medio os socorre,
no salir de aquesta torre,
señor don Pedro, sin vos.

D. PED. (*Enternecido.*)
¡Isabel!...

D.ª ISA. (*Asiéndole el brazo con violencia.*)
Ven.

BERRIO. (*Deteniéndolos.*) Alto allá.
Señorita, poco á poco:
¿os parece que estoy loco?
basta de burleta ya.
Harto ha durado el bureo;
quédese la cena aquí
con el señor. Y tras mí
venid, ó me pongo feo.

D.ª ISA. (*Suplicante.*)
¡Berrio !

BERRIO. (*Enojado.*) No hay Berrio, cuidado.
(*Va á asir del brazo á doña Isabel, y don Pedro lo impide.*)

D. PED. Si osas la mano poner...

BERRIO. (*Reportándose.*)
No la pongo. (*Aparte.*) Voy á hacer
segun miro mal fregado.
El diablo me trajo aquí,
y entre unos y otros me huelo
que no ha de lucirme el pelo:
con mala estrella nací.

D.ª ISA. Berrio... por amor de Dios.
Berrio, completa la obra.

BERRIO. ¿Qué es completar, si ya sobra
la mitad de lo hecho?—Vos
mi peligro no sabeis,
si álguien por desdicha oliera...
Vamos pronto, vamos fuera:
al fraile no conoceis.

D.ª ISA. Pero dime, Berrio, ¿abierta
cuando ha un momento llegamos,
y sin cerrojo, no hallamos
de aqueste encierro la puerta?
¿No pudo haberse fugado
don Pedro entónces sin tí?

BERRIO. Es verdad.

D.ª ISA. Pues bueno. Dí
que tú no le has encontrado,
y la culpa recaerá
en quien ántes que tú vino.

BERRIO. Fué el vejete peregrino.

D.ª ISA. Pues él la culpa tendrá,
que el cerrojo descuidó.

BERRIO. (*Dudoso.*)
Se armará gran batahola:

¿y en ella escurrir la bola
podrá Berrio?...

D.ª ISA. ¿Por qué no?

BERRIO. Nada, nada. Afuera; en vano
me quereis así tentar.

D.ª ISA. ¡Ay!... ¡Berrio!

D. PED. (*Airado.*) Deja el rogar,
que ya me cansa el villano.

BERRIO. (*Apurado.*)
¡En qué danza me he metido!

D.ª ISA. (*Sacando un gran bolso lleno de oro.*)
Berrio, toma... todo es oro.

BERRIO. (*Pasmado.*)
¡Vírgen santa!... ¡Qué tesoro!...

D.ª ISA. Todo, todo es tuyo.

BERRIO. (*Tomando el bolsillo.*)
Envido.

D.ª ISA. Y la madrina he de ser
de tu Sancha, y en ganados,
joyas, tierras y brocados,
tal dote vas á tener
que puedes ser infanzon,
y fundar estado tal
que no se le encuentre igual
en el reino de Aragon.

BERRIO. ¿Y si me ahorcan lo seré?

D.ª ISA. ¿Con tanto oro no has de hallar
el medio para escapar
de entre esta gente sin fe?

BERRIO. (*Rascándose y muy escamado.*)
Señorita... ¡un miedo tengo!...

D. PED. (*Furioso.*) ¡Si no te das á partido!...

BERRIO. Si estoy ya muy convencido.
Hablad, que á todo me avengo.

D.ª ISA. Ahora á don Pedro has de dar
tu sayo; pues con su ropa
le conociera la tropa
en el acto de escapar.

BERRIO. (*Quitándose el sayo con repugnancia.*)
¿Mi sayo?... á cochambre apesta.
Mas tomad.

D.ª ISA. Tambien el casco.

BERRIO. (*Se quita el casco y se lo da á doña Isabel.*)
Limpiadlo, que fuera un chasco
hallarse cosa molesta.

D. PED. ¡Válgame Dios!... ¡Isabel!

D.ª ISA. (*Quitando el manto y el birrete, y vistiéndole el sayo y el casco de Berrio.*)
Tomad, pronto, no hay remedio;
de salvarse es este el medio.

D. PED. (*Muy abatido.*)
¿Dónde voy, hado cruel?

D.ª ISA. (*Con viveza.*)
Berrio amigo, aquí te queda
solamente un breve instante,
el corto tiempo bastante
para que don Pedro pueda
conmigo afuera tomar
dos caballos, que escondidos
he dejado apercibidos
á la entrada del pinar.
(*Vanse don Pedro y doña Isabel.*)

BERRIO. Van como una exhalacion.
¡Buen viaje! A ver si el bolsillo
quedó aquí. (*Lo saca y examina.*)
¡Qué hermoso brillo!
¡Voy á ser un infanzon!
(*Guarda el bolsillo, y toma el manto y birrete de don Pedro, que dejó en el suelo doña Isabel, se los pone, y se pasea pavoneándose.*)
Así... así... ¡linda persona!
Y con brocado mi Sancha
qué hueca estará, ¡qué ancha
si la llaman la infanzona! (*Se para.*)
¡Caramba, esta señorita
qué rejo tiene, y qué cuajo!
Se ve que por ese majo
está que se despepita.
Dios con ellos vaya, amén,
mas quedándose conmigo,
porque me parece, digo,
que soy cristiano tambien.
(*Va á marchar, y desde la puerta vuelve á mirar la batea, que está sobre el poyo.*)
¿Y qué, del fraile la cena
he de abandonar así? (*Vuelve.*)
No lo haré, que tengo aquí
panza de apetito llena.
(*Siempre vestido con el manto y birrete de don Pedro, agarra la batea, la examina con gusto, y viendo que no hay mesa, la pone en el suelo.*)
Pues que no hay otra, sea el suelo
mesa, que lo es espaciosa.
(*Busca silla, y viendo que no la hay se sienta en el suelo, de espaldas á la puerta.*)
Y silla tambien. No hay cosa
que no me depare el cielo.
¡Ven, oh redoma, á mis manos!...
Mas no, primero es comer.
Sobre el hígado beber
es costumbre de villanos.
Sal acá, butifarrita.
(*La saca y come.*)
¡Qué picante!... Buena á ley.
No se encaja el mismo rey
cosa más santa y bendita.
(*Registra otro plato.*)
Aquestas de fraile son
golosinas. Para luégo,

porque tampoco me niego
á alfajores y turron.
(*Sigue comiendo y revolviendo los platos.*)

Sale MAURICIO, *con un puñal en la mano, á paso lento, y se para á la entrada sin reparar en Berrio.*

MAUR. (*Aparte.*)
¿Cómo encuentro, oh Dios, la puerta
sin cerrojo?... ¿Se ha fugado?
Berrio el simplon la ha dejado
de par en par así abierta.
(*Repara en Berrio y juzga que es don Pedro.*)
Mas no. Don Pedro allí está,
y cenando segun veo.
¡Cuánto, cuánto á mi deseo
tardando su muerte va!
Aquí en la sombra encubierto
me conviene el esperar,
pues que no puedo tardar
en verle á mis plantas muerto.

BERRIO. (*Toma un jamon.*)
Véngame á ver el jamon...
todo me lo he de engullir.
A un albéitar le oí decir
que nunca da indigestion. (*Come.*)

MAUR. (*Aparte.*)
Sin duda aun no probó el vino,
pues su veneno es tan fuerte
que en probándolo, la muerte
es un acto repentino.
¿Y si no bebe?... Veremos.
Entónces, sí, me decido,
y por este acero herido,
pronto del paso saldremos.

BERRIO. Ahora sí que en la garganta,
por más que masco, y que masco,
parece que un gran peñasco
se me atora, y me atraganta.
Pues á lavar el gargüero.
Para esto hay redoma aquí.
¡A ver... á ver!...
(*Al coger la redoma la deja caer y se hace pedazos.*)
¡Pese á mí!...
¡No me quebrara primero
yo mismo!... ¡Cuerpo de tal!
(*Hace extremos ridículos de despecho, y esfuerzos por recoger el vino derramado, cuidando siempre de no volver el rostro hácia donde está Mauricio.*)
Todo el diablo lo llevó.
¡Mal haya quien me parió
tan torpe y tan animal!
¡Maldita sea mi suerte!...
¡Maldita casualidad!

MAUR. (*Arrojándose con el puñal sobre Berrio.*)
¡Que no te libra en verdad
de la merecida muerte!

BERRIO. (*Oye los pasos de Mauricio, vuelve el rostro, y huye aterrado y con viveza.*)
¡Ay de mí!... ¡ay!... ¡San Antonio!

MAUR. (*Se detiene confuso al reconocer á Berrio.*)
¡Cielos!... ¡Es Berrio! ¿Qué es esto?

BERRIO. (*Aparte.*)
¡Válgame Dios, y qué presto
se me apareció el demonio!
¿Si estaria en la redoma?

MAUR. (*Irritado.*)
¿Qué es esto, Berrio?... Habla.
¿En dónde don Pedro está?

BERRIO. (*Congratulándose.*)
¡Qué!... ¡Si todo ha sido broma!
Se afufó.

MAUR. (*Furioso.*) ¿Cuándo?...

BERRIO. No sé.
Yo me he encontrado la puerta,
lo mismo que vos... abierta.
Y aquí... nadie. Ya se ve.

MAUR. (*Asiéndolo de un brazo.*)
¡Tú le abriste, tú, bribon!
Al punto serás ahorcado.
(*Arrastrándolo hácia la puerta y dando voces.*)
¡Guardia, el preso se ha fugado;
soldados, á la prision!...

BERRIO. (*Temblando.*)
¡Señor... yo!...

MAUR. ¡Sí, su vestido
tienes, el tuyo tomó,
y con él se disfrazó!

BERRIO. Cuando vine se habia ido.

MAUR. (*A voces.*)
¡Hola! pronto... ¡Hola! soldados,
que nos venden, pronto aquí.

Sale D. LOPE DE AZAGRA *apresurado.*

D. LOPE. ¡Cielos!... ¿qué voces oí?...

MAUR. Nos vemos, señor, burlados.
Se ha fugado el prisionero.
Por este traidor la puerta
le ha sido há un momento abierta.
Ahora mismo ahorcarlo quiero.

D. LOPE. ¡Basta ya, volved en vos!
Si tal hizo, lo perdono.

MAUR. (*Indignado.*)
¡Ved que perdísteis el trono!

D. LOPE. (*En tono solemne.*)
¡Son altos juicios de Dios!
(*Cae el telon.*)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza. Aparece LA REINA, *pensativa y triste.*

REINA. Segura es la victoria,
y el impostor vencido
tendrá de su arrogancia el escarmiento.
¡Ah!... Que tan alta gloria
y triunfo tan lucido
no sea del noble Azagra sólo siento;
pues dechado de fieles,
suyos debieran ser estos laureles.
Mas enfermo, postrado,
soñador, delirante,
desde que en salvo á estas murallas vino,
se niega horrorizado,
trémulo, palpitante,
á combatir al viejo peregrino;
diciendo que su espada
no vuelve á desnudar en tal jornada.
¿Qué misterio espantoso
es este?... ¡estrella impía! (*Reflexiona.*)
Que ese romero es impostor me jura,
que severa, inflexible,
combata su osadía
me ruega, ardiendo en la lealtad más pura;
mas contra ese romero
jamás, jamás esgrimirá el acero.
Y maldiciendo, llora
el haberse fugado
de la prision, que contempló su tumba.
Y maldice la hora
en que nació. Y turbado,
al cielo pide le fulmine y hunda.
¿Qué misterio, qué encanto,
qué delirios son estos, cielo santo?
(*Creciendo su agitacion.*)
¡Ay de mí, que anegada
en mar de confusiones
vago, sin descubrir lejano puerto!
¿Acaso trastornada
con vanas ilusiones
se pierde en miserable desconcierto
su cabeza infelice,
y yo misma, yo misma el daño hice?...
¿Mi negativa pudo
para su enlace... ¡cielos!
tanto trastorno ocasionar?... ¡Oh suerte!
¡Oh destino sañudo!
¿Por qué no ahogué mis celos?
¿Por qué no sujeté con mano fuerte
en este pecho mio
de un imposible amor el desvarío?
De un amor imposible,
¡oh tremendo destino!
que cada vez más alto se embravece
y más irresistible.
Y que será, imagino,
segun me turba y poderoso crece
de mi alma en lo profundo,
causa tal vez de que abandone el mundo.
(*Muy abatida.*)
Al cabo, ¿qué es el trono
ansiado y combatido?
¿Qué son de la victoria el lauro y palma,
si con tenaz encono
el cielo endurecido
niega la paz y la quietud al alma?
¿Y qué es la misma vida,
por un mar de pasiones combatida?
¡Ay!... á don Pedro adoro,
y á este amor escondido
solo yo debo ser sacrificada.
A mi nombre y decoro
sólo resta un partido;
seguirélo, aunque muera, denodada.
(*Con resolucion.*)
¡Sí... sí, don Pedro viva,
y la salud con su Isabel reciba!

Suena á lo léjos repique de campanas, músicas, tambores y aclamaciones; y sale EL ARZOBISPO, *con dos* CLÉRIGOS *de su séquito, que se quedan á la entrada.*

ARZOB. Albricias, alta señora,
reina de Aragon, albricias,
que ya de vuestros derechos
ha triunfado la justicia.
De Atarés en las almenas
vuestro pendon regio brilla.

y ya los brazos rebeldes
pesadas cadenas ligan.
Dios eterno sea loado,
que con bondad infinita
por el legítimo trono
omnipotente vigila.
Y bendito sea mil veces,
porque os ha dado este dia,
sin una gota de sangre,
la victoria más cumplida.
El impostor ahora mismo
preso á Zaragoza pisa,
donde pensó entrar triunfante
en brazos de sus mentiras.
Y en un hondo calabozo
se verá en la Aljafería,
el que en este regio alcázar
creyó establecer su silla.
Escuchad el alborozo
que vuestro triunfo publica,
escuchad cuál vuestro nombre
cunde en fervorosos vivas.

REINA. (*Gozosa.*)
¡Oh venerable Prelado!
tan halagüeñas noticias,
que siempre aguardé fiada
en la proteccion divina,
tienen para mí más precio,
mayor contento me inspiran
por lábios tan respetables,
como los vuestros, oidas.
Y en saber que una victoria
piadoso el cielo se digna
de concederme, sin sangre,
el colmo está de mis dichas.
Pues los triunfos que se logran
en revueltas intestinas
con sangre, más que con galas,
con lutos se solemnizan.
Mas decidme de qué modo,
tan favorable y propicia,
la piedad omnipotente
protegió la causa mia.

ARZOB. Ya preparaba el asalto
con sus escuadras invictas
Aznarés el valeroso,
campeon de tu justicia,
cuando de la fortaleza
fugitivo y á gran prisa
llegó un rústico soldado,
con peligro de la vida.
Era el que salvó á don Pedro,
y que á ser ahorcado iba,
y logró saltar el foso
y venirse á nuestras filas.
Y el tal, que segun parece
en una venta vecina
era pastor, ofrecióse
á mostrar en la hora misma
un subterráneo camino,
una abandonada mina,
que desde el pinar cercano
al castillo conducia.
Aprovechó diligente
tan oportuna noticia
Aznarés, y con algunos
caballeros, y por guia
el rústico, entró en la fuerza
con furia tan repentina,
que una accion fué solamente
el sorprenderla y rendirla.

REINA. Bien merece ese villano
la recompensa más digna,
pues que la efusion de sangre
evitó con tal noticia.
Quiero conocerle, al punto
premiarle quiero yo misma,
que evitar que sangre corra
es la mayor hidalguía.
¿Y el impostor?

ARZOB. No le he visto,
mas segun todos afirman,
persiste en que es don Alonso
con tenacidad inícua.

REINA. Mas, ¿quién es? ¿de dónde vino?
¿cómo á gentes de alta estima
alucinó, se descubre?...

ARZOB. Cuantos le han hablado, pintan
su semejanza muy grande
con don Alonso. Y seria
aventurar mucho, entrada
dar á sospechas que abrigan
algunos viejos. Sospechas
que de infamia cubririan
á muy altos personajes
y á muy gloriosas familias.

REINA. (*Con inquietud.*)
¡Sospechas!... ¿cuáles?

ARZOB. Señora,
las maliciosas hablillas
no merecen ocuparos,
ni que sean por vos oidas.

REINA. No... decid.

ARZOB. (*Con repugnancia.*)
Obedeceros
es obligacion precisa.
Y aunque especie tal repugne
mis labios el repetirla,
diré que la gente anciana
recuerda tal vez que habia
una semejanza extrema,
por todos reconocida,

entre don Lope de Azagra
y el rey.

REINA. (*Aparte.*) ¡He quedado fria!
(*Alto.*)
¿Entre el padre de don Pedro?...

ARZOB. Sí, señora.

REINA. (*Agitada.*) La malicia
más refinada tan sólo
puede esta sospecha inícua
despertar. ¿Don Lope Azagra,
el hombre de más estima
que Aragon y el mundo vieron,
cuya sangre pura y limpia
aun late en tan nobles venas?...
¡Tal suposicion me indigna!

ARZOB. Y que en los campos de Fraga,
como el orbe lo atestigua,
murió junto á don Alonso,
en medio de la morisma.

REINA. (*Aparte.*)
¡Ay de mí, que ahora descubro
de don Pedro los enigmas!
Y si es su padre... ¡Dios mio!
forzoso será que viva.
Confúndanse esas sospechas, (*Alto.*)
que de la más torpe envidia,
y no de exactos recuerdos,
son tan solamente hijas.
No nazcan nuevos disturbios
de ligerezas y hablillas,
y quede la paz del reino
con firmeza establecida.

ARZOB. Pero no olvidad, señora,
que los estados se afirman
con los premios y castigos
repartidos con justicia.
Y que hay casos dolorosos
en que es condicion precisa
presentar un escarmiento,
si graves daños evita.
El impostor morir debe,
y su consejero y guía,
que abad se nombra, y que todo
ser suposicion indica.

REINA. Mi perdon el más completo
doy á cuantos le seguian
de buena fe, alucinados,
tal vez, por su lealtad misma;
porque siempre la clemencia
la joya es de más estima
de la corona, y hoy quiero
que brille cual nunca limpia.

ARZOB. Bien mostrais, oh noble reina,
madre de Aragon querida,
que mereceis los laureles
que hoy en vuestra frente brillan.

Sale DOÑA ISABEL TORRELLAS *y se arroja desconsolada á los piés de la reina.*

D.ª ISA. ¡Oh mi reina, oh mi señora!
una hija desventurada
piedad y clemencia implora
ante vuestros piés postrada.
A mi padre perdonad,
pues si al impostor siguió,
exceso fué de lealtad
que su pecho alucinó.
A don Alonso ligado
por la fe del juramento...

REINA. (*La levanta del suelo y la abraza.*)
Alza, que está perdonado;
recobra, Isabel, aliento.

D.ª ISA. (*Enajenada de gozo.*)
¡Oh, de clemencia y bondad,
pura, esclarecida estrella!
A mis labios acordad
que sellen mano tan bella;
(*Bésale la mano.*)
pues nunca con más razon
por su madre y protectora
os aclamará Aragon,
que vuestro alto nombre adora.
Corro... (*En ademan de marchar.*)

REINA. (*Deteniéndola.*)
Espérate un momento,
Isabel, que quiero hablarte,
para aumentar tu contento
y otra grata nueva darte.
(*Al arzobispo.*)
Disponed, noble Prelado,
que la catedral resuene
con el himno acostumbrado,
y que mi pueblo la llene.
Que con mi corte al instante,
de gala, sigo tras vos,
de triunfo tan importante
á dar las gracias á Dios.
Y un indulto general
disponed que se publique.

ARZOB. ¿Y la pena capital
quereis que al punto se aplique
á los dos reos?

REINA. ¡Ah!... No;
hoy es de júbilo dia,
y enlutar no quiero yo
con cadalsos su alegría.

ARZOB. (*Enternecido.*)
Vuestra bondad es inmensa.

REINA. Haced venir al villano
para darle recompensa,
cual merece, por mi mano;
pues que sagaz procuró

sin desastres la victoria,
que es en lo que cifro yo
de tan gran triunfo la gloria.

ARZOB. Obedecida sereis
y por el reino aclamada,
señora, cual mereceis,
su sol, su madre adorada.
(*Váse con su séquito.*)

REINA. (*Aparte.*)
Me cumple disimular
todo cuanto descubrí,
y que nada tenga en mí
esta infeliz que extrañar;
pues si es padre el impostor
de don Pedro, es necesario
con sigilo extraordinario
encubrir tal deshonor.
(*A doña Isabel con cariño.*)
Isabel, Isabel mia,
¿cómo está don Pedro? dime.
¿Esa angustia que le oprime
tendrá término este dia?
¿Cesarán las ilusiones
espantosas que lo agitan
y que á ambas nos precipitan
en un mar de confusiones?
El triunfo ya conseguido,
y que tanto ansió leal,
de su dolencia fatal
será un remedio cumplido.

D.ª ISA. ¡Ay, señora, yo no sé!...
Como nunca, esta mañana
la tristeza que le aplana
y su delirio noté.
Desde el momento, ¡ay de mí!...
que le saqué de prision,
tan turbada su razon
como há un rato, nunca ví.

REINA. (*Muy agitada.*)
Basta, Isabel. Es preciso
á don Pedro consolar.
Si acaso el imaginar
que le negaba el permiso
para casarse... (*Aparte.*) ¡Yo muero!
(*Alto.*) contigo, así le turbó,
corre á decirle que yo
casaros hoy mismo quiero.

D.ª ISA. (*Llorando.*)
¡Oh, señora, oh de bondad
y soberana clemencia
sol, que el mundo reverencia!
Tal es mi infelicidad,
tan contrario me es el cielo,
que lo que ántes, ¡ay! haria
la más alta dicha mia,
aumenta hoy mi desconsuelo.

REINA. (*Suspensa.*)
¿Pues qué?... ¿tibio en su pasion?...

D.ª ISA. (*Con vehemencia.*)
No, señora, ¡ah! no, señora.
Que como jamás me adora,
que su amante corazon
más que nunca arde por mí,
en llanto amargo deshecho,
roto en pedazos el pecho,
sin cesar me jura, sí.

REINA. (*Aparte.*)
¡Oh dolor que me devora!

D.ª ISA. Pero añade que ya no
puedo ser su esposa yo,
y un mar de lágrimas llora.

REINA. ¿Y no te explica el por qué?

D.ª ISA. Que un secreto horrible guarda,
que le turba y le acobarda,
imagino...

REINA. Y yo lo sé.

D.ª ISA. Yo no, señora. ¡Ay de mí!

REINA. Es una delicadeza
que demuestra la grandeza
de su pasion hácia tí.

D.ª ISA. (*Confusa.*)
Yo... señora... no colijo...

REINA. No temas, resuelta estoy.
Sí, tu esposo será hoy,
porque lo mando y lo exijo.
Que esto es su felicidad
y yo otorgársela quiero
á toda costa. (*Aparte.*) ¡Yo muero!
(*Alto y resuelta.*)
Al momento os desposad.

D.ª ISA. (*Besándola la mano.*)
¡Oh, cuán noble corazon,
que concede el mismo dia
su ventura al alma mia
y á mi buen padre perdon!
Corro...

REINA. (*Deteniéndola.*) Espérame, Isabel,
miéntras tomo el manto real
para ir á la catedral.
Luégo irás á hablar con él.
(*Vase agitada.*)

Queda doña Isabel pensativa, y salen BERRIO *y* SANCHA.

BERRIO. (*Al entrar.*)
Toma, colémonos pues...
si lo mandó...

SANCHA (*Deteniéndose.*) ¿Tan así?...

BERRIO. La señorita está allí.

SANCHA ¡Tienes razon, ella es!

D.ª ISA. (*Reparando en ellos.*)
Hola, mis buenos amigos,

¿qué buscais?... ¿á qué venís?

SANCHA Ansiando ver á la reina,
que es, dicen, un serafin,
á la puerta del palacio
éste y yo estábamos, y
su merced el Arzobispo...

BERRIO. (*Adelantándose.*)
Déjame, Sanchica, á mí,
que mucho más aquel tengo
para explicarme.

D.ª ISA. Decid.

BERRIO. Estábamos boquiabiertos,
sin saber adónde ir,
sufriendo la mala cara
de uno y otro galopin,
cuando pasó el Arzobispo,
y dirigiéndose á mí:
¿Eres, preguntó, el Herodes?
y respondíle que sí.
Pues entra, continuó grave,
que la reina quiere oir
de tu boca tus hazañas,
y hacerte mercedes mil.

SANCHA Sí, señora, así le dijo,
lo mismito que lo oís.

D.ª ISA. ¿Estás, Berrio, delirando?

BERRIO. Ni borracho, pese á mí.
¿Mas no sabeis? soy Herodes.

SANCHA Que lo es, señorita. Sí.

D.ª ISA. Héroe dirás.

BERRIO. Pues bien, eso...
¡si lo dicen más de mil!
¡Y viva, y que viva Berrio
el Herodes! ahora oí
á gente que en esas calles
va, que parece un motin.

SANCHA Sí, mi Berrio lo ha hecho todo;
no es el diablo más sutil.

BERRIO. Sí, señora. Antes de anoche,
cuando me dejaste allí,
metido en la ratonera,
atrapóme mi alguacil.
Y aunque el vejete petate
(que entrar ya en la trena ví)
me perdonó, el mal frailote
(que pronto tendrá mal fin)
se empeñó... nada... en ahorcarme,
que no es un grano de anís.
Pero con una moneda
de la preñada y gentil
bolsa, que vos me endonásteis,
y que no aparto de mí,
conseguí de un camarada
puerta franca para huir.

D.ª ISA. ¿No te dije que hallarias
fácil modo de salir?

BERRIO. ¡Ay, señorita del alma,
estuvo todo en un tris!
Pasé la noche en el foso
agazapadito, sin
respirar, como conejo
que oye al podenco latir.
Y hoy al romper la mañana,
como suele la perdiz
irse al reclamo, á las tropas
de nuestra reina acudí.
Y al general, que es un mozo...
¡vaya un mancebo gentil!...
de un camino soterraño
el secreto descubrí.
Y por debajo de tierra,
sin trompa ni tamboril,
sin sol, sin luz y sin moscas,
delante de todos fuí,
atropellando gigantes,
moros encantados, y
vestiglos; y en el castillo
nos encontramos al fin,
en donde todo viviente
se rindió, gracias á mí.
¡Ved pues si soy el Herodes
ó esa cosa que decís!

D.ª ISA. ¿Ves, amigo, como el cielo
la noble accion que por mí
hiciste, te recompensa,
por uno dándote mil?
A los bienes de fortuna,
que yo me comprometí
á darte, siendo madrina
de tu boda, vas á unir
las mercedes y los dones
de nuestra reina gentil,
el aplauso de los buenos
y un nombre eterno y sin fin.

BERRIO. (*Muy ufano.*)
¡Si soy yo mucho!... Sanchica,
¿qué tal?... ¿eh?...

SANCHA (*Muy gozosa.*) Yo estoy sin mí.

BERRIO. Te han de llamar la infanzona,
y tu padre ha de venir,
para besarme la mano,
sin caperuza.

D.ª ISA. Advertid
que ya sale nuestra reina;
mirad bien lo que decís.

SANCHA (*Embobada mirando al lado por donde va á salir la reina.*)
¡Ay qué hermosa, madre mia!
¡como una rosa de abril!
A la Vírgen se asemeja
que está allá en el camarin.

BERRIO. ¡Ay, que me he quedado frio

y ya no sé qué decir!
D.ª ISA. Poned la rodilla en tierra,
y la mano le pedid.
BERRIO. ¿Y se ha de quedar sin ella?...
D.ª ISA. Es para besarla, ¿oís?

Sale LA REINA *con manto real y corona, y ricamente ataviada, seguida de* DAMAS *y* PAJES, *todos de gran gala. Berrio y Sancha caen de rodillas.*

REINA. (*Acercándose con dignidad á los villanos.*)
Hola, ¿esta buena gente
quién es, y qué desea?
BERRIO. (*Turbado.*)
Semos... semos...
(*A Sancha al oido.*) Sanchica, tú responde,
que quien soy he olvidado de repente.
SANCHA (*Turbada.*)
Semos... semos... ¡que siga Berrio, ea,
que se me fué la lengua no sé dónde!
REINA. (*Afable.*)
Hablad, no tengais miedo.
BERRIO. Pues yo... Sancha, habla tú, que yo no (puedo.
D.ª ISA. Este mozo es, señora,
el que salvó á don Pedro, y denodado...
REINA. (*Muy complacida.*)
Venga, venga en buen hora
el que el triunfo me ha dado
con tal facilidad y sin desgracias,
venga en buen hora á recibir mis gracias.
Alzad del suelo.
BERRIO. (*Más alentado.*) Si me dais la mano...
sólo para besarla.
REINA. (*Dándoles á besar la mano.*)
¡Qué inocencia!
(*Levanta á ambos con afabilidad.*)
Tengo gran complacencia
en verte, agradecida
con el alma y la vida
estoy á tu servicio. Te has portado
como un héroe.
BERRIO. (*Muy ufano.*) Sí.
(*A doña Isabel.*) Herodes... ¿no lo escucha?
(*A la reina en tono jactancioso.*)
¡Es mi arrogancia mucha!
¡Y soy un gran soldado!...
¡He matado más gente!...
REINA. (*Risueña.*)
Porque no la mataste, justamente,
premiarte, amigo, intento,
y te daré en mi casa acostamiento.
BERRIO. Pues yo mejor quisiera diez cochinos,
con algunas ovejas y pollinos.
SANCHA (*Aparte á Berrio.*)
Y joyas, majadero,
que gargantilla y pelendengues quiero.
BERRIO. (*Aparte á Sancha.*)
No, mejor es ganado.
REINA. (*Haciéndoles señal de retirarse.*)
Cual mereces serás recompensado.
SANCHA ¡Viva la real persona!
BERRIO. (*A Sancha.*)
Van, Sanchica, á llamarte la infanzona.
(*Vánse Berrio y Sancha.*)
REINA. (*Llevando aparte á doña Isabel, y hablándola con vehemencia.*)
Oye, Isabel.
D.ª ISA. Señora.
REINA. Al punto corre ahora
de Pedro Azagra al lado.
Anúnciale el permiso que os he dado.
Consuélale, Isabel, y ni un momento
de él te apartes.
D.ª ISA. (*Sobresaltada.*) ¿Pues qué... señora mia?...
REINA. Síguele á do quier. Si tiene intento
de ir á la Aljafería,
avísame al instante,
pues es el impedirlo interesante.
D.ª ISA. ¡Ah!... Yo tiemblo...
REINA. No temas, que no hay nada.
Ni á él nada le dirás. De tí confío,
tú eres el brazo mio.
Sosiégate, Isabel, yo te lo ruego.
Yo te explicaré luégo
cuáles son las razones
de hacerte estas secretas prevenciones.
(*Se pone en marcha.*)
D.ª ISA. (*Confundida.*)
¡Cielos!... ¡Estoy mortal!... Sólo me toca
temblar, obedecer, sellar mi boca. (*Vase.*)

ESCENA II

Calabozo del castillo de la Aljafería. Salen DON LOPE DE AZAGRA, *de peregrino, muy abatido y debilitado, y* MAURICIO *sosteniéndole, y conduciéndole á un asiento de piedra que habrá á un lado.*

D. LOPE. Llévame lentamente,
que andar apénas puedo,
por edad, no por miedo,
y me siento morir.
Si Dios omnipotente
á mi afan concediera
que aquí, y pronto, muriera,
sin al cadalso ir...
¡cuán dichoso seria! (*Se sienta.*)
MAUR. Ten ánimo. Si quieres
patentizar quién eres,
puedes mucho esperar.
Tu alto nombre podria,
tu nombre verdadero,
acaso al pueblo entero
en tu favor alzar.
D. LOPE. ¡Calla, calla, Mauricio!

¡Jamás! Que para el mundo
un misterio profundo
mi nombre debe ser.
En este precipicio
donde tú me has lanzado,
y á do me ha encaminado
el mismo Lucifer,
no ha de hundirse conmigo
mi descendencia infame,
ni nunca el mundo llame
á un Azagra traidor.
Jamás, jamás, amigo,
de que es mi sangre rea,
de que Azagra soy, sea
el mundo sabedor.
El nombre quede puro
de mi adorado hijo;
de tu amistad exijo
el secreto más fiel.

MAUR. Por él en este apuro
en que estamos nos vemos;
por su causa tenemos
en el cuello el cordel.

D. LOPE. No; porque Dios eterno
vigila por los reyes,
y maldice en sus leyes
al vasallo traidor.

MAUR. (*Con desden.*)
Porque te dió el infierno
hácia tu hijo, demente,
ese ciego, imprudente
y malhadado amor.

D. LOPE. ¿No oyes la voz del cielo
cómo grita venganza?

MAUR. Mi delirio no alcanza
hasta escuchar tal voz.
Y de tu desconsuelo,
y de tu desvarío
me avergüenzo y me rio.

D. LOPE. (*Aterrado.*)
¡Oh desengaño atroz!
Aproximarse siento
mi fin, y estremecido
piedad al cielo pido,
solamente piedad.
Y que mi último aliento
lleve la infamia mia,
sin que se extienda impía
en mi posteridad.

MAUR. Tu descendencia olvida,
que es perder el juicio.

D. LOPE. No eres padre, Mauricio,
por eso hablas así.
(*Se oyen cerrojos.*)

MAUR. (*Sorprendido.*)
¿La puerta estremecida
no escuchas?...

D. LOPE. (*Con vehemencia.*) Te conjuro
que el secreto seguro...

MAUR. (*Separándose.*)
¡Calla, que entran aquí!

Sale D. PEDRO LOPEZ DE AZAGRA *precipitado, y se arroja de rodillas en los brazos de don Lope.*

D. PED. ¡Oh padre! ¡oh padre!...

D. LOPE. (*Abrazándolo enajenado.*) ¡Hijo mio!...
Al tenerte entre mis brazos,
cobran los rotos pedazos
de mi corazon su brio.
Torna á discurrir la vida
por mis decrépitas venas,
donde ya indicaba apénas
no estar del todo extinguida.
¡Ay! ¿Es sueño? Es verdad, sí.

D. PED. La juvenil sangre helada
me ahoga en el pecho estancada.
¡Desventurado de mí!

MAUR. (*Aparte.*)
¡Oh... si un acero tuviera,
ó un brazo bastante fuerte!
A entrambos dando la muerte
aun salvarme consiguiera.

D. LOPE. (*Separando de repente á don Pedro y poniéndose en pié con un penoso esfuerzo.*)
¿Mas qué es esto, mozo altivo?...
¿Cómo te atreves á tanto?...
¿No te causa el verme espanto,
aunque postrado y cautivo?
(*Rechazando á don Pedro.*)
Aparta, aparta... ¡Infelice!
¿Aquí me viniste á ahogar
en tus brazos, sin temblar?...

MAUR. (*Aparte confuso.*)
No comprendo lo que dice.

D. PED. ¡Ah!... ¡padre!...

D. LOPE. (*Con penosa y afectada entereza.*)
¿Tu padre yo?
¿Yo tu padre?... Tú deliras,
y lo que dices no miras.

MAUR. (*Aparte reconociendo la intencion de don Lope.*)
¡Ya!

D. LOPE. ¡Tu padre no soy, no!

D. PED. Si por tal os deseché
cuando armado, cuando fuerte
pudísteis darme la muerte,
y con horror os miré
porque el rebelde pendon
contra mi reina y señora
enarbolábais, ahora
es muy distinta ocasion.
Y vuestro hijo me confieso

cuando llega, ¡trance fuerte!
la hora horrenda de la muerte,
y humilde vuestros piés beso.
(Arrójase á los piés de don Lope.)
¡Padre!... ¡padre!

D. LOPE. *(Levantándole.)* No lo soy.
¿Y quién fué el impostor, dí,
que decirte pudo á tí?...

D. PED. Vos mismo, vos.

D. LOPE. *(Aparte.)* ¡Muerto estoy!
(Alto.) Mentí, tentando engañar
y deshacer tu firmeza,
cuando allá en la fortaleza
no te quise castigar.

D. PED. Si el corazon me lo dijo
con hondas voces tambien,
y ahora lo repite, ¿quién
negará que soy tu hijo?

D. LOPE. Yo. ¡De escucharte me espanto!
¿No ves que es accion de loco,
que el que allá me tuvo en poco
ahora aquí me estime en tanto?

D. PED. Siempre mi padre en vos ví.
Y sabiendo vos quién soy,
lo que va de ayer á hoy
conoceis sin duda, sí.

MAUR. *(Aparte.)*
¡Oh qué lucha tan extraña
de afectos, reconvenciones,
de verdades, de ficciones,
en que ninguno se engaña!
Pero yo, que el dueño soy
del secreto de los dos,
por vengarme, vive Dios,
á hacerlo patente voy.
Como infame al mundo asombre
de este mozo y de este viejo,
uno altivo, otro perplejo,
el considerado nombre.
Y de ellos y de Aragon
se vengue la rabia mia,
borrándose en este dia
su más ilustre blason.

D. LOPE. *(Muy abatido y desfalleciendo por momentos.)*
¡Ay!... ¡Mancebo, basta ya!
Si don Alonso no soy,
en este sitio en que estoy,
y en donde ahogándome va
ya mi dolor, soy un ente
incomprensible, *(Con esfuerzo.)* que no es
ni ser pudo aragonés,
que aquí no tiene pariente.
O el soberbio emperador,
ó un oscuro aparecido,
sin nombre, sin apellido
y sin familia.

D. PED. *(Abatido.)* ¡Oh rigor
de mi embravecida suerte!
(Resuelto.)
Pues que sea ó no vuestro hijo,
vuestra bendicion exijo
en esta hora de la muerte.

D. LOPE. *(Convulso y horrorizado.)*
¿Qué escucho?... ¡mi bendicion!!!
¿La bendicion... ¡infelice!
de este sér á quien maldice
el Eterno?... ¡Oh confusion!
(Cae moribundo en brazos de don Pedro.)
¡Ay!... ¡que me siento morir!...
No puede mi larga edad
el peso de iniquidad
que me abruma resistir.

D. PED. ¡Padre!!!

D. LOPE. Ese nombre me ahoga.
Mi corazon se revienta.
A mi Dios voy á dar cuenta...
¿ante El por mí quién aboga?
¿Quién aboga?... ¡Confesion!
¡Ay!... confesion necesito,
y un sacerdote bendito
que me dé la absolucion.
(Queda desmayado.)

D. PED. ¡Cielos! ¡qué horror!... ¡Ah! ¿qué es esto?
¡Helado está!

MAUR. *(Acercándose.)* Un parasismo.

D. PED. *(Fuera de sí mirando indignado á Mauricio.)*
¡Confúndate el hondo abismo!
(Volviendo á don Lope.)
¡Padre!... ¡padre!... auxilio... presto.
(Acomoda á don Lope en tierra, apoyándolo contra el asiento de piedra y prodigándole caricias y socorros.)

MAUR. *(Aparte con rapidez.)*
Pues por sacerdote á mí
me reputan, que lo soy
me importa asegurar hoy,
por ver si dilato así
ó evitar logro el castigo.
¿Qué tardo en darme por tal?...
(Acercándose á don Lope con afectada dignidad y en voz alta.)
Ved en esta hora fatal,
rey don Alonso, mi amigo,
quién puede...

D. LOPE. *(Volviendo en sí y rechazándolo con horror.)*
¡Aparta, malvado!
¿Tú?... ¿tú?... *(Cae moribundo.)*
¡Dios mio, piedad!!!
¡Ay!... mis culpas perdonad...
(Tendiendo los brazos á don Pedro.)
¡Perdóname tú, hijo amado! *(Muere.)*

D. PED. *(De rodillas y besando fuera de sí una mano de don Lope.)*
¡Padre!... ¡Señor!... ¡Ay de mí!
¡Padre!... ¡padre!... Yo con vos...
(Reconociendo que está ya muerto.)
Ya está en presencia de Dios...
¡Desventurado nací!
(Queda sumergido en profundo dolor.)

MAUR. *(Aparte.)*
Murió, sí... murió el cobarde
de quien necio confié;
que el mundo en saber quién fué
ni un solo momento tarde.
Quede el hijo deshonrado,
y entre tanta confusion,
busque mi resolucion
algun remedio impensado.
(Se acerca resuelto á la puerta y dice á voces:)
¡Hola, guardias, acudid!
¡Ved que es muerto el impostor,
y tambien su hijo es traidor,
cómplice suyo! Venid.

D. PED. *(Vuelve en sí, se levanta y se arroja sobre Mauricio con una daga desnuda.)*
¡Malvado! Aun tengo esta daga
que en tu pecho fementido,
de tanto crímen henchido,
mi cólera satisfaga.
(Hiere á Mauricio.)

MAUR. *(Cayendo muerto.)*
¡Ay de mí!... ¡Azagra! Aragon
la sangre de Azagra infame,
sangre de traidores llame,
pues estos Azagras son. *(Muere.)*

Abrense las puertas del calabozo con estruendo y salen de prisa LA REINA, DOÑA ISABEL TORRELLAS, PAJES Y GUARDIAS.

D.ª ISA. *(Deteniéndose horrorizada.)*
¡Cielos!... ¿Qué miro?... ¡Infelice!

REINA. *(Conteniendo con dignidad su agitacion.)*
¡Don Pedro Azagra aquí está,
entre cadáveres yertos,
con un sangriento puñal!...
¿Qué es esto, don Pedro Azagra?
¡Oh, don Pedro Azagra!... Hablad.

D. PED. *(Con entereza.)*
Esto es desplomarse el cielo
sobre mi frente leal,
esto es que abierta la tierra
bajo de mis piés está.
(Señalando el cadáver de don Lope.)
Ese decrépito anciano,
que ahora acaba de espirar,
ahogado por sus pesares,
pidiendo al cielo piedad,
es mi padre.
(Movimiento general de terror.)
¡Oh cuán amargo
hace mi estrella fatal
en mis labios ese nombre,
tan dulce de pronunciar!
Sí, es mi padre, pues su crímen,
que yo no puedo borrar,
no le quitó el ser mi padre,
para mi afrenta y mi mal.
(Señalando el cadáver de Mauricio.)
Y este, que de sus maldades
ya dando la cuenta está
ante el Dios de las venganzas,
en su justo tribunal,
es el monstruo del infierno,
genio espantoso del mal,
que alucinando á ese anciano
con su apariencia falaz,
le encaminó por la senda
de traicion y deslealtad;
por donde en busca de muerte
y escarmiento vino acá,
de la más ilustre sangre
el puro brillo á manchar.
Y yo con mi mano misma,
y este vengador puñal,
su corazon desgarrando,
de un solo golpe no más,
á vos, á mí, y á mi padre
venganza he dado. Mirad.
(Movimiento general de horror.)
Y pues de un traidor soy hijo,
y pues manchadas están
de sangre hirviente estas losas,
que derramé, criminal,
usurpando á la justicia
su accion y su voluntad,
cometiendo un homicidio
que no quiero disculpar;
(Hinca una rodilla.)
que al punto el verdugo tronche
este mi cuello mandad:
cumplireis con la justicia
de vuestro cetro real
y tendrá fin un linaje
tan desventurado, y tan
aborrecido del cielo,
que hundido en el cieno está.

REINA. ¡Oh noble don Pedro Azagra!
¿Qué pronunciásteis?... Alzad,
pues no debe ni un momento
postrado en la tierra estar
el que de su insigne patria
es tan seguro puntal,
y de mis santos derechos

el más fuerte capitan.
(Levantando á don Pedro.)
Alzad, don Pedro de Azagra,
jóven valeroso, alzad,
que galardones tan sólo
vuestra reina os ha de dar.
Al matar á ese perverso,
el brazo fuísteis no más
de mi justicia, y declaro
vuestra accion noble y leal.
Y ese acero, que destila
cálida sangre, será
cimera de vuestras armas
y un nuevo timbre de hoy más.

D. PED. *(Confuso.)* ¡Señora!... ¡Señora mia!
¡Cuál queda mi honra juzgad,
y que de traidora sangre
llenas mis venas están!

REINA. Es vuestra sangre tan pura
como la lumbre inmortal
del sol, que apagar no puede
pasajera tempestad.
Tras de una série de siglos
en que acrisolada está,
derramándose á torrentes
en pro de la cristiandad,
¿qué importa que vuestro padre,
caduco y demente ya,
cometiese un negro crímen,
de que no fuera capaz
sin la sugestion maligna
de ese dragon infernal?
¿Y vos, con vuestras proezas,
vos, desenvainando audaz
por mis derechos la espada,
con la noble heroicidad
que vió el mundo, no enmendásteis
de vuestra sangre el desman?
¿No es este suceso mismo,
en que con firmeza tal
las tentaciones más grandes
que tiene la humanidad,
los más tiranos afectos
que encadenan al mortal,
habeis vencido, don Pedro,
crisol de vuestra lealtad?
Volved en vos, y miradlo,
que si es justo vuestro afan,
no es justo por un delirio
á todo extremo llegar.
(Aparte con rapidez.)
El último esfuerzo hagamos
porque la tranquilidad
vuelva á su pecho. La hora
de mi sacrificio es ya.
(Alto.) Ved pues si estoy decidida
á que sin posteridad
de Azagra la noble estirpe
no quede, porque jamás
de tan valientes guerreros,
de magnates tan sin par,
carezca este reino mio,
la España y la cristiandad;
que os mando, como señora,
que al punto y sin replicar
á doña Isabel Torrellas...
(Aparte.)
¡ay, que es mi pecho un volcan!
(Alto.)
la deis la mano de esposo:
cumplid con mi voluntad.
(Queda don Pedro muy agitado y como faltándole palabras.)

D.ª ISA. *(Arrojándose á los piés de la reina.)*
¡Señora, señora mia!
¡Oh qué angélica bondad!

REINA. *(Levantándola y abrazándola.)*
¡Isabel... ¡ay!... tú no sabes
lo que en mí pasando está!
Haz feliz á Pedro Azagra,
que esto es lo que importa más.

D. PED. Esclarecida señora,
reina de Aragon... ¡oh, cuán
poderoso es vuestro labio!
¡qué excelsa vuestra bondad!...
(Acercándose á doña Isabel.)
¡Isabel... vuestro amor sólo
de darme vida es capaz!...
(Separándose de repente de doña Isabel y con tono resuelto.)
Pero momento no es este,
ni este tampoco el lugar...
(A la reina con energía.)
Dentro de un año, señora,
obedecida serás.
Ahora parto á la frontera
nuevos timbres á ganar,
y á borrar con sangre mora
de mi sangre la fealdad.
Y cuando triunfante vuelva,
y de una insigne ciudad,
por mí arrancada á los moros,
ponga á vuestra planta real
las llaves, la mano mia,
con vuestro amparo, será
de doña Isabel Torrellas,
de esa estrella celestial
que es de un alma sin ventura
dueño, vida, luz y paz.

REINA. *(Aparte.)*
¿Esto escucho?... ¡Ah, desfallezco!
La pena ahogándome va.

(*Alto.*) Bien, á adquirir nuevos lauros,
ilustre Azagra, volad.
La victoria y la fortuna
os vayan siempre detrás.

D. PED. Marcho, pues... Dadme, señora,
la regia mano á besar.
(*Hinca una rodilla y besa la mano de la reina.*)
¡Isabel!... (*Vase.*)

REINA. (*Con ansiedad.*)
Volved triunfante...
por vuestra vida mirad.
(*Aparte.*) ¡Ay de mí desventurada!
No puedo resistir más.
(*Se apoya desmayada en doña Isabel.*)
Cae el telon.

Sevilla, 1842.

FIN DE LA COMEDIA

EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO

DRAMA FANTÁSTICO EN CUATRO ACTOS

A MI HIJO ENRIQUE

PERSONAS

LISARDO, *jóven.*
MARCOLÁN, *viejo mágico.*

VOCES DE SERES INVISIBLES

DEL GENIO DE LOS AMORES.
DEL GENIO DE LA OPULENCIA.
DEL GENIO DEL PODER.
DEL GENIO DEL MAL.

PERSONAJES FANTASTICOS

ZORA, *dama jóven.*
LISEO, *viejo.*
CLORINARDO. } *Caballeros.*
FINEO. . . } *Caballeros.*
NATALIO, *viejo.*
ARBOLÁN, *guerrero.*

UN REY.
UNA REINA.
UN PAJE.
UNA BRUJA.
DOS CAZADORES.
TRES VILLANOS.
DOS SOLDADOS.
DOS CABALLEROS.
UN CAPITAN.
UN ENTERRADOR.
EL DEMONIO.
UN ANGEL.
SALVAJES. . } *Bailarines.*
SILFIDES. . } *Bailarines.*
DONCELLAS.. } *Bailarines.*
CANTORES.

Las músicas, comparsas y diferentes acompañamientos de cazadores, esclavos, guardias, etc., se anotan y llaman en las escenas en que deben figurar, para evitar confusion.

La accion, que se supone para los trajes acaecida á mediados del siglo XIV, *pasa en un islote desierto del Mediterráneo. Empieza al ponerse el sol y concluye al amanecer del dia siguiente*

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar embravecido. En primer término á la derecha del espectador habrá una pequeña gruta practicable. El cielo representará el anochecer, cubierto de nubes borrascosas. Se verán relámpagos y se oirán truenos, el bramido de las olas y el silbar del viento.—MARCOLÁN, *mago, aparece dentro de la gruta, estudiando en sus libros á la luz de una lámpara, y rodeado de instrumentos mágicos.* LISARDO *vestido de pieles y con aspecto de salvaje, asomará por lo alto de la montaña, y bajará de peñasco en peñasco declamando los primeros versos.*

LISARD. (*Mirando despechado al cielo.*)
Rompe tu seno pardo,
oscura nube, y lanza furibunda
el rayo abrasador, que ansioso aguardo;
el rayo que confunda
y en el inmenso mar sepulte y hunda
esta desierta roca,
que con la altiva frente al cielo toca,
y es, ¡oh destino impío!
cárcel estrecha de mi ardiente brio.
(*Pausa, prosigue mirando al mar.*)
Y tú, tremendo mar, ¿por qué, rugiente,
no rompes este freno de tus iras?
¿O eres tan impotente
que en vano á libertarte de él aspiras?
¡Ah, si yo fuera tú!... ¡Si yo tuviera
tu colosal poder!... Ni un solo instante
de mi curso delante
obstáculo ninguno consintiera:
y al encontrarlo, mi rencor profundo
con sus huellas borrara el ancho mundo.
¡Mas ah! no me escuchais. ¡O no son nada,
oscura nube, tu rugiente trueno,
ni tu empuje y furor, oh mar hinchada,
si otro poder mayor os pone freno!
(*Pausa.*)
Como vosotros yo, que arde en mi mente

fuego mayor que el que en los rayos arde,
y un alma más tremenda,
más indomable que la mar rugiente,
dentro mi pecho siente
de sus fuerzas hacer perdido alarde.
Y aquí atado y cautivo,
aquí como cobarde,
apénas sé si vivo,
puesto que el mundo ignora
que en él Lisardo mora.
¡Lisardo, el que pudiera
llevar su nombre á la encendida esfera!
(*Pausa, prosigue mirando á la gruta.*)
¡Oh padre!... padre no, tirano fiero,
que eres de un infelice carcelero,
maldito sea tu saber insano,
y ese tu afan prolijo,
que te hace ser de un desdichado hijo
inexorable y pertinaz tirano.

MARC. (*Dentro de la gruta hablando consigo mismo.*)
¡Mísera humanidad! Siempre maldice
la mano protectora que la ampara,
y que del precipicio la separa.
¡Mísera humanidad, siempre infelice!
Es mi anhelo salvar á mi hijo amado
de las borrascas que en la humana vida
le tienen las estrellas prevenida,
y él su opresor me llama, despechado.
(*Se va poco á poco despejando el cielo, y alzándose la luna en el horizonte, ilumina la escena con su luz azulada.*)

LISARD. (*Avanzando al proscenio.*)
¿Es vida, ¡triste de mí!
es vida, ¡cielos! acaso
aquesta vida que paso
con sólo mi padre aquí?
Si condenado nací,
y sin esperanza alguna,
á que este islote mi cuna,
mi estado, mi único bien
y mi tumba, sea tambien,
maldigo yo á la fortuna.
Si tal mi destino fué,
que es imposible lo fuera,
¿para qué un alma tan fiera
dentro de mi pecho hallé?
¿Con qué objeto, para qué
arde esta insaciable llama,
que toda mi mente inflama,
de buscar, dándome anhelo,
aun á despecho del cielo,
oro, amor, poder y fama?
Enhorabuena el reptil
rampe en el vivar estrecho,
si allí goza satisfecho
toda su existencia vil;
pero el águila gentil,
de alas y valor provista,
en el sol clave la vista,
cruce las nubes voraz
y en ellas pregone audaz
del espacio la conquista.
No reptil, águila soy,
águila y he de volar
sobre la tierra y el mar.
(*Corre decidido hácia la montaña.*)

MARC. (*En su gruta y hablando consigo mismo.*)
No volarás, que aquí estoy,
Lisardo, y á darte voy
pronto una grave leccion
que calme en tu corazon
ese ciego desatino,
que te arrastra de contino
del mundo á la perdicion.

LISARD. (*Desfechado y como detenido en medio de la escena por un impulso superior.*)
¡Infelice!... Me olvidé
que á este escollo estoy atado,
donde del mundo ignorado
he nacido y moriré.
Si tal mi destino fué,
cúmplase pronto. Liberte
de esta cárcel, con mi muerte,
mi alma gigante yo mismo,
lanzándome en ese abismo
para burlar á la suerte.
(*Va á arrojarse al mar, y sale sobresaltado de su gruta Marcolán con una vara de oro en la mano.*)

MARC. Tente, Lisardo, hijo mio;
insensato, ¿dónde vas?
Tente, que aunque bastan sólo,
para tu intento atajar,
la fuerza de mis conjuros,
pues no tiene otras mi edad;
quiero sólo con las voces
de mi cariño lograr
que desistas, hijo mio,
de tu designio fatal.
Torna, Lisardo, á mis brazos,
que para tí sólo hay paz
entre los brazos de un padre
que idolatrándote está.

LISARD. (*Que se detiene á la orilla del mar en cuanto oye á su padre, vuelve y se arroja á sus brazos muy abatido.*)
¡Oh padre!

MARC. Calma, hijo mio,
la espantosa tempestad
de tu corazon, más recia
que la que un momento há

esas esferas turbaba
y alborotaba ese mar.

LISARD. ¡Oh padre!

MARC. Mira, Lisardo,
cuál la nube huyendo va,
tornando el zafir del cielo
con suave luz á brillar
al reflejo de la luna,
astro benigno de paz.
Mira cuál bajan las olas,
que, montañas de cristal,
azotaban estas peñas
á empuje del huracan.
Huyan así de tu mente,
para no volver jamás,
esas oscuras ideas
que hacen tu infelicidad.
Y cálmese así tu pecho,
que no deben agitar
las fantásticas pasiones
tras de que perdido vas.
¿Qué te inspira, dí, Lisardo,
esa confusa ansiedad,
cosas que tú desconoces
anhelando sin cesar?

LISARD. Los impulsos de mi alma,
que á voces diciendo están
que he nacido para el mundo;
para en su centro lograr
amores, riqueza, fama,
poder, mando.

MARC. Basta ya.
Te comprendo. Mas, ¿qué sabes
tú de ese mundo ideal,
que existe en tu mente sólo?

LISARD. (*Recobrándose y creciendo en vehemencia.*)
¡Oh, padre mio, cesad!
que aunque estas ásperas peñas,
que ciñe en torno la mar,
mi cuna fueron, y son
mi cárcel siempre, y serán
tal vez, tambien, mi sepulcro,
no tan rudo soy, ni tan
salvaje, que no conozca
que en el mundo hay mucho más.
Esos tus libros lo dicen,
á quien tanto culto das,
y que te han dado esa ciencia
que profesas por mi mal.
Tus labios tambien lo han dicho,
complaciéndose en contar
de tu vida los portentos,
los recuerdos de tu edad.
Y aunque nunca de tus libros
devorara á tu pesar
las páginas, y aunque siempre
hubieras, cauto y sagaz,
puesto en tus labios un sello
que guardara la verdad;
que hay mundo, y cómo es el mundo,
por instinto natural
adivinara. Sí, padre,
baste de destierro ya.
Llévame donde hombre sea
y donde pueda lograr,
como hombre, amores, riquezas,
poder y dominio.

MARC. ¡Ah!

LISARD. Quiero mando, poderío,
gloria, fama...

MARC. Bien, tendrás
cuanto apeteces, Lisardo.
Y á tu padre dejarás
en este desierto, solo,
decrépito... ¿Quieres más?

LISARD. (*Con ternura.*)
Padre idolatrado, quiero
vivir como racional,
mas bajo tu amparo siempre.

MARC. ¡Mi amparo!... insensato estás.
¡Mi amparo!... ¿De qué te sirve
si entras con la tempestad
de las humanas pasiones
del mundo en el hondo mar?
¡Ay, que entónces mi cariño,
mi ciencia, todo mi afan,
de nada han de aprovecharte!

LISARD. (*Con entereza.*)
¿De nada?... Pues bien está.
El aliento que me agita,
el encendido volcan
de valor y de denuedo
que arde en mi pecho tenaz,
me bastan, señor, y sobran;
y suficientes quizás
para serviros de apoyo
á vos, oh padre, serán.
(*Con resolucion.*)
Salgamos de estos peñascos,
aquestos libros quemad.
Venid al mundo conmigo,
y vuestros ojos verán
que engendrasteis un portento
de altas empresas capaz.

MARC. (*Aparte.*)
Vuelve á exaltarse su mente.
Ya la leccion convendrá,
y que empiece á realizarse
mi bien combinado plan.
(*Alto.*) Hijo, Lisardo, sosiega
tu ardiente pecho. Serás
complacido por tu padre.

Lograráse tu ansiedad.
Pero de la noche el manto
cubre el firmamento ya.
Calma en sosegado sueño,
calma, hijo mio, tu afan.

LISARD. (*Como soñoliento.*)
De lo que hoy he padecido
estoy, señor, en verdad
tan fatigado... que empiezo
dulce descanso á anhelar...
Reposaré.

MARC. (*Llevándole lentamente al fondo del teatro á la izquierda del espectador, donde habrá en tierra un lecho de ramas secas.*)
Sí, hijo mio.
(*Aparte.*)
Ya empieza el conjuro á obrar.
Le tocaré con la vara
y al sueño se rendirá.
(*Le toca, y prosigue alto.*)
Sí, hijo mio, sí, descansa,
pues convidándote está
de secas algas el lecho,
que aquí orillas de la mar
halagan las blandas brisas
que en torno volando están.

LISARD. (*Acostándose en el lecho.*)
Sí, padre mio... Sí, padre...
El sueño ganando va
mis sentidos... halagado
por la esperanza que has
dado á mi pecho... Esta noche
soñaré felicidad. (*Queda dormido.*)

MARC. (*Contemplándole con cariño.*)
¡Hijo del alma!... ¡Hijo mio!...
En sueño profundo está.
Ahora desengaños sueñe
que pongan fin á su afan.
(*En medio de la escena en actitud imponente y solemne.*)
Espíritus celestes é infernales,
genios del bien y el mal, que los destinos
por ocultos caminos
dirigís de los míseros mortales.
Al gran poder de mi saber profundo
obedientes venid, que ya os aguardo,
y al dormido Lisardo
mostrad en sueños cuanto encierra el mundo.
En vagas vaporosas ilusiones,
y en fantásticas formas, vea su mente
cuanto anhela imprudente,
y ancho campo ofreced á sus pasiones.
(*Gira la vara en derredor.*)
Ya os miro en torno revolar, ya os veo,
ó desde el centro de la tierra oscuro,
ó desde el aire puro,
obedientes venir á mi deseo.

(*Se oye una música suave y armoniosa, y una voz dulce dice desde las bambalinas.*)

VOZ DEL GENIO DE LOS AMORES

Yo, númen de los amores,
le coronaré de flores
y, atándolo en tiernos lazos,
colocaré entre sus brazos
la más insigne beldad.
Y encantado con su acento,
y embriagado con su aliento,
apurará en las delicias
de sus amantes caricias
la humana felicidad.

(*Suena á la izquierda del teatro una música llena y alegre, y en seguida dice una voz sonora:*)

VOZ DEL GENIO DE LA OPULENCIA

Yo dispongo del oro y riqueza,
y á tu mágico impulso obediente,
á sus ojos dormidos, patente
cuanto alcanza mi imperio pondré.
Y la pompa oriental y grandeza
gozará venturoso en el sueño,
y de inmensos tesoros el dueño,
miéntras dure el encanto, le haré.
Aroma y bálsamos
respirará.
Sedas y púrpuras
se vestirá.
Ricos alcázares
habitará.
Y en la demencia
de la opulencia
se perderá.

(*Suena á la derecha una banda de música militar tocando una marcha guerrera, y dice una voz robusta:*)

VOZ DEL GENIO DEL PODER

Yo, que de la ambicion y de la gloria
el genio soy audaz,
su pecho tornaré, con mi alta llama,
en hoguera voraz.
El lauro ceñirá de la victoria
su envanecida sien,
y su nombre en los cantos de la fama
escuchará tambien.
Y un pueblo rendido
á sus piés verá,
y desvanecido
lo dominará.

(*Se oyen truenos subterráneos mezclados con música sorda y lúgubre bajo el tablado, y luégo dice desde allí una voz áspera y satánica:*)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Yo marchitaré
las lozanas flores.
Yo envenenaré
los dulces amores.
Y en horrores
sus delicias tornaré.
La riqueza
y grandeza
afan
serán
de su pecho,
por la avaricia y el terror deshecho.
Y la indomable ambicion
su corazon
al crímen arrastrará,
y en hondo precipicio lo hundirá.

MARC. (*Extendiendo la vara á un lado y otro.*)
Comenzad, genios que me estais hablando,
el órden proseguid de mis conjuros,
dentro la mente del dormido dando
formas visibles á los aires puros.

(*Entra en su gruta: se sienta, coloca á sus piés un reloj de arena, y prosigue leyendo en la mayor abstraccion, permaneciendo así hasta el fin del drama.*)

ESCENA II

Cruzan el teatro en todas direcciones ligeras gasas trasparentes con figuras vagas y fantásticas, alusivas al amor, al poder, á la ambicion y al crímen, y se van reuniendo al fondo del teatro, y delante del lecho de Lisardo, formando como una niebla blanquecina que lo cubra todo. Por un escotillon sale ZORA *cubierta con una gasa blanca que le dé la apariencia de una sombra. La música toca una armonía lánguida y suave, que va concluyendo poco á poco en notas aisladas, y que van siendo imperceptibles. Se disipa luégo repentinamente la niebla, y aparece un risueño y rústico jardin, iluminado por la luz de la aurora. El lecho de Lisardo alzado un poco del suelo y formado con flores, y cubierto por un pabellon de colores enlazado en las ramas de los árboles. Y en él estará dormido Lisardo, cuyo vestido de pieles se habrá mudado en uno rico de cazador. Aparecerá tambien un asiento rústico en medio del teatro, y caerá el velo que cubre á Zora, quedando ésta vestida con una túnica blanca y coronada de rosas. La gruta de Marcolan, y éste dentro estudiando, habrá estado siempre descubierta, y permanecerá así inmutable durante todo el drama, por más cambios de decoraciones que se verifiquen.*

LISARD. (*Incorporándose como admirado, y mirando á todos lados.*)
¡Cielos!... En el mundo estoy.
Mi padre no me engañó.
Del islote me sacó.
Hombre cual los hombres soy.
No hay duda... ¡felice yo!

(*Se levanta y corre de una parte á otra, pero sin reparar en Zora, que estará á un lado cogiendo flores.*)

¡Oh! ¡qué risueño jardin!
Y no lo circunda el mar.
Desde aquí podré volar
por uno y otro confin...
¿Quién me lo puede estorbar?...
¡Cuán gozoso y satisfecho
miro el matutino albor!
Una y otra linda flor,
¡qué aromas dan á mi pecho!
¡Oh qué vida!... ¡Qué calor!
Aquí no escucho el bramido
de las olas, que decía
pavoroso noche y día:
¡Pobre Lisardo, nacido
bajo estrella tan impía!
No, que el risueño murmullo
de auras, hojas, aves, fuentes,
dan acentos diferentes,
que son dulcísimo arrullo
de mis venturas presentes.
Mas, ¿qué me detengo aquí?
Por linda que esta mansion
halague mi corazon,
aun estrecha es para mí.
Volemos á otra region.
(*Repara en Zora, y queda sorprendido.*)
¿Qué es... ¡oh Dios!... lo que allí veo?
Solo en el jardin no estoy...
¡Ah! que realizando voy
cuanto anheló mi deseo,
y todo ventura es hoy.
¡Una mujer!!!... Sí, y aquella
que en sombra leve y fugaz,
turbando mi eterna paz,
vió siempre gallarda y bella
mi delirio pertinaz.
Sí, la misma que mis ojos
en ilusion vieron vana,
ya en los perfiles de grana,
que ornan los celajes rojos
de la encendida mañana;
Ya entre las orlas de espuma
del adormecido mar,
sobre las playas triscar,
leve como leve pluma,
y mi pecho arrebatar.
Y pues la suerte dichosa,
que hoy dirige mi destino,
portento tan peregrino,
de mis afanes tal diosa,
me presenta en mi camino;
Corro á exhalar á sus piés,
completando mi ventura,
el alma, que en llama pura
volcan encendido es
desde que ví su hermosura.
(*Se acerca con timidez á Zora.*)

Angel celestial...

ZORA. (*Con sencillez y naturalidad.*)
Lisardo.

LISARD. (*Aparte sorprendido.*)
¿Sabe, cielos, quién soy yo?...
Sin duda, pues me nombró...

ZORA. Hace tiempo que os aguardo.

LISARD. (*Dudoso.*) ¿Vos... me conoceis?...

ZORA. ¿Pues no?

LISARD. (*Con vehemencia.*)
Y yo os conozco tambien,
y ando tras de vos perdido;
y que tan sólo he nacido
para estar, pienso, ¡oh, mi bien!
á vuestro encanto rendido.

ZORA. ¿Pero mi nombre ignorais?...

LISARD. ¡Ah!... Sólo sé que os adoro;
todo lo demás lo ignoro.

ZORA. ¿Y de mí qué deseais?

LISARD. (*Arrebatado.*)
Amor... vuestro amor imploro.

ZORA. ¿Amor?... ¿Qué decís, Lisardo?...
¿Olvidais que Zora soy?...
¡Ah!... jamás os ví cual hoy.
De veros tal me acobardo
y temblando toda estoy.

LISARD. Mi encanto, mi único bien,
mi tesoro, mi alegría...
¡Oh lumbre del alma mia!
no miedo, lástima ten
de mi amorosa agonía...
Para tí sólo respiro,
y sin tí quiero la muerte.
¿Qué es vivir sin poseerte?

ZORA. (*Turbada y vergonzosa.*)
¡Lisardo!... Yo me retiro.

LISARD. ¿Puede mi amor ofenderte?...
¿Te ofende?... No seas cruel,
oye mi llanto, mi ruego.

ZORA. Crece mi desasosiego...
retírome del verjel...

LISARD. (*Deteniéndola.*)
¿Sin responder á mi fuego?...
¡Ah!... Esperad, oh bella Zora,
más bella que la mañana.
¡Ay!... Esa encendida grana
que vuestro rostro avalora,
¡cuánto, cuánto os engalana!
(*Hincando una rodilla.*)
¡Piedad de mí! No, no quiero
la vida sin vuestro amor.
Si dura tanto rigor,
si teneis pecho de acero,
me moriré de dolor.

ZORA. (*Conmovida.*)
¡Lisardo!... ¡Lisardo!... ¡Ay Dios!
No penseis que el pecho mio...

LISARD. ¡Cuánto á mi pasion da brio
la inquietud que advierto en vos!

ZORA. Y yo... basta... ¡oh desvarío!...

LISARD. (*Tomándola una mano y besándosela con ansiedad.*)
No basta... no... que un volcan
es mi pecho. El corazon
arde, y crece una pasion
en mí tan gigante, tan
de indómita condicion,
Que... ¡Zora!... ¡Zora!... piedad.
(*Abatido.*)
No sé lo que pasa en mí.
Nunca en mi alma conocí
tan quemadora ansiedad...
(*Con vehemencia.*)
Ámame, ó me muero aquí.

ZORA. (*Con acento enternecido.*)
¡Mi Lisardo!

LISARD. (*Enajenado.*) ¡Oh deliciosa
voz, cual no escuché jamás,
y que embriagándome estás
el alma!...

ZORA. (*Tímida.*) Seré tu esposa...
¿Puedes, dí, pretender más?

LISARD. (*Con ansiedad.*)
Sí, mi esposa... y ¿me amas? dime.

ZORA. (*Con ternura.*)
Te amo... sí.

LISARD. (*Levantándose fuera de sí.*)
No puede ser
que á un hombre mate el placer,
si aun vivo. ¡Oh dicha sublime!
¡Cielos, me ama una mujer!!!
(*Abraza á Zora.*)

ZORA. Pero no basta, Lisardo,
que cual me dices me adores,
ni que corresponda amante
mi pecho á tus intenciones;
pues para ser yo tu esposa,
y darte de esposo el nombre,
es preciso que mi padre,
que habita un albergue pobre
en lo más repuesto y solo
de estos intrincados bosques,
me conceda su permiso,
bendiga nuestros amores,
y que en sus manos me jures
ante Dios y ante los hombres
la fe del estrecho lazo
que sólo la muerte rompe.

LISARD. (*Impaciente.*) Obstáculos á mi anhelo...
¿Quién indiscreto los pone?...

ZORA. (*Asustada.*) ¡Lisardo!...

LISARD. (*Confuso.*) No... Zora mia.

A tu voluntad conforme,
corro á buscar á tu padre
para que grato corone
esta dicha, que en la esfera
del sol radiante me pone.
Vamos, pues... Mas si insensato
se opusiese...

ZORA. (*Consternada.*) ¡Oh Dios!... ¿Entónces?...

LISARD. (*Resuelto.*)
Amándome tú, en el mundo
no habrá quién mi dicha estorbe.

(*Van á marchar y sale Liseo, viejo, con túnica negra, barba blanca, y apoyado en un báculo, y los detiene.*)

LISEO. Ten el paso, que á tu encuentro
salgo para que la logres.
Padre amoroso de Zora
seguíla á este sitio, donde
he escuchado tus palabras,
escondido entre esas flores.
Y la llama conociendo
que arde en vuestros corazones,
y que en tí, feliz, encuentra
mi adorada prenda el hombre
más capaz por su cariño
y más digno por sus dotes
de asegurar su ventura,
de merecer sus favores,
por esposa te la otorgo
ante Dios y ante los hombres.
Y bendeciré este enlace,
que hasta la muerte te impone
el compromiso sagrado
de ser su amparo, su norte,
su firme amante, y su dicha;
si á jurarme te dispones
el cumplir eternamente
tan santas obligaciones.

LISARD. (*Con decision.*) Yo lo juro por los cielos,
anciano, y airados sobre
mi frente su ira tremenda
y su maldicion desplomen,
si quebranto el juramento
que ahora de mis labios oyes.

LISEO. (*Abrazándolo.*)
Pues ahora ven á mis brazos
para que ellos te coloquen
en los de tu amante esposa,
que tu tierno amor coronen.

(*Entrega Zora á Lisardo y se abrazan estrechamente.*)

LISARD. (*Con agitada vehemencia.*)
Celeste luz de mi dichosa vida,
astro de amor y de delicias lleno,
ven, y descansa en mi agitado seno,
que ardiente apénas puede respirar.
Ven, que al tenerte en mis convulsos brazos,
al alentar tu embalsamado aliento,
una existencia tan divina siento
por mis estrechas venas circular,
Que juzgo que en el cielo es imposible
más venturoso ser. Ven, oh alma mia;
miro en tu rostro un sempiterno dia,
en tus ojos un sol eterno arder.
Todo el confuso afan de mis delirios,
todas las ilusiones de mi mente,
hoy se realizan, al besar tu frente:
desfallezco de gozo y de placer.

(*Cae sentado con Zora en el asiento rústico que estará en medio de la escena, y Liseo se coloca detrás extendiendo los brazos sobre ambos.*)

El asiento se eleva del suelo y se convierte en un trono formado de flores, de mariposas, de palomas y de tórtolas, y rodeado de cisnes, delfines y conchas, y sale por un lado y otro una tropa de salvajes y de sílfidos que bailan en derredor, formando lazos con guirnaldas y bandas de colores, y ofreciendo á Lisardo y á Zora ramilletes y canastillos de flores. Concluida la danza se retiran y con ellos Liseo. Y desaparece todo, quedando el asiento rústico como estaba en el principio, y en él Lisardo y Zora como embelesados. Y tras de breve pausa se oirá debajo del tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Lisardo, en el mundo hay más.
El tiempo perdiendo estás.
¿Qué es belleza
sin riqueza?...
Busca riqueza, riqueza tendrás.
Lisardo, en el mundo hay más.

(*Lisardo se pone de repente inquieto y pensativo.*)

ZORA. ¿Qué, Lisardo, te suspende?...
Yo no sé qué advierto en tí.
¿No eres venturoso?... dí...
Algo tu anhelo pretende.

LISARD. ¡Ay Zora! sí. Aunque tu amor
es el aura que respiro,
y aunque dichoso me miro
de tu encanto poseedor,
A las dichas de mi pecho
y á tu divina hermosura,
esta soledad oscura
me parece campo estrecho.

ZORA. (*Con ansiedad y ternura.*)
¿Aquí contento no estás?...

LISARD. (*Con vehemencia.*)
A tu lado, hermosa mia,
toda mi alma es alegría.

Suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Pero hay en el mundo más.

ZORA. ¿No te encantan estas flores
por las auras regaladas,
que risueñas y esmaltadas
dan balsámicos olores?
¿No esta pomposa techumbre
de verdes hojas y ramos,
bajo de la cual gozamos
del sol, templada, la lumbre?
¿No de este prado las galas?
¿No el murmullo de estas fuentes?
¿No esas nubes trasparentes,
que el viento lleva en sus alas?
¿No la quietud en que estás?
¿Esta calma?... ¿Esta alegría?

LISARD. (*Que habrá estado muy pensativo miéntras ha hablado Zora, se vuelve á ella y la abraza con entusiasmo.*)
Sí, me encantan, Zora mia...
Pero hay en el mundo más.
(*Levantándose y creciendo su agitacion.*)
Hay más. Sí. Lo anhelo todo
para tí sólo, mi amor;
pues fuera duro rigor
vivir siempre de este modo.
Cubran cimbrias esmaltadas,
bronce y mármol tu beldad;
no en oscura soledad
las silvestres enramadas.
Dénte sus suaves olores,
embalsamando el ambiente,
quemadas gomas de Oriente,
mejor que rústicas flores.
Los sonoros instrumentos
den á tu descanso arrullo;
no de un arroyo el murmullo,
ni de una ave los acentos.
Ornen tu frente gentil
oro, perlas y diamantes;
que esas flores rozagantes,
parécenme adorno vil.
El orbe admirado vea
nuestro fuego sin segundo,
templo magnífico el mundo
de tu alta hermosura sea.
Pompa, riquezas deseo.
¿Qué es sin ellas la beldad?...
¡Abrasado en la ansiedad
de la opulencia me veo!
(*Cayendo en repentino abatimiento y paseándose sin hacer caso de Zora.*)
Mas ¿cómo lograrlo yo?...
¿Hay más grande desventura?

ZORA. (*Que lo ha escuchado al principio asombrada, y que le sigue despues inquieta.*)
¿Mi cariño, mi ternura
no te bastan?...

LISARD. (*Con despego.*) Zora, no.
(*Volviendo en sí y abrazándola.*)
Con toda el alma te adoro;
pero hay en el mundo más.

ZORA. (*Afligida.*)
¿Te importuna ya quizás?...

LISARD. (*Fuera de sí.*)
Ansío la pompa y el oro.
El brillo de las riquezas
es quien da brillo á los nombres...
(*Creciendo su inquietud.*)
¿Cómo consiguen los hombres
los tesoros y grandezas?
Si no los logran mis brazos,
ni los alcanza mi aliento,
el frenesí que en mí siento
me hará el corazon pedazos.

ZORA. (*Poniéndosele delante muy afligida.*)
¡Lisardo!...

LISARD. (*Recibiéndola en sus brazos.*)
Ven, Zora mia,
ven, que te idolatro, sí.
Pero vivir siempre aquí,
vivir en cárcel sería.
Si no logro mis anhelos,
y si es en la soledad
oscura felicidad
la que me otorgan los cielos;
Como te tenga á mi lado,
no me importará volver
al peñasco donde ayer
era tan desventurado.
O al fin burlando el rigor
de tan oscuro existir,
entre tus brazos morir...
¡esto fuera lo mejor!
(*Se reclina abatido en el hombro de Zora.*)

Se abren y apartan los árboles del fondo y dejan ver á lo léjos un magnífico palacio, se oyen un cuerno de caza, caracoles y ladridos. Se reanima Lisardo mirando sorprendido á todas partes, y salen Clorinardo y Fineo, ricamente vestidos de cazadores, y con ellos cuatro caballeros lo mismo, y una tropa de monteros y villanos, unos con perros de caza, otros con azores.

CLORIN. Ya en el zenit sentado,
la viva lumbre de su eterna llama
por los campos derrama
con tanta furia el sol, que bosque y prado
mustias miran sus ramas y sus flores.
Y ahogados de calor los cazadores,
y de sed abatidos los lebreles,
no encuentran ya más fieras
que herir gallardos, ó acosar crueles,
por estos campos, montes y riberas.
Ni mira el gerifalte

ave pintada, que veloz esmalte
las leves nubes que ornan el espacio.
Si os parece, Lisardo generoso,
vamos á tu magnífico palacio
á disfrutar de plácido reposo:
que no ha sido perdida la mañana,
pues caza habemos hecho
que debe de dejarte satisfecho,
y de ella nuestra gente estar ufana.

FINEO. Es, amigo Lisardo,
tan rica y abundante,
que excede á lo que pinta Clorinardo.
(*Señalando al lado por donde salieron.*)
Ahí la tienes delante.
A examinarla ven, pues imagino
que quedará saciado tu deseo,
rindiendo por trofeo
al encanto divino
de tu adorada esposa,
que es de tu pecho y de estos valles diosa,
tanta fiera postrada,
ya por nuestros venablos humillada,
ya por los fieles perros
que atruenan con ladridos estos cerros.
Tanta garza real y aves tan raras,
á que cortara el vuelo
ó la acerada punta de las jaras,
ó el neblí volador allí en el cielo.
Ni un solo tiro ha errado Clorinardo.
Ven á verlo por tí, noble Lisardo.

CLORIN. Dí mejor que la caza de este dia
se debe á tu destreza y valentía,
generoso Fineo.

LISARD. (*Acercándose con Zora al bastidor y manifestando gozosa admiracion.*)
¡Ah!... Sí, amigos, ya veo,
con admirados ojos,
rendidos á mis piés tantos despojos.
¡Qué feroces y rudos jabalíes!
¡Qué cervales rodados!
¡Cuántos ligeros corzos y venados!
Muy bien han trabajado los neblíes,
segun la inmensa suma
de aves gallardas de brillante pluma,
que llenan de placer la vista mia.
¡Ay, mi Zora adorada!
¿No estás de este espectáculo encantada?

ZORA. (*Con sencillez.*)
A mí sólo me encanta tu alegría.

LISARD. (*Con ternura.*)
Y á mí tu amor. (*Impaciente.*)
Pero al palacio vamos,
y ni un momento más nos detengamos.
(*Vanse Clorinardo, Fineo, los cazadores y villanos, y al ir á salir Lisardo y Zora cambia la decoracion.*)

ESCENA III

Magnífico salon adornado fantásticamente de mármoles, bronces y ricos cortinajes. LISARDO *y* ZORA, *que iban á salir, retroceden admirados al medio de la escena.*

LISARD. (*Sorprendido.*)
¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿deliro?
¡A mi afan sobrepuja cuanto miro!

Salen por un lado cuatro pajes ricamente vestidos, y en azafates de plata traen magníficas ropas para Lisardo. Al mismo tiempo, por el lado opuesto salen cuatro damas, con iguales azafates, con vestidos y joyas para Zora. A cada lado se alzan del suelo dos caprichosos tocadores con espejos de metal, y delante de uno visten los pajes á Lisardo, y las damas á Zora delante del otro; retirándose unos y otros respetuosamente por el mismo sitio por donde salieron, y desaparecen los tocadores. Zora queda como indiferente á todo en el puesto en que la vistieron. Y Lisardo, despues de examinarse á sí mismo, con gran complacencia, vuelve los ojos á Zora y corre á abrazarla transportado de alegría.

LISARD. ¡Qué hermosa estás así!
¡Qué bien adornan tu lozana frente
el oro y el rubí
con la cándida perla del Oriente!
¡Oh, cuán gallarda estás
de seda con la ropa rozagante!
¡Y cuánto luce más
la nieve de tu seno palpitante!
(*La abraza.*)
Abrázame, mi amor.
Nada iguala las dichas que hoy poseo.
Mi ventura es mayor
que cuanto ambicionaba mi deseo.

ZORA. (*Con tierna sencillez.*)
Yo como en el verjel
soy en este palacio venturosa,
pues aquí como en él
logro llamarme tu querida esposa.

LISARD. (*Despues de abrazarla cariñosamente, y reconociendo dudoso el salon.*)
¿Dónde, Zora, estarán
los tesoros inmensos y riqueza,
que fundamento dan
á tanta pompa y sin igual grandeza?...

Salen Natalio, viejo, ricamente vestido, con una pértiga de plata en la mano, y detrás de él, de dos en dos y en buen órden, armenios, persas, indostaneses, árabes, chinos, etíopes, moscovitas, dálmatas y otras figuras fantásticas, que en cofres de oro, en sacos de púrpura, en caprichosas angarillas y palanquines, en grandes bateas, en primorosos pebeteros, y en las manos y en los hombros, traen las diferentes riquezas que se enumeran en la relacion siguiente. Al mismo tiempo salen y se alzan del tablado, en el fondo, elegantes aparadores, donde se vayan colocando con vistoso órden y aparato todos aquellos objetos.

NATAL. (*Saludando con gravedad y respeto á Lisardo y Zora.*)
Esclarecido Lisardo,

señor á quien reverencian
por su dueño estos contornos,
por su amparo estas aldeas.
Yo, intendente de tu casa
y colector de tus rentas,
te presento el rendimiento,
que ofrecen lejanas tierras
á tus plantas en tributo,
pábulo de tu opulencia.
(*Van pasando las comparsas presentando lo que traen y haciendo profunda reverencia.*)
El monte Ofir granos de oro,
el mar de Oriente sus perlas,
sus pedrerías Golconda,
sus ricos tejidos Persia,
sus perfumes el Arabia,
China matizada seda,
Libia sus rizadas plumas,
vistosas pieles Siberia,
marfil Orisa, Sidonia
púrpura, cristal Venecia,
y cuanto el arte produce,
modifica y hermosea.
Todo esto, señor, es tuyo;
feliz disfrútalo, y sean
eternidades los años
que goces tantas riquezas,
en los brazos de tu esposa,
y en la quietud de esta tierra.

Despues que los comparsas dejan acomodado todo en los aparadores, se forman en ala en el fondo de la escena, y Natalio, haciendo una profunda reverencia á Lisardo, les hace señal con la pértiga de plata, y vanse de dos en dos detrás de él. Lisardo recorre atónito los aparadores, como embriagado de tanta riqueza, y se dirige despues á Zora, que habrá conservado su sencilla indiferencia.

LISARD. Bella Zora, mi bien, ¡qué alta ventura
es para mí ofrecer hoy á tus plantas
la inmensa suma de riquezas tantas,
como debido obsequio á tu hermosura!
Con tal tesoro y con tan linda esposa,
¿qué más puede anhelar el ansia mia?
Mas allá no es posible en la alegría
que en mi saciado corazon rebosa.
¿No estás contenta?... dí.
ZORA. Siempre á tu lado,
si me quieres, Lisardo, estoy contenta.
Es mi dicha tu amor, ora opulenta,
ora indigente: como plazca al hado.
LISARD. (*Abrazando á Zora.*)
Me enajena el placer, Zora querida.
Más dicha apetecer fuera demencia,
que en tus brazos gozar y en la opulencia
el breve curso de la humana vida.
¡Ah! venga á contemplar tanta ventura
el mundo todo, y su deidad te aclame.
Venga; y el hombre más feliz me llame
por dueño de tu amor y tu hermosura.
(*Salen Fineo y Clorinardo con cuatro caballeros de los que salieron de cazadores, y todos vestidos de gala.*)
FINEO. (*Muy rendido.*)
Ya que estareis descansados,
¡oh Lisardo, oh linda Zora!
á obsequiaros y á serviros
nuestra amistad fina torna.
CLORIN. Y á contemplar, si permites,
estas riquezas, que adornan
tu magnífico palacio,
y tu ventura coronan.
(*Se acerca á los aparadores con los cuatro caballeros.*)
LISARD. (*Obsequioso.*)
Seais entrambos bien venidos
á ver cuánto es venturosa
mi suerte, y cómo los cielos
hoy de sus dones me colman.
FINEO. (*Acercándose muy rendido á Zora.*)
¡Oh qué bella resplandece
vuestra noble faz, señora,
sol que ilumina las almas
de cuantos miraros gozan!
ZORA. (*Con sencilla indiferencia.*)
Siempre galante, Fineo,
sois en palabras y en obras.
LISARD. Pero hoy la verdad te dice;
que eres un prodigio, Zora.
CLORIN. (*Repasando con ávidos ojos las riquezas.*)
Ved, amigos, qué portento
de tesoros se amontona
en estos aparadores.
¡Dichoso quien tanto logra!

Clorinardo y los caballeros hablando entre sí, lo mismo que Fineo y Zora: aquel con vehemencia, y esta sosegada. Y Lisardo, que se habia mostrado muy complacido, queda trastornado oyendo sonar bajo el tablado como siempre la

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Es acechada
la belleza.
Es codiciada
la riqueza.
FINEO. De cuantos ricos tesoros,
de cuantas soberbias joyas
en su espacioso recinto
este alcázar atesora,
es el más resplandeciente,
es la más encantadora.
el de la belleza suma

de vuestras divinas formas,
el de la expresiva gracia
de vuestras acciones todas.
Y venturoso Lisardo...

ZORA. Cesen ya vuestras lisonjas.
Con tener ese tesoro,
con poseer tan rica joya,
á los ojos de Lisardo
me tengo por venturosa.
(*Siguen hablando entre sí.*)

CLORIN. (*Siempre recorriendo los aparadores.*)
¡Oh qué envidiable opulencia!
El alma me tiene absorta.
(*Sigue hablando con los suyos.*)

LISARD. (*Desde que oyó la voz corre desatentado, ya á escuchar lo que hablan Fineo y Zora, ya á espiar á Clorinardo y á los cuatro caballeros, y convulso y despechado se para á un lado y dice aparte.*)
¡Ah!... ¡Clorinardo!... ¡Fineo!
con su presencia me ahogan,
de uno las dulces palabras,
de otro las miradas torvas;
toda el alma me envenenan,
todo el pecho me destrozan.
Codician, sí, mis venturas...
Las acechan... Me las roban...
El corazon me atormenta
tal temor, y tal zozobra
siento en mí, tales recelos,
tales ideas se agolpan
en mi acalorada frente,
que en una sima espantosa
de tormentos insufribles
y de infernales congojas
me confundo. ¡Cielos!... ¡cielos!
¿Qué dice Fineo á Zora?...
Clorinardo, ¿qué proyectos
dentro de su mente forja?
(*Resuelto.*)
¡Ah! devórelos la llama
que mi airado pecho brota.
No tengo espada, no tengo
espada... ¡No!... Mas ¿qué importa?
tengo brazos, y con ellos
y con mi esfuerzo me sobra
para hacer cien mil pedazos
al que intente...
(*Conteniéndose.*)
¿Dó me arroja
mi furor?... ¡Ah! reprimirme
tal vez me conviene ahora,
que cuando hay que perder mucho
la decision no es tan pronta.
(*Alto y con voz templada.*)
Oh Clorinardo, oh Fineo,
escuchadme, amigos, hola.

CLORIN. (*Acercándose muy solícito.*)
¿En qué podemos servirte?

FINEO. (*Acercándose.*)
Dispon de nuestras personas.

LISARD. (*Turbado.*)
Aun más descanso quisiera,
que está fatigada Zora.

FINEO. Al punto nos retiramos;
nuestra imprudencia perdona.

CLORIN. Tornaremos cuando gustes,
porque nos anima sola
el ansia de complacerte.

FINEO. (*Mirando á Zora.*)
¡Oh qué mujer tan hermosa! (*Vase.*)

CLORIN. (*Mirando á los aparadores.*)
¡Oh qué envidiable riqueza!
(*Vase con los cuatro caballeros.*)

LISARD. La rabia mi pecho ahoga.
(*Queda sumergido en honda y sombría meditacion, y Zora, despues de observarle con afan, corre á él con la mayor ternura.*)

ZORA. Mi Lisardo, mi esposo,
mi único bien... ¿qué tienes?
¿A abrazarme no vienes?...
¿Se ha entibiado tu amor?
Turbado, cuidadoso,
desque riquezas tantas
contemplas á tus plantas,
te miro con dolor.

LISARD. (*Agitadísimo.*)
Aparta, que tu voz de una manera
vibra en mi corazon,
que no puedo explicar aunque quisiera,
y me llena de furia y confusion.

ZORA. (*Afligida.*)
Lisardo, consternada
¡oh mísera infelice!
lo que tu labio dice
me ha dejado. ¡Ay de mí!
¿En tu mente agitada,
qué feroz pensamiento
reina en este momento,
que te ha mudado así?

LISARD. Reinan, oh Zora, en mi confuso pecho,
tal zozobra y afan,
que tienen ¡ay! mi corazon deshecho,
y mi alma rota envenenando están.
Tu hermosura y tu amor en mi garganta
son áspero cordel,
y en torno veo entre riqueza tanta,
de engaños y sustos un tropel.

ZORA. (*Con gran ternura.*)
Explícame, Lisardo,
la pena que te oprime.

Lo que en tí pasa dime.
¡Ay! me muero sino.
Habla, que ansiosa aguardo,
de tu amargo delirio,
de tu afan y martirio,
ser el consuelo yo.

LISARD. (*Abatido, aparte.*)
¡Ay!... un labio tan puro y delicioso
¿podrá, cielos, mentir?...
Acaso... No, imposible. ¡Qué horroroso
entre duda y recelo es el vivir!
(*Alto*)
¿Qué te decia, tan galan, Fineo?
¿De qué, dime, te habló?
Sólo el averiguarlo es mi deseo;
dímelo al punto, pues lo exijo yo.

ZORA. Yo, Lisardo, gustosa
referírtelo quiero;
rendido y lisonjero
elogió mi beldad.
Me dijo que era diosa
de almas y corazones...
(*Turbada al mirar el semblante de Lisardo.*)
Mas, ¿pálido te pones
y crece tu ansiedad?...

LISARD. (*Furioso.*)
¡Cielos! ¿Y tú gozosa lo escuchaste?...
¿Y lo osas repetir?...
¿Qué veneno en mi pecho derramaste?
¿en qué sima infernal me vas á hundir?

ZORA. (*Con ansiedad.*)
¡Lisardo! ¿qué te altera?
¿No eres tú el que querias
de nuestras alegrías
testigo al mundo hacer?
¿Y ahora de esa manera,
porque me elogia el mundo,
en rencor furibundo
miro tu pecho arder?
¿Y feroz y celoso,
de mi fe pura y santa,
con injusticia tanta
te atreves á dudar?
Vuelve en tí, dulce esposo,
injustos son tus celos,
lo juro por los cielos...
Ven, tórname á abrazar.
Ven, injusto Lisardo,
y á la selva tornemos,
donde tantos extremos
á tu amor merecí.
Pues tiemblo y me acobardo
al mirar tu semblante,
inquieto y delirante
desde que estoy aquí.

LISARD. (*Que durante la relacion anterior habrá caido en profundo abatimiento, se arroja en brazos de Zora.*
¡Ay de mí!... ¡Zora!... tu divino acento
bálsamo es celestial,
que de mi corazon calma el tormento.
Ven á mi seno, esposa angelical.
¡Ah! perdona á mi amor puro y ardiente,
¡oh divina mujer!
que en furia se convierte de repente
si teme que tu encanto va á perder.
Sí, estoy seguro de que nadie puede
tu tierno corazon
robarme, porque es bronce, que no cede
al golpe de la inicua seduccion.
Mas otro susto, aunque menor...

ZORA. (*Dudosa.*) ¡Lisardo!

LISARD. Zora, ¿no viste, dí,
la envidia y ansiedad de Clorinardo
al ver estas riquezas que hay aquí?

ZORA. ¿Las codicia tal vez?...

LISARD. Robarlas quiere.
Mas no las robará,
aunque con esos cómplices viniere,
con los que acaso un plan ha urdido ya.
Mas no tengo, entre tanto como tengo,
una espada... Y tal vez...
(*Resuelto.*)
Mas no importa, que en tanto que la ob-(tengo,
me sobran mi denuedo y mi altivez.
(*Recorre inquieto la escena y Zora le sigue con la vista.*)

Suena debajo del tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Amparo de la belleza,
defensor de la riqueza,
es el poder.
Él da al hombre
gloria y nombre,
fama eterna, eterno sér.
(*Lisardo, que oye esta voz, viene al medio de la escena y queda pensativo.*)

ZORA. (*Acercándose á Lisardo.*)
¿Qué nueva inquietud, Lisardo,
noto en tu semblante yo?
¿Qué otro nuevo pensamiento
agita tu corazon?

LISARD. Contemplando estaba, Zora,
que cuando el cielo me dió
de tu beldad el tesoro,
con el inmenso valor
de esas riquezas, dominio
y poder darme debió,

para ser de tí y de aquellas
el amparo y proteccion.
Y porque al cabo, ¿qué sirven,
del mundo en este rincon,
un palacio, esas riquezas,
tanta dicha, tanto amor?
Mi ardorosa fantasía
y mi activo corazon
han menester más espacio
y una esfera superior.
Hombres á quienes el cielo
el temple que tengo yo
les concede, necesitan
dar muestras de su valor,
tener mando y poderío,
y un renombre que, en la voz
de la fama, imponga al mundo
respeto y admiracion.

ZORA. (*Asustada.*)
¡Lisardo!...

LISARD. ¡Sí, Zora mia,
no puedo ocultarlo, no!
Arde en tan activo fuego
mi gigante corazon,
que es estrecho este recinto
para extender su explosion.
Quiero volar á otro espacio,
y de gloria y nombre en pos,
quiero recorrer el mundo;
quiero...

ZORA. (*Afligida.*) ¡Desdichada yo!
¡Abandonar, oh Lisardo,
esta opulenta mansion,
y el delicioso sosiego
que el cielo te concedió,
despreciando estas riquezas,
y mis brazos, y mi amor!
¡Insensato!

LISARD. Zora mia,
porque crece la pasion
con que te adoro, deseo
gloria y poderío yo.
Ya á mis ojos esas joyas
que adornan tu frente, son
vil adorno, aunque tan rico:
quiero dártelo mayor,
del poder y de la gloria
el eterno resplandor,
y el de un nombre esclarecido,
y el de un soberbio blason.
Quiero que atónito el mundo
al verte, diga á una voz,
amante no, reverente,
con más respeto que amor:
«Esa, esposa es de Lisardo,
del que el orbe dominó;
del que igual no reconoce
en cuanto descubre el sol.»

ZORA. Me estremece tu osadía,
me confunde tu ambicion.
La dulce paz de las selvas
tu delirio desdeñó,
y la opulencia tranquila
ya cansa á tu alma feroz.
¡Ay, Lisardo!

LISARD. Amada esposa,
tu encanto, tu tierno amor,
son los que me empujan sólo
á ansiar el verme mayor.
(*Agitado.*)
¡Cielos... cielos! Concededme
camino por donde yo
consiga poder y gloria...
Presentadme una ocasion
para que conozca el mundo
dónde alcanza mi valor.
(*Fuera de sí.*)
¡Todas aquellas riquezas,
que ya despreciables son
á mis ojos, trocaria
por mirarme triunfador
en un campo de batalla,
por ver á mi altiva voz
cien legiones obedientes,
por oir en la aclamacion
de un pueblo entero, mi nombre
llegar al trono del sol!
¿Por qué estas delgadas sedas
templado acero no son?...
¿Por qué estas joyas en armas
no cambia la suerte?... ¡Oh!

ZORA. (*Muy afligida.*)
Lisardo, Lisardo mio...
¡Ay, qué fuego arde feroz
en tus ojos!... ¡Cuál tu pecho
agitado!... (*Va á abrazarlo.*)

LISARD. (*Rechazándola fuera de sí.*)
¡Aparta, no!...
Peligros, fatigas, todo...
¡Hasta crímenes!...

ZORA. (*Retrocediendo asustada.*) ¡Qué horror!

LISARD. Logre por cualquier camino
poder y dominio yo.
(*Queda en la mayor agitacion.*)

Suenan á lo léjos trompas y timbales. Se estremece Lisardo, y queda pasmada Zora. En seguida se oye rumor de pueblo. Corre Lisardo desatentado de un lado á otro, y suenan voces dentro.

VOCES. (*Dentro.*)
¡Viva nuestro general,

viva el valiente Lisardo!

OTRAS. (*Dentro.*)
Defendiéndonos gallardo
adquiera nombre inmortal.

ZORA. (*Admirada.*)
¡Lisardo!... ¡Cielos!

LISARD. (*Abrazándola enajenado.*)
Zora... ¡esposa mia!...

ZORA. ¿Escuchas?

LISARD. Ya escuché... ¡Dichoso dia!

Sale Arbolán ricamente vestido, con seis caballeros armados, y dos pajes que en bateas de plata traen, uno una coraza y un casco magníficamente empenachado, y otro un escudo, una espada y un manto, y salen tambien una tropa de guerreros y otra de pueblo.

GUER. ¡Viva nuestro general,
viva el valiente Lisardo,

PUEB. Defendiéndonos gallardo
adquiera nombre inmortal.

ARBOL. Lisardo generoso,
de tu valor y esfuerzo noticioso,
nuestro gran rey me envia
para en su nombre el mando
darte de sus ejércitos; ansiando
que defiendas su extensa monarquía,
que hoy las falanges bárbaras circundan
y de sangre y de lágrimas inundan.
Viste la noble malla,
empuña altivo el fulminante acero,
y en reñida batalla
rinde y destroza al enemigo fiero,
que encadenar á nuestra patria intenta
y que de nuestro rey el nombre afrenta.

(*Empiezan los pajes á armar á Lisardo.*)

LISARD. (*Orgulloso.*)
El mando acepto. Y en mi estrella fio
que pronto la victoria
coronará de gloria
el alto aliento de mi noble brio.

ZORA. (*Afligida, queriendo abrazar á Lisardo.*)
¡Oh, Lisardo!... ¡Oh, mi bien!

LISARD. (*Con desden.*) Déjame, Zora;
de caricias y amor no es tiempo ahora.
(*Al ceñirle la espada la empuña y dice aparte:*)
¡Cielos!... Tengo una espada,
y la tengo empuñada
con garra de leon. ¡Ah! tiemble el mundo,
pues siento de mi pecho en lo profundo
todo un volcan arder, y de él alzarse
y hasta el cielo lanzarse
alma tan colosal, que una corona
de soles busca en la elevada zona.
(*Ya acabado de armar, dice alto y con energía:*)
Valerosos guerreros,
volemos al combate, á la matanza;
un triunfo en cada lanza
miren temblando los contrarios fieros.
La muerte ó la victoria;
ó al sepulcro, ó al templo de la gloria.
(*Le presentan un escudo, se sube en él, y atravesando por debajo dos lanzas le alzan de tierra cuatro soldados, y así sale de la escena.*)

ZORA. (*Arrojándose á su encuentro desconsolada.*)
¿Dónde, Lisardo, vas?

LISARD. Donde me llama
el astro del dominio y de la fama.

(*Vanse. Cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

El teatro representa la gran plaza de una magnífica ciudad oriental, ocupada como los balcones y azoteas por un pueblo inmenso, en que se vean distintas clases, edades y sexos. Tremolarán banderas de colores en las torres y obeliscos. Se oirán bandas de músicas militares. Sale una tropa de guerreros: detrás de ellos trofeos de pendones y armas vencidas, y luégo ARBOLÁN *con los mismos seis caballeros que le acompañaban en la última escena del acto anterior. Despues un magnífico carro triunfal, tirado por cuatro reyes bárbaros encadenados y rodeado de un coro de doncellas, vestidas de blanco, con guirnaldas y pebeteros que echan humo. En el carro sale sentado* LISARDO *con un rico y brillante capacete, coronado de vistosas plumas y vestido de armas resplandecientes, y encima un manto de púrpura. Detrás del carro saldrán guerreros cautivos. La escena estará alumbrada con llama de Bengala. El carro se parará en medio de ella y en su rededor bailarán las doncellas. El pueblo se prosterna ante él. La gruta de Marcolán estará siempre inmutable.*

UN GUER. ¡Viva nuestro general,
el valeroso Lisardo!
UNO del PUE. Defendiéndonos gallardo
adquirió nombre inmortal.
TODOS. ¡Viva nuestro general!
UNA VOZ. (*Cantando acompañada por la orquesta*)
Un rayo es su espada
que al bárbaro aterra,
y al dios de la guerra
causara pavor.
CORO. (*Cantando acompañado por las bandas militares.*)
¡Viva el vencedor!
VOZ La patria salvada
por su esfuerzo vemos;
ufanos cantemos
su heróico valor.
CORO. ¡Viva el vencedor!
VOZ. Glorioso su nombre,
que el orbe proclama,
alcance en la fama
eterno loor.
CORO. ¡Viva el vencedor!
VOZ. Y aterre, y asombre,
deshaga y confunda,
la saña iracunda
de todo invasor.
CORO. ¡Viva el vencedor!
(*Vuelven á bailar las doncellas un momento y se pone en movimiento lentamente el carro.*)
UN GUER. ¡Viva nuestro general,
el valeroso Lisardo!
UNO del PUE. Defendiéndonos gallardo
adquirió nombre inmortal.
TODOS. ¡Viva nuestro general!
(*Sale el carro de la escena y vánse por un lado y otro, y con la rapidez posible, el pueblo y los coros.*)

ESCENA II

Se alza por escotillon un magnífico trono, y en él sentados EL REY *y* LA REINA *con manto real y corona. Rápidamente se cambia la escena al mismo tiempo en un salon fantástico y magnífico. Salen por un lado y otro guardias, damas, pajes y cortesanos, todos vestidos de gala, y* LISARDO *con la cabeza descubierta, seguido de* ARBOLÁN *y de sus seis caballeros.*

REY. Valeroso Lisardo, en quien el mundo
ve arder un sol de gloria sempiterna,
defensor de mi reino y de mi trono,
ven, y á mis brazos, cual mereces, llega.
Ven á que ciñan tus gloriosas sienes
de laurel eternal mi mano régia;
ven á ser el segundo de mi imperio,
y la joya mayor de mi diadema.
LISARD. Monarca generoso, cuyo nombre,
postrado, el mundo atónito respeta,
y á quien espero que mi fuerte lanza
haga dominador de la ancha tierra:
esas palabras que os dignais hablarme
son premio suficiente y recompensa
de mis fatigas todas, y me ensalzan
de la inmortalidad á la alta esfera.
Logre la dicha, sí, de que mi frente
vuestra mano real hoy engrandezca
con el verde laurel; mas permitidme
que ántes que goce las mercedes vuestras,
las reclame en favor de los valientes
que con esfuerzo heróico y fortaleza
á lograr la victoria me ayudaron,
y á dar cima feliz á mis empresas.
El valiente Arbolán, y estos valientes,
que hoy ante vuestro solio se presentan,
á mi lado gloriosos combatieron,
arrollando las bárbaras enseñas
y sembrando el asombro y exterminio,
de la patria y de vos en la defensa.
Antes que á mí premiadlos, yo os lo ruego,

dadles el galardon de sus proezas,
pues sin su esfuerzo y lanzas invencibles,
el término felice de la guerra
no hubiera, no, tan pronto coronado
nuestro noble valor con gloria eterna.

REY. Con tu esfuerzo, Lisardo generoso,
que compita pretendes tu nobleza.
Ven, y el laurel recibe de mi mano,
y á tu gusto despues corona y premia,
como dispensador de mis mercedes,
á los que han militado en tus banderas.
Tú, testigo ocular de sus hazañas,
tú, ejemplo de su arrojo y fortaleza;
tú, el segundo en mi imperio, eres el solo
que en mi nombre ha de darles recom-
(pensa.

LISARD. (*Aparte.*)
¡Oh inefable placer!... Es imposible
que alcance un hombre superior esfera.
¡Ah! ¡Todos mis afanes se han cumplido,
no hay mortal más feliz que yo en la tierra!
(*Al acercarse al trono clava los ojos en la reina y se turba.*)
(*Aparte.*)
¡Cielos!... ¡Qué sol radiante de hermosura!
Merece ser del universo reina.

Llega al trono, hinca las rodillas delante del rey, éste toma un laurel que le presenta un paje en una batea y corona á Lisardo. Entre tanto suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Lisardo, en el mundo hay más.
Tú de rodillas estás
delante de este dosel,
y un hombre sentado en él,
que no es cual tú vencedor.
¿Lo sufrirá tu valor?
(*Acaba el rey de coronar á Lisardo, y éste se levanta agitado y pensativo.*)

REY. La rodilla doblad tambien, Lisardo,
ante las plantas de mi esposa excelsa,
para que por su mano galardone
el insigne valor que en vos alienta.

LISARD. (*Aparte, acercándose turbado.*)
¡Oh qué prodigio de beldad!... Mi pecho
al ir á contemplarlo tan de cerca
arde y se abrasa. ¡Oh, cuánto venturoso
será el mortal que su atencion merezca!

Se hinca de rodillas delante de la reina, y ésta se quita una rica banda bordada de oro, y la echa al cuello de Lisardo. Entre tanto suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

¿Esa divina mujer
por qué tuya no ha de ser?...
Piensa el camino en que estás.
Lisardo, en el mundo hay más.
(*Se levanta Lisardo muy agitado y dice aparte.*)

LISARD. ¡Yo de rodillas, yo, y otro hombre en tanto
sentado en un dosel!... ¡Y una hermosura,
una celeste, angélica criatura,
siendo á mis ojos su amoroso encanto!
No sé qué pasa en mi abismado pecho.
Ni la gloria, ni el eco resonante
del popular aplauso, ni el triunfante
laurel, me lo han dejado satisfecho.

REY. (*Levantándose de su asiento.*)
¿Qué os suspende, Lisardo? Ansioso espero
que premieis en mi nombre los afanes
de esos esclarecidos capitanes,
y en mayor libertad dejaros quiero.
(*Baja del trono.*)

REINA. (*Con vehemencia, bajando del trono y acercándose á Lisardo.*)
Modelo de valor y gallardía,
eterna, cual será vuestra alta gloria,
en vuestro pecho reine la memoria
de que esa banda que os ceñís fué mia.
(*Vánse el rey y la reina y todo el acompañamiento, quedando sólo Lisardo, Arbolán y los seis caballeros.*)

LISARD. (*Aparte.*)
El todo su poder así me deja,
pero no me ha sentado, no, en su trono.
Y de ella, ¡cielos!... el semblante, el tono...
No sé qué afan el corazon me aqueja.
Aun hay más, y ese más ha de ser mio.
¿Por qué me he de parar en la carrera
que ofrece la fortuna placentera
al raudo curso de mi ardiente brio?

ARBOL. (*Hincando una rodilla, y lo mismo hacen los seis caballeros.*)
Valeroso general,
permítenos que postrados,
tus favores señalados...

LISARD. (*Aparte, mirándolos con complacencia.*)
Puestos así no están mal.

ARBOL. Te paguemos...

LISARD. (*Levantándolos con afectada solicitud.*)
¡Qué locura!
Alzad, amigos leales,
pues somos todos iguales
en la gloria y la ventura.

ARBOL. No hay ninguno igual á tí.

LISARD. (*Aparte.*)
¡Ojalá! (*Alto.*) Todos lo fuimos
cuando en el campo vencimos,
y debemos serlo aquí.

ARBOL. Nos honras, que fué tu espada
la sola que consiguió

el mayor triunfo que vió
la tierra. Y es extremada
la bondad con que ante el rey,
de elogios hoy nos colmaste
y premios solicitaste...

LISARD. Muy justos á toda ley.
Y pues que en mi mano está
el repartirlos, pedid,
que vuestro esfuerzo en la lid
galardonado será.

ARBOL. Eres generoso y justo;
á tu voluntad dejamos
el premio, y nos sujetamos
á lo que fuere tu gusto.

LISARD. (*A Arbolán.*)
Tú, senescal has de ser
del imperio, y del tesoro
quinientos marcos de oro
puedes ir á recoger.
(*A los caballeros.*)
A aquestos seis caballeros,
generales de frontera
los nombro, y tras su bandera
verán doce mil guerreros.
Y dos mil marcos de plata
cada cual ha de tomar.

ARBOL. (*Arrojándose con los seis caballeros á los piés de Lisardo.*)
Déjanos tus piés besar.
Tuviéramos alma ingrata
á no demostrar así
que esclavos tuyos nos haces;
y hasta de morir capaces
somos, Lisardo, por tí.

LISARD. Alzad, amigos, alzad.

ARBOL. (*Levantándose.*)
¡Oh qué bondad tan inmensa!

LISARD. (*Con énfasis.*)
Sólo quiero en recompensa
que me jureis amistad.

ARBOL. (*Con vehemencia.*)
¡Ojalá llegue ocasion
en que de ella reclameis!...

LISARD. ¿A todo me ayudareis?

ARBOL. (*Resuelto.*)
Nuestros brazos vuestros son.

LISARD. Está bien. ¿Y los soldados?

ARBOL. Os adoran, general.
No reconocen igual
en todos estos estados.

LISARD. (*Satisfecho.*)
Está bien. Víveres, oro,
laureles les repartid,
y en mi nombre les decid
que su amor es mi tesoro.

ARBOL. Sois su númen tutelar;
confianza en ellos tened,
vuestro apoyo en ellos ved,
que á todo os han de ayudar.
(*Vase con los seis caballeros.*)

LISARD. (*Despues de meditar un momento.*)
Grandes mis dichas son.
Mucho le debo, mucho, á la fortuna.
Ya sólo un escalon
hay para una eminencia cual ninguna.
(*Mira al trono.*)
¿Y no lo he de subir?...
Fuerza, sí, para hollarlo hay en mi planta.
¿Quién me lo ha de impedir?...
Aunque es su altura grande, no me espanta.
¿Qué me detengo, pues?
(*Se dirige al trono y se para como asombrado.*)
Ante mí, ¡cielos! se alza una barrera...
¡Ay, que más alta es
de lo que mi delirio presumiera!
¿Pero qué?... ¿yo temblar?
¿Yo como un miserable retrocedo?
No, que allí he de llegar,
allí ha de colocarme mi denuedo.
Dadme la muerte hoy,
¡cielos! ó que ese puesto altivo escale.
¿Qué es la altura en que estoy
si otra mayor encima sobresale?
(*Meditando.*)
Heróico vencedor
me pregonan los labios de la fama...
Por su libertador
un pueblo entero atónito me aclama.
¿Y no podrá tal vez
el público entusiasmo y ardimiento
coronar mi altivez,
dándome hoy mismo ese elevado asiento?
(*Despechado.*)
No quiero otro mortal
ver, de rodillas yo, cual ví sentado
en ese alto sitial,
que ha de ser mio, aunque le pese al hado.
(*Corre hácia el trono resuelto y se detiene viendo venir á la reina.*)
¡Cielos!... ¿Quién viene allí?
La reina, hermosa como sol luciente.
Nunca turbado ví
beldad mas seductora y esplendente.
(*Sale la reina.*)

REINA. (*Cariñosa.*)
¿En esta cámara solo
aún estais, noble Lisardo,
y, cual vuestra frente muestra,
pensativo y agitado?
¿Qué os altera y acongoja,
cuando habeis en lo más alto

la rueda de la fortuna
con firme planta fijado?
¿Qué inquietud turba los goces
que os deben dar esos lauros,
tan esclarecida gloria,
tan merecidos aplausos?
Si aun hay en el ancho mundo,
valiente guerrero, algo
que excite vuestros deseos,
al punto manifestadlo
sin temor á vuestra reina;
pues si pende de su mano,
al punto tendreis, lo juro,
cuanto apetezcais, Lisardo.

LISARD. (*Perplejo.*)
¡Señora! El interés grande
que me muestra vuestro labio,
mi más fervoroso anhelo
deja cumplido y colmado.
Que merecer de ese modo
solícito sobresalto
á vuestro pecho, es, señora,
una dicha, un bien tan alto,
(*Con vehemencia.*)
que por conseguirlo diera
gloria, laureles, aplausos,
mi sangre, toda mi vida...

REINA. (*Complacida.*)
¿Estais de veras hablando?

LISARD. Con el alma... ¿Mas qué os turba?

REINA. (*Agitada.*)
Temor, oh noble Lisardo...

LISARD. (*Apasionado.*)
¿De qué?

REINA. (*Tímida.*) De que sorprendísteis
de mi pecho los arcanos.

LISARD. ¡Oh reina!

REINA. ¡Ilustre guerrero!

LISARD. (*Turbado.*)
¡Señora!... ¿Llegará á tanto
mi dicha?... ¿Tan venturosa
mi suerte?...

REINA. (*Apasionada.*) ¡Quién contemplaros
puede con esa aureola,
brillante como los astros,
que vuestra frente circunda,
sin que os rinda... ¡cielo santo!
¿por qué la pasion del pecho
no sabe encubrirla el labio?
sin que os rinda... ¡Pero basta!
no puedo más... no, Lisardo.

LISARD. (*Arrebatado.*)
Vuestras palabras, oh reina,
sol, diosa, prodigio, encanto,
me hacen más que hombre, me lanzan
á un cielo, que el de los astros
deja atrás... Desde el momento
que os ví, los ardientes rayos
de vuestros divinos ojos,
con tan poderoso encanto
mi corazon y mi mente
encendieron y alumbraron,
que ya no ví en todo el orbe
más que á vos; á vos, ansiando
sólo merecer dichoso
vuestra atencion y cuidado.
Y la victoria, los triunfos,
los laureles, los aplausos,
ya nada para mí fueron,
que eran nada al compararlos
con la dicha de serviros,
con la gloria de agradaros.

REINA. ¡Cielos, qué escucho! ¿merezco
que seais vos?...

LISARD. (*Arrojándose á sus plantas.*)
Sí... vuestro esclavo
soy, y en serlo venturoso.

REINA. (*Levantándolo.*)
Alzad, mancebo gallardo,
que no está bien á mis plantas
quien debe estar en mis brazos.
¿Jurais secreto profundo,
impenetrable, de cuanto
mi confianza deposite
en vos?...

LISARD. ¿Y podeis dudarlo?

REINA. (*Recelosa.*)
¿Y con valeroso esfuerzo,
y con decidido brazo
me ayudareis?...

LISARD. Hablad pronto,
que en impaciencia me abraso.

REINA. (*Satisfecha.*)
Sí. Lo esperé desde el punto
que os ví, glorioso Lisardo.
Y tan ciega confianza
con el amor en que ardo
me inspirasteis, que resuelta
he venido aquí á buscaros,
porque de vos necesito.

LISARD. (*Resuelto.*)
Soy vuestro humilde vasallo.

REINA. (*Con énfasis.*)
Sois más... Y sereis, lo juro,
mucho más.

LISARD. (*Enajenado.*) ¡Oh cielo santo!

REINA. (*Agitada y con reserva.*)
Oye. Bajo esta corona,
bajo este soberbio manto,
la mujer más infelice
soy del orbe. Y de tí aguardo
el fin de mis desventuras,

de mis zozobras descanso.
LISARD. Hablad... ¿Qué tardais, señora?
REINA. Ese trono es mio, Lisardo.
Lo heredé de mis abuelos,
y el rey que viste sentado
en él, es rey solamente
porque yo le dí mi mano.
Y se la dí, ¡desdichada!
en mis infantiles años
por políticas razones,
sin conocerlo ni amarlo.
Mas paga favor tan grande
detestándome inhumano,
y á mis pueblos oprimiendo
cual si fuesen sus esclavos.
E incapaz de defenderlos
con valor y de ampararlos,
sin tu denodado esfuerzo,
sin el vigor de tu brazo,
presa mi reino seria,
y víctimas mis vasallos
de esas huestes furibundas
que huyeron sólo al amago
de tu poderosa lanza
y de tu aliento bizarro.
El pueblo y yo, no te asombre,
ansiosos necesitamos
quien nos liberte...
LISARD. (*Animoso.*) Comprendo.
REINA. Con esfuerzo...
LISARD. Estoy al cabo.
REINA. Y que ocupar pueda el trono...
Y de mi pecho y mi mano...
LISARD. (*Con vehemencia.*)
¡Basta!... basta... al punto sea.
REINA. ¿Y tendrás valor?... dí.
LISARD. (*Resuelto.*) Vamos.
REINA. El ejército te adora,
todo el pueblo entusiasmado
te proclama. Y yo, tu reina,
en amor por tí me abraso.
LISARD. Eso basta á darme brio
aun para escalar el alto
firmamento... ¡Al punto, al punto!
¿Dó el rey está? ¿Qué tardamos?
REINA. Aguarda, jóven heróico;
pues cuento ya con tu brazo,
voy á preparar el golpe,
á sosegar el palacio,
á adormecer á las guardias,
á alejar los cortesanos,
y tornaré en busca tuya.
Espérame aquí, Lisardo.
(*Vase apresurada.*)
LISARD. (*Fuera de sí.*)
¡Cielos!... ¿Con que ya del solio
me dais el camino franco?
En él sabré colocarme.
Y al ver al mundo postrado,
como escabel de mi planta
sabré, vive Dios, hollarlo.
(*Sale Zora.*)
ZORA. (*Cariñosa.*)
Esposo del alma mia,
mi amor, mi felicidad,
¡ay Dios, con cuánta ansiedad
te he seguido todo el dia!
LISARD. (*Sorprendido y aparte.*)
¿Zora aquí?... ¡Oh fatalidad!
ZORA. (*Con gran afan y ternura, arrojándose en brazos de Lisardo.*)
Dame tus brazos, Lisardo,
ven y descansa en mi pecho,
que gozoso y satisfecho
te encuentra al fin tan gallardo.
LISARD. (*Aparte abrazándola confuso.*)
¡Todo mi plan se ha deshecho!
ZORA. Entre turbas populares,
que tu nombre proclamaban,
y guerreros que ensalzaban
tus hazañas singulares
y ardientes vivas te daban;
y al fin en estas mansiones
de reyes y cortesanos,
que te dan á llenas manos
lauros, palmas y blasones,
y timbres y honores vanos,
afanosa te seguí;
sin saber cómo pudieras
horas ver tan lisonjeras,
sin que, buscándome á mí,
conmigo verlas quisieras.
LISARD. (*Turbado.*)
¡Oh, Zora!
ZORA. Y como hoy lo allana
todo tu nombre, alcanzar
con él pude el penetrar
hasta aquí, do logro ufana
todo mi anhelo encontrar.
Sí, te hallé, querido esposo.
(*Abrazándolo otra vez.*)
Torna al seno palpitante
de tu Zora, que anhelante,
sin tí no encuentra reposo.
(*Notando la inquietud y desden de Lisardo.*)
Mas, ¿qué anubla tu semblante?
¿Qué miras en derredor?...
¿Por qué desdeñas los lazos
de mis cariñosos brazos?...
¿Olvidastes ¡ay! mi amor?...
Tengo el alma hecha pedazos.

LISARD. (*Muy agitado.*)
¡Zora!... ¡Zora!
ZORA. ¿Qué, cruel?...
LISARD. (*Perplejo.*)
En esta estancia seria
abrazarte demasía...
¿No miras allí un dosel?...
ZORA. (*Apasionadísima y abrazándolo.*)
Sólo á tí ve el ansia mia.
LISARD. (*Separándola con inquietud.*)
¡Zora!... No es este el momento...
La reina...
ZORA. (*Asustada.*) ¡Lisardo mio!
¡Tú tiemblas... de sudor frio
bañado tu rostro siento!...
¿Qué tienes?...
LISARD. (*Despechado.*) ¡Destino impío!
(*Esforzándose por disimular su agitacion.*)
Zora, ¿por qué abandonaste
nuestro palacio, y así
á la corte, y hasta aquí
á venir te aventuraste?
ZORA. (*Con vehemencia.*)
Vine buscándote á tí.
LISARD. Está bien... Mas es forzoso
que regreses al instante.
Es en extremo importante
á mi vida, á mi reposo...
ZORA. (*Abatida.*) Lisardo, ¿estás delirante?...
¿A tu reposo, á tu vida,
importante puede ser
alejar á esta mujer,
á tí para siempre unida?...
LISARD. (*Turbadísimo.*)
No me puedes entender.
¡Zora!...
ZORA. (*Desconsolada.*) Sí, te entiendo, sí.
Has olvidado mi amor,
y sólo estorbo... ¡oh dolor!
es ya Zora para tí.
LISARD. (*Conmovido y aparte.*)
¡Cielos!... ¡ah!... ¡qué hermosa es!
(*Alto yendo á abrazarla.*)
¡No, que mi pecho te adora!...
(*Conteniéndose.*)
¡Mas ay!... retírate ahora.
Ya nos veremos despues.
(*Resuelto.*)
Déjame aquí solo, Zora.
ZORA. (*Desconsolada.*)
Sí, Lisardo, ya me alejo,
pero tendrás entendido,
amante desconocido,
que para siempre te dejo.
Tengo el corazon partido.
(*Queda á un lado llorando y abatida.*)

LISARD. (*Aparte, enternecido y contemplándola.*)
¡Zora!... tan pura... tan bella...
tan tierna y angelical...
¡Cielos, qué angustia mortal!...

Suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Lisardo, elige entre ella
y la corona real.
LISARD. (*Resuelto y aparte.*)
Sacrificarla es preciso,
cueste lo que cueste, sí.
(*Alto.*)
Zora, al punto sal de aquí,
que es grande tu compromiso,
y en el que me has puesto á mí.
Si me amas, vete... lo ordeno.
ZORA. (*Confundida.*)
¡Ay de mí desventurada!
(*Suplicante.*) ¡Lisardo!...
LISARD. No escucho nada.
ZORA. ¡Qué mortífero veneno
das á mi alma desgarrada!
Sé, Lisardo, venturoso,
y si es precisa mi muerte
para venturoso verte,
ingrato y feroz esposo,
completa será tu suerte.
LISARD. (*Enternecido.*) ¡Zora!
(*Desconcertado viendo venir á la reina.*)
¡Mas la reina aquí
llega apresurada, sí!
(*La ase del brazo y la arroja de la escena.*)
¡Cielos! ¿y no me confunde
la tierra, ó te traga y hunde?...
¡Huye, mísera!
ZORA. (*Cayendo detrás del bastidor.*)
¡Ay de mí!
(*Queda Lisardo agitado y descompuesto, procurando esconder el sitio por donde arrojó á Zora, y sale la reina. El teatro se oscurece.*)
REINA. ¡Lisardo!
LISARD. ¿Señora?
REINA. Todo
nos es favorable.
LISARD. Vamos.
REINA. ¿Mas qué turbacion te agita?
LISARD. (*Esforzándose.*)
El ansia de libertaros
de un opresor.
REINA. (*Observándolo.*) ¿Pero tiemblas?
LISARD. ¿Yo?... no.
REINA. (*Asiéndole del brazo.*)
Sí, tiemblas. ¿Acaso

el valor te falta?

LISARD. (*Repuesto.*) ¡Nunca!
Pronto estoy á demostrarlo.
Mi inquietud es solamente
ansia de llevar á cabo
tu venganza y la del pueblo.

REINA. Pues ni un momento perdamos.
El rey dormido...

LISARD. ¡Dormido!

REINA. Dormido. Y es necesario
que en la eternidad despierte.

LISARD. (*Retrocediendo.*)
Ahora tiemblo y me acobardo.
¿Ha de dar muerte á un dormido,
con traidor golpe, mi brazo?
Cuerpo á cuerpo mejor fuera.

REINA. ¿Qué pronuncias?... ¡Insensato!
Nunca empresa tal se fia
al capricho del acaso;
que en asegurar el golpe
está la gloria y el lauro.
Ese trono, esta corona,
mi tierno amor y mi mano,
merecen...

LISARD. ¡Basta, volemos!

Se hunde el trono por el escotillon por donde salió, y se descubre en el espacio que ocupaba una ancha puerta; y dentro al rey dormido en un magnífico lecho de púrpura, á la luz de una lámpara. Todo el teatro estará oscuro, ménos la alcoba.

REINA. (*Dándole un puñal y señalándole al rey.*)
¡Allí está todo, Lisardo!

(*Lisardo titubea horrorizado. La reina lo empuja, y él se arroja decidido, enarbolando el puñal, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salon del trono. Aparecen LISARDO *con manto real y corona, y* LA REINA. *La gruta de Marcolán se verá siempre inmutable.*

LISARDO. (*Satisfecho.*) ¡Ya soy rey!
REINA. Sí; ya tus sienes
ciñe la real diadema,
y la púrpura suprema
como propio ornato tienes.
LISARDO. (*Ufano.*) Sí, que desde ese dosel,
hace un momento, he mirado
á todo un pueblo postrado
jurarme homenaje en él.
REINA. Y homenaje el más sincero,
pues te aclamó soberano
en cuanto te dí mi mano;
como al más fuerte guerrero,
de defenderlo capaz
y de asegurar sus glorias,
con hazañas y victorias,
de todo invasor audaz.
¿Has visto cuán fácilmente
á los hombres se fascina,
y á una nacion se alucina
desde una altura eminente?
Del rey muerto, como ves,
ni un vago recuerdo hay ya;
tranquilo el imperio está,
y prosternado á tus piés.
Nadie, nadie sospechó
que el golpe que allí te ha puesto,
fué de tu mano, ó muy presto,
si hubo sospecha, pasó.
LISARDO. (*Confuso.*) ¿De mi mano?... Sí, lo fué.
REINA. Deja esos recuerdos vanos.
Rendidos los cortesanos
vendrán á besarla.
LISARDO. (*Asustado.*) ¿Qué?...
¿Mi mano?...
REINA. Tu mano, sí.
LISARDO. (*Mirándose horrorizado la mano.*)
¡Está de sangre manchada!
¿Lo ves?...
REINA. (*Turbada, y reconociendo la mano de Lisardo.*)
No, no tiene nada.
LISARDO. Una mancha tiene aquí.
REINA. ¿Deliras?...
LISARDO. (*Como enajenado.*) No, no deliro.
Que me juren, está bien.
Que la corona mi sien
ciña... y aun á más aspiro.
Pero esconderé la mano,
porque de sangre una gota
la mancha... Si álguien la nota...
REINA. (*Animándolo.*)
Todo tu recelo es vano.
El misterio más profundo,
del rey muerto el fin esconde;
ni cómo acabó, ni en dónde,
lo sabrá jamás el mundo.
LISARDO. (*Receloso.*)
Pero tú y yo lo sabemos.
REINA. Y lo sabremos callar.
LISARDO. (*Repentinamente repuesto.*)
Pues bien, vamos á reinar,
y entrambos á dos callemos.
(*Queda un momento contemplando el trono y de repente sube á él.*)
REINA. (*Aparte.*)
¡Si su delirio abandono,
perdida me considero!
(*Le sigue con la vista observándolo de léjos con inquietud.*)
LISARDO. Saborear á solas quiero
todo el placer que da el trono.
(*Se sienta.*)
(*Hablando consigo mismo.*)
Sólo se sienta aquí un rey.
Aquí soy omnipotente,
aquí el mundo reverente
ve en mi capricho una ley.
¿Quién mi igual se llamará?
Nadie, nadie... Pues asombre
al orbe entero este hombre,
que en tanta eminencia está.
(*Pónese en pié.*)
Raíces hondas juzgo aquí
haber echado mis piés,
pues ya el bajar de aquí es
duro esfuerzo para mí.

No está más firme la encina
secular en la montaña,
ni el escollo que la saña
del rugiente mar domina.
Mi poder es colosal.
Toda envidia se desarme.
¿Quién puede de aquí arrancarme?

Suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL

De un asesino el puñal.

LISARD. (*Bajando precipitado del trono, con la mayor agitacion.*)
¡Cielos!... ¿Qué idea de horror
me confunde de repente?
¡Ay, que mi orgullosa frente
hirió un rayo aterrador!

REINA. (*Asustada, acercándose á Lisardo.*)
Lisardo, señor, esposo,
¿qué accidente repentino
los profundos pensamientos
y los proyectos altivos,
que os ocupaban á solas
en bien del imperio mio,
trastorna de tal manera
y á vuestra faz roba el brillo?
¿Qué os aqueja?... ¿Qué os asusta?
¿Por qué de repente os miro
tan turbado?

LISARDO. (*Confuso.*) ¿Yo turbado?...
(*Aparte y repuesto.*)
Disimular es preciso,
que descubrir mis temores
mengua fuera de mi brio.
(*Alto.*)
Contemplaba, amada esposa,
el gran peso que el destino
ha colocado en mis hombros,
y las fuerzas que en mí mismo
reunir para sustentarlo
debo con tenaz ahinco.
Y hallo, sí, viven los cielos,
que aun es el aliento mio
tan superior á la carga
que sobre mis hombros miro,
que estoy dispuesto á que el orbe
me admire como á un prodigio.
Y estoy dispuesto... (*Queda distraido.*)

REINA. (*Asustada.*) ¡Lisardo!
(*Aparte.*)
Me asustan sus desvaríos,
y que sus locos proyectos
le entibien en mi cariño.
Llamar su atencion me importa,
encadenarle es preciso,
si han de tener cumplimiento
mis planes y mis designios.
(*Alto y en extremo cariñosa.*)
Lisardo, mi amado esposo,
vuelve en tí, Lisardo mio.
¿Seré tan desventurada
que de la corona el brillo,
y los cuidados inmensos
que el cielo encargarte quiso,
te hagan entregar, ingrato.
mi tierno amor al olvido?

LISARDO. (*Vuelve en sí y la echa los brazos.*)
¡Jamás!... A mi seno llega.
¡Eres mi amor, mi delirio!
(*La abraza y dice aparte:*)
No sé qué pasa en mi pecho
ni yo me entiendo á mí mismo.
(*Se separa y continúa aparte:*)
Esta mujer tan hermosa,
que dominó mis sentidos
un momento... ahora... la amo.
Pero en el alma un vacío
me deja... ¡Mi Zora, cielos!...
¡Oh! ¡Qué soberano hechizo
era para mí! Esta es reina,
y de mí sólo son dignos
de una reina los amores.
La amo, sí... No sé qué digo.
En un mar de confusiones
y de desdichas me abismo.

REINA. (*Que ha estado contemplando á Lisardo con temor é inquietud.*)
Veo, Lisardo, que en tu mente
mil pensamientos distintos
se agolpan, y que te agitan
fantásticos desvaríos.
No es extraño: las diversas
conmociones, que han herido
tu corazon en la altura
do tu estrella y mi cariño
te han colocado, no pueden
tener tu pecho tranquilo.
Sal á caza, el aire libre
respira, Lisardo mio.
Corre esas verdes praderas,
cruza esos parques sombríos
que este palacio circundan,
y tendrá tu mente alivio.

LISARDO. Sí, miéntras llega la hora
del regio festin, preciso
es que busque yo en los campos
descanso de mis delirios.
(*Se acerca al bastidor.*)
¡Hola! (*Sale un paje.*)

PAJE. ¿Señor?

LISARDO. Mis caballos

y monteros al proviso
se apresten para la caza,
que ir al campo determino.
Y al gran Senescal decidle
que al punto venga á este sitio.

REINA. (*Cuidadosa.*)
¿Con tanta priesa? ¿qué quieres
de Arbolán? Dí.

LISARDO. Que conmigo
venga á caza. Le amo tanto,
que es mi consuelo.

REINA. (*Aparte.*) Respiro.
(*Sale Arbolán.*)

ARBOLÁN. (*Hincando una rodilla.*)
A vuestros altos preceptos
siempre obediente y sumiso,
llego ansioso á vuestras plantas,
sólo anhelando serviros.

LISARDO. (*Levantándolo.*)
Alza, Arbolán valeroso,
y llega á los brazos mios.
Te llamo para que á caza
vengas al campo conmigo.

ARBOLÁN. (*Dudoso y mirando á la reina.*)
¡Señor!...

LISARDO. Sí, tu compañía
hoy cual nunca necesito.
Tú eres de cuantos me cercan
el hombre que más estimo,
por quien amistad más pura
en mi corazon abrigo.

ARBOLÁN. Tantas honras me confunden,
pero me abren el camino
de poder manifestaros
que esa amistad, que benigno
me concedísteis, pagada
está por el pecho mio.

LISARDO. Me gozo en reconocerlo;
¡es el tener un amigo
don tan grato en esta vida
de zozobras y peligros!
Mas, vamos juntos al campo.

ARBOLÁN. (*Turbado.*)
No puedo, señor, seguiros.

REINA. ¡Imposible!

ARBOLÁN. En el momento
en que un cambio repentino
de estos reinos en el trono
admirado el mundo ha visto,
para que tengais descanso,
que yo vigile es preciso.

LISARDO. (*Mortificado.*)
Está bien. No me acompañes.
(*Aparte.*)
¡No sé cómo me reprimo,
pues al verme contrariado!...
Mas reprimirme es preciso.
¿Con que no lo puedo todo?
¿Con que en el mundo hay motivos
que aunque fútiles y leves,
obligan á que el rey mismo
su voluntad sacrifique?...
Se confunde el pecho mio.
(*Hace seña, y se van la reina y Arbolán.*)

ESCENA II

Al ir á salir LISARDO *se cambia la escena en un bosque intrincado. Decoracion corta. Él queda vestido ricamente de cazador*

LISARD. (*Arrimándose al bastidor, como hablando con sus cazadores.*)
Disponed de la caza el aparato
por esos bosques y empinados cerros.
Soltad los gerifaltes y los perros.
Dejadme á solas descansar un rato.
(*Viene á la mitad de la escena.*)
Miéntras mis cazadores no reposan,
persiguiendo las fieras y las aves,
quiero dar rienda á pensamientos graves
que por doquier me siguen y me acosan.
Monarca de un imperio poderoso,
ya me respeta prosternado el mundo,
y me anonado absorto, y me confundo
al ver que en sitio tal no soy dichoso.
No lo soy, no. Pensé que la corona
de la felicidad todos los bienes
en sí encerraba, y al ceñir mis sienes
nuevos afanes sobre mí amontona.
(*Se sienta muy agitado.*)
Un peso tengo aquí,
(*Pone la mano sobre el corazon.*)
peso que abruma
mi existencia infeliz, peso de un crímen,
y del que no me libran y redimen
ni sólio, ni poder, ni alteza suma.
Tambien ¡ah! me confunde el pensamiento
de que de una mujer debo á la mano
la corona, y el trono soberano,
en que cercado de pavor me siento.
(*Pausa.*)
¿Por qué no nací rey?... Advenedizo
tal vez con risa de desden me llaman
allá en su corazon los que me aclaman...
¡Y su aplauso mi orgullo satisfizo!
El mortal, ¡ay de mí! más desdichado
soy, que cobija con su manto el cielo,
corriendo de un anhelo en otro anhelo
á una sima sin fondo despeñado.
(*Pausa.*)
¿Por qué no nací rey?... Mas si el destino
me negó el que naciera en regia cuna,
armas me dió, y valor, y alta fortuna,

que del poder y el trono son camino.
(*Exaltado.*)
Al derecho de sangre el de conquista
sustituyan mi espada y la victoria,
y un reino fundaré con alta gloria
que unido siempre con mi nombre exista.
Sí, aprovechando brazos y riquezas,
de que hoy disponer puede mi albedrío,
ganaré un reino que se llame mio
y que deba su nombre á mis proezas.
(*Suena una estrepitosa carcajada. Lisardo sorprendido se levanta y mira á todos lados.*)
¡Cielos! ¿Quién se esconde aquí
y de mi plan se burló?
¿Quién tan inmediato á mí
osó colocarse?...
Miéntras Lisardo dice estos versos, sale por escotillon, en medio de la escena, una bruja estrafalariamente vestida de negro y encarnado, con una vara en la mano, en que estará enroscada una culebra, y cuyo pomo será una calavera.

BRUJA. ¡Yo!

LISARD. (*Repara en la bruja, retrocede horrorizado y luégo torna repuesto.*)
¿Y quién, mísera mujer,
eres tú?... Dílo, infeliz.

BRUJA. (*Con sarcasmo.*)
Una infelice, que á ver
viene á un hombre muy feliz.

LISARD. (*Airado.*)
¿Sabes, dí, que tu rey soy?...
Cuenta con tus labios ten.

BRUJA. (*Con desprecio.*)
¿Y sabes que donde estoy
soy yo tu reina tambien?

LISARD. (*Despreciándola.*)
Noto que eres loca tú.
Y si vienes á pedir
limosna...

BRUJA. (*Atajándolo.*) Por Belzebú,
que me haces, necio, reir.
(*Con acento solemne.*)
Soy por sobrehumana ley
en todo á tí superior,
pues te engañas si por rey
no reconoces mayor.
Y para que veas lo soy
en muchos grados á tí,
sabe que enterada estoy
de que tu mano...

LISARD. (*Trastornado.*) ¿Qué oí?
(*Queriendo taparle la boca.*)
¡Calla, mujer infernal!
¡Calla, calla, vive Dios!...

BRUJA. (*Indiferente.*)
Callaré, pues es igual,
lo que sabemos los dos.
(*Con tono de superioridad.*)
Y para la insensatez
con que juzgaste venir
á tus plantas mi altivez
por limosna, confundir;
cuando á darte mi favor
vine, orgulloso mortal,
y á alejar de tí el rigor
de tu destino fatal,
quiero que veas aquí
que tengo, cual tú, dosel,
y corte, que como á tí,
me rinda homenaje en él.

Da un golpe en el suelo con la vara, y sale detrás de ella, por escotillon, un trono, cuyo asiento será un caiman, y su respaldo un murciélago colosal con las alas extendidas, y echando fuego por los ojos. Se sienta en él la bruja, y de un lado y otro salen de debajo del tablado monstruos, diablos, esqueletos y sombras, que la rodean. Lisardo retrocede horrorizado sin volver la espalda. La escena se oscurecerá.

LISARD. ¡Cielos! ¡cielos! ¿Me engañan mis sentidos?
¡Oh, qué fascinacion!
Mis ojos, mis oidos
son presa de fantástica ilusion.

BRUJA. (*Con tono feroz y descompuesto.*)
Póstrate, mísero.
Trémulo, pálido,
llega á mis piés.
Sol salutífero
mi rostro escuálido
para tí es.

LISARD. (*Repuesto y animoso.*)
Si tú del hondo, aterrador infierno
osas la frente alzar,
sírvate de gobierno
que nunca, nunca yo supe temblar.
Que en la grandeza en que me puso el hado,
y mi ardiente ambicion,
miro el orbe postrado,
y nada turbará mi corazon.

BRUJA. (*Indignada.*)
¿Y no ves sangre en tu mano,
y un atroz
crímen, que de noche y dia
es tu verdugo y tirano
más feroz?
¿Ignoras que la voz mia

publicar
puede, mísero gusano?...

LISARD. (*Postrándose horrorizado.*)
Basta... basta. ¡Estrella impía!

BRUJA. Ya temblar,
y ante mis plantas te veo.

LISARD. (*Confundido.*)
Calla... sí,
ó por piedad dadme muerte.

BRUJA. Siempre debe estar el reo
prosternado de esa suerte,
temblando así.
Tu grandeza, tu ambicion
nada son.
Niebla leve, humo fugaz,
en que audaz
quieres asiento
formar de torres, que se lleva el viento.
Oscuro es tu porvenir,
y decir
mucho de él pudiera yo.
Pero no,
no diré nada:
corre ciego tu suerte desastrada.
(*Pausa.*)
Lástima al cabo me das.
Toma este anillo
pobre, sin brillo,
y con él invisible serás.
(*Tira un anillo á Lisardo.*)
Y de un apuro,
terrible y duro,
por su mágico influjo saldrás.
Vuela á tu corte,
puede te importe,
ese anillo te lleva veloz.
Y tus monteros
y caballeros
una sombra, formada á mi voz,
igual á tí verán,
y detrás de ella á tu palacio irán.

Desaparece rápidamente por escotillon la bruja con su trono y todo su acompañamiento, y vuelve á iluminarse la escena.

LISARD. (*Se pone en pié estupefacto, y mira en derredor de sí con ojos asombrados.*)
Todo desapareció.
Fué un engaño de mi mente,
una ilusion solamente
que mi vista alucinó.
A alzarse torne mi frente.
(*Profundamente conmovido.*)
¿Fué de mi crímen la sombra
que me persigue tenaz?
¿Es ella sola capaz?...
Sí, que me sigue y me asombra
vigilante y pertinaz.
Pero no, no... respiremos.
Vanos delirios, huid,
no más tras de mí venid,
no más en locos extremos
mi mente ofuscada hundid.
Todo, sí, delirio fué.
(*Asombrado viendo en el suelo el anillo de la bruja.*)
¿Pero qué miro en el suelo?
(*Lo recoge.*)
El anillo... ¡santo cielo!
¡la sortija misma que
tiró esa vision!... Me hielo.
(*Asombrado.*)
¿Con que ha sido realidad
todo lo que absorto ví?...
Lo ha sido, no hay duda, sí.
Lo ha sido, pues es verdad
la prenda que tengo aquí.
(*Confuso.*)
¿Es el hombre, santo cielo,
juguete de otro poder
que no alcanza á comprender?
¡Qué horror da, qué desconsuelo
pensar que así pueda ser!
(*Pausa y queda en profunda meditacion, de la que le saca un ligero rumor, volviendo el rostro adonde se oye.*)
Mas dos de mis cazadores
vienen sin duda á buscarme.
Ahora podré cerciorarme,
sin disfrazar mis temores,
ni esconderme, ni ocultarme,
si es efectivo que puedo
invisible á todos ser,
solamente con poner
esta sortija en mi dedo,
cual dijo aquella mujer.
(*Pónese el anillo.*)
(*Salen dos cazadores, que registrarán toda la escena sin ver á Lisardo.*)

CAZ. 1.° Te digo que aquí no está.

CAZ. 2.° Aquí quedó descansando
há corto rato, mandando
retirarse á todos.

CAZ. 1.° Va
ya hácia el soto galopando.

CAZ. 2.° Te has equivocado. Yo,
que aquí está, te digo.

CAZ. 1.° Pues
que aquí no está, ya lo ves.

CAZ. 2.° Es cierto que no está, no.
¡Cosa que me aturde es!

CAZ. 1.° No dudes, no, que el rey era

el que iba al soto. Marchemos,
no sea que en falta quedemos.

CAZ. 2.º Al través de esta ladera
pronto al puesto llegaremos.
(*Vánse los cazadores.*)

LISARD. (*Maravillado.*)
¡Cielos!... ¡cielos!... invisible
me hace este anillo... ¡Oh portento!
Confunde á mi entendimiento
encanto tan increible.
¿Pero qué duda mi aliento?...
(*Animoso.*)
Si es verdad este prodigio,
¿qué retardo el penetrar,
por medio tan singular,
cuanto mi fama y prestigio
pueden del mundo alcanzar?
Sí, pues hay tan superior
ente que me cuida y guia,
cesen mi afan y agonía,
tiemble el orbe mi valor
y bese la planta mia. (*Vase.*)

ESCENA III

El teatro representa la gran plaza en que fué el triunfo de la primera escena del acto segundo, y aparece llena de pueblo, que se reparte en diferentes grupos, como hablando entre sí, y sale LISARDO.

LISARDO. (*A un lado con la sortija en el dedo.*)
De la sortija el encanto,
pues invisible me oculta,
indagar me proporcione
entre esta mezclada turba
lo que de mí piensa el mundo,
lo que la fama me adula.
A aquel corro de villanos,
que allí se apiña y agrupa,
quiero acercarme, seguro
de que hablan de mí.
(*Se acerca á un corro de villanos.*)
No hay duda.

VILLANO 1.º Al nuevo rey aun no he visto.

VILLANO 2.º No has perdido mucho. Nunca
ví una cara de vinagre
tan ágria como la suya.

VILLANO 3.º ¿Y desde dónde ha venido
hasta ser nuestro rey, una
persona desconocida?...

LISARDO. (*Aparte.*) ¡Oh, qué terrible pregunta!

VILLANO 1.º ¿Qué sé yo?... Diz que ha ganado
con valor victorias muchas,
y parece...

VILLANO 3.º ¿Acaso él solo
las ganó, ó fué con la ayuda
de nuestros hijos y hermanos?
¡Maldita sea la fortuna!

VILLANO 2.º Siempre el que manda se lleva
el premio de las angustias
y valor de los soldados.

VILLANO 1.º Y á los pobres nos despluma.

VILLANO 3.º Dicen que este á desplumarnos
va, para nuevas trifulcas
y guerras, que mucha sangre,
y sin ventaja ninguna,
nos costarán.

VILLANO 1.º El rey muerto
al ménos en paz profunda
nos mantuvo.

VILLANO 2.º Lo que es éste,
ya verás cómo nos chupa,
que es un demonio.

VILLANO 1.º ¿De veras?
Pues si tal hace...

VILLANO 3.º ¿Lo dudas?...

VILLANO 1.º Pues si tal hace... veremos
cuánto el hacerlo le dura.

LISARDO. (*Se separa confundido del corro de villanos.*)
¡Cielos! ¿Tal disgusto reina
entre la plebe?... ¿Es en suma
este el entusiasmo ardiente
en que mi poder se funda?
Mas allí varios soldados,
hablando entre sí, se juntan.
Ellos, ellos son mi apoyo,
con ellos nada me asusta.
Acercaréme á escucharlos.
(*Se acerca á un corro de soldados.*)

SOLDADO 1.º Amigos, grandes y muchas
son las mercedes y gracias
con que el nuevo rey procura
premiarnos.

SOLDADO 2.º No lo agradezco,
que es por conveniencia suya
mostrarse tan generoso.
Pues al cabo su fortuna
sólo en nosotros se apoya,
y nosotros á la altura
lo levantamos del trono.

SOLDADO 1.º Muy dignamente lo ocupa.

SOLDADO 2.º Otros tambien dignamente
pudieran, sin duda alguna,
y mejor que él ocuparlo.
Que aunque es su arrogancia mucha,
no falta quien en denuedo
y arrojo le sobrepuja.

SOLDADO 1.º En las últimas batallas
fué un portento de bravura.

SOLDADO 2.º ¿Y qué, Arbolán nada hizo?

LISARDO. (*Aparte.*)
¡Arbolán!... ¡Cielos!... ¡disfruta
fama tanta!

SOLDADO 2.º Por mi vida,

que lanza como la suya
no enristra nadie en el mundo.

SOLDADO 1.º ¿En eso quién pone duda?

SOLDADO 2.º Y el orgulloso Lisardo...
al fin... es...

SOLDADO 1.º ¿Qué?...

SOLDADO 2.º ¿Lo preguntas?...
Lo diré... un advenedizo.

LISARDO. (*Aparte, furioso.*)
¿Esto mi cólera escucha?
Estoy de furor ahogado...
Canalla soez, inmunda.
(*Queriendo arrojarse á ellos.*)
¡Ahora mismo entre mis brazos...
(*Sintiéndose detenido por una fuerza superior.*)
Mas ¿quién detiene mi furia?...
Este misterioso anillo,
que todo mi esfuerzo anula;
pues siento como ligadas
mis manos por fuerza oculta.
(*Pausa.*) Allí varios caballeros
reunidos están. Sin duda
hablarán como leales,
y como cumple á su alcurnia.
(*Se acerca á un corro de caballeros.*)

CABALLE. 1.º Malos tiempos nos esperan.
Ni honras, ni haciendas seguras
tendremos... Tiempos fatales,
de trastornos y de angustias.

CABALLE. 2.º Yo no sé cómo la reina
ha dado tan sin cordura
su mano y el trono y cetro
á Lisardo, que es en suma
un aventurero.

LISARDO. (*Aparte, desconcertado.*)
¡Oh rabia!
Los que así su envidia apuran
son los mismos que postrados
ví á mis plantas en la jura,
tenerse por venturosos
con sólo merecer una
sonrisa mia... ¡Malvados!

CABALLE. 1.º (*Recatándose.*)
Y pues nadie nos escucha,
os diré...

CABALLE. 2.º ¿Qué?...
(*Se reunen todos.*)

CABALLE. 1.º Que sospecho...

LISARDO. (*Aparte, agitado.*)
¡Sus palabras me atribulan!

CABALLE. 2.º ¿Qué sospechas?

CABALLE. 1.º Que la suerte
del rey difunto, que ocultan
ese misterioso velo
y esa oscuridad profunda,
fué acaso...

CABALLE. 2.º ¿Qué? ¿De la reina?...

CABALLE. 1.º Fué acaso, amigos, alguna
traicion de ese monstruo inicuo
que el regio dosel usurpa,
que la majestad afrenta
y que á la nacion abruma.

LISARDO. (*Se retira confundido.*)
¡Basta!... ¡basta!... ¡Yo me ahogo,
fuego en mis venas circula!
¿Ya se sospecha?... ¿Y se dice?...
Sí, lo he escuchado... no hay duda.
Estoy un volcan hollando,
pronto á reventar. La chusma
habla de mí sin respeto,
la soldadesca me insulta,
y me observa y me persigue
de la nobleza la astucia.
(*Recobrando su energía.*)
¡Mas no importa! empuño el cetro,
arde mi pecho de furia:
si hay conjuracion, en sangre
sabré ahogarla ántes que cunda.
En el alcázar entremos,
invisible con la ayuda
de este misterioso anillo,
á ver si allí se conjura.
(*Al ir á salir de la escena cambia la decoracion.*)

ESCENA IV

Galería interior de palacio. Decoracion corta; salen LA REINA *y* ARBOLÁN *hablando entre sí con recato.*

LISARD. Hácia aquí la reina viene
hablando con Arbolán.
Tiemblo en la duda espantosa
de lo que voy á escuchar.
¡Ay, que de hacerse invisible
la anhelada facultad,
es un tormento horroroso,
es un presente infernal!
Mas aprovecharme es fuerza
de ella, que puede importar
á mi vida y á mi nombre.
¡Oh qué terrible ansiedad!
(*Se acerca.*)

REINA. Tus dudas y tus recelos,
oh generoso Arbolán,
son infundadas é injustos,
si de mí seguro estás.
Sabes que por tí mi pecho
arde mucho tiempo há,
desde los primeros años
de mi tierna mocedad,
y que sentarte en el trono
ha sido siempre mi afan.

LISARD. (*Aparte.*) ¡Oh infame!

ARBOL. Pero á Lisardo
miro en él sentado ya,
y por tí solo lo ocupa.

LISARD. (*Aparte.*) ¡Cielos!... ¡Qué afrenta!

REINA. Es verdad.
Me fué preciso valerme
de su ambicion infernal,
como seguro instrumento
con que el primer golpe dar.
Despues, no me fué posible
freno poner á su audaz
arrojo, y le dí mi mano
y el trono, para lograr
adormecerle un momento
y ver cumplido mi afan.

LISARD. (*Aparte, despechado y haciendo vanos esfuerzos.*)
¡Oh furia de los infiernos!
¡Oh portento de maldad!
Yo te ahogaré entre mis brazos,
y ahora mismo... Pero... ¡ah!
el encanto de este anillo
no puedo sobrepujar.

ARBOL. ¿Mas á Lisardo del trono
cómo se puede arrancar?
¿No conoces su arrogancia?
¿No su esfuerzo sin igual?
¿No su altivez y osadía?...
Error grave fué en verdad
dar alas á ese coloso.

LISARD. (*Aparte.*) ¡Bien me conoce Arbolán!

REINA. Nada temas, que yo sola;
yo se las he de cortar.

ARBOL. Ved, señora, que su nombre,
aunque minándolo están
nuestros parciales y amigos,
aun goza prestigio tal
entre el pueblo y los soldados,
que en mucho tiempo quizás
no lograremos en tierra
con ese coloso dar.

REINA. Pues te aseguro que hoy mismo,
hoy mismo en tierra dará.

ARBOL. ¿Hoy mismo?

REINA. Sin duda... ¿Tiemblas?
¿Te falta aliento, Arbolán?

ARBOL. No tiemblo, pero quisiera
con prudencia asegurar
golpe de tanta importancia.

REINA. Hoy segurísimo está.

ARBOL. Advertid que justamente
hoy guardia á palacio da,
con soldados escogidos,
un valiente capitan
que es el mayor partidario
de Lisardo, y el que más
entusiasmo le profesa.

LISARD. (*Aparte.*) Noticia que aprovechar
sabré yo. Nada me asusta,
si tengo seguridad
de que la guardia me siga.
¡Pérfidos, no os temo ya!

ARBOL. Desistid por hoy, señora,
de vuestro intento, y dejad
que el tiempo nos proporcione
de ese dragon infernal
triunfo completo y seguro.

REINA. Calla, que insensato estás.
Oye. (*Con sigilo.*)

LISARD. (*Aparte, acercándose más.*)
Oigamos.

REINA. Al momento,
y ya no puede tardar,
en que regrese Lisardo
de la caza, empezará
el regio festin, dispuesto
en la cámara real,
donde es segura su muerte.

ARBOL. ¿Cómo?... No acierto... ¿Quizás?

REINA. (*Con sigilo.*)
Oye... Escúchame... La copa,
la copa en que ha de brindar
á la gloria de mi reino,
por mí envenenada está.

LISARD. (*Aparte consternado.*)
¡Cielos!... ¡Qué horror!... ¿Es posible?
¡Oh monstruos de iniquidad!
Mas, ¡ay! usan de un veneno
como yo usé de un puñal.

ARBOL. El medio es seguro.

REINA. Nadie
puede este golpe evitar.

LISARD. (*Aparte y furioso.*)
¡Voy á arrojar este anillo
y á sorprender su maldad!
(*Conteniéndose.*)
Mas no, nada lograria,
que soy tambien criminal,
y sólo un rostro sin mancha
logra al crímen aterrar.

ARBOL. ¿Con que hoy mismo?...

REINA. Sí, y su muerte
de estos estados la paz,
y el amor que te consagro,
para siempre afirmará.
(*Se oye rumor.*)
Pero él llega; á recibirle
vamos con risueña faz.
(*Vánse.*)

LISARD. (*Paseándose muy agitado.*)
¿En dónde estoy? Estalla mi cabeza,

va á reventar mi destrozado pecho.
Me engañaron, sin duda, mis oidos.
Una ilusion fué todo del infierno.
Mi esposa... aquella Reina esclarecida,
que como un sol en la mitad del cielo
vieron mis ojos en el trono augusto,
y que con suave y seductor acento,
de lágrimas regado el rostro hermoso,
sus penas me contó, y amor tan ciego
en mí supo encender, ¿es... ¡ay! la misma
á quien acabo de escuchar?... Yo tiemblo.
Mas... ¡mísero de mí, que en hondo olvido
el crímen do me hundió su encanto dejo!
¿Y por qué he de ser yo más venturoso
que su primer marido? Me estremezco.
(*Pausa.*)
¿Y Arbolán?... ¡Arbolán!... El hombre solo
por quien dulce amistad sintió mi pecho,
en quien deposité mi confianza,
el que colmé de elogios y de premios,
de honores, de riquezas... Aquel mismo
que há corto rato ante mis plantas puesto
en actitud humilde, reverente,
gratitud me juraba... ¡Dios eterno!
¿Así se finge? ¿Así se disimula?
¿Se miente así? ¿Qué es un humilde acento?
¿Qué es un afable rostro, si la muestra
no son de lo que pasa allá en el pecho?
¡Qué horror! ¡qué horror! ¡Oh detestable mundo!
Yo te maldigo, sí, yo te detesto. (*Pausa*)
¿Mas qué pronuncio sin temblar? ¡ay triste!
¿Lo que yo mismo soy olvidar puedo?
(*Fuera de sí.*)
Un asesino soy... ¡¡¡un asesino!!!
¿Es de los hombres el destino horrendo
el de ser criminales?... ¡Infelices!...
¡Mísera condicion en que nacemos!
(*Pausa. Resuelto.*)
Pues á ser criminal. Si en la carrera
tan adelante estoy, el universo
admire en mí un coloso. Poderío
para aterrar á mis contrarios tengo.
Y si es lucha de crímenes la vida,
vivamos, sí, vivamos y luchemos.
(*Paseándose.*)
Caiga mi furia como ardiente rayo
sobre estos miserables, y deshechos
en ceniza á mis piés, sirvan al punto
á los conspiradores de escarmiento.
Sí, decidido estoy. Guardo el anillo,
(*Se lo quita, y lo guarda en la escarcela.*)
que tal cual soy manifestarme quiero,
pues que ya todos piensan que á palacio
del campo regresé con mis monteros.
Aquí un paje se acerca; la noticia
de que es la guardia fiel aprovechemos.
¡Hola!
(*Sale el paje.*)

PAJE. ¿Señor?

LISARD. El capitan que manda
la guardia de palacio, en el momento
venga á mis piés.

PAJE. Sereis obedecido. (*Vase.*)

LISARD. Temblarán, yo lo juro, los perversos,
la sangre se helará de los traidores.
De una inícua mujer á los derechos
no deberé el reinar, sino tan sólo
á mi fortuna y á mi heróico esfuerzo.
Sí: el alto trono que fundar queria,
aquí lo he de fundar, y estoy dispuesto
á fundarlo tan firme, que con sangre
sabré amasar sus sólidos cimientos.
(*Sale el capitan de la guardia, que hinca una rodilla, y Lisardo lo levanta.*)
Alza y ven á mis brazos, que te esperan,
de valor y lealtad noble modelo.
Sé quién eres; te he visto en las batallas
dando señales de tu heróico esfuerzo,
y yo no olvido nunca á los soldados
que en el campo lidiar con gloria veo.

CAPIT. ¿A vuestro lado, oh rey el más cumplido
que en el mundo jamás empuñó el cetro,
quién pudiera en los campos de batalla
no seguir fiel vuestro glorioso ejemplo?
La llama del valor que en vos esplende
se comunica á los vasallos vuestros,
y no hay quien tras de vos no corra ansioso
á buscar gloria en los mayores riesgos.
¿Qué me mandais, señor?

LISARD. Saber queria
si á todo trance os encontrais dispuesto
á obedecer mi voz.

CAPIT. ¿Podeis dudarlo,
si os juré por mi rey?... Poned os ruego
á prueba mi lealtad y mi obediencia,
y quedareis de entrambas satisfecho.

LISARD. Acaso hoy mismo las pondré, y no dudo
que mi apoyo serán, noble guerrero.
¿Sabes, dí, que hay traidores?

CAPIT. No lo ignoro;
mas yo sus tramas pérfidas no temo.

LISARD. Son muchos.

CAPIT. Pero más son los leales.

LISARD. De temible poder, de nombre excelso.

CAPIT. Su nombre nada importa; al declararse
traidores, lo mancharon y perdieron.
Y corto es el poder de los que apelan
á oscuras tramas y á cobardes medios.

LISARD. Aterrarlos es fuerza, ante su vista
presentando al instante un escarmiento

CAPIT. Caiga el sol mismo desde su alto trono
si osa el sol enojaros y ofenderos.

LISARD. Basta, que en tu lealtad y bizarría
el más firme sosten gozoso encuentro.
¿Y los soldados de la guardia?

CAPIT. Todos
están por vos á perecer dispuestos.

LISARD. Que el salon del festin contigo ocupen;
tú te colocarás tras de mi asiento,
y á la menor señal, prendes y matas
á los que yo indicare.

CAPIT. Entiendo, entiendo.

LISARD. Ahora pide mercedes.

CAPIT. Nada pido
por cumplir fiel la obligacion que tengo.

LISARD. Pues de mi cuenta corre en este dia
á tus servicios dar cumplido premio.
De cuanto hemos hablado en este sitio
guarda, que es importante, hondo secreto.
(*El capitan hace una reverencia y se va.*)
¿Si serán verdaderas sus ofertas,
y esa noble lealtad, y ese denuedo?
¿Si será algun traidor, que finge y miente
de honradez y valor con el aspecto?
¡Ah! los hombres que mandan á los hom-(bres,
debieran penetrar los pensamientos.
Juzgo que este soldado habló de veras,
de buena fe... ¿quién sabe?... Bien, pro-(bemos
dónde alcanza el favor de la fortuna
y mi tenacidad... Ni ya otro medio
se me ofrece... Sí... un golpe decisivo.
El peligro se acerca; urge el momento.
¡Ay, que esto no es vivir! ¡Oh cuán horrible
es aquesta ansiedad en que me veo!
(*Pausa.*)
Mas ya resuena en el salon cercano,
donde el regio festin está dispuesto,
el rumor de la turba cortesana.
Vamos, pues, al festin, y procuremos
que oculte cuidadoso mi semblante
la espantosa tormenta de mi pecho.
(*Vase.*)

ESCENA V

Aparece un salon fantástico magnífico, perfectamente iluminado, rodeado de aparadores, donde lucirán riquísimas vajillas, y en medio una gran mesa cubierta de oro, plata, cristal y flores, con seis cubiertos; dos á la testera, delante de regios sillones; dos á la derecha, y otros dos á la izquierda, con taburetes sin respaldo. Salen pajes, ricamente vestidos, con platos, copas y viandas. Y cortesanos de gala, que se van colocando á un lado y otro de la escena. En seguida sale LISARDO *por un lado con manto y corona, seguido del* CAPITAN *y de la guardia, que se coloca al frente en el fondo. Y por otro lado sale* LA REINA, *tambien con manto y corona, seguida de damas lujosamente ataviadas. Al entrar los reyes en el salon, todos, ménos las guardias y damas, hincan una rodilla y gritan:*

TODOS. ¡Viva el rey!

LISARD. (*Aparte.*) ¡Ah! Ya conozco
lo que son vuestros aplausos.
Miedo son... Mas si son miedo,
me suenan bien. (*Alto.*) Levantaos.

TODOS. (*Levantándose.*)
¡Viva el rey!

LISARD. (*Con afectacion.*) Esos acentos
de lealtad y de entusiasmo
son el colmo de mis dichas,
nobles y fieles vasallos.
(*Aparte.*)
¿Cuántos habrá que traidores
estén mi exterminio ansiando?
(*Alto. A la reina, con énfasis.*)
Llegad, señora. ¡Cuán bella!
Sois el sol en que me abraso.

REINA. En serlo siempre á tus ojos
se cifrarán mis conatos.

LISARD. (*Aparte.*)
¡Oh aleve!... Una hiena miro
al través del regio manto.
(*Alto, y despues de examinar al concurso.*)
¿Y el Senescal?... No lo veo.

REINA. (*Solícita.*)
La importancia de los cargos
que desempeña, retarda
su venida...

LISARD. (*Aparte.*) Sobresalto
me da su tardanza... ¡cielos!
mas fuerza es disimularlo.
(*Alto.*)
No importa, que siempre á tiempo
á mi mesa y á mis brazos
llega guerrero tan noble
y personaje tan alto.

Se sientan Lisardo y la reina, y detrás de sus sillones se colocan el capitan de la guardia y una dama, y ocupan los otros cuatro asientos de la mesa cuatro personajes ancianos de los que están entre los cortesanos. Los pajes y las damas sirven la mesa, y toca una dulce orquesta tan suave, que deje oir lo que se representa.

REINA. (*Inquieta y aparte.*)
Ni un leve rumor escucho
que me anuncie lo que aguardo,
y temo llegue el instante
si Arbolán no está á mi lado.

LISARD. (*Aparte.*)
Apresurar quiero el golpe,
aunque siento mucho darlo
sin que Arbolán el primero
de su traicion lleve el pago.
Pues está echada la suerte,
de tanta angustia salgamos.
(*Alto.*) De beber.
(*Llega un paje con una salvilla de oro, y en ella una rica copa.*)

REINA. (*Tomando la salvilla de las manos del paje.*)
Venga esa copa,
que yo quiero de mi mano
servirla á mi rey y esposo.

LISARD. (*Con calma.*)
De vos la estaba esperando.
Y para fineza tanta
con toda el alma pagaros,
quiero que bebais primero,
y que ántes que yo brindando,
el licor de aquesa copa
torne en néctar vuestro labio.

REINA. (*Turbada.*)
¿Yo... señor?...

LISARD. (*Poniéndose en pié y con entereza.*)
¿Y qué os asusta?
Bebed pues, que yo lo mando.
(*Agitacion general: la reina titubea, y se oye un lejano rumor.*)

REINA. ¡Cielos!... respiro.

LISARD. (*Sobresaltado.*) ¿Qué suena?

CAPIT. Son del pueblo los aplausos.

LISARD. (*Airado.*)
¿Qué tardais?... Bebed, señora.

REINA. (*Horrorizada tirando la copa.*)
¡No... jamás, jamás, Lisardo!

LISARD. (*Furioso.*)
Guardias, prended á la reina.
Ese vino emponzoñado
está. Prendedla...

REINA. (*Saliendo en medio de la escena.*)
¿Y quién puede
atentar?...

CAPIT. (*Corriendo á ella.*) Yo, y mis soldados.
(*Movimiento general de terror é indignacion. Unos muestran asombro; otros meten mano á las espadas.*)

REINA. ¡Traidores!... Yo soy la reina.
Ved qué haceis.
(*Sale Arbolán con la espada en la mano, seguido de un tropel de pueblo y de soldados.*)

VOCES. ¡Muera Lisardo!

LISARD. (*En medio de la confusion.*)
¡Guardias!... ¡Traidores!... Seguidme.

ARBOL. (*Al capitan y soldados.*)
¿A un regicida, á un tirano
defendeis?... Mirad en sangre
del rey teñidas sus manos.
Él lo asesinó, os lo juro.
Valientes, abandonadlo.

CAPIT. (*Asombrado.*)
¿De veras?... ¡Qué horror!... No demos
á tal monstruo nuestro amparo.
(*Abandona la guardia á Lisardo.*)

LISARD. ¡Ah cobardes!...

VOCES. ¡Muera, muera!

ARBOL. (*Conteniendo á la turba.*)
¡Muera, pero en un cadalso!

LISARD. (*Despechado.*)
¡Oh furor!... ¡Oh adversa suerte!
Con el anillo me salvo.
(*Se pone rápidamente la sortija de la bruja, y se hunde por escotillon.—Cae el telon.*)

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

El teatro representa el mismo rústico jardin de la segunda escena del primer acto, pero sin el lecho de Lisardo ni el asiento. La gruta de Marcolán, y él dentro de ella, está siempre inmutable.—Sale LISARDO *por escotillon, con traje humilde y sin la sortija.*

LISARD. (*Asombrado.*)
¿Adónde, adónde, cielos, me ha traido
el anillo encantado?...
¿Cómo hasta aquí tan rápido he venido?
¿Qué lóbrega region he atravesado?
Pasmado estoy.
(*Notando que le falta la sortija.*)
Mas ¡ay!... la misteriosa
sortija, ¿qué se ha hecho?...
¿Cómo he perdido prenda tan preciosa?
Entre mis manos mismas se ha deshecho.
(*Reconociéndose la mano.*)
Sí... desapareció. Y en lugar de ella,
en torno de mi dedo,
de sangre helada me quedó una huella.
¡De asombro respirar apénas puedo!
(*Reconociendo el sitio en que está.*)
Mas, ¿dónde estoy?... No hay duda, la floresta
donde tan venturoso
me ví en los brazos de mi Zora, es esta,
donde empecé á vivir y á ser dichoso.
(*Complacido.*)
Aquí descansaré. Y aquí del mundo
de crímenes, tornando
al de placer y amor, el furibundo
rigor de mi destino iré amansando.
(*Pausa, y recorre la escena como para cerciorarse de que es el mismo sitio que dice.*)
Mas ¡ay!... No tan risueña me parece
como la vez primera
esta mansion. Ni plácida me ofrece
aquel encanto que á mi pecho diera.
¿Acaso nunca el hombre la ventura
recupera perdida,
y vano es su afanar cuando procura
felice ser dos veces en la vida?...
No; sin duda esta selva me parece
lóbrega porque en ella,
como resplandeció, no resplandece
la pura luz de mi divina estrella.
Yo buscaré perdido y anhelante
á mi adorada Zora,
y tornarán su aliento y su semblante
á hacerme esta mansion encantadora.
(*Va á salir resuelto, y vuelve afligido y turbado.*)
Pero, ¡triste de mí!... ¡Zora!... Yo ingrato
la rechacé orgulloso,
con duro acento, con altivo trato,
desoyendo su ruego doloroso.
¿Y cuándo?... Cuando hermosa y apacible,
ángel de paz, venia
de un crímen espantoso, atroz, horrible,
á libertar, ¡ay, Dios! el alma mia.
(*Profundamente conmovido.*)
¡Zora!... ¡Zora!... Vengada estás, mi pecho
es raudal de amargura,
y por las garras del dolor deshecho,
implora tu perdon y tu ternura.
¿Y obtendré tu perdon? Dulce esperanza
de obtenerlo me alienta,
pues no cabe el rencor ni la venganza
en el tierno candor que en tí se ostenta.
¡Ah!... Perdóname, sí, dame consuelo.
que tú sola en el mundo
puedes sacarme, por favor del cielo,
de este agitado piélago profundo.

Sale y cruza lentamente el teatro un rústico y humilde entierro, compuesto de cuatro doncellas vestidas de blanco con guirnaldas de ciprés. Cuatro villanos con sayos negros, que en unas angarillas llevan á Zora muerta y vestida cual se presentó en la segunda escena del primer acto, y detrás dos hombres enlutados y un viejo enterrador, tambien de luto, y con un azadon al hombro.

LISARD. (*Sorprendido.*)
¡Oh cielos!... ¿Qué viene allí?...
Un rústico funeral.
Me hiela un sudor mortal.
No sé lo que pasa en mí.
Preguntaré. (*Se acerca al enterrador.*)
Buen anciano,
¿quién es esa desdichada?
ENTER. Es Zora, que abandonada

por un marido inhumano,
y ardiendo siempre en amor,
tras de penosa agonía
murió al despuntar el dia,
víctima de su dolor.

LISARD. (*Convulso.*) ¿Zora?...

ENTER. Sí, Zora.

LISARD. (*Fuera de sí, deteniendo el entierro.*)
¡Ah! ¡Dejad
que sobre el cadáver yerto
este infeliz quede muerto,
y una tumba á entrambos dad!

ENTER. Retroceded, imprudente.
alejaos... ¿qué pretendeis?
No el reposo profaneis
de una mísera inocente.

LISARD. (*Furioso.*) ¡Este cadáver es mio,
miserables!

ENTER. ¡Insensato!
¿Qué frenético arrebato,
qué furioso desvarío
te obliga?...

LISARD. (*Acometiendo al féretro.*)
Sí, Zora es mia.
Dádmela, que es mia, sí,
ó todos sereis aquí
despojo de mi osadía.
(*Los dos enlutados que defendian el féretro se asustan y retroceden.*)

ENTER. (*Asustado.*) De su furia me acobardo.

LISARD. (*Furioso en todo extremo.*)
¡Dadme, dadme luégo á Zora,
ó la rabia abrasadora
temed del feroz Lisardo!

Al oir este nombre, los cuatro que llevan las angarillas las dejan en el suelo sobrecogidos de terror, y ellos y las doncellas se ponen en fuga.

ENTER. (*Sobrecogido de espanto.*)
Lisardo es el que miramos.
Sí, Lisardo el asesino.
¿Por dónde á esta tierra vino?
¡Qué horror!... ¡Oh cielos! huyamos.
(*Vase con los dos enlutados.*)

Corre Lisardo frenético. Levanta el velo negro que cubre el cadáver de Zora; lo saca del féretro y lo lleva en brazos á un lado del proscenio, haciendo extremos de demente.

LISARD. (*Agitadísimo.*) ¡Zora del alma mia,
Zora, mi bien, despierta!...
¡Zora... mi Zora!... ¡Ah! ¡muerta!
¡Helada!... Apénas puedo respirar.
Y yo, yo, ¡estrella impía!
yo te he dado la muerte.
¿Y en mis brazos tenerte
oso, y tu faz marchita contemplar?
(*Reconociéndola y tocándola como dudoso de su muerte.*)
¿Engañoso desmayo
acaso no pudiera,
cual nube pasajera?
(*Cerciorado.*)
No.—Es un cadáver.—¡Mísero de mí!
(*Alejándose del cadáver.*)
Cielos, lanzad un rayo
que mi frente confunda,
que me anonade y hunda,
y que á su lado me sepulte aquí.
(*Acercándose é inclinándose sobre el cadáver.*)
Si pudiera mi aliento,
si mi sangre, mi vida,
si la llama encendida
en mi pecho, do el crímen se asentó,
pasarse en un momento
á esta ceniza fria...
¡Oh cuánto ganaria
el mundo, y cuánto ganaria yo!...
(*De rodillas.*)
Con el mundo piadoso
sed, ¡oh Dios! Revivida
á costa de mi vida
volvedle esta mujer angelical,
este astro luminoso.
Y de mí libertadle,
el espanto quitadle
de este monstruo sangriento y criminal.
(*Delirante, abrazando el cadáver de Zora.*)
Mi ángel, despierta;
álzate, mira,
vive, respira,
oye mi voz.
(*Despechado.*)
¡Ay!... ¡Está muerta!
Y yo la muerte
¡horrenda suerte!
le dí, feroz.
Yo me ahogo, mísero,
no puedo más.
Mujer angélica,
vengada estás.
Ardiente tósigo
me abrasa, sí:
¡oh tierra! trágame,
trágame aquí.
(*Queda inclinado sobre el cadáver, abrumado de dolor.*)

LISEO. (*Dentro.*) Lisardo... Lisardo

LISARD. (*Aterrado.*) ¿Quién?...
La voz de la eternidad
me ha llamado... ¡Oh Dios, piedad!

Piedad de un mísero ten.
(*Sale Liseo, y al verlo queda Lisardo confundido.*)
LISEO. (*En tono amenazador.*)
Lisardo, si no contento
con haber dado la muerte
á esa infelice, faltando
al juramento solemne
que aquí en mis manos hiciste,
cebarte furioso quieres
en su mísero cadáver,
y en tu crímen complacerte,
la justicia de los cielos
y la de los hombres teme.
La justicia que reclama
el desconsuelo, que adviertes
con horror en mis mejillas,
y en las sombras de mi frente.
Que el desconsuelo de un padre,
como yo afligido, siempre
en el tribunal eterno
piadosa acogida tiene.
LISARD. (*Turbado, acercándose á Liseo.*)
¡Señor!... ¿Sois vos?
LISEO. (*Severo.*) Sí, Lisardo.
Soy Liseo. Tiembla al verme.
Soy el que te dió su hija
para que feliz la hicieses.
Mira cuál la devolviste
á su paternal albergue.
LISARD. (*Confuso.*)
Señor... Sois el primer hombre,
que... turbado... reverente...
temblando escucho.
LISEO. Lisardo,
no soy yo quien tanto puede.
Es el espectro espantoso,
que delante miras siempre;
y son los remordimientos
de los crímenes que hierven
en tu corazon.
LISARD. (*Desconsolado y suplicante.*)
¡Oh padre!...
LISEO. (*Retrocediendo.*)
Quita, monstruo... ¿Qué pretendes?
LISARD. Yo... Mi Zora...
LISEO. ¿Zora tuya?...
Zora es sólo de la muerte:
Zora de la tierra es sólo,
y yo solo soy quien debe
darle el último descanso.
Aléjate. Aquí no eres
más que una espantosa hiena,
un buitre voraz, que viene
á destrozar un cadáver.
Déjalo en paz. Huye, vete.
(*Va cerca del cadáver y se pone en actitud de defenderlo.*)
LISARD. (*Conmovido.*) No, no. Mi esposa fué Zora,
y si no logro la muerte,
que es lo que anhelo, á su lado,
para que ambos nos encierre
un mismo sepulcro, quiero
dárselo como merece.
(*Recobrando su altanería.*)
Mi magnífico palacio,
que domina estos verjeles,
recíbala en sus salones;
y en ellos mi esposa encuentre
el soberbio mausoleo,
que á sus cenizas conviene.
Todas mis riquezas, todas,
en su sepulcro se ostenten;
y de que fué esposa mia
en el mundo se conserve
el recuerdo, en oro y mármol
consignado para siempre.
LISEO. ¡Insensato!... ¿Tus riquezas?...
¿Tu palacio?... Estás demente.
¿Ignoras que de bandidos
una codiciosa hueste
ha robado tus tesoros,
y que ha incendiado inclemente
tu magnífico palacio?
Corre á verlo. Nada tienes.
Tus riquezas y tu alcázar
son vil ceniza, humo leve.

Lisardo sobrecogido vuelve el rostro al fondo de la escena y abriéndose y apartándose de repente los árboles, dejan ver á lo léjos el palacio ardiendo, y queda todo iluminado con el rojo resplandor del incendio.

LISARD. (*Corriendo hácia el fondo.*)
¿Qué es lo que miro?... ¡Infelice!
¡Ah!... mis fuerzas desfallecen.
(*Cae al suelo privado de sentido.*)

Liseo hace una seña, y salen los cuatro villanos con sayos negros, colocan apresuradamente el cadáver de Zora en las angarillas, y con ellas se van todos, dejando solo y tendido en tierra á Lisardo. Se vuelven á unir los árboles del fondo, ocultando el incendio, y queda la escena en la mayor oscuridad.

(*Volviendo en sí.*)
¡Infeliz! ¡infeliz!... ¡Ay!... ¿Y aun respiro?
¿para qué torno á la angustiosa vida?
¿En dónde un rayo de consuelo miro?
¡Ah! toda mi esperanza está perdida.
(*Se levanta del suelo.*)
Sí, toda mi esperanza
se la ha llevado el viento.
(*Recobrando gradualmente su energía.*)
¿Y quedará Lisardo sin venganza,

tendido en este potro de tormento?
Yo, yo, dominador de la ancha tierra,
yo, rayo de la guerra,
¿he de morir en este valle oscuro
como el más vil mortal, como un gusano;
y reirá el orbe ufano,
de mi furor juzgándose seguro?
(*Despechado.*)
Desplómate, rasgado en roncos truenos,
cielo, sobre mi frente,
ó trágame inclemente,
tierra de horror, en tus oscuros senos.
¿Yo desde el regio trono
en la miseria hundido,
y por traidores pérfidos vendido,
y de una vil mujer por el encono?
¿Y cuando en mis riquezas
nuevo apoyo busqué, para que el mundo
admirando de nuevo mis proezas
otra vez lleno de terror profundo
se humillara á mis plantas,
tras desventuras tantas,
hallo ceniza y humo,
y en furor impotente me consumo?
(*Pausa.*) Mas nada, nada importa
cuanto perdí, que aun quedo yo. Y aun
el colosal aliento (siento
que mi indomable corazon aborta.
Si el cielo me ayudara... ¿Mas qué dice
mi necio labio?... El cielo me maldice.
Pues bien, mi ayuda sea
el infernal poder. Oiga mi ruego,
deme su auxilio, y luégo
asombrado verá cuán bien lo emplea.

Se oye un espantoso trueno subterráneo, y sale por escotillon el demonio vestido de bandolero, pero con algunas señales que manifiestan quién es. En el momento de aparecer se verá un gran relámpago que alumbre toda la escena, volviendo luégo á quedar en tinieblas.

DEMON. (*Con voz áspera.*)
¿Qué del infierno quieres?
El á satisfacer tu afan me envia.
LISARD. (*Asombrado.*)
¡Oh qué espanto!... ¿Quién eres?
DEMON. No la presencia mia
te turbe, pues poder para ayudarte,
Lisardo altivo, tengo; y para darte
los medios con que alcanza
un hombre de tu temple la venganza.
LISARD. (*Reanimado y con ansiedad.*)
Dame armas y pendones,
guerreros escuadrones,
que mis contrarios aterrados vean
y que del orbe el exterminio sean.

El demonio da una patada en el suelo, y de los troncos de los árboles, de los riscos, y de debajo de tierra salen bandoleros de aspecto feroz y torvo, vestidos de pieles de fieras, con cascos de hierro y con cimitarras, lanzas, arcos y flechas. Lisardo los mira con asombro y admiracion.

DEMON. Hélos aquí presentes,
y aunque los juzgues pocos, tan valientes
que excederán en mucho tus deseos,
poblando el ancho mundo de trofeos.
LISARD. ¡Oh qué extraño portento!
Nacen escuadras á mi solo aliento.
(*Se reconoce y ve que no tiene espada.*)
¿Pero yo desarmado?
DEMON. (*Dándole una espada.*)
Este estoque te traje preparado,
guadaña de la muerte,
y prenda digna de tu brazo fuerte.
Con él á la cabeza
ponte de estos valientes bandoleros,
que bandoleros son, mas no te asombre,
pues no serás, Lisardo, el primer hombre
de arrojo y fortaleza,
que al frente de bandidos ha logrado
un imperio rendir, un elevado
trono fundar, y ver postrado al mundo
besar su planta con terror profundo.
LISARD. (*Entusiasmado.*)
Sí; cuando empuño una tajante espada
y de valientes circundar me veo,
ser ya señor del universo creo,
y contemplo la tierra encadenada.
DEMON. Emprende tus campañas,
que el renombre inmortal de tus hazañas,
obedientes muy pronto á tus pendones
traerá nuevos y fuertes escuadrones
y poderosas lanzas,
que satisfechas dejen tus venganzas.
Y porque no tan sólo con despojos,
de fresca sangre rojos,
premies á los soldados
que sigan tus banderas esforzados,
quiero mostrarte ahora
las riquezas ocultas que atesora
este bosque sombrío.
Por aquí de oro puro pasa un rio.
Míralo por las señas
que te dan estos troncos y estas breñas.
(*Toca varios troncos y piedras, y se convierten en oro resplandeciente.*)
Todo es tuyo, Lisardo.
LISARD. (*Reconociendo admirado aquella riqueza.*)
¡Portento sin igual!... ¿Y ya qué aguardo?
(*Dirigiéndose á los bandoleros, que estarán apiñados á un lado.*)
¡Oh, valientes! volemos,

y al mundo leyes y cadenas demos.
Campiñas y ciudades
se conviertan en yermas soledades,
y abriendo á sangre y fuego ancho camino,
las leyes trastornemos del destino;
por él ciegos corramos,
sembrando horror y muerte. Vamos, va-
(mos.

Se arroja decidido Lisardo al frente de los bandoleros hácia el fondo de la escena, donde se levanta de pronto delante de él, atajándole el paso, una muralla de bronce; y baja de las bambalinas, y se pone de pié sobre la muralla, un ángel mancebo, con una ropa flotante de tela de plata, alas extendidas de plumas de colores, y con dos espadas de fuego, una en cada mano. Al mismo tiempo arde arriba una llama de Bengala que lo ilumina todo. Lisardo retrocede horrorizado, y lo mismo el demonio y los bandoleros, agrupándose todos á un lado del proscenio sin osar mirar al ángel.

ÁNGEL. ¡Confúndete, miserable!
¡Tente, mortal infeliz!
tu furia y la del infierno
pasar no pueden de aquí.

LISARD. (*Aterrado.*)
¡Ah!... ¿Qué es esto?... ¿Qué alto muro
se alza mi paso á impedir?
¿Qué luz deslumbra mis ojos?...
¿Qué voz tronadora oí?...
(*Abrazándose al demonio.*)
Dame tu amparo..

DEMON. (*Cobarde y despechado.*)
No puedo
contigo adelante ir,
que es la voluntad divina
el muro que ves ahí;
y traspasarlo no pueden
ni mi audacia ni mi ardid,
ni todo el infierno junto
derribarlo... ¡Pese á mí!
(*Se hunde el demonio y los bandoleros, y se queda Lisardo sin espada.*)

ÁNGEL. La medida se ha llenado.
Decretado está tu fin.
(*Se remonta el ángel y desaparece, y se apaga la llama de Bengala, quedando enteramente oscura la escena.*)

LISARD. (*Medio derribado en tierra.*)
¡Ay de mí desdichado!
¡Qué horror!
Siento mi pecho helado
de terror.
¡Ay!... Mi soberbio brio,
¿dónde está?
El alto esfuerzo mio
nada es ya.

VOCES. (*Dentro á lo léjos.*)
¡Por aquí, por aquí!

OTRAS. (*Dentro más cerca.*)
Vamos, marchemos.

ARBOL. (*Dentro.*)
Si aquí el traidor se oculta,
y lo espeso del bosque dificulta
que con él encontremos,
al fuego abrasador la selva demos.

LISARD. (*Levantándose presuroso.*)
Allí, ¡oh furor! mis enemigos vienen,
y del vil Arbolán la voz escucho.
Con nuevas ansias lucho...
Aun miedo á mi poder cobardes tienen.
Y tienen bien... (*Reanimado.*)
porque mi faz airada
sabrá aterrarlos y mi ardiente espada.
(*Va á meter mano, y se encuentra sin espada.*)
Mas ¿dónde... ¡cielo santo!
mi espada está?... ¿Quién pudo
quitármela?... (*Horrorizado.*) ¿Lo dudo?
El infierno... ¡qué espanto!...
pues prenda suya era.

VOCES. (*Dentro cerca.*)
Allí está el asesino.

OTRAS. ¡Muera, muera!

LISARD. (*Aterrorizado.*)
Huyamos, si un camino
aun me guarda piadoso mi destino.
(*Corre hácia el muro y vuelve atrás despechado.*)
¡No le hay... sólo la muerte!
Cúmplase pronto mi tremenda suerte.

Salen en confuso tropel soldados, villanos y caballeros de los que ya se han visto en la plaza y en el palacio, todos con espada ó lanza, ó hacha de armas, en la mano derecha, y en la izquierda una antorcha encendida. Se esparcen feroces por la escena rodeando á Lisardo. Detrás de ellos sale Arbolán con corona de oro sobre el morrion, manto real sobre la armadura y la espada en la mano, y le rodean cuatro guardias con alabardas.

UNOS. (*Al salir.*) Aquí está el regicida.

OTROS. (*Idem.*) Aquí está el asesino.

LISARD. (*Al ver venir á Arbolán.*)
Mi manto y mi corona
en quién ¡oh cielos! miro.
¡Ay! de mi pecho es este
el más atroz martirio.

ARBOL. (*Conteniendo á los suyos.*)
No le mateis. Prendedle,
porque no debe, amigos,
morir á honradas manos,
cual noble, en este sitio;
sino á las del verdugo,

en infame suplicio.
(*Todos se contienen, y llega á Lisardo.*)
Humíllate á mis plantas;
confúndete, asesino.

LISARD. (*Con altivez.*)
Mátame. ¿Qué te asusta?
Pasa este pecho mio,
pues me encuentras sin armas
por tu feliz destino.
Que si espada tuviera,
te juro por mí mismo
que tú y estos cobardes
que me insultan altivos,
huyérais de mi saña,
pidiendo á Dios auxilio.

ARBOL. (*Orgulloso.*)
Ríndete, miserable,
que soy tu rey.

LISARD. (*Con desprecio.*) ¡Inícuo
jamás... Un vil aleve
solamente en tí miro,
y en esta infame turba,
rebeldes siervos mios.

TODOS. (*Agitándose en torno.*)
¡Muera!

ARBOL. (*Conteniéndolos.*)
No. Sujetadle,
y al cercano castillo,
cargado de prisiones,
al punto conducidlo.
Allí en un calabozo
confúndase su brio
el plazo de esta noche;
pues al momento mismo
que el nuevo sol alumbre,
en infame suplicio
perecerá, del mundo
y del cielo maldito.
(*Luchan un instante con Lisardo y lo sujetan y sacan de la escena, y con él se van rápidamente todos y Arbolán.*)

ESCENA II

Decoracion corta que representa una oscura prision con dos fuertes rejas, una á la derecha y otra á la izquierda. Es de noche. Sale Lisardo cargado de cadenas, pero puestas de modo que no le impidan el andar, ni la accion de los brazos.

LISARD. ¿Es verdad?... ¿Lisardo soy,
el que no cupo en la tierra?
¿Este calabozo encierra
todas mis grandezas hoy?
¿Es cierto que atado estoy,
y con hierros mi furor
sujeto, por el temor
con que ve cobarde el mundo
mi denuedo sin segundo
y mi indomable valor?...
Es verdad, no hay duda, sí.
Cobardes, viles, traidores,
ahora sacian sus rencores
á mansalva sobre mí.
Pero sepan que aun aquí,
de cadenas abrumado
y de estos muros cercado,
arder en mi pecho siento
aquel volcánico aliento
que el orbe admiró postrado.
Arde, y si el cielo me diera
estos hierros quebrantar,
estos muros derribar
y volver á mi carrera,
leccion saludable fuera
mi estancia en esta prision;
sí, saludable leccion
que me dice: del dominio,
la sangre y el exterminio
las firmes columnas son.
La sangre de los traidores,
el exterminio total
de todo osado rival,
son sus cimientos mejores.
Si lograran mis furores,
si mi sañuda altivez,
de esta torre la estrechez
burlar... ¡ah!... por vida mia,
que el mundo no me veria,
cual estoy, segunda vez.
(*Se pasea y se oye á lo léjos rumor de música militar, y prosigue animoso.*)
¿Y qué, me cierra el destino
con brazo terrible y fuerte,
en tan angustiosa suerte,
de la esperanza el camino?...
Rumor de tropa imagino
hácia este lado sonar;
aun me pudiera ayudar,
recordando la alta gloria
de tanta insigne victoria
como yo le supe dar.
(*Se acerca á una de las rejas, por donde se ve el resplandor de las hachas de viento.*)
Son ¡ah! mis soldados, sí,
los que glorioso mandé,
los que de lauro colmé,
los que un Dios vieron en mí.
(*Con voz alta hablando por la reja.*)
¡Valientes, miradme aquí!
La traicion, la envidia fiera,
me tienen de esta manera.
Que vuestro esfuerzo leal

salve á vuestro general.
Soy Lisardo.

VOCES. (*Dentro.*) ¡Muera, muera!

Lisardo se retira precipitado de la ventana con muestras de despecho.

LISARD. ¡Oh desengaño cruel!
¡Oh terrible confusion!
Me aprietan el corazon
como un áspero cordel.
¿Qué se ha hecho, cielos, aquel
entusiasmado ardimiento,
que daba mi nombre al viento
cual del númen de la guerra,
y que por rey de la tierra
me dió en el dosel asiento?
(*Se oye á lo léjos rumor de pueblo.*)
Mas del pueblo en la memoria
más firme estará grabado,
que mi esfuerzo denodado
le dió libertad y gloria;
que ganando una victoria
lo liberté del furor
del bárbaro destructor.
Pues bien, al pueblo apelemos,
ya que en los soldados vemos
tanto olvido y tal rencor.
(*Se acerca á la otra reja, por la que tambien se advierte el resplandor de luces.*)
Sí.. La plaza toda llena.
Quiero hablarle. Oiga mi voz.
(*En voz alta hablando por la reja.*)
Pueblo: ved mi suerte atroz.
La envidia aquí me encadena,
y ella sola me condena.
Yo sacrifiqué mi vida
por vuestro bien. Defendida
la patria ha sido por mí.
Sacadme, oh pueblo, de aquí.

VOCES. (*Dentro.*) ¡Muera, muera el regicida!

LISARD. (*Volviendo aterrado al medio de la escena.*)
¡Oh qué horror! ¡Qué ansia mortal!
¿De quién, ¡ah! de quién me quejo?
¿Así en el olvido dejo
que soy atroz criminal?
¡Oh, qué recuerdo fatal!...
(*Despechado.*)
Mas, por ventura, ¿mejores
son los aleves traidores
que mi muerte han decretado,
trayéndome al duro estado
de blanco de sus furores?
¡Ay! sin venganza morir
es lo que me aflige más.
Si consiguiera quizás
de nuevo al mundo salir,
¿quién pudiera resistir,
quién, mi encono vengador?
¡Con qué gozo de furor,
con qué furiosa alegría
en sangre lo inundaría
y lo hundiera en el terror!
Si hay algun hombre ambicioso
que saciada quiera ver
su ambicion, venga á romper
mi cárcel, será dichoso.
Protéjame poderoso,
verá lo que por él hago.
Le fundaré sobre un lago
de sangre, un imperio, sí.

Sale rápidamente por escotillon el espectro del rey con manto y corona, y mostrándole el pecho herido y brotando sangre.

REY. ¡Traidor, yo te protegí
y me distes este pago! (*Húndese.*)

LISARD. (*Pasmado de terror.*)
¿Qué han visto mis ojos? ¡Ah!...
¡Qué vision tan espantable!
Y yo, ¡cuán abominable
me miro y contemplo ya!
Justa es la suerte que está
amenazando mi frente.
Mas ¡ay! me hizo delincuente
el mundo fascinador,
que aunque nací con valor,
nací tambien inocente.
¡Oh ambicion! ¡Oh poderío!
¿Quién con vos no es criminal?
Os detesto, odio mortal
os jura este pecho mio.
Si de mi destino impío
el rigor burlar pudiera,
¡cuán distinta vida hiciera!..
Buscara, léjos del mundo,
paz y reposo profundo;
el campo mi asilo fuera.
(*Enternecido.*)
El campo... ¡Qué venturoso
en él, ¡ay cielos! me ví!...
Al campo volviera, sí,
y á su tranquilo reposo...
Tierna Zora, dueño hermoso,
¡qué feliz en él me hiciste!
¡Sé el amparo de este triste!
¡Ven mis hierros á romper!

Sale por otro escotillon el espectro de Zora, tal cual estaba su cadáver.

ZORA. (*Con voz sepulcral.*)
Feliz yo te quise hacer;

la muerte en pago me diste.
(*Húndese.*)

LISARD. (*Trémulo y aterrado*)
¡Ay de mí desventurado!
¿Esto he visto, y vivo estoy?
Me encuentro por doquier hoy
de crímenes rodeado.
(*Muy afligido y mirando al fondo.*)
Mira por mí, padre amado.
De este mundo de maldad
vuélveme á la soledad
del escollo en que nací;
torne á verme junto á tí,
ten de Lisardo piedad.

Aparece en medio del muro de la prision que cierra el fondo, un cuadro grande trasparente, en que se ve con toda exactitud la decoracion de la primera escena del acto primero, esto es, la montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar y á la derecha del espectador la gruta de Marcolán, dentro de la cual se verá distintamente sólo un esqueleto. Lisardo lo contempla un momento estupefacto, retrocede, y el cuadro desaparece.

LISARD. (*En la última desesperacion.*)
La furia veo patente
con que el cielo inexorable
su maldicion espantable
desploma sobre mi frente.
¡Oh, qué tormento inclemente
es aqueste afan interno!...
¿Qué me espera, Dios eterno?...
¿Qué me aguarda, hado cruel?

Suena bajo el tablado la

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

El patíbulo, y tras de él,
la eternidad del infierno.

Se descubre todo el fondo del teatro, y aparece una gran horca, con cordeles y escalera pintada de negro, que estará aislada, y detrás á alguna distancia se verá un mar de fuego, que llena todo el frente y se agita en todas direcciones, viéndose cruzar por él figuras negras y movibles de demonios, serpientes y monstruos espantosos. La escena se alumbrará toda con la luz roja de las llamas.—Lisardo contempla un momento aterrado tan espantosa vision, y corre de un lado á otro, haciendo extremos, y va á caer desmayado en el sitio en que estaba su lecho en el primer acto.

LISARD. (*Cayendo desmayado.*)
¡Qué horror! ¡Qué horror!... ¡Ay de mí!...

MARC. (*Dentro de su gruta mirando al reloj de arena.*)
El conjuro está cumplido.
Vuelva á gozar el dormido
de paz y reposo aquí.

Cruzan el teatro en todas direcciones, y como al fin de la primera escena del primer acto, las mismas ligeras gasas trasparentes, con figuras vagas y fantásticas, y se reunen como entónces en el fondo y delante de Lisardo, formando como una niebla blanquecina que lo oculta todo. Verificado esto, cierra el libro Marcolán, se levanta gravemente, toma su vara de oro, y sale majestuosamente de la gruta mirando á todos lados.

MARC. (*En tono solemne.*)
Espíritus celestes é infernales,
genios del bien y el mal, que los destinos
por ocultos caminos
dirigís de los míseros mortales,
pues que ya obedecísteis mi conjuro,
alejáos de este escollo en el momento,
y á la region del viento
tornad, ó de la tierra al centro oscuro.
(*Agita la vara en derredor.*)

Se alza rápidamente la niebla, y aparece la misma decoracion con que empezó el drama, con la diferencia de que el mar estará tranquilo. Detrás de él y de la montaña de peñascos se verá un cielo que represente un risueño amanecer.—El tosco lecho se verá en el mismo sitio, y en él Lisardo dormido, vestido de pieles, como apareció la primera vez.

LISARD. (*Inquieto y aún soñando.*)
¡Ay de mí!... ¡Basta!... ¡qué horror!..

MARC. (*Contemplándole con compasion.*)
¡Desdichado! Aun el ensueño
es de sus sentidos dueño.
Termine ya su rigor.
(*Extiende sobre él la vara y dice en voz alta:*)
Deja, Lisardo, el reposo,
que ya en el risueño oriente
la aurora resplandeciente
anuncia un sol venturoso.
Despierta, despierta, pues.
(*Le toca con la vara y se retira á un lado.*)

LISARD. (*Despierta, mira atónito á todos lados, se levanta y corre á los brazos de su padre.*)
¿En dónde, ¡oh cielos! estoy?...
¡Oh, qué venturoso soy!
Mi amado padre aquel es.
¡Padre!

MARC. (*Con gran ternura.*)
¡Hijo mio! ¿Has pasado
bien la noche?

LISARD. (*Abatidísimo.*) ¡Padre!... ¡Oh!
¡Qué infeliz he sido yo!

Tengo el pecho destrozado.
MARC. ¿Mas para ir al mundo estás
dispuesto cual te ofrecí?
Hoy me dejarás aquí...
LISARD. (*Abrazando estrechamente á su padre con gran vehemencia y la mayor expresion de terror.*)
¡No, padre mio, jamás!
(*Marcolán alza la cabeza y las manos al cielo como para darle gracias; cae el telon.*)

Sevilla, 1842.

FIN DEL DRAMA

PROSAS

SUBLEVACION DE NÁPOLES

CAPITANEADA POR MASANIELO

CON SUS ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS HASTA EL RESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO ESPAÑOL

ESTUDIO HISTÓRICO

Ad extremum ruunt populi exitium,
cum extrema onera eis imponuntur.

TÁCITO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON FRANCISCO JAVIER DE ISTURIZ,

SENADOR DEL REINO, ETC., ETC., ETC.

Como testimonio de fina y constante amistad en prósperas y adversas fortunas.

Su compañero,

Angel de Saavedra, duque de Rivas

PRÓLOGO DEL AUTOR

El nombre de *Masanielo*, tan célebre en la historia y popularizado en estos últimos tiempos por la poesía, y mucho mas aún por la música de Auber, fué uno de los primeros que ocurrieron á mi imaginacion al poner el pié en la hermosísima ciudad de Nápoles, teatro del, aunque pasajero, formidable poder de aquel ente extraordinario; y me propuse desde luégo tomarlo para asunto de un artículo de revista. Pero cuando recorrí las calles y plazas que presenciaron su arrojo, su próspera, aunque fugitiva fortuna, sus horribles crueldades y su lastimosa muerte, y empecé á reunir noticias y documentos sobre su persona y hechos, conocí que necesitaba de más ancho campo, y me decidí á escribir la historia de su dominacion. Mas como ésta no podia ser comprendida sin tener idea del estado á que llegó el reino de Nápoles bajo el gobierno de los vireyes españoles, y particularmente bajo el del duque de Arcos; y como fué de tan pocos dias, y á la muerte de Masanielo no concluyó la sublevacion, ántes bien se hizo más grave y peligrosa; advertí que para presentar una idea exacta de aquella revuelta, y dejar satisfecho al lector, era indispensable dar más ensanche á mi trabajo, y trazar un cuadro completo de tan memorable acaecimiento.

Resuelto á emprender esta obra, aunque desconfiado de mis fuerzas para llevarla á cabo, hice nuevas investigaciones, reuní mayor copia de documentos, examiné curiosos manuscritos, leí cuantos autores de aquellos sucesos tratan, y conferencié largamente con los eruditos del país; eligiendo para servirme de guia en mi trabajo á los escritores que merecen mayor crédito entre los mejor informados de las ocurrencias de aquel memorable período. Siendo éstos: Tomás de Santis, contemporáneo y colocado entónces en posicion á propósito para escribir con buenos datos, pues era secretario de uno de los sediles ó barrios de la ciudad de Nápoles, y desempeñaba además otro empleo en la administracion; y aunque pesado y falto de color, sin aventurar ningun juicio, escribió con prolijidad lo que presenció, indagando con solicitud lo que ocurrió fuera del alcance de su vista. — Alejandro Giraffi, tambien contemporáneo, que publicó en Venecia, con nombre supuesto, un diario muy prolijo de la dominacion de Masanielo. No se sabe quién fué, pero se colige por su obra que era hombre del pueblo, y de instruccion pedantesca; se entusiasma y extasía con las acciones de su héroe, aunque no aprueba sus crueldades; da acogida á las vulgaridades más absurdas, y nunca pierde el respeto al duque de Arcos. Su estilo es humilde, pero á veces se remonta ridículamente, citando textos de la Escritura. Se conoce que escribia de noche lo que pasaba de dia, y que se halló presente á todos los acontecimientos. — Rafael de Torres, tambien contemporáneo, que escribió y publicó en Génova la historia de aquella sublevacion, en latin crespo é hinchado, poniendo pomposos discursos en boca de los personajes, y empedrando la narracion con sentencias y apotegmas políticos; pero expone los sucesos con buen órden y claridad, y se conoce que escribió con muy buenas noticias. — El conde de Módena, secretario y director del duque de Guisa, escritor culto y entendido, enemigo acérrimo de los españoles, que le tuvieron largo tiempo prisionero; y dándose en su obra exagerada importancia, refiere con bastante exactitud, aunque de oidas, las ocurrencias de Masanielo, y con mayor seguridad las del corto tiempo que el duque francés dominó á Nápoles, como cosa que él mismo preparó, de que fué testigo y en que tuvo una parte tan principal. — Parrino, panegirista de los vireyes, y que escribió medio siglo despues. — Giannone, autor más moderno, que escribió con un método particular y raro la historia general de Nápoles. — Y el moderno Dr. Baldacchini, quien últimamente ha publicado un excelente compendio de la historia de aquella revolucion, escrito con muy buen gusto, con calor sumo, con buenos estudios y con elegante pluma.

Tambien entre el cúmulo de manuscritos, que he registrado, elegí los que á juicio de los eruditos merecen más crédito, y que aparecen ser efectivamente de mucho valor; como el del maestre de campo Capacelatro, que es el más precioso de todos y muy raro; el de Agnello de la Porta, más conocido, y que da muy buenas noticias y desciende á curiosas minuciosidades; una relacion anónima, no muy extensa, y que pocos han visto, de aquellos sucesos, que posee con otras obras muy raras el príncipe de San Georgio; varias cartas de aquel tiempo, y entre ellas algunas muy importantes, de un proveedor general que padeció grandes pérdidas en aquel desórden, y otras del ayuda de cámara del duque de Arcos; y otros documentos de la época, que existen en los archivos públicos y en los particulares, y de los que insertamos algunos en el apéndice de esta obra.

Con estos datos y con el consejo de personas doctas la he escrito. No sé si he trabajado con acierto, y si he conseguido trazar una historia clara é interesante de aquellos dramáticos sucesos, que turbaron el año 1647 un reino importantísimo, dependiente entónces de nuestra inmensa monarquía. Si no he acertado á desempeñar dignamente mi propósito, no será por falta de estudio, sino de capacidad. Y puede que á lo ménos haya logrado recordar un episodio digno de atencion de nuestra historia del siglo XVII, que tratado por escritor más idóneo podrá formar una obra digna del tiempo en que vivimos.

Nada más tengo que manifestar á mis lectores; pero no puedo concluir este prólogo sin pagar el tributo de gratitud á las distinguidas personas que me han ayudado eficazmente en este trabajo. Entre las cuales es una obligacion de mi reconocimiento nombrar al señor comendador Spinelli, archivero general del reino de Nápoles, que puso á mi disposicion los escasos documentos de aquella época que tiene en custodia. Al señor duque de Lavello, que me escribió una sencilla memoria para enterarme de la antigua organizacion municipal de Nápoles. Al caballero Scipione Volpiccella, eruditísimo en la historia de su patria, y distinguido literato, que me instruyó, en largas conferencias, de muchas particularidades, y que me informó sobre el grado de crédito de los autores que manejaba. Al señor Luis Blanch, escritor eminentísimo, con quien he consultado varios trozos de esta historia, rectificando con los suyos mis juicios. Al señor Cuomo, á los príncipes del Cásaro y de Montemileto, y al marqués de Striano-Tito, que me proporcionaron libros de sus bibliotecas; y por último, al señor príncipe de la Rocca, que me facilitó con particular empeño registrar libros raros y preciosos manuscritos. A todos les doy las más expresivas gracias, y á su cooperacion y auxilio me reconoceré deudor si alguna gloria y aplauso mereciese esta obra.

INTRODUCCION

La desacertada administracion de los sucesores de Cárlos V y de Felipe II desmoronó pronto la gran monarquía, fundada con tanta gloria y sobre tan sólidos cimientos por los Reyes Católicos, acrecentada con tanta fortuna por aquel intrépido guerrero, y mantenida con tanto teson y prudencia por este eminente político. No parece sino que Felipe III, Felipe IV y Cárlos II subieron exprofeso al trono de las Españas para arruinarlas y destruir la obra de sus antepasados. Su política vacilante y mezquina; su ciego abandono en brazos de sus favoritos; su empeño en sostener á toda costa la desastrosa guerra de Flandes; la indiferencia y descuido, ó por mejor decir, equivocado sistema administrativo con que trataron las nacientes colonias americanas, ó hablando con más exactitud, los vastos é importantísimos imperios, que en el Nuevo-Mundo les habian adquirido el arrojo y el heroísmo de Hernan Cortés y de Francisco Pizarro; y la injusticia y rapacidad con que dejaban gobernar los ricos estados que poseian en lo mejor de Europa, hacian no sólo inútil sino embarazoso en sus débiles é impotentes manos aquel inmenso poderío.

Las otras potencias europeas regidas entónces con más acierto, y sobre todas Francia, constante émula y antigua rival, gobernada por el célebre cardenal Mazzarino, veian gozosas acercarse la ruina del temido coloso español, y no se descuidaban en aprovechar todos los medios de apresurarla. En cuantos paises dominaba fuera de la Península, no perdian ocasion alguna de acalorar el descontento; y en la Península misma agitaban sin cesar á las provincias más activas y bulliciosas. En todas partes pues se veian de tiempo en tiempo los resultados de sus instigaciones, que nada hubieran podido si la poca capacidad de las autoridades que las gobernaban, lo absurdo de las leyes que se les imponian, y lo errado de la administracion á que se las sujetaba, no hubieran presentado siempre ancho campo en que se dilatasen.

Pero donde se vieron más claramente los efectos de tan descabellado sistema de gobierno, y el partido que de ellos podian sacar los extranjeros, fué en la rebelion del reino de Nápoles, acaecida el año 1647. Pues tras de varios desastrosos sucesos, puso aquel importantísimo estado en manos de la Francia; y no lo separó totalmente de la monarquía española, porque la falta de costumbre de independencia, los desórdenes y desconciertos de la anarquía, y los desaciertos, rivalidades y ligerezas de los franceses, hicieron preferible á aquellos naturales, cansados y desfallecidos de su propio esfuerzo, el yugo á que estaban acostumbrados.

Corto fué ciertamente el período de tan memorable revuelta, pero importantísimo en la historia, y digno de la atencion del filósofo y del repúblico, porque pueden estudiar en él la energía que da la desesperacion á los pueblos oprimidos; lo terribles que son los momentos de la desenfrenada dominacion popular, que mancha, ennegrece é imposibilita la mejor causa; y lo que se engañan los ambiciosos, ora naturales, ora extranjeros, que creen fundar en los pasajeros favores y en el efímero entusiasmo del populacho una dominacion duradera.

Aun no habia sujetado del todo Felipe IV la tenaz rebelion de Cataluña, acalorada y sostenida por los franceses; aun hacia vanos esfuerzos para recuperar la corona de Portugal, incorporada á la de España en tiempo de su abuelo cuando la derrota y muerte del rey D. Sebastian en Marruecos, y perdida por su incapacidad é indolencia; la guerra de Flandes era cada dia mas ruinosa, aunque no deslucida para las armas españolas; el Milanesado no estaba tranquilo, y continuaba la guerra con Francia, que comenzó sobre el estado de Mantua, y que seguia encarnizada en los Países-Bajos, en el Rosellon y en el norte y costas occidentales de Italia; cuando estalló en Nápoles aquella famosa rebelion llamada de *Masanielo*, que nos proponemos referir con sus *antecedentes* y *consecuencias*, hasta el total restablecimiento del dominio español en aquel reino. Emprendemos este trabajo histórico despues de haber recorrido los sitios que sirvieron de escena á aquellos trágicos acontecimientos; de haber leido y estudiado con atencion los autores contemporáneos y posteriores, que de aquellos sucesos tratan; de haber examinado curiosísimos manuscritos de aquel tiempo, y los escasos documentos que de él existen en los archivos públicos; y de haber oido la tradicion, que de padres á hijos ha llegado hasta nuestros dias. Sintiendo haber hallado en todas partes acriminaciones acerbas y más ó ménos apasionadas contra los españoles, que no eran ciertamente entónces más dichosos y ricos en su propio país, que los habitadores de los otros estados que dominaban, y que fueron los primeros, y de una manera harto más dolorosa, víctimas del desgobierno de los últimos reyes austriacos, como lo demuestra el lastimoso estado en que el imbécil Cárlos II dejó al morir la poderosa y opulenta monarquía española.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

Desde que las armas españolas mandadas con tanta gloria por el Gran Capitan aseguraron á la corona de Aragon, ya reunida con la de Castilla, la posesion del reino de Nápoles, se empezaron á notar en él síntomas de descontento y de resistencia á la dominacion española, bien que fuese mucho más grata á los napolitanos que la francesa. En el tiempo mismo de don Fernando el Católico, y poco despues de la visita que hizo á aquel estado, su capital se alteró por la escasez de víveres, y por lo penoso de los impuestos, siendo virey el conde de Ribagorza. El año 1510, que lo era don Raimundo de Cardona, se levantó todo el reino para impedir, como lo consiguió, el establecimiento de la inquisicion. Reinando ya Cárlos I, aunque fué rechazada y rota la expedicion francesa de Lautrech, dejó en pos de sí grandes disgustos y peligros, y una tranquilidad dudosa. En el brillante vireinato del célebre don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, el disgusto de los nobles por la restriccion de sus privilegios, y el del pueblo por carestía de vituallas fueron tan graves, que obligaron al Emperador á pasar á Nápoles, de vuelta de su expedicion á Africa. Su presencia fué muy grata y consoladora para aquellos súbditos, porque concedió al reino, y en particular á la ciudad de Nápoles, varios privilegios y exenciones. Pero de allí á poco, en el año 1547, como se intentase de nuevo introducir la inquisicion en aquel estado, se sublevó todo con gran furia, viniendo á las manos con los españoles y pasando, en solo la ciudad, de trescientas las personas que fueron víctimas, por una y otra parte, de aquel conflicto. El inflexible virey acreditó entónces la entereza de su carácter, pero tuvo que desistir de su propósito, renunciando al establecimiento del odioso tribunal.

En tiempo del duque de Osuna, el año 1581, los nobles reclamaron con descomedimiento sus abolidos derechos, y el pueblo se amotinó por lo crecido de los impuestos y por la falta de subsistencias. Con los mismos pretextos volvieron á alterarse los ánimos en el vireinato del conde de Miranda. Y en el del conde de Lémus, el año 1600, hubo grandes disturbios, promovidos por ciertas nuevas doctrinas predicadas por el díscolo fraile Campanela, quien de acuerdo con muchos de sus secuaces llegó á entablar trato con los turcos, ofreciéndoles, si venian á sostenerle, facilitarles la ocupacion de algunas fortalezas de la costa. Siendo virey el conde de Benavente, en 1603, fué grande la miseria pública, y hubo estrepitosas asonadas por la alteracion de la moneda. En los tiempos del otro famoso duque de Osuna, aunque demasiadamente popular en Nápoles, no faltaron trastornos y disgustos. Y cuando llamado precipitadamente á España, dejó el mando al cardenal Borja, retardó éste algunos dias el tomar posesion del vireinato, porque la ciudad andaba revuelta y amotinada. Reinando Felipe IV, tuvieron grandes disgustos los vireyes cardenal Zapata y duque de Alba, con las frecuentes sublevaciones contra los impuestos, que eran por demás exorbitantes, y con los continuos tumultos por falta de pan y por la baja de la moneda. El conde de Monterey luégo, y más adelante el duque de Medina de las Torres, descubrieron y cortaron oportunamente, y castigaron con gran rigor, conspiraciones muy sérias y tratos muy adelantados con los franceses, para entregarles el reino.

Ocurrencias tan repetidas podian haber advertido al gobierno español que debia, ó tener siempre en aquel reino bullicioso y tan dócil á las instigaciones extranjeras, fuerza suficiente para sujetarlo; ó regirlo con tanta justicia y blandura, que encontrara su conveniencia en formar parte de la monarquía española. Y esto hubiera sido lo más fácil y tambien lo más útil para la metrópoli, y lo más justo además; pues en Nápoles no habia antipatía contra España, y la ayudaba lealmente con sangre y con tesoros en sus descabelladas empresas. Pero los monarcas españoles, ó por mejor decir, sus favoritos y los delegados que á Nápoles enviaban, en lugar de uno ú otro método de dominacion, eligieron el de dividir los ánimos, y el de sembrar la desconfianza primero, y luégo el odio entre el pueblo y la nobleza de aquel reino; para que faltando el acuerdo no pudiera ser consistente la resistencia, y lograr á mansalva esquilmarlo y oprimirlo. Y así lo ejecutaron; pues el gobierno de los vireyes fué últimamente tan funesto para aquel hermoso y abundantísimo país, que áun hoy se recuerdan en él su arbitrariedad y sed insaciable de oro con estremecimiento.

De tiempo inmemorial gozaba el reino de Nápoles la intervencion en sus propios intereses de un parlamento compuesto de los barones, señores de las tierras, y de diputados de algunas ciudades y de corporaciones eclesiásticas. El cual, aunque no con una forma constante, ni en período fijo, se reunia á convocacion del Soberano ó de sus lugartenientes. Pero esta corporacion respetable, sin cuyo beneplácito no se podian imponer al país contribuciones nuevas, habia perdido con el curso de los tiempos y con las diversas dominaciones, su valor é influencia. Pues *corrompida ó forzada* (1), se prestaba dócil á las exigencias del poder, siendo acaso el más fuerte apoyo de la tiranía, porque legalizaba sus actos. ¡Suerte terrible de las más saludables instituciones, cuando bastardeadas por el tiempo ó por las circunstancias, pierden su propia dignidad y olvidan los intereses que representan!

Las ciudades principales del reino estaban además regidas por una especie de municipalidad electiva, como la de la capital. Componíase la de ésta de los diputados de los seis *sediles*, plazas ó distritos en que estaba dividida la ciudad; de los *electos* de las mismas, y de los capitanes de las *utinas* ó barrios en que cada *sedil* se dividia. De los seis *sediles* ó distritos, en cinco pertenecian la eleccion y la votacion á la nobleza exclusivamente, y en uno solo al pueblo; pues aunque en tiempo antiguo la representacion de éste no era tan diminuta, cuando empezó á falsearse la institucion, extendieron en ella los nobles su poderío con tanta ventaja. El *sedil* del pueblo tenia, es verdad, el nombramiento de los cincuenta y ocho capitanes de *utina* (especie de alcaldes de barrio), pero miéntras que los cinco de la nobleza nombraban libre y directamente su *electo*, aquel sólo lo proponia en terna á la eleccion del gobierno; dándose, sin embargo, al elegido y nombrado de esta manera, el pomposo y mentido nombre de *electo del pueblo*, y concediéndosele cierta preponderancia algo parecida á la que tenian nuestros síndicos. De los diputados de los seis *sediles* y de los capitanes de las *utinas*, presididos por los seis *electos*, se formaba la corporacion municipal de Nápoles, sin cuya aquiescencia no se podian imponer cargas á la ciudad, ni establecer nuevas gabelas, ni exigir arbitrios de ninguna especie. Eran sus funciones administrar los fondos del comun, los hospitales, colegios y establecimientos públicos, y cuidar de la policía y mantenimientos de la poblacion. Pero aunque se componia de tantos individuos, no tenia nada más que seis votos, uno por cada *sedil*, verificándose luégo separadamente en cada uno de ellos las votaciones generales.

Tambien esta corporacion que, aunque monstruosa en su forma y embarazosísima en su accion, habia llenado dignamente en lo antiguo el círculo de sus atribuciones, carecia ya de vida propia. Y si bien salian áun alguna vez de su seno enérgicas protestas contra la opresion de la ciudad, y áun del reino todo, y contra la exorbitancia de las exacciones, era ya un instrumento dócil en manos de los vireyes para llevar á cabo con cierta legalidad aparente sus exigencias.

Nada, pues, tenian que esperar los napolitanos de las protectoras instituciones que les habian dejado sus mayores: el tiempo las habia desvirtuado, el poder de la dominacion extranjera corrompido. Ni podian con propio esfuerzo devolverles su vigor, ó establecer otras análogas á las circunstancias, abrumados bajo el peso de un yugo extraño. Y cuando los barones y nobles, unos por el duro trato que daban á sus colonos y dependientes, para aumentar sus riquezas, se habian granjeado el odio del pueblo; otros, porque especulaban sin pudor con la miseria general, arrendando las rentas públicas y los nuevos arbitrarios impuestos, se habian atraido la animadversion del país; y algunos, porque presentándose sumisos en la capital para obtener, á costa de bajezas, mercedes y distinciones, habian incurrido en el desprecio universal. Y el pueblo, aislado y solo, oprimido por la fuerza extranjera, y esquilmado y empobrecido, se perdia en vanas, aisladas é impotentes tentativas, sin apoyo y sin direccion.

Caminaba el hermoso reino de Nápoles á su total exterminio. No se notaba en él la mano del gobierno sino para extraer, oprimir y esterilizar. La seguridad pública estaba completamente perdida. Las costas de continuo expuestas á las repentinas incursiones de los piratas berberiscos. En los montes campeaban numerosas tropas de bandidos, que la pobreza general y el comun despecho engrosaban continuamente, y que llevaban sus devastadoras correrías hasta las villas más considerables, cuando podian sorprenderlas desapercibidas. La poblacion se disminuia visiblemente por la miseria, por las continuas levas de gente para Flandes, Lombardía y Cataluña, y con la emigracion continua de los infelices napolitanos, que iban hasta las playas turcas á buscar su remedio, como asegura un autor contemporáneo. La agricultura decaia notablemente por la falta de brazos, por la inseguridad de los campos, por lo crecido de las contribuciones. La industria, reducida y escasa, se veia ahogada en su cuna; y el comercio, asustado de las continuas guerras y trastornos, y de los descabellados derechos y tarifas, huia de un país de que se habian sacado, en los últimos veinte años, más de cincuenta mil hombres para la guerra, y del que se habian llevado á España ochenta millones de ducados, producto de gabelas, arbitrios y extraordinarios impuestos.

En tan abatido y lastimoso estado se encontraba el reino de Nápoles cuando en el año 1644 entró á ejercer su vireinato el almirante de Castilla don Juan Alfonso Enriquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco. Este excelente caballero y previsor hombre de Estado conoció muy luégo el aburrimiento del país y la imposibilidad y el peligro de apretarlo con nuevas exigencias. Y al mismo tiempo que dedicó todo su conato á regularizar la administracion y á poner coto á las rapiñas autorizadas de los oficiales públicos, escribió á la corte manifestando la necesidad de mirar con compasion á aquellos extenuados pueblos, y de reforzar las guarniciones españolas, sumamente disminuidas. Pero en Madrid, ocupados con la guerra de Cataluña y cercados por todas partes de desastrosas circunstancias y de necesidades urgentísimas, despreciaron las sensatas reflexiones del sesudo virey y le contestaron pidiéndole terminantemente hombres y dinero. Obedeciendo el Almirante á su pesar las nuevas exigencias, y teniendo además que prevenirse contra una armada turca que se dejó ver en el golfo de Taranto, que socorrer luégo á Malta, amenazada por aquella fuerza, y que acudir á Roma por la muerte del papa Urbano VIII, se vió en la dura precision de imponer una contribucion nueva, que causó gran disgusto, sobre el consumo de harinas, y que levantar algunos batallones para enviarlos á las costas de Cataluña. Mas al mismo tiempo representó de nuevo y reiteró sus clamores contra las vejaciones que afligian á los napolitanos, y sobre la absoluta falta de recursos en el país. Su celo, rectitud y prevision fueron tratados en España de apocamiento y de debilidad, y le pidieron terminantemente que enviara nuevos socorros. Con lo que desconcertado el Almirante, escribió al rey haciendo renuncia de su cargo, y rogando le nombrase sucesor, *porque no queria que en sus manos se rompiese aquel hermoso cristal, que se le habia confiado*. Notables palabras, que trasladan todos los historiadores contemporáneos, y que son una fuerte pincelada que caracteriza el retrato de aquel prudente, leal y entendido caballero.

CAPITULO II

Don Rodrigo Ponce de Leon, duque de Arcos, cuyo carácter duro y tenaz estaba ya acreditado en otros mandos de importancia, fué nombrado por la corte de España para suceder al Almirante, y reemplazar dignamente la llamada blandura y hasta incapacidad del antecesor. Y despues de una larga y peligrosa navegacion, contrariada constantemente por deshechas borrascas, presagio de las que iba á correr en su nuevo gobierno, llegó con buenos aceros y terminantes instrucciones á Nápoles, y tomó posesion del vireinato el dia 11 de febrero de 1646. Al siguiente partió el Almirante con las

(1) Palabras del *manifiesto del pueblo*, del que hablaremos más adelante.

demostraciones más claras del amor que, en el corto tiempo de su gobierno, se habia granjeado de los napolitanos; pues aunque los dejaba recargados con la nueva y pesada contribucion sobre el consumo de harinas, sabian todos la repugnancia con que lo habia hecho, el interés grande que habia tenido en mejorar su suerte, y que dejaba tan importante y codiciado puesto por no querer servir de instrumento para oprimirlos.

El nuevo virey conoció luégo, no sólo que su venida no habia sido muy grata al país, sino que el estado de miseria y descontento en que lo hallaba no le permitia cumplir con las ofertas, acaso exageradas é imprudentes, que habia hecho al gobierno. Mas para no desacreditarse con él dejando de enviarle socorros, y para acreditarse con sus gobernados, discurrió apretar á los contribuyentes morosos y á los arrendadores de impuestos y arbitrios anteriores, que estaban en descubierto de no despreciables sumas; con lo que se lisonjeaba de reunir lo bastante para responder á las exigencias de Madrid, sin recargar al pueblo, y ganarse la buena voluntad de éste, que siempre mira de mal ojo á los que especulan con su miseria.

Era costumbre antigua, introducida por los vireyes, el arrendar, no sólo la mayor parte de las rentas permanentes y contribuciones ordinarias, sino tambien los impuestos provisorios y los arbitrios con que se cubrian los servicios y donativos extraordinarios: método con que los hacia el gobierno más pronto efectivos, y se libertaba de los inconvenientes, atrasos y odiosidades de la recaudacion. Y muchas veces que no encontraba licitadores para estos arriendos, obligaba por fuerza á los pudientes á que los tomasen; y si bien los que de un modo ó de otro arrendaban los impuestos, los exigian sin piedad de los contribuyentes, se acomodaban con los comisarios y con las autoridades, desembolsando de pronto y como anticipo una parte de la suma, para procurarse rebajas ó dilaciones en la totalidad (1). Sobre los que adeudaban algo, que no era poco, por esta razon, fué pues sobre los que cayó inexorable, y no sin aplauso, porque tenia de su parte la justicia el nuevo virey. Tambien se esmeró contra el contrabando, que era ciertamente escandaloso. Pero no se ensañó tanto con los contribuyentes atrasados, porque conoció que en el estado de miseria y de aburrimiento en que estaban la propiedad y la industria en todo el reino, era el apretarlos enteramente inútil y arriesgado. Para proceder con ménos nota de arbitrariedad, creó dos comisiones de magistrados y de oficiales de cuenta y razon, que reuniéndose en casa y bajo la presidencia del visitador general del reino, entendiesen, una en proponer las medidas más oportunas para impedir el fraude de los contrabandistas, otra para ajustar cuentas y apremiar á los arrendadores morosos (2).

Cuando entendia el duque de Arcos en estos negocios, un inesperado acontecimiento vino á turbar su ánimo, manifestando la facilidad con que los napolitanos se alteraban, si bien le dió á conocer al mismo tiempo la desunion que reinaba entre ellos, y que por lo tanto no eran muy temibles sus conmociones.

Sabido es el culto que de tiempo remotísimo tributa la ciudad de Nápoles á su patron San Genaro, y el milagro anual de la licuacion de la sangre de este mártir. Desde muy antiguo era costumbre, que aún hoy dura, trasladar la imágen de plata del santo, y la ampolla que contiene aquella preciosa reliquia, desde el tesoro de la catedral, donde se conserva, á la iglesia en que debe celebrarse la fiesta el primer domingo de mayo. Esta traslacion se verifica siempre el sábado anterior por la tarde, con gran pompa y concurrencia. En la época de que hablamos, costeaba y dirigia por turno la procesion cada uno de los *sediles* ó distritos de la ciudad, erigiendo en su plaza un altar donde se depositaba al paso la imágen y reliquia, y se hacia un largo descanso. Tocábale aquel año (1646) hacer la funcion al *sedil* de Capuana, donde los nobles habian preparado una magnífica estacion. Mas al presentarse los diputados de él con su *electo* en la catedral, para recoger del tesoro la efigie de plata del santo y la milagrosa ampolla, les manifestó secamente el canónigo tesorero que no podia entregarles ni uno ni otro, sin una órden por escrito del Arzobispo. Alterados con tan inesperada contrariedad y con tan nueva exigencia, quisieron hacer valer el derecho de la costumbre, negándose á ir á pedir al prelado un permiso que jamás habia sido necesario. Y las contestaciones acaloradas de unos y otros, y el retardo de la procesion, empezaron á hacer su efecto en la multitud. Personas prudentes y bien intencionadas avisaron del conflicto al Virey, y éste por el intermedio del regente de la vicaría, recurrió al Arzobispo para que desistiese de su inusitada pretension y dejase correr las cosas segun la costumbre constantemente admitida y respetada. Mantúvose inflexible el prelado; pero como tambien la Vireina le demostrase su deseo de que se aviniese, rogándole por medio de personas de cuenta que lo hiciese así en su obsequio, se convino en ir inmediatamente á hacer por sí mismo la traslacion, aunque por distinta carrera de la que estaba preparada. No agradó mucho al duque este expediente, que no podia ménos de ofender á la nobleza toda, y en particular á la del sedil de Capuana: pero pensando en la urgencia, y en que lo peor de todo era que no se verificase aquella tarde la procesion, no opuso inconveniente.

Era el cardenal Ascanio de Filomarino, arzobispo de Nápoles, y de quien hablaremos muy á menudo en esta historia, personaje sagaz y entendido sobremanera, pero tenaz y orgulloso; y si bien hijo de padre ilustrísimo, por serlo de madre plebeya estaba mirado con desden por algunos nobles, demasiado rígidos en materia de alcurnia, lo que lo tenia muy desabrido. Y por indisposicion personal con los principales señores del sedil que hacia la fiesta aquel año, discurrió aquel nuevo y poco prudente modo de mortificarlos. Fué pues á la catedral, ordenó la procesion, púsose al frente de ella con sus hábitos pontificales, y rodeado de numerosa y lucida comitiva, dirigió la carrera por distintas calles de las preparadas. Indignados los nobles del desaire, trataron de atropellar por todo y de procurarse por sí mismos cumplida reparacion; pero cediendo á los ruegos y reflexiones de personas sensatas, que temian un escándalo, se contentaron con salir al paso y protestar en debida forma á nombre de la ciudad. Verificáronlo reunidos en gran número y llevando consigo al notario Pablo Milano, secretario del sedil. El Cardenal arzobispo no consintió en detenerse, irritado hasta lo sumo y reprendiendo con durísimas palabras el intento, que llamó desacato atroz de los nobles. Llegó en esto el duque de Maddalone con su hermano don José Caraffa, con el caballero Tomás Caracciolo, con el electo del pueblo, y seguido de una respetable y numerosa comitiva de gente granada; y con corteses razones persuadió al prelado á que se templase y se detuviese un momento, para no dar ocasion á más serios disgustos. Detúvose por fin la procesion; pero como inmediatamente empezase á leerle en alta voz el notario la protesta que llevaba escrita, el Cardenal arzobispo ciego de cólera le arrancó violentamente de las manos el papel, hízolo pedazos, y gritó muy descompuesto: «que la imágen y la reliquia eran suyas y de su iglesia, y que sólo á Roma tenia que responder de ellas.» Los nobles irritadísimos contestáronle tambien sin mesura «que la imágen y la reliquia eran de la ciudad.» Y repetidas en torno estas distintas voces con no escaso calor, causaron gran rumor y tumulto. Los clérigos y la comitiva del Cardenal, conociendo que iban á llevar lo peor de la contienda, huyeron despavoridos. La imágen y la reliquia se depositaron, para evitar algun desacato, en el palacio de Montecorvino, que estaba allí cerca. Pero seguia el altercado, y crecia la confusion, insistiendo el Arzobispo en llevar adelante la procesion, ó en quedarse allí á custodiar aquellos sagrados objetos. Mas un momento de desórden que sobrevino, el haber visto en él ultrajada su persona, y la advertencia de varios sujetos de importancia de que peligraba su vida, le obligaron á refugiarse, ronco y despechado, en la casa inmediata de un noble llamado César de Bolonia. Allí se desnudó de sus sacras vestiduras, y permaneció hasta que entrada ya la noche se retiró á su palacio. Tambien la imágen de San Genaro y la milagrosa ampolla que contiene su sangre, fueron llevadas por los diputados y electos, en cuanto se restableció la tranquilidad, á la iglesia en que debia celebrarse la funcion; que se verificó sin disgusto al dia siguiente, calmada la ansiedad del populacho, y acomodados los ánimos de unos y de otros, á fuerza de ruegos, negociaciones y buena voluntad (3).

A este ligero preludio de conmocion más séria y de alborotos más graves y duraderos, se siguieron nuevos cuidados para el Virey duque de Arcos, que le obligaron á desistir de su buen propósito de no recargar al país con nuevos impuestos; pues se vió forzado á hacerlo, para asegurar el reino amenazado por los franceses.

CAPITULO III

El cardenal Mazzarino, desabrido con el nuevo Papa porque no habia querido dar el capelo á un sobrino suyo, quiso ponerlo en apuro so pretexto de que protegia abiertamente los intereses de la casa de Austria y de España, con menoscabo de los de Francia; y despues de acalorar á los Barberinis, que andaban revueltos, resolvió apoderarse de las plazas españolas de Toscana.

En mayo de 1646 zarpó de las costas de Provenza una armada francesa al mando del jóven almirante duque de Bressé, compuesta de treinta y cinco naves, diez galeras y sesenta leños menores, con ocho mil hombres de desembarco, al mando del príncipe Tomás de Saboya, encargado de la expedicion. Tomaron tierra en las marismas de Sienna; se apoderaron de Telamon y de los fuertes de las Salinas y de San Estéfano, puntos descuidados y desprovistos; y pusieron sitio á Orbitello, plaza bien abastecida de gente y de vituallas, y defendida por el valeroso don Cárlos de la Gatta, caballero napolitano, enviado pocos dias ántes por el Virey para gobernarla.

Pronto llegó á Nápoles el rumor de esta inesperada acometida, y conociendo el duque de Arcos toda su importancia, trató de acudir con prontitud y esfuerzo á rechazarla. Encontrábanse sin fuerzas españolas, pues apénas dos mil hombres de ellas con algunas compañías de tudescos guarnecian todo el reino (4), levantó apresuradamente seis mil soldados de naturales y allegadizos; y con gran copia de bastimentos y con tres mil doblas de oro, los embarcó en cinco buenas galeras y dos barcas, á las órdenes del marqués del Viso, enviándolos á Orbitello, cuya conservacion era importantísima. Llegó el socorro oportunamente, pues desembarcando en Porto-Ercole, entró, desbaratando á los sitiadores, en la ciudad. Regresaron á Nápoles los bajeles, ufanos del buen éxito de la expedicion; y animado el Virey, quiso enviar nuevo refuerzo en cuarenta faluchos y un bergantin, que corrieron diversa fortuna, pues acometidos de improviso por las galeras francesas, se perdieron la mayor parte, salvándose la gente con gran dificultad en las costas romanas. La plaza seguia apretada, y el duque de Arcos hacia nuevos esfuerzos para socorrerla, cuando apareció una armada española en las aguas de Cerdeña, que incorporada pronto con la napolitana, reunió treinta y una galeras, treinta y cinco naves gruesas y diez brulotes.

El Almirante francés al descubrirla ordenó sus fuerzas y salió á la mar para provocar el combate. Los franceses (como dice el historiador Parrino), que no iban á aventurar más que hombres y bajeles, querian venir á las manos, fuera cual fuese el éxito. Pero los españoles, que en un revés podian perder plazas y reinos, anduvieron más cautos, y se mantuvieron á tiro de cañon. El fuego de éste duró casi tres dias sin interrupcion, causando gran daño á ambas partes, hasta que una fuerte ráfaga de leveche las separó, harto mal paradas, y las obligó á refugiarse en los puertos vecinos. Los españoles habian perdido más de cien hombres y un brulote que se incendió por sí mismo. Los franceses una nave gruesa, y al jóven Almirante, muerto por un tiro de artillería. Con lo que desanimados y dándose por vencidos, recogiendo sus naves y galeras dieron la vuelta á sus playas, y dejaron á la armada española dueña de aquellos mares, y por lo tanto de la victoria. Dos galeras, mandadas una por el marqués del Viso, otra por el conde de Linares, llegaron á Porto-Ercole para dar socorro á Orbitello, pero no lograron conseguirlo por la vigilancia y fuerza de los sitiadores.

Noticioso de todo el duque de Arcos, y persuadido cada dia más de la necesidad de conservar aquella plaza, levantó nuevas tropas, envió la caballería por tierra á marchas dobles y la infantería por mar; encomendando la empresa al marqués de Torrecusa, general de mucho nombre y merecida reputacion. Llegó éste con felicidad, combatió y puso en completa fuga á los sitiadores, desbarató sus trincheras y salvó la importante plaza cuando estaba ya en el último apuro. Despues de tan feliz resultado volvió á los puertos de España la armada, con beneplácito del Duque, que hubiera hecho mejor en conservarla á la mano, cuando aún podian rehacerse los franceses, y cuando tan desguarnecido tenia el reino que gobernaba, en tiempo en que los síntomas de una conflagracion general no eran dudosos.

Los reveses de las armas francesas de mar y tierra, en las costas de Toscana, no desanimaron á Mazzarino ni le hicieron cambiar de propósito, pues envió nueva expedicion contra Piombino, pertenencia de un pariente del Pontífice, y contra la isla de Elba, ocupada en parte por los españoles. Apoderáronse los franceses de ambos puntos, lo que, y el desden y alejamiento del Papa, por ciertos altercados que ocurrieron aquellos dias en Nápoles con el Nuncio, pusieron en mayor cuidado al Virey y en la urgente necesidad de buscar nuevos y prontos recursos para atender á la seguridad del reino, muy de cerca amenazada. Reforzó con actividad suma las fortificaciones de Gaeta y de otros puntos importantes de la costa, armó naves y galeras, convocó los batallones del país, que protestaron por cierto no saldrian á guerrear fuera del reino, y envió un sujeto de confianza á reclutar seis mil tudescos, que exigieron pesadas condiciones, aprovechándose de la necesidad con que se los buscaba.

Para estos aprestos necesitábase dinero, despues del consumido en las anteriores expediciones; y hallándose el duque de Arcos en el último extremo, acudió á pedir con acuerdo del consejo colateral un

(1) Capecelatro, *Tumulti di Napoli de* 1647. MS.

(2) Parrino, *Teatro eroico e politico de' governi de' vicere*, etc. — Tomás de Santis, *Istoria del tumulto di Napoli.*

(3) Parrino.

(4) De Santis.

servicio extraordinario y un nuevo esfuerzo al apurado país. Parrino, autor de mucha nota, que refiere menudamente estos sucesos, y despues de él el historiador Giannone dicen que apeló al parlamento para esta exigencia. Pero documentos fehacientes de aquel tiempo, que hemos podido examinar, demuestran claramente que no fué al parlamento del reino (que hacia tres años no se convocaba), sino á los sediles de la ciudad de Nápoles, á quienes se dirigió el Virey en aquella ocasion. Y consta que les pidió fuese su decision extensiva á todo el reino, á lo que se negaron constantemente, manifestando que sus facultades no pasaban de los muros de la ciudad. Se les pidió pues un millon de escudos de donativo ó servicio extraordinario; y aunque algunos sediles, y particularmente el de Capuana, se negaron á concederlo, demostrando la imposibilidad de recaudarlo y el disgusto peligroso que iba á producir en la poblacion, los ruegos, las negociaciones y las amenazas consiguieron al cabo que los sediles se pusieran de acuerdo y concedieran los recursos que la autoridad exigia.

Pasóse en seguida á discutir qué nuevos arbitrios podrian establecerse para cubrir el millon de escudos acordado; y se ocurrió en malhora un impuesto sobre el consumo de frutas, sin recordar que establecido ya en tiempo del conde de Benavente habia sido causa de continuos tumultos, y que su abolicion fué una de las principales de la popularidad del último duque de Osuna. Grande oposicion hicieron los sediles todos á semejante arbitrio, que ciertamente era el más pesado para la masa inmensa de gente pobre y menesterosa que poblaba la ciudad (1); pues recargar el consumo de la fruta, que era su alimento y regalo, como lo es el de todos los pueblos meridionales en tiempo de verano, era encarecerla y ponerla por lo tanto fuera de su alcance, privándole de la única subsistencia que podia tener en aquella estacion. No dejaron de hacerse valer con energía estas razones, pero apretados de nuevo los electos y diputados, accedieron con despecho á que la terrible gabela se estableciese, y tal vez por aventurarlo todo para ver si salia de un modo ó de otro del atolladero.

Apénas se anunció con bando público el dia 1.° de enero de 1647 la nueva imposicion, se notó el descontento general y el abatimiento sombrío y la peligrosa afliccion de las clases menesterosas. Y á medida que se acercaba la estacion en que iba á ser más sensible su efecto, se multiplicaban las representaciones por escrito y de palabra dirigidas al Virey, para que no se llevase á cabo tan desastrosa disposicion; se llenaban las esquinas de pasquines y de protestas, y acosaban á todas horas á las autoridades anónimos, ya con ruegos, ya con reflexiones, ya con amenazas. No se hablaba de otra cosa en la ciudad. Todos presagiaban grandes desventuras. Y una mañana, á mediados de abril, que fué el duque de Arcos á la iglesia del Cármen, circundó su carroza el populacho, reverente aún, y le pidió que aboliera la gabela con que los iba á matar de hambre, expresándose más que en gritos en dolorosos clamores. Y á poco de completamente establecida, amaneció reducida á cenizas, sin que se supiese quién la habia incendiado, una casilla de madera construida en el mercado para residencia de los recaudadores.

Tantos y tan grandes apuros y embarazos como apretaban por todos lados al Virey, no le distrajeron de sus aprestos de defensa para la seguridad del reino. Siguió fortificando las costas, levantando gente de guerra, armando naves y aprestando galeras. Los franceses por su parte tampoco desistian de su intento, y avisados de cuanto ocurria en Nápoles, quisieron dar el ataque ántes que estuviese organizada la defensa. Reunieron, pues, las fuerzas navales que tenian diseminadas en Piombino, Portolongone y otros puntos, y el dia 1.° de abril aparecieron dentro del golfo de Nápoles, con cinco gruesas naves muy bien pertrechadas y dos brulotes. Su intento era sorprender y quemar el arsenal, y apresaron de paso á vista de la ciudad algunos barcos pescadores. Gran confusion y trastorno causó en ella esta aparicion, y divididos los ánimos entre esperanzas y temores, era general el desconcierto. El duque, acudiendo al mayor riesgo, mandó salir al encuentro del enemigo las naves que estaban listas, y las que con presura se pudieron armar, tripuladas en gran parte por la nobleza napolitana, que se brindó leal y valerosa á tan importante servicio (2). Una repentina calma inutilizó toda maniobra é impidió el combate, cuyo éxito favorable á los españoles no hubiera sido dudoso. Y aquella noche, aprovechando la oscuridad y el viento fresco que saltó de tierra, se retiraron prudentemente los franceses á sus guaridas. Encontrándose al amanecer sin enemigos, volvieron á fondear los bajeles españoles, y á sosegarse los ánimos de la poblacion.

(1) De Santis. – Capecelatro, MS. – Raphael de Turris. *Dissidentis desciscentis receptæque Neapolis.* – Baldacchini, *Storia napoletana dell' anno 1647.*
(2) Parrino. – Raphael de Turris.

A los pocos dias, cuando se preparaban algunas galeras para llevar á España parte del producto del nuevo servicio, se voló á las tres de la madrugada del 12 de mayo, y sin que se supiese ni áun sospechase cómo, la capitana, con más de cuatrocientos hombres, y teniendo á bordo el dinero público y además las riquezas, Dios sabe cómo adquiridas, de varias personas, que previendo grandes trastornos trataban de ponerlas en salvo. Este incidente, en que el acaso ó la traicion hizo en parte lo que habian intentado en vano los franceses, afligió á unos, alegró á otros y alarmó á todos, como presagio de grandes desventuras (3).

CAPITULO IV

Llegada la estacion calurosa, en que se conoció todo el peso de la nueva gabela, crecia por puntos el desasosiego popular, y se iban convirtiendo los ruegos en amenazas. El Virey, dudoso entre retroceder aboliéndola ó mantener con energía lo dispuesto, andaba vacilante y discursivo, y sin tomar ninguna resolucion. Por momentos crecia el apuro, y viéndose estrechado ya de cerca, aconsejándose con un tal Cornelio Spínola, genovés establecido de muchos años en Nápoles, hombre de negocios y muy enterado de los intereses públicos, y con el padre Estéban Pepé, muy estimado del pueblo, y á quien habian hecho en el confesonario importantísimas revelaciones de próximos alborotos, resolvió abolir la imposicion; pero en lugar de hacerlo inmediatamente, con lo que hubiera conjurado la tempestad, quiso buscar ántes otro arbitrio que sustituirle. Reunió para ello el consejo colateral, con asistencia de las autoridades, nobles, arrendatarios de los impuestos y personas más influyentes en los sediles, para tratar de esta materia detenidamente y perdiendo un tiempo precioso.

Enredada la discusion, todo era tropezar con dificultades é inconvenientes, y confundir, como siempre acontece, en pomposos é inútiles discursos, en apasionadas peroratas y en largos é inconexos razonamientos, el asunto claro y urgentísimo que una pronta resolucion requeria. Los interesados en el arriendo de la gabela, que ya habian hecho su anticipo, que tenian ya tomadas sus medidas y nombrados los comisionados para exigirla, ciegos por el interés no veian más que sus cálculos defraudados si se les sustituia otro arbitrio de más larga y difícil recaudacion, é insistian tenaces en que se sostuviese lo dispuesto. El visitador general del reino D. Juan Chacon, persuadido (dice el conde de Módena, contemporáneo y no muy amigo de los españoles) por su mujer, á quien habia regalado quince mil ducados Cárlos Spinelli, uno de los arrendadores, tomó la parte de éstos con sumo calor y exhortó al Virey á que sostuviera su autoridad, castigando rigurosamente á los que se atrevian á exigir de ella inoportunas concesiones. Y muchos de los nobles concurrentes, á quienes en nada afectaba la fatal contribucion, hablaron en el mismo sentido, deseosos sin duda de mostrarse ardientes defensores de la dignidad real (4). Pero otras personas de la junta, más sensatas ó ménos interesadas en el negocio que se debatia, opinaron más prudentemente y manifestaron con gran copia de poderosas razones, que era necesario atemperarse á las circunstancias y hacerse cargo de la justicia con que el pueblo reclamaba la abolicion de un gravámen odioso, que le encarecia su sustento; que el disgusto general, y mucho más cuando está fundado, no debe mirarse con tanto desden; y que en el estado de irritacion en que se hallaban los ánimos, era forzoso ceder algun tanto para no dar vida á una conmocion popular, que acaso no se podria sosegar muy fácilmente. Entre estos encontrados pareceres nada resolvió el duque de Arcos sino una nueva dilacion. Esta fué que se reunieran inmediatamente los sediles, para buscar un arbitrio que sustituir al impuesto sobre el consumo de la fruta. Reunióse pues el cuerpo municipal, y despues de largas y prolijas discusiones, tampoco tomó resolucion definitiva. Todo era retardos, peligros, idas, venidas, mensajes, consultas y confusion.

Entre tanto, las noticias desfiguradas de lo que en estas reuniones se decia, aumentaban la ansiedad pública y la indignacion contra los arrendadores de la gabela, contra los empleados y contra los nobles que la defendian; y no ganaba nada la reputacion del Virey, cuya perplejidad, como indicio de flaqueza, aumentaba los brios de la multitud, entre la que no faltaban quienes sembrasen la fecunda idea de que no habia más remedio que romper en abierta insurreccion. Los síntomas de que esta calamidad se aproximaba llegaron á los pocos dias á ser tan patentes que el Duque mandó, por todo remedio, que no se celebrara aquel año la fiesta de San Juan Bautista, como era uso en la ciudad, para evitar la reunion del pueblo, que era grande en aquella funcion: medida de mera debilidad, impotente para evitar la concurrencia, y muy á propósito para alterar los ánimos, dar nuevo pábulo á la inquietud y animar á los agitadores.

(3) Giannone, *Storia civile del regno di Napoli.*
(4) Raphael de Turris.

No se concibe cómo un hombre con fama de carácter duro y tenaz, acostumbrado á mandos de importancia, á graves negocios, y endurecido en situaciones difíciles y arriesgadas, mostró entónces tanta irresolucion ó tan estúpida indiferencia, viendo claramente que se le hundia el terreno debajo de los piés, y que se desplomaba sobre su cabeza el cielo que lo cubria. O no dió importancia al descontento del pueblo, fiado en la mala inteligencia que entre éste y la nobleza reinaba, y en que por lo tanto no encontraria cabeza entendida que lo dirigiese; ó confiado en sus cortas fuerzas, que en verdad eran escasísimas, quiso dejar aparecer el motin para escarmentarlo; ó desdeñó completamente á los mal contentos, como gente toda miserable y de ninguna valía. Pero el resultado mostró muy pronto cuánto se engañan los gobernantes que creen puedan faltar caudillos de provecho á las masas sublevadas; que dejan tomar cuerpo á los motines con la esperanza de vencerlos; y que desprecian los clamores de la plebe en los países en que hay encontrados intereses, agravios que vengar y falta del necesario sustento.

Como para hacer más crítica y peligrosa la situacion, llegó por entónces la noticia de que en la vecina Sicilia un levantamiento popular acababa de obligar al virey, marqués de los Velez, á abolir completamente los impuestos y gabelas, y á conceder en seguida el más amplio perdon á los amotinados: suceso de funesto ejemplo para Nápoles, donde fué aplaudido con entusiasmo (5).

Amontonados estaban ya los combustibles y prontos á arder, sólo faltaba la chispa que los incendiase. Inevitable era ya la sublevacion, sólo le faltaba caudillo bastante osado que diese el primer grito y se pusiese á su cabeza. La chispa saltó de un impensado y vulgar acontecimiento, que vamos pronto á referir. El caudillo se presentó en donde ménos se podia esperar.

Entre los que más atencion habian prestado á las instigaciones y discursos de los sublevadores, y entre los que más se habia manifestado el descontento del pueblo con expresiones violentas y con dolorosas exclamaciones, sobresalia un jóven de lo ínfimo del populacho, que ganaba su mísera existencia vendiendo por las calles de la ciudad, en una banasta, pescado, que le confiaban los regatones de la pescadería, ó que él mismo compraba á vil precio en las playas á los pescadores. Este ente tan humilde y despreciable era el destinado por la Providencia para ser dentro de pocos dias el ídolo del reino de Nápoles y para ejercer en él un dominio más absoluto que el que ha ejercido hasta ahora ningun monarca de la tierra. Era el famoso Tomás Aniello de Amalfi, á quien el vulgo por abreviacion comun llamaba Masanielo, nombre con que, adquiriendo tanta fama, es conocido en el mundo, y pasará á la posteridad más remota en las páginas de la historia y en los cantos de la poesía. Por su segundo apellido lo han creido algunos natural de la célebre y decaida ciudad de Amalfi; pero su fe de bautismo, que tenemos á la vista, no deja duda de que nació en Nápoles, en 1620, en el barrio llamado de Lavinaro, donde habitaba la parte más pobre y mísera de la poblacion sin que esto contradiga el que pudiese ser originario de aquella costa.

Masanielo, pues, tenia veintisiete años de edad, aspecto agradable, ojos negros y de melancólica mirada, tez curtida por la intemperie, proporcionadas facciones, cabellos rubios y ensortijados. Los andrajos que formaban su ligero vestido á la marinesca eran limpios y arreglados de una manera original y fantástica. Tenia mediana estatura, gran agilidad, explicacion fácil, aunque ignorantísimo, pensamientos elevados y generosa condicion (6). Habitaba en la plaza del Mercado, donde se amontona y hierve la plebe de la populosa Nápoles, y en la pared exterior de su pobre casucha (que ya no existe) estaban por acaso pintados de antiguo el escudo de armas de Cárlos V y un vítor á aquel emperador; circunstancia de poca monta, pero que tal vez le hizo grata la memoria de aquel soberano, y le inspiró el deseo de restablecer los privilegios, que le dijeron habia concedido á la ciudad (7); como tambien pudo contribuir á exaltar su fantasía, inspirándole el ansia de figurar en un tumulto, el que otro Tomás Aniello, de las costas de Sorrento, hubiera sido uno de los jefes del pueblo en la famosa rebelion contra el establecimiento del Santo Oficio, que tuvo lugar, como dejamos apuntado, en el vireinato de don Pedro de Toledo.

Era Masanielo casado con una jóven de Puzzoli, hermosa, y á quien amaba con extremo; aunque algun diligente investigador de aquellos extraordinarios sucesos, y cuya erudicion nos ha sido muy

(5) Raphael de Turris.
(6) Baldacchini.
(7) Giraffi, *Le rivoluzioni di Napoli.*

útil en este trabajo (1), haya averiguado que no lo merecia mucho, por ser su conducta muy poco arreglada. Y acaso el cariño á la mujer fué el que inflamó al marido para la empresa que acometió. Dicen pues varios autores que de las cosas de aquel tiempo han escrito, y se lee en el MS. de Capecelatro, que pocos meses ántes de la época á que hemos llegado, la mujer de Masanielo quiso introducir en la ciudad, sin pagar derechos, una porcion de harina acomodada en un envoltorio, figurando un niño de pecho, que llevaba en brazos; y que descubierto el fraude, fué maltratada por los guardas y conducida á la cárcel, hasta que pagase la multa exorbitante que le impusieron; que afligido Masanielo malbarató su pobre ajuar, y con su importe, y la ayuda y míseros socorros de sus vecinos y amigos pagó la multa y recobró á su mujer, jurando empero vengarla, y concibiendo desde entónces un odio implacable contra as gabelas y contra sus exactores.

El fué, como confesó despues, el que habia con tanto sigilo quemado la casilla del mercado pocos meses ántes, y él era el que ya acaloraba pública y descaradamente una sublevacion.

Habia costumbre el dia de la Vírgen del Cármen de levantar en la plaza delante de la iglesia un castillejo de madera, que defendido por una tropa de mozalbetes vestida á la turquesca, y asaltado por otra con distinto traje, servia de espectáculo al populacho. En los últimos dias de junio se reunian estas tropas de pilluelos, nombraban su cabo y se ejercitaban á su manera, recorriendo en ridículo alarde las calles y plazas de la ciudad. Aquel año (1647) una eligió por caudillo á un mozuelo muy atrevido, llamado el Pione, y la otra á Masanielo, orígen harto humilde de su gigantesco poder. Viéndose jefe de aquella cuadrilla, acrecentó su tropa con los mozos más perdidos de su barrio, los armó de cañas y de palitroques, comprados con veinte carlines que le dió el cocinero del convento del Cármen, y les enseñó á gritar: *¡Fuera la gabela, viva Dios, viva el rey, viva la abundancia* (2)*!* A la cabeza de ellos, tremolando una bandera de papel de colorines, y repitiendo estas voces, recorria los barrios más populosos en confuso tropel, sin que nadie lo atajara, y causando risa y desprecio general la ridícula comparsa y sus alaridos. Pero animado con la tolerancia de los que debian haberle contenido y áun castigado, se atrevió hasta á pasar por delante del palacio. El rumor de la gente baldía que acompañaba á los muchachos, y los descompuestos gritos de éstos, llamaron al balcon al Virey y á las personas de cuenta que le hacian la corte. Y al pasar por delante de él aquella insolente y desarrapada pillería, hizo acciones tan soeces y ademanes tan deshonestos (3), que obligaron al Duque y á los suyos á retirarse, lo que produjo una insultante carcajada de la muchedumbre. Ni áun este aviso, á que no debia haber dado lugar, y de que tan lastimado debió quedar su amor propio, despertó al Virey de su inexplicable letargo. Pues como algunos le manifestasen que pedia un pronto castigo tal desacato, contestó impasible «que no merecia sino desprecio aquella chabacana muchachada.»

Continuaba Masanielo sus paseos por la ciudad con la misma algazara y sin estorbo, y pasando solo una tarde de vuelta de ellos por el atrio de la iglesia del Cármen, dos hombres retraidos en él, y que hablaban con reserva entre sí, lo pararon y le preguntaron con desprecio: *¿Qué quieres hacer tú?* A lo que contestó con firmeza: *Ser ahorcado ó dar abundancia á la ciudad.* Riéronse de su respuesta, exclamando: *¡Buen sujeto para arreglar á Nápoles!* Y el mancebo repuso con energía: *Si tuviera tres ó cuatro de tanto corazon como yo, y que de veras me ayudaran, veriais lo que soy capaz de hacer en bien del pueblo.* El tono solemne y decidido con que pronunció estas palabras fué de un efecto mágico, pues hicieron impresion tan fuerte en aquellos dos hombres, sin duda ya bien dispuestos, que llamándole aparte le juraron seguirle en cualquier empresa, por ardua y arriesgada que fuese (4). Eran estos Domingo Perrone, fugado de la cárcel, antiguo capitan de *utina*, y despues famoso contrabandista, que vestia sotana para sustraerse, como se hacia en aquel tiempo, de la jurisdiccion civil; y José Palumbo, antiguo capitan de bandidos, despues cabo de esbirros, y varias veces preso y encausado por malas fechorías: ambos audaces, promovedores de alborotos y muy acreditados con el populacho. Su ayuda y consejos fueron muy importantes para Masanielo, y áun mucho más los de un tal Julio Genovino, preso entónces en la cárcel de la Vicaría, y de quien haremos muy á menudo mencion en esta historia, por lo que necesario es hablar de sus antecedentes. Habia sido electo del pueblo en tiempo del último duque de Osuna, contribuyendo no poco á la sospechosa popularidad de aquel esclarecido Virey. Y habiendo luégo promovido las asonadas contra el cardenal Borja, fué encausado y remitido preso á España, donde lo condenaron por vida al presidio de Oran. De allí salió por indulto real á los diez y nueve años (5). Vuelto á Nápoles se ordenó *in sacris*, no para mudar de vida y costumbres, sino para seguir en sus malas mañas más á su salvo, amparado del carácter y hábito clerical. Este hombre astuto, revoltoso y letrado, y en quien ochenta años de edad no habian calmado el espíritu turbulento y el ansia de novedades, conoció desde luégo el partido que se podia sacar de las circunstancias, y lo mucho que podia servir la audacia de Masanielo; sopló activo por todos lados el fuego que ya ardia, y dirigió sagaz al arrestado mancebo, con oportunos consejos, inspirándole un odio de muerte contra la nobleza y presentándole un campo más ancho del que se ofrecia á sus estrechas miras y mezquinos proyectos. De suerte que puede decirse que tuvo aun mas parte que Masanielo en aquellos terribles acontecimientos, pues si el impetuoso jóven les dió cuerpo con su arrojo, el taimado viejo les dió alma con su doctrina.

Todo cuanto se platicaba y se hacia era tan en público y con tan insolente descaro, que no podia ignorarlo el aletargado Virey. Y lo sabia sin duda, pues el electo del pueblo Andrés Naclerio, su íntimo familiar, le referia cuanto pasaba. Pero temiendo que se decidiese por temor á abolir la gabela, cuyos arrendadores le tenian ganado (6), cuidaba al mismo tiempo de no dar importancia á los hechos, y de pintarlos como dignos de desprecio. Dejándose decir: que el comun descontento nada valia, y que en último caso no faltaban grilletes y dogales para los revoltosos, que incautos quisieran pasar de las hablas á los hechos; con lo que el Duque repetia tranquilamente que todo lo que pasaba en Nápoles no era más que una niñería despreciable y una ridícula muestra de impotencia. ¡Ah! no sabia que los grandes trastornos suelen empezar con escenas ridículas de muchachos y acaban con escenas de tigres sangrientísimas y horrorosas.

CAPITULO V.

NOTÁBASE falta de fruta en Nápoles á pesar de la abundante cosecha, porque habiendo ocurrido en el mercado una disputa entre regatones y hortelanos sobre quién debia pagar la gabela, el electo del pueblo Andrés Naclerio habia sentenciado en contra de éstos, porque como forasteros era ménos temible su disgusto, que el de aquellos, habitantes de la ciudad, con amigos y conexiones en el populacho. Y los lugareños de la comarca, por no sufrir el recargo, se retraian de acudir adonde no encontraban ganancia y sí sólo vejaciones. Pero el dia 7 de julio de 1647, que era domingo, estando la plaza henchida de gente, que se lamentaba de la escasez de su favorito alimento, llegaron de Puzzoli varios hortelanos con abundantes cargas de fruta, particularmente de higos, que exquisitos y en gran abundancia produce su territorio. Y al instante tropezaron con los guardas y con la exaccion del impuesto. Resistiéronla rudamente los puzzolanos, disputando con los regatones y tenderos sobre quién debia de pagarlo; retardándose así la expendicion de la anhelada fruta á la inquieta muchedumbre, que ansiosa la esperaba.

Iban siendo tan vivas y pesadas las contestaciones, tan tenaces y ejecutivas las reclamaciones de los exactores, tan desasosegado el continente de la multitud, que llegando todo á noticia del Virey, mandó inmediatamente al electo Naclerio que fuese con presura á restablecer el órden, dando fin á la contienda. Llegó al mercado á toda priesa el magistrado popular, impuso con su presencia silencio, y confirmó con poco tino su sentencia anterior contra los hortelanos, amenazando además con graves penas á los que se resistiesen, y haciendo imprudentísimo é inoportuno alarde de su autoridad.

No se amilanaron los pobres rústicos, ántes bien manteniéndose firmes en no pagar la gabela, prosiguieron tenaces la disputa, reforzándola con poderosas y sentidas razones, dispuestos en último caso á volverse á su pueblo con la mercadería. Cuando uno de ellos (cuñado de Masanielo, y sospéchase que de acuerdo con él) despues de acalorar con duras palabras el altercado, llamando la atencion general, exclamó en altas y desaforadas voces: *Dios nos da la abundancia y el mal gobierno nos la quita. Ya que no puedo ganar nada con mi trabajo, gocen los pobres de mi hacienda, ántes que me la roben los guardas;* y volcando dos cofines que habia traido, esparció por tierra cuantas frutas contenian. De aquí saltó la chispa que incendió los combustibles amontonados.

Arrojáronse los muchachos á los higos y ciruelas, que por el suelo rodaban; quisieron tambien impedirlo los tenaces exactores; y llegando Masanielo con su cuadrilla, ayudó á recoger la desparramada fruta, exhortando á todos á que no la comiesen, sino que la tirasen, como él empezó á hacerlo descaradamente, á los guardas y al electo Naclerio. Seguia este impertérrito amenazando con galeras y horca á los promovedores de aquel desórden; y Masanielo, cogiendo en vez de fruta una gruesa piedra, se la tiró con tan buen tino, que le dió en el pecho un fuerte golpe. Lo que y el granizo de ellas que empezó á venir de todas partes, al grito unánime de *¡fuera gabelas!*, pusieron en fuga á los exactores y en grave peligro al electo. Pero ayudado por Antonio Barbara, capitan de justicia, y de algunos vecinos honrados, se salvó en el inmediato convento del Cármen, de donde saliendo á la marina y arrojándose despechado y confuso en un bote, logró ganar el arsenal y dirigirse á palacio á dar cuenta de todo al Virey (7).

Fugados y escondidos los exactores y desaparecido el electo, quedó el pueblo en helada inaccion y en profundo silencio, como asombrado de lo que acababa de hacer. Pero Masanielo y los suyos, sin perder un instante, dieron fuego á la casilla de la gabela, con cuantos libros, asientos y dinero habia en ella; y en seguida, puesto de pié sobre un banco que halló cerca, sirviéndole de dosel las llamaradas y humo del incendio, gritó el audaz pescadero con acento agudo y penetrante: *¡Viva Dios, viva la Vírgen del Cármen, viva el Papa, viva el rey de España, viva la abundancia, muera el mal gobierno, fuera la gabela!* Repitiéronse estas voces con unánime entusiasmo, pareciendo que un solo pecho las alentaba, que una sola boca las profería; y agitóse terrible aquella masa compacta de vivientes, que cada instante crecia con las turbas, que como torrentes despeñados, desembocaban por todas las avenidas; pues corrió rápidamente por toda la ciudad la noticia de lo que ocurria en el mercado. Y apoderándose los alborotadores de la torre de la iglesia del Cármen, anunciaron con las campanas á vuelo, que habia nacido la sublevacion.

Ya venia estrecha aquella anchurosa plaza á la apiñada y confusa muchedumbre, que aunque sin plan, sin direccion y sin cabeza, conoció por instinto que era necesario moverse y llevar adelante el tumulto; y varias voces, *á palacio, á palacio*, la pusieron en movimiento, aumentando la confusion. Rota la masa, tomaron por distintas calles las turbas, dirigiéndose una de ellas al arrabal de Chiaja para quemar, como lo hicieron, otra casilla de la gabela que estaba allí establecida. Verificado lo cual, por consejo de algunos que conocian la necesidad de un jefe que regularizara el movimiento, acudieron allí al palacio de D. Tiberio Caraffa, príncipe de Bisignano, maestre de campo general, y sujeto muy bien quisto del pueblo, para que se pusiese á su frente y solicitara del Virey, en nombre de todos, la abolicion del impuesto.

El duque de Arcos en su palacio oia acercarse el rumor de la sublevada muchedumbre, informado ya por el electo Naclerio y por otros fugitivos del desórden ocurrido en el mercado, que tan rápidamente por toda la ciudad cundia. Y en lugar de reforzar su guardia, de avisar á los cuarteles y castillos, de poner en órden las tropas españolas y tudescas, que aunque escasísimas en número, mucho pudieran aun haber hecho, de montar á caballo con los nobles de la ciudad, pues todos decididos le hubieran seguido, porque conocian que iban al cabo á ser víctimas del alboroto, y de sostener en fin con decoro la reputacion de las armas del Rey y su propia autoridad; se contentó con no hacer nada, y esperar los sucesos entre cuatro paredes, aunque no debia creer el movimiento de poca importancia, cuando á la primer noticia que de él tuvo puso en salvo á su mujer y á sus hijos en el vecino fuerte de Castelnovo.

Perplejo estaba como no lo habia estado jamás, y abatidísimo de alma y de cuerpo; pues, segun refiere un autor contemporáneo (8), tomaba para restaurarse un bizcocho empapado en vino, en el momento que llegó la desbocada muchedumbre, precedida del pavoroso estruendo que va delante de una inundacion. Vió entónces estupefacto, desde detrás de las vidrieras, desembocar por distintos lados en la gran plaza que tenia delante un mar alterado, que llenándola toda, dirigió sus hinchadas olas contra el palacio. Los pocos y desapercibidos soldados españoles que lo custodiaban, no pudieron oponer resistencia, ni aun tiempo tuvieron de intentarla; pues fueron arrollados, derramándose por vestíbulos, patios y corredores las bramadoras turbas. Y subiendo en tropel las escaleras, atropellaron á la guardia tudesca, le quitaron las alabardas, y entraron sin obstáculo en las habitaciones, cuyas cerradas puertas las hacia pronto astillas el ímpetu popular.

Ya estaban profanados los régios salones por la más inmunda pillería, cuando llegó la parte de pueblo que se habia dirigido á Chiaja, trayendo al príncipe de Bisignano á su cabeza; pues aunque este buen caballero estaba postrado en cama con un acceso de gota, habia montado á caballo para

(1) El caballero Scipion Volpicella.
(2) Giraffi. – Agnello della Porta. *Causa di stravagance nel tumulto di Napoli.* MS.
(3) Comte de Modéne, *Memoires sur la revolution de Naples de* 1647.
(4) Giraffi.
(5) De Santis. – Brusoni, lib. XV.
(6) De Santis.
(7) Giraffi. – De Santis. – Comte de Modéne. – Capecelatro, MS.
(8) De Santis.

ver si podia evitar los males que á la ciudad y á la autoridad real amenazaban. Engrosóse el gentío con este refuerzo, y el príncipe, que era justamente acatado de todos por sus prendas personales, abriéndose no sin dificultad camino entre la confusion, llegó á palacio y contuvo á la canalla que lo invadia, en el momento crítico y apurado en que iba á ceder, á los golpes de sus alabardas, la puerta del gabinete donde estaba retraido el Virey, con el P. Juan de Nápoles, general de franciscanos, que gozaba opinion de santo, con el príncipe de Satriano y con otras personas de cuenta. Mucho tuvo que trabajar para que, contenido el populacho, le dejase entrar solo, como lo consiguió á fuerza de ruegos y de promesas.

Apenas lo vió el Duque le dijo: *Precisamente iba en este momento á enviar por vos;* y le atajó el príncipe con viveza: *Pues, señor, ya estoy aquí á rogar por Dios á V. E. que alivie sin demora al pueblo de la gabela, para que vuelva á la tranquilidad, y se eviten los desastres que nos amenazan.* El Duque, siempre perplejo y dilatorio, le repuso: *Si pudiera reunirse el consejo colateral, trataríamos de este asunto.* Y cuando el príncipe y los demás que estaban presentes iban á manifestarle que el estado de las cosas no admitia ya tales dilaciones, los amotinados que estaban fuera les ahorraron el trabajo; pues cansados de esperar, acabaron de romper la puerta, y entraron bramando de furia en el gabinete, repitiendo con gritería infernal: *Fuera la gabela, muera el mal gobierno.* Trémulo y pálido el Virey, viéndose estrechado tan de cerca, exclamó en alta y angustiada voz: *Sí, hijos mios, todo se hará luego.* Palabras que el historiador contemporáneo Rafael de Torres dice le refirió Octaviano Sauli, que se halló presente, y como auténticas las pone así en castellano en su historia latina de aquellos acontecimientos.

Esta oferta del Duque y los esfuerzos del príncipe de Bisignano, y sobre todo las exhortaciones del P. Juan, á quien todos veneraban, dieron tiempo para escribir apresuradamente varias papeletas selladas y firmadas por el Virey, aboliendo el impuesto de la fruta y reduciendo á la mitad el de la harina. Y asomándose al balcon, tratando en vano de sobrepujar con su débil voz la gritería general, las tiró á la muchedumbre. Esta en cuanto se impuso de su contenido, más agitada que nunca, manifestó que ya no se contentaba con tan poco, y que queria la abolicion de todas las gabelas, y pidió que bajase el Virey á la plaza para oir sus peticiones.

Mucho trabajo le costaba al duque de Arcos el hacerlo. Quiso por una puerta secreta huir á Castelnovo, pero le dijeron que estaban levantados los puentes y calados los rastrillos. Y viéndose dentro de su propio gabinete en poder de los sublevados, persuadido por los personajes que le rodeaban y asistido de ellos, sacó fuerzas de flaqueza, y sin color en el rostro ni aliento en el corazon, bajó por una escalera excusada, y se presentó en la puerta principal del palacio. Recibió allí tremendos insultos mezclados con humildes adoraciones, pues miéntras unos corrian á besarle la mano, la cabeza descubierta y doblada la rodilla, otros le amenazaban con palabras, y con indignos ademanes lo escarnecian. Estrechado por todas partes, llegó á verse apuradísimo en medio de aquella baraunda, donde las palabras y los discordes gritos se confundian, imposibilitando todo concierto. Su peligro era grande, cuando logró por fortuna, aprovechando los esfuerzos de los caballeros que le rodeaban, y los de algunos de entre la turba, que aun respetaban por fuerza de costumbre su autoridad, entrar de nuevo en el palacio y cerrar la puerta. Y hallándose casualmente en un patio la carroza de uno de los de su séquito, saltó en ella con el prior de la Roccella y otros dos señores, y mandó que saliendo por una puerta lateral le condujesen pronto á la iglesia de San Luis de PP. Mínimos, que estaba enfrente. Trató en vano el cochero de penetrar por aquella apiñada muchedumbre, que conociendo inmediatamente al Virey, estrechó la carroza de tal manera, que andaba casi sin tocar al suelo de un lado á otro, á impulso de las oleadas del gentío, como una nave sin velas ni timon, juguete de las olas en deshecha borrasca. Angustiadísimo iba el Duque, y desconcertados los que lo acompañaban, y más viendo muchas espadas y picas amenazarle de cerca, como de léjos algunos arcabuces y ballestas, y á la gente más soez, perdido todo respeto, saltar al estribo y poner las manos violentamente en su persona; llegando, segun afirma un autor contemporáneo (1), hasta tirarle del bigote... ¡Así andaba el delegado de los Reyes, así la autoridad suprema del reino!

En tan extremo conflicto echó mano el Virey de un recurso muy conocido, y rara vez puesto en práctica sin buen éxito. Empezó á tirar al pueblo puñados de monedas de oro, de las que iba provisto para la fuga; y á este medio debió su salvacion. Pues si oyó algunas voces, que con noble acento resonaban: *no queremos tu oro, queremos que remedies nuestra miseria aboliendo injustas gabelas* (2), los que de cerca apretaban la carroza, se arrojaron codiciosos á la presa, haciendo un claro, que sostuvieron valerosos los caballeros, algunas personas bien intencionadas, y unos cuantos soldados españoles que acudieron oportunamente; y abriéndose luégo paso el ímpetu de los caballos, consiguió el Virey llegar á San Luis, entrar dentro y cerrar las puertas de la iglesia y del convento.

La multitud furibunda y enardecida se agolpó contra el nuevo asilo de la víctima que queria devorar, repitiendo en desaforados gritos: *¡viva el rey de España, muera el mal gobierno!* cuando un tiro de arcabuz, disparado inoportunamente desde palacio, mató á un hombre desconocido del pueblo, que se mostraba de los más inexorables. Huyeron en el primer momento los más tímidos, pero acrecentó sobremanera este incidente el furor de la masa popular. Una parte de ella acometió al palacio, se apoderó de él despedazando á los españoles y tudescos que encontró al paso, y destruyó cuanto le vino á la mano, arrojando por los balcones los deshechos muebles, rotos espejos y desgarrados cortinajes. Otra quedó bramando de furor en torno al convento, para apoderarse de él á viva fuerza. Y otra, puesto el cadáver desconocido en una silla, lo llevó por los barrios bajos, gritando *¡á las armas!* y sirviendo de bandera á la ya indomable sublevacion.

El cardenal Filomarino, arzobispo de Nápoles, á quien el estrepitoso rumor primero, y despues los continuos avisos que recibió le advirtieron el origen y los progresos del desórden, en cuanto supo la angustiada posicion del Virey, voló en su carroza á ayudarlo y á defenderlo. El respeto de que gozaba en la ciudad, tanto por sí como por su elevado ministerio sacerdotal, le abrió el paso hasta la iglesia de San Luis. Allí el pueblo, que estaba ya rompiendo las puertas de unas accesorias, donde estaban refugiadas y en la mayor angustia algunas señoras, cercó respetuoso la carroza del prelado, rogándole con vivos clamores que arrancara pronto del tenaz Virey la abolicion de los impuestos, repitiendo sus *vivas* y sus *mueras*. El Cardenal les ofreció hacerlo inmediatamente diciéndoles que á eso venia; pero que era necesario para conseguirlo que se calmasen y contuviesen; con lo que logró aquietar un momento el desórden, y entrar en el convento con la debida precaucion, para que no se lanzasen tras él los más atrevidos.

El Virey, no hemos podido indagar ni sospechar la causa, no tuvo por conveniente recibirlo y abocarse con él. Y solamente despues de hacerlo esperar un rato, le envió con un gentilhombre un pliego, en que sellada y firmada de su puño estaba la abolicion de la maldita gabela, y la reduccion de la de harinas. No contentó mucho al Cardenal arzobispo este resultado de su visita, pero ahogando generosamente por lo crítico de las circunstancias todo resentimiento, y deseando sólo salvar al Duque de un desastre, y al pueblo napolitano de un gran crímen, salió á la calle y volvió á montar en su carroza, mostrando á la muchedumbre, con satisfactoria sonrisa y aire complacido, el papel, diciendo que iba á leerlo y publicarlo á la plaza del Mercado. Atrájose la atencion general, y mandó secretamente al cochero que tomase la calle de Toledo arriba, logrando llevarse tras de sí aquel numeroso gentío y retirarlo de San Luis, cuyos alrededores quedaron casi desiertos.

Pero á poco, aun cuando ya estaban bastante distantes, empezó á desconfiar el pueblo, reconociendo la opuesta direccion por donde se le conducia. Y exigió se le leyese aquel papel, tras del que iba como encantado. Fué preciso darle gusto, y en cuanto vió que no era tan satisfactorio como creia, pues ya solicitaba, no la remision de una parte, sino la completa abolicion de todos los impuestos, abandonó la carroza del Arzobispo, y se derramó en furiosas turbas. Unas fueron á recorrer la ciudad para incendiar cuantas casillas de guardas habia en ella; otras volvieron á San Luis para entrarlo á viva fuerza y matar al Virey. Aquellas lograron su intento, pero estas se encontraron sin el objeto de su furor.

CAPITULO VI.

El duque de Arcos en cuanto vió léjos de la plaza á la furibunda multitud, aprovechando los momentos, saltó con ayuda de los frailes las tapias de un corral, y pasando á unas casas contiguas, fué al convento de los Angeles de PP. teatinos, en Pizzo-Falcone; y de allí por el barrio de Mortele, que aun estaba tranquilo, en una silla de manos llevada por soldados españoles, por no fiarse de los silleteros del país, se refugió en el castillo de Santelmo, situado en un cabezo que señorea la ciudad. Y lo consiguió con mucho trabajo, por ser la cuesta muy agria, y haber tenido en algunos malos pasos del camino que echar pié á tierra y andar expuesto al sol, pues siendo muy corpulento y obeso (3), no podian con él los que lo conducian.

La fuga del Virey aumentó el furor de los sublevados. Mataron cuantos españoles y tudescos encontraron al paso, con circunstancias de ferocidad inaudita. Y apoderándose de sus armas, se derramaron por la ciudad en numerosos grupos, generalizando rápidamente la insurreccion.

El príncipe de Bisignano desde que vió atropellada la persona del Virey, conociendo que nada podia remediar, y no queriendo autorizar con su presencia tanto desórden, trató de evadirse y de retirarse con disimulo; pero sospechándolo los amotinados más sagaces que le rodeaban, y que cuidaban como prenda de seguridad el que tan elevado personaje tuviese parte en aquellos excesos, lo estrecharon y vigilaron tan de cerca, que tuvo que disimular sus intenciones, y que borrar las sospechas con sus razonamientos, dejándose llevar de un lado á otro, segun el impulso de la turba que lo empujaba. Llegó así por la cuarta ó quinta vez al mercado, centro y foco permanente de la sublevacion; y con pretexto de descansar un rato y rezar á la Vírgen, entró en la iglesia del Cármen, seguido de cuanta gente cupo en ella. Allí subiéndose al púlpito y tomando el crucifijo (como refiere el contemporáneo Giraffi), empezó á exhortar á la tranquilidad y al sosiego, con muy sentidas palabras, ofreciendo que el Arzobispo, él y los demás señores de la ciudad amigos del pueblo, conseguirian del Virey cuanto fuese razonable para el bien general. No dejó de hacer efecto esta arenga en los circunstantes. Y creyendo el príncipe que haria el mismo en la muchedumbre que llenaba la plaza, salió, volvió á montar á caballo, y prosiguió sus exhortaciones. Mas fueron completamente desatendidas: más bien que calmar los ánimos, consiguieron irritarlos, pues todos gritaron que no podian ya fiarse de promesas ni de intercesiones; y más furioso que nunca se derramó el gentío, que ya pasaba de cincuenta mil hombres, á abrir las cárceles y á empezar sus particulares venganzas, habiendo tambien concebido ya el proyecto de apoderarse de San Lorenzo y de su torreon, depósito de armas y de artillería.

Se acercaba la noche, y los PP. teatinos y los de la compañía de Jesus, ó de motu propio ó por órden del Arzobispo, salieron de sus conventos con cruz y ciriales, dirigiéndose por distintos rumbos al mercado, y creyendo poder contribuir al restablecimiento de la tranquilidad con sus ruegos y amonestaciones. Y aunque oyeron en su tránsito inusitados insultos del populacho, y recriminaciones muy amargas aunque bien fundadas, por los muchos bienes, libres de toda contribucion y gabela, que poseian, continuaron su marcha majestuosa, y llegaron, casi á un mismo tiempo unos y otros, á la plaza del Cármen. Muy estrechos se vieron en ella entre la apiñada multitud, que no les dejaba paso, y que les gritaba furibunda: *Retiraos, padres, á vuestros conventos, y pues no salís á impedir que se nos desuelle con impuestos, no salgais ahora á estorbar que nos libertemos de ellos* (4). Con lo que temiendo, no sin causa, que pasaran más adelante los amotinados, se retiraron, deshecha la procesion, lo más pronto que pudieron.

Tambien aquella tarde acometió una parte del populacho á San Lorenzo; pero opuso aquel punto defendido por soldados españoles tal resistencia al desordenado aunque impetuoso ataque, que se apartaron de él las turbas escarmentadas. Más afortunadas fueron en el allanamiento de las cárceles, pues lo verificaron sin oposicion, inundando la ciudad de los malhechores que en ellas estaban, y que dieron nuevo pábulo á la sublevacion. La única que respetaron fué la de la Vicaría, tanto por haber sido palacio de Cárlos V, cuyo nombre sonaba ya mucho, cuanto por ser de jurisdiccion del Arzobispo. En tanto otro peloton de amotinados asaltó la casa de un tal Vagliano, hombre riquísimo, que era cajero del impuesto sobre las harinas; y la saquearon y desmantelaron toda, arrojando por las ventanas muebles, cuadros, tapicerías, y hasta joyas y dinero, haciendo con todo una inmensa hoguera. Y como uno de ellos intentase retirar de las llamas una moneda ó una alhajilla de ningun valor, todos le gritaron dándole sendos golpes: *que no se trataba de robar, y que sería ahorcado el que lo hiciese* (5).

Asaltaron luego las tiendas de los armeros, y se proveyeron en ellas de picas, alabardas y ballestas, y de algunos arcabuces. Y queriéndose apoderar de una en que habia algunos barriles de pólvora, encontrando resistencia prendieron fuego á la casa, que voló con estrépito grande, causando la muerte de más de ochenta personas, hiriendo muchas más, y poniendo en nueva confusion la ciudad.

Entró la noche, y el príncipe de Bisignano, molido de haber pasado todo el dia á caballo, y desengañado completamente de que no podia de modo

(1) Comte de Modéne.

(2) Giraffi. Donzelli. — De Santis.

(3) De Santis.
(4) Giraffi; De Santis y todos los AA. contemporáneos.
(5) Giraffi. — De Santis.

alguno dominar aquel espantoso desórden: muerto de hambre y de sed, y acrecentados con la fatiga y el disgusto los dolores de la gota, pensó en los medios de ponerse en salvo y de salir de aquel laberinto. Echó la voz entre los más razonables de aquellos furiosos, por medio de los que aun le respetaban y obedecian, de que era necesario descansar, para volver al dia siguiente con más vigor á atacar el torreon de San Lorenzo, cuya ocupacion era necesaria, y que era al mismo tiempo indispensable pasar la noche con órden, y en tal disposicion que no pudiera ser el pueblo sorprendido; que convenia pues dividirse en varios cuerpos que ocuparan las plazas principales, donde miéntras unos tomasen alimento y durmiesen, los otros estuvieran alerta y vigilantes. Cundieron estas especies con rapidez por las turbas, ya hambrientas y cansadas, por lo que las juzgaron razonables, y se prestaron á ponerlas en práctica. El príncipe se apresuró á dar como pudo órdenes é instrucciones, dividió las masas, envió cada una, aunque sin órden ni concierto, á distintos puntos, y se quedó con una pequeña reserva compuesta de sus parciales; y cuando se vió ménos vigilado, se separó con cautela y logró alejarse y entrar en Castelnovo.

Tambien el duque de Arcos, amparado de las tinieblas de la noche, mudó de asilo, pues aunque el castillo de Santelmo es de suyo fuerte, y ocupa una ventajosísima posicion, dominando la ciudad, y aunque estaba encargado de su mando y defensa D. Martin Galiano, el famoso en Lombardía por su heróica defensa de Valenza del Pó, estaba tan desprovisto que apénas tenia víveres para tres dias, y municiones para algunas horas de resistencia: por lo que determinó el Virey trasladarse con su séquito á Castelnovo, tambien mejor situado por estarlo en la marina. Y así lo verificó, tomando las más oportunas medidas para la seguridad de su tránsito, y cuidando ántes de proveer á las necesidades del castillo, por medio de los PP. cartujos, que estaban inmediatos, y que se encargaron, como lo hicieron diestramente, de introducir en él municiones y vituallas, ayudando generosamente al socorro D. Pedro Caraffa con dinero propio.

A media noche salió de Santelmo el Virey con los del consejo, varios nobles napolitanos, empleados, magistrados, y una numerosa escolta de soldados españoles. Pero ántes dejó convenidas con el gobernador ciertas señales, para avisarle cómo y cuándo debia romper el fuego sobre la ciudad en caso necesario; y envió tambien con la debida cautela algunos de sus confidentes á ella para avisar á los almacenistas, que mojaran é inutilizaran cuanta pólvora hubiese en los almacenes (1). Llegó felizmente y sin obstáculo á Castelnovo, cuyo gobernador, D. Nicolás de Vargas Machuca, no habia perdido tiempo en abastecerlo de lo necesario, y en acrecentar con oportunos reparos sus obras de defensa. Allí encontró el Duque á su familia, que le esperaba con ansiedad, á muchos señores napolitanos, entre ellos al fatigado y desfallecido príncipe de Bisignano, á la mayor parte de los altos empleados públicos, y gran número de personas comprometidas.

La noche avanzaba, y ofrecia la extensa Nápoles un aspecto espantoso. Dividido el inmenso pueblo, ya casi completamente armado, en distintas masas sin concierto ni caudillo, ocupaba las plazas principales. Gruesos grupos, con presuncion de patrullas, recorrian las calles en desórden. Confusos pelotones, con apariencia de grandes guardias, se establecieron avanzados á observar los castillos, las marinas y las puertas de la ciudad. En todas partes resonaban de cuando en cuando gritos furibundos, vivas y mueras. En todas circulaban mil ideas absurdas y contradictorias, mil falsas noticias, mil proyectos para el nuevo dia. Pero en ninguna se ocurrió el pensamiento, ni se pronunció una sola palabra de independencia, de nacionalidad, de cambio de dominacion, haciéndose de continuo en todas respetuoso alarde de amor, de sumision, de fidelidad al rey de España: no habiendo un solo individuo en tan innumerable gentío amotinado, que se creyese rebelde. Ya el resplandor de un incendio se alzaba entre los altos edificios; ya se oia un tiro de arcabuz, que no se sabia quién lo habia disparado ni á quién iba dirigido; ya un terror pánico se apoderaba de un grupo, que huia despavorido, poniendo todo un barrio en consternacion; y en medio de tan espantoso y confuso desórden, cruzaban buscando un asilo á favor de las tinieblas trémulos y disfrazados los nobles y los pudientes, ya solos, ya con sus aterradas familias, abandonando sus casas, sus comodidades y sus riquezas. Unos se acogian al arrimo de los castillos, otros lograban á fuerza de oro embarcarse en los botes y lanchas de Santa Lucía y de las playas de Chiaja y de la Mergelina, y algunos se alejaban por tierra de la ciudad, para esconderse en los bosques ó para refugiarse en las alquerías.

En la plaza del Mercado duraba permanente el foco y centro de la sublevacion, ocupada siempre por inmenso gentío. Y allí estaba con su séquito Masanielo, sin haber aún ejercido autoridad ninguna en las turbas, ni dádoles direccion, aunque con una actividad prodigiosa y con una audacia satánica, habia tomado parte en los más importantes acontecimientos del dia. Llegaron cerca de la media noche á aquel sitio cuatro enmascarados, de muchos que, con los sayos y capuces de las cofradías, se habian mostrado en todas partes, acalorando la sedicion. Y levantándose uno de ellos el antifaz mostró á la luz de la luna y al resplandor de las hogueras, ser el octogenario Julio Genovino, que llamando la atencion general, dirigió una larga y bien escuchada arenga á la muchedumbre que lo rodeaba. Aplaudió mucho el que el grito general del pueblo fuese el de viva el rey de España, y muera el mal gobierno. *Porque no se trata* (dijo) *de quitarle la corona y la soberanía de Nápoles, sino solamente de poner remedio á la injusticia y rapacidad de sus ministros y delegados.* Y exhortando vehementemente á su auditorio á no soltar las armas hasta conseguirlo, y atizando el odio contra la nobleza, á quien culpaba de todas las miserias del país, y apuntando diestramente la necesidad de igualarla con el pueblo en los *sediles* de la ciudad, concluyó su discurso asaz elocuente, manifestando la urgencia de una cabeza y supremo jefe que regularizase los esfuerzos de todos, y dirigiera la sublevacion para que fueran felices y seguros los resultados (2).

Mucho efecto hicieron las palabras del sagaz anciano, pues ya se habia conocido por instinto en la muchedumbre la necesidad de un resuelto jefe y denodado caudillo que la capitaneara; y Palumbo y Perrone y otros de los que más influjo lograban en el populacho, de acuerdo con Genovino, empezaron á esparcir el nombre de Masanielo, conociendo su audacia y al mismo tiempo lo fácil que les sería dominarlo por su incapacidad.

La especie cundió favorablemente y con rapidez por la ciudad toda, en el oportuno momento en que se extendió por ella la noticia de la fuga del príncipe de Bisignano y de la traslacion del virey á Castelnovo; y conmoviéndose nuevamente los ánimos, y volviéndose á poner en desordenado movimiento las turbas, y tocando á vuelo las campanas del Cármen y de otras torres, que estaban en poder de los sublevados, y recorriendo varios grupos las calles con hachones encendidos y creciendo por puntos la gritería, el desórden, la confusion, fué aclamado Masanielo supremo jefe y única cabeza del pueblo amotinado.

CAPITULO VII

Miéntras en la plaza pública, al aire libre, bajo la bóveda inmensa de la noche, se consolidaba la sublevacion, en las lóbregas estancias de Castelnovo se discurria sobre el modo de sujetarla y deshacerla: no con medios violentos y decisivos, ya imposibles; no con las armas, escasas en número, y sin combate ya vencidas y desairadas, sino con la astucia y con manejos ocultos, aprovechando con destreza los desaciertos, y poniendo en lucha y contradiccion las pasiones y varios deseos de los amotinados. Y se resolvió emplear en estos medios el tacto, la actividad, la decision que debieran haberse empleado con más justicia en no provocar el conflicto, con más nobleza en haberlo impedido, cuando sus primeros síntomas se manifestaron.

Propúsose pues el Virey recobrar con paciencia y sagacidad cuanto habia perdido con su imprevision, con su terquedad y con su indolencia; y conservar á toda costa la autoridad de derecho, ya que la de hecho le habia sido tan fácilmente arrebatada. Para conseguirlo, se decidió á poner todo su conato en procurar que el pueblo continuase de cualquier modo dirigiéndole peticiones, aunque fuesen las más descabelladas, porque eran siempre un reconocimiento tácito, y un acto positivo de dependencia; y á aprobar con su autorizacion oficial los nombramientos que hiciesen, y cuantas disposiciones de gobierno, buenas ó malas, tomasen los sublevados, para aparecer siempre como la cabeza y jefe supremo del reino. Decidido así á esperar los sucesos en la inaccion, y á aprovecharse de ellos con habilidad, determinó valerse oportunamente de la influencia del cardenal Filomarino, que no podia ser favorable á la nobleza; y servirse de esta de tal modo, que si no le podia ser útil para sus planes, se hiciese sospechosa al pueblo; para imposibilitar una avenencia temible, que pudiera muy bien convertir el motin en rebelion de muy graves y trascendentales resultados.

Avínole bien al duque de Arcos, para llevar á cabo sus proyectos, el encontrarse en Castelnovo gran número de señores y caballeros, que temerosos del furor popular se habian allí refugiado, y que con celo y lealtad le servirian; con la mayor parte de los capitalistas y hombres acaudalados de la ciudad, que temiendo persecuciones y despojos, sólo anhelaban el restablecimiento del órden; con empleados públicos de todas categorías, que le ayudasen; y con el consejo colateral, para dar más fuerza y legalidad á sus disposiciones.

Como varias veces hemos hecho ya mencion, y continuaremos haciéndola en esta historia, de tan importante corporacion, nos parece del caso decir algo de su forma y atribuciones. Componíase pues el consejo colateral de los vireyes de Nápoles de cuatro magistrados, dos españoles y dos napolitanos, bajo la presidencia de un regente; y aunque entraban tambien en él algunos caballeros españoles y del país, que no usando toga, se llamaban consejeros de capa corta, los licenciados, como siempre acontece, extendieron sagazmente su preponderancia, hasta invalidar la influencia de estos compañeros legos, quedándose de hecho solos y exclusivamente dueños de las deliberaciones, y por consiguiente del poder. Fué creado este consejo por el suspicaz D. Fernando el Católico, cuando concibió tan infundados recelos de las nobles y leales intenciones del Gran Capitan; y quiso con él poner coto, sin deprimirla, á la autoridad de los vireyes. Estaban estos obligados á consultar al consejo colateral en todos los asuntos graves, pero no á seguir siempre su dictámen; mas en las disposiciones que debian tener fuerza de ley, se necesitaba su consentimiento y su refrendo, siendo en todos casos un alivio grande de responsabilidad personal. En las difíciles circunstancias en que se habia colocado el duque de Arcos, y para la ejecucion del plan que se proponia, ya se deja conocer cuánto le importaba la asistencia de tal corporacion.

Tambien encontró en el castillo al duque de Maddalone, señor de ilustre prosapia y de pingüe y antiguo estado, pero de desordenada vida y desarregladas costumbres; que estaba allí preso hacia algunos dias por la abierta y desvergonzada proteccion que daba á los forajidos del campo y á los malhechores de la ciudad. Y segun el conde de Módena, á quien seguiremos más de cerca en la segunda parte de esta historia, por sospechas de que habia contribuido al incendio de la nao capitana, que referimos en su lugar: cargo que nos parece poquísimo fundado, cuando ni aun siquiera lo insinúan los otros escritores contemporáneos y nacionales, que hablan largamente de este personaje. Parecióle al Virey hombre utilísimo en aquellas circunstancias, para cooperar á sus planes, aunque dudaba de su buena fe. Entrando en conferencia con él, y despues de tantearlo muy á su sabor y de asegurarse de que por falta de medios era incapaz de trabajar por cuenta propia, lo juzgó buen hallazgo; y determinó servirse de él en ocasion oportuna, poniendo en juego las relaciones que le ligaban con Perrone y Palumbo, como protector de sus fechurías, y la intimidad con que trataba á Genovino, el más temible y astuto y de cabeza verdaderamente revolucionaria de todos los revoltosos.

En meditar estos planes, y en dar los primeros pasos para llevarlos á efecto, pasó el duque de Arcos la noche, siempre con el oido atento á los rumores de la ciudad. Mas deseando al mismo tiempo no perder del todo la posesion de ella, envió alguna tropa española y alemana á desembarazar las inmediaciones del castillo; á ocupar el palacio abandonado, que estaba y está unido á la fortaleza por un puente; á asegurar las avenidas con fosos y reparos; y á establecer un puesto militar en Pizzo-Falcone, punto elevado y muy importante. Todo lo que consiguió sin ruido, y sin tener que hostilizar al pueblo, de asiento en el mercado, y derramado por otros parajes de la ciudad en el mayor desórden (3).

Salió el nuevo sol á presenciar nuevos atentados y espantosas venganzas; y resonó por todas partes el estruendo de tambores y clarines, el ruido de las armas y los clamores de la muchedumbre, considerablemente acrecentada con los habitantes de los pueblos y caseríos de la comarca, que acudian armados con los útiles de labranza, convertidos en instrumentos de guerra, á hacer causa comun con los de la capital. Y no sólo los hombres hacian ya alarde de aquel formidable aparato guerrero, sino que tambien las mujeres y niños, con escobas, asadores y cuchillos, y aun con alabardas y alfanjes, echando fieros y bravatas y despreciando el peligro, acrecentaban la sublevacion (4).

Puestas pues con el nuevo dia en movimiento las turbas populares, ya dirigidas aunque todavía no completamente por el pescadero Masanielo, recorrieron la ciudad en busca de pólvora y municiones; porque ya se habian procurado, no sólo gran número de espadas y de alabardas, sino tambien muchos mosquetes, arcabuces y escopetas, y siete cañones de corto calibre, que encontraron, por indicacion de una criada, enterrados en el patio de la casa de un armador de naves. Acudieron á los depósitos y almacenes públicos, donde creció de todo punto su furor, hallando la pólvora mojada é inútil. Tomáronla sin embargo á fin de secarla al sol, y fueron á buscar para matarlo á un tal Baz-

(1) De Santis.

(2) De Santis. — Agnello della Porta, MS. — Giraffi. — Baldacchini.

(3) Giraffi.

(4) Giraffi. — De Santis.

zaccarino, que era el que la tenia en custodia; mas no hallándolo, porque lo supo á tiempo y se refugió en Castelnovo, le asaltaron la casa quemando y destruyendo cuanto en ella habia.

Noticiosos luégo los amotinados de que en el Mandaracho, barrio junto á la marina, habia un mercader de ella, corrieron allá, y no escarmentados con la voladura de la tarde anterior, entraron de tropel con algunas cuerdas encendidas; é inflamándose la pólvora, que efectivamente en buena cantidad estaba allí almacenada, su explosion arruinó la casa, con muerte de cuantos estaban dentro y en sus alrededores, cuarteando los edificios contiguos, y estremeciendo toda la ciudad. Pero miéntras unos huian despavoridos y otros se acercaban á sacar de entre los escombros á los heridos, que pedian socorro con dolorosos clamores, un peloton de pueblo en el mayor desórden corrió al palacio de D. Ferrante Caracciolo, duque de Castel de Sangro, apoderándose de un depósito considerable de excelentes armas que en él habia. Y el efecto que hizo en los ánimos la explosion, y el disgusto de las desgracias que con ella habian ocurrido, y las disputas por el reparto de las armas nuevamente adquiridas, y palabras irritantes, y noticias sin fundamento que circularon por la muchedumbre, acrecentaron tanto su furor inspirándole tal frenesí de desórden, de destruccion, de venganza, que noticioso el Virey avisó desde Castelnovo á Santelmo que tuviera la artillería pronta para la primera señal (1).

No se creyó al cabo conveniente hacer uso de esta medida extrema, y el duque de Arcos para divertir un momento el furor de los sublevados, ó para tentar el camino de amansarlos, ó para empezar á poner en ejecucion su proyecto de aumentar la desconfianza que de los nobles tenia el populacho, rogó al príncipe de Bisignano, á pesar de lo escarmentado que estaba del dia anterior, ó acaso por esta razon misma, que volviese con nuevas ofertas á la plaza del Mercado. El buen caballero prestóse á disgusto, aunque de muy buena fe, deseoso de manifestar su celo por el servicio de la corona; y con Héctor Ravaschiere, príncipe de Satriano, salió de Castelnovo. Eran ambos personajes de mucha importancia en el reino, condecorados con la excelsa insignia del toison de oro, y atravesaron á caballo la marina, llevando en la mano un escrito del Virey, ofreciendo al pueblo la abolicion total de los impuestos sobre la fruta y las harinas.

Llegaron á la plaza del Mercado, no sin dificultad y aun peligro, porque el furor popular andaba muy crecido y desmandado; y oyeron en su tránsito ya *vivas* y alabanzas, ya *mueras* y vituperios, segun las ideas momentáneas de los grupos que atravesaron. En la plaza, ceñidos de espesa muchedumbre, en presencia de Masanielo y de los otros jefes de la insurreccion, volvieron á las arengas y exhortaciones, leyendo en sonora voz las ofertas del Virey. Los sublevados que, orgullosos con el buen principio de su empresa, llevaban ya mucho más adelante sus pretensiones, y cansados de tantas promesas no cumplidas, se agitaron furiosos en derredor, comunicando su movimiento á los ángulos más remotos de la plaza; y con espantosos bramidos, afrentando el nombre del Virey é insultando á sus nobles mensajeros, pidieron á una la abolicion de todos los impuestos extraordinarios establecidos por los vireyes; y que les entregasen sin demora el privilegio original de Cárlos V, en que estaban consignadas clara y terminantemente las exenciones de que debia gozar la ciudad. — Desairados y aburridos, trataban de retirarse ambos príncipes, cuando llegó el de Montesarchio, con nueva comision del Virey; pero sin dejarle hablar se alzó tal gritería, fueron tan formales las amenazas y aun los amagos, y llegó á tal extremo el calor de las apiñadas turbas, que los tres con dificultad suma, y con peligro inminente de ser sin piedad despedazados, se refugiaron más que de paso á su guarida. El sagaz y perseverante Julio Genovino era el que habia recordado este documento importante para el pueblo, y el que para empeñarlo á que con todo teson lo solicitase, se lo habia pintado como la panacea que debia curar todas sus miserias y desventuras (2).

Crecia por puntos el furor popular, viendo ya en todo engaños y traiciones de la nobleza, idea que los directores de la conmocion inculcaban con empeño en las masas, ignorando ¡ insensatos ! que con ella ayudaban á los planes del Virey, inutilizaban todos sus esfuerzos, quitaban consistencia al movimiento, se creaban enemigos temibles, y hacian imposible todo futuro arreglo en bien del país.

Resonando por todas partes el tremendo grito de *¡á las armas!* cuando nadie las habia soltado; tocando las campanas á rebato, como para provocar á reunion, que hacia veinticuatro horas que no se disolvia, y que continuamente se acrecentaba; se preparaban las agitadas turbas á combatir, no se sabe con qué enemigos; cuando los PP. dominicos, á pesar de la mala acogida que tuvieron el dia anterior los Teatinos y Jesuitas, quisieron salir tambien en procesion á probar fortuna. Pero á pocos pasos, viendo que el populacho los escarnecia y baldonaba, y que hollando todo respeto se arrojó hasta arrancarles la cruz que los guiaba (3), retiráronse afligidos y escandalizados á su convento; y en su iglesia, como se habia ya hecho en las demás por órden del Arzobispo, manifestaron el Santísimo, apelando á la misericordia del cielo, única que podia salvar ya la desventurada Nápoles de la calamidad que la afligia y de los desastres que se le preparaban.

CAPITULO VIII.

En medio de la confusion y desórden que la ira sin objeto, y el movimiento sin direccion producian, apareció á caballo, tambien mensajero del Virey, el prior de la Roccella ; y como todos, sin dejarle hablar ni respirar siquiera, le pidiesen con desaforados gritos el privilegio de Cárlos V, se le ocurrió en mal hora, para salir del apuro, decir que estaba en el archivo de San Lorenzo. Y la masa popular que lo estrechaba, con uniforme impulso llevándoselo consigo, se lanzó en la direccion de San Lorenzo, con un clamoreo aterrador. El aturdido caballero, que habia soltado la especie á tientas y como medio evasivo, ignorando si el tal documento estaba allí, y cómo buscarlo ni exigirlo en caso de que estuviese, y si era posible acercarse y penetrar en aquel punto fuerte, defendido por soldados españoles, trasudaba acongojado, sin saber cómo salir del compromiso en que tan ligeramente se habia puesto, y en que le iba de seguro la vida. Pero hizo su buena suerte que el pueblo se distrajese y arremolinase un instante, por cualquier incidente insignificante, que tan comunes son en los grandes bullicios ; y aprovechándolo el Prior, saltó del caballo, y á favor de la confusion tomando á todo correr por una callejuela, logró esconderse en un convento de teatinos, y de allí volver disfrazado á Castelnovo (4).

El Virey, aunque con mentido semblante mostraba sentir en el alma el mal suceso de sus mensajes, y los insultos que habian recibido los ilustres mensajeros, se complacia sobremanera, porque enconándose más y más los ánimos de nobles y plebeyos, se hacia cada instante más imposible su reunion, que era lo que en aquella situacion mas temia. Y despues de condolerse con los fugitivos, y de informarse por sus relaciones, que algo exagerarian el miedo y el desaire, del estado de la ciudad ; creyó llegado el momento oportuno de servirse del duque de Maddalone, ora para tentar de veras un concierto, ora para tambien desacreditarlo. Llamólo aparte, dióle sus instrucciones, y volviendo á asegurarse de su buena fe, lo envió animoso en busca de los sublevados.

Presentóse el duque á caballo en la plaza del Mercado, habiendo tenido en su tránsito buena acogida ; pues su desenvoltura, su despilfarro, sus conexiones con la gentuza, y hasta sus desórdenes y calaveradas lo hacian grato á la muchedumbre. Muy bien recibido fué tambien por Masanielo y por los antiguos conocidos, que capitaneaban las turbas ; y rodeado de inmenso gentío, á quien logró imponer silencio, comenzó á exhortarlo á la tranquilidad y á la quietud, ofreciendo que el Virey haria todo cuanto deseara el pueblo. Este, que oyó repetir las mismas razones y las ofertas mismas que le habian ya traido los anteriores emisarios, empezó á arremolinarse y á interrumpir al duque con un sordo murmullo, que creciendo rápidamente acabó en horrendos alaridos de indignacion; y en el grito, por unánime, aterrador de *¡ El privilegio de Cárlos V, el privilegio de Cárlos V!!!* estrechando de tal modo al mensajero, que casi tenian suspendido su caballo sin tocar con los piés en el suelo. No se acobardó Maddalone, y con desembarazo dijo y con seguro acento: *Bien, dejadme, iré á buscarlo*; é hicieron su voz resuelta y su ademan decidido tal efecto en la muchedumbre amenazadora que lo ahogaba, que abriéndose le hizo calle, por donde á toda rienda volvió á Castelnovo.

Aprovechó la ocasion el solapado Genovino (tal vez con ánimo de llamar la atencion general para proteger la fuga de su conocido), y alzando la voz arengó al pueblo, inculcándole la importancia de haber á la mano el privilegio que deseaba ; porque con él se demostraria cuán ilegales eran todas las gabelas impuestas por los vireyes á la ciudad ; y tambien insistió en la necesidad de exigir que en los sediles de ella se igualase completamente al pueblo con la nobleza, cuya tiránica avaricia y cuyo abandono de la causa pública, decia ser los verdaderos motivos del abatimiento y miseria del reino de Nápoles, y concluyó exhortando de nuevo á la fidelidad al rey de España, pues no eran de modo alguno rebeldes ; dirigiéndose sus esfuerzos solamente contra los inicuos ministros que tan mal le servian, oprimiendo á los súbditos, y privándole con vergonzosas rapiñas de más de la mitad de lo que producian los donativos y legales tributos de aquel fidelísimo reino (5). Ideas todas que cundian rápidamente y hacian grande y profunda impresion en las masas populares.

Empezaba la sublevacion á tomar la consistencia que da siempre una organizacion buena ó mala, que regulariza y da unidad al movimiento. Ya estaba acatado y reconocido el pescadero Masanielo como cabeza suprema del pueblo ; Domingo Perrone y José Palumbo habian sido nombrados sus tenientes; Julio Genovino, consejero ; y un jóven osado y fogoso, llamado Marcos Vitale, su secretario. Estos, componiendo una especie de cuerpo soberano y de acuerdo con los otros hombres del pueblo más influyentes, dispusieron nombrar con las formalidades posibles, un electo del pueblo que reemplazase al apedreado Naclerio ; y dieron cierta forma á la masa de sublevados activos, que pasaba ya de ciento cincuenta mil hombres, dividiéndola por barrios ó cuarteles, dando á cada uno por cabos á los que ya ejercian en él influencia, y que más calor y osadía habian demostrado en los acontecimientos anteriores (6).

Organizada de un modo ó de otro la insurreccion, fuerza era que ocupase su actividad infernal en alguna empresa; pero no teniendo enemigos con quien combatir, pues no miraban como tales á las tropas que ocupaban el palacio y la altura de Pizzo-Falcone, y aun duraba el escarmiento de la intentona sobre la torre de San Lorenzo, se ejercitó en costosas venganzas y en incendios inútiles , que nos es indispensable, aunque doloroso, referir. Masanielo y los que lo rodeaban formaron una lista de más de sesenta casas que debian ser asaltadas inmediatamente, como se verificó sin apelacion. Ya se deja conocer que en la designacion de ellas tendrian gran parte los odios y resentimientos personales de los que la hicieron.

Era la primera en la lista, cosa natural, la casa de Jerónimo Letizia, arrendador del impuesto sobre el consumo de harinas, á quien tenia el pescadero particular ojeriza por la prision que, como dejamos referido, padeció su mujer. Fué pues inmediatamente acometida y desmantelada, arrojando á la calle por los balcones cuanto habia dentro, hasta las puertas y celosías : y amontonado todo, hicieron con faginas embreadas, de que llevaron á la empresa gran provision las mujeres y los muchachos, una espantosa hoguera. En ella ardieron preciosos muebles , magníficas alfombras, ricas telas, joyas de gran valor, y hasta sacos de dinero. La muchedumbre atizando el fuego, y exaltada á la vista de las llamas que todo lo consumian, gritaba frenética , como refiere Giraffi : *Todo esto es sangre nuestra, así merecen arder en el infierno los que nos la han chupado.* De allí fué la turba, llevando consigo tizones de aquella hoguera para encender más pronto otras, á la casa , ó por mejor decir palacio de Felipe Basili, que de pobre hornero habia en pocos años héchose poderoso con los arriendos de varios arbitrios, y lo destruyeron y quemaron todo. Viéronse allí arder estrados de riquísimo brocado, colgaduras y cortinajes de damasco, delicada lencería, hermosos espejos de Venecia, cuadros de gran mérito, piezas de vajilla de oro y de plata, y hasta un saquito lleno de gruesas perlas; dos hogueras en la plaza del Espíritu Santo consumicron brevemente tanta riqueza. En seguida fué asaltada y destruida la casa del consejero Antonio de Angelis, á quien llamaba el vulgo *Consejero del mal consejo*, y nada perdonaron las llamas ; ni mas de diez mil pesos en metálico que en los mismos sacos en que estaban fueron arrojados en ellas , sin despertar la codicia de los incendiarios.

Sobrevino la noche, y no puso término á la obra de destruccion , pues se dirigieron las turbas á la casa del consejero Miraballo , situada en el arrabal de las Vírgenes , y la destruyeron y abrasaron. Luégo, acometiendo el palacio de Andrés Naclerio, el electo, entregaron al fuego sin piedad cuanto en él habia ; arrasaron furiosas un precioso jardin de plantas y flores exóticas, traidas con gran costo y cultivadas con cuidadoso esmero, y destruyeron en él primorosas fuentes y curiosos juegos de agua (7).

Grandes riquezas, incalculables capitales fueron destruidos en un momento aquel dia nefasto, sin considerar cuánto podia importar su conservacion para acudir á las necesidades públicas y á las mismas urgencias de la sublevacion; pero siempre las turbas populares, que jamás calculan ni piensan en el porvenir, creen ciegas que destruyendo lo que pertenece á sus tiranos, se libertan de la tiranía, y desconocen, en su odio á los ricos, que la suma de las riquezas particulares forma la riqueza pública.

El humo y las llamas de los voraces incendios, que atizados por una muchedumbre frenética, devoraban en cortos instantes inmensos recursos, avisaban á las infelices familias que refugiadas en Castelnovo tenian desde sus almenas fijos los ojos en la parte de la ciudad donde estaban sus casas, que eran ya víctimas del furor popular, y que caian

(1) De Santis.
(2) De Santis. — Giraffi. — Capecelatro, MS.
(3) Giraffi.
(4) Giraffi.
(5) Giraffi.
(6) De Santis. — Giraffi.
(7) De Santis.

de la cumbre de la opulencia en el abismo de la pobreza y abatimiento. ¡Leccion terrible para los que se enriquecen á costa de la miseria pública, haciendo imprudentemente alarde de sus tesoros, sin temer que puede llegar un dia en que la víctima se convierta en verdugo!

Lo ciertamente notable en aquella ocasion fué que, en medio de tanta confusion y desórden, entre aquellas turbas sin ley ni rey, entre tantos miserables desarrapados que carecian de todo medio de vivir, y tantos malhechores y forajidos, aun cuando rodaban por el suelo monedas de oro y piezas de plata, sólo tres miserables osaron sustraer algo, y esto harto mezquino y despreciable, para encontrar en el acto un pronto y ejemplar castigo. Pues mirándolos con horror cuantos á la destruccion cooperaban, fueron llevados ante el inflexible Masanielo, quien inmediatamente condenó al uno, que habia guardado un freno de caballo, á cincuenta palos, y á los otros dos que habian tomado una taza de plata y un cuadrito con el marco del mismo metal, á la horca: cumpliéndose la sentencia en el acto por mano del verdugo.

Y tambien es digno de notar y lo es de consignarse en la historia, como prueba del espíritu que reinaba en el pueblo napolitano, que en medio del saqueo general y de aquel completo desórden, se salvaban con el mayor respeto los retratos del Rey que se hallaban en las casas proscritas, colocándolos inmediatamente en las esquinas cercanas con fervientes aclamaciones, bajo un dosel improvisado con las más ricas telas, que para este solo objeto retiraban de las llamas (1). Ejemplo grande del amor incomprensible que conservaban los amotinados al soberano, cuyos ministros escarnecian y cuyos súbditos asesinaban, y muestra clara de que no pensaron los napolitanos en separarse de España, hasta que dieron oidos á instigadores extranjeros, que ya acudian á la ciudad para sacar partido de las circunstancias.

CAPITULO IX.

La pretension del pueblo de que se le entregara el privilegio de Cárlos V, puso en grande embarazo al duque de Arcos, no porque se negase á hacerlo, sino porque era imposible, ignorándose completamente si existia; pues aunque se practicaron las más exquisitas diligencias para dar con él, fué imposible encontrarlo, ni sospechar siquiera su paradero. El MS. de Agnello della Porta dice que «no »se hallaba, ó por mejor decir, no se queria dar »con él, por estar interesados los arrendadores de »las gabelas en que no se presentase». El de Capecelatro, digno de mayor crédito, se expresa en estas palabras que traducimos á la letra: «Los curiosos »de las antigüedades de Nápoles no han visto nunca »tal concesion; pero se dijo que los nobles la habian »ocultado». Y el moderno historiador Baldacchini, citando á estos contemporáneos escritores, añade: que muchos piensan que el tal documento fué quemado por los españoles, y otros que fué enviado á España y allí archivado. Lo cierto es que, no pudiendo haberlo á la mano, discurrió el Virey, miéntras lo disponia mejor, que se escribiese en pergamino con las fórmulas acostumbradas y con encabezamiento de letras de oro y con sus correspondientes sellos, una confirmacion de aquel privilegio; alzando todas las gabelas de la ciudad y del reino, y dejando sólo los impuestos que habia en tiempo de aquel Emperador; y se ocuparon toda la noche diestros pendolistas en este trabajo, que fué entregado al duque de Maddalone para que lo llevase al pueblo.

Al empezar el dia tercero de la insurreccion presentóse á caballo este personaje en la plaza del Mercado, llevando en la mano el flamante pergamino y llamando con él la atencion general. Pero apénas empezó á leerlo en alta voz, conociendo el pueblo que no era aquel el documento que solicitaba, y que el mismo duque le habia indirectamente ofrecido, prorumpió en desaforados gritos, diciendo: *¡Traicion, traicion! Mueran los nobles que nos engañan. Queremos el privilegio de Cárlos V, escrito con letras de oro, no modernas, sino de aquel tiempo, y no en pergamino nuevo, sino viejo y antiguo* (2). Quiso turbado Maddalone manifestar que el original que deseaban no se habia encontrado, y que aquel tenia la misma fuerza y valor; cuando llegando decidido Masanielo (recordando acaso que pocos dias ántes habia recibido á la puerta del duque algunos insultos yendo á vender pescado) (3), lo trabó con violencia de un brazo y lo tiró del caballo á tierra, amenazándolo de muerte y llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo. Gran peligro corrió el ilustre mensajero, acometido y pisoteado por la muchedumbre, sin que ninguno lograra herirle, por el ansia misma con que todos lo solicitaban. Algunos agradecidos que tenia entre la turba lo socorrieron, y Masanielo mismo, enviándolo preso y maniatado al convento del Cármen, bajo la custodia de Domingo Perrone (4). Miéntras duró su prision, que fué pocas horas, tuvo sin duda tiempo de entenderse con su antiguo favorecido y ahora carcelero, combinando atrevidamente un plan harto osado, cuyos resultados no tardaremos en referir; y en cuanto halló oportunidad, ayudado por su guardador mismo, huyó disfrazado, tomó una falúa que lo condujo á una playa remota, y no tardó en volver á caballo á una de sus posesiones no lejana de Nápoles.

Tomasso de Santis y otros autores cuentan que despues vino á corto rato el prior de la Roccella con un duplicado del mismo documento; pero en lo ocurrido á este caballero, como dejamos relatado en el capítulo anterior, hemos seguido el prolijo diario de Giraffi, testigo de vista, y que no hace en este dia mencion alguna de él ni parece posible que el Prior, despues de haber burlado al pueblo la tarde anterior, viniese sin defensa á entregarse á su venganza; ni que en los escasos momentos con que contaron en Castelnovo hubiera habido tiempo para entretenerse en hacer copias y duplicados, ni que el Virey creyese que desechado el pergamino que llevaba Maddalone, aprovechase el encargado al Prior, siendo enteramente iguales. El conde de Módena, que se complace en exagerar el maquiavelismo, que no negamos, ni aplaudimos, del duque de Arcos, dice, bien que como sospecha suya, que él fué quien avisó á la plebe de que el documento que iba á presentar Maddalone era falso y de ningun valor; como asegura tambien que repartió bajo mano á los amotinados doce mil arcabuces, para que se defendieran de cualquier intentona de la nobleza: especie tan absurda que no necesita de refutacion.

De un modo ó de otro, bien fuera sólo por el duque de Maddalone, ó bien acompañado ó seguido del prior de la Roccella, hecha la presentacion de la confirmacion del privilegio de Cárlos V á los sublevados, no hizo este documento otro efecto en ellos, que el de acrecentar su furia y animarlos á proseguir sus saqueos y sus venganzas; y tambien el de aumentar el prestigio de Masanielo con el populacho, pues su violenta accion de poner la mano en tan elevado personaje dió al vulgo una alta idea de su arrojo y de su poder, con lo que ensorberbecido el pescadero, publicó un bando con pena de la vida para el que desertara de la causa popular, y para los que indiferentes é indecisos no la abrazaran y siguieran en el término de veinticuatro horas. Esta disposicion aumentó el número de los alborotadores con muchos que tímidos no habian osado presentarse, y acrecentó el número de los refugiados en las fortalezas con todos los que temieron tal compromiso.

Derramáronse las turbas á proseguir los incendios y destrozos; pues habiendo llegado á Masanielo, siempre de asiento en el Mercado, algunos exaltados á quejarse de que el duque de Caivano se jactaba de que su casa no seria asaltada, y de que no temia á aquellos descamisados (5), mandó acometerla inmediatamente; y no sólo destruyeron y quemaron el palacio que el tal duque tenia y habitaba junto á Santa Clara, ardiendo en él documentos importantísimos, pues era secretario general del reino, sino que tambien allanaron el palacio en que vivia su hijo, la casa de su hermana, y hasta una quinta que tenia en Posilipo.

En seguida entró el pueblo al almacen de un genovés, proveedor de armas, y tomaron allí mil y quinientas de fuego. Asaltó y arrasó despues el palacio de un tal Cevallos, que de pobre escribiente de rentas, habia llegado á titularse duque de Ostuna y á comprar en Puglia un rico estado, que producia sesenta mil ducados de renta. De allí se encaminaron las turbas, cada vez más ansiosas de destruccion, al palacio de César Lubrano, hombre riquísimo, que de mozo de la aduana habia llegado arrendando gabelas, á comprar para su hijo un alto título y un pingüe feudo. Y como averiguase el pueblo que habia ocultado la noche anterior sus más ricas alhajas y mejores ropas en un convento inmediato, no respetó la inmunidad, y sacando de él cuanto estaba escondido lo entregó á la voracidad de las llamas.

Contar extensamente y por menudo todos los edificios de más ó ménos importancia saqueados, y numerar todas las riquezas quemadas por aquella banda de energúmenos, seria enojoso y desagradable. Baste saber que la ciudad estaba llena de hogueras de destruccion, donde cuanto pertenecia á nobles ó ricos era sin piedad reducido á cenizas; y llegó á tanto el ciego furor de los incendiarios, que arrojaban vivos á las llamas caballos de regalo de gran precio, y las mulas de tiro que encontraban en las caballerizas y hasta las aves domésticas y los perros de caza (6).

Masanielo deseaba emprender algo que acreditase su mando y que diera nuevo aliento á la sublevacion. Y aconsejado sin duda por Julio Genovino (que como tan entendido y experimentado debia conocer que aquellos incendios y venganzas en cosas inanimadas, además de destruir la riqueza del país y de aumentar enemigos, no harian mas que mal gastar la actividad de las turbas y que al cabo habian de caer en el cansancio, síntoma precursor de la muerte de los alborotos que duran mucho sin positivos resultados), determinó apoderarse á toda costa de San Lorenzo. Su situacion en el centro de la ciudad, el ser una especie de casa consistorial, donde en lo antiguo se reunia el parlamento, y ahora celebraban sus sesiones los electos y diputados municipales, por lo que era mirada con gran respeto; el encerrar un archivo público, y el haber allí en una torre bastante fuerte un gran depósito de armas y de artillería, hacian muy importante su ocupacion; y no siendo pertenencia real, no creian el atacarlo acto de rebelion, á lo que tanto horror tenian todos aquellos sublevados.

Diez mil hombres se aprestaron con el órden que les fué posible para la empresa, de que se encargó Masanielo en persona; y divididos en varios trozos marcharon sin confusion por distintas calles hácia San Lorenzo. Llegados que fueron empezaron el ataque con arrojo, y no sin acertada direccion, contra el convento. Lograron entrar en él, ahuyentar á los religiosos, y establecerse con ventaja para embestir el torreon. Defendíanlo cuarenta buenos soldados españoles, mandados por el bizarro mayor napolitano Biagio de Fusco, y estaban además acogidos allí varios caballeros y empleados, que engrosaban la guarnicion. Dió el pueblo la arremetida con calor y no con gran desconcierto; pero la certera arcabucería de los defensores lo rechazaba constantemente con notable pérdida, mas no con escarmiento, pues los apiñados pelotones, hacinando los cadáveres, repetian sobre ellos los asaltos. Y despues de tres largas horas de defensa, combatida la torre desde la calle con un cañon de grueso calibre, desquiciadas sus puertas con petardos, y atacada con arte y con tenacidad por la parte del convento, tuvo que rendirse á discrecion. Los refugiados que en ella estaban se evadieron, aprovechando el desórden. Los soldados españoles muy mermados, y muerto su bizarro capitan, rindieron las armas, y se entregaron sin más partido que salvar las vidas.

Importantísima adquisicion fué esta para los sublevados, y grande el orgullo del pescadero por la victoria, que aseguró completamente su dominio: el entusiasmo del triunfo fué universal. Dueño el pueblo de la torre de San Lorenzo, enarboló en ella el estandarte real, y debajo el de la ciudad de Nápoles, y expuso en un dosel en la parte exterior con repetidas aclamaciones y salvas el retrato del rey Felipe IV, que encontró en la sala de juntas; y puso á vuelo la campana mayor, que se llamaba de la Ciudad, y cuyos sones, que atronaban la atmósfera, retumbando en las bóvedas de Castelnovo, fueron el primer aviso que tuvo el Virey de la pérdida de punto tan importante. — Quemaron los vencedores casi todo el archivo público, con pérdida de instrumentos de mucho interés para el reino y para los particulares, revolviéndolo todo en busca del privilegio de Cárlos V, y se apoderaron de gran cantidad de armas y de municiones, y de diez y ocho gruesas piezas de artillería, que repartieron por las puertas y plazas de la ciudad, provistas de todo lo necesario para servirse de ellas con ventaja (7).

Manifestábase la alegría popular con toda suerte de extravagancias y desórdenes, y los vencedores embriagados con su triunfo se creian ya dueños del universo; cuando llegó la noticia, reproduciendo la alarma, de que quinientos alemanes venian por el camino de Puzzoli, y algunas compañías de españoles, procedentes de la guarnicion de Capua, por el de Aversa. Marchó Masanielo al encuentro de éstos con fuerzas tan superiores que los destrozó fácilmente, y envió á uno de sus tenientes contra los otros, que sin mucho trabajo quedaron prisioneros. Más tarde otras compañías de caballos, tambien llamadas por el Virey, se acercaron á Nápoles con las debidas precauciones; y viendo de léjos el muro artillado y las puertas cerradas y defendidas, retrocedieron oportunamente.

Obedientes al terrible tañido de la campana de la Ciudad, empezaron a acudir de todas las inmediaciones hombres armados á engrosar la sublevacion; pero Masanielo, que en verdad no necesitaba más gente, y que empezaba á conocer los inconvenientes de la confusion, los enviaba de nuevo á sus hogares, con órden de defenderlos de los españoles y de los nobles, extendiéndose así rápidamente por toda la comarca el movimiento de la capital.

CAPÍTULO X

Viendo el duque de Arcos que la sublevacion tomaba una consistencia peligrosa, y deseando ya tentar el vado á las negociaciones, discurrió, á nuestro modo de ver con poca oportunidad, enviar un mensaje al desvanecido pescadero, pidiéndole cortesmente y como de igual á igual algunos vive-

(1) Giraffi. – De Santis. – Raph. de Turris.
(2) Giraffi. – De Santis.
(3) Capecelatro, MS.

(4) Ibidem.
(5) De Santis.
(6) Capecelatro, MS.

(7) De Santis.

res delicados para sí y su familia. Lisonjeado sobremanera el caudillo popular con esta peticion, se apresuró á concederla y á enviarle una crecida provision de exquisitas frutas y otros regalados refrescos, en que abundaba ciertamente la ciudad. Mas cuando muy ufano entendia en disponer la remesa, haciendo alarde de su generosidad con el refugiado de Castelnovo, algunos de los que le rodeaban, mirando de mal ojo tanta premura en el hombre del pueblo, le dijeron que no se diese tanta prisa en complacer á sus opresores, ni diese tanto aprecio á halagos dispuestos para adormecerlo y amansarlo; y haciéndole subir al campanario del Cármen, que señorea el mar, le mostraron una galera que maniobraba con diligencia para acercarse á la playa y tomar á bordo dos compañías de españoles, que debian ir á reforzar la guarnicion del castillo, ó á verificar tal vez un desembarco donde más conviniese, para hostilizar á la sublevacion. Indignóse Masanielo, y por remediar pronto el descrédito que le podia haber acarreado su buena fe y su generosidad, juntó las turbas, gritando: *á las armas;* y salió decidido con fuerza escogida y numerosa al encuentro de aquellas tropas. Estas, viéndose descubiertas é imposibilitado el embarco, intentaron la retirada; mas siendo imposible, se hicieron fuertes en un convento, teniendo pronto que rendirse despues de una inútil aunque vigorosa resistencia. Este nuevo triunfo aumentó el entusiasmo; y volviendo los vencedores al mercado, reunidos con los de San Lorenzo y con los de las facciones anteriores, dispuso Masanielo repartirles no sólo los refrescos con tanta prisa preparados para el Virey, sino gran cantidad de víveres y de barriles de vino, que se sacaron de los almacenes públicos. Mereció y obtuvo por esto los mayores aplausos y los más sonoros vivas de la muchedumbre, que comiendo, bebiendo, poniendo aparte para la familia, y destrozándolo todo, gritaba: *Todo es nuestro, todo está comprado con nuestra sangre* (1). Y aun no contento el caudillo con haber dado tan cumplida satisfaccion á las sospechas de los unos, y con haber completamente desconcertado las asechanzas de los otros, para asegurarse más la confianza del pueblo, y para poner en más aprieto á los españoles, mandó fortificar las avenidas del palacio y de los puestos donde permanecian las tropas, y cortar los víveres á los castillos, que habian entónces habian conservado franca comunicacion con la ciudad.

Mucho cuidado dió al Virey la actitud hostil de los sublevados, su marcada decision, y su fortuna y regularidad en las operaciones que intentaban. Y aunque ya estaba seguro de que era imposible que la nobleza desertara de la causa del Rey y que se reuniese con ellos, le parecia peligroso dejar tomar tanto cuerpo y consistencia al movimiento popular; por lo que se decidió á echar mano de los medios que tenia en reserva.

El cardenal Filomarino, encerrado en su palacio desde que logró retirar al pueblo de San Luis para dar lugar á la evasion de la autoridad suprema, que estaba en inminente peligro, no habia vuelto á trabajar activamente para amansar el motin. Miró con suma inquietud los pasos dados por los señores, de quien era enemigo implacable, para calmar la conmocion, temiendo que lográndolo, recuperasen su perdida influencia. Mas cuando vió gozoso que sus mensajes y relaciones con el pueblo en aquella ocasion le habian sido completamente contrarios, juzgó llegado el caso de ejercer la suya, y valiéndose de medios reservados é indirectos, ofreció al duque de Arcos sus servicios. Fueron inmediatamente aceptados, y despues de mutuos conciertos pasó el Cardenal arzobispo á Castelnovo á abocarse con el Virey.

Se echó sagazmente aquel dia la voz de que unos frailes habian por casualidad encontrado el privilegio original de Cárlos V, y que los *electos* de los sediles nobles y el P. teatino José Caracciolo lo habian llevado á Castelnovo: noticia que cundió con rapidez, y que fué acogida con alegre ansiedad, si bien no faltó quien desconfiara de ella creyéndola un nuevo ardid de mala ley. Sobre esta ocurrencia, que siendo cierta allanaba muchas dificultades, se fundó el mensaje de que se encargó el cardenal Filomarino, despues de conferenciar largo rato reservadamente con el Virey.

Marchó, pues, en su carroza, llevando el privilegio dichoso para entregarlo al pueblo, que advertido del caso corrió á la plaza del Mercado, ocupándola toda y agolpándose en sus avenidas. Fué recibido con respeto en ella el Arzobispo, y abriéndose el gentío le dió estrecho paso hasta la iglesia del Cármen. Entró el Cardenal, llevando delante de sí á Masanielo con la espada desnuda en la mano, en derredor los jefes populares, y detrás una apiñada y compacta muchedumbre. Y puesto en pié en el presbiterio, leyó en clara y alta voz el anhelado documento, que estaba escrito en viejo pergamino, con antiguas y deslustradas letras de oro, y con el carácter de la época en que debió ser expedido.

Tanto á la llegada del Prelado como miéntras duró la lectura, circularon por las apretadas masas ciertos sordos murmullos poco favorables, que en vano quisieron acallar Masanielo con ceño amenazador, y con señas de satisfaccion y convencimiento los del séquito arzobispal. Y concluida la lectura, cuando era de esperar una explosion de entusiasmo; varias y aisladas voces, que resonaron en el general silencio, manifestaron dudar de la autenticidad del documento. Desconcertóse el Arzobispo, asomándole al rostro la turbacion. Mas con sentidas palabras, buscando con los ojos el apoyo de Masanielo, dijo: *que era ofensiva á su dignidad aquella desconfianza, pues que como verdadero pastor del pueblo, siempre solícito por su bien, no podia querer engañarlo.* No dejó de hacer efecto esta queja del Prelado. Y Masanielo, que le tenia gran veneracion, gritó con desenfado: *Señor, esta es gente inconsiderada, que no sabe el respeto que debe á Vuestra Eminencia, y lo cree igual al duque de Maddalone y á los otros señores. Pero yo, que conozco lo que valen las palabras de Vuestra Eminencia, defiendo la verdad del privilegio contra la furia y la ignorancia de todos.* Remolinóse el gentío no muy satisfecho, y el Cardenal, dueño de sí mismo, con sangre fria imperturbable exclamó en alta y sosegada voz: *Yo creo que este es el privilegio que se desea; y para quitar toda duda, venga alguna persona inteligente, y que merezca la confianza del fidelísimo pueblo, á reconocerlo detenidamente, que yo resuelto estoy á no moverme de aquí hasta que se averigüe la verdad.* Este medio, ó preparado de antemano ú ocurrido oportunamente al sagaz Filomarino, tuvo cumplido éxito. Pues sosegados los ánimos con aquella muestra de confianza, fué nombrado y elegido Julio Genovino (era lo que se deseaba), como letrado, conocedor en la materia y consejero del pueblo, para examinar el privilegio. Pasó este inmediatamente de las manos del Cardenal á las del poderoso pescadero, quien lo entregó al viejo solapado, que se retiró aparte para examinarlo con detencion (2).

Entre tanto, aunque se acercaba la noche, permaneció el Cardenal firme, como habia ofrecido, en el convento del Cármen. Y no perdió ciertamente el tiempo, ántes bien lo empleó dignamente en favor de sus diocesanos. Pues advertido de que estaban decretados nuevos saqueos é incendios, que aquella noche debian verificarse, habló con tanto tino y resolucion á Masanielo, y exhortó con tanta uncion y celo á los más díscolos y feroces de los sublevados, que consiguió no sólo que se suspendieran aquellos actos de destruccion, sino que el mismo Masanielo le ofreciese solemnemente que por complacer á tan buen Prelado no se llevarian á efecto los dispuestos para aquella noche, ni se permitirian otros en lo sucesivo. Y mandó echar bando, prohibiendo con pena de la vida todo saqueo é incendio. Y en verdad que en aquella ocasion se portó el Arzobispo como buen caballero; pues los palacios designados para ser destruidos aquella noche eran precisamente los del duque de Maddalone y de otros nobles sus más encarnizados enemigos, y de quienes habia recibido hasta insultos personales.

Julio Genovino, ó bien porque con la adquisicion de aquel documento, falso ó verdadero, se llenaba el objeto de la sublevacion, imposibilitando el establecimiento de nuevas gabelas; ó porque empezaba á concebir celos del desmesurado poder del ignorante y zafio pescadero, ó porque, como escribe el historiador Santis, y da á entender el conde de Módena, ambos contemporáneos, estuviese ya vendido al Virey, por la oferta de la presidencia de la real cámara de la Sumaria, dió por bueno el documento, despues de haber pasado largo rato en examinarlo. Y lo hizo con tanta destreza y sagacidad, que llamó varias veces á otros sublevados, tambien letrados, pero ignorantes, como para consultarles ciertas dudas, que se decidieron siempre favorablemente: cuidando él, despues de proponerlas, de llamar la atencion de los consultados á algunas manchas y señales del pergamino, que lo acreditaban de antiguo, y sobre ciertos rasgos y letras que no dejaban duda de la autenticidad.

Que el viejo y astuto consejero del pueblo estaba ya de acuerdo con el Virey, á quien tambien habia hecho reservadas visitas José Palumbo (3), es casi indudable. Y habiendo sido elegido aquella mañana, á insinuacion suya, *electo del pueblo* un tal Francisco Arpaya, en reemplazo de Naclerio, el Virey se dió tanta priesa á complacerlo, que confirmó en el acto el nombramiento, é hizo en el mismo dia venir al agraciado á Nápoles, de donde estaba ausente. Habia sido este Arpaya compañero de Genovino en los motines del tiempo del cardenal Borja; por lo que habia estado muchos años en galeras, y ahora se hallaba, no se sabe cómo, de gobernador de un pueblecito junto á Aversa.

Convencido y asegurado el pueblo con la deposicion de su fidelísimo consejero, de que era auténticamente auténtico el privilegio que le entregaba el Virey por mano del Arzobispo, mostróse muy satisfecho, y dispuesto á recibirle con entusiasmo, como la corona de sus generosos esfuerzos, como la reparacion de todos sus agravios, como prenda cierta de su futura felicidad. Y aunque la noche estaba muy avanzada, permaneció el gentío en bulliciosa quietud, llenando la iglesia, la plaza y todas sus avenidas. El Arzobispo, ufano y contentísimo del buen éxito de su mision, para completarla, al entregar al pueblo aquel documento importante, le leyó en alta voz la cédula de que venia acompañado, y en que el Virey con el refrendo del consejo colateral ofrecia el más completo olvido de lo pasado, y en nombre del Rey el *perdon* más lato y general á cuantos hubiesen tomado parte en la *rebelion.* Estas mal escogidas palabras, á que tanto horror tenia el pueblo de Nápoles, causaron un sentimiento de indignacion, que se extendió como un golpe eléctrico por el inmenso gentío, y reventó en el espantoso trueno de un universal alarido, que estremeció la ciudad. Y resonando en grito unánime: *No somos rebeldes, no necesitamos perdon; ¡viva el rey de España, mueran los que insultan al fidelísimo pueblo napolitano* (4)! se agitó aquel mar de vivientes en deshecha borrasca; remolináronse las turbas en la confusion de las tinieblas, retumbaron los tambores, crujieron las armas, creció la gritería; y hubo un momento terrible de desórden y de ciega furia, en que hasta la autoridad de Masanielo fué completamente desconocida.

Al cabo los esfuerzos de este y de otros cabos populares, las rápidas arengas de Genovino, las voces ó protestas del Cardenal, y la misma vehemencia de la excitacion, que debia hacerla pasajera, aquietaron poco á poco aquel vértigo de furor, dando lugar á nuevas exhortaciones del Prelado, que mostrando largamente su sangre fria, la conciencia de su dignidad, y el valor cívico más completo, dijo al pueblo: que el duque de Arcos no habia querido ofenderlo, y que supuesto que le descontentaba la fórmula en que se habia extendido la cédula, se concertase y dictase otra en los términos que juzgase más honrosos y convenientes, seguro de que la firmaria y sellaria el Virey. Fué, como debia de ser, muy bien aceptada la propuesta, y aquietada la muchedumbre lo mejor posible, se reunieron los jefes populares y los hombres de influencia, y se acercaron al Prelado; pero no ya para extender una simple cédula de indulto, sino para convertirla en una verdadera capitulacion con la suprema autoridad: así crecen las exigencias de los motines, á medida que se les van haciendo concesiones.

No agradó mucho al Cardenal el partido que querian sacar los alborotadores de la incauta propuesta, que habia juzgado único medio de conciliacion. Pero era ya tarde para retroceder, y aviniéndose con el nuevo compromiso, trabajó con sagacidad, secretamente de acuerdo con Genovino, para que los encargados de extender el extraño documento fueran pocos, y gente no muy exagerada. Nombráronse pues al efecto á Masanielo, á Julio Genovino, al nuevo *electo* Arpaya, que llegó á tiempo, á dos ó tres de los jefes populares de más nota y á algunos clérigos y letrados; y presidida esta junta poco numerosa por el Arzobispo, se retiró á la sacristía del Cármen á desempeñar su encargo sin demora, extendiendo en toda forma los artículos de una capitulacion.

Vivos fueron los altercados, sobre todo cuando apareció la proposicion de que fuese entregado el castillo de Santelmo al pueblo, como rehenes y seguridad del tratado; pues hallando casi general acogida en la junta, tuvieron que trabajar mucho el Arzobispo y Julio Genovino para combatirla. Pero manifestando este viejo sagaz que el castillo era del Rey, y que no se le podia quitar sin acto de rebelion, hizo en todos, y particularmente en Masanielo tanta fuerza, que fué desechado el artículo casi por unanimidad. Siguió la conferencia borrascosa, y el Arzobispo cardenal dió en ella claras pruebas de su talento, tino y sagacidad, allanando dificultades, combatiendo no pocas descabelladas exigencias; mostrándose más amigo verdadero de los intereses públicos, que los que con tan escasas luces como exageradas pretensiones, y acaso con miras sospechosas, se llamaban sus más celosos defensores.

CAPITULO XI

Miéntras continuaba la junta su penoso trabajo, y despues de noche tan agitada y borrascosa, apareció la ciudad inquieta y sobre las armas al amanecer del dia 10 de julio, cuarto de la sublevacion; y Masanielo, que mostraba actividad suma, desarrollándose en él rápidamente un instinto particular de mando, pensó, del modo que podia alcanzar su comprension, en arreglar aquellas masas, que armadas y sin objeto vagaban por todas partes. Dispuso reunirlas y revistarlas para darles una organizacion cualquiera, que á lo ménos las hiciese susceptibles de cierta obediencia, para obrar de concierto y con determinado fin. Pasó pues mues-

(1) Giraffi.

(2) Giraffi. – De Santis. – Raph. de Turris.
(3) De Santis.

(4) Giraffi. – Raph. de Turris.

tra general, con grande espanto de la parte indiferente ó contraria de la poblacion, que vió reunidos y armados en aquel acto más de ciento doce mil hombres. Dividiólos el caudillo popular en pelotones de quinientos ó seiscientos, con sus cabos respectivos; y de la reunion de varios de ellos formó cuerpos ó divisiones, nombrándoles jefes, dándoles bandera, y señalando á cada uno el puesto en que se debia establecer y los puntos adonde acudir en caso de alarma. Trató de formar caballería, reuniendo cuantos caballos de silla y de tiro pudo recoger, y montó en carretas, tiradas por bueyes ó mulas, algunas piezas de artillería. Consiguió completamente el poderoso pescadero verificar esta organizacion en pocas horas; y deshecha la reunion se quedó, aclamado de nuevo Capitan general del pueblo, con un cuerpo escogido de siete ú ocho mil hombres, en la plaza del Mercado, que era como su cuartel general.

Hecho este arreglo, mandó Masanielo, á pesar de sus ofertas al Arzobispo y del bando publicado la noche anterior, que se registrase de nuevo el ya saqueado palacio de Caivano, por aviso de que habia aún ocultas considerables riquezas. Y efectivamente se encontraron detrás de unos tabiques, y fueron entregadas á la voracidad de las llamas. Y refiere Giraffi que las mujeres atizaban la hoguera, obligando á sus hijos, aun á los que llevaban al pecho, á hacerlo tambien con sus inocentes manos, maldiciendo en espantoso alarido á los que se engrosaban con la sangre de los pobres.

Otra turba fué de *motu propio* á asaltar el palacio de Maddalone, salvado la noche anterior. Pero lo halló tan bien defendido por los bravos y gente perdida, ahijada del duque ausente, que no se atrevió á pasar adelante, contentándose con apedrear las puertas y ventanas.

Al mismo tiempo la codicia, que ya empezaba á sacar la cabeza, ó el encono de una enemistad particular, arrancó á Masanielo la órden de asaltar la casa de Cornelio Spínola. Pues aunque era notorio que léjos de ser opresor del pueblo, habia aconsejado resueltamente al Virey, primero, que no decretase el impuesto sobre la fruta, y luégo, que lo aboliese sin demora, como dejamos dicho; y aunque nadie ignoraba que no habia hecho su riqueza especulando con la miseria pública; era muy rico, calidad que basta para ser perseguido en las conmociones populares; porque la envidia y la codicia, cuando se rompe el freno de las leyes, no se andan en reparos para escoger sus víctimas. Afortunadamente avisado á tiempo el opulento genovés, tuvo modo de guarnecer su casa de valedores y amigos armados, que la hubieran á toda costa defendido, dándole espacio para poner á buen recaudo sus caudales y sus más preciosos efectos. Llegados los incendiarios, contuvieron su furia viendo que tenian que librar un combate; y Masanielo, ó por no meterse en un nuevo empeño de mala calidad, ó arrepentido de su inconsiderada órden, ó aconsejado oportunamente por Genovino, que debia favores al rico comerciante, voló en persona á contener á aquella gente y á evitar la tropelía. Contentó mucho su resolucion á la generalidad, lo que visto por el caudillo, y consultando el deseo de los mejor intencionados, dió completa satisfaccion del susto al Spínola, proclamándolo intendente general de abastos de la ciudad; aprobólo la instable y voluble muchedumbre, convirtiéndose los *mueras* y los baldones en *vivas* y en aplausos.

No asustó ménos al genovés este honor tan inesperado, que el anterior insulto, aunque por distinta causa. Y se excusó de admitir el alto empleo que le conferia la sublevacion, manifestando que, por extranjero y por no ser individuo del consejo, no podia legalmente ejercerlo. Pero insistió Masanielo en que lo aceptara, y sólo otros graves acontecimientos, que vamos á referir, lo libertaron del compromiso.

El poderoso pescadero, cabeza suprema del pueblo de Nápoles, no sólo atendió á organizar la fuerza sublevada, sino tambien al gobierno de la ciudad, publicando oportunos bandos de policía, cuidando del abasto de la poblacion, y dando vado á todos los negocios públicos. Hizo levantar en la plaza del Mercado un tablado, con un palco en que, acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y José Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale y del nuevo *electo* Francisco Arpaya, administraba justicia, expedia decretos, daba sentencias, oia quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad, sana intencion y recto juicio, los asuntos más graves. Con su tosca y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única y supremo magistrado; decidiendo sin apelacion en la parte militar, civil y eclesiástica, y entendiéndose con desenfado y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiéndose todos sin réplica á su decision absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis, que ántes de pronunciar Masanielo sus acuerdos y sentencias inclinaba un instante la cabeza y se ponia la mano en la frente, como para reflexionar, pero realmente para poder oir al consejero. Y que un dia que para darse más importancia (pues aunque ignorante sabia usar por instinto la charlatanería é impostura necesarias en su posicion) dijo á los circunstantes: *Pueblo mio, aunque nunca he sido soldado ni juez, para poder regir con acierto, me inspira el Espíritu Santo;* le contestó un chusco: *Di que te inspira el Padre Eterno,* aludiendo á Genovino, viejísimo, calvo y con barba blanca.

Cerca del mediodia fué terminada en la iglesia del Cármen la capitulacion, que debia ser leida al pueblo para que la aprobase. Y el Cardenal envió á su hermano, fraile capuchino, á Castelnuovo, para dar parte de todo lo ocurrido al duque de Arcos, y exhortarle á no oponer una resistencia inútil á las nuevas exigencias. Este le contestó, que en cuanto fueran aprobados por el pueblo los artículos de la avenencia les daria su sancion. Y entre tanto le envió una pragmática en forma, revalidando el privilegio de Cárlos V, alzando todas las gabelas y concediendo indulto completo, sin usar de las palabras *perdon* y *rebelion*, que tan mal efecto habian causado, y acompañada de un billete de su puño pidiendo al Prelado que publicara aquellos documentos en forma pontificia.

Con tan buen despacho, y creyendo el Arzobispo llegado ya el deseado fin de tanto desconcierto, avisó á Masanielo que reuniera el pueblo en la plaza del Mercado, para oir los artículos acordados que debian luégo presentarse á la aprobacion del Virey, y para publicar solemnemente el privilegio y la pragmática. El jefe popular dió inmediatamente sus órdenes para que á las dos de la tarde concurriesen en la plaza los cabos de barrio, con parte de su fuerza bien armada y provista, dejando el resto sobre las armas en sus respectivos puestos.

Llegada la hora se llenó la extensa plaza del Mercado de un inmenso gentío, que acudió ansioso á ver el desenlace de aquel espantoso drama, y el fin anhelado de tan violenta situacion. Y al cabo de corto rato, la llegada de unos trescientos bandidos forasteros, á caballo y armados completamente, causó general inquietud. Esta aparicion inesperada sorprendió tanto á Masanielo como á la turba. Pero Domingo Perrone lo aquietó, diciéndole que era gente suya y de toda confianza, que venia á reforzar al pueblo y á ayudarle en su empresa. Y esta misma explicacion la hizo correr de boca en boca por la multitud. No satisfizo mucho al pescadero, y quiso disponer que se les acuartelara, y sobre todo que dejasen los caballos, porque incomodaban con ellos al gentío. Mas Perrone le aseguró de tal modo, haciéndolos echar pié á tierra, que al cabo los bandidos se mezclaron con el pueblo; y aun algunos de ellos entraron, so pretexto de rezar á la Vírgen, en la iglesia del Cármen, donde no faltaba concurrencia.

Entró Masanielo en el convento para avisar al Arzobispo de que ya esperaba el pueblo impaciente la lectura de los capítulos y la publicacion del privilegio. Y estaba en la sacristía concertando con el Prelado el modo de verificar uno y otro; cuando Perrone, pálido y alterado le hizo de léjos seña, llamándolo hácia el presbiterio, como para darle algun aviso urgente. Salió Masanielo presuroso al sitio adonde le llamaba su teniente y amigo, y la detonacion de un tiro de arcabuz, cuya bala pasó silbando sobre su cabeza, atronó el templo: *¡traicion! ¡traicion!* gritó el jefe popular, y otros cinco arcabuzazos le respondieron, sin que lograran herirle. Perrone habia desaparecido. Y puesta ya en confusion la turba que ocupaba la iglesia, creció con los que acudieron al ruido de las descargas, conmoviéndose la plaza toda. Y en cuanto se divulgó instantáneamente lo ocurrido, revolvió la indignada muchedumbre contra los bandidos. Estos pensaron al pronto en resistir; y disparando sus armas fueron contestados con las del pueblo, creciendo la confusion y la gritería. Corta fué la pelea. Furioso el pueblo destrozó sin piedad á los forasteros, haciendo en ellos una terrible carnicería. En vano apelaron aquellos miserables á la fuga, sin provecho buscaban un asilo. Ni la inmunidad del templo, ni la santidad del altar, ni la veneranda imágen de la Vírgen les sirvieron de amparo. Mas de treinta fueron hechos pedazos en la iglesia misma, sobre las gradas del presbiterio, inundando con su sangre el pavimento de naves y capillas. Los que huyendo de la matanza de la plaza, donde habia ya más de ciento y cincuenta cadáveres, se refugiaron al convento forzando la portería, corrieron la misma suerte. Tres fueron despedazados en la sacristía, uno de ellos bajo el sillon mismo del Arzobispo y oculto con las pontificales vestiduras. Domingo Perrone, descubierto ya que era el alma de la conjuracion, y que se habia escondido en una celda, murió á cuchilladas bajo el manto de un religioso carmelita, que con valor denodado lo defendió primero, y luégo con fervor religioso le ayudó á bien morir; teniendo en seguida, para salvarse del furor popular, que abrazarse con la imágen de la Vírgen. Un hermano de Perrone fué muerto de un pistoletazo. Y seguia por todos lados la matanza y el encarnizamiento con los bandidos refugiados en las casas contiguas, donde eran buscados con ansia, y lo mismo los que más léjos se escondian: su exterminio era irrevocable. Muchos aun procuraban el asilo del convento, donde corrian su miserable suerte en brazos de los religiosos, que con los crucifijos en las manos y las palabras del Evangelio en la boca, confesaban á unos, absolvian á otros, intercedian por ellos, y aun se predicaban á sí mismos y se confortaban para la muerte, viéndose tan expuestos á ser víctimas del ciego furor popular.

El Cardenal arzobispo se portó del modo más digno y heróico, conteniendo á unos, amparando á otros, dando la absolucion á los moribundos, y volando adonde creia ver víctimas que salvar, sin curarse del silbido de las balas, ni de los reflejos de los puñales. En medio de la confusion llegó perseguido y ya herido á ampararse de sus rodillas un tal Antonio Grasso, jefe popular, amigo de Perrone y cómplice en aquella conjuracion, y pidió la vida para hacer revelaciones importantísimas. Logró así dilatar su triste fin algunos momentos, y en ellos declaró que los bandidos habian venido por órden y disposicion del duque de Maddalone y de su hermano don José Caraffa, de acuerdo con él y con Perrone, para matar á Masanielo y apoderarse de la ciudad; con cuyo objeto nuevas tropas de facinerosos estaban emboscadas cerca y llegarian al anochecer. Esta declaracion de Grasso voló de boca en boca, mas tan desfigurada como siempre acontece, y tan monstruosamente acrecentada, que acabó por asegurarse y por creerse que este conjurado habia descubierto estar minada toda la plaza del Mercado, sus alrededores y el convento del Cármen, y soterrados ya ventiocho barriles de pólvora para exterminar de un solo golpe al pueblo todo. Y esta especie, aunque tan inverosímil y de casi imposible ejecucion, aumentó el furor de las turbas, y no faltó escritor contemporáneo que la refiriese como cierta (1).

Terminada tan sangrienta carnicería, profanado el templo, cubierta la tierra de arroyos de sangre, turbia la atmósfera con el humo de los arcabuces y con el polvo de la brega, y asordada con los alaridos de los moribundos, los gritos de venganza insaciable y la algazara del agitado gentío, fueron cortadas las cabezas de los bandidos muertos, y colocadas por órden de Masanielo en unas pértigas al rededor del Mercadol y los cuerpos, arrastrados hasta los barrios más lejanos por los muchachos y las mujeres, desaparecieron en los fosos y cloacas; dejando en las calles regueros de sangre y algunos miembros despedazados, de que se encargaba la voracidad de los perros.

CAPITULO XII.

Grande y justa era la indignacion general contra el duque de Maddalone, autor del horrible atentado, que habia impedido la deseada avenencia, estremecido la ciudad, y lanzado al pueblo en la peligrosísima carrera de sangre y de matanza, que lleva sólo á la perdicion. Y grande era el rencor y el deseo de venganza que ardia en el corazon de Masanielo, cuya salvacion atribuia ya el vulgo supersticioso á milagro de la Vírgen, propalando que las balas se habian detenido y aplastado, sin causarle daño alguno, en el escapulario del Cármen que llevaba al cuello.

Concluido el estrago de los bandidos y el de muchos otros, acaso inocentes, que se sospecharon ser sus amigos y valedores, y aprisionados otros muchos más por recelo de que les eran adictos, se derramaron armados pelotones por la ciudad, sus arrabales y sus alrededores, para seguir descubriendo y matando fugitivos, é impedir que se acercasen nuevos invasores. Muchos fueron encontrados y muertos, y enviadas sus cabezas á adornar con las otras la plaza del Mercado.

La masa popular y su caudillo Masanielo, en lo que más empeño tenian era en haber á las manos al duque de Maddalone. Y cuando furiosos grupos lo buscaban infatigables, corrió la noticia de que estaba escondido, y era verdad, en el convento de San Efren, de PP. capuchinos. Dirigióse allá la indignada muchedumbre; pero el duque, advertido á tiempo, vestido de fraile se puso en salvo, y tomando luégo un caballo huyó á Benevento. Furioso el pueblo por su evasion revolvió contra su palacio, donde mató á algunos dependientes y lo quemó y destruyó todo. Pero por órden del pescadero se conservaron cuidadosamente las joyas, telas y vajillas que se hallaron emparedadas (2).

Súpose despues que aquella mañana se habia visto á caballo en un barrio excusado á D. José Caraffa, hermano del duque y su cómplice en el atentado de los bandidos, acompañado del prior de la Roccella, de quien dejamos hecha mencion en esta historia; y que se habian ambos ocultado luégo en el convento de Santa María la Nueva. Más de cuatro mil sublevados volaron iracundos á buscarlos y descubrirlos á toda costa. El rumor de las turbas avisó á los refugiados; y el Prior trató de convencer á su amigo de cuánto importaba dejar aquel

(1) Giraffi.
(2) Giraffi. — De Santis.

asilo y buscar otro más seguro. Pero arrastrado Caraffa por la fuerza de su destino, se obstinó en permanecer allí, y dejó salir solo al Prior, que con buena fortuna consiguió ocultarse en casa de un tintorero, donde no pudieron dar con él. Asaltado el convento, escondieron los frailes á D. José, miéntras que fueron inhumanamente despedazados dos de sus gentiles hombres. Crecia el apuro, á medida que la gente iba franqueando por la fuerza la entrada del edificio; y entónces discurrió Caraffa escribir al Virey á Castelnovo cuatro letras, pidiéndole que tirase algunos cañonazos hácia aquel sitio, para espantar y contener al pueblo. Confió este billete á un lego que se encargó de entregarlo en pocos minutos, y que lo escondió en las sandalias. Mas fué detenido, descubierto y maltratado; redoblándose el furor de los sublevados con la certeza de que allí tenian á la víctima, que tan ansiosos buscaban. En tal conflicto rogó el P. Juan de Nápoles al escondido que huyese, porque ya el pueblo lo invadia y escudriñaba todo, sin respetar no ya las celdas de los religiosos, sino tampoco los sepulcros, ni los camarines, ni los sagrarios. Decidióse al cabo á la fuga el caballero, disfrazado con un hábito de capuchino y se descolgó por una claraboya del coro á espaldas de la iglesia; y atravesando un corralon y un almacen de seda, salió á una estrecha callejuela, y entró en la casa de una mujer perdida, á quien ofreció una gruesa suma por el secreto. Pero ella, ó por temor del populacho, ó por otra causa, despues de esconderlo debajo de su cama, corrió á avisar á los que lo buscaban. Un tremendo alarido de furibunda alegría lanzó la turba al ver en sus manos al hermano del duque de Maddalone. Y arrastrándole vengativos de un lado á otro, cargado de duros golpes y de groseros insultos, lo llevaron por varias calles como para dilatar su agonía. Aquel ilustre y desventurado caballero, tan orgulloso y tan altivo ántes, pedia ahora con dolorosos acentos misericordia, prodigaba humillaciones á sus verdugos, ofrecia gruesas sumas por su rescate. Todo en vano, pues al llegar á la plazuela del Ceriglio, entre la gritería general de *matadlo, matadlo,* recibió dolorosas puñaladas, hasta que un mancebo, hijo de un carnicero, con la cuchilla de la carne le cortó de un solo tajo la cabeza. Al verla rodar por el suelo «fué universal el aplauso, dice Giraffi, como si hubiera sido la del bárbaro Otomano». Un hombre del pueblo se arrojó á morderle un pié, diciendo se lo iba á comer, porque pocos dias ántes se lo habia tenido que besar (1). Opusiéronse los circunstantes á tal atrocidad. Pero recordando que se habia asegurado, cuando ocurrió el disgusto del año anterior entre la nobleza y el Arzobispo, por la procesion de San Genaro, que el Caraffa le habia dado en lo acalorado de la disputa un puntapié al prelado, le cortaron el pié derecho. Y ensartándolo luégo con la cabeza en una pica, llevaron aquel trofeo con gran algazara á la plaza del Mercado, habiéndole puesto un cartelon que decia: *Este es D. José Caraffa, traidor á la patria y al fidelísimo pueblo.*

Presentados estos despojos á Masanielo, los contempló con bárbara complacencia, dió golpes con una varita que tenia en la mano á la desfigurada cabeza, le tiró de los bigotes, le dirigió groseros insultos y horribles sarcasmos, y mandó colocarla con las otras infinitas que adornaban su cuartel general (2), poniéndole para más escarnio una corona de papel dorado. Y en seguida (pues le gustaban las peroratas al pescadero) arengó al populacho sobre lo inexorable de la justicia divina, que tarde ó temprano castiga al malvado. Concluido el discurso, entendió en que se colocasen con más órden y simetría las cabezas que circundaban la plaza y de que á cada paso llegaban frescas remesas. Mandó recoger y traer allí el destrozado cuerpo de Caraffa, y lo colocó atravesado sobre una viga. La cabeza y el pié, puestos en una jaula de hierro, los mandó llevar á la puerta de San Genaro, inmediata al arruinado y desmantelado palacio del duque de Maddalone; y ofreció al que le trajese vivo á este personaje ochocientos escudos, y cuatrocientos al que se lo presentase muerto (3).

Pero no cesaba la conmocion popular. Armados pelotones, donde no faltaban niños y mujeres, recorrian la ciudad buscando bandidos ó partidarios de ellos, y con este pretexto saciando cada uno sus particulares venganzas. Los gritos de *muera, muera,* resonaban por todas partes. Cuerpos destrozados yacian aquí y allí esparcidos; sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos. Nada habia seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos. Nunca se habia mostrado hasta aquel triste dia, en toda su atroz fealdad tan horroroso desórden.

Ni la vida de Masanielo estaba á cubierto. Des-

(1) De Santis.
(2) Como se ve en un cuadro que existe en el Museo de Nápoles, del pintor de aquel tiempo, Mico Spadaro.
(3) Donzelli. – Giraffi. – Agnello della Porta, MS.

de en medio de la confusion le dispararon dos tiros de arcabuz, que tampoco le hirieron, y fué imposible saber quién los habia disparado.

Gran temor causó esta ocurrencia al supremo jefe popular, y el peligro propio le obligó á poner todo su conato y á emplear sus esfuerzos todos en sosegar lo más pronto posible aquella indomable agitacion. Se lanzó decidido en medio de las furiosas turbas, buscó y reunió á sus partidarios, aunque despues de la reciente traicion de Perrone desconfiaba de todos, y logró al cabo hacerse oir, y poco despues hacerse obedecer, dictando severas medidas para restablecer el órden é imposibilitar nuevas tentativas contra su persona. Aumentó la talla por la cabeza de Maddalone, que era la fantasma que le perseguia. Mandó, so pena de la vida, que nadie usase capa ni luengas vestiduras, para que no pudieran ocultarse armas bajo el ropaje. Y fué tan exactamente obedecido, que hasta el cardenal Filomarino y todos los eclesiásticos vistieron al momento de corto, y las mujeres mismas llevaban recogido á media pierna el faldamento. Prohibió, con pena de muerte, que se saliera sin permiso suyo de la ciudad, y que entrase en ella nadie que no trajese vituallas para el abasto público, y esto despues de bien reconocido y registrado en las puertas. Mandó que todos sus partidarios pusieran una señal convenida á la puerta de sus casas. Y dispuso terminantemente cortar los víveres á los castillos, y romper los caños y acueductos que los proveian de agua. Publicó bando para que todos los vecinos iluminasen sus casas por la noche. Ordenó que en las plazas se encendiesen grandes hogueras. Dedicó la noche toda á abrir zanjas y levantar barricadas y reparos en los puntos más importantes, para evitar una sorpresa. Y tomó las más rigorosas medidas para que no faltase agua á la poblacion, consternada de nuevo con la noticia vaga de que un bandido, ántes de morir, habia declarado que estaban envenenadas las fuentes de la ciudad (4).

El duque de Arcos, estuviese ó no de acuerdo con Maddalone, quiso en un principio mandar romper el fuego al castillo de Santelmo y disponer una salida. Mas cuando vió errado el golpe de los bandidos, temió exacerbar al pueblo triunfante, capaz ya de todo en aquellos momentos de exaltacion. Y escribió un curioso billete al cardenal Filomarino, mostrándose muy disgustado de lo ocurrido, encargándole que entregase al pueblo los bandidos que pudiera haber á la mano, pues él haria lo mismo; y rogándole anudase á toda costa las negociaciones.

El Cardenal, en cuanto empezó á calmarse la agitacion, volvió sin pérdida de instantes á poner en juego sus recursos. Y aunque las circunstancias habian empeorado mucho y los ánimos estaban harto encendidos, llegó á proponer á Masanielo, que le miraba siempre con veneracion profunda y con religioso respeto, que se enviaran al Virey los artículos para que los aprobase; y conseguido el objeto que se proponia el fidelísimo pueblo, se restableciese la calma en la ciudad y se repusiese su vecindario de tantos sustos y desventuras.

Muchos de los jefes de la sublevacion, acalorados con lo ocurrido, se oponian vigorosamente á seguir ningun trato con el Virey, proclamando guerra á muerte contra la nobleza y los españoles. Pero los consejos de Genovino, que ademas de estar ganado empezaba á temer el progreso indomable que iba tomando la conmocion, y veia á Masanielo desconfiado é indócil emanciparse de su influencia, consiguieron templar los ánimos lo bastante para dar oidos á los que predicaban paz. Y el prestigio del Arzobispo, fundado en gran parte en su conocido odio á la nobleza y en su poca deferencia por el Virey, y aun por el gobierno español, logró dar entrada á la razon y convencer á todos, de modo que se resolvió finalmente el enviar á Castelnovo los artículos acordados, y que las tristes ocurrencias del dia habian impedido que fueran públicamente leidos.

Eligióse para mensajero á un clérigo, sobrino de Palumbo, y muy zaño y muy presumido, que se llamaba don José Fattoruso, acérrimo partidario de las más extravagantes exigencias del populacho. Presentóse á prima noche este negociador al Virey, quien cuidó de halagar su vanidad recibiéndolo magníficamente y con toda ceremonia. Y reuniendo el consejo, y llamando á todos los secretarios de decretos, mandó sacar varias copias de los artículos, discutiéndolos al mismo tiempo ligeramente, y aprobando luégo su contenido. El clérigo era quien dictaba, por no soltar el original, con una prosopopeya ridícula y con un tono tal de suficiencia, que á pesar de lo serio de las circunstancias provocaba la risa de los que allí estaban. Cuando llegó al artículo en que se exigia la igualdad de votos y de prerogativas del pueblo y de la nobleza en los *sediles*, un caballero de alta jerarquía manifestó alterado, que aquello era mucho pedir, y que no se podia consentir en ello. Y levantándose con furia muy cómica el clériguillo, dijo en tono decisivo: *señor mio, así lo quiere Masanielo.* Y el Virey, conteniendo con una severa mirada al opositor, contestó: *sí, señor, muy bien, cúmplase el gusto del señor Masanielo* (5). ¡Tan apuradas andaban las cosas! Con esto se calmó Fattoruso, quedó convenida la capitulacion, y se creyó que al nuevo dia quedaria definitivamente arreglada la ciudad.

(4) Giraffi. – De Santis. – Capecelatro, MS.

Terrible fué aquel para el duque de Arcos, pues no sólo le pusieron en cuidado la ferocidad del pueblo, la audacia de los sublevados, y los espantosos sucesos que á su vista habian ocurrido, sino tambien las noticias de que la insurreccion cundia rápidamente por el reino, aunque con diferentes formas. En Sorrento habia habido graves conflictos y alborotos, quedando el pueblo triunfante. En Salerno habia sido atropellada la autoridad, y se habian abolido todas las gabelas. En Aversa empezaban con sangre los disturbios. En Abruzo, Puglia y Calabria reinaba la mayor confusion. Ya empezaba á conocer el ántes terco y luégo perplejo Virey que corria grave riesgo la fidelidad y dependencia de aquel importantísimo estado, conducido con sus desaciertos y con las inconsideradas exigencias de Madrid, al último grado de desesperacion.

CAPITULO XIII

Con el nuevo dia, que fué el 11 de julio, prosiguieron activamente las obras de fortificacion en los barrios; se enviaron gruesas partidas á caballo para hacer la descubierta; salieron nuevos emisarios á extender el odio á la nobleza y á los españoles, y se aprestaron más piezas de artillería. Tambien se redoblaron las pesquisas para buscar á los bandidos que aun pudieran estar ocultos en la ciudad; y sobre todo para descubrir y haber al duque de Maddalone, blanco del odio encarnizado del pueblo y de la sed de venganza de su caudillo.

Publicóse un bando obligando, so pena de la vida, á los nobles á que enviaran á alistarse en la tropa popular á todos sus criados y dependientes, con caballos, armas, municiones y asignacion. Muchos lo ejecutaron inmediatamente; otros se excusaron con la notoria pobreza á que la sublevacion los habia reducido, manifestando que no tenian más que su persona y su espada, no admisibles entónces por sospechosas.

Puso Masanielo precio cómodo á los comestibles. Y porque en el dia anterior habia habido violencias, cuyo temor mantenia cerradas las tiendas, y retraidos á los trajineros, dispuso la publicacion de un bando en forma regular, prohibiendo con pena de muerte todo insulto y molestia á los puestos de comestibles y á los que se dedicaban á abastecer la ciudad; mandando á los capitanes de barrio no permitiesen separarse de ellos á ningun individuo armado; y condenando, en fin, á la pena de traidores á los que incendiaran, saquearan ó causaran daño á los pacíficos habitantes.

Cuando entendia en estos arreglos, le avisó una mujer que habian visto al duque de Maddalone á caballo en la Arenela, casal inmediato; mandó Masanielo gratificarla con cincuenta escudos, y doblando la talla por la cabeza del duque, envió á buscarlo al punto indicado una tropa de gente montada. Fué en vano la diligencia; estaba ya en salvo, y sólo hallaron á dos criados suyos y á su barbero; los cuales tres infelices insultados, golpeados y heridos, fueron llevados con gravísimo peligro de la vida á la plaza, y presentados al jefe popular. Hízoles éste reiteradas preguntas sobre el paradero de su amo; pero, ó por ignorarlo verdaderamente, ó por honrada fidelidad, se mantuvieron firmes en que nada sabian. El pueblo quiso hacerlos pedazos, pero Masanielo consiguió impedirlo, y los dejó ir en libertad. Lo mismo hizo con dos caballeros, que por querer huir de la ciudad, saliendo de ella sin permiso, habian incurrido en la pena de muerte. Llevados ante su tribunal los declaró libres de todo cargo, y les dió un pase para que fueran donde les pareciese. No fué tan afortunado un panadero acusado de haber dado el pan falto. Lo hizo confesar en el acto por un fraile, y cortarle la cabeza por el verdugo.

Ciertamente era tan grande (lo aseguran todos los autores contemporáneos) el instinto de órden y de gobierno que manifestaba Masanielo, tan extraordinario el prestigio de su presencia y de su nombre, tan absoluto el dominio que ejercia en las turbas, que los hombres más ilustrados de Nápoles, y el mismo cardenal Filomarino, estaban atónitos y pasmados, dando márgen á la ignorancia para creerlo inspirado. Y se esparcieron mil ridículos cuentos y patrañas aplicándole frases de la Escritura (6). Y hasta lo creyeron San Juan Bautista, segun refiere una curiosa carta de aquel tiempo, que original hemos visto (7).

Las noticias de lo ocurrido en Nápoles llegadas á Roma, pusieron en agitacion al Papa y sus ministros, excitados diestramente en contra por el conde de Oñate, embajador español, y secretamente en

(5) De Santis.
(6) Giraffi.
(7) En un códice de la librería del príncipe de San Gregorio.

favor por el marqués de Fontenay Mareuil, que lo era de Francia. Y entre tanto que aquel exigia del Padre Santo órdenes terminantes para el Cardenal arzobispo, y para todo el estado eclesiástico del revuelto reino, mandándoles ayudar al Virey y procurar por todos los medios imaginables acabar con la sublevacion; éste oponia obstáculos y dilaciones á que se expidiesen. Y conociendo la oportunidad para sustraer del dominio español tan rico é importante estado, envió secretamente á Nápoles emisarios, que acaloraran la conmocion, y que si era posible la dirigiesen en el interes de la casa de Francia, que tanto anhelaba rehacerse con la posesion de aquel reino.

El fidedigno historiador Tomás de Santis refiere, que en un dia de confusion popular se acercó á Masanielo varias veces un hombre desconocido disfrazado de mujer, que con acento extranjero le dijo: que la suerte le ofrecia una buena corona, si tenia habilidad para procurarse la alianza de alguna nacion poderosa; con otras frases para animarlo á no desperdiciar la ocasion que la fortuna le presentaba. Y que Masanielo, sin hacerle caso alguno, le contestó rudamente, que no queria más corona que la de la Vírgen, ni más fortuna que librar al pueblo de las gabelas, volviendo luégo á sus banastas y á vender pescado por la ciudad. Este acontecimiento, y las noticias que unos barqueros de Prócida llegados de Roma trajeron, de que habia alli un príncipe francés, que se interesaba mucho por Masanielo y por los napolitanos, y varias especies que de cuando en cuando circulaban por los corrillos sobre la necesidad de apoderarse de las fortalezas, de hacer guerra á muerte á los españoles, y de pedir socorro á los franceses; especies que, en honor de la verdad, siempre eran rechazadas por la muchedumbre, combatidas por Genovino, y consiguientemente por Masanielo, prueban evidentemente que agentes secretos de Francia empezaban ya á trabajar de concierto aprovechando la oportunidad.

Estos incidentes de que llegaba la noticia, tal vez abultada, á Castelnovo, y el ver que aunque aprobadas ya las capitulaciones, avanzaba el dia sin arreglarse nada, y que proseguian con actividad las obras de fortificacion, creciendo en consistencia el levantamiento con los nuevos decretos y disposiciones gubernativas del caudillo popular, traian inquieto al Virey. Y envió mensajeros al Cardenal, con una carta en que le pedia que apresurase la publicacion de los capítulos acordados, porque toda dilacion podia perjudicar al servicio del Rey y aumentar los desastres de la ciudad. El Prelado, conociendo tambien la gravedad de las circunstancias y lo peligroso de las dilaciones, habló á Masanielo, requirió á Genovino, y puso en juego su autoridad personal para que no se retardase en dar cuenta al pueblo de la capitulacion, con lo que debian volver las cosas á su estado normal. Y así que vió todo preparado y dispuesto convenientemente, envió á Castelnovo á su maestro de cámara para anunciar al Duque que iba á cumplirse su deseo. Contestóle el Duque con un billete manifestándole su satisfaccion, y que se ponia para todo en sus manos.

Ya estaba convocado el pueblo para hora determinada, en la plaza del Mercado, donde debian publicarse en toda forma el privilegio, la pragmática y la capitulacion, debiendo volver en seguida á ejercer la suprema autoridad el Virey, y deshacerse completamente el alboroto y la reunion popular, por haber llenado su objeto; cuando un nuevo incidente vino á turbar los ánimos, y á poner en duda la buena fe de los convenios. Y fué que las galeras de Nápoles que estaban en Gaeta, mandadas por Giannettin de Doria, aparecieron en el golfo, navegando con próspero viento hácia el fondeadero. Puso su vista en grande temor al pueblo, y á Masanielo en cuidado. Lo que advertido por el diligente Filomarino, envió á toda priesa al castillo á su teólogo consultor, para rogar al Virey que las hiciese retroceder inmediatamente. Este conociendo y apreciando las circunstancias, contestó por escrito al Prelado, incluyéndole la órden para detener las galeras y ponerlas á la disposicion del pueblo.

Tranquilizados los ánimos de todos con esta prueba de buena fe, y satisfecho Masanielo, envió en una lancha órden á Doria para que virase en redondo y se mantuviese á una milla del puerto. Fué al instante obedecido, y con la misma lancha mandó Doria á tierra uno de sus oficiales para saludar en su nombre al jefe popular. No admiró poco al marino el aspecto del pueblo, y más que todo la juventud, facha, rudeza y miserable traje del pescadero, á quien trató de ilustrísima, como ya lo hacia el mismo Virey. Recibiólo Masanielo con cómica gravedad; y como el recien llegado le pidiese permiso de desembarco para el general, y algunos víveres de refresco, nególe lo primero, encargando que ni un solo soldado viniese á tierra, y concedióle lo segundo, mandando enviar á bordo inmediatamente cuatrocientas hornadas de pan, pipas de vino y otras vituallas.

Arreglado este negocio, se dispersó el pueblo, miéntras llegaba la hora de la lectura de los capítulos, á proseguir (á pesar de los bandos y prohibiciones, dados mas *pro formula* que para que se obedeciesen) en los incendios y saqueos; y por cierto que no campeaban ya en ellos el desprendimiento y el horror al robo, que en otra ocasion elogiamos (1). Fueron pues quemadas y robadas aquella mañana las casas del presidente Fabricio Cennamo, de Vicente Cuomo, y de otros pudientes. Y nacieron disputas y riñas muy sérias sobre el reparto de los despojos.

Al cabo, hechos los preparativos y llegado el momento, se verificó la deseada publicacion y lectura de los capítulos del convenio, en la iglesia del Cármen con toda solemnidad. El Arzobispo, bajo un dosel levantado delante del altar mayor, presidió el acto, estando á sus lados de pié Masanielo, Palumbo, Genovino y Arpaya, la iglesia atestada, y la plaza llena toda de apretado gentio: el privilegio, la pragmática y la capitulacion fueron leidas desde el púlpito y publicadas á són de trompeta y con todas las formalidades de estilo por un notario público. Acabada la ceremonia, subió al púlpito Genovino, arengó al pueblo felicitándole por su triunfo, y propuso que se cantase un *Te Deum*. Y entonando él mismo el primer versículo, siguióle todo el pueblo acompañado del órgano de la iglesia. Gran entusiasmo causó esta solemnidad; y aunque no faltaban semblantes pálidos y descontentos de los que sentian tuviesen término los desórdenes, la generalidad estaba satisfecha y repetia alegres vivas al Cardenal, á Masanielo, y tambien al Virey.

Este, en cuanto recibió aviso del buen éxito del acomodo, se trasladó del castillo á palacio, y envió á su capitan de guardias don Diego Carrillo, á dar gracias á la ciudad, recorriéndola toda á caballo, y á invitar á Masanielo á venir á verlo y á recibir mercedes. Asustóse el pescadero con el convite, y preguntó sobresaltado al Arzobispo si serian cadenas y horca las mercedes que le esperaban (2). Lo tranquilizó el prelado, dándole grandes seguridades, y aconsejándole no retardara la visita. Él sin embargo quiso consultarlo con el pueblo, y vió que la opinion general era que debia ir á palacio, con lo que se resolvió á hacerlo. Pero no queria separarse del Cardenal, con quien quiso con gran empeño confesarse ántes. Mas éste le dijo que no era necesario, y que cuando todo estuviera tranquilo tendria tiempo de hacerlo más despacio y con mejores auspicios; y le aconsejó que para ir á ver al Duque mejorara de traje, vistiéndose no sólo decentemente, sino como convenia tanto á su carácter de Capitan general del pueblo, cuanto al decoro de la suprema autoridad á quien iba á presentarse. Rehusó Masanielo el dejar sus harapos, pero impelido, segun él mismo dijo, por el Arzobispo hasta con pena de excomunion, se puso un magnífico vestido de tela de plata, obligando á su hermano, más jóven que él y de la misma condicion, á mejorar de ropa. Y como se vistió delante de todos en medio de la plaza, manifestó lo demudado, desencajado y flaco que se habia puesto en sólo cinco dias que llevaba de no comer, dormir ni sosegar, pues parecia un esqueleto, como dice Giraffi, y apénas podia moverse ni tenerse en pié, de decaimiento y debilidad.

CAPITULO XIV

A media tarde el Arzobispo en su carroza, llevando á un lado á Masanielo lujosamente ataviado, y en un hermoso caballo tordo con rico caparazon y vistoso penacho, al otro al *electo* Arpaya tambien á caballo, y detrás en una silla de manos á Julio Genovino, y seguido de todo el pueblo con aplauso universal, partió de la plaza del Cármen y se dirigió á palacio. La carrera estaba recien barrida y regada, adornada con ricas colgaduras, henchida de gente; reinaba gran órden en el bullicio, y las campanas á vuelo publicaban la alegría de la ciudad. Precedia á esta procesion un trompeta, que tocaba, y gritaba en seguida: *¡viva el Rey! ¡viva el fidelísimo pueblo!* Y como una vez añadiese de motu propio *¡viva Masanielo!* éste indignado arremetió á él, lo asió de los cabellos y lo quiso matar (3).

Al llegar á la plaza del castillo, habia crecido tanto la concurrencia, que era imposible abrirse paso, por lo que tuvo que detenerse la procesion en Fontana-medina. Allí el capitan de la guardia del Virey llegó á caballo y sin armas al encuentro de Masanielo para saludarlo en nombre del Duque, y manifestarle el placer con que iba á ser recibido. El pescadero oyó la embajada con gravedad y casi altaneria, y contestó pocas palabras, discretas y oportunas; pues el poder supremo, aunque de pocos dias, da á veces temple á los más humildes, y tono elevado aun á los más zafios y miserables. En seguida ocurrió una curiosa escena, cuya relacion vamos á traducir literalmente del ingenuo cronista Alejandro Giraffi, que parece la presenció, y que conserva en su pluma la fisonomía de la época y el sello de las circunstancias.

(1) De Santis.
(2) Giraffi.
(3) De Santis.

Dice pues aquel contemporáneo escritor: «Parándose Masanielo, y haciendo seña al pueblo, que »ascendia ya al número de veinte mil almas, de que »no pasara adelante, en un punto, con increible »silencio, quedó muda é inmóvil aquella innume»rable muchedumbre. Púsose luego Masanielo de »un salto en pié sobre la silla de su caballo, y »con alta y amorosa voz dijo: — ¡Pueblo mio! gra»cias sean dadas á Dios con eternas voces de júbilo, »por la antigua libertad reconquistada. ¿Quién de »vosotros creeria tal cosa? Parece un sueño, una fá»bula, y veis que es verdad, que es un hecho. Infi»nitas gracias demos á la beatísima Vírgen del »Cármen, y despues á la paternal benignidad del »Emmo. Sr. Cardenal nuestro pastor. Vamos, pue»blo mio, ¿quiénes son nuestros amos?... Responded »conmigo: Dios y la Vírgen del Cármen. — Y el pue»blo lo repetia. — El rey Filipo (proseguia Masanie»lo), el cardenal Filomarino y el duque de Arcos. — »Y el pueblo con inmediato y conforme eco repro»ducia las voces de su general. Hizo éste breve »pausa, sacó del pecho los privilegios del Rey don »Fernando y del Emperador Cárlos V, con las nue»vas pragmáticas firmadas por el Virey, Colateral y »consejo de Estado, y con más alta voz continuó: — »Ya estamos libres de todo impuesto, ya descarga»dos de tanto peso. Ya están quitadas y abolidas »todas las gabelas. Ya se nos ha restituido aquella »cara libertad que nos concedió el Rey Fernando »de feliz memoria, y que nos confirmó el Empera»dor Cárlos V. Yo nada quiero ni nada pretendo »más que la pública felicidad. Muy bien sabe el »Emmo. Cardenal arzobispo mi recta intencion, pues »se la he dicho y redicho mil veces con juramento. »Y tambien sabe que al principio de nuestros justos »resentimientos, por el deseo que tenia su Eminen»cia de ver quieto al pueblo, me ofreció con gene»rosidad régia doscientos escudos al mes de su pro»pio bolsillo, por todo el tiempo de mi vida, con tal »que no fuésemos adelante en nuestras pretensio»nes, tomando á mi cargo el poneros de acuerdo lo »mejor y más brevemente posible; la cual oferta re»husé siempre, dándole infinitas gracias. Tambien »sabe que si no me hubiera visto apretado una hora »hace por su Eminencia con el tenaz vínculo de un »precepto, y atemorizado por el espantoso rayo de »la excomunion, para ponerme el vestido que llevo, »jamás hubiera dejado mis ordinarios harapos de »marinero; porque tal nací, tal viví, y tal preten»do vivir y morir. Despues de la pesca de la pú»blica libertad, que la haré en el tempestuoso »mar de esta ciudad afligida, volveré á la otra an»tigua, y á vender pescado, sin reservarme para »mi casa ni un alfiler. Os ruego, pues, ya que »ninguna otra cosa os pido, que cuando yo muera »me rece cada uno de vosotros un *Ave María*. — »¿Me lo ofreceis? — Sí, sí, respondieron universal»mente todos, lo haremos con mucho gusto, pero »de aquí á cien años. — Os doy gracias, prosiguió »Masanielo, y por el amor que os tengo quiero da»ros un consejo: no dejeis las armas de la mano »hasta que vuelvan de España confirmadas y reco»nocidas por el Rey nuestro señor, las gracias reci»bidas y los capítulos estipulados. Y no os fieis »jamás de los nobles, porque todos son traidores y »enemigos nuestros. (Aquí se extendió en palabras »tales y de tanto despecho, que por modestia las »callamos.) Y prosiguió, yo voy á negociar con »S. E.; dentro de una hora me volvereis á ver, ó »mañana lo más tarde. Pero si mañana por la ma»ñana no estoy con vosotros, destruid á fuego y »sangre el palacio y toda la ciudad. — ¿Me dais todos »vuestra palabra de hacerlo así? — Y como que la »damos, y que lo haremos, respondió resueltamente »el pueblo, podeis estar bien seguro de ello. — Bien, »muy bien, continuó Masanielo: de cuanto hasta »ahora hemos hecho está grandemente contento »S. E.; porque, aunque se han quitado las gabelas, »no ha perdido nada S. M. Quien ha perdido es esa »nobleza enemiga nuestra. Ya está pobre, ya han »vuelto á la primera mendicidad los avaros y vora»ces lobos de tantos asentistas y partícipes, que com»praban y vendian nuestra sangre. El que ellos pier»dan redunda en gloria de Dios, servicio de nuestro »Rey, y público beneficio de la ciudad y del reino de »Nápoles. Ahora serás verdadero rey de este ínclito »reino de Nápoles, rey Filipo; ahora adornará las »sienes del monarca español la más rica corona que »jamás ha ceñido; ahora cuanto le demos (en lo que »andaremos todos á porfía en todo tiempo, por más »que digan los enemigos envidiosos de la austriaca »grandeza), será verdaderamente suyo. No como »acontecia ántes, que le dábamos tesoros, y se con»vertian en humo. Por esto está tan contento de lo »que hemos hecho y de lo que hagamos el señor »Virey, como que ve destruidos á sus verdaderos »enemigos. — Dichas estas y otras muchas palabras, »se dirigió al señor Cardenal y le dijo: Eminentísi»mo señor, dad la bendicion al pueblo. — Sacó la »cabeza del coche su Eminencia y con dos signos de »cruz á una y á otra parte por las ventanillas, dió »su pastoral bendicion. Y como despues de esto »quisiese seguir adelante la cabalgata, era tan gran»de la apretura del inmenso gentío apiñado en la »plaza del Castelo, que imposibilitaba el paso. Y »por esto, y por no parecer conveniente que en

»tiempo de avenencia se encontrara el Virey con »tanta gente, Masanielo, imponiendo silencio á to»dos con una leve seña, mandó bajo pena de la vida »y de rebelion, que ninguno osase dar un paso más. »Y con maravilla grande fué inviolablemente obe»decido. Prosiguió él la marcha á caballo, y detrás »en su carroza el señor Cardenal, seguido de Arpa»ya, del hermano de Masanielo y de Genovino. »Llegados á la plaza de palacio, encontraron una »fuerte trinchera custodiada por compañías de ca»ballos y de infantes, estando todos los balcones »guarnecidos de armada soldadesca. Pasó apresu»rado Masanielo aquel reparo, y su Eminencia y los »demás, y las carrozas del séquito. Entrando en el »patio de palacio, se encontraron en la escalera al »señor Virey, que salia á recibir al señor Cardenal. »Este le presentó á Masanielo, que le hizo reveren»cia arrojándose al suelo, y besándole los piés en »nombre del pueblo, para darle gracias por las »acordadas capitulaciones, y le dijo: *que venia allí »para que S. E. hiciese de él lo que quisiese; para »que lo ahorcara ó enrodara; en fin, para que hi»ciera lo que gustase. Pero el señor Virey le hizo »poner en pié, diciéndole: que nunca lo habia mi»rado como criminal, ni pensado que hubiese ofen»dido á S. M. en nada, que por lo tanto estuviera »de buen ánimo, pues lo apreciaba mucho.* Y dicen »que al hablarle así lo abrazó muchas veces, y que »Masanielo le repuso; *que jamás habia tenido otro »pensamiento que el del mejor servicio de S. M. y »de S. E., y que ponia á Dios por testigo de esta »verdad.* – En seguida, subiendo á la más secreta »cámara del palacio, conferenciaron largo rato en»tre sí, el señor Cardenal, el señor Virey y Masa»nielo, sobre las ocurrencias de la ciudad, y sobre »el estado de las cosas públicas.» Hasta aquí Giraffi.

Otros historiadores cuentan que Masanielo se desmayó á los piés del Virey, lo que puso á todos en grande apuro, y que echándole agua en el rostro se le volvió en sí, y pudo por su pié subir la escalera, y entrar, completamente repuesto, en el despacho del Duque, donde solos con el Cardenal entraron en prolija conferencia.

A poco rato empezó á interrumpirla el confuso rumor de la muchedumbre, que poco á poco fué llenando la plaza de palacio. No de la gente que mandó Masanielo detenerse en la plaza del castillo, pues obediente no habia avanzado ni un paso, sino de la que viniendo de todos los barrios llegaba por otras calles, ignorando la órden del pescadero. Y empezando á alarmarse con la prolongada visita, por no faltar instigadores que esparcieron la voz de que habian arrestado al jefe popular, clamó con desaforados gritos que queria verlo y que saliese al balcon. El mismo Virey, cuidadoso de aquellos clamores y de lo que crecia el bullicio, pidió á Masanielo que sin tardanza lo verificase, para asegurar con su presencia á aquella conmovida multitud. Hízolo así acompañado del Arzobispo y del Duque. Y en medio de la tempestad de aplausos que se levantó, dió á escuchar su voz gritando: *Héme aquí sano y salvo. Paz, paz.* El entusiasmo popular creció de todo punto manifestándose con lágrimas, alaridos, vivas y aclamaciones; se pusieron á vuelo las campanas de San Luis, á las que sin saber por qué, respondieron las de toda la ciudad, con tan asordador rimbombe, que obligó á Masanielo á mandar que cesasen, como se verificó muy pronto. Cuando paró el estruendo, victoreó, repitiendo los vivas aquel inmenso gentío, á Dios, á la Vírgen del Cármen, al Monarca español, al Arzobispo, al Virey y al fidelísimo pueblo napolitano; y en seguida, vuelto al duque de Arcos, que ¡oh vergüenza! estaba besándolo y limpiándole el sudor con su pañuelo, y llamándole á voces libertador de Nápoles (1), pasmado de ver la influencia eléctrica de sus miradas, y la fuerza mágica de sus palabras, le dijo: *ahora quiero que vea V. E. cuán obediente es este pueblo;* y poniéndose el dedo en los labios en señal de silencio, enmudeció como por encanto aquel confuso mar de vivientes, sin oirse ni el rumor más pequeño. Y luégo dijo en alta voz: *bajo pena de la vida y de rebelion, mando despejar, y que no quede nadie en esta plaza.* Inmediatamente en el más profundo silencio, sin sentirse más que el ruido sordo de las pisadas, desapareció aquel inmenso gentío por distintas calles, quedando la plaza completamente desierta. Lo que dejó confusos y pasmados al duque de Arcos, al cardenal Filomarino y á cuantos lo presenciaron (2).

Continuó la conferencia, acordándose en ella que se imprimieran y publicaran las capitulaciones con las firmas, refrendos y requisitos necesarios, y que el sábado próximo se leyeran al pueblo en la catedral, y se jurara su obediencia, con solemne oferta del Virey, de los consejeros, y de todos los funcionarios públicos, de que serian ratificados en Madrid. Tambien se trató de que Masanielo devolviese el mando supremo al Virey; pero encontró este inconvenientes para aceptarlo, y confirmó al pescadero en el alto cargo de Capitan general del pueblo, confiriéndole tambien el título de duque de San George, que cedió á su favor en aquel acto el marqués de Torrecusa. Pero no pasó de allí esta gracia, pues no consta que Masanielo hiciese uso de ella, ni que causase efecto alguno en el pueblo. El Virey le encargó mucho que acabase con los bandidos, elogiando el servicio que habia hecho al reino en perseguirlos y exterminarlos; y puso á sus órdenes al preboste general, para que ejecutara puntualmente sus sentencias. Varios autores dicen que Masanielo ofreció al Duque la plata de las iglesias, encargándose de despojarlas, y que habiendo rechazado este la proposicion, se convino en que recaudaria un cuantioso donativo para el Rey.

Ya habia anochecido cuando concluyó esta entrevista, en que el pescadero, desconociendo la posicion que se habia adquirido, descubrió su condicion villana en acciones humillantes y en extravagancias ridículas; y en que el duque de Arcos desmintió la suya de alto personaje, y su carácter de suprema autoridad, con degradantes adulaciones, con tímidos miramientos y con miserables complacencias; si bien merece elogio por haber rechazado el consejo que le dieron algunos de apoderarse de la persona de Masanielo, y de caer con las tropas sobre el pueblo desapercibido: ora lo hiciese por no creerse con fuerzas bastantes, ora por no faltar á la buena fe, manchando su nombre con una iniquidad.

Acompañó el Duque al Arzobispo y á Masanielo hasta la escalera, donde besándole á aquel la mano y abrazando de nuevo á este, le volvió á llamar, en público y á boca llena, *fiel servidor del Rey y glorioso defensor del pueblo;* y le echó al cuello una cadena del valor de tres mil escudos. Resistióse el pescadero á admitirla; pero las instancias del Virey y el mandato del Cardenal le obligaron á resignarse con el regalo. Volvieron todos á tomar sus caballos y carrozas, y con el mismo órden en que habian venido dirigiéronse al palacio arzobispal, por medio de alegre y pacífico concurso que los victoreaba, y por una lucidísima carrera iluminada, enramada y colgada magníficamente, y al ruido de las campanas que celebraban á vuelo aquel importante dia (3). Mas, como muy pronto veremos, no vino con él el remedio suspirado para los desastres de la desventurada ciudad.

En el palacio arzobispal estaba dispuesto un abundante refresco; y cuando lo disfrutaban Masanielo y los suyos, muy festejados por Filomarino y por las personas eclesiásticas y seglares de su séquito, cundió rápida alarma por el populacho con la noticia de que varias tropas de bandidos se acercaban á la ciudad. Nació este rumor de que regresando de sus tierras el marqués de Santelmo Caracciolo con muchos criados y guardas á caballo, se asustaron los sublevados que custodiaban la puerta de la ciudad; y sin más exámen hicieron armas contra aquella gente, apoderándose del marqués, á quien trataron de hacer pedazos, sin dar oidos á sus explicaciones. La marquesa viuda, tia del que en tanto apuro se encontraba, sabedora de la ocurrencia, fué inmediatamente en busca del Arzobispo para salvar al sobrino de aquel desastre. Oyó Masanielo sus lamentos y sus razones, y tocado de sus gemidos, la tomó por la mano, la tranquilizó, y le aseguró que seria puesto sin demora el marqués en libertad; para lo que envió apresuradamente á la puerta, en que estaba detenido, á uno de los suyos, que llegó por fortuna á tiempo para que lo dejasen libre y llegar á salvo á su casa.

Trató Masanielo, ya avanzada la noche, de retirarse á descansar de las fatigas de aquel dia, y el Cardenal le dió su carroza, en la que con su hermano, Genovino y Arpaya se dirigió á la plaza del Mercado. La noticia de invasion de forajidos se habia esparcido demasiado para que no fuese ya general la inquietud; por lo que se reforzaron los puestos, se dispusieron patrullas, se hicieron fogatas en las plazas y encrucijadas, y se pasó la noche toda con las armas en la mano y en desordenada inquietud.

CAPITULO XV.

Despues de aceptados por el Virey los capítulos propuestos por el pueblo, de quedar restablecido en toda fuerza y vigor el privilegio de Cárlos V, abolidas todas las gabelas, y lleno por lo tanto completamente el objeto de la sublevacion, parecia regular que se calmaran los ánimos, que se sosegara la ciudad, y que se restableciera la autoridad legítima, concluyendo la dictadura del pescadero. Pero léjos de suceder así, el dia que siguió á la entrevista, con que se creyeron zanjadas todas las dificultades, fué uno de los más turbulentos y en que ostentó más necio orgullo y absoluto poder el jefe popular.

La noticia de estar amenazada la ciudad por tropas de forajidos, que se esparció la noche anterior, cobró con el nuevo dia gran incremento, exaltó los ánimos, y renovó el desórden y la confusion.

Volvió Masanielo, poniendo aparte sus galas y vistiendo sus habituales harapos, á establecer en la plaza su tribunal. No ya en el palco y en el tablado en que solia, sino en la ventana de su propia casa, donde le presentaban los memoriales y peticiones en la punta de una pica, y él los recibia y decretaba teniendo en la mano un arcabuz, con la mecha encendida y pronto para hacer fuego; y á la puerta de su casa estaban reunidos siempre más de dos mil hombres armados, que ejecutaban sin réplica sus más leves caprichos.

Envió gruesos pelotones á guardar las afueras de la ciudad, y diferentes turbas con cabos de su confianza á recorrerla toda, para buscar y exterminar cuantos bandidos pudiese haber aún ocultos en ella. Las tropelías y venganzas particulares á que daria lugar esta pesquisa, pueden muy bien imaginarse. El resultado fué traer á la presencia del pescadero más de cien cabezas, que aumentaron el espantoso adorno de la plaza del Cármen. Reprodujo la prohibicion de capa y ropas talares; y por haberse hallado, segun dijeron, un bandido disfrazado de mujer, con armas escondidas bajo las faldas, mandó cercenar estas y recortarlas hasta la rodilla; á lo que tuvieron que sujetarse sin réplica, no sólo las mujeres del pueblo, sino tambien las más ilustres matronas de la nobleza. Dispuso que se bajara el pan á un precio ínfimo, y que se aumentara considerablemente su peso; y á un hornero, que se resistió á verificarlo, lo condenó á ser quemado vivo en su propio horno, como se ejecutó inmediatamente (4). Presentáronle cuatro bandidos aquella mañana, que se habian hallado ocultos en un arrabal, y les hizo cortar allí mismo en su presencia las cabezas, con la cuchilla de cortar el pescado. Y era tal el vértigo de matanza que se habia apoderado del tal Masanielo, que para que las ejecuciones fueran más violentas y más notorias á toda la ciudad, mandó establecer en la calle de Toledo y á la vista del palacio un ancho patíbulo con los instrumentos más espantosos de muerte, y dos verdugos que no pasaron ociosos el dia.

Fué detenida en la Merinela una falúa sospechosa, que venia de las playas de Sorrento con seis marineros y cuatro hombres armados, y como encontraran á uno de ellos un paquete de cartas, condujeron á todos maniatados á la presencia del pescadero. Resultó ser correspondencia del duque de Maddalone con su secretario la que conducian; y estando la mayor parte escrita en cifra ininteligible, y el resto en generalidades ambiguas de que no se sacaba noticia alguna, sufrieron un largo y prolijo interrogatorio los marineros y los otros cuatro. Aquellos probaron no saber nada del duque, ni de quiénes eran aquellos hombres que les habian fletado la barca. Pero estos, despues de padecer espantosos tormentos, en que confesaron mil cosas absurdas y contradictorias, fueron decapitados.

Este acontecimiento aumentó la inquietud pública, temiendo nuevas maquinaciones del no escarmentado duque de Maddalone, y avivó los temores del jefe popular, que veia donde quiera asechanzas contra su vida, creciendo sin límites su crueldad y sed de sangre. Y cuantos le presentaron aquel dia como sospechosos, fueron sentenciados y ejecutados en el acto: pereciendo unos en la horca, otros en la rueda, muchos arcabuceados, y algunos despedazados por la multitud (5).

Dispuso Masanielo aquel dia, que cuantos clérigos y frailes se encontrasen en la calle fueran conducidos á su presencia para averiguar por sí mismo si eran verdadera gente de iglesia ó facinerosos disfrazados; y fué exactamente obedecido, causando infinitas vejaciones á hombres pacíficos y desarmados, y yendo algunos de ellos al patíbulo porque un enemigo particular los calificaba de bandidos. Mandó, bajo pena de la vida, que cuantas personas estuviesen retraidas y ocultas en los conventos y casas particulares volviesen inmediatamente á las suyas; y al momento que se publicó el bando se vieron atravesar pálidos y desconcertados las calles, y volver á sus moradas, á muchos caballeros, militares retirados, negociantes extranjeros, sacerdotes, ancianos, enfermos y señoras que habian buscado un asilo, y que tenian que abandonarlo por no ser descubiertos y asesinados en la pesquisa general que debia verificarse. Dió tambien órden el pescadero de que los tenderos y artesanos abrieran sus tiendas y talleres y se pusieran á trabajar como solian, y al punto fué sin réplica obedecido; y dispuso, en fin, para evitar la confusion, que se retiraran las masas populares, dejando en cada calle cuatro hombres y un cabo. Con esto quedaron sobre las armas unos treinta mil hombres, ganando cada uno un carlino (medio real de vellon) y racion de pan, carne y vino.

Aquel funesto dia trabajó mucho la famosa *compañía de la Muerte,* formada de la más relajada juventud, y en la que dicen figuró en primer término el célebre pintor Salvator Rosa, cuyos valientes cuadros representando varias escenas de la sublevacion, hemos examinado detenidamente. Pero, aunque formase parte de tan sanguinaria cuadrilla,

(1) Raph. de Turris.
(2) Giraffi. – De Santis. – Comte de Modéne. – Capecelatro, MS. y todos los contemporáneos.
(3) Giraffi. – De Santis.
(4) Giraffi. – De Santis.
(5) Giraffi.

no creemos digna de gran fe la que le atribuye en aquellos sucesos y en la intimidad con Masanielo la romántica pluma de una célebre escritora inglesa.

Algunos caballeros, por ganarse la gracia del supremo dictador, le enviaron aquella mañana de regalo hermosos caballos y joyas de gran precio, que él no admitió, diciendo enfurecido: que nada queria de la nobleza.—Avisáronle varios espías que aun existian escondidas en capillas y monasterios muchas riquezas pertenecientes á las personas cuyas casas y palacios habian sido asaltados los dias anteriores. Dispuso al instante el reconocimiento general de los sitios que le indicaron, y encontróse en efecto gran cantidad de ropas, joyas, vajillas y dinero. Mas no mandó como antes que todo fuera entregado á la voracidad de las llamas, sino que todo se conservase y llevase intacto con el mayor cuidado y seguridad á los almacenes de la plaza del Mercado, para pagar la gente armada y ayudar al donativo que debia hacerse al Rey. Autores hay que aseguran que quiso el pescadero conservar todas aquellas riquezas para sí, porque empezaba á despertarse en su pecho la codicia y el deseo de mejorar de fortuna y de condicion; pero el estado de miseria en que dejó á su familia demuestra que, si tuvo esta idea, no supo ó no logró verificarla. Lo cierto es que se recogieron entonces grandes riquezas escondidas y mucho dinero soterrado, pues de un solo escondite se sacaron más de cien mil escudos, sin que conste su paradero.

Mucho deseaba Masanielo prender fuego al palacio del duque de Maddalone, que era su continua pesadilla; pero desistió de hacerlo por temor de que hubiese en él pólvora dispuesta á propósito para facilitar una voladura, y envió á algunos de sus satélites para reconocerlo prolijamente y acabarlo de saquear. Encontraron allí dos moros esclavos del duque, y los condujeron á la plaza del Mercado. Mandóles el dictador que declarasen cuanto supieran de su amo, y que se bautizasen sin réplica. Uno se resistió tenazmente á ambos preceptos, y despues de apurar con indiferencia musulmana los más atroces tormentos, fué enrodado. El otro, ofreciendo hacerse cristiano, declaró que el duque, su señor, habia estado en Benevento, y que de allí habia ido á las sierras de Calabria, donde permanecia reuniendo una tropa de bandidos. En premio de su docilidad en abjurar su secta, y de la declaracion hecha, le fué en el acto conferido el destino de capitan de uno de los pelotones de la que podemos llamar guardia permanente del pescadero.

Notable mudanza se advertia en el carácter de este hombre extraordinario. Vióse de repente suspicaz y reservadísimo, mostrando una sed de mando y de poderío insaciable. El temor de ocultas asechanzas lo habia vuelto bárbaramente cruel, huyendo de todo consejo y rechazando con furor toda reconvencion. Obraba por sí solo y alejó de sí con agrio desden á Palumbo, á Genovino y al electo Arpaya. Gustábanle las adoraciones, saboreábase con la lisonja, y empezó á concebir confusos planes de sólido engrandecimiento y de permanente autoridad; y no sabiendo él mismo cómo llevarlos á cabo, obraba en todo de la manera más contradictoria y extravagante. Se le ocurrió convertir su pobre casuco en un palacio magnífico, é inmediatamente dió órden de derribar todos los edificios inmediatos, como empezó á ejecutarse, sin escuchar los clamores de los dueños, ni las reclamaciones de los vecinos. Mandó venir arquitectos y albañiles, y á varios mercaderes que le enviaran ricas telas para colgaduras. Trató de formarse una servidumbre y de darle la librea correspondiente, y empezó á mezclar sus modales toscos y humildes con los graves y pomposos de gran señor (1). ¡Pobre Masanielo!

Crecia por puntos, á medida que queria engrandecerse y adoptar las formas aristócratas, su odio á la aristocracia. Y como dos caballeros de Nápoles le pidieran aquel dia, por medio de sus procuradores, justicia sobre cierto asunto contencioso, se negó á oirlos, vomitando insultos y denuestos contra la nobleza. Pero el blanco de sus odios, el objeto continuo de su anhelo de venganza era el fugitivo duque de Maddalone. Mandó buscar por la ciudad á todos sus criados y protegidos, y fueron asesinados cuantos tuvieron arbitrariamente una ú otra calificacion; y él mismo en persona fué con sus sicarios más furibundos á asaltar el palacio que tenia aquel personaje en la ribera de Chiaja. Entró en él, entregó á las llamas cuanto encontró, dió cuchilladas y golpes de alabarda en las puertas y paredes, y viendo en una galería los retratos del duque y de su padre, se enfureció de tal modo, que acuchilló la imágen de este, llamándole padre de un traidor, y á la de aquel le picó los ojos y le cortó la cabeza, arrancándola del lienzo y llevándola como trofeo á la plaza del Mercado. Allí la colgó de la viga en que, ya corrompido é inficionando el ambiente, estaba aún el cuerpo mutilado del infeliz hermano don José Caraffa. ¡Coincidencia singular! Esta cabeza pintada y este cadáver destrozado y corrompido estaban precisamente en el mismo sitio de la plaza en que pocos años ántes padeció el último suplicio el inocente príncipe de Senza, víctima de una negra trama urdida por los dos hermanos: el retrato del uno y los despojos miserables del otro parecia que estaban allí proclamando una justicia superior á la de los hombres (2).

Dió aquel dia el Capitan general del pueblo varios decretos de buen gobierno: uno de ellos sobre el abasto del aceite. Y el Virey, retraido de nuevo en el castillo, tambien publicó otros contra los bandidos y revalidando los de Masanielo, para aparecer siempre, que era su idea favorita, como suprema autoridad; y por no interrumpir las relaciones, á pesar del horror de jornada tan desastrosa, le pidió socorro de vituallas, apresurándose el hombre del pueblo á enviárselas con abundante forraje para sus caballerizas.

Tambien la duquesa de Arcos se puso aquel dia en amistosa comunicacion con la mujer del pescadero, enviándole un rico presente de vestidos y de joyas, con que no tardó ella en engalanarse, afectando entre sus parientas y amigas, todas de lo ínfimo del populacho, una cómica gravedad y una ridícula altanería.

A media tarde llegaron á la bahía de Nápoles tres galeras, y el almirante, Giannettin de Doria, avisó al Virey, quien, siguiendo su sistema de complacencias, le ordenó ponerlas á la disposicion de Masanielo. Este le mandó fondear lo más léjos posible, suministrándole víveres en abundancia, pero sin permitir que nadie viniese á tierra.

Al anochecer llegó el Cardenal arzobispo al Cármen, con pretexto de rezar á la Vírgen, para tratar de amansar aquel hombre árbitro absoluto de la ciudad, y que tan inexorable y sediento de sangre se mostraba. Recibiólo Masanielo con el respeto más profundo, mostrando oir con humildad sus templadas reconvenciones, y le rogó que subiese con él al campanario de la iglesia á bendecir al pueblo y á su espada de capitan general. Hizo uno y otro el reverendo Prelado, complacencia que no dejó de desopinarlo entre la gente sensata; y ciertamente no tendria él mismo mucha fe en una bendicion dada á una furibunda canalla, manchada de sangre, cuando desaparecian los últimos rayos de un sol que habia presenciado tantos horrores, en un recinto circundado de cabezas y miembros humanos, y al través de un ambiente fétido y corrompido que envenenaba á la ciudad.

Nunca se mostró más espantosa la tiranía popular; nunca fué tan absoluto y atroz el poder del pescadero miserable. Más de quinientas personas perecieron, ya por el puñal de los asesinos, ya por la cuchilla del verdugo, ya por las llamas de los incendiarios. Los cuatrocientos mil habitantes que contaba ya entónces la ciudad con sus arrabales, de todas condiciones, edades y sexos, temblando el ceño de su inexorable dominador y la furia de sus sicarios, obedecieron postrados sus más extravagantes caprichos... ¡Tremendo dia fué el viernes 12 de julio de 1647, sexto de la sublevacion! Su memoria se conserva aún fresca de padres á hijos en los napolitanos.

CAPITULO XVI.

Confuso y abatidísimo estaba el duque de Arcos, refugiado otra vez en Castelnovo, viendo que todos sus planes para acabar con la sedicion, plegándose á sus exigencias, habian sido inútiles; pues crecia la autoridad del prodigioso pescadero, y el pueblo se mostraba cada momento más furibundo y tenaz, y ménos dispuesto á soltar las armas y á entrar en razon. Celebró varias consultas reservadas con el Cardenal y con Julio Genovino, para buscar de comun acuerdo remedio á tantos desastres, y el modo de restablecer el órden lo más pronto posible. Ambos consejeros, conocedores de lo terrible de la situacion, y deseosos ya de que tuviera fin, lo exhortaron á la prudencia, manifestándole que no se podia acabar de un golpe con el poder colosal de Masanielo, y que era necesario contemporizar hasta que comenzara á declinar su prestigio, como forzosamente habia de suceder en vista de sus crueldades y desaciertos (3). Y convinieron los tres en lo importante que era no dilatar la ceremonia de jurar en la catedral la capitulacion, con toda pompa y solemnidad, para que no tuviese pretexto plausible la sublevacion, y para producir un efecto que no podia ménos de ser muy saludable sobre la muchedumbre.

El Cardenal y Genovino se encargaron de trabajar para que no se dilatase la ceremonia, y para darle el mayor aparato; y el Virey dispuso la rápida y copiosa impresion de las capitulaciones, para que se repartieran con profusion al pueblo, manifestando así la buena fe con que las aceptaba y juraba, y la buena voluntad con que las cumpliria.

Amaneció pues el sábado, 13 de julio, y empezaron á agitarse las turbas para buscar bandidos ocultos, que era el pretexto mejor para saciar particulares venganzas y lucrativos saqueos; y para con la idea de maquinaciones ocultas y de peligros permanentes, mantener viva la conmocion popular. Masanielo se estableció en su tribunal, entregándose á su manera al despacho de los negocios públicos. Y como le trajeran presos varios marineros, que habian encontrado recorriendo las tiendas y fingiéndose en ellas parientes suyos, pidiendo de su parte dinero para ciertas obras de fortificacion, les mandó inmediatamente cortar la cabeza. Tambien sentenció á muerte á otros miserables, que con el nombre de bandidos le presentaron. Lo mismo hizo con otros que le dijeron ser criados de Maddalone, imputándoles que llevaban correspondencia escrita en cifra y escondida en los zapatos. Dispuso nuevas investigaciones en conventos é iglesias para buscar tesoros escondidos, y mandó levantar en varios puntos de la ciudad horcas y patíbulos. En fin, el dia sétimo de la sublevacion mostraba que iba á ser tan horroroso como el anterior.

Tambien publicó aquella mañana el supremo dictador varios bandos y órdenes de policía, imponiendo pena de la vida, sin remision, á la más ligera contravencion de los más insignificantes artículos, y se ocupó en proveer varios destinos públicos. Nombró maestre de campo á un tal Andrés Polito, de oficio batihoja, hombre de ínfima condicion, ignorantísimo y brutal, grande enemigo de españoles, y el que con más encarnizamiento los habia perseguido y asesinado los dias anteriores. Dió el mando de un barrio á un hermano de Palumbo, revoltoso furibundo, y el de otro á Genaro Annese, maestro arcabucero, de quien haremos larga mencion en el progreso de esta historia, y repartió otros cargos de menor importancia á los más sobresalientes en sanguinaria ferocidad y en tenaz oposicion á todo acomodamiento.

El nuevo maestre de campo, ostentando un lujo de crueldad inaudito, y los otros jefes de los barrios y todos los nuevos empleados, por no quedarse en zaga, se mostraron aquella mañana misma inexorables contra cuantos se calificaban ligeramente de sospechosos; y cometieron execrables tropelías, descarados robos y lamentables ejecuciones, llenando de asombro á la ciudad, erizada de cadalsos y sembrada de cadáveres; y reuniéndose luégo, bien de *motu propio* y por ostentar patriotismo ardiente y adhesion sin límites al dominador; bien acalorados por los que tenian aún interés en que siguiera el desórden, que tan ancho campo dejaba á las venganzas y á las rapiñas; bien diestramente manejados por los instigadores extranjeros, que deseaban llevar las cosas más adelante; representaron á Masanielo que para su seguridad propia y para la del pueblo, era indispensable tener en depósito la posesion del castillo de Santelmo, hasta que volviese de España revalidada la capitulacion. Esta exigencia, que como dejamos apuntado, sacó ya la cabeza en la conferencia del Cármen cuando se extendieron los capítulos, y que fué desechada por los argumentos de Genovino y del Cardenal, volvia á aparecer ahora con el apoyo de los primeros jefes populares, y acompañada de tan buenas razones de conveniencia general, que la adoptó inmediatamente el pescadero, y encargó al Arzobispo que la hiciese saber al punto al Virey. El sagaz Prelado no quiso combatir la idea en el primer momento de su desarrollo, y fué con el mensaje á Castelnovo. El duque de Arcos respondió: que el disponer del castillo de Santelmo y de las demás fortalezas cerradas no estaba en su arbitrio, porque los castellanos recibian el título y el mando directamente del Rey, á quien juraban homenaje, y que no podian entregarlos á nadie sin órden expresa, directa y firmada por S. M. Que por lo tanto, aunque él quisiera, como efectivamente queria, complacer al pueblo, no seria en este punto obedecido. Que no exigiesen de él una cosa imposible, y que empeñaba de nuevo su palabra de que las capitulaciones, una vez juradas y aceptadas por todos, serian muy pronto ratificadas por el Soberano. Volvió con esta respuesta Filomarino al jefe popular, y le reprodujo los argumentos que ya expuso en la otra ocasion contra esta exigencia, añadiendo las razones y consejos que le parecieron más convenientes. Con lo que Masanielo, dándose por convencido, desechó con energía la propuesta de sus tenientes y validos; y para evitar nuevas reclamaciones, mandó inmediatamente publicar un bando con pena de la vida, para quien osase proponer la toma como rehenes, ó de otro modo, de los castillos y fortalezas de S. M. (4).

A mediodia vino el Duque á palacio, y Genovino y Arpaya fueron á conferenciar con él ostensiblemente sobre el modo de verificar la ceremonia del juramento. El Arzobispo cardenal entre tanto fué á prepararlo á la iglesia mayor, y el jefe del pueblo mandó so pena de la vida, pues este era requisito indispensable de todas sus disposiciones, que se barrieran y adornaran las calles de la carrera, y que concurriesen todos los habitantes de Nápoles á la solemnidad popular (5).

La proximidad de la fiesta iba cambiando el aspecto de la ciudad. Desarmáronse los verdugos,

(1) De Santis.

(2) Giraffi.

(3) De Santis. — Capecelatro MS.

(4) De Santis.

(5) Giraffi. — De Santis.

desaparecieron los patíbulos, se adornaron con ricas telas y vistosas enramadas los edificios, olvidó las armas el pueblo, y empezaron los preparativos de la funcion á distraer los ánimos, á calmar las cabezas, á amansar las enconadas pasiones: así pasan las masas populares con rapidez pasmosa de un extremo á otro extremo; así los hombres todos individualmente, y más cuando están reunidos, se dejan arrebatar de las sensaciones del momento y pasan de unos deseos á otros instantáneamente, agitándose y calmándose, ignorando por qué, y obedeciendo ciegos los más pequeños y desconocidos impulsos. Las ideas religiosas tuvieron mucha parte en la mudanza de aquel dia. El celebrarse el solemne juramento en sábado, consagrado á la Vírgen, y cuando tan próxima estaba la festividad de Nuestra Señora del Cármen, observacion que cundió por las turbas, fué generalmente mirado como de agüero feliz para asegurar la dicha de la agitada capital y del despedazado reino.

Con gran recelo y desconfianza se disponia el Virey á atravesar la ciudad, y creyó á tal punto que iba á ser víctima aquella tarde del populacho, que hizo su testamento y se preparó á morir como cristiano, y encargó al cardenal Trivulcio, que se hallaba casualmente en Nápoles de paso para Sicilia, que faltando él tomara el gobierno del reino, hasta que fuese reemplazado por quien tuviese el Rey por conveniente (1). ¡Infundadas sospechas! Nadie habia pensado, como no tardó en verlo por sí mismo, en hacerle daño, ni aun en faltarle en lo más mínimo al respeto.

A las dos de la tarde salió de palacio en su carroza de gala, seguido de otras muchas en que iban los consejos y altos funcionarios del reino, circundado de pajes y escuderos á pié y á caballo. Le precedian cien caballos españoles con timbales y clarines; Masanielo vestido de tela de plata, y el hermano de éste, con traje tambien de plata sobre fondo azul celeste, iban á las portezuelas en sendos caballos hermosísimos, enjaezados con primor y riqueza; y detrás marchaban Genovino en silla de manos por su mucha edad, y Arpaya, Palumbo y otros jefes populares á caballo, y con más armas de las que á fiesta tan pacífica convenia.

Tomó la procesion por la calle de Toledo, y crecia tanto en ella el gentío, que no se podia dar un paso. Por lo que Masanielo tuvo que mandar á las turbas detenerse, siendo, como siempre en todo, puntualmente obedecido. En la carrera recibió el Virey repetidas demostraciones de profundo respeto, sin oir una sola voz ni ver un solo gesto que pudiera darle cuidado; y halló en todas las esquinas retratos de Felipe IV y de otros reyes de España, sus antecesores, colocados en doseles y acatados con toda reverencia. Por todas partes resonaba: *Viva el rey de España, viva el duque de Arcos;* y él sacando la cabeza por las ventanillas de la carroza respondia: *Viva el fidelísimo pueblo napolitano.* Entre tan gratas aclamaciones y arrullada por aquel agradable murmullo de las pacíficas y tranquilas turbas, que asisten con júbilo á una fiesta popular, llegó la lujosa comitiva á la iglesia mayor. Masanielo y su hermano echaron presurosos pié á tierra y dieron el brazo al Virey para salir de la carroza. El capellan mayor del reino, don Juan de Salamanca, le dió agua bendita, y dudando si tambien debia dársela al jefe popular, una mirada expresiva del Duque lo determinó á hacerlo (2). En medio de la nave principal del templo, el Cardenal arzobispo con pontificales vestiduras, á la cabeza del cabildo y de la clerecía, recibió respetuosamente al Virey; y ocupando uno y otro sus respectivos doseles, Masanielo un sillon á la derecha del Prelado, y los altos funcionarios sus puestos, y estando llena la iglesia de apiñado y silencioso gentío, el consejero Donato Cóppola, duque de Cansano, secretario general del reino, puesto en pié en el presbiterio, leyó en alta é inteligible voz los capítulos acordados. Fueron oidos con profunda atencion y vivo interés, interrumpiendo algunas veces la lectura y el silencio general, entusiasmados aplausos de la unánime multitud; tambien con disgusto universal fué á menudo interrumpida con explicaciones, adiciones y observaciones inoportunas, que en agrio y agudo grito hacia el desatentado pescadero (3), ya con el tono ridículo de catedrático, ya con el aire solemne de supremo dictador.

Terminada la lectura, se acercó reverentemente al Virey el electo del pueblo, seguido de los otros municipales, y en una discreta arenga le dió las gracias en nombre de la ciudad por la capitulacion acordada, rogando la santificase con el público juramento. Y entonces el duque de Arcos, puesto en pié y con la mano diestra sobre los santos Evangelios, que le fueron presentados por el Arzobispo, juró la observancia de los capítulos convenidos, y solicitar con todo empeño la real aprobacion. — Si juró en falso, y con el ánimo decidido á emplear tambien el perjurio, como uno de tantos infelices medios de gobierno como se le ocurrieron en Nápoles, no podemos asegurarlo; pero su posterior comportamiento, indigno de su esclarecido nombre, nos induce á creer que este solemne y religioso acto fué un nuevo rasgo de debilidad y de mala fe, que añadió á tantos otros que tenian ya amenguada su reputacion y manchada su memoria. — Despues del Virey prestaron igual juramento, por su órden jerárquico, los consejos, autoridades y empleados, y se entonó con toda pompa un pausado *Te Deum.*

Miéntras lo cantaban el coro y la clerecía, acompañados de órgano y de una música estrepitosa, Masanielo en pié y con la espada desnuda, ufanísimo con la gloria de su triunfo, que era entónces completo, y desvanecido con el aplauso popular, con el respeto y sumision que le tributaban las autoridades supremas, y exaltado con el aparatoso espectáculo, perdió sin duda la cabeza; pues llamó imperiosamente á uno de los gentiles hombres del Arzobispo, y lo envió varias veces al Virey, con los más ridículos é impertinentes mensajes; ya notificándole que queria seguir mandando como capitan general, y que exigia como tal tener guardia á su puerta y expedir patentes de oficiales de guerra; ya que echara de los castillos á todos los nobles y ricos en ellos refugiados, con otras exigencias no ménos descabelladas y de malísimo agüero. El duque de Arcos respondia á todo que sí, por no turbar aquel acto religioso, disimulando su enojo y la desconfianza que le inspiraban tan necias como audaces embajadas; y aunque el mensajero avergonzado se excusó con él de aquellos pasos, le mandó continuarlos y no rehusarlos para evitar algun incidente desagradable; pues era aquella ocasion de contemporizar, y no de encender imprudentemente alguna chispa que produjera un incendio (4).

Miéntras duró el *Te Deum,* duraron este ir y venir, y los impertinentes recados; y concluido, cuando todos se disponian á salir de la iglesia, levantó la voz Masanielo, y en un largo y extravagantísimo discurso, empedrado de sandeces y de ideas luminosas, de frases chabacanas y de períodos elocuentes, de humildad seráfica y de satánica soberbia, habló del pueblo, de la nobleza, del Rey, de sus propios servicios al trono, de la lealtad napolitana, de las gabelas, de los arrendadores de los impuestos, de los bandidos, del duque de Maddalone; en fin, de todas las ocurrencias pasadas; y concluyó como siempre asegurando que queria volver á su humilde condicion y al ejercicio de pescadero, para manifestar al mundo, que no su propio interés, sino el del Rey y el de la patria le habian inspirado la empresa tan felizmente coronada. Diciendo así, como si estuviera poseido de un acceso de locura, empezó á desgarrarse el lujoso vestido, corriendo del Cardenal al Virey, para que le ayudasen á destrozarlo, con tales visajes y contorsiones que pasmaron á los circunstantes y conmovieron á la muchedumbre. El Arzobispo y el Duque atónitos le contuvieron y calmaron con caricias y buenas razones, recordándole que estaba en la casa de Dios, y que sólo su buen deseo podia disculpar la inconveniencia de sus acciones (5). Sosegóse al fin cayendo en repentino abatimiento, y salió el Virey acompañado hasta la puerta por el Prelado y clerecía, y subiendo en su carroza y volviendo á montar á caballo Masanielo y los suyos, ordenada la comitiva como habia venido, se dirigió la procesion por la Vicaría y la Nunciatura á la plaza del Mercado, entre los aplausos y vivas de la alborozada multitud. Al pasar por delante del miserable casuco de Masanielo se presentó su mujer en una ventana, ataviada con los regalos de la Vireina; y el duque de Arcos la saludó, descubriéndose y levantándose, con el mismo respeto que á la más excelsa princesa pudiera haber tributado (6). Y se retiró finalmente á palacio, saludado por la salva real de los tres castillos, y por el repique general de las campanas, cuando el sol escondia sus últimos rayos tras las verdes cumbres de Posilipo.

CAPITULO XVII

La solemne escena del juramento celebrado la tarde anterior habia cambiado totalmente la fisonomía de la ciudad, creyendo todos sus habitantes satisfecha de un modo ú de otro la sublevacion, y puesta la firme basa de una estable tranquilidad. Las turbas mismas, tan feroces é indomables la mañana del sábado, se mostraban en la del domingo, 14 de julio, pacíficas y conciliadoras. Sólo una pequeñísima parte turbulenta é inflexible bramaba aún por calles y plazas, y rodeaba y separaba de toda idea de concordia al desatentado pescadero.

Diversas eran, es cierto, las opiniones, y por consecuencia las ideas que circulaban en los corrillos; pero todas generalmente y con corta excepcion propendian á la paz y al restablecimiento de las autoridades legítimas, comprometidas con juramento á rehabilitar y sostener las franquicias populares. Unos, los de mejor fe, creian terminadas las miserias públicas, purgado el país de facinerosos, é igualados para siempre los derechos del pueblo y de la nobleza en los *sediles;* y miraban á Masanielo con la veneracion debida á un sér inspirado del cielo, pero cuya mision estaba ya cumplida; con el entusiasmo y profundo respeto debidos á un héroe, á un generoso libertador, pero cuyos esfuerzos no eran ya necesarios. Otros, que tambien creian asegurados los antiguos privilegios de la ciudad y arreglado ya todo con la capitulacion, de manera que eran imposibles nuevas arbitrariedades en la administracion pública, aunque confesaban el mérito extraordinario del hombre singular á quien se debian bienes tan positivos, deseaban que se restableciese pronto la autoridad real; porque temian haberse creado un tirano difícil de derrocar, y una tiranía mucho más dura y terrible que la que con tanto teson habian combatido. Algunos deseaban el restablecimiento total y absoluto del Virey, esperando reacciones violentas y castigos ejemplares, que reparasen los daños individuales y borrasen hasta las huellas de tantos desórdenes y desconciertos. Y muchos, desconfiados y recelosos, dudaban del porvenir; temian que la capitulacion no fuese revalidada por el Rey; y no querian soltar las armas, y aun reproducian la pretension de apoderarse del castillo de Santelmo; pero repugnando la autoridad del duque de Arcos, á quien aborrecian, deseaban cualquier cosa que no fuese la dominacion de Masanielo: pues lo miraban de mal ojo despues de la mucha sangre que inútil y bárbaramente habia derramado, de la altanería y codicia que iba descubriendo, y de la falta total de concierto que manifestaba en sus actos y en sus palabras, comprometiendo la situacion. Sólo los ciegos partidarios del pescadero, los jefes de los barrios, los hombres sin porvenir, revoltosos é inquietos, y los que aun tenian venganzas que satisfacer, riquezas que codiciar, y necesidad de movimiento y de agitacion, aunque en escaso número, dominaban como acontece siempre á todos los demás; porque eran más osados, estaban más unidos, y trabajaban con más ardor, manteniendo á pesar de la mayoría de la poblacion, vivo en medio de ella el fuego del motin, pronto á inflamar de nuevo toda la ciudad.

Otro Virey ménos desacreditado que el duque de Arcos lo estaba ya con los napolitanos, de fe ménos dudosa, de resolucion más firme, y de más arrojo para emplear los medios nobles y dignos, que siempre dan buen resultado cuando se usan con energía, razon y oportunidad, hubiera podido sacar un ventajosísimo partido del estado general de los ánimos aquel dia, y haber evitado los nuevos trastornos y desastres que sobrevinieron. Pero tímido, desconfiado de sí mismo, con los oidos cerrados á los consejos saludables de hombres de gobierno y de sagacidad, esperándolo todo del tiempo y de manejos oscuros y miserables, nada hizo, desperdició el momento oportuno, y vió impasible desairada nuevamente su persona, y escarnecido el poder soberano que representaba.

Masanielo, como si no estuviera ya cumplido el objeto de la sublevacion que capitaneaba, como si el juramento de las capitulaciones nada hubiera significado, y sin recordar las tan repetidas ofertas de volver á su humilde estado y ejercicio, y de renunciar las pompas del mundo cuando lograse abolir las gabelas, siguió impertérrito en su despótico y absoluto dominio; dando nuevos decretos de policía, fulminando nuevos bandos de proscripcion, y haciendo sus inexorables y sangrientas ejecuciones. — Mandó pues que nadie soltara las armas, so pena de la vida, y so pena de la vida tambien que todos los que supieran dónde habia bandidos refugiados, ó riquezas escondidas, se lo revelasen inmediatamente. Incendió la casa, con cuantos estaban dentro, de una panadera acusada de haber expendido aquella mañana el pan falto de algunas onzas de peso. Avisado de que cuatro miserables, que le dijeron, con verdad ó sin ella, ser bandidos, estaban retraidos en la iglesia del Carminelo de padres jesuitas, mandó matarlos sin demora, y se ejecutó del modo más atroz. Envió allá un peloton de gentuza, que cercó el edificio, derribó una pared, entró sediento de sangre, é hizo pedazos cruelmente á los refugiados; y como los frailes reclamasen la inmunidad eclesiástica, y los efectos del convenio jurado la tarde anterior, y protestasen contra el escándalo inútil de aquella sangre derramada, fueron atropellados sin consideracion, muriendo uno de ellos á manos de aquella furibunda canalla.

Se encaminaron despues aquellos sicarios, de órden de Masanielo, que parecia haber perdido todo aplomo, y obrar bajo una influencia satánica, á profanar otros monasterios y otras iglesias, en busca de partidarios escondidos del duque de Maddalone y de ocultos tesoros. En esta pesquisa, que daba ancho campo á todo género de delitos, fué embestido, por mandato expreso del pescadero, el convento de monjas de Santa Cruz, donde se sospechó que existian varios objetos preciosos de César Lubrano. Entraron en él aquellos hombres feroces, atropellando la clausura de un modo tan

(1) NICOLAI, *Istoria o vera narratione giornale dell'ultime revoluzioni della citta e regno di Napoli.* (Era secretario del cardenal Trivulcio.)
(2) De Santis.
(3) Giraffi.

(4) Giraffi.
(5) Giraffi.
(6) De Santis.

descompuesto, que pusieron á las infelices religiosas en gran conflicto; pero por fortuna de ellas llegó oportunamente el aviso de aquella sacrílega tropelía al cardenal Filomarino, que ardiendo en justísimo enojo, voló á socorrerlas con verdadero celo pastoral, enviando un eclesiástico de respeto á manifestar con entereza al caudillo popular lo atroz y sacrílego de su conducta. Este volvió en sí, se atemorizó y dispuso que se retirase al instante aquella gente, enviando á decir al Prelado, que aquel asalto se habia hecho sin órden suya, y que castigaria á los que lo habian dirigido. Y lo hizo así, pues mandó cortar la cabeza á tres de sus más ardientes partidarios, que no habian hecho más que obedecerlo.

Habia dado órden terminante Masanielo de que nadie saliera aquel dia de la ciudad sin permiso suyo, bajo pena de la vida; y debiendo monseñor Caffareli, arzobispo de San Severino, marchar á su diócesis, vino en hábito corto, obedeciendo los bandos anteriores contra las ropas talares, á pedir el pase, á casa del pescadero. Este se lo dió al momento, mandando para honrarlo, que lo acompañasen cuatrocientos hombres de su guardia. Y como dándole gracias monseñor, le manifestase que iba por mar, quiso que le escoltasen cuarenta falúas; y como tambien lo rehusase el viajero, diciéndole que tenia ya fletadas tres, que eran suficientes para su bagaje y comitiva, le presentó un talego con cuatro mil doblas de oro, exigiendo que las tomara para gastos de viaje. Rechazó cortésmente tan extraña oferta monseñor Caffareli; pero viendo que empezaba á descomponerse y á izquierdear el generoso dictador, tomó para contentarlo y contenerlo quinientas, y aguantó por despedida un estrecho é insultante abrazo de aquel frenético (1).

Presentóse en su tribunal aquella mañana un ilustre caballero de Aversa, de la nobilísima familia de Tuffo, para cierta urgente reclamacion; y despues de oirlo atentamente el jefe popular, y de despacharlo contento, le dió un puntapié por despedida, diciéndole: *Anda con Dios, te hago príncipe de Aversa* (2).

Determinó Masanielo aquel dia exigir una pesada contribucion á los jesuitas, cartujos y benedictinos para atender á las urgencias públicas. Tambien hizo comparecer personalmente en su presencia á los pudientes de la ciudad y á los negociantes, que creyendo terminada la sublevacion con el juramento de los capítulos acordados, habian dejado incautamente el asilo de las fortalezas para volver á sus negocios. A cada uno que se le presentaba, le preguntaba bruscamente si era fiel al Rey. Y oyendo, como era regular, la respuesta afirmativa, lo forzaba á firmar un papel, con la obligacion de aprontar en cortísimo plazo la gruesa suma que á él se le antojaba; sin que súplicas ni reflexiones pudieran hacérsela disminuir: y al que osaba aún resistirse le señalaba con el dedo el patíbulo y le hacia ver al verdugo, con cuyas insinuaciones todos firmaban temblando. ¡Así, como siempre acontece, exigia y cobraba las contribuciones arbitrarias, impuestas por su capricho, el que levantó el pueblo para aliviarlo de las gabelas y para darle libertad!

CAPITULO XVIII.

La mañana de aquel lúgubre domingo, tan llena de sangre y de desafueros como los dos horrorosos dias precedentes, volvió á consternar la ciudad; y aunque la generalidad de sus habitantes desaprobaba ya semejantes medidas, aterrada por el furor de los satélites de Masanielo, y desconfiada de que la autoridad legítima volviese á restablecerse en el poder, se agitó de nuevo á su pesar. Empezando así por miedo ó por desesperacion á conmoverse, generalizóse pronto la sublevacion, aunque sin entusiasmo y sin confianza en el caudillo, y harta de crueldades y de excesos.

Masanielo redoblaba su actividad y sus medidas de terror, pero obrando sin plan ni concierto y contradiciéndose á cada momento en sus palabras y en sus acciones. Al mismo tiempo que mandó publicar bando con pena de la vida para el que soltase las armas ó faltase de su puesto, envió un mensaje á palacio, diciendo que se queria retirar del mando, é irse á Posilipo ó donde se le ordenara; y que seria conveniente que el Virey desarmase ántes los retenes y guardias populares de la ciudad (3). Este dió inmediatamente las órdenes oportunas, y muchos fueron desarmados y licenciados, no sólo sin oposicion, sino con gusto de todos. Pero al llegar á verificarlo en otros puntos, apareció Masanielo furibundo con sus satélites, se opuso á la órden del Virey baldonando su persona y escarneciendo su autoridad, y proclamándose *solo dueño y absoluto señor* de Nápoles.

Obraba aquel dia con tanto desconcierto hasta en lo interior de su casa, y entre sus más íntimos amigos y decididos parciales, amenazando é insultando á todos, que á media mañana fué á refugiarse en palacio, huyendo de sus furores, su cuñado Pizzicarolo, que hasta entónces habia gozado de su más íntima confianza; y dijo públicamente que Masanielo, que estaba demente, lo habia querido matar, porque él le habia dicho que si no concluia con los incendios y asesinatos iba á tener mal fin. Tambien Genovino y Arpaya tuvieron que esconderse para evitar indignos tratamientos, y otros revoltosos de los más granados se refugiaron en los castillos.

Poco antes de mediodía montó Masanielo á caballo, y solo y con la espada desnuda en la mano, recorrió á escape la ciudad, atropellando y derribando á cuantos se le ponian delante, y repartiendo mandobles y cuchilladas sin tino ni concierto, con que hirió á muchos de sus más ardientes partidarios. Se detenia en los puestos militares del pueblo y en los sitios en que habia levantado algun patíbulo; y allí hacia cortar la cabeza al primero que se le antojaba, calificándolo de partidario del duque de Maddalone. Ya eran muchas las víctimas de este extraño modo de enjuiciar, cuando condenó á tres paisanos, cuyos parientes fueron á echarse á los piés del Arzobispo para pedirle que salvara la vida de aquellos inocentes. El Prelado (á quien fuerza es hacer la justicia de consignar en la historia, que no perdonó fatiga, ni rehusó incomodidad ó peligro con que salvar la vida de un hombre miéntras duraron aquellas desventuras), corrió al encuentro de Masanielo, le afeó con entereza su inexplicable conducta, y manifestóle resuelto que hacia muy mal en faltar á la santidad del domingo con aquellas ejecuciones. El pescadero, no tan dócil como solia, quiso llevar á cabo la sentencia dada contra aquellos miserables; pero el Arzobispo con digno teson y con laudable severidad consiguió al cabo que lo difiriera para el siguiente dia. Ocurriósele entónces á Masanielo, que pues nada podia hacerse de bueno en domingo, era mejor ir á solazarse al campo; y dispuso de pronto comer en Poggio-Reale, sitio ameno en las cercanías de la ciudad. Dió las órdenes necesarias para esta improvisada comida, y se empeñó en que el Cardenal arzobispo fuese á ella, yendo en su compañía á disfrutarla. Rehusólo éste, como era de esperar, lo que desconcertando mucho al atrevido pescadero, le hizo desistir de la idea de ir al campo y disponer celebrar el banquete en Santa Lucía del Mar, en casa de un tal Onofre Caffiero, ardiente partidario suyo, y hombre de bajísima condicion (4). Allí, dicen algunos autores, que encontró un banquete espléndido preparado de antemano por el Virey; lo que no nos parece verosímil, pues la idea de holgarse aquel dia se le ocurrió á Masanielo poco ántes, y aun entónces quiso verificarlo en el campo, siendo sólo la repulsa de Filomarino su convite lo que le decidió á ir á casa de su amigo; y ni el Virey pudo tener tiempo de prevenir y enviar el repuesto, ni pudo estar jamás de acuerdo con el dueño de la casa. Otros dicen que el banquete se celebró en palacio, cosa imposible por las mismas razones expuestas, y por la escena que vamos á referir, y en que están de acuerdo cuantos han escrito la relacion de estos sucesos.

Sentóse en casa de Caffiero á la mesa con algunos de sus tenientes y allegados Masanielo, y no se mostró nada temperante, comiendo y bebiendo con exceso extraordinario. A media comida se le ocurrió ir á concluir la fiesta y á apurar algunos frascos de vino de Capri y de lacrimacristi á las esmaltadas rocas y deliciosos bosquecillos de Posilipo; y deseando que á esta merienda campestre lo acompañara el duque de Arcos, para desquitarse de que no hubiera querido hacerlo el Arzobispo á la comida proyectada en Poggio-Reale, sin más pensarlo se encaminó á palacio. Llegó á él con una calza puesta y otra quitada, sin cuello, sombrero ni espada, y encendido y anhelante. El jefe de la guardia se dispuso en cuanto lo columbró á hacerle honores, pero él se opuso, mandando á gritos á los soldados que estuviesen quietos. Entró apresurado, subió la escalera principal en dos saltos, y sin más etiqueta ni prévio aviso se presentó delante del Virey. No se sorprendió éste poco con la tal visita, y más con el cordial convite que le hizo el pescadero. Segun el sistema de complacencias y contemporizaciones que se habia propuesto el duque de Arcos, nos parece que tendria algunos momentos de perplejidad, y que más por orgullo de cuna que por orgullo de empleo, conoció que debia rechazar semejante invitacion. Hízolo en efecto pretextando una fuerte y repentina jaqueca, pero endulzando la repulsa con la oferta de su magnífica falúa dorada para verificar el paseo, que fué con gusto aceptada por el borracho ó demente pescadero (5).

Bajó este á la marina, si disgustado de no llevar consigo al Virey, contentísimo de pasearse en su falúa; y entró en ella con su hermano, con su secretario Marcos Vitale, y con otros de los suyos, llevando la provision necesaria para la merienda, compuesta especialmente de macarrones, que allí es *frutta di mare*, á que son aficionadísimos los napolitanos, y de razonable cantidad de botellas, que no tardaron mucho en ser agotadas. Seguíanle otras barcas con partidarios suyos armados, y otras con diferentes músicas, dirigiéndose todos hácia Posilipo, tierra á tierra y con lenta y sosegada boga. Numeroso concurso acudió á la playa á ver aquel paseo de mar, siguiéndolo por la orilla. Y aunque resonaban algunos vivas, la mayor parte de aquella gente era de curiosos, que deseaban ver el fin de aquellas extravagancias. Iba Masanielo divirtiéndose en tirar puñados de monedas de oro al mar, para que las sacaran del fondo los buzos y nadadores, dando muchos aplausos á los que lo conseguian, y cargando de baldones, insultos y groseras amenazas á los que no eran tan diestros ó afortunados. Y habiendo armado disputa sobre aquellos lances con alguno de los que le acompañaban, le dió de golpes y le dijo á gritos las más descompuestas palabras.

Al llegar al frente del santuario de la Vírgen de Piedigrota, veneradísima desde tiempo inmemorial por los napolitanos, y particularmente por la gente de mar, recordó que álguien le habia dicho que en aquella ermita estaban escondidos varios efectos preciosos de los palacios saqueados; y mandando acercar la falúa á tierra, ordenó á los partidarios suyos que por ella le seguian, entrar en la iglesia, registrarla, sacar las riquezas que encontraran y llevarlas al depósito general de los almacenes del Mercado. No fué necesario más: miéntras él continuó su paseo, aquel santo lugar fué profanado por unos pocos, sin que nadie osara impedirlo, aunque disgustó y escandalizó á todo el pueblo, cansado ya de sus propios desórdenes (6).

En tanto que Masanielo estaba en Posilipo envió la Vireina, duquesa de Arcos, sus carrozas y su séquito á traer á palacio á la zafia mujer del pescadero, la que vestida riquísimamente, y segun dice Giraffi, no en la carroza de la Vireina, sino en una del duque de Maddalone, á quien habia servido para su boda, y que valia ocho mil escudos, con su suegra y su cuñada, y con un niño de pecho, sobrino suyo, en los brazos, y con acompañamiento de unas cuantas vecinas, todas con magníficos trajes, que formaban ridículo contraste con sus fachas toscas y con sus modales groseros (7), marchó muy oronda á palacio. Recibióla la guardia con los honores de capitan general, y á la puerta los gentiles-hombres, pajes y alabarderos, y rodeada de ellos, y en la silla de manos de la Vireina subió la escalera, entrando con su séquito estrafalario por los salones principales hasta el gabinete de la Duquesa. Recibióla esta, presentándole varias joyas de valor, y repartiendo otras á las mujeres que la acompañaban, le dió sitio en el estrado á su derecha. La conversacion fué cual podia ser entre una Vireina humillada y una placera enaltecida. Empezó por decirle aquella: *Sea V. Ilma. muy bien venida*; y por contestar esta: *Y V. Excma. muy bien hallada; V. E. es la Vireina de las señoras, y yo la Vireina de las plebeyas* (8).

El Visitador general del reino, don Juan Ponce de Leon, sobrino del Duque de Arcos, y una de las personas más odiadas de los napolitanos, llevó á tal exceso el lujo de su bajeza, que (vergüenza nos da el referirlo) tomando de los brazos de la pescadera el sobrinillo de pecho, lo besó con la mayor ternura, lo colmó de caricias y mostró á todos como un portento: esperando con esta infame adulacion ganarse el favor de aquellas gentes.

La duquesa de Arcos, que era discreta, giró la conversacion con sagacidad para poder insinuar á la Masanielo lo conveniente que seria aconsejase á su marido que aceptara las altas mercedes que estaba dispuesto á acordarle el Virey, y que se retirara del mando, para que se restableciese la tranquilidad; á lo que la Vireina de las plebeyas contestó con desembarazo: *Todo ménos eso; pues si mi marido deja el mando no serán respetadas ni su persona ni la mia. Lo que conviene es que estén unidos y acordes el señor Virey y Masanielo, este gobernando al pueblo y aquel á sus españoles* (9). Quedó cortada la Duquesa con tan terminante respuesta, y dió fin á la visita prodigando besos y abrazos á aquellas mujeres, que se retiraron pavoneándose y con el mismo aparato y ceremonias con que habian venido. Al bajar la escalera la madre de Masanielo dijo en voz baja al caballero Fonseca, que le daba el brazo: *Advertid al señor virey de que mi hijo no obedece más que á Dios y á S. E., y que convendrá que lo refrene un poco, para que no haga tantas locuras* (10).

Miéntras esto pasaba en palacio, los hombres más granados de la sublevacion, tenderos, menestrales, propietarios, etc., que creian ya cumplido su objeto, aun mucho más completamente de lo que se podia imaginar, empezaron á entenderse entre sí, dis-

---

(1) Giraffi.
(2) Giraffi.
(3) Raph. de Turris.

(4) De Santis.
(5) Giraffi. — De Santis.

(6) De Santis.
(7) Raph. de Turris.
(8) De Santis.
(9) De Santis.
(10) Giraffi.

gustados de ver aun alborotada la ciudad, y mandar tan desacertada y sanguinariamente al hombre que habian puesto en el primer apuro á su cabeza, para libertarlos de las gabelas y de la tiranía de un mal gobierno. Reuniéronse con algunos cabos de barrio, capitanes del pueblo y comisionados del Virey en los claustros del convento de San Agustin. Hablaron allí largamente del estado de la ciudad y del reino, de la inseguridad en que estaban todas las vidas, todas las haciendas, y de la urgencia de restablecer, con el freno de la capitulacion, el dominio real. Varios fueron los pareceres, pero todos encaminados al mismo fin; y no faltó quien propusiera que se matase el que ya llamaban tirano, y el dia ántes libertador. Julio Genovino, que estaba presente, confesando las atrocidades de Masanielo y lo incierto y terrible de la situacion, opinó por que se diera tiempo al tiempo, demostrando lo arriesgada que era cualquiera apresurada resolucion; y propuso, supuesto que el pescadero obraba ya como demente, se dejase cundir el disgusto de sus locuras, para que perdido el prestigio, se desmoronara por sí mismo su poderío, y fuera más seguro y de buen resultado lo que conviniera determinar. Aprobóse este prudente dictámen del astuto viejo, y se disolvió la junta para volverse á reunir más adelante segun la oportunidad (1).

El jefe popular, harto de vino y quemado del sol de julio, volvió ya anochecido á la playa de la Marinela, y á una razonable distancia de la tierra, juzgando lentos los remos de la falúa, se arrojó al agua vestido como estaba, y á nado ganó la ribera, corriendo en seguida precipitadamente á su casa. Allí hizo venir al que escribia los carteles públicos y las órdenes del gobierno que se ponian en las esquinas, y le mandó que anunciase en todas ellas al siguiente dia, que nadie le obedeciese más tiempo, y que todos reconociesen por única y legítima autoridad la del Virey, duque de Arcos (2).

No podemos concluir este capítulo sin recordar que casi todos los autores contemporáneos, con más ó ménos creencia de su parte, refieren que al ver el estado patente de desarreglo mental en que se encontraba Masanielo, fué voz comun de que, por disposicion del Virey, le habia sido administrado entre las viandas del banquete que celebró el dia anterior en casa de su amigo y partidario Onofre Caffiero, cierto veneno á propósito para trastornar el juicio. El conde de Módena, contemporáneo tambien, pero más ilustrado que Giraffi y Santis, se hace cargo de esta idea; y aunque no la combate, hace sobre ella reflexiones que la contradicen, y que son tanto más fuertes cuanto que era enemigo acérrimo de los españoles, y que para ennegrecer las acciones del duque de Arcos, da acogida á todas las hablillas populares y vagos rumores de la época. El ilustrado autor moderno Baldachini, en el precioso compendio de estos acontecimientos, que demuestra sus superiores disposiciones de historiador, no dando crédito á tal sospecha, explica el envenenamiento de Masanielo de un modo tan filosófico como ingenioso; pues dice que fué moral y no físico, no el de las viandas emponzoñadas, sino el de las adulaciones populares, el de las caricias del Virey, el que llevan siempre envuelto el humo de los aplausos y la atmósfera del poder.

Nosotros, á quienes no tacharán seguramente nuestros lectores de parciales y de partidarios del duque de Arcos, debemos, fundados en sólidas razones y siguiendo al contemporáneo Rafael de Turris, desvanecer toda sospecha de semejante envenenamiento. Crímen que por fortuna no es tan comun como en todos tiempos se ha pensado, pues no muere ni ha muerto ningun personaje importante, sin que el vulgo suspicaz, y que gusta mucho de encontrar para los sucesos más comunes causas extraordinarias, no lo atribuya al tósigo administrado por un rival ó por un poderoso enemigo. Pero viniendo al caso presente, y dejando aparte el que los adelantos de la química no permiten ya creer en confecciones determinadas para turbar el entendimiento, para desconcertar la memoria, para forzar la voluntad, debemos hacernos cargo de cuándo empezó á manifestar su desarreglo mental Masanielo, y si las causas naturales pudieron bastar para producirlo. Como dejamos referido, y como lo aseguran todos los historiadores, memorias y cartas de aquel tiempo, manifestó ya el extravío de su razon con sus extravagantes exigencias, violentas contradicciones é inconvenientes actos en la tarde del 13 de julio, en la catedral, al celebrarse el juramento; y en la mañana del domingo, su cuñado fugitivo dijo que estaba loco, acreditándolo el presentarse á poco el pescadero por las calles corriendo y acuchillando sin objeto y sin distincion de amigos y enemigos, y haciendo verdaderas locuras. Y todo esto sucedió ántes de la francachela en casa de Caffiero, donde dicen algunos autores que recibió el fatal presente del Virey, de cuya inverosimilitud ya hemos hablado. Consta sí, que en aquella casa bebió con exceso, y lo confirma el estado en que dejamos apuntado se presentó en palacio á convidar al Duque; que siguió por la tarde la borrachera, es sabido, y consignadas están en la historia las extravagancias de su conducta cuando el veneno, si lo hubiera habido, aun no podia haber desplegado sus efectos: y estas reflexiones son tan obvias, que no necesitan de más explanacion. El vino que con exceso bebió aquel dia, y el sol abrasador á que estuvo todo él expuesto, desarrollaron el gérmen de locura, que desde los primeros momentos en que se puso en evidencia se pudo muy bien descubrir en Masanielo; y que la vehemencia de las pasiones que súbitamente le invadieron, la cortedad de sus medios intelectuales para satisfacerlas, el repentino cambio de fortuna, el cúmulo de negocios, los continuos peligros, los constantes temores, las fatigas materiales, la falta de sueño y de sustento por espacio de ocho dias, y la confusion de ideas sin forma determinadas, sin objeto fijo, en que se encontraba envuelto, pudieron ser y fueron causas suficientes para trastornarle el juicio, sin necesidad de un crímen inútil de un Virey español.

(1) De Santis.
(2) Giraffi. – De Santis.

CAPITULO XIX

Al siguiente dia, lúnes, 15 de julio, presentóse Masanielo al amanecer en el Mercado, á caballo y con la espada desnuda. Dió varias órdenes contradictorias, pronunció crueles sentencias, y empezó luégo á correr de un lado á otro, hiriendo y atropellando á cuantos encontraba al paso. No agradó mucho á la gente de la plaza el verse tratar así por el que habian con su ciega sumision engrandecido; y hubo ya algunos que osaron hacerle frente y tirarle piedras, acertándole una con un peligroso golpe. Ya estaba perdido el prestigio, ya no podia durar más que pocas horas el poder del pescadero. Confuso este de aquella inusitada falta de respeto, corrió á la iglesia del Cármen, echó pié á tierra, y entró seguido de numeroso concurso; subió desatentado al púlpito, tomó el crucifijo, y gritó con el acento de la más acerba desesperacion: *Pueblo mio, no puedo ver sin grandísimo dolor que mis padecimientos y mis servicios son ya inicuamente despreciados, y pagados con negra ingratitud. Sabed que con mi muerte vais á procurar vuestra ruina, pero yo os perdono y os bendigo.* Hízolo así con el crucifijo, que volvió á colocar en su puesto, y desgarrando el jubon, mostró el pecho desnudo, diciendo: *Héme aquí sin carne alguna, sin más que huesos y pellejo. He bebido más de dos cubas de agua, y no sé dónde se ha ido;* y para mostrar más su delgadez, se desató los gregüescos, sin reparar que estaba en la iglesia, y mostró los muslos y otras partes de su cuerpo, gritando: *Ved cuál estoy por vosotros.* De los concurrentes unos con lágrimas en los ojos lo aplaudian y animaban, miéntras otros con carcajadas y silbidos lo escarnecian. Pero él impávido, continuando sus extravagantes contorsiones, dijo en alta voz, restablecido el silencio en la multitud: *Sabed que no estareis seguros hasta que hayais hecho puerto de mar la plaza del Mercado, y un puente de Nápoles á España por el que os comuniqueis y entendais con el Rey. En cuanto á mí, estad ciertos de que seré asesinado en todo el dia de mañana.* Gran confusion causó esta escena, que copiamos del historiador Santis, y que refiere con iguales circunstancias Giraffi. Y gran efecto tuvieron estas últimas palabras del demente, pues enardecieron de nuevo los ánimos populares, produciendo la última llamarada del entusiasmo.

Salió Masanielo del Cármen medio desnudo, volvió á montar á caballo, y se alejó del Mercado á galope, y siempre con la espada en la mano. Recorrió las calles de la ciudad, reanimando como pudo el casi extinguido fuego de la sublevacion; y encontrando aún bastantes ciegos partidarios para hacerse obedecer, mandó cortar la cabeza, como se verificó al punto, á algunos jefes populares, y de los que más se habian distinguido los dias anteriores, sólo porque lo recibieron con frialdad y desden. Hirió en el rostro á un antiguo y respetable capitan que le pidió una órden para que le entregaran ciertos soldados españoles de su compañía que estaban detenidos. Para hacer justicia á uno que se le quejó de que algunos meses ántes fué multado porque un conocido le descubrió cierto contrabando de sal, mandó buscar al delator, que fué decapitado. Otro hombre del pueblo se le quejó de que su mujer se habia escapado aquella noche con un amante. Dió órden de indagar el paradero y retraimiento de los fugitivos, y hallados que fueron, á él lo hizo enrodar, y ahorcar á ella, sin darles siquiera tiempo de prepararse á bien morir. Encontró en la calle al duque de Castel de Sangro, y se puso furioso el pescadero porque aquel señor no se apeó de la carroza para hacerle reverencia. Dirigióse luégo á las caballerizas reales, y quiso apoderarse de los caballos que allí habia. Dijéronle los mozos y palafreneros que aquellos caballos eran del Rey, y que no podian entregarlos sin órden de don Cárlos Caracciolo, caballerizo mayor de S. M. Y Masanielo furioso, echando espuma por la boca y fuego por los ojos, exclamó: *¿Qué don Cárlos?... ¿qué caballerizo?... ¿qué Rey?... Yo aquí lo soy todo, y no conozco superior.* Y sacó por fuerza seis hermosísimos caballos, mandando llevarlos á su casa á la plaza del Mercado; pero á corto rato se arrepintió ó mudó de parecer, y los devolvió á las reales caballerizas (3).

Tambien aquella mañana envió una turba armada á extraer del convento de PP. franciscanos los efectos que allí tenia escondidos el visitador general del reino, Ponce de Leon: debido pago de los aduladores besos que con tanta bajeza habia prodigado la tarde anterior al sobrinillo del pescadero.

Vuelto éste á la plaza, cansado ya de sus correrías, recordó que el duque de Castel de Sangro no le habia saludado en la calle, como dejamos apuntado, y envió inmediatamente á llamarlo, con órden terminante de que bajo pena de la vida viniese á pedirle perdon de rodillas y á besarle los piés. Indignado el duque despidió bruscamente al mensajero, y corrió á Castelnovo, donde estaba retraido el Virey, viendo que las locuras de Masanielo no tenian término y que aún le obedecia ciegamente la hez del populacho. Allí el ofendido duque de Castel de Sangro manifestó al de Arcos con sentidísimas palabras, que ya era insufrible tanta degradacion, é indigno de varones tanto sufrimiento; que el dominio de aquel desarrapado plebeyo era un baldon para el nobilísimo reino de Nápoles, y que no podian pasar adelante tan espantosos desórdenes. Que la nobleza napolitana, abandonada por el legítimo gobierno, era la víctima de aquellos inconcebibles sucesos; pero que aún tenia fuerzas propias para vengarse y libertar á la ciudad y al reino de tan indignos opresores, y resolucion para en último caso perecer como buenos en defensa de sus bienes y de su honra. El Virey, hallando nuevo motivo de inquietud en la justa indignacion de aquel personaje que pudiera reanimar á la nobleza abatida, perplejo y dudoso como siempre, le contestaba en términos generales, condoliéndose con él de la miserable situacion del reino; cuando llegaron al castillo, huyendo de los furores de Masanielo, el consejero Julio Genovino y el electo del pueblo Francisco Arpaya.

Aquel no solamente habia perdido toda su preponderancia sobre el ánimo del dictador, sino que se habia visto afrentado en público, y acababa de amenazarle con la muerte despues de abrumarlo con groserísimos insultos. Y á este por haberle manifestado que debian cesar ya las ejecuciones violentas y desaparecer los cadalsos, le habia dado en público un bofeton. Ambos, pues, vinieron á reforzar, aunque por distinto rumbo, las quejas, razones y argumentos de Castel de Sangro, y á pedir al Virey que tomase el mando, pues era ya tiempo, con mano fuerte y con ánimo decidido.

El duque de Arcos aun deseaba mayor madurez en la situacion, y promoviendo consultas y alargando discusiones, resolvió al fin que Genovino y Arpaya volvieran á la ciudad, y que, supuesto que Masanielo tenia dispuesto repetir aquella tarde su paseo por mar á Posilipo, aprovechasen su ausencia para reunir de nuevo los jefes populares descontentos, ó desengañados; y concertar con ellos secretamente lo que se debia hacer, y el modo de asegurar una definitiva y terminante resolucion.

A media tarde tornó Masanielo en la falúa del Virey, con las mismas provisiones y con igual acompañamiento que el dia anterior, á repetir largamente el alarde del desarreglo de su cabeza. Y miéntras apurando botellas y haciendo extravagancias, se paseaba por el mar, seguido ya en botes, ya por la playa, de sus afectos y aun demasiados partidarios; Genovino y Arpaya reunieron con gran recato y presteza en San Agustin á los cabos de barrio, enemigos ya del pescadero, y á los hombres más influyentes y juiciosos de la plebe y de la clase media, que deseaban el restablecimiento de la tranquilidad. Allí, despues de perderse mucho tiempo en protestas y peroratas inútiles, se resolvió que debia tomar el mando el Virey, asegurando empero el religioso cumplimiento de las capitulaciones juradas y de los privilegios restablecidos; y que á Masanielo, en atencion á que efectivamente habia sido el libertador del pueblo, no se le matase, sino que se le alejara y encerrara en un castillo por toda su vida. Este acuerdo se extendió por escrito y se presentó al Virey; quien, ¡cosa increible! aun encontró en su perplejidad é indecision no pocos estorbos é inconvenientes para llevarlo á cabo; pareciéndole aún poco apoyo de su legítima autoridad la indignacion y despecho de las tropas españolas, italianas y tudescas que tenia á sus órdenes; el arrojo de la nobleza desesperada y resuelta á vengarse; el anhelo de la parte más granada de la poblacion por paz, y reposo estable y duradero.

Volvió Masanielo al anochecer de su paseo por el mar, más ebrio y más descompuesto que el dia anterior. Desembarcó en el arsenal, y allí proveyó varios empleos de marina nombrando nuevos capitanes para las galeras, que estaban en mitad del golfo. Se arrojó otra vez vestido como estaba al agua, y estuvo nadando largo rato. Tomó al cabo tierra, y fué á pié y todo empapado á la plaza, donde amenazó con la horca á varios jefes populares, y á

(3) Giraffi. – Raph. de Turris.

Genovino y Arpaya, porque no le habian acompañado y hecho la corte aquella tarde: sin duda le dijo su corazon en lo que la habian ocupado. Y llegaron su demencia y su brutalidad hasta decir á gritos: que iba á prender fuego á la ciudad, en castigo de que no lo amaba y obedecia ya con el entusiasmo de los primeros dias (1). Luégo empezó á correr á pié con la espada en la mano, repartiendo mandobles, tajos y reveses, y haciendo tales atrocidades de frenético, que algunos capitanes del pueblo, reunidos con otros hombres de autoridad, arrojo y buena intencion, se apoderaron de su persona, lo encerraron por fuerza en su casa, y mandaron á la guardia que no lo dejara salir á la calle. Pero aun continuó el mísero Masanielo sus locuras. A media noche se presentó en su ventana entre cuatro luces, llamando la atencion de cuanta gente habia en el Mercado. Y así que la vió reunida gritó con voz ronca y sepulcral: *Pueblo mio, ya estoy muerto; dentro de pocas horas seré asesinado* (2).

Entre tanto aun duraban en Castelnovo las consultas sobre el modo de restablecer al dia siguiente la autoridad legítima. Y conferenciaba reservadísimamente el Virey con ciertos hombres de mala catadura y de infame ralea, que entraron en el castillo secretamente á recibir sus órdenes: indigna accion de un grande de España, de una autoridad suprema, tratar así con viles asesinos. Se reforzaron los puestos militares, hiciéronse señales con cohetes y faroles, se comunicaron avisos á la escuadra, y una parte del pueblo mismo se preparó á ayudar con las armas decididamente para acabar con la sublevacion.

CAPITULO XX.

Al amanecer del 16 de julio, dia de la Vírgen del Cármen y de gran solemnidad para los napolitanos, estaba la ciudad toda con aquella ansiedad, incertidumbre y desconfianza que preceden siempre á los grandes acontecimientos. Apareció el palacio circundado de tropas españolas y tudescas sobre las armas; el importante puesto de Pizzo-Falcone reforzado de arcabuces y de artillería, con mechas encendidas, dobles centinelas, numerosos retenes. Los puntos que guarnecia el pueblo ofrecian distinto aspecto: unos estaban desiertos y abandonados, recien quemadas las garitas, destruidos los parapetos; en otros se veia reunido un considerable número de hombres sin órden ni concierto, pero armados y en actitud imponente y aterradora. Las galeras habian cambiado de fondeadero, se habian aproximado, y mantenian las proas á tierra, cargados los cañones, armados los remos, preparada la maniobra. Discurria en gruesos pelotones el paisanaje por la ciudad, pero en silencio. Nadie osaba pronunciar el nombre de Masanielo, nadie el del Virey. Acudia taciturna la gente al Mercado para asistir á la funcion del Cármen, donde celebraba de pontifical el Arzobispo, como si fuera á asistir á un doloroso funeral. Y en las calles, y en la plaza, y en la iglesia se miraban unos á otros con cierto aire de recelo, como deseando indagar en qué pensaba cada uno, y si llevaba armas escondidas. Habia en el templo y en sus alrededores muchedumbre sin confusion, silencio y quietud sin tranquilidad.

Aquella mañana habia sido muerto Marcos Vitale, el secretario de Masanielo, á la puerta del castillo, donde preguntó con tono amenazador qué aprestos eran aquellos. Y lo mató de una estocada un enemigo personal suyo, excitado (lo decimos con dolor) por el duque de Arcos. Pero el cadáver se habia ocultado, y el pueblo ignoraba tal acaecimiento.

Cuando el Cardenal arzobispo llegó al Cármen, encontró en la sacristía á Masanielo, que se habia fugado de su casa muy temprano, burlando la vigilancia de los que lo custodiaban. Y arrojándose á los piés del Prelado, le dijo en desesperado y doloroso acento, que el pueblo le abandonaba ya, y que estaba vendido. Y le entregó una carta cerrada y sellada que dirigia al Virey, rogándole se la enviase al instante, lo que hizo Filomarino inmediatamente con uno de sus pajes. Y continuando el demente dictador en sus amargas quejas, acabó proponiendo una gran cabalgata despues de la funcion, para celebrar el dia de la Virgen. Calmólo como pudo el Arzobispo, empezando á prepararse para oficiar, y Masanielo aprovechó aquel momento para salir á la iglesia, que estaba atestada de silencioso gentío. Subió apresurado al púlpito, tomó el Crucifijo, y prorumpió en una ardiente perorata, refiriendo no sin natural elocuencia y profunda conviccion, que daban valor sumo á sus bien coordinadas frases, las fatigas y peligros de los dias anteriores; la santidad del objeto con que se habia lanzado á una empresa tan altamente patriótica; el éxito feliz con que el cielo la habia coronado. Rogó al pueblo, con la vehementísima expresion de un alma enérgica resentida, que no lo abandonase al furor de tantos enemigos como se habia granjeado por su causa. Y recordó la avaricia de los contratistas, la soberbia de los nobles, la arbitrariedad de las autoridades españolas, y el estado miserable del reino, esquilmado y empobrecido por unos, humillado y oprimido por otros, y bárbaramente despedazado por todos. Luégo de repente, dando otro giro á su discurso, ó por mejor decir, concluido el lúcido intervalo en que empezó su arenga, se acusó de gran pecador, y exhortó á los circunstantes á que hiciesen como él, allí delante de la Vírgen y en presencia del Arzobispo, una pública confesion general, pidiendo á Dios misericordia. Y graduándose entónces el acceso de locura, añadió tantas sandeces y despropósitos, é hizo tantas contorsiones ridículas y ademanes indecentes, que destruyeron completamente la profunda impresion que habia causado la primera parte de su discurso. De órden del Arzobispo, viendo que el público todo, si empezó á oirle con atencion é interés, ya le miraba no sólo con lástima sino con desprecio, arrancáronlo por fuerza del púlpito, retiráronlo de la iglesia, y lo subieron á la celda de un religioso; donde, deshecho en sudor y casi desmayado, se acostó en un lecho y se quedó profundamente dormido.

Celebráronse con gran pompa, solemnidad y pausa los divinos oficios, y concluidos estos, cuando apénas se habia retirado el Cardenal, entraron en la iglesia, aun llena de gente, Salvador y Cárlos Catáneo, Angel Ardizzone y Andrés Ramos, todos plebeyos (los que la noche anterior conferenciaron misteriosamente con el Virey), armados de espadas y arcabuces cortos, y gritando: *Viva el rey de España, viva el duque de Arcos, muera el que obedezca á Masanielo.* Quedó aterrada y muda la concurrencia; pasmáronse los religiosos que aun estaban en el coro y en torno del altar; y los cuatro forajidos, con otros cuantos que los siguieron, entraron por la sacristía en el convento, buscando solícitos á su víctima, y repitiendo en atronadoras voces, por nadie contestadas, sus vivas y sus mueras.

Masanielo acababa de despertar, pasado acaso el acceso de demencia, y desde la ventana de la celda contemplaba en calma el mar (3), que habia arrullado su pobre cuna, que habia sido el campo de sus ejercicios juveniles, el proveedor del escaso sustento de toda su vida. Y acaso olvidado de poder y de fortuna, vagaba su imaginacion por regiones más humildes, cuando reparó en las galeras, y su proximidad y aparato bélico le recordaron las ideas de mando y de poderío. En esto oyó rumor de armas en el claustro inmediato, y voces que repetian distintamente su nombre. Creyó que era el pueblo, su amado pueblo, que venia á darle algun nuevo triunfo, alguna prueba de sumision y de entusiasmo. Salió apresurado de la celda, y dijo á aquellos feroces: *¿Me buscais?... Heme aquí, pueblo mio;* y recibió por respuesta cuatro balas de arcabuz, que lo tendieron muerto en tierra. — *¡Ingratos! ¡traidores!* fueron sus últimas palabras. Un carnicero, que iba entre la tropa de asesinos, le cortó inmediatamente la cabeza, que aun gesticulaba, y asiéndola de la cabellera Cárlos Catáneo, la llevó chorreando sangre por entre el gentío aterrado y mudo, que ocupaba aun la iglesia y la plaza del Mercado. Tomó un coche que encontró casualmente, y la llevó triunfante al Virey. Este la recibió con demostraciones de júbilo y de feroz alegría, ajenas de un cristiano, no convenientes en un caballero, poco dignas de un delegado del poder supremo del Monarca (4).

Ni una sola espada, ni una voz sola se alzaron en favor del hombre del pueblo, del que veinticuatro horas ántes era el dueño absoluto de la ciudad y de todo el reino; del que habia sido su ídolo diez dias, y el objeto de un entusiasmo general; del que sin duda alguna habia hecho á su patria el importantísimo servicio de abolir las arbitrarias contribuciones, de restablecer la influencia popular, y el mayor de todos, el de darle á conocer su propia fuerza, y lo que podia intentar y obtener el dia que pensase en crearse una verdadera nacionalidad. — ¡Leccion terrible para los que se fian de los aplausos populares y del merecimiento de sus servicios; para los que creen pedestal seguro de duradero poder el efímero entusiasmo, miéntras más exagerado más pasajero, de las agitadas turbas!

La muchedumbre que ocupaba la iglesia, el Mercado y las calles de la ciudad, aterrorizada, no conmovida, vió en sombrío silencio pasear por ella en una pica la cabeza de su caudillo. Y despues de vacilar un momento, se decidió á proclamar la nueva inevitable dominacion; y pobló el aire de vivas al rey de España, de vivas al duque de Arcos. La vocería, la agitacion, el disgusto de las últimas atrocidades del pescadero, la satisfaccion de los que se creian libres de persecuciones, y la verdadera alegría de los amantes de la paz, fueron formando poco á poco un nuevo entusiasmo, que como enfermedad pegadiza se comunicó á las masas populares, amigas de nuevas emociones, y se hizo muy pronto general. El cadáver del infeliz Masanielo no fué tampoco respetado. Se apoderó de él la misma inmunda pillería que él habia cebado en los de sus víctimas, y lo arrastró por las calles y plazas, arrojándolo luégo mutilado y casi deshecho en los fosos de Puerta Nolana; miéntras su cabeza, despues de recoger maldiciones y groserísimos insultos por los diferentes barrios en donde la pasearon, fué arrojada á un muladar junto á los graneros públicos.

No perdonó la fortuna caprichosa é inconstante á la pobre mujer del pescadero, tan vana y tan honrada dos dias ántes. Viendo la infeliz su casa insultada por el mismo populacho que hacia pocas horas la miraba como el templo de su dios, quiso con su suegra y cuñada refugiarse en palacio. Apuró la desventurada por las calles que atravesó todo linaje de insultos, todo género de amarguras; y, lo decimos con dolor, no halló en el palacio la buena acogida que esperaba con razon, fiada ¡oh mísera! en las caricias que le habian prodigado allí dos dias ántes. Encontramos escrito y es de obligacion nuestra referir, que la Vireina olvidó la grandeza de su cuna, y la compasion propia de su sexo; pues se desquitó largamente de las humillaciones á que se habia plegado, tratando con tono sarcástico y cruel á aquellas desdichadas de *señoría ilustrísima*, y llamando con amargo retintin *vireina de las plebeyas* á la infeliz y desolada viuda.

Pero el cardenal Filomarino se portó en aquella ocasion como prelado, como caballero, como hombre. Voló al amparo de aquellas pobres mujeres: las sacó de las manos de la autoridad que las escarnecia, de las de la nobleza que las insultaba, gozándose con sus desdichas, de las de una plebe ingrata y soez que se burlaba de ellas y las perseguia; y condújolas á Castelnovo, cuidando allí de su comodidad y de su subsistencia (5).

Ya era la alegría general. El pueblo no se acordaba de su libertador sino para maldecirlo. Los nobles le tiraban puñados de monedas de oro con que lo enloquecian. Los que habian padecido incendios, saqueos y persecuciones, mostraban inmoderada satisfaccion, y no pocos deseos de venganza. No habia un solo habitante de Nápoles que no anhelase el restablecimiento total del poder legítimo; y aun el duque de Arcos permanecia en inaccion luchando con su perplejidad, y sin saber qué hacerse; cuando los repetidos consejos, y hasta rigorosas excitaciones de las personas que lo rodeaban y que lo veian con asombro perder momentos tan preciosos y oportunos para restablecer sólidamente el poder real, lo decidieron por fin á mostrarse en público, y á ser de nuevo verdadero Virey.

Montó á caballo, acompañado del Cardenal arzobispo, de los Consejos, altos magistrados, señores y caballeros. Fué á la catedral á dar gracias al Altísimo, y se expusieron al público las reliquias de San Genaro. Recorrió la ciudad toda, asegurando de viva voz y con apacible y gracioso semblante, las concesiones hechas y los privilegios restablecidos; y ofreciendo aun en nombre del Rey mayores mercedes é inmunidades. Y regresó á palacio casi en brazos de la muchedumbre, que lo bendecia y victoreaba con el mismo ardor, con el mismo entusiasmo, con la misma cordialidad con que dias ántes lo maldecia y lo execraba... ¡Así son los pueblos, así lo serán hasta la consumacion de los siglos!

No faltó quien aconsejase al duque de Arcos, que pues estaba restablecida su autoridad suprema, empezase en caliente á hacer escarmientos y á satisfacer ofensas. Pero tuvo entónces, lo decimos con gran gusto, la feliz inspiracion de no dar oidos á semejantes excitaciones; y de publicar por sí y ante sí, y sin consejo de nadie, un bando, que le honra mucho, prohibiendo acusar ni perseguir á nadie por los pasados acontecimientos; exceptuando sólo al hermano, y á un cuñado de Masanielo, que estaban ausentes.

Este paso disgustó mucho á los que esperaban una violenta reaccion para reponer sus intereses, ó satisfacer sus venganzas; pero llenó de contento á la generalidad, como lo manifestó con inequívocas demostraciones. ¡Ojalá hubiera seguido el Virey esta nueva y acertada senda, que le indicó su buen juicio, y no se hubiese apartado de ella tan pronto, como veremos más adelante!

Los parientes de D. José Caraffa no desperdiciaron momentos para recoger los destrozados y ya corrompidos restos de aquel caballero, dándoles honrosa sepultura. Los otros sangrientos y horrorosos trofeos de la furia popular, que inficionaban con su hedor la plaza del Mercado, tambien desaparecieron; miéntras el cadáver del secretario Marcos Vitale, depositado en San Luis, fué sacado de allí, arrastrado y mutilado por el populacho, para quien era ya un crímen haber sido partidario de su libertador.

Dedicó la noche el Virey á dictar las disposiciones necesarias para asegurar la tranquilidad pública, y para empezar á poner en órden la ciudad. Y como los panaderos le representasen que era imposible el que continuara el ínfimo precio y el excesivo peso del pan, mandó, acaso inoportunamente,

(1) Giraffi.
(2) De Santis.
(3) Baldachini.
(4) Giraffi. — De Santis. — Comte de Modéne.
(5) De Santis. — Agnello della Porta, MS.

que al dia siguiente se expendiese como se hacia ántes de la sublevacion. Esta medida, muy justa sin duda, pero demasiado pronto dictada, y la noticia de haber dado muerte una patrulla en las afueras de la ciudad á otro cuñado de Masanielo, causaron desde el amanecer del dia 17 de julio gran inquietud en el populacho. Aprovecharon diestramente la oportunidad los que aun deseaban reanimar la hoguera, no del todo apagada; y poniendo sagazmente en juego los recuerdos de unos, los intereses de otros, y las pasiones de todos, consiguieron en poco tiempo y con poco trabajo que apareciera de nuevo la sublevacion, acéfala en verdad, pero siempre temible y amenazadora. Fué acudiendo al Mercado primero la gente baldía de los barrios, y luego otra más granada, acaso por curiosidad. Se decia en los corrillos que ya Nápoles estaba padeciendo el castigo de haber abandonado inicuamente al furor de sus enemigos al héroe libertador; que si el Virey empezaba de tal modo á encarecerles el pan y á escatimarles el sustento, no tardaria en imponerles de nuevo las gabelas. Y empezaron á circular con efecto mágico por la muchedumbre sentidas lamentaciones, por haber abandonado y perdido á su valeroso protector, el único que miraba por el pueblo. Encendiéndose rápidamente los ánimos, se acrecentaba por puntos la desesperacion por la pérdida de su caudillo, de su libertador, del único que sabia aterrar á los tiranos é imponer condiciones á los vireyes. Y derramándose luégo aquel gentío por calles y plazas, volvió á resonar en ellas con clamorosos gritos el nombre de Masanielo, produciendo su memoria un entusiasmo general. Desconcertado el duque de Arcos envió diligentes emisarios por todas partes á calmar los amotinados grupos, culpando la carestía del pan á los panaderos; con lo que sólo logró que algunos de ellos fueran despedazados por haber obedecido su inoportuna disposicion. Y puestas en accion nuevamente las turbas, huyeron los empleados públicos, escondiéronse los amigos de la paz, cerráronse las puertas de tiendas y talleres, tomaron las armas las tropas en los cuarteles, y presentó de nuevo la ciudad el horroroso aspecto que los dias de la sublevacion. ¡Qué mucho si ésta habia renacido con sus mismos enconos, con su misma sed de venganza y de sangre!

El nombre de Masanielo se repetia con doloroso afan por todos los labios del acalorado gentío, que habia visto el dia ántes sin conmoverse su cabeza sangrienta en manos de los asesinos, que luégo se cebó en su cadáver, y que insultó á su viuda y persiguió á sus partidarios. Y por un movimiento general se resolvió á acabar con los que habian matado al hombre del pueblo, y buscar sus restos mortales y celebrar con ellos, á su modo, una especie de apoteósis reparadora.

Fué inmediatamente un numeroso grupo, respirando furor y venganza, á las casas de los verdugos del pescadero, que se salvaron de la furia popular huyendo con tiempo y escondiéndose con habilidad; y otra turba fué solícita á recoger los despojos de su ídolo. Llevaron la desfigurada cabeza adonde estaba el destrozado tronco, con el que la unieron y cosieron lo mejor que les fué posible. Lavaron el ya entero y restaurado cadáver en las aguas del humilde rio Sebeto; lo perfumaron y vistieron con ricas ropas, y puesto en un sillon de brazos, lo pasearon en triunfo por la ciudad con fúnebre algazara y dolorosa gritería. Corrió la voz de que habia resucitado Masanielo; y esta noticia, aunque inverosímil, consternó al Virey, aterró á la nobleza, y embriagó de alegría al populacho que llenaba las calles y las plazas con vehementísima conmocion. Todos querian verlo, todos tocarlo, todos conservar alguna prenda de su atavío, un mínimo pedazo de sus ropas, como una preciosísima reliquia. Los que conseguian acercarse lo tenian á la mayor dicha, aunque viendo sólo un cadáver, anunciaban en alto y lastimoso grito, y con lágrimas en los ojos á los que quedaban más léjos, que Masanielo estaba muerto (1).

Llegó á ser tan grande la concurrencia, que no podia ya transitar por las calles aquel nuevo paseo triunfal; por lo que se determinó darle fin, depositando aquel cuerpo en la iglesia del Cármen. Colocáronlo en un magnífico túmulo, rodeado de todas las banderas de los barrios, de los estandartes de las cofradías y de una guardia popular de más de cuatro mil hombres. Al anochecer, sacándolo en andas con las insignias de capitan general, hicieron un suntuoso entierro, ó por mejor decir procesion, á que asistieron los cabildos, las comunidades y muchos magistrados y autoridades civiles; obligando á los puestos militares por donde pasaba á que le hiciesen los supremos honores. Recorrió esta pompa fúnebre todas las calles y plazas de la ciudad, que espontáneamente iluminaron los vecinos. Y al llegar á la plaza de Palacio henchida de taciturno gentío, se paró el féretro y se detuvo larguísimo rato; y el Virey envió ocho de sus pajes con libreas de gala y hachas de cera, y la mitad de su guardia tudesca, para acompañarlo. Al amanecer volvió esta procesion solemne al Cármen, donde se celebró el oficio de difuntos, con salvas de artillería en el torreon y con el clamoreo general de todas las campanas de Nápoles. Las mujeres plañian y alborotaban el templo con sus gemidos, y se acercaban de tropel para tocar sus rosarios en el cadáver, y se oia exclamar de cuando en cuando con fervor devoto: *Beato Masanielo, ora pro nobis.* Al mismo tiempo en la plaza del Mercado, atestada de la apiñada muchedumbre que no pudo entrar en la iglesia, se vendian á precios increibles retratos de lápiz y bustos de cera. Y los ciegos entonaban y vendian oraciones y coplas edificantes, dirigidas á aquel nuevo bienaventurado (2). Dióselе sepultura en el mismo templo en que se celebraron las honras. Pero el MS. de Capecelatro dice que pocos dias despues fué secretamente exhumado aquel cadáver, como de persona muerta bajo el peso de una excomunion, y enterrado sin aparato alguno fuera de sagrado. Ignoramos pues el sitio donde descansan los mortales restos de hombre tan memorable.

Nueve dias duró solamente el portentoso é increible poder de Masanielo, pero tan llenos de graves acontecimientos, de trascendentales trastornos, de espantosos crímenes, de violentas contradicciones, y de amargos desengaños, que presentan como en un solo cuadro un ejemplo solemne y desconsolador de lo que son los hombres y de lo que son los pueblos.

(1) De Santis.

(2) De Santis. — Comte de Modéne.

LIBRO SEGUNDO

TORALDO.—ANNESE.—EL DUQUE DE GUISA

CAPITULO PRIMERO

Muerto el hombre prodigioso que de una manera tan extraordinaria habia dado cuerpo y forma á la sublevacion; conseguido el objeto de ella con la abolicion de los impuestos y gabelas, y con el restablecimiento de privilegios que imposibilitaban toda exaccion arbitraria; cansada la plebe de tantos dias de fatiga y de movimiento, deseosa la ciudad de Nápoles de quietud y de reposo, horrorizada además de las sangrientas escenas de que habia sido teatro; y restablecida de hecho la autoridad real, con fuerzas disciplinadas á sus órdenes, con la nobleza á su devocion, ganados los más influyentes jefes populares, y con gran parte del pueblo sumiso y obediente de buena fe, parecia que iban ya á amanecer para aquel desventurado reino dias bonancibles de órden, de reposo y de tranquilidad. Pero la mala estrella del duque de Arcos amontonaba nuevas borrascas sobre su frente, y preparaba otras escenas de sangre y de escándalo, y más serios y graves peligros para la dominacion española.

Si las exequias del dictador popular manifestaron un síntoma no dudoso de que la sublevacion no habia muerto con su caudillo, los dias siguientes patentizaron claramente su existencia, y que no era el perplejo Virey capaz de sujetarla y de destruirla. Ya un grupo del pueblo asaltaba impunemente una panaderia, so pretexto de que habia vendido el pan falto, ya otro repetia los asaltos sin estorbo alguno á las casas de los matadores de Masanielo, refugiados en Castelnovo, y las saqueaban y las incendiaban; ya en el Mercado ó en algun otro sitio de concurrencia se armaba una disputa, que nadie trataba de calmar ni de impedir, y que concluia á puñaladas, llamándose unos á otros forajidos y partidarios de Maddalone; ya la plaza de Palacio se llenaba de gente desarrapada, que con *mueras* y *vivas* presentaba mal fundadas quejas, que eran siempre acogidas con indigna debilidad; ya los soldados tudescos y españoles, que discurrian solos y desarmados por las calles, tenian que refugiarse á sus cuarteles ó á los cuerpos de guardia más inmediatos, siempre apedreados, y muy á menudo heridos. Y no aparecia una medida vigorosa que asegurase á unos y que contuviese á otros; no se publicaba un bando con disposiciones tales, que imposibilitaran aquellos desórdenes; no se hacia un escarmiento que arredrase á los díscolos, que amedrentase á los facinerosos: en fin, no habia gobierno.

Si era tan triste el estado de la capital, no era más lisonjero el de las provincias del reino. Por todo él habia cundido de un modo ó de otro la sublevacion, y en todas estaba roto el freno de la obediencia al poder legítimo. En las grandes ciudades se desarrolló el elemento popular; fueron arrojadas ó asesinadas las autoridades, alzados todos los impuestos; repartiéronse armas al paisanaje, y se ejecutaron las más violentas rapiñas y las más atroces venganzas. En las villas y aldeas, en unas los barones, señores de la tierra, se fortificaron en sus palacios y castillos, para libertarse del furor de sus colonos, y ejercian sobre ellos la más dura tiranía, ayudados de bandidos que llamaron á sueldo; en otras, los colonos tomaron la delantera, incendiaron las casas fuertes señoriales, y se declararon de realengo. Sólo donde las guarniciones españolas y tudescas eran bastante numerosas para tener en brida á los habitantes, se conservaba una aparente tranquilidad, ó por mejor decir, una mal comprimida sublevacion.

Los altos señores feudales hacian por su parte esfuerzos para contener el desórden, demostrar fidelidad al Rey, y ayudar á la autoridad legítima; conociendo harto que no siéndoles posible amalgamarse con el pueblo, no les quedaba otra tabla de salvacion en tan deshecha borrasca. Pero la autoridad legítima, ó porque aun desconfiaba de la ayuda de los potentados, ó porque no queria combatir, les mandó derramar y despedir las fuerzas que á su costa levantaban y mantenian: perdiendo así un elemento de represion muy ejecutivo, y un medio seguro de mantener en el dominio de España aquel importantísimo Estado.

Las ciudades, villas, aldeas y campiñas que circundan la capital obedecieron á Masanielo, cuyos tenientes con pelotones napolitanos las recorrian y alarmaban. En las provincias más distantes no fué nunca tan absoluto el dominio del pescadero, pero se alzaron y seguian los movimientos y progresos de la insurreccion. En la de Otranto fueron muy graves los conflictos. En la de Lecce las rivalidades entre los funcionarios públicos, Anolini y Boccapiánola, sobre quién debia dar cumplimiento á las órdenes del Virey aboliendo las gabelas, dió márgen á asesinatos, incendios y escenas de ferocidad inaudita. La ciudad de Aquila fué teatro de horrorosos desórdenes. La de Nardo, feudo del conde de Conversano, se declaró de realengo; acudió aquel á sujetarla con fuerza considerable de bandidos, y fué rechazado; pero por interposicion del obispo monseñor Pappacoda hubo avenimiento, entregándose de nuevo la ciudad con ciertas condiciones á su señor; quien en cuanto entró en ella, olvidándolas todas, y hollándolas sin miramiento, se entregó á las más sangrientas venganzas (1). En Chietti, ciudad del Abruzzo, comprada poco ántes á la corona por don Ferrante Caracciolo, se levantaron los nobles para sacudir el moderno yugo feudal; asesinaron á los empleados, jueces y administradores del señor, y se declararon de nuevo vasallos del Rey. En Foggia, un tiro que casualmente se escapó á un centinela, fué origen de una sublevacion espantosa, en que hubo gran derramamiento de sangre. La provincia de Basilicata estaba sometida á la dominacion de Hipólito Postena, que se apoderó de Salerno. Mateo Caivano, hombre oscurísimo, habia levantado con buen éxito el estandarte popular en Taranto. La tierra de Bari estaba toda en fermentacion. Ambos Abruzos en el mayor desórden, presa de la más espantosa anarquía. Y las dos Calabrias, agitadas por Tofardo y Marota, comisionados del pueblo de Nápoles, eran campo miserable de los excesos revolucionarios y de las atrocidades de los bandidos, que ó servian á los señores de la tierra, ó se aprovechaban de la fuga de las tropas y de la ausencia de las autoridades, para saquear las villas en desórden y los lugares sin defensa. Ni los respetables monasterios de la Cava y de Montecasino se vieron libres de la invasion de los revoltosos; y corrieron gran riesgo aquellos ricos archivos, depósito y refugio en los siglos bárbaros de todo el saber humano, de ser reducidos á cenizas. Es muy curiosa la declaracion que arrancó el abad del monasterio de la Cava al jefe popular que fué á atacarlo, documento que tenemos á la vista.

En fin, llegó á tal punto el vértigo de insurreccion y desórden que se difundia con la atmósfera y que se comunicaba como un contagio pestilencial, invadiendo todos los pechos, acalorando todas las cabezas; que en la aldea de Schiavoni, compuesta de unas treinta chozas, se reunieron un domingo los habitantes para hacer tambien su insurreccion. Y como se encontrasen que eran todos parientes y amigos, que no habia autoridad contra quien rebelarse, ni riquezas que saquear, ni gabelas que abolir, quedaron muy desconcertados y mohinos; cuando uno de ellos dijo, como si fuese inspirado: *Venid, é incendiad mi choza, que nada me importa con tal que hagamos algo, y que no se diga que somos cobardes y malos patriotas.* Y la choza de este héroe, que así se inmolaba en las aras de la reputacion de su aldea, fué inmediatamente reducida á cenizas, con grandes alaridos, y procurando aquellos inocentes rústicos contrahacer, lo mejor que supieron, los furores que habian oido contar de Nápoles y de otras ciudades de importancia. En Tuturano, aldea inmediata á Brindis, por hacer algo, prendieron fuego á la taberna (2). Y en un casal de Calabria, las mujeres se rebelaron contra los maridos, y quemaron á dos de ellos con sus hijos, incendiando un pajar en que se habian refugiado (3).

(1) De Santis. — Capecelatro, MS.

Sentimos no haber encontrado bastantes materiales para escribir con más detencion sobre estos acontecimientos, cuyas particularidades darian una exacta idea del carácter de la época y del estado en que llegó á ponerse el reino de Nápoles. Pero no existen documentos de aquel tiempo en los archivos públicos, y los escritores de entónces, dedicando toda su atencion á las ocurrencias de la capital, sólo hacen leves indicaciones de lo acaecido en las provincias, y alusiones á casos particulares ocurridos en ellas, que no han llegado hasta nosotros. Mas lo que dejamos ligeramente apuntado, siguiendo á los más graves autores contemporáneos, basta para dar á conocer que el país todo estaba hondamente conmovido, aunque por fortuna de España, sin un pensamiento nacional y unánime, sin un objeto fijo, sin una direccion determinada, sin un caudillo solo á quien todos obedecieran. En fin, andaba revuelta la tierra, estaban amotinados los pueblos, reinaba una desconcertada y feroz anarquía; pero en el reino de Nápoles no habia hasta entónces *rebelion*. Esta apareció al cabo, porque así debia de suceder, como no tardaremos en referir.

CAPITULO II

En Nápoles cada instante asomaban nuevas pruebas de que continuaba como ántes la sublevacion. El dia 19 de julio se alteró la ciudad, volviendo á ponerse en armas el populacho, porque se esparció la falsa nueva de haber sido asesinado por los españoles el electo del pueblo. Y el dia 20 hubo un serio alboroto, porque los aduaneros empezaron á exigir, como ántes, los impuestos abolidos por la capitulacion. El furor popular quiso dirigirse después contra el Virey; pero Julio Genovino, deseoso de mostrar su celo por el legítimo gobierno, para no ver retardada la posesion de la presidencia del tribunal de la Sumaria, que le estaba ofrecida, consiguió con su maña y sagacidad calmar al pueblo, y persuadirle que llevase sus quejas al Arzobispo, el cual se entenderia mejor con el duque de Arcos, sin cuyo conocimiento, osó asegurar, se estaba cometiendo aquella tropelía por los empleados subalternos. Y efectivamente, fué dirigida al Cardenal una respetuosa representacion por escrito.

Corrió en aquella ocasion gran riesgo un caballero español, llamado don Miguel Sanfelices, porque encontrando en la calle una de las turbas, dijo imprudentemente: *Gritad, gritad, que pronto comeréis piedras.* A la ligereza de un poderoso caballo en que iba montado debió la vida, huyendo á esconderse donde no pudieron dar con él. Pero tomó con este accidente tanto cuerpo la asonada, que tuvo el Virey, para calmarla, que poner á talla la cabeza del fugitivo, como si fuese la del mayor traidor ó facineroso (4).

Al mediodia, y cuando todo estaba ya tranquilo, alborotaron de nuevo la ciudad los habitantes de Milito, casal inmediato, entrando armados y con gran gritería por las calles de Nápoles, buscando para matarlo á su señor, el consejero Francisco Antonio Moscettola. Estaba éste muy descuidado comiendo con su familia, cuando vió invadida su casa por aquella furibunda turba de rústicos, seguida de gran número de curiosos, que aumentaban la confusion. Alterado y sorprendido huyó con su mujer y logró esconderse, abandonando la casa con

(2) De Santis.

(3) Relacion MS. en un códice de la librería del príncipe de San Giorgio.

(4) De Santis. Capecelatro, MS.

las muchas riquezas que contenia, y una preciosa biblioteca, al furor y codicia de sus rebeldes vasallos; que quemando, destruyendo y robándolo todo, sin que nadie lo impidiese, volvieron á su aldea satisfechos y triunfantes, pero pesarosos de no haberse llevado consigo la cabeza de su señor.

Tambien hubo dos distintas asonadas harto cómicas. Las mujeres del populacho más soez se reunieron, recorrieron armadas y voceando las calles y plazas, y se dirigieron al monte de piedad, para exigir que se aboliesen ciertos artículos del reglamento, que siendo favorables á las ropas buenas y á las joyas que empeñaban los ricos, perjudicaban á los harapos y miserias que empeñaban los pobres; y pedian, á favor de estos efectos de ningun valor, la preferencia. El director del establecimiento, hombre sagaz y de sangre fria, les abrió las puertas y las calmó con buenas razones y con oferta de servirlas. Con lo que se retiraron muy ufanas y contentas, cantando victoria, y celebrando su soñado triunfo. – La otra asonada la hicieron los mendigos de la ciudad contra los frailes cartujos. Repartia aquel monasterio á su puerta un dia de la semana ciertas limosnas de una obra pia, fundada por la famosa reina Juana; y los que la recibian, no queriendo incomodarse en subir por ella á la cartuja, fundada en un cerro junto al castillo de Santelmo, exigieron que se les diese en la plaza del Mercado. Resistiendo los cartujos está inconsiderada exigencia, los interesados trataron sin más ni más de hacerla efectiva por la via de las armas. Y se vieron aquel dia trepar por aquellos agrios recuestos á más de mil pobres ciegos, cojos, mancos y tullidos, armados de garrotes y de algunas alabardas y arcabuces, amenazando incendiar el monasterio y pasar á cuchillo á los monjes. Y eran tales sus bravatas y ademan resuelto, que los religiosos cerraron las puertas, y pidieron socorro al vecino castillo. Mas tomó tanto cuerpo el ataque con los valedores y amigos de aquella inmunda canalla, que tuvieron que salir dos monjes con buenas razones y prudentes ofertas á calmar á los amotinados: volviendo estos á la ciudad muy contentos con la muestra de su valentía (1).

Pero cuando volvió á aparecer la sublevacion en toda su fuerza, y amenazadora y terrible, fué el 29 de julio. Atravesando á primera mañana la plaza del Mercado el electo del pueblo Francisco Arpaya, fué llamado aparte con gran recato por Genaro Annese, que ya empezaba á darse tono de sucesor de Masaniello, y por un tal Vanno Panariello, jefe popular de mucha valía. Y le dijeron que el pueblo habia sido completamente engañado, porque al leerle las capitulaciones juradas, habian dejado en silencio muchas frases de los artículos, cual aparecian impresos, y que echaban abajo ó anulaban las disposiciones más importantes. Que por fortuna, hasta entónces nadie habia reparado en ello; pero que si no se remediaba pronto tan insigne mala fe, ellos serian los primeros en publicar la indigna supercheria, y en excitar á los napolitanos á hacerse por sí mismos pronta y cumplida justicia. Hízose de nuevas el electo, respondiéndoles que no encontraba motivo para aquella desconfianza, y Annese y Panariello le mostraron un ejemplar impreso de la capitulacion, y en el artículo que disponia la abolicion total de las gabelas y contribuciones, no existentes en tiempo del emperador Cárlos V, la cláusula siguiente: *exceptuándose aquellas que estuviesen arrendadas á particulares;* con lo que ciertamente, estándolo todas, quedaba invalidado y sin efecto lo pactado en tan importante artículo. Desconcertóse el electo, y aseguró que era yerro de imprenta, y que faltaba un *no*, que habia sin duda en el original, ántes de la palabra *exceptuándose.* Fueron los tres incontinenti á la imprenta para asegurarse, y el impresor, con los manuscritos á la vista, demostró que habia estampado con toda exactitud. Arpaya entónces ofreció hablar al instante al Virey, para que se deshiciese la equivocacion, y rogó á Annese y á Panariello que no lo divulgasen. Sobrevino en esto á hablar del mismo asunto un clérigo revoltoso, llamado don Onofre Jacutio, el que, cuando los otros se apartaron aparentemente satisfechos, y se vió solo con el electo, le exigió que se le diesen reservadamente dos mil cequíes por guardar el secreto. Rechazó aquel la proposicion sin agraviar al clérigo, y fué á dar parte de todo al Duque, no dudando que la noticia iba muy pronto á difundirse por el pueblo y á producir funestísimos resultados (2)

Perplejo como siempre el Virey, y desconociendo, á pesar de tan repetidos escarmientos, que cuando es forzoso hacer concesiones al pueblo alborotado, es mejor hacerlas en los primeros momentos, cuando aun las pide de rodillas y como gracia, que despues cuando las exige con las armas en la mano y como derecho, entró en consultas dilatorias y evasivas, diciendo: que no podia arruinar así de una plumada á más de cincuenta mil familias interesadas de antiguo en los arriendos de impuestos y gabelas. La razon era ciertamente poderosa, pero no aquel el momento oportuno de darle valor. Pues aunque es un principio de justicia que todos los derechos adquiridos son respetables, y que si están acaso fundados en abusos que necesitan de reforma, debe ésta hacerse poco á poco y con mucho pulso, cuidando de indemnizar á los poseedores de buena fe, y de subsanar intereses creados bajo el amparo de leyes buenas ó malas, y con la sancion respetable de la costumbre inveterada; las circunstancias eran en extremo ejecutivas y no para andarse en miramientos. La abolicion terminante y completa de aquellas cargas, habia sido la condicion primera del avenimiento: condicion acordada, aceptada y jurada. No podia ya volver al campo de la discusion; y buscar medios arteros para no hacerla efectiva, era un perjurio, una muestra insigne de mala fe, que debia producir funestísimos resultados; un medio seguro de reanimar y de justificar un incendio tan mal apagado, y que aun podia, como se verificó, reaparecer más voraz, más terrible y de más trascendentales consecuencias. Estas reflexiones fueron expuestas al duque de Arcos por el Cardenal arzobispo, por algunos consejeros, y por muchas personas sensatas; pero él, sin negar su valor, no les dió la pronta acogida que en aquellos críticos momentos debia haberles dado; y con sus respuestas evasivas, y con sus medios dilatorios, dió tiempo á que, publicada la supercheria, se alarmara toda la ciudad. Pues resonando en toda ella el grito de traicion, acudió furiosa á las armas para reclamar con ellas la validez de la capitulacion, no cual andaba impresa, sino cual se habia leido al pueblo en la catedral.

Llenóse la plaza del Mercado de furibundo gentío, que á palos y pedradas dispersó á los picapedreros y marmolistas que trabajaban en las lápidas que deberian colocarse allí con los artículos de la avenencia. Y quisieron hacerlos pedazos, llamándolos falsarios y engañadores (3); apareciendo la sublevacion tan general, tan poderosa, tan embravecida, cual lo estaba ocho dias ántes, cuando tenia á su cabeza, como supremo dictador, á Masaniello.

El duque de Arcos hizo entónces lo que siempre, refugiarse en las murallas de Castelnovo, y enviar emisarios al pueblo con excusas y con todo género de concesiones. Mas nada consiguió: la general desconfianza rechazaba con indignacion las ofertas de la depravada autoridad, é insultando á sus mensajeros dificultaba todo acomodo. Y el motin tomó un aspecto imponente y aterrador. Pero presentóse á caballo en medio de las acaloradas turbas el príncipe de la Rocca, sobrino del Cardenal, y nombrado por su influjo superintendente de abastos; y como era muy bien quisto de los napolitanos todos, logró que lo escuchara y atendiera la muchedumbre. Y calmándola poco á poco con buenas y concertadas razones, y esforzando la disculpa de que todo era error involuntario de los copistas, hijo de la premura del tiempo y de la precipitacion con que se escribieron las capitulaciones, consiguió persuadir al pueblo, que nombrase una persona de su confianza que se entendiera con él para corregir el artículo en cuestion, y de un modo tan claro y terminante que no diese lugar á dudas ni á siniestras interpretaciones. Fué inmediatamente nombrado por la multitud el mismo clérigo Jacutio, el que entró con el príncipe en la iglesia del Cármen para arreglar el negocio.

Pronto se pusieron ambos de acuerdo, redactando el artículo de nuevo, expresando en él terminantemente la abolicion de todos los impuestos, y *particularmente de los arrendados.* – Salió el clérigo á dar parte de este arreglo á la multitud. Pero recibió tantas nuevas enmiendas y adiciones por escrito, para añadir más seguridades y dar más claridad, no sólo á aquel artículo, sino á todos los demás de la capitulacion que ofrecian algun sentido dudoso, que volvió á entrar en la iglesia y á conferenciar más largamente con el príncipe de la Rocca. No tardaron tampoco en entenderse, conociendo este que era preciso contemporizar. Y saliendo ambos á la plaza y asociándose á un tal Gregorio Accietto, mercader de sedas, muy estimado del pueblo napolitano, fueron en diputacion á presentar las nuevas exigencias al Virey.

Recibiólos este con la más fina cordialidad; y haciendo exageradas protestas de su buena fe, y de su deseo de lo mejor, accedió sin el menor reparo á las enmiendas y considerables variaciones que le presentaron. Y adoptándolas todas, firmándolas inmediatamente y sin la menor dificultad, mandó reimprimir sin tardanza con ellas las capitulaciones, dando por nula y de ningun valor la edicion publicada. Con lo que despachó contentísimos á los diputados de la sublevacion, encargándoles asegurasen al pueblo que sólo deseaba afianzar su felicidad (4).

El príncipe, el clérigo y el sedero tornaron al Mercado, donde los esperaban las armadas turbas, ya cansadas de su propia inaccion; y que enterándose de que quedaban completamente complacidas, se dispersaron en alegres grupos por la ciudad.

CAPITULO III

La costumbre de reunirse y de alborotarse era ya segunda naturaleza en el populacho napolitano; y parecia que andaba solícito en busca de ocasiones para ejercer su terrible propension. Y como no faltaban ciertamente pretextos ni personas inquietas, animadas con la impunidad, que exaltaran los ánimos tan bien dispuestos, raro era el dia en que no apareciese la asonada y en que no se alterase de un modo ó de otro la pública tranquilidad.

Uno de los primeros de agosto se reunió el pueblo armado en la plaza del Cármen, foco permanente de la sublevacion, y resolvió atacar las casas públicas de juego. Asaltólas efectivamente con gran algazara, se apoderó del dinero que encontró en ellas, apaleó y maltrató á los jugadores y prendió fuego á los edificios; y como un siciliano, hombre de corazon, que era dueño de uno de ellos, se presentase decidido con una alabarda en la mano á defender su propiedad, fué hecho pedazos por la multitud (5).

Otra vez se dirigió el motin á la iglesia de Padres Teatinos de la calle de Toledo, para sacar de ella á un soldado español allí retraido. Y despues de maltratado grandemente, lo llevó á la presencia del Virey, pidiéndole lo sentenciase á horca porque habia disparado su arcabuz contra el pueblo en una de las anteriores asonadas. Resistióse debidamente la suprema autoridad á dar tal sentencia, y entónces el populacho, sin esperar más, lo llevó al patíbulo (6).

El 8 de agosto saqueó é incendió el pueblo alborotado el palacio que tenia en Piedigrotta el príncipe de Caramanica, hombre oscuro y de bajísima extraccion, que habia juntado en pocos años incalculables riquezas. Y entre los muebles que allí perecieron, hacen mencion los historiadores contemporáneos de un sillon todo recamado y embutido de gruesísimas perlas (7).

Tambien, á instigacion de los frailes franciscos, hubo un serio alboroto. Habia decidido la ciudad declarar por uno de sus protectores á San Antonio de Padua, y le habia erigido una estatua de plata que debia, con la de otros santos patronos, sacarse en las procesiones, y custodiarse en el tesoro de la catedral. Y una tenaz competencia entre franciscanos y capuchinos sobre la forma que se debia dar á la capucha del Santo, pretendiendo aquellos que fuera redonda y estos que debia ser puntiaguda, obligó á que se depositara judicialmente la imágen, que estaba hecha á gusto de los primeros, en casa del regente Capecelatro, miéntras se decidia el pleito formalmente entablado entre ambas religiones. Los franciscanos, temiendo perderlo por la influencia que entónces gozaban en Roma los capuchinos, aprovecharon las revueltas, y acaloraron á sus devotos para que hicieran una asonada, sacaran el santo de su depósito y lo llevaran á la catedral, terminando así á su favor, por la fuerza, aquel negocio. Dispúsose pues la jornada en la plaza del Mercado, armáronse las turbas, y no sin choques y sérias pendencias, pues tambien los capuchinos tenian, aunque en menor número, valedores, asaltaron la casa del Regente, se apoderaron de la imágen, y en tumultuosa procesion la llevaron á la capilla del Tesoro. Y en ella, hallando muchos capellanes nobles, los arrojaron de allí, sustituyéndoles clérigos plebeyos, y confiando su custodia á los canónigos, con lo que se captaron la benevolencia del Cardenal arzobispo (8).

Los estudiantes tambien quisieron, amparados del comun desórden, exigir por la fuerza rebaja de los derechos de universidad. Y tomando las armas contra los doctores, que los percibian, se juntaron más de cuatro mil, ocuparon los alrededores del edificio y pusieron en grande apuro al claustro y al Rector. Pero como la mayor parte de los amotinados escolares eran forasteros, y los doctores y empleados de la Universidad napolitanos, consiguieron estos tener de su parte el populacho, que, amotinado á su vez, acudió á deshacer y castigar otro motin. Los estudiantes huyeron amedrentados, y unos salieron de la ciudad, otros se escondieron en ella, y habiendo sido muchos descubiertos, fueron maltratados y heridos, y los que opusieron resistencia hechos pedazos sin piedad (9).

Estos desórdenes diarios, y las noticias de lo que ocurria en las provincias, donde cada momento era mayor la anarquía, movieron por fin el ánimo al duque de Arcos (alentado tal vez con la esperanza de recibir socorros de España, habiendo tenido nuevas de que las cosas de Cataluña iban bien, pues habian levantado los franceses el sitio de Lérida) á hacer algunos castigos, y á tomar algunas medidas de buen gobierno; pero estas fueron desconcerta-

(1) De Santis. – Raph. de Turris.
(2) De Santis. – Raph. de Turris.
(3) De Santis. – Raph. de Turris.
(4) Comte de Modéne. – De Santis.
(5) De Santis. – Raph. de Turris.
(6) De Santis.
(7) De Santis. – Capecelatro, MS.
(8) De Santis.
(9) De Santis. – Raph. de Turris. – Capecelatro, MS.

das, y aquellos vinieron ya tarde. Trató pues, aunque con mal efecto, de dar nueva organizacion á las armadas turbas populares, mudando los cabos, que á su manera las gobernaban. Pero nombró, con malísima eleccion, personas poco gratas al pueblo, y como tales de ninguna influencia, y que al mismo tiempo ofrecian poca seguridad de buena fe; pues hizo teniente de maestre de campo á Onofre Caffiero de Santa Lucía (en cuya casa se creyó, como dejamos dicho, envenenado á Masanielo), y á Salvador Baroni, vecino del barrio de Mortelle (que se susurraba habia tenido parte en su muerte); con lo que se disgustó la ciudad toda, viendo hombres tan sospechosos tan altamente colocados: bien que ellos supieron muy pronto restablecer su opinion con el populacho muy aventajadamente. Publicó tambien el Virey varios bandos prohibiendo de nuevo saqueos é incendios; y uno muy notable y de perversas consecuencias, previniendo á los pueblos de señorío, que le presentaran las quejas que tuviesen contra sus señores, seguros de que les haria justicia. Las alas que dió semejante disposicion á los lugares de propiedad particular, y el disgusto de la nobleza, se dejan discurrir.

Deseoso, en fin, de presentar algun escarmiento, negoció con los jefes populares de su devocion, que prendieran, como de motu propio, y les acusaran como infractores de la capitulacion, á algunos de los que habian dirigido los últimos saqueos é incendios de las casas de juego y del palacio Caramanica. Y á dos que le llevaron, los mandó inmediatamente ahorcar, sin más ni más, á la puerta de Castelnovo. Estas ejecuciones causaron por lo pronto buen efecto, haciendo profunda impresion en el populacho. Pero á poco rato, agolpándose la gente á ver á los ajusticiados, empezaron á decir los más audaces: —*Así hará el Virey poco á poco con todos nosotros;* —palabras que, repetidas, cundieron con rapidez, y empezaron á notarse síntomas de indignacion y anhelo de prevenir el peligro. Súpolo el Virey, y mandó inmediatamente colocar en el pecho de los ahorcados un cartel con gruesas letras, que decia: *Arrestados y acusados por el fidelísimo pueblo por haber faltado á la capitulacion, incendiando y saqueando sin licencia del Virey ni órden de los jefes populares, han sido juzgados y condenados á muerte por este delito:* con lo cual se calmaron los ánimos y se deshizo instantáneamente la multitud (1).

Tambien amanecieron ahorcados en el mismo lugar, con sus correspondientes carteles aclaratorios, un fraile capuchino apóstata, espía de los franceses, un cochero, ladron, y un soldado español, que habia matado de un tiro á un paisano: ejecuciones todas que fueron muy aplaudidas (2).

El dia siguiente se alteró la gente de Lavinaro, y fué armada á pedir la libertad del hermano de Masanielo, que suponia preso en Castelnovo, y que muchos creian ejecutado secretamente en el calabozo. Y el duque de Arcos, contra su costumbre, afrontó el motin, se negó decididamente á complacerlo, y dijo resuelto á aquellos furiosos: que el hombre cuya libertad pedian no estaba en Castelnovo, sino en Gaeta; mas, que aunque estuviera en el castillo, de ningun modo se lo entregaria. Entereza que deshizo el motin sin más resultas (3), dando á conocer cuánto, usada á tiempo y cuerdamente, hubiera podido conseguir y evitado.

Pero por más que el duque de Arcos quisiera manifestar carácter, y que podia ser verdadero Virey, tomaba ya tarde tan buena resolucion. Su constante debilidad anterior lo tenia harto desacreditado, y con ella habia cobrado demasiada osadía el movimiento popular, para que pasajeros alardes de fuerza y de inoportuna energía consiguieran resultados estables y positivos. Así que los conspiradores no dejaban de entenderse entre sí y de prepararse á más formales empresas. Y los jefes é instigadores de la permanente sublevacion, soplando y manteniendo vivo el fuego nunca apagado, combinaban un vasto plan, para que apareciera pronto cual nunca terrible y amenazadora, y con objeto más grande y de mayor importancia. No faltando ya en los conciliábulos y clandestinas reuniones agentes de Francia con instrucciones y dinero del marqués de Fontenay, embajador del Rey cristianísimo en Roma, el cual desde los primeros momentos de la sublevacion, acechaba el oportuno para apoderarse de ella y dirigirla á su provecho.

Dispúsose pues en secreta conjura de los más osados el dar un golpe decisivo el dia de la Vírgen de Agosto, solemnísimo en Nápoles, apoderándose en un solo punto y en un solo momento del Virey, de su familia y de los generales, consejeros y altos funcionarios españoles. Para lo cual resolvieron convidarlos á todos en nombre del pueblo, á la funcion solemne que debia celebrarse en la catedral. Encargóse de hacer el convite el electo Francisco Arpaya, deseoso sin duda de restablecer con los conjurados su opinion, un tanto lastimada por los empleos lucrativos repartidos entre su familia. Y como la decision se tomó precipitadamente la mañana misma de la fiesta, esto es, en la madrugada de la Asuncion, fué muy temprano á palacio á desempeñar su solapada comision. Extrañó al Duque tanta premura en convidarlo, y tanto empeño en que llevara séquito tan numeroso. Y despues de pensar mucho lo que le cumplia hacer, se determinó ir solo á la iglesia, como lo verificó, disculpando á la Vireina con que en tan corto tiempo no habia podido disponerse y ataviarse, y á los generales y autoridades con perentorias ocupaciones y con la dificultad de que les hubiese llegado á tiempo el aviso del convite.

Desconcertó esto á los directores de la intentona. Pero como el Virey asegurase á todos sin afectacion, que aquella tarde asistiria á las vísperas con su familia y con todo el séquito convidado, resolvieron dilatar algunas horas el golpe, teniéndolo por seguro. Concluida la misa volvió el Duque á palacio con graves sospechas de la encubierta trama, ya por los semblantes que habia observado en la iglesia, ya por las palabras sueltas que habia cogido al vuelo. Y puso sin demora en actividad todos los medios de espionaje que tenia en la mano. Estos, y una delacion espontánea que recibió muy oportunamente de uno de los conjurados, le descubrieron el riesgo que acababa de correr, y cuanto se intentaba aquella tarde. No estuvo entónces ciertamente tan perplejo é irresoluto como solia. Llamó sin perder momento á los jefes populares de toda su confianza, y de acuerdo con ellos, prendió á los cabezas de la trama, los que, confesando en el tormento su proyectado crímen, y descubriendo todo el plan, fueron inmediatamente ahorcados, y sus cadáveres expuestos á la puerta del castillo (4).

La actividad, acierto y energía que demostró entónces el Virey, y que tanto hubieran aprovechado ántes y despues, y la rapidez de las ejecuciones, consternaron á la ciudad toda, y asombraron á la masa popular, que ignoraba la conjuracion aquella, pero que la hubiera sostenido sin duda en cuanto hubiera estallado. Deshízose la borrasca, pero quedando las nubes en el horizonte dispuestas á reunirse de nuevo á la primera ocasion.

CAPITULO IV

Julio Genovino, tipo verdadero de los instigadores de motines y asonadas, veía con impaciencia que se le retardaba el pago de sus importantes servicios, y reclamaba el cumplimiento de las ofertas que se le hicieran cuando, verdadero director del espíritu de las turbas, y oráculo de Masanielo, podia él solo, si no calmar la sublevacion, darle el rumbo más favorable á los intereses del gobierno, como lo habia hecho; tanto predicando continuamente lealtad y obediencia al rey de España, cuanto reconociendo como válido el privilegio de Cárlos V; oponiéndose despues á la peticion de ocupar el castillo de Santelmo, y últimamente preparando la ruina y perdicion del pescadero. El duque de Arcos le aseguraba continuamente que podia contar con el destino ofrecido; pero que dilataba darle el título correspondiente, temeroso de que iba á desacreditarlo y á echar por tierra toda su influencia, de la que aun tanto necesitaba, estando en pié la sublevacion. Mas fueron tan reiterados los esfuerzos del viejo, en quien la ambicion, como acontece, pudo más que la sagacidad, que al cabo el Virey le dió el nombramiento y posesion de la presidencia del tribunal de la Sumaria, siendo el resultado el que se habia previsto: esto es, que Genovino, descubierto su juego, perdió completamente la popularidad (5).

Habia este clérigo-magistrado conseguido del Virey (para restablecer un tanto su influencia con la clase de tejedores de seda, que era numerosa) una descabellada órden para que cuanta llegase á los almacenes de la ciudad no pudiera salir de ellos, ni consumirse más que en sus fábricas, sin poder surtir los otros telares de las provincias. Y los tratantes y mercaderes reclamaron inmediatamente contra una disposicion tan perjudicial á sus intereses, y que los sujetaba á la merced de unos cuantos fabricantes de la capital. Y presentaron una demanda en justicia, y se entabló litigio en forma, entre mercaderes y tejedores. Veíase el pleito y debia darse la sentencia en un tribunal de que era presidente Fabricio Cenamo, que, como dejamos referido, fué uno de los perseguidos por el populacho en los primeros dias de la sublevacion, quemando su palacio y sus riquezas. Causa por la cual los abogados de ambas partes lo recusaron, apoyados en el artículo de la capitulacion en que se establecia que ninguno que hubiese incurrido en el odio popular, y sufrido incendio en los anteriores trastornos, pudiera ejercer en lo sucesivo ningun cargo público. El recusado trató de probar, para mantener el puesto, que no habia incurrido en el desagrado del pueblo, y que las persecuciones y daños padecidos habian sido venganzas de enemigos particulares, que obraron de por sí y sin órden de Masanielo, ni de los jefes populares. Y Julio Genovino le dió una certificacion firmada por él y por otros de sus allegados, asegurándolo así. Andaba este documento con sobrada confianza de mano en mano para aumentar las firmas, y vino á caer en las de un tal Horacio Rosseto, conocido con el apodo de Razullo, capitan del barrio de la Zecca, y enemigo acérrimo del hoy presidente de la Sumaria y ayer consejero del fidelísimo pueblo y director de Masanielo. Y en un numeroso corrillo de gente bien dispuesta leyó en alta voz aquel documento, glosándolo luego con acritud, y llamando á boca llena traidores á los que lo habian firmado. Creció la multitud que lo circundaba, y él cada vez más enardecido, manifestó que con tales certificados volverian los mayores enemigos del pueblo á los altos empleos, donde saciarian sin freno sus venganzas. Que con tales certificados se anulaban todos los artículos de la capitulacion, y volvia la ciudad á caer en la más pesada servidumbre; y por último, que con tales certificados quedaria el pueblo infamado y tratado de ladron, calificadas de venganzas personales sus justicias, y triunfantes los funcionarios prevaricadores, que habian tan justamente incurrido en el odio universal. Las palabras de Razullo hicieron su efecto, y creciendo rápidamente la masa popular, corrió indignada, detrás de él, á asaltar el tribunal.

Era el dia 21 de agosto, y estaban en él Genovino y Cenamo tratando justamente del pleito de la seda, cuando recibieron aviso del Virey de que se dirigia el pueblo amotinado contra ellos, y órden de cerrar el tribunal. Pusiéronse inmediatamente ambos en salvo, y cuando llegó la turba atropellando é incendiándolo todo, se encontró sin las víctimas designadas, acrecentando la fuga de éstas la indignacion popular.

Capitaneado siempre por Razullo, se dirigió el pueblo, que á cada paso se reforzaba con pelotones de gente que llegaban al alboroto, desde el tribunal á la plaza de palacio, pidiendo en altas voces y descompuestos gritos al Virey los dos fugitivos (6), creyéndolos refugiados en Castelnovo. Procuró el duque de Arcos con benignas palabras y benévolos ademanes conjurar aquella tormenta, y calmar los ánimos, manifestando á todos que ignoraba el paradero de los dos presidentes. Mas creciendo la multitud y poniéndose en armas toda la ciudad, Salvador Baroni, deseoso de ganar crédito, á la cabeza de los amotinados del barrio de Mortelle, atacó de motu propio la plaza de los Angeles, y el importantísimo puesto de Pizzo-falcone. Guarnecíalo el tercio viejo de Nápoles, al mando del maestre de campo don Próspero Tuttavilla, y aunque sorprendido, se puso en defensa. Pero como al mismo tiempo Onofre Caffiero con la gente del barrio de Santa Lucía se apoderase del puesto de la Cruz y del convento de San Luis, dándose la mano con Baroni, y reforzando su ataque, no pudieron sostenerse las tropas napolitanas, y se replegaron no sin dificultad y pérdida al palacio. Los sublevados se apoderaron en el del duque de Ascoli, del cuartel de los Alemanes y de la punta de Trevico, que domina al castillo del Ovo.

Estas ventajas del pueblo, conseguidas tan fácilmente por el arrojo de dos hombres, y la espantosa gritería de la plaza de palacio, henchida de sublevados, que pedian, no sólo á Genovino y á Cenamo, sino tambien al hermano de Masanielo, obligaron al Virey á tomar su disposicion favorita: esto es, á refugiarse con toda su familia en Castelnovo, encargando á su guardia que no exasperase al pueblo, y que no provocase un conflicto.

Ignorando las turbas que ya el Virey se habia puesto en salvo, continuaban con furor creciente sus gritos y amenazas; y desesperados de hallar satisfaccion, empezaron á apedrear el puesto de la guardia tudesca. Viendo los soldados que los dejaban allí como abandonados á los insultos del populacho, y que iban á ser arrollados, trataron de defenderse, á pesar de la terminante órden que habian recibido, é hicieron una descarga de mosquetería. Cayeron muertos sólo dos hombres del pueblo, porque la multitud al ver calar las cuerdas se arrojó repentinamente en tierra para evitar el efecto de las balas. Esto pareció á los que estaban más léjos, que era el que la descarga habia tenido completo efecto, haciendo un incalculable destrozo. Y en vez de acobardarlos, los irritó á tal punto que arremetieron furiosos el palacio, miéntras algunos, los más cobardes, corrieron á dar la equivocada noticia á los barrios más apartados, y á llamar á la venganza á toda la ciudad. Hízose instantáneamente general el movimiento, y empezó la más horrenda matanza de españoles que puede discurrirse, asesinando á cuantos hallaron desperdigados por todo Nápoles (7). Hubo napolitano que mojó pan en la caliente sangre de sus víctimas, y que se lo comió, chupándose luégo los dedos con

(1) De Santis.
(2) De Santis. — Raph. de Turris.
(3) De Santis. — Capecelatro, MS. — Comte de Modéne.
(4) De Santis.
(5) De Santis. — Comte de Modéne. — Raph. de Turris. — Capecelatro MS. — Baldachini, etc.
(6) Capecelatro, MS.
(7) Capecelatro, MS.

bárbara é inaudita ferocidad (1). Trabóse entre las tropas y el pueblo un horrible combate; pero aquellas, sorprendidas, diseminadas, y sin órdenes á que atenerse, fueron vencidas y arrolladas en todas partes, y tuvieron que encerrarse y fortificarse en los cuarteles y en el palacio, y hacer allí una gallarda defensa.

Jamás el pueblo napolitano, aunque sin una sola cabeza que dirigiera sus operaciones, se mostró tan acertado en el ataque, ni tan tenaz en la pelea. Miéntras unas turbas combatian, aunque diezmadas por la arcabucería española, otras se apoderaron de la Aduana, y sacaron de ella gran cantidad de armas de fuego y cuatro mil espadas; y otras conducian artillería y la colocaban, no sin acierto, en los puntos desde donde podian molestar más al palacio y á los castillos; y otras, en fin, abastecieron el torreon del Cármen de vituallas, municiones y cañones gruesos.

El ardiente alborotador del barrio de Mortelle, Andrea Polito, de oficio batihoja, armó un peloton de sus vecinos, y con él sorprendió la cartuja de San Martin, y se apoderó de ella, poniendo en gran peligro el castillo de Santelmo, que está contiguo al monasterio, y colocando oportunísimamente cuatro piezas de artillería en aquellas alturas. En terrible aprieto iban poniendo al Virey y á las armas españolas las rápidas ventajas que aquel tremendo dia daba la ciega fortuna á la sublevacion. Y miéntras los españoles fortificaban á toda priesa el palacio, colocando falconetes en los balcones y azoteas, y atajando la plaza con cortaduras y faginas, sin cesar un momento el fuego, y estrechados sin respiro por las embravecidas turbas, el Duque pensó en abastecer el castillo, apretado y sitiado por todas partes, escasísimo de municiones y de vituallas, y dominado ya por los puestos populares establecidos en San Martin y en Pizzo-falcone. Mandó pues á las galeras, que por quitarse del tiro del torreon del Cármen se habian alejado bastante de la playa, que fueran á remo á la torre de la Anunciata y á Castelamare á recoger cuanto grano y harina hubiera en los molinos. Pero todo fué en vano: el pueblo conoció á lo que iban las galeras, y despachó emisarios que imposibilitaran su intento.

Llegaba la noche, no cesaba la pelea, ni cesaba un punto la fatiga universal. Y abatido y confuso el Virey, acudió al Cardenal arzobispo pidiéndole encarecidamente que saliese á probar la mano con el pueblo, tratando de calmarlo de un modo ó de otro, para salvar la ciudad y el reino todo de los horrores sin cuento que sobre él se precipitaban. No rehusó el Prelado la comision, y sin vacilar un momento recorrió á caballo las calles y plazas, acompañado de José Palumbo (que sin querer nunca ser el primero en el mando, conservaba prudentemente el mismo puesto y la misma reputacion que en tiempo de Masanielo), y sin evitar los sitios en que silbaban las balas y en que era más espantosa la carnicería, exhortaba á todos con ruegos y con lágrimas á la paz y á la tranquilidad. Vanos fueron sus esfuerzos, pues si bien halló, como siempre, en todas partes respeto y aun veneracion, no encontró en ninguna más que sed de sangre y de exterminio, y una especie de rabia infernal, que no dejaba lugar alguno á la razon. Trató varias veces de penetrar en Castelnovo para conferenciar con el Virey, pero le fué imposible conseguirlo; y rendido y horrorizado regresó á su palacio sin haber logrado nada, cuando ya estaba muy avanzada la noche. Esta fué tan espantosa como el dia que la precedió, pues no cesó el tiroteo, retumbando sin cesar los cañonazos y continuando las obras de ataque y de defensa á la horrenda luz de las llamas de los incendios.

CAPITULO V

Al dia siguiente, reunidos los distintos jefes populares, que separadamente y sin un plan determinado habian dirigido las felices y oportunas operaciones del anterior, trataron de buscar una cabeza suprema, que dando unidad al movimiento, utilizase las ventajas conseguidas; y resolvieron ponerse en manos del acreditado militar don Cárlos de la Gatta, el que, como dejamos dicho, defendió la importante plaza de Orbitello. Pero este leal caballero rechazó cuantas propuestas le fueron hechas, y se resistió tenazmente á ponerse á la cabeza de los sublevados; manifestando que no sólo sus dolencias y su avanzada edad se lo impedian, sino tambien su honra y sus juramentos. Desahuciados los revoltosos por hombre de tanta importancia, se desconcertaron, y volvieron los ojos á don Francisco Toraldo de Aragon, príncipe de Massa, maestre de campo general, acreditado últimamente de perito y esforzado guerrero en las revueltas de Cataluña. Grandemente sorprendió á tan ilustre personaje la eleccion del pueblo sublevado, y trató de eludirla con noble entereza. Pero el cariño de su mujer, jóven y hermosa, que cayó en poder de los alborotadores, custodiándola como rehenes de la decision del marido, y las secretas persuasiones de los confidentes del Virey, temerosos de que cayese el supremo mando en otras manos ménos fieles á la corona de España, le obligaron á aceptar, para evitar mayores males, la direccion suprema de una rebelion furibunda. No juzgamos, sin embargo, disculpada su aceptacion; porque creemos que el que no participa de las ideas y proyectos de las turbas que capitanea, tiene escasa fuerza para contenerlas y evitar males; y falta, con un especioso pretexto, á los deberes de la honra y de la conciencia. El príncipe Toraldo quiso tranquilizar la suya, y para conseguirlo, exigió una declaracion solemne de los jefes populares, que se extendió ante notario público y en toda forma, de que la sublevacion no era de modo alguno contra los derechos de la soberanía real (2).

Púsose pues á la cabeza del amotinado pueblo, y nombró su teniente de maestre de campo general á Onofre Désio, entendido militar, fiel á la corona de España, y sujeto de altas conexiones en el consejo Colateral y muy bien quisto del Virey: y acreditó en aquella ocasion su extrema sagacidad, navegando sin tropiezo en aquel mar tan borrascoso y tan erizado de escollos y de bajios.

Reconocido por todos los barrios de la ciudad sin la menor contradiccion como capitan general del fidelísimo pueblo, don Francisco Toraldo montó á caballo con su teniente, y visitó todos los puntos militares, donde fué recibido con vivas aclamaciones. Al llegar al de la cartuja de San Martin, donde mandaba Andrés Polito, se sorprendió al ver que este hombre audaz habia concebido el proyecto de minar el castillo de Santelmo, y que llevaba ya no sólo comenzada, sino muy adelantada la obra, dirigida con inteligencia suma hácia la cisterna de la fortaleza. Y conociendo el peligro en que estaba punto tan importante, elogió el proyecto para inspirar confianza, y aprobó la ejecucion; pero para retardarla, manifestó que no debia apresurarse hasta que estuviesen hechos los preparativos necesarios para entrar con toda seguridad en el fuerte, de los que ofreció ocuparse sin demora. Y dió aviso secreto de la mina al castellano para que estuviera alerta, y al Virey para que mandara refuerzos.

Entretanto el duque de Arcos quiso tentar algun medio de concordia, y envió mensajeros al pueblo con una cédula de indulto, y con nuevas ofertas de observar la capitulacion. Pero todo en vano: pues no consiguió más que recoger nuevas pruebas de desconfianza y de desprecio, degradantes insultos á su autoridad, y atroces maldiciones á su detestada persona.

Con más fruto trabajaba el Cardenal-arzobispo: recorriendo desde muy temprano la ciudad, conoció el verdadero estado de los ánimos, y trató de sacar el partido posible. A pesar del aspecto terrible de la sublevacion en el dia anterior, y de las positivas ventajas que habia obtenido, no era tan unánime como parecia, ni tan compacta como se juzgaba; pues miéntras las turbas de proletarios y la gente verdaderamente acalorada combatian con buen éxito, y combatian sin cesar y encarnizadamente, la parte del pueblo que tenia algo que perder, los mercaderes, los curiales, los propietarios, deseaban que no pasasen las cosas muy adelante, porque aquel estado de agitacion y de guerra perjudicaba á sus intereses: y en ellos buscó el sagaz Prelado el apoyo de sus negociaciones. Logró, no sin trabajo, reunir en el convento de San Agustin una junta compuesta de gente granada, con los electos de los sediles y muchos capitanes del pueblo. Y allí, reconocido como principio de la nueva conmocion la ocurrencia del presidente Cenamo, se decidió que se propusieran al Virey nuevos artículos adicionales á las capitulaciones. Y que en ellos se expresase terminantemente: que todos aquellos, y sus hijos, cuyas casas y efectos habian sido quemados por el pueblo, saliesen desterrados para siempre del reino; que los signatarios del certificado en favor de Cenamo salieran de él por diez años, y que el pueblo pudiera castigarlos además á su gusto; que se concediese pleno indulto por los acontecimientos del dia anterior; que no se persiguiera á los que habian asaltado la Aduana y apoderádose de las armas que en ella habia; que se entregara al pueblo el castillo de Santelmo y que se guarneciera el palacio con tropas populares; con otras disposiciones aclaratorias, componiendo en todo cincuenta y ocho artículos. Y para que la negociacion pudiera entablarse con facilidad, dispuso la junta una suspension de armas el tiempo que duraran las conferencias. En señal de esta tregua enarboló bandera blanca el torreon del Cármen, fortaleza de los sublevados, y lo mismo hizo Castelnovo, adonde se dirigió Filomarino con general aplauso. Pero los sublevados que ocupaban á Pizzo-falcone, ó no vieron la señal, ó no quisieron sujetarse á ella, y atacaron el palacio con gran furia por la parte del jardin, ocupando las casas que lo dominaban. Apretado el general Tuttavilla, que tenia el mando de las tropas, pidió socorro al Virey; mas éste, perplejo é indeciso, como siempre, y temeroso de echar á perder la negociacion pendiente rompiendo la tregua, nada resolvió. Cuando un caballero español, que estaba á su lado miéntras se discutia vagamente en consejo pleno, levantándose impaciente, dijo con rostro encendido y acalorado acento: *¿Qué se espera?... ¿Queremos acreditarnos de cobardes y morir como gallinas?...* Palabras que, como dice el historiador Santis, despertando al Duque de su pesado letargo, le compelieron á dar la inesperada órden de que obrara la artillería de los castillos.

Los primeros tiros de Castelnovo bastaron para desalojar al pueblo de las inmediaciones del jardin. Y volviendo luégo la puntería á las calles del puerto, empezaron á causar grave daño en las masas populares allí reunidas. Los jefes de éstas, para obligar á que cesase el fuego, discurrieron levantar de pronto y de cualquier modo un dosel con el retrato del rey Felipe IV. Y como una bala lo echase por tierra, empezaron todos á gritar como energúmenos: que el Duque y los españoles eran traidores y reos de muerte por tan grave desacato, delito de lesa majestad (3).

Empezó Santelmo tambien á jugar su artillería con daño de los sublevados, que se agolparon al puente de los Angeles en Pizzo-falcone, adonde acudió confuso y turbado don Francisco Toraldo. Derribaron las balas algunos edificios, aumentando la confusion. Pero sin amilanarse los amotinados, empezaron por desquite á disparar sus cañones desde la punta de Trevico contra Castelnovo, contra el castillo del Ovo y contra las galeras. Y estas, acosadas además del fuego del torreon del Cármen, zarparon apresuradamente, y fueron á fondear detrás de la isla de Nisida, en la punta de Posilipo.

El cardenal Filomarino, que por estos imprevistos acontecimientos no pudo llegar á Castelnovo, adonde dijimos que desde el convento de San Agustin se dirigia, refugióse en casa de Cornelio Spinola, y desde allí envió al Virey cuatro diputados de los que asistieron á la reunion, con los artículos en ella acordados, y con ardientes ruegos de que no retardase la aprobacion. El Duque, reanimado con este mensaje, vió un rayo de esperanza, y volvió á enarbolar la bandera blanca, dando á todos los puestos órden terminante de dar fin á las hostilidades.

Andrea Polito entre tanto apretó el castillo de Santelmo, y avanzó la mina, obligando al valiente gobernador Galiano á pedir instrucciones y socorros al Virey. Y como este no le contestase, trató aquel leal y valeroso castellano, no sólo de defenderse, sino de caer con toda su fuerza sobre el sitiador. Detuviéronle algunos personajes de alta categoría, que estaban allí refugiados, y más que todo las señales de paz que vió enarboladas en Castelnovo.

Don Francisco Toraldo, por otra parte, de acuerdo con el Virey, tambien trabajaba por restablecer la tregua. Y poco á poco iba consiguiendo poner en razon á las turbas, y hacer cesar el fuego y las hostilidades. Y envió á su teniente Désio á avistarse con Polito, de quien era amigo, para hacerle desistir del empeño de la mina, con reservadas ofertas de dinero, de mercedes, y de una mitra para un hijo fraile que tenia. Con lo que, amansado el patriota incorruptible, se disipó por entónces aquel peligro (4).

Cesó por fin en todos los puntos de la ciudad la pelea, lo que agradó mucho á cuantos la paz de buena fe deseaban. Pero el duque de Arcos no envió en todo el dia la ratificacion de los artículos propuestos; lo que volvió á encender los ánimos, culpándole todos, con voz unánime, de los desastres que apuraban á aquella infeliz ciudad.

No eran más venturosas las provincias del reino. En todas se habia considerablemente desarrollado la anarquía. Y en Chietti y en Lanciano ocurrieron lastimosos desórdenes, y se regaron las calles con sangre. Y la ciudad de Capua, plaza sobre el Volturno, fronteriza al estado romano, y hasta entónces tranquila, se tocó del contagio general, obligando á la guarnicion, muy disminuida, á encerrarse en los cuarteles, y á presenciar en inaccion el desenfreno del populacho y los horrores de la sublevacion. Estas noticias abatieron más y más al duque de Arcos, y aumentaron su funesta perplejidad.

CAPÍTULO VI

Al amanecer del 29 de agosto, como nada hubiese aún resuelto el Virey, continuó el pueblo los aprestos de ataque, sin curarse de la tregua. Donde más preparativos hostiles se agolparon aquella noche fué en San Martin, porque la empresa favorita de los sublevados, y tenian razon, era el ataque de Santelmo. Y concurrieron á ella á la primera luz del dia más de cincuenta mil hombres, armados y preparados para en cuanto volase la mina (que creían más adelantada, porque ignoraban la mudanza de Polito), arrojarse al asalto. El gobernador Galiano, conociendo el peligro en que estaba la fortaleza, aunque aquella noche habia sido socorrida por el Virey, aumentando el número de oficia-

(1) De Santis.

(2) De Santis. — Capecelatro, MS. — Comte de Modéne. — Raph. de Turris.

(3) De Santis. — Capecelatro, MS.
(4) De Santis. — Capecelatro, MS.

les con sujetos de acreditado arrojo, hizo señales á Castelnovo. Y como no recibiese respuesta, hizo salir por una poterna disfrazado al alférez don Alfonso de Céspedes para que fuera á abocarse con el Duque. Llegó aquel felizmente á Castelnovo, y encontró á este muy apurado porque los sublevados habian levantado aquella noche una trinchera en la calle del Olmo, y colocado en ella dos gruesas piezas de artillería, que podian destrozar la puerta de Castelnovo y derribar la cortina, aumentando el peligro el haber tomado el mando de aquel puesto Octavio Marchesse, inteligentísimo artillero. Reclamó el Duque contra aquella infraccion del armisticio, y le fué contestado que la obra estaba hecha desde el dia anterior. Pero no satisfecho, y alarmado con las noticias que le trajo Céspedes, avisó secretamente de todo á don Francisco Toraldo y al Arzobispo para que pusiesen remedio. Y quejóse públicamente á los diputados, que habian venido al castillo y pasado allí la noche, de esta falta de buena fe.

El Capitan general del pueblo montó inmediatamente á caballo para acudir al mayor riesgo. Fué á la cartuja de San Martin. Allí consiguió, ayudándole con maña y sagacidad el mismo Andrea Polito, calmar el ardor de la muchedumbre. Con argumentos tomados de la ciencia militar, logró persuadirles, que tanta gente y tanta confusion no servian más que para hacer imposible la empresa. Y dispuso que se retirase de allí aquel inútil y embarazoso gentío, quedando sólo las tropas armadas, que dijo bastaban. Dióles por jefe la persona que le pareció más á propósito para tranquilizar los ánimos, y nombró compañero de Polito, para proseguir la mina, á un ingeniero llamado Avellone, amigo de Désio, y con instrucciones reservadas para detener la operacion. Tambien cambió la guarnicion del monasterio, so pretexto de que debian de volver á sus casas á descansar los pelotones que hacia tres dias estaban allí padeciendo gran escasez de agua. Y cuidó de introducir otros de gente ménos alborotada, con cabos más maleables. Lo mismo hizo con los demás puestos populares, recorriéndolos todos con muestras ardientes de celo por la sublevacion, pero realmente para debilitarla.

Manifestóle su teniente Désio que miéntras concurriesen sólo á las armas la gente perdida y las turbas proletarias era imposible ningun razonable concierto, y que convenia obligar á tomarlas y á concurrir á los puestos á los ciudadanos acomodados, mercaderes, curiales, etc., para tener en ellos, interesados en la pública tranquilidad y en el fin de aquellos trastornos, un apoyo y una prenda de órden. Conoció Toraldo lo sagaz y oportuno de la idea, y publicó un bando llamando á las armas á todos los habitantes de la ciudad, para que entre todos se repartieran las fatigas y las glorias. Disposicion que agradó mucho al populacho, no conociendo que contra él estaba precisamente dictada.

El cardenal Filomarino, por otro lado, conferenciaba con unos, hablaba con otros, y reunia otra vez en San Agustin las personas más influyentes. Y como todos se quejaban de que hacia ya veinticuatro horas que el Virey tenia en el castillo los emisarios, que habian ido á tratar la nueva avenencia, sin que nada resolviera, le escribió y envió varios mensajeros, que no consiguieron por cierto activar la negociacion.

Entre tanto los diputados negociadores quisieron con disimulo conquistar á Julio Genovino, que estaba refugiado en Castelnovo, y trataron de abocarse con él; bien que efectivamente creyesen necesarias aún á la sublevacion la sagacidad y experiencia de aquel viejo, bien que quisieran haberlo á la mano para ejecutar con él su venganza. Pero Genovino, como zorro experimentado, eludió toda entrevista, y contestó á las propuestas que con gran reserva le hicieron, que no se fiaria jamás de la instabilidad de un pueblo ingrato, que habia desconocido sus servicios. Pocos dias despues, el Virey lo embarcó para Cerdeña; de allí quiso ir á Madrid; y de arribada en Mahon, murió abrumado de años y de traiciones (1).

Aquella mañana, aprovechándose de la tregua, que, aunque tan mal observada, existia, salieron de Castelnovo el prior de la Roccella, el gran cruz Juan Bautista Caracciolo y el duque de San Pedro, muy desabridos con el Virey, que los trataba con poco miramiento (2). Pero cuando creian, no habiendo con ellos odio particular, que los dejarian tranquilos en sus casas; el populacho dió sobre ellos, queriéndolos hacer pedazos, y los llevó ante don Francisco Toraldo para que los mandase ahorcar. Horrorizado este, trató de convencer á la turba de que aquellos caballeros eran habitantes pacíficos y no criminales, y que aun cuando lo fueran, la tregua los amparaba. Pero se armó tal gritería y se desmandaron tanto aquellos furiosos, llamándolos espías y traidores, que corrieron gran riesgo. Y sólo los salvaron las lágrimas y ruegos de la hermosa princesa de Massa, logrando que se los entregasen á ella en calidad de presos, ofreciéndose á ser su carcelera (3).

No fué tan dichoso don Juan de Sanfelices, padre del que afortunadamente pudo libertarse de la muerte, que provocó su imprudencia. Estaba este buen anciano en una iglesia extramuros, fué reconocido, y trató de esconderse en un corral inmediato. Las mujeres de la casa creyeron que era un ratero, y la emprendieron con él á pedradas. Díjoles en mal hora su nombre, ofreciendo regalarlas largamente si lo ocultaban y le salvaban la vida. Y ellas, enfurecidas, lo asaltaron con los utensilios caseros, y lo amarraron hasta la llegada de los maridos, á quienes lo entregaron ufanas de su ferocidad. En poder de los hombres fué conducido, apurando insultos y golpes, á presencia de Toraldo, que por más esfuerzos que hizo, no logró sacarlo de manos de la canalla; pues llevándoselo esta, viendo que nada conseguia del Capitan general, á la plaza del Mercado, le cortaron la cabeza, arrastraron el tronco por las calles, abandonándolo por último en un muladar.

Se hallaba la ciudad de Nápoles en una situacion sin nombre. Existia una tregua, y no se peleaba, es verdad, pero no cesaban las otras hostilidades; pues seguian con actividad suma en todas partes las obras de ataque y de defensa. Y miéntras el Virey nada resolvia, y los diputados del pueblo permanecian en Castelnovo, y la reunion del convento de San Agustin no se disolvia, el pueblo se entregaba desenfrenado á particulares venganzas, y á saquear é incendiar los palacios de los nobles y de los altos funcionarios, refugiados en los castillos. Continuaba tambien la mina de Santelmo, pero dirigida segun las buenas intenciones de Toraldo. De lo que ignorante el valiente Galiano, y advirtiendo que le andaban ya en los cimientos de la fortaleza, se dispuso á practicar la contramina, y á preparar tantos medios de defensa, que notándolo la gente del pueblo, empezó á gritar, reclamando la observancia de la tregua. Contestóles vigorosamente el castellano, que él obraba segun obraban sus enemigos. Y avisó de todo, pidiéndole instrucciones, al Virey, que nada le contestó.

Fué víctima de aquel estado de anarquía el desdichado presidente Cenamo. Estaba oculto desde que huyendo del motin se retiró, como dejamos referido, del tribunal, en una casa de Pizzo-falcone, donde no encontrándose ya seguro, trató de salir para buscar en la playa de Santa Lucía una barca que lo condujera á Sorrento, donde estaba su familia. Metióse en una silla de manos, con las cortinillas echadas, y por mayor precaucion se cubrió el rostro con un pañuelo. Pero de poco le valió: al llegar á Santa Lucía fué reconocido, y detenido por un peloton del pueblo que lo quiso matar. Ayudado de algunos amigos y valedores, y del favor de Onofre Caffiero, influyentísimo en aquel barrio, logró hallar asilo en una casa, adonde pronto vino á buscarle una turba de asesinos. Noticioso de ello el Virey, mandó salir algunos soldados de palacio, que nada consiguieron, pues se apoderó al cabo el feroz populacho del desventurado presidente, y dilatándole una terrible agonía entre los más groseros insultos y los más dolorosos golpes, le cortaron la cabeza en el Mercado, arrastrando y mutilando el cuerpo, que abandonado luégo bajo el puente de la Magdalena, sirvió de pasto á los perros y á las aves de rapiña (4).

Despues de tantas consultas y dilaciones, manifestó por fin el duque de Arcos á los diputados del pueblo que no podia convenir con el artículo en que se pedia la entrega del castillo de Santelmo, por las razones expuestas cuando otra vez se hizo la misma peticion; ni acceder al otro en que se pretendia desalojar á los españoles de la guardia del palacio, porque seria esto un desaire para las tropas del Rey. Salieron de Castelnovo los diputados con esta repulsa, que divulgada por el populacho, le hizo prorumpir en furibundos alaridos de guerra, y correr á las armas, dando la tregua por terminada. Pero el activo Cardenal-arzobispo, los hombres que deseaban la paz y los jefes populares que se avenian á la razon, y que estaban verdaderamente subordinados al general Toraldo, calmaron aquella efervescencia, y se reunieron de nuevo en San Agustin. La idea de si el apoderarse del castillo de Santelmo era ó no acto de rebelion, se discutió detenidamente. Y se hizo una consulta de letrados para dilucidarla, opinando estos que sí, como igualmente que el Virey no tenia dominio sobre los castellanos, porque la autoridad de estos procede directamente de la corona, con lo que casi todos los concurrentes se pusieron de acuerdo. Pero como no faltaban en la junta algunos díscolos, interesados en que continuara el desórden, y empujados tal vez por los agentes extranjeros, no se convinieron con la decision; persistiendo furiosos en que se rompiese la negociacion, y se obtuviese por la via de las armas lo que se deseaba. Acaloróse el altercado entre unos y otros, ayudado de la gritería de la turba, que hervia en las calles circunvecinas, cuando uno de los presentes, que era letrado, clamó en alta voz: *Señores, ¿queremos ó no ser vasallos del rey de España? Si lo queremos, mostrémoslo con las obras, y hagamos una honrosa sumision; si no, rompamos el juramento de fidelidad, y aventurémoslo todo en una guerra de rebeldes.* Pareció á todos la cuestion planteada en términos tan explícitos, y Mateo Jovele, mercader de sedas, levantándose y dominando la asamblea toda con una voz de trueno, contestó: *Sí, señor, queremos ser vasallos del rey de España; pero queremos ser bien gobernados.* Aplaudieron todos la respuesta, y aprovechando el momento Désio, el teniente de Toraldo, dijo: *Pues si somos y queremos ser vasallos del rey de España, sometámonos al Virey, que lo representa; y aseguremos el buen gobierno con la capitulacion, cumpliéndola todos de buena fe.* Convino la junta, siguió la discusion tranquila y sosegada, y se determinó en ella desistir de la exigencia de Santelmo y de la guardia del palacio, y rogar al Virey de nuevo la aceptacion de los otros artículos (5).

Fueron á Castelnovo con noticias de lo ocurrido dos diputados, el hijo de Polito, que debia ser obispo, y el cleriguin Fattorusso, de quien ya hemos hecho mencion en esta historia. Y Désio y Marchesse montaron á caballo y recorrieron la ciudad con pañuelos blancos en los bastones, gritando paz. Pero al llegar al puesto de Pizzo-falcone, donde estaba la gente más alborotadora, fué tal el disgusto por tan grata nueva, que apoderándose aquellos furiosos de Désio, porque tropezó su caballo y no pudo huir, como lo verificó Marchesse, llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo, se dispusieron á ahorcarlo. Ya estaban preparados el confesor y el verdugo, cuando llegaron oportunamente el príncipe de Celamare y el marqués de Oliveto, señores muy queridos en Nápoles, y los plebeyos Onofre Rosmundo, Genovino Ottone y Pedro Cano, y le salvaron la vida, gritando á los que lo iban á matar: que la paz estaba ya ajustada, y que si ellos querian otra cosa, se fuesen á sus casas, porque toda la ciudad estaba de acuerdo para que no hubiera más guerra.

Tambien la noticia de la paz llegó á Santelmo, justamente en el momento en que escamado del bullicio y movimiento general, se preparaba Galiano á poner en juego su artillería. El electo Arpaya fué el que le llevó la nueva, arbolando un ramo de olivo para que le dejasen penetrar en los puestos y los rastrillos.

CAPITULO VII

Mucho contentó al duque de Arcos el que el pueblo desistiera de su empeño de apoderarse de Santelmo. Y para asegurar tan favorable resolucion exigió del príncipe Toraldo que se hiciera acto público, en que se extendiera en debida forma el desistimiento de aquella peticion, con pena determinada para el que la reprodujese. El Capitan general del pueblo, por complacer al Virey, convocó inmediatamente otra reunion en San Agustin, en donde se extendió el instrumento con las formalidades de estilo, firmado por el electo del pueblo, y condenando á la pena de los rebeldes al que volviese á hablar de apoderarse del castillo. Y publicóse en seguida á són de trompeta por toda la ciudad.

Pero entre tanto, un peloton de pueblo habia concluido una trinchera en la calle de San Bartolomé, contra la puerta principal de Castelnovo, y otras obras importantes de ataque contra el palacio, en la calle de Toledo y en la bajada de Pizzofalcone. Lamentóse amargamente de esto con los diputados el duque de Arcos, manifestándoles que faltando así á la tregua, era imposible toda negociacion; y que cuando era él el primero en solicitar la paz, hostilizar con tanto descaro el castillo manifestaba poquísimo deseo de avenencia. Convencidos los diputados, salieron á hablar con los jefes de aquellos puestos para hacerlos entrar en razon. Y como respondieran que hacian aquellos preparativos porque los españoles no cesaban de hacer los suyos, y que aquella misma noche habian hecho reparos y cortaduras en el jardin de palacio y aumentado su guarnicion; dispuso el Virey, para que se desengañaran de que era falso cuanto decian, que entraran dos de ellos á reconocer el puesto. Hiciéronlo así, y viendo que todo estaba como ocho dias ántes, se sosegaron. Toraldo, de acuerdo con el Virey, aprovechó la coyuntura, y logró persuadir á todos, que pues se iba á firmar la paz, y que los españoles, seguros de ella, no aumentaban sus reparos, eran ya inútiles aquellas obras; que las zanjas, espaldones y empalizadas tenian la ciudad intransitable, con grave perjuicio del vecindario, y que lo mejor era destruirlos y allanarlos. Mucho dolia al pueblo el hacerlo así; pero viendo que los españoles empezaron á derribar sus obras de defensa, que sin duda cuidarian de hacerlo con las que eran inútiles ó de pronta reparacion, y persuadidos de que era preciso dejar expeditas las calles para las fiestas con que debia celebrarse la paz,

(1) De Santis. – Raph. de Turris.
(2) Capecelatro, MS.

(3) De Santis.
(4) De Santis.

(5) De Santis.

destruyó en un momento la obra de tantos dias, desconociendo, incauto, toda su importancia.

Tambien consiguió el Virey, por medio de Toraldo, del electo Arpaya, que viendo el giro que tomaban ya los negocios trató de ponerse en buen lugar, y de muchos de los capitanes del pueblo, que deseaban la paz de buena fe, el que se desistiera del capítulo en que se pedia que el general y jefes de la armada y de las galeras fuesen napolitanos; pues no sólo renunció la reunion de San Agustin á esta exigencia, sino que estableció pena de la vida para el que de nuevo la provocase, y para todo aquel que opusiera obstáculos á la completa paz, que con tanto anhelo se deseaba. Y el mismo Arpaya mandó, pocas horas despues, arcabucear en la Vicaría á un hombre del pueblo que habia perorado acaloradamente en un corrillo en favor de la guerra.

Pero aun conseguidas tantas ventajas, el perplejo Duque dilató algunos dias la conclusion de la avenencia, esperando tal vez los socorros que por todos los conductos imaginables habia pedido á Madrid, y que ya ciertamente tardaban. La dilacion en terminar un negocio con tanta facilidad allanado en ventaja del gobierno, no dejó de producir graves inconvenientes, pues conservó la ciudad en un estado anómalo, en que si bien no se tiró un tiro de una ni de otra parte, ni se hizo obra ninguna de ataque y defensa, la mutua desconfianza tenia siempre las armas en la mano; y el pueblo, poco disciplinado, hallándose mal, ocioso y armado, se dió á saquear é incendiar los palacios y efectos de los nobles y de los pudientes, que estaban ó en las provincias ó refugiados aún en Castelnovo. El general don Francisco Toraldo trataba en vano de impedir estos desórdenes, y de atajar las venganzas particulares; pero su autoridad era tan escasa, como lo es siempre la que tiene por orígen la eleccion de un pueblo amotinado. Por fortuna no se pensó más en el prior de la Roccella, ni en los otros caballeros custodiados en su casa, y de que era carcelera su hermosísima y gallarda mujer; pues se retiraron adonde quisieron en plena libertad, y aun entre los aplausos de los mismos que pocos dias ántes querian beber su sangre. Así pasan los odios populares, tan terribles en el primer momento.

Las provincias del reino, siguiendo los movimientos de la capital, habian sido teatro de grandes desórdenes, y nuevas revueltas y nuevos asesinatos tenian la tierra toda en combustion. Y las noticias de tan tristes acontecimientos aumentaban la inquietud de la ciudad, que iba escaseando de víveres, y cada dia se veia más aislado el gobierno legítimo, y con más obstáculos que superar para su completo restablecimiento.

El dia 5 de setiembre se adhirió por fin el Virey á la nueva capitulacion; y puestos todos de acuerdo, con gran satisfaccion de la mayoría de los habitantes de Nápoles, que deseaban el término de tantas angustias, se dispuso su solemne publicacion y juramento en la catedral.

Empezaron los preparativos necesarios para dar el correspondiente aparato á aquella solemnidad; pero recibió el Virey varios avisos de que los díscolos y bulliciosos, bien que en pequeño número, audaces sobremanera, acalorados por emisarios extranjeros, conspiraban secretamente para llevar á cabo el plan frustrado el dia de la Vírgen de Agosto. Y muchos clérigos y religiosos le dijeron con gran reserva, que sabian por el confesonario, que se tramaba contra su vida: noticias todas que lo dejaron confuso y sin saber qué partido tomar. Consultólo con varias personas, que creyendo de muy mal efecto el que manifestara desconfianza, y que tambien podian ser exagerados los avisos, fueron de parecer de que debia ir el Duque á la catedral, tomando de antemano todas las precauciones que aconsejaba la prudencia. Pero el bizarro Vargas Machuca, gobernador de Castelnovo, dijo con calor que su opinion era que de ningun modo debia la suprema autoridad ponerse en manos de los facinerosos: que nada importaba que la generalidad del pueblo estuviese de buena fe, si una docena de revoltosos podian á su gusto inflamarla y empujarla á los más horrendos atentados: y que una vez apoderados del Virey, cuya persona representaba la del soberano, era de temer un desacato á la majestad real, y que el motin tomase descaradamente el carácter de rebelion. Las palabras de este pundonoroso, entendido y experimentado militar hicieron el debido efecto, y desistió el Duque, en lo que no hizo un gran sacrificio, de salir de su guarida para asistir á la ceremonia (1).

Resuelto así, envió el Virey á llamar á los jefes populares de su devocion, y les habló del modo más conveniente para que estuvieran alerta y á punto las masas populares de que disponian. Y luégo llamó á los otros, ménos deseosos de paz y del restablecimiento de la tranquilidad, y con palabras magníficas, halagándolos primero, acabó por manifestarles, que habiéndose introducido entre el pueblo muchos facinerosos y algunos emisarios de los enemigos del Rey, capaces, para imposibilitar todo ajuste, de arrojarse á cualquier crímen que mancharia la reputacion del pueblo napolitano, y desvirtuaria la justa causa de sus esfuerzos, habia resuelto, para evitar todo compromiso, jurar la capitulacion en la capilla del castillo: siendo para la validez del acto enteramente indiferente que la ceremonia se verificase en uno ú otro santuario. Si estas palabras del Virey desconcertaron á alguno de los concurrentes, cuidó de disimularlo. La mayoría las creyó sinceras, y muchos muy fundadas; y como fueron repetidas á las turbas no hicieron el mal efecto que era de presumir.

El dia 6 por la tarde, sin haber de antemano manifestado tal intento, salió el Virey imprevistamente á caballo, rodeado de oficiales de guerra, y paseó algunas calles de la ciudad, con precaucion sí, pero sin temor, seguro de que ignorándose que iba á dar aquel paseo, no podia estar urdida trama alguna contra su persona. Esta aparente muestra de confianza acabó de asegurar los ánimos de los que deseaban la paz y no tomaban parte en las secretas conspiraciones. Por lo que no dejó de oir algunos *vivas* y aplausos el Duque, ántes de regresar al castillo, como lo verificó al anochecer.

Al dia siguiente por la mañana concurrieron á Castelnovo, á caballo y en solemne procesion, el electo Arpaya, el capitan general don Francisco Toraldo, muy mortificado de la gota, los maestres de campo, los jefes populares Désio, Polito y Marchesse, y detrás de todos en una carroza de gala con lucido séquito, el cardenal Filomarino, seguidos de numeroso pueblo. Dejaron todos los caballos para pasar el puente levadizo, y las armas para atravesar los rastrillos, cosa que mortificó muchísimo á los populares; y más aún al ver toda la guarnicion formada, grandes retenes en las plazas de armas, y preparadas y á punto las baterías.

En la capilla de Santa Bárbara, ocupando cada cual su puesto correspondiente, y dejando entrar alguna gente del pueblo, se leyeron los 58 artículos de la nueva capitulacion adicional, y se juró en debida forma por unos y otros su cumplimiento. Terminado este importante acto se cantó un solemne *Te-Deum*. Y en seguida tomó la palabra el Virey, y arengó con destreza y sagacidad á los concurrentes, elogiando al pueblo, pero condoliéndose de los excesos inevitables, que habian tenido entrada en aquellos dias de confusion. Insistió en que el alzamiento habia sido razonable, y promovido con motivos muy justos; pero afeó el que la primera capitulacion hubiese sido infringida: trató de inculcar la idea de que emisarios extranjeros de los enemigos del Rey eran los que agriaban los ánimos, y abusaban del candor de los napolitanos: y concluyó manifestando el estado de penuria en que se hallaba el tesoro, y la necesidad de que la ciudad hiciera un nuevo generoso esfuerzo, y un extraordinario servicio, no ya al rey, sino á sí misma. Pues no se trataba de enviar socorros á España, sino de procurarlos á los mismos habitantes de Nápoles, donde las circunstancias habian aumentado tanto la miseria, que faltaba subsistencia para todos, y no se podia atender á la manutencion de las tropas y á las necesidades urgentísimas de la marina. A esta arenga, que fué muy bien escuchada y recibida, contestó el teniente Désio, poniéndose en pié, y proponiendo con desenfado: que en virtud de que estaban completamente abolidas las gabelas para no aparecer más, y siendo indispensable atender á los gastos del servicio público, se diese á S. M. una voluntaria contribucion de quince carlinos (22 reales vellon) por cada hogar. La aprobacion fué unánime. Los vivas asordaron el aire, y se creyó terminada de veras la sublevacion (2).

CAPITULO VIII

Publicado solemnemente el juramento de las nuevas capitulaciones, quedó por algunos dias en reposo la ciudad de Nápoles, pero no en completa tranquilidad. El poder de la autoridad legítima no se restableció cual se esperaba, y para lo que no le faltaban apoyos; y el pueblo armado, y obediente siempre á los jefes de la sublevacion, estaba pronto á volver á la pugna, y á renovar los desórdenes, con pretexto ó sin él, segun se les antojase á los que de hecho lo gobernaban. La mayoría de los habitantes de la ciudad deseaba ardientemente que no se interrumpiera el sosiego, conociendo que este es el primer bien, la necesidad primera de la sociedad; pero la minoría que nada tenia que perder, y sí mucho que ganar en el desórden, queria nuevo movimiento. Y como acontece que siempre dominan todas las situaciones los pocos que se mueven, y no los muchos que se están quietos, pronto empezaron otra vez á conmoverse los ánimos, y á presentarse síntomas de alarma y presagios de nuevos desconciertos. Aparecieron en las esquinas pasquines y carteles, acusando á los españoles y á los nobles de planes de reaccion y de venganza. Y corrieron por los corrillos de la gente baldía, que nunca falta en los puestos públicos de las grandes capitales, noticias alarmadoras y especies absurdas, pero de seguro efecto. Por lo que el electo del pueblo publicó el 11 de setiembre un bando, con pena capital para los autores de pasquines y para los noveleros, ofreciendo dos mil ducados de gratificacion á los que los delatasen. Confirmó el Virey esta disposicion, y mandó además, sabiendo que la ciudad hervia en emisarios extranjeros, que en el término de tres dias saliesen de ella los franceses, piamonteses, saboyanos y sicilianos, que no contaran dos años de domicilio. Revalidó los privilegios de los tejedores de seda, con lo que disgustó grandemente á los mercaderes, renovándose el litigio entre unos y otros. Arregló el precio de los víveres, y trató, esperando ya de un momento á otro la armada española, de abastecer de vituallas y municiones los castillos, y de recomponer y aumentar con disimulo los reparos y obras de defensa. Y como cayeran en sus manos varias cartas en cifra de algunos jefes populares al marqués de Fontenay, embajador de Francia en Roma, pintándole el momento favorable para con poca fuerza apoderarse del reino, renovó la vigilancia y el cuidado, temiendo á cada instante verse atacado por los franceses.

El dia 12 recibió aviso el Virey por una falúa que llegó en pocas horas de Cerdeña, de estar allí detenida por los contrarios vientos la armada española, al mando del hijo natural del Rey. Y esta circunstancia desagradó mucho al Duque, y le aguó el contento de ver tan próximo el suspirado socorro. Tratóse en su consejo íntimo de mantener secreta la noticia, pero el dia 18 empezó á traspirar y á producir diferentes efectos por la poblacion. La mayoría de ella celebró la venida de aquellas fuerzas, que debian restablecer un órden duradero en el país; pero los alborotadores de profesion y los jefes populares, que no querian volver á las tareas de su condicion privada, y que se saboreaban con el mando, compelieron al general Toraldo á avistarse con el Duque y á proponerle, que mandara detener aquellas fuerzas navales en Gaeta, para evitar mayores daños. Excusóse el Virey con decir que viniendo directamente de España y á las órdenes de un príncipe real, no podia darles órden alguna. Respuesta que dejó muy poco satisfecho al populacho conmovido; pues empezó descaradamente á aprestarse á la resistencia, proveyendo largamente de armas, víveres y municiones la torre de San Lorenzo, el torreon del Cármen y otros puntos fortificados.

Dispuso el duque de Arcos, ya con más ánimo, fundado en las esperanzas de inmediato socorro, que se fortificasen unos edificios que estaban entre Castelnovo y el arsenal, y que en los pasados dias habia ocupado el pueblo, interrumpiendo la comunicacion de aquellos puntos importantes. Empezóse la obra el 22 de setiembre, y alarmado el populacho manifestó desde luégo su disgusto. Iban creciendo los grupos de descontentos, y empezando á manifestarse clara la alteracion; cuando la noticia de haber sido preso Pione, el compañero de Masanielo, y jefe de una de las bandas de muchachos que, como dejamos dicho, dieron principio á la sublevacion, y uno de los que mayores atrocidades habian cometido durante ella, vino á dar un pretexto plausible para el ya preparado rompimiento. Montaron en cólera las desarrapadas turbas, y quisieron matar á uno de los jefes populares llamado Milone, ya mal visto por partidario de la paz, y que habia tenido en su casa á aquel revoltoso y atrevido mancebo. Fueron pues á asaltar su vivienda, jurando matarlo, y matar en seguida al Virey y á todos los españoles (3).

El rumor del motin y la noticia de su objeto llegaron á un mismo tiempo al duque de Arcos, que recurrió al electo del pueblo para que tratara de conjurar la tempestad, que acaso en aquella ocasion hubiera podido un cañonazo ahuyentar para siempre. Acudió tambien á Désio, que en union con Arpaya calmó el alboroto. Pero ¿cómo?... Mandando con beneplácito del Virey suspender inmediatamente las obras de fortificacion comenzadas, y presentando en la plaza y en plena libertad al preso, con una reverente excusa de la autoridad suprema, asegurando á la pillería que la prision de Pione se habia hecho sin su conocimiento, y haciendo castigar á los que la habian verificado. Con tan enérgicas y dignas disposiciones quedó el motin contento y servido, y se deshizo la alterada reunion de aquellos pocos alborotadores. ¡Y tenia el Virey á pocas millas una armada mandada por un príncipe español, y tenia tropas leales indignadas de tanta condescendencia, y tenia de su parte la mayoría de una ciudad fatigada de desórdenes y de confusion!

Al siguiente dia volvió á alterarse, con disgusto de todos, la pública tranquilidad, por dos capuchinos que predicando como solian en la plaza del Mercado, conmovieron el populacho. Pero como el movimiento no encontró eco en otros barrios, se deshizo pronto por sí mismo. Y los predicadores, y nuevamente el mancebo Pione, y un cuñado de Masanielo fueron aquella noche arrestados, y con-

(1) De Santis.

(2) De Santis. — Raph. de Turris.

(3) De Santis.

ducidos con sigilo á Castelnovo, de donde no volvieron á salir (1).

En todos estos alborotos tomaba parte más ó ménos, segun se lo aconsejaba su sagacidad, José Palumbo, que nunca quiso figurar en primer término, contentándose con el mando de un barrio, y con ejercer una secundaria influencia. El que desde la muerte de Masanielo ambicionaba ardientemente sucederle, y ser cabeza suprema de la sublevacion, era el maestro arcabucero Genaro Annese. Pero aunque contaba con muchos partidarios, no habia podido conseguirlo, y se sujetó de malísima gana al general Toraldo y á su teniente Désio; conservando empero con casi absoluto dominio el mando del Torreon del Cármen, ciudadela del populacho, y el gobierno del barrio del Lavinaro, foco permanente de alborotos. Este hombre aunque cobarde audacísimo, era el que con más calor se oponia á todo avenimiento, sembrando las noticias más alarmadoras, y las especies más á propósito para desacreditar á Toraldo, á Désio y á los jefes populares, que propendian á la paz y al órden. Y espiando continuamente las ocasiones de alborotar, la encontró muy oportuna el dia 30 de setiembre.

Habíase ya negado á dejar trasladar la exorbitante cantidad de pólvora, que con peligro del fuerte y de los barrios circunvecinos estaba depositada en el torreon del Cármen, á los almacenes y castillos. Y como aquella mañana, por disposicion del capitan general del pueblo y del electo Arpaya, se condujese una gran cantidad de ella á Santelmo, Annese levantó el barrio del Lavinaro, y con la gente más perdida de él atacó la recua que conducia la pólvora, y dispersando la escolta, se la trajo á su torreon. La noticia de este atentado, que conmovió algun tanto la ciudad, llegó al convento de San Agustin, donde Toraldo, su teniente Désio, el electo Arpaya y otros jefes populares estaban en conferencia. Y Désio con el rostro encendido y ademan violento dijo á Toraldo: *¿A qué juego jugamos?... ¿De qué sirve que los hombres de bien estemos aquí trabajando para asegurar la paz, si otros la rompen y atropellan con tanto descaro? Tales atentados merecen pronto escarmiento.* – Don Francisco Toraldo, conociendo lo nulo de su posicion, se encogió de hombros y respondió: *el señor electo, que tiene más autoridad que yo, puede tomar las disposiciones que juzgue más oportunas.* Con lo que Arpaya enardecido y sin reflexionar lo que decia, ni delante de quien hablaba, se levantó exclamando: *Hagamos matar á ese tunante. Yo por mí daré doscientos ducados al que nos haga tal servicio.* Y salió apresurado y resuelto, como para evitar las consecuencias que podia tener aquel grave incidente.

En el mismo momento llegó por distinto lado á San Agustin Genaro Annese, y al verlo Panarella, jefe del barrio de la Congeria, animado por las palabras del electo y por el espíritu que reinaba en la junta, se arrojó á él con un puñal enarbolado. Interpusiéronse algunos frailes, que evitaron el golpe, y fué tal el susto de Annese, que huyendo despavorido se ocultó en el coro detrás del órgano, y á poco rato saliendo por un postigo secreto se fué al barrio del Lavinaro, á pedir cumplida venganza. Corrió pronto la noticia de este suceso, y conociendo el electo que podia encontrar graves peligros en la plaza del Mercado, adonde se encaminaba, mudó de rumbo y se fué al barrio de Santa Lucía, que estaba á su devocion. Panarella, despechado de no haber asegurado el golpe, fué en su busca y le ofreció poner inmediatamente sobre las armas todo el distrito de la Congeria, y atacar al del Lavinaro, como hospedaje y asilo de la pillería que alteraba continuamente el reposo de la ciudad, y que imposibilitaba toda medida de órden. Désio que estaba presente lo aprobó, y marchó á levantar tambien con el mismo objeto los barrios altos.

Tocóse arma, resonaron las campanas á rebato, conmovióse la capital toda, y se puso en defensa el Lavinaro con Annese á la cabeza, ayudado de los barrios del Cármen y de la Marina, que hicieron causa comun; miéntras que el de la Congeria con su jefe Panarella, y seguido del de las Vírgenes, San Juan, y Puerta Capuana, se preparaban al ataque con resolucion. Prontos pues estaban á combatir y á destruirse entre sí los sublevados, dividida en bandos la ciudad, y decidido el que capitaneaban Panarella y Désio, que era el más granado y numeroso, á pasar á cuchillo á la pillería, y á destruir con fuego los barrios en que habitaba: reinando tan ciego furor y tan enardecido encono entre ambas facciones, como si no fueran las mismas que pocos dias ántes formaban un solo cuerpo, peleando por la misma causa, y perpetrando crímenes tan horrendos.

Sabedor el duque de Arcos de lo que ocurria en la ciudad, creyó gozoso llegado el momento de su seguro triunfo. Y para caer oportunamente sobre el pueblo así dividido, asegurando una completa venganza, mandó poner á punto la artillería de los castillos, y preparar las guarniciones para hacer una repentina salida en la ocasion conveniente. Los barrios de la ciudad que no quisieron tomar parte en aquella lucha fratricida, permanecieron tranquilos, aunque aprestando las armas para defensa propia, y para declararse á tiempo por el partido vencedor.

Iba la ciudad á inundarse de sangre. Ambas fracciones del pueblo napolitano marchaban ya á embestirse para empezar una lucha de exterminio; cuando el príncipe de Massa, don Francisco Toraldo, guiado por los impulsos de su corazon benéfico y generoso, y sin más objeto que el de impedir los desastres del momento, corrió á probar fortuna y á meterse entre los opuestos y encarnizados bandos, para exhortarlos á la paz. Llegó á caballo al sitio en que casi comenzaba la pelea, y tuvo tan buena suerte, habló con tanta oportunidad, y se sirvió de tan buenos ayudadores, que logró muy pronco ser escuchado, y consiguió en pocos minutos conjurar y deshacer completamente aquella borrasca. Y llamando ante sí á Annese y á Panarella, les obligó á hacer las paces, abrazándose en presencia de todos, y á que mandaran retirarse en sosiego y dejar las armas á las encontradas turbas que capitaneaban.

Desconcertó al Virey este imprevisto desenlace de aquel drama, que tan sangriento y espantoso habia aparecido. Y él y otros muchos hombres de Estado juzgaron que Toraldo habia cometido una gravísima falta, ora mirase por los intereses de la corona á quien decia servir, ora por los del pueblo sublevado á cuya cabeza se hallaba; pues vencida la gentuza alborotadora del Lavinaro, como lo iba á ser sin remedio, se hubieran evitado los desórdenes y matanzas que sobrevinieron; y la ciudad de Nápoles, libre de la levadura de discordias, y sin continuar en aquel estado horrendo de anarquía, hubiera conseguido el objeto de quedar desahogada de impuestos arbitrarios, y regida de la manera más conveniente á sus verdaderos intereses. Y el mismo Toraldo obrando por el instinto de hombre de bien, empeoró muchísimo su difícil posicion; pues se atrajo el odio de los españoles y de los napolitanos, que deseaban acabar con los motines, sin ganar ni el afecto ni la confianza de los alborotadores.

CAPITULO IX.

El dia siguiente 1.° de octubre de 1647 avisó al amanecer el castillo de Santelmo, que una gruesa armada se descubria en el horizonte. No faltó quien temiese y quien esperase que fuera de franceses, y aun el mismo Virey estuvo dudoso. Pero muy pronto la bandera real enarbolada en el vigía, aseguró á todos que era española, la que ya entraba en el golfo de Nápoles con viento favorable y con mar bonancible. Cundió rápidamente la nueva por la ciudad, causando efectos diversos, y despertando temores y esperanzas. Cubriéronse de curioso gentío playas, marinas, muelles y azoteas, para ver llegar aquellos bajeles, cuyo arribo debia producir tan importantes resultados. Una salva general de todos los castillos y fuertes, incluso el torreon del Cármen, saludó la insignia real, que tremolaba en la alta popa de la capitana. Y á media tarde fondearon majestuosamente enfrente de la Marinela, bajo el cañon de Castelnovo, veintidos hermosas galeras, doce gruesas naves y catorce barcos menores.

Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, jóven de diez y ocho años de edad, de gallarda presencia, benigno carácter y capacidad precoz, era el general de aquellas fuerzas. Traia por director y consejero (bien que se habia quedado atrás por los malos tiempos, y para recoger algunos bajeles que venian de Génova) al valiente caballero y experimentado marino don Cárlos Doria, duque de Tursi, nieto del célebre Andrea y padre de Giannetino que mandaba las galeras napolitanas. Venian además con S. A. el duque de Gandía y el baron de Batteville como consejeros, y un Gaspar Leguia como secretario (2).

La llegada de tan gran príncipe causó un momentáneo movimiento de alegre entusiasmo en el pueblo de Nápoles, *sublevado* hasta entonces, pero no *rebelde*. Mas pronto se calmó para dar lugar á otros ménos favorables, que cuidaron de mantener y de acalorar los hombres desconfiados y recelosos, y los interesados en llevar las cosas más adelante. Pues aunque temian que aquellas fuerzas, al parecer formidables, con que contaban ya los españoles, pudiesen dificultar sus planes, esperaban mucho de los franceses, con quienes tenian muy adelantadas sus negociaciones.

El duque de Arcos, aunque no muy contento de encontrarse con un personaje superior suyo en clase y en autoridad, cuando esperaba sólo medios de ejercer sin límites la suya de Virey, disimuló sagazmente su disgusto, y trató de apoderarse del ánimo del jóven príncipe para dominarlo, tener en él un escudo, y servirse de las fuerzas que traia para restablecer su dominio, y desquitarse con usura de las humillaciones á que lo habian conducido su imprevision primero y luégo su debilidad. Envió á felicitarlo del deseado arribo á su yerno el marqués de Lombay; y poco despues al visitador general del reino, bien adestrado en las ideas que sagazmente [illegible] acerca del estado del país y de las medidas de rigor que reclamaba. No hicieron gran mella en el ánimo de don Juan de Austria estas insinuaciones, pues comparaba las fuerzas populares y el cuerpo que ya tenia la sublevacion, de la que habia adquirido poco favorables noticias, con las fuerzas que traia á bordo, y que no pasaban de tres mil quinientos infantes, formando cuatro tercios, tres de españoles y uno de napolitanos. Y seguimos en esta numeracion al contemporáneo de Santis y al maestre de campo Capecelatro; aunque autores posteriores, que han querido acaso aumentar la gloria de los triunfos del pueblo rebelde, acrecentando el número de las tropas que lo combatian, afirman que pasaba de seis mil hombres los que trajo la armada. Número siempre escaso para competir con más de cincuenta mil, no ya tímidos paisanos, sino guerreros avezados á las armas, mandados con inteligencia, y sostenidos por circunstancias de mucha gravedad y por el estado del reino todo.

Al anochecer fué el Virey en persona á visitar al príncipe, y cuidó de llevar adelante su plan y de dar más extension á las pláticas ya entabladas por su confidente el visitador. Halló á don Juan frio y discursivo y muy dudoso en el partido que debia adoptar. Pero le contó los hechos á su manera, y le pintó las circunstancias tan favorables, asegurando que todos los barones del reino y más de veinte mil paisanos bien organizados y dispuestos en la ciudad le darian inmediatamente apoyo, que el jóven príncipe y sus sesudos consejeros quedaron casi convencidos de las razones del Duque; decidiendo, sin embargo, que se obrara con mucho pulso, y que ántes de apelar á la fuerza se apurasen los medios de prudencia y de conciliacion (3).

Al dia siguiente reunió el Virey en Castelnovo á don Francisco Toraldo, capitan general del pueblo, á su teniente Désio, á los electos y diputados de los sediles, al electo del pueblo y á los jefes de los barrios, con otros ciudadanos de los más influyentes, y les manifestó que la escuadra española destinada á cruzar en el Mediterráneo para proteger y defender las costas y perseguir á los piratas berberiscos, habia llegado por casualidad al puerto de Nápoles, sin más objeto que el de refrescar víveres y reparar las averías causadas por el último temporal de equinoccio, y de modo alguno para hostilizar á los napolitanos, de cuya lealtad y obediencia estaba tan seguro el Rey; pero que viniendo de almirante de aquella escuadra un príncipe tan excelso, un hijo querido del soberano, y que miraba como hermanos á todos los súbditos de su padre, razon era obsequiarlo y servirlo como merecia, abastecer largamente sus bajeles y separar de sus ojos todo resto de los pasados disturbios. Que debia pues convidársele á honrar con su presencia la ciudad el tiempo que necesitare para reponerse; y que para que su venida á tierra fuera un nuevo vínculo de paz y de concordia, debia el pueblo deponer las armas, y si aun tenia mercedes que pedir ó reclamaciones que demandar, hacerlo con toda confianza á tan excelso y benigno huésped, sin darse el aire de exigirlas, porque no seria decoroso ni para la autoridad de tal personaje, ni para la reputacion de fiel y de leal de que gozaba la ciudad de Nápoles. – El discurso del Virey, bien que muy estudiado, y sin la menor expresion que pudiese inspirar desconfianza ó herir la susceptibilidad de los sublevados, hizo muy mal efecto en la asamblea, por más que Toraldo y los otros partidarios de los españoles trabajaron con el rostro y los ademanes para evitarlo. Y uno de los circunstantes poniéndose en pié, entre el murmullo general de descontento, manifestó con el rostro encendido y la voz alterada: que el pueblo no creia tan casual é inocente la llegada de la escuadra, ni tan bien dispuesto á su comandante. Que veia su perdicion en el momento de dejar las armas, como se le pedia; y que asunto tan grave y trascendental no podia tratarse tan á la ligera, y que era preciso discutirlo y resolverlo en una asamblea general. Con esto se disolvió aquella reunion, quedando todos sospechosos y desabridos.

En seguida se convocó otra mucho más numerosa en el convento de San Agustin, á que concurrieron todos los jefes populares y muchos habitantes de la ciudad de todos colores, y púsose sin preámbulo á discusion si debia ó no dejar las armas el pueblo, para recibir en la ciudad al señor don Juan de Austria. Acaloradísimo fué el debate; hablóse largamente en pro y en contra. Las personas de responsabilidad, lastimadas de los pasados desórdenes, secundaron los deseos del Virey y de Toraldo. Las que miraban más adelante, y debian á la sublevacion su importancia y engrandecimiento, se opusieron con [illegible], manifestando que seria el soltar las armas entregarse á discrecion de enemigos poderosos y enconados; y abastecer la

(1) De Santis. – Capecelatro, MS. – Raph. de Turris.

(2) De Santis. – Capecelatro, MS.

(3) De Santis.

armada, robustecer las fuerzas que los habian de destruir. Y prevaleciendo estas opiniones en la numerosa asamblea, se decidió, despues de largos discursos, que el pueblo se conservase armado, y que se enviaran diputados á cumplimentar y á regalar á S. A. *como deber de cortesía*, manifestándole las quejas y recelos que obligaban á los napolitanos á no deponer las armas á sus piés.

No contentó á don Francisco Toraldo semejante resolucion, y animado con el recuerdo del buen éxito que tuvieron dos dias ántes su presencia y sus palabras con las masas populares, montó á caballo, y ántes que se divulgara fué á recorrer los barrios bajos, para ver si podia sorprenderlos y hacerles consentir en la deposicion de las armas. Empezó á trabajar con buenos auspicios á fuerza de arte y de buenas razones. Y ya dirigia la palabra á una masa considerable de pueblo que rodeaba su caballo, y que le oia con deferencia, cuando le ocurrió en mal hora servirse inoportunamente de un argumento *ad terrorem*, diciendo: que era ya preciso avenirse á un pacífico acomodo, porque sino la armada, que era la más poderosa del mundo, podria muy fácilmente con una sola descarga de su artillería destruir la ciudad. Esta fanfarronada produjo grandes carcajadas, y tras de ellas tal repentino furor en la turba, que faltó muy poco para costarle caro al capitan general del pueblo.

Tambien el Virey por otra parte, miéntras valiéndose de la autoridad y astucia del consejero Miraballo, negociaba con los barones y grandes señores que se reuniesen y armasen, quiso probar la mano, y envió emisarios por todos los barrios de la ciudad á predicar el desarme, revalidando las juradas capitulaciones, ofreciendo nuevas mercedes, y asegurando que pondria tan estrechos á los nobles, que nada tuviese que temer de ellos el pueblo. Pero tales mensajes hicieron corto efecto, y se llevó á cabo lo resuelto en San Agustin (1).

CAPITULO X

Al dia siguiente 3 de octubre fueron á bordo los diputados del pueblo para cumplimentar y regalar al jóven príncipe. Recibiólos éste con grandes muestras de amor y de consideracion, admitiendo con cordialidad los refrescos abundantes y exquisitos que le presentaron. Manifestáronle humildemente el lastimoso estado de la ciudad, que habia tenido que apelar á las armas para libertarse de la total ruina á que la arrastraban, como al reino todo, los malos y codiciosos ministros, los insolentes y corrompidos nobles. Que por lo tanto no extrañara hallarlos con las armas en la mano, para defenderse de tales domésticos enemigos, pero de ningun modo para deservicio de S. M.

Eludió don Juan sagazmente la cuestion, contestando con palabras generales; y despidió á los diputados contentos y satisfechos de la gallarda presencia y noble discrecion de tan excelso príncipe. Pero miéntras esto pasaba en la nave real, en ella y en las demás de la escuadra se derramaron varias personas del pueblo, so pretexto de vender chucherías, frutas, pan fresco y otros regalos; y examinaron cuidadosamente el estado de los bajeles, sus provisiones y aprestos, y sobre todo el número de tropas que trasportaban. Y vueltos á tierra publicaron en los corrillos el mal estado de la armada, la escasez de sus recursos, y lo corto de las fuerzas que la tripulaban y guarnecian. Estas fidedignas noticias hicieron su efecto, y empezó a decirse en todas partes sin rebozo (como refieren De Santis y Capecelatro, contemporáneos) que la armada era una vejiga llena de viento. Con lo que levantaron cabeza todos aquellos que al ver aparecer tales fuerzas habian desmayado; y avergonzados de su infundado temor, volvieron más feroces y encarnizados á oponerse á todo acomodamiento.

Sin embargo los españoles, y todos los que tenian que lamentar alguna pérdida ó insulto en los pasados desórdenes, ponderaban lo oportuno y decisivo del socorro, y lo seguro de su resultado para obtener reparaciones y venganzas. Y nadie más que el Virey, corto de vista en todas ocasiones, participaba de estas ideas; y ufano más de lo que la prudencia dictaba, ensoberbecido más de lo que su situacion permitia, y creyéndose ya omnipotente, no volvió á pensar en el Cardenal arzobispo, ni en lo mucho que hubiera valido su influencia, tantas veces puesta felizmente á prueba, en aquellas nuevas circunstancias; pues sin contar para nada con él, y desdeñando sus relaciones, se dedicó exclusivamente á acalorar y organizar la nobleza en favor de sus planes de rompimiento y guerra, y á dominar el ánimo del príncipe para que sirviese de ciego instrumento á su venganza.

Entre tanto don Francisco Toraldo, Désio y otros cabos populares, que deseaban de buena fe el restablecimiento del órden y de la autoridad legítima, y que viendo más claro que el Virey, no querian llevar las cosas al último extremo, prosiguieron en la reunion de San Agustin las negociaciones. Y lograron al cabo el que se decidiese en ella que dejase el pueblo las armas depositadas en un almacen de la plaza de la Sillería, situada en el centro de la ciudad, y que quedasen sólo seis mil hombres armados, para defender las capitulaciones, y asegurarse contra alguna intentona de los nobles, ó algun rebato de los bandidos. Razonable y de muy buen acomodo parecia este partido, y el mismo Toraldo con otras personas de cuenta fué á bordo de la Real á dar parte al señor don Juan de Austria de este acuerdo, que debia producir el más feliz resultado. Recibiólos el príncipe con benignidad y agasajo, y aunque no le disgustó el arreglo, como ya habian extraviado su buen juicio, no se atrevió á resolver. Y contestando en términos generales, sin aceptar ni rechazar la propuesta, los despidió honrándolos y acariciándolos con cordialidad; y despachó en seguida á su secretario Leguía á avisar de todo al Virey.

Este, no ya perplejo en sus decisiones y dócil á todas las exigencias, como lo era pocos dias ántes, sino resuelto, inexorable, decidió que no era de modo alguno aceptable la proposicion de la junta de San Agustin; porque seis mil hombres armados eran suficientes para ser dueños absolutos de Nápoles, é imposibilitar toda autoridad. Mas ó porque no podia ménos el Virey de manifestar siempre indecision, ó porque quiso obrar con más apoyo, determinó tomar sin pérdida de tiempo consejo de personas sensatas para su definitiva resolucion. Ciertamente no comprendemos cómo el que queria con la fuerza de la armada poner en brida ciento cincuenta mil hombres aguerridos y ya en rebelion abierta, hallaba tanto peligro en sólo seis mil, y despues de haber hecho todo el pueblo un acto positivo de sumision.

Celebró pues el duque de Arcos al dia siguiente una consulta poco numerosa, y á la que cuidó de convocar á las personas que habian de apoyar su pensamiento. Pero no pudo eximirse de Cornelio Spínola, el negociante genovés, que como dejamos escrito, aconsejó tan á tiempo la abolicion de la gabela sobre la fruta, origen de los acontecimientos que vamos narrando. Entablada la discusion, este hombre prudentísimo, que conoció la propension de la asamblea á adoptar medios violentos, manifestó con moderacion y gravedad que no los juzgaba convenientes, cuando se presentaban otros no despreciables. Que no era tan fácil como se suponia el sujetar á viva fuerza la sublevacion armada y aguerrida. Que los medios con que se contaba no eran bastantes para tan ardua empresa; pues aunque la artillería arrasase la ciudad, no se lograria más que arruinar casas y palacios. Y en fin que el saber acomodarse á las circunstancias, y sacar partido del amor y del respeto que inspiraria la presencia del príncipe real, podria tener más ventajoso resultado. – El capitan de la guardia del Virey, que asistia á la junta, caballero español, jóven y acalorado, impaciente con el discurso del sesudo anciano, lo atajó con viveza diciendo: que la empresa no era tan difícil y costosa como la pintaba el miedo, y que el humo de los cañonazos bastaba para acabar con la sublevacion. Que se recordara lo que habia sucedido en tiempo de don Pedro de Toledo, cuando el tumulto contra la inquisicion; y que bastaron entónces tres mil españoles para sujetar y escarmentar á Nápoles revuelta. – Repúsole Spínola con acento tranquilo y modesta sonrisa, que aquellos eran tiempos muy diferentes. Que entónces vivia y reinaba un Cárlos V, de tanto prestigio en el mundo, que á su nombre solo se postraba el universo. Que entónces tenia la ciudad de Nápoles la cuarta parte de poblacion que al presente, y sólo quince mil hombres sobre las armas: los que fueron vencidos no con tres mil, sino con diez mil españoles y cincuenta galeras. Y que á pesar de todo la inquisicion no se estableció (2).

O hicieron impresion en el ánimo del duque de Arcos las razones del Spínola, ó aunque ya resuelto y decidido por la guerra, le asombró, como sucede á los carácteres débiles, su propia resolucion, y aun luchaba con el estorbo de la habitual perplejidad; pues disolvió la reunion sin que nada quedara decidido, y dispuso que se celebrase otra muy numerosa en San Agustin. En ella manifestó por medio de sus comisionados, que el príncipe hijo del Rey no podia ni debia venir á tierra, hasta que los napolitanos todos depusiesen las armas á sus piés. Gran tormenta levantó en la asamblea esta manifestacion, que rechazaba completamente el medio conciliatorio propuesto al mismo príncipe; y entablóse una reñida y larga discusion. Los partidarios del Virey, apoyados por los que anhelaban reposo y tranquilidad á toda costa, juzgaron aceptable la condicion, aunque con ciertas cortapisas; pero los que tenian intereses creados que sostener, ó justos temores que considerar, levantaron el grito en contra, apoyados y sostenidos por los revoltosos y por el clamoreo de la turba popular, que circundaba el convento, pidiendo guerra y anhelando combatir. Dejó como astuto el teniente Désio desfogar la borrasca, y en un sagaz discurso, sin declararse partidario de unos ni de otros, y sin aceptar ni rechazar la proposicion del Virey, manifestó que era insostenible el estado á que habian llegado las cosas: que no era decoroso tener al hijo del Rey relegado en los bajeles: que el pueblo armado seguia cometiendo tropelías inauditas, y faltando abiertamente á la capitulacion: que la insubordinacion de Genaro Annese y de otros cabos populares, que continuaban almacenando pólvora en el torreon del Cármen y trabajando en las fortificaciones, no se podia tolerar: y que era necesario para el bien comun dar fin á tantos desórdenes y avenirse á la razon. – No pudo acabar su discurso, que no dejaba de ir causando buen efecto. Las voces de Palumbo, Panarella, Caffiero y otros, que no sólo con descompuestas palabras le interrumpieron, sino que lo atacaron furiosos con dagas y puñales, le obligaron á ponerse en salvo para huir de una muerte cierta. Refugióse en la sacristía, y alejóse luégo de San Agustin para ponerse á buen recaudo (3).

Otra reunion se verificó al anochecer en palacio presidida por el Virey, donde se mostró éste más conciliador y razonable de lo que solia, pero nada se resolvió en ella. Y en seguida en un consejo privado á que asistieron sólo el general don Vicente Tuttavilla, el visitador general del reino, el acalorado capitan de la guardia, y los pocos jefes populares de entera confianza, se volvió á ventilar el negocio, y se decidió definitivamente apelar á la fuerza. El Duque creyó así á cubierto su responsabilidad, y para más asegurarla hizo extender un acta prolija, firmada por cuantos estaban presentes. Verificóse así aunque Tuttavilla, ántes de firmar, expuso algunas juiciosas observaciones sobre lo poco que se debia fiar en las ofertas de los nobles, que contaban con escasos recursos, y que no tenian ya tanta influencia como se imaginaban; y sobre la poca fe que merecian las seguridades de los jefes populares, que brindaban con la cooperacion de una fuerza, que acaso no encontrarian disponible ni decidida en el momento del conflicto. No se tomaron en cuenta estas reflexiones, firmó pues el documento, y al hacerlo aconsejó que ántes de todo se asegurase la persona de Toraldo, porque iba á ser un obstáculo de mucha gravedad. Dijo el Duque que Toraldo estaba ya escamado y sospechoso, y que seria difícil hacerse con él, porque no vendria ni al palacio ni al castillo aunque se le enviase á llamar. Replicó Tuttavilla que no se resistiria á ir á la nave real si el príncipe lo convocaba, y que podia arrestársele á bordo: debiéndose hacer lo mismo con el electo Arpaya, que fingiéndose partidario del órden y celoso servidor del Rey, era el que más acaloraba la sublevacion y el que más imposibilitaba todo arreglo.

Determinado así, fueron á deshora á la Capitana el Virey y el visitador general para obligar al príncipe á que llamase á Toraldo. Hízolo, mas este ó porque algun aviso secreto le advirtió del peligro, ó porque temió desconfiar al pueblo, que lo observaba cuidadoso, yéndose á bordo á tales horas, ó porque juzgó prudente evitar en aquellas difíciles circunstancias todo compromiso, no acudió al llamamiento. Entónces se trató decididamente de desembarco y de ataque, haciendo con pluma y papel mil soñados cálculos de las fuerzas populares que se unirian á las tropas, les guardarian las espaldas y asegurarian el triunfo. Con lo que don Juan, jóven inexperto, y sus consejeros no bien informados del estado de las cosas, accedieron completamente á los intentos del obcecado Virey. Decidióse pues que desembarcaran aquella misma noche con sigilo en el arsenal dos mil y quinientos hombres; que el teniente Désio aprovechando los momentos avisase á los confidentes y partidarios, y aprestase con recato las fuerzas populares que habian de ayudar á la operacion; y que esperaran todos para obrar la señal que daria la torre del homenaje de Castelnovo, adonde se retiró el Virey ántes de amanecer, llevándose consigo al secretario de S. A.

CAPITULO XI

No encontró Désio tan bien dispuestas como se creia las gentes con quienes se contaba. Y advirtió además que el pueblo, ó bien por instinto, ó por haber barruntado lo que ocurria, pasó la noche toda muy vigilante, fortificándose con zanjas y reparos, y acrecentando sin estrépito los repuestos de armas y de municiones. Estas noticias no agradaron mucho al Virey, y despertando algun tanto su perplejidad le obligaron á reunir nuevo consejo. Mas ya estaban las cosas muy adelantadas para retroceder, y se decidió llevar á ejecucion el proyectado y dispuesto ataque; pero que ántes de romperse las hostilidades se atrajesen con cualquier pretexto á Castelnovo al electo Arpaya, á los dos hermanos Caffieros, á Salvador Barone, al secretario de Polito, á su sobrino Bautista, á su hijo Fr. Hilario, á Gregorio Accieto, y á algunos otros de los que acaloraban al pueblo, y que eran más capaces de dirigirlo y de tomar oportunas disposiciones de defensa. Enviáronseles astutos mensajeros, cayeron en el lazo, y se presentaron casi todos en el casti-

(1) De Santis. – Capecelatro. – Raph. de Turris.

(2) Raph. de Turris.

(3) De Santis.

llo. Ya estaba instalado en él (pues no se perdia el tiempo) el consejo de guerra que los debia juzgar: tomóseles declaracion sin demora; confesaron aterrados y sin apremio, que á instigacion de Palumbo y de Genaro Annese, se disponian á sorprender la noche venidera los puestos altos de la ciudad, y á empezar desde ellos la agresion, combatiendo los castillos y cañoneando la armada, y que hacia dias estaban en correspondencia con el marques de Fontenay, esperando una gruesa armada francesa. Convictos de traicion, fueron inmediatamente sentenciados y condenados á muerte, y sin más esperar ejecutados: salvándose sólo Fr. Hilario Polito, para tenerle como en rehenes, y Francisco Arpaya. De este exigió en el acto el Virey, que como *electo del pueblo* le pidiera en nombre de la ciudad la ocupacion á viva fuerza, cual único medio de restablecer en ella el órden y el sosiego. Resistióse el magistrado popular, con una energía digna de un hombre de mejores antecedentes, á autorizar aquella agresion, que tenia todo el carácter de venganza. Y dice la historia, que indignado el Virey de aquella noble repulsa, prorumpió en frases y aun se propasó á acciones indignas de su alta jerarquía, de su madura edad, de su elevada posicion. El pobre Arpaya fué sumido en un calabozo, trasladado despues á Cerdeña y de allí á España, donde un tribunal lo condenó al presidio de Oran, en el que murió á los pocos años (1).

A media mañana del dia 5 de octubre, los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de Castelnovo se dispararon, y corrieron desbocados y sin cochero hácia la calle de Toledo, atropellando á la multitud y causando espanto general, desórden y confusion, aprovechando lo cual, mandó impetuosamente el Virey salir un tercio de españoles gritando: *viva el Rey, vivan las gabelas*. Enarboló en la torre del homenaje la señal de arremeter, y en medio del trastorno general envió un mensaje al Arzobispo, con quien para nada contaba hacia ya muchos dias, encargándole mandase inmediatamente manifestar en las iglesias el Santísimo Sacramento, y hacer rogativas por el buen éxito de las armas del Rey. Indignóse el Prelado, y contestó que jamás prostituiria así su santo ministerio, ni demandaria los socorros espirituales en favor de una venganza atroz é inaudita; repulsa que no dejó de atemorizar al Duque, casi arrepentido, pero ya tarde, de su resolucion.

El pueblo, que aunque esperaba el ataque no lo creia tan inmediato, aterrado y sobrecogido huyó delante de aquellas fuerzas que lo atropellaban todo, y aunque acudió á la defensa de sus puestos, lo hizo en desórden y con flojedad. Nuevas tropas españolas salieron del castillo, tras de las que marchaban triunfantes por la calle de Toledo, y dividiéndose unas y otras en pelotones, mandados por bizarrísimos oficiales, ejecutaron un plan muy bien combinado de antemano, atacando á un tiempo los puntos más importantes de la ciudad, y apoderándose de ellos con poca pérdida y escasa resistencia. Las fosas del grano, el almacen de aceites, la aduana de la harina, el hospitaleto, la cartuja de San Martin y Pizzo-falcone, quedaron pronto en poder de los españoles; y los populares, arrollados en todas partes, sin tener ya dónde repararse y hacer resistencia, y habiendo perdido muchos de sus jefes, unos muertos en la refriega, otros apresados y conducidos á Castelnovo (como aconteció á Andrea Polito, el famoso inventor de la mina de Santelmo, que fué inmediatamente ahorcado y expuesto su cadáver en las almenas) (2), huian despechados sin saber cómo evitar su exterminio.

Pero las fuerzas españolas, tan escasas en número y esparcidas así por la ciudad, no tenian en ningun punto de ella gente bastante para extenderse por los barrios circunvecinos y darse la mano. Y quedando diseminadas y aisladas en los distintos puntos que habian ocupado, pensando sólo en mantenerse en ellos, dieron tiempo para reponerse de su primer espanto al pueblo, tan práctico ya en los combates, y para que con aquel aliento que da la desesperacion, tratara no sólo de defenderse de tan inesperada acometida, sino de recuperar con un valor desesperado las ventajas que una sorpresa le acababa de quitar.

Tocóse á rebato en toda Nápoles, y toda ella se alzó como un solo hombre en defensa de sus hogares, ansiando venganza de sus opresores. Los mismos que, partidarios del órden y de la paz, se habian mostrado deseosos de un acomodamiento, volvieron indignados á las armas y volaron á la pelea; y aparecieron de repente, como si brotasen de la tierra, masas populares, unidas y resueltas, componiendo más de cincuenta mil hombres bien armados y decididos, que cayeron de un golpe y á un tiempo, despreciando la muerte, sobre todos los puntos que con tanta facilidad habian ganado los españoles. Estos, viéndose á su vez tan vigorosamente atacados y por tan considerable número de enemigos, se defendieron esforzadísimamente sin cejar un paso; pero con las señales convenidas pidieron socorro á Castelnovo. Mas ¿cómo podia mandárselo el Virey, si habia dispuesto de todas las fuerzas, y no habia dejado ninguna reserva?... Envió órden á los castillos y á la armada para que rompiesen el fuego de cañon contra la ciudad. Encarnizadísima andaba la pelea. Santelmo, Castelnovo, Castel del Ovo, y las galeras, avanzando sobre la playa de la Marinella, empezaron á jugar su artillería con un espantoso estruendo, que retumbando en torno, esparcia el terror y la confusion por toda la comarca.

El señor don Juan de Austria, en el alcázar de la capitana, presenciaba con dolor el estrago. Y como viese en todas partes apretados á los españoles, sin ser socorridos ni ayudados por nadie, exclamó varias veces con desconsuelo: *¿Y dónde están los veinte mil hombres del pueblo, que debian ayudarnos! ¿Dónde están* (3)? Reconvencion amarga al Virey y á sus consejeros, que con falsos cálculos lo habian decidido á un paso que repugnaba á su corazon.

Combatíase en toda la ciudad con teson y encarnizamiento. Los españoles, aunque al cabo fueron arrojados de algunos puntos, resistian con valor heróico el empuje de las inmensas masas populares que los ahogaban. El pueblo irritado con la ruina que las balas y bombas causaban en el hermoso caserío, peleaba rabioso y sediento de sangre. En las fosas del grano fué donde la pugna estuvo más empeñada. Dos veces perdieron y recobraron tan importante puesto los españoles, y al cabo quedó en poder de los napolitanos, que incendiaron el grano allí almacenado, no pudiéndolo retirar oportunamente (4).

El teniente Désio se habia quitado la máscara, y decidídose abiertamente por el Virey; y con los poquísimos del pueblo, que aun seguian ciegamente la causa española, hizo prodigios de valor aquel dia, ocupando el barrio de Mortelle.

El fuego de la armada causaba gran daño en el barrio del Lavinaro y en el del Mandaracho. Pero la artillería del torreon del Cármen, donde mandaba Genaro Annese, causaba en las naves considerable avería. Y aunque don Juan hizo desembarcar quinientos hombres, última fuerza que quedaba á bordo, no consiguieron más que aumentar la reputacion de su bizarría, teniéndose, con pérdida notable, que replegar al cabo sobre Castelnovo. Y los bajeles, ya desguarnecidos y muy mal parados, lo hicieron detrás de Castel del Ovo, prosiguiendo desde allí á cubierto sus tiros contra el barrio y las marinas de Chiaja.

Mandaba aquel desastroso dia todas las fuerzas españolas el general de artillería Batteville, noble borgoñon (5), que como dejamos dicho, habia venido acompañando al príncipe en calidad de consejero. Y no acertamos la causa porqué no las mandó en persona el mismo duque de Arcos, como parece que hubiera convenido más á su reputacion; y las confió á este caballero, famoso militar sin duda, pero que no conocia la ciudad, ni el carácter peculiar de aquel género de guerra. La falta de estos conocimientos indispensables aumentó grandemente su embarazo, tanto que hallándose con un número de enemigos superior al que habia calculado, con continuos ataques mucho más ordenados y vigorosos de lo que esperaba, y con tan escasas fuerzas diseminadas en posiciones que no conocia, se arrepintió de haberse fiado de los planes del Duque y de haberse plegado á sus exigencias; por más que como bueno, y apoyado en el esfuerzo y disciplina de sus tropas, no cediese un punto, y corriendo de uno á otro lado con actividad suma tomase las más acertadas disposiciones para no perder los puestos ocupados y para recuperar los perdidos.

Don Francisco Toraldo en su anómala y delicadísima posicion, si de veras anhelaba la paz y el mejor servicio del Rey, como lo demostraba cumplidamente en las conferencias; trabada la lucha se dejaba llevar de su instinto de leal caballero y de valiente soldado, y dirigia las operaciones sin engañar á los que se habian puesto en sus manos; y como militar entendido y experimentado ponia en muy duro aprieto á los españoles.

El continuo tronar de tanta artillería, el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas, la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres que corrian, en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano dónde refugiarse; el són de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantosísimo rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destruccion completa de su hermosísima capital. En unos el terror obligó á decidirse por los españoles, cuyo triunfo se juzgó asegurado; en otros el patriotismo hizo empuñar las armas á sus habitantes, para volar denodados á socorrer á Nápoles, ó á perecer entre sus ruinas. Llegó tambien en pocas horas, si no el rumor, la noticia vaga é inexacta de lo que pasaba en la ciudad, á la de Benevento, donde los nobles de más valía, entre ellos el famoso duque de Maddalone, reunidos bajo la inspiracion del consejero Miraballo, trataban de socorrer al Virey. Y reuniendo repentinamente las fuerzas allegadizas que habian levantado, y repartiéndose los mandos de ellas, salieron á campaña para cortar los víveres á la sublevacion, é impedir los socorros que de las provincias pudiera recibir; y enviaron un mensaje al Virey, pidiéndole nombrase un general entendido, que los dirigiera y gobernara (6).

Declinaba la tarde y continuaba más encarnizada la pelea: en ambas partes se hacian portentos de valentía, sin decidirse por ninguna la victoria. Y ni las sombras de la noche, oscura y borrascosa, pusieron término al combate y á la matanza, habiendo sido aquel funesto dia uno de los más espantosos que ha pasado ciudad alguna, y en que á más alto punto hayan llegado la furia y la tenacidad de encarnizados enemigos.

CAPITULO XII

Continuó al siguiente la pelea con el mismo ardor, con la misma incierta fortuna. El pueblo, reforzado con gente armada de los lugares circunvecinos, que habian abrazado resueltos, por un instinto vago de nacionalidad, el partido de la sublevacion, se habia engrosado considerablemente; y para asegurarse el dominio de una parte de la ciudad, determinó apoderarse del importante puesto de Jesus-María, donde se habian hecho firmes los españoles. Arriesgada y difícil era la empresa; pero como las fuerzas populares estaban muy bien dirigidas por viejos soldados napolitanos que, sirviendo al rey en Flandes, en Lombardía y hasta en América, se habian acostumbrado á la guerra y conocian todas las reglas del arte, ningun riesgo ni dificultad las arredraba. Multiplicaron con denuedo y resolucion los ataques á aquel punto fortificado, embistiéndolo con maestría suma; pero siempre se estrellaron en el valor de los defensores. Buscábase un medio de llevar á cabo el intento, y don Francisco Toraldo propuso la construccion de un mantelete con ruedas que facilitara la operacion. Hízose á toda priesa, pero resultando pesado, embarazoso y de mal efecto, se alborotó el pueblo, diciendo que era traicion del general para entretenerlo y dar respiro á los enemigos. Acaloraron la idea los que miraban de mal ojo á Toraldo, y se dispuso tumultuosamente, ya que no deponerlo, como algunos exigian, darle por teniente, ó con este nombre por verdadero superior, un hombre de más confianza. Y quedó elegido teniente de maestre de campo general, puesto vacante por la abierta defeccion de Désio, Jerónimo Donnarumma, vendedor de hortaliza y pariente de Masanielo (7).

Desistióse por entónces del ataque á Jesus-María, pero fueron embestidos otros puestos tambien de importancia: unos resistieron gallardamente, otros, siendo en vano la más obstinada defensa, tuvieron que rendirse, y los prisioneros fueron bárbaramente despedazados por el pueblo, indignado más que atemorizado con el bombardeo de la ciudad, que no cesaba un momento.

El dia 7, queriendo Donnarumma acreditar su aptitud para el mando, determinó atacar la aduana de la harina, ocupada desde el principio por los españoles, y fortificada con una estacada, un pequeño foso y parapetos de fagina. Mas conociendo la dificultad de sobrepujar estos reparos al descubierto, inventó la siguiente estratagema. Reunió un gran número de búfalos montaraces, y acosados y mordidos por perros de presa, los encaminó de modo que derribando ciegos las estacas, salvando el foso y descomponiendo el parapeto, desordenasen la tropa. Y lo consiguió todo como se habia propuesto, arremetiendo denodadamente detrás de aquellos animales feroces, y apoderándose del punto sin dificultad. Grande fué la matanza de españoles en él, y los pocos que salvaron la vida lo debieron á que, tirándose á la mar, ganaron á nado el castillo (8).

Despechado el Virey con esta desgracia ocurrida delante de sus ojos, mandó salir la escasísima guarnicion de Castelnovo, para recobrar aquel importante puesto y escarmentar á los vencedores; pero muy luégo tuvo que retroceder con pérdida considerable, porque el pueblo, apoderado de las casas vecinas, le atajó el paso con un fuego muy nutrido desde los balcones y azoteas.

Aquel dia recibió la sublevacion considerables refuerzos de la Cava, Nocera, Pagani y San Severino; pero los que venian de otras ciudades más lejanas fueron detenidos por la caballería de los nobles, que corria la campaña.

El cansancio iba haciendo ya no tan activa la pelea. Y don Francisco Toraldo, despechado y con-

(1) De Santis.
(2) De Santis. – Capecelatro, MS.
(3) De Santis.
(4) Capecelatro, MS. – Donzelli.
(5) Capecelatro, MS. – De Santis. – Agnello de la Porta, MS.
(6) Capecelatro, MS. – Parrino.
(7) De Santis.
(8) Capecelatro, MS. – De Santis. – Raph. de Turris.

fuso con el desaire que le habia hecho el pueblo dándole un teniente ó más bien un superior de condicion tan baja y humilde como Donnarumma, no deseaba más que el término de aquella confusion. Y despues de recobrar por medio de sus amigos y parciales alguna parte de su pasada influencia, recordando la lealtad, bizarría é inteligencia con que habia dirigido el primer dia las operaciones, aprovechó aquel momento en que, necesitando ya todos de algun reposo, se combatia con flojedad, proponiendo que se pidiera una tregua de seis dias al Virey, para reponerse algun tanto, y buscar aún si era posible algun medio de honrosa conciliacion. Era tan grande la fatiga general y la necesidad de respiro, que no fué mal acogida la propuesta; y aprovechando la buena disposicion del momento, fué Octavio Marchesse á negociar á Castelnovo.

El duque de Arcos, siempre tan inexorable cuando se creia con ventajas, cuanto débil y complaciente cuando se creia sin ellas, y obcecado, desde que empezaron á combatirlo tan extraños sucesos, á tal punto que jamás juzgó con acierto las circunstancias, equivocando siempre sus resoluciones todas; juzgó, á pesar de la situacion en que veia la ciudad y el reino, de la escasez de sus tropas, y del mal estado de su inconsiderada empresa, que la propuesta de tregua era indicio de debilidad y desfallecimiento. Y dando nuevo pábulo á sus descabelladas esperanzas, creyó que aquel era el tiempo de seguir impertérrito su malhadado plan, con la seguridad del triunfo; y negándose á toda habla de acomodamiento, mandó redoblar el fuego de los castillos y tentar nuevos ataques y embestidas á los puntos reconquistados por el pueblo. Afligido Marchesse con el mal éxito de su comision iba á retirarse, pero fué detenido y preso, por haberse encargado de ella (1).

Abiertas con nuevo furor las hostilidades, arrojó el pueblo del puesto de los Estudios á las tropas tudescas que lo guarnecian; y revolvió sobre el monasterio de San Sebastian para hacer lo mismo con las españolas. Heróica fué la defensa que estas hicieron; pero era tal la multitud resuelta que daba el asalto, y tan repetidos y vigorosos los ataques, que al cabo se apoderaron los napolitanos de la parte baja del edificio, quedando los españoles en el piso principal, y continuando así por muchas horas la pelea. Escena muy repetida modernamente en la inmortal Zaragoza, cuando la sitiaron los franceses en la gloriosa guerra de la Independencia.

Raros sonaban ya los gritos de *viva el Rey de España*. Y como algunos jefes del pueblo, oyéndolos aún en medio del combate, manifestaron que era absurdo gritar *viva el Rey* y pelear con sus tropas, y cañonear sus bajeles, y desafiar sus estandartes; cesaron del todo aquellas aclamaciones, se abatieron las banderas en que habia armas reales de España, y empezó, cundiendo con suma rapidez y aplauso, el grito de *viva el pueblo y San Pedro*.

Mucho agradó el cambio al cardenal Filomarino: se aprovechó de él para ganar partidarios al Papa, recordando su soberanía; y escribió á Roma muy satisfecho, y (nos duele el decirlo) pidiendo el nombramiento de Capitan general del reino (2). No agradó este incidente al Padre Santo, que queria conservar á toda costa el Estado de Nápoles bajo el dominio de España, temiendo que cayese en manos de los franceses. Desaprobó el celo del Prelado y le dió órdenes terminantes, no sólo de trabajar activamente en evitar todo personal compromiso, sino de rechazar cualquiera propuesta de sumision que intentase hacerle el pueblo.

Los nuevos brios que iba adquiriendo la sublevacion, ya tornada en rebelion descarada con este completo alejamiento de los principios de lealtad y de amor al Rey, hasta entónces nunca conculcados; el ver que sin esperanzas de socorro, y con las pocas y fatigadas fuerzas que le obedecian no era fácil salir adelante de tanto apuro; el conocer que ni los castillos, ni las naves podian causar ya más estrago en la ciudad, y el encontrarse apretado con las exigencias de la escuadra que pedia víveres y municiones, escasísimas ya para todos: amilanaron el ánimo del Virey, que abriendo, aunque tarde, los ojos, conoció sus desaciertos, y lo mal que habia hecho en no conceder la tregua que habia el mismo pueblo solicitado. Pero como era su estrella la de no acertar nunca en sus resoluciones, se le ocurrió la peregrina idea de pedirla él á su turno, creyendo que la obtendria con facilidad y que con ella ganaria tiempo para obrar segun las circunstancias se presentasen.

Escribió pues un billete lleno de ofertas y de palabras blandas, como solia, á don Francisco Toraldo, haciéndole la proposicion. Recibiólo este general en el momento en que acertadamente dirigia la construccion de una trinchera en la plaza del Puerto, con que combatir á Castelnovo; y para demostrar al pueblo que lo circundaba su lealtad y buena fe, lo mandó abrir y leer en público. Indignada la muchedumbre con la peticion de tregua tan inoportuna, hecha por el mismo que la habia rechazado el dia anterior, y juzgándola, tambien á su vez, indicio de debilidad, respondió con el grito unánime de guerra, y arboló en el torreon del Cármen una bandera encarnada, por la que conoció el pobre duque de Arcos el mal éxito de su inconsiderada tentativa (3).

Grande empeño tenia el pueblo en desalojar á las tropas que se habian fortificado en la iglesia de Santa Clara, punto céntrico de la ciudad; y construyó con acierto una trinchera en la calle de Torcella, y unos carros fuertes con artillería, cubiertos de gruesos tablones, para aproximarse sin riesgo de las nutridas descargas de la certera arcabucería española; y despues de un tenaz ataque y de una obstinadísima resistencia, los soldados españoles, faltos enteramente de municiones, tuvieron que rendirse, y fueron inhumanamente hechos pedazos por la muchedumbre enfurecida.

Esta pérdida lamentable fué seguida de otra tambien de consideracion. Escaseando los víveres en todos los castillos, mandó el Virey que fuese una galera á la torre del Greco, para recoger grano y harinas de aquellos molinos; en la que, y al llegar á las playas de Resina, se rebeló la chusma, embistió en tierra y rompió sus hierros. El comandante y algunos hombres de mar, no pudiendo poner remedio, se salvaron con gran peligro, arrojándose en el esquife y huyendo en él á fuerza de remos á Castelnovo; miéntras el paisanaje, acudiendo á la playa, y entrando en el mar con el agua á la cintura, recibió en los brazos con el mayor entusiasmo á los galeotes y quemó el casco, no siendo posible desencallarlo; pero retirando ántes la artillería, que fué con gran algazara conducida en triunfo al torreon del Cármen (4).

CAPITULO XIII

Desesperado el Virey con tanto descalabro, se echó en brazos de la nobleza, buscando en ella socorro y sosten. Envió emisarios á Capua, donde estaba Miraballo, y con él el duque de Maddalone, el príncipe de Torrella, el duque de Gravina y otros señores, reuniendo nuevas fuerzas de sus vasallos y de los bandidos; y les mandó no abandonar la campaña, procurar víveres á los castillos, y continuar cortando los de los rebeldes, é impidiendo que les llegasen socorros y refuerzos de las provincias.

Entre tanto el fuego de los castillos empezaba á ser más lento, por la escasez de municiones, y por el poquísimo efecto que causaba ya en los sublevados; pero los combates parciales eran continuos, y mucha la sangre que de una parte y otra se derramaba. Violentó el pueblo la carcel de la Vicaría, hasta entónces respetada. Quemó el archivo del real patrimonio, y dió libertad á los presos por tratos con la Francia. Hallábase entre ellos un hombre audacísimo, llamado Luis del Ferro, al cual, con otros partidarios de los franceses, se le ocurrió levantar en la plaza del Mercado un trono, y colocar en él el retrato del Rey Cristianísimo. No habian llegado las cosas al punto de madurez necesario para esta demostracion harto significativa, y produjo un efecto contrario al que se habian propuesto sus inventores; pues si una osada cuadrilla, prevenida de antemano, corrió á victorear al monarca francés, otra no pequeña corrió á derribar el trono y el retrato, como se verificó, no sin derramamiento de sangre de unos y de otros, quedando tranquila espectadora de aquella parcial contienda la masa popular (5). Este acontecimiento le pareció al Virey que demostraba no haber perdido aun el pueblo napolitano su adhesion á la corona de España, y que ofrecia por lo tanto ocasion oportuna para tentar de nuevo la via de la negociacion; y pidió inmediatamente al señor don Juan que escribiera al pueblo dándole las gracias por aquella muestra de lealtad; lo que el príncipe no verificó entónces, y él lo hizo á Toraldo con proposiciones nuevas de acomodamiento. La respuesta que tuvo fué ver enarbolar un estandarte negro en el torreon del Cármen, y renovarse con gran furia el ataque simultáneo de todos los puntos ocupados por las tropas, llevando el pueblo á su frente por bandera la camisa ensangrentada de un español de cuenta que acababan de asesinar.

Afligido el ánimo generoso del jóven don Juan de Austria, y disgustado de las escenas de sangre y de destruccion que presenciaba; desabridísimo con el duque de Arcos, que con sus falsas relaciones y apasionados consejos le habia comprometido á usar de sus fuerzas físicas y morales para verlas desairadas; viendo consumidas casi sus municiones, escasísimos de víveres sus marineros, rendidas de cansancio las chusmas, muy averiados sus bajeles; resolvió retirarse á la bahía de Baya, detrás del monte Posilipo. Verificólo sin más consulta, con gran despecho del Virey, á quien dejó sólo las galeras de Giannetin Doria, fondeadas al abrigo de Castelnovo, y dos naves armadas, que en las playas de Resina trataban de vengar el incendio de la galera sublevada.

La ausencia de la escuadra hizo el debido efecto en el pueblo, por más que el Virey trató de divulgar que no era más que una manifestacion del deseo de que cesasen las hostilidades, pero que volveria muy pronto más terrible y asoladora, si las cosas no se mejoraban. Los sublevados cobraron nuevo brio, y se arrojaron, no teniendo ya que temer en la marina, á embestir la trinchera de Monserrate, que defendia la aproximacion á Castelnovo. Guarnecíanla como punto importantísimo, ochenta ilustres caballeros escogidos, cuarenta españoles y cuarenta napolitanos. Don Francisco Toraldo, que ya se habia podido sobreponer á Donnarumma, dirigió en persona el ataque con pericia y con valor; pero los que defendian la trinchera lo hicieron con tanta bizarría y resolucion, que rechazaron constantemente á las tropas populares, causándoles una pérdida horrorosa. Este descalabro fué juzgado por los sublevados traicion de su caudillo. Lo atropellaron y llevaron casi como preso abrumado de insultos y de amenazas á la plaza del Mercado, donde hubiera perdido violentamente la vida á manos de aquellos furiosos, sin los esfuerzos de sus amigos y parciales, que consiguieron apaciguar un tanto el embravecido populacho. El angustiado Toraldo, cuya posicion era harto lastimosa, quiso hacer allí mismo dimision del generalato; pero los mismos que pocos minutos ántes lo iban á despedazar, se opusieron con la misma violencia á su renuncia del mando. Con lo que rogó al pueblo que á lo ménos le dieran algunas personas que mereciesen la confianza general, para servirle no sólo de consejeros, sino de testigos y hasta de espías de su conducta leal. Fué complacido en esto, y nombráronse por tumultuosa eleccion cuatro plebeyos de los más exagerados para servirle de consultores (6).

Aquel dia se cometieron algunos asesinatos so pretexto de castigar traidores, que andaban en tratos para vender la ciudad á los españoles; y tambien fué asaltado el convento de Jesuitas, profanando la iglesia, y muertos á puñaladas varios religiosos. Y hubieran sido mayores el escándalo y la matanza, si el Arzobispo cardenal no hubiese acudido á contener, con riesgo de su persona, á los furiosos que perpetraban tan horrendos crímenes.

Continuaban en tanto los ataques á las obras avanzadas de los castillos, y á los demás puestos que con tanta fatiga y gloria mantenian los españoles, sin esperanza de socorro, escasos ya de municiones, faltos absolutamente de víveres, y abrumados de cansancio. Volvió á jugar su artillería Castelnovo, sin más efecto que el de derribar algunas casas, que quedaban en pié, de la calle del Olmo. Y viendo el Virey que el pueblo no amansaba, y que la fuerza española con una constancia heróica se consumia en hazañas sin resultado; quiso terminar tan angustiosa situacion, y se dirigió al ofendido cardenal Filomarino rogándole humildemente, que se pusiera de nuevo de acuerdo con él, y desplegara otra vez su poderosa influencia y los recursos de su ministerio, para calmar el furor de los napolitanos, y persuadirles á aceptar una honrosa capitulacion. Rechazó con entereza el Prelado este mensaje, diciendo: «Que no se maravillaba de que quien habia perdido el reino con su mala fe, tuviera en tan poco el decoro de la Iglesia, que quisiera comprometerla de nuevo, despues de haberla obligado á aparecer á los ojos del pueblo como engañadora y perjura (7).» Indignó tanto esta respuesta al Virey, que ciego de cólera mandó inmediatamente asestar la artillería contra el palacio arzobispal y destruirlo. Y sólo el prudente Spínola, que se hallaba presente, y que sobornó con disimulo á los artilleros para que hicieran mal la puntería, salvó al Duque de un crímen inútil y de una venganza insensata (8).

Llegaron comisionados de los barones que, teniendo por cuartel general á Capua, corrian las avenidas de la ciudad, para ponerse de acuerdo con el príncipe don Juan y tomar sus órdenes; pero este, que confiaba poco en su socorro, y que sólo deseaba ardientemente no continuar aquella guerra desastrosa é interminable, procurando una paz honrosa para la tranquilidad de aquel infeliz reino, los envió á entenderse con el Virey. Pidieron á este nuevas instrucciones, y sobre todo que les diera un caudillo que los dirigiera y mandara; y el Duque eligió para ello á don Cárlos de la Gatta. Mas como se resistiese este entendido militar á aceptar el cargo, lo confió al general Tuttavilla; el cual autorizado con el correspondiente nombramiento, marchó inmediatamente con dos galeras á Baya, para ir desde allí, con setenta españoles, cincuenta alemanes y sesenta caballos borgoñones, á Aversa y Capua; probando de pasada, con la gente de guerra de Puzzoli, que se mantenia leal, si podia apoderarse de la gruta de Posilipo, ocupada por los sublevados, y abrir un camino de abastecer las tropas y las fortalezas. No logró esta empresa, porque en-

(1) Raph. de Turris. – Agnello de la Porta, MS.
(2) De Santis. – Comte de Modéne. – Donzelli, MS.
(3) De Santis. – Raph. de Turris.
(4) De Santis. – Capecelatro, MS.
(5) De Santis. – Donzelli, MS.
(6) De Santis. – Raph. de Turris.
(7) De Santis. – Raph. de Turris.
(8) De Santis.

contró más oposicion de la que habia calculado, y marchó sin tardanza en busca de los barones, acompañándolo algunos caballeros.

En tanto el señor don Juan, deseoso de entablar por sí mismo y directamente negociaciones de acomodamiento, se valió del cura párroco Arinolfo, para escribir á Toraldo, tomando por pretexto el desaire que los napolitanos habian hecho al retrato del rey de Francia, una carta muy afectuosa, y dando márgen con sencillas ofertas á una aceptable capitulacion. El capitan general de los sublevados la leyó á los cabos populares; y con su acuerdo contestó respetuosamente, pero sin comprometerse á nada, manifestando harto que la desconfianza con que todos le miraban le ataba las manos para todo. Pero de esta correspondencia resultaron nuevas reuniones populares propendiendo á un ajuste, y el que se cruzaran, con un seguro que dió el príncipe, varios mensajeros de la plaza del Mercado á Baya, haciendo diversas propuestas. Redujéronse todas, por parte de los napolitanos, á que S. A. tomara el mando del reino, confirmando las capitulaciones juradas por el duque de Arcos, y entregando al pueblo el castillo de Santelmo, exigencia que imposibilitaba todo acomodo; pues si á todas las demás, por exageradas que fuesen, se prestaba el príncipe anhelando la conciliacion, de ningun modo podia acceder á que el pueblo se apoderara de tan importantísima fortaleza. Rota pues la negociacion, por esta causa, creció la rabia de los sublevados. Revocaron con público bando la concesion del tributo de quince carlines por hogar, decretada, como dijimos, el dia que se juró la capitulacion adicional. Declararon en forma solemne guerra á muerte á España y á sus valedores. Mandaron tomar las armas á todos los habitantes del reino. Tornaron con nuevo furor á atacar los puntos fortificados. Y advertidos de que los nobles andaban ya en campaña, publicaron de ellos una lista de proscripcion, poniendo á talla sus cabezas, y circularon por las provincias órdenes terminantes para que los persiguiesen y exterminasen, imponiendo la pena de incendio á los lugares y aldeas que los admitiesen sin resistencia.

Al mismo tiempo, desconfiado siempre el pueblo del general Toraldo, por más que en las operaciones militares lo dirigia con acierto, y disgustado ya de Donnarumma, ignorantísimo en la guerra, y cuyos recursos de entendido capitan se agotaron con la estratagema de los búfalos; quiso poner en su lugar un soldado experto en el arte, y capaz de dirigir las operaciones complicadas de ataque y de defensa en regla, á que estaba ya reducida la pelea en las calles de la capital. Puso los ojos la muchedumbre en Marco Antonio Brancaccio, que aunque pasaba de setenta y cinco años, conservaba todo el vigor de la edad juvenil, y una justa reputacion de militar científico y arrojado, adquirida bajo las banderas venecianas, siendo además conocido por su odio acérrimo á los españoles. Reuniéronse pues los sediles, y por unanimidad fué elegido maestre de campo general.

Recibió don Francisco Toraldo este nuevo desaire con despecho; pues si le mortificó la anterior eleccion de Donnarumma, por lo zafio y humilde del compañero, ó por mejor decir, simulado superior que le daba el desconfiado pueblo; ahora lo humillaba la eleccion de un caballero igual suyo, y más entendido en el mando de la milicia y en las operaciones científicas de la guerra.

Brancaccio se resistió á aceptar el nuevo cargo, diciendo abiertamente que no queria ponerse á la cabeza de una sublevacion que, segun el rumbo que llevaba, habia de concluir tarde ó temprano en un acomodamiento con los españoles, que ejercerian á mansalva crueles venganzas. Pero como le aseguraasen en unánime voz los que le eligieron, que jamás, jamás llegaria tal avenencia, y que ya se combatia para sacudir el yugo extranjero, admitió el mando y empezó á ejercerlo con suma energía (1).

Como hubiesen vuelto á resonar, aunque rara vez, los gritos de *viva el Rey de España*, ya por la fuerza de la costumbre, ya por sugestion de los partidarios de la casa de Austria, reforzó Brancaccio las razones que militaban contra tan absurda aclamacion, contradicha con los hechos, y la prohibió con severas penas. Mandó abatir en todos los edificios públicos las armas reales, y ponderó en continuas peroratas la ventaja de establecerse en república libre é independiente. Muy bien acogidas fueron sus indicaciones; y aunque sin preceder acuerdo formal ni declaracion en regla de tan importante mudanza, empezó á mirarse la ciudad como cabeza de la república napolitana. Y se acordó en la junta popular la redaccion de un documento muy curioso, titulado: *Manifiesto del pueblo*, que se esparció por toda Europa, y que se envió oficialmente á diferentes gobiernos.

Mucho alarmó á Toraldo el supremo ascendiente que tomaba el maestre general Brancaccio, y el giro que, sin contar para nada con él, que al cabo era de derecho la suprema autoridad, iba dando á la sublevacion. Pero, conociendo su propia debilidad, trató de contemporizar y de procurar, valido de sus amigos y parciales, que aun eran muchos, balancear y entorpecer los osados proyectos de su rival, y cada dia era más embarazosa su posicion. Don Juan de Austria lo miraba como enemigo; el Virey como hombre despreciable y [illegible]; los nobles como desertor; los amantes de la paz como inútil para obtenerla; el pueblo como traidor solapado, y encubierto instrumento de sus opresores: y hasta sus mismos partidarios como demasiado blando y contemporizador: triste y merecida suerte de los que en las discordias civiles quieren servir á todos los partidos á un tiempo y contemporizar con encontrados intereses por la vana esperanza de concertarlos.

CAPITULO XIV

Antes de llegar el general Tuttavilla á la ciudad de Aversa, salieron, sabedores de su venida, á recibirle los principales nobles, que con sus fuerzas colecticias y de toda broza lo esperaban para regularizar la guerra. Y despues de conferenciar largamente con ellos, y de inculcarles la necesidad de disciplinar su gente, de procurar socorros á los españoles apretadísimos en los castillos y puestos, designó á cada cual el que debia ocupar y sostener; y reuniendo lo más granado de aquellas fuerzas, revolvió sobre Nápoles para apoderarse del Vómero, como tenia determinado.

Cada dia escaseaban más los víveres á las tropas reales. Y habiéndose apoderado el pueblo de los molinos de la torre de la Anunciata, que estaban defendidos por sólo cincuenta soldados tudescos, temió el Virey que corrieran la misma suerte los de Castellamare y Gragnano; y expidió título de gobernador de aquella costa á don Pedro Caraffa, dándole el mando de cien infantes españoles y de sesenta caballos napolitanos, fuerzas, aunque escasas, suficientes para rechazar toda invasion, pues eran tropas escogidas, y militaban en ellas el marqués de Trévico, Bautista Alberico, Alejandro Caracciolo, el conde de Oppido y otros soldados de reputacion.

Tambien envió á Puzzoli una galera para llevar á Tuttavilla algunos cañones que habia pedido y dos mil ducados en metálico para compra de vituallas. Hallóse oportunamente el general con este auxilio cuando volvió de su entrevista con los barones. Y como en su marcha hubiese sorprendido una piara de vacas de carne, pertenecientes á un carnicero de Nápoles de los más revoltosos, y un almacen de pipas de vino, excavado en medio de un espeso bosque, envió uno y otro á Castelnovo, y además gran cantidad de harina, que le habia procurado el duque de Maddalone. Socorro de gran consideracion en aquellas circunstancias, que dió gran fama al general Tuttavilla, y que restauró el abatido ánimo del Virey y las casi postradas fuerzas de los valerosos españoles que en mal hora le obedecian.

El nuevo maestre de campo Brancaccio quiso estrenarse dando una arremetida general á todos los barrios sostenidos por los españoles; pero fué en todos completamente rechazado, lo que le hizo perder un poco su popularidad y que renaciera la de Toraldo. Este triunfo animó mucho al Virey, coincidiendo con el arribo á Baya del duque de Tursi, de quien ya hemos hecho mencion, que trajo algunas galeras que habian estado detenidas en Génova, temerosas de dar en manos de los cruceros franceses. Pero esta llegada no proporcionó socorro alguno, tanto porque no venian tropas de desembarco en dichas galeras, cuanto porque el personaje genovés se reunió inmediatamente con el príncipe, desaprobando cuanto se hacia en Nápoles, y lamentándose de no haber llegado á tiempo de impedir, con la autoridad de sus consejos, desaciertos tan trascendentales.

Quiso probar nuevamente fortuna Brancaccio atacando el puesto de San Cárlos de Mortelle, y consiguió un nuevo descalabro. Los vecinos acomodados del barrio ayudaron á las tropas reales, y estas pelearon con tanta decision, que las masas populares fueron rechazadas con espantosa pérdida (2). Igual suerte corrieron seiscientos napolitanos escogidos, que llevando á su cabeza el carnicero aquel que cortó la del desventurado don José Caraffa, atacaron con ímpetu el puesto de Puerta Medina. Quince españoles solos que la defendian, sin armas de fuego, ni otras que espada y pica, opusieron á la masa popular tan denodada resistencia, causándole tan horrendo estrago, que la rechazaron y desbarataron completamente: conservando aquel puesto importante (como dice de Santis, historiador contemporáneo y no muy favorable), con inmortal gloria de ellos y de la nacion española.

Los descalabros sufridos en la ciudad no desconcertaban al pueblo, ni amansaban la tenacidad de la sublevacion. Nuevos pasos dados por el señor don Juan, con consejo del prudente duque de Tursi, para procurar un acomodo, fueron completamente inútiles. Y los jefes populares, sabiendo que la nobleza dirigida por Tuttavilla empezaba á lo largo el bloqueo de la ciudad, trataron de encender la guerra en la provincia de Puglia; tanto para distraer á los barones, cuanto para procurarse [illegible] en aquel [illegible]. Mandaron pues una expedicion para apoderarse de la ciudad de Ariano, [illegible] ra, y guarnecida de tropas reales. Los habitantes, por sacudir el yugo del duque de Bovino, su señor, querian abrir las puertas á los populares, teniendo ya apretada la guarnicion; pero acudieron los barones, y en [illegible] á los napolitanos. Quisieron éstos refugiarse en Bovino, pero encontraron resistencia, sin duda porque ya iban vencidos, y tuvieron que volver completamente rotos, en el mayor desórden y con notable pérdida, á la capital.

Ufano y orgulloso empezó á mostrarse el Virey con estas ventajas, y se imaginó que la fortuna comenzaba á mirarle con ménos desden. Repartió los víveres que le enviara Tuttavilla, entre los castillos y los puestos militares; y aunque escaseaban las municiones, dispuso un nuevo bombardeo, pensando dar así el último golpe á la sublevacion, en su concepto ya abatida y postrada. Pero nuevos acontecimientos vinieron pronto á deshacer sus lisonjeras ilusiones.

Conociendo los jefes populares que nada adelantaba su causa con aquella lucha interminable, y que de poco servian los ataques parciales á puestos de escaso interés, y las expediciones de dudoso éxito á las provincias, y que lo que interesaba era dar un golpe positivo, que asegurara ante todo el completo dominio de la ciudad; determinaron atacar de firme, y con fuerzas que aseguresen la operacion, el convento de Santa Clara, recuperado otra vez y muy bien fortificado y guarnecido por españoles. Era punto importantísimo para el nuevo plan, pues su posicion central daba al que lo poseyese el dominio seguro de los barrios principales, y la llave de las comunicaciones entre los altos y los bajos de la poblacion. Decidido pues por los populares el ocuparlo á toda costa, se encargó Brancaccio de los preparativos y del mando de las fuerzas que debian embestirlo; y don Francisco Toraldo de las obras de ataque, y de la excavacion de una mina con que debia volar un ángulo del edificio.

El dia 21 de octubre, designado de antemano para la empresa, pusiéronse al amanecer á púnto las tropas populares, en tanto número, que casi eran embarazosas, y que sólo la pericia de Brancaccio pudiera manejar sin confusion. Como perdido para los españoles podia ya contarse aquel importantísimo puesto, al ver las fuerzas que lo embestian, y el buen órden del ataque; pero al reventar la mina, precursora del asalto, vino la explosion por un lado, sin causar el menor daño al convento, y arruinando unas casas de enfrente, que sepultaron entre sus ruinas todas las fuerzas populares que las tenian ya ocupadas. Al trueno de la mina siguió otro más espantoso: el grito unánime de *traicion*, clavando la muchedumbre sus ojos de fuego en Toraldo. Conoció éste el paso en que estaba, y revolvió el caballo para salir de él; mas suspendió la accion, conociendo que con ella no podia lograr más que aumentar la sospecha. Estrechóle por todos lados la furibunda turba, abrumándolo de insultos y de maldiciones. Y huyendo de una salida oportuna que hicieron los soldados de Santa Clara, arrastró consigo al desventurado general hácia la plaza del Mercado. Quiso en vano la designada víctima arengar á la muchedumbre, en vano sus amigos quisieron darle favor, en vano sus parciales trataron de distraer al pueblo. Antes de llegar á la plaza, donde tal vez hubiera encontrado defensores, en un sitio llamado la Pietra del Pesce, despues de acribillado á puñaladas y de confundido á golpes, le cortaron la cabeza, resonando en sus labios estas palabras: *Muero por Dios, por el Rey y por el pueblo. Pues juro que mis acciones todas se han encaminado sólo á conciliar los ánimos, para dar paz á mi afligida patria* (3)... ¡Desgraciado caballero! No sabia que en las disensiones civiles de nada aprovechan los medios de conciliacion ni los buenos deseos; y que para reunir los ánimos discordes y embravecidos, y dar paz y concordia á un país revuelto, es necesario una energía de bronce, un prestigio de ángel, una fuerza de coloso para sobreponerse á todos los partidos; pues no halagando á los unos y á los otros, no prestándose ora á unas, ora á otras exigencias, sino dominándolos todos é imponiendo silencio á todas, se consigue la union y se restablecen el órden y la armonía.

CAPITULO XV

Muerto tan desastradamente el Capitan general que se eligió el pueblo con tanto empeño pocos meses ántes, parecia regular que recayese el mando

---

(1) De Santis. – Capecelatro, MS. – Comte de Modéne.

(2) Capecelatro, MS.

(3) De Santis. – Capecelatro, MS. – Raph. de Turris. – Comte de Modéne.

supremo en el animoso é incorruptible Brancaccio, que no poco lo deseaba. Pero hombre más de guerra que de astucia y de sagacidad, y poco favorecido por la fortuna en las empresas que habia tentado desde que tomó como maestre de campo el mando de la sublevacion, se vió con despecho grande pospuesto al villano de ménos valer. El pueblo en una tumultuosa junta, con el acierto que suele, elevó á Genaro Annese, desde el insignificante gobierno del torreon del Cármen, al alto empleo de que acababa de caer don Francisco Toraldo, príncipe de Massa, uno de los primeros señores del reino. Y obteniendo el mismo dia 22 de octubre, por sorpresa, una votacion unánime de todas las utinas confirmando la eleccion, tomó inmediatamente el zafio é ignorante maestro arcabucero el título de Generalísimo, y la posesion del encumbrado puesto en que, no su capacidad que era limitada, ni su valor que era ninguno, ni su astucia que era corta, sino un capricho de la ciega fortuna le colocaba; con una especie de proclama firmada por él, y refrendada por Vicente Andrea.

Era este improvisado secretario abogado, por supuesto, versado en las argucias del foro, y con gran clientela en el populacho. Y empezó desde aquel dia con pedantesca verbosidad y arrogancia á reproducir la idea de establecerse en república: recordando que ya Nápoles lo habia sido, y pintando con gran copia de sofismas y de ejemplos históricos mutilados, las ventajas del tal sistema, y la ventura de los tiempos en que se ensayó en el país. Sus peroratas acabaron de romper los ya escasos y harto relajados vínculos que aun ligaban aquel rico Estado á la corona de España. Y conviene saber, aunque no sea de este lugar, que luégo fué el mismo Vicente Andrea uno de los que más eficazmente contribuyeron al restablecimiento absoluto del dominio español, de lo que fué largamente remunerado (1).

Desabrido Brancaccio con el nuevo generalísimo, y muy mortificado con que el secretario leguleyo, con la audacia que da este carácter, se entrometiese tambien en los consejos de guerra, manifestó resuelto que renunciaria á toda intervencion en la direccion de ella, si no la dejaban completamente en sus manos. Con lo que Genaro Annese, conociéndose con escaso saber en la materia, y temeroso de disgustar á los muchos veteranos, que formaban el verdadero nervio de las tropas populares, y que eran partidarios del viejo maestre de campo, declaró que sólo á este pertenecia el mando de las armas y la direccion de las operaciones militares. Pero unos y otros quedaron desazonados, empezando desde luégo á no ser tan grande ni tan compacto el poder del nuevo generalísimo, ni tan íntima y estrecha la union de los distintos elementos de aquella trabajada sociedad.

El general Tuttavilla entre tanto maniobraba para cerrar el bloqueo de la ciudad, ocupando y defendiendo los casales circunvecinos; y salió á impedir la operacion, con considerable golpe de populares, Jaime Russo, hombre resuelto, y no ignorante en la guerra. Empezó atacando unas casas fortificadas, defendidas por el capitan don Ignacio de Retes con cincuenta españoles; los que se portaron con tanto esfuerzo, que deteniendo muchas horas al enemigo, dieron tiempo á Tuttavilla para reunir sus fuerzas y caer sobre los napolitanos; mas estos aprovechando las ventajas del terreno se dieron tan buena maña, que empeñaron un reñido combate. Derribó una bala al marqués de Longarino que estaba al lado del general Tuttavilla, con una sobreveste del mismo color, y con un penacho igual en la cimera; y creyendo que el general era el muerto, perdieron ánimo las tropas reales, y huyó á toda brida la caballería la vuelta de Aversa, publicando la pérdida del valeroso caudillo. Aprovechó grandemente Jaime Russo el momento de aquel desórden, cargando con intrepidez. Y aunque los soldados españoles, repuestos algun tanto y alentados por el bizarrísimo marqués de San Giuliano, mejoraron de terreno é hicieron prodigios, llevaron lo peor de la jornada, y retiráronse á favor de la noche, dejando á los enemigos artillería, bagajes, y crecido número de prisioneros, que fueron pasados á cuchillo. El victorioso jefe popular volvió ufano á Nápoles, mostrando satisfecho al pueblo los despojos de la victoria, y las cabezas de los rendidos, entre las que todos querian reconocer la del general Tuttavilla, la del duque de Maddalone, y las de otros personajes temibles ú odiosos.

En tanto en Aversa fué grandísimo el abatimiento con la noticia del descalabro, aunque grave, muy abultado por los fugitivos; pero la llegada de Tuttavilla sano y salvo, y la relacion verdadera de lo acaecido, calmaron los ánimos y restablecieron el órden.

Brancaccio en Nápoles intentó varias acometidas, que no tuvieron feliz éxito. Una de ellas fué otra mina en la calle de Saponari contra el convento de la Nuova, que no tuvo mejor resultado que la dirigida por el infeliz Toraldo.

(1) De Santis.

Genaro Annese publicó un bando contra los barones armados, con pena de la vida para el que no acudiese en un corto plazo á servir al pueblo. Y el duque de Arcos, por no quedarse atrás, publicó otro en sentido contrario. Y es menester decir en honor suyo, que despues de la muerte de Toraldo salió varias veces, ya á caballo ya á pié, á reconocer, como debia haberlo hecho desde el principio, los puestos; á dar por sí mismo las disposiciones, y á animar con su presencia á los soldados, que se estaban sacrificando inútilmente por llevar á cabo sus mal meditados planes.

Creia Tuttavilla, con razon, que su autoridad no era tan respetada como á las operaciones de tan difícil guerra convenia, por los barones y caballeros, que con sus vasallos armados y mantenidos á su costa, ó con bandidos de su devocion, formaban aquel ejército colecticio, y por consiguiente indisciplinado; y temia que cada uno de aquellos personajes desease hacer el *condottiere*, y guerrear por su cuenta; creencia y temor que le quitaban la energía que da la confianza. Quejóse varias veces de su embarazosa posicion. Y sabido por los barones, determinaron por el bien comun, y poniendo aparte sus aisladas pretensiones, asegurar á Tuttavilla con escritura pública, documento muy curioso, su ciega obediencia, y que tenia las facultades necesarias para gobernarlos. Provisto de esta nueva é inusitada autorizacion, que pinta al vivo el desórden de aquellos tiempos, pasó muestra el sesudo general á las fuerzas con que acudian los barones. Conoció lo escaso de ellas y su mala calidad, y avisó al Virey para acabarlo de desengañar de lo errado de sus cálculos y de sus esperanzas. Trató de fortificar á Aversa lo mejor que pudo, y organizó como le fué posible aquellas tropas, saliendo de nuevo á campaña para seguir cortando los socorros á la sublevada capital.

En ella empezaba ya á conocerse la imposibilidad de apoderarse de los puestos fortificados, que de hecho la dominaban. Y como hijas del desfallecimiento por tantas tentativas malogradas, y por la prolongacion de una situacion tan penosa, á que no se le veia fin, empezaron á circular voces en las reuniones populares, que manifestaban deseo de un acomodo con los españoles, con tal que fuese mediador el Pontífice, y se asegurasen las capitulaciones. Llegó esta especie á oidos del conde de Oñate, nuestro embajador en Roma, y sin perder tiempo rogó al Padre Santo que ejerciese la mediacion. Este, siempre temeroso de que los franceses se apoderasen del reino de Nápoles, se prestó gustoso á los deseos del conde, y envió órdenes é instrucciones al nuncio Altieri para abrir las conferencias con el Virey y con el Generalísimo del pueblo. El duque de Arcos, cada dia más obcecado y tenaz, desechó bruscamente toda propuesta, excusándose con que teniendo de su parte y empeñados en aquella guerra á los barones del reino, no podia sin su consentimiento entrar en tratos con los rebeldes. Genaro Annese contestó resueltamente, que no era posible avenencia, porque el pueblo estaba harto de las falsas promesas de los españoles, y resuelto á establecerse en república independiente (2). Y esta fué la vez primera que sonó oficialmente esta resolucion, que cambiaba completamente la fisonomía de los acontecimientos, y daba mayor gravedad á las circunstancias.

El 25 de octubre, Juan Luis del Ferro, el mismo que expuso con tan mal resultado el retrato del Monarca Cristianísimo, y que se daba en las reuniones populares el no muy bien justificado título de su embajador, presentó á Genaro Annese, cabeza de la república napolitana, una carta del marqués de Fontenay, en la que ofrecia al pueblo en nombre del rey de Francia una armada de cincuenta naves gruesas y veinticinco galeras, y un millon de ducados, que debian ser entregados por el negociante Tadeo Barbarino. Leida en público en la iglesia del Cármen esta comunicacion, causó general entusiasmo. Y la gente, ganada ya á favor de los franceses, pidió con desaforados gritos que se echasen por tierra todos los retratos de Felipe IV, de Cárlos V y de los demas soberanos españoles, y que se colocase de nuevo en la plaza y bajo dosel el del Rey Cristianísimo. Iban las ciegas turbas á ejecutar uno y otro, cuando las personas más sesudas impidieron lo segundo, manifestando: que pues no se peleaba ya sino por la nacionalidad y por la independencia, no convenia sustituir señor á señor, y dominacion extranjera por dominacion extranjera, y que por lo tanto no se debia hablar más ni de España ni de Francia, sino solamente de Nápoles. Prevaleció tan acertado dictámen, y se alzó un dosel con la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, y con la de San Genaro (3); contestando con otras demostraciones de júbilo y de gratitud á las ofertas de Francia, evitándose con cuidado el dar á su generosidad el título de proteccion. En todo lo cual se descubre que no faltaban hombres de cabeza y

(2) De Santis.
(3) De Santis. – Raph. de Turris. – Agnello de la Porta, MS.

de corazon entre aquellas desordenadas y rabiosas turbas.

CAPITULO XVI

Miéntras esto pasaba en Nápoles, puesto otra vez en campaña Tuttavilla apretó el bloqueo de la ciudad, reforzando y manteniendo los puestos militares de Puzzoli, Aversa y Acerra, y ocupando las aldeas intermedias, con lo que empezó á ser insoportable la escasez de víveres en la poblacion. Genaro Annese, para remediarla, recurrió á Salerno y á las ricas costas de Amalfi. Pero la comunicacion directa con aquel país estaba interceptada por doscientos caballos, al mando de don Cárlos Caraffa, que era dueño de Castellamare, é impedia constantemente el paso del puente de Scafati. Trataron los rebeldes de apoderarse de él á viva fuerza ó por sorpresa; mas llegando á tiempo el general Tuttavilla, los rechazó y deshizo, volviendo rotos y escarmentados á la ciudad. Ni esta ventaja, ni otras que diariamente conseguia aquel experimentado y activísimo caudillo, le inspiraban confianza en el éxito de la empeñada pugna, considerando cuán malas y escasas eran las fuerzas con que se pretendia terminarla; y escribió de nuevo al Virey una desconsolada carta, hablándole claro, y manifestándole que con sólo las tropas allegadizas de los barones, y con los recursos de un país tan exhausto, era imposible llevar adelante aquella guerra (4).

Al mismo tiempo habiendo llegado al conocimiento de los señores las propuestas del Papa, y la repulsa del duque de Arcos, dando á entender que eran ellos los que dificultaban una avenencia, se indignaron con razon, y sin querer contar más con el Virey, escribieron en derechura al señor don Juan de Austria una reverente exposicion, manifestándole que no serian ellos jamás estorbo de una fraternal reconciliacion; pues tenian las armas en la mano para mostrar su lealtad, y sostener la soberanía del Rey de España, pero no para oprimir al pueblo, ni para asolar el país; y que léjos de oponerse á un avenimiento, suplicaban á su Alteza que concediese al pueblo los indultos, franquicias y ventajas que pudiese apetecer, siempre que dejase las armas, y de buena fe se sometiese á lo más justo y razonable, y á lo más conveniente al servicio del Rey y á la felicidad de los napolitanos (5).

Las pocas esperanzas de Tuttavilla y las buenas disposiciones de la nobleza movieron á don Juan de Austria á tentar nuevo ajuste. Pero, dados con la conveniente cautela y la debida dignidad los primeros pasos, se vió claramente que era ya tarde; que habian cambiado completamente las circunstancias; que la sublevacion era ya rebelion declarada, y que el pueblo napolitano no peleaba ya por adquirir tales ó cuales franquicias, estos ó los otros privilegios, sino por su independencia y nacionalidad, y por sacudir el yugo extranjero. ¡Generosa y noble resolucion en verdad! Pero empresa descabellada en aquella época, y dificilísima, si no imposible, de llevar á cabo; tanto por la desunion mortífera en ideas y en intereses que devoraba el país, cuanto por los medios con que se queria hacerla triunfar, y por los hombres de bajos y ruines pensamientos, y de capacidad limitada, que la dirigian.

En las galeras llegadas con el duque de Tursi, vino nombrado por el Rey, maestre de campo general don Dionisio de Guzman, por lo que Mr. Batteville renunció este cargo que ejercia con nombramiento del Virey. Pero temiendo éste, con razon, el cambio de la direccion de la guerra, y el que cesase en él el valeroso borgoñon, ya acostumbrado á ella y enterado ya del terreno, para caer en manos de un militar, aunque de alta y merecida reputacion, que jamás habia estado en Nápoles, ni era conocido de los soldados, y que á una edad avanzadísima juntaba los continuos padecimientos de una gota tenaz; negoció con destreza y dispuso las cosas de tal modo, que Batteville conservó el mando activo de las armas, y Guzman, sin resentimiento, quedó con el cargo supremo de consejero en casos de guerra.

Arreglado este negocio, para dar calor á las operaciones de Tuttavilla le envió el Virey á Nola, al marqués del Vasto, con ciento noventa caballos, y órden terminante de estrechar el bloqueo, y de atender á la sumision de las provincias limítrofes, sin descuidar el puente de Scafati, de que con tanto empeño querian apoderarse los napolitanos. Y llegando por entónces á Aversa con alguna fuerza el duque de Castel de Sangro y el gran prior Caracciolo, envió el activo general de refuerzo á la torre, que defendia dicho puente, á Picolomini y al duque de la Regina, los que pusieron en ella de presidio cuarenta españoles y otros tantos alemanes, con el capitan Mengical y el sargento Serra, valerosísimo soldado. Y al mismo tiempo el príncipe de Montesarchio cortó el agua á los molinos de Torre de la Anunciata, de donde, aunque con trabajo y peligro, se proveian aun de harinas los rebeldes. Gran terror causó en Nocera la proximi-

(4) De Santis.
(5) De Santis. – Raph. de Turris. – Comte de Modéne. – Donzelli.

dad de las tropas leales, y llamó en su ayuda á Hipólito Pastena, el que gobernaba la rebelion en Salerno. Hubo reñidas escaramuzas entre las tropas de bandidos que éste capitaneaba y las que obedecian á Tuttavilla; pero dueño este del puente de Scafati, y extendiendo su dominio á los casales de Avella, Barjano y Mugnano, y apoderandose tambien de Somma y Maregliano, cerró completamente el bloqueo de Napoles, poniendo en gran carestia a los rebeldes, miéntras envió socorros de consideracion al Virey en dinero y vituallas.

Apretado así el pueblo, y viendo que pasaban dias y dias sin que asomara la escuadra francesa, y sin que llegaran los prometidos socorros, empezaron á circular voces de que la carta del marqués de Fontenay, presentada por Ferro, y leida con tan buen efecto en el Cármen, era falsa, y un engaño para llevar adelante una guerra desastrosa, que empezaba á dar á todos fatiga y cuidado. Aumentó esta sospecha el que la tal carta habia desaparecido, en cuanto se verificó su primera lectura; y por más que se habia deseado haberla á la mano, para examinarla de nuevo y meditarla más detenidamente, jamás se habia podido dar con ella. Y llegó á tal punto la desconfianza popular, que como un fraile capuchino presentara otra carta tambien con la firma, verdadera ó supuesta, del embajador francés, reproduciendo las ofertas y añadiendo seguridades, faltó poco para que fuese despedazado por el populacho; pues debió la vida á que mandó oportunamente Genaro Annese meterlo en un calabozo, miéntras se averiguaba la verdad.

Con este objeto envió el generalísimo del pueblo á Roma, con poder suficiente y autorizacion en regla para entenderse directamente y en nombre de la república napolitana, con el marqués de Fontenay, y pedirle socorro, á Nicolo Maria Mannara; pues aunque el historiador de Santis dice que fué el doctor Francisco Patti, es evidente equivocacion, porque éste fué despues, como diremos, y con encargo muy distinto. Y nos apoyamos para asegurarlo así en el conde de Módena, que tuvo, como vamos á referir, ocasion de tratar á uno y á otro negociador, y parte muy activa en aquellas conferencias. Y esta fué la vez primera que oficialmente y de un modo ostensible y autorizado se entablaron negociaciones formales entre los sublevados, ó por mejor decir, ya rebeldes napolitanos, y la corona de Francia; pues aunque los trabajos estaban muy adelantados, todo hasta entónces se habia hecho bajo cuerda, por medios indirectos, por personas sin responsabilidad, y en reuniónes privadas, sin acuerdo de las juntas populares y sin autorizacion de los jefes del pueblo.

El señor don Juan de Austria, conociendo desde luégo que la situacion se hacia grave y peligrosa, y que si en el estado de cansancio y privacion de todo en que se encontraban las escasas tropas españolas que sólo á fuerza de constancia heróica se sostenian, se presentaba de refresco una armada francesa, con gente de desembarco para socorrer al pueblo, era segura la completa pérdida del reino de Nápoles; envió nuevos emisarios á tentar el vado con ventajosas proposiciones; pero sólo consiguieron oir claramente por terminante respuesta, que estando ya comprometido el pueblo con el rey de Francia, y entabladas las negociaciones, nada tenia que tratar con el de España, ni con el príncipe su hijo, ni con sus ministros. Con lo que despechado don Juan perdió por vez primera los estribos, y mandó continuar la guerra sin tener más miramiento con la ciudad (1).

El duque de Arcos al mismo tiempo trató por otro lado de probar fortuna, y envió un secreto confidente á Genaro Annese, ofreciéndole una gruesa suma y un lucrativo cargo de importancia en la Península, si entregaba el torreon del Cármen y ahogaba la rebelion; pero el maestro arcabucero, ó porque no se fió de la propuesta y de quien la hacia, ó porque tuvo un momento de grandeza de ánimo y de elevacion de carácter, ó porque pudo más en él la ambicion que la avaricia, delató inmediatamente al pueblo la propuesta, y mandó ahorcar en el acto al que la habia traido. Muchó le valió esta demostracion, pero para acabar de calmar las sospechas que contra él se propalaban en los corrillos amenguando su autoridad, publicó el 29 de octubre un bando ó proclama, atribuyéndolo todo á manejos ocultos de los españoles para desacreditarlo.

Continuaba en tanto la guerra en la ciudad y en sus contornos. En ella eran diarios los asaltos á los puestos y las escaramuzas por las calles; en ellos el general Tuttavilla mantenia sin soltar las armas de la mano el bloqueo, habiendo vuelto á empeñar un rudo encuentro, en que aunque con mucha pérdida quedó vencedor sobre el puente de Scafati. Castelnovo cañoneaba sin cesar la calle del Puerto, con lo que incomodaba continuamente á los rebeldes; y estos, aprovechando una noche oscurísima y lluviosa, levantaron con gran silencio y presteza, y con inteligencia admirable, una trinchera con espaldones, que los puso completamente á cubierto, empleando en su construccion sacos de lana y de algodon y hasta fardos de paños, tapices, ricas telas y géneros preciosísimos de Levante, que sacaron á viva fuerza de todos los almacenes de la marina. Cuando al amanecer se encontró el Virey con aquella obra encima, que resistia el tiro de cañon, y que ponia en gravísimo peligro la fortaleza, bramó de cólera, y mandó inmediatamente ahorcar de las almenas á los centinelas que no habian notado la operacion, sin que les sirviese de excusa la oscuridad.

Aunque el pueblo no habia adelantado terreno alguno dentro de la ciudad, tampoco lo habia perdido, ni habia padecido en los contornos descalabro capaz de hacerle decaer de ánimo; pero la falta de víveres lo trabajaba y consumia, y el cansancio de tantos dias de pelea sin adquirir notable ventaja, empezaba á manifestarse. Y bien por la necesidad que ya todos tenian de descanso, bien porque el tiempo iba calmando el ardor y entusiasmo de las masas populares, bien por los ocultos manejos de los partidarios del Virey, empezaron á circular por los corrillos ideas de desaliento y deseos de salir de cualquier modo de tan insostenible situacion. Por otro lado, como en tiempos revueltos pululan las ambiciones, y anhelando todos saborearse con el poder, se trabaja para que pase de mano en mano, y al que lo ejerce se le desacredita y baldona, hágalo bien ó mal, sólo porque lo ejerce á despecho de los que lo desean y no saben ó no quieren esperar que les llegue su turno; empezaron tambien á renovarse con más calor las hablillas en descrédito de Genaro Annese. No tardó éste en saberlo, y violento y despechado publicó un furibundo bando, prohibiendo discurrir sobre la situacion, y tomar en boca su nombre, bajo pena de la vida, como asimismo toda reunion pública y clandestina, sin exceptuarse las de jefes militares, sediles y capitanes de barrios, aun cuando fuese para tratar de cosas de guerra (2). Aterró é impuso silencio á todos esta disposicion. Pero Brancaccio, que siempre miraba al generalísimo del pueblo con odio, y lo que es peor con desprecio, levantó el grito contra este bando, diciendo, y con razon, que debilitaba su autoridad militar. Y por esto, y por creerse desairado porque en la correspondencia con el embajador Fontenay no se hacia mencion de él para nada, tuvo un acaloradísimo altercado con Annese; de que resultó el hacer renuncia del mando de las armas, y alejarse completamente de los negocios públicos. Ocurrencias todas que dividian más y más los ánimos, ya demasiado discordes, y que imposibilitaban el establecimiento de la soñada república; la que acabó de morir en la cuna, renunciando á su nacionalidad, cuando le ocurrió darse un supremo jefe extranjero.

CAPITULO XVII

Desde el momento en que unas barcas de la isla de Prócida, llevando fruta á Roma, esparcieron las primeras noticias de las ocurrencias de Nápoles, y de la exaltacion de Masaniello, el embajador de Francia cerca de la Santa Sede, marqués de Fontenay Mareuil, tuvo á su gobierno al corriente de los progresos de la sublevacion. Y aunque le indicó desde luégo la oportunidad que ofrecia para procurar la desmembracion de aquel importantísimo reino de la corona de España, y no se descuidó de enviar á él agentes secretos, que acalorando el movimiento popular, procurasen darle el giro más conveniente á los intereses de su corte; no recibió de ella instrucciones tan terminantes como habia creido; y se vió obligado á mantener cierta circunspeccion, sin soltar empero de la mano los cabos de la red oculta que habia ya extendido, para tirar de ellos segun las nuevas órdenes que pudiera y desease recibir.

En el gabinete de Francia empezaban á nacer deseos de no llevar adelante la guerra con España, y habia resuelto continuarla lentamente, y sin tentar nuevas empresas, que dificultasen un próximo acomodo. Por lo que el cardenal Mazzarino, aunque conoció todo el fruto que podrian dar los alborotos de Nápoles, se decidió por esperar sus resultados sin decidirse á nada, ni aventurar por lo pronto el crédito y poder de la Francia. Mas para estar dispuesto á todo, mandó aprestar en Tolon una gruesa armada, que diese la vela al primer aviso. Hablóse de todo esto en Paris, y varios personajes franceses quisieron trasladarse á Nápoles; y entre ellos el que lo tomó con más calor, y mayores instancias hizo para verificarlo, ofreciendo hasta llevar á cabo la empresa á su costa, fué el príncipe de Condé; pero encontró en el gobierno una formal y decidida oposicion.

Entre tanto se desarrollaban aquellos extraordinarios sucesos, y en Roma trabajaba con asiduidad para traerlos á su mano, sin contar para nada ni con el embajador de Francia ni con el gobierno francés, Enrique de Lorena, duque de Guisa. Este príncipe jóven, de ánimo osado y bullicioso, de poco maduro juicio, de gallarda presencia, de condicion liberal, de corazon valiente, de modales muy atractivos, se hallaba en la corte pontificia solicitando anular su desacertado matrimonio con la viuda del conde de Bosiu, para contraer otro no más acertado con Mlle. de Pons, á quien amaba ciegamente. Y cuando desesperado con las dilaciones y dificultades de la curia eclesiástica, pensaba en volverse á Paris, apenado por su amada; las noticias de las ocurrencias de Nápoles lo detuvieron. Tenia el duque francés en su compañía al discreto y sesudo baron de Módena, que con el título de Conde escribió y publicó poco despues memorias históricas de estos sucesos; el cual habiendo topado por casualidad con los procitanos, que llevaron á Roma las primeras noticias, los presentó al duque, quien echó con ellos el cimiento de un atrevido plan, cuyos resultados vamos á referir.

Descendia por línea femenina el duque de Guisa de Renato de Anjou, y acalorado con este recuerdo, se imaginó con derecho á la corona napolitana; y se propuso aprovechar las circunstancias del momento para ceñírsela á poca costa. Recibió contentísimo á los procitanos, los regaló y agasajó grandemente, y les encargó hiciesen saber á los habitantes de Nápoles, que habia un príncipe del linaje de sus antiguos reyes, pronto á sacrificarse porque recobraran la libertad. Y efectivamente aquellos rudos marineros fueron los primeros que dieron orígen á la idea de la proteccion francesa en el populacho sublevado. Despues no se descuidó el duque en buscar con empeño, y en conseguir ver y hablar á cuantos napolitanos llegaban á Roma; y hasta se atrevió á enviar mensajeros á Nápoles, que fueron reconocidos, detenidos y ahorcados en Gaeta. Tambien trató de que autorizara sus pretensiones el marqués de Fontenay; pero este sagaz diplomático lo acogió con tal frialdad, y le opuso tantas dificultades, que el ambicioso jóven resolvió recatar sus manejos del embajador, y valerse de otros medios para obtener el apoyo del gabinete francés. Dirigióse al cardenal de Santa Cecilia, hermano de Mazzarino, y le ofreció para una sobrina la mano de su hermano el duque de Joyeuse, si alcanzaba la proteccion del purpurado ministro y la cooperacion de la Francia en favor de su proyecto. El cardenal de Santa Cecilia recibió no sólo con gusto sino con entusiasmo las confidencias y las proposiciones del príncipe francés. Y tan ligero como él, y de viva imaginacion, llegó á pensar que el asegurar en las sienes de aquel pretendiente la corona de Nápoles, era asegurar la tiara para las de su hermano; y que no era además de desdeñar por lo pronto un enlace con la familia real: por lo que se apresuró á escribir al hermano ministro en los términos más eficaces. Pero el ministro, hombre de otro alcance, y de más flema y madurez, contestóle sagazmente con aquellas frases que suenan mucho y que no dicen nada, pero que vienen bien á todos los resultados posibles de un negocio dudoso é intrincado (3).

Entre tanto tentó el duque de Guisa nuevos medios de comunicacion con los napolitanos, y creyó el mejor de todos un hermano del famoso Domingo Perrone, que llegó á Roma. Apoderóse de él, envióle con cartas é instrucciones; pero la suerte parecia burlarse del ambicioso, y dispuso que este agente llegase á Nápoles cuando ya su hermano habia tan desastrosamente desaparecido de la escena política.

Tampoco los partidarios de Francia en Nápoles se descuidaban, pues llegaron nuevos comisionados á Fontenay. Entre ellos Lorenzo Tóntoli y Agustin de Lieto, que se quedaron en Roma, llamándose, no sabemos con qué autorizacion, residentes del pueblo napolitano (4). Trabó con ellos estrechas relaciones el duque francés por medio del activo baron de Módena. Y uno y otro, oyendo las abultadas relaciones de estos agentes, que como interesados en dar importancia á su causa exageraban los medios con que contaba, juzgaron la empresa más fácil de lo que realmente era, y con gran actividad buscaban todos los medios de llevarla á cabo.

El marqués de Fontenay por su parte, y á pesar de su sagacidad exquisita, tambien concebia lisonjeras esperanzas, sin conocer las exageraciones de los negociadores napolitanos. Volvió á solicitar de su corte más atencion á aquellos importantes acontecimientos, y empezó á trabajar de veras bajo mano para que la sublevacion se inclinase á buscar el amparo de su Rey. Pero el aspecto frio de este embajador, y su parsimonia en gastar, disgustaban tanto á Tóntoli y á Lieto cuanto los hechizaba el calor y la generosidad del jóven y arrebatado príncipe francés (5). E ignorando sus antecedentes y el poco crédito que gozaba en su corte, en él y sólo en él fundaban sus esperanzas, escribiendo á Nápoles los más exagerados elogios de su persona.

El ningun efecto de la llegada de don Juan de Austria; lo que habia enardecido la situacion el inoportuno uso de escasa fuerza; la declaracion primera de los sublevados en favor del Papa, y su última resolucion de constituirse en república, agui-

(1) De Santis. – Capecelatro, MS.

(2) De Santis. – Donzelli.

(3) Comte de Modène.
(4) De Santis.
(5) Comte de Modène.

jonearon de nuevo á Fontenay. Y lo hizo de tal modo al cardenal Mazzarino, que dió éste órden de zarpar inmediatamente á la armada de Tolon al mando del duque de Richelieu, llevando á bordo al señor de Creuzet y al de Forgetz, generales de crédito que podian ponerse á la cabeza de la rebelion; no juzgando político el ministro cardenal fiar empresa semejante, en que se trataba de la adquisicion de un reino, á príncipe de la sangre, ó á personaje de tanta valía que osase trabajar por cuenta propia en aquellas circunstancias.

En este punto estaban las cosas cuando llegó á Roma el verdadero comisionado oficial de Genaro Annese, Nicolo María Mannara.

La casual circunstancia de vivir en Roma en el mismo palacio, aunque en pisos distintos y en habitaciones independientes, el embajador de Francia y el duque de Guisa, proporcionó á éste el apoderarse del ánimo del enviado napolitano, y el verlo, oirlo y comunicarlo ántes que el hábil diplomático lo consiguiera. — Arribó Mannara despues de una larga y penosa navegacion á Fiummicino, y de allí se trasladó á caballo á Roma, donde llegó á media mañana harto malparado, cubierto de lodo y empapado de la lluvia. Y en este estado, que prevenia ciertamente muy poco á su favor, apeóse á la puerta del palacio Barberini y subió á la vivienda del marqués de Fontenay, precisamente cuando este acababa de salir. Los secretarios y dependientes de la embajada, como habian observado la frialdad y reserva con que el jefe acogia á los napolitanos, no les daban grande importancia, y recibieron con desden al recien llegado, diciéndole que esperase hasta que volviera el embajador. El agente de Annese tuvo que conformarse con un recibimiento tan poco lisonjero: y se sentó á esperar, empapado y mohino, en una de las primeras antecámaras. Entró en ella por acaso un lacayo del duque de Guisa, le habló y supo quién era; y así como los servidores de Fontenay observaban con los napolitanos el desdeñoso continente de su señor, los del duque se esmeraban en afectar el interés y cariño que el suyo les demostraba; y despues de acariciar este á su manera á aquel hombre de tan mala catadura, sólo porque venia de Nápoles, corrió á ponerlo en noticia del baron de Módena. Avisó este inmediatamente al duque, y aprovechando los instantes de no estar en casa el embajador, mandó al mismo criado que, con disimulo y ocultándose de la gente de la embajada, trajese de un modo ó de otro aquel hombre á su presencia. La suerte favoreció la ejecucion, y Mannara se trasladó, sin que nadie lo notase, á los aposentos del duque de Guisa. Recibiólo el baron con los brazos abiertos. Mandó darle vestidos y servirle un abundante almuerzo en que no escaseó el vino; y cuando lo vió repuesto, enjuto, refrigerado y agradecido sobre todo á tan buena acogida, y con el ánimo dispuesto favorablemente, lo introdujo en el gabinete del príncipe, ya convenientemente preparado.

CAPITULO XVIII

La acogida cariñosa y franca del duque de Guisa, contrastando sobremanera con el desden y poco miramiento de la recepcion en casa del marqués de Fontenay, hizo su natural efecto; pues el comisionado del pueblo de Nápoles fundó toda su confianza en tan jóven y gallardo príncipe; le manifestó sin reserva sus instrucciones y le pintó el estado de la sublevacion, aumentando como era regular sus recursos y sus esperanzas. Con profunda atencion le oyó el duque, no muy satisfecho de que no hubiera sonado para nada su nombre en los labios de aquel napolitano. Y empezando con destreza, superior á la que solia ostentar, por hacerle grandes elogios del embajador; por disculpar la mala acogida que habia encontrado en su casa, atribuyéndola á descuido de criados; y por asegurarle que hallaria en aquel personaje, como representante de tan gran rey, toda proteccion; pasó luego á hablarle largo de sí mismo. Explicóle con prolijidad su descendencia de la familia de Anjou, y le pintó con vivísimos colores su ardiente entusiasmo por un pueblo generoso y valiente que peleaba con tanto teson para conquistar su libertad y su independencia. Y mostrando en seguida temores de que toda la buena voluntad del Rey Cristianísimo, su pariente, y todo el celo del marqués de Fontenay pudieran ser contrariados por el retardo que los vientos opusiesen á la armada, ó por otras causas imprevistas; insinuó al novel diplomático, en quien ya ejercia una verdadera fascinacion, la idea de lo conveniente que seria proveer á estas eventualidades, yendo él mismo á ponerse al frente del pueblo y á combatir por la nueva república, como lo estaba haciendo en Holanda el príncipe de Orange; y que su persona en Nápoles, ligada con la familia real, aumentaria el celo de los ministros para no retardar los socorros, y avivaria en el rey de Francia el deseo de que triunfase una causa en que tenia empeñado á tan cercano pariente, grato además á los napolitanos cómo vástago de sus antiguos reyes.

Alucinado Mannara con este discurso, creyó ver en su mano una importante y brillantísima negociacion, que iba á darle alto nombre y fortuna. Y aunque en sus instrucciones no se le decia nada del duque de Guisa, creyó tener en el artículo en que se le autorizaba en general para procurar lo que más conviniera al triunfo de la república, campo abierto para solicitar la cooperacion de un príncipe, que tan poderoso se imaginó, y tan preponderante en la corte de Paris. El duque conociendo que era ya suyo completamente aquel mensajero, para asegurárselo aun más, le ofreció grandes mercedes, y le encargó que ocultase aquella conferencia á los ojos del marqués de Fontenay, para no lastimar su amor propio de embajador. Ofrecióselo el napolitano, y saliendo de la casa del duque por la puerta del jardin, volvió á entrar por la principal, y subió á la del embajador, haciendo creer que venia de la posada en que habia dejado su equipaje.

Recibiólo el marqués con agasajo, pero con reserva. Leyó las cartas de Genaro Annese, que le escribia por sí y á nombre de la junta popular. Y despues de informarse detenidamente de la situacion de Nápoles, y de las esperanzas que fundaba en la proteccion del Rey Cristianísimo, manifestó al mensajero la gratitud de su soberano á tales pruebas de confianza, y le aseguró que de un instante á otro la armada francesa, que habia zarpado ya de Tolon, llegaria á patentizar con poderosos socorros el alto aprecio con que miraba su corte la amistad de los valerosos napolitanos. Dióle rendidas gracias por todo el enviado del pueblo, y añadió, como cosa sencillísima y natural, que para prevenir cualquier eventual retardo, deseaba la república naciente tener en su seno, como prenda de alianza, algun príncipe francés que mandara las armas, interesara á Francia en su socorro, y asegurase el éxito de la independencia por que se peleaba. No cayó por lo pronto en la cuenta el marqués, y respondió en términos generales. Mas volviendo á la carga el napolitano, le dijo: que informado el pueblo de que se hallaba en Roma el duque de Guisa, príncipe del linaje de Anjou, pedia que fuera á ponerse á su cabeza, y á organizarlo convenientemente para la guerra con sus opresores, interin llegaban la armada y los demás socorros que el Rey Cristianísimo enviase. Sorprendióse grandemente el astuto y experimentado diplomático oyendo tan explícita peticion; y cuidando de no darlo á entender en el semblante, contestó, á pesar suyo con agitado aliento y balbuciente voz, que creia que el duque de Guisa estaba en Roma de incógnito y por negocios particulares; y que no sabia si hallándose sin carácter, séquito y aparato de príncipe, le acomodaria ir á Nápoles en aquellas circunstancias, y arrostrar las dificultades que podria ofrecer el viaje. Mannara sin titubear (más diestro entónces que Fontenay), ocultando con gran primor que estaba ya de acuerdo con el duque, repuso que los napolitanos no necesitaban más que de la persona de tan gran príncipe, no de su séquito y aparato; pues hallaria entre ellos uno y otro superiores al del mayor monarca; y que para asegurar el viaje bastaban las falúas napolitanas, tan prácticas de aquellos mares, y tan acostumbradas á burlar los cruceros españoles. Estrechado tan de cerca el embajador, terminó sin afectacion la conferencia, prodigando en cuanto pudo agasajos al negociador; y se encerró en cómo seguida en su gabinete á meditar detenidamente impedir la ida del duque de Guisa á Nápoles, sin comprometerse con él, ni con la corte, ni con los napolitanos.

El baron de Módena, por quien sabemos todas estas menudencias, dice que el marqués tenia deseos de ir á Nápoles, pero que le faltaba resolucion: que acaso lo hubiera verificado, llegando á tiempo la armada francesa, y que por esto se opuso en cuanto le fué posible á la marcha del duque. Mas nosotros, registrados otros autores no tan interesados en la empresa del príncipe francés, visto el modo con que este se portó cuando logró lo que tanto ambicionaba, y examinando imparcialmente su conducta pública y privada ántes y despues de aquellos acontecimientos, juzgamos que el marqués debió creer que el duque iba á imposibilitar el triunfo de los napolitanos, y á empeorar su causa, con su ligereza y corta capacidad; y á enfriar tambien en la corte (como sucedió), el deseo de socorrer á la nueva república, por los resentimientos antiguos y modernos de la corona de Francia con la familia de Guisa; y que por esto sin duda se opuso constantemente á que cargasen tan débiles hombros con empresa de tanto peso é importancia. El éxito no tardó en justificar los recelos del previsor diplomático.

Mannara informó sin perder momento al duque de Guisa de su conferencia con el embajador; y este al dia siguiente fué á visitarlo y á referirle la proposicion de los napolitanos, sin darle importancia y calificándola más bien de descabellada. Pero el duque le manifestó que no la creia tanto, que no fuera aceptable en interés de la Francia; y que si el deseo del pueblo napolitano era tenerlo en su capital, y valerse de sus servicios, estaba muy dispuesto á ir allá á servir al Rey, y á impedir á costa de los mayores sacrificios, que el retardo eventual de la armada diese lugar á imprevistos acontecimientos, que privasen á Francia de tan oportuna ocasion para acrecentar su gloria y su poderío. Desconcertóse el embajador con esta declaracion explícita, y mucho más cuando el cardenal de Santa Cecilia, que llegó casualmente en aquel momento, reforzó con gran calor los argumentos del duque. El sagaz diplomático no se atrevió á combatir con un príncipe osado, que tan bien sabia disfrazar su ambicion con el traje de sacrificio por la gloria de su Rey, y con un cardenal influyente, y hermano de su primer ministro. Y por eludir toda responsabilidad celebró una consulta, sin aventurar su juicio, con otros cardenales y prelados franceses que estaban en Roma; y estos, no tan sagaces como Fontenay, ó ignorantes de los antecedentes del personaje y del disfavor en que estaba con la corte, decidieron por unanimidad: que pues el pueblo napolitano pedia que el duque de Guisa lo gobernara, no debia retardarse el viaje del príncipe, por convenir así á los intereses de la Francia (1).

Regresó Mannara á Nápoles con cartas de Fontenay muy expresivas y satisfactorias para el generalísimo del pueblo, y para la real república napolitana; y llevó tambien otras del duque llenas de pomposas ofertas y de magníficas esperanzas. Su llegada á Nápoles fué en el momento en que Genaro Annese, aborrecido generalmente por su bárbara grosería, crasa ignorancia é insaciable avaricia, temia un desastrado fin; y lo salvó el entusiasmo general que encendieron las noticias positivas y seguras, de tener efectivamente la proteccion de un poderoso monarca, tan cercanos sus socorros, y pronto para ponerse á su cabeza un esclarecido príncipe de su familia; pues cuidando los partidarios del arcabucero de atribuir á su habilidad y celo tan grandes ventajas, lo rehabilitaron en la opinion de las populares turbas enajenadas de contento, y nuevamente alentadas para continuar la guerra. Annese, viéndose de nuevo asegurado, creyendo en el primer momento que se pondria para siempre á cubierto de las veleidades del populacho trayendo á su lado al duque, se apresuró á que fueran efectivas sus ofertas; y sin pensarlo mejor despachó de nuevo inmediatamente á Roma al mismo Mannara con el P. Capece, fraile dominico, y con Aniello de Falco, general de artillería, para dar en nombre de la real república las gracias al embajador francés, y para rogar al duque de Guisa que se presentase sin demora á tomar el mando supremo de las armas, en los mismos términos que lo desempeñaba en Holanda el príncipe de Orange (2).

Apénas habia partido de Nápoles esta formal legacion, y aun estaban casi á la vista las barcas que la conducian con próspero viento, cuando se arrepintió el generalísimo del pueblo de haber obrado con tanta ligereza y precipitacion; pues ó bien porque le abrieron los ojos algunos de sus partidarios más sagaces que él, ó bien porque el instinto de la ambicion alumbró á su escaso entendimiento, conoció que le iba á ser imposible mantener superioridad sobre un personaje tan esclarecido, y que pronto seria suplantado por él, volviendo de nuevo á la insignificancia de su vulgar condicion, y á ponerse al alcance de la venganza de sus muchos enemigos. Asombróle esta idea. Maldijo su inconsiderada resolucion; y anheloso de remedio consultó sus temores con Francisco Patti, abogado de mucho crédito, y hombre de gran astucia y desfachatez. Este, en lugar de desvanecerlos, como el pobre Annese esperaba, se los aumentó asegurándole que se habia cortado la cabeza, y que debia por todos los medios imaginables impedir la venida del príncipe francés. Desesperado el generalísimo del pueblo, y sin más afan que el de conservar su posicion á toda costa, se echó en brazos del confidente letrado, rogándole hasta de rodillas que marchase á Roma sin perder un instante, para deshacer con su maña y osadía cuanto hicieran los otros tres comisionados, y para poner todos los obstáculos posibles á los intentos del duque de Guisa. Hízose de rogar Francisco Patti, pero al fin se determinó á encargarse de mision tan delicada, de que él mismo redactó las instrucciones. Reducíanse estas á negociar directamente con el Padre Santo, y proponerle, ó que conservase, para sí, la Santa Sede el reino de Nápoles, cuyo dominio directo le pertenecia; ó que lo tomase bajo su proteccion y amparo como república dependiente de la tiara; ó que concediese la investidura de rey de aquel reino á uno de sus sobrinos. Y en el caso de que el romano Pontífice no diese acogida á ninguna de estas tres proposiciones, á dirigirse al marqués de Fontenay y manifestarle que Genaro Annese, el consejo supremo de la república, y los napolitanos de arraigo y de responsabilidad deseaban entenderse solo con él y con el Rey Cristianísimo, y rogarle que fuese á Nápoles sin demora á representar á tan poderoso monarca, seguro de que haria su presencia y su autoridad mucho más efecto que la del duque de

(1) Comte de Modéne.
(2) De Santis. — Capecelatro, MS.

Guisa, jóven inexperto y que sólo habia sido deseado, con poco acuerdo momentáneamente, por una parte muy pequeña de lo más despreciable del populacho. De suerte que la mision de Patti abrazaba dos negociaciones para echar mano de la una si no tenia buen resultado la otra y ambas dirigidas á impedir la venida á Nápoles del príncipe francés, con quien le era imposible competir al villano Genaro Annese.

CAPITULO XIX

Mannara y sus dos compañeros llegaron con felicísimo viaje á Roma, donde fueron muy bien acogidos por el marqués de Fontenay. Presentáronse en seguida al duque de Guisa, quien, adestrado sin duda por el baron de Módena y otras personas de talento que lo circundaban y en lo posible lo dirigian, los recibió afectuosísimamente, pero negándose á oir sus proposiciones oficiales sino en presencia del embajador. Por lo que á instancia de los comisionados se celebró aquel mismo dia una entrevista en el salon del marqués, en que oficial y solemnemente en nombre de la república pidieron al duque que se dignase de ir á Nápoles y de tomar el mando de sus ejércitos. El príncipe, siempre bien aleccionado, y despues de manifestar su gratitud á los mensajeros, y de asegurarles de su ardiente deseo de complacer al pueblo que representaban, dijo: que para volar á su socorro sólo esperaba, á fuer de leal súbdito francés, el que se lo mandase el representante de su Rey y señor. Apuradísimo se vió Fontenay conociendo el compromiso, y la inmensa responsabilidad en que podia incurrir; y balbuciendo algunas palabras sin sentido, que manifestaban su turbacion, expuso al cabo: que no tenia instrucciones bastantes, y por lo tanto autoridad ninguna para mandar y dar órdenes á tan alto personaje; pero que tampoco las tenia para poderse oponer á una eleccion espontánea del pueblo napolitano y de su generalísimo, cuando recaía en un príncipe francés; y que no habiendo recibido contestacion de la corte á sus últimos despachos, lo único que podia asegurar era, que la escuadra francesa estaba ya navegando la vuelta de Nápoles, y que en ella tendria la nueva república el más firme apoyo para asegurar su independencia y su libertad (1). Bastóle al osado duque esta declaracion aunque tan ambigua; y apoyado en ella, aceptó en el acto el cargo con que Nápoles le brindaba, y resolvió partir en cuanto vinieran á buscarlo las falúas.

Contentísimos los comisionados de Genaro Annese con el buen éxito de su negociacion, despacharon por mar y tierra avisos á su capital, pidiendo que viniesen inmediatamente á Fiumicino las barcas que debian conducir al príncipe general.

Loco de contento el duque de Guisa con ver tan cercano el objeto de sus anhelos, miéntras preparaba el viaje y buscaba dineros y municiones que llevar consigo, daba incautamente una inconsiderada publicidad á todas las negociaciones, sin recatarlas ni aun de sus más encarnizados enemigos. Y con diez mil escudos, que le proporcionó el cardenal de Santa Cecilia, y con una escasa cantidad de pólvora, que le vendió el duque de Bracciano, se aprestó á la partida. Nombró confesor al padre Capece, ofreciéndole una mitra, y envió á Paris á un secretario con cartas para su madre pidiéndole fondos, y que negociase con la autoridad de su nombre el que no escaseasen los socorros, y el que apoyasen con calor los ministros del Rey su atrevida empresa (2).

Cuanto se habia trabajado por unos y otros en tan embrollado negocio lo sabia menudamente el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y seguia una activísima correspondencia con Madrid sobre todo lo que ocurria en Italia. Y como sagaz y entendido, y gran apreciador de las cosas y de las personas, creyó que la ida del duque de Guisa á Nápoles era la ocurrencia más favorable en la situacion en que se encontraba aquel reino. Conocia personalmente al jóven príncipe, y sabia que estaba mirado de mal ojo en la corte francesa, donde su audacia debia despertar recelos, y entorpecer cuando no imposibilitar los socorros, que sin estar él de por medio, hubiera dado la corte de Francia; y no ignoraba tampoco la mala voluntad del marqués de Fontenay, circunstancias todas que unidas al estado de desórden en que habia caido la rebelion, y á la envidia y temores que ya se habian despertado en el corazon del villano Annese, debian apresurar forzosamente el descrédito del duque, y con él nuevos acontecimientos, que al cabo proporcionaran el completo triunfo de las armas españolas. Con tales seguridades para lo venidero, fundadas en datos casi positivos, léjos de trabajar contra el duque de Guisa, pensó sólo el diplomático español en allanarle diestramente el camino de su perdicion: teniendo siempre al corriente de todo al señor don Juan de Austria y al duque de Arcos, que no se descuidaron, valiéndose de sus muchos confidentes, en preparar el terreno de modo que lo encontrase deleznable y resbaladizo el príncipe aventurero.

Tan feliz como habia sido el viaje de los tres comisionados de Genaro Annese, fué largo y penoso el de Francisco Patti, que llegó cuando el negocio estaba ya resuelto. Empezó sin embargo con grande actividad y sigilo sus negociaciones. Mas desengañado pronto de que el Padre Santoro daba oidos á sus propuestas, se acogió á la segunda parte de sus instrucciones, y se dirigió al embajador marqués de Fontenay. Mucho, muchísimo se alegró éste de cuanto le dijo el agente secreto; pero conoció muy luego que llegaba tarde, y que impedir ya el viaje del de Guisa era punto ménos que imposible. Así se lo manifestó á Patti, exhortándole á que fuera á Paris para tratar directamente con la corte. Entónces el astuto abogado, consultando ante todo su propio interés, creyó que le importaba ya más servir al duque de Guisa que al maestro arcabucero. Se excusó del viaje á Paris con la falta de medios, y de credenciales é instrucciones; y se despidió del embajador, demostrándole que se resignaba con lo resuelto, supuesto que podia ser en beneficio de su patria. En seguida fué á buscar á los otros comisionados, fingiendo que acababa de llegar de Nápoles para apresurar la partida del duque; y aun tuvo la desfachatez de asegurarlo así al mismo, con las más bajas y viles adulaciones (3).

Llegaron en esto á Fiumicino catorce barcas ó falúas napolitanas destinadas para el viaje del príncipe. Este apresuró sus preparativos, y despues de mil necias publicidades, y de darse una pueril importancia, dispuso su salida de Roma con un aparato triunfal, llevando la ligereza y petulancia hasta el extremo de pasar con su comitiva y un trompeta delante, por la plaza de España, y por debajo de los balcones del conde de Oñate, que acaso al verlo desde detrás de sus vidrieras desplegaria los labios con la sonrisa de la compasion. Acompañáronlo en varios coches el marqués de Fontenay, el cardenal de Santa Cecilia, y otros señores y prelados franceses, hasta la Basílica de San Pablo, extramuros. Allí se despidieron, prosiguiendo el duque su viaje á caballo hácia el mar, con el baron de Módena y los emisarios napolitanos, llevando además en su séquito al señor de Cerizantes, como representante de Francia nombrado por el embajador, esto es de espía; á Jerónimo Fabrani en calidad de secretario, y á Agustin de Lieto con la de capitan de guardias. Cada falúa no podia contener más que dos ó tres pasajeros. El duque entró en una con sólo su ayuda de cámara, y en las otras se repartió la comitiva, dando la vela con tiempo bonancible el dia 13 de noviembre de 1647, á la media noche (4).

Al siguiente en las aguas de Ponza descubrieron esta flotilla tres galeras españolas que estaban en acecho; pero no pudieron darle caza, porque se dispersaron inmediatamente las falúas en todas direcciones; y no conociendo en la que venia el príncipe, no sabian á cuál habian de perseguir, mucho ménos desapareciendo pronto todas á favor de la noche oscurísima y borrascosa. En tanto con destreza suma y sin perder tiempo, la barca en que venia el duque, navegando tierra á tierra, y pasando entre las islas Ischia y Prócida, con rumbo á la de Capri, apareció al amanecer en el golfo; y aunque acosada por la mosquetería de los botes armados que envió don Juan de Austria á perseguirla, arribó en salvo á la torre del Grecco; de allí se trasladó inmediatamente á la playa del Cármen, recibida por el pueblo con la mayor alegría y entusiasmo.

CAPITULO XX

En punto harto crítico llegó el duque de Guisa, provisto de fantásticas esperanzas, mas bien que de efectivos recursos, á ponerse á la cabeza de un alzamiento popular, con más ruidosa apariencia, que poderosos medios de conseguir un triunfo glorioso y duradero. El movimiento que, empezando motin despreciable de muchachos contra la gabela de la fruta, llegó á ser rebelion abierta contra la dominacion española, habia recorrido en breve tiempo largo espacio, pero por terreno poco firme, y se hallaba desfallecida de su propio esfuerzo. Es verdad que todo el país estaba en armas; pero no conforme ni en la causa ni en el fin con que las empuñaba y esgrimia. Es verdad que ciento y cincuenta mil hombres, secundados por la casi totalidad de la poblacion, habian peleado, y peleado con valor heróico y con constancia tenaz, en la capital y en los alrededores; pero este número estaba ya muy disminuido, y era aun más pequeño si se contaba con él para operaciones difíciles y en regla. Y además no eran sólo aquellas tropas populares, y aquellas masas informes é indómitas de populacho los habitantes de la ciudad. Los vecinos de arraigo, los que vivian ó de empleos públicos, ó del tráfico, ó de la industria, llamados entónces *capas-negras*, y que componian la clase media del partido napolitano; ó se alzaban contra los impuestos, ó por satisfacer resentimientos personales, ó por buscar la ocasion de acrecentar su fortuna, estaban hartos de aquel desórden, disgustados de los excesos del populacho, desengañados de toda ilusion, deseosos de tranquilidad; y no eran enemigos de la dominacion española, creyéndola prenda única de estabilidad y de reposo. La nobleza, que no dejaba de tener poderio, y mucho peso en la balanza de los destinos del país, combatia encarnizadamente la revolucion. Y tres castillos casi inexpugnables, muchos puntos importantes de la ciudad y el dominio absoluto del mar, eran de los españoles. La conmocion duraba y crecia, porque el temor de los *capas-negras* á los asesinatos y á los incendios los tenia aterrados y retraidos, sin atreverse á comunicar entre sí y á ponerse de acuerdo por no incurrir en sospecha de los agitadores: y porque las escasas fuerzas españolas, aunque ventajosamente colocadas, no tenian poder suficiente para destruir las masas proletarias, ni para inspirar confianza bastante á la clase media, inerte, sí, pero disgustada y numerosa.

La organizacion misma de la parte militante del país no dejaba esperanza de consistencia alguna. En las provincias no era uniforme; en la ciudad, si bien habia la suficiente para pelear, no habia ninguna que la constituyese. Y ya creyéndose fiel al rey de España, ya declarándose enemiga de los españoles, ya proclamándose república, ya echándose en brazos de un príncipe extranjero, siempre era una masa de proletarios, de descontentos y de bulliciosos, armada é indomable, con un hombre cualquiera y eventualmente á la cabeza, que la empujaba más que la regia; y que la tiranizaba ó la obedecia humildemente, pasando con rapidez de señor á siervo, y de verdugo á víctima. La rebelion en fin del reino de Nápoles, que tanto ruido hacia en Europa, no podia tener por resultado la independencia, porque no tenia fuerzas propias ni físicas ni morales para conquistarla. Sólo con una escuadra superior á la de don Juan de Austria, y con tropas de desembarco suficientes para levantar el bloqueo de la capital, uniformar la opinion de las provincias, organizar el país y arrojar despues de largos sitios en regla á los españoles de las fortalezas, hubiera podido Nápoles cambiar de dominacion, pero no constituirse en estado independiente. Y esta mudanza de mano, si es que era favorable para los napolitanos, sólo podian verificarla franceses pero su cooperacion era dudosa, con la intervencion de un príncipe mal visto en la corte de Francia, temerosa de su exaltacion.

Todas estas circunstancias y las reflexiones consiguientes habian ya, como dijimos, arreglado la conducta del conde de Oñate, y marcaron al señor don Juan de Austria y al Duque virey, la que debian observar. Así que no vieron en el duque de Guisa mas que un aventurero, que si iba por lo pronto á dar calor efímero á la rebelion, iba luégo á ser un estorbo para su progreso, y acaso el medio más eficaz de su acabamiento y de su ruina. Y resolvieron mantener á toda costa las posiciones ventajosas de que eran dueños, apretar el bloqueo de la ciudad, y esperar á que los desaciertos del nuevo caudillo, y el cansancio, desórden y miseria de las masas combatientes dieran el triunfo á las armas españolas.

No pensaba lo mismo el inexperto y arrogante príncipe francés, pues sin considerar que sólo habia traido á la república en embrion una docena de aventureros por todo esfuerzo, siete ú ocho mil escudos por todo auxilio, y unos cuantos quintales de pólvora por todo socorro (5); ufano y desvanecido con el feliz éxito de la travesía, con las salvas del torreon del Cármen, con las aclamaciones del populacho, se creia ya libertador de un pueblo oprimido, fundador de una monarquía independiente, árbitro futuro de la suerte de Italia toda. Rodeado de tan lisonjeras esperanzas, y de un inmenso gentío que lo victoreaba, se dirigió á caballo á la iglesia catedral, para dar gracias de su feliz arribo al Todopoderoso; y en seguida lo llevó consigo Genaro Annese á su guarida del torreon del Cármen, para que allí viviese en su compañía, interin se le preparaba más digno y decoroso alojamiento (6).

No seria ciertamente muy agradable para el orgulloso príncipe francés, para el atildado petimetre de Paris, el verse tratado tan familiarmente por el zafio arcabucero, y el encontrarse en su asquerosa manida, donde aunque se veian hacinadas por los rincones vajillas de plata y oro, telas riquísimas y otros preciosos objetos robados, habia tanta inmundicia, tan pestífero olor, tales harapos, y ajuar tan pobre y tan repugnante, que la persona ménos delicada no hubiera podido permanecer allí cinco minutos. Aumentaba lo disgustoso de aquel cuartucho la desharrapada esposa del generalísimo del pueblo, que allí á su lado, desgreñada, aunque con un brial de seda, que habia sido de la duquesa de

(1) Comte de Modéne.
(2) Comte de Modéne.

(3) Comte de Modéne.
(4) Comte de Modéne. – De Santis. – Capecelatro, MS. y otros AA.

(5) De Santis.
(6) De Santis.

Maddalone, preparaba en un anafe de yeso la escasa comida de su marido, que iba á ser el banquete de todo un Enrique de Lorena. Y como para dar el último perfil á tan repugnante escena, Genaro Annese, miéntras se acababan de preparar los macarrones, haciendo alarde de confianza con su huésped, se puso muy oportunamente á curar con ciertos ungüentos una llaga pestífera y cancerosa que tenia en una pierna (1).

Es la ambicion la más acomodativa y doblegable de todas las pasiones; y el duque de Guisa conociendo que el indisponerse con Annese, ó el desagradarle en aquellos primeros momentos, podia dar por tierra con sus gigantescos planes, se mostró contentísimo de aquella grosera familiaridad y repugnante acogida. Abrazó muchas veces al arcabucero, acarició á la cocinera, elogió el albergue franco y la comida sobria, conferenció íntimamente con el generalísimo, procurando desvanecer en él todo recelo de ser suplantado, y hasta se prestó á acostarse con el hediondo jefe popular, pasando la noche á su lado en un colchon en el suelo, miéntras roncaba en otro allí inmediato la señora del castillo. – No sabemos si el cansancio de la navegacion, y las fuertes emociones de la llegada le proporcionaron tranquilo reposo en tan poco digno hostalaje, ni si ensueños de gloria y de poderío revolaron sobre su frente. Las historias de aquel tiempo sólo dicen que pasó la noche vestido, y que se levantó al amanecer para recorrer la ciudad.

Cercado de innumerable populacho, que creia ver en el duque de Guisa á su libertador, y seguido del temor de los *capas-negras*, que ignorantes de los antecedentes de aquel príncipe, creian que estaba detrás de él todo el poder de la Francia; fué á reconocer los puestos militares, á revistar las tropas de paisanos armados, que tan denodadamente combatian, y sobre los que, justo es confesarlo, brillaba la aureola de la constancia y del valor, y á examinar por sí mismo los recursos con que contaba el pueblo rebelde que venia á gobernar. Muchas ilusiones se le desvanecieron aquella mañana, viendo con sus propios ojos lo exagerado de las noticias que volaban por el mundo sobre el poder y el porvenir de la rebelion napolitana. Halló, es verdad, una masa de hombres resueltos y armados muy considerable; pero sólo habia en ella ocho ó diez mil verdaderamente capaces de guerrear en regla. Y cuando creia encontrarse con todos los habitantes de la capital, y aun de las ciudades de provincia, uniformes en opinion, en deseos, en odio á los españoles, en ansia de libertad; se encontró con que una respetabilísima clase media permanecia indiferente y disgustada cuando no hostil; y que era tan numerosa, que con sólo resolverse y querer, podia inclinar á su lado la balanza de la fortuna. Vió que en la misma masa militante no reinaba órden ni concierto; que la república no estaba organizada y constituida, y que era imposible que lo estuviese; que los jefes populares gozaban de escasísimo poderío y de muy efímero ascendiente; y que, aunque abundaban en las filas del pueblo veteranos de bizarría y arrojo, no habia al frente de ellas oficiales expertos, prácticos é inteligentes, capaces de dirigir con tino las combinadas operaciones que aquella guerra requeria. Advirtió la falta total de dinero, la escasez completa de víveres, la mezquina provision de armas y de municiones: finalmente la imposibilidad de llevar á cabo con aquellos elementos los planes que habia concebido en Roma, y que lo habian traido á aquel teatro de desdichas.

Pero sin amilanarse, confiando en lo sonoro de su nombre, en los caprichos de la fortuna, en su valor personal; y creyendo alucinado que el gabinete francés no lo abandonaria, y que la influencia de su familia podria procurarle tesoros y soldados con que coronar su empresa, se propuso seguir adelante impertérrito, y aprovechar aquellos primeros momentos de entusiasmo popular para probar la mano, procurando obtener alguna ventaja sobre los españoles, que diese gloria á su nombre y que sirviese de buen agüero para las empresas futuras.

Con el objeto de aumentar la consideracion del pueblo de Nápoles y del reino todo, y para fortalecer la suprema autoridad militar que iba á ejercer, dispuso el duque de Guisa, ó por mejor decir, hizo proponer á Genaro Annese, y aprobar á la junta popular de San Agustin, que se le tomase juramento de fidelidad á la República solemnemente en la catedral, y que se le entregase allí, con las ceremonias debidas, un estoque bendito en forma por el Arzobispo cardenal. Conociendo Filomarino cuánto iba á comprometerlo este paso, con que sancionaba la rebelion, se excusó con el mal estado de su salud; pero un aviso, mejor dicho una amenaza secreta, que le fué comunicado, de que si no se prestaba de buena voluntad correria riesgo su persona, lo decidió á asistir á la funcion, y bendecir y entregar una espada con que debian ser exterminados los españoles y destronado el legítimo soberano; accion que lo desacreditó sobremanera con

(1) Comte de Modéne.

la gente sensata (2), y que oscureció en gran parte la justa reputacion que habia ganado con su conducta, ya prudente, ya enérgica, ya arrojada, y siempre digna en aquellas dificilísimas circunstancias.

En tanto el general Tuttavilla consiguió nuevas ventajas sobre el puente de Scafati, deshaciendo, no sin trabajo y despues de reñida pelea, unos cuatrocientos caballos napolitanos que salieron de la ciudad para sorprenderlo; con lo que apretando el bloqueo pudo rehabilitar las aceñas de Torre de la Anunciata y enviar algunas harinas á Castelnovo, pero no bastaron para socorrerlo, segun la necesidad en que estaba, por lo que mandó terminantemente el Virey, que tratase á toda costa de abrir el paso de la gruta de Posilipo, único camino de recibir bastimentos. Tuttavilla, aunque creia de difícil éxito esta empresa, se preparaba á tentarla, y dispuso en Puzzoli doscientos buenos caballos, que reuniéndose con alguna infantería que de la guarnicion de Castelnovo debia llevar á la playa de Bagnoli una galera, intentasen sorprender la gruta; pero como tuviese aviso por medio de sus confidentes de que el duque de Guisa queria empezar su campaña atacando á Aversa, cuartel general de la nobleza, y luégo á Capua, para abrirse el camino de Roma, tuvo que reconcentrar sus fuerzas para impedir esta operacion.

Efectivamente el príncipe francés intentaba acometerla; mas cuando supo el movimiento concéntrico de Tuttavilla, lo dejó para más adelante, y pensó sólo en ganar alguna ventaja notable en la ciudad. Determinó pues, consultando con los jefes populares, por los que afectaba la mayor deferencia, atacar el puesto de San Cárlos de la Mortella, para apoderarse luégo de las eminencias, y acercarse á Santelmo.

El 21 de noviembre dispuso el duque de Guisa al amanecer una columna de cuatro mil hombres para verificar la operacion, que empezó con muy buenos auspicios. Apoderáronse de los primeros puestos, con muerte de muchos españoles, y se derramaron á saquear é incendiar las casas contiguas. Cargaron sobre ellos don Cárlos de Gante y el capitan Fusco con dos compañías de arcabuceros, y los pusieron en grande apuro; y queriendo la reserva de las tropas del pueblo socorrer á los suyos, se interpuso oportunamente Mr. de Batteville, seguido de don José de Sangro y del príncipe de Tarsis con gente de refresco, y destrozó completamente la columna que subia al socorro de la que estaba ya derramada por la altura, causándole una gran mortandad. Consternóse el pueblo y quedó no sólo frustrada la operacion del nuevo caudillo, sino tambien desacreditado su nombre, y con mal agüero su fortuna (3).

CAPITULO XXI

Este descalabro, y el descrédito del corto séquito con que se habia presentado el duque de Guisa, de los ningunos socorros que habia traido y de la tardanza de la armada francesa, empezaron á disgustar á muchos de los hombres del pueblo. E instigados secretamente por los agentes ocultos del Virey y de don Juan de Austria, no dejaron de manifestarlo en plazas y corrillos. Esto obligó á Genaro Annese, aunque no le sonaban mal aquellas hablillas, á dar varias órdenes prohibiendo con severas penas tal desahogo; y al duque á publicar una meliflua proclama, henchida de ofertas y de buenas esperanzas; y á procurar por todos los medios que le habia dado naturaleza, captarse el afecto del populacho. Achacó la rota padecida á la confusion que ocasionaba la multitud de jefes y cabos que, interpretando á su modo las órdenes superiores, imposibilitaban toda unidad de accion; y dispuso un nuevo arreglo del paisanaje armado, organizándolo segun un nuevo sistema francés. Para esto quiso formar un regimiento modelo, y mandó que cada capitan de ntina le diese diez hombres escogidos, con el sueldo de un carlin diario, y ofreció la misma ventaja á los soldados napolitanos que desertasen de las banderas españolas. Miéntras se dedicaba á estos arreglos militares, no se descuidaba en atraerse por todos los medios reservados posibles la adhesion de los *capas-negras*, dejándoles entrever que iba á enfrenar al populacho, y á darles la influencia saludable en los negocios públicos; y empezó tambien á procurar que se disminuyese el encono del pueblo contra la nobleza, buscando medios de halagarla y de darle esperanzas del pronto restablecimiento del órden en todo el país. Pero llevando de frente y no sin sagacidad todas estas negociaciones, meditaba al mismo tiempo el plan de apoderarse de Aversa, y tomaba sus medidas para alejar de ella al general Tuttavilla, que con su columna volante y actividad suma, corria de una parte á otra, logrando siempre ventaja en diarios encuentros y continuas escaramuzas.

Por entónces recibió de Madrid el Virey duque de Arcos, en contestacion á sus despachos dando

(2) De Santis. – Capecelatro, MS. – Agnello de la Porta, MS. – Comte de Modéne.

(3) De Santis. – Comte de Modéne. – Capecelatro, MS.

parte de la segunda avenencia celebrada con el pueblo despues de la muerte de Masanielo, completa aprobacion de su conducta, y plenos poderes para un arreglo definitivo, y para hacer en nombre del Rey todo género de concesiones á los napolitanos; y creyendo que esta autorizacion, la sancion real dada á las capitulaciones hechas, y la seguridad de que la obtendrian las que aun se pudieran hacer, abrian nuevo campo á una fácil negociacion; imprimió y repartió con profusion la plenipotencia de que estaba revestido, con una exhortacion á la paz, y con nuevas ventajosas propuestas. El crédito del negociador entra por mucho en el éxito de las negociaciones, y el del duque de Arcos andaba muy por tierra, con la mala fe de sus anteriores tratos, para que pudiese inspirar confianza alguna. Así que, á pesar de sus nuevos y amplios poderes, su nombre sólo cerraba la puerta á todo acomodamiento (4); siendo la respuesta general á sus nuevas insinuaciones, que nadie se fiaba de sus ofertas, ni creia en sus palabras conciliadoras. Desaire completamente personal, reforzado con un bando de Genaro Annese prohibiendo, bajo pena de la vida, todo trato con el Virey.

Corrido el duque de Arcos disimuló la afrenta que á su nombre se hacia, y trató de minar al de Guisa y á Annese por otros medios; miéntras el señor don Juan de Austria, convencido de que el reino se perdia, bajo el mando supremo de tan desacreditado y aborrecido Virey, meditaba el modo prudente de quitar este estorbo á la paz y á la terminacion de tantos desastres.

El duque de Guisa persistiendo en su idea de salir á campaña y de acometer á Aversa, reunió la gente popular en San Agustin, y expuso en ella, no sin acierto, y dando á entender que no le era extraña la ciencia de la guerra, que continuar perdiendo fuerzas y tiempo en atacar con éxito ó sin él los puestos españoles, seria perecer en una lucha interminable: que era preciso llevar la guerra fuera de la ciudad, deshacer el bloqueo para proveerse de bastimentos, animar al país, y esperar con ventajas positivas y con una organizacion estable la armada francesa, que no podia tardar en aparecer: concluyó proponiendo la expedicion sobre Aversa, pintándola tan fácil como importante. Grandes y unánimes aplausos recibió por respuesta, y se decidió en la junta, por voto general, ponerse completamente en sus manos, y fiarle sin restriccion alguna y sin intervencion de nadie, el arreglo y ejecucion de las operaciones militares (5).

No agradaba mucho á Genaro Annese este ascendiente que ganaba el duque; pero tenia que doblegarse á él, mal de su grado, y ayudó á la empresa propuesta con eficacia, por no hacerse sospechoso. El de Guisa organizó con destreza el cuerpo de tropas populares que debian acompañarle á la expedicion, y dispuso al mismo tiempo varias oportunas salidas para distraer á Tuttavilla, y ocuparlo léjos del verdadero punto de ataque. Pero el activo y entendido general no ignoraba ninguno de sus planes, y se los comunicaba constantemente al Virey; mas este no daba gran valor á sus noticias, y lo apretaba sin cesar para que emprendiera la toma de la gruta, creyendo remediar así la miseria que reinaba ya en los castillos, alterando la salud de sus guarniciones.

Preparado todo para el ataque de Aversa, trató el duque de Guisa de nombrar maestre de campo general, altísimo empleo que habia querido reservar para su hermano segundo. Muchas ambiciones se pusieron alerta. Monsieur de Cerizantes se lisonjeó de obtenerlo, aunque sólo habia venido como espía del marqués de Fontenay, y era completamente ajeno á la carrera militar: tambien tuvo la audacia de aspirar á él Agustin de Lieto, hombre de nada, y cuyo nombramiento de capitan de guardias habia ya escandalizado á Nápoles; pero lo obtuvo el baron de Módena, buen soldado y leal caballero, que no quiso por cierto recibir la patente de la junta popular con la firma de Annese, sino expedida y firmada por el mismo duque (6).

Entre tanto un bandido llamado Papone se alzó en las inmediaciones de Gaeta con una tropa numerosa, y saqueando y destruyendo los casales en que no habia cundido la rebelion, llegó á talar los campos de Capua y á dar cuidado á Aversa, que ya temia ser embestida. Aprovechando esta favorable incidencia y la venida de Pastena de tierra de Salerno con gran golpe de rebeldes á acometer á la Cava, y á caer de nuevo sobre el puente de Scafati, salió el duque de la capital el 12 de diciembre al frente de cuatro mil peones, quinientos jinetes y seis cañones gruesos, todo con bastante órden y buen ánimo, pero con escasas municiones, y se dirigió á San Giuliano, casal de mucha importancia, situado ventajosamente entre Aversa y Nápoles. Apoderóse de él sin dificultad, y extendióse al de Santantimo poco distante. El baron de Módena, con tanta actividad como inteligencia, pensó inmediatamente en fortificar varios puntos; pues teniendo los nobles mucha y buena caballería y

(4) De Santis.

(5) Comte de Modéne. – De Santis.

(6) Comte de Modéne.

pocos infantes, era necesario ponerse á cubierto de un rebato.

El general Tuttavilla, avisado á tiempo de la salida en campaña del duque, dejó reforzado el puente de Scafati, avisó á Castellamare para que saliera su escasa guarnicion á detener á Pastena, y revolvió al socorro de Aversa, llegando oportunísimamente.

El príncipe francés, aprovechando la ocupacion del baron con las obras y reparos que dirigia, trató de entablar, contra su dictámen, hablas secretas con los de Aversa, para mostrar á los nobles su buena voluntad, y solicitó una entrevista con alguno de ellos, lo que no tardó en conseguir. Cuando lo supo el leal y entendido consejero, le manifestó, que era muy aventurado el paso que iba á dar, no por desconfianza de los nobles napolitanos, incapaces de felonía, sino por la sospecha que iba á despertar en el pueblo, y por el partido que podia sacar el envidioso y enconado Genaro Annese. El duque recibió con ceño estas juiciosas observaciones del único hombre que lo seguia con verdadera lealtad y puro interés, y llevó adelante su poco meditado plan.

Ajustada la conferencia, se señaló para celebrarla el convento de Capuchinos, que está entre San Giuliano y Aversa, y se pactó que cada parte llevaria sólo nueve hombres de séquito. Al dia siguiente por la mañana llegó el primero al puesto marcado el duque de Andria, en nombre de los de Aversa, con sus nueve caballeros; y minutos despues llegó el duque de Guisa con otros nueve, entre los que iban el baron de Módena, que no quiso dejar solo al príncipe, y algunos oficiales napolitanos. Al avistarse se adelantó á galope el de Andria, y lo mismo hizo el de Guisa; y despues de saludarse cortésmente, echaron ambos á un tiempo pié á tierra y se abrazaron. Visto lo cual se apearon y acercaron ambas comitivas, mezclándose sin recelo y con notable cordialidad. Conferenciaron los dos duques largo tiempo en la celda prioral, tratando el francés de persuadir á la nobleza que dejara la causa de España y se adhiriese á su servicio; y contestando el napolitano, que jamás dejarian los nobles las armas en defensa del Rey legítimo, á quien habian jurado fidelidad; con lo que, sin adelantar nada, se retiraron, satisfechos uno y otro de la cortesanía, lealtad y honra con que por ambas partes se habia celebrado la entrevista (1).

El historiador de Santis, á quien no hemos perdido de vista en el curso de esta historia, dice que esta habla se tuvo despues del ataque del puente de Frignano (que luégo referirémos), y que la procuró y ajustó el general Tuttavilla, con la intencion de apoderarse traidoramente de la persona del duque, si no se prestaba á retirarse del reino; y añade que el temor de la escuadra francesa, que llegó el mismo dia, impidió el atentado. Pero el baron de Módena, que no pierde ocasion de denigrar á los españoles y á sus partidarios, y que como maestre de campo general y confidente íntimo del príncipe francés debia estar al corriente de cuanto pasaba, y que, como hemos dicho, asistió á la conferencia, la refiere como ocurrida ántes de la tal jornada de Frignano y del arribo de la escuadra francesa; y no indica la menor sospecha sobre la buena fe y caballerosidad de los señores de Aversa y del general Tuttavilla, á quien ni siquiera nombra en esta ocasion; ni es de creer que tan esclarecido general, y caballeros de tanta estima, como lo son y lo han sido los napolitanos, pensasen en tan indigna superchería. Ó estuvo de Santis mal informado, ó un resentimiento personal le hizo acoger como cierta la sospecha de algun malicioso, ó una hablilla vulgar y despreciable.

Sucedió como lo habia previsto el baron. Genaro Annese y muchos de los jefes populares se escamaron con esta conferencia, y no tuvieron que hacer poco el duque y sus partidarios para remediar el daño, rectificar la opinion de las turbas, contener las murmuraciones de la soldadesca y restablecer la confianza y la disciplina.

Pocos dias despues, avisado el duque de Guisa de que en el casal de San Cipriano habia un considerable almacen de grano, envió las compañías de Giaromo Rosso á apoderarse de él. Este movimiento alarmó á Aversa, y salieron de ella mil y quinientos caballos con direccion á San Giuliano. Estaba comiendo el duque cuando recibió el aviso de los puestos avanzados; y montando á caballo, mandó al baron que pusiera las tropas á punto de defender el cuartel general; al señor Yznards que con la infantería de Santantimo saliese á sostenerle; y voló con la caballería al encuentro de la de sus enemigos, que en buen órden se aproximaba. Pasado el puente de Frignano decidió la carga, y las compañías de su guardia la dieron con intrepidez; pero los nobles las arrollaron de tal modo, que se pusieron en desórden los escuadrones que las sostenian. El duque en aquel conflicto se portó con la bizarría que distinguió y ha distinguido siempre á los príncipes franceses, y haciendo prodigios de valor trató de rehacer á los suyos; pero lográndolo tan imperfectamente, que era imposible el sostenerse, mandó tocar á recoger, y dispuso la retirada por el puente de Frignano, paso dificultoso, y en el que se temió una completa derrota, porque la caballería de la nobleza le apretaba muy de cerca. El baron de Módena habia provisto á su seguridad, pues sin decirle nada habia emboscado la infantería en unas casas hundidas y espesos matorrales, que cubrian la entrada del puente; y saliendo al proviso con ellas, sostuvo la retirada del príncipe, conteniendo con notable descalabro la caballería de Aversa (2). Del séquito del duque quedó prisionero el señor de Orillac, vilmente asesinado luégo por un cobarde; pero los nobles napolitanos le hicieron unas magníficas exequias, para dar un testimonio público de que no habian tenido parte en aquel crímen, y de que, como buenos, sabian honrar el valor de sus enemigos.

Este reencuentro, aunque tan desgraciado, dió mucha nombradía al duque, por la brillante muestra que dió de su valor personal, y desmintió completamente las hablillas y las sospechas nacidas de su conferencia con el de Andria.

Seguia pues en su cuartel general de San Giuliano, extendiéndose por los casales que circundan á Aversa, esperando para embestirla que Papone acabase de interceptar el camino de Capua, y que Pastena llegase con las fuerzas de Salerno, cuando recibió aviso de Genaro Annese de estar á la vista la armada francesa; noticia que le enajenó de gozo en el primer momento, pero que reflexionando luégo, lo dejó suspenso y discursivo.

Efectivamente, el 18 de diciembre de 1647, al amanecer, aparecieron en el golfo de Nápoles, y fondearon luégo en la punta de Posilipo, veintinueve naves gruesas con cuatro mil hombres de desembarco, y cinco brulotes. Mandaba estas fuerzas el duque de Richelieu, y le acompañaban el comendador de Goutes, el bailío de Valance, y otras personas de cuenta, que venian voluntarias á la expedicion (3). La armada española, casi desmantelada y desprovista de tripulacion, se hallaba dividida en tres distintos puntos. En Baya donde estaba el señor don Juan; en el puerto de Nápoles al abrigo de los castillos, con Giannetin Doria; y en Castellamare á donde habian ido algunos bajeles para guardar la costa. Y si la escuadra francesa la hubiese atacado así dispersa y desapercibida, y sin tener en ninguno de los tres puntos fuerza suficiente para resistir, habria sido sin duda alguna destruida; y el no haberlo hecho fué cosa tan de bulto que maravilló á todos, dando á los napolitanos suspicaces muy mala espina del intento de aquellas fuerzas auxiliares.

Dado fondo, trataron los franceses de reconocer la punta, para verificar la desembarcacion; y despues de recibir á bordo á los comisionados del pueblo, que fueron á cumplimentar al almirante con gran cortesía, al despedirlos les manifestó éste que estaba dispuesto á enviar guarnicion de sus tropas al torreon del Cármen. Desconcertó esto sobremanera á Genaro Annese, siempre temeroso de perder un ápice de su autoridad, y reuniendo la junta popular, presentó la proposicion sin apoyarla ni contradecirla. Pero los amigos del arcabucero, ayudados sin saberlo por los agentes del Virey, y por los *capas-negras,* pusieron tan diestramente en juego la desconfianza que habia inspirado el que la armada francesa en cuanto llegó no hubiera empezado su ayuda á la república por destruir la armada española, que resolvió casi por unanimidad oponerse á que los franceses guarneciesen la ciudadela del pueblo. Desabrido el de Richelieu con esta repulsa, no verificó tampoco el desembarque en la punta de Posilipo. Sólo saltó en tierra, con escaso acompañamiento, el abate Baschi, familiar del cardenal de Santa Cecilia, para ir á San Giuliano á visitar al duque de Guisa.

Llegó sin contratiempo, fué recibido con mucho júbilo, y regresó á los bajeles despues de una larga y secreta conferencia. No sabemos lo que en ella pasó, pero quedó de ella tan desconcertado el duque, que prorumpió imprudentísimamente en público en groseras injurias á la Francia, á su gobierno y á su almirante, con palabras y acciones de frenético (4). Traia órden el de Richelieu de entenderse sólo con Genaro Annese, y de ponerse en todo á su disposicion; sin que en las instrucciones se mencionase, ni aun por incidencia, al duque de Guisa; y aunque el prudente baron de Módena procuró calmarlo y aconsejarle lo que más convenia, el acalorado mancebo, sin oir más voces que las de su resentimiento, resolvió impedir por todos los medios posibles el desembarque de franceses, á quienes ya detestaba como enemigos, y dar á conocer al gobierno de Francia que se engañaba miserablemente dando importancia al ignorante y vil maestro arcabucero, y en no darla á un príncipe ilustre de su nacion. Decidido á todo, para desembarazarse de los juiciosos consejos del baron, volvió bruscamente á continuar el sitio de Aversa; y marchó precipitado á Nápoles con su capitan de guardias Lieto, y con su consejero áulico Agustin de Millo, letrado que estaba de acuerdo con el Virey, y que era el que trabajaba con más empeño para indisponer al príncipe con el baron.

CAPITULO XXII

Informado el duque de Arcos de cuanto habia hecho y dicho tan indiscretamente el de Guisa, y del proyecto que á Nápoles los traia, vió el cielo abierto, y que la suerte propicia le proporcionaba el medio más oportuno de alejar la armada francesa, que lo habia puesto en extremo cuidado; y ántes que llegase á la ciudad el irritado y poco sesudo príncipe, pasó en [illegible]. Circuló con tanta rapidez sus instrucciones á los *Capas-negras*, y preparó el terreno con tanto acierto, que la recepcion del duque francés tuvo toda la apariencia de un verdadero triunfo, y jamás el entusiasmo pareció más general. El letrado Agustin de Millo, y los otros que adulando al incauto mancebo pérfidos lo vendian, aprovecharon su desvanecimiento para hacerle creer que el pueblo no queria más jefe que á él, y que para nada necesitaba de franceses, ni de una escuadra sospechosa, por no haber destruido la española, como tan fácil le hubiera sido.

Hinchado con tales obsequios y lisonjeado con tales insinuaciones, reunió el duque de Guisa la junta popular, y pidió en ella determinado el mando supremo; acusando á Annese de querer entregar el torreon del Cármen al almirante Richelieu, que podia estar de acuerdo con los españoles para atacar la Independencia de la república. Entablóse acalorada discusion; pero los esfuerzos secretos de los *capas-negras,* y los públicos y descarados del padre Capece, de José Palumbo, de Grazullo de Rosis, de Cárlos Longobardo y de otros jefes populares, allanaron la pretension del príncipe francés, y fué proclamado el 23 de diciembre *Duque de la república napolitana, y defensor del Estado* (5). Despechado Genaro Annese montó en un caballo, y recorrió los barrios bajos, gritando: que el jefe que proclamaba la junta los iba á vender á los nobles, con los que estaba de acuerdo; pero como el zafio, cobarde y codicioso arcabucero no habia sabido más que hacerse enemigos, no encontró eco ni amparo en parte alguna, y confuso y ahogado de impotente rabia se encerró en su torreon. El duque, envanecido con su fácil victoria, avisó de ella, como por desprecio, á Richelieu, y recorrió las calles de la ciudad, recogiendo aplausos de la multitud, y llegando de cuando en cuando á sus oidos los lisonjeros acentos de *viva nuestro Rey.* – El historiador de Santis asegura que fué aquel dia proclamado Dux, como el de la república de Venecia; pero ningun documento hemos visto que lo indique, y el baron de Módena y otros AA. sólo refieren que le fué conferido el título que dejamos mencionado.

Genaro Annese en su torreon podia muy bien haber desconcertado la ufanía y fantásticos proyectos del ambicioso mancebo, entregando aquella fortaleza á los franceses, ó á los españoles; pero incapaz de resolucion en que se necesitase de habilidad ó de valor, tomó la de enviar humildemente su sumision al nuevo jefe del Estado; con lo que quedó el duque reconocido sin contradiccion en Nápoles como la suprema cabeza de la soñada república, recibiendo en seguida la adhesion y felicitaciones de Pastena, Papone y demás jefes de bandas populares de las provincias limítrofes.

Entre tanto la armada española aprovechando una oscurísima noche, con ágiles maniobras, y sin ser sentida, se reunió en Baya; lo que advertido al amanecer por la francesa, trató de embestirla. Púsose á la vela Richelieu para verificarlo, pero teniendo en contra el viento leveche, que soplaba recio, se dirigió á Castellamare, donde encontró en el valiente Caraffa gallarda resistencia, causándole notable daño la artillería de tierra, por lo que dió fondo fuera de su alcance. El dia 22 fué la armada española, reorganizada lo mejor posible con actividad é inteligencia por el señor don Juan, la que atravesando el golfo hizo rumbo contra la francesa. Viéndose esta embestida, levó anclas y salió al encuentro. Ya comenzaba el combate, que era ciertamente de éxito muy dudoso, cuando una violenta turbonada que levantó mucha mar y causó averías en unos y en otros, lo imposibilitó. Los franceses se vieron obligados á salir del golfo, pasando con gran peligro por entre la punta de la Campanella y la isla de Capri, y los españoles fondearon, despues de larga brega, al abrigo de los castillos (6).

Creyéndose el duque de Guisa ya seguro en la soberanía de Nápoles, y animado con las noticias de las ventajas conseguidas por Papone sobre Teano,

(1) Comte de Modéne. – Memoires du duc de Guisa.

(2) Comte de Modéne. – Capecelatro, MS.

(3) Comte de Modéne. – De Santis. – Raph. de Turris. -- Capecelatro, MS.

(4) Comte de Modéne. – M. Marie Turge-Loredan. *L'état de la république de Naples sous le gouvernement de monsieur le duc de Guisa*, traduit de l'italien. (Este autor, que no creemos fuera mujer, dice en el prólogo que su obra es traduccion de las memorias manuscritas del P. Capece, confesor del duque, á lo que tampoco damos gran fe.)

(5) Comte de Modéne: – M. Marie Tourge-Loredan.

(6) De Santis. – Comte de Modéne. – Relacion de don Juan de Austria, dirigida al Rey.

por Pastena en el puente de Scafati, y por el baron de Módena en las inmediaciones de Aversa, miraba las fuerzas navales francesas como enemigas, y al verlas alejarse se llenó ¡insensato! de júbilo, prorumpiendo sin reserva en los mayores dicterios contra Francia en general, y contra el duque de Richelieu, el marqués de Fontenay y el cardenal Mazarino.

Pasado el temporal, volvió á aparecer la armada en el golfo el dia 27; salió á su encuentro la española, trabóse combate, pero flojamente y sin suceso decisivo; y fondeó el duque de Richelieu detrás de Nisida. Desde allí pidió socorro de víveres al de Guisa, este le respondió secamente, que Nápoles los necesitaba; con lo que desabrido el almirante, y sabedor de las bravatas y fieros del desvanecido príncipe, dió la vela y desapareció, llevándose además un bergantin cargado de grano que venia para los rebeldes. Esta brusca partida contentó mucho al duque de Guisa, sin conocer que aseguraba el triunfo á los españoles; pero los napolitanos, que ignoraban las pasiones de unos y de otros, los manejos ocultos y las verdaderas instrucciones que tenia la armada del Rey Cristianísimo, quedaron atónitos y desanimados viendo partir aquellas fuerzas que con tanto empeño habian solicitado, y en las que habian fundado con razon todas sus esperanzas (1). Así pues quedaron realizados los sagaces cálculos del conde de Oñate, del duque de Arcos, de don Juan de Austria y los deseos de cuantos tenian verdadero interés por la corona de España.

Libre el duque de Guisa de tan importunos testigos, dió rienda suelta á su ánimo jactancioso, á su propension al lujo y vana pompa, y á su debilidad por el bello sexo (2). No descuidaba, es verdad, la guerra, y no dejaba de mostrarse justiciero, con exceso tal vez; pero hablaba mucho y con escasa discrecion; ostentaba un boato que contrastaba con la miseria pública, y hacia descaradamente, sin pudor ni miramiento, la corte á la hermosa viuda del desdichado Toraldo, y á una hermana de su capitan de guardias Lieto (3). Este y el licenciado Millo, que eran sus íntimos favoritos, ostentaban tambien un lujo insultante, y echaban mano para sustentarlo de los más sórdidos manejos (4). Todo esto causó el efecto natural en el pueblo, y el mismo duque de Richelieu, ántes de ausentarse la última vez, tuvo á bordo mensajeros secretos para hacerle saber aquellos excesos y escándalos, y que la nacion no queria tal jefe; y despues marcharon con gran sigilo comisionados á Roma para quejarse al marqués de Fontenay de la depravada conducta del duque (5).

Miéntras este se lisonjeaba ciego de ceñir pronto una corona, que alejaba de sus sienes con su poco tacto y liviano proceder, su fiel amigo y leal servidor el baron de Módena trabajaba para proporcionársela, y darle triunfos que contrabalanceasen sus desaciertos, y aprovechando las ventajas conseguidas por Papone y por Pastena, apretó con teson la ciudad de Aversa. Hallábase ya en ella en grande apuro el general Tuttavilla, pues con sólo la caballería de la nobleza, muy mermada, era imposible defenderla. Pidió socorro de infantería al Virey; pero este no tuvo de donde enviársela; y se contentó con excitarle á resistir con firmeza todo ataque. Mas viéndose aquel valiente y entendidísimo militar estrechado muy de cerca, que empezaban á ser distintos los pareceres de los nobles, cuyas eran las fuerzas con que contaba, y que algunos de ellos, como lo hizo el duque de Maddalone, se retiraban sin contar con él, llevándose su gente; convocó un consejo de guerra donde, leidas las órdenes del duque de Arcos, expuestos los medios de defensa, y debatidas las probabilidades de su éxito, se acordó por mayoría, como consta del acta de aquella reunion, que tenemos á la vista, abandonar á Aversa, y marchar á reforzar la guarnicion de Capua, plaza mucho más importante, y necesitada de gente que la defendiera. Ejecutóse inmediatamente, aquella misma noche, esta resolucion; pero no con tanto órden como hubiera sido de desear, y con precipitacion tan grande que quedaron abandonados graneros inmensos atestados de trigo y forrajes. El baron de Módena ocupó la plaza al amanecer, viéndola abandonada; se apoderó de todos los repuestos, picó la retaguardia de los fugitivos, y avisó al duque sin pérdida de momento. Marchó este en persona inmediatamente á tomar posesion de tan importante conquista; y ó ya que miró con envidia al hábil general que la habia conseguido, ó ya que ufano y envanecido con haber depuesto á Annese, y alejado á Richelieu, le ofendieran los buenos consejos del amigo, ó porque el veneno que habian derramado en su corazon los nuevos pérfidos confidentes habia hecho su efecto, trató al baron de Módena con un despego, con una altanería, con una ingratitud tan ajenas de aquel momento, tan en disonancia con el importante servicio que acababa de hacer á su causa, y manifestadas con tan poco miramiento á la vista de todos, que quedó el vencedor de Aversa harto humillado y ofendido (6).

El general Tuttavilla logró con dificultad suma llegar á Capua: tan grande fué el desórden de la retirada; y entró en ella casi solo. Los barones, roto el freno de la obediencia, como suele acaecer en los desastres, se dispersaron con sus fuerzas indisciplinadas; y unos se derramaron á guerrillear por su cuenta, otros se dirigieron á sus tierras sublevadas, para ver si las podian hacer entrar en razon, y otros, acercándose á Nápoles, entablaron comunicacion con el Virey. Este puso en consejo de guerra al valiente y desgraciado general, y nombró para sustituirlo á don Luis Podérico, que con algunas compañías de infantería y unos cuantos caballos borgoñones marchó en una galera á la boca del Volturno para trasladarse á Capua (7).

CAPITULO XXIII

Aunque alejada la escuadra francesa estaba verdaderamente perdida la rebelion napolitana, nunca en apariencia se vió más boyante, ni habia contado con tan grandes ventajas. El ejército formado por la nobleza, respetable en caballería, estaba disperso. Papone, dueño de Sesa, Fondi é Itri, y engrosada considerablemente su banda, señoreaba un extenso territorio, sin dejar salir á los españoles de Capua y de Gaeta. Pastena, despues de haberse apoderado del puente de Scafati, habia vuelto triunfante por nuevos refuerzos á Salerno, y era dueño absoluto de tan importante ciudad. Con la toma de Aversa y de sus abundantes graneros, debia reinar la abundancia en Nápoles. Las primeras capitales de las provincias reconocian ya la suprema autoridad del duque de Guisa, seguian armadas y hacian continuas correrías contra los castillos que aun conservaban los barones, ó que aun estaban por el rey de España; con lo que la guerra era continua, general y encaminada al mismo fin en todo el reino; y hasta la importante persona del duque de Tursi, consejero y director de don Juan de Austria, estaba en Nápoles prisionera, víctima de un exceso de noble arrojo ó de ciega confianza. Pero el duque de Guisa, con su ligero é inconsiderado comportamiento, desperdició el fruto que podian haber producido tan felices coincidencias, pues creyéndose ya sin enemigos de ninguna especie, ó por mejor decir derrotados todos, se entregó á rienda suelta á sus pasiones, manifestó abiertamente su envidia á todo género de mérito, é hizo imprudente alarde de sus costumbres relajadas y licenciosas (8), con lo que apresuró su perdicion y la de la causa que tan ligeramente y con tan fantásticos planes habia abrazado. Descuidó el sitio de Capua, donde por falta de dinero se insubordinaron las tropas, padeciendo el honrado baron que las mandaba serios descalabros. Desaprovechó el recurso de los graneros de Aversa, entregándolos á la codicia de logreros, con lo que no remedió sino aumentó la carestía de Nápoles; y por más que los hombres sensatos de la revolucion, que deseaban consolidarla, asegurando la independencia nacional, le instaban para que organizase la república, y le indicaban el modo de hacerlo pronto y de la manera más conveniente para el país; persistió en permanecer él solo á la cabeza de la sublevacion desorganizada, obrando segun su capricho, y como absoluto déspota sin regla ni concierto.

Por aquellos dias recibió don Juan de Austria pliegos de España, con poderes amplios para hacer todo cuanto considerase necesario para acabar con la rebelion, y para asegurar el dominio de Nápoles, y ofreciéndole pronto socorro, y trató de corresponder dignamente á esta confianza de su padre y de su Rey. Divulgada la noticia, que oyó con imbécil desprecio el duque de Guisa, aunque debió haber conocido que habia hecho gran mella en los napolitanos; Genaro Annese y su partido por un lado, y por otro los *capas-negras*, que ya conocian que la Francia habia levantado la mano, manifestaron reservadamente al príncipe español que no le seria difícil concertar un ventajoso acomodo, como no interviniese en él el Virey, cuyo nombre era odioso á la nacion. Tambien los barones que guerreaban en distintos puntos se pusieron de acuerdo entre sí, y le enviaron un mensajero rogándole que tomase el vireinato y alejase al duque de Arcos; con lo que podria lograrse fácilmente, en una avenencia, el fin de tantas calamidades.

Don Juan, de ánimo generoso y benigno, y ajeno de toda ambicion, resistia el despojar á una autoridad legítima para ponerse en su lugar; pero apretado por todas partes, y convencido de que el odiado duque era un obstáculo invencible para la deseada pacificacion, juntó un numeroso consejo en Castelnovo. Discutióse en él detenidamente si era ó no posible tranquilizar el reino bajo el gobierno del Virey; si convendria ó no destituirlo; y si el príncipe, en virtud de sus poderes, podia ó no verificarlo, y tomar su lugar. Los tres puntos, despues de largo debate y de razones de mucho peso, expuestas por las distintas opiniones, se decidieron por considerable mayoría de votos en contra del duque de Arcos, el cual resignó allí mismo su autoridad y entregó el baston, despechado al considerar que otro iba á coger el fruto de su obstinada paciencia y de su lentísima astucia; pues menester es confesar que si su debilidad, imprevision ó falta de energía primero, y luégo sus imprudentes arrebatos, pusieron las cosas á punto de perdicion; su constancia inflexible en los reveses, esperándolo todo del tiempo, y su funesta habilidad, no envidiable, en atizar rencores, encender pasiones, y desunir, sin reparar en los medios, los ánimos de sus enemigos, tenian ya inminente la completa ruina de todos ellos, y el triunfo seguro de las armas españolas. – Despojado pues del mando y sustituido en él por un príncipe de sangre real y de altas esperanzas, partió el 28 de enero de 1648, en una galera, para Civitavecchia, llevando tras sí la maldicion de todo el pueblo. Pero sea dicho en elogio de su probidad, tan pobre, que tuvo que buscar prestado el dinero indispensable para los gastos del viaje (9).

Tomó el señor don Juan el título de Virey interino. Publicó en Nápoles y esparció en el reino una proclama escrita con mucho tacto, que hizo un efecto maravilloso, y despachó á Madrid un correo con relacion circunstanciada de lo acaecido; y pocos dias despues, ó para probar lo seguro que estaba de recobrar el dominio de la ciudad y del reino todo, ó porque realmente fuese deplorable el estado de la armada, determinó privarse de su apoyo, y de un medio de retirada, y la envió á Puerto Mahon.

No dejó de inquietar al duque de Guisa aquel cambio, y trató de ganarse á toda costa al duque de Tursi, tan influyente en el ánimo del nuevo Virey, y á quien como hemos apuntado tenia prisionero, y no muy generosamente tratado; mas habiéndose estrellado su plan en la entereza del noble anciano, despreciador de halagos y de amenazas, de palabras blandas y de groseros insultos, determinó ganar con las armas en la ciudad ventajas tales, que aumentaran su prestigio y deshicieran las esperanzas que empezaban á fundarse en el príncipe austriaco. – Reunió un cuerpo escogido de tres mil hombres, y atacó con él vigorosamente el arrabal de Chiaja y su ribera. Apoderóse sin gran resistencia del torreon de Piedigrotta, y en seguida de la iglesia de San Leonardo sobre el mar, y se derramaron los vencedores á saquear y ejercer todo género de violencias en los habitantes de aquel barrio poco entusiasta de la rebelion. Orgulloso el duque con esta victoria, quiso embestir á Puzzoli, pero volvieron de allí sus tropas escarmentadas.

El señor don Juan, con prudencia muy superior á sus años, anudó diestramente las negociaciones rotas por culpa de su antecesor, tanto con Genaro Annese cuanto con los *capas-negras*, y no se descuidó en comunicar órdenes á los barones que obraban fuera de Nápoles para que se reunieran de nuevo; con lo que algunos vinieron disfrazados á tomar personalmente sus órdenes, y á ponerse completamente á su disposicion.

Los tratos secretos entre los populares descontentos y el nuevo Virey empezaron á abrir camino á un arreglo, y aun se cruzaron proposiciones no desatendibles. Aquellos pedian la ocupacion de uno de los castillos, la intervencion en la eleccion de autoridades, y la facultad de enviar embajadores á Roma, bajo cuya proteccion se habia de hacer el ajuste. Este contestaba que el pueblo ocuparia los muros y puertas de la ciudad, y conservaria el torreon del Cármen; que intervendria en el nombramiento de funcionarios públicos, exceptuándose el de Virey, el de general de la armada y el de gobernador de los castillos; y que podria enviar comisionados á la corte pontificia. Pesábanse secretamente estas demandas y estas concesiones, cuando algunos favorables sucesos vinieron á reforzar el prestigio del príncipe español; pues si tuvo el descalabro de que las galeras San Francisco de Borja y Santa Teresa fueron entregadas al pueblo por las chusmas, que se rebelaron y asesinaron á los cómitres y oficiales de mar; el príncipe de Rocaromana sorprendió y derrotó á Papone, libertando de su pesado yugo la Tierra de Labor, y restableciendo la comunicacion entre Capua y Gaeta; y el duque de Bovino en un reñido encuentro destrozó á Pastena, en el momento que marchaba á apoderarse sin dificultad de Castellamare y de Torre de la Annunciata (10).

Estas ventajas adquiridas por las armas reales consternaron á los rebeldes; y viendo que no estaban contrapesadas con la toma de Aversa, pues que no se habia remediado con ella el hambre de la ciudad, y reconociendo ya todos el error de haber rechazado los socorros de la armada francesa, fué universal el despecho y el abatimiento. Aprovecháronse grandemente de él el villano Genaro Annese, los ardientes partidarios de la soñada república, y los afectos á la paz á toda costa y á los

(1) De Santis. – Comte de Modéne.
(2) M. Marie Tourge-Loredan.
(3) M. Marie Tourge-Loredan.
(4) Comte de Modéne. – De Santis Agnello de la Porta.
(5) De Santis.
(6) Comte de Modéne. – M. Marie Tourge-Loredan.
(7) De Santis. – Capecelatro, MS.
(8) M. Marie Tourge-Loredan.
(9) De Santis. – Comte de Modéne. – Capecelatro, MS.
(10) De Santis. – Compte de Modéne.

españoles, reuniéndose, como siempre acontece en ciertas circunstancias, los distintos partidos pequeños aunque opuestísimos entre sí, para destruir al dominante, y lisonjeándose cada cual de que quitado el estorbo, supeditará luégo á los otros sus aliados, triunfando sus ideas y sus peculiares intereses. ¡Error gravísimo y comun en todas las disensiones civiles!

El duque de Guisa, llena la cabeza de viento, confiado siempre en sus propios recursos, y abandonado siempre en brazos de infames favoritos, era el único en Nápoles que no conocia los peligros de la situacion; y creyéndose con más fuerzas de las que realmente tenia, y contando siempre con el prestigio de su nombre, sin ver que andaba ya por tierra, determinó una embestida general y simultánea á todos los puntos de la ciudad ocupados por los españoles, jactándose de que en un momento y de un golpe iba á apoderarse de toda ella. Opúsose á este descabellado proyecto el baron de Módena, que aunque ofendido y desairado por su príncipe, persistia á fuer de leal en aconsejarle; y le manifestó con sólidas razones, que la operacion era de éxito muy dudoso, y que lo que convenia era estrechar á Capua y apoderarse de ella á toda costa; pero el presuntuoso mancebo despreció sus avisos y preparó el ataque, sin recatar de nadie su plan, ni reservar las instrucciones dadas á los distintos jefes que debian ejecutarlo; con lo que el príncipe Virey tuvo lugar de prepararse, de reforzar los puestos y de asegurar el éxito para sus banderas.

Dispuesto todo á medida del capricho del duque francés, que recibió de refuerzo para aquella jornada un número inmenso de bandidos que vinieron á su llamamiento, y de los restos de las tropas del derrotado Pastena, señaló el dia 12 de febrero para el ataque general. Repartió la masa de tropas populares, no mal organizadas, en divisiones de dos y de tres mil hombres, mandadas por los jefes más expertos y animosos, quedándose él con una numerosa y escogida reserva en San Lorenzo. Prontas las columnas en sus puestos respectivos, y bien aleccionados los jefes, se dió la señal de arremeter, y cada una por el camino trazado de antemano, se arrojó denodada sobre el puesto español, cuya expugnacion le estaba encomendada: con lo que fué en un momento general el combate por toda la ciudad. Duró todo el dia y gran parte de la noche furioso y encarnizado; y aunque el órden y el ímpetu de la acometida hubiera honrado al ejército mejor disciplinado y más valeroso, la defensa fué tan resuelta y gallarda que ni un solo puesto donde ondeasen las enseñas españolas fué ganado por el pueblo (1). Y siendo tan desigual el número de los defensores, que cada uno de ellos tenia que pelear á la vez con diez asaltantes, quedó la victoria por las armas del Rey; siendo increible el destrozo de las masas populares, que dos, cuatro, y seis veces volvian como perros rabiosos á las estacadas y parapetos, inexpugnables por el esfuerzo heróico de los españoles; pues lució tanto aquel tremendo dia, que el mismo baron de Módena, sobrio de elogiarlos, dice en sus memorias como testigo de vista; «el valor de los españoles adquirió muchos grados de gloria en tan importante jornada.»

Dia de luto y de consternacion fué para la angustiadísima ciudad el que siguió á tan horrenda matanza. Sangre, y sangre napolitana corria por los arroyos de las calles; y lágrimas amargas por los rostros de sus habitadores. Cuál buscaba al amanecer, entre los montones de muertos horrendamente heridos y mutilados, el cadáver de un padre; quién el de un hijo ó un hermano; aquella el de un esposo ó un amante; otros los de sus amigos y protectores; y todo era confusion y despecho, y los alaridos de las viudas, de los huérfanos, de los ancianos, resonaban en aterradora armonía.

Furioso el duque de Guisa culpando, con bien poca razon, de cobardes y de traidores á los jefes de las columnas, recorrió á caballo la ciudad, oyendo en toda ella gritar á los afligidos grupos: *Paz, paz queremos;* y no pocas veces ni en pocas partes: *viva el rey de España;* exclamaciones que le pintaban el estado de los ánimos, al abatimiento de las turbas, y el deseo general de reposo á cualquiera costa. Y para aumentar la desesperacion de Nápoles y completar el dia, los bandidos, que habian venido á tomar parte en tan desastrosa faccion, y que pasaban de cinco mil, pidieron descaradamente la recompensa ofrecida. El duque, por contentarlos, no pudiendo cumplir su oferta, les dió una escasa suma de dinero, con lo que enojados aquellos facinerosos, aprovechando el luto y desfallecimiento general, atacaron y saquearon ántes de salir de Nápoles al barrio de San Antonio, sin que nadie se lo pudiese estorbar (2).

Nuevas proclamas del duque, y nuevos esfuerzos de sus partidarios calmaron poco á poco tan aflictiva situacion; renacieron esperanzas del pronto regreso de la armada francesa, suponiendo que habia ido á la isla de Elba á recoger más tropas de desembarco. El bandido Papone volvió á aparecer en las inmediaciones de Capua, repuesto de su derrota; y un numeroso cuerpo rebelde, mandado eventualmente por un francés aventurero, consiguió una señalada victoria, sorprendiendo otro de tropas napolitanas fieles, mandadas por el marqués de Salsa, el de Buonalbergo, don Pedro Spínola y otros caballeros que pelearon como buenos y murieron desastradamente. Tantas ventajas animaron mucho á los populares, haciéndoles olvidar la pasada rota, y trataron de apoderarse por inteligencia del importante puesto de Pizzo-falcone; pero fueron descubiertos los agentes de la trama, y ahorcados inmediatamente.

Aclarado un poco el horizonte, y tranquilizado algun tanto el espíritu público, insistieron los partidarios de la república en que no fuese esta una mentira, y en que se organizase como tal el Estado, saliendo del de confusion en que se hallaba, y que creian ser la causa de tanta alternativa y de tan poca consistencia. El duque de Guisa, viéndose estrechado de cerca, esquivó las exigencias de los republicanos, y fomentó un partido contrario que se opusiese abiertamente á ellas; con lo que llevó con su imprudencia habitual las cosas casi á punto de rompimiento; pues en la plaza del Mercado y en otros sitios de la ciudad hubo serios disturbios, en que sonaron encontrados los gritos de *viva la República, viva el duque de Guisa;* dando la contienda ocasion de que con buen agüero llenasen también el aire las voces de *vivan la paz y el rey de España.* Y por último el duque, para terminar aquel desórden fomentado por él mismo, pero que no giraba tan en su provecho como habia creido, manifestó que queria organizar debidamente el gobierno republicano, arboló una bandera, que por un lado tenia sus armas y por otro las iniciales S. P. Q. N.; nombró una comision para trabajar el proyecto de constitucion y la forma que se habia de dar al Senado, y acuñó moneda con su busto, y el sello y leyenda de la República napolitana (3).

CAPITULO XXIV

El señor don Juan de Austria, con gran tacto y discrecion, aprovechaba las circunstancias todas, que debian apresurar el favorable desenlace de aquel sangriento y prolongado drama. Logró, como era de esperar, ausente el duque de Arcos, atraer al arzobispo Filomarino; y haciéndole olvidar pasados resentimientos, le obligó á poner nuevamente el peso de su influencia en la balanza. Estrechó relaciones con Genaro Annese, acaloró á Vicente Andrea y á los republicanos, y dió oportunas instrucciones á los *capas-negras;* con todo lo cual adelantó muchísimo en el camino de las negociaciones; y con tanto recato, habilidad y circunspeccion, que nada, nada pudo traslucir ni sospechar el ligero y atolondrado duque de Guisa: formando ciertamente un contraste singular el carácter de los dos príncipes.

Cerca estaba pues el triunfo que merecian los españoles por su constancia en mantenerse firmes contra los embates de la fortuna, cuando vino á reemplazar á don Juan en el cargo de Virey, que interinamente y con tanto acierto desempeñaba, el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y de quien ya hemos hecho honorífica mencion.

Alarmado el gabinete de Madrid con la noticia de la, aunque saludable, ilegal deposicion del duque de Arcos, juzgándola con harta razon de peligroso ejemplo, por más que hubiese recaido la suprema autoridad en tan leal y generoso príncipe, hijo predilecto del soberano, se apresuró sábiamente á enviar un Virey con nombramiento real. Dudóse en la corte sobre la eleccion, y aun hubo en el consejo quien desacertadamente propuso al duque de Medina de las Torres, ya conocido y muy poco amado de los napolitanos; pero afortunadamente recayó en el conde de Oñate. Eleccion feliz, pues este personaje habia con su sagacidad y entereza ganado en Roma mucho crédito, aumentando en muchos quilates el buen nombre que heredó de su padre, famoso por los importantísimos servicios que habia prestado en Alemania, ya descubriendo y contrarestando la conjuracion de Walstein, ya deshaciendo los atrevidos planes del esforzado Gustavo Adolfo. Recibió pues su nombramiento en Roma, avisó de él al señor don Juan, y el 2 de marzo de 1648 llegó á Nápoles con cinco galeras, dinero, municiones, y aunque poca, alguna gente de refuerzo. Desembarcó en el arsenal, saludado por la artillería de los castillos y combatido por la del torreon del Cármen, cuyos tiros le mataron dos galeotes del esquife, al momento de tocar en el muelle (4).

El señor don Juan de Austria como generoso príncipe, honrado caballero, reverente hijo y leal vasallo, acató las órdenes de su Rey y la voluntad de su padre, sin el menor descontento; despojándose gustoso de un mando que ejercia, no legalmente, sino por la fuerza indeclinable de las circunstancias, y lo entregó sin titubear y sin reserva al que venia en toda regla á ejercerlo. Y para que lo hiciera con mas acierto y mejor servicio de la corona, puso en sus manos todos los hilos de las negociaciones secretas; y le instruyó lealmente del estado de los negocios, dándole además muy sesudos é importantes consejos; á lo que el conde correspondió [illegible] á tan franco proceder, elogiando mucho la conducta observada por el príncipe en los dias que habia gobernado el reino, y siguiendo sus mismos pasos, no ejecutó en lo sucesivo [illegible].

Reconoció personalmente el nuevo Virey los castillos y puestos fortificados de Nápoles; circuló proclamas y ofertas de completo olvido por la ciudad y por las provincias; se puso en comunicacion con las capitales subalternas del reino, y con todas las fortalezas mantenidas por las armas del Rey; envió oportunas órdenes y acertadas instrucciones á las columnas volantes, que cruzaban el pais todo; socorrió con hombres, municiones, vituallas y dinero las plazas de Capua y de Gaeta; estrechó relaciones con Genaro Annese y con los *capas-negras;* animó con cartas y honrosos mensajes á los nobles que peleaban y sostenian el nombre español en sus feudos; y á los que estaban más inmediatos les rogó viniesen, como lo verificaron, á la ciudad para reforzar su guarnicion.

Desconcertado el duque de Guisa con la actividad increible del nuevo Virey, y por la facilidad y acierto con que organizaba sus recursos, empezó á sospechar que tenia minado el terreno que pisaba; pero en lugar de conocer que lo perdian sus nuevos favoritos, y su poco circunspecta conducta, se entregó más y más en brazos de ellos, y aumentó más y más los escándalos, llegando á tal punto de ceguedad, que como el baron de Módena, á pesar de verse en desgracia, solo arrastrado de su buen celo por aquel ingrato príncipe, le rogase que mirara por sí y por su reputacion, se indignó tanto que lo mandó prender, lo encerró sin comunicacion, y dispuso que se le formase causa por una comision militar creada expresamente (5). Este arbitrario é injusto proceder con militar tan valiente, tan entendido y tan estimado de todos, y algunas muertes violentas, que mandó dar á personas de gran valía entre el populacho, y los desórdenes de su vida privada, acabaron de disgustar completamente aun á sus más ciegos partidarios, llegando á ser ya tan poco respetada su persona y acatada su autoridad, y á hacerse el servicio de tan mala gana, que varios puestos de los más importantes de la ciudad quedaron algunas noches completamente abandonados.

No dejó de aprovechar este resfriamiento por el príncipe francés el villano Genaro Annese, pues se salia á caballo de su guarida para concitar contra él los barrios del Lavinaro y de la Congeria. Mas el duque, que al cabo era valerosísimo y jamás recataba su persona, voló á atajar el desórden y á reprimir la osadía del arcabucero, que viéndose sorprendido y descubierto huyó cobardemente á esconderse en su torreon. Este acontecimiento, el haber sido ahorcados despues de padecer tormentos espantosos los fautores y cabezas de dos conspiraciones republicanas que se descubrieron, y la voz esparcida con oportunidad de que en un momento á otro volvia la armada francesa con fuerzas muy considerables, restablecieron algun tanto la opinion y autoridad del duque de Guisa, dando vida á nuevas esperanzas; y algunas ventajas conseguidas por Papone en las márgenes del Volturno, y por Pastena cerca del puente de Scafati, reanimaron el aliento del populacho.

El duque de Guisa, ó porque efectivamente esperase socorros, si no de la armada francesa, de algunos bajeles que le pudieran enviar sus agentes particulares; ó por dar á entender que los esperaba, quiso asegurarse de un buen fondeadero, como era indispensable en estacion tan cruda, y discurrió en mal hora apoderarse de la isla de Nisida, que, colocada detrás de la punta de Posilipo, ofrece abrigo á embarcaciones de poco porte. Defendíala un castillejo con escasa guarnicion española. Trató de ganar á esta con dinero, y viendo rechazadas sus ofertas, determinó acometer la isla, y lo verificó saliendo con corto aviso de Nápoles, al frente de unos cinco mil hombres, disponiendo que le ayudasen cuantas barcas de pescadores pudo armar y fortalecer convenientemente (6).

El conde de Oñate que acechaba, para aprovecharse sin dilacion, todos sus desaciertos, viéndolo ocupado en aquella inoportuna empresa, pensó al momento en hacer una salida de los castillos, publicando la paz, pero dispuesto á la guerra si hallaba resistencia en el pueblo. Reunió inmediatamente un consejo de guerra presidido por el señor don Juan de Austria, y consultó con él la operacion, confesando que era osada y que podia ser de gravísimo riesgo. Acostumbrados todos los concurrentes á la paciencia ejemplar y nimia circunspeccion del duque de Arcos, y empapados en sus máximas, creyeron imprudente y demasiado arrojada la determinacion; pero el príncipe don Juan, cuyo ánimo generoso no estaba muy satisfecho de tanta espera, y el anciano don Dionisio de Guzman,

(1) Comte de Modéne. – De Santis.
(2) De Santis. – Comte de Modéne.
(3) De Santis. – Comte de Modéne. – Capecelatro, MS.
(4) De Santis. – Comte de Modéne. – Capecelatro, MS.
(5) Comte de Modéne.
(6) De Santis. – Comte de Modéne.

de genio pronto y arrebatado, é inteligentísimo en el arte de la guerra, defendieron el proyecto del Virey con tanto calor y con tan poderosos argumentos, que decidió al cabo el consejo su ejecucion (1).

CAPITULO XXV

Sin pérdida de tiempo combinó su plan el activo conde de Oñate. Circuló las órdenes necesarias con el mayor recato, y dió las instrucciones convenientes con la mayor reserva; y aprovechando el oportuno socorro llegado de España en una galera de Sicilia, de quinientos buenos soldados al mando del valeroso maestre de campo don Alonso de Monroy, decidió la jornada.

Reforzado el castillejo de Nisida, reconocidos los puestos militares de los rebeldes, y puesto de acuerdo con los *capas-negras*, y con los jefes populares ganados de un modo ó de otro, ántes de amanecer el memorable dia 6 de abril de 1648 puso el determinado Virey sobre las armas todas las tropas disponibles, españolas, napolitanas y tudescas, que formaron una columna de poco más de tres mil hombres. El denodado don Juan de Austria fué de los primeros en acudir á caballo; y como el conde de Oñate le rogase que no saliera del castillo, ni aventurara su persona en aquella jornada, en que podia ser grande el riesgo y el éxito dudoso; le contestó resuelto y como verdadero príncipe, que porque lo consideraba así no dejaria de hallarse en ella y de hacer lo que á su alto nombre convenia. Llegada la hora y dada la señal, marchó la fuerza unida al puesto de San Sebastian; y de allí partiendo á un mismo tiempo las distintas divisiones que debian atacar simultáneamente los puestos populares, se dió glorioso principio á la reconquista de la ciudad.

El maestre de campo Caraffa, con ciento sesenta españoles y cincuenta napolitanos, tomó la puerta de Alba y los baluartes de la de Constantinopla, encontrando escasa resistencia, y fué á reunirse á la plaza del Almirante con don Diego de Portugal, que la habia ocupado con trescientos españoles, para sostener al capitan Vargas, que entró en el alojamiento del duque de Guisa arrollando su guardia. El puesto de Sant-Anello fué acometido vigorosamente y tomado por el maestre de campo Gennaro con cien españoles, cien walones y doscientos tudescos. El marqués de Torrecusa se encargó con un peloton de veteranos y de oficiales excedentes de atacar la Vicaría, como lo ejecutó con felicidad; y detrás de estas columnas, que á un mismo tiempo obraban, sostenidas por otras que las seguian de cerca, salió la caballería mandada por el general Tuttavilla, llevando á sus órdenes al marqués de Peñalva, á don Alonso de Monroy, al príncipe de Torrella y á otros nobles napolitanos: y ya se dividia para sostener los ataques, ya se reunia en las plazas, segun convenia al plan propuesto, ó lo exigian las circunstancias. Mandaba la retaguardia el señor don Juan de Austria, cercado de una escolta de nobles napolitanos á las órdenes del duque de Andria, y llevaba consigo el tercio de Viedma y la caballería del país; dividiéndose ó reuniéndose esta fuerza oportunamente, segun convenia al éxito de la operacion, ó lo exigia el terreno; y detrás con la reserva marchó el Virey, conde de Oñate, con la caballería borgoñona y algunos arcabuceros españoles escogidos. Acompañábanle los generales Guzman, Batteville y Visconti, con otras personas de importancia, y acudia con actividad é inteligencia á donde era menester.

Ni uno solo de los puntos embestidos pudo resistir el ímpetu de nuestras tropas; y dejando en los más importantes un piquete que los custodiase, sin perseguir á los fugitivos, ni ensangrentarse en los vencidos, volvieron á reunirse las fuerzas en tres columnas, para atravesar la ciudad, y caer á un tiempo sobre la plaza del Mercado y el barrio del Lavinaro; pues las turbas populares que habian sido desalojadas con tanta facilidad, se refugiaron en aquellos puntos, donde rehechas y engrosadas con todos los habitantes de ellos, se disponian á arrancar á los españoles la, hasta entónces, tan fácil y rápida victoria.

El cardenal Filomarino, que aunque habia cooperado á las últimas negociaciones, lo habia hecho con frialdad y corto empeño, sabiendo que el Virey y el príncipe estaban reconquistando tan fácilmente la ciudad al frente de un puñado de soldados, y que pasaban con sus columnas vencedoras cerca de su palacio, salió á pié y en ropa de casa á su encuentro, para felicitarlos y ofrecerles su cooperacion. Acogiólo el conde con muestras de gran respeto y de atenta cordialidad; y disponiendo le trajesen al proviso sus vestiduras de ceremonia, y dándole un caballo dignamente enjaezado, que llevaba de respeto, lo puso al lado del príncipe, continuando la marcha hácia la plaza del Cármen (2).

A medida que se acercaba el rumor de las tropas vencedoras, se enfriaba el ardor de las aun respetables masas, que aunque en desórden y con la confusion propia del caso, podian haber hecho una obstinada defensa. Sólo Mateo Amore osó adelantarse al encuentro de las columnas con unos cuantos valientes; pero pagó con la vida su temeridad. Lo mismo acaeció á Pedro Longobardo en el barrio del Puerto, donde opuso á las fuerzas españolas una obstinada resistencia. Estos últimos descalabros acabaron de desanimar al pueblo, y á media mañana las escasas tropas del Rey eran dueñas de toda la ciudad, sin más pérdida que la de diez hombres, tan corta fué la resistencia que encontraron; pues por todas partes, al grito de *viva el Rey*, *viva la abundancia, no más gabelas*, caian las armas de las manos de los rebeldes, y se poblaban las calles, balcones y azoteas de alegre gentío, que repetia agitando en el aire blancos pañuelos: *viva la paz, viva el Rey de España.*

Sólo quedaban ya en poder de la rebelion San Lorenzo, puerta Nolana y el torreon del Cármen. Envió el Virey dos destacamentos á apoderarse, como lo lograron sin dificultad, de los dos primeros puntos; y puso todo su conato en ocupar lo más pronto posible el tercero, que era el verdaderamente importante. Reunió las fuerzas todas, no dándole ya cuidado los barrios bajos; y encargó al príncipe don Juan que las llevase sin detenerse á la plaza del Mercado, miéntras él con algunos arcabuceros escogidos y caballos á la ligera, recorria y aseguraba las avenidas de las calles laterales, y se apoderaba de paso de algunos puestos de poca importancia, y cuerpos de guardia, que podian aún servir de puntos de reunion á los desesperados; y se llevó consigo al Cardenal arzobispo para asegurárselo, conferenciando con él sobre el modo de restablecer completamente la tranquilidad, despues de afianzada la victoria.

Sin oposicion ni contratiempo alguno llegó el señor don Juan de Austria á la plaza del Cármen, donde pálido y temblando salió del convento y se arrojó á sus piés el nuevo electo del pueblo; el cual oyendo en los benignos labios del Príncipe las consoladoras palabras de *perdon y olvido de lo pasado*, se animó algun tanto, le besó la mano, y tomando un caballo lo siguió en silencio. Vinieron muy pronto el Virey y el Arzobispo; y extrañando que no se hubiese ya presentado Genaro Annese, y advirtiendo que el torreon daba muestras de ponerse en defensa, enviaron un oficial de energía á entenderse con el maestro arcabucero. Este consternado le dijo, que pues se hallaba allí el cardenal Filomarino, deseaba tratar con su Eminencia. Diósele gusto, por evitar inútiles desgracias, y entró el Prelado solo en el torreon, y no tardó en salir dejando convencido á aquel hombre soez, pero todavía temible, de que rendir y entregar la fortaleza inmediatamente era lo que le cumplia. Envió el Virey á don Cárlos de la Gatta á posesionarse de ella, pero el pérfido Annese con su gramática parda, mostrándose muy solícito en enterarle menudamente de las armas, víveres y municiones que estaban allí almacenadas, retardaba visiblemente la entrega, con lo que cansada la paciencia del Virey, que se habia apoderado entre tanto del convento, mandó arrimar dos petardos á la puerta del torreon (3). Su estruendo y el efecto que produjeron aterraron á Genaro Annese, y salió pálido, trémulo, miserable á entregar las llaves de la fortaleza al Príncipe español. Acogiólo don Juan con benignidad, manifestóle con el ademan y con las palabras que lo perdonaba, y como aquel villano aun continuase dando muestras de terror y de desconfianza, le gritó Su Alteza con enfado: *Por vida del Rey, mi señor, álzese y no dude que está perdonado* (4). Don Cárlos de la Gatta fué en el acto nombrado gobernador del torreon, y quedóse en él con dos compañías escogidas de españoles, y algunos artilleros alemanes.

Enarbolado el estandarte real en la ciudadela de la rebelion, la capital toda estaba en poder del Virey, cuya osada empresa habia completamente coronado la fortuna. Sólo restaban dos cosas: asegurar completamente la victoria, y dar gracias al Todopoderoso. Para lo primero envió el conde de Oñate al general Tuttavilla y al valeroso don Alonso de Monroy, con fuerzas escogidas, á ocupar las alturas del Vómero y las marinas de Chiaja, é impedir al duque de Guisa la vuelta á la ciudad. Para lo segundo don Juan, á la cabeza de las tropas vencedoras, se dirigió á la catedral. Cantóse allí un solemne *Te Deum*, con gran concurrencia. En seguida dió el Príncipe un paseo triunfal por las calles principales, colgadas y adornadas ricamente, y puestos de trecho en trecho retratos del Rey, victoreados sin cesar por un inmenso gentío. El historiador de Santis, testigo de vista, refiere con estas palabras, que traducimos del italiano, tan inesperada escena: «Era cosa increible el ver cómo llora»ban de ternura y de alegría, hombres, mujeres, »jóvenes, viejos, ricos y pobres, y abrazarse amigos »y enemigos, habitantes y forasteros, sin rencor de »los pasados robos y recientes violencias... Parecia »que no habia más que una voluntad, la de gozar la »paz tantos meses deseada.» El baron de Módena la refiere tambien casi en los mismos términos.

Entre los sonoros aplausos de la muchedumbre alborozada llegaron á palacio el Príncipe, el Virey y el Cardenal, seguidos y acompañados de los generales y consejeros, de los señores napolitanos y jefes populares, que ó se habian rendido á tiempo, ó habian contribuido á la feliz pacificacion. Las tropas se retiraron á los cuarteles y castillos, desbaratando ántes las trincheras y empalizadas de los puestos populares. Gruesos retenes quedaron en los más importantes, y numerosas patrullas se derramaron por la ciudad, con órdenes terminantes de observar la más estrecha disciplina, y con pena de muerte para el soldado que molestase en lo más mínimo á los habitantes.

El estruendo de las salvas, el rumor de las aclamaciones populares y el rimbombe de las campanas, avisaron al Duque de que algun suceso de mucha importancia ocurria en la capital; y levantando el campo, trató de regresar á ella inmediatamente. A pocos pasos llegaron confusas nuevas de lo ocurrido, pero que no dejaban duda del completo triunfo de los españoles, y vióse el Duque francés en el momento abandonado por las fuerzas populares que acaudillaba. Resolvió entónces, seguido de algunos caballeros, dirigirse á Aversa, para ponerse á la cabeza de las tropas que amagaban á Capua y hacer con ellas el último esfuerzo. Pero al anochecer llegó allí, ántes que él, la noticia exacta de lo ocurrido en Nápoles; y aquel ejército popular, ya muy indisciplinado y desobediente por la falta de pagas, se dispersó en cortos instantes. Informado de todo don Luis Poderico, y temiendo la fuga del Duque al Estado romano, derramó su caballería por la frontera para cortarle el camino. El desgraciado Príncipe, perseguido y cercado por todas partes, y no sólo ya por sus enemigos sino tambien por sus propios soldados y por los villanos de la comarca, que pocas horas ántes lo victoreaban y obedecian, trató valerosamente de abrirse camino con la espada. Pero herido su caballo, y estrechado de cerca por el bizarro Visconti, teniente de la compañía de corazas de don Diego de Córdoba, se entregó prisionero, y fué conducido á Capua con diez caballeros franceses, que como buenos no lo abandonaron. Recibiólo allí cortésmente el general Poderico, púsole á buen recaudo y dió aviso al Virey. Dos dias despues fué conducido á Castelvolturno, y de allí al castillo de Gaeta, donde el severo conde de Oñate quiso cortarle públicamente la cabeza. Mas el señor don Juan se opuso, hasta recibir órdenes del Rey. Así se hizo, y á pocos meses vino la de que fuera el Príncipe prisionero á España, donde no tardó en recobrar su libertad (5).

Con gran rapidez se extendieron las noticias de lo ocurrido en la capital, y de la prision del duque de Guisa, por todas las provincias del reino. En todas ellas cesaron al punto los horrores de la guerra, y todas despacharon comisionados á Nápoles para someterse á la autoridad del Virey é implorar la clemencia del príncipe don Juan. Y aunque despues de trastornos tan complicados como habian agitado aquel vigoroso país, era difícil restablecer pronto y de un golpe la calma y el reposo, la entereza del conde de Oñate, templada acaso por la benignidad de don Juan, y la prudencia, sagacidad y tacto de ambos, restablecieron el imperio de las leyes y el órden público, borrando pronto hasta las huellas y rencores de tan calamitoso periodo.

No cumple ya á nuestro propósito referir, que algunos dias despues, habiendo momentáneamente aparecido á la entrada del golfo la armada francesa, se descubrió una conjuracion de poca importancia, que costó la cabeza al turbulento Genaro Annese. Ni cómo el activo conde de Oñate aseguró el estado de Nápoles, desalojando gallardamente á los franceses de la isla de Elba y de las costas de la Toscana. Ni tampoco que mucho tiempo más adelante, el atrevido duque de Guisa volvió, sin éxito, á dejarse ver en las playas de Castellamare. La sublevacion napolitana, que nos propusimos referir, empezó el 15 de julio de 1647, y terminó, cansada de sus propios esfuerzos y vencida por la perseverancia española, el 6 de abril de 1648; corto periodo en que demostraron los napolitanos un valor fabuloso, y á veces una ferocidad inaudita; y los españoles una constancia heróica.

El primitivo objeto de aquel movimiento popular, esto es, el de la abolicion de las gabelas, quedó conseguido; aunque á costa de un mar de sangre y de pérdidas incalculables, que hicieron, como siempre acontece en tales casos, mucho más doloroso y terrible el remedio que la enfermedad. El anhelo de emancipacion y de independencia que nació en el curso de la conmocion, aunque noble y generoso, fué tan inoportunamente concebido, y por tan malos medios, y por tan impotentes manos encaminado, que no podia tener efecto. El cielo en sus inescrutables decretos tenia guardada la emancipacion é independencia del reino de Nápoles para un siglo despues; y de un modo más tranquilo, legítimo y conveniente, que afianzara, bajo el cetro de un gran príncipe de la casa de Borbon, su grandeza, su gloria y su estabilidad. — *Nápoles, año 1847.*

(1) De Santis.
(2) De Santis.
(3) De Santis. — Comte de Modéne.
(4) De Santis.
(5) De Santis. — Comte de Modéne. — M. Marie Tourge-Loredan. — Capecelatro, MS., y otros autores.

VIAJE AL VESUBIO

Desde mi llegada á Nápoles, el objeto que más me ha ocupado la imaginacion ha sido el Vesubio; ese soberbio gigante, que se alza aislado y solo en medio de la llanura más hermosa y apacible del mundo; que domina el golfo más risueño del Mediterráneo; que se ve circundado á respetuosa distancia, por elevados montes cubiertos de poblacion y de arboleda; y que mira á sus piés, más como tirano que como protector, una de las primeras y más ricas capitales de Europa, considerables y risueñas poblaciones y preciosas quintas, que duermen tranquilas sobre otras famosas ciudades y apacibles jardines, que ha devorado el volcan. Así los niños juegan, travesean, descansan y duermen entre los árboles y flores del cementerio, en que yacen sus abuelos, sin recordar siquiera sus nombres, y sin pensar que les aguarda el mismo destino.

¡Cuán gallardo se eleva el monte Vesubio, ofreciendo desde léjos al viajero atónito sus atrevidos contornos, que se destacan sobre un apacible cielo y que encierran la figura de un ancho cono casi regular, desde que se separa de la montaña de *Somma*, á quien está unido por la base, y con la que se cree que en tiempos remotísimos formaba un solo cuerpo!..... Lo fértil y risueño de su falda, donde reina una perpetua primavera; la abundante y lozana vegetacion de sus empinadas lomas; su elevada cima cubierta de escorias y cenizas, que se bañan por la tarde de un apacibilísimo color de púrpura; y el penacho de humo, ya blanquecino, ya negruzco, ya dorado por los rayos del sol, que corona su frente; forman un todo tan grande y tan magnífico, que visto una vez no se olvida jamás, porque nada puede borrarlo de la fantasía.

La subida al Vesubio debe hacerse de noche, para gozar mejor del efecto del fuego, y para admirar desde su elevada cumbre el amanecer, la salida del sol, y á la luz del nuevo dia el magnificentísimo país que señorea. No quise pues dejar pasar la hermosa y apacible luna de julio, sin que me alumbrara en la penosa diversion de trepar á las cumbres del volcan, que estaba además encendido y amagando una pequeña erupcion.

Á las once de la noche del dia 31 de julio, salimos de mi casa de Nápoles, en dos carretelas, las siete personas que formábamos la expedicion: entre ellas la jóven y linda condesa de Sclafani, con su marido (españoles); el príncipe de Schwarzenberg, y el señor Yrizar, magistrado de Filipinas, que acababa de venir de allá por el istmo de Suez. La luna estaba en todo su esplendor, y rodaba por un cielo purísimo. No agitaba la atmósfera el más pequeño ambiente. El mar, tranquilo como una mansa laguna, dormia mudo en las blandas arenas de estas risueñas playas. Rápidamente recorrimos el camino de más de una legua que va hasta *Ressina*, y que es una calle continua de palacios, verjas de jardines y elegantes edificios, que iluminados por la luna parecian la decoracion de un teatro. Durante nuestro viaje, no separamos los ojos del coloso á cuyos hombros íbamos á trepar, y cuya espantosa boca íbamos á examinar de cerca. Su oscura masa se dibujaba clara y distintamente sobre el fondo del cielo estrellado, coronando su cima una columna de humo encendido. Parecia el inmenso casco empavonado de un Titan, sobre cuya cimera volaba un penacho rojo.

Llegamos á Ressina, donde ya teníamos preparados guías, caballos, portantinas, hachas de viento y las provisiones necesarias para tan penosa expedicion. Pero encontramos agitada la gente con la noticia de haber ladrones en la montaña. Y era cierto. Dos viajeros españoles habian retrocedido desde la ermita para esperar mi llegada y hacer la subida con más seguridad. Eran estos el señor don Lino Campos y el señor Basualdo, que vinieron inmediatamente á saludarnos, y nos refirieron que dos viajeros prusianos, que acompañados de un solo guía subian al cráter, acababan de encontrarse con cuatro facinerosos que los habian robado y mal herido á uno de ellos. No nos arredró este acontecimiento, porque éramos muchos y ya se habia puesto en movimiento la gendarmería del territorio, para asegurar el monte, donde preciso es decirlo en honor de la verdad, ocurren muy rara vez casos semejantes.

Dejamos nuestras carretelas, montamos en los caballos acostumbrados al viaje, y formamos una caravana de catorce personas, con gran número de guías y el capataz de ellos, hombre muy práctico en aquellos escabrosos lugares. A pesar de que la luna era clarísima, como teníamos que atravesar los callejones que forman las cercas de las huertas y jardines, y luégo por entre espesas arboledas, se encendieron varias hachas de viento, á cuya roja luz presentaba una apariencia verdaderamente fantástica nuestra cabalgada, rodeada de aquellos hombres atléticos y medio desnudos, de rudo aspecto y de robustas formas.

Empezamos á subir lentamente por un camino pedregoso y desigual, y desembarazados de los tapiales y caserías, entramos en los bosques y viñedos que cubren y entapizan aquella falda; y notamos que el Vesubio, que desde léjos parece tan liso, unido y poco fragoso, tiene quiebras asperísimas, profundos valles y espantosos despeñaderos; semejante á aquellas personas que parecen de léjos y en visita tan apacibles y mansas de condicion y que luégo en sus casas y tratados de cerca, se ve que son unos verdaderos tigres.

A la hora larga de viaje penoso, llegamos á la ermita, situada en una loma del monte, como á un tercio de su altura. Llámase ermita á un edificio muy capaz, con salon para viajeros, cocinas, caballerizas, tabernas y otras dependencias, y que aun le cuadraria más bien el nombre de *parador;* como le estaria mejor el de *mesonero* al ermitaño, que no tiene de tal sino el hábito. Es un hombre de más de sesenta años, que lleva más de veinte de estar en aquel, no yermo, sino tránsito continuo de extranjeros y nacionales de toda categoría, condicion, edad y sexo: y conócesele á la legua que es hombre de mundo, y acostumbrado al trato de gentes. Apeámonos todos fatigados y hambrientos, y aunque es contra regla el tomar alimento ántes de la subida, porque con el estómago lleno se hace más fatigosa y hasta puede ser nociva, estábamos todos tales, que resolvimos de comun acuerdo cenar ante todo. Subimos pues al salon de la *ermita-posada.* Allí nos hicimos servir el repuesto, y devoramos un corpulento *paté de foie gras*, y varias sabrosas frutas, agotando, entre alegre conversacion, dos botellas de exquisito vino del Rhin, y otras dos de deliciosa manzanilla de Sanlúcar. Entre tanto el *ermitaño-posadero* nos presentó el libro en que suelen escribir sus nombres los viajeros, y no lo hicimos nosotros porque vimos en sus hojas mil necedades, escritas en varios idiomas, y algunos extravagantes dibujos más de obscena mano que de mano maestra. Nos deteníamos allí más de lo regular, cuando nos puso en movimiento la áspera voz del capataz, diciéndonos que si queríamos llegar al cráter ántes del amanecer, no nos podíamos ya descuidar.

Volvimos á nuestras cabalgaduras, y en ellas aun anduvimos otros tres largos cuartos de hora, por tortuosas sendas y estrechos y difíciles desfiladeros, atravesando un terreno asperísimo, y donde á cada paso aparecia más mezquina y raquítica la vegetacion. En las gargantas del monte, á nuestra izquierda veíamos petrificado el espantoso torrente de lava que en la erupcion de 1822 puso á Ressina muy cerca de correr la misma suerte que Herculano, sobre cuya tumba está fundada. Llegamos á una cresta que domina aquellos lugares, y que se llama el *atrio del caballo*, donde descuella una rústica cruz de madera, límite que marca á los curiosos, que quieren reconocer el volcan en sus erupciones, hasta dónde pueden llegar sin peligro cuando corren las lavas por aquel lado. A poco trecho no quedan ya ni aun señales de vegetacion: piérdese y bórrase totalmente el camino: y el terreno es ya tan áspero y tan pendiente, que no pueden dar ni un paso más las caballerías, siendo por lo tanto preciso abandonarlas. Allí empieza lo fatigoso y lo terrible de la ascension. A la pálida luz de la luna y á la movible é incierta de las hachas de viento, se ve delante una interminable subida de unos sesenta grados de inclinacion, y en algunos parajes casi perpendicular, cubierta y erizada de espesas y colosales escorias, de puntiagudos peñascos, de lava petrificada, de materias carbonizadas y de cenizas negruzcas; horror da el verse á los piés de aquel inmenso coloso que parece esconde su frente en la region del fuego y á cuyos hombros se va á subir. Verifícase esto de tres maneras; los muy ágiles y de largo resuello, trepan solos y como pueden por aquellas asperezas, donde no hay calzado que resista, dando continuos resbalones y caidas, y llegando arriba medio muertos. Los que no se fian tanto de sus fuerzas ni de ssu pulmones, se hacen preceder por un guía que lleva dos largas correas cruzadas sobre el pecho: se agarran fuertemente de ellas, y caminan como colgados en la mayor ansiedad, faltándoles muchas veces el terreno en que afirman los piés, y despechados de haber encadenado su albedrío y entregado su suerte á aquel hombre rudo y desconocido, que más ágil y fuerte que ellos se complace acaso en llevar á sus víctimas por lo más difícil y peligroso. Y en fin, los que por su desgracia se encuentran débiles ó enfermos ó con más años á cuestas de lo que quisieran, suben en *portantina.* Esta se reduce á una mala silleta de madera blanca, como las del Prado de Madrid, y las de las ventas y cocinas de Andalucía, con dos largos varales de castaño, sujetos y atados á un lado y á otro con tomizas. Las cuatro extremidades de estas dos rústicas palancas, se apoyan en los hombros de cuatro robustos jayanes, que, como á santo en andas, llevan al cuitado viajero en la mayor ansiedad con los piés colgando, y en el más inminente peligro. Lo empinado de la cuesta da una inclinacion tan grande hácia atrás á la portantina, que es menester tenerse fuertemente asido á ella para no desocuparla; y trabajan los brazos y los puños todo lo que descansan las piernas y los piés. Como el terreno es tan desigual, á veces los portadores de un lado caminan por un sitio mucho más elevado que los del otro, y el desnivel de aquellas rústicas andas es tal, que parece imposible sostenerse en ellas. Muy á menudo, ó tropieza uno de los mozos, ó se le rueda el terreno, y resbala y cae, y da la *portantina* de repente tal sacudida, que parece va á precipitarse. Ya los cuatro conductores descienden rápidamente, resbalando quince ó veinte pasos, ya se encuentran todos sin apoyo alguno y quedan en un pié buscando el equilibrio, y bamboleando al infeliz viajero sobre aquellos hondos abismos. La subida en *portantina* es la peor de todas, aunque parezca la más descansada.

Apénas empezamos la nuestra, se cubrió el cielo de espesas nubes, robándonos la luz de la luna, que apareció al través de ellas como un cadáver amortajado; y envolviendo la alta cumbre á donde nos dirigíamos, dieron al fuego un color opaco y más espantoso. Los hachones de viento eran ya los solos que nos alumbraban en tan penoso paso; y el ver á su rojizo y ondulante resplandor que abultaba las sombras de la montaña, los rudos semblantes y toscos miembros de los guías y la larga hilera que formaba la caravana, trepando aquellos recuestos, y el oir los agudos gritos con que nos llamábamos unos á otros, y las maldiciones y reniegos de los que tropezaban, y los alaridos y palabrazas con que nos animaban y se animaban á sí mismos los hombres de la montaña, y los jayanes de las *portantinas*, y la hora y el sitio á donde con tanta fatiga nos dirigíamos, formaban un todo satánico y aterrador, que no parecia escena de este mundo.

Al cabo de una larguísima hora, que se nos figuró un siglo, llegamos á la cumbre deshechos en sudor y rendidos. Tomamos aliento y nos pusimos nuestros gabanes y capas, porque el frio de aquella region era muy penetrante, y podia sernos muy perjudicial en el estado de cansancio y de transpiracion en que nos encontrábamos. Caminamos aun unos doscientos pasos más sobre un terreno poco inclinado, llano y movedizo, todo compuesto de ceniza y piedras pequeñas, y llegamos al borde del cráter.

¿Quién puede describir el grande, el magnífico, el aterrador espectáculo que se presentó á nuestra vista? Quedamos mudos, inmóviles, extasiados, confundidos... Todas las fatigas, todos los peligros de la subida se nos olvidaron, y los hubiéramos arrostrado cien veces gustosos por vernos allí, por gozar de aquel indescriptible prodigio.

En el cráter del Vesubio una conca circular de más de trescientas varas de diámetro, y de unas ciento de profundidad, y hace el efecto de una plaza de toros vista desde el tejado, cuando en su centro se quema de noche un árbol de pólvora. El fondo de esta conca es una costra que cubre el abismo, formada de lavas ya frias y petrificadas, ya escandecentes, y de inmensas masas de azufre. Las paredes de violento y desigual declive, son peñascos inmensos de lava, escorias, cenizas y materias carbonizadas. En medio de esta conca se

alza un montecillo cónico de unas setenta varas de altura, con laderas lisas, negras y muy empinadas: y termina con una boca casi circular de unas veinte varas de diámetro, por la que vomitaba sin cesar una columna de humo espeso, y un vivísimo resplandor. En lo profundo, y como si dijéramos en las entrañas de la tierra, se oia un ronco hervor, semejante á la respiracion de un coloso aherrojado: y de rato en rato, con un intervalo muy corto, despues de una detonacion horrenda, como la descarga cerrada de un batallon, ó el estruendo de una pieza de grueso calibre, lanzaba un rio de llamas, que se perdian entre el humo á cuarenta ó cincuenta varas de altura, iluminando en torno los horizontes, y con ellas millares de piedras de todos tamaños encendidas, que abriéndose como un plumero, y elevándose á grande altura, caian luégo como un granizo y con horrible ruido, en las laderas del montecillo, rodando por ellas hasta apagarse ó perderse en los arroyos de lava que lo circundan, hacian el efecto de las chispas de un fuego de artificio de gigantes.

El cráter del Vesubio estaba la noche que yo lo examiné cual lo acabo de describir; pero varía de forma muy á menudo, y en las grandes erupciones desaparece esta conca, y todo su espacio forma la inmensa boca que arroja humo, llamas y peñascos encendidos, y rios destructores de lava ardiente, que resonando se derrumban ya por un lado, ya por otro de la montaña, llevando la desolacion y el exterminio á muchas leguas de distancia.

El cansancio nos obligó á echarnos en el suelo de aquella cresta sobre la blanda ceniza; pero pronto advertimos que estaba abrasando, y lanzando un vapor sulfuroso que nos ahogaba. Levantámonos más que de paso, y fuimos á buscar descansadero más fresco. En la mitad de la bajada del cráter, lo encontramos en un enorme peñasco, donde tomamos seguro asiento y reparo contra el viento, que era fresco y penetrante en demasía. Algunos de la caravana no se contentaron con esto y bajaron con gran dificultad al fondo de aquella conca á observar de cerca los arroyos de lava, que como culebras de fuego serpenteaban en torno del montecillo. Gran riesgo corrió por cierto uno de los curiosos, pues debajo de los piés se le quebró la costra de lava y se vió muy á pique de hundirse en el abismo del volcan.

¡A cuántas consideraciones filosóficas, á cuántos recuerdos históricos da ancho campo el exámen detenido del Vesubio!... Es ciertamente un enano si se le compara con el Etna y con otros volcanes de América y Asia, pero ninguno de ellos es tan famoso, ó bien porque está más á la mano, y donde se le visita con facilidad, ó porque ha ejercido sus rigores contra víctimas más célebres y más conocidas, ó en fin, porque ninguno ofrece mayor interés á las investigaciones de los naturalistas. Sus erupciones han descubierto claramente cómo se forman los terrenos *plutónicos* y han enriquecido la mineralogía con mil especies nuevas, y con singulares cristalizaciones, que figuran al lado de las piedras preciosas.

Todo es mudable y perecedero en la cima, en las laderas, en los contornos del Vesubio. Sus convulsiones subterráneas y sus erupciones han variado completamente la configuracion del terreno que señorea. Ya ha presentado nuevas bocas, ya no ha dejado ver ninguna. Ya se han alzado colinas en la llanura, ya han desaparecido otras. Ya han retrocedido las playas dejando nuevas ensenadas y ancones, ya han entrado mar adentro formando nuevos cabos y promontorios. Así que la configuracion del terreno de Nápoles y de su golfo, es enteramente distinta de la que le dan las descripciones que de ella hacen los antiguos. Pompeya, por ejemplo, era puerto de mar, y las ruinas de aquella ciudad desventurada, yacen hoy cuatro millas distantes de la marina.

Parece lo más conjeturable que el Vesubio se alzó del seno del mar, formando un solo cuerpo con la montaña de Somma, y que ardió en la más remota antigüedad. Apagado despues por muchos siglos, disminuyó sus primitivas dimensiones, y se cubrió de vegetacion. Consta que en una cueva que en él habia se escondieron ochenta y cuatro gladiadores de la conjuracion de Espartaco; y que en tiempo de Augusto era una apacible colina cubierta de viñedos y de árboles frutales. En el año 79 de la era cristiana volvió á levantarse bravo y destructor, y como repuestas sus fuerzas con tan dilatado sueño; y destruyó á Pompeya, Herculano, Stabia y otras ciudades y aldeas; dando nueva configuracion al terreno, causando la muerte de Plinio el mayor que quiso examinar de cerca aquel cataclismo, y ofreciendo ancho campo á la proverbial beneficencia del gran Tito.

Treinta y seis erupciones ha tenido el Vesubio desde entónces acá. En la del año 472 lanzó tan abundantes cenizas, que oscurecieron el cielo, y llegaron, impulsadas de un recio poniente, hasta Constantinopla. En la del año 1036 volvió á arrojar lava. Pero la más terrible de todas fué la de 1631. Los historiadores de aquel tiempo hacen de ella una descripcion espantosa, y refieren que perecieron más de diez mil personas en los villajes, casales y campos que arrasó la lava. Hacia más de cien años que no daba señales de vida el monte y creian completamente extinguido el volcan, pues segun el abate Bracini, estaba reducido á una loma poco elevada, y en su cima, donde ni aun señales habia de cráter, y que estaba cubierta de frondosa vegetacion, brotaban tres veneros de agua caliente. La elevacion que hoy tiene el Vesubio la adquirió repentinamente en posteriores erupciones; en la de 1230 se elevó su cumbre prodigiosamente. Terrible fué la de 1737; se calculó la mole de su lava en un cubo de 113 toesas; aun se ve gran parte de ella hácia la torre de Greco. En la erupcion del año 1760 se abrieron diez y ocho bocas que lanzaban fuego y lava en la falda del monte, muy cerca de la torre de la Anunciata, poniendo esta preciosa poblacion en gran conflicto. En la de 1767 los sacudimientos del volcan fueron tales, que tembló la tierra veinte millas á la redonda. En la de 1794 la lava recorrió un espacio de tres millas y media, y entró más de cien varas mar adentro. El frente de este torrente espantoso era de más de cuatrocientas varas, y su altura sobre la tierra de cinco. En la erupcion de 1822 llegó á ser de más de una milla el frente de la lava, y puso en gran peligro á Ressina, y otra vez á la torre de la Anunciata. En la de 1834 la masa de fuego rompió con estruendo espantoso hácia la aldea de Otajano, causándole daño incalculable. Desde entónces acá puede decirse que no ha habido erupciones, aunque haya arrojado fuego el volcan. pues la de 1839 que fué la última, no merece tal nombre, apénas lanzó lava, y no causó mal alguno.

Miéntras duran las erupciones, se oye en la falda de la montaña un espantoso ruido subterráneo, semejante al hervor de una inmensa caldera; y algunos dias ántes de romper se secan las fuentes y pozos de los alrededores, y se nota algun movimiento en el mar. Algunas temporadas parece el volcan completamente apagado, sin arrojar su boca ni el más leve vapor; dijérase entónces que duerme el coloso, y que descansa el genio exterminador que habita en sus entrañas; pero lo regular es que siempre lance humo en mayor ó menor cantidad. Algunas veces arroja ceniza en tanta abundancia, que anubla con ella completamente el sol; otras, arena en tal cantidad, que cae luégo como una espesa lluvia por todos los contornos, y tambien ha lanzado á grande altura copiosos rios de agua hirviendo. Pero el espectáculo más sorprendente y magnífico que presenta el Vesubio, es el conocido con el nombre del *Pino*. Es este una columna de humo y de ceniza que se eleva perpendicularmente desde el cráter, á una prodigiosa altura, donde se extiende en torno en inmensa copa, formando la imágen del árbol que le da nombre. Plinio el jóven comparó ya con él este fenómeno, en la carta en que refiere á Tácito la muerte de su tio y la destruccion de Pompeya. Estas son sus palabras: *Nubes oriebatur, cujus similitudinem et formam non alia magis arbor quam pinus expresserit, nam veluti trunco elata in altum quibusdam ramis difundebatur*. El pino que arrojó la erupcion del año 1822 se elevó en el aire más de seis mil varas, y su copa presentó al principio una circunferencia de más de tres millas, y se fué luégo extendiendo de modo, que cubrió todo el cielo, causando tan espesas tinieblas, que no las penetraron los rayos del sol, y hubo en Nápoles treinta y seis horas de oscurísima noche.

Las dimensiones actuales del Vesubio son unas veinte millas de circunferencia en su base y 3,600 piés de elevacion sobre el nivel del mar.

No todos los volcanes arrojan lava, y ninguno lo ha hecho con más abundancia que el Vesubio. La lava es una masa de materias metálicas derretidas por la accion del fuego, y que forman una pasta flúida semejante al vidrio liquefacto, que rebosa por los bordes del cráter, y corre por las laderas hasta los valles, hasta la llanura, hasta el mar, arrasando cuanto encuentra. Afortunadamente camina muy lentamente aun por el mayor declive, y si encuentra á su paso algun muro no perforado con puertas ni ventanas bajas, se detiene y pára á seis ú ocho pasos de distancia, se hincha, y sin tocarlo, busca curso por uno ú otro lado; pero si hay puerta ó ventana, se precipita por ellas, y destruye el edificio. Cuando su torrente de fuego se acerca á un árbol, aun ántes de tocarlo gime y estalla el tronco, se secan y caen repentinamente las hojas, y arde el esqueleto con vivísima llama en cuanto le toca la lava.

Conserva esta el calor largo tiempo, y empieza á enfriarse cubriéndose de ásperas escorias su superficie. Fria del todo se hace pétrea y durísima y se cortan de ella losas con que están empedradas las calles de Nápoles y de todos los pueblos de la redonda, y grandes sillares para todo género de construcciones. Admite pulimento, y es capaz de todas las labores del más delicado cincel. Su color en este estado, es ceniciento oscuro con diferentes vetas.

Tambien arroja el Vesubio cristalizaciones particularísimas que trabajadas por el arte parecen piedras preciosas, y que figuran como tales en los más ricos aderezos.

Embebidos en la contemplacion del volcan, en recordar su historia, y en oir las vulgares tradiciones que en su dialecto particular nos referian los hombres de la montaña, se pasó rápidamente el tiempo, y empezó la aurora á esclarecer los horizontes. Á su blanca luz perdió mucho de su efecto aterrador el fuego del volcan, pero se aumentó el del humo, qne se elevaba en fantásticos nubarrones por el espacio. Y notamos entónces que no sólo salia de la boca del montecillo situado en el fondo del cráter, sino que más ó ménos espeso, brotaba por todas las grietas de la montaña, y hasta de las hendiduras de las peñas en que estábamos sentados.

El capataz de los guías nos manifestó que si queríamos gozar del espectáculo del sol naciente, debaímos apresurarnos á subir al más alto pico del borde del cráter que cae á la parte oriental del Vesubio. Subimos á él sin tardanza, enterrándonos la ceniza caliente hasta las rodillas, y tropezando con grandes peñascos de lavas, y al llegar á su cumbre se presentó á nuestros anhelantes ojos la más grande, la más magnífica escena del mundo.

El fresco viento de la mañana habia barrido el cielo de nubes y despejado completamente la atmósfera. En aquella altura nos encontrábamos como entre el cielo y la tierra y respirando un aire purísimo. Clavamos en silencio los ojos en el oriente y vimos ceñido el remoto horizonte con una ráfaga de grana perfilada de oro, sobre la cual se dibujan los contornos recortados de los montes Apeninos, cuya masa ofrecia un todo de azul turquí oscuro. Un momento despues empezó á aparecer el disco del sol, sin que le ofuscara el vapor más tenue, y alzándose lentamente, parecia una inmensa rueda de topacio. Destacado ya de las cumbres, y adquiriendo todo su rutilante esplendor, ofuscó nuestros ojos que se inclinaron deslumbrados á la inmensa llanura que teníamos á los piés. Velada estaba con una ligerísima niebla blanquecina, y al través de aquella trasparente gasa, vimos á vista de pájaro, sus frondosas arboledas, sus feraces campos, sus risueños caseríos, todo cruzado de caminos y sendas, por los que hormigueaban ya los hombres y los ganados. Despues que nuestros ojos se templaron y repusieron en tan agradable reposo, los tornamos al occidente, y otro encantador espectáculo se desarrolló delante de nosotros. El hermoso golfo de Nápoles parecia una laguna de plata, y ligeros cisnes, los pequeños barcos latinos que en todas direcciones lo surcaban. Sombríos aun los montes de Castellamare, contrastaban con las brillantes tintas de púrpura y oro que esmaltaban las cumbres de Capri, de Ischia y de Posilipo. Y Nápoles, la deliciosa, la opulenta, la encantada Nápoles, parecia una belleza desnuda durmiendo en medio de un jardin. No hay en la tierra vista más admirable.

¡Cuántas emociones tan diferentes, pero tan grandes sentimos aquella noche y aquella mañana...! Emociones que han dejado tan profunda huella en mi imaginacion, que no se borrarán jamás. Sí, habíamos visto las más admirables obras del Criador; habíamos contemplado lo terrible de su ira en la boca del infierno, en el cráter de un volcan, y lo grande de su beneficencia en la puerta del cielo, en el sol...

Ya era tiempo de descender del Vesubio, el calor empezaba con el dia y dispusimos volver á dar reposo á nuestras almas y á nuestros cuerpos igualmente fatigados.

Desde aquella alta punta en que nos encontrábamos desciende, hasta lo más profundo del valle que separa la montaña de Somma del Vesubio, una lisa rampa de ceniza de unos 50 grados de inclinacion. Por ella se deja uno ir con gran rapidez, y sin poderse detener dado una vez impulso al cuerpo. Así lo hicimos, y en diez minutos ó ántes ya estábamos en la tierra de los mortales. Divertidísima es esta bajada, en que muchas veces se cae de espaldas ó se rueda, sin ningun daño, pero no sin burla y risa de los compañeros de viaje más diestros ó más afortunados. Ni hay en ello más peligro que el de encontrar soterrado en la ceniza algun pedazo de lava, contra el que es fácil romperse una pierna; ó el que algun grueso pedrusco ruede detrás del viajero, lo alcance, lo derribe y magulle.

Deshechas las botas, abrasados los pantalones, destrozadas las levitas y abollados los sombreros, nos encontramos en el valle, y por él anduvimos como unas dos millas para llegar al sitio en que la noche anterior dejamos nuestras caballerías. En ellas y por el mismo camino que trajimos, y que á la luz del dia nos pareció mucho más empinado, áspero y peligroso, llegamos á la ermita. Hicimos un breve alto y continuamos molidos y soñolientos á Ressina. Allí tomamos nuestros carruajes que con gran rapidez nos condujeron á Nápoles á donde llegamos á las nueve y media de la mañana.

Nápoles 1844.

VIAJE A LAS RUINAS DE PESTO

A las nueve de una hermosa mañana de mayo, en que un trasparente celaje templaba el ardor del sol, refrescando la atmósfera la ligera brisa del mar, partimos de Nápoles por el camino de hierro últimamente establecido, que conduce á *Nocera*. Deslizábase rápidamente el convoy, dejando atrás la capital magnífica y su concurrido puerto, donde está parte de la preciosa escuadra napolitana con gran número de vapores de guerra, y donde se ven reunidos tantos buques mercantes de diferentes naciones.

Siguiendo la playa pasamos por *Portici*, bajo cuyas casas yace envuelta en la lava del Vesubio la antigua Herculano; por la *Torre del Greco*, pueblo fundado sobre otros dos, víctimas de las erupciones del volcan, y por la torre de la *Nunciata*, donde dejando la ribera entramos tierra adentro por las cercanías de Pompeya, y al través de un campo delicioso, cultivado con esmero. Su feraz produccion, y sus viñedos formando pabellones, festones y guirnaldas, enlazadas con los árboles pomposos y corpulentos de que está sembrada la llanura, forman un rico y risueño paisaje, de que es último término, por la izquierda, el majestuoso Vesubio, con sus laderas de esmeralda y su penacho blanquecino de humo y ceniza; y al frente y á la derecha, elevadas montañas cubiertas de arboleda y de casas de campo. En una hora llegamos á *Pagani*: esto es, recorrimos seis leguas castellanas, en cuyo tiempo no dejaron de mortificarme las dolorosas reflexiones á que daba lugar al ver en un país, que ciertamente no tiene fama de muy aventajado, caminos de hierro, escuadra, gran número de barcos de vapor, tierras cultivadas con asiduidad y maestría, casas de campo, gendarmes á pié y á caballo perfectamente vestidos custodiando los caminos públicos, poblaciones risueñas, limpias y bien empedradas, industria, tráfico, movimiento y vida, miéntras que en nuestra patria tan grande, tan poderosa, tan rica y con tantos elementos para ser una de las primeras naciones de Europa, nada hay de esto, porque pierde el tiempo y se aniquila visiblemente en inútiles controversias y en enconadas personalidades.

En Pagani alquilamos caballos del país, pequeños, pero de mucho fuego y poder, y con ellos trepamos una altísima montaña, cuyas empinadas laderas están cubiertas de robustos castaños y de viciosos matorrales. Entre ellos serpentea un buen camino de herradura, construido con mucho arte, y desde cuyas revueltas se descubren admirables puntos de vista. En la cima de la montaña descuella la torre de *Chiunsa*, atalaya circular antiquísima, que hoy sirve de nido á los milanos y de blanco á las tormentas, pues se ven las repetidas huellas del rayo en sus rotos sillares. Pasando por una venta al pié del derruido torreon, nos despedimos de la vista del Vesubio, y doblando la cumbre, empezamos á bajar cuestas ménos rápidas, por entre graciosas lomas cubiertas de vegetacion, por entre adelantadas viñedas, siempre formando festones enlazados á los árboles, y por entre espesos bosques de valientes hayas y de pomposos castaños, viniendo á dar al *valle de Tramonte*.

La lozana fantasía del más fecundo artista no podrá imaginar sitio tan delicioso y pintoresco. Ambas vertientes están pobladas de lindas casas de campo, de pedazos de tierra cultivada con inteligencia, de árboles corpulentos y frondosísimos. Corre en lo hondo de la cañada un copioso torrente, aprovechado por un gran número de fábricas de papel allí establecidas. Lo variado y lindo de los edificios, y los graciosos puentes rústicos con que se comunican, y los malecones y caprichosos acueductos que van de un lado á otro para contener ó conducir las aguas, y las cataratas y despeñaderos que forman las sobrantes, y el ruido de las ruedas de las máquinas hidráulicas, y el bullicio de la multitud de obreros empleados en aquellas manufacturas, forman un todo tan rico, tan variado, tan sorprendente, que es imposible dar una idea de él en una fria descripcion.

Najuri, pueblo de buen caserío de dos y tres pisos, con calles muy limpias y muy bien enlosadas, está colocado á la embocadura de este valle, y á orillas del mar, aprovechando una pequeña cala para abrigo de sus barcas pescadoras. Lo atravesamos, y el golfo de Salerno se presentó á nuestra vista, desierto, triste y majestuoso. Tomando á la derecha una calzada magnífica construida á media ladera de los escarpados montes que forman la costa, y muy semejante á la que conduce de Calella á Barcelona, llegamos á *Ninuri*, pueblecito de la misma fisonomía que el anterior, colocado tambien en las gargantas de un risueño valle. Dos millas despues, y casi en igual posicion, atravesamos á *Atrani*, poblacion más grande que las anteriores, y patria supuesta del famoso Masaniello, y designan como su casa aun habitada y de pobre, pero limpio aspecto, una que ocupa un empinado risco, entre otras casi iguales que pueblan aquellos montes. Doblamos en seguida una punta donde están los restos de un antiguo castillejo, y llegamos á la famosa ciudad de *Amalfi*, á la que fué rival de Pisa, y émula de la opulenta Génova y de la poderosa Venecia; á la que tanta parte tuvo en las cruzadas, siendo fundadora en ellas de la célebre órden de San Juan de Jerusalen; á la que mereció en fin en el siglo X el pomposo renombre de *Reina de los mares*. Pero ¡ cuánto han mudado los tiempos! Ni se concibe cómo un pueblo pequeño, capaz apénas de siete mil habitantes, colocado en la estrecha garganta de un pequeño valle, donde escasamente hay espacio para su actual caserío, rodeado de escarpados y altos montes con una reducidísima cala, sin fondo ni abrigo, abierta á los ponientes y á los sures, vientos violentísimos en estos mares, haya podido ser una ciudad de 60,000 almas, el almacen de las riquezas del mundo, y uno de los puertos más famosos y más concurridos de la antigüedad. — No, no se ve allí ninguno de aquellos vestigios de la opulencia y del poder, que se encuentran en otras ciudades decaidas ó arruinadas. — No hay ni una sola casa antigua, ninguna de gran capacidad; no existen ni aun fragmentos de murallas, de almacenes, de muelles, de malecones; de aquellas obras, en fin, indispensables en todo puerto mercantil, para abrigo de los bajeles, para resguardo de las mercaderías, para defensa de la riqueza, para albergue de la opulencia... Hasta cuesta trabajo el creer que hubo allí jamás poder y opulencia. En Pisa decaida y casi desierta se ven luengas y anchas calles, soberbios palacios, fuertes torres y murallas, magníficos puentes, muelles, malecones; en fin, el esqueleto de un gigante; pero en Amalfi... *Etiam periere ruinæ*. Sólo existen allí dos arruinados arcos en la marina, y el vestíbulo de la catedral, á que se sube por una ancha escalera moderna de cuarenta gradas.

El *cicerone* que nos acompañaba, entendió sin duda que hacíamos estas reflexiones, y nos dijo muy grave, que la ciudad antigua estaba fundada sobre el mar y que este se la habia tragado: acontecimiento de que no habla la historia, y de que hubieran quedado vestigios en el mismo mar; y léjos de ello, la pequeña cala de *Amalfi* ofrece en toda su extension un liso fondo de guijo y de arena, sin la menor huella de cimientos antiguos. — En esta ciudad se encontraron por acaso, y de resultas de un saqueo el año 1135, las Pandectas de Justiniano, y en ella nació *Flavio Gioja*, inventor de la brújula.

Parece indudable que *Amalfi*, fundada en época muy remota, fué ocupada por los sarracenos la primera vez que invadieron la Italia: que los tiempos de su mayor esplendor fueron los siglos X y XI: que la conquistó Roger, duque de Calabria, y que su decadencia empezó en las encarnizadas guerras que sostuvo con sus vecinos los salernitanos; llegando á tal punto de apocamiento y desdicha, que fué completamente destruida por bandidos, que dos veces la entregaron á las llamas y la saquearon; y como su territorio nada produce, murió la ciudad en cuanto se rompieron sus telares, se hundieron sus almacenes, y dejó de ofrecer seguridad á los traficantes.

A la derecha de *Amalfi*, sobre elevadas rocas, mirando al mar, hay un convento de Capuchinos, al que se sube por una estrecha y penosa escalera de 270 escalones. Fuimos á él al anochecer, y al aproximarnos oimos los sonidos del órgano que hacian un efecto maravilloso entre aquellas peñas, cuyas formas rudas y colosales contornos presentaban una masa imponente y confusa á la borrosa luz del crepúsculo moribundo; recordamos algunas escenas de *Don Alvaro*, y entramos en la pobre y reducida iglesia, cuando los frailes en el coro cantaban completas. La robusta armonía del estrepitoso instrumento y el canto llano de la comunidad, no dejaron de conmovernos á aquella hora y en aquel devoto, retirado y humilde santuario.

Pronto supo el guardian que habia extranjeros en su convento, y envió á dos frailes á obsequiarlos y á hacer los honores de la casa. Nos ofrecieron refresco, que no aceptamos, nos enseñaron un claustro antiquísimo de toscas y pequeñas ojivas sostenidas por columnitas acopladas de gusto árabe, luégo, á la luz de una hacha de viento, una magnífica espaciosa gruta que hay en el monte; y al retirarnos mandaron á un lego que con un farolillo nos alumbrase para bajar la escalera. No era ciertamente este lego el hermano *Meliton*, pues no desplegó sus labios en el largo tiempo que empleamos en la bajada.

Al acercarnos á la marina oimos un bandolin no mal tocado, y rumor de alegre algazara; pero como la noche era oscurísima, no pudimos columbrar de léjos ni al tañedor, ni á los que aquel bullicio causaban. Al llegar á la playa y al despedirnos de nuestro alumbrador, advertimos que el músico estaba en una barca varada en tierra, y que en su rededor unos cuantos marineros y mozas del pueblo bailaban á su manera. Todo esto á oscuras, lo que daba á la fiesta una apariencia muy fantástica. Entramos en una regular posada donde devoramos una abominable cena, y nos entregamos, rendidos de cansancio, á un profundo sueño.

Al dia siguiente á las ocho de la mañana fuímos á ver lo interior del valle á cuya boca está situada *Amalfi*, y se llama *valle dei molini*. Es aunque de ménos extension, muy semejante al de *Tramonti*, poblado tambien de fábricas de papel, y tan risueño y tan pintoresco, aunque no tan feraz y productivo. En seguida en burros con silla y bridon á la inglesa, fuimos á *Atrani* (el último pueblo que atravesamos la tarde anterior) é internándonos en él, dejamos nuestras humildes cabalgaduras, para subir á pié con gran fatiga y calor una penosísima escalera de dos millas de largo que sube á *Ravello*, pueblecito fundado en una de las eminencias más elevadas de aquel monte, y desde donde se alcanza una espaciosa y magnífica vista. Entre humildes casas modernas, se encuentran allí importantes vestigios de la pasajera dominacion sarracena; y en varios trozos de muralla derruida, y en un patio que se conserva bastante entero, y en otros fragmentos interesantes, reconocí la infancia del arte, que se mostró luégo con tanto esplendor en nuestra catedral de Córdoba, en la Giralda de Sevilla y en los encantados palacios de Granada. Hay en la iglesia de *Ravello* unas puertas de bronce muy notables, un púlpito cuadrado y espacioso vestido de mosaico, y apoyado en seis columnas cuyas basas son toscos leones de mármol y varias lápidas de distintos tiempos. — Dejamos aquel empinado sitio, y bajando la prolongada escalera con gran cansancio, volvimos á cabalgar en nuestros inglesados asnos, y regresamos á *Amalfi*. Comimos con apetito, dormimos una larga siesta, y á las tres de la tarde salimos para Salerno. — Hay un camino á medio construir que siguiendo las sinuosidades de la escarpada costa, va de una ciudad á otra; pero es largo y penoso, y preferimos hacer el viaje por mar. Tomamos, pues, un ligero bote de cuatro remos, muy pintado de blanco, verde y encarnado, con su limpia carroza de cotonía blanca. Al salir de la posada dos padres capuchinos, de aspecto por cierto muy venerable, nos pidieron humildemente les hiciéramos la caridad de conducirlos á Salerno. Accedimos gustosos, y bajamos con ellos á la marina. La que se tituló *Reina de los mares* ha venido tan á ménos, que no tiene ni aun un pobre muelle de madera en su arenosa playa, por lo que fué el embarque harto incómodo y desagradable, teniendo que verificarlo, sopena de meterse en el agua, ó por mejor decir en el fango hasta la cintura, en los robustos hombros de los marineros. Estaba el mar en leche, el cielo despejado y puro, cruzado por algunas ráfagas luminosas, la atmósfera en calma sin que la refrescara la más ligera ventolina. La barca empujada por los cuatro remos que meneaban á compás los robustos brazos de cuatro marineros, con camisas blancas como la nieve, calzoncillos cortos listados de azul y gorros colorados, como los que usan los catalanes, se deslizaba rápidamente por el cristalino golfo para doblar la punta del Orso. Tomamos á la izquierda, como á dos

millas de distancia la costa escarpada de altísimos montes cubiertos de verdura y salpicados de blancas casas de campo, y *Atrani*, y *Ninuri* y *Majuri*, y otros risueños pueblecitos colocados en las gargantas de los valles; y á la derecha la inmensidad del mar formando horizontes y confundiéndose con el cielo por medio de una vaporosa niebla; formando todo un cuadro magnífico y melancólico. Los marineros como para no perder aliento, entonaron en distintas voces nada discordantes, una cancion en dialecto napolitano, con un tono monótono y lánguido muy semejante al de las playeras que se cantan en Andalucía. Los dos capuchinos sacaron sus breviarios, y en voz sumisa rezaron sus oraciones; y nosotros soñábamos despiertos y volábamos con la imaginacion por mil fantásticas regiones, sumergidos en el más profundo silencio. Parecia aquella barquilla en medio del desierto golfo de Salerno, el emblema de los diferentes destinos que designó á los hombres la Providencia: el del trabajo, el de la oracion, el del pensamiento; y todos dirigidos por el mismo impulso, y todos encaminados al mismo fin.—A las dos horas de travesía, cuando ya los marineros fatigados y deshechos en sudor, lanzaban cada vez que los remos impelian un hondo quejido, como para reanimarse y bogar á compás, cuando los religiosos concluidos los rezos, terminada por aquel dia su mision sobre la tierra, dormitaban sin curarse de su suerte, y cuando nosotros al fin y al cabo hombres del mundo y del placer, juzgábamos ya impacientes que duraba mucho aquel viaje, doblamos la punta del *Orfso* y luégo la de *Túmulo*, y nos encontramos en *Salerno*.

Es ciudad capital de provincia, de muy buen caserío, de muy cultivados y feraces contornos y de unos treinta mil habitantes; pero tampoco hay en sus playas muelles, ni resto alguno de su antiguo poder naval. Desembarcamos, pues, como nos embarcamos en *Amalfi*, esto es, en hombros de los fatigados marineros; y enterrándonos en arena hasta las rodillas, y subiendo unos montecillos tambien de arena, y despidiéndonos de los capuchinos que quisieron besarnos la mano con la mayor humildad y gratitud, entramos en un magnífico parador (Hotel de l'Europe) á cien pasos de la ciudad, sobre la ribera. Su mueblaje y servicio son completamente á la inglesa; ocupamos en él una elegante y cómoda habitacion, con sus correspondientes alcobas.

Serian las cinco y media de la tarde, y estábamos sentados en un balcon voleado que da sobre el mar, cuando llegó nuestra carretela con cuatro caballos, pues habíamos dejado encargado en Nápoles viniese aquel dia á buscarnos á Salerno, y nos sorprendió agradabilísimamente el ver en ella al amable duque de Montebello, embajador de Francia, que venia á nuestro encuentro para tomar parte en el resto de nuestra expedicion.

Mucho celebramos la llegada de un personaje tan instruido, de tan amena conversacion y de trato tan dulce y agradable. Reunidos con él, aprovechando lo que aun quedaba de dia, fuimos á recorrer la ciudad y á visitar su catedral. Nada presenta notable en su exterior. Súbese á la puerta principal por seis escalones; y se entra en un patio cerrado y claustrado con columnas de diferentes tiempos y labores, todas antiguas y algunas traidas de las ruinas de Pesto, ignorantemente saqueadas para la construccion de esta iglesia. Al rededor del patio hay varios sepulcros antiguos de épocas distintas, y trozos de vasos, de aras, de entablamentos y de capiteles, hallados en aquellas inmediaciones. El templo es espacioso y dividido en tres naves; el piso es de mosaico, obra mucho más antigua que el edificio, renovado casi en su totalidad á últimos del siglo XVII. Dos gallardas columnas de pórfido traidas de Pesto, forman el ingreso del presbiterio, donde hay otras dos de verde antiguo, sirviendo de pedestales á dos imágenes. El púlpito es cuadrado y espacioso, sostenido por seis columnas de jaspe, y revestido de preciosos mosaicos, como lo están tambien los pilares de la capilla mayor, siendo el dibujo de unos y de otros de gusto arábigo, advirtiéndose ser trabajo de obreros árabes, bajo la direccion de arquitecto italiano. —En una capilla antiquísima, único resto del antiguo edificio, y cuya cúpula de mosaico con muy buenas figuras se construyó por mandato y á expensas del famoso *Juan de Prócida*, libertador de Sicilia, está el sepulcro del papa Gregorio VII, el célebre Hildebrando; su busto de piedra descuella sobre la urna en que se conservan sus huesos.—Debajo del altar mayor, que tiene un rico frontal de plata donde está muy bien esculpida entre follajes y labores de buen gusto la cena de Leonardo de Vinci, se conserva en una antiquísima bóveda revestida modernamente de mármoles el cuerpo de San Mateo evangelista. Su imágen de metal de Corinto, y casi del tamaño natural, ocupa el retablo. Tambien en una capilla inmediata está el tajo en que cortaron la cabeza á San Cayo, natural de Salerno.—Hay allí dos sepulcros notables; son sus adornos relieves antiguos del mejor tiempo griego, representando el uno el triunfo de Baco, y el otro los placeres de la vendimia, y disuenan grandemente por su labor y su asunto con los toscos bustos de la Edad media, el uno de un caballero y el otro de un obispo, que se ven tendidos sobre tan profanas urnas, en donde yacen sus restos cristianos. Tambien descuella aislado en otra capilla, el sepulcro de Margarita de Anjou, reina de Nápoles; es de extraña forma y de singular construccion: parece una cama colgada.—Sólo hay en la iglesia dos cuadros dignos de atencion, del célebre *Andrea Sabatini*, conocido vulgarmente por Andrea de Salerno, discípulo muy aventajado de la gran escuela de Rafael. Representa el uno á Cristo muerto en los brazos de la Vírgen, rodeado de la Magdalena, de San Juan y de un ángel mancebo. El otro la adoracion de los Reyes. Ambos son de un mérito superior por su composicion sencilla, por su dibujo bello, correcto y expresivo, y por el magisterio de sus paños y claro oscuro.

En cuanto avisté á Salerno aquella tarde desde el mar, me vino al pensamiento el célebre mágico Pedro Bayalarde, protagonista de cinco famosas comedias de tramoya de nuestro teatro, que no carecen ciertamente de mérito, que nos encantaron en nuestra niñez, y que siempre vemos representar con gusto. Hablan de este profesor de ciencias del siglo XII Bernino en su historia de las herejías, y Monseñor Parnelli en sus cartas. Mas yo deseaba saber alguna anécdota tradicional del tal nigromante, y la memoria que se conservaba de él en su patria. Ocurrióseme que el sacristan que nos estaba enseñando la catedral, y que se ostentaba erudito en antiguallas, podria tal vez satisfacer mi deseo, y le pregunté si tenia noticia de *Pedro Bayalarde*. No me entendió por lo españolizado de este apellido; pero cuando insistiendo le añadí que era un famoso mágico de antiguos tiempos:—«Enseñaré á usted, me dijo con viveza, el Santo Cristo á cuyos piés murió contrito y perdonado, y una relacion auténtica de este suceso;»—y nos llevó á una capilla cerrada con una verja, y en cuyo altar está un antiquísimo crucifijo de escultura bizantina y del tamaño natural. Miéntras contemplábamos la venerable imágen, el sacristan descolgando del muro una tabla antigua, con una inscripcion manuscrita, no muy moderna, y en muchas partes borrada:—«Aquí están, dijo, consignadas importantes noticias de aquel gran pecador, que consiguió la divina misericordia en los últimos momentos de su vida.»—Ya apénas se veia, por lo que encendiendo una vela del altar en una lámpara inmediata, examinamos á su trémula luz aquel rancio documento con gran dificultad. Dícese en él que *Pedro Bailardo ó Barliario*, de noble familia y de gran saber y maestro en nigromancia, despues de haber obrado grandes prodigios con ayuda de los demonios, y siendo ya de 93 años de edad, empezó á angustiarse contemplando tantas almas como habia perdido, y viendo la suya condenada para siempre; y que habiendo venido entónces dos sobrinos suyos á su casa, se fueron á solazar á la librería de su tio: que en ella hallaron libros muy grandes con caracteres diabólicos y espantables, de cuya vista asustados exclamaron: *Dios nos valga!* y que entónces alzaron tan espantosos alaridos los demonios que en la estancia y entre los libros estaban, que cayeron muertos de terror los imprudentes mancebos. Acudieron al ruido el nigromante y su mujer, y aterrados de tan horrible caso, resolvieron quemar los libros, y pedir á Dios misericordia. Así lo hicieron, y Pedro acudió á los piés de aquel crucifijo, ante quien pasó tres dias y tres noches derramando lágrimas é hiriéndose el pecho con un canto, al cabo de los cuales, sintiéndose morir, preguntó á la imágen si estaba perdonado, y la imágen moviendo la cabeza le demostró que *sí*, y en el mismo instante expiró el contrito Bailardo. Ocurrió este milagro el 25 de marzo de 1141, y fué enterrado el nigromante, con su mujer que se llamaba *Agrippina*, á los piés del crucifijo que estaba entónces en otra iglesia que ya no existe. Esto es en sustancia lo que refiere la tabla con grandes digresiones, máximas morales, textos de Escritura, etc., etc.

Estaba ya entrada la noche cuando salimos de la catedral; paseamos un rato tomando el fresco, en la plaza del palacio de la intendencia, que da sobre la marina, y nos retiramos luégo á la posada, donde cenamos bien y alegremente, bebiendo dos botellas de exquisito manzanilla, que nos habia traido el duque de Montebello.

Al dia siguiente, á las seis de la mañana, salimos de Salerno, y por un camino ancho y llano, atravesamos una feracísima y bien cultivada llanura, cubierta de abundantes trigos y de lozanos maizales de secano, teniendo á la izquierda como á seis millas de distancia, altos montes, y á la derecha el mar. A medida que nos alejábamos de la ciudad, iba siendo el país ménos hermoso y poblado, y la vegetacion más mezquina y dificultosa. Caminábamos con la mayor rapidez y pronto llegamos al riachuelo *Sele*, dicho antiguamente *Silaro*, y de cuyas aguas dicen «que tienen la virtud de petrificar cuanto se sumerge en ellas.» Ya se están construyendo en sus orillas los pilares para un puente de hierro, muy necesario ciertamente, pues se pasa ahora por una malísima y peligrosa barca. Entramos en seguida en un campo extenso y llanísimo, cubierto de juncos y carrizales que crecen entre cenagosos pantanos, donde como para dar un aspecto más tétrico y salvaje al país apacentan un gran número de búfalos con sus crías. A medida que avanzábamos, conocíamos la influencia del mal aire (*aria cattiva*) que reina en aquel territoria, pues sentimos un ligero dolor de cabeza, dificultad en la respiracion, y un sueño casi invencible. Fumando buenos cigarros habanos, y charlando lo más alegremente posible, procuramos despabilarnos, y á las tres horas de haber salido de Salerno, conocimos estar ya en *Pesto*, porque nos llamaron la atencion á alguna distancia las ruinas del *Templo de Céres*. Son un gran pórtico cuadrilongo con trece columnas acanaladas y sin basa, en cada lado mayor, y seis en cada lado menor ó frente. Todas sostienen entero el arquitrabe y entablamento, y en las dos fachadas, frontones ó frontispicios triangulares. El carácter sencillo, severo y grande de este edificio nos dejó sorprendidos, é íbamos á arrojarnos del carruaje para examinarle más de cerca, cuando reparamos en el colosal y magnífico *Templo de Neptuno* que está unos trescientos pasos más adelante; y sorprendidos y extasiados en su contemplacion, ni nos volvimos á acordar del de *Céres*; y de pié en la carretela, ni aun palabras teníamos para mandar parar ó aligerar el paso al cochero. Este, que no participaba sin duda de nuestro entusiasmo, siguió, sin curarse de las ruinas, hasta la venta donde paró sin necesidad de que nosotros se lo mandásemos. Apeámonos apresurados y por impulso uniforme nos encaminamos al *Templo de Neptuno*, acompañándonos ya un *cicerone*, que se apoderó de nosotros en cuanto salimos del carruaje, como un ángel, bueno ó malo, se apodera de un alma en cuanto sale de esta vida.

Sorprendente es, en verdad, la vista del *Templo de Neptuno* de Pesto, de aquel edificio colosal de tan puro gusto, de tan severo y majestuoso aspecto, en que se ven sillares de tan pasmosas dimensiones, y que se conserva con más de tres mil años de antigüedad, tan entero, tan dispuesto á durar hasta el fin del mundo; parece el emblema de la eternidad, y si la ignorancia de los hombres no hubiera tomado de él materiales para otras construcciones, que ya han desaparecido, ó que perecerán muy en breve, acaso estaria aún cual salió de la mente del arquitecto que lo construyó.

El *Templo de Neptuno* de Pesto es un cuadrilongo de 60 varas de largo y 25 de ancho, formando pórtico; cada lado menor, ó fachada, consta de seis columnas que apénas pudimos abrazar cuatro hombres, acanaladas, construidas de varios trozos, estribando, sin base alguna, sobre una ancha gradería de tres escalones, ya casi cubiertos por el terreno y maleza, y terminadas en toscos capiteles sencillos y sin ornato alguno, que sostienen anchos y macizos arquitrabes y entablamentos adornados de triglifos, una resaltada cornisa, y encima un fronton triangular de gallardísima proporcion. Los lados mayores los forman catorce columnas en cada uno, de igual tamaño y forma, sosteniendo íntegros su arquitrabe, entablamento y cornison. Dentro de este pórtico y subiendo una alta grada, cuatro gruesos machones en los ángulos, dos columnas un poco más pequeñas en los frentes y siete en cada lado, constituyen el recinto interior. Estos machones y columnas sostienen tambien sus arquitrabes y sobre ellos un segundo cuerpo de columnas del mismo estilo, aunque más pequeñas, destinadas sin duda á sostener la techumbre que ya no existe.

El carácter peculiar de este magnífico resto de la más remota antigüedad, es el de la grandeza y solidez. Se ven en él los primeros pasos, primeros sí, pero ya seguros y atrevidos, del arte, que algunos siglos despues debia inventar el majestuoso órden dórico, y construir el *Parthenon* de Aténas. El *Templo de Neptuno* de Pesto, es pesado pero de tan exactas y bellas proporciones, que su pesadez es elegancia y desaparecen al contemplar el total del edificio la demasiada robustez de sus columnas, la masa enorme de sus capiteles, la anchura y espesor de sus arquitrabes, el vuelo arrojado de sus cornisas. Otra circunstancia particular da á estas ruinas mayor encanto; el color que conservan. Todas las demás que he visto, no de tiempos tan remotos, y aun las otras que existen en el mismo *Pesto*, presentan una tinta plomiza, fria y negruzca, ó un color de hoja seca que destruye el efecto del claro oscuro; pero el templo que acabo de describir, construido de piedra marina, y habiendo estado cubierto de una especie de estuco, de que aun conserva restos en algunos parajes, tiene un color amarillo oscuro, muy semejante al del corcho trabajado, que resalta notablemente á los rayos del sol, y que lo destacan de la atmósfera ó de los campos cubiertos siempre de verdura, en que descuella.

Despues que recorrimos muy á nuestro sabor todo aquel inmenso esqueleto de piedra, que medimos su extension, que notamos aun el más pequeño accidente de su fábrica, y hasta de las yerbas parásitas que lo adornan, sentimos que nuestros estómagos desfallecian, y que no era el entusiasmo alimento suficiente para ellos. Próvidamente, el amable embajador de Francia se habia traido con-

sigo un *paté de foie gras* y unas cuantas botellas de *Champagne*, con lo que sentados en las gradas del imponente coloso, y desde el contemplándonos treinta siglos, restauramos nuestras fuerzas para no temer *la aria cattiva*, y seguir examinando aquellas ruinas venerandas.

A cien pasos del templo de Neptuno está el *Pórtico*, edificio sin duda destinado para grandes reuniones públicas. Es un cuadrilongo de unas sesenta varas de largo, sobre veintiocho de ancho, rodeado de cincuenta y ocho columnas mucho más pequeñas que las del templo de Neptuno y que las del de Céres, tambien acanaladas, sin basa, y con capiteles del mismo gusto, aunque más pulidos y labrados, demostrando desde luégo tanto estas como los arquitrabes de todo el edificio, ser este mucho más moderno, y de época en que el arte habia dado ya algunos pasos. Dentro de este recinto, abierto por todos lados, hay en un terreno un poco más alto, otra hilera de columnas iguales con parte del arquitrabe, y yace en tierra un capitel colosal y de muy buena labor, perteneciente á otra construccion, y que no se sabe cómo ni cuándo vino allí.

Las ruinas del *teatro* y del *circo* se reducen á meros cimientos, algunos entablamentos con bajos relieves, casi soterrados, trozos de afustes de columnas de varios tamaños, y mutilados capiteles: todo perteneciente á época ménos antigua. Tambien se conservan los fundamentos y algunos derribados trozos de las primitivas murallas, vénse en ellas sillares de más de ocho varas de largo, y tan bien unidos entre sí, que forman una sola mole; abrazan un espacio de más de dos millas, y aun duran los restos de dos puertas de la ciudad, de un acueducto y de algunos sepulcros muy bien conservados.

La fundacion de *Pesto* se pierde en la más remota antigüedad. Autores hay que la atribuyen á los etruscos, en aquellos tiempos en que se asegura que eran la única nacion civilizada del mundo. Otros la creen de los fenicios y cartagineses, que parece lo más probable: y algunos dicen ser de los pelasgos, sin faltar quién la imagine obra de los egipcios. De todos modos, el templo de Neptuno, el de Céres, y las murallas de la ciudad, cuentan á lo ménos tres mil años de existencia, y eran ya ruinas al comenzar la era cristiana. ¡Gran privilegio de las obras del arte! Pasan generaciones y generaciones, desaparecen y se olvidan los imperios; y los versos del poeta, y las piedras que amontona el arquitecto, y los mármoles que cincela el escultor, viven, duran y van á buscar la consumacion de los siglos: aun nos encanta la *Iliada* de Homero, aun adornan al mundo las pirámides de Egipto y las columnatas de Pesto.

Esta insigne ciudad de que nos quedan tan notables fragmentos, tuvo el nombre de *Posidonia*, acogió á los argonautas y recibió en su puerto á Ulises; fué ocupada por los sibaritas y los lucanios, sometióse ya en decadencia á la República Romana, bajo cuyo poder acabó de perder su importancia y los restos de su grandeza, y últimamente fué saqueada é incendiada por los sarracenos. Al abandonarla la fortuna, la abandonó tambien el mar, pues consta que fué un buen puerto, y hoy se la ve más de dos millas tierra adentro. No se sabe cuándo empezaron á ser insalubres sus campos y perniciosa su atmósfera. Antiguos poetas latinos celebran la amenidad de sus jardines y la benignidad de su cielo; pero Estrabon dice ya que sus aires eran pesados, y sus aguas corrompidas y pestilenciales. Críanse espontáneamente en aquel territorio rosas particulares de gran belleza y fragancia, y que florecen dos veces al año. Muchos vasos de gran dimension y de exquisito gusto, y varias armas griegas y cartaginesas encontradas allí, adornan hoy el magnífico y rico museo de Nápoles.

En una ahumada y miserable venta que nos recordó mucho las que á cada paso se encuentran en España, entramos á descansar de nuestra fatigosa correría, el tiempo necesario para que los caballos concluyesen de comer su pienso; y los escasos habitantes de aquella casi desierta comarca, vinieron á pedirnos limosna, pálidos, hinchados, contrahechos, víctimas en fin de la insalubridad del territorio. No puede explicarse porqué estos desdichados que yacen allí en miserables chozas y mezquinos casucos esparcidos por aquellos campos, y que viven de la caridad de los extranjeros que van á visitar aquellas ruinas, no prefieren excitarla con mejor probabilidad en las calles y plazas de Nápoles, ó ir á arrastrar su miseria y su desnudez donde á lo ménos el aire les sea salutífero y donde no aumenten sus desdichas con la mayor de todas: la enfermedad.

Volvimos á entrar en nuestra carretela, y con la misma rapidez que habiamos venido, y por el mismo camino regresamos á *Salerno*, notando al paso que nos alejábamos de *Pesto*, la cabeza más desembarazada, más libre la respiracion, y que salíamos de la perniciosa influencia de las lagunas y cenagales. Atravesamos de largo á *Salerno*, y alejándonos del mar, y pasando por *Vietri*, lindísimo pueblecito, ventajosamente situado, de muy buen caserío con anchas calles enlosadas y rodeado de huertas, bosques de moreras y casas de campo, llegamos á media tarde á la *Cava*, habiendo andado en todo el dia más de 15 leguas.

La *Cava* es la antigua *Narsina*, situada en un risueño valle del monte *Metelliano;* tiene hermosas casas, y soportales en la calle principal. Sus alrededores son un verdadero modelo de cultivos, pues se ven tajadas las más altas laderas formando escalones con tapiales de mampuesto para contener la tierra, y en ellos espesos trigos, pomposos maizales, gallardos viñedos, y árboles frutales y de sombra, proporcionando una cosecha contínua. En una magnífica posada fuera del pueblo, y en medio de un frondoso jardin, nos dieron una excelente cena; pero no buenas habitaciones por estar llena la casa de antemano con otros viajeros.

A la mañana siguiente muy temprano, fuímos á pié al antiguo y famoso *monasterio de la Trinidad*, del órden de San Benito, situado á una legua de la *Cava* en una apacible y apartada quiebra de aquellos montes. El camino que serpentea por entre espesos matorrales, frondosas hayas y gigantescos castaños, admite carruajes aunque es muy tortuoso y bastante empinado. Llegamos allá fatigados, porque el dia empezaba caluroso. – El aspecto del monasterio no descubre que lo sea á los ojos del anhelante viajero. Yo que esperaba encontrarme entre aquellas asperezas con un edificio del siglo X, de ruda arquitectura bizantina, con altas torres, con macizas murallas, medio convento, medio fortaleza, quedé descuajado y frio al verme delante, no la mansion antigua y solitaria de sabios y retirados cenobitas, sino la casa de campo modernísima de un banquero de Nápoles. Tal parece el *monasterio de la Trinidad*, de construccion reciente, con ancho y simétrico ventanaje, con las paredes revocadas de amarillo y sus persianas pintaditas de verde gay. Entramos en la iglesia que nada tiene de antiguo ni notable: pasamos luégo al claustro, que tampoco parece claustro, y preguntamos por el reverendo abad. Rehacio estuvo el lego portero en facilitarnos la entrada; pero así que dijimos quiénes éramos, se apresuró á conducirnos á una ancha y mansa escalera, precediéndonos anheloso para dar aviso al Prelado. Recibiónos este con dignidad y agasajo en su aposento, compuesto de varias piezas decentemente amuebladas. Es persona de cerca de setenta años, no muy alto, delgado, de modales finos y señoriles; su nimia polcritud, y el escapulario y la cogulla, y la cruz abacial pendiente al cuello de un cordon de oro, le dan un aspecto muy noble y respetable. Ya conocia al duque de Montebello, quien nos presentó á él en toda forma. En cuanto supo quién yo era, se dirigió particularmente á mí con la mayor atencion y urbanidad diciéndome que tenia el gusto de que vivieran en su monasterio tres monjes españoles de mucho provecho, los que al instante se me presentarian, como era de su deber: y hablando aparte á un lego de su séquito, le mandó los llamase inmediatamente.

Entre los adornos de la vivienda, no celda, abacial, me llamaron la atencion los cuadros de primer órden que la adornan. Penden de sus paredes con buenas molduras antiguas de talla dorada, una Vírgen con el niño, casi de tamaño natural, sentada sobre nubes y rodeada de ángeles; un bautismo de N. S. Jesucristo de la misma grandeza; y los cuatro evangelistas de medio cuerpo, obras todas del ya mencionado *Andrea Sabatini, ó de Salerno*, y que podrian pasar por de los primeros tiempos de Rafael. Dos cuadritos apreciados de lo mejor de *Pietro Peruggino* que representan en figuras de á palmo, uno la adoracion de los Reyes, otro la resurreccion del Señor. Un Ecce homo de *Sebastian de Piombo* y una sacra familia pequeña, ó de lo más estudiado de Jordan, ó de las últimas obras de *Pietro de Cortona*.

No tardaron en presentarse los monjes españoles, con cierto encogimiento y susto, que se convirtieron pronto en cordialidad y alegría. Dos de ellos son catalanes, el otro gallego, y escaparon milagrosamente de la ferocidad revolucionaria. De aquellos el uno es un padre grave, el otro, por cierto muy avispado, catedrático en el monasterio de árabe y hebreo. El gallego cari-risueño y bonachon, es un excelente profesor de música, y por consiguiente el organista.

Con el Prelado y estos monjes, fuímos á examinar el célebre archivo en que existen más de *sesenta mil* pergaminos curiosísimos, siendo la fecha del más antiguo del siglo V; la mayor parte son longobardos. Hay entre otros códices muy importantes, uno antiquísimo con la historia y las leyes del rey Clotario, donde en rudas miniaturas se ven su retrato, el de su caballo de batalla, y de su favorito, y tiene además dos viñetas, una en que se presenta el mismo rey jurando el código allí escrito, y otra en que está comiendo con sus cortesanos; obras ambas de una mano, de bárbaro dibujo é infeliz iluminacion; pero muy interesantes por la idea que dan de los trajes, usos y costumbres de la época. Tambien posee aquel archivo una biblia latina manuscrita en el siglo VII, en la que hay un salmo más que en la Vulgata; y vimos con gusto allí dos antiguos devocionarios, uno escrito en Francia, otro en Italia, y ambos con preciosas letras labradas, doraduras é iluminaciones y miniaturas: las de uno de ellos son copias hechas con mucha inteligencia, exactitud y primor, de pinturas de *Giotto Cimabue* y el Beato Angélico. Cuida estas preciosidades, que están muy bien custodiadas, y clasificadas con inteligencia suma, un monje cojo, muy ilustrado, que ha hecho investigaciones importantes sobre los escasos documentos de los siglos tenebrosos, y que tiene amena y chistosa conversacion.

Desde el archivo fuímos al coro á ver y oir un excelente órgano moderno, que tocó con gracia y facilidad el duque de Montebello, y en que luégo con gran maestría y buen gusto nuestro gallego hizo cumplido alarde de su destreza. Diónos el abad una excelente taza de café Moka y una deliciosa copa de marrasquino, y despidiéndonos de él y de los monjes paisanos, y de toda la comunidad que nos acompañó hasta el vestíbulo, dejamos aquel monasterio en cuyo apacible retiro escribió el célebre Filangieri sus obras.

Almorzamos muy bien en la posada de la *Cava*, y por un hermoso camino entre casas de campo y apacibles colinas, muy molestados por el polvo y por el calor, llegamos á *Nocera*. Es esta una ciudad antiquísima, pues consta que fué saqueada por Annibal. Tiene hermoso caserío, calles anchas y muy bien enlosadas, y amenísimos y sanos contornos. En ella nació el célebre pintor *Solimena*, de quien tenemos muchos cuadros en España. – A las tres de la tarde salimos de allí por el camino de hierro para Nápoles, á donde llegamos á las cuatro y cuarto habiendo andado en tan corto tiempo siete leguas.

Hermosísimo país he recorrido, atravesado preciosas y cultas poblaciones, admirado magníficos puntos de vista, contemplado imponentes y venerables restos de la antigüedad más remota, disfrutado de un clima delicioso; pero los tres dias que duró tan deleitoso viaje

Me iba siempre acordando en sombra vana,
De la dulce Sevilla y de Triana.

Nápoles 30 de mayo de 1844.

LOS HÉRCULES

Dentro de los muros de Sevilla y en medio de uno de sus barrios, tres anchas, largas y paralelas calles de árboles gigantescos y antiguos, delante de los cuales corre por un lado y otro un asiento de piedra, forman el antiguo, magnífico y casi olvidado paseo que se llama *la Alameda vieja.* Seis fuentes de mármol, pequeñas, pero de gracioso y sencillo gusto, brindan en ella con el agua más deliciosa de la ciudad, y le sirve de entrada un monumento de la antigua Hispalis y de la romana dominacion. Fórmanlo dos gigantescas columnas antiquísimas, llamadas vulgarmente los *Hércules*, compuestas de dos cañas ó afustes de un solo pedazo de granito cada una, que estribando en bases áticas tambien antiguas, sobre pedestales modernos de muy buena proporcion, se ven coronados con sendos capiteles de mármol blanco mutilados por el curso de los siglos, de órden corintio y de gran mérito, sobre los que se alzan en uno la estatua de Hércules, en otro la de Julio César. La altura y gallardía de estas columnas, á quien el tiempo ha robado parte de su robustez, descarnando con desigualdad su superficie, y dándoles más delgadez y esbelteza; la majestad con que descuellan sobre el gigantesco arbolado y sobre los edificios de la redonda; la gracia y novedad con que dibujan su parte inferior sobre masas de verdura y ramaje, y la superior sobre el azul puro del cielo de Andalucía; lo vago de sus contornos, y el color indeciso y misterioso de la edad les da una apariencia fantástica é indefinible, que causa sensacion profunda en los ojos y en el corazon de quien las mira y contempla. – Por cierto no tienen tal virtud las dos hermanas raquíticas que quiso darles el siglo pasado, en las ridículas columnillas de ocho pedazos cada una, que en la parte opuesta de la alameda, como si dijéramos á su salida, se colocaron. ¡Qué diferencia!... Aquellas son las canillas de un Titan, estas un juguetillo de alcorza.

No entraremos, por no ser nuestro propósito, á disertar sobre si estos colosos fueron parte del peristilo del templo de Hércules ú ornato del templo de Diana: sobre cómo y por quién fueron hallados: ni sobre si son de mármol del país ó de mármol de lejanas regiones. Sólo diremos que estuvieron muchos años tendidos y casi soterrados en la calle que acaso por esto se llama *de los Mármoles;* y que reinando Felipe II en el año 1574 se colocaron con muy buen acuerdo como y donde están, habiéndose plantado entónces la alameda, y hecho el paseo de que parecen los guardianes. Quien quisiere saber más circunstancias de las tales columnas lea á Rodrigo Caro, y sobre su colocacion consulte las lápidas de sus pedestales.

Raras y estupendas cosas deben de haber presenciado estos respetables gigantes, desde que el buen gusto de un asistente los levantó del polvo en que dormian, y los puso otra vez de pié para ver la miseria y pequeñez de los hombres. Lo que yo siento es que son tan reservados y tan cazurros, que no quieren decir esta boca es mia, ni contar nada de cuanto han visto; que si decirlo quisiesen nos darian materia divertida para un artículo de gusto. Ya que callan como muertos (y ojalá imitara su silencio la turba de monigotes que con sus charlas nos tienen tan por el cabo) diremos nosotros cuatro llenas y cuatro vacías, á fuer de articulistas, y Dios nos coja confesados.

La *Alameda vieja*, fué niña, y luégo jóven, y temiendo sin duda el señor asistente conde de Barajas, que la engendró y crió con tanto esmero y cariño, que la muchacha se desmandase si campaba por su respeto, le puso de tutores y curadores, y á guisa de dueñas respetables, á los señores *Hércules*, para que con su experiencia la dirigiesen, vigilando y regulando su comportamiento. Los sinsabores y malas noches que habrán pasado los prudentes monolitos con esta incumbencia, puede figurárselos el lector que tenga ó haya tenido á su cargo una pupila; ó la lectora que esté ó haya estado á cargo de un tutor; y cuantos educan y han educado á muchachas, y cuantas muchachas son y han sido educadas. La alameda cuando apénas se alzaba del suelo y era niña, parece que estuvo sumisa á sus guardianes, y que oyó sin chistar sus buenos consejos; pero en cuanto se empinó y se vió lozana y jóven y festejada y concurrida, perdió la chabeta como era natural, y lo mismo se curaba ya del buen ejemplo y sanos consejos *de los Hércules* que de las nubes de antaño. Y aunque tan moza, diz que dicen que manifestó muy desde luégo gran inclinacion, muy ajena de su edad y de su mérito, á la tercería; y que por más que sus señores directores se lo afearon y con muy sentidas y cristianas razones se lo reprendieron, no lograron apartar á su pupila de tan baja inclinacion, que á decir verdad aun hoy dia conserva.

Muy linda y elegante debia estar cuando toda la nobleza sevillana concurria á ella y sólo á ella, porque no habia otro paseo ni punto de reunion: siendo por lo tanto el terreno de la belleza y del lujo, y el teatro del trato ameno, y de los conciertos amorosos. La Alameda entónces seria una especie de jardin de encantamento con tanto brial de brocado, con tanto manto de tafetan de Florencia, con tanto encaje de Flandes, con tantas plumas y sombrerillos, con tantas ropillas de varios y risueños terciopelos, ó de espléndidos y brillantes rasos, con tantas calzas de diferentes colores, con tantas capas bordadas, tantos hábitos, tantas cadenas, tantas tocas y sombreros con cintillos, toquillas y penachos: tantos extranjeros, soldados, frailes, estudiantes, con tanta dama, tanta tapada, tanto valenton, tanto donaire, tanto ceceo, tanto amorío, tantos celos, tanto chasco y tanta trapería. ¡De cuánto lance y compromiso habrá sido escena! ¡qué espacioso campo hallaria entónces su mencionada inclinacion! ¡cuánto habrá hecho rabiar á madres y á tias, á maridos y añejos amantes! la gota tan gorda les habrá hecho sudar á los señores *Hércules.* Allí sin duda en la tal Alameda ahora *vieja*, y entónces muchacha, se encontraron más de cuatro veces las dulces y tiernas miradas del divino Herrera y de la hermosa condesa de Gelves, y acaso al anochecer le deslizó él entre los pliegues del manto algun dulcísimo soneto de los que en nuestros dias ha publicado don Tomás Sanchez; y tal vez ella en cambio le metió en el guante el número y señas de la casa de cierta beata costurera á donde tenia que ir á la mañana siguiente. Allí entre aquellos árboles, que ahora como viejos parecen tan regañones y tienen cara de pocos amigos, pero que lozanos y galancetes entónces estaban, habrá suspirado mil veces tras alguna gallarda tapada don Juan de Jáuregui, y estudiaria lances y chistes para sus comedias y haria sus observaciones Juan de la Cueva. Y Rioja arqueando las cejas habrá contemplado las romanas columnas. Y leido sus versos jocosos á sus amigos Baltasar de Alcázar. Y Murillo mil veces al oir tocar á oraciones en el campanario de San Lorenzo se pararia, se quitaria el chapeo, y rezaria las aves marías muy devotamente; y puede que en uno de aquellos momentos se le ocurriese la Vírgen de la Faja, ó la Concepcion de Capuchinos. Y ¿si seria en la Alameda vieja y al pié de los *Hércules*, donde topó Cervantes

Un valenton de espátula y gregüesco?

Luégo la Alameda ya no *niña*, ni *jóven*, sino como si dijéramos *jamona*, siguió ejercitando sus malas mañas, y ya á lo que es de colegir, sin dársele de ello á los tutores un ardite, ó bien porque estaba emancipada como mayor de edad, ó porque cuando un mal no tiene remedio fuerza es el resignarse. Siguió pues, como decia, sirviendo de tercería y concertadora aunque con gentes de otra catadura y atavío de las que dejamos indicadas; porque los tiempos eran otros. Así que en lugar de galanes de ropilla y zanguilon, y de damas de brial y tocas, se veia frecuentada y concurrida por señores de casaca, peluca, chupa, vuelos de encaje, sombrero tricorne y espadin, y por petimetras de tontillo, ó caderilla, bufanda, polonesa, escofieta, tacones y demás galas propias de Versalles, y que en mal hora nos trajo el duque de Anjou con sus gabachos y gabachadas. En esta segunda época de las glorias de la Alameda no vió en su recinto ni Herreras ni Murillos, pero oiria algunos requiebros y citas en chapurrado de que se reirian sin duda algunos majos chapados á la antigua.

Voló el inexorable tiempo, empezó la señora Alameda á tenerse que sostener á fuerza de arte, de mudas, y de los recursos que da la experiencia y el uso de mundo, aprovechando sobre todo la incalculable ventaja de ser sola, y de no estar sujeta á comparaciones; cuando en la márgen de Guadalquivir, ya de largo tiempo escombrada de mercaderes y de mercaderías, apareció entre la puerta de Triana y la torre del Oro, otra Alamedita, que aunque nació enfermiza, empezó á hacer gracia cuando niña y á llamar la atencion cuando jóven, hasta que desbancó ¡cosa natural! á la Alameda ya madura y provecta, y le echó á cuestas ¡ánimas benditas! nada ménos que el dictado de *vieja*, con que la desplomó. Por cierto que ya lo ha pagado la tal niña con las setenas: pues quien á hierro mata á hierro muere. Y los flamantes paseos de *Cristina* y de las *Delicias*, han completamente vengado á la fundacion de Felipe II, á la pupila de los *Hércules*, á la confidente de los Herreras y de los Murillos, á la Alameda..... (fuerza es decirlo, y perdónemelo que aun me confieso su adorador) *vieja.*

Quedáronle sin embargo como á las señoras mujeres que fueron lindas y amables, algunos antiguos y fieles apasionados, pero..... antiguos y fieles: todo está dicho. El que esto escribe, que aunque ya talludito no es ningun Matusalen, aun conoció á la Alameda vieja, con una corte y concurrencia propia suya, de una fisonomía á la verdad algo rancia y vetusta, pero de que era tan señora como el rey de sus alcabalas. Nunca le faltaba, pues, cierta concurrencia, no muy bulliciosa, pero cual convenia á su edad y á sus quebrantos. Los domingos y festividades rodaban aun por sus calles laterales seis ó diez barrochos con dos ó cuatro bestias (se entiende de tirando de ellos) engalanadas con quitapones y cascabeles, que aun no se usaban en Sevilla carretelas ni tilburis. Y no faltaban cuatro ó seis caballistas, que gallardeándose en los jerezanos, ó por mejor decir moriscos albardones, y haciendo bailar en aquel terreno á primorosas jacas cartujanas y cordobesas, derribadas sobre las piernas, robaban la atencion del sexo devoto, y entusiasmaban á los aficionados que no podian ménos de exclamar: *¡Ah hombre bueno!* – Entónces aun no habia caballos dupones, ni galápagos ó sillas hechas en Picadilly, ni la escuela de los jockeys habia sustituido á la de la jineta y á la del conde de Grajal; pero habia sin duda más gallardos y firmes jinetes y más diestros y hermosos caballos. Pero al grano y no nos encumbremos, que toda afectacion es mala, como dijo oportunamente don Quijote: sigamos lisa y llanamente nuestro cuento sin andarnos en comparaciones, que toda comparacion es odiosa. Veíanse, iba diciendo, en la Alameda en aquel entónces, varias familias de los barrios circunvecinos, y majos con su capote jerezano ó su capa de seda encarnada, segun lo requeria la estacion, fumando, hablando de toros, y requebrando con gracia á las buenas mozas que pasaban á su vera. Y concurrian frailes (*etiam periere ruinæ*) y señores canónigos, que aun los habia de véras, y el señor asistente acompañado de algunos machuchos personajes: y varios oficiales de la guarnicion, porque entónces no se conocia la milicia nacional: estudiantes con sus hopalandas por supuesto, y mozalbetes vivarachos, que sacaban raja de visitar y obsequiar á la *vieja*, pues, como se dice vulgarmente, *por la peana se besa el santo;* y gallardas muchachas, que aunque rodeadas de sus respetables y vigilantes familias, llevaban los ojos, algunos harto hermosos y expresivos, para hacer de ellos el uso más conveniente. Por lo tanto, la primera inclinacion arriba dicha de la señora Alameda no dejó de encontrar oportuno ejercicio en el ya poco numeroso y generalmente hablando formal concurso que la frecuentaba.

Ahora en estos dias venturosos y tranquilos en que vivimos tan rápidamente; como hemos progresado tanto todos, ha tambien progresado la *vieja* y está ya *decrépita*, á tal punto que se la puede contar con los muertos; sin que para la sin ventura haya aprovechado la regeneracion feliz que ha habido para España toda, de la que no se puede negar que la tal Alameda de los Hércules es parte integrante y componente, aunque mínima.

Pero ¡cómo ha de ser!.... Ya no hay majos, que todos son elegantes; ya no hay tapadas, porque ahora se juega á carta descubierta; ya no hay jinetes, porque hay requisicion; ya nadie habla de toros, porque se habla de las Córtes; ya no hay asistente, sino jefe político; frailes *volaverunt*, canónigos están muy apurados; guarnicion, Dios la dé; barroches, por ahí andan á sombra de tejado en las cocheras de Pineda sin osar hombrearse con los *charavanes*, *stanops* y *tilburis.....* Con que ¡de qué se puede quejar la Alameda, si han ido afufándose del mundo, y que bien han hecho, sus natu-

rales concurrentes? Nadie vuelve ya á ella los ojos, ni las tardes de verano en que tanta comodidad ofrece, por verse á lo ménos libre de la nube de polvo calizo que oscurece y ahoga los paseos de extramuros. Nadie la pisa de noche, porque todos prefieren ¡lo que es la perra de la moda! la estrechez, vapor y encajonado ambiente de esa mocosa coquetuela y presumidilla que llaman *Plaza del Duque*, y que allí muy cerquita se ha puesto con tan poco miramiento y tan poco temor de Dios á insultar á la decrépita en su agonía, á escarnecer el cadáver en la tumba..... Pero á pesar de tantos desastres, fuerza es decirlo, la decrépita, la moribunda aun no se ha enmendado de aquella mala maña... El diablo sea sordo.

Y para que no te figures la pintura que te hago del actual estado de mi predilecta Alameda, una declamacion de las que ahora se usan; y porque tampoco me creas bajo mi palabra aunque honrada, tómate la molestia, ó lector benévolo, de irte una mañanica así como quien se va al cementerio á rezar por los difuntos, á hacerle una visita de mi parte. Y es seguro que te se partirá el corazon al verla tan desierta y abandonada. Pues sólo toparás con algun grupo de reclutas jugando al cané al pié y sombra de alguno de los álamos seculares, diez ó veinte ciudadanos, cubiertos de andrajos, tendidos aquí y allí, ocupados en dormir á pierna suelta. Otros tantos desperdigados acá y acullá buscando y reconociendo los mordedores habitantes de sus camisas y fajas; un par de docenas de pilluelos ya espigadetes, que ejercitan la ligereza de los piés y la sutileza de las manos, que juegan al toro, y que repiten en voz altisonante y argentina, las palabras más cultas, honestas y limpias de nuestro abundante idioma. Si con la pena de tal espectáculo no te se indigesta la comida (de lo que te daré el parabien, pues será muestra evidente de que tienes que comer, cosa harto rara en estos tiempos en que hay crédito público y cátedras de economía política) vuélvete á ver á la desventurada por la tarde. Y aunque sea una de las mas calorosas del verano, que tengo en que sólo allí se respira; te apuesto un certificado de deuda sin interés, contra una carta de hermandad de la órden tercera, ó contra una patente de la cruz chica de Isabel la Católica, que no te faltará, á que no la encuentras mucho más decentemente acompañada. Hallarás, sí, con el barquillero sempiterno, que de tiempo inmemorial fabrica y vende sus suplicaciones al pié de los dos monolitos venerandos, y el cual no parece sino que los copia en miniatura, ó que en su frágil artefacto y mercadería está haciendo un continuo antítesis, con el tamaño, solidez y eternidad de aquellos. Y verás en segundo término y á un lado la buñolera, que de léjos y entre el humo parece una hechicera que hace sus menjurges, y si tiene al lado el gitano, que ya se verificó la evocacion. Entrando por las calles adentro toparás con cuatro ó seis vejetes apariciones, reminiscencias de otro siglo, y al oirles gritar con voz aguda *ya voy*, creerás más bien que son difuntos que obedecen al llamamiento de la trompeta final, que aguadores que te brindan con un vaso de agua. Y quiero que sepas que si otros aguadores jóvenes y del progreso [illegible] supuesto, te dicen allí *agua fresca*, *agua*, faltan á la ley, lo que no extrañarás; pues *infringen* una órden del ayuntamiento dada allá en tiempo de entónces, pero *vigente*, en que se prohibe (no sé porqué) vender agua en la Alameda. En las fuentes verás gallegos y asistentes que disputan la vez á las pobres viejas y chiquillas del barrio, rompiéndoles ¡qué poca galantería! sus desbocados cántaros y verdinosas alcarrazas con sus ferradas cubas. Y á una y á otra mano tiende la vista y te la llenarán varios pequeños grupos, y raros y esparcidos personajes, todos mal parados, cabizbajos, como gentes del otro mundo. Ya dos tenientes y un capitan de la guerra de la Independencia con los pechos empavesados de cintas de varios colores, entre las que campea la de San Hermenegildo, maldicen aquí en coro al intendente, porque no tiene medio alguno de abonarles su mezquina paga y bien ganado retiro. Cuatro ó cinco cesantes, que los conocerás á tiro de cañon, maldicen allí tambien en coro al intendente porque no tiene medio alguno de socorrerlos. Unos cuatro exclaustrados acullá con levita prestada, ó con manteo que les sienta tan bien como á un inglés la capa, parece que rezan vísperas en coro, y maldicen al intendente porque no tiene medio alguno de matarles el hambre, cosa tan ajena de la profesion que abrazaron. Acá una viuda con dos ó tres chicos escuálidos y desarrapados, mira al cielo y maldice al intendente porque no tiene medio alguno de remediarla. Allí un paralítico vejete se pasea lentamente apoyado en el hombro de su nieto, acullá una vieja hidrópica hace penosamente ejercicio. Y por todas partes pobres y pobras clamorean y piden á personas aun más necesitadas, miéntras la turba de pilluelos, que ya viste por la mañana, acecha un pañuelo, ó una petaca, y siguen su educacion para llegar á ser ciudadanos españoles, parte del pueblo soberano que tan adelante va por la senda de la ilustracion y de los buenos principios. Si topas alguna espía jóven y decentemente vestida, ó ves en lontananza un petimetre que flecha el lente á alguna lejana bocacalle, ó descubres sentada en último término alguna dama sola y echado el velo; no lo extrañes y recuerda la mala inclinacion que desde niña tuvo la *Alameda*. Haz la vista gorda y aguántate: el onceno no estorbar. Lo que seguramente no encontrarás allí, aunque te desojes, aunque trepando á los corpulentos árboles los escudriñes rama por rama y hoja por hoja, y echándote á gatas examines grano de arena por grano de arena con un microscopio, es un poeta romántico; cosa rara habiendo tantos en Sevilla, y siendo la Alameda vieja el sitio mas á propósito del mundo para recibir [illegible] y [illegible] de las que [illegible] tan en boga. [illegible] ... pero no te lo aconsejo, que podrías [illegible] bien ó dar tal tropezon que te condenara á andar con [illegible] todo el invierno, ó volver á tu casa como tu madre te parió.

Para el completo aniquilamiento, ó en frase corriente *reforma exigida imperiosamente por el progreso social*, [illegible] y no *biógrafos* [illegible] nos (como acontece á las busconas y pobres vergonzantes) las veladas, tan populares en esta ciudad y tan antiguas en ella. Las que se celebraban allí las calorosas noches de San Juan y San Pedro eran, digámoslo así, el triunfo, el apogeo, el apoteosis periódico de la Alameda de los Hércules, cuyo espacio se convertia en un jardin mágico, fantástico, ideal. Luminarias, hogueras, y la más clara luna lo alumbraban á un mismo tiempo: todos los habitantes de Sevilla concurrian á él, y el lujo, la alegría, la igualdad más perfecta, la tranquilidad más apacible, y el órden más inalterable presidian en tan numerosa y hasta confusa reunion. Algunas tias rabiaban, algunos maridos se mordian los labios de ira, algunos buenos chascos se llevaban las lindas y los jactanciosos, pero todo esto era *pecata minuta*. ¡Oh qué noches las de San Juan y San Pedro en la Alameda!!!.... Pero pasó la moda y sólo quedan en las veladas de Sevilla gitanas buñoleras, y turroneros cuyas gracias ya no son gracias, cuyos chistes ya no son chistes, los gritos de los vendedores, el humo, las luces, y alguna gente que no es gente. La lucida concurrencia y el interés dramático de la fiesta desaparecieron para siempre, con los mantos y verdaderas mantillas, con las capas de seda, y con el buen humor de aquellos tiempos *deplorables* y de *oscurantismo*, en que había dinero y tranquilidad para divertirse.

Murió la Alameda vieja: *requiescat in pace*. Pero aconsejamos al lector curioso, que no deje de visitarla, cuando las crecientes del Guadalquivir la arrian, y convierten sus anchas y luengas calles en un espacioso, profundo, manso y majestuoso lago, que reflejando como un espejo, el privilegiado cielo de este país, da á las copas de los árboles, y á las dos venerables y gigantescas columnas la apariencia mágica de estar suspendidas en el espacio. Si este espectáculo magnífico y sorprendente se disfrutara todos los años en Paris ó en Viena, tendríamos los ojos doloridos y con cada orzuelo como el puño de verlo representado en cuadros, grabados, litografías y dibujos, y de leer sus descripciones en verso y prosa, en cuentos y novelas, en *meditaciones* y *fragmentos*. Pero como la *Alameda vieja* con todos sus encantos, con todas sus reminiscencias, está en Sevilla, esta es la primera vez que se ve en letra de molde y en estampa.

Sevilla, año 1838.

EL HOSPEDADOR DE PROVINCIA

¿Quién podrá imaginar que el hombre acomodado, que vive en una ciudad de provincia, ó en un pueblo de alguna consideracion, y que se complace en alojar y obsequiar en su casa á los transeuntes que le van recomendados, ó con quienes tiene relacion, es un tipo de la sociedad española, y un tipo que apénas ha padecido la más ligera alteracion en el trastorno general, que no ha dejado títere con cabeza? Pues sí, pio lector: ese benévolo personaje que se ejercita en practicar la recomendable virtud de la hospitalidad, y á quien llamaremos el *Hospedador de provincia*, es una planta indígena de nuestro suelo, que se conserva inalterable, y que vamos á procurar describir con la ayuda de Dios.

Recomendable virtud hemos llamado á la hospitalidad, y recomendada la vemos en el catálogo de las obras de misericordia; siendo una de ellas dar posada al peregrino, y otra dar de comer al hambriento. Esto basta para que el que en ellas se ejercite, cumpla con un deber de la humanidad y de la religion: y bajo este punto de vista no podemos ménos de tributar los debidos elogios al Hospedador de Provincia. Pero ¡ay! que si á veces es un representante de la providencia es más comunmente un cruel y atormentador verdugo del fatigado viajero, una calamidad del transeunte, un ente vitando para el caminante; y lo que es yo pecador que escribo estos renglones, quisiera cuando voy de viaje pasar ántes la noche al raso ó

En un pastoril albergue
que la guerra entre unos robles
lo olvidó por escondido
ó lo perdonó por pobre;

que en la casa de un hacendado de lugar, de un caballero de provincia, ó de un antiguo empleado, que haya tenido bastante maña ó fortuna para perpetuarse en el rincon de una administracion de rentas, ó de una contaduría subalterna.

Virtud cristiana y recomendada por el catecismo es la hospitalidad; pero virtud propia de los pueblos donde la civilizacion ha hecho escasos progresos. Así se ve que los países semi-salvajes son los más hospitalarios del mundo; y se sabe que en la infancia de las sociedades, la hospitalidad era no sólo una virtud eminente, sino un deber religioso, indeclinable, y de que nacian vínculos indisolubles, entre los individuos, entre las familias y entre los pueblos.

La hospitalidad de los españoles en los remotos siglos está consignada en las historias, es proverbial; y que no han perdido calidad tan eminente, y que la ejercitan, con las modificaciones empero que exigen los tiempos en que vivimos es notorio, pues que los que la practican merecen con justa razon ser considerados cual tipos peculiares de nuestra sociedad, como verá el lector benévolo que tenga la paciencia de concluir este artículo. Artículo que nos apresuramos á escribir porque pronto la facilidad de las comunicaciones, la rapidez de ellas, lo que crecen los medios de verificarlas, y el aumento y comodidad que van tomando las posadas, paradores y fondas en todos los caminos de España, disminuirán notablemente el número de los hospedadores de provincia, ó burlarán su vigilancia é inutilizarán su bien intencionada índole; ó modificarán su cristiana y filantrópica propension, hasta el punto de confundirlos con la multitud que vé ya con indiferencia, por la fuerza de la costumbre, atravesar una y otra rápida aunque pesada y colosal diligencia por las calles de su pueblo, ó hacer alto un convoy de cuarenta galeras en el parador de la plaza de su lugar.

El tipo pues de que nos ocupamos es conocidísimo de todos mis lectores que hayan viajado, ya hace cuarenta años, ya ahora en diligencia, en galera ó á caballo, agregados al arriero. Porque, ¿cuál de ellos en uno ú otro pueblo del tránsito, no habrá encontrado uno de estos tales, que andan en acecho de viajeros, y en espera de caminantes para obsequiarlos? ¿cuál de ellos no habrá sido portador de una de esas cartas de recomendacion, que como á nadie se niegan, se le dan á todo el mundo? ¿Cuál de ellos, en fin, ó por su particular importancia, ó por sus relaciones en el país que haya atravesado, no habrá tenido un obsequiador? Sí: el *Hospedador de provincia* es conocido por todos los españoles, y por cuantos extranjeros han viajado en España.

Va uno en diligencia á Sevilla, á despedir á un tio que se embarca para Filipinas, ó á Granada á comprar una accion de minas, ó á Valladolid, ó á Zaragoza á lo que le da la gana, y tiene que hacer los forzosos altos y paradas para comer y reposar. Y hé aquí que apénas sale entumido de la góndola, y maldiciendo el calor ó el frio, el polvo ó el barro, y deseando llenar la panza de cualquier cosa, y tender la raspa en cualquier parte las tres ó cuatro horas que sólo se conceden al preciso descanso; se presenta en la posada el *Hospedador* solícito que al cruzar el coche conoció al viajero: ó que tuvo prévio aviso de su llegada; ó porque el viajero

mismo cometió la imprudencia de pronunciar su nombre al llegar al parador; ó por que hizo la sandez de haeer uso de la carta de recomendacion que le dieron para aquel pueblo. — Advertido en fin de un modo ó de otro llega pues el *Hospedador*, hombre de más de cuarenta años, padre de familia y persona bien acomodada en la provincia, preguntando al posadero por el señor D. F. que viene de tal parte y va á tal otra. El posadero pregunta al mayoral y éste da las señas que se le piden, y corre á avisar al viajero que un caballero amigo suyo desea verlo. Sale al corredor ó al patio, el cuitado viajero, despeluznado, sucio, hambriento, fatigado, con la barba enmarañada, si es jóven y la deja crecida, ó con ella blanquecina y de una línea de larga si es maduro y se la afeita; con la melena aborrascada, si es que la tiene, ó con la calva al aire, si es que se la oculta y esconde artísticamente, ó con la peluca torcida si acaso con ella abriga su completa desnudez, y lleno de polvo si es verano y de lodo si es invierno y siempre mustio, lagañoso é impresentable ; y se halla al frente con el *Hospedador* vestido de toda etiqueta con el frac que le hicieron en Madrid diez años atrás, cuando fué á la jura, pero que se conserva con el mismo lustre con que lo sacó de la tienda, y con un chaleco de piqué, que le hizo Chassereau cuando vino el duque de Angulema, y con un cordon de abalorio al cuello y alfiler de diamantes al pecho y guantes de nuditos, en fin lo más elegante y atildado que ha podido ponerse, formando un notable antítesis con el desaliñado y negligente traje del viajero.

No se conocen, pero se abrazan y en seguida *el Hospedador* agarra del brazo al viajero y le dice con imperioso tono : *venga V. Sr. D. fulano, á honrarme y á tomar posesion de su casa.* El viajero le da gracias cortésmente y le manifiesta que está rendido, que está impresentable, que no se detiene la diligencia más que cuatro horas; pero el *Hospedador* no suelta presa, y despues de apurar todas las frases más obligatorias, y de prohibir al posadero que dé á su huésped el más mínimo auxilio, se lo lleva trompicando por las mal empedradas calles del lugar á su casa, donde ya reina la mayor agitacion preparando el recibimiento del obsequiado.

Salen á recibirlo al portal la señora y las señoritas, con los vestidos de seda que se hicieron tres años atrás cuando fueron á la capital de provincia á ver la procesion del Corpus y la mamá con una linda cofia que de allí la trajo la última semana el cosario, y las niñas adornadas sus cabezas con las flores de mano que sirvieron en el ramillete de la última comida patriótica que dió la milicia del pueblo al señor jefe político. Y madre é hijas con su cadena de oro al cuello formando pabellones y arabescos en las gargantas, y turgentes pecheras, llevando además las manos empedradas de sortijones de grueso calibre. Queda el pobre viajero corrido de verse tan desgalichado y sucio entre damas tan atildadas, por más que le retoza la risa en el cuerpo notando lo etereoclito de su atavío ; y haciendo cortesías y respondiendo con ellas á largos y pesados cumplimientos, lo conducen al estrado, y lo sientan en el sofá, cuando él desea hacerlo á la mesa. Al verse mi hombre en tal sitio vuelve á pensar en su desaliño y desaseo, y trasuda, y pide que le dejen un momento para lavarse, y... pero en vano : el obsequiador y su familia le dicen que está muy bien, que aquella es su casa, que los trate con franqueza, y otras frases de ene, que ni quitan el polvo, ni atusan el cabello, ni desahogan el cuerpo; pero que manifiestan que está mal, que aquella no es su casa, y que no hay ni asomo de franqueza.

Entran varios amigos y parientes del obsequiador, el señor cura y otros allegados ; nuevos cumplimientos, nuevas ofertas, nuevas angustias para el viajero. Llena la sala de gente, el hospedador y su esposa desaparecen para activar las disposiciones del obsequio ; y miéntras retumba el abrir y cerrar de antiguas arcas y alhacenas, de donde se está sacando la vajilla, la plata tomada y la mantelería amarillenta, resuenan los pasos de mozos y criadas que cruzan desvanes y galerías, y se oyen disputas y controversias , y el fragor de un plato que se estrella, y de un vaso que se rompe, y el cacareo de las gallinas á quienes se retuerce á deshora el pescuezo ; y se percibe el chirreo del aceite frito, perfumándose la casa toda con su penetrante aroma. Una de las niñas de casa se pone á tocar un piano. Pero ¡ qué piano, ánimas benditas !... ¡ qué piano ! La fortuna es que miéntras cencerrean sus cuerdas sin compás ni concierto una pieza de Rossini, que no la conociera la misma Colbran, que sin duda no se le debe despintar ninguna de las de su marido, el señor cura está discurriendo sobre la política del mes anterior con el pobre caminante, que daria por haber ya engullido un par de huevos frescos, y por estar roncando sobre un colchon, toda la política del universo.

Concluye la sonata, y un mozalbete, que es siempre el chistoso del pueblo, toma la guitarra y canta las caleseras, y luégo hace la vieja con general aplauso, y luégo para que se vea que tambien canta cosas sérias y de más miga, entona tras de un grave y mesurado arpegio, la Atala, el Lindoro y otra pieza de su composicion. Y gracias á que saltaron la prima y la tercera, y á que no hay ni en la casa, ni en la del juez, ni en la del barbero, ni en la botica , ni en todo el pueblo cuerdas de guitarra aunque se le han encargado ya al arriero; que cesa la música súbitamente con gran sentimiento de todos, y pidiendo repetidos perdones al viajero, que está en sus glorias, creyendo que este incidente dará fin al sarao, y apresurará la llegada de la cena. Pero está en el salon el hijo del maestro de escuela, que acaba de llegar de Madrid y que representa maravillosamente imitando á Latorre , á Romea y á Guzman, y todos á una voz le piden un pasillo. El se excusa con que está ronco, con que se le han olvidado las relaciones, porque hace dias que no representa sus comedias, y con que no está allí su hermana que es la que sale con él para figurar. Pero insisten los circunstantes. Y ya el cómico titubea anheloso de gloria. Y al verle poner una silla en medio del estrado, para que le sirva de dama, una de las señoritas de la casa, por mera complacencia, se presta á hacer el papel de la silla, y se pone de pié entre el general palmoteo. ¡Silencio! ¡ silencio! gritan todos ; y los criados y criadas de la casa, y hasta los gañanes y mozos de la labor se agolpan solícitos á la puerta de la sala; las personas machuchas que rodean al obsequiado le dicen, sotto voce, ¡verá Vd. qué mozo! ¡verá Vd. qué portento!!! Y el hijo del maestro de escuela con tono nasal y recalcado sale con una relacion del *Zapatero y el Rey*, estropeando versos y desfigurando palabras, y con tal manoteo y tan descompasados gritos que el auditorio, *nemine discrepante*, le proclama el Roscio, el Talma, el Maiquez de la provincia. Piden en altas voces otro paso, y el actor se descuelga con un trocito del *Guzman*, que tiene igual éxito. Y porque está ya ronco y sudando como un pollo, se contentan los concurrentes con que les dé por fin algo de la *Marcela*. Concluida la representacion cree el obsequiado que cesará el obsequio, y en verdad que fuera razon. Pero como aun no está lista la cena, el obsequiador y su esposa, que ya han concluido de tomar disposiciones, y que ya han dejado sus últimas órdenes á la cocinera y al ama de llaves, vuelven al salon. Y empiezan á enredar en laberinto de palabras al huésped, contándole lo bueno que estaba el pueblo el año pasado, y lo mucho que se hubiera divertido entónces, porque había un regimiento de guarnicion, con una oficialidad brillante. El soñoliento, hambriento y fatigado viajero, bosteza y responde con monosílabos, y pregunta de cuando en cuando... ¿ cenaremos pronto? y el patron le dice, al instante, y sigue contándole cómo se hicieron las últimas elecciones, los proyectos que tiene el actual alcalde de hermosear la villa, y otras cosas del mismo interés para el viajero ; cuando ve entrar al sobrino del señor cura, y en él un ángel que le ayude á divertir al obsequiado miéntras llega la cena, que se ha atrasado porque el gato ha hecho no sé qué fechoría allá en la cocina. Efectivamente , el sobrino del señor cura es poeta, improvisa, y en dándole pié se está diciendo décimas toda una noche. Entra en corro, las señoritas de la casa hacen el oficio de la fama patentizando al huésped su clase de habilidad. Todos le rodean, le empiezan á dar pié, y él arroja versos como llovidos. Ya no puede más el cuitado viajero, ¡qué desfallecimiento! ¡qué fatigas! ¡qué vahidos!.... Cuando afortunadamente vuelve á la sala la señora, que salió un momento ántes á dar la última mano al obsequio, y dice: *vamos á cenar, si Vd. gusta, caballero.* ¡Santa palabra! grita la concurrencia, y todos se dirigen al comedor.

¡Espléndida, magnífica cena! veinte personas van á devorarla y hay racion para ciento. ¡Qué botellas tan cucas! de vidrio cuajado con guirnaldas de florecitas y letreros dorados que dicen *viva mi dueño, viva la amistad.* Una gran fuente redonda ostenta entre cabezas de ajos y abultadas cebollas veinte perdices despatarradas y aliabiertas, cuál boca abajo, cuál panza arriba, cuál acostadita de lado, dando envidia al aburrido viajero. En otra gran fuente ovalada campean seis conejos descuartizados prolijamente ; allá perfuman el ambiente con su vaho, veinticuatro chorizos fritos , acullá exhalan el aroma del clavo y de la canela ochenta albondiguillas como bolas de billar. ¡Qué de menestras! ¡Qué de ensaladas! Servicio estupendo, aunque muchas cosas están ahumadas, otras achicharradas, casi todo crudo por la prisa, y todo frio por el tiempo que se ha tardado en colocarlo en simetría grotesca.

Náuseas le dan al pobre viajero de ver ante sí tanta abundancia, y más cuando todos le hostigan á que coma *sin cortedad porque no hay más*, y cuando la señora y las niñas de casa le dan cada una con la punta del tenedor su correspondiente finecita. Y cuando el Hospedador le insta á repetir y comer con toda confianza, y se aflige de lo poco que se sirve, olvidando que

Comer hasta matar el hambre es bueno
Y hasta matar al comedor es malo.

Mas, ¿quién encaja este axioma en la mollera de un *Hospedador de provincia* por más que lo recomiende Quevedo?.....

Los platos se suceden unos á otros como las olas de mar embravecido, al de las perdices arrebatado por una robusta aldeana alta de pechos y ademan brioso, le sustituye otro con pavo á medio asar. Al de los conejos, levantado por los trémulos brazos arremangados de una viejezuela, otro con un jamon más salado que una sevillana. Y ocupa el puesto de los chorizos, la fruta de sarten, y el de las menestras, mostillo, arrope, tortas, pasas, almendrucos, orejones, y fruta, y calabazate, y leche cuajada y natillas, y.... ¿qué se yo? aquello es una inundacion de golosinas, un aluvion de manjares, que parece va á añadir una capa más á nuestro globo. Y ya circula un frasco cuadrado y capaz de media azumbre de mano en mano derramando vigorosísimo anisete. Y el cantor de la tertulia entona patrióticas, y el poeta improvisa cada bomba que canta el misterio, y el declamador declama trozos de Pelayo, y la señora de la casa se asusta porque su amigo el Hospedador trinca demasiado y luégo padece de irritaciones, y las señoritas fingen alarmarse porque hay un chistoso que dice cada desvergüenza como el puño, y todo es gresca, broma, cordialidad y obsequio; cuando por la misericordia de Dios, la voz ronca del mayoral, gritando en el patio *al coche, al coche, hemos perdido más de una hora, no puedo esperar más*, viene á sacar al viajero de aquel pandemonium, donde á fuerza de obsequios lo tienen padeciendo penas tales, que en su cotejo parecerian dulces las de los precitos.

El amo de la casa aun defiende su presa en los últimos atrincheramientos, empieza por decirle con voz de cocodrilo que deje ir el coche, que en la góndola venidera proseguirá su viaje. Pero como halla una vigorosa repulsa, tienta al mayoral de todos los modos imaginables con halagos, con vino, con aguardiente, con dinero en fin, y nada, el mayoral se mantiene firme contra tantas seducciones; y salva á su viajero, y lo saca de las manos del Hospedador como el ángel de la Guarda salva y saca de las manos del encarnizado Luzbel á un alma contrita.

Cuanto dejamos dicho que acaece con el viajero de diligencia ocurre con el de galera ó caballería, sin más diferencia que dilatarse algo más el obsequio con una cama que compite con el cielo, y cuya colcha de damasco, que ruge y se escapa por todos lados como si estuviera viva, no deja dormir en toda la noche al paciente obsequiado.

Tambien tiene el obsequio de los *Hospedadores de provincia* sus jerarquías, y si es intolerable y una desgracia para un particular; es para un magistrado, intendente ó jefe político, una verdadera desdicha: para un capitan general, diputado influyente, ó senador parlante una calamidad : y para un ministro electo, que vuela á sentarse en la poltrona, un martirio espantoso, un azote del cielo, una terrible muestra de las iras del Señor, un ensayo pasajero de las penas eternas del infierno.

Aconsejamos pues al viajero de bien, esto es, al que sólo anhela llegar al término de su viaje con la menor incomodidad posible que evite las asechanzas de los *Hospedadores*, de sus espías y de sus auxiliadores; y para lograrlo no fuera malo se proveyese de parches con que taparse un ojo, de narices de carton con que desfigurarse, ó de alguna peluca de distinto color del de su cabello que variase su fisonomía, ya que no está en uso caminar con antifaz ó antiparra, como en otro tiempo ; y con tales apósitos deberia disfrazarse y encubrirse á la entrada de los pueblos donde tuviese algun conocido usando de estas prudentes precauciones, amén de las ya sabidas y usadas por los prudentes viandantes de no decir su nombre en los mesones y posadas, y de no hacer uso, sino en casos fortuitos, de las cartas de recomendacion.

Pero si los *Hospedadores de provincia* son vitandos para los viajeros de bien, pueden ser una cucaña, una abundante cosecha para los aventureros y caballeros de industria, que viajan castigando parientes y conocidos como medio de comer á costa ajena, de remediarse unos dias, y de curarse de la terrible enfermedad conocida con la temible calificacion de hambre crónica.

A unos y á otros creemos haber hecho un importante servicio llamándoles la atencion sobre esta planta indígena de nuestro suelo: á aquellos para que procuren evitar su contacto, á estos para que lo soliciten á toda costa.

Madrid, 1839.

EL VENTERO

VENTA. – *La casa establecida en los caminos ó despoblados, para hospedaje de los pasajeros. – El sitio desamparado y expuesto á las injurias del tiempo como lo suelen estar las ventas.*

VENTERO. – *El que tiene á su cuidado y cargo la venta, y el hospedaje de los pasajeros.* – (Diccionario de la Academia.)

La venta y el Ventero son tal vez la cosa y la persona que no han sufrido la más mínima alteracion, la modificacion más imperceptible desde el tiempo de Cervantes hasta nuestros dias. Pues las *ventas* de ahora son tales cuales las describió su pluma inmortal, aunque hayan servido alguna vez de casa fuerte, ya en la guerra de la independencia, ya en la guerra civil, ya en los benditos pronunciamientos. Y los venteros que hoy viven, aunque hayan sido alcaldes constitucionales, y sean milicianos y electores y elegibles, son idénticos á los que alojaron al célebre don Quijote de la Mancha.

Y lo más raro es que se parecen como se parecerian dos gotas de agua, á los que en los desiertos de Siria y de la Arabia tienen á su cuidado los caravanserails; esto es, las ventas donde se alojan las caravanas en aquellos remotos paises; si es que son exactas las descripciones de Chateaubriand, Las Casas, Belconi y Lamartine.

Lugar era este en que uno de esos prolijos investigadores del orígen de todas las cosas podia lucir su erudicion y la argucia de su ingenio manifestándonos que las ventas de ahora son los *Caravanseralis* de tiempo de moros; y acaso el nombre de *Carabanchel* le ofreceria un argumento inexpugnable. Pero quédese esto para los que siguen la inclinacion y buen ejemplo del estudiante que acompañó á don Quijote á la cueva de Montesinos y que se ocupaba en escribir la continuacion de Virgilio Polidoro: y ocupémonos nosotros del Ventero, pues es tipo de tal valía que el curso de dos siglos no lo ha variado en lo más mínimo.

Antes de escribir el contenido, describiremos el continente, ántes del actor la escena, como parece natural, y como lo verifican los naturalistas que hablando, v. g., de la nuez, nos pintan primero el erizo, luégo la cáscara, y en último lugar la parte clara y comible. Hablemos pues de la venta ántes que del Ventero.

La definicion que de la palabra venta da el Diccionario de la Lengua, y que sirve de epígrafe á nuestro artículo, no deja que desear: y seria insistir en explanarla, hacer agravio al consejo de mis lectores. Porque, ¿cuál de ellos no habrá pasado una mala noche, y comido detestablemente en alguna venta, cuando haya hecho un viajecillo de media docena de leguas? La venta pues es conocida de todos los españoles, y de todos los extranjeros que hayan viajado en España. Pero es preciso no confundir la venta con el *parador* que es un progreso, ni con el *ventorrillo* que es un retroceso; pues por lo comun, el ventorrillo sube á venta si le sopla la fortuna, y la venta pasa á ventorrillo cuando ésta, ciega, caprichosa y antojadiza le niega sus favores. Y en cuanto al parador advertiremos, que aunque pudiera ser venta en su primitivo orígen, hay muchos que nacieron paradores hechos y derechos. Y que su casa no es de veredas ni encrucijadas, sino de caminos reales y carreteros; como si dijéramos la alta aristocracia de la especie.

Conservan el nombre de ventas muchas que lo fueron y ya no lo son porque se han convertido en otra cosa, sobre todo en los grandes caminos. Así se llaman venta de la Portuguesa, venta de Santa Cecilia, dos casas de Posta que fueron ventas cuando no habia carreteras establecidas en los parajes en que se fundaron. Y cuando el sitio en que hubo una se ha convertido en pequeña poblacion arrimándosele otras, se designa con el nombre en plural: v. g., *ventas* de la Pajanosa, ventas del Puerto Lapiche, etc., etc., etc. La venta pues verdadera, genuina, *proprement dite*, es la que está aislada, lejos de toda poblacion, y principalmente en caminos de travesía.

Suelen ser ya grandes y espaciosas, ya pequeñas y redondas; pero siempre de aspecto siniestro, colocadas por lo general en hondas cañadas, revueltas y bosques; en sitios en fin sospechosos, y de modo que sorprendan, como quien dice, al viajero poco experto que con ellas tropieza. Las más comunes se componen de zaguan-cocina, despensa, un cuartucho para el ventero y su familia, si es que la tiene, un corralillo, una mala cuadra y un pajar. Y hasta los nombres apelativos con que suele designárselas indican á veces todo lo que son; como por ejemplo *la venta del Puñal, la del Judío, la del Moro, la de la Mala Mujer, id. de los Ladrones* y otros tales de que no me acuerdo, ni importa para nuestro propósito.

Pasemos pues al Ventero y cumplamos con el título de este artículo.

El Ventero, aunque habitador del campo, no ha pasado generalmente sus primeros años en él, ni ha sido gañan, ú hortelano, ni ayudado de un modo ó de otro al cultivo de la tierra. Por lo regular fué en su juventud soldado ó contrabandista, esto es, hombre de armas, y si no nació con temperamento belicoso y bajo la influencia del planeta Marte, fué sin duda en sus años mozo, calesero, arriero, ó corredor de bestias, que el vulgo suele llamar *chalan.* No quita esto el que el Ventero haya podido ejercer ántes alguna otra profesion. El que escribe estas líneas encontró años atrás en lo más recóndito de Sierra-Morena un ventero, que habia sido piloto, y que hablaba en términos marineros y náuticos, que sonaban extravagantísimos en aquel paraje tan lejano del mar. Y topó con otro en los montes de Leon, que habia sido ermitaño. Pero estas son excepciones. Y al cabo sea cual sea la profesion del Ventero, en llegando á Ventero ya toma una fisonomía particular.

Mas de cuarenta años de edad. Traje segun el del país en que está la venta, pero un poco exagerado, y siempre con algun folili ó ribete del de otra provincia. Aspecto grave, pocas palabras, ojos observadores, aire desconfiado, ó de superioridad, segun son los huéspedes que llegan á su casa: son condiciones que deberia tener presentes un pintor que quisiese hacer el retrato de un Ventero.

Su vida que parece debia ser monótona y sedentaria es, por lo contrario, variada y activa: en los ratos de ocio se ocupa en aguar el vino, en poner algunos granos de pimienta en los frascos del fementido aguardiente, en picar carne de alguna muerta caballería, ó en adobar una albarda. Cuando tiene huéspedes no sosiega: del fogon á la cuadra, de esta al pajar, de allí al mostrador, luégo al corralillo por leña, luégo á la despensa por aceite, anda hecho un azacan. Si tiene huéspedes parece que de noche no duerme, los vigila; si está solo tiene el oido alerta al menor ruido, muchos dias pasa en el monte, otros en la ciudad vecina. Conoce á todos los arrieros que transitan aquella tierra y sabe sus gustos y condiciones, y á do van y de do vienen, y bebe con ellos y come tambien con ellos, y á unos les habla mucho y á otros poco, pero á todos les pregunta algo al oido, conoce tambien á los labradores y propietarios de la redonda; y como si fueran suyas, todas las reses que pastan en aquellos contornos y todas las caballerías de la provincia.

Si á media noche se oye un tiro, sabe si es de uno que está á espera de conejos ó de jabalíes, ó si es de otra cosa. Si oye el estallar de una honda á deshora, dice el nombre del vaquero que la estalla, y el de la res á quien se dirige la piedra. Adivina por el tin tin de las esquilas, ó por el tomb tomb de las zumbas, de quienes son las recuas que pasan por otra encrucijada vecina; pero á quien conoce por instinto particular propio del oficio de Ventero, es á los contrabandistas y los individuos del resguardo. A veces entra en la venta á hora inusitada con las manos ensangrentadas, porque viene de una alquería inmediata de ayudar á abrir un cerdo ó degollar una ternera: y si estando sentado al fuego oye un silbido, ó echa taraucas secas para que se levante llamarada y salgan chispas por la chimenea, ó abre un ventanuco por donde se vea la lumbre ó la luz del candil, ó sale con su escopeta á rondar la venta, ó se queda serio y alerta ó atranca la puerta súbitamente, ó va á avisar á la cuadra ó al pajar á algun arriero, ó acaso á algun huésped que se esconde en el desvan, y que no gusta de gente y de conversacion.

En una de tantas trifulcas en que los hombres de bien han tenido en esta última época que tomar las de villadiego para no ser víctima de la turba desharrapada, que en nombre de la patria y de la libertad, y capitaneada ó instigada por unos cuantos voceadores, instrumento de tres ó cuatro solapados é hipócritas ambiciosos, esgrimia fanática el puñal contra el verdadero patriotismo y acrisolada virtud; un amigo mio tuvo que escapar disfrazado á media noche de una de las primeras capitales de España, para dirigirse á una frontera, poniendo su suerte en manos y bajo la direccion de un contrabandista.

Este tal iba pues por sendas y vericuetos con su diestro conductor para evitar un mal encuentro, y al terminar una encapotada tarde de otoño y despues de atravesar espesos matorrales y quebradas lomas, llegó á una venta, que en medio de un despoblado y en la encrucijada de dos malos caminos, uno de ruedas y otro de herradura, sobre una hondonada habia. Soplaba recio el viento agitando la maleza y las copas de algunas encinas que de trecho en trecho se erguian en el raso que la venta ocupaba, el cielo parecia de plomo atravesado de siniestras ráfagas de color de leche, últimos esfuerzos de un sol moribundo: por una cañada ó rambla se descubria á un lado y á lo léjos en el remoto horizonte, una gran poblacion cuyas gigantes torres se dibujaban distintamente sobre una lista roja que marcaba el ocaso. La hora, el sitio, y lo destemplado de la atmósfera, y el aspecto de la venta hicieron una impresion indefinible en el ánimo ya harto combatido del viajero, que involuntariamente tiró de las riendas al caballo y lo paró. ¿Vamos á pasar ahí la noche? preguntó con un acento particular al contrabandista. Y este le contestó, advirtiendo el tono de la pregunta: Difícil sería pasarla en mejor paraje, ¿quién ha de dar con nosotros? Y el viajero sin replicarle clavó los ojos en la gran poblacion que ya se descubria apénas en el borrado horizonte, lanzó un suspiro, y avanzó hácia la venta. Un enorme perro mastin salióle al encuentro ladrando y meneando la cola, y una vieja de fisonomía estúpida y de traje sucio y miserable, y un hombre de cincuenta años, alto, recio, con una cara cetrina á cuya tez oscura y áspera daban realce dos enormes patillas grises, y un pañuelo de colores brillantes rebujado á la cabeza, asomaron á la puerta de la venta. Llegó á ella nuestro prófugo al tiempo en que empezaban á caer gruesas gotas, cerrando casi la noche. Y aquellas dos figuras de mal agüero, que se dibujaban y sobresalian por oscuro sobre el fondo rojizo del interior de la venta, iluminada con la llama del hogar, y que aun de frente recibian la última incierta claridad del crepúsculo, le inspiraron profundo terror. Pero viendo que el contrabandista se habia quedado un tanto atrás como oteando desde una alturilla toda la comarca, preguntó resuelto: ¿Hay posada? Miráronse el Ventero y la Ventera, que eran los personajes que estaban á la puerta, y aquel con tono desabrido contestó: Lo que es esta noche no la hay... porque... y continuó la viejezuela: Porque es imposible... no hay nada en la venta... y... En esto llegó el contrabandista, dijo dos ó tres palabras que no entendió su compañero de viaje, porque no eran castellanas. Y como por encanto hubo al instante posada, y el Ventero vino á tener el estribo al encubierto huésped, y la Ventera ayudó al contrabandista á descolgar las escopetas, y á recoger manta y alforjas, y tomando un candil llevó á los huéspedes á la caballeriza donde ambos acomodaron sus cabalgaduras, para las que trajo inmediatamente recado el Ventero.

Volvieron al zaguan-cocina, que estaba lleno de humo, los cuatro actores de esta escena. La Ventera echó retamas secas en el hogar, cuya llamarada lo iluminó todo, y se vieron al otro extremo del zaguan-cocina reunidas en un rincon seis ú ocho escopetas, lo que llamó la atencion del contrabandista. Mi amigo se sentó en un poyo junto á la lumbre, y el Ventero salió á la puerta y llamó al perro que aun ladraba fuera.

La noche empezó oscurísima, la lluvia arreciaba, el viento aumentaba su fuerza, y el humo de la cocina era intolerable. El contrabandista preguntó á la vieja: ¿Qué se podrá aviar para la cena? Nada hay en la casa, respondió aquella, sino vino y aguardiente, pan y pimientos. —¿No hay huevo?— Tampoco. —¿Bacalao, arroz?... —No hay nada. —Medrados estamos, dijo el encubierto, y tengo un hambre como nunca...

Volvió en esto el Ventero con el perro, dejando atrancada la puerta. Y le dijo el contrabandista, dando otra ojeada á las escopetas, y mirándolo con aire socarron: ¿Y la chica?... que salga, no la escondas, que es lo único bueno que hay en tu casa. Y saltó la Ventera y dijo: No está aquí: se fué esta mañana con la burra á la villa, vino por ella el Rojo... Y continuó el Ventero: El criado del señor administrador. —¿Y el Chupen? preguntó el contrabandista. —Se fué esta tarde al huerto, y allí dormirá. —Con que estais solos. —Solos estamos, dijeron á un tiempo el Ventero y la Ventera, pero el contrabandista volvió los ojos con una expresion tan ladina hácia el monton de escopetas, que la vieja se fué al corral por leña, y el Ventero despues de un momento de turbacion muy marcada le dió una palmada en el hombro al contrabandista y le dijo: ¡Qué pollo!... y tomando un frasco cuadrado de un vasal, y un vasillo de vidrio, llenó este de aguardiente y se le presentó á su interlocutor diciéndole: «Vaya por la gente dura.»

Ajeno de cuanto pasaba en derredor de sí estaba mi amigo, cansado, hambriento, y embebido en dolorosos recuerdos, y en poco lisonjeras esperanzas, humeaba maquinalmente un cigarro y halagaba el carnudo cuello del enorme mastin con quien estaba en perfecta amistad y armonía.

Bebió el contrabandista, bebió el Ventero, y empezó entre ambos un diálogo muy animado, en una especie de jerga ó algarabía, en que los nombres y los verbos eran de otro idioma muy extraño, pero los artículos, conjunciones y partículas, enteramente de nuestra lengua. Nada entendió el viajero encubierto, ni se curó de ello. Y concluida la conversacion de los otros, que no fué larga, el contrabandista dió la mano muy apretada al Ventero, y volviéndose á mi amigo, con gran impaciencia le dijo: —Vamos, vamos á cenar cualquier cosa, y á dormir, que mañana tenemos una jornada mayor que la de hoy, que no ha sido floja: ya he dispuesto que en un cuartito de arriba se le ponga á V. una cama, que con el colchon del tio Trabuco, que es nuestro hostalero, y con las jalmas de mi jaca, y con la manta y ese capote podria servir para un intendente... pero pronto, pronto. Y viendo entrar á la Ventera con un haz de leña. —Vamos, tia Veneno, ponga V. la sarten y fria unos ajos, que yo le daré pan y chorizos para que nos haga unas sopas... ¿no es verdad, nostramo? —Sí, me conformo con cualquier cosa, dispóngalo V. á su gusto. —¡Vivan los hombres duros! cuidado, que no lo es poco su merced, dijo el contrabandista, y comenzó á sacar de sus alforjas el repuesto.

La tia Veneno puso una sarten enorme al fuego, mi amigo le preguntó: ¿Para qué tan grande? y respondió la bruja: Miéntras más gracia de Dios, mejor. El contrabandista la miró con malignidad, dijo otra palabra en su jerga al Ventero que estaba desmenuzando el pan y cortando los chorizos con una navaja de á vara, y tomando sus escopetas, les quitó el cebo, acomodó la piedra, las volvió á cebar, y las puso á su lado en un rincon, diciéndole al Ventero con una sonrisa de inteligencia: Ya estamos listos.

En un santiamén se hizo la cena, y en un santiamén se engulló por mi amigo, su conductor, el tio Trabuco y la tia Veneno, echando sin embargo sopas para una comunidad. El vino de la venta que era una verdadera supia, y el aguardiente de pita de la misma, que era una verdadera ponzoña, se expendieron en abundancia; y sin dejar á mi amigo más tiempo que el de encender su cigarro, y el de tirar un zoquete al mastin, con quien habia simpatizado, le dijeron los otros tres en coro: Ea, á dormir, á descansar, y Dios dé á su merced buena noche. Y miéntras la Veneno subia á rastra al sobrado un colchon miserable, y el contrabandista la alumbraba con el candil llevándose tambien las jalmas y mantas de su caballería, el Ventero picando un cigarro, y balbuciendo un poco porque el aguardiente le trababa la lengua, y queriendo dar á su fisonomía de suela una expresion de bondad y de sencillez, que la daban un aire muy grotesco, dijo á mi amigo; Aquí su mercé con toa confianza. No estará como merece, pero yo y mi pobreza estamos pa lo que guste mandá: á dormir, á dormir, no tenga su mercé cudiao. En esto volvió el contrabandista, diciendo: Al avío, al avío: tiene su mercé una cama como la de un obispo; á dormir, á dormir!

Subió mi amigo una escalerilla como el cañon de una chimenea, y entró en un estrecho camaranchon tan rodeado de grietas y mechinales, que corria en él el mismo viento que en mitad del campo, siendo tantas las goteras que de la mal segura techumbre caian, que se hubiera debido entrar allí con paraguas: sin ventanas, sin puertas ni vidrieras daba franco paso á una corriente de aire con que hubiera podido moler un molino de viento. Notado lo cual por el contrabandista, tapó, ayudado del tio Trabuco, aquel importuno respiradero con una antigua y jubilada albarda que en el desvan yacia.

Acurrucóse mi amigo lo mejor que pudo en aquel fementido y apocado lecho, y dándole las buenas noches con encargo de que se durmiese pronto, el Ventero, la bruja y el sagaz conductor se retiraron con el candil, cerrando por fuera con cerrojo la puerta, esto es, dejando encerrado al huésped. Notólo éste, y aun quiso oponerse con buenas razones, que cortó el contrabandista diciéndole: que por dentro no habia pestillo, y que si se dejaba la puerta sin sujecion, estaria golpeando toda la noche. Además, que él vendria á despertarlo á la hora de la partida. Con lo que quedó mi amigo convencido. Por los resquicios entró la luz del candil dibujando en las toscas paredes rayas irregulares que fueron disipándose hácia el techo, sonaron las pisadas por los escalones abajo, y todo quedó á oscuras y en silencio.

El viajero disfrazado llevaba ya seis dias de penosa marcha y habia andado aquel dia catorce leguas en un caballo troton, por recuestos y vericuetos; circunstancias que bastan para que se crea que pronto quedó dormido. Y aunque en el breve tránsito de la vigilia al sueño y estando ya como se dice vulgarmente traspuesto, oyó abrir una puerta y luégo otra que le pareció la del campo y ruido de gente y de herraduras y de relinchos, sin dársele de ello un ardite se abandonó en los brazos de Morfeo.

Cuatro horas largas de sueño llevaria, cuando los tenaces ladridos del perro le despertaron. Como estaba vestido se incorporó pronto en el lecho; y como notara que el reparo puesto al ventaneo habia venido al suelo, cosa que advirtió porque la luna habia salido, y aunque velada de opacas nubes difundia alguna claridad, se levantó resuelto á volver á tapar aquel boquete. Al acercarse á él, creyó ver á lo léjos cuatro ó seis fogonazos, de que oyó inmediatamente las detonaciones, fijó los ojos á aquel lado, pero nada vió, ni oyó más que el confuso rumor del galope de algunos caballos. Hubiera permanecido curioso en su atalaya, si el frio, y el no haber vuelto á oir rumor alguno no le obligaran á volver á tapar el ventanillo, y á regresar tiritando á su lecho, no sin formar mil conjeturas, precisamente las propias de su extraña posicion.

No volvió en todo el resto de la noche á hacer sueño de provecho, aunque despues de cavilar un rato recobró el cansancio su imperio y lo dejó traspuesto, en cuyo estado, y sin saber si era ensueño ó realidad, oyó nuevo tropel de caballos, voces roncas y confusas, ladridos, quejidos y carcajadas y como los golpes de un azadon que abrian algun hoyo en el corral, pero todo tan vago, tan inconexo, tan confuso, que en el casi sueño en que se mantuvo hasta el amanecer no le dejó formar ninguna idea distinta y clara.

Ya empezaba el crepúsculo de la mañana, cuando el contrabandista entró á despertarle, y á decirle que era la hora de ponerse en marcha, preguntándole qué tal habia pasado la noche. Muy mal, contestóle mi amigo; amén de las pulgas que me han devorado, y de las ratas que se han paseado á su sabor sobre mí, y del viento y de las goteras, el ruido ha sido infernal..... ¿Qué diablos ha habido esta noche en esta venta?..... ¿han llegado más pasajeros? ¿se ha dado en ella una batalla? ¿qué demonios ha ocurrido? Replicó el contrabandista: ¿Pues qué ha oido V?..... Y repuso el otro: No es cosa de cuidado, tiros, carreras, ladridos, voces, lamentos..... ¿qué sé yo? A lo que el contrabandista con afectada serenidad dijo: Vaya, V. bebió anoche un traguito más; nada ha habido, ni nadie ha entrado en la venta; sin duda V. ha soñado esas cosazas. —¿Cómo sueño? saltó el viajero, no señor; estaba muy despierto cuando empezó la algazara, he visto y oido los tiros, he conocido la voz del Ventero..... y aun la de V..... —Pues si es así (le interrumpió el contrabandista) crea, porque le conviene, que ha soñado..... Y no se dé por entendido, y diga aquí abajo y en todo el mundo que se ha pasado la noche de un tiron, durmiendo á pierna tendida como un bienaventurado. —Pero hombre, es terrible..., dijo mi amigo. Y atajóle su conducta más bajo: Os importa la vida..... no conoceis lo que son ventas y venteros..... Y continuó en voz alta: Vamos, vamos, basta de sueño: caramba y qué pesadez!..... al avío, al avío, que ya es tarde.

Bajaron ambos del camaranchon y se dirigieron á la caballeriza, donde tenian ya sus cabalgaduras listas. Pero notó mi amigo que habia otros dos caballos atados á la pesebrera, fatigados, mustios y enlodados. Sacaron los suyos al zaguan-cocina nuestros viajeros; y el disfrazado advirtió temblando que en el suelo habia sangre reciente, que en vano se habia querido hacer desaparecer á fuerza de agua. El monton de escopetas no estaba en el rincon; la bruja encendia el hogar; el tio Trabuco andaba como desatentado. Pagóle el contrabandista, cambiaron varias palabras fuertemente acentuadas en aquella jerga con que se comunicaban. Cabalgaron al fin los huéspedes, y al alargar el Ventero un vaso de aguardiente á mi amigo, advirtió éste en la velluda y tosca mano manchas de sangre, y manchas de sangre en la camisa...

Partieron de la venta los viajeros al momento en que el sol asomaba por el Oriente, anduvieron como media legua sin decirse una sola palabra. Cuando al atravesar una estrechura se encontraron con un reguero de sangre que iba á perderse en un espeso matorral. Llamóle la atencion á mi amigo, y quiso seguir el rastro; pero su compañero le detuvo apresurado. —¡Señor! ¿qué ha sido esto? ¡Yo me horrorizo! exclamó aquel; y este le dijo: ¡Cachaza! ¡cachaza! estas son cosas de mundo, y no me pregunte su merced nada porque mi oficio es callar... —¡Pero hombre, callar una cosa así? dijo mi amigo. —Sí, señor, contestóle el conductor: del mismo modo que no diré, aunque me hagan pedazos, ni el nombre de V. ni las desgracias que le obligan á andar por estos vericuetos, porque se ha fiado V. de mí, y esto basta, tampoco diré á nadie aunque me hagan pedazos lo que ha pasado esta noche en la venta, porque se ha fiado de mí el Ventero y esto basta; por lo tanto no me pregunte más su merced, que será en balde.

Tres dias más duró el viaje, al cabo de ellos llegaron á la frontera, en ella se despidió el prófugo, ya en salvo, de su fiel conductor, y al ir á gratificarle con unas monedas de oro, las rechazó el contrabandista y le dijo: No quiero más recompensa de lo que he hecho por su merced sino que me jure y me dé su palabra de caballero de que jamás nombrará la venta de marras, ni contará lo que en ella soñó. Prometióselo mi amigo, se separaron, y volviendo ambos la cabeza al perderse de vista para despedirse, el contrabandista con una expresion singular, puso el índice de la mano derecha en los labios, y gritó á su compañero de viaje: *apanda la mui.*

Madrid, 1839.

DISCURSO

LEIDO EN LA JUNTA PÚBLICA QUE CELEBRÓ LA REAL SOCIEDAD PATRIÓTICA

DE CÓRDOBA EL DIA 30 DE MAYO DE 1819

SEÑORES:

Si la ocupacion más digna del hombre es la de procurar el bien de sus semejantes, promoviendo la pública felicidad; y si la virtud más ilustre del carazon humano es la caridad, cuyo influjo benigno y consolador enjuga las lágrimas de la infelicidad desvalida; ¡cuánto debe, amigos y compañeros, engreirnos y entusiasmarnos el noble objeto que nos reune en este lugar, en corporacion numerosa y respetable, y protegida por las paternales miras de un gobierno ilustrado! Promover el bien público de la provincia de Córdoba es nuestro encargo: encargo grande y sublime, pero que no debe arredrar á los que lo hemos tomado voluntariamente, sin más estímulo que el amor á la patria y á los hombres; y encargo, que si no podemos llenar del todo, por la misma magnitud de él, no debemos abandonar jamás, oponiendo incesantemente el celo al egoismo, la constancia al desaliento, la ilustracion al error, y alzando la voz majestuosamente para publicar la verdad, sobre los tumultuosos gritos de la ignorancia y de la supersticion. Sí, amigos y conciudadanos: de este modo llegaremos al fin á conseguir el alto objeto á que dedicamos nuestras tareas; pues felizmente vivimos en el siglo en que la filantropía y la ilustracion derraman su refulgente brillo por toda la Europa, en la nacion á cuya cabeza vemos á Fernando el Deseado, y en la provincia que se mira sábiamente regida por magistrados celosos y justos, que sólo anhelan la pública prosperidad.

A la compasion, á aquel dulce y tierno afecto propio de las almas dotadas de sensibilidad y de virtud, debió su primer origen esta utilísima corporacion, ántes que las sábias disposiciones del gobierno determinasen su establecimiento prefijándole constituciones convenientes, y dispensándole generoso patrocinio. La compasion que experimentaron en sus corazones algunos varones virtuosos al ver que la indigencia, con su mano de hierro, oprimia á varios inocentes párvulos de ambos sexos, que mendigaban por calles y plazas su subsistencia; les inspiró la hermosa idea de reunirse para remediar aquel daño, y formaron la sociedad patriótica de Córdoba, que en seguida fundó este colegio, que tenemos á nuestro cuidado, y llamó la atencion del Monarca sobre los males que abrumaban á esta provincia, la más feraz de sus vastos dominios. ¡Ah!... ¿Quién puede recordar tan tierno y virtuoso origen, sin lágrimas de gratitud?... ¿Quién podrá contemplar el desprendimiento y caridad de aquellos primeros fundadores, sin llenar el pecho del dulce respeto que inspiran la virtud y la generosidad? Sus nombres, sus gratos nombres pasarán de generacion en generacion, no grabados en láminas de bronce, ni esculpidos en mármoles soberbios, que el tiempo hunde, que no resisten al cetro destructor de los siglos, y que en oprobio de la especie humana no han servido generalmente hasta ahora más que para eternizar tiranias y latrocinios; sino en los corazones buenos y sensibles, miéntras haya hombres que amen á su patria y á sus semejantes. ¿Y los que tenemos la dicha de haberlos sucedido, perteneciendo á esta ilustre corporacion, que tan heróicamente fundaron, deberemos descuidar sus santas intenciones, deberemos abandonar la empresa que se propusieron? No, amigos y compatriotas: trabajemos asiduamente por completarlas, luchemos con todo esfuerzo hasta conseguirla.

La educacion pública fué su primer cuidado (y quiero llamar particularmente vuestra atencion sobre este punto). No estuvo á su alcance el generalizarla, pero la promovieron en cuanto permitian sus conocimientos y sus facultades, y nosotros, siguiendo el rumbo que tan sábiamente emprendieron, debemos consagrar nuestros desvelos á extenderla por la provincia cuyo bien anhelamos, persuadiéndonos á que ha de ser la basa fundamental de nuestras tareas.

Sin educacion pública no hay patria, dice el filósofo de Ginebra, y este es un axioma político que no necesita demostracion. Ella forma, suaviza y modera las costumbres, y sin costumbres no hay prosperidad. Hace á los hombres amantes del trabajo y de la industria, y sin trabajo y sin industria no hay riquezas ni poblacion. Las primeras ideas que se inspiran á la juventud son las que rigen sus acciones toda la vida, y de ellas dependen sus inclinaciones buenas ó malas, el respeto á la religion de sus padres, la obediencia á las leyes de su país, y el amor á su patria, que es el perenne manantial de heroismo, de gloria y de virtudes, manantial que sólo puede abrir la educacion pública. Ella sola formó los trescientos jóvenes espartanos, que capitaneados por Leonidas corrieron con frente serena al desfiladero de las Termópilas á contener el torrente impetuoso del formidable ejército de Jerjes. Ella elevó la filosofía y las artes en la gloriosa Aténas al alto grado de perfeccion á que no llegaran jamás. Ella salvó á Roma de la venganza de los sabinos, de las asechanzas de los etruscos, del furor del orgulloso Breno, de la emulacion y colosal poder de la opulenta y belicosa Cartago, y extendió las fases consulares y las glorias del Capitolio por todo el orbe entónces descubierto. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas famosas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican la misma ilustrada Grecia, la misma triunfadora Italia, una gimiendo bajo el poderoso y horrible yugo de los bárbaros musulmanes, y otra hollada y destrozada ferozmente por las innumerables huestes de los godos rudos y belicosos. Pero ¿á qué busco en tan remotos siglos las pruebas de mi asercion, si en nuestros dias y á nuestros propios ojos las encontramos? A la educacion pública debe Holanda el haberse afianzado entre sus pantanos y marismas una fuente de riquezas inagotable, la Moscovia haber salido de las tinieblas en que yacia, para deslumbrar al orbe con su esplendor é imponerle con su poder. Y la feliz Inglaterra el llenar los mares de sus escuadras, las naciones todas de su industria, y el orbe entero de sus gloriosas empresas; al mismo tiempo que ¡oh dolor! el descuido, el abandono total de la pública educacion nos presenta por otro lado convertidos en campos baldíos los más preciosos verjeles, en áridos desiertos las campiñas más risueñas, en yermas soledades las ciudades más populosas, en mendicidad la riqueza, en peligrosos escollos los puertos más seguros, y por todas partes lagunas insalubres, campos abandonados, bosques inútiles, telares deshechos, bajeles desmantelados, y vicios, y corrupcion, y miseria y ociosidad... Mas ¿á dónde llevo mi discurso, tan olvidado de que hablo á las personas más ilustradas del territorio cordobés, que conocen mejor que yo el soberano influjo de la educacion? Sí, amigos y compañeros, bien alcanza vuestra penetracion que sin ella son casi insuperables los obstáculos que se oponen á la prosperidad de la nacion entera en general, y en particular de la provincia cuyo adelanto es nuestro único anhelo. De esta provincia en que la agricultura debe ostentar todas sus encantadoras riquezas, y que lloramos en el último abandono; pues ciertamente no son hoy por fatalidad nuestra las encantadas márgenes del Bétis, lo que ya fueron en tiempo de los árabes, por no remontar nuestra imaginacion á más remota antigüedad. El espíritu de rutina, y la repugnancia general á toda útil innovacion, hijas legítimas de la ignorancia y de la pereza, no son los menores enemigos que se oponen directamente á los adelantos de la cultura de este territorio, y son los únicos que está á nuestro alcance el combatir de frente. Procuremos vencerlos, pues, y destruirlos de raiz, ya que por desgracia no nos es dado deshacer otros tal vez mayores.

De los progresos de la agricultura nace inmediatamente, como observa el ilustrado Smith, y corrobora la experiencia, el aumento considerable de la poblacion sin la que no hay ni puede haber prosperidad. Los muchos brazos hacen rico y floreciente cualquiera país, pues con ellos se aumentan sin fatiga las operaciones rurales y se disminuye su costo, progresa la industria, cobrando vida las fábricas, y por doquiera el tráfico y la aplicacion, y la laboriosidad derraman á manos llenas tesoros inagotables. Pero para sacar del aumento de habitantes tan ventajosos resultados es indispensable que la pública educacion les inspire amor al trabajo, pues de lo contrario crece sólo el número de consumidores y tienen que apelar á la emigracion para buscar en otros paises el sustento. Y aunque en el dia es ciertamente cortísima la poblacion de esta provincia, no lo es tanto que no haya muchos brazos ociosos, que es el mayor mal que puede sobrevenir á un país, y que nace del abandono público y del descuido de la primera enseñanza.

Los varios artefactos indispensables á la necesidad y á la comodidad de la vida humana, deben ocupar los brazos sobrantes de las labores campestres, proporcionándoles honrada subsistencia: y estos artefactos han sido en otro tiempo el esplendor de esta ciudad. Hace dos siglos que mantenia Córdoba 1774 telares de todo género de tejidos de sedas, lanas y linos... ¿Qué se han hecho pues?... ¿dónde están en el dia?... ¿Qué fatal conjuro los ha arrebatado de este recinto, los ha confundido en la honda sima de la inexistencia?... ¡Cuántos habitantes se emplearian con fruto del país y de la nacion entera en sus tareas! ¡Cuánta salida proporcionaria á los cosecheros de las primeras materias! ¡Qué campo tan dilatado á la especulacion de los hábiles traficantes! ¡Cuánta comodidad y arreglo á los naturales, que no tendrian que sacrificar inmensas sumas á la avaricia extranjera para obtener las telas precisas para su decencia, para su comodidad y para su lujo! No se verian entónces, como ahora, las plazas y calles llenas de niños, que con mengua de las costumbres, con peligro de la religion santa que profesamos, y con escándalo de cuantos aman á su patria, mendigan el sustento, acostumbrándose á la holgazanería, al abandono, al latrocinio y á los vicios todos. No se verian calles y plazas llenas de jóvenes inertes y corrompidos, que embozados en sus capas ofrecen el símbolo más perfecto de la más perjudicial y corrompida ociosidad. No se verian, vuelvo á decir, calles y plazas inundadas de ancianos desvalidos y miserables, que porque no les conceden ya sus años y achaques las fuerzas indispensables para empuñar el azadon ó manejar el fusil, atormentan con sus lamentos los pechos compasivos, y espantan á todos con su importunidad. Pero, ¿qué han de hacer si nacen en el abandono, y ni ven ejemplos, ni se les inspiran ideas: crecen en la miseria y ni se les proporciona entretenimiento ni se les ofrecen utilidades; y envejecen en la corrupcion y no hallan más recursos que los que arrancan sus clamores?.. ¡Oh época desdichada! ¡Oh suelo infortunado que abriga en sí tan inútiles y perjudiciales habitantes! Ilustrados amigos, compatricios generosos, unamos nuestros esfuerzos para educarlos, para inspirarles ideas convenientes, para proporcionarles talleres; y haremos de ellos vivientes útiles y buenos, que sepan hacer la felicidad y grandeza de esta provincia, que puede llegar al más alto grado de esplendor y riqueza, cuando el amor al trabajo, la aplicacion y las buenas costumbres se empeñen de consuno en su favor. ¡qué campo tan espacioso ofrecen á nuestros planes este cielo benigno, la buena índole de estos naturales, la feracidad de estas campiñas, las delicias de estas sierras, y este caudaloso rio; este rio que debe ser el tesoro, el raudal de riquezas incalculables del privilegiado país por donde dilata su curso majestuoso y apacible. Ya afortunadamente ha llamado la atencion de nuestro celoso gobierno, que promueve con todo ahinco las importantes operaciones por medio de las que se ha de sacar todo el fruto que encierra su risueña corriente. Ayudemos nosotros á la sábia compañía que las ejecuta con ardor; allanemos los estorbos que la ignorancia le ha opuesto ya en este distrito, y hagamos nuestras las comunes ventajas que va á derramar pródigamente el dulce y fecundo Guadalquivir. Corran sus aguas por los

llanos inmensos que señorea, fertilizando con su riego vivificador los terrenos. Aumente el arte sus caudales, que la desidia y el abandono disminuyen de dia en dia; cúbranse sus márgenes de bajeles que exporten nuestros granos, nuestros caldos, nuestras producciones de todo género, nuestros artefactos de platería y de curtidos; cobre vida el comercio, casi casi moribundo en esta ciudad, y desaparezca la miseria y la desolacion y el monopolio que nos exterminan por momentos, tornando á la hermosa Córdoba, á la opulenta corte del soberbio Almanzor en una triste y silenciosa aldea, donde sólo se ven vestigios y ruinas que llenan de lágrimas los ojos y de luto el corazon.

¡Oh, Córdoba, Córdoba! amada patria mia: permite á mi labio que lamente tus desgracias presentes; permite á mi pecho que se desahogue en copiosas lágrimas al ver tu actual estado, y al recordar tus antiguas glorias, que desaparecieron sin dejar rastro de ellas, como desaparece el relámpago entre las nubes... Más no, ¡oh ciudad insigne, patria de los Sénecas y de los Gonzalos! no será eterno tu abatimiento. Tus nobles y generosos hijos, los celosos individuos de tu sociedad patriótica lloran conmigo tus desastres, y dedican sus tareas y desvelos á tornarte á tu antiguo esplendor y á tu debida grandeza y majestad. Ellos tuvieron aliento para oponerse varonilmente á la depredacion y barbarie del tiránico gobierno francés, que tenia decretado el último golpe á tu expirante agricultura. Ellos luchando cuerpo á cuerpo con la escasez de recursos de aquella época fatal, alimentaron, animados de la más pura humanidad, á tus infelices habitantes, que iban ya á ser víctimas del hambre asoladora bajo aquel sistema invasor y brutal. Ellos protegen y fomentan la educacion de las niñas desvalidas de tu recinto, que serian sin sus desvelos presa tal vez del desenfreno y de la desmoralizacion. Ellos han traido á tu territorio máquinas útiles al cultivo de tus campos. Ellos, en fin, penetrados de que sin ilustracion no hay ni puede haber prosperidad, han fundado y patrocinan con esmero una academia general, que sea centro de las luces, y de donde se difundan á derramar su benéfica influencia por tu seno con gloria y ventaja tuyas, y lustre de la nacion entera. Pues ciertamente en tí que fuiste emporio de la sabiduría bajo el imperio sarraceno, y en tí cuna de los mayores ingenios del mundo; deben ser cultivados todos los ramos del saber humano como en su propio trono. Sí; los miembros de tu sociedad patriótica, tus amorosos hijos, tus celosos gobernantes se sacrificarán gustosos por tu bien, y no contentos con los pasos hasta ahora dados por engrandecerte, redoblarán sus esfuerzos, y promoviendo tu educacion pública, fomentando tu agricultura, resucitando tu industria, animando tu comercio, cooperando á facilitar tu navegacion interior, y protegiendo las ciencias y las artes, brotarán de nuevo en tu seno las virtudes, las riquezas y la felicidad.

¡Oh individuos de esta respetable corporacion! ¡oh ilustres y generosos conciudadanos! No os asombre lo colosal de mis ofertas: ni os aterre tampoco el lastimoso cuadro de infortunios que os ha presentado mi discurso, pues aunque son harto ciertos por desgracia, no son enteramente irremediables. Mucho pueden alcanzar nuestros esfuerzos, y si no nos concede el destino ver en nuestros dias el feliz resultado que anhelamos, preparemos á lo ménos el camino por donde lo consigan los que nos sucedan en tan digno empeño, y siempre la gloria será nuestra. Los grandes males públicos no se remedian instantáneamente. Es necesario el tiempo, es indispensable la constancia. Luchemos con las dificultades, despreciemos el frio ceño del egoismo, los sarcasmos de la ignorancia, las maquinaciones de la maldad, las asechanzas de la supersticion; y sigamos majestuosamente nuestra marcha hácia el bien, como el sol venciendo las negras nubes y las espesas nieblas camina sin que nada le interrumpa por la vasta inmensidad de los cielos derramando torrentes de luz y vivificando cuanto existe en la naturaleza. Nuestro celo podrá excogitar recursos, nuestro ejemplo animar á los que por falta de temple de alma no se deciden á lo bueno, aunque lo conozcan; nuestros clamores para despertar la generosidad de los poderosos propietarios y capitalistas á que abran sus inútiles tesoros para dar cima á nuestros proyectos de utilidad pública, y nuestras súplicas, y nuestras reverentes reflexiones romperán las trabas que la entorpezcan. Sí; no serán infructuosos nuestros afanes, conseguiremos nuestro sublime objeto. Animo, ilustrados y generosos compatricios: las luces del siglo, que se esparcen por todas partes con radiante esplendor, el celo de nuestros activos magistrados, y la proteccion de nuestro católico Monarca, que honra con decidida proteccion las sociedades patrióticas de España, nos convidan á redoblar nuestros esfuerzos en bien de la deliciosa provincia cordobesa. Animo, y no desmayemos jamás.

¿Qué ocupacion más grata que la de desvelarse noche y dia por la felicidad de nuestra patria y de nuestros semejantes? ¿Y quién puede llenarla más santamente, más á cubierto de los tiros de la envidia, que nosotros, que en esta ocupacion nos constituimos sin más interés personal, sin más esperanza de premio que la satisfaccion que resulta á los pechos sensibles y virtuosos de haber hecho algo en favor de la menesterosa humanidad?... Este es el único galardon que apetecemos, galardon el más rico y esplendente. Las riquezas, los honores, y áun la fama misma, suele repartirlas injustamente el capricho, la parcialidad y la ignorancia á los séres más inútiles y tal vez más perjudiciales de la tierra; pero la interior complacencia de haber obrado el bien, es siempre la corona de la virtud, corona más apreciable, más esplendente, más encantadora que la que ciñe las sienes de los soberanos, y que las murales y triunfadoras que dieron á sus héroes las antiguas naciones.

DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA LA TARDE DEL 29 DE OCTUBRE DE 1834

SEÑORES:

Al tener la honra de tomar asiento en esta sala, como individuo de la Academia Española, veo cumplido uno de mis más ardientes deseos, que me ha acompañado como una ilusion, como un imposible, en mis peregrinaciones y desventuras. Y ahora que la instabilidad de la suerte y la bondad de los ilustrados académicos que componen esta corporacion respetable han realizado, sin merecerlo yo, mi anhelo de tantos años; no desahogaria mi corazon si no les manifestara mi cordial agradecimiento.

Idólatra por instinto de mi lengua nativa desde mi infancia, la he cultivado con teson, ya que no con buen éxito, toda mi vida... ¿Y cómo podia dejar de apasionarme de tan hermoso idioma, habiendo sido educado en el Real Seminario de Nobles de esta corte, cuando la expedicion de Catalanes y Aragoneses, escrita por Moncada, era el primer libro que, despues de la cartilla, ponian en nuestras manos, y cuando en el curso de nuestros metódicos estudios, Garcilaso, Cervantes, Herrera, los tres Luises, Mendoza, Mariana, Solís, Melendez y Jovellanos eran los autores con quienes nos familiarizaban? Acostumbrado, pues, á estudiarlos de dia y de noche, y á retener sus mejores trozos en mi memoria; imitarlos y aun copiarlos fué mi único anhelo, desde que en mi primera juventud empecé á cultivar las letras, y á dedicarme casi exclusivamente á la poesía: pugnando siempre por dar á mis frases y períodos el sabor peculiar de nuestra lengua, y el giro establecido por nuestros buenos escritores. No soy tan jactancioso que crea haberlo conseguido; pero lo alego como mérito, porque lo es siempre el trabajo constante empleado para llegar á un fin glorioso, áun cuando éste no se consiga, por debilidad de las propias fuerzas, en que no tiene dominio alguno la voluntad. De lo que sí me jacto, señores, es de haber mirado siempre con horror la plaga bárbara de modismos peregrinos, de frases advenedizas, y de palabras exóticas, con que afearon y corrompieron nuestra hermosa lengua castellana la turba de traductores famélicos, que apareció en nuestro suelo, desde que el trastorno político y la mudanza de dinastía, ocurridos el siglo último, nos hicieron de mal grado ver, oir, pensar y hablar á la francesa. Por lo mismo, pues, que siempre miré con horror el daño incalculable hecho así al habla hermosa de mis abuelos; no aparté nunca los ojos de esta corporacion ilustre, creada por providencia divina al mismo tiempo que nació el mal, como para combatirle y deshacer su maléfica influencia; y este objeto lo ha tan completamente llenado la Academia que pudiera decirse que el crisol que le sirve de emblema, apareció desde luégo, y ha ardido siempre como un faro que enseña la entrada del puerto seguro, entre las tinieblas de la noche, y la confusa ceguedad de los hinchados mares. Conocidos son los esfuerzos de la Academia Española por conservar puro y con mejoras el depósito que se confió á su celo: su gramática, y su diccionario, y las obras premiadas por esta ilustre corporacion en los certámenes públicos, han sido sin duda los puntales que han impedido el desplome total del edificio.

Cuando llegó el memorable año de 1808, en que nuestra patria recobró su grandeza, y volvió á ser España; á pesar del estruendo de las guerras y de las fatigas de aquella época gloriosa y trabajada; las ideas nacionales dieron nuevo impulso á la lengua nacional; y hasta en los partes de oficio y en las comunicaciones militares se empezaron á saborear las ventajas de un estilo castizo y español. Y muy luégo en la tribuna pública se oyó hablar la lengua de la patria con gala y con pureza, y vimos en todas partes hacerse alarde, de palabra y por escrito, de frases que yacian en el olvido, y que volvieron á aparecer como triunfando de las introducidas del idioma de los invasores... El término de aquella guerra gloriosa no está olvidado, ni se olvidará en muchos siglos, como tampoco los seis años que por desgracia le siguieron, ni otra época de corta duracion y harto borrascosa que vino despues; tiempos todos poco favorables al cultivo de las letras y al adelanto del idioma. ¿Y en los últimos diez años habrán podido por ventura hacer aquéllas muchos progresos, y encontrar éste grandes ventajas?... No me toca á mí, señores, deslindar este punto... A fines del infausto año de 1823 salí prófugo y proscrito de esta patria, por cuya independencia derramé mi sangre, á cuya libertad he sacrificado de todos modos mi existencia; y el no oir la dulce habla de mis mayores, fué acaso la privacion más grande y una de las más dolorosas que he padecido durante mi prolongado destierro. Aunque para suplir la falta de la voz viva de mi idioma patrio, un Quijote, y la coleccion de poesías castellanas desde tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias, maestramente escogidas y diestramente coordinadas por un literato insigne, que me escucha y con cuya amistad me honro; me acompañaron como amigos inseparables en mis peregrinaciones... ¡Cuántas veces bajo los gigantescos árboles de los bosques de Kensington, en medio del borrascoso mar Cantabrio, en las verdes aguas del Mediterráneo, entre los risueños riscos de Piombino y de Montenovo, sobre los dorados escollos de Malta, al través de las deliciosas islas del mar Egeo, en las apacibles márgenes del Loira, y en los simétricos jardines de Versalles, he hecho resonar al ambiente (el ambiente que no habia nutrido mi infancia y que estaba lleno de susurros, de idiomas para mí desapacibles, porque al cabo no eran el que mamé en la cuna), con una estancia de Garcilaso, con un soneto de Lope, con una quintilla de Gil Polo, con un sabroso párrafo de Cervantes!... Sí, muchas veces; y la estancia, el soneto, la quintilla y el párrafo, pronunciados por mí con voz doliente y pecho palpitante, y repetidos con sorpresa por los ecos extranjeros, ó me exaltaban deliciosamente con engañosas ilusiones de lo pasado y del porvenir, ó me sumergian en aquel recogimiento profundo que inspiran la desgracia y la persecucion no merecidas, y de que nacen la resignacion á los decretos del cielo y el desprecio amargo de la injusticia de los hombres. Sí, señores; así como Mr. de Chateaubriand se vanagloria de haber bebido siempre en los rios célebres que atravesó durante sus peregrinaciones y varias fortunas; yo me glorio, y creo que con más razon, de haber hecho siempre resonar en alta voz mi idioma patrio por cuantos mares y por cuantas tierras me ha arrastrado mi adversa suerte.

Llegó por fin el venturoso dia en que apiadado el Omnipotente de las lágrimas de los buenos y de los desastres del pueblo español; dispuso remediar sus males y poner término á sus desventuras. Apareció la inmortal *Cristina*, así como aurora de un nuevo dia de gloria y de prosperidad. Su mano benéfica abrió las puertas de la patria, con honra, á los injustamente proscritos; y yo, uno de ellos, volví á su seno y á los brazos de mi familia, causándome al atravesar el Pirineo el oir nuevamente el

idioma español una sensacion de placer inexplicable, que sumergió mi alma en un delicioso delirio, donde se borraron de mi memoria mis largos padecimientos... Abusando estoy sin duda de la benignidad con que soy escuchado, hablando inconsideradamente de mí mismo... Discúlpeseme este extravío... ¡Es tan dulce para los que desgraciados fueron el recordar sus infortunios cuando es pasado el mal influjo de las estrellas, que siempre se mezclan sus recuerdos con cuanto piensan, hablan y escriben!

He recordado la decadencia de nuestro idioma, que si bien empezó, como era forzoso, con la decadencia de la monarquía y con el menosprecio de nuestras instituciones saludables, cayó en decrepitud en el deplorable reinado del imbécil Cárlos II; y murió, por decirlo así, poco despues con la desnaturalizacion de estudios y de preceptos, que siguió como era regular á la violenta desnaturalizacion de ideas y de intereses nacionales. Y he dicho tambien que esta ilustrada Academia fué la guardadora única de la pureza del lenguaje patrio; y lo fué y lo ha sido ayudada por algunos pocos escritores, que *apparent rari nantes* en el largo periodo transcurrido desde la extincion de la dinastía austriaca; y por los esfuerzos del Sr. D. Cárlos III, príncipe á quien entre otros mayores beneficios debe mucho España por sus esfuerzos para restaurar las letras y el habla de nuestros antepasados. Pero la Academia no podia ser más que su conservadora, ó por mejor decir el santuario en que se guardaba su última llama trémula y moribunda; aquellos raros escritores, estrellas fugitivas; y los deseos de un monarca, infructuosos; cuando la fuerza de las circunstancias tenia aprisionado al ingenio y viciadas las fuentes del saber. La censura, la inquisicion, el fanatismo, y una política equivocada y opresora, no son elementos que producen escritores, y no habiendo escritores no hay idioma. Los idiomas crecen con el siglo, adelantan con la sociedad, se nutren con los nuevos descubrimientos de que nacen nuevas ideas, se perfeccionan con el uso libre é ilustrado. Pero cuando no tienen estos caminos por donde ensancharse y medrar, se estancan cuando se estanca la civilizacion, retroceden, se pierden y se confunden con los idiomas extranjeros, que siguen como un torrente el curso de los progresos humanos. Así ha sucedido con el español, un dia dominante en ambos mundos; hoy circunscrito, con grandes mermas y desmejoras, á los límites de nuestra Península.

Afortunadamente comienza otra época más venturosa, que así como será de regeneracion para nuestra patria, lo será para nuestra lengua. La juiciosa libertad que empieza á restablecerse en España, con la oportuna restauracion de nuestras antiguas leyes fundamentales, que pronto se desarrollarán majestuosamente, cual lo exige el interés público, no tardará en ponernos al nivel de las naciones civilizadas, y dará por consecuencia un nuevo impulso á nuestro idioma, al dar nueva fuerza y nacionalidad á nuestros pensamientos. Quitadas las trabas al ingenio, prenda española, como produccion de este suelo feraz y delicioso, ó como influencia de ese cielo trasparente y magnífico que nos cubre, volará de nuevo y sacará de los espacios inmensurables de la imaginacion tesoros abundantísimos en que hacer alarde de la pompa y gala del castellano, en que resucitar sus gallardas frases olvidadas, en que enriquecerlo con nuevos giros, que no dejan de ser castizos por ser originales. Familiarizados los españoles con las ciencias modernas, amoldarán su lenguaje á la precision y claridad con que deben tratarse tales materias. Abierta la comunicacion franca con las naciones ilustradas, que tantos pasos nos han aventajado, durante el último siglo, en la carrera del saber y del buen gusto, nos aprovecharemos de sus adelantos, y para levantar nuestra literatura, y por consiguiente nuestro idioma, veremos que hay muchos caminos por donde cultivar con feliz suceso las letras; que los impulsos internos, las inspiraciones espontáneas y la índole propia del gusto nacional, no deben de ser repelidos y desechados; y que aún los preceptos ménos controvertidos, no pueden hacer más que indicar los escollos que se han de evitar, pero no reducir á uno solo los infinitos y apartados rumbos que pueden seguirse con buen éxito. Cultivadas con entera libertad las ciencias políticas y morales, producirán escritores que fijen y pulan y perfeccionen nuestra lengua, haciéndola más lógica y un tanto ménos vaga y redundante, mejoras imposibles de conseguir en otra época no tan ilustrada como la presente, y en la cual los que escribieron de estas materias forzosamente hubieron de perderse en las argucias y sofismas del escolasticismo.

Pero los elementos que más levantarán el habla española en esta nueva y feliz época de la libertad, serán indudablemente el *teatro*, *la sociedad* y *la tribuna pública*. En el *teatro*, cayendo á par de las preocupaciones políticas las literarias, y animados nuestros poetas con el ejemplo de los más insignes de que hoy blasona la Europa culta, veremos revivir los ingenios de Lope, de Calderon, de Moreto, de Alarcon y de Solís. Y con el cultivo de la comedia española, cual ellos la concibieron y fundaron, renacerán aquellas frases discretas y corteses, aquella conversacion amena y picante, aquella expresion feliz de los humanos afectos y un buen gusto y cultura universales; quedando en el olvido (que ya es tiempo) los fríos y compasados diálogos franceses, las ya caducadas frases de la corte de Versalles, y el giro de conversacion cortado, violento y opuesto totalmente á nuestro modo de ver y de sentir. *La sociedad*, que empezará á gustar las delicias de la cultura, y que verá con pasmo que el pensar y el escribir no son origen seguro de persecucion; aficionada ya á los admirables romances de Walter Scott y á la sublime originalidad de Lord Byron y de Víctor Hugo, animada á algunos ingenios [illegible] para que resuciten nuestras viejas [illegible] y olvidados romances en novelas históricas, donde la variedad de situaciones [illegible] á imitar los largos periodos narrativos de Mariana, ora las escogidas y simétricas frases de Solís, ora las festivas y sonoras cláusulas de Cervantes, ora los apasionados capítulos de Fr. Luis de Granada. *La tribuna pública* abre el más ancho y [illegible] campo á la elocuencia, para en él [illegible] y perfeccionar el lenguaje, ya desplegando toda su pompa y majestad en los discursos de aparato, ya toda su abundancia y elasticidad en presentar los argumentos y raciocinios, ya amoldándole á la precision indispensable en los cálculos, y á la pura y sencilla claridad con que deben controvertirse los negocios de interés general.

Nuestra lengua, la más magnífica y sonora de las modernas de Europa (aunque perdone la italiana), necesita cultivo, no nos alucinemos, necesita cultivo para ponerse al nivel de las otras que valen esencialmente mucho ménos que ella. Necesita el cultivo del saber, bajo la sombra de la libertad. Necesita cultivo, para unir á su pompa y gallardía la precision, economía y abundancia del idioma inglés, y la ligereza, pulimento y claridad del idioma francés. Aquél ha adquirido sus dotes inapreciables en los debates parlamentarios, en el espíritu de asociacion, en la abundancia de escritores especulativos, en la cantidad crecida de sus poetas filósofos. Este ha adquirido sus ventajas en los salones y teatros, en la ilimitada libertad de pensar y escribir, en los adelantos de la civilizacion.

En tanto nuestra lengua, formada mucho ántes que éstas de que acabo de hablar, y perfecta y adulta cuando aquéllas estaban en la infancia más ruda, paralizada de pronto cuando se hallaba sólo reducida á crónicas, á autores ascéticos, á varios libros de pasatiempo, y á poetas que tenian que perder las fuerzas de un ingenio colosal en descoloridas copias, en fruslerías y en vanas amplificaciones, se acogió al teatro, que era el campo de sus triunfos; pero muy luégo un perverso gusto, hijo de una época fatal, la arrojó tambien de aquel último atrincheramiento. Paralizada, pues, vuelvo á decir, por no decir retrógrada, cuando comenzó el rápido progreso en que tan corta parte ha tomado nuestra desgraciada nacion, se ha conservado afortunadamente en este santuario, pura, ya que anduviese desfigurada en el uso comun, para que pueda ahora aprovechar las felices circunstancias de regeneracion universal que nos ofrece el cielo propicio. Aprovéchese, pues, de ellas nuestra lengua patria, brille cual le compete, no sólo como la más sonora y majestuosa, sino como la más culta, preciosa y pulimentada de cuantas suenan en el mundo; y sea la gloria de esta corporacion ilustre, que nos la guardó y conservó durante su adversa fortuna.

DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EL DIA 24 DE ABRIL DE 1853

SEÑORES:

Es tan grande la emocion que agita mi alma al encontrarme en este lugar, en medio de un auditorio tan respetable, y en el momento de conseguir, sin yo merecerlo, entrada en la ilustre Academia de la Historia; que dudo si mis labios podrán expresar con la palabra las ideas que se agolpan en mi mente, los afectos que arden en mi corazon. Pues si es alta la honra que me ha dispensado esta corporacion insigne dignándose de abrirme sus puertas, y de concederme asiento entre sus claros varones, ha llevado aún más allá el exceso de sus bondades, señalando este dia solemne en los fastos de la Academia para recibirme en su seno, y para que mi débil voz resuene por primera vez en el santuario de la Historia.

Porque hoy es, señores, el dia señalado para coronar el acierto de los escritores que han sobresalido en el exámen de los dos puntos históricos interesantísimos que propuso esta Real Academia á las investigaciones de los que cultivan estos estudios con asiduidad y aprovechamiento; y el primero en que, en virtud del ensanche que los nuevos estatutos le conceden, manifiesta pública y solemnemente el estímulo y el empuje que da á la ciencia, premiando del modo más lisonjero y más honroso á los que en su cultivo sobresalen.

¡Digno empleo ciertamente de esta sábia é ilustre corporacion el de estimular y recompensar el estudio de la historia! De la historia, que nos conserva vivas las edades pasadas; que da lecciones severas y graves á la presente, y que lega avisos importantísimos á las venideras. De la historia, de esa ciencia sublime en que se sigue paso á paso el progreso de la humanidad y el desarrollo de sus facultades intelectuales. De la historia, en que se ve y se estudia el curso, lento sí, pero seguro, con que atravesando los obstáculos de sus propias pasiones, y de las vicisitudes de los tiempos, ha llegado el hombre desde el grito inarticulado, desde la rústica cabaña primitiva y desde el rudo ejercicio de la caza, para arrastrar una miserable existencia, hasta crear los idiomas; hasta fijar con sábias leyes sus deberes y sus derechos; hasta dar vida al pensamiento y cuerpo á la palabra; hasta levantar el Coliseo y la cúpula de San Pedro y el monasterio del Escorial; hasta medir y pesar los astros y predecir sus movimientos; hasta humillar los borrascosos mares, sin más impulso que el del vapor; hasta hablar instantáneamente de un extremo al otro del globo por medio de la electricidad; hasta la civilizacion moderna, en fin, con la que ha llegado á ser el hombre verdadero dueño y dominador del Universo.

No, no hay estudio más interesante, más alto, más sublime que el de la historia; porque el estudio de la historia es el estudio de la humanidad, y al mismo tiempo el estudio de la Providencia. Si bien se mira y se contempla en las páginas de la historia, cuánto el hombre puede y alcanza, más que por su organizacion física, la más perfecta de todos los séres, por la fuerza oculta del soplo de vida, del alma inmaterial é imperecedera que le infundió el Omnipotente, y se estudia y se comprende la lucha eterna en que su frágil barro y su alma inmortal están con sus pasiones brutales y con los extravíos de su inteligencia; tambien en las páginas de la historia se contempla, se estudia, se comprende cómo la mano invisible de la Providencia encamina al género humano, en sus distintas razas y en todas las regiones del globo, por la misma senda; y dejándolo caminar por ella libremente y segun los impulsos del libre albedrío, lo empuja benéfica ó lo detiene justiciera, segun marcha [illegible] ó retrocede del fin á que lo tiene destinado para sus miras santas é inescrutables.

Si del estudio de la historia general pasamos al de la particular de cada raza y de cada país, aumenta en interés y en utilidad, y este interés y esta utilidad suben á su más alto punto cuando se trata de la historia de la propia nacion. El interés, porque los hechos que se refieren y admiran ó vitupe-ran son los de nuestros mayores; y la utilidad, porque las lecciones del tiempo pasado son más aplicables al tiempo presente; pues la [illegible] de los

distintos pueblos es como una cadena, cuyos eslabones van enlazados los unos en los otros desde el primero hasta el último, y en la vida de las naciones hay una lógica inflexible, porque todos los sucesos son siempre consecuencia indeclinable de los que les han precedido.

El estudio, pues, de la historia patria es el más útil, el más interesante, el de mayor importancia; y al estudio, á la rectificacion y al engrandecimiento de la historia patria, dedica especialmente sus trabajos, sus investigaciones y sus afanes la Real Academia á quien tengo la honra de dirigir la palabra. Y me es forzoso decir, aunque ofenda su modestia, que cumpliendo tan honroso empeño ha prestado y está prestando los más útiles y brillantes servicios á la ciencia y á la nacion.

La Academia ha sacado del oscuro polvo de los archivos á la luz pública los documentos más preciosos, que refieren y atestiguan hechos gloriosísimos de nuestros mayores y que patentizan los progresos de la civilizacion en nuestro suelo y los pasos que ha ido dando desde los más remotos siglos. La Academia ha evocado de la tumba del olvido esclarecidos nombres y notables hechos, sin cuya noticia era imposible dar el verdadero valor á posteriores hazañas, ni comprender y explicar posteriores acontecimientos. Y no sólo ha hecho un gran servicio á la ciencia con la publicacion de interesantes documentos casi desconocidos, y que dan gran luz á la historia de nuestro país, sino tambien restableciendo el texto íntegro y correcto de antiguas crónicas y aclarando completamente la verdad de hechos que andaban desfigurados por la tradicion ó en las obras de ligeros, apasionados y extraños escritores. Y no es menor servicio el que ha prestado esta ilustre Academia, salvando de su total ruina ó desaparicion documentos del mayor interés, que estaban diseminados en manos ignorantes que no conocian su valor; ó que en las mismas antiguas bibliotecas hubieran emigrado ó perecido en los modernos trastornos y en tiempos fatales, en que se miraban estas preciosas joyas, ora con extremada codicia, ora con extremada indiferencia.

Y no sólo los documentos escritos han sido el objeto de las investigaciones de este ilustre cuerpo y el fundamento de sus trabajos. No, con igual afan y no menor acierto, me complazco en decirlo, se ha desvelado por investigar, por estudiar, por adquirir otros aún más importantes, aún más auténticos, aún más elocuentes que los escritos. Los que lo están con caractéres de piedra y de metal en los antiguos monumentos injuriados por los siglos, en las murallas derruidas y castillos desmantelados, que pregonan una lucha encarnizada de ocho siglos entre dos razas, entre dos religiones distintas; en las basílicas, testimonio de la piedad de nuestros héroes, en los quebrantados sepulcros, en las rotas lápidas, en las casi borradas inscripciones, y en los incompletos utensilios de hierro y en las armas enmohecidas, y en las medallas y en las corroidas monedas, que se encuentran sepultadas en la tierra y sobre las que en vano se estampó la huella asoladora de los siglos. Documentos todos de altísima importancia, porque son irrefragables y aseguran la existencia y la autenticidad de grandes nombres, de grandes hechos; porque atestiguan de un modo positivo el estado de las creencias, de la civilizacion, de las artes en el tiempo en que se construyeron; y porque sus fechas y las épocas que por su forma, por su esencia, por su uso, por su carácter particular designan de una manera positiva é incontestable, dan seguros datos á la cronología, sin la que nada vale, nada dice, nada enseña la historia.

Pero no eran bastantes para satisfacer el celo ardiente de esta sábia corporacion los servicios que acabo de recordar á tan respetable auditorio, y que ha prestado sin desmayar ni un punto en sus sábias tareas, desde que debió su fundacion á la munificencia del señor rey don Felipe V, de feliz memoria. Pues animada hoy con la altísima proteccion que le dispensa bondadosa la augusta descendiente de aquel monarca, la ínclita Isabel II, que para bien de las Españas ocupa felizmente el trono de San Fernando, ha querido llevar aún más allá sus esfuerzos y promover y estimular á los escritores españoles á que trabajen para ilustrar la historia patria, ofreciéndoles los honrosos premios que hoy van á adjudicarse, y proponiendo los asuntos que le parecieron más convenientes para que se ejercitasen los entendimientos y las plumas de los que quisieran disputar la corona en tan honrosa y lucida palestra.

Y, ¿qué asunto más grande, más filosófico, más trascendental que el *Exámen histórico crítico del influjo que haya tenido en la poblacion, industria y comercio de España, su dominacion en América?* Este fué uno de los asuntos propuestos por la Academia. Y fué el otro la *Historia del combate naval de Lepanto, y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso.* ¿Quién podrá desconocer, señores, el acierto de la eleccion y el ancho campo que ofrecen tan oportunos argumentos al estudio, á la reflexion y á la crítica?

Cuando España, despues de la reunion de los dos grandes reinos en que estaba dividida, formó un verdadero cuerpo de nacion, y cuando acababa de lanzar de su suelo los últimos restos de las razas de Oriente, que por espacio de ocho siglos fueron sus opresoras; y cuando se constituia en una sola y grande monarquía, cuyo dominio no se encerraba sólo en el ámbito de la península, sino que se extendia por la rica y esclarecida Italia, llamó á sus puertas un hombre oscuro, un soñador extranjero, un pobre piloto genovés, á quien Dios habia marcado con el sello de su omnipotencia, dándole una fe ardiente, una perseverancia heróica y una idea sola y fija, tan nueva como lo desconocido, tan elevada como los astros, tan grande como el universo. Los monarcas y los poderosos de la tierra le habian negado su acceso, como á un absurdo arbitrista; los sabios de la tierra lo habian desdeñado, como á un iluso extravagante; los pueblos de la tierra lo habian escarnecido, como á un desdichado demente. Pero la grande Isabel, gloria de su siglo y predilecta del Señor, vió á aquel hombre y lo oyó, y conoció que era un instrumento de la Providencia, instrumento para llevar á cima un altísimo designio. Y comprendió al ente extraordinario y lo admiró y le ayudó á la obra desconocida con su convencimiento, con sus tesoros, con su firme y soberana voluntad. Y España, que ya tenia un cardenal Mendoza, un Cisneros y un Gran Capitan, tuvo como donativo de su Reina, un Cristóbal Colon, y con él un nuevo y desconocido mundo.

Si, conducido por la mano de Dios aquel instrumento de su omnipotencia, atravesó en frágiles naves españolas desconocidos mares, siguiendo el curso del sol, y descubrió las inmensas y ricas regiones de Occidente, que el heroismo y la noble espada de Hernan-Cortés y el arrojo y la dura lanza de Francisco Pizarro añadieron, con eterna gloria del nombre español y exaltacion de la religion cristiana, á la monarquía española, haciéndola la más grande, la más opulenta, la más poderosa de la tierra.

Este acontecimiento, de tanta influencia en el mundo, ¿cómo no habia de tenerla en la nacion que lo habia llevado á cabo? Aquellas regiones inmensas, despobladas, vírgenes, las más feraces del globo, ¿cómo no habian de llamar á su seno á sus señores de Europa, del país trabajado y empobrecido con tantas y tan pertinaces guerras, y poco despues despedazado con tantas disensiones y ensangrentadas controversias? Aquellas montañas preñadas de preciosos metales, ¿cómo no habian de despertar la codicia de sus nuevos poseedores? Aquellos extensos páramos, y aquellos enmarañados bosques, ¿cómo no habian de necesitar de los esfuerzos de la industria para ser fructíferos y debidamente beneficiados? La necesidad de estar en continuo contacto con aquellas remotas playas, ¿cómo no habia de influir en la navegacion? Y los ricos productos de aquellos climas, y las necesidades de sus nuevos señores, ¿cómo no habian de dar un nuevo impulso al cambio, un nuevo ensanche al comercio? ¿Y qué influencia no debieron ejercer en las costumbres y en el carácter de nuestros padres el orgullo de tan prodigiosas conquistas, las inesperadas riquezas que se derramaron por la península, las nuevas necesidades que el uso de las producciones peculiares de América introdujeron, y por el ancho campo que aquellos vastos y remotos paises ofrecian á peregrinas aventuras, al rápido engrandecimiento, al hallazgo de tesoros incalculables, y hasta al refugio é impunidad de los díscolos y malhechores?

Si la influencia de aquel portentoso descubrimiento, y de la conquista y posesion de aquellas vastísimas regiones, fué perjudicial ó provechosa para España, es cuestion muy debatida por filósofos y economistas, y en que se han exagerado, como siempre acontece, las razones de unos y otros, ya con graves y fundados argumentos, ya con sutiles y brillantes sofismas. No es de mi propósito entrar en ella, pero diré de paso: que ciertamente el descubrimiento de aquellos vastos paises, y las riquezas que ofrecian, ocasionaron una emigracion de que pudo resentirse nuestro suelo, que el raudal de oro y de plata que envió América á nuestros puertos hizo innecesario el trabajo, con perjuicio notable de la industria y de la agricultura, que creció entre nosotros el amor á las aventuras y á buscar fortuna sin más medios que la osadía. Pero creo firmemente que si nuestros reyes, empeñados, por desgracia nuestra, en las guerras de Flandes, y en contrariar la dominacion francesa en Italia, hubieran conocido la importancia del nuevo Continente, y si se hubieran aplicado principios económicos más acertados á la administracion de aquellos paises; y si la eleccion de los funcionarios públicos enviados á regirlos y administrarlos hubiese sido más severa y acertada; y si se hubiera en fin dado mejor empleo á los inmensos caudales que de allí venian, acaso aun se llamáran españolas aquellas extensas regiones y fuera hoy mi adorada patria la primera nacion del mundo.

El combate de Lepanto, si no es asunto de tanta magnitud como el que acabo de mencionar, fué suceso de tal importancia para la cristiandad y para Europa, y tuvieron en él tan señalada participacion las fuerzas navales españolas, que su recuerdo, su descripcion, y el exámen de sus consecuencias, son empleo digno del ingenio descriptivo, del estudio observador y del vuelo de una elegante pluma. En Lepanto se hundió para siempre el formidable poder otomano, azote de la cristiandad y de la civilizacion, propagador de la esclavitud y del despotismo, y último representante de las irrupciones de bárbaros que tantas veces trastornaron el Mediodía y el Occidente de Europa. En Lepanto las naves españolas figuraron en primer término; un excelso príncipe español mandó en jefe la escuadra Católica; allí se distinguió como siempre, acrecentando su gloria, el famoso don Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz; y allí, en una de las galeras vencedoras, de las que más levantaron el nombre español, perdió la mano izquierda un oscuro soldado de ninguna importancia; pero este oscuro soldado de ninguna importancia era Miguel de Cervantes, á quien el cielo conservó la mano derecha, para que manejando con ella, en vez de la espada la pluma, eternizara la lengua española, escribiendo un libro gigante, que es nuestra primera gloria literaria y que vivirá cuanto viva el mundo.

¿Pero cómo los trabajos de la Real Academia de la Historia no habian de ser de tanta utilidad para la ciencia, de tanto alcance para la instruccion pública, de tanto lustre para la Nacion, y no habia de merecer el mayor aprecio de otras sábias corporaciones extranjeras, si han cooperado siempre á ello los más claros y estudiosos varones, y los primeros sabios de nuestro país, que han dejado al público, al archivo de esta Corporacion y á la memoria de sus discípulos é imitadores, luminosos rastros de su saber y de sus fructíferas tareas?

Prolijo seria hacer un catálogo de hombres eminentes que han pertenecido á esta Real Academia desde su fundacion. Pero me es imposible no hacer mencion en este dia solemne de esclarecidos académicos, cuya reciente pérdida lamentamos, y que han dejado al bajar al descanso del sepulcro un nombre eterno coronado con la gratitud, que siempre tributan las naciones á los que han contribuido eficazmente á su ilustracion.

¿Quién no pronuncia con profundo respeto el esclarecido nombre de don Martin Fernandez Navarrete, que trabajó por espacio de sesenta años en averiguar, referir é ilustrar las hazañas de nuestros célebres marinos desde los más remotos tiempos? ¿Quién olvidará al modesto don Diego Clemencin, cuyos trabajos históricos son de los que más lustre han dado á esta Academia? ¿Quién no admira la alta capacidad del noble conde de Toreno, que en una obra monumental ha eternizado el período más glorioso de nuestra historia? ¿Quién, en fin, no elogia al egregio duque de Frias, que tan profundos conocimientos poseia en historia patria, que tan importantes servicios hizo militares y diplomáticos, y á quien los inspirados acentos de su lira, siempre grandes, siempre aristocrática, siempre española, aseguran un lugar distinguido en el templo de la inmortalidad? No porque recuerde sólo estos personajes, se crea que desestimo y dejo en olvido otros no ménos célebres de beneméritos académicos, cuyos nombres y cuyos trabajos merecen eterna gloria y gratitud imperecedera. Pero siéndome imposible recordarlos á todos en este discurso, aunque á todos admire y aprecie la amistad con que me honraron y favorecieran estos de que he hecho mencion, las lecciones sábias que me dieron en su trato familiar, íntimo y frecuente; el haber corrido con ellos casi las mismas vicisitudes en estos azarosos tiempos, y el estar aún calientes sus cenizas, me han arrancado esta demostracion sentida de una verdadera amistad. Sean, pues, mis palabras como las flores que se esparcen sobre las tumbas, que encierran restos queridos y venerados.

Si tan altas, tan importantes, tan fructíferas han sido siempre las tareas de la Real Academia de la Historia; si tan sabios y esclarecidos varones se han honrado llamándose sus individuos, ¿cuál será mi confusion y mi gratitud al verme, tan sin merecerlo, llamado á formar parte de esta sábia corporacion? ¡Ojalá me hubiese dotado el cielo con la más alta inteligencia, y concedido una vida más sosegada y ménos angustiosa, para haber podido dedicarme con más aprovechamiento á los elevados estudios de la ciencia de la Historia, por la que siempre he tenido particular predileccion! Tal vez me seria ahora posible traer el tributo de mis vigilias y desvelos á este ilustre cuerpo. Mas ya que no me sea concedido tanto, le ruego humildemente que se digne de recibir benévolo el pobre homenaje de mi profundo reconocimiento.

BREVE RESEÑA

DE LA HISTORIA DEL REINO DE LAS DOS SICILIAS (1)

I

Al escribir una breve reseña histórica del reino de las Dos Sicilias, deberíamos ceñir nuestro trabajo al período de tiempo trascurrido desde que emancipados los antiguos reinos de Nápoles y de Sicilia de toda dependencia y dominacion extranjera, formaron un solo y estable cuerpo de nacion, un estado independiente, una monarquía compacta, que existiendo con vida propia, empezó á figurar y á tener importancia entre las potencias europeas. Pero como los acontecimientos humanos son una cadena no interrumpida, cuyos eslabones enlazados con el curso de los tiempos, forman un todo en que hay grande armonía, por ser unos y despues otros siempre el resultado de los que los preceden; y habiendo sin duda preparado la emancipacion del reino de las Dos Sicilias, bajo el cetro de un príncipe español, la larga dominacion de España por más de dos siglos en aquellos países, daremos una rápida ojeada á su historia general, para entrar tal vez con más acierto en el trabajo que nos proponemos.

La Grecia, aquella nacion privilegiada á quien confió la Providencia la civilizacion del género humano, se extendió desde su infancia, grande y emprendedora, en colonias y establecimientos, por el Mediodía de la Italia, ilustrando y civilizando aquel país predilecto de la naturaleza, que tomó desde luégo el nombre de Magna Grecia. Fundaron, pues, los griegos en el continente á Sibaris, Locros, Regio, Posidonia y Cumas; y en la isla á Messana, Catona, Siracusa, Agrigento, Panormo y otras, que produjeron guerreros ilustres y filósofos esclarecidos, y de las cuales muchas son hoy ciudades florecientes é importantísimas.

Pronto, Roma, destinada á ser la señora del universo, tomó posesion de las tierras situadas al Sur de Italia: al mismo tiempo que Cartago dueña de los mares, ocupó á Sicilia. Pero los romanos extendiendo sus conquistas por los ásperos montes de la Calabria, pasaron el estrecho y arrojaron de aquella isla á los cartagineses, haciendo de aquellos países sus más importantes provincias, que les produjeron soldados valerosísimos, capitanes y escritores de primera marca, inmensas riquezas y todo género de delicias, con su clima benigno y apacible y con su feracísimo terreno. En él levantaron los romanos grandes y poderosas ciudades, cuyas magníficas ruinas y la extension de sus circos y anfiteatros manifiestan lo crecido y rico de sus poblaciones; como los restos de sus quintas, termas y jardines recuerdan que los patricios, y cónsules, y emperadores buscaban en aquellas privilegiadas tierras el descanso de sus fatigas, y la salud, y el reposo, que les negaba la bulliciosa Roma y sus estériles campiñas.

Provincias romanas Nápoles y Sicilia corrieron, como era natural, las varias vicisitudes de su dominadora: y dividido el poder de ésta en dos imperios, y debilitados ambos con el peso de la tiranía y con la depravacion de costumbres, presentaron á los bárbaros ancho campo para sus devastadoras irrupciones.

Los hérulos, capitaneados por Odoacro, dieron la primer arremetida al imperio de Occidente; y luégo los godos se apoderaron de toda Italia, desde los Alpes hasta Reggio, y fueron señores absolutos de ella hasta que el emperador de Oriente, Justiniano, envió á Belisario y á Narsés con poderoso ejército á quitarles la presa. Consiguiéronlo despues de una guerra encarnizada, que duró diez y ocho años, ganando en las faldas del Vesubio una reñida batalla, en que murieron los príncipes godos Totila y Teia. La dominacion bárbara no habia alterado la organizacion de la parte meridional de Italia; pero al caer en el dominio del imperio de Oriente padeció un completo trastorno, dividiéndola en distintas provincias, cuyos supremos gobernadores tomaron el título de duques, dependientes del Exarcado de Rávena, representante del Emperador.

La Sicilia entre tanto fué invadida por los vándalos mandados por el feroz Genserico; pero las victorias de Belisario la libertaron de su durísima tiranía.

Narsés, potentísimo en Italia, como su restaurador, se indispuso con la corte de Constantinopla; y por venganza de sus ofensas, excitó á los longobardos, habitantes de Panonia, á invadir la Italia. Verificáronlo luégo mandados por su rey Alboino, y se apoderaron de casi toda, dejando á los griegos algunas posesiones (568). Y fueron los establecedores del sistema feudal en aquellos países.

Antes que los longobardos se enseñorearan del territorio de Nápoles, la isla fué presa de los sarracenos despues de vigorosísima defensa; y ganó mucho bajo su dominacion aquella isla, desarrollando de un modo notable su agricultura, su navegacion y su comercio.

Entrado el siglo VIII ocupó el trono de Francia Carlo-Magno, y lo llamó en su ayuda el Pontífice, que en lucha con los iconoclastas, se veía muy apretado por los bárbaros, poseedores de casi toda Italia. Acudió á su amparo y defensa el famosísimo monarca francés, que logró pronto la completa destruccion de los longobardos, arrojándolos á los Alpes. En premio de lo cual y en agradecimiento á las grandes donaciones que hizo á la Iglesia Carlo-Magno, le dió el Padre Santo la investidura de emperador de Occidente, desapareciendo con esto del todo la dependencia de Constantinopla, aun representada por el impotente y caduco Exarcado de Rávena.

Repuestos los longobardos al pié de los Alpes, atormentaron pronto á Italia con sus continuas correrías, miéntras que los griegos hacian en sus costas continuos desembarcos, y que el ducado de Benevento era teatro de encarnizadísima guerra. Desórden general de que aprovechándose los sarracenos, señores de Sicilia, pasaron el estrecho, y se hicieron dueños de algunas ciudades de Puglia y de Calabria, esparciendo el terror en aquellas costas.

II

A fines del siglo IX los normandos, habitadores de las riberas del Báltico, despues de ejercer la piratería en los mares y playas del Norte, entraron tierra adentro, con tan buena fortuna que llegaron á invadir á Francia y lograron afirmarse en su territorio, pues Cárlos *el Simple*, que no supo combatirlos y escarmentarlos, les concedió las tierras que forman la provincia llamada Normandía. Allí se establecieron y consolidaron, se afirmaron en el cristianismo, y adquirieron mayor consistencia y más estable poderío.

Establecidos así los normandos no renunciaron á sus instintos guerreros, á su necesidad de movimiento; y miéntras guerreaban con sus vecinos, se extendian tambien por Italia, ya como mercaderes, ya como peregrinos que iban á los Santos Lugares. Acaeció que unos cuarenta de ellos, el año 1016, llegaron reunidos á Salerno, de vuelta de Oriente, en el punto mismo en que los sarracenos embestian la ciudad. Desanimados los habitantes, iban á entregarse á los invasores; pero animados y capitaneados por los peregrinos, se defendieron valerosamente y rechazaron á sus enemigos con espantosa carnicería. Prosiguieron en seguida su viaje los huéspedes, ricamente recompensados, y ofreciendo volver en mayor número siempre que necesitasen de su ayuda aquellas ciudades italianas.

Veintidos años despues, tres hijos de Tancredo de Altavilla, señor de Normandía, excitados por los elogios que del clima y fertilidad de Italia hacian los peregrinos, marcharon á ella, llegaron al territorio napolitano con buen golpe de aventureros y entraron al servicio de los príncipes de Cápua y Salerno. Llamábanse estos tres hermanos Guillermo, Dragon y Umfredo. Y reconocida su valentía y pericia militar, fueron solicitados para servir á sus discordias por varios duques y príncipes de la tierra; y últimamente por los griegos, que aun conservaban con gran trabajo al[illegible] Puglia, para que l[illegible] ayudasen á [illegible] Sicilia. Concertáronse y pasaron en aquella isla, consiguiendo importantes [illegible] victorias. Pero como [illegible] griegos no les cumpliesen luégo lo pactado, y hasta los afrentasen, desconociendo sus servicios, retiráronse muy desabridos de aquella empresa. Y no queriendo ya someterse á la condicion dura de mercenarios, resolvieron guerrear por cuenta propia. Y cayendo sobre la Puglia, para vengarse de los griegos, los arrojaron de ella y se tituló conde de aquel territorio el primogénito de los Altavillas, Guillermo apellidado *Brazo de hierro* (1046). – Muerto este, y asesinado Dragon por los alevosos griegos, tomó el supremo mando Umfredo, vengó completamente á su hermano y extendió notablemente sus conquistas.

El poder y engrandecimiento de aquellos advenedizos empezó á despertar [illegible], cuya importancia política y cuyo dominio territorial eran ya muy grandes en Italia; y trató de sujetarlos, valiéndose de las armas espirituales y temporales. Mas habiendo logrado los normandos apoderarse, ó por fuerza ó por astucia, de la persona del Papa, lo trataron con tal sumision y tanta reverencia, que se lo hicieron suyo; y consiguió Umfredo que le concediera la investidura de señor, no sólo de Puglia, sino tambien de Calabria, de Sicilia y de cuantas tierras conquistara. Acontecimiento notable que, al mismo tiempo que legitimó, segun las doctrinas de entónces, la dominacion normanda, dió al pontífice romano derecho de alta soberanía sobre los príncipes que gobernaran aquellos países.

Roberto Guiscardo y Rugerio, otros dos hijos de Tancredo Altavilla, llegaron con nuevas tropas de aventureros á acalorar la empresa del hermano y de sus compatriotas. Y éstos fueron los verdaderos fundadores de los reinos de Nápoles y Sicilia, que luégo unas veces se reunieron y otras se separaron.

Muerto Umfredo, quedó Guiscardo con el señorío de Nápoles, y Rugerio conquistó en poco tiempo la isla de Sicilia y se estableció en ella, tomando ambos la investidura, dada con mucho gusto por el Papa, que miraba con aficion á los normandos, tanto por su amor á la religion cuanto por sus larguezas con la iglesia romana. Añadió Roberto á sus señoríos los principados de Salerno y de Amalfi; y queriendo hacer lo mismo con el de Benevento, desistió de ello por no ofender al Papa, á ruegos del abad de Montecasino. Y á poco defendió el trono pontifical de los ataques del Emperador, que llegaron hasta el punto de poner cerco á Roma.

Rugerio en tanto era, con título de conde, soberano de Sicilia, y á su muerte, acaecida el año de 1101, dejó el poder supremo á su hijo del mismo nombre. Roberto Guiscardo falleció á poco, y disputaron la herencia sus dos hijos, Boemundo y Rugerio; la obtuvo éste por pocos dias y la dejó á su hijo Guillermo, quien murió sin sucesion. Entónces Rugerio, el de Sicilia, como heredero, se presentó á reclamar el dominio de Nápoles. Se le opuso el Papa ayudado por muchos de los barones, y ambos partidos apelaron á las armas. Pero Rugerio, tan entendido guerrero como sagaz político, evitó todo encuentro y se [illegible] que al cabo consiguió la investidura y la posesion de aquellos Estados. Pero toda su ambicion era el título de rey, y cuando poco despues se dividió la Iglesia entre Inocencio y Anacleto, declarado luégo antipapa, éste, por tener á Rugerio de su parte, le dió lo que apetecia, y lo coronó, por medio de un legado, en [illegible] de Palermo, como rey de Sicilia y de todos los dominios de Roberto Guiscardo.

Asegurado luégo Inocencio en el trono pontificio, llamó al emperador Lotario para combatir al que osaba llamarse rey de Sicilia. Este corrió á la defensa de su derecho, y lo hizo tan bien que logró apoderarse del Papa y obligarlo á que lo reconociese é invistiese, [illegible] rey de Sicilia. [illegible]

(1) Escrita para la importante y lujosa obra titulada: *Reyes contemporáneos.*

como rey tambien de Puglia y de Calabria, el año 1139. Fué un excelente soberano: como guerrero extendió notablemente sus dominios, y llevó sus armas y sus bajeles á las costas africanas y las de Grecia, para vengar en aquéllas las invasiones sarracenas, en éstas los ultrajes hechos á un embajador suyo por el emperador de Oriente. Como legislador, aun se admiran las leyes que promulgó arreglando la hacienda pública y la administracion de justicia, é inhibiendo de su ejercicio á los barones. Como protector de las artes útiles y de la ilustracion, aprovechó diestramente los prisioneros que trajo de la expedicion de Oriente para introducir en sus Estados el cultivo y las manufacturas de la seda, luégo tan célebres y productivas en aquellos países. Dió gran empuje al monasterio de Montecasino, y fundó la célebre escuela de Medicina de Salerno, y Palermo y Nápoles se vieron engrandecidas y adornadas con públicos y magníficos monumentos, que aun recuerdan su reinado. Murió este rey el año 1154, dejando un hijo y una hija. Aquél, llamado Guillermo, heredó los reinos de Nápoles y de Sicilia; ésta, llamada Constanza, casó con Enrique, príncipe de Suavia, y en ella recayó muy pronto la corona de aquella isla, con la extincion de la línea masculina de los Normandos.

Gobernó doce años Guillermo desacertadamente, adquiriéndose con justicia el renombre del *Malo*. A su muerte le sucedió su hijo del mismo nombre, dejando con razon muy diferente fama. Como valeroso guerrero, socorrió al Papa, atacado por el emperador Barbaroja, en 1168; volvió á sujetar á los sarracenos de Sicilia, auxilió oportunamente al emperador de Oriente, Alejo Commeno, y defendió á los cristianos de Palestina, oprimidos por Saladino. Y como ilustrado soberano, arregló la administracion, fomentó la agricultura y el comercio, premió á los sabios y construyó grandes edificios, entre otros el magnífico templo de Monreale, en Palermo, destinándolo para panteon de los reyes de Sicilia. No tuvo sucesion de una hermana del rey de Inglaterra, con quien estuvo casado, y dejó al morir en 1189 la corona á su hermana Constanza, casada, como dejamos dicho, con Enrique de Suavia, hijo del emperador Barbaroja.

No contentó á los barones este cambio de dinastía, declararon nula la disposicion del difunto y proclamaron rey á Tancredo, conde de Lecca, hijo natural de Rugerio; el cual, recibiendo la investidura del pontífice romano, defendió por tres años consecutivos su corona de los ataques de Enrique de Suavia, que, aunque promovido al trono imperial, no desistió de los derechos que le trasmitia su mujer. Murió Tancredo durando aún la lucha. Sucedióle su hijo Guillermo, que ménos feliz que el padre, cayó en manos del feroz Enrique y tuvo un desastrado fin. Con lo que completamente y sin estorbo vinieron á la casa de Suavia los reinos de Nápoles y de Sicilia el año 1194.

III

Dueño absoluto de ellos Enrique emperador, ejerció el poder con crueldad tan inaudita, y ejecutó tan atroces venganzas con los partidarios de Tancredo, que, creyéndose mal seguro en Sicilia, determinó una expedicion á Palestina y murió en San Juan de Acre, dejando tutora de su hijo Federico, sucesor suyo en Nápoles y en Sicilia, á su viuda Constanza. Un año solo sobrevivió esta princesa á su esposo, y dejó encomendado el rey niño al arzobispo de Palermo, al obispo de Cápua y al abad de Monreale. Tambien el Padre Santo se declaró defensor y protector de Federico, hasta que, harto de luchar con tanto pretendiente á aquellas coronas, lo declaró mayor de edad á la de trece años, en 1208.

Filipo, hermano de Enrique, ocupó el trono imperial jurando que no incomodaria á su sobrino en la posesion de sus reinos. Pero como faltase al juramento, fué excomulgado por el Papa; y perdiendo á poco la diadema, recayó el imperio, por unánime eleccion, en el mismo Federico, rey de Nápoles y de Sicilia.

Al coronarlo el Papa le exigió que fuese á hacer la guerra á Palestina, y lo casó con una hija de Juan de Brena, que tenia derecho á la corona de Jerusalén, usurpada por Saladino; matrimonio por el cual conservan aún los reyes de Nápoles y de Sicilia el título pomposo de *Reyes de Jerusalen*. Retardó Federico su expedicion á la Tierra-Santa, por lo que fué excomulgado, y con este apremio la verificó. Pero tuvo muy pronto que abandonarla y que volver en defensa de sus Estados, á quienes el Papa movió cruda guerra. Hízolo con tenacidad y buena fortuna, y dejó al morir las dos coronas á su primogénito Conrado, que estaba en Alemania, y á Manfredo, príncipe de Taranto, el gobierno, con título de vicario, hasta la llegada del nuevo rey. Fué Federico de gran ánimo, aunque vengativo y cruel, protegió las ciencias y las artes, sobre todo la poesía, y fundó en Nápoles una universidad, la segunda que tuvo Italia, habiendo sido la primera la antiquísima de Bolonia.

Grande oposicion hizo el Papa á que Nápoles y Sicilia reconociesen y jurasen al nuevo soberano, decidiendo que aquellos Estados pertenecian á la Iglesia por haber muerto excomulgado Federico. Mas Conrado, al frente de un poderoso ejército, terminó la contienda y tomó posesion de la corona. Pero no la gozó largo tiempo, pues murió en 1254 dejando sucesor á su hijo Conradino, de edad de dos años y ausente, volviendo por lo tanto Manfredo á ejercer el gobierno con título de vicario, y á poco con el de rey, suponiendo muerto al rey niño.

Renovó el papa Alejandro IV las pretensiones de su antecesor á la corona de Nápoles, y hallando vigorosa resistencia en el tenaz Manfredo, llamó á Cárlos de Anjou, conde de Provenza, hermano de San Luis, rey de Francia, para conquistar el reino de Nápoles, ofreciéndole la investidura. Muerto Alejandro, su sucesor Urbano IV insistió en la pretension; y al cabo Cárlos, excitado por la ambicion de su esposa Beatriz, aunque con desaprobacion de su santo hermano, cedió á los deseos de Roma y se arrojó á la empresa, concediendo de antemano al Papa, por la investidura y por el apoyo que debia darle, cierto tributo anual y un caballo blanco en señal de vasallaje; este caballo es el orígen de la famosa acanea, tan célebre en la historia y que aun no há mucho enviaban cada año á Roma los reyes de Nápoles. Y además le hizo concesiones muy importantes al poder de la Santa Sede. Empezó, pues, la conquista con incierta fortuna, y acaso no la hubiera tenido buena si el valeroso Manfredo no hubiese sido vendido por los suyos en la batalla de Benevento, donde, viéndose perdido, buscó y encontró la muerte en lo recio de la pelea. Su viuda y sus hijos se encerraron en el castillo de Nocera, donde perecieron lastimosamente á manos de los franceses.

Dueño Cárlos del trono, se mostró tan injusto y tan cruel, que los barones del reino tramaron una secreta conjura, y averiguando que Conradino vivia escondido en una aldea de Alemania, y que habia cumplido diez y ocho años, le enviaron mensajeros rogándole viniese á ceñir la corona, que tan legítimamente le pertenecia. Animado el jóven, y acalorado por varios príncipes germanos, y particularmente por el duque de Austria, marchó con buenas tropas y no escaso de dinero, á Italia. Y en las llanuras de Tagliacozzo en Abruzo dió una batalla, que empezó felizmente, pero que tuvo éxito desgraciado. Bárbaramente usó el feroz Cárlos de la victoria: pasó á cuchillo sin piedad á cuantas personas de cuenta seguian al jóven y desgraciado Conradino: y dueño de él y del duque de Austria, los mandó decapitar, como se ejecutó á los pocos dias en la plaza del Mercado de la ciudad de Nápoles, en presencia de un numeroso pueblo consternado, que lloraba con verdadero dolor aquel desastre. El gallardo príncipe, en quien concluyó la dinastía suava en Italia, protestó solemnemente, y declaró sucesor suyo á don Pedro, rey de Aragon, como marido de la hija de Manfredo y de Constanza: y cuentan que ántes de presentar el cuello al verdugo, arrojó en medio de la muchedumbre un guante, otros dicen una sortija, para que fuera presentado al monarca aragonés como prenda de su herencia.

Tales trastornos no bastaron á detener el curso de la civilizacion, promovida y empujada en Nápoles y en Sicilia por Federico y Manfredo. Pues se tradujeron entónces los manuscritos preciosos que aquel trajo de Oriente. Se vulgarizaron las obras de Aristóteles, de Galeno y de Ptolomeo, y brillaron el gran Santo Tomás de Aquino, lumbrera de la filosofía, y el amalfitano Flavio Gioja, inventor de la brújula.

Cárlos de Anjou, asegurado en el trono y sin competidores á quien temer, continuó en sus crueldades y desaciertos, mereciendo durísimas amonestaciones del Padre Santo y haciéndose blanco del odio general. Y las rapacidades y violencias de los franceses de su ejército y de su corte fueron tales, que prepararon y justificaron el famoso y sangriento suceso, consignado en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas*. Habia trasferido su residencia de Palermo á la ciudad de Nápoles, dejando de lugarteniente en Sicilia á un francés, su favorito, el que gobernó con tal desenfreno y permitió tanta indisciplina y tan irritantes excesos á sus compatriotas, que dieron ocasion al famoso Juan de Prócida de llevar á cabo una vasta y atrevida conjura que tenia combinada, para la destruccion y total acabamiento de los extranjeros opresores. Y el dia segundo de Pascua del año 1282, al toque de vísperas, fueron asesinados, en toda la isla y en dos horas, más de ocho mil franceses.

Don Pedro, rey de Aragon, ó prevenido de lo que iba á suceder, ó por mera casualidad, cruzaba aquellos mares para limpiarlos de piratas sarracenos; y acudió al rumor de tan grave acontecimiento con tal oportunidad, que los sicilianos se echaron en sus brazos, lo aclamaron rey, y lo coronaron inmediatamente en la catedral de Palermo, como descendiente y legítimo heredero del desventurado Conradino, volviendo á dividirse así ambas coronas, reunidas desde el tiempo de Rugerio.

Cárlos, furioso con la pérdida de Sicilia, desafió al Aragonés, señalando campo en Gascuña, y nombrando juez y padrino al rey de Inglaterra; pero aunque concurrieron ambos monarcas, no llegaron á combatir. Entre tanto el famoso almirante aragonés Roger de Lauria, aprovechando la ausencia de el de Nápoles, atacó varios puntos de sus estados y hasta la capital misma, haciendo en ella prisionero al príncipe de Salerno, hijo y heredero del rey Cárlos, y de su mismo nombre, que gobernaba el reino durante el viaje y empresa caballeresca de su padre. Noticioso éste de tal contratiempo volvia furioso á vengarlo; pero fué detenido por la muerte en la ciudad de Foggia año 1282.

Sucedióle el hijo prisionero de Roger de Lauria, que á los cuatro años de prision logró rescate por empeño del rey de Inglaterra: y obtuvo del Papa la investidura de Nápoles y de Sicilia. Alteró grandemente tal concesion á don Jaime sucesor de don Pedro, que apeló á las armas. Y llamado luégo al trono de Aragon, dejó en Sicilia de lugarteniente á su hermano menor don Fadrique, quien no tardó en rebelársele y llamarse rey. Nuevas guerras nacieron de este cambio, hasta que don Fadrique aseguró la paz aviniéndose con su hermano, y casándose con una hija del nuevo rey Cárlos de Nápoles, pactando que á su muerte volviera la isla á ser dominio de la casa de Anjou; lo que disgustó tanto á los catalanes y aragoneses que lo habian ayudado en todas sus empresas, que se retiraron de Sicilia muy desabridos, y emprendieron la famosa expedicion contra turcos y griegos, en que ejecutaron tales hazañas, que á no estar tan comprobadas en autores contemporáneos se reputarian fabulosas.

Murió á poco el rey Cárlos de Nápoles dejando la corona y sus pretensiones á la de Sicilia, en su hijo segundo Roberto, por haber sido llamado el primogénito al trono de Hungría. Se empeñó el nuevo Rey en costosa guerra por socorrer al Papa, logrando triunfar completamente del emperador Ludovico, que habia invadido el estado romano. Tambien tentó la conquista de Sicilia, pero infelizmente; pues perdió en Trápani su armada y su ejército, devorados por la peste.

A la muerte de don Fadrique no se cumplió el pacto de que volviera su corona á la dominacion Anjouina; pues el odio de los sicilianos á los franceses, y el temor de que vengaran la pasada matanza, los decidió á alzar por Rey á don Pedro, hijo del difunto. Reinó dos años, y á su muerte fué proclamado su hermano don Luis, aunque no tenia más que cinco de edad. Los disturbios é inconvenientes de la larga minoría aconsejaron á los barones y á los hombres de cuenta buscar remedio en lo pactado por don Fadrique, echándose en brazos de Roberto; y muy adelantadas las negociaciones, murió (1343) este Rey, que fué gran protector de las ciencias y de las artes, y que honró y regaló largamente en su corte al célebre Bocaccio y al inmortal Petrarca. Al morir Roberto dejó ambas coronas á su hija Juana, casada desde niña con Andrés, hijo del Rey de Hungría, concluyendo así la primera dinastía de Anjou.

Recibió la nueva Reina la investidura pontificia á los diez y seis años de edad. Era de carácter débil y se dejó dominar por una mujer plebeya natural de Catanea; miéntras el marido, no más fuerte, se entregó completamente á los húngaros de su séquito; lo cual y la aversion ingénita que ambos esposos se profesaban, ocasionaron el asesinato del desgraciado Andrés, á quien un dogal quitó la vida secretamente el año 1345; siendo grandes las sospechas que recayeron sobre la Reina, corroboradas cuando á pocos meses y sin dispensa, contrajo segundas nupcias con su primo Luis, príncipe de Taranto.

Gran polvareda levantó en Hungría la noticia de la muerte de Andrés; y el Rey su hermano, con numerosa hueste cayó sobre Nápoles, sin dar más tiempo á la reina Juana, que el escasamente necesario para ponerse en salvo y refugiarse en Aviñon.

Fueron empero tantas y tales las atrocidades y crueles venganzas del húngaro, que los mismos napolitanos solicitaron con grande empeño la vuelta de su Reina. Bendijo el Padre Santo su segundo matrimonio, la declaró absuelta de las sospechas pasadas, y rehabilitada completamente, encargándose el marido de despejar el reino de los invasores, como lo logró, ajustando al cabo ventajosas paces; con lo que Juana y Luis fueron muy luego coronados solemnemente en la catedral de Nápoles el año 1351.

Entonces los barones de Sicilia, que entablaron negociaciones con el difunto Rey, las concluyeron con la hija, que pasó inmediatamente á tomar posesion de la isla; pero no lo consiguió, porque encontró resistencia en el pueblo, que sostuvo en el trono á don Fadrique, nieto del antecesor del mismo nombre. Y no teniendo sucesion, lo dejó á su hija María, quien lo traspasó á su hijo don Martin, muerto el cual pasó al Rey de Aragon del mismo nombre, á quien sucedieron don Fernando, y luégo don Alfonso, al que, como diremos, llamó más tarde al trono de Nápoles la reina Juana II.

Todos estos Reyes de Sicilia de la casa de Aragon, aunque se vieron empeñados en prolijas y

continuas guerras, corriendo varias fortunas, no olvidaron el fomento y la prosperidad de sus vasallos, protegiendo la agricultura, el tráfico y la navegacion; con lo que adquirió un poder notable aquel reino, temido no sólo del vecino de Nápoles sino tambien de las costas africanas y de los mismos emperadores de Oriente.

Vuelta la reina Juana á sus estados, desistiendo de la posesion de Sicilia, murió el rey don Luis, su esposo, y contrajo tercer matrimonio con un príncipe aragonés, por cuya inmediata muerte celebró el cuarto, en seguida, con otro de la casa de Brunswik. Grandes amarguras probó aquella infeliz mujer en el trono de Nápoles, pero la mayor de todas se la hizo devorar un ingrato. Viéndose sin sucesion Juana, y en una enfermedad de peligro, nombró heredero de la corona á Cárlos Durazzo, como marido de una sobrina suya á quien mucho amaba. Ocurrió á poco el cisma entre Aviñon y Roma. La Reina siguió el partido de Clemente, declarado despues antipapa. Y Durazzo, previendo el triunfo de Urbano, se declaró su más ardiente partidario, y le pidió la investidura del reino de Nápoles, que le concedió inmediatamente, para vengarse de la auxiliadora de su competidor; con lo que Durazzo sin más esperar, atacó á mano armada los derechos de su reina y de su bienhechora. Defendiólos el marido con valor, pero con escasa ventura, teniéndose que refugiar la vendida Juana en la fortaleza de Castelnovo. Allí despechada revocó su decision á favor del traidor y nombró por heredero á Luis de Anjou, hermano del rey de Francia, pidiéndole pronto socorro. Tardó éste en llegar, y cayó la infeliz en manos del implacable Durazzo, que trasladándola al castillo de Muro, en Basilicata, le quitó la vida con un dogal (1381): semejante muerte á la que tuvo su primer marido Andrés de Hungría.

El segundo llamamiento de la casa de Anjou trajo grandísimas desventuras al infortunado reino de Nápoles. Invadiólo Luis con poderoso ejército, y cuando casi tenia asegurada su conquista, murió repentinamente á la vista de la capital; con lo que aterradas sus tropas, y faltas de caudillo, se retiraron primero, y luégo desorganizadas se dispersaron y desaparecieron. Libre Durazzo de aquel enemigo, encontró otro aun más temible en el Padre Santo, indignado contra su villana conducta. Pero el afortunado y atrevido advenedizo se lanzó de repente con buen golpe de soldados sobre Nocera, feudo del pontífice, y donde de solaz y con sus cardenales eventualmente estaba; lo hizo prisionero, y lo envió con buen recaudo á Génova. Desembarazado de unos y de otros y confiado en su feliz estrella, puso los ojos en el trono de Hungría, que estaba vacante, y marchó á la ligera á solicitarlo; pero le volvió el rostro la fortuna, y en cuanto penetró en aquel reino fué asaltado por una tropa de asesinos, que lo hirieron de muerte y lo llevaron á morir á un estrecho calabozo (1386): justa paga de sus traiciones é ingratitud.

Dejó Durazzo dos hijos. El mayor de ellos Ladislao, ocupó el trono bajo la tutela de su madre, quien viendose muy apretada por Luis de Anjou, hijo del anterior, que vino con nuevo ejército, se encerró con su pupilo en los muros de Gaeta. Varia fué la suerte de las armas, gran parte del reino cayó en manos del pretendiente; pero por las vicisitudes de la guerra, pronto tuvo que abandonarla. Llegó Ladislao á la mayor edad, descubriendo aun más ambicion que su padre. Buscando recursos con que reparar los apuros pasados y llevar adelante sus pensamientos, casó con una doncella siciliana riquísima, á quien luégo abandonó, dejándola en la miseria; y, siguiendo las huellas de su antecesor, puso tambien las miras en el trono de Hungría. Atajado en su empresa por fuerzas superiores, pensó en no salir de Italia, y se apoderó de la Toscana, y luégo de Roma so pretexto de ampararla en sus discordias con Aviñon, llegando á titularse Rey de Romanos. Concibió el pensamiento su ambicion insaciable de hacerse soberano de toda Italia, lo que motivó liga entre el Papa, los florentinos y los franceses; y cuando el audaz Ladislao se preparaba á hacer frente á tantos enemigos, su querida lo envenenó en Peruggia, y murió en Nápoles á los pocos dias el año 1410, á los treinta y siete de edad.

Dispersáronse con su muerte las numerosas tropas mercenarias que tenia reunidas, y heredó el trono su hermana Juana, viuda de Leopoldo duque de Austria, jóven hermosa, pero de costumbres livianas y corrompidas. Empezó su reinado teniendo por amante á Pandolfello Alopo, y luégo á un tal Sforza. Se casó con un príncipe francés de la casa de Borbon, el cual conociendo pronto lo que era su esposa, redujo á prision á ambos favoritos, y á ella á estrechísima vida. No podia soportar Juana II tal reclusion y tan pesado yugo, y con lágrimas, quejas y tratos secretos, logró interesar á sus vasallos; los que en un tumulto popular la restablecieron triunfante en su poder y arrojaron de Nápoles á su marido. Este se refugió en Sicilia, y renunciando al mundo, tomó la capucha en un convento de San Francisco.

Dueña la Reina de su voluntad, sacó de prision á Sforza [illegible] indignado este favorito de tener por rival á Sergio Caracciolo, y deseoso de vengarse, se concertó secretamente con Luis de Anjou para que invadiese el reino, y se le ofreció de *condottiere* de la expedicion. Apretada la Reina por los franceses, llamó en su ayuda, nombrándolo su heredero, á D. Alonso de Aragon, que guerreaba en Sicilia. Y combinó las cosas de modo, que miéntras el de Anjou y Sforza estrechaban el asedio de Nápoles, otro bravo *condottiere*, Braccio Montone, con buen golpe de tropas allegadas, los atacó por la espalda, abriendo paso al Rey de Aragon, que entró triunfante en la capital ([illegible]).

Recibiólo la liviana Reina con grandes festejos y muestras de la más cordial gratitud; pero muy luégo los obsequios se tornaron desaires, y sospecha la confianza, al ver lo que cundia la prepotencia del aragonés, hasta que en abierto rompimiento Juana se retiró á Capua, miéntras Alfonso desde Castelnovo ejercia poder soberano en todo el reino.

Acomodóse la Reina con el traidor Sforza, y retirándole la herencia al rey de Aragon, se la confirió á Luis de Anjou; con lo que nació una nueva y encarnizada guerra, y ocurrieron sangrientos encuentros entre franceses y aragoneses. Continuaba en el favor, á pesar de Sforza, el osado Caracciolo, elevado á la dignidad de príncipe de Capua; pero no contenta su ambicion, pidió los de Salerno y Aversa, y habiéndole sido negados se atrevió, en un exceso de ira, á poner las manos en el rostro de su soberana, que lo mandó asesinar, por el atentado; aunque, mujer apasionada, lloró luego su muerte. Tres años despues murió Juana, y dejó el reino definitivamente á Renato de Anjou, hermano de Luis.

Hallábase este príncipe prisionero del duque de Borgoña, y no pudiendo concertar su rescate, envió á su esposa Isabel a gobernar el reino. Lo hizo esta con mucha prudencia y acierto, hasta que rescatado Roberto vino á coronarse á Nápoles. Fué Roberto rey de apacible condicion, pero desafortunado en sus empresas; y despues de desastrosa guerra le arrebató la corona D. Alonso de Aragon, que sorprendió la ciudad entrando en ella á media noche por un subterráneo. Perdido así el reino, no pensó Renato en reconquistarlo. Se retiró á Provenza y á la vida privada, donde se dió á las letras, dejando escritas varias obras. Con su muerte concluyó la segunda dominacion de la casa de Anjou en aquellos paises.

Dueño absoluto de la corona don Alonso, fijó definitivamente su corte en la ya hermosa ciudad de Nápoles, dividió el reino en doce provincias, regularizando y uniformando su gobierno, reformó las leyes, arregló la administracion del Estado y promovió con empeño la pública prosperidad; sin que por esto descuidase la gloria militar y el engrandecimiento político de la nacion, ora ayudando valerosamente al Pontífice á recobrar el dominio de las Marcas, ora libertando al ducado de Milan de las continuas invasiones y correrías de genoveses y florentinos; con lo que ganó altísima reputacion y el respeto universal. A su muerte dejó el reino de Nápoles á su hijo natural don Fernando, y el de Sicilia á su hermano don Juan, volviendo así á separarse estas coronas.

El reinado de D. Fernando I fué agitado y turbulento, y no contribuyó poco á que así fuese el carácter duro y cruel de su hijo heredero D. Alfonso, duque de Calabria, pues los barones viendo hollados por él sus derechos y prerogativas, y atropellados los fueros y franquicias de los pueblos, se rebelaron. La mediacion del Sumo Pontífice arregló las cosas y se sometieron. Mas el rey D. Fernando instigado por su hijo los convidó despues á un festin en Castelnovo, donde bárbara y traidoramente los pasó á cuchillo. Este rasgo de crueldad y de perfidia que ennegrece su historia, quita todo su valor á la proteccion que dispensó á las letras, y á Sannazaro, Panormita y Pontano, fundador de la academia *Pantoniana*, que todavía existe y adorna á la ilustre ciudad de Nápoles.

El año 1494, el rey Cárlos VIII de Francia invadió á Italia con poderoso ejército, para conquistar, como representante de la antigua casa de Anjou, el reino de Nápoles. Y esta acometida afectó tanto el ánimo del rey D. Fernando, ya en la avanzada edad de setenta y un años, que murió repentinamente al saberla. Sucedióle su hijo Cárlos, duque de Calabria, ya célebre por sus maldades. Defendió el reino tenazmente; hasta que poco seguro de la lealtad de los suyos, y sabedor de que el Papa no sólo habia dado la investidura al monarca francés, sino que tambien lo habia coronado solemnemente en Roma; se sobrecogió de manera, que con asombro de cuantos conocian su carácter feroz é indomable, huyó á Sicilia y se metió fraile, dejando la corona á su hijo D. Fernando.

Don Fernando II aunque muy jóven era esforzadísimo, y se arrojó con valor á la defensa de sus derechos. Pero poco satisfecho de la fe de sus vasallos, y conociendo con gran prudencia y sagacidad que era inútil toda resistencia, quiso guardarse para mejor ocasion. Reunió en Castelnovo á los barones del reino, les levantó el homenaje y juramento de fidelidad, y para concluir la guerra y evitar el derramamiento de sangre se retiró á Sicilia.

[illegible] y se ocupó con gran secreto y actividad en buscar recursos para recobrar la corona. Pronto le facilitaron uno y otro el desconcierto é insolencia del rey de Francia, y la rapacidad y desenfreno de los [illegible] ella encontró armas y dinero para combatirlos el refugiado en Sicilia. Y al volver al continente á restaurar su causa, se encontró con la ayuda y socorro importantísimo de un poderoso ejército español, que le enviaba D. Fernando el Católico, al mando de Gonzalo Fernandez de Córdova, á quien sus hazañas y pericia militar le granjearon luego el nombre de *el Gran Capitan*, con el que lo reconoce la historia. Otro ejército de varios príncipes italianos, mandado por el marqués de Mantua, llegó tambien en socorro de Fernando II. Y asustado el francés con tanto estrépito, se retiró [illegible] de gente y de reputacion.

Poco disfrutó de su restaurado trono Fernando, pues se lo arrebató la muerte, y lo ocupó su tio Federico, cuyo reinado hubiera sido feliz, considerando sus buenas partes, si nuevos acontecimientos no hubieran amargado sus dias y derribádolo del poder. El rey de Francia Luis XII, deseoso de vengar la derrota de su antecesor, atacó de nuevo el reino de Nápoles, y el rey Católico envió de nuevo al Gran Capitan, que se apoderó de los castillos de la capital con pretexto de guardarlos y defenderlos. El desgraciado Federico viendo en este paso un despojo, quiso echarse en brazos del rey de Francia; pero viendo en esto un nuevo peligro, desengañado de que no podia resistir á tan poderosos enemigos, y que lo mismo podia fiarse de los unos que de los otros, se retiró á la vida privada, para ser paciente y resignado espectador de cómo dos naciones poderosas y rivales disputaban su corona.

Dejó un hijo en Taranto encomendado á la lealtad de algunos barones, que se habian conservado fieles, pero el general español se apoderó bien pronto de su persona; y aunque (lo referimos con dolor) juró ante los barones que lo defendian, y sobre una Hostia consagrada, dejarlo en completa libertad, lo envió prisionero y con buena escolta á España.

Quedó, pues, el reino de Nápoles en manos de españoles y franceses, devastando el país y haciéndose crudísima guerra, pero ganada por el Gran Capitan la sangrienta batalla de Cerinola, y muerto en ella el duque de Nemours, caudillo del ejército francés, quedó el reino á merced de los españoles, y ejerciendo el supremo poder en nombre del rey de Aragon Fernando V el Católico, el Gran Capitan con el título de virey. Igual título tomó luego el gobernador de Sicilia, y quedaron ambos paises, ántes verdaderos reinos, separados y convertidos en provincias españolas (1503); como por espacio de dos siglos se mantuvieron, formando parte de aquella colosal monarquía que extendió á poco su poder, atravesando audaz y afortunada mares desconocidos, á las ignoradas regiones de un nuevo mundo.

IV

Reducidos, pues, á provincias españolas los dos importantes reinos de Nápoles y de Sicilia, fueron constantemente gobernados por Vireyes que introdujeron en aquellos paises, en cuanto les fué posible, las costumbres, leyes y administracion de la metrópoli, aunque conservaron los estados generales de ambos antiguos reinos y las formas del gobierno municipal de sus ciudades; bien que rara vez fueron consultados aquellos, y poco á poco se modificaron estas del modo más conveniente al poder reinante.

El mismo Gran Capitan, conquistador de Nápoles, fué su primer Virey, y mostróse entendido y hábil gobernador; pero despertando su gran popularidad recelos en el ánimo del suspicaz Fernando V, vino este soberano, con pretexto de visitar su nuevo reino, á retirar de él á Gonzalo de Córdova, y á crear estorbos en el absoluto poder de los Vireyes, alterando al mismo tiempo las leyes fundamentales y la administracion antigua de aquel estado, y hasta intentó introducir en él la Inquisicion.

Tanto Nápoles como Sicilia son deudoras, sin duda, de grandes elementos de seguridad, salubridad y cultura á la dominacion española, pues la magnificencia de sus capitales, la facilidad de sus comunicaciones, las obras de utilidad pública, como desecacion de pantanos, acueductos, fuentes, calzadas y fortificacion de los puntos accesibles de las costas, obras son de los Vireyes en ambos paises de aquende y allende el Faro.

A la muerte de los Reyes Católicos heredó las coronas de Aragon y de Castilla con todos sus dominios en ambos mundos, su hija doña Juana, y la enfermedad mental de esta señora por la pérdida de su marido [illegible] muy luego en las sienes de su hijo don Cárlos, *primero* en el trono español, y despues *quinto* en el del imperio de Alemania. Las encarnizadas y con-

tinuas guerras de este soberano con el rey de Francia Francisco I, conmovieron y trastornaron la Europa; y los estados españoles de Italia, no sólo padecieron invasiones y arremetidas inesperadas, sino que particularmente Nápoles y Sicilia empezaron á verse muy trabajadas con levas de gente y con onerosas contribuciones y penosos recargos para sostener aquellas guerras.

En el año 1524 siendo Virey el flamenco don Cárlos de Lanois, tuvo el reino de Nápoles una parte muy activa y principal en la guerra de Lombardía, pues concurrió con valerosas tropas á la célebre batalla de Pavía, cuya victoria se debió al insigne marqués de Pescara, napolitano, aunque de antigua familia española, refugiada en Italia cuando los disturbios del tiempo de Enrique IV. El Rey de Francia, recobrada su libertad, se negó á cumplir lo pactado en Madrid estando prisionero, y en liga con el Papa renovó la guerra. Fabricio y Próspero Colonna embistieron á Roma con un ejército español, cuya mayor fuerza era de tropas napolitanas. Indignado y despechado el Pontífice dió la investidura del reino de Nápoles á Mr. de Valdemot de la familia de Anjou, el cual, creyendo que iba de veras, tomó el título de Rey, y con un poderoso ejército que le dió el de Francia, atacó el vireinato de Lanois, y llegó hasta las puertas de la capital; pero el valeroso flamenco con diez y seis mil españoles se arrojó sobre el advenedizo, y lo escarmentó de manera que huyó vencido y deshecho fuera del reino, que imaginó suyo.

Con esta rota, entabló reservadamente el Virey hablas con el Papa, por órden secreta del Emperador, y tomaron mejor aspecto los negocios. Pero el ejército imperial de Lombardía, que mandaba el duque de Borbon, acosado por la falta de pagas y escasez de mantenimientos, resolvió tumultuariamente y sin que autoridad ninguna pudiera contenerlo, remediar su necesidad atacando á Roma, suponiendo que continuaba la guerra. En vano el virey Lanois trató de detener aquella inundacion, pues atacada la capital del mundo cristiano, aunque opuso vigorosísima defensa, fué tomada por asalto, en el que murió el duque de Borbon, y bárbaramente saqueada y profanada por aquella desenfrenada soldadesca.

Indignado y con razon el Rey de Francia de atentado tan horrible, quiso vengarlo, y dispuso una expedicion dirigida expresamente contra Nápoles, mandada por Mr. de Lautrec, á la que no pudo oponerse el virey Lanois, porque murió el año 1527 de disgusto por los sucesos de Roma.

Gobernaba la Sicilia D. Hugo de Moncada, y pasó á Nápoles á reemplazar al difunto, encontrando el reino todo inundado de franceses; y escaso de fuerzas y mal seguro de la fidelidad de los napolitanos, no se atrevió á combatirlos en tierra y lo verificó en el mar, aunque con poco éxito, muriendo de un tiro de cañon en el golfo de Salerno. —Sucedióle el príncipe de Orange, cuando los franceses y venecianos tenian casi ocupado el país y estrechamente sitiada la capital; pero socorrida oportunamente por la audacia de un bandido, y acometidos de la peste los sitiadores, fueron rechazados, y con nuevos esfuerzos exterminada completamente la expedicion francesa, y muerto Lautrec, su capitan. No fué sobrio el de Orange en castigar á los que favorecieron los intentos de los enemigos, decapitando á varias personas de cuenta, ni descuidado en arrojar de las costas á los venecianos, dedicándose en seguida á atajar los estragos de la peste, que ya por todo el reino se extendia, siendo aquella una de las épocas más calamitosas que atravesó aquel desventurado país.

En el año de 1532, cuando apénas empezaban á tener remedio tantos desastres, tuvo el reino la ventura de que viniese á gobernarlo el célebre don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, gran político, hábil y recto gobernador, y valerosísimo capitan: halló el país pobre, dividido, asolado por la peste y la guerra, é infestado de bandidos; y con sus sábias disposiciones mudó de aspecto en pocos años. Fué amigo y protector de los pueblos, y enemigo mortal de cuantos los esquilmaban y oprimian. Dió vigor á las leyes, fuerza á los magistrados, poder al gobierno. Restableció la salubridad del país desecando lagunas y pantanos, y dando desagüe á los torrentes y avenidas; dió seguridad á los campos, limpiándoles de bandidos; cuidó de la abundancia de mantenimientos; estableció el mayor órden en la administracion, y fué inflexible con los dilapidadores de los caudales públicos. Se dedicó al mismo tiempo á abrir comunicaciones, á hermosear la ciudad con anchas calles y magníficos edificios, dando así trabajo y sustento á innumerables familias, y no descuidó la seguridad del reino, reparando las fortalezas, y levantando castillos y atalayas en las costas, para ponerlas á cubierto de las invasiones de los berberiscos; encontrando recursos para todo en un país tan apurado, á fuerza de inteligencia y de actividad. Hízole una visita el Emperador al volver de la expedicion de Túnez y despues de haber pasado algunos dias en Sicilia.

No faltaron descontentos y envidiosos que tentaron de indisponer al gran Virey en el ánimo del Monarca; pero éste dió más crédito á la opinion general del país y al conocimiento que tenia de las altas prendas que lo adornaban.

En tantos años como gobernó el reino de Nápoles D. Pedro de Toledo, no recogió más que aplausos y bendiciones de los agradecidos pueblos. Sólo una pasajera borrasca anubló momentáneamente los dias de bonanza y de paz, de que le era deudor aquel país a tan excelente Virey. Instigado por el César, que temió y no sin causa, que podia propagarse en aquel estado la doctrina de Lutero, trató de establecer el tribunal de la Inquisicion en 1547; y ni su popularidad, ni su energía lo consiguieron. Levantóse en masa todo el reino de Nápoles, y despues de un doloroso conflicto, en que corrió mucha sangre, tuvo el Virey que desistir de su forzado empeño, renunciando completamente al establecimiento del odiosísimo tribunal.

Seis meses duró aquella tormenta, que dejó en pos de sí consecuencias dolorosas, por más que se restableciese la calma; y el Virey no tuvo tampoco tiempo para remediarlas, porque de órden del Emperador marchó con tropas sobre Viena, y en el camino, al llegar á Florencia, murió en brazos de su hija, mujer de Cosme de Médicis.

La isla de Sicilia no pasó los reinados de Fernando el Católico y de Cárlos V más tranquila que el reino de Nápoles. Sus costas fueron constantemente acometidas por los turcos y los berberiscos; lo interior del país infestado de bandidos, y trabajado de discordias, varias veces asolado por la peste, y las principales ciudades en perpetua rivalidad. El virey Lanuza llevó su severidad hasta el extremo y fué odiado por sus crueldades, sin conseguir establecer sólidamente el gobierno. D. Hugo de Moncada, el que como dejamos dicho pasó de Virey á Nápoles y murió en el mar combatiendo contra franceses, dejó en Sicilia fama de carácter débil y de livianas costumbres: y se descubrieron en la isla no sólo conatos sino planes muy adelantados de entregarse al rey de Francia Francisco I.

Antes de ir á Nápoles el Emperador, como hemos referido, visitó la isla, y tambien concedió grandes privilegios á sus habitantes y á las ciudades más populosas; sobre todo á la de Palermo, que á despecho de Mesina, era la capital. Convocó en ella los estados generales, establecidos por Rogerio, y aun despues durante algun tiempo volvieron á ser reunidos, pero sirviendo más que de provecho de daño á los intereses del país, porque los diversos tiempos y las costumbres diversas los habian desvirtuado y corrompido, como acontece con las instituciones antiguas más saludables.

Renunciando á las grandezas mundanas Cárlos V, se retiró á un monasterio, dejando el imperio á su hermano don Fernando, y la corona de España á su hijo Felipe II, con todos los estados de Flandes, Italia y el Nuevo Mundo.

Fué jurado el nuevo Rey en Nápoles y Sicilia con grandes festejos, interrumpidos por la inesperada acometida del corsario Dragut, que con sesenta galeras embistió y saqueó las costas de la isla y las de Calabria; y tambien por nueva guerra con Francia, á cuyo Rey dió la investidura de aquellos países, quitándosela al heredero del César, el papa Paulo IV, enemigo acérrimo de la casa de Austria. Vino entónces á Nápoles de Virey el famoso duque de Alba, que reuniendo un poderoso ejército, y sacando grandes recursos de su vireinato y del de Sicilia, puso en aprieto á Roma, derrotó al duque de Guisa en Abruzzo, y continuó felizmente la guerra, hasta que por mediacion de la república de Venecia, procuró una paz ventajosa.

No podia ser grande el desarrollo de la prosperidad pública en los reinos de Nápoles y de Sicilia, como sucedió en la misma España su metrópoli, con tantas interminables luchas de intereses ajenos. El descontento era general en aquellos países italianos, y no pequeña la postracion con tan extraordinarios esfuerzos. En este estado no era difícil dar oidos á novedades, que tenian apariencia de remedio; y las doctrinas protestantes empezaron á encontrar acogida, obligando al Virey, duque de Alcalá, á tomar medidas rigorosas para atajar su propagacion. La naturaleza misma parece que se conjuró contra tan desventurado país, pues violentos y continuos terremotos destruyeron y soterraron poblaciones enteras, y enfermedades epidémicas y tenaces diezmaron el reino y casi despoblaron la capital.

Tambien los turcos despues de poner en grande apuro á la isla de Malta, acometieron á Sicilia y las costas de Nápoles en ambos mares, y hasta amagaron á la ciudad; y finalmente en medio de tantos desastres y miserias, aun sacó de aquellos países desventurados el gobierno español seis millones de contribucion (*donativo*) para los apuros de la corona.

Mucho contribuyeron tambien los reinos de Nápoles y de Sicilia á la gloriosa expedicion de Lepanto, y ayudaron grandemente á la victoria de D. Juan de Austria con sus galeras, con sus socorros en dinero y vituallas, y con sus valerosos soldados. Precisamente en una galera napolitana se halló y fué herido en la pelea el inmortal Cervantes.

Escasez de víveres, precios exorbitantes de las mercaderías, y alteraciones hechas, con poco acuerdo, en el peso y valor de la moneda, ocasionaron motines, asesinatos y desórdenes lamentables en Nápoles; y estas mismas causas acrecentadas con la rivalidad constante entre Mesina y Palermo y por el carácter indomable y feroz de los sicilianos, trajeron á la isla dias de luto y de amargura. Pero en medio de tantas desdichas no dejaron los Vireyes de ambos Estados de regularizar más y más la administracion de justicia, siendo sus pragmáticas en este punto tan sábias y acertadas, como descabelladas eran, generalmente hablando, las que publicaron sobre puntos de administracion. Ni descuidaron el ornato público, el fomento de la industria, sobre todo la de la seda, y la proteccion á las letras, como lo demuestran los edificios, fuentes, caminos y fortalezas, la fama que aun conservan las sederías de Catanea y de Nápoles, y los muchos escritores y artistas que allí en aquellos dias florecieron.

V

A la muerte del rey Felipe II, sucedióle su hijo Felipe III, y fué como su padre jurado en ambos Estados; y á poco siendo virey el conde de Lemus, tuvo que deshacer con mano fuerte y con gran dificultad las tramas del famoso Campanella, que habia llamado para sostener sus nuevas doctrinas á los turcos, ofreciéndoles entregarles las fortalezas de la costa del Adriático. Tambien luchó con un extraño personaje que apareció en Nápoles fingiéndose el rey D. Sebastian, que luégo paró en galeras y murió en la horca.

Crecian los bandidos en Calabria, poniendo á contribucion no sólo los míseros pueblos de aquellas serranías, sino hasta las populosas ciudades de la llanura; y al mismo tiempo los corsarios berberiscos infestaban las costas de la Puglia, por lo que tuvo el virey conde de Benavente que acudir con tropas á contener á aquellos, y para escarmentar á estos, que enviar al marqués de Santa Cruz con cuatro galeras á destruir en la costa de Albania á Durazzo, que era su madriguera.

Gobernaba en tanto la Sicilia el virey duque de Osuna, conocido por sus hazañas en Flandes; y dejando un nombre esclarecido y una gran popularidad en aquella isla, pasó en 1616 á ejercer el vireinato de Nápoles. Lo sonoro de su nombre y la fama de su bizarría y de lo bien que se habia portado en Palermo, le preparó los ánimos de los napolitanos, que lo recibieron con el mayor entusiasmo. Trajo por secretario á D. Francisco de Quevedo y Villegas, aquel colosal ingenio, cuyas obras inmortales son una de las mayores glorias literarias y filosóficas de España; pero pronto tuvo que enviarlo á la corte para combatir con los enemigos y rivales que allí de desacreditarlo trataban. El carácter aventurero del duque, el modo extravagante con que hacia pronta justicia, su generosidad, su magnificencia y hasta sus devaneos le dieron extraordinaria popularidad. Y esto, y el haber engalanado con su pabellon particular algunas galeras, que armó á su costa para hostilizar á los venecianos, y el creérsele de acuerdo en la famosa conspiracion de Bedmar contra aquella república, y el haber retardado entregar el vireinato al cardenal Borja su sucesor, promoviendo para ello asonadas en Nápoles; lo hicieron tan sospechoso á la corte de Madrid y al consejo de Italia, que si bien miéntras vivió Felipe III no fué incomodado, á la muerte de aquel rey fué encerrado en un castillo en donde murió, ó víctima de atrevidos pensamientos de una ambicion desenfrenada, ó de la envidia y encono de mezquinos rivales.

VI

Ocupando Felipe IV el trono español se apresuró visiblemente la ruina de aquella inmensa y poderosa monarquía, y todas sus partes se estremecieron en las convulsiones que preceden á la muerte. Embraveciose la guerra en Lombardía y dispuso el conde duque de Olivares, árbitro de la voluntad de su rey, que los Estados de Italia la sostuvieran, y que Nápoles y Sicilia aprontasen un ejército de veinticuatro mil hombres y cinco mil caballos. Este esfuerzo era superior á lo posible. Y en ambos reinos crecieron las contribuciones y los apuros, hasta tener los Vireyes que vender á particulares las ciudades y villas de realengo. No bastaron estos dolorosos sacrificios; y poco despues fué preciso aumentar los derechos de consumos y de aduanas, de lo que no tardaron en resentirse la agricultura, la industria y el comercio, llegando ambos vireinatos á la más espantosa miseria; lo que no impidió que al estallar la guerra de Cataluña, acalorada por los franceses, y luégo la de Portugal, se aumentasen las exigencias y las exacciones. Para colmo de desdichas se vió Nápoles afligido por una espantosa erupcion del volcan, que arrasó los campos, oscureció muchos dias el cielo, y arrojó sus cenizas hasta las costas de Albania; y luégo con tenaces

lluvias que destruyeron las cosechas é inundaron las vegas más feraces. Y en medio de tantas desdichas, aun el conde de Monterey enviaba millones y soldados para acudir á los empeños y desacertadas empresas de la metrópoli.

No presentaba Sicilia más favorable aspecto; siempre víctimas sus costas de la audacia berberisca, siempre campo su territorio de rivalidades, enconos y venganzas; con las últimas levas y contribuciones cayó en la miseria más espantosa. Y en 1647 estalló en Palermo una grave rebelion que duró viva muchos meses, y que puso en grande apuro al Virey marqués de los Velez, teniendo al fin que avenirse con la voluntad de los amotinados.

Este pernicioso ejemplo contagió al reino de Nápoles, del que era Virey el duque de Arcos; y en el verano del mismo año 1647 apareció la famosa sublevacion capitaneada por Masanielo, que costó tanta sangre, tanta riqueza, y que puso el reino, aunque pasajeramente, en poder de la Francia. Para corresponder el duque á las exigencias de Madrid, y atender á la defensa del reino amagado por los franceses, tuvo que reunir caudales y que exigir un grueso anticipo; y para reintegrarlo se le ocurrió, en mal hora, imponer una gabela sobre el consumo de la fruta, arbitrio ya puesto en práctica otras veces con infelicísimo resultado, y que desde luégo hizo tan mal efecto que empezaron á notarse síntomas nada equívocos de un descontento general. Aconsejaron personas prudentes y entendidas al Virey, que lo sustituyese con otro recurso ménos oneroso; pero dilató el verificarlo, y dió lugar á que estallase una espantosa sublevacion. Púsose á su frente un jóven, que vendia pescado por las calles, llamado Masanielo, y el Virey se vió obligado á refugiarse en Castelnovo. Gran matanza hubo de las tropas españolas y tudescas, y aun de las napolitanas que guarnecian la ciudad. Fueron incendiados muchos palacios y edificios públicos, y creció imponderable el general desórden, que se propagó á las provincias. Al cabo de once dias Masanielo, que ejerció en ellos el poder más absoluto que ha tenido jamás ningun monarca, y que obtuvo la obediencia más pronta y sumisa que se ha visto jamás entre los más abyectos esclavos, empezó á perder el juicio, desvanecido sin duda con tan inaudito poderío; y fué asesinado en los claustros de un convento, y arrastrado su cadáver por el mismo populacho, que horas ántes lo idolatraba. No supo aprovechar el Virey el momento de recobrar el poder; y el mismo pueblo, que habia escarnecido los restos de su supremo jefe, volvió á entusiasmarse por él, recogió el cadáver, lo restauró y adornó con magníficas galas, y le tributó exequias de monarca, y culto de bienaventurado. Siguió la sublevacion acéfala, pero feroz, y eligió luégo por caudillo al príncipe de Massa, don Francisco Toraldo. Este ilustre caballero tomó el mando para ver si podia conciliar los ánimos, y volver la paz al reino. Pronto desconfió de él el pueblo, cuya fuerza armada pasaba ya de cien mil hombres, y fué miserablemente asesinado. Sucedióle un plebeyo llamado Annese, maestro arcabucero, continuando los desórdenes en todo el reino, y la más abierta guerra entre el pueblo y la nobleza. Llegó al socorro del duque de Arcos, siempre encerrado en Castelnovo, una armada española mandada por el príncipe don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; con esta ayuda el Virey cañoneó la ciudad en vano, pues el motin tomó carácter de rebelion, y nació el pensamiento de independencia. Se hallaba casualmente en Roma el duque de Guisa, Enrique de Lorena, y concibió la idea de aprovechar las circunstancias para alzarse con el reino, como descendiente de la casa de Anjou, no aun del todo olvidada en aquella tierra. Consiguió ser llamado por los rebeldes que trataron de constituirse en república, para ponerlo á su cabeza. Logró entrar en Nápoles, pero fueron tales sus ligerezas y desaciertos, tan grande el disgusto que se apoderó del reino, y tan marcado el retraimiento del gobierno francés, con quien neciamente contaba, que no pudo realizar su atrevidísimo pensamiento.

Reemplazó al duque de Arcos el conde de Oñate, y de acuerdo con el príncipe don Juan, hizo una salida de Castelnovo con las tropas españolas, en tan oportuna ocasion, que en veinticuatro horas restableció el poder real en la ciudad, y en pocos dias en el reino todo; no tardando mucho en restablecer la tranquilidad más completa en el país, y en borrar los rastros de tan séria revolucion, que duró once meses largos, y que causó pérdidas de mucha monta al gobierno y á los particulares. Algunos años despues se descubrió otra conjura, que costó la cabeza al turbulento Annese; y dejóse ver de nuevo, sin efecto alguno, el aventurero duque de Guisa en las playas de Nápoles.

Murió el año 1665 el rey Felipe IV, y heredó sus estados Cárlos II, destinado por la Providencia para que en sus débiles manos se deshiciese la inmensa monarquía española. Estremecido el imperio de ambos mundos con las agonías de la muerte, no podia ninguna de sus partes dejar de sentir la comun dolencia; y sin embargo, no fué la época más calamitosa para Nápoles, ni lo hubiera sido para Sicilia, si no hubieran turbado su reposo interior los habitantes de Mesina, en guerra perpetua con los de Palermo, por envidia y celos de preponderancia y sobre á cuál le correspondia ser capital. Grandes [illegible] á los vireyes de Sicilia, conde de Ayala, duque de [illegible], duque de Alburquerque, príncipe de Ligne y marqués de Bayona; pues divididos en bandos los mesineses, y [illegible] do de la dominacion española, la ciudad entera se declaró rebelde, y se echó en brazos del rey de Francia Luis XIV, que envió incontinenti en su ayuda una poderosa escuadra. Afortunadamente no se propagó el incendio, y los Vireyes de Sicilia y de Nápoles acudieron con todas sus fuerzas y recursos á sitiar la ciudad, miéntras una armada española acudió á pelear con la francesa fondeada en el puerto.

Fué tenaz y vigorosa la defensa de los mesineses, como sin resultado los combates de ambas armadas; y despues de muchos meses de ataques continuos más ó ménos felices, y de venir en socorro del gobierno español una escuadra holandesa que venció, aunque á costa de la vida de su almirante, á la del Rey de Francia, retiróse ésta rota y escarmentada, llevándose gran número de sicilianos comprometidos, y rindióse Mesina á discrecion el año 1678.

En el de 1681, reemplazó en el vireinato de Nápoles al marqués de los Velez, el del Carpio, y ocupó el de Sicilia el conde de Santistéban; ambos se dedicaron con fruto á borrar las huellas de los pasados conflictos, y trataron, no sin el éxito posible, de restablecer la industria, sobre todo la de la seda, tan próspera ántes en aquellos países, y la navegacion y el comercio, florecientes en otras épocas.

Siendo en Nápoles Virey el duque de Medinaceli, el más espléndido de cuantos tuvo aquel Estado, y gran protector de artes y ciencias, ocurrió el año 1700 la muerte de Cárlos II, último rey de la dinastía austriaca en España: acontecimiento que trastornó completamente la Europa.

El infeliz Monarca, tímido, enfermo, supersticioso, viéndose sin sucesion y cercana la muerte, vacilaba, empujado por encontradas influencias, en nombrar heredero de una corona riquísima, aunque deslustrada, y de un trono, decadente sí, pero que extendia su dominacion en ambos mundos. El Emperador, el duque de Saboya, el Elector de Baviera y el Rey de Francia, codiciaban la herencia, á la que se creian con derecho, y trabajaban por obtenerla.

La primera mujer de Cárlos fué francesa, la segunda bávara, y prevaleciendo su influencia, apareció con sorpresa general una declaracion del Rey nombrando su heredero universal á Fernando de Baviera. Ni á la corte de España, cuya opinion estaba dividida, ni á los otros pretendientes agradó esta eleccion, y todos se preparaban á combatirla; cuando la muerte del elegido calmó la borrasca, y volvieron los otros tres pretendientes á sus esperanzas y á sus negociaciones. Pero entre los que verdaderamente se debatia el negocio era entre el Emperador, protegido por la Reina, y el Rey de Francia, que tenia en su favor la opinion general.

En tanto el desdichado Cárlos II se sentia morir, y urgiendo la decision de punto tan importante, consultó al Padre Santo, que lo era Inocencio XII. Este opinó por el mejor derecho á la herencia de los hijos del Delfin de Francia, como nietos de la hermana del moribundo Rey. Nótese, porque es importantísimo en las circunstancias en que escribimos, que la casa de Borbon heredó el trono de la monarquía española por derecho trasmitido por hembra, segun las leyes fundamentales de España nunca quebrantadas en este punto tan esencial. Prevaleció pues la respetable opinion del Pontífice, y un mes ántes de pasar á mejor vida firmó Cárlos II su testamento, nombrando su heredero á don Felipe de Borbon duque de Anjou, hijo del Delfin y nieto del Rey de Francia Luis XIV.

No tardó el nuevo rey Felipe V en trasladarse á Madrid para tomar posesion de su herencia, á los diez y ocho años de edad. Su juventud, su gallarda presencia, y sus modales corteses y delicados le granjearon desde luego el entusiasmo general. Pero sus rivales dándose por ofendidos, y creyéndose con mejor derecho á la corona de España, se propusieron apelar á las armas. Leopoldo de Austria, Fernando de Baviera y Víctor Amadeo de Saboya, se coligaron para declarar la guerra á la casa de Borbon, y se les unieron muy luego por temor fundado de la reunion de España y Francia, Inglaterra, Holanda, el Elector de Brandemburgo y Portugal, dando principio á la famosa guerra de sucesion.

Empezó en Lombardía, mandando las fuerzas alemanas el príncipe Eugenio de Saboya, aunque muy jóven, acreditado de valiente y de experto por victorias importantes ganadas en Turquía. Y los ingleses y holandeses se encargaron de guerrear en los mares y en el Nuevo Mundo.

VII.

En Nápoles y en Sicilia fué jurado el nuevo Rey, pero no agradó el cambio de dinastía, porque nunca en aquellos países fueron simpáticos los franceses; y la corte de Viena cuidó de acalorar este disgusto. Servian en el ejército imperial algunos nobles napolitanos, y entre ellos un Caraffa y un Sangro, [illegible] en favor de la casa de Austria.

[illegible] cosas al punto de que los conjurados enviasen á Viena á don José Capece, para tratar con el archiduque Cárlos, y exigirle, para cuando lograse la corona, [illegible] de aquel reino, que habia de establecer un senado aristocrático, que interviniese en la gobernacion del Estado, y además ciertas recompensas para los directores de la conjuracion.

Habiendo esta tomado ya tales proporciones, imposible era que permaneciese oculta largo tiempo; y descubierta por el duque de Uceda, embajador de España en Roma, dió oportuno aviso al de Medinaceli. Estaba dispuesto, y señalado dia para verificarlo, asesinar al Virey, proclamar al Archiduque, sorprender los cuarteles y apoderarse de los castillos; pero nada pudo realizarse por las disposiciones acertadas que se tomaron oportunamente para impedirlo. Desconcertados los conjurados reuniéronse secretamente, y como los principales de ellos opinasen por esperar otra ocasion favorable; Jaime Gambacorta, príncipe de Macchia, jóven ilustre, pero pobrísimo, y deseoso de remediarse á favor de revueltas y de desconciertos, secundado por otros de su laya, propuso continuar la empresa sin reparar en inconvenientes; y así se resolvió, poniéndose á la cabeza de todo el osado mancebo, por lo que tomó su nombre la conjuracion. Dióse el grito, abriéronse las cárceles, incendiáronse edificios, saqueáronse almacenes y tiendas, corrió sangre y trastornóse completamente el país. Grandes esfuerzos hizo el duque de Medinaceli para atajar el incendio, y se mostró valeroso capitan y prudente gobernador, pero disponia de muy cortas fuerzas y tuvo que repararse al abrigo de Castelnovo. En aquella revuelta estaban comprometidos nobles y plebeyos, pero empezaron á desconfiar estos de aquellos, recordando anteriores compromisos; y empezó á decaer la autoridad del jóven príncipe de Macchia, á no ser obedecidas sus órdenes, y á nacer entre los sublevados el desórden y la confusion, aprovechando lo cual el sagaz Virey, publicó un perdon general, que deshizo la conjura, acogiéndose á él muchos de los comprometidos, y poniéndose en salvo los restantes.

Asegurada así la tranquilidad del país, y afirmado el poder de Felipe V, regresó á España el duque de Medinaceli, viniendo á relevarlo el duque de Escalona que era Virey de Sicilia, y que venia destinado á devorar la amargura de tener que entregar el precioso dominio español á poder extranjero y enemigo. Fué demasiado severo en el castigo de los pasados desórdenes, pero recto en la administracion de justicia, y cuidadoso de no aumentar las cargas públicas, y de mantener la abundancia y la seguridad en todo el reino. Creyó sábiamente Felipe V, que para asegurar aquel estado, de fidelidad tan dudosa, seria conveniente su presencia; y embarcándose en Barcelona llegó felizmente á Nápoles con próspera navegacion. Fué recibido con general entusiasmo, justificándolo el generoso olvido que manifestó de las recientes ofensas, siendo gracioso para todos, disminuyendo las contribuciones, y perdonando generosamente los cuantiosos atrasos de ellas. Dos meses permaneció en aquel reino, y marchó apresurado á Lombardía, á contener los progresos del ejército austriaco, mandado por el príncipe Eugenio. Y despues de mostrarse allí valeroso y entendido guerrero, regresó á España, á medirse con el archiduque Cárlos, que obtenia grandes ventajas en la corona de Aragon, ayudado poderosamente por Inglaterra. En grande aprieto se vió la causa de don Felipe, quien tuvo al fin que abandonar á Madrid; y entónces le fué arrebatada la corona de Nápoles. El ejército francés tenia harto que hacer en el norte de Italia, para poder dar socorro á aquel reino, contra el cual envió el príncipe Eugenio al general Daun con buen golpe de tropas austriacas. Y entendiéndose con los descontentos y revoltosos, y ganando con oro muchas voluntades, llegó fácilmente á sitiar la importante plaza de Gaeta. Estaba en ella el desventurado Virey, y la defendió bizarra y tenazmente, pero teniendo por enemigo el país todo, y sin esperar socorro alguno, tuvo que rendirse casi á discrecion: con lo que el reino todo se sometió al poder austriaco y al gobierno del general vencedor: así perdió Felipe V el dominio de Nápoles, conservando el de Sicilia hasta la paz de Utrecht.

No queremos pasar de aquí sin hacernos cargo de las acusaciones más ó ménos graves y violentas, que los autores italianos, y sobre todo los modernos, lanzan contra la dominacion española en Nápoles y Sicilia. Si se ciñeran á lamentar la pérdida de su independencia por más de dos siglos, tuvieran tanta razon como les falta para demostrar esa saña contra los españoles, atribuyéndoles ciegamente todas las desventuras de aquellos países. Mucho

padecieron en verdad; pero no más ciertamente que lo que las provincias mismas de la península padecieron, víctimas todos del descabellado sistema político y administrativo de los reyes austriacos. Pero al mismo tiempo debian reconocer tales detractores, que la dominacion española no dejó de producir grandes bienes á aquellos países italianos. A ella debieron en gran parte los adelantos de su civilizacion, de su industria, de su comercio y de su importancia. Bajo ella florecieron las letras y las artes. Las comunicaciones interiores, con magníficos puentes y calzadas, los hospicios y hospitales, las calles y palacios de Nápoles y de Palermo obras son de vireyes españoles. La industria y el cultivo de la seda llegaron bajo su proteccion á la perfeccion suma, y á ser fuente de considerable riqueza. La desecacion de pantanos y de lagunas, que hacian mortíferos ambos países, y la conduccion de aguas á las ciudades y poblaciones, á los españoles lo deben, como la defensa de sus costas y fronteras, con fortalezas, torres y atalayas.

No escaseó el gobierno español el reparto de sus dignidades, mandos y puestos de confianza entre los súbditos napolitanos, igualados completamente con los españoles. Grandezas de España, toisones, generalatos, embajadas, magistraturas se les concedian con mano franca; y ejercian el poder en la misma metrópoli, y hasta en los estados de América.

Es verdad que la administracion fué siempre deplorable; pero ¿era más acertada y equitativa en España?... Más diremos, ¿lo era en alguna parte de Europa? Y en contrapeso de esta desgracia, comun en aquella época, citaremos los grandes beneficios que hicieron á la administracion de justicia las pragmáticas de los vireyes, arreglando los tribunales, y los procedimientos civiles y criminales, con muy sábias disposiciones; y que acabaron con los restos del feudalismo, y que contuvieron con mano firme los abusos del poder eclesiástico.

Y en aquellos siglos, ¿no fué una ventaja real para Nápoles y Sicilia el formar parte de una grande y poderosísima monarquía, dominadora de Europa? Si no hubieran sido dominios españoles, lo hubieran sido franceses para correr peor suerte y más insegura, y para contribuir á las mismas guerras y descabellados gastos; ó se hubieran visto presa infeliz de los Papas, débiles y sin vigor para defender su costa y territorio de los turcos y de los berberiscos. Y si hubiesen sido en aquellos siglos estados independientes, no hubieran podido dejar de ser campo constante de batalla de ajenos intereses, de ambiciones privadas y de continuas guerras civiles. Esta hubiera sido la suerte de Nápoles y de Sicilia, sin el poderosísimo amparo de la dominacion española. Y prueba de que no era tan grande el odio á los españoles, por más que digan los autores antiguos y modernos, es que admitieron gustosísimos los sicilianos y napolitanos por rey; como vamos á referir, á un príncipe español, con séquito español y con tropas españolas, desdeñando á príncipes de otras naciones, que tambien les ofrecian y aseguraban su nacionalidad y su independencia. Y hasta nuestros dias, cuando quisieron aquellos países una constitucion, abrazaron sin titubear la española; y gritaban en los momentos de fervor y de patriótico entusiasmo: *la constitucion de España, ó la muerte.* Y últimamente el ejército español, que desembarcó en Gaeta, para socorrer al Papa, fué recibido por los napolitanos con los brazos abiertos, y asistido y obsequiado con la más sincera cordialidad.

VIII

No faltó que hacer al general Daun en el gobierno de Nápoles, pero tuvo que abandonarlo al cardenal Grimani, para acudir primero á Lombardía, y luégo á Roma á poner coto á las pretensiones del Papa sobre Parma. Al cardenal le sucedió el conde Cárlos Borromeo, y dos años despues en el de 1713 la paz de Utrecht terminó la guerra de sucesion, afirmando la corona de España y de las Indias en las sienes de Felipe V, pero privándole de los estados de Italia. No se convino con aquel arreglo el archiduque Cárlos, que habia subido al trono imperial con el nombre de Cárlos VI, y continuó un año más la guerra, hasta que en un nuevo convenio celebrado en Rastadt, se le adjudicó la corona de Nápoles con la isla de Cerdeña, el Milanesado y los presidios de Toscana. Y á Víctor Amadeo de Saboya la isla de Sicilia, con título de Rey, con que no tardó en coronarse en Palermo, entregándole, con harto dolor, aquel estado el último virey español marqués de los Balbases. Mucho debia prometerse aquella isla de un soberano tan aventajado, y que gobernando acertadísimamente el Piamonte habia dado claras muestras de capacidad política, militar y administrativa; pero regresó á Turin dejando de Virey al conde Maffei. Este á los tres años de gobierno se vió sorprendido por una poderosa escuadra española, que al mando del almirante Leede, flamenco de nacion, se apoderó casi sin resistencia, por lo imprevisto y osado de la acometida, de Palermo, Catánea, Trápani, Messina y Siracusa. Esta infraccion de los tratados indignó á todas las potencias, que habian guerreado tantos años; y volando como pudieron al socorro de Sicilia, lograron casi destruir la escuadra española, recuperar las ciudades perdidas, y restablecer el dominio del Piamonte en toda la isla. Mas el Emperador, que no estaba muy satisfecho del último arreglo, con el pretexto de poner coto á la ambicion española, formó la liga llamada cuádruple alianza con Jorge I de Inglaterra, Luis XV de Francia, y los estados de Holanda, para imponer al rey de España un nuevo arreglo hecho en Lóndres, que fué sin dificultad aceptado por Felipe V; en el cual pasaba la Sicilia reunida con Nápoles, bajo la soberanía del emperador Cárlos VI: á Víctor Amadeo se le daba el reino de Cerdeña: y al infante Cárlos de Borbon, hijo segundo del Rey de España, habido en su segunda mujer Isabel Farnesio, se declaraba heredero de los estados de Parma y de Plasencia, á la muerte cercana de su poseedor, que no tenia sucesion directa. Verificóse este arreglo, con gran disgusto del piamontés, y con gusto del español, y sobre todo de la Reina, que preveia en el nuevo órden de cosas gran porvenir para su hijo, quien no tardó en tomar posesion de sus nuevos estados, no con gran contentamiento del Emperador, que vió con sospecha el que los españoles volvieran á poner el pié en Italia, y á entrar en ella con demasiado número de tropas, y sin disgusto del país.

Armóse á poco nueva guerra sobre la sucesion al trono de Polonia el año 1733, púsose de nuevo en armas Europa, rompiéndose la anterior alianza. Luis XV de Francia envió á conquistar el Milanesado al mariscal de Villars, y Felipe V, de España, un grueso ejército al mando del duque de Montemar so pretexto de cubrir los estados de su hijo don Cárlos, pero con órdenes secretas de conquistarle el reino de Nápoles. Era entónces virey, en nombre del Emperador, Julio Visconti, y general de las armas el conde de Traun, los que viéndose de improviso vigorosamente acometidos por tan poderoso ejército español, pidieron asustados socorro á Viena, pues contaban con escasísimas tropas, y con ellas en el último apuro salieron á probar fortuna. Mas tuviéronla tan contraria, que rotos y deshechos se refugiaron en la plaza de Gaeta. El reino todo recibia con los brazos abiertos á sus antiguos huéspedes; miéntras que arreglada la sucesion de Polonia, se convenia en Lóndres en dar al pretendiente vencido el ducado de Lorena, y al que se queria despojar de él, los estados de Parma y de Plasencia, indemnizando al infante don Cárlos de Borbon con la corona de Sicilia; pero esta y la de Nápoles se las tenia ya destinadas la Providencia, y debia adquirirlas con nuevos triunfos de las armas españolas.

Rendidas y entregadas las fortalezas y castillos de la capital, que esperaban con ansia al nuevo rey, al jóven y generoso, y valiente príncipe español, que les llevaba nacionalidad é independencia, entró en ella á caballo el dia 10 de mayo de 1734, entre los más fervientes aplausos de todos sus habitantes, cuyo entusiasmo se extendia como una chispa eléctrica por todo el reino. Pero aun no estaba terminada la guerra. Los alemanes recibieron algun refuerzo, y aun se defendian en Gaeta, en Capua, en Pescara y en otros puntos, y se reunian en Puglia. Marchó á su encuentro el bizarro y entendido duque de Montemar, y ganando la célebre batalla de Bitonto, y atacándolos luégo, sin darles respiro, en todos los puntos fuertes que ocupaban, los arrojó completamente del reino, coronando tan gloriosa conquista.

De Nápoles pasó rápidamente el ejército vencedor á Sicilia, y su alta reputacion, y la gloria que lo circundaba, y el claro nombre del príncipe que defendia y el odio á los tudescos le abrieron las puertas de la isla y las voluntades de los sicilianos. Huyó aterrada la guarnicion alemana, y el duque de Montemar fué acogido como libertador en Palermo. Y revolviendo sobre Messina, mal defendida por los imperiales, la ganó en pocas horas y se hizo dueño de todo el reino. No tardó el jóven rey en ir á visitarlo, y allí tuvo el mismo éxito que en Nápoles, y fué coronado y jurado solemnemente. Gran felicidad soñaban ambos reinos, grandes proyectos de hacerlos felices rodaban en la mente del jóven monarca; cuando una nueva guerra vino á retardar las esperanzas de los súbditos y los planes del soberano.

Muerto el emperador Cárlos, se opusieron algunas potencias á que heredase la corona imperial, con todos sus estados, su hija única, la célebre y varonil María Teresa de Austria; y se coligaron en contra de ella Francia, España, Rusia y Baviera; y en favor Austria, Inglaterra, Holanda, Rusia y Saboya. Y miéntras se guerreaba en Alemania, en Hungría, y en Lombardía, el almirante inglés Martins se presentó en la bahía de Nápoles con catorce navíos, y con inusitada insolencia amenazó bombardear y destruir la ciudad, si en el término de dos horas no prometia solemnemente el rey Cárlos guardar en la empeñada lucha estricta neutralidad. Bramó de ira el generoso príncipe español con tal insulto; pero desprovisto de bajeles, y mal guardado el puerto con débiles fortificaciones y escasa artillería, por evitar la destruccion de su hermosísima corte, tuvo que ceder despechado, y que llamar las tropas, que iban marchando á reforzar las armas españolas en Lombardía.

Esta humillacion no evitó el golpe meditado por los alemanes, pues habiendo conseguido grandes ventajas sobre el ejército español, que tuvo que retirarse á los Abruzzos, creyó el general tudesco Lobkovitz llegado el momento de reconquistar el reino de Nápoles; y hollando la validez de los tratados, lo acometió impetuoso. Enterado Cárlos de tan injustificable agresion, que violaba una neutralidad, impuesta con tanto desacato; reunió sus fuerzas y marchó al encuentro de los invasores, publicando un solemne manifiesto para que supiese el mundo, que apelaba á las armas para defender sus estados y rechazar la fuerza con la fuerza. Y sabiendo que el ejército invasor se hallaba embarazado por las nieves en el paso de las montañas hácia Valmontone, sentó sus reales en Veletri, ciudad de la frontera romana. Treinta y nueve mil hombres componian el campo napolitano, treinta y cinco mil el tudesco; y aquel llevaba además la ventaja de estar protegido por todo el país, y muy provisto de municiones y vituallas. Pero acaso estas circunstancias le dieron confianza desmedida y el descuido que inspira la seguridad. Lobkovitz se aprovechó de esta confianza y de este descuido, y obligado á aventurarlo todo logró á media noche sorprender el campo napolitano, quemar las tiendas é introducir la confusion y el exterminio, del que se salvó con la fuga el mismo Rey. Mas no consiguieron nada con este triunfo pasajero los alemanes. Repuesto Cárlos reuniendo con actividad suma sus dispersas banderas, organizando con inteligencia notable sus tropas sorprendidas, y poniéndose con valor heróico á su cabeza, revolvió sobre los alemanes, tambien descuidados con los halagos de la victoria, y atacándolos con toda la resolucion de una justa venganza, los deshizo, los diezmó, y los arrojó de Veletri, asegurándose la corona de las Dos Sicilias, independiente y respetada.

IX

Llegado habemos al punto en que comienza verdaderamente el trabajo que nos propusimos de escribir una reseña histórica del reino de las Dos Sicilias; pues hemos llegado al tiempo en que quedó asegurado este nuevo estado europeo, fundado por las armas españolas, y gobernado por un monarca español independiente, y reconocido Rey legítimo de aquel nuevo reino, en todas las potencias de Europa. Por lo tanto será más prolija nuestra narracion, porque como de sucesos más próximos á nuestros dias, en íntima relacion con la época presente, y últimamente contemporáneos, ofrecen mayor interés á nuestros lectores, y pueden ser de más útil enseñanza.

Era el rey D. Cárlos, á quien ya conocemos como valentísimo soldado y experto capitan, príncipe de claro entendimiento, de noble y elevado carácter, de bondad suma, de purísimas costumbres, celoso de su autoridad, pero amigo de la justicia, y ansioso de la prosperidad de los pueblos, sin que su religiosidad extremada y nimia, que casi con la supersticion se confundia, tan altas dotes de soberano invalidara.

Tenia á su lado desde que empezó la conquista, al florentino Bernardo Tanucci, jurisconsulto de poca instruccion, pero de buenas ideas gubernativas, de prudencia y de actividad, y lo nombró su primer ministro en el momento que tomó posesion de aquel reino; y ya ántes de la expedicion de Veletri habia empezado á introducir grandes é importantes mejoras en la administracion pública y en la gobernacion de la monarquía.

Dió al consejo colateral el carácter y organizacion de Consejo de Estado. Arregló los tribunales, estableciendo una suprema cámara de casacion y último recurso, aboliendo completamente los jueces delegados. Reformó las leyes de distintas épocas, y nombró una comision de jurisconsultos, que las reuniera en un solo cuerpo coherente y arreglado á los adelantos de la ciencia y al estado de la sociedad. Creó un tribunal supremo de comercio, y entabló tratados mercantiles con Dinamarca, Holanda, Suecia y con las regencias berberiscas. Y habiendo aparecido la peste levantina en Messina, demostró el Rey su actividad é inteligencia para impedir el contagio, publicando acertadísimas leyes sanitarias.

Dió nueva y uniforme organizacion á los ayuntamientos, que si perdieron su importancia política, ganaron mucho en la administrativa, con gran ventaja de los intereses públicos. Tambien dió el último golpe á los restos del caduco feudalismo, aboliendo la jurisdiccion particular de los barones, y llamándolos á la corte con gracias, mercedes y lisonjeras distinciones. Y á pesar de su piedad suma y de las prácticas piadosas á que acaso se entregaba con exceso, disminuyó el número de conventos, redujo notablemente el derecho de inmunidad, obligó al pago de contribuciones á los bienes eclesiásticos, ajustando con la Santa Sede un ventajosísimo Concordato. Y hasta para dar más vida la comercio, permitió la entrada de los judíos, medi-

da que disgustó al pueblo, y que más tarde tuvo que revocar por complacer á la opinion pública.

Habia el rey contraido matrimonio el año 1738 con Amalia Walburga, hija del rey de Polonia Federico Augusto; y creó el dia de la ceremonia la órden esclarecida de San Genaro, dándole instituciones, más de congregacion devota, que de órden caballeresca. Ya la Reina habia dado á luz una princesa, y estaba de nuevo en cinta, cuando ocurrió la expedicion de Veletri, durante la cual quedó en Gaeta, no sin disgusto de la ciudad de Nápoles, que reclamaba como suyo aquel depósito.

A la vuelta de la expedicion, perfeccionó el Rey y llevó á cabo con actividad suma todas las reformas ya emprendidas. Puso órden en la administracion y recaudacion, aseguró más y más la tranquilidad interior, y cogiendo opimos frutos de sus sabios planes y de la capacidad gubernativa de su ministro Tanucci, vió en tan floreciente estado la hacienda pública, que pudo pensar en el engrandecimiento y en el ornato de su reino.

Reformó y regularizó los estudios públicos y las academias; mejoró el arsenal, creándose una escuadra; estableció colegios de náutica y de construccion, fundicion de artillería, fábricas de lonas y cordelería; fundó el arrabal de Chiaja y el de la Mergelina; construyó el muelle y la aduana, mejoró el palacio, y contiguo á él, levantó el magnífico teatro de San Cárlos, el más célebre de Europa. Y no podemos resistir al deseo de consignar un hecho curioso que ocurrió en su inauguracion. Para ir desde sus régias estancias al teatro, tuvo que atravesar la real familia varios patios y que salir á la calle. Y cuando sorprendido el Rey como el público todo, con lo suntuoso y sólido del edificio y del magnífico salon, y con el mágico espectáculo, elogiaba y aplaudia al arquitecto Carasala, que habia construido aquel teatro en ocho meses, le dijo: «lástima es que no se pueda venir desde palacio aquí sin tomar frio.» Nada contestó el arquitecto; pero al acabarse la representacion se encontró el Rey con una oportuna galería sólidamente construida, y adornada de tapices, alfombras, espejos y arañas, que desde su palco le dió paso hasta la real cámara.

Tambien edificó Cárlos la bellísima poblacion y palacio de Portici, el de Capodimonti, el magnífico de Caserta, el soberbio acueducto de Maddalone, el hospicio general, los graneros, los cuarteles y las atarazanas. Y pasma todo esto cuando se considera que se hizo sin gravar á los pueblos, ni aumentar las contribuciones, ni acudir á empréstitos, y en un país esquilmado por malos gobiernos, y trabajado de continuas guerras y calamidades: pues aunque se crea que la Reina de España enviaba á su hijo gran parte de los tesoros de América, no pudo hacerlo despues de la muerte del rey Felipe V y del advenimiento de su entenado Fernando VI al trono, en cuya época se construyeron precisamente aquellas colosales obras, orgullo de Nápoles y admiracion de los viajeros.

Tambien al rey Cárlos de Borbon debió la Europa el descubrimiento de Herculano y de Pompeya, ciudades romanas, que habian desaparecido el año 79 de nuestra era bajo las lavas y cenizas del Vesubio, y cuya posicion se habia completamente borrado de la memoria de los hombres. En ellas, particularmente en la última, se han encontrado riquezas artísticas inapreciables, y se ha podido estudiar la vida doméstica de los romanos. Desde los utensilios del tocador de las damas, hasta los bronces, mármoles, pinturas y mosaicos que adornaban al foro, los templos y los palacios de aquellas olvidadas ciudades han sido digno asunto de científicas disertaciones, han dado ya importante ocupacion al buril, y en el real Museo Borbónico de Nápoles sirven de útil enseñanza y estudio, y son la admiracion de los arqueólogos y de los artistas.

Además en Pompeya se han hallado papiros, que aunque carbonizados por la accion del fuego, se desarrollan y leen sin dificultad, por un procedimiento fácil é ingenioso. Desgraciadamente hasta ahora no se han encontrado entre ellos las obras perdidas de los grandes escritores de la antigüedad.

Alcanzaron á la isla de Sicilia en gran parte todas las ventajas y adelantos, que tan floreciente hacian el Estado napolitano; pero el estar más léjos de la fuente de las reformas, y de la vigilancia del monarca; el tener que sujetarse á la más ó ménos actividad, celo é inteligencia de los delegados del poder soberano; y lo más atrasado del país, las mayores raíces que en él tenia el poder feudal, y la influencia eclesiástica; las antiguas rivalidades aun no del todo allanadas, lo áspero del terreno y el carácter indomable de los habitadores, dificultaban el progreso de la civilizacion, y el planteamiento completo de las saludables innovaciones.

Duraba en tanto, con cortos intervalos, la guerra de Lombardía, y en ella un cuerpo de tropas napolitanas reforzando el ejército español y adquiriendo gloria y merecido renombre; hasta que muerto Felipe V, le sucedió en el trono de España y de las Indias su hijo del primer matrimonio Fernando VI, que no tardó en firmar la paz, ajustada en Aquisgran, por la que se concedió la soberanía de Parma, Plasencia y Guastalla al infante don Felipe; y para evitar un rompimiento inmediato sobre el dominio de Toscana se convino [illegible] nio. Tambien se arregló poco despues la alta soberanía del Rey de Nápoles sobre la isla de Malta, contradicha y negada por los Grandes Maestres del órden de San Juan de Jerusalen.

Mostró Cárlos su firmeza de carácter, á pesar de su devocion extremada, resistiendo á las instancias del Papa Benedicto XIV para establecer en Nápoles la Inquisicion. El arzobispo Spinelli, instigado por Roma, empezó con notable imprudencia á preparar palacio y cárceles para el odioso tribunal; mas en cuanto se divulgó por el pueblo, dió este muestras, extrañas en el fanatismo de que era presa, de resistir con la fuerza, como lo hicieron sus mayores, el establecimiento del Santo Oficio. Y el Rey de acuerdo con la opinion pública, revocó las disposiciones del Arzobispo, lo alejó de Nápoles, y alejó tambien al cardenal Landi, por decretos, que esculpidos en tablas de mármol aun se ven en el muro de San Lorenzo.

Asegurada la paz, redoblaron sus esfuerzos el rey Cárlos y su ministro Tanucci para afianzar las reformas, acabar del todo con los restos feudales, y con los abusos del poder eclesiástico, enaltecer el ejercicio de la agricultura y del comercio, proteger las letras y las artes; empezando á crear así en aquel país la clase media, que rica é ilustrada, forma el nervio y el verdadero poder de la sociedad moderna.

Dias de guerras, de trabajos, de reformas, de engrandecimiento, de abundancia y de paz, formaron los 25 años del reinado en Nápoles de don Cárlos de Borbon, y aun esperaban sus súbditos muchos más de prosperidad y de reposo; cuando la muerte, sin sucesion, del rey de España don Fernando VI, lo llamó á ocupar el trono de ambos mundos. Recibió el mismo dia la noticia de la muerte de su hermano, y la de haber sido reconocido como rey y proclamado en toda España; y pensó en marchar inmediatamente á ceñirse la espléndida corona, con que galardonaba sus altas dotes de soberano, y sus privadas virtudes la Providencia. Nombró regente de España á su madre, y pensó en la sucesion del reino de las Dos Sicilias.

Tenia el rey Cárlos seis hijos y dos hijas. El primero llamado Felipe era de cuerpo enfermizo y de alma imbécil: reconocido lo cual solemnemente, en un consejo público de facultativos, barones, magistrados, obispos y embajadores extranjeros, fué declarado por el padre, con las lágrimas en los ojos y el corazon hecho pedazos, inhábil para la corona. Su hijo segundo don Cárlos Antonio, era ya de derecho Príncipe de Asturias y heredero del trono español. Por lo tanto el reino de Nápoles, no pudiendo reunirse ambas coronas, pertenecia legítimamente al hijo tercero don Fernando, robusto y despierto niño de ocho años de edad. Así lo declaró solemnemente don Cárlos III, ya rey de España, confiriéndole la corona de Nápoles y de Sicilia el dia 6 de octubre del año 1759, é inmediatamente fué reconocido y jurado Rey sin la menor contradiccion.

En el mismo dia, despues de haber registrado las cuentas del tiempo de su reinado; de dar saludables consejos al hijo, recomendándole su hermano imbécil, que quedaba en Nápoles; de haber nombrado preceptor para el nuevo Rey, y un consejo de regencia; y de repartir con justicia y sin profusion grados, títulos, condecoraciones y mercedes á sus fieles servidores; se embarcó en la escuadra española, sin llevar consigo de la corona de Nápoles ni una sola alhaja; y hasta dejando una sortija de ningun valor, que encontró en Pompeya, y que tenia la costumbre de no quitarse nunca: exceso de delicadeza, que pinta el alto carácter del gran Cárlos III.

Lloraron su partida los napolitanos todos, agolpándose en los muelles y marinas, y en las torres y azoteas de la ciudad, y siguiendo con ojos arrasados la escuadra, que les robaba su ídolo, su rey, su padre, su bienhechor. — Quedaban sus leyes, sus magistrados favoritos, sus soberbios edificios; pero ¡ay! se ausentaba el que las habia dictado, el que los habia con tanto acierto elegido, el que los habia imaginado: faltaba el rey Cárlos de Borbon, faltaba el restaurador magnánimo de aquellos trabajados países.

X

Tomó el nuevo soberano el título de Fernando IV, Rey de las Dos Sicilias y de Jerusalen, Infante de España, Duque de Parma y de Plasencia y Gran príncipe hereditario de Toscana; y fueron regentes durante su minoría Domingo Cattaneo, príncipe de San Nicandro, ayo del Rey; José Pappacoda, príncipe de Céntola; Pedro Bologna, príncipe de Campo-reale; Miguel Reggio, bailío de Malta; Domingo Sangro, capitan general; Jacobo Milano, príncipe de Ardore; Lelio Caraffa, capitan de guardias, y el caballero Tanucci, el laborioso y sesudo ministro de quien ya hemos hecho mencion, y que fué, como se puede conocer, el alma de aquella regencia, ó por mejor decir, el regente único del Estado; y como era natural, prosiguió constante y celoso la obra de regeneracion que con tanto acierto habia planteado á la sombra del anterior Monarca.

[illegible] Nicandro, más en los ejercicios que dan vigor al [illegible] en los que ni el ayo ni los co-regentes eran desgra[illegible] por la caza de que era víctima el padre, se enseñoreó tambien del hijo; y el Rey ya mancebo, mirándola como su primera ocupacion, repelia con tedio los libros, evitaba el trato con los doctos, evadia [illegible] gocios públicos. Sabiendo apénas escribir, cifraba su vanidad en ser el más certero en la escopeta, el mejor cabalgador, y el más diestro en los juegos de fuerza ó de gallardía de todo su reino; ejercicios que lo ponian en contacto con el populacho, al paso que lo alejaban del trato noble y decoroso de la corte; pues tímido, cortado, taciturno en las régias ceremonias y en la alta sociedad, se mostraba desenfadado, suelto y locuaz, cuando en las fiestas populares se complacia en disfrazarse de pescadero, divirtiéndose en vender á los lazarones pescado, con todo el chiste, procacidad y mímicas contorsiones de tan humilde ejercicio. No se comprende cómo el entendido y en aquel tiempo omnipotente Tanucci, no cuidó más de la educacion del Rey menor; pues no podemos creer de su capacidad y rectitud, y del agradecimiento que debia á Cárlos III, que de intento descuidara las buenas disposiciones del hijo, para poderlo dominar á salvo, y no perder nunca la gobernacion verdadera del reino.

Gobernaba la regencia pues, ó por mejor decir, el primer ministro, continuando constantemente en las reformas del anterior Monarca, y obedeciendo sus nuevas inspiraciones, pues seguia el Rey de España correspondencia no interrumpida con su favorito: aunque éste, decidido enciclopedista, traspasó muchas veces las instrucciones del piadoso Cárlos III en materias eclesiásticas.

Declaráronse del Estado los espolios y vacantes, se abolió el diezmo, se suprimieron varios conventos, se restringió aun más la jurisdiccion episcopal, se puso coto á la publicacion de las bulas pontificias, se prohibió el dejar legados á manos muertas, y la fundacion de nuevas iglesias, conventos y capellanías; se dió intervencion al gobierno en los estudios de los seminarios, y se decretaron otras disposiciones de esta clase, que si al pronto alarmaron las conciencias timoratas, no tardaron en ser populares cuando se advirtieron sus benéficos resultados.

No fué tan feliz Tanucci en las medidas económicas, como se vió el año 1763, en que la mala cosecha de cereales puso el reino en grande apuro; y se aumentó este por las erradas disposiciones de la regencia, basadas todas en las equivocadas ideas de aquella época sobre monopolio y usura, importacion y exportacion, prohibiciones y franquicias.

Fué declarado mayor de edad el rey Fernando IV el dia 12 de enero de 1767. Francia y España estaban con Nápoles en buena armonía, pero no en alianza; porque aun no habia aceptado, por sugestion reservadísima de Cárlos III, el pacto de familia. La casa de Austria pretendia un matrimonio con el rey de Nápoles. El papa Clemente XIII combatia con las armas espirituales las reformas hechas.

El primer acto del Rey al tomar posesion del gobierno del reino como mayor de edad, fué la expulsion de los jesuitas, hecha por exigencia de su padre, y con las mismas insólitas precauciones, sigilo, presteza y aparato imponente con que se habia verificado en España. Gran sensacion causó en el reino de las Dos Sicilias, afligiendo á muchos, alegrando á otros, y excitando la curiosidad de todos sobre el motivo de tan atrevido golpe. Pocos dias despues apareció un real decreto destinando los cuantiosos bienes de los expulsados, á escuelas públicas y gratuitas, á conservatorios de artes y oficios, á casas de reclusion, y á otros establecimientos piadosos seculares, todos de pública utilidad; con lo que poco á poco se sosegaron los ánimos, conmovidos con la expulsion de aquella preponderante órden religiosa, ya arrojada de Portugal, España y Austria, y luégo abolida completamente por Clemente XIV.

En el pontificado de su sucesor Pio VI hubo serios altercados entre este Papa y el Rey sobre conceder el capelo al arzobispo de Nápoles, y sobre la consagracion de los obispos. Y el disgusto de estas controversias dió ocasion de que quedase abolida la antigua costumbre de la presentacion de la famosa *hacanea* y consiguiente tributo al Papa, en señal de vasallaje. Hizose siempre esta anual ceremonia el dia de San Pedro, 29 de junio, con gran pompa y pública solemnidad; y en el año 1776 marchando á caballo con brillante cortejo, el príncipe Colonna, embajador de Nápoles, á llevar á la Basílica Vaticana el presente, trabó una disputa de precedencia con el séquito del embajador de España, que causó desórden y tumulto en la multitud, pero todo cosa de poquísima importancia. Sabido el caso por el Rey de Nápoles, fingió darle mucha

y sin pérdida de tiempo escribió por medio de su embajador al Papa: que para evitar tales escándalos y disgustos, que podian turbar la paz, nacidos de un acto de *mera devocion*, habia resuelto que no se celebrase más aquella ceremonia. Exigió el Papa la revocacion de este acto, que calificó de atentatorio á su alta soberanía; y no obteniéndola protestó en vano, y aun reclama, *pro forma*, el dia de aquella festividad el perdido derecho. Así concluyó completamente toda sombra de dependencia ajena del reino de las Dos Sicilias.

Trató el Rey de tomar estado, y ajustó su matrimonio con María Josefa de Austria, hija del emperador Francisco I. Pero habiendo muerto esta señora cuando se hacian los preparativos de la boda, la reemplazó su hermana María Carolina; y en Nápoles el 22 de mayo de 1768 se verificó el régio enlace, solemnizado con grandes fiestas y regocijos, que duraron algunos meses.

Hermosa, altanera, instruida, y austriaca, debia suponerse la parte que iba á tener la Reina en la gobernacion del Estado, y la tenaz oposicion que haria á la influencia española; mucho más cuando fué artículo expreso de las capitulaciones matrimoniales, que asistiria á los consejos de Estado. Desde luégo se notó que no simpatizaba con el ministro Tanucci; y no era difícil de conocer el arrepentimiento de éste por no haber cuidado más de la educacion de su soberano, haciéndolo capaz de gobernar por sí mismo, y no por ajenas inspiraciones. Continuó empero algun tiempo en la direccion de los negocios públicos, y en íntima aunque más reservada correspondencia con Cárlos III.

Prosiguieron pues las reformas y los arreglos, ocupándose de todas las academias y reuniones de sabios y de filósofos; y entónces brillaron los ilustres escritores Galiani, Palmieri, Pagano, descollando entre ellos el célebre Cayetano Filangieri, autor de la gran obra titulada *Scienza della Legislazione*.

Tambien entónces nació la rica industria del coral, y se perdió en breve por el furor que reinaba en aquella época de reglamentarlo todo: á pesar de tanta actividad y movimiento, no prosperaba la hacienda, y el reino decaia visiblemente.

En 1777 dió á luz la Reina un príncipe, y exigió en seguida la asistencia á los consejos y consultas de Estado; y aunque Tanucci opuso cuantas dificultades le sugirió su astucia y su práctica cortesana, no lo pudo impedir; y dejando el gobierno á la altiva austriaca, salió del ministerio, se retiró de la corte, y se estableció léjos de ella en una casa de campo, donde á poco pasó á mejor vida. Hombre notabilísimo, enciclopedista sí, y de escasa instruccion, pero de grandes instintos de gobierno, de fecundas ideas, laborioso, perseverante, bien quisto y de suma pureza, gobernó con poder absoluto cuarenta y tres años, se retiró del mando sin enemigos, y murió en la miseria.

Dueña de las riendas del Estado la reina María Carolina, y más alejado que nunca el rey Fernando de los negocios públicos, cambiaron completamente las relaciones extranjeras, rompiéndose los vínculos que unian el reino de las Dos Sicilias con España, y estrechándolos con Inglaterra. Sucedió á Tanucci en el ministerio el marqués de Sambucca, que estaba de embajador en Viena; y se trató de aumentar las reformas, siguiendo las ideas filosóficas que estaban de moda en la capital del imperio; pero el mal estado de la Hacienda agravado con los nuevos despilfarros de la corte, que se puso en un pié de ostentacion y de lujo, no al nivel de los recursos del reino, y el encontrarse sin ejército y sin marina; aquél indispensable siquiera para mantener el órden interior, como lo exigian los adelantos admirables de la industria, y ésta necesaria para proteger la navegacion y el comercio acrecentados de una manera increible; alarmó á la Reina y al nuevo ministro, y convinieron en que eran necesarias tropas y naves de guerra; mas no sabiendo de quién echar mano para crear ejército y marina, se pensó para lo primero en un general austriaco, y para lo segundo (por no llamar ni á un español, ni á un francés) resolvieron por consejo del príncipe de Caramanico, que gozaba de gran influencia en palacio, nombrar almirante al caballero inglés Juan Acton, que se hallaba al servicio de Toscana, y habia adquirido renombre de experto y de valeroso en una expedicion contra Argel. No tardó en aceptar el aventurero esta primera muestra de los favores de la fortuna; y con permiso del Gran Duque pasó á Nápoles en 1779, donde fué muy bien acogido por los Reyes y por toda la aristocracia, encargándose de la direccion general de marina. Al mismo tiempo Sambucca dejó el ministerio de Estado al marqués Caracciolo, hombre de juicio y reputado buen economista.

No desaprovechó la corte romana estos cambios para arrancar un nuevo Concordato, sin el estorbo de Tanucci: pero negoció en vano, pues Caracciolo, que siendo Virey de Sicilia dió muestras de su entereza en estas materias, se mantuvo firme, y rechazó con energía las exageradas pretensiones de Roma.

Obtuvo muy luégo el caballero Acton el ministerio de Marina, y empezó, ambicionando algo más, á minar el favor secreto de Caramanico, hasta lograr que saliese este rival poderoso á la embajada de Lóndres. Trató de ganarse popularidad, y lo consiguió mostrándose poco amigo de la nobleza, estableciendo escuelas gratuitas, publicando proyectos de caminos y obras públicas, mejorando para el comercio los puertos de Miseno, Brindis y Baya, y hasta intentando establecer la libertad de cultos en Mesina y en Brindis. Abolió tambien el ministerio de Hacienda, creando para regirla y administrarla un consejo, y empezó á dedicarse con calor al aumento del ejército y de la escuadra, alzándose en fin con el supremo mando, con el afecto y completo favor de la Reina, con la confianza, el respeto y hasta el miedo del Rey y con la opinion del país. Mariscal de campo, teniente general, capitan general, todo lo fué el afortunado Acton en pocos dias; y se vió condecorado con las primeras grandes cruces de Europa, y hasta por servicios hechos á su patria en el ministerio de Nápoles, obtuvo el nobilísimo título de Lord de Inglaterra, creciendo en riquezas al paso que en honores y en importancia política.

Apareció falaz y momentáneamente tan engrandecido el poder del reino de las Dos Sicilias por el número de soldados y de buques que se le suponian, que los Borbones de Francia y de España quisieron buscar su alianza; pero ¿qué podian conseguir sino desaire y repulsa de una reina austriaca y de un favorito inglés? Ofendido Cárlos III escribió con autoridad de padre á su hijo Fernando IV importantes y discretas reflexiones, aconsejándole que alejase de su consejo, de su corte y de su reino á aquel temible y audaz advenedizo. Nada consiguió y murió á poco muy afligido de cuanto ocurria en su predilecto palacio de Caserta.

El año de 1783 fué funestísimo para el reino de las Dos Sicilias. Contínuos y espantosos terremotos arruinaron doscientas treinta y tres ciudades y pueblos, y hasta cambiaron completamente el terreno en las feraces provincias de Calabria y del norte de Sicilia. Innumerables fueron las víctimas, pues pasaron de sesenta mil, grande la pérdida de cuantiosas riquezas; generales el espanto y la afliccion, y notable el empobrecimiento. Al mismo tiempo las borrascas, las tormentas, las inundaciones, los huracanes conturbaron el país, y las bandas de facinerosos, nacidas en el general desórden y aturdimiento, aumentaron aquel cúmulo de desastres. Al cabo se apiadó el cielo del reino infeliz, volvió el órden á su naturaleza, se ocupó el gobierno en reparar tanto daño, y en remediar la miseria pública.

El año 1784 cuando la tierra se reponia de tantas angustias y dolorosas pérdidas vinieron á visitar á la Reina sus hermanos José II y el Gran Duque Leopoldo. Hiciéronlo de incógnito, esto es, sin admitir honores ni obsequios, y como convenia á dos filósofos empapados en las doctrinas enciclopedistas. Convirtieron la corte de Nápoles en una verdadera academia; y despues de entusiasmar á la Reina y á los sabios con la ostentacion pomposa de sus proyectos liberales, filantrópicos y humanitarios, regresaron á sus respectivas capitales.

Con el ejemplo de sus huéspedes nació en la Reina el deseo, y lo comunicó á su esposo, de viajar tambien, á lo ménos por Italia; pero no encubierta la majestad bajo el incógnito, sino rodeada de esplendor y con toda su pompa. Y el año 1785 (no queriendo hacer el viaje por tierra, para evitar la visita al Papa, con quien aun duraban los desabrimientos), en un magnífico navío ricamente preparado, y seguido de otras doce naves de guerra, llegaron los Reyes á Liorna. Fueron allí visitados y altamente recibidos por los príncipes toscanos, y con ellos y pomposo séquito pasaron á Pisa y á Florencia. Allí ufano el Gran Duque hacia alarde de sus reformas y nuevas instituciones, y de las efectivas mejoras que habia hecho en el país. Y es fama que preguntó al napolitano cuántas y cuáles habia él hecho en el suyo, á lo que este contestó: *ninguna*, añadiendo tras el general silencio que produjo esta seca respuesta: *Gran número de toscanos vienen á mi reino á pedirme empleos: ¿cuántos napolitanos vienen aquí á pedírselos á V. A?*.... Quedó cortado el Gran Duque, y la Reina discretamente llamó la atencion á otro asunto.

De Florencia marcharon los soberanos de Nápoles á Milan, Turin y Génova, con tanto fausto y ostentacion, y generoso desprendimiento, que por muchos años le quedó al rey Fernando IV en aquellos países el apodo de *el rey de oro*. En Génova se embarcaron de nuevo, y regresaron á Nápoles escoltados por buques ingleses, holandeses y de la órden de San Juan. Cuatro meses duró el viaje, que costó un millon de ducados (16.000,000 de rs.), suma que hubiera podido emplearse mejor en remediar los desastres de Calabria y de Sicilia en los recientes terremotos.

Si una educacion esmerada hubiese desarrollado las buenas disposiciones de Fernando IV, y marcádole la verdadera senda por donde debian encaminarse sus buenos instintos, su bondad suma, su patriotismo ardiente y su amor á sus súbditos, hubiera sido sin duda un gran Rey, como lo demuestra la fundacion de la colonia de San Leucio, pensamiento exclusivamente suyo, y suyo el espíritu de las leyes que lo rigieron. Envidioso de ver el nombre del padre inmortalizado en tantos edificios, harto de oir hablar de las mejoras de Toscana, de las reformas del Emperador su cuñado, y de asistir á discusiones académicas que no entendia; discurrió, para hacer algo, establecer cerca de Caserta una colonia de tejedores de seda; pensamiento que llevó á cabo con gran ventaja de la industria, y dándole unas leyes tan justas, tan razonables, tan sencillas, que llegó á ser aquel establecimiento un modelo digno de ser copiado. Resultado feliz de las buenas ideas practicables de gobierno, escogidas con tacto y discernimiento entre el cúmulo de sofismas, brillantes errores y utopias fascinadoras en que las envolvia é invalidaba la charlatanería filosófica del siglo.

Ya habia muerto el rey de España Cárlos III y sucedídole el señor don Cárlos IV, cuando tratando el rey de Nápoles, que ya tenia heredero en el príncipe Francisco, de casar á sus hijas, lo verificó con los archiduques Francisco y Fernando, hijos del gran duque Leopoldo. La muerte del emperador José II, ocurrida en 1790, llamó al imperio al gran duque Leopoldo, que dejando en Florencia á su hijo Fernando, se llevó consigo, como heredero, al primogénito Francisco. Los Reyes de Nápoles fueron á Viena á celebrar las bodas y la coronacion del nuevo Emperador, y luégo lo acompañaron á Hungría, siendo en todas partes magníficamente obsequiados. Pero aun no vueltos á Nápoles, supieron con disgusto nuevas inesperadas y terribles que les obligaron á volver con presteza á su reino.

XI

Las semillas esparcidas con mano pródiga por los escritores y filósofos, los adelantamientos materiales de la sociedad, y sus necesidades nuevas; las equivocadas interpretaciones y errada inteligencia de las inglesas instituciones, y las maravillas que se contaban de los Estados-Unidos de América, por los aventureros que habian contribuido á su emancipacion, dieron el fruto que debian de dar, asombrando al orbe con la revolucion francesa, uno de los acontecimientos mayores y uno de los más grandes trastornos que han conmovido á la humanidad. No hay quien ignore su historia: hablaremos pues de ella sólo en cuanto tenga relacion con la que vamos compendiando en este breve escrito.

Las noticias de los acontecimientos de Paris estremecieron todos los tronos de la tierra. Y caminando en busca del suyo los Reyes de las Dos Sicilias, quisieron hacer algunas alianzas, que no tuvieron efecto, y visitaron al Papa, arregladas ya las pasadas discordias. Fueron recibidos en Nápoles con grandes fiestas y regocijos, que no disiparon las oscuras nubes que se aglomeraban en el horizonte político. Tratóse inmediatamente de guerra. Encargóse el ministro Acton de ella, con actividad extraordinaria. Trabajaban sin cesar de dia y de noche los arsenales, las fundiciones, las fábricas de armas y de municiones; se aumentaron los regimientos con levas, quintas, voluntarios y criminales, y se preparaban ejércitos y escuadras, creyendo que con tales medios se podria conjurar la violenta borrasca.

Todo cambió de aspecto. Cesaron las reformas, cerráronse las academias, persiguióse á los sabios, recogiéronse los libros, cerró su corte de filósofos la Reina, y hasta maldijo su facilidad en haberlos ántes acogido y consultado. Se prohibieron y quemaron las obras de Filangieri y de otros escritores liberales; y el clero y la policía secreta todo lo minaban, todo lo perseguian; y mudado completamente el aspecto público del reino y de la capital, no presentaba más que descontento, tristeza, desaliento y humillacion.

Cada dia eran más alarmadoras las noticias de Francia. La fuga de la familia real causó imprudente y prematuro contento en el palacio de Caserta, pero los acontecimientos posteriores lo llenaron de luto y amargura. Quiso el caballero Acton formar una liga italiana, á que no se avino la república de Venecia; y estaba en estas negociaciones dilatando el recibir como embajador de Francia á Makau, cuando el almirante francés Latouche, con catorce navíos, fondeó en el puerto á medio tiro de cañon del castillo del Ovo, y envió un mensajero á pedir satisfaccion del retardo en recibir al diplomático francés y á exigir neutralidad. Reunió el Rey su consejo, y aunque habia medios de resistencia y para destruir completamente la escuadra enemiga, faltaba ánimo; y la Reina, temerosa de los jacobinos y republicanos, de que decia estar plagado el reino, fué de opinion de ceder y de avenirse á todo. Hízose así, fué Makau recibido con el ceremonial de costumbre, firmóse un convenio de neutralidad, y Latouche dió la vela y desapareció; pero asaltado de un borrascoso temporal volvió á fondear y vino á tierra con su oficialidad. Con el amparo de esta fuerza respiraron los perseguidos, se alentaron y salieron los que estaban ocultos; y los jóvenes empapados en las nuevas ideas, admiradores entusiastas de la revolucion francesa, rodearon á los huéspedes, que no dejaron de propa-

gar noticias é ideas contagiosas hasta en el populacho, porque las difundian con generosidad y desprendimiento en su gasto, regalos y propinas. Al cabo se ausentaron, y como la Reina no desistió de sus intentos, siguieron los preparativos de guerra, y el proyectar nuevos tratados secretos y alianzas para reunir medios con que escarmentar á los franceses. Tantos esfuerzos debilitaban cada vez más el decadente reino, y la miseria y el desaliento eran generales. Empezaron con encono las persecuciones. Los discursos y controversias, que un año ántes merecian el aplauso y el favor de la corte, eran ya delitos atroces, que se perseguian y castigaban sin piedad; y el fanatismo renació furibundo contra las reformas de Cárlos III y de Tanucci, dando un poder colosal al clero, que predicaba el odio á toda innovacion, cuyo resultado, decia, eran los espantosos horrores de la república francesa.

La desgraciada muerte, ó por mejor decir, el glorioso martirio del inocente Luis XVI, aterró á todos los reyes de Europa; y en defensa propia resolvieron caer sobre la rebelde Francia, para apagar en ella el hogar espantoso de las revoluciones. Pero recelosos de sus propios pueblos, mal avenidos entre sí, pobres de recursos, y sin grandes capitanes que dirigieran las operaciones, no lograron más que dar nuevas fuerzas en la cuna á aquel Titan que iba á trastornar el universo. La Inglaterra sola con su gran preponderancia marítima, y usando oportunamente de sus riquezas, sostenia la guerra con éxito y reputacion. Coligóse secretamente con ella, con España y con Cerdeña el rey de las Dos Sicilias, y envió una escuadra, rompiendo la neutralidad que le impuso el almirante Latouche, á Tolon; la que despues de perdido y entregado á las llamas aquel famoso arsenal, volvió á Nápoles, tornando á poco á ayudar á los ingleses para su expedicion contra Córcega. Al mismo tiempo que contribuia el reino de las Dos Sicilias á la guerra marítima, lo hacia tambien á la terrestre en Lombardía, con más de cuarenta mil hombres. Todo lo cual puso en tal angustia al Erario, que la Reina y el caballero Acton discurrieron apelar á empréstitos y adelantos llamados ya entónces *patrióticos*, y á echar mano de los bancos y fondos públicos. En aquel tiempo ocurrió el asesinato de Gustavo III, rey de Suecia; y resultando cómplice el ministro napolitano, pasaron graves reconvenciones, y desdeñosas controversias, que hubieran terminado en un pesado conflicto en otras circunstancias, y que no dejaron de hacer ruido en Europa.

A la inquietud de la guerra, á los disgustos políticos, al mal estado del país, vinieron á unirse el terror y los desastres de una horrible y espantosa erupcion del Vesubio, cuyos torrentes de lava destruyeron gran parte de la torre del Grecco, y los campos y caseríos de Ressina; y cuyas espesas cenizas, levantadas por el humo cubriendo la bóveda celeste, tuvieron tres dias en profunda noche la ciudad de Nápoles y su contorno en treinta millas á la redonda.

En la corte siguieron las sospechas y los temores de conjuraciones continuas, unas verdaderas, otras falsas, para buscar pretextos de imprudentísimas persecuciones. Y no estaban vacíos los calabozos, ni ociosos los verdugos; pero era á lo ménos consuelo de tal degradacion, el que el ejército napolitano combatia con gloria al lado del aleman en Lombardía, y que la escuadra ganaba, en los mares de Savona, reiterados elogios del almirante inglés Hotham.

Pronto los ejércitos de la república francesa, mandados por el general Bonaparte, inundaron el norte de Italia, ganando victoria sobre victoria, destruyendo los gobiernos antiguos, y fundando nuevas repúblicas. Ya habian hecho la paz Cerdeña, Prusia y España, y el Rey de las Dos Sicilias la negoció en Paris, con la condicion de verdadera neutralidad, de desarme de sus fuerzas terrestres y marítimas, y del pago de treinta y dos millones de reales. Seguia la guerra contra el Papa; y cuando se creyó concluida con la paz de Tolentino, volvió á encenderse por el asesinato del general Duphot, embajador de la república cerca de la Santa Sede.

Despues de ajustada y firmada la paz de Campoformio, habia dejado el general Bonaparte el mando de los ejércitos de Italia al general Berthier, el cual embistió el Estado romano, publicando, como era moda entónces, pedantescas proclamas recordando á Breno y á Camilo, etc. Al llegar á la vista de Roma, se sublevó el pueblo á su favor, y plantando un árbol de libertad en Campo-vaccino, lo recibió con serviles aplausos.

Encerróse el Papa en el Vaticano, miéntras el vencedor proclamaba el 15 de febrero de 1798 y establecia la República romana, con groseros insultos al vicario de Cristo, al sucesor de San Pedro, al jefe de la religion católica dominadora de ambos mundos; yendo en seguida, para mayor escarnio, á pedirle su aprobacion y que reconociese como válida aquella usurpacion inmotivada. Resistióse, con la dignidad propia de su alto carácter y de su mision divina, el respetable anciano Pio VI; y con violencia arrancado de su palacio, viajó prisionero de un punto á otro, hasta morir en el castillo de Valenza del Pó.

Estos acontecimientos, coincidiendo con noticias de que se acercaba á las costas de Sicilia la escuadra, ántes veneciana y ya francesa, con tropas de desembarco; y de que Bonaparte, con otra poderosa escuadra, republicana, se habia apoderado de Malta, lanzando de allí la religion Jerosolimitana, obligaron al gobierno napolitano á enviar refuerzos de tropas á Sicilia, aumentando las baterías y defensas de sus costas, y á establecer un cuerpo de observacion en el Garellano y en la frontera de Abruzzo.

Los emigrados y fugitivos de Roma, que se habian acogido en Nápoles, fueron el pretexto para un mensaje del general francés, pidiendo la pronta expulsion de aquellos infelices, la despedida del embajador de Inglaterra, el destierro del ministro Acton, paso franco para las guarniciones de Pontecorvo y de Benevento; y finalmente el restablecimiento del antiguo vasallaje en Nápoles al Papa, trasmitido á la república romana, y exigiendo en tal concepto el tributo anual y 140,000 ducados por los caidos desde que el Rey, sin consentimiento del Pontífice, abolió aquella obligacion.

Sometióse el Rey de Nápoles á unas exigencias, negó otras, y evadió las restantes, conjurando por el pronto la tempestad. Y con gran sigilo y con los medios discurridos por la sagaz María Carolina y por el audaz Acton, se celebró un tratado secreto con Austria, Rusia, Inglaterra y Turquía para empezar la guerra á la primera ocasion. Y la Rusia, encargándose en tanto de la defensa de Sicilia, envió allí una escuadra con tropas de desembarco. Mas las noticias de la expedicion de Egipto, del combate de Aboukir, y á poco la entrada triunfal en el puerto de Nápoles del vencedor Nelson, reanimaron los espíritus y alejaron todo temor de inminente peligro. Magnífico fué el recibimiento hecho al almirante inglés. Salieron á su encuentro en una falúa pomposamente engalanada, el Rey, la Reina, los ministros y el embajador de Inglaterra Hamilton con su hermosísima mujer. Subieron á bordo del navío entre salvas estrepitosas y vivas de las tripulaciones. El Rey regaló una magnífica espada á Nelson, la Reina le dió una riquísima joya, el embajador las gracias en nombre de Inglaterra y Lady Hamilton su amor vehemente y entusiasta. Fondearon los triunfadores bajeles británicos, llevando á remolque los vencidos franceses. Saltaron en tierra el Almirante, los Reyes, el embajador, la hermosa y su séquito. Recibiéronlos ardientes vivas, concertadas músicas, sonoras campanas y un inmenso gentío jubiloso y entusiasmado. Hubo un festin en palacio, y por la noche se iluminó el teatro de San Cárlos, donde resonaron himnos al vencedor de Aboukir, y á donde concurrieron damas de la corte con cintas y pañuelos en que se leia en primorosos estampados: *Viva Nelson.* El embajador de la república francesa Garat, viendo hollado el tratado de paz y de neutralidad, reclamó contra todo lo ocurrido aquel dia, pidiendo explicaciones y satisfaccion. Sólo se le contestó: que habia sido recibida la escuadra inglesa en el puerto, por haber amenazado bombardear la ciudad si no se le daba entrada, y se eludieron los demás cargos.

Obraba así el gobierno porque se tenia casi segura nueva liga para aprovechar el momento en que los ejércitos franceses estaban muy diseminados y en que el invencible general se hallaba ocupado en Oriente. Y no ocultando ya el Rey de las Dos Sicilias sus intentos, reorganizó sus tropas, dió el mando de un cuerpo de ellas al general austriaco Mack y decidieron la Reina y su favorito Acton hacer la guerra á toda costa, auxiliada con subsidios considerables de Inglaterra.

El embajador francés pidió cuenta de tales preparativos, y se le respondió: que no eran para hostilizar á la República sino para guardar el reino. A los pocos dias el Rey declaró imprudentemente la guerra, se puso á la cabeza de su ejército y entró en Roma, arrollando á los franceses, que dejaron guarnicion en Castel-Santangelo. El populacho romano se entregó á excesos horribles, la reaccion fué completa. Fernando IV creyó ya conquistado todo; y escribió á su corte para que se solemnizara el triunfo de sus armas, al Papa para que volviese á su silla asegurada por las tropas napolitanas, y al Rey de Cerdeña para animarlo á la guerra.

En tanto Macdonald, Mounier y otros generales franceses, aunque escasos de fuerzas, apretaban las fronteras de Abruzzo, y otro cuerpo de napolitanos desembarcado en Liorna, en combinacion con los ingleses, tuvo que reembarcarse, con pérdida de fuerza y de reputacion, dejándose en tierra una brigada mandada por el general Naselli, que al cabo de algunos dias cayó prisionero.

Quiso en Roma el Rey rendir el castillo, pero no lo consiguió; y noticioso de que el general Championnet reunido con Macdonald venia á marchas dobles, se retiró á Albano, y de allí á su palacio de Caserta; con tal temor que hizo el viaje disfrazado con las ropas del duque de Ascoli, quien vistió las del Rey, pasando por tal en todo el camino.

Tan luégo como el general Championnet restableció la república romana, reunió sus tropas, y dió descanso á sus soldados, resolvió (á pesar de su escasa fuerza, de la revolucion del Piamonte y de las conferencias guerreras que se celebraban en Rastadt) atacar el reino de Nápoles.

Empezó el general Duhesme la operacion, ganando en los Abruzzos el importante puesto de Civitella, y avanzando hasta Pescara. Al mismo tiempo adelantaban, por los Apeninos, el general Mounier, el general Rey por las Lagunas, y Macdonald por Frosinone y Ceperado. Apurado el rey Fernando al ver los enemigos invadir su territorio, publicó una proclama declarando aquella guerra, guerra nacional, y llamando á combatir á los pueblos y á los napolitanos todos. Este llamamiento al país, ayudado de las exhortaciones y ejemplo de los eclesiásticos y de los nobles y pudientes, tuvo cumplido efecto; y puso en gravísimo apuro á los franceses, que encontraban enemigos en todas partes, que en ninguna hallaban ni víveres, ni acogida, y en cada desfiladero un campo de batalla, y en cada noche una sorpresa, sin que la vigilancia ni la disciplina, ni el número, los pusiese á cubierto de inesperadas acometidas y de considerables pérdidas. Habian rendido las plazas de Gaeta y de Pescara, deshecho á Mack, arrollado las tropas de las fronteras todas; pero la guerra del paisanaje los tenia embarazados y detenidos, en tal posicion que sólo un desacierto de la corte, que calmara aquel entusiasmo, les podia dar la victoria. Y ocurrió el desacierto. El Rey, la Reina, Acton, el embajador inglés, su esposa (abiertamente dama de Nelson), y acaso este mismo, trataron de que la real familia huyese de Nápoles y se salvase en Sicilia; cuando en el último caso, si hubiera sido necesario abandonar la capital, tenia en Calabria y en Abruzzo donde retirarse con dignidad y continuar la guerra nacional, que con tanta bizarría y buen éxito se habia comenzado.

Al amanecer del dia 21 de diciembre de 1798 se vieron salir del golfo varios buques de guerra, que habian dado la vela á media noche y con gran silencio; y en el navío almirante inglés, que iba con ellos, arbolado el estandarte real. El Rey y su familia, y los ministros, y su corte, navegaban la vuelta de Sicilia. Vióle pasmado el pueblo, y no lo creyó; hasta que los edictos fijados en las esquinas le dijeron: que el Rey iba á buscar refuerzos, que volveria muy pronto, y que entretanto nombraba Vicario general al príncipe Pignatelli, y general del ejército á Mack. Vientos contrarios detuvieron á la vista tres dias la escuadra combinada. Repetidos mensajes de la ciudad fueron á bordo para rogar al Rey que volviese, ofreciéndole tesoros, soldados y armas con que defenderlo de los franceses. Todo en vano, el Rey continuó su viaje. Una horrorosa borrasca vino á hacer luégo peligrosísima la travesía. El Rey á vista del peligro, arrepentido de su resolucion, reconvino á sus consejeros. Arreciando el tiempo, dispersáronse los buques, unos buscaron el abrigo de la costa de Calabria, otros se refugiaron en Cerdeña. El navío de Nelson, y que él mismo mandaba, donde iba el Rey, rindió un palo, y estuvo á punto de perecer; al mismo tiempo que pasó cerca, dominando las olas y navegando seguro, un navío napolitano mandado por el almirante Caracciolo. Desconsolado el Rey, hizo notar la diferencia al inglés, despertando en su ánimo la más enconada y negra envidia. A pesar de la tempestad logró al cabo el navío británico fondear en Palermo, muy destrozado; y á poco ancló allí cerca el de Caracciolo, sano y salvo, en perfecta disciplina y sin la menor avería.

La ausencia del Rey y del gobierno desanimó y afligió al pueblo, indignó á los nobles y á las autoridades, dió aliento á los ocultos jacobinos y á cuantos deseaban el triunfo de los franceses, tan generosos en establecer repúblicas. Sin embargo, Mack reunió fuerzas y se preparó á la guerra, y se presentó delante de Macdonald, y consiguió un armisticio de dos meses. Ocurrieron en tanto graves desórdenes en Nápoles, completamente desguarnecida, y se empezó á dudar de la buena fe del Vicario general, suponiéndole trato con los franceses. En una sublevacion se apoderó el pueblo de los castillos, y arrojó á Pignatelli de la ciudad; y pidiendo marchar contra los franceses, nombró generales á los coroneles Moliterno y Roccaromana, y envió una turba á prender al general Mack, que tuvo que acogerse en Caserta al amparo del general enemigo Championnet.

Tantos desórdenes, y los saqueos y asesinatos, alejaron de la defensa á las gentes sensatas, y facilitaron á los franceses la conquista, parte por inteligencias secretas, parte por corrupcion y parte por la fuerza. Es cierto que el pueblo napolitano hizo una resistencia que hubiera sido heróica á no haber sido feroz: pero atacaban la ciudad Championnet, Duhesme, Kellermann y Duffesse, con tropas halagadas siempre por la victoria, y que tenian en la ciudad muchos y poderosos partidarios y valedores. Tomando á Santelmo por traicion, venciendo grandes obstáculos, y dudando muchas horas del éxito, y con pérdida notable, combatiendo en las calles y en las plazas, quedó dueño el ejército francés de la ciudad, el dia 22 de enero de 1799, y estableció la República Partenópea.

XII.

Declaró Championnet por solemne decreto que la república francesa usaba del derecho de conquista en bien de los pueblos, y que por lo tanto declaraba el estado de Nápoles república independiente. Nombró una comision de veinticinco que gobernasen provisoriamente y que redactasen la constitucion; dividió el antiguo reino en *cantones*, trastornando y confundiendo los límites de las provincias; abolió los mayorazgos y los títulos; declaró deuda nacional los atrasos de los bancos y del tesoro, y proclamó *libertad, igualdad, fraternidad.* Tambien abrió los cotos reales, repartiendo los bosques y propiedades de la corona, y mandó destruir los escudos de armas y las estatuas de los reyes. Pero en tanto no se descuidaba el institutor de repúblicas en cobrar vigorosamente las contribuciones corrientes y atrasadas, y en resarcir los gastos de la guerra. En vano reclamaron los nuevos gobernantes. El vencedor les respondió *væ victis.* Los jacobinos y los clubistas aplaudian, los pueblos eran presa de la miseria más espantosa. No tardó en aparecer el hambre, y se echó la culpa al Rey y á los ingleses, que detenian los buques que arribaban con víveres y que impedian la exportacion de cereales de Sicilia. Si la fuga del Rey, y la expugnacion de la ciudad por los franceses, habian entibiado el feroz patriotismo de los guerrilleros y acobardado á los guerreadores, la nueva miserable situacion los reanimó, y tornaron á las armas en los montes de Calabria y de Abruzzo, y en los bosques que circundan la capital.

Vino un comisario de Paris llamado el ciudadano Taypoult, con decreto de la república francesa, á tomar posesion de los bienes del real patrimonio, de las encomiendas de Malta, de los monasterios suprimidos, de las fábricas de porcelana, y hasta de las excavaciones de Pompeya, como bienes de conquista pertenecientes á la Francia. Se opuso con teson el general Championnet al atrevido comisario, que volvió á Paris, donde reclamó y consiguió el que fuese llamado, depuesto y encausado el general. Sucedióle Macdonald, y volvió ufano Taypoult á llevar á cabo sus rapiñas.

No se descuidaban en tanto en Palermo la Reina y su favorito, de acuerdo en todo con los ingleses; y acaloraban la guerra nacional, y corrian los mares de uno á otro lado de Italia, y mantenian secretas inteligencias con todos los gobiernos, preparando un nuevo rompimiento general contra los franceses. Y para recobrar el reino de Nápoles y acabar con la ridícula república, echaron mano del cardenal Ruffo, audaz, fanático y ambicioso. Enviáronlo á Calabria, donde tenia antiguos feudos su ilustre familia, si bien seguido de pocos aventureros y desprovisto de caudales, revestido de ilimitada autoridad. Desembarcó con sus insignias cardenalicias en Baguara el año 1799 por febrero, con corto séquito; pero encontró no sólo buena acogida sino universal veneracion. Reuniéronsele antiguos militares, nobles y clérigos perseguidos, propietarios arruinados, contrabandistas, malhechores, y todo en tanto número, que trocando la púrpura por el arnés, se declaró general en jefe *del ejército de la fe.* Empezó lentamente sus operaciones militares, expugnó ciudades, saqueó las que se le resistian, y restableció en el país que iba ocupando el gobierno real. En tanto Nelson con buques ingleses y napolitanos corria las costas y hacia momentáneos desembarcos; miéntras que en el norte de Italia renacia la guerra con poca ventaja de los franceses.

Acudian los generales Macdonald, Coutard y Vatrin á todas partes, y en todas se encontraban con guerra; y aunque el último logró deshacer en Castellamare una expedicion de tropas inglesas y sicilianas, que se habian apoderado de toda la comarca, viéndose sin fuerzas para resistir, se retiraron los franceses en buen órden abandonándolo todo, pero dejando fuertes guarniciones en Santelmo, Gaeta y Capua. Avanzó el Cardenal, sostenido por Fra Diavolo, Mammone, Sciarpa y otros famosos guerrilleros. Y en Nápoles los republicanos creyéndose populares, y abrigando la ilusion de que los ayudaba la opinion pública, decretaban leyes impracticables, soplaban un entusiasmo que no ardia, pronunciaban pedantescos discursos y confiaban la salud de la república en las más absurdas y descabelladas disposiciones. Rebeláronsele las islas de Ischia y de Prócida, y con un buque republicano fué á sosegarlas el almirante Caracciolo, de quien hemos hecho mencion, que habia vuelto á Sicilia con permiso del Rey y servia desgraciadamente á la república. El desconcierto era general, no venian los socorros ofrecidos por Francia, una division rusa habia desembarcado en Taranto, con otro cuerpo de tropas turcas, y marcharon á reunirse con el purpurado general. En Nápoles mismo trabajaban los realistas á cara descubierta, y se amotinaban diariamente los lazarones gritando: ¡Viva el Rey, viva la fe; con lo que despechados los republicanos propusieron medidas atroces, que afortunadamente no tuvieron tiempo de cumplir.

Ya el cardenal Ruffo estaba á la vista de la ciudad con las turbas armadas de su primitivo ejército de la fe, reforzadas con batallones y escuadrones rusos y sicilianos, que se apoderaron del fuerte del Granatello, aunque lo defendió desde el mar el obcecado Caracciolo; y ya con bastantes elementos de triunfo se dispuso el ataque de la ciudad el dia de San Antonio. Los republicanos Bassetti, Wirtz y otros valientes la defendian vigorosamente, tambien los ayudaba Caracciolo; la victoria estuvo dudosa, derramóse mucha sangre, combatióse por una y otra parte con extremado ardimiento y hasta con ferocidad horrenda. Al declinar la tarde fué muerto Wirtz, se replegó Bassetti, huyeron los directores de la república moribunda á Castelnovo, todo fué confusion y ruina. Los indiferentes, los escondidos, y los que querian rehabilitarse salieron de sus guaridas, se pusieron al frente de los lazarones y gritaron viva el Rey, la ciudad era ya suya; pero no entraron en ella las tropas de Ruffo, y las de la república, con todos los comprometidos, se refugiaron en los castillos y en el importante puesto de Pizzo-falcone. Pero escasos de víveres; desunidos entre sí, como acontece en tan angustiosas ocasiones, y perdida toda esperanza de socorro, propusieron capitulacion, exigiendo asistiesen á ella los generales ruso y otomano y el comodoro inglés, amenazando si no habia acomodo destruir la ciudad con la artillería de los fuertes. Accedió el Cardenal por evitar más estragos á que asistiesen los dichos extranjeros á la conferencia, y en su casa se discutieron y firmaron los artículos, reducidos: á que Castelnovo y el castillo del Ovo, y demás puestos fortificados, se entregarian á las armas del Rey, permitiendo á los republicanos que los guarnecian y á los refugiados en ellos, salir libres y con toda seguridad, á embarcarse en el muelle y en las marinas para ir fuera del reino; que se publicaria y sostendria una amnistía general para los partidarios inactivos de la república, y que el castillo de Santelmo y varios personajes realistas quedarian en rehenes del fiel cumplimiento de aquella condicion, permaneciendo guarnecido como lo estaba, hasta que sabido el arribo á Francia de las otras guarniciones y de los demás comprometidos, se entregarian con iguales condiciones al Cardenal. Firmóse el convenio, ó por mejor decir, el engaño. Rindiéronse Castelnovo y el castillo del Ovo, y el torreon del Cármen y el puesto de Pizzo-falcone. Salieron las guarniciones republicanas y los que iban á expatriarse; y aunque insultados y escarnecidos por el populacho y por los soldados de la fe, no dejando de ocurrir parciales desgracias, se embarcaron en varios buques mercantes dispuestos de antemano, pero no dieron la vela. Llegó en esto Nelson con el resto de la escuadra. Antes de fondear abordó á su navío un buque ligerísimo que venia á toda vela de Sicilia, y en él Lady Hamilton, con mensaje acaloradísimo de la Reina, ya sabedora de la capitulacion. Recibió el amante marino á la encantadora sirena con el mayor fervor, y aunque oyó con disgusto sus excitaciones á la crueldad y á la perfidia, se dejó al cabo seducir, y fondeó resuelto ¡oh ceguedad! á manchar su glorioso nombre. Declaró que no era válida la capitulacion, y exigió que se le entregaran los prisioneros. No osó resistir el cardenal Ruffo; nada hicieron por cubrir la honra de sus firmas los generales extranjeros. Los desgraciados, que ya se creian seguros, fueron arrancados de á bordo y trasportados, unos á los navíos ingleses, otros á los castillos, de que eran dueños algunos dias ántes, y á las cárceles públicas de la ciudad. Enardecidos los lazarones y los soldados de la fe, victoreando á Nelson y á los ingleses, á Dios y al Rey, se creyeron autorizados para todo; y fué la infeliz ciudad teatro de los más horribles asesinatos y de los más abominables saqueos. Un tribunal criminal en tierra, y una comision militar á bordo, se encargaron de la suerte de los míseros capitulados. Pasaron de cincuenta las ejecuciones, y entre ellas vió con dolor toda Nápoles morir pendiente de un penol del navío inglés al desdichado Caracciolo, cuyo cuerpo tuvo sepultura en el mar.

Rindióse Santelmo por perfidia de su gobernador, y la guarnicion y los refugiados en él fueron perseguidos, heridos, y muchos asesinados por las turbas sin freno, que no reconocian autoridad ninguna. Al cabo restableciéronse en la ciudad la calma y el reposo, pero la calma y el reposo de los sepulcros. Fué Nelson á Sicilia, y trajo al Rey á la bahía de Nápoles, donde permaneció abordo, dictó varios decretos, nombró autoridades, y regularizó la persecucion olvidado completamente de la clemencia.

A los dos dias de su llegada estando el Rey en el alcázar del navío vió venir hácia él un bulto, lo miró con curiosidad y cuando se acercó reconoció el cadáver hinchado y deshecho de Caracciolo. Quedó petrificado, quedólo Nelson, quedáronlo los cortesanos, y preguntó aterrado: *¿qué quiere ese muerto?* y el Arzobispo le contestó: *señor, sepultura cristiana.* — *Que se la den*, dijo el Rey, y trémulo y desmayado se encerró en la cámara.

Restablecida con el terror la tranquilidad, dejó el Rey el mando supremo de Nápoles al Cardenal, y regresó á Palermo, donde fué recibido con grandes festejos, y donde fundó la insigne órden de San Fernando y el mérito

Los soldados de la fe necesitaban movimiento, y convenia ya alejarlos de la ciudad para evitar nuevos disgustos, desórdenes y conflictos; y se discurrió una expedicion contra Roma. Verificóse y con buen éxito; pues tuvieron los franceses que evacuarla. Repitiéronse allí los mismos desastrosos excesos que en Nápoles y no se alzó la bandera papal, sino la napolitana.

El cardenal Ruffo dejó la Vicaría de Nápoles al príncipe del Cássero y fué á Venecia para asistir al Conclave que eligió al papa Pio VII. La Reina de Nápoles fué á Liorna camino de Viena. En aquel tiempo se introdujo en Italia la vacuna.

En todas partes empezaron á padecer serios descalabros los franceses, y la fortuna de la guerra á inclinarse en favor de los enemigos de las repúblicas; cuando Napoleon Bonaparte volviendo de Egipto, derribó el débil gobierno del imbécil Directorio, disolvió el Consejo de los quinientos, y voló á los campos de batalla donde encontró de nuevo la victoria. Con la de Marengo restableció el poder de la Francia, y firmó el armisticio de Alejandría el 15 de junio de 1800.

No cedió el Rey de Nápoles, y reforzó sus tropas de Roma, por lo que quedó excluido de la paz de Luneville; hasta que, marchando Murat con fuerzas respetables á arrojarlo de la ciudad eterna, tuvo su general Damas que avenirse á la convencion de Fuligno, preliminar de la paz, que concertó despues y que se reprodujo en los tratados de Amiens, con que pareció terminada la guerra.

Instaló el general Murat al papa Pio VII en su silla; y partidos ya los soldados rusos é ingleses de Nápoles fué á visitar aquel estado donde lo obsequió y le regaló una magnífica espada, el príncipe heredero Francisco, que gobernaba el estado como Vicario general.

Regresó la Reina de Viena, y volvió tambien á Nápoles Fernando IV con su familia y el general Acton, siempre ministro omnipotente, siempre favorito predilecto; y se concertaron el matrimonio del príncipe heredero don Francisco, viudo de la archiduquesa Clementina, y con solo una hija (hoy la viuda del duque de Berry), con la infanta de España doña Isabel; y el de la princesa napolitana doña Antonia, con el príncipe de Asturias don Fernando. Una escuadra española fué por los novios, y celebráronse las bodas en Barcelona el año 1802.

La paz de Amiens no habia aquietado los ánimos, ni satisfecho las ambiciones, ni desarmado los ejércitos. Toda Europa estaba alerta y mal segura. En Nápoles duraba la inquietud, se agriaron las persecuciones, creció la miseria, y hasta erupciones del volcan y nuevos y contínuos terremotos vinieron á aumentar las desdichas del país, arruinando campos y poblaciones, y poniendo en peligro á la ciudad de Nápoles.

Declarándose Napoleon Bonaparte emperador de los franceses y rey de Italia, fué á coronarse á Milan, y en la recepcion de los embajadores, que de todos los países, ménos la Inglaterra, fueron á reconocerlo y á felicitarlo, trató al de Nápoles con la mayor dureza, le manifestó que no ignoraba las secretas relaciones que mantenia la reina Carolina con los ingleses, y prorumpió en las más duras amenazas, que dejaron aterrado al embajador.

Efectivamente, la implacable Reina de Nápoles y su favorito, acaso sin noticia del Rey, tramaban nuevos planes de guerra, y estaban de acuerdo con los ingleses, que se veian amenazados por el campo francés de Boulogne, y que á toda costa procuraban promover una guerra general.

Coligábanse secretamente Austria, Rusia y Suecia, negociaba la Prusia, y no era ajeno á los tratados el reino de las Dos Sicilias. Todo lo sabia el emperador Napoleon, y se preparaba á la guerra general, cuando ocurrió la desgracia de Trafalgar, tumba de la gloriosa marina española. Esta victoria naval de los ingleses fué celebradísima en la corte de Nápoles, y animó grandemente á todos los enemigos de la Francia; lo que obligó á Napoleon á ordenar á Saint-Cyr, que mandaba el ejército de Lombardía, que invadiera el reino de Nápoles antes que desembarcaran en él rusos é ingleses como estaba concertado. La corte de Nápoles con esta noticia trató de sincerarse, y negoció en Paris el tratado de 21 de setiembre de 1805, comprometiéndose á la más estricta neutralidad. En vista de él recibió Saint-Cyr órdenes de alejarse de la frontera de las Dos Sicilias, replegándose sobre el Adige. Pero el 26 de octubre, esto es, un mes despues, ratificó el rey Fernando otro tratado de alianza con Austria, Rusia é Inglaterra contra la Francia; de modo que puede decirse que al mismo tiempo estipulaba paz en Paris y guerra en Viena.

A los pocos dias fondeando en la bahía de Nápoles gran número de bajeles desembarcaron en Nápoles y en Castellamare, once mil rusos, dos mil montenegrinos, y seis mil ingleses: estas fuerzas, reforzadas con diez mil hombres y dos mil caballos á las órdenes del general moscovita Lascy, se pusieron en marcha con varias direcciones hácia la alta Italia, á distraer á Massena; pero las armas francesas habian recobrado su brio y los favores de la fortuna. Tuvo que replegarse el archiduque Cárlos, y Lascy y el general inglés Greig hicieron

lo mismo, retrocediendo hasta Sese é Itri con espanto de la capital.

Ganada muy luego la batalla de Ulma por los franceses, dueños luego de Viena, y triunfadores en Austerlitz, firmó el emperador Napoleon la paz de Presburgo en 26 de diciembre de 1805, y aunque en ella no se hizo mencion del reino de las Dos Sicilias, en un boletin del ejército francés de aquel tiempo se anunciaba la ruina de aquel trono en pago de su perfidia y doble trato, destinando á Saint-Cyr para conquistarlo.

Marcharon pues las tropas de este general á ejecutarlo con treinta mil combatientes, y en el camino se le reunió Massena con otros tantos, y tomó el mando de todos el príncipe imperial José Bonaparte, hermano del emperador Napoleon. Reunidos en Teano los generales rusos é ingleses, trataron largamente si habian de defender el reino de las Dos Sicilias, ó si debian abandonarlo; y prevaleciendo este dictámen se embarcaron los rusos para Corfú y los ingleses para Malta.

En el palacio de Nápoles fué grande el desconcierto. El Rey y los príncipes y los cortesanos propendian á la idea de abandonarlo todo, y de refugiarse en Sicilia. La Reina inexorable, y su favorito Acton querian renovar la guerra nacional y resistir y tentar nuevas fortunas, y enviaron al príncipe Francisco y al príncipe Leopoldo, aquel á la provincia de Abruzzo y este á las de Calabria, y convocaron á los antiguos guerrilleros Fra Diavolo, Sciarpa, Nunciante y otros, que fueron á levantar los pueblos, miéntras la Reina se encargaba de la capital. Nada lograron estos esfuerzos, los pueblos no se entusiasmaron, no quisieron moverse; ora desengañados con tantos y tan encontrados acontecimientos; ora porque rara vez se ven en un mismo siglo repetidos los movimientos nacionales, producto de la unanimidad de opiniones y de deseos. Partió el Rey para Sicilia, dejando de Vicario al príncipe heredero Francisco. Massena desde Spoleto declaró su propósito de conquistar el reino de Nápoles; y José Bonaparte publicó un manifiesto en que decia: que su venida era contra la familia real, no contra el pueblo; y estos impresos circulaban profusamente en la capital á pesar de la policía.

Marchó el cardenal Ruffo al cuartel general de los franceses, y no habiendo sido recibido continuó su viaje á Paris. Viendo acercarse al enemigo, se embarcó despechada la Reina con sus hijos y con Acton para Palermo. El príncipe Francisco quiso hacer el último esfuerzo en Calabria, dejando en la capital una regencia compuesta del general Naselli, el príncipe de Canosa y el magistrado Cianciulli. Era lastimoso el estado de la ciudad, sin guarnicion, más que la necesaria para cubrir escasamente los castillos, dividida en opiniones y en deseos, amenazada de saqueo por los lazarones. En tal conflicto el instinto de la propia defensa reunió á varios habitantes de todos colores y de opuestos intereses políticos, y formaron, con la aprobacion de la regencia, un cuerpo de vigilancia, que mantuvo á toda costa la tranquilidad, no sin trabajo; porque los ladrones que anhelaban confusion y saqueo, eran muchos, y no pocos los que ya saboreaban el placer de sus proyectadas venganzas, que creian seguras en el momento del desórden.

Envió la regencia á los franceses, que estaban ya sobre Capua, un mensaje pidiendo un armisticio de dos meses, que fué negado; y entónces se convino en entregarles los castillos y la ciudad, respetando la religion, la propiedad y la libertad individual de los habitantes: y el dia 14 de febrero de 1806 entraron triunfantes en Nápoles los conquistadores, y los príncipes que aun permanecian en Calabria se embarcaron para Sicilia. Así quedó completamente el reino en poder de los franceses, que ya no fundaban repúblicas, sino dinastías.

XIII

Tomó el mando supremo el príncipe José Bonaparte con título de lugarteniente del Emperador y Rey, enviando sus tropas con varios generales á tomar á Capua y á Pescara, y á sitiar á Gaeta, que, gobernada por el valeroso príncipe Philipstad, tardó algunos meses en rendirse, y á pacificar las Calabrias. Organizó un ministerio compuesto del comendador Pignatelli, del príncipe de Bisignano, del duque de Cassano y del magistrado Cianciulli, napolitanos; y del francés Miot y del corso Saliceti; aquel para el departamento de la guerra, y este para el de policía. Publicó varios decretos de buen gobierno, y convenientes arreglos de la hacienda pública; y creia tranquila su dominacion, cuando se hicieron dueños los ingleses, mandados por el despues célebre Sir Hudson Law, de la isla de Capri, pérdida de consideracion siendo la que cierra, por decirlo así, el golfo de Nápoles, y que iba á ser un foco continuo de conspiraciones y de intentonas.

Concluida la guerra en Calabria, que no dejó de ser sangrienta y tenaz, tomando alguna parte en ella los ingleses, fué José á reconocer aquellas provincias; y durante su viaje, estando en Reggio, recibió el nombramiento de Rey de Nápoles, que le confirió su hermano el omnipotente Emperador, por decreto dado en Paris el 30 de marzo de 1806; con cuya nueva regresó ufano á la capital, que volvió á tomar el aspecto de corte.

Estableció su casa real fijando los gastos de ella no muy estrechamente, creó prefecturas, un consejo de estado, y planteó casi todas las leyes y prácticas francesas; no descuidando la guerra, que en los riscos de Calabria, por el valor de los bandidos y de los borbonistas en ellos refugiados, ó en las costas, con imprevistos desembarcos de sicilianos y de ingleses de tiempo en tiempo se encendia, ó por mejor decir nunca se apagaba. Organizó la instruccion pública, disminuyó los conventos, abolió de nuevo los mayorazgos, dió á censo las tierras comunales y baldías, y estableció una vigorosa centralizacion.

A los dos años escasos de reinado, partió para Francia el rey José, y desde [illegible] en Nápoles que no volveria. A poco se supo que su hermano lo llamaba para conferirle en Bayona la corona de España y de las Indias; y el dia 2 de julio de 1808, se publicó un edicto suyo en que lo participaba al reino, y en que le otorgaba, como regalo de despedida, una carta muy semejante á la que habia de servirle para gobernar á España, y que se llamó *Constitucion de Bayona*.

Un decreto del Emperador del 15 de julio dado en aquella ciudad, concedió á su cuñado Joaquin Murat la corona de Nápoles vacante por el ascenso á la de España de su hermano; y un edicto del nuevo Rey, de la misma fecha, ofreció á los napolitanos venturas y maravillas. Era nacido en condicion humilde y empezando la carrera de simple soldado, como la mayor parte de los mariscales del imperio, habia llegado á tan alto puesto por su valor fabuloso, y su pericia en el manejo de la caballería, y tambien por haber casado con una hermana del Emperador. Su gallarda presencia, su porte marcial, lo pomposo y teatral de su habitual atavío, sus modales francos y desenfadados, su despilfarrada generosidad, y el renombre de sus hazañas, lo hicieron grato al pueblo de Nápoles, que no estaba muy contento con José, y lo recibió con grandes festejos. El nuevo Rey por su parte publicó indultos, perdonó multas, dió pensiones á las viudas de los militares, y reformó la policía, con lo que no dejó de ganar partido. Y asentado ya en el trono, trató con empeño de desalojar á los ingleses de la isla de Capri. Dió el encargo al despues tan célebre general Lamarque, quien lo logró pronto, aunque no sin vencer grandes dificultades, y sin adquirir mucha gloria.

Mostróse el rey Joaquin activísimo en que no fueran inútiles las reformas ya hechas, y en plantear otras nuevas. Dió forma más clara y conveniente á los registros públicos, arregló las casas de beneficencia, estableció las milicias cívicas, levantó el estado de sitio de las Calabrias, y publicó una solemne y amplia amnistía, abriendo la puerta de sus domicilios habituales á muchos padres de familia, que andaban prófugos y escondidos, y aseguró la pública tranquilidad.

Se enardeció en esto la guerra de Lombardía, y con ventaja de los enemigos de Francia; hasta que el Emperador, favorito siempre de la fortuna, entró triunfante en Viena, y desde allí fulminó decretos que acreditaban su poder; entre otros uno privando al Papa del dominio temporal, y declarando el estado romano parte del imperio francés. El rey de Nápoles tuvo el encargo de cumplir esta determinacion, y envió á Roma seis mil hombres y al ministro Saliceti. Encerróse el Sumo Pontífice en Santangelo, protestó contra aquel despojo y excomulgó á los perpetradores.

Entre tanto apareció de improviso una expedicion anglo-sícula salida de Palermo y de Melazzo, á las órdenes del príncipe Leopoldo y del general Stewart. La numerosa é imponente escuadra que la conducia, dejó tropas y bandidos desembarcados en varios puntos de Calabria, y despues de amenazar ya unas ya otras costas, apareció en el golfo de Nápoles llenándolo todo. El Rey armó milicias, levantó baterías, hizo venir un buque de guerra de Gaeta, y hubo ligeros combates, desembarcos parciales y continuas escaramuzas, con poca ó ninguna alarma de la ciudad; hasta que llegando la noticia de la victoria de Wagram, lo abandonaron todo los expedicionarios, se reembarcaron, dejando hasta los heridos y enfermos, y navegaron la vuelta de Sicilia, con toda la apariencia de vergonzosa fuga.

Partió sí la expedicion anglo-sícula, pero dejó el país infestado con bandidos y guerrilleros, que en gran número, y en una y otra costa, habian profusamente desembarcado.

Cuando volvió el Emperador á Paris, marchó el rey Joaquin con toda su familia á felicitarlo por sus nuevos triunfos; y desaprobó la resolucion de su cuñado de divorciarse de Josefina, y tampoco le agradó la eleccion de su nueva esposa.

Quedó en Francia la Reina y volvió el Rey á Nápoles, pero por pocos dias, pues tuvo que regresar á Paris para las bodas del Emperador, aunque tornó muy luégo con el proyecto de conquistar á Sicilia. Y [illegible] aquellos sucesos, que apunte la idea de que la sagaz y altanera reina Carolina, se puso entónces secreta[illegible] el rey Joaquin la expedicion, cuando un navío inglés apareció en el golfo. Salió á combatirlo la es[illegible]truida, virando y desapareciendo á toda vela el buque agresor. Este incidente irritó á Joaquin, que marchó inmediatamente sobre el Faro, estableció allí un campo numeroso, y gran número de lanchas cañoneras y de buques menores armados y bien tripulados y abastecidos.

No tuvieron resultado estos preparativos, que duraron tres meses; y deshecho el campo, y retirados los buques, volvió el Rey á Nápoles, á poner órden en Calabria, presa infeliz de los bandidos, que crecian por momentos en número y en audacia. Dió la comision de exterminarlos al general francés Manches, que lo consiguió con una fiereza satánica y con una crueldad inaudita, quemando villas y lugares, y pasando á cuchillo familias enteras sin respeto al sexo ni á la edad; curando en fin aquel mal tan radicalmente, que no ha vuelto hasta ahora á aparecer en todo el reino.

Volvió Joaquin á Paris para festejar el nacimiento del hijo del Emperador y de la Archiduquesa, creado Rey de Roma, y regresó por poquísimo tiempo á Nápoles, pues empezó la funesta guerra de Rusia, y fué llamado por Napoleon para tomar en ella parte importantísima. No estaban ya los cuñados muy acordes, tanto porque el Emperador se burlaba del Rey, llamándole *rey de teatro*, cuanto porque Murat no aprobó aquella guerra, donde se oscureció para los franceses el astro de la victoria. Mandó y triunfó en los hielos del Norte dando nuevas muestras de su singular pericia en manejar caballería, y de su valor extraordinario y famoso; pero acaso no agradó al Emperador, cuando se vió relevado del mando por el príncipe Beauharnais, con lo que desabrido el Rey de Nápoles, regresó a su reino.

En tanto era deplorable la suerte de Sicilia. El lujo de la corte, y los continuos armamentos para hostilizar al Rey intruso la tenian completamente arruinada. La preponderancia de los señores napolitanos en la ocupacion de empleos y en autoridad, con mengua de los del país, mantenia entre unos y otros una rivalidad peligrosa; y el ningun caso que hacia el gobierno de los antiguos fueros, y el olvido en diez años de reunir los parlamentos, tenia á todas las clases disgustadas y completamente enajenado el país. Y cuando se le ocurrió reunirlos al rey Fernando, como fué sólo para demandar recursos á toda costa, y al ver que por haberle sido negados fueron presos y atropellados muchos nobles y personas de cuenta, se colmó la medida del descontento general. Lord Bentink, comandante en jefe de las tropas inglesas que guarnecian á Sicilia, se alarmó á tal punto, que dió cuenta á su gobierno de todo lo que pasaba; y autorizado por él reunió tambien el mando de las fuerzas sicilianas, impuso una conducta más moderada y conveniente al Rey, puso en libertad á los presos y rehizo el ministerio con sicilianos de importancia, arrojando de él á Médicis, que habia suplantado en importancia y en favor secreto al caballero Acton. Aburrido el Rey abandonó el gobierno activo del Estado á su primogénito Francisco con el título de su vicario, y la reina María Carolina, despechada é inexorable, se retiró á Castelvetrano, de donde, incomodando aún su influencia á los ingleses, fué á Mazzara, donde se embarcó para ir á Viena. Llegó despues de un viaje tardo y penosísimo, y allí murió en 1814. En el anterior, y ántes de la ausencia de la Reina, determinó la Inglaterra constitucionalizar la Sicilia; y en nombre del Rey le dió una constitucion calcada sobre la suya, con dos cámaras, etc., la que fué publicada y jurada por el Vicario general. Mas nunca llegó á regir, y á poco cuando volvió la corte á Nápoles quedó abolida del todo, dejando sólo su memoria para servir de pretexto á odios permanentes, á grandes desavenencias y disturbios, y aun despues de tantos años, en nuestros dias, á lamentables sucesos. Pero no trastornemos el órden de los tiempos y volvamos á Murat.

Ingrato con el hombre poderoso á quien debia cuanto era, le volvió la espalda en cuanto le torció el rostro la fortuna. Y para no perder la corona al desplomarse, como preveia, la imperial de su cuñado, entró en hablas con Austria y Rusia, formando liga para dar el último golpe al Emperador. Pero como éste se repusiese algun tanto en Sajonia, volvió á su ayuda, aunque por pocos dias; pues sabido el descalabro de Leipsik lo abandonó segunda vez, tornando á entrar en relaciones estrechas con Inglaterra y Austria, que pactaron conservarle el trono y agrandarlo con tierras de la Iglesia. Villana é [illegible] con humos de rey. Aun volvió á entrar en tratos secretos con Napoleon, relegado en la isla de Elba, vendiendo á sus nuevos amigos; y cuando aquel apareció de nuevo en Francia para terminar su carrera, [illegible]

nadas y aguerridas, hácia Toscana, queriendo con proclamas, peroratas, agasajos y concesiones levantar y entusiasmar los pueblos; pero nada consiguió, recibiéndolo en todas partes con disgusto y desden. Cayeron sobre él los austriacos, y aunque probó fortuna con extremado arrojo en Occiotello, Tolentino y Macerata, no recogió más que desastres, siendo constantemente arrollado por alemanes é ingleses, á quienes tantas veces habia engañado.

La Constitucion siciliana hacia ya gran ruido en el reino de Nápoles, donde renacian los recuerdos de Cárlos III, y se comparaba la conducta de Fernando IV, dando una Constitucion, con la de Murat, no habiendo establecido la que le impuso el rey José en Bayona al dejar vacante el trono. Prometíanse mucho los descontentos de la separacion de Acton, del viaje de la Reina, de la influencia inglesa, de la bondad de carácter del Vicario y heredero de la corona; y finalmente, la estrella de Napoleon se habia eclipsado; el mismo rey Joaquin se habia hundido en la opinion pública. La secta de carbonarios empezaba sus ocultos trabajos, vigorosa y audaz, en ocasion oportuna, y con buenos materiales para adelantar sus atrevidos planes.

Vencido el rey Murat en todas partes, abandonada la defensa de los Abruzzos por el general Montigny, y siendo inútiles los esfuerzos y crueldades de Manhes en la frontera de la Romania, quiso hacerse firme en Capua, temiendo el estado de inquietud de la capital; y hecha allí la capitulacion de *Casalanza* para la vuelta de los Borbones, fué breves momentos á Nápoles y marchó á buscar asilo en Francia y á sostener su vacilante imperio, pero sin renunciar en su interior á la corona y combinando acaso ya locos planes, que lo habian de conducir á su perdimiento y muerte.

XIV

El que podemos llamar gobierno francés de Nápoles acabó el año 1815, al desaparecer el rey creado por Napoleon, pero quedó la civilizacion y los adelantos que aquellos diez años introdujeron con gran beneficio del país. El Código civil, que en 1805 se componia de cien volúmenes indigestos y contradictorios, era en 1815 el Código Napoleon, modelo de sabiduría; la hacienda pública, ántes tan embrollada y mal segura, estaba bien administrada y dirigida; el sistema tributario, uniforme y expeditivo, igualaba á los contribuyentes, designaba la materia imponible, y aseguraba la recaudacion sin vejámenes ni privilegios; la division del territorio daba expedicion al gobierno, y facilidad de reconocer el verdadero estado de la riqueza nacional y las necesidades del país; la disciplina militar quedaba establecida, asentado el crédito, mejores máximas de gobierno establecidas, más práctica de obediencia, más respeto á las leyes, ménos distancia entre las diferentes clases del estado, mejor educacion pública, destruidos completamente los bandoleros, disminuidos notablemente los lazarones.

Al momento de ausentarse Murat, entraron en Nápoles las tropas austriacas oportunamente para evitar los desórdenes que en ciudad tan populosa y ocasionada pudieran sobrevenir; y á poco llegaron tropas sicilianas, y gran número de napolitanos, despues de diez años de ausencia. No tardaron en publicarse varias proclamas del Rey, con las frases y promesas de costumbre, proclamando amnistía y nombrando un ministerio, que no fué ciertamente del agrado general, y el 4 de junio de 1815 llegó el Rey á la bahía de Baya, habiendo encontrado en el mar el buque que conducia á la mujer é hijos del intruso fugitivo. El dia 6 pasó á Portici, y el 9 entró en Nápoles, alegre, afable, comunicativo, sin etiqueta, vestido sencillamente, lo que encantó al populacho, y establecióse en su palacio, si no con universal aplauso, con el suficiente para lisonjearlo.

Todavía, sin embargo, daba inquietud Napoleon, que con su actividad y prestigio hacia colosales esfuerzos; pero Waterloo fué la tumba de su poder, y la noticia de su total hundimiento y ruina dió nueva vida á los antiguos tronos. Al eco de la noticia rindiéronse todas las fortalezas del reino de Nápoles aun mantenidas por los franceses, ó á nombre de Murat.

Pero éste no llevaba con paciencia la pérdida de un trono y de un Estado tan importante; y alucinado con el recuerdo de los obsequios, adulaciones y entusiasmo de que por diez años habia sido objeto, creyó, ¡insensato! que lo debia todo á sí mismo, y no al poder que en aquella década representaba. Y reuniendo en Córcega algunos antiguos amigos, y á los napolitanos que no habian querido abandonarlo, se embarcó, y corriendo un deshecho temporal arribó al Pizzo en tierra de Calabria; y cuando creia ser acogido, si no con entusiasmo, con respeto, y encontrar numerosos partidarios que lo recibiesen como á su Rey, halló en cuanto fué reconocido odio y desprecio, y por acogida un estrecho calabozo, y á pocos dias una sentencia y en seguida la muerte.

Al restablecerse el legítimo soberano en su trono, ratificándole el Congreso de Viena el título de Rey de las Dos Sicilias, se intituló, en vez de Fernando IV, Fernando I, sin que se hablase más de la Constitucion de Sicilia, ni allende ni aquende el Faro; pero conservó el código francés, el sistema de gobierno, el tributario y el administrativo, aunque desfigurados, pues restableció muchos de los antiguos abusos, sobre todo en la jurisdiccion eclesiástica, en la organizacion de la nueva policía y en el poder arbitrario de los ministros. Abolió el Consejo de Estado, y creó otro llamado Supremo presidido por el príncipe Leopoldo.

En 1816 apareció la peste levantina en las costas del Adriático, y despobló, con general espanto, la ciudad de Noja; pero afortunadamente pudo cortarse el contagio. El mismo año desapareció en un voraz incendio el famoso teatro de San Cárlos, que fué inmediatamente reedificado, sin dejar nada que desear. Tambien el hambre y la miseria afligieron el reino y desacreditaron la restauracion.

Ajustó el Rey tratados de comercio ventajosos con España, Francia y Holanda, y un nuevo concordato, en que quedó mal parada la regalía de la corona. Fué á Roma á celebrarlo, y á recibir la bendicion del Papa; y allí encontró á su hermano el destronado rey de España Cárlos IV, á quien no habia visto desde que se separaron en la infancia, y se lo trajo consigo á Nápoles, donde murió. Poco ántes se habia enlazado la hija del primer matrimonio del príncipe heredero con el duque de Berry, y la del segundo, doña María Carlota, con el infante de España D. Francisco de Paula.

No estaba la Italia muy satisfecha con sus antiguos príncipes; los tiempos eran otros, la ilustracion mayor, las nuevas necesidades sociales muchas. En el reino de las Dos Sicilias no se disfrutó tampoco de bastante tranquilidad, á pesar de la amnistía; quedaron en pié los partidos, y la policía no se descuidaba en marcar cuál era el blanco de las sospechas, de las pesquisas, de las persecuciones. En la isla, el gobierno del príncipe Francisco no satisfacia los deseos públicos, y el olvido de la fresca Constitucion tenia disgustados á todos. En el continente, la reaccion hácia la arbitrariedad y el fanatismo, no agradaba á nadie, y despertaba sérios temores para lo venidero. Y, como era natural, la secta de los carbonarios cundia, sus trabajos se ramificaban por todas partes, y era grande la agitacion moral del país, que preparaba sin duda graves trastornos. En circunstancias tan oportunas, acaeció la revolucion de España del año 20 para restablecer la Constitucion del año 12, abolida por Fernando VII en 1814 y restablecida por una insurreccion militar. Siguió el ejemplo un cuerpo de tropas napolitanas acantonado en Nola, preparado de antemano por las sociedades secretas, y por los que querian sacudir el yugo de la influencia austriaca, que pesaba duramente sobre el país, y dió el grito de *Constitucion*, que tuvo eco en todas partes y muy principalmente en la capital. Sorprendido el Rey, quiso establecer la de Sicilia; pero ya se pedia más y se exigia que jurara la Constitucion de España, de la que se tenia en Nápoles apénas conocimiento, pues no se halló en todo el reino un ejemplar ó copia de ella, y fué preciso pedir una á la legacion de España para el acto del juramento. Prestólo el Rey muy disgustado, nombró otra vez á su hijo Vicario general para el gobierno del Estado y convocó las *Córtes*.

Grandes trastornos ocasionó en Sicilia la nueva de estos sucesos; sublevóse Palermo, y se dividió en dos bandos: uno queria la constitucion inglesa, que no habia llegado á plantearse, el otro la creia poco liberal y deseaba la española, pero ambos proclamaban la independencia de Sicilia, aunque conservando el mismo Rey que el estado de Nápoles. El movimiento de Palermo se extendió por toda la isla, y hubo en toda ella dolorosos conflictos y derramamiento de sangre; el lugarteniente Naselli, hombre de escasos medios, no pudo contener aquellos desórdenes, y dejó el mando en manos subalternas, abandonando la isla.

Marchó de Nápoles á sujetarla un cuerpo de tropas de diez mil hombres al mando del general Florestan Pepe, que conociendo el estado de las cosas, creyó oportuno transigir, y firmó el 5 de octubre de 1820 un juicioso convenio á bordo de un navío inglés surto en la bahía de Palermo, despues de largas conferencias; pero cuando llegó á Nápoles la noticia de este ajuste se agitó la cuestion en las *Córtes* con tal calor, y los diputados hicieron tan furibundos discursos, y propusieron tales absurdos en nombre de la libertad, que todo fué confusion y desacuerdo, quedando los negocios de Sicilia en peor estado que ántes estaban. Entre tanto, reunidos en Troppau los soberanos de Austria, Rusia y Prusia, que formaban la *Santa Alianza*, declararon: que no podian conformarse con el nuevo sistema establecido en el reino de las Dos Sicilias, y escribieron al rey Fernando I para que fuese sin demora á Laybach, á tratar con ellos el modo de satisfacer las exigencias públicas, sin mengua de la dignidad real y sin infraccion de los tratados vigentes. Indeciso el Rey, despues de ocultar este mensaje algunos dias, dió parte de él á las *Córtes*, donde produjo las sesiones más borrascosas y enconadas, y una formidable asonada en que resonaba por todas partes con horrendos alaridos: *¡La Constitucion española, ó la muerte!* Calmóse al cabo la inquietud, y decidióse la ida del Rey al Congreso con seguridades dadas de que en él miraria por el sostenimiento de las juradas instituciones. Marchó pues Fernando I en el navío inglés *Venganza*.

Pasaron algunos dias sin noticias del Rey. Las primeras que se recibieron sólo hablaban del viaje y de la llegada; hasta que, cuando ya la ansiedad pública tocaba á su término, recibió el Príncipe regente una larga carta de su padre, en que le decia: que los soberanos del Congreso de Laybach no reconocian el sistema constitucional del reino de las Dos Sicilias, y que si no se adoptaba otro más conveniente para mantener intacto el tratado de Viena y la paz de Italia, lo desharian por la fuerza de las armas. Al mismo tiempo que esta carta se recibieron noticias de que un poderoso ejército austriaco venia marchando con gran precipitacion. El efecto en Nápoles de la carta y de tales nuevas fué cual era de esperar. Reunióse el Parlamento, se desahogó en discursos elocuentísimos, pero violentos, y proponiendo medidas impracticables; hasta que el diputado Poério propuso la guerra al Austria y á la Santa Alianza, y declaró prisionero al Rey.

Formáronse dos ejércitos con actividad suma al mando de los generales Carrascosa y Pepe, aquél militar de no vulgares conocimientos, y éste soldado franco y fanfarron; uno marchó sobre el Garellano, otro á la frontera de Abruzzo, miéntras numerosos batallones de milicia nacional seguian como reserva. El príncipe heredero Francisco, regente del reino, y su esposa la infanta Isabel despedian los diferentes regimientos animándolos, exhortándolos á defender la libertad, y poniendo por sus manos en las banderas corbatas tricolores. El entusiasmo parecia general.

Avanzaron los austriacos mandados por el general Frimont y en número de sesenta mil hombres hasta las fronteras del reino, quedándose el Rey detrás de ellos en Florencia. La vecindad de los enemigos aterró á Nápoles: desconfiando todos del éxito de la guerra, empezaron á manifestar desaliento y deseos de algun razonable acomodo. El general Carrascosa se mantuvo con prudencia evitando un conflicto. El general Pepe acalorado por los sectarios, sus amigos, creyó que iba á escarmentar á los austriacos, y á ganarse una corona inmarcesible; y despues de anunciarlo imprudentemente en los periódicos de la capital, atacó el 6 de julio de 1821 con escaso órden y relajada disciplina á Rieti. Salieron los austriacos, y en pocos minutos lo deshicieron completamente, poniéndolo en vergonzosa fuga y dispersion: tambien huyeron y se dispersaron las reservas. El general Carrascosa se replegó prudentemente detrás del Volturno, y receloso de que sus tropas hicieran lo que las de Pepe, se mantuvo en expectativa. Los enemigos pasaron el Garellano, y se detuvieron; pero con tanta fuerza, que se conoció que su intento era el de dar lugar á un desenlace que no costara sangre á ambos ejércitos.

Aterrada la capital con los desastres de Abruzzo y con los peligros del Volturno, y llena de fugitivos de todas partes, presentaba el más lastimoso espectáculo. Reunióse el Parlamento, y como dice un autor contemporáneo, y por cierto ardiente liberal (1), *buen consejero de gobiernos tranquilos, siempre dañoso para regir el estado en tiempos borrascosos, pueblo en la prosperidad, plebe en los desastres; cambió su decision y energía, en abatimiento y humillacion, y se echó en brazos del Rey para que los salvara y salvase el reino.*

Entraron como amigos los austriacos en la capital, se disolvió el Parlamento, emigraron los diputados más importantes, quedó abolida la Constitucion, y el rey Fernando I declarado soberano absoluto del reino de las Dos Sicilias. Pero no se apresuró en venir á ocupar su trono, y desde Florencia, con su ministro Canosa, gobernó el reino y reorganizó la monarquía.

Hubo persecuciones encarnizadas, decretos inconsiderados, venganzas privadas, y ejecuciones violentas é ilegales; anuláronse leyes sábias, quemáronse libros y escritos inocentes y fué completa la reaccion. Al cabo vino el Rey á Nápoles, donde fué recibido con gran festejo, pero con poco entusiasmo y alegría. Repartió bienes cuantiosos á iglesias y monasterios, enriqueció á los jesuitas, premió con bandas y honores á sus cortesanos, y se entregó completamente á prácticas devotas, y á firmar decretos de proscripcion y sentencias de muerte.

Estaba vacío el erario público, y fué preciso acudir á un empréstito para cubrir las atenciones del Estado. Hízolo la casa Rothschild, con la condicion de la despedida de Canosa y de que el caballero Médicis fuese ministro de Hacienda.

Llamado el Rey á un nuevo congreso á Verona, se reanimaron esperanzas y temores: unos creian que los consejos de soberanos más ilustrados mejorarian la suerte del reino, otros que el odio de los déspotas del Norte á las ideas liberales, aumenta-

(1) Colletta.

rian las persecuciones y el terror. Pronto las noticias venidas de allá manifestaron que la resolucion era acabar con las constituciones en todo el continente europeo.

Disuelto aquel Congreso, fué el Rey á Viena, y más tarde volvió á Nápoles, donde murió el dia 4 de enero de 1825, á los setenta y seis años de edad y sesenta y cinco de reinado.

XV

Fué reconocido y jurado inmediatamente rey de las Dos Sicilias el príncipe Francisco, duque de Calabria, con el título de Francisco I. Acostumbrado al mando, pues como dejamos dicho lo habia ejercido como Vicario de su padre, ya en Nápoles ya en Sicilia, y como regente en todo el reino, no debian cogerle de nuevo los graves negocios del Estado, ni el peso de la corona. Hubo un tiempo en que fué muy popular, pero en los últimos se le miró con desconfianza, con razon ó sin ella, y no le era favorable el concepto público. Se dió tal vez con exceso á la devocion, reforzó la policía, y no cesaron las persecuciones. Promulgó una buena ley de montes y plantíos, que preservó de inminente ruina á los bosques del Estado, objeto de la codicia destructora de los pueblos y de los particulares; y en su tiempo se construyó el magnífico palacio, donde reunió, y aun existen, las secretarías de los ministerios, el gran libro y las altas dependencias del Estado. Tambien activó las excavaciones de Pompeya, como inteligente arqueólogo, y enriqueció el museo con objetos preciosísimos.

Por ofensas hechas al pabellon napolitano, declaró la guerra á Trípoli, y envió á combatirla una escuadrilla compuesta de un navío, tres buenas fragatas y otros buques menores, que tornó á poco á Castellamare, sin haber tentado ninguna hostilidad.

En 1829 trató el matrimonio de su hija doña María Cristina con el rey de España Fernando VII, viudo sin hijos de tres mujeres; y dejando de regente del reino á su hijo primogénito y heredero, fué con la Reina á la corte de España á llevar á la novia y á festejar las bodas. Efectuadas éstas, pasaron á Paris para permanecer allí una temporada. Pero [illegible] esposa y su séquito á Nápoles, donde agravándose la enfermedad falleció el 7 de noviembre de 1830, á los cinco años de reinado.

Era el rey Francisco de mediana estatura, propendiendo á la obesidad, de semblante apacible, de cabello rubio. Vestia siempre de paisano sin decoracion alguna; rara vez en su juventud montó á caballo, pasaba las revistas militares en coche, era de fácil acceso, de modales dulces y de agradable conversacion.

XVI

Sucedióle Fernando II, que actualmente reina, á la edad de veinte años; fué recibido con entusiasmo su advenimiento al trono, pues su gallarda persona, su aficion á las armas y la bondad de su carácter presagiaban un venturoso reinado.

Casó en primeras nupcias con una princesa sarda, en quien tuvo al príncipe don Francisco María Leopoldo, duque de Calabria, heredero de la corona; y en segundas con María Teresa, hija del archiduque Cárlos, que le ha dado numerosa prole. Es inteligentísimo en la organizacion y disciplina [illegible] gocios, de los que se ocupa constantemente con asiduidad é inteligencia; mejora su ejército continuamente, atiende con eficacia al aumento de la marina, cuida de la buena administracion, protege las artes, sostiene el crédito nacional, viaja por el reino sin aparato, y visita muy á menudo la Sicilia, de donde es natural.

Tuvo serios disgustos con los ingleses, por unos contratistas de azufre, y amenazado con una poderosa escuadra en el golfo de Nápoles, se portó con entereza y acierto, y logró una honrosa transaccion mediando la Francia. Los demás acontecimientos de su reinado son de tan reciente data que no nos es dado referirlos ni calificarlos, pues acaso ofenderíamos con nuestros juicios á personas respetables que viven y que han tenido parte principal en los contemporáneos sucesos de aquel reino. Basta saber que su trono se mantiene firme, aunque ha sido combatido por violentísimos huracanes; y que su territorio se mantiene íntegro, aunque colosales esfuerzos han [illegible] pues nuestro trabajo diciendo: que á Fernando II, rey de las Dos Sicilias, tan calumniado por los revolucionarios, y aun por escritores extranjeros y hombres de Estado, de quienes eran de esperar más circunspeccion é imparcialidad, le harán completa justicia, pasado el tiempo de pasiones y de resentimientos, las severas páginas de la historia.

Madrid, julio de 1855.

FIN

ÍNDICE

DE LAS COMPOSICIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO

ROMANCES HISTORICOS

Páginas.

PRÓLOGO DEL AUTOR. 3
Una antigüalla de Sevilla. 10
El alcázar de Sevilla.. 16
El fratricidio. 23
Don Alvaro de Luna. 29
Recuerdos de un grande hombre. 36
Un embajador español. 53
La buena-ventura.. 55
La muerte de un caballero.. 62
Amor, honor y valor.. 64
La victoria de Pavía.. 71
Un castellano leal. 81
El solemne desengaño. 85
Una noche de Madrid en 1578. 98
El conde de Villamediana.. 105
El cuento de un veterano. 115
Bailén. 128
La vuelta deseada. 133
El sombrero. 137

LEYENDAS

La azucena milagrosa. 141
Maldonado.. 175
El aniversario. 205

TEATRO

Tanto vales cuanto tienes, comedia en tres actos. 215
Don Alvaro ó la fuerza del síno, drama original en cinco jornadas, y en prosa y verso. . . . 262
Solaces de un prisionero ó tres noches de Madrid, comedia en tres jornadas. 301
La morisca de Alajuár, comedia en tres jornadas. 338
El crisol de la lealtad, comedia en tres jornadas. 378
El desengaño en un sueño, drama fantástico en cuatro actos. 418

PROSAS

Sublevacion de Nápoles capitaneada por Masanielo. — Estudio histórico. 459
Viaje al Vesubio. 501
Viaje á las ruinas de Pesto. 503
Los hércules. 506
El hospedador de provincia. 507
El ventero. 509
Discurso leido en la junta pública que celebró la Real Sociedad Patriótica de Córdoba el dia 30 de mayo de 1819. 511
Discurso de recepcion leido en la Real Academia Española la tarde del 29 de octubre de 1834. 512
Discurso de recepcion leido en la Real Academia de la Historia el dia 24 de abril de 1853.. . 513
Breve reseña de la historia del reino de las Dos Sicilias. 515